Ayn Rand

LA REBELION DE ATLAS

EDICION SIN CENSURA
(1957)

OBRA COMPLETA
EDITORIAL GRITO SAGRADO (2005)

INDICE

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DEL 35 ANIVERSARIO DE LA PRIMERA PUBLICACIÓN 3
PRIMERA PARTE - LA NO-CONTRADICCION 9
CAPÍTULO I.- EL TEMA 9
CAPÍTULO II - LA CADENA 31
CAPÍTULO VI - LO NO COMERCIAL 121
CAPÍTULO VII - EXPLOTADORES Y EXPLOTADOS 152
CAPÍTULO VIII - LA LINEA "JOHN GALT" 202
CAPÍTULO IX - LO SAGRADO Y LO PROFANO 235
CAPÍTULO X - LA ANTORCHA DE WYATT 270
SEGUNDA PARTE - UNA COSA O LA OTRA 310
CAPÍTULO I - EL SER QUE PERTENECÍA A LA TIERRA 310
CAPÍTULO II - LA ARISTOCRACIA DE LA VIOLENCIA 346
CAPÍTULO III - EL CHANTAJE BLANCO 387
CAPÍTULO IV - LA SANCIÓN DE LA VÍCTIMA 421
CAPÍTULO V - CUENTA EN ROJO 452
CAPÍTULO VI - EL METAL MILAGROSO 485
CAPÍTULO VIII - POR NUESTRO AMOR 553
TERCERA PARTE - “A” ES “A” 633
CAPÍTULO I - ATLÁNTIDA 633
CAPÍTULO II - LA UTOPÍA DE LA CODICIA 679
CAPÍTULO III - ANTIAVARICIA 736
CAPÍTULO IV - ANTIVIDA 779
CAPÍTULO V - LOS GUARDIANES DE SUS HERMANOS 820
CAPÍTULO VI - EL CONCIERTO DE LA LIBERACIÓN 870
CAPÍTULO VII - "YO SOY JOHN GALT" 903
CAPÍTULO VIII - EL EGOÍSTA 968
CAPÍTULO IX - EL GENERADOR 1018
CAPÍTULO X - EN NOMBRE DE LO MEJOR DE NOSOTROS 1037

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DEL 35 ANIVERSARIO DE LA PRIMERA PUBLICACIÓN

Dado que el texto que sigue -tal como su propio autor lo señala- descubre las claves argumentales de La rebelión de Atlas, se aconseja a quienes aún no conocen la historia, que lean la novela antes que esta Introducción.
Ayn Rand ha sostenido que el arte es una "recreación de la realidad según el criterio metafísico del artista". Entonces, por su naturaleza, una novela (como una estatua o una sinfonía) no requiere ni tolera un prefacio explicativo; es un universo auto-contenido, independiente de cualquier comentario que indique al lector cómo entrar en él, percibirlo, o reaccionar.
Ayn Rand nunca habría aprobado una introducción didáctica (o laudatoria) a su libro, y no tengo ninguna intención de burlar sus deseos. Por el contrario, voy a dejarle el escenario a ella, invitando al lector a compartir algunas de las ideas que llevaron a Rand a escribir La rebelión de Atlas.
Antes de comenzar una novela, Ayn Rand tomaba extensas notas acerca de su tema, trama y personajes. No lo hacía para el público, sino para sí misma, para aclarar sus propios conceptos. Los diarios referentes a La rebelión de Atlas son rotundos ejemplos de su mente en acción -segura incluso cuando estaba tanteando, con un propósito firme incluso cuando estaba trabada- y de su deslumbrante elocuencia, visible incluso en apuntes sin corregir. Estos diarios también son un fascinante testimonio del nacimiento, paso a paso, de una obra de arte inmortal.
A su debido tiempo, todos los escritos de Ayn Rand serán publicados. Para el 35 aniversario de la 1° edición de La rebelión de Atlas, sin embargo, he seleccionado, como una suerte de adelanto extra para sus seguidores, 4 partes de sus bocetos.
Quiero advertir a quienes van a leer por primera vez este libro, que dichos fragmentos revelan la trama y que conocerlos puede arruinar parte del suspenso de la historia.

Según recuerdo, la novela no se llamaba Atlas Shrugged hasta que lo sugirió el esposo de Rand en 1956. El título utilizado a lo largo de su elaboración fue "The Strike" (La huelga). Las primeras anotaciones de Rand para "La huelga" están fechadas el 1 de enero de 1945, cerca de un año después de la publicación de El manantial. Naturalmente, lo que tenía en mente era cómo diferenciar ambas obras.

Tema. Lo que le sucede al mundo cuando sus principales impulsores entran en huelga.
Esto significa: una ilustración del mundo con su motor detenido. Mostrar: qué, cómo, por qué. Los pasos específicos y los incidentes -acerca del espíritu, motivos, psicología y acciones de las personas- y, en segundo lugar, siempre con personas, pero en términos de la historia, la sociedad y el mundo.

El tema requiere: mostrar quiénes son los principales impulsores y por qué, y cómo funcionan. Quiénes son sus enemigos y por qué, cuáles son los motivos detrás del odio hacia los principales impulsores, y su esclavización; la naturaleza de los obstáculos puestos en su camino, y las razones para eso.
Este último párrafo está completo en El manantial: Roark y Toohey lo representan íntegramente. Entonces, éste no es el tema directo de La huelga, pero sí una parte de él y debe quedar claro, afirmado nuevamente (aunque más breve) para que quede explícito y completo.
La primera pregunta a decidir es en quién se pondrá énfasis: ¿en los principales impulsores, en los parásitos, o en el mundo? La respuesta es: en el mundo. El relato debe ser principalmente un retrato del todo.
En este sentido, La huelga debe ser una novela mucho más "social" que El manantial. El manantial se refería al "individualismo y el colectivismo en el alma del hombre", mostraba la naturaleza y la función del creador y de los parásitos mentales. La preocupación principal allí era mostrar qué eran Roark y Toohey. El resto de los personajes eran variaciones del tema de la relación del ego con los otros, mezclas de los 2 extremos, los 2 polos: Roark y Toohey. La preocupación principal de la historia era la gente como tal, los personajes, su naturaleza; sus vínculos -la sociedad, personas en relación con personas- eran secundarios, una consecuencia directa inevitable de la oposición de Roark y Toohey. Pero no era el tema.
Ahora, es esta relación la que debe ser el tema. Entonces, lo personal queda en segundo plano. Es decir, lo personal es necesario sólo en la medida en que se lo necesita para que las relaciones queden claras. En El manantial mostré que Roark mueve al mundo, que los Keatings se alimentan gracias a él y lo odian por eso, mientras que los Tooheys están ahí para destruirlo conscientemente. Pero el tema era Roark, no las relaciones de Roark con el mundo. Ahora será la relación.
En otras palabras, debo mostrar en qué forma concreta y específica el mundo es impulsado por los creadores. Exactamente, cómo los parásitos mentales viven de los creadores. Tanto en términos espirituales como (y más particularmente) a través de hechos físicos concretos. (Concéntrate en los hechos físicos concretos, pero no olvides tener en cuenta, todo el tiempo, cómo lo físico surge de lo espiritual.)
Sin embargo, para el propósito de esta historia, no comienzo mostrando cómo los parásitos mentales viven de los principales impulsores en la realidad cotidiana, ni comienzo mostrando un mundo normal (eso sucede sólo en la retrospectiva necesaria, o flashback, o como consecuencia de los sucesos mismos). Parto de la fantástica premisa de que los principales impulsores entran en huelga. Este es el corazón y centro de la novela. Una distinción para ser destacada cuidadosamente: no intento aquí glorificar al impulsor principal (eso era El manantial). Mi intención es señalar cuán desesperadamente el mundo necesita de sus principales impulsores, y cuán depravadamente los trata. Y lo hago a través de una situación hipotética: qué le pasaría al mundo sin ellos.
En El manantial no explicité cuán desesperadamente el mundo necesita de Roark: eso se deduce. Sí mostré cuán depravadamente lo trataba el mundo, y por qué. Mostré principalmente lo que era él. Aquella era la historia de Roark. Esta debe

ser la historia del mundo, en relación con sus principales impulsores. (Casi la historia de un cuerpo muriendo de anemia en relación a su corazón.)
No muestro directamente lo que hacen los principales impulsores -se demuestra por inferencia-, sino lo que sucedería si no movieran al mundo. (A través de eso, se obtiene la descripción de lo que hacen, su lugar y su función.) (Esta es una guía importante para la construcción del relato.)

Para construir la historia, Ayn Rand debía comprender completamente por qué los principales impulsores permitían que los parásitos mentales vivieran de ellos, por qué los creadores no habían hecho huelga a lo largo de la historia, qué errores cometían incluso los mejores de ellos, que los mantenían esclavos de lo peor. Parte de la respuesta es representada por el personaje de Dagny Taggart, la heredera que declara la guerra a los huelguistas. La que sigue es una anotación sobre su psicología, fechada el 18 de abril de 1946.
Su error -y la causa de su negativa a unirse a la huelga- es un exceso de optimismo y de confianza (particularmente esto último).
Demasiado optimismo: piensa que los seres humanos son mejores de lo que son en realidad, no los comprende del todo y es generosa al respecto. Demasiada confianza: piensa que puede hacer más de lo que realmente puede hacer un individuo. Cree que puede administrar un ferrocarril (o al mundo) ella sola, que puede conseguir que la gente haga lo que ella quiere o necesita, lo que está bien, por la mera fuerza de su talento, por supuesto no forzándolos, esclavizándolos ni dándoles órdenes, sino por la mera superabundancia de su propia energía; les mostrará cómo, les enseñará y los persuadirá; es tan hábil que aprenderán de ella. (Esto es fe en su racionalidad, en la omnipotencia de la razón. ¿El error? La razón no es automática. Quienes la niegan no pueden ser conquistados por ella. No cuentes con ellos. Déjalos solos.)
En estos 2 aspectos, Dagny está cometiendo un error importante (pero perdonable y entendible), el tipo de error que suelen cometer los individualistas y los creadores. El error procede de su buena naturaleza y de un principio correcto, pero ese principio está mal aplicado...
El error es éste: es apropiado que un creador sea optimista, en el sentido más profundo y básico, dado que el creador cree en un universo benévolo y funciona bajo esa premisa. Pero es un grave error extender ese optimismo a otras personas específicas. 1°, no hace falta: el creador y la naturaleza del universo no lo necesitan, su vida no depende de los demás. En 2° lugar, el ser humano tiene libre albedrío, por lo tanto, cada uno es potencialmente bueno o malo, y depende de él y sólo de él (mediante su mente razonadora) elegir qué quiere ser. La decisión lo afectará sólo a él; no es (y no puede, ni debería ser) la preocupación principal de otro ser humano.
Por lo tanto, mientras que un creador adora, y debe hacerlo, al Hombre (en autoreverencia natural, porque representa su propio potencial más alto), no debe cometer el error de pensar que esto significa la necesidad de adorar a la Humanidad (en forma colectiva). Estas 2 concepciones enteramente diferentes, tienen consecuencias inmensa y diametralmente opuestas.
El Hombre, en su más alto potencial, es realizado y logrado dentro de cada creador... El hecho de que el creador esté solo, o encuentre sólo a un puñado de

otros como él, o esté rodeado de la mayor parte de la humanidad, no tiene importancia ni consecuencia alguna; los números no tienen nada que ver con eso. Él sólo, o él y unos pocos como él, son la humanidad, en el sentido de ser la prueba de lo que el hombre es realmente, el hombre en su mayor nivel, el hombre esencial, el hombre en su más alta posibilidad. (El ser racional, que actúa según su naturaleza.)

No debería importarle a un creador si uno, o un millón, o todos los seres humanos que tiene a su alrededor no alcanzan el ideal del Hombre; déjalo vivir a la altura de ese ideal; ese es todo el "optimismo" que se necesita acerca del Hombre. Pero esta sutileza es difícil de reconocer, y es natural que Dagny cometa el error de creer que los otros son mejores de lo que realmente son (o serán mejores, o ella les enseñará a ser mejores o, en realidad, ella quiere desesperadamente que sean mejores) y permanezca atada al mundo por la esperanza.

Para un creador es apropiado tener una confianza ilimitada en sí mismo y en su habilidad, estar seguro de que puede obtener todo lo que desee en la vida, de que puede lograr cualquier cosa que decida lograr, y que depende de él hacerlo. (Lo siente porque es un hombre de razón...) [Pero] esto es lo que debe tener en mente: es cierto que un creador puede lograr cualquier cosa que desee, siempre que funcione según la naturaleza del hombre, el universo y su correcta moral, es decir, si su deseo no está puesto esencialmente en los demás y no intenta o desea nada que sea de naturaleza colectiva, nada que concierna a otros en primera instancia o que requiera inicialmente el ejercicio de la voluntad de otros. (Este sería un deseo o intento inmoral, contrario a su índole de creador.) Si lo intenta, queda fuera del ámbito del creador y dentro del espacio del colectivista y el parásito mental.

Entonces, nunca debe confiar en que puede hacer cualquier cosa a, por o a través de otros. (No puede y no debería siquiera desearlo, y el mero intento es inapropiado.) No debe pensar que puede [...] de alguna manera transferir su energía e inteligencia a ellos y hacerlos, de ese modo, compatibles con sus propósitos. Debe enfrentar a los otros como son, reconociéndolos como entidades esencialmente independientes por naturaleza, y más allá de su influencia inicial; [debe] tratar con ellos sólo en sus propios e independientes términos, tratar con quienes juzgue que coinciden con su objetivo o que viven a la altura de sus parámetros (por sí mismos y por su propia voluntad, independientemente de él) y no esperar nada de los demás [...]. Ahora, en el caso de Dagny, su deseo desesperado es administrar Taggart Transcontinental. Ve que no hay a su alrededor personas apropiadas para su objetivo, ninguna bastante hábil, independiente y competente. Supone que puede dirigir la empresa con la ayuda de incompetentes y parásitos, ya sea entrenándolos o simplemente tratándolos como robots que aceptarán sus órdenes y funcionarán sin iniciativa personal ni responsabilidad; y ella como la chispa de iniciativa, será quien cargue con la responsabilidad del todo colectivo. Esto no se puede hacer. Este es su error crucial. Ahí es donde se equivoca.

El propósito básico de Ayn Rand como novelista no es presentar villanos, ni héroes que cometen errores, sino al ser humano ideal: consistente, íntegro, perfecto. En La rebelión de Atlas, esa persona es John Galt, la majestuosa figura

que mueve al mundo y a la novela, aunque no aparece en escena hasta la Parte III. Por su naturaleza (y la de la historia), Galt es necesariamente central para las vidas de todos los personajes. En una anotación, "Las relaciones de Galt con los otros", fechada el 27 de junio de 1946, Rand define sucintamente lo que Galt representa para cada uno de ellos.

Para Dagny: el ideal. La respuesta a sus 2 búsquedas: el hombre genial y el hombre al que ama. La 1° es expresada en su búsqueda por el inventor del motor. La 2°: su creciente convicción de que nunca se enamorará...
Para Rearden: el amigo. El tipo de entendimiento y aprecio que siempre había querido y no sabía que quería (o pensaba que lo tenía, intentaba buscarlo en quienes lo rodeaban, en su esposa, su madre, su hermano y hermana).
Para Francisco d'Anconia: el aristócrata. El único hombre que representa un desafío y un estímulo, casi el "tipo indicado" de audiencia, por la que vale la pena aturdirse en el simple goce y color de la vida.
Para Danneskjöld: el ancla. Representa la tierra y las raíces para los trotamundos temerarios y sin descanso, el objetivo de una lucha, el puerto al final de un viaje por un mar feroz: el único hombre a quien puede respetar.
Para el compositor: la inspiración y el público perfecto.
Para el filósofo: la personificación de sus abstracciones.
Para el padre Amadeus: la fuente de su conflicto. El incómodo darse cuenta de que Galt es el fin de sus esfuerzos -el hombre de virtud, el hombre perfecto- y que sus medios no condicen con este fin (y que está destruyendo a su ideal, en beneficio de los malvados).
Para James Taggart: la amenaza eterna. El temor secreto. El reproche. La culpa (su propia culpa). No tiene ninguna unión específica con Galt, pero sufre ese temor constante, histérico, sin razón, sin nombre. Y lo reconoce cuando escucha la transmisión de Galt y cuando ve a Galt por primera vez.
Para el profesor: su conciencia. El reproche y el recordatorio. El fantasma que lo persigue a través de todo lo que hace, sin un momento de paz. Lo que dice "No" a toda su vida.
Algunas aclaraciones sobre estas notas: la hermana de Rearden, Stacy, era un personaje menor que luego fue quitado de la novela.
"Francisco" estaba escrito "Francesco" en estos primeros años, mientras que el nombre de pila de Danneskjöld a esta altura era Ivar, presumiblemente por Ivar Kreuger, el "rey del fósforo" sueco, que fue el modelo de la vida real de Bjorn Faulkner en Night of January 16th.
El padre Amadeus era el sacerdote de Taggart, a quien él le confesaba sus pecados. Se suponía que sería un personaje positivo, honestamente devoto del bien pero que practicaba en forma consistente la moral de la misericordia. Rand lo sacó, me dijo, cuando se dio cuenta de que era imposible hacer que ese personaje fuera convincente.
El profesor es Robert Stadler.
Esto me lleva a la última cita. Debido a su pasión por las ideas, a Ayn Rand siempre se le preguntaba si era inicialmente una filósofa o una novelista. Años más tarde, esta pregunta la impacientaba, pero la respondió para sí misma, en

una anotación con fecha 4 de mayo de 1946. El contexto general era una discusión sobre la naturaleza de la creatividad.

Me parece que soy ambas cosas: una filósofa teórica y una escritora de ficción. Pero es esto último lo que más me interesa; lo primero es sólo un medio; el medio absolutamente necesario, pero sólo el medio; la historia de ficción es la finalidad. Sin la comprensión y la declaración del principio filosófico correcto, no puedo crear la historia correcta, pero el descubrimiento del principio me interesa sólo como el descubrimiento del conocimiento apropiado para usarlo en mi propósito en la vida; y mi propósito en la vida es la creación del tipo de mundo que me gusta, es decir, las personas y hechos que representan la perfección humana.

El conocimiento filosófico es necesario para definir la perfección humana. Pero no me interesa detenerme en la definición; quiero utilizarla, aplicarla en mi trabajo (en mi vida personal también, pero el corazón, centro y propósito de mi vida personal, de toda mi vida, es mi trabajo).

Este es el motivo, creo, por el que la idea de escribir un libro filosófico que no sea de ficción me aburre. En semejante libro, el propósito sería en realidad enseñar a los demás, presentarles mi idea a ellos. En un libro de ficción, el propósito es crear, para mí, el tipo de mundo que quiero, y vivir en él mientras lo estoy creando; luego, como consecuencia secundaria, dejar que otros disfruten de ese mundo, si pueden, y en la medida en que puedan.

Puede decirse que el objetivo inicial de un libro filosófico es la explicación o la declaración de un nuevo conocimiento para uno mismo; y luego, como segundo paso, la ofrenda de ese conocimiento a los demás. Pero aquí está la diferencia, en lo que a mí concierne: tengo que adquirir y explicarme el nuevo conocimiento filosófico o el principio que utilicé para escribir una historia de ficción como su corporización e ilustración; no me interesa escribir una historia sobre un tema o una tesis de conocimiento ya declarada o descubierta por otro, es decir, sobre una filosofía ajena (porque esas filosofías se equivocan). En ese sentido, soy una filósofa abstracta: quiero presentar al ser humano perfecto y la vida perfecta y también tengo que descubrir mi propia postura filosófica y definición de esa perfección.

Pero cuando descubro, si es que lo hago, ese nuevo conocimiento, no me interesa plantearlo en forma abstracta, general, es decir, como conocimiento. Estoy interesada en utilizarlo, en aplicarlo, o sea, en sostenerlo en la forma concreta de personas y hechos, en la forma de una historia de ficción. Esto último es mi objetivo final, mi propósito; el conocimiento filosófico o el descubrimiento es sólo un medio para eso. Para mi propósito, la forma no ficcional de conocimiento abstracto no me interesa; la forma final aplicada en la ficción, en la historia, sí. (Presento el conocimiento para mí misma, de todas formas, pero elijo su forma final, su expresión, en el círculo completo que lleva de nuevo al hombre.)

Me pregunto hasta qué punto constituyo un fenómeno particular en este sentido. Creo que represento la integridad de un ser humano completo. De todas formas, ésta debería ser mi guía para el personaje de John Galt. Él también es una combinación de filósofo abstracto e inventor práctico; el pensador y el hombre de acción juntos...

En el aprendizaje, dibujamos una abstracción de objetos y hechos concretos. En la creación, extraemos de la abstracción nuestros propios objetos y hechos concretos; bajamos la abstracción y la ponemos de nuevo en su lugar específico: lo concreto; pero la abstracción nos ha ayudado a hacer el tipo de concreción que queríamos. Nos ha ayudado a crear, a reformar el mundo para adaptarlo a nuestros objetivos.

No puedo resistirme a citar un párrafo más. Está unas páginas más adelante en el mismo texto.
Aparte, como una observación al margen: si la escritura creativa de ficción es un proceso de traducir una abstracción en lo concreto, hay 3 grados posibles de esa escritura: traducir una abstracción (tema o tesis) vieja (conocida) con los medios de la vieja ficción (es decir, personajes, hechos o situaciones utilizados antes con el mismo propósito), como es el caso de la mayor parte de la basura popular; traducir una vieja abstracción por medios ficticios nuevos y originales, lo que conforma la mayor parte de la buena literatura; o crear una abstracción nueva y original y traducirla por medios nuevos y originales: esto es, hasta donde yo sé, mi forma de escribir ficción. ¡Qué Dios me perdone (¡Metáfora!) si ésta es una presunción equivocada! Tal como lo puedo ver ahora, no lo es. (Una 4° posibilidad -traducir una nueva abstracción por medios viejos- es imposible por definición: si la abstracción es nueva, no puede haber medios utilizados por nadie más para traducirla.)

¿Es su conclusión una "presunción equivocada"? Ya hace 45 años que ella escribió esta nota, y usted tiene en sus manos la obra maestra de Ayn Rand.

Usted decide.

LEONARD PEIKOFF

PRIMERA PARTE - LA NO-CONTRADICCION

CAPÍTULO I.- EL TEMA

-¿Quién es John Galt?
Estaba oscureciendo, y Eddie Willers no podía distinguir bien la cara del vagabundo que lo había interpelado sin énfasis alguno. Pero desde el sol poniente, en un lejano extremo de la calle, un resplandor amarillento iluminó sus ojos que, fijos en Eddie Willers, relucían burlones e inquisitivos, como si la pregunta hubiese develado la inquietud difusa que lo embargaba.
-¿Por qué dice eso? -preguntó Eddie Willers, nervioso.
El vagabundo se reclinó contra el marco de una puerta; un trozo de cristal roto detrás de él reflejó el amarillo metálico del cielo. -¿Por qué le preocupa? -fue su respuesta.

-No me preocupa -repuso con brusquedad Eddie Willers.
Precipitadamente metió la mano en el bolsillo. El mendigo le había pedido una moneda y luego se había puesto a hablar como si le sobrara tiempo para ello. La mendicidad callejera se había vuelto tan habitual que las explicaciones eran innecesarias, y Eddie no quería escuchar los detalles de la desesperación particular de este vagabundo.
-Ve por tu taza de café -dijo, mientras entregaba una moneda a la sombra sin rostro.
-Gracias, Sr. -respondió la voz, sin demostrar interés, y por un momento la cara se inclinó hacia él. Estaba curtida por el viento, surcada por líneas de cansancio y también por cierta resignación cínica, pero su mirada era inteligente.
Eddie Willers siguió su camino preguntándose por qué regularmente a esa hora del día experimentaba esa sensación de miedo. No -pensó- no era miedo, no había nada que temer; se trataba sólo de una inmensa y difusa percepción, sin causa ni objeto. Se había acostumbrado a la sensación, pero no le encontraba explicación; sin embargo, el vagabundo había hablado como si supiera que Eddie la sufría, como si estuviese convencido de que así tenía que ser, y más aún: como si conociera la razón.
Eddie Willers enderezó sus hombros en un acto consciente de autodisciplina. Debía terminar con esto -pensó-, estaba empezando a imaginar cosas. ¿Siempre lo había sentido?
Tenía 32 años e intentó rememorar: no, no siempre; pero tampoco podía recordar cuándo había empezado. La sensación en cuestión lo atacaba de improviso, al azar; pero ahora estaba apareciendo más seguido que nunca. "Es el atardecer" -pensó- "detesto el atardecer."

Las nubes y las estructuras de los rascacielos recortadas contra ellas se estaban oscureciendo, como una vieja pintura al óleo, como una obra maestra desteñida. Largas franjas de mugre descendían desde las azoteas por los lejanos muros cubiertos de hollín. Muy arriba, al costado de una torre, había una rajadura con la forma de un rayo inmóvil de 10 pisos de largo. Un objeto dentado cortaba el cielo sobre los techos; era la mitad de una antena que retenía el fulgor de la puesta del sol; la capa dorada se había desprendido hacía mucho tiempo de la otra mitad. El resplandor era rojo e inmóvil como el reflejo de un fuego; no un fuego activo, sino moribundo, imposible de resucitar.
Eddie Willers se dijo que no había nada alarmante en el aspecto de la ciudad. Se veía igual que siempre. Continuó su camino, recordando que estaba regresando tarde a la oficina. No le gustaba la tarea que le aguardaba, pero había que cumplirla, por lo que no intentó aplazarla. Por el contrario, se obligó a caminar más rápido. Dio vuelta en una esquina y en el estrecho espacio entre las oscuras siluetas de 2 edificios que parecía el vano de una puerta, distinguió la página de un gigantesco calendario suspendido en el aire.
Era el calendario que el alcalde de Nueva York había puesto el año anterior en lo alto de un edificio para que los ciudadanos pudieran saber la fecha, del mismo modo en que sabían la hora mirando el reloj de una torre gubernamental. El rectángulo blanco pendía sobre la ciudad, impartiendo ese dato a los transeúntes.

En la luz oxidada de aquella puesta de sol, el rectángulo proclamaba: 2 de septiembre.
Eddie Willers miró hacia otro lado. Nunca le había gustado ese calendario. Lo perturbaba de una manera que no podía explicar o definir, era una impresión que se unía a su intranquilidad. Había una frase capaz de explicar lo que el calendario parecía sugerir, pero no podía recordarla. Caminó, buscando a tientas las palabras que colgaban en su mente como una forma vacía que no podía llenar ni suprimir. Miró hacia atrás. El rectángulo blanco se erguía sobre los rascacielos, proclamando su sentencia inamovible: 2 de septiembre.
Eddie Willers dirigió su mirada a la calle, hacia un puesto de verduras en el frente de una casa de ladrillo marrón. Vio una pila de brillantes zanahorias y frescas cebollas de verdeo; una limpia cortina blanca, ondeando en una ventana abierta; un autobús doblando con precisión en una esquina. Se preguntó por qué se sentía reconfortado, y luego, por qué experimentaba el repentino e inexplicable deseo de que todas aquellas cosas no permanecieran a la intemperie, sin protección frente al espacio vacío de más arriba.
Cuando llegó a la Quinta Avenida, fijó su mirada en los cristales de los negocios por los que pasaba. No necesitaba ni deseaba comprar nada, pero lo complacía ver el despliegue de mercaderías, toda clase de bienes fabricados por el hombre para ser usados por el hombre. Disfrutaba del aspecto de aquella calle próspera. Al menos 1 de cada 4 negocios estaba cerrado, con sus escaparates vacíos y oscuros. Sin saber por qué, recordó repentinamente el roble. Sin motivo aparente, evocó el árbol y los veranos de su niñez en la finca de los Taggart.
Había pasado la mayor parte de su infancia con los hijos de los Taggart y ahora trabajaba para ellos, del mismo modo que su padre y abuelo habían trabajado para sus antecesores.
El gran roble había crecido en una colina sobre el Hudson, en un paraje solitario de la finca. A los 7 años, a Eddie Willers le gustaba acercarse a él para contemplarlo. Llevaba siglos en ese lugar y le parecía que siempre seguiría allí. Sus raíces se aferraban a la colina como un puño cuyos dedos se hundían en la tierra. Eddie imaginaba que si un gigante lo tomara por la copa, no podría arrancarlo, sino que arrastraría consigo a la colina y al resto del mundo, como a una pelota colgando de un hilo. Se sentía seguro en presencia de ese roble, era algo que nada podía transformar ni amenazar, era su mayor símbolo de fuerza.
Una noche, un rayo cayó sobre el roble. Eddie lo vio, a la mañana siguiente, partido por la mitad y descubrió entonces que el tronco era sólo un túnel negro, una cáscara vacía. Su corazón se había podrido mucho tiempo atrás; en el interior no había nada, aparte de un polvillo gris que era dispersado por los caprichos del viento más leve. Su fuerza vital había desaparecido, y la forma hueca que se veía era incapaz de sostenerse sin ella.
Años más tarde, oyó decir que los niños debían ser protegidos de los traumas, de su 1° conocimiento de la muerte, el dolor o el miedo. Pero estas cosas nunca lo habían afectado: su mayor impresión la tuvo cuando contemplaba inmóvil el agujero negro de aquel tronco. Era una inmensa traición, tanto más terrible porque no podía comprender qué había sido traicionado. No era él, ni su confianza; sabía que era otra cosa. Eddie había permanecido allí un rato, en silencio, y luego había regresado a la casa. Jamás habló de esto con nadie, ni entonces ni nunca.

Eddie Willers sacudió la cabeza, mientras el zumbido del oxidado mecanismo de un semáforo lo detuvo al borde de la acera. Estaba enfadado consigo mismo, no había motivo para recordar al roble precisamente esta noche. Ya no significaba nada para él, y sólo le provocó un leve dejo de tristeza, una partícula de amargura que se agitó brevemente y desapareció, como una gota de lluvia sobre el cristal de una ventana que cayera en forma de signo de interrogación.
No quería que ningún vestigio de tristeza nublara sus recuerdos infantiles: amaba a sus recuerdos. Cualquiera de aquellos días estaba para él inundado por una luz brillante e inmóvil. Le parecía que algunos de esos rayos -más que rayos, destellos- llegaban hasta el presente, para dar instantes ocasionales de esplendor a su trabajo, a su solitario apartamento y a la escrupulosa y pacífica progresión de su existencia.

Evocó un día de verano cuando tenía 10 años. Esa vez, en un claro del bosque, su única y querida compañera de la infancia le había dicho lo que harían cuando fueran grandes. Las palabras eran directas y claras, como la luz del sol; la escuchó con admiración y asombro. Cuando ella le preguntó qué querría hacer, repuso sin vacilar: "Lo que sea correcto", y añadió: "Tú debes hacer algo grande... quiero decir, nosotros 2 juntos". "¿Qué?", preguntó ella. Y él respondió: "No lo sé. Eso es lo que debemos descubrir. No basta con lo que has dicho, no basta con tener un negocio y ganarse la vida. Hay otras cosas, como vencer en batallas, salvar gente de incendios, o escalar montañas". "¿Para qué?", había dicho ella. Y él: "El pastor dijo el domingo pasado que debemos siempre buscar lo mejor de nosotros. ¿Qué supones tú que es lo mejor de nosotros?". "No lo sé." "Tendremos que averiguarlo", había asegurado él.
Ella no había dicho nada. Miraba a la distancia, en la dirección en que se perdían las vías del ferrocarril.
Eddie Willers sonrió. Hacía 22 años había hablado de "lo que fuera correcto". Esa manifestación había quedado sin respuesta. Las demás preguntas se habían borrado de su mente; había vivido demasiado ocupado como para formulárselas de nuevo. Pensaba que era obvio que uno debía hacer lo correcto, nunca imaginó que la gente pudiera desear otra cosa; sin embargo, sabía que algunos lo hacían. Eso le pareció sencillo e incomprensible al mismo tiempo: resultaba sencillo que las cosas debieran ser correctas, e incomprensible que no lo fueran. Sabía que esto último era lo que sucedía y meditó en ello mientras doblaba en una esquina y se acercaba al gran edificio de Taggart Transcontinental.
Era el edificio más alto y orgulloso de la calle. Siempre que lo veía, Eddie esbozaba una sonrisa. Sus largas hileras de ventanas no estaban rotas, a diferencia de las de sus vecinos.
Sus esbeltas líneas, sin ángulos destrozados ni aristas desgastadas, se recortaban contra el cielo. Parecía elevarse por encima de los tiempos, sin que nada lo afectara. "Siempre estará ahí", pensó Eddie Willers.
Cada vez que entraba en el Edificio Taggart experimentaba una sensación de alivio y de seguridad. Era un lugar de eficiencia y poder. Los pisos de sus amplios vestíbulos eran espejos de mármol. Los fríos rectángulos de los artefactos eléctricos brillaban como piezas de luz sólida. Tras las mamparas de cristal, hileras de muchachas estaban sentadas ante sus máquinas de escribir y los

teclados sonaban como las ruedas de un tren en plena marcha. A veces, como un eco, cierto débil estremecimiento recorría las paredes: provenía del subsuelo, donde se abrían los túneles de la gran estación terminal. De allí salían los trenes para cruzar el continente, o se detenían luego de haberlo atravesado, tal como venía sucediendo generación tras generación. "Taggart Transcontinental" -se dijo Eddie Willers- "De océano a océano." Aquel altivo eslogan publicitario era para él tan contundente y sagrado como cualquier precepto de la Biblia. "De océano a océano, para siempre", pensó con devoción, mientras atravesaba los impecables vestíbulos en dirección al corazón del edificio, el despacho de James Taggart, presidente de la compañía.

James Taggart estaba sentado a su escritorio. Parecía tener unos 50 años, pero daba la impresión de que nunca había sido joven. La boca era pequeña y petulante y el cabello ralo se le pegaba a la frente calva. Su actitud demostraba cierto lánguido abandono, en contradicción con un cuerpo alto y esbelto; la contextura elegante y el confiado aplomo de un aristócrata, devenidos en la torpeza de un inútil. Su cara era pálida y fofa. La mirada de sus ojos claros y velados se desplazaba lentamente, sin detenerse nunca, rozando las personas y las cosas, mostrando un resentimiento sin límites hacia la existencia. Era un hombre obstinado y vacío. Tenía 39 años.

Al oír que se abría la puerta, levantó la cabeza, irritado. -No me molestes. No me molestes. No me molestes -dijo.

Eddie Willers se acercó al escritorio.

-Es importante, Jim -replicó sin levantar la voz.

- Bueno, bueno. ¿De qué se trata?

Eddie Willers miró el mapa que colgaba de la pared. Sus colores habían ido destiñéndose bajo el cristal; a veces se preguntaba cuántos presidentes Taggart se habrían sentado ante él y en el transcurso de cuántos años. El ferrocarril Taggart Transcontinental, aquella red de líneas que cruzaban el descolorido plano del país desde Nueva York hasta San Francisco, se veía como un verdadero sistema venoso, como si muchos años atrás la sangre que fluía por la arteria principal se hubiera difundido por toda la nación debido a la presión de su propia superabundancia. Un trazo rojo se retorcía desde Cheyenne, Wyoming, hasta El Paso, Texas. Era la línea Río Norte de Taggart Transcontinental. Recientemente, se le habían añadido algunas extensiones que llevaban la red desde El Paso hacia el sur. Eddie Willers apartó su mirada rápidamente cuando llegó a ese punto y la dirigió a James Taggart.

-Se trata de la línea Río Norte -vio cómo la atención de Taggart se desplazaba hasta uno de los ángulos de la mesa- Hemos tenido otro accidente.

-Todos los días ocurren accidentes ferroviarios. ¿Tenías que molestarme por una cosa así?

-Sabes a lo que me refiero, Jim. La Río Norte está en muy malas condiciones. Los rieles no sirven. Toda la línea está igual.

-Pondremos nuevos rieles.

Eddie continuó como si no hubiese oído respuesta alguna.

-La vía está deteriorada. No sacamos nada con intentar que los trenes sigan circulando. La gente ha decidido no utilizar el servicio.

-No existe en todo el país una sola compañía ferroviaria, o al menos así tengo entendido, sin unos cuantos ramales con problemas. No somos los únicos. Se trata de un asunto de alcance nacional, pero transitorio.
Eddie seguía mirándolo en silencio. Lo que más disgustaba a Taggart era esa costumbre de Eddie de mirar a la gente directamente a los ojos. Los de Eddie eran azules, grandes e inquisidores; tenía el pelo rubio y el rostro cuadrado y sin más particularidad que su aire de esmerada atención y de franca y perpetua sorpresa.
-¿Qué pasa ahora? -preguntó Taggart con brusquedad.
-He venido a decirte algo que creo debías saber y que alguien tenía que comunicarte.
-¿Que hemos sufrido otro accidente?
-Que no podemos abandonar la línea Río Norte.
James Taggart en raras ocasiones levantaba la cabeza. Al mirar a la gente, lo hacía elevando sus gruesas cejas desde la base de su amplísima y calva frente.
-¿Quién piensa abandonar la línea Río Norte? -preguntó- Jamás se nos ha ocurrido algo así. Me molesta que digas eso. Me molesta mucho.
-Durante los últimos 6 meses no hemos podido cumplir ni una sola vez con el horario, no hemos completado un recorrido sin contratiempos de mayor o menor importancia, y estamos perdiendo a todos nuestros clientes regulares, uno tras otro. ¿Cuánto podemos durar así?
-Eres un pesimista, Eddie. Careces de fe y eso es lo que más perjudica el espíritu de una organización.
-¿Quieres decir que no haremos nada con respecto a la línea Río Norte?
-No he dicho eso. En cuanto tengamos los nuevos rieles...
-Jim, no tendremos esos rieles nuevos -interrumpió Eddie; las cejas de Taggart se levantaron lentamente- Vengo de Associated Steel. Hablé con Orren Boyle.
-¿Y qué dijo?
-Habló durante hora y media sin darme una sola respuesta directa.
-¿Y para qué has ido a molestarlo? Según tengo entendido, el 1° pedido de rieles no debe entregarse hasta dentro de 1 mes.
-Sí, pero antes de ese aplazamiento, tendría que haber hecho una entrega hace 3 meses.
-Circunstancias imprevistas que Orren no ha podido evitar.
-Contábamos con esos rieles medio año antes. Jim, llevamos esperando 13 meses que la Associated Steel nos entregue esos rieles.
-¿Y qué quieres que haga? Yo no dirijo la empresa de Orren Boyle.
-Quiero que entiendas que ya no podemos esperar más.
Con expresión entre burlona y cautelosa, Taggart preguntó pausadamente: -¿Qué ha dicho mi hermana?
-Regresa mañana.
-Bien, ¿qué quieres que haga?
-Eso lo tienes que decidir tú.
-Bueno, pero digas lo que digas, hay algo que no quiero oírte mencionar. Me refiero a Rearden Steel...
Eddie no contestó inmediatamente, pero luego, con voz tranquila, asintió: -Como quieras, Jim. No lo mencionaré.

-Orren es mi amigo. -No hubo respuesta- No me gusta tu actitud. Orren Boyle entregará esos rieles tan pronto como sea humanamente posible. Mientras tanto, nadie puede reprochamos nada.
-Jim, ¿de qué estás hablando? ¿No te das cuenta de que la línea Río Norte se desmorona, nos reprochen o no?
-Los pasajeros lo soportarían, no tendrían más remedio, si no fuera por Phoenix-Durango... -El rostro de Eddie se puso tenso- Nadie se quejó de la línea Río Norte, hasta que Phoenix-Durango entró en escena.
-Phoenix-Durango está haciendo un trabajo brillante.
-¡Imagina! Una cosa llamada Phoenix-Durango, compitiendo con Taggart Transcontinental. Hace 10 años esa línea sólo servía para el transporte local de leche.
-Pues ahora tiene la mayor parte del tráfico de mercaderías en Arizona, Nuevo México y Colorado. -Taggart no contestó- Jim, no podemos perder Colorado. Es nuestra última esperanza, la última esperanza de todos. Si no hacemos las cosas como se debe, nos quedaremos sin un solo cliente en ese Estado, todo quedará en manos de Phoenix-Durango. Ya hemos perdido las explotaciones petrolíferas Wyatt.
-No sé por qué todo el mundo se la pasa hablando de la petrolera Wyatt.
-Porque Ellis Wyatt es un prodigio que...
-¡Al diablo con Ellis Wyatt!
Al pensar en aquellos pozos de petróleo, de repente Eddie se preguntó si no tendrían algo en común con el sistema venoso del mapa. ¿No eran, acaso, algo similar a la corriente roja que Taggart Transcontínental había trazado por el país hacía años, de una forma que ahora parecía increíble? Pensó en los pozos de petróleo, expulsando una corriente negra hasta rebasar el continente, a una velocidad casi mayor que la de los trenes de Phoenix-Durango, encargados de transportarlo. Ese terreno había sido sólo un costurón rocoso en las montañas de Colorado, que fue abandonado cuando lo creyeron exhausto.
El padre de Ellis Wyatt había mantenido una vida oscura hasta el final de sus días, gracias a aquellos pozos moribundos. Pero ahora era como si alguien hubiera puesto una inyección de adrenalina en el corazón de la montaña; ésta latía de nuevo y la sangre negra surgía a borbotones de las rocas. "Desde luego que es sangre -pensó Eddie Willers- porque la sangre alimenta y da vida y eso es lo que hace Wyatt Oil." Terrenos vacíos recobraron la vida, surgieron nuevas ciudades, nuevas centrales eléctricas y fábricas, en una región a la que ya nadie prestaba atención. Eddie pensó en aquellas nuevas fábricas, fundadas en un tiempo en que los ingresos en concepto de transporte procedentes de las grandes industrias petrolíferas disminuían lentamente año tras año; un nuevo y rico yacimiento en una época en que las bombas extractoras se estaban deteniendo, una tras otra; un nuevo Estado industrial, donde nadie había esperado ver más que ganado y remolachas. Y aquello era obra de un hombre, concretada en 8 años.
Eddie se dijo que ocurría como en las historias que había leído en los libros escolares y que nunca había creído por completo; historias de hombres que vivieron en los 1° tiempos del país. Le hubiese gustado conocer a Wyatt. Se hablaba mucho de él, pero pocos lo trataban, pues muy raras veces iba a Nueva York. Se decía que tenía 33 años y un carácter violento. Había descubierto un

método para reactivar pozos petrolíferos agotados, y se había dedicado a la tarea de revivirlos.
-Ellis Wyatt es una basura codiciosa, a quien sólo le interesa el dinero -opinó James Taggart- Pero yo creo que en la vida hay cosas más importantes que amasar una fortuna.
-¿De qué estás hablando, Jim? ¿Qué tiene esto que ver con...?
-Además, nos traicionó. Atendimos los yacimientos Wyatt durante años y lo hicimos con eficiencia. En los días del viejo Wyatt, mandábamos un tren-tanque por semana.
-Pero ahora no estamos en los días del viejo Wyatt, Jim. Phoenix-Durango utiliza 2 trenes-tanque diarios y lo hace puntualmente.
-Si nos hubiera dado tiempo para crecer al mismo ritmo que él...
-No tiene tiempo para perder.
-¿Qué espera? ¿Que abandonemos a los demás clientes y sacrifiquemos el interés de todo el país para prestarle nuestros trenes?
-No, no espera nada. Se limita a hacer contratos con Phoenix-Durango.
-Lo considero un rufián destructivo y carente de escrúpulos, un oportunista irresponsable a quien se ha alabado exageradamente. -Resultaba asombroso percibir una traza de súbita emoción en la voz sin vida de James Taggart- No estoy tan seguro de que sus pozos petrolíferos constituyan un triunfo tan beneficioso como se supone. A mi modo de ver, ha dislocado la economía de todo el país. Nadie esperaba que Colorado se convirtiera en un Estado industrial. ¿Cómo podemos estar seguros, ni planificar algo, si todo cambia minuto a minuto?
-¡Cielos! ¡Por Dios, Jim! ¡Ese hombre es...!
-Sí, ya sé. Gana mucho dinero. Pero creo que ese no es el parámetro por el que se mide el valor de un hombre en la sociedad. Y en cuanto a su petróleo, Wyatt se arrastraría ante nosotros y tendría que esperar su turno, sin ninguna pretensión de exceder el cupo normal de transporte... si no fuera por la Phoenix-Durango. No podemos evitar lo que pasa si tenemos que enfrentar una competencia demoledora de esta naturaleza. Nadie puede culparnos de nada.
Eddie Willers pensó que la opresión que sentía en el pecho y la sien era resultado del esfuerzo que estaba realizando; había decidido dejar aquello bien sentado, y el asunto era tan claro, pensaba, que nada podía impedir que Taggart lo entendiera, a no ser su fracaso en presentarlo debidamente. Lo había intentado con todas sus fuerzas pero no conseguía su propósito. Igual que en ocasiones anteriores, dijesen lo que dijesen, los 2 nunca parecían hablar del mismo tema.
-Jim, ¿qué dices? ¿Qué importancia tiene que nadie nos recrimine nada, si el ferrocarril se desmorona?
James Taggart sonrió. Era una sonrisa fina, divertida y fría.
-Eres conmovedor, Eddie. Es conmovedora tu devoción por Taggart Transcontinental, pero si no tienes cuidado, vas a acabar convirtiéndote en una especie de siervo feudal.
-Eso es lo que soy, Jim.
-¿Crees que tu tarea consiste en discutir estos asuntos conmigo?
-No, desde luego que no.

-Entonces, ¿por qué no entiendes de una vez por todas que tenemos oficinas para cada una de estas cuestiones? ¿Por qué no informas de ello a la persona adecuada? ¿Por qué no vas a llorar sobre el hombro de mi querida hermana?
-Escucha, Jim. Sé muy bien que no tengo por qué venir a hablarte directamente, pero no puedo comprender lo que sucede. No sé qué te dirán tus asesores, ni por qué no pueden hacerte comprender esto, por eso lo estoy intentando yo.
-Aprecio mucho una amistad que se remonta a los tiempos de nuestra infancia, Eddie, pero ¿crees que ello te autoriza a entrar aquí sin anunciarte, siempre que lo desees? Considerando tu cargo aquí, ¿no deberías tener en cuenta que soy el presidente de Taggart Transcontinental?
Era perder el tiempo. Eddie Willers lo miró como siempre, sin ofenderse, simplemente perplejo, y preguntó: -Entonces, ¿no vas a hacer nada para modificar la línea Río Norte?
-No he dicho eso, no he dicho eso para nada. -Taggart miraba en el mapa el trazo rojo que se extendía al sur de El Paso- Tan pronto como empiecen a funcionar las minas San Sebastián y nuestro ramal mexicano dé beneficios...
-¡No hablemos de eso, Jim!
Taggart se sorprendió por el fenómeno sin precedentes que representaba la expresión furiosa de Eddie al pronunciar tales palabras. -¿A qué viene semejante actitud?
-Lo sabes muy bien. Tu hermana dijo...
-¡Al diablo mi hermana! -exclamó James Taggart.

Eddie Willers no se movió ni contestó, sino que permaneció con la vista hacia adelante, sin mirar a James ni nada de lo que había en el despacho.
Transcurrido un momento, saludó con una inclinación y abandonó la oficina.
En la antesala, los empleados del equipo de James Taggart estaban apagando las luces, listos para irse, pero Pop Harper, el jefe de personal, seguía sentado, manipulando las piezas de una máquina de escribir destartalada. En la compañía, todo el mundo pensaba que Pop Harper había nacido en aquel rincón, en aquel escritorio, y que nunca había intentado salir de allí. Ya desempeñaba ese cargo en los tiempos del padre de James Taggart.
Pop Harper miró a Eddie Willers cuando éste salía del despacho del presidente. Su mirada, comprensiva y prolongada, parecía decir que estaba seguro de que la visita de Eddie a aquella zona significaba problemas en la línea; sabía que nada había conseguido con esa reunión, cosa que, por otra parte, no le importaba. Era el mismo cínico desinterés que Eddie Willers había observado en las pupilas del vagabundo que lo abordara en aquella esquina.
-Oye, Eddie, ¿sabes dónde podría comprar camisetas de lana? -preguntó- He buscado en toda la ciudad y no las encuentro por ningún lado.
-No lo sé -respondió Eddie deteniéndose- ¿Por qué me lo preguntas?
-Se lo pregunto a todo el mundo; quizás alguien lo sepa. -Eddie miró intranquilo aquella cara inexpresiva, flaca, coronada de pelo blanco- Hace frío aquí -dijo Harper- Y en cuanto llegue el invierno, será peor aún.
-¿Qué estás haciendo? -le preguntó Eddie señalando las piezas de la máquina.
-¡Esta maldita se ha vuelto a romper! No tiene sentido mandarla a arreglar. La última vez tardaron 3 meses. Pensé que podía repararla yo mismo, pero no durará

mucho. -Dejó caer el puño sobre las teclas- ¡Podrían venderte como chatarra! Tus días están contados.
Eddie se estremeció. Era la frase que tanto se había esforzado en recordar: "Tus días están contados". Pero no le era posible saber ya el motivo de su búsqueda.
-De nada sirve, Eddie -dijo Pop Harper.
-¿De nada sirve qué?
-Nada. Todo.
-¿Qué te ocurre, Pop?
-No pienso solicitar una nueva máquina de escribir. Ahora las hacen de hojalata. En cuanto las viejas desaparezcan, será el final de la escritura a máquina. Esta mañana ocurrió un accidente en el metro; fallaron los frenos. Deberías irte a casa, Eddie, poner la radio y escuchar una buena orquesta. Olvídate de todo, muchacho. El problema contigo es que nunca has tenido un hobby. Alguien ha vuelto a robar las lámparas de la escalera del edificio donde vivo. Me duele el pecho. Esta mañana no pude comprar jarabe contra la tos porque la farmacia de la esquina cerró la semana pasada. El ferrocarril Texas-Western quebró el mes pasado. Y desde ayer no se puede circular por el puente de Queensborough, porque están haciendo reparaciones. Bien ¿qué importa? ¿Quién es John Galt?

* * *

Estaba sentada junto a la ventanilla del vagón, con la cabeza echada hacia atrás y un pie colocado sobre el asiento desocupado de enfrente. El marco de la ventanilla se sacudía con la velocidad de la marcha. El cristal parecía colgado sobre una oscuridad totalmente vacía, cruzada de vez en cuando por reflejos que dejaban rastros luminosos.
Su pierna, torneada bajo la brillante presión de la media, formaba una larga y sinuosa línea, y terminaba en un arqueado empeine, al que seguía la punta de un pie calzado con zapato de tacón alto. Tenía una elegancia femenina, quizá algo fuera de lugar en aquel polvoriento vagón, y extrañamente incongruente con el resto de su persona. Llevaba un abrigo de piel de camello algo desgastado que debió ser caro, y en el que envolvía descuidadamente su cuerpo esbelto y nervioso. El cuello del abrigo estaba levantado hasta el ala de su sombrero y un mechón de pelo castaño caía hacia atrás casi tocando la línea de sus hombros. En su rostro anguloso, se destacaba la forma de una boca claramente definida, una boca sensual que mantenía cerrada con inflexible precisión. Tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo y su postura era tensa, como si no soportara la inacción: una actitud muy poco femenina, como si no estuviese consciente de su propio cuerpo, y de que era un cuerpo de mujer.
Escuchaba la música, una sinfonía triunfal. Las notas fluían ascendiendo, hablaban de elevación y eran la elevación misma, eran la esencia y la forma de un movimiento ascendente que parecía ser la representación de todo acto y pensamiento humano que tuviera al ascenso como motivo. Era una explosión de luminosa sonoridad que surgía de su encierro para desparramarse por doquier. Poseía al mismo tiempo la autonomía de la liberación y la tensión del propósito. Barría el espacio, limpiándolo, sin dejar tras de sí más que la alegría de un logro sin impedimentos. Tan sólo un débil eco en medio de los sonidos hablaba de

aquello de lo cual la música había escapado; pero expresado con un risueño asombro ante el descubrimiento de que no existían fealdad ni dolor y que nunca los había habido. Era el canto de una inmensa liberación.
Pensó: "Por un instante y mientras esto dure, es lícito rendirse por completo... olvidarlo todo; limitarse a sentir. Vamos, abandona los controles, eso es".

En alguna parte en el borde de su mente, por debajo de la música, percibía el sonido de las ruedas del tren, que golpeaban a ritmo regular, acentuando el cuarto compás, como si ese énfasis tuviera un propósito bien definido. El ruido de las ruedas la relajaba. Escuchó la sinfonía, y pensó: "Por esto las ruedas tienen que seguir marchando, y es lo que están haciendo".
Nunca antes había oído esa sinfonía, pero supo que era de Richard Halley. Reconoció su fuerza, su magnífica intensidad y su estilo; era una melodía compleja y clara, como las que ya nadie escribía en esos tiempos. Contempló el techo del vagón, pero sin verlo; había olvidado dónde estaba. No sabía si era una orquesta sinfónica, o nada más que la melodía; quizá la armonía sonaba sólo en su propia mente.
Se dijo que en ese tema estaban localizados los ecos premonitorios de toda la obra de Richard Halley, de todos los años de su larga lucha, hasta el día en que, promediando la madurez, la fama se había abatido sobre él súbitamente y lo había desmoronado. Este, pensaba oyendo la sinfonía, había sido el objetivo de su esfuerzo.
Recordó intentos sugeridos a medias en su obra, frases prometedoras, fragmentos rotos de melodías que se iniciaban, pero sin alcanzar nunca el final... Se incorporó en el asiento. ¿Cuándo habría escrito esto Richard Halley?
Sólo entonces tomo conciencia de dónde se hallaba y por vez 1° se preguntó de dónde provendría la música.
A unos pasos de distancia, al final del vagón, el guardafrenos estaba ajustando los mandos del aire acondicionado. Era rubio, joven y silbaba el tema de la sinfonía. Dagny comprendió que lo había estado silbando desde hacía un rato, y que eso era lo que había escuchado.
Lo miró, incrédula, antes de levantar la voz para preguntarle: -Perdón, ¿podría decirme qué está silbando?
El joven se volvió hacia ella y la miró de frente, con abierta y afable sonrisa, como la de quien comparte una confidencia con algún amigo. Le gustó aquel rostro. Sus líneas eran compactas y firmes, no tenía ese aspecto fláccido de quien elude la responsabilidad de su compromiso con las formas, defecto que se había acostumbrado a observar en las caras de tantas personas.
-Es el Concierto de Halley -respondió sonriente.
-¿Cuál de ellos?
-El quinto.
Dejó pasar un momento antes de decirle lenta y cuidadosamente: -Richard Halley sólo escribió 4 conciertos.
La sonrisa del joven se esfumó. Era como si hubiese vuelto a la realidad súbitamente, del mismo modo que le había ocurrido a ella unos minutos antes; como si una puerta se hubiera cerrado de golpe, y no quedó más que un rostro sin expresión, impersonal, indiferente y vacío.

-Sí, desde luego -contestó- Me equivoqué, fue un error.
-Entonces; ¿qué era eso?
-Algo que oí en alguna parte.
-Sí... pero, ¿qué?
-No lo sé.
-¿Dónde lo oyó?
-No lo recuerdo.
Hizo una pausa, sin saber qué decir. El muchacho se alejaba, sin mayor interés.
-Sonaba como un tema de Halley -indicó- Pero conozco cada una de las notas escritas por él y sé que no compuso esa obra.
El rostro del operario seguía inexpresivo, tan sólo se pintó en él una traza de atención en el momento de volverse y preguntar: -¿Le gusta la música de Richard Halley?
-Sí -contestó ella- Mucho.
La miró un instante, como si vacilara, pero luego se volvió definitivamente. La joven observó la experta agilidad de sus movimientos, conforme el joven continuaba trabajando en silencio.
Ella llevaba 2 noches sin dormir, pero no podía permitirse hacerlo. Tenía demasiados problemas que solucionar y muy poco tiempo; el tren llegaría a Nueva York a 1° hora de la mañana. Necesitaba ese tiempo, y deseaba que el tren fuera más rápido, a pesar de que el Taggart Comet era el más veloz del país.
Intentó pensar, pero la música seguía sonando en su mente y continuó oyéndola a toda orquesta, como los pasos implacables de algo que no podía ser detenido... Sacudió la cabeza enojada, se quitó el sombrero y encendió un cigarrillo.
"No voy a dormir" -pensó- "Puedo aguantar hasta mañana..."
Las ruedas del tren marcaban su ritmo. Estaba tan acostumbrada a esa cadencia, que no la oía en forma consciente, aunque le producía una cierta paz interior... Apenas apagó el cigarrillo, comprendió que necesitaba otro, pero se dijo que era mejor tomarse un minuto, o quizá varios, antes de encenderlo...
Se había dormido y despertó sobresaltada. Comprendió que algo no andaba bien antes de saber qué era: las ruedas se habían detenido. El vagón permanecía mudo y oscuro, bajo la claridad azul de las lámparas nocturnas. Miró su reloj: no existía ninguna razón para aquella parada. Miró también por la ventanilla; el tren estaba en medio de un campo desierto.
Oyó que alguien se movía en un asiento al otro lado del pasillo y preguntó: -¿Cuánto tiempo hemos estado detenidos?
Una voz de hombre contestó con indiferencia: -Cerca de una hora.
La miró soñoliento, y se sobresaltó cuando ella se puso de pie repentinamente y echó a correr hacia la puerta.
Afuera soplaba un viento helado; podía verse una franja de tierra vacía bajo un cielo también vacío. Oyó un susurro de malezas que se movían en la oscuridad. Adelante, distinguió varias figuras de hombres junto a la máquina, y sobre ellos, notable y como colgada del cielo, la luz roja de una señal.
Se dirigió allí con rapidez, recorriendo la inmóvil línea de ruedas, pero nadie le prestó atención cuando se acercó. Los maquinistas y unos cuantos pasajeros formaban un apretado grupo bajo la luz roja. Habían dejado de hablar y parecían esperar algo con plácida despreocupación.

-¿Qué ocurre? -preguntó.
El maquinista se volvió sorprendido. Su pregunta había sonado como una orden, más que como la inquietud de un pasajero curioso. La joven permanecía con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo levantado, mientras el viento lanzaba mechones de pelo sobre su rostro.
-Tenemos luz roja, Srta. -contestó el aludido, señalando con el pulgar.
-¿Cuánto lleva encendida?
-Una hora.
-No estamos en la vía principal, ¿verdad?
-No.
-¿Por qué?
-No lo sé.
El guarda intervino:
-No me parece bien haber tomado por una línea secundaria: ese desvío no estaba funcionando bien, y esta cosa tampoco lo está -dijo señalando con la cabeza la luz roja- No pienso que la señal vaya a cambiar. Creo que está averiada.
-Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?
-Esperando que cambie.
Mientras la joven hacía una pausa de sorprendido enojo, el fogonero rió por lo bajo.
-La semana pasada, el super-especial de Atlantic Southern fue desviado por un tramo secundario hacia su izquierda, y se quedó 2 hs. allí, simplemente por el error de alguien.
-Pero éste es el Taggart Comet -indicó la joven- Y el Comet nunca ha llegado tarde.
-Es el único que no lo ha hecho aún -le respondió el maquinista.
-Siempre existe una 1° vez para todo -indicó el fogonero.
-Usted no entiende de trenes, Srta. -intervino un pasajero- No hay en todo el país un sistema de señales o un despachador que sirva para algo.
Ella no se volvió hacia aquel hombre ni dio señales de haberlo advertido, sino que se dirigió al maquinista.
-Si sabe que la señal está rota, ¿qué piensa hacer?
A él no le gustó su tono de autoridad ni pudo comprender por qué ella lo adoptaba con tanta naturalidad. Tenía el aspecto de una muchachita; tan sólo su boca y sus ojos mostraban que ya había cumplido los 30 años. Sus pupilas gris oscuro miraban de manera directa y turbadora, como si perforasen las cosas, descartando lo insustancial. El rostro le pareció ligeramente familiar, pero no pudo recordar dónde lo había visto.
-Srta. -dijo-, no quiero jugármela.
-El quiere decir -agregó el fogonero- que nuestra tarea se limita a esperar órdenes.
-Su tarea consiste en hacer funcionar este tren.
-No cuando tenemos luz roja. Si la luz ordena parar, nosotros paramos.
-La luz roja significa peligro, Srta. -explicó el pasajero.
-No queremos correr riesgos -repitió el maquinista- Quien quiera que sea el responsable, nos castigarán si pasamos de aquí. Así que no nos moveremos hasta que alguien nos lo ordene.
-¿Y si nadie ordena nada?

-Tarde o temprano recibiremos instrucciones.
-¿Cuánto tiempo piensan esperar?
-¿Quién es John Galt? -preguntó el maquinista encogiéndose de hombros.
-Quiere decir -terció el fogonero- que no haga preguntas que nadie puede responder.
Ella miró la luz roja y los rieles, que se perdían en la negra e implacable distancia.
-Continúen con precaución hasta la señal siguiente. Si ésta funciona, sigan hasta la línea principal. Una vez en ella, deténganse en la 1° estación cuya oficina esté abierta.
-¡Ah, sí! ¿Y quién lo dice?
-Yo.
-¿Quién es usted?
La joven hizo una brevísima pausa, sorprendida por aquella pregunta inesperada, pero el maquinista se acercó a mirarla con más atención y en el momento en que ella iba a contestar, murmuró asombrado: -¡Cielos!
Ella contestó sin agresión, simplemente como quien no escucha con frecuencia una pregunta así: -¡Dagny Taggart!
-Bueno, que me... -empezó el fogonero.
Los demás guardaron silencio.
Con el mismo tono de natural autoridad, la joven continuó: -Sigan hasta la vía principal y detengan el tren en la 1° oficina que esté abierta.
-Sí, Srta. Taggart.
-Tienen que recuperar el tiempo perdido. Cuentan con el resto de la noche para hacerlo. Hagan que el Comet llegue a horario.
-Correcto, Srta. Taggart.
Cuando ella se volvía, el maquinista le preguntó: -Si hay algún problema, ¿se hará usted responsable?
-Sí.
El jefe del tren la siguió cuando regresaba a su vagón.

-Pero, ¿un asiento en clase corriente, Srta. Taggart? -preguntó muy sorprendido-. ¿Cómo es posible? ¿Por qué no nos hizo saber su presencia?
Ella sonrió espontáneamente.
-No tenía tiempo para formalidades. Mi coche fue enganchado al N° 22 a la salida de Chicago, pero bajé en Cleveland porque iba atrasado. Así es que lo dejé pasar y cuando llegó el Comet lo tomé. En él no había disponible ningún coche dormitorio.
El jefe de tren sacudió la cabeza.
-Su hermano no habría viajado en clase económica.
-No, seguro que no -admitió ella, riendo.
En el grupo de hombres reunidos junto a la máquina se encontraba el joven encargado de los frenos. La señaló y preguntó: -¿Quién es?
-Es directiva de Taggart Transcontinental -respondió el maquinista; el respeto que expresaba su tono era sincero- Vicepresidenta de Operaciones.
Cuando el tren arrancó con un tirón y su penetrante silbido se esparció sobre los campos, Dagny, sentada junto a la ventanilla, encendió otro cigarrillo. Pensaba: "Todo se está haciendo pedazos en el país. Puedes esperarlo en cualquier

momento, en cualquier lugar". Pero no experimentaba enojo ni ansiedad; no tenía tiempo para sentir.
Era un problema más para resolver junto a los ya existentes. Sabía que el superintendente de la división de Ohio no era el hombre adecuado para ese puesto, pero era amigo de James Taggart. Un mes atrás no había exigido que lo despidieran sólo porque no había otro mejor para sustituirlo. ¡Resultaba tan difícil encontrar la gente adecuada! Pero ahora se dijo que era preciso librarse de él y ofrecer el puesto a Owen Kellogg, el joven ingeniero que tan brillante tarea estaba desempeñando como ayudante del director en la estación terminal de Nueva York. De hecho, era quien la dirigía. Llevaba algún tiempo vigilando su trabajo; siempre estaba atenta a descubrir chispazos de talento, del mismo modo que un buscador de diamantes explora terrenos poco promisorios. Kellogg era aún demasiado joven para ser nombrado director de una división, por eso se había propuesto darle otro año de margen, pero no podía esperar. En cuanto regresara, hablaría con él.
La franja de terreno, apenas visible por la ventanilla, ahora se desplazaba a mayor velocidad, y se fundía en un gris continuo. Por entre las secas especulaciones que ocupaban su mente se abrió paso un sentimiento: el intenso y estimulante placer de la acción.

* * *

Dagny Taggart se irguió en el asiento con el 1° silbido provocado por la corriente de aire cuando el Comet ingresó en el túnel de la estación terminal bajo la ciudad de Nueva York. Siempre sentía lo mismo cuando el tren se metía bajo tierra, una mezcla de entusiasmo, esperanza y secreta excitación: era como si la existencia normal fuese una fotografía de cosas amorfas en colores mal impresos y éste, en cambio, un dibujo realizado con unos cuantos trazos puntuales, firmes, bien definidos, que hacían que las cosas parecieran puras, importantes y valiosas.
Miró a un lado y otro del túnel: desnudas paredes de cemento, una red de cañerías y de cables, una madeja de rieles que se metían por negros agujeros en los cuales luces verdes y rojas colgaban como distantes gotas de color. No había nada más. Nada que distrajera la atención, lo que permitía admirar plenamente el propósito puro y sin doblez de quien lo había concebido. Pensó en el edificio Taggart que, se levantaba sobre su cabeza apuntando hacia el cielo y se dijo: "Estas son las raíces del edificio; raíces huecas, que retorciéndose bajo el suelo alimentan la ciudad".
Cuando el tren se detuvo, cuando bajó y sintió el cemento de la plataforma bajo sus tacones, se sintió ligera, animada y dispuesta para la acción. Empezó a acelerar la marcha, como si la viveza de sus pasos fuera una representación de sus sentimientos. Transcurrieron unos segundos antes de que se diera cuenta de que estaba silbando una melodía: el Concierto N° 5 de Halley.
Percibió que alguien la miraba y se dio vuelta. El joven guardafrenos estaba de pie, observándola fijamente.

* * *

Se sentó sobre el brazo del enorme sillón, frente al escritorio de James Taggart. Debajo de su abrigo desabrochado se veía el vestido arrugado por el viaje. Al otro lado de la habitación, Eddie Willers tomaba algunas notas. Era ayudante especial de la vicepresidenta de Operaciones y su tarea consistía en evitar a Dagny Taggart cualquier pérdida de tiempo. Ella le había pedido que estuviera siempre presente en reuniones de esta naturaleza, así no tenía que explicarle después lo ocurrido en ellas. James Taggart estaba sentado a su escritorio, con la cabeza hundida entre los hombros.

-La línea Río Norte es un montón de chatarra -empezó ella- Mucho peor de lo que había imaginado. Pero vamos a salvarla.

-Por supuesto -dijo James Taggart.

-Algunos rieles todavía sirven, pero no por demasiado tiempo, y no son muchos. Comenzaremos poniendo rieles nuevos en los tramos montañosos, empezando por Colorado. Llegarán en un plazo de 2 meses.

-Ah, Orren Boyle dijo que...

-Le pedí los rieles a Rearden Steel.

Eddie Willers hizo un leve gesto con la voz estrangulada por el deseo contenido de festejar.

James Taggart no contestó en seguida, y finalmente dijo en forma petulante:

-Dagny, ¿por qué no te sientas correctamente? Nadie tiene reuniones de negocios con semejante actitud.

-Pues yo sí.

Esperó, y él le preguntó de nuevo, eludiendo su mirada: -¿Dices que tú has pedido esos rieles a Rearden?

-Ayer por la noche. Telefoneé desde Cleveland.

-El directorio no lo ha autorizado. Yo tampoco. No me consultaste. Ella estiró el brazo, tomó el auricular de un teléfono sobre el escritorio y se lo entregó.

-Llama a Rearden y cancela el pedido -dijo.

James Taggart se echó hacia atrás en su sillón.

-No he dicho tal cosa -respondió irritado- No he dicho tal cosa en absoluto.

-Entonces, ¿se queda así?

-Tampoco dije eso.

Ella se volvió.

-Eddie, ordena que preparen el contrato con Rearden Steel. Jim lo firmará. -Sacó del bolsillo una arrugada hoja de papel y se la alcanzó a Eddie- Estos son los números y las condiciones.

-Pero el directorio no ha... -empezó Taggart.

-El directorio no tiene nada que ver con esto. Te autorizaron a comprar los rieles hace 13 meses. Dónde los compras, es cosa tuya.

-No creo adecuado tomar una decisión así, sin antes dar al directorio una oportunidad para expresar su opinión. Tampoco veo por qué he de aceptar semejante responsabilidad.

-La acepto yo.

-¿Y qué hay de los gastos que...?

-Rearden pide menos que la Associated Steel de Orren Boyle.

-Bien, pero ¿qué hacemos con Orren Boyle?

-He cancelado el contrato. Tenemos derecho a cancelarlo desde hace 6 meses.

-¿Cuándo has hecho eso?
-Ayer.
-No me ha llamado para que le confirmara esa medida.
-Ni lo hará.
Taggart tenía la mirada clavada en su escritorio. Dagny se preguntó por qué él lamentaba la necesidad de negociar con Rearden y por qué ese resentimiento lo hacía adoptar un tono tan evasivo y extraño. Rearden Steel había sido la principal proveedora de Taggart Transcontinental durante 10 años, desde que encendieran el 1° horno en los tiempos en que su padre era presidente de la empresa ferroviaria. Durante esos 10 años, la mayoría de sus rieles provenían de Rearden Steel. No existían en el país muchas fundiciones que entregaran el material a tiempo y en las condiciones pautadas. Pero Rearden Steel sabía cumplir sus compromisos. Si estuviese loca, pensó Dagny, debería concluir que su hermano aborrecía tener tratos con Rearden, porque éste realizaba su tarea con superlativa eficacia. Pero no quiso pensarlo así, porque a su modo de ver ese sentimiento no estaba dentro de los límites de lo humanamente posible.
-No es justo -sentenció James Taggart.
-¿Qué cosa?
-Que siempre hagamos nuestros pedidos a Rearden. Me parece que deberíamos darle una oportunidad también a otros. Rearden no nos necesita, es una compañía importante. Hay que ayudar a las pequeñas empresas para que se desarrollen; de lo contrario, simplemente estaríamos fomentando un monopolio.
-No digas tonterías, Jim.
-¿Por qué debemos comprarle todo a Rearden?
-Porque es la única manera de conseguir lo que necesitamos.
-No me gusta Henry Rearden.
-A mí, sí. Pero de todos modos, ¿qué importa que nos guste o no? Necesitamos rieles y él es el único que puede proporcionárnoslos.
-El elemento humano es muy importante, y tú no pareces prestarle la menor atención.
-Estamos hablando de salvar un ferrocarril, Jim.
-Sí. ¡Claro! ¡Claro! Pero insisto en que no tienes en cuenta el elemento humano.
-No. No lo tengo.
-Si pasamos a Rearden un pedido tan importante de rieles de acero...
-No serán de acero, sino de metal Rearden.
Siempre había evitado toda reacción personal, pero se vio obligada a quebrantar dicha regla al ver la expresión del rostro de Taggart: echó a reír.
El metal Rearden era una nueva aleación, obtenida por Rearden tras 10 años de experimentos, e introducida recientemente en el mercado. Todavía Rearden no había recibido pedidos, ni encontrado compradores.
Taggart no pudo comprender el cambio de la risa al tono súbitamente adoptado por Dagny, cuya voz sonaba ahora dura y fría.
-Basta, Jim. Sé lo que vas a decir, palabra por palabra: que nadie lo ha utilizado hasta ahora, que nadie aprobó ese metal, que nadie está interesado en él, que nadie lo quiere. Pues bien, aun así, nuestros rieles van a estar fabricados con metal Rearden.

-Pero... -empezó Taggart- Pero... pero... ¡Nadie lo ha utilizado aún!
El observó, con satisfacción, que la ira había silenciado a Dagny. A James le gustaba observar las emociones; eran como linternas rojas que develaban la desconocida y oscura personalidad del otro, y señalaban sus puntos vulnerables. Pero que alguien se emocionara al hablar de una aleación metálica y lo que tal emoción indicaba le resultó incomprensible, cosa que le impidió hacer uso de su descubrimiento acerca de los sentimientos de Dagny.
-Las más altas autoridades metalúrgicas -dijo- parecen bastante escépticas acerca de ese metal Rearden.
-¡Basta, Jim!
-Bueno, ¿en la opinión de quién te estás basando?
-Yo no pido opiniones.
-¿Cómo te guías?
-Por el juicio.
-¿El juicio de quién?
-El mío.
-¿A quién has consultado acerca de todo esto?
-A nadie.
-Entonces ¿qué diablos sabes de ese metal Rearden?
-Que es lo mejor que ha salido hasta ahora al mercado.
-¿Por qué?
-Por ser más resistente y barato que el acero, y de mayor duración que cualquier otro metal existente.
-¿Quién lo dijo?
-Jim, estudié ingeniería, y cuando veo las cosas, realmente las entiendo.
-¿Y qué has visto de ese metal?
-La fórmula de Rearden y los ensayos que me mostró.
-Si fuera bueno, alguien lo utilizaría, cosa que no ocurre. -Al ver su enfurecida reacción, continuó nervioso- ¿Cómo puedes saber que es bueno? ¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Cómo te atreves a decidir?
-Alguien debe decidir, Jim. ¿Quién?
-Bueno, no sé por qué tenemos que ser los 1°. De veras no lo comprendo.
-¿Quieres o no quieres salvar la línea Río Norte?
El no contestó.
-Si las condiciones lo permitieran, levantaría cada pedazo de riel de toda la red y lo reemplazaría por metal Rearden, porque hay que cambiar todos los rieles que durarán mucho. Pero no podemos hacerlo. Ahora bien, tenemos que salir de este pozo. ¿Quieres que lo intentemos, o no?
-Seguimos siendo la mejor red ferroviaria del país. Los demás lo pasan mucho peor.
-¿Prefieres que sigamos en el pozo?
-¡Yo no he dicho tal cosa! ¿Por qué siempre simplificas todo al extremo? Y si estás preocupada por el dinero, no entiendo por qué quieres gastarlo en la línea Río Norte, cuando la Phoenix-Durango nos ha robado todos nuestros negocios allí. ¿Para qué invertir capital si carecemos de protección contra un competidor que destruirá todas nuestras inversiones?

-Porque si bien la Phoenix-Durango es una excelente compañía, yo intento que la línea Río Norte sea todavía mejor. Porque voy a derrotar a la Phoenix-Durango, si es necesario... Sólo que no será necesario, porque hay mercado para 2 o 3 ferrocarriles prósperos en Colorado. Y porque hipotecaría todo el sistema, a fin de construir un ramal hacia cualquier distrito cercano a Ellis Wyatt.
-Estoy harto de oír hablar de Ellis Wyatt.
A James Taggart no le gustó la forma en que sus ojos se movieron para mirarlo, y permaneció un momento inmóvil.
-No veo ninguna necesidad para una acción inmediata -expresó por fin, con aire ofendido- ¿Quieres decirme qué consideras tan alarmante en la presente situación de Taggart Transcontinental?
-Las consecuencias de tus políticas, Jim.
-¿Qué políticas?
-Estos 13 meses de experimentos con Associated Steel, por ejemplo, o tu catástrofe en México.
-El directorio aprobó el contrato con Associated Steel -contestó él, vivamente- Votó por el tendido de la línea de San Sebastián. Además, no veo por qué lo llamas catástrofe.
-Porque el gobierno mexicano va a nacionalizar tu línea de un momento a otro.
-¡Eso es mentira! -Sonó casi como un grito- ¡Son rumores carentes de sentido! Sé de muy buena fuente que...
-No demuestres que tienes miedo, Jim -dijo ella, desdeñosa. El no respondió- De nada sirve dejarse llevar por el pánico -continuó la joven- Todo cuanto podemos hacer es intentar amortiguar el golpe, que va a ser duro. 40 millones de dólares representan una pérdida de la que no nos recuperaremos fácilmente. Pero Taggart Transcontinental ha resistido crisis similares en el pasado, y yo me encargaré de que resista también ésta.
-Me niego a pensar... me niego absolutamente a considerar la posibilidad de que la línea San Sebastián vaya a ser nacionalizada.
-Bien. No lo consideres.
Guardó silencio, mientras él añadía, poniéndose a la defensiva:
-No comprendo tu empeño en beneficiar a Ellis Wyatt mientras, por otra parte, consideras erróneo participar en el desarrollo de un país pobre, carente de oportunidades.
-Ellis Wyatt no pide a nadie una oportunidad, y yo no estoy en el negocio de dar oportunidades. Dirijo un ferrocarril.
-Me parece que esa es una visión muy mezquina. No veo por qué debemos ayudar a un hombre en lugar de ayudar a una nación entera.
-No estoy interesada en ayudar a nadie. Quiero ganar dinero.
-Esa es una actitud muy poco práctica. La ambición egoísta de ganancias es cosa del pasado. Ha sido aceptado como regla general que en cualquier negocio que se emprenda, los intereses de la sociedad siempre deben ser antepuestos a los personales...
-¿Cuánto tiempo vas a seguir hablando para evadir el asunto que estamos discutiendo, Jim?
-¿A qué asunto te refieres?
-Al pedido de metal Rearden.

El no contestó. Permaneció sentado, estudiándola en silencio. El cuerpo esbelto de Dagny Taggart, a punto de ceder al cansancio, se mantenía erguido, con los hombros firmes gracias a un consciente esfuerzo de su voluntad. A poca gente le gustaba su cara, era demasiado fría y su mirada, excesivamente severa; nada podía conferirle el encanto que da un poco de suavidad. Sus hermosas piernas, que descendían desde el brazo del sillón, estaban en el centro visual de Jim y le molestaban, lo distraían de sus cálculos.
El silencio de la mujer lo obligó por fin a preguntar: -¿Decidiste hacer el pedido así, de improviso, y por teléfono?
-Lo decidí hace 6 meses. Sólo esperaba que Hank Rearden estuviera dispuesto a empezar la producción.
-No lo llames Hank Rearden. Eso es vulgar.
-Así lo llama todo el mundo. No cambies de tema.
-¿Por qué tuviste que llamarlo anoche?
-Porque no pude ubicarlo antes.
-¿Por qué no esperaste a regresar a Nueva York y...?
-Porque he visto la línea Río Norte.
-Bueno, necesitamos tiempo para pensarlo, para presentar este asunto al directorio, para consultar a los mejores...
-No hay tiempo.
-No me has dado siquiera la oportunidad de formarme una opinión.
-Me importa un comino tu opinión. No pienso discutir contigo, ni con tu directorio, ni con tus profesores. Debes decidirte y lo harás ahora mismo. Di simplemente sí o no.
-Es un modo descabellado, violento y arbitrario de...
-¿Sí o no?
-Lo malo de ti es que todo lo conviertes en un "sí" o un "no". Las cosas no son absolutas. Nada es absoluto.
-Los rieles, sí. Y también el hecho de que los consigamos o no -Ella esperó, pero él callaba- Bueno, ¿qué decides? -insistió.
-¿Aceptas la responsabilidad de todo?
-Sí.
-Pues, entonces, adelante -dijo Jim. Y añadió: -Pero es a tu propio riesgo. No cancelaré ese contrato, pero no me comprometo con respecto a lo que diré al directorio.
-Puedes decir lo que quieras.
Se levantó, dispuesta a retirarse. El se inclinó por encima de la mesa, reacio a dar por terminada la entrevista de una manera tan tajante.
-Entenderás, supongo, que será necesaria una larga gestión para conseguir la aprobación -dijo; las palabras sonaron casi esperanzadas- No es tan simple.
-Desde luego -asintió Dagny- Te mandaré un informe detallado, que Eddie preparará y que tú no leerás. Eddie te ayudará a poner las cosas en marcha. Esta noche me voy a Filadelfia, para ver a Rearden. El y yo tenemos mucho trabajo que hacer -agregó- Pero la cosa es tan simple como eso, Jim.
Se volvió para retirarse, pero él habló de nuevo y lo que dijo sonó absolutamente improcedente.
-Todo te sale bien porque tienes suerte. Otros no podrían hacerlo.

-¿Hacer qué?
-Hay seres humanos, dotados de sensibilidad, que no pueden dedicar su vida a los metales y las máquinas. Tú tienes suerte... porque careces de sentimientos, porque nunca experimentaste ninguna emoción.
Al mirarlo, sus ojos gris oscuro pasaron lentamente del asombro a la inmovilidad y luego tomaron una extraña expresión que habría parecido de cansancio, de no ser porque reflejaba algo situado más allá de la tensión del momento.
-No, Jim -concedió con calma- Supongo que nunca he sentido nada en absoluto.
Eddie Willers la siguió a su oficina. Cada vez que ella volvía, él tenía la sensación de que el mundo era más claro, sencillo y fácil de enfrentar, y se olvidaba de sus temores inexplicables. Era el único a quien parecía completamente natural que ella fuera vicepresidenta de Operaciones de una gran compañía ferroviaria, aun siendo mujer. Cuando tenía 10 años le había asegurado que alguna vez dirigiría la empresa. No se sorprendía ahora, como no se había asombrado aquel día en un claro del bosque.
Cuando entraron en el despacho de Dagny, y ella se sentó a su escritorio y echó una mirada a los informes que él había dejado allí, sintió como si el motor de su coche arrancara, y las ruedas empezaban a moverse.
Eddie Willers estaba a punto de salir de la oficina, cuando recordó algo.
-Owen Kellogg, de la terminal, me ha rogado que le gestione una entrevista contigo -le dijo.
Ella levantó la vista, asombrada.
-¡Qué casualidad! Pensaba mandarlo buscar. Dile que venga, quiero hablar con él. Pero antes -añadió súbitamente-, que me comuniquen con Ayers, de Ayers Music Publishing Company.
-¿Music Publishing Company? -repitió Eddie, incrédulo.
-Sí, quiero averiguar algo.
Cuando la voz de Ayers, cortésmente atenta, preguntó en qué podía ayudarla, ella repuso: -¿Podría decirme si Richard Halley ha escrito un nuevo concierto para piano, el 5°?
-¿Un 5° concierto, Srta. Taggart? No, no, por supuesto que no.
-¿Está seguro?
-Totalmente, Srta. Taggart. Hace 8 años que no compone nada.
-¿Vive aún?
-Sí, sí... aunque no podría asegurarlo en forma terminante, porque lleva mucho tiempo apartado de toda actividad pública... Pero si hubiera muerto creo que lo habríamos sabido.
-Si escribiera algo, ¿se enteraría usted?
-¡Claro! Seríamos los 1° en enterarnos. Hemos publicado todas sus obras. Pero ha dejado de componer.
-Bien, gracias.
Cuando Owen Kellogg entró en su despacho, lo miró satisfecha. Se alegraba de comprobar que su vago recuerdo de aquel hombre coincidía con la realidad; su cara tenía la misma calidad que la del joven guardafrenos del tren; era el rostro de alguien con quien ella podía entenderse.
-Siéntese, Sr. Kellogg -le dijo. Pero él permaneció de pie, frente al escritorio.

-Usted me pidió en cierta ocasión que le hiciera saber si decidía cambiar de empleo, Srta. Taggart -dijo- Bien, he venido a comunicarle que me voy.
Hubiera esperado cualquier cosa menos semejante noticia; tardó un momento en reponerse y después preguntó con calma: -¿Por qué?
-Por un motivo personal.
-¿Algo le molesta aquí?
-No.
-¿Ha recibido una oferta mejor?
-No.
-¿A qué ferroviaria piensa irse?
-No pienso irme a ninguna compañía ferroviaria, Srta. Taggart.
-¿Entonces, cuál será su trabajo?
-No lo he decidido aún.
Lo observó, ligeramente nerviosa. En su cara no había hostilidad; la miraba frontalmente y contestaba de manera directa y sencilla, como quien nada tiene que ocultar ni demostrar; su actitud era cortés y directa.
-Entonces, ¿por qué quiere irse?
-Se trata de un asunto personal.
-¿Está enfermo? ¿Es cuestión de salud?
-No.
-¿Se va de la ciudad?
-No.
-¿Ha recibido una herencia que le permite retirarse?
-No.
-¿Tendrá que seguir trabajando para ganarse la vida?
-Sí.
-¿Y no quiere continuar en Taggart Transcontinental?
-Así es.
-En ese caso, algo debe de haber sucedido que lo fuerce a semejante decisión. ¿Qué es?
-Nada, Srta. Taggart.
-Quisiera que me lo confiara. Tengo motivos para querer saberlo.
-¿Está dispuesta a creer en lo que digo, Srta. Taggart?
-Sí.
-Pues bien: nadie, ni ningún hecho relacionado con mi trabajo, ha influido en esta decisión.
-¿No tiene ninguna queja específica contra Taggart Transcontinental?
-Ninguna.
-Entonces, creo que debería reflexionarlo después de oír la oferta que pienso hacerle.
-Lo siento, Srta. Taggart. No puedo.
-¿Me permite explicarle lo que he pensado?
-Sí, si así lo desea.
-¿Me creerá si le aseguro que había decidido confiarle un nuevo puesto antes de que usted solicitara verme? Quiero que lo sepa.
-Siempre he creído cuanto usted me ha dicho, Srta. Taggart.
-Se trata del, cargo de director de la división de Ohio. Es suyo si lo desea.

Su cara no mostró reacción alguna, como si las palabras no tuvieran para él mayor significado que para un salvaje que nunca había oído hablar de trenes.
-No quiero ese puesto, Srta. Taggart -contestó.
Transcurrido un momento, ella dijo, tensa: -Hágame saber cuáles son sus condiciones, Kellogg. Ponga su precio. Quiero que se quede. Puedo igualar lo que le ofrece cualquier otra compañía.
-No pienso trabajar en ninguna otra compañía ferroviaria.
-Tenía entendido que le gustaba mucho su tarea.
Fue entonces cuando se produjo en él el 1° síntoma de emoción, tan sólo un ligero ensanchamiento de las pupilas y un extraño y tranquilo énfasis en la voz, al contestar: -Así es.
-Entonces, dígame lo que tengo que ofrecerle para que no nos deje.
Aquellas palabras habían sido evidentemente tan sinceras, que Kellogg la miró como si hubieran llegado hasta el fondo mismo de su ser.
-Quizás no actúo bien al decirle que me marcho, Srta. Taggart. Sé que me pidió que se lo comunicara con antelación si alguna vez lo decidía, para darle la posibilidad de hacerme una contraoferta. Al presentarme aquí supuso que estaba dispuesto a hacer un trato, pero no es así. Tan sólo vine porque... porque deseaba mantener mi palabra. -Aquel quiebre en su voz fue como un destello repentino, que reveló cuánto habían significado para él el interés y la oferta, y que su decisión no había sido fácil de tomar.

-Kellogg, ¿hay algo que yo le pueda ofrecer? -preguntó.
-Nada, Srta. Taggart. Nada en absoluto.
Se volvió para salir. Por 1° vez en su vida, Dagny se sintió sin argumentos y derrotada.
-¿Por qué? -preguntó sin dirigirse a nadie.
El se detuvo, se encogió de hombros y durante un instante su rostro se animó con la más extraña sonrisa que ella hubiera visto jamás; expresaba un regocijo secreto, pero a la vez descorazonamiento y una ilimitada amargura. Finalmente, dijo: -¿Quién es John Galt?

CAPÍTULO II - LA CADENA

Todo comenzó con unos leves destellos, hileras de luces brillantes y desperdigadas que brotaban de improviso en la oscuridad al paso del tren de la línea Taggart rumbo a Filadelfia. Parecían carecer de propósito en la desierta planicie, y sin embargo, eran tan potentes, que por fuerza debían tener alguna razón determinada. Los pasajeros las miraron indiferentes, sin curiosidad.
La figura de una estructura negra fue lo siguiente, apenas visible contra el cielo; después un gran edificio cercano a la vía, a oscuras con los reflejos de las luces del tren corriendo veloces sobre el sólido cristal de sus paredes.
Un tren de carga que pasó en sentido contrario se interpuso ante las ventanillas ocultando la visión en medio de una ráfaga de ruido. Por el hueco que dejaron los

vagones plataforma, los pasajeros pudieron distinguir lejanas siluetas, bajo la incandescencia rojiza del cielo; el resplandor fluía en espasmos irregulares, como si las estructuras respiraran.
Cuando el carguero desapareció, pudieron ver edificios angulosos envueltos en espirales de vapor. Los rayos de unas cuantas luces muy intensas trazaban franjas rectas que atravesaban las espirales. El vapor era tan rojo como el cielo.
Lo que surgió después no parecía un edificio, sino más bien un caparazón cuadrangular de vidrio que encerraba grúas, armazones y vigas, en un compacto y cegador reflejo naranja de llamas dispersas. Los pasajeros no podían captar la complejidad de aquello, semejante a una ciudad que se extendía a lo largo de kilómetros y en plena actividad, aunque sin la menor señal de presencia humana. Había torres que parecían rascacielos desfigurados, puentes colgando en el aire, repentinos tajos en los muros que por momentos parecían sangrar chorros de fuego, y también una línea de brillantes rodillos de metal al rojo vivo que se movían en la noche.
Más adelante se vio un edificio de oficinas, muy próximo a la vía, coronado por un inmenso anuncio que iluminó el interior de los vagones cuando pasaron ante él. En el cartel sólo se leían 2 palabras: "Rearden Steel".
Un pasajero, profesor de economía, comentó a su compañero: -¿Qué valor puede tener el individuo en medio de las titánicas realizaciones colectivas de nuestra era industrial?
Otro, que era periodista, expresó algo que más tarde utilizaría en un artículo:
-Hank Rearden es el tipo de hombre que pone su nombre a todo lo que toca. Resulta, pues, fácil, formarse una opinión acerca de su persona.
El tren aceleraba la marcha, hundiéndose en las tinieblas, cuando desde detrás de una larga estructura surgió un destello rojo disparado hacia el cielo. Los pasajeros no le prestaron atención: el fulgor de una carga de acero fundido no era cosa que mereciese su interés.
Sin embargo, aquel destello representaba el inicio del 1° pedido de metal Rearden que la empresa iba a atender.
El 1° chorro de metal líquido produjo sobre los obreros que estaban delante del orificio de salida el mismo efecto que el amanecer. La estrecha cinta derramada por el espacio tenía el color blanco y puro de la luz del sol. Negros torbellinos de vapor hirviente ascendían por el aire, teñidos de un rojo violáceo, y surtidores de chispas se disparaban en espasmos regulares, como surgiendo de arterias rotas.
El aire parecía despedazarse, reflejando una erupción que no estaba allí; manchones rojos se agitaban y estremecían en el espacio, como si no pudieran ser contenidos dentro de una estructura hecha por el hombre y quisieran consumir las columnas, las vigas, los puentes y las grúas situadas más arriba. Pero el metal líquido no tenía en sí un aspecto violento; era una larga y blanca curva, con la textura de la seda el brillo amistoso de una sonrisa. Fluía obedientemente por un canal de arcilla con 2 cantos quebradizos, y bajaba por un vacío de 7 m., hasta caer en una gran pileta de 200 tn. de capacidad. Un rastro de estrellas colgaba sobre el vapor que chisporroteaba con plácida suavidad, delicado como el encaje e inocente como los fuegos artificiales infantiles. Sólo de cerca podía notarse que la seda blanca hervía. Por momentos, una pequeña porción saltaba del canal, caía al suelo y, al enfriarse, estallaba en llamas.

200 tn. de un metal más duro que el acero corrían en estado líquido a una temperatura de 2.000 grados, con poder suficiente para aniquilar cada pared y a cada uno de los hombres que trabajaban junto al flujo. Pero cada centímetro del material, cada gramo de su presión y el contenido de cada una de sus moléculas estaban controlados gracias a la experiencia de 10 años de trabajo.

Agitándose en la oscuridad del cobertizo, el resplandor rojo azotaba el rostro de un hombre de pie en un rincón distante que, reclinado contra una columna, observaba todo. El resplandor trazó una línea frente a sus ojos, cuyo color y calidad sugerían un pálido hielo azul, y luego se posó en el negro enrejado de la columna metálica y en los mechones de un cabello rubio ceniciento; después iluminó el cinturón de la gabardina y los bolsillos donde tenía metidas las manos. El hombre era alto y huesudo; siempre los demás lo habían visto como demasiado alto. El rostro, de prominentes pómulos, parecía tallado y lo cruzaban delgadas líneas, no marcadas por la edad, porque siempre habían estado allí. Por esa razón, había parecido viejo a los 20 años y se veía joven ahora, a los 45. Desde que tenía memoria, le habían dicho que su cara era fea por su aspecto implacable, y cruel por su dureza. Su aspecto era inexpresivo mientras miraba el metal. Era Hank Rearden.

El líquido llegó hasta el borde de la pileta y luego la desbordó con soberbia exuberancia. Los brillantes riachuelos blancos adquirieron un tono castaño y, momentos después, se convirtieron en simples montículos negros que empezaron a desmoronarse. La escoria formaba gruesos rebordes oscuros, semejantes a la corteza de la tierra. Conforme se fue espesando, se abrieron unos cuantos cráteres con el líquido blanco hirviendo aún en su interior.

Un hombre llegó volando por el aire en la cabina de una grúa allá en lo alto. Hizo un leve movimiento para empujar una palanca, y unos ganchos de acero descendieron en el extremo de una cadena, aferraron las asas de la enorme batea, la levantaron suavemente como a un cubo de leche, y 200 tn. de metal recorrieron el aire hacia una hilera de moldes que esperaban ser llenados.

Hank Rearden entrecerró los ojos y se afirmó contra la columna. Notó cómo ésta se estremecía con las vibraciones de la grúa. El trabajo había concluido, pensó. Un obrero le sonrió con aire comprensivo, como cómplice de una celebración, sabiendo por qué aquel hombre alto y rubio tenía que estar allí presente, precisamente aquella noche. Rearden sonrió en respuesta y fue el único saludo que intercambió. Luego, una vez más con el rostro impasible, regresó a su despacho.

Era muy tarde cuando Hank Rearden salió del edificio para caminar hasta su casa. Era un trayecto de varios kilómetros, por un campo desierto, pero tenía ganas de andar, aunque sin un motivo consciente.

Llevaba una mano en el bolsillo, con la que oprimía un brazalete con forma de cadena, fabricado con metal Rearden. Movía los dedos, palpando su textura una y otra vez. Le había llevado 10 años fabricarlo, y era mucho tiempo.

La ruta flanqueada por árboles estaba oscura. Mirando hacia arriba, pudo distinguir algunas hojas a la luz de las estrellas; las hojas estaban retorcidas y secas, listas para desprenderse. En las casas desparramadas por el campo brillaba alguna lejana luz que contribuía a darle un aspecto aún más desierto al camino.

Nunca se sentía solitario, salvo cuando era feliz. Se volvió, de vez en cuando, para echar un vistazo al rojo resplandor que iluminaba el cielo sobre la fábrica. No pensaba en los 10 años transcurridos. Esa noche, sólo quedaba de ellos una huella a la que no le encontraba nombre, aunque podía calificarla de calma y solemne. Era el resultado de una suma, cuyos componentes no era preciso examinar, pero las partes no recordadas estaban allí, en el sentimiento. Eran las noches pasadas frente a hornos en los laboratorios de investigación de la planta... las noches vividas en el cuarto de trabajo de su casa, sobre innumerables hojas de papel que llenaba de fórmulas y que luego rompía con irritada frustración... los días en que los jóvenes científicos del pequeño equipo que él había seleccionado esperaban sus instrucciones como soldados listos para dar una batalla sin esperanzas, habiendo agotado su ingenio, pero aún voluntariosos y en silencio, a pesar de que la frase no pronunciada parecía pender en el aire: "Sr. Rearden, es imposible"... las comidas interrumpidas por un repentino y luminoso pensamiento, por una idea que era preciso probar enseguida, desarrollar durante varios meses y luego desechar como un fracaso más... los momentos robados a reuniones, a proyectos, a los deberes propios del director de la mejor siderurgia del país, arrebatados casi con culpa, como si se tratara de un amor secreto... el pensamiento único e inamovible que durante 10 años llegó a dominar todo cuanto hizo y vio; era el pensamiento fijo en su mente cuando miraba los edificios de la ciudad, los rieles del ferrocarril, las luces en las ventanas de una granja distante, el cuchillo en las manos de una bella mujer que cortaba una fruta en un banquete: la idea de una aleación capaz de superar al acero, de un metal que fuera para el acero lo que éste había sido para el hierro... los actos de autotortura cuando había descartado una esperanza o una muestra sin permitirse reconocer que estaba cansado, sin darse tiempo para sentir, moviéndose siempre a través de decepciones estremecedoras -"No es lo bastante bueno... todavía no es lo suficientemente bueno..."- y continuando sin más aliento que la convicción de que podía hacerse.

Luego, el día en que lo lograron, el resultado fue llamado metal Rearden.

Estas eran las cosas conseguidas gracias al calor blanco mezclado y fundido con su propio ser. Su aleación le producía un sentimiento extraño y calmo que lo hacía sonreír en la oscuridad del campo, y preguntarse por qué la felicidad puede causar dolor.

Al rato, notó que estaba pensando en el pasado como si algunos momentos requirieran ser revisados. No quería hacerlo; despreciaba las evocaciones por considerarlas un acto de insustancial debilidad. Pero luego comprendió que, si recordaba tales cosas, lo hacía únicamente en honor al pedazo de metal que llevaba en el bolsillo. Sólo entonces cedió.

Revivió el día en que, de pie sobre una saliente rocosa, había sentido que un hilo de sudor le corría desde las sienes hasta el cuello; tenía 14 años y era su 1° jornada de trabajo en las minas de hierro de Minnesota. Intentaba aprender a manejar su respiración no obstante el dolor que le quemaba el pecho, y se maldecía porque se había prometido no cansarse nunca. Al cabo de un rato, había vuelto a su tarea, tras decidir que ese dolor no era motivo válido para interrumpirla.

Revivió el día en que, ante la ventana de su despacho, contemplaba las minas que eran de su propiedad desde aquella mañana. Tenía 30 años y lo ocurrido en el

transcurso de los anteriores no importaba, del mismo modo que no importaba el dolor. Había trabajado en las minas, en las fundiciones, en los altos hornos del norte, siempre en dirección a su objetivo. Todo cuanto recordaba de aquellas tareas era que los hombres a su alrededor no parecían saber nunca lo que estaban haciendo. El, sí. Recordó cuando se preguntaba por qué cerraban tantas minas de hierro, tal como éstas estuvieron a punto de cerrarse hasta que él se hizo cargo de ellas. Contemplaba las franjas de roca a la distancia y a unos obreros colocando un letrero nuevo sobre un portón, al final de la ruta. Decía: "Minerales Rearden".

Revivió el día en que se había derrumbado sobre su escritorio, en aquel mismo despacho. Era tarde, .y sus empleados se habían ido. Podía tenderse a descansar sin que nadie lo viera. Estaba exhausto. Le parecía haber librado una carrera contra su propio cuerpo, y toda la fatiga que durante aquellos años rehusara reconocer lo había alcanzado de improviso, obligándolo a desplomarse.

No sentía nada, excepto un gran deseo de permanecer inmóvil. No tenía fuerzas para sentir ni para sufrir. Había quemado todo cuanto era posible quemar en su interior, había gastado demasiadas energías, iniciado demasiadas cosas, y ahora se preguntaba si alguien le prestaría la chispa que necesitaba. En este instante, en que se creía incapaz de volver a levantarse, se preguntó quién lo había encendido y mantenido en funcionamiento. Luego levantó la cabeza. Lentamente, realizando el mayor esfuerzo de su vida, obligó a su cuerpo a ponerse de pie, con sólo una mano apoyada en el escritorio y un brazo tembloroso sirviéndole de sostén. Nunca volvió a formularse semejantes preguntas.

Revivió aquel día en la colina, cuando contemplaba la desolada extensión de mugrientas estructuras que había sido un alto horno, ahora cerrado y abandonado. Acababa de comprarlo la noche anterior. Soplaba un fuerte viento, y una luz gris se insinuaba por entre las nubes. Gracias a ella, percibió el tono rojizo del óxido que era como sangre muerta sobre el acero de las gigantescas grúas, y también las malezas, brillantes, vivas, que como devoradores caníbales crecían sobre montones de fragmentos de vidrio al pie de paredes con ventanas sin cristales. En una puerta distante distinguió las siluetas negras de unos hombres. Eran desempleados que habitaban las ruinas de lo que antes fuera una próspera ciudad. Estaban silenciosos, contemplando el resplandeciente automóvil que él había dejado allí, y preguntándose si aquel hombre en la colina era el Hank Rearden de quien tanto se hablaba y si sería cierto que la fundición volvería a abrirse. "El ciclo histórico de la fabricación del acero en Pennsylvania obviamente está agotándose" -había dicho un periódico- "y los expertos coinciden en que la aventura de Henry Rearden es una acción desesperada. Muy pronto podremos presenciar el ruidoso fracaso de ese personaje."

Todo eso había sucedido hacía 10 años. Esta noche, el viento frío que le daba en el rostro era el mismo que soplaba aquel día. Se volvió para mirar atrás. El rojo resplandor de los altos hornos teñía el cielo, en un cuadro tan vivificante como el de un amanecer.

Estos habían sido sus hitos, las estaciones que había alcanzado y pasado. No recordaba nada respecto a los años intermedios; eran tiempos borrosos como el trazo fugaz de algo que se mueve velozmente.

Consideró que, no obstante los dolores y tormentos sufridos, valía la pena haber vivido aquellos años porque le habían permitido alcanzar este día; el día en que la 1° carga destinada a atender el 1° pedido de metal Rearden brotaba de los hornos para convertirse en rieles de Taggart Transcontinental.
Volvió a tocar el brazalete que llevaba en el bolsillo. Lo había hecho con el 1° metal conseguido y estaba destinado a su esposa. Al hacerlo, comprendió que acababa de evocar una abstracción llamada "esposa", no la mujer con quien estaba casado. Sintió una puñalada de pesadumbre, deseando no haber hecho esa joya, y luego ese deseo le trajo una ola de remordimiento.
Negó con la cabeza pues no era momento para volver sobre sus viejas dudas. Podía perdonar cualquier cosa a cualquiera, porque la felicidad era el mayor agente purificador. Estaba seguro de que todo ser viviente le deseaba el bien esta noche. Le hubiera gustado encontrar a alguien, enfrentarse a un desconocido, y desarmado, abierto, decirle: "Júzgame". Las personas, pensó, estaban tan hambrientas de una mirada de felicidad como él siempre lo había estado de un momento de alivio de esa carga gris de sufrimiento tan inexplicable como inútil. Nunca pudo comprender por qué los seres humanos tenían que ser desdichados.
La oscura carretera subía en forma imperceptible hasta alcanzar la cima de la colina. Al llegar allí, Hank Rearden se detuvo y miró hacia atrás. El resplandor rojo era ahora tan sólo una estrecha línea hacia el oeste. Por encima, muy pequeñas a aquella distancia, las palabras de neón seguían destacándose sobre la negrura del cielo: "Rearden Steel".
Se irguió como si se hallara ante el estrado de un juez, pensando que, en la oscuridad de aquella noche, otros carteles similares brillaban en todo el país: "Minerales Rearden", "Carbón Rearden", "Piedra Caliza Rearden". Evocó los días que quedaban atrás y se dijo que le hubiera gustado encender un anuncio sobre todos ellos, que dijera: "Vida Rearden".
De pronto retomó la marcha. Mientras se acercaba a su casa, notó que sus pasos se hacían cada vez más lentos y que algo iba decayendo, poco a poco, en su ánimo. Notó una tenue renuencia al entrar, un cierto desagrado que hubiera preferido no experimentar. "No esta noche" -se dijo- "Esta noche, entenderán". Pero no sabía, nunca había podido definir qué quería que ellos entendieran.

Vio luz en las ventanas de la sala. La casa se levantaba sobre una colina y aparecía ante él como un enorme bulto blanco; se veía desnuda, con sólo unas cuantas columnas de estilo semicolonial como un adorno anacrónico que parecía querer ocultar una desnudez que no convenía revelar.
No supo si su mujer había advertido que él había entrado en la sala. Estaba sentada junto a la chimenea, hablando; la curva de su brazo al moverse ponía un gracioso énfasis a sus palabras. Se produjo un pequeño quiebre en su voz, como si acabara de percibir su presencia, pero no levantó la mirada y finalizó su frase con suavidad.
-... sólo ocurre que un hombre culto se aburre ante las supuestas maravillas de la inventiva puramente material -decía- Se niega a emocionarse ante una instalación de cañerías sanitarias.
Volvió la cabeza, miró a Rearden a través de las sombras de la amplia sala y sus brazos se abrieron graciosos como 2 cuellos de cisne, uno a cada lado del cuerpo.

-¡Querido! -exclamó en tono brillante y alegre-. ¿No es demasiado temprano para regresar? ¿No había mugre que barrer, o conductos que limpiar?
Todos se volvieron hacia él: su madre, su hermano Philip y Paul Larkin, viejo amigo de la casa.
-Lo lamento -respondió- Ya sé que llego tarde.
-No digas que lo lamentas -replicó su madre- Podrías haber llamado. -La miró, tratando vagamente de recordar algo- Prometiste venir a cenar hoy.
-Sí, sí, es cierto. Disculpen pero es que hoy conseguimos... -Se interrumpió. No podía comprender qué le impedía revelar la única cosa que tanto anhelaba decir, y se limitó a murmurar:- Es simplemente que... me olvidé.
-A eso se refiere mamá -indicó Philip.
-Déjalo que se reponga. Todavía no se encuentra realmente aquí, sino en la planta -intervino su esposa con vivacidad- Quítate el abrigo, Henry.
Paul Larkin lo miraba con la expresión sumisa de un perro tímido.
-Hola, Paul -dijo Rearden- ¿Cuándo llegaste?
-¡Oh! Acabo de llegar de Nueva York en el tren de las 5:35 -respondió Larkin, sonriendo agradecido ante aquella atención.
-¿Problemas?
-¿Y quién no los tiene en estos días? -preguntó a su vez, con una sonrisa que se transformó en un gesto de resignación como para indicar que el comentario tenía un carácter filosófico- Pero no, esta vez no es nada en particular. Pensé en venir a visitarlos...
La esposa de Rearden echó a reír.
-Lo has decepcionado, Paul -dijo volviéndose hacia su marido- ¿Es un complejo de inferioridad o de superioridad, Henry? ¿No crees que alguien quiera verte, tan sólo por tener ese placer? ¿O crees que nadie puede vivir sin tu ayuda?

Quiso proferir una desaprobación colérica, pero ella estaba sonriéndole como si sólo hubiera hecho una broma, y él no tenía habilidad para esa clase de conversaciones en las cuales no se decía lo que se quería decir, así es que no contestó. Seguía mirándola, mientras se preguntaba acerca de las cosas que nunca había podido comprender.
Lillian Rearden era considerada una mujer bonita. Tenía un cuerpo alto y gracioso, que se veía muy bien con vestidos estilo imperio, de talle alto. Su exquisito perfil parecía sacado de un camafeo de la misma época; sus líneas puras y altivas y las ondas de su cabello castaño, suave y lustroso, que llevaba peinado con clásica simplicidad, conformaban una belleza austera y soberbia. Pero al verla de frente, sus interlocutores experimentaban una ligera decepción: su rostro no era bello. El defecto principal residía en unos ojos vagamente pálidos, ni grises ni castaños, carentes de expresión y de vida. Rearden se había preguntado muchas veces por qué no había jovialidad en aquellas pupilas, considerando que Lillian parecía siempre alegre.
-Ya nos hemos visto, querido -dijo en respuesta a su silencioso escrutinio- Aunque no pareces muy seguro de ello.
-¿Has cenado, al menos, Henry? -preguntó su madre con tono de impaciente reproche, como si el hecho de que Henry tuviera hambre fuera un insulto personal hacia ella.

-Sí... no...; no tenía apetito.
-Voy a llamar para que...
-No, mamá; ahora no. Déjalo.
-¡Siempre igual! -exclamó ella sin mirarlo, recitando sus palabras al espacio- De nada sirve intentar hacer algo por ti. No lo aprecias. Jamás conseguí que comieras como es debido.
-Henry, trabajas demasiado -le advirtió Philip- Y eso no siempre es bueno.
-Pues a mí me gusta -respondió Rearden, riendo.
-Eso es lo que te parece, pero sólo es una forma de neurosis, ¿sabes? Cuando un hombre se sumerge totalmente en su trabajo, es porque trata de escapar de algo. Deberías tener algún hobby.
-¡Oh, Phil! ¡Por Dios! -respondió lamentando la irritación que se revelaba en su voz.
Philip siempre había tenido una salud muy delicada, aun cuando los médicos no hubieran encontrado ninguna dolencia específica en su cuerpo desgarbado y débil. Tenía 38 años, pero su debilidad crónica hacía pensar muchas veces en que era mayor que su hermano.
-Deberías aprender a divertirte -insistió Philip- De lo contrario, te convertirás en un ser triste y mezquino, en una de esas personas que sólo ven el camino que pisan. Deberías abandonar la pequeña coraza en que te encierras y echar una mirada al mundo. No quiero que te pierdas la vida del modo en que lo estás haciendo.
Rearden se esforzó por dominar su cólera pensando que ésta era la manera como Philip pedía las cosas. Sería injusto molestarse con él, pensó, y deseó que éstos no fueran los temas de los que tuviera que ocuparse.
-Hoy lo he pasado muy bien, Phil -contestó sonriendo y preguntándose por qué Phil no indagaba cuál era la causa.
Le hubiera gustado que cualquiera de ellos lo hiciese y empezaba a resultarle difícil concentrarse, pues la visión del metal brotando seguía quemándole la mente, llenando su conciencia sin dejar sitio para nada más.
-Al menos podías haberte disculpado; pero, desde luego, quien espere tal cosa no te conoce bien -estaba diciendo su madre.
Hank Rearden se volvió. Ella lo miraba con la expresión dolorida de los indefensos acostumbrados a contener su impaciencia.
-La Sra. Beecham vino a cenar -le reprochó.
-¿Qué?
-La Sra. Beecham. Mi amiga, la Sra. Beecham.
-¡Ah, sí!
-Te he hablado varias veces de ella, pero nunca recuerdas nada de lo que te digo. La Sra. Beecham tenía verdaderas ganas de conversar contigo, pero tuvo que marcharse porque no podía esperar más, es una mujer muy ocupada. Deseaba en verdad comentarte el admirable trabajo que estamos realizando en la escuela parroquial, y hablar de las clases de artesanía de metal, así como de los hermosos picaportes de hierro forjado que los niños de los barrios más pobres hacen allí.
Henry tuvo que apelar a toda su consideración y respeto para contestarle con calma: -Lamento haberte causado ese contratiempo, madre.
-No digas eso; podrías haber estado aquí, si hubieras querido. Pero, ¿cuándo has hecho un esfuerzo por alguien más que por ti mismo? Tan sólo piensas en ti. No te

interesa ninguno de nosotros. Crees que pagar las facturas es suficiente, ¿verdad? ¡Dinero! Tan sólo eso te preocupa. No nos das más que dinero, pero, ¿nos has concedido alguna vez un poco de tu tiempo?
Henry pensó que si aquellas palabras pretendían indicar que echaba de menos su presencia, significaban también una expresión de afecto, y, si era así, él estaba siendo injusto al experimentar aquella sensación pesada y lóbrega que lo forzaba al silencio para que su disgusto no se le notara en la voz.
-¡No te importa nada de nada! -continuó la voz de su madre, entre despectiva y suplicante- Lillian te necesitaba hoy para mencionarte un problema importante, pero ya le he dicho que de nada serviría consultarlo contigo.
-¡Oh, mamá! En realidad no es tan importante -protestó Lillian- Al menos para Henry.
Hank Rearden se volvió hacia ella. Estaba todavía en el medio de la habitación, con el abrigo puesto, como atrapado en una irrealidad que nunca se haría real para él.
-No es importante -insistió Lillian, jovialmente. Hank no podía discernir si su voz expresaba pesar o jactancia- No es ningún negocio. Se trata de algo sin ningún interés comercial.
-¿Qué es?
-Tan sólo una fiesta que planeo celebrar.
-¿Una fiesta?
-No te asustes, no va a ser mañana. Sé que estás muy ocupado. La he proyectado para dentro de 3 meses y quiero que sea algo muy importante y especial. ¿Me prometes que vas a estar aquí esa noche y no en Minnesota, Colorado o California?
Lo miraba de un modo extraño, hablando con demasiada ligereza y con resolución a la vez. Su sonrisa exageraba el aire de inocencia de su cara, sugiriendo algo así como el naipe escondido de un tramposo.
-¿Dentro de 3 meses? -preguntó Henry- Sabes muy bien que no puedo asegurarte que ningún asunto urgente me obligará a salir de la ciudad.
-Lo sé. Lo sé. Pero, ¿no es posible convenir una cita formal contigo con cierta antelación como se haría con un director de alguna compañía ferroviaria, fabricante de automóviles o comerciante de chatarra? Dicen que nunca has faltado a ningún compromiso de esa naturaleza. Desde luego, te dejaré elegir la fecha de acuerdo con tus conveniencias personales. -Su expresión fue adquiriendo cierta especial calidad femenina. Quizás con aire demasiado indiferente y precavido, sugirió: -La fecha que tengo pensada es el 10 de diciembre, pero, ¿prefieres quizá el 9 o el 11?
-Me da igual.
-El 10 de diciembre es nuestro aniversario de casamiento, Henry -le recordó con suavidad.
Todos lo miraban con suma atención. Pero si esperaban una expresión de culpa, lo que vieron en su lugar fue un débil gesto de regocijo.
Lillian no podía haber armado todo aquello para atraparlo, porque sabía que le bastaba negarse a aceptar un reproche por su olvido para escapar de la trampa, y dejarla desairada. Lillian sabía que los sentimientos de Henry hacia ella eran su única arma. Se dijo que el origen de aquello no era sino un intento indirecto para

probar sus sentimientos y confesar los propios. Una fiesta no era su forma de celebración, pero sí la de su mujer. No significaba nada en sus términos, sin embargo, para Lillian, era el mejor tributo que les podía ofrecer a él y a su matrimonio. Debía respetar su voluntad, aun cuando no compartiera sus puntos de vista, ni supiera si seguía importándole alguna forma de homenaje que procediera de ella. Tenía que dejarla ganar, porque acababa de ponerse a su merced.
Sonrió franca y cordialmente, admitiendo la victoria de su esposa.
-Bien, Lillian -dijo con calma- Prometo estar aquí la noche del 10 de diciembre.
-Gracias, querido.
Su sonrisa tenía cierta secreta y misteriosa cualidad; Henry se preguntó por qué había tenido por un momento la impresión de que su actitud acababa de decepcionarlos a todos.
Reflexionó que si su mujer confiaba en él, si sus sentimientos por él continuaban tan vivos como siempre, tenía que ponerse a la altura de su confianza, pero era preciso declararlo. Las palabras eran como lentes de aumento para enfocar sus pensamientos y aquella noche se hacía preciso pronunciar las palabras más adecuadas.
-Siento haber llegado tarde, Lillian, pero hoy hemos producido el 1° metal Rearden.
Se hizo un breve silencio y luego Philip dijo: -¡Qué bueno!
Los demás permanecieron callados.
Henry metió la mano en el bolsillo y el contacto con el brazalete borró todo lo demás. Volvió a experimentar la misma sensación que cuando el metal líquido había brotado frente a él.
-Te he traído un regalo, Lillian.
No advirtió que estaba tenso y que el gesto de su mano cuando dejó caer una cadena pequeña de metal en el regazo de Lillian era el de un cruzado que regresa y ofrece un trofeo a su bien amada.
Lillian Rearden tomó el obsequio, los sostuvo con los dedos extendidos, y lo levantó hacia la luz. Los eslabones eran muy fuertes y estaban toscamente labrados; el metal tenía un extraño resplandor azul verdoso.
-¿Qué es esto? -preguntó.
-El 1° objeto fabricado con la 1° carga del 1° pedido de metal Rearden.
-O sea que es tan valioso como un pedazo de vía férrea, ¿verdad? -preguntó ella.
La miró sin saber qué decir. Lillian agitó el brazalete haciéndolo brillar bajo la luz.
-¡Henry, es maravilloso! ¡Qué original! Seré la sensación de Nueva York, llevando joyas fabricadas con el mismo metal que el de las grúas, los motores de camión, los hornos de cocina, las máquinas de escribir y... ¿no dijiste algo más el otro día?... ¡Ah, sí! las cacerolas.
-¡Dios, Henry, eres un presumido! -dijo Philip.
Lillian echó a reír.
-¡Es un sentimental! Todos los hombres lo son. Aprecio tu regalo, querido, no por sí mismo, sino por tu intención.
-A mi modo de ver, esa intención no refleja sino simple egoísmo -opinó la madre de Rearden- Otro hombre te hubiera traído una joya de diamantes, si es que verdaderamente quería hacerte un obsequio bonito, porque habría pensado en la alegría de su esposa y no en la propia. Pero Henry obra así porque ha fabricado

una nueva clase de hojalata, más valiosa para él que los diamantes, y sobre todo porque la ha hecho él. Siempre hizo lo mismo, desde los 5 años ya era un niño vanidoso. Nunca dudé de que, cuando creciera, se convertiría en el ser más egoísta de la Tierra.
-No, es muy dulce -opinó Lillian- Esta pulsera es encantadora.
La dejó caer sobre la mesa, se levantó, colocó ambas manos sobre los hombros de Rearden y poniéndose en puntas de pie, le besó la mejilla.
-Gracias, querido.
El no se movió, ni siquiera inclinó la cabeza hacia su mujer.
Al rato se dio vuelta, se quitó el impermeable y se sentó junto al fuego, algo apartado de los demás. No sentía nada, excepto un inmenso cansancio.
Tampoco escuchaba la conversación de sus familiares, aunque oyó vagamente que Lillian lo defendía ante su madre.
-Lo conozco mejor que tú -afirmaba la madre- Hank Rearden no se interesa por nadie, persona, animal, ni planta, a menos que se encuentre relacionado de algún modo con él y su trabajo. Sólo eso le preocupa. He intentado enseñarle humildad. Lo intenté toda mi vida, pero sin resultado.
Henry había ofrecido a su madre medios ilimitados para vivir como y donde ella quisiese. ¿Por qué insistía en quedarse en su casa? Algunas veces llegó a imaginar que sus éxitos significaban algo para ella y que, siendo así, existía un lazo entre ambos (el único que pudo identificar), y que si su madre deseaba vivir en el hogar de su exitoso hijo, él no se lo impediría.
-De nada sirve esperar que Henry se convierta en un santo, mamá -dijo Philip- No ha nacido para eso.
-¡Cómo te equivocas, Philip! -exclamó Lillian- ¡Cómo te equivocas! Henry posee todas las cualidades de un santo. Ese es el único problema.
¿Qué pretendían de él? -pensó Rearden-. ¿Qué buscaban? Jamás les había pedido nada; eran ellos los que querían tenerlo apresado, los que parecían tener cierto derecho sobre su persona. Este derecho adoptaba la forma de afecto, pero de un afecto que él consideraba más difícil de soportar que el odio. Aborrecía los afectos sin causa, tal como aborrecía la riqueza inmerecida.
Decían que lo amaban por alguna razón desconocida, e ignoraban todas aquellas cosas por las que él hubiera querido que lo amasen. Se preguntó qué reacción podían esperar de él, si era que aguardaban alguna. De todos modos debía ocurrir así, pues, de lo contrario, ¿a qué venían aquellas continuas quejas, aquellas incesantes acusaciones sobre su indiferencia? ¿A qué venía aquel aire de sospecha crónica, como si temieran ser lastimados a cada instante? Jamás había tenido el deseo de herirlos, pero siempre había notado su actitud defensiva y su recriminatoria espera. Parecían ofenderse por cualquier cosa, no sólo por sus palabras o sus acciones... sino incluso por su propia existencia. "No empecemos a pensar tonterías", se recriminó con severidad, luchando para enfrentarse al enigma con un estricto e implacable sentido de justicia. No podía condenarlos sin comprenderlos, y la verdad era que no los comprendía.
¿Los quería él? No, se respondió. Había querido quererlos, lo cual no era lo mismo; lo anhelaba en nombre de un impulso inexpresado, que en ciertas ocasiones esperaba observar en cualquier ser humano, pero no sentía nada hacia ellos, salvo una enorme indiferencia que lo llevaba hasta no temer siquiera la

posibilidad de perderlos. ¿Necesitaba a alguno de aquellos seres como parte de su vida? ¿Echaba de menos el sentimiento que había querido albergar? No. ¿Alguna vez le había hecho falta? Sí, pensó, cuando era joven. Pero eso había terminado.
Su cansancio crecía y comprendió que era aburrimiento. Tenía una deuda con ellos y les otorgaría el favor de ocultarlo, de modo que permaneció inmóvil, luchando contra el deseo de dormir que llegaba a convertirse en dolor físico.
Sus ojos se cerraban, cuando notó que 2 dedos suaves y húmedos le tocaban la mano. Paul Larkin había acercado su silla y se inclinaba sobre él, deseoso de tener una conversación íntima.
-No importa lo que opine la industria, Hank, has conseguido un gran producto; un gran producto que significa una fortuna... igual que todo cuanto tocas.
-Sí -admitió Rearden- Así es.
-Espero que no se te presenten complicaciones.
-¿Qué complicaciones?
-¡Oh, no sé...! Tal como está la situación, existen personas que... pero, ¿cómo adivinarlo...? Puede ocurrir cualquier cosa...
-¿A qué te refieres?
Larkin estaba levemente encorvado, mirándolo con sus pupilas dulces e implorantes. Su cuerpo bajo y regordete parecía desvalido, incompleto, como si necesitara un caparazón donde esconderse al menor contacto extraño. Sus ojos tristes y su desesperanzada y tímida sonrisa servían de sustitutos al caparazón. Aquella sonrisa desarmaba a cualquiera: era como la de un niño que se pone a merced de un universo incomprensible. Tenía 53 años.
-Tus relaciones públicas no son muy buenas, Hank -dijo- La prensa nunca te ha sido favorable.
-¿Y qué?
-No tienes carisma, Hank.
-Nunca tuve quejas de mis clientes.
-No me refiero a eso. Deberías contratar a un buen agente de prensa, que te presentara al público bajo una luz favorable.
-¿Para qué? Vendo acero.
-Pero no querrás que la opinión pública se ponga en tu contra. Como sabes, el público pesa mucho.
-No creo que me sea hostil, y por otra parte, tampoco considero que signifique gran cosa.
-Los periódicos están en tu contra.
-Tienen mucho tiempo que perder, pero yo no.
-No me gusta eso, Hank. No es bueno.
-¿A qué te refieres?
-A lo que escriben sobre ti.
-¿Qué escriben sobre mí?
-¡Oh! Ya lo sabes. Que eres un tipo intratable, que no tienes compasión, que no permites la menor interferencia en la conducción de tu empresa, que tu único objetivo consiste en fabricar acero y en acumular cada vez más dinero.
-Ese es, en efecto, mi principal objetivo.
-Al menos, no deberías manifestarlo públicamente.

-¿Por qué no? ¿Qué pretendes que diga?
-No lo sé... pero tus fundiciones...
-Son mías, ¿verdad?
-Sí, pero... pero no deberías insistir en ello de manera tan descarada... Ya sabes lo que ocurre hoy... consideran tu actitud antisocial.
-Me importa un demonio lo que piensen.
Paul Larkin suspiró.
-¿Qué pasa, Paul? -preguntó Henry- ¿A qué viene todo esto?
-A nada... nada en particular. Lo que pasa es que uno no sabe lo que pude suceder en estos tiempos... Hay que ser cuidadoso... -Rearden rió brevemente.
-No me vas a decir que te preocupas por mí, ¿verdad?
-Es que en verdad soy tu amigo, Hank, sólo tu amigo, y ya sabes lo mucho que te admiro.
Paul Larkin nunca había tenido suerte. Ningún intento le había salido bien. En nada había fracasado por completo, pero tampoco nada había constituido un éxito total. Era empresario, pero no conseguía permanecer activo en ningún negocio. En ese momento, luchaba con su modesta fábrica de equipos para minas.
Llevaba años literalmente pegado a Rearden, profesándole una especie de medrosa admiración. Acudía a él en busca de consejos y a veces le solicitaba préstamos de dinero, pero no con frecuencia; préstamos, por cierto muy modestos, que eran devueltos, aunque no siempre en las fechas fijadas. Aquel anhelo de amistad se asemejaba mucho al consuelo de un anémico que parece recibir una transfusión vital al mirar la superabundancia y la energía de otros.
Al observar los esfuerzos de Larkin, Rearden experimentaba la misma sensación que al ver una hormiga forcejeando para arrastrar una cerilla. "Es demasiado difícil para él" -pensaba- "En cambio a mí, me resulta fácil." Por tal motivo le brindaba consejos, atención y una especie de discreto y paciente interés siempre que le era posible.
-Soy tu amigo, Hank.
Rearden lo miró con expresión interrogante.
Larkin desvió la mirada como si debatiera algo en su interior.
Al cabo de un rato le preguntó con precaución: -¿Cómo está tu hombre de Washington?
-Creo que bien.
-Deberías estar seguro. Es muy importante. -Miró a Rearden y repitió con una especie de tensa insistencia, como si cumpliera algún penoso deber moral:- Es muy importante, Hank.
-Sí, ya lo creo.
-En realidad era eso lo que quería ,decirte.
-¿Por alguna razón especial?
Larkin reflexionó un poco y decidió que su deber estaba cumplido.
-No -dijo.
A Rearden le disgustaba aquel tema. Sabía que era preciso contar con alguien capaz de protegerlo de la legislación vigente. Todos los industriales tenían que emplear semejantes hombres, pero nunca había prestado demasiada atención a aquel aspecto de sus negocios, ni había llegado a convencerse de su absoluta

necesidad. Una suerte inexplicable de disgusto, en parte fastidio y en parte aburrimiento, lo detenía cada vez que intentaba concentrarse en el tema.
-El problema es, Paul -dijo pensando en voz alta-, que las personas que uno tiene para hacer ese trabajo son sujetos despreciables.
-Así es la vida -respondió Larkin desviando la vista.
-Y no sé por qué. ¿Me puedes decir eso? ¿Qué está mal en el mundo? -Larkin se encogió de hombros con tristeza.
-¿Para qué formularse preguntas inútiles? ¿Cuál es la profundidad del océano? ¿Cuál es la altura del cielo? ¿Quién es John Galt? -Rearden se irguió bruscamente.
-No -dijo con dureza- No. No hay razón para sentirse de esa manera.
Se levantó. Su cansancio había desaparecido mientras hablaba de su empresa, pero sintió un repentino brote de rebelión, la necesidad de retomar y reafirmar su criterio sobre la existencia y defenderlo al máximo, de recuperar ese sentimiento que lo sorprendiera mientras caminaba hacia su hogar esa noche y que ahora parecía amenazado por algo sin fundamento y sin nombre.
Empezó a pasearse por la habitación, notando cómo recuperaba la energía. Miró a su familia. Eran infantes desconcertados e incautos; sí, todos, incluso su madre, y él era un estúpido por lamentar aquella ineptitud, procedente más de su impotencia que de su malicia. Tenía que aprender a entenderlos, puesto que nunca podrían compartir su ilimitada y gozosa energía.
Los miró desde el otro extremo: su madre y Philip discutían acaloradamente, pero notó que prevalecía el nerviosismo sobre la vivacidad de la conversación. Philip se había sentado en una silla baja, con el estómago saliente y todo el peso sobre los omóplatos, como si quisiera castigar a los demás con la mísera incomodidad de su postura.

-¿Qué ocurre, Phil? -preguntó Rearden acercándose a él- Te ves aniquilado.
-He tenido un día tremendo -respondió Philip, agotado.
-No eres el único que trabaja, Hank -intervino su madre- También otras personas tienen problemas, aun cuando no manejen miles de millones de dólares ni negocien con empresas transsupercontinentales.
-Me alegro. Siempre pensé que Phil debía interesarse en algo.
-¿Te alegras? ¿Quieres decir que te gusta ver a tu hermano desgastándose la salud? Te divierte, ¿verdad? Siempre me pareció así.
-No, mamá, no es eso. Me gustaría ayudarlo.
-No hay necesidad, no es preciso que sientas compasión hacia ninguno de nosotros.
Rearden nunca había sabido qué hacía su hermano, ni lo que deseaba hacer. Aunque le había pagado los estudios universitarios, Philip no fue capaz de decidirse por ninguna inclinación específica. Para Rearden, había algo equivocado en un hombre que no buscaba un empleo capaz de producir beneficios, pero no quiso imponerle sus puntos de vista. Podía permitirse contribuir a los gastos de su hermano sin que ello le causara el menor trastorno. "Dejémoslo vivir a su manera" -pensaba desde hacía muchos años- "Démosle una oportunidad de elegir su profesión sin tener que luchar por ganarse la vida."
-¿Qué has hecho hoy, Phil? -le preguntó pacientemente.

-No creo que pueda interesarte.
-Pues sí, me interesa. Por eso te lo pregunto.
-Tuve que visitar a 20 personas diferentes, de toda la población desde aquí hasta Redding y hasta Wilmington.
-¿Y para qué tenías que verlos?
-Intento recaudar fondos para los Amigos del Progreso Mundial.
A Rearden nunca le había sido posible seguir la pista de las numerosas instituciones a las que pertenecía Philip, ni tener una idea clara de las actividades que realizaban. Durante los últimos 6 meses había oído a su hermano referirse vagamente a aquella sociedad que parecía dedicada a organizar conferencias gratuitas sobre psicología, música popular y cultivo cooperativo. Rearden despreciaba los grupos de esa clase y no veía razón para profundizar en su naturaleza.
Hank Rearden guardó silencio, y Philip agregó, sin esperar a que hablara: -Necesitamos 10.000 dólares para un programa vital, pero reunir dinero es tarea de mártires. A la gente no le queda ni un átomo de conciencia social. Esos ricachones se gastan esa cantidad en cualquier capricho y en cambio no pueden desprenderse de unos míseros 100 dólares, que es todo cuanto pido de ellos... No poseen ningún sentimiento de deber moral... ¿De qué te ríes? -preguntó bruscamente.
Rearden se encontraba ante él, sonriendo.

A su juicio, todo aquello era infantil y caprichoso, primitivo y tosco por partes iguales; la súplica y el agravio tomados de la mano. Hubiera sido tan fácil aplastar a Philip devolviéndole el golpe con un insulto (mortal, por ser terriblemente cierto), que no se atrevió a pronunciarlo. "Seguramente" -pensó-, "el pobre tonto sabe que depende de mi compasión, sabe que corre peligro de verse humillado, pero no tengo por qué hacerlo, portarme así es mi mejor respuesta y no será capaz de desaprovecharlo. ¿Qué clase de miserable existencia lleva para vivir de manera tan distorsionada?"
Rearden decidió entonces que, por una vez, quebrantaría la malicia crónica de Philip, proporcionándole un repentino placer, la inesperada consecución de un deseo nunca obtenido. Pensó: "¿Qué me importa la índole de su deseo? Es suyo, así como la empresa Rearden es mía; eso debe significar para él lo mismo que la fábrica representa para mí. Veámoslo feliz siquiera una vez, hasta quizás le sirva de lección. ¿No he dicho acaso varias veces que la felicidad es un agente purificador? Esta noche celebro algo, dejémoslo compartir mi dicha. ¡Será tanto para él y tan poco para mí!".
-Philip -dijo sonriendo-, mañana llama a la Srta. Ives a mi despacho y te entregará un cheque de 10.000 dólares.
Philip lo miró sin expresión, sin emoción ni placer en sus pupilas vidriosas y vacías.
-¡Oh! -dijo- Te lo agradecemos mucho.
Pero no había entusiasmo en su voz, ni siquiera la reacción primitiva de una codicia satisfecha.

Rearden no pudo identificar sus propios sentimientos. Fue como si algo pesado y vacío se hundiera en su interior. Comprendió que era decepción, pero se preguntó por qué adoptaba un aspecto tan gris y repulsivo.
-Eres muy amable, Henry -añadió Philip secamente- Estoy asombrado. No esperaba eso de ti.
-¿Es que no lo comprendes, Phil? -intervino Lillian con voz clara y alegre- Henry ha conseguido hoy su dichoso metal. -Se volvió hacia Rearden- ¿Quieres que lo declaremos fiesta nacional?
-Eres un buen hombre, Henry -dijo su madre, y añadió: -Pero no con demasiada frecuencia.
Rearden seguía de pie, mirando a Philip como si esperase algo.
Philip desvió la mirada y luego, levantando los ojos, sostuvo la de Rearden, como si estuviera enfrascado en algún escrutinio personal.
-La verdad es que no te importa demasiado eso de ayudar al desamparado, ¿no es cierto? -preguntó y Rearden advirtió, incrédulo, que el tono de su voz era recriminatorio.
-No, Phil, no me preocupa eso en absoluto. Tan sólo quise hacerte feliz a ti.
-El dinero no es para mí. No lo reúno para ningún fin personal, no me mueven intereses egoístas -dijo con voz fría, en la que vibraba una nota de jactanciosa dignidad.
Rearden se alejó, invadido por un odio repentino hacia su hermano, no porque las palabras fueran hipócritas, sino porque eran ciertas. Philip había hablado con sinceridad.
-A propósito, Henry -añadió-, ¿te importa si le solicito a la Srta. Ives que me entregue el dinero en efectivo? -Rearden se volvió hacia él, perplejo- Verás, los Amigos del Progreso Mundial son un grupo muy progresista que siempre sostuvo que representas el más odioso elemento de regresión social del país; por eso, resultaría embarazoso poner tu nombre en nuestra lista de benefactores, porque alguien podría acusarnos de ser subvencionados por Hank Rearden.
Deseó darle una trompada, pero, al mismo tiempo, un insoportable desprecio lo obligó a cerrar los ojos.
-Está bien -contestó- Te pagarán en efectivo.
Fue hasta la ventana más distante y contempló el resplandor de los altos hornos sobre el horizonte.
Oyó la voz de Larkin, que clamaba tras él: -¡Maldita sea, Hank! ¡No debías haberle dado ni un centavo!
Luego la voz de Lillian, fría y amable: -Estás equivocado, Paul. ¿Qué sería de la vanidad de Henry, si de vez en cuando no nos diera algunas limosnas? ¿Qué sería de su poder, si no tuviera personas más débiles para dominar? ¿Qué sería de su aplomo, si no probara que dependemos de él? Todo esto está realmente bien, en serio. No lo estoy criticando, es sólo una ley propia de la naturaleza humana.
Tomó el brazalete de metal y lo sostuvo en el aire, haciéndolo brillar bajo la lámpara.
-Una cadena -dijo-. ¿Qué apropiado, no? Igual a aquella con la que nos tiene esclavizados.

CAPÍTULO I I I

LA CUMBRE Y EL ABISMO

El lugar era como una bodega, con el techo tan bajo que había que agacharse para entrar y que amenazaba aplastar los hombros de quienes entraban. Los reservados circulares de cuero rojo oscuro estaban desgastados por el tiempo y la humedad. No había ventanas, sino tan sólo unas manchas de luz azul, esa luz muerta que suele usarse durante los apagones, que surgían de unos huecos en el muro. Se accedía bajando por una estrecha escalera que parecía conducir a las entrañas de la Tierra. Sin embargo, la taberna más exclusiva de Nueva York estaba construida en el último piso de un rascacielos.

Cuatro hombres estaban sentados a una mesa y aunque se hallaban 60 pisos por encima de la ciudad, no hablaban en voz alta, como cuando uno experimenta la sensación de holgura del aire libre y del espacio, sino que, por el contrario, susurraban como sería lo adecuado para un sótano.

-Condiciones y circunstancias, Jim -dijo Orren Boyle- Condiciones y circunstancias absolutamente fuera del control humano. Teníamos todo planeado para fabricar esos rieles, pero intervinieron factores insospechados que nadie hubiera podido prevenir. Si al menos nos hubieras dado una oportunidad, Jim...

-La desunión -rezongó James Taggart- parece ser la causa principal de todos los problemas sociales. Mi hermana posee cierta influencia sobre algunos de nuestros accionistas y sus tácticas destructivas no siempre pueden ser contrarrestadas.

-Ya lo has dicho, Jim. La desunión: ahí está el problema. Estoy absolutamente convencido de que en nuestra compleja sociedad industrial, ninguna empresa puede triunfar sin compartir los problemas que afectan a las otras.

Taggart tomó un sorbo de su bebida y volvió a dejar el vaso.

-Desearía que despidan a ese barman -gruñó.

-Por ejemplo, consideremos a Associated Steel. Tenemos las más modernas instalaciones del país y la mejor organización. Esto, a mi modo de ver, constituye un hecho indiscutible puesto que hemos recibido el premio a la eficacia industrial de la revista Globe el año pasado. Hicimos lo que pudimos y nadie puede culparnos, pero no podemos hacer nada si la situación del hierro es un problema nacional. No hemos podido conseguir el mineral, Jim.

Taggart no dijo nada. Permanecía sentado; sus codos ocupaban gran parte de la mesa, lo que resultaba incómodo para sus 3 compañeros, pero ninguno de ellos pareció dudar de su privilegio.

-Nadie puede conseguir mineral -siguió Boyle- El agotamiento de las minas y el desgaste del equipo, así como la escasez de materiales, las dificultades de transporte y otros inconvenientes inevitables...

-La industria minera se viene abajo, haciendo imposible la producción -opinó Paul Larkin.

-Está bien demostrado que cada compañía depende de otras -intervino Orren Boyle- Así es que todo el mundo debe compartir los problemas de los demás.

-Es cierto -aprobó Wesley Mouch.

Pero nadie le prestó la menor atención.

-Mi intención -indicó Orren Boyle- es la preservación de una economía libre, pero es sabido que la libertad económica actualmente está siendo sometida a una dura prueba y salvo que demuestre su validez social y asuma sus responsabilidades cívicas, la gente no la respaldará. Si no se desarrolla un espíritu de cooperación pública adecuada, todo se vendrá abajo. Pueden estar seguros.
Orren Boyle había surgido de la nada hacía 5 años y desde entonces era el tema preferido de todas las revistas y periódicos del país. Se había iniciado con 100.000 dólares de su propiedad y un préstamo del gobierno de 200 millones. Ahora encabezaba una enorme organización que había devorado a muchas compañías más pequeñas. Lo cual probaba, tal como le gustaba decir, que la capacidad individual aún tenía posibilidades de ser exitosa en el mundo.
-La única justificación para la existencia de la propiedad privada -continuó- es el servicio público.
-Indudablemente -aprobó Wesley Mouch.
Orren Boyle produjo un ruido peculiar al tragar su licor. Era corpulento, de ademanes amplios y viriles y todo en su persona exhalaba vida ruidosamente, con excepción de las ranuras de sus pequeños ojos negros.
-Jim -dijo-, el metal Rearden parece ser un fraude colosal.
-Ajá -murmuró Taggart asintiendo.
-Tengo entendido que no existe un solo experto que haya emitido informes favorables sobre ese metal.
-No, ni uno.
-Hemos estado perfeccionando rieles de acero durante generaciones y siempre tuvimos que incrementar su peso. ¿Es verdad que los rieles de Rearden van a ser más livianos que los fabricados con el acero más ordinario?
-En efecto -asintió Taggart- Más livianos.
-¡Es ridículo, Jim! Es físicamente imposible. ¿Y piensas usarlos en tu línea principal para transporte de mercadería pesada a gran velocidad?
-Así es.
-Creo que te estás buscando un desastre.
-En todo caso, la que lo busca es mi hermana.
Taggart hizo girar lentamente la copa entre sus dedos y se produjo un instante de silencio.
-El Consejo Nacional de Industrias Metálicas -dijo Orren Boyle- aprobó una resolución para nombrar un comité encargado de estudiar la cuestión del metal Rearden, puesto que su uso puede constituir un peligro público.
-En mi opinión, se trata de una medida muy prudente -comentó Wesley Mouch.
-Si todo el mundo está de acuerdo -indicó Taggart con voz repentinamente chillona-, si el país tiene una opinión unánime, ¿cómo puede un hombre atreverse a disentir? ¿Con qué derecho? Eso es lo que quisiera saber... ¿Con qué derecho?
Los ojos de Boyle se posaron rápidos en Taggart, pero la difusa luz del local no le permitía distinguir claramente los rostros; eran sólo una pálida mancha azulada.
-Si pensamos en los recursos naturales no renovables en tiempos de escasez alarmante -dijo Boyle con suavidad-, si pensamos en las materias primas cruciales que se malgastan en un irresponsable experimento privado, si pensamos en el mineral...

No terminó. Volvió a mirar a Taggart, pero éste comprendió lo que Boyle esperaba y se divirtió guardando silencio.
-El público tiene un interés vital en los recursos naturales, Jim, tales como el mineral de hierro. El público no puede permanecer indiferente ante el derroche imprudente, egoísta, que hace un individuo antisocial. Después de todo, la propiedad privada es un fideicomiso mantenido para el beneficio de la sociedad como un todo.
La sonrisa que Taggart dirigió a Boyle hizo que sus palabras parecieran la respuesta a una pregunta oculta.
-El licor que sirven aquí es una porquería, pero supongo que es el precio que debemos pagar por no vernos rodeados de la chusma. Sin embargo, preferiría que me trataran como a un experto y, puesto que soy quien paga, quisiera sacar provecho de mi dinero y a mi completa satisfacción.
Boyle no contestó, su cara se había vuelto repentinamente hosca.
-Escúchame, Jim... -empezó.
-¿Qué deseas? Te escucho -repuso Taggart sin dejar de sonreír.
-Jim, estarás de acuerdo, sin duda alguna, en que no existe nada más destructivo que un monopolio.
-Por un lado, sí -convino Taggart- Pero por otro lado, hay que considerar las desventajas de una competencia desenfrenada.
-Eso es cierto, muy cierto. A mi modo de ver, lo mejor es seguir un curso medio. El deber de la sociedad consiste en cortar los extremos de un tijeretazo, ¿no creen?
-Sí -aprobó Taggart- Eso es.
-Consideremos el cuadro que hoy presenta el negocio del hierro. La producción nacional está cayendo a ritmo alarmante, amenazando la existencia de toda la industria. Continuamente se cierran acerías y hay sólo una compañía minera suficientemente afortunada para no verse afectada por las condiciones generales; su producción es desbordante y entrega los pedidos en las fechas acordadas. Pero, ¿quién se beneficia con ello? Nadie, excepto su dueño. ¿Es justo eso?
-No -dijo Taggart- No lo es.
-Muchos de nosotros no somos propietarios de minas de hierro. ¿Cómo podemos competir con un hombre que se ha quedado con una región poseedora de los recursos naturales de Dios? ¿No es asombroso que este sujeto siempre pueda entregar acero, mientras nosotros tenemos que luchar, esperar, perder nuestros clientes y quebrar? ¿Acaso es en beneficio del interés público que se permite a un hombre destruir toda una industria?
-No -respondió Taggart- No lo es, en absoluto.
-A mi modo de ver, la política nacional debería tener como objetivo darle a todo el mundo una oportunidad, en su justa proporción, con un criterio que atienda la preservación de la industria como un todo, ¿no lo creen?
-Así es.
Boyle suspiró. Luego dijo con cierta precaución: -En Washington no existen personas capaces de comprender una política tan progresista.
Taggart repuso lentamente: -Sí existen; desde luego, no son muchas ni fáciles de abordar, pero existen. Yo hablaré con ellas.
Boyle tomó su vaso y bebió el contenido de un trago, como si acabara de oír todo lo que quería.

-Hablando de políticas progresistas, Orren -siguió Taggart-, deberías preguntarte si, en una época de falta de transporte, cuando tantos ferrocarriles quiebran y extensas regiones quedan aisladas, está dentro del interés público tolerar la ruinosa duplicación de servicios y esa destructiva y feroz competencia de novatos en territorios donde compañías ya establecidas tienen una prioridad histórica.
-Pues... -respondió Boyle complacido- me parece un tema muy interesante. Voy a conversarlo con algunos amigos en la Alianza Nacional de Ferrocarriles.
-Las amistades -opinó Taggart como quien expresa una vana abstracción- son más valiosas que el oro. -Se volvió inesperadamente hacia Larkin- ¿No lo crees así, Paul?
-¿Cómo...? Ah, sí -respondió Larkin asombrado- ¡Sí, sí! ¡Claro!
-Cuento con las suyas.
-¿Qué?
-Cuento con sus muchas amistades.
Todos comprendieron por qué Larkin no contestó enseguida; sus hombros se encogieron más y más, como si fueran a tocar la mesa.
-¡Si todo el mundo se esforzara en una empresa común, nadie tendría que salir lastimado! -lloriqueó de pronto con incongruente desesperación. Viendo que Taggart lo observaba, añadió a la defensiva: -Desearía que no tuviéramos que lastimar a nadie.
-Es una actitud antisocial, -pronunció lenta y pesadamente Taggart- las personas que tienen miedo de sacrificar a alguien no pueden hablar de empresas comunes.
-Pero es que yo he estudiado muy a fondo la historia -se apresuró a expresar Larkin- y reconozco las necesidades históricas.
-Bien -aprobó Taggart.
-¿Acaso puedo esperar que el curso del mundo se modifique? -preguntó Larkin como si rogara, pero su súplica no iba dirigida a nadie en particular- ¿Puedo?
-No, no puede esperarlo, Sr. Larkin -respondió Wesley Mouch- Ni a usted ni a mí puede recriminársenos que...
Larkin hizo un brusco movimiento de cabeza como si se hubiese estremecido; no podía soportar la presencia de Mouch.
-¿Lo pasaste bien en México, Orren? -preguntó Taggart con una voz demasiado alta y natural.
Todos parecían convencidos de que el propósito de la reunión estaba cumplido y de que cuanto se habían propuesto debatir estaba suficientemente aclarado.
-Un país maravilloso, México -respondió Boyle- Muy estimulante y disparador de ideas aunque la comida es espantosa... hasta me enfermé. Pero esa gente trabaja duro por poner a su país de pie.
-¿Cómo marchan las cosas por allí?
-Espléndidas, según he visto. Si bien en estos momentos están... pero hay que tener en cuenta que apuntan al futuro. La República Popular de México tiene un gran futuro; en unos pocos años nos habrán superado.
-¿Has estado en las minas de San Sebastián?
Los 4 hombres sentados a la mesa adoptaron una actitud rígida y tensa. Todos tenían fuertes inversiones en las minas de San Sebastián.
Boyle no contestó enseguida, y por esta causa, su voz sonó inesperadamente alta y forzada cuando dijo: -¡Oh, claro! ¡Desde luego! Es lo que más deseaba visitar.

-¿Y...?
-¿Y qué?
-¿Cómo marchan las cosas por allí?
-Espléndidas. Dentro de esa montaña existen los mayores yacimientos de cobre de la Tierra.
-¿Parecían estar funcionando?
-No he visto un lugar más activo en mi vida.
-¿Y qué hacen?
-Pues, no pude comprender la mitad de lo que me dijo el director, pero están ciertamente muy ocupados.
-¿Existen... existen complicaciones de algún tipo?
-¿Complicaciones? De ninguna manera, las minas de San Sebastián son propiedad privada, las últimas privadas que quedan en México, pero ello no significa, por ahora, diferencia alguna.
-Orren -preguntó Taggart, cauteloso-, ¿qué hay de esos rumores acerca de una posible nacionalización de las minas de San Sebastián?
-¡Mentiras! -respondió Boyle airadamente- Mentiras, simplemente mentiras. Lo sé de buena fuente. He cenado con el ministro de Cultura y con todos los demás muchachos.
-Debería existir una ley contra los rumores irresponsables -opinó Taggart enojado- Tomemos otra copa.
Llamó al camarero de mala manera. En un oscuro rincón del local había una pequeña barra, donde un viejo y marchito barman permanecía largos ratos completamente inmóvil; cuando lo llamaban, se movía con desdeñosa lentitud. Su trabajo consistía en servir a hombres ansiosos de tranquilidad y de placer, pero sus modales eran los de un amargado curandero administrando pócimas contra alguna enfermedad.
Los 4 permanecieron en silencio, hasta que el camarero regresó con las bebidas. Los vasos que dejó sobre la mesa fueron 4 manchas de azul pálido en la media luz reinante, como 4 débiles mecheros de gas. Taggart estiró la mano hacia el suyo y sonrió.
-Bebamos por los sacrificios que nos impone la necesidad histórica -dijo mirando a Larkin.
Se produjo una pausa. En un recinto iluminado, aquello hubiera sido la pugna de 2 hombres empeñados en vencer la mirada del otro, pero aquí, tan sólo se enfrentaban sus globos oculares. Entonces, Larkin tomó también su copa.
-Invito yo, muchachos -recordó Taggart.
Nadie halló nada que decir, hasta que Boyle habló con indiferencia: -Oye, Jim, quería preguntarte qué diablos pasa con tu servicio ferroviario en la línea de San Sebastián.
-¿Qué quieres decir con eso? ¿Cuál es el problema?
-Verás, no sé, pero hacer circular solo un tren de pasajeros diario es...
-¿Un solo tren?
-... es un servicio muy escaso, por lo menos a mi modo de ver. ¡Y qué tren! Debes de haber heredado esos vagones de tu bisabuelo, quien a su vez los usó hasta el agotamiento. Y ¿de dónde diablos han sacado esa locomotora de leña?
-¿Leña?

-Eso mismo me dije yo. Nunca había visto ninguna, excepto en fotografías. ¿De qué museo la sacaste? No actúes como si no lo supieras. ¿Se trata acaso de una broma?
-¡Claro que lo sabía! -se apresuró a contestar Taggart- Era sólo que... la viste justamente la semana en que tuvimos ciertas dificultades con nuestras máquinas, hicimos un pedido de otras nuevas, pero se está retrasando mucho. Ya sabes los problemas que tenemos con los constructores, pero se trata sólo de una dificultad temporal.
-¡Claro! -aceptó Boyle- No es posible impedir los retrasos, pero insisto en que es el tren más extraño en que haya viajado jamás. Me dejó el estómago hecho pedazos.
Taggart se quedó en silencio unos minutos, al parecer preocupado por sus propios problemas; de pronto se levantó sin disculparse y los demás hicieron lo mismo, como si su gesto hubiera sido una orden.
Sonriendo, quizá con excesiva amplitud, Larkin murmuró: -Ha sido un placer, Jim, un auténtico placer. Así es como nacen los grandes proyectos: tomando unas copas con unos amigos.
-Las reformas sociales son lentas -dijo Taggart con frialdad- Es bueno ser paciente y precavido. -Por vez 1° se volvió hacia Wesley Mouch- Lo que más me gusta de usted, Mouch, es que no habla demasiado.
Wesley Mouch era el hombre de confianza de Rearden en Washington.
Había todavía un resto de sol cuando Taggart y Boyle salieron juntos a la calle. El cambio les causó un ligero asombro; el local era tan oscuro que, al salir, les pareció encontrarse en pleno día. Un alto edificio se recortaba contra el cielo, erecto y firme como una espada en alto. Detrás en la distancia colgaba el calendario.
Taggart, irritado, forcejeó con el cuello de su gabán, que cerró para protegerse del frío. No había pensado volver esa noche al despacho, pero tenía que hacerlo, tenía que ver a su hermana.
-... nos espera una tarea muy difícil, Jim -estaba diciendo Boyle- Una tarea muy difícil con muchos peligros, complicaciones y grandes riesgos...
-Todo se basa -contestó lentamente James Taggart- en saber quiénes pueden hacerla... Eso es lo que hay que saber: quiénes pueden hacerla.

* * *

Dagny Taggart tenía sólo 9 años cuando decidió que alguna vez dirigiría la compañía ferroviaria Taggart Transcontinental. Había llegado a esa conclusión un día que estaba sola entre los rieles, mientras contemplaba las 2 rectas líneas de acero que se alejaban hasta unirse en un punto lejano. Sentía cierto orgulloso placer al observar cómo la vía atravesaba el bosque: no pertenecía a ese paisaje de añosos árboles que extendían sus ramas sobre verdes arbustos y dispersos macizos de flores silvestres. Pero allí estaba.
Las 2 líneas de acero brillaban bajo el sol, y los negros durmientes eran como peldaños de una escalera por la que ella debía subir.
No fue una decisión repentina, sino la rúbrica final en palabras de algo que sabía desde mucho tiempo atrás. En un entendimiento tácito, como si estuvieran ligados

por un juramento que nunca fue necesario pronunciar, ella y Eddie Willers se habían entregado al ferrocarril desde que tenían uso de razón.
Dagny experimentaba una hastiada indiferencia hacia el mundo, hacia los demás niños, e incluso hacia los adultos. Aceptaba, como una circunstancia lamentable que por un tiempo debía soportar pacientemente, esa suerte de prisión entre personas aburridas. Había captado algo de otro mundo y sabía de su existencia; un mundo que creaba trenes, puentes, telégrafos, luces y señales que parpadeaban en la noche. Pero era preciso esperar y crecer antes de llegar a ese mundo.
Nunca trató de explicar por qué le gustaba tanto el ferrocarril. Sin que importara lo que los otros sintieran, ella sabía que se trataba de una emoción para la cual los otros no tenían equivalente ni respuesta. Experimentaba la misma emoción en la clase de Matemática, única asignatura que le gustaba. Gozaba con la excitación de solucionar un problema, con el insolente placer de aceptar un desafío y vencerlo sin esfuerzo, con el anhelo de enfrentarse a una prueba más dura que las anteriores. Al mismo tiempo, albergaba un creciente respeto por el adversario, esa ciencia clara, estricta y luminosamente racional. Estudiando matemática, se dijo de manera repentina y simple: "¡Qué grandiosos los hombres que han hecho esto!" y "¡Qué suerte que sea tan buena en esto!". La alegría por aquella admiración y la conciencia de su propia capacidad iban desarrollándose simultáneamente. Su actitud hacia el tren era idéntica: adoración hacia la inteligencia que lo había creado, hacia la habilidad de una mente clara y razonadora, con una sonrisa secreta en la que se ocultaba la idea de que ella algún día sería capaz de mejorarlo. Vagaba entre vías y depósitos como un estudiante humilde, pero en dicha humildad había un toque de orgullo en potencia, un orgullo que era preciso ganarse.
Durante su infancia continuamente había oído 2 frases: "Tienes una jactancia insoportable", aun cuando nunca hablara de sus propias cualidades, y: "Eres egoísta". Preguntaba a qué se referían, pero nunca había recibido respuesta, por eso no entendía cómo los adultos podían imaginar que una acusación tan indefinida la haría sentir culpable.
A los 12 años le había comentado a Eddie Willers que cuando fuera mayor dirigiría el ferrocarril. A los 15, se le ocurrió pensar por 1° vez que las mujeres no dirigen compañías ferroviarias y que quizá otras personas se opusieran a su plan.
"¡Al diablo con eso!", pensó, y nunca volvió a preocuparse por ello.
Empezó a trabajar para Taggart Transcontinental cuando tenía 16 años. Su padre lo permitió, entre divertido y curioso. Comenzó como operadora nocturna en una pequeña estación del campo y durante los 1° tiempos, mientras estudiaba Ingeniería Industrial en la universidad, pasó allí sus noches.
James Taggart se inició en el ferrocarril junto con ella; tenía entonces 21 años y fue asignado al departamento de Relaciones Públicas.
La carrera de Dagny rodeada de hombres en Taggart Transcontinental fue rápida y no encontró oposición alguna. Aceptó cargos de responsabilidad porque no había otra persona lo suficientemente capaz para desempeñarlos. A su alrededor trabajaban unos pocos hombres de talento, pero cada año se volvían más y más excepcionales. Sus superiores, los que tenían autoridad, parecían temerosos de ejercerla y pasaban el tiempo eludiendo decisiones, entonces ella fue diciendo lo

que había que hacer, y los demás obedecían. Mucho antes de que cada ascenso se formalizara, empezaba a efectuar la tarea correspondiente al cargo. Era como avanzar por una serie de habitaciones vacías: nadie se oponía y, sin embargo, tampoco nadie aprobaba su progreso dentro de la firma. Su padre parecía asombrado y orgulloso, pero no decía nada y en sus ojos aparecía cierta tristeza cuando la veía en su oficina. Ella tenía 29 años cuando él murió. "Siempre ha existido un Taggart para dirigir la empresa", fueron sus últimas palabras; y la miró con una extraña expresión, como un acto de despedida y compasión a la vez.

La tenencia de capital más importante, las acciones que controlaban la compañía, quedaron en manos de James Taggart, que tenía 34 años cuando fue nombrado presidente de la firma. Dagny estaba absolutamente segura de que el directorio lo elegiría, pero nunca pudo comprender por qué lo hizo de manera tan ansiosa. Sus miembros hablaron de la tradición e insistieron en que el presidente siempre había sido el hijo mayor de la familia; nombraron a James por las mismas razones por las que hubieran rehusado pasar por debajo de una escalera, es decir, para evitar cualquier maleficio. Se refirieron a su capacidad para "hacer populares las vías férreas" y también a su "buena prensa" y a su "habilidad en Washington" (había demostrado una singular capacidad para obtener favores de los legisladores).

Dagny no sabía nada de la "habilidad en Washington", ni imaginaba qué implicaría tal capacidad, pero como al parecer se trataba de algo necesario, terminó olvidando el asunto tras decirse que existían muchas clases de tareas ofensivas, aunque necesarias, tal como ocurre con la limpieza de cloacas; alguien tenía que hacerlo y a Jim parecía agradarle.

Ella nunca había aspirado a la presidencia, tan sólo le interesaba el departamento de Operaciones. Cuando recorría la línea, los viejos ferroviarios, que aborrecían a Jim, comentaban: "Siempre existirá un Taggart a la cabeza de la compañía", y la miraban del mismo modo en que la había mirado su padre. Se sentía protegida contra las decisiones adoptadas por Jim, gracias a la convicción de que éste no era lo suficientemente listo como para perjudicar demasiado a la empresa, y que ella estaría siempre en condiciones de corregir cualquier perjuicio que él ocasionara.

A los 16 años, sentada ante su escritorio de operador, observando las iluminadas ventanillas de los trenes Taggart que pasaban velozmente, se dijo que había logrado ingresar en el mundo que más le agradaba. Con el tiempo se dio cuenta de que no era así. El adversario al que se veía obligada a combatir no le parecía ya digno de la lucha ni de la victoria; no era una inteligencia superior lo que desafiaba, sino la ineptitud: una gris sustancia algodonosa, blanda y sin forma, que no ofrecía resistencias, pero que, aun así, se las ingenió para constituirse en un obstáculo en su camino. Se encontraba inerme ante la enigmática causa de todo aquello. No encontraba la solución.

Durante los primeros años gritaba en su interior, anhelando un destello de capacidad humana, una competencia limpia, clara y resplandeciente. Sufría arrebatos de desesperado deseo de tener un amigo o un enemigo dotado de una mente mejor que la suya. Pero los superaba: tenía que cumplir una tarea y no podía perder el tiempo en el dolor; al menos, no con frecuencia.

El 1° paso de la política de James Taggart fue la construcción de la línea San Sebastián. Hubo muchos involucrados, pero para Dagny tan sólo un nombre se destacaba en aquella empresa, un nombre que eclipsaba a los demás. Se destacaba sobre 5 años de esfuerzos, de kilómetros y kilómetros de rieles desperdiciados, de hojas llenas de pérdidas de Taggart Transcontinental, semejantes al hilo de sangre de una herida que no quiere cicatrizar, como el goteo negativo de las informaciones de todas las Bolsas del mundo; en el humo teñido de rojo de los altos hornos donde se fundía el cobre; en titulares escandalosos; en pergaminos donde constaba la nobleza de siglos; en tarjetas adheridas a ramos de flores que adornaban los aposentos de mujeres desperdigadas por 3 continentes.

El nombre era Francisco d'Anconia.

A los 23 años, cuando heredó su fortuna, Francisco d'Anconia era conocido como el rey mundial del cobre. Ahora, a los 36, continuaba siendo famoso, no sólo como el hombre más rico, sino como el playboy más espectacular y detestable de la Tierra. Era el último descendiente de una de las más aristocráticas familias de Argentina. Poseía campos ganaderos, plantaciones de café y la mayoría de las minas de cobre de Chile. Era dueño de casi media Sudamérica y de diversas minas en los Estados Unidos, a las que no les daba más importancia que a unos pocos centavos.

Cuando un buen día Francisco d'Anconia adquirió en México kilómetros de montañas peladas, comenzó a circular la noticia de que acababa de descubrir grandes extensiones de yacimientos de cobre. No tuvo que realizar demasiado esfuerzo para vender las acciones de sus minas, más bien le fueron arrebatadas de las manos y él se limitó a elegir a quiénes conferir el favor de otorgárselas. Se aseguraba que poseía un talento financiero fabuloso, y nadie jamás había conseguido derrotarlo. Su increíble fortuna aumentaba con cada operación que se molestaba en realizar y con cada paso que daba. Aquellos que lo censuraban eran los primeros en aprovecharse de su talento, adquiriendo nuevas participaciones en sus empresas. James Taggart, Orren Boyle y sus amigos se contaban entre los mayores accionistas del proyecto que Francisco d' Anconia había llamado Minas de San Sebastián.

Dagny nunca pudo descubrir qué clase de presiones impulsaron a James Taggart a tender una vía férrea desde Texas hasta los desolados parajes de San Sebastián. Al parecer, ni él mismo lo sabía: como un campo sin protección contra el viento, pareció accesible a cualquier corriente, y la decisión final fue tomada por azar.

Algunos directores de Taggart Transcontinental se oponían al proyecto: la compañía, afirmaban, necesitaba de todos sus recursos para reconstruir la línea Río Norte y no podían hacerse las 2 cosas a la vez. Pero James Taggart era el presidente en su 1° año de administración, y ganó.

El gobierno popular mexicano se mostró dispuesto a cooperar y firmó un contrato por el que garantizaba durante 200 años el derecho de propiedad de Taggart Transcontinental sobre aquel ferrocarril, en un país donde no existía derecho de propiedad alguno. Francisco d'Anconia había obtenido la misma garantía para sus minas.

Dagny luchó contra el tendido de la línea de San Sebastián por todos los medios, dirigiéndose a quien quisiera escucharla: pero sólo era una asistente en el departamento de Operaciones, una muchacha joven y sin autoridad, y nadie le hizo caso.
Desde el 1° momento fue incapaz de comprender los motivos que habían conducido a la construcción de la línea. Sentada como un espectador inútil, como miembro minoritario, en una reunión de directorio, sintió un extraño aire evasivo en la sala, en cada discurso y en los argumentos expuestos, como si el motivo verdadero de la discusión no fuese nunca mencionado por aparecer lo suficientemente claro para todos, excepto para ella.
Se habló de la futura importancia de las relaciones comerciales con México, de la rica corriente de transporte de mercadería que circularía por allí, de las inmensas rentas aseguradas a quien tuviera la exclusividad para transportar aquella inextinguible producción de cobre. Como prueba, aportaban los triunfos que Francisco d'Anconia había logrado en el pasado, pero no se mencionó ningún factor técnico relacionado con las minas de San Sebastián. Eran pocos los datos disponibles, pues la información brindada por d'Anconia no era demasiado específica, aunque, en realidad, nadie parecía necesitar esos datos.
Se habló extensamente sobre la pobreza de los mexicanos y su desesperada necesidad de contar con trenes: "Nunca tuvieron una oportunidad", "Es nuestro deber ayudar al desarrollo de una nación de escasos recursos. A mi modo de ver, todo país depende de su vecino".
Dagny escuchaba a la vez que pensaba en las numerosas líneas secundarias que Taggart Transcontinental había tenido que desactivar porque los ingresos venían disminuyendo paulatinamente desde hacía muchos años. Pensó en la urgente necesidad de efectuar reparaciones en toda la red, que se habían pospuesto con negligencia ya que la política seguida respecto del problema de mantenimiento no era realmente una política; más bien parecía que estaban jugando con un elástico que siempre podía estirarse un poco más.

"A mi modo de ver, el mexicano es un pueblo ágil, pero aplastado por una economía primitiva. ¿Cómo van a industrializarse si nadie les da una mano?" "Al considerar una inversión, creo que hemos de fiamos un poco del elemento humano y no solamente de factores puramente materiales."
Dagny se acordó de una locomotora de la línea Río Norte que había caído en una zanja por la rotura de una de las barras de empalme. Recordó los 5 días durante los cuales quedó interrumpido todo tránsito en esa línea porque un muro de contención se había derrumbado, arrojando toneladas de piedras sobre las vías.
"Así como todos hemos de pensar en el bienestar de nuestro prójimo antes que en el propio, una nación debe pensar en sus vecinos antes que en sí misma."
Se acordó de un recién llegado, llamado Ellis Wyatt, en quien la gente empezaba a fijarse porque sus actividades constituían la primera promesa de un torrente de ganancias a punto de brotar de las muertas planicies de Colorado. La línea Río Norte estaba por colapsar precisamente cuando más necesarios se hacían sus servicios.
"El ansia de riquezas materiales no lo es todo. Existen también ideales no materiales a considerar." "Confieso que me siento avergonzado cuando pienso

que poseemos una extensa red de ferrocarriles, mientras el pueblo mexicano sólo dispone de 1 o 2 líneas totalmente anticuadas." "La vieja teoría de la autosuficiencia económica ha volado en pedazos hace mucho tiempo. Es imposible que un país prospere en medio de un mundo muerto de hambre."
Ella reflexionó en que, para hacer de Taggart Transcontinental la empresa de tiempos anteriores, eran necesarios todos los rieles, durmientes y dólares que se pudieran conseguir, ¡y cuán desesperadamente pocos había!
En la misma sesión y en el curso de similares discursos, se habló también de la eficiencia del gobierno mexicano, que ejercía un perfecto control sobre todo lo que ocurría en el país. México tenía un gran futuro, decían, y en pocos años se convertiría en un peligroso competidor. "En México se ha impuesto la disciplina", insistieron los integrantes del directorio, con cierta nota de envidia en la voz.
James Taggart dejó sentado, en frases incompletas y en insinuaciones vagas, que sus amigos de Washington, a los que nunca nombraba directamente, querían ver un ferrocarril en suelo mexicano; que dicha línea constituiría una gran ayuda en términos de diplomacia internacional; que la buena voluntad de la opinión pública mundial pagaría con creces la inversión de Taggart Transcontinental.
Entonces, votaron a favor de la construcción de la línea de San Sebastián, que costaría 30 millones de dólares.
Cuando Dagny se fue de la sala de reunión, salió a la calle y empezó a caminar, respirando el aire limpio y fresco, 2 palabras se repetían precisa e insistentemente en el entumecido vacío de su mente: "Abandona esto... abandona esto... abandona esto".
Escuchó esas 2 palabras con gran perplejidad. La idea de abandonar a Taggart Transcontinental no pertenecía al ámbito de las cosas concebibles para ella y se aterrorizó, no ante el pensamiento, sino al preguntarse qué razón lo había motivado. Sacudió la cabeza irritada y se dijo que Taggart Transcontinental la necesitaría ahora más que nunca.
Dos de los directores habían presentado sus renuncias, y lo mismo hizo el vicepresidente del departamento de Operaciones, que fue sustituido por un amigo de James Taggart.
Al tiempo que se tendían rieles de acero a lo largo del desierto mexicano, se cursaban órdenes para reducir la velocidad de los trenes en la línea Río Norte, porque los durmientes estaban deteriorados. Un edificio de cemento, reforzado con columnas de mármol y adornado con espejos, se levantó en medio del polvo de una plaza sin pavimentar de cierto pueblo mexicano, al tiempo que en la línea Río Norte un tren-tanque para transportar petróleo se desplomaba por un talud y quedaba convertido en un montón de chatarra porque un riel se había partido. Ellis Wyatt no esperó a que el tribunal decidiera si el percance había sido accidental, como aseguraba James Taggart, sino que transfirió el transporte de su petróleo a Phoenix-Durango, una empresa ferroviaria desconocida y pequeña que luchaba por sobrevivir, pero lo hacía bien. Aquel fue el cohete que impulsó a la Phoenix-Durango hasta las alturas. A partir de entonces, la compañía prosperó al compás del crecimiento de Wyatt Oil, que levantaba fábricas en los valles cercanos, mientras a través de las agostadas praderas mexicanas donde ya no crecían los cereales, se tendían 3 km. de vías mensuales.

Dagny tenía 32 años cuando le hizo saber a James Taggart que pensaba renunciar. Llevaba 3 años a cargo del departamento de Operaciones, sin puesto definido, sin reconocimiento y sin autoridad, se sentía derrotada y aborrecía las horas, los días, las noches perdidos en luchar contra la interferencia del amigo de Jim que ostentaba el cargo de vicepresidente de Operaciones.
Aquel hombre no tenía plan de acción y sus decisiones se basaban en ideas de Dagny, que sólo aceptaba luego de haber realizado todos los esfuerzos concebibles para inutilizarlas. Había dado un ultimátum a su hermano. El había quedado boquiabierto: "Pero, Dagny, ¡eres mujer! ¿Una mujer en la vicepresidencia de Operaciones? ¡Nunca se ha visto tal cosa! ¡El directorio no lo aceptará!". "Pues entonces, ¡me voy!", había contestado ella.
No había pensado lo que haría con su vida. El proyecto de abandonar Taggart Transcontinental era como esperar a que le amputaran las piernas. Lo mejor sería dejar que sucediera cualquier cosa con la empresa y luego aceptar el fardo, o lo que quedara.
Nunca comprendió por qué el directorio votó unánimemente a favor de su candidatura para la vicepresidencia de Operaciones.
Fue ella quien finalmente hizo realidad la línea San Sebastián. Cuando se hizo cargo de su puesto, la construcción llevaba 3 años. Se había tendido un tercio de la vía y ya entonces los gastos superaban la cifra prevista. Despidió a los amigos de Jim y encontró un contratista que terminó la obra en un año.
La línea San Sebastián estaba operando, pero no se había generado ninguna corriente de tráfico a través de la frontera, ni circulaban por ella trenes cargados de cobre. Sólo algunos vagones descendían traqueteando por la montaña desde San Sebastián, a largos intervalos. Según Francisco d'Anconia, las minas estaban aún en proceso de desarrollo y la sangría de Taggart Transcontinental continuaba.
Ahora estaba sentada a su escritorio, igual que muchas otras tardes, tratando de resolver un problema, de ver qué líneas podían recuperar el sistema y en cuántos años.
Una vez reconstruida la Río Norte, salvaría a las otras. Mientras repasaba las hojas llenas de cifras que revelaban pérdidas y más pérdidas, no pensaba en la larga e insensata agonía de la aventura mexicana, sino que recordaba una llamada telefónica. "Hank, ¿puedes salvarnos? ¿Puedes entregarnos rieles en el menor tiempo posible y con el crédito más largo?" Una voz tranquila y mesurada había contestado: "Por supuesto".
Aquel recuerdo resultaba estimulante. Se inclinó sobre las hojas que tenía sobre su escritorio, y de improviso le pareció que podía concentrarse con mayor facilidad. Existía, al menos, algo con qué contar; algo que no se derrumbaría en el momento crítico.

James Taggart cruzó la sala de espera del despacho de Dagny, aún con la confianza que media hora antes había experimentado frente a sus compañeros en el bar. Cuando abrió la puerta de la oficina de su hermana, su seguridad se desvaneció. Atravesó el lugar en dirección al escritorio como un niño que espera un castigo y comienza a hacer acopio de resentimiento para los años por venir.

La cabeza de Dagny se inclinaba sobre unos papeles, la luz de la lámpara hacía brillar mechones del desordenado cabello, los flojos pliegues de una blanca blusa ceñida a sus hombros realzaban la delgadez del torso.
-¿Qué ocurre, Jim?
-¿Qué estás haciendo en la línea San Sebastián?
Ella levantó la cabeza.
-¿A qué te refieres?
-¿Qué clase de horario rige allí y cuáles son los trenes que circulan?
Ella echó a reír; su risa sonó alegre, aunque algo fatigada.
-Creo que, de vez en cuando, deberías leer los informes que se envían al despacho del presidente.
-¿A qué te refieres?
-Hace 3 meses que la línea San Sebastián funciona con el mismo horario y con los mismos trenes.
-¿1 tren de pasajeros al día?
-Sí, por la mañana. Y 1 de carga cada 2 noches.
-¡Cielo santo! ¿En una línea tan importante como ésa?
-La línea importante no es capaz de mantener ni siquiera esos 2 trenes.
-Pero el pueblo mexicano espera de nosotros un buen servicio.
-Desde luego.
-¡Necesitan trenes!
-¿Para qué?
-Para... para ayudarles a desarrollar las industrias locales. ¿Cómo van a conseguirlo si no les ofrecemos medios de transporte?
-No creo que se vayan a desarrollar de ninguna manera.
-Esa es una opinión muy personal; no sé con qué derecho has reducido el servicio. Tan sólo el transporte de cobre pagará todos los gastos.
-¿Cuándo?
La miró asumiendo el aire satisfecho de quien está a punto de insultar.
-No irás a dudar del triunfo de esas minas de cobre, ¿verdad?... Sobre todo cuando quien las dirige es Francisco d'Anconia. -Hizo mucho hincapié en el nombre sin perderla de vista.
Ella respondió: -Quizá sea amigo tuyo, pero...
-¿Amigo mío? Creí que era tuyo.
-No, al menos durante estos últimos 10 años -respondió Dagny con prestancia.
-Lamentable, ¿verdad? Sin embargo, sigue siendo uno de los mejores empresarios de la Tierra, jamás ha fracasado en una empresa... me refiero a una empresa comercial, y ha invertido millones de su fortuna personal en estas minas, por eso creo que podemos confiar en su juicio.
-¿Cuándo te darás cuenta de que Francisco d'Anconia se convirtió en un bribón?
El echó a reír.
-No siempre lo he considerado así, en lo que se refiere a su carácter personal, pero tú no compartías mi opinión, te oponías a ella.
-¡Y de qué modo! ¿Recuerdas las peleas que tuvimos por este tema, verdad? ¿Quieres que repita algunas de las cosas que decías acerca de él? Sólo puedo conjeturar las que habrás hecho.
-¿Quieres que discutamos sobre Francisco d'Anconia? ¿Para eso has venido?

El rostro de Jim se pintó de furia por su fracaso porque la cara de su hermana no expresaba nada.
-¡Sabes perfectamente a qué he venido! -exclamó- ¡Acabo de escuchar cosas increíbles sobre nuestros trenes en México!
-¿Qué cosas?
-¿Qué clase de equipo estás utilizando allí?
-El peor que he podido encontrar.
-¿De modo que lo admites?
-Lo he declarado por escrito en los informes que te mandé.
-¿Es cierto que utilizas locomotoras de leña?
-Eddie las encontró por encargo mío en un depósito abandonado de Louisiana; ni siquiera se acuerda del nombre del ferrocarril al que pertenecían.
-¿Y las usas para trenes Taggart?
-Sí.
-¿Cuál es tu maldita idea? ¿Qué te propones? ¡Quiero saberlo!
Con calma y mirándolo a la cara, Dagny respondió: -Pues, si quieres saberlo te diré que en la línea San Sebastián sólo he dejado chatarra y la menos posible. Saqué de México todo cuanto podía trasladarse: locomotoras, herramientas, incluso máquinas de escribir y espejos.
-¿Por qué mierda lo hiciste?
-Para que los saqueadores no tengan mucho que llevarse cuando nacionalicen la línea.
El se puso de pie en un salto.
-¡No te saldrás con la tuya! ¡Esta vez no te saldrás con la tuya! No sé cómo has tenido valor para realizar una acción tan baja y miserable... tan sólo por haber escuchado algunos rumores tendenciosos. Tenemos un contrato por 200 años, además de...
-Jim -lo interrumpió lentamente-, en ningún otro lugar del sistema existe un solo vagón, una sola máquina o una tonelada de carbón que nos esté sobrando.
-No lo permitiré. ¡Declaro terminantemente que no permitiré semejante política deplorable hacia un pueblo amigo, tan necesitado de nuestra ayuda! La ambición material no es todo. Existen también otras consideraciones, aunque tú no las comprendas.
Dagny tomó una libreta y un lápiz.
-De acuerdo, Jim. ¿Cuántos trenes quieres que funcionen en la línea de San Sebastián?
-¿Qué?
-¿Qué otros servicios quieres que restrinja y en cuál de nuestras líneas, para conseguir los motores Diesel y los vagones de acero necesarios?
-No quiero restringir ningún servicio.
-Pues entonces, ¿de dónde saco el equipo para México?
-Eso es cosa tuya, es parte de tus obligaciones.
-No me siento capaz de hacerlo, tendrás que decidir tú.
-Ya estamos con tu viejo truco de pasarme la responsabilidad.
-Espero órdenes, Jim.
-No voy a caer en esa trampa.
Ella soltó el lápiz.

-Pues entonces, la línea de San Sebastián seguirá funcionando de la misma forma.
-¡Espera a la reunión de directorio del mes que viene! Exigiré una definición acerca de hasta qué punto el departamento de Operaciones puede excederse en sus atribuciones. Te aseguro que tendrás que responder por esto.
-Responderé.
Dagny ya estaba de nuevo en su trabajo, antes que la puerta por donde había salido James Taggart se cerrara.
Cuando terminó, apartó los papeles y levantó la mirada, al otro lado de la ventana el cielo aparecía negro y la ciudad se había convertido en una resplandeciente extensión de cristal iluminado. Se levantó con cierto desgano, lamentando la pequeña derrota que significaba sentir cansancio, pero estaba verdaderamente agotada.
Fuera de su despacho, la oficina estaba vacía y oscura; el personal se había marchado. Sólo Eddie Willers seguía en su puesto, entre las mamparas de vidrio de su cubículo, una mancha de luz en una esquina del amplio salón, y la saludó con la mano.
No tomó el ascensor que llevaba al vestíbulo, sino el que la depositaría en la estación terminal del ferrocarril Taggart. Le gustaba atravesarla camino a su casa.
Siempre había pensado que aquel recinto se parecía a un templo. Levantando la mirada hacia el alto techo, pudo ver las bóvedas oscuras sostenidas por gigantescas columnas de granito y la parte superior de los enormes ventanales, sumidos en la penumbra. Todo aquel espacio exhalaba la paz solemne de una catedral que dispensa su protección y su paz por encima de la febril actividad de los hombres.
Dominándolo todo, pero ignorada por los viajeros por tratarse de una visión habitual, se levantaba la estatua de Nathaniel Taggart, fundador de la compañía ferroviaria. Dagny era la única persona que seguía fijándose en ella, y que jamás se había acostumbrado totalmente a su presencia. Contemplar la estatua, siempre que pasaba por aquel lugar, constituía para ella una especie de rito silencioso.

Nathaniel Taggart había sido un aventurero llegado a Nueva Inglaterra desde algún lugar desconocido, sin un centavo en el bolsillo, y había construido un ferrocarril que atravesaba todo un continente, en los tiempos de los 1° rieles de acero. Si bien su ferrocarril seguía funcionando, su batalla se había convertido en simple leyenda, porque la gente prefería no comprenderla, o no creerla posible.
Era un hombre que nunca había aceptado la idea de que alguien pudiera detenerlo en su camino. Se puso un objetivo y se dirigió hacia él en línea tan recta como sus vías. Jamás pidió préstamos, ni emitió bonos, ni solicitó subsidios, ni recibió cesiones de tierras o favores legislativos del gobierno. Obtenía el dinero de los propietarios de los terrenos, yendo de puerta en puerta, golpeando a las de caoba de los banqueros, así como a las de tablones de las solitarias granjas. Jamás habló del bien público, sino que se limitaba a decirles a las personas que obtendrían considerables ganancias con su ferrocarril y explicarles por qué. Sus razones eran siempre sensatas. En las generaciones que siguieron, Taggart Transcontinental fue una de las pocas compañías ferroviarias que nunca sufrió

bancarrota y la única cuyas acciones mayoritarias permanecieron en manos de los descendientes del fundador.
En su época, el nombre de Nat Taggart no fue famoso, sino más bien notorio; se lo repetía, no en homenaje a su portador, sino con expresión de rencorosa curiosidad. Y si alguien lo admiró, fue de la misma manera como se admira a un bandolero afortunado. Sin embargo, ni un solo centavo de su capital había sido logrado por la fuerza o el fraude, no era culpable de nada, excepto de haberse sabido ganar su propia fortuna y de no haber olvidado nunca que era suya.
Había numerosas historias sobre él. Se decía que en los salvajes territorios del Medio Oeste había asesinado a un legislador que trataba de revocar una concesión garantizada de antemano, cuando su vía atravesaba ya gran parte de ese Estado. Algunos políticos habían planeado hacer una fortuna con las acciones de Taggart, comprándolas a bajo precio para venderlas después con un gran margen de ganancias. Se acusó a Nat Taggart del crimen, pero nunca se le pudo probar. Desde entonces, no tuvo más problemas con los políticos.
Se afirmaba que Nat Taggart había expuesto muchas veces su vida por defender al ferrocarril, pero en ciertas ocasiones expuso algo más que su vida. Desesperado por la falta de fondos y la suspensión del tendido de una vía, arrojó por la escalera de su casa a cierto distinguido caballero que le ofrecía un préstamo del gobierno. Luego ofreció a su esposa como garantía del préstamo de un millonario, que no sólo lo odiaba, sino que admiraba profundamente la belleza de la Sra. Taggart. Afortunadamente pudo pagar a tiempo, sin tener que recurrir a tan desesperada salida. El trato se había hecho con consentimiento de su esposa, mujer de gran belleza, procedente de una noble familia de cierto Estado del sur, desheredada por haberse fugado con Nat Taggart cuando éste sólo era un joven y andrajoso aventurero.
Dagny lamentaba a veces considerar a Nat Taggart como su antecesor. Lo que sentía hacia él no podía incluirse en la categoría de los afectos familiares que uno no elige. Era incapaz de amar por obligación y odiaba a quien se lo exigiera, pero dejando de lado los vínculos familiares, si fuera posible seleccionar a un antepasado por propia voluntad, habría optado por Nat Taggart en agradecido homenaje a lo que representaba para ella.
La estatua de Nat Taggart había sido realizada en base al retrato de un dibujante y era la única imagen que existía de él. Había vivido hasta una edad muy avanzada, pero nadie podía imaginarlo sino como aparecía en aquella imagen que lo representaba joven. Esa escultura había infundido en Dagny el 1° concepto de exaltación. Cuando la llevaban a la iglesia o a la escuela, y oía a alguien pronunciar dicha palabra, inmediatamente la asociaba con el monumento.
Era la estatua de un joven alto y apuesto, de rostro anguloso, que erguía la cabeza como si se enfrentara a un desafío y sintiera placer por su capacidad para resistirlo. Todo cuanto Dagny deseaba de la vida se resumía en el deseo de mantener la cabeza tan erguida como él.
Aquella noche volvió a mirar la talla cuando pasaba por la estación. En ese breve momento de descanso, le pareció como si se le quitara de encima un peso imposible de definir y como si una brisa le refrescara la frente.
En un rincón, junto a la puerta principal, había un pequeño puesto de periódicos. Su propietario, un viejo tranquilo y amable, llevaba 20 años detrás de ese

mostrador. En otros tiempos había sido dueño de una fábrica de cigarrillos, pero había quebrado y terminado resignándose a la solitaria oscuridad del diminuto puesto, en medio de un constante torbellino de personas de paso. No tenía familiares ni amigos, y tan sólo tenía un hobby: coleccionaba marquillas de cigarrillos de todo el mundo, conocía todas las existentes, e incluso algunas que se ya no se vendían más.
A Dagny le gustaba detenerse a la salida en aquel quiosco que parecía formar parte de la estación, como si fuera un viejo perro guardián, demasiado débil para protegerla, pero cuya presencia leal resulta tranquilizadora. Al anciano le gustaba verla, porque le divertía pensar que tan sólo él conocía la importancia de aquella joven con vestido informal y sombrero ladeado, que se acercaba presurosa y anónima entre la muchedumbre.
Dagny se detuvo, como de costumbre, para comprar un paquete de cigarrillos.
-¿Cómo sigue su colección? -preguntó al viejo- ¿Tiene algún ejemplar nuevo?
El sonrió tristemente, negando con la cabeza.
-No, Srta. Taggart -repuso- Ya no se fabrican marcas nuevas, y las viejas van desapareciendo. Ahora sólo tenemos 5 o 6, cuando antes había docenas. La gente ya no hace nada nuevo.
-Volverán a hacerlas. Es temporal.
La miró sin contestar y al cabo de unos momentos, dijo: -Me gustan los cigarrillos, Srta. Taggart, porque me atrae la idea del fuego sostenido por la mano del hombre; el fuego, esa fuerza peligrosa, domado con las puntas de los dedos. Con frecuencia pienso en las horas que una persona permanece sentada a solas, mirando el humo de su cigarrillo y meditando. Me pregunto cuántas grandes ideas habrán surgido en esos momentos. Cuando un hombre reflexiona, hay un brasa viva en su mente, y es natural que tenga la brasa de su cigarrillo como la expresión de dicha idea.
"Pero, ¿alguien reflexiona alguna vez?", se preguntó Dagny en silencio. Esa cuestión representaba para ella una tortura personal que no deseaba discutir con nadie.
El viejo la miró como si comprendiera su repentino silencio, pero sólo dijo: -No me gusta lo que le ocurre a la gente, Srta. Taggart.
-¿A qué se refiere?
-No lo sé, pero llevo 20 años observándolos y he notado el cambio. Antes pasaban por aquí a toda prisa, era admirable verlos. Su prisa era la de quien sabe adónde va y está impaciente por llegar, en cambio ahora tiene otro motivo: el miedo. No hay otra causa que el temor. No van a ningún sitio, escapan; y no creo que sepan de qué están escapando. No se miran entre sí, y se sobresaltan al ser tocados por otro. Sonríen a cada instante, pero con una sonrisa que no tiene nada de agradable, que no expresa alegría, sino súplica. No sé qué le está ocurriendo al mundo. -Se encogió de hombros- Pero, bueno, ¿quién es John Galt?
-Es sólo una frase sin sentido. -La sorprendió la sequedad de su propia voz y añadió a modo de disculpa:- No me gusta esa expresión popular. ¿Qué significa? ¿De dónde viene?
-Nadie lo sabe -respondió lentamente el vendedor de periódicos.
-¿Por qué la gente se lo pasa repitiéndola? Nadie podría explicarlo y, sin embargo, se usa y se usa, como si se le otorgara algún significado especial.

-¿Por qué le molesta esa frase? -preguntó el viejo.
-No me gusta lo que parece insinuar.
-A mí tampoco, Srta. Taggart.

* * *

Eddie Willers estaba cenando en la cafetería de los empleados de la Terminal Taggart. Había un restaurante al que iban los directivos de la empresa, pero a él no le gustaba. En cambio, la cafetería parecía formar parte del ferrocarril y en ella se sentía más a gusto.
El local era subterráneo, compuesto por un salón muy amplio, con paredes revestidas con mosaicos blancos, que con el brillo de las luces parecían un brocado de plata. El techo era alto y había resplandecientes mostradores de cristal y cromo, por lo que se disfrutaba allí de una sensación de espacio y de luz.
En la cafetería, Eddie Willers se encontraba a veces con un obrero del ferrocarril cuya cara le resultaba simpática. En cierta ocasión habían conversado por casualidad y a partir de entonces tomaron la costumbre de cenar juntos siempre que se encontraban.
Eddie no recordaba haberle preguntado al obrero su nombre ni su puesto, pero suponía que la tarea que desempeñaba era modesta, porque sus ropas eran toscas y estaban siempre manchadas de grasa. El hombre no era, para él, una persona, sino una silenciosa presencia, dotada de un enorme interés en la única cosa a la que encontraba sentido en la vida: Taggart Transcontinental.
Esta noche, al bajar al local bastante tarde, Eddie vio al obrero sentado a una mesa en un rincón casi desierto y sonrió feliz. Lo saludó con la mano y luego se le acercó con su bandeja.
En la intimidad de aquel rincón, Eddie se sintió cómodo, capaz de relajarse tras una larga y tensa jornada de trabajo. Allí podía hablar como en ningún otro sitio, admitir cosas que no confesaría a nadie, pensar en voz alta y mirar los atónitos ojos del obrero frente a él.
-La línea Río Norte es nuestra última esperanza -explicó Eddie Willers- Pero nos salvará. Al menos dispondremos de un ramal en buenas condiciones donde más se lo necesita, y ello contribuirá a levantar el resto... Es raro, ¿verdad?, hablar de una última esperanza para Taggart Transcontinental. ¿Se lo tomaría usted en serio si alguien le dijera que un meteorito está a punto de destruir la Tierra?... Yo tampoco... "De océano a océano, para siempre": eso es lo que venimos escuchando desde nuestra infancia, tanto ella como yo. No, no dijeron "para siempre", pero lo pensaron... Verá usted, yo no soy un gran hombre, no hubiera podido construir este ferrocarril y si desaparece, no podré resucitarlo, tendré que hundirme con él... No me haga caso, no sé por qué digo semejantes cosas. Supongo que estoy algo cansado... Sí, trabajé hasta muy tarde. Ella no me dijo que me quedara, pero vi luz bajo su puerta, mucho después que los otros se habían retirado... Ahora ya está en casa... ¿Complicaciones? ¡Oh! Siempre las hay en la oficina. Pero ella no se preocupa, porque sabe que puede sacamos adelante... Desde luego, la situación es mala. Hemos sufrido muchos más accidentes de los que usted se imagina. La semana pasada volvimos a perder 2 Diesel. Una de puro vieja; la otra en un choque... Ya hemos pedido locomotoras

Diesel a la fábrica United Locomotive, pero llevamos esperándolas 2 años. No sé si llegaremos a conseguirlas... ¡Cuánto las necesitamos! No puede imaginarse la importancia de la fuerza motriz. Es la base de todo... ¿De qué se ríe?... Como iba diciendo, la situación es mala pero, al menos, la línea Río Norte sigue firme. El 1° cargamento de rieles llegará en unas semanas, y en el plazo de un año, circulará el 1° tren sobre rieles completamente nuevos. Esta vez nada podrá impedirlo... Sí, sí, claro que sé quién tenderá esa vía. McNamara, de Cleveland, el contratista que terminó la línea San Sebastián. Al menos se trata de alguien que conoce su oficio, no hay nada que temer, podemos contar con él. No quedan ya demasiados contratistas buenos... Llevamos una temporada espantosa, pero me gusta este ajetreo. Entro en la oficina una hora antes de lo normal, pero ella me gana, siempre llega primero... ¿Cómo?... No sé lo que hace por la noche. Supongo que nada en particular... No, nunca sale con nadie. Suele permanecer en casa, escuchando música, poniendo discos... ¿Qué discos? Pues los de Richard Halley, su compositor preferido. Después del ferrocarril, es lo único que le interesa.

CAPÍTULO IV

LOS MOTORES INMÓVILES

"Fuerza motriz" -pensó Dagny contemplando el edificio Taggart en el atardecer- "es lo que necesitamos con mayor urgencia para que ese edificio siga en pie: movimiento para mantenerlo inamovible." El edificio no descansaba sobre pilares hundidos en granito, sino sobre locomotoras que rodaban por todo un continente.

Experimentó un vago sentimiento de ansiedad. Estaba regresando de una entrevista con el presidente de la fábrica United Locomotive en Nueva Jersey, donde no había sacado nada en concreto: ni el motivo de los retrasos, ni una indicación de la fecha en que iban a entregar las locomotoras Diesel. Ese hombre había hablado con ella durante 2 hs., pero con ninguna de sus frases había respondido a sus pedidos. Podía verse en su rostro una nota peculiar de condescendiente reproche cada vez que ella intentaba dar un giro específico a la conversación, como si con eso quebrantara groseramente un código no escrito, pero por demás conocido.

Al recorrer la fábrica, había visto una enorme locomotora abandonada en un rincón del patio de maniobras. Mucho tiempo atrás había sido un instrumento de precisión, de una clase que no era ya posible adquirir. No estaba estropeada por el uso, sino inutilizada por simple negligencia, corroída por el óxido y por el negro goteo de su aceite mugriento. Apartó la mirada de aquella ruina; esa clase de imágenes provocaba en ella impulsos de repentina y ciega violencia. No sabía la causa, ni podía definir la sensación; solamente advertía que en su interior se levantaba un grito de protesta contra la injusticia y que era una reacción ante algo que estaba más allá de la mera visión de una vieja locomotora.

Cuando entró en la antesala de su oficina, vio que el resto del personal ya se había retirado, pero Eddie Willers seguía allí, esperándola. En ese mismo instante supo que algo había sucedido, por el modo en que la miró y la siguió en silencio a su despacho.

-¿Qué ocurre, Eddie?
-McNamara se ha ido.
Ella lo miró perpleja.
-¿Qué quieres decir con eso?
-Se ha marchado. Se jubiló. Dejó su negocio.
-¿Te refieres a McNamara, nuestro contratista?
-Sí.
-¡Pero... es imposible!
-Pero lo ha hecho.
-¿Por qué? ¿Por qué?
-Nadie lo sabe.
Con deliberada lentitud, Dagny se desabrochó el abrigo, se sentó a su escritorio y mientras se quitaba los guantes, dijo: -Empieza por el principio, Eddie. Siéntate.
El habló, pero siguió de pie.
-Telefoneó su jefe de ingeniería desde Cleveland para informarnos. No me dijo nada más, porque era todo lo que sabía.
-¿Qué dijo en concreto?
-Que McNamara había cerrado su negocio y se había marchado.
-¿Adónde?
-Lo desconoce. Nadie lo sabe.
Dagny se dio cuenta de que con una mano estaba sujetando 2 dedos vacíos del guante de la otra, sin recordar que lo tenía a medio quitar. Tiró de él y lo dejó caer sobre la mesa.
-Ha abandonado su negocio cuando tenía un montón de contratos que valen una fortuna -explicó Eddie- Tenía lista de espera de clientes para los próximos 3 años.
-Ella no contestó, y Eddie añadió con voz profunda: -Yo no estaría asustado si en verdad pudiese entenderlo... pero es algo que no tiene el menor sentido... -Ella seguía en silencio- Era el mejor contratista del país.
Se miraron. Ella hubiera querido exclamar: "¡Oh Dios, Eddie!", pero en vez de eso, dijo tranquilamente: -No te preocupes, encontraremos otro contratista para la línea Río Norte.

Era bastante tarde cuando Dagny abandonó su despacho. Al salir a la acera, frente a la puerta del edificio, hizo una pausa para contemplar las calles. Se sentía súbitamente vacía de fuerzas, propósitos y deseos, como si su motor se hubiera detenido.
Una débil claridad fluía desde detrás de los edificios hasta el cielo: era el reflejo de millares de luces anónimas, era el aliento eléctrico de la ciudad. Quería descansar. "Descansar", pensó. Y encontrar alegría en alguna parte.
Su trabajo era todo lo que tenía o deseaba, pero había veces, como esta noche, en que experimentaba un repentino y peculiar vacío, que no era vacío, sino silencio, no era desesperación sino inmovilidad, como si algo dentro de sí estuviera destruido y estático. Entonces, deseó vivir un momento de alegría, convertirse en espectadora de alguna obra o visión de grandeza. No hacerla, pensó, sino aceptarla; no iniciarla, sino reaccionar; no crear, sino admirar. "Lo necesito para seguir" -se dijo- "porque la felicidad es el mejor combustible."

Siempre había sido ella misma -cerró los ojos sonriendo débilmente, divertida y apenada al mismo tiempo- la impulsora de su propia felicidad. Por una vez deseaba verse llevada por la potencia de una realización ajena; del mismo modo en que las personas contemplan desde una pradera oscura las ventanillas iluminadas de un tren que pasa a la distancia, cuya energía y propósito les confiere seguridad en medio de la vacía desolación, así deseaba ella experimentar una sensación fugaz, en forma de breve saludo, de simple atisbo, aunque sólo fuese para agitar la mano y decir: "Alguien va hacia alguna parte...".

Empezó a caminar lentamente, con las manos en los bolsillos del abrigo y el rostro semioculto por el ala de su sombrero. Los edificios a su alrededor se elevaban a tal altura que su mirada no podía encontrar el cielo. Pensó: "Ha llevado tanto tiempo construir esta ciudad, que debería tener tanto para ofrecer".

Sobre la puerta de un negocio, el agujero negro de un altoparlante volcaba sonidos sobre la calle. Eran las notas de un concierto sinfónico que se estaba dando en alguna parte de la ciudad. Se oían largos aullidos informes, como de telas, e incluso carnes, rasgadas. Las notas brotaban sin melodía, sin armonía, ni ritmo que las unificara. Si la música es emoción y la emoción surge del pensamiento, aquellos gritos procedían del caos, de lo irracional, de la impotencia, de la renuncia a la identidad humana.

Continuó su camino y se detuvo ante el escaparate de una librería. Allí había una pirámide de tomos con sobrecubiertas púrpura oscuro, en las que se leía: El buitre está mutando. Un letrero proclamaba: "La novela del siglo. Penetrante estudio acerca del egoísmo comercial. Atrevida exposición de la depravación humana".

Pasó por delante de un cine, con sus luces que ocupaban media calle, y resaltaban una enorme fotografía y algunas letras resplandecientes suspendidas en el aire. La foto era de una joven con una gran sonrisa. Era una de esas caras que dan la aburrida sensación de haberla visto durante años, incluso al mirarla por 1° vez. Las letras rezaban: "...en un drama trascendental que da respuesta al gran dilema: ¿una mujer debe revelarlo todo?".

De un club nocturno una pareja salía tambaleándose para tomar un taxi. La chica tenía la mirada turbia y el rostro transpirado, llevaba una capa de armiño y un atractivo vestido de noche del cual se había resbalado un hombro, como si se tratara de una vulgar bata de baño, revelando más de lo debido de su seno, no de forma sensual, sino con la indiferencia de una esclava de su trabajo. Su cliente la sostenía por uno de los desnudos brazos; su cara no revelaba la expresión de quien piensa vivir una aventura romántica, sino el aire tímido del muchacho a punto de escribir obscenidades en un muro.

"¿Qué esperaba encontrar?", pensó Dagny mientras retomaba la marcha. "De eso viven los hombres, esto es lo que forma su espíritu, su cultura y su goce." No había visto otra cosa en ningún lugar en muchos años.

En la esquina de su edificio, compró un periódico y después se dirigió a su apartamento.

El piso de 2 habitaciones se hallaba en la cúspide del rascacielos. Los paneles de cristal que formaban el ángulo de la sala conferían a ésta la forma de la proa de un barco y las luces de la ciudad parecían chispazos fosforescentes en medio del negro oleaje de acero y piedra. Cuando encendió una lámpara, un diseño

geométrico de rayos de luz quebrados por unos pocos muebles de planos austeros proyectó largos triángulos de sombra en las desnudas paredes.
Se hallaba en medio de la habitación, sola entre el cielo y la ciudad. Sólo una cosa podía darle la sensación que deseaba experimentar aquella noche, la única forma de placer que había encontrado. Se acercó al fonógrafo y puso un disco de Richard Halley.
Era el 4° Concierto, su última obra. El estallido de los acordes iniciales borró de su mente lo que había visto en la calle. Aquella obra era un gran grito de rebelión, un "¡No!" lanzado durante una terrible tortura, una negativa al sufrimiento que contenía el dolor de la lucha por la libertad. Los sonidos eran una voz que gritaba "El dolor no es necesario. ¿Por qué, entonces, el peor dolor se reserva a quienes no aceptan su necesidad? Nosotros, los portadores del amor y del secreto que confiere la felicidad, ¿a qué castigo hemos sido sentenciados y por quién?...". Las notas atormentadas se convirtieron en un desafío; la agonía, en un himno para una distante visión por la que cualquier cosa podía soportarse, incluso aquello. Era un canto de rebeldía y una búsqueda desesperada.
Ella permaneció sentada inmóvil, con los ojos cerrados, escuchando.
Nadie sabía qué había ocurrido con Richard Halley, ni por qué. La historia de su vida había sido algo así como el resumen de una maldición a la grandeza que mostrara el costo que se paga por ella. Una sucesión de años pasados en buhardillas y en sótanos; años que habían tomado el tinte gris de los muros que aprisionaban a un hombre cuya música desbordaba en un violento estallido. Fue el suyo un oscuro forcejeo contra largos tramos de escaleras sin iluminar, contra cañerías congeladas, contra el precio de un emparedado en un apestoso puesto de comidas, contra rostros de personas que escuchaban la música con mirada vacía. Había sido una lucha sin el consuelo de la violencia, sin el reconocimiento de haber encontrado a un enemigo consciente, sólo con una pared muda adonde golpear, muros dotados del más eficaz sistema aislante: la indiferencia, que asimilaba los golpes, los acordes y los gritos; una batalla en silencio para quien podía prestar a los sonidos una mayor elocuencia que la que jamás habían transmitido; el silencio de la oscuridad, de la soledad, de las noches en que alguna orquesta impensable ejecutaba una de sus obras y él miraba las tinieblas, sabiendo a su alma temblorosa, mientras círculos cada vez más amplios surgidos de una antena de radio surcaban el aire de la ciudad, sin ningún receptor sintonizado para recibirla.
"La música de Richard Halley tiene la cualidad de lo heroico, pero nuestra época se ha sobrepuesto a esas tonterías", había dicho un crítico. "La música de Richard Halley no está a tono con nuestro tiempo. Posee una nota de éxtasis. Ahora bien, ¿quién se interesa por el éxtasis actualmente?", había escrito otro.
Su vida había sido un compendio de las vidas de todos aquellos cuya recompensa consiste en un monumento levantado en algún parque público 100 años después de que esa recompensa pudiera significar algo, pero Richard Halley no había muerto lo suficientemente pronto. Vivió para ver la noche que, según las leyes aceptadas de la historia, no debería haber visto. Tenía 43 años cuando estrenó Faetón, una ópera escrita a los 24. Había modificado el propósito y la finalidad del antiguo mito griego: Faetón, el joven hijo de Helios, que había robado la carroza de su padre y con ambiciosa audacia intentaba llegar al Sol a través del

firmamento, no perecía en la ópera igual que en el mito; en la obra de Halley, Faetón triunfaba. La ópera había sido representada 19 años atrás pero se había podido realizar una sola función, debido a los abucheos y los silbidos. Esa noche, Richard Halley había caminado por las calles hasta el amanecer, intentando inútilmente encontrar respuesta a una pregunta: ¿qué había ocurrido?

Cuando la obra volvió a presentarse, 19 años después, los últimos acordes de la música chocaron contra los sonidos provenientes de la más grande ovación de la que el teatro hubiera sido testigo. Los antiguos muros no pudieron contenerla, no pudieron amortiguar los sonidos de los aplausos que cruzando los lobbies, las escaleras, las calles, llegaron al hombre que había transitado por ellos 19 años antes.

Esa noche, Dagny estaba entre el auditorio. Era una de las pocas personas que conocían la música de Richard Halley desde mucho antes, pero nunca lo había visto. Presenció cómo era ovacionado sobre el escenario y cómo se enfrentaba a aquel mar de brazos agitados y de gritos entusiastas. Era un hombre alto y flaco, con el pelo gris. No se inclinaba ni sonreía; se limitaba a permanecer allí, quieto, contemplando a la muchedumbre, mientras en su cara se pintaba la tranquila y anhelante expresión de quien se enfrenta con un interrogante.

"La música de Richard Halley" -escribía un crítico a la mañana siguiente- "es patrimonio de la humanidad. Es producto y expresión de la grandeza de la gente."

"La vida de Richard Halley" -afirmaba un pastor religioso- "contiene una lección inspiradora: tuvo que librar una dura batalla, pero ¿qué importa? Es lógico y noble que haya sufrido injusticias y abusos a manos de sus hermanos, a fin de enriquecer sus vidas y enseñarles a apreciar la belleza de su música."

Al día siguiente del estreno, Richard Halley decidió retirarse.

No dio explicación alguna, sólo se limitó a decir a sus editores que su carrera había terminado. Les vendió los derechos de sus obras por una modesta suma, aun sabiendo que le hubieran podido proporcionar una fortuna, y se alejó sin dejar rastro. Hacía 8 años de todo aquello y desde entonces nadie había vuelto a verlo.

Dagny escuchó el 4° Concierto con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, reclinada en uno de los ángulos del sofá, con el cuerpo relajado y tranquilo, pero con cierta tensión interna que alteraba la forma de su boca; una boca sensual en cuyas líneas se pintaba el deseo.

Al cabo de un rato abrió los ojos y vio el periódico que había dejado en el sofá. Lo empujó distraída, para sacar de su vista esos titulares insípidos, pero cuando el periódico cayó, se abrió en la fotografía de un rostro conocido y el encabezado de una noticia. Lo cerró de un manotazo y lo arrojó a un costado.

La cara del retrato era la de Francisco d'Anconia y el título de la nota decía que acababa de llegar a Nueva York, pero, ¿qué le importaba? -pensó- No iba a verlo. Llevaban varios años sin verse.

Se sentó, fijando la mirada en el periódico caído en el suelo. "No lo leas" -pensó-. "No lo mires." Pero se había dado cuenta de que aquel rostro no había cambiado. ¿Cómo una cara podría seguir siendo igual cuando todo lo demás se había perdido? Habría deseado que no hubieran publicado esa foto de él sonriente, ya que ese tipo de sonrisa no encajaba con las páginas de un periódico porque era la sonrisa de un hombre capaz de ver, conocer y crear una existencia gloriosa. Era la

sonrisa burlona, retadora, de quien posee una inteligencia brillante. "No lo leas" -pensó-. "Al menos no ahora con esta música. ¡Oh! ¡No lo leas con esta música!"
Extendió la mano hacia el periódico y lo levantó.
El artículo decía que Francisco d'Anconia había ofrecido una conferencia de prensa en sus habitaciones del hotel Wayne-Falkland, donde había dicho que se hallaba en Nueva York por 2 motivos importantes: una joven del Club Cub, y el leverwurst de la tienda Delicatessen de Moe, en la 3° Avenida. No tenía nada que decir acerca del inminente juicio de divorcio del Sr. Gilbert Vail. La Sra. Vail, dama de noble alcurnia y extraordinario encanto, había disparado un verdadero balazo a su distinguido y joven esposo algunos meses antes, al declarar públicamente que deseaba librarse de él y mejorar la relación que tenía con su amante, Francisco d'Anconia. Ofreció a la prensa un relato detallado de su romance secreto, incluyendo la descripción de la noche del último fin de año en la mansión de d'Anconia en los Andes. Su marido había sobrevivido al disparo y solicitado el divorcio. Ella, a su vez, pedía la mitad de los millones de su esposo y presentó un relato de la vida privada de él, que volvía la propia absolutamente inocente. Todo había sido publicado por la prensa durante semanas enteras. Pero cuando los periodistas lo interrogaron, d'Anconia no hizo ningún tipo de declaración. Cuando le preguntaron si era capaz de negar la historia de su amante, la Sra. Vail, su respuesta fue: "Nunca niego nada". Su repentina aparición en la ciudad había sorprendido a los periodistas, que pensaban que no querría estar allí, precisamente cuando lo peor de aquel escándalo estaba a punto de estallar, pero se equivocaban. Francisco d'Anconia dio una explicación más de su llegada: "Quise ser testigo de toda esta farsa", dijo.
Dagny dejó que el periódico resbalara hasta el suelo y se agachó, ocultando la cabeza entre los brazos. No se movía, pero los mechones de cabello que le rozaban las rodillas se agitaban de un modo convulso y repentino cada tanto.
Los acordes de Halley continuaban llenando la sala, atravesando el cristal de la ventana, y lanzando su grito sobre la ciudad. Dagny escuchaba la música. Era su propio interrogante; su propio grito.

* * *

En su departamento, James Taggart miró a su alrededor preguntándose qué hora sería, pero no tenía ganas de moverse para alcanzar el reloj. Se sentó en un sillón con su pijama arrugado y con los pies descalzos; tampoco tenía ganas de molestarse en buscar las pantuflas. La claridad gris que entraba por las ventanas le molestaba en los ojos todavía soñolientos y sintió una desagradable pesadez que anunciaba dolor de cabeza. Enojado, se preguntó por qué se había tambaleado hasta la sala. ¡Ah, sí! recordó de pronto: para ver la hora.
Se echó sobre uno de los brazos del sillón para mirar el reloj de un edificio lejano: eran las 12:20 del mediodía.
Por la puerta abierta del dormitorio oyó cómo Betty Pope se cepillaba los dientes en el baño contiguo. Su faja estaba tirada en el suelo, junto a una silla con el resto de su ropa; la faja era de un rosa pálido y tenía algunos elásticos rotos.

-Date prisa, ¿quieres? -le gritó irritado- Tengo que vestirme. Ella no respondió. Había dejado abierta la puerta del baño y, a juzgar por los ruidos, estaba haciendo gárgaras.
"¿Por qué haré estas cosas?" -se preguntó James, pensando en la noche anterior. Pero buscar una respuesta resultaba demasiado trabajoso.
Betty Pope entró en la sala, arrastrando los pliegues de una bata con rombos naranja y púrpura. Taggart se dijo que estaba horrible vestida así; se veía mucho mejor en traje de montar en las fotografías de la sección Sociales de los periódicos. Era una muchacha alta, puro hueso, y de coyunturas bastante rígidas. Su rostro era corriente, de rasgos no muy armoniosos y con una expresión de impertinente condescendencia, por pertenecer a una de las familias más aristocráticas.
-¡Oh, diablos! -exclamó sin referirse a nada en particular al tiempo que se desperezaba- Jim, ¿dónde tienes una tijerilla? Tengo que arreglarme las uñas de los pies.
-No lo sé, me duele la cabeza. Hazlo en tu casa.
-¡Qué aspecto poco atrayente tienes por la mañana! -exclamó ella con indiferencia- Pareces un caracol.
-¿Por qué no te callas?
La joven deambuló sin rumbo fijo por la habitación.
-No quiero irme a casa -dijo inexpresiva- Aborrezco las mañanas. Otro día sin nada que hacer. Esta tarde tengo un té en casa de Liz Blane. Quizás resulte divertido, porque Liz es una puta. -Tomó un vaso y bebió su contenido de un trago- ¿Por qué no haces reparar el acondicionador de aire? ¡Hay un olor horrible!
-¿Ya terminaste con el baño? -preguntó él- Tengo que vestirme. Tengo una reunión importante.
-Puedes entrar. No me importa. Lo compartiré contigo, odio que me apresuren.
Mientras se afeitaba, la vio vestirse, frente a la puerta abierta del baño. Se tomó mucho tiempo, contorsionándose para ponerse la faja y abrochar los ganchitos a las medias; luego se puso un vestido de tweed, muy caro, pero poco divertido. La bata de rombos, exactamente igual a la de un anuncio en la revista de modas más famosa, era como un uniforme promocionado para usar en ciertas ocasiones y descartarlo, que había lucido a conciencia para ese propósito específico.
Así era la naturaleza de sus relaciones: no había pasión, ni siquiera deseo, placer real ni sentimiento de vergüenza; el acto sexual carecía de goce y pecado, no significaba nada para ninguno de los 2. Habían oído decir que hombres y mujeres debían dormir juntos y cumplían esa obligación.
-Jim, ¿por qué no me llevas esta noche al restaurante armenio? -preguntó- Me gusta mucho el shish-kebab.
-Imposible -respondió él, molesto, a través de la espuma que cubría su cara- Me espera un día muy agitado.
-¿Por qué no lo cancelas?
-¿Por qué?
-Por lo que sea.
-Se trata de algo muy importante, querida. Una reunión de nuestro directorio.
-¡Oh! No empieces con tu maldito ferrocarril. ¡Qué aburrido! Me irritan los hombres de negocios. Son la gente más triste del mundo.

El no contestó. Betty lo miró disimuladamente y en su voz se pintó una nota vivaz al explicar: -Jack Benson dijo que tienes una verdadera ganga con ese ferrocarril, ya que es tu hermana quien lo dirige.
-¡Ah! ¿Así que eso dijo?
-Creo que tu hermana debe de ser horrible. Es espantoso ver a una mujer comportarse como un mono grasiento, imitando el papel de un gran ejecutivo. ¡Qué poco femenina! ¿Quién se cree que es?
Taggart se asomó desde el baño y, reclinándose contra el marco de la puerta, estudió a Betty Pope. Sonreía débilmente, con expresión sarcástica y confiada. El pensó que en realidad tenían algo en común.
-Quizá te interese saber, querida -dijo- que esta tarde voy a tenderle una trampa a mi hermana.
-¡No me digas! -exclamó ella, interesada- ¿En serio?
-Y por eso esta reunión de directorio es tan importante.
-¿De verdad la vas a sacar del negocio?
-No, no es necesario ni aconsejable, me limitaré a ponerla en su lugar. Es la oportunidad que estaba esperando.
-¿Has descubierto algo de ella? ¿Algún escándalo?
-No, no, tú no lo entenderías. Se trata simplemente de que ha ido demasiado lejos y hay que hacerla bajar a la tierra. Llevó a cabo una acción inexcusable sin consultar a nadie, un agravio muy serio contra nuestros vecinos mexicanos. Cuando el directorio se entere, aprobará un par de nuevas disposiciones sobre el departamento de Operaciones que me permitirán manejar a mi hermana con mayor facilidad.
-Eres muy listo, Jim -comentó la muchacha.
-Más vale que me vista -dijo él, complacido. Y regresando al baño, añadió alegremente: -Quizás esta noche salgamos juntos y te invite a comer shish-kebab.
Sonó el teléfono. Jim atendió y la operadora le anunció que tenía una llamada de larga distancia desde México.
La voz histérica al otro lado de la línea era la del político que lo ayudaba en ese país.
-¡No pude impedirlo, Jim! -jadeó- ¡No pude impedirlo!... ¡Nadie nos avisó! ¡Le juro por Dios que nadie pudo imaginárselo; nadie se lo vio venir! Hice todo lo que pude. No puede recriminarme nada, Jim. Cayó como un rayo. El decreto fue publicado esta mañana, hace 5 minutos. Se presentó de improviso, sin indicios previos. Las autoridades de la República Popular de México acaban de nacionalizar las minas y el ferrocarril de San Sebastián.

* * *

-...y, en consecuencia, puedo asegurar a los señores miembros del directorio que no existe ningún motivo de pánico. Lo de esta mañana es un hecho lamentable, pero tengo plena confianza, basada en mi conocimiento de los procesos internos que conforman nuestra política en Washington, en que nuestro gobierno negociará un acuerdo equitativo con el de la República Popular de México y en que recibiremos plena y justa compensación por la propiedad nacionalizada.

James Taggart se hallaba de pie ante la larga mesa, dirigiéndose a los integrantes del directorio. Su voz precisa y monótona demostraba seguridad.
-Me complace anunciar -continuó- que había previsto semejante posibilidad y he adoptado todas las precauciones posibles para salvaguardar los intereses de Taggart Transcontinental. Hace algunos meses di instrucciones a nuestro departamento de Operaciones de reducir el servicio en la línea de San Sebastián a 1 solo tren por día, y retirar de allí nuestras mejores locomotoras, así como toda pieza del equipo capaz de ser desmontada. Debido a ello, el gobierno mexicano no ha podido apropiarse más que de unos cuantos vagones de madera y de una locomotora ya casi inútil. Mi decisión salvó muchos millones de dólares a la compañía y una vez computadas las cifras exactas, las someteré a su consideración. Sin embargo, creo que es justificada la actitud de nuestros accionistas, al esperar que los responsables de todo esto deban ahora soportar las consecuencias de su negligencia. Por lo tanto, sugiero solicitar la renuncia del Sr. Clarence Eddington, nuestro asesor económico, que recomendó la construcción de la línea de San Sebastián, y del Sr. Jules Mott, nuestro representante en la ciudad de México.
Los presentes permanecían sentados a la larga mesa, escuchándolo. Ninguno de ellos pensaba en lo que debían hacer, sino en lo que era preciso decir a los hombres que representaban, y el discurso de Taggart les había dado lo que necesitaban.

* * *

Cuando Taggart volvió a su despacho, Orren Boyle lo estaba esperando. Una vez solos, los modales de Taggart cambiaron, y se apoyó contra la mesa, estremecido, con la cara vacía y pálida.
-¿Y ahora…? -preguntó.
Boyle extendió las manos con aire de impotencia.
-Lo he comprobado, Jim -contestó- Todo es cierto: D'Anconia ha perdido 15 millones de dólares de dinero propio en esas minas. No, no hubo engaño, no realizó ningún truco. Invirtió su dinero y ahora lo ha perdido.
-¿Qué piensa hacer?
-No lo sé. Nadie lo sabe.
-No permitirá que le roben, es demasiado listo para eso. Debe de tener un as bajo la manga.
-Eso espero, realmente.
-Siempre fue más hábil que los financistas más diestros de la Tierra. ¿Va a verse ahora arruinado por el decreto de una pandilla de grasientos políticos mexicanos? Debe de tener algo, y seguro que será él quien diga la última palabra; nosotros tenemos que estar con él.
-Eso depende de ti, Jim. Tú eres su amigo.
-¡Al diablo los amigos! Aborrezco a ese sujeto.
Presionó un botón para llamar a su secretario, quien se veía inseguro, triste. Era un hombre medianamente joven, de rostro descolorido y modales educados, consciente de su pobreza.

-¿Me ha conseguido la entrevista con Francisco d'Anconia? -preguntó Taggart secamente.
-No, Sr..
-Pero ¡diablos! ¿No le dije que...?
-No pude, aunque lo intenté.
-Entonces pruebe de nuevo.
-No hay caso.
-¿Por qué?
-Porque no aceptó la invitación.
-¿Quiere decir que se niega a verme?
-Así es, Sr..
-¿No quiere verme?
-No, Sr., no quiere.
-¿Habló con él en persona?
-No, Sr., con su asistente
-¿Y qué le ha dicho? Repítame exactamente sus palabras. -El joven vaciló, y adoptó una actitud más apocada todavía- ¿Qué dijo exactamente?
-Dijo que el Sr. d'Anconia había indicado que usted lo aburre, Sr. Taggart.

* * *

La propuesta aprobada fue conocida con el nombre de "Disposición Anti-perjuicio Propio". Cuando la votaron, los miembros de la Alianza Nacional de Ferrocarriles estaban sentados en un enorme salón, a la velada claridad de una tarde de fines de otoño, sin mirarse unos a otros.
La Alianza Nacional de Ferrocarriles era una organización formada, según se aseguraba, para proteger a la industria ferroviaria, cosa que se conseguiría elaborando métodos de cooperación con un propósito común; dichos planes se harían efectivos gracias al compromiso asumido por cada miembro de subordinar sus propios intereses a los de la industria en general, que se determinarían por una mayoría de votos; cada miembro quedaba obligado a someterse a cualquier decisión de dicha mayoría.
"Los miembros de una profesión o de una industria debían mantenerse unidos" habían manifestado los organizadores de la Alianza. "Todos tenemos idénticos problemas, los mismos intereses e iguales enemigos. Gastamos energías luchando entre nosotros, en vez de presentar al mundo un frente común. Podemos crecer y prosperar juntos, si aunamos nuestros esfuerzos." "¿Contra quién se organiza esta Alianza?", había preguntado un escéptico. La respuesta fue: "¿Por qué dice eso?, no va 'contra' nadie. Pero si prefiere ponerlo de ese modo, va contra los transportistas, los proveedores, o cualquiera que intente aprovecharse de nosotros". "¿Contra quién se organiza cualquier sindicato? Eso es lo que yo me pregunto", había dicho el escéptico.
La disposición se mencionó por 1° vez en público cuando fue sometida a votación en la asamblea ordinaria anual de la Alianza Nacional de Ferrocarriles, pero todos estaban enterados de su existencia, pues la venían discutiendo en privado desde hacía tiempo, con mayor insistencia durante los últimos meses. Los caballeros sentados en el inmenso recinto, eran presidentes de compañías ferroviarias. No

les gustaba la disposición "Anti-perjuicio Propio" y habían confiado en que nunca fuera adoptada, pero cuando se presentó, votaron a su favor.
En los discursos que precedieron a la votación no se mencionó a ninguna compañía por su nombre. Todos los oradores se limitaron a hablar del bienestar público y se afirmó que mientras dicho bienestar estuviera amenazado por carencias en el transporte, los ferrocarriles se destruían unos a otros, en medio de una encarnizada competencia "siguiendo la política de devorarse mutuamente", y que mientras existían zonas arruinadas donde el servicio ferroviario había sido discontinuado, había amplias regiones donde 2 o 3 compañías estaban compitiendo por un tráfico que apenas alcanzaba para una.
Se dijo que en las zonas arruinadas existían grandes oportunidades para los ferrocarriles nuevos. Si bien era cierto que ofrecían, por el momento, pocos incentivos económicos, toda compañía dotada de espíritu de colaboración debería proporcionar transporte a los pioneros y sacrificados habitantes, ya que el 1° objetivo de un ferrocarril era el servicio público y no los beneficios privados.
Luego, se dijo que los grandes sistemas ferroviarios eran necesarios para el bienestar social y que el colapso de uno de ellos sería una catástrofe nacional. Y también que si semejante sistema estaba en peligro por soportar significativas pérdidas en una abnegada tentativa por contribuir al bienestar nacional, tenía derecho al sostén público, a fin de ayudarlo a soportar el golpe.
No se había mencionado a ninguna empresa, pero cuando el presidente del directorio levantó la mano en solemne señal de votación, todos miraron a Dan Conway, presidente de Phoenix-Durango.
Hubo tan sólo 5 votos en contra. Sin embargo, cuando el presidente anunció que la medida había sido aprobada, no se oyeron festejos ni murmullos de aprobación, ni se produjo movimiento alguno; en la sala reinaba un profundo silencio. Hasta el último instante, cada uno de los reunidos había confiado en que alguien los salvara de aquello.
La disposición Anti-perjuicio Propio quedó descrita como medida de "autorregulación voluntaria" encaminada a "intentar la mejor aplicación" de leyes aprobadas mucho tiempo atrás por la Legislatura del país. Según ella, se prohibía a los miembros de la Alianza Nacional de Ferrocarriles incurrir en prácticas que definía como de "competencia destructiva": en regiones declaradas restringidas, no se admitiría que operara más de un ferrocarril y la prioridad le correspondía a la compañía más antigua; los recién llegados que se habían entrometido subrepticiamente en aquel territorio, suspenderían sus operaciones a los 9 meses de recibir la orden; el Consejo de Dirección de la Alianza Nacional de Ferrocarriles estaba facultado para decidir, a su exclusiva discreción, qué zonas iban a ser consideradas como restringidas.
Cuando la reunión finalizó, los asistentes se apresuraron a marcharse. No se produjeron discusiones en privado, ni amistosas charlas. El inmenso salón quedó desierto en un tiempo inusualmente breve. Nadie hablaba ni miraba a Dan Conway.
En el hall del edificio, James Taggart se encontró con Orren Boyle. No habían convenido en reunirse, pero Taggart vio una figura corpulenta apoyada contra una pared de mármol y se dio cuenta de quién se trataba antes de verle la cara. Se

acercaron y Boyle dijo con una sonrisa menos suave que de costumbre: -Yo ya cumplí, ahora te toca a ti, Jimmy.
-No tenías que venir. ¿Por qué lo hiciste? -preguntó Taggart enojado.
-¡Oh! Sólo porque me pareció divertido -respondió Boyle.
Dan Conway permaneció sentado, solo, entre hileras de sillas vacías. Seguía allí cuando la mujer de la limpieza entró en el salón y le pidió que se retirara. Entonces él se levantó obedientemente y se dirigió con aire cansino hacia la puerta. Al pasar ante la mujer, rebuscó en su bolsillo y le entregó en silencio, y sin mirarla, un billete de 5 dólares. Al parecer, no sabía lo que hacía; actuaba como si pensara que se hallaba en un lugar donde la generosidad exigía la entrega de una propina antes de partir.

Dagny aún estaba en su escritorio, cuando la puerta del despacho se abrió bruscamente y entró James Taggart. Jamás se había presentado de un modo tan descortés y con un rostro febril.
Ella no lo había visto desde la nacionalización de la línea de San Sebastián, sobre lo cual no había intentado discutir ni decir nada. Su razón estaba probada tan contundentemente que, según pensó, no era necesario hacer ningún comentario al respecto. Cierta gentileza, por una parte, y compasión, por la otra, le habían impedido mencionar a su hermano las conclusiones a las que había llegado a partir de tales hechos. Obrando con razón y justicia, sólo se podía llegar a un resultado. Al enterarse del discurso de Jim ante el directorio, se encogió de hombros, desdeñosa y divertida: si eso le servía para lograr sus objetivos, significaba que, a partir de ese momento, la dejaría en libertad.
-¿Crees que eres la única persona que hace algo por el ferrocarril? -Lo miró asombrada. Su voz sonaba con un timbre agudo, mientras permanecía tenso y ansioso ante su escritorio.- Según tu forma de ver, he arruinado a la compañía, ¿verdad? -continuó- Y ahora tú eres la única que puede salvarnos. ¿Crees que no tengo medios suficientes para sobreponerme a la pérdida de México?
-¿Qué deseas? -preguntó ella lentamente.
-Quiero decirte algo. ¿Recuerdas la disposición Anti-perjuicio Propio de la Alianza Nacional de Ferrocarriles, que te comenté hace meses? No te gustaba la idea. No te gustaba para nada.
-Sí, la recuerdo. ¿Qué sucede?
-Fue aprobada.
-¿Qué ha sido aprobado?
-La disposición Anti-perjuicio Propio. Hace apenas unos minutos, en la reunión. Dentro de 9 meses, no existirá ninguna compañía Phoenix-Durango en Colorado.
Un cenicero de cristal se hizo añicos contra el suelo cuando Dagny se puso de pie, exclamando: -¡Malditos canallas!
El permanecía inmóvil, sonriente.
Dagny sabía que había perdido los estribos y se hallaba temblorosa e indefensa, cosa que a él le complacía mucho observar, pero ya no le importaba. Luego lo vio sonreír y, de pronto, su cólera se apaciguó. No sentía nada. Estudió aquella sonrisa con fría e impersonal curiosidad.
Estaban uno frente al otro. Parecía como si Jim por vez 1° no le tuviese miedo. Disfrutaba de veras. Aquella situación significaba para él mucho más que la

destrucción de un competidor; no era una victoria sobre Dan Conway, sino sobre ella. Sin saber por qué ni cómo, Dagny tuvo la seguridad de que su hermano ya lo había percibido.
Por un instante pensó que allí, ante ella, en James Taggart y en el motivo de su sonrisa, se hallaba un secreto que nunca había sospechado pero que le sería de suma importancia desentrañar. Sin embargo, la idea desapareció de su mente tan pronto como había llegado. Abrió la puerta del armario y tomó su abrigo.
-¿Adónde vas? -le preguntó Taggart con cierta decepción y como preocupado.
Ella no contestó, sino que salió rápidamente de su despacho.

* * *

-Dan, usted tiene que luchar contra ellos y yo lo ayudaré, lo apoyaré con todos los elementos a mi alcance.
Dan Conway negó con la cabeza.
Estaba mirando la vacía superficie de su escritorio quebrada sólo por el secante. Una lámpara brillaba débilmente en un rincón del despacho. Dagny había corrido hasta las oficinas centrales de Phoenix-Durango. Conway seguía sentado tal como lo encontrara al llegar. Al verla entrar, había dicho, con una sonrisa: "Qué casualidad, supuse que vendría".
Su voz gentil estaba desprovista de toda emoción. No se conocían demasiado bien, sólo se habían encontrado un par de veces en Colorado.
-No, no servirá de nada -añadió.
-¿Lo dice por la disposición de la Alianza que usted firmó? No funcionará, es una clara expropiación, ningún tribunal lo aceptaría. Y si Jim trata de protegerse detrás de esa frase hecha que tanto usan los saqueadores: “el bienestar público”, ocuparé el estrado de los testigos y juraré que Taggart Transcontinental no está en condiciones de recibir todo el tráfico de Colorado. Y si algún jurado fallara en su contra, puede apelar y seguir apelando 10 años.
-En efecto -convino Dan- Podría hacerlo... No estoy seguro de ganar, pero podría intentarlo, y mantener el ferrocarril un tiempo más, pero... no, no son las cuestiones legales las que me preocupan. No es eso.
-Entonces, ¿qué es?
-No quiero luchar, Dagny.
Lo miró incrédula. Se trataba de la frase que ella estaba segura de que él nunca había pronunciado, y un hombre no podía adoptar una actitud semejante a esa altura de su vida.
Dan Conway se acercaba a los 50 años. Su rostro cuadrado e impasible se parecía más al de un terco maquinista de tren de cargas que al del presidente de una empresa; la cara de un luchador, con la piel joven y bronceada y el pelo gris. Había empezado con un modesto ferrocarril en Arizona: una línea cuyas utilidades eran menores que las de cualquier almacén exitoso; pero lo convirtió en el mejor del sudoeste. Era de hablar poco, muy raras veces leía algún libro y nunca había ido a la universidad. Salvo por una sola excepción, no le interesaba la esfera de las actividades humanas. No poseía ni el más ligero toque de eso que la gente llamaba cultura, pero sabía de ferrocarriles.
-¿Por qué no quiere luchar?

-Porque tienen todo el derecho para obrar así.
-Dan -preguntó Dagny-, ¿se ha vuelto loco?
-Siempre he cumplido con mi palabra -respondió él con expresión monótona- No me importa lo que decidan los tribunales. Prometí obedecer a la mayoría, y lo haré.
-¿Pensaba usted que la mayoría le haría esto?
-No. -Su fuerte rostro se estremeció apenas. Hablaba con suavidad, sin mirarla, con la misma expresión de impotente asombro todavía fija en la cara- No, no lo esperaba. Los oí hablar del tema durante más de un año, pero nunca creí que lo llevarían a cabo. Ni siquiera mientras votaban.
-¿Qué esperaba?
-Pensé... dijeron que todos debíamos luchar por el bien común. Y pensé que lo que yo había hecho en Colorado era, precisamente, un bien para todos.
-¡Qué insensato! ¡Qué insensato! ¿No se da cuenta de que decidieron castigarlo por eso... porque era bueno para todos? -El negó con la cabeza.
-No lo comprendo -insistió- Pero ya no veo ninguna salida a todo esto.
-¿Les prometió aceptar su propia destrucción?
-No parece haber alternativa.
-¿Cómo es eso?
-Dagny, el mundo entero está desquiciado. No sé qué ocurre, pero algo está muy mal. Las personas deben reunirse y discernir cómo encontrar un camino; pero ¿quién va a decidir qué camino tomar, a menos que sea la mayoría? Supongo que es el único método de decisión, no existe otro. Alguien debe ser sacrificado. Si resulta que la víctima soy yo, no tengo derecho a quejarme. Están en su derecho. Los seres humanos deben estar unidos.
Ella hizo un esfuerzo para hablar con calma, pero estaba hirviendo de rabia.
-Si este es el precio de la unión, maldito si quiero seguir viviendo en el mismo mundo que los demás. Si ellos sólo pueden sobrevivir destruyéndonos, ¿entonces por qué deberíamos desear que sobrevivan? No existe nada que justifique la propia inmolación, nada les da derecho a convertir a las personas en animales de sacrificio, nada puede conferirle valor moral a la destrucción de los mejores. No se nos puede castigar por ser buenos, no se nos pueden imponer sanciones por nuestra habilidad. ¡Si así ha de ocurrir, sería más útil que empezáramos a matarnos unos a otros, puesto que entonces ya no existiría justicia en el mundo!
El no contestó; la miraba con impotencia.
-Si el mundo es así, ¿cómo vamos a vivir en él? -insistió Dagny.
-No lo sé... -murmuró.
-Dan, ¿de veras lo cree justo? En lo más profundo de su ser, ¿lo cree verdaderamente justo?
El cerró los ojos.
-No -respondió. Luego la miró y Dagny pudo observar en su expresión por 1° vez señales de tormento- Por eso llevo tanto tiempo sentado aquí, intentando comprender. Sé que debería considerarlo justo, pero no puedo, es como si mi lengua se negara a decirlo. Estoy viendo cada uno de los durmientes de esa vía, cada señal de luces, cada puente, cada noche que pasé en... -Bajó la cabeza hasta apoyarla en los brazos- ¡Dios mío! ¡Qué injusticia!
-Luche contra ella, Dan -dijo Dagny apretando los dientes.

Levantó la cabeza. Sus ojos miraban inexpresivos.
-No -dijo- Estaría mal. Sería egoísta.
-¡Maldito palabrerío inútil! Usted sabe que no es así.
-No lo sé. -Su voz sonaba fatigada- He estado sentado aquí, intentando meditar... y ya no sé qué está bien... ni me importa saberlo.
Ella comprendió que era inútil seguir hablando y que Dan Conway jamás volvería a ser un hombre de acción. Pero no supo qué le daba tanta certeza. Con tono interrogante, le dijo: -Usted nunca había eludido un combate.
-No, supongo que no -respondió con tranquilo e indiferente asombro- Me he enfrentado a tormentas, a inundaciones, a avalanchas de rocas y a fisuras en los rieles... Supe cómo encararlo todo y me gustaba hacerlo... Pero no puedo librar esta clase de batalla.
-¿Por qué?
-No lo sé. ¿Quién sabe por qué el mundo es como es? ¿Quién es John Galt?
Ella se sintió desfallecer.
-¿Y entonces, qué va a hacer?
-No lo sé.
-Me refiero a... -se detuvo.
El entendió.
-¡Ah! Siempre hay algo que hacer... -Hablaba sin convicción- Supongo que van a declarar zonas restringidas sólo a Colorado y Nuevo México. Todavía me queda la línea de Arizona... igual que hace 20 años... Bueno, esa línea me mantendrá ocupado. Empiezo a sentirme cansado, Dagny. No tuve tiempo para advertirlo, pero creo que estoy agotado.
Ella no supo qué decir.
-No pienso tender ninguna línea en las zonas que ellos creen abandonadas -continuó con la misma voz opaca- Eso es lo que intentaron ofrecerme como premio consuelo, pero creo que sólo son palabras. No puede tenderse una línea donde en cientos de kilómetros sólo existen un par de granjeros con cosechas apenas suficientes para autoabastecerse. No se puede construir un ferrocarril en tales parajes y obtener ganancias. Y si el ferrocarril no paga su costo, ¿quién va a pagarlo? Nada de esto tiene sentido. Ellos no sabían lo que estaban diciendo.
-¡Al diablo con las zonas arruinadas! Estoy pensando en usted. ¡Usted tiene mejor criterio que ellos! -manifestó- ¿Qué va a hacer de su vida?
-No lo sé... Bueno, hay muchas cosas a las que no he tenido tiempo de dedicarme. Por ejemplo, la pesca. Siempre me gustó pescar. Quizás empiece a leer, toda la vida quise hacerlo. Ahora probaré vivir con tranquilidad. Me iré a pescar. Hay lugares magníficos y tranquilos en Arizona, donde no se ve un ser humano en muchos kilómetros... -Levantó la mirada hacia ella y añadió: -Olvídelo, ¿por qué debería usted preocuparse por mí?
-No se trata de usted, sino... -Se interrumpió, y enseguida agregó con brusquedad: -Dan, espero que entienda que no es por usted que quiero ayudarlo en su lucha.
El sonrió débil y amistosamente.
-Entiendo -dijo.
-No es por lástima ni por caridad, ni por ningún motivo tan repugnante como ésos. Escuche: yo pensaba darle la batalla más difícil de su vida en Colorado, planeé

poner todo en juego, arrinconarlo contra la pared y si fuera necesario echarlo de allí.
El rió brevemente, apreciando su franqueza.
-Hubiera sido un buen intento -admitió.
-Sólo que pensé que no sería necesario. Pensé que hay espacio suficiente para ambos.
-En efecto -respondió Dan- Lo hay.
-Si hubiera descubierto que no había lugar para los 2, habría luchado contra usted, y si podía hacer que mi vía fuera mejor que la suya, lo habría arruinado sin pensar ni siquiera un momento en usted. Pero esto... Dan, prefiero no pensar ahora en nuestra línea Río Norte. Por Dios, Dan, no quiero convertirme en una saqueadora.
La miró en silencio un instante. Su expresión era extraña, como si la contemplase desde la distancia. Después dijo tranquilamente: -Usted debería haber nacido cien años antes. Entonces hubiera tenido oportunidad.
-¡Al diablo! Me la voy a crear yo misma.
-También yo lo intenté a su edad.
-Y lo consiguió.
-¿De veras?
Dagny se quedó inmóvil.
El se incorporó y dijo con voz enérgica, como si estuviera dando una orden: -Más vale que vigile su línea Río Norte, y hágalo rápido. Téngala preparada antes que yo me retire, porque de lo contrario será el fin de Ellis Wyatt y de todos los demás. Y se trata de las mejores personas que quedan en el país. No permita que eso suceda. Ahora todo yace sobre sus hombros. De nada serviría tratar de explicar a su hermano que en aquella zona las cosas se van a poner muy difíciles para ustedes cuando ya no tengan que competir conmigo. Pero esto usted y yo lo sabemos. ¡Adelante! Haga lo que haga, no será una oportunista. Ningún saqueador podría dirigir un ferrocarril con éxito en esa parte del país. Cuanto consiga se lo habrá ganado en buena ley. Los mezquinos como su hermano no cuentan. Ahora todo depende de usted.
Se quedó sentada, preguntándose qué había podido vencer a un hombre como ése. Sabía que no había sido James Taggart.
Vio cómo la miraba, como si estuviese luchando contra una pregunta personal. El sonrió y ella, con incredulidad, pudo observar que su sonrisa escondía compasión y tristeza.
-Más vale que no sienta lástima por mí -dijo Conway- Creo que, de los 2, es usted la que tendrá que enfrentarse a las condiciones más duras. Creo que usted, a la larga, sufrirá una situación peor que la que yo he tenido.

* * *

Dagny se había comunicado con la fundición para arreglar una cita con Hank Rearden aquella tarde. Acababa de colgar y se inclinaba sobre los mapas de la línea Río Norte, extendidos sobre su escritorio, cuando se abrió la puerta. Dagny levantó la mirada sorprendida; no esperaba que nadie abriera de semejante modo sin anunciarse.

El que entró era un desconocido. Era joven, alto y delgado, y algo en él sugería violencia, aun cuando no podía definir qué era, porque lo 1° que se apreciaba era un dominio de sí mismo que parecía casi arrogante. Tenía ojos oscuros, llevaba el pelo revuelto y su traje era caro, pero descuidado, como si no supiera o no le interesara lo que llevaba puesto.
-Ellis Wyatt -dijo presentándose.
Dagny se puso en pie de un salto, involuntariamente, comprendiendo por qué nadie había pretendido detenerlo en la antesala. -Siéntese, Sr. Wyatt -le indicó sonriendo.
-No es necesario -respondió tan serio como antes- No me gustan las charlas largas.
Lentamente, tomándose todo el tiempo que creyó necesario, Dagny se sentó y se reclinó en su sillón sin dejar de mirarlo. -Usted dirá -invitó.
-He venido a verla porque la creo la única persona con cerebro en esta condenada empresa.
-¿En qué puedo servirle?
-Quiero que escuche un ultimátum. -Hablaba claramente, otorgando nitidez inusual a cada sílaba- Espero que en menos de 9 meses Taggart Transcontinental haga circular trenes por Colorado como mi negocio lo requiere. Si la vergonzosa trampa que le tendieron a Phoenix-Durango tenía el propósito de librarse de la necesidad de hacer un esfuerzo, he venido a notificarle que no se saldrán con la suya. No presenté demanda cuando ustedes no me pudieron proporcionar la clase de servicio que necesitaba, porque encontré a alguien que lo podía hacer. Ahora quieren obligarme a trabajar con ustedes, pretenden ponerme condiciones al dejarme sin la oportunidad de elegir, quieren que mi negocio descienda al nivel de su incompetencia. Les advierto que calcularon mal.
Lentamente, como obligándose a ello, Dagny preguntó:
-¿Tengo que contarle lo que intento hacer con nuestro servicio en Colorado?
-No, no me interesan las discusiones ni las intenciones. Quiero transporte, y lo que hagan para proporcionármelo y cómo lo hagan es su problema. Me limito a formularle una advertencia: quienes deseen trabajar conmigo, han de hacerlo bajo mis exigencias, o no lo harán. No me gusta tratar con incompetentes. Si quieren ganar dinero transportando el petróleo que produzco, han de ser tan eficientes en su negocio como yo lo soy en el mío. Quiero que esto quede bien claro.
-Comprendo -admitió Dagny con calma.
-No perderé mi tiempo en demostrarle los motivos por los que es mejor que tomen en serio mi aviso. Si tiene inteligencia suficiente para mantener a esta corrupta organización en funcionamiento, la tendrá también para juzgar por sí misma lo que le estoy diciendo. Ambos sabemos que si los trenes de Taggart Transcontinental funcionan en Colorado igual que hace 5 años, iré a la quiebra... que es precisamente lo que pretenden. Esperan comer de mí mientras puedan, y luego encontrar otro animal muerto a quien desollar cuando hayan terminado conmigo. Es una política muy corriente en la actualidad. Esta es mi intimación: tienen el poder de destruirme; quizá me tenga que retirar; pero si lo hago, me aseguraré de que los demás se vayan junto conmigo.
Dentro de ella, bajo la fuerza que la mantenía erguida ante esos latigazos, notó una punzada de dolor ardiente como el de una quemadura. Le hubiera gustado

hablarle de los largos años que había pasado buscando hombres como él con los cuales trabajar; hubiera querido decirle que sus enemigos eran también los de ella, que estaban librando la misma batalla; quería gritarle: "¡No soy de esa clase!". Pero sabía que no podía hacerlo, pesaba sobre ella la responsabilidad de Taggart Transcontinental y de todo cuanto se hiciera en su nombre. No tenía derecho a justificarse.
Sentada, muy rígida, con la mirada fija y franca, como la de él, respondió suavemente: -Tendrá el transporte que necesita, Sr. Wyatt.
Percibió una ligera expresión de asombro en su cara. No eran los modales ni la respuesta que había esperado. Tal vez lo que más lo sorprendía era lo que ella no había dicho, que no se defendiera ni excusara.
La estudió en silencio unos momentos y luego dijo con menos brusquedad que antes: -Está bien, gracias. Buenos días.
Dagny inclinó la cabeza, mientras él hacía una leve reverencia y se marchaba.

* * *

-Y ésa es toda la historia, Hank. He trabajado con horarios casi inhumanos para completar la línea Río Norte en 12 meses, pero ahora tendré que hacerlo en 9. Usted iba a entregarnos los rieles en 1 año. ¿Puede hacerlo en 9 meses? Si existe algún medio humano para lograrlo, hágalo. De lo contrario, tendré que encontrar alguna otra forma de terminar este trabajo.
Rearden estaba sentado detrás de su escritorio. Sus ojos fríos y azules formaban 2 angostas líneas horizontales sobre las planas superficies de su cara. Y así permanecieron, horizontales, entrecerrados, impasibles, mientras contestaba con suavidad, sin énfasis alguno:
-Lo haré.
Dagny se reclinó en su silla. La breve frase la había calmado. No se trataba de una simple sensación de alivio, sino de la repentina idea de que nada más era necesario para garantizar el compromiso; no necesitaba pruebas, ni preguntas, ni explicaciones; un problema complejo descansaba seguro sobre aquellas 2 palabras pronunciadas por quien sabía lo que estaba diciendo.
-No me muestre que se siente aliviada -dijo él en tono burlón- O al menos, no lo haga tan obvio. -La observaba con los ojos entornados y sonriendo enigmáticamente- Podría suponer que tengo en mi poder a Taggart Transcontinental.
-Así es, y usted lo sabe.
-En efecto, y pienso hacérselo pagar.
-Y yo deseo pagarlo. ¿Cuánto?
-20 dólares extra por tonelada sobre el saldo de la orden que se entregue después de hoy.
-Es demasiado, Hank. ¿Ese es el mejor precio que puede ofrecerme?
-No, pero es el que pienso conseguir. Podría pedir el doble y usted lo pagaría.
-Sí, lo haría. Y usted podría pedirlo, pero no lo hará.
-¿Por qué no?
-Porque usted necesita a la línea Río Norte. Será su 1° muestra del metal Rearden y representa una magnífica publicidad. -El rió por lo bajo.

-Es cierto. Me gusta tratar con quien no se hace ilusiones acerca de estar obteniendo favores.
-¿Sabe qué me hizo sentir aliviada cuando usted decidió aprovechar la ocasión?
-¿Qué?
-Pactar, por una vez, con alguien que no fingía estar otorgando una dádiva.
La sonrisa de Hank tenía ahora una cualidad perfectamente discernible: era deleite.
-Siempre juega abierto, ¿verdad? -preguntó él.
-Nunca he visto que usted lo hiciera de otra manera.
-Creí que era el único que podía darse ese gusto.
-No estoy quebrada en ese sentido, Hank.
-Pues, en ese sentido, yo creo que la voy a quebrar algún día.
-¿Por qué?
-Siempre lo he deseado.
-¿No tiene suficientes cobardes a su alrededor?
-Por eso disfruto intentándolo; porque usted es la única excepción. ¿Le parece bien que pretenda sacarle cada centavo que pueda, aprovechándome de su urgencia?
-Desde luego. No soy ninguna tonta, ni pienso que usted está en este negocio para mi beneficio.
-¿No le gustaría que así fuera?
-No soy una pordiosera, Hank.
-¿No le será difícil pagarme?
-Eso es cosa mía, no suya. Quiero esos rieles.
-¿A 20 dólares extra por tonelada?
-De acuerdo, Hank.
-Muy bien. Usted tendrá sus rieles y yo conseguiré mi exorbitante beneficio, a menos que Taggart Transcontinental se hunda antes de pagarme.
Sin sonreír, ella repuso: -Si no consigo tender esa línea en 9 meses, Taggart Transcontinental se vendrá abajo.
-No lo creo, mientras usted la dirija.
Cuando no sonreía, la cara de Rearden parecía inanimada; sólo sus ojos seguían con vida, activos y dotados de una fría y brillante claridad de percepción. Pero nadie hubiera podido saber lo que sentía, nadie podría conocerlo, pensó ella, quizás ni él mismo.
-Han hecho lo posible para dificultarle la tarea, ¿verdad? -preguntó Rearden.
-Sí, contaba con Colorado para salvar la red Taggart, pero ahora yo sola tengo que salvar a Colorado. Dentro de 9 meses Dan Conway cerrará su línea en esa zona y si la mía no está preparada, de nada servirá terminarla. No podemos dejar a esa gente sin transporte ni un solo día, y mucho menos 1 semana o 1 mes. Al ritmo que viene creciendo, es imposible confiar en que reanuden la marcha si se detienen, es como aplicar los frenos a una máquina a 300 km. por hora.
-Lo sé.
-Puedo dirigir un buen ferrocarril, pero no un montón de agricultores que no saben ni cómo cultivar nabos con éxito. Necesito hombres como Ellis Wyatt, capaces de producir algo que llene mis trenes. Así es que me propuse darle un tren y una vía dentro de 9 meses, aunque sea lo último que haga.

Rearden sonrió, divertido.
-Parece estar muy decidida.
-¿Usted no?
No contestó; se limitó a seguir sonriendo.
-¿No está preocupado por todo esto? -preguntó Dagny casi enojada.
-No.
-¿No se da cuenta de lo que significa?
-Lo único que comprendo es que voy a fabricar esos rieles y que usted tendrá su vía dentro de 9 meses.
Ella sonrió, reanimada aunque un poco culpable.
-Sí, es cierto, lo conseguiremos. Es inútil irritarse con gente como Jim y sus amigos. No tenemos tiempo para esas cosas. En 1° lugar, he de deshacer lo que ellos hacen. Luego... -Se detuvo con aire reflexivo, sacudió la cabeza y encogiéndose de hombros concluyó: -Luego, ellos ya no tendrán importancia.
-En efecto, no importarán. Me enfermó escuchar acerca de esa medida Anti-perjuicio Propio, pero no se preocupe por esos hijos de puta. -La palabra sonó asombrosamente violenta, porque su cara y su tono habían permanecido tranquilos- Usted y yo estaremos siempre presentes para salvar al país de las consecuencias de sus acciones. -Se levantó, empezó a pasear por el despacho, y sentenció: -Los transportes no se interrumpirán en Colorado. Usted lo logrará. Luego, Dan Conway volverá y, con él, volverán otros. Toda esta insensatez es momentánea, no puede durar mucho, porque es demente, se destruirá a sí misma. Usted y yo tendremos que trabajar un poco más durante algún tiempo. Eso es todo.
Contempló su alta figura, que se movía por el despacho. El lugar se ajustaba a su personalidad, no tenía nada excepto los escasos muebles imprescindibles, todos severamente simplificados para su propósito esencial, y todos exorbitantemente caros por la calidad de los materiales y el arte del diseño. Aquel cuarto parecía un motor, un motor mantenido dentro de una vitrina de amplias ventanas. Pero Dagny advirtió un detalle asombroso: un jarrón de jade sobre un archivo. Estaba tallado en una sola pieza de piedra verde oscuro de superficie lisa. La textura de sus curvas le provocó un deseo irresistible de tocarlo. Parecía sorprendente en esa oficina, incompatible con la severidad del resto: era un toque de sensualidad.
-Colorado es un gran lugar -dijo- y con el tiempo será el mejor de la nación. ¿No está segura de que me preocupe? Ese Estado se está convirtiendo en uno de mis clientes más importantes, como lo podrá saber si se toma la molestia de leer los informes de su tráfico de cargas.
-Lo sé, porque los leo.
-Estuve pensando en la posibilidad de construir una planta en esa región, dentro de pocos años, para ahorrar el pago del transporte que ustedes cobran. -La miró- Si lo hago, Taggart perderá una gran cantidad de cargas.
-Adelante, me bastará con transportar lo que necesiten en la fábrica, los comestibles para sus obreros y los materiales para las empresas que sigan a la suya; quizá no tenga tiempo ni para lamentar la pérdida de sus envíos de acero...
¿De qué se ríe?
-¡Es maravilloso!
-¿Qué cosa?

-La forma como usted reacciona, totalmente distinta de la mayoría de las personas hoy en día.
-Sin embargo, debo admitir que, por el momento, es usted el cliente más importante de Taggart Transcontinental.
-¿Cree que no me había enterado?
-Por eso, no puedo comprender por qué Jim... -se detuvo.
-¿...intenta con tanto ahínco perjudicar mi negocio? Pues porque su hermano es un estúpido.
-Es verdad, pero hay algo más, algo más que la mera estupidez en todo esto.
-No pierda el tiempo tratando de comprenderlo. Déjelo escupir, no representa un peligro para nadie. Hay millones de personas como Jim Taggart en el mundo.
-Me lo imagino.
-A propósito, ¿qué habría hecho usted si le hubiese dicho que no podía entregar antes esos rieles?
-Pues habría desmontado vías suplementarias o cerrado alguna línea y utilizado el material para terminar la Río Norte a su debido tiempo.
-Por eso no me preocupa Taggart Transcontinental -dijo él riendo-. Pero no es preciso que empiece a desmontar nada. Por lo menos, mientras yo maneje este negocio.
Dagny pensó que estaba equivocada al atribuirle carencia de emociones: en sus palabras sonaba cierto tono de jovialidad. Se dio cuenta de que siempre había experimentado calma y alegría en presencia de aquel hombre y que él compartía la sensación. Era el único ser al que podía hablar sin tensión ni esfuerzo. Era, pensó, una mente a la que respetaba, un adversario digno de enfrentar. Sin embargo, existía cierto extraño alejamiento entre ambos, como si los separase una puerta cerrada. Había en los modales de Rearden cierta cualidad impersonal, algo recóndito adonde no era posible llegar.
Él se había detenido ante la ventana y miraba hacia fuera. -¿Sabe que el 1° cargamento de rieles le será entregado hoy? -preguntó.
-Claro que lo sé.
-Acérquese.
Se aproximó y él señaló en silencio. En la distancia, tras las estructuras de la planta, vio una sucesión de vagones planos que esperaban en un desvío. Sobre ellos, el puente de una grúa cortaba el cielo. Estaba en movimiento; en su enorme imán sostenía un cargamento de rieles pegados a un disco metálico por el solo poder del contacto. No había ni una traza de sol en la gris inmensidad nubosa, pero aun así, los rieles brillaban cual si captaran la luz espacial. Aquel metal tenía un color azul verdoso. La enorme cadena se detuvo sobre un vagón, descendió, se estremeció brevemente y dejó los rieles en el transporte. Luego la grúa retrocedió con majestuosa precisión, como la gigantesca representación de un teorema geométrico que se moviera por encima de la Tierra y de los hombres.
Siguieron en la ventana, mirando en silencio. Ella no habló hasta que otro cargamento de metal azul verdoso atravesó el espacio. Pero sus 1° palabras no se refirieron a rieles, vías, ni a pedidos entregados a tiempo. Como si saludara a un nuevo fenómeno de la naturaleza, dijo: -Metal Rearden...
El se dio cuenta, pero no dijo nada. La miró y se volvió de nuevo hacia la ventana.
-Hank, esto es maravilloso.

-Sí.
Lo había afirmado con sencillez, con espontaneidad, sin ufanarse, pero sin modestia. Dagny comprendió que era un tributo a ella; el tributo que una persona fuera de lo común podía rendirle a un igual: el tributo de sentirse libre como para admitir la propia grandeza, en la seguridad de ser comprendido.
-Cuando pienso en lo que ese metal puede lograr, en lo que hará posible... -dijo- ¡Hank! Esto es lo más importante que está pasando ahora en el mundo y nadie lo sabe.
-Nosotros lo sabemos.
No se miraban, seguían con la mirada fija en la grúa. Frente a la locomotora, a la distancia, Dagny pudo distinguir las letras "TT". Percibió también los rieles del desvío industrial más activo del sistema Taggart.
-En cuanto pueda encontrar una fábrica capaz de construirlas, pediré locomotoras Diesel fabricadas con metal Rearden -manifestó.
-Las necesitará. ¿Qué velocidad alcanzan sus trenes en la línea Río Norte?
-¿Ahora? Podemos sentirnos afortunados si llegamos a los 30 km. por hora.
El señaló los vagones.
-Cuando instale estos rieles, podrán circular a 400, si así lo desea.
-Así será dentro de unos años, cuando tengamos vagones de metal Rearden que pesarán la mitad que los de acero y serán el doble de seguros.
-No pierda de vista las líneas aéreas. Estamos trabajando en un avión hecho con metal Rearden, que no pesará prácticamente nada y podrá transportarlo todo. Usted verá el día de los transportes aéreos de carga a largas distancias.
-Estuve pensando acerca de lo que ese metal significará para los motores, para cualquier clase de motores, y los muchos que podrán diseñarse.
-¿Imagina lo que representará utilizarlo en los cercos de alambre? Costarán unos centavos por kilómetro y durarán 200 años. Y artículos de cocina baratos que pasarán de una generación a otra, y transatlánticos que no podrán ser dañados ni abollados por torpedos.
-¿Le dije que estamos realizando pruebas con cables de comunicación hechos con metal Rearden? Son muchos los experimentos que realizo, y sin embargo no llego a demostrar todo lo que puede hacerse con él.
Hablaron del metal y de sus posibilidades, que parecían inagotables. Era como si se encontraran en la cumbre de una montaña, contemplando una llanura ilimitada, atravesada por caminos en todas direcciones, pero tan sólo estaban conversando de cifras, pesos, presiones, resistencias y precios.
Dagny se había olvidado de su hermano y de la Alianza Nacional; se había olvidado de todos los problemas, personas y hechos, a los que siempre consideró borrosos, como perdidos en la distancia, desdeñables; algo que no constituía nunca una finalidad ni una realidad tangible. En cambio, aquello era real, pensó; aquella claridad poblada de proyectos, propósitos y esperanzas. Tal era el modo en que había deseado vivir. Nunca había querido emplear su tiempo en acciones que pudieran significar algo menor.
Lo miró en el instante preciso en que él se volvía para mirarla también. Se hallaban muy cerca uno del otro. Vio en sus ojos que sentía lo mismo que ella. "Si la felicidad es el propósito y finalidad de la existencia" -pensó-, "y aquello que tiene

el poder de proporcionarla cobra categoría de profundo secreto, los 2 acabamos de vemos desnudos."
Él dio un paso atrás y, con extraño tono de asombro, comentó: -Somos un par de sinvergüenzas, ¿verdad?
-¿Por qué?
-Carecemos de objetivos o cualidades espirituales. Tan sólo nos preocupa lo material, eso es todo lo que nos importa.
Ella lo miró, incapaz de comprender. El mantenía fija la vista más allá, sobre la grúa que se movía a la distancia. Hubiera preferido que él no hubiera hablado.
La acusación no la perturbaba, nunca había pensado en sí misma en semejantes términos, y se sabía por completo incapaz de experimentar culpa, pero sintió una vaga opresión, imposible de definir. Comprendió que lo que lo obligaba a hablar así podía tener para él consecuencias funestas. Sus palabras no habían sido casuales. Pero en su voz no había tampoco expresión alguna de súplica o vergüenza. Lo había dicho sin connotaciones, limitándose a establecer un hecho.
Luego, mientras lo miraba, su aprensión desapareció. El contemplaba sus fundiciones y no había en su rostro culpa ni duda; nada, aparte de la calma propia de una inviolable confianza en sí mismo.
-Dagny -dijo-, más allá de lo que seamos, somos nosotros los que movemos el mundo y quienes lo llevaremos a buen término.

CAPÍTULO V

EL CLÍMAX DE LOS D'ANCONIA

Lo 1° que ella vio fue el periódico que Eddie llevaba en la mano al entrar en su despacho. Levantó la mirada hacia él y notó que su rostro estaba tenso y alterado.
-Dagny, ¿estás muy ocupada?
-¿Por qué?
-Ya sé que no te gusta hablar de él, pero hay algo aquí que creo que deberías saber.
En silencio, estiró su mano hacia el diario.
El artículo de tapa anunciaba que luego de haber nacionalizado las minas de San Sebastián, el gobierno de la República Popular de México había descubierto que no valían nada, absoluta y tajantemente nada. No había nada que justificase los 5 años de trabajo y los millones gastados en ellas; no eran más que excavaciones vacías, laboriosamente practicadas. Las escasas huellas de cobre no valían ni siquiera el esfuerzo de extraerlo y no existían otros metales interesantes allí, ni podía esperarse que existieran, ni se observaban indicios que permitieran aquel engaño. El gobierno de México realizaba sesiones urgentes para tratar el tema de su descubrimiento en medio de una considerable agitación, ya que los legisladores sentían que habían sido estafados.
Eddie percibió que Dagny se quedaba mirando el periódico mucho después de haber terminado de leer. Comprendió también que había estado en lo cierto al experimentar cierto temor, aun cuando no hubiera podido definir exactamente qué lo perturbaba en realidad.

Esperó. Ella levantó la cabeza, sin mirarlo, ya que sus ojos estaban fijos en un punto, buscando concentración, como si tratara de distinguir algo a mucha distancia.
En voz baja, Eddie comentó: -Francisco no es tonto. Por más defectos que tenga y por más profunda que sea la depravación en que ha caído (y he dejado de preguntarme la causa) no es tonto. De ningún modo pudo haber cometido un error de esta clase. No es posible. No lo comprendo.
-Yo empiezo a comprenderlo.
Se sentó, enderezando el cuerpo con un movimiento brusco que la estremeció.
-Llámalo al Wayne-Falkland y dile a ese hijo de perra que quiero verlo.
-Dagny -le recordó con tono de reproche- él es Frisco d'Anconia.
-Lo era.

* * *

Caminó en el temprano atardecer que envolvía las calles en dirección al Hotel Wayne-Falkland. "Dice que vayas cuando quieras", le había informado Eddie. Las 1° luces se estaban encendiendo en algunas ventanas en lo alto, apenas por debajo de las nubes. Los rascacielos parecían faros abandonados que enviaban débiles y mortecinas señales a un mar vacío, por el que ya no circulaba ningún barco. Unos cuantos copos de nieve empezaron a caer sobre el barro de la acera frente a los negocios abandonados, y la hilera de luces rojas que cortaba la calle en 2 se perdía en la borrosa distancia.
Se preguntó por qué sentía que debía correr; pero no allí, sino por la verde pradera de una colina, bajo el sol resplandeciente hasta la ruta que bordea el Hudson en los confines de la finca Taggart. Así había corrido siempre cuando Eddie gritaba: "¡Es Frisco d'Anconia!" y ambos bajaban volando hasta el coche que se aproximaba por la ruta.
Era el único invitado cuya llegada representaba un acontecimiento, el más importante de todos, en su niñez. Correr a su encuentro se había convertido en parte de una competencia entre los 3. A mitad de camino entre la carretera y la casa había un álamo; Dagny y Eddie trataban de llegar a él antes que Francisco, pero en todas sus visitas, en todos esos veranos, jamás lo consiguieron. Francisco ganaba en aquello, como en todo lo demás.
Era hijo único, y sus padres, viejos amigos de la familia Taggart, lo estaban haciendo viajar por todo el mundo para hacerle ver a toda la Tierra como su futuro campo de acción. Dagny y Eddie nunca estaban seguros de dónde Francisco pasaría el invierno, pero una vez al año, cada verano, un severo tutor sudamericano lo llevaba a quedarse un mes en la finca de los Taggart.
A Francisco le parecía natural que los niños Taggart fueran compañeros suyos, ya que eran los herederos de Taggart Transcontinental, del mismo modo que él lo era de D'Anconia Copper. "Representamos la única aristocracia que queda en el mundo: la aristocracia del dinero" -le había dicho a Dagny una vez a los 14 años-. "Es la única verdadera aristocracia. Ojalá la gente lo entendiera, pero no lo comprende."
Había establecido un sistema de castas personal: para él, los hijos de la familia Taggart no eran Jim y Dagny, sino Dagny y Eddie, y en muy raras ocasiones

reconoció la existencia de Jim. Cierta vez, Eddie le preguntó: "Francisco, tú perteneces a una especie de alta nobleza, ¿verdad?". "Todavía no -le había contestado-. La razón por la que mi familia ha perdurado tanto tiempo es que a ninguno de nosotros se le permite pensar que es un d'Anconia de nacimiento. Se espera que llegue a serlo."
Pronunciaba su nombre como si deseara que sus interlocutores se sintieran armados caballeros tan sólo por escucharlo.
Su antepasado Sebastián d'Anconia había salido de España varios siglos atrás, en una época en que aquél era el país más poderoso del mundo, y aquel hombre era uno de sus personajes más orgullosos. Había tenido que marcharse cuando un alto funcionario de la Inquisición le había sugerido ciertos cambios en su manera de actuar durante una cena en la corte, y Sebastián d'Anconia le había arrojado un vaso de vino a la cara. Había logrado escapar, dejando atrás su fortuna, sus fincas, su palacio de mármol y la mujer a la que amaba, y había partido hacia un nuevo mundo.
Su 1° propiedad en la Argentina fue una cabaña de madera a los pies de los Andes. El sol resplandecía como un faro sobre el escudo de plata de los d'Anconia, clavado sobre la puerta, mientras Sebastián d'Anconia excavaba la tierra en busca de cobre en su 1° mina. Pasó varios años, pico en mano, rompiendo rocas desde el amanecer hasta la puesta del sol, con ayuda de unos cuantos aventureros, desertores del ejército español, convictos fugados e indígenas hambrientos.
Quince años después de haber salido de España, Sebastián d'Anconia mandó buscar a la mujer que amaba y que lo estaba esperando. Al llegar, ella encontró el escudo de plata sobre la entrada de un palacio de mármol, en medio de un inmenso jardín, y, más lejos, las montañas estriadas por las rojas vetas del metal. La tomó en sus brazos para cruzar el umbral y a ella le pareció más joven que cuando lo había visto por última vez.
-Mis antepasados y los tuyos -le había dicho Francisco a Dagny- se hubieran apreciado mutuamente.
En los años de su niñez, Dagny vivió pensando en el futuro, en el mundo que esperaba encontrar y donde no sentiría indiferencia ni aburrimiento. Un mes al año disfrutaba de la libertad y vivía el presente. Cuando corría pendiente abajo para encontrarse con Francisco d'Anconia, era como si huyese de una prisión.
"¡Hola, Slug!"
"¡Hola, Frisco!"
Al principio, los 2 sentían cierta molestia al escuchar sus apodos. Ella le preguntó indignada: "¿Qué quiere decir Slug?", y él contestó: "Por si no lo sabías, es el fuego que arde en las locomotoras". "¿De dónde lo sacaste?" "De los hombres que conducen los trenes de Taggart." Francisco d'Anconia hablaba 5 idiomas, entre ellos el inglés sin ningún indicio de acento extranjero, un inglés preciso y culto, en el que intercalaba deliberadamente vocablos populares. Ella contraatacó llamándolo Frisco. El había reído, entre alegre e irritado: "Si ustedes, bárbaros, tienen que degradar el nombre de una de sus ciudades, al menos tú podrías no hacérmelo a mí". Pero, a la larga, aquellos sobrenombres terminaron gustándoles.
Todo había comenzado durante su 2° verano juntos, cuando él tenía 12 años y ella 10. Frisco empezó a desaparecer cada mañana, sin que nadie pudiera

descubrir la causa. Se subía a su bicicleta antes del amanecer y volvía puntualmente a la hora del almuerzo para sentarse, con modales corteses y quizás en exceso inocentes, a la mesa con vajilla de plata y cristal, preparada en la terraza. Cuando Dagny y Eddie lo interrogaban, echaba a reír, negándose a contestar. Intentaron seguirlo en la fría oscuridad de la madrugada, pero desistieron, porque nadie era capaz de seguirle las huellas cuando se empeñaba en ocultarlas. Al cabo de algún tiempo, la Sra. Taggart empezó a preocuparse y decidió investigar. Nunca pudo saber cómo el joven Francisco había podido infringir las leyes relacionadas con el trabajo infantil, pero lo cierto es que descubrió que trabajaba como mensajero en Taggart Transcontinental, mediante un acuerdo informal con el jefe de una oficina situada a 15 km. de allí. El empleador se quedó estupefacto al recibir la visita personal de la dama; nunca se le había ocurrido pensar que aquel niño era un huésped de los Taggart. Entre los trabajadores de la empresa ferroviaria, el muchacho era conocido como "Frankie" y la Sra. Taggart prefirió no darles a conocer su nombre completo. Se limitó a explicar que trabajaba sin permiso de sus padres y lo obligó a renunciar de inmediato. El encargado lamentó perderlo ya que, según dijo, Frankie era el mejor ayudante que había tenido. "Me hubiera gustado conservarlo. ¿No podríamos llegar a un acuerdo con sus padres?", sugirió. "Me temo que no", respondió la Sra. Taggart con voz débil, y una vez en su casa, le preguntó:

-Francisco, ¿qué pensaría tu padre si se enterara de todo esto?

-Mi padre preguntaría si hice bien mi trabajo, es lo único que le interesaría.

-¡Vamos, vamos! Estoy hablando en serio.

Francisco la contemplaba con aire comedido. Sus modales perfectos sugerían siglos de buena educación en elegantes salones, pero algo en su mirada la hizo dudar acerca de aquella actitud.

-Por ejemplo, el invierno pasado -siguió él- estuve trabajando como grumete en un buque que transportaba cobre de d'Anconia. Mi padre me estuvo buscando 3 meses, pero cuando volví, eso fue lo que me preguntó.

-¿Así es como pasas tus inviernos? -quiso saber Jim Taggart, con la expresión de triunfo de quien ha conseguido encontrar una causa que le permite mostrarse desdeñoso.

-Eso fue el invierno pasado -respondió Francisco con calma, sin evidenciar ningún cambio en el tono inocente y tranquilo de su voz- El anterior lo pasé en Madrid, en casa del duque de Alba.

-¿Por qué querías trabajar en un ferrocarril? -indagó Dagny.

Se miraron a los ojos: ella con admiración; él, sonriente, pero sin ningún indicio de malicia, sino con simpatía.

-Para ver cómo es por dentro, Slug -le contestó-, y para poder decirte que he trabajado en Taggart Transcontinental antes que tú.

Dagny y Eddie pasaban sus inviernos intentando perfeccionarse en alguna nueva habilidad con el fin de asombrar a Francisco y derrotarlo siquiera una vez. Pero no lo consiguieron. Cuando le mostraron el modo en que golpeaban una pelota con un bate, juego que él no había practicado nunca, los estuvo contemplando unos minutos y luego dijo: "Creo que ya sé cómo se hace. Déjenme probar". Tomó el bate, golpeó la pelota y la envió por encima de una hilera de robles hasta los límites del campo.

Cuando, como regalo de cumpleaños, Jim recibió una lancha, todos se sentaron en el embarcadero a contemplar la lección que le dio el instructor. Ninguno de ellos había conducido nunca una embarcación semejante. La blanca y resplandeciente nave, con forma de bala, avanzaba torpemente por el agua, dejando atrás una estela estremecida, mientras su motor jadeaba y tosía, y el instructor, sentado junto a Jim, mantenía el timón lejos de las manos del niño. Sin razón aparente, Jim levantó de pronto la cabeza y le gritó a Francisco: "¿Crees que lo harías mejor?". "Claro que sí." "¡Pues, inténtalo!"

Cuando el bote regresó y sus 2 ocupantes saltaron a tierra, Francisco se puso al frente del timón. "Espere un momento -dijo al instructor, que estaba en el muelle- Déjeme echar antes un vistazo a todo esto", y antes de que el instructor tuviese tiempo para moverse o comprendiera lo que estaba sucediendo, el bote salió como disparado al medio del río y se alejó. A medida que se empequeñecía a la distancia, bajo la claridad del sol, la escena inspiró en la mente de Dagny la imagen de 3 líneas rectas: la de la estela, la del largo alarido del motor y la de la trayectoria hacia las metas del piloto.

Observó la extraña expresión de su padre que miraba la embarcación, ya casi invisible. No dijo nada, sino que se quedó allí, mirando. Recordó haberlo visto así en otra oportunidad, cuando inspeccionaba un complejo sistema de poleas que Francisco, de sólo 12 años entonces, había instalado como ascensor hasta la cumbre de una roca, desde donde estaba enseñando a Dagny y a Eddie a zambullirse en el Hudson. Los cálculos y notas de Francisco estaban aún desparramados por el suelo; su padre los recogió, los examinó y preguntó: "Francisco, ¿cuántos años de álgebra has estudiado?" "2" "¿Quién te ha enseñado todo eso?" "¡Oh! Se trata sólo de un invento mío." Dagny no sabía que lo que su padre estaba mirando en aquellas arrugadas hojas de papel era la tosca versión de una ecuación diferencial.

Los herederos de Sebastián d'Anconia habían formado una línea ininterrumpida de primogénitos que supieron llevar el apellido. Era tradición familiar que la mayor desgracia sería que un heredero dejase al morir la fortuna de los d'Anconia tal como la había recibido, sin ningún incremento. Pero, a través de las generaciones, tal desgracia nunca había sucedido. Una leyenda argentina afirmaba que la mano de un d'Anconia poseía el milagroso poder de los santos, pero no para curar, sino para producir.

Aunque los d'Anconia fueron siempre hombres excepcionales, ninguno de ellos podía igualarse a la promesa que era Francisco. Como si durante siglos se hubieran matizado las múltiples cualidades familiares, descartando lo vano, lo inconsecuente y lo débil, para dejar sólo talento puro; como si el azar, por una vez, hubiese creado un ser no expuesto a factores accidentales. Francisco triunfaba en todo cuanto emprendía; hacía las cosas mejor que nadie y sin esfuerzo. No se jactaba, no se comparaba, ni jamás hacía gala de ser el heredero más famoso de todo el mundo. Nunca decía: "Puedo hacerlo mejor que tú", sino simplemente: "Puedo hacerlo". Y lo que consideraba "hacer" adquiría para él un carácter superlativo.

Cualquiera fuera la disciplina requerida por el riguroso plan educativo de su padre o la materia dentro de su plan de estudios, Francisco la encaraba con facilidad y diversión. Su padre lo adoraba, pero ocultaba cuidadosamente ese sentimiento,

del mismo modo que ocultaba también el orgullo de saber que había criado al más brillante ejemplar de una espléndida estirpe. Se decía que Francisco iba a ser el apogeo de los d'Anconia.
"No sé qué clase de lema tendrían los d'Anconia en su escudo" -dijo cierta vez la Sra. Taggart- "Pero estoy segura de que Francisco lo cambiará por el de “¿Para qué?”."
Era la pregunta que instantáneamente formulaba cuando se le proponía alguna actividad, y de ninguna manera accedía si no encontraba una respuesta válida. Atravesaba como un cohete su mes de vacaciones, pero si alguien lo detenía a mitad de camino, siempre le era posible dar nombre al propósito que guiaba sus pasos en aquel preciso instante. Dos cosas le resultaban imposibles: permanecer quieto y deambular sin rumbo.
"Veamos de qué se trata", era la frase que pronunciaba ante Dagny y Eddie al emprender cualquier cosa, o si no: "Hagámoslo". En ello condensaba sus 2 únicas formas de goce.
"Puedo hacerlo", dijo cuando construía su ascensor, aferrándose a la roca e introduciendo en ella cuñas de metal, moviendo los brazos con el ritmo de un experto, mientras gotas de sangre brotaban, sin que lo advirtiera, de un vendaje en su muñeca. "No, no podemos turnarnos, Eddie; no eres lo bastante grande como para manejar un martillo. Sólo quita las malezas y déjame el camino libre, yo me ocuparé de lo demás... ¿Qué sangre? ¡Oh, no es nada!, un corte que me hice ayer. Dagny, ve a casa y tráeme una venda limpia."
Jim los miraba. Siempre lo dejaban solo, pero con frecuencia lo veían a la distancia, observando a Francisco con peculiar intensidad.
Casi nunca hablaba en presencia del argentino, pero a veces acorralaba a Dagny y le decía sonriendo con desprecio: "¡Finges ser una mujer de hierro con mentalidad propia y no eres más que un trapo carente de energía! Es irritante ver cómo permites que ese pretencioso te dé órdenes. Te gobierna con el dedo meñique. No tienes nada de orgullo, acudes en cuanto silba, y haces lo que quiere. ¿Por qué no le lustras las botas?". "Porque no me lo ha pedido", respondía ella.
Francisco hubiera podido ganar cualquier prueba en las competencias locales, pero nunca participaba. Podría haber dirigido el club juvenil, pero nunca puso los pies en su local e ignoró las vehementes tentativas de sus miembros para contar con el más famoso heredero del mundo. Dagny y Eddie eran sus únicos amigos. No sabían si le pertenecían o él les pertenecía a ellos, pero de todos modos, les daba igual, puesto que en ambos casos eran felices.
Cada mañana los 3 emprendían aventuras propias. Una vez, un anciano profesor de literatura, amigo de la Sra. Taggart, los vio sobre un montón de chatarra, en un patio, desmontando un coche viejo. Se detuvo, giró la cabeza y dijo a Francisco: "Un joven de tu posición debería pasar el tiempo en las bibliotecas, absorbiendo la cultura del mundo". "¿Y qué cree usted que estoy haciendo?", le contestó Francisco.
No había fábricas por los alrededores, pero Francisco les enseñó a Dagny y Eddie a introducirse clandestinamente en los trenes Taggart para trasladarse a ciudades lejanas, donde trepaban por vallas, se metían en fundiciones y observaban la maquinaria por las ventanas, del mismo modo que otros niños iban al cine.

"Cuando yo dirija D'Anconia Copper..." decía Francisco, pero nunca tenían que explicarse sus proyectos: tan sólo conocían sus objetivos y las causas que los impulsaban hacia ello.
De vez en cuando eran atrapados por algún guarda, y el jefe de una estación situada a cientos de kilómetros de distancia tenía que telefonear a la Sra. Taggart para informarle: "Tenemos aquí a 3 jovenzuelos que dicen ser...". "Sí" -contestaba la Sra. Taggart con un suspiro- "Lo son. Por favor envíelos de regreso."
-Francisco -preguntó Eddie cierta vez mientras se hallaban junto a las vías de una estación Taggart-, tú que has estado en casi todos los lugares del mundo, ¿qué es lo más importante que existe en la Tierra?
-Esto -contestó Francisco señalando el emblema TT frente a una de las locomotoras y agregó: -Me hubiera gustado conocer a Nat Taggart.
Al observar la mirada que le dirigía Dagny, no dijo nada más. Pero minutos después, cuando paseaban por el bosque siguiendo un estrecho sendero de tierra húmeda entre helechos y rayos de sol, explicó: -Dagny, siempre respetaré un escudo de armas, y siempre adoraré los símbolos de la nobleza, porque, ¿acaso no soy un aristócrata? Sin embargo, me importan un comino las torres ruinosas y los unicornios apolillados. Los escudos de nuestra época figuran en los carteles publicitarios y en los anuncios de revistas populares.
-¿A qué te refieres? -preguntó Eddie.
-Me refiero a las marcas, Eddie -contestó Francisco, que aquel verano cumplía precisamente 15 años.
"Cuando dirija D'Anconia Copper..." "Estudio minería y mineralogía, porque debo estar preparado cuando llegue el momento en que esté al frente de D'Anconia Copper..." "Estudio ingeniería eléctrica, porque las empresas proveedoras de electricidad son los mejores clientes de D'Anconia Copper..." "Estudiaré filosofía, porque voy a necesitarla para proteger a D'Anconia Copper..."
-Pero, ¿no piensas en otra cosa que no sea D'Anconia Copper? -le preguntó Jim una vez.
-No.
-Yo creo que existen otras cosas en el mundo.
-Dejemos que los demás se preocupen por ellas.
-¿No te parece una actitud muy egoísta?
-Sí.
-¿En qué consiste tu plan?
-En tener dinero.
-¿No tienes suficiente?
-En el transcurso de su vida, cada uno de mis antepasados elevó la producción de D'Anconia Copper un 10%, aproximadamente. Yo pienso elevarla un 100%.
-¿Para qué? -preguntó Jim, imitando con sarcasmo a Francisco- Cuando me muera, quiero ir al cielo, sea lo que fuere ese sitio, y quiero poder pagar la admisión.
-La virtud es el precio del ingreso -respondió Jim altivamente.
-A eso me refiero, James. Y deseo exhibir la mayor virtud de todas: la de haber sido capaz de hacer dinero.
-Eso puede hacerlo cualquier corrupto.
-James, algún día sabrás que toda palabra tiene su significado exacto.

Francisco sonrió burlándose. Observándolos, Dagny pensó de pronto en la diferencia que existía entre Francisco y su hermano Jim. Los 2 sonreían con similar desdén, pero Francisco parecía burlarse de las cosas presentes al atender otras superiores, mientras que Jim lo hacía como si pretendiera que nada tenía importancia.

Notó una vez más la sonrisa de Francisco, cierta noche cuando estaba sentada con él y Eddie ante una fogata que habían encendido en el bosque. El resplandor de las llamas los encerraba en una valla de quebrados y movedizos reflejos que incluía la leña, las ramas y las distantes estrellas.

Le pareció que fuera de aquellos límites no existía nada más que una oscuridad vacía, con la insinuación de una promesa estremecedora y espantosa... igual que el futuro. Pero el futuro, pensó, sería como la sonrisa de Francisco; allí estaba la clave para ella, la advertencia anticipada de su naturaleza: en su rostro frente al fuego, bajo el ramaje de los pinos. Y, de pronto, experimentó una insoportable sensación de dicha; insoportable porque no podía expresar su plenitud. Miró a Eddie, quien también contemplaba a Francisco. A su manera, Eddie sentía lo mismo que ella.

-¿Por qué simpatizas con Francisco? -le preguntó semanas más tarde, cuando aquél ya se había marchado.

Eddie la miró asombrado porque nunca se le había ocurrido que semejante sentimiento pudiera ser cuestionado y respondió: -Me hace sentir seguro.

-A mí me produce una sensación de excitación y de peligro -confesó Dagny.

Al verano siguiente, Francisco tenía 16 años. Un día, él y Dagny se hallaban solos en la cumbre de un peñasco junto al río, con los pantalones y las camisas desordenados por la trepada hasta allí. Miraban hacia el horizonte pues habían oído decir que en días muy claros podía distinguirse Nueva York a la distancia, pero sólo percibían el halo de 3 clases de luz distintas, mezclándose entre sí: la del río, la del cielo y la del sol.

Ella se arrodilló sobre una roca y se inclinó hacia delante, intentando visualizar algún indicio de la ciudad, con el viento que le arrojaba el pelo sobre los ojos. Volvió la cabeza y pudo ver que Francisco no contemplaba la distancia, sino que la miraba a ella. Tenía una expresión rara, intencionada y seria. Ella permaneció inmóvil un momento, con las manos apoyadas en la piedra y los brazos tensos, aguantando el peso del cuerpo; inexplicablemente, la mirada de Francisco le hizo tomar conciencia de su postura, de su hombro visible a través de la camisa desgarrada, de sus largas, arañadas y morenas piernas, en posición oblicua entre la roca y el suelo. Se levantó enojada al advertir que la expresión de Francisco era hostil y condenatoria, y se oyó preguntarle con tono de sonriente desafío: -¿Qué te gusta de mí?

El echó a reír y Dagny se preguntó estupefacta qué la había inducido a formular esa pregunta. El respondió: -Eso es lo que me gusta de ti.

Y señaló los brillantes rieles de la estación Taggart en la distancia. -No son míos -respondió desilusionada.

-Pero me gusta pensar que lo serán.

Dagny sonrió, concediéndole la victoria mediante una actitud franca y alegre. No supo por qué la había mirado de un modo tan extraño, pero comprendió que había

cierta relación inexplicable entre su cuerpo y alguna cualidad interior, algo que le daría la fuerza necesaria para gobernar en el futuro aquellos rieles.
-Tratemos de ver Nueva York -dijo él bruscamente, tomándola del brazo y acercándola hasta el borde de la roca. Pensó que no advertía que la estaba apretando de un modo peculiar, pegándola a él, y sintió el calor del sol cuando las piernas de los 2 se rozaron. Estuvieron contemplando la distancia, pero no vieron nada, excepto el resplandor de la luz.
Cuando aquel verano Francisco se marchó, Dagny consideró su partida como el cruce de un límite que daba fin a su niñez: aquel otoño Francisco ingresaría a la universidad y ella lo haría al año siguiente. Experimentó una gran impaciencia y al mismo tiempo excitación y temor, como si el joven se enfrentara a un peligro desconocido. Era igual que años atrás, cuando lo había visto saltar desde una roca para zambullirse en el Hudson, hundiéndose bajo el agua oscura, mientras ella esperaba, sabiendo que reaparecería al cabo de un momento y que entonces sería su turno.
Disipó sus temores; el peligro era para Francisco tan sólo una oportunidad de destacarse como lo hacía siempre; no podía perder batallas, ni existían enemigos capaces de vencerlo. Luego se acordó de algo que había oído años atrás. Era una observación extraña, pero aún más insólito resultaba que aquellas palabras hubieran permanecido fijas en su mente, porque cuando las oyó le parecieron insensatas. Quien las pronunció era un viejo profesor de matemática, amigo de su padre, que había visitado su casa de campo por esa única vez. Le gustaba su cara y aún recordaba la peculiar tristeza de sus ojos cuando, cierta noche, sentados en la terraza bajo la incierta claridad crepuscular, dijo a su padre, señalando a Francisco, que se hallaba en el jardín: "Ese muchacho es sensible. Tiene una aptitud muy grande para el goce. ¿Qué hará en un mundo donde hay tan raras ocasiones para eso?".
Francisco ingresó en una universidad elegida por su padre desde mucho tiempo antes y considerada como la más distinguida del mundo: la Universidad Patrick Henry, de Cleveland. Aquel invierno no fue a visitarla a Nueva York, aunque se hallara sólo a una noche de distancia. No se escribieron, nunca lo habían hecho, pero Dagny sabía que cuando llegara el verano iría a pasar un mes en el campo con ellos.
Durante aquel invierno experimentó, en ciertas ocasiones, una molestia indefinible; las palabras del profesor seguían fijas en su mente como una advertencia que no podía explicar. Optó por no hacerle caso y al pensar en Francisco sentía la tranquilizadora seguridad de que iba a disponer de otro mes de adelanto sobre el futuro, como prueba de que el mundo que ella contemplaba era el real, aun cuando no fuera el mismo de quienes la rodeaban.
-¡Hola, Slug!
-¡Hola, Frisco!
De pie en la ladera, en el 1° instante en que volvió a verlo, comprendió de pronto la naturaleza de aquel mundo que ellos 2 oponían al de los demás. Fue sólo una pausa momentánea; sintió el roce de su falda de algodón, movida por el viento contra sus rodillas, el sol sobre sus párpados y una estimulante sensación de tan inmenso alivio que hundió los pies en la hierba para no elevarse, etérea, con el viento.

Fue una repentina sensación de libertad y aplomo porque se dio cuenta de que no sabía nada acerca de la vida de Francisco; no lo había sabido nunca, ni nunca necesitaría saberlo. El mundo de la fortuna, el mundo del ambiente familiar, de las comidas, de las escuelas, de la gente sin propósito que parecía transportar el fardo de una culpa desconocida, no era el de ellos; no podían ni les interesaba cambiarlo. Jamás habían hablado del presente, tan sólo de aquello que pensaban y de lo que harían...

Lo contempló en silencio; una voz interior le decía: "No las cosas que hay ahora, sino las que haremos... Nada debe detenernos, tú y yo... Perdona mi miedo si creo que puedo perderte por ellos; perdona mi duda, pero esas cosas nunca te afectarán; jamás volveré a sentir temor por ti...".

También él la miró un momento, pero a Dagny le pareció que no lo hacía con expresión de bienvenida, sino como si hubiera estado pensando en ella todos los días del año. No estaba segura, fue sólo un gesto fugaz, tan breve, que en el momento de percibirlo él se volvía ya para señalar el árbol, y decía en el mismo tono de su repetido juego infantil: -Me gustaría que corrieses más rápido. Siempre tengo que esperarte.

-¿Siempre me esperarás? -preguntó ella alegremente.

-Siempre -respondió él sin sonreír.

Mientras subían la pendiente hacia la casa, Francisco le habló a Eddie; ella caminó a su lado en silencio. Notaba que entre los 2 había cierta reticencia, que extrañamente adquiría la forma de una nueva clase de intimidad.

No le hizo preguntas acerca de la universidad. Días después, se limitó a inquirir si le gustaba.

-Hoy en día enseñan muchas tonterías -contestó él-, pero hay algunas asignaturas que me gustan bastante.

-¿Has hecho amigos?

-2.

No le dijo nada más.

Jim estaba terminando sus estudios en un instituto de Nueva York, cosa que lo imbuía en una extraña y trémula beligerancia, como si hubiera encontrado un arma nueva. Una vez, increpó a Francisco en medio del jardín en tono de agresiva santurronería:

-Creo que ahora que ya eres universitario, deberías aprender algo acerca de ideales. Es tiempo de olvidar tu ambición egoísta y pensar un poco en tus responsabilidades sociales, porque todos esos millones que vas a heredar no deberían ser para tu placer personal, sino un fideicomiso en pro de los necesitados y los pobres. Me parece que la persona que no se dé cuenta de esto pertenece a la clase más depravada de ser humano.

Francisco respondió cortésmente:

-Pues yo creo, James, que no es aconsejable opinar sin que te lo pidan. Podrías ahorrarte la perturbadora consecuencia que tu juicio pueda tener para tu interlocutor.

Cuando se alejaban, Dagny le preguntó: -¿Hay muchos hombres como Jim en el mundo?

-Muchísimos -respondió Francisco riendo.

-¿Y no te importa?

-No, no tengo que tratarlos. ¿Por qué me lo preguntas?
-Porque creo que, en cierto modo, resultan peligrosos... aunque no sé cómo...
-¡Por Dios, Dagny! ¿Quieres que tenga miedo de un objeto como James?
Días después, cuando paseaban solos por el bosque a orillas del río, ella preguntó: -Francisco, ¿cuál es la clase más depravada de ser humano?
-El que no tiene propósitos.
Ella contemplaba las rectas ramas de los árboles que se erguían irrumpiendo en el amplio y brillante espacio. El bosque era oscuro y fresco, pero las ramas exteriores captaban los cálidos y plateados rayos de sol, reflejados por el agua. Se preguntó por qué le gustaba tanto aquel espectáculo, cuando nunca antes había prestado atención al paisaje que la rodeaba, y por qué tenía conciencia tan firme de su goce, de sus movimientos y de su cuerpo, mientras caminaba. No quería mirar a Francisco. Notaba que su presencia se hacía más intensamente real cuando apartaba los ojos de él, casi como si la conciencia de sí misma procediera de su acompañante, igual que la luz del agua procedía del sol.
-Te crees buena, ¿verdad? -preguntó.
-Siempre lo he creído -contestó ella, retadora, sin volverse.
-Demuéstramelo. Demuéstrame hasta qué punto puedes ascender en Taggart Transcontinental. No importa cuán buena seas, espero que sepas manejar todo cuanto logres, tratando de prosperar todavía más. Y cuando quedes exhausta con tu esfuerzo al alcanzar el objetivo, espero que pienses en el siguiente.
-¿Y por qué debo demostrarte todo eso? -preguntó.
-¿Quieres que te conteste?
-No -susurró Dagny, fijando la mirada en la otra orilla del río perdida en la distancia.
Lo oyó reír por lo bajo y luego decir: -Dagny, no hay nada de importancia en la vida, más allá de lo bien que uno hace su trabajo. Nada, tan sólo eso. Todo cuanto seas procede de ahí, es la única medida del valor humano. Todos los códigos de ética que intenten hacerte tragar, son sólo papel moneda puesto en circulación por estafadores para despojar de sus virtudes a las personas. El código del talento es el único sistema moral basado en el patrón oro. Cuando seas mayor, comprenderás lo que te digo.
-Ya lo sé ahora, pero... ¿por qué tú y yo somos los únicos que parecemos comprenderlo?
-¿Y por qué deberías preocuparte por los demás?
-Porque me gusta llegar al fondo de las cosas, y existe algo en la gente que no llego a entender.
-¿Qué cosa?
-Verás: siempre he sido poco popular en la escuela, pero eso no me preocupó. Ahora he descubierto la razón; una razón absurda. Les disgusto, no porque haga las cosas mal, sino porque las hago bien, porque siempre he tenido las mejores calificaciones, sin necesidad de estudiar. ¿Crees que debería sacar notas bajas para convertirme en la muchacha más admirada de mi escuela?
Francisco se detuvo, la miró y le dio una bofetada.
Los sentimientos de Dagny quedaron encerrados en aquel instante único, en tanto el suelo se balanceaba bajo sus pies y la invadía un luminoso estallido de emoción. Sabía que habría matado a cualquier otra persona que se hubiera

atrevido a golpearla de aquel modo, y sintió la violenta furia que le hubiera dado la fuerza suficiente para hacerlo, y al mismo tiempo un violento placer por la reacción de Francisco. El sordo, ardiente dolor en su mejilla y el sabor de la sangre en la comisura de la boca le produjeron placer. El placer surgía de lo que había comprendido repentinamente sobre él, sobre sí misma y sobre sus motivos.
Se esforzó por dominar el vértigo, mantuvo la cabeza erguida y miró a su compañero fijamente, consciente de una nueva fuerza, sintiéndose por vez 1° igual a él. En sus labios se pintaba una burlona sonrisa triunfal.
-¿Tanto te ha afectado? -preguntó ella.
El puso cara de asombro; ni la pregunta ni la sonrisa correspondían a una niña.
-Sí, si eso te complace -respondió.
-Así es.
-No vuelvas a hacerlo. No me agradan las bromas de ese tipo.
-No seas tonto. ¿Qué te hizo suponer que me importa ser popular?
-Cuando seas mayor, comprenderás la clase de insensatez que has dicho.
-Ya lo comprendo ahora.
El se volvió abruptamente, sacó su pañuelo y lo empapó en agua del río.
-Ven -le ordenó.
Ella retrocedió, riendo.
-¡Oh, no! Prefiero que quede así y espero que se hinche. Me gusta.
La miró largamente y luego dijo con lentitud y sinceridad: -Dagny, eres maravillosa.
-Siempre lo pensaste, ¿verdad? -respondió ella en un tono insolentemente despreocupado.
De vuelta a su casa le contó a su madre que se había cortado el labio al caer sobre una roca. Fue la única vez que mintió en su vida, y no lo hizo para proteger a Francisco, sino porque, por alguna razón indefinible, consideraba el incidente como un secreto demasiado precioso para ser compartido.
El verano siguiente, cuando volvió Francisco, ella tenía 16. Había echado a correr pendiente abajo para salir a su encuentro, cuando, de pronto, se detuvo. Él la vio, se detuvo también, y los 2 permanecieron un instante mirándose a la distancia sobre la larga y verde ladera. Fue Francisco quien reanudó la marcha, y avanzó lentamente, mientras Dagny lo esperaba.
Cuando se hallaba cerca, ella le sonrió con inocencia, como si no le importase en absoluto aquella pugna que nunca ganaba.
-Quizá te guste saber -le dijo- que trabajo en el ferrocarril. Soy operadora nocturna en Rockdale.
-De acuerdo, Taggart Transcontinental, esto es una auténtica carrera entre los 2 -dijo él riendo- Veremos quién honrará más a quién. Si tú a Nat Taggart o yo a Sebastián d'Anconia.
Aquel invierno, Dagny simplificó su vida hasta convertirla en un brillante diseño geométrico: unas líneas hacia y desde la facultad de Ingeniería en la ciudad, y otras hacia y desde la estación de Rockdale cada noche. Y el círculo cerrado que era su cuarto, lleno de diagramas de motores, planos de estructuras de acero y horarios de ferrocarril.

La Sra. Taggart miraba a su hija con disgustado asombro. Hubiera podido perdonarle todas las omisiones menos una: Dagny no demostraba interés alguno por los hombres ni inclinación romántica de ninguna clase.
A la Sra. Taggart no le agradaban los extremos; de ser necesario, habría estado preparada para enfrentar un espécimen que le desagradara, pero aquello era todavía peor. La perturbaba admitir que, a los 17 años, su hija no mostrara ninguna señal de interés por los hombres, ningún indicio sentimental.
"¿Dagny y Francisco d'Anconia?" -preguntaba sonriendo tristemente en respuesta a la curiosidad de sus amigas-. "¡Oh, no! No es ningún romance, sino un cartel industrial internacional de un género que desconozco. Es lo único que parece interesarles."
La Sra. Taggart oyó cómo James decía cierta noche en presencia de invitados, con tono de peculiar satisfacción: "Dagny, aunque lleves el mismo nombre que ella, te pareces más a Nat Taggart que a la 1° Dagny Taggart, su célebremente bella esposa". La Sra. Taggart no sabía qué la ofendía más: lo que su hijo había expresado, o el hecho de que Dagny lo recibiera como una felicitación.
La Sra. Taggart llegó a la conclusión de que nunca tendría la oportunidad de formarse un concepto cabal de su hija. Dagny era sólo una figura que entraba y salía a toda prisa de su casa; una figura esbelta, con chaqueta de cuero de cuello levantado, falda corta y largas piernas de corista; un ser que caminaba por las habitaciones con decisión masculina, aunque demostrando cierta peculiar gracia femenina en sus movimientos tensos pero delicados.
A veces, mirándola a escondidas, la Sra. Taggart descubría en ella una expresión difícil de definir. Era algo más que alegría: un goce tan puro que rozaba lo primitivo y lo animal. Ninguna muchachita podría ser tan insensible para no haber descubierto la tristeza en la vida, y llegó a la conclusión de que su hija era incapaz de experimentar sentimientos.
-Dagny -le preguntó cierta vez-, ¿no piensas divertirte nunca?
Dagny la miró incrédula, al tiempo que contestaba: -¿Qué crees que estoy haciendo, sino divertirme?
La decisión de celebrar dignamente la fiesta de presentación en sociedad de su hija le costó a la Sra. Taggart muchas ansiedades y preocupaciones. Nunca supo si estaba presentando a la Srta. Dagny Taggart, miembro de una distinguida sociedad, o a la operadora nocturna de la estación de Rockdale; pero se sentía inclinada a pensar esto último. Era seguro además, que Dagny rechazaría de plano la idea de la fiesta. Por eso la asombró que aceptara con inexplicable vehemencia, comportándose, siquiera por una vez, como una auténtica chiquilla.
Volvió a sorprenderse cuando vio a Dagny vestida para la ocasión. Era el 1° vestido femenino que usaba: un conjunto de terciopelo blanco, con una enorme falda que flotaba como una nube. La Sra. Taggart había temido que su aspecto fuera absurdo, pero Dagny se veía como una verdadera belleza. Parecía mayor y, al mismo tiempo, más inocente que de costumbre. Frente al espejo, irguió la cabeza del mismo modo que lo hubiera hecho la esposa de Nat Taggart.
-Dagny -indicó su madre con expresión de suave reproche-, ¿ves lo hermosa que eres cuando te lo propones?
-Sí -convino la joven con naturalidad.

El salón de baile del hotel Wayne-Falkland había sido decorado bajo la dirección de la Sra. Taggart. Tenía gustos de artista, y la ambientación de aquella noche fue su obra maestra.
-Dagny, quiero que te des cuenta de algunas cosas -le dijo- Las luces, los colores, las flores y la música, no son tan despreciables como puedas creer.
-Nunca pensé que fueran despreciables -respondió Dagny, feliz. Por 1° vez, la Sra. Taggart sintió que un lazo las unía; Dagny la miraba con la agradecida confianza de una niña.
-Son las cosas que hacen bella la vida -continuó la Sra. Taggart- Quiero que esta noche todo sea muy bello para ti, Dagny, pues el 1° baile es el acontecimiento más romántico de la vida.
Para la Sra. Taggart, la mayor sorpresa llegó cuando Dagny apareció bajo las luces para enfrentar a la concurrencia. No era una niña ni una adolescente, sino una mujer dotada de un aplomo tan pleno y asombroso que la Sra. Taggart la contempló con contenida admiración. En una época de indiferente rutina, entre personas que se comportaban como si fueran no de carne, sino de pasto, la actitud de Dagny parecía casi indecente, porque tal era el modo en que una mujer se habría enfrentado a un baile siglos atrás, cuando el acto de exhibir el cuerpo semidesnudo a la admiración de los hombres constituía un atrevimiento propio de una aventurera. Y aquella -pensó la Sra. Taggart sonriendo -era la muchacha a la que había creído carente de todo atractivo sexual. El descubrimiento le produjo un gran alivio y un toque de diversión.
Pero el alivio duró sólo unas horas. Hacia el final de la fiesta, vio a Dagny en un rincón de la sala de baile, sentada sobre una baranda, igual que en una valla de ferrocarril, moviendo las piernas bajo la falda de terciopelo, como si llevara pantalones y hablando con desdeñosa indiferencia con un par de muchachos.
Ni Dagny ni la Sra. Taggart pronunciaron palabra, mientras regresaban a su casa. Pero horas después, dejándose llevar por un repentino impulso, la Sra. Taggart entró al cuarto de su hija. Dagny estaba ante la ventana, y aún tenía puesto aquel traje blanco de noche similar a una nube que envolvia su cuerpo, que ahora parecía demasiado delgado; un cuerpo pequeño y de hombros estremecidos. Afuera, las nubes se teñían de gris con la 1° claridad de la mañana.
Cuando Dagny se volvió, la Sra. Taggart percibió en ella una expresión de perplejo desamparo. Su rostro estaba en calma, pero algo en él le hizo desear no haber tenido tanto interés en que su hija descubriera la tristeza.
-Mamá, ¿esas personas creen que todo sucede al revés? -preguntó.
-¿A qué te refieres? -preguntó asombrada la Sra. Taggart.
-A las cosas de las que me hablaste, las luces y las flores. ¿Esperan que los vuelvan románticos, y no lo contrario?
-Querida, no te entiendo.
-No había allí ni una sola persona que disfrutara de la fiesta -manifestó con voz incolora- o que sintiera o pensara en algo. Se movían de un lado a otro, hablando las mismas tonterías que en todas partes. Supongo que creían que las luces les iban a conferir un brillo del que carecen.
-Querida, te lo tomas todo demasiado a pecho. Se supone que uno no tiene que ser intelectual en un baile, sino tan sólo divertido.
-¿Cómo? ¿Siendo estúpido?

-¿No te gustó encontrar allí a tantos muchachos?
-¿Cuáles? No había ni uno solo que valiese la pena.
Algunos días más tarde, sentada ante su escritorio de la estación de Rockdale, sintiéndose de nuevo en su casa, Dagny pensó en la fiesta y se encogió de hombros en reproche hacia su propio desengaño. Levantó la mirada. Era primavera y en la oscuridad exterior se distinguían confusamente las hojas que poblaban las ramas de los árboles; el aire era cálido y tranquilo. Se preguntó qué había esperado de aquella fiesta. No lo sabía, pero sentada ante el maltratado escritorio, mirando la oscuridad, volvió a sentir una rara impresión expectante y sin objetivo que invadía lentamente su cuerpo como un líquido cálido. Se derrumbó sobre el escritorio, perezosamente, sin cansancio pero también sin deseos de trabajar.
Aquel verano, cuando llegó Francisco, le contó de la fiesta y de su decepción. El la escuchó en silencio, mirándola por vez 1° con aquel aire de inconmovible burla que reservaba para otros; una expresión que parecía abarcar muchas cosas. Era como si en sus palabras escuchara mucho más de lo que le estaba diciendo.
Percibió aquella misma expresión en sus ojos por la tarde, cuando se separó de él, quizá demasiado bruscamente. Estaban solos, sentados a la orilla del río y ella disponía de 1 hora antes de regresar a Rockdale. En el cielo se pintaban largas y delgadas franjas de fuego y sobre el agua flotaban lánguidamente destellos rojos. Él había guardado silencio durante un largo rato; de pronto, Dagny se levantó y le dijo que tenía que marcharse. No intentó detenerla; se reclinó con los codos en la hierba y la miró sin moverse, como comprendiendo los motivos de su prisa. Mientras subía la pendiente hacia la casa, Dagny se preguntó qué la habla impulsado a irse de aquel modo, pero no encontró respuesta. Había sido una repentina inquietud procedente de un sentimiento que sólo ahora identificaba: expectación.
Cada noche recorría en automóvil los 10 km. que separaban su casa de Rockdale. Volvía al amanecer, dormía unas horas y se levantaba a la misma hora que los demás, pues no deseaba seguir durmiendo. Al prepararse para ir a la cama con las 1° claridades del alba, experimentaba una tensa, alegre e infundada impaciencia por enfrentarse al nuevo día.
Volvió a ver la mirada burlona de Francisco a través de la red de una cancha de tenis. No recordaba cómo había empezado el partido: habían jugado juntos con frecuencia, y él siempre ganaba. Nunca supo en qué momento había decidido vencerlo en esta ocasión. Al tomar conciencia de ello, dejó de ser una decisión o un deseo, para transformarse en una furia, cada vez más intensa. No sabía por qué le era preciso ganar; no sabía por qué le resultaba tan urgente, crucial y necesario; sólo sabía que tenía que hacerlo y que lo lograría.
El juego le resultaba fácil; era como si su voluntad hubiera desaparecido y alguien efectuara el esfuerzo por ella. Contempló a Francisco; su alta y rápida figura, con el bronceado de sus brazos puesto en evidencia por las mangas de la blanca camiseta. Experimentó un arrogante placer al observar la agilidad de sus movimientos, porque eso era precisamente lo que tenía que vencer, para que cada uno de sus expertos ademanes se convirtiera en una victoria suya, y la brillante competencia de su cuerpo, en un triunfo personal.

Notó el creciente dolor del esfuerzo, aunque sin saber que era dolor, eran repentinas punzadas que le hacían fijar momentáneamente la atención en alguna parte de su cuerpo -la axila, el omóplato, la cadera a la que se pegaba la blanca tela del pantaloncillo, o las piernas cuando saltaba para devolver la pelota- para enseguida olvidarse.

Cuando el cielo adoptaba un tono rojo oscuro y la pelota volaba hacia ella en la oscuridad, como una blanca llama vertiginosa, un delgado alambre tirante se disparaba desde su tobillo subiendo por su espalda y acabando por impulsarse a través del aire, para arrojar la pelota hacia Francisco... Sentía un placer exultante porque cada punzada de dolor iniciada en su cuerpo iba a terminar en el de su rival; porque también Francisco estaba fatigándose; porque lo que hacía, ella lo devolvía; no era sólo su dolor el que sentía, sino también el de él.

En los momentos en que le era posible verle la cara, descubría su risa y su mirada comprensiva. Jugaba, no para ganar, sino para hacerle la victoria más difícil, enviándole la pelota de modo de obligarla a correr; perdiendo puntos para verla retorcer el cuerpo en un dificilísimo revés; quedándose inmóvil para que creyera que iba a fallar y llegando luego de manera natural, en el último instante, para devolver la pelota, con tal fuerza que ella suponía que no podría alcanzarla. Dagny creía que no sería capaz de volver a moverse y le resultaba extraño verse de pronto al otro lado de la red, golpeando la pelota como si quisiera romperla en pedazos, como si deseara que fuese el rostro de Francisco.

"Sólo un poco más", pensaba aun cuando el siguiente movimiento pudiera partirle los huesos del brazo... "Sólo una vez más", aunque pudiera faltarle el aire que circulaba a borbotones por su garganta comprimida e hinchada. Luego no sintió nada, ni siquiera dolor; únicamente la certeza de que tenía que vencerlo, verlo agotado, presenciar cómo se desplomaba. Sólo entonces quedaría libre, para morir en el siguiente minuto.

Ganó. Quizás fue su risa lo que lo hizo perder. Avanzó hacia la red, donde ella estaba inmóvil, y le arrojó la raqueta a los pies, como si supiera que estaba deseando aquel gesto. Salió de la cancha y se acostó en la hierba, la cabeza apoyada sobre un brazo.

Dagny se acercó a él lentamente, y se quedó a su lado, contemplando aquel cuerpo tendido: la camisa empapada y los mechones de pelo sobre el brazo. Francisco levantó la cabeza y su mirada ascendió lentamente por la línea de sus piernas, pasó por el pantalón, la blusa y alcanzó los ojos. Era una mirada burlona, que parecía perforar sus ropas y su mente, y decirle que, en realidad, él había ganado.

Aquella noche se sentó en su oficina de Rockdale, sola en el viejo edificio de la estación, contemplando el cielo por la ventana. Era su hora preferida, cuando los cristales superiores cobraban un tinte más ligero y los rieles se convertían en borrosas líneas de plata. Apagó la lámpara y contempló la amplia y silenciosa extensión de la tierra inmóvil. Todo estaba en calma; ni una hoja temblaba en los árboles, mientras el cielo iba perdiendo lentamente su color y se convertía en una inmensidad de agua brillante.

A esa hora, el teléfono guardaba silencio como si el tránsito se hubiera detenido en toda la red. Oyó pasos que se acercaban a la puerta y enseguida entró Francisco. Nunca la había visitado en Rockdale, pero no se sorprendió al verlo.

-¿Qué haces por aquí a esta hora? -preguntó.
-No tenía ganas de dormir.
-¿Cómo llegaste? No oí tu coche.
-Vine a pie.
Transcurrieron algunos minutos antes de que Dagny tomase conciencia de que no le había preguntado el motivo de su visita, pero no quería averiguarlo.
Él recorrió la habitación, contemplando los anuncios y avisos pegados a las paredes y el calendario con un grabado del Comet de Taggart, inmovilizado sobre el papel, lanzándose a toda velocidad sobre el espectador. Francisco estaba como en su casa, como si aquel lugar le perteneciera. Así ocurría siempre que estaban juntos. Pero no parecía tener ganas de hablar: hizo unas cuantas preguntas acerca de su trabajo y guardó silencio.
A medida que iba amaneciendo, el movimiento también se aceleraba en la red ferroviaria y el teléfono empezó a sonar, rompiendo la calma. Dagny volvió a su trabajo, y Francisco se sentó con una pierna sobre el brazo del sillón, esperando.
Ella trabajaba con rapidez, con la mente extraordinariamente clara. Le causaba placer el rápido movimiento de sus manos. Se concentró en el ruido agudo y fuerte del teléfono, en las cifras de los trenes, en los números de los vagones y en otros datos similares, sin percibir nada más.
Pero cuando una hoja de papel cayó al suelo y se inclinó para recogerla, sintió de un modo particular la intensidad de aquel momento, puntualmente consciente de sí misma y de sus movimientos. Percibió su falda gris, las mangas arremangadas de su blusa también gris, y su brazo desnudo que se estiraba hacia el papel caído. Por un instante, su corazón se detuvo sin causa aparente, le sobrevino esa especie de jadeo de los momentos de intensa emoción. Recogió el papel y volvió a su trabajo.
Ya era casi de día cuando un tren pasó por la estación sin detenerse. Bajo la pura claridad del alba, la larga hilera de vagones que parecía volar sobre la tierra, sin tocarla, dibujó una línea de plata. El suelo de la estación tembló y los cristales vibraron. Dagny contempló el paso del tren con una sonrisa de excitación y miró a Francisco, que la estaba mirando, con idéntica sonrisa.
Cuando llegó el empleado del turno siguiente, Dagny y Francisco salieron al fresco matinal. El sol no se había levantado aún y la brisa tenía algo de radiante. Dagny no estaba cansada, por el contrario, estaba como si acabara de levantarse.
Se dirigió a su automóvil, pero Francisco la detuvo: -Vamos caminando, más tarde venimos por el coche.
-De acuerdo.
No la sorprendió ni le importó tener que andar los 10 km.. Le parecía perfectamente natural para aquel momento de certeza y claridad deslumbrantes, pero apartado de todo; inmediato pero desconectado, como una isla radiante en medio de una densa niebla, como esa profunda e incuestionable realidad de la borrachera.
El camino cruzaba los bosques. Dejaron la autopista para tomar ese viejo sendero que serpenteaba por un paraje despoblado donde no se observaban rastros de personas por los alrededores. Viejas raíces cubiertas de hierba contribuían a crear la ilusión de que la presencia humana se hallaba más distante, y añadían una extensión de años a la distancia en kilómetros.

Cierta velada luminosidad flotaba en la atmósfera, pero en algunos claros donde se condensaba, las hojas que colgaban en racimos de un verde reluciente parecían iluminar todo el bosque. El follaje permanecía quieto y ellos pasaban caminando solos por un mundo estático. De pronto, ella se dio cuenta de que hacía un rato largo que no pronunciaban palabra.

Llegaron a un lugar despejado. Era una angosta hondonada flanqueada por laderas abruptas. Un arroyo discurría entre la hierba, y las ramas descendían hasta el suelo, como una líquida cortina verde. Apenas el rumor del agua rompía el silencio. Una distante franja de cielo abierto hacía más recóndito aún aquel lugar. En la cresta rocosa, un árbol captaba los primeros rayos del sol.

Se detuvieron, mirándose uno a otro. Ella supo lo que iba a ocurrir. Francisco la abrazó y ella sintió sus labios en su boca; en respuesta, lo abrazó apasionadamente comprendiendo cuánto había deseado que aquel momento llegara.

Por un instante sintió una mezcla de rebelión y algo de miedo. Él continuaba reteniéndola contra su cuerpo con poderosa y enérgica insistencia, mientras su mano se movía sobre sus senos, sin esperar permiso para explorar su intimidad. Dagny intentó resistirse, pero sólo consiguió separarse lo suficiente para ver su cara y su sonrisa, que le indicaban que ella lo había autorizado mucho tiempo antes. Se dijo que debía escapar, pero bajó la cabeza y dejó que la besara nuevamente.

Comprendió que el temor era inútil, que Francisco haría lo que quisiera y que no era más que lo que ella estaba deseando: someterla. No entendía de manera consciente su propósito; la vaga noción que tuviera quedó borrada; no podía pensar con claridad; sabía únicamente que tenía miedo. Sin embargo, su interior gritaba: "¡No es preciso que me preguntes, ni me ruegues... hazlo!".

Se agitó un momento como si quisiera rechazarlo, pero él siguió besándola y ambos cayeron al suelo sin separarse. Ella permaneció primero inmóvil, como un objeto impasible, y luego se estremeció con cada cosa que él hacía, sin vacilar, como si fuera un derecho, el derecho al eterno placer que les daba.

Francisco dio nombre a todo lo sucedido con las primeras palabras que pronunció después: "Teníamos que aprender uno del otro". Dagny contempló el largo cuerpo tendido en la hierba a su lado, vestido con pantalón y camisa negros; cuando sus ojos se detuvieron en el cinturón fuertemente ajustado, advirtió con un jadeo el impacto de una emoción semejante al orgullo; el orgullo de sentirse dueña de ese cuerpo. Después su mirada quedó perdida en el cielo; no tenía ningún deseo de moverse, de pensar, ni de recordar que existía un tiempo diferente de aquél que estaba viviendo.

Cuando llegó a su casa, se tendió en la cama, desnuda, porque su cuerpo se había convertido ahora en una posesión desconocida, demasiado preciosa para soportar el roce de un pijama; por el placer de imaginar que las sábanas eran el cuerpo de Francisco. Creyó que no dormiría, porque no quería perderse aquella sensación del cansancio más maravilloso que había sentido en su vida. Su último pensamiento fue sobre aquellos tiempos cuando había deseado expresar, sin saber cómo, la experiencia de una sensación mayor aún que la felicidad: la bendición de ser uno mismo, de estar enamorado del hecho de existir en este mundo, y supo que lo que acababa de aprender era la forma de expresarlo.

No reflexionó acerca de si se trataba de una idea de importancia capital; nada podía resultar grave en un universo del que había desaparecido todo concepto de dolor; no se encontraba allí para sopesar sus propias conclusiones; estaba dormida con una suave sonrisa en el rostro, en la silenciosa habitación iluminada por el resplandor de la mañana.
Aquel verano se encontraron en los bosques, en rincones ocultos junto al río, en chozas abandonadas y en el sótano de la casa. En aquellos instantes, contemplando las viejas vigas, o la placa metálica de un equipo de aire acondicionado que susurraba tenue y rítmicamente sobre sus cabezas, concebía la noción de una total belleza. Se ponía pantalones, o vestidos veraniegos de algodón, pero nunca era tan femenina como cuando se hallaba a su lado, estremeciéndose en sus brazos y abandonándose a él con pleno conocimiento de su poder para reducirla a la impotencia con el placer que era capaz de otorgarle. Fue su maestro en cuantas formas de sensualidad supo inventar. "¿No es maravilloso que nuestros cuerpos nos puedan dar tanto placer?", le dijo cierta vez. Eran 2 seres felices y radiantemente inocentes, incapaces de creer que el placer fuera pecado.
Guardaron su secreto frente a los demás, no por vergüenza ni por culpa, sino por considerar que aquello era inmaculadamente suyo, más allá de la opinión o crítica ajena. Ella estaba al tanto de ese concepto que la gente tenía, de una u otra manera, sobre el sexo, según el cual todo lo relativo a las relaciones entre hombre y mujer no era más que una debilidad de la naturaleza humana que debe condenarse en forma implacable. Pero experimentaba una emoción de castidad que la ayudó a no retroceder ante los deseos de su cuerpo, pero sí de cualquier contacto con quienes sostenían esa doctrina.
Aquel invierno, Francisco la visitó en Nueva York irregularmente. Quizás volaba desde Cleveland, sin previo aviso, hasta 2 veces por semana, de la misma manera que desaparecía durante meses enteros. Ella permanecía sentada en el suelo de su habitación, rodeada de planos y proyectos, y si llamaban a la puerta, contestaba bruscamente: "Estoy ocupada", pero cuando una voz burlona preguntaba: "¿De veras?" saltaba alegremente para abrir la puerta y encontrarlo allí y se iban a un apartamento que él había alquilado en un barrio tranquilo. "¡Francisco! -le dijo incrédula cierta vez- Soy tu amante, ¿verdad?" El echó a reír. "En efecto", admitió. Dagny sintió el orgullo que se supone experimenta una mujer cuando recibe el título de esposa.
En los meses en que desaparecía, jamás se preguntó si le era fiel o no; estaba convencida de que lo era. Aun cuando fuera demasiado joven para comprender la razón, sabía que el deseo promiscuo y el abandono sin límites a las pasiones sólo eran posibles en quienes se consideran culpables, y pecaminosas las cuestiones del sexo.
Sabía muy poco de la vida de Francisco. Era su último año en la universidad, pero hablaba muy poco de eso, y Dagny tampoco le preguntaba nada. Sospechaba que estaba trabajando mucho, porque a veces observaba en su cara esa apariencia inusualmente luminosa, esa excitación derivada de exigir a las energías más allá del límite. Una vez se burló, jactándose de ser una vieja empleada de Taggart Transcontinental, mientras que él no había empezado aún a ganarse la vida.

"Mi padre rehusa dejarme trabajar en D'Anconia Copper hasta que me haya graduado", explicó. "¿Desde cuándo eres tan obediente?" "He de respetar sus deseos, es el dueño de D'Anconia Copper... aunque, desde luego, no de todas las compañías del mundo", replicó con un indicio de secreta alegría.
Dagny no se enteró de la historia hasta el otoño siguiente, cuando él se graduó y regresó a Nueva York, tras una visita a su padre en Buenos Aires. Durante los últimos 4 años, había seguido 2 cursos, 1 en la Universidad Patrick Henry, y el otro en una fundición de cobre en las afueras de Cleveland. "Me gusta aprender las cosas por mí mismo", le dijo entonces. Había empezado a trabajar en la fundición como ayudante a los 16 años, y ahora, a los 20, era su propietario. Consiguió su 1° título de propiedad alterando su edad, el día en que recibió su diploma universitario, y le envió ambos documentos a su padre.
Le mostró a Dagny una fotografía de la fundición. Era un lugar pequeño y triste, muy viejo, maltratado por años de desesperada lucha; sobre la entrada, cual estandarte sobre un montón de ruinas, se veía el letrero: "D'Anconia Copper".
El encargado de Relaciones Públicas de la oficina de su padre en Nueva York había gruñido: "¡Pero, don Francisco! No puede hacer eso. ¿Qué pensará el público al ver ese nombre sobre semejante despojo?".
"Es mi nombre", había contestado Francisco.
Cuando entró en el despacho de su padre en Buenos Aires, un aposento amplio, severo y moderno como un laboratorio, con fotografías de las propiedades de D'Anconia Copper -las minas, yacimientos y fundiciones más grandes del mundo- como único adorno en las paredes, vio que en el lugar de honor, frente al escritorio de su padre, había un cuadro de la fundición de Cleveland, con su letrero nuevo sobre la puerta.
Su padre posó la mirada en la foto y luego en él, que se encontraba de pie frente a su escritorio.
-¿No es demasiado pronto? -le preguntó.
-No hubiera podido soportar 4 años sólo yendo a clase.
-¿Cómo obtuviste el dinero para el 1° pago de esta propiedad?
-Operando en la Bolsa de Nueva York.
-¿Cómo? ¿Quién te ha enseñado eso?
-No es difícil averiguar qué empresas industriales triunfarán y cuáles no.
-¿De dónde sacaste el dinero?
-De tu mensualidad y de mi sueldo.
-¿Cuándo tuviste tiempo para seguir las fluctuaciones de la Bolsa?
-Mientras escribía una tesis sobre la influencia del motor inmóvil de Aristóteles sobre subsiguientes sistemas metafísicos.
La estancia de Francisco en Nueva York aquel otoño fue muy breve, pues su padre lo envió a Montana como supervisor auxiliar de una mina. "Mi padre no cree aconsejable que ascienda con demasiada rapidez" -le contó sonriente a Dagny- "No quisiera que confiara en mí sólo porque se lo pido. Si lo que desea es una demostración concreta, la tendrá."
En primavera, Francisco regresó como jefe de la oficina neoyorquina de D'Anconia Copper. En los 2 años siguientes, él y Dagny se vieron muy poco. Ella nunca sabía dónde se encontraba él, en qué ciudad o continente, al otro día de haberlo visto. Siempre se presentaba inesperadamente, y a ella le gustaba, porque de ese

modo su presencia era un continuo, como el rayo de una luz escondida, que podía iluminarla en cualquier momento.
Cuando lo veía en su despacho, recordaba sus manos sosteniendo el timón de la lancha; conducía sus negocios con la misma suavidad, confianza y peligrosa velocidad. Pero cierto detalle había quedado fijado también en su mente y evocarlo la estremecía: no cuadraba con su persona. Cierta tarde lo vio de pie ante la ventana de su despacho, contemplando el sombrío cielo invernal de la ciudad. Estuvo sin moverse un largo rato, con el rostro tenso y endurecido, presa de una emoción que Dagny nunca creyó posible en él: una ira amarga y desesperanzada. "Algo anda mal en el mundo" -dijo- "Siempre ha sido así. Algo que nadie ha nombrado ni entendido jamás." Pero no quiso aclarar a qué se refería.
Cuando volvió a verlo, no había en su actitud indicio alguno de aquel pensamiento. Era primavera y los 2 se encontraban en la terraza de un restaurante; la seda ligera de su vestido de noche se agitaba al viento, rozando el cuerpo de Francisco, de rigurosa etiqueta. Contemplaban la ciudad. En el comedor, detrás de ellos, sonaba un concierto-estudio de Richard Halley. El compositor no era todavía muy conocido, pero ellos lo habían descubierto y amaban su música. Francisco dijo: "Aquí no es preciso contemplar los rascacielos a la distancia, ¿verdad? Los tenemos al alcance de la mano". Ella sonrió al responder: "Creo que los superamos... Casi tengo miedo... Parece como si nos halláramos en un ascensor de alta velocidad". "Desde luego; pero ¿por qué tener miedo? Deja que acelere. ¿Por qué ha de existir un límite?"
Francisco tenía 23 años cuando su padre murió y él se trasladó a Buenos Aires para hacerse cargo de propiedades que ahora pasaban a ser suyas. Dagny estuvo 3 años sin verlo.
Al principio le escribía a intervalos irregulares, le contaba cosas de D'Anconia Copper y del mercado mundial, así como de asuntos relacionados con los intereses de Taggart Transcontinental. Sus cartas eran breves y las escribía a mano, casi siempre de noche.
Su ausencia no la entristecía. Ella también estaba dando sus primeros pasos hacia el dominio de su futuro reino. Entre los líderes de la industria, amigos de su padre, había oído decir que era aconsejable vigilar al joven d'Anconia; que aquella compañía productora de cobre había sido siempre grande, pero que ahora iba a expandirse por el mundo, si la conducción del joven Francisco resultaba como preveían. Ella sólo sonreía, sin sorprenderse. En ciertos momentos experimentaba un repentino y violento deseo de él, pero era sólo impaciencia, no dolor, y alejaba esa sensación en el convencimiento de que ambos estaban trabajando en pro de un futuro que les reportaría todo cuanto deseaban, incluida su mutua compañía. Luego, las cartas de Francisco cesaron por completo.
Tenía 24 años aquel día de primavera en que sonó el teléfono de su escritorio, en uno de los despachos del edificio Taggart. "Dagny -dijo una voz que reconoció enseguida-, estoy en el Wayne-Falkland. Ven a cenar conmigo esta noche a las 7." Habló sin saludarla previamente, como si se hubieran separado el día anterior. Al observar que tardaba unos instantes en recuperar el aliento, comprendió por vez primera lo mucho que aquella voz significaba para ella. "De acuerdo... Francisco", repuso. No era preciso añadir nada. Mientras colgaba, se dijo que

aquel regreso era natural, que acababa de suceder como siempre había esperado, pero nunca creyó que habría de tener la necesidad imperiosa de pronunciar su nombre, ni imaginó la puñalada de felicidad que le había proporcionado hacerlo.
Cuándo entró en la habitación del hotel esa tarde, Dagny se detuvo. El estaba de pie en medio de la habitación, mirándola; sonrió lentamente, como si hubiera perdido la habilidad de hacerlo y se sorprendiera de recuperarla. Había en su cara un rasgo de incredulidad, parecía extrañado ante su propia reacción al verla. Su mirada era una súplica, el pedido de socorro de un hombre que quería llorar, pero no podía. Inició su viejo saludo, pero no lo terminó. Transcurridos unos instantes, habló: -Estás muy hermosa, Dagny. -Daba la impresión de que le molestaba decirlo.
-Francisco, yo...
El negó con la cabeza para no permitirle pronunciar las palabras que nunca se habían dicho, aun cuando en aquel momento era como si acabaran de escucharlas.
Se aproximó, la tomó en sus brazos, la besó y la retuvo contra sí largo rato. Cuando Dagny volvió a mirarlo su sonrisa era confiada y burlona. Con ella pretendía decirle que sabía dominarse y dominarla, y le ordenaba olvidar lo que había percibido en el primer instante.
-Hola, Slug.
Insegura de todo, excepto de que no había que formular preguntas, ella sonrió a su vez, y respondió: -Hola, Frisco.
Podía haber comprendido cualquier cambio, pero no el que ahora observaba en él. No había en su rostro ni un chispazo de vida, ni el menor atisbo de alegría; su cara estaba convertida en una máscara implacable. Su mirada suplicante no mostraba debilidad sino que había adquirido un aire de despiadada determinación. Actuaba como quien permanece erguido bajo el peso de un fardo insoportable. Percibió lo que nunca hubiera creído posible: líneas de amargura que sugerían un gesto torturado.
-Dagny, no te sorprendas ante nada de lo que me veas hacer -le dijo- ni ante lo que pueda hacer en el futuro.
Fue su única explicación y continuó actuando como si no hubiera nada que aclarar.
Dagny sintió tan sólo una débil ansiedad; era imposible experimentar temor por el futuro en su presencia. Cuando él reía, le parecía encontrarse de nuevo en los bosques junto al Hudson como si nada hubiera cambiado ni fuese a cambiar jamás.
Cenaron en la habitación y a Dagny le pareció divertido enfrentarse a él desde el otro lado de una mesa, dispuesta con la fría formalidad de las cosas caras, en un cuarto de hotel diseñado como un palacio europeo.
El Wayne-Falkland era el hotel más distinguido del mundo. Su estilo de indolente lujo, sus cortinas de terciopelo, sus frisos esculpidos y la luz de las velas establecían un deliberado contraste con su auténtica función, porque nadie podía permitirse vivir un tiempo allí, excepto quienes llegaban a Nueva York para realizar negocios o para cerrar tratos internacionales. Ella notó que los modales de los camareros que les sirvieron sugerían cierta deferencia especial hacia aquel huésped tan ilustre, pero Francisco no se daba cuenta de ello. Se comportaba con

tanta indiferencia como en su propio hogar. Llevaba mucho tiempo acostumbrado a ser el Sr. d'Anconia, de D'Anconia Copper.
Le pareció extraño que no hablara de su trabajo. Estaba convencida de que sería su único interés, lo primero que anhelaría compartir con ella. Pero no lo mencionó en absoluto. Por el contrario, dirigió la conversación hacia las tareas de Dagny, sus progresos y lo que ella sentía hacia Taggart Transcontinental. Ella habló de todo eso con la confianza de siempre, sabiendo que él era el único capaz de comprender su apasionada devoción. Francisco no hizo ningún comentario, sólo la escuchó atentamente.
Un camarero había encendido la radio, pero ninguno de los 2 prestó atención a la música. De pronto, una descarga sonora similar a una explosión subterránea estremeció al cuarto. Pero la sorpresa no vino del volumen de la música, sino de su calidad: era el Concierto de Halley, recién escrito; el Cuarto.
Permanecieron sentados en silencio, escuchando esa declaración de rebeldía, ese himno de triunfo de las víctimas que rehusaban aceptar el dolor. Francisco contemplaba la ciudad.
Sin transición ni advertencia previa, preguntó con un tono extrañamente desabrido: -Dagny, ¿qué me dirías si te pidiera que abandonases Taggart Transcontinental y la dejases irse al infierno, como ocurrirá cuando tu hermano se haga cargo de ella?
-¿Qué crees que te contestaría si me insinuaras que me suicide? -respondió ella airada.
Francisco guardó silencio.
-¿Por qué me dices eso? -preguntó Dagny- No deberías estar bromeando, no sueles hacerlo.
En el rostro de Francisco no había el menor indicio de humor. Con voz grave y tranquila, contestó: -No, desde luego, no debería.
Dagny consiguió dominarse y preguntarle por su trabajo. Contestó a sus preguntas, pero sin añadir nada por iniciativa propia. Ella le repitió los comentarios de los industriales acerca de las brillantes perspectivas de D'Anconia Copper bajo su dirección.
-Es cierto -admitió con voz descolorida.
Presa de una súbita ansiedad y sin saber lo que la instaba a hacerlo, Dagny preguntó: -Francisco, ¿a qué has venido a Nueva York?
-Para encontrarme con un amigo que quería verme -respondió él con lentitud.
-¿Negocios?
Mirando más allá de donde Dagny se encontraba, como si contestara a un pensamiento propio, con una débil sonrisa divertida en los labios, pero con voz extrañamente suave y triste, contestó: -Sí
Era más de medianoche cuando Dagny despertó junto a él. No llegaba ningún sonido de la ciudad, y la tranquilidad del cuarto hacía que la vida pareciese detenida por un momento. Feliz y fatigada, se volvió para mirarlo. Se hallaba tendido sobre la espalda, con la cabeza sobre la almohada, y su perfil se recortaba en la penumbra de la noche. Estaba despierto, con los ojos completamente abiertos, y tenía los labios apretados, como quien se resigna a soportar un tremendo dolor sin hacer tentativa alguna para ocultarlo.

Dagny tuvo miedo de moverse. Al notar su mirada, él se volvió, se estremeció y apartando las sábanas contempló su cuerpo desnudo. Luego se inclinó de repente y ocultó la cabeza entre sus senos. La tomó por los hombros, apretándose contra ella compulsivamente, y Dagny escuchó las palabras ahogadas que pronunciaba con la boca pegada a su piel: -¡No puedo desistir! ¡No puedo!
-¿Qué dices? -murmuró Dagny.
-Me refiero a ti.
-Pero ¿por qué...?
-A ti y a todo.
-¿Por qué has de desistir y abandonar nada?
-¡Dagny! ¡Ayúdame a negarme! Aun cuando él tenga razón.
-¿Negarte a qué, Francisco? -preguntó con calma.
No contestó, sino que apretó la cara todavía con más fuerza contra ella.
Dagny estaba inmóvil, sin conciencia de nada, excepto de una suprema necesidad de cautela. Sintiendo la cabeza sobre su seno y acariciándole el pelo suavemente, contempló el techo lleno de guirnaldas esculpidas, apenas visibles en la oscuridad, mientras esperaba presa de un profundo terror.
-¡Es lo adecuado, pero resulta tan duro! -gimió Francisco- ¡Oh Dios mío! ¡Resulta tan duro!
Al cabo de un rato levantó la cabeza y se sentó. Había dejado de temblar.
-¿Qué pasa, Francisco?
-No puedo contártelo -dijo en tono sencillo, abierto, sin deseo alguno de ocultar su dolor, pero ahora con total control sobre su voz- No estás preparada para oírlo.
-Quiero ayudarte.
-No puedes.
-Dijiste que te ayudara a negarte.
-Pero no puedo hacerlo.
-Pues entonces, déjame compartirlo contigo.
Negó con la cabeza, y se sentó, mirándola como si evaluara una pregunta. Luego, volvió a mover su cabeza como hablando consigo mismo: -Si yo no estoy seguro de poder soportarlo -en su voz sonaba una nota nueva y extraña, una nota de ternura-, ¿cómo podrías soportarlo tú?
Lentamente, con esfuerzo, y tratando de contener un grito de angustia, Dagny le dijo: -Francisco, tengo que saberlo.
-¿Podrías perdonarme? Sé que tienes miedo y que esto es cruel. Pero ¿podrías hacerlo por mí? ¿Podrías olvidarlo todo, sin hacer preguntas?
-Yo...
-Es lo mejor que puedes hacer por mí, ¿sí?
-Sí, Francisco.
-No temas, no volverá a sucederme, sólo fue esta vez. Así será más fácil... después.
-Si yo pudiera....
-No. Descansa, querida.
Era la primera vez que utilizaba esa palabra.
Por la mañana, se enfrentó a ella abiertamente, sin eludir su ansiosa expresión, pero sin decirle nada. En la calma de su rostro, Dagny vio serenidad y sufrimiento a la vez; algo así como una sonrisa de dolor, aunque no sonriera.

Sorprendentemente, lo hacía parecer más joven; no como un hombre que está siendo torturado, sino como quien considera digno soportar una tortura.
No volvió a preguntarle. Sólo dijo, antes de partir: -¿Cuándo te volveré a ver?
-No lo sé -repuso-. No me esperes, Dagny. La próxima vez que nos encontremos, no querrás verme. Tengo un motivo concreto para hacer lo que haré, pero no puedo revelarte la razón, y estarás en tu derecho si me maldices. No voy a cometer el despreciable acto de rogar que confíes en mí. Tienes que vivir según tu propio saber y entender. Me maldecirás y te sentirás desgraciada, pero trata de que el dolor no sea demasiado fuerte. Recuerda lo que te estoy diciendo, que es todo cuanto puedo revelarte.
Estuvo 1 año sin saber nada de él. Cuando empezó a escuchar rumores y a leer historias en los periódicos, no quiso creer que se refirieran a Francisco d'Anconia, pero al cabo de un tiempo, no tuvo más remedio que aceptarlo.
Leyó sobre la fiesta organizada en su yate, en el puerto de Valparaíso. Los invitados estaban en traje de baño y una lluvia de champaña y pétalos de rosas había caído sobre ellos toda la noche.
Leyó también de otra fiesta, celebrada en el desierto argelino; había construido un pabellón de delgadas láminas de hielo y regalado a cada una de las damas invitadas una estola de armiño, para ser lucida en aquella oportunidad, con la condición de que se la sacaran, junto con sus vestidos y todo lo demás, conforme se fueran derritiendo las paredes.
Se enteró de las transacciones financieras realizadas a intervalos regulares, espectacularmente afortunadas para él y ruinosas para sus competidores. Pero las iniciaba como un deporte, de manera imprevista, para desaparecer luego de la escena industrial durante 1 año o 2, mientras dejaba D'Anconia Copper al cuidado de sus empleados.
Leyó una entrevista en la que se preguntaba: "¿Por qué querría seguir haciendo dinero? Tengo suficiente para que 3 generaciones de descendientes lo pasen tan bien como yo".
Se lo encontró una vez en una recepción ofrecida por un embajador en Nueva York y él se inclinó cortésmente, sonriendo, mirándola como si el pasado no hubiera existido. Ella lo llevó aparte, para preguntarle simplemente: "¿Por qué... Francisco?". "¿A qué te refieres?", replicó él. Dagny se alejó. "Te lo he advertido", dijo él. A partir de entonces, no intentó volver a verlo.
Pudo sobrevivir a eso. Lo logró, porque no creía en el sufrimiento. Se enfrentaba con atónita indignación al desagradable hecho de sentir dolor, negándose a darle importancia. Padecer era un accidente sin sentido y no formaba parte de la vida, tal como ella la consideraba. Nunca permitiría que la aflicción llegara a cobrar significado. No había podido definir su propia resistencia ni la emoción de donde aquella resistencia provenía, pero las palabras que la representaban en su mente eran: "No tiene importancia. No debo tomarlo en serio". Lo recordaba, incluso en los momentos en que nada le quedaba, excepto deseos de gritar, y deseaba perder la facultad de la conciencia para no darse cuenta de que lo que no podía ser cierto era cierto. Una inconmovible confianza la instaba a no tomar todo aquello en serio, puesto que el dolor y el horror no merecían tal cosa.

Luchó y consiguió reponerse. Con los años pudo alcanzar primero la capacidad de enfrentarse con indiferencia a sus recuerdos y, más tarde, la fortaleza de no recordar. Todo había terminado y ya no le importaba en absoluto.
No había ningún otro hombre en su vida. No sabía si eso la hacía o no desdichada y no tenía tiempo para averiguarlo. Su trabajo le otorgó un sentido claro y brillante de la vida, tal como ella quería. Una vez, Francisco le había despertado un sentimiento similar; un sentimiento identificado con su labor y con su mundo. Los hombres a los que conoció desde entonces tenían rasgos parecidos a los de aquellos con quienes había conversado durante su 1° baile.
Había ganado la batalla contra sus recuerdos, pero cierta forma de tormento seguía latente a través de los años. La torturaba la pregunta: "¿Por qué?".
Cualquiera que fuese la tragedia que lo había afectado, ¿por qué Francisco había adoptado el innoble camino de un alcohólico ordinario? El muchacho al que ella conociera años atrás no podía haberse convertido en un inútil cobarde. No podía volcar su incomparable inteligencia en la organización de fiestas. Sin embargo así era, y Dagny no podía encontrar ninguna explicación aceptable que le permitiera olvidarse de él. No podía dudar de lo que había sido, aunque tampoco podía dudar de lo que era ahora, pero ambos personajes se hacían mutuamente imposibles. No encontró indicios de ningún motivo concebible para el cambio. Estaba segura de lo que él había sido, y también de en qué se había convertido. En ciertas oportunidades, hasta llegó a dudar de su propia razón o de la existencia de cualquier otro tipo de razón, pero se trataba de una duda que no perdonaba en ningún otro ser humano. Todos los días de esos 10 años, buscó, sin obtenerlo, el menor rastro de una respuesta sensata.
No, se dijo, mientras caminaba bajo la tenue luz del atardecer, por delante de las vitrinas de tiendas abandonadas, en dirección al hotel Wayne-Falkland. No existía tal respuesta. Tampoco pretendía encontrarla ahora; en realidad, ya no le interesaba.
El resto de violencia, de esa emoción que ascendía en su interior, no tenía como causa al hombre al que iba a visitar, sino que era un grito de protesta contra la destrucción de lo que en otro tiempo fuera grandeza.
Entre 2 edificios, vio las torres del Wayne-Falkland.
Un ligero estremecimiento la detuvo un instante y luego retomó la marcha con calma.
Mientras atravesaba el vestíbulo de mármol en dirección al ascensor y recorría los amplios, alfombrados y silenciosos corredores del hotel, sentía solamente una fría cólera, que con cada paso se iba haciendo más helada.
Estaba consciente de la furia que la embargaba cuando llamó a su puerta y oyó que su voz contestaba: "Adelante". Abrió de golpe y entró. Francisco Domingo Carlos Andrés Sebastián d'Anconia estaba sentado en el suelo, jugando con unas canicas.
Nadie se había preguntado jamás si era apuesto o no, parecía algo irrelevante, ya que cuando entraba en cualquier lugar, era imposible mirar hacia otro lado. Su cuerpo alto y delgado tenía un aire de distinción demasiado auténtico para pertenecer a aquellos tiempos y se movía como si una capa ondeara tras él. La gente justificaba sus actos diciendo que poseía la vitalidad de un animal pletórico de fuerza, pero al hablar así, nadie tenía la impresión de estar plenamente en lo

cierto. Porque su vitalidad era la de un enérgico ser humano, cosa rara en esos tiempos cuando nadie era capaz de identificarla con precisión: su fuerza era la fuerza que da la certeza.
Nadie lo habría tomado por latino, salvo en su sentido original, es decir, no el hispano, sino el romano. Su cuerpo parecía diseñado como el de un modelo: delgado, sólido, de largas piernas y movimientos rápidos. Sus facciones tenían la fina precisión de una escultura. Tenía cabello lacio negro peinado hacia atrás. El bronceado de su piel intensificaba el asombroso azul claro y puro de sus ojos. Su rostro era sincero, y sus rápidos cambios de expresión traslucían todo lo que sentía, como si no tuviese nada que ocultar. Su mirada era tranquila e inmutable, y jamás revelaba el mínimo indicio sobre sus pensamientos.
Estaba sentado en el suelo de la habitación con un pijama de seda negra. Las canicas desparramadas por la alfombra a su alrededor eran piedras semipreciosas de su tierra: cornalinas y cristal de roca. No se levantó al ver entrar a Dagny, sino que simplemente la miró, al tiempo que una bolita de cristal caía de su mano como una lágrima. Sonrió, con la misma sonrisa insolente y brillante de la infancia.
-¡Hola, Slug!
Ella se oyó pronunciar, irresistiblemente feliz: -¡Hola, Frisco!
Miró esa cara que conocía desde siempre, sin señal alguna de la clase de vida que hasta entonces había llevado, ni de lo que había visto en ella durante su última noche juntos. No había indicios de tragedia, amargura, ni tensión: tan sólo su acostumbrada ironía, radiante, madura y profunda; su expresión burlona, peligrosamente imprevisible, y la gran serenidad de un espíritu inocente. Pero esto, pensó Dagny, era imposible; esto era más sorprendente que todo lo demás.
El estudió su gastado abrigo mal acomodado en los hombros y abierto sobre un vestido gris que parecía un uniforme de empleada.
-Si has venido vestida de ese modo para que no me diese cuenta de lo hermosa que eres, te has equivocado -le dijo- Estás tan bella como siempre. Me gustaría poder expresarte el alivio que siento al ver una mujer con rostro inteligente, pero no querrás oírlo. No has venido a eso.
Aquellas palabras resultaban poco propicias en muchos aspectos y fueron pronunciadas con tanta ligereza, que volvieron a Dagny a la realidad: a la cólera y al propósito inicial de su visita. Continuó de pie, mirándolo, con el rostro en blanco, negándose a cualquier reconocimiento de lo personal, aun de su poder para ofenderla.
-He venido a hacerte una pregunta -le dijo.
-Te escucho.
-Cuando dijiste a esos periodistas que estabas en Nueva York para ser testigo de la farsa, ¿a qué farsa te referías?
El echó a reír ruidosamente, como alguien que raras veces pudiera disfrutar con algo tan divertido.
-Eso es lo que me gusta de ti, Dagny. Hay 7 millones de personas en Nueva York y de todos, tú eres la única a quien se le pudo ocurrir que no me refería al escándalo del divorcio de los Vail.
-¿De qué estabas hablando?
-¿Qué imaginaste?
-El desastre de San Sebastián.

-Es más divertido que el alboroto de los Vail, ¿no?
Con el tono solemne e implacable de un fiscal, Dagny contestó: -Lo has hecho a propósito, a sangre fría y con toda la mala intención.
-¿No crees que sería mejor que te quitaras el abrigo y te sentaras?
Comprendió que había cometido un error al demostrar tanta vehemencia. Se volvió fríamente, se quitó el abrigo y lo hizo a un lado. El no se levantó para ayudarla. Dagny se sentó en un sillón, mientras él permanecía en el suelo, a cierta distancia; en realidad, era como si estuviera sentado a sus pies.
-¿Qué hice con toda la mala intención? -quiso saber.
-Toda esa estafa de las minas de San Sebastián.
-¿Y cuál era en realidad esa intención?
-Eso es lo que quiero saber.
Rió por lo bajo, como dando a entender que ella le estaba pidiendo que explicara en forma sencilla toda una compleja ciencia que requería años y años de estudios.
-Sabías muy bien que las minas de San Sebastián no valían un centavo -continuó Dagny- Lo sabías mucho antes de iniciar este vergonzoso asunto.
-Si lo sabía, ¿por qué lo hice?
-No trates de decirme que no has ganado nada. Sé que has perdido 15 millones de dólares. Sin embargo, lo hiciste a propósito.
-¿Puedes imaginarte algún motivo que me indujera a ello?
-No, es inconcebible.
-¿De veras? Me atribuyes una mente brillante, un gran conocimiento y una gran capacidad productora, por lo cual todo cuanto emprendo ha de resultar necesariamente útil. Sin embargo, argumentas que no tengo deseo alguno de esforzarme en favor de la República Popular de México. Inconcebible, ¿no crees?
-Antes de adquirir esa propiedad, sabías que México estaba en manos de un gobierno de ladrones. No tenías por qué iniciar semejante empresa minera.
-No, no tenía por qué hacerlo.
-Te importaba un comino ese gobierno mexicano, de una forma u otra, porque...
-En eso te equivocas.
-... sabías que tarde o temprano iban a expropiar esas minas. Lo que perseguías era a tus accionistas estadounidenses, ¿no es así?
-En efecto. -La miraba de frente, pero sin sonreír, con el rostro atento y grave- Eso forma parte de la verdad -añadió.
-¿Y el resto?
-No era todo lo que buscaba.
-¿Qué más buscabas?
-Eso lo tendrás que descubrir tú.
-He venido porque quería hacerte saber que estoy empezando a comprender tus propósitos.
-Si así fuera, no habrías venido -observó él sonriente.
-Es cierto, no lo comprendo en su totalidad y probablemente nunca lo entienda. Tan sólo percibo una pequeña parte.
-¿Qué parte?
-Que has agotado toda forma de depravación y buscas nuevas emociones, engañando a personas como Jim y sus amigos, con el único propósito de verlos temblar de miedo. No sé qué clase de corrupción es la tuya, que puede hacerte

disfrutar con semejante cosa, pero a eso es a lo que has venido a Nueva York, y en el momento preciso.
-Desde luego han dado un espectáculo de terror mortal. Sobre todo tu hermano James...
-Son unos imbéciles, pero en todo caso, su crimen ha sido el de confiar en ti. Confiar en tu nombre y en tu honor.
Una vez más observó en él la expresión grave de antes y de nuevo supo que era sincero cuando respondió: -En efecto. Así es, lo sé.
-¿Y te parece divertido?
-No, para nada.
El había seguido jugando con las canicas de cristal, moviéndolas de manera indiferente y distraída de vez en cuando. Pero Dagny observó la precisión de sus manos en aquel ejercicio. Con una leve oscilación de su muñeca, la piedra partía disparada sobre la alfombra, para ir a chocar contra otra, con un golpe seco. Dagny se acordó de su niñez y de las predicciones acerca de que cuanto intentara resultaría perfecto.
-No -repitió-, no me parece divertido. Ni tu hermano James ni sus amigos sabían nada de la industria minera del cobre. No sabían cómo ganar dinero, ni creyeron necesario aprenderlo; consideraban superfluo al conocimiento, e innecesario al juicio personal; observaron que yo estaba en el mundo y que empeñaba mi honor por saber, y pensaron que podían confiar en mi honor. Y nadie traiciona una confianza semejante, ¿no crees?
-Entonces, ¿lo hiciste deliberadamente?
-Eres tú quien ha de decidirlo. Hablaste de su confianza y de mi honor, yo he dejado de pensar en esas cosas... -Se encogió de hombros y agregó: -Me importan un bledo tu hermano James y sus amigos. Su teoría no es nueva, ha sido usada durante siglos, pero no es a prueba de engaños. Existe un punto que no han considerado. Obraron sobre la premisa de que lo único que deseo es ganar dinero... pero, ¿y si no fuera así?
-Si no es así, ¿cuál sería tu objetivo?
-Nunca me lo han preguntado. No indagar acerca de mis propósitos, motivos o deseos, es parte esencial de su teoría.
-Si no te impulsa el afán de riquezas, ¿qué otro motivo puedes tener?
-Cualquiera. Por ejemplo, gastar dinero.
-¿Gastar dinero en un previsible fracaso total?
-¿Cómo iba yo a saber que esas minas eran un fracaso total?
-¿Cómo podías ignorarlo?
-Muy sencillo: no pensando en ellas.
-¿Quieres decir que empezaste el proyecto sin pensarlo?
-No, no es eso. Pero, ¿acaso no puedo equivocarme? Soy un ser humano. Cometí un error y coseché un fracaso. Las cosas no han ido bien.
Con un movimiento de su muñeca, una de las piedrecillas partió disparada y chocó contra otra oscura, situada en el extremo opuesto de la habitación.
-No te creo -dijo Dagny.
-¿No? ¿No tengo derecho a comportarme de la manera que hoy se acepta para los demás? ¿Debo pagar los errores de otros, sin que se me permita cometer ninguno?

-Tú no eres así.
-¿No? -Se tendió sobre la alfombra, perezosamente, relajado- Si insistes en hacerme creer que lo hice a propósito, es que aún me concedes dicha facultad, me sigues creyendo capaz de algo. ¿Es que todavía no puedes aceptarme como un vago?
Dagny cerró los ojos. Lo oyó reír, con la risa más alegre del mundo. Volvió a abrir los ojos pero no había en su cara indicio alguno de crueldad, sino de simple goce.
-¿Quieres saber mi motivo, Dagny? ¿No te imaginas que fue el más sencillo de todos?... ¿El de una inspiración del momento?
No, pensó, no podía ser cierto, no si reía de aquel modo y se comportaba de esa manera. La capacidad para una alegría franca y sin obstáculos no pertenece a los locos irresponsables; la inviolable paz del espíritu no es propia de los insensatos; reír de aquel modo era el resultado de una reflexión meditada y grave.
Tendido sobre la alfombra, a sus pies, lo vio tal como sus recuerdos lo evocaban: el pijama negro realzaba la larga línea de su cuerpo, el cuello abierto mostraba una piel bronceada y juvenil, y vino a su mente aquella otra imagen de él con pantalón negro y camisa del mismo color, tendida junto a ella sobre la hierba, al amanecer. En aquella ocasión había sentido orgullo, el orgullo de considerarlo suyo. Y aún seguía sintiéndolo. Repentinamente, y con detalles, recordó aquellos actos tan íntimos que habían compartido. Ese recuerdo, ahora, debería haber sido ofensivo para ella, pero no lo era. Seguía siendo orgullo, sin arrepentimientos ni esperanzas; era una emoción que carecía del poder suficiente como para alcanzarla, y que le resultaba imposible anular.
Sin saber cómo, por una asociación de sentimientos que la asombró, fue recordando lo que, de modo reciente, le había proporcionado la misma plena y total alegría que a él.
-Francisco -se oyó decir suavemente- A los 2 nos gustaba la música de Richard Halley...
-Todavía me gusta.
-¿Lo has conocido?
-Sí. ¿Por qué?
-¿Sabes si por casualidad ha escrito un 5° concierto?
El se quedó completamente inmóvil. Siempre lo había considerado impermeable al asombro, pero, a juzgar por su actitud, no era así. No podía comprender por qué, de todo cuanto había dicho, esto era lo 1° que lograba conmoverlo. Pero su perplejidad duró sólo un instante porque enseguida Francisco preguntó, sin inmutarse: -¿Qué te hace suponer que lo ha hecho?
-¿Lo ha escrito, sí o no?
-Sabes perfectamente que sólo existen 4 conciertos de Halley.
-Sí, pero estuve pensando en si habría escrito algún otro.
-Ha dejado de componer.
-Lo sé.
-Entonces, ¿por qué me lo preguntas?
-Ha sido una simple ocurrencia. ¿Qué hace ahora? ¿Dónde está?
-No lo sé, llevo mucho tiempo sin verlo. ¿Por qué piensas que existe un 5° concierto?
-No he dicho que existiera, tan sólo pregunto si lo habrá compuesto.

-¿Por qué te has acordado de Richard Halley precisamente ahora?
-Porque... -por un instante estuvo a punto de perder el dominio de sí misma- porque mi mente no puede cruzar el abismo que separó la música de Richard Halley de... de la Sra. Vail -El rió, aliviado.
-¿De modo que ha sido eso?... Y a propósito, si has seguido mi publicidad, ¿no has observado cierta leve y divertida contradicción en esa historia de la Sra. Vail?
-No leo semejantes tonterías.
-Deberías hacerlo. Ofreció una bella descripción del último fin de año que pasamos juntos en mi casa de los Andes. La luz de la luna iluminaba las cimas de las montañas y en las bardas abundaban las bellas flores rojas, visibles por las abiertas ventanas. ¿No notas nada raro en esa descripción?
-Soy yo quien debería preguntártelo -repuso ella-, pero no lo pienso hacer.
-Sólo te diré una cosa: el último fin de año me encontraba en El Paso, Texas, presidiendo la inauguración de la línea San Sebastián de Taggart Transcontinental, como debes recordar muy bien, aun cuando no te hallaras presente. Me hice fotografiar abrazando a tu hermano James y al Sr. Orren Boyle.
Ella contuvo una exclamación, cuando recordó que era cierto, y le vino a la memoria la historia de la Sra. Vail que había leído en el periódico.
-Francisco, ¿qué... qué significa eso?
El se rió brevemente.
-Saca tus propias conclusiones, Dagny. -Su rostro se había puesto serio- ¿Por qué pensaste que Halley había escrito un 5° concierto? ¿Por qué no una sinfonía o una ópera? ¿Por qué precisamente un concierto?
-¿Y por qué te preocupa tanto ese detalle?
-No me preocupa. -Y agregó suavemente- Es que todavía me gusta su música, Dagny. -Recobró su aire displicente y añadió- Pero pertenece a otra época. La actual proporciona distracciones muy diferentes.
Se puso las manos bajo la cabeza y miró al techo, como si en él se proyectara una película.
-Dagny, ¿no te divirtió el comportamiento de la República Popular de México con respecto a las minas de San Sebastián? ¿Has leído los discursos y los artículos que publicaron sus periódicos?
Afirman que soy un sujeto sin escrúpulos que los ha engañado. Confiaban poder incautar unas minas en plena y abundante producción. No tengo derecho a defraudarlos de ese modo. ¿Te has enterado de que ese maldito burócrata los instaba a iniciarme una demanda judicial?
Rompió a reír, extendiendo los brazos en cruz sobre la alfombra, con aspecto desarmado, tranquilo y juvenil.
-No me duele el dinero perdido. Puedo pagar el precio de semejantes espectáculos. Pero si lo hubiera hecho intencionalmente, habría superado el récord del emperador Nerón. ¿Qué es incendiar una ciudad comparado con mostrar el infierno a los hombres?
Se levantó, tomó unas canicas y las agitó en su mano, abstraído, produciendo un rumor suave y claro. Dagny comprendió que jugaba con ellas no por afición, sino por ansiedad, que no podía permanecer inactivo un solo instante.
-El gobierno de la República Popular de México ha difundido una declaración -explicó- en la que ruega al país que sea paciente y acepte por algún tiempo más

las dificultades actuales. Al parecer, el cobre de las minas de San Sebastián formaba parte de los planes del Consejo Central para elevar el nivel de vida del país y proporcionar a sus habitantes, hombres, mujeres y niños, un asado de cerdo cada domingo. Ahora ruegan al país que no recrimine al gobierno por lo ocurrido, sino a la depravación de los ricos, porque yo no soy más que un playboy irresponsable, y no el voraz capitalista que creían. ¿Cómo podían suponer que iba a arruinarlos? ¿No te parece? ¿Cómo iban a imaginarlo siquiera?
Observó el modo en que manipulaba las piedritas, inconsciente ante un triste vacío; pero tuvo la seguridad de que aquel acto constituía un alivio para él, quizá por el contraste que representaba. Sus dedos se movían con lentitud, palpando la textura de las canicas con un placer sensual; en lugar de considerarla una acción de crudeza, a ella le pareció extrañamente atractivo, como si la sensualidad, pensó, no fuera física sino que proviniera de una delicada discriminación del espíritu.
-Pero esto no es todo -prosiguió Francisco- Irán enterándose de otras muchas cosas, como lo de los alojamientos para los obreros de San Sebastián, que costaron 8 millones de dólares.
-Se trata de casas con estructuras de acero, instalación sanitaria, electricidad y refrigeración. Y también una escuela, una iglesia, un hospital y un cine. Un poblado construido para personas que habían vivido en cabañas de madera y latas. Mi recompensa consistía en el privilegio de escapar inmune, concesión especial derivada de no ser nativo de la República Popular Mexicana. Ese pueblo para obreros formaba también parte de sus planes, sería un ejemplo de viviendas, para un Estado progresista. Pues bien, esas casas que parecen sólidas, son de cartón, revestido de una imitación de cemento. En un año ya no estarán en pie. Las cañerías, igual que buena parte del equipo de trabajo, fueron adquiridas a comerciantes cuyas fuentes de aprovisionamiento suelen ser los depósitos de chatarra de Buenos Aires y Río de Janeiro. Durarán aproximadamente 5 meses, y la instalación eléctrica, unos 6. Las magníficas rutas, que exigieron dinamitar 1.200 m3 de roca, durarán a lo sumo un par de inviernos, ya que están hechas con cemento barato, sin buenos cimientos, y las vallas protectoras en las curvas peligrosas son de cartón pintado. Espera y verás lo que ocurre en cuanto se produzca un deslizamiento de tierras: sólo quedará en pie la iglesia, y la necesitarán.
-Francisco -murmuró Dagny- ¿Lo hiciste a propósito?
El levantó la cabeza, y la joven se sorprendió al observar qué en su cara se pintaba una expresión de infinito cansancio.
-Si lo hice a propósito, o por simple negligencia, o acaso por estupidez, no hace la menor diferencia -contestó- Está faltando el mismo elemento.
Dagny temblaba, y contra todas sus determinaciones de autocontrol, gritó: -¡Francisco! Si miras lo que pasa en el mundo; si comprendes las cosas que dices, no puedes reírte. Tú, más que nadie, deberías combatirlos.
-¿A quiénes?
-A los saqueadores ansiosos del botín y los que hacen posibles semejantes cosas. Los planificadores mexicanos y los de su calaña -La sonrisa de Francisco adoptó un sesgo peligroso.
-No, querida. Es contra ti contra quien debo luchar.

Lo contempló con mirada vacía.
-¿Qué quieres decir?
-Que el poblado de los obreros de San Sebastián costó 8 millones de dólares -repuso, dando un lento énfasis a la dureza de su voz- El precio pagado por esas casas de cartón fue el mismo que si hubieran adquirido estructuras de acero. Igual sucede con todo lo demás. Ese dinero fue a parar a hombres que se enriquecen por tales métodos. Pero no serán ricos mucho tiempo más. El dinero se desplaza hacia canales que lo transportarán no a los más productivos, sino a los más corruptos. Según las normas de nuestro tiempo, quien ofrece menos es quien gana. Ese dinero desaparecerá en proyectos como el de las minas de San Sebastián.
-¿Es eso lo que buscas? -preguntó ella haciendo un esfuerzo.
-Sí.
-¿Y eso te parece divertido?
-Sí.
-Estoy pensando en tu apellido -dijo Dagny mientras algo en su interior le advertía que los reproches eran inútiles- Siempre ha sido tradición en tu familia que los d'Anconia dejen una fortuna mayor que la que recibieron.
-¡Oh, sí! Mis antepasados tuvieron una notable habilidad para obrar acertadamente en el momento preciso... y para invertir el dinero de la manera más productiva. Pero, desde luego, "inversión" es un concepto de significado relativo, depende de lo que se quiera conseguir. Por ejemplo, mira esas minas de San Sebastián. Me costaron 15 millones de dólares, pero esos 15 millones hicieron desaparecer 40, pertenecientes a Taggart Transcontinental, 35 de accionistas tales como James Taggart y Orren Boyle y otros cientos de millones que se perderán debido a consecuencias secundarias. No es un mal resultado, ¿verdad, Dagny?
-¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? -preguntó ella irguiéndose.
-¡Desde luego! ¿Quieres que mencione las consecuencias que pensabas reprocharme? 1°: no creo que Taggart Transcontinental se recupere de la pérdida sufrida en esa absurda línea de San Sebastián. Tú crees que sí, pero te equivocas. 2°: San Sebastián ayudó a tu hermano James a destruir a Phoenix-Durango, quizá la única empresa seria que aún quedaba.
-¿Sabes lo que dices?
-Sí. Y aún hay mucho más.
-¿Conoces...? -no comprendía por qué se sentía impulsada a continuar, excepto quizá el recuerdo de aquel rostro de ojos violentos y oscuros, que parecían hallarse otra vez frente a ella- ¿Conoces a Ellis Wyatt?
-Desde luego.
-¿Sabes lo que esto puede representar para él?
-Será el que desaparezca a continuación.
-¿Y eso... te parece... divertido?
-Mucho más que la ruina de los planificadores mexicanos.
Dagny se levantó. Llevaba años considerándolo un corrupto; había intentado olvidarlo y no volver a pensar en semejante cosa. Lo había temido; sin embargo, nunca había podido sospechar hasta dónde llegaba dicha corrupción.

No miraba a Francisco y no se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta, repitiendo sus palabras de otros tiempos: "...quién honrará más a quién: tú a Nat Taggart, o yo a Sebastián d'Anconia...".
-Pero ¿no te das cuenta de que bauticé esas minas en honor de mi gran antepasado? Se trata de un tributo que le hubiera resultado agradable.
Dagny tardó unos momentos en reaccionar; nunca había sabido lo que significaba insultar o lo que sentiría al hallarse ante una persona capaz de hacerlo; pero ahora estaba pasando por dicha experiencia.
Francisco se había levantado y permanecía cortésmente de pie, con una sonrisa fría, impersonal y abstracta en los labios.
Dagny temblaba, pero no le preocupaba que él la viera, ni que se riera o burlase.
-Vine porque deseaba conocer la razón por la que has destruido tu vida -expresó en forma monótona, sin bronca.
-Ya te lo he dicho -respondió él con gravedad- Pero no quieres creerlo.
-Sigo viéndote como eras, no lo podría evitar, y que te hayas convertido en lo que eres no encaja en un universo racional.
-¿No? ¿Acaso encaja el mundo que ves a tu alrededor?
-No eras de esos que se dejan derrotar por un mundo, cualquiera que sea.
-Desde luego.
-Entonces, ¿por qué?
Se encogió de hombros.
-¿Quién es John Galt?
-¡Oh! ¡No uses ese lenguaje tan vulgar!
Lo miró. En sus labios se dibujaba una leve sonrisa, pero sus ojos seguían tranquilos, vivos, y por un instante, inquietantemente perspicaces.
-¿Por qué? -repitió Dagny.
Su respuesta fue la misma de aquella noche en el mismo hotel, 10 años antes.
-No estás preparada para oírlo.
No la siguió hasta la puerta. Dagny había puesto la mano en el picaporte cuando se volvió y quedó inmóvil. Él se hallaba de pie, al otro lado de la habitación, recorriéndola con una mirada que englobaba toda su persona. Comprendió su significado y quedó paralizada.
-Aún quiero acostarme contigo -dijo Francisco- Pero no soy un hombre lo suficientemente feliz como para hacerlo.
-¿Tú no eres bastante feliz? -preguntó Dagny totalmente asombrada.
El echó a reír.
-¿No crees que deberías responder a la primera parte? -Esperó, pero ella seguía en silencio- Tú también lo deseas, ¿verdad?
Estuvo a punto de contestarle "no", pero comprendió que la verdad era aún peor.
-Sí -respondió fríamente- Pero me importa muy poco.
El sonrió apreciando plenamente el esfuerzo que le había costado pronunciar tales palabras, pero no sonreía cuando dijo, mientras Dagny abría la puerta para marcharse: -Tienes muchísimo coraje, Dagny. Algún día te cansarás de eso.
-¿De qué? ¿De ser valiente?
Francisco d'Anconia permaneció callado.

CAPÍTULO VI - LO NO COMERCIAL

Rearden apoyó la frente en el espejo y trató de no pensar.
Era la única manera en que podría pasar por eso, se dijo. Se concentró en el alivio que le proporcionaba el frío contacto del cristal, en un intento de poner la mente en blanco, luego de una vida basada en el axioma de que el ejercicio constante, claro e implacable de sus facultades intelectuales era su deber principal. Se preguntó por qué ningún esfuerzo le había parecido superior a su capacidad y, sin embargo, ahora no podía juntar la energía necesaria para introducir unos botones en los ojales de su camisa almidonada.
Era el aniversario de su boda y llevaba 3 meses repitiéndose que la fiesta se daría esa noche según los deseos de Lillian. Le había prometido asistir, pensando que la fiesta se hallaba todavía muy lejana, y que, cuando llegara la ocasión, haría como con cualquier obligación en su sobrecargada agenda. Durante 3 meses había trabajado 18 hs. diarias, y logrado olvidarse del compromiso; pero hacía 30 minutos, largamente pasada la hora de la cena, su secretaria había entrado en su oficina para advertirle con firmeza: -Hoy es su fiesta, Sr. Rearden.
-¡Dios mío! -exclamó él a la vez que se ponía en pie de un salto.
Corrió hacia su casa, subió velozmente la escalera y empezó a quitarse la ropa al tiempo que iniciaba la rutina de vestirse de etiqueta, consciente sólo de la necesidad de hacerlo rápido, no del propósito que lo guiaba. Cuando la razón de todo ese ajetreo cayó sobre él como un mazazo, Hank Rearden se quedó inmóvil.
"Sólo te interesan tus negocios." Toda su vida había oído repetir la misma frase pronunciada como un veredicto condenatorio. Siempre había sabido que los negocios eran considerados como una especie de culto secreto y vergonzoso que los profanos inocentes no practicaban, una desagradable necesidad que debía realizarse pero no mencionarse; que hablar en términos comerciales significaba una ofensa a las sensibilidades superiores, como quitarse la grasa de las manos antes de entrar en un salón. Nunca había sostenido ese credo, pero aceptaba como algo natural que su familia lo hubiese adoptado. Daba por supuesto, sin necesidad de palabras, como algo asimilado en la niñez, incuestionado e incuestionable que él se había dedicado, como el mártir de alguna oscura religión, al servicio de una fe que era su más profundo amor, pero que lo convertía en un inadaptado entre las personas cuya compasión no tenía derecho a esperar.

Había aceptado el principio de que era su deber darle a su esposa una existencia desligada totalmente de los negocios, pero nunca encontró la manera de lograrlo, ni sintió culpa por ello. Tampoco podía forzarse a cambiar, ni reprocharle a su mujer si ella elegía censurarlo.
Llevaba meses sin darle a Lillian un solo momento de su atención o, en realidad, pensó, años: los 8 años de su matrimonio. No tenía ningún interés en los asuntos de ella, ni siquiera le importaba saber cuáles eran. Lillian tenía un amplio círculo de amigos y había oído decir que sus apellidos representaban el núcleo de la cultura nacional, pero nunca dispuso de tiempo para conocerlos ni para enterarse de su fama o de sus obras; sólo sabía que, con frecuencia, esos nombres figuraban en titulares de revistas. Pensó que si Lillian reprobaba su actitud, tenía

razón; ello la había predispuesto en su contra, se lo merecía; si su familia lo consideraba desalmado, también estaba en lo cierto.
Nunca tuvo consideraciones para consigo mismo. Cuando surgía un problema en la fundición, su respuesta inmediata era averiguar qué error había cometido y nunca investigaba las culpas ajenas, sino las suyas; sólo de sí exigía la perfección. Ahora tampoco se tendría piedad: aceptaría plenamente las consecuencias de todo aquello. Pero, mientras en las fundiciones se veía empujado a actuar de inmediato, obedeciendo el impulso vehemente de corregir el error, ahora, en cambio, no lograba sacar fuerzas... "Unos minutos más", se dijo, de pie ante el espejo, con los ojos cerrados.
No podía impedir que las palabras afluyeran a su mente; era como tratar de taponar una bomba hidrante con las manos. Nociones confusas, palabras e imágenes fragmentadas le taladraban el cerebro... Se dijo que tendría que soportar durante horas y horas las miradas de los invitados, las descoloridas por el aburrimiento de los que se mantuvieran sobrios, y las vidriosas hasta la imbecilidad de los ebrios; y pretender que no se daba cuenta de una cosa ni de otra y esforzarse por decir algo, cuando nada tenía para decir.
Ahora, necesitaba horas de búsqueda para encontrar a un sucesor del superintendente de sus talleres de laminar, que había renunciado repentinamente, sin explicaciones. Había que hacerlo enseguida, puesto que hombres de esa clase resultaban difíciles de hallar y si, por cualquier motivo, cesaba de funcionar la cadena... eran precisamente los rieles Taggart los que se estaban fabricando... Recordó el silencioso reproche, la expresión acusadora, la paciencia y el desdén que aparecían en el rostro de sus familiares cuando descubrían en él algún indicio de pasión por los negocios; y también la futilidad de su silencio y su esperanza de que no pensaran que Rearden Steel significaba tanto para él; como un borracho que tuviera que mostrarse indiferente ante el alcohol entre gente que lo observa con la despectiva burla de quien está plenamente enterado de una debilidad repudiable...
"Anoche escuché que volvías a las 2, ¿dónde estuviste?", preguntaba su madre durante la cena. Y Lillian respondía: "¿Dónde habría de estar? En la fundición, como es natural", del mismo modo que otra esposa cualquiera hubiese dicho: "En el bar de la esquina". O Lillian indagaba con una media sonrisa inquisidora: "¿Qué estuviste haciendo ayer en Nueva York?". "Asistí a un banquete con los muchachos." "¿Negocios?" "Sí." "¡Naturalmente!" Y Lillian se daba media vuelta, sin que quedara de aquello más que la vergonzosa sensación de que casi le habría gustado que su mujer sospechara su participación en alguna obscena fiesta para hombres... Un transporte de mineral se había hundido en el lago Michigan durante una tormenta, y se había llevado al fondo del lago miles de toneladas de metal Rearden. Los barcos se averiaban, y si él no se preocupaba por conseguir los recambios necesarios, los navieros acabarían arruinados y no quedaría ninguna otra línea en el Michigan... "¿Ese rincón?", exclamaba Lillian señalando un grupo de sillones y de mesitas de café en la sala. "No, desde luego, Henry, no es nuevo, pero debo sentirme halagada, porque te has dado cuenta sólo luego de 3 semanas. Se trata de una adaptación personal de la sala de estar matinal de un famoso palacio francés; pero estas cosas no pueden interesarte, querido, no están relacionadas con las cotizaciones de Bolsa..."

El pedido de cobre solicitado 6 meses atrás no había sido entregado, la fecha había sufrido ya 3 modificaciones: "No podemos hacer nada, Sr. Rearden". Era preciso encontrar otra compañía, el suministro de cobre se estaba volviendo peligrosamente incierto. Philip no sonreía al levantar la mirada en medio de un discurso que le endilgaba a algún amigo de su madre acerca de tal o cual organización en que había ingresado, pero había un dejo de superioridad en los flojos músculos de su cara cuando afirmaba: "A ti no te importaría, Henry; no es asunto de tu interés. No se trata de negocios, sino de una actividad estrictamente no comercial...". El contratista de Detroit en vías de reconstruir una inmensa fábrica estaba estudiando las estructuras Rearden. Tendría que ir a Detroit para hablar con él en persona; en realidad, debía haberlo hecho una semana antes; podría haber ido esa noche... "No estás escuchando", había dicho su madre durante el desayuno, cuando su mente estaba haciendo cálculos sobre el índice de precios del carbón, mientras ella le contaba su sueño de la noche anterior. "Nunca has escuchado a nadie. No te interesas más que en ti mismo. Te importa un comino la gente; jamás te ha atraído ningún ser humano de esta Tierra..."

Las páginas mecanografiadas que se hallaban sobre su escritorio contenían un informe acerca de las pruebas de un motor de aviación fabricado con metal Rearden y quizás aplicable a todo lo que existía en el mundo. Era eso lo que él quería leer. Ese informe llevaba 3 días allí, sin que nadie lo hubiese tocado; no tenía tiempo para prestarle la debida atención. ¿Por qué no hacer-lo ahora y...?

Negó violentamente con la cabeza, abrió los ojos y retrocedió alejándose del espejo. Intentó tomar los gemelos de la camisa, pero su mano se dirigió al montón de correspondencia que había sobre el tocador. Eran sobres con la indicación de "Urgente" y tenía que leerlos aquella misma noche, porque como no había tenido tiempo en la oficina, su secretaria se los había puesto en el bolsillo en el momento de salir. Mientras se vestía los había puesto en ese lugar.

Un recorte de periódico cayó al suelo. Era un artículo que su secretaria había marcado con un violento trazo de lápiz rojo. Se titulaba "Igualación de oportunidades". Tenía que leerlo. En los últimos 3 meses se había hablado excesivamente de aquel tema.

Lo leyó, mientras un rumor de voces y de risas forzadas llegaba hasta él desde abajo, recordándole que los invitados empezaban a llegar, que la fiesta había empezado y que, cuando se dirigiera al salón, tendría que enfrentarse a las reprobatorias miradas de sus familiares.

El editorial decía que en tiempos de producción decreciente, de mercados en contracción y de oportunidades cada vez menores, era injusto dejar que un hombre acaparara varias empresas, mientras otros no poseían ninguna; era suicida dejar que unos pocos manejaran todos los recursos, dejando a otros sin ninguna oportunidad. La competencia es esencial para la sociedad, y el deber de ésta es cuidar que ningún competidor se eleve definitivamente por encima de aquellos que quieran competir con él. El editorial predecía la promulgación de una ley -cuyo proyecto estaba ya en marcha- que prohibiría a cualquier persona o sociedad poseer más de una empresa.

Wesley Mouch, su hombre en Washington, le había dicho que no se preocupara, que la lucha sería dura, pero que esa ley nunca se sancionaría. Rearden no comprendía nada acerca de aquella clase de luchas, por lo que dejó todo en

manos de Mouch y los suyos. Apenas si encontraba tiempo para echar una ojeada a sus informes desde Washington y firmar los cheques que Mouch necesitaba para continuar la batalla.
Rearden no creía que la ley llegaría a aprobarse. Era incapaz de concebir tal cosa. Luego de tantos años de lidiar con la cruda realidad de los metales, su tecnología y su producción, estaba convencido de que uno sólo debía preocuparse por lo racional, no por lo insensato; que uno tiene que buscar lo correcto y lo justo porque una respuesta acertada siempre gana; que lo carente de sentido, lo equivocado, lo monstruosamente injusto, no puede triunfar nunca, sino sólo derrotarse a sí mismo. Una batalla contra proyectos como aquella ley le parecía algo absurdo y perturbador, como si, repentinamente, le pidieran competir contra un hombre que calculara las aleaciones de metal mediante fórmulas astrológicas.
La situación era peligrosa, pero los gritos histéricos de los periodistas más exaltados no provocaban emoción alguna en él; en cambio, la simple variación de un decimal en el informe de cualquier laboratorio acerca de pruebas de metal Rearden lo sobresaltaba, lo llenaba de alarma y de aprensión. No tenía energía para malgastarla en otras cosas.
Estrujó la hoja del periódico y la arrojó al cesto. Un profundo cansancio lo invadió: un agotamiento que nunca sentía cuando trabajaba, pero que parecía estar al acecho para atraparlo cuando encaraba otra actividad. No tenía deseo alguno, excepto el desesperado anhelo de dormir.
Se dijo que era preciso asistir a la fiesta, que su familia tenía derecho a exigir su presencia, que debía aprender a conceder tiempo a las distracciones; no por sí mismo, sino por consideración hacia ellos.
Se preguntó por qué ese motivo no poseía la fuerza suficiente para estimularlo. En el curso de su vida, siempre que comprendía que necesitaba hacer algo determinado, el deseo surgía automáticamente. ¿Qué le estaba sucediendo ahora?, se preguntó. Ese malestar por no querer hacer lo "correcto", ¿no era acaso la fórmula básica de la degradación moral? Reconocer su culpa sin más reacción que una fría y profunda indiferencia, ¿no era acaso traicionar el motor de su vida y la razón de su orgullo? No se dio tiempo para buscar una respuesta y terminó de vestirse rápidamente, sin hacer concesiones a su rechazo.
Erguido, moviendo su alta figura con la tranquila confianza de quien ejerce habitualmente la autoridad, con el detalle del fino pañuelo blanco en el bolsillo superior de su smoking negro, bajó lentamente la escalera hacia el salón, ofreciendo para satisfacción de las distinguidas damas que lo contemplaban, la perfecta imagen del gran industrial.
Vio a Lillian al pie de la escalera. Las líneas patricias de un vestido estilo imperio amarillo limón resaltaban la gracia de su cuerpo. Se movía como quien sabe dominar orgullosamente el entorno. Él sonrió; le gustaba verla feliz, porque aquello brindaba cierta razonable justificación a la fiesta.
Se aproximó a ella y se detuvo. Siempre había demostrado extraordinario buen gusto en el uso de sus joyas, sin sobrecargarse. Pero esta noche lucía ostentosamente un collar de diamantes, así como pendientes, anillos y broches. Por contraste, sus brazos aparecían desnudos. En su muñeca derecha y como único ornamento, llevaba la pulsera de metal Rearden que en contraste con las resplandecientes joyas se veía barata y vulgar.

Cuando trasladó la mirada de la muñeca a su rostro, comprobó que lo estaba mirando. Mantenía los ojos entornados, y no le era posible definir su expresión; parecía a la vez difusa e intencionada, como si pretendiera esconder algo a los demás.
Le hubiera gustado arrancarle el brazalete pero, en su lugar, obedeciendo a su voz que alegremente articulaba una presentación, se inclinó con rostro inexpresivo ante la viuda que estaba a su lado.
-¿El hombre?... ¿Qué es el hombre? Tan sólo un conjunto de elementos químicos, con aires de grandeza -decía el Dr. Pritchett ante un grupo de invitados, al otro lado del salón.
Tomó un canapé de una bandeja de cristal, lo sostuvo entre sus dedos, perfectamente rectos, y lo depositó entero en su boca.
-Las pretensiones metafísicas del hombre son absurdas -continuó Pritchett- Un miserable pedazo de protoplasma, pleno de horribles conceptos y de mezquinas emociones. ¡Y se cree importante! Esa es realmente la raíz de todos los conflictos que hay en el mundo.
-Pero, ¿qué conceptos no son horribles o mezquinos, profesor? -preguntó una exuberante matrona, cuyo marido poseía una fábrica de automóviles.
-Ninguno -respondió el Dr. Pritchett- Ninguno que esté dentro de la capacidad humana.
Un joven preguntó vacilante: -Pero, si no poseemos ninguna buena cualidad, ¿cómo sabemos que las que tenemos son malas? ¿Sobre qué norma nos basamos?
-No existen las normas.
Aquella respuesta impuso silencio al auditorio.
-Los filósofos del pasado fueron superficiales -prosiguió el Dr. Pritchett- Quedó para nuestro siglo la misión de redefinir el propósito de la filosofía, que no consiste en ayudar al hombre a encontrar el sentido de la vida, sino en demostrarle que no existe tal sentido.
Una atractiva muchacha, hija del dueño de una mina de carbón, intervino indignada: -¿Quién puede decir eso?
-Yo trato de hacerlo -contestó el Dr. Pritchett, que durante los 3 últimos años había sido director del Departamento de Filosofía en la Universidad Patrick Henry.
Lillian Rearden se aproximó haciendo resplandecer sus joyas bajo la luz. En su rostro se apreciaba un suave asomo de sonrisa, tan sólo insinuada, como las ondas de su cabello.
-Es la insistencia del hombre en indagar el significado de las cosas lo que lo convierte en un ser tan difícil -opinó el Dr. Pritchett- Una vez que advierta que no es importante dentro de la vasta inmensidad del universo; que no es posible atribuir trascendencia alguna a sus actividades; que no importa si vive o muere, se volverá un ser, digamos, más... tratable.
Se encogió de hombros y tomó otro canapé. Un empresario declaró, con expresión insegura: -Me gustaría preguntarle, profesor, su opinión acerca de la ley de Igualación de Oportunidades.
-¡Ah, sí, ese tema! -exclamó el Dr. Pritchett- Creo que ya he declarado francamente mi opinión favorable, porque apoyo la economía de mercado libre, y dicha libertad no puede existir sin la competencia. Por consiguiente, los hombres

deben ser forzados a competir. Es decir, es necesario controlar al hombre para obligarlo a ser libre.
-Pero, ¿eso no es una suerte de contradicción?
-No en un sentido filosófico superior. Hay que aprender a pensar más allá de las definiciones estáticas de un pensamiento anticuado. Nada es estático en el universo. Todo está en permanente movimiento.
-Pero resulta razonable pensar que si...
-La razón, mi estimado Sr., es la más ingenua de las supersticiones. Esto, al menos, se admite ya de un modo general en nuestra época.
-Sin embargo, no termino de comprender cómo podemos...
-Obviamente, usted sufre la popular ilusión de creer que las cosas pueden ser comprendidas. No se da cuenta de que el universo constituye en sí mismo una sólida contradicción.
-¿Una contradicción con respecto a qué? -preguntó la matrona.
-Respecto de sí mismo.
-¿Có... cómo?
-Mi querida Sra., el deber de los pensadores no consiste en explicar, sino en demostrar que nada puede ser explicado.
-Sí... claro... pero...
-El propósito de la filosofía no es buscar el conocimiento, sino probar que dicho conocimiento es imposible para el hombre.
-Y cuando lo hayamos probado -preguntó la muchacha- ¿qué nos quedará?
-El instinto -contestó Pritchett con aire irreverente.
En el otro extremo del salón un grupo escuchaba las palabras de Balph Eubank, que estaba sentado en el borde de un sillón, con cierta rigidez que intentaba compensar el aburrimiento revelado en su cara.
-La literatura del pasado -decía Balph Eubank -es un fraude tremendo. Retrató falsamente la realidad, para complacer a los ricos que servía. Moral, libertad, logros, finales felices y el hecho de presentar al hombre como una especie de ser heroico, no son más que sentimientos ridículos y sin valor. Nuestra época ha dado por primera vez un sentido profundo a la literatura, al exponer la verdadera esencia de la vida.
Una muchacha muy joven, vestida de blanco, preguntó tímidamente: -¿Cuál es la verdadera esencia de la vida, Sr. Eubank?
-El sufrimiento -respondió Balph Eubank- El sufrimiento y la derrota.
-Pero... ¿por qué? La gente... a veces... es feliz. ¿No le parece?
-Eso es una ilusión de quienes sólo viven emociones superficiales.
La joven se sonrojó, y una dama rica que había heredado una refinería de petróleo preguntó con expresión de culpabilidad: -¿Qué deberíamos hacer para elevar los gustos literarios de la gente, Sr. Eubank?
-Se trata de un problema social mayúsculo -respondió el aludido, que era considerado el líder poético del momento, aunque nunca había escrito un libro cuya venta superara los 3.000 ejemplares- Personalmente creo que una ley de Igualación de Oportunidades aplicada a la literatura constituiría la solución ideal.
-¿Aprueba usted semejante ley aplicada a la industria? En lo que a mí respecta, no acabo de entenderla.

-¡Naturalmente que la acepto! Nuestra cultura está hundida en un pantano de materialismo. El hombre ha perdido sus valores espirituales en la persecución de productos materiales y artilugios tecnológicos. Está demasiado cómodo. Volvería a una existencia más noble si aprendiera a soportar privaciones. Debemos poner un límite a esa codicia material.
-No lo había pensado desde ese punto de vista -indicó la dama con el tono de quien pide perdón.
-¿Cómo podría aplicarse una ley de Igualación de Oportunidades para la literatura, Ralph? -preguntó Mort Liddy- Se trata de una cosa completamente nueva para mí.
-Me llamo Balph -respondió Eubank irritado- Y no me extraña que lo considere nuevo, porque es una idea mía.
-Bueno, bueno, no se enfade, sólo preguntaba -dijo Mort Liddy sonriendo nerviosamente, como lo hacía la mayor parte del tiempo. Era un compositor que escribía anticuadas partituras para películas y sinfonías modernas para auditorios escasos.
-Su aplicación sería muy simple -explicó Balph Eubank- La ley limitaría la venta de cualquier libro a 10.000 ejemplares. Por este sistema, el mercado literario quedaría abierto a cualquier nuevo talento, a ideas innovadoras y a textos libres de todo comercialismo. Si se prohibiera a la gente comprar 1 millón de ejemplares de la misma bazofia, se la obligaría a adquirir obras de mejor calidad.
-No está mal -reconoció Mort Liddy- Pero, ¿no resultaría excesivamente dañino para las cuentas corrientes de los escritores?
-Mejor aún. Sólo aquellos cuyos motivos no se basan en acumular dinero deberían disfrutar del permiso de escribir.
-Pero, Sr. Eubank -preguntó la jovencita del vestido blanco-, ¿qué sucedería si más de 10.000 personas quisieran leer determinado libro?
-10.000 lectores son suficientes para cualquier libro.
-No me refiero a eso, quiero saber qué ocurriría si quisieran leerlo.
-Eso es irrelevante.
-Pero si un libro presenta un buen argumento y...
-La trama es una vulgaridad primitiva en la literatura -explicó Balph Eubank con desdén.
Mientras atravesaba el salón hacia el bar, el Dr. Pritchett se detuvo para añadir: -Desde luego, del mismo modo en que la lógica es una vulgaridad primitiva en la filosofía.
-Y la melodía, una vulgaridad primitiva en la música -añadió Mort Liddy.
-¿A qué viene todo este barullo? -preguntó Lillian Rearden, deteniéndose, magnífica, junto a ellos.
-Lillian, ángel mío -respondió Balph Eubank, con voz ronca-, ¿le he dicho que voy a dedicarle mi próxima novela?
-¡Vaya! Gracias, querido.
-¿Cómo va a titularse? -preguntó la acaudalada dama.
-El corazón es un lechero.
-¿Y de qué trata?
-De desengaños.
-Pero, Sr. Eubank -preguntó la muchacha de blanco, sonrojándose nerviosa-, si todo es desengaño, ¿para qué vivir?

-Para amarnos como hermanos -respondió Balph Eubank tristemente.
Bertram Scudder se encontraba cabizbajo en el bar; su cara parecía haberse metido para adentro, y la boca y los ojos sobresalían como 3 fláccidos globos. Era editor de una revista llamada El Futuro y había escrito en ella un artículo sobre Hank Rearden titulado "El pulpo".
Bertram Scudder tomó su vaso vacío y lo colocó, en silencio, ante el barman, para que volviera a llenárselo. Bebió un sorbo, y al darse cuenta de que frente a Philip Rearden, que se hallaba junto a él, había otro vaso vacío, lo señaló con el pulgar, para que también fuera llenado, pero ignoró el de Betty Pope, que estaba al lado de Philip.
-Escuche, amigo -dijo Bertram Scudder dirigiendo la mirada hacia Philip-, le guste o no, la ley de Igualación de Oportunidades representa un gran logro.
-¿Qué le hace suponer que no me agrada esa ley, Sr. Scudder? -preguntó humildemente Philip.
-Causará sensación, ¿no le parece? El largo brazo de la sociedad sacará un poco del lujo que hay por aquí.
Al decir esto agitó la mano sobre el mostrador.
-¿Por qué piensa que me opongo?
-¿Acaso no es así? -preguntó Bertram Scudder sin curiosidad.
-Desde luego que no -repuso Philip acalorado- Siempre puse el bienestar público por encima de toda consideración personal. Puse mi tiempo y mi dinero a disposición de los Amigos del Progreso Mundial para su cruzada a favor de la ley de Igualación de Oportunidades. Me parece completamente injusto que un hombre disfrute de todas las oportunidades y no deje nada a los otros.
Bertram Scudder lo miró con aire reflexivo, pero sin ningún interés.
-Bueno, eso es extremadamente generoso de su parte -declaró.
-Algunas personas se toman las cuestiones morales muy en serio, Sr. Scudder -dijo Philip con orgullo.
-Philip, ¿de qué está hablando tu amigo? -preguntó Betty Pope- No conocemos a nadie que posea más de una empresa, ¿verdad?
-¡Oh, cállese! -la amonestó Bertram Scudder, irritado.
-No comprendo a qué viene toda esta expectativa respecto de la ley -dijo Betty Pope, agresiva y con el tono de un experto en cuestiones económicas- No sé por qué los empresarios se oponen a ella, cuando en realidad va a serles ventajosa, puesto que si todos los demás fuesen pobres, desaparecerían los mercados para sus productos. En cambio, si dejan de ser egoístas y comparten los bienes que han acumulado, disfrutarán de la posibilidad de trabajar fuerte y producir aún más.
-No sé por qué hay que considerar los intereses de los industriales- manifestó Scudder- Cuando la masa sufre necesidad y todavía existen bienes disponibles, es idiota alegar que las personas deban ser restringidas por un pedazo de papel llamado escritura de propiedad. Los derechos de propiedad son puro fetichismo. Sólo se tienen propiedades por la gentileza de quienes lo permiten, y cualquiera puede apoderarse de ellas en cualquier momento. Y si se puede, ¿por qué no hacerlo?
-Deberían hacerlo -dijo Claude Slagenhop- Lo necesitan. Y la necesidad es la única consideración. Si la gente precisa esos bienes, debería adueñarse de ellos y hablar después de las condiciones.

Claude Slagenhop se había aproximado, y conseguido situarse entre Philip y Scudder, luego de apartar imperceptiblemente a este último. Slagenhop no era alto ni corpulento, pero su masa cuadrada y compacta y la nariz rota lo hacían ver como tal. Era el presidente de los Amigos del Progreso Mundial.
-El hambre no esperará -declaró Slagenhop- Las ideas son como el aire caliente. En cambio, una panza vacía es una realidad sólida. En todos mis discursos vengo diciendo que no hace falta hablar demasiado. La sociedad está padeciendo por falta de oportunidades industriales y tenemos el derecho de apoderarnos de ellas donde existan, pues el derecho es aquello que es bueno para la sociedad.
-¡Él no extrajo ese mineral solo! -gritó de improviso Philip- Tuvo que emplear a cientos de obreros. Fueron ellos quienes realizaron la tarea. ¿Por qué cree, pues, que él es importante?
Los 2 hombres lo miraron: Scudder levantando una ceja, Slagenhop sin expresión.
-¡Oh, válgame Dios! -reaccionó Betty Pope.
Hank Rearden se encontraba ante una ventana, en un lugar oscuro al final del salón, confiando en que durante unos minutos nadie descubriera su presencia. Acababa de escapar de una mujer de mediana edad que le había estado contando sus experiencias psíquicas. Miraba hacia fuera y en la distancia contempló un momento el rojo resplandor de las fundiciones de Rearden Steel que teñía el cielo.
Luego se volvió para mirar la sala. Nunca le había gustado su casa, decorada por completo según el gusto de Lillian; pero aquella noche, el inquieto colorido de los vestidos de noche borraba los detalles del salón, otorgándole cierto aire de brillantez y alegría. Le gustaba observar la animación de otras personas, aun cuando él no terminara de entender esa manera de divertirse.
Miró las flores, los chispazos de luz en las copas, y los hombros y brazos desnudos de las mujeres. Afuera soplaba un viento helado que barría zonas despobladas. Las débiles ramas de un árbol se agitaban como manos que solicitan ayuda. El árbol se destacaba nítidamente contra el reflejo de los altos hornos.
No hubiera podido identificar exactamente esa súbita emoción. No tenía palabras con las que expresar su causa, su condición, ni su significado. Tenía una parte de alegría y, al mismo tiempo, era solemne, como el acto de descubrirse la cabeza, aunque no hubiera podido decir ante quién.
Al volver junto a la muchedumbre, sonreía, pero su sonrisa desapareció bruscamente cuando entró alguien más: Dagny Taggart.

Lillian se adelantó a recibirla, estudiándola con curiosidad. Se habían visto en otras ocasiones, pero con poca frecuencia, y le resultaba extraño ver a Dagny Taggart con un vestido de gala negro; una breve capa caía sobre un brazo y un hombro, detalle que constituía su único ornamento. Ataviada como solía estar, a nadie se le ocurría pensar en el cuerpo de Dagny Taggart. Pero este atuendo, quizá excesivamente revelador, descubría la fragilidad y la belleza de su hombro, y el brazalete de diamantes que lucía en su muñeca le daba el más femenino de los aspectos: la apariencia de estar encadenada.
-Srta. Taggart, ¡qué agradable sorpresa! -exclamó Lillian Rearden con los músculos de la cara tensos por lo forzado de su sonrisa- Nunca hubiera imaginado

que una invitación mía la apartase de sus cada vez más complejos problemas. Me siento halagada.
James Taggart había entrado con su hermana y Lillian le sonrió repentinamente, como si acabara de verlo.
-¡Hola, James! Eso es lo malo de ser tan popular, uno tiende a perderlo de vista ante la sorpresa de ver a su hermana.
-Nadie puede igualarla a usted en popularidad, Lillian -replicó él sonriendo- Ni tampoco es posible evitar contemplarla.
-¿A mi? ¡Oh! Me he resignado completamente a ocupar un 2° puesto a la sombra de mi marido. Humildemente me he dado cuenta de que la esposa de un gran hombre debe conformarse con el reflejo de su gloria. ¿No le parece a usted, Srta. Taggart?
-No -repuso Dagny- No lo creo.
-¿Es un cumplido, o un reproche, Srta. Taggart? Perdóneme si confieso que me siento anonadada. ¿A quién desea que le presente? Temo no poder ofrecerle más que a algunos escritores y artistas que dudo le interesen.
-Me gustaría saludar a Hank.
-¡Claro! James, ¿no dijo que deseaba conocer a Balph Eubank...? Pues ahí lo tiene. Le diré que usted habló muy bien sobre su última novela en la cena de la Srta. Whitcomb.
Mientras atravesaba el salón, Dagny se preguntó por qué habría dicho que deseaba ver a Hank Rearden, y qué le había impedido admitir que ya lo había visto apenas entró.

Rearden se encontraba en el otro extremo del largo salón, mirándola. No apartó los ojos de ella mientras se aproximaba, pero no dio un paso para salir a su encuentro.
-Hola, Hank.
-Buenas noches.
Se inclinó a su modo, cortés e impersonal; los movimientos de su cuerpo se conjugaban con la distinguida formalidad de su ropa. No sonreía.
-Gracias por invitarme esta noche -dijo ella jovialmente.
-La verdad es que no estaba enterado de que iba a venir.
-¿De veras? En ese caso, me alegro de que la Sra. Rearden se acordara de mí. Quise hacer una excepción.
-¿Una excepción?
-Sí, no suelo ir a fiestas.
-Me alegro de que eligiera esta ocasión para alterar su costumbre -declaró sin añadir el "Srta. Taggart", aunque sonó como si lo hubiera hecho.
La formalidad de sus modales resultaba tan sorprendente, que a Dagny no le fue posible ponerse a tono.
-Quería celebrar -dijo ella.
-¿El aniversario de mi boda?
-¡Ah!... ¿es el aniversario de su boda? No lo sabía. Felicidades, Hank.
-¿Qué pensaba celebrar?
-Creí que no estaría de más tomarme un pequeño descanso. Una celebración particular... en su honor y en el mío.

-¿Por qué razón?
Dagny imaginaba la nueva vía creciendo lentamente sobre las estribaciones rocosas de las montañas de Colorado, hacia el distante objetivo de los terrenos petrolíferos de Wyatt. Creía contemplar ya el resplandor azul verdoso de los rieles sobre la tierra helada, entre los secos matorrales, los desnudos peñascos y las barracas medio hundidas de los poblados muertos de hambre.
-En honor de los primeros 100 km. de rieles hechos con metal Rearden -respondió ella.
-Lo aprecio mucho, de veras.
El tono de su voz parecía estar diciendo: "No sé de qué me habla".
Dagny enmudeció. Le parecía estar hablando a un extraño.
-¡Hola, Srta. Taggart! -exclamó una alegre voz, rompiendo el silencio- A esto me refiero cuando aseguro que Hank Rearden es capaz cualquier milagro.
Era un industrial que ambos conocían; sonreía con aire de maravillada sorpresa. Los 3 habían tenido frecuentes reuniones de emergencia acerca de tarifas de transporte y de entregas de acero. Ahora, su expresión revelaba el impacto que le había producido el cambio de aspecto de Dagny, que según le parecía a ella, había pasado inadvertido para Rearden. La joven rió al contestar el saludo, sin darse tiempo a admitir que hubiera preferido ver aquella expresión en la cara de Rearden. Cambió un par de palabras con el industrial y cuando miró a su alrededor, Rearden ya había desaparecido.
-¿De modo que ésa es su famosa hermana? -preguntó Balph Eubank a James Taggart, mirando a Dagny desde el otro lado de la sala.
-No sabía que mi hermana fuera tan famosa -repuso Taggart con un dejo de amargura en la voz.
-Pero, amigo mío, es un auténtico fenómeno en el campo de la economía y no debe extrañarle que la gente hable sobre ella. Su hermana representa un síntoma de la enfermedad que afecta a nuestro siglo, es un producto decadente de la era de las máquinas que han destruido el alma del hombre, lo han apartado del suelo, le han robado sus dotes naturales, han matado su espíritu y lo han vuelto un robot insensible. Ahí tenemos un ejemplo: una mujer que dirige una empresa ferroviaria en vez de practicar el sublime arte de la maternidad.
Rearden deambulaba entre los invitados, intentando no verse envuelto en ninguna conversación. No veía a nadie a quien deseara aproximarse.
-Escuche, Hank Rearden, no me parece usted tan mala persona cuando se encuentra en su propia guarida. Debería darnos una conferencia de prensa de vez en cuando; estoy seguro de que así se ganaría nuestro afecto.
Rearden se volvió, contemplando incrédulo a quien acababa de hablarle. Se trataba de un desaliñado periodista joven, que trabajaba en un pasquín de izquierda. La ofensiva familiaridad de sus modales parecía implicar que anhelaba portarse en forma vulgar con Rearden, porque éste nunca le hubiera permitido acercarse a él.
Rearden le habría negado la entrada a las fundiciones, pero en aquel momento era un invitado de Lillian y por tal motivo se dominó antes de preguntar secamente: -¿Qué desea?
-No es usted tan malo como dicen. Tiene talento, talento tecnológico, pero desde luego, no estoy conforme con lo del metal Rearden.

-No le pedí que lo estuviera.
-Verá. Bertram Scudder afirma que su política... -empezó con actitud beligerante, señalando hacia el bar, pero luego se detuvo, tal vez consciente de estar yendo demasiado lejos.
Rearden contempló la figura apoyada en el bar. Lillian los había presentado un momento antes, pero él no había prestado atención al nombre. Se volvió vivamente y procedió a alejarse con tal decisión, que el periodista no se atrevió a seguirlo.
Cuando Rearden se aproximó a su mujer, que se hallaba en medio de un grupo, Lillian lo miró a la cara y sin pronunciar palabra se apartaron para poder hablar a solas.
-¿Es ése el Scudder de El Futuro? -preguntó señalándolo.
-Sí.
La miró en silencio, incapaz de creerlo, incapaz de encontrar el hilo de una idea que le permitiera comprender. Ella lo miraba. -¿Cómo se te ocurrió invitarlo? -preguntó.
-No seas ridículo, Henry. No seas cerrado. Debes aprender a tolerar las opiniones ajenas y respetar el derecho a la libre expresión.
-¿En mi propia casa?
-¡Oh! ¡No seas pesado!
Guardó silencio con la conciencia agobiada, no por un pensamiento concreto, sino por 2 imágenes insistentes. Creyó ver el artículo titulado "El pulpo", de Bertram Scudder, que no era expresión de algunas ideas comunes, sino un cubo de mierda vaciado en público: un artículo que no contenía un solo hecho concreto, ni siquiera inventado, sino que consistía tan sólo en una sarta de expresiones desdeñosas y de adjetivos en los que nada quedaba claro, exceptuando la mezquina malicia de acusar, sin tomarse la molestia de exhibir la menor prueba. Vio la línea del perfil de Lillian, con aquella orgullosa pureza que tanto le había gustado al casarse con ella.
Cuando la miró de nuevo comprendió que la visión de su perfil había sido imaginaria, porque estaba mirándolo de frente. En el repentino instante en que volvió a la realidad, vio placer en sus ojos, pero enseguida cayó en la cuenta de que él estaba loco, que no era posible.
-Es la primera vez que invitas a ese... -añadió una palabra obscena, pronunciándola de manera muy clara, pero sin emoción- ...y también es la última.
-¿Cómo te atreves a usar semejante...?
-No discutamos, Lillian. Si lo haces, soy capaz de echarlo de aquí ahora mismo.
Le concedió un momento para replicar, para oponerse, para gritarle, si así lo deseaba, pero ella guardó silencio, sin mirarlo. Tan sólo sus suaves mejillas se aflojaron levemente, como si se desinflaran.
Moviéndose a ciegas por entre las luces, las voces y el perfume, sintió un leve temor. Comprendió que debía pensar en Lillian y encontrar una respuesta al enigma de su carácter; era algo que no podía ignorar, pero le era imposible concentrarse en ella, y tuvo miedo, porque supo que la respuesta había dejado de interesarle desde hacía mucho tiempo.
El cansancio se estaba apoderando de nuevo de él. Le pareció verlo aproximarse en espesas oleadas; no se hallaba en su interior, sino afuera, desparramado por la

habitación. Por un instante se creyó solo, perdido en un desierto gris, necesitado de ayuda y sabiendo que nadie podría prestársela.
Se detuvo. En la iluminada puerta y separada de él por toda la longitud de la sala, apareció la alta y arrogante figura de un hombre que había hecho una pausa antes de entrar. No lo conocía personalmente, pero de todos los rostros famosos que llenaban las páginas de los periódicos, aquél era el que más despreciaba: el de Francisco d'Anconia.
Rearden nunca había concedido excesiva importancia a personas como Scudder, pero con cada hora de su vida, con la tensión y el orgullo de cada instante cuando sus músculos o su mente estaban doloridos por el esfuerzo, por cada uno de los pasos dados para salir de las minas de Minnesota y convertir su esfuerzo en oro, por su profundo respeto hacia el dinero y su significado, no podía menos que despreciar a aquel derrochador que no sabía ponerse a la altura de ese gran don que es la riqueza heredada. A su modo de ver, se trataba del más desdeñable representante de la especie humana.
Vio entrar a Francisco d'Anconia e inclinarse ante Lillian; luego lo observó avanzar entre los invitados que se volvían para mirarlo como atraídos por un imán; d'Anconia caminaba por aquel lugar, que jamás había pisado, con una soltura propia de dueño de casa.
Rearden se acercó una vez más a Lillian, para decirle sin cólera, con su desprecio convertido en ironía:
-No sabía que también conocieras a ése.
-Me encontré con él en varias reuniones.
-¿Es también amigo tuyo?
-¡Oh, no! -exclamó ella con auténtico y vivo resentimiento.
-Entonces, ¿por qué lo has invitado?
-Verás: no es posible celebrar una fiesta... una fiesta importante, sin contar con él, si es que está en el país. Su presencia es molesta, pero su ausencia es un fracaso social.
Rearden echó a reír. Su mujer debía de haber bajado la guardia, ya que por regla general nunca habría admitido una cosa semejante.
-Escucha -le dijo cansado- No quiero estropear tu fiesta, pero procura mantener a ese hombre lejos de mi alcance. No me vengas con presentaciones, no lo quiero conocer. No sé cómo vas a conseguirlo, pero no en vano eres la "perfecta anfitriona".
Al ver aproximarse a Francisco, Dagny quedó inmóvil. Él pasó ante ella y saludó sin detenerse, pero supo que aquel momento quedaría firmemente impreso en su mente. Lo vio sonreír con deliberado énfasis como ante algo que comprendía pero que no quería reconocer. Dagny se alejó, confiando en no volver a tropezarse con él durante el resto de la velada.

Balph Eubank se había unido al grupo que rodeaba al Dr. Pritchett y estaba declarando con tristeza: -... no es posible esperar que la gente asimile los altos conceptos de la filosofía. La cultura debería quedar fuera del alcance de los buscadores de dinero. Necesitamos un subsidio nacional para la literatura. Es una desgracia que los artistas sean tratados como mendigos y que las obras de arte se vendan como el jabón.

-¿No será que usted lamenta que no se vendan como el jabón? -preguntó Francisco d'Anconia.
No habían advertido su presencia; la conversación cesó, como cortada en seco; la mayoría de aquellas personas no lo conocían, pero todos supieron quién era inmediatamente.
-Quería decir... -empezó Balph Eubank, irritado; pero cerró la boca al ver el interés que se pintaba en las caras de los otros; un interés que ya nada tenía que ver con la filosofía.
-Hola, profesor -dijo Francisco al Dr. Pritchett.
No había placer alguno en la cara de éste cuando contestó al saludo, antes de hacer las presentaciones formales.
-Estábamos discutiendo un tema muy interesante -dijo la vehemente matrona- El Dr. Pritchett nos decía que nada es cualquier cosa.
-Indudablemente, debe saber de eso más que nadie -contestó gravemente Francisco.
-Nunca me hubiese imaginado que conocía tan bien al Dr. Pritchett, Sr. d'Anconia -indicó la dama, preguntándose por qué el profesor parecía tan disgustado con aquellas palabras.
-He estudiado en la gran institución en la que actualmente presta sus servicios el Dr. Pritchett: la Universidad Patrick Henry. He sido alumno de uno de sus predecesores, Hugh Akston.
-¡Hugh Akston! -exclamó admirada la atractiva joven- ¡Eso es imposible, Sr. d'Anconia! No tiene edad suficiente. Siempre creí que ese hombre era de los grandes personajes... del siglo pasado.
-Quizá en espíritu, Srta., pero no de hecho.
-¿No ha muerto?
-No, no, aún vive.
-Entonces, ¿por qué no hemos vuelto a saber de él?
-Se retiró hace 9 años.
-¡Qué extraño! Cuando un político o una estrella de cine se retira, leemos la noticia en la 1° página de todos los periódicos, pero si se trata de un filósofo, no se entera nadie.
-A veces, sí.
Un joven comentó asombrado: -Creí que Hugh Akston era uno de esos clásicos a quien nadie estudia, excepto en historia de la filosofía. Hace poco leí un artículo que lo calificaba como el último de los grandes defensores de la razón.
-¿Qué enseñaba Hugh Akston? -preguntó la matrona.
-Enseñaba que todo es algo -respondió Francisco.
-Su lealtad hacia el viejo maestro me parece muy digna de elogio, Sr. d'Anconia -dijo secamente el Dr. Pritchett- ¿Podemos considerar que usted es un ejemplo vivo de los resultados de sus enseñanzas?
-En efecto.

James Taggart se había aproximado al grupo y esperaba que lo advirtieran.
-Hola, Francisco.
-Buenas noches, James.

-¡Qué extraordinaria coincidencia verte aquí! ¡Tenía muchas ganas de hablar contigo!
-Eso es nuevo, no siempre ha sido así.
-Bromeas como en los viejos tiempos -dijo Taggart iniciando la retirada, con la que pretendía separar a Francisco del grupo- Sabes muy bien que no existe en esta sala ni una sola persona a quien no le gustaría hablar contigo.
-¿De veras? Pues yo me inclinaba a sospechar lo contrario. -Francisco lo siguió, pero se detuvo no muy lejos del resto.
-He intentado por todos los medios comunicarme contigo -dijo Taggart- pero... pero no tuve éxito.
-¿Dices que rehusé verte?
-Pues... eeh... ¿Por qué lo hiciste?
-No sabía sobre qué querías hablarme.
-¡De las minas de San Sebastián, por supuesto! -respondió Taggart levantando un poco la voz.
-¿Qué tienes que decirme de ellas?
-Escucha, Francisco, esto es serio; es todo un desastre; un desastre sin precedentes, que nadie puede entender. Por mi parte, no sé qué pensar, no lo comprendo en absoluto. Y tengo derecho a estar enterado.
-¿Derecho? ¿No será una expresión anticuada, James? Pero, ¿qué quieres que te aclare?
-En primer lugar, el tema de la nacionalización. ¿Qué piensas hacer sobre eso?
-Nada.
-¿Cómo que nada?
-¡Pues, claro! No pensarás que tengo algo que ver con todo esto. Mis minas y tu ferrocarril han sido expropiados por voluntad del pueblo. No querrás que me oponga a la voluntad del pueblo, ¿verdad?
-Francisco, esto no es una broma.
-Nunca dije que lo fuera.
-Tengo derecho a una explicación. Les debes a tus accionistas un informe detallado de tan ingrato asunto. ¿Por qué elegiste una mina sin valor? ¿Por qué gastaste en ella tantos millones? ¿Qué clase de engaño ha sido éste?
Francisco lo miraba con amable asombro.
-Pero, James -respondió-, creí que lo aprobarías.
-¿Aprobarlo?
-Creí que considerabas las minas de San Sebastián como la realización práctica de un ideal del más alto orden moral. Recordando que tú y yo hemos discrepado tan frecuentemente en otros tiempos, imaginé que te agradaría verme actuar de acuerdo con tus principios.
-¿De qué me estás hablando?
Francisco sacudió la cabeza con aire de reconvención.
-No comprendo por qué calificas mi conducta de despreciable. Siempre pensé que la aceptarías como honrado esfuerzo para practicar lo que todo el mundo predica ahora. ¿No se ha llegado a la convicción generalizada de que es malo ser egoísta? Procedí con total desinterés en lo que respecta a esas minas. ¿No es acaso malo trabajar para el beneficio personal? No tengo ningún interés personal en todo este asunto. ¿No es acaso vil trabajar sólo para obtener una ganancia?

Pues bien, yo hice lo contrario: acepté una pérdida. ¿No estamos todos de acuerdo en que el propósito y justificación de una empresa industrial no es la producción, sino el bienestar de sus empleados? Las minas de San Sebastián significaron en tal sentido la empresa más afortunada de toda la historia industrial; no produjeron cobre, pero proporcionaron sustento a millares de hombres que en toda su vida no hubieran podido conseguir jamás el equivalente a uno solo de los jornales pagados por un trabajo que no realizaron. ¿No estamos de acuerdo en que todo industrial es un parásito y un explotador, y en que son sus empleados y obreros los que realizan la tarea y hacen posible su ganancia personal? Pues bien, yo no exploté a nadie. No impuse a las minas de San Sebastián mi inútil presencia, las dejé en manos de quienes podían manejarlas. Nunca he juzgado el valor de dicha propiedad. Se la dejé a un especialista en minas que no era muy bueno, pero necesitaba con urgencia ese puesto. Generalmente se dice que al contratar a alguien, es su necesidad la que cuenta y no sus posibles cualidades. Es aceptado de manera general que para conseguir los bienes, cuanto hay que hacer es necesitarlos, ¿verdad? He puesto en práctica todos los preceptos morales de nuestra época... esperaba gratitud y una mención de honor. No comprendo por qué se me está recriminando ahora.

En el silencio en que habían caído los presentes ante esas palabras, el único comentario fue la repentina y estrepitosa risa de Betty Pope, que no había comprendido nada, pero la divertía el aire de absoluto desamparo y furia que se pintaba visiblemente en la cara de James Taggart.

Todo el mundo lo miraba esperando su respuesta. El resultado les era indiferente, pero el espectáculo de una persona en un mal trance los complacía. Taggart consiguió forzar una sonrisa comprensiva.

-No esperarás que tome eso en serio, ¿verdad? -preguntó.

-En una época -respondió Francisco- yo tampoco creí que nadie lo tomaría en serio, pero estaba equivocado.

-¡Es inaudito! -exclamó Taggart, empezando a acalorarse- ¡Es indigno que trates tus responsabilidades públicas con semejante ligereza!

Y volviéndose, se alejó a toda prisa. Francisco se encogió de hombros, a la vez que extendía las manos con aire perplejo.

-¿Lo ves? -dijo- Ya sabía que no deseabas hablar conmigo.

Rearden permanecía solo en el otro extremo del salón y Philip se acercó, al tiempo que llamaba a su cuñada.

-Lillian -dijo sonriendo-, no creo que Henry se esté divirtiendo.

-No se podía discernir si la expresión burlona de su sonrisa iba dirigida a Lillian o a Rearden- ¿No podríamos hacer algo por él?

-¡Oh! ¡Qué tontería! -exclamó Rearden.

-Me gustaría saber qué hacer, Philip -dijo Lillian- Siempre he deseado que Henry aprendiera a relajarse. ¡Se lo toma todo tan en serio! ¡Es un puritano tan rígido! Me habría gustado verlo borracho, aunque sólo fuera una vez, pero he desistido. ¿Qué me sugieres?

-¡Oh! No lo sé. No deberíamos dejarlo solo.

-¡Olvídate de eso! -aconsejó Rearden. No deseaba herir sus sentimientos, pero no pudo evitar añadir: -No sabes con cuánto interés procuré que me dejaran solo.

-¿Lo ves? -preguntó Lillian sonriente- Disfrutar de la vida y de la gente no es tan fácil como modelar una tonelada de acero. Los objetivos intelectuales no se aprenden en el mercado.
Philip rió.
-No son los objetivos intelectuales los que me preocupan. ¿Cómo estás tan segura de ese puritanismo, Lillian? En tu lugar, yo no lo dejaría andar por ahí solo. Tenemos aquí, esta noche, demasiadas mujeres bellas.
-¿Henry acariciando proyectos de infidelidad? ¡Lo adulas en exceso, Philip! ¡Sobreestimas su atrevimiento! -Sonrió a Rearden fríamente durante un breve y tenso instante y luego se alejó.
Rearden miró a su hermano.
-¿Qué diablos estás haciendo?
-¡Deja de hacerte el moralista! ¿Es que no toleras una broma?
Mientras se movía sin rumbo fijo entre los invitados, Dagny se preguntó por qué había aceptado asistir a aquella fiesta. La respuesta la asombró: era sencillamente porque deseaba ver a Hank Rearden. Al observarlo entre el gentío, se dio cuenta por 1° vez del contraste. Los rostros de los demás parecían estar compuestos de rasgos intercambiables, cada cara fluyendo para mezclarse con el anonimato de los otros, y todos fundidos en común.
En cambio, la cara de Rearden, con sus facciones angulosas, sus ojos azul pálido y su pelo rubio ceniciento, lo hacía parecer un bloque de hielo; y la inalterable limpidez de sus líneas parecía un rayo de luz que atravesara una masa de niebla.
Los ojos de Dagny volvían hacia él involuntariamente. Nunca lo vio mirar en su dirección, pero no podía creer que la evitara intencionalmente; no existía motivo para ello; sin embargo, todo indicaba que así era. Quiso acercarse y convencerse de su error, pero algo, que tampoco entendió, la detuvo.
Rearden soportaba pacientemente una conversación con su madre y 2 señoras que querían conocer relatos de su juventud y de su lucha. Las satisfizo, pensando que al fin y al cabo la mamá estaba orgullosa a su manera. Pero, al mismo tiempo, algo en sus modales sugería que ella lo había apoyado y cuidado durante su prolongada lucha, y que al fin y al cabo era la fuente de todos sus éxitos. Se alegró de que poco después lo dejaran en libertad, y escapó una vez más hacia el refugio de la ventana.
Permaneció allí unos instantes, disfrutando del aislamiento que lo confortaba como un placer físico.
-Sr. Rearden -dijo alguien con extraña calma-, permítame que me presente. Me llamo d'Anconia.
Rearden se volvió, estupefacto. La voz y los modales de d'Anconia expresaban una cualidad con la que se había tropezado en muy raras ocasiones: un auténtico respeto.
-¿Cómo está usted? -contestó con brusquedad, pero aun así, había respondido.
-He observado que la Sra. Rearden ha intentado por todos los medios evitar que me presente ante usted y creo adivinar el motivo. ¿Preferiría que me fuera de esta casa?
La acción de sacar a relucir semejante circunstancia en vez de evadirla era algo tan distinto de la conducta normal de cuantos conocía y le ocasionó tan repentino y sorprendente alivio, que Rearden permaneció en silencio un momento,

estudiando la cara de d'Anconia. Francisco había dicho aquellas palabras con gran sencillez, y no como reproche ni como súplica; de una forma que evidenciaba reconocer la dignidad de Rearden y la suya.
-No -respondió Rearden- Usted puede pensar lo que quiera, pero yo no he dicho tal cosa.
-Gracias. En tal caso, ¿me permitirá que le hable?
-¿Por qué desea hablarme?
-Mis motivos quizá no le interesen, por ahora.
-Mi conversación tal vez no le resulte amena.
-Se equivoca con respecto a uno de nosotros, Sr. Rearden, o quizá los 2. He venido a esta fiesta con la única intención de conocerlo personalmente.
Hasta entonces la voz de Rearden había asumido un tono levemente burlón, pero de pronto se endureció hasta expresar una leve traza de desdén.
-Usted comenzó jugando limpio. Continúe.
-Lo hago.
-¿Para qué quería verme? ¿Para hacerme perder dinero?
-Sí... probablemente -respondió Francisco, mirándolo cara a cara.
-¿De qué se trata esta vez? ¿De una mina de oro?
Francisco negó lentamente con la cabeza, revelando pesadumbre. -No -repuso- No deseo venderle nada. En realidad, tampoco intenté vender la mina de cobre a James Taggart; fue él quien vino a buscarme, pero usted no haría tal cosa.
Rearden dejó escapar una leve risa.
-Que lo haya comprendido así nos proporciona, por lo menos, una base para el diálogo. Continúe. Si no ha ideado ningún extraño negocio, ¿para qué deseaba verme?
-Sólo para conocerlo.
-Esa no es una respuesta, sino un modo de repetir la misma cosa.
-No lo crea, Sr. Rearden.
-A menos que trate... de ganar mi confianza.
-No, no me gusta la gente que habla o que piensa en términos de ganarse la confianza ajena. Si las acciones propias son honradas, uno no necesita la confianza de los demás, basta con la percepción racional de los otros. La persona que anhela un cheque moral en blanco de semejante género, lleva intenciones deshonestas, aunque no las exprese.
La mirada sorprendida de Rearden fue como el involuntario apretón de una mano que busca desesperadamente aferrarse de algo. Dicha mirada traicionó hasta qué punto anhelaba encontrarse con la clase de hombre que creía estar viendo ante él. Luego bajó la vista, casi cerrando los ojos, para eludir aquella imagen. Su rostro estaba tenso, tenía ahora una expresión severa, austera y cerrada.
-De acuerdo -dijo con voz inexpresiva- ¿Qué desea entonces, si no es mi confianza?
-Comprenderlo.
-¿Por qué motivo?
-Por uno personal, que, por el momento, no es importante.
-¿Y qué quiere comprender de mí?
Francisco contempló en silencio la oscuridad del exterior. El resplandor de los altos hornos iba disminuyendo y en el horizonte sólo se percibía un leve tinte

rojizo, que resaltaba delicadamente los jirones de nubes dispersas por la torturada batalla de la tormenta. Oscuras sombras se formaban y desaparecían en el espacio originadas por las ramas de los árboles que hacían visible la furia del viento.
-Es una noche terrible para cualquier animal que se haya visto sorprendido sin refugio en la llanura -observó Francisco d'Anconia- Es en ocasiones semejantes cuando se aprecia mejor la ventaja de ser humano.
Rearden permaneció un momento en silencio; luego, como respondiéndose a sí mismo, dijo con un toque de asombro: -Es extraño...
-¿A qué se refiere?
-Acaba de decir lo que yo estaba pensando.
-¿De veras?
-Sólo que no podía encontrar las palabras adecuadas.
-¿Quiere que siga?
-Continúe.
-Estaba usted ahí, contemplando la tormenta con el orgullo máximo que uno puede sentir, porque puede tener flores y mujeres semidesnudas en su casa en una noche como ésta, y probar su victoria sobre la tormenta. Si no fuera por usted, la mayoría de estas personas se encontrarían ahora abandonadas, a merced del viento en mitad de alguna llanura.
-¿Cómo lo sabía?
Al tiempo de formular su pregunta, Rearden comprendió que no eran sus pensamientos los que aquel hombre acababa de expresar, sino sus más íntimas y personales emociones, y que él, que nunca hubiera confesado aquello a nadie, lo había reconocido con su pregunta. Observó en los ojos de Francisco un ligero fulgor, como el de una sonrisa o el de un breve instante de contención.
-¿Qué puede usted saber acerca de un orgullo de ese tipo? -preguntó Rearden vivamente, como si el desdén de esta 2° frase pudiera borrar la confesión que implicaba la 1°.
-Es lo que sentí alguna vez de joven.
Rearden lo miró. No había ironía ni autocompasión en la cara de Francisco; sus planos finamente esculpidos y los claros ojos azules conservaban una serena compostura; era un rostro abierto, que se ofrecía sin vacilar a cualquier golpe.
-¿Por qué quiere hablar de eso? -preguntó Rearden impulsado por un instante de forzada compasión.
-Digamos... por una especie de gratitud, Sr. Rearden.
-¿Gratitud hacia mí?
-Sí, si desea aceptarla.
La voz de Rearden se endureció: -No le he pedido gratitud. No la necesito.
-No he dicho que la necesite, pero de todos a los que esta noche ha refugiado de la tormenta, soy el único que se la ofrecerá.
Tras un momento de silencio, Rearden preguntó en voz baja, con expresión casi amenazadora: -¿Qué se ha propuesto?
-Llamar su atención sobre la naturaleza de aquellos para quienes usted está trabajando.
-Pensar o decir eso es propio de quien no ha realizado en su vida una sola jornada de trabajo sincero. -El desprecio que reflejaba el tono de Rearden tenía cierto

rasgo de desahogo; se había visto desarmado por su duda acerca de la personalidad de su adversario pero ahora volvía a sentirse seguro- No me comprendería si le dijera que quien trabaja está trabajando para sí mismo, aun cuando tenga que cargar con el montón total de miserables como usted junto con él. Ahora adivino lo que usted está pensando: adelante, diga que soy un malvado, un egoísta, un sujeto implacable y cruel. Lo soy. No quiero ni hablar de esa tontería de trabajar para los demás. No pertenezco a esa clase.
Por 1° vez observó en Francisco una reacción; una expresión juvenil y anhelante.
-El único error en cuanto ha dicho -respondió -es aceptar que cualquiera piense que, en efecto, es un malvado.
Durante la pausa incrédula de Rearden, Francisco señaló a la muchedumbre que llenaba el salón.
-¿Por qué está dispuesto a cargar con ellos?
-Porque son un grupo de criaturas miserables, que luchan desesperadamente por conservar la vida, mientras yo... yo ni siquiera me doy cuenta de la carga que estoy soportando.
-¿Y por qué no se lo dice?
-¿Qué?
-Dígales que está trabajando para su propio bienestar y no para el de ellos.
-Lo saben perfectamente.
-¡Oh, sí! Lo saben. Cada uno de ellos está perfectamente enterado, pero no creen que usted lo sepa. Y el propósito de todos sus esfuerzos es impedir que usted se entere.
-¿Por qué he de preocuparme de lo que piensan?
-Porque es una batalla en la que uno debe dejar muy bien sentada su posición.
-¿Una batalla? ¿Qué batalla? Yo tengo el látigo por el mango y no lucho contra los que están desarmados.
-¿De veras? Ellos poseen un arma contra usted. Es la única que tienen, pero de un efecto terrible. Reflexione alguna vez sobre esto.
-¿Dónde ha observado evidencia de que esa arma existe?
-En el hecho inexcusable de que sea tan desdichado como lo es.
Rearden era capaz de aceptar cualquier otra forma de reproche, de ofensa, de condena con que quisieran abrumarlo; pero había una reacción humana que jamás aceptaría: la compasión.
El impacto de una furia fría y violenta lo condujo de nuevo al momento que estaba viviendo. Luchando para no reconocer la clase de emoción que se despertaba en él, preguntó: -¿Qué atrevimiento es éste? ¿Qué motivo tiene para hablarme así?
-Tal vez el de acercarle las palabras para que las tenga cuando las necesite.
-¿Por qué tiene que hablarme de un tema semejante?
-Porque confío en que lo conserve en la memoria.
Rearden se dijo que su enojo provenía del incomprensible hecho de permitirse disfrutar con semejante conversación. Experimentó un leve sentimiento de traición, el atisbo de un peligro desconocido.
-¿Imagina que olvidaré quién es usted? -preguntó, comprendiendo que era precisamente aquello lo que había sucedido.
-No espero que se acuerde de mí en absoluto.

Bajo su ira, la emoción que Rearden no quería admitir permaneció sin manifestarse y fuera de su razón; sólo la percibió como una leve punzada de dolor. Si se hubiera enfrentado a ella, habría sabido que seguía oyendo la voz de Francisco, que ahora decía: "Soy el único capaz de ofrecerle tal cosa... si la quiere aceptar...". Escuchó las palabras, la inflexión extrañamente solemne de aquella voz tranquila y su propia inexplicable respuesta interior, y algo que dentro de sí quería gritar que la aceptaba, que la necesitaba, aun cuando no supiera defínir qué era. Desde luego, no se trataba de gratitud, pero tampoco era eso lo que d'Anconia le estaba ofreciendo.
-Yo no traté de hablar con usted -dijo en voz alta- pero ya que lo ha buscado, va a oírme. Para mí tan sólo existe una forma de depravación humana: carecer de metas.
-Es cierto.
-Puedo perdonar a todos éstos, porque no son viciosos, sino que simplemente están desorientados, pero usted no pertenece a la clase de los que uno puede perdonar.
-Precisamente quería prevenirle contra el pecado del perdón.
-Ha tenido en sus manos todas las posibilidades. ¿Qué hizo de ellas? Si posee inteligencia suficiente como para estar seguro de cuanto ha dicho, ¿por qué ha venido a hablarme? ¿Cómo puede llevar la cara descubierta después de la irresponsable destrucción perpetrada con ese negocio mexicano?
-Está usted en su derecho de condenarme si lo desea.
Dagny se encontraba en un ángulo del salón, junto a la ventana, escuchando toda la conversación. No se habían dado cuenta de su presencia. Al verlos juntos, no había podido resistir el impulso de aproximarse. Era de vital importancia enterarse de lo que hablaban.
Pudo oír las últimas frases. Nunca habría imaginado que Francisco soportara semejante castigo. Era capaz de destruir a cualquier adversario, en cualquier clase de combate, y sin embargo, ahora no presentaba defensa alguna. Por otra parte, no era indiferente; ella conocía suficientemente su rostro para observar el esfuerzo que aquella calma le costaba; pudo notar la débil línea de un músculo que se tensaba en su mejilla.
-De todos aquellos que viven gracias al trabajo ajeno -dijo Rearden -usted es el que merece con más motivo el nombre de parásito.
-Yo le he dado fundamento para pensar así.
-Entonces, ¿qué derecho tiene para hablar del significado de ser hombre? Usted ha traicionado esa noción.
-Lamento haberlo ofendido con lo que puede considerar jactancia.
Francisco se inclinó y se volvió para alejarse. De modo involuntario, sin darse cuenta de que con aquella pregunta negaba su cólera anterior, de que constituía un ruego para detenerlo, Rearden le dijo: -¿Qué quería usted saber para entenderme?
Francisco retrocedió. La expresión de su rostro no había cambiado; mantenía el mismo aire grave, cortés y respetuoso de antes.
-Ya lo he sabido -respondió.
Rearden lo vio alejarse entre los invitados. Las figuras de un camarero que llevaba una bandeja de cristal y del Dr. Pritchett en el momento de inclinarse para tomar

otro canapé ocultaron a Francisco de su campo visual. Rearden miró hacia la oscuridad de afuera, pero tan sólo pudo percibir el viento.
Cuando salió de aquel rincón, Dagny se acercó a él sonriendo con la intención de conversar. Rearden se detuvo, a ella le pareció que con desgano.
Para romper el silencio, preguntó vivamente: -Hank, ¿por qué hay aquí tantos saqueadores intelectuales ansiosos de persuadir a los demás? En mi casa no los recibiría.
No era aquello lo que deseaba decirle, pero en realidad no sabía a ciencia cierta cómo expresarse: hasta entonces jamás se había sentido tan carente de palabras ante él.
Vio cómo sus ojos se entornaban, como una puerta que se cierra -No veo el motivo por el que no hayan de ser invitados a una fiesta -contestó fríamente.
-¡Oh! No pretendía criticar su elección. Pero... verá: he venido intentando no enterarme de cuál de ellos es Bertram Scudder. Si lo identifíco, lo abofetearé. -Intentó adoptar un aire desenvuelto. -No quiero hacer una escena, pero no estoy segura de poder dominarme. Cuando me dijeron que la Sra. Rearden lo había invitado, no me fue fácil creerlo.
-Fui yo quien lo invitó.
-Pero... -Su voz se hizo más tenue al añadir: -¿Por qué?
-No les doy importancia a las fiestas de este tipo.
-Lo siento, Hank. No sabía que fuera usted tan tolerante. Yo no lo soy.
El no contestó.
-Sé que no le gustan las fiestas. Tampoco a mí. Pero a veces me digo... que quizá somos los únicos que deberíamos disfrutar de ellas.
-Creo que es una pena no poseer talento para eso.
-Tal vez. Pero, ¿piensa que alguien está disfrutando de verdad? Lo único que hacen es esforzarse por aparecer más insensatos y desconcertados que de costumbre. Mostrarse ligeros e intrascendentes... yo pienso que sólo quien se siente verdaderamente importante puede verse ligero y vivaz.
-No sé qué responderle.
-Se trata de una idea que con frecuencia me perturba... Se me ocurrió en mi 1° baile... Me dije que las fiestas se dan con el propósito de celebrar algo, y que sólo aquellos que tienen algo que celebrar deberían darlas.
-Nunca he pensado en ello.
Incrédula, Dagny no podía adaptarse a la rígida formalidad de Rearden. En su despacho ambos siempre se habían tratado con naturalidad pero ahora él parecía inmovilizado por una camisa de fuerza.
-Hank, mire estas personas. Si no conociera a nadie en particular, ¿no serían en verdad bellas? Las luces, los vestidos y la imaginación que hizo posible todo esto... -Contemplaba la sala sin darse cuenta de que él no seguía su mirada, sino que estaba apreciando las sombras sobre su brazo desnudo; las suaves y azuladas sombras producidas por la luz al atravesar los mechones de su pelo- ¿Por qué hemos dejado todo en manos de los tontos? Debería ser nuestro...
-¿De qué modo?
-No lo sé... Siempre quise que las fiestas fueran estimulantes y llenas de brillo, como una bebida rara. -Rió con cierta nota de tristeza- Pero tampoco bebo. Se

trata de otro símbolo, que no significa exactamente lo que me había propuesto decir. -El guardó silencio y Dagny añadió: -Quizá se nos esté escapando algo.
-No lo sé.
Fue un momento de repentino y desolado vacío. Dagny se alegró de que él no hubiera comprendido o respondido, por temor de haber revelado demasiado de sí misma, aunque sin saber exactamente qué. Se encogió de hombros y el movimiento recorrió toda la curva de su espalda, como una débil convulsión.
-Se trata de otra vieja ilusión mía -dijo ella con indiferencia- Es sólo un estado de ánimo que me afecta una vez cada año o 2, pero en cuanto vea la última tarifa de precios del acero, me olvidaré de todo.
No se dio cuenta de que los ojos de Rearden la seguían, mientras se alejaba de él.

Caminó lentamente por la sala, sin mirar a nadie hasta que observó a un pequeño grupo reunido ante la chimenea sin encender. La sala no estaba fría, pero aquella gente parecía consolarse con la idea de un fuego inexistente.
-No sé por qué he empezado a temer a la oscuridad. No ahora, por ejemplo, sino cuando estoy sola. Me asusta la noche; la noche como tal.
Quien decía aquellas palabras era una anciana solterona de aire educado y expresión desvaída.
Las 3 mujeres y los 2 hombres que formaban el grupo estaban muy bien vestidos, la piel de sus caras era suave y bien cuidada, pero en ellos prevalecía cierto aire de ansiedad y de cautela que mantenía sus voces un tono más bajo de lo normal y eclipsaba la diferencia de sus edades, confiriéndoles el mismo aspecto gris de seres respetables en cualquier lugar del país. Dagny se detuvo y escuchó.
-Pero, querida -preguntaba uno de ellos-, ¿por qué ha de asustarla?
-No lo sé -respondió la solterona- No es que tema a los ladrones ni nada por el estilo, pero me paso toda la noche despierta y sólo me duermo cuando empieza a amanecer. Es algo muy extraño. Cada anochecer, tengo la sensación de que ha llegado el fin, que no volverá la luz.
-Mi primo, que vive en la costa de Maine, me escribió algo parecido -manifestó otra de las mujeres.
-Anoche -continuó la solterona -no pude descansar a causa de los cañonazos que disparaban en alta mar. No vi fogonazos, ni nada. Tan sólo esas detonaciones a largos intervalos por entre la niebla del Atlántico.
-Leí algo en los periódicos de esta mañana: eran los guardacostas en prácticas de tiro.
-No, no es eso -repuso la solterona indiferente- Todo el mundo sabe de qué se trata. Era Ragnar Danneskjöld, a quien los guardacostas intentan capturar.
-¿Ragnar Danneskjöld en la bahía de Delaware? -jadeó una de las señoras.
-¡Oh, sí! Y dicen que no es la 1° vez.
-¿Lograron atraparlo?
-No.
-Nadie puede con él -declaró uno de los caballeros- La República Popular de Noruega ofreció 1 millón de dólares por su cabeza.
-Es mucho dinero por un pirata.

-¿Cómo esperar que reinen el orden y la seguridad en el mundo, o que se pueda planificar el futuro, mientras un bandido anda suelto por los 7 mares?
-¿Saben de qué se apoderó anoche? -preguntó la solterona- Del enorme barco de suministros de urgencia que enviábamos a la República Popular de Francia.
-¿Y qué hace con la mercadería robada?
-¡Ah...! Nadie lo sabe.
-Una vez conocí a un marinero de un barco que había sido atacado por él y lo había visto en persona. Me dijo que Ragnar Danneskjöld tiene el pelo dorado y el rostro más horrible del mundo, que no refleja sentimiento alguno. Según el marinero, si alguien nació sin corazón, es ese hombre.
-Un sobrino mío vio el barco de Ragnar Danneskjöld una noche, frente a las costas de Escocia. Me escribió que seguía sin poderse convencer. Era un barco mejor que cualquiera de los que pueda tener Gran Bretaña.
-Dicen que se oculta en los fiordos noruegos, donde ni siquiera Dios podría encontrarlo. Allí se escondían los vikingos en la Edad Media.
-También existe una recompensa ofrecida por la República Popular de Portugal, y otra por la República Popular de Turquía.
-Dicen que para Noruega es un escándalo nacional, ya que procede de una de las mejores familias del país que se arruinó hace ya muchas generaciones, pero su apellido sigue siendo de los más nobles. Las ruinas del castillo de sus antepasados aún existen. Su padre es obispo anglicano y lo ha desheredado y excomulgado, pero sin conseguir que cambie.
-¿Sabía que Ragnar Danneskjöld estudió en nuestro país? Sí, así es, en la Universidad Patrick Henry.
-¿Es posible?
-¡Oh, sí! Pueden comprobarlo.
-Lo que más me preocupa es que aparezca en nuestras propias aguas. Este tipo de cosas sólo pueden suceder en parajes desolados, como en Europa, pero que un delincuente opere en Delaware y en plena época actual, me resulta inadmisible.
-También lo han visto frente a Nantucket y en el puerto de la barra. Pero se ha rogado a los periódicos que no hablen de ello.
-¿Por qué?
-Porque no quieren que la gente se entere de que la Marina no puede con él.
-No me gusta. Es una cosa rara. Propia de la Edad Media.
Dagny levantó la mirada y vio que Francisco d'Anconia se en contraba a pocos pasos de distancia, observándola con una especie de viva curiosidad y una expresión burlona en los ojos.
-¡En qué mundo tan extraño vivimos! -exclamó la solterona en voz baja.
-He leído un artículo -intervino una de las Sras.- que decía que los tiempos agitados son buenos, que es beneficioso que la gente se empobrezca, que aceptar las privaciones constituye una virtud moral.
-Supongo que así debe ser -repuso otra, sin convicción.
-No debemos angustiarnos. Escuché decir que resulta inútil preocuparse o culpar a alguien, porque nadie puede evitar sus actos, son los hechos los que nos determinan. No podemos hacer nada para cambiar, debemos aprender a soportar nuestra existencia.

-¿De qué serviría lo contrario? ¿Cuál es el destino del hombre? ¿Acaso no consistió siempre en esperar y no lograr nada? El hombre sabio es el que no intenta tener esperanzas.
-Me parece una actitud muy razonable.
-No lo sé... ya no sé qué es razonable... ¿Cómo podríamos saberlo?
-Desde luego. ¿Quién es John Galt?
Dagny se volvió bruscamente y se alejó. Una de las Sras. la siguió.
-Yo lo sé -le dijo en el tono suave y misterioso de quien comparte un secreto.
-¿Qué sabe?
-Sé quién es John Galt.
-¿Quién es? -preguntó Dagny deteniéndose, presa de repentino interés.
-Conozco a alguien que conoció a John Galt en persona. Un viejo amigo de una tía abuela mía. Estaba allí y lo vio suceder. ¿Conoce la leyenda de la Atlántida, Srta. Taggart?
-¿Qué cosa?
-La Atlántida.
-Pues... un poco.
-Hace miles de años los griegos la llamaron isla de los Benditos. Decían que la Atlántida era un lugar donde espíritus heroicos vivían en una felicidad desconocida para el resto del mundo. Un lugar donde sólo podían ingresar las almas de los héroes que llegaban allí sin morir, porque llevaban consigo el secreto de la vida. La Atlántida estaba fuera del alcance de la humanidad, pero los griegos sabían que había existido y trataron de encontrarla. Algunos afirmaban que se hallaba hundida en el corazón de la Tierra, pero para la mayoría era una isla. Una isla luminosa situada en el Océano Occidental. Quizá se referían a América, pero nunca la encontraron, y durante muchos siglos se sostuvo que era sólo una leyenda imposible de creer. Empero la humanidad nunca dejó de buscar esa isla, porque sabía que se trataba de un objetivo necesario.
-Bien, ¿y ese John Galt...?
-La encontró.
-¿Quién era? -preguntó Dagny, perdido ya todo interés.
-John Galt era un millonario: un hombre de riqueza incalculable. Una noche se encontraba en su yate en medio del Atlántico, luchando contra la peor tormenta que había azotado al planeta, cuando encontró la isla. La vio en las profundidades, donde se había hundido para escapar de la codicia de los hombres. Vio sus torres resplandeciendo en el fondo del mar. Se trata de una visión tan prodigiosa que quien la disfruta ya no desea mirar nada más. John Galt hundió su barco, con toda la tripulación que también quería hacerlo. Mi amigo fue el único sobreviviente.
-¡Qué interesante!
-Mi amigo lo vio con sus propios ojos -continuó la mujer, ofendida- Ocurrió hace años, y la familia de John Galt ocultó la historia.
-¿Y qué ha pasado con su fortuna? No recuerdo haber oído hablar de ella.
-Se hundió con el barco -añadió la dama, agresiva- Pero no es preciso que lo crea, si no quiere.
-La Srta. Taggart no lo cree -dijo Francisco d'Anconia- Pero yo sí.
Las 2 se volvieron hacia él. Las había seguido y ahora las miraba con insolente y exagerada atención.

-¿Ha tenido alguna vez fe en algo, Sr. d'Anconia? -preguntó la dama, colérica.
-No, Sra..
Echó a reír, mientras la dama se retiraba bruscamente. Dagny dijo con frialdad: -No me parece gracioso.
-Esa insensata mujer no sabe que estaba contando la verdad.
-¿Supones que voy a creer esa historia?
-No.
-Entonces, ¿qué encuentras tan divertido?
-¡Oh! Muchas cosas resultan divertidas aquí, ¿no lo crees?
-No.
-Esta es una de ellas, precisamente.
-Francisco, ¿quieres dejarme en paz?
-¿No te has dado cuenta de que fuiste la 1° en hablarme esta noche?
-¿Por qué no dejas de observarme?
-Por curiosidad.
-¿Sobre qué?
-Sobre tu reacción ante cosas que no te parecen graciosas.
-¿Por qué han de preocuparte mis reacciones?
-Es mi manera de divertirme. Y, a propósito, no creo que tú te estés divirtiendo, ¿verdad, Dagny? Por otra parte, eres la única mujer digna de ser observada en esta reunión.
Ella se puso a la defensiva, tal como lo exigía la forma en que la estaba mirando. Se mantuvo tensa y fría, como solía, con la cabeza muy levantada en una pose poco femenina, propia de un ejecutivo. Pero el hombro desnudo dejaba adivinar la fragilidad de su cuerpo bajo el vestido negro, la mostraba como una auténtica mujer. Su fuerza y su orgullo constituían un desafío hacia la fortaleza superior de alguien, pero, al mismo tiempo, su delicadeza recordaba que dicho desafío podía ser quebrantado. No era consciente de ello ni nunca había encontrado a nadie capaz de comprenderlo.
Contemplando su cuerpo, Francisco exclamó: -Dagny, ¡qué desperdicio!
Tuvo que volverse y escapar. Por vez 1° en muchos años, se sonrojó porque había comprendido súbitamente que, con aquella frase, Francisco acababa de expresar lo que ella venía sintiendo durante toda la velada.
Se fue intentando no pensar, pero la detuvo el repentino estruendo de la radio. Mort Liddy, que acababa de sintonizarla, agitó los brazos hacia un grupo de amigos, gritando: -¡Aquí está! ¡Ya lo tengo! ¡Quiero que lo escuchen!
La oleada de sonidos provenía de la obertura del 4° Concierto de Halley. Los acordes evocaban un torturado triunfo en la lucha contra el dolor, un himno a una visión distante. Luego las notas se quebraron, como si alguien les hubiera arrojado barro y piedras, y lo que siguió fue un alegre ritmo sincopado: el Concierto de Halley había sido reemplazado por música popular. La melodía quedaba desgarrada y por los orificios se escapaba un hipo estrepitoso. Aquella gran declaración de gozo no era ahora más que un murmullo de risas de bar. Sin embargo, las inspiradas frases musicales de Halley seguían dando forma a la composición, sosteniéndola como una espina dorsal inconmovible.
-¿Les gusta? -preguntó Mort Liddy sonriendo a sus amigos, jactancioso y excitado- Es bonita, ¿verdad? El mejor tema de película del año. Me dieron un

premio, y además un contrato de largo plazo. Sí, ésta es mi música para "El cielo está en el fondo de tu casa".
Dagny miró hacia la sala, como si un sentido pudiera reemplazar a otro y la vista fuese capaz de anular lo que estaba oyendo. Movió la cabeza en un lento círculo, tratando de encontrar un ancla salvadora. Vio a Francisco reclinado contra una columna, con los brazos cruzados, mirándola fijamente y riendo.
"No tengo que temblar de este modo" -pensó-. "Debo irme de aquí". Notaba la proximidad de una ira incontrolable. "No digas nada" -se ordenó-. "Camina con aplomo. Abandona este lugar."
Había empezado a moverse con precaución, muy lentamente, pero al oír las palabras de Lilian, se detuvo. En el transcurso de la velada, Lilian había repetido las mismas palabras, en respuesta a la misma pregunta, pero era la 1° vez que Dagny las oía.
-¿Esto? -decía, extendiendo el brazo adornado con la pulsera de metal Rearden para que 2 encopetadas damas pudieran examinarla- No, no la he comprado en ningún comercio de baratijas, se trata de un regalo muy especial de mi marido. ¡Oh, sí! Desde luego es muy feo, pero ¿saben?, se supone que tiene un valor inapreciable; claro que la cambiaría sin pensarlo un momento por cualquier joya de diamantes, pero nadie me ofrecerá un trato así aun cuando tenga mucho valor. ¿Por qué? Muy sencillo, queridas. Es lo primero que se ha fabricado con metal Rearden.
Dagny dejó de ver la sala y de oír la música; sólo notaba la presión de una fría calma en sus oídos. Había olvidado los momentos precedentes y no supo nada de los que siguieron. No tenía conciencia de los demás ni de sí misma, ni de Lilian, ni de Rearden, ni tampoco del significado de sus propias acciones. Fue un instante único, fuera de contexto. Había escuchado unas palabras y ahora mirada el brazalete de metal azul verdoso.
Advirtió su propio movimiento al quitarse algo de la muñeca y escuchó su propia voz decir en una clama absoluta, fría como un esqueleto, carente de toda emoción: -Sin no es usted tan cobarde como creo, lo cambiará por esto.
En la palma de la mano ofrecía a Lilian su pulsera de diamantes.
-¿No hablará en serio, Srta. Taggart? -preguntó una voz de mujer.
No era Lilian. Ésta la miraba fijamente, comprendiendo que, en efecto, hablaba en serio.
-Démela -propuso Dagny, levantando un poco la mano en la que resplandecían los diamantes.
-¡Eso es horroroso! -gritó otra mujer.
Y resultó extraño que aquel grito sonara de manera tan clara. Dagny se dio cuenta de que las rodeaban muchas personas y de que todos guardaban silencio. Ahora percibía algún sonido, incluso la música del mutilado Concierto de Halley fluyendo en la distancia.
Vio en la cara de Rearden que algo se había quebrado en su interior aunque no podía imaginar qué. Las miraba a ambas.
La boca de Lilian se movió hasta formar un leve semicírculo ascendente, que pretendía ser una sonrisa. Abrió la cadena de metal, la dejó caer en la mano de Dagny y tomó la pulsera de diamantes.
-Gracias, Srta. Taggart -dijo.

Los dedos de Dagny se cerraron sobre el objeto metálico. Notó su contacto y nada más.
Lilian se volvió. Rearden se había aproximado; tomó el brazatete de diamantes, se lo puso en la muñeca. Luego acercó la mano de su mujer a sus labios y besó el brazalete, sin mirar a Dagny.
Lillian rió, alegre y seductora, con lo que devolvió su tono anterior a la reunión.
-Cuando cambie de idea, puede reclamármelo, Srta. Taggart -dijo.
Pero Dagny se había apartado. Ahora se sentía tranquila y libre. La presión había desaparecido y el deseo de escapar ya no la agobiaba.
Apretó la pulsera. Le gustaba sentir su contacto en la piel. Inexplicablemente, experimentó un toque de vanidad femenina, como nunca le había ocurrido hasta entonces: el deseo de ser vista con esa joya tan especial.
De la distancia le llegaron retazos de voces indignadas: "La cosa más ofensiva que he visto... fue indigno... me alegro de que Lillian aceptara... es muy propio de ella, tirar miles de dólares...".
Durante el resto de la velada, Rearden se mantuvo junto a su esposa, compartiendo su conversación y riendo con sus amigos, súbitamente devoto, atento y solícito.
Atravesaba el salón con una bandeja con bebidas que alguien del grupo de Lillian había pedido -un acto intrascendente, pero que nadie le había visto realizar hasta entonces- cuando Dagny se le acercó, mirándolo como si estuvieran solos en su despacho. Mantenía la cabeza erguida, como una ejecutiva. Él la miró también. Bajo dicha mirada, su cuerpo quedó desnudo desde las puntas de los dedos hasta el rostro, excepto por el brazalete de metal.
-Lo siento, Hank -dijo- Pero tuve que hacerlo.
Los ojos de Rearden seguían inexpresivos. Sin embargo, Dagny intuyó sus sentimientos: le hubiera gustado abofetearla.
-No era necesario -respondió fríamente, y continuó su marcha.

* * *

Era muy tarde cuando Rearden entró en el dormitorio de su esposa. Ella seguía despierta y la luz estaba encendida.
Lillian estaba recostada sobre almohadones del mismo verde pálido que la chaqueta de su pijama de seda, que lucía con la impecable perfección de una modelo: sus pliegues lustrosos daban la sensación de estar envueltos aún en papel celofán. La luz, de un matiz similar al de la flor de manzano, caía sobre la mesa en la que reposaba un libro, junto a su vaso de jugo de frutas y plateados utensilios de toilette, resplandecientes como el acero impecable del instrumental quirúrgico. Sus brazos tenían un tinte de porcelana y en su boca quedaba un leve trazo de pálido lápiz labial; no demostraba cansancio alguno después de la fiesta, ni señal de que su vitalidad se hubiera visto menguada. Aquel dormitorio era una exhibición decorativa, dispuesta para una dama a quien no debía interrumpirse el sueño.
Rearden aún llevaba puesto su traje de etiqueta, pero con la corbata desatada, y un mechón de pelo le caía sobre la cara. Ella lo contempló sin sorpresa, como si supiera lo que la última hora de soledad había provocado en él.

Rearden callaba. Llevaba mucho tiempo sin entrar en aquel cuarto y se quedó de pie, deseando no haberlo hecho.
-¿Acaso has perdido la costumbre de hablar, Henry?
-Si tú lo deseas...
-Me gustaría que uno de tus brillantes técnicos echara un vistazo a nuestra caldera. ¿Sabes que se apagó durante la fiesta y que Simmons tuvo muchas dificultades para hacerla funcionar otra vez?... La Sra. Weston dice que lo mejor de esta casa es la cocina, la entusiasmaron los canapés... Balph Eubank dijo algo muy divertido acerca de ti. Según él, eres un cruzado que lleva como penacho una chimenea de fábrica en vez de una pluma... Me alegro de que no simpatices con Francisco d'Anconia. No lo soporto.
El no se preocupó por explicar su presencia en el cuarto, ni por disimular su sensación de derrota, ni tampoco intentó admitirlo, marchándose. De pronto, empezó a no importarle en absoluto lo que ella adivinara o entendiera. Se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia afuera.
¿Por qué se había casado con él?, pensaba. Era una pregunta que no se le había ocurrido el día de su boda, 8 años atrás, pero desde entonces, en sus momentos de tortuosa soledad, se la había formulado en numerosas ocasiones, aunque sin encontrar respuesta.
No fue un asunto de posición ni de dinero, pues ella venía de una familia que tenía ambas cosas. Su apellido no figuraba entre los más distinguidos, y su fortuna era modesta, pero habían bastado para darle acceso a los más altos círculos de la sociedad neoyorquina, donde él la había conocido. 9 años atrás, Rearden había aparecido en Nueva York como una estrella, envuelto en el halo del éxito de Rearden Steel; un éxito considerado imposible por los expertos de la ciudad. Era precisamente su indiferencia lo que lo hacía más espectacular. No supo que todos esperaban verlo intentar la conquista de un puesto en aquella sociedad, y que se regocijaban de antemano ante la idea de su fracaso, y no tuvo tiempo para observar la decepción de aquellos personajes.
Asistió de mala gana a unos cuantos acontecimientos sociales, a los que fue invitado por quienes le solicitaban un favor. No sabía, pero sí lo supieron los demás, que aquellas cortesías eran interpretadas como condescendencia hacia la gente que había imaginado poder humillarlo. Era la gente según la cual la época de los triunfos espectaculares había terminado.
La austeridad de Lillian fue lo que lo atrajo, o mejor dicho, el contraste entre su austeridad y su conducta. Jamás había sentido cariño por nadie, ni esperaba que lo sintieran hacia él, y quedó cautivado por el espectáculo de una mujer que evidentemente lo perseguía, aunque con un claro desgano, como forzando su voluntad, o como si no le importara que se diese cuenta. Era ella la que había planeado conocerlo y luego lo encaró fríamente. Hablaba poco y tenía un aire misterioso que daba a entender que estaba convencida de que él nunca podría penetrar su orgulloso aislamiento. Al mismo tiempo, hacía gala de un estilo irónico con el que parecía burlarse de su propio deseo y el de él.
Rearden no había conocido a muchas mujeres. Se dirigía a su objetivo, apartando todo lo que no perteneciera al mismo, tanto del mundo como de su persona. Su constante persistencia en el trabajo era algo así como el fuego que utilizaba, que destruía todas las impurezas contenidas en el blanco arroyo de metal fundido. Era

incapaz de preocuparse por cosas secundarias. Pero, en ocasiones, experimentaba un súbito acceso de deseo tan violento, que no podía ser satisfecho por un encuentro casual. A lo largo de los años, se había rendido a ese deseo con mujeres que creyó que le gustaban. Pero luego había experimentado un irritado vacío, porque había anhelado un acto de triunfo, aunque sin saber de qué naturaleza, y la respuesta había sido un poco de placer aceptado con indiferencia por parte de aquellas mujeres, y sabía que lo que se había ganado no tenía significado alguno. En lugar de plenitud, lo invadía una sensación de degradación.

A medida que transcurría el tiempo, fue aborreciendo ese deseo y luchó contra él. Llegó a creer que se trataba de algo puramente físico, no un producto de la conciencia, sino de la materia, y se rebeló contra la idea de que su carne tuviera libertad para escoger y que dicha elección fuera independiente de su razón. Había pasado la vida en minas y fundiciones, dando forma a sus deseos gracias al poder de su cerebro, y consideraba intolerable no poder dominar su propio cuerpo. Luchó con fuerza. Había ganado numerosas batallas contra la materia inanimada, pero ésta la perdió.

Era la dificultad de la conquista lo que lo hacía desear a Lillian. Ella parecía ser la clase de mujer que esperaba y merecía recibir un pedestal, y aquella idea avivaba su interés en llevarla a su cama. La idea de que se trataba de una victoria digna de obtener le proporcionaba un oscuro placer.

No podía comprender la causa -la atribuyó a un ambiguo conflicto interior, la señal de alguna depravación anímica- por lo que sentía también profundo orgullo al pensar que iba a conferir a una mujer el título de esposa. Su sentimiento era solemne y claro, como si pretendiera honrar a una mujer por el acto de hacerla suya. Lillian parecía representar la imagen que él no sabía que deseaba encontrar; vio en ella gracia, orgullo y pureza; lo demás descansaba en él mismo; no se dio cuenta de que contemplaba tan sólo un reflejo.

Recordaba el día en que Lillian llegó desde Nueva York y fue a visitarlo a su despacho, por repentina iniciativa personal, para pedirle que le mostrara las fundiciones. Escuchó su voz suave y contenida, su tono de profunda admiración, cuando le preguntó acerca de su trabajo, mientras contemplaba lo que él le iba mostrando. Miró su graciosa figura, recortándose contra las llamaradas de los hornos, y escuchó el ligero y rápido rumor de sus tacones altos al pisar sobre los desechos, mientras caminaba con seguridad a su lado. La expresión de sus ojos, cuando veía verterse la carga de un horno, reflejaba los sentimientos de Rearden, que de aquel modo se materializaban ante él. Al mirarlo de frente, dicha expresión se intensificaba hasta un grado que la hacía parecer indefensa y muda. Fue durante la cena de aquella noche cuando le propuso matrimonio.

Luego de la ceremonia, tardó algún tiempo en reconocer la tortura que aquella unión representaba. Recordaba la noche en que admitió el martirio y se dijo, con las venas de las muñecas tirantes, mientras, de pie junto a la cama, miraba a Lilian, que merecía ser castigado y que tendría que soportarlo. Lilian no lo miraba, estaba ocupada arreglándose el cabello. “¿Puedo irme a dormir, ahora?”, le preguntó.

Nunca se había opuesto a él, ni nunca se negó a nada; se sometió siempre que quiso a sus deseos, pero como si cumpliera con un deber que la obligaba a

convertirse, de vez en cuando, en objeto inanimado, dispuesto para el uso del marido.
No lo censuraba. Daba por sentado que, a su modo de ver, los hombres tenían instintos repulsivos, que constituían la parte más secreta y desagradable del matrimonio. Era condescendiente y tolerante, y sonreía con una especie de irónico disgusto ante la intensidad de Hank en tales experiencias.
“Es el pasatiempo más indigno que conozco -le dijo en cierta ocasión-, pero en realidad nunca abrigué la ilusión de que el hombre fuera superior a los animales.”
El deseo que sentía por ella se extinguió durante la primera semana de matrimonio. Sólo quedó de él una ineludible necesidad física. Jamás había visitado un prostíbulo, pero a veces pensaba que, si lo hiciera, el aborrecimiento que sentiría hacia sí mismo no sería peor que el que experimentaba al entrar al dormitorio de su mujer.
Con frecuencia la encontraba leyendo un libro. Al verlo, lo dejaba, poniendo un señalador blanco entre las páginas, y más tarde, cuando el caía agotado, con los ojos cerrados, respirando con fuerza, ella volvía a encender la luz, tomaba el libro y continuaba su lectura.
Rearden se decía que se merecía todo eso porque había deseado no volver a tocarla, pero era incapaz de mantener su promesa y se despreciaba por ello. Odiaba su necesidad, carente ya de goce y significado, reducida al simple impulso de poseer el cuerpo de una mujer anónima a la que tenía que olvidar mientras estaba con ella. Llegó a la convicción de que tal necesidad era un sentimiento malvado.
No reprochaba nada a Lilian. Sentía hacia ella un horrible e indiferente respeto. El odio hacia su propio deseo lo había hecho convencerse de que su mujer era pura y, por eso mismo, incapaz de entregarse al placer físico.
En la quieta agonía de aquellos años de su matrimonio existió algo que nunca se permitió considerar a fondo: la probabilidad de serle infiel. Había dado su palabra y la cumplía. No era lealtad hacia Lilian, no era a ella a quien intentaba preservar del deshonor, sino a la persona de su esposa.
Pensaba en ello ahora, de pie ante la ventana. No había deseado entrar en la habitación y estuvo esforzándose por no hacerlo. Resistió más encarnizadamente que nunca, sabiendo la razón particular por la que aquella noche le era imposible evitarlo. Al verla, repentinamente supo que no la tocaría. El motivo que esa noche lo había conducido a esa habitación era, precisamente, el que imposibilitaba su ingreso a ese lugar.
Permaneció tranquilo, libre de deseo, notando el desabrido alivio de su indiferencia hacia aquel aposento, a su cuerpo y a su presencia. Daba la espalda a Lilian para no ser testigo de su brillante y bruñida castidad. Creyó que debería sentir respeto, pero sólo experimentaba asco.
-… el Dr. Pritchett dijo que nuestra cultura está desapareciendo porque las universidades dependen de las limosnas de los industriales carniceros, de los magnates del acero y de los fabricantes de cereales para desayunos -decía ella.
¿Por qué se había casado con él?, pensó. Aquella voz limpia y brillante no sonaba al azar. Lilian sabía muy bien por qué él había entrado, sabía cuáles iban a ser los efectos de verla tomar una bandejita de plata y seguir hablando animadamente,

mientras se pintaba las uñas. Continuó sus comentarios acerca de la fiesta, pero no mencionó a Bertram Scudder ni a Dagny Taggart.
¿Por qué se había empeñado en casarse con él? Notó en cu actitud la presencia de un frío y decidido propósito, pero no supo por qué condenarla. Nunca intentó valerse de él ni le había solicitado nada.
No encontraba satisfacción en el prestigio del poderío industrial que aborrecía; prefería su propio círculo de amigos. No buscaba el dinero, ya que gastaba muy poco, y era indiferente a la clase de lujos que él le hubiera podido costear. No tenía derecho a acusarla, pero tampoco a quebrantar su vínculo de unión. Dentro de su matrimonio, era una mujer honorable, que nada material pedía de él.
Se volvió hacia ella fatigado.
-La próxima vez que des una fiesta -le dijo- limítate a tu propio círculo. No invites a quienes crees que son amigos míos. No tengo deseo alguno de encontrarlos en mi casa.
Echó a reír, asombrada y complacida.
-No te culpo, querido -dijo.
Hank abandonó la habitación sin añadir palabra.
¿Qué deseaba de él? ¿Qué perseguía?, pensó Rearden. Pero ni en todo el universo hubiera podido encontrar la respuesta.

CAPÍTULO VII - EXPLOTADORES Y EXPLOTADOS

Los rieles subían entre peñascos hacia las altas torres de extracción. Desde el puente, Dagny contemplaba la colina donde un trozo de metal brillaba al sol como una antorcha blanca encendida en la nieve, sobre las instalaciones de la compañía petrolífera Wyatt Oil.
Pensó que para la primavera la vía se encontraría con la línea que llegaba desde Cheyenne. Siguió con la mirada los trazos paralelos, azul verdosos, que descendían de las torres, cruzaban el puente y se alejaban. Volvió la cabeza para seguir su curso, bajo kilómetros de aire puro donde iban formando amplias curvas en las laderas de las montañas hasta el final del nuevo trazado; allí una locomotora grúa, semejante a un brazo conformado por huesos y nervios, se movía tensamente contra el cielo.
Un tractor cargado con tornillos del mismo azul verdoso pasó muy cerca. El sonido de los taladros llegaba con un constante estremecimiento desde abajo, donde hombres colgados de cables metálicos cortaban la dura piedra de las paredes del cañón, para reforzar los empalmes del puente. A lo lejos, en la vía, un grupo de obreros, empuñando con fuerza sus herramientas mecánicas, aseguraban los durmientes.
"Músculos, Srta. Taggart" -le había dicho Ben Nealy, el contratista- "Músculos, es todo lo que se necesita para construir cualquier cosa en el mundo."
No parecía existir un contratista del nivel de McNamara, pero había tomado al mejor que pudo encontrar. No podía confiar en ningún ingeniero de la firma

Taggart para que supervisara la tarea, porque ellos no confiaban en el nuevo metal.
"Sinceramente, Srta. Taggart" -le había dicho el jefe de Ingeniería- "como se trata de un experimento que nadie ha llevado a la práctica hasta ahora, no me parece justo cargar con semejante responsabilidad."
"La responsabilidad es mía", le había contestado Dagny.
Era un hombre de 40 y tantos años, que aún conservaba los modales joviales y espontáneos de la universidad. En otros tiempos, Taggart Transcontinental había tenido un jefe de Ingeniería callado, de cabello gris, alto, educado, sin rival en ninguna compañía ferroviaria. Pero había presentado su renuncia 5 años atrás.
Miró hacia el puente, desde aquella elegante pasarela de metal, tendida sobre una garganta de casi 500 m. abierta en la montaña. Abajo, en el fondo, pudo distinguir los débiles contornos de un río seco, con peñascos y árboles contorsionados por el paso de los siglos. Se preguntó si los peñascos, los troncos y los músculos serían capaces de hacer ese puente. Se preguntó por qué, repentinamente, estaba pensando en que los hombres de las cavernas habían vivido desnudos en el fondo de aquel barranco.
Miró los campos petrolíferos de Wyatt Oil: la vía se dividía en varios ramales entre los pozos, y los pequeños discos de las señales resaltaban sobre el blanco de la nieve. Eran conmutadores metálicos, casi iguales a los millares que había diseminados, inadvertidos, por todo el país; la diferencia era que éstos despedían luces azul verdosas bajo el sol. Para ella significaban horas y horas de hablar tranquila, pacientemente, tratando de acertar el blanco sin centro que era la persona de Mowen, presidente de Amalgamated Switch and Signal Company, Inc., de Connecticut.
-¡Pero, Srta. Taggart; querida Srta. Taggart! Mi compañía lleva sirviendo a la suya desde hace varias generaciones. Su abuelo fue el 1° cliente del mío. No puede usted dudar de nuestro deseo de servirla en cuanto quiera. Pero... ¿me ha dicho palancas fabricadas con metal Rearden?
-Así es.
-Pero, Srta. Taggart, considere lo que significaría tener que trabajar con dicho material. ¿Sabe que ese metal no se funde a menos de 4.000 grados?... Dice que es excelente. Quizá lo sea para fabricantes de motores, pero supongo que requiere crear un nuevo tipo de horno y nuevos procesos de fabricación. Habrá que entrenar hombres, modificar horarios, cambiar disposiciones de trabajo... adaptarlo todo, y sólo Dios sabe si servirá o no... ¿Cómo está tan segura, Srta. Taggart? ¿Cómo puede saberlo si nunca antes se ha hecho?... No, la verdad es que no puedo decir que se trate de un buen o un mal producto; no soy capaz de discernir si es un invento genial o un fraude, como aseguran muchos. Y son muchos en verdad, Srta. Taggart... No afirmo que sea de un modo o de otro pero, ¿quién soy yo para aceptar la responsabilidad de semejante tarea?
Dagny había doblado el monto de su oferta y Rearden había enviado a 2 especialistas para enseñar, mostrar y explicar cada paso del proceso a la gente de Mowen, a la que pagaba sus salarios mientras la entrenaba.
Los pernos que sujetaban los rieles a sus pies le recordaron aquella noche en que se enterara de que Summit Casting de Illinois, única compañía dispuesta a fabricarlos con metal Rearden, había quebrado, con la mitad de su pedido sin

entregar. Había viajado hasta Chicago y literalmente sacado de la cama a 3 abogados, 1 juez y 1 legislador estatal; había sobornado a 2 de ellos y amenazado a los demás hasta obtener un documento que significaba el permiso urgente de una acción que hasta entonces nadie se había atrevido a encarar. Hizo abrir las puertas cerradas con candado de la fábrica Summit Casting y al amanecer la muchedumbre de obreros a medio vestir formó una masa gris ante los hornos. Dichos obreros siguieron trabajando bajo el mando de un ingeniero de Taggart y de un metalúrgico de Rearden. De este modo, la reconstrucción de la línea Río Norte no se había interrumpido.
Oyó el trepidar de los taladros y recordó cuando se había tenido que suspender la colocación de los soportes del puente.
-No pude evitarlo, Srta. Taggart -le había dicho Ben Nealy molesto- Usted sabe muy bien cómo se desgastan los cabezales de los taladros; había pedido nuevos, pero Incorporated Tool tuvo dificultades que están fuera de su control. Associated Steel retrasó su entrega de acero y no tenemos más remedio que esperar. De nada serviría disgustarse, Srta. Taggart. Estoy haciendo lo posible.
-Lo he contratado para que realice una tarea, no para que haga simplemente lo posible.
-Eso no es muy bueno que digamos. Su actitud no es amistosa, Srta. Taggart. No lo es en absoluto.
-Olvídese de Incorporated Tool, olvídese del acero. Haga fabricar taladros con metal Rearden.
-No lo haré. Ya me ha dado bastantes dolores de cabeza ese maldito material para fabricar sus rieles. No pienso arruinar mis equipos.
-Un taladro de metal Rearden durará 3 veces más que uno de acero corriente.
-Tal vez.
-Le ordeno que haga un pedido.
-¿Y quién lo pagará?
-Yo.
-¿Y quién encontrará a alguien que los fabrique?
Dagny había telefoneado a Rearden; él había encontrado un taller de equipamiento abandonado desde hacía bastante tiempo. Luego de una hora de negociación, se lo había adquirido a los parientes de su último dueño, y un día después empezaba a funcionar de nuevo. Transcurrida una semana, los taladros de metal Rearden habían sido ya entregados en Colorado.
El puente era una mala solución al problema, pero había tenido que aceptarla. Los 400 m. de acero, tendidos a través de la negra cañada y construidos en los tiempos en que era director el hijo de Nat Taggart, habían ido perdiendo su seguridad, y habían sido remendados con travesaños de acero, después de hierro y posteriormente de madera, que no podían considerarse dignos de la menor confianza. Había pensado tender otro puente de metal Rearden, y había pedido al jefe de Ingeniería que le preparase un proyecto y un presupuesto. El boceto que presentó era el de un puente de acero, pero mal proporcionado dada la superior fortaleza del nuevo metal, y su elevado costo hacía imposible construirlo.
-Le ruego me perdone, Srta. Taggart -había dicho el ingeniero algo irritado- No sé lo que pretende decirme cuando asegura que no utilicé el potencial del metal. Este

diseño es una adaptación de los mejores puentes conocidos. ¿Qué otra cosa podía hacer?
-Un nuevo método de construcción.
-¿A qué se refiere con eso de un nuevo método?
-Significa que cuando apareció el acero estructural, no se utilizó para copiar puentes de madera. -Y añadió con expresión cansada:- ¡Dígame cuánto necesitamos para que el viejo puente dure otros 5 años!
-De acuerdo, Srta. Taggart. Si se lo reforzara con acero...
-Lo reforzaremos con metal Rearden.
-Como usted diga, Srta. Taggart -había aceptado el otro, fríamente.
Dagny contempló las montañas cubiertas de nieve. En Nueva York su trabajo resultaba duro a veces. Había tenido sus momentos en blanco, en medio de su oficina, paralizada de desesperación ante la rigidez del tiempo que le era imposible estirar. Algunos días las entrevistas urgentes se sucedían una a otra, cuando era preciso discutir sobre motores Diesel desgastados, sobre vagones de carga medio deshechos, sobre sistemas de señales que funcionaban mal, o sobre caídas en los ingresos, y todo sin perder nunca de vista las últimas contrariedades en la construcción de la línea Río Norte. Hablaba sin apartar nunca de su imaginación aquellos 2 trazos de metal azul verdoso que parecían obsesionarla. Interrumpía las discusiones porque, de repente, cierta noticia la había perturbado y llamaba a larga distancia para comunicarse con el contratista y decirle: "¿De dónde proceden los víveres para sus hombres?... Eso pensé. Barton y Jones, de Denver, quebró ayer. Es preciso encontrar otro proveedor de inmediato si no quiere que se mueran de hambre". Había estado construyendo la línea desde su despacho en Nueva York y todo le había parecido muy difícil, pero ahora podía contemplar cómo las vías se iban alargando progresivamente. Quedarían terminadas en la fecha prevista.
Se volvió al oír fuertes y rápidas pisadas. Un hombre se acercaba por la vía. Era alto y joven, llevaba descubierta la cabeza, mostrando su pelo negro, bajo el aire frío, y vestía chaqueta de cuero, pero no parecía un trabajador corriente, pues su actitud era demasiado segura y llena de aplomo. No pudo reconocer su cara hasta que estuvo más cerca. Era Ellis Wyatt, a quien no había vuelto a ver desde aquella entrevista en su despacho.
Se acercó, se detuvo y la miró sonriendo.
-Hola, Dagny -dijo.
En una repentina oleada de emoción, ella comprendió todo cuanto intentaba expresar con aquellas 2 palabras: eran un saludo que transmitía perdón, comprensión y reconocimiento.
Se echó a reír como una niña, feliz porque las cosas anduvieran tan bien.
-Hola -le respondió, tendiéndole la mano.
La de él la retuvo unos instantes más de lo requerido por la simple cortesía. El apretón equivalía a una firma estampada en un documento con el que ambos estuvieran de acuerdo.
-Dígale a Nealy que levante nuevas vallas de contención para la nieve a 2.5 km. sobre el paso Granada -le indicó- Las que hay están podridas y no resistirán otra tormenta. Mándele un quitanieves nuevo porque el que tiene es pura chatarra que

no sería capaz de despejar el patio de una casa, y en cualquier momento volverán las tormentas.
Ella lo contempló un momento.
-¿Siempre hace esto? -le preguntó.
-¿A qué se refiere?
-A vigilar personalmente el trabajo.
-De vez en cuando. Cuando tengo tiempo. ¿Por qué lo pregunta?
-¿Estaba usted aquí la noche en que se produjo el desprendimiento de rocas?
-Sí.
-Me sorprendió la rapidez y perfección con que se limpió la vía. Al recibir el informe, empecé a pensar que Nealy era mejor contratista de lo que yo creía.
-Pues, no es así.
-¿Fue usted quien organizó el sistema de transporte diario de suministros por la vía?
-Desde luego, sus hombres solían perder la mitad del tiempo buscando alimento. Dígale que vigile los tanques de agua, en cualquier noche de éstas se le van a congelar; procure conseguirle una nueva excavadora, no me gusta la que tiene. Y no pierda de vista su sistema de transmisiones.
-Gracias por todo, Ellis -dijo ella.
El sonrió y continuó su camino. Dagny lo estuvo mirando mientras atravesaba el puente e iniciaba la subida en dirección a sus pozos de petróleo.
-Se cree el dueño de todo esto, ¿no?
Se dio vuelta sobresaltada. Ben Nealy se aproximaba a ella, señalando a Ellis Wyatt con el pulgar.
-¿Y qué es "todo esto"?
-El ferrocarril, Srta. Taggart. Su ferrocarril. O quizá el mundo entero. Eso es Io que él piensa.
Ben Nealy era un hombre corpulento, de cara blanda y tristona, ojos inexpresivos y obstinados. Bajo la claridad azulada de la nieve, su piel adoptaba el color de la mantequilla.
-¿Qué diablos hace rondando por aquí? -preguntó- ¿Cree que nadie entiende esto más que él? Un jactancioso. ¿Quién se habrá creído que es?
-¡No diga tonterías! -replicó Dagny sin levantar la voz. Nealy no podía saber qué la había impulsado a pronunciar aquellas palabras, pero debió de haber intuido algo, porque, para sorpresa de Dagny, no parecieron sobresaltarlo. N i siquiera respondió.
-Vayamos a su oficina -propuso ella con aire cansado, señalando un viejo vagón que se destacaba en la distancia- Lleve a alguien que pueda tomar notas.
-Ahora bien, Srta. Taggart, con respecto a esos durmientes -dijo Nealy apresuradamente- el Sr. Coleman, de su oficina, los ha aprobado. No mencionó nada de que la madera esté gastada. No comprendo por qué usted...
-He dicho que hay que cambiarlos.
Cuando salió del vagón, exhausta por 2 hs. de esforzarse en ser paciente, de instruir y de explicar, vio un automóvil detenido en el polvoriento camino. Era una cupé negra, resplandeciente y nueva. Un coche así resultaba llamativo en aquellos tiempos, porque no se los veía con frecuencia.

Miró a su alrededor y suspiró al distinguir la alta figura detenida de pie en el puente. Era Hank Rearden. No esperaba encontrárselo en Colorado. Parecía absorto en sus cálculos, con lápiz y libreta en mano. Su ropa le llamó la atención igual que el coche, por idénticos motivos: llevaba una sencilla gabardina y un sombrero con el ala caída, pero de tal calidad, tan evidentemente caros, que se veían ostentosos entre las toscas vestimentas de quienes pululaban por allí, y más todavía porque los lucía con naturalidad.
Dagny se encontró corriendo hacia él, libre de todo cansancio. Luego recordó que no lo había visto desde la fiesta, y se detuvo.
Al verla, él agitó la mano en complacido saludo, y se acercó sonriendo a su encuentro.
-Hola -dijo Rearden- ¿Es su 1° viaje a este lugar?
-No, el 5° en 3 meses.
-No sabía, nadie me lo había dicho.
-Siempre creí que acabaría por decidirse.
-¿Decidirme a qué?
-A venir. Es su metal. ¿Qué le parece?
El miró a su alrededor.
-Si alguna vez abandona el negocio de los trenes, avíseme.
-¿Me daría un empleo?
-Cuando lo desee.
Lo contempló un instante.
-Usted está bromeando, Hank. En el fondo, le gustaría verme pedírselo y tenerme por empleada en vez de cliente, darme órdenes y que yo le obedeciera.
-Sí, me gustaría.
Con el gesto endurecido, Dagny le advirtió: -Le recomiendo que no abandone nunca el negocio del acero, porque no podría prometerle un trabajo en mis ferrocarriles.
-No lo intente -repuso él, riendo.
-Intentar ¿qué?
-Ganar una batalla cuando soy yo quien pone las condiciones.
Dagny no contestó, asombrada ante lo que aquellas palabras le hacían sentir. No era emoción, sino una sensación de placer físico que no podía identificar ni comprender.
-A propósito -continuó él- Este no es mi 1° viaje aquí. Estuve ayer.
-¿De veras? ¿Por qué?
-¡Oh! Vine a Colorado para asuntos particulares y quise echar una mirada.
-¿Qué se propone?
-¿Qué le hace pensar que me propongo algo?
-No perdería el tiempo en llegar hasta aquí para dar un vistazo. Y menos 2 veces.
Rearden rió de nuevo.
-En efecto -concedió. Y señalando el puente añadió: -Vengo por eso.
-¿Por eso?
-Ese puente deberían convertirlo en chatarra.
-¿Cree que no lo sé?
-He visto su pedido de metal Rearden para reforzarlo y es tirar el dinero. La diferencia entre lo que piensa gastar en una reparación que durará un par de

años, y el precio de un nuevo puente con metal Rearden, es relativamente tan pequeña que no comprendo por qué se ha empeñado en conservar esta pieza de museo.
-Pensé en un nuevo puente con metal Rearden, y pedí a mis ingenieros que me presentaran un presupuesto.
-¿Y qué le han dicho?
-Qué costaría 2 millones de dólares.
-¡Por Dios!
-¿Y usted qué opina?
-800.000.
Lo contempló convencida de que no había hablado sin reflexionar. Intentando aparentar calma, preguntó: -¿Cómo piensa hacerlo?
-Así.
Le mostró su libreta de apuntes; cuando Dagny vio las desarticuladas anotaciones, cifras y toscos diseños que la llenaban, comprendió su plan antes de que él terminara de explicarlo. No se dio cuenta de que se habían sentado sobre una pila de tablas congeladas y que sus piernas recibían el frío a través de las delgadas medias. Estaban inclinados sobre unos trazos en un papel que quizá harían posible el paso de miles de toneladas a través de un espacio vacío. Su voz sonaba clara y aguda, mientras explicaba los detalles sobre las fuerzas, tracciones, cargas y pesos. El puente constaría de un solo tramo de 400 m.. Había ideado una nueva clase de armazón, no fabricada hasta entonces, e imposible de obtener excepto con uniones que tuvieran la resistencia y la liviandad del metal Rearden.
-Hank -preguntó Dagny- ¿Inventó todo eso en 2 días?
-No ¡por Dios! Lo inventé mucho antes de fabricar el metal Rearden. Lo planeé cuando producía acero para puentes. Siempre quise un metal con el cual lograrlo, aparte de otras cosas, y he venido sólo para mirar su problema con mis propios ojos.
Él se rió por lo bajo cuando ella, todavía con un gesto amargo en los labios, posó las manos en sus párpados, como si intentara erradicar las cosas contra las que venía librando tan agotadora y desesperanzada lucha.
-Es sólo un bosquejo aproximado -explicó él-, pero creo que basta para que usted entienda de qué se trata.
-Me es imposible expresar todo lo que veo en él, Hank.
-No se preocupe. Lo sé.
-Está salvando a Taggart Transcontinental por 2° vez.
-Solía ser más suspicaz.
-¿Qué quiere decir?
-¿Qué diablos me importa salvar a Taggart Transcontinental? ¿No se da cuenta de que quiero tener un puente de metal Rearden, para mostrar a todo el país?
-Sí, Hank, lo sé.
-Hay demasiada gente quejándose de que los rieles de metal Rearden no son seguros. Quiero darles algo de qué preocuparse verdaderamente. Hagamos un puente de metal Rearden.
Dagny echó a reír.
-¿A qué viene eso? -preguntó él.

-Hank, no conozco a nadie, a nadie en todo el mundo, capaz de una respuesta semejante en tales circunstancias... excepto usted.
-¿Y qué hay de usted? ¿Se atrevería a hacer realidad esa respuesta y enfrentarse a ese clamor?
-Sabe muy bien que sí.
-En efecto, lo sabía.
La miró, entornando los ojos; no se reía como ella, pero sus pupilas expresaban idéntico regocijo.
Dagny recordó súbitamente su último encuentro en la fiesta. Aquello le pareció increíble. La facilidad con que hablaron, el extraño y etéreo sentimiento que incluía la noción de que sólo los 2 podían disfrutar con algo así, hacía imposible todo sentimiento de hostilidad.
Sin embargo, para ella, la fiesta había sido una realidad; él, en cambio, actuaba como si no hubiera existido.
Caminaron hasta el borde del cañón y contemplaron la oscura pendiente y las rocas que se levantaban en el lado contrario, mientras el sol brillaba muy alto. Dagny enfrentaba el viento que movía su abrigo contra sus piernas, con los pies algo separados sobre las piedras heladas. Podía notar el pecho de Hank detrás de su hombro.
-Hank, ¿cree que podremos construirlo en el plazo previsto? Sólo nos quedan 6 meses.
-Desde luego. Tenga en cuenta que llevará menos tiempo y trabajo que ningún otro tipo de puente. Mis ingenieros pueden trazar el proyecto básico y mostrárselo sin ninguna obligación de su parte. Examínelo y decida por sí misma si quiere o no realizarlo, pero estoy seguro de que lo hará. Luego puede dejar que sus muchachos definan los detalles.
-¿Y qué hay del metal?
-Lo haré fundir aun cuando tenga que suspender todos los demás pedidos.
-¿Lo producirá en tan poco tiempo?
-¿Acaso he demorado algún encargo suyo?
-No, pero tal como están las cosas, quizá no consiga cumplir su compromiso.
-¿Con quién cree que habla?... ¿Con Orren Boyle?
Dagny rió.
-De acuerdo, hágame llegar esos dibujos tan pronto pueda. Les echaré un vistazo y le daré mi respuesta en 48 hs.. En cuanto a los muchachos... -se interrumpió frunciendo el ceño- ...Hank, ¿por qué es tan difícil hoy día encontrar buenos colaboradores?
-No lo sé.
Contempló la línea de las montañas dibujadas sobre el cielo. Desde un valle distante, se levantaba una ligera columna de humo.
-¿Vio las nuevas ciudades y fábricas de Colorado? -preguntó Rearden.
-Sí.
-Es una obra admirable, ¿verdad? Asombra ver la clase de hombres procedentes de todos los rincones del país que se encuentran allí. Todos jóvenes que empezaron modestamente y ahora están moviendo montañas.
-¿Qué montaña ha decidido mover usted?
-¿Por qué?

-¿Qué está haciendo en Colorado?
-Mirando un predio minero -repuso sonriendo.
-¿De qué clase?
-Cobre.
-¡Cielos! ¿Es que no tiene suficiente trabajo?
-Sé que es una tarea complicada, pero el suministro de cobre se está haciendo poco confiable. No parece quedar en el país ni una sola compañía digna de crédito, y no quiero tratos con D'Anconia Copper. No me gusta ese Don Juan.
-No lo culpo -expresó Dagny mirando hacia otro lado.
-Entonces, si no quedan personas competentes, tendré que extraer mi propio cobre, como hago con el hierro. No puedo exponerme a interrupciones por errores o faltantes. Necesito mucho cobre para mi metal.
-¿Compró esa mina?
-Aún no, antes tengo que solucionar ciertos problemas: conseguir hombres, equipos y transportes.
-¡Oh!... -exclamó ella echándose a reír- ¿Va a hablarme de construir una línea férrea?
-Podría ser. No hay límites para las posibilidades de este Estado. ¿Sabe usted que tienen toda clase de recursos naturales sin explotar? Fíjese, además, cómo crecen las fábricas. Cuando vengo aquí, me siento 10 años más joven.
-Pues, yo no -dijo Dagny mirando hacia el este, más allá de las montañas- Pienso en el contraste que ofrece con el resto del sistema Taggart. Cada año hay menos cargas que transportar y menos tonelaje, es como si... Hank, ¿qué le ocurre al país?
-No lo sé.
-No hago más que pensar en lo que nos contaban en la escuela acerca de que el sol pierde energía y se vuelve más frío cada año. Me pregunto cómo serán los últimos días del mundo. Quizá... como esto: un frío creciente y una paralización total.
-Nunca creí esas historias. Imagino que para cuando el sol quede exhausto, los hombres habrán encontrado un sustituto.
-¿De veras? ¡Qué curioso! Yo también pensé lo mismo -Hank señaló la columna del humo.
-He ahí el nuevo amanecer. Eso será lo que alimente al resto.
-Si algo no lo detiene.
-¿Cree que puede ser detenido?
-No -respondió ella, mirando los rieles a sus pies.
Él sonrió, mirando también los rieles. Luego sus ojos siguieron la vía por la ladera de las montañas hacia la distante grúa. Dos cosas aparecieron como únicas en el campo visual de Dagny: el perfil de Hank, y la larga línea azul verdosa que serpenteaba en el espacio.
-Lo logramos, ¿verdad? -preguntó él.
Aquel momento era todo lo que ella anhelaba como pago a sus esfuerzos, a sus noches de insomnio y a su silenciosa resistencia contra la desesperanza.
-Sí, lo hemos conseguido.
Dagny Taggart miró a un costado y vio una vieja grúa cuyos cables estaban gastados y tenían que ser reemplazados. Vivía esa gran claridad de estar más allá

de toda emoción, luego de la recompensa de sentir cuanto es posible. El triunfo de ambos -pensó-, el momento de haber reconocido juntos sus sueños comunes, era la mayor intimidad que podían compartir. Ahora, quedaba libre para pensar en las cosas sencillas y corrientes, la mayoría simples preocupaciones cotidianas, porque nada podía carecer de sentido para ella...
Se preguntó por qué tenía la seguridad de que él estaba experimentando lo mismo. Hank se dio vuelta bruscamente y se dirigió a su coche. Lo siguió.
-Tengo que partir hacia el este dentro de 1 hora -anunció él.
-¿De dónde sacó eso? -preguntó Dagny señalando el vehículo.
-De aquí. Es un Hammond. La Hammond de Colorado es la única que sigue fabricando buenos coches. Lo acabo de comprar en este viaje.
-Excelente elección.
-En efecto.
-¿Volverá conduciendo a Nueva York?
-No, lo haré transportar, tengo mi avión aquí cerca.
-¡Oh! ¿De veras? Yo vine en automóvil desde Cheyenne. Quería examinar la línea, pero ahora querría volver cuanto antes. ¿Me lleva con usted?
Él no contestó de inmediato. Ella advirtió el momento vacío de una pausa.
-Lo siento -dijo finalmente y ella se preguntó si había imaginado la nota de brusquedad en su voz- No voy directo a Nueva York, 1° paso por Minnesota.
-Entonces trataré de encontrar un avión de línea, si es que consigo billete para hoy mismo.
El Hammnod se perdió por la serpenteante carretera. Una hora después, Dagny llegaba al aeropuerto. Era pequeño y estaba al pie de una hendidura en la desolada cadena de montañas. Sobre la dura y accidentada tierra se veían manchas de nieve; el poste de una baliza fija se levantaba a un costado, arrastrando los cables por el suelo, y los otros postes habían sido derribados por una tormenta.
Un solitario empleado salió a su encuentro.
-No, Srta. Taggart -informó- No hay aviones hasta pasado mañana. Hay uno solo transcontinental cada 2 días, y el que debía llegar hoy hizo un aterrizaje forzoso en Arizona. Defectos del motor, como de costumbre. -Y añadió: -Es una lástima que no haya llegado un poco antes, el Sr. Rearden acaba de partir hacia Nueva York en su avión particular.
-Pero no iba a Nueva York, ¿o sí?
-Oh, sí. Al menos eso dijo.
-¿Está seguro?
-Dijo que tenía una cita allí esta noche.
Dagny miró el cielo, hacia el este, con la mirada vacía, sin moverse. No tenía el menor indicio de la razón que podía haber impulsado a Rearden a actuar así; nada que le sirviera de fundamento para irritarse ni para comprenderlo.

* * *

-¡Maldito tránsito! -exclamó James Taggart- ¡Vamos a llegar tarde!
Dagny miró hacia delante, más allá de la espalda del chofer. A través del semicírculo marcado por el limpiaparabrisas sobre el cristal veteado de nieve, vio

los techos negros, desgastados y resplandecientes de otros muchos coches que formaban una línea inmóvil. Más allá, el resplandor rojo de una baliza marcaba el lugar donde se estaba haciendo alguna excavación.
-Siempre tienen que estar arreglando las calles -dijo Taggart, enojado- ¿Por qué no terminarán con ellas de una vez?
Dagny se reclinó en el asiento ajustándose el chal. Estaba exhausta al final de una jornada iniciada a las 7 de la mañana, en el escritorio de su oficina, e interrumpida para correr hacia su casa y cambiarse, porque había prometido a Jim hablar en la cena del Consejo de Negocios de Nueva York. "Quieren que les demos una conferencia acerca del metal Rearden" -le había dicho Jim- "Y tú puedes hacerlo mucho mejor que yo. Es de gran importancia que presentemos un buen trabajo. ¡Hay mucha controversia sobre ese tema!"
Sentada junto a él en el coche, lamentó haber aceptado. Miraba las calles de Nueva York pensando en la carrera entre el metal y el tiempo; entre los rieles de la línea Río Norte, y el implacable paso de los días. La irritaba la quietud, sobre todo por perder una noche cuando no podía darse el lujo de malgastar ni una hora.
-Con todos los ataques que está sufriendo Rearden en estos días, creo que podría necesitar algunos amigos -opinó Taggart. Ella lo miró sorprendida.
-¿Has decidido apoyarlo?
No contestó de inmediato, sino que formuló otra pregunta con voz incolora: -¿Qué piensas de ese informe del Comité Especial del Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas?
-Ya sabes mi opinión.
-Aseguran que el metal Rearden constituye una amenaza para la seguridad pública y que su composición química es defectuosa, que se re quebraja, que se descompone molecularmente, y que se partirá de repente sin previo aviso. -Se detuvo como implorando una respuesta, pero ella no pronunció palabra y Jim preguntó ansiosamente: -No has cambiado de opinión, ¿verdad?
-¿Acerca de qué?
-De ese metal.
-No, Jim, no he cambiado de opinión.
-Sin embargo, son expertos... los integrantes de ese Comité... Son grandes expertos... directores de metalurgia de las corporaciones más importantes, con títulos obtenidos en las universidades de todo el país... -manifestó con expresión de tristeza, como si le suplicara que lo hiciera dudar con respecto a esos hombres y a su veredicto.
Ella lo miró perpleja; ese comportamiento no era natural en él.
El coche avanzó dando tumbos lentamente por un desvío y dejó atrás la barrera de tablones que rodeaba el agujero excavado para arreglar una tubería. Miró la pila de caños nuevos, y su marca: Stockton Foundry, de Colorado. Desvió la vista, pues hubiera preferido no recordar Colorado.
-No puedo comprenderlo -seguía Taggart, abatido- Los mejores expertos del Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas...
-¿Quién es el presidente de ese Consejo, Jim? Orren Boyle, ¿verdad?
Taggart no se volvió hacia ella, pero su boca se entreabrió súbitamente.
-Si ese gordinflón cree que... -pero se detuvo sin terminar la frase.

Dagny miró el farol de la esquina, un globo de cristal muy bien afirmado, a salvo de tormentas, que iluminaba como un guardián solitario las ventanas vacías y las agrietadas aceras. En un extremo de la calle, del otro lado del río, se dibujaba sobre el resplandor de una fábrica el diluido contorno de una estación generadora, pero un camión se interpuso en su visión. Era de la clase de los que aprovisionaban instalaciones como aquella: un camión tanque, pintado de verde y con la leyenda "Wyatt Oil, Colorado" en letras blancas.
-Dagny, ¿has oído algo acerca del debate en la reunión de calculistas de estructuras edilicias, en Detroit?
-No. ¿De qué se trata?
-La noticia estaba en todos los periódicos. Discutieron si deben o no ser autorizados a trabajar con metal Rearden. No llegaron a una decisión, pero aquello fue suficiente para que el contratista que iba a arriesgarse con dicho metal cancelara su pedido inmediatamente. ¿Qué ocurriría si... si todo el mundo hiciera lo mismo?
-Déjalos.
Un punto luminoso subía en línea recta hacia el extremo superior invisible de una torre. Era el ascensor de un gran hotel. El automóvil pasó frente al callejón lateral del edificio, donde unos hombres estaban trasladando una pesada pieza desde un camión al sótano. Sobre el embalaje pudo ver el nombre: Nielsen Motors, Colorado.
-No me gusta la resolución adoptada por la Convención de Docentes de Nuevo México -dijo Taggart.
-¿Qué resolución es esa?
-Decidieron que los niños no deberían viajar en la nueva línea Río Norte de Taggart Transcontinental por considerarla insegura... Insistieron de manera específica en los trenes de Taggart Transcontinental. Apareció en todos los diarios, es muy mala publicidad para nosotros... Dagny ¿qué podemos hacer para contrarrestarla?
-Viajar los 2 en el primer tren de la nueva línea Río Norte.
El guardó silencio durante un largo rato. Tenía un aspecto extrañamente derrotado que Dagny no podía comprender; no se deleitaba con el perjuicio ajeno ni utilizaba contra ella las opiniones de sus personajes favoritos; parecía estar mendigando un poco de seguridad y de confianza.
Un coche los pasó velozmente; Dagny tuvo la breve noción de su carrocería resplandeciente que se movía con suavidad y firmeza. Comprendió enseguida que se trataba de un Hammond de Colorado.
-Dagny, ¿vamos a... vamos a tener terminada esa línea a tiempo? -Era extraño escuchar en su voz una nota semejante al miedo instintivo e irracional de un animal.
-¡Qué Dios proteja a esta ciudad si no lo conseguimos! -respondió Dagny.
El coche dobló una esquina. Sobre las negras azoteas, la página del calendario, herida por la blanca claridad de un reflector, anunciaba: "29 de enero".
-¡Dan Conway es un sinvergüenza!
Jim pronunció aquellas palabras de repente, como si no pudiera contenerlas por más tiempo.
Ella lo miró asombrada.

-¿Por qué? -quiso saber.
-Se negó a vendernos los rieles de Colorado, pertenecientes a la Phoenix-Durango.
-¿No habrás...? -Tuvo que detenerse pero luego añadió dominando su voz para no gritar: -¿Has hablado con él acerca de ese asunto?
-¡Claro que sí!
-¿No habrás pretendido... que te los vendiera?
-¿Por qué no? -respondió él, recuperando su actitud belicosa e inquieta- Le ofrecí una fortuna. No hubiéramos tenido que hacer ningún gasto para desmontar los rieles y volverlos a montar, ya que podrían usarse así como están. Por otra parte, hubiera sido muy buena publicidad declarar que abandonábamos nuestros proyectos de usar el metal Rearden por deferencia hacia la opinión pública. Habría valido cada centavo como si se hubiera invertido en beneficencia, pero ese hijo de perra se negó; de hecho, declaró que no vendería ni un solo metro de riel a Taggart Transcontinental, y ahora lo vende en lote, perdiendo dinero, a cualquier desgraciado que se lo pida; a ferrocarriles de 2° clase de Arkansas o Dakota del Norte, incluso a precios más bajos de los que yo le había ofrecido, ¡el muy hijo de perra! ¡Ni siquiera se preocupa por obtener beneficios! ¡Deberías ver a esos buitres que vuelan a su alrededor! Saben muy bien que nunca hubieran tenido la posibilidad de conseguir rieles en semejantes condiciones.
Ella permanecía con la cabeza gacha, sin poder soportar la presencia de su hermano.
-Todo eso está en contra de las reglas de la Disposición Anti-perjuicio Propio -continuó irritado- Creí que el propósito de la Alianza Nacional de Ferrocarriles era el de proteger los sistemas fundamentales y no esas arenas movedizas de Dakota del Norte, pero no puedo lograr que la Alianza vote sobre esta cuestión, porque todos están allí, compitiendo como locos con sus ofertas para comprar esos rieles.
Lentamente, como si deseara ponerse guantes para manejar sus palabras de un modo más delicado, Dagny dijo: -Ahora comprendo por qué quieres que defienda al metal Rearden.
-No sé a qué...
-¡Cállate, Jim! -le ordenó con calma.
El obedeció durante un momento, luego levantó la cabeza y gruñó desafiante: -Más vale que hoy defiendas a ese metal Rearden, porque de lo contrario, Bertram Scudder podrá ponerse muy sarcástico.
-¿Bertram Scudder?
-Sí, va a ser uno de los oradores de esta noche.
-¿Uno de...? No me habías dicho que iba a haber otros disertantes.
-Verás... yo... Pero ¿qué importa? No tendrás miedo, ¿verdad?
-Se trata del Consejo de Comercio de Nueva York... ¿Y has invitado a Bertram Scudder?
-¿Por qué no? ¿No te parece un sujeto listo? En verdad no guarda rencor hacia los empresarios: aceptó gustoso. Debemos ser abiertos, escuchar a todo el mundo y tal vez lograr persuadirlo... Bien, ¿qué te has quedado mirando? ¿Podrás derrotarlo, o no?
-¿Derrotarlo?

-Sí, en el aire. Los discursos van a ser transmitidos por radio. Debatirás con él la pregunta: "¿Es el metal Rearden un producto peligroso, basado sólo en el egoísmo?"
Dagny se inclinó hacia delante, corrió el cristal de separación y ordenó al chofer: "¡Deténgase!". Ya no escuchaba las palabras de su hermano, tan sólo tuvo la oscura noción de que elevaba la voz hasta convertirla en un grito.
-¡Te están esperando!... ¡500 invitados a la cena y una transmisión nacional!... No puedes hacerme esto. -La tomó del brazo- ¿Pero, por qué?
-¡Maldito estúpido! ¿Crees que considero que esa pregunta es debatible?
El automóvil se detuvo; Dagny salió y se alejó corriendo.
Al cabo de un rato, notó que caminaba lentamente, sintiendo el frío del cemento bajo las delgadas suelas de sus sandalias de seda negra. Se echó el cabello hacia atrás, apartándolo de la frente, y al hacerlo, un poco de aguanieve se derritió en la palma de su mano.
Había recuperado la tranquilidad. La cegadora cólera de unos minutos antes ya no existía; no sentía más que un gris y aturdido cansancio. Le dolía un poco la cabeza; comprendió que tenía hambre y recordó que no había comido porque estaba invitada a cenar en el Consejo de Comercio. Siguió caminando, diciéndose que tomaría un café en cualquier lugar, y volvería a su casa en taxi.
Miró a su alrededor. No había ningún vehículo a la vista y no conocía ese barrio de mal aspecto. Vio un espacio vacío, al otro lado de la calle; era un parque abandonado circundado por la línea quebrada de unos rascacielos distantes que al acercarse se transformaban en fábricas deterioradas. Llegó a ver luces en las ventanas de las precarias casas y algunos negocios mugrientos de aspecto mísero que ya estaban cerrados. La niebla del East River se espesaba a 2 manzanas de distancia.
Empezó a caminar hacia el centro de la ciudad. La negra sombra de unas ruinas surgió ante ella. Mucho tiempo atrás, aquello había sido un edificio de oficinas; podía verse el cielo entre el desnudo esqueleto de acero y los restos de ladrillos. A su sombra, igual que una mata de hierba forcejeando por vivir a los pies de un gigante muerto, vio un pequeño restaurante cuya ventana formaba una brillante mancha de luz. Entró.
Había un limpio mostrador bordeado de metal cromado, y una cafetera resplandeciente. El agradable olor del café flotaba en todo el lugar y algunos parroquianos estaban sentados al mostrador. Un hombre corpulento, entrado en años, de aspecto tosco, con la camisa blanca arremangada hasta los codos, atendía a la clientela. El ambiente cálido del local le hizo recordar, agradecida, que afuera hacía mucho frío. Se acomodó la capa de terciopelo negro y se sentó al mostrador.
-Una taza de café, por favor -pidió.
Los hombres la miraron sin curiosidad. Nada sorprendía en esos tiempos, ni siquiera una mujer vestida de gala en aquel sitio. El dueño se volvió, indiferente, para servirle. Había en su indiferencia impasible esa clase de amabilidad de quien no hace preguntas ni cuestiona.
Dagny no hubiera podido decir si los 4 individuos que estaban en la barra eran mendigos o trabajadores, no había diferencia alguna en la ropa ni en los modales.

El dueño le sirvió la taza de café, y ella la rodeó con ambas manos, gozando con su calor.
Miró a su alrededor y pensó, con su forma habitual de calcular, en lo maravilloso que era poder comprar tanto con 10 centavos. Sus ojos se trasladaron del cilindro de acero inoxidable de la máquina de café a la parrilla de hierro fundido, a los vasos en los estantes, al fregadero esmaltado, a las cuchillas de cromo de una batidora. El dueño estaba tostando pan. Le gustó el ingenio de aquella cinta transportadora que se movía lentamente, llevando las rebanadas por entre las resistencias eléctricas. Después vio la marca estampada en la tostadora: "Marsh, Colorado".
Dejó caer la cabeza sobre el brazo.
-Es inútil, Sra. -le dijo el viejo vagabundo que estaba a su lado.
Dagny se incorporó. Sonrió, a aquel hombre y para sí. -¿Lo es? -preguntó.
-Sí. Olvídelo, sólo se engaña a sí misma.
-¿Sobre qué?
-Sobre algo que no significa nada. Todo es polvo, Sra.; polvo y sangre. No crea en los sueños con que le llenan la cabeza, y no saldrá lastimada.
-¿Qué sueños?
-Esas historias que le cuentan a uno cuando es joven acerca del espíritu humano. No existe dicho espíritu. El hombre no es más que un animal y de los más bajos. Carece de inteligencia y de alma, virtudes y valores morales. Un animal con sólo 2 habilidades: comer y reproducirse.
Su cara flaca, de mirada fija y facciones que en otros tiempos fueron delicadas, conservaba trazas de distinción. Parecía un evangelista, o un profesor de estética que hubiera pasado largos años en oscuros museos. Se preguntó qué lo había destruido, qué error en su camino había podido llevarlo a esto.
-Uno va por la vida en busca de hermosura, de grandeza, de algún propósito sublime -continuó- Y ¿con qué se encuentra? Maquinaria para fabricar tapizados de coches, o colchones de resortes.
-¿Qué tienen de malo los colchones de resortes? -preguntó un hombre con aspecto de camionero- No le haga caso, Sra.. Le gusta oírse a sí mismo, es inofensivo.
-El único talento del hombre se basa en su innoble sagacidad para satisfacer las necesidades de su cuerpo -continuó el vagabundo- Para eso no se necesita inteligencia. No crea las historias acerca de la mente humana, del espíritu, de los ideales o su sentido de inconmensurable ambición.
-Yo no las creo -dijo un joven sentado al extremo del mostrador. Llevaba una chaqueta con un hombro descosido, y en su boca rectilínea se hallaban impresas las amarguras de toda una vida.
-¿Espíritu? -continuó el viejo vagabundo- No hay espíritu alguno involucrado en fabricar objetos o tener sexo. Sin embargo, ésos son los únicos objetivos del ser humano. Sólo le preocupa la materia, como queda de manifiesto en nuestras grandes industrias, único logro de la llamada "civilización", levantadas por vulgares materialistas con el objetivo, las preocupaciones y la moral propios de un cerdo. No se necesita moral alguna para construir un camión de 10 tn. en una línea de montaje.
-¿Qué es la moral? -preguntó Dagny.

-El juicio para distinguir entre el bien y el mal; la visión que nos permite percibir la verdad, el valor para actuar en consecuencia, la abnegación hacia el bien y la integridad para conservarse bondadoso a cualquier precio. Pero, ¿dónde se la encuentra?

El joven emitió un sonido que expresaba entre burla y desdén.
-¿Quién es John Galt'?
Dagny bebió el café, gozando como si el líquido caliente reanimara las arterias de su cuerpo.
-Yo les puedo contestar -dijo un hombrecito arrugado, con el sombrero calado hasta los ojos- Yo lo sé.
Pero nadie le prestó atención. El joven contemplaba a Dagny con una especie de firme y decidida intensidad.
-Usted no tiene miedo -le dijo de repente. Una declaración fuera de lugar con una voz brusca y sin vida, en la que vibraba cierta nota de asombro.
Ella lo miró.
-No -dijo- No lo tengo.
-Yo sé quién es John Galt -continuó el menesteroso- Se trata de un secreto, pero yo lo sé.
-¿Quién es? -preguntó Dagny sin interés.
-Un explorador -repuso el viejo- El más grande explorador que jamás haya existido. El hombre que descubrió la fuente de la juventud.
-Déme otro. Negro -dijo el mendigo, empujando su taza hacia el cantinero.
-John Galt pasó años y años buscándola. Cruzó océanos y desiertos, y se metió en minas abandonadas, muchos metros bajo tierra. Pero la encontró en la cima de una montaña. Tardó 10 años en subir. Se rompió todos los huesos y desgastó la piel de sus manos. Perdió su casa, su nombre y su amor, pero la escaló y una vez arriba, encontró la fuente de la juventud, y quiso ofrecerla a los hombres, pero no volvió a bajar.
-¿Por qué? -preguntó Dagny.
-Porque se dio cuenta de que no podía llevarla consigo.

* * *

El hombre sentado frente al escritorio de Rearden tenía unas facciones tan desvaídas y unos modales tan desprovistos de relieve, que era imposible formarse una imagen específica de su rostro o de los rasgos salientes de su personalidad. Su única seña destacada era una nariz redondeada, quizá un poco grande respecto del resto. Sus modales eran sumisos, aunque con cierto toque de insensatez o quizá de amenaza deliberadamente furtiva, que no trataba de ocultar. Rearden no podía comprender el propósito de esa visita. Se trataba del Dr. Potter, titular de cierto cargo indefinible en el Instituto Científico del Estado.
-¿Qué desea? -preguntó Rearden por 3° vez.
-Quiero que considere el aspecto social de la cuestión, Sr. Rearden -dijo el otro suavemente- Tenga en cuenta que en la época en que vivimos, nuestra economía no está preparada.
-¿Para qué?

-Nuestra economía se encuentra en un equilibrio extremadamente precario. Tenemos que aunar nuestros esfuerzos para salvar-la del colapso.
-Bueno, ¿y qué desea que yo haga?
-He aquí los puntos que me han pedido que someta a su consideración. Soy miembro del Instituto Científico del Estado, Sr. Rearden.
-Ya lo ha dicho. Ahora bien, ¿para qué deseaba verme?
-El Instituto Científico del Estado no tiene una opinión muy favorable del metal Rearden.
-También lo ha dicho.
-¿No es un factor que usted debería considerar?
-No.
La luz iba disminuyendo en los amplios ventanales del despacho, pues los días se hacían más cortos. Rearden observó la sombra irregular de la nariz de aquel hombre proyectada sobre su mejilla y sus pálidas pupilas fijas, con expresión vaga, pero un propósito que parecía bien definido.
-El Instituto Científico del Estado cuenta con los mejores cerebros del país, Sr. Rearden.
-Así dicen.
-¿No pretenderá oponer sus propios criterios a los de ellos?
-Sí.
El hombre miró a Rearden como pidiendo ayuda; como si su interlocutor hubiese quebrantado un código no escrito, según el cual debía haber comprendido ciertas cosas mucho antes. Pero Rearden no le ofrecía ningún auxilio.
-¿Eso es todo lo que quería saber? -preguntó.
-Es sólo una cuestión momentánea, Sr. Rearden -dijo el otro con aire conciliador- Un lapso para darle a nuestra economía una posibilidad de estabilizarse. Si esperase usted un par de años...
Rearden se rió por lo bajo, entre desdeñoso y divertido.
-¿Eso es lo que usted está intentando? ¿Obligarme a retirar del mercado el metal Rearden? ¿Por qué?
-Sólo por unos años, Sr. Rearden. Hasta que...
-Escuche -dijo Rearden- Ahora soy yo quien va a formularle una pregunta: ¿acaso sus científicos han decidido que el metal Rearden no es exactamente lo que yo digo?
-No hemos llegado a tanto.
-¿Declaran que no es de buena calidad?
-Lo único digno de considerarse es el impacto social de todo producto nuevo. Pensamos en el país en general; nos preocupa el bienestar público y la terrible crisis actual que...
-¿El metal Rearden es bueno, o no?
-Si consideramos el tema desde el punto de vista del alarmante crecimiento del desempleo que actualmente...
-Le repito: ¿el metal Rearden es bueno? ¿Sí o no?
-En una época de desabastecimiento de acero, no podemos permitir la expansión de una compañía que produzca tanto, porque podría arruinar a otras más modestas, creando así un desequilibrio económico que...
-¿Quiere o no quiere contestar mi pregunta?

El otro se encogió de hombros.
-Las cuestiones de valor son relativas -dijo- Si el metal Rearden es malo, constituirá un peligro para los usuarios. Si es bueno, de todos modos encarna un peligro social.
-Si tiene algo que decir acerca del peligro que pueda representar el metal Rearden, dígalo y termine de una vez. Pero hágalo rápido, yo no hablo su mismo idioma.
-Las cuestiones relacionadas con el bienestar social...
-Olvídese de ellas.
El visitante hizo un gesto de perplejidad, como si de repente le hubiera faltado el suelo bajo los pies. Al cabo de un momento, preguntó intranquilo: -¿Qué le interesa más?
-El mercado.
-¿Qué quiere decir con eso?
-Que existe un mercado para el metal Rearden y que pienso aprovecharlo al máximo.
-¿Ese asunto del mercado no será una cosa hasta cierto punto hipotética? La reacción del público ante su metal no fue demasiado alentadora. Excepto el pedido de Taggart Transcontinental, no ha conseguido usted ningún otro de importancia...
-Bueno, entonces, si cree que el público no va a aceptar mi metal con entusiasmo, ¿cuál es su temor?
-Si el público no lo acepta, sufrirá usted una grave pérdida, Sr. Rearden.
-Ese es mi problema, no el de ustedes.
-En cambio, si adopta una actitud más cooperadora y accede a esperar unos años...
-¿Por qué habría de esperar?
-Creo haber dejado en claro que el Instituto Científico del Estado no aprueba la aparición del metal Rearden en la industria metalúrgica actual.
-¿Y a mí qué mierda me importa eso?
El otro suspiró.
-Es usted un hombre difícil, Sr. Rearden.
El grávido cielo del atardecer se hacía más pesado, como si se condensara contra los cristales de las ventanas. La figura del visitante se disolvía hasta convertirse en una masa informe entre los planos del mobiliario.
-Le concedí esta entrevista -dijo Rearden- porque me dijo que deseaba hablar de algo de extrema importancia. Si esto es todo cuanto tiene que decirme, sírvase usted disculparme por favor, porque estoy muy ocupado.
El otro se volvió a sentar.
-Tengo entendido que ha pasado usted 10 años investigando ese metal -dijo- ¿Cuánto dinero le ha costado?
Rearden levantó la mirada; no podía comprender el sesgo que tomaba la conversación, pero aun así, pudo apreciar cierto tono resuelto en la voz de aquel hombre, que se había endurecido de improviso.
-Un millón y medio de dólares -respondió.
-¿Cuánto aceptaría a cambio?
Rearden tuvo que hacer una pausa porque no podía creer lo que estaba oyendo.

-¿En concepto de qué? -preguntó en voz baja.
-Por la cesión total de los derechos sobre el metal Rearden.
-Creo que es mejor que se marche.
-No hay motivo para que reaccione así, usted es un empresario y le estoy haciendo una propuesta. Ponga el precio.
-Los derechos sobre el metal Rearden no están en venta.
-Me encuentro facultado para hablar de grandes sumas. Es dinero del gobierno.
Rearden permaneció sentado, sin moverse, con los músculos de las mejillas tensos. Su mirada era indiferente, pero en ella se pintaba una leve y mórbida curiosidad.
-Usted es un empresario, Sr. Rearden, y ésta es una oferta que no puede ignorar. Por una parte, está luchando contra grandes obstáculos y creando una opinión desfavorable entre el público; tiene muchas probabilidades de perder hasta el último centavo que puso en este asunto. Por otro lado, podemos sacarle el riesgo y la responsabilidad que ahora lo abruman, con un beneficio impresionante e inmediato, mucho mayor de lo que podría esperar por la venta de ese metal en los próximos 20 años.
-Ese instituto es un organismo científico, no mercantil -objetó Rearden- ¿Qué los asusta tanto?
-Está utilizando palabras innecesarias y ofensivas, Sr. Rearden. Quisiera sugerirle que mantuviéramos el diálogo dentro de un plano amistoso. Este es un asunto serio.
-Empiezo a darme cuenta.
-Le ofrezco un cheque en blanco sobre lo que, como usted apreciará, es una cuenta con disponibilidad ilimitada. ¿Qué más puede desear? Ponga usted mismo un precio.
-La venta de los derechos del metal Rearden no está en discusión. Si tiene algo más que decir, dígalo y márchese.
El visitante se reclinó de nuevo en su asiento, miró incrédulo a Rearden y preguntó: -¿Qué intenta hacer?
-¿Quién? ¿Yo? ¿A qué se refiere?
-Tiene negocios para ganar dinero, ¿no es cierto?
-Sí.
-Y su propósito es conseguir los mayores beneficios posibles, ¿verdad?
-Así es.
-Entonces, ¿por qué opta por pelear años y años, obteniendo sus beneficios centavo a centavo, por cada tonelada de metal que venda, en lugar de recibir una fortuna sin hacer el menor esfuerzo? ¿Por qué?
-Porque ese metal es mío. ¿Comprende usted esa palabra?
El otro suspiró y se puso de pie. -Confío en que no vaya a tener motivos para lamentar su decisión, Sr. Rearden. -Su expresión sugería lo contrario.
-Buenas tardes -dijo Rearden.
-Debo advertirle que el Instituto Científico del Estado puede publicar una declaración oficial en la que condene su metal.
-Está en su derecho.
-Y que dicha declaración hará las cosas todavía más difíciles para usted.
-No lo dudo.

-En cuanto a las consecuencias futuras... -se encogió de hombros- no es buen momento para que la gente se niegue a cooperar. En esta época se necesitan amigos, y usted no es un hombre muy estimado, Sr. Rearden.
-¿Qué me quiere decir?
-Lo comprende usted perfectamente.
-Para nada.
-La sociedad es una estructura compleja. ¡Hay tantas cuestiones que esperan decisión pendiendo de un hilo...! Nunca podemos asegurar cuándo una de ellas será resuelta ni cuál será el factor que altere ese delicado equilibrio. ¿Me explico claramente?
-No.
El rojo resplandor del metal fundido teñía el crepúsculo. Una claridad anaranjada como oro viejo iluminó la pared tras la mesa de Rearden, y se movió luego lentamente por su cara, en la que se pintaba una inconmovible serenidad.
-El Instituto Científico del Estado es una organización gubernamental, Sr. Rearden. Hay proyectos de ley pendientes de aprobación en la Legislatura que pueden sancionarse en cualquier momento. En nuestros días, los empresarios son particularmente vulnerables. Estoy seguro de que usted me comprende.
Rearden se puso de pie sonriente, sin rastro de tensión.
-No, Dr. Potter -dijo- No lo entiendo. Si lo entendiera, tendría que matarlo.
El visitante se dirigió a la puerta, se detuvo y miró a Rearden de un modo que, por un instante, expresó sólo simple curiosidad. Rearden permanecía inmóvil contra el rojo resplandor de la pared; tenía un aire absolutamente natural y las manos en los bolsillos.
-¿Podría decirme... aquí entre nosotros y tan sólo por simple curiosidad personal, por qué obra de esta manera? -preguntó Potter.
-Voy a decírselo -repuso Rearden con calma- Pero no lo entenderá. La razón es, sencillamente, que el metal Rearden es bueno.

* * *

Dagny no comprendía los motivos de Mowen. Amalgamated Switch and Signal Company acababa de anunciar repentinamente que no estaba en condiciones de completar su pedido. No había sucedido nada en particular, ni era posible encontrar la causa de semejante negativa, ni la empresa ofrecía explicación alguna.
Fue a Connecticut para ver a Mowen en persona, pero la entrevista no tuvo más resultado que generar un mayor peso y mayor desconcierto en su mente. Mowen declaró que no estaba dispuesto a fabricar más palancas ni agujas con el metal Rearden. Y como única explicación añadió evitando su mirada: "A demasiada gente no le gusta".
-¿Qué no gusta? ¿El metal Rearden o que usted haga las piezas?
-Ambas cosas... Y no quiero problemas.
-¿Qué clase de problemas?
-De ningún tipo.
-¿Ha comprobado que algo de lo dicho contra el metal Rearden fuera cierto?

-¿Quién sabe lo que es cierto?... La resolución del Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas expresa...
-Escúcheme: ha trabajado toda la vida con metales y durante los últimos 4 meses utilizó el metal Rearden. ¿No se da cuenta de que es el mejor producto que haya podido imaginar? -El no contestó- ¿No se da cuenta? -Mowen miró hacia otro lado- ¿No ve que es cierto?
-¡Diablos, Srta. Taggart! Soy empresario, un modesto empresario, y lo único que quiero es ganar dinero.
-¿Cómo cree que se logra eso?
Pero comprendió que era inútil. Mirando la cara de Mowen y sus ojos evasivos, experimentó la misma sensación que cierta vez cuando se hallaba en un paraje solitario junto a una vía; una tormenta había cortado las comunicaciones al derribar los cables telegráficos e, igual que ahora, las palabras se convirtieron en sonidos que nada transmitían.
Se dijo que era inútil discutir con gente que no rechazaba ni aceptaba argumentos. De regreso a Nueva York, sentada en el tren, agotada, llegó a la conclusión de que, al fin y al cabo, Mowen importaba poco; que ya nada importaba excepto encontrar otra empresa dispuesta a usar el material. Se agolpaba en su mente una lista de nombres, y se preguntaba cuál sería más fácil de convencer o, tal vez, de sobornar.
En cuanto entró en la antesala de su oficina, se dio cuenta de que algo había ocurrido, pues había una calma muy poco natural y los rostros de los empleados se volvieron hacia ella, como si hubieran esperado, anhelado y temido que llegara.
Eddie Willers se puso de pie y avanzó hacia la puerta de su despacho, seguro de que comprendería y lo seguiría. Dagny había visto su cara. Cualquier cosa que fuese, deseó que no lo hubiera lastimado tanto.
-El Instituto Científico del Estado -dijo él con calma, una vez solos en el despacho- publicó una declaración para advertir al público contra el uso del metal Rearden. Lo han dicho por radio -añadió- y está en los periódicos de la tarde.
-¿Qué dice la declaración en concreto?
-Nada... Ninguna afirmación clara, pero hay una amenaza flotando en el aire y eso es lo que me parece sencillamente monstruoso.
Sus esfuerzos se concentraban en mantener la voz tranquila, pero no podía dominar las palabras que salían a impulsos de una indignación nacida de la incredulidad y del asombro, como un niño que grita ante su 1° encuentro con el mal.
-¿Qué dijeron, Eddie?
-Pues... será mejor que lo leas. -Señaló el periódico que había dejado sobre su escritorio- No aseguran que el metal Rearden sea malo ni peligroso. Lo que hacen es...
Extendió las manos y enseguida las dejó caer, con aire resignado. Dagny comprendió de qué se trataba, cuando leyó las frases: "Puede ser que, luego de una etapa de uso a gran escala cuya duración no puede predecirse, aparezca una repentina fisura..." "No debe descartarse totalmente la posibilidad de una reacción molecular desconocida por ahora..." "Aunque la resistencia de ese metal es perfectamente demostrable, no pueden evitarse ciertas dudas respecto de su resultado bajo presiones poco corrientes..." "Aun cuando no existe evidencia que

apoye la resolución de prohibir el uso de ese metal, resultaría sumamente aconsejable un estudio adicional sobre sus propiedades..."
-No podemos luchar contra esto. No hay respuesta posible -decía Eddie con lentitud- No podemos solicitar una rectificación, exhibir nuestras pruebas, ni demostrarles nada. Esas frases no los comprometen, no dicen una palabra que pueda ser refutada, y ponerlos en un aprieto desde un punto de vista profesional. Podría esperarse de un cobarde, un anormal o un chantajista. ¡Pero, Dagny! ¡Se trata del Instituto Científico del Estado!
Ella asintió en silencio. Permanecía de pie, con la mirada fija en un punto ubicado más allá de la ventana. Al final de una calle oscura, las lámparas de un anuncio luminoso se encendían y se apagaban en una sucesión de guiños maliciosos.
Eddie juntó fuerzas y dijo en el tono de quien repite un informe militar: -Las acciones Taggart se han hundido. Ben Nealy se fue. La Hermandad Nacional de Obreros Ferroviarios prohibió a sus miembros trabajar en la línea Río Norte. Jim dejó la ciudad.
Dagny se quitó el abrigo y el sombrero, atravesó la habitación, y lenta, muy lentamente, se sentó a su escritorio.
Vio ante ella un gran sobre de papel madera, con el membrete de Rearden Steel.
-Llegó por mensajero especial en cuanto te fuiste -dijo Eddie. Dagny puso la mano encima del sobre, pero no lo abrió. Sabía de qué se trataba: era el proyecto del puente.
Al cabo de un rato, preguntó: -¿Quién es el autor de esa declaración?
Eddie esbozó una sonrisa breve y amarga. Sacudiendo la cabeza, respondió: -No lo sé con certeza. Llamé por teléfono al Instituto, y me dijeron que procede de la oficina del Dr. Floyd Ferris, el coordinador. -Dagny no pronunció palabra- Pero aún hay más. El Dr. Stadler, director del Instituto, o mejor dicho, la personificación del Instituto, está al tando de todo esto. Lo ha permitido. Se ha hecho en su nombre… El Dr. Robert Stadler…. ¿Recuerdas cuando estábamos en la Universidad… cómo solíamos hablar acerca de los grandes personajes del mundo… de uno de los principales? -Se detuvo- Lo siento Dagny. Se que de nada sirve todos esto. Sólo…
Dagny seguía sentada, con la mano encima del sobre.
-Dagny -preguntó Eddie en voz baja- ¿Qué le pasa a la gente? ¿Por qué tiene éxito una solicitada como ésta? Se trata de algo tan evidentemente calumnioso y ruin, que las personas decentes deberían rechazarlo indignadas. Sin embargo -su voz se veló con una cólera contenida, pero desesperada y rebelde-, la han aceptado. ¿Cómo es posible? ¿Acaso no ven? ¿No piensan? ¡Dagny! ¿Qué le ocurre a la gente que actúa así y cómo es posible que vivamos en un entorno como éste?
-Tranquilo, Eddie -respondió ella- Quédate tranquilo. No te preocupes.

* * *

El edificio del Instituto Científico del Estado se levantaba junto a un río de New Hampshire, sobre una loma solitaria, a mitad de camino entre el agua y el cielo. Visto a la distancia parecía un monumento construido en medio de una selva virgen. Los árboles estaban cuidadosamente distribuidos y los caminos se extendían como en un parque. En un valle a pocos kilómetros de distancia, se

podían ver los tejados de una pequeña ciudad, pero nada malograba la solitaria austeridad del edificio.
El mármol blanco de las paredes le otorgaba una grandeza clásica: la composición de sus masas regulares le confería la limpieza y hermosura de una fábrica moderna. Era una estructura inspirada. Desde el otro lado del río, la gente la miraba con cierta reverencia, imaginando que era el monumento de un hombre cuyo carácter poseía la misma nobleza que aquellas líneas arquitectónicas. Sobre la puerta había esculpida una dedicatoria: “A una mente sin temor. A la verdad inviolable”. En un corredor tranquilo y desnudo, una placa de bronce similar a las de docenas de otras puertas proclamaba: “Dr. Robert Stadler”.
A los 27 años, el Dr. Stadler había escrito un tratado sobre los rayos cósmicos, que había demolido muchas teorías sustentadas por científicos anteriores. Los modernos tropezaban con sus ideas en cualquier investigación que realizaran. A los 30 fue reconocido como el físico más ilustre de su tiempo, y a los 32 fue nombrado director del Departamento de Física de la Universidad Patrick Henry, cuando dicha gran institución todavía merecía su gloria. Un escritor había dicho del Dr. Stadler; “Entre los fenómenos del universo sometidos a su investigación, quizá ninguno es tan milagroso como su propio cerebro". Fue el Dr. Robert Stadler quien en cierta ocasión corrigió a un estudiante en los siguientes términos: "¿Investigación científica libre? El 2° adjetivo es redundante".
A los 40 años, el Dr. Robert Stadler había dirigido a la nación un discurso en el que sostenía la necesidad de fundar un Instituto Científico del Estado. "La ciencia ha de verse libre de la influencia del dólar", declaró. El asunto llevaba bastante tiempo en debate; un oscuro grupo de investigadores venía trabajando en silencio para que el proyecto de ley progresara en su largo camino hacia la aprobación en el Congreso; existía vacilación entre el público y también dudas e intranquilidad, que nadie era capaz de precisar. Pero el nombre del Dr. Robert Stadler actuó sobre el país de un modo tan decisivo como los rayos cósmicos estudiados por él, y todas las barreras se derrumbaron. La nación levantó aquel edificio de mármol blanco como tributo a uno de sus hombres más ilustres.
El despacho del Dr. Stadler en el Instituto era muy pequeño, parecido al del contador de una modesta empresa. Había en él un escritorio barato de deslucido roble amarillo, un archivo, 2 sillas y al frente la pared desnuda. Sentada en una de ellas, Dagny se dijo que aquel lugar tenía un aire ostentoso y elegante: ostentoso porque parecía planeado para sugerir que su ocupante poseía suficiente grandeza como para permitirse aquella modestia; elegante, porque en realidad no hacía falta nada más.
Ya se había encontrado con el Dr. Stadler en unos cuantos banquetes celebrados por grandes industriales o ingenieros en ocasión de alguna causa más o menos solemne. Había asistido a tales actos tan a desgano como él, y notado que al doctor le gustaba su conversación. "Srta. Taggart" -le dijo cierta vez-, "nunca confío en encontrarme con un ser inteligente. El hecho de tropezarme aquí con uno, representa para mí un alivio sorprendente." Dagny había ido a su despacho recordando aquella frase. Se sentó, mirándolo como lo haría un científico, sin dar por descontado nada, eliminando toda emoción, buscando sólo observar y comprender.

-Srta. Taggart -empezó el doctor con expresión jovial-, siento curiosidad por su visita. Siempre que algo altera la rutina me sucede lo mismo. Por regla general, los visitantes constituyen un penoso deber para mí, pero su presencia aquí es una agradable sorpresa. ¿Sabe lo que significa la posibilidad de hablar sin el esfuerzo por obtener algún tipo de comprensión de un espacio vacío?
Estaba sentado en el borde del escritorio, en una actitud de absoluta informalidad. No era alto, y su delgadez le daba cierto aire de juvenil energía, casi de vehemencia infantil. Su rostro no revelaba edad alguna, pero la amplitud de la frente y sus grandes ojos grises demostraban tan maravillosa inteligencia que uno no podía fijarse en otra cosa. En los extremos de sus ojos había unas arrugas que denotaban buen humor, pero un gesto amargo se pintaban a ambos lados de su boca. No parecía tener 50 años y sólo el pelo ligeramente gris indicaba que era posible.
-Cuénteme sobre usted -le rogó- Siempre quise preguntarle qué hace en esa profesión tan inverosímil como la industria pesada y cómo puede soportar a esas personas.
-No quiero abusar de su tiempo, Dr. Stadler -contestó ella con precisión amable e impersonal- Y el asunto por el que he venido es de extremada importancia.
El echó a reír.
-Una verdadera empresaria, dispuesta a ir al grano sin rodeos. Bien, como quiera. Pero no se preocupe por mi tiempo: es suyo. ¿De qué quería hablar? ¡Ah, sí! Del metal Rearden. No es exactamente un tema sobre el que esté bien informado, pero si puedo ayudarla en algo...
Extendió la mano en gesto de invitación.
-¿Conoce la declaración publicada por este Instituto con respecto al metal Rearden?
-Sí, he oído hablar de ella -contestó el doctor, frunciendo ligeramente el ceño.
-¿La ha leído?
-No.
-Intenta impedir el uso del metal Rearden.
-En efecto, creo que es algo así.
-¿Podría decirme por qué?
Extendió las manos; eran manos atractivas, largas y huesudas, que sugerían energía y fortaleza.
-No lo sé, en verdad. Es algo que entra en el campo del Dr. Ferris y estoy seguro de que tendrá sus motivos. ¿Le gustaría hablar con él?
-No. ¿Conoce usted las características del metal Rearden, Dr. Stadler?
-Sí, un poco. Pero, ¿por qué le preocupa tanto ese asunto?
Un destello de asombro brilló en los ojos de Dagny, pero sin variar el tono impersonal de su voz, contestó: -Estoy construyendo una línea con ese metal y...
-¡Ah, claro! Efectivamente, he oído algo de eso. Tiene que disculparme. No leo los periódicos con la regularidad que debiera. Es su empresa la que está construyendo esa nueva línea, ¿verdad?
-La existencia de mi ferrocarril depende de la terminación de ese ramal y creo que la vida de todo el país está también en juego.
Las arrugas de alegría a los lados de sus ojos se hicieron más visibles.

-¿Puede usted aseverar semejante cosa con total seguridad, Srta. Taggart? Yo sería incapaz de ello.
-¿En este caso particular?
-En cualquiera. Nadie puede prever el curso de un país. No se trata de tendencias calculables, sino de un desbarajuste de probabilidades sujetas a las reglas del momento, en las que cualquier cosa es posible.
-¿Cree que la producción es necesaria para la existencia de un país, Dr. Stadler?
-Sí, sí, por supuesto.
-Pues bien; la construcción de ese ramal se ha visto interrumpida por la declaración del Instituto.
Ahora él no sonrió ni contestó.
-¿Refleja esa declaración sus propias conclusiones acerca de la naturaleza del metal Rearden? -preguntó Dagny.
-Ya le he dicho que no la ha leído -respondió el doctor con una leve traza de sequedad en la voz.
Dagny abrió su bolso, sacó un recorte de periódico y se lo entregó.
-¿Podría leerlo y decirme si éste es un lenguaje digno de la ciencia?
Miró el recorte, sonrió desdeñosamente y lo dejó con aire disgustado.
-Irritante, ¿verdad? -manifestó- Pero, ¿qué se puede hacer cuando se trata con personas?
Dagny lo miró sin comprender y agregó: -Entonces, ¿no aprueba el contenido de esa solicitada?
-Mi aprobación o desaprobación no significa nada -contestó encogiéndose de hombros.
-¿Ha llegado a alguna conclusión personal acerca del metal Rearden?
-Verá usted: la metalurgia no es exactamente... ¿cómo decirlo?... mi especialidad.
-¿Ha examinado algún dato referente al metal Rearden?
-Srta. Taggart, no comprendo adónde quiere llegar con sus preguntas -observó impaciente.
-Me gustaría conocer su veredicto personal acerca del metal Rearden.
-¿Con qué propósito?
-Para dárselo a la prensa.
-¡Imposible! -exclamó el doctor poniéndose de pie.
Con voz contenida por el esfuerzo de intentar hacerse comprender, Dagny insistió:
-Estoy en condiciones de suministrarle toda la información necesaria para que se forme un juicio exacto.
-No puedo hacer declaraciones públicas acerca de este asunto.
-¿Por qué?
-La situación es demasiado compleja para que se la explique en una charla informal.
-Pero si usted descubre que el metal Rearden es en realidad un producto extremadamente valioso...
-Ese no es el punto.
-¿De modo que el valor del metal Rearden es otra cuestión?
-Existen otros factores, además de los hechos.
Sin poder creer que había oído bien, Dagny preguntó: -¿En qué otros factores está interesada la ciencia, aparte de los hechos concretos?

Las líneas de amargura se ahondaron en la boca del doctor cuando se esforzó por sonreír.
-Srta. Taggart, usted no comprende los problemas de los científicos.
Lentamente, como si estuviera descubriéndolo a medida que hablaba, Dagny prosiguió:
-Tengo la impresión de que usted sabe perfectamente lo que es el metal Rearden.
-Sí, lo sé -reconoció él encogiéndose de hombros- A juzgar por la información que ha llegado hasta aquí, se trata de un producto notable. De un brillante triunfo en lo que a la tecnología concierne. -Ahora paseaba con impaciencia por el despacho- En realidad me gustaría ordenar algún día la construcción de un motor especial de laboratorio, capaz de soportar tan altas temperaturas como el metal Rearden. Resultaría muy valioso para ciertos fenómenos que quisiera observar. He notado que cuando se aceleran las partículas hasta una velocidad que se aproxima a la de la luz...
-Dr. Stadler -interrumpió ella lentamente-, ¿usted sabe la verdad y sin embargo no la declarará públicamente?
-Srta. Taggart, usted recurre a expresiones abstractas, cuando tratamos un asunto de realidad práctica.
-Estamos tratando un asunto científico.
-¿Científico? ¿No estará usted confundiendo los términos? Sólo en el reino de la ciencia pura la verdad es un criterio absoluto, pero la ciencia aplicada y la tecnología están relacionadas con gente. Y cuando se trata con el público, intervienen consideraciones situadas al margen de la verdad.
-¿Qué tipo de consideraciones?
-Yo soy técnico, Srta. Taggart. No poseo talento ni afición para tratar con gente. No puedo involucrarme en lo que llaman cuestiones prácticas.
-Esa declaración fue publicada en su nombre.
-¡No tengo nada que ver con ello!
-El prestigio de este Instituto es su responsabilidad.
-Se trata de una suposición gratuita.
-La gente cree que su reputación es la garantía que apoya cualquier acción del Instituto.
-No puedo impedir que la gente piense lo que quiera... si es que piensa.
-Aceptaron su declaración, pero es una mentira.
-¿Cómo es posible manejarse con la verdad cuando se trata de la gente?
-No lo entiendo -respondió Dagny con suma tranquilidad.
-Las cuestiones vinculadas con la verdad no guardan relación con los asuntos sociales. Ninguna de las leyes fundamentales ha ejercido efecto alguno sobre la sociedad en general.
-Entonces: ¿qué guía las acciones humanas?
-Las necesidades del momento -respondió el doctor encogiéndose de hombros.
-Dr. Stadler -continuó Dagny-, creo que debo informarle acerca del significado de las consecuencias que puede acarrear la interrupción en el tendido de esa vía. Tengo que detener mi tarea en nombre de la seguridad pública, pese a que estoy utilizando el mejor riel que se haya producido jamás. Si dentro de 6 meses no he terminado esa línea, la mejor zona industrial del país quedará sin transporte. Se

verá destruida, porque siendo la mejor, existen quienes quieren apoderarse de parte de su riqueza.
-Bien, quizá sea una acción baja, injusta y calamitosa, pero así es la vida social. Alguien ha de sacrificarse, a veces injustamente, pero no existe otro modo de vivir en sociedad. ¿Qué se puede hacer?
-Usted puede revelar la verdad acerca del metal Rearden.
El doctor no contestó.
-Podría implorarle que lo hiciera para salvarme; incluso para evitar un desastre nacional. Pero quizá tales razones no resultaran válidas. Sólo existe una definitiva: debe hacerlo porque es la verdad.
-¡No fui consultado acerca de esa declaración! -casi gritó el Dr. Stadler de manera involuntaria- ¡No la hubiera permitido! Me gusta tan poco como a usted, pero no puedo publicar una retractación.
-Si no fue usted consultado, ¿no debería tener deseos de descubrir las razones que dieron lugar a esta solicitada?
-No puedo destruir al Instituto.
-¿No le interesa averiguar las razones?
-¡Las conozco! No me lo han dicho, pero lo sé. Y no puedo recriminarles nada.
-¿Quiere revelarme esas razones?
-Lo haré, si lo desea. Es la verdad lo que usted busca, ¿no es así? Pues bien: el Dr. Ferris tampoco puede impedir que los necios que votaron en favor de la entrega de fondos para este Instituto insistan en lo que ellos llaman "resultados". Son seres incapaces de concebir un hecho de estas características como ciencia abstracta. Sólo pueden juzgarlo desde el punto de vista del último cachivache que acaban de fabricar. Realmente no puedo comprender cómo Ferris consiguió mantener este Instituto en pie. Tan sólo puedo maravillarme ante su habilidad práctica. No creo que haya sido nunca un hombre de ciencia de 1° línea, pero ¡qué preciosa resulta su ayuda! Sé que últimamente se ha enfrentado a un grave problema, pero no quiso que interviniera, ahorrándome esa preocupación. Sin embargo, escuché ciertos rumores; la gente ha estado criticando el Instituto porque, según dicen, nuestra producción es insuficiente. La opinión pública ha estado exigiendo recortes económicos. En tiempos como los que vivimos, cuando las mezquinas comodidades de la gente se ven amenazadas, puede estar segura, Srta. Taggart, de que la ciencia es lo 1° que sacrificarían. Esta es la única institución que aún permanece con vida. Ya casi no existen fundaciones privadas dedicadas a la investigación. Fíjese en los egoístas rufianes que dirigen nuestras industrias. Es imposible concebir que apoyen a la ciencia.
-¿Y ahora quién lo está apoyando a usted? -preguntó Dagny en voz baja.
-La sociedad -respondió él, encogiéndose de hombros.
Haciendo un esfuerzo, Dagny le recordó: -Iba usted a revelarme los motivos de esa declaración.
-No son difíciles de deducir. Si considera que durante 13 años este Instituto mantuvo un Departamento de Investigaciones Metalúrgicas que costó más de 20 millones de dólares y no produjo nada, aparte de un pulimento para plata y de una preparación anticorrosiva, que, a mi juicio, no es tan buena como las anteriores, puede imaginar cuál será la reacción de la opinión pública en general si un

particular crea un producto que revoluciona la ciencia entera de la metalurgia y si este producto demuestra ser totalmente exitoso.
Dagny bajó la cabeza sin pronunciar palabra.
-No culpo a nuestro Departamento Metalúrgico -dijo el doctor, irritado- Sé que los resultados de esta clase no son cuestión de fechas fijas. Pero el público no lo comprenderá así. ¿Qué debemos, pues, sacrificar? ¿Una excelente pieza de fundición, o el último centro científico que queda en la Tierra, así como todo el futuro del saber humano? He aquí la alternativa.
Dagny seguía con la cabeza baja. Al cabo de un rato manifestó: -De acuerdo, Dr. Stadler. No voy a discutir este asunto.
Tomó su bolso, tan lentamente como si mientras tanto intentara recordar los movimientos necesarios para ponerse de pie.
-Srta. Taggart -dijo con una voz que casi sonaba a un ruego.
Ella levantó la vista con el rostro sereno e inexpresivo.
El se acercó, apoyó una mano en la pared sobre la cabeza de su visitante, como si quisiera ceñirla en la curva de su brazo.
-Srta. Taggart -repitió en un tono suave y amargamente persuasivo-, soy mayor que usted; créame, no existe otro modo de vivir en la Tierra. Las personas no están dispuestas a admitir la verdad o la razón. No se puede llegar a ellas con argumentos racionales. La mente carece de fuerza para sostener esta lucha. Sin embargo, hay que relacionarse con ellas. Si queremos conseguir algo, tenemos que engañarlas, a fin de que nos dejen realizar la tarea. O forzarlas. No comprenden otra cosa. No podemos esperar su ayuda para una empresa de la inteligencia o un objetivo del espíritu. No son más que animales agresivos, egoístas, interesados, rapaces, cazadores de dólares que...
-Yo soy uno de esos cazadores de dólares, Dr. Stadler -declaró Dagny en voz baja.
-Usted es una criatura especial y brillante, que aún no conoce lo suficiente de la vida como para captar la estupidez humana en toda su dimensión. Toda mi vida he luchado contra ella y estoy muy cansado... -Parecía sincero. Se alejó lentamente- Existió un tiempo en que, al contemplar el trágico desastre que hicieron en el mundo, tuve deseos de gritar, de implorarles que me escucharan. Podía enseñarles a vivir mucho mejor, pero nadie estaba ahí para oírme... No tenían con qué hacerlo... ¿Inteligencia? Es un destello raro y precario que resplandece un instante entre algunas personas y desaparece. Uno no puede garantizar su naturaleza, ni su futuro... ni su muerte.
Dagny se movió como para marcharse.
-No se vaya así, Srta. Taggart. Quisiera que me comprenda.
Ella lo miró con obediente indiferencia. No estaba pálida, pero los planos de su cara sobresalían con una precisión extrañamente desnuda, como si la piel hubiera perdido todas sus tonalidades.
-Usted es joven -dijo el Dr. Stadler- A su edad, yo tenía la misma fe en el ilimitado poder de la razón. Idéntica visión clara del hombre como ser racional. Pero desde entonces he visto tantas cosas... y me he desilusionado con tanta frecuencia... Me gustaría contarle tan sólo un episodio.
Se hallaba frente a la ventana del despacho. Afuera reinaba la oscuridad que parecía surgir del trazo negro del río, a lo lejos. Unas pocas luces de la otra orilla

se reflejaban temblando en el agua. El cielo seguía ofreciendo el azul intenso de la tarde, y una estrella solitaria, muy baja y extraordinariamente brillante, hacía parecer al cielo todavía más oscuro.
-Cuando estaba en la Universidad Patrick Henry -comenzó el Dr. Stadler- tuve 3 alumnos. Había tenido alumnos brillantes anteriormente, pero estos 3 eran la recompensa que todo profesor anhela. Si había pensado alguna vez en tratar con las mejores mentes humanas, jóvenes y entregadas a mí en busca de guía y ayuda, aquellos 3 muchachos representaban dicho don. La de ellos era esa clase de inteligencia que uno sabe que reinará en el futuro y cambiará el curso del mundo. Aunque de distintas procedencias sociales, estos 3 estudiantes se habían hecho amigos inseparables y la elección de sus asignaturas resultaba muy extraña. Se especializaron en 2: la mía y la de Hugh Akston: Física y Filosofía, combinación que en la actualidad prácticamente no se da. Hugh Akston era un profesor distinguido, una mente privilegiada... muy distinta de ese tipo increíble a quien la Universidad actualmente puso en su lugar.... Akston y yo estábamos un poco celosos uno de otro por estos 3 muchachos y se había establecido entre ambos una especie de amistosa competencia. Un día oí decir a Akston que los consideraba como sus propios hijos, y me enojé un poco... porque también los creía hijos míos...
Se volvió para mirarla. Las amargas líneas trazadas por la edad eran ahora más visibles en sus mejillas.
-Cuando defendí la fundación de este Instituto, uno de ellos me lo recriminó, y no he vuelto a verlo desde entonces. Durante los primeros años esa idea me preocupó y cada tanto me preguntaba si aquel joven habría tenido razón... Pero hace tiempo que no tengo inquietud alguna.
Sonrió. Ahora sólo había amargura en su expresión.
-Aquellos 3 hombres, aquellos 3 estudiantes depositarios de todas las esperanzas que el don de la inteligencia puede suscitar, a los que augurábamos un magnífico futuro, eran: Francisco d'Anconia, que terminó convirtiéndose en un depravado Don Juan; Ragnar Danneskjöld, un auténtico bandido. Eso es lo que cabe esperar de las promesas de la mente humana.
-¿Y el 3°? -preguntó Dagny.
El profesor se encogió de hombros.
-El 3° ni siquiera llegó a alcanzar tal distinción. Desapareció sin dejar rastro, sumido en la desconocida enormidad de lo mediocre. Probablemente estará trabajando en algún sitio como asistente contable.

* * *

-¡Mentira! ¡No estoy huyendo! -gritó James Taggart- Vine porque no me sentía bien. Pregúntaselo al Dr. Wilson, tengo algo de gripe, él lo demostrará. ¿Cómo supiste que estaba aquí?
Dagny estaba en medio de la habitación, con algunos copos de nieve prendidos en el cuello de su gabán y el ala de su sombrero. Miró a su alrededor, presa de una emoción que hubiera podido identificar como tristeza si hubiese tenido tiempo para analizarla.

Estaban en una habitación de la casa de la antigua finca Taggart, a orillas del Hudson. La había heredado Jim, pero la visitaba muy raramente. En su infancia, aquella habitación había sido el estudio de su padre, y ahora tenía un aspecto desolador. Todas las sillas, salvo 2, estaban cubiertas con fundas, la chimenea estaba apagada, y tan sólo una estufa eléctrica, cuyo cordón zigzagueaba por el suelo, proporcionaba un poco de calor. El escritorio con superficie de cristal estaba vacío.

Jim estaba tendido en un sofá, con una toalla alrededor del cuello a guisa de bufanda. Dagny pudo ver sobre una mesa, junto a él, un cenicero lleno de colillas, una botella de whisky, un arrugado vaso de papel y varios periódicos de los 2 días anteriores desparramados por el suelo. Sobre la chimenea colgaba un retrato del abuelo, de cuerpo entero, con el fondo de un puente de ferrocarril.

-No tengo tiempo para discutir, Jim.

-¡Fue idea tuya! Espero que admitas ante el directorio que fue idea tuya. ¡Eso es lo que conseguiste con tu maldito metal Rearden! Si hubiésemos esperado a Orren Boyle...

Su cara sin afeitar revelaba distintas emociones que la mantenían en tensión: pánico, odio, cierto dejo de triunfo, el alivio de gritarle a alguna víctima, y el aire débil, precavido y suplicante del que empieza a vislumbrar una esperanza de ayuda. Se había interrumpido a propósito, pero ella no habló sino que siguió observándolo con las manos en los bolsillos.

-¡Nada podemos hacer! -gimió Jim- Llamé a Washington para intentar que confiscaran Phoenix-Durango y nos la entregaran basándonos en esta situación de emergencia, pero no quisieron ni tratar el tema. Dicen que demasiada gente se opone, por temor a no sé qué tontos antecedentes... Conseguí que la Alianza Nacional de Ferrocarriles cambiase la fecha límite y permitiera a Dan Conway operar su ferrocarril durante otro año, con lo que ganaríamos tiempo. Pero Dan se negó. Intenté ponerme al habla con Ellis Wyatt y su grupo en Colorado para que le exigieran a Washington que ordenara a Conway continuar activo, pero todos los hijos de puta se negaron, incluso Wyatt. Y eso que van a perder más que nosotros. ¡Se van a ir a la mierda! Pero aun así, se negaron.

Ella sonrió brevemente sin hacer comentarios.

-¡No nos queda nada por hacer! Estamos atrapados. No podemos abandonar ese ramal ni completarlo, no podemos continuar ni parar, no tenemos dinero y nadie querría darnos una mano. ¿Y qué nos quedará sin la línea Río Norte? Pero no podemos terminarla. Somos objeto de un boicot. Estamos en la lista negra. Ese sindicato de obreros ferroviarios nos demandaría de buena gana, ya que hay una ley que los protege y no podemos completar esa línea. ¡Santo Cielo! ¿Qué vamos a hacer?

Ella esperó.

-¿Has terminado, Jim? -preguntó fríamente- Si es así, te diré lo que haremos.

Jim guardó silencio, mirándola con los párpados entornados.

-Esto no es una propuesta, Jim, sino un ultimátum. Limítate a escuchar y a aceptar. Voy a completar y concluir la línea Río Norte. Yo personalmente, no como Taggart Transcontinental. Tomaré una licencia de mi cargo de vicepresidenta y formaré una nueva compañía con mi propio nombre. Tu directorio me traspasará la Río Norte, y actuaré como mi propio contratista y yo misma conseguiré el

financiamiento. Voy a aceptar todas las responsabilidades y concluiré esa línea a tiempo. Una vez que hayas comprobado que el metal Rearden resiste la prueba, transferiré otra vez la línea a Taggart Transcontinental y volveré a mi antiguo empleo. Eso es todo.
Él la miraba en silencio, balanceando una pantufla con los dedos del pie. Dagny nunca hubiera imaginado que la esperanza adoptase un aspecto tan repulsivo en la cara de un hombre, pero así era, porque estaba mezclada con la astucia. Apartó la mirada, preguntándose cómo era posible que el 1° pensamiento de un ser humano en tales instantes pudiera ser el de buscar algo con qué atacarla.
De pronto, absurdamente, Jim dijo con expresión ansiosa: -Pero, mientras tanto, ¿quien estará al frente de Taggart Transcontinental?
Dagny rió con un sonido amargo y grave que la sorprendió.
-Eddie Willers -respondió.
-¡Oh, no! ¡No puede ser!
Ella rió otra vez del mismo modo brusco y sin alegría.
-Creí que eras más listo que yo para estas cosas. Eddie asumirá el cargo de vicepresidente en ejercicio, ocupará mi despacho y se sentará a mi escritorio. Pero, ¿quién crees que de veras estará a cargo de Taggart Transcontinental?
-Es que no veo cómo...
-Viajaré en avión desde la oficina de Eddie a Colorado y viceversa. Además puedo comunicarme por teléfono. Seguiré haciendo lo mismo que hasta ahora, nada cambiará, excepto la comedia que representarás ante tus amigos... y el hecho de que este proyecto represente un poco más de trabajo para mí.
-¿A qué comedia te refieres?
-Tú me entiendes, Jim. No tendré idea de la clase de juego que jugará tu directorio. No sabré qué fines persigues ni qué objetivo te has propuesto alcanzar. No lo sé, ni me interesa en absoluto. Con esta idea, todos pueden ocultarse detrás de mí. Si tienen miedo o si han hecho algún convenio con amigos que se sienten amenazados por el metal Rearden, vas a tener la oportunidad de asegurarles que tú no tienes nada que ver con todo este proyecto, que no eres tú quien lo lleva a cabo, sino yo. Podrás incluso ayudarlos a maldecirme y denunciarme. Que se queden todos en sus casas, sin correr riesgos ni hacerse de enemigos. Sólo deben apartarse de mi camino.
-Bien... -aceptó él lentamente-, claro que los problemas inherentes a la administración de un gran sistema ferroviario son complejos... mientras que una pequeña compañía independiente a nombre de una sola persona, quizá pueda...
-Sí, Jim, sí; sé muy bien todo eso. En cuanto anuncies que me entregas la línea Río Norte, las acciones Taggart subirán. Las alimañas dejarán de arrastrarse desde sus sucios rincones, puesto que ya no tendrán el incentivo de morder a una gran compañía. Antes de que hayan decidido qué hacer conmigo, tendré esa línea terminada. No quiero rendirles cuentas a ti ni a tu directorio, no quiero tener que suplicar permiso. No hay tiempo para eso; si debo cumplir el trabajo que hay que llevar a cabo, lo voy a hacer yo sola.
-¿Y si... fracasas?
-Si fracaso, me hundiré yo sola también.
-¿Te das cuenta de que, en tal caso, Taggart Transcontinental no estará en condiciones de ayudarte?

-Lo comprendo.
-¿No contarás entonces con nosotros?
-No.
-¿Interrumpirás toda relación oficial con la compañía, de modo que tus actividades no ejerzan influencia alguna en nuestra reputación?
-Sí.
-Podemos convenir, pues, que en caso de fracaso o de escándalo público... tu licencia en el cargo de nuestra firma resultará permanente, es decir, que no tratarás de volver a la vicepresidencia.
Ella cerró los ojos un momento.
-De acuerdo, Jim. Si ocurre así, no volveré.
-Antes de transferirte la línea Río Norte debes firmar un acuerdo según el cual, si tu gestión resulta exitosa, nos la devolverás junto con tus acciones de control. De ese modo, evitaremos que intentes obligarnos a la entrega de utilidades superiores, puesto que necesitamos esa línea.
En la mirada de Dagny se pintó un breve destello de sorpresa; luego, indiferentemente, con palabras que parecían una limosna, repuso: -Está bien, Jim. Que todo eso conste por escrito.
-Ahora, sobre el tema de tu reemplazante temporario...
-¿Qué?
-No insistirás en que sea Eddie Willers, ¿verdad?
-Sí, insisto.
-¡Pero ese hombre no puede ni actuar como vicepresidente! No tiene la presencia necesaria, ni los modales, ni...
-Pero conoce su trabajo y el mío. Sabe lo que quiero. Tengo confianza en él y podemos trabajar muy bien juntos.
-¿No crees que sería mejor escoger a un joven más distinguido, de buena familia, con mayor nivel social y...?
-Será Eddie Willers, Jim.
James Taggart suspiró.
-De acuerdo. Sólo que... debemos tener mucho cuidado con eso... No quiero que la gente sospeche que en realidad eres tú la que continúa dirigiendo Taggart Transcontinental. Nadie debe saberlo.
-Eso lo sabrá todo el mundo, Jim, pero como nadie lo admitirá abiertamente, todos estarán satisfechos.
-Pero, ¡debemos mantener las apariencias!
-¡Desde luego! Si quieres, puedes hasta no saludarme en la calle. Puedes afirmar que no me conoces ni me has visto nunca, y por mi parte, aseguraré que no tengo ni idea de qué es Taggart Transcontinental.
El guardó silencio, mirando fijamente el suelo, intentando pensar.
Dagny se volvió para mirar los campos por la ventana. El cielo tenía la palidez uniforme y grisácea del invierno. Más allá, en la orilla del Hudson, distinguió la carretera desde la que solía vigilar la llegada del coche de Francisco; vio el acantilado al que subían para tratar de ver los rascacielos de Nueva York; en algún lugar de los bosques se encontraban los rieles que conducían a la estación de Rockdale. La tierra estaba cubierta de nieve y lo que quedaba era como el esqueleto del campo que recordaba: un delgado diseño de ramas desnudas

elevándose desde la nieve al cielo. Todo era blanco y gris como en esas fotografías muertas que se guardan cuidadosamente como recuerdo, pero que carecen de fuerza para hacernos evocar algo.
-¿Cómo piensas denominarla?
Ella se volvió asombrada.
-¿Qué?
-Que cómo piensas llamar a tu compañía.
-¡Oh!... Pues... creo que le pondré Dagny Taggart.
-¿Lo crees prudente? Quizá se interprete mal, pues lo de Taggart puede dar lugar a...
-¿Cómo quieres que la llame? -preguntó ella bruscamente irritada- ¿Compañía Don Nadie? ¿Señor X? ¿John Galt? -Se interrumpió y sonrió súbitamente, con fría, brillante y peligrosa sonrisa- Ese es el nombre que voy a darle: "Compañía John Galt".
-¡Cielos! ¡No!
-Sí.
-Pero es... ¡Eso es una jerga barata!
-Sí.
-No puedes bromear con un proyecto tan serio... No puedes ser tan vulgar, ni rebajarte de ese modo.
-¿De veras?
-¿Por qué motivo habrías de hacerlo?
-Porque sorprenderá a todo el mundo, igual que te ha sorprendido a ti.
-Hasta ahora nunca te habías preocupado por conseguir efectos.
-Pues esta vez lo haré.
-Oye... -Su voz bajó hasta convertirse casi en un murmullo- Oye, Dagny. Sabes... sabes que trae mala suerte... Sabes que su significado...
Se interrumpió.
-¿Cuál es su significado? -replicó ella.
-No lo sé... pero a juzgar por el modo en que ese nombre se emplea, parece indicar...
-¿Temor? ¿Desesperación? ¿Frivolidad?
-Sí, sí, precisamente.
-Pues eso es lo que yo quiero arrojarles al rostro.
La resplandeciente cólera en los ojos de Dagny y la expresión de alegría que la siguió, hicieron comprender a Jim que más valía callar.
-Puedes preparar todos los documentos y realizar las gestiones necesarias bajo el nombre de "John Galt" -le indicó ella.
-Como quieras, al fin y al cabo esa línea es tuya -concedió Jim suspirando.
-Desde luego.
Estaba perplejo. Ella había abandonado totalmente los modales y el estilo de una vicepresidenta y parecía feliz y aliviada luego de descender al nivel de los obreros y de las cuadrillas de trabajadores.
-En cuanto a los documentos y al aspecto legal de la cuestión -dijo Jim-, existirán ciertas dificultades. Debemos solicitar permiso a...
Dagny se volvió hacia él. Algo de su anterior violencia seguía fijo en su cara: no era alegría ni felicidad, sino que su expresión revelaba ahora cierta extraña y

primitiva cualidad. Al verla, Jim deseó no tener que enfrentarse a esa mirada nunca más.
-Escúchame bien, Jim -le dijo; él no había oído nunca semejante tono en una voz humana- Hay algo que puedes hacer como parte del compromiso y ojalá lo hagas cuanto antes: mantén alejados a tus amigos de Washington de todo esto. Procura que me concedan los permisos, autorizaciones, concesiones y todo ese papelerío que requieren las leyes. Y no permitas que intenten detenerme; si lo hacen... Jim, la gente asegura que nuestro antepasado Nat Taggart mató a un político porque se atrevió a rehusarle cierto permiso que en realidad no tenía por qué solicitarle. No sé si Nat Taggart lo hizo o no. Pero puedes estar seguro de una cosa: sé muy bien cuáles fueron sus sentimientos en aquel instante si es que cometió ese acto. Y si no lo hizo.... de todos modos lo haré yo en honor de la leyenda familiar. Te lo prometo, Jim.

***

Francisco d'Anconia se sentó frente al escritorio de Dagny con el rostro inexpresivo mientras ella le explicaba, en el tono claro e impersonal de una entrevista de negocios, la formación y el propósito de su compañía ferroviaria. La escuchó sin pronunciar palabra.
Ella nunca había visto en Francisco semejante expresión de total pasividad. No revelaba burla, ni ironía, ni antagonismo; era como si no estuviera presente allí y fuera imposible llegar hasta él. Sin embargo, la miraba con atención. Sus ojos parecían ver más de lo que ella podía imaginar, pero no exteriorizaban nada. Eran cristales que dejaban penetrar los rayos solares, pero no reflejaban la luz.
-Francisco, te pedí que vinieras porque quería hablar contigo en mi oficina. Nunca has estado aquí, si bien en algún momento pudo haber significado algo para ti.
La mirada de Francisco recorrió lentamente el lugar. Las paredes estaban desnudas, excepto por 3 cosas: un mapa de Taggart Transcontinental, el retrato original de Nat Taggart que había servido de modelo para su estatua, y un inmenso calendario de colores alegres y fuertes de los que eran distribuidos cada año a todas las estaciones de la línea Taggart, igual al que había colgado en su 1° lugar de trabajo, en Rockdale.
Francisco se levantó y dijo tranquilamente:
-Dagny, por tu propio bien y -vaciló apenas perceptiblemente-... y en nombre de alguna piedad que puedas sentir hacia mí, no me pidas lo que vas a pedirme. Deja que me vaya ahora.
Aquel comportamiento resultaba extraño en él y Dagny nunca hubiera esperado escuchar de sus labios semejantes palabras.
Esperó un instante y preguntó: -¿Por qué?
-No puedo contestarte. No puedo contestar a nada. Éste es uno de los motivos por lo que es mejor que calles.
-¿Sabes lo que voy a pedirte?
-Sí. -El modo en que ella lo miraba entrañaba un interrogante tan elocuente y desesperado que añadió: -Y sé también que voy a negarme.
-¿Por qué?

Sonrió tristemente, extendiendo las manos como para demostrarle que había previsto todo aquello y había deseado evitarlo.
-Tengo que intentarlo, Francisco -insistió ella con calma- Debo pedírtelo. Es mi parte en esto. Lo que tú hagas es asunto tuyo, pero al menos, sabré que lo intenté.
El siguió de pie, pero inclinó un poco la cabeza, asintiendo, a la vez que decía: -Te escucharé, si eso te complace en algo.
-Necesito 15 millones de dólares para terminar la línea Río Norte. Conseguí 7 millones contra mis acciones de Taggart libres de toda carga, pero no puedo juntar más. Emitiré bonos de mi nueva compañía por la suma de 8 millones de dólares y te llamé para pedirte que los compres.
El no respondió.
-Soy como un mendigo, Francisco, y te imploro dinero. Siempre creí que en los negocios no había que suplicar, que lo que se ofrece tiene su propio valor y que sólo se entrega valor por valor, pero ahora no es así, aunque no puedo comprender cómo es posible actuar según otras reglas y continuar existiendo. A juzgar por los hechos objetivos, la línea Río Norte será la mejor del país. A juzgar por todos los antecedentes, es la mejor inversión posible. Y esto es lo que me condena. No puedo conseguir dinero ofreciendo a la gente un proyecto con buenas perspectivas: el simple hecho de ser bueno provoca rechazo. Ningún banco quiere comprar los bonos de mi compañía. Así es que no puedo ofrecer méritos concretos, sólo puedo rogar.
Pronunciaba las palabras con impersonal precisión. Se detuvo, esperando su respuesta, pero él siguió en silencio.
-Sé que no tengo nada que ofrecerte -continuó-, que no puedo hablarte en términos de inversión. A ti no te importa el dinero. Los proyectos industriales dejaron de interesarte hace mucho tiempo, así que no voy a fingir que se trata de una proposición ventajosa, sino tan sólo eso: el pedido de un menesteroso. -Contuvo el aliento y añadió- Dame ese dinero como limosna, porque nada significa para ti.
-No -dijo él en voz baja, mirando el suelo, de modo que Dagny no pudo saber si su expresión era airada o triste.
-¿No lo harás, Francisco?
-No.
Después de un momento, ella añadió: -Te llamé, no porque creyera que aceptarías, sino porque eres el único capaz de comprender lo que te digo. Por eso quise intentarlo. -Su voz se fue haciendo más baja, como si ella pretendiera disimular más y más sus emociones- Verás, no puedo creer que te niegues totalmente... porque sé que puedes aún escucharme. Vives una existencia depravada, pero tus actos no lo son, tampoco el modo en que hablas, no es... Tuve que intentarlo... pero no puedo seguir esforzándome por entenderte.
-Voy a darte una pista: las contradicciones no existen. Cuando pienses que te encuentras frente a una contradicción, revisa tus premisas. Siempre encontrarás alguna equivocada.
-Francisco -murmuró ella-, ¿por qué no me cuentas lo que te ha sucedido?
-Porque en estos momentos la respuesta te lastimaría mucho más que la duda.
-¿Tan terrible es?

-Es una respuesta a la que debes llegar por ti misma -Ella negó con la cabeza.
-No sé qué ofrecerte. Ya no sé qué puede seguir teniendo valor para ti. ¿No ves que incluso un mendigo puede aportar una razón por la que quieras ayudarle?... Entonces pensé... en algo que en otros tiempos significaba mucho para ti: el éxito, los éxitos industriales. ¿Recuerdas cómo solíamos hablar de ello? Te mostrabas siempre muy exigente y esperabas mucho de mí. Decías que tenía que vivir para alcanzar mis objetivos. Lo hice. Te preguntabas hasta dónde llegaría en Taggart Transcontinental. -Señaló su despacho- Hasta aquí he llegado... Así es que pensé... que si el recuerdo de lo que en otros tiempos habían sido tus valores, si aún siguen significando algo para ti, aunque sólo sea por pura diversión, en un momento de debilidad o simplemente como... como quien pone flores en una tumba... quizá querrías darme ese dinero... en nombre de ese recuerdo.
-No.
Con un visible esfuerzo, Dagny continuó: -Ese dinero no significaría nada para ti. Muchas veces lo gastas en fiestas insensatas. Invertiste mucho más en las minas de San Sebastián.
El levantó la mirada y la fijó en Dagny, entonces ella pudo ver por 1° vez el centelleo de una respuesta de vida, brillante, implacable e increíblemente orgullosa, como si un impulso acusador le diese fuerza.
-¡Oh!, sí -dijo ella lentamente como contestando a los pensamientos de Francisco- Te he criticado mucho por esas minas, me he puesto en tu contra, te he manifestado mi desprecio de todos los modos posibles, y sin embargo, ahora debo requerir tu dinero: igual que Jim, igual que cualquier otro truhán de cuantos hayas conocido. Sé que es un triunfo para ti, sé que puedes reírte y despreciarme con entera justicia. Pues bien; quizá pueda ofrecerte eso. Si lo que buscas es diversión, si disfrutaste viendo la desesperación de Jim y la de los planificadores mexicanos, ¿no te divertiría acabar también conmigo? ¿No te causaría verdadero placer? ¿Quieres oírme reconocer que me has derrotado? ¿Quieres verme arrastrada a tus pies? Dime que lo haga, y lo haré.
Francisco actuó con tanta rapidez que Dagny no pudo darse cuenta de lo que sucedía. Tan sólo le pareció que su 1° reacción había sido un estremecimiento. Rodeó el escritorio, le tomó la mano y se la llevó a los labios. Comenzó como un gesto de profundo respeto, como si su propósito fuera el de darle fuerzas, pero como mantuvo los labios y luego la cara apretada contra su mano, Dagny comprendió que quien necesitaba fuerzas era él.
Soltó su mano, la miró a sus temerosos ojos y sonrió sin intentar ocultar el enojo y el cariño que se veía en los de él.
-Dagny, ¿de veras quieres arrastrarte ante mí? No sabes lo que significa esa palabra, y nunca lo sabrás. Uno no se arrastra reconociéndolo tan honestamente. ¿Crees que no sé que tu pedido es el acto más valiente que hayas podido realizar jamás? Pero... no insistas, Dagny.
-En nombre de todo lo que en otros tiempos pudo tener algún significado para ti... -susurró-, de aquello que aún pueda quedar en tu interior...
En el momento en que creyó haber visto una mirada similar en alguna otra ocasión, cuando se dijo que aquél era el modo en que había aparecido ante ella en el resplandor nocturno de la ciudad, tendido a su lado aquella última noche, escuchó una exclamación, aquella que nunca había conseguido arrancarle:

-¡Amor mío! ¡No puedo!
Luego, mientras se miraban en perplejo silencio, notó el cambio operado en su cara, que se había vuelto hosca, como si hubiese accionado un interruptor. Echó a reír, se alejó de ella y dijo con una voz hiriente y ofensivamente fría: -Por favor, perdona la mezcla en mis reacciones. Supongo que les he dicho la misma frase a muchas mujeres, aunque en ocasiones un tanto diferentes.
Dagny bajó la cabeza y se sentó acurrucada, sin importarle que él la viera.
Cuando levantó la cabeza fue para mirarlo con absoluta indiferencia.
-De acuerdo, Francisco. Hiciste una buena actuación. Confieso que te he creído. Si ésta fue tu manera de aceptar la diversión que te ofrecía, has triunfado plenamente. No pienso pedirte nada.
-Te lo había advertido.
-No sabía hacia qué bando te inclinabas. Aunque parezca imposible, veo que es el de Orren Boyle, Bertram Scudder y tu viejo maestro.
-¿Mi viejo maestro? -preguntó él con brusquedad.
-Sí, el Dr. Robert Stadler.
Rió aliviado.
-¡Ah! ¡Ese! Es un saqueador convencido de que sus fines justifican apoderarse de mis medios. -Y añadió: -Verás, Dagny; quiero que recuerdes siempre ese lado hacia el que dices que me inclino. Algún día hablaremos de esto y te preguntaré si deseas repetirlo.
-No tendrás que recordármelo.
El se volvió para partir, agitó la mano en un saludo informal y dijo: -Te deseo mucha suerte con la línea Río Norte, si es que llegas a construirla.
-La construiré. Y pienso llamarla línea "John Galt".
-¿Cómo?
Fue un auténtico grito y ella se echó a reír despectivamente. -La línea "John Galt"
-Dagny, ¿por qué? ¡Por Dios!
-¿No te gusta?
-¿Por qué elegiste semejante nombre?
-Suena mejor que Sr. Nadie o Sr. Cero, ¿no crees?
-Pero, Dagny, ¿por qué? -repitió.
-Porque asusta.
-¿Qué crees que significa?
-Lo imposible, lo inalcanzable. Todos tendrán miedo de mi línea, del mismo modo en que temen a ese nombre.
El rió sin mirarla y Dagny tuvo la extraña certeza de que se había olvidado de ella, como si se encontrara muy lejos de allí riendo con una curiosa mezcla de alegría y de amargura por algo en lo que ella no tenía participación.
Cuando volvió a mirarla dijo con vehemencia: -Yo, en tu lugar, no lo haría.
-Tampoco le gustó a Jim -explicó encogiéndose de hombros.
-¿Por qué escogiste ese nombre?
-Porque lo odio, porque odio el Apocalipsis que todos esperan, la renuncia, y esa pregunta sin sentido suena como un grito de auxilio. Estoy harta de oír nombrar a John Galt y decidí luchar contra él.
-En efecto, es lo que haces -reconoció Francisco lentamente.
-Voy a construir esa línea para él. ¡Que venga a apoderarse de ella si quiere!

Francisco sonrió, e inclinando un poco la cabeza dijo: -Lo hará.

* * *

El resplandor del metal al rojo vivo iluminaba el techo y se reflejaba contra una pared. Rearden estaba sentado a su escritorio bajo la luz de una lámpara. Más allá de su círculo de claridad, las sombras del despacho se mezclaban con las del exterior. En el espacio vacío, los rayos del alto horno se movían libremente y la mesa era una balsa suspendida en el aire que albergaba a 2 personas en apretada intimidad. Dagny estaba sentada frente a él.
Se había quitado el abrigo y su silueta se destacaba nítidamente: su figura delgada y tensa, envuelta en un traje gris, formaba una línea diagonal sobre el amplio sillón. Tan sólo su mano posada en el borde de la mesa recibía la luz. Rearden veía la mancha pálida de su cara, la blancura de la blusa, el triángulo de un cuello abierto.
-Bien, Hank -dijo ella- Vamos a realizar ese puente con el nuevo metal Rearden. Puede considerarlo como un pedido oficial de la propietaria de la línea "John Galt".
El sonrió, contemplando los diseños del puente, extendidos bajo la lámpara.
-¿Ha tenido oportunidad de examinar el proyecto que le mandamos?
-Sí, y no hace falta que le haga comentarios ni cumplidos. El pedido habla por sí solo.
-Muy bien, gracias. Empezaré a fabricar ese metal.
-¿No me va a preguntar si la línea "John Galt" está en condiciones de hacer pedidos, o de funcionar?
-No es preciso, es suficiente que usted haya venido.
-Desde luego. Todo está dispuesto, Hank -dijo sonriendo- Vine a decírselo y a precisar los detalles del puente.
-Bien. Tengo curiosidad. ¿Quiénes son los accionistas de la línea "John Galt"?
-Ninguno de ellos podía permitirse en verdad ese lujo. Todos tienen industrias en pleno crecimiento y necesitan el dinero, pero también necesitaban la línea y prefirieron no pedir auxilio a nadie. -Sacó un papel del bolso- Esta es la compañía John Galt, Inc. -dijo alcanzándoselo por encima del escritorio.
Conocía la mayor parte de los nombres incluidos en la lista: Ellis Wyatt, de la Wyatt Oil, Colorado; Ted Nielsen, de Nielsen Motors, Colorado; Lawrence Hammond, de la Hammond Cars, Colorado; Andrew Stockton, de la Stockton Foundry, Colorado. Había algunos de otros Estados, como Kenneth Danagger, de la Danagger Coal, Pennsylvania. El importe de sus contribuciones variaba entre sumas de 5 y 6 cifras.
Tomó su pluma y escribió al final de la lista: "Henry Rearden, Rearden Steel, Pennsylvania, 1 millón de dólares", y le devolvió el papel.
-Hank -dijo ella con voz suave-, no quería que usted hiciera esto. Lleva invertido tanto dinero en el metal Rearden, que para usted es un sacrificio mayor que para cualquiera de nosotros. No puede permitirse un riesgo semejante.
-Nunca acepto favores -respondió él fríamente.
-¿Qué quiere decir con eso?
-No ruego a nadie que corra mayores riesgos que yo en cualquiera de mis inversiones. Si se trata de un juego, siempre estaré a la altura de los demás

participantes. ¿No dijo acaso que esa línea iba a ser la 1° muestra de mi producto?
Dagny inclinó la cabeza, a la vez que respondía gravemente: -De acuerdo, gracias.
-Además, debo advertirle que no pienso perder este dinero. Me doy cuenta de las condiciones bajo las cuales esos bonos pueden quedar convertidos en un plan de opción de compra de acciones. Por lo tanto, espero obtener un beneficio desmesurado... y usted me ayudará.
Ella rió.
-¡Vaya, Hank! Llevo tanto tiempo hablando con gente insensata, que casi me contagié de la idea de que esa línea es una empresa condenada al fracaso. Gracias por sus palabras. Si, creo que le haré conseguir beneficios extraordinarios.
-Si no fuera por los insensatos, no existiría riesgo alguno, pero hay que derrotarlos y lo haremos. -Tomó 2 telegramas de entre los papeles esparcidos sobre su mesa- Existen todavía verdaderos hombres. -Le dio los telegramas- Creo que le gustará leer esto.
Uno de ellos decía:
Pensaba hacerlo dentro de 2 años, pero la declaración del Instituto Científico del Estado me llevó a proceder inmediatamente. Considere esto como el compromiso para la construcción con metal Rearden de una cañería de 12 pulgadas que se extenderá a lo largo de 900 km. entre Colorado y Kansas City. Enviaré detalles.
ELLIS WYATT
El otro declaraba:
Con referencia a nuestra charla y el pedido, seguir adelante.
KEN DANAGGER
Hank añadió, a modo de explicación: -Tampoco él estaba preparado para poner manos a la obra enseguida. Son 8.000 tn. de metal Rearden para las estructuras de sus minas de carbón.
Se miraron sonriendo. No hacían falta los comentarios.
El bajó la mirada mientras Dagny le devolvía los telegramas. La piel de su mano aparecía transparente bajo la luz sobre el borde del escritorio; era la mano de una jovencita, de dedos delgados, distendidos y por un momento, indefensos.
-La fundición Stockton, de Colorado -dijo-, fabricará el pedido que Amalgamated Switch and Signal Company suspendió. Se pondrán en contacto con usted por el metal.
-Ya lo han hecho. ¿Cómo marcha el asunto del personal?
-Los ingenieros de Nealy se quedarán; los mejores, los que necesito. Y también la mayoría de los capataces. No será difícil sacar provecho de ellos. De todas formas, Nealy no me era demasiado útil.
-¿Y los obreros?
-Hay más solicitudes de las que puedo aceptar. No creo que el sindicato intervenga. La mayoría de los aspirantes dan nombres falsos pues pertenecen al sindicato, pero necesitan trabajo desesperadamente. De todas formas, pondré unos cuantos guardias a lo largo de la línea, pero no creo que se produzcan incidentes.
-¿Y el directorio de su hermano Jim?

-Se pelean entre ellos para publicar declaraciones según las cuales no están vinculados de ninguna manera con la compañía John Galt, y consideran que esta empresa es irrealizable, pero estuvieron de acuerdo en todo cuanto les propuse.
La línea de sus hombros parecía rígida, pero los echó hacia atrás con gracia, como si fuera a volar. La tensión parecía un estado natural en ella; no daba signos de ansiedad, sino de placer: su cuerpo entero vibraba bajo el traje gris, apenas visible en la penumbra.
-Eddie Willers ha ocupado el cargo de la vicepresidencia -le informó- Si necesita algo, póngase en contacto con él. Yo parto hacia Colorado esta noche.
-¿Esta noche?
-Sí, hay que ganar tiempo. Hemos perdido una semana.
-¿Viajará en su propio avión?
-Sí, y estaré de regreso dentro de unos 10 días. Me he propuesto venir a Nueva York 1 o 2 veces al mes.
-¿Dónde vivirá mientras se encuentre allí?
-En el mismo lugar de trabajo: en mi propio vagón, o mejor dicho, en el de Eddie, a quien se lo pedí prestado.
-¿Estará segura?
-¿Segura de qué? -Echó a reír perpleja- ¡Vaya, Hank!, es la 1° vez que no me considera un hombre. ¡Claro que estaré segura!
No la miraba, tenía los ojos fijos en las cifras impresas sobre una hoja.
-Hice que mis ingenieros preparasen un presupuesto del costo del puente -dijo-, así como un plan aproximado de trabajo, con el tiempo que se va a necesitar. Quiero comentarlo con usted.
Le alcanzó los papeles y ella se acomodó para leerlos.
Un rayo de luz le daba en la cara. Hank contempló la boca firme y sensual, enérgicamente dibujada. Al reclinarse un poco más, sólo pudo ver la sugerencia de su forma y las líneas oscuras de sus pestañas moviéndose hacia abajo.
Se dijo: "¿Acaso no estoy pensando en eso desde la 1° vez que te vi? ¿Acaso he pensado en otra cosa desde hace 2 años?...". Permaneció inmóvil, mirándola, oyendo en su mente las palabras que conocía pero que nunca se había permitido enfrentar, confiando en anularlas por el simple hecho de no dejar que se formaran en su interior. Ahora las oía de manera asombrosamente clara, como si las estuviera pronunciando... "Desde la 1° vez que te vi... tu cuerpo, tu boca y el modo en que tus ojos me miran... en cada frase que he dicho, en cada llamada que consideraste inofensiva por la importancia de los asuntos a discutir... Tuviste confianza en mí, ¿verdad? Supusiste que reconocía tu grandeza, que pensaría en ti como te lo mereces, como si fueras un hombre... ¿Crees que no sé cuántas cosas he traicionado? Eres la única luz de mi vida, la única persona a quien he respetado, el mejor empresario que conozco, mi aliada, mi compañera en una desesperada lucha... Pero el más bajo de todos mis deseos es la respuesta a lo más alto que encontré... ¿Sabes lo que soy? He pensado en ello, porque es algo en lo que no debía pensar. Para satisfacer esta desagradable necesidad con la que nunca debí relacionarte, no he deseado a nadie más que a ti... No supe lo que era ese deseo hasta que te vi por 1° vez. Pensé que esto no influiría en mí... pero desde entonces, durante 2 años, no he tenido un momento de respiro... ¿Sabes lo que es desear de ese modo? ¿Quieres oírme decir lo que pienso cuando te

miro...? ¿Cuando permanezco despierto por la noche...? ¿Cuando oigo tu voz por el teléfono...? ¿Cuándo trabajo sin poder apartarte de mi mente? Quisiera obligarte a hacer cosas que no puedes concebir y saber que he sido yo quien lo ha logrado. Reducirte a un cuerpo, enseñarte placeres animales, ver cómo los deseas y cómo me los pides, observar cómo tu maravilloso espíritu se ensucia con la obscenidad del deseo, verte tal como eres, tal como te enfrentas al mundo, con tu clara y orgullosa fortaleza, y luego en mi cama, sometida a mis infames caprichos, a cualquier acto que pueda realizar por el solo hecho de contemplar tu deshonor y al que te someterás por el bien de una sensación impronunciable. Te deseo y me maldigo por ello."

Dagny seguía leyendo los papeles, reclinada en el sillón; Rearden pudo ver el reflejo del fuego que le rozaba el cabello, se trasladaba al hombro y descendía por el brazo, hasta la piel desnuda de su muñeca.

"¿Sabes lo que estoy pensando en este momento? Tu traje gris, tu escote abierto... Te ves tan joven, tan austera, tan segura de ti misma... ¿Qué sucedería si te arrojara al suelo, con tu pulcra ropa, te levantara la falda, y...?"

Ella lo miró y Hank se concentró en los papeles que tenía en el escritorio. Enseguida dijo:

-El costo real del puente es algo inferior a los cálculos originales. Verá que su fortaleza permite el eventual agregado de una 2° vía, que, a mi modo de ver, será necesaria dentro de pocos años. Si distribuye ese costo en un período de...

Mientras él hablaba, Dagny observaba su rostro iluminado que se destacaba contra las sombras del despacho. La lámpara estaba fuera de su campo visual y, por un momento, tuvo la ilusión de que la luz sobre los papeles que tenía ante él provenía de su cara y de la fría y radiante lucidez de su voz, de su mente, de su único propósito. Su rostro -donde la línea particular de un tema único corría desde la fija mirada de sus ojos, a través de los fuertes músculos de sus mejillas, hasta la curva algo desdeñosa y abatida de la boca- era, como sus palabras, la representación de un implacable ascetismo.

* * *

El día empezó con la noticia de un desastre: un tren de carga de Atlantic Southern había chocado con otro de pasajeros en Nuevo México, en una curva cerrada, en las montañas, y sus vagones habían caído por las laderas circundantes. Transportaba 5.000 tn. de cobre desde una mina de Arizona a las fundiciones Rearden.

Rearden llamó enseguida al director general de Atlantic Southern; su respuesta fue: "¡Cielos, Sr. Rearden! ¿Cómo voy a asegurarle nada? ¿Quién puede saber cuánto tiempo va a necesitarse para liberar esa vía? Es una de las peores catástrofes que hemos sufrido... No lo sé, Sr. Rearden, no existen otras líneas en ese sector. Han quedado más de 350 m. de rieles deshechos. Se ha producido además un deslizamiento de tierras y nuestro tren de auxilio no puede pasar. No sé cuándo volveremos a tener esos vagones en su sitio ni cómo podremos hacerlo. Es imposible calcular menos de 2 semanas... ¿3 días? ¡Imposible, Sr. Rearden! No podemos. Dígales a sus clientes que ha sido un caso de fuerza mayor. Nadie puede culparlo por semejante desgracia".

Durante las 2 hs. siguientes y con la ayuda de su secretaria, de 2 jóvenes ingenieros del departamento de Embarques, de un mapa de carreteras y del teléfono, Rearden consiguió que una flota de camiones se dirigiera al lugar del accidente y que un convoy de vagones de auxilio se pusiera en contacto con ellos en la estación más próxima a Atlantic Southern. Los vagones habían sido prestados por Taggart Transcontinental y los camiones procedían de Nuevo México, Arizona y Colorado. Los ingenieros de Rearden habían perseguido por teléfono a sus propietarios ofreciéndoles importantes sumas que anularon toda resistencia.

Era el 3° de los 3 envíos de cobre que Rearden estaba esperando: 2 no habían sido entregados, porque una de las compañías había quebrado y la otra seguía con sus acostumbrados retrasos.

Atendió ese asunto sin alterar su cadena de reuniones, sin levantar la voz, sin dar señales de fatiga, incertidumbre ni temor. Actuó con la rapidez y precisión de un jefe militar bajo el fuego enemigo, y su secretaria, Gwen Ives, se portó como un ayudante tranquilo y eficaz. Era una muchacha de veintitantos años, cuyo rostro sereno, armonioso e impenetrable parecía coincidir a la perfección con el mobiliario y el equipo de la oficina. Era una de sus empleadas más enérgicas y competentes. La forma en que realizaba sus tareas sugería la clase de claridad racional con que trataría cualquier elemento emocional en el trabajo: como una inmoralidad imperdonable.

Cuando el problema se solucionó, su único comentario fue: "Sr. Rearden, creo que deberíamos pedirles a nuestros proveedores que manden sus materiales por Taggart Transcontinental". "También yo lo he pensado -había contestado Rearden- Envíele un mensaje a Fleming, en Colorado, y dígale que estoy interesado en comprar esa mina de cobre."

Estaba de nuevo sentado a su escritorio, hablando con su supervisor por una línea y con su jefe de compras por la otra, comprobando todos los datos de que disponía acerca de las toneladas de mineral. No podía dejar a otra persona la responsabilidad de un retraso de una sola hora en la alimentación de los hornos, pues se estaba tendiendo el último riel para la línea "John Galt". De pronto, sonó el timbre y la voz de la Srta. Ives anunció que su madre es-taba afuera y quería verlo.

Había rogado a sus familiares que no fueran a visitarlo a la fundición sin previo aviso. Le agradaba que aborrecieran aquel lugar y que sólo en excepcionales oportunidades aparecieran por su despacho. Al oír el aviso, sintió el violento deseo de ordenarle a su madre que se fuera, pero con un esfuerzo mayor que el que había necesitado para resolver el desastre del choque, respondió suavemente: "De acuerdo, dígale que pase".

Su madre se presentó con un aire entre beligerante y defensivo. Miró el despacho con resentimiento: sabía que representaba para él mucho más que ella misma. Tardó mucho tiempo en sentarse en el sillón, acomodar su bolso y sus guantes, arreglarse los pliegues del vestido. Después gruñó: -¿Te parece bonito que una madre tenga que esperar en la recepción y pedir permiso a una secretaria para ver a su hijo y...?

-Madre, ¿ocurre algo importante? Tengo un día muy agitado.

-No eres el único que tiene problemas. Desde luego, es algo importante, de lo contrario no me hubiera tomado la molestia de venir.
-¿De qué se trata?
-De Philip.
-Tú dirás.
-Philip no es feliz.
-Bueno, ¿y qué?
-Cree que no debe depender de tu caridad y vivir de limosnas, sin un dólar que sea producto de su propio esfuerzo.
-¡Vaya! -exclamó Hank, asombrado- Siempre esperé que un día u otro se diese cuenta.
-No está nada bien que un hombre sensible y comprensivo como tu hermano se encuentre en semejante posición.
-Desde luego.
-Me alegro de que estés de acuerdo conmigo. Lo que vas a hacer es ofrecerle un empleo.
-¿Un... qué?
-Darle un empleo aquí, en las fundiciones, pero un trabajo bueno y agradable, con su propia oficina y su escritorio y un salario decente, sin obligarlo a que se mezcle con tus obreros ni con tus malolientes hornos.
Comprendió que aquellas palabras habían sido realmente pronunciadas y que no se trataba de una ilusión, aun cuando apenas pudiese creerlo.
-Mamá, no estarás hablando en serio.
-Desde luego que sí. Sé muy bien lo que él desea, pero es tan orgulloso que no se atreve a pedírtelo. Ahora bien, si tú se lo ofreces y le das a entender que le estás pidiendo un favor, no sabes lo feliz que va a sentirse. He venido a escondidas para que no sospeche que te sugerí nada.
Lo que estaba escuchando no entraba en su cerebro. Supuso que su madre no podía dejar de percibir el rayo del pensamiento que le atravesó la mente y lo expresó con una exclamación: -¡Pero si no sabe nada de este negocio!
-¿Y eso qué tiene que ver? Necesita un empleo.
-No puede realizar ningún trabajo aquí.
-Tiene que ganar confianza en sí mismo y sentirse importante.
-Pero no me será de ninguna utilidad.
-Debe sentirse necesario.
-¿Aquí? ¿Y para qué podría quererlo aquí?
-Das trabajo a muchos desconocidos.
-Contrato a gente productiva. ¿Qué puede ofrecerme él?
-Es tu hermano, ¿verdad?
-¿Y qué tiene eso que ver?
Lo miró incrédula, muda de asombro. Durante unos segundos se contemplaron fijamente, como si los separase una distancia interplanetaria.
-Es tu hermano -repitió ella con una voz que recordaba la de un fonógrafo que repitiese una fórmula mágica de la que no se atrevía a dudar- Necesita una posición en el mundo, necesita un salario, saber que recibe un dinero que ha sabido ganarse, y no una limosna.
-¿Un dinero que ha sabido ganarse? ¡Pero si para mí no vale ni un centavo!

-¿Es que no piensas más que en tus beneficios? Te estoy rogando que ayudes a tu hermano y lo único que se te ocurre es cómo obtener algo de él. No quieres ayudarlo, a menos que eso signifique algún provecho, ¿no es así? -Vio la expresión de los ojos de Hank y apartó su mirada, pero siguió hablando apresuradamente, con voz cada vez más chillona: -Desde luego, reconozco que lo estás ayudando... pero igual que ayudarías a un mendigo cualquiera; tú sólo valoras lo material. ¿No has pensado nunca en que también tiene necesidades espirituales y que su situación actual perjudica su autoestima? No quiere vivir como un pordiosero, quiere independizarse de ti.
-¿Consiguiendo un salario que no podrá ganarse con su trabajo?
-No te perjudicaría en absoluto. Ya tienes suficiente gente que te ayuda a ganar tu dinero.
-¿Me estás rogando que lo ayude a teatralizar semejante fraude?
-No es preciso que lo tomes de ese modo.
-¿Es un fraude o no?
-No se puede hablar contigo... No eres humano. No tienes compasión por tu hermano, ni te duelen sus sentimientos.
-¿Es o no un fraude?
-No tienes piedad de nadie.
-¿Crees que sería justa una farsa de esta naturaleza?
-Eres el hombre más inmoral que existe. Sólo piensas en la justicia y no se te ocurre que también existe el amor.
El se levantó brusca y repentinamente como quien da por terminada una entrevista y obliga a su visitante a retirarse.
-¡Mamá, estoy dirigiendo una fundición de acero, no un cabaret!
-¡Henry! -exclamó indignada por su vocabulario.
-No vuelvas a hablarme de ofrecer un empleo a Philip. No le daría ni el de barrendero. Jamás le permitiré que entre en mi empresa. Quiero que lo entiendas de una vez y para siempre. Puedes ayudarlo cuanto desees, pero no vuelvas a pensar en mis hornos como medios para dicho fin.
Las arrugas del blando mentón de su madre se comprimieron en un gesto de desdén.
-¿Qué son acaso estos hornos? -preguntó- ¿Un templo o algo así?
-Desde luego -repuso Hank suavemente, asombrado con la idea.
-¿No piensas nunca en las personas, ni en tus deberes morales hacia ellas?
-No sé a qué llamas moral. No, no pienso en las personas. Si diera ese trabajo a Philip, no sería capaz de enfrentarme a un hombre competente que de verdad necesitara y mereciera un empleo.
Su madre se levantó con la cabeza hundida entre los hombros. Con una voz amarga que parecía empujar las palabras hacia la alta y esbelta figura de Hank, dijo: -Esa es tu crueldad, Henry, eso es lo mezquino y egoísta de ti. Si quisieras a tu hermano le darías un empleo que no merece, precisamente por eso. Sería amor fraterno, amabilidad. ¿Si no, para qué sirve el amor? Si un hombre merece un trabajo, no hay mérito alguno en dárselo. La virtud se basa en darle algo a quien no lo merece.
La miraba como un niño contempla una pesadilla a la que su incredulidad impide convertirse en horror.

-Mamá -dijo lentamente- No sabes de qué estás hablando. No puedo ni siquiera despreciarte lo suficiente como para creer que estás siendo sincera.
La mirada que se pintó en el rostro de su madre lo asombró todavía más: era una expresión de derrota y al mismo tiempo de extraña, subrepticia y cínica astucia, como si por un instante fuera dueña de una sabiduría superior a la inocencia de su hijo.
El recuerdo de aquella mirada permaneció fijo en su mente como una señal de alarma, advirtiéndole que había vislumbrado algo que le era preciso comprender. Pero no lo consiguió, ni pudo forzar a su mente a que lo aceptara como merecedor de su preocupación. No pudo hallar la clave; tan sólo sentía una leve intranquilidad y una cierta repulsión. Pero no tenía tiempo para pensar en semejante cosa ahora, porque el siguiente visitante ya se encontraba frente a él. Y era un hombre que luchaba por su vida.
Desde luego, el sujeto no expresó su problema en tales términos, pero Rearden supo que tal era la esencia del caso. Le rogaba tan sólo la concesión de 500 toneladas de acero.

Era Ward, de Ward Harvester Company de Minnesota, una compañía sin mayores pretensiones pero de intachable reputación, uno de esos negocios que raras veces se hacen grandes pero que nunca fracasan. Ward era la 4° generación de la misma familia propietaria de la fábrica, y había concentrado en ella toda su inteligencia y toda su habilidad de director.
Tendría unos 50 y tantos años y su rostro era sólido y cuadrado. Mirándolo se comprendía que para él mostrar sufrimiento ante otras personas era un acto tan indecente como el de desnudarse en público. Hablaba con un tono seco y comercial. Le explicó que, igual que su padre, siempre había tenido tratos con una de las pequeñas compañías de acero, ahora absorbidas por la Associated Steel de Orren Boyle, y llevaba un año esperando que le entregaran su último pedido. Había pasado un mes intentando obtener una entrevista personal con Rearden.
-Sé que su fundición está trabajando al máximo, Sr. Rearden -dijo- Sé también que no se encuentra en condiciones de aceptar nuevos pedidos, puesto que sus mejores y más antiguos clientes están aguardando su turno. Es usted el único empresario decente... quiero decir, confiable, que queda en el país. No sé qué razón ofrecerle por la que deba hacer una excepción en mi caso, pero no me queda otro recurso, si no quiero cerrar las puertas de mi fábrica y -su voz se quebró ligeramente-... no puedo hacerme a tal idea. Así es que pensé hablar con usted; aun cuando mis posibilidades sean escasas... he de intentarlo todo.
Era un lenguaje que Rearden podía comprender.
-Me gustaría ayudarle -dijo-, pero éste es el peor momento para mí, debido a un pedido muy importante y especial que tiene preferencia sobre todos los demás.
-Lo sé, pero ¿podría escucharme un momento, Sr. Rearden?
-Desde luego.
-Si es cuestión de dinero, pagaré lo que me pida. Cárgueme el precio extra que considere adecuado, cóbreme el doble, pero déme ese acero. No me importaría perder en la venta de las máquinas cosechadoras con tal de mantener las puertas abiertas. Tengo lo suficiente, personalmente hablando, como para trabajar a pérdida un par de años, pero debo sostenerme. Creo que la situación actual no se

prolongará demasiado; que mejorará. Tiene que ser así, o de lo contrario -no terminó la frase y repitió: -...ha de mejorar.
-Mejorará -afirmó Rearden.
La idea de la línea "John Galt" le atravesó la mente, como una melodía que sustentaba sus confiadas palabras. La línea "John Galt" seguía avanzando y los ataques contra su metal habían cesado. Le parecía como si a muchos kilómetros de distancia, él y Dagny Taggart se encontraran en un espacio vacío, con el camino sin obstáculos, libres para finalizar su tarea. "Nos dejarán solos para que lo hagamos" -pensó. Aquellas palabras eran como un himno de batalla en su cerebro-. "Tendrán que dejarnos solos."
-La capacidad de nuestra fábrica es de mil cosechadoras por año -explicaba Ward- El año pasado fabricamos 300. Conseguí el acero necesario en algunas liquidaciones por bancarrota y pidiéndolo aquí y allá a las grandes compañías. Tuve que merodear por toda suerte de parajes increíbles. Bueno, no voy a fastidiarlo con mis explicaciones, solamente le diré que nunca pensé que llegaría a tener que trabajar de esta manera. Y todo el tiempo, Orren Boyle no ha dejado nunca de asegurarme que me entregaría el acero la semana siguiente.
Pero el que ha ido fabricando se lo entregó a nuevos clientes, por razones que nadie quiere mencionar. Sólo indicaré que, por lo que he oído, se trata de hombres con influencia política. Y ahora ya me es imposible acercarme a Boyle. Está en Washington desde hace más de 1 mes, y todo lo que me dicen en su oficina es que no pueden complacerme porque carecen de mineral.
-No pierda el tiempo con ellos -le aconsejó Rearden- Jamás conseguirá nada de esa empresa.
-Verá usted, Sr. Rearden -prosiguió en tono de quien ha descubierto algo que considera increíble- Hay algo raro en la manera en que Boyle lleva su negocio. No comprendo qué está buscando. Aunque tiene la mitad de los hornos inactivos, el mes pasado los periódicos publicaron grandes historias acerca de Associated Steel que no se referían a la producción, sino al maravilloso bloque de viviendas que Boyle acababa de construir para sus obreros. La semana pasada, Boyle envió a todas las escuelas películas en color en las que muestra cómo se fabrica el acero, y los grandes servicios que este metal presta a todo el mundo. Ahora tiene un programa de radio en el que se dan charlas sobre el valor del acero para el país y en el que declara que hay que proteger a la industria en general. No comprendo qué quiere decir con eso de "en general".
-Yo sí, pero olvídese, no se saldrá con la suya.
-Verá usted, Sr. Rearden, no me gusta la gente que siempre está hablando de que todo lo que hace es sólo en beneficio de los demás. No es cierto y, aunque lo fuera, no creo que fuera justo, por eso declaro con toda sinceridad que si necesito ese acero es para salvar mi negocio, porque es mío, porque si tuviera que cerrarlo... pero nadie comprende eso en nuestros días.
-Yo sí lo comprendo.
-Sí... Creo que sí... Es mi preocupación primordial. Pero además están mis clientes. Llevan tratando conmigo muchos años y confían en mí. Es imposible conseguir maquinaria en otro sitio. Imagínese lo que ocurriría en Minnesota, si los agricultores no pudieran reponer sus herramientas cuando éstas se rompan en mitad de la cosecha y no haya repuestos... cuando no haya nada más que las

películas en color de Orren Boyle acerca de... bueno... Además, están mis obreros, algunos de los cuales trabajan en mi fábrica desde los tiempos de mi padre y no tienen otro sitio adonde ir.
Rearden se dijo que era imposible extraer más acero de una fundición en la que cada horno, cada hora de trabajo y cada tonelada estaban distribuidos de antemano de acuerdo con pedidos apremiantes para los 6 meses siguientes. Pero... pensó, "...la línea John Galt: si pude hacerla, puedo hacer todo...". Sintió deseos de aceptar 10 nuevos problemas al mismo tiempo. Le pareció que estaba en un mundo donde nada le sería imposible.
-Escuche -dijo estirando la mano hacia el teléfono- Voy a consultar con mi supervisor y ver cuánto vamos a producir en las próximas semanas. Quizá encuentre el modo de tomar un par de toneladas de algunos pedidos ya en curso y...
Ward apartó rápidamente la mirada, pero Rearden percibió un mensaje de ansiedad en su cara. "¡Es tanto para él y tan poco para mí!", se dijo.
Levantó el auricular, pero volvió a dejarlo porque la puerta del despacho se abrió de improviso, y entró Gwen Ives.
Era sorprendente que la Srta. Ives se permitiera semejante actitud, que su rostro permanentemente calmo estuviera distorsionado de tal manera, que sus ojos parecieran ciegos, que tuviera que hacer semejante esfuerzo de autodisciplina para no tambalearse.
-Perdone que lo interrumpa, Sr. Rearden -dijo y él comprendió que la joven no veía el despacho, ni tampoco a Ward, sino tan sólo a él- Creí necesario comunicarle que el Congreso acaba de aprobar la ley de Igualación de Oportunidades.
Fue el impasible Sr. Ward quien, mirando a Rearden, gritó: -¡Oh, Dios mío! ¡No puede ser!
Rearden se puso de pie bruscamente y se mantuvo inclinado de una manera muy poco natural, con uno de los hombros más bajo que el otro, pero fue sólo un instante. Miró a su alrededor, como si recuperase la vista y dijo: "Perdonen", incluyendo en ello a la Srta. Ives y a Ward, y volvió a sentarse.
-¿No nos habían dicho que ese proyecto de ley había sido abandonado? -preguntó con voz contenida y dura.
-No es eso, Sr. Rearden. Al parecer, ha sido un movimiento sorpresa que les llevó sólo 45 minutos.
-¿Sabe algo de Mouch?
-No, Sr. Rearden -dijo, haciendo hincapié en la negación- Fue el mensajero del 5° piso el que bajó corriendo a comunicarme que acababa de escucharlo por radio. Llamé a los periódicos para confirmarlo y traté de hablar con el Sr. Mouch en Washington, pero su teléfono no contesta.
-¿Cuándo supimos de él por última vez?
-Hace 10 días, Sr. Rearden.
-Bien, gracias, Gwen. Siga intentando comunicarse.
-Como usted diga, Sr. Rearden.
Salió. Ward se había puesto de pie y tenía el sombrero en la mano. -Creo que debería... -murmuró.
-Siéntese -estalló Rearden con ferocidad.

Ward obedeció, clavando la mirada en él.
-¿Teníamos un negocio en trámite, verdad? -preguntó Rearden. Ward no hubiera podido definir qué emoción era la que contraía la boca de Rearden- Sr. Ward, ¿qué nos recriminan los hijos de puta más estúpidos que hay en la Tierra? ¡Ah, sí! Nuestro lema "los negocios ante todo". Pues bien... ¡Los negocios ante todo, Sr. Ward!
Tomó el teléfono y pidió hablar con el supervisor.
-Escuche, Pete... ¿Cómo?... Sí, ya lo he oído, pero hablaremos de eso después. Lo que ahora quiero saber es lo siguiente: ¿podría conseguirme 500 toneladas extra de acero sobre la producción normal de las próximas semanas?... Sí, lo sé... Sé que va a ser difícil... Déme datos y cifras. -Tomó unas cuantas notas en una hoja de papel, y luego dijo: -De acuerdo. Gracias.
Y colgó.
Estudió las cifras un momento, hizo algunos breves cálculos en el margen de la hoja y luego levantó la cabeza.
-Muy bien, Sr. Ward -dijo-, cuente con su acero dentro de 10 días.
Cuando Ward se había retirado, Rearden salió a la recepción y con voz totalmente normal, dijo a la Srta. Ives: -Telegrafie a, Fleming en Colorado y cancele la oferta sobre la mina de cobre. El comprenderá.
La Srta. Ives asintió sin mirarlo.
Rearden se dirigió a su siguiente visita y le dijo al tiempo que lo invitaba a entrar en el despacho: -¿Cómo está usted? Pase, por favor.
Pensaría en ello más tarde. "Hay que avanzar paso a paso, sin detenerse nunca." Por el momento, con una extraordinaria claridad, con una brutal simplificación que lo hacía parecer todo más fácil, sólo admitía una idea: "Este obstáculo no puede detenerme". La frase parecía colgar en el aire, sin pasado ni futuro. No pensó en qué cosa no podía detenerlo, o por qué su frase sonaba tan crucial y tajante, pero se dispuso a obedecerla. Continuó paso a paso, completando su lista de entrevistas, tal como había sido planeada de antemano.
Era muy tarde cuando el último visitante se fue y Hank salió de su despacho. El resto del personal se había marchado y sólo la Srta. Ives seguía sentada ante su escritorio, en la sala vacía, muy rígida, con las manos cruzadas sobre el regazo. Pero no agachaba la cabeza, sino que la sostenía erguida, y su rostro parecía helado. Las lágrimas corrían por sus mejillas, sin sonido de llanto, sin movimiento facial alguno; incapaz de dominarlas, surgían contra su voluntad.
Al verlo, dijo secamente, como sintiéndose culpable: -Lo siento, Sr. Rearden.
No pretendió el inútil movimiento de ocultar su cara. El se acercó.
-Gracias -le dijo amablemente.
Gwen Ives lo miró sorprendida.
-¿No cree que me está subestimando, Gwen? -observó sonriente-. ¿No le parece demasiado pronto para llorar por mí?
-Lo hubiera soportado todo -murmuró la secretaria-, menos... -señaló los periódicos que tenía sobre el escritorio -que lo califiquen como una victoria contra el egoísmo.
Rearden echó a reír.
-Comprendo que semejante distorsión del idioma la ponga furiosa -dijo-. Pero, ¿qué importa eso?

Al mirarlo, su boca se aflojó un poco. Aquella víctima a quien no podía proteger era su único punto de apoyo en un mundo que parecía disolverse a su alrededor.
Hank le pasó la mano por la frente, con gran delicadeza, rompiendo la formalidad, algo muy poco común en él, en un silencioso reconocimiento de cosas de las que nunca se había reído.
-Váyase a su casa, Gwen. Esta noche no la necesito. Yo también pienso retirarme temprano. No, no quiero que me espere.
Era pasada la medianoche cuando, sentado a su escritorio, inclinado sobre los diseños del puente para la línea "John Galt", interrumpió bruscamente su trabajo, herido por una súbita emoción de la que no podía escapar, como si de repente se hubiesen esfumado los efectos de una anestesia.
Se dejó caer hacia delante, pretendiendo resistir aferrándose a alguna chispa de fuerza, y permaneció sentado con el pecho presionado contra el borde del escritorio que le impedía derrumbarse del todo. Tenía la cabeza colgando inclinada, como si el único logro aún posible fuera impedir que cayera sobre la mesa. Permaneció así un momento, inconsciente de todo, excepto del dolor -un dolor hiriente y sin límites que no acertaba a saber si estaba localizado en su mente o en su cuerpo-, reducido a esa terrible fealdad del sufrimiento, que bloquea la razón.
Al rato, levantó la cabeza y se irguió serenamente, hasta recuperar su anterior posición en el sillón. Comprendía que haber aplazado el episodio por algunas horas no lo hacía culpable de evasión: no había pensado en ello, porque no había nada que pensar.
El pensamiento -se dijo silenciosamente- es un arma que se utiliza para actuar, pero ahora no había acción posible. Es la herramienta mediante la cual uno realiza una elección, pero no tenía opción alguna. El pensamiento determina el propósito de uno y el modo de alcanzarlo; sin embargo, en lo referente a su vida se sentía desgarrado pedazo a pedazo, sin voz, ni propósitos, ni medios, ni defensa.
Meditó en todo ello, asombrado. Por vez 1° comprendió que nunca había conocido el miedo porque frente a cualquier desastre había esgrimido siempre el recurso omnipotente de la acción. No es que estuviera totalmente seguro de una victoria, porque, ¿quién puede tener semejante certeza?, pero la posibilidad de actuar era todo cuanto había necesitado en tales ocasiones. Ahora, por 1° vez, y de un modo impersonal, se hallaba frente al verdadero terror: ser llevado hacia la destrucción, atado de pies y manos.
"Bien" -pensó-, "avanza con las manos atadas. Sigue adelante con cadenas. Sigue. No debes detenerte..." Pero otra voz le decía cosas distintas, cosas que no deseaba escuchar, mientras se debatía y gritaba: "¡No tiene sentido pensar en ello!... Es inútil... ¿Para qué?... ¡Olvídate de ello!".
No podía librarse de aquellas ideas. Permaneció sentado, contemplando los diseños del puente para la línea "John Galt", al tiempo que oía palabras que eran en parte voz y en parte suspiro. Lo habían decidido sin él... No lo llamaron, ni le preguntaron nada, ni lo dejaron hablar... No se habían sentido obligados a informarle, a hacerle saber que acababan de arruinar parte de su vida y que, a partir de entonces, tendría que marchar como un lisiado... De todos cuantos estaban relacionados con aquello, quienesquiera que fueran y por cualquier razón o necesidad, él era el único al que no habían tenido en consideración.

El cartel colocado al final de la larga ruta proclamaba: "Minerales Rearden". Estaba suspendido sobre negras gradas de metal... y sobre años y noches... sobre un reloj que dejaba gotear su propia sangre... la sangre que había dado gustosamente, en pago de un día distante y de un cartel sobre el camino... que había pagado con su esfuerzo, su fortaleza, su mente y su esperanza... Todo quedaba ahora destruido por el capricho de unos hombres que se sentaron y votaron. ¿Quién podía saber con qué intenciones? ¿Quién podía saber qué voluntad los había situado en el poder? ¿Qué motivos los impulsaron? ¿Cuál era su conocimiento? ¿Cuál de ellos hubiera podido extraer un pedazo de mineral a la tierra sin ayuda ajena? Todo quedaba destruido por el capricho de unos hombres a los que no había visto nunca y que, por su parte, jamás vieron tampoco aquellos montones de metal destruido por su decisión, pero ¿con qué derecho?

Sacudió la cabeza, seguro de que había cosas en las que más valía no pensar; que existían obscenidades que contaminaban al observador; que las personas no tenían que trasponer ciertos límites. No debía pensar en aquello, ni bucear en su interior, ni tratar de averiguar la naturaleza de sus raíces.

Tranquilo y vacío, se dijo que estaría bien al día siguiente. Se perdonaría la debilidad de esta noche. Era como llorar en un funeral, para después aprender a vivir con una herida abierta. O con una empresa arruinada.

Se levantó y se acercó a la ventana. Los altos hornos parecían desiertos y sin actividad. Vio débiles resplandores rojos sobre negras chimeneas, largos trazos de vapor y enmarañadas diagonales de grúas y puentes.

Nunca se había sentido tan desolado. Pensó que Gwen Ives y Ward podían recurrir a él en busca de esperanza, de alivio o de valor. Pero ¿a quién podía él apelar? Porque también él lo necesitaba esta vez. Deseó tener un amigo a quien mostrar su sufrimiento, sin jactancia y sin defensas; en quien refugiarse por un instante, tan sólo para decirle: "Estoy muy cansado" y encontrar un momento de reposo. De todas las personas que conocía, ¿existía acaso una a la que deseara tener a su lado en esos momentos? Escuchó mentalmente la respuesta inmediata y asombrosa: Francisco d'Anconia.

Su propia risa sofocada lo volvió a la realidad. Lo absurdo de aquel anhelo le devolvió la calma. "Eso es lo que ocurre -se dijo-, cuando uno se deja dominar por la debilidad."

Permanecía ante la ventana, tratando de no pensar en nada, pero algunas palabras continuaban resonando en sus oídos: Mineral Rearden... Carbón Rearden... Aceros Rearden... Metal Rearden... ¿De qué servía? ¿Para qué había conseguido todo aquello? ¿Por qué querría volver a hacer algo alguna vez?

Su 1° día en la puerta de entrada de las minas... el día en que estuvo de pie, cara al viento, contemplando las ruinas de una fundición de acero... El día en que, en este mismo despacho, ante esta ventana, pensó que era posible construir un puente capaz de sostener pesos inconcebibles sobre unas barras de metal, si se combinaba un soporte con determinado arco y se construían refuerzos en diagonal, mientras la parte superior se encorvaba...

Se interrumpió. Aquel día no había pensado precisamente en combinar un soporte con un arco.

Al instante, estaba de nuevo delante del escritorio, inclinado sobre el plano, con una rodilla sobre el sillón, sin tiempo para sentarse, trazando líneas curvas,

ángulos y columnas de cifras, tanto sobre los planos como sobre el secante o las cartas que alguien le había enviado.
Una hora más tarde llamaba a larga distancia y esperaba que sonara el teléfono situado junto a la cama de un vagón, en cierto apartadero.
-¡Dagny! -decía poco después- Arroje los planos del puente a la carretera porque... ¿Cómo?... ¡Ah, sí! ¡Al diablo con ellos! No importan los saqueadores ni sus leyes. ¡Olvídelo! Escúcheme. ¿Recuerda aquella estúpida armazón que usted admiró tanto? ¿A la que llamó "Soporte Rearden"? Pues no vale nada. Acabo de idear otra que terminará con todos los sistemas actuales. Este puente podrá soportar 4 trenes a la vez, permanecer en funcionamiento 300 años y costarle menos que la herramienta más barata. Le mandaré los planos dentro de un par de días, pero quería que lo supiera de inmediato. Se trata de combinar un soporte con un arco. Si utilizamos una estructura diagonal y... ¿Cómo?... No la oigo. ¿Está resfriada?... ¿Por qué me da las gracias? Espere a que se lo explique todo.

CAPÍTULO VIII - LA LINEA "JOHN GALT"

El obrero sonrió, mirando a Eddie Willers desde el otro lado de la mesa.
"Me siento como un fugitivo" -confesó Eddie- "Se imaginará por qué no he venido aquí por varios meses." -Señaló la cafetería subterránea- "Se supone que soy el vicepresidente ahora; el vicepresidente del departamento de Operaciones, pero no lo tome muy en serio. Resistí cuanto pude, pero al final me tuve que escapar y venir, aunque sólo fuera por una noche... La 1° vez que vine aquí a cenar, luego de mi supuesto ascenso, la gente me miraba con tanta insistencia que no me atreví a volver. Pero dejemos que miren. Me alegra que a usted no le moleste. No; llevo 2 semanas sin verla, pero le hablo por teléfono todos los días, incluso más de una vez... Sí, la entiendo y estoy seguro de que le gusta. ¿Cómo se le dice a lo que percibimos a través del teléfono? Vibraciones sonoras, ¿verdad? Pues bien, su voz se transforma en vibraciones de luz. No sé si me explico bien. Disfruta librando esa horrible batalla por sí sola, y venciendo poco a poco... ¡Oh, sí! ¡Está ganando! ¿Sabe por qué no ha leído nada sobre la línea "John Galt" el último tiempo? Pues porque marcha bien... claro que esos rieles de metal Rearden formarán la mejor vía férrea que jamás se haya construido, pero ¿de qué servirá si no tenemos locomotoras lo suficientemente poderosas como para hacer uso de ellos? Fíjese en las que nos quedan, casi no pueden arrastrarse por las viejas vías... sin embargo, aún tenemos esperanzas. La United Locomotive quebró. Es lo mejor que nos pudo ocurrir en las últimas semanas, porque la planta fue comprada por Dwight Sanders, un brillante y joven ingeniero, que fundó la única buena fábrica de aviones que queda en el país. Tuvo que vendérsela a su hermano, a fin de hacerse cargo de la United Locomotive cumpliendo con la ley de Igualación de Oportunidades... Claro que se trata de un plan entre ellos, pero ¿quién puede culparlo? Como sea, a partir de ahora veremos salir máquinas Diesel de la United Locomotive. Dwight Sanders hará funcionar su negocio... Sí, ella confía en él. ¿Por qué me lo pregunta?... Se trata de algo verdaderamente trascendente para

nosotros, porque acabamos de firmar un contrato por las primeras 10 locomotoras Diesel que construya. Cuando la llamé para contárselo, se rió y dijo: “¿Te das cuenta? ¿Hay razón para preocuparse?” Y habló así porque ella sabe... yo nunca se lo he dicho, pero sabe... que tengo miedo... Sí, tengo miedo. No lo tendría si supiera de qué. Pero esto... Dígame. ¿De veras no me desprecia por ser el vicepresidente?... ¿No cree que es peligroso?... ¿Qué honor? Realmente no sé lo que soy: si un payaso, un fantasma, un actor de 2° o un aprovechador de mala muerte. Cuando estoy en su despacho, sentado en su sillón, frente a su escritorio, me siento peor aún: me siento un asesino... Desde luego, sé que actúo como representante suyo y que esto constituye un honor, pero... pero me siento de un modo horrible que no puedo comprender por completo, como si estuviera también representando a Jim Taggart.
"¿Por qué ella necesitaría tener un secuaz? ¿Por qué tiene que esconderse? ¿Por qué la echaron del edificio? ¿Sabe que tuvo que alquilar un miserable agujero en el callejón, frente a la entrada de expresos y equipajes? Debería verla alguna vez: es la oficina de la John Galt Inc. Sin embargo, todo el mundo sabe que es ella quien sigue al frente de Taggart Transcontinental. ¿Por qué tiene que disimular el magnífico trabajo que está haciendo? ¿Por qué no le reconocen sus méritos? ¿Por qué le roban sus triunfos y tengo que aparecer yo como el comprador de lo que le roban? ¿Por qué están haciendo cuanto pueden para impedirle triunfar, cuando ella es lo único que se interpone entre ellos y el fin? ¿Por qué la torturan a cambio de salvar sus vidas?... ¿Qué le sucede, amigo? ¿Por qué me mira así?... Sí, creo que comprende... Hay algo en todo esto que no puedo definir, algo malo. Por eso tengo miedo... No creo que logremos salir airosos... Es extraño, pero me parece que ellos lo saben; me refiero a Jim y a su pandilla y a todos los que están en el edificio. Hay un ambiente de culpabilidad y de hipocresía. Taggart Transcontinental es como un hombre que ha perdido su alma, que la ha traicionado... No, a ella no le importa. La última vez que estuvo en Nueva York, llegó sin previo aviso. Yo estaba en mi despacho o, mejor dicho, en el de ella y de pronto se abrió la puerta y entró diciendo: “Sr. Willers, estoy buscando trabajo como operadora de estación. ¿Tiene algo para mí?”. Me hubiera gustado soltar unas cuantas maldiciones contra todos ellos, pero no pude menos que reírme. ¡Me alegraba tanto verla, y se la veía tan feliz! Venía directo desde el aeropuerto; con un pantalón suelto y una chaqueta liviana, tenía un aspecto maravilloso: estaba bronceada, como si volviera de unas vacaciones. Me obligó a quedarme donde estaba, en su silla, y se sentó en la otra; hablaba del nuevo puente para la línea "John Galt"... No, no le pregunté por qué eligió ese nombre... No sé qué significa para ella. Creo que es una especie de desafío... aunque no sé hacia quién... Pero no importa, no importa en absoluto. Aunque no existe John Galt, preferiría que no usara ese nombre, no me gusta... ¿Y a usted? No parece muy feliz al pronunciarlo."

***

Las ventanas de la oficina de la línea "John Galt" daban a un oscuro callejón. Desde su escritorio, Dagny no veía el cielo, porque se interponía la mole del gran rascacielos de Taggart Transcontinental.

Su nuevo cuartel general constaba de 2 habitaciones en la planta baja de un edificio a punto de derrumbarse; si bien estaba en pie, casi todos los pisos superiores estaban deshabitados por seguridad. Algunos alojaban empresas casi en quiebra que seguían existiendo impulsadas por la inercia del pasado.
Le gustaba aquel nuevo lugar porque significaba un ahorro de dinero. Las habitaciones no tenían muebles ni personal superfluos. Los muebles eran de tiendas de artículos usados y el personal era el mejor que pudo conseguir. En sus raras visitas a Nueva York, no tenía casi tiempo para prestar atención al cuarto donde trabajaba: lo que importaba era que servía a su propósito.
No supo qué la impulsó a detenerse aquella vez y mirar las delgadas estelas de lluvia marcadas en los cristales de las ventanas y en la pared al otro lado del callejón.
Era pasada la medianoche y sus pocos empleados se habían marchado. A las 3 de la madrugada debía estar en el aeropuerto para tomar el vuelo de regreso a Colorado y le quedaba poco por hacer, tan sólo leer algunos informes de Eddie. Al quebrar la tensión acumulada por su actividad tan intensa, se detuvo, incapaz de continuar, y esos informes parecieron exigirle un esfuerzo sobrehumano. Era demasiado tarde para irse a dormir a casa, y demasiado temprano para partir hacia el aeropuerto. "Sólo es cansancio", pensó con severa y desdeñosa indiferencia, esperando que aquello pasara.
Había llegado a Nueva York inesperadamente en el avión que tomara a los 20 minutos de haber oído una breve noticia por radio: de manera repentina, sin motivo ni explicación alguna, Dwight Sanders había dejado de operar. Dagny esperaba encontrarlo en Nueva York, y obligarlo a cambiar de idea, pero mientras cruzaba el continente, llegó a la conclusión de que no encontraría rastros de él.
Del otro lado de la ventana, la llovizna primaveral parecía flotar en el aire, como una niebla diluida. Permaneció sentada mirando la amplia caverna, ya abierta, de la entrada de expresos y equipajes de la Terminal Taggart. Vio lámparas encendidas en su interior, entre las vigas de acero del techo, y unos montones de maletas sobre el gastado suelo de cemento. El lugar parecía abandonado y muerto.
Miró una rajadura en la pared de su despacho. No se oía nada. Supo que estaba sola dentro de las ruinas de un edificio como si estuviera sola en la ciudad. Pudo percibir una emoción eludida por años: una soledad que iba más allá de aquel momento, más allá del silencio del despacho y del húmedo y brillante vacío de la calle, la soledad de una tierra desierta y gris, en la que nada valía la pena: la soledad de su infancia.
Se levantó y se acercó a la ventana. Apoyando la cara contra el cristal, pudo ver la totalidad del edificio Taggart, cuyas líneas convergían bruscamente en un distante pináculo que apuntaba al cielo, y contempló la oscura ventana de la que había sido su oficina. Le pareció vivir en el exilio, como si nunca fuera a regresar, como si estuviera separada de aquel edificio por algo muy superior a una débil lámina de cristal, una cortina de lluvia y el lapso de unos meses.
Se encontraba en una habitación de paredes agrietadas, contemplando la inalcanzable forma de todo lo que amaba. No comprendía la naturaleza de su soledad, pero las únicas palabras con que podía definirla eran: "Este no es el mundo que yo esperaba".

Cierta vez, cuando tenía 16 años, mientras contemplaba un largo tramo de la línea Taggart cuyos rieles se unían, como la silueta de un rascacielos, en un punto distante, le comentó a Eddie Willers que siempre le había parecido que esas vías estaban sostenidas por la mano de alguien situado más allá; no su padre, ni ninguno de los que ocupaban la oficina, sino alguien distinto a quien algún día llegaría a conocer.

Negó con la cabeza y apartándose de la ventana volvió a su escritorio. Intentó tomar de nuevo los informes, pero de pronto se desplomó sobre la mesa con la cabeza sobre un brazo. Trató de moverse, pero no pudo. De todas formas, no importaba: nadie la estaba mirando.

Era un anhelo que nunca se había permitido reconocer, pero ahora lo estaba enfrentando. Pensó que si la emoción es la respuesta a las cosas que ofrece el mundo, que si amaba los rieles, el edificio y, aún más, si amaba al amor que sentía por ellos, todavía existía una respuesta, la más grande de todas, que ella no había escuchado hasta entonces: encontrar un sentimiento perdurable, como suma y expresión del propósito de todas las cosas que amaba en la Tierra... encontrar una conciencia como la suya, la de alguien que sería la proyección de su mundo, como ella lo sería del de él... no, no se trataba de Francisco d'Anconia, ni de Hank Rearden, ni de ningún otro hombre que hubiera conocido o admirado, sino de uno capaz de despertar esa clase de emoción que nunca había experimentado. Hizo un leve y lento movimiento con el pecho apretado contra el escritorio, sintiendo el deseo en sus músculos y en los nervios de su cuerpo.

"¿Es eso lo que deseas? ¿Tan sencillo como eso?", pensó, comprendiendo que no era tan fácil, en realidad. Existía cierto inquebrantable lazo de unión entre su amor a aquel trabajo y el deseo de su cuerpo, como si uno le otorgara el derecho y significado al otro; como si uno fuera el complemento del 2°. Y el deseo nunca podría quedar satisfecho, excepto por un ser de su misma grandeza.

Con la cara apretada contra el brazo, movió la cabeza en lenta negación: jamás lo encontraría. Su idea de la vida era todo cuanto llegaría a poseer de aquel mundo deseado. Sólo podía pensar en ello -y algún raro momento, como una luz reflejada sobre su camino- para conocer, continuar, seguir hasta el final.

Levantó la cabeza.

En la calle, del otro lado de su ventana, pudo ver una sombra en la puerta del edificio.

La puerta se hallaba a algunos pasos de distancia y no le era posible distinguir a la persona, ni la luz que proyectaba aquella sombra sobre el pavimento de la acera. La imagen permanecía completamente inmóvil.

Estaba muy cerca de la puerta, como quien se dispone a entrar, por lo que Dagny esperó a que llamara, pero en vez de eso, hizo un brusco movimiento hacia atrás, se volvió y comenzó a alejarse. Después se detuvo -ella sólo podía percibir la silueta del sombrero y los hombros-, se quedó quieta un instante, indecisa, y volvió a acercarse.

Dagny no tenía miedo; estaba sentada a su escritorio, expectante. El personaje se paró junto a la puerta, se alejó otra vez, permaneció en medio del callejón, aceleró el paso y se detuvo nuevamente. Su sombra se columpiaba como un péndulo irregular sobre el pavimento, describiendo el curso de una batalla silenciosa. Aquel hombre luchaba consigo mismo por entrar o escapar.

Dagny lo observó con extraña indiferencia. No tenía fuerzas para reaccionar, sino sólo para seguir mirando. Se preguntó, de manera vaga y distante, quién sería. ¿La estaría vigilando desde la oscuridad? ¿La habría visto desplomarse sobre la mesa, a través de la iluminada y desnuda ventana? ¿Habría observado su soledad, de igual modo que ella observaba ahora la de él?
No sentía nada. Estaban solos, en el silencio de una ciudad muerta, como si el otro se encontrara a muchos kilómetros de distancia y fuese sólo el reflejo de un sufrimiento imposible de identificar; un superviviente cuyo problema fuera tan lejano para ella como el suyo lo sería para él. El hombre se alejó y regresó de nuevo. Ella permanecía sentada, observando en la resplandeciente superficie del callejón a una sombra atormentada.
Se alejó una vez más y Dagny esperó, pero la figura no regresó. Ella se puso de pie para ver el final de la batalla, y ahora que el desconocido la había ganado, o acaso perdido, se sentía presa de la súbita y urgente necesidad por conocer su identidad y sus motivos. Dagny corrió a través de la oscura recepción, abrió la puerta violentamente y miró hacia afuera.
El callejón estaba desierto. El pavimento se extendía como un trozo de espejo mojado bajo unas pocas luces dispersas. No había nadie a la vista. Distinguió el oscuro agujero en la vitrina rota de una tienda abandonada, y, más allá, las puertas de otras casas. En la acera de enfrente, gotas de lluvia brillaban bajo la luz que colgaba de una puerta abierta por la que se llegaba a los túneles subterráneos de Taggart Transcontinental.

Rearden firmó los papeles, los empujó al otro lado del escritorio y desvió la mirada pensando que no tendría ya que preocuparse de ellos y deseando estar en un tiempo en el que este momento quedara distante.
Paul Larkin tomó los papeles con aire vacilante; se veía servilmente desolado.
-Se trata sólo de una formalidad legal, Hank -dijo- Ya sabes que siempre consideraré esas minas como tuyas.
Rearden sacudió la cabeza lentamente, sólo con los músculos de su cuello, pero su cara seguía impasible, como si estuviera hablando a un desconocido.
-No -dijo- La propiedad es mía, o no lo es.
-Pero... pero sabes que puedes confiar en mí, no tienes por qué preocuparte de los suministros de mineral. Tenemos un pacto, ¿verdad? Sabes que puedes contar conmigo.
-No lo sé, pero espero que sea así.
-Te di mi palabra.
-Hasta ahora nunca estuve a merced de la palabra de otro.
-¿Por qué dices eso? Somos amigos. Haré lo que quieras, contarás con mi producción completa. Es como si esas minas fueran tuyas. No tienes nada que temer. Yo... Hank, ¿qué ocurre?
-No sigas hablando.
-Pero... ¿qué te sucede?
-No me gustan las garantías. No quiero que insistas acerca de mi seguridad. No estoy seguro. Hemos llegado a un acuerdo que no puedo hacer valer. Quiero que sepas que me doy plena cuenta de mi situación. Si pretendes mantener tu palabra, no hables tanto de ello. Simplemente, hazlo.

-¿Por qué me miras como si fuera culpable de algo? Ya sabes lo mal que me siento. Compré las minas sólo porque pensé que te ayudaría, porque creía que preferirías vendérselas a un amigo antes que a un desconocido. No es culpa mía, no me gusta esa miserable ley de Igualación de Oportunidades, ni tampoco los sujetos que se ocultan tras ella. Jamás creí que la aprobarían, y recibí una sorpresa tremenda cuando...
-No te preocupes.
-Pero, ¿es que...?
-¿Por qué insistes en hablar de ello?
-Yo... -la voz de Larkin era una súplica- te he pagado el mejor precio, Hank. La ley dice "un precio razonable" y mi oferta fue superior a las demás.
Rearden contempló los documentos que seguían sobre su escritorio y pensó en el pago que le daban por sus minas. Larkin había obtenido 2 tercios de la suma mediante un préstamo del gobierno, ya que la nueva ley contemplaba que se otorgasen "con el objeto de dar una justa oportunidad a los nuevos propietarios que nunca habían tenido una posibilidad". Dos tercios del resto los había proporcionado el mismo Rearden contra una hipoteca sobre sus propias minas. ¿De dónde salía el dinero que el gobierno había entregado? ¿De qué trabajo provenía?
-No tienes de qué preocuparte, Hank -dijo Larkin con su incomprensible e insistente aire de súplica- Se trata sólo de una formalidad administrativa.
Rearden se preguntó qué querría Larkin de él. Se daba cuenta de que estaba esperando algo más allá del hecho concreto de la venta, alguna palabra, alguna acción relacionada con la compasión que debería demostrarle. Los ojos de Larkin, en éste, su momento de mayor fortuna, tenían la expresión enfermiza de un mendigo.
-¿Por qué estás enojado, Hank? Es sólo una forma nueva de formalismo legal. Simplemente un requisito históricamente nuevo. Nadie puede impedirlo, nadie puede considerarse culpable. Siempre hay algún modo de seguir adelante. Fíjate en los demás. No les importa. Ellos están...
-Están empleando secuaces a quienes manejar y controlar para que se hagan cargo de las propiedades que están usurpando a través de estos mafiosos hijos de puta. Creo que...
-¿Por qué hablas así?
-Quisiera decirte, y creo que ya lo sabes, que no soy experto en estos juegos. No tengo el tiempo ni el estómago para inventar alguna forma de chantaje para seguir siendo dueño de mis minas a través de ti. La propiedad es una cosa que no me gusta compartir, y no quiero conservarla valiéndome de tu cobardía, librando una lucha constante para sobrepasarte en astucia y mantener alguna amenaza pendiente sobre tu cabeza. No me gustan esos negocios, ni trabajar con cobardes. Las minas son tuyas. Si quieres concederme la 1° opción sobre la totalidad del mineral producido, puedes hacerlo. Si pretendes engañarme, puedes hacerlo también.
Larkin pareció ofenderse.
-Es muy injusto de tu parte -dijo con cierta nota de sequedad y de reproche- Nunca te he dado motivos para que desconfíes de mí. -Recogió sus documentos apresuradamente.

Rearden vio como los papeles desaparecían en un bolsillo interior de la chaqueta de Larkin. En ese proceso notó las arrugas del chaleco ceñido sobre un vientre fláccido, y una mancha de sudor en la camisa.
Sin haberla convocado, la imagen de una cara vista 27 años antes acudió a su mente.
Era el rostro de un predicador callejero con el que se había cruzado en una esquina de una ciudad que ya no recordaba; tan sólo seguían fijas en su mente las paredes de las casuchas, la lluvia de la tarde otoñal y la malicia de la boca de aquel hombre; una boca pequeña, distendida, que gritaba a la oscuridad: "... el más noble ideal consiste en que el hombre viva para el bien de sus hermanos, que el fuerte trabaje para el débil, que el que tiene una habilidad sirva al que no la tiene...".
Luego vio al joven Hank Rearden a los 18 años. Observó la expresión de su cara, la celeridad de su andar, la euforia en su cuerpo pletórico de energía tras varias noches sin dormir; la orgullosa posición de la cabeza, y aquellos ojos claros, pacíficos e implacables, los ojos de un hombre que se gobierna a sí mismo sin piedad, siempre con la mira puesta en el mismo objetivo. Imaginó cómo habría sido Paul Larkin en aquellos tiempos: un muchacho con cara de niño avejentado, sonriendo cortés, sin alegría, rogando no ser maltratado, implorando al universo que le diera una oportunidad. Si alguien los hubiera enfrentado y le hubiera dicho a Rearden que Larkin iba a ser el beneficiario de su gestión, el receptor de la energía de sus doloridos miembros, ¿qué habría sentido?
No fue un pensamiento, fue como un puñetazo dentro de su cerebro. Cuando pudo reflexionar de nuevo, comprendió qué habría sentido el joven Rearden: el deseo de pisotear aquella cosa obscena que era Larkin, y pulverizar hasta sus menores fragmentos.
Rearden nunca había sido presa de una emoción semejante. Tardó unos segundos en darse cuenta de que eso era lo que solía llamarse odio.
Observó también que, al levantarse y murmurar unas palabras de despedida, Larkin ofrecía el aspecto de un hombre herido y ofendido, como si él fuese la parte perjudicada.
Luego de vender sus minas de carbón a Ken Danagger, poseedor de la mayor compañía carbonífera de Pennsylvania, Rearden se preguntó por qué no experimentaba dolor ni odio. Ken Danagger, de 50 y tantos años, tenía un rostro duro y cerrado. Había empezado como minero, y cuando Rearden le entregó el documento de propiedad, Danagger dijo con aire impasible: -No creo haberle dicho que todo el carbón que me compre le será entregado a precio de costo.
Rearden lo miró asombrado.
-Es ilegal -dijo.
-¿Quién va a descubrir cuánto dinero le entrego en su propia casa?
-¿Me está hablando de una devolución?
-En efecto.
-Eso está en contra de una docena de leyes. Saldría usted mucho más perjudicado que yo si lo atraparan.
-Desde luego, pero en eso consiste su protección, así no quedará a merced de mi buena voluntad.

Rearden sonrió feliz, pero cerró los ojos como si hubiera recibido un golpe, y luego moviendo la cabeza dijo: -Gracias, pero no soy de ésos, no quiero que nadie trabaje para mí sin ganar nada.
-Tampoco yo. -Danagger estaba irritado- Escuche, Rearden, ¿piensa que no sé que me estoy llevando algo que no merezco? El dinero no paga eso, no en estos días.
-Usted no se presentó voluntariamente a comprar mi propiedad, sino que fui yo quien le rogué que lo hiciera. Me habría gustado que hubiese alguien como usted relacionado con las minas de metales para cedérselas, pero no ocurrió así. Si quiere hacerme un favor, no me ofrezca ventajas, déme la oportunidad de pagarle precios más altos que cualquier otro, a cambio de ser el 1° en obtener ese carbón. Ya me las arreglaré, tan sólo quiero el carbón.
-Lo tendrá.
Rearden se preguntó durante algún tiempo por qué no tenía noticias de Wesley Mouch ni recibía respuesta a sus llamadas a Washington. Luego llegó una carta de una sola frase en la que se le informaba que el Sr. Mouch renunciaba a su empleo. Dos semanas después, leyó en los periódicos que Wesley Mouch había sido nombrado coordinador auxiliar de la Oficina de Proyectos Económicos y Recursos Nacionales.
"No te preocupes", pensaba Rearden en el silencio de muchas noches, combatiendo el súbito acceso de aquella nueva emoción que no deseaba sentir. "Existe en el mundo un mal indefinible y tú lo sabes. De nada sirve profundizar en los detalles; debes trabajar un poco más, tan sólo un poco más; no permitas que eso triunfe."

Las vigas y soportes para el puente iban surgiendo diariamente de la fundición, y eran embarcados hacia el lugar donde se estaba tendiendo la línea "John Galt", allí donde las 1° formas de metal azul verdoso cruzaban el espacio para unir las 2 orillas del cañón, brillando bajo los primeros rayos del sol primaveral. No tenía tiempo para el dolor, ni energía para irritarse. A las pocas semanas todo había pasado; las puñaladas de odio cegador cesaron para no volver a repetirse.
Había recobrado su confianza y su dominio, la tarde en que llamó a Eddie Willers.
-Eddie, estoy en Nueva York, en el Wayne-Falkland. Venga a desayunar conmigo mañana por la mañana. Quiero conversar algo con usted.
Eddie Willers acudió a la cita, dominado por cierto sentimiento de culpa. No se sentía repuesto aún del golpe asestado por la ley de Igualación de Oportunidades, que le había dejado un fuerte dolor, igual que el cardenal de un puñetazo. Le disgustaba la ciudad, que ahora parecía ocultar la amenaza de algún mal desconocido, y aborrecía tener que enfrentarse a una de las víctimas de esa ley. Se sentía como si él, Eddie Willers, compartiera la responsabilidad de su existencia, de una manera terrible, que no podía definir.
Pero al ver a Rearden, dicho sentimiento desapareció porque nada en él sugería la presencia de una víctima. Del otro lado de las ventanas del hotel, el sol primaveral de las 1° horas de la mañana arrancaba destellos de los edificios; el cielo era de un azul pálido y fresco; las oficinas estaban cerradas y la ciudad no se veía todavía confusa y agitada, sino lista para entrar en acción, al igual que Rearden, quien presentaba un aspecto rejuvenecido, producto de haber

descansado sin perturbaciones. Estaba en bata, ya que no había perdido tiempo en vestirse, impaciente por emprender el excitante juego de sus deberes cotidianos.
-Buenos días, Eddie. Lamento haberlo convocado tan temprano, pero es el único momento de que dispongo. Después del desayuno tengo que regresar a Filadelfia, pero podemos hablar mientras lo tomamos.
La bata era de franela azul oscuro, con las iniciales H.R. bordadas en blanco sobre el bolsillo superior. Rearden tenía un aire lozano y relajado; parecía cómodo en aquel cuarto, y también en el mundo.
Un camarero entró con la mesa rodante del desayuno, y Eddie se sintió reconfortado. Disfrutó del mantel blanco, la luz reflejada por la vajilla de plata y los recipientes de hielo con las copas de zumo de naranja; nunca hubiera imaginado que esa clase de cosas fueran capaces de conferirle tan placentera energía.
-No quise llamar a Dagny por este asunto -dijo Rearden- porque tiene demasiadas cuestiones de qué ocuparse. Lo arreglaremos entre usted y yo.
-Siempre y cuando me encuentre facultado para ello.
-Lo está -repuso Rearden sonriente, e inclinándose sobre la mesa, añadió: -Eddie ¿cuál es en estos momentos el estado financiero de Taggart Transcontinental? ¿Desesperado?
-Peor que eso, Sr. Rearden.
-¿Pueden pagar los sueldos de los empleados?
-No del todo. Procuramos que no salga en la prensa, pero creo que es de dominio público que tenemos retrasos en todas partes y Jim no sabe ya qué excusa inventar.
-¿Saben que el 1° pago de metal Rearden tendrá que efectuarse la semana que viene?
-Sí, lo sé.
-Convengamos un aplazamiento, un margen: no tendrán que pagarme nada hasta 6 meses después de la inauguración de la línea "John Galt".
Eddie Willers dejó bruscamente su taza de café sin poder pronunciar palabra.
Rearden echó a reír.
-¿Qué le pasa? Tiene autoridad para aceptar, ¿no es cierto?
-Sr. Rearden... Yo... no sé qué decirle.
-Diga "muy bien", es todo lo que necesito.
-Muy bien, Sr. Rearden -repitió Eddie con voz apenas audible.
-Redactaré los documentos y se los mandaré. Puede explicárselo a Jim para que los firme.
-Correcto, Sr. Rearden.
-No me gusta tratar con Jim: estaría 2 hs. intentando hacerme creer que me hace un favor al aceptar este trato.
Eddie permaneció inmóvil, contemplando su plato.
-¿Qué ocurre?
-Sr. Rearden, me gustaría... darle las gracias... pero no existe ninguna forma lo suficientemente adecuada para...
-Escúcheme, Eddie. Usted tiene cualidades de buen empresario, así que más vale poner ciertas cosas en claro. En situaciones así no existen las "gracias". No lo hago por Taggart Transcontinental, sino que se trata de una acción sencilla,

práctica y egoísta de mi parte. ¿Para qué he de cobrar ahora ese dinero, si eso puede significar el fin de su compañía? Si Taggart Transcontinental no sirviera para nada, me apresuraría a cobrar, desde luego, pero no es ese el caso: no me gustan las actividades caritativas, ni tampoco jugarme el dinero con incompetentes. Pero ustedes siguen siendo la mejor compañía ferroviaria del país, y cuando se haya completado la línea "John Galt", también ofrecerán una sólida garantía financiera. Tengo, pues, buenas razones para esperar. Además, están sufriendo contratiempos por culpa de mis rieles, y es mi intención que ustedes ganen esta pugna.
-Pues, aun así, sigo debiéndole las gracias, Sr. Rearden... por algo mucho mejor que la caridad.
-No, verá usted; acabo de recibir una gran cantidad de dinero... que no deseo, que no puedo invertir, que no "me sirve de nada... así es que, hasta cierto punto, me complace utilizarlo contra quienes me obligaron a aceptarlo y en el curso de la misma batalla. Ellos me permitieron este aplazamiento para ayudarlos a ustedes a que combatan a esta clase de sujetos.
Eddie vaciló como si le hubieran apretado una herida.
-¡Eso es lo más terrible de todo!
-¿A qué se refiere?
-A lo que le han hecho y a lo que usted debe hacer como contrapartida. Me refiero a... -Se interrumpió- Perdóneme, Sr. Rearden, esta no es manera de hablar de negocios.
Rearden sonrió: -Gracias, Eddie, sé a lo que se refiere, pero olvídelo. ¡Al diablo con ellos!
-Sí, sólo que... ¿Puedo decirle otra cosa, Sr. Rearden? Se trata de algo completamente fuera de lugar, pero no hablo ahora como vicepresidente de la compañía.
-Dígame.
-No voy a insistir sobre lo que su gesto significa para Dagny, para mí y para cualquier otra persona decente de Taggart Transcontinental. Usted lo sabe y sabe también que puede contar con nosotros, pero... me parece indignante que Jim Taggart tenga que beneficiarse también; que sea usted quien lo salve, y precisamente a gente como él, después de...
Rearden rió.
-Eddie, ¿qué nos importa la gente como él? Conducimos un expreso y ellos van en el techo de un vagón, jactándose de ser maquinistas. ¿Qué nos importan? Tenemos fuerza suficiente para seguir adelante, ¿no es cierto?

"No resistirá."
El sol del verano marcaba lunares de fuego en las ventanas de la ciudad, y arrancaba destellos al polvo de las calles. Columnas de calor se estremecían en el aire, elevándose desde los tejados hasta el blanco calendario, que marcaba el último día de junio.
"No resistirá" -repetía la gente- "Cuando se ponga en marcha el 1° tren de la línea "John Galt", los rieles se partirán, ni siquiera va a llegar al puente, y si lo hace, éste se vendrá abajo con el peso de la locomotora."

Desde las laderas de Colorado, los trenes de carga descendían por la vía de Phoenix-Durango, al norte hacia Wyoming, donde estaba la línea principal de Taggart Transcontinental, y al sur hacia Nuevo México, donde estaba la línea principal de Atlantic Southern. Hileras de vagones-tanque fluían en todas direcciones desde los campos petrolíferos Wyatt, hacia industrias situadas en Estados más distantes, pero nadie hablaba de ellos. Para el público, esos trenes se movían tan silenciosamente como rayos de energía, que sólo notaban cuando se convertían en luz eléctrica, en calor para hornos, o en movimientos de motores, que tampoco eran percibidos como tales, sino como algo natural.

La línea Phoenix-Durango dejaría de funcionar el 25 de julio.

"Hank Rearden es un monstruo egoísta" -decía la gente- "Fíjense en la fortuna que acumuló. ¿Qué ha dado a cambio? ¿Ha dado señales de conciencia social? Sólo persigue una cosa: dinero. Y no le interesa el modo de conseguirlo. ¿Qué le importa si se pierden vidas humanas cuando el puente se caiga?"

"Los Taggart han sido una bandada de buitres desde hace varias generaciones" -comentaban otros- "Lo llevan en la sangre. Recuerden que el fundador de la familia fue Nat Taggart, el más notable sinvergüenza antisocial que haya vivido jamás, que desangró al país con el fin de amasar una fortuna. Pueden estar seguros de que un Taggart no dudará en arriesgar las vidas de otros, si es que obtiene algún beneficio. Compraron rieles de inferior calidad porque son más baratos que los de acero. Cuando hayan vendido los billetes, en-nada les afectará ninguna catástrofe o mutilación."

La gente decía estas cosas porque otros las decían, sin saber por qué, en un lugar y en otro. Nadie se tomaba la molestia de buscar una razón. "La razón", había dicho el Dr. Pritchett, "es la más ingenua de las supersticiones."

"¿La fuente de la opinión pública?" -había preguntado Claude Slagenhop en el curso de una conferencia transmitida por radio- "No existe una fuente de opinión pública; es general y espontánea: un reflejo del instinto colectivo en una mente colectiva."

Orren Boyle dio una entrevista a Globe, la revista de mayor circulación, donde habló sobre la grave responsabilidad social de los metalúrgicos e hizo hincapié en el hecho de que muchas tareas clave y muchas vidas humanas dependían de la calidad del metal. "A mi manera de ver, no se debe usar a los seres humanos como conejillos de Indias, cada vez que se lanza un nuevo producto", manifestó sin dar nombres.

"No, no estoy diciendo que ese puente se vaya a derrumbar" -expresó el jefe de la División Metalurgia de Associated Steel, en un programa de televisión- "Pero si tuviera hijos, no permitiría que viajasen en el 1° tren que lo va a cruzar. Claro que se trata de una opinión personal, motivada por mi gran cariño hacia los niños."

"No estoy diciendo que esa cosa de Rearden-Taggart se vendrá abajo", escribió Bertram Scudder en The Future. "Quizá sí, quizá no. Pero eso no es lo importante. Lo fundamental es saber qué protección ofrece la sociedad contra la arrogancia, el egoísmo y la codicia de 2 individualistas extremos, cuyas acciones carecen de todo espíritu de convivencia social. Al parecer, estos 2 intentan arriesgar las vidas de sus semejantes, afirmados en la pretendida certeza de su juicio en contra de la opinión de una abrumadora mayoría de reconocidos expertos. ¿Debería permitirlo la comunidad? Si ese puente se cae, ¿no será demasiado tarde para tomar

precauciones? ¿No sería como cerrar el corral cuando el caballo ya se ha escapado? Este columnista siempre sostuvo que ciertos caballos deben permanecer bien amarrados, y para ello me baso en principios sociales generalizados."

Un grupo denominado Comité de Ciudadanos Desinteresados recolectó firmas para una petición que exigía a los expertos del gobierno 1 año de estudio de la línea "John Galt", antes de que se permitiera circular el 1° tren.

Según la petición, los firmantes no tenían otros motivos que los derivados de "su sentimiento de deber cívico". Las primeras adhesiones eran las de Balph Eubank y Mort Liddy. Aquella gestión gozó de mucho espacio y fue objeto de comentarios en todos los periódicos, y de un gran respeto por parte del público por proceder de personas a las que no guiaba interés alguno.

En cambio, los mismos periódicos no concedían atención a los progresos conseguidos en la línea "John Galt". No se mandó a ningún periodista al lugar donde se realizaban las obras, y la política general de la prensa seguía la pauta marcada 5 años antes por cierto famoso columnista: "No existen los hechos objetivos. Todo informe sobre ellos no es, en el fondo, más que la opinión de alguien. Resulta inútil, por lo tanto, escribir sobre hechos".

Algunos empresarios pensaron que valía la pena considerar la posibilidad de que el metal Rearden tuviera algún valor comercial, e iniciaron una investigación por su cuenta. Pero no contrataron a metalúrgicos que examinaran muestras, ni a ingenieros que visitaran el tendido, sino que organizaron una encuesta pública en la que 10.000 personas garantizadas como auténticos representantes de todos los estratos sociales debieron responder la siguiente pregunta: "¿Viajaría usted en la línea "John Galt"?" La respuesta unánime fue: "¡No!".

Nadie hablaba en público en favor del metal Rearden ni se concedió importancia al hecho de que las acciones de Taggart Transcontinental fueron subiendo en el mercado, lenta y casi furtivamente. Tan sólo algunos lo advirtieron, y empezaron a apostar. Mowen compró acciones Taggart a nombre de su hermana, Ben Nealy lo hizo a nombre de un primo y Paul Larkin dio un seudónimo. "No me gusta provocar controversias", manifestó uno de ellos.

"¡Oh! Sí, desde luego que la construcción sigue según el plan previsto" -declaró James Taggart ante los miembros del directorio encogiéndose de hombros-. "Sí, tengan plena confianza en lo que les digo. Mi querida hermana no es un ser humano, sino un motor de combustión interna, así que no debemos maravillarnos de su éxito."

Cuando James Taggart escuchó el rumor de que unos soportes del puente se habían partido y desprendido, provocando la muerte de 3 obreros, se puso de pie de un salto y corrió al despacho de su secretaria para ordenarle que lo comunicara con Colorado. Esperó junto al escritorio de su secretaria, como si buscara su protección, mientras en sus ojos se pintaba una desencajada expresión de pánico. Sin embargo, su boca se torcía en una caricatura de sonrisa al tiempo que decía: "Daría cualquier cosa por ver la cara de Henry Rearden ahora". Pero cuando le dijeron que el rumor era falso, exclamó: "¡Gracias a Dios!", si bien en su voz había una nota de decepción.

"¡Bien!" -había dicho por su parte Philip Rearden ante un grupo de amigos, luego de enterarse del comentario- "Quizá fracase alguna vez. Tal vez mi genial hermano no sea tan genial como cree."
Y Lillian Rearden a su esposo: "Querido, ayer, durante un té, tuve que defenderte contra unas mujeres que aseguraban que Dagny Taggart es tu amante... ¡Oh! Por lo que más quieras, no me mires así. Sé que es absurdo y las mandé al infierno, pero semejantes putas enfermizas no pueden imaginar otra razón por la que una mujer adopte semejante actitud por el bien de tu metal. Claro que me doy cuenta, sé que esa Taggart carece prácticamente de sexo y que tú no le importas absolutamente nada. Además, querido, si alguna vez tuvieras el valor de hacer algo semejante, cosa que no tienes, no te inclinarías por una máquina de calcular vestida con traje sastre, te gustaría más alguna corista rubia y femenina que... pero ¡oh!, Henry, estoy bromeando. No me mires así".
-Dagny -dijo James Taggart con aire alicaído-. ¿Qué nos va a suceder? ¡Taggart Transcontinental está tan desprestigiada!
Dagny disfrutaba de aquel momento igual que de otros muchos; en lo profundo de su ser burbujeaba una continua corriente de jovialidad que se manifestaba ante el menor estímulo. Rió relajada, con espontaneidad. Sus dientes muy blancos resaltaban en su rostro bronceado, sus ojos tenían esa expresión de quien vive al aire libre y puede ver a gran distancia. En sus últimas y escasas visitas a Nueva York había notado que ella lo miraba como si, en realidad, no lo viera.
-¿Qué vamos a hacer? La opinión pública está en contra de nosotros.
-Jim, ¿recuerdas la historia que se cuenta de Nat Taggart? Aquella en que manifestó envidiar tan sólo a uno de sus competidores, que había dicho: "¡Al diablo con el público!". Le habría gustado ser el autor de la frase.
Durante los días veraniegos y en la opresiva calma de las noches de la ciudad, hubo momentos en que una persona, sentada en el banco de un parque, de pie en una esquina, o ante una ventana abierta, leía en el periódico una breve mención al progreso de la línea "John Galt" y miraba a la ciudad con una repentina y súbita esperanza.
Eran los más jóvenes, que se daban cuenta de que aquél era el acontecimiento que anhelaban ver en el mundo; o los muy viejos, que recordaban épocas en que tales hechos eran normales. A ellos no les importaban los ferrocarriles ni sabían nada de negocios, tan sólo intuían que alguien estaba luchando contra graves obstáculos y estaba venciendo. No alababan el propósito del combatiente, sino que creían en las voces de la opinión pública. Sin embargo, al enterarse de que la línea avanzaba, experimentaban un instante de emoción y se preguntaban por qué sus problemas personales parecían más fáciles de resolver a partir de entonces.
Sigilosamente, sin que nadie lo supiera, excepto los empleados de la sección de carga de Taggart Transcontinental en Cheyenne y la oficina de la John Galt en el oscuro callejón, los vagones seguían rodando y se amontonaban las solicitudes de transporte para el 1° tren que recorriera la línea. Dagny Taggart había anunciado que no iba a ser un expreso de pasajeros abarrotado de celebridades y de políticos, como se tenía por costumbre, sino un tren de carga especial.
La carga procedería de granjas, de aserraderos y de minas de todo el país, cuya supervivencia dependía de las nuevas fábricas de Colorado. Pero nadie escribió

sobre aquellos empresarios, porque se trataba de hombres a los que no podía llamarse "desinteresados".
La compañía Phoenix-Durango iba a dejar de funcionar el 25 de julio. El 1° tren de la John Galt se pondría en movimiento el 22.
-Mire, Srta. Taggart -declaró el delegado gremial del Sindicato de Maquinistas- No podemos permitirle hacer circular ese tren.
Dagny estaba sentada en su maltrecho escritorio, apoyado contra la sucia pared de la oficina, y sin moverse, le ordenó: -¡Fuera de aquí!
Era una frase que aquel hombre nunca había escuchado en los resplandecientes despachos de los ejecutivos ferroviarios. El delegado pareció asombrarse y contestó: -He venido a decirle...
-Si tiene algo que decirme, empiece de nuevo.
-¿Cómo?
-No intente decirme lo que me va a dejar hacer.
-Bueno, es que no estamos dispuestos a permitir que nuestros hombres conduzcan el tren.
-Eso es diferente.
-Así lo hemos decidido.
-¿Quién?
-El Comité. Lo que usted pretende es una violación de los derechos humanos. No puede obligar a nadie a correr el riesgo de morir cuando se caiga ese puente, tan sólo para ganar dinero.
Dagny tomó una hoja y se la entregó.
-Póngalo por escrito -le dijo -y formalizaremos un convenio.
-¿Qué clase de convenio?
-Uno en el que conste que ningún miembro de su sindicato jamás será contratado para conducir una locomotora de la línea "John Galt".
-¡ Eh!... Espere un momento... Yo no he dicho...
-¿Quiere o no quiere firmar ese convenio?
-Pues... yo...
-¿Por qué no, si usted ya sabe que el puente se va a venir abajo?
-Yo sólo quiero...
-Sé lo que quiere, quiere ejercer un dominio absoluto sobre su gente, valiéndose de los empleos que yo le ofrezco, y también sobre mí, por medio de sus hombres; quiere que ofrezca trabajo y al mismo tiempo hacerme imposible proporcionarlo. Voy a darle una opción. Ese tren circulará, puede descontarlo. Usted no tiene elección sobre esto, pero puede escoger si lo manejará uno de sus hombres o no. Si opta por lo 2°, el tren partirá de todos modos, aunque sea yo misma la que tenga que subirme a la locomotora. En caso de que el puente se desplome, ya no habrá ferrocarril alguno; pero si no es así, ningún miembro de su sindicato jamás conseguirá un empleo en la línea "John Galt". Si cree que necesito a sus hombres más de lo que ellos me necesitan a mí, actúe en consecuencia. Si sabe que puedo conducir una locomotora, pero que en cambio ellos no pueden construir un ferrocarril, piénselo. Limítese a estas 2 opciones. Ahora, ¿prohibirá a sus hombres conducir ese tren?

-Yo no he dicho que lo prohibiría. No he hablado de prohibir, sino... de que usted no puede forzar a la gente a arriesgar su vida en un experimento que nunca se ha intentado.
-No pienso forzar a nadie a correr ese riesgo.
-Entonces, ¿qué va a hacer?
-Pediré algún voluntario.
-¿Y si ninguno se ofrece?
-Entonces será mi problema, no el suyo.
-Bien, déjeme decirle que les diré que les conviene negarse.
-Como quiera. Adviértales lo que le parezca mejor, dígales lo que desee, pero no les impida tomar una decisión.
El aviso aparecido en todas las dependencias del sistema Taggart estaba firmado por "Eddie Willers, vicepresidente de Operaciones". En él se pedía a los maquinistas que quisieran conducir el 1° tren de la línea "John Galt" que pasaran por la oficina del Sr. Willers, a más tardar el 15 de julio a las 11 de la mañana.
Faltaban 15 minutos para las 11 de la mañana del 15 de julio, cuando el teléfono de Dagny sonó. Era Eddie, desde lo alto del edificio Taggart al otro lado de la calle.
-Dagny, creo que más vale que vengas -dijo con tono extraño.
Dagny atravesó la calle a toda prisa, cruzó los vestíbulos con piso de mármol y abrió la puerta que aún llevaba el nombre de Dagny Taggart sobre el panel de cristal.
La antesala estaba llena. Una multitud de hombres se apiñaba entre las mesas y se apoyaba en las paredes. Al verla entrar, todos se quitaron los gorros en medio de un repentino silencio. Observó las cabezas grises y los hombros musculosos, y vio también los rostros sonrientes de sus empleados y el de Eddie Willers en el extremo más lejano del recinto. Todo el mundo comprendió que no hacía falta decir nada.
Eddie estaba ante la puerta abierta de su despacho y los hombres se apartaron para dejar pasar a Dagny.
-Dagny, han respondido todos -dijo Eddie- Todos los maquinistas de Taggart Transcontinental. Los que pudieron han venido en persona, algunos desde lugares tan lejanos como la división de Chicago. -Señaló una pila de cartas y telegramas- Ahí están los demás. Para ser exacto, sólo faltan noticias de 3: 1 está de vacaciones en los bosques del norte, otro en un hospital, y el 3° en la cárcel por conducir a velocidad excesiva... su automóvil.
Los miró y observó las sonrisas contenidas en sus rostros solemnes. Inclinó su cabeza en reconocimiento, y permaneció un momento así, como si aceptara un veredicto que les concernía a ella, a todos cuantos se hallaban en el lugar, y al mundo entero, más allá de los muros del edificio.
-Gracias -dijo.
Gran parte de los presentes la habían visto en muchas ocasiones, pero muchos advirtieron por 1° vez, con asombro, que el rostro de su vicepresidente de Operaciones era el de una mujer, y, además, bonita.
Alguien de entre la muchedumbre gritó de pronto: -¡Al diablo con Jim Taggart!
Le respondió una auténtica explosión de entusiasmo. Los hombres reían, proferían gritos y aplaudían. La respuesta resultaba totalmente desproporcionada para la

frase, pero ésta les había dado la excusa que necesitaban. Parecían saludar al que la gritó en insolente oposición a la autoridad pero, en el fondo, todos sabían a quién estaban aplaudiendo en realidad.
Dagny levantó la mano.
-Es todavía muy pronto -dijo riendo- Esperen una semana. Entonces será tiempo de celebrar, y créanme, será un gran festejo.
La elección se hizo por sorteo. Dagny tomó al azar un papel del montón de solicitudes, y el ganador, que no se encontraba allí, era uno de los mejores empleados de la compañía: Pat Logan, maquinista del Comet Taggart en la división de Nebraska.
-Comunícate con Pat y dile que ha sido designado para conducir un tren de transporte de cargas -dijo a Eddie. Y añadió como casualmente, como si acabara de ocurrírsele, aunque no consiguió engañar a nadie: -Ah... Y dile que yo iré también en la locomotora de ese tren.
Un viejo maquinista que estaba junto a ella sonrió mientras declaraba: -Estaba seguro de que así lo haría, Srta. Taggart.

* * *

Rearden estaba en Nueva York cuando lo llamó Dagny desde su despacho.
-Hank, mañana voy a dar una conferencia de prensa.
El rió: -¡No!
-Sí. -Su voz sonaba inocente, quizás peligrosamente inocente- Los periódicos acaban de descubrirme y empiezan a hacer preguntas. Tengo que contestarlas.
-Espero que le vaya bien.
-Así será. ¿Estará en la ciudad mañana? Me gustaría que viniera.
-De acuerdo, no me la perdería por nada del mundo.
Los periodistas que acudieron a la conferencia de prensa en las oficinas de la línea "John Galt" eran jóvenes entrenados para esconder al mundo lo que sucedía en él. Su deber diario era escuchar a un personaje que expresara tal o cual opinión acerca del bienestar público, en frases cuidadosamente elegidas para que no significaran nada. Podían situar las palabras dentro de la combinación que prefiriesen, con tal de que nunca formaran una oración con sentido. Ninguno de ellos comprendía la entrevista que estaban realizando.
Dagny Taggart estaba sentada a su escritorio, en un despacho que parecía el sótano de una casa miserable. Su traje azul oscuro y la estricta blusa blanca de corte perfecto sugerían cierto aire de distinción grave y casi militar. Se mantenía erguida, con aspecto severo y digno, quizá un poco exagerado.
Rearden estaba en un rincón, sentado en un sillón roto, con sus largas piernas por encima de un apoyabrazos y el cuerpo reclinado contra el otro. Sus modales resultaban agradablemente espontáneos, tal vez demasiado.
Con la dicción clara y monótona de quien lee un informe oficial, mirando fijamente a su auditorio, y sin consultar ningún papel, Dagny detalló las características técnicas de la línea "John Galt", ofreciendo cifras exactas sobre las vías, la capacidad del puente, los métodos de construcción y los costos. Luego, en el tono seco de un banquero, explicó las perspectivas financieras de la línea e hizo mención a los grandes beneficios que pensaba obtener.

-Eso es todo -dijo entonces.
-¿Todo? -preguntó uno de los periodistas- ¿No va a dirigir un mensaje al público en general?
-Ese ha sido mi mensaje.
-¡Pero... diablos!... ¿No piensa defenderse?
-¿De quién?
-¿No quiere decir algo que justifique a su línea?
-Lo acabo de hacer.
Un hombre en cuya boca se pintaba un desdén permanente inquirió: -Lo que yo quiero saber es, tal como dijo Bertram Scudder, qué protección tenemos si su línea no funciona.
-No viajen en ella.
Otro intervino: -¿No quiere revelarnos los motivos que la han impulsado a construir ese ramal?
-Ya lo he dicho: los beneficios que pienso obtener.
-¡Vamos, Srta. Taggart! No hable así -exclamó un joven reportero, sin duda nuevo en el oficio y todavía honrado, que sentía cierto afecto hacia Dagny Taggart sin saber por qué- Es lo peor que puede decir, es justamente lo que le critican.
-¿De veras?
-Estoy seguro de que no quiso expresarse de ese modo, y... que nos lo aclarará.
-Desde luego, si así lo desean. En promedio, las utilidades de los ferrocarriles han sido de un 2% sobre el capital invertido. Pero, a mi juicio, una industria que trabaja tanto y gana tan poco debería considerarse inmoral. El costo de la línea "John Galt" en relación con el tráfico que tendrá, me hace esperar beneficios no inferiores al 15%. Claro que en la actualidad cualquier ganancia de más del 4% es considerada usura, pero yo haré todo lo posible para que la línea "John Galt" me proporcione un margen de hasta un 20%. Tales han sido los motivos que me impulsaron a construirla. ¿Está lo suficientemente claro ahora?
El joven la miraba estupefacto.
-¿No querrá decir que ese provecho va a ser únicamente para usted, Srta. Taggart? Sin duda se refiere a los pequeños accionistas, ¿verdad? -preguntó esperanzado.
-No, no es así. Yo soy una de las principales accionistas de Taggart Transcontinental, por lo cual mi parte de beneficios será mayor. El Sr. Rearden se encuentra en una posición mucho más ventajosa, porque no tiene accionistas con quienes compartir sus beneficios. ¿Quiere hacer alguna declaración, Sr. Rearden?
-Sí, con mucho gusto -dijo éste- Mientras la fórmula del metal Rearden sea mi secreto, y en vista de que su producción cuesta mucho menos de lo que ustedes imaginan, me propongo exprimir al público obteniendo beneficios del orden del 25%, durante los próximos años.
-¿Qué quiere decir con eso de "exprimir al público", Sr. Rearden? -preguntó el jovenzuelo- Si, como he leído en los anuncios publicitarios, su metal dura 3 veces más que cualquier otro, y cuesta la mitad, ¿acaso no es el público quien será beneficiado?
-¡Oh! Veo que se ha dado cuenta de eso -exclamó Rearden.
-¿Saben que lo que están diciendo va a ser publicado? -preguntó el sujeto desdeñoso.

-Pero, estimado Sr. Hopkins -respondió Dagny con amable asombro- ¿Podría existir algún motivo para que hablemos con usted si no fuera para que lo publiquen?
-¿Acceden a que citemos lo que están diciendo?
-Confío en que así será. ¿Quieren tener la amabilidad de escribir esto al pie de la letra? -Ella esperó hasta verlos con los lápices listos y dictó: -La Srta. Taggart afirmó: "Deseo ganar muchísimo dinero con la línea "John Galt". Y ese dinero será exclusivamente mío". Fin de la cita, gracias.
-¿Algo más, caballeros? -inquirió Rearden.
No hubo más preguntas.
-Voy a hablarles ahora de la inauguración de la línea "John Galt" -continuó Dagny- El 1° tren partirá de la estación de Taggart Transcontinental en Cheyenne el 22 de julio a las 4 de la tarde. Será un tren de carga especial de 80 vagones y 4 locomotoras Diesel de 8.000 caballos de fuerza cada una, que he pedido a Taggart Transcontinental. Recorrerá sin detenerse el trayecto hasta el empalme Wyatt en Colorado, a una velocidad promedio de 160 km. por hora. ¿Sucede algo? -preguntó al escuchar un largo y suave silbido.
-¿Cómo ha dicho usted, Srta. Taggart?
-He dicho 160 km. por hora, con desniveles, curvas y todo lo demás.
-¿Pero no debería mejor disminuir la velocidad en lugar de...? ¿Es que no guarda consideración alguna hacia la opinión pública?
-Precisamente. Si no fuera por la opinión pública, habría bastado una velocidad de 110 km. por hora.
-¿Quién conducirá ese tren?
-He tenido algunas complicaciones al respecto porque todos los maquinistas de Taggart se ofrecieron voluntariamente, y lo mismo ocurrió con los fogoneros, guardafrenos y guardas, por lo que hemos tenido que hacer un sorteo para cada puesto de la tripulación. El maquinista será Pat Logan, del Comet, y el fogonero, Ray McKim. Yo iré en la locomotora con ellos.
-¡No estará hablando en serio!
-Sí, la inauguración será el 22 de julio, y la prensa queda cordialmente invitada. Contrariamente a mi política usual, me he convertido en amante de la publicidad y me gustaría muchísimo que hubiera reflectores, micrófonos y cámaras de televisión. Sugiero poner algunas cerca del puente. El derrumbe les daría unas imágenes muy interesantes.
-Srta. Taggart -preguntó Rearden- ¿No olvida usted mencionar que también yo pienso ir en esa máquina?
Lo miró y por un instante se sintieron solos, sosteniendo sus miradas.
-Sí, por supuesto, Sr. Rearden -contestó.

* * *

No volvió a verlo hasta que se encontraron en la estación Taggart en Cheyenne, el 22 de julio.
Al salir al andén, sus sentidos parecieron diluirse: no podía distinguir el cielo, el sol, ni el rumor de la nutrida muchedumbre, sino tan sólo una sensación de ligereza y emoción.

Lo primero -y por un largo tiempo, lo único- que vio fue a Rearden.
Él estaba junto a la locomotora del tren "John Galt", hablando con alguien fuera del alcance de su percepción. Vestía pantalón y camisa gris, y parecía un experto mecánico; pero todo el mundo lo contemplaba con admiración, porque era Hank Rearden, de Rearden Steel. Arriba de él pudo ver las letras TT, sobre el frente plateado de la locomotora. Las líneas de la máquina se extendían hacia atrás, airosas, dispuestas a surcar el espacio.
Si bien estaban separados por mucha distancia y toda una multitud, los ojos de Hank se fijaron en Dagny desde el momento mismo en que apareció. Al mirarse, ella comprendió que ambos sentían lo mismo: no iban a vivir una celebración solemne sobre la cual descansaba todo su futuro, sino simplemente su día de placer. La tarea había terminado y, por el momento, no les importaba el futuro. Se habían ganado el presente.
Sólo cuando uno se siente importante, había dicho Dagny, se vuelve realmente ligero y etéreo. Pensaran lo que pensaran otras personas acerca de dirigir trenes, para ellos 2 aquel momento tenía tan sólo un significado. Buscaran lo que buscaran otros en la vida, lo que ahora experimentaban resumía todos sus deseos, y era como si se lo estuvieran diciendo a través del andén.
Ella se volvió y se alejó.
Notó que todos la miraban y que había mucha gente a su alrededor. Ella reía y contestaba preguntas casi sin darse cuenta.
Dagny no había esperado semejante concurrencia. La gente llenaba el andén, las vías y la plaza situada más allá de la estación, ocupaba el techo de los vagones en los apartaderos, y las ventanas de todas las casas. Algo los había llevado ahí, algo que flotaba en el aire y que en el último instante hizo que James Taggart deseara asistir también a la inauguración, pero ella se lo había prohibido terminantemente: "Si vienes, Jim, te haré echar de tu propia estación. Se trata de un acontecimiento que tú no debes presenciar". Había escogido a Eddie Willers para representar a Taggart Transcontinental en la ceremonia.
Contempló a la muchedumbre, asombrada de que estuviera presenciando un acontecimiento tan suyo, tan personal. Al mismo tiempo, el gentío y su admiración la llenaban de satisfacción, porque consideraba que el espectáculo de un logro es el mayor regalo que un ser humano puede ofrecer a otros.
No tenía rencor contra nadie. Todo cuanto había soportado hasta entonces quedaba oculto tras una intensa niebla, igual que esos dolores incapaces de lastimar. Esas cosas no podían perdurar frente a la realidad de ese momento. El significado de ese día era tan brillante y violentamente claro como el reflejo del sol sobre el plateado de la locomotora. Ahora todos tenían que percibirlo, ninguno podía dudarlo, y ella no tenía a quién odiar.
Eddie Willers la miraba. Estaba en el andén, rodeado de directivos de Taggart, jefes de división y funcionarios que habían tenido que ser convencidos, sobornados e incluso amenazados para que permitieran transitar un tren a 160 km. por hora por zonas urbanas. Siquiera por una vez, en aquel día y circunstancia, su título de vicepresidente era real y lo llevaba con dignidad. Pero mientras hablaba con quienes lo rodeaban, sus ojos seguían a Dagny por entre la multitud. Ella vestía pantalón y camisa azules, y se mantenía al margen de las

formalidades, que había dejado a cargo de Eddie. Tan sólo le preocupaba el tren, como si ella fuera sólo un miembro de la tripulación.
Dagny lo vio, se acercó y le estrechó la mano; su sonrisa era como un compendio de todo aquello que no hacía falta decir. -Bien, Eddie, ahora eres Taggart Transcontinental.
-Sí -respondió él en voz baja y solemne.
Se alejó para no ser acosada por los periodistas que andaban por ahí. Eddie debía atenderlos y responder preguntas tales como: "Sr. Willers, ¿cuál es la política de Taggart Transcontinental con respecto a esta línea?", o: "¿Es cierto que Taggart Transcontinental es simplemente un observador desinteresado en este acto, Sr. Willers?".
Contestó lo mejor que pudo. Miraba el reflejo sobre una Diesel, pero lo que en realidad veía era el sol en un claro del bosque y a una chica de 12 años que le aseguraba que algún día él la ayudaría a dirigir el ferrocarril.
Miró desde la distancia cómo la tripulación se alineaba frente a la máquina posando para un pelotón de fotógrafos. Dagny y Rearden sonreían como si estuvieran de vacaciones. Pat Logan, el maquinista, de corta estatura y muy vigoroso, con el pelo gris y un rostro inescrutable y desdeñoso, adoptó una actitud de divertida indiferencia. Ray McKim, el fogonero, un gigante joven y robusto, sonreía con un aire mezcla de vergüenza y superioridad. El reto de la tripulación hacía gestos cómicos ante las lentes. Riendo, un fotógrafo dijo: -¿No podrían ponerse más serios? Eso es lo que espera mi editor.
Dagny y Rearden empezaron a contestar a la prensa sin ironía ni amargura, disfrutando con la situación, como si las preguntas les fueran formuladas de buena fe. Insensiblemente, de manera gradual y sin que nadie lo notara, terminó siendo así.
-¿Qué esperan de la prueba? -quiso saber un reportero dirigiéndose a uno de los encargados de los frenos- ¿Creen que lo conseguirán?
-Estoy seguro -respondió el guardafrenos -y usted también puede estarlo.
-Sr. Logan, ¿tiene usted hijos? ¿Tiene algún seguro extra? Sólo pienso en ese puente que deben atravesar.
-Entonces no crucen ese puente hasta que yo lo haya hecho -les advirtió Pat Logan, desdeñoso.
-Sr. Rearden, ¿está seguro de que su vía resistirá?
-El que inventó la imprenta, ¿estaba seguro de los resultados? -contestó Rearden.
-Dígame, Srta. Taggart, ¿qué sostendrá a un tren de 7.000 tn. sobre un puente de 3.000?
-Mi buen juicio -respondió.
Los representantes de la prensa que aborrecían su profesión, no sabían por qué aquel día estaban disfrutándola. Un joven con muchos años de éxito a sus espaldas y una expresión cínica que le hacía aparentar el doble de su edad, exclamó de repente: -Ya sé lo que me gustaría ser: ¡Deseo poder escribir verdaderas noticias!
Las agujas del reloj de la estación señalaban las 3:45. Los empleados se dirigieron hacia el distante extremo del tren. El movimiento y el ruido producido por la muchedumbre iban disminuyendo. Sin darse cuenta, todos adoptaron una actitud expectante.

El telegrafista había recibido información de sus colegas a través de la línea que serpenteaba por las montañas hasta los campos petrolíferos Wyatt, situados a 500 km. de distancia. Salió de la estación y mirando a Dagny dio la señal de que la ruta estaba libre. De pie ante la locomotora, Dagny levantó la mano, repitiendo el gesto para indicar que había comprendido.
La larga hilera de vagones se extendía en una cadena rectilínea, como una enorme espina dorsal. El brazo del jefe de estación se agitó en el aire y Dagny movió el suyo en respuesta.
Rearden, Logan y McKim permanecían en silencio, firmes, esperando que fuera ella la 1° en abordar el tren. Cuando empezó a trepar los escalones de la máquina, un periodista recordó que no había hecho una pregunta.
-¡Srta. Taggart! -la llamó- ¿Quién es John Galt? -Ella se volvió, sujetándose con una mano del barrote metálico, suspendida sobre las cabezas de la muchedumbre.
-¡Nosotros! -repuso.
Logan la siguió a la cabina y lo mismo McKim; Rearden fue el último, y tras él la puerta se cerró del modo decisivo con que se sella un precinto metálico.
Las luces verdes que colgaban de un poste se destacaban contra el cielo. Había también luces verdes en medio de los rieles, sobresaliendo apenas del suelo y alejándose hacia el horizonte, hasta la 1° curva. Allí, las hojas del nutrido follaje estival parecían otras luces verdes.
Dos hombres sostenían una cinta de seda blanca a través de la vía, delante de la locomotora. Eran el supervisor de la división de Colorado y el jefe de máquinas de Nealy, que mantenían sus empleos. Eddie Willers debía cortar la cinta y dejar así inaugurada la nueva línea.
Los fotógrafos lo enfocaron cuidadosamente mientras de espaldas a la locomotora manipulaba la tijera. Dado que había cintas de recambio, le pidieron que repitiera la ceremonia 2 o 3 veces para facilitarles las tomas. Iba a asentir, cuando se detuvo y dijo: -No, no quiero que sea algo fingido.
Y con voz en la que vibraba una tranquila expresión de autoridad, la voz de un auténtico vicepresidente, señalando a las cámaras ordenó: -¡Retrocedan! Bien atrás. Disparen sus cámaras cuando corte la cinta, y luego salgan rápido de los rieles.
Todos obedecieron, retirándose apresuradamente de la vía. Tan sólo faltaba un minuto. Eddie se volvió de espaldas a las cámaras, se puso entre los rieles de frente a locomotora, apoyó las tijeras sobre la cinta blanca, se quitó el sombrero y lo dejó a un lado, mirando fijamente la Diesel. Una brisa débil movía su cabello rubio. La máquina era un enorme escudo de plata, que llevaba el emblema de Nat Taggart.
Eddie Willers levantó la mano en el mismo instante en que el reloj de la estación marcaba puntualmente las 4.
-¡Adelante, Pat! -gritó.
Cuando el tren inició su marcha, cortó la blanca cinta y se apartó de un salto.
Desde el borde de la vía vio las ventanas de la cabina pasar ante él y a Dagny que agitaba la mano saludando. Enseguida, la locomotora desapareció y ante sus ojos fueron desfilando frente a la plataforma colmada de gente los vagones de carga que aparecían y desaparecían veloces, con su característico traqueteo.

* * *

Los rieles azul verdosos corrían a su encuentro como 2 cohetes disparados desde un punto distante, más allá de la curvatura de la Tierra. Los durmientes se derretían hasta formar un suave arroyo que discurría bajo las ruedas.
Una borrosa franja de niebla, se pegaba al costado de la locomotora, casi rozando el suelo. Árboles y postes telegráficos aparecían para desaparecer de nuevo en la distancia. Las llanuras verdes desfilaban a ambos lados en un fluir tranquilo. En el horizonte, una larga cadena de montañas parecía viajar en sentido contrario al del tren.
Dagny no sentía el movimiento de las ruedas bajo el piso; era como un vuelo suave en un impulso constante, como si la máquina flotara por una extraña corriente por encima de los rieles. No sentía la velocidad y le parecía extraño que las luces verdes aparecieran y desaparecieran cada pocos segundos. Sabía muy bien que entre una y otra había 3 km. de distancia.
El velocímetro frente a Pat Logan permanecía fijo en 160.
Ella se sentó en el asiento del maquinista, mirando de vez en cuando a Logan, que se había reclinado un poco, relajándose, con una mano ligeramente posada sobre la palanca, pero con los ojos fijos en el camino. Tenía la soltura de un experto, un aire tan confiado que parecía indiferente, pero esa calma emanaba de su tremenda concentración en una tarea implacable. Ray McKim ocupaba el asiento de atrás, y Rearden se hallaba en medio de la cabina, de pie, con las manos en los bolsillos y los pies separados para conservar mejor el equilibrio. No le preocupaba lo que sucediera a los costados del tren, sino tan sólo la vía.
La propiedad, pensó Dagny mirándolo. Había quienes no sabían nada de su naturaleza y dudaban de su realidad. No, no se trataba de papeles, sellos, documentos o permisos: el concepto de propiedad se reflejaba de un modo total en los ojos de Rearden.
El ruido que llenaba la cabina, integrado por el sordo ronroneo de los motores, el agudo tintinear de numerosas piezas que emitían sus gritos de metal, y las penetrantes aunque diluidas vibraciones de los temblorosos cristales, parecía formar parte del espacio que estaban transitando. Diversos objetos pasaban fugaces a ambos lados: un tanque de agua, un árbol, una choza, un silo, aparecían y desaparecían con movimiento similar al de un limpiaparabrisas: se levantaban, describían una curva y caían hacia atrás. Los hilos del telégrafo competían con el tren, elevándose y hundiéndose entre los postes, con un ritmo regular, como un electrocardiograma escrito sobre el cielo.
Dagny miró hacia adelante, hacia la neblina que en la distancia confundía los 2 rieles; una neblina que de un momento a otro podría despejarse para hacer realidad algún desastre. Se preguntó por qué se sentía más segura de lo que nunca se sintió en un vagón, precisamente allí, donde en caso de que apareciese algún obstáculo en el camino, su pecho y el cristal serían los primeros en estrellarse. Sonrió captando la respuesta: era la seguridad de hallarse adelante, con la vista y el conocimiento del camino, y no esa sensación de ser arrastrada ciegamente hacia lo desconocido por alguna fuerza exterior. Era la sensación culminante de la existencia: no confiar, sino saber.

Tras los cristales de las ventanillas la amplitud de los campos parecía incrementarse, la tierra se mostraba tan abierta al movimiento como a la vista; sin embargo, nada quedaba distante ni fuera del alcance. Apenas divisaba el reflejo de un lago, ya se encontraba a su lado, y enseguida lo había rebasado.
Se trataba de un extraño acercamiento entre vista y contacto, entre deseo y cumplimiento, entre -las palabras aparecieron en su mente luego de un breve titubeo- entre espíritu y cuerpo.
Primero la visión, luego la forma física de expresarla. Primero el pensamiento, luego el movimiento directo hacia el objetivo elegido. ¿Podía uno tener sentido sin el otro?
¿No era acaso malvado desear sin moverse, o moverse sin propósito? ¿Qué clase de maldad se arrastraba por el mundo tratando de separar estos 2 factores y oponerlos?
Sacudió la cabeza, no quería pensar ni preguntarse por qué el mundo era así. No le importaba. Se estaba alejando de él a una velocidad de 160 km. por hora. Se reclinó contra la ventanilla abierta a su lado y sintió el viento que le arrebataba el cabello de la frente. Se echó hacia atrás, consciente del placer que le provocaba.
Pero su mente seguía activa. Fragmentos de ideas pasaban ante ella, atrayendo a cada instante su atención, al igual que los postes telegráficos. "¿Placer físico? -se preguntó-. Este es un tren de acero... corriendo sobre rieles de metal Rearden, movido por la energía del combustible y de los generadores eléctricos... es una sensación física, de movimientos también físicos, a través del espacio... Pero, ¿es verdaderamente la causa y el significado de lo que siento ahora?... ¿Lo llaman goce primitivo y animal? Es como si no me importara que los rieles se hiciesen pedazos debajo de nosotros, por el placer de vivir esto. ¿Acaso no me afecta porque experimento un placer corporal, físico, materialista, bajo y degradante?"
Dagny Taggart sonrió cerrando los ojos mientras el viento la despeinaba.
Cuando volvió a abrirlos vio que Rearden la miraba con la misma expresión con que había estado contemplando los rieles. Ella sintió que todo su poder se derrumbaba de un solo golpe seco que la dejó incapaz de todo movimiento. Sostuvo su mirada, mientras volvía a sentarse y el viento ceñía a su cuerpo la delgada tela de la camisa. El desvió la mirada y Dagny volvió a contemplar aquella tierra que parecía irse abriendo ante ellos.
No quería pensar, pero el torbellino de sus reflexiones continuó ronroneando igual que los motores que impulsaban la locomotora. Miró la cabina. ¿Quién habría colocado el suave acero del techo y quién la hilera de remaches del rincón que sostenía unidas varias planchas? ¿La fuerza bruta de los músculos del hombre? ¿Quién había hecho posible que 4 indicadores y 3 palancas frente a Pat Logan le permitieran dominar sin esfuerzo alguno la increíble potencia de 16 motores?
¿Todas aquellas cosas y la capacidad de construirlas era lo que algunos consideraban malvado? ¿Era a esto a lo que llamaban "el innoble apego al mundo físico"? ¿Era esto "dejarse esclavizar por la materia"? ¿Representaba la rendición del espíritu al cuerpo?
Dagny sacudió su cabeza como queriendo arrojar estos pensamientos por la ventana, haciéndolos añicos a lo largo de la vía. Miró el sol que brillaba sobre los campos. No tenía que pensar, porque tales preguntas eran sólo detalles de una

verdad que conocía y que había conocido desde siempre. Los dejaría pasar como a los postes telegráficos.
Lo que sabía se parecía a los cables que dibujaban una línea continua. Las palabras para denominarlo, el adjetivo para calificar aquel viaje, sus sentimientos y la Tierra entera eran: "¡Es simple y real!".
Siguió disfrutando del panorama. Llevaba algún tiempo percibiendo vagamente figuras humanas que, con extraña regularidad, aparecían y desaparecían, pero la visión era tan rápida, que le resultaba imposible comprender su significado hasta que, como ocurre con los cuadros de una película, las imágenes se fueron fundiendo en un conjunto coherente. Había puesto guardias en la vía, pero no era la cadena humana que ahora se extendía a ambos la-dos. Figuras solitarias aparecían a intervalos de casi 2 km.. Algunos eran simples colegiales, y otros tenían ya una edad tan avanzada que las siluetas de sus cuerpos se destacaban encorvadas contra el cielo. Todos estaban armados con lo que pudieron encontrar, desde costosos rifles hasta antiguas escopetas, y llevaban gorras de ferroviarios. Eran hijos de los empleados de Taggart y viejos jubilados que habían dedicado toda su vida a la compañía. Habían acudido voluntariamente para vigilar el tren poniéndose rígidos en actitud de firmes, levantando el fusil como en un saludo militar cuando pasaba ante ellos.
Al darse cuenta se echó a reír súbitamente, casi gritando, temblando como una niña, y sus carcajadas parecieron más bien sollozos de alivio. Pat Logan le hizo una señal de conformidad con la cabeza y le sonrió débilmente. Había notado desde mucho antes la presencia de aquella guardia de honor. Dagny se asomó por la ventanilla abierta y trazó con su brazo amplias curvas de triunfo saludando a los guardianes de la vía.
En la cima de una colina distante descubrió una muchedumbre que agitaba los brazos. Las casas grises de un pueblo aparecieron desparramadas por un valle, como si alguien las hubiera dejado caer y las hubiera olvidado allí; las líneas de los tejados se veían combadas e inseguras, y el color de las paredes había ido desapareciendo con los años. Quizá sus habitantes vivieron allí por generaciones sin nada que marcase el paso de los días, excepto el movimiento del sol de este a oeste. Aquellos hombres habían escalado la colina para presenciar cómo un cometa con cabeza de plata volaba por las llanuras; era como el clamor de una trompeta luego de un largo agobio de silencio.
A medida que las casas se hacían más frecuentes y más cercanas a la vía, Dagny vio gente en las ventanas, en las puertas y en los techos, y en algunos pasos a nivel, multitudes que bloqueaban la calle. Los caminos se abrían como las aspas de un ventilador y no era posible distinguir las figuras humanas, sino tan sólo sus brazos saludando al tren como ramas movidas por el viento levantado por su propia velocidad. Había algunos de pie bajo las luces rojas de advertencia y bajo las señales que indicaban: "Alto", "Atención", "Mirar".
La estación por la que pasaron al atravesar la ciudad a 160 km. por hora era una escultura viviente de una multitud que ocupaba todo, desde el andén hasta el techo. Vio brazos que se agitaban, sombreros que se alzaban al aire y un gran ramo de flores que se estrelló contra el costado de la locomotora.
A medida que pasaban los kilómetros, desfilaban ciudades y quedaban atrás estaciones, mientras las muchedumbres que habían acudido a presenciar el paso

del tren lanzaban gritos y vítores. Vio guirnaldas bajo las marquesinas de viejas estaciones y gallardetes con los colores de la bandera de los Estados Unidos adornando paredes carcomidas por el tiempo. Era como los dibujos que había visto con envidia en libros escolares sobre ferrocarriles y que mostraban a grupos de personas reunidas para saludar el paso de un convoy.

Era como en los tiempos en que Nat Taggart había cruzado el país y sus paradas a lo largo del camino quedaron señaladas por hombres ansiosos de triunfar. Aquella época, pensó, se había terminado; las generaciones habían pasado y no hubo ningún acontecimiento capaz de provocar entusiasmo, nada quedaba por ver, salvo las grietas cada vez más profundas que año tras año se abrían en los muros levantados por Nat Taggart. Sin embargo, la gente acudía una vez más, igual que en los viejos tiempos, atraída por la misma razón.

Miró a Rearden, que estaba de pie, apoyado en la pared de la locomotora, sin darse cuenta de nada, indiferente a la admiración de la multitud. Observaba la vía y el tren con la experta intensidad de un profesional. Su actitud sugería que estaba dispuesto a rechazar por irrespetuoso cualquier pensamiento que englobara una reflexión como: "¿Les gusta?". La única frase impresa en su cerebro era: "¿Funciona?".

Su alta figura con pantalón y camisa grises sugería un cuerpo dispuesto para la acción. El pantalón ponía de relieve la larga línea de sus piernas, la ligera y firme actitud de estar erguido sin esfuerzo, dispuesto a caminar en cualquier momento; las mangas cortas revelaban el esbelto vigor de sus brazos; la camisa desabrochada descubría la piel tensa de su pecho.

Dagny desvió la mirada, comprendiendo que lo había estado contemplando con demasiada intensidad, pero ese día no tenía lazos con el pasado ni con el futuro. Sus pensamientos no tendrían ninguna consecuencia, no les atribuía ningún significado; sólo percibía la intensa sensación de estar aprisionada allí con él, dentro del mismo cubo cerrado, con su proximidad, que acentuaba su conciencia de esa jornada, así como los rieles subrayaban el vuelo del tren.

Se dio vuelta deliberadamente hacia él y le devolvió la mirada. Él, a su vez, también la observaba sin desviar los ojos, sosteniéndolos firmes, fríos y cargados de intención, fijos en los suyos. Dagny sonrió con un toque de desafío, sin querer admitir el pleno significado de aquella sonrisa, sabiendo sólo que era el golpe más duro que pudiera descargar sobre esa cara inflexible. Experimentó el repentino deseo de verlo temblar, de oírlo gritar. Volvió la cabeza lentamente, divertida, preguntándose por qué le era tan difícil respirar.

Se sentó, reclinándose en el asiento, mirando hacia adelante, consciente de que él notaba su presencia con tanta intensidad como ella la suya. Encontraba placer en el sentimiento de plenitud que tenía. Cuando cruzaba las piernas, cuando se reclinaba sobre su brazo apoyado en el marco de la ventanilla, cuando se apartaba el cabello de la frente, cada movimiento de su cuerpo quedaba envuelto en un mudo interrogante que podía expresarse así: "¿Me estará mirando?".

Los pueblos iban quedando atrás, y la vía ascendía por un paisaje más y más escarpado, más renuente al asentamiento humano. Los rieles desaparecían detrás de las curvas a medida que las cimas de las colinas se acercaban, como si la llanura se hubiera convertido en una sucesión de pliegues. Los lisos y pedregosos

resaltes de Colorado avanzaban hasta los bordes de la vía y el distante confín del firmamento se estrechaba en oleadas de montañas azuladas.
Muy lejos, hacia adelante, distinguió la neblina del humo producido por unas chimeneas fabriles, luego la trama de una central eléctrica y la solitaria aguja de una estructura de acero. Se acercaban a Denver.
Dagny miró a Pat Logan. Este se había encorvado un poco más y pudo observar cierta leve tensión en sus dedos y en sus ojos. Conocía muy bien, igual que ella, el peligro de atravesar la ciudad sin disminuir la marcha.
Fue una sucesión de minutos que quedaron concentrados en un todo. Primero distinguieron las solitarias formas de las fábricas pasando ante las ventanillas; luego dichas siluetas se fundieron en una confusión de calles; siguió una desembocadura de rieles que pasaron por debajo de la locomotora, como la boca de un embudo que los volcaba hacia el interior de la estación Taggart, sin nada que los protegiera, salvo los minúsculos puntos de luz verde, desparramados por doquier; desde la altura de la cabina vieron vagones de carga en desvíos laterales, desfilando como una cinta plana de techos. El agujero negro de un cobertizo pasó volando ante sus ojos, y los catapultó a través de una explosión de sonidos: el batir de ruedas contra los vidrios de una bóveda y el griterío de una aglomeración que se bamboleaba en la oscuridad, entre columnas de acero, como si fuera un líquido. Volaban ahora hacia una resplandeciente arcada y unas luces verdes colgadas en el vacío exterior como aldabas de puertas que se abrían ante ellos, una tras otra. Luego aparecieron las calles atestadas de tránsito, las ventanas abiertas llenas de figuras humanas, el sonar de escandalosas sirenas, y desde la cima de un distante rascacielos, se vio una nube de papel picado que flotaba en el aire, arrojada por alguien al paso de aquella bala de plata por una ciudad cuyo ritmo se había detenido unos instantes para contemplarla.
Se encontraban otra vez al aire libre sobre una pendiente rocosa, y a una velocidad estremecedora las montañas se levantaron ante ellos, como si la ciudad hubiera colocado allí una muralla de granito; pero pudieron encontrar una pequeña ranura para pasar. Subían la ladera de un acantilado vertical, mientras la tierra rodaba hacia abajo, alejándose, y gigantescos peñascos fluían por encima, impidiendo la entrada del sol, en tanto aceleraban hacia un atardecer azulado.
Las curvas de la vía se fueron convirtiendo en círculos, entre paredes que avanzaban de todos lados, como dispuestas a aplastarlos, pero la ruta seguía su trazado, apartando montañas que se abrían como 2 alas, una de color verde, compuesta de agujas verticales cubiertas de pinos que formaban un sólido manto protector, la otra del castaño rojizo de la roca desnuda.
Sacó la cabeza por la ventanilla y vio el costado plateado de la locomotora suspendida sobre el espacio vacío. Mucho más abajo, la tenue cinta de un arroyo saltaba de un peñasco a otro, y las grandes copas de los abedules parecían helechos que rozaban el agua. Observó la larga fila de vagones avanzando solitaria sobre un muro de granito y bajo ella miles de contorsionadas piedras, mientras más allá los rieles azul verdosos se desenroscaban detrás del tren.
Una muralla rocosa se levantó en su camino, llenando por completo el horizonte y oscureciendo la cabina, tan próxima que parecía que no tendrían tiempo de escapar. Pero sonaba el chirriar de las ruedas en la curva, la luz se hacía de nuevo bruscamente y la cabeza del tren se dirigía velozmente hacia una estrecha

saliente que parecía terminar en el cielo. Sólo podían detener su vuelo aquellas 2 estrechas cintas de metal azul verdoso que describían una curva bordeando el saliente.
La terrible potencia de 16 motores, el empuje de 7.000 tn. de acero, era detenida, dominada y obligada a describir la curva por 2 rieles no más gruesos que su brazo. ¿Cómo era posible? ¿Qué misteriosa fuerza había conferido a una invisible acumulación de moléculas el poder sobre el que descansaban su vida y las de todos los que esperaban a los 80 vagones? Vio el rostro y las manos de un hombre, iluminados por el resplandor de un horno de laboratorio, trabajando sobre el líquido blanco de una muestra de metal.
Notó el empuje de una emoción incontenible, que estallaba de pronto en su interior. Se volvió hacia la puerta de los motores, la abrió y pudo percibir el ensordecedor aullido que proferían para bombear el agitado corazón de la locomotora.
Por un instante le pareció que todo su ser se reducía a un solo sentido, el auditivo, y que todo lo que oía era un grito cuya intensidad crecía y decrecía alternativamente. Estaba en una oscilante y sellada cámara de metal, contemplando los inmensos generadores. Quería verlos porque la sensación de triunfo en su interior estaba unida a ellos, a su amor hacia ellos y a la razón de la vida, al trabajo que había elegido. Bajo la anormal claridad de una violenta emoción sintió como si fuera a develarse ante ella algo desconocido, pero que debía conocer. Echó a reír en voz alta pero no se oyó ningún sonido, nada podía oírse en medio de la explosión continua.
-¡La línea "John Galt"! -gritó, divertida al comprobar cómo la voz era arrebatada de sus labios.
Se movió lentamente entre los motores, circulando por un estrecho pasadizo entre aquéllos y la pared. Sentía la audacia de todo intruso, como si se hubiera deslizado al interior de un ser viviente, bajo su piel plateada, y observara su vida latiendo en los grises cilindros de metal, en los retorcidos tubos conductores, en los caños sellados y en el convulso torbellino de las piezas encerradas en sus jaulas de alambre. La enorme complejidad de todo aquel conjunto discurría por canales invisibles, y la violencia rugiente parecía conducida por las frágiles agujas estremecidas tras los cristales de los cuadrantes, en las luces rojas y verdes que parpadeaban sobre los tableros y en carteles pegados donde se leía: "Alto voltaje".
¿Por qué había experimentado siempre esa alegre confianza al contemplar una máquina? Las estructuras gigantescas carecían de 2 aspectos pertenecientes a la categoría de lo no humano: lo casual y el sin sentido. Cada parte de los motores constituía una respuesta concreta a los "por qué" y a los "para qué", igual que los escalones de una vida elegida corporizaban el curso seleccionado por un hijo de la mente, cosa que ella adoraba. Los motores constituían un código moral moldeado en acero.
"Tienen vida" -pensó- "porque son la forma física de un poder viviente, de una inteligencia que fue capaz de comprender la magnitud de su complejidad, planearlos y darles forma". Por un instante, le pareció que los motores eran transparentes y que estaba contemplando su sistema nervioso, una red de conexiones más intrincada, más complicada y crucial que los alambres y circuitos

que la componían: las conexiones racionales, efectuadas por la mente humana que las había ideado por 1° vez, pieza por pieza. "Tienen vida pero su espíritu las opera por control remoto, descansa en cada ser humano que tenga la capacidad para igualar sus resultados. Si el espíritu desapareciera, los motores se detendrían, porque ése es el poder que los mantiene en movimiento; no el petróleo que circula por sus entrañas, que se tornará humo más tarde, ni los cilindros de acero, que se transformarán en montones de chatarra oxidada ante los muros de las cavernas ocupadas por estremecidos salvajes, sino el poder de una mente activa, el poder del pensamiento, de la elección y del propósito."

Emprendió el regreso hacia la cabina, deseando reír, arrodillarse o levantar los brazos para expresar, liberar todo lo que sentía, pero sin encontrar forma de manifestarlo.

Se detuvo al ver a Rearden junto a los escalones de la puerta de acceso a la cabina. La contemplaba como si supiera por qué ella había salido y qué sentía. Permanecieron quietos con sus cuerpos transformándose en la mirada que cruzaron a través del estrecho pasillo. El latido de su corazón estaba sincronizado con el repiqueteo de los motores y le pareció que ambos procedían de Rearden; aquel constante tamborileo anulaba su voluntad. Regresaron a la cabina en silencio, sabiendo que habían vivido un momento que no había que mencionar.

En el ocaso, los peñascos se veían bañados de brillante oro líquido, y franjas de sombras se extendían abajo en el valle. El tren se dirigía hacia arriba y hacia el oeste, en dirección al Sol que se ponía tras las cumbres.

El cielo había adquirido un tono azul verdoso similar al de los rieles, cuando aparecieron chimeneas en un valle distante. Era una de las nuevas ciudades de Colorado, una de las que habían ido creciendo como una radiación proveniente de los campos petrolíferos Wyatt. Contempló las líneas angulares de edificios modernos, las terrazas y las largas hileras de ventanas. Estaban demasiado lejos para distinguir a la gente, pero en aquel momento un cohete se elevó desde los edificios, muy alto por encima de la ciudad y estalló en una cascada de estrellas doradas en el oscurecido cielo. Hombres que ella no podía ver y que seguían la marcha del tren por la ladera de la montaña les enviaban un saludo en forma de esa solitaria pluma de fuego, símbolo de alegría o de pedido de auxilio.

Más allá de la siguiente curva, en una repentina apertura visual del panorama, Dagny descubrió 2 puntos de luz eléctrica, blanco y rojo, muy bajos sobre el cielo. No eran aviones, porque podía ver las torres de metal que los sostenían. Cuando comprendió que se trataba de las grúas de Wyatt Oil, observó que la vía iniciaba un descenso y que la tierra se ensanchaba como si las montañas quedaran separadas a ambos lados. Al fondo, al pie de la montaña Wyatt, al otro lado de la hendidura de un cañón, distinguió el puente de metal Rearden.

En tanto volaban hacia abajo no reparó en la meticulosa graduación de la pendiente y de las grandes curvas y sintió como si el tren bajara en picada. Observó el puente, cuyo tamaño crecía poco a poco; un pequeño túnel cuadrado de metal, unos soportes entrecruzados como cordones en el aire, resplandeciendo con su característico color azul verdoso al reflejar un largo rayo de sol, que se abría paso por alguna quebrada de la cadena montañosa. Había gente junto al puente; distinguió la oscura mancha de una multitud pero eso ocupó sólo el borde de su conciencia.

Oyó el creciente y acelerado sonido de las ruedas y un tema musical sugerido por su ritmo empezó a martillarle la cabeza cada vez con más fuerza hasta llenar por completo la cabina, pero sabía que sólo vibraba en su pensamiento. Era el 5° Concierto de Richard Halley. ¿Lo habría escrito para esto? ¿Habría sentido alguna vez lo mismo? Avanzaban cada vez a mayor velocidad. Tuvo la sensación de que habían sido despedidos de las montañas por un trampolín y ahora navegaban a través del espacio. Pensó que la prueba no sería justa, porque el tren ni siquiera rozaría el puente.

Miró la cara de Rearden por encima de la suya y sostuvo su mirada echando la cabeza hacia atrás, para que su rostro quedara debajo del de él. Escucharon un estallido de metal, un tambor que redoblaba bajo sus pies, mientras las diagonales del puente pasaban veloces ante la ventanilla con fragor idéntico al que produce un palo al ser pasado por los barrotes de una jaula; luego, las ventanillas se iluminaron quizá demasiado repentinamente y el impulso del descenso los condujo pendiente arriba mientras las grúas de Wyatt Oil retrocedían hasta perderse en la distancia. Pat Logan se volvió, contemplando a Rearden con una leve sonrisa que decía: "Eso es todo".

El letrero colocado en el borde de la marquesina proclamaba: "Empalme Wyatt". Dagny se quedó con la mirada fija, comprendiendo que algo raro sucedía. Luego advirtió lo que era: el letrero estaba quieto. La emoción más brusca de todo el recorrido fue comprender que el motor estaba inmóvil.

Escuchó voces, miró hacia abajo y pudo ver que había gente en el andén. Luego la puerta de la cabina se abrió. Tendría que ser la 1° en bajar. Se aproximó al borde y, por un breve instante, notó la ligereza de su cuerpo al salir al aire libre. Se aferró a los barrotes metálicos y empezó a bajar. A mitad de camino, unas manos de hombre la tomaron fuertemente por la cintura y se vio arrebatada de los escalones, atravesó un breve espacio vacío y quedó depositada sobre el suelo. No podía creer que el joven que veía ante ella fuera Ellis Wyatt; el tenso y desdeñoso rostro que ella recordaba tenía ahora la pureza, la vivacidad y la alegre benevolencia del de un niño en la clase de mundo para el que había sido creado.

Se reclinó contra su hombro, vacilando sobre aquel suelo inmóvil, mientras él la abrazaba y ella reía, respondiendo a sus preguntas: -Pero, ¿acaso creyó que no lo íbamos a lograr?

Miró los rostros a su alrededor. Eran los accionistas de la línea "John Galt": los dueños de Nielsen Motors, Hammond Cars, Stockton Foundry y otras compañías. Les estrechó la mano y nadie pronunció discursos. Apoyada en Ellis Wyatt, un poco temblorosa, dejándose rastros de tizne al apartarse el pelo de la frente, estrechó en silencio las manos de la sonriente tripulación. A su alrededor explotaban los flashes, y la gente agitaba las manos desde los bordes de los pozos petrolíferos y en las laderas de las montañas. Sobre sus cabezas, sobre la muchedumbre, las letras TT en un escudo de plata quedaban iluminadas por el último rayo del sol poniente.

Ellis Wyatt se hizo cargo de todo. La estaba conduciendo a algún lugar, mientras con el otro brazo se abría paso entre la muchedumbre, cuando uno de los fotógrafos se acercó a Dagny.

-Srta. Taggart -preguntó-, ¿quiere decir una palabras?

Ellis Wyatt señaló la larga hilera de vagones.

-Ya lo ha hecho -dijo.
Luego ella se encontró en el asiento trasero de un coche convertible que subía las curvas de una empinada carretera. A su lado iba Rearden y el conductor era Ellis Wyatt.
Se detuvieron frente a una casa a la orilla de un acantilado; no había ninguna otra por los alrededores: la totalidad de los campos petrolíferos se extendía bajo ellos en las pendientes.
-Desde luego, los 2 se alojarán en mi casa -dijo Ellis Wyatt mientras entraba- ¿Adónde, si no?
-No lo sé -respondió Dagny riendo- No lo había pensado.
-La ciudad más próxima está a 1 hora de automóvil. Allí irá el personal del tren; los muchachos de la central dan una fiesta en su honor. Toda la ciudad lo celebrará, pero le dije a Ted Nielsen y a los demás que para ustedes no habría banquetes ni discursos. Es decir, a menos que lo prefíeran.
-¡Por Dios, no! -exclamó Dagny- Gracias, Ellis.
Era de noche cuando se sentaron a la mesa, en un comedor de amplias ventanas, y amueblado con mucha sobriedad, pero con piezas en extremo costosas. La cena fue servida por un silencioso criado de chaqueta blanca y que era el único otro habitante de la casa: un anciano indígena de rostro firme y modales corteses. Unos cuantos puntos luminosos aparecerían distribuidos por la sala, pareciendo guardar continuidad con los del exterior: las velas colocadas en la mesa, las luces de las grúas y las estrellas.
-¿Creen que ya hay suficiente trabajo para este ramal? -preguntó Ellis- Dentro de 1 año habrá tanto para hacer que no podrán abarcarlo. ¿2 trenes diarios, Dagny? Serán 4, o 6, o tal vez más, o tantos como quiera que llene. -Señaló las luces de la montaña- ¿Esto? No es nada comparado con lo que va a venir. -Indicó el oeste- El paso de Buena Esperanza está a 8 km. de aquí. Todos se preguntan qué pienso hacer con él: esquistos petrolíferos. ¿Cuántos años hace que se abandonó esa explotación de esquistos, porque creían que era muy cara? Bueno, ya verán el proceso que he desarrollado: será el petróleo más barato que jamás les haya salpicado la cara, y dispondré de un suministro inextinguible, ininterrumpido, que hará que el mayor yacimiento de petróleo se vea como un pequeño charco sin importancia. ¿Si solicité la construcción de un oleoducto? Hank, usted y yo tendremos que construir oleoductos en todas direcciones para que... ¡Oh! Le ruego me perdone. Creo que no me presenté cuando le hablé en la estación. Ni siquiera le dije cómo me llamo.
Rearden sonrió.
-Ya lo adiviné.
-Lamento mi distracción, no me gustan estos descuidos pero estaba tan emocionado...
-¿Y por qué estaba tan emocionado? -preguntó Dagny entornando los ojos con expresión burlona.
Wyatt sostuvo su mirada un momento y luego contestó en tono de solemne intensidad, extrañamente cordial: -Por la bofetada más agradable que he recibido y merecido jamás.
-¿Lo dice por nuestro 1° encuentro?
-Sí, me refiero a nuestro 1° encuentro.

-Tenía razón.
-Sí, acerca de todo, menos de usted. Dagny, encontrar una excepción tras tantos años de... Pero, ¡al diablo con ellos! ¿Quieren que ponga la radio y oigamos lo que se dice de ustedes?
-No.
-Bien, yo tampoco quiero oírlos, que se traguen sus discursos. Ahora todos suben al vagón del éxito, pero nosotros somos el vagón. -Se dirigió a Rearden- ¿Por qué sonríe?
-Siempre he tenido curiosidad por saber cómo era usted.
-Jamás tuve la oportunidad de ser como hubiera querido... hasta esta noche.
-¿Vive aquí solo, varios kilómetros alejado de todo?
Wyatt señaló la ventana: -Me encuentro a 2 pasos de todo.
-¿Y la gente?
-Tengo habitaciones para quienes vienen a verme por negocios. Quiero poner toda la distancia posible de los demás. -Se inclinó un poco para volver a llenarles las copas- Hank, ¿por qué no se muda a Colorado? ¡Al diablo con Nueva York y la costa oriental! Esta es la capital del Renacimiento, el 2° Renacimiento, no el de las pinturas al óleo y las catedrales, sino el de las grúas, las centrales eléctricas y los motores de metal Rearden. Están la Edad de Piedra y la Edad de Hierro, pero ahora surgirá una nueva época a la que deberán llamar la Era del Metal Rearden, porque no hay límite para sus posibilidades.
-Voy a comprar unas cuantas hectáreas en Pennsylvania -respondió Rearden- Terrenos que bordean mis fundiciones. Hubiera resultado más barato construir una sucursal aquí, como había planeado, pero ya sabe por qué no puedo hacerlo. De todas formas los venceré, voy a ampliar las fundiciones y si ella puede darme un servicio de 3 trenes de carga semanales a Colorado, le haré a usted una apuesta acerca de cuál va a ser la capital de ese Renacimiento.
-Déme un año -añadió Dagny- en la línea "John Galt", el tiempo necesario para organizar de nuevo el sistema Taggart, y le ofreceré un servicio de transporte de 3 veces por semana a través del continente, de océano a océano, sobre una vía de metal Rearden.

-¿Quién dijo que se necesitaba una palanca? -preguntó Ellis Wyatt- Denme un derecho de paso sin impedimentos y yo les mostraré cómo mover el mundo.
Dagny se preguntó qué le gustaba más en la risa de Wyatt. Sus voces, incluso la suya, tenían un tono que nunca había escuchado hasta entonces. Cuando se levantaron de la mesa, la asombró darse cuenta de que las velas eran la única iluminación de aquel salón, aunque había experimentado la sensación de estar sumida en una violenta claridad.
Ellis Wyatt tomó su vaso, los miró a ambos y dijo: -¡Brindo por el mundo como se nos presenta hoy!
Vació el vaso con un único movimiento.
Dagny escuchó cómo el vaso se estrellaba contra la pared en el mismo instante en que observaba el movimiento giratorio de aquel cuerpo en el momento de lanzarlo al otro lado de la sala con gran violencia. No se trataba del gesto convencional propio de una celebración, sino que ofrecía todas las características de la rebelión y de la rabia, un movimiento agresivo de los que reemplazan a un grito de dolor.

-Ellis -murmuró-, ¿qué le sucede?
Él se volvió. Con la misma rapidez de antes, sus ojos se volvieron serenos y claros, su cara calma. Lo que la atemorizó fue verlo sonreír tan suavemente.
-Lo siento -dijo- No se preocupe. Pensemos en que todo esto será duradero.
Cuando Wyatt los condujo por una escalera exterior al 2° piso de la casa, hasta la galería abierta a la que daban las habitaciones de huéspedes, el suelo bajo ellos estaba veteado por la luz de la luna. El anfitrión les deseó buenas noches y oyeron sus pasos bajando. La luna parecía apagar todo sonido, del mismo modo como eliminaba el color. El rumor se fue silenciando, y al desaparecer, el silencio se convirtió en una antigua soledad, como si no quedara nadie en la cercanía.
Dagny no fue hacia su cuarto y Hank no se movió. A la altura de sus pies no había más que una débil baranda y un margen de espacio. Abajo, se distinguían unas formas angulares y sus sombras, que repetían el trazado del acero de las grúas, con sus cruces y negras líneas sobre franjas de rocas resplandecientes. Unas cuantas luces blancas y rojas temblaban en el aire tranquilo como gotas de lluvia atrapadas en los bordes de vigas de acero. Muy lejos, en la distancia, una fila de luces verdes flanqueaba la vía Taggart. Más allá, al final del espacio visible y a los pies de una blanca curva, colgaba un rectángulo: el puente.
Dagny sintió un ritmo interior privado de sonido y movimiento, una sensación de tensión como si las ruedas del tren continuaran su marcha. Lentamente, como contestando a desgano a un aviso no formulado por nadie, miró a Hank.
La expresión de su cara le hizo comprender por 1° vez lo que ya sabía: que éste sería el final de su viaje. Aquella expresión no guardaba relación con la que los hombres adoptan en tales ocasiones; no había aflojamiento de músculos, ni labios caídos, ni desesperado apetito. Las líneas de su rostro estaban tensas, cosa que les confería una pureza peculiar, una agudeza y precisión que las hacían más limpias y más jóvenes. Su boca estaba firme; los labios débilmente retraídos resaltaban su forma. Tan sólo los ojos aparecían borrosos, con los párpados inferiores ligeramente hinchados y un mirar intenso, con algo de temeroso dolor.
Un estremecimiento se extendió por su cuerpo, y una fuerte presión de la garganta y el estómago; la silenciosa convulsión no le permitía respirar. Aunque no podía ponerlo en palabras, pensaba: "Sí, Hank, sí, porque forma parte de la misma batalla, de un modo que no sé explicar... porque es nuestro ser contra el de ellos, nuestra gran capacidad por la que nos torturan, la posibilidad de ser felices... Sí, ahora, de este modo, sin palabras ni preguntas... porque ambos lo deseamos...".
Fue como un acto de odio, como el cortante impacto de un látigo que se enroscara a su cuerpo: sintió cómo la abrazaba y cómo sus piernas y pechos se juntaban cuando se besaron.
La mano de Dagny se movió desde sus hombros hacia su cintura, hasta las piernas, dejando en libertad el deseo experimentado en cada uno de sus encuentros. Cuando se separó de él reía en silencio como luego de un triunfo, diciéndole con esa risa: "¿De modo que tú eres el austero e inaccesible Hank Rearden? ¿El del despacho monacal, el de las reuniones de negocios y el de las duras discusiones? ¿Te acuerdas? Yo sí pienso en ello, por el placer de saber que te he obligado a esto". Pero él no sonreía, su cara estaba tensa como la de un enemigo y volvió a besarla, como si la estuviera hiriendo.

Dagny advirtió que él temblaba y se dijo que era el tipo de clamor que siempre había deseado arrancarle, la rendición lograda a través de los jirones de su torturada resistencia. Sin embargo, comprendió que el triunfo también era de Hank, que su risa era un tributo a su persona y que su desafío sólo representaba sumisión, que el propósito de su violenta resistencia sólo sirvió para hacer mayor su victoria. La estrechaba contra su cuerpo, como si deseara hacerle saber que ahora ella no era más que una herramienta para la satisfacción de su deseo. Supo que su victoria se basaba tan sólo en el anhelo de someterse de esa manera. "Quienquiera que yo sea" -pensó-, "cualquiera sea mi orgullo, el orgullo de mi coraje, de mi trabajo, de mi mente y de mi libertad... eso es lo que te ofrezco para el placer de tu cuerpo y eso es lo que quiero que utilices; y el deseo de servirte será la mayor recompensa que pueda merecer".
La luz estaba encendida en las 2 habitaciones, pero él la tomó de la cintura y la llevó a la suya, demostrándole que no necesitaba su consentimiento ni esperaba signos de resistencia. Cerró la puerta contemplando su cara. De pie ante él y devolviendo la mirada, ella extendió el brazo hacia la lámpara y la apagó. Hank se acercó y la encendió de nuevo con un sencillo y desdeñoso movimiento. Lo vio sonreír por 1° vez, pausada, burlona y sensualmente, acentuando el propósito de su acción.
La sostenía casi acostada sobre la cama y le quitaba la ropa, mientras la boca de Dagny descendía por su cuello hasta rozar su hombro. Sabía que cada uno de sus gestos lo hería como un golpe, que en su interior había una ira incrédula; pero aun así, ninguno de sus movimientos lograría saciar su anhelo por cada evidencia de su pasión.
De pie, él miró su cuerpo desnudo, se inclinó y oyó su voz decir, con un tono de triunfo más que de pregunta: -¿Lo deseas?
Su respuesta fue más un jadeo que una palabra. Con los ojos cerrados y la boca entreabierta, dijo: -Sí.
Dagny sabía que lo que rozaba con la piel de sus brazos era la tela de su camisa, que aquellos labios que sentía en su boca eran los de él, pero el resto de su ser no pudo establecer una distinción entre Hank y ella como no la había entre cuerpo y espíritu.
A través de todos los pasos valerosamente dados en sus vidas, con rumbo hacia una única lealtad: la de su amor por la existencia, a sabiendas de que nada les sería concedido, porque uno debe hacer realidad sus propios deseos y conseguirlos a su modo; a través de dar forma al metal, los rieles y los motores, ambos habían ido ascendiendo, impulsados por la idea de que cada persona recrea un mundo para su propio goce; que el espíritu humano confiere significado a la materia inerte, moldeándola para que sirva al objetivo que ha elegido.
El camino los había conducido a ese momento donde, en respuesta a los más altos valores personales, con una admiración no expresada por ninguna otra forma de tributo, el espíritu se convierte en cuerpo y lo remodela -como prueba, sanción, premio- en una única sensación de tal intensidad que hace innecesarias al resto de las que constituyen la existencia. Hank escuchó su jadeante respiración, en el mismo instante en que ella notaba el estremecimiento de su carne.

CAPÍTULO IX - LO SAGRADO Y LO PROFANO

Dagny vio franjas brillantes dibujadas sobre su brazo en forma de brazaletes desde la muñeca hasta el hombro producidas por la luz que se filtraba por la persiana de aquella habitación desconocida. Tenía, más arriba del codo, un pequeño cardenal, con trazas os-curas de sangre. Su brazo descansaba sobre la sábana que le cubría el cuerpo. Era consciente de sus piernas y caderas, pero el resto de su cuerpo se sentía tan liviano que parecía flotar en pleno aire, dentro de una jaula de rayos de sol.

Al volverse para mirarlo, pensó en la distancia que mediaba entre su anterior retraimiento, sus modales corteses como si estuviera en una urna de cristal, su orgullo de no demostrar sus sentimientos, y este Hank Rearden tendido junto a ella, luego de horas de una violencia que no era posible expresar en palabras a la luz del día. Pero aquello estaba en sus ojos al mirarse, y deseaban conferirle un nombre, hacerlo notar y arrojárselo mutuamente a la cara.

Él vio el rostro de una jovencita cuyos labios insinuaban una sonrisa, como si su natural relajación respondiera a un estado de éxtasis; un mechón de cabello le cruzaba la mejilla y llegaba hasta la curva de su hombro desnudo. Lo miraba como dispuesta a aceptar lo que quisiera decirle, del mismo modo que había aceptado cuanto él había querido hacer.

Hank estiró una mano y le retiró el mechón de la mejilla, con la delicadeza con que se toca algo sumamente frágil, lo retuvo en las puntas de los dedos mientras la miraba y luego, de improviso, se llevó el mechón a los labios. El modo en que apretó la boca contra él expresaba ternura, pero sus dedos hicieron un movimiento que parecía más bien desesperado.

Volvió a apoyarse en la almohada y permaneció inmóvil con los ojos cerrados; su cara estaba joven y en paz. Al verlo por un momento distendido, comprendió hasta qué punto aquel hombre había vivido en la desdicha, pero ahora ya todo había pasado, pensó.

Hank se levantó sin mirarla. Su rostro volvía a ser impasible y duro. Levantó su ropa del suelo y comenzó a vestirse, de pie en medio de la habitación, casi de espaldas a ella. Actuaba como si Dagny no estuviera allí o, más bien, como si su presencia no le importara. Se abotonó la camisa y se abrochó el cinturón, con la veloz precisión de quien realiza una tarea rutinaria.

Ella lo contempló reclinada sobre la almohada, gozando con su figura en movimiento. Le gustaban esos pantalones y camisa grises que lo hacían ver como un experto mecánico de la línea "John Galt", pensó. Las franjas de luz y sombra proyectadas por la persiana lo asemejaban a un prisionero tras los barrotes de una celda.

Pero ya no eran barrotes, sino las grietas que la línea "John Galt" había producido en una muralla; un preaviso de lo que les esperaba afuera, más allá de la persiana. Imaginó el viaje de regreso por la nueva vía con el 1° tren procedente del Empalme Wyatt; su regreso al despacho en el edificio Taggart y a todas aquellas cosas que ahora quedaban por vencer. Pero tenía libertad para hacer que aquello esperase; no quería pensar, tan sólo evocar el 1° contacto de sus labios con los de Hank. Era libre para sentirlo, para vivir aquel momento en que

ninguna otra cosa importaba, y sonrió desafiando a las franjas de cielo más allá de la celosía.
-Quiero que sepas esto -dijo él de improviso, dejando que ella advirtiera el cambio que se había producido en su forma de tratarla.
Estaba junto a ella, vestido, mirándola. Había pronunciado aquellas palabras con suavidad, con una gran precisión y sin ninguna inflexión. Ella lo contempló obediente.
-Lo que siento por ti es desprecio -prosiguió-, pero eso no es nada comparado con el desprecio que siento por mí. No te amo, y nunca he amado a nadie. Te deseé desde el 1° momento en que te vi, del modo como se desea a una prostituta, por el mismo motivo y con igual propósito. Pasé 2 años reprochándomelo por creer que te encontrabas más allá de semejantes deseos, pero no lo estás. Eres un animal tan vil como yo, y debería despreciar el hecho mismo de haberlo descubierto, sin embargo no lo hago. Ayer hubiera matado a quien pretendiera insinuar que eras capaz de hacer lo que yo te hice hacer. Hoy daría mi vida para que no sea diferente, para que sigas siendo la clase de prostituta que eres. No cambiaría toda la grandeza que veía en ti por tu obsceno talento para el placer animal. Tú y yo éramos 2 grandes seres, orgullosos de nuestra fuerza, ¿verdad? Pues bien, esto es todo lo que queda de nosotros y no quiero engañarme al respecto.
Hablaba lentamente como fustigándose con sus propias palabras. No había en su voz ningún rasgo de emoción, sino tan sólo un esfuerzo sin vida; no era el tono de un hombre con voluntad de expresarse, sino el desagradable y torturado sonido del deber.
-Siempre me vanaglorié de no necesitar a nadie, pero ahora te necesito a ti. Siempre me he preciado de actuar según mis convicciones, pero he cedido a un deseo innoble, un deseo que ha rebajado mi mente, mi voluntad, mi ser, mi capacidad de existir, a una abyecta dependencia de ti; no de esa Dagny Taggart a quien admiraba, sino de tu cuerpo, de tus manos, de tu boca y los pocos segundos de un estremecimiento de tus músculos. Jamás había quebrantado mi palabra, ahora he roto todo juramento hecho en mi vida. Jamás había cometido un acto censurable; ahora deberé mentir, actuar como una comadreja para ocultarme. Antes podía proclamar mis deseos en voz alta y conseguir mis propósitos a la vista del mundo entero. Ahora mi deseo reside en hacer algo que aborrezco de sólo pensarlo, pero es mi único deseo. Voy a tenerte, daría todo lo que tengo por eso: las fundiciones, el metal y los triunfos de mi vida entera. Voy a poseerte al precio de algo superior a mí mismo: el de mi propia estima, y quiero que lo sepas. No voy a fingir, evadirme, ni incurrir en la silenciosa indulgencia de dejar sin nombre la naturaleza de nuestros actos. No caeré en disimulos acerca del amor, los valores, la lealtad o el respeto. No quiero que entre nosotros quede ni un solo rastro de honor. No pido compasión: he obrado así por elección propia y aceptaré todas las consecuencias, incluyendo el total reconocimiento de mi acto. Es depravación y lo considero como tal, pero no existe virtud que no diera por ella. Ahora, si quieres golpearme, hazlo. Casi lo preferiría.
Dagny estaba sentada muy rígida, con la sábana hasta el cuello. Al principio, sus ojos se oscurecieron con una incrédula sorpresa. Luego, lo escuchó con mayor atención, como si viera en su cara algo que él no podía identificar, como si

estudiara atentamente alguna revelación a la que nunca se había enfrentado hasta entonces. El sintió como si un rayo de luz surgiera cada vez con más fuerza de su cara, porque eso era lo que se reflejaba en ella; observó cómo la sorpresa se desvanecía hasta convertirse en admiración; el rostro de Dagny se fue suavizando hasta adquirir una extraña serenidad, apacible y brillante a la vez.
Cuando dejó de hablar, ella echó a reír.
Lo más asombroso para él fue no percibir enojo en su carcajada. Se reía sencilla y fácilmente, como una persona profundamente divertida y aliviada; no como quien ha solucionado un problema, sino como quien descubre que jamás existió tal problema.
Se libró de la sábana con amplio y deliberado movimiento, y se puso de pie. Al ver sus ropas en el suelo, las apartó de un puntapié, se enfrentó a él, desnuda, y dijo:
-Te quiero, Hank. Tengo un temperamento más animal de lo que crees. Te quise desde el 1° momento en que te vi, y lo único que me avergüenza es no haberlo comprendido antes. Nunca supe por qué, durante 2 años, los momentos más felices fueron los que pasé en tu despacho, donde podía levantar la cabeza y mirarte. No entendía la naturaleza de lo que sentía en tu presencia, ni la razón, pero ahora sí lo sé, y esto es todo lo que deseo, Hank. Te quiero en mi cama y estás libre de mí todo el resto de tu tiempo. No tienes que simular nada, no pienses en mí, no sientas, ni te preocupes. No deseo tu mente, ni tu voluntad, ni tu ser, ni tu alma, con tal de que vengas a mí y sea conmigo con quien satisfagas tus deseos más bajos. Soy un animal que sólo quiere ese placer que tú desprecias, y quiero que tú me lo des. Darías todas tus virtudes, mientras que yo... yo no tengo ninguna, ni la busco, ni deseo conseguirla. Soy tan baja, que cambiaría la mayor belleza del mundo por el hecho de verte en la cabina de una locomotora y no intentar mostrarme indiferente. No temas depender de mí. Seré yo quien dependerá de tus caprichos. Me tendrás en cualquier momento que quieras, en cualquier lugar, en cualquier condición. ¿Lo has llamado obsceno talento? Es tal su magnitud, que te dará más seguridad que cualquiera de tus otras propiedades. Puedes disponer de mi persona como te plazca, no temo admitirlo. No tengo nada para proteger de ti, ni nada que preservar. Lo crees una amenaza para tu logro, pero no lo es para el mío. Permaneceré sentada en mi despacho, trabajando, y cuando todo lo que me rodea se haga difícil de soportar, pensaré que mi recompensa será estar en tu cama esa noche. ¿Lo has llamado depravación? Soy mucho más depravada que tú. Te consideras culpable y yo, en cambio, lo creo un honor. Estoy más orgullosa que nunca de lo que hice, más orgullosa aún que de construir la línea. Si alguien me pregunta cuál ha sido mi mayor triunfo, contestaré: "Acostarme con Hank Rearden. Creo que me lo he merecido".
Cuando la empujó a la cama y sus cuerpos se encontraron, 2 sonidos se estrellaron en el aire de la habitación: el torturado lamento de Hank y la risa de Dagny.

***

La lluvia era invisible en la oscuridad de las calles, pero colgaba bajo el farol de la esquina como el iluminado borde de una pantalla. Buscando en sus bolsillos, James Taggart se dio cuenta de que había perdido el pañuelo. Maldijo lleno de

resentimiento, como si la pérdida, la lluvia y su resfriado fueran una conspiración en su contra.
Sobre el pavimento se extendía una delgada capa de lodo que se pegoteaba a sus suelas; un estremecimiento le recorría el cuerpo para estallar en su nuca. No deseaba caminar ni detenerse. No tenía adónde ir.
Al salir de su oficina, después de la reunión de directorio, se había percatado de que no tenía ninguna cita, que le esperaba una larga noche sin nadie que lo ayudara a matar el tiempo. Los titulares de los periódicos proclamaban el triunfo de la línea "John Galt", del mismo modo que la radio lo había hecho durante todo el día y la noche anteriores. El nombre de Taggart Transcontinental recorría el continente al igual que la vía, y no tuvo más remedio que sonreír en respuesta a las felicitaciones con que lo abrumaron. Lo había hecho, sentado a la cabecera de la larga mesa de reuniones, mientras los directores debatían la creciente alza de las acciones Taggart en la Bolsa; y con toda precaución habían solicitado examinar el convenio firmado por él y su hermana, y comentaron luego que era un acuerdo magnífico, a prueba de accidentes, y que no existía duda de que Dagny transferiría la línea a Taggart Transcontinental de inmediato.
Mencionaron el brillante futuro de la empresa y la deuda de gratitud que la compañía había contraído con James Taggart.
Había estado toda la reunión deseando que terminara cuanto antes para poder irse a casa. Pero al salir a la calle, comprendió que precisamente era a su casa adonde no quería volver aquella noche. No podría quedarse solo en las siguientes horas, pero no había nadie a quien llamar. Por otra parte, no quería encontrarse con nadie. Seguía viendo los ojos de los integrantes del directorio, al hablar de su grandeza: una expresión astuta y vaga en la que se intuía cierto desprecio hacia él y, cosa alarmante, también hacia ellos mismos.
Siguió caminando con la cabeza baja; unas gotas de lluvia le caían de vez en cuando en el cuello. Al pasar ante un puesto de periódicos, desviaba la mirada. Los titulares le arrojaban a la cara el nombre de la línea "John Galt" y otro que no quería ni oír: el de Ragnar Danneskjöld. Un barco en dirección a la República Popular de Noruega con un cargamento urgente de herramientas había sido secuestrado la noche anterior por el pirata. El episodio lo perturbaba de una manera tan personal que no lo podía explicar. Dicho sentimiento parecía guardar cierta relación con el humor que le despertaban los triunfos de la línea "John Galt".
Culpó al resfriado: no se sentiría de esa manera si no fuera por eso, no se podía esperar que estuviera contento en ese estado.
¿Qué querían de él? ¿Que cantara y bailara? Irritado, formuló la pregunta a los desconocidos jueces de su enigmático carácter. Volvió a buscar el pañuelo, lanzó otra maldición y se dijo que lo mejor sería comprar pañuelos de papel.
Al otro lado de la plaza de lo que en otros tiempos fuera un barrio bullicioso, vio el escaparate iluminado de una tienda, abierta aún a esa hora de la noche. "He aquí otro que pronto quedará fuera del negocio", pensó cruzando la plaza. Y aquella idea le dio cierto placer.
Adentro brillaba una fuerte luz, algunas empleadas soñolientas seguían en su puesto entre los amplios y desiertos mostradores, y el áspero alarido de un disco surgía de un rincón distante. La música ocultó la aspereza de la voz de Taggart al pedir pañuelos de papel en tono que implicaba que la empleada que lo atendía era

la culpable de su resfriado. Ella se dirigió al mostrador, pero luego lo miró a la cara, tomó un paquete y se detuvo vacilante, estudiando al cliente con peculiar curiosidad. Entonces le preguntó: -¿No es usted James Taggart?
-¡Sí! -contestó él- ¿Por qué?
-Oh!
Contuvo el aliento como un niño ante un espectáculo de fuegos artificiales, y lo miró con una expresión que él creía reservada para las estrellas de cine.
-Vi su foto en el periódico esta mañana, Sr. Taggart -explicó rápidamente la muchacha, mientras en su cara aparecía un leve rubor que se esfumó enseguida- Hablaba de su gran éxito diciendo que, en realidad, el autor de todo es usted, aunque no quiere que se divulgue.
-¡Oh! -exclamó Taggart, sonriendo.
-Tiene el mismo aspecto que en la foto -continuó la muchacha, asombrada- Jamás me hubiera imaginado verlo aquí en persona.
-¿Por qué no? -preguntó Taggart, divertido.
-Pues, verá... todo el mundo habla de este tema en todo el país y usted es quien lo ha logrado... ¡Y ahora está aquí! Jamás había visto a una persona importante, ni nunca me encontré tan próxima a un hecho que publicara la prensa.
Nunca había visto que su presencia diera color a un lugar. La muchacha parecía desprovista de todo rastro de cansancio, como si aquella tiendecita se hubiera convertido de pronto en un escenario de maravillas.
-Sr. Taggart, ¿es cierto lo que decían de usted los periódicos?
-¿Qué decían?
-De su secreto.
-¿Qué secreto?
-Que cuando todo el mundo se había puesto en su contra por le del puente, dudando de que resistiera, no discutió con nadie, sino que continuó su camino porque estaba convencido de que resistiría aun cuando los demás opinaran lo contrario. La línea era un proyecto Taggart y usted era el espíritu inspirador situado en un 2° plano. Lo mantuvo en secreto porque no le interesan los reconocimientos.
Taggart había podido leer las copias del informe de su departamento de relaciones públicas.
-Sí -dijo- Así es.
Y el modo en que ella lo miraba, lo hizo sentir como si en efecto fuera cierto.
-Ha actuado usted admirablemente, Sr. Taggart.
-¿Siempre recuerda tan bien y con tanto detalle lo que lee en los periódicos?
-Al menos las cosas interesantes, las noticias de importancia. Me gusta leerlas. A mí nunca me ocurre nada llamativo.
Lo dijo alegremente, sin quejarse. Había en su voz y movimientos cierta juvenil y decidida brusquedad. Tenía el cabello rojizo y ondulado, ojos grandes y unas cuantas pecas sobre la respingada nariz. James se dijo que su rostro hubiera resultado atractivo para quien se fijara en ella, pero que no existía motivo alguno para hacerlo. Era una cara pequeña y corriente, excepto por su expresión alerta y su aire interesado, como si esperara que el mundo tuviera un excitante secreto en cada rincón.
- Sr. Taggart, ¿qué se siente siendo un gran hombre?

-¿Cómo se siente ser una chiquilla?
-Muy bien -contestó ella, riendo.
-Pues entonces, está mejor que yo.
-¡Oh! ¿Cómo puede decir semejante...?
-Aunque... quizá tenga suerte de no estar relacionada con ninguna de las grandes noticias que publica la prensa.
-¿Grandes? ¿A qué se refiere con grandes?
-Bueno... importantes.
-¿Y qué es importante? Usted debería decírmelo, Sr. Taggart.
-Nada es importante.
Ella lo miró, incrédula.
-¿Justamente usted me dice esto esta noche?
-No me siento para nada bien, si es lo que quiere saber. Jamás me he sentido menos emocionado en mi vida.
Le asombró ver cómo la joven estudiaba su cara con un aire de preocupación que nunca había observado en nadie.
-Usted está muy cansado, Sr. Taggart -le dijo- Mándelos a todos al demonio.
-¿A quiénes?
-A quienes lo molestan. No tienen derecho.
-¿A qué?
-A deprimirlo de tal manera. Ha pasado tiempos duros, pero salió siempre triunfante y ahora debería disfrutar. Se lo merece.
-¿Cómo cree usted que puedo conseguirlo?
-¡Oh, no lo sé! Pero podía imaginar que estaría en una gran fiesta, una reunión de grandes personajes, y champaña, y con obsequios como la llave de la ciudad: una verdadera fiesta, en lugar de caminar por las calles, comprando pañuelos de papel.
-A propósito, démelos antes de que se olvide -le recordó, entregándole una moneda- Y en cuanto a la fiesta, ¿no se le ha ocurrido pensar que quizás no desee ver a nadie esta noche?
Ella reflexionó unos segundos.
-No -dijo al fin-. No lo había pensado, pero ahora comprendo por qué no lo desea.
-¿Por qué?
Era una pregunta que él mismo no hubiera sabido contestar. -Nadie es lo suficientemente bueno para usted, Sr. Taggart -contestó simplemente la muchacha, no como un halago, sino como quien expresa una verdad obvia.
-¿Eso piensa?
-No me gusta mucho la gente, Sr. Taggart. O al menos, la mayoría.
-A mí tampoco. Nadie me gusta.
-Pensé que un hombre como usted no sabría hasta qué punto es mala la gente y cómo tratan de pisotearlo a uno, si se los deja. Creí que los grandes hombres eran capaces de evitarlo y no verse convertidos en señuelo de moscas, pero quizá me equivoqué.
-¿Qué es eso de las moscas?
-¡Oh! Algo que me digo cuando las cosas van mal: debo abrirme el camino hacia donde las moscas no se aprovechen de mí, pero quizá ocurra en todas partes igual, y con moscas aún mayores.

-Mucho mayores.
Guardó silencio, como reflexionando sobre algo.
-Es divertido -exclamó tristemente, sumida en sus propios pensamientos.
-¿Qué le parece divertido?
-Hace tiempo leí un libro donde se decía que los grandes hombres siempre son infelices y que, cuanto más grandes, más desdichados. Aquello me pareció sin sentido, pero tal vez sea cierto.
-Mucho más de lo que cree. -Ella desvió la mirada como perturbada- ¿Por qué le preocupan tanto los grandes hombres? -preguntó James- ¿Es usted algún tipo de adoradora de héroes?
Se volvió y Taggart pudo observar el resplandor de una sonrisa interna, mientras su cara continuaba solemne y grave; era la mirada personal más elocuente que jamás había recibido, mientras la muchacha contestaba con voz tranquila e impersonal: -Sr. Taggart, ¿es que existe alguna otra cosa en que pensar?
Un agudo repiqueteo, que no era el sonido de un timbre ni de un aparato semejante, sonó de improviso con inquietante insistencia. La muchacha sacudió la cabeza como molesta por el aviso de un despertador, y suspiró: -Es hora de cerrar, Sr. Taggart -dijo como lamentándolo.
-Vaya por sus cosas... la espero afuera.
Lo miró como si de todas las posibilidades de su vida, aquélla fuese la más inconcebible.
-¿Habla en serio? -preguntó.
-Así es.
La joven dio media vuelta y corrió hacia la puerta de los empleados, olvidándose del mostrador, de su trabajo, e incluso de ese empeño femenino por no mostrar entusiasmo al aceptar la invitación de un hombre.
Él la miró unos instantes con los ojos entreabiertos. No quiso poner nombre a la naturaleza de sus sentimientos: no identificar sus emociones era una de las reglas inflexibles de su vida; las sentía, simplemente; aquella en particular era placentera, y era lo único que le importaba.
Con frecuencia conocía muchachas de clase baja, que pretendían mostrarse radiantes, coquetear y abrumarlo con halagos con un propósito obvio. No le gustaban ni le molestaban; sólo encontraba en ellas un poco de desganada diversión. Les atribuía intereses semejantes a los suyos, en un juego que consideraba natural para los 2 participantes. Pero esta chica era diferente. Las palabras en su mente eran: "Esta estúpida niña habla en serio".
No lo perturbaba esperarla impaciente bajo la lluvia que caía sobre la acera, ni saber que ella era la única persona que necesitaba esa noche; no lo consideró contradictorio, porque no dio nombre alguno a su necesidad: lo no identificado y lo no expresado no pueden contradecirse.
Cuando la joven salió, él notó la peculiar combinación de timidez y seguridad que expresaba su frente en alto. Llevaba una horrible gabardina, empeorada por el broche barato en la solapa, y un sombrero con flores afelpadas, colocado audazmente sobre sus rizos. Pero por raro que pareciera, el modo en que movía la cabeza le daba cierto atractivo a todo aquello y hacía que incluso esas prendas le quedaran bien.
-¿Quiere que vayamos a mi casa y tomemos una copa? -propuso James.

Ella asintió en silencio, con solemnidad, como si no se creyera capaz de encontrar las palabras adecuadas para una respuesta. Luego, sin mirarlo, le dijo como hablando consigo misma: -No quería ver a nadie esta noche, pero quiere estar conmigo... -Jamás había escuchado un tono de orgullo semejante.
La muchacha guardó silencio al sentarse junto a él en el taxi.
Iba mirando los rascacielos por la ventanilla y al cabo de un rato comentó: -He oído que estas cosas suelen suceder en Nueva York, pero nunca creí que me ocurrieran a mí.
-¿De dónde es?
-De Búfalo.
-¿Tiene familia?
-Creo que sí -contestó vacilante- En Búfalo.
-¿Cómo que "cree que sí"?
-Me fui de casa.
-¿Por qué?
-Pensé que si quería ser alguien, tenía que apartarme de ellos para siempre.
-¿Por qué? ¿Qué ocurrió?
- Nada, y nada iba a ocurrir; eso es lo que no podía soportar.
-¿Qué quiere decir?
-Pues... quizá más vale que le cuente la verdad, Sr. Taggart. Mi viejo era un inútil y a mamá no le importaba. Llegué a cansarme de ser la única de los 7 que tenía un empleo mientras los demás estaban siempre quejándose, de una manera u otra, por su mala suerte. Me dije que si no escapaba de allí, terminaría contagiándome. Así es que un buen día compré un billete de tren y me fui sin despedirme. Ni se dieron cuenta de que me iba. -Dejó escapar una suave risa, como si repentinamente hubiera recordado algo- Por cierto, era un tren Taggart, Sr. -añadió.
-¿Cuándo llegó aquí?
-Hace 6 meses.
-¿Y está sola?
-Sí -respondió ella, feliz.
-¿Qué deseaba hacer?
-Pues, verá... algo provechoso, llegar a ser alguien.
-¿Adónde?
-¡Oh! No lo sé. Pero... pero la gente hace cosas en el mundo. Vi fotos de Nueva York y pensé -señaló los gigantescos edificios, más allá de las huellas que la lluvia marcaba en la ventanilla del taxi- pensé que alguien había construido esos edificios, alguien que no se había quedado sentado quejándose de que la cocina estuviera sucia, de que había goteras, de que se tapaba la cañería, de que este mundo era un asco y... Sr. Taggart -agitó la cabeza en brusco estremecimiento y lo miró de frente-, éramos unos pobretones y no nos importaba. Eso es precisamente lo que no pude aguantar: que nada les importara, que nadie moviera un dedo, que no se molestaran ni en vaciar el cesto de la basura. Y la vecina siempre diciendo que era mi obligación ayudarlos, y que importaba muy poco lo que fuera de mí o de ella o de cualquiera de los demás, porque había que resignarse al destino.
Tras su brillante mirada, James adivinó algo doloroso y amargo.

-Pero no quiero hablar de ellos -continuó-, y menos con usted. Esto... nuestro encuentro, es algo que nunca podrán arrebatarme. No quiero compartirlo con nadie. Es mío y sólo mío.
-¿Qué edad tiene? -preguntó James.
-19.
Cuando la miró bajo la luz de la sala de su casa, se dijo que la muchacha podría tener una excelente figura, si comiera lo suficiente. Estaba demasiado delgada para su estatura y la contextura de su cuerpo. Llevaba un ajado y ceñido vestido negro, cuyo feo aspecto intentaba disimular mediante unas llamativas pulseras de plástico, que sonaban en su muñeca. Ella miró la habitación como si se tratara de un museo en el que no debía tocar nada pero observar cada detalle.
-¿Cómo te llamas? -le preguntó James.
-Cherryl Brooks.
-Bueno, siéntate.
Preparó las bebidas en silencio, mientras ella esperaba obediente, sentada en el borde de un sillón. Cuando le entregó la copa, la joven la aferró y bebió a pequeños sorbos como si fuera un deber. James sabía que no había saboreado la bebida, ni se había dado cuenta de ella. No tenía tiempo para pensar en tales cosas.
El bebió un trago de su vaso y lo dejó sobre la mesa, irritado: tampoco él tenía ganas de beber. Se paseó por la habitación, huidizo, sabiendo que los ojos de la muchacha lo seguían y disfrutando con aquella sensación, sintiendo el enorme significado que sus movimientos, su atavío, sus gemelos, los cordones de sus zapatos, las pantallas de las lámparas y los ceniceros adquirían ante aquella mirada tranquila y crédula.
-Sr. Taggart, ¿por qué es usted tan desdichado?
-¿Te importa que lo sea o no lo sea?
-Sí... porque si usted no tiene derecho a ser feliz, ¿quién lo tendrá entonces?
-Eso es lo que quisiera saber. ¿Quién lo tendrá? -Enseguida, como perdiendo el control, se volvió bruscamente hacia ella y su exclamación estalló en el aire: -¡Él no inventó el mineral de hierro ni los altos hornos!
-¿A quién se refiere?
-A Rearden. No inventó las fundiciones, ni la química, ni el aire comprimido. No habría conseguido ese metal si no fuera por miles y miles de personas. Su metal. ¿Quién se cree que es? ¿Por qué lo presenta como un invento propio? Todo el mundo se aprovecha de los trabajos de los demás. Nadie inventa nada.
Perpleja, ella repuso: -Pero el mineral de hierro y todo lo demás siempre estuvieron allí. ¿Por qué no hizo alguien ese metal antes que el Sr. Rearden?
-No ha obrado con ningún propósito noble, sino en beneficio propio. Jamás se ha sentido inspirado por ninguna otra razón.
-¿Y qué tiene eso de malo, Sr. Taggart? -Rió dulcemente como si acabara de desentrañar un enigma- ¡Qué tontería, Sr. Taggart! No habla usted en serio, sabe muy bien que el Sr. Rearden se ha ganado lo que tiene, al igual que usted. Dice eso por modestia, cuando todo el mundo sabe la gran tarea que ha realizado, y también el Sr. Rearden y su hermana, que debe de ser una persona maravillosa.
-¿De veras? Es lo que tú crees, pero te equivocas. Se trata de una mujer inflexible y dura, que se pasa la vida construyendo vías y tendiendo puentes; pero no por un

ideal altruista, sino tan sólo porque disfruta haciéndolo. Y si eso le gusta, ¿qué hay de admirable en su acción? No me parece bueno construir esa línea para los prósperos industriales de Colorado, cuando existe tanta gente pobre, en zonas descuidadas, que necesita urgentemente medios de transporte.
-Pero, Sr. Taggart... fue usted quien más luchó por esa línea.
-Sí, porque era mi deber hacia la compañía, los accionistas y los empleados, pero no pienses que lo disfruté. No estoy seguro de que haya sido una tarea tan admirable. ¡Inventar un metal nuevo, cuando tantas naciones necesitan hierro corriente! ¿Sabes que en la República Popular de China no tienen clavos suficientes para fijar los techos de las casas?
-No creo que eso sea su culpa.
-Alguien tiene que preocuparse, alguien con una visión que le permita mirar más allá de su bolsillo. En nuestros tiempos, cuando existe tanto sufrimiento, ninguna persona sensible debería dedicar 10 años de su vida a investigar sobre metales nuevos. ¿Lo crees un signo de grandeza? Pues no se trata de ninguna inteligencia superior, sino tan sólo de un disfraz que no podrías penetrar aunque le vertieras una tonelada de su propio metal en la cabeza. Hay en el mundo personas mucho más inteligentes, pero nunca leerás nada de ellas en los titulares de la prensa, ni correrás a contemplarlas boquiabierta en un cruce de vías, porque no saben inventar puentes que no se caen, en una época en que los sufrimientos de la humanidad en general pesan de semejante modo sobre el espíritu.
Ella lo contemplaba en silencio, respetuosa, disminuida la emoción de antes, con los ojos bajos. James se sintió mejor.
Tomó su copa, bebió un trago y dejó escapar una leve risa al recordar algo de improviso.
-Fue muy divertido -dijo en tono más ligero y vivo, el que emplearía con un colega- Debías haber visto la cara de Orren Boyle cuando llegó la 1° noticia por radio desde el Empalme Wyatt. Se puso verde, pero de un verde como el de esos peces que hace mucho fueron arrojados a la playa por las olas. ¿Sabes lo que hizo para contrarrestar las malas noticias? Alquiló una suite en el hotel Valhalla, y puedes suponer lo que ocurrió. Lo último que supe de él es que todavía sigue allí, bebiendo bajo la mesa o las camas, en compañía de unos cuantos amigos ¡y media población femenina de la Avenida Amsterdam!
-¿Quién es el Sr. Boyle? -preguntó ella, estupefacta.
-¡Oh! Un gordinflón propenso a abusar de sí mismo. Un sujeto simpático, que a veces se pasa de listo. Tendrías que haber visto su cara, ayer. Realmente lo disfruté. ¿Y al Dr. Floyd Ferris? A él no le gustó ni una pizca, para nada. ¡El elegante Dr. Ferris, del Instituto Científico del Estado, el servidor del pueblo, con su fluido vocabulario! Lo manejó todo muy bien exteriormente, pero cometía un error en cada párrafo. Me refiero a la entrevista que dio esta mañana y en la que dijo: "El país le ha permitido obtener ese metal a Rearden, ahora esperamos que él compense al país de algún modo". Fue muy sutil, considerando que hasta ahora vivió de las oportunidades del dinero fácil. Lo de Bertram Scudder fue peor. Sólo supo decir: "Sin comentarios", cuando sus colegas de la prensa le rogaron que diera a conocer su opinión: "Sin comentarios" fue la respuesta de Bertram Scudder, que nunca había cerrado la boca desde el día en que vino al mundo, aunque no se le preguntara nada. Tanto habla de la poesía etíope como del

estado de las habitaciones de descanso para las empleadas de la industria textil. Y ese viejo loco, el Dr. Pritchett, va por ahí diciendo que está seguro de que Rearden no inventó el metal y que ha sabido de fuente fidedigna y secreta que ¡Rearden robó esa fórmula a un inventor en la miseria, luego de asesinarlo!
Se reía jovial, mientras ella lo escuchaba como quien asiste a una conferencia sobre matemática superior, sin comprender ni una palabra, ni el estilo del lenguaje, un estilo que hacía mayor el misterio, porque estaba segura de que, procediendo de él, no significaba lo que habría significado en cualquier otro.
James volvió a llenar su copa y a vaciarla de un trago, pero su alegría desapareció abruptamente. Se hundió en un sillón, frente a la joven, y la contempló con mirada borrosa.
-Regresará mañana -dijo con un tono similar a una risa carente de alegría.
-¿Quién?
-Mi hermana, mi querida hermana. ¡Oh! Se creerá grandiosa.
-¿Es que no le cae bien su hermana, Sr. Taggart?
Emitió el mismo sonido de antes, cuyo significado era tan elocuente que la muchacha no necesitó otra respuesta.
-¿Por qué? -preguntó Cherryl.
-Porque se cree muy buena. ¿Qué derecho tiene a pensar así? ¿Qué derecho tiene nadie? No existe una sola persona buena.
-Eso no es verdad, Sr. Taggart -replicó la joven.
-Quiero decir que sólo somos seres humanos. ¿Y qué es un ser humano? Una criatura débil, fea y pecaminosa, congénitamente malvada, por eso la humildad es la virtud más digna. El hombre debería pasar su vida de rodillas, rogando ser perdonado por su sucia existencia. Cuando uno se cree bueno es más perverso que nunca. El orgullo es el peor de los pecados, no importa lo que se haga.
-Pero, ¿y si uno sabe que está obrando bien?
-Debe pedir perdón.
-¿A quién?
-A quienes no obran igual.
-No lo comprendo.
-¡Claro que no! Se necesitan años y años de estudio en los más altos niveles intelectuales. ¿Has oído hablar de Las contradicciones metafísicas del Universo del Dr. Simon Pritchett?
Ella negó con la cabeza, asustada.
-¿Cómo puedes saber lo que es bueno? -continuó James Taggart- ¿Quién lo sabe? ¿Quién lo sabrá jamás? No existen los absolutos, como lo ha demostrado irrefutablemente el Dr. Pritchett. Nada es absoluto. Todo es una cuestión de opinión. ¿Cómo sabes que ese puente no se vino abajo? Tan sólo lo crees. ¿Cómo sabes que existe realmente ese puente? ¿Piensas que un sistema filosófico como el del Dr. Pritchett es simplemente una cosa académica, remota e impracticable? Pues no, desde luego que no.
-¡Pero, Sr. Taggart! La línea que usted construyó...
-¿Qué es esa línea? Tan sólo un logro material. ¿Qué importancia tiene? ¿Es que existe grandeza en lo material? Sólo un animal de baja especie puede contemplar admirado ese puente, cuando en la vida existen tantas cosas mucho más importantes. Pero, ¿acaso esas cosas son reconocidas alguna vez? ¡Oh, no!

Fíjate en la gente. Fíjate en el escándalo que arman en las primeras planas de los periódicos por cualquier pequeñez construida con unos cuantos fragmentos de materia. ¿Se preocupan de los propósitos nobles? ¿Dedican alguna página a los fenómenos del espíritu? ¿Identifican o aprecian a una persona de sensibilidad superior? Y aún te asombras de que un gran hombre se vea condenado a la desdicha en es-te mundo pérfido. -Se inclinó, mirándola con firmeza.- Voy a decirte... voy a decirte algo... La infelicidad es el sello de la virtud. Si una persona es infeliz, real y verdaderamente infeliz, significa que se trata de un ser superior.
En el rostro de Cherryl Brooks se pintó una expresión de perplejidad y admiración.
-Pero, Sr. Taggart, usted tiene todo lo que desea, posee el mejor ferrocarril del país y los periódicos lo llaman el mayor empresario de nuestra época, dicen que las acciones de la compañía le han proporcionado una fortuna de la noche a la mañana. Tiene cuanto puede querer. ¿Acaso no lo alegra eso?
En el breve tiempo que James tardó en responder, la muchacha se sintió presa de un repentino pavor.
-No -contestó.
Ella no supo por qué su voz se convirtió en murmullo cuando preguntó: -¿Hubiera preferido que el puente se cayera?
-¡No he dicho eso! -respondió bruscamente. Luego se encogió de hombros y agitó la mano con gesto de desdén-. ¡Tú no me entiendes!
-Lo siento... ¡Oh! Sé que aún tengo tanto que aprender.
-Te estaba hablando del anhelo de algo muy superior a ese puente, un deseo que nada material puede satisfacer.
-¿Qué es, Sr. Taggart? ¿Qué desea usted?
-Cada vez que preguntas "¿qué es?" estás regresando a este mundo crudo y material donde todo puede ser clasificado y medido. Te hablo de cosas que no pueden ser nombradas con expresiones materialistas; me refiero al alto reino del espíritu, que los humanos no pueden alcanzar... De todos modos, ¿qué significan los logros humanos? La Tierra es sólo un átomo que gira en el universo. ¿Qué importancia tiene un puente para el sistema solar?
Un repentino y feliz fulgor de comprensión iluminó los ojos de Cherryl.
-Es usted admirable, Sr. Taggart, al pensar que su triunfo no le basta. Tengo la impresión de que por más alto que llegue, siempre deseará ir más lejos. Es ambicioso y lo que más admiro es eso: la ambición. Hacer cosas y no detenerse ni renunciar. Lo comprendo, Sr. Taggart... aun cuando no haya entendido todas sus grandes ideas.
-Ya entenderás.
-Me esforzaré por conseguirlo.
Su admiración no había disminuido. Él atravesó la habitación, moviéndose seguido por esa mirada como bajo un suave reflector. Fue a llenar su vaso, y un espejo al otro lado del bar le devolvió una imagen de sí mismo: el alto cuerpo alterado por una posición abatida e incierta, como una deliberada negación de toda gracia humana; el cabello ralo y la boca floja y triste. Pensó de repente que ella no lo veía tal como era, que ante sus ojos aparecía como la heroica figura de un constructor, con los hombros erguidos y el cabello flotando al viento. Sonrió pensando que ésta era una broma excelente, y experimentó una tenue satisfacción similar a un

sentimiento de victoria, originada por la idea de haber influido de algún modo sobre la joven.
Mientras bebía, James miró a la puerta del dormitorio, pensando en cómo terminaban habitualmente esa clase de aventuras. Iba a resultar muy fácil, puesto que la muchacha estaba demasiado impresionada para resistirse. Percibió el resplandor rojizo de su pelo, mientras permanecía sentada, con la cabeza algo inclinada, bajo la luz, y también divisó la suave y lisa piel de su hombro. Miró hacia otro lado. "¿Y de qué tengo que preocuparme?", pensó.
El leve deseo que sentía le causaba el mismo efecto que una fugaz molestia física. El impulso que lo animaba a la acción no era la muchacha en sí, sino la idea de que otros hombres no desaprovecharían una oportunidad así. Admitió que Cherryl era mejor persona que Betty Pope; quizá la mejor que se le había ofrecido, pero aquella idea le era indiferente, sentía lo mismo que con Betty Pope. En realidad, no sentía nada. La perspectiva de unos instantes de felicidad no valía el esfuerzo; no deseaba el placer.
-Se está haciendo tarde -dijo- ¿Dónde vives? Tomemos otra copa y te llevaré a tu casa.
Cuando se despidió de ella en la puerta de una mísera pensión, en un barrio de las afueras, la muchacha vaciló como si se esforzara por no hacer una pregunta que quería expresar desesperadamente.
-¿Podré...? -empezó y se detuvo.
-¿Qué?
-¡Oh! Nada, nada. Olvídelo.
Comprendió que la pregunta era: "¿Podré volver a verlo?", y disfrutó de no contestar, aun a sabiendas de que así sería.
La joven lo miró una vez más, como si fuese la última, y luego, con sinceridad, dijo: -Sr. Taggart, le estoy agradecida porque... porque cualquier otro hombre hubiera intentado... hubiera querido... pero usted es mejor. ¡Oh! Mucho mejor.
Jim se inclinó hacia ella, con suave e interesada sonrisa. -¿Te hubiera gustado? -le preguntó.
Ella retrocedió temiendo sus propias palabras.
-¡Oh! ¡Oh, Dios mío! No imaginé... siquiera...
Se ruborizó, dio media vuelta y subió corriendo la larga y empinada escalera de la casa.
Él se quedó en la acera, experimentando un extraño y nebuloso sentimiento de satisfacción, como si hubiese realizado una acción virtuosa, como si se hubiera vengado de todas aquellas personas que habían estado festejando a lo largo de la ruta de 500 km. cubierta por la línea "John Galt".

* * *

Cuando el tren llegó a Filadelfia, Rearden se separó de Dagny sin decir palabra, como si las noches de su viaje de regreso no merecieran ser recordadas durante el día en las plataformas atestadas de personas y locomotoras en movimiento: la realidad que él respetaba. Dagny continuó sola hasta Nueva York, pero a última hora de la noche sonó el timbre de su apartamento y supo qué había estado esperando.

Al entrar no dijo nada, sólo la miró, y su silenciosa presencia resultó más íntima que las palabras. Sonreía con cierto desdén, como si se hiciera cargo de las horas de espera que los habían abrumado, y al mismo tiempo se burlara de eso. Permaneció en medio de la sala, mirando lentamente a su alrededor. Era la casa de Dagny, el único lugar de la ciudad que lo había atormentado durante los últimos 2 años, el lugar en el que no podía pensar y, sin embargo, pensaba, el lugar en el que no debía entrar y donde estaba entrando con el aire natural de dueño. Se sentó en un sillón, estirando las piernas, y ella permaneció de pie, como si necesitara permiso para sentarse, cosa que le provocaba placer.
-¿Debo decirte que has realizado una magnífica tarea construyendo esa línea? -preguntó Rearden.
Se asombró. Jamás le había otorgado un cumplido semejante, y la admiración que expresaba su voz era auténtica, si bien la insinuación burlona permanecía fija en su cara; pero Dagny sintió que le estaba hablando con algún propósito indescifrable.
-Me pasé todo el día contestando preguntas acerca de ti, de la línea, del metal y del futuro, además de acumular pedidos de metal. Llegan a razón de miles de toneladas por hora. Hace 9 meses no podía conseguir ni una sola respuesta afirmativa y ahora tengo que descolgar el teléfono para no escuchar a cuantos quieren hablarme de sus urgentes necesidades de metal Rearden. ¿Qué has hecho hoy?
-Traté de escuchar los informes de Eddie y de escapar de la gente, intenté encontrar el material suficiente para poner más trenes en la línea "John Galt", porque el plan previsto no será suficiente si debemos atender el incremento logrado tan sólo en 3 días.
-Mucha gente quería verte, ¿no?
-Sí, así es.
-Hubieran dado cualquier cosa por cambiar unas palabras contigo, ¿verdad?
-Pues, sí, eso supongo.
-Los periodistas no dejaron de preguntarme acerca de ti. Un joven de cierto periódico local no dudó en calificarte como "una gran mujer" y dijo que le daría miedo hablar contigo, cuando tuviese la ocasión. Tiene razón. Ese futuro del que todos hablan con temor será como tú lo soñaste, porque tuviste más valor del que podían imaginar. Las rutas de la riqueza, en las que ahora forcejean por abrirse camino, quedaron abiertas gracias a tu energía para enfrentarte a todos, para no reconocer ninguna voluntad fuera de la tuya.
Ella ahogó una exclamación porque entendía muy bien los propósitos de Rearden. Permaneció erguida, con los brazos a los costados y el rostro austero de quien soporta una carga sin flaquear, escuchando sus halagos como si hubiesen sido insultos.
-Te han hecho preguntas, ¿verdad? -continuó Hank con intensidad, inclinándose hacia adelante- Y te contemplaron con admiración, como si estuvieras en la cima de una montaña y sólo pudieran saludarte quitándose el sombrero desde la distancia, ¿no?
-Sí -murmuró.

-Tenían el aire de saber que no pueden acercarse a ti, ni hablar en tu presencia, ni siquiera rozar tu vestido. Lo saben, y es verdad. Te miraban con respeto limitándose sólo a levantar la vista hacia tu rostro, ¿no es así?
La tomó del brazo, la obligó a ponerse de rodillas, la estrechó contra sus piernas y se agachó para besarla. Ella sonreía en silencio con gesto burlón, pero en sus ojos semicerrados se pintaba un velado placer.
Horas más tarde, en la cama, y con su mano deslizándose por todo el cuerpo de Dagny, Hank preguntó súbitamente, haciéndola apoyar contra la curva de su brazo y dándole a entender, por la intensidad de su expresión y por el sonido de su voz, aun cuando ésta se mantuviera baja y tranquila, que la pregunta había nacido de largas horas de tortura.
-¿Con qué otros hombres te has acostado?
La miró como si aquella pregunta implicara una visión contemplada con todo detalle, una visión odiosa, pero que no pensaba eludir. Dagny notó desprecio en su voz, odio, sufrimiento y una extraña vehemencia que nada tenía que ver con la tortura; Hank Rearden había hecho la pregunta sujetándola fuertemente.
Dagny contestó con calma, pero él pudo observar un peligroso centelleo en sus ojos, una advertencia que comprendía demasiado bien.
-Sólo ha habido uno, Hank.
-¿Cuándo?
-Cuando tenía 17 años.
-¿Duró mucho?
-Unos años.
-¿Quién era?
Dagny se echó hacia atrás, reclinándose contra su brazo; él se acercó más, mientras su rostro se ponía rígido, y Dagny sostuvo su mirada.
-No pienso contestarte.
-¿Le amabas?
-No contestaré.
-¿Te gustó dormir con él?
-Sí.
La risa de sus ojos fue para Hank como una bofetada en pleno rostro. Implicaba el reconocimiento que él deseaba y temía a la vez.
Le torció el brazo por detrás de la espalda, manteniéndola inmóvil e impotente, con los senos apretados contra su pecho. Ella sintió un agudo dolor en el hombro y percibió la cólera de sus palabras y el susurro de placer que embargaba su voz al insistir: -¿Quién era?
No respondió; lo miró con intensidad profunda y extraña, y él pudo ver que su boca, contraída por el dolor, adoptaba la forma de una sonrisa irónica.
Luego, bajo el contacto de sus labios, se volvió sumisa y humilde. El estrechó su cuerpo con tanta fuerza y desesperación como para borrar a su desconocido rival, eliminarlo de su pasado y, aún más, transformar cualquier parte de ella en instrumento de su placer. Hank comprendió, por la vehemencia con que Dagny se ceñía contra él, que aquélla era la manera en que más deseaba ser poseída.

* * *

La silueta de una correa transportadora que llevaba el carbón hasta el extremo de una torre distante dejaba ver franjas de fuego en el cielo, la interminable serie de pequeñas artesas negras surgía de la tierra y se elevaba en diagonal hacia el sol poniente. El lejano y frío tintinear continuó oyéndose sobre el ruido de las cadenas con las que un joven con ropa de trabajo azul estaba asegurando una maquinaria, para inmovilizarla sobre los vagones planos alineados en un apartadero de Quinn Ball Bearing Company de Connecticut.
Mowen, de Amalgamated Switch and Signal Company, miraba desde enfrente, donde se había detenido en su camino de regreso a su casa desde la fábrica. Llevaba un abrigo ligero sobre su breve y panzuda figura y un sombrero de fieltro en la cabeza rubia y ya un poco gris. Se sentían los primeros fríos de septiembre en el aire. Todas las puertas de la fábrica Quinn permanecían abiertas de par en par, mientras hombres y grúas sacaban la maquinaria como si extrajeran los órganos vitales de un cadáver y dejaran sólo el esqueleto, pensó Mowen.
-¿Otra más? -preguntó Mowen, señalando la fábrica con el pulgar, aun cuando ya sabía la respuesta.
-¿Cómo? -preguntó el joven, que no se había dado cuenta de su presencia.
-¿Otra compañía que se muda a Colorado?
-Sí.
-Es la 3° de Connecticut en las últimas 2 semanas -observó Mowen- Y cuando uno ve lo que sucede en Nueva Jersey, Rhode Island, Massachusetts y a lo largo de la costa atlántica...
El joven no lo miraba, ni parecía oírlo.
-Es como un grifo abierto -continuó Mowen- cuya agua va a parar a Colorado. Y también el dinero.
El joven lanzó la cadena hacia el otro lado y luego subió fácilmente por la enorme mole recubierta de lona.
-Uno pensaría que la gente debería sentir algo por su Estado natal; cierta lealtad... Pero todos escapan. No sé qué les pasa.
-Es esa nueva ley -respondió el muchacho.
-¿Qué ley?
-La de Igualación de Oportunidades.
-¿A qué se refiere?
-He oído decir que el Sr. Quinn había hecho planes, hace un año, para abrir una sucursal en Colorado. Pero esa ley mandó todo al diablo, por lo cual decidió trasladar allí todo el negocio.
-Pues no sé si hace bien. Esa ley era necesaria, es vergonzoso que tantas viejas empresas que han funcionado aquí durante generaciones... Debe haber una ley que...
El joven trabajaba diestra y velozmente; podía verse que lo disfrutaba. Detrás de él, la cinta transportadora seguía elevándose y crujiendo. De 4 chimeneas surgían espirales de humo que se desvanecían lentamente en la rojiza claridad del atardecer, como si fueran altos mástiles con sus banderas a media asta.
Mowen había vivido rodeado por ese horizonte de chimeneas desde los días de su padre y de su abuelo: llevaba 30 años viendo funcionar aquella cinta transportadora desde la ventana de su oficina. Le parecía inconcebible que Quinn Ball Bearing Company desapareciera; había oído hablar de la decisión de Quinn

pero no pudo creerla; la había registrado como todo cuanto escuchaba: un mero sonido que no guardaba relación alguna con la realidad. Ahora, en cambio, comprobaba que era verdad. Permaneció junto a los vagones en el desvío, como si todavía existiese alguna posibilidad de detenerlos.
-No está bien -repitió, dirigiéndose al cielo, pero el joven era la única persona que podía oírlo- Esto no era así en la época de mi padre. No soy un industrial de 1° línea ni quiero competir con nadie. ¿Qué le sucede al mundo? -No hubo respuesta- Usted, por ejemplo, ¿se va también a Colorado?
-¿Quién, yo? No. Yo sólo soy un trabajador temporario. Acepté este puesto de mudanza para ganarme unos dólares.
-Bien. ¿Adónde piensa ir cuando la fábrica haya desaparecido?
-No tengo idea.
-¿Adónde irá, si otras siguen su ejemplo?
-Ya veremos.
Mowen no supo si la respuesta del joven se dirigía a él o a sí mismo; la atención del obrero estaba concentrada en su tarea, de la que no apartaba la mirada. Se dirigió hacia las formas envueltas en lona del siguiente vagón y Mowen lo siguió, con las implorantes pupilas dirigidas al espacio.
-Tengo mis derechos, ¿no es cierto? Nací aquí y siempre esperé que las viejas compañías continuaran en este lugar cuando fuera mayor. Quise administrar la fábrica igual que mi padre. Todo hombre forma parte de su comunidad, y tiene un derecho sobre estas cosas, ¿verdad?... Hay que hacer algo.
-¿Algo como qué?
-¡Oh! Usted lo cree fantástico, ¿verdad? El afortunado fenómeno de Taggart y del metal Rearden y la carrera hacia Colorado, y la embriaguez que se vive allí, con Wyatt y su banda extendiendo la producción como pan caliente. Todo el mundo lo cree genial, o al menos eso es lo que se escucha en todas partes. La gente es feliz y hace planes, como niños de 6 años que salen de vacaciones. Cualquiera diría que vivimos una luna de miel nacional o una especie de permanente Día de la Independencia.
El joven no dijo nada.
-Pues, no lo creo así -continuó Mowen, y bajando la voz añadió: -Tampoco los periódicos: los periódicos no dicen nada.
Mowen no obtuvo más respuesta que el tintineo de las cadenas.
-¿Por qué corren todos hacia Colorado? -preguntó- ¿Qué hay allí que no tengamos aquí?
El joven hizo una mueca.
-Quizá aquí haya algo que allí no existe -dijo.
-¿Qué?
El joven no contestó.
-No lo comprendo. Se trata de un lugar atrasado, primitivo y carente de perspectivas, que ni siquiera tiene un gobierno moderno. Es el peor de todos los Estados de la nación y el más perezoso. No hace nada, aparte de mantener los tribunales y la policía. No hace nada por la gente, no ayuda a nadie. No comprendo por qué nuestras mejores compañías van hacia allá.
El joven volvió a mirarlo sin pronunciar palabra.
Mowen suspiró.

-Las cosas no marchan bien -dictaminó- La ley de Igualación de Oportunidades fue una cosa sensata porque tiene que haber oportunidades para todos, pero resulta vergonzoso que gente como Quinn la interprete a su antojo. ¿Por qué no deja que otro fabrique cojinetes en Colorado?... Me gustaría que los de Colorado, por su parte, nos dejen en paz. Las fundiciones Stockton no tienen derecho a meterse en el negocio de las señalizaciones. Me he dedicado a eso durante años, y tengo prioridad por mi antigüedad en el mercado. Es una competencia en que nos devoramos unos a otros. Los recién llegados no deberían poder medirse con los antiguos. ¿Dónde venderé ahora mis aparatos? Había en Colorado 2 grandes compañías ferroviarias, y ahora Phoenix-Durango ha desaparecido, por lo que sólo queda Taggart Transcontinental. No es justo que hayan sacado a Dan Conway del mercado. Debería existir espacio para la competencia... Llevo esperando 6 meses un pedido de acero que le hice a Orren Boyle, pero ahora éste me dice que no puede comprometerse a nada, porque el metal Rearden ha hecho añicos su mercado. Todos quieren ese metal, y Boyle tuvo que atrincherarse. No es justo que Rearden pueda arruinar los mercados de los demás... Y el caso es que yo también quiero su metal, lo necesito, pero no puede conseguirse. Lo he intentado y la fila de solicitantes cubriría 3 Estados. Nadie puede obtener ni una partícula, excepto sus viejos amigos, como Wyatt, Danagger y otros. No es justo, es discriminatorio. Tengo los mismos derechos que ellos, tengo derecho a una parte de ese metal.

El muchacho levantó la mirada.

-La semana pasada, cuando estuve en Pennsylvania -dijo-, vi las fundiciones Rearden. ¡Qué actividad! Están construyendo 4 nuevos altos hornos y hay 6 más en proyecto. -Mirando hacia el sur, añadió: -Nadie ha construido un alto horno en la costa del Atlántico durante los últimos 5 años... -Su silueta se recortaba contra el cielo, arriba de un motor cubierto por una lona y tierra, contemplando el ocaso con una débil sonrisa de anhelo, como quien se extasía con la distante visión de su amor.- Están muy ocupados... -repitió.

De pronto su sonrisa desapareció. El modo en que dio un tirón de la cadena constituyó la primera discontinuidad en su hasta entonces competente suavidad de movimientos: fue como un arranque de furia.

Mowen miró hacia el horizonte: los ceñidores, el transportador, las ruedas y el humo, aquel humo que se abatía pesado y calmo a través del aire de la tarde, desperezándose en una larga neblina hasta la ciudad de Nueva York, situada en un punto más allá del poniente. Se sentía animado por la idea de una Nueva York envuelta en su círculo de fuegos sagrados, dentro de un anillo de chimeneas, de depósitos de gas, de grúas y de líneas de alta tensión. Notó una corriente de energía que fluía de cada una de las tristes estructuras de esa calle familiar. Le gustaba el aspecto del muchacho en lo alto. Había algo alentador en su manera de trabajar; algo que estaba en consonancia con aquel horizonte. Sin embargo, Mowen se preguntó por qué sentía que una grieta iba ensanchándose y devorando sólidos y eternos muros.

-Hay que hacer algo -dijo Mowen- Un amigo mío del negocio del petróleo quebró la semana pasada. Tenía un par de pozos en Oklahoma y no pudo competir con Ellis Wyatt. No es justo, deberían darles una oportunidad a los pequeños productores, habría que poner límite a la producción de Wyatt. No es justo, no

deberían permitirle que produzca tanta cantidad y saque a los demás del mercado. Ayer el coche se me quedó en Nueva York y tuve que dejarlo y venir en un condenado autobús porque no pude conseguir gasolina, me dijeron que escasea en la ciudad... Las cosas no marchan bien. Hay que hacer algo.
Contemplando la línea del horizonte, Mowen se preguntó cuál era aquella amenaza anónima, y quién iba a ser el que la destruyera.
-¿Cómo lo solucionaría? -preguntó el joven.
-¿Quién, yo? -preguntó Mowen- No sé, no soy de los grandes, no puedo resolver los problemas nacionales. A lo único que aspiro es a ganarme la vida y todo lo que sé es que alguien debería ocuparse del problema... Las cosas no marchan. Oiga, ¿cómo es su nombre?
-Owen Kellog.
-Escúcheme, Kellog, ¿qué cree que vaya a pasar en el mundo?
-No lo sé, ni me importa.
Un silbato sonó en una torre distante, avisando el comienzo del turno nocturno, y Mowen se dio cuenta de que ya era muy tarde. Suspiró, se abrochó el abrigo y se volvió para partir.
-Se están haciendo cosas, ya se están tomando algunas medidas constructivas. La legislatura aprobó una ley que concede amplios poderes a la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales, y ésta nombró como director a un hombre muy inteligente. La verdad es que nunca había oído hablar de él, pero los periódicos afirman que es muy astuto. Se llama Wesley Mouch.

* * *

Dagny miraba por la ventana de su sala, contemplando la ciudad. Era tarde y las luces parecían los últimos chispazos de una llama a punto de extinguirse.
Se sentía en paz y deseaba mantenerla para que sus emociones ocuparan el lugar debido, permitiéndole considerar cada momento de aquel mes que acababa de pasar tan velozmente. No había tenido tiempo para tomar conciencia de que se hallaba de nuevo en su despacho de Taggart Transcontinental. Había tenido tanto que hacer, que no lo consideró un auténtico regreso del exilio. No había registrado lo que Jim le dijera a su regreso, ni siquiera sabía si había dicho algo. Tan sólo existía una persona de cuya reacción deseaba tener noticias, por lo que llamó al Wayne-Falkland, pero le contestaron que el Sr. Francisco d'Anconia había partido hacia Buenos Aires.
Recordó el momento en que había estampado su firma al pie de un contrato para marcar el final de la línea "John Galt", que así quedaba convertida nuevamente en la Río Norte perteneciente a Taggart Transcontinental, aunque los ferroviarios rehusaban usar ese nombre. También a ella le iba a ser difícil. Intentó llamarla correctamente y se preguntó por qué eso le exigía tal esfuerzo y por qué hacerlo le provocaba una dolorosa sensación de pérdida.
Cierta tarde, bajo un súbito impulso, hizo un giro en dirección a la esquina del edificio Taggart para echar una última mirada a las oficinas de John Galt Inc. instaladas en el callejón. No sabía qué quería en realidad. "Tan sólo verla otra vez", se dijo. Habían levantado un cerco en la acera, pues estaban demoliendo el viejo edificio, que se había vencido, al fin. Se trepó a la valla y, a la luz de un farol

callejero que alguna vez había arrojado una extraña sombra sobre el pavimento, miró por la ventana de su antiguo despacho. Nada quedaba en la planta baja: las mamparas ya no existían, del techo colgaban cañerías rotas y en el suelo había un montón de escombros. Nada.

Le había preguntado a Rearden si una noche de la primavera pasada había estado allí, de pie junto a la ventana, luchando con su deseo de entrar. Pero antes que le contestara, comprendió que su respuesta sería negativa y no quiso decirle por qué deseaba averiguarlo. No conocía la causa por la que aquel recuerdo seguía perturbándola.
Más allá de la ventana de su apartamento, el iluminado rectángulo del calendario colgaba del oscuro cielo como una pequeña etiqueta. Leyó: 2 de septiembre. Sonrió provocadora, recordando la carrera establecida contra sus cambiantes páginas. "Ya no hay fechas límite" -se dijo-, "ni barreras, ni amenazas, ni restricciones".
Oyó una llave que giraba en la cerradura. Era el sonido que había estado esperando, que había deseado escuchar desde hacía largo rato.
Rearden entró como muchas otras veces, usando la llave que ella le había dado, sin anunciar previamente su visita. Arrojó el sombrero y el abrigo en una silla, con un ademán que ya se había hecho familiar para ella. Vestía un severo smoking negro.
-¡Hola! -dijo Dagny.
-Sigo esperando la noche en que al entrar no te encuentre -le respondió.
-Si pasara, tendrías que llamar a las oficinas de Taggart Transcontinental.
-¿Cualquier noche? ¿A ningún otro lugar?
-¿Estás celoso, Hank?
-No, es simple curiosidad por saber qué me sucedería.
Se mantuvo al otro lado de la habitación, prolongando deliberadamente el placer de saber que podría acercarse a ella cuando quisiera. Dagny vestía la estrecha falda gris de un traje de oficina y una camisa blanca, de corte masculino, cuyos faldones por fuera de la falda acentuaban la escueta suavidad de sus caderas. La claridad de una lámpara situada tras ella revelaba su esbelta silueta, dentro del marco blanco de la blusa.
-¿Qué tal resultó el banquete? -preguntó Dagny.
-Bueno, pero me escapé en cuanto pude. ¿Por qué no fuiste? Estabas invitada.
-No quería verte en público.
La miró como queriendo demostrar que se daba cuenta del significado de aquella respuesta. Luego las líneas de su cara se curvaron en una sonrisa divertida.
-Te has perdido algo estupendo. El Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas no querrá volver a pasar por la prueba de tenerme como invitado de honor. No lo hará, si puede evitarlo.
-¿Qué ha sucedido?
-Nada. Tan sólo discursos y discursos.
-¿Fue muy molesto?
-No... o, mejor dicho, sí, hasta cierto punto... En realidad, me hubiera gustado disfrutarlo.
-¿Quieres que te prepare una copa?

-Sí, hazme el favor.
Dagny se volvió, pero él la detuvo, tomándola por los hombros desde atrás y la obligó a inclinar la cabeza, hasta besarla. Cuando recuperó su posición normal, ella volvió a atraerlo hacia sí con un gesto exigente de propiedad, acentuando su derecho para hacerlo, y luego se separó de él.
-No te preocupes por la copa -dijo Rearden- En realidad, sólo quería ver cómo me la preparabas.
-Pues entonces, deja que lo haga.
-No.
Sonrió tendiéndose sobre el sofá con las manos cruzadas tras la nuca. Se sentía como en casa, era el 1° hogar que había tenido en la vida.
-Verás: lo peor del banquete fue el deseo unánime de que terminara cuanto antes -explicó- Lo que no puedo entender es por qué lo organizaron. No tenían obligación, al menos en lo que a mí respecta.
Dagny tomó una cigarrera, se la alcanzó y luego le ofreció la llama de un encendedor, imitando deliberadamente a quien sirve a su amo. Sonrió en respuesta a su risa y luego se sentó en el brazo de un sillón, un poco lejos.
-¿Por qué aceptaste la invitación, Hank? -quiso saber- Siempre rehusaste unirte a ellos.
-No quería rechazar su oferta de paz luego de haberlos derrotado, y ellos lo saben. Jamás me uniré a su grupo, pero consideré la oportunidad de aparecer como invitado de honor, como señal de que saben perder. Incluso los creí generosos.
-¿Ellos, generosos?
-Sí. ¿No irás a decir que el generoso fui yo?
-Hank, después de todo lo que hicieron para detenerte...
-Pero gané, ¿verdad? Así que pensé... Verás, no les guardo rencor porque no apreciaran el valor de mi metal al principio, lo importante es que finalmente lo hayan hecho. Cada cual aprende a su manera y en su tiempo. Desde luego, comprendí que había en ellos mucha cobardía, hipocresía y envidia, pero me dije que era tan sólo superficial. Luego de haber demostrado mi verdad de una manera tan ruidosa, supuse que el motivo verdadero para invitarme era su valoración del metal y...
En su pausa, Dagny sonrió; creía conocer el resto de la frase incompleta: "y por una cosa así soy capaz de perdonarlo todo". Pero no fue así.
-...y no he podido comprender los motivos que los impulsaron. Mejor dicho, Dagny, no creo que, en realidad, tuvieran motivo alguno. No dieron este banquete para complacerme o para obtener algo de mí, ni siquiera para salvar su posición frente al público. No había en ellos propósito de ningún tipo, ni significado alguno. No les importaba en absoluto haber despreciado al metal y siguen sin preocuparse. No temen que pueda eliminarlos del mercado. No han llegado a tanto. ¿Sabes lo que ha significado ese banquete? A mi modo de ver, es como si hubieran oído decir que existen valores a los que se debe honrar y ésa es su manera de interpretar el mandato. Así es que organizaron el acto y asistieron a él como fantasmas atraídos por una suerte de distantes ecos de una época mejor. Yo... yo, no pude soportarlo.
Con el rostro tenso, Dagny dijo: -¡Y aún no crees que tú eres generoso!

La miró con una traza de burla en los ojos brillantes: -¿Por qué te irrita tanto esa gente?
En voz baja, en un intento de ocultar su ternura, Dagny le contestó: -Querías disfrutarlo...
-Probablemente me lo merezco. No debí haber esperado nada. En realidad, no sé lo que quería.
-Yo sí.
-Nunca me gustaron este tipo de cosas. No sé por qué esperaba que, en esta ocasión, todo fuera distinto... Concurrí creyendo que el metal lo había cambiado todo, incluso a la gente.
-¡Oh, sí, Hank! Lo imagino.
-Era el peor lugar para... buscar algo así. ¿Te acuerdas? Una vez me dijiste que sólo quienes tienen algo que celebrar deberían organizar fiestas.
El punto luminoso de su cigarrillo encendido se detuvo en el aire. Dagny estaba inmóvil. Nunca habían hablado de aquella fiesta ni de nada relacionado con su hogar. Al momento contestó simplemente:
-Lo recuerdo bien.
-Comprendo lo que quisiste decir... lo comprendí también entonces.
La miraba directamente a la cara; ella bajó los ojos.
Rearden guardó silencio y cuando volvió a hablar, su voz sonaba alegre.
-Lo peor de la gente no son los insultos, sino sus cumplidos. No pude soportar los que decían hoy, en especial cuando se empeñaron en insistir en lo mucho que todos me necesitan: ellos, la ciudad, el país y el mundo entero, supongo. Su idea de la gloria consiste en tratar con personas que los necesitan. Pues bien: yo no puedo soportar a las personas que me necesitan. -La miró- ¿Y tú? ¿Me necesitas?
Dagny contestó con honestidad: -Desesperadamente.
Él echó a reír: -No, no es así. No lo dices en el mismo sentido que ellos.
-¿Cómo lo he dicho?
-Como un comerciante que paga por lo que quiere. En cambio, ellos se expresaron como mendigos que extienden su vaso de metal ante el transeúnte.
-¿Yo... pago por ello, Hank?
-No te hagas la inocente, sabes muy bien a qué me refiero.
-Sí -susurró sonriendo.
-¡Al diablo con esa gente! -exclamó Rearden feliz, estirando las piernas y cambiando su postura en el sofá, para disfrutar mejor de su descanso- No soy bueno como figura pública. De todas formas, ya no importa. No tiene que importarnos lo que los demás vean o no. ¡Nos dejarán solos! El camino está libre. ¿Cuál será el próximo proyecto, Sra. vicepresidenta?
-Una vía transcontinental de metal Rearden.
-¿Para cuándo la quieres?
-Para mañana temprano. Pero la tendré dentro de 3 años.
-¿Crees que puedes lograrlo en 3 años?
-Si la línea "John Galt"... quise decir Río Norte... funciona como hasta ahora, sí.
-Funcionará mejor. Esto es sólo el principio.
-Me he trazado un plan de instalación en varias etapas. A medida que vaya ingresando el dinero, iré renovando con metal Rearden una sección tras otra de la vía principal.

-De acuerdo, puedes empezar cuando quieras.
-Trasladaré los rieles viejos a las líneas secundarias, ya que si no lo hago no durarán mucho. Dentro de 3 años viajarás sobre tu metal hasta San Francisco, si es que alguien te ofrece un banquete allí.
-Dentro de 3 años tendré altos hornos vertiendo metal Rearden en Colorado, Michigan y Idaho. Ese es mi plan.
-¿Altos hornos? ¿Hablas de abrir sucursales?
-Sí.
-¿Y qué me dices de la ley de Igualación de Oportunidades?
-No pensarás que dentro de 3 años esté todavía vigente, ¿verdad? Les hemos ofrecido una demostración tal, que toda esa inmundicia tendrá que desaparecer. El país está de nuestro lado. ¿Quién se atreverá a detenernos? ¿Quién va a escuchar esa tontería? En Washington hay un grupo de hombres de la mejor clase, dispuestos a entrar en acción cuando llegue el momento. En la próxima temporada, el proyecto de ley quedará descartado.
-Así... así lo espero.
-He tenido complicaciones durante las últimas semanas para iniciar el trabajo de los nuevos hornos, pero todo se realizó como es debido y ya los estamos construyendo. Puedo sentarme y descansar; permanecer en mi despacho, recogiendo el dinero, descansado como un vagabundo, esperando tan sólo los pedidos de metal y siendo el favorito de todo el país. Dime, ¿cuál es el 1° tren que sale mañana para Filadelfia?
-¡Oh! No sé.
-¿De veras? ¿De qué sirve ser vicepresidenta de Operaciones? A las 7 tengo que estar en mis fundiciones. ¿No hay nada a eso de las 6?
-Creo que el primero sale a las 5:30.
-¿Qué prefieres? ¿Despertarme a tiempo, o retrasar la salida del tren?
-Te despertaré.
Permanecía sentada, contemplándolo mientras él guardaba silencio. Al entrar tenía un aire cansado, pero ahora las líneas de fatiga de su rostro habían desaparecido.
-Dagny -preguntó de repente con algo de ansiedad en su voz- ¿Por qué no querías verme en público?
-No quiero ser parte de tu... vida oficial.
No contestó, pero poco después preguntó con naturalidad: -¿Cuándo te tomaste unas vacaciones por última vez?
-Creo que hace 2... no, 3 años.
-¿Dónde estuviste?
-Quise pasar un mes en los Adirondacks, pero volví a la semana.
-Yo lo hice hace 5 años. Fui a Oregón. -Estaba tendido sobre el diván mirando el techo- Dagny, pasemos unas vacaciones juntos. Subamos a mi coche y alejémonos de aquí unas semanas. Iremos a cualquier sitio por rutas secundarias, donde nadie nos conozca. No dejaremos direcciones, ni leeremos los periódicos, ni tocaremos un teléfono; abandonemos todas nuestras obligaciones oficiales.
Dagny se levantó, se acercó a él y se quedó junto al diván, mirándolo, a la luz de la lámpara que se hallaba detrás de ella. No quería que Rearden le viera la cara ni observara los esfuerzos que estaba realizando para no sonreír.

-Puedes disponer de unas semanas, ¿verdad? -preguntó él- Todo está arreglado y todo "va sobre rieles". No tendremos otra oportunidad semejante en 3 años.
-De acuerdo, Hank -respondió ella obligando a su voz a que sonara tranquila e indiferente.
-¿En serio?
-¿Cuándo quieres que partamos?
-El lunes por la mañana.
-De acuerdo.
Se volvió para alejarse, pero él la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí, sobre el sillón. La mantuvo inmóvil e incómoda, tal como había caído, apretando la cara contra la suya, con una mano detrás de la cabeza y la otra vagando por el hombro, los pechos, las piernas.
-¿Y dices que no te necesito? -susurró Dagny.
Lo apartó con un leve empujón y se puso de pie, sacándose el pelo de la cara.
Se quedó quieto, por sus párpados entornados escapaba una mirada entre curiosa y divertida. Una tira del sostén de Dagny se había soltado y colgaba en diagonal y la delicada tela de la blusa dejaba ver un seno. Levantó una mano para arreglarse pero él se la hizo bajar, con un suave golpe. Ella sonrió, cómplice e irónica. Caminó con deliberada lentitud por la habitación hasta la mesa; de espaldas a ella, las manos apoyadas en el borde y los hombros hacia atrás, lo miró de frente. Era el contraste que a él le gustaba: su cuerpo revelándose a través de la severidad de su ropa. La directora de una compañía ferroviaria mostrándose como algo de su pertenencia.
Rearden se sentó cómodamente en el sofá, con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos, con expresión apreciativa y dominante.
-¿Ha dicho usted que quería una línea transcontinental de metal Rearden, Sra. vicepresidenta? -preguntó- ¿Y si no se la concediera? Ahora puedo escoger mis clientes y exigir los precios que quiera. Si esto hubiera ocurrido hace 1 año, habría solicitado que se acostara usted conmigo.
-Me hubiese gustado.
-¿Habrías aceptado?
-Desde luego.
-¿Dentro de un plano comercial? ¿Como una venta?
-Sí, si tú hubieras sido el comprador. ¿Y a ti? ¿Te hubiera gustado también?
-¿Tú que crees?
-Que sí -murmuró Dagny.
Se acercó a ella, la tomó por los hombros y besó su seno a través de la fina tela de la blusa.
Luego, sin soltarla, la contempló en silencio unos segundos.
-¿Qué has hecho con el brazalete? -interrogó.
Jamás hasta entonces había hablado de eso. Dagny dejó pasar un momento para recuperar el aplomo.
-Todavía lo conservo.
-Pues quiero que lo lleves.
-Si alguien adivina lo que ocurre, será mucho peor para ti que para mí.
-De todos modos, llévalo.

Ella fue a buscar la pulsera de metal Rearden, y se la dio sin pronunciar palabra; la cadena azul verdoso brillaba sobre la palma de su mano. Sosteniendo su mirada, él se la puso en la muñeca. En el momento en que el cierre chasqueó levemente bajo sus dedos, Dagny inclinó la cabeza y le besó la mano.

* * *

La tierra discurría velozmente bajo el coche retorciéndose en las curvas de las alturas de Wisconsin. La ruta era el único indicio de la mano del hombre, un puente precario extendido sobre un mar de matorrales, hierbas y árboles. Aquel mar ondulaba suavemente entre ramas amarillas y anaranjadas, con algún trazo rojo que surgía de las laderas, y charcos verdes en las depresiones, bajo un cielo azul muy puro. Entre aquel colorido de tarjeta postal, los destellos del acero cromado y los reflejos del esmalte negro que el sol arrancaba al automóvil lo hacían parecer una joya extravagante.
Dagny se reclinó contra la ventanilla, con las piernas extendidas; le agradaba el amplio y cómodo espacio del asiento y el calor del sol sobre los hombros. Pensó que el campo era bello.
-Me gustaría ver algún cartel publicitario -dijo Rearden.
Ella echó a reír, como respondiendo con su silencioso pensamiento: "¿Para vender qué y a quién? Llevamos una hora sin ver un vehículo ni una casa".
-Esto es lo que no me gusta -se inclinó un poco hacia adelante con las manos sobre el volante y el ceño fruncido- Mira la ruta.
La larga cinta de hormigón adoptaba un tono polvoriento y gris, como de huesos abandonados, como si el sol y la nieve hubieran devorado toda traza de neumáticos, gasolina y carbón, todos los indicios de movimiento. De las grietas del pavimento surgían malezas, pues nadie había utilizado aquella carretera durante varios años ni había tenido reparación alguna, aunque no estaba demasiado deteriorada.
-Es una buena ruta -dijo Rearden- Fue construida para durar mucho. El que la proyectó debió de tener buenos motivos para pensar que habría de soportar un tránsito pesado en el futuro.
-En efecto.
-No me gusta su aspecto.
-A mí tampoco. -Sonrió- Pero recordemos las veces en que hemos oído quejarse a la gente de que los carteles indicadores y los anuncios estropean el paisaje. Pues bien, aquí tienen un paisaje virgen para admirar. -Y añadió: -Esa es la clase de personas que más odio.
No deseaba sentir la intranquilidad que se había ido apoderando de ella en medio del regocijo. Durante aquellas 3 semanas, la había percibido por momentos, cuando el panorama que se deslizaba a ambos lados del coche era desierto. Sonrió. El capó había sido el punto inmóvil en su campo visual, mientras la tierra se desplazaba; había constituido el centro, el foco y la seguridad, dentro de un mundo borroso y en disolución. El capó ante ella y, a su lado, las manos de Rearden al volante... Sonrió pensando qué satisfacción le producía comprobar en qué se estaba transformando su mundo.

Durante la 1° semana de su vida de vagabundos, en la cual fueron de un lado a otro sin rumbo fijo a merced de cruces de rutas desconocidos, él le dijo cierta mañana en el momento de ponerse en marcha:
-Dagny, ¿crees que el descanso forzosamente debe carecer de propósito?
Ella contestó riendo: -No. ¿Qué fábrica deseas visitar?
Hank sonrió ante la verdad que no necesitaba admitir, y respondió: -Hay una mina de cobre abandonada cerca de la bahía de Saginaw, de la que he oído hablar. Dicen que está agotada.
Viajaron por Michigan en dirección a la mina. Caminaron por los bordes del pozo, donde aún se observaban los restos de una grúa, semejante a un esqueleto inclinado recortado contra el fondo del cielo. Una caja de metal de las que se usan para llevar comida tintineó bajo sus pies. Dagny experimentó una repentina intranquilidad, más aguda aún que la tristeza, pero Rearden le dijo alegremente:
-Así que agotada, ¿eh? Pues voy a demostrarles cuántas toneladas y cuántos dólares puedo extraer de aquí. -De regreso al coche añadió: -Si pudiera encontrar a la persona adecuada, compraría esta mina mañana mismo y empezaríamos a trabajar.
Al día siguiente, mientras avanzaban en dirección sudoeste, hacia las llanuras de Illinois, dijo repentinamente tras un largo silencio: -No, tendré que esperar hasta que descarten esa ley. Quien tenga que hacer trabajar esta mina, no necesitará que yo le enseñe. Si me necesitara, no valdría un centavo.
Hablaban de sus trabajos, como siempre, con plena confianza y comprensión, pero nunca se referían a sí mismos. Él actuaba como si su apasionada relación fuera un hecho físico, sin nombre, imposible de mencionarse en la comunicación establecida entre sus mentes. Cada noche, era como si Dagny cayera en los brazos de un desconocido que le permitía apreciar cada estremecimiento de placer que recorría su cuerpo varonil, pero que no la dejaba averiguar si despertaba algún eco en su espíritu. Ella se acostaba desnuda, pero en la muñeca siempre lucía la cadena de metal Rearden.
Sabía que él odiaba firmar como "Señor y Sra. Smith" en los registros de los hoteluchos del camino. Algunas noches notaba la débil y colérica contracción de su boca al estampar aquellos nombres fraudulentos. Odiaba a quienes hacían necesaria esa mentira y percibía en la mirada de los recepcionistas los indicios de complicidad con una falta vergonzosa: la de buscar placer. Pero también sabía que a él no le importaba cuando, una vez solos, la estrechaba contra sí y ella comprobaba una vez más que sus ojos se veían libres de culpa.
Pasaron por pequeñas ciudades y circularon por oscuras carreteras secundarias, lugares que hacía muchos años que no visitaban. Cuando se acercaban a un pueblo, Dagny se intranquilizaba. Al cabo de algunos días supo qué echaba de menos: el olor a pintura fresca. Aquellas casas eran como personas con trajes arrugados y sin deseo de permanecer erguidas; los aleros flaqueaban como espaldas sin vigor; los escalones de los porches estaban torcidos; las ventanas rotas tenían parches de cartón. La gente se quedaba mirando el automóvil nuevo, pero no con curiosidad, sino como si aquella forma negra y resplandeciente fuera algo de otro mundo. Había pocos vehículos en las calles y muchos de ellos iban tirados por caballos. Dagny se había olvidado de la forma y del uso de aquel sistema de tracción y no le gustaba verlo de nuevo.

No se rió aquel día, en un cruce, cuando Rearden, burlón, le señaló el tren de una pequeña localidad, que salía tambaleándose de una curva, arrastrado por una vieja locomotora que jadeaba, exhalando humo negro por su alta chimenea.
-¡Hank! No es nada gracioso.
-Lo sé -reconoció.
100 km. y 1 hora después, Dagny dijo: -Hank, ¿te imaginas al Comet Taggart arrastrado por todo el continente por una máquina de carbón como ésa?
-¿Qué te pasa? ¡Déjate de tonterías!
-Lo siento... Es que no puedo dejar de pensar que la nueva vía y todas tus fundiciones no servirán de nada sin alguien capaz de producir motores Diesel.
-Ted Nielsen, de Colorado, es el hombre que buscas.
-Si es que encuentra la manera de inaugurar su nueva fábrica. Ha puesto más dinero del que podía en acciones de la línea "John Galt".
-Fue una inversión muy provechosa, ¿no?
-Sí, pero lo ha retrasado. Ahora está listo para continuar, pero no encuentra herramientas porque no existen en el mercado a ningún precio. No hace más que recibir promesas y suspensiones. Está recorriendo el país en busca de chatarra procedente de las fábricas que cierran. Si no empieza pronto...
-Lo hará. ¿Quién va a impedírselo?
-Hank -dijo ella de repente- ¿Podríamos ir a un lugar que tengo ganas de ver?
-Desde luego. ¿Adónde?
-Se encuentra en Wisconsin. En tiempos de mi padre, había allí una gran fábrica de motores. Sus cargas las transportaba una de nuestras líneas secundarias; la cerramos hace unos 7 años, cuando la fábrica dejó de funcionar. Creo que ahora se encuentra en una de estas zonas devastadas, pero quizá quede algo de maquinaria que Ted Nielsen pueda usar. A lo mejor nadie se ha dado cuenta porque el lugar está muy apartado y no existen comunicaciones directas.
-Lo encontraré. ¿Cómo era el nombre de la fábrica?
-Twentieth Century Motor Company.
-¡Claro! Era una de las mejores fábricas de motores cuando yo era joven, quizá la mejor de todas. Creo que el modo en que quebró fue algo raro... pero no me acuerdo exactamente qué sucedió.
Les llevó 3 días de búsqueda, pero finalmente, encontraron aquella carretera vacía y abandonada, y ahora marchaban entre un mar de hojas amarillas, que parecían monedas de oro, en dirección a Twentieth Century Motor Company.
-Hank, ¿y si le ocurriera algo a Ted Nielsen? -preguntó súbitamente Dagny mientras él conducía en silencio.
-¿Por qué debería ocurrirle algo?
-No lo sé, pero... Ahí tienes a Dwight Sanders; falleció, y United Locomotives no funciona, al menos por ahora. Las demás fábricas no están en condiciones de producir motores Diesel. Ya he dejado de escuchar promesas, y... ¿de qué serviría un ferrocarril sin fuerza motriz?
-¿De qué sirve cualquier cosa, sin ella?
Las hojas resplandecían, agitadas por el viento, extendiéndose por kilómetros y kilómetros, desde la hierba hasta los arbustos y los árboles, con el movimiento y colorido de un incendio. Parecían celebrar algún objetivo alcanzado, ardiendo con irrefrenable y pletórica abundancia.

Rearden sonrió.
-Hay que reconocer que estas regiones tienen su encanto. Empiezan a gustarme: es un país nuevo, que nadie ha descubierto. -Dagny aprobó con alegría- La tierra es fértil, fíjate cómo crece todo. Me encargaré de limpiar esos matorrales y allí construiré...
Pero, de pronto, dejaron de sonreír. En los arbustos, junto a la carretera se hallaba tendido un cadáver: un cilindro de metal oxidado, rodeado de pedazos de cristal: los restos de lo que alguna vez había sido una estación de servicio.
Era lo único que quedaba a la vista: los postes corroídos, la base de cemento y los fragmentos de cristal habían sido tragados por matorrales y no se distinguían, sino luego de contemplar el lugar con detenimiento. En un año más, toda huella habría desaparecido por completo.
Miraron hacia otro lado, y continuaron la marcha; no querían saber qué otra cosa podía yacer bajo aquella inmensidad de hojarasca. Los 2 sentían idéntica emoción, como si un peso comprimiera el silencio establecido entre ambos. Hubieran deseado saber qué cosas habían sido devoradas por la maleza y con cuánta rapidez.
La carretera terminaba abruptamente luego de rodear una colina. Tan sólo unos trozos de hormigón sobresalían de una extensión salpicada con pequeños huecos de alquitrán y lodo. El hormigón había sido destruido por alguien que se había llevado partes de él y ni siquiera la hierba podía crecer en aquel pedazo de tierra. En la cima de una colina distante se destacaba un solitario poste telegráfico, inclinado contra el cielo, como una cruz sobre una enorme tumba.
Se les reventó un neumático, y tardaron 3 hs. en recorrer con lentitud un trecho sin pavimentar, entre zanjas y huellas de carro, hasta llegar al pueblo en el valle, más allá de la loma con su poste de telégrafo.
Unas cuantas casas aún seguían en pie, dentro del esqueleto de lo que, en otros tiempos, había sido una ciudad industrial. Todo lo transportable había sido sacado. No obstante, aún quedaban allí algunos seres humanos. Las vacías estructuras eran ruinas verticales, diezmadas no por el tiempo, sino por las personas: las maderas habían sido arrancadas, faltaban trozos en los tejados y los sótanos eran pozos vacíos, como si manos ciegas hubieran tomado aquello que necesitaban en un momento determinado sin preocuparse de lo que sucedería al día siguiente. Algunas casas habitadas estaban aleatoriamente desparramadas entre las ruinas, y el humo de sus chimeneas era el único indicio de vida en la ciudad. Una estructura de cemento, que en otro tiempo fue la escuela, se elevaba en las afueras, semejante a un cráneo con las vacías cuencas de sus ventanas sin pintar y unos alambres rotos con la forma de mechones de pelo.
Más allá del pueblo, en un monte distante, estaba la fábrica de Twentieth Century Motor Company. Sus muros, techos y chimeneas se veían sobrios e impenetrables como una fortaleza. Todo hubiera parecido intacto de no ser por un tanque de agua plateado que había perdido su posición vertical.
No vieron rastros de ningún camino hasta la fábrica, en aquella ruta cubierta por una enmarañada arboleda. Se acercaron a la puerta de la 1° casa, de la que surgía una débil columna de humo. Estaba abierta y una vieja encorvada e hinchada se acercó renqueando al oír el motor. Iba descalza y llevaba un vestido hecho con sacos de harina. Miró el automóvil sin sorpresa ni curiosidad, con la

expresión indiferente de quien ha perdido toda capacidad para sentir algo que no sea cansancio.
-¿Puede indicarme el camino hasta la fábrica? -preguntó Rearden.
La mujer tardó tanto en responder, que llegaron a pensar que tal vez no hablara el mismo idioma.
-¿Qué fábrica? -preguntó tras el largo silencio.
Rearden la señaló: -Aquélla.
-Está cerrada.
-Ya lo sé. Pero ¿no hay ningún camino para ir?
-No lo sé.
-¿No existe alguna especie de ruta?
-Hay senderos en el bosque.
-¿Alguno de ellos permite el paso de un coche?
-Quizás.
-Bueno. ¿Cuál le parece que es el mejor?
-No lo sé.
Por la abertura de la puerta, pudieron ver el interior de la morada.
Tenía una inservible cocina de gas, con el horno atestado de trapos, que era utilizada como armario. En un rincón vieron un horno de ladrillo, con unos troncos ardiendo bajo una estropeada cacerola y la pared manchada con grandes trazos de hollín. Un objeto blanco se apoyaba contra las patas de la mesa; era un lavabo arrancado de la pared de quién sabe qué cuarto de baño, y lleno de repollos marchitos. Sobre la mesa había una vela colocada en el cuello de una botella. El piso estaba descolorido, los tablones habían sido restregados hasta ponerse grisáceos, tal vez el mismo color con el que veía la vida quien se había agachado sobre ellos para pelear inútilmente con la suciedad.
Un grupo de harapientos chiquillos, que habían llegado en silencio uno tras otro, se había reunido ante la puerta, detrás de la mujer. Miraban al coche, pero no con el vivaz interés de la infancia, sino con la tensión de animales dispuestos a huir ante la menor señal de peligro.
-¿Cuántos kilómetros hay hasta la fábrica? -preguntó Rearden.
-15 -replicó la mujer. Y añadió: -O quizá 7.
-¿Dónde está la ciudad más próxima?
-No hay ninguna ciudad próxima.
-Pero tiene que haber ciudades por alguna parte, ¿verdad? ¿Dónde están?
-No lo sé. En algún sitio.
En un terreno junto a la casa había unos cuantos trapos descoloridos, colgados de una cuerda hecha con un trozo de hilo de telégrafo. Tres pollos picoteaban en el rectángulo de una pequeña huerta; otro estaba subido sobre un pedazo de caño que oficiaba de poste. Dos cerdos se revolcaban en una mezcla de barro e inmundicia; para poder circular por allí, se habían colocado sobre el suelo algunos trozos de hormigón sacados de la ruta.
Oyeron un chirrido y vieron a un hombre sacar agua del pozo comunal por medio de una polea. Después se acercó lentamente con 2 recipientes que parecían demasiado pesados para sus débiles brazos. Sus ojos se dirigieron a los forasteros, y luego se desviaron, suspicaces y furtivos.

Rearden le ofreció un billete de 10 dólares, a la vez que le preguntaba: -¿Sería tan amable de indicarnos el camino hacia la fábrica?
El hombre contempló el dinero con absoluta indiferencia, sin moverse ni estirar la mano hacia él, aún aferrado a sus 2 cubos. Dagny pensó que, si alguna vez había existido un ser sin ambición, era ése.
-Aquí no necesitamos dinero -dijo.
-¿Acaso no trabajan para vivir?
-Sí.
-Pues entonces, ¿cómo les pagan?
El hombre depositó los baldes en el suelo, como si acabara de ocurrírsele que no tenía por qué seguir soportando su peso.
-No usamos dinero -dijo- Cambiamos cosas entre nosotros.
-¿Y cómo se las arreglan para negociar con gente de otras ciudades?
-No vamos a ninguna otra ciudad.
-Pues aquí no parecen pasarlo bien.
-¿Y a usted qué le importa?
-Nada, simple curiosidad. ¿Por qué se quedan en este lugar?
-Mi padre tenía una tienda, pero la fábrica cerró.
-¿Por qué no se fueron?
-¿Adónde?
-A cualquier lado.
-¿Para qué?
Dagny miraba los 2 cubos de agua; estaban hechos con latas vacías y asas de cuerda, y en otro tiempo habían sido recipientes de petróleo.
-Escuche -insistió Rearden- ¿Podría decirnos por dónde se va a la fábrica?
-Hay muchos caminos.
-¿Existe alguno por el que pueda circular un coche?
-Supongo que sí.
-¿Cuál?
El hombre reflexionó un momento.
-Pues, verá, si gira a la izquierda junto a la escuela -dijo- y sigue hasta llegar a un roble inclinado, encontrará una carretera que se conserva en buen estado, siempre que no llueva por un par de semanas.
-¿Cuándo fue la última vez que llovió?
-Ayer.
-¿No existe otro camino?
-Pueden cruzar los campos de Hanson y atravesar el bosque. Allí hay una buena carretera, muy sólida, que baja hasta el arroyo.
-¿Existe algún puente para cruzarlo?
-No.
-¿Cuáles son los demás caminos?
-Si lo que quiere es pasar con el coche, tendrá que ir por el otro lado de las tierras de Miller. Aquella ruta está asfaltada y es la mejor; vuelva a la derecha luego de alcanzar la escuela y...
-Pero ¿conduce a la fábrica?
-No, no lleva a la fábrica.
-Bien -dijo Rearden -, ya encontraremos nosotros mismos el camino.

Había puesto en marcha el coche, cuando una piedra se estrelló contra el parabrisas. El cristal era inastillable, pero la pedrada marcó una red de grietas. Vieron a un harapiento muchacho que se ocultaba rápidamente en una esquina, profiriendo gritos de placer, y escucharon también la penetrante risa de otros niños, desde detrás de ventanas y resquicios.
Rearden contuvo un insulto. El hombre miró al otro lado de la calle, con aire indiferente, frunciendo un poco el ceño. La mujer miró también, aunque sin reaccionar; había permanecido en silencio, sin interés y sin propósito, igual que una mezcla química o una placa fotográfica que absorbe formas porque está allí para eso, pero que es incapaz de formarse una opinión sobre los objetos que reproduce.
Dagny la observaba desde hacía unos minutos. No creía que sus formas hinchadas fueran producto de la edad o del descuido: tenía aspecto de embarazada. No parecía posible pero, mirándola con mayor detenimiento, pudo notar que su pelo color tierra no tenía canas, y que muy pocas arrugas cubrían su cara. Tan sólo los ojos sin vida, los hombros encorvados y la cojera le conferían aquel aire de ancianidad.
Dagny asomó la cabeza por la ventanilla para preguntarle: -¿Qué edad tiene usted?
La mujer la miró sin resentimiento, simplemente como quien acaba de escuchar una pregunta inútil.
-37 -contestó.
Habían recorrido algún trecho, cuando Dagny comentó aterrorizada: -Hank, aquella mujer sólo tenía 2 años más que yo.
-Sí.
-¿Cómo habrá podido llegar a semejante estado?
El se encogió de hombros.
-¿Quién es John Galt?
Lo último que vieron al salir de la ciudad fue un cartel publicitario. El dibujo todavía perceptible en los jirones, en otro tiempo de colores vivos, estaba impregnado también de un tono gris. Anunciaba una lavadora.
En un campo distante, más allá de la ciudad, la figura de un hombre se movía con lentitud, contorsionada por un esfuerzo físico superior al normal en un humano: arrastraba un arado manualmente.
Llegaron a la planta de Twentieth Century Motor Company al cabo de 2 hs. en las que recorrieron 3 km.. En el momento de subir la pendiente, comprendieron que el esfuerzo había sido inútil, ya que si bien un enmohecido candado colgaba de la puerta principal, las grandes ventanas estaban rotas y el lugar resultaba accesible a cualquiera: marmotas, conejos y hojas secas que entraban a montones.
La fábrica estaba abandonada desde hacía mucho tiempo. Las grandes máquinas habían sido trasladadas, y los limpios agujeros de sus bases aún eran visibles en el suelo de cemento. Lo demás se lo habían llevado saqueadores ocasionales. No quedaba nada, excepto aquello que el vagabundo más mísero no había considerado aprovechable: montones de chatarra retorcida y oxidada, maderas, yeso, pedazos de cristal y una escalera metálica construida para durar mucho tiempo y que cumplía su misión elevándose en esbeltas espirales.

Se detuvieron en la gran entrada, donde un rayo de luz penetraba diagonalmente por un agujero del techo. Los ecos de sus pasos se elevaban, para morir en la distancia, entre hileras de habitaciones vacías. Un pájaro surgió de las vigas de acero, y batiendo con fuerza las alas, se perdió en el cielo.
-Tendríamos que examinar todo esto por las dudas -dijo Dagny- Tú sigue por los talleres y yo iré hacia los anexos. Hagámoslo lo más rápido posible.
-No me gusta que andes sola por este lugar. No sé hasta qué punto estos pisos y escaleras son seguros.
-¡Oh! No digas tonterías. Sé caminar por una fábrica aunque esté en ruinas. Terminemos pronto, quiero salir de aquí.

Cuando atravesaba los silenciosos patios donde puentes de acero aún cruzaban el aire, trazando líneas de geométrica perfección, su único deseo era no ver nada de todo aquello, pero se obligó a hacerlo, como si tuviera que hacerle una autopsia al cuerpo de una persona amada. Miraba de un lado a otro, como si sus ojos fueran reflectores, con los dientes fuertemente apretados. Caminaba con rapidez; no había razón para quedarse en ningún sitio.
Un alambre enroscado, que salía de un montón de chatarra, la hizo detener en lo que debió haber sido un laboratorio. Nunca había visto alambres dispuestos de aquel modo, pero le pareció familiar, le traía a la memoria algún recuerdo muy débil y lejano. Tiró de él con la mano, pero no pudo moverlo, estaba como sujeto a algún objeto enterrado.
Sin duda aquel recinto había sido un laboratorio de pruebas, a juzgar por los restos que aún conservaba: gran cantidad de instrumentos eléctricos, pedazos de cable, cañerías de plomo, tubos de cristal y vitrinas empotradas sin estantes ni puertas. Había mucho vidrio, goma, plástico y metal en aquel montón de escombros, y también pedazos negros de lo que había sido una pizarra. En el suelo había algunos papeles oscuros y abollados, y también algunas cosas que seguramente no habían sido dejadas allí por gente de la empresa: envoltorios de palomitas de maíz, una botella de whisky y una revista popular.
Intentó extraer aquel alambre espiral, pero no lo consiguió; formaba parte de un objeto mayor; entonces se arrodilló y empezó a escarbar en los escombros.
Se lastimó las manos y acabó cubierta de polvo, pero al fin pudo contemplar el objeto enterrado. Era el prototipo de un motor, roto e inútil. Faltaban muchas de sus partes, pero aún quedaba lo suficiente como para intuir su forma original.
Nunca había visto un motor semejante. No podía comprender el diseño peculiar de sus partes, ni imaginar para qué serviría.
Examinó los tubos deslustrados y las conexiones de formas extrañas. Trató de adivinar su propósito, evocando todos los tipos de motor que conocía y el posible trabajo a realizar por ellos, pero ninguno encajaba con el modelo. Aunque parecía eléctrico, no le fue posible determinar qué clase de combustible usaría; no estaba diseñado para vapor, para gasolina, ni para ningún otro conocido.
Sufrió un súbito estremecimiento, un grito silencioso, al lanzarse de nuevo sobre el montón de escombros. A gatas, empezó a recoger los pedazos de papel de los alrededores, buscando con ahínco. Las manos le temblaban.
Halló parte de aquello que esperaba que aún continuase existiendo: un delgado fajo de hojas escritas a máquina y unidas por un broche. Faltaban el principio y el

fin, y, seguramente, muchas hojas más. El papel, ya amarillento y seco, contenía la descripción de un motor.
Desde el vacío recinto de la central eléctrica, Rearden oyó su voz cuando gritaba: "¡Hank!". Era un grito que pareció de terror.
Él corrió hacia allá y la encontró de pie en medio del cuarto, con las manos lastimadas, las medias rotas, el vestido cubierto de polvo y un manojo de papeles en la mano.
-Hank, ¿qué te parece esto? -le preguntó señalando los extraños restos que tenía a sus pies.
Su voz sonaba intensa, presa de una auténtica obsesión, como quien sigue bajo los efectos de algo que lo aparta totalmente de la realidad.
-¿Qué te parece esto? -repitió.
-¿Te ocurre algo? ¿Te has hecho daño?
-No... no te preocupes por mi aspecto, estoy bien. Mira esto. ¿Sabes qué es?
-¿Te lastimaste?
-No, estoy perfectamente; pero he tenido que escarbar ahí.
-Estás temblando.
-También tú lo estarás en un momento, Hank. Mira y dime qué crees que es esto.
El obedeció y de pronto su mirada se fue haciendo más intensa. Se sentó en el suelo y estudió con atención aquel objeto.
-Se trata de un modo bastante extraño de ensamblar un motor -dijo frunciendo el entrecejo.
-Lee esto -le indicó ella, dándole las hojas.
Rearden leyó, levantó la mirada y exclamó: -¡Cielos!
Dagny se había sentado también en el suelo, y por un momento, los 2 permanecieron sin decir nada.
-Lo descubrí gracias a ese alambre -dijo Dagny.
Su mente actuaba de forma tan veloz que no podía abarcar todo cuanto de manera repentina acababa de ofrecerse ante su vista. Las palabras surgieron atropellándose.
-Lo 1° que noté fue el cable; había visto dibujos parecidos, aunque no iguales, hace años, cuando iba a la universidad. Figuraban en un viejo libro, y se trataba de algo considerado imposible, hace mucho, mucho tiempo, pero a mí me gustaba leer todo cuanto podía acerca de motores ferroviarios. En el libro se decía que en épocas lejanas se pensó en ello, y que algunos hombres estuvieron trabajando muchos años en experimentos, pero al no conseguir nada, acabaron abandonando el proyecto y éste quedó olvidado por muchas generaciones. Nunca creí que un científico actual pudiera acordarse de él, pero, por lo visto, así ha ocurrido. Alguien ha resuelto el problema en nuestros días... Hank, ¿no lo comprendes? Aquellos hombres intentaron inventar un motor que usara la electricidad estática de la atmósfera, transformándola y generando su propia energía conforme funcionaba. No lo consiguieron y abandonaron la empresa. -Señaló el objeto corroído- Pero ahí lo tenemos.
Él asintió, sin sonreír. Estaba sentado, mirando los restos, sumido en profundas reflexiones que no parecían ser felices.
-¡Hank! ¿Comprendes lo que esto significa? Es la mayor revolución efectuada en los motores desde que se inventó la máquina de combustión interna. Destruye

todo lo conocido, y todo es ahora posible. ¡Al diablo con Dwight Sanders y los demás! ¿A quién podrá importarle un Diesel ahora? ¿Quién se preocupará del petróleo, del carbón o de cargar combustible en las gasolineras? ¿Ves lo mismo que yo? Una locomotora completamente nueva, de la mitad de tamaño que una Diesel y 10 veces más poderosa. Un generador propio, trabajando con unas gotas de combustible, sin límite de energía. El medio de locomoción más limpio, rápido y barato que jamás se haya concebido. ¿Comprendes lo que esto significaría para nuestro sistema de transportes, y para el país, en un año?
Pero en la cara de Rearden no se revelaba la menor emoción y contestó lentamente: -¿Quién lo habrá diseñado? ¿Por qué lo abandonaron aquí?
-Ya lo averiguaremos.
El contempló los papeles con aire reflexivo.
-Dagny -preguntó- Si no encuentras al inventor, ¿serías capaz de reproducir ese motor con lo que queda ahí?
Ella tardó bastante en contestar, y cuando lo hizo, la palabra sonó desesperada.
-¡No!
-Ni tú ni nadie. Un hombre lo construyó y a juzgar por lo que aquí dice, logró que funcionara. Es la cosa más admirable que jamás haya visto. O, mejor dicho, era, porque no podemos conseguir que funcione de nuevo. Para reconstruir lo que falta, se necesitaría una mente tan genial como la suya.
-Encontraré a ese hombre aunque tenga que abandonar todo cuanto estoy haciendo ahora.
-Si no ha muerto.
Ella notó la intención no declarada en sus palabras.
-¿Por qué dices eso?
-Porque no creo que viva. Si así fuese, ¿habría dejado su invento abandonado en un montón de chatarra? ¿Habría desechado un logro semejante? Si viviera, tendríamos locomotoras con autogeneradores desde hace años y no habría que andar buscándolo porque todo el mundo conocería su nombre.
-No creo que este modelo haya sido fabricado hace demasiado tiempo.
Rearden examinó el papel y el brillo ya oxidado del metal. -Creo que 10 años, o tal vez algo más.
-Tenemos que encontrarlo, quizá demos con algún conocido suyo. Esto es más importante que...
-... que cualquier otra cosa creada en la actualidad. Pero no creo que lo encontremos. Y en tal caso, nadie está en condiciones de repetir lo que él hizo. Nadie reproducirá este motor. No queda suficiente de él. Se trata sólo de unas instrucciones; de valor incalculable, es verdad, pero para completarlas se necesita la misma mente que las concibió. ¿Imaginas a alguno de nuestros actuales proyectistas intentándolo siquiera?
-No.
-No hay ninguno de ellos con suficiente capacidad. Hace años que no surge ninguna nueva idea en motores. La profesión parece a punto de morir. O, tal vez, ya haya muerto.
-Hank, ¿te das cuenta de lo que significaría este motor si se llegará a construir?
El rió brevemente.

-A mi modo de ver, 10 años añadidos a la vida de todos los habitantes del país, considerando las muchas cosas cuya construcción sería más fácil y barata, las horas de trabajo ahorradas y el superior producto de la labor humana. ¿Locomotoras? ¿Y qué me dices de los coches, de los barcos y de los aviones? ¿Y los tractores, y las centrales de energía eléctrica? Todo funcionaría aportando una cantidad ilimitada de energía sin necesidad de más combustible que el necesario para mantener el funcionamiento del transformador. Esta máquina conmocionaría a todo el país y daría luz eléctrica a todos los lugares, incluso a casas como las que acabamos de ver en el valle.
-No hables de una hipótesis, sino de una realidad. Hay que encontrar al hombre que lo hizo.
-Lo intentaremos.
Hank se levantó bruscamente y contempló los despojos, a la vez que decía con una risa sin rastro alguno de jovialidad: -Este era el motor ideal para la línea "John Galt".
Luego se puso a hablar a la manera decidida de un director de empresa.
-Primero vamos a ver si damos con la oficina de personal. Revisaremos los registros de colaboradores, si es que queda algo. Debemos averiguar los nombres de investigadores e ingenieros. No sé a quién pertenece ahora este lugar, y sospecho que será difícil encontrar a sus dueños, de lo contrario no hubieran dejado esto en semejante abandono. Revisaremos el laboratorio y cuarto por cuarto. Haremos venir a unos cuantos ingenieros para que inspeccionen con cuidado el lugar.
Salieron, pero Dagny se detuvo un instante en el umbral de la puerta.
-Hank, ese motor era la pieza más valiosa de esta fábrica -dijo en voz baja- Más valiosa que la fábrica entera y que todo lo que había allí. Sin embargo, se lo abandonó como un montón de basura. Fue lo único que nadie consideró digno de llevarse.
-Eso es lo que me asusta en este asunto -reconoció Rearden.
No tardaron mucho en encontrar la oficina de personal, que aún conservaba el letrero en la puerta, pero adentro no había nada: ni muebles ni papeles, tan sólo las astillas de las ventanas rotas.
Regresaron al lugar donde estaba el motor y examinaron los fragmentos que cubrían el suelo, pero no hallaron gran cosa. Pusieron a un lado papeles que parecían contener notas de laboratorio, pero ninguno se refería al motor, ni tampoco hallaron entre ellos las hojas que faltaban en el proyecto. Los envoltorios de palomitas de maíz y la botella de whisky daban fe de la clase de gente que había poblado aquel recinto, inundándolo como olas que arrastraban los restos de la destrucción hasta desconocidas profundidades.
Separaron unos pedazos de metal que quizá pertenecieran al motor, pero eran demasiado pequeños para poderles conceder algún valor. Daba la impresión de que algunas partes habían sido arrancadas, quizá para utilizarlas en alguna otra cosa, y lo que quedaba tenía un aspecto tan poco familiar que no había interesado a nadie. Con las rodillas doloridas y las palmas de las manos sobre el suelo mugriento, Dagny temblaba de rabia; la rabia dolorosa e inútil que responde a la visión de un lugar profanado. Se preguntó si los pañales de algún niño colgarían ahora de alambres extraídos de ese motor, si sus ruedas servían como poleas en

algún pozo, si sus cilindros estarían convertidos en tiestos de geranios en la ventana de la novia del hombre que vaciara la botella de whisky.
En la colina quedaba todavía un rastro de luz, pero una neblina azul se extendía por los valles, y el rojo y dorado de las hojas parecía prolongarse hasta el cielo donde el sol se ponía.
Era de noche cuando terminaron la búsqueda. Dagny se levantó y se reclinó contra el vacío marco de una ventana para recibir en el rostro un poco de aire fresco. El cielo tenía un color azul oscuro. "Hubiera conmocionado a todo el país." Volvió a mirar el motor y luego posó su mirada en el paisaje circundante, exhaló un quejido, estremeciéndose, y luego descansó la cabeza sobre el brazo, apoyado en el marco de la ventana.
-¿Qué te ocurre? -le preguntó Hank.
No contestó.
Rearden miró afuera. Abajo, en el lejano valle, mientras la noche se cerraba sobre él, empezaron a temblar las pálidas lucecitas de las velas de sebo.

CAPÍTULO X - LA ANTORCHA DE WYATT

-¡Que Dios se apiade de nosotros, Sra.! -exclamó el empleado del Departamento de Registros- Nadie sabe quién es ahora el dueño de esa fábrica, y creo que nunca se sabrá.
Estaban en un despacho de la planta baja, con archiveros cubiertos de polvo y adonde no solían acudir muchos visitantes. El empleado contempló el brillante automóvil detenido en la plaza fangosa que en otros tiempos había sido el centro de una próspera capital de distrito, y luego miró con débil expresión de ansiedad a los 2 desconocidos.
-¿Y por qué? -preguntó Dagny.
Señaló con aire resignado el montón de papeles que había sacado de los ficheros.
-El tribunal debe decidir quién es el dueño de esa fábrica, aunque supongo que no existe ningún juez capaz hacerlo, en caso de que sea competente para dictar alguna sentencia, y no lo creo.
-Pues, ¿qué ha ocurrido?
-Twentieth Century Motor Company fue vendida simultáneamente a 2 compradores distintos. Fue un gran escándalo en aquel momento, hace 2 años, y ahora -señaló los papeles- hay sólo un montón de documentos que esperan ser exhibidos ante algún tribunal y durante alguna audiencia. No sé qué juez podrá dictaminar quién es el verdadero propietario, quién posee algún derecho sobre el patrimonio.
-¿Podría explicarnos lo que sucedió?
-Verán. El último propietario legal de la fábrica fue People's Mortgage Company de Roma, en Wisconsin, un pueblo 50 km. al sur de la planta. Mortgage Company era una empresa aparatosa que hacía gran propaganda con sus créditos de fácil obtención. Nadie sabía la procedencia de su jefe, Mark Yonts, ni nadie sabe dónde se encuentra ahora pero, a la mañana siguiente de la quiebra de People's

Mortgage Company, se descubrió que Mark Yonts había vendido Twentieth Century Motor a un montón de embusteros de Dakota del Sur, y que, al poco tiempo, había entregado esa propiedad como garantía para un préstamo solicitado a cierto banco de Illinois. Cuando examinaron la fábrica, descubrieron que alguien se habían llevado la maquinaria, y la había vendido sólo Dios sabe dónde y a quién. De este modo, es como si todo el mundo fuera dueño de esas instalaciones, mientras no exista un propietario verdadero. La situación es ésta: los de Dakota del Sur, el banco y el abogado de los acreedores de People's Mortgage Company se demandan entre sí, reclamando la posesión de la fábrica sin que nadie tenga derecho a mover ni siquiera una rueda de allí... si quedara alguna rueda.

-¿Mark Yonts hacía funcionar la fábrica antes de venderla?

-No, Sra., no era de la clase de sujetos que hacen funcionar nada. El no quería ganar dinero, sólo le interesaba conseguirlo, y me parece que de ese modo obtuvo más dinero que si la hubiera puesto en funcionamiento.

El empleado se preguntó por qué aquel hombre rubio y de facciones duras sentado del otro lado del escritorio miraba lúgubremente hacia su coche, a un objeto grande, envuelto en lona y firmemente atado, que sobresalía levemente del maletero entreabierto.

-¿Qué pasó con la documentación de esa fábrica?

-¿A qué se refiere, Sra.?

-A los registros de producción, a los programas de trabajo y a los... archivos del personal.

-¡Ah! Ya no queda nada de eso. Hubo muchos saqueos, porque los diferentes propietarios se llevaron los muebles y todo cuanto pudieron, aun cuando el jefe de policía puso un candado en la puerta. Los documentos y todo lo demás, supongo, habrán sido robados por los de Starnesville, ese pueblo del valle, donde estos días lo están pasando bastante mal. Lo más probable es que usaran los papeles para encender fuego.

-¿Queda alguien que haya trabajado en la fábrica? -preguntó Rearden.

-No, Sr., por aquí, no. Todos vivían en Starnesville.

-¿Todos? -murmuró Dagny pensando en la ruinosa población- ¿También los ingenieros?

-Sí, Sra.. Ese era el pueblo base de la fábrica. Pero todos se han marchado hace tiempo.

-¿Recuerda por casualidad el nombre de alguien que haya trabajado allí?

-No, Sra..

-¿Cuál fue el último propietario de la empresa? -preguntó Rearden.

-No podría decírselo, Sr.. Han sucedido muchos conflictos y el lugar ha cambiado muchas veces de manos desde que falleció el viejo Jed Starnes, su constructor y el que organizó, según creo, toda esta parte del país, pero hace 12 años que pasó a mejor vida.

-¿Podría darnos los nombres de los sucesivos propietarios?

-No, Sr., hace 3 años se incendió el viejo juzgado, y desaparecieron muchos documentos. No sé dónde podrían encontrar esos nombres actualmente.

-¿Sabe cómo llegó a adquirir la fábrica ese tal Mark Yonts?

-Sí, eso lo sé: se la compró al intendente Bascom, de Roma. Lo que no sé es cómo Bascom llegó a ser dueño de ella.
-¿Dónde está ahora Bascom?
-Sigue en Roma.
-Muchas gracias -dijo Rearden levantándose- Le haremos una visita.
Cuando estaban a punto de salir, el empleado preguntó: -¿Qué están buscando?
-Queremos encontrar a un amigo -dijo Rearden- A un amigo del que no sabemos nada y que trabajó en esa fábrica.

* * *

El intendente Bascom se reclinó en su sillón: su pecho y su panza dibujaban el contorno de una enorme pera bajo la sucia camisa. En el aire del vestíbulo flotaba una mezcla de sol y de polvo. Bascom movió un brazo haciendo brillar el anillo, con un topacio de mala calidad, que llevaba en el dedo.
-No serviría de nada, Sra., absolutamente de nada; tratar de averiguar algo por medio de los lugareños sería perder el tiempo. Ya no queda nadie de los que trabajaban en la fábrica, ni nadie se acuerda de ellos. Muchas familias se han ido de aquí, y las que aún permanecen no le servirán de nada. Pueden creerme, absolutamente de nada. Resulta inútil ser intendente de un montón de basura como ésta.
Había ofrecido asiento a sus visitantes, pero no le importó que la Sra. permaneciese de pie, junto a la baranda de la entrada. Se reclinó estudiando su larga figura. "Mercadería de primera", pensó, y el hombre que iba con ella era obviamente rico.
Dagny contemplaba las calles de Roma. Había casas, aceras, faroles e incluso un anuncio de una bebida sin alcohol, sin embargo, era posible imaginar que no faltaba mucho para que llegara a ser igual a Starnesville.
-No, no existe documentación alguna de esa fábrica -siguió Bascom- Si es eso lo que desea, Sra., más vale que desista, es como buscar una aguja en un pajar, exactamente igual. ¿A quién le interesan los documentos? En una época como la nuestra, la gente quiere salvar sólo los objetos buenos, sólidos y materiales, hay que ser práctico.
Por los sucios cristales de la ventana se divisaba el interior de la casa. Había alfombras persas sobre el irregular suelo de madera, un bar portátil con adornos cromados al lado de un muro manchado por las goteras de las últimas lluvias, y un aparato de radio muy caro con un farol de kerosén sobre él.
-Desde luego, fui yo quien le vendió la fábrica a Mark Yonts. Era un buen hombre, vivaz, enérgico y agradable que cometió algunas irregularidades, pero ¿quién no? Tal vez se le fue la mano. Confieso que yo no lo esperaba, porque lo creía lo suficientemente listo como para mantenerse dentro de la ley... o de lo que queda de ella.
El intendente Bascom sonrió con placidez. Sus ojos eran astutos pero sin inteligencia, su sonrisa era amable, pero sin bondad.
-Amigos, no creo que ustedes sean detectives -continuó-, pero aunque lo fueran, importaría muy poco. No tengo nada que ver con Mark, él no quería que yo fuera parte de sus negocios y no tengo la menor idea de dónde puede estar ahora. -

Suspiró- Era un individuo simpático. Me hubiese gustado que se quedara. Nunca hizo caso a los sermones del domingo pues tenía que vivir, ¿verdad? No era peor que otro cualquiera, sino simplemente más listo. A unos los atrapan y a otros no, ésa es la única diferencia... No sé qué intención tenía con la fábrica, pero me pagó bastante más de lo que vale ese montón de escombros. Me hizo un verdadero favor al comprarla. No, no lo presioné para que hiciera la operación, no fue necesario. Yo le había hecho otros favores con anterioridad porque si bien existen numerosas leyes, son bastante elásticas como para que un intendente pueda estirarlas un poco más en beneficio de sus amigos. Bueno, ¡diablos!, es el único modo de hacerse rico en este mundo. -Echó un vistazo al lujoso coche negro- Ustedes deben saberlo bien.
-Nos hablaba de la fábrica -indicó Rearden tratando de mantener la calma.
-Lo que no puedo soportar -respondió Bascom- es a esa gente que habla de principios. Los principios no ponen pan en la mesa de nadie. Lo único que cuenta en la vida son los bienes materiales, cuanto más sólidos mejor. No hay que pensar en teorías cuando todo se está cayendo a pedazos. En cuanto a mí, no pienso caer en la trampa: que ellos se queden con sus ideas, yo me quedaré con lo concreto, con la fábrica. No quiero ideas, lo único que quiero son mis 3 buenas comidas diarias.
-¿Por qué compró usted la fábrica?
-¿Por qué se compra cualquier cosa? Pues, para sacarle el máximo provecho. Conozco las oportunidades con sólo verlas. Era un remate por quiebra y no había gran interés en esa ruina. Así es que la conseguí por unos centavos, y ni siquiera tuve que conservarla mucho tiempo. A los 2 o 3 meses, Mark me la quitó de las manos. Debo reconocer que fue un buen negocio. Ningún genio empresario hubiera conseguido un beneficio similar.
-Cuando usted adquirió la fábrica, ¿funcionaba?
-No, estaba cerrada.
-¿Intentó reanudar la producción?
-No, no, soy un hombre práctico.
-¿Puede recordar los nombres de alguien que trabajara allí?
-No, ni los llegué a conocer.
-¿Se llevó usted algo de la fábrica?
-Pues verán, eché un vistazo y me gustó el viejo escritorio de Jed Starnes. En su tiempo fue todo un personaje, y el escritorio era una maravilla, de caoba maciza, así que me lo traje para acá. Un director, no sé quién, tenía una ducha en su cuarto de baño como nunca había visto otra, con una puerta de cristal con una sirena marina tallada, una verdadera obra de arte, y además bastante llamativa; mucho más que una pintura al óleo; también me la hice traer. ¡Al diablo! La fábrica era mía, ¿verdad? Tenía derecho a llevarme todo lo que quisiera.
-¿Quién había quebrado cuando usted compró la fábrica?
-Fue en la gran quiebra del Community National Bank de Madison. Muchacho, ¡qué ruina! Casi acabó con todo el Estado de Wisconsin... Por lo menos, dejó en la miseria a buena parte de él. Algunos dicen que fue la fábrica de motores la que hundió al banco, pero otros aseguran que sólo fue la última gota que rebalsó el vaso, porque el Community National tenía inversiones muy malas en otros 3 o 4

Estados. Su director era Eugene Lawson. Lo llamaban el "banquero de buen corazón". Hace 2 o 3 años era muy famoso por estos lugares.
-¿Ese Lawson llegó a dirigir la fábrica?
-No, se limitó a prestar grandes cantidades de dinero a los dueños. Mucho más de lo que hubiera podido recuperar de la vieja chatarra; cuando la fábrica se vino abajo, fue el final de Gene Lawson y el banco quebró 3 meses después. -Suspiró- La gente de por aquí sufrió las consecuencias, pues todos tenían sus ahorros depositados en el Community National.
El alcalde Bascom contempló tristemente la ciudad más allá de su casa. Señaló con el pulgar a alguien que se hallaba al otro lado de la calle: una mujer de pelo blanco, que penosamente arrodillada cepillaba una escalera.
-¿Ve a esa mujer, por ejemplo? Pues era una dama respetable. Su marido tenía la tienda de comestibles, trabajó toda su vida para proporcionarle una vejez tranquila y cuando falleció lo había logrado... pero todo su dinero estaba en el Community National Bank.
-¿Quién dirigía la fábrica en el momento de la quiebra?
-¡Oh! Una sociedad inventada llamada Amalgamated Service Inc. Pero era sólo un globo flotando en el aire, venía de la nada y a la nada volvió.
-¿Qué pasó con sus miembros?
-¿Adónde van los pedazos de un globo cuando estalla? Habría que buscarlos por todos los Estados Unidos. Inténtelo.
-¿Dónde vive Eugene Lawson?
-¡Oh! ¿Ese? Le ha ido muy bien. Tiene un trabajo en Washington, en la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales.
Rearden se levantó demasiado rápido, impulsado por la ira. Luego, dominándose, dijo: -Gracias por la información.
-Al contrario, usted es bienvenido, amigo, bienvenido -dijo el intendente Bascom con calma- No sé qué andan buscando, pero sea lo que fuere, háganme caso y déjenlo. No podrán sacar nada de esa fábrica.
-Ya le dije que buscamos a un amigo.
-Bien, como quieran. Debe de ser un gran amigo, puesto que se toman tantas molestias por él. Usted y esa encantadora joven, que por cierto no es su esposa.
Los labios de Rearden palidecieron hasta el punto de que sólo eran visibles por el relieve, como los de una escultura, sin contraste alguno con el resto de la cara.
-Cierre su maldito pico... -empezó Hank, pero Dagny se interpuso entre los 2 hombres.
-¿Por qué cree usted que no soy su esposa? -preguntó ella con calma.
El intendente Bascom parecía asombrado ante la reacción de Rearden; había pronunciado aquella frase sin malicia, simplemente como quien se jacta de su astucia ante un compinche con el que practica algún juego.
-He visto mucho en esta vida -dijo de buen humor- Y los casados no se miran como si estuvieran pensando siempre en acostarse. En este mundo, se es virtuoso o se goza, pero no las 2 cosas al mismo tiempo, nunca.
-Le hice una pregunta -dijo Dagny tranquilamente para silenciar a Rearden- y acaba de darme una explicación instructiva.
-Si quiere un consejo, Sra. -prosiguió Bascom-, cómprese un anillo en la tienda de la esquina y lúzcalo. No es infalible, pero sirve.

-Gracias -dijo Dagny- Adiós.
Su firme actitud fue una orden que obligó a Rearden a seguirla hasta el coche en silencio.
Se encontraban a varios kilómetros de la ciudad cuando, sin mirarla y con voz angustiada y sorda, Hank exclamó: -Dagny, Dagny... ¡cuánto lo siento!
-Yo no.
Un momento después, al ver en su rostro señales de que se había dominado, le dijo: -Nunca te irrites con nadie cuando te diga la verdad.
-Pero es que esa verdad no era asunto suyo.
-Su opinión tampoco nos afecta, a ti ni a mí.
Apretando los dientes, no como respuesta sino como conteniendo una idea que le martillaba el cerebro y lo obligaba a pronunciar palabras contra su voluntad, Rearden repuso: -No pude protegerte de ese indeseable...
-No necesité tu protección.
Guardó silencio sin mirarla.
-Hank, cuando hayas logrado dominar tu enojo, mañana o la semana que viene, piensa un poco en la explicación de ese hombre y trata de ver si estás de acuerdo con alguna parte.
El volvió la cabeza hacia ella, pero siguió callado.
Cuando volvió a hablar, mucho tiempo después, fue sólo para decir, con voz serena y cansada: -No podemos llamar a Nueva York para que nuestros ingenieros vengan a buscar cosas en la fábrica. No podemos esperarlos aquí. No podemos revelar que hemos encontrado ese motor juntos... Allá arriba... en el laboratorio... me había olvidado.
-En cuanto hallemos un teléfono, llamaré a Eddie y le pediré 2 ingenieros de Taggart. Yo estoy aquí sola, de vacaciones, y eso es todo cuanto deben saber.
Tuvieron que recorrer 300 km. hasta encontrar un teléfono que les permitiera hacer una llamada de larga distancia. Al oír la voz de Dagny, Eddie Willers exclamó: -¡Dagny, por Dios! ¿Dónde estás?
-En Wisconsin. ¿Por qué?
-No sabía dónde encontrarte, y más vale que vuelvas tan pronto como puedas.
-¿Qué pasó?
-Nada... todavía. Pero están pasando cosas que... más vale que les pongas fin enseguida, si es que puedes... Si es que alguien puede.
-¿Qué cosas?
-¿Es que no lees los periódicos?
-No.
-No puedo decirlo por teléfono. No puedo darte los detalles. Dagny, me creerás loco, pero me parece que planean terminar con Colorado.
-Iré enseguida -respondió Dagny.

* * *

Excavados en el granito de Manhattan, bajo la estación Taggart, había túneles que se habían utilizado como desvíos cuando el tráfico circulaba como una corriente constante por todas las arterias de la terminal a todas las horas del día. La necesidad de espacio había ido disminuyendo a la par del tránsito con el paso de

los años, y las galerías laterales habían sido abandonadas como ríos secos. Unas cuantas luces azuladas seguían brillando sobre el granito, encima de los rieles cada vez más oxidados.
Dagny colocó los restos del motor dentro de una bóveda en uno de los túneles. En otros tiempos, la bóveda había guardado un generador eléctrico para casos de emergencia, pero había sido retirado mucho antes. No confiaba en los inútiles jóvenes del departamento de Investigaciones, pues entre ellos sólo había 2 muchachos talentosos capaces de apreciar su hallazgo. Compartió su secreto con ambos y los envió a la fábrica de Wisconsin. Luego ocultó el motor donde nadie pudiera descubrirlo.
Cuando los obreros que habían transportado el motor a la bóveda se marcharon, estuvo a punto de seguirlos y cerrar por sí misma la puerta de acero, pero se detuvo con la llave en la mano como si el silencio y la soledad la hubieran arrojado repentinamente al centro del problema que venía debatiendo desde hacía varios días; sintió que había llegado el momento de tomar una verdadera decisión.
Su vagón oficina la esperaba junto a uno de los andenes, enganchado a la cola de un tren que partiría hacia Washington en pocos minutos. Había concertado una reunión con Eugene Lawson, pero estuvo diciéndose que sería mejor cancelarla y aplazar la investigación, para enfrentarse de algún modo con el estado de cosas que hallara a su regreso a Nueva York y por cuya causa Eddie le había implorado que volviera.
Intentó pensar, pero no vio la forma de pelear sin reglas ni armas. La impotencia era una nueva y extraña experiencia para ella. Nunca le había sido difícil encarar los obstáculos, ni tomar decisiones, pero ahora no se trataba de hechos concretos sino de una niebla indefinida, en la que algo tomaba forma y desaparecía antes de poder ser visualizado, igual que los grumos en un líquido no del todo fluido. Tenía una visión tangencial de la realidad y, aunque intuía desastres agazapados y listos para actuar, no era capaz de distinguirlos con precisión.
La Unión de Maquinistas Ferroviarios exigía que la máxima velocidad de los trenes de la línea "John Galt" quedara reducida a 100 km. por hora, y la Unión de Guardas y Guardafrenos solicitaba que la longitud de los trenes de carga se limitara a 60 vagones.

Los Estados vecinos de Wyoming, Nuevo México, Utah y Arizona reclamaban que el número de trenes que circulara en Colorado no superara el de ellos.
Un grupo organizado por Orren Boyle solicitaba la aprobación de una Ley de Preservación del Medio de Vida que limitara la producción de metal Rearden a una cifra igual a la de cualquier otra fundición de capacidad similar.
Otro grupo, dirigido por Mowen, pedía la aprobación de una Ley de Participación Equitativa, que obligara a vender a cada cliente la misma cantidad de metal Rearden.
Una organización encabezada de Bertram Scudder defendía la aprobación de una Ley de Estabilidad Pública que prohibiera a los industriales del este trasladar sus actividades a otros Estados.
Wesley Mouch, coordinador jefe de la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales, estaba haciendo numerosas declaraciones, cuyo contenido

y propósito eran imposibles de definir, pero las expresiones "poderes de emergencia" y "desequilibrio económico" aparecían en ellas constantemente.
-Dagny, ¿con qué derecho hacen esto?" -le había preguntado Eddie Willers con voz tranquila, pero las palabras habían sonado como un grito de angustia.
Dagny se había enfrentado a James Taggart en su despacho para decirle: -Jim, ésta es tu batalla. Yo ya he peleado la mía. Se supone que eres experto en el trato con esos saqueadores. Deténlos.
Taggart había contestado, sin mirarla: -No puedes esperar que la economía nacional sea administrada según tu conveniencia.
-¡Yo no quiero gobernar la economía nacional! Lo que deseo es que quienes la dirigen me dejen en paz. Tengo un ferrocarril que defender y sé muy bien lo que sucederá a tu economía nacional si este ferrocarril se hunde.
-No veo la razón de sentir pánico.
-Jim, ¿tengo que explicarte que los beneficios de la línea Río Norte es todo lo que ahora tenemos para salvarnos de la ruina? ¿Que necesitamos hasta el último centavo, hasta el último billete y hasta el último cargamento sin retraso de ningún tipo?
Él no contestó.
-En una época en que tenemos que recurrir a los restos del potencial de cada uno de los estropeados motores Diesel, cuando carecemos de las locomotoras necesarias para prestar a Colorado el servicio que necesita, ¿qué sucederá si disminuimos la velocidad y dimensión de los trenes?
-También hay que tener en cuenta la opinión de los sindicatos. Con tantas compañías ferroviarias que dejaron de funcionar y tanto desempleo, creen que las velocidades extraordinarias que estableciste en la línea Río Norte constituyen un perjuicio. En su opinión debe haber más trenes para que el trabajo quede repartido, y no les parece justo que acaparemos todas las ventajas del nuevo riel. También ellos quieren beneficiarse.
-¿Quién desea semejante participación y en pago de qué? -No obtuvo respuesta- ¿Quién soportará el costo de 2 trenes realizando el trabajo de 1? -Silencio- ¿De dónde sacarás los vagones y las locomotoras? -James continuó callado- ¿Y qué harán esos hombres cuando hayan conseguido que Taggart Transcontinental deje de funcionar?
-Pienso proteger los intereses de Taggart Transcontinental.
-¿Cómo? -Jim no contestó- ¿Cómo piensas cuidar a la compañía... si matas a Colorado?
-A mi modo de ver, antes de ofrecer a otros una posibilidad para expandirse, deberíamos considerar a la gente que necesita una oportunidad de supervivencia.
-Si matas a Colorado, ¿con qué sobrevivirán tus malditos saqueadores?
-Siempre te opusiste a toda medida progresista y benefactora de la sociedad. Creo recordar que pronosticaste un desastre cuando aprobamos la Disposición Antiperjuicio Propio, pero no pasó nada.
-¡Porque yo los salvé, pedazo de imbécil! Pero esta vez no podré hacerlo. -El se encogió de hombros sin mirarla- Y si yo no lo hago, ¿quién lo hará?
Pero tampoco esta vez James pronunció palabra.
Nada de eso le pareció real mientras se hallaba en el túnel subterráneo.

Comprendió que no podría tomar parte en la batalla de Jim, ni actuar contra hombres cuyas ideas no quedaban plenamente especificadas, hombres de motivos inciertos y dudosa moral. No podía decirles nada, porque no la escucharían ni le contestarían. Se preguntó cuáles serían las armas en un dominio donde la razón ya no servía. Se trataba de un territorio en el que no podía entrar. Tenía que dejárselo a Jim y depender de su interés personal. De una manera muy tenue, notó el escalofrío que le ocasionaba pensar que el interés personal no era el motivo de Jim.
Contempló el objeto situado ante ella: una caja de cristal con los restos del motor. Repentina y desesperadamente la invadió el pensamiento del hombre que lo había ideado. Experimentó un momento de ansiedad, anhelando encontrarlo, apoyarse en él y preguntarle qué consideraba más urgente en esos momentos. Una mente como la suya conocería el camino a seguir en aquella batalla.
Miró a su alrededor. En el mundo claro y racional de los túneles, nada era tan importante como la tarea de encontrar al hombre que había creado el motor.
Se preguntó si podría suspender aquella búsqueda para discutir con Orren Boyle, razonar con Mowen, o rogar a Bertram Scudder. Vio en su imaginación el motor ya completo, convertido en una locomotora capaz de arrastrar un tren de 200 vagones por rieles de metal Rearden a 300 km. por hora. Cuando la visión estaba dentro de su alcance, dentro de lo posible, ¿iba a abandonarla y perder el tiempo discutiendo acerca de los "100 km." y de los "60 vagones"? No podía descender a una existencia en la que su cerebro estallaría bajo la presión a que lo sometía, esforzándose por no aventajar a los incompetentes. No iba a dejarse detener por la advertencia: "Cuidado. Más despacio. Cautela. No trabajes a pleno si no te lo exigen".
Se volvió resueltamente y abandonó la bóveda para tomar el tren a Washington.
Al cerrar la puerta de acero le pareció escuchar el eco débil de unos pasos. Miró a todos lados dentro de la oscura curva del túnel y no vio a nadie, tan sólo el rosario de luces azules brillando sobre paredes de granito húmedo.

***

Rearden no podía luchar contra los canallas que proponían esas leyes y no le quedaba más opción que combatirlas o intentar mantener abiertas sus fundiciones. Había perdido su suministro de mineral de hierro y tenía que librar una u otra batalla, pero no había tiempo para las 2.
A su regreso, se enteró de que no había llegado una partida de hierro. Convocado al despacho de Rearden, Larkin apareció 3 días después de lo acordado, sin dar ningún tipo de explicación. Sin mirar a Rearden, manteniendo la boca cerrada fuertemente, con expresión de rencorosa dignidad, dijo: -Después de todo, no puede ordenar a la gente que venga a su despacho cuando le parezca.
Rearden le preguntó lenta y cuidadosamente: -¿Por qué no ha entregado ese metal?
-No soportaré los atropellos. Simplemente, no toleraré ningún atropello por algo que no pude evitar. Puedo dirigir una mina tan bien como usted y hacer lo mismo que usted. No sé por qué ciertas cosas continúan saliendo mal todo el tiempo de manera inesperada, pero no se me puede echar la culpa por lo imprevisible.

-¿A quién ha enviado mineral el mes pasado?
-Intenté cumplir con su pedido, me lo propuse verdaderamente, pero no pude evitar que se perdiesen 10 días por las tormentas que asolaron el norte de Minnesota. Intenté enviar el mineral, no puede culparme, porque mi intención fue absolutamente honesta.
-Si uno de mis altos hornos se apaga, ¿cree que serán suficientes sus buenas intenciones para hacerlo funcionar de nuevo?
-¡Se da cuenta! Por eso nadie puede tratar con usted, ni discutir nada. Es inhumano.
-Acabo de enterarme de que durante los últimos 3 meses no ha enviado mineral por los barcos del lago sino que ha hecho las entregas por tren. ¿Puede explicarme el motivo?
-Pues... después de todo, creo que tengo derecho a llevar mi negocio como más me convenga.
-¿Por qué prefiere pagar el precio extra que eso significa?
-¿Qué importancia tiene para usted? Al fin y al cabo no lo cargo a su cuenta.
-¿Qué hará cuando vea que no puede pagar las tarifas ferroviarias y que ha arruinado a las líneas de navegación mercante?
-Estoy seguro de que a usted sólo le interesa sumar cifras en dólares y centavos, pero algunas personas tienen en cuenta otras responsabilidades de tipo social y patriótico.
-¿Qué responsabilidades?
-Yo creo que un tren como Taggart Transcontinental es esencial para la riqueza del país y que tenemos el deber de apoyar la línea que Jim posee en Minnesota, que actualmente está funcionando con déficit.
Rearden se inclinó hacia adelante sobre la mesa. Estaba empezando a ver con claridad cierta línea de conducta que no había entendido.
-¿A quién le ha enviado el mineral el mes pasado? -preguntó con gran tranquilidad.
-Bueno, después de todo, se trata de un asunto particular que yo...
-A Orren Boyle, ¿verdad?
-No esperará que la gente sacrifique toda la industria del país en pro de sus intereses egoístas y...
-Salga de aquí -ordenó Rearden, sin perder la calma.
La secuencia de la conversación ahora se había vuelto clara ante su mirada.
-No me interprete mal. No quise decir...
-¡Fuera!
Larkin se marchó.
Días y noches de búsqueda por todo el continente, por teléfono, telégrafo y avión; de visitas a minas abandonadas y otras a punto de serlo; de tensos y apresurados encuentros, sostenidos en rincones mal iluminados de restaurantes de dudosa reputación. Sentado a aquellas mesas, Rearden tenía que decidir cuánto podía arriesgarse a invertir basándose en la única evidencia del rostro de un hombre, sus modales y el tono de su voz, aborreciendo tener que confiar en la honestidad como quien espera un favor, pero aventurándose a ello, poniendo dinero en manos desconocidas a cambio de promesas incumplidas y ofreciendo préstamos sin firma ni garantía a representantes ficticios de minas en quiebra. El dinero era

entregado y tomado furtivamente, como si se tratase de un trueque entre criminales, en billetes anónimos. Los tratos eran de tal suerte, que ambas partes eran conscientes de que, en caso de fraude, el sancionado sería el estafado y no el estafador. Pero todo tenía como única finalidad que una corriente de mineral continuara entrando a los hornos y que de éstos fluyera a su vez una corriente blanca de metal.

-Sr. Rearden -le preguntó el jefe de compras de sus fundiciones-, si esto continúa así, ¿cuáles serán sus ganancias?

-Las recuperaremos incrementando el tonelaje -respondió Rearden débilmente- Tenemos un mercado ilimitado para nuestro metal.

El jefe de compras era un hombre mayor, de pelo gris, el rostro inexpresivo y seco, y un corazón que según muchos sólo gozaba con la tarea de exprimir hasta la última partícula del valor de un centavo. Estaba de pie frente al escritorio de Rearden, mirándolo a la cara con ojos fríos, entornados y tristes. Era la mirada de más profunda compasión que Rearden jamás había visto.

"No existe otro camino", volvió a pensar, como lo venía haciendo desde hacía días y noches. No conocía otras armas que las de pagar por lo que deseaba, entregar valor por valor; no pedir nada sin ofrecer la retribución debida; no solicitar nada de las personas sin ofrecer algo a cambio de su esfuerzo. "¿Cuáles son las armas" -se preguntó- "si los valores ya no lo son?"

-¿Un mercado ilimitado, Sr. Rearden? -preguntó secamente el jefe de compras.

Rearden levantó la mirada hacia él.

-Creo que no soy lo suficientemente hábil como para salir airoso de las negociaciones que exigen estos tiempos -dijo en respuesta a los pensamientos no expresados que parecían colgar sobre su escritorio.

El jefe de compras sacudió la cabeza.

-No, Sr. Rearden, una cosa o la otra; el mismo cerebro no puede hacer las 2: o es usted bueno para dirigir las fundiciones, o lo es para Washington.

-Quizá tendría que aprender el método de ellos.

-No podría aprenderlo nunca, y además no le daría beneficio alguno. Nunca ganaría con ninguno de esos tratos. ¿No lo comprende? Es usted quien ha desarrollado algo para saquear.

Al quedarse solo, Rearden experimentó una explosión de ciega cólera, como ya le había ocurrido antes; simple, única y repentina, como una descarga eléctrica; la rabia provocada por el reconocimiento de que uno no puede hacer tratos con la maldad, con esa maldad desnuda y consciente que no posee justificación ni la busca. Pero cuando sintió el deseo de luchar y matar en legítima defensa, vio ante si el rostro rubicundo y sonriente del alcalde Bascom y escuchó su voz gruñona que decía: "...usted y esa encantadora dama que no es su esposa".

Entonces, ya no quedaba ninguna causa justificable, y el dolor del enojo estaba transformándose en otro más vergonzoso: el de la sumisión. No tenía derecho a condenar a nadie, pensó, ni a denunciar nada, ni a luchar, ni a morir alegremente, reclamando el castigo de la virtud. Promesas rotas, deseos inconfesables, traición, engaño, mentira y fraude... él era culpable de todo eso. ¿Qué forma de corrupción podría despreciar? Los grados no importaban, pensó; unos centímetros más o menos de maldad no hacían la diferencia.

Derrumbado en la silla, tras su escritorio, pensando en que ya no le era posible exigir honestidad, ni aquel sentido de la justicia que había perdido, no se daba cuenta de que eran precisamente su rígida honestidad y su despiadado sentido de la justicia lo que le quitaba su única arma. Podía combatir contra los saqueadores, pero sin ira y sin fuego. Lucharía, pero sólo como un miserable pelea contra su par. No pronunció palabra alguna, pero el dolor era su equivalente; aquel punzante dolor que preguntaba: "¿Quién soy yo para lanzar la 1° piedra?".
Dejó que su cuerpo se desplomara sobre el escritorio... "Dagny" -pensó-. "Dagny. Si éste es el precio que tengo que pagar, lo pagaré..." Seguía siendo el auténtico empresario, desconocedor de cualquier código que no fuera el de pagar por la satisfacción de sus deseos.
Era muy tarde cuando volvió a casa y subió apresurada y silenciosamente la escalera a su dormitorio. Odiaba tener que escabullirse, pero llevaba meses haciéndolo cada noche al volver a su hogar. Ver a su familia se le había hecho insoportable, sin que supiera por qué. "No los odies por tus propios pecados", se había dicho, pero comprendía vagamente que ésa no era la raíz de su rencor.
Cerró la puerta de su dormitorio como un fugitivo que consigue unos momentos de respiro. Se desnudó con cuidado, dispuesto a meterse en la cama buscando que ningún sonido traicionara su presencia, pues no deseaba ningún contacto con sus familiares, ni siquiera mental.
Ya en pijama, se disponía a encender un cigarrillo, cuando se abrió la puerta. La única persona que podía entrar en su dormitorio sin llamar, jamás lo había hecho. Quedó paralizado un instante, antes de darse cuenta de que quien acababa de entrar era Lillian.
Llevaba una prenda estilo imperio, verde pálido, cuya falda brotaba en graciosos pliegues de la alta cintura. A primera vista era imposible decidir si se trataba de un vestido de noche o de una bata de dormir, pero era esto último. Se detuvo en el umbral, con la luz delineando su atractiva silueta.
-Sé bien que no debería hablar con extraños -dijo suavemente- pero tendré que hacerlo: soy la Sra. Rearden.
El no supo si se trataba de un sarcasmo o de un ruego. Terminó de entrar y cerró la puerta como dueña del lugar.
-¿Qué te ocurre, Lillian? -preguntó él suavemente.
-Querido, no deberías hacer ese tipo de confesiones, y menos de un modo tan desagradable. -Cruzó pausadamente el cuarto, pasó ante la cama y se sentó en un sillón- Estás admitiendo que sólo puedo robar algo de tu tiempo si existe algún motivo muy especial. ¿O acaso tendría que concertar una cita a través de tu secretaria?
Él estaba en medio del cuarto, con el cigarrillo en los labios, mirándola sin contestar.
Lillian se echó a reír.
-Mi motivo es tan poco habitual, que seguramente no se te habrá siquiera ocurrido: soledad, querido. ¿Te importaría arrojar unas migajas de tu costosa dedicación a un mendigo? ¿Te molesta si me quedo aquí sin ninguna razón formal que requiera mi presencia?
-No me molesta -respondió él con calma- Si lo deseas...

-No tengo nada importante de qué hablar, ningún pedido de algún millón de dólares, ni negocios internacionales, ni rieles, ni puentes, ni siquiera te mencionaré la situación política. Tan sólo deseo charlar como una mujer corriente acerca de cosas sin importancia.
-Adelante.
-Henry, ¿no tienes nada mejor que decirme? -Lillian Rearden se veía impotente y conmovedoramente sincera- ¿Qué quieres que diga después de eso? Supongamos que quisiera hablarte de la nueva novela que está escribiendo Balph Eubank. Me la ha dedicado. ¿Te interesa?
-Si quieres saber la verdad... no me interesa en absoluto.
-¿Y si yo no quisiera saber la verdad? -preguntó riendo.
-Pues entonces, no sabría qué contestarte -repuso Rearden sintiendo una ráfaga de sangre agolparse en su cerebro, tan bruscamente como una bofetada. De pronto, advirtió la doble infamia de una mentira dicha como declaración de honradez; se lo había dicho sinceramente, pero implicaba una jactancia a la que él ya no tenía más derecho- ¿Para qué querrías mi opinión si no fuera por la verdad? -preguntó- ¿Para qué?
-¿Ves? Ésa es la crueldad de las personas de conciencia. No me comprenderías, ¿o sí?, si te dijera que la devoción verdadera consiste en prestarse a la mentira, al engaño y al fraude, a fin de hacer feliz a la otra persona; crear la realidad que ella desea, si no le gusta aquélla en la que vive.
-No -respondió él lentamente- No lo comprendería.
-Es muy sencillo. Si a una mujer hermosa le dices que es hermosa, ¿qué le has dado? No es más que la constatación de un hecho que no te ha costado nada. Pero si a una mujer fea le dices que es bonita, le ofreces el inmenso homenaje de corromper el concepto de la belleza. Amar a una mujer por sus virtudes no tiene sentido, ella se lo merece, es un pago y no un regalo; pero amarla por sus defectos es un auténtico regalo, no ganado ni merecido. Amarla por sus defectos es prostituir toda virtud por su bien, y ése es un verdadero tributo, porque sacrificas tu conciencia, tu razón, tu integridad y tu inestimable amor propio.
La miró inexpresivamente. Todo sonaba como una especie de monstruosa desnaturalización. Era imposible imaginar que alguien pudiera expresarla de verdad. Se preguntó por qué hablaba de semejante modo.
-Querido, ¿qué es el amor sin sacrificio? -preguntó desenvuelta, en el tono de una charla de salón- ¿Y qué es el sacrificio si no estar dispuestos a dar lo que consideramos más precioso e importante? Pero no espero que lo entiendas, no un puritano de acero inoxidable como tú. Es el inmenso egoísmo del puritano: dejarías que el mundo entero explotara en mil pedazos antes que ensuciar tu inmaculado ser con una simple mancha de la que avergonzarte.
-Nunca pretendí ser inmaculado -repuso él extrañamente tenso y solemne.
Lillian echó a reír.
-¿Y qué eres ahora si no eso? Me estás dando una respuesta sincera, ¿no? -Encogió sus desnudos hombros- ¡Oh, querido! No me tomes en serio. Hablaba por hablar.
Aplastó su cigarrillo en un cenicero, sin pronunciar palabra.
-Querido -dijo Lillian-, vine sólo porque no dejo de pensar que tengo esposo y quería recordar cómo eres.

Lo estudió mientras él permanecía de pie en medio de la habitación. El azul oscuro de su pijama ponía de relieve las largas y duras líneas de su cuerpo.
-Eres muy atractivo -continuó- Estos últimos meses has mejorado, estás más joven. ¿Acaso debería decir que pareces más feliz? No te veo tan nervioso. ¡Oh! Sé que trabajas más que nunca y que actúas como un jefe de cuadrilla en un bombardeo aéreo, pero es sólo por afuera. En tu interior estás más... aliviado.
La miró con asombro. Era cierto y no se había dado cuenta ni tenido ocasión de admitirlo. Se asombró ante su capacidad de observación. Durante esos últimos meses, lo había visto muy poco, pues no entraba en su dormitorio desde su regreso de Colorado.
Había pensado que Lillian hasta agradecía aquel aislamiento, pero ahora se preguntó qué podía haberla vuelto tan sensible a sus cambios... a menos que se tratara de un sentimiento de mayor alcance del que hubiera sospechado en ella.
-No lo había advertido -dijo.
-Es natural, querido, y al mismo tiempo asombroso, puesto que estás pasando por una época terriblemente difícil.
No supo si se trataba de una pregunta.
Lillian hizo una pausa, como si esperara respuesta, pero sin forzarla continuó jovialmente:
-Sé que tienes grandes problemas en las fundiciones y que la situación política te perjudica mucho, ¿no es así? Si aprueban esas leyes de que tanto hablan, recibirás un duro golpe.
-Así es, pero es un tema que carece de interés para ti, ¿no?
-¡Al contrario! -Levantó la cabeza y lo miró, con aquella expresión indiferente y velada que él conocía: cierto aire de intencionado misterio y completa confianza en su incapacidad para penetrarlo- Me interesa muchísimo... aunque no por sus posibles consecuencias financieras -añadió suavemente.
Por primera vez Rearden se preguntó si su desprecio, su sarcasmo, su manera cobarde de lanzar insultos bajo la protección de una sonrisa, no sería lo contrario a lo que él había supuesto siempre: en lugar de un sistema de tortura, una retorcida forma de desesperación; no era el deseo de hacerlo sufrir, sino una confesión de su dolor, una defensa de su orgullo de esposa abandonada, una súplica secreta, sutil, insinuada, evasiva. Tal vez no fuera malicia, sino una expresión de amor oculto. Volvió a pensar en ello, perplejo. Su sensación de culpabilidad cobraba mayores proporciones que nunca.
-Si hablamos de política, Henry, te diré que se me ocurrió algo divertido. ¿Cuál es ese lema que tanto usa el bando que representas...? ¿El lema por el que pareces estar luchando? "La Santidad del Contrato", ¿no?
Ella vio su mirada furtiva, la expresión intensa de sus ojos, una primera señal de que su golpe había dado en el blanco, y echó a reír.
-Prosigue -continuó Henry en voz baja, con cierto dejo de amenaza.
-Querido, ¿por qué seguir, si me comprendes perfectamente?
-¿Qué intentas decir? -preguntó con voz dura y precisa, carente de sentimiento y de color.
-¿Quieres obligarme a la humillación de quejarme? ¡Se trata de algo tan trivial y vulgar!... Siempre creí tener un esposo que se jactaba de ser diferente de otros hombres menos importantes que él. ¿Quieres que te recuerde que una vez juraste

que mi felicidad sería el objetivo de tu vida? En cambio, ahora no podrías decir sinceramente si soy feliz o no, porque no te tomas siquiera la molestia de saber si existo.
Experimentó una especie de dolor físico, como si todas las cosas que lo afectaban anímicamente se hubieran unido para golpearlo, y se dijo que las palabras de Lillian eran una súplica que lo hacía sentir oscuramente culpable. Sintió también piedad, una triste y fría piedad, sin ningún afecto. Estaba dominado por un vago enojo. Aunque intentó ahogar su voz interior, la oyó clamar hastiada: "¿Por qué tengo que soportar sus malvadas mentiras? ¿Por qué tendré que aceptar esta tortura tan sólo por compasión? ¿Por qué tengo que soportar el pesado fardo de un sentimiento que ella no admite, de compartir un sentimiento que no puedo conocer, entender, ni siquiera adivinar? Si me ama, ¿por qué la muy cobarde lo dice así, mientras los 2 nos contemplamos cara a cara?".

Y a la vez escuchó otra voz, más alta, que decía con expresión tranquila: "No le reproches nada, es el viejo recurso de los cobardes. El culpable eres tú. No importa lo que ella haga, nunca será nada comparado con tu comportamiento. Tiene razón y te enferma reconocerlo, ¿verdad? Pues aguanta esa sensación de indignidad, maldito lujurioso. La razón está de su parte".
-¿Qué te haría feliz, Lillian? -preguntó sin expresión. Reclinándose en el sillón, ella sonrió después de haberlo observado intensamente.
-¡Oh, querido! -respondió con alegría- Es la pregunta más tímida que has podido hacerme, una verdadera escapatoria, la puerta de salida para una excusa.
Se levantó dejando caer los brazos mientras se encogía de hombros y estiraba el cuerpo en gracioso gesto de impotencia.
-¿Qué me haría feliz, Henry? Eres tú quien debería saberlo. Tú quien debió descubrirlo en mí. No lo sé. Tienes que crearlo y ofrecérmelo. Ese es tu deber, tu obligación y tu responsabilidad. Pero no serás el 1° hombre que no cumpla esa promesa. Es la deuda más fácil de repudiar. ¡Oh! Nunca retrasarás el pago de una entrega de hierro, pero sí el de una vida.
Se movía por la habitación, con los pliegues amarillo verdosos de su falda ondulando tras ella. -Ya sé que los reclamos de este tipo nunca resultan prácticos -prosiguió- No tengo ninguna hipoteca ni garantía sobre ti, nada de pistolas o cadenas. No puedo retenerte de ningún modo, Henry. Tan sólo cuento con una cosa: tu honor.
Él la miró. Necesitaba realizar un esfuerzo supremo para mantener sus ojos fijos en su cara, para continuar mirándola y soportando su presencia.
-¿Qué deseas? -preguntó.
-Querido, ¡son tantas las cosas que podrías adivinar por ti mismo si realmente desearas saber lo que quiero...! Por ejemplo, si durante estos meses me has estado evitando de manera tan obvia, ¿podría saber la razón?
-He estado muy ocupado.
Lillian se encogió de hombros.
-Una mujer espera ser el primer interés de la existencia de su marido. No sabía que cuando juraste abandonar todo lo demás, no incluías tus altos hornos.
Se acercó, y con divertida sonrisa, casi burlándose de los 2 al mismo tiempo, enlazó los brazos en el cuello de su esposo.

Con el gesto violento, instintivo y feroz de un joven recién casado ante el contacto no requerido de una prostituta, se desprendió de ella y la empujó a un lado.
Se quedó paralizado ante la brutalidad de su propia reacción. Ella lo miraba con total sorpresa, sin misterio, sin disimulo ni afán de protección. De todo lo que hubiera imaginado, era evidente que nunca esperó eso.
-Lo siento, Lillian... -dijo en voz baja, sinceramente arrepentido. Ella no contestó.-Lo siento... es que estoy muy cansado añadió con una voz sin vida.
Se sentía anonadado por la magnitud de su mentira, parte de la cual era una actitud de deslealtad que no podía enfrentar. No se trataba de una deslealtad hacia Lillian.
Ella rió brevemente.
-Bien dijo. Si tal es el efecto que el trabajo ejerce en ti, tendré que aceptarlo. Perdóname. Intentaba simplemente cumplir con mi deber. Creí que eras sensual, incapaz de superar los instintos de un animal de las cloacas, pero yo no soy una de esas putas cloacales.
Disparaba las palabras secamente, con expresión abstraída. Su cerebro era un signo de interrogación atento a cualquier posible respuesta.
Fue la última frase la que lo obligó a mirarla de frente, de manera sencilla y directa, sin ponerse a la defensiva.
-Lillian, ¿cuál es el propósito de tu vida? -preguntó.
-¡Qué pregunta más impertinente! Ninguna persona lista la haría jamás.
-Bien, ¿a qué dedican su vida las personas listas?
-Quizá no intentan hacer nada. En eso consiste su inteligencia.
-¿Y en qué emplean su tiempo?
-Por cierto, no se dedican a fabricar cañerías sanitarias.
-Dime a qué vienen estos sarcasmos; sé muy bien que desprecias las cañerías y cosas por el estilo. Me lo pusiste en claro hace ya mucho tiempo, pero tu actitud no significa nada para mí. ¿Por qué insistes con ese tema?
Se preguntó si aquellas frases le habrían causado algún efecto. Y sin saber por qué, llegó a la conclusión de que así era. Se preguntó también por qué tenía la absoluta certeza de que tales palabras eran las adecuadas.
-¿A qué viene ese interrogatorio? -preguntó secamente ella.
-Me gustaría saber si existe algo que realmente desees -le contestó con sencillez-Y, en tal caso, quisiera dártelo.
-Comprarlo, ¿verdad? Siempre haces lo mismo: pagar por todo. Sales del paso fácilmente. Pero no es tan simple: lo que deseo es inmaterial.
-¿De qué se trata?
-De ti.
-¿A qué te refieres, Lillian? ¿No irás a pretenderlo en el sentido vulgar?
-No, no en ese sentido.
-¿Cómo, entonces?
Lillian estaba ya frente a la puerta. Se volvió, levantó la cabeza para mirarlo y sonrió fríamente.
-Nunca lo comprenderías -dijo y salió de la habitación.
La tortura que aquella escena produjo a Hank surgía de la convicción de que ella nunca querría dejarlo, y que él no tendría nunca el derecho de hacerlo. Lo agobiaba la idea de tener al menos una deuda con ella; el débil reconocimiento de

simpatía y de respeto por un sentimiento que él nunca podría comprender ni compensar; saber que no podría hacer nada por ella, excepto demostrarle desprecio, un desprecio extraño, total, irracional e insensible a la piedad, al reproche y a sus súplicas de justicia; y sobre todo, y esto era lo más duro, la orgullosa repugnancia contra su propio veredicto, contra su convicción de ser mucho más innoble que esa mujer a la que despreciaba.
Luego, todo eso dejó de importarle; fue retrocediendo hasta perderse en alguna dimensión exterior, para dejarle sólo la certeza de estar dispuesto a soportar cualquier cosa, en un estado a la vez de tensión y de paz. Tendido en la cama, con el rostro apretado contra la almohada, pensaba en Dagny, en su figura esbelta y sensual cuando temblaba al contacto de sus manos. Le hubiera gustado tenerla otra vez en Nueva York, a tal punto que habría ido a verla inmediatamente en mitad de la noche.

* * *

Eugene Lawson estaba sentado ante su escritorio como si se tratara del tablero de mando de un bombardero que volara por encima del continente, pero, a veces, se olvidaba, y su cuerpo se relajaba, sus músculos se aflojaban dentro del traje como si de pronto el mundo entero dejara de importarle. La boca era la única parte de su rostro que no podía controlar a voluntad: incómodamente grande, resaltaba en su rostro delgado atrayendo cuando hablaba la mirada del interlocutor con un movimiento de su labio inferior, retorciendo la húmeda superficie en extrañas contorsiones.
-No me avergüenzo -dijo Eugene Lawson- Srta. Taggart, quiero que sepa que no me avergüenzo de mi pasada gestión como presidente del Community National Bank de Madison.
-No mencioné la vergüenza para nada -repuso Dagny fríamente.
-No se me puede atribuir culpa moral alguna, puesto que perdí cuanto poseía en la quiebra del banco. Creo que tengo derecho a sentirme orgulloso por mi sacrificio.
-Yo sólo quería hacerle unas preguntas sobre Twentieth Century Motor Company que...
-Me complacerá contestarlas. No tengo nada que ocultar, mi conciencia está limpia. Si cree que ese tema puede resultarme embarazoso, se equivoca.
-Quiero preguntarle acerca de los dueños de la fábrica cuando usted les dio el crédito...
-Era buena gente, razonablemente arriesgada, aunque, desde luego, hablo en términos humanos, no monetarios, como usted está acostumbrada a esperar de un banquero. Les proporcioné el préstamo para la compra de la fábrica porque necesitaban el dinero. Y eso era suficiente para mí. La necesidad fue mi lema, Srta. Taggart. La necesidad, no la codicia. Mi padre y mi abuelo levantaron el Community National Bank sólo para amasar una fortuna, pero yo puse esa fortuna al servicio de un ideal más alto. No me senté sobre montones de dólares a exigir garantías a la pobre gente que necesitaba un préstamo. El corazón era la garantía. Claro que nunca esperé que alguien me comprendiera en este país tan materialista. Las recompensas que recibí no fueron de las que alguien de su clase apreciaría, Srta. Taggart. Quienes solían sentarse frente a mi escritorio no lo

hacían como usted, sino que tenían un aspecto humilde e inseguro, estaban abrumados por las preocupaciones y temían hablar. Mi recompensa eran las lágrimas de gratitud que brotaban de sus ojos, las voces temblorosas, las bendiciones, la mujer que besaba mi mano cuando le concedía el préstamo que había estado solicitando inútilmente a otros.
-¿Podría decirme los nombres de los dueños de la fábrica?
-Era una empresa esencial para la región, me sentí plenamente justificado para ofrecerles el préstamo. Dio empleo a millares de obreros que no tenían otro medio de vida.
-¿Conoce a alguno de los que trabajaron allí?
-Desde luego, los conocía a todos. Eran personas y me interesaban, no eran máquinas para mí. Me interesaba el lado humano de la industria, no la caja registradora.
Dagny se inclinó sobre la mesa.
-¿Conoció a alguno de los ingenieros?
-¿Los ingenieros? No, no, yo era mucho más democrático que eso, sólo me interesaban los obreros, el hombre común. Todos me conocían; cuando entraba en las tiendas agitaban la mano y exclamaban: "¡Hola, Gene!". Me llamaban así, Gene. Pero estoy seguro de que esto no le interesa. Es historia antigua. Si es que ha venido a Washington para hablarme de su ferrocarril -se irguió vivamente, volviendo a su actitud de piloto de bombardero- ...no sé si puedo prometerle algún tipo de consideración especial, ya que es mi deber considerar los intereses nacionales por encima de los privilegios y de los intereses particulares que...
-No he venido a hablar de mi ferrocarril -contestó Dagny desconcertada- No tengo el menor interés en tratar ese asunto con usted.
-¿No? -preguntó él, decepcionado.
-No, he venido buscando información acerca de esa fábrica de motores. ¿Podría recordar el nombre de algún ingeniero que trabajara en ella?
-No creo haber preguntado nunca sus nombres. No me interesaban los parásitos del área administrativa y del laboratorio, sólo simpatizaba con los auténticos trabajadores, esos hombres de manos callosas que hacían funcionar la fábrica. Todos eran amigos míos.
-¿Puede facilitarme algunos nombres? Cualquiera de los que haya trabajado allí me servirá.
-Mi querida Srta. Taggart, ¡hace mucho tiempo, y eran miles...! ¿Cómo quiere que me acuerde?
-¿No recuerda ni siquiera uno... ni uno solo?
-Realmente, no. Conocí a tanta gente en mi vida, que recordar individuos vendría a ser lo mismo que pretender destacar determinadas gotas en la inmensidad de un océano.
-¿Estaba enterado de lo que se producía en la fábrica, de la clase de trabajo realizado allí, o de los proyectos en curso?
-Desde luego, siempre tuve un interés especial en mis inversiones. Inspeccionaba la fábrica con frecuencia y les iba magníficamente. Estaban consiguiendo verdaderas maravillas. El alojamiento de los obreros era el mejor del país, había cortinas de encaje y flores en cada ventana y todas las casas poseían un terreno para el jardín, y habían construido una nueva escuela para los niños.

-¿Sabe algo del trabajo de investigación realizado en los laboratorios?
-Sí, sí, tenían un laboratorio magnífico, muy avanzado, muy dinámico, con visión de futuro y con grandes proyectos.
-¿Recuerda... haber oído algo acerca de planes para producir un nuevo tipo de motor?
-¿Motor? ¿Qué motor, Srta. Taggart? No tenía tiempo para enterarme de detalles. Mi objetivo eran los programas sociales, la prosperidad universal, la fraternidad y el amor humano. El amor, Srta. Taggart, es la llave de todo. Si las personas aprendiesen a amarse, se solucionarían todos sus problemas.
Dagny desvió la mirada para no ver los húmedos movimientos de su boca.
Un pedazo de piedra con jeroglíficos egipcios adornaba un rincón del despacho; en un nicho, encima de un pedestal, estaba la estatua de una diosa hindú con 6 brazos similares a patas de araña, y de la pared colgaba un enorme gráfico con guarismos, similar al cuadro de operaciones de un negocio de ventas por correo.
-Por lo tanto, si usted está pensando en su ferrocarril, Srta. Taggart, cosa natural en vista de la posibilidad de que se produzcan ciertos acontecimientos, debo señalar que, aunque el bienestar del país ocupa el 1° lugar en mi consideración y aunque no vacilaría en sacrificar los beneficios de cualquiera, nunca he cerrado los oídos a una súplica de misericordia y...
Comprendió enseguida qué deseaba de ella, qué clase de motivo lo impulsaba.
-No quiero hablar de mi ferrocarril -repitió procurando que su voz sonara monótona y uniforme, aun cuando le habría gustado proferir gritos de repugnancia- Sobre ese tema, comuníquese con mi hermano, James Taggart.
-Creo que en estos tiempos no despreciará usted la rara oportunidad de alegar sobre su caso ante...
-¿Conserva alguna documentación perteneciente a la fábrica de motores? -preguntó Dagny muy erguida, con las manos firmemente apretadas.
-¿Qué documentos? Ya creo haberle dicho que perdí cuanto tenía cuando quebró mi banco. -Su cuerpo volvió a ponerse fofo y todo su interés se desvaneció- Pero, no importa. Sólo perdí riqueza material. No soy el 1° en la historia que sufre por sus ideales. Fui derrotado por la avaricia de quienes me rodeaban. No pude establecer un sistema de hermandad y de amor en aquel pequeño Estado, en una nación de egoístas y devoradores de dólares. No fue culpa mía, pero no dejaré que me venzan, nada me detendrá. Estoy combatiendo intensamente por el privilegio de servir a mi prójimo. ¿Documentos, Srta. Taggart? El documento que dejé al partir de Madison ha quedado inscrito en el corazón de los pobres, que nunca hasta entonces habían tenido una oportunidad.
Dagny no quería pronunciar una palabra fuera de lugar, pero le costaba controlarse. En su mente seguía fija la figura de la anciana que restregaba los peldaños de su escalera.
-¿Ha vuelto usted a aquel rincón del país?
-¡No es culpa mía! -gritó-. ¡Es culpa de los ricos que aún tenían dinero, pero no quisieron sacrificarlo para salvar mi banco y a la gente de Wisconsin! ¡No puede reprocharme nada! ¡Lo perdí todo!
-Sr. Lawson -dijo Dagny haciendo un esfuerzo-, ¿recuerda por casualidad el nombre de quien encabezaba la corporación propietaria de la fábrica? La

corporación a la que prestó usted el dinero se llamaba Amalgamated Service, ¿no es cierto? ¿Quién era su presidente?
-¡Ah! Ese sí, lo recuerdo bien. Era Lee Hunsacker, un joven con muchas cualidades, que ha tenido que soportar terribles golpes.
-¿Dónde se encuentra ahora? ¿Sabe dónde vive?
-Pues... creo que en Oregón. En Grangeville, Oregón. Mi secretaria se lo puede decir. Pero no comprendo por qué le interesa... Srta. Taggart, si lo que quiere es ver a Wesley Mouch, permítame decirle que da gran importancia a mi opinión personal en asuntos concernientes a ferrocarriles y otros...
-No pretendo ver al Sr. Mouch -dijo Dagny levantándose.
-Entonces... no comprendo... ¿cuál ha sido su propósito al venir aquí?
-Trato de encontrar a un hombre que trabajaba en Twentieth Century Motor Company.
-¿Qué desea de él?
-Que trabaje en mi ferrocarril.
Extendió los brazos con expresión irritada e incrédula.
-En estos momentos, cuando problemas cruciales pesan en la balanza, usted pierde su tiempo buscando a un solo empleado. Créame, el futuro de su ferrocarril depende de Mouch y no de un empleado cualquiera, cuyo paradero trata de averiguar.
-Buenos días -dijo Dagny.
Cuando se volvió para salir, él dijo con voz enardecida y penetrante: -No tiene derecho alguno a despreciarme.
Se detuvo y lo miró.
-No he expresado ninguna opinión.
-He perdido mi dinero. Soy inocente, lo perdí por una buena causa. Mis intenciones eran puras, no quería nada para mí, nunca busqué nada para mi propio beneficio, Srta. Taggart; puedo afirmar con orgullo que en toda mi vida jamás he conseguido beneficio alguno.
La voz de Dagny era tranquila, serena y solemne al contestar: -Sr. Lawson, debo decirle que, de todas las declaraciones que un hombre puede hacer, ésta es la que considero más despreciable.

***

-¡Nunca tuve una oportunidad! -exclamó Lee Hunsacker.
Estaba sentado en medio de la cocina, ante una mesa atestada de papeles. No se había afeitado y su camisa estaba sucia. Resultaba difícil adivinar su edad: la piel de su cara parecía suave y tersa, como si el paso de los años no hubiera ejercido efecto alguno sobre él; en cambio, el pelo grisáceo y los ojos brumosos lo mostraban consumido por el cansancio. Tenía 42 años.
-Nadie nunca me ha dado una oportunidad. Deben estar satisfechos por lo que consiguieron de mí, pero no crea que no lo se. Siempre me engañaron. Que nadie se jacte de amabilidad y condescendencia, todos son una maldita banda de hipócritas.
-¿Quiénes? -preguntó Dagny.

-Todo el mundo -repuso Lee Hunsacker- En el fondo, todos son basura y de nada sirve imaginar lo contrario. ¿Justicia? ¡Mire! -describió un movimiento circular con el brazo- Un hombre como yo reducido a esto.
Más allá de la ventana, la luz del mediodía era una penumbra grisácea entre los pobres tejados y los desnudos árboles de un lugar que no podría llamarse campo, pero tampoco ciudad. El abandono y la humedad impregnaban las paredes de la cocina. Los platos del desayuno aún estaban sucios en el fregadero, una cacerola con estofado hervía sobre la hornalla, expulsando vapor, junto con el aroma grasiento de la carne barata, y una máquina de escribir sobresalía entre los papeles de la mesa.
-Twentieth Century Motor Company -continuó Lee Hunsacker- fue una de las empresas más ilustres en la historia de la industria de los Estados Unidos. Yo fui su presidente, yo era el propietario de la fábrica, pero no quisieron darme una oportunidad.
-¿Usted era el presidente de Twentieth Century Motor Company? Creí que encabezaba una corporación llamada Amalgamated Service.
-Sí, sí, es lo mismo. Nos hicimos cargo de la fábrica. Queríamos hacerla funcionar exactamente igual que sus antiguos propietarios o aún mejor. Éramos tan importantes como ellos. Al fin y al cabo ¿quién era Jed Starnes? Sólo un inculto, un mecánico de garaje... ¿Sabe usted cómo empezó?... Pues, sin ningún apoyo. Mi familia había pertenecido a los 400 de Nueva York, mi abuelo era miembro de la Legislatura nacional. No es culpa mía que mi padre no tuviera dinero suficiente para darme un automóvil cuando me envió a la escuela. Todos los demás jóvenes tenían su coche, pero mi apellido era tan bueno como cualquiera de los suyos. Cuando ingresé en el colegio... -Se interrumpió bruscamente- ¿De qué periódico dice que viene?
Dagny le había dado su nombre, pero sin saber por qué, se alegraba de que no la hubiera reconocido. Tampoco había registrado el motivo de su visita, por lo cual prefería no revelar sus verdaderas intenciones.
-No dije que viniera de ningún periódico -explicó- Necesito cierta información sobre esa fábrica de motores con un propósito particular, y no para una publicación.
-¡Oh! -exclamó decepcionado. Y añadió con aire triste, como si Dagny fuera culpable de una deliberada ofensa contra él: -Pensé que usted quizá venía a entrevistarme para anticipar la autobiografía que estoy escribiendo. -Señaló los papeles que cubrían la mesa- Pienso decir en ella muchas cosas. Tengo el propósito... ¡Diablos! -exclamó, recordando repentinamente algo.
Corrió a la cocina, levantó la tapa de la olla y hurgó su contenido con torpeza y sin prestar atención a lo que estaba haciendo. Volvió a dejar la cuchara húmeda, goteando grasa, y regresó a la mesa.
-¡Sí, señor! Voy a publicar mi autobiografía si es que alguien me da una oportunidad -declaró- Pero, ¿cómo concentrarme en un trabajo serio cuando tengo que hacer todas estas cosas? -Señaló la cocina con un movimiento de cabeza- ¡Qué van a ser amigos míos! Esta gente cree que porque me dio alojamiento aquí puede explotarme como a un perro. Sólo porque no puedo ir a ningún otro lado, estas viejas amistades la tienen conmigo. Él ni siquiera mueve un dedo por la casa, se la pasa sentado todo el día en su mísero negocio de útiles de escritorio. ¿Puede compararse la importancia de eso con el libro que estoy escribiendo? Ella

va de compras y me dice que vigile su maldita comida, cuando sabe bien que un escritor necesita concentración y paz, pero, ¿le importa? ¿Sabe lo que hizo hoy? -Se inclinó confidencialmente sobre la mesa señalando los platos sucios- Se fue al mercado, dejó todo ahí y dijo que lo lavaría más tarde. Sé lo que quería, que lo hiciera yo, pero voy a hacerla rabiar. Lo dejaré tal como está.
-¿Puedo hacerle algunas preguntas sobre la fábrica de motores?
-No crea usted que esa fábrica es lo único que tuve en la vida. Antes había tenido muchos cargos importantes, en empresas de aparatos quirúrgicos, industrias papeleras, fábricas de sombreros de hombre y de aspiradoras. Pero esa clase de productos no me daban demasiados beneficios. En cambio, la fábrica de motores... Esa sí que fue mi gran oportunidad. Lo que siempre había estado esperando.
-¿Cómo la adquirió?
-Estaba hecha para mí. Era mi sueño convertido en realidad. La fábrica cerró por quiebra, pues los herederos de Jed Starnes se quedaron sin un centavo. No sé exactamente lo que ocurría, pero sí que hubo algunos líos y que la compañía quebró. Los del ferrocarril dejaron de prestar servicio con su línea secundaria, y nadie quería aquello, ni regalado. Pero allí estaba la enorme fábrica, con todos sus equipos, la maquinaria, y todas las demás cosas que habían ayudado a Jed Starnes a amasar millones. Era la clase de oportunidad que yo deseaba y merecía. Así que reuní a unos cuantos amigos y formamos Amalgamated Service Corporation. Juntamos un poco de dinero, pero no era suficiente: necesitábamos un préstamo para la puesta en marcha. Se trataba de una apuesta muy segura, pues éramos jóvenes, llenos de entusiasmo y de esperanza en el futuro. Pero, ¿cree usted que alguien nos alentó? No, y mucho menos esos ambiciosos buitres atrincherados en sus privilegios. ¿Cómo íbamos a triunfar en la vida si nadie quería facilitarnos la compra de una fábrica? No podíamos competir con esos mocosos que heredan una cadena de empresas, ¿o sí? ¿No teníamos acaso derecho a una oportunidad igual? No me hable de justicia. Trabajé como un condenado, intentando conseguir ese préstamo, pero el maldito "Midas" Mulligan me puso el cepo.
-¿Midas Mulligan? -preguntó Dagny acomodándose mejor en su silla.
-Sí... El banquero que parecía un chofer de camión y se portaba como tal.
-¿Conoció usted a Midas Mulligan?
-¿Que si lo conocí? Soy el único que alguna vez lo ha derrotado, aunque admito que no me dio demasiados beneficios.
Algunas veces, con una extraña inquietud, Dagny se había preguntado -como se preguntaba sobre historias de buques abandona dos flotando en el agua o de luces misteriosas en el cielo- acerca de la desaparición de Midas Mulligan. No había motivo para resolver aquellos acertijos, excepto el atractivo de que no tenía sentido que fueran misterios: no podían ser casuales y, sin embargo, no existían causas que los explicaran.

En otra época, Midas Mulligan había sido uno de los hombres más ricos y, en consecuencia, más famosos del país. Jamás se equivocaba en sus inversiones y todo cuanto tocaba se convertía en oro. "Es porque se qué tocar", solía decir. Nadie pudo averiguar la forma en que alcanzaba sus éxitos, pues rechazaba

negocios que todos consideraban perfectamente seguros, e invertía enormes cantidades en empresas que no hubieran atraído a ningún otro banquero. Con los años, fue el gatillo que disparó por la nación inesperadas y espectaculares balas en forma de triunfos industriales.
Había invertido dinero en Rearden Steel al comienzo, y ayudado a su dueño a completar la compra de fundiciones abandonadas en Pennsylvania. Cuando, en una oportunidad, un economista se refirió a él como un apostador audaz, Mulligan le respondió: "El motivo por el que usted nunca se hará rico es creer que todo lo que yo hago es apostar".
Se rumoreaba que, al tratar con Midas Mulligan, era preciso observar cierta regla no escrita que consistía en que si el solicitante de un préstamo mencionaba sus necesidades personales o cuaquier sentimiento de índole similar, la entrevista quedaba terminada y jamás volvía a disfrutar de una nueva oportunidad de hablar con él.
Cuando se le preguntó si era capaz de nombrar a un ser más perverso que quien cierra su corazón a la misericordia, respondió: "Sí, el que utiliza como arma la compasión de otro".
En su larga carrera había ignorado todos los ataques públicos en su contra, excepto 1. Su verdadero nombre era Michael, pero cuando un periodista humanitario lo apodó "Midas Mulligan" a guisa de insulto, él se presentó a los tribunales solicitando el cambio legal de su nombre de pila por el de "Midas". La petición fue otorgada.
A los ojos de sus contemporáneos, había cometido un pecado imperdonable: estaba orgulloso de su riqueza.
Eso era todo lo que había escuchado Dagny sobre ese personaje, pero nunca llegó a conocerlo. Siete años atrás, Mulligan se había ido de su casa una mañana, y jamás volvió a saberse de él. Al día siguiente, los clientes del Banco Mulligan de Chicago habían recibido la instrucción de retirar sus fondos porque el banco iba a cerrar. En las investigaciones posteriores, se supo que Mulligan había planeado el cierre en forma anticipada hasta en sus más mínimos detalles y sus empleados se habían limitado a cumplir órdenes. Fue el cierre de operaciones más ordenado del que el país hubiera sido testigo alguna vez. Cada cliente recibió su capital y hasta el último centavo de sus intereses. Los bienes del banco habían sido vendidos por separado a distintas instituciones financieras y, al realizarse el balance, se comprobó que las cifras cerraban perfectamente; no faltó ni sobró nada; el Banco Mulligan había sido liquidado.
No se encontró el menor indicio de los motivos que impulsaron a Mulligan, ni se supo de él ni de su fortuna personal. Hombre y dinero desaparecieron como si nunca hubieran existido. Nadie tuvo el menor aviso de su decisión, ni se pudo hallar causa alguna que la explicara. Si simplemente deseaba retirarse -se preguntaba la gente- ¿por qué no había vendido el banco con un enorme beneficio, en vez de destruirlo? Pero nadie estaba en condiciones de dar una respuesta. Mulligan no tenía familia ni amigos, y sus sirvientes no sabían nada. Aquella mañana salió de su casa como de costumbre, pero no regresó.
Dagny había pensado durante muchos años que la desaparición de Mulligan era inexplicable, como si de la noche a la mañana, se esfumara un rascacielos neoyorquino, y quedase en su lugar un lote vacío. Un hombre como Mulligan y una

fortuna como la suya no podían permanecer ocultos; un rascacielos no podía perderse, se lo vería asomarse detrás de cualquier montaña o bosque que eligiera para esconderse; si se hubiera destruido, el montón de ruinas no podría tampoco evaporarse por completo. Pero Mulligan se había evaporado, y en los 7 años transcurridos, entre una masa de rumores, conjeturas y teorías, informes publicados en los suplementos dominicales, y afirmaciones de testigos que aseguraban haberlo visto en todos los lugares del mundo, jamás se descubrió una pista capaz de conducir a una explicación verosímil de la pérdida de Mulligan.
Entre las diversas teorías existía una tan improbable que Dagny empezó a considerarla cierta, aunque nada en la naturaleza del banquero podía sugerirla. Se decía que la última persona que lo había visto, la mañana en que se marchó para siempre, era una vieja vendedora de flores, cuyo puesto estaba a la vuelta del Banco Mulligan. Esta Sra. aseguraba que se había detenido a comprarle un ramo de las primeras campanillas del año, y que su cara era la más feliz que jamás había visto. Parecía un joven que contemplara una enorme y atractiva visión, abierta totalmente ante él. Las huellas de dolor o tensión, el sedimento que los años depositan en una cara humana, habían desaparecido, y todo cuanto había en su rostro era alegría, vivacidad y paz. Tomó las flores como bajo un impulso repentino e hizo un guiño a la anciana, como compartiendo alguna broma, y le dijo: "No sabe usted cuánto me ha gustado vivir". Ella lo contempló admirada y Mulligan se alejó, echando al aire el ramo como si fuera una pelota. Su corpulenta y erguida figura, cubierta por un sencillo pero costoso abrigo, se fue perdiendo en la distancia hasta desaparecer entre los rectos acantilados de oficinas en cuyas ventanas centelleaba el sol primaveral.

-Midas Mulligan era un verdadero hijo de puta con el signo dólar estampado en el corazón -dijo Lee Hunsacker en medio del vapor del estofado- Todo mi futuro dependía de un miserable medio millón de dólares, que para él no era nada, pero cuando se los solicité en préstamo, se negó rotundamente, alegando que yo no tenía garantías para ofrecerle. ¿Cómo podía tener garantías cuando nadie me había dado una oportunidad de prosperar? ¿Por qué prestaba dinero a otros y, en cambio, me lo negaba a mí? Era pura discriminación. Ni siquiera le importaron mis sentimientos. Dijo que mis fracasos anteriores me descalificaban como propietario, no ya de una fábrica de motores, sino de un simple camión de verduras. ¿Qué fracasos? No podía impedir que una banda de ignorantes se negaran a cooperar conmigo y rechazaran las resmas de papel que yo les ofrecía. ¿Con qué derecho ese canalla juzgaba mi capacidad de empresario? ¿Por qué mis planes para el futuro tenían que depender de la arbitraria opinión de un egocéntrico monopolista? No quise soportar todo aquello pacientemente, y le inicié juicio.
-¿Qué cosa?
-¡Oh, sí! -repitió orgulloso- Lo mandé a juicio. Sé que esto puede parecer extraño en sus rigurosos Estados de la costa este, pero Illinois contaba con un sistema judicial muy humano y progresista en el que yo podía confiar. Debo aclarar que fue el 1° caso de este género, pero contaba con un abogado muy listo y progresista que vio una forma de ganar. Existía una ley de emergencia económica, según la cual quedaba prohibido discriminar por cualquier razón, no importaba cuál, a las personas por motivos que involucrasen su modo de vida.

"Estaba destinada a proteger a los jornaleros y a ese tipo de trabajadores, pero podía aplicarse perfectamente a mis socios y a mí, ¿no? Acudimos, pues, al tribunal y prestamos declaración acerca de las escasas oportunidades que habíamos tenido en el pasado. Repetí las palabras de Mulligan cuando afirmó que yo no podía llegar a ser ni siquiera dueño de un camión de verduras, y demostramos que todos los miembros de Amalgamated Service carecíamos de crédito y de posibilidades de ganamos la vida, por lo cual la compra de la fábrica de motores era nuestra única salvación, y como Midas Mulligan no tenía ningún derecho a discriminamos, nos sentíamos autorizados a exigirle un préstamo según la ley. ¡Oh! Nuestro caso fue perfecto, pero quien presidía el tribunal era el juez Narragansett, uno de esos anticuados monjes que piensan en términos matemáticos, sin ver jamás el lado humano de las cosas. Se lo pasó sentado durante todo el proceso como una ciega estatua de mármol y, finalmente, instó al jurado a pronunciar su veredicto en favor de Midas Mulligan, y añadió unas expresiones muy duras contra mí y mis socios. Pero apelamos ante un tribunal superior, que revocó el veredicto y ordenó a Mulligan que nos concediera el préstamo en nuestras condiciones. Tenía un plazo de 3 meses para hacerlo, pero antes que se cumpliera, sucedió algo que nadie hubiera podido imaginar: desapareció; él y su banco se evaporaron en el aire. No quedó ni un centavo que reclamar por nuestra acción legal. Gastamos mucho dinero en detectives, intentando encontrarlo, igual que otros muchos, pero tuvimos que desistir."

Dagny pensó que, más allá de la repulsión que la historia le causaba, el caso no era mucho peor que cualquiera de las otras cosas que Midas Mulligan había soportado durante años. Había sufrido muchas pérdidas a causa de leyes de ese tipo, de disposiciones y edictos que le costaron sumas de dinero aún mayores; pero había luchado y trabajado siempre con empeño; no era probable que aquel proceso lo arruinara.

-¿Qué le ocurrió al juez Narragansett? -indagó involuntariamente, preguntándose qué conexión subconsciente la había impulsado a ello. Sabía muy poco del juez Narragansett, pero recordaba su nombre porque era muy reconocido en todo el país. Ahora se daba cuenta, de improviso, de que hacía años que no oía hablar de él.

-Se retiró -dijo Lee Hunsacker.

-¿De veras? -preguntó casi con un suspiro.

-Sí.

-¿Cuándo?

-¡Oh! Algo así como 6 meses después.

-¿A qué se dedicó?

-No lo sé. Desde entonces no creo que nadie haya vuelto a tener noticias de él.

Lee Hunsacker se preguntó por qué Dagny parecía temerosa, pero parte del miedo se basaba precisamente en no poder darle una razón.

-Por favor, háblame de esa fábrica de motores -dijo haciendo un esfuerzo.

-Eugene Lawson, de Community National Bank de Madison, nos concedió finalmente un préstamo para comprarla, pero era un sujeto mediocre sin dinero suficiente para sacamos del apuro cuando fracasamos. Eso no fue culpa nuestra, desde el principio teníamos todo en contra. ¿Cómo podíamos hacer funcionar una fábrica si carecíamos de ferrocarril? ¿Es que no teníamos derecho a él? Intenté

convencerlos de poner de nuevo en funcionamiento la línea, pero esos condenados de Taggart Trans... -Se detuvo- Oiga. ¿No será usted por casualidad uno de esos Taggart?
-Soy la vicepresidenta de Operaciones de Taggart Transcontinental.
Por un instante la miró sumido en profundo estupor, y Dagny percibió el miedo, la reverencia y el odio que se pintaron sucesivamente en sus ojos. El resultado fue un repentino gesto de desdén.
-No necesito a ninguno de ustedes. No crea que les tengo miedo. No esperen que les ruegue por un empleo. No pido favores a nadie. Creo que no deben estar acostumbrados a que les hablen de este modo, ¿verdad?
-Sr. Hunsacker, le agradecería mucho si me facilitara la información que necesito acerca de esa fábrica.
-Ahora es un poco tarde para interesarse. ¿Cuál es el motivo? ¿Acaso le remuerde la conciencia? Le permitieron a Jed Starnes hacerse rico y, en cambio, no quisieron darnos una oportunidad a nosotros. Sin embargo, era la misma empresa y lo hicimos todo exactamente igual que él. Empezamos con el tipo de motor que más dinero le había proporcionado durante tantos años, pero luego, algún advenedizo del que nadie tenía noticias fundó otra empresa en Colorado con el nombre de Nielsen Motors y empezó a fabricar otro motor de la misma clase que el de Starnes, pero a mitad de precio. ¿Acaso podíamos evitarlo? Todo funcionó bien para Jed Starnes, porque ningún competidor desleal se le apareció en su tiempo, pero ¿qué íbamos a hacer nosotros? ¿Cómo luchar contra aquel Nielsen cuando nadie nos había dado un motor capaz de competir con el suyo?
-¿Se hicieron ustedes cargo del laboratorio de investigaciones de Starnes?
-Sí, sí, estaba allí, no faltaba nada.
-¿Y también del personal?
-Bueno, muchos se habían marchado cuando cerró la fábrica.
-¿Habla usted del grupo de investigadores?
-Sí, se habían ido.
-¿Contrataron a otros para sustituirlos?
-Sí, sí, algunos. Pero permítame decirle que no teníamos dinero para gastar en laboratorios, puesto que nunca dispusimos de fondos suficientes para tener un auténtico respiro. Ni siquiera podíamos pagar las facturas que debíamos para la modernización y decoración que era necesario realizar, porque la fábrica era muy antigua, desde el punto de vista del desempeño de los recursos humanos. Los despachos de los jefes apenas si tenían yeso en las paredes, y no había más que un minúsculo lavatorio. Cualquier psicólogo moderno le dirá que nadie puede rendir lo suficiente en un ambiente tan depresivo. Tenía que dar a mi oficina colores más atractivos e instalar un baño moderno, con su correspondiente ducha. Además, gasté mucho dinero en una nueva cafetería y en un espacio de descanso y recreación para los empleados. Era preciso generar un buen clima, ¿no? Cualquier persona bien informada sabe que el hombre es producto de los factores esenciales de su entorno, y que su mente es forjada por sus herramientas de producción. Pero las personas no quisieron esperar a que las leyes del determinismo económico operaran sobre nosotros. Jamás habíamos sido dueños de una fábrica de motores. Teníamos que dejar que las herramientas de

producción condicionasen nuestras mentes, pero nadie nos dio el tiempo necesario.
-¿Puede decirme algo acerca de la tarea de su Departamento de Investigación?
-¡Oh! Teníamos un grupo de jóvenes prometedores, dotados de diplomas de las mejores universidades, pero no sirvió de nada. No sé exactamente qué hacían, creo que eran unos haraganes, que se comían su salario sin dar rendimiento alguno.
-¿Quién estaba al frente del laboratorio?
-¡Diablos! ¿Cómo quiere que me acuerde?
-¿Recuerda el nombre de alguno de los integrantes del equipo de investigadores?
-¿Usted cree que tenía tiempo para conversar con cada uno de ellos?
-¿Nadie le dijo que estaba realizando experimentos con un... con un motor completamente nuevo?
-¿Qué motor? Un jefe no pierde el tiempo en los laboratorios. Estaba casi siempre en Nueva York y en Chicago, tratando de conseguir el dinero que nos permitiera sobrevivir.
-¿Quién era el gerente general de la fábrica?
-Un tipo muy listo llamado Roy Cunningham, que murió el año pasado en un accidente automovilístico. Dijeron que estaba borracho.
-¿Puede darme el nombre y la dirección de alguno de sus asociados? Cualquiera que recuerde.
-No sé qué ha sido de ellos. Nunca tuve ganas de seguirles el rastro.
-¿Ha guardado algún registro de la empresa?
-Desde luego.
Dagny se irguió vivamente.
-¿Me dejaría examinarlos?
-Seguro.
Parecía ansioso. Se levantó y salió apresuradamente de la habitación. Lo que puso ante ella al regresar era un grueso álbum de recortes con sus entrevistas periodísticas y los comunicados de prensa de la firma.
-Yo también fui uno de los grandes industriales -se jactó- Como puede ver, alcancé la categoría de figura nacional. Mi biografía será un libro de profunda significación humana. Debí haberla escrito hace mucho tiempo, pero no tenía las adecuadas herramientas de producción. -Golpeó colérico su máquina de escribir- No puedo trabajar con esta condenada, se salta espacios. ¿Cómo conseguir inspiración y escribir una obra de éxito con una máquina que se salta espacios?
-Gracias, Sr. Hunsacker -dijo Dagny - Tengo la impresión de que esto es todo cuanto puede decirme. -Se levantó- ¿Sabe por casualidad qué ha sido de los herederos de Starnes?
-¡Oh! Al quebrar la fábrica se pusieron a salvo. Eran 3: 2 hijos y 1 hija. Lo último que supe de ellos es que viven, aunque procurando pasar inadvertidos, en Durance, Luisiana.
Antes de partir, Dagny vio que Lee Hunsacker daba un salto en dirección a su cocina, tomaba la tapa de la cacerola y la dejaba caer al suelo; se oyó un insulto: el estofado se había quemado.

Muy poco quedaba de la fortuna de Starnes, y menos aún de la de sus herederos.

-No le gustará visitarlos, Srta. Taggart -dijo el jefe de policía de Durance, Luisiana, un hombre maduro, de modales firmes, pausados y un aire de amargura causado no por algún ciego resentimiento, sino por el hecho de mantenerse fiel a normas claramente definidas- En el mundo hay toda clase de seres humanos y, entre ellos, asesinos y maníacos criminales, pero a mi modo de ver, estos Starnes son una clase con la que ninguna persona decente debería relacionarse. Tienen muy malas intenciones, Srta. Taggart, son escurridizos y malvados... Aún siguen en la ciudad, por lo menos 2 de ellos pues el 3° murió: suicidio, hace 4 años. Se trata de una historia muy triste. Era el más joven, Eric Starnes: un maníaco crónico que iba de un lado a otro lloriqueando y sacando a relucir la ternura de sus sentimientos, aun cuando ya había pasado los 40. Su obsesión era que necesitaba amor.
"Solían mantenerlo mujeres mayores que él, cuando podía encontrarlas. Luego empezó a perseguir a una bonita muchacha de 16 años, que nunca quiso saber nada con él, y que, luego, se casó con el joven con el que estaba comprometida. Eric Starnes se metió en su casa el día de la boda, y cuando los novios regresaron de la iglesia, lo encontraron en su dormitorio, muerto: se había cortado las venas de las muñecas... Yo siempre he dicho que hay que saber perdonar a un hombre que se suicida silenciosamente. ¿Quién puede juzgar los sufrimientos de otro y comprender el límite de su tolerancia? Pero el que se mata haciendo alarde de ello para perjudicar a alguien, el que acaba con su vida por maldad, no merece perdón ni excusa alguna; es un perverso de pies a cabeza, y gana que la gente escupa su recuerdo, en vez de lamentar lo sucedido y compadecerlo, que es lo que Eric Starnes buscaba... Si quiere, puedo decirle dónde ubicar a los otros 2."
Encontró a Gerald Starnes en una posada de mala muerte. Estaba medio tendido en un catre. Su pelo era aún negro, pero el tono blanquecino de su barba era como una neblina de helechos muertos sobre un rostro sin vida. Estaba borracho y una risa idiota le quebraba la voz cuando hablaba con rara y persistente malevolencia.
-La gran fábrica se hundió: eso fue lo que sucedió, estalló de repente. ¿Le preocupa eso, Sra.? Era una fábrica, corrupta, todo el mundo está corrompido. Creen que le voy a pedir perdón a alguien, pero no lo haré. ¡A la mierda con todo! La gente sufre, tratando de representar su papel, cuando, en realidad, todo está podrido, completamente podrido, automóviles, edificios y almas. Todo es igual, hágase lo que se haga. Tendría que haber visto a los literatos que se humillaban cuando yo tenía dinero y lanzaba un silbido. Los profesores, los poetas, los intelectuales, los salvadores del mundo y los partidarios de la fraternidad. Cada vez que silbaba... Me divertí muchísimo. Entonces quería hacer el bien, pero ahora ya no, no existe el bien, no existe la maldita bondad en todo este maldito universo... No me baño porque no quiero hacerlo. Eso es todo... Si quiere saber algo de la fábrica, pregúntele a mi hermana. Mi dulce hermana, poseedora de un fondo de ahorros que no pudieron tocar, y gracias al cual se salvó, aun cuando ahora pertenezca a la clase humilde de los que comen hamburguesas y no filete con setas. Ella fue tan culpable de la quiebra como yo, pero ¿la cree capaz de darle una miserable moneda a su hermano? ¡Ah! Vaya a echar una mirada a la duquesa. Hágalo. ¿Qué me importa esa fábrica? Era un montón de maquinaria grasienta. Sería capaz de vender todos mis derechos, mis reclamaciones y títulos, por un trago. Soy el último de los Starnes. Ese apellido solía ser grande: Starnes.

¡Se lo vendo! Cree que soy un sucio vagabundo, pero esa palabra podría aplicarse a todos, incluso a damas ricas como usted. Quise hacer el bien a la humanidad. ¡Ah! Me gustaría verlos a todos hervir en una olla. Me divertiría, quisiera que se ahogaran. ¿Qué importa?... ¿Qué mierda importa?

En el catre contiguo, un pequeño vagabundo de pelo blanco se volvió en sueños, gruñendo; una moneda cayó de sus harapos y tintineó en el suelo. Gerald Starnes la recogió y se la guardó en el bolsillo. Luego miró a Dagny, mientras las arrugas de su cara se contraían en una maliciosa sonrisa.

-¿Quiere despertarlo y empezar una disputa? -preguntó- Si lo hace, diré que está mintiendo.

La casa maloliente donde encontró a Ivy Starnes estaba en las afueras de la ciudad, a orillas del Mississippi. Las colgantes matas de musgo y las aglomeraciones de suave follaje daban al ambiente cierto aire soñoliento; las excesivas cortinas en medio del aire fétido de una pequeña habitación tenían un tono similar. El olor procedía de rincones sin limpiar y del incienso que ardía en recipientes de plata a los pies de contorsionadas deidades orientales. Ivy Starnes estaba sentada sobre un almohadón, igual que un Buda panzón. Su boca formaba un estrecho semicírculo como la de un niño que exige adulación, en el rostro amplio y pálido de una mujer que ya había pasado los 50. Sus ojos eran 2 inservibles estanques de agua y su voz tenía el sonar monótono y constante de la lluvia.

-No me es posible contestar sus preguntas, jovencita. ¿El laboratorio de investigación? ¿Los ingenieros? ¿Por qué debería recordar todo eso? Era mi padre quien se encargaba de esas cosas, no yo; pero mi padre era un malvado que no se preocupó de nada, excepto de sus negocios. No tuvo tiempo para el amor; sólo para el dinero. Mis hermanos y yo vivíamos en un plano diferente. Nuestro propósito no era producir beneficios, sino hacer el bien. Hace 11 años elaboramos un novedoso e importante plan, pero fuimos derrotados por la codicia, el egoísmo y la bajeza animal de las personas. Era el eterno conflicto entre espíritu y materia; entre alma y cuerpo. No quisieron renunciar a sus cuerpos, que era todo lo que queríamos de ellos. No me acuerdo de ninguna de esas personas, ni me importa... ¿Los ingenieros? Creo que fueron ellos los que provocaron la hemofilia... Sí, digo bien, la hemofilia, esa paulatina hemorragia, esa pérdida de jugo vital imposible de detener. Fueron los 1° en huir, desertaron unos tras otro... ¿Nuestro plan? Pusimos en práctica el noble precepto histórico: de los más capaces a los más necesitados. Todos los trabajadores de la fábrica, desde el personal de limpieza hasta el presidente, recibían el mismo salario, el mínimo que cubriera sus necesidades diarias. Dos veces al año nos reuníamos en asamblea, y cada uno de nosotros presentaba sus reclamos. El voto de la mayoría determinaba las necesidades y las capacidades de cada uno, y las utilidades de la fábrica eran distribuidas según esa modalidad. Las recompensas se basaban en la necesidad, y los castigos, en la habilidad. Quienes, según la votación, tenían mayores necesidades, recibían las cantidades más elevadas, y quienes no habían producido lo señalado por nuestras normas, eran obligados a pagar una multa, trabajando horas extra. Tal fue nuestro plan, basado en el principio del altruismo; requería hombres que actuaran no por la ambición de beneficios, sino por amor a sus hermanos.

Dagny escuchó una voz fría e implacable que murmuraba en su interior: "Recuérdalo... recuérdalo bien, no es habitual encontrarse frente a la maldad pura. Fíjate bien y recuerda que algún día encontrarás las palabras para denominar su esencia".
Aquellas frases sonaban sobre el griterío de otras voces que clamaron impacientes y violentas: "No es nada. Ya lo he oído antes y lo oigo en todas partes, es siempre la misma canción. ¿Por qué debo soportarlo? No lo puedo soportar, no lo puedo soportar".
-¿Qué le sucede, jovencita? ¿Por qué se levanta de un modo tan brusco? ¿Por qué tiembla...? ¿Cómo? Hable más alto, no la oigo... ¿Cómo resultó nuestro plan? No quiero hablar de eso. Las cosas fueron empeorando y pudriéndose año tras año. Perdí la fe en la naturaleza humana. En 4 años, un plan concebido, no por el frío cálculo de la mente, sino por el amor puro del corazón, fue conducido a su fin entre un sórdido revoltijo de policías, abogados y juicios de quiebra, pero comprendí mi error y me siento libre de él. Estoy harta del mundo de las máquinas, las manufacturas y el dinero, el mundo esclavizado por lo material. Estoy aprendiendo los secretos de la emancipación del espíritu tal como la proponen los hindúes; la liberación de las ligaduras que oprimen la carne; la victoria sobre la naturaleza física; el triunfo del espíritu sobre la materia.
A través de la cegadora y blanca claridad, y ofuscada por la cólera, Dagny veía una larga faja de cemento, que en otros tiempos fue una carretera y de cuyas grietas surgían yuyos, y la figura crispada de un hombre que arrastraba manualmente su arado.
-Ya le dije que no recuerdo nada, jovencita. No conozco sus nombres, no me acuerdo de ninguno, no sé qué clase de aventureros pudo haber tenido mi padre en ese laboratorio. ¿Me oye...? No estoy acostumbrada a que me interroguen de este modo. ¡Deje de decir lo mismo! ¿Es que no conoce otra palabra más que "ingeniero"? ¿Me oye...? ¿Qué le ocurre? No me gusta su cara. Es usted... Déjeme en paz. No la conozco, pero no creo haberle hecho nunca daño. Soy una vieja. No me mire así... ¡Atrás! No se acerque o pediré auxilio... ¡ah! ¡Sí, sí! Me acuerdo de uno, su nombre era William Hastings; era el ingeniero principal, el jefe del laboratorio. Lo recuerdo bien. Se fue a Brandon, Wyoming, al día siguiente de que pusimos en marcha nuestro plan. Fue el 2° en abandonarnos... No, no recuerdo quién fue el 1°, nadie importante.

* * *

La mujer que abrió la puerta tenía el pelo gris y un aire calmo y distinguido, por lo que le llevó a Dagny varios segundos darse cuenta de que su vestido era de entrecasa.
-¿Podría ver al Sr. William Hastings? -preguntó.
La mujer la contempló durante un brevísimo instante con expresión extraña, curiosa y seria.
-¿De parte de quién?
-Soy Dagny Taggart, de Taggart Transcontinental.
-¡Oh! Entre, por favor, Srta. Taggart. Yo soy la Sra. Hastings.

Un mesurado tono de seriedad sonaba en cada sílaba como una advertencia. Si bien era amable, la mujer no esbozó ninguna sonrisa.
Era una casa muy modesta en los suburbios de una ciudad industrial. Las ramas desnudas de unos árboles se dibujaban contra el frío azul del cielo, en la colina en que se hallaba la vivienda. Las paredes de la sala eran de un gris plateado; la luz del sol daba sobre el pie de cristal de una lámpara con pantalla blanca. Más allá de una puerta abierta, se veía el espacio en el que se tomaba el desayuno, revestido de papel blanco con puntos rojos.
-¿Tuvo alguna relación de tipo comercial con mi esposo, Srta. Taggart?
-No, no conozco al Sr. Hastings, pero me gustaría hablar con él acerca de un asunto de negocios verdaderamente importante.
-Mi esposo falleció hace 5 años, Srta. Taggart.
Dagny cerró los ojos; el sordo y contundente golpe recibido acarreaba conclusiones que no podía expresar en palabras. William Hastings era el hombre que estaba buscando afanosamente y Rearden tenía razón; por eso el motor había quedado abandonado en un montón de chatarra.
-Cuánto lo siento exclamó -tanto para la Sra. Hastings como para sí.
La leve sonrisa que apareció en el rostro de la mujer expresaba tristeza, pero no había en ella ningún indicio de tragedia, tan sólo una grave expresión de firmeza, resignación y serenidad.
-Sra Hastings, ¿me permite hacerle unas preguntas?
-Desde luego. Siéntese, por favor.
-¿Tenía usted algún conocimiento acerca del trabajo científico de su marido?
-Muy poco. En realidad, nada. Nunca hablábamos de trabajo en casa.
-Su marido ¿llegó a ser jefe de ingenieros en Twentieth Century Motor Company?
-Sí, trabajó allí durante 18 años.
-Era mi intención interrogar al Sr. Hastings acerca de su trabajo allí y de los motivos por los que lo dejó. Si lo sabe, dígamelo. Me gustaría averiguar qué ocurrió en aquella fábrica.
La tristeza se agudizó en la sonrisa de la Sra. Hastings.
-Es justamente lo que me gustaría entender -dijo- Pero ya no podré hacerlo. Sé por qué dejó la fábrica. Se marchó por culpa de aquel esquema delirante establecido por los herederos de Jed Starnes. No quiso trabajar en tales condiciones para gente de esa calaña, pero había algo más en Twentieth Century Motor. Siempre tuve la sensación de que no quiso contármelo todo.
-Tengo sumo interés en cualquier dato que usted pudiera darme.
-No puedo aportar indicio alguno. Intenté adivinar hasta que me rendí. No puedo comprenderlo ni explicarlo, lo único que sé es que sucedió algo raro. Cuando mi marido dejó Twentieth Century, nos trasladamos aquí y él aceptó un puesto como jefe del departamento científico de Acme Motors. Era una empresa en pleno crecimiento, que le ofrecía la clase de trabajo que anhelaba. Nunca fue un hombre de conflictos, siempre estuvo muy seguro de sus actos y en paz consigo mismo, pero durante 1 año, luego de salir de Wisconsin, actuó como si se sintiera torturado por algo, como si estuviese en permanente lucha contra un problema personal de imposible solución. Al final de aquel año me dijo que había renunciado a Acme Motors; que se retiraba y que no volvería a trabajar en ningún otro lugar. El amaba su profesión y vivía para ella, pero parecía tranquilo, confiado y feliz por

1° vez desde que llegamos aquí. Me rogó que no le preguntara los motivos por los que había tomado tal decisión y yo no le hice ninguna pregunta, ni me quejé. Teníamos esta casa, nuestros ahorros, y podíamos vivir modestamente el resto de nuestros días. Jamás supe sus motivos. Continuamos viviendo aquí, tranquilos y felices. Se sentía muy contento, lleno de una extraña serenidad de espíritu que nunca había visto en él. No había nada raro en su comportamiento o en sus actividades, salvo que, en ciertas ocasiones, muy raramente, salía sin decirme adónde iba o a quién había visto. En los últimos 2 años de su vida se ausentaba 1 mes cada verano, sin decirme dónde iba. Por lo demás, su existencia fue la misma de siempre. Estudiaba mucho y pasaba el tiempo en investigaciones científicas particulares en el sótano. No sé lo que hizo con sus notas o con sus experimentos, pero después de su muerte no encontré rastros de ellos. Falleció hace 5 años de un problema cardíaco que venía sufriendo desde algún tiempo antes.
Ya desesperanzada, Dagny preguntó: -¿Conocía usted la naturaleza de sus experimentos?
-No. Sé muy poco de ingeniería.
-¿Conoce a alguno de sus colegas o colaboradores, que tuvieran conocimiento de la investigación que llevaba adelante?
-No, en Twentieth Century Motors trabajaba mucho, y el poco tiempo disponible lo pasábamos juntos y solos; no teníamos vida social y jamás trajo a sus colegas a casa.
-Cuando estaba en Twentieth Century, ¿mencionó alguna vez haber diseñado un tipo de motor nuevo que podía haber cambiado el rumbo de la industria?
-¿Un motor? Sí, sí, habló de él varias veces. Decía que se trataba de un invento de incalculable importancia. Pero no era él quien lo había diseñado, sino uno de sus jóvenes ayudantes.
Vio la expresión que se pintaba en la cara de Dagny, y agregó lentamente, con cierto tono de pregunta en el que no sonaba señal alguna de reproche, sino tan sólo cierta triste ironía: -Ya veo.
-¡Oh! Lo lamento -exclamó Dagny dándose cuenta de que su emoción acababa de hacerse notoria en forma de una sonrisa tan amplia como un grito de alivio.
-Está bien, lo entiendo, lo que usted busca es al inventor de ese motor. No sé si vive todavía, pero no tengo motivos para creer lo contrario.
-Daría la mitad de mi existencia por saber que vive y encontrarlo. Se trata de algo de suma importancia, Sra. Hastings. ¿Quién es?
-No lo sé, no sé su nombre ni nada de él. Nunca conocí a ninguno de los colaboradores de mi marido. Solamente me dijo que era un joven ingeniero, capaz de dar vuelta al mundo si se lo proponía. A mi esposo no le interesaba nada de la gente, excepto su inteligencia. Creo que fue la única persona a la que profesó cariño. Aunque no me lo dijera, me di cuenta por el modo en que hablaba de él.
-¿No sabe lo que ha sido de él?
-No.
-¿Puede sugerirme algún modo de encontrarlo?
-No.
-¿No se le ocurre ningún indicio, ningún rastro que me ayude a averiguar su nombre?
-Ninguno. Dígame, ¿tan valioso era ese motor?

-Mucho más de lo que pueda explicarle.
-Es raro, porque una vez, unos años después de salir de Wisconsin, me acordé de ello y pregunté a mi marido qué había sido de aquel invento que tanto alabó. Me miró de un modo muy extraño y repuso: "Nada".
-¿Por qué?
-No quiso explicarlo.
-¿Puede recordar a alguien que haya trabajado en Twentieth Century? ¿Cualquiera que conociese al joven ingeniero? ¿Algún amigo, por ejemplo?
-No... ¡Espere! Creo que puedo darle una pista. Le diré dónde encontrar a un amigo. No conozco su nombre, pero sí sé dónde puede estar. Se trata de una historia muy rara, más vale que se la explique. Una noche, unos 2 años después de mudamos aquí, mi esposo tenía que salir, pero como yo necesitaba también el coche, me dijo que lo recogiera después de cenar en el restaurante de la estación, sin aclararme con quiénes iba a cenar. Cuando llegué allí lo vi frente al restaurante con 2 hombres. Uno de ellos era alto y joven; el otro, de edad madura y aspecto distinguido. Los reconocería donde los viese, porque tenían esas caras que nunca se olvidan. Al verme, mi marido se separó de ellos, y ambos se alejaron hacia el andén, pues se acercaba un tren. Mi esposo señaló al joven y dijo: "¿Lo viste? Es el muchacho de quien te vengo hablando". "¿Es el gran inventor de motores?" "Sí, ése es."
-¿No le dijo nada más?
-Nada. Todo esto fue hace 9 años. La primavera pasada fui a visitar a mi hermano que vive en Cheyenne. Una tarde salí con él y toda su familia para dar un largo paseo. Nos internamos por parajes solitarios, próximos a las Rocallosas, y nos detuvimos en un restaurante al lado de la carretera. Al otro lado del mostrador había un hombre de pelo gris y distinguido. Lo estuve mirando mientras nos preparaba los bocadillos y el café, segura de haber visto su cara en otro sitio. Continuamos la marcha y, cuando nos hallábamos a varios kilómetros de distancia, recordé quién era. Puede ir allá, es en la ruta 86, en plena montaña, al oeste de Cheyenne, cerca de un pequeño complejo industrial junto a la fundición Lennox. Aunque parezca extraño, estoy segura de que el cocinero de aquel restaurante es el hombre que vi en la estación con el joven ídolo de mi marido.

* * *

El restaurante estaba al final de una larga y abrupta pendiente. Sus paredes de cristal ponían un detalle de esplendor en aquel paisaje de rocas y de pinos, que descendía en quebradas y barrancos hacia la puesta del sol. Abajo todo estaba muy oscuro, pero la suave y etérea claridad que seguía iluminando el local lo convertía en una especie de laguna dejada por la marea en retirada.
Dagny se sentó al extremo del mostrador y pidió una hamburguesa. Era la más sabrosa que había probado jamás. Aunque muy simple, estaba hecha con habilidad extraordinaria. Dos obreros terminaban de comer y ella esperó a que se marcharan.
En tanto, estudió al hombre detrás del mostrador: era alto y esbelto, y con la distinción de un noble o un banquero, pero su cualidad peculiar estaba en que aquella elegancia pareciese apropiada incluso allí, detrás del mostrador de un

restaurante al paso. Llevaba su chaqueta blanca de cocinero como si se tratara de un smoking y en sus movimientos simples y acotados, dejaba entrever experiencia. Tenía cara delgada y cabello gris, a tono con el frío azul de sus ojos. Por encima de su aspecto de afable mesura se destacaba una nota de humor tan débil que se desvanecía cuando alguien intentaba fijarse en ella.
Los 2 obreros terminaron de comer, pagaron, dejaron 10 centavos de propina y se marcharon. Con rapidez y precisión, el hombre retiró los platos, guardó las monedas en el bolsillo y limpió el mostrador. Luego se volvió y la miró. Se trataba de una mirada impersonal que no invitaba a la conversación, pero Dagny estaba segura de que había notado su vestido neoyorquino, sus zapatos de tacón alto y su aspecto de mujer que no solía perder el tiempo. Sus ojos fríos y observadores parecían comunicarle que se había dado cuenta de que no pertenecía a aquel lugar y que esperaba descubrir los propósitos que la llevaban hasta ahí.
-¿Qué tal los negocios? -preguntó Dagny.
-Bastante mal. La semana que viene cerrarán la fundición Lennox, así que tendré que hacer lo propio y marcharme de aquí -respondió con voz clara y cordial.
-¿Adónde piensa ir?
-No lo he decidido aún.
-¿Qué proyecto tiene en mente?
-No lo sé. Pensaba abrir un garaje, siempre que encuentre un lugar adecuado en la ciudad.
-¡Oh, no! Usted es demasiado bueno en su trabajo como para cambiarlo. No debería hacer otra cosa que trabajar en la cocina -Una extraña y fina sonrisa curvó sus labios.
-¿No? -preguntó cortésmente.
-¡No! ¿Le gustaría un puesto en Nueva York? -La miró sorprendido- Le hablo en serio. Puedo ofrecerle trabajo en una gran compañía ferroviaria como encargado del departamento de cochescomedor.
-¿Me permite preguntarle por qué me daría ese puesto?
Le mostró la hamburguesa envuelta en su servilleta de papel blanco- Esta es una de las razones.
-Gracias. ¿Y las demás?
-Creo que no ha vivido usted en una gran ciudad o, de lo contrario, se habría enterado de lo infelizmente difícil que es encontrar a un hombre competente para una tarea determinada.
-Sabía algo de eso.
-Bien. Entonces, ¿qué opina? ¿Le gustaría trabajar en Nueva York con un sueldo de 10.000 dólares al año?
-No.
Dagny se había dejado llevar por el placer de poder recompensar a un hombre realmente capaz. Al oír su respuesta, quedó perpleja.
-No creo que me haya comprendido.
-Pero lo hice.
-¿Y rechaza una oportunidad así?
-Sí.
-Pero, ¿por qué?
-Se trata de un asunto personal.

-¿Por qué trabajar así cuando puede tener un trabajo mejor?
-No estoy buscando un trabajo mejor.
-¿No quiere prosperar y hacer dinero?
-No. ¿Por qué insiste?
-Porque no me gusta ver desperdiciar talento.
-Lo mismo me ocurre a mí -dijo él lenta e intencionadamente.
Algo en su manera de hablar hizo que Dagny percibiera que estaban compartiendo una rara emoción y la obligó a quebrantar su disciplina según la cual se había prohibido pedir ayuda a nadie.
-¡Estoy harta! -exclamó con un grito involuntario que la asombró- ¡Cuánto deseo ver a alguien capaz de hacer lo que fuere que esté realizando!
Presionó sus ojos con el dorso de la mano tratando de contener el estallido de una desesperación que no se había permitido admitir. No comprendió su alcance ni la poca resistencia que aquella intensa búsqueda le había dejado.
-Lo siento -dijo él en voz baja; las palabras sonaron más como compasión que como disculpa.
Dagny lo miró. El hombre sonreía como si quisiera con aquella sonrisa quebrantar el lazo que los había unido y que él también percibía. Su expresión era como de amable burla.
-No creo que haya recorrido toda esta distancia desde Nueva York, sólo para buscar cocineros en las Rocallosas.
-No, vine por otra razón. -Se inclinó hacia adelante, ambos antebrazos firmemente apoyados sobre el mostrador, tranquila y otra vez en perfecto dominio de sí misma; estaba ante un adversario dificil.
-¿Conoció unos 10 años atrás a un joven ingeniero que trabajaba para Twentieth Century Motor Company?
Dagny pudo contar los segundos de aquella larga pausa. No fue capaz de definir el modo en que él la miraba, excepto en el sentido de que le estaba dispensando una atención muy especial.
-Sí, lo conocí -repuso.
-¿Podría facilitarme su nombre y dirección?
-¿Para qué?
-Necesito encontrarlo.
-¿A ese hombre? ¿Qué importancia tiene?
-Para mí es la persona más importante del mundo.
-¿En serio? ¿Por qué?
-¿Sabía usted algo de su trabajo?
-Sí.
-¿Se enteró de que estaba desarrollando una idea de consecuencias, extraordinarias?
El dejó pasar un largo momento.
-¿Puedo preguntar quién es usted?
-Dagny Taggart, vicepres...
-Srta. Taggart, sé muy bien quién es usted.
Hablaba con cierta deferencia impersonal, como si hubiera encontrado la respuesta a alguna pregunta interior y pudiera explicárselo todo.

-Entonces se habrá dado cuenta de que mi interés no es en vano -dijo Dagny- Me encuentro en situación de poder ofrecerle a ese hombre la oportunidad que desea, y estoy dispuesta a pagarle lo que pida.
-¿Puedo preguntarle por qué tiene tanto interés en él?
-Por su motor.
-¿Cómo se enteró de su motor?
-Encontré restos en las ruinas de la fábrica Twentieth Century, pero no lo suficiente como para poder reconstruirlo o averiguar cómo funciona. Sin embargo, me alcanzó para comprender que es un invento que puede salvar mi ferrocarril, al país y a la economía del mundo entero. No me pregunte qué rutas he seguido en mi intento por encontrar al motor y a su inventor. No tiene importancia, ni siquiera mi vida y mi trabajo la tienen ahora, nada es importante excepto encontrarlo. No me pregunte cómo he dado con usted, su persona es el fin del camino. Dígame su nombre.
La había escuchado sin moverse, mirándola de frente, mientras su atención parecía irse apropiando de cada palabra y archivándola cuidadosamente. Durante largo rato permaneció inmóvil y luego dijo: -Olvídese, Srta. Taggart. No lo encontrará.
-¿Cómo se llama?
-No puedo decirle nada sobre él.
-¿Vive todavía?
-No puedo decírselo.
-Y usted, ¿cómo se llama?
-Hugh Akston.
En el transcurso de aquellos segundos en blanco, durante los cuales trató de recuperar la serenidad mental, Dagny no cesó de repetirse: "Estás histérica... no enloquezcas... se trata sólo de una coincidencia de nombres". Pero, presa de inexplicable terror, tuvo la certeza de que ese cocinero era el Hugh Akston de quien tanto había oído hablar.
-¿Hugh Akston? -tartamudeó- ¿El filósofo? ¿El último defensor de la razón?
-En efecto -contestó él plácidamente-, o el 1° en retomar a ella.
No parecía sorprendido por la reacción de la joven; tan sólo la consideraba exagerada. Sus modales eran simples, casi amistosos. No parecía tener necesidad de ocultar su identidad, ni irritación por haber sido descubierto.
-No esperaba que ningún joven reconociera mi nombre o le asignara algún significado -dijo.
-Pero... ¿qué hace usted aquí? -Dagny describió un amplio círculo con el brazo- ¡No tiene sentido!
-¿Está segura?
-¿Qué es esto? ¿Una farsa? ¿Un experimento? ¿Una misión secreta? ¿Está estudiando algo con algún propósito especial?
-No, Srta. Taggart, simplemente, me gano la vida. -Su voz y sus palabras poseían la auténtica simplicidad de un hecho dado.
-Dr. Akston... esto es inconcebible, usted es... un pensador... el más grande filósofo vivo... un nombre inmortal... ¿Por qué haría usted esto?
-Porque soy filósofo, Srta. Taggart.

Supo con absoluta certeza -aun cuando su capacidad de certeza, e incluso de comprensión, hubiera ya desaparecido- que no conseguiría ayuda de él, que sería inútil preguntar, que no le daría explicación alguna acerca del destino del inventor, ni del suyo.
-Se lo repito, Srta. Taggart: ¡olvídese! -agregó como leyendo sus pensamientos- Se trata de una búsqueda inútil y más inútil aún porque usted no tiene la menor idea de lo imposible que es la tarea en la que está embarcándose. Quisiera ahorrarle el dolor de inventar un argumento, un pretexto o una súplica capaz de obligarme a facilitarle esa información. Créame una cosa: es imposible. Dijo que soy el final del camino, pero soy un callejón sin salida, Srta. Taggart. No intente gastar su dinero y sus esfuerzos en métodos más convencionales de investigación. No contrate detectives, pues no averiguarán nada. Quizá opte por dejar de lado mi advertencia, pero creo que usted es una mujer lo suficientemente inteligente para darse cuenta de lo que le digo. Desista. El secreto que intenta penetrar comprende algo mucho mayor que el invento de un motor accionado por la energía atmosférica. Tan sólo puedo ofrecerle una sugerencia: en la esencia y la naturaleza de la vida, no existen las contradicciones. Si piensa usted que es inconcebible que ese invento sensacional haya quedado abandonado entre ruinas, y que un filósofo prefiera trabajar como cocinero, compruebe sus premisas y notará que una de ellas es falsa.
Dagny se asombró al recordar que había oído esas palabras en otra ocasión y pronunciadas por Francisco. Luego le vino a la memoria que este cocinero había sido uno de los maestros de Francisco.
-Como usted quiera, Sr. Akston -dijo- No intentaré interrogarlo acerca de ello, pero ¿me permite una pregunta sobre un asunto totalmente distinto?
-Desde luego.
-El Dr. Robert Stadler me contó una vez que cuando usted enseñaba en la Universidad Patrick Henry tuvo 3 estudiantes favoritos que también lo fueron de él, 3 mentes privilegiadas de las que se esperaba un gran futuro. Uno de ellos fue Francisco d'Anconia.

-Sí, y el otro, Ragnar Danneskjöld.
-A propósito, y ésta no es mi pregunta, ¿quién fue el 3°?
-Su nombre no le diría nada, no es conocido.
-El Dr. Stadler dijo que usted y él llegaron a rivalizar por culpa de aquellos 3 estudiantes a los que ambos consideraban como hijos.
-¿Rivalizar? Él los perdió.
-Dígame, ¿se siente orgulloso de los caminos adoptados por los 3 jóvenes?
Miró hacia la distancia, al fuego moribundo del crepúsculo sobre las rocas más lejanas, y su cara adoptó la expresión de un padre que ve cómo sus hijos se desangran en un campo de batalla.
-Más orgulloso de lo que nunca pensé estar.
Era casi de noche. El se volvió bruscamente, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y extrajo uno. Luego se detuvo, recordando de improviso la presencia de Dagny y le convidó; ella tomó un cigarrillo y el filósofo encendió ambos con una cerilla. Sólo brillaban en la estancia 2 minúsculos puntos

luminosos, encerrados en la oscuridad de una caja de cristal y rodeados de kilómetros y kilómetros de montañas.
Dagny se levantó, pagó su cuenta, y dijo: -Gracias, Dr. Akston. No voy a molestarlo con lamentos ni ruegos, y tampoco contrataré detectives, pero creo mi deber advertirle que no pienso rendirme. Necesito encontrar al inventor, y lo encontraré.
-No será hasta el día en que él acceda a encontrarla a usted.
Cuando ella se acercaba a su automóvil, Akston encendió las luces del local. Dagny pudo ver el buzón de correos junto a la carretera con el nombre Hugh Akston claramente escrito en él.
Llevaba un rato conduciendo por la serpenteante carretera y las luces del restaurante se habían perdido mucho tiempo atrás en la distancia, cuando notó que le gustaba mucho el cigarrillo que le había dado Akston; era distinto a cuantos había fumado hasta entonces. Levantó la colilla hasta la luz del parabrisas, buscando la marca, pero no había nombre alguno, sino tan sólo un pequeño dibujo estampado en dorado sobre el fino y blanco papel: era el signo del dólar.
Lo examinó curiosamente; nunca había visto esa marca. Recordó al viejo del quiosco de cigarrillos en la estación terminal Taggart, y sonrió pensando que éste sería un buen ejemplar para su colección. Apagó la colilla y la guardó en su bolso.

Cuando llegó a Cheyenne, el tren N° 57 se encontraba en la vía, listo para partir hacia el Empalme Wyatt. Dejó el coche en la agencia donde lo había alquilado y se trasladó al andén de la estación Taggart. Faltaba media hora hasta que llegara el expreso de Nueva York. Caminó hasta el final del andén, y se apoyó fatigada contra un farol. No deseaba ser vista ni reconocida por los empleados, no quería hablar con nadie; necesitaba descansar. Unos pocos grupos de personas se encontraban en la plataforma casi desierta. Parecían tener lugar animadas conversaciones y los periódicos estaban colocados en el quiosco de manera más ostentosa que de costumbre.
Contempló las iluminadas ventanillas del tren 57, con alivio a la vista de lo que constituía una victoria. El tren estaba dispuesto sobre los rieles de la línea "John Galt", preparado para atravesar ciudades, describir curvas y pasar veloz ante señales verdes, por aquellos mismos lugares en que la gente se había reunido a vitorear, mientras en el aire estival se elevaban ruidosos cohetes. Retorcidos restos de hojas colgaban ahora de las ramas, más allá de la línea de los vagones, y los pasajeros llevaban abrigos y bufandas. Todo el mundo actuaba de manera automática como quien cumple una tarea diaria, como si esperase algo que desde mucho tiempo atrás daba por descontado. "Lo hemos conseguido" -pensó- "Por lo menos, esto es ya un hecho concreto."
De pronto, la conversación que dos hombres sostenían a poca distancia llamó su atención.
-Las leyes no deberían aprobarse de este modo, tan abruptamente.
-Es que no son leyes, son decretos.
-Entonces es ilegal.
-Tampoco puede considerarse ilegal, porque la Legislatura aprobó el mes pasado la concesión de plenas facultades para dictar decretos.

-No creo que los decretos deban ser presentados al público desde la nada, como quien descarga un puñetazo en la nariz de otro.
-Es que no se puede perder el tiempo en discusiones cuando se trata de una emergencia nacional.
-De todas formas, no creo que esté bien, no es una broma. ¿Qué va a hacer Rearden? Aquí dice...
-¿Por qué te preocupa tanto ese Rearden? Ya tiene suficiente dinero y encontrará la manera de hacer cualquier cosa.
Dagny corrió hacia el 1° puesto y adquirió un ejemplar del periódico de la noche. La noticia figuraba en la tapa: Wesley Mouch, coordinador jefe de la Oficina de Planificación Económica y de Recursos Nacionales, "actuando de manera sorprendente", según decía la información, "a causa de las urgentes necesidades nacionales", había cursado una serie de disposiciones que se enumeraban a lo largo de la página.
Se ordenaba a los ferrocarriles nacionales reducir la velocidad de todos sus trenes a un máximo de 100 km. por hora, y su longitud a 60 vagones. Además las empresas debían hacer circular el mismo número de trenes en cada uno de los 5 Estados vecinos de una zona. A tal efecto, el país quedaba dividido territorialmente en varias zonas, según lo expresaba la ley.
Se ordenaba a las fundiciones de acero limitar su producción de cualquier aleación metálica a una cifra igual a la producción de otras fundiciones situadas dentro de la misma jerarquía, y suministrar la misma proporción de metal a todos los consumidores que desearan utilizar el producto.
Todas las fábricas del país, cualquiera que fuese su envergadura y naturaleza, deberían abstenerse de trasladar sus emplazamientos actuales, excepto cuando les fuera concedido un permiso especial por parte de la Oficina de Planificación Económica y de Recursos Nacionales.
A fin de compensar a los ferrocarriles por los gastos adicionales que aquello implicaba y para "amortiguar el proceso de reajuste", se concedía una moratoria en el pago de intereses y del capital principal en todas las obligaciones ferroviarias, tanto las afianzadas como las no garantizadas, convertibles y no convertibles, por un período de 5 años.
Para aportar fondos para el cumplimiento de dichas pautas, se creaba un impuesto especial en Colorado por ser éste "el Estado en mejores condiciones de ayudar a otros a soportar el peso de la emergencia nacional". Dicho impuesto consistiría en 5% de las ventas brutas de todas las empresas industriales de Colorado.
La exclamación que dejó escapar Dagny fue tan rotunda como nunca hasta entonces se había permitido. Siempre había estado orgullosa de poder dominarse. A muy poca distancia se encontraba un hombre. No se percató de que era un vagabundo miserable. En el momento de proferir la exclamación, sólo deseaba darle el tono de un llamado a la razón ante un ser humano cualquiera.
-¿Qué vamos a hacer?
El vagabundo sonrió sin alegría y encogiéndose de hombros preguntó: -¿Quién es John Galt?
No era Taggart Transcontinental la que quedaba iluminada por el foco de terror de su mente, ni la idea de ver atormentado a Hank Rearden, sino Ellis Wyatt. Esta

idea borraba todo lo demás que pugnaba por llenar su conciencia, sin dejar lugar a palabras ni tiempo al asombro. Sobre la deslumbrante respuesta a las preguntas que no había empezado todavía a formularse, sobresalían 2 imágenes: la figura implacable de Ellis Wyatt frente a su escritorio en el momento de decir: "Puede usted destruirme si quiere, tendré que irme, pero si me voy, me aseguraré antes de llevarme a todos ustedes conmigo", y la violencia del mismo Ellis Wyatt cuando había estrellado una copa contra la pared.

El único sentimiento concreto que aquellas imágenes dejaron en ella fue el de la proximidad de un imprevisible desastre que era preciso evitar. Tenía que entrevistarse con Ellis Wyatt y detenerlo. No sabía a ciencia cierta qué debería impedir; tan sólo estaba segura de que debía hacer algo.

Aunque estuviera aplastada bajo las ruinas de un edificio, aunque se sintiera hecha pedazos por la explosión de una bomba, mientras siguiera existiendo comprendería que la acción era la obligación primordial del ser humano, sin que importaran los propios sentimientos. Gracias a ello, pudo correr por el andén hasta enfrentarse al jefe de estación y ordenarle: "¡Detenga el N° 57 hasta que yo haya subido!". Luego corrió a la soledad de una cabina telefónica en la oscuridad más allá del andén, y dio al operador de larga distancia el N° particular de Ellis Wyatt.

Estaba de pie, apoyada en una de las paredes de la cabina, con los ojos cerrados, escuchando el lejano rumor metálico de una campanilla que sonaba en un lugar distante sin obtener respuesta. Cada espasmo del timbre le taladraba los oídos y el cuerpo. Se aferraba al auricular como si fuera alguna forma de contacto. Le hubiera gustado que el timbre sonara más fuerte. No era consciente de que el ruido que escuchaba ahora no era sólo el del teléfono, sino también el de su propia garganta que gritaba: "¡No lo haga, Ellis, no lo haga!". Luego oyó la voz opaca y fría del operador: "No contestan, Srta.".

Se sentó junto a la ventanilla en un compartimiento del tren 57 escuchando el chirriar de las ruedas sobre los rieles de metal Rearden. Se abandonó a los oscilantes movimientos del vagón. El negro lustroso de la ventanilla le ocultaba un paisaje que no quería ver. Era su 2° viaje por la línea "John Galt" y trató de no pensar en el 1°.

Recordando a los accionistas de la empresa, se dijo que le habían confiado su dinero, sus ahorros de muchos años de trabajo, basándose en la garantía que ella representaba. Había conseguido persuadirlos para que se lo entregaran, y ahora los estaba traicionando al meterlos en la oca del lobo. No circularían trenes y la línea dejaría de existir. La "John Galt" había sido simplemente un desagüe que permitió a James Taggart realizar un negocio vertiendo la riqueza ajena en sus bolsillos, a cambio de dejar a otros que se aprovecharan del ferrocarril. Las acciones de la línea "John Galt", que aquella mañana eran todavía orgullosos guardianes de la seguridad y del futuro de sus dueños, se habían convertido, en el término de una hora, en pedazos de papel que ya nadie querría comprar, sin valor, sin futuro, sin fuerza, excepto la de cerrar las puertas y detener las ruedas de la última esperanza del país. Taggart Transcontinental no era una planta viviente alimentada por la sangre que la misma empresa producía, sino un caníbal que devoraba a criaturas aún en gestación, que con el tiempo podrían haber constituido su grandeza.

Pensó en el impuesto sobre las empresas de Colorado, un impuesto que obligaría a Ellis Wyatt a pagar el sustento de aquellos que con su trabajo contribuirían a atarlo y no permitirle una vida tranquila, un impuesto que pondría en guardia a todos aquellos que intentarían por todos los medios que Wyatt no consiguiera trenes, ni vagones cisternas, ni oleoductos de metal Rearden. Ellis Wyatt quedaba despojado del derecho de defensa propia, sin voz, sin armas, y, lo que era aún peor, convertido en instrumento de su propia destrucción, en sustento de sus propios destructores, en proveedor de las armas con las que iba a ser atacado. Su propia energía se volvía ahora contra él, como un nudo corredizo en su cuello. Se trataba de Ellis Wyatt, aquél que había deseado generar una fuente ilimitada de petróleo, y que hablaba de un segundo Renacimiento...

Se reclinó con la cabeza hundida entre los brazos en el borde de la ventanilla, sin ver las grandes curvas de la vía azul verdosa, las montañas, los valles y las nuevas ciudades de Colorado que pasaban ante ella en la oscuridad.

Una repentina sacudida, cuando el tren frenó bruscamente, la obligó a incorporarse. Se trataba de una parada imprevista y el andén de la pequeña estación estaba atestado de gente. Todos miraban hacia un mismo lugar y los pasajeros se habían abalanzado hacia las ventanillas. Se puso de pie, corrió por el pasillo y bajó los pocos escalones, sintiendo el viento frío que barría la estación.

Un instante antes de verlo y de que su grito se sobrepusiera al rumor de la muchedumbre, comprendió que ya sabía de antemano lo que estaba a punto de presenciar. En una brecha entre montañas, iluminando el cielo con un resplandor que llegaba hasta los tejados y paredes de la estación, la colina donde se asentaba la refinería Wyatt era una sólida, densa masa de llamas.

Más tarde, cuando le contaron que Ellis Wyatt había desaparecido sin dejar tras de sí más que un cartel clavado en un poste al pie de la colina, cuando observó que estaba escrito por su propia mano, Dagny Taggart sintió que ya conocía esas palabras:

DEJO ESTO TAL COMO LO ENCONTRÉ.
TÓMENLO.
ES DE USTEDES.

SEGUNDA PARTE - UNA COSA O LA OTRA

CAPÍTULO I - EL SER QUE PERTENECÍA A LA TIERRA

El Dr.Robert Stadler se paseaba por su oficina, deseando no tener frío.

La primavera se estaba retrasando y, afuera, el gris mortecino de las colinas parecía una transición entre el blanco apagado del cielo y el negro plomizo del río. De vez en cuando, las nubes se entreabrían unos segundos y dejaban pasar un rayo de sol y un fragmento de los cerros distantes se iluminaba con una fugaz claridad amarillenta, casi verde. Stadler imaginó que no era la temperatura, sino el paisaje, lo que mantenía helada aquella oficina.

No hacía mucho frío sino que él lo tenía en los huesos -pensó-, lo había acumulado durante ese invierno en que había sido perturbado en su trabajo por la insuficiente calefacción, porque la gente hablaba de que era necesario ahorrar combustible. Era absurda esa creciente intrusión de las contingencias de la naturaleza en los asuntos de las personas. Hasta entonces, nunca le había preocupado que un invierno fuese infrecuentemente severo; si una inundación se llevaba un pedazo de vía férrea, no había por qué pasar dos semanas consumiendo verduras en lata; si una tormenta dejaba alguna central eléctrica inutilizada, ningún establecimiento como el Instituto Científico del Estado se quedaba sin corriente casi una semana. Aquel invierno, en cambio, el Instituto Científico del Estado había estado 5 días sin actividad, con los grandes generadores del laboratorio detenidos, e irrecuperables horas desperdiciadas, cuando sus colaboradores trabajaban en problemas que afectaban al corazón del Universo, pensó. Se apartó irritado de la ventana, pero enseguida volvió, porque no quería mirar el libro que descansaba sobre el escritorio.

Le hubiera gustado ver entrar al Dr. Ferris. Miró su reloj, pues éste estaba llegando tarde, cosa asombrosa, ya que el Dr. Floyd Ferris siempre había mantenido ante él una actitud tan humilde que parecía querer sacarse algo más que el sombrero en su presencia.

Mirando hacia el río, pensó que el clima era atroz para el mes de mayo; sin duda era el clima el que lo había sentir así, y no el libro. Lo había colocado de manera muy visible sobre el escritorio, cuando notó que su falta de deseo de mirarlo era más que simple repugnancia, era una emoción nunca admitida. Sin embargo, pretendió engañarse diciéndose que se había separado del escritorio, no porque el libro estuviera allí, sino porque quería moverse. Empezó a pasear por la oficina, atrapado entre el escritorio y la ventana. Se dijo que en cuanto hubiera hablado con Ferris, arrojaría el libro al cesto de basura, es decir, al lugar donde pertenecía.

Contempló la franja verde y la claridad del sol sobre la serranía: era una promesa de primavera en un mundo sin indicios de que la hierba y las flores volvería a brotar. Sonrió animado, y cuando la franja de sol desapareció, sintió humillación ante aquella esperanza y ante la pasión con que deseaba conservarla. Recordó su entrevista con ese eminente escritor, el invierno anterior. El novelista había llegado de Europa para escribir un artículo sobre él, y él, a quien no le agradaban las entrevistas, en aquella ocasión, al observar un dejo de inteligencia en la cara de su interlocutor, había hablado con vehemencia y extensamente, quizá demasiado, llevado por una desesperada y extraña necesidad de hacerse comprender; pero el artículo había sido publicado como una colección de frases sueltas, colmadas de exorbitantes alabanzas, que deformaban todos los pensamientos que había expresado. Entonces, al cerrar la revista, sintió algo parecido a lo que le inspiraba la deserción de aquel rayo de sol.

Se alejó de la ventana; debía admitir que, de vez en cuando, experimentaba ataques de soledad, pero estaban justificados porque su soledad era hambre de encontrar una mente viva y pensante. Preso de desdeñosa amargura, se dijo que estaba cansado de toda esa gente: él operaba con los rayos cósmicos, mientras ellos eran incapaces de enfrentarse a una tormenta eléctrica.

Sintió la repentina contracción de su boca, como una bofetada que le negara el derecho a continuar el curso de sus pensamientos. Miraba el libro sobre el

escritorio con su resplandeciente cubierta flamante; había sido publicado hacía 2 semanas. “¡No tengo nada que ver con él!”, gritó interiormente, pero su grito parecía inútil en el implacable silencia y nada le respondió, no se produjo ningún eco de comprensión ni de perdón. El título de la obra era: ¿Por qué crees que piensas?

No había ningún sonido en esa corte interior, ni piedad, ni voz en su defensa; nada, excepto los párrafos que la buena memoria había impreso en su cerebro:

“El pensamiento es una superstición primitiva. La razón es un concepto irracional. La pueril noción de que somos capaces de pensar ha sido el error más oneroso de la humanidad”.

“Creer que se piensa es una ilusión generada por las glándulas, las emociones y, en última instancia, por el estómago”.

“La materia gris que tanto los enorgullece es como los espejos de los parques de diversiones que transmiten nada más que señales distorsionadas de una realidad que está fuera del alcance”.

“Cuanto más seguro se está de las conclusiones racionales, más seguro es el error. Como el cerebro es un instrumento de distorsión, cuanto más activo esté, mayor será la deformación”.

“Los tan admirados gigantes de la inteligencia enseñaron una vez que la Tierra era plana y que el átomo era la partícula más pequeña de la materia. Toda la historia de la ciencia es una progresión de falacias, no de logros”.

“Cuanto más sabemos, más llegamos a la conclusión de que, en realidad, no sabemos nada. Sólo el más craso ignorante puede continuar aferrándose a la anticuada noción de que hay que ver para creer: precisamente, lo que se ve es aquello en lo que menos hay que confiar”.

“Todo hombre de ciencia sabe que una piedra no es tal cosa, sino que, en realidad, resulta idéntica a un almohadón de plumas pues ambos son solamente una nebulosa formación de las mismas invisibles y móviles partículas. ¿Y dices que no puedes usar una piedra como almohada? Pues bien, eso demuestra simplemente tu impotencia ante la verdadera realidad”.

“Los últimos descubrimientos científicos, tales como las admirables realizaciones del Dr. Robert Stadler, han demostrado concluyentemente que nuestra razón es incapaz de comprender la naturaleza del universo. Estos descubrimientos llevaron a los científicos a contradicciones imposibles según la mente humana, pero que sin embargo, existen en la realidad. Por si todavía no lo sabíais, mis queridos y anticuados amigos, os diré que ha sido demostrado que lo racional es lo demencial”.

“No hay que esperar coherencia, pues absolutamente todo es una contradicción de todo lo demás. Sólo existen las contradicciones”.

“No busques el sentido común. Demandar sentido constituye el sello de lo absurdo, ya que la naturaleza carece de sentido. Nada lo tiene: los únicos defensores del sentido son seres del tipo estudioso, las solteronas en potencia, incapaces de encontrar un novio, y los arcaicos comerciantes convencidos de que el universo es tan simple como sus pequeños inventarios y sus amadas cajas registradoras”.

“Rompamos las cadenas de este prejuicio llamado lógica: ¿acaso nos va a detener un simple silogismo?”.

“¿Tan seguro estás de tus opiniones? No puedes estar seguro de nada. ¿Eres capaz de poner en peligro la armonía de la comunidad, tu relación con el prójimo, tus antecedentes, tu reputación, buen nombre y seguridad financiera por culpa de una ilusión, en aras del espejismo de creer que piensas? ¿Correrás riesgos y te expondrás a desastres judiciales, en una época tan difícil como la nuestra, oponiéndote al orden social vigente en nombre de esas nociones imaginarias que llamas convicciones? ¿Dices estar seguro de tener razón? Nadie puede tener razón, ni la tendrá jamás. ¿Crees que el mundo que te rodea está equivocado? No tienes forma de saberlo. Todo está equivocado a los ojos del hombre, entonces, ¿de qué sirve luchar? No discutas. Acepta, adáptate, obedece”.
El libro estaba escrito por el Dr. Floyd Ferris, y había sido publicado por el Instituto Científico del Estado.
-¡Nada tengo que ver! -exclamó Stadler.
Estaba inmóvil, de pie junto a su escritorio, sintiendo la incómoda impresión de que se había perdido durante un lapso y de no saber cuánto tiempo había durado el momento precedente. Pronunció las palabras en voz alta, con rencoroso sarcasmo hacia quien lo había obligado a expresarlas.
Se encogió de hombros. Si se acepta la creencia de que reírse de uno mismo es una virtud, aquel encogimiento de hombros equivalía emocionalmente a la oración: “Eres Robert Stadler, no te comportes como un neurótico profesor de secundaria”. Se sentó a su escritorio y apartó el libro despectivamente.
Ferris llegó media hora tarde.
-Lo siento -dijo-, mi automóvil volvió a averiarse en el camino desde Washington y he pasado un tiempo espantoso intentando encontrar un mecánico que lo arreglara. Hay tan pocos coches en las rutas, que la mitad de los talleres han cerrado -En su voz vibraba una nota de aburrimiento más que de disculpa. Se sentó sin esperar a ser invitado.
El Dr. Floyd Ferris no se hubiera destacado como hombre especialmente apuesto en cualquier otra profesión, pero en la suya siempre se lo describía como “ese científico bien parecido”. Medía 1.85 m y tenía 45 años, pero parecía más algo y más joven. Sus modales sugerían una educación intachable, y sus movimientos recordaban la gracia propia de un salón de baile; usaba ropa formal: casi siempre trajes negros o azul oscuro; lucía un bigote finamente recortado y su cabello negro y suave había llevado a los muchachos del Instituto a pensar que usaba la misma pomada para lustrar sus zapatos y para peinarse. No le importaba repetir, en un tono de broma hacia sí mismo, que una vez un productor cinematográfico le había propuesto ser parte del elenco de una película titulada “Gigoló europeo”. Había iniciado su carrera como biólogo, pero aquello había quedado en el olvido hacía ya muchos años, y ahora era famoso como coordinador del Instituto Científico del Estado.
Stadler lo miró con asombro -la falta de una explicación no tenía precedentes-, y dijo secamente:
-Me parece que pasa mucho tiempo en Washington.
-Pero Dr. Stadler, ¿no fue usted quien una vez me hizo el cumplido de llamarme “perro guardián del Instituto”? -preguntó Ferris, afable- ¿No es ésa mi obligación más importante?

-Algunas de sus tareas parecen acumularse en este lugar; pero, antes de que me olvide: ¿podría decirme qué sucede con todo ese lío de la escasez de petróleo?
Stadler no pudo comprender por qué la cara de su colega se arrugó como si hubiera sufrido una repentina puntada de dolor.
-Permítame decirle que se trata de algo inesperado y carente de causa -respondió Ferris en el tono grave de quien finge ocultar un sufrimiento para ponerlo de relieve- Ninguna de las autoridades involucradas puede criticarnos, pues acabamos de presentar ante la Oficina de Planificación Económica y de Recursos Nacionales un informe detallado sobre el progreso de las tareas desarrolladas, y Wesley Mouch quedó plenamente satisfecho. Hemos hecho lo mejor en cuanto al proyecto y nadie más lo ha calificado como un "lío". Considerando las dificultades que presenta el terreno, los riesgos de incendio y el hecho de que hayan transcurrido sólo 6 meses desde…
-¿De qué está hablando? -preguntó Stadler.
-Del Proyecto de Reclamos de Wyatt. ¿No era eso a lo que se refería?
-No -respondió Stadler- No… Espere un momento. Pongamos esto en claro. Me parece recordar algo acerca de que el Instituto se encargó de la acción de reclamo. ¿En qué consiste?
-Petróleo -respondió Ferris- Los campos petrolíferos Wyatt.
-Hubo un incendio, ¿verdad? En Colorado. Sí… Espere un momento… Se trata del hombre que incendió sus propios pozos.
-Me inclino a pensar que se trata de un rumor creado por la histeria popular -dijo Ferris secamente- Un rumor con algunas consecuencias indeseables y poco patrióticas. Yo no me fiaría demasiado en esas historias periodísticas. Personalmente, creo que fue un accidente y que Ellis Wyatt murió en el siniestro.
-Bueno, ¿quién es el dueño actual de esos campos?
-Nadie… por el momento. Al no existir testamento, ni herederos, el gobierno optó por encargarse de la explotación, basándose en la necesidad pública, por un período de 7 años. Si Ellis Wyatt no regresa dentro de ese plazo, se le considerará oficialmente muerto.
-Bien, pero, ¿porqué acudieron a usted… a nosotros… para extraer petróleo?
-Porque es un asunto de grandes dificultades tecnológicas y requiere los servicios de los mejores talentos disponibles. Se trata de reconstruir el método especial que Wyatt ha utilizado hasta el momento. El equipo sigue allí, aunque en condiciones desastrosas. Se conoce algo de sus procedimientos, pero no hay registro detallado de todas las operaciones por realizar ni de los principios básicos relacionados con ellas. Y eso es lo que tenemos que volver a descubrir.
-¿Cómo marcha?
-Se han hecho progresos esperanzadores. Se nos ha otorgado una nueva y más importante asignación. Wesley Mouch está muy conforme y lo mismo Balch, de la Comisión de Asuntos Urgentes; Anderson de Suministros Preferentes, y Pettibone, de Protección al Consumidor. No sé qué más puede esperarse de nosotros. El proyecto funciona exitosamente.
-¿Han extraído petróleo?
-No, pero conseguimos un rendimiento de 25 l. de uno de los pozos. Esto, claro está, es meramente experimental, pero hay que tener en cuenta que llevó 3 meses apagar el incendio, que sólo ahora está totalmente, o casi totalmente, extinguido.

Nuestro problema es mucho más difícil de solucionar que el del propio Wyatt, porque él empezó de la nada, mientras que nosotros debemos manejarnos con un montón de escombros, gracias a un acto de violento sabotaje antisocial que… Lo que quiero decir es que, aunque el problema es difícil, no tengo duda de que podremos solucionarlo.
-Bien, pero yo me refería, en realidad, a la falta de petróleo, aquí en el Instituto. La temperatura del edificio durante todo el invierno ha sido muy baja y me dijeron que es porque hay que ahorrar combustible, pero creo que usted habrá hecho todo lo posible para que este lugar sea adecuadamente abastecido.
-¡Oh! ¿De eso estaba hablando, Dr. Stadler? ¡Cuánto lo siento! -Una brillante sonrisa iluminó el rostro de Ferris, quien recobró enseguida sus solícitos modales- ¿Quería decirme que la temperatura es tan baja que le provocó alguna incomodidad?
-Me refería a que casi me estoy muriendo de frío.
-¡Eso es imperdonable! ¿Por qué no me lo comunicaron? Por favor, acepte mis disculpas y tenga la seguridad de que jamás volverá a sufrir semejantes inconvenientes. La única explicación que puedo ofrecerle en nombre del departamento de Mantenimiento es que esa falta de combustible no se debió a negligencia nuestra, sino a… ¡Cuánto lamento que una cosa así haya tenido que distraer su valiosa atención!... Usted sabe: la falta de petróleo que sufrimos el último invierno provocó una crisis nacional.
-¿Por qué? Por el amor de Dios, no vaya a decirme que los pozos de Wyatt eran la única fuente de abastecimiento del país.
-No, no es así. Pero, al desaparecer repentinamente uno de los principales proveedores, se produjo un caos en todo el mercado nacional. Por tal motivo, el gobierno tuvo que hacerse cargo de la situación e imponer un racionamiento para proteger a las industrias esenciales. Conseguí un cuyo muy amplio para el Instituto, gracias a un favor muy especial de algunos contactos también muy especiales, pero me siento culpable de que haya sido insuficiente. Tenga la seguridad de que no volverá a suceder. Es sólo una emergencia transitoria, pero para el próximo invierno, los pozos de Wyatt estarán nuevamente en producción y las condiciones volverán a ser normales. Además, en lo que respecta a este Instituto, ya hice las gestiones necesarias para modificar nuestras calderas para que funcionen con carbón. Es una lástima que la fundición Sotckton de Colorado cerrara sin previo aviso, porque era allí donde se estaban fabricando las piezas. Andrew Stockton se retiró inesperadamente y ahora tenemos que esperar que su sobrino reabra la planta.
-Comprendo, y confío en que usted se ocupará de todo esto sin dejar de lado sus otras actividades -Stadler se encogió de hombros molesto- Resulta ya un poco ridícula la cantidad de emprendimientos tecnológicos que un Instituto de Ciencias debe llevar a cabo por encargo del gobierno.
-Pero, Dr. Stadler…
-Lo sé, sé que no se puede evitar. A propósito, ¿qué es ese “Proyecto X”?
Las pupilas de Ferris se posaron en él de manera automática, al tiempo que se pintaba en ellas una extraña expresión de alerta, en la que no se entreveía ni el más ligero síntoma de miedo, aunque sí de sorpresa.
-¿Dónde oyó hablar de ese proyecto, Dr. Stadler?

-¡Oh! Un par de sus jóvenes asistentes conversaban sobre eso con el aspecto misterioso de detectives aficionados y me dijeron que se trataba de algo muy secreto.
-Así es, Dr. Stadler, es un proyecto de investigación, extremadamente secreto, que el gobierno nos ha solicitado y es de gran importancia que los periódicos no conozcan el más mínimo detalle.
-¿Qué significa la X?
-Xilofón. Es el “Proyecto Xilofón”, se trata, desde luego, de una clave, porque la tarea tiene que ver con el sonido. Pero estoy seguro de que no le interesará, por tratarse de una cuestión totalmente tecnológica.
-Sí, puede ahorrarme la historia, no tengo tiempo para los emprendimientos tecnológicos.
-Debo sugerirle que sería prudente no mencionar el nombre “Proyecto X” a nadie.
-Bien, de acuerdo, no me gustan esos asuntos.
-Desde luego, y no me perdonaría hacerle perder el tiempo con ellos; puede dejarlo en mis manos -Hizo ademán de levantarse- Si ése era el motivo por el que deseaba verme, tenga la bondad…
-No -dijo Stadler mirándolo tranquilamente- No era ése el motivo por el que deseaba verlo.
Ferris no hizo preguntas ni ofreció ayuda, permaneció sentado, simplemente esperando que el otro continuara.
Stadler estiró la mano y con gesto desdeñoso deslizó el libro desde una punta del escritorio hasta el centro.
-¿Quiere decirme usted -preguntó- qué es esta pieza de indecencia?
Ferris no miró el libro, sino que mantuvo sus ojos fijos en los de Stadler durante un momento y luego se reclinó y respondió con una extraña sonrisa:
-Me honra que haya optado por hacer una excepción en mi favor al leer un libro popular. De esta pequeña obra se han vendido 20.000 ejemplares en 2 semanas.
-La he leído.
-¿Y bien?
-Espero una explicación.
-¿Es que el texto le resultó confuso?
Stadler lo miró con asombro.
-¿Se da cuenta del tema que ha elegido y el modo en que lo ha desarrollado? El estilo es deplorable, como lo es la actitud hacia un tema de semejante naturaleza.
-¿Opina que el contenido merecía una forma de presentación más solemne? -La voz tenía un tono tan inocentemente suave, que Stadler no alcanzó a distinguir si su colega le estaba hablando con ironía.
-¿Se da cuenta de lo que preconiza en este libro?
-Ya que usted parece no aprobarlo, Dr. Stadler, prefiero que piense que fue escrito de manera inocente.
Stadler pensó que aquel argumento resultaba incomprensible en Ferris. Había imaginado que bastaría con indicar su desaprobación para desarmarlo, pero su colega no parecía perturbado.
-Si un borracho sinvergüenza tuviera la oportunidad de expresar sus ideas sobre papel -dijo Stadler-, si pudiera dar voz a la esencia de su ser, al eterno y salvaje

odio que alberga en la mente… éste es el tipo de libro que esperaría que escriba. Pero, verlo firmado por un científico ¡e impreso en este Instituto!
-Pero, Dr. Stadler… este libro no estaba dirigido a los hombres de ciencia. Precisamente lo escribí para ese vagabundo borracho que usted dice.
-¿Qué significa eso?
-Para el público en general.
-¡Dios santo! El peor retrasado mental podría comprobar fácilmente las evidentes contradicciones en las que usted incurre en cada una de sus declaraciones.
-Pongámoslo de otro modo, Dr. Stadler: quien no las advierte, merece creerse todas mis ideas.
-Usted ha convertido el prestigio de la ciencia en algo inexpresable. Eso estaría bien para un mediocre como Simon Pritchett, capaz de conferir a tales teorías cierta especie de oscuro misticismo, pero hacer creer que es ciencia… ¡Ciencia! Ha utilizado los logros de la mente para destruir la mente. ¿Con qué derecho se sirve de mi trabajo para llevar a cabo tan lamentable y gratuita desviación hacia otro campo, expresar una metáfora inaplicable y declarar una monstruosa generalización, basándose en lo que es simplemente un problema matemático? ¿Con qué derecho lo hace aparecer como si yo… ¡yo!.... aprobara esas ideas?
Ferris no contestó, sino que simplemente miró con calma a su colega, pero aquella calma le daba un aire casi protector.
-Dr. Stadler, usted está hablando como si el libro estuviera dirigido a pensadores. Si fuese así, debería haberme preocupado por conceptos tales como la perfección, la validez, la lógica y el prestigio de la ciencia. Pero no es así. Esta obra está orientada al público en general y usted ha sido el 1° en sostener que el público no piensa. -Hizo una pausa, pero Stadler no pronunció palabra- Este libro quizá no tenga ningún valor filosófico, pero lo tiene, y muy grande, desde un punto de vista psicológico.
-¿Cuál?
-Verá, Dr. Stadler, la gente no quiere pensar, y cuanto mayores son sus problemas, menos quiere pensar, pero instintivamente sabe que debería hacerlo, entonces siente culpa. Por tal motivo, la gente bendecirá y seguirá a quién le ofrezca una justificación para no pensar. Alguien que convierta su pecado, su debilidad y su culpa, en una virtud de gran altura intelectual.
-¿Y usted se propone complacerlos?
-Ése es el camino hacia la popularidad.
-¿Para qué buscar popularidad?
La mirada de Ferris se posó en la cara de Stadler como por accidente.
-Somos una institución pública -declaró con tranquilidad-, que funciona gracias a los fondos públicos que la mantienen.
-¿Y por eso usted le dice a la gente que la ciencia es un fraude inútil y que debería ser abolida?
-Es la conclusión a la que se llegaría aplicando la lógica de mi libro, pero la gente no la hará.
-¿Y qué me dice de la degradación del Instituto ante los ojos de las personas inteligentes que aún quedan en el mundo?
-¿Para qué preocuparse por ellas?

Stadler habría podido considerar concebible la frase si hubiera sido pronunciada con rencor, envidia o malicia, pero el mayor impacto para él fue la ausencia de esas emociones, la serenidad y limpidez de la voz, la ligera sugerencia de ironía, que lo golpearon como un vistazo a un reino que no puede ser tomado como parte de la realidad. El terror le contrajo el estómago en un espasmo helado.
-¿Ha observado la reacción provocada por mi libro, Dr. Stadler? Fue recibido con gran entusiasmo.
-Si, y eso es precisamente lo que me parece imposible de creer -respondió Stadler, comprendiendo que tenía que seguir hablando como si se tratara de una charla civilizada, sin permitirse aceptar lo que acababa de sentir por un instante- No logro entender la atención que ha recibido de las revistas académicas más eminentes. ¿Cómo han podido permitirse comentar seriamente su libro? Si Hugo Akston estuviera aquí, ninguna publicación académica se hubiera atrevido a tratar este texto como una obra admisible en el campo de la filosofía.
-Pero no está aquí.
Stadler adivinó que no debía expresar su pensamiento y deseó terminar la conversación antes de que las palabras escaparan de sus labios.
-Por otra parte -siguió Ferris-, en la publicidad de mi libro, y estoy seguro de que usted la ha visto, se hace mención a una carta colmada de alabanzas que he recibido de Wesley Mouch.
-¿Y quién diablos es Wesley Mouch?
Ferris sonrió.
-Dentro de un año, nadie, ni siquiera usted, hará semejante pregunta, Dr. Stadler. Digámoslo así: Mouch es el hombre que, por el momento está racionando el petróleo.
-Entonces, sugiero que usted se limite a su tarea de tratar con el Sr. Mouch en el campo del petróleo, pero deje que yo me ocupe del reino de las ideas.
-Resultaría curioso intentar el trazado de una línea divisoria -dijo Ferris en el tono de lánguida observación académica- Pero al hablar de mi libro estamos aludiendo al ámbito de las relaciones públicas. -Señaló las fórmulas matemáticas trazadas en la pizarra- Dr. Stadler, sería desastroso permitir que dicho reino llegara a distraerlo de la tarea que sólo usted es capaz de realizar en el mundo.
Aquellas frases fueron pronunciadas en un tono de obsequiosa deferencia e hicieron que Stadler creyera haber escuchado la advertencia: “Aténgase a lo suyo y no se entrometa en otros terrenos”. Volvió contra si mismo la creciente irritación: era preciso librarse cuanto antes de tales intuiciones, se dijo con ira.
-¿Relaciones públicas? -preguntó desdeñoso- No veo en su libro ningún objetivo práctico, no comprendo lo que se propone con él.
-¿De veras? -preguntó Ferris posando brevemente la mirada en su rostro, con un chispazo de insolencia demasiado sutil para poderlo identificar con precisión.
-No puedo permitirme llegar a pensar que ciertas cosas sean posibles en una sociedad verdaderamente civilizada -dijo Stadler duramente.
-Eso es correcto -respondió jovialmente Ferris- Usted no puede permitírselo. -Ferris se levantó, indicando que la entrevista había finalizado- Por favor, avíseme si ocurre algo con este Instituto que le cause molestias, Dr. Stadler -dijo-. Es un privilegio para mí estar siempre a su servicio.

Comprendiendo que tenía que afirmar su autoridad y suavizar la vergonzosa noción de la actitud que había elegido, Stadler dijo imperiosamente en tono de sarcástica amenaza: -La próxima vez que lo mande llamar, será mejor que su coche funcione perfectamente.
-Desde luego, Dr. Stadler, intentaré no retrasarme y le ruego que me perdone -respondió Ferris como quien interpreta una comedia con apuntador, como si le complaciera que Stadler se hubiera enterado por fin de las modernas formas de comunicación- Mi coche me ha causado innumerables contratiempos pues se está cayendo a pedazos. Hace algún tiempo que pedí uno nuevo, el mejor del mercado, un Hammond descapotable, pero Lawrence Hammond cerró su empresa la semana pasada sin motivo ni advertencia, y ahora estoy atascado. Esos malditos desaparecen de improviso. Habrá que pensar algo para evitarlo.
Ferris ya se había retirado cuando Stadler se sentó a su escritorio, con los hombros contraídos, consciente solamente de su desesperado deseo de no ser visto por nadie. Dentro de la neblina de un dolor indefinible, percibía el desesperado sentimiento de que nadie, ni siquiera aquellos a quienes más valoraba, desearían volver a encontrarse con él.
Mordió las palabras que no había expresado frente a Ferris: denunciaría el libro en público y lo repudiaría en nombre del Instituto. No lo había dicho por temor a descubrir que la amenaza dejaría impasible a Ferris, quien ocupaba un lugar seguro mientras él carecía de poder. Y mientras se decía que más adelante reflexionaría sobre la cuestión de presentar una crítica pública, comprendió que jamás lo haría.
Tomó el libro y lo arrojó a la basura.
Un rostro acudió a su memoria repentina y claramente; podía ver la pureza de sus líneas; era un rostro juvenil que no se había permitido evocar desde hacía años. “No” -pensó- “No ha leído este libro y no lo hará porque está muerto, debió de morir hace ya mucho….” Un agudo dolor lo invadió cuando admitió que ése era el hombre al que más ansiaba ver en la faz de la Tierra, al tiempo que deseaba que estuviese muerto.
No supo por qué, cuando sonó el teléfono y su secretaria le dijo que la Srta. Dagny Taggart estaba en línea, tomó el auricular con ansiedad y la mano temblorosa. Llevaba 1 año convencido de que Dagny no quería volver a verlo, pero su voz precisa e impersonal estaba solicitando una entrevista con él.
-Sí, Srta. Taggart. Desde luego… ¿el lunes por la mañana? Bien, Srta. Taggart. Hoy tengo una cita en Nueva York y podría pasar por su oficina por la tarde, si usted lo deseara… No, no es molestia. Al contrario, será un gran placer… Esta tarde, Srta. Taggart, a las 2… mejor sería a eso de las 4.
En realidad, no tenía ninguna cita en Nueva York, ni supo qué lo había impulsado a decir que sí, pero sonreía feliz, contemplando una mancha de sol sobre la distante colina.

* * *

Dagny tachó con una línea negra las palabras “Tren N° 93” en el cronograma y, por un instante, sintió la solitaria satisfacción de haber actuado con calma. Se trataba de algo que había hecho varias veces durante los últimos 6 meses. Al

principio había sido duro, pero luego se fue haciendo más fácil. Llegaría el día -pensó- en que fuera capaz de dibujar ese toque de muerte sin el menor esfuerzo. El tren N° 93 era de carga y hasta entonces se había dedicado a transportar suministros a Hammondsville, Colorado.
Sabía cuáles serían los siguientes pasos: 1°, la supresión de los trenes de cargas especiales, luego la reducción de los vagones con destino a Hammondsville, enganchados como parientes pobres a la parte trasera de los transportes destinados a otras ciudades; a continuación, la anulación gradual de las paradas de ciertos trenes de pasajeros en la estación de Hammondsville, y, por fin, la eliminación de aquella ciudad del mapa de la compañía. Exactamente lo mismo había sucedido con el empalme Wyatt y la ciudad de Stockton.
Cuando recibió el aviso de que Lawrence Hammond se había retirado, supo que no tenía sentido esperar a que su primo, su abogado, o un comité de ciudadanos locales abriera de nuevo las fábricas, pues había llegado el momento de reducir el servicio de trenes.
Habían pasado menos de 6 meses desde la desaparición de Ellis Wyatt, hecho que un periodista había denominado alegremente “día de celebración para el hombre común”. Todos los petroleros, así tuvieran 3 pozos, que habían estado gruñendo que, por culpa de Ellis Wyatt, se veían privados de posibilidades de supervivencia, se lanzaron a llenar el espacio dejado por Wyatt. Se formaron ligas, cooperativas y asociaciones, y muchos unieron sus fuerzas e incluso sus nombres: “día de celebración para el hombre común” había escrito el columnista, cuando en realidad, el sol de estos pequeños empresarios había sido la danza de las llamas en las torres Wyatt, a cuyo resplandor todos amasaron la clase de fortuna que tanto habían deseado, sin necesidad de competencia ni de esfuerzo. Pero luego, los clientes más importantes, tales como las compañías eléctricas que usaban petróleo y que no aceptaban la fragilidad humana, empezaron a utilizar carbón, mientras los pequeños industriales comenzaron a quebrar. En Washington, los funcionarios decretaron racionamientos de petróleo y se promulgó un impuesto de emergencia sobre los empresarios para subvencionar a los desempleados de los campos petrolíferos. Entonces, un par de grandes compañías petroleras cerraron y los pequeños industriales que disfrutaban del sol descubrieron que un equipo perforador que hasta ahora costaba 100 dólares había aumentado 5 veces su precio, pues como se había reducido el mercado, los fabricantes tenían que ganar en una unidad lo que antes ganaban en 5 para no quedar fuera del negocio. Más tarde, los oleoductos empezaron a cerrar, ya que no había quién pudiera hacerse cargo de su mantenimiento. Los ferrocarriles obtuvieron permiso para elevar sus tarifas, dado que el petróleo escaseaba y el costo de los vagones-cisterna había ya provocado el cierre de 2 pequeños ramales ferroviarios. Y cuando el sol se puso, vieron que los precios, que hasta entonces habían permitido sobrevivir a los terrenos de 24 hectáreas, sólo habían sido posibles gracias a la existencia de los extensos campos de Wyatt, y se extinguieron con las mismas columnas de humo. Sólo cuando sus fortunas habían desaparecido y sus bombas habían dejado de funcionar, estos pequeños industriales se dieron cuenta de que ninguna empresa del país podía comprar petróleo a los precios que ahora exigiría su producción. Entonces, los muchachos de Washington dieron subsidios a los petroleros, pero no todos tenían amigos en

la capital, y se dio una situación que nadie se atrevió a considerar demasiado a fondo.
Hasta ese momento, Andrew Stockton había estado en una posición que muchos empresarios envidiaban. La tendencia a utilizar carbón había caído sobre sus hombros como una lluvia de oro, y había tenido que poner a su fábrica a trabajar las 24 hs., para producir piezas de estufas y calderas en áspera competencia con las tormentas invernales. No quedaban ya demasiadas fundiciones de prestigio, por lo cual se convirtió en uno de los pilares que sostenían los sótanos y las cocinas del país. Pero ese cimiento se derrumbó de improviso cuando Andrew Stockton anunció su retiro, cerró la planta y desapareció sin aclarar lo que haría con ella, ni manifestar si sus parientes tenían o no derecho a abrirla de nuevo.
Aún transitaban algunos vehículos por las rutas; pero como viajeros en el desierto que pasan ante esqueletos de caballos devorados por el sol, los pocos que quedaban, cruzaban ante los restos de coches muertos en cumplimiento del deber y abandonados a la orilla del camino. La gente ya no compraba automóviles y las fábricas estaban cerrando, pero aún existían algunos empresarios capaces de conseguir petróleo, gracias a amistades cuya procedencia nadie se preocupaba en investigar. Estos hombres compraban vehículos a cualquier precio.
Desde los ventanales de la planta podían verse las luces de la fábrica brillando en las montañas de Colorado. Las cintas de montaje de Lawrence Hammond iban depositando camiones y automóviles en los andenes de Taggart Transcontinental. La noticia de que Lawrence Hammond se había retirado apareció cuando menos se la esperaba, repentina y breve como un sonido de campana en una atmósfera tranquila. Un comité de ciudadanos locales ahora solicitaban a través de programas radiales que Lawrence Hammond, dondequiera que estuviese, les permitiera reabrir la planta. Pero no hubo respuesta.
Dagny había lanzado un grito cuando Ellis Wyatt desapareció; quedó sorprendida al enterarse del retiro de Andrew Stockton; pero, cuando supo del abandono de Lawrence Hammond, se limitó a preguntar impasible: -¿Quién seguirá?
-No puede explicármelo, Srta. Taggart -le había confesado la hermana de Andrew Stockton 2 meses atrás, durante su último viaje a Colorado- Nunca me dijo ni una palabra y no se siquiera si está vivo o muerto; igual que Ellis Wyatt. No, no pasó nada especial el día antes de su renuncia. Sólo recuerdo que la última noche lo visitó un hombre que yo no conocía. Estuvieron hablando hasta horas muy avanzadas de la noche, y cuando me acosté, la luz seguía encendida en el estudio de Andrew.
La gente circulaba silenciosamente en los pueblos de Colorado. Dagny había observado el modo en que los transeúntes deambulaban por las calles, pasando de prisa ante las pequeñas tiendas, los almacenes y los restaurants, como si el movimiento les permitiera eludir el futuro. También ella había caminado por esas calles procurando no levantar la cabeza ni ver las manchas de hollín, ni los aceros retorcidos que en otros tiempos fueran los campos petrolíferos Wyatt. Era posible divisarlos desde varias ciudades y siempre que ella levantaba la vista, el mismo paisaje aparecía ante sus ojos.
Uno de los pozos de la cumbre seguía ardiendo; nadie había podido apagarlo. Visto desde la calle, era un punto luminoso que se retorcía convulso contra el cielo, buscando recobrar la libertad. Lo había visto la noche anterior a través de la

ventanilla de un tren, desde un centenar de kilómetros de distancia: una llama pequeña y violenta agitándose al aire. La gente la llamaba “la antorcha de Wyatt”.
El tren más largo de la línea “John Galt” tenía ahora 40 vagones y el más rápido no pasaba de 65 km. por hora. Era preciso cuidar las locomotoras, incluso las de carbón, cuya edad de jubilación había ya pasado largamente. Jim aún conseguía petróleo para las Diesel del Comet y de unos cuantos de sus transportes transcontinentales, pero la única fuente segura de combustible con la que Dagny contaba ahora era Danagger Coal, de Pennsylvania, propiedad de Ken Danagger.
Trenes vacíos cruzaban aquellos 4 Estados vecinos que estaban colgados al cuello de Colorado. Transportaban pequeños cargamentos de ganado, de trigo o de melones, y a algún granjero y su engalanada familia que iban a visitar amigos en Washington. Jim había obtenido un subsidio del Estado por cada tren en funcionamiento, pero no como transporte capaz de producir beneficios, sino como servicio destinado a la “igualdad pública”.
Dagny recurría hasta su última fracción de energía para mantener funcionando los trenes en los sectores donde aún hacían falta y en zonas todavía productivas. Pero en los balances de Taggart Transcontinental, las sumas de los cheques recibidos en concepto de subsidios por el despacho de trenes vacíos ostentaban cifras mayores que los beneficios obtenidos por el mejor transporte de carga de la división industrial más activa.
Jim se jactaba de que aquéllos habían sido los 6 meses más prósperos de la historia de la empresa; pero en las pulcras páginas de su informe a los accionistas, figuraba como beneficio una cifra que no se había ganado: la de los subsidios por trenes vacíos. Y también figuraba el capital del que no era propietario, compuesto por sumas que se debían emplear para pagar los intereses y la amortización de los bonos Taggart; deuda que, por voluntad de Wesley Mouch, se le permitía postergar.
Se jactaba del mayor volumen de carga transportado por los trenes Taggart en Arizona, donde Dan Conway había ya cerrado el último de los ramales de Phoenix-Durango para retirarse, y en Minnesota, donde Paul Larkin ya estaba transportando su metal por tren, porque el último de los barcos cargueros de los Grandes Lagos había dejado de funcionar definitivamente.
-Siempre has considerado que ganar dinero era una virtud de gran importancia -le había dicho Jim a su hermana con una media sonrisa- Pues bien, parece que en eso soy mejor que tú.
Nadie trataba de comprender el problema de las obligaciones ferroviarias congeladas, quizá porque todo el mundo lo comprendía demasiado bien. Al principio surgieron señales de pánico entre los accionistas y se produjeron brotes de peligrosa indignación en el público. Luego, Wesley Mouch optó por dar otras pautas, según las cuales la gente podía “descongelar” sus bonos, en base a una declaración de “necesidades esenciales”, en cuyo caso el gobierno adquiriría esos bonos si quedaba satisfactoriamente demostrado que esa necesidad realmente existía. Pero había 3 interrogantes que nadie confesó ni formuló: ¿Qué se consideraba como “demostración”? ¿Qué constituía “necesidad”? Y, por fin, ¿”esencial” para quién?
Llegó a ser de mala educación discutir el tema de que unos recibían el beneficio de la descongelación mientras se les negaba a otros. La gente volvía la espalda,

con la boca cerrada, en hosco silencio, si alguien preguntaba “¿Por qué?. Se suponía que uno tenía que describir, no explicar, ni catalogar, ni evaluar los hechos; el Sr. Smith tenía su dinero descongelado; el Sr. Jones, no; y eso era todo. Y cuando el Sr. Jones se suicidaba, la gente decía: “Si necesitaba en realidad el dinero, el gobierno se lo hubiera dado; pero no, ¡hay personas tan codiciosas!”.

No se hacían comentarios acerca de quienes, cuando se les negaba la descongelación, vendían sus bonos por un tercio de su valor a otros para quienes la necesidad representaba, de manera milagrosa, convertir 33 centavos congelados en 1 dólar. Tampoco se hablaba de una nueva profesión ejercida por brillantes graduados universitarios, que adoptaron el nombre de “descongeladores” y que ofrecían sus servicios “para redactar su solicitud en los términos modernos adecuados”. Estos jóvenes tenían amigos en Washington.

Contemplando los rieles Taggart desde la plataforma de alguna estación campestre, Dagny había experimentado, en vez del orgullo que sintiera en otras ocasiones, cierto nebuloso sentimiento de vergüenza, que la corroía como lo hace el óxido con el metal, o pero. Pero frente a la estatua de Nat Taggart en la terminal, pensaba: “Es tu ferrocarril y tu lo hiciste; tu luchaste por él sin que te detuvieran el miedo ni el rencor. No pienso rendirme ante quienes viven entre la sangre y el óxido. Soy la única que queda para conservarlo”.

Dagny no había renunciado a su empeño por encontrar al hombre que había inventado aquel motor y eso era el único aliciente que le permitía soportar el resto de las contrariedades, el único objetivo a la vista que daba sentido a su lucha.

En ciertas ocasiones se preguntaba por qué, y para qué, deseaba reconstruir el motor. “Porque aún estoy viva”, se contestaba. Pero su empeño seguía sin resultados. Sus 2 ingenieros no habían encontrado nada en Wisconsin y los había enviado por todo el país en busca de gente que, en otros tiempos, hubieran trabajado en Twentieth Century, pero no habían obtenido obtenido el nombre del inventor. Nadie sabía nada. También los mandó a investigar en los archivos de la Oficina de Patentes, pero no se había otorgado ninguna licencia al motor en cuestión.

El único remanente de su búsqueda personal quedaba reducido a aquella colilla de cigarrillo con el signo del dólar grabado. La había olvidado, hasta que una noche la encontró en un cajón de su escritorio, y se la obsequió a su amigo, el vendedor de la estación. El viejo se quedó muy sorprendido al examinarla, sosteniéndola cuidadosamente entre sus dedos. Desconocía la existencia de dicha marca y se preguntó cómo podía ser. “¿Era tabaco de buena calidad, Srta. Taggart?”, indagó. “El mejor que fumé en toda mi vida.” Él sacudió la cabeza, perplejo, y le prometió descubrir dónde se fabricaba y conseguirle un paquete.

Después se puso en busca de un científico lo suficientemente capaz para intentar la reconstrucción del motor. Se entrevistó con especialistas recomendados como los mejores. El 1°, luego de estudiar los restos del motor y examinar el manuscrito, declaró sin contemplación alguna que aquello nunca había funcionado y que podía demostrar que jamás lo haría. El 2° gruñó, como quien contesta una pregunta inoportuna, que no sabía si podía ser fabricado o no, pero que le importaba muy poco. El 3° declaró con insolencia y cierta agresividad que estaba dispuesto a probar, con un contrato por 10 años a 25.000 dólares anuales. “Después de todo,

Srta. Taggart, si espera ganar mucho dinero con ese motor, es lógico que pague por la pérdida de mi precioso tiempo.” El 4°, y más joven de todos, la contempló silencioso unos segundos, mientras las líneas de su rostro variaban desde la indiferencia hasta cierto leve aire de desprecio. “Mire, Srta. Taggart: no creo que semejante motor pueda llegar a realizarse, ni siquiera si alguien consiguiera entender cómo hacerlo. Este artefacto sería tan superior a todo lo existente, que resultaría un perjuicio para científicos de menor prestigio porque no dejaría campo para sus logros y para sus investigaciones. Nunca creí que los fuertes tengan derecho a infligir heridas a los débiles”. Prácticamente lo había echado a patadas de su oficina, presa de un incrédulo horror, pensando que la frase más depravada que jamás había escuchado había sido pronunciada en el tono propio de un principio de integridad moral.

Hablar con el Dr. Robert Stadler era su último recurso.

Se había obligado a ello, venciendo la resistencia de una inflexible barrera interior, tan rígida como un freno. Discutía consigo misma y pensaba: “Tengo tratos con hombre como Jim y Orren Boyle, mucho más culpables, ¿por qué no puedo hablar con él?”. Pero no encontraba más respuesta que una obstinada renuencia y la intuición de que, de todos los hombres del mundo, el Dr. Robert Stadler era, precisamente, el único al que no debería recurrir.

Sentada a su escritorio, estudiando los horarios de la línea “John Galt”, se preguntó por qué hacía años que no surgía ningún nuevo talento en el campo científico, pero era incapaz de encontrar una respuesta. Miraba la raya negra que marcaba el cadáver del tren N° 93 en el esquema que tenía frente a ella.

Pensó que un tren posee 2 grandes atributos de la vida: movimiento y propósito. Aquél había sido como un ser vivo, pero ahora no era más que una cantidad de vagones y de máquinas definitivamente muertos. “No te pongas sentimental” -se impuso- “Hay que desmantelar estos despojos lo antes posible, pues las locomotoras son necesarias en el resto del sistema. Ken Dannaget de Pennsylvania, necesita más trenes; si sólo…”

-Llegó el Dr. Robert Stadler -se oyó por el intercomunicador colocado sobre su escritorio.

Stadler entró sonriente, como subrayando las palabras que pronunció a continuación: -Srta. Taggart, ¿me creería si le digo que me alegra mucho volver a verla?

Ella no sonrió, pero se mantuvo estrictamente cortés: -Ha sido muy amable al venir.

Inclinó levemente la cabeza, inmóvil su esbelta figura.

-¿Qué pensaría si le confesara que sólo estaba esperando un pretexto para venir? ¿Se sorprendería?

-Intentaré no sobreestimar su amabilidad -respondió, aún seria- Siéntese, por favor, Dr. Stadler.

Él miró a su alrededor con interés.

-Nunca había visto el despacho de un director de ferrocarriles. Jamás pensé que fuese un lugar tan… tan solemne. ¿Es un requisito del trabajo?

-El asunto sobre el que quiero su consejo está bastante alejado del campo de sus intereses, Dr. Stadler. Quizá le parezca extraño que haya solicitado esta entrevista, pero permítame explicarle la razón.

-Que haya deseado verme es razón suficiente. Serle de alguna utilidad, cualquiera sea, es lo más importante para mí en estos momentos.
Su sonrisa tenía cierta atractiva cualidad del hombre de mundo que no la usa para encubrir sus palabras, sino para subrayar la audacia de expresar una sincera emoción.
-Mi problema es de tipo tecnológico -declaró Dagny con el tono claro e inexpresivo de un mecánico describiendo un trabajo difícil- Sé muy bien que usted aborrece esa rama de la ciencia y no quiero que solucione mi problema, ya que no se trata de la clase de trabajo que usted hace o por el que se interesa, pero me gustaría confiárselo y luego formularle sólo 2 preguntas. Tenía que hablar con usted porque se trata de algo relacionado con la mente de alguien, una mente extraordinaria… -Dagny se expresaba de un modo profesional como dando una precisa evaluación- Y usted es la única mente privilegiada que aún queda en este campo.
No entendía por qué sus palabras lo habían impresionado tanto. Su cara inmutable se iluminó repentinamente con una extraña vivacidad en los ojos que parecía ansiedad y ruego; con tono conmovido, como bajo una fuerza que lo hiciera sonar sencillo y humilde, preguntó: -¿Cuál es su problema, Srta. Taggart?
Le contó sobre el motor y el lugar donde lo había encontrado y que había sido imposible averiguar el nombre del inventor, pero no mencionó los detalles de la búsqueda. Luego le mostró fotografías del motor y los restos del manuscrito.
Lo contempló mientras leía, observando su aplomo profesional en el rápido movimiento de sus ojos, en las pausas, en su aspecto de creciente interés y en el movimiento de sus labios, que en otro cualquiera se habría convertido en un silbido o una ahogada exclamación. Él miró hacia otro lado durante varios minutos, como si su mente recorriera, incansable, insólitos caminos, intentando seguirlos. Después volvió atrás las páginas, se detuvo a leer, forcejeando entre la impaciencia por seguir y su necesidad de captar todas las posibilidades abiertas ante sus ojos. Ante la evidencia de su silenciosa excitación, Dagny se dijo que Stadler se había olvidado de la oficina e incluso de su existencia, sumido únicamente en la contemplación de aquel invento, y como tributo a semejante reacción, deseó llegar a profesarle afecto.
Había estado en silencio más de 1 hora cuando él terminó y levantando la mirada dijo: -¡Esto es extraordinario!
Su voz tenía un tono vivo y asombrado como el de quien se entera de algo que jamás esperó. Dagny habría deseado sonreírle en respuesta, otorgándole la camaradería de una alegría compartida, pero se limitó a hacer una señal de asentimiento y contestar fríamente: -En efecto.
-Srta. Taggart, ¡esto es impresionante!
-Si.
-¿Dijo que era un asunto tecnológico? Es más, mucho más que eso. Las páginas que describen el transformador muestran claramente los fundamentos del autor. Este hombre llegó a un nuevo concepto de energía. Dejó de lado todos los supuestos normales según los cuales el motor hubiera sido imposible. Formuló nuevas premisas y solucionó el secreto de convertir la energía estática en fuerza cinética. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? ¿Se da cuenta de la tarea que,

dentro de una ciencia abstracta y pura, ese hombre tuvo que realizar antes de lograr ese motor?
-¿Quién? -preguntó ella con calma.
-¿Cómo dice?
-Esa es la primera de las 2 preguntas que quería hacerle, Dr. Stadler: ¿recuerda a algún joven científico a quien usted haya conocido hace 10 años, capaz de conseguir una cosa semejante?
Robert Stadler hizo una pausa, asombrado porque no había tenido tiempo de hacerse esa pregunta.
-No -replicó lentamente frunciendo el ceño- No se me ocurre nadie… Y es raro, porque una capacidad semejante no podría haber pasado inadvertida en ningún sitio… Alguien me lo habría recomendado… Siempre me envían a jóvenes físicos prometedores. ¿Dice que encontró esto en el laboratorio de una fábrica comercial de motores corrientes?
-Así es.
-¡Qué raro! ¿Qué estaría haciendo alguien así en semejante lugar?
-Diseñando un motor.
-A eso me refiero. ¿Cómo es posible que una persona dotada con este genio científico trabajara como inventor comercial? Me parece inaudito. Buscaba un motor y logró una auténtica revolución en la ciencia de la energía, como medio para un fin, sin preocuparse de publicar sus hallazgos. ¿Por qué querría malgastar su intelecto en aplicaciones de orden práctico?
-Tal vez porque le gustaba vivir con los pies sobre la tierra -respondió ella involuntariamente.
-¿Cómo dijo?
-Lo siento, Dr. Stadler, no era mi intención discutir ningún… tema irrelevante.
Él miraba al vacío, sumido en sus pensamientos.
-¿Por qué no vino a verme? ¿Por qué no trabajó en un gran establecimiento científico, como correspondía? Si tuvo cerebro para conseguir esto, lo tenía también para comprender la importancia de su invento. ¿Por qué no publicó algún trabajo con su definición de la energía? Me doy cuenta del rumbo seguido en su investigación, pero… ¡Maldita sea! Faltan las páginas más importantes, precisamente donde debería figurar la teoría. Seguramente había a su alrededor personas lo suficientemente capaces para anunciar este logro a todo el mundo científico. Entonces, ¿por qué no lo hicieron? ¿Cómo pudieron abandonar, simplemente abandonar, una cosa así?
-Ésas son, precisamente, las preguntas a las que no encuentro respuesta.
-Y, además, en el aspecto puramente práctico, ¿por qué ese motor fue abandonado entre un montón de chatarra? Cualquier estúpido industrial ambicioso hubiera podido apropiarse de él y hacer una fortuna. No hay que ser muy inteligente para comprender su valor comercial.
Aunque con un dejo de amargura, Dagny sonrió por 1° vez, pero no dijo nada.
-¿Le fue imposible rastrear al inventor? -preguntó él.
-Completamente imposible, hasta ahora.
-¿Cree que vive aún?
-Tengo motivos para suponerlo, pero no estoy segura.
-¿Y si publicáramos un anuncio solicitando verlo?

-No, no lo haga.
-Si pusiera varios anuncios en publicaciones científicas y el Dr. Ferris… -se detuvo y pudo ver la rápida mirada que ella le dirigía; Dagny no dijo nada, pero le sostuvo la mirada mientras el Dr. Desviaba la vista y terminaba su frase fría y enérgicamente- … y el Dr. Ferris dijera por radio que yo deseo verlo, ¿se negaría a venir?
-Si, Dr. Stadler, creo que lo rechazaría.
Él no la estaba mirando y Dagny pudo apreciar la débil tensión en sus músculos faciales y simultáneamente el desánimo que iba apareciendo en sus facciones. No habría podido precisar qué clase de luz se estaba apagando en su interior, ni qué la hacía pensar sobre la muerte de la luz.
Stadler dejó el manuscrito sobre la mesa, con un gesto despectivo.
-Estos sujetos que nunca son lo suficientemente prácticos como para vender sus ideas deberían aprender algo sobre las condiciones de la realidad práctica.
La miró con aire retador, como esperando una respuesta colérica, pero la actitud de Dagny era pero que la ira: su rostro permaneció inexpresivo, como si la verdad o la falsedad de las convicciones de Stadler ya no le importara en absoluto.
-La 2° pregunta que deseaba formularle -dijo cortésmente- consiste en saber si tendría la amabilidad de decirme el nombre de algún físico que usted conozca y que, a su juicio, tenga la habilidad necesaria como para intentar reconstruir este motor.
Él la miró, riéndose por lo bajo, con la expresión de pena.
-¿A usted también la tortura eso, Srta. Taggart? ¿La imposibilidad de encontrar a un ser lo suficientemente inteligente?
-Me he entrevistado con físicos que me fueron recomendados como muy valiosos, pero todos resultaron inútiles.
El doctor se inclinó con viveza.
-Srta. Taggart, ¿me mandó usted llamar porque confía en la integridad de mi criterio científico?
Aquella pregunta era una súplica abierta.
-Sí -contestó Dagny imperturbable- Confío en la integridad de su criterio científico.
El Dr. Se reclinó con la sombra de una oculta sonrisa suavizando la tensión de su rostro.
-Me gustaría ayudarla -dijo como quien habla a un compañero- Me gustaría ayudarla en un sentido egoísta e interesado, porque precisamente mi más duro problema consiste en encontrare gente con talento para mi propia organización. ¡Talento! ¡Diablos! Me bastaría con algo de disposición para el trabajo; pero los que me han enviado no tienen, en verdad, ni siquiera las condiciones necesarias para trabajar en un taller mecánico. No sé si con la vejez me estoy haciendo más exigente o si la raza humana se está degenerando, pero, en mi juventud, el mundo no parecía estar tan carente de inteligencia. Si viera usted la clase de hombre con la que he tenido que entrevistarme… -Se detuvo bruscamente como si acabara de recordar alguna cosa y guardó silencio; parecía reflexionar sobre algo que no quería revelarle. Dagny estuvo segura de eso cuando Stadler concluyó con brusquedad con ese tono seco que casi siempre oculta una evasión: -No, no sé de nadie para recomendarle.

-Eso es lo que quería preguntarle, Dr. Stadler -dijo Dagny- Gracias por haberme dedicado una parte de su tiempo.
Él permaneció callado unos instantes como si no se decidiera a irse.
-Srta. Taggart -preguntó-, ¿podría ver ese motor?
Ella lo miró sorprendida.
-Pues… sí, si lo desea. Pero se encuentra en una bóveda subterránea dentro de los túneles de la Terminal.
-No me importa, si no es mucha molestia. No tengo motivos especiales, sino sólo curiosidad personal. Me gustaría verlo, eso es todo.
Cuando se encontraban en la bóveda de granito, contemplando la caja de cristal que contenía aquella deforme masa de metal, Stadler se quitó el sombrero con movimiento lento y abstraído, y ella no pudo reconocer si se trataba de un gesto rutinario por hallarse en una habitación con una dama, o la actitud de quien se descubre ante un ataúd.
Permanecieron en silencio bajo la claridad de la lámpara que el cristal reflejaba sobre sus caras. En la distancia sonaban las ruedas de los trenes, y a veces parecía como si de improviso una repentina y más áspera vibración fuese a provocar una respuesta en los restos encerrados de la caja.
-¡Es maravilloso! -exclamó Stadler en voz baja- Es maravilloso ver la realización de una gran idea, nueva y fundamental, que no sea mía.
Dagny deseó creer que había interpretado bien sus palabras. Hablaba con apasionada sinceridad, sin preocuparse por los convencionalismos, desechando toda preocupación acerca de si era o no correcto ofrecerle aquella confesión de su dolor, sin ver en ella más que a una mujer dispuesta a comprenderlo.
-Srta. Taggart, ¿conoce usted el estado de ánimo de quienes ocupan un lugar secundario en la vida? Están dominados por el odio hacia los logros de los demás. Son mediocres que permanecen quietos, temblorosos, temiendo que el trabajo de otro resulte mejor que el suyo. No tienen la menor idea de la soledad que se apodera de uno cuando se alcanza la cima, la soledad de anhelar un igual, una mente capaz de respetar y de admirar el éxito ajeno. Nos enseñan los dientes desde sus madrigueras, pensando que a uno le complace que le propio brillo los haga casi invisibles, mientras la realidad es que cualquiera daría un año de su vida para observar un chispazo de talento en alguno de ellos. Envidian el éxito y su sueño de grandeza es un mundo en el que todos sean inferiores a ellos y así lo reconozcan. No se dan cuenta de que dicho sueño es la prueba infalible de su mediocridad, por que semejante mundo es precisamente el que el exitoso no podría soportar. No tienen modo de saber lo que aquél siente cuando está rodeado de inferiores. ¿Odio? No, no es odio, sino aburrimiento, un aburrimiento terrible, desesperanzado, vacío y paralizante. ¿De qué sirven la alabanza y la adulación provenientes de personas que uno no respeta? ¿Ha sentido alguna vez el anhelo de encontrar a alguien que le provoque admiración? ¿Alguien a quien no mirar desde arriba, sino todo lo contrario?
-He venido sintiendo eso durante toda mi vida -respondió Dagny. Era algo que no podía negarle.
-Lo sé -dijo él poniendo en su voz una belleza y una suavidad perfectamente impersonales- Lo supe desde el 1° momento en que hablé con usted, por eso he

venido. -Se detuvo un instante, pero Dagny no contestó la llamada que implicaba aquel silencio y él terminó con la misma afabilidad: -Por eso quise ver este motor.
-Lo comprendo -dijo Dagny dulcemente.
El tono de su voz era la única forma de reconocimiento que podía ofrecer.
-Srta. Taggart -añadió él, bajando la mirada hacia la caja de cristal-, conozco a alguien que podría ocuparse de reconstruir este motor. No accedería a trabajar para mí… de modo que probablemente debería hablarle usted.
Pero antes de ver en Dagny la expresión admirativa, abierta y noble que estaba esperando, prefirió destruir aquel momento diciendo con sarcasmo: -Al parecer, este joven no quería trabajar para la sociedad ni en beneficio de la ciencia. Me dijo que no trabajaría para el gobierno. Supongo que deseaba el salario más alto que pudiera obtener de un empresario privado.
Se volvió para no ver la expresión que estaba desvaneciéndose en su cara.
-Sí -dijo Dagny con voz dura- Ése es probablemente el tipo de hombre que necesito.
-Se traba de un joven físico del Instituto Tecnológico de Utah -le explicó secamente- Se llama Quentin Daniels. Un amigo mío me lo mandó hace unos meses. Vino a verme, pero no quiso aceptar el puesto que le ofrecí. Quería incorporarlo a mi equipo, porque tiene mentalidad de verdadero científico. No se si triunfará con el motor, pero al menos tiene las condiciones necesarias. Creo que podrá localizarlo en el Instituto Tecnológico de Utah, aunque no sé qué estará haciendo allí ahora, porque el Instituto cerró hace 1 año.
-Gracias, Dr. Stadler. Me pondré en contacto con él.
-Si… lo desea, me gustaría ayudarle en la parte teórica del asunto. Voy a comenzar a partir de las pistas que nos da el manuscrito, pues me gustaría encontrar el secreto principal de la energía que descubrió el autor. Ése es el principio básico que debemos hallar. Si lo logramos, Daniels podrá terminar el trabajo en lo que respecta al motor propiamente dicho.
-Apreciaré mucho cualquier ayuda que pueda brindarme, Dr. Stadler.
Caminaron en silencio por los muertos túneles, pisando durmientes de una vía oxidada bajo una sucesión de luces azules, hacia las distantes bocas de los andenes.
Al llegar a la plataforma, vieron a un hombre arrodillado en la vía martillando arrítmicamente, presa de la incertidumbre, mientras otro lo observaba impaciente.
-Bien, ¿qué ocurre con esa maldita pieza? -le preguntó.
-No lo se.
-Llevas 1 hora con eso.
-Sí.
-¿Cuánto tiempo va a llevar?
-¿Quién es John Galt?
El Dr. Stadler se sobresaltó y luego de pasar ante aquellos hombres, dijo: -No me gusta esa expresión.
-A mí tampoco -contestó Dagny.
-¿De dónde salió?
-Nadie lo sabe.
Guardaron un momento de silencio y luego él explicó: -Cierta vez conocí a un John Galt, pero murió hace mucho.

-¿Quién era?
-Solía pensar que seguía vivo, pero ahora tengo la absoluta certeza de que ha muerto. Tenía una mente tal que, en caso de estar vivo, todo el mundo hablaría de él.
-Pero, en efecto, todo el mundo habla de él.
El Dr. se detuvo.
-Sí… -dijo lentamente como si se le acabara de ocurrir una idea asombrosa- Sí, pero, ¿por qué?
Sus palabras sonaban como impregnadas de terror.
-¿Quién fue ese hombre, Dr. Stadler?
-¿Por qué hablan de él?
-¿Quién fue?
Sacudió la cabeza, se estremeció y concluyó ásperamente: -Se trata de una coincidencia; después de todo, el nombre nada tiene de raro. Una coincidencia sin importancia que no guarda relación con el hombre al que conocí. Además, ha muerto. -Y no se permitió reconocer el verdadero significado de la frase que añadió: -Tiene que haber muerto.

* * *

La carta sobre su escritorio tenía los sellos de “Confidencial”, “Urgente”, “Prioridad”, “De necesidad esencial certificada por el máximo coordinador del Proyecto X”, y en ella se le exigía la venta de 10.000 toneladas de metal Rearden al Instituto Científico del Estado.
Luego de leerla, Hank Rearden levantó la mirada hacia el supervisor de los altos hornos, que se había quedado inmóvil frente a él después de entrar con la carta y ponerla en silencio sobre el escritorio.
-Pensé que querría verla -dijo en repuesta a la mirada de Rearden.
Hank llamó a la Srta. Ives, le entregó la orden y le dijo: -Mándesela de vuelta a quien la haya enviado y dígale que no pienso vender metal Rearden al Instituto Científico del Estado.
Gwen Ives y el supervisor lo miraron, se miraron entre sí y volvieron a mirar a Rearden, y lo que éste vio en sus ojos fue una felicitación.
-Muy bien, Sr. Rearden -dijo Gwen Ives, tomando el papel como si se tratara de una hoja cualquiera. Hizo una leve inclinación y salió del despacho seguida por el supervisor.
Rearden sonrió débilmente, en agradecimiento por lo que sentían. Ya no le importaban aquella orden ni sus posibles consecuencias.
Con una especie de convulsión interna, que había sido como tirar del cable y anular la corriente de energía de sus emociones, 6 meses atrás se había dicho: “Primero actúa, procura mantener los hornos funcionando. Más tarde podrás sentir”. Gracias a esto le fue posible contemplar desapasionadamente la puesta en práctica de la ley de Participación Equitativa.
Nadie sabía cómo se pondría en práctica. Primero le dijeron que no debería producir metal Rearden en cantidad mayor que el tonelaje de la aleación especial de mejor calidad que existiera, aparte del acero, producida por Orren Boyle. Pero dicha aleación especial creada por Boyle era una mezcla frágil que nadie

compraba. Más tarde, se le dijo que podía producir metal Rearden hasta la cantidad que Orren Boyle habría fabricado, en caso de poder hacerlo, pero nadie sabía cómo determinarlo. Entonces, alguien en Washington dio un número de toneladas por año sin ofrecer razón alguna, y todo el mundo debió aceptarlo.
Tampoco sabía cómo entregar a cada cliente que lo solicitara una cantidad "proporcional" de metal Rearden. La lista de pedidos no hubiera podido ser satisfecha en 3 años, aún cuando trabajase a plena capacidad. Y, cada día, llegaban nuevos pedidos, aunque no lo eran en el viejo y honorable sentido del término, sino exigencias. La ley establecía que cualquier cliente que no hubiese recibido su parte equitativa de metal Rearden tenía derecho a iniciarle una demanda judicial.
Tampoco nadie sabía cómo determinar la "parte equitativa". Cierto joven inteligente, recién egresado de la universidad, fue enviado desde Washington como subdirector de distribución. Tras un montón de llamadas telefónicas a la capital, el joven anunció que cada cliente recibiría 500 toneladas por orden de fechas de presentación de los pedidos. Nadie discutió la decisión, pues no había forma de oponer argumentos; tendría la misma validez medio kilo que 1 millón de toneladas.
El joven había establecido su oficina en las fundiciones Rearden y 4 empleadas se hacían cargo de las demandas del metal. Teniendo en cuenta la producción vigente, las solicitudes tardarían 1 siglo en ser satisfechas.
500 toneladas de metal Rearden no eran suficientes para 5 km. de vía de Taggart Transcontinental, ni para los engranajes de una de las minas carboníferas de Ken Danagger. La industria pesada, a la que pertenecían los mejores clientes de Rearden, tenía prohibido el uso de ese metal, pero simultáneamente aparecían en el mercado palos de golf de metal Rearden, así como también cafeteras, herramientas de jardinería y grifos domésticos. Ken Danagger, que había apreciado el valor del material y se atrevió a hacer un pedido oponiéndose al furor de la opinión pública, no pudo obtenerlo pues sus pedidos se habían interrumpido bruscamente con la aplicación de la nueva ley. Mowen, que había traicionado a Taggart Transcontinental en sus momentos más difíciles, fabricaba ahora señales de metal Rearden para venderlas a Atlantic Southern. Rearden contemplaba todo con sus emociones desconectadas.
Se volvía sin pronunciar palabra cuando alguien mencionaba ante él lo que era de dominio público: que se estaban amasando grandes fortunas gracias a su invento. En las reuniones la gente comentaba: "No es posible llamarlo mercado negro, porque, en realidad, no es eso. Nadie vende metal ilegalmente. Lo único que hacen es negociar su derecho adquirido, no vendiendo realmente, sino intercambiando sus participaciones en un fondo común". Hank Rearden no quería saber nada con los intrincados procedimientos que se utilizaban para transferir aquellas participaciones, ni enterarse de por qué un fabricante de Virginia llevaba producidas en 2 meses 5.000 toneladas de moldes fabricados con metal Rearden, ni qué personaje de Washington era socio anónimo de tal o cual fabricante. Sabía que los beneficios obtenidos por esos empresarios con 1 tonelada de metal Rearden eran 5 veces mayores que los logrados por él, pero jamás dijo nada. Todos tenían derecho al metal, excepto su inventor.

El joven de Washington, a quien los empleados de Rearden Steel habían apodado “la Niñera”, deambulaba alrededor de Rearden con cierta infantil y asombrada curiosidad que, aunque pudiera parecer increíble, no era sino una forma de admiración. Rearden lo contemplaba entre disgustado y divertido. Aquel muchacho no poseía el menor atisbo de moral, pues la había perdido totalmente en la universidad, pero le quedaba una extraña franqueza, ingenua y clínica a la vez, parecida a la inocencia de un salvaje.

-Usted me desprecia, Sr. Rearden -había dicho cierta vez, de manera repentina y sin resentimiento- Pero se trata de una actitud muy poco práctica.

-¿Por qué? - había preguntado Rearden.

El muchacho quedó perplejo y no encontró respuesta. En realidad no tenía respuesta para ningún “por qué”. Tan sólo articulaba una serie de palabras vacías. Solía comentar sobre algunas personas: “Es un anticuado”, “No evoluciona”, “No sabe adaptarse”, sin dudas ni explicaciones, o decía, aunque era graduado en metalurgia, “A mi modo de ver, la fundición del hierro parece requerir temperaturas muy elevadas”. Sólo expresaba opiniones inciertas sobre la naturaleza física e imperativos categóricos acerca de los seres humanos.

-Sr. Rearden -le dijo una vez-, si cree que debe entregar más metal a sus amigos, quiero decir en mayores cantidades, el asunto podría arreglarse. ¿Por qué no solicitamos un permiso especial, sobre la base de necesidades esenciales? Tengo influencias en Washington y sus amigos son importantes, grandes industriales, y no creo que les resulte difícil obtener autorización. Pero, desde luego, habría determinados gastos, porque en Washington hay que usar dinero. Usted ya lo sabe, estas cosas siempre originan gastos.

-¿Qué cosas?

-Usted me comprende.

-No -le había contestado Rearden- No lo entiendo. ¿Por qué no me lo explica?

El joven lo miró con incertidumbre, sopesó el tema y luego salió con esta frase: -Es usted un mal psicólogo.

-¿A qué se refiere?

-Sabe, Sr. Rearden, no es preciso recurrir a esas palabras.

-¿Cuáles palabras?

-Las palabras son relativas, sólo son símbolos. Si no usamos los símbolos feos, la fealdad desaparecerá. ¿Por qué quiere que le diga las cosas de cierta manera cuando las he dicho de otra?

-¿Y cual es la manera como usted quiere que las exprese?

-¿Por qué quiere que se lo aclare?

-Por el mismo motivo por el que usted no lo hace.

El joven guardó silencio unos momentos y luego dijo: -Sabe, Sr. Rearden, no existen las normas absolutas. No podemos gobernarnos por principios rígidos; tenemos que ser flexibles y ajustarnos a la realidad diaria, tenemos que actuar de acuerdo con las conveniencias del momento.

-Ponga en práctica esa máxima, joven. Intente obtener una tonelada de acero sin utilizar principios rígidos, basándose sólo en las conveniencias del momento.

Un extraño sentimiento impulsaba a Rearden a sentir desprecio hacia el joven, pero no resentimiento. Todo en él parecía encajar completamente en el espíritu de

cuanto estaba ocurriendo. Era como si estuvieran retrocediendo varios siglos, a la era a la cual el joven pertenecía, pero no Rearden.
En vez de construir nuevas fundiciones, pensaba Hank, estaba compitiendo en una carrera en la que sólo se trataba de mantener funcionando las antiguas; en vez de embarcarse en nuevos proyectos, investigaciones y experiencias en el uso del metal Rearden, gastaba su energía buscando fuentes de mineral, como los hombres en los comienzos de la Edad de Hierro, pero con menos esperanza.
Intentó eludir semejantes reflexiones, como poniéndose en guardia contra sus propios sentimientos, como si una parte de él se hubiese convertido en un desconocido al que debía vigilar y mantener inconsciente mediante una continua anestesia, porque no debía dejarse ver ni oír. Había vivido una situación peligrosa que no podía permitir que se repitiera: en aquella ocasión, una noche de invierno, solo en su oficina y paralizado ante el periódico extendido sobre su escritorio y en cuya portada aparecía una larga columna de consignas, había escuchado por radio la noticia del incendio de los yacimientos Wyatt. Entonces, su primera reacción, antes de pensar en el futuro o experimentar una impresión de desastre, terror o protesta, había sido una estrepitosa carcajada.
Rió sintiéndose triunfante, libre, impregnado de incontenible animación, y las palabras que no pronunció, pero que sintió fueron: “¡Dios te bendiga, Ellis, hagas lo que hagas!”.
Cuando tomó real conciencia de aquella actitud, comprendió que estaba condenado a vigilarse constantemente a sí mismo. Como el sobreviviente de un paro cardíaco, sabía que acababa de recibir un aviso y que también él era blanco de un peligro que podía terminar con su vida en cualquier momento.
Desde entonces se contuvo. Adoptó una actitud tranquila, precavida, severamente controlada. Pero la advertencia retornó por un instante al ver la orden del Instituto Científico del Estado sobre su escritorio. Le había parecido que el resplandor que iluminaba aquel papel no procedía de las fundiciones, sino de las llamaradas de un pozo petrolífero incendiado.
-Sr. Rearden -dijo la Niñera al enterarse de que había rechazado la orden- No debería haber hecho eso.
-¿Por qué?
-Le va a traer complicaciones.
-¿Qué clase de complicaciones?
-Es una orden del gobierno y no puede negarse a cumplirla.
-¿Por qué no?
-Se trata del Proyecto de Necesidades Esenciales y, además, es secreto, un asunto de máxima importancia.
-¿Qué clase de proyecto es ése?
-No lo sé. Es secreto.
-Entonces, ¿cómo sabe usted que es importante?
-Así lo decía.
-¿Quién lo decía?
-¡Usted no puede poner eso en duda, Sr. Rearden!
-¿Por qué no?
-Porque no.

-Si no puedo, se estaría tratando de un absoluto, y usted dijo que no existen los absolutos.
-Esto es distinto.
-¿Por qué?
-Porque procede del gobierno.
-Entonces, ¿no hay afirmaciones categóricas salvo las del gobierno?
-Lo que quiero decir es que, si dicen que es importante, entonces lo es.
-¿Por qué?
-No quiero que se meta en un lío, Sr. Rearden, pero usted va directo a él. Hace demasiadas preguntas. ¿Quiere decirme por qué actúa de ese modo?
Rearden contuvo la risa. El joven se dio cuenta e hizo una mueca de comprensión, aún cuando se sintiera profundamente desgraciado.
La persona que se presentó ante Rearden la semana siguiente era joven y esbelta, pero no tanto como intentaba aparentar. Vestía de civil, aunque llevaba polainas de policía de tránsito. A Rearden no le quedaba claro si venía del Instituto Científico del Estado o de Washington.
-Tengo entendido que usted se negó a vender metal al Instituto Científico del Estado, Sr. Rearden -dijo en tono lánguido y confidencial.
-En efecto -admitió Rearden.
-¿No constituye su actitud un voluntario incumplimiento de la ley?
-Es usted quien debe decidirlo.
-¿Puedo preguntarle los motivos?
-No es de su interés.
-¡Oh, no! Al contrario. No somos enemigos suyos, Sr. Rearden. Queremos ser justos con usted, no debe atemorizarle el hecho de ser un gran industrial, porque no esgrimiremos esta circunstancia en su contra. Queremos ser tan justos con usted como con el último jornalero, pero desearíamos conocer sus motivos.
-Publiquen mi negativa en los periódicos y cualquier lector les hará conocer el motivo. Apareció en todos los periódicos hace poco más de 1 año.
-¡Oh, no, no, no! ¿Por qué citar a la prensa? ¿Es que no podríamos arreglar este asunto de una manera más amistosa y confidencial?
-Depende de ustedes.
-No queremos que esto se publique.
-¿No?
-No, no es nuestro deseo mortificarlo.
Rearden lo miró fijamente, a la vez que preguntaba: -¿Para qué necesita el Instituto Científico del Estado 10.000 toneladas de metal? ¿Qué es el Proyecto X?
-¡Oh! Se trata de un proyecto muy importante, relacionado con investigaciones científicas de gran valor social que puede redundar en inestimables beneficios para el público. Pero por desgracia, los directores de esta política no me permiten darle mayores detalles.
-Verá -dijo Readen-, no deseo vender mi metal a quienes mantienen en secreto el destino que le darán a mi producto. Yo creé ese metal y tengo la responsabilidad moral de saber para qué va a ser usado.
-¡Oh! No debe preocuparse de ello, Sr. Rearden. Queda eximido de toda responsabilidad al respecto.
-¿Y si no quiero ser eximido?

-Pero… su actitud es anticuada… y puramente teórica.
-Podría decirle que ésa es la única razón, pero no lo haré porque, en este caso, tengo otro motivo más concreto. No le venderé metal Rearden al Instituto Científico del Estado para ninguno de sus fines, bueno o malo, secreto o público.
-Pero, ¿por qué?
-Escúcheme -dijo Rearden lentamente- Quizá exista algo que justifique esas salvajes organizaciones que nos obligan a estar constantemente a la defensiva, a la espera de que nuestros enemigos nos asesinen en cualquier momento, pero no hay modo de obligar a nadie a fabricar el metal para que se convierta en las armas de sus propios homicidas.
-No creo aconsejable utilizar semejante lenguaje, Sr. Rearden, ni considero práctico pensar en esos términos. Después de todo, el gobierno, en cumplimiento de una política amplia y nacional, no puede hacerse cómplice de sus diferencias personales contra una institución particular.
-A mi manera de ver, basta con que no los secunde.
-¿Qué quiere decir?
-No intente averiguar mis razones.
-Pero, Sr. Rearden, no podemos impedir que una negativa a obedecer la ley pase inadvertida. ¿Qué espera que hagamos?
-Hagan lo que quieran.
-¡Es inaudito! Nadie jamás se negó a venderle al gobierno un material imprescindible. En realidad, la ley no le permite negar esa venta a ningún cliente y mucho menos al gobierno.
-Entonces, ¿por qué no me arrestan?
-Sr. Rearden, ésta es una discusión amistosa. ¿Para qué hablar de detenciones?
-¿Acaso no es su argumento decisivo contra mí?
-Pero, ¿para qué mencionarlo?
-¿No queda implícito en cada una de las frases de esta discusión?
-¿Para qué mencionarlo?
-¿Por qué no? -No hubo respuesta- ¿Intenta ocultarme el hecho de que, si no fuera por esa decisiva tarjeta de identificación personal, no le hubiera permitido ni siquiera entrar en mi despacho?
-Yo no he hablado de arrestos.
-Yo si.
-No lo entiendo, Sr. Rearden.
-No quiero ayudarlo a que crea que ésta es una charla amistosa, porque no lo es. Y ahora haga lo que le parezca.
En el rostro del visitante se pintó una extraña expresión, mezcla de asombro, como si no acabara de entender aquello a lo que se enfrentaba, y de miedo, como si siempre hubiera vivido con el constante temor de que algo así le ocurriera.
Rearden tuvo la extraña sensación de que estaba a punto de desentrañar algo que, hasta ese entonces, no había comprendido; de que se encontraba sobre la pista de un descubrimiento todavía distante, pero del que podía intuir un nuevo significado.
-Sr. Rearden -dijo el visitante-, el gobierno necesita su metal, y nos lo tiene que vender porque los planes del gobierno no pueden quedar a merced de su consentimiento o de su aprobación.

-Toda venta -respondió lentamente Rearden- necesita el consentimiento del vendedor. -Se levantó y se acercó a la ventana- Voy a decirle lo que puede hacer. -Señaló los apartaderos donde unos vagones estaban siendo cargados con lingotes- Eso que ve ahí es metal Rearden. Acérquese con sus camiones, igual que cualquier otro saqueador, pero sin riesgo alguno, porque no dispararé contra usted, cosa que sabe perfectamente, tome todo el material que desee y márchese. No intente pagarme, porque no lo aceptaré. No me entregue ningún cheque porque no pienso cobrarlo. Si desea ese metal, tiene las armas para tomarlo. ¡Adelante!
-¡Por Dios, Sr. Rearden! ¿Qué pensaría el público?
Había sido una exclamación involuntaria e instintiva. Los músculos faciales de Rearden se movieron brevemente en una risa silenciosa. Los 2 habían comprendido el significado de semejante gesto. Con voz grave; tranquila y reposada, Rearden dijo: -Ustedes necesitan mi ayuda para que tenga el aspecto de una venta legal, ¿verdad?, de una operación comercial regular, justa y segura. Pues no pienso ayudarlos.
El otro no intentó discutir, se levantó y dijo simplemente: -Lamentará la actitud que ha adoptado, Sr. Rearden.
-No lo creo.
Rearden sabía que el incidente no había terminado, que el secreto que rodeaba al Proyecto X no era el motivo principal por el que aquella gente temía hacer público el problema, y experimentaba la extraña y jovial confianza en que acababa de dar los pasos necesarios en la ruta adecuada y en la dirección correcta.

* * *

Dagny estaba tendida en un sofá de su sala, con los ojos cerrados. Había tenido un día complicado, pero sabía que vería a Hank Rearden esa noche. Sólo pensarlo la liberaba del peso de tantas horas de esa insensata fealdad que todo lo envolvía.
Estaba inmóvil, feliz de descansar sin otro propósito que el de esperar hasta oír el leve sonido de la llave en la cerradura. Él no la había llamado por teléfono, pero ella sabía que había ido a Nueva York para una conferencia con productores de cobre, y nunca salía de la ciudad hasta la mañana siguiente, ni pasaba una noche allí sin dedicársela. Le gustaba esperarlo, pues necesitaba un tiempo que actuara como puente entre sus días y las noches con él.
Las horas que tenía por delante, como todas las que pasaban juntos, se sumarían a la caja de ahorros de su existencia, donde ciertos momentos se guardan con el orgullo de haberlos vivido. En cambio el único orgullo que le producía su día de trabajo no era el de haberlo vivido, sino el de haberlo sobrevivido. Se dijo que era un terrible error verse obligada a considerar de tal modo cualquier momento de la vida, pero no quería pensar en eso ahora. Estaba concentrada en Rearden y en la lucha que lo había visto sostener durante meses, en su búsqueda por obtener la libertad; sabia que podía ayudarlo a vencer, pero en todos los aspectos, menos con las palabras. Se acordó de aquella tarde del último invierno, en que él había entrado, había sacado de su bolsillo un pequeño paquete que le ofreció diciendo: -Quiero que lo tengas.

Ella lo abrió, contemplando con incredulidad y asombro un dije confeccionado con un solo rubí alargado que despedía un violento fulgor de fuego sobre la blanca seda del estuche. Era una piedra famosa, que sólo una docena de personas en el mundo podían permitirse comprar, y Rearden no pertenecía a ese grupo.
-Hank... ¿Por qué?
-Por ninguna razón en especial, tan sólo quería verte luciéndolo.
-¡Oh no! No una cosa como ésta... ¿Por qué desperdiciarla? ¡Voy tan raramente a lugares elegantes! ¿Cuándo quieres que lo use?
La miró, recorriendo con los ojos toda la longitud de su cuerpo, desde las piernas hasta el rostro.
-Te lo enseñaré -le respondió.
La condujo al dormitorio, la desnudó sin pronunciar palabra, como un dueño que no necesita consentimiento, y le colgó el dije del cuello. Dagny permaneció con la joya entre los senos, como una enorme gota de sangre.
-¿Crees que un hombre regala joyas a su amante por algún propósito excepto el de su propio placer? Esta es la forma en que quiero que la uses: sólo para mí; me gusta mirar esa piedra, es maravillosa.
Ella echó a reír, lenta y dulcemente. No podía hablar ni moverse, sino tan sólo asentir en sumiso silencio. Asintió varias veces, haciendo oscilar su cabello con un amplio movimiento circular de la cabeza; luego la cabeza quedó inmóvil inclinada ante él.
Se tendió en la cama, perezosamente, con la cabeza hacia atrás, los brazos a los costados, las palmas presionadas contra el acolchado, una pierna doblada y la larga línea de la otra recortándose sobre la tela azul. La joya brillaba como una herida en la oscuridad, dibujando una estrella de rayos sobre su piel.
Bajo sus párpados entornados se notaba la expresión burlona y victoriosa de saberse admirada, pero su boca estaba entreabierta, igual que quien suplica sin esperanza. Hank contemplaba desde cierta distancia su abdomen plano que se movía con la respiración, su cuerpo sensual que expresaba una conciencia igualmente sensual. Por fin dijo en voz baja, con tono intenso y extrañamente tranquilo:
-Dagny, si algún artista te pintara tal como estás ahora, los hombres se agruparían ante el cuadro para experimentar una emoción que ninguna otra cosa podría ofrecerles en la vida. Lo denominarían "gran arte". No comprenderían la naturaleza de sus sentimientos, pero la pintura les mostraría toda una serie de facetas asombrosas: que no eres una Venus clásica, sino la vicepresidenta de un ferrocarril, pues eso también forma parte del cuadro... y también les hablaría de mí, porque estoy incluido. Dagny, se alejarían para ir a acostarse con la 1° camarera de bar que encontraran, sin intentar jamás profundizar los sentimientos que experimentaron. En lo que a mí respecta, jamás los buscaría en una pintura. Los desearía reales. No me enorgullecería tener un anhelo imposible, ni alimentar una aspiración obstinada y sin objeto: quiero poseer, realizar o vivir. ¿Me comprendes?
-¡Oh, sí, Hank! Te comprendo -respondió- "Y tú, querido" -pensó-, "¿lo comprendes de veras?" -pero no lo dijo.
Una noche tormentosa, cuando Dagny llegó a su casa, encontró un enorme despliegue de flores tropicales que inundaban su sala, en contraste con el oscuro

cristal de las ventanas azotadas por la nieve. Las grandes flores de origen hawaiano, con tallos de 1 m. de largo, eran conos con la textura sensual del cuero blando y el color de la sangre. "Las vi en una florería -le contó él aquella noche- Me gustó contemplarlas en la tormenta, pero no hay nada más carente de utilidad que lo que se exhibe en un negocio."

Empezó a encontrar flores en su apartamento a las horas más impensadas. Flores enviadas sin tarjeta, pero con la firma del remitente en sus formas fantásticas, sus vivaces colores y sus precios exagerados. También le compró un collar de pequeñas piezas cuadradas de oro, que cubrían por completo su cuello y sus hombros, como una armadura de caballero medieval. "Úsalo con un vestido negro", le ordenó. Le regaló un juego de copas que un orfebre famoso había tallado en altos y delgados bloques de cristal de roca. Lo miró mientras sostenía una de esas copas, luego de servirle una bebida, como si el contacto del cristal bajo sus dedos, el sabor del líquido y la visión de su rostro fueran las únicas formas en que se manifestaba un invisible momento de placer. "Siempre me gustaron estas cosas" -explicó entonces-, "pero nunca las compré porque para mí carecían de significado. Ahora lo tienen."

Una mañana de invierno la llamó por teléfono a su oficina para decirle, no en el tono de quien invita, sino de quién da órdenes a uno de sus empleados: -Esta noche cenaremos juntos y quiero que te vistas bien. ¿Tienes algún vestido azul? Póntelo.

La prenda que eligió para esa noche era una túnica azul ceniciento, que le daba cierto aire de vulnerable simplicidad, el aspecto de una estatua sumida en las sombras de un jardín bajo el sol estival. Hank le puso sobre los hombros una capa de zorro azul, que la envolvía por completo desde la curva del mentón hasta la punta de las sandalias.

-Hank -rió ella-, esto es ridículo. No es mi estilo.

-¿Eso crees? -preguntó él llevándola ante un espejo.

El enorme abrigo la hacía aparecer como una niña arropada para enfrentarse a una tormenta de nieve. El lujoso atuendo transformaba la inocencia de su forma en la elegancia de un contraste perversamente intencionado, confiriéndole un aire de acusada sensualidad. La piel era de un suave tono castaño, pero sobre ella flotaba un halo azulado, como una neblina envolvente que sugería un color que no podía verse con los ojos, sino sentirse con las manos pero sin tocarla, como si uno hundiera sus manos en la blanda textura. La capa no dejaba ver nada de ella, excepto el color castaño de su cabello, el gris azulado de sus ojos y la forma de su boca.

Se volvió hacia él con una sonrisa perpleja.

-Nunca me imaginé que podía venme así -dijo.

-Yo sí.

Iba sentada a su lado, mientras él conducía por las oscuras calles de la ciudad. Un brillante manto de nieve resplandecía cada tanto bajo las luces de las esquinas. No le preguntó adónde iban. Permanecía hundida en el asiento contemplando los copos de nieve, envuelta en la capa de zorro. Por debajo, el vestido era tan suave como un pijama y el contacto de la piel le hacía recordar un abrazo.

Contempló las rectas hileras de luces que se alzaban a lo largo de la cortina de nieve, y al mirar a Rearden, al ver la presión de sus manos enguantadas sobre el

volante y la austera y ostentosa elegancia de su figura, con el abrigo negro y la bufanda blanca, pensó que también él pertenecía a la gran ciudad, a las brillantes aceras y a la piedra esculpida.
El coche se metió en un túnel pletórico de ecos que cruzaba bajo el río, y salió a las suaves curvas de una autopista, bajo el cielo negro. Las luces ahora se encontraban abajo, extendidas en kilómetros de ventanas azuladas, chimeneas, grúas, rojizas llamaradas y largos y atenuados rayos que marcaban las siluetas de una zona industrial. Recordó haber visto cierta vez a Rearden en sus altos hornos, con manchas de hollín en la frente, y un uniforme corroído por los ácidos que lucía de un modo tan natural como su traje de etiqueta. Pero también pertenecía a este lugar, pensó Dagny mirando los edificios de Nueva Jersey entre las grúas, los fuegos y el chirriar de los mecanismos.
Cuando bajaban por una oscura carretera, a través de un paraje desierto, con franjas de nieve destellando ante los faros, recordó el aspecto de Hank aquel verano de sus vacaciones, con pantalón corto, tendido sobre la hierba en un solitario barranco, el sol sobre sus brazos desnudos.
También pertenecía al campo, pensó Dagny; pertenecía a todos los lugares, a la Tierra en general. Así encontró las palabras más exactas para definirlo: era el hombre que pertenecía a la Tierra pues en ella se encontraba como en casa, dominando y mandando. Se preguntó por qué, entonces, Hank debía llevar sobre los hombros el fardo de una tragedia aceptada en silencioso sufrimiento, de manera tan completa que llegaba incluso a olvidarse de ella. Conocía parte de la respuesta y sabía que el resto se encontraba a su alcance y podría llegar a él en algún momento no muy lejano. Pero no quería pensar en eso ahora, porque se estaban alejando de todos los problemas, porque dentro de aquel vehículo en movimiento ambos experimentaban la tranquilidad de una dicha total. Movió imperceptiblemente la cabeza rozando su hombro.
El coche dejó la autopista y se dirigió hacia los iluminados cuadrados de lejanas ventanas colgadas sobre la nieve, más allá de una verja con ramas desnudas. Luego, bajo una claridad velada y suave, se sentaron a una mesa, junto a una ventana, frente a la oscuridad de los árboles. La posada estaba en una loma en el bosque; ofrecía el lujo de un elevado precio pero por su refinado gusto no era la clase de lugares para quienes andan a la caza de sitios caros por puro afán de notoriedad. Dagny apenas se dio cuenta del comedor, superlativamente cómodo. El único ornamento que llamó su atención fue el brillo de las ramas congeladas del otro lado de la ventana.
Se quedó sentada, mirando hacia afuera, con la piel azulada de la capa medio caída sobre sus brazos desnudos. Él la contempló con los párpados entornados y la satisfacción de quien estudia su obra maestra.
-Me gusta regalarte cosas -dijo-, porque no las necesitas.
-¿No?
-Y no es que quiero que las tengas, sino que las hayas recibido de mí.
-Así es como las necesito, Hank, de ti.
-¿No te das cuenta de que se trata de un sentimiento egoísta de mi parte? No lo hago para complacerte, sino para complacerme.

-¡Hank! -Su exclamación había sido involuntaria y expresaba sorpresa, desesperación, indignación y lástima- Si me hubieras dado estas cosas para complacerme a mí y no a ti, te las habría arrojado a la cara.
-Sí... en efecto, lo habrías hecho y estaría bien.
-¿Lo llamas egoísmo?
-Así es como lo llamaría cualquiera.
-¡Oh, sí! Así lo llamaría cualquiera; pero, ¿cómo lo llamarías tú?
-No lo sé -dijo con aire indiferente y prosiguió- Sólo comprendo que si es egoísmo, debo maldecirme por ello; pero, no obstante, deseo incurrir en él más que en ninguna otra cosa en el mundo.
Dagny no contestó, lo miraba sonriendo débilmente, como si le rogara que tuviera en consideración el significado de sus propias palabras.
-Siempre quise disfrutar de mis riquezas -dijo- Pero nunca supe cómo hacerlo, ni siquiera tuve tiempo para comprender cuánto lo deseaba. Sabía que el acero vertido en mis hornos volvía a mí en forma de oro líquido, pero este oro tenía que endurecerse y cobrar el aspecto que yo quisiera para disfrutar de él. Sin embargo, no lo conseguía, no podía encontrar un propósito real en todo eso. Pues ahora lo he encontrado. Si he producido esta riqueza, debo lograr que me proporcione todos los placeres que deseo, incluyendo el de gastar dinero para sentir la envidiable sensación de convertirte en objeto de lujo.
-Soy un objeto de lujo por el que has pagado desde hace mucho tiempo -dijo Dagny sin sonreír.
-¿Cómo?
-Mediante los mismos valores con los que pagaste tus fundiciones.
Dagny no supo si él había comprendido con la plena y luminosa claridad de un pensamiento expresado en palabras, pero le pareció que lo que él sentía era comprensión, y vio en sus ojos la tranquilidad total de una sonrisa invisible.
-Nunca desprecié el lujo -dijo Rearden- Pero sí a quienes lo disfrutan. Veía lo que llamaban placeres como sentimientos míseros y carentes de sustento al compararlos con lo que yo sentía en mis fundiciones. Contemplaba cómo era vertido el acero, toneladas de líquido surgiendo siempre que me pareciera oportuno adonde yo quisiera. Luego iba a una tiesta y veía personas que se sentaban temblorosas ante su vajilla de oro y sus manteles de encaje, como si el comedor fuera el amo y ellos tan sólo objetos a su servicio, objetos moldeados por sus botones de diamantes y sus gargantillas, y no a la inversa. Y yo corría a mirar el 1° montón de escoria con que me tropezaba mientras ellos decían que no disfrutaba de la vida porque sólo me preocupaban mis negocios.
Miró la suave belleza del lugar y la gente sentada a las mesas. Los comensales adoptaban una actitud de consciente exhibición, como si el enorme precio de sus atuendos y el profundo cuidado que implicaba su atildamiento tuviera que convertirlos en esplendor, pero no lo hacía pues sus caras sólo expresaban rencorosa ansiedad.
-Dagny, mira a esta gente. Se supone que son bon vivants de la fortuna, buscadores de placeres y amantes del lujo, pero se limitan a permanecer sentados, esperando que este lugar les confiera algún significado, y no al revés. Se presentan como dueños del placer material, y como dando a entender que dicho placer es malo. ¿Placer?

Se quedó perpleja e inmóvil: era la 1° vez que Hank pronunciaba semejante palabra. El echó la cabeza hacia atrás y le dirigió la sonrisa más brillante que jamás hubiera visto en su cara.
-Ha sido tu primer momento de debilidad, Dagny -dijo.
Rió, negando con la cabeza, y Hank estiró el brazo por encima de la mesa y le puso una mano sobre el hombro desnudo, como queriendo concederle un instante de fortaleza. Riendo suavemente, ella dejó que sus labios le rozaran los dedos como por accidente. Conservó la cara oculta un momento para que él no pudiera notar que el brillo de sus ojos era producto de las lágrimas.
Cuando volvió a mirarlo, su sonrisa era igual a la de él, y el resto de la noche se convirtió en celebración por los años de trabajo de Hank desde sus noches al borde de la mina, y los años desde el 1° baile de Dagny cuando en el desolado anhelo de una elusiva visión de alegría se había preguntado acerca de las personas que esperaban que las luces y las flores pudieran conferirles brillantez.
"¿No hay en lo que nos enseñaron algún error vicioso de gran importancia?" Pensó en sus palabras mientras permanecía tendida en un sofá de la sala, en la lívida tarde de primavera, esperándolo... "Mira un poco más allá, querida" -evocó- "Mira sólo un poco más allá y te sentirás libre de ese error y de todas las penas que nunca debiste soportar..." Pero comprendió que tampoco ella había recorrido la totalidad del trayecto y se preguntó qué cosas debía descubrir aún...
Caminando por la oscuridad de las calles, en dirección al apartamento de Dagny, Rearden llevaba las manos en los bolsillos del abrigo y los brazos apretados contra el cuerpo, porque no sentía el menor deseo de tocar nada, ni siquiera de rozarlo. Jamás había experimentado una repulsión semejante no provocada por algún objeto particular, sino hacia todo cuanto fluía a su alrededor; la ciudad entera se había convertido en un lugar sumamente desagradable. Era capaz de entender el disgusto hacia cualquier otra cosa y de luchar contra ello con saludable indignación, pero el sentimiento de que el mundo era un lugar detestable, al que no quería pertenecer, le resultaba nuevo.
Había tenido un encuentro con los productores de cobre, últimamente afectados por una serie de medidas que, un año más tarde, los dejarían en la parálisis total. No supo qué consejos darles ni qué solución ofrecerles; su ingenio, que lo había hecho famoso porque siempre le había permitido idear un medio con el que mantener la producción en marcha, esta vez no le alcanzaba para imaginar cómo salvarlos. Todos comprendieron que no había forma, porque el ingenio es una virtud de la mente y en el problema que enfrentaban ahora la mente quedaba descartada como inútil. "Es un acuerdo que hay entre los hombres de Washington y los importadores de cobre -había dicho uno de aquellos hombres-, en especial la compañía D'Anconia Copper."
Pensó que se trataba sólo de una pequeña y penosa puntada de dolor, de un sentimiento de fracaso por la pérdida de una esperanza que nunca debió albergar. Debió haber comprendido que aquello era precisamente lo que un hombre como Francisco d'Anconia haría, y se preguntó irritado por qué le parecía como si una llama brillante y breve se hubiera apagado de improviso en un mundo sin luz.
No sabía si era la imposibilidad de actuar la que le provocaba aquel odio, o si el odio lo hacia perder todo deseo de actuar. "Son ambas cosas" -pensó- "Un deseo presupone la posibilidad de acción para conseguir algo; la acción presupone una

meta digna de conseguirse." Si el único objetivo posible consistía en obtener con engaños un precario favor de hombres armados, entonces, ni la acción ni el deseo seguirían existiendo.
"¿Y la vida?" -se preguntó indiferente- "La vida ha sido definida como un movimiento; la vida humana es un movimiento con un propósito determinado. ¿Cuál sería el estado de un ser a quien le fuesen negados propósito y movimiento? ¿Un ser encadenado, pero que respira y observa toda la magnificencia de las posibilidades que habría podido conseguir? ¿Un ser capaz de gritar “por qué” mientras se le apunta con una pistola como única explicación?" Se encogió de hombros y siguió caminando sin interesarse en encontrar una respuesta.
Observó la devastación producida por su propia indiferencia. Por dura que hubiera sido la lucha sostenida por él en el pasado, jamás había llegado al extremo de perder la voluntad de actuar; en momentos de abatimiento nunca había permitido que el dolor consiguiera la victoria permanente: la de hacerle perder su deseo de felicidad. Nunca había dudado de la grandeza del mundo o del ser humano como motivo propulsor o como núcleo.
Unos años atrás, había llegado a pensar con desdeñosa incredulidad en esas sectas fanáticas que aparecían en oscuros rincones de la historia, sectas convencidas de que el hombre está atrapado en un universo malévolo gobernado por el mal, sin otro propósito que el de torturarlo. Ahora percibía en qué había consistido esa visión del mundo y cuáles eran los sentimientos de aquella gente. Si lo que veía a su alrededor era el mundo que habitaba, prefería no tocar ninguna de sus partes, no quería luchar. Era un forastero, sin nada que ofrecer y sin perspectivas de tener una existencia prolongada.
Sólo deseaba ansiosamente encontrarse con Dagny, que era un deseo siempre vivo. Pero repentina y dolorosamente se dijo que aquella noche no quería estar con ella. Ese deseo que nunca le daba un momento de reposo y que había ido creciendo, alimentándose en su propia satisfacción, había desaparecido. Se trataba de una extraña impotencia, no física ni mental. Sentía tan apasionadamente como siempre, que ella era la mujer más deseable de la Tierra, pero esa idea sólo le producía el deseo de desearla, la necesidad de sentir, pero no el sentimiento en sí. La impresión de inconsciencia adoptaba un matiz impersonal, como si sus raíces no se hallaran en él ni en ella, como si el amor perteneciera a un reino que él ya había abandonado.
-No te levantes, quédate así; es tan evidente que has estado esperándome, que quiero apreciarlo un rato más -dijo desde el umbral al ver a Dagny tendida en el sofá y observar el breve y gozoso estremecimiento de sus hombros al ir a levantarse. Rearden sonreía.
Notó, como si una parte de sí mismo observara sus reacciones con indiferente curiosidad, que su sonrisa y su repentino sentimiento de alegría eran auténticos. Volvió a sentir algo que solía experimentar, pero que nunca identificó porque siempre había sido algo absoluto e inmediato, algo que le prohibía enfrentarse a ella padeciendo algún dolor. Más que en el orgullo de desear ocultar un sufrimiento, consistía en la convicción de que dicho sufrimiento no debía jamás aparecer en su presencia; que ningún reproche entre ellos podía ser causado por

el dolor o por la compasión. Porque no era compasión lo que le llevaba, ni lo que pretendía encontrar.
-¿Sigues necesitando pruebas de que siempre te espero? --preguntó Dagny, reclinándose obedientemente en el sillón y con voz que nada tenía de tierna ni de sumisa, sino que, por el contrario, sonaba brillante y burlona.
-Dagny, ¿por qué las mujeres jamás lo admitirían y, en cambio, tú sí?
-Porque ellas no están seguras de ser deseadas y yo sí.
-Admiro tu confianza en ti misma.
-Mi seguridad es sólo una parte de lo que acabo de decir, Hank.
-¿Qué es la totalidad?
-La confianza en mis valores... y en los tuyos. -La miró como si captara el resplandor de un repentino pensamiento y ella echó a reír añadiendo: -Por ejemplo, no me sentiría segura con un hombre como Orren Boyle; él no me desearía en absoluto, pero tú sí.

-¿Estás insinuando -preguntó él lentamente- que alcancé tu estima cuando te diste cuenta de que te deseaba?
-Por supuesto.
-Esa no es la reacción característica de quien se siente deseado.
-Es cierto.
-Lo más común es que los seres humanos crezcan, de acuerdo con su propia opinión.
-Yo creo que esos otros podrían hacer lo mismo que yo, si quisieran. Y así sientes tú, Hank, lo admitas o no.
"Eso no es lo que te dije aquella primera mañana" -pensó mirándola- Estaba tendida perezosamente, con el rostro inexpresivo, pero con las pupilas brillantes de felicidad. Comprendió que ella pensaba en eso y que se había dado cuenta de que él también, y sonrió sin pronunciar palabra.
Cuando se tendió en el sofá al otro lado de la habitación, se sintió en paz, como si un muro temporal se hubiera levantado entre él y todo cuanto venía pensando. Le contó sobre su reunión con el enviado del Instituto Científico del Estado, porque aunque consideraba que el acontecimiento era peligroso, una sensación extraña, encendida de satisfacción, seguía fija en su mente.
Ante la expresión indignada de Dagny, rió por lo bajo.
-No tienes por qué irritarte con ellos -dijo Hank- Eso no es peor que lo que hacen a diario.
-Hank, ¿quieres que hable con el Dr, Stadler?
-¡Para nada!
-Podría poner fin a este asunto.
-Preferiría ir a la cárcel. ¿El Dr. Stadler? No tendrás nada que ver con él, ¿verdad?
-Me visitó hace unos días.
-¿Por qué?
-Respecto a ese motor.
-¿El motor? -preguntó lentamente, de un modo extraño, como si pensar en ello lo transportara otra vez a un ambiente olvidado- Dagny... el que inventó el motor... existió, ¿verdad?
-¡Desde luego! ¿Qué quieres decir?

-Sólo que se trata de una idea agradable, ¿no crees? Aunque ahora esté muerto, en otros tiempos vivió... y diseñó el motor...
-¿Cuál es tu problema, Hank?
-Nada. Háblame del motor.
Le contó su entrevista con Stadler. Se levantó y paseó por el cuarto mientras hablaba; no podía permanecer quieta ya que aquel tema le despertaba una sensación de esperanza y de vivacidad, de deseo y de acción.
Lo primero que Hank observó fueron las luces de la ciudad, al otro lado de la ventana, como si se estuvieran encendiendo una a una hasta formar aquel gran horizonte que tanto amaba; lo sintió así aun sabiendo que las luces habían estado encendidas todo el tiempo. Luego comprendió que lo que regresaba a él se hallaba de antemano en su interior: la forma que regresaba gota a gota era su amor por la ciudad. Se dijo que había vuelto porque contemplaba la ciudad a través de la esbelta figura de una mujer, cuya cabeza permanecía erguida y cuyos pasos constituían un intranquilo sustituto de huida. La miraba como a una extraña y apenas era consciente de que se trataba de una mujer, pero su visión se iba convirtiendo poco a poco en un sentimiento que sólo podía expresarse de una manera: éste era el mundo y el núcleo de su sentimiento. Las formas angulosas de los edificios estaban en consonancia con las líneas angulosas de un rostro despojado de todo lo que no fuera propósito; los escalones de acero cada vez más altos se asociaban con los pasos de un ser dispuesto a alcanzar su meta. Eso era lo que ellos habían sido, todos los que vivieron para inventar las luces, el acero, los hornos, los motores. Ellos eran el mundo; ellos y no los hombres que permanecían agazapados en oscuros rincones, mendigando o amenazando, a la vez que mostraban jactanciosamente sus abiertas llagas, como única aspiración sobre la vida y la virtud. Mientras supiera que existía un hombre con valor para concebir nuevas ideas, ¿podría cederles el mundo a los otros? Mientras pudiera encontrar una sola visión capaz de provocarle entusiasmo, ¿podría creer que el mundo pertenecía al dolor, al sufrimiento y a las armas? Quienes inventaron motores, existían; jamás dudaría de su realidad. Su existencia hacía que el contraste fuera insoportable, por eso incluso su aborrecimiento era un tributo a su lealtad hacia ellos y hacia el mundo que era tanto de ellos como de él.
-Querida... -dijo como quien despierta de repente, al notar que ella había dejado de hablar.
-¿Qué te ocurre, Hank? -preguntó Dagny suavemente.
-Nada... excepto que no debiste haber llamado a Stadler.
Su rostro estaba iluminado por la confianza y su voz sonaba cordial, protectora y amable. Hank tenía el mismo aspecto de siempre, tan sólo aquella nota afable parecía extraña y nueva.
-Sigo creyendo que no debí hacerlo -reconoció-, pero no sé por qué.
-Te diré por qué -se inclinó hacia adelante- Lo que ese hombre quería de ti era el reconocimiento de que sigue siendo el mismo Dr. Robert Stadler que siempre debió ser, y ya no es. Y él lo sabe muy bien. Quería que le concedieras tu respeto, a pesar de sus acciones y en contradicción con ellas. Quería que manipularas la realidad, para que su grandeza siguiera siendo efectiva, mientras que el Instituto Científico quedaría eliminado como si nunca hubiera existido. Y tú eras la única capaz de hacerlo.

-¿Por qué?
-Porque eres la víctima.
Lo miró, perpleja. Hank se expresaba con seguridad sintiendo una repentina y violenta claridad de percepción como si una fuente de energía brotara de improviso fundiendo lo apenas entrevisto y lo apenas concebido en una sola forma y dirección.
-Dagny, están haciendo algo que nunca entenderemos. Saben cosas que no hemos descubierto, pero que deberíamos descubrir. Todavía no lo tengo claro, pero empiezo a intuirlo. Ese sujeto del Instituto Científico del Estado se asustó cuando me negué a ayudarle a fingir que él sólo era un honrado comprador de mi metal. Se asustó de veras, aunque no sé de qué. La opinión pública era el nombre que le dio, pero no me conformó. ¿Por qué tuvo miedo? Tienen las armas, las cárceles, las leyes... Podía haber ordenado la expropiación de mis fundiciones y nadie se habría levantado a defenderme. ¿Por qué preocuparse de lo que yo pensara? Pero lo hizo. Quería que le dijese que no era un saqueador, sino mi cliente y amigo. Lo necesitaba. Y eso es también lo que el Dr. Stadler pretendía de ti. Debías actuar frente a él como si fuera un gran hombre que nunca hubiera intentado destruir tu ferrocarril ni mi metal. No sé lo que pretenden, pero sí sé que desean que veamos el mundo como ellos creen que es. Necesitan una especie de confirmación de nuestra parte. No conozco la naturaleza de esa confirmación, pero, Dagny, sé muy bien que si valoramos nuestras vidas, nunca deberemos ceder ante ellos. Aunque te pongan en un potro de torturas, no cedas. Dejemos que destruyan tu ferrocarril y mis fundiciones, pero no cedamos. Porque de una cosa estoy seguro: ésta es nuestra única oportunidad.
Ella había permanecido de pie, inmóvil frente a Hank, mirando atentamente la tenue silueta de algo que también intentaba captar en su totalidad.
-Si... -dijo- Sí, comprendo lo que has observado en ellos... También yo lo noté, pero es algo que apenas nos roza antes de desaparecer sin que podamos comprender de qué se trata, como un soplo fugaz de aire frío que sólo nos deja la impresión de que debimos detenerlo... Sé que tienes razón. No sé cuál es su juego, pero estoy segura de una cosa: no debemos ver al mundo como ellos desean que lo veamos. Es una especie de fraude muy antiguo y muy extendido y la única llave capaz de revelarlo es la necesidad de comprobar cada una de las premisas que nos expliquen; cuestionar cada precepto. Debemos...
Se volvió rápidamente asaltada por un pensamiento repentino, pero reprimió el movimiento y al mismo tiempo calló las palabras que iba a pronunciar; las siguientes frases habrían sido aquellas que nunca deseó decirle. Se quedó de pie, mirándolo, mientras en su rostro se pintaba una lenta y brillante sonrisa de curiosidad.
En algún lugar dentro de sí, Hank captó la naturaleza del pensamiento que ella no quería expresar, pero lo percibió sólo como el esbozo de algo que aún no había cobrado forma. No intentó comprenderlo en ese momento, porque en la fluctuante claridad de lo que ahora sentía, otro pensamiento, predecesor de aquél, se había hecho repentinamente claro, y había atrapado su atención durante varios minutos. Se levantó, se acercó a ella y la abrazó.

Sostuvo su cuerpo apretado contra él, como si fueran 2 corrientes que ascendieran hacia lo alto, en dirección a un solo punto, cada una transportando la totalidad de sus sentidos hasta donde sus labios se unieron.
Dagny experimentó entonces como una cosa indefinible, tenía la sensación de la belleza del cuerpo de Hank mientras la sostenía en medio de la habitación, muy por encima de las luces de la ciudad.
Él, por su parte, descubrió aquella noche que su reconquistado amor a la existencia no le era otorgado por haber sentido otra vez deseos de ella, sino que el deseo había retomado después de haber recuperado su mundo: el valor y el sentido de su mundo. Y que el deseo no era una respuesta al cuerpo de Dagny, sino un triunfo de él mismo y de su voluntad de vivir.
No lo sabía ni pensaba en eso por hallarse más allá de las palabras, pero en el momento de sentir el contacto del cuerpo de su amada percibió también la sensación de que lo que había creído depravado en ella era su más alta virtud: su capacidad para experimentar la alegría de vivir, del mismo modo en que él la experimentaba.

CAPÍTULO II - LA ARISTOCRACIA DE LA VIOLENCIA

Dagny estaba en su escritorio, fatigada. El calendario en el cielo, frente a la ventana de su oficina, indicaba "2 de septiembre". Al acercarse la noche, el resplandor de un rayo de luz lo iluminaba, destacando la blanca página sobre las azoteas, desdibujando la ciudad y anticipando la noche.
Había contemplado aquel distante rectángulo cada tarde, durante los últimos meses. Parecía decir: "Tus días están contados", marcando una progresión hacia algo que el mecanismo conocía y que ella ignoraba. Alguna vez había medido el tiempo en su carrera por construir la línea "John Galt"; ahora vigilaba el curso de su carrera contra un mortal e ignoto enemigo.
Uno por uno, los hombres que habían construido nuevas ciudades en Colorado se habían ido sumergiendo en lo desconocido, de donde nadie había regresado. Las ciudades que habían dejado estaban agonizando, y algunas de las fábricas que ellos mismos habían construido con esfuerzo se quedaban sin dueños y permanecían cerradas, mientras que otras eran embargadas por las autoridades locales; pero, en todas, la maquinaria permanecía inmóvil.
Dagny sentía que el tenebroso mapa de Colorado se extendía ante ella como un cuadro de control de tránsito con algunas luces desparramadas por las montañas. Una tras otra, aquellas luces se habían apagado y, una tras otra, las personas habían ido desapareciendo. Había un patrón de comportamiento, pero Dagny no podía llegar a definirlo; aunque habría podido pronosticar casi con certeza quién desaparecería a continuación y en qué momento, le era imposible descubrir los motivos.
De aquellos que en otros tiempos la saludaran con entusiasmo, cuando descendió de una locomotora en el andén del empalme Wyatt, tan sólo quedaba Ted Nielsen, que seguía dirigiendo su fábrica Nielsen Motors.

-Ted, no será usted el siguiente en irse, ¿verdad? -le había preguntado en su reciente visita a Nueva York, tratando de sonreír.
Y él había respondido con tristeza: -Espero que no.
-¿Qué es eso de "espero"? ¿Es que no está seguro?
El había contestado lenta y penosamente: -Dagny, siempre he pensado que sería mejor morir antes que dejar de trabajar. Ahora bien: los hombres que se fueron creían lo mismo. Renunciar me parece imposible, pero hace un año nadie hubiese imaginado que ellos lo harían. Todos esos hombres eran mis amigos. Sabían lo que su partida significaba para nosotros, los que aún quedamos. No se hubieran retirado de este modo, sin pronunciar palabra, dejándonos todo el terror de lo inexplicable, de no haber tenido alguna razón muy importante para hacerlo. Hace un mes, Roger Marsh, de Marsh Electric, me dijo que se haría encadenar a su escritorio antes que separarse de él, sin hacer caso de las fantasmales tentaciones que pudieran seducirlo. Odiaba a los desertores, y me juró que jamás los imitaría. "Si llegase el momento en que no pudiera resistir", dijo, "te juro que conservaré la suficiente lucidez mental como para escribirte una carta dándote algún indicio de lo que ocurre, a fin de que no sigas exprimiéndote el cerebro con la clase de miedo que ahora padecemos los dos". Esta fue su promesa. Hace 2 semanas, se marchó sin dejarme ninguna carta... Dagny, no puedo predecir lo que haré, cuando me encuentre con aquello que los hizo alejarse de aquí.
Dagny imaginaba que un elemento destructor se movía silenciosamente por el país, apagando las luces con su solo toque. Pensó amargamente en que alguien estaba invirtiendo el principio del motor de la Twentieth Century, ya que transformaba la energía cinética en estática.
Sentada a su escritorio, en la difusa luz del atardecer, pensó que ése era el enemigo con el que estaba librando su batalla. Sobre el escritorio se hallaba el informe mensual de Quentin Daniels. No estaba segura todavía de que Daniels pudiera encontrar una solución al secreto del motor, pero entretanto, el adversario destructor se movía cada vez más rápido y seguro. Se preguntó si, para cuando el motor estuviese reconstruido, quedaría un mundo donde utilizarlo. Le había gustado Quentin Daniels desde el momento en que entró en su despacho para la 1° entrevista. Era un hombre larguirucho, de 30 y tantos años, rostro anguloso, corriente, y sonrisa atractiva, que permanecía en sus facciones en todo momento, en particular al escuchar. Tenía una mirada bondadosa y alegre, como si veloz y pacientemente estuviera descartando todo lo irrelevante de las palabras que oía, y fuera directo al grano, unos segundos por delante de su interlocutor.
-¿Por qué se negó trabajar para el Dr. Stadler? -preguntó Dagny.
Su leve sonrisa se hizo más acusada; era todo lo que se permitía para mostrar una emoción, en este caso indignación. Y con voz lenta y tranquila, respondió: -En cierta oportunidad, el Dr. Stadler declaró que la primera palabra de la frase "libre investigación científica" era una redundancia, pero parece haberse olvidado de ello. Por mi parte, simplemente diré que la expresión "investigación científica gubernamental" encierra una contradicción.
Dagny le preguntó qué cargo desempeñaba en el Instituto Tecnológico de Utah.
-Vigilancia nocturna -respondió.
-¿Cómo? -le preguntó ella estupefacta.

-Personal de vigilancia nocturna -repitió amablemente como si sus palabras no encerraran motivo alguno para sorprenderse, o como si Dagny no lo hubiese oído la primera vez.
Durante la entrevista, Quentin Daniels explicó que no le gustaba ninguna de las fundaciones científicas existentes y que habría preferido trabajar en el laboratorio de alguna gran empresa industrial.
-Pero, ¿cuál de estas empresas puede permitirse hoy en día emprender tareas de largo alcance? Además, ¿por qué habrían de hacerlo?
Por eso, cuando el Instituto Tecnológico de Utah cerró por falta de fondos, él continuó trabajando en ese mismo lugar como vigilante y único habitante del lugar. El salario le alcanzaba para sus necesidades, y el laboratorio del Instituto quedaba a su disposición, para poder usarlo sin restricciones.
-¿De modo que realiza investigaciones por su cuenta?
-Así es.
-¿Con qué propósito?
-Placer.
-¿Qué haría usted si descubriera algo de verdadera importancia científica o de valor comercial? ¿Lo pondría a disposición del público?
-No lo sé, creo que no.
-¿No siente ningún deseo de servir a la humanidad?
-Yo no hablo ese lenguaje, Srta. Taggart, y creo que usted tampoco.
Ella echó a reír.
-Creo que nos entenderemos perfectamente.
-Seguro que sí.
Luego de haberle contado la historia del motor, él estudió el manuscrito sin hacer comentarios; se limitó a decir que aceptaría el trabajo en las condiciones que ella creyera convenientes.
Dagny le rogó que las fijara él mismo, y protestó, asombrada, al enterarse del pequeño salario que exigía.
-Srta. Taggart -dijo Daniels-, no me interesa obtener algo por nada. No sé cuánto tiempo tendrá usted que pagarme ni si recibirá algo a cambio. Apuesto a mi cerebro. No permitiré que nadie interfiera. No cobraré por un propósito, sólo cobraré por aquello que entregue. Si triunfo, la despellejaré viva, porque entonces pienso exigirle un porcentaje bastante alto, pero valdrá la pena.
Cuando mencionó el porcentaje, ella echó a reír.
-En efecto, es despellejarme viva, pero es cierto que vale la pena, así que acepto.
Convinieron en que éste era un proyecto particular de Dagny en el cual Daniels quedaba convertido en empleado suyo, ya que ninguno de los 2 deseaba la interferencia del Departamento de Investigaciones de Taggart. El prefirió quedarse en Utah, en su puesto de guardián nocturno, porque allí disponía de todo un laboratorio y de la soledad necesaria. El proyecto se mantendría en secreto entre los 2 hasta que sus esfuerzos obtuvieran el anhelado resultado.
-Srta. Taggart -dijo para concluir-, no sé cuántos años tardaré en solucionar esto, ni si, a la larga, voy a conseguirlo, pero aunque dedique el resto de mi vida a este proyecto, si obtengo resultados exitosos, moriré satisfecho. -Y añadió- Tan sólo abrigo un deseo superior al de resolver el enigma: el de conocer al hombre que ideó ese motor.

A partir del momento en que Daniels regresó a Utah, Dagny le enviaba un cheque mensual y él le remitía, a su vez, un informe de sus trabajos. Era todavía demasiado pronto para ser optimistas, pero los informes representaban los únicos puntos brillantes en la espesa niebla de sus jornadas.
Al terminar de leer el informe, levantó la cabeza. En la distancia, el calendario señalaba: "2 de septiembre". Las luces de la ciudad habían ido encendiéndose. Evocó a Rearden y deseó que estuviera allí. Le habría gustado verlo aquella noche.
Luego, al observar la fecha, recordó de repente que tendría que correr a su casa para vestirse, porque aquella noche se celebraba la boda de Jim. Hacía más de 1 año que no lo veía fuera de la oficina, y no conocía a la novia, pero había leído en los periódicos numerosas noticias sobre el compromiso. Se levantó con fatigada e indiferente resignación: era más fácil asistir a la boda que explicar, más tarde, su ausencia.
Estaba corriendo entre la muchedumbre de la terminal, cuando oyó una voz que la llamaba: -Srta. Taggart!
Percibió una mezcla de impaciencia y de precaución en esa voz, que la detuvo, y tardó algunos segundos en comprender que se trataba del viejo del puesto de cigarrillos.
-Hace unos días que la estoy buscando, Srta. Taggart -le dijo- Necesito hablarle imperiosamente.
La expresión del viejo mostraba su esfuerzo en no parecer asustado.
-Lo siento -dijo Dagny sonriendo- Durante toda la semana no tuve tiempo para detenerme.
Pero él no sonreía.
-Srta. Taggart, ¿de dónde sacó el cigarrillo con el signo dólar, que me dio hace unos meses?
Permaneció inmóvil unos instantes.
-Verá usted -repuso- Se trata de una larga y complicada historia.
-¿Puede comunicarse de alguna manera con la persona que se lo entregó?
-Pues... creo que si, aunque no estoy segura. ¿Por qué?
-¿Le diría ese hombre dónde los adquirió?
-No lo sé. ¿Qué le hace suponer que no lo haría?
Vaciló antes de contestar.
-Srta. Taggart, ¿qué haría usted si tuviera que contarle a alguien una cosa que usted sabe que es imposible?
Rió por lo bajo.
-El hombre que me entregó ese cigarrillo dijo que, en un caso así, lo mejor es revisar las propias premisas.
-¿De veras? ¿Hablaron sobre ese cigarrillo?
-No, no exactamente. Pero, ¿por qué lo pregunta? ¿Qué tiene que decirme?
-Srta. Taggart, investigué por todas partes y revisé todas las fuentes de información de la industria del tabaco. Hice analizar químicamente esa colilla y no existe ninguna fábrica que produzca esa clase de papel. Por otra parte, los elementos que dan sabor a este cigarrillo jamás fueron usados en ninguna mezcla conocida. El cigarrillo fue hecho por una máquina, pero no salió de ninguna de las

fábricas en funcionamiento, y yo las conozco todas. Srta. Taggart: a mi entender, no fue fabricado en ningún lugar de este planeta.

* * *

Rearden estaba de pie, mirando con expresión ausente al camarero que empujaba fuera de la habitación la mesita con los restos de la cena. Ken Danagger ya se había marchado y el cuarto estaba a medias oscuro pues durante la comida, habían acordado tácitamente mantener bajas las luces de la habitación para que la cara de Danagger no fuera vista, y quizá reconocida, por el personal. Tenían que entrevistarse así, furtivamente, como criminales que no pueden ser vistos juntos. No podían encontrarse en sus oficinas ni en sus casas, sino sólo en el bullicioso anonimato de una gran ciudad, en una habitación del hotel Wayne-Falkland. Se arriesgaban a una multa de 10.000 dólares y a 10 años de prisión para cada uno de ellos, si llegaba a saberse que Hank Rearden había aceptado entregarle a Ken Danagger 4.000 toneladas de estructuras fabricadas con metal Rearden.

Pero no hablaron de eso durante la cena, ni de los motivos de la ley o del riesgo que corrían, sino que se limitaron al negocio. Clara y secamente, como era su costumbre, Danagger explicó que la mitad de su pedido original sería suficiente para reforzar los túneles que excavaría y para reacondicionar las minas de Confederated Coal Company, una firma que había quebrado y cuyas minas él mismo había comprado 3 semanas atrás.

-Se trata de una excelente propiedad, pero está en pésimas condiciones -dijo- El mes pasado sufrieron un lamentable accidente a causa de una explosión de gas en la que murieron 40 hombres. -Y, con la monotonía de quien repite un informe estadístico impersonal, añadió- Los periódicos vociferan que el carbón constituye actualmente el producto más importante del país, pero afirman también que los propietarios de las minas se han vuelto especuladores ante la escasez de petróleo. Un sector en Washington asegura que me estoy expandiendo demasiado y que hay que hacer algo para detenerme antes de que mi empresa se transforme en un monopolio. Otro grupo, también de Washington, grita que no me estoy expandiendo lo suficiente y que debería hacerse algo para que el gobierno confisque mis minas, ya que sólo pienso en mis beneficios sin acordarme de las necesidades de combustible del país. Al ritmo actual de mi tasa de ganancias, la Confederated Coal amortizará el dinero que invertí en 47 años. No tengo hijos, así que la compré porque tengo un cliente al que no me atrevo a dejar sin carbón: Taggart Transcontinental. No quiero imaginar lo que ocurriría si los ferrocarriles quebraran. -Se detuvo un momento- En verdad -siguió-, no sé por qué aún sigo preocupándome por todo esto, pero lo hago. En Washington parecen no tener idea de lo que sucedería si cerraran los ramales ferroviarios. Yo, por mi parte, sí la tengo.

Rearden le había contestado: -Le entregaré el metal. Y cuando necesite la otra mitad del pedido, hágamelo saber y se la entregaré también.

Al terminar de cenar, Danagger había dicho, con el mismo tono preciso e impasible de antes, el tono de quien comprende el exacto significado de sus palabras:

-Si algún empleado suyo o mío descubriera esto e intentara chantajearme, le pagaría cualquier suma, aunque dentro de lo razonable. Pero nunca lo haré, si esa persona tiene amigos en Washington. Prefiero ir a la cárcel.
-En ese caso, yo lo acompañaría -aseguró Rearden.
Ya solo, en la oscura habitación, Rearden pensó que la perspectiva de la prisión lo dejaba por completo indiferente. Recordó cómo, a los 14 años, debilitado por el hambre, no se había dejado tentar por la oportunidad de robar fruta de un puesto callejero. Ahora, la posibilidad de terminar en la cárcel tenía el mismo alcance que la de ser atropellado por un camión: un desagradable accidente físico sin ningún significado moral.
Era preciso ocultar, como si se tratara de un secreto culpable, la única transacción de que había verdaderamente disfrutado en el curso de ese año, como ocultaba también sus noches con Dagny, las únicas horas que lo mantenían vivo. Suponía que debía existir cierta conexión entre los 2 secretos, algún contacto esencial que necesitaba descubrir, pero no podía darle forma ni encontrar palabras para definirlo, aunque sabía que, cuando lo consiguiera, aquello respondería todos los interrogantes de su vida.
Estaba de pie, apoyado en la pared, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, pensando en Dagny. Luego se dijo que ningún enigma podía ya importarle. Iría a visitarla esa misma noche, pero casi odió la idea, porque el día siguiente ya se acercaba y, entonces, tendrían que separarse otra vez. Dudó entre quedarse una noche más en la ciudad o partir sin verla; marcharse incluiría el raro goce de postergar el momento en que le volvería a poner las manos en los hombros mirándola a la cara. "Te estás volviendo loco", pensó, pero sabía que si ella se encontrara a su lado cada minuto de su vida, jamás podría hartarse de su presencia, ni sería suficiente.
Tendría que inventar alguna insensata forma de tolerar esa tortura. Sabía que iría a verla aquella noche; tener que abandonarla enseguida aumentaría el placer del encuentro, le conferiría un anticipo de dolor, que intensificaría el placer de las horas a su lado. Dejaría encendida la luz de la sala cuando fueran a la cama, así podría ver su cuerpo en la penumbra y distinguir su cabeza, el pelo derramado sobre el brazo, los ojos cerrados, la boca entreabierta hacia él en un gesto semejante al de dolor.
Volvió a su apartamento, esperando que los hechos de aquella jornada desaparecieran de su mente para permitirle hacer suyas las horas que vendrían.
Cuando la puerta de la habitación se abrió sin advertencia previa, le costó trabajo comprender lo que estaba viendo y oyendo. Percibió la silueta de una mujer y luego la figura de un botones, que desapareció tras depositar una maleta en el suelo. La mujer era Lillian, que exclamaba: -¡Pero, Henry! ¿Qué haces aquí solo y en medio de la oscuridad?
Lillian oprimió el interruptor junto a la puerta. Se hallaba ante él, llamativamente ataviada con un traje castaño pálido, que la hacía parecer protegida por un cristal. Sonreía mientras se quitaba los guantes como si acabara de entrar en su casa.
-¿Piensas pasar la noche aquí, querido? -le preguntó- ¿O ibas a salir?
Él no supo cuánto tiempo pasó antes de responderle: -¿Qué haces aquí?
-Pero, ¿olvidaste que Jim Taggart nos invitó a su boda? ¡Es ésta noche!
-No tengo intención de asistir.

-Pues yo sí.
-¿Por qué no me lo dijiste esta mañana antes de que viniera?
-Para darte una sorpresa, querido. -Echó a reír alegremente- Es imposible arrastrarte a algún acontecimiento social, pero creí que, a última hora, te gustaría ir y pasar un buen rato, como se supone ocurre en cualquier boda. No pensé que te importara. ¡Te has quedado tantas noches en Nueva York!
Lo miró por debajo del ala de su sombrero a la moda, pero no contestó.
-Desde luego, me he arriesgado -continuó ella-, porque podías haber estado cenando con alguien.
El continuó en silencio.
-¿O acaso planeabas volver a casa?
-No.
-¿Tienes algún compromiso?
-No.
-¡Magnífico! -señaló su maleta- Te traje un smoking. ¿Quieres apostar un ramo de orquídeas a que me visto antes que tú?
Hank pensó que Dagny se encontraría también en la boda de su hermano, pero todo eso había dejado ya de importarle.
-Saldré contigo si lo deseas, pero no vayamos a esa boda.
-¡Precisamente es allí adonde quiero ir! Se trata del suceso más ridículo de la temporada y mis amigos lo están esperando desde hace varias semanas. No me lo perdería por nada del mundo. No puede darse en la ciudad un espectáculo mejor anunciado. ¡Qué matrimonio absurdo! Pero, tratándose de Jim Taggart, no tiene nada de extraño.
Se movía con soltura por la habitación, mirando a su alrededor como quien trata de familiarizarse con un lugar desconocido.
-Hacía años que no venía a Nueva York -dijo- No contigo, en algún acontecimiento importante.
Rearden notó la pausa que se producía en el andar a la deriva de sus ojos que se detuvieron brevemente sobre un cenicero vacío, para seguir enseguida su inútil deambular. Hank experimentó un acceso de repulsión y ella lo advirtió y echó a reír jovialmente.
-¡Querido! ¡No estoy aliviada, estoy decepcionada! Había esperado encontrar unos cuantos cigarrillos con marca de lápiz de labios.
El valoró su sinceridad con respecto a su intención de espiarlo, aun cuando lo hacía en tono de broma. Sin embargo, algo en su acentuada franqueza lo hizo dudar. Por un brevísimo instante, pensó que tal vez había hablado en serio, pero descartó la idea porque no podía considerarla posible.
-Temo que nunca serás humano -dijo Lillian- Estoy segura de que no tengo ninguna rival, pero si la tuviera, tampoco me preocuparía mucho. Si se tratara de una mujer siempre disponible, sin necesidad de cita previa, cualquiera sabe qué clase de persona seria.
Hank se dijo que tenía que controlarse pues había estado a punto de abofetearla.
-Lillian -optó por reprocharle-, sabes perfectamente que no soporto esa clase de humor.
-¡Eres tan serio! -replicó ella riendo- Siempre me olvido de que eres tan formal en todo... especialmente en lo relacionado contigo mismo.

Se volvió de repente hacia él: la sonrisa había desaparecido de su rostro y tenía la expresión extraña y suplicante, mezcla de sinceridad y de valor, que exhibía en algunas ocasiones.
-¿Prefieres hablar en serio, Henry? De acuerdo. ¿Cuánto tiempo quieres que continúe viviendo en el sótano de tu existencia? ¿Hasta qué punto deseas convertirme en un ser solitario y abandonado? No te pido nada. Te dejo hacer lo que quieras, pero, ¿no puedes concederme ni una noche? Ya sé que aborreces las fiestas y que te aburrirás, pero en cambio, ¡representa tanto para mí! Llámalo si quieres vanidad social vacía de sentido, pero aun así, quiero que me vean por una vez junto a mi marido. Supongo que nunca piensas en esos términos, pero eres un hombre importante, envidiado, odiado, respetado y temido, un hombre que cualquier mujer se sentiría orgullosa de tener por esposo. Quizá te parezca una forma muy baja de ostentación femenina, pero constituye la felicidad de cualquier mujer. Tú no vives para tales cosas, pero yo sí. ¿No puedes concederme tanto, al precio de unas horas de aburrimiento? ¿No te sientes lo suficientemente fuerte cómo para cumplir tu obligación y hacer el papel de marido? ¿No puedes ir, no por ti, sino por mí? ¿No porque quieras tú, sino porque yo quiero?
Hank pensó desesperadamente que Dagny nunca había pronunciado una palabra con respecto a su vida conyugal. Jamás le había hecho reclamos ni manifestado reproches o formulado preguntas y no podía aparecer ahora ante ella con Lillian, no podía permitir que lo viera orgullosamente exhibido por su cónyuge. Hubiera preferido morir antes de cometer una acción así, pero estaba seguro de que acabaría accediendo.
Haber aceptado su secreto como pecado, haber reconocido que la razón estaba de parte de Lillian y que tenía que complacerla sin poderle negar el derecho que reclamaba de él; saber que el motivo de su renuncia a acompañarla era precisamente el mismo que no le daba derecho a negarse; haber escuchado en su interior aquel grito de angustia: "¡Oh, Dios mío! Lillian, cualquier cosa menos esa fiesta" sin haberse permitido pedir clemencia, todo lo obligó a responder tranquilamente con voz monótona y triste: -¡De acuerdo, Lillian! Iré contigo.

* * *

El velo de novia, de encaje rosado, se enganchó al caer en el astillado suelo del dormitorio. Cherryl Brooks lo levantó cuidadosamente y se acercó a un espejo empotrado. Había sido fotografiada en aquel lugar todo el día, del mismo modo que venía sucediendo durante los últimos 2 meses, y seguía sonriendo con incrédula gratitud cada vez que los periodistas la enfocaban con sus cámaras, aunque habría deseado que no sucediera con tanta frecuencia.
La acompañaba una hermana mayor, que no dejaba de llorar. Era la autora de una lacrimosa sección sentimental en una revista de actualidades y su persona exhalaba la violenta astucia de una mujer policía. La había tomado bajo su protección varias semanas antes, cuando la muchacha había sido arrojada a aquel caos de entrevistas de prensa que literalmente la trituraban. Aquel día, su hermana despidió a los periodistas y se puso a gritar a los vecinos: "¡Bueno, basta! ¡Váyanse de una vez!". Luego les cerró la puerta en la cara y ayudó a

Cherryl a vestirse. Y ya que no había nadie más apropiado, sería ella quien la acompañaría a la iglesia.
El velo, el vestido de satén blanco, los delicados zapatos y el collar de perlas que adornaba su garganta habían costado 500 veces más que todo cuanto contenía aquella habitación. La cama ocupaba la mayor parte del espacio, y en el resto se distribuían una cómoda, una silla y unos cuantos vestidos colgados tras una descolorida cortina. La enorme y acampanada falda del traje de boda rozaba las paredes cuando la joven se movía; su delgada figura, ceñida en un severo y ajustado corpiño de mangas largas, contrastaba notoriamente con el tamaño de la falda. El vestido había sido confeccionado por el mejor diseñador de la ciudad.
-Cuando me dieron el empleo en la tienda podría haberme mudado a una habitación mejor -dijo Cherryl a su hermana, como si quisiera pedirle perdón-, pero siempre he creído que importa poco dónde se duerme. Así es que fui ahorrando, convencida de que necesitaría el dinero para algo importante, en el futuro. -Se agachó sonriendo y movió lánguidamente la cabeza- Estaba segura de que lo necesitaría -insistió.
-¡Estás magnífica! -exclamó la hermana- No puedes verte de cuerpo entero en ese espejo, pero te aseguro que estás deslumbrante.
-Con todo lo que pasó, comprenderás que no tuve tiempo para nada, pero Jim es maravilloso. No le importa que sea sólo una vendedora de baratijas, ni que viva en un lugar como éste. Nunca lo ha sacado a relucir.
-Me alegro -dijo entre sollozos la hermana, cuyo rostro se veía sombrío.
Cherryl recordó el momento inolvidable de la primera vez que Jim Taggart había entrado a su habitación. Se había presentado una noche sin avisar, un mes después de su 1° encuentro, cuando estaba segura de que jamás volvería a verlo. Se puso terriblemente incómoda, se sintió como quien intenta retener la claridad solar en un charco barroso. Pero Jim había sonreído, sentado en la única silla, y contemplado su rostro sonrojado y luego la habitación. Le dijo que se pusiera el abrigo y la llevó a cenar al restaurante más caro de la ciudad. Sonreía al ver sus dudas y su inseguridad, su miedo a equivocarse de tenedor y la mirada de asombro que se pintaba en sus ojos. Ella no sabía lo que él sentía, pero Jim se dio cuenta de que estaba impresionada, más que por el lugar, porque era él quien la había llevado allí. A tal punto estaba conmovida, que apenas probó los costosos manjares, y consideró aquella cena, no como el botín extraído a un rico derrochador, sino como una brillante recompensa que nunca había esperado merecer.
Volvió a verla 2 semanas después, y a partir de entonces, sus encuentros se hicieron cada vez más frecuentes. Llegaba a la tienda en su coche a la hora del cierre y sus compañeras la contemplaban boquiabiertas, mirando al vehículo y al chofer de uniforme que le abría la puerta. Jim la llevaba a los mejores lugares, y al presentarla a sus amigos decía: "La Srta. Brooks trabaja en un negocio de Madison Square". Ella veía la expresión de asombro en las miradas de los demás, pero Jim respondía a su extrañeza con expresión burlona. Ella agradecía profundamente que quisiera evitarle cualquier incomodidad y había llegado a la conclusión de que Jim poseía fortaleza de carácter y espontaneidad suficientes como para no preocuparse de si los otros aprobaban o no su conducta, cosa que le provocaba mayor admiración. Pero Cherryl experimentó un extraño e hiriente

dolor cuando, una noche, escuchó cómo una mujer que trabajaba para cierta revista política de renombre decía a su compañera, en la mesa de al lado: "¡Qué generoso es este Jim!".
Si Jim lo hubiera querido, ella habría sido capaz de concederle el único tipo de pago que podía ofrecer. Aunque agradecía que él no lo intentase, sentía que esa relación se estaba transformando en una inmensa deuda que ella no podía pagar, excepto con su silenciosa adoración, aunque Jim no la necesitara.
Algunas noches él iba a su casa y se quedaba en la habitación, hablando, mientras ella lo escuchaba en silencio. Aquellas visitas eran siempre inesperadas y se producían como si Jim no las hubiera planeado, sino que, repentinamente, surgía algo en su interior que lo incitaba a buscarla. Se sentaba en la cama sin prestar atención a nada, ni siquiera a la joven, aunque la miraba de vez en cuando, como para asegurarse de que un ser humano lo estaba escuchando: "... no lo hice por mí, no lo hice por mí. ¿Por qué no me creen? Era preciso acatar las exigencias del sindicato con respecto a la supresión de trenes. La moratoria sobre amortización de los bonos era el único modo de hacerlo y Wesley me la concedió por los obreros, no por mí. Todos los periódicos insistieron en que yo era un gran ejemplo para los comerciantes e industriales puesto que soy un empresario con gran sentido de la responsabilidad social. Eso es lo que dijeron, ¿no?... "
"¿Qué había de malo en esa moratoria? ¿Qué importa que dejáramos de atender algunos pequeños tecnicismos legales? Se hizo con buena intención. Todo el mundo está de acuerdo en que lo que se hace es bueno, siempre que no se obre en provecho propio... Pero no me quieren considerar bueno. Ella cree que todos son malos, salvo ella misma. Mi hermana es una hija de puta, orgullosa e implacable, incapaz de aceptar ideas que no sean las suyas... ¿Por qué me miran así? ¿Por qué ella, Rearden y los demás adoptan tal actitud? ¿Por qué están seguros de que han elegido el camino correcto?... Si reconozco su superioridad en el reino material, ¿por qué no reconocen la mía en el espiritual? Ellos poseen el cerebro, pero yo tengo corazón. Están dotados de condiciones para producir riqueza, pero yo las tengo para amar. ¿No son mejores mis cualidades que las suyas? ¿No ha sido reconocido así en el desarrollo de la historia humana? ¿Por qué no lo reconocen?... ¿Por qué están tan seguros de su grandeza?... Y si ellos son grandes y yo no, ¿no es causa suficiente para que se inclinen ante mí, precisamente porque carezco de semejante don? ¿No sería un acto de verdadera humanidad? No hace falta bondad para respetar a quien merece respeto, tan sólo se le está dando lo que le es debido. Y conceder un respeto inmerecido constituye el gesto supremo de la caridad... Pero son incapaces de profesar caridad. No son humanos. No se preocupan por las necesidades de nadie... ni tampoco por sus debilidades. Carecen de afecto... y de piedad..."
Ella entendía muy poco de semejantes discursos, pero se daba cuenta de que él no era feliz y que alguien lo había lastimado. Jim veía el dolor y la ternura pintados en la cara de Cherryl, dolor e indignación contra sus enemigos. Y también la expresión de quien contempla a un héroe, adoptada por una persona capaz de experimentar emociones sinceras detrás de su mirada.
No sabía por qué habría de ser la única persona en quien él confiaba, pero estaba segura de serlo y lo aceptaba como un honor especial, como un obsequio más.

Pensó que el único modo de ser digna de él consistía en no hacerle preguntas. Cierta vez le ofreció dinero, pero ella lo rechazó con tal grado de ofensa en los ojos, que Jim no se atrevió a insistir. El enojo era contra ella misma porque se preguntaba si habría hecho algo que obligara a Jim a confundirla con esa clase de gente. Pero no deseaba mostrarse desagradecida por sus atenciones, ni molestarlo con la exhibición de su pobreza, sino que quería demostrarle su deseo de mejorar y hallar una justificación a sus favores; por eso le dijo que, si quería, podía beneficiarla ayudándola a encontrar un trabajo mejor. Jim no contestó. Durante las semanas que siguieron, esperó su respuesta y nunca volvió a mencionar aquel tema. La joven pensó que lo había ofendido al dejarle creer que intentaba usarlo.

Cuando le regaló un brazalete de esmeraldas, se asombró tanto que no pudo comprender lo que sucedía. Tratando desesperadamente de no molestarlo, insistió en que no le era posible aceptar el regalo. "¿Por qué no? -preguntó Jim- No es que te considere una mujerzuela y pretenda pagar el precio común en tales casos. ¿Temes, quizá, que empiece a exigir otras cosas? ¿Es que no confías en mí?". Se echó a reír ante su tembloroso tartamudeo, y sonrió, con cierta especie de goce, durante toda la noche, en el club nocturno al que asistieron, mientras ella lucía el brazalete con su vulgar vestido negro.

Le hizo ponerse nuevamente la joya el día en que la llevó a una gran recepción ofrecida por la esposa de Cornelius Pope. Si la consideraba lo suficientemente digna como para presentarla a sus amigos -pensó-, aquellos ilustres amigos cuyos nombres figuraban en las inaccesibles alturas de las notas de sociedad de los periódicos, no podía avergonzarlo al aparecer con su ropa de siempre. Entonces se gastó los ahorros de 1 año para comprarse un vestido de gasa verde brillante, muy escotado, y un cinturón de rosas amarillas con hebilla de metal. Cuando entró en la austera residencia, fría y brillantemente iluminada, con su terraza suspendida sobre los techos de los rascacielos, comprendió que su vestido no era el adecuado para la ocasión, aun cuando desconociese el verdadero motivo. Pero se mantuvo orgullosamente erguida y sonrió con la valerosa confianza de un gato cuando alguien le alarga la mano para jugar: quienes se reúnen con intención de pasar un rato agradable no se preocupan por fastidiar al prójimo, pensó. Al cabo de una hora, su intento de permanecer siempre con una sonrisa se había convertido en una especie de súplica desesperanzada y vana. Luego la sonrisa desapareció al contemplar a quienes la rodeaban. Vio que las atildadas jóvenes, muy seguras de sí mismas, mostraban cierta desagradable insolencia al dirigirse a Jim como si no lo respetaran y jamás lo hubiesen hecho. Una de ellas en particular, una tal Betty Pope, hija de la dueña de casa, se empeñó en hacer observaciones sobre Jim que Cherryl no pudo comprender, al punto que creyó que no había oído con claridad.

Al principio, nadie había reaccionado, excepto con unas cuantas miradas de desconcierto por su vestido. Luego pudo notar que la observaban con mayor interés y oyó que una Sra. mayor le preguntaba a Jim, en el tono preocupado de quien habla de una familia distinguida que no conoce: "¿Ha dicho usted Srta. Brooks, de Madison Square?". Vio pintarse una extraña sonrisa en la cara de Jim, cuando éste contestó con voz especialmente clara: "Sí, es empleada en la sección de cosmética del almacén Todo por Centavos, de Raleigh". Luego notó que ciertas

personas mostraban excesiva cortesía hacia ella, mientras otras se alejaban con aire ofendido. La mayoría de las personas parecían simplemente perturbadas, mientras Jim no dejaba de mirarlas con su extraña sonrisa.
Intentó aislarse y ponerse fuera del alcance de su percepción. Cuando se escabullía por un ángulo del recinto, oyó a un caballero que comentaba encogiéndose de hombros: "De todas formas, Jim Taggart es uno de los hombres más poderosos de Washington en estos días". Pero sus palabras no expresaban respeto.
Una vez en la terraza, en un lugar más oscuro, había 2 hombres conversando y se preguntó por qué estaba tan segura de que hablaban de ella. Uno de ellos dijo: "Taggart puede permitirse estas cosas". El otro contestó algo acerca del caballo de cierto emperador romano llamado Calígula.
Miró la erguida y solitaria silueta del edificio Taggart en la distancia, y empezó a comprender: aquella gente odiaba a Jim, sencillamente porque lo envidiaba. Quienesquiera que fuesen, cualesquiera que fuesen sus nombres y por más dinero que tuvieran, ninguno de ellos había conseguido resultados como los de él, ninguno se había atrevido a desafiar al país entero para tender un ferrocarril que todo el mundo consideraba imposible. Por 1° vez, se dio cuenta de que tenía algo que ofrecer a Jim: aquella gente era tan mezquina y ruin como las personas de quienes había escapado en Buffalo, y él estaba tan solo como ella; la sinceridad de sus sentimientos era lo único que podía consolarlo.
Volvió a entrar en la sala abriéndose camino entre los invitados, sin ocultarse ya. Lo único que quedaba de las lágrimas que intentara retener en la penumbra de la terraza era un fulgor atrevido y luminoso en sus pupilas. Si él deseaba mostrarse abiertamente a su lado, aunque ella fuera una simple vendedora, si no le importaba hacer alarde de su decisión, si la había llevado allí para enfrentarse a la indignación de sus amigos, aquello podía considerarse el gesto de coraje de quien no vacila en desafiar a la opinión ajena y ella pensaba ponerse a su altura, aun cuando tuviera que actuar de espantapájaros.
Sin embargo, fue un alivio que la reunión concluyera; la tranquilizó y consoló sentarse de nuevo junto a él en el coche y emprender el regreso por las calles oscuras. Su aire retador paulatinamente se transformó en desolación e intentó no ceder. Jim hablaba poco y miraba malhumorado por la ventanilla. Se preguntó si lo habría decepcionado sin querer.
Al llegar a la entrada de su casa, le dijo con aire indeciso: -Lamento haberte decepcionado...
Él permaneció unos momentos silencioso y luego preguntó: -¿Qué me dirías si te pidiese que te casaras conmigo?
Lo miró, y miró a su alrededor. Un colchón sucio colgaba del alféizar de una ventana; una casa de empeños se destacaba en la acera de enfrente; a poca distancia de ellos, había un cesto de basura atestado. Se dijo que nadie hace semejante pregunta en un lugar así, por lo cual no comprendió su significado exacto, y sólo se limitó a contestar: -Creo que... que carezco de sentido del humor.
-Te lo propongo formalmente, querida.
Y así llegó el primer beso, con lágrimas que humedecían la cara de Cherryl, aquellas lágrimas que no derramó en la fiesta, lágrimas de sorpresa y felicidad, de pensar que aquello debería ser la felicidad. Pero, por otra parte, una voz sorda y

triste le advertía que ése no era el modo en que le hubiera gustado que todo sucediese.
No se le ocurrió pensar en la prensa hasta el día en que Jim le pidió que fuese a su piso y se encontró en una sala colmada de personas con anotadores, cámaras y flashes. Cuando vio sus fotos por 1° vez en los periódicos -en una aparecían los 2 juntos, Jim con un brazo en torno a su cintura- echó a reír alegremente, preguntándose orgullosa si todas las personas de la ciudad ya la habrían visto, pero al cabo de un rato, su dicha se desvaneció.
La fotografiaron una y mil veces en el mostrador de la tienda, en la estación del metro, a la entrada de su casa, y en su mísero cuarto. Hubiera aceptado dinero de Jim para poder ocultarse en algún oscuro hotel hasta la boda, pero él no se lo ofreció. Parecía deseoso de verla siempre en el lugar que hasta entonces había ocupado. Se tomaron fotos de Jim sentado a su escritorio, entre la muchedumbre de la terminal Taggart, junto al estribo de su vagón privado y en un banquete celebrado en Washington.
Las noticias referentes a la pareja llenaban las páginas de los periódicos, aparecieron artículos en revistas, se comentó el acontecimiento por la radio y su imagen apareció en los noticieros cinematográficos. Todo dentro de un clamor largo, sostenido y uniforme, en el que siempre estaban presentes las palabras "Cenicienta" y "empresario demócrata".
Se dijo que no debía mostrarse suspicaz cuando experimentaba inquietud, ni desagradecida cuando alguna cosa la ofendía.
Sólo tenía esa sensación en muy raros momentos, cuando se despertaba en mitad de la noche y permanecía inmóvil en el silencio de su habitación, incapaz de dormir. Comprendió que tardaría años en rehacerse, en creer, en comprender. Vivía como una persona afectada por una insolación, sin ver nada, aparte de la figura de Jim Taggart, igual que lo vio por vez primera la noche de su gran triunfo.
-Escucha, niña -le dijo su lacrimosa hermana cuando al ponerse de pie por última vez, el encaje de su velo de novia caía como espuma de cristal, desde el pelo hasta los manchados tablones del suelo- Tú crees que si se recibe una ofensa en la vida, se debe a los propios errores, y a la larga, es cierto. Pero te encontrarás con gente que intentará herirte por lo bueno que tú tienes, sabiendo que es bueno, necesitándolo y aborreciéndote por ello. No te dejes atropellar cuando descubras semejante actitud en los otros.
-No tengo miedo, o, al menos, eso creo -respondió Cherryl, mirando fijamente hacia adelante, con una radiante sonrisa que suavizaba la inquietud de sus ojos- No tengo derecho a temer nada. Soy demasiado feliz. Verás, siempre creí que quienes aseguran que lo único que se saca de la vida es sufrimiento, están equivocados. Nunca pensé rendirme ante ello y abandonar mi anhelo de ser dichosa. Confié en que podían ocurrir también cosas bellas y grandiosas. No suponía que me sucederían a mí... al menos en tal medida y tan pronto, pero ahora intentaré vivir de acuerdo con ellas.

* * *

-El dinero es la fuente de todos los males -dijo James Taggart- El dinero no compra la felicidad y sólo el amor supera cualquier barrera y cualquier diferencia social. Quizá les parezca aburrido, muchachos, pero eso es lo que siento.
Estaba bajo las luces del salón de fiestas del hotel Wayne-Falkland, en medio de un círculo de periodistas reunido a su alrededor apenas terminó la ceremonia de la boda. Oyó que la muchedumbre de invitados se agitaba como una marea, más allá de aquel círculo. Cherryl estaba a su lado, apoyando la mano de guante blanco sobre la manga de su traje negro, intentando todavía evocar las palabras de la ceremonia, sin llegar a creer que las hubiera escuchado de verdad.
-¿Cómo se siente, Sra. Taggart?
La pregunta procedía de algún lugar del círculo de periodistas y la hizo regresar a la realidad con un brusco sobresalto. Dos palabras que lo hacían de nuevo todo real para ella. Sonrió y murmuró, atragantándose: -Pues... muy feliz...
En extremos opuestos del salón, Orren Boyle, demasiado rollizo para su traje de etiqueta, y Bertram Scudder, demasiado delgado para el suyo, contemplaban a la muchedumbre, pensando lo mismo, aunque ninguno lo quisiera admitir. Orren Boyle casi se convenció de que buscaba caras de amigos, y Bertram Scudder, material para un artículo, pero sin darse cuenta, lo que hacían en realidad era trazar un cuadro mental de los rostros, y clasificarlos bajo 2 rubros que hubieran podido ser catalogados como: "Favor" y "Temor". Había allí hombres cuya presencia significaba una especial protección para James Taggart, y otros que, con la suya, declaraban su deseo de evitar su hostilidad; unos representaban una mano levantada para ayudarlo, y otros una espalda doblada para permitirle ascender.
Basándose en un código consuetudinario actual, nadie recibía o aceptaba la invitación de una persona importante, excepto como expresión de uno de esos motivos. Los que figuraban en el 1° grupo eran, en su mayoría, jóvenes, y habían llegado desde Washington. Los del 2°, de edad más avanzada, eran empresarios.
Para Orren Boyle y Bertram Scudder las palabras eran un instrumento público que debía quedar en la intimidad de sus mentes pues las consideraban un compromiso capaz de acarrear complicaciones indeseables, de modo que preferían no utilizarlas en su clasificación, sino que las reemplazaban por gestos: un respetuoso movimiento de las cejas equivalía a un "¡Vaya!" del 1° grupo; una sarcástica curvatura de los labios, significaba "Caramba, caramba" para el 2°. Un rostro alteró por un instante el suave funcionamiento de este mecanismo: los fríos ojos azules y el pelo rubio de Hank Rearden lograron poner en tensión sus músculos en un "Oh" silencioso del 2° grupo. La suma de todo el código representaba su estimación del poder de James Taggart y ascendía a un resultado considerable.
Ambos confirmaron que James Taggart era consciente de esto, cuando lo vieron moverse entre los invitados. Caminaba enérgicamente en el estilo código Morse de pequeños guiones y breves detenciones, con una leve irritación, como si tuviera presente la cantidad de personas a quienes podía preocupar su disgusto. La huella de una sonrisa en su cara era una señal de superioridad: sabía -y lo disfrutaba- que el hecho de acudir a honrarlo era un acto que deshonraba a esos hombres.

Una corte de personas anhelantes lo seguía constantemente, cual si estuvieran allí para darle a Taggart el placer de ignorarlas. Participaban del séquito Mowen, el Dr. Pritchett y Balph Eubank, pero el más persistente era Paul Larkin, que describía círculos alrededor de Taggart, intentando por todos los medios atraer su atención, con una sonrisa suplicante.
La mirada de Taggart recorría al gentío muy de vez en cuando, de manera fugaz y rápida, cosa que en el idioma muscular de su cara, sólo legible para Orren Boyle, significaba que estaba buscando a alguien, pero no quería que los demás lo advirtieran. La búsqueda terminó cuando Eugene Lawson se acercó a estrecharle la mano, y le dijo, con su húmedo labio inferior tembloroso:
-Mouch no ha podido venir, Jim. Lo lamenta de veras. Había contratado un avión especialmente para esta ocasión, pero a último minuto surgieron dificultades, problemas nacionales de mucha importancia, usted sabe.
Taggart permaneció inmóvil, con el ceño fruncido, sin contestar. Pero Orren Boyle echó a reír y Taggart se volvió hacia él tan abruptamente que los demás se alejaron sin esperar a que nadie se lo indicara.
-¿Qué estás haciendo? -preguntó Taggart.
-Pasando un buen momento, Jimmy. Sólo pasándolo bien -contestó Boyle- Wesley Mouch es tu hombre, ¿no es así?
-Conozco a alguien que también es uno de mis muchachos y al que más le vale no olvidar.
-¿Quién? ¿Larkin? No creo que te refieras a Larkin. Y si no es de él de quien hablas, creo que deberías ser cuidadoso en el uso de los posesivos. No me importan las clasificaciones por edad, pues sé que aparento menos años de los que tengo, pero soy alérgico a esos pronombres.
-Eres muy listo, pero un día de estos te pasarás de la raya.
-Si ocurre así, aprovecha la ocasión, Jimmy. Pero sólo si ocurre así.
-Lo malo de ciertas personas que se exceden, es que suelen tener mala memoria. Mejor recuerda quién consiguió que el metal Rearden estrangulara el mercado a tu favor.
-¿Por qué? Recuerdo quién lo prometió. Fue el mismo que luego manejó todos los resortes posibles para impedir que esa directiva se formalizara, por creer que en el futuro podía necesitar rieles de metal Rearden.
-Porque fuiste tú quien gastó diez mil dólares en obsequiar licores a personas a las que creías capaces de impedir la aplicación de las medidas en la moratoria sobre los bonos.
-En efecto, así lo hice. Tenía amigos con acciones ferroviarias, y además, tengo también amigos en Washington, Jimmy. Los tuyos derrotaron a los míos en el asunto de la moratoria, pero los míos derrotaron a los tuyos en lo del metal Rearden... No me olvido de eso, pero, ¡qué diablos!, todo marcha perfectamente para mí, y así es como se dan las cosas, pero no trates de engañarme, Jimmy. Déjalo para los aprovechados.
-Si no crees que siempre intenté portarme lo mejor posible contigo...
-Desde luego que lo creo, y así ha sucedido. Y es lo mejor que podía esperarse, considerando las cosas. Claro que continuarás obrando así, mientras yo tenga a alguien a quien tú necesites, pero ni un minuto más. Quería sólo recordarte que

también tengo amigos en Washington, amigos a los que no se puede comprar con dinero... igual que los tuyos, Jimmy.
-¿De qué diablos estás hablando?
-De lo mismo que tú estás pensando. Esos sujetos que compras no valen un comino, porque siempre habrá alguien capaz de ofrecerles más; por eso, el terreno queda abierto a cualquiera, y volvemos a encontramos ante una competencia al viejo estilo. Pero si uno logra captar por completo a un hombre, entonces es suyo, y si no hay nadie capaz de una oferta mayor, se puede contar con él. Bien. Tienes tus amigos, y yo lo míos. Puedo usar los tuyos, y viceversa. Por mí no hay inconveniente, ¡qué diablos! Tenemos que traficar con algo y, si no lo hacemos con dinero, ya que la era del dinero es historia antigua, entonces trafiquemos con hombres.
-¿Adónde quieres llegar?
-A ningún sitio: me limito a hablar de cosas que deberías recordar. Fíjate en Wesley, por ejemplo. Le prometiste el puesto de asistente en la Oficina de Planificación Nacional, por traicionar a Rearden, en la época de la ley de Igualación de Oportunidades. Tenías los contactos necesarios, y es lo que te rogué que hicieras a cambio de la aprobación de la disposición Anti-perjuicio Propio, donde también yo ejercía mi influencia. Entonces Wesley hizo su parte y procuraste que todo se hiciera por escrito. Desde luego, sé que conseguiste pruebas fehacientes de la clase de acuerdos que tuvo que hacer para conseguir que se aprobara esa ley, al mismo tiempo que aceptaba el dinero de Rearden para derrotarlo y mantenerlo con la guardia baja. Se hicieron acuerdos bastante reprochables. Mouch quedaría muy mal parado si todo esto se hiciera público. Mantuviste tu promesa, y le diste el puesto creyendo que de ese modo lo podrías tener en tus manos. Él te pagó adecuadamente, ¿verdad? Pero duró sólo eso. Wesley Mouch está en camino de hacerse tan poderoso, y el escándalo tan viejo, que en un tiempo nadie recordaría cómo empezó su carrera o a quién engañó. Nada es para siempre. Wesley era hombre de Rearden, luego tuyo, y mañana puede ser de otro cualquiera.
-¿Qué estás insinuando?
-No insinúo nada, tan sólo te doy un consejo. Somos viejos amigos, Jimmy, y creo que así debemos continuar. Podemos resultar muy útiles el uno para el otro si no empiezas a concebir ideas falsas sobre la amistad. Por lo que a mí respecta, creo en el equilibrio del poder.
-¿Tú impediste que Mouch estuviera aquí esta noche?
-Tal vez sí, y tal vez no. Prefiero dejarte con la incertidumbre. Si lo hice, bien; y si no, mejor aún.
Cherryl siguió con la mirada a James Taggart, mientras éste discurría por entre los invitados. Los rostros, que ni un solo instante dejaban de agitarse a su alrededor, parecían tan amistosos y las voces tan cálidas, que se sintió segura de que no se registraba el menor tono de malicia en todo aquel lugar. Se preguntó por qué algunos le hablaban de Washington de una manera esperanzada y confidencial, con frases incompletas e insinuaciones, como si intentaran buscar su ayuda en algo secreto que suponían estaba en condiciones de entender. No sabía qué decir, pero sonreía y contestaba de la manera más agradable posible, pues no podía perjudicar al personaje de la "Sra. Taggart" con el menor indicio de temor.

De pronto vio al enemigo: una figura alta, esbelta, con un vestido de noche gris, que desde ese momento era su cuñada.
La furia en la mente de Cherryl era resultado de una acumulación de resonancias de la voz torturada de Jim. Experimentó la misma intranquila sensación de quien ha dejado una tarea inconclusa. Sus ojos se fijaban una y otra vez en el enemigo, estudiándolo atentamente. Las fotografías de Dagny Taggart aparecidas en los periódicos mostraban una figura vestida siempre con pantalones, y un rostro casi cubierto por el ala del sombrero y el cuello levantado de un abrigo. Ahora lucía, en cambio, un vestido, que casi parecía indecente por su modesta austeridad, y tan sencillo que lograba desviar la atención, pero mostraba demasiado aquel cuerpo delgado que pretendía ocultar. Había un tono azul en el gris de la tela, que combinaba a la perfección con los destellos de sus ojos. No llevaba joyas, sino tan sólo una pulsera en la muñeca, una cadena de gruesos eslabones metálicos, que despedían cierta claridad azul verdosa.
Cherryl esperó a que Dagny quedara sola, y entonces avanzó hacia ella, abriéndose camino resueltamente por entre los invitados. Miró desde poca distancia sus ojos, fríos e intensos, que la observaban directamente con amable e impersonal curiosidad.
-Quiero que sepa una cosa -dijo Cherryl con voz tensa y dura-, para que luego no surja ningún malentendido. No pienso hacer el papel de dulce parienta. Sé muy bien lo que le ha hecho a Jim y hasta qué punto le arruinó la vida, y yo lo voy a proteger de usted y la pondré en el lugar que le corresponde. Soy la Sra. Taggart, y a partir de ahora soy la mujer de esta familia.
-Totalmente de acuerdo -aprobó Dagny- Y yo soy el hombre.
Cherryl la miró mientras se alejaba y pensó que Jim tenía razón: su hermana era una criatura diabólica y fría, que no se había dignado contestarle ni reconocer su situación, ni demostrar emoción alguna, excepto un leve toque de algo muy similar a una asombrada e indiferente burla.
Rearden no se apartaba de Lillian. Ella deseaba ser vista con su marido, y éste cumplía su obligación. No sabía si alguien lo miraba o no: no tenía la sensación de estar rodeado de gente, tan sólo pensaba en una persona, precisamente aquélla que no quería que lo viera acompañado por su esposa.
Seguía fijo en su conciencia el momento en que, al entrar en el salón con Lillian, percibiera la mirada de Dagny. La miró a su vez, cara a cara, preparado para aceptar el golpe que con su expresión quisiera descargarle. No obstante las consecuencias que ello pudiera tener para Lillian, hubiera confesado públicamente su adulterio allí mismo, en aquel instante, antes de cometer el indigno acto de evadir la mirada de Dagny, de convertir su rostro en una máscara inexpresiva fingiendo que no comprendía su reacción.
Pero no se produjo esa mirada. Conocía hasta la menor sombra de las sensaciones reflejadas en la cara de Dagny, y comprendió que no había en ella sorpresa alguna, tan sólo una inalterable serenidad. Sus ojos se posaron en los de él, comprendiendo el pleno significado del encuentro, pero tal como hubiera mirado a cualquier otra persona; como lo miraba en su despacho o en su dormitorio, A Hank le pareció que Dagny Taggart estaba deliberadamente ante Lillian y él, a la distancia de unos pasos, revelándose tan simple y abiertamente como el vestido gris que realzaba su cuerpo.

Dagny se inclinó ante ellos, con un movimiento cortés que los incluyó a ambos. Hank contestó, y pudo ver cómo Lillian hacía también un breve gesto. Luego, ésta se alejó un poco y sólo entonces él cayó en la cuenta de que había permanecido largo rato con la cabeza inclinada.

No sabía lo que los amigos de Lillian le estaban diciendo ni lo que él les contestaba. Igual que un hombre avanza paso a paso, intentando no pensar en el camino que aún tiene por delante, así trató, momento a momento, de eludir toda impresión. Oyó retazos de la risa complacida de Lillian y observó el tono satisfecho de su voz.

Al cabo de un rato se fijó en las mujeres que lo rodeaban: todas se parecían a Lillian, con el mismo aspecto de estática pulcritud, levantando las cejas también de un modo estático, mientras sus ojos se mostraban helados en una entumecida ficción de alegría. Notó que intentaban coquetear con él, y que Lillian disfrutaba con la inutilidad de sus tentativas. Pensó que ésa era la ofrenda a su vanidad femenina que le había rogado, y que éstos eran los principios por los que no regía su vida, pero que no podía tampoco ignorar. Entonces, se volvió hacia un grupo de hombres para escapar de la situación.

Pero en la charla de los caballeros no pudo encontrar ni una sola afirmación absoluta. Cualquiera que fuese el tema tratado, nunca lo abordaban de manera directa. Escuchó como lo haría un extranjero que sólo pudiera reconocer las palabras, pero sin poder agruparlas en frases.

Un joven, con expresión de alcoholizada insolencia, pasó tambaleándose junto al grupo y preguntó risueño: -¿Ha aprendido la lección, Rearden?

No comprendió lo que había dicho esa mísera rata, pero los demás sí parecieron comprenderlo, y se veían asombrados y complacidos.

Lillian se alejó por completo, como intentando hacerle comprender que no insistiría acerca de una atención exclusiva. Hank se retiró hacia un ángulo de la sala, donde nadie pudiera verlo o notar la dirección de sus miradas. Y desde allí se permitió contemplar a Dagny.

Miró su vestido gris, el suave movimiento de la tela al caminar, las momentáneas pausas realzadas con sombras y luces. El vestido de un gris azulado descendía en forma de larga curva hasta sus rodillas y se combaba luego hasta la punta de su sandalia. Conocía cada una de las facetas que la luz le daría a su cuerpo si el vestido se disipase.

Experimentó un sordo y agudo dolor, producto de los celos hacia todo hombre que hablase con ella. Nunca había sentido algo así, pero ahora lo sufría en aquel lugar donde todo el mundo tenía derecho a aproximarse a Dagny, excepto él.

Entonces, como si un repentino golpe le sacudiera el cerebro robándole por un instante su sentido de la ubicación, lo invadió una total incertidumbre sobre lo que estaba haciendo allí. Aquel momento lo despojaba de todas las jornadas vividas y de todos los dogmas defendidos en el pasado; sus conceptos, sus problemas, su dolor fueron eliminados. Supo, como si contemplara el hecho desde una larga distancia, que el ser humano existe para el logro de sus deseos, y se preguntó por qué permanecía allí y quién tenía derecho a hacerle desperdiciar una sola e irremplazable hora de su vida, cuando su anhelo más ferviente era abrazar a aquella figura esbelta, envuelta en tela gris, y retenerla contra él por todo el tiempo que aún le quedara de existencia.

Al instante volvió en sí. Notó el tenso y desdeñoso movimiento de sus labios, apretados como para dar mayor énfasis a las palabras que se repetía interiormente: "Firmaste un contrato hace un tiempo; ahora, cúmplelo". Luego se dijo que, en las transacciones comerciales, los tribunales no reconocen como válido un contrato si una de las 2 partes no da lo que le corresponde dar, y se preguntó qué le hacía pensar de aquel modo. Pero ese pensamiento le parecía irrelevante y lo dejó ahí.
James Taggart vio que Lillian Rearden se acercaba casualmente hacia él cuando se encontraba completamente solo en un rincón envuelto en la penumbra, entre una palmera de interiores y una ventana. Se detuvo y esperó a que se acercara. No podía adivinar su propósito, pero en el código que sólo él comprendía, llegó a la conclusión de que lo mejor era escucharla.
-¿Qué le pareció mi regalo de boda, Jim? -le preguntó riendo ante su expresión de desconcierto- No, no trate de repasar la lista de regalos reunidos en su apartamento, preguntándose a qué diablos me refiero, porque mi regalo no está allí; se encuentra aquí mismo y no es algo material, mi querido.
Vio la sombra de una sonrisa en su rostro y aquella expresión que todos sus amigos entendían como una invitación a compartir cierta victoria secreta. Era la mirada de quien sobrepasa a cualquier otro, no sólo en ideas, sino en astucia. Con aire complacido, Taggart respondió con cautela: -Su presencia es el mejor regalo que podía ofrecerme.
-¿Mi presencia, Jim?
Las líneas de su cara se contrajeron un instante y comprendió lo que ella quería hacer con su pregunta, pero nunca hubiera imaginado que la pronunciase.
Lillian sonrió abiertamente.
-Los 2 sabemos qué presencia puede considerarse la más valiosa para usted esta noche, y, al mismo tiempo, la más inesperada. ¿No piensa darme el crédito de haberlo logrado? Me sorprende: creí que poseía el genio de reconocer a los amigos potenciales.
Jim no quiso comprometerse y mantuvo su voz cuidadosamente neutral.
-¿Alguna vez dejé de apreciar su amistad, Lillian?
-No, no, mi querido, sabe a qué me refiero. Usted no esperaba verlo a él aquí. No habrá pensado que él le tiene miedo, ¿verdad? Pero que los demás lo crean así es para usted una inestimable ventaja, ¿no es cierto?
-Estoy... sorprendido, Lillian.
-¿No sería mejor decir "impresionado"? Sus invitados también lo están. Puedo percibir en la sala que la mayoría piensa: "Si debe llegar a un acuerdo con Jim Taggart, más vale que nos mantengamos al margen"; y otros se dicen: "Si tiene miedo, podremos conseguir un provecho mayor". Desde luego, así es como usted lo desea, y no me ha pasado siquiera por la imaginación estropearle su triunfo. Pero usted y yo somos los únicos que sabemos que no lo ha conseguido usted solo.
Jim no sonrió, y con el rostro inexpresivo y la voz suave, aunque no exenta de cierto mesurado toque de dureza, preguntó: -¿Cuál es su intención?
Ella se echó a reír.
-Esencialmente, la misma que la suya, Jim. Pero en el sentido práctico, ninguna. Se trata de un favor que acabo de hacerle, sin pedirle nada a cambio. No se

preocupe, no estoy haciendo lobby por ningún interés particular, ni trato de conseguir beneficios especiales de Mouch, ni siquiera intento que me regale una tiara de diamantes. A menos, desde luego, que se trate de una tiara no material, como su aprecio.
Jim la miró de frente por 1° vez, con los ojos entornados y la cara relajada, hasta formar una media sonrisa como la de ella, como si ambos se comprendieran perfectamente y expresaran su mutuo desdén.
-Sabe que siempre la he admirado, Lillian, como a una mujer realmente superior.
-Me doy cuenta de ello.
Había una ligerísima traza de burla, extendida como una pincelada de laca sobre los dulces tonos de su voz.
Él la estudiaba con insolencia.
-Debe perdonarme si creo que entre amigos puede permitirse cierta curiosidad -dijo él sin intención alguna de disculparse-. Estoy preguntándome desde qué ángulo contempla usted la posibilidad de ciertos inconvenientes de orden financiero o de pérdidas que pudieran afectar sus intereses personales.
Lillian se encogió de hombros.
-Lo observo desde el mismo ángulo que un jinete, mi querido. Si usted monta el caballo más vigoroso del mundo, procurará mantenerlo sujeto para que su paso no se haga demasiado vivo e incómodo, aun cuando ello signifique el sacrificio de su vigor, y su velocidad y su gran fuerza queden desperdiciadas. Actuaría así porque si dejara que el caballo galopase al máximo, lo arrojaría de la silla en cuestión de segundos... Sin embargo, los aspectos financieros no son los que más me interesan... ni tampoco a usted, Jim.
-Creo que la he subestimado, Lillian -confesó él lentamente.
-Bueno, ése es un error que deseo ayudarle a corregir. Comprendo la clase de problema que él representa para usted y el motivo de sus temores, pero.., usted vive de sus negocios y de la política, y trataré de expresarme en su lenguaje. Un comerciante asegura que entregará los productos, y un traficante de influencias se cree capaz de conseguir votos, ¿verdad? Bien, lo que quiero que sepa es que puedo entregárselo en el momento que me parezca oportuno. Y usted puede obrar de acuerdo con ello.
Según el código de sus amigos, revelar cualquier parte de la identidad equivalía a entregar un arma al enemigo; pero él aceptó su confesión y la igualó: -Me gustaría ser tan hábil para tratar a mi hermana.
Ella lo miró sin sorpresa; aquellas palabras no le habían parecido inoportunas.
-Sí, es una mujer muy dura de carácter -reconoció- ¿No tiene puntos vulnerables? ¿Carece de debilidades?
-Nada.
-¿Ni líos amorosos?
-¡Cielos! ¡No!
Ella se encogió de hombros como si estuviera deseosa de cambiar de tema porque Dagny Taggart era una persona que no le interesaba.
-Me parece que lo mejor es que lo deje en paz para que pueda conversar un rato con Balph Eubank -dijo- Parece preocupado porque no lo ha mirado usted en toda la noche, y se pregunta si la literatura no va a quedarse sin uno de sus amigos más sinceros en la corte.

-Lillian, es usted maravillosa -dijo Jim de manera totalmente espontánea.
Ella se echó a reír.
-Es ésa la tiara inmaterial que deseaba.
Los restos de una sonrisa siguieron fijos en su rostro mientras avanzaba por entre el gentío; una sonrisa fluida, que contrastaba ligeramente con el aire de aburrimiento y de tensión de los rostros que la rodeaban. Deambuló por la sala disfrutando de la sensación de ser observada con su vestido de seda resplandeciente acompañando los movimientos de su esbelta figura.
Fue el destello azul verdoso el que llamó su atención: la encandiló por un instante entre las luces desde una muñeca delgada. Luego vio el cuerpo ágil, el vestido gris, y los hombros desnudos y delicados. Se detuvo y miró el brazalete frunciendo el ceño.
Dagny se había dado vuelta. Entre las cosas que más le disgustaban a Lillian, aquella cortesía impersonal del rostro de Dagny Taggart era lo que más odiaba.
-¿Qué opina de la boda de su hermano, Srta. Taggart? -preguntó con aire casual, sonriendo.
-No tengo opinión al respecto.
-¿Significa eso que, a su juicio, esto no merece siquiera un momento de reflexión?
-Pues, si quiere que le sea sincera... eso es precisamente lo que creo.
-¿No ve ningún significado humano en él?
-No.
-¿No cree que una persona como la mujer de su hermano tiene cierto interés?
-No.
-La envidio, Srta. Taggart, envidio su olímpica indiferencia. Quizás allí se encuentre el secreto de por qué nunca la gente común puede igualar sus éxitos en el campo de los negocios, pues permite que su atención se desvíe hacia logros en otros campos.
-¿A qué otros campos se refiere?
-¿No les concede ningún mérito a aquellas mujeres que concretan grandes conquistas insospechadas, no en el terreno empresarial, sino en el simplemente humano?
-No creo que una palabra como "conquista" pueda tener lugar en el terreno humano.
-¡Oh! Considere, por ejemplo, lo mucho y duramente que otras mujeres habrían tenido que trabajar, si el trabajo hubiese sido el único medio al que ellas pudieran acceder, para conseguir lo que esta muchacha ha logrado gracias a su hermano.
-No creo que esa joven comprenda la naturaleza exacta de su éxito.
Al verlas juntas, Rearden se acercó. Necesitaba saber de qué hablaban, y no le importaban las consecuencias. Se detuvo en silencio al lado de ambas. No le importó si Lillian se había dado cuenta de su presencia, pero supo que Dagny lo había advertido.
-¡Vamos, Srta. Taggart! Demuestre un poco de generosidad hacia ella -dijo Lillian- Al menos la generosidad de su atención. No debe despreciar a las mujeres que, aun sin poseer su brillante talento, ponen en juego otras cualidades peculiares. La naturaleza siempre es equitativa y ofrece ciertas compensaciones, ¿no cree?
-No estoy segura de comprenderla.
-No creo que quiera que sea más explícita.

-Se equivoca: lo deseo.
Lillian se encogió de hombros, irritada; entre sus amigas, hubiera actuado de otra forma, previendo sus reacciones y deteniéndose a tiempo, pero aquélla era una adversaria nueva para ella, una mujer que rehusaba ofenderse. No le importaba hablar más claramente, pero al ver que Rearden la miraba, sonrió y dijo: -Consideremos a su cuñada, Srta. Taggart. ¿Qué posibilidades tendría ella de prosperar? Ninguna, según sus parámetros. No habría hecho una brillante carrera en los negocios pues no posee una mente tan aguda como la suya. Además, los hombres se lo hubieran hecho imposible, les habría parecido demasiado atractiva. Entonces, esta joven optó por aprovecharse de que los hombres se rigen por normas que por desgracia no alcanzan la altura de las que usted ostenta, Srta. Taggart. Recurrió a la clase de talento que usted desprecia. Usted nunca se ha preocupado por competir con nosotras, mujeres de menor categoría, en el único campo abierto a nuestra ambición: el de ejercer poder sobre los varones.
-Si lo califica como "poder", Sra. Rearden, reconozco que, en efecto, nunca me preocupé por ello.
Se volvió para alejarse, pero la voz de Lillian la retuvo.
-Desearía creer que usted es una mujer dura, Srta. Taggart, libre por completo de fragilidades humanas; quisiera creer que nunca experimentó el deseo de adular o de ofender, pero veo que esperaba que tanto Hank como yo estuviéramos aquí esta noche.
-No, no creo que sea así, ni siquiera miré la lista de invitados de mi hermano.
-Entonces, ¿por qué lleva ese brazalete?
La mirada de Dagny se posó francamente en la suya.
-Siempre lo llevo.
-¿No le parece, Srta. Taggart, que esa broma ha ido ya demasiado lejos?
-Nunca ha sido una broma, Sra. Rearden.
-Entonces, me comprenderá si le digo que me gustaría que me la devuelva.
-La comprendo muy bien, pero no pienso devolvérsela.
Lillian hizo una larga pausa, a la que quiso conferir cierto significado. Por una vez sostuvo la mirada de Dagny sin sonreír. -¿Qué espera que yo piense de esto, Srta. Taggart?
-Lo que usted desee.
-¿Qué motivos la impulsan a comportarse así?
-Ya los conoció cuando me dio el brazalete.
Lillian miró a Rearden. Su cara era inexpresiva y no vio en ella reacción alguna ni deseo de ayudarla o detenerla, nada más que una atención que la hizo sentir bajo un reflector.
Entonces, recuperó su sonrisa utilizándola como escudo protector. Se trataba de una sonrisa divertida y condescendiente, con la que buscaba volver a convertir ese asunto en una charla de salón.
-Estoy segura, Srta. Taggart, de que comprende lo terriblemente impropio que resulta todo esto.
-No.
-Desde luego, debe entender que está corriendo un peligroso y desagradable riesgo. ¿No toma en consideración la posibilidad de ser... mal interpretada?
-No.

Lillian volvió la cabeza, con gesto de sonriente reproche.
-Srta. Taggart, ¿no cree que estamos ante un caso en el que no podemos incurrir en teorías abstractas, sino considerar tan sólo la realidad práctica?
Dagny no sonrió.
-Nunca comprendí qué quiere decir ese tipo de afirmaciones -respondió.
-Pretendo sugerir que, aun en la seguridad de que su actitud es altamente idealista, por desgracia muchas personas no comparten su estado de ánimo, e interpretarán su acción de un modo que puede resultarle perjudicial.
-Entonces, la responsabilidad y el riesgo serán de esas personas, no míos.
-Admiro su... no, no puedo decir "inocencia". ¿Debería decir "pureza"? Estoy segura de que nunca pensó en ello, pero la vida no es tan directa y lógica como... como una vía de tren. Resulta lamentable, pero posible, que sus elevadas intenciones puedan inducir a la gente a sospechar cosas que... bueno, que estoy segura usted considera sórdidas y escandalosas.
Dagny la miró fijamente.
-No pienso así.
-Pero no puede ignorar esa posibilidad.
-La ignoro, Sra. Rearden -dijo Dagny, volviéndose para alejarse.
-Pero, ¿desearía evitar una discusión cuando nada tiene que ocultar? -Dagny se detuvo- Si su brillante e inquieta personalidad le permite jugar con su reputación, ¿ignorará también el peligro que implica para el Sr. Rearden? -añadió Lillian.
-¿En qué consiste ese peligro? -preguntó Dagny lentamente.
-Estoy segura de que me ha entendido.
-Pues se equivoca.
-No creo que sea necesario ser más explícita.
-Lo es... si desea continuar la conversación.
Lillian miró a Rearden, buscando en él algún signo que le ayudara a decidir si era más prudente detenerse o continuar, pero él no la ayudó.
-Srta. Taggart -dijo-, no la igualo en altura filosófica, soy sólo una esposa promedio. Por favor, tenga la bondad de darme esa pulsera, si no quiere que piense lo que lógicamente voy a pensar y lo que usted no desea que mencione.
-Sra. Rearden, ¿es éste el modo y el lugar que usted escoge para insinuar que duermo con su marido?
-¡Oh, no!
La exclamación fue inmediata y tenía cierta nota de pánico, producto de un reflejo automático, como el ladrón que retira asustado la mano al verse sorprendido infraganti. Con un risa irritada y nerviosa, con un tono de sarcasmo y de sinceridad que revelaba, aunque in-voluntariamente, su verdadero estado de ánimo, añadió: -Esa sería la posibilidad más remota que podría imaginar.
-Entonces, deberías disculparte con la Srta. Taggart -intervino Rearden.
Dagny retuvo el aliento, exhalando lo que podía considerarse el débil eco de un grito ahogado, y las 2 se volvieron hacia él. Lillian no apreció nada en su rostro, pero Dagny vio que reflejaba una intensa tortura.
-No es necesario, Hank -repuso.
-Lo es... para mí -insistió él fríamente, sin mirarla. Tenía los ojos fijos en Lillian, como quien expresa una orden que no puede ser desobedecida.

Lillian estudió el rostro de su esposo con ligero asombro, pero sin ansiedad ni cólera, como quien enfrenta un enigma sin importancia.
-Desde luego -accedió complaciente, con voz nuevamente suave y confiada- Le ruego acepte mis disculpas, Srta. Taggart. No quiero darle la impresión de sospechar de la existencia de una relación que considero improbable en usted e imposible en un marido cuyas inclinaciones conozco muy bien.
Se volvió y se alejó indiferente, dejándolos juntos, como si con ello quisiera demostrar la confianza que tenía en sus propias palabras.
Dagny permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, pensando en la noche en que Lillian le había dado el brazalete. Hank se había puesto del lado de su esposa en aquel entonces, pero ahora estaba del suyo y de los 3, ella era la única que comprendía plenamente lo que eso significaba.
-Puedes decirme todo lo que quieras, tendrás razón.
Al oírlo, abrió los ojos. La miraba fríamente con el rostro crispado, sin permitir que la más leve señal de dolor o de arrepentimiento sugiriese la esperanza de un olvido.
-Querido, no te tortures de ese modo, sé que estás casado y nunca traté de eludir ese hecho, que tampoco esta noche me ha lastimado. -La 1° palabra fue el peor golpe de todos los que Rearden recibió después, ya que Dagny nunca antes la había usado de ese modo, en ese tono particular de ternura. En la intimidad de sus encuentros, jamás hizo referencia a su matrimonio. Sin embargo, ahora abordaba el tema con una sencillez carente al parecer de todo esfuerzo.
Vio pintarse la ira en el rostro de Rearden, la rebelión contra toda piedad, una expresión extraña, como si quisiera decirle que no había sufrido tormento alguno y que no necesitaba ayuda. Nunca habían hablado de su matrimonio en la intimidad de sus encuentros, y ella ahora lo había hecho sin esfuerzo alguno. Dagny vio la ira en el rostro de Rearden, su rebelión contra la compasión -la mirada despreciativa negando la tortura y rechazando la ayuda. Luego, la miró como si comprendiera que ella conocía su cara tan perfectamente como él la suya. Hank cerró los ojos, inclinó un poco la cabeza y dijo: -Gracias.
Ella sonrió y se alejó.
James Taggart sostenía una copa de champán vacía, cuando se dio cuenta de la prisa con la que Balph Eubank hacía señas a un camarero, como si éste fuera culpable de una imperdonable negligencia. Luego, el escritor concluyó su frase:
-… pero usted, Sr. Taggart, debería saber que quien vive en un plano más alto, no puede ser comprendido o apreciado por los demás. Es inútil buscar apoyo para la literatura en un mundo gobernado por empresarios que no son más que vulgares y engreídos tipos de la clase media o salvajes aves de rapiña como Rearden.
-Jim -dijo Bertram Scudder, dándole una palmada en el hombro-, el mejor cumplido que puedo hacerle es el de decir que usted no es un auténtico empresario.
-Usted es un hombre culto, Jim -concedió el Dr. Pritchett-, no un buscador de minerales como Rearden, así que no necesito explicarle la crucial importancia que el apoyo de Washington tiene para la educación.
-¿Le gustó realmente mi última novela, Sr. Taggart? -preguntó Balph Eubank otra vez- ¿Realmente le gustó?

Mientras cruzaba la sala, Orren Boyle miró al grupo, sin detenerse. Aquella mirada fue suficiente para darle una idea de la naturaleza de la charla. Pensó que era lógico, que todo el mundo tiene que comerciar, y sabía, aunque no se preocupó en darle nombre, lo que se estaba comerciando.

-Estamos en el amanecer de una nueva era -decía James Taggart por encima de su copa- Estamos quebrantando la villana tiranía del poderío económico. Liberaremos a los hombres de la opresión del dólar, nuestros anhelos espirituales de quienes sólo poseen medios materiales, y nuestra cultura de las garras de quienes sólo buscan ganancias. Así, construiremos una sociedad dedicada a ideales más altos y reemplazaremos la aristocracia del dinero por...

-… la aristocracia de la ambición -dijo una voz detrás del grupo.

Todos se dieron vuelta y vieron a Francisco d'Anconia. Su rostro estaba bronceado por el sol y sus ojos habían adquirido el color del cielo que había oscurecido su piel. Su sonrisa sugería una mañana de verano y la forma en que llevaba el traje de etiqueta hacía que los demás se vieran como en un baile de disfraces con vestidos prestados.

-¿Qué ocurre? -preguntó en medio del silencio- ¿He dicho algo que no sabían?

-¿Cómo llegaste aquí? -fue lo primero que James Taggart pudo articular.

-Vine en avión hasta Newark y en taxi desde allí y luego en ascensor desde mi habitación, 53 pisos más arriba.

-Lo que quise decir... lo que intenté...

-No te sorprendas tanto, James. Si llego a Nueva York y me entero de que hay una fiesta, lo más natural es que no quiera perdérmela, ¿no te parece? Tú siempre has dicho que soy un verdadero cazador de diversiones.

El grupo continuaba mirándolo.

-Me encanta verte, desde luego -dijo Taggart, precavido; pero añadió con cierta agresividad, como para equilibrar su anterior complacencia: -Ahora bien, si crees que vas a...

Pero Francisco no se hizo cargo de la amenaza y dejó que la frase de Taggart quedara suspendida en el aire un instante, para después preguntar amablemente:

-¿Si creo qué?

-Me has entendido muy bien.

-Sí, es cierto. ¿Quieres que te diga lo que pienso?

-No es el mejor momento para...

-Me parece que deberías presentarme a tu esposa, James. Tus modales nunca han sido demasiado sólidos y los pierdes con facilidad en momentos de apuro... que es cuando más se necesitan.

Al volverse para llevarlo hacia donde estaba Cherryl, Taggart captó un ligero murmullo: era una risa ahogada de Bertram Scudder. James comprendió que los hombres que un momento antes se arrastraban a sus pies y cuyo odio hacia Francisco d'Anconia era quizá mayor que el suyo, estaban disfrutando profundamente con aquel espectáculo. Los efectos de semejante realidad se hallaban entre las cosas a las que no deseaba dar nombre.

Francisco se inclinó ante Cherryl y le expresó sus mejores deseos, como si fuese la esposa de un príncipe heredero. Inquieto, Taggart sintió una punzada de vago resentimiento: no quería admitirlo, pero habría deseado que la ocasión tuviese la solemnidad que la actitud de Francisco le había prestado por un momento.

Temía permanecer junto a Francisco tanto como dejarlo en libertad entre sus invitados. Intentó alejarse dando unos pasos, pero éste lo siguió sonriente.
-¿No habrás pensado que me iba a perder tu boda, James, cuando eres mi amigo de la infancia y mi más importante accionista?
-¿Qué? -casi gritó Taggart, aunque lamentando su impulso, porque aquella exclamación era una confesión de pánico. Pero Francisco no pareció notarlo, porque repuso con voz alegre e inocente:
-Sé perfectamente quién es el hombre que hay detrás de cada figurita de la lista de accionistas de D'Anconia Copper. Es sorprendente cuántos Smith y cuántos Gómez poseen dinero suficiente como para adquirir las mayores participaciones de la empresa más rica del mundo, así es que no puedes recriminarme si me he vuelto lo suficientemente curioso para averiguar qué distinguidas personas en realidad figuraban entre mis accionistas minoritarios. Al parecer, soy popular entre una .fenomenal colección de figuras públicas, de todos los lugares de la Tierra, incluyendo repúblicas populares, donde ni imaginaba que existiera el dinero.
Con el ceño fruncido, Taggart dijo secamente: -Hay muchas razones... razones comerciales, por las que a veces resulta aconsejable no realizar en forma directa las inversiones.
-Una de ellas es que alguien no quiere que la gente sepa que es rico, y la otra es que ese alguien no quiere que los demás sepan cómo se hizo rico.
-No sé lo que quieres decir ni por qué tienes que oponerte.
-¡Oh! No tengo ninguna objeción, en absoluto, al contrario, aprecio tu actitud. Una gran mayoría de inversores de la vieja guardia me abandonaron luego del asunto de las minas de San Sebastián, cosa que los asustó terriblemente, pero los modernos tienen más confianza en mí y se portaron como siempre: basándose en la fe. No puedo decirte cuánto aprecio tu actitud.
Taggart hubiera preferido que Francisco no hablara tan alto y que la gente no se reuniese curiosa a su alrededor.
-Te estuvo yendo bastante bien -dijo Taggart en el tono seguro de quien expresa un cumplido de índole comercial.
-Sí, ¿verdad? Es maravilloso cómo las acciones de D'Anconia Copper han subido durante el último año. Pero no estoy demasiado orgulloso pues ya no queda mucha competencia en el mundo y no hay dónde invertir el dinero, si uno se hace rico de repente. Y ahí está D'Anconia Copper, la compañía más antigua de la Tierra y la apuesta más segura desde hace varios siglos. Hay que ver cómo se las ha arreglado para sobrevivir a lo largo del tiempo. Sí, muchos han decidido que es el mejor lugar donde esconder su dinero, ya que se trata de una empresa imbatible y haría falta un hombre excepcional para destruirla y... tienen razón.
-He oído decir que has empezado a tomar en serio tus responsabilidades y que por fin te dedicas de lleno a tus asuntos. Dicen que estás trabajando mucho.
-¡Ah! ¿Alguien se dio cuenta? Los inversores de antigua data eran los que se preocupaban por saber lo que hacía el presidente de una compañía, pero los modernos no lo consideran necesario: no creo que presten atención a mis actividades.
Taggart sonrió.
-Sólo miran los datos de la Bolsa; eso lo dice todo, ¿verdad?
-Sí, así es. A la larga, es así.

-Debo añadir que me alegro de que el año pasado no hayas ido de fiesta en fiesta, pues el resultado se observa en tu trabajo.
-¿De veras? Pues yo creo que no, todavía no.
-Supongo -dijo Taggart en el tono precavido de una pregunta indirecta- que debería sentirme halagado porque hayas decidido venir a mi boda.
-Tenía que hacerlo. Creí que me estabas esperando.
-La verdad es que no... bueno, quiero decir...
-Deberías haberme esperado, James. Es esa clase de eventos fundamentales donde las víctimas acuden con el fin de demostrar cuán fácil es destruirlas, mientras sus verdugos firman pactos de eterna amistad que duran 3 meses. No sé exactamente a qué grupo pertenezco, pero tenía que figurar entre los asistentes, ¿no lo crees?
-¿Qué diablos estás diciendo? -exclamó Taggart, furioso, notando la tensión de los rostros que los rodeaban.
-Cuidado, James, si finges no entenderme, voy a decírtelo con mayor claridad.
-¿Crees adecuado hablar así...?
-Me parece divertido. En una época se temía que alguien revelara algún secreto desconocido para sus semejantes. En la actualidad, se teme que alguien diga lo que todo el mundo ya sabe. ¿Nunca pensaron ustedes, los prácticos, que para reventar esa enorme y compleja estructura, con leyes y con armas incluidas, bastaría con que alguien nombrara la naturaleza exacta de lo que están haciendo?
-Si crees prudente asistir a una boda para insultar al anfitrión...
-No, James, he venido a agradecerte.
-¿A mí?
-Por supuesto: me has hecho un gran favor con tus muchachos de Washington y de Santiago, pero lo único que me extraña es que ninguno se tomara la molestia de informarme. Esas directivas promulgadas hace meses están ahogando a toda la industria del cobre de esta nación, por lo tanto, el país se ve en la repentina necesidad de importar mucho más cobre. ¿Y en qué otro lugar del mundo queda cobre, exceptuando las minas D'Anconia? Ves que tengo buenos motivos para estar agradecido.
-Te aseguro que no tengo nada que ver con eso -se apresuró a explicar Taggart- y, además, la política económica vital de este país no está determinada por consideraciones como las que insinúas o...
-Yo sé que sí, James. Sé que todo empezó con los de Santiago, porque durante siglos figuraron en la nómina salarial de D'Anconia Copper. Bah, "nómina salarial" es una frase demasiado honorable, sería más exacto afirmar que D'Anconia Copper les ha venido pagando su "protección" desde hace siglos. ¿No es así como lo llaman tus gángsters? En Santiago lo llaman impuestos y han estado recibiendo su parte por cada tonelada de cobre D'Anconia vendida. Por eso tienen un enorme interés en verme colocar tanto cobre como sea posible. Pero, como el mundo se está transformando en una serie de repúblicas populares, éste es el único país donde la gente no ha quedado todavía reducida a la necesidad de cavar la tierra en busca de raíces para alimentarse, así que es el único mercado que queda en la Tierra. Los muchachos de Santiago querían monopolizarlo y no sé lo que les habrán ofrecido a los muchachos de Washington, ni quién traficó qué cosa y con quién, pero sé que tú entraste porque tienes una cantidad importante

de las acciones de D'Anconia Copper. Y seguro que no te molestó, aquella mañana hace ya 4 meses, cuando se publicaron las directivas y viste el salto que D'Anconia Copper daba en la Bolsa. La noticia casi te dio en tu cara.
-¿Qué fundamentos tienes para inventar semejante cosa?
-Ninguno. En realidad, no estaba enterado de nada, pero esa mañana vi cómo las acciones subían, y eso cuenta toda la historia, ¿verdad? Además, los de Santiago crearon un nuevo impuesto sobre el cobre a la semana siguiente, y me dijeron que no tenía de qué preocuparme gracias a la fuerte suba de mis acciones. Dijeron estar trabajando en mi beneficio y que no debía preocuparme, dado que, teniendo en cuenta las 2 cosas, yo sería más rico que nunca. Y, desde luego, así fue.
-¿Por qué me cuentas todo esto?
-¿Por qué no aceptas mi agradecimiento, James? Tu actitud se contradice con la política en la que eres tan experto. En una época en que el hombre existe, no por derecho, sino por favor, no se rechaza a una persona agradecida, sino que, al contrario, se intenta acumular cuanta gratitud sea posible. ¿No quieres considerarme como alguien que está en deuda contigo?
-No sé de qué me estás hablando.
-Del favor que recibí sin ningún esfuerzo de mi parte. No fui consultado ni informado, nadie se acordó de mí, todo fue arreglado a mis espaldas, pero lo que tengo que hacer ahora es sólo producir cobre. Ha sido un gran servicio, James, y puedes estar seguro de que sabré recompensarlo.
Francisco se volvió bruscamente sin esperar respuesta y se alejó. Taggart no lo siguió, se quedó donde estaba, con la sensación de que cualquier cosa era preferible a prolongar esa conversación un minuto más.
Francisco se detuvo ante Dagny, y la miró un instante, sin saludarla, pero haciéndole comprender con su sonrisa que era la primera persona que había visto al entrar en el salón, del mismo modo que ella también lo vio enseguida.
Contra toda duda y advertencia interior, Dagny experimentó una feliz confianza. Inexplicablemente, sintió que la presencia de Francisco en medio de aquella muchedumbre conformaba un refugio indestructible. Pero en el momento en que un principio de sonrisa le indicaba a Francisco cuánto se alegraba de verlo, él le preguntó:
-¿Quieres explicarme el éxito genial que resultó ser la línea "John Galt"?
Con los labios apretados para ocultar su temblor, Dagny respondió: -Lamento que tu comentario sea capaz de herirme, pero no debería asombrarme que hayas llegado al nivel de despreciar los logros.
-¿Así lo crees? Desprecio tanto esa línea, que nunca deseé verla alcanzar el final que ha alcanzado.
Una expresión repentinamente atenta en Dagny le reveló que su pensamiento estaba lanzándose hacia una brecha abierta en una nueva dirección. La contempló unos instantes como si supiera de antemano cuáles serían sus pasos a lo largo de dicho camino, y luego inquirió sonriendo: -¿No deseas, ahora, preguntarme quién es John Galt?
-¿Por qué habría de hacerlo, precisamente ahora?
-¿No recuerdas que lo desafiaste a reclamar tu línea? Pues ya lo ha hecho.
Se alejó antes de ver la reacción de rabia, asombro y duda pintada en sus ojos.

Rearden sintió en la distensión de su cara su reacción ante la llegada de Francisco: notó que, al verlo entre los invitados, de pronto estaba sonriendo y que su expresión estaba relajada. Por vez 1° reconoció cuántas veces había apartado de su mente el casi ferviente deseo de volver a ver a d'Anconia. En momentos de repentino cansancio, en su escritorio, mientras los fuegos de los hornos iban disminuyendo en la penumbra; en la oscuridad de un solitario paseo por el desierto, en dirección a su casa; en el silencio de sus noches sin sueño, se le había cruzado la imagen del único hombre que en otros tiempos pareció ser su portavoz. Rechazaba ese recuerdo, diciéndose que d'Anconia era peor que los demás, al tiempo que estaba seguro de que eso no era cierto, aun cuando no pudiese identificar el motivo de semejante certeza. Se había sorprendido a sí mismo repasando los periódicos para ver si Francisco d'Anconia había regresado a Nueva York, y los había arrojado a un lado preguntándose enojado: "¿Qué me importa si regresa? ¿Acaso iría a buscarlo por los clubes nocturnos y las fiestas? ¿Qué diablos deseo de él?".

"Esto es lo que deseo" -admitió al descubrirse sonriendo ante la presencia de Francisco- "esta extraña sensación, mezcla de curiosidad, diversión y esperanza."

Francisco no parecía haberlo visto y Rearden esperó, luchando contra su impulso de acercarse, y recordándose que, luego de la conversación que habían tenido, no sabría qué decirle. Y entonces, con la sonriente naturalidad de quien está seguro de actuar bien, se encontró caminando hasta el grupo que rodeaba a Francisco d'Anconia.

Se preguntó por qué aquellas personas se sentían atraídas por Francisco; por qué procuraban mantenerlo preso en su cerrado círculo, cuando el resentimiento que les provocaba era evidente en sus sonrisas. En sus caras se pintaba la expresión peculiar de siempre: no de miedo, pero sí de cobardía y de odio culpable. Francisco estaba acorralado contra una escalera de mármol, medio reclinado, medio sentado en los peldaños. La informalidad de su postura combinada con la estricta formalidad de su ropa le otorgaba un aire de superlativa elegancia. Su cara era la única que expresaba el aplomo, la tranquilidad y la brillante sonrisa de estar disfrutando realmente de una fiesta, pero sus ojos parecían intencionadamente inexpresivos, sin ningún indicio de alegría, aunque mostrando una significativa agudeza.

De pie, inadvertido en el borde del grupo, Rearden escuchó que una mujer de rostro fláccido y nervioso, con grandes pendientes de diamantes, preguntaba: -Sr. d'Anconia, ¿qué cree que va a pasarle al mundo?

-Exactamente lo que se merece.

-¡Oh! ¡Qué cruel!

-¿Es que no cree usted en la influencia de las leyes morales, Sra.? -preguntó Francisco gravemente- Pues, yo sí.

Rearden escuchó que Bertram Scudder, afuera del grupo, decía a una muchacha, que emitió un sonido de indignación: -No permita que ese hombre la perturbe. Ya sabe usted que el dinero es el origen de todos los males, y d'Anconia es un típico producto del dinero.

Rearden no creyó que Francisco lo hubiera oído, pero lo vio volverse hacia la pareja con una sonrisa grave y atenta.

-¿Así que piensa que el dinero es el origen de todos los males? -inquirió Francisco d'Anconia- ¿Se ha preguntado alguna vez cuál es el origen del dinero? El dinero es sólo un instrumento de intercambio que no puede existir a menos que existan bienes y personas capaces de producirlos. Es la forma material del principio según el cual quienes deseen tratar con otros deben hacerlo mediante transacciones, entregando valor por valor. No es instrumento de los pordioseros, que exigen llorando el producto del trabajo ajeno, ni de saqueadores que lo arrebatan por la fuerza; el dinero se hace sólo posible gracias a quienes producen. ¿Es eso lo que considera malvado?

"Cuando se acepta dinero en pago del esfuerzo propio -continuó Francisco- se hace con la condición de que luego uno lo podrá cambiar por el producto del esfuerzo ajeno. No son los pordioseros ni los saqueadores los que dan valor al dinero. Y ni un océano de lágrimas, ni todos los cañones de la Tierra, podrán transformar los pedazos de papel que lleva en su billetera, en el pan que necesitará mañana para sobrevivir. Esos papeles, que en realidad deberían ser oro, son un pacto de honor; su tenencia da derecho a la energía de la gente que produce. Su billetera es la declaración de su convicción de que, en algún lugar del mundo, hay personas que no quebrantarán ese principio moral que es la raíz del dinero. ¿Eso es lo que considera malvado?

"¿Alguna vez se ha preocupado por investigar las raíces de la producción? Observe un generador eléctrico y atrévase a pensar que ha sido creado por la fuerza bruta de seres carentes de inteligencia; intente cultivar una semilla de trigo sin los conocimientos transmitidos por quienes lo hicieron anteriormente; o trate de obtener alimento tan sólo con movimientos físicos, y se dará cuenta de que la mente humana es la raíz de todos los bienes producidos y de toda la riqueza que alguna vez haya existido sobre la Tierra.

"Sin embargo -continuó-, usted asegura que el dinero lo consiguen los fuertes a expensas de los débiles. ¿Pero a qué fuerza se refiere? No es la fuerza de las armas ni de los músculos, ya que la riqueza es el producto de la capacidad del hombre para pensar. Entonces, ¿el dinero lo obtiene quien inventa un motor a expensas de quienes no lo inventaron? ¿Lo obtiene el inteligente a expensas del idiota? ¿El capaz a expensas del incompetente? ¿El ambicioso a expensas del holgazán? El dinero debe hacerse, antes de que pueda ser saqueado, y es hecho a través del esfuerzo de las personas honradas, en la medida de la capacidad de cada una; y el honrado es aquel que comprende que no puede consumir más de lo que ha producido.

"Comerciar utilizando dinero es el código de los hombres de buenas intenciones, porque el dinero se basa en el axioma de que cada uno es dueño de su mente y de su esfuerzo. El dinero no otorga ningún poder para prescribir el valor de un esfuerzo, más allá de la elección voluntaria de quien desea ofrecer el suyo a cambio.

"El dinero le permite obtener por sus bienes y su trabajo lo que vale para los que lo compran, pero no más que eso. El dinero sólo permite tratos que se hacen en beneficio mutuo, según el libre juicio de ambas partes.

"El dinero exige el reconocimiento de que se debe trabajar en beneficio, y no en perjuicio, propio; para ganar, y no para perder. El dinero reconoce que el hombre no es una bestia de carga nacida para transportar el fardo de su propia miseria,

que debe ofrecer valores y no agravios, que el lazo común entre los seres no es un intercambio de sufrimientos, sino de bienes. El dinero exige vender, pero no debilidad a cambio de estupidez, sino talento a cambio de razón; exige comprar, no lo peor, sino lo mejor que pueda conseguir. Y cuando las personas viven basadas en el intercambio, poniendo como árbitro decisivo a la razón en lugar de la fuerza, lo que triunfa es el mejor producto, el trabajo más perfecto, el hombre de mejor juicio y mayor idoneidad. El grado de productividad de cada uno es también el de su recompensa. Este es el código de existencia, cuya herramienta y símbolo es el dinero. ¿Es esto lo que considera malvado?

"El dinero es sólo un instrumento que lo llevará adonde quiera, pero no lo reemplazará como conductor; le dará los medios para la satisfacción de sus deseos, pero no le proveerá dichos deseos.

"El dinero es el azote de quienes intentan revertir la ley de la causalidad; de quienes buscan reemplazar la mente apoderándose de los productos de la mente.

"El dinero no comprará la felicidad para quien no sepa qué desea; no le dará un código del valores a quien haya rehusado adoptarlo, ni proporcionará un propósito a quien haya eludido la elección.

"El dinero no brindará inteligencia al estúpido, ni coraje al cobarde, ni respeto al incompetente. Quien intenta comprar el cerebro de sus superiores, reemplazando con dinero su mayor capacidad de juicio, termina convirtiéndose en víctima de sus inferiores. Los hombres inteligentes lo abandonarán, pero los embaucadores y los farsantes irán en manadas hacia él, atraídos por una ley que él desconoce: la de que nadie puede ser menos que su dinero! ¿Es éste el motivo por el que lo considera malvado?

"Sólo quien no la necesita está capacitado para heredar riqueza, o sea aquel que de todos modos haría su propia fortuna sin que importe su punto de partida. Si un heredero está a la altura de su dinero, el dinero le sirve; de lo contrario, lo destruye. Pero cuando usted y quienes comparten sus ideas observan a alguien así, dicen que el dinero lo ha corrompido. ¿Es verdad? ¿O ha sido él quien ha corrompido al dinero? No envidie a un heredero inútil, pues su riqueza no es suya. No le habría ido mejor en caso de obtenerla. No tiene sentido considerar que esa riqueza debería haberse distribuido entre usted y los otros, pues cargar al mundo con 50 parásitos en vez de 1 no reviviría la virtud muerta de esa fortuna. El dinero es un poder viviente que si es despojado de su raíz, muere; por eso no le servirá a una mente que no esté a su altura. ¿Es éste el motivo por el que lo considera malvado?

"El dinero es su medio de supervivencia. El veredicto que pronuncia sobre su fuente de supervivencia es el mismo que pronuncia sobre su vida. Si la fuente es corrupta, está condenando su propia existencia. ¿Ha conseguido el dinero por medio del fraude? ¿Siendo alcahuete de los vicios o de la estupidez humana? ¿Sirviendo a los imbéciles con la esperanza de conseguir más de lo que su capacidad merece? ¿Degradando sus ideales? ¿Realizando una tarea que desprecia para vendérsela a quienes aborrece? En tal caso, su dinero no le proporcionará ni un momento de auténtica felicidad, pues todo lo que compre no será un elogio hacia su persona, sino un reproche; no un triunfo, sino un constante recordatorio de la vergüenza. Entonces gritará que el dinero es malo. ¿Malo

porque no sustituye al respeto que se debe a sí mismo? ¿Malo porque no le deja disfrutar de su corrupción? ¿Es ésta la causa de su odio hacia el dinero?
"El dinero siempre será un efecto del que las personas somos causa. Es producto de la virtud, pero no lo hará virtuoso ni lo redimirá de sus vicios. El dinero no le dará lo que no se merezca, ni material ni espiritualmente. ¿Es ésa la razón por la que lo aborrece?
"¿O acaso sostiene que el amor al dinero es el origen de todos los males? Amar una cosa es conocerla y respetar su naturaleza; por lo tanto, amar al dinero es conocer y respetar el hecho de que representa lo mejor de cada uno, que es la llave maestra para intercambiar su esfuerzo por el mejor esfuerzo de los demás. La persona que vendería su alma por unos centavos es la que proclama a gritos su odio hacia el dinero; y hay que reconocer que tiene motivos para odiarlo. Pero los amantes del dinero están dispuestos a trabajar por él, y saben que están en condiciones de merecerlo.
"Permita que le dé un conseja clave sobre el carácter de los seres humanos: quien maldice el dinero, lo ha obtenido de manera deshonrosa, pero quien lo respeta, se lo ha ganado honestamente.
"Huya de quien le diga que el dinero es malvado, pues esa frase es la señal que anuncia la presencia de un saqueador. En tanto los hombres vivamos en sociedad y necesitemos medios para tratar unos con otros, el único sustituto, en caso de abandonar el dinero, serían las armas.
"El dinero exige las más elevadas virtudes para conseguirlo o conservarlo. Quienes carecen de valentía, de orgullo o de autoestima, los que no tienen sentido moral de su derecho al dinero y no están dispuestos a defenderlo como si se tratara de su propia vida, esos que parecen pedir perdón por ser ricos, no lo serán por mucho tiempo, pues son un cebo natural para las bandas de saqueadores, que desde hace siglos se agazapan bajo las rocas y salen en cuanto huelen a alguien que ruega ser perdonado por ser rico, y se apresuran a aliviarlo de su culpa, de su dinero y de su vida, tal como lo merece.
"Entonces verá aparecer a hombres de doble moral: los que se basan en la fuerza, y sin embargo, dependen de quienes viven del comercio para darle valor a su dinero robado. Son los que quieren ser virtuosos gratuitamente, aquellos que en una sociedad moral son los criminales de quienes la ley debería proteger a los demás. Pero cuando una sociedad establece la existencia de criminales por derecho y de saqueadores legales, es decir de personas que utilizan la fuerza para apoderarse de la riqueza de víctimas desarmadas, entonces el dinero se convierte en vengador de su creador.
"Esos ladrones se sienten seguros al robar a indefensos, luego de haber sancionado una ley para desarmarlos, pero su botín se convierte en un imán para otros saqueadores que también se lo arrebatarán de la misma forma como ellos lo hicieron. Entonces el éxito irá, no al más competente en la producción, sino al capaz de la más despiadada brutalidad y crueldad. Cuando la fuerza se convierte en norma, el asesino vence al carterista, y la sociedad desaparece entre ruinas y cadáveres.
"¿Quiere saber si ese día se acerca? Observe al dinero, pues es el barómetro de las virtudes de una sociedad. Cuando vea que el comercio se hace, no por consentimiento de las partes, sino por coerción; cuando advierta que para

producir, necesita obtener autorización de quienes no producen nada; cuando compruebe que el dinero fluye hacia quienes trafican no bienes, sino favores; cuando perciba que muchos se hacen ricos por el soborno y por influencias más que por el trabajo, y que las leyes no lo protegen contra ellos, sino, por el contrario, son ellos los que están protegidos contra usted; cuando repare en que la corrupción es recompensada y la honradez se convierte en autosacrificio, entonces podrá afirmar, sin temor a equivocarse, que su sociedad está condenada.

"El dinero es un medio tan noble que no compite con las armas, ni pacta con la brutalidad. Nunca permitirá sobrevivir a un país basado parcialmente en la propiedad y parcialmente en el robo. Siempre que aparecen elementos destructores entre los humanos, comienzan destruyendo al dinero, porque éste es la protección del hombre y la base de su existencia moral. Los destructores se apoderan del oro, y entregan a cambio un montón de papel impreso. De esta forma, destruyen todas las normas objetivas de valor y dejan al hombre en las garras de un juez arbitrario. El oro era un valor objetivo, un equivalente a riqueza producida. El papel es una hipoteca sobre riqueza que no existe, respaldada por un arma apuntada al pecho de quienes se espera han de producirla.

"El papel es un cheque librado por saqueadores legales sobre una cuenta ajena: sobre `la virtud de las víctimas'. Espere al día en que ese papel sea rechazado con la leyenda `sin fondos'.

"Cuando se haya convertido a la maldad en medio de supervivencia, no espere que los hombres sigan siendo buenos, no espere que conserven la moral y pierdan la vida convertidos en forraje de los inmorales, no espere que produzcan cuando la producción sea castigada y el robo recompensado. Entonces, no deberá preguntar "¿Quién está destruyendo al mundo?" porque será usted mismo el que lo estará haciendo.

"Se encuentra entre los mayores logros de la civilización más productiva y se pregunta por qué todo se derrumba, mientras maldice la fuente que le da vida: el dinero. Ve al dinero como lo han hecho sus antepasados salvajes, y se pregunta por qué la selva vuelve a acercarse a los bordes de las ciudades. En la historia de la humanidad, el dinero ha sido siempre botín de los saqueadores, de un tipo o de otro, cuyos nombres fueron cambiando, pero cuyos métodos fueron siempre los mismos: apoderarse del dinero por la fuerza y mantener cautivos a los productores, degradándolos, difamándolos y despojándolos de su honor. Esa frase acerca de la maldad del dinero, que expresa con meticulosa imprudencia, viene de la época en que la riqueza era producida por el trabajo de los esclavos, esclavos que repetían los movimientos inventados con anterioridad por la mente de alguien y que siguieron ejecutándose sin mejora alguna durante siglos. Mientras la producción fue gobernada por la fuerza y la riqueza se consiguió por usurpación, había poco para conquistar. Sin embargo, a lo largo de siglos de miseria y hambre, las personas exaltaron a los saqueadores como aristócratas de la espada, como aristócratas desde la cuna, y más tarde, como aristócratas de la burocracia, despreciando a los productores, como esclavos, comerciantes, vendedores o industriales.

"Para gloria de la humanidad, existió por primera y única vez en la historia, un país del dinero y no me es posible dar un mayor tributo a los Estados Unidos de

América porque eso significa un país donde reinan la razón, la justicia, la libertad, la producción y el progreso. Por primera vez, la mente y el dinero de los hombres quedaron libres, dejó de existir la fortuna como botín de conquista y, en lugar de guerreros y esclavos, surgió el verdadero productor de riqueza, el gran trabajador convertido en el tipo más elevado de ser humano: el autosuficiente, el industrial estadounidense.

"Si me pide que dé algún nombre a la distinción de la cual los estadounidenses pueden estar más orgullosos, yo elegiría, porque contiene a todas las demás, la de haber sido el pueblo que acuñó la expresión 'hacer dinero'. Ninguna otra lengua o nación había utilizado semejante fórmula, porque los hombres siempre consideraron a la riqueza como a una cantidad estática que sólo podía ser arrebatada, mendigada, heredada, distribuida, saqueada u obtenida como favor. Los estadounidenses fueron los primeros en comprender que la riqueza debía ser creada. La frase 'hacer dinero' contiene la esencia de la moralidad humana.

"Sin embargo, debido a esas palabras, los estadounidenses fueron denunciados por las culturas podridas de los continentes de ladrones. Ahora, el credo de los saqueadores los ha llevado a pensar que los más dignos industriales son motivo de vergüenza, que su prosperidad es motivo de culpa, que los industriales más eminentes son unos canallas, que sus magníficas fábricas producto de su trabajo honrado son el fruto del trabajo de esclavos movidos por el látigo, como los que construyeron las pirámides de Egipto. El depravado que se lamenta de no ver la diferencia entre el poder del dólar y el poder del látigo, debería aprender la diferencia en su propia piel... como creo que ocurrirá a la larga.

"Hasta que descubra que el dinero es la raíz de todo lo bueno, seguirá encaminándose hacia su propia destrucción. Cuando el dinero deje de ser la herramienta mediante la cual los hombres se relacionan entre sí, los hombres mismos se convertirán en herramientas de otros hombres. Sangre, látigos, armas; o dólares. Debe elegir... No hay otra opción, y el tiempo se está acabando."

Mientras hablaba, Francisco no había mirado a Rearden ni una sola vez, pero en cuanto terminó, sus ojos se posaron en él. Rearden se quedó inmóvil, sin ver más que a Francisco d'Anconia entre las personas cuyas voces se alzaban airadas en medio de ambos.

Algunos de los que habían escuchado se apresuraban a alejarse, y otros exclamaban: "¡Qué cosa tan horrible!". "¡Nada de eso es cierto!" "¡Cuánto vicioso egoísmo!". Lo decían en voz alta, unos a otros, como deseosos de que todos los oyeran, pero confiando en que tales palabras pasaran inadvertidas para Francisco.

-Sr. d'Anconia -declaró la mujer de los pendientes-, no estoy de acuerdo con usted.

-Si puede refutar una sola de esas frases, Sra., la escucharé con mucho gusto.

-¡Oh! No puedo contestarle, no tengo respuesta, porque mi mente no trabaja de esa forma, pero siento que usted no está en lo cierto, por lo tanto, sé que está equivocado.

-¿Cómo!

-Lo siento porque no me rijo por mi cabeza, sino por mi corazón. Puede ser usted muy elocuente con su lógica, pero carece de espíritu.

-Sra., cuando veamos a seres humanos morir de hambre a nuestro alrededor, su corazón no los salvará. Y carezco tanto de corazón que puedo decirle que cuando grite: "¡No lo sabía!", no tendrá perdón.
La mujer se alejó, con un estremecimiento en sus mejillas, exclamando colérica:
-¡Vaya modo divertido de hablar en una fiesta!
Un caballero elegante, de mirada evasiva, dijo en tono de forzada alegría, como si su única preocupación fuera no permitir que la atmósfera se tornase desagradable:
-Si es eso lo que opina usted del dinero, Sr., debo decirle que estoy orgulloso de poseer una buena cantidad de acciones de D'Anconia Copper.
Francisco contestó gravemente:
-Le sugiero que piense acerca de eso 2 veces.
Rearden se acercó, y Francisco, que al parecer no había mirado en su dirección, salió a su encuentro como si los demás no existieran.
-¡Hola! -dijo Rearden simplemente, con expresión sincera, como quien se dirige a un amigo de la infancia; y vio su propia sonrisa reflejada en el rostro de Francisco.
-Hola.
-Quiero hablar con usted.
-¿Y a quién cree que le estuve hablando durante los últimos 15 minutos?
Rearden rió por lo bajo, reconociendo que su oponente había ganado el primer asalto.
-No creí que se hubiera fijado en mí.
-Apenas llegué, noté que usted era una de las 2 personas que se alegraron de verme.
-¿No se estará volviendo algo engreído?
-No, engreído no, sino... agradecido.
-¿Quién es la otra persona que se puso contenta al verlo?
-Una mujer -contestó Francisco con ligereza, encogiendo los hombros.
Rearden se dio cuenta de que Francisco lo había ido apartando del grupo de una manera tan hábil y natural, que ni él ni los otros pudieron sospechar que lo hacía intencionalmente.
-No esperaba encontrarlo aquí -dijo Francisco- No debió haber venido a esta fiesta.
-¿Por qué?
-¿Puedo preguntar qué lo hizo acudir?
-Mi mujer estaba ansiosa por aceptar la invitación.
-Perdóneme si lo digo de esta forma, pero hubiera sido más adecuado y menos peligroso que le hubiese pedido que la llevara a recorrer prostíbulos.
-¿De qué peligros me está hablando?
-Sr. Rearden, usted no conoce el modo de hacer negocios de esta gente, o cómo interpretan su presencia aquí. Según su código, que no es el de estas personas, aceptar la hospitalidad de alguien es una muestra de buena voluntad, la declaración de que el anfitrión y el invitado se mantienen dentro de los términos de una relación civilizada. Pues bien, no les atribuya semejante sentimiento.
-Entonces, ¿por qué ha venido usted?
Francisco se encogió alegremente de hombros.
-¡Oh!.:. No tiene importancia lo que yo haga, yo voy de fiesta en fiesta.

-¿Qué está haciendo en ésta?
-Busco conquistas.
-¿Encontró alguna?
Con el rostro repentinamente atento, Francisco contestó con gravedad, casi solemne:
-Sí, la que creo que va a ser la mejor y la más importante.
El enojo de Rearden fue involuntario y su exclamación no fue de reproche, sino de desesperación.
-¿Cómo puede perder el tiempo de este modo?
La débil traza de una sonrisa, como el destello de una distante luz, se asomó a los ojos de Francisco cuando preguntó a su vez: -¿Le importa admitir que eso le interesa?
-Tendrá que escuchar unas cuantas admisiones más, si es lo que anda buscando. Antes de conocerlo, solía preguntarme cómo puede despilfarrarse una fortuna de ese modo. Ahora es peor, porque no puedo despreciarlo como antes, y sin embargo lo desprecio y la pregunta es mucho más terrible: ¿cómo puede malgastar una mente como la suya?
-En este momento, no creo estar desperdiciándola.
-No sé si alguna vez habrá existido algo que realmente le importara, pero voy a decirle una cosa que nunca le dije a nadie. Cuando nos conocimos, ¿recuerda que me dijo que deseaba ofrecerme su gratitud?
Ya no quedaba ningún indicio de alegría en los ojos de Francisco: Rearden no se había enfrentado nunca a semejante expresión de respeto.
-Sí -contestó d'Anconia, tranquilo.
-Le respondí que no la necesitaba, y creo que eso lo ofendió. De acuerdo, usted gana. El discurso de esta noche es lo que usted me estaba ofreciendo, ¿verdad?
-Así es.
-Ha sido algo más que gratitud, y yo la necesitaba; ha sido más que admiración, y la necesitaba también; ha sido mucho más que lo que puedo expresar en palabras, pero de una cosa estoy seguro: lo necesitaba. Jamás he hablado así, porque nunca solicité la ayuda ajena. Si lo ha divertido adivinar que me alegró verlo, tendrá algo de qué reírse a partir de ahora, si lo desea.
-Quizá tarde unos cuantos años, pero terminaré por demostrarle que éstas son precisamente las cosas de las que nunca me río.
-Demuéstremelo ahora contestando a esta pregunta: ¿por qué no practica lo que sostiene?
-¿Está seguro de que no lo hago?
-Si lo que propugna es cierto, si posee la grandeza de reconocerlo así, en la actualidad debería ser el industrial más importante del mundo.
Con la misma voz grave que había usado para contestarle al caballero elegante, pero con cierta extraña nota de dulzura, Francisco respondió: -Le sugiero que piense eso 2 veces, Sr. Rearden.
-He pensado en usted mucho más de lo que quisiera admitir, pero nunca encontré respuesta.
-Déjeme darle una pista: si lo que he dicho es cierto, ¿quién es el más culpable de los presentes esta noche?
-Supongo que... James Taggart.

-No, Sr. Rearden, no es James Taggart; debe definir la culpabilidad y elegir usted mismo a la persona.
-Hace unos años, hubiera asegurado que era usted, y sigo creyendo que debiera ser así. Pero me siento casi en la posición de esa estúpida mujer que le habló antes; todas las razones que tengo me indican que usted es el culpable... y sin embargo no lo puedo sentir así.
-Está cometiendo el mismo error que esa mujer, Rearden, aunque en forma más noble.
-¿Qué está sugiriendo?
-Me refiero a algo más importante que su juicio sobre mí. Esa mujer y sus semejantes evaden las ideas que saben buenas mientras que usted expulsa de su mente las que cree que son malas. Ellos actúan así para evitarse esfuerzos, pero usted, porque no se permitiría tener en cuenta nada que lo denigre. Ellos son complacientes con sus emociones a cualquier precio; usted sacrifica sus emociones en pago por cualquier problema. Ellos no quieren soportar nada, usted está dispuesto a soportarlo todo. Ellos evaden responsabilidades, usted las acepta. Pero, ¿se da cuenta de que los errores esenciales son los mismos? Cualquier negativa a reconocer la realidad, no importa la razón, tiene consecuencias desastrosas. No existen los pensamientos malvados excepto uno solo: el de no querer pensar. No ignore sus propios deseos, Rearden. No los sacrifique. Examine su causa, pues hay un límite para todo lo que usted debería soportar.
-¿Cómo sabe todo eso acerca de mí?
-Alguna vez cometí el mismo error, pero no por mucho tiempo.
-Desearía... -empezó Hank, pero se detuvo bruscamente. Francisco sonrió.
-¿Teme desear algo, Rearden?
-Desearía poder darme permiso para apreciarlo tanto como en verdad lo estimo.
-Daría... -Francisco se detuvo inexplicablemente, y Rearden observó en sus ojos una emoción que no pudo definir, pero que estaba seguro de que era dolor: era el primer momento de vacilación de Francisco- Dígame, ¿posee usted acciones de D'Anconia Copper?
Rearden quedó atónito.
-No.
-Algún día comprenderá la clase de traición que estoy cometiendo, pero... no se le ocurra comprar jamás acciones de D'Anconia Copper. No haga tratos con esa compañía.
-¿Porqué?
-Cuando conozca las razones, sabrá si ha existido para mí alguna vez una cosa, o una persona, que me importara; y... hasta qué punto pudo importarme.
Rearden frunció el entrecejo. Acababa de recordar algo.
-Nunca haría tratos con su compañía, ¿acaso no acaba de decirles que tienen doble moral? ¿No será usted uno de los saqueadores que se está haciendo rico gracias a ciertas directivas?
Inexplicablemente aquellas palabras no ofendieron a Francisco, sino que le devolvieron su expresión de seguridad.
-¿Cree que fui yo quien sugirió esas disposiciones a los planificadores de turno?
-Si no fue usted, ¿quién?

-Los que viajan gratis a costa mía.
-¿Sin su consentimiento?
-Sin mi conocimiento.
-Odio admitir cuánto me gustaría creerle, pero lo cierto es que no hay forma en que usted lo pueda demostrar.
-¿No? Se lo demostraré en los próximos 15 minutos.
-¿Cómo? Aún sigue vigente el hecho de que usted fue el más beneficiado por esas directivas.
-Es cierto, me beneficiaron más de lo que Mouch y su pandilla pueden imaginar. Después de tantos años de trabajo, me dieron la oportunidad que necesitaba.
-¿Se está jactando de su éxito?
-¡Desde luego! -Rearden notó incrédulo que los ojos de Francisco habían adquirido una expresión dura y brillante; no la de un esnob, sino la de un hombre de acción- Rearden, ¿sabe usted dónde esconden su dinero la mayoría de esos nuevos aristócratas? ¿Sabe en qué lugar han invertido los beneficios obtenidos con metal Rearden la mayor parte de los buitres que predican una distribución justa?
-No, pero...
-En acciones de D'Anconia Copper. Así las ponen fuera del país, y en total seguridad. D'Anconia Copper es una compañía antigua e invulnerable, tan rica que se tardaría 3 generaciones en devastarla. Una compañía dirigida por un decadente Don Juan, a quien no le importa nada; un tipo que los dejará seguir haciendo uso de sus bienes económicos de la manera que quieran y simplemente continuará generando dinero para ellos, de manera automática, como lo hicieron sus antepasados. ¿No es una situación perfecta para los ladrones, Sr. Rearden? Sólo que, ¿no le parece que han olvidado algo?
Rearden lo miraba intensamente.
-¿Adónde quiere llegar?
Francisco rió de improviso.
-Esos oportunistas que se han beneficiado con el metal Rearden, tienen malas perspectivas y usted no querrá verlos perder el dinero que logró para ellos, ¿verdad, Rearden? Sin embargo, los accidentes ocurren en el mundo. Tal como dicen, el hombre es sólo un juguete a merced de los caprichos de la naturaleza. Por ejemplo, mañana por la mañana ha estallado un incendio en los muelles de D'Anconia Copper en Valparaíso; un incendio que los arrasó, junto con la mitad de las estructuras portuarias. ¿Qué hora es, Sr. Rearden? ¡Oh! Estoy algo confundido con los tiempos verbales. Mañana por la tarde tendrá lugar un desprendimiento de rocas en las minas D'Anconia en Orano; no habrá víctimas, ni ocurrirá ninguna desgracia, excepto para las propias minas. Se observará que todo ha sucedido porque se trabajó en zonas equivocadas durante meses, pero, ¿qué se puede esperar de una empresa dirigida por un irresponsable? Grandes depósitos de cobre quedarán enterrados bajo toneladas de piedras, de donde un Sebastián d'Anconia no podría volver a extraerlos en menos de 3 años, y una república popular no podrá hacerlo jamás. Cuando los accionistas empiecen a darse cuenta, observarán que las minas de Campos, San Félix y Las Heras han sido trabajadas de la misma manera y que su producción ha arrojado pérdidas durante más de 1 año, pero el Don Juan manipuló los balances y mantuvo la noticia fuera del

alcance de los periodistas. ¿Debo contarle de lo que se enterarán acerca de las fundiciones D'Anconia? ¿O de la flota naviera D'Anconia? Pero estar al tanto de todos estos descubrimientos no significará ningún beneficio para los accionistas, porque las acciones de D'Anconia Copper se hundirán mañana a la mañana y se harán añicos como una lamparita que cae sobre un suelo de cemento, o como un elevador que se desploma, y al caerse desparramarán las entrañas de quienes pretendían viajar gratis.
La triunfante elevación del tono de voz de Francisco se mezcló con un nuevo sonido: el de la risa de Rearden.
Rearden no supo cuánto tiempo había durado aquel momento ni lo que sintió; había sido un golpe que lo había lanzado en otra clase de conciencia, seguido de un 2° golpe que lo devolvió a su verdadero ser. Se sentía como quien vuelve en sí luego de haber estado bajo el efecto de drogas, con una inmensa sensación de libertad que no podía considerar real. Era algo parecido al incendio de Wyatt, y se dijo que era una suerte de peligro secreto.
Se alejó de Francisco d'Anconia, que lo observaba con atención y probablemente de la misma forma en que lo había estado haciendo todo el tiempo, sin que Rearden lo notara.
-No existen pensamientos malvados, Sr. Rearden -le dijo Francisco con dulzura-, excepto uno: el de no querer pensar.
-No -dijo Rearden casi en un murmullo. Tenía que mantener baja la voz por temor a gritar- No... si ésta es la llave del tema para usted, no espere que lo aplauda... No ha tenido la fuerza necesaria para combatir contra ellos... y ha escogido el camino más fácil y más depravado: la destrucción deliberada, la destrucción de aquello que no produjo y que no podría igualar...
-Eso no es lo que leerá en los periódicos de mañana porque no habrá evidencia de destrucción deliberada. Todo habrá ocurrido de un modo normal, explicable y justificable, dentro del curso seguido por una total incompetencia. Y no creo que la incompetencia se castigue en nuestros días, ¿verdad? Los muchachos de Buenos Aires y los de Santiago probablemente me entregarán incluso un subsidio a modo de consuelo y recompensa. Quedará todavía mucho de D'Anconia Copper, aunque una parte importante haya desaparecido. Nadie dirá que lo hice intencionalmente. En cuanto a usted, puede pensar lo que quiera.
-Creo que usted es la persona más malvada en este lugar -dijo Rearden con voz serena y hastiada. Incluso el fuego de su cólera había desaparecido y no sentía nada, aparte del vacío que en él dejaba la desaparición de una gran esperanza- Es peor de lo que había imaginado...
Francisco sonrió con una extraña media sonrisa, con la serenidad de quien obtiene una victoria sobre el dolor, y no contestó.
Fue ese silencio el que les permitió escuchar las voces de aquellos 2 hombres situados a pocos pasos de distancia, hacia los que se volvieron.
El caballero robusto y maduro era evidentemente un empresario de los que militan en la clase consciente y poco amiga de lo espectacular. Su traje de etiqueta era de buena calidad, pero estaba confeccionado a la moda de hacía 20 años, y mostraba leves huellas verdosas en las costuras, evidenciando que lo había usado en pocas ocasiones. Los gemelos de su camisa, demasiado grandes, representaban la patética ostentación de una herencia; eran intrincadas piezas de

antigua artesanía, que probablemente llegaron hasta él a través de 4 generaciones, igual que sus negocios. Su cara tenía la expresión que en aquellos días marcaba al hombre honrado: una expresión de asombro. Miraba a su compañero, intentando comprender consciente, desesperada y duramente.
El otro era más joven y de menor estatura; un hombre pequeño, de carnes macizas y pecho saliente, erizadas las delgadas puntas de su bigote. En tono de protector aburrimiento le decía a su compañero:
-No sé lo que ocurre, todos se quejan del aumento de precios; parece ser el lamento común en el mundo de los negocios, pero es siempre el mismo lloriqueo de los que ven reducirse un poco sus ganancias. No sé, tendremos que ver, tendremos que decidir si le dejamos a usted tener alguna ganancia o no.
Rearden miró a Francisco. Su expresión lo situaba por encima de su concepción de lo que la pureza de un propósito singular podría hacer a un rostro humano; era la cara más despiadada que alguna vez hubiera podido contemplar. El se había considerado un duro, pero comprendió que nunca podría igualar a Francisco para alcanzar aquella mirada fría, desnuda e implacable, muerta para todo sentimiento, aparte del de la justicia. Pensó que quien podía experimentar esto era un gigante, más allá de sus defectos.
Pero aquello duró apenas un momento. Francisco se volvió hacia él con el rostro normalizado y dijo con calma: -Cambié de opinión, Rearden. Me alegro de que viniera a la fiesta, quiero que vea esto. -Y elevando la voz, dijo de pronto, en el tono desenvuelto, alegre e intencionado de quien carece por completo de responsabilidad: -¿No me va a conceder ese préstamo, Sr. Rearden? Pues me pone en un verdadero compromiso. Necesito el dinero esta misma noche y lo necesito antes de que la Bolsa abra mañana, porque de lo contrarió...
No tuvo que continuar, porque el hombrecito del bigote lo había tomado del brazo.
Hank Rearden nunca hubiera creído posible que un cuerpo humano cambiara de dimensiones de manera tan rápida. Aquel hombre había reducido su peso, transformado su postura y su forma como si el aire hubiese escapado de sus rollizas carnes, y lo que hasta entonces era un arrogante protector, se convirtió de repente en un pedazo de chatarra que no podía llegar a ser una amenaza para nadie.
-¿Algún... contratiempo, Sr. d'Anconia? Quiero decir... ¿tiene problemas en la Bolsa?
Francisco se llevó un dedo a los labios con expresión de alarma.
-Silencio -murmuró- Por el amor de Dios, baje la voz. -El otro se estremeció.
-¿Está en problemas?
-¿Tiene usted acciones de D'Anconia Copper? -El otro asintió, incapaz de pronunciar palabra- ¡Qué lástima! Escuche bien: si me da su palabra de honor de no contárselo a nadie, le diré algo de extrema importancia, pero no quiero que inicie usted una corriente de pánico.
-Mi palabra de honor -jadeó el otro.
-Lo mejor que puede hacer es correr a la casa de su agente y vender las acciones lo antes posible, porque las cosas no están yendo muy bien para D'Anconia Copper en estos últimos tiempos. Estoy intentando reunir algún dinero, pero si no lo consigo, tendrá mucha suerte si mañana por la mañana consigue vender sus

acciones a 10 centavos por dólar. ¡Oh! ¡Olvidaba que no podrá usted ponerse al habla con su agente antes de mañana! Lo siento.
Pero el otro había echado a correr, empujando a cuantos se ponían en su camino, como un torpedo disparado sobre la muchedumbre.
-¡Mire eso! -dijo Francisco a Rearden.
El hombrecito se había perdido entre la multitud, por lo que no les fue posible ver a quién estaría vendiendo su secreto o si le quedaba astucia suficiente como para utilizarlo entre aquellos a los que debía favores. Lo que sí observaron fue que la estela de su paso se ampliaba al atravesar la sala y que las repentinas oleadas deshacían a la muchedumbre, 1° como grietas y acelerando luego la destrucción, como cuando un muro está a punto de desplomarse: las hendiduras se ampliaron, pero no bajo un empuje humano, sino impulsadas por un imperceptible aliento de terror.
Las voces se ahogaron, se produjeron estanques de silencio, y luego empezaron a oírse sonidos de naturalezas distintas: histéricas y crecientes inflexiones de preguntas repetidas sin propósito, murmullos airados, un grito de mujer, y las risas forzadas y espaciadas de quienes fingían que no pasaba nada.
Había zonas inmóviles entre la muchedumbre, como bloques crecientes de parálisis; se produjo una repentina calma como si un motor hubiera dejado de funcionar; luego estalló el frenético, sincopado, insensato e indeciso movimiento de una avalancha de rocas que se desploma por la falda de un monte llevada por la fuerza ciega de la gravedad, chocando entre sí y saltando por el camino. Todos corrían hacia los teléfonos tropezando unos con otros, aferrándose y empujándose. Aquellos hombres, los más poderosos del país, que, sordos a cualquier poder, ejercían la máxima autoridad sobre el sustento y sobre la alegría de sus habitantes y de su estancia sobre la Tierra, se habían convertido en un montón de basura dispersa por el viento del pánico; en un montón de escombros, restos de una estructura cuyo pilar principal se había desplomado.
Mostrando de un modo casi indecente emociones que los siglos habían enseñado a mantener ocultas, James Taggart corrió hacia Francisco gritando: -¿Es cierto?
-¡Pero, James! -le contestó Francisco sonriendo- ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan alterado? El dinero es la raíz de toda maldad... me he cansado de ser malvado.
Taggart se dirigió a la puerta, gritando algo a Orren Boyle, quien asintió y siguió asintiendo con la vivacidad y sumisión de un sirviente inepto y luego se fue en otra dirección. Cherryl, con el velo del vestido de novia flotando en el aire como una nube de cristal, corrió hacia James y lo alcanzó en la puerta.
-Jim, ¿qué sucede?
El la empujó violentamente a un lado, lanzándola contra el estómago de Paul Larkin, para irse corriendo.
Tres personas permanecían inmóviles y tranquilas en el amplio recinto como 3 columnas solitarias en medio de aquellas ruinas: Dagny miraba a Francisco; Francisco y Rearden se miraban uno a otro.

CAPÍTULO III - EL CHANTAJE BLANCO

-¿Qué hora es?
"Se está acabando", pensó Rearden al tiempo que contestaba: -No lo sé. Todavía no debe ser medianoche. -Consultó su reloj y añadió: -Faltan 20 minutos.
-Tomaré el tren para volver a casa -dijo Lillian.
El oyó la frase, que tuvo que esperar turno para penetrar en los atestados vericuetos de su conciencia. Estaba contemplando con expresión ausente el salón de su suite, situada a unos minutos de distancia en ascensor de aquel lugar donde se había celebrado la fiesta.
Luego contestó automáticamente: -¿A esta hora?
-Aún es temprano, hay varios trenes.
-Puedes quedarte, si quieres.
-No, prefiero irme a casa. -Él no contestó- ¿Y tú, Henry? ¿Vienes a casa esta noche?
-No -respondió él-. Mañana tengo algunas reuniones aquí.
-Como prefieras.
Lillian se quitó el abrigo de piel de los hombros, lo acomodó sobre un brazo y se dirigió hacia la puerta del dormitorio, pero de pronto se detuvo.
-Aborrezco a Francisco d'Anconia -dijo con voz crispada- ¿Por qué tenía que ir a la fiesta? ¿No podría haber mantenido la boca cerrada, al menos hasta mañana a la mañana? -No contestó- ¡Es monstruoso! Hay que ver en qué situación ha puesto a su compañía. Desde luego, no es más que un corrompido mujeriego, pero aun así, una fortuna como la suya implica una gran responsabilidad. La negligencia tiene un límite. -Su cara tensa, con las facciones contraídas, la hacía parecer mucho mayor- Creo que tenía obligaciones para con sus accionistas, ¿no te parece?... ¿No es así, Henry?
-¿Te importaría cambiar de tema?
Ella hizo un breve movimiento lateral con los labios, equivalente a un encogimiento de hombros, y entró en el dormitorio.
Henry se quedó ante la ventana, mirando el flujo de automóviles, aunque en realidad sus ojos estaban descansando, como si estuvieran desconectados. Su mente seguía fija en la muchedumbre del salón, y en 2 figuras dentro de ese gentío. Pero así como el lugar en que se hallaba estaba al borde de su visión, la sensación de lo que tenía que hacer se mantenía en los límites de su conciencia. Por un instante, pensó que le era preciso quitarse el traje, aunque no se desnudaría delante de una desconocida, pero inmediatamente se le olvidó.
Lillian volvió a salir, tan acicalada como cuando llegara, con el ceñido traje castaño realzando su figura, y el sombrero ladeado descubriendo parte de su ondulada cabellera. Balanceaba un poco la maleta, como si quisiera demostrar su habilidad para cargarla.
Él se acercó mecánicamente y se la sacó de las manos.
-¿Qué haces? -preguntó Lillian.
-Voy a llevarte a la estación.
-¿Así? No te has cambiado de ropa.
-No importa.

-No es preciso que me acompañes, puedo ir perfectamente sola. Es mejor que te acuestes enseguida si mañana tienes reuniones de negocios.
Él no contestó, optó por dirigirse a la puerta, la mantuvo abierta para que Lillian pasara y la siguió hasta el elevador.
Guardaron silencio dentro del taxi que los llevaba a la estación. En circunstancias como ésas, Rearden podía notar que Lillian solía adoptar una postura muy rígida al sentarse, poniendo en evidencia la perfección de su actitud despierta, alerta y dichosa, como si a la mañana siguiente fuera a emprender algún interesante viaje.
El coche se detuvo a la entrada de la Terminal Taggart. Las deslumbrantes luces, cuya claridad inundaba la gran puerta de cristal, transformaban lo avanzado de la hora en una sensación de activa seguridad, sin relación alguna con el tiempo.
Lillian prácticamente dio un salto desde el vehículo, a la vez que decía: -No, no, no es necesario que bajes, regresa en el mismo taxi. ¿Vendrás a comer mañana... o el mes que viene?
-Te llamaré -contestó él.
Lillian agitó su enguantada mano y desapareció bajo las luces de la entrada. Cuando el taxi iniciaba su marcha, Henry ordenó al chofer que lo llevara al edificio de Dagny.
Cuando entró, todo estaba a oscuras, pero la puerta del dormitorio estaba a medio abrir y escuchó decir a Dagny: -Hola, Hank.
-¿Estabas dormida?
-No.
Encendió la luz. Dagny estaba acostada, con la cabeza sobre la almohada y el pelo suavemente desparramado por encima de los hombros como si no se hubiera movido en mucho tiempo, pero tenía la cara tranquila. Parecía una colegiala con el cuello del camisón azul pálido severamente alto, pero más abajo podía verse el despliegue de bordados azul pálido, extraordinariamente lujosos y femeninos.
Henry se sentó en el borde de la cama; pese a la formalidad severa de su traje de etiqueta, el gesto se veía sencillo, íntimo y natural. Se sonrieron. Había llegado preparado para rechazar el perdón que Dagny le había dado en la fiesta, por la misma razón que se rechaza el favor de un adversario demasiado generoso. Pero en vez de ello, estiró repentinamente su mano, y la pasó por la frente de Dagny, bajando por la línea de su pelo, en un gesto de protectora ternura, motivado por el repentino sentimiento de lo delicadamente inocente que era esta adversaria, capaz de desafiar su fuerza, y al mismo tiempo, necesitada de su protección.
-Estás soportando mucho -dijo él- Y yo te lo hago cada vez más difícil...
-No, Hank, no es así, y tú lo sabes.
-Estoy seguro de que posees la fuerza necesaria como para no permitir que eso te lastime, pero es una energía a la que no tengo derecho a apelar. Sin embargo, lo hago y sin ofrecer solución ni compensación alguna. Sólo puedo admitir que lo sé y que no existe forma en que pueda pedirte que me perdones.
-No hay nada que perdonar.
-No tendría que haberla llevado a la fiesta.
-No me lastimó, sólo que...
-Dime.
-... ver el modo en que sufrías... se me hacía insoportable.

-Aunque creo que el sufrimiento no sirve de nada, fuera lo que fuere lo que sentí, no he sufrido bastante. Si hay algo que detesto es hablar de mi propio sufrimiento, porque no es asunto de nadie, sino mío, pero si quieres saberlo, y dado que lo imaginas... sí, fue un infierno. Ahora bien, me hubiera gustado que fuese aún peor. Al menos no intento salir airoso.
Lo dijo duramente, sin emoción, como un veredicto objetivo sobre su propia persona. Ella sonrió con tristeza, le tomó la mano y se la llevó a los labios y, con la cara oculta tras sus dedos, movió la cabeza rechazando aquella idea.
-¿Qué me quieres decir? -preguntó él suavemente.
-Nada. -Luego levantó la cabeza y añadió con voz firme: -Hank, yo sabía que eras casado, y sabía, por tanto, lo que estaba haciendo. Sin embargo, opté por hacerlo. No me debes nada, no tienes ninguna deuda conmigo.
Hank movió la cabeza lentamente en señal de protesta.
-Hank, no quiero nada de ti, excepto lo que quieras darme. ¿Recuerdas que cierta vez me llamaste "comerciante"? Quiero que acudas a mí sin buscar otra cosa que tu propio placer. Mientras prefieras seguir casado, cualquiera sea tu motivo, no tengo derecho a lamentarlo. Mi sentido del comercio consiste en saber que la satisfacción que me das la pago con la que te doy a ti. No acepto ni hago sacrificios y si me pidieras más de lo que significas para mí, me negaría; por ejemplo, si me pidieras que dejara el tren, te abandonaría. Si el placer de uno ha de ser comprado con el dolor del otro, mejor es que no haya intercambio, pues una operación comercial en la que uno gana y el otro pierde es un fraude. En los negocios no se actúa así, Hank. No lo hagas en tu vida.
Como un rumor de fondo a sus palabras, él recordaba las que le había dirigido Lillian; percibía la distancia que separaba a ambas mujeres, la diferencia entre lo que buscaban de él y de la vida en sí.
-Dagny, ¿qué opinas de mi matrimonio?
-No tengo derecho a opinar de él.
-Pero te habrás preguntado algunas cosas.
-Sí... antes de ir a la casa de Ellys Wyatt, pero desde entonces nunca más.
-Nunca me dijiste nada al respecto.
-Ni lo haré.
Se produjo un instante de silencio, y luego, mirándola de frente, subrayando su 1° renuncia a aquella intimidad que ella siempre le había garantizado, añadió: -Quiero que sepas una cosa: no he vuelto a tocarla desde... que estuvimos en casa de Ellys Wyatt.
-Me alegro.
-¿Me creías capaz?
-Nunca me he permitido pensar en ello.
-Dagny, ¿quieres decir que si lo hubiera hecho... lo aceptarías?
-Sí.
-¿No me odiarías?
-Te odiaría más de lo que puede expresarse, pero si ésa fuera tu elección, la aceptaría. Te quiero, Hank.
Él tomó su mano y se la llevó a los labios, y Dagny notó la momentánea lucha que se libraba en el interior de él, en el repentino movimiento con el que se inclinó hacia ella, casi derrumbándose, y mantuvo la boca pegada a su hombro. Luego la

atrajo hacia sí, hasta que su cuerpo envuelto en el pálido camisón azul quedó tendido sobre sus rodillas; la sostuvo con adusta violencia, como si aborreciera sus palabras o como si fueran las que más había deseado escuchar. Inclinó su cara hacia la de ella, y Dagny volvió a oír la pregunta repetida una y otra vez en las noches de ese año, siempre surgiendo de él involuntariamente, como en una expansión repentina que traicionara su constante y secreta tortura.
-¿Quién fue tu primer hombre?
Ella trató de separarse, pero Hank la retuvo.
-No, Hank -protestó con el rostro tenso.
El breve y conciso movimiento de los labios de Hank Rearden intentaba ser una sonrisa.
-Sabía que no ibas a contestar, pero nunca dejaré de preguntártelo. Eso es algo que nunca aceptaré.
-Pregúntate por qué no lo aceptas.
Él contestó, moviendo la mano lentamente desde sus senos hacia las rodillas, como si quisiera dar fe de su posesión o como si la odiara.
-Porque... las cosas que me has permitido hacerte... nunca creí que las consintieras ni siquiera a mí... pero saber que lo hiciste, incluso antes, que se las has permitido a otro hombre al que deseaste y al que...
-¿Comprendes lo que estás diciendo? Que nunca has aceptado que te desee, porque nunca aceptaste que yo te debería desear del mismo modo en que pude haber deseado a otro.
-Es cierto -admitió él, en voz baja.
Dagny se apartó con una contorsión violenta y se puso de pie, pero permaneció mirándolo con una débil sonrisa; dijo dulcemente: -¿Te das cuentas de cuál es tu verdadera culpa? Aunque tienes toda la capacidad, jamás has aprendido a disfrutar, siempre rechazaste con demasiada facilidad tu propio placer, siempre estuviste dispuesto a soportar dolores.
-También él me lo ha dicho.
-¿Quién?
-Francisco d'Anconia.
Rearden se preguntó por qué tuvo la impresión de que aquel nombre la estremecía y de que su respuesta llegaba demasiado tarde.
-¿Él te dijo eso?
-Estábamos hablando de un tema muy diferente.
Al cabo de un momento, Dagny dijo tranquila:
-Te vi charlar con él. ¿Cuál de los 2 insultaba al otro esta vez?
-No nos insultábamos. Dagny, ¿qué opinas de él?
-Creo que lo ha hecho intencionalmente... me refiero al lío que nos espera mañana.
-Sé que sí, pero sigo preguntándote qué opinas de él como persona.
-No lo sé, debería opinar que es el ser más depravado que he conocido en mi vida.
-Deberías, pero no lo haces, ¿verdad?
-No, no logro estar completamente convencida.
Hank sonrió.

-Eso es lo extraño en él. Sé que es un mentiroso, un holgazán y un libertino barato: el desperdicio humano más irresponsable que pudiera imaginar. Sin embargo, cuando lo miro, siento que si alguna vez tuviera que confiar mi vida a un hombre, se la confiaría a él.
-Hank -jadeó Dagny-, ¿estás diciendo que lo aprecias?
-Te estoy diciendo que no supe lo que significa sentir aprecio hacia un hombre y que no supe tampoco cuánto eché de menos ese sentimiento... hasta conocerlo.
-¡Cielos, Hank! Lo admiras.
-Sí, en efecto. -Sonrió- ¿Por qué te asusta tanto?
-Porque... porque creo que te va a perjudicar de un modo horrible... y que cuanto más te identifiques con él, más difícil te será soportar el dolor... Tardarás mucho tiempo en sobreponerte... si es que alguna vez lo logras... Debo advertirte que es un ser nefasto, pero no puedo decirte más sobre él, porque no estoy segura de nada; ni siquiera sé si es el mejor o el peor hombre del mundo.
-Yo tampoco estoy seguro de nada... excepto de que le tengo aprecio.
-Piensa en lo que ha hecho. No ha perjudicado solamente a Jim y a Boyle, sino a ti y a mí, y a Ken Danagger y a los demás, porque lo que la pandilla de Jim hará será resarcirse con nosotros, y ocurrirá otro desastre como el del incendio de Wyatt.
-Sí... sí, como el incendio de Wyatt. Pero, verás, no creo que eso me preocupe demasiado. ¿Qué es un desastre más? Todo desaparecerá. Es sólo cuestión de tiempo; puede ocurrir repentina o lentamente, sólo nos queda mantener el buque a flote mientras podamos, y luego hundimos con él.
-¿Es ésa la excusa que Francisco da de sus actos? ¿Es eso lo que te ha hecho sentir?
-No. ¡Oh, no! Es lo que dejo de sentir cuando hablo con él, pero resulta aún más extraño lo que me inspira.
-¿A qué te refieres?
-A la esperanza.
Ella hizo una señal de asentimiento, totalmente perpleja, porque había sentido lo mismo que Hank.
-No sé por qué -continuó Hank-, pero cuando miro a la gente me parece hecha sólo de dolor. En cambio, con él no, y tampoco contigo. Apenas estoy en su presencia, me libero de la terrible sensación de abatimiento que flota a nuestro alrededor, y aquí también, pero en ningún otro lugar.
Ella se aproximó de nuevo y se dejó caer, sentándose a sus pies y apretando el rostro contra sus rodillas.
-Hank, todavía tenemos tanto por delante... y muchísimo ahora mismo.
El miró aquella forma envuelta en seda azul pálido acurrucada contra el negro de su traje. Se agachó y le dijo en voz baja: -Dagny... cuando dije lo que dije en casa de Ellis Wyatt, creo que me estaba mintiendo a mí mismo.
-Lo sé.

* * *

A través de una llovizna gris, el calendario colocado sobre las terrazas indicaba: "3 de septiembre" y el reloj en una torre señalaba las 10:40, cuando Rearden volvía

al hotel Wayne-Falkland. La radio del taxi estaba lanzando al espacio los chillones sonidos de una voz presa del pánico que anunciaba: "Caída de D'Anconia Copper".
Rearden se apoyó, fatigado, contra el respaldo. El relato del desastre le parecía una noticia vieja leída mucho tiempo atrás y no sentía nada, excepto la incomodidad de la incongruencia de encontrarse en la calle a esa hora de la mañana vestido de etiqueta. No deseaba pasar del mundo en que había estado, a aquel otro que percibía entre la llovizna, del otro lado de la ventanilla del coche.
Hizo girar la llave en la puerta de su suite, deseando volver a su escritorio tan pronto como le fuera posible, sin tener que mirar a su alrededor.
Simultáneamente percibió: la mesa del desayuno, la puerta de su dormitorio abierta, que dejaba ver una cama en la que alguien había dormido, y la voz de Lillian que decía:
-Buenos días, Hank.
Estaba sentada en un sillón, con el mismo traje del día anterior, pero sin la chaqueta ni el sombrero y con la blusa blanca algo arrugada. Había restos de desayuno en la mesa y fumaba un cigarrillo con la actitud de quien lleva largo rato esperando pacientemente.
Como él permanecía inmóvil, Lillian se tomó el tiempo necesario para cruzar las piernas y acomodarse en el asiento. Luego inquirió: -¿No vas a darme alguna explicación, Hank?
El seguía como un militar de uniforme en un acto oficial donde no se permitiera demostrar emociones.
-Eres tú quien debe dármelas.
-¿No intentarás justificarte?
-No.
-¿No me pedirás perdón?
-No existe motivo por el que tengas que perdonarme. No tengo nada que agregar, ya sabes la verdad. Ahora todo depende de ti.
Ella rió suavemente, estirándose y frotando sus hombros contra el respaldo del sillón.
-¿No esperabas ser descubierto tarde o temprano? -preguntó- Si un hombre como tú permanece casto como un monje durante más de un año, no es difícil sospechar el motivo. Sin embargo, resulta curioso que ese célebre cerebro tuyo no te haya puesto en guardia contra un procedimiento tan simple como éste -señaló la habitación y la mesa-. Estaba segura de que anoche no regresarías y no me fue difícil ni costoso enterarme esta mañana por un empleado del hotel que no has dormido ni una sola noche aquí en todo el año.
El no contestó.
-¡El hombre de acero inoxidable! -Lillian rió- ¡El hombre de éxito y honores que es tanto mejor que el resto de nosotros! ¿Es bailarina en un teatro o manicura en una peluquería para millonarias?
El siguió en silencio.
-¿Quién es, Henry?
-No te responderé.
-Quiero saberlo.
-No lo sabrás.

-¿No te parece ridículo estar representando el papel de caballero protector del nombre de su dama... o el de un caballero cualquiera a partir de ahora? ¿Quién es ella?
-Ya te he dicho que no responderé.
-De todos modos, no hace diferencia -indicó Lillian encogiéndose de hombros- Para determinadas cosas, tan sólo existe un tipo de persona. Siempre pensé que bajo tu aire ascético eras un sexópata que sólo busca en la mujer una satisfacción animal que me enorgullezco de no haberte ofrecido. Sabía que tu cacareado sentido del honor se vendría abajo algún día y te verías atraído hacia el más bajo y más barato tipo de mujer, lo mismo que cualquier otro esposo infiel. -Rió- Esa gran admiradora tuya, la Srta. Taggart, se enfureció conmigo por la simple sugerencia de que su héroe no era tan puro como su metal anticorrosivo y fue tan ingenua como para imaginar que pude sospechar de ella como el tipo de mujer que los hombres encuentran atractiva para una amistad en la que buscan algo que evidentemente nada tiene que ver con el cerebro. Supe cuáles eran tu naturaleza y tus inclinaciones auténticas. ¿Me equivoqué? -El se mantuvo en silencio- ¿Sabes lo que pienso de ti ahora?
-Tienes derecho a condenarme del modo que prefieras -Ella volvió a reír.
-El gran hombre desdeñoso, en los negocios, hacia los seres débiles que se quedaban en un rincón o abandonados en el arroyo porque no podían compararse con su fortaleza de carácter y con su firmeza de propósito. ¿Qué sientes ahora?
-Mis sentimientos no deben importarte. Tienes derecho a decidir lo que quieras. Accederé a cualquier demanda excepto una: no me pidas que la deje.
-¡Oh! ¡Nunca te pediré tal cosa! No voy a esperar que cambies de naturaleza. Este es tu verdadero nivel, por debajo de toda esa grandiosidad autosuficiente, que se presenta como la de un caballero de la industria, elevado por su propio genio desde el fondo de las minas hasta las mesas bien servidas y las corbatas blancas, que te quedan bien cuando regresas a las 11 de la mañana. En realidad, jamás superaste a las minas de mineral, aún perteneces a ese lugar. Todos ustedes, convertidos por sí mismos en príncipes de la caja registradora, encumbrados por iniciativa propia, buenos para los salones ordinarios en la noche del sábado, con los viajantes de comercio y las muchachas de cabaret.
-¿Quieres divorciarte?
-¡Cómo te gustaría! ¡Buen negocio para ti! ¿No imaginas que sé muy bien que quisiste divorciarte desde el 1° mes de matrimonio?
-Si piensas así, ¿por qué has seguido a mi lado?
-Ya perdiste el derecho a formular esa pregunta -le contestó ella ásperamente.
-Es cierto -convino, pensando que sólo una razón concebible, el amor hacia él, podía justificar semejante respuesta.
-No, no voy a divorciarme de ti. ¿Crees que permitiré que tu idilio con una cualquiera me prive de mi hogar, de mi nombre y de mi posición social? Pienso conservar esas partes de mi vida y todo aquello que no descanse sobre una base tan débil como tu fidelidad. No tengas duda alguna acerca de esto: jamás te concederé el divorcio. Te guste o no, estás casado y casado seguirás.
-Lo haré, si así lo deseas.
-Y además, no consideraré... A propósito, ¿por qué no te sientas? -Pero él permaneció de pie.

-Por favor, dime lo que tengas que decirme.
-No aceptaré ningún divorcio informal, como por ejemplo, la separación. Puedes continuar tu romance en los vagones del metro y en los sótanos adonde pertenece, pero a los ojos del mundo deseo seguir siendo la esposa de Henry Rearden. Siempre has proclamado una exagerada devoción por la honestidad, bien puedes permitirme ahora verte condenado a una vida de hipócrita, que es lo que realmente eres. Espero que mantengas tu residencia en nuestro hogar, oficialmente, pero a partir de este momento, sólo será mío.

-Como tú quieras.
Lillian se echó hacia atrás con liviandad, sin preocuparse demasiado de Rearden. Tenía las piernas separadas y los relajados brazos paralelos sobre el sillón como un juez que se concede un breve descanso.
-¿Divorcio? -preguntó riendo fríamente- ¿Creías que ibas a salir airoso tan fácilmente? ¿Creíste que podrías conseguirlo al precio de unos cuantos millones de resarcimiento? Estás tan acostumbrado a comprar cuanto deseas con tus dólares, que no puedes concebir cosas no comerciales, no negociables, no sujetas a ninguna clase de intercambio. Eres incapaz de creer que pueda existir una persona con sentimientos en los que no se incluya el dinero, ni puedes imaginar lo que eso significa. Pues bien, creo que ha llegado el momento de que lo aprendas. ¡Oh, sí!, a partir de ahora accederás a cualquier exigencia mía. Quiero que permanezcas en ese despacho del que tan orgulloso te sientes y en esos preciosos altos hornos tuyos, representando el papel de héroe que trabaja 18 hs. al día; de gigante de la industria, que mantiene en movimiento a todo el país; de genio situado por encima del rebaño común de melancólicos, mentirosos, abrumados. Pero, luego, quiero que vengas a casa y te enfrentes a la única persona que te conoce como realmente eres y que sabe cuál es el valor real de tu palabra, de tu honor, de tu integridad y de tu jactanciosa autoestima. Quiero que te encuentres en tu hogar frente a la única persona que te desprecia con absoluto derecho. Que me mires cada vez que construyas un nuevo horno o consigas una producción de acero superior a la normal o escuches aplausos y frases admirativas, siempre que te sientas orgulloso de ti, o que te creas limpio, o que te emborraches con tu propia grandeza. Que me mires cuando escuches comentar algún acto depravado o te enfades por la corrupción humana, o desprecies la debilidad de alguien o cuando seas víctima de alguna extorsión gubernamental; quiero que me mires y sepas que no eres mejor, ni superior a nadie; que no existe nada que tengas derecho a condenar. Que me mires y que te enteres del destino con que tropezó el hombre que intentó construir una torre hasta el cielo o el que quiso llegar al Sol con alas de cera, o tú mismo: el hombre que pretendió que lo creyeran perfecto.
En algún lugar fuera de él y separado, como si estuviera leyendo un cerebro que no era el suyo, Hank tuvo la sensación de que había un error en el plan de castigo que ella quería imponerle, algo equivocado, impropio, injusto, alguna estimación falsa que lo demolería todo en caso de ser revelada, pero no intentó descubrirlo en ese momento. La fugaz advertencia había despertado en él un instante de curiosidad, pero volvería sobre ella en el futuro. No había nada que le interesara entonces, ni a lo que quisiera responder.

Tenía el cerebro obnubilado a causa del esfuerzo efectuado para retener el último fragmento de su sentido de justicia y oponerlo a la arrolladora oleada de repulsión que privaba a Lillian de toda forma humana, aun cuando pensara una y mil veces que no tenía derecho a su piedad. Se dijo que si ella era un ser aborrecible, era su manera de responder al dolor, y nadie puede prever la forma en que un ser humano asumirá el sufrimiento, ni hacerlo objeto de recriminaciones, y menos que nadie él, el causante de todo. Pero no había evidencias de dolor en su actitud; pensó que, acaso, la cólera era el único medio al que Lillian podía acudir para ocultarlo. Luego no pensó en nada, excepto en apartar de sí la aversión que esto le causaba.
Cuando ella dejó de hablar, le preguntó: -¿Terminaste?
-Sí, creo que sí.
-Entonces, es mejor que tomes el tren y vuelvas a casa.
Cuando empezó a quitarse el traje de etiqueta, descubrió que los músculos le dolían como después de un largo esfuerzo físico. Tenía la almidonada camisa empapada de sudor y no quedaban en él ideas ni sentimientos, sino tan sólo una vaga felicidad por haber conseguido la mayor victoria sobre sí mismo de toda su existencia: la de haber podido permitirle a Lillian salir de esa suite con vida.

* * *

Al entrar en el despacho de Rearden, el Dr. Floyd Ferris era la viva imagen de quien se siente tan seguro del éxito de un pedido que puede permitirse una sonrisa benévola. Hablaba con un aplomo suave y alentador que le dio la impresión a Rearden de que se trataba de un experto jugador que, luego de haber realizado un prodigioso esfuerzo para retener en la memoria el patrón del juego, sabe con certeza quién tiene cada uno de los naipes.
-Bien, Sr. Rearden -dijo a modo de saludo- No suponía que incluso un endurecido cazador de funciones públicas como yo, que ha estrechado tantas manos famosas, pudiera emocionarse al enfrentar a un personaje eminente, pero créase o no, es lo que siento ahora.
-¿Cómo está usted? -preguntó Rearden.
Ferris se sentó e hizo algunos comentarios acerca del colorido del follaje en octubre, que había visto durante su largo trayecto en la ruta desde Washington, específicamente realizado con el propósito de entrevistarse con Rearden. El aludido no contestó y el Dr. Ferris miró por la ventana e hizo un comentario sobre las fundiciones Rearden, una de las mejores empresas del país, a su modo de ver.
-Eso no es lo que opinaba de mi producto hace un año y medio -le recordó Rearden.
Ferris frunció ligeramente el ceño, como si esa pequeña distracción hubiera podido costarle el juego, pero enseguida volvió a sonreír, seguro de haber superado el traspié.
-Eso fue hace un año y medio, Sr. Rearden -contestó tranquilo- Los tiempos cambian y la gente cambia con el tiempo, al menos los sensatos. La sabiduría reside en saber cuándo hay que recordar y cuándo olvidar. La consistencia no es un hábito prudente ni, por otra parte, cabe esperarla del género humano.

Entonces se embarcó en la explicación de la insensatez de la persistencia en un mundo en el que nada es absoluto, excepto el principio de los compromisos mutuos. Hablaba con ansiedad, pero también con ligereza, como si ambos supieran que no era ése el tema principal de la entrevista. Sin embargo, extrañamente, tampoco daba a entender que se trataba de un prólogo, sino más bien parecía un epílogo, como si el tema central ya hubiera que-dado claro.
Rearden esperó el 1°: "¿No lo parece?" y repuso: -Por favor, dígame el motivo urgente por el que solicitó este encuentro.
Ferris se quedó perplejo un instante y luego dijo con expresión radiante, como si acabara de recordar un tema intrascendente que podía resolverse sin esfuerzo: -¡Ah, sí! Es sobre las fechas de entrega de metal Rearden al Instituto Científico del Estado. Quisiéramos tener 5.000 toneladas para el 1 de diciembre, y a partir de entonces, accederíamos a esperar el resto del pedido hasta después del 1 de enero.
Rearden se quedó mirándolo fijamente durante largo rato. En ese momento, la alegre entonación de la voz de Ferris, que flotaba todavía en el aire de la habitación, pareció más inadecuada. Cuando el Dr. Ferris empezaba a temer que su interlocutor no respondiera, Rearden dijo: -Ese policía vial con polainas de cuero que usted mandó aquí, ¿no le informó acerca de su conversación conmigo?
-Sí, sí, Sr. Rearden, pero...
-¿Qué otra cosa desea saber?
-Pero eso fue hace 5 meses, Sr. Rearden. Desde entonces ha ocurrido algo que me da la plena seguridad de que ha cambiado de opinión y de que no nos originará más molestias, del mismo modo que nosotros tampoco se las causaremos a usted.
-¿A qué se refiere?
-A un acontecimiento del que usted está mejor informado que yo... pero, ¿ve?, también me enteré, aun cuando quizá usted hubiese preferido que no lo hiciera.
-¿A qué acontecimiento se refiere?
-Puesto que es su secreto, Sr. Rearden, ¿por qué no dejarlo así? ¿Quién no tiene secretos hoy en día? Por ejemplo, el Proyecto X es un secreto. Se da cuenta de que podríamos obtener su metal haciendo que distintas dependencias oficiales lo compraran en pequeñas cantidades y nos lo transfiriesen y usted no podría impedirlo. Pero eso implicaría, por otra parte, emplear a un número muy elevado de malditos burócratas. -El Dr. Ferris sonrió con una franqueza que desarmaba a cualquiera- ¡Oh, sí! Somos tan despreciados entre nosotros como entre los ciudadanos comunes. Es que sería necesario dar a conocer el secreto relativo al Proyecto X a toda una banda de burócratas, cosa que en estos momentos resultaría muy contraproducente, y lo mismo sucede con cualquier publicidad periodística acerca del proyecto, en caso de tener que someterlo a usted a juicio por negarse a cumplir la orden estatal. Pero si se viera obligado a enfrentarse a otro cargo mucho más serio, en el que no estuvieran implicados el Proyecto X ni el Instituto Científico del Estado, y en el que no pudiera usted apelar a ninguna razón de principios, ni convocar la simpatía del público, no correríamos riesgos, y en cambio a usted le costaría más de lo que nos perjudicaría, y más de lo que podría desear. En consecuencia, la única medida práctica que usted puede tomar es ayudamos a mantener el secreto y conseguir que nosotros contribuyamos a

mantener el suyo... Estoy seguro de que se da cuenta de nuestra capacidad total para mantener apartados de su rastro a los burócratas durante el tiempo que deseemos.
-¿De qué acontecimiento, secreto y rastro me está hablando?
-¡Vamos, vamos, Sr. Rearden! No se haga el tonto. Hablo de las 4.000 toneladas de metal Rearden que entregó a Ken Danagger -respondió Ferris casi con frivolidad.
Rearden no respondió.
-¡Las cuestiones de principio son una enorme molestia! -exclamó Ferris sonriendo- Y una pérdida de tiempo inútil para todos los afectados. ¿Intentará convertirse en mártir por una cuestión de principios en una situación de la que nadie se va a enterar, excepto usted y yo? No tendrá la posibilidad de pronunciar una sola palabra sobre la cuestión ni sobre el principio. No aparecerá como el héroe creador de un espectacular metal nuevo, adoptando una posición contra enemigos cuyas acciones quizás parezcan algo confusas a ojos del público. No será un superhombre, sino un delincuente común, un industrial codicioso que ha violado las leyes, con el simple y llano propósito de conseguir beneficios; un oportunista del mercado negro que ha quebrantado las regulaciones nacionales que buscan proteger a la gente; un ídolo sin gloria y sin espectadores que no logrará más de media columna en la página 5 de algún periódico. ¿Le gustaría ser esa clase de mártir? Porque la cuestión puede plantearse así: o nos permite disponer de ese metal, o va a la cárcel por 10 años, junto con su amigo Danagger.
Como biólogo, al Dr. Ferris siempre le había fascinado la teoría de que los animales poseen el don de oler el miedo y había intentado desarrollar una capacidad similar. Observando a Rearden, concluyó que éste ya había tomado la decisión de ceder, porque no percibió en él indicio alguno de temor.
-¿Quién fue su informante? -preguntó Rearden.
-Uno de sus amigos, Sr. Rearden, propietario de una mina de cobre en Arizona; nos notificó que el mes pasado usted había comprado una cantidad extraordinaria de cobre, superior al tonelaje habitual requerido para la producción mensual de metal Rearden, según lo establecido por la ley. El cobre es uno de los componentes de su metal, ¿verdad? Esa era toda la información que necesitábamos y el resto fue fácil de averiguar. No culpe a ese hombre. Los productores de cobre, como usted sabe, se encuentran actualmente en una situación tan difícil, que aquel caballero tuvo que ofrecer algo muy valioso para obtener un favor, una "necesidad de emergencia" que suspendió algunas de las regulaciones, otorgándole unos instantes de respiro. La persona que brindó esta información supo dónde sería más valiosa y me la reveló a cambio de algunos favores que también ella necesitaba. Así que toda la evidencia necesaria, como también los próximos 10 años de su vida, ahora están en mi poder y le ofrezco un trato. Estoy seguro de que no se opondrá, puesto que los negocios son su especialidad. Quizá la forma le parezca algo distinta de la que se usaba en su juventud, pero usted es un comerciante hábil que siempre ha sabido aprovechar los cambios de situación. Pues bien: éstas son las condiciones con las que nos manejamos ahora. No le será difícil saber dónde se encuentra su principal interés y actuar en consecuencia.
-En mi juventud esto se llamaba chantaje -respondió Rearden con calma.

Ferris hizo una mueca.
-Así es, Sr. Rearden, pero estamos en una época mucho más realista.
Rearden pensó que existía cierta diferencia peculiar entre la actitud de un chantajista común y la del Dr. Ferris. Un chantajista hubiera mostrado señales de deleitarse con el daño que causaba a su víctima; hubiera insinuado una amenaza y creado un clima de peligro para ambos; en cambio Ferris no hizo nada de eso. Su actitud era la de quien negocia de un modo completamente natural, en una atmósfera de confianza, carente de toda condena y dotada de cierta camaradería basada -para ambos- en el desprecio hacia sí mismos. Rearden se inclinó en actitud de vivo interés, creyéndose a punto de descubrir otro fragmento de aquel sendero apenas entrevisto.
Al notar la mirada atenta de Rearden, Ferris sonrió y se felicitó por haber dado en la tecla justa. El juego se le aparecía ahora completamente claro y las cartas iban cayendo como había previsto. Muchos habrían hecho cualquier cosa con tal de que dicho orden quedara sin ninguna denominación -pensó Ferris-, pero Rearden deseaba claridad, se mostraba como el duro realista con el que había confiado enfrentarse.
-Es usted un hombre práctico, Sr. Rearden -dijo Ferris amistosamente- No entiendo por qué se empeña en quedarse atrás en el tiempo. ¿Por qué no se ajusta a la modernidad? Usted es más listo que la mayoría, es una persona de gran valor, con la que desde hace tiempo queríamos relacionarnos, y cuando supe que intentaba seguir la senda de Jim Taggart, supe también que podíamos tenerlo. Pero no se preocupe por Taggart, es un don nadie, un mezquino. ¡Vamos! ¡Entre al gran juego! Podemos utilizarlo, y usted a nosotros. ¿Quiere que nos ocupemos de Orren Boyle, que le ha dado un buen vapuleo? ¿Quiere que lo frenemos? Puede hacerse. ¿O quiere que mantengamos a Ken Danagger a raya? Fíjese en lo poco práctico que ha sido en eso. Sé por qué le vendió el metal: porque usted necesita su carbón. Corre el riesgo de ir a la cárcel y de pagar enormes multas sólo por mantenerse junto a Ken Danagger. ¿Llama a eso un buen negocio? Lleguemos a un acuerdo y haga que el Sr. Danagger entienda que si cruza la línea, será él quien vaya a la cárcel, y no usted, porque usted tiene amigos y él no. A partir de entonces, no tendrá tampoco que preocuparse por su suministro de carbón. Esa es la manera moderna de hacer tratos. Pregúntese cuál es el método más práctico. Y por más cosas que se hayan dicho de usted, nadie ha negado todavía sus grandes cualidades de industrial y su obstinado realismo.
-Así soy yo -concedió Rearden.
-Y así lo pensé -dijo Ferris- Se hizo rico en una época en que la mayoría de los hombres se arruinaban; siempre se las arregló para eliminar obstáculos, mantener en funcionamiento sus altos hornos y conseguir dinero. Ésa es su reputación, así que no querrá volverse poco práctico ahora. ¿De qué le serviría? ¿Qué le importa en tanto siga ganando dinero? Deje las teorías para gente como Bertram Scudder, y los ideales para personas como Balph Eubank, y sea usted mismo. Ponga los pies sobre la Tierra. Usted no es de la clase de hombres que permiten que los sentimientos interfieran con los negocios.
-No -dijo Rearden lentamente- No lo haría por ninguna clase de sentimiento.
Ferris sonrió.

-¿Pensó que no lo sabíamos? -preguntó en el tono sugerente de quien pretende impresionar a un colega en actividades criminales, desplegando ante él una astucia superior- Esperamos mucho tiempo para conseguir algo de usted. Ustedes, los honrados, son un gran problema y una gran complicación, pero sabíamos que tarde o temprano cometería un desliz y esto era simplemente lo que queríamos.
-Parece que está muy complacido.
-¿Acaso no tengo motivos para estarlo?
-Después de todo, violé una de sus leyes.
-Sí, ¿y para qué cree que se dictan?
El Dr. Ferris no notó la súbita expresión que se había pintado en la cara de Rearden, la de quien acaba de ver por primera vez lo que ha estado intentando descubrir desde hace rato. Por su parte, Ferris había superado el estadio de percepción y estaba concentrado en asestar los últimos y decisivos golpes a un animal atrapado en su trampa.
-¿Realmente pensó que queremos que esas leyes se cumplan? -preguntó- Lo que queremos es que se quebranten. Es mejor que le quede claro que no está tratando con un grupo de niños exploradores, Sr. Rearden, y ésta no es época para gestos amables. Buscamos poder y vamos directo a él. Ustedes sólo son segundones. Nosotros conocemos los verdaderos trucos y será mejor que lo admitan. No hay forma de gobernar a personas inocentes, porque el único poder que tiene cualquier gobierno es el de lanzarse violentamente contra los criminales. Y bueno: cuando no hay suficientes criminales, los inventamos. Se declaran delictivos tantos actos, que es imposible que la gente viva sin quebrantar alguna ley. ¿Quién quiere una nación de ciudadanos respetuosos de la ley? ¿De qué sirve eso? Pero si uno dicta leyes que nadie puede respetar, que es imposible hacer cumplir, y que no pueden interpretarse de manera objetiva, inmediatamente se crea una nación de transgresores y, enseguida, se puede caer sobre los culpables. Así es el sistema, Sr. Rearden, así es el juego, y en cuanto lo haya comprendido, será usted mucho más fácil de tratar.
Rearden pudo percibir en su interlocutor el repentino escalofrío de ansiedad anterior al pánico porque una carta sin marcar, procedente de una baraja nueva, acababa de caer sobre la mesa.
Por su parte, Ferris veía en Rearden esa expresión de luminosa serenidad resultado de la súbita solución de un problema oscuro y viejo, un aire de tranquilidad mezclado con anhelo. Había en los ojos de Rearden una claridad juvenil y en la línea de sus labios se pintaba un muy débil toque de desdén. Significara lo que significara -y Ferris no pudo descifrarlo- estaba seguro de una cosa: aquella cara no expresaba sentimiento alguno de culpabilidad.
-Hay un error en su sistema, Dr. Ferris -dijo Rearden sereno, casi con ligereza- Un error práctico que descubrirá cuando me someta a juicio por haber vendido 4.000 toneladas de metal Rearden a Ken Danagger.
Pasaron 20 segundos, que Rearden pudo contar lentamente uno tras otro, en silencio. Sólo entonces el Dr. Ferris se convenció de que acababa de escuchar la decisión final de su interlocutor.
-¿Cree que estamos alardeando en vano? -preguntó.

Su voz había cobrado repentinamente idéntica cualidad a la de los animales que durante tanto tiempo había estudiado: sonaba como si estuviera mostrando los dientes a Rearden.
-No lo sé -dijo este último- Ni me importa.
-¿Va a ser tan poco práctico?
-La calificación de un acto como "práctico" o no, Dr. Ferris, depende de lo que uno desee.
-¿No puso siempre su interés personal sobre todo lo demás?
-Es lo que estoy haciendo ahora.
-Si cree que vamos a permitir que se salga con...
-Ahora, hágame el favor de retirarse.
-¿Con quién se cree que está tratando? -preguntó Ferris, cuya voz se había casi convertido en un grito- La época de los señores de la industria ya pasó. Los bienes que usted usa se los damos nosotros y hará lo que le digamos o...
Rearden había pulsado un timbre y la Srta. Ives entró en el despacho.
-El Dr. Ferris está un poco confundido y ha olvidado el camino, Srta. Ives. ¿Puede acompañarlo hasta la salida? -Se volvió hacia Ferris- La Srta. Ives pesa 50 kg. y no posee cualidades prácticas, aparte de una eficiencia intelectual del más alto nivel. Jamás se metería con un matón de sala de baile, sino sólo en un lugar poco práctico como una fábrica.
Gwen Ives parecía estar cumpliendo un deber del mismo significado emocional que el de tomar nota de una lista de facturas comerciales. Muy erguida, con disciplinado aire de fría formalidad, indicaba el camino con la puerta abierta; dejó que Ferris cruzara la habitación, y salió seguida por el visitante.
A los pocos minutos estaba de regreso, riendo sin parar. -Sr. Rearden -dijo aliviada porque ya había pasado el peligro, y alegre por el triunfo-, ¿qué está haciendo?
Rearden se había sentado en una actitud que jamás se habla permitido hasta entonces, una actitud que siempre había criticado como el símbolo más vulgar de un empresario: reclinado en su sillón con los pies sobre el escritorio. A su secretaria le pareció que la postura le daba un aire peculiar de nobleza, que no era la de un ejecutivo cualquiera, sino la de un joven soldado de las cruzadas en su tiempo de reposo.
-Creo que estoy descubriendo un nuevo continente, Gwen -le respondió alegremente- Un continente que debió haber sido descubierto junto con América... pero no lo fue.

-Tengo que desahogarme con usted -dijo Eddie Willers al obrero que lo escuchaba atentamente, al otro lado de la mesa- No sé por qué me ayuda tanto saber que me escucha, pero es así.
Era tarde y las luces de la cafetería subterránea habían perdido brillo, pero Eddie Willers podía ver los ojos atentos del obrero.
-Siento como si... como si no quedara nadie decente ni nadie que se exprese en algún lenguaje humano -siguió Eddie- Como si, aunque me pusiera a gritar en medio de la calle, nadie me escucharía... Pero, no, no es eso exactamente. Siento como si alguien gritara en medio de la calle, pero los transeúntes continuaran caminando, sin que ningún sonido llegase hasta ellos y no es Hank Rearden, ni

Ken Danagger, ni yo quien está gritando, pero parece como si fuéramos los 3... ¿Se da cuenta de que alguien debería haberlos defendido pero que nadie lo hizo ni lo hará? Rearden y Dannager fueron citados esta mañana por la venta ilegal de metal Rearden. El juicio se celebrará el mes que viene y yo estaba en el tribunal de Filadelfia cuando se les leyeron los cargos. Rearden estaba muy tranquilo. Tuve la impresión de que sonreía, aunque por supuesto no era así. Danagger se veía más que tranquilo y no pronunció palabra, sino que se limitó a estar allí como si la habitación estuviera vacía... Los periódicos claman que los 2 deben ser encarcelados... No... no... no tiemblo, estoy bien, me repondré enseguida... Por eso no le he dicho nada a ella. Temía estallar y hacer las cosas todavía más difíciles. Sé lo que ella siente... ¡Oh, sí! Ella fue quien me habló de todo esto sin conmoverse, pero fue peor. ¿Sabe usted? Vi en ella la clase de rigidez de las personas que actúan como si no sintieran nada y... Escuche, ¿le dije alguna vez que siento simpatía por usted? Pues, es cierto, usted me agrada, sobre todo por el modo en que escucha. Usted entiende... ¿Sabe lo que ella me dijo? Es extraño, porque ella no teme por Hank Rearden, sino por Ken Danagger. Está segura de que Rearden tendrá la fortaleza suficiente como para resistir el golpe pero, en cambio, Danagger, no. No es que carezca de fuerza, pero se negará a utilizarla. A su modo de ver... Ken Danagger será el siguiente en desaparecer... como lo hicieron Ellis Wyatt y los otros. Renunciará y desaparecerá. ¿Por qué? Ella cree que en esto hay una gran tensión, tanto económica como personal. En cuanto todo el peso del momento, de la realidad, se pone sobre los hombros de una persona, ésta cae como una columna derribada. Hace un año no hubiera podido ocurrirle al país nada peor que perder a Ellis Wyatt. Lo perdimos y ella asegura que, desde entonces, es como si el centro de gravedad se hubiera desplazado sin control, como un barco de carga a la deriva, y pasado de una industria a otra y de un hombre a otro. Cuando perdemos a uno, otro se hace desesperadamente necesario, y ése será el próximo. Bien, ¿qué podría ser peor para el país que dejar el suministro del carbón en manos de hombres como Boyle o Larkin? Y no queda nadie en la industria carbonífera con importancia suficiente, salvo Ken Danagger. Ella dice que le parece ya un hombre marcado como si sobre él se concentrara el rayo de un reflector, esperando el momento final... ¿De qué se ríe? Quizás parezca exagerado, pero yo lo creo cierto... ¿Cómo? ¡Oh, sí! Desde luego, es una mujer muy inteligente... Y además dice que hay que tener presente otro factor: es necesario llegar a cierto estado mental, no se trata de enojo ni de desesperación, sino de algo de mucha mayor importancia, antes que uno sea eliminado. Ella no sabe qué es, pero comprendió, mucho antes del incendio, que Ellis Wyatt había alcanzado ese estado y que algo le iba a ocurrir. Cuando hoy vio a Ken Danagger en los tribunales, afirmó que estaba listo para el verdugo... Sí, ésas fueron sus palabras: listo para el verdugo. Es que ella no cree que estas cosas sucedan por accidente o por casualidad, está segura de que detrás de todo existe un sistema, una intención, una persona. Por todo el país se desplaza un elemento destructor que los voltea uno tras otro hasta que esa estructura termine cayéndose sobre nuestras cabezas. Una criatura implacable, movida por un propósito inconcebible... Dice que no permitirá que atrape a Ken Danagger, que de ninguna manera lo abandonará en ese trance. Repite que debe detenerlo, que ha de hablarle, rogarle, revivir en él aquello que está perdiendo; armarlo contra ese

elemento destructor antes de que lo alcance. Está desesperadamente ansiosa por llegar antes a Danagger pero él se ha negado a hablar con nadie. Ha vuelto a Pittsburgh, a sus minas, pero, a última hora de hoy, lo llamó por teléfono y lo obligó a concertar una cita para mañana por la tarde... Sí, mañana irá a Pittsburgh porque teme por Danagger... tiene mucho miedo por él. No, no sabe cuál es ese elemento destructor. No tiene ninguna clave de su identidad ni evidencia siquiera de que exista, excepto el rastro de destrucción a su paso. Pero está segura de que existe... aunque no puede adivinar su propósito, porque cree que nada en la Tierra podría justificarlo. En ocasiones, cree que le gustaría encontrarlo más que a nada en el mundo, incluso más que al que inventó el motor. Dice que si encontrara a esa persona, dispararía contra ella sin pensarlo 2 veces... Daría su vida si con ello pudiera arrebatar la del otro con su propia mano, porque es el ser más malvado que haya existido jamás; un ser que está acabando con los cerebros del mundo... Pero creo que a veces es demasiado para ella... Sí, hasta para ella. No se permite admitir lo cansada que está. Hace unos días, llegué al trabajo muy temprano, y la encontré dormida en el diván de su despacho, con la lámpara de la mesa todavía encendida. Había pasado toda la noche allí. Quedé inmóvil, mirándola. No la habría despertado aunque todo el maldito ferrocarril se viniera abajo... ¿Cuando estaba dormida? Tenía el aspecto de una jovencita, como si estuviera segura de que habría de despertar en un mundo donde nadie pudiera hacerle el menor daño, como si no tuviera que ocultar o temer nada. Eso era terrible... la inocente pureza de su caray su cuerpo contraído por el cansancio, en la misma postura con la que se había derrumbado sobre el sofá. Parecía... pero, ¿por qué tiene usted tanto interés en saber cuál es su aspecto cuando duerme?... Sí, tiene razón, ¿por qué estoy hablando de todo esto? No debería hacerlo. No sé qué me forzó... No me preste atención. Mañana estaré mejor, es que estoy algo alterado por lo que escuché en el tribunal. No dejo de pensar que si hombres como Rearden y Danagger son detenidos y enviados a la cárcel, ¿en qué clase de mundo estamos viviendo y para qué? ¿Es que no queda ya justicia en la Tierra? Fui lo suficientemente estúpido como para decir esas mismas palabras a un periodista a la salida del tribunal. Se echó a reír y respondió tranquilamente: '¿Quién es John Galt?'... Dígame, ¿qué nos está ocurriendo? ¿Acaso no queda un solo hombre justo? ¿Es que nadie piensa defenderlos? ¿Me ha oído? ¿Es que no hay nadie que pueda defenderlos...?

-El Sr. Danagger la recibirá enseguida, Srta. Taggart. Está con alguien. Tenga la amabilidad de disculparlo -dijo la secretaria.
Durante las 2 hs. de viaje en avión hasta Pittsburgh, Dagny había hecho esfuerzos infructuosos por justificar o eliminar su ansiedad, pues aunque no había motivos para preocuparse por los minutos, tenía la ciega necesidad de apresurarse. La impaciencia desapareció cuando entró en la recepción del despacho de Ken Danagger; él estaba allí y nada había sucedido que pudiera impedirlo. Dagny Taggart se sintió a salvo, confiada y enormemente aliviada.
Sin embargo, las palabras de la secretaria la volvieron a inquietar. "Te estás volviendo cobarde", pensó mientras experimentaba un desproporcionado temor.

-Perdón, Srta. Taggart -repitió solícita la secretaria. Y entonces comprendió que había permanecido un rato sin contestarle- El Sr. Danagger la recibirá dentro de un instante. ¿No quiere tomar asiento?
Parecía preocupada por tener que hacerla esperar. Dagny sonrió.
-¡Oh! Está bien.
Se sentó en un sillón de madera, frente a la secretaria, y pensó encender un cigarrillo, pero se detuvo, preguntándose si tendría tiempo para terminarlo y confiando en que no; luego lo encendió bruscamente.
Las oficinas de la gran compañía carbonífera Danagger ocupaban un antiguo edificio. En algún lugar de las montañas, más allá de aquellas ventanas, se encontraban los pozos donde Ken había trabajado en otros tiempos como minero. Nunca había trasladado sus oficinas de aquel lugar cercano a las minas.
Podía ver las bocas de las galerías abiertas en las laderas y pequeñas estructuras de metal que conducían a un inmenso universo subterráneo. Todo parecía precario y modesto, perdido en los violentos naranjas y rojos de las colinas. Bajo un intenso cielo azul e iluminadas por el fuerte sol de octubre, las hojas secas eran un mar de fuego, olas que rompían contra los frágiles postes de las entradas a las minas. Se estremeció y apartó la mirada, pensando en aquellas hojas que tapizaban las colinas de Wisconsin, en la ruta a Starnesville.
Notó que el cigarrillo estaba casi consumido entre sus dedos y encendió otro.
Al consultar el reloj colgado en la pared de la recepción, sorprendió a la secretaria haciendo precisamente lo mismo. La cita era para las 3 de la tarde; las agujas marcaban las 3:12.
-Perdone usted, Srta. Taggart -volvió a decir la secretaria- El Sr. Danagger quedará libre enseguida. Es extremadamente puntual en sus citas. Créame, esto no tiene precedentes.
-Lo sé -dijo Dagny.
Sabía que Ken Danagger era tan rígidamente preciso en sus horarios como un ferrocarril y hasta era capaz de cancelar una entrevista si el visitante se permitía llegar 5 minutos tarde.
La secretaria era una solterona madura de modales estrictos, en los que imperaba una monótona cortesía, impermeable a la sorpresa, de la misma forma en que su inmaculada blusa blanca habría salido incólume de un lugar impregnado de polvo de carbón. A Dagny le pareció extraño que una mujer dura y perfectamente entrenada como ésta se pusiera nerviosa. No le ofreció conversación y permanecía inmóvil, inclinada sobre las hojas que tenía ante sí.
La mitad del segundo cigarrillo de Dagny se había consumido, y la mujer seguía mirando la misma página. Cuando levantó la cabeza para consultar el reloj, éste marcaba las 3:30.
-Sé que no admitirá ninguna excusa, Srta. Taggart. -En su voz vibraba una nota de indisimulable aprensión- No entiendo qué sucede.
-¿Sería tan amable de avisarle al Sr. Danagger que me encuentro aquí?
-¡No puedo! -repuso casi gritando. Pero al ver la mirada de asombro de Dagny se creyó en la obligación de explicar: -El Sr. Danagger me llamó por el intercomunicador para decirme que no lo interrumpiera bajo ningún concepto o por ningún motivo.
-¿Cuándo le dijo eso?

La pausa que siguió fue como un pequeño almohadón de aire que amortiguara la respuesta.
-Hace 2 hs..
Dagny miró la puerta cerrada del despacho de Danagger. Tras la misma podía escuchar el sonido de una voz, pero tan débil que no habría podido distinguir si era la de un solo hombre o de 2 personas; no podía distinguir las palabras ni descifrar el tono emocional; era sólo una baja y suave progresión de sonidos que parecían normales y en los que no cabía imaginar alteración alguna.
-¿Cuánto tiempo hace que está ocupado? -preguntó.
-Desde la 1 -repuso la secretaria simplemente y luego agregó, excusándose: -Fue una visita imprevista, si no el Sr. Danagger nunca hubiera permitido esto.
Dagny pensó que la puerta no estaba con llave y experimentó un irresistible deseo de abrirla y entrar. Sólo tenía ante sí unos tablones de madera con una perilla metálica, por lo que abrir la puerta sólo requería una pequeña contracción muscular de su brazo, pero miró hacia otro lado, sabiendo que una actitud civilizada y el derecho de Ken Danagger a la reserva constituían una barrera más infranqueable que cualquier cerradura.
Miró las colillas de los cigarrillos en el cenicero a su lado y se preguntó por qué eso le provocaba un sentimiento de alarma todavía más agudo. Luego advirtió que estaba pensando en Hugh Akston; le había escrito a su restaurante de Wyoming, para preguntarle dónde había conseguido aquel cigarrillo con el signo del dólar, pero le habían devuelto la carta con una nota: el destinatario se había mudado sin dejar su nuevo paradero.
Se dijo, irritada, que aquello no tenía relación con el presente y que debía controlar sus nervios, entonces estiró su mano bruscamente para apretar el botón del cenicero y hacer que las colillas desaparecieran en su interior.
Al levantar la mirada se tropezó con la de la secretaria, que la estaba observando.
-Disculpe, Srta. Taggart. No sé qué hacer. -Sus palabras tenían el acento de una franca y desesperada excusa- No me atrevo a interrumpirlo.
Lentamente, como quien desafía la etiqueta corporativa, Dagny preguntó: -¿Quién está con el Sr. Danagger?
-No lo sé, Srta. Taggart, nunca había visto a ese caballero. -Al notar la repentina fijeza de los ojos de Dagny añadió: -Creo que es un amigo de la infancia del Sr. Danagger.
-¡Oh! -exclamó Dagny aliviada.
-Vino sin avisar y rogó ver al Sr. Danagger enseguida. Me explicó que era una cita que el Sr. Danagger había concertado con él hace 40 años.
-¿Qué edad tiene el Sr. Danagger?
-52. -Y añadió, reflexivamente: -El Sr. Danagger empezó a trabajar a los 12. -Luego de otro silencio continuó: -Lo más extraño es que ese visitante no parece tener 40 años. A mi modo de ver, no pasa de los 30.
-¿Dio su nombre?
-No.
-¿Qué aspecto tiene?
La secretaria sonrió con repentina animación, como si estuviera a punto de expresar un cumplido, pero su sonrisa se desvaneció rápidamente.
-No lo sé -respondió inquieta- Es difícil de describir. Tiene una cara extraña.

Llevaban en silencio largo rato y las manecillas del reloj se aproximaban a las 3:50 cuando el timbre sonó en el escritorio de la secretaria. La llamada procedía del despacho de Danagger y daba permiso para que pasara el siguiente visitante.
Las 2 se pusieron de pie rápidamente; la secretaria avanzó con paso vivo y, sonriendo aliviada, se apresuró a abrir la puerta.
Cuando entraba en el despacho de Danagger, Dagny vio que la puerta de la salida privada se cerraba tras quien la había precedido. Escuchó el golpe de la misma en el marco y el débil tintineo del panel de cristal.
Creyó ver al desconocido en el reflejo que aún quedaba de él en el rostro de Ken Danagger. No era ya el que había visto en el juzgado, ni tampoco el que conocía desde tantos años atrás con su rigidez inalterable e impasible, sino que era la cara que desearía un joven de 20 años, una cara de la que acababa de desaparecer toda huella de cansancio. Las arrugadas mejillas, la plegada frente y el cabello gris -como elementos reconfigurados por un nuevo tema- formaban ahora una composición impregnada de esperanza, vivacidad y serenidad total: el cuadro podía llamarse "Salvación".
Danagger no se levantó al verla entrar; parecía no haber vuelto aún a la realidad y haber olvidado el protocolo adecuado, pero sonrió con tanta espontaneidad, que ella sonrió también. Pensó que aquél era el modo en que todo ser humano debía saludar a un semejante y se vio libre de toda ansiedad, repentinamente segura de que todo estaba bien y de que no había nada de qué preocuparse.
-¿Cómo está usted, Srta. Taggart? -preguntó- Perdóneme, creo que me tuvo que esperar demasiado. Siéntese, por favor -añadió señalando la silla situada frente a su escritorio.
-No me importa haber esperado -respondió Dagny- Le agradezco que me concediera esta entrevista, tenía verdaderos deseos de hablar con usted sobre un asunto urgente.
Él se inclinó con expresión atenta y concentrada, como solía hacerlo cada vez que se mencionaba un tema de negocios de envergadura, pero Dagny no le estaba hablando al Danagger conocido, sino a un extraño, y se detuvo, vacilando acerca de los argumentos que había llegado dispuesta a utilizar.
La miró en silencio y dijo: -Srta. Taggart, ¡qué día tan hermoso! Probablemente el último de este año. Hay algo que siempre quise hacer, pero nunca tuve tiempo. Vayamos juntos a Nueva York y hagamos una excursión en barco alrededor de la isla de Manhattan, echemos una última mirada a la ciudad más importante del mundo.
Dagny trató de mantener la vista fija e impedir que el despacho continuara oscilando ante ella. ¿Este era el Ken Danagger que nunca había tenido un amigo personal, que no se había casado, que no asistió jamás a una función de teatro o de cine y que nunca había tolerado a nadie la impertinencia de arrebatarle unos minutos para algo que no fueran los negocios?
-Sr. Danagger, he venido a hablarle acerca de un asunto extremadamente importante para el futuro de su empresa y la mía; es sobre la acusación que pesa sobre usted.
-¡Ah! ¿De eso? No se preocupe. Ya no importa. Voy a retirarme.
Dagny siguió inmóvil, sin experimentar ninguna sensación, tan sólo preguntándose débilmente si era aquello lo que se sentía al oír una sentencia de muerte, que

siempre se ha temido pero nunca se creyó posible. Su 1° reacción consistió en mover la cabeza hacia la puerta de salida y luego, en voz, baja y con la boca contraída por el enfado, preguntó: -¿Quién era ese hombre?
Danagger echó a reír.
-Si lo hubiera pensado un poco, habría comprendido que es una pregunta que no contestaré.
-¡Oh, Dios, Ken Danagger! -murmuró Dagny.
Sus palabras le habían hecho comprender que una barrera de desesperanza, de silencio y de interrogantes se levantaba entre ellos. El enfado había actuado sólo como débil soporte que la sostuvo un momento, pero que se rompió enseguida.
-¡Oh, Dios mío!
-Se equivoca, jovencita -le dijo él suavemente- Sé lo que siente, pero se equivoca.
-Y añadió, más formalmente, recobrando los modales adecuados, como si tratara todavía de mantener el equilibrio entre 2 realidades distintas: -Lamento, Srta. Taggart, que haya entrado aquí tan pronto, luego de...
-Llegué demasiado tarde -replicó ella- Precisamente había venido a impedirlo, porque sabía que esto sucedería.
-¿A qué se refiere?
-Estaba segura de que quienquiera que sea, lograría arrastrarlo a usted también.
-¿De veras? ¡Qué divertido! Pues yo no estaba tan seguro.
-Quise avisarle que... se preparara para luchar contra él.
Danagger sonrió: -Puede estar segura de una cosa, Srta. Taggart, y se lo digo para que no se siga torturando con lamentaciones: no lo habría conseguido.
Dagny tenía la sensación de que, a medida que transcurrían los minutos, él se iba alejando a una gran distancia, donde no podría alcanzarlo; pero aún seguía existiendo un débil puente entre ambos y tenía que apresurarse. Se inclinó y dijo muy tranquila, con la exagerada calma que suelen proporcionar las emociones intensas: -¿Recuerda lo que pensaba y sentía hace 3 hs.? ¿Recuerda lo que usted era? ¿Recuerda lo que sus minas representaban para usted? ¿Recuerda a Taggart Transcontinental y a Rearden Steel? En nombre de todo eso, ¿quiere contestarme? ¿Quiere ayudarme a comprender?
-Contestaré lo que pueda.
-¿Ha decidido retirarse y abandonar sus negocios?
-Sí.
-¿Y eso no significa nada para usted?
-Significa mucho más que antes.
-No obstante, ¿sigue decidido a hacerlo?
-Sí.
-¿Por qué?
-No pienso contestar.
-Usted, que amaba su trabajo, que le dedicaba su vida; usted, que odiaba la incertidumbre, la pasividad y la renuncia, ¿va a renunciar a la clase de vida que quería?
-No, acabo de descubrir cuánto la amo.
-Pero, ¿piensa existir sin trabajo ni metas?
-¿Qué le hace suponer tal cosa?
-¿Va a emprender negocios carboníferos en algún otro lugar?

-No, nada de negocios carboníferos.
-Entonces, ¿qué piensa hacer?
-Todavía no lo tengo decidido.
-¿Adónde piensa ir?
-No contestaré.
Se permitió unos momentos de pausa, para juntar fuerzas y decirse: "No sientas ni demuestres nada, no permitas que nada rompa este puente". Luego, con la misma voz tranquila de antes, continuó: -¿Se da cuenta lo que su retiro significará para Hank Rearden, para mí y para el resto de los que aún quedamos?
-Sí, lo comprendo incluso mejor que usted en estos momentos.
-¿Y no le afecta?
-Más de lo que pueda imaginarse.
-Entonces, ¿por qué nos abandona?
-Usted no lo creería, y no se lo voy a explicar, pero lo cierto es que no los abandono.
-A partir de ahora, tendremos sobre nuestras espaldas un peso mucho mayor, pero se muestra indiferente ante la idea de vemos destruidos por los saqueadores.
-No esté tan segura de ello.
-¿De qué? ¿De su indiferencia o de nuestra destrucción?
-De las 2 cosas.
-Pero, usted sabe, o al menos lo sabía esta mañana, que es una lucha a muerte y que nosotros... el grupo del que usted también formaba parte, luchamos contra esa gente.
-Si le respondo que yo lo sé, pero usted no, pensará que mis palabras carecen de sentido. Tómeselo como quiera, pero ésa es mi respuesta.
-¿Podría aclarármelo?
-No, descúbralo usted misma.
-Por lo que veo, está dispuesto a abandonar el mundo a los saqueadores. Pero nosotros no.
-No se sienta demasiado segura, de ninguna de las 2 cosas.
Ella guardó un desesperanzado silencio. La anormalidad de los modales de Danagger residía en su simplicidad: hablaba en tono completamente natural, y en medio de aquellas preguntas no contestadas y del trágico misterio que lo envolvía todo, daba la impresión de que no existía secreto alguno, de que jamás se habla suscitado un misterio.
Pero, al mirarlo detenidamente, pudo observar la 1° fisura en su aspecto de feliz calma; luchaba contra algún pensamiento. De pronto vaciló y luego dijo haciendo un esfuerzo: -Con respecto a Hank Rearden, ¿quiere hacerme un favor?
-Por supuesto.
-¿Quiere decirle que...? Verá, nunca me preocupó la gente, pero siempre he respetado a ese hombre y hoy comprendo que... que ha sido el único por el que siento afecto. Dígale eso y añada que desearía... pero no, eso es todo lo que puedo decir... Probablemente me maldecirá por retirarme... o quizá no lo haga.
-Se lo diré.
En la voz de Danagger vibraba un tan sordo y profundo acento de dolor que parecía imposible que estuviera descargando aquel golpe. Dagny hizo un último esfuerzo.

-Sr. Danagger, si tuviera que ponerme de rodillas ante usted, si me fuera posible encontrar palabras que no he podido hallar aún, ¿existiría... existe aún la posibilidad de detenerlo?
-No.
Al cabo de un momento, ella preguntó con voz imprecisa: -¿Cuándo se retira?
-Esta noche.
-¿Qué hará usted con... -señaló las colinas más allá de la ventana- con la compañía? ¿A quién la deja?
-No lo sé, ni me preocupa. A nadie y a todos, a quien quiera hacerse cargo de ella.
-¿No piensa vendérsela a alguien, o nombrar un sucesor?
-No. ¿Para qué?
-Pues para dejarla en buenas manos. ¿No puede aunque sea designar un heredero?
-No sabría a quién elegir, ni me importa en absoluto. ¿Quiere que se la deje a usted? -Se estiró y tomó una hoja- Puedo escribir una carta nombrándola mi única heredera, ahora mismo.
Ella se estremeció de horror.
-¡No soy una saqueadora!
Danagger echó a reír, y dejó el papel.
-¿Lo ve? Me ha dado la respuesta correcta, aunque no lo sepa. No se preocupe por la compañía, de nada servirá nombrar al mejor sucesor del mundo, o al peor, o a ninguno. No importa quién se haga cargo, sean hombres o arbustos, no significará absolutamente nada.
-Pero dejar esto abandonado... simplemente abandonado... toda una empresa industrial, como si nos halláramos en la edad de los nómades sin tierra o de los salvajes...
-¿Acaso no es así? -preguntó él sonriendo, medio burlón, medio compadecido- ¿Por qué debería redactar una escritura o testamento? No quiero ayudar a que los saqueadores crean que aún sigue existiendo la propiedad privada. Cumplo con el sistema establecido por ellos. Dicen que no me necesitan, que lo único que quieren es mi carbón; pues bien, que lo tomen.
-Entonces, ¿acepta su sistema?
-¿Le parece?
Mirando hacia la puerta por la que había salido el desconocido, Dagny gimió: -¿Qué le ha hecho ese hombre?
-Me dijo que tengo derecho a existir.
-No creía posible que en 3 hs. pueda conseguirse que un hombre deseche 52 años de vida.
-Si eso es lo que piensa que ha hecho conmigo, o si imagina que me ha puesto al tanto de alguna inconcebible revelación, comprendo que todo le parezca asombroso. Pero no fue así: se limitó a hacerme recordar aquellas cosas por las que he vivido y por las que cada hombre vive, durante todo el tiempo que no emplea en destruirse a sí mismo.
Comprendió que era inútil formular preguntas y que no podía hacer nada.
La miró, inclinó la cabeza y dijo tranquilo: -Usted es una mujer valiente, Srta. Taggart. Sé lo que siente en estos momentos y lo mucho que padece, pero permítame partir, no se torture.

Ella se puso de pie. Iba a hablar de nuevo cuando, de pronto, Ken Danagger vio cómo la mirada de Dagny se posaba en algo, cómo avanzaba un paso y cómo tomaba el cenicero colocado sobre el escritorio.
En el mismo había una colilla en la que estaba estampado el signo del dólar.
-¿Qué le sucede, Srta. Taggart?
-¿Ha sido él... quien ha fumado este cigarrillo?
-¿A quién se refiere?
-A su visitante. ¿Ha fumado este cigarrillo?
-Pues no lo sé... Supongo que sí... sí, creo que ha fumado. Veamos... No, ésta no es mi marca, debe ser de él.
-¿Ha recibido algún otro visitante en su despacho durante el día de hoy?
-No, pero, ¿a qué viene todo esto, Srta. Taggart?
-¿Puedo llevarme la colilla?
-¿Cómo? ¿Esa colilla? -preguntó perplejo.
-Sí.
-Desde luego. Pero, ¿para qué?
Ella sostenía la colilla en la palma de su mano como si fuera una joya.
-No lo sé... No sé qué beneficios me reportará guardarla, excepto que puede ser la clave hacia... -sonrió amargamente- hacia un secreto esencialmente mío.
Parecía reacia a partir y miraba a Ken Danagger como quien dirige una última mirada a alguien que está pronto a desaparecer en dirección al reino del que no hay retorno.
Él lo adivinó así, sonrió y le tendió la mano.
-No quiero decirle adiós -indicó- porque nos veremos de nuevo en un futuro no demasiado lejano.
-¡Oh! -exclamó Dagny vivamente, reteniendo su mano a través del escritorio- ¿Es que piensa volver?
-No: usted se unirá a mí.

* * *

Sólo un tinte rojo se pintaba en la oscuridad, sobre las estructuras de la planta, como si estuvieran dormidas, pero vivas, respirando en medio del fulgor de los hornos y en el distante latido de las vagonetas.
Rearden permanecía de pie frente a la ventana de su oficina, con una mano apoyada en el cristal y, en la perspectiva de la distancia, su mano cubría 1 km. de estructuras, como queriendo abrazarlas.
Miraba el largo muro de franjas verticales formado por la batería de hornos de coque. Una estrecha puerta se entreabrió mostrando una pequeña bocanada de fuego, y una lámina de carbón al rojo vivo se deslizó suavemente hacia afuera, como una rebanada de pan saliendo de una gigantesca tostadora, y se quedó un instante inmóvil. Se sostuvo por un instante; luego, una grieta angulosa atravesó la rebanada, que cayó deshecha en la furgoneta que esperaba abajo, sobre los rieles.
"Carbón Danagger", eran las únicas palabras en su mente. El resto era sólo una sensación de soledad, tan profunda que incluso su propia pena parecía como absorbida por un enorme vacío.

El día anterior, Dagny le había contado la historia de sus fútiles intentos y le había dado el mensaje de Danagger. Esta misma mañana Rearden había escuchado la noticia de la desaparición de Ken. Durante esa noche de insomnio, y más tarde durante la concentración demandada por sus labores cotidianas, la respuesta a ese mensaje estuvo latiendo en su mente, la respuesta que nunca tendría oportunidad de pronunciar.

"El único ser por el que siento afecto." Aquella frase venía de Ken Danagger, el hombre que nunca había expresado nada más personal que un: "Escuche, Rearden", o algo parecido.

Pensó: "¿Por qué lo hemos dejado ir? ¿Por qué ambos hemos sido condenados a estar lejos de nuestros escritorios, a un exilio entre gente hostil y extraña, que nos hizo abandonar todo deseo por los demás, por la amistad, por el sonido de voces humanas? ¿Podría cambiar una sola hora pasada escuchando a mi hermano Philip y entregársela a Ken Danagger? ¿Quién convirtió en un deber aceptar como única recompensa por nuestro trabajo una tortura gris, y simular cariño hacia quienes sólo nos inspiran desprecio? Nosotros, que somos capaces de fundir rocas y metales con un propósito determinado, ¿por qué nunca nos dedicamos a buscar aquello que desearnos de los hombres?".

Intentó ahogar esas palabras, comprendiendo su inutilidad, pero seguían allí, aunque pareciesen dirigidas a un muerto. "No, no te maldigo porque te hayas ido, si ésa es la pregunta y el dolor que te llevaste contigo. ¿Por qué no me diste una oportunidad para expresarte... qué...? ¿Que lo apruebo...? No precisamente eso, sino que no puedo recriminarte lo que has hecho, aunque tampoco imitarlo."

Cerrando los ojos se permitió imaginar por un momento el inmenso alivio que sentiría si también él abandonara todo y se marchara de allí. Bajo la conmoción que la pérdida le había ocasionado, experimentó también una ligera envidia. "¿Por qué no vinieron por mí también, quienesquiera que sean, para darme ese motivo irresistible que me haría desaparecer?". Pero, al instante, un estremecimiento de ira le advirtió que mataría a quien intentara acercar-se a él, que lo mataría antes de escuchar las palabras capaces de alejarlo de sus fundiciones.

Ya era tarde y todo el personal se había retirado, pero temía la ruta hacia su casa y el vacío de la noche. Sintió que, quizás, el enemigo que había eliminado a Ken Danagger lo estaría esperando en las tinieblas, más allá del fulgor de sus hornos. Ya no era invulnerable.

Fuera lo que fuese aquello, viniese de donde viniese, se consideraba más seguro allí, como si el círculo de fuego trazado a su alrededor pudiera protegerlo del mal.

Contempló los blancos resplandores que surgían de las oscuras ventanas de una estructura en la distancia, como detenidas ondulaciones de rayos de sol sobre el agua. Surgían del reflejo del letrero luminoso en el techo del edificio, sobre su cabeza, donde podía leerse: "Rearden Steel". Evocó la noche en que había deseado iluminar un cartel sobre su pasado, que expresara: "La Vida de Rearden". ¿Por qué lo deseó? ¿Para ponerlo ante los ojos de quién?

Pensó por 1° vez, amargamente sorprendido, que el orgullo y la alegría de otros tiempos habían provenido de su respeto por las personas, por la importancia que concedía al juicio de algunas, o por la admiración a otras. Pero ya no sentía lo mismo, se dijo, ya no había nadie a quien mostrarle ese cartel.

Se apartó bruscamente de la ventana y tomó su abrigo con ademán enérgico y severo como si intentara volver de inmediato a la disciplina de la acción. Se lo puso con decisión, ajustó su cinturón y se apresuró a apagar las luces con movimientos breves, mientras se dirigía hacia la salida.
Abrió la puerta y se detuvo estupefacto. Una sola lámpara estaba encendida en un rincón de la recepción y un hombre estaba sentado en el borde de una mesa, en actitud de paciente espera: era Francisco d'Anconia.
Rearden se quedó paralizado. Francisco, sin moverse, esbozó una leve sonrisa, como un guiño entre conspiradores que compartieran un secreto pero no quisieran reconocerlo. Fue sólo un instante, casi demasiado breve para resultar perceptible, porque Francisco se levantó enseguida, con amable deferencia. El movimiento sugería cierto protocolo austero y la negativa a toda idea de arrogancia, pero el hecho de no haber pronunciado palabra alguna de saludo, ni ofrecido explicaciones ponía de relieve la intimidad del momento.
Con dureza, Rearden preguntó: -¿Qué hace usted aquí?
-Creí que desearía verme esta noche, Sr. Rearden -respondió d'Anconia.
-¿Por qué?
-Por la misma razón por la que se quedó hasta tan tarde en su oficina, pues usted no estaba trabajando.
-¿Cuánto tiempo lleva sentado ahí?
-1 o 2 horas.
-¿Por qué no me golpeó la puerta?
-¿Me hubiera permitido entrar?
-Hace esa pregunta demasiado tarde.
-¿Quiere que me vaya, Sr. Rearden?
Rearden señaló la puerta de su oficina.
-Entre -le dijo.
Al encender de nuevo las luces, ya en total dominio de sí mismo, Rearden pensó que no debía permitirse sentir nada, pero el calor de la vida renacía en él, dentro de la tensa y anhelante calma de una emoción que no podía identificar. Conscientemente se dijo: "Ten cuidado".
Se sentó en el borde de su escritorio, cruzó los brazos, miró a Francisco, que seguía respetuosamente de pie, y le preguntó apenas sonriendo: -¿A qué ha venido?
-No quiere que le responda, Rearden. No querrá admitir ante mí, ni ante usted mismo, lo desesperadamente solo que se siente esta noche. Si no se lo pregunto, no se verá en la obligación de negarlo, así que simplemente acepte lo que sabe y que estoy enterado de ello.
Tenso como una cuerda estirada por la impertinencia desde un extremo y por la admiración por la franqueza desde el otro, Rearden afirmó: -Lo admitiré si lo desea. ¿Qué puede importarme que usted lo sepa?
-Pues, eso, que lo sé y me preocupo, Sr. Rearden. Soy el único.
-¿Por qué debería importarle? ¿Y por qué debería necesitar su ayuda esta noche?
-Porque no es fácil maldecir al hombre que más le importa.
-No lo maldeciría si se limitara a permanecer alejado de mí.
Los ojos de Francisco se abrieron un poco más, luego sonrió y dijo: -Me refería al Sr. Danagger.

Por un instante pareció que Rearden deseaba abofetearse a sí mismo, pero rió apenas y dijo: -De acuerdo, siéntese.
Esperó para ver qué ventaja aprovecharía ahora Francisco, pero éste permaneció en silencio con una sonrisa dotada de cierta extraña cualidad infantil, de una expresión de triunfo y gratitud, y se sentó.
-Yo no maldigo a Ken Danagger -dijo Rearden.
-¿De veras?
Las 2 palabras sonaron con énfasis singular, pronunciadas suavemente, casi con precaución, sin que en la cara de Francisco se dibujara el menor rastro de sonrisa.
-No trato de determinar cuánto puede soportar un hombre. Si se rindió, no soy yo quien debe juzgarlo.
-¿Si ha cedido?...
-¿No fue así?
Francisco se reclinó con una sonrisa que no era de felicidad. -¿Qué efectos tendrá para usted su desaparición?
-Sólo tendré que trabajar un poco más.
Francisco miró un puente de acero que se destacaba en líneas negras contra un fondo rojo, más allá de la ventana, y dijo señalándolo: -Cada una de esas vigas tiene un límite de resistencia de la carga a soportar. ¿Cuál es el suyo?
Rearden volvió a reír.
-¿Es eso lo que teme? ¿Es ésa la causa de su visita? ¿Temía que yo también me desplomara? ¿Pretendía salvarme, igual que Dagny Taggart quiso salvar a Ken Danagger? Ella intentó llegar a tiempo, pero no pudo.
-¿De veras? No lo sabía. La Srta. Taggart y yo discrepamos en muchas cosas.
-No se preocupe, no pienso desaparecer. Que todos abandonen y dejen de trabajar: yo no lo haré. Desconozco mi límite, pero es algo que no me preocupa. De lo único que quiero estar seguro es que nada podrá detenerme.
-Cualquiera puede ser detenido, Sr. Rearden.
-¿Cómo?
-Sólo se trata de averiguar cuál es el motivo impulsor de las personas.
-¿Qué es eso?
-Debería saberlo, Rearden. Usted es uno de los últimos moralistas que quedan en el mundo.
Rearden rió con amargura.
-Me habían llamado de muchas formas, excepto de esa. No se imagina lo equivocado que está.
-¿Está seguro?
-Creo que puedo estarlo. ¿Moral? ¿Qué diablos le hizo suponer eso?
Francisco señaló las instalaciones, al otro lado de la ventana.
-Eso.
Durante largo rato, Rearden lo miró en silencio y luego preguntó: -¿A qué se refiere?
-Si desea ver un principio abstracto, como es la acción moral, en forma material, ahí lo tiene. Fíjese bien, Sr. Rearden. Cada viga, cada tubería, cada cable, cada válvula, fue colocado en su sitio en respuesta a una pregunta: "¿Está bien o mal?". Usted tuvo que elegir lo bueno y lo mejor dentro de lo que sabía; lo mejor para el cumplimiento de un propósito: el de fabricar acero. Y luego seguir actuando y

extendiendo dicho conocimiento para mejorar y volver a mejorar, siempre con su propósito como patrón de todos los valores. Tuvo que actuar de acuerdo con su propio juicio; tuvo que poseer capacidad para juzgar, valor para aceptar el veredicto de su mente y hacer gala de la más pura e implacable consagración al propósito de obrar bien, de hacer lo mejor, lo óptimo. Nada pudo obligarlo a obrar contra su propio juicio, y hubiera rechazado como errónea, e incluso como maléfica, cualquier opinión humana que le hubiese sugerido que el mejor modo de calentar un horno es llenarlo con hielo. Millones de hombres, toda una nación, no fueron capaces de impedirle producir metal Rearden, porque usted estaba seguro de su valor superlativo y del poder que tal seguridad le confería. Pero lo que yo me pregunto, Sr. Rearden, es: ¿por qué vive de acuerdo con un código de principios en sus tratos con la naturaleza, y con otro distinto cuando trata con seres humanos?

Los ojos de Rearden se posaron en los de d'Anconia y la respuesta llegó lentamente, como si el esfuerzo de pronunciarla le resultara penoso: -¿Qué quiere decir con eso?

-¿Por qué no se atiene al propósito de su vida de manera tan rígida y clara como al que mueve esas fundiciones?

-¿A qué se refiere?

-Usted juzga cada uno de los ladrillos de este lugar por su valor en relación con el propósito de fabricar acero. ¿Se ha mostrado tan estricto con respecto al objetivo de su trabajo y al uso de su acero? ¿Qué se ha propuesto conseguir al dedicar su vida a la fabricación de ese metal? ¿Qué principios de valor utiliza para juzgar su vida? ¿Por qué dedicó 10 años de encarnizado esfuerzo para producir ese metal?

Rearden miró a la distancia; el ligero movimiento de sus hombros semejaba un suspiro de alivio y decepción.

-Si me pregunta eso, quiere decir que no entendería aunque le respondiera.

-Si le dijera que yo lo entiendo pero usted no, ¿me echaría de aquí?

-Debería haberlo hecho de todos modos. Así es que, ¡adelante!: dígame lo que quiera.

-¿Está orgulloso de los rieles de la línea "John Galt"?

-Sí.

-¿Por qué?

-Porque son los mejores que se hayan fabricado.

-¿Por qué los fabricó?

-Para ganar dinero.

-Hay formas mucho más fáciles de ganar dinero ¿Por qué eligió la más dura?

-Usted mismo lo dijo en su discurso durante la boda de Taggart: para cambiar mis mejores esfuerzos por los mejores esfuerzos de otros.

-Si ése fue su propósito, ¿lo ha conseguido?

El latido del tiempo se esfumó en una pesada gota de silencio. -No -dijo Rearden.

-¿Ha ganado dinero?

-No.

-Cuando exige usted sus energías al máximo con el fin de producir lo mejor, ¿espera ser recompensado, o castigado por ello? -Rearden no contestó- Según todas las normas de la decencia, del honor y de la justicia que conoce, ¿no cree que merece una recompensa?

-Sí -contestó Rearden en voz baja.
-Pero si se lo castiga, en lugar de recompensado, ¿qué clase de código está aceptando?
Rearden no respondió.
-Generalmente se supone -siguió Francisco- que vivir en sociedad hace la vida más fácil y segura que quedarnos solos, luchando contra la naturaleza en una isla desierta. Ahora bien, dondequiera que haya un hombre que necesite o use metal, hallará en el metal Rearden una forma de facilitar su vida. ¿Ha facilitado también la suya?
-No -admitió Rearden, siempre en voz baja.
-¿Su vida es la misma que antes de producir ese metal?
-No -repitió Rearden, con brusquedad, como si acabara de interrumpir el pensamiento siguiente, y la voz de Francisco lo fustigó de pronto como una orden.
-¡Dígalo!
-La ha hecho más difícil -admitió Rearden con voz incolora.
-Cuando estaba orgulloso de los rieles de la línea "John Galt" -el mesurado ritmo de Francisco prestaba una implacable claridad a sus palabras- ¿en qué clase de hombres pensaba? ¿Deseó que esa línea fuera utilizada por sus semejantes? ¿Por gigantes de la energía productiva como Ellis Wyatt, a quienes ayudaría a alcanzar aún más y más y más objetivos?
-Sí -contestó Rearden vivamente.
-¿Deseó verla utilizada también por hombres que, aunque no pudieran igualar la potencia de su mente, igualarían su integridad moral? ¿Hombres como Eddie Willers, que nunca habrían inventado ese metal, pero que harían cuanto pudiesen y trabajarían tanto como usted, viviendo gracias a sus propios esfuerzos, y que al deslizarse sobre sus rieles, dedicarían un momento de silencioso agradecimiento al hombre que les daba más de cuanto ellos podían entregarle a cambio?
-Sí.
-¿Deseaba que lo usaran sinvergüenzas corruptos, incapaces de realizar un esfuerzo, carentes de la habilidad de un oficinista, pero con sueldos de presidentes de compañías? ¿Hombres que van de fracaso en fracaso esperando que usted pague por ellos, que consideran sus deseos como un equivalente del trabajo que usted hace, y sus necesidades como un derecho superior que merece recompensas más altas que los esfuerzos del otro? ¿Personas que exigen que usted las atienda, que pretenden ver convertida su fortaleza en una esclava silenciosa y sumisa de su impotencia, que proclaman que usted ha nacido para servirlos gracias a su genio, mientras ellas nacieron para gobernar por la gracia de su inutilidad? ¿Que usted tiene que dar y ellos sólo recibir, que usted ha de producir y ellos consumir, que usted no ha de recibir pago alguno ni en especies, ni en gratitud, de modo que ellos puedan circular por sus rieles, burlarse de usted y maldecirlo, puesto que no le deben nada, ni siquiera el esfuerzo de quitarse un sombrero que también usted ha pagado? ¿Es esto lo que desea? ¿Se sentiría orgulloso?
-Destruiría esos rieles antes de que eso sucediese -dijo Rearden con los labios pálidos.
-Entonces ¿por qué no lo hace, Sr. Rearden? De las 3 clases de seres que le describí, ¿cuáles están siendo destruidos y cuáles utilizan hoy su línea?

Se oyeron los distintos latidos metálicos de la fundición, en medio de un largo paréntesis de silencio.
-El que describí en última instancia -señaló Francisco- es aquél que proclama su derecho al dinero logrado por el esfuerzo ajeno.
Rearden guardaba silencio y sólo se limitaba a observar el reflejo del cartel de neón sobre las distantes ventanas oscuras,
-Usted se enorgullece de no poner límites a su resistencia, Sr. Rearden -continuó Francisco-, porque cree estar actuando bien. ¿Y si fuese lo contrario? ¿Y si estuviera poniendo su virtud al servicio del mal, para así convertirla en una herramienta destructora de todo cuanto ama, respeta y admira? ¿Por qué no defiende su propio código de valores entre los hombres, así como lo hace entre los hornos? Si usted no permite que se registre ni siquiera un 1% de impureza en una aleación, ¿por qué la tolera en su código moral?
Rearden permanecía sentado, inmóvil, y las palabras que afluían a su mente eran como un rumor de pasos a lo largo de la ruta que había estado tratando de encontrar. Se resumían en: "la sanción de la víctima".
-Usted, que no quiso someterse a la naturaleza, sino que dedicó su vida a conquistarla y colocarla al servicio de su propia felicidad y de su bienestar, ¿a cuántas cosas se ha sometido por esas personas? Usted, que conoce por propia experiencia que el castigo es producto de los propios errores, ¿cuántos inconvenientes ha aceptado y por qué razón? Durante toda su vida ha sido acusado, no por sus faltas, sino por sus virtudes. Ha sido odiado, no por sus equivocaciones, sino por sus logros. Se han burlado de usted por las cualidades de las que se siente más orgulloso. Lo calificaron de egoísta por haber tenido el valor de actuar según su propio juicio, y convertirse en único responsable de su vida. Lo calificaron de arrogante por su mente independiente. Lo calificaron de cruel por su inflexible integridad. De antisocial por haber poseído la visión que le permitió aventurarse por rutas todavía sin descubrir. De implacable por la férrea autodisciplina con que llevó a cabo todo. De codicioso por su poder creador de riqueza. Luego de haber generado una inconcebible corriente de energía, se ha visto tachado de parásito. Usted, que produjo abundancia en lugares donde sólo existían descampados y miseria, que antes de su llegada eran habitados por seres que padecían hambre, ha sido tildado de ladrón. Usted, que mantuvo con vida a esos seres, sufre al ser considerado explotador. Usted, el más puro y moral de los hombres, se ha visto desdeñado como un vulgar materialista. ¿Se ha detenido a preguntarles con qué derecho lo califican así? ¿De acuerdo con qué normas? ¿Según qué valores? No, usted lo ha soportado todo en silencio. Se ha inclinado ante su código sin defender jamás el propio. Sabía qué clase de estricta moral era necesaria para producir un simple clavo, pero dejó que lo calificaran de inmoral. Sabía que el hombre necesita un férreo código de valores para tratar con la naturaleza, pero creyó que no necesitaba ese código para tratar con las personas, y dejó en manos de sus enemigos el arma más mortífera, un arma cuya existencia nunca sospechó ni comprendió: el código moral de ellos es su arma. Pregúntese cuán profundamente y de qué terrible modo lo ha aceptado. Pregúntese qué hace a la vida de alguien un código de valores morales, por qué no puede existir sin él, y también qué ocurre si acepta la pauta equivocada según la cual el mal es el bien. ¿Puedo decirle por qué se siente atraído hacia mí, aun cuando cree que

debería maldecirme? Porque soy el 1° en otorgarle lo que el mundo entero le debe, y que usted tendría que haber exigido a las personas antes de empezar su trato con ellas: una sanción moral.
Rearden se volvió hacia él, y se quedó quieto como suspendido en un mudo grito de sorpresa. Francisco se inclinó para mirarlo con calma, como si estuviera a punto de lograr el aterrizaje tras un vuelo peligroso, pero a la vez con tal intensidad que sus ojos parecieron temblar.
-Usted es culpable de un pecado muy grave, Sr. Rearden, mucho más culpable de lo que ellos piensan, aunque no de la manera que predican. El peor de los pecados consiste en aceptar una culpa inmerecida, y eso es lo que ha estado haciendo toda su vida. Estuvo pagando un chantaje, pero no por sus vicios, sino por sus virtudes. Ha accedido a llevar la carga de un castigo inmerecido y dejar que se hiciera mayor cuanto mayores eran sus virtudes, pero tales virtudes son las que mantienen vivos a los hombres. Su código moral, aquél por el que se regía pero que nunca declaró, reconoció ni defendió, es el código que preserva la existencia humana. Si fue castigado por observarlo, ¿cuál era la naturaleza de quienes le aplicaron el castigo? Si el suyo era el código de la vida, ¿cuál era el de ellos? ¿Qué valores tiene en sus raíces? ¿Cuál es su objetivo final? ¿Cree que se enfrenta sólo a una conspiración para privarlo de sus riquezas? Usted, que tan bien conoce la fuente de la riqueza, debería saber que es algo mucho mayor y peor que eso. ¿Me pidió que le dijera el motivo que impulsa a los hombres? Su código moral. Pregúntese adónde lo conduce el código ajeno y qué le ofrece como meta final. Peor que asesinar a alguien, es convencerlo de que el suicidio es una virtud. Una maldad mayor que arrojarlo a la hoguera es exigirle que lo haga por propia voluntad, y que, además, levante él mismo la pira. Según sus propias palabras, son ellos quienes lo necesitan y quienes nada pueden ofrecerle a cambio. Según las palabras de ellos, usted es quien debe sustentarlos porque no pueden sobrevivir sin su ayuda. Considere la liviandad que representa ofrecer su impotencia como declaración de su necesidad... la necesidad que ellos tienen de usted, como justificación de la tortura que le infligen. ¿Está dispuesto a aceptarlo? ¿Quiere conseguir, al precio de su esfuerzo y de su agonía, la satisfacción de las necesidades de quienes lo están destruyendo?
-¡No!
-Sr. Rearden -dijo Francisco con voz solemne y calma -, si viera a Atlas, el gigante que sostiene al mundo sobre sus hombros, de pie, corriéndole la sangre por el pecho, con las rodillas dobladas y los brazos temblorosos, intentando hacer acopio de sus últimas fuerzas, mientras el globo pesa más y más sobre él, ¿qué le diría que hiciera?
-Pues... no lo sé. ¿Qué... podría hacer? ¿Qué le diría usted?
-Que se rebelara.
El estrépito del metal penetró con un flujo de sonidos irregulares, sin ritmo discernible; no como la acción de un mecanismo, sino como si un impulso consciente estuviera detrás de cada ascenso repentino, aumentando para después estallar y desparramarse entre el débil gemido de los engranajes. El cristal de las ventanas vibraba de vez en cuando.
Los ojos de Francisco miraban a Rearden corno si examinaran la trayectoria de las balas lanzadas sobre el blanco maltrecho. Era una trayectoria difícil de trazar: la

esbelta figura situada al extremo de la mesa estaba erguida, y sus fríos ojos anules, fijos en la distancia; tan sólo su boca traicionaba una mueca de dolor.
-Continúe -dijo Rearden haciendo un esfuerzo- continúe, porque todavía no ha terminado, ¿verdad?
-Es sólo el comienzo -dijo Francisco con dureza.
-¿Adonde... quiere llegar?
-Lo sabrá antes de que haya terminado. Pero 1° quiero que me conteste una pregunta: si comprende la naturaleza de la carga que soporta: ¿corno puede...?
El aullido de una sirena de alarma desgarro el aire al otro lado de la ventana y se disparó como un cohete en una larga y delgada línea hacia el cielo. Se mantuvo en las alturas un instante, cayó y volvió a levantarse, lanzando espirales de sonido como si luchara por conservar el aliento y contuviese su deseo de gritar más fuerte. Era un lamento de agonía, un pedido de ayuda, la voz de la fundición como la de un cuerpo herido que aullaba para retener el alma.
Rearden creyó haberse abalanzado hacia la puerta en el mismo instante en que tomaba conciencia de la señal, pero se dio cuenta de que lo había hecho un segundo más tarde que Francisco. Arrojado por la explosión de una respuesta idéntica a la de su interlocutor, Francisco d'Anconia voló por el vestíbulo, apretó el botón del elevador y, sin esperarlo, bajó a toda prisa por la escalera. Rearden lo siguió, y controlando el indicador del elevador en los descansos de cada piso, se encontraron con él a mitad de camino. Antes que la caja de acero hubiera dejado de temblar, en la planta baja, Francisco ya estaba corriendo a encontrarse con el sonido que pedía auxilio. Rearden siempre se había considerado un excelente corredor, pero no pudo mantenerse al nivel de la veloz figura que cruzaba franjas de roja claridad y de tinieblas, la de aquel Don Juan inútil, al que había admirado, aborreciéndose por ello.
El flujo que salía del agujero abierto en el lateral de un alto horno no tenía el color rojo del fuego, silo la blanca y deslumbrante claridad de un rayo de sol. Se derramó sobre el suelo, separándose al azar, formando repentinos riachuelos y atravesando una espesa nube de vapor, que sugería la claridad de la mañana. Era hierro líquido, y lo que anunciaba el grito de la sirena no era más que un escape.
La carga del horno había quedado retenida en su interior y, al aumentar de volumen, abrió aquella perforación. El capataz yacía a un costado inconsciente, el fluido blanco chisporroteaba, el agujero se volvía cada vez más grande, y los hombres luchaban con arena, mangueras y arcilla para detener los riachuelos que se deslizaban en un pesado y resbaladizo movimiento, devorando y convirtiendo en chorros de humo corrosivo todo lo que se hallaba a su paso.
En los segundos que Hank Rearden necesitó para comprender la naturaleza del desastre, pudo distinguir repentinamente la figura de un hombre en la base del horno, esbozada por la roja claridad como si se encontrase justo en el centro del torrente, y vio cómo esa figura agitaba un brazo cubierto por la blanca manga de la camisa y levantaba un objeto negro para dejarlo caer en la fuente del metal que no cesaba de chorrear. Era Francisco d'Anconia, y actuaba de un modo tan eficiente como Rearden no creía que fuese posible.
Años atrás, Rearden había trabajado en una pequeña planta de acero de Minnesota, donde su tarea consistía en cerrar manualmente el agujero abierto en un horno cada vez que se detectaba alguna explosión o fuga, arrojando balas de

arcilla refractaria para contener el metal. Era una tarea verdaderamente peligrosa que había costado la vida a varios hombres y que, desde hacía ya algunos años, había quedado prohibida tras la invención del cañón hidráulico; pero, aun en rápida extinción, existían todavía fundiciones anticuadas, que seguían utilizando equipos obsoletos y métodos antiguos. Rearden había cumplido su cometido, pero, desde aquellos tiempos, jamás había encontrado a nadie capaz de hacer ese trabajo. En medio de los chorros de vapor de un alto horno que amenazaba con derrumbarse, observaba ahora, en cambio, la alta y delgada figura del Don Juan realizando su trabajo con la habilidad de un experto.

Rearden tardó un instante en quitarse la chaqueta, tomar un par de gatas protectoras del 1° hombre que se acercó a él, y unirse a Francisco ante la boca del horno. No había tiempo para hablar, sentir, ni preguntarse nada. Francisco lo miró una sola vez, y Rearden distinguió en su cara sucia unas gafas oscuras y una amplia sonrisa.

Se encontraban en una pendiente resbaladiza por el fango, en el borde mismo de la blanca corriente de metal, con el agujero casi bajo sus pies, arrojando arcilla al deslumbrante resplandor, donde las retorcidas lenguas de metal hirviente parecían franjas de gas. La conciencia de Rearden se limitó a una simple progresión de movimientos: inclinarse, levantar la arcilla, apuntar, arrojarla abajo y, antes de que llegara a destino, inclinarse de nuevo para tomar el siguiente pedazo. Era una conciencia concentrada en vigilar la dirección de su brazo, con el fin de salvar el horno y, al mismo tiempo, mantener la precaria posición de sus pies para mantenerse a salvo. No percibía ninguna otra cosa, excepto que la suma de todo aquello era una entusiasta sensación de acción, de capacidad, de precisión y de materialización de su voluntad. Sin tiempo para fijarse en ello, pero sabiendo que existía, aceptándolo con sus sentidos, sin pasar por la censura de su mente, Rearden continuaba viendo una oscura silueta de cuyos hombros, codos y planos parecían surgir rayos rojos que trazaban círculos a través del vapor, que, como reflectores de teatro, iban detrás de los movimientos de un ser humano rápido y experto, a quien, hasta entonces, sólo había visto en traje de etiqueta bajo las luces de un salón de baile.

No tenía tiempo para formar palabras, para pensar, ni para explicar, pero se dijo que aquél era el verdadero Francisco d'Anconia, el ser al que había apreciado desde el 1° momento. La palabra "apreciar" no lo sorprendió, porque era incapaz de concebir ninguna otra: sólo sentía una suerte de alegría, muy similar al fluir del metal, que se agregaba a la suya propia.

Siguiendo el ritmo de su cuerpo, con el calor en la cara y la noche invernal sobre la espalda, Rearden súbitamente comprendió que presenciaba la pura y simple esencia de su universo: el rechazo instantáneo a someterse al desastre, el irresistible impulso de luchar contra él, el triunfante sentimiento de la habilidad para vencer. Estaba convencido de que también Francisco lo sentía, de que estaba movido por el mismo impulso, que era lícito tener esa sensación, que era lícito para ambos ser como eran. Los destellos le mostraron una cara cubierta de sudor, atenta a sus actos; era la cara más alegre que jamás había visto.

El horno se levantaba sobre ellos, la negra estructura envuelta en tubos y en vapor parecía jadear con sonidos entrecortados, mientras ellos luchaban para que no se desangrara hasta morir. A la altura de sus pies brotaban chispazos que, luego de

estallar en repentinos haces luminosos, iban a morir sobre sus ropas o contra la piel de sus manos. La pérdida se fue haciendo cada vez más lenta, en chorros discontinuos que rompían al otro lado del dique levantado más allá de su vista.
Todo ocurrió tan repentinamente que Rearden no llegó a comprenderlo totalmente hasta que terminó. Supo que había habido 2 momentos cruciales: el 1°, cuando vio el cuerpo de Francisco columpiarse violentamente al inclinarse para lanzar la arcilla, y en seguida dando un repentino y convulso tirón hacia atrás, sus brazos extendidos y su silueta perdiendo el equilibrio, que le hizo pensar que un mal movimiento, a la distancia que estaban los 2 de aquel borde resbaladizo y a punto de derrumbarse, significaría la muerte de ambos; y el segundo momento fue cuando se encontró junto a Francisco, sosteniéndolo entre sus brazos mientras los 2 se tambaleaban en el espacio, justo en la orilla del blanco pozo y por fin recuperaban el equilibrio y se echaban hacia atrás. Por un instante, aún sostuvo el cuerpo de Francisco contra el suyo, como si hubiera sido el de su propio hijo. Su aprecio, su terror, su alivio, se encontraron en una sola frase: -¡Cuidado, maldito idiota!
Francisco tomó un pedazo de arcilla y continuó su tarea. Cuando todo hubo terminado y la rajadura quedó sellada, Rearden notó una contorsión de dolor en los músculos de sus brazos y piernas; no tenía fuerzas para moverse y sin embargo, se sentía como al entrar en la oficina por la mañana, dispuesto a resolver una serie de 10 nuevos problemas. Miró a Francisco y, por 1° vez, pudo ver que sus ropas estaban llenas de agujeros bordeados de negro, que les sangraban las manos, que Francisco tenía una herida en la sien y que un hilo rojo se deslizaba por su pómulo. Francisco se quitó las gafas protectoras y le dirigió una diáfana sonrisa.
Un joven, en cuyo rostro se pintaba una expresión de crónico resentimiento aunado a cierta impertinencia, corrió hacia él gritando: -¡No pude evitarlo, Sr. Rearden!
El obrero inició un discurso de justificación, pero Rearden le volvió la espalda sin pronunciar palabra. Era el ayudante, encargado del manómetro del horno, un joven recién egresado de la universidad.
En algún lugar en el borde exterior de la conciencia de Rearden surgió la idea de que esa clase de accidentes se producían cada vez con más frecuencia, probablemente provocados por el mineral que se utilizaba, pero era el único que conseguía. Sus viejos obreros siempre habían podido evitar el desastre, ya que cualquiera de ellos hubiera notado los síntomas del estallido y lo habría prevenido, pero no quedaban ya muchos de ellos, tenía que emplear a los que hallase. A través de los serpenteantes anillos de vapor que lo envolvían, observó que eran los más viejos los que habían corrido desde otras partes, para luchar contra el escape y ahora formaban una hilera para ser atendidos por el personal médico de la fundición. Se preguntó qué les estaba sucediendo a los jóvenes, pero su interés quedó absorbido por la imagen del rostro del muchacho al que prefería no mirar; sufrió una oleada de desprecio, y albergó la idea, imposible de expresar en palabras, de que, si aquél era el enemigo, no había nada que temer. Todo esto acudió a su mente y se desvaneció luego en la oscuridad exterior; lo que había conseguido eliminarlo era nada más que Francisco d'Anconia.

Vio a Francisco dar órdenes a quienes lo rodeaban. No sabían quién era ni de dónde había salido, pero lo escucharon, comprendiendo que conocía su trabajo. Francisco se interrumpió al ver a Rearden acercarse y dijo riendo: -¡Oh! Le ruego que me perdone.
A lo que Rearden contestó: -Por favor, continúe, hasta ahora va bien.
No se dirigieron la palabra mientras caminaban en la oscuridad, de regreso a la oficina. Rearden estaba exultante de felicidad y le hubiera gustado hacer un guiño a Francisco como si se tratara de un conspirador enterado de cierto secreto que el otro no reconocería. Lo miró varias veces, pero Francisco no le devolvió la mirada.
Al cabo de un rato, francisco dijo: -Me ha salvado la vida.
En el modo de decirlo, estaban expresadas las "gracias".
-Y usted ha salvado mi horno -respondió Rearden con una dulce sonrisa.
Continuaron caminando en silencio. Rearden se sentía más ligero y animado a cada paso; al levantar la cara hacia el aire fresco de la noche, observó la tranquila oscuridad del cielo, y una sola estrella que brillaba sobre una chimenea en la que se recortaban las palabras "Rearden Steel". Se sentía feliz de vivir.
Lo sorprendió el cambio que observo en el rostro de Francisco cuando lo vio a la luz de la oficina. El gesto que había percibido en él ante el horno había desaparecido. Esperaba una expresión triunfal y burlona ante los insultos que Rearden le había dirigido, una expresión que exigiera la disculpa que estaba dispuesto a ofrecerle. Pero en su lugar, su rostro se veía sin vida, dominado por un extraño abatimiento.
-¿Está herido?
-No... no, no es nada.
-Pase - le ordenó Rearden abriendo la puerta del baño.
-Mire cómo está.
-No se preocupe. Venga por aquí.
Por 1° vez, Rearden percibió la diferencia de edad que los separaba y le agradó hacerse cargo de Francisco, le provocaba una sensación de confiada, divertida y paternal protección.
Lavo el hollín que cubría la cara de Francisco, y le puso desinfectantes y vendas adhesivas en la sien, en las manos y los maltrechos codos. Francisco lo obedecía en silencio.
En el tono de quien expresa el más elocuente saludo del que es capaz, Rearden le preguntó: -¿Dónde aprendió a trabajar de ese modo?
Francisco se encogió de hombros.
-Me crié entre todo tipo de fundidores -repuso indiferente.
Rearden no pudo descifrar la expresión de su cara: su mirada tenía una peculiar tranquilidad, como si sus ojos estuvieran fijos en alguna visión secreta que obligara a su boca a adoptar una línea desolada y amarga a la vez, como si se estuviera burlando dolorosamente de sí mismo.
No hablaron hasta que estuvieron de regreso en la oficina de Rearden.
-Todo cuanto dijo antes aquí era verdad -reconoció Rearden- Pero eso era una parte de la historia. La otra parte es lo que hicimos esta noche. ¿Se da cuenta? Somos capaces de actuar, y ellos no. Por eso, seremos nosotros quienes a la larga triunfaremos, sin que importe lo que hagan.
Francisco no contestó.

-Escuche -continuó Rearden- Comprendo muy bien lo que le ha sucedido. Nunca le interesó tener una sola jornada de trabajo verdadero en su vida. Creía que usted era un tipo jactancioso, pero ahora me doy cuenta de que no tiene idea de lo que lleva dentro. Olvídese por un momento de su fortuna y venga a trabajar conmigo. Puedo ofrecerle un empleo de Capataz de hornos. No sabe lo bien que le hará. A los pocos años, usted estaría dispuesto a apreciar y a dirigir D'Anconia Copper como lo merece.
Esperaba que el otro se echase a reír, y estaba dispuesto a rebatir lo que le contestara, pero, en vez de ello, Francisco movió lentamente la cabeza como si no pudiera confiar en su voz, como si temiese que hablar significara una aceptación de la propuesta: al cabo de un momento, respondió: -Sr. Rearden... creo que daría el resto de mi vida para ser por 1 solo año capataz de uno de sus hornos, pero no puedo.
-¿Por qué?
-No me lo pregunte, es un asunto personal.
La visión de Francisco impresa en la mente de Rearden, que para éste había resultado irresistiblemente atractiva, a su pesar, era la figura de un hombre radiante, incapaz de sufrir. Lo que ahora veía en los ojos de Francisco era la expresión de fina tranquila paciente tortura.
Francisco tomó su abrigo en silencio.
-No irá a marcharse, ¿verdad? -le preguntó Rearden.
-Así es.
-¿No va a terminar con lo que tenía que decirme?
-Esta noche, no.
-Quería que le contestara una pregunta. ¿Cuál era?
Francisco negó con la cabeza.
-Usted empezó preguntándome cómo podía... ¿cómo podía que?
La sonrisa de Francisco era como un gemido de dolor: el único que podía permitirse.
-No es preciso que se lo pregunte, Sr. Rearden. Ya sé la respuesta.

CAPÍTULO IV - LA SANCIÓN DE LA VÍCTIMA

El pavo había costado 30 dólares. El champán, 25. El mantel de encaje, con dibujo de racimos y hojas de viña, matizado bajo la claridad de los candelabros, 2.000. La vajilla, de porcelana artísticamente grabada en azul y oro, 2.500. Los cubiertos de plata con las iniciales "L.R.", entre coronas de laurel, estilo Imperio, 3.000. Pero no estaba bien visto pensar en dinero o en lo que significaba para ellos.
Un adorno dorado, con forma de zapato de labrador, se hallaba en el centro de la mesa, lleno de caléndulas, uvas y zanahorias. Las velas estaban dentro de calabazas, con cortes en forma de bocas abiertas, de las que surgían uvas pasas, nueces y caramelos, que se desparramaban sobre la mesa.
Esa la cena de Acción de Gracias, y las 3 personas sentadas frente a Rearden eran su esposa, su madre y su hermano.

-Hemos de dar gracias al Sr. por sus bendiciones -dijo la madre- Dios ha sido bondadoso con nosotros. Son muchas las personas que, en esta misma noche, no tienen que comer en su casa, y algunas, ni siquiera tienen casa y cada vez son más los que diariamente se quedan sin trabajo. Me da escalofríos observar la ciudad. La semana pasada, ¿saben con quién me encontré?: con Lucie Judson, Henry, ¿te acuerdas de Lucie Judson? Vivía en la casa de al lado, en Minnesota, cuando tenías 10 o 12 años. Tenía un hijo de tu misma edad. Perdí contacto con ella cuando se mudaron a Nueva York, hace cosa de 20 años. Pues bien, me dejó helada ver en lo que se ha convertido: una vieja harapienta y desdentada, envuelta en un gabán de hombre, que pide limosna en una esquina. Y me dije: "Podría ser yo, de no ser por la gracia de Dios".
-Bueno, si se trata de dar gracias -dijo alegremente Lillian- no olvidemos a Gertrude, la nueva cocinera, que es una verdadera artista.
-Pues yo voy a ser más anticuado -dijo Philip- y me limitaré a dar las gracias por la madre más dulce del mundo.
-Entonces dijo la aludida -deberíamos agradecer esta cena a Lillian por todas las molestias que se ha tomado para hacerla tan agradable- Tardó horas en preparar esta mesa. ¡Todo tiene un aspecto tan original y distinguido!
-El zapato de madera es lo mejor -dijo Philip, agachando la cabeza para estudiarlo con apreciación crítica- Ése es el detalle fundamental. Cualquiera puede tener candelabros, cubiertos de plata y otras cosas que se compran con dinero; en cambio, para esto se necesita ingenio.
Hank Rearden no dijo nada. La luz de las velas mostraba un rostro tan inexpresivo, impersonal y amable como un retrato.
-No has probado el vino -obsersó su madre- Creo que deberías proponer un brindis de gratitud a la gente de este país que te ha dado tanto.
-Henry no está de humor para esto, madre -intervino Lillian- Temo que el día de Acción de Gracias es una fiesta sólo para quienes tienen la conciencia tranquila. -Levantó su copa, pero la detuvo a mitad de camino hacia sus labios y pregunto: -No iras a adoptar una actitud intransigente en el juicio de mañana, ¿verdad, Henry?
-Pues, sí.
Ella dejó la copa.
-¿Qué vas a hacer?
-Lo sabrás mañana.
-No pensarás que podrás salirle con la tuya, ¿verdad?
-No sé en qué piensas realmente cuando te retienes a eso.
-¿No te das cuenta de que la acusación en tu contra es extremadamente grave?
-Sí.
-Reconociste haber vendido ese metal a Ken Danagger.
-Desde luego.
-Podrían mandarte 10 años a la cárcel.
-No creo que lo hagan, pero es posible.
-¿Has leído los periódicos, Henry? -pregunto Philip con una extraña sonrisa.
-No.
-¡Oh! Deberías.
-¿En serio? ¿Por qué?

-Deberías saber los calificativos que te aplican.
-Es interesante -concedió Rearden; ahora la sonrisa de Philip expresaba placer.
-No lo entiendo -intervino su madre- ¿Has dicho cárcel, Lilian? Henry, ¿es que te van a encerrar?
-Podría ser.
-¡Qué ridiculez! Haz algo para evitarlo.
-¿Qué quieres que haga?
-No lo sé. No entiendo una palabra de eso, pero la gente respetable no va a la cárcel. Haz algo, siempre supiste qué hacer con tus negocios.
-No con los de este tipo.
-No lo puedo creer. -Su voz adoptó el tono de un niño malcriado asustado- Dices eso tan sólo para alarmarme.
-Está haciéndose el héroe, madre -declaró Lillian sonriendo fríamente y volviéndose a Rearden- ¿No crees que tu actitud resulta completamente inútil?
-No.
-Sabes muy bien que estos casos se arreglan sin necesidad de llegar a los tribunales. Existen muchos medios para evitarlo, para arreglar las cosas amistosamente... siempre que se conozca a las personas adecuadas.
-Yo no conozco a las personas adecuadas.
-Fíjate en Orren Boyle. Ha hecho algo mucho, pero mucho peor que tu pequeña incursión por el mercado negro y, sin embargo, es tan astuto que sabe mantenerse fuera de los tribunales.
-Entonces, yo no soy lo suficientemente listo.
-¿No crees que ha llegado el momento de hacer un esfuerzo para adaptarte a las condiciones de tu época?
-No.
-Entonces, no veo cómo puedes adoptar el papel de víctima. Si vas a la cárcel, será por tu propia culpa.
-¿De qué estás hablando, Lillian?
-¡Oh! Sé que crees que estás luchando por algún principio, pero, en realidad, sólo se trata de un caso de increíble jactancia, lo haces porque piensas que tienes razón.
-¿Crees que ellos tienen la razón?
Lillian se encogió de hombros: -Precisamente ésa es la jactancia de la que estoy hablando, la de establecer quién está en lo cierto y quién no. Esa insistencia tuya en actuar siempre bien es la forma de vanidad mas insoportable que existe. ¿Cómo sabes lo que está bien? ¿Cómo es posible saberlo? Se trata sólo de una ilusión con la que halagas tu propio ser y lastimas a los demás haciendo patente tu superioridad sobre ellos.
Rearden la miraba con profunda atención.
-Si se trata sólo de una ilusión, ¿por que ha de lastimar a nadie? -respondió el.
-¿Es necesario señalar que, en tu caso, no es más que hipocresía? Por eso me irrita tu actitud. Las cuestiones de derecho no tienen influencia en la existencia humana. Y tú no eres más que un ser humano, ¿verdad, Henry? No mejor que ninguno de los que enfrentarás mañana. Creo que deberías recordar que no puedes defenderte sobre la base de ningún principio. Quizás en este caso seas una víctima y te estén haciendo objeto de una jugarreta, pero ,¿qué importa? Lo

hacen porque son débiles y no pudieron resistir la tentación de apoderarse de tu metal y de interferir en tus beneficios, porque no tienen otro modo de hacerse ricos. ¿Por qué culparlos? Es sólo una cuestión de tensiones, pero en el fondo, se trata de que el maltrecho tejido humano ceda lo más pronto posible. A ti no te tentarla el dinero porque te es fácil obtenerlo, pero, en cambio, no resistirías otras presiones y caerías bajo sus efectos de manera tan ignominiosa como ellos. ¿No? Así que no tienes derecho a mostrarte tan justicieramente indignado. No tienes ninguna superioridad moral para defenderte, y si no la tienes, ¿para qué empeñarse en librar una batalla que no puedes ganar? Me parece que se puede encontrar cierta satisfacción en ser un mártir cuando uno no tiene la culpa, pero, ¿quién eres tú para arrojar la 1° piedra?

Lillian Rearden se detuvo para apreciar el efecto de sus palabras, pero no hubo ninguno, excepto que el interés de Henry pareció intensificarse con impersonal y científica curiosidad. No era la reacción que había esperado.

-Creo que me has entendido -dijo ella.

-No -respondió Hank tranquilamente- No te he comprendido.

-Creo que debes abandonar la ilusión de que eres perfecto, porque sabes claramente que es solo eso: una simple ilusión. Debes aprender a relacionarte con otras personas, porque la época de los héroes ya pasó. Estamos en la era de la humanidad, y en un sentido mucho más profundo de lo que imaginas. Ya no se espera que nadie sea un santo, ni que nadie sea castigado por sus pecados. Nadie obra bien o mal: estamos aquí todos juntos, todos somos humanos, y lo humano es imperfecto. No ganarás nada mañana al demostrar que se equivocan. Deberías acatar sus decisiones de buen grado, simplemente porque es lo más práctico, y deberías quedarte callado, precisamente porque están en un error. Lo apreciarán: haz concesiones a los demás, y ellos las harán contigo. Vive y deja vivir. Da y toma. Cede y acepta. Tal es la política de nuestra era y creo que ha llegado el momento de que lo admitas de una vez por todas, y no me digas que eres demasiado bueno porque sabes que no es así y que yo lo sé.

La mirada de Rearden siguió abstraída, fija en un punto en el espacio, sin reaccionar ante las palabras de su esposa; en realidad, estaba oyendo en su mente una voz masculina que decía: "¿Cree que aquello a lo que se enfrenta es simplemente una conspiración para apoderarse de su riqueza? Usted, que sabe cuál es la fuente del dinero, debería saber que se trata de algo mucho más importante y peor que eso".

Desde la inmensidad de su indiferencia Rearden observaba a su mujer, consciente de sus fracasadas intenciones. El rumoroso torrente de sus agresiones era como el sonido de una distante máquina de remachar; una prolongada e impotente presión que no lograba efecto alguno en él. Durante los últimos 3 meses, la había oído acusarlo cada noche que pasaba en la casa, sin haber experimentado sentimiento alguno de culpabilidad. El castigo que ella deseaba infligirle era la tortura de avergonzarlo, pero lo único que conseguía era la tortura de aburrirlo.

Henry recordó su breve percepción -aquella mañana en el hotel Wayne-Falkland- de una grieta en el esquema de castigo de su esposa. Entonces no se detuvo a examinarla, pero ahora lo hizo por 1° vez. Quería que se sintiera verdaderamente deshonrado, pero el sentido del honor de Rearden era la única arma con la que contaba. Deseaba obligarlo a reconocer su depravación moral, pero sólo su

rectitud podría atribuirle significado a tal veredicto. Quería herirlo con su desprecio, pero él no podía sentirse herido, a menos que aceptara la opinión de Lillian. Quería castigarlo por el dolor que le había causado, y se aferraba a ese dolor como arma en su contra, como si quisiera extorsionarlo con su agonía. Pero su único medio se basaba en la benevolencia de Henry, en su preocupación por ella y en su compasión. El único poder con que contaba Lillian era el que le daban las virtudes de su esposo. ¿Y si él optaba por abandonarlas?

Una cuestión de culpabilidad, pensó, tenía que descansar sobre la base de su propia aceptación del código de justicia que lo declarase culpable. Pero no lo aceptaba, nunca lo había hecho. Sus virtudes, todas aquellas virtudes que ella necesitaba para lograr su castigo, procedían de otro código. No se sentía culpable ni avergonzado, ni arrepentido, ni deshonrado. No experimentaba preocupación alguna por el veredicto que ella pronunciara, pues hacía mucho tiempo que le había perdido el respeto y la única cadena que aún lo retenía era un último resto de lástima.

Ahora bien: ¿cuál era el código de ella? ¿Qué clase de código aceptaba la noción de un castigo que requería la virtud de la víctima como combustible para hacerlo funcionar? Un código, pensó Henry, que sólo destruía a quienes intentaban observarlo; aquel castigo sólo era sufrido por las personas decentes, mientras las deshonestas quedaban indemnes. ¿Podía concebirse una infamia mayor que igualar la virtud con el dolor? ¿Convertir a la virtud, en lugar del vicio, en fuente y motivo del sufrimiento? Si él era la clase de indeseable que ella se esforzaba en hacerle creer, no le hubiera importado en lo más mínimo su honor ni su dignidad moral. Pero si no era así, ¿qué estaba buscando ella?

¿Contar con su virtud y utilizarla como instrumento de tortura? ¿Chantajear desde la generosidad de la víctima, como única forma de extorsión? ¿Aceptar el regalo de la buena voluntad de un hombre y convertirlo en instrumento de su destrucción?... Se quedó reflexionando en la fórmula de una maldad tan monstruosa que, aunque pudiera darle un nombre, se le hacía difícil aceptar.

Una pregunta repiqueteaba en su interior: ¿conocía Lillian la naturaleza exacta de su esquema? ¿Se trataba de una política consciente, ideada con plena comprensión de su significado? Movió la cabeza: no la odiaba lo suficiente como para creerlo así.

La miró. Estaba absorta en la tarea de cortar un pastel de ciruelas, que se alzaba entre una montaña de llamas azules en una bandeja de plata, con el reflejo bailando sobre su cara sonriente. Hundía un cuchillo de plata en la llama, arqueando el brazo de un modo diestro y gracioso. Un broche de hojas metálicas rojas, doradas y castañas sobre un hombro del vestido de terciopelo negro brillaba a la luz de las velas.

Henry no podía librarse de la impresión que había estado percibiendo y rechazando durante 3 meses: que la venganza de su mujer no era una forma de desesperación como él había supuesto, sino que daba la inconcebible sensación de que lo estaba disfrutando. No podía percibir ningún signo de sufrimiento en su actitud y había en ella un nuevo aire de confianza. Por primera vez, parecía sentirse perfectamente en su casa. Aun cuando todo lo que había en ella había sido elegido según su gusto personal, Lillian siempre había actuado como una brillante, eficiente y resentida encargada de un hotel de lujo, amargada porque su

posición es inferior a la de los dueños. Ahora la amargura había desaparecido. Lillian no había aumentado de peso, pero sus facciones habían perdido aquella delicada agudeza de antes, en un blando aire de satisfacción; incluso su voz sonaba algo más grave.
Henry la vio hablar y reír frente a los últimos fulgores de las llamas azules, pero no la oía, sólo se preguntaba si ella lo sabría. Estaba seguro de haber descubierto un secreto mucho mayor que el problema de su matrimonio; de haber captado la fórmula de una política practicada en el mundo más ampliamente de lo que se atrevía a suponer en ese momento. Pero condenar a un ser humano por semejante práctica constituía un veredicto de irrevocable maldad, y él no podía creerlo de nadie, en tanto hubiera una mínima duda.
Con un último esfuerzo de su generosidad, se dijo que no podía creerlo de ella. En nombre de la gracia o el orgullo que pudiera poseer; en nombre de los momentos en que había visto una sonrisa de felicidad en su cara, la sonrisa de un ser viviente; en nombre de la breve sombra de amor que cierta vez sintió hacia ella, no podía pronunciar en su contra un veredicto de tanta maldad.
El mayordomo depositó un plato con pastel de ciruelas frente a él y Lillian preguntó: -¿Dónde estuviste durante los últimos 5 minutos, Henry? ¿O acaso ha sido un siglo? No me has contestado, no has oído ni una palabra mía.
-Sí, te he oído -respondió con calma- No sé qué te propones.
-¡Pero mira la pregunta que haces! -exclamó su madre- ¿Es así como se comporta un hombre? Intenta salvarte de la cárcel... eso es lo que trata de hacer.
Pensó que quizá fuera cierto. Tal vez razonando con una cobardía infantil y primitiva, lo único que todos querían era protegerlo, obligarlo a estar seguro mediante un arreglo incalificable. "Es posible", pensó, pero al mismo tiempo no podía creerlo.
-Siempre caíste antipático -dijo Lillian- y esto es mucho más que una cuestión particular, es esa inflexible y huraña actitud que sueles adoptar. Quienes van a juzgarte saben lo que piensas y por eso usarán su autoridad en tu contra, mientras dejan a otro en libertad.
-No, no creo que sepan lo que pienso. Eso es precisamente lo que les haré saber mañana.
-Salvo que demuestres que estás dispuesto a cooperar con ellos, tus posibilidades son mínimas, porque fuiste muy difícil de tratar.
-No, he sido demasiado fácil.
-Pero si te meten en la cárcel -indicó su madre- ¿qué va a ser de tu familia? ¿No has pensado en eso?
-No, no lo he pensado.
-¿Has pensado en la desgracia que significará para nosotros?
-Madre, ¿comprendes lo que se debate en mi caso?
-No, no lo entiendo, ni lo quiero comprender. Son todos negocios sucios y política sucia. Todos los negocios son política sucia y toda la política sucia es un negocio. Jamás quise comprender nada de eso y no me importa quién tenga razón y quién no, pero creo que lo primero por lo que debe preocuparse un hombre es por su familia. ¿No has pensado sobre lo que esto significará para nosotros?
-No, madre, no lo sé, ni me importa.
Su madre lo miró estupefacta.

-Creo que todos están demostrando una actitud completamente provinciana -intervino Philip de improviso- Ninguno parece preocupado por los aspectos mucho más amplios y sociales de este caso. No estoy de acuerdo contigo, Lillian, no sé por qué dices que Henry es objeto de una trampa vil y que es él quien tiene razón. Por mi parte, yo creo que es tan culpable como el mismísimo demonio. Mamá, voy a explicarte los hechos con toda sencillez. No hay nada raro en esto, los tribunales están llenos de casos semejantes. Los empresarios se aprovechan de las dificultades nacionales para conseguir dinero y quebrantan las disposiciones legales que protegen el bienestar general, en beneficio de sus ganancias personales. Son oportunistas que actúan en el mercado negro y se hacen ricos privando a los pobres de la parte que les corresponde por ley, en una época de desesperada escasez. Llevan a cabo una política implacable, exasperante y antisocial, basada en la simple avaricia egoísta. De nada sirve disimularlo, todos lo sabemos bien, y lo considero despreciable.
Hablaba en tono despreocupado, como si estuviese explicando algo a un grupo de adolescentes, con la seguridad de quien conoce que su base moral está fuera de toda duda.
Rearden se quedó mirándolo, como analizando un objeto por primera vez. En lo más profundo de su mente, con un tranquilo, reposado e inexorable latido, una voz masculina le decía: "¿Con qué derecho habla así? ¿Basándose en qué código? ¿Según qué normas?".
-Philip -dijo Rearden sin levantar la voz- vuelve a decir una cosa así, y te echo a la calle ahora mismo, con la ropa que llevas puesta y las monedas que tengas en los bolsillos, nada más.
No hubo respuesta, ni sonido, ni movimiento alguno. Ninguna de las 3 personas frente a él parecía sorprendida; la expresión de sus caras no era la de quienes acaban de escuchar el súbito estallido de una bomba, sino la de quienes saben que están jugando con una mecha encendida. No hubo exclamaciones, ni protestas, ni preguntas: sabían lo que significaban sus palabras y que era capaz de cumplirlas. Rearden tuvo la perturbadora certeza de que eran conscientes de aquello desde mucho antes que él.
-No... no arrojarías a tu hermano a la calle, ¿verdad? -articuló por fin su madre, no en tono de pregunta, sino de súplica.
-Lo haría.
-Es tu hermano... ¿Eso no significa nada para ti?
-No.
-Quizás a veces se le va la mano, pero habla por hablar, repite esa jerga moderna, sin saber lo que dice.
-Pues entonces que se entere de una buena vez.
-No seas duro con él... Es más joven que tú, y... más débil. Henry, no me mires de ese modo -suplicó su madre Nunca te había visto una expresión semejante... No deberías asustarlo, sabes que te necesita.
-¿Y él lo sabe?
-No puedes ser tan duro con quien te necesita: ¿no te remordería la conciencia durante el resto de tu vida?
-No.
-Tienes que ser amable, Henry.

-No lo soy.
-Tienes que tener compasión.
-No la tengo.
-Un buen hombre sabe perdonar.
-Yo no.
-¿No querrás que piense que eres un egoísta?
-Lo soy.
Los ojos de Philip se posaban en uno y en otro. Se había creído apoyado en granito sólido, pero descubrió de improviso que sólo se trataba de una delgada capa de hielo que empezaba a resquebrajarse a su alrededor.
-Pero yo... -empezó Philip: se detuvo porque su voz sonaba igual que los pasos de quien tantea un suelo frágil- ¿No puedo expresarme libremente?
-En tu casa, pero no en la mía.
-¿No tengo derecho a tener mis propias ideas?
-A tus expensas, pero no a las mías.
-¿Acaso no toleras diferencias de opinión?
-No, cuando soy yo quien paga las cuentas.
-¿No se puede hablar de otra cosa que no sea dinero?
-Sí, que es mi dinero.
-¿No quieres considerar ningún otro aspecto más...? -Iba a decir más "sublime" pero cambió de opinión- ¿...Cualquier otro aspecto?
-No.
-Pero no soy tu esclavo.
-¿Acaso soy yo esclavo tuyo?
-No sé a qué te...
Se detuvo, dándose cuenta de que lo entendía.
-No -dijo Rearden-, no eres mi esclavo. Por el contrario, eres libre para salir de aquí cuando lo desees.
-No... no me refería a eso.
-Pues, yo sí.
-No lo entiendo.
-¿De veras?
-Siempre supiste mis... mis opiniones políticas y nunca las cuestionaste.
-Es cierto -admitió Rearden gravemente- Quizá te deba una explicación por si te di una impresión errónea. Nunca he intentado recordarte que vives de mi caridad, creí que eras tú quien debía recordarlo. Siempre pensé que cualquier ser humano que acepta la ayuda de otro, sabe que la buena voluntad es el único motivo del donante y que dicha buena voluntad es el pago que recibe a cambio, pero veo que me equivoqué. Recibías tu comida sin ganártela y llegaste a la conclusión de que tampoco el afecto ha de ser ganado. Imaginaste que yo era la persona más segura del mundo a quien escupir, precisamente porque te tengo agarrado por el cuello. Creíste que nunca te obligaría a recordarlo y que estaría atado por el temor a herir tus sentimientos. Dejémoslo claro: eres un objeto de caridad cuyo crédito se agotó hace tiempo. Cualquier afecto que pudiera haber sentido por ti, se ha esfumado. No tengo el menor interés en ti, ni en tu destino, ni tu futuro. No encuentro ninguna razón para seguir alimentándote. Si te vas de mi casa, no me

importará para nada si te mueres de hambre o no. Ahora bien, ésa es tu situación aquí, y espero que la recuerdes si quieres continuar en esta casa. Si no, vete.
Excepto por un ligero hundimiento de su cabeza entre los hombros, Philip no demostró reacción alguna.
-No creas que me gusta vivir aquí -dijo con voz apagada y al mismo tiempo penetrante- Si crees que soy feliz, te equivocas, daría cualquier cosa por irme. -Pretendía sonar desafiante, pero su voz expresaba gran cautela- Y si es eso lo que sientes hacia mí, lo mejor sería que me marchara. -Sus palabras indicaban una conclusión, pero en su tono había un interrogante colocado al final de cada frase. Esperó; no hubo respuesta- No te preocupes por mi futuro, no tengo que pedir favores a nadie y me sé cuidar perfectamente -Sus palabras iban hacia Rearden, pero sus ojos apuntaban a su madre, que permanecía en silencio con miedo incluso de moverse- Siempre quise valerme por mí mismo, y vivir en Nueva York con mis amigos. -Empezó a hablar con mayor lentitud, añadiendo cierto tono impersonal y reflexivo a las frases, como si éstas no se dirigieran concretamente a nadie- Desde luego, tendría el problema de mantener cierta posición social... No es culpa mía verme avergonzado por llevar un apellido al que todos asocian con un millonario... Necesitaría dinero como para 1 año o 2... para establecerme de un modo apropiado...
-No seré yo quien te lo dé.
-¿Acaso te lo estaba pidiendo? ¡No creas que no podría conseguirlo en algún otro lado si lo quisiera! ¡No creas que no puedo irme de esta casa! Me iría en un minuto, si sólo pensara en mí, pero mamá me necesita y, si yo llegara a abandonarla...
-No des explicaciones.
-Por otra parte, me interpretaste mal, Henry. No dije nada que te insultara, no estaba hablando en sentido personal. Sólo discutía la política desde un punto de vista sociológico y abstracto que...
-No des explicaciones -repitió Rearden.
Philip bajó un poco la cabeza, pero lo miró. Sus ojos estaban sin vida, como si no se fijaran en nada concreto, no brillaba en ellos la menor chispa de entusiasmo, ni revelaban sentimientos personales, ni desafío, arrepentimiento, vergüenza, o dolor; eran 2 óvalos empañados, que no respondían a la realidad ni intentaban comprenderla ni sopesarla, ni expresar un juicio de valor; eran 2 óvalos en los que sólo se pintaba un sordo, tranquilo e inconsciente aborrecimiento.
-No expliques nada, sólo mantén la boca cerrada -volvió a sugerir Rearden. En su expresión se mezclaban rechazo y lástima.
Hubo un instante en que hubiera deseado tomar a su hermano por los hombros, sacudirlo y gritar: "¿Cómo has podido hacerte esto? ¿Cómo has llegado a un estado en que esto es lo único que queda de ti? ¿Por qué has permitido que la maravillosa realidad de tu existencia desapareciera de semejante modo'?", pero miró hacia otro lado, sabiendo que sería inútil.
Cansado e impotente, notó que los 3 guardaban silencio. Durante los años anteriores, su consideración hacia ellos sólo le había proporcionado maliciosos y rimbombantes reproches. ¿Dónde estaba ahora su sentido de la justicia? Ahora, que era el momento de manifestarlo, si es que había algo de justicia en su código. ¿Por qué lo abrumaron con acusaciones de crueldad y de egoísmo que había

llegado a aceptar como el coro permanente de su vida? ¿Qué les había permitido obrar de aquella forma durante tantos años? Sabía que las palabras que escuchaba interiormente eran la clave de la respuesta: "La sanción de la víctima".
-No discutamos -intervino su madre con voz incolora y vaga- Es el día de Acción de Gracias.
Al mirar a Lillian notó una mirada que implicaba que lo había estado observando desde hacía largo rato; era una mirada de pánico.
-Ahora, sabrán disculparme -dijo levantándose de la mesa.
-¿Adónde vas? -preguntó bruscamente Lillian.
La contempló con deliberada atención por unos instantes, como si quisiera confirmar que comprendería su respuesta.
-A Nueva York.
Lillian se puso en pie de un salto.
-¿Esta noche?
-Ahora mismo.
-¡No puedes ir a Nueva York esta noche! -exclamó, con una voz no muy alta, pero en la cual vibraba la imperiosa desesperación de un grito- No puedes permitírtelo justo en este momento. Quiero decir... no puedes abandonar a tu familia. Debes pensar en el tema de las manos limpias. No estás en condiciones de permitirte nada que pueda ser considerado depravado.
"¿De acuerdo con qué código?" -pensó Rearden- "¿Basándose en qué parámetro?"
-¿Por qué quieres ir a Nueva York esta noche?
-Por la misma razón por la que intentas detenerme.
-Mañana es tu juicio.
-A eso me refería.
Se dio vuelta y ella levantó la voz.
-No quiero que te vayas.
Henry sonrió. Era la 1° vez que sonreía a Lillian en los últimos 3 meses, pero no era la clase de sonrisa que ella hubiera querido ver.
-¡Te prohibo que nos abandones esta noche!
Henry salió del comedor.
Sentado al volante de su coche, con la brillante y helada ruta volando ante su rostro a 90 km. por hora, Hank Rearden apartó a su familia y la imagen de sus caras de la mente, y se hundió en el abismo de la velocidad que se tragaba los árboles desnudos y la solitaria línea del camino. Había poco tránsito y escasas luces en los distantes pueblos que cruzaba y la nula actividad era el único signo de ese día festivo. De tanto en tanto, un halo difuso, endurecido por la escarcha, brillaba sobre los techos de alguna fábrica, y un viento frío gemía al paso del coche, sacudiendo la lona del techo contra la estructura metálica.
Su familia quedó desplazada por el contrastante recuerdo de su conversación con la Niñera, el muchacho de Washington empleado en sus fundiciones.
Cuando fue acusado, Rearden descubrió que el joven se había enterado de sus tratos con Danagger, pero que no se lo había informado a nadie.
-¿Por qué no me delató con sus amigos? -le había preguntado.
-Porque no quise -contestó el otro bruscamente, sin mirarlo.
-Era, precisamente, parte de su trabajo observar ese tipo de cosas, ¿verdad?

-Sí.
-Además, a sus amigos les hubiera encantado saberlo. Lo sé.
-¿Se da cuenta de la valiosa información que representaba y del estupendo negocio que hubiera podido hacer con la gente de Washington, cuyos servicios usted mismo alguna vez me ofreció? ¿Lo recuerda? ¿Usos amigos que siempre "ocasionan gastos"? -EI muchacho no contestó- Su carrera podría haber experimentado un progreso notable y no me diga que no lo sabía.
-Lo sabía.
-Entonces, ¿por qué no lo aprovechó?
-Porque no quería.
-¿Por qué no?
-No lo sé.
El muchacho había permanecido en actitud hosca, evitando la mirada de Rearden, como si tratara de escaparse de algo incomprensible que se agitaba dentro de sí mismo. Rearden echó a reír.
-Escúcheme, Sr. "No-Absoluto", usted está jugando con fuego. Mejor, váyase de aquí y asesine a alguien antes que la razón que le impidió delatarme lo afecte por completo. De lo contrario, su carrera quedará hecha trizas.
El joven no respondió.
Esta mañana Rearden había ido a su despacho como de costumbre, aunque el resto de la oficina estuviera cerrada. Al mediodía, se detuvo en la fundición, donde para su sorpresa descubrió a la Niñera solo en un rincón, ignorado por todos, observando el trabajo con aire de infantil complacencia.
-¿Qué hace aquí? -preguntó Rearden- ¿No sabe que es feriado?
-¡Oh! Dejé que las chicas no vinieran, pero quise terminar algunas cosas.
-¿Qué cosas?
-¡Oh! Pues... cartas... ¡Diablos! Firmé 3 y saqué punta a mis lápices. Sé que no tenía que hacerlo precisamente hoy, pero no había nada que hacer en casa, y... cuando estoy fuera de aquí, me siento muy solo.
-¿No tiene familia?
-No, no tengo algo que se pueda llamar así. ¿Y usted, Sr. Rearden? ¿Tiene familia?
-Pues creo... que tampoco lo que tengo puede considerarse como tal.
-Me gusta este lugar. Me gusta estar aquí... Ya sabe, Sr. Rearden, yo estudié para ser metalúrgico.
Cuando al alejarse Rearden volvió la cabeza, vio que la Niñera lo miraba como un niño miraría al héroe de su historia de aventuras favorita. "¡Que Dios ayude a este pobre infeliz!" pensó.
Ahora, mientras conducía su coche por las oscuras calles de una pequeña ciudad, se dijo: "¡Que Dios los ayude a todos!", usando la frase prestada, perteneciente a una fe que nunca había profesado. Desplegados sobre soportes de metal, los periódicos aullaban con sus negras letras a las esquinas desiertas: "¡Catástrofe ferroviaria!". Había oído la noticia por la radio aquella tarde: en la línea principal de Taggart Transcontinental había ocurrido un accidente: cerca de Rockland, Wyoming, un riel partido había hecho descarrilar a un tren de carga, que se desbarrancó. Los desastres de esta naturaleza se estaban haciendo cada vez más frecuentes en Taggart, porque los rieles estaban desgastados, eran los mismos

que Dagny había pensado reponer un año y medio atrás, y en los que juntos habían planeado viajar de costa a costa sobre metal Rearden.
Dagny había dedicado 1 año a recoger vías deterioradas de líneas abandonadas, para ir reparando las de la principal. Había perdido meses enteros luchando contra los miembros del directorio de Jim, que afirmaban que esa situación era sólo temporal, y que si una vía había durado 10 años, bien podía durar otro invierno, hasta la llegada de la primavera, cuando las condiciones mejorarían, tal como lo había prometido Wesley Mouch. Hacía 3 semanas, había podido obligarlos a que autorizasen la compra de 60.000 toneladas de rieles nuevos, con las que sólo podría efectuar algunas reparaciones en las partes más afectadas. Eso fue cuanto pudo conseguir de ellos, teniendo que arrancar el dinero a hombres atontados por el pánico porque los ingresos producidos por el transporte de cargas estaban cayendo a un ritmo tal, que los integrantes del directorio empezaron a temblar, mientras reflexionaban sobre la teoría de Jim acerca de que aquél era el año más próspero en la historia de la empresa. Así que tuvo que pedir rieles de acero pues ya no tenía la esperanza de obtener un permiso de emergencia para comprar metal Rearden, ni tiempo suficiente para hacerlo.
Rearden apartó la mirada de los titulares y la posó en el resplandor que iluminaba el horizonte indicando que se acercaba a Nueva York; sus manos apretaron el volante con firmeza.
Eran las 9:30 cuando llegó a la ciudad. El apartamento de Dagny estaba oscuro, cuando entró usando su propia llave. Tomó el teléfono y la llamó a su oficina. Ella misma respondió: -Taggart Transcontinental.
-¿No sabes que hoy es feriado? -le preguntó.
-Hola, Hank! Los trenes no tienen feriados. ¿Desde dónde me llamas?
-Desde tu casa.
-Estaré ahí en media hora.
-No, no, quédate allí, pasaré a buscarte.
La recepción del despacho estaba a oscuras, excepto la casilla de cristal de Eddie Willers, quien estaba cerrando su escritorio justo en aquel momento, disponiéndose a partir. Al ver entrar a Rearden, lo miró con asombro.
-Buenas noches, Eddie. ¿Qué los obliga a trabajar tanto? ¿La catástrofe de Rockland?
-Así es, Sr. Rearden -replicó Eddie.
-Por eso quiero ver a Dagny... por los rieles.
-Todavía está aquí.
Rearden se encaminaba a la puerta de la oficina de Dagny, cuando Eddie lo llamó dubitativo.
-Sr. Rearden...
-¿Sí? -preguntó Hank deteniéndose.
-Quería decirle... que como mañana es el juicio... y, decidan lo que decidan con usted, se supone que actuarán en nombre del pueblo... deseaba simplemente aclarar... que no lo harán en mi nombre. Sé que no significa gran cosa.
-Significa mucho más de lo que usted supone. Quizá más de lo que todos suponemos. Gracias, Eddie.
Cuando Rearden entró en el despacho notó cómo la expresión de cansancio desaparecía de los ojos de Dagny. Se sentó en el borde del escritorio, y ella se

reclinó en su sillón, apartándose espontáneamente un mechón de la cara y dejando que sus hombros se relajaran bajo la delgada blusa blanca.
-Dagny, tengo que decirte algo acerca de los rieles que pediste y quiero que lo sepas esta misma noche.
Ella lo miraba atentamente; la expresión de su cara obligaba a la suya a adoptar el mismo aire de tranquila y solemne tensión.
-Se supone que el 15 de febrero entregaré a Taggart Transcontinental 60.000 toneladas de rieles con los que podrán reparar 500 km. de vía. Pero, por la misma suma, recibirán 80.000 toneladas, lo que significará el arreglo de casi 800 km.. Ya sabes que es un material más barato y liviano que el acero. Tu riel no será de acero, sino de metal Rearden, y no intentes discutir, objetar, ni aprobar, porque no estoy pidiendo tu consentimiento. Se supone que no tienes que aceptar nada pues desconoces el hecho. Soy yo quien lo hago y seré el único responsable de lo que suceda. Lo haremos de forma tal que quienes en tu empresa estén enterados de este pedido de acero no sepan que has recibido metal Rearden, y quienes se enteren de que has recibido metal Rearden, ignoren que no estabas autorizada para comprarlo. Arreglaremos la contabilidad de tal manera, que aun cuando se descubra la maniobra, no podrán culpar a nadie, excepto a mí. Podrán sospechar que soborné a alguien de tu empresa, o que tú estabas enterada, pero les será imposible probarlo. Quiero que me des tu palabra de que nunca lo admitirás, pase lo que pase. Es mi metal, y si existen peligros, seré yo quien los corra. Estoy planeando esto desde el día en que recibí tu orden y ya tengo solicitado el cobre necesario, a un proveedor que no me traicionará. Había resuelto no decirte nada hasta más adelante, pero cambié de parecer. Quiero que lo sepas esta noche, porque mañana me van a juzgar por un delito similar.
Ella lo había escuchado sin moverse. Cuando pronunció la última frase, Hank pudo notar una leve contracción de sus mejillas y sus labios: el gesto que daba respuesta a sus palabras intentó ser una sonrisa, pero resultó en una mezcla de dolor, admiración y comprensión.
Luego vio que los ojos de Dagny se suavizaban y cobraban un aire más peligrosamente vivaz, y la tomó con firmeza de la muñeca, concediéndole así el apoyo que necesitaba.
-No me des las gracias -dijo severamente- No se trata de un favor, sino que lo hago para poder soportar mi trabajo, de lo contrario me derrumbaría como Ken Danagger.
-Muy bien, Hank, no te lo agradeceré -murmuró con un tono y una expresión que revelaban que mentía.
-Dame tu palabra -insistió él sonriendo.
-Te lo prometo obedeció. ÉI le soltó la mano y Dagny añadió sin levantar la cabeza: -Lo único que lamento decirte es que, si mañana te sentencian a prisión, desapareceré sin esperar a que ningún elemento destructor me lo indique.
-No lo hagas. No creo que me manden a la cárcel; es más, probablemente me dejarán tranquilo fácilmente. Tengo una hipótesis que te explicaré más tarde, cuando la haya puesto a prueba.
-¿Qué hipótesis?

-¿Quién es John Galt? -preguntó él a su vez, sonriendo y poniéndose de pie- Eso es todo, esta noche no se habla más de mi juicio. ¿No tienes nada para beber en tu oficina?
-No, pero creo que mi gerente de tráfico esconde una especie de bar en su armario.
-¿Crees que puedes conseguir una copa para mí, si no está cerrado con llave?
-Lo intentaré.
Hank Rearden permaneció de pie, contemplando el retrato de un Nat Taggart joven y erguido. Dagny regresó con una botella de coñac y 2 copas, que él llenó en silencio.
-¿Sabes, Dagny? El día de Acción de Gracias es una fiesta establecida por un pueblo laborioso para celebrar el triunfo de su trabajo.
Levantó la copa haciendo con el brazo un movimiento que abarcaba al retrato, a Dagny, a él mismo y a los edificios de la ciudad, al otro lado de la ventana.

* * *

El público que ahora llenaba la sala donde iba a celebrarse el juicio llevaba 1 mes leyendo en la prensa que allí verían a un hombre egoísta, enemigo de la sociedad, pero, en realidad, todos habían ido para ver al inventor del metal Rearden.
Hank se puso de pie cuando se lo ordenaron los jueces. Llevaba un traje gris, pero no era ese color, ni el de sus claros ojos o pelo rubio, los que hacían helada e implacable a su figura, sino la elegante simpleza de su ropa, propia del lujo austero de una empresa millonaria, y su aspecto educado, en total desacuerdo con cuanto lo rodeaba.
La multitud sabía, por los periódicos, que aquel hombre representaba el mal de la riqueza despiadada, y esa gente estaba allí por la misma razón por la que habría ido a ver una película cuya publicidad mostrara el cuerpo semidesnudo de una mujer. Por lo menos, la maldad no tenía que igualar la rancia impotencia de un cliché en el que nadie creía y que nadie se atrevía a desafiar. No lo miraban con admiración, porque tiempo atrás habían perdido la capacidad para experimentar tal sentimiento: lo hacían en parte por curiosidad, en parte por desafiar a quienes sostenían que era su deber aborrecer a ese hombre.
Años antes se hubieran burlado de su aplomo y su riqueza, pero en esta ocasión los preocupaba otra cosa. Por las ventanas de la Corte podía verse el cielo gris, que pronosticaba la 1° tormenta de nieve del que habría de ser un largo y duro invierno, con las últimas reservas de petróleo del país agotándose, y las minas de carbón que no alcanzaban a cumplir con la fuerte demanda de la estación. La muchedumbre que llenaba la sala recordaba que era éste el caso que le había costado el abastecimiento de carbón de Ken Danagger, y circulaba el rumor de que la producción de la Compañía Carbonífera Danagger, ahora a cargo de un primo de Ken, quien se había apropiado de la misma, había caído considerablemente durante el último mes; la prensa afirmaba que era simplemente una cuestión de reestructuración.
La semana anterior, la 1° plana de los periódicos había publicado la historia de una catastrofe durante la construcción de una serie de viviendas, debido a que las defectuosas estructuras de acero habían cedido, provocando el derrumbe de lo

edificado, con un saldo de 4 obreros muertos. Los periódicos no lo mencionaban, pero el público sabía que esas estructuras eran de Associated Steel, de Orren Boyle.
Todos estaban sentados en profundo silencio, contemplando a la figura alta y gris, no con esperanza, puesto que estaban perdiendo la capacidad para tener esperanzas, sino con una desapasionada neutralidad débilmente aguijoneada por un interrogante, el mismo que desde hacía años se repetía como un lema.
Los periódicos proclamaban que la causa de la crisis que afligía al país, como quedaba demostrado en este caso, no era otra que el egoísmo y la avaricia de los ricos industriales; que hombres como Hank Rearden eran los responsables del racionamiento de los alimentos, de la temperatura cada vez más fría y de los techos agrietados de los hogares de la nación; que, de no haber sido por quienes habían quebrantado las leves y dificultado los planes del gobierno, ya se habría recobrado la prosperidad; que de no haber sido porque se infringían regulaciones y estorbaban los planes del gobierno, hacía mucho tiempo que se habría logrado la prosperidad; y que un hombre como Hank Rearden no actuaba por otro motivo que no fuera el beneficio personal. Esto último era dicho sin explicaciones ni elaboración, como si las palabras "beneficio personal" constituyeran la señal definitoria de una perversidad indiscutible.
La gente recordaba que hacía menos de 2 años, aquellos mismos periódicos habían levantado la voz exigiendo que se prohibiera la producción de metal Rearden porque su dueño, conducido sólo por su ambición, ponía en peligro las vidas humanas; recordaba que aquel hombre de gris había viajado en la cabina de la 1° locomotora que utilizó una vía hecha de su metal; y sabía que ahora era juzgado por el miserable delito de haber negado al público un cargamento de metal, que había sido ofrecido codiciosamente al mercado.
Según lo establecido, los casos de esta índole no quedaban en manos de un jurado, sino de un grupo de 3 jueces designados por la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales y el proceso, según las directivas de dicha Oficina, sería informal y democrático. El sillón del juez habla sido retirado de la vieja sala del tribunal de Filadelfia, y reemplazado, para esta ocasión, por una mesa sobre un estrado de madera, lo que confería al ambiente una atmósfera similar a la de una reunión en la que se presenta un tema a deficientes mentales.
Uno de los jueces, que actuaba de fiscal, habla leído los cargos.
-Ahora puede invocar los argumentos que desee, en su propia defensa -anunció.
De frente al estrado, con voz monótona, pero extraordinariamente clara, Rearden contesto: -No me defenderé.
-Entonces -el juez titubeó porque no había esperado que esto resultara tan fácil-, ¿se pone usted a merced de este tribunal?
-No reconozco el derecho de este tribunal para juzgarme.
-¿Cómo?
-Que no reconozco el derecho de este tribunal para juzgarme.
-Pero, Sr. Rearden, este tribunal ha sido legalmente constituido para juzgar este tipo particular de delitos.
-No reconozco que mi acción haya sido delictiva.
-Pero usted admitió haber violado nuestras disposiciones con respecto al control sobre la venta de su metal.

-No les reconozco derecho alguno para controlar la venta de mi metal.
-¿Es necesario que le señale que su reconocimiento no le fue solicitado?
-No, me doy plena cuenta de ello y actúo en consecuencia.
Notó que un grave silencio reinaba en la sala. Por las reglas del intrincado principio según el cual todas las personas deben actuar en beneficio del prójimo, su actitud tendría que haber sido considerada una locura incomprensible; deberían haber sonado murmullos de sorpresa e ironía, pero no fue así, se quedaron callados: estaban comprendiendo.
-¿Significa que se niega a obedecer la ley? -preguntó el juez.
-No, cumplo la ley al pie de la letra. Según esa ley, ustedes pueden disponer de mi vida, mi trabajo y mis bienes sin mi consentimiento. Muy bien, entonces háganlo, pero sin que yo participe en ello. No pienso defenderme, puesto que no hay defensa posible y no simularé estar contendiendo con un tribunal de justicia.
-Pero, Sr. Rearden, la ley señala especificamente que se le concede una oportunidad de presentarnos su versión del caso y de defenderse.
-Un detenido puede defenderse solo si hay un principio objetivo de justicia reconocido por los jueces participantes, un principio que defienda sus derechos, que él pueda invocar y que nadie esté en condiciones de violar. La ley por la que ustedes me juzgan sostiene que no existen principios, que yo no tengo derechos y que pueden hacer conmigo lo que quieran. Muy bien, háganlo.
-Sr. Rearden, la ley que usted acusa se basa en el más alto principio: el del bienestar público.
-¿Quién es el público? ¿Qué considera éste como su bienestar? En una época, las personas creyeron que el "bien" era un concepto capaz de definirse por un código de valores morales, y que nadie podía buscar el bienestar mediante la violación de los derechos ajenos. Ahora se sostiene que mi prójimo puede sacrificarme en beneficio de lo que considera bueno, y apoderarse de mis bienes simplemente porque los necesita, al igual que cualquier ladrón. Hay solo una diferencia: el ladrón no me pediría que convalide su acto.
Un grupo de asientos, a un lado de la sala, estaba reservado para los visitantes de importancia llegados desde Nueva York para asistir al juicio. Dagny Taggart permanecía inmóvil, solemnemente atenta, convencida de que las palabras de Rearden determinarían el curso de su propia vida. Eddie Willers estaba a su lado y James Taggart no habla acudido. Paul Earkin estaba inclinado hacia adelante con su cara puntiaguda agudizada por una expresión de miedo que poco a poco se iba transformando en odio. Mowen, a su lado, era un hombre que evidenciaba mayor inocencia y menor comprensión; su miedo tenla una naturaleza más sencilla, escuchaba preso de una perpleja indignación y murmuró a Larkin:
-¡Cielos! Ahora lo ha logrado. Va a convencer al país de que todo empresario es enemigo del bienestar público.
-¿Debemos entender -preguntó el juez- que pone a sus intereses por encima de los intereses públicos?
-Esa pregunta puede formularse sólo en una sociedad de caníbales.
-¿A qué... a qué se refiere?
-No hay conflicto de intereses entre hombres que no demandan lo que no han ganado y que no practican sacrificios humanos.

-¿Debemos de entender que si la sociedad determina necesario restringir sus beneficios, usted no le reconoce el derecho a hacerlo?
-Sí, sí, lo reconozco. El público puede disminuir mis ganancias cuando quiera, simplemente negándose a adquirir mis productos.
-Estamos hablando... de otros métodos.
-Cualquier otro método para reducir los beneficios es el de los saqueadores, y así lo considero.
-Sr. Rearden, éste no es modo de defenderse.
-Ya he dicho que no pensaba hacerlo.
-¡Esto es inaudito! ¿Se da cuenta de la gravedad del cargo presentado contra usted?
-No me preocupa en absoluto.
-¿Se da cuenta de las posibles consecuencias de su actitud?
-Por completo.
-Es opinión de este tribunal que los hechos presentados por la fiscalía no permiten benevolencia alguna. Puede imponérsele una condena extremadamente severa.
-Adelante.
-¿Cómo ha dicho?
-Que la impongan.
Los 3 jueces se miraron, el que tenía la palabra se volvió hacia Rearden.
-Semejante actitud no tiene precedentes -declaró.
-Es completamente irregular -añadió el 2° juez- Según la ley, debe usted actuar en su propia defensa. La alternativa consiste en dejar sentado que usted se somete a la misericordia de esta Corte.
-No lo haré.
-Pero tiene que hacerlo.
-¿Quiere decir que esperan que lo haga de manera voluntaria.
-Así es.
-No pienso hacer voluntariamente nada de eso.
-Pero las leyes exigen que la parte acusada quede representada en el expediente.
-¿Significa que necesitan mi ayuda para conferirle legalidad a este proceso?
-No... sí... es decir, para atenernos a las normas.
-Pues no los voy a ayudar.
El 3° y más joven de los jueces, que había actuado como fiscal, exclamó impaciente:
-¡Esto es ridículo e injusto! Pretende hacer creer que un hombre de su importancia será condenado de manera apresurada por cargos falsos sin un... -Se interrumpió bruscamente, porque alguien en el fondo de la sala acababa de emitir un agudo silbido.
-Quiero -dijo Rearden gravemente- que este juicio aparezca exactamente como lo que es. No los ayudaré a enmascararlo.
-Le estamos ofreciendo una posibilidad de defenderse y usted la rechaza.
-No quiero ayudarlos a simular que tengo una oportunidad. No los ayudaré a conservar una apariencia de legalidad, cuando no se reconocen mis derechos, ni a dar una apariencia de racionalidad, cuando se trata de un debate cuyo argumento final es un arma. No los ayudaré a pretender que administran justicia.
-¡La ley lo obliga a defenderse voluntariamente!

Se escucharon unas risas en la sala.
-Allí es donde falla su teoría, caballeros -dijo Rearden gravemente-, y no pienso ayudarlos a reparar su error. Si deciden tratar con la gente por la fuerza, háganlo, pero descubrirán que necesitan la voluntaria cooperación de sus víctimas en muchos más aspectos de los que pueden imaginar por el momento. Y sus víctimas descubrirán que es su propia voluntad, una voluntad que no pueden forzar, la que hace posible la existencia de ustedes. Elijo ser consecuente con lo que manifiesto y haré lo que quieran que haga, como si me apuntaran con una pistola. Si me sentencian a prisión, tendrán que traer hombres armados para que me trasladen, porque yo no haré un solo movimiento por propia iniciativa. Si me imponen una multa, tendrán que apropiarse de mis bienes para cobrarla, porque no pienso pagar voluntariamente. Si creen tener el derecho de obligarme a algo, utilicen abiertamente sus armas, porque no pienso ayudarlos a disimular la naturaleza de sus actos.
El juez de más edad se inclinó sobre la mesa, y con voz suavemente burlona dijo:
-Habla como si luchara por una suerte de principio, Sr. Rearden, pero en realidad lo que defiende son sus bienes, ¿verdad?
-Desde luego, lucho por mi propiedad. ¿Sabe la clase de principio que eso representa?
-Se muestra como un campeón de la libertad, pero la única libertad que persigue es la de ganar dinero.
-Desde luego, todo cuanto deseo es libertad para ganar dinero. ¿Sabe lo que implica dicha libertad?
-Seguramente, Sr. Rearden, no querrá que su actitud sea mal interpretada. No querrá reforzar esa impresión tan difundida de que usted es un hombre sin conciencia social, que jamás se preocupa por el bienestar de su prójimo y a quien sólo le interesa el beneficio propio.
-No trabajo más que en beneficio propio; me lo he ganado.
Se oyó un murmullo, no de indignación, sino de asombro entre la multitud a sus espaldas, mientras los jueces guardaban silencio. Con toda calma continuó: -No, no quiero que mi actitud sea mal interpretada. Al contrario, tendré sumo agrado en declarar para que quede asentado en el expediente de esta causa que estoy totalmente de acuerdo con todo lo que los periódicos han dicho sobre mi persona, con los hechos, pero no con la valoración que se ha hecho de ellos. Sólo trabajo para mi propio beneficio, que obtengo vendiendo un producto que necesitan a quienes pueden pagarlo y están dispuestos a hacerlo. No lo produzco para su beneficio a expensas del mío, y ellos no lo compran para mi beneficio a expensas del de ellos; yo no sacrifico mis intereses a ellos, ni ellos a mí; tratarnos de igual a igual por consentimiento y beneficio mutuo, y estoy orgulloso de cada centavo que he ganado de esta forma. Soy rico y me siento satisfecho de cada centavo. He obtenido mi riqueza por mi propio esfuerzo, por intercambio libre, y gracias al consentimiento voluntario de todos aquellos con quienes he hecho negocios; el de quienes me dieron trabajo en mis comienzos, el de quienes ahora trabajan para mí y el de los que adquieren mis productos. Contestaré a todas las preguntas que temen ustedes formularme. ¿Deseo pagar a mis obreros más de lo que vale para mí su trabajo? No. ¿Deseo vender mis productos a un precio menor del que mis clientes están dispuestos a pagar? No. ¿Deseo venderlos a pérdida o

desvalorizándolos? No... Si esto está mal, hagan lo que quieran conmigo, según las normas que prefieran. Las alías son estas: me gano la vida como toda persona honrada. Me niego a sentirme culpable por existir y trabajar para mantenerme. Me niego a aceptar que ser capaz de trabajar así es algo malo.
"Me niego a considerar detestable el hecho de trabajar mejor que otra gente, realizar un producto de mayor valor que el de mis vecinos y ver que hay personas dispuestas a pagarme más que a ellos. Me niego a pedir perdón por mi idoneidad, por mi éxito, o por el dinero que gano. Si esto es maldad, obren en consecuencia. Si esto es lo que la gente considera perjudicial para sus intereses, dejen que la sociedad me destruya. Este es mi código y no aceptare otro. Podría afirmar aquí que he beneficiado a mi prójimo más de lo que puedan imaginarse, pero no lo haré, porque no busco el beneficio de los otros como justificación de mi derecho a existir, ni reconozco el beneficio de los demás como justificación para que se apoderen de mis bienes o destruyan mi vida. No diré que el beneficio ajeno fue el propósito de mi tarea, sino que he trabajado para mi propio beneficio, y desprecio a quien sacrifique el suyo. Podría decirles que ustedes no sirven al bienestar público, que no puede conseguirse el bienestar de nadie por medio de sacrificios humanos, que cuando violan los derechos de un hombre, violan los de todos y una muchedumbre de criaturas sin derecho alguno queda condenada a la destrucción. Podría decirles que acabaran provocando una devastación universal, como sucede con todo saqueador cuando se queda sin víctimas. Podría decirlo, pero no lo pare. No desafío su política particular, sino sus premisas morales. Si fuera cierto que los seres humanos pueden conseguir su bienestar convirtiendo a otros en chivos expiatorios y se me pidiera que me inmolara en beneficio de aquellas criaturas que desean sobrevivir al precio de mi sangre; si se me rogara servir los intereses de la sociedad cuando esos intereses se sitúen aparte, por encima, sobre y contra de los míos, me negaría por considerarlo el más despreciable de los males, lucharía contra ello con todas mis fuerzas. Me opondría a la humanidad entera, aunque fuese lo último que hiciera; combatirla con la plena confianza en la justicia de mi misión y el derecho que tengo, como ser viviente, a la existencia. Que no halla malentendidos acerca de mí. Si mis semejantes, que se hacen llamar sociedad, creen realmente que su bienestar requiere víctimas, puedo decirles: ¡Al demonio con el bienestar público! No seré parte de el.
Los presentes estallaron en aplausos.
Rearden se vio más asombrado todavía que los jueces, y vio caras que se reían nerviosas, otras que suplicaban ayuda; vio como la desesperación silenciosa de la gente estallaba abiertamente; notó que una rabia e indignación igual a la suya encontraba alivio en esa risa desafiante; vio miradas de admiración y esperanza, también notó los rostros de los jóvenes mugrientos y de las mujeres desarregladas que solían iniciar los abucheos en los noticieros cinematográficos cuando aparecía un empresario en pantalla; pero ellos no protestaban, sino que estaban en silencio. Cuando Rearden se dio vuelta para mirarla, la gente pudo ver en su cara lo que las amenazas de los jueces no habían podido provocar: la 1° señal de emoción.
Transcurrieron unos instantes antes que sonara el furioso golpe del martillo en la mesa, mientras uno de los magistrados gritaba: ¡... o haré que desalojen la sala!

Al volverse hacia el estrado, la mirada de Rearden se posó en el sector destinado a los visitantes y se detuvo un momento en Dagny, una pausa sólo perceptible para ella, en la que leyó: "Está funcionando". Se veía perfectamente normal, salvo por sus ojos, demasiado grandes en relación con el resto de su cara. Eddie Willers sonreía con esa clase de sonrisa que en un hombre sustituye a las lágrimas. Mowen miraba estupefacto. Paul Larkin tenía la vista clavada en el suelo. La cara de Bertranl Scudder estaba impasible, igual que la de Lillian, sentada al extremo de la larga hilera, con las piernas cruzadas y una estola de visón en diagonal desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda.
En la compleja confusión de sus sentimientos, Hank Rearden tuvo tiempo para reconocer que anhelaba ver un rostro que había estado buscando desde el principio del juicio, que deseaba que estuviera allí, más que ninguno de los demás. Pero Francisco d'Anconia no había ido.
-Sr. Rearden -dijo el juez de más edad, con aire afable, extendiendo los brazos en señal de paz-, es lamentable que nos haya interpretado tan mal. Ahí está el error: los industriales se niegan a vernos con confianza y amistad, y parecen pensar que somos sus enemigos. ¿Por qué habla usted de sacrificios humanos? ¿Qué le hace pensar en tal extremo? No tenemos intención de apoderarnos de sus bienes ni de destruir su vida. No quererlos perjudicar sus intereses y somos conscientes de sus brillantes logros. Nuestro único propósito es equilibrar las presiones sociales y hacer justicia para todos. Este proceso, más que un juicio en sí, es una amistosa discusión, encaminada a la cooperación y al entendimiento mutuo.
-No coopero cuando se me apunta con un arma.
-¿Quién habla de armas? Este asunto no es tan grave como para hacer semejantes referencias. Nos damos cuenta de que en este caso, el único culpable es el Sr. Kenneth Danagger, que instigó esta violación de la ley, ejerciendo presión sobre usted, y que ha confesado su falta al desaparecer con el fin de escapar de la acción de la justicia.
-No es así; lo hicimos por acuerdo recíproco y voluntario.
-Sr. Rearden -dijo el 2° juez-, quizás no comparta alguna de nuestras ideas, pero una vez expresado todo lo relativo a ellas, vemos que trabajamos con el mismo objetivo: el beneficio del pueblo. Comprendemos que se vio inclinado a ignorar ciertos tecnicismos legales por la situación crítica de las minas de carbón, y la importancia crucial del combustible para el beneficio público.
-No, me sentí inclinado por mi propio beneficio y por mis intereses. El efecto que haya tenido sobre las minas de carbón y el bienestar público, es cosa que ustedes deben analizar. Pero ése no fue mi motivo.
Mowen miró absorto a su alrededor, y murmuró a Paul Larkin: -Aquí ocurre algo raro.
-¡Cállese! -exclamó Larkin.
-Sr. Rearden -dijo el juez de más edad-, estoy seguro de que usted no cree realmente, ni tampoco el público, que deseemos considerarlo como la víctima de un sacrificio. Si alguien ha caído en semejante error, estamos ansiosos de mostrarle que se equivoca.

Los jueces se retiraron para considerar su veredicto. No tardaron mucho y regresaron al silencio amenazador de la sala para anunciar que se imponía a

Henry Rearden una multa de 5.000 dólares, pero que se dejaba la sentencia en suspenso.
Entre los aplausos, en la sala, se oyeron también algunas risas burlonas. Los primeros iban dirigidos a Rearden, las segundas a los jueces.
Rearden permaneció inmóvil, oyendo confusamente los aplausos. Estaba de pie, mirando a los jueces. No había en su cara señal alguna de triunfo ni de alegría, sino tan sólo la tranquila intensidad de quien contempla una visión, presa de una sensación muy semejante al miedo. Observaba la tremenda pequeñez del enemigo que estaba destruyendo al mundo. Se sentía como si después de un viaje de años por paisajes devastados, por ruinas de grandes fábricas, restos de potentes motores, cuerpos de hombres invencibles, se enfrentara al responsable de todo eso, esperando ver a un gigante para no encontrar más que una rata deseosa de esconderse a la 1° señal humana. "Si esto es lo que nos ha derrotado -pensó- la culpa es nuestra."
La gente que se apretujaba a su alrededor lo volvió bruscamente a la realidad. Sonrió, con cierta tristeza, en respuesta a sus sonrisas y al anhelo que expresaban sus caras.
-¡Dios lo bendiga, Sr. Rearden! -exclamó una anciana que se cubría la cabeza con un estropeado manto- ¿No puede salvarnos, Sr. Rearden? Nos están devorando vivos, y de nada sirve que engañen a la gente diciendo que persiguen a los ricos. ¿Sabe lo que nos está pasando?
-Escuche, Sr. Rearden -dijo un hombre con aspecto de obrero- Son los ricos los que nos están echando al río. Dígales a esos ricos hijos de puta, tan ansiosos por desprenderse de todo, que cuando entregan sus palacios están arrancando la piel de nuestra espalda.
-Lo sé -respondió Rearden.
"La culpa es nuestra" -pensó nuevamente- "Si nosotros, los que actuamos, los que aprovisionamos y beneficiamos a la humanidad, hemos permitido que el sello del mal quede estampado sobre nuestro ser y silenciosamente soportamos el castigo de nuestras propias virtudes, ¿qué clase de bondad esperamos que triunfe en el mundo?"
Miró a la gente a su alrededor. Lo estaban aclamando entonces, y lo habían aclamado a lo largo de la línea "John Galt", pero al día siguiente aplaudirían una nueva directiva de Wesley Mouch o cualquier proyecto de viviendas gratuitas de Orren Boyle, aunque las vigas se cayeran sobre sus cabezas. Y lo harían porque les habrían dicho que olvidaran como si fuera pecado todo cuanto ahora los obligaba a aplaudir a Hank Rearden.
¿Por qué estaban dispuestos a renunciar a sus momentos más felices como si se tratara de un pecado? ¿Por qué estaban dispuestos a traicionar lo mejor de sí? ¿Qué les hacía creer que la Tierra era el reino del mal y que la desesperación, el destino obligado? Hank sintió corno si se tratara de una incógnita que era preciso develar.
Se dijo que aquélla era la sentencia auténtica que le habían impuesto: descubrir qué idea, qué sencilla idea, a la cual el más simple de los mortales podía acceder, había obligado a la humanidad a aceptar las doctrinas que la conducían a su autodestrucción.

* * *

-Hank, no volveré a perder la esperanza nunca jamás -dijo Dagny la noche después del juicio- Nada me tentará a renunciar, porque has demostrado que lo correcto siempre funciona y siempre triunfa. -Se interrumpió y añadió: -Cuando uno sabe qué es lo correcto.

Al día siguiente, mientras cenaban, Lillian le dijo: -De modo que has ganado, ¿verdad?

Su voz tenía un acento despreocupado y no dijo nada más, sino que se quedó mirándolo como quien trata de descifrar un enigma. En la fundición, la Niñera le preguntó: -Sr. Rearden, ¿qué es una premisa moral?

-Algo que le dará muchas molestias -repuso Rearden.

El joven frunció el entrecejo, se encogió de hombros y dijo riendo: -¡Qué maravilloso espectáculo! ¡Qué paliza les dio, Sr. Rearden! Lo escuché por radio y gritaba de entusiasmo.

-¿Cómo sabe que ha sido una paliza?

-¿Acaso no lo fue?

-¿Está seguro?

-Desde luego, estoy seguro.

-Pues lo que le hace estar seguro es una premisa moral.

Los periódicos guardaron silencio. Luego de la extraordinaria atención prestada al caso, actuaron como si aquel proceso no fuera siquiera digno de mención. Hicieron algunas referencias en sus páginas interiores, pero redactadas de un modo tan vago, que ningún lector pudo descubrir en ellas algún indicio de la controversia.

Los empresarios con los que se encontró parecían deseosos de evadir el tema. Algunos no hicieron comentarios y se esforzaron por parecer indiferentes, como si temieran que el mero hecho de mirarlo pudiese ser interpretado como una declaración. Algunos se aventuraron a comentar: -En mi opinión, Rearden, usted fue muy imprudente... y creo que no estamos en época de ganar enemigos... No podemos provocar resentimientos.

-¿Resentimientos de quién?

-No creo que al gobierno le guste.

-Ya habrá observado las consecuencias de eso.

-No sé... El público no lo aceptará, va a haber una gran indignación, ya vio cómo reaccionó el público ante el caso.

-Bueno, no sé... Hemos estado esforzándonos para no provocar acusaciones de egoísmo y de codicia y usted sólo le ha dado munición al enemigo. ¿Prefiere acordar con el enemigo que usted no tiene derecho a su propiedad ni a sus ganancias?

-¡Oh, no! Nada de eso. Pero, ¿para qué caer en extremos? Siempre existe un término medio.

-¿Un termino medio entre usted y sus asesinos?

-¿Por qué utilizar esas expresiones?

-Lo que dije durante el .juicio, ¿es verdad, o no?

-Va a ser mal interpretado.

-¿Es la verdad, o no? -repitió Rearden.

-El público es demasiado tonto para comprender estas cuestiones.
-¿Es verdad, o no? -pregunto por tercera vez.
-No es el momento para jactarse de ser rico mientras el pueblo se muere de hambre. Lo único que se consigue es incitarlos a apoderarse de lo ajeno.
-¿Cree usted que decirles que no tenemos derecho a nuestra riqueza y que ellos sí lo tienen, va a contribuir a aplacarlos? La verdad... no sé...
-No me gustan las cosas que dijo usted en el juicio -manifestó otro- No estoy de acuerdo con usted en nada. Personalmente estoy orgulloso de trabajar por el bienestar público y no sólo en mi provecho. Me gusta pensar que tengo un objetivo más alto que sólo el de ganar mis 3 comidas diarias y poseer una limosina Hammond.
-No me gustó esa idea de suprimir directivas y controles -dijo otro- Creo que aunque se hayan exagerado un poco las cosas, no es posible imaginar una existencia sin control alguno. Creo que algunos controles son necesarios: los que se hacen en beneficio público.
-Caballeros -dijo Rearden-, lamento haberme visto obligado a salvar sus condenados pescuezos al mismo tiempo que el mío.
El grupo de empresarios encabezado por Mowen no hizo declaración alguna acerca del juicio, pero una semana más tarde anunció, con un inaudito despliegue publicitario, que patrocinaba la construcción de un parque de juegos para los hijos de los desempleados.
Bertram Scudder no mencionó el juicio en su columna. Pero 10 días después escribió entre diversos chismes: "Podemos darnos una idea del prestigio público del Sr. Hank Rearden si observamos que, de todos los grupos sociales, aquel en el que parece más impopular es el de sus propios colegas del sector empresarial. Su anticuada agresividad parece excesiva incluso para esos voraces e insensibles paladines del lucro".
Una tarde de diciembre, cuando la calle del otro lado de la ventana parecía una garganta congestionada tosiendo las bocinas del tránsito, Rearden estaba sentado en su habitación del hotel Wayne-Falkland, luchando contra un enemigo más peligroso que su propio agotamiento y temor: su rechazo ante la idea de verse obligado a tratar con seres humanos.
No tenía ganas de aventurarse por las calles de la ciudad, de moverse; parecía encadenado a su silla y a su habitación. Había intentado, durante horas, ignorar cualquier emoción que pudiera asemejarse a querer estar en otro lado. Aunque se resistía a admitirlo, el único hombre al que deseaba ver se encontraba allí, en ese hotel, tan sólo unos pisos más arriba.
Durante las últimas semanas se había sorprendido perdiendo tiempo en el lobby siempre que entraba o salía del edificio, deteniéndose innecesariamente en la recepción o el puesto de revistas, observando la apresurada corriente de personas que circulaban por allí, y deseando ver a Francisco d’Anconia entre ellas. Se había sorprendido también cenando a solas en el restaurante del Wayne-Falkland con la mirada fija en las cortinas de la entrada. Ahora estaba sentado en su habitación, pensando en que sólo lo separaban de él unos pocos metros.
Se puso de pie, ahogando una leve risa burlona de indignación al pensar que se estaba comportando como esas mujeres que esperan una llamada telefónica y luchan contra la tentación de dar fin a su tortura anticipándose a ella. Pensó que

no había motivos para no acercarse a Francisco d"Anconia si era eso lo que deseaba. Sin embargo, cuando se dijo que lo haría, notó algo de renuencia en su alivio.
Dio un paso hacia el teléfono para llamar a la habitación de Francisco, pero se detuvo. No era eso lo que deseaba. Quería simplemente entrar sin anunciarse, tal como él lo había hecho en su despacho, cosa que parecía establecer cierto derecho no expresado entre ambos.
Mientras caminaba hasta el elevador, pensó: "No lo encontrare, y si lo encuentro, estará acompañado de alguna prostituta, quien le servirá bien". Pero aquella idea le parecía irreal y no le era posible aplicarla al hombre que él había visto ante la boca de un horno. Ya en el elevador, permaneció erguido y confiado. Con la frente en alto, avanzó por el vestíbulo, mientras su amargura se transformaba en alegría, y llamó a la puerta.
-¡Adelante! -sonó con cierta brusquedad la voz de Francisco.
Rearden abrió la puerta y traspuso el umbral. Una de las más costosas lámparas con pantalla de seda del hotel estaba en el suelo en medio de la habitación, arrojando un círculo de luz sobre grandes hojas de papel, esparcidas por doquier. En mangas de camisa y con un mechón de cabello colgando sobre su cara, Francisco reflexionaba, mordiendo un lápiz, concentrado sobre algún punto del intrincado croquis que tenía ante sí. No levantó la mirada, como si se hubiese olvidado de que alguien había llamado a su puerta. Rearden trató de distinguir el diseño, que parecía la sección de un horno fundidor. Siguió mirando, asombrado por la forma en que la escena hacía realidad su imagen mental de Francisco: la de un joven y obstinado trabajador intentando resolver una tarea difícil.
Al cabo de un momento, Francisco levantó la cabeza y al instante irguió el cuerpo, quedando de rodillas y mirando a Rearden con sonrisa de incrédulo placer. Luego tomó los dibujos y los dejó a un lado, quizá con demasiada presteza, manteniendo la cabeza baja.
-¿Qué interrumpo? -preguntó Rearden.
-Nada importante, pase -lo invitó sonriendo abiertamente, y Rearden tuvo la sensación de que también Francisco lo había esperado como a una victoria que no tuviera esperanzas de lograr.
-¿Qué estaba haciendo? -preguntó Rearden.
-Distrayéndome un poco.
-Déjeme ver.
-No.
Se levantó, apartando los dibujos con el pie.
Rearden se dijo que él había sentido como impertinentes los modales de propietario que Francisco había mostrado cuando estuviera en su oficina, y que ahora él estaba incurriendo en la misma actitud, al no dar explicaciones de su visita. Sin embargo, cruzó la habitación y se sentó en un sillón tan naturalmente como si estuviese en su casa.
-¿Por qué no vino a continuar lo que había empezado? -le preguntó.
-Lo ha continuado usted brillantemente sin mi ayuda.
-¿Se refiere al juicio?
-A su juicio.
-¿Cómo lo sabe? No estuvo allí.

Francisco sonrió porque el tono de la voz de Rearden implicaba una frase no pronunciada: "Lo estuve buscando".
-¿No se imaginó que podía escuchar cada palabra suya por radio?
-¿Lo hizo? Bien, ¿y qué le pareció oír sus propias palabras en el aire, conmigo como su marioneta?
-Nada de eso, Sr. Rearden, no fueron mis palabras. ¿Acaso no eran las ideas por las que siempre ha vivido?
-Si.
-Yo sólo lo ayude a que comprendiera que debía estar orgulloso de ellas.
-Me alegro de que las escuchara.
-Fue magnífico, Sr. Rearden... pero tardó 3 generaciones en llegar.
-¿Qué quiere decir?
-Que si un solo empresario hubiera tenido antes el valor de declarar que actuaba en beneficio propio con orgullo, habría salvado al mundo.
-Yo no creo que el mundo este perdido.
-No lo esta ni nunca lo estaba pero, ¡cielos!, ¡cuantas cosas nos hubiésemos ahorrado!
-Yo creo que debemos luchar, no importa la era en que vivamos.
-Sí... le sugiero, Sr. Rearden, que consiga una copia escrita de su declaración y lea lo que dijo. Luego verifique si lo practica de manera total y consciente, o no.
-¿Insinúa que no lo hago?
-Compruébelo usted mismo.
-Sé que tenía muchas cosas que decirme cuando fuimos interrumpidos aquella noche en los hornos. ¿Por que no termina de expresármelo?
-No, es demasiado pronto.
Francisco se comportaba como si aquella visita no tuviese nada de particular, como si fuera perfectamente natural, como siempre había actuado en presencia de Rearden. Pero este notó que no estaba tan tranquilo como pretendía aparentar, sino que paseaba por la habitación de un modo semejante a quien quiere verse libre de una emoción que no desea confesar: habla dejado la lámpara en el suelo, como única fuente de iluminación del lugar.
-Ha soportado muchas derrotas en el terreno de los descubrimientos, ¿verdad? -preguntó Francisco- ¿Qué le pareció la conducta de sus colegas?
-Creo que cabía esperar una cosa así.
Tenso por una mezcla de cólera y compasión, Francisco repuso: -¡Han pasado 12 años y todavía me siento incapaz de verlo con Indiferencia! -La frase pareció haber salido involuntariamente de sus labios, como si al intentar suprimir sus emociones, hubiera expresado palabras reprimidas.
-¿12 años de qué? -preguntó Rearden.
Se produjo un momento de pausa y luego Francisco contesto tranquilamente: -Desde que comprendí lo que esos hombres estaban haciendo. Sé por lo que esta pasando ahora... lo que le espera aún.
-Gracias -dijo Rearden.
-¿Por qué?
-Por lo que intenta ocultar con tanto empeño. Pero no se preocupe: todavía puedo soportarlo... vera, no vine aquí porque deseara hablar de mí o del juicio.

-Aceptaré cualquier tema que usted escoja, con tal de que no se vaya -dijo Francisco en el tono de una broma amable, pero en realidad era sincero- ¿De qué quiere hablar?
-De usted.
Francisco se detuvo, miró a Rearden un momento y luego tranquilamente respondió:
-De acuerdo.
Si lo que Rearden sentía hubiera podido atravesar la barrera de su voluntad, habría gritado: "¡No me abandone! ¡Lo necesito! Estoy luchando contra todos, he luchado hasta el límite y estoy condenado a seguir haciéndolo. Lo único que necesito son los conocimientos de un hombre en quien pueda confiar y a quien pueda admirar y respetar.
Pero en vez de eso, dijo sencillamente, con una nota de sinceridad que los unía, proveniente de una declaración que implicaba la honestidad de quien hablaba y de quien escuchaba: -Verá, creo que el único delito moral verdadero que puede cometer un hombre contra otro es el de generar, por medio de sus palabras o acciones, una impresión contradictoria, imposible e irracional, trastornando así el concepto de racionalidad de su víctima.
-Es cierto.
-Si le digo que ahí está el dilema que usted me ha presentado, ¿me ayudaría contestando una pregunta personal?
-Lo intentan.
-No tengo que decirle, porque creo que ya lo sabe, que usted es el hombre de mente más elevada que he conocido. Estoy dispuesto a aceptar, no como bueno, pero al menos como posible, que por algún motivo se niegue a ejercer su gran capacidad en el mundo actual. Pero lo que un hombre hace como producto de su desesperación no es necesariamente una referencia sobre su carácter. Siempre creí que la verdadera clave está en lo que uno busca para su placer. Y esto es lo que me resulta inconcebible en usted: no importa lo que haya abandonado, en tanto haya elegido seguir viviendo, pero ¿cómo puede encontrar placer en dedicar una vida tan valiosa como la suya a correr detrás de mujeres vulgares y perseguir diversiones imbéciles?
Francisco esbozó una sonrisa divertida que decía: "¿Y era usted el que no quería hablar de sí mismo? ¿Qué está confesando ahora, sino su propia desesperada soledad aunque finja aludir a la mía?".
La sonrisa se transformo en una risa suave y bondadosa, como si aquel asunto no significara problema para él ni lo obligara a revelar ningún penoso secreto.
-Hay una forma de solucionar los dilemas de esta clase, Sr. Rearden. Verifique sus premisas. -Se sentó en el suelo alegre y despreocupadamente, dispuesto para una conversación que suponía muy agradable- ¿De modo que su 1° conclusión es que soy muy Inteligente?
-Sí.
-¿Ha sabido también, de una fuente primaria, que me paso la vida corriendo detrás de las mujeres?
-Usted nunca lo ha negado.
-¿Negarlo? Me tomé muchas molestias para dar esa impresión.
-¿Quiere decir que eso no es Verdad?

-¿Le doy la sensación de estar afectado por un miserable complejo de inferioridad?
-¡Cielos, no!
-Pues sólo esa clase de hombre malgasta su vida corriendo detrás de las mujeres.
-¿Que quiere decir?
-¿Recuerda lo que dije acerca del dinero y de quienes intentan revertir la ley de causa y efecto? ¿De los que buscan reemplazar la mente apoderándose de los productos de la mente? Bueno, el que se desprecia a sí mismo trata de incrementar su propia estima en aventuras sexuales, cosa que no tiene sentido porque el sexo no es causa, sino efecto y expresión del sentido que cada cual tiene de su propio valor.
-Explíquese mejor.
-¿No se le ha ocurrido nunca que se trata del mismo tema? Aquellos que piensan que la riqueza procede de recursos materiales y está desprovista de raíz o de significado intelectual, son los mismos que creen, por la misma razón, que el sexo es una condición física, capaz de funcionar independientemente de la mente, elección o código de valores. Suponer que el cuerpo crea un deseo y efectúa una elección equivale a creer que el hierro se transformará en rieles por propia voluntad. El amor es ciego, dicen; el sexo nada tiene que ver con la razón y se burla del poder de los filósofos. Sin embargo, la elección sexual de un hombre es la suma y resultado de sus convicciones fundamentales. Dígame lo que un hombre encuentra sexualmente atractivo y le revelaré toda su filosofía de vida. Muéstreme a la mujer con la que se acuesta y deduciré su valoración de sí mismo. Sin que importe lo que le hayan dicho acerca de la virtud del altruismo, el sexo es el acto más egoísta de todos, un acto que no se puede realizar por un motivo que no sea el propio placer. Imagínese pensar en sexo con un espíritu de abnegación y caridad. Se trata de algo que no puede efectuarse en actitud de abatimiento, sino de exaltación del propio ser; sólo dentro de la confianza de sentirse deseado y de ser digno de tal deseo. Es un acto que obliga al hombre a mostrarse con el espíritu desnudo, igual que el cuerpo, a aceptar el verdadero ego como su propia escala de valores. Cada cual se sentirá atraído por la mujer que refleje la más profunda visión de sí mismo; la mujer cuya adoración le permita experimentar, o elegir un sentimiento de autoestima. Quien se sienta orgullosamente seguro de su propio valor deseará a la mujer de carácter más elevado que pueda hallar, a la mujer que admira, a la más fuerte y difícil de conquistar, porque sólo la posesión de una heroína le dará un sentido de plenitud muy distinto de la posesión de una prostituta descerebrada. No busca... Pero, ¿qué le ocurre? -preguntó al advertir la expresión que se pintaba en el rostro de Rearden, una expresión intensa, muy por encima del simple interés que en el pudiera provocar una discusión abstracta.
-Continúe -dijo con voz tensa.
-No busca conseguir un valor, sino expresarlo. No existe conflicto entre los valores de su mente y los deseos de su cuerpo. El hombre convencido de su inutilidad se arrastrará hacia una mujer a quien desprecia, porque ésta refleja su propio ser secreto, lo libra de esa realidad objetiva en la que es un fraude y le presta la ilusión momentánea de su propio valor una fugaz escapatoria del código moral que lo condena. Observe el horrible conflicto que muchos hombres provocan en su vida sexual y observe también la maraña de contradicciones que esgrimen como

filosofía moral; una cosa deriva de la otra. El amor es expresión de nuestros valores más altos y no puede ser otra cosa. Si un hombre corrompe sus valores y su visión de la existencia, si declara que el amor no es goce personal sino renunciamiento; que la virtud no es un orgullo, sino una pena, un dolor, una vulnerabilidad o un sacrificio; que el amor más noble no nace de la admiración, sino de la compasión, no como respuesta a valores, sino a defectos, ese hombre se habrá partido a sí mismo en 2. Su cuerpo no lo obedecerá, no responderá, será impotente con la mujer a la que dice amar y eso lo impulsará hacia la clase más baja de prostituta que pueda encontrar. Su cuerpo seguirá siempre la lógica fundamental de sus más profundas convicciones. Si cree que los defectos son valores, habrá condenado su existencia como malvada solo lo atraerá el mal. Se habrá condenado a sí mismo y sentirá que la depravación es lo único que puede disfrutar. Habrá igualado la virtud con el dolor y creer que el vicio es el único reino de placer. Luego gritará que su cuerpo tiene deseos viciosos que su mente es incapaz de dominar, que el sexo es pecado, que el verdadero amor es una emoción pura del espíritu. Y, finalmente, se preguntará por qué el amor sólo lo llega al aburrimiento y el sexo sólo le da vergüenza.

Lentamente, desviando la mirada y sin darse cuenta de que pensaba en voz alta. Rearden dijo: -Al menos... nunca he aceptado ese otro dogma... nunca me sentí culpable por ganar dinero.

Francisco no pudo captar el significado de las 2 primeras palabras: sonrió y prosiguió vivamente:

-¿Se ha dado cuenta de que es lo mismo? Jamás aceptara parte alguna de ese vicioso credo. Nunca podría obligarse a ello. Aunque intentara maldecir al sexo, se encontraría, contra su propia voluntad, actuando sobre una premisa moral adecuada. Se sentiría atraído por la mujer más importante que conociera, siempre desearía a una heroína. Sería incapaz de despreciarse a si mismo. No podría creer que la existencia es un mal, que usted es una criatura indefensa atrapada en un universo imposible. Usted es el hombre que pasa su vida moldeando la materia según los dictados de su mente. Es el hombre que sabría que, del mismo modo en que una idea propia que no se expresa físicamente es solo una infame hipocresía, al igual que el amor platónico, y que, de la misma forma en que una acción física no guiada por una idea es un fraude insensato, el sexo también lo es cuando queda separado de nuestro código de valores. Se trata de lo mismo y usted se dará cuenta de ello. Su incólume sentimiento de autoestima lo comprenderá así. Usted sería incapaz de desear a la mujer que desprecia porque solo un hombre que exalta la pureza de un amor sin deseo es capaz de la depravación de un deseo sin amor. Pero vea que la mayor parte de las personas son criaturas partidas en 2 que oscilan desesperadamente hacia un lado y el otro. En una mitad, se encuentra quien desprecia el dinero, las fábricas, los rascacielos y su propio cuerpo y siente indefinidas emociones sobre temas inconcebibles como el significado de la vida, su opinión de la virtud. Y llora desesperado porque no puede sentir nada por la mujer que respeta, mientras experimenta irresistible pasión hacia una puta de la calle. Es el hombre a quien la gente llama idealista. En la otra mitad, figuran aquellos a quienes se llama prácticos, que desprecian los principios, las abstracciones, el arte, la filosofía y su propia mente. Consideran la adquisición de bienes materiales como el único objetivo de su existencia, y se ríen

de la necesidad de averiguar su propósito o su fuente. De ellos sólo esperan placer y se preguntan por qué cuanto más tienen, menos sienten. Ese es el hombre que se pasa el tiempo persiguiendo mujeres. Observe el triple fraude que perpetra contra sí mismo: no reconoce su necesidad de autoestima, ya que se burla de conceptos tales como los valores morales: sin embargo, experimenta el profundo desprecio personal por considerarse un simple pedazo de carne; aunque no lo admita, sabe que el sexo es la expresión física de un tributo a los valores personales. Por medio de efectos, intenta adquirir lo que debieron haber sido causas, intenta obtener el sentimiento de su propio valor gracias a las mujeres que se le rinden, olvidándose de que las mujeres que elige no tienen carácter, ni criterios, ni código de valores. Se dice que todo lo que busca es el placer físico, pero se cansa de sus mujeres en una semana o una noche, desprecia a las prostitutas, y le gusta imaginar que seduce a las virtuosas, capaces de hacer una excepción en beneficio suyo. Lo que busca y nunca encuentra es el sentimiento de triunfo. ¿Qué gloria puede existir en la conquista de un cuerpo sin alma? Ese es el cazador de mujeres a quien aludo. ¿Encaja conmigo esa descripción?

-¡Por Dios, no!

-Entonces puede juzgar, sin pedirme ayuda, hasta qué punto habré cazado mujeres en mi vida.

-Pero, ¿por qué diablos figuraba en las primeras planas de los periódicos durante los últimos... 12 años?

-He gastado mucho de dinero en las más ostentosas y vulgares fiestas que pude imaginar y una considerable parte de mi tiempo para hacerme ver con la clase de mujeres adecuadas a mis fines. En cuanto al resto -se detuvo un momento- ...tengo algunos amigos que lo saben, pero usted es la 1° persona a quien se lo confío, quebrantando mis propias reglas: jamás me acosté con ninguna de esas mujeres. Ni siquiera toqué a una sola de ellas.

-Lo más increíble de todo es que le creo.

La lámpara colocada en el suelo, a su lado, arrojaba fragmentos de luz a la cara de Francisco, una cara en la que se pintaba una expresión de tranquila felicidad.

-Si observa usted bien esas tapas, notara que nunca digo nada en ellas. Fueron las mujeres las que quisieron aparecer en las noticias insinuando que por cenar conmigo se trataba de un romance. ¿Qué supone que buscan ellas, sino lo mismo que el conquistador? Es decir: el deseo de conseguir un valor personal gracias al número y la fama de los hombres conquistados. Sólo que todavía resulta más bajo, porque el valor que buscan ni siquiera reside en el hecho en sí, sino en la impresión que causan sobre otras mujeres y en la envidia que les provocan. Pues bien, a esas putas les di lo que querían, pero de un modo literal, sin fingir que desconocía la naturaleza de sus propósitos. ¿Cree que realmente querían acostarse conmigo o con algún hombre? Serían incapaces de un deseo tan real y sincero. Lo que querían era alimento para su vanidad y yo se lo di. Les ofrecí la posibilidad de jactarse ante sus amigas y de verse envueltas en escándalos, como grandes seductoras, pero, ¿sabe que funciona en forma exactamente igual a lo que usted hizo en su juicio? Si desea vencer cualquier clase de fraude, adáptese a él exactamente sin añadir nada que ayude a disimular su naturaleza. Esas mujeres comprendieron, comprobaron que no hay satisfacción en ser envidiadas por algo que no han conseguido. En vez de autoestima, sus divulgados idilios

conmigo les dieron un profundo sentimiento de inferioridad: todas saben que lo intentaron y fracasaron. Si el hecho de llevarme a la cama se supone que es un medio para alcanzar su propia norma de valor, ellas saben que no pudieron alcanzarlo. Creo que esas mujeres me odian más que a ningún otro hombre en el mundo. Pero mi secreto está a salvo, porque cada una cree que fue la única en fracasar mientras que las demás triunfaron, entonces se mostraran más vehementes al referirse a nuestro romance y jamás admitirán la verdad ante nadie.
-Pero, ¿sabe lo que ha hecho con su reputación?
Francisco se encogió de hombros.
-Aquellos a quienes respeto tarde o temprano sabrán la verdad acerca de mí. Los otros -su rostro se endureció-, los otros me consideran un auténtico demonio. Dejémoslos pensar lo que quieran, lo que soy según los periódicos.
-Pero, ¿por qué motivo? ¿Para qué? ¿Sólo para darles una lección?
-Nada de eso: quería que me vieran como a un playboy.
-¿Por qué?
-Porque un playboy es un hombre que deja que el dinero se le escurra por entre los dedos.
-¿Y por qué quiso asumir tan odioso papel?
-Como disfraz.
-¿Para qué?
-Por un propósito personal.
-¿Cuál?
Francisco sacudió la cabeza.
-No me obligue a decírselo, ya he hablado más de lo que debía. De todos modos, pronto averiguará el resto.
-Si habló más de lo que debía, ¿por qué lo hizo?
-Porque... por 1° vez en muchos años usted me ha impacientado. -La nota de reprimida emoción volvió a sonar en su voz- Porque nunca quise que nadie supiera la verdad acerca de mí, como lo quise de usted. Porque sabía que despreciaría a un Don Juan más que a ninguna otra clase de hombre, igual que yo. ¿Playboy? Sólo he amado a una mujer en mi vida y aún la amo y siempre la amaré. -Tras la involuntaria confesión, añadió en voz baja- Nunca se lo he dicho a nadie, ni siquiera a ella.
-¿La ha perdido?
Francisco se sentó mirando al vacío y enseguida contestó sordamente: -Espero que no.
La luz de la lámpara le daba en la cara desde abajo y Rearden no podía ver sus ojos, sino sólo su boca tensa en una línea que expresaba paciencia y una extraña y solemne resignación. Rearden comprendió que era una herida que no tenía que abrir.
Con uno de sus repentinos cambios de humor, Francisco dijo: -¡Oh! Quizás exageré un poco -y se puso de pie sonriendo- Ya que confió en mí, quiero contarle un secreto a cambio.
-Quiero que sepa lo mucho que confié en usted antes de venir aquí y que quizás más adelante necesite su ayuda.
-Usted es el único a quien quisiera ayudar.

-Hay muchas cosas que no comprendo de usted, pero estoy seguro de una: no es amigo de esos saqueadores.
-No lo soy. -Hubo una leve traza de burla en la cara de Francisco, como si quisiera subrayar su negativa.
-Sé también que no me traicionara si le cuento que seguiré vendiendo metal Rearden a quienes yo elija, en la cantidad que yo desee, siempre que vea una posibilidad de hacerlo. Por ejemplo, ahora me dispongo a preparar un pedido 20 veces mayor de aquel por el que me han juzgado.
Sentado en el costado de un sillón a pocos pasos de distancia, Francisco se inclinó para mirarlo en silencio largo rato, con el ceño fruncido.
-¿Cree luchar contra ello, al proceder así? -pregunto.
-¿Como lo llamaría usted? ¿"Cooperación"?
-Antes estaba dispuesto a trabajar y producir metal Rearden para ellos, aun perdiendo sus ganancias y sus amigos y enriqueciendo a desnaturalizados descarriados que pretendían robarle y aceptando sus abusos a cambio del privilegio de mantenerlos con y ida. Ahora desea hacerlo al precio de pasar a ser un criminal y con el riesgo de ir a la cárcel para mantener con vida a un sistema que solo puede seguir funcionando gracias a sus víctimas, solamente por la violación de sus propias leyes.
-No es por el sistema de ellos, sino por los clientes a quienes no puedo abandonar a merced de ese sistema. Pretendo sobrevivir al sistema y no pienso dejar que me detengan, no importa lo difícil que me lo hagan; no quiero tampoco dejarles el mundo, aun cuando sea el último hombre que quede. En este momento, cumplir con esa orden ilegal es más importante para mí que todas mis fundiciones.
Francisco negó lentamente con la cabeza sin contestar y luego pregunto: -¿A cuál de sus amigos en la industria del cobre va a otorgar esta vez el valioso privilegio de delatarlo?
Rearden sonrió.
-Esta vez, no; esta vez trato con un hombre en quien puedo confiar.
-¿De veras? ¿Quien es
-Usted.
Francisco se incorporo.
-¿Cómo? -pregunto en voz tan baja que casi logró ocultar su emoción.
Rearden sonreía.
-¿No se da cuenta de que ahora soy uno de sus clientes? El trato se ha realizado a través de un par de testaferros y bajo un nombre falso, pero necesitaré su ayuda para impedir que cualquier empleado suyo se muestre demasiado curioso. Necesito ese cobre y lo necesito a tiempo, y no me importa que luego me detengan, con tal de salirme con la mía. Se que ha perdido usted todo interés por su compañía, por sus riquezas y por su trabajo, porque no quiere tratar con saqueadores como Taggart y Boyle. Pero si cree realmente en cuanto me ha enseñado, si soy el último a quien usted respeta, me ayudará a sobrevivir y a derrotarlos. Nunca le pedí ayuda a nadie. Ahora le pido la suya porque la necesito y porque confío en usted. Usted siempre me ha admirado. Pues bien, mi vida está en sus manos, si así la desea. Un pedido de cobre D'Anconia esta navegando hacia aquí en estos instantes. Salió de San Juan el 5 de diciembre.
-¡¿Cómo?!

Fue un grito de auténtica sorpresa. Francisco se había puesto de pie súbitamente, incapaz ya de contenerse.
-¿EI 5 de diciembre?
-Si -dijo Rearden.
Francisco saltó hacia el teléfono.
-¡Le dije que no hiciera tratos con D'Anconia Copper! -exclamó en un tono de desesperación que era a la vez una queja y un grito de ira.
Pero cuando su mano alcanzaba el teléfono, se detuvo. Se aferró al borde de la mesa, como para impedirse levantar el auricular, y permaneció con la cabeza baja durante un tiempo que ni él ni Rearden hubieran podido calcular.
Rearden estaba aturdido por aquella lucha, cuya única evidencia consistía en la inmóvil figura de un hombre. No podía adivinar la naturaleza de aquel forcejeo, pero sabía únicamente que Francisco estaba en condiciones de impedir algo, aunque no deseaba utilizar los medios de que disponía para lograrlo.
Cuando Francisco levantó la cabeza, Rearden vio una cara contraída por un sufrimiento tan profundo que sus líneas eran casi un grito de dolor, más terrible aun porque en ella se pintaba una expresión de firmeza total, como si hubiera llegado a una decisión concreta y éste fuera su precio.
-Francisco... ¿que sucede?
-Hank, yo... -Sacudió la cabeza, se detuvo y luego se puso en pie- Sr. Rearden -dijo con voz dotada de toda la fuerza, la desesperación y la dignidad peculiar de un ruego que sabía inútil-, quizá llegue un tiempo en que me maldiga usted y en que dude de cuantas palabras he dicho, pero le juro por la mujer que amo, que soy su amigo.
El recuerdo del rostro de Francisco, tal como aparecía en aquel instante, acudió a la mente de Rearden 3 días después, cuando se hallaba sumido en una ciega impresión de fracaso y de odio. Y volvió a él cuando de pie junto a la radio en su despacho, pensó que debía alejarse del hotel Wayne-Fakland, ya que de lo contrario mataría a Francisco d' Anconia apenas lo viera. Ese recuerdo volvió una vez más a través de las palabras que estaba escuchando, y que narraban cómo 3 barcos de D'Anconia Copper, en ruta de San Juan a Nueva York, habían sido atacados por Ragnar Danneskjöld y enviados al fondo del océano. Y la invocación se repitió aun cuando sabía que algo más importante que el cobre se había hundido para él con aquellos barcos.

CAPÍTULO V - CUENTA EN ROJO

Era el 1° fracaso en la historia de Rearden Steel. Por 1° vez, no se entregaba un pedido tal como estaba convenido. Pero para el 15 de febrero, cuando los rieles Taggart tenían que estar instalados, eso ya no tenía ninguna importancia para nadie.
EI invierno había llegado muy temprano, en los últimos días de noviembre. La gente aseguraba que era el más crudo de la historia, y que no se podía culpar a nadie por la extraordinaria magnitud de las tormentas de nieve.

No se preocupaban por recordar que en una época esas tormentas no se abatían sobre rutas ya sin iluminación y sobre tejados de casas sin calefacción, ni llegaban a interrumpir el movimiento de los trenes, ni dejaban tras de sí una estela de centenares de cadáveres.

La 1° vez que la Compañía Carbonífera Danagger demora su entrega de combustible a Taggart Transcontinental en la última semana de diciembre, el primo de Danagger explicó que había sido inevitable porque había tenido que reducir la jornada laboral a 6 hs., para levantar la moral de los empleados, que no parecían funcionar de la misma manera que en los tiempos de Kenneth. Los obreros se mostraban indiferentes y holgazanes, decía, porque estaban exhaustos a causa de la feroz disciplina del anterior propietario y no había podido impedir que algunos supervisores y capataces lo abandonaran sin motivo, después de haber trabajado 10 o 20 años en la compañía. Era inevitable cierta fricción entre sus obreros y el nuevo personal jerárquico, aun cuando estos empleados fuesen más liberales que los antiguos capataces de esclavos, pero estaba seguro de que este desajuste era cuestión de tiempo. Manifestó no haber podido rehusar que la cantidad destinada a Taggart Transcontinental hubiera sido desviada, el día anterior a la entrega, a la Oficina de Asistencia Global, en dirección a la República Popular de Inglaterra; era una emergencia, ya que las fábricas estatales británicas estaban cerrando una tras otra y el pueblo se moría de hambre. Agregó que la Srta. Taggart no estaba siendo razonable, puesto que el retraso era sólo de un día para ella. Pero ocasionó 3 días de demora en el tren de transporte de carga N° 386, que salía de California con destino a Nueva York con 59 vagones llenos de lechugas y naranjas. El tren N° 386 esperó en apartaderos y estaciones carboníferas el combustible que no llegaba, por lo cual, cuando llegó a Nueva York, las lechugas y naranjas tuvieron que ser arrojadas al río East. Habían esperado su turno demasiado tiempo en los depósitos de California, mientras la circulación de trenes quedaba reducida y se prohibía rigurosamente que cada locomotora arrastrara más de 60 vagones por vez. Nadie, aparte de sus amigos y socios en aquella industria, vio que 3 productores de naranjas de California quedaron arruinados y lo mismo sucedió con 2 productores de lechuga en la zona de Imperial Valley. Nadie se dio cuenta del cierre de un agente comisionista en Nueva York, ni del de una empresa de cañerías acreedora de dicho comisionista, ni del de un depósito de tuberías de plomo que era su proveedora. Según los periódicos, cuando la gente moría de hambre no había que preocuparse por el fracaso de empresas comerciales que sólo eran emprendimientos particulares realizados con el fin de obtener ganancias.

De todos modos, el carbón enviado a través del Atlántico por la Oficina de Asistencia Global no llegó a la República Popular de Inglaterra, porque Ragnar Danneskjöld se apoderó de él.

La 2° vez que la Compañía Carbonífera Danagger se retrasó en una entrega para Taggart Transcontinental fue a mediados de enero. El primo de Danagger dijo, muy desabrido, por teléfono, que no podía evitarlo: sus minas habían estado cerradas 3 días, debido a la falta de lubricante para la maquinaria. En este caso, el suministro de carbón para Taggart Transcontinental llegó 4 días tarde.

El Sr. Quinn, de la Compañía de Rodamientos Quinn, quien había trasladado su compañía desde Connecticut a Colorado, esperó 1 semana el tren que

transportaba su pedido de metal Rearden. Cuando el tren llegó, la fábrica ya había sido cerrada.
Nadie observó la desaparición de una fábrica de motores de Michigan, que había estado esperando una entrega de cojinetes, con la maquinaria parada y los obreros cobrando el sueldo íntegro; ni el cierre de un aserradero en Oregón, que había estado esperando inútilmente un nuevo motor; ni el de una carpintería de lowa, que se había quedado sin reservas de madera; ni la ruina de un constructor de Illinois, que al no disponer de la madera a tiempo, tuvo que cancelar sus contratos, mientras quienes habían adquirido sus casas deambulaban por carreteras cubiertas de nieve, en busca de lo que no existía ya en ningún lugar.
La tormenta de nieve de fines de enero bloqueó los pasos de las Montañas Rocallosas, levantando blancos muros de 10 m. de altura en la línea principal de Taggart Transcontinental. Los hombres que intentaron despejar la vía debieron abandonar la tarea a las pocas horas, dado que los quitanieves se rompían uno tras otro pues llevaban 2 años sometidos a precarias reparaciones y ya no servían. Los nuevos no fueron entregados porque el fabrican-te cesó en sus actividades al no poder obtener de Orren Boyle el acero necesario.
Tres trenes que se dirigían hacia el Oeste quedaron atrapados a la entrada de la estación de Winston, en la cima de las Rocallosas, allí donde la línea principal de Taggart Transcontinental atravesaba el ángulo noroeste de Colorado. Durante 5 días permanecieron fuera del alcance de quienes intentaban ayudarlos, porque los trenes no podían aproximarse debido al temporal y el último de los camiones construidos por Lawrence Hammond se averió en las heladas pendientes de las rutas de montaña. Los mejores aviones alguna vez construidos por Dwight Sanders fueron enviados a la estación de Winston, pero nunca pudieron llegar: no estaban en condiciones de enfrentarse a ninguna tormenta.
A través de los remolinos de nieve, los pasajeros atrapados en los trenes contemplaban las luces de las barracas de Winston, pero dichas luces se apagaron la noche del 2° día. Hacia la tarde del 3°, la luz, el calor y los víveres se habían terminado también en los trenes. En los breves períodos de calma en la tormenta, cuando la catarata de copos cesaba y descubría la vacía tranquilidad, mezclada con una tierra sin luces y un cielo sin estrellas, los pasajeros podían ver, muchos kilómetros hacia el sur, una tenue lengua de fuego retorciéndose en el cielo: era la antorcha Wyatt.
A la mañana del 6° día, cuando los trenes pudieron moverse y continuar descendiendo las pendientes de UTA, Nevada y California, los maquinistas observaron las chimeneas sin humo las puertas cerradas de pequeñas fabricas al borde de la vía, que estaban en funcionamiento la última vez que hablan pasado por allí.
“Las tormentas son obra de Dios”, eseribio Bertram Scudder “ y nadie puede sentirse socialmente responsable por ellas.”
Las raciones de carbón establecidas por Wesley Mouch permitían calentar las viviendas 3 hs. al día. No había leña que quemar, ni metal para hacer nuevos calefactores, ni herramientas para perforar las paredes y colocar nuevas instalaciones. En artefactos caseros de ladrillo y hojalata, los profesores quemaban los libros de sus bibliotecas, y los productores de fruta, los árboles de sus plantaciones. "Las privaciones fortalecen el espíritu de la gente" escribió al

respecto Scudder "y forjan el fino acero de la disciplina social. El sacrificio es el cemento que amalgama los ladrillos humanos para formar con ellos el gran edificio de la Sociedad."
"La nacion que en otros tiempos sostuvo el credo de que la grandeza se alcanza mediante la producción, oye decir ahora que se obtiene por medio de la miseria", dijo por su parte Francisco D'Anconia en una entrevista de prensa. Pero estas palabras no fueron publicadas.
Los únicos negocios favorecidos aquel invierno fueron los de la industria del entretenimiento. La gente ahorraba en ropa y calefacción, y comía cualquier cosa para poder luego aglomerarse dentro de los cines, con el fin de escapar por unas horas del estado de animales reducidos a un ambiente de terror que afectaba a sus más urgentes necesidades.
En enero, todos los cines, clubes nocturnos y locales de bolos fueron cerrados por orden de Wesley Mouch para ahorrar combustible. "El placer no es necesario para la existencia", escribió entonces Bertram Scudder.
"Tiene que aprender a adoptar una actitud filosófica", indicó el Dr. Simón Pritchett a una joven estudiante que, en medio de una conferencia, cayó en un repentino estado de depresión y se puso a sollozar histéricamente. Acababa de regresar de una expedición voluntaria de auxilio a una colonia del Lago Superior, donde había visto a una madre sosteniendo el cuerpo de su hijo muerto de hambre. "No existe lo absoluto" -dictaminó el Dr. Pritchett, "La realidad es sólo una ilusión. ¿Cómo sabía esa madre que su hijo había muerto? ¿Cómo sabe siquiera si existió alguna vez?"
Gente de mirada suplicante y expresión desesperada se aglomeraba en carpas donde los evangelistas prorrumpían en triunfantes exclamaciones, declarando que el hombre es incapaz de convivir con la naturaleza; que la ciencia es un fraude y la mente, un fracaso; que estaban sufriendo el castigo al pecado de su orgullo y excesiva confianza en el propio intelecto; y que sólo la fe con el poder de secretos místicos podía protegerlos del resquebrajamiento de un riel o del estallido del último neumático de un camión. El amor constituía la llave que abría dichos secretos místicos, gritaban; el amor, el altruismo y el sacrificio por las necesidades ajenas.
Orren Boyle hizo un sacrificio por el prójimo vendiendo a la Oficina de Asistencia Global un embarque de 10.000 toneladas de estructuras de acero con destino a la República Popular de Alemania, que había sido preparado, en un principio, para el ferrocarril Atlantic Southern. "Fue una decisión difícil de tomar" -manifestó Boyle con una mirada húmeda y desenfocada, como imbuida de rectitud, ante el atemorizado presidente de la empresa Atlantic Southern- "Pero tuve en cuenta que ésta es una empresa muy rica, mientras que el pueblo alemán se encuentra en un estado de inexpresable miseria. Actué siguiendo el principio de que hay que atender 1° a las necesidades más urgentes. Ante la duda, el débil ha de tener preferencia sobre el fuerte." El presidente de Atlantic Southern había oído decir que el mejor amigo de Orren Boyle en Washington tenía, a su vez, otro amigo en el Ministerio de Abastecimientos de la República Popular de Alemania, pero nadie habría podido afirmar que tal fuera el motivo que impulsó a Boyle, o si actuó según el principio del sacrificio por los demás. De todas formas, eso no implicaba ninguna diferencia. Si Boyle hubiera sido un santo, dentro del credo del altruismo

habría hecho precisamente lo que hizo. Aquello silenció al presidente de Atlantic Southern, quien no se atrevió a decir que le preocupaba más su ferrocarril que el pueblo de Alemania, ni a atacar el principio del sacrificio por los demás.
Durante todo enero las aguas del Mississippi crecieron a causa de las tormentas y, agitadas por el viento, se convirtieron en un continuo embate de corrientes que destruía cuanta defensa se ponía a su paso.
Una noche de nevisca, durante la 1° semana de febrero, el puente de Atlantic Southern sobre ese río se vino abajo cuando atravesaba un tren de pasajeros. La locomotora y los primeros 5 coches dormitorio se desplomaron en una maraña de hierros retorcidos, y se hundieron en las negras espirales de agua que se agitaban 25 m. más abajo. El resto de los vagones se mantuvo sobre la parte del puente que no se había derrumbado. "No es posible comerse un pastel y dejar que el vecino también lo coma", manifestó Francisco d'Anconia. La avalancha de denuncias que los representantes de la opinión pública desencadenaron contra él fue mayor que su preocupación por la tragedia del puente.
Se rumoreaba que el jefe de Ingeniería de Atlantic Southern, desesperado ante la imposibilidad de obtener el acero necesario para reforzar el puente, había renunciado 6 meses antes, tras manifestar a la compañía que el puente no era seguro. Había escrito también una carta al periódico de mayor circulación de Nueva York, donde lo advertía al público, pero la carta no fue publicada. Se decía que los 3 primeros tramos del puente habían resistido porque estaban reforzados con estructuras de metal Rearden. Pero todo lo que la compañía pudo obtener de este metal, bajo la ley de distribución equitativa, había sido 500 toneladas.
Como resultado de la investigación oficial, 2 puentes que cruzaban el Mississippi y pertenecían a empresas de menor importancia fueron clausurados. Una de las compañías quebró y la otra cerró un ramal secundario, arrancando los rieles y tendiendo con ellos una línea que se enlazara con el puente de Taggart Transcontinental, al igual que Atlantic Southern.
El gran puente Taggart, de Bedford, Illinois, había sido construido por Nathaniel Faggart, quien durante años había luchado contra el gobierno, porque luego de la queja presentada por diversos navieros fluviales, los tribunales habían determinado que el ferrocarril era una competencia destructiva para la navegación y la riqueza pública, y que los puentes sobre el Mississippi deberían ser prohibidos, por tratarse de obstrucciones. Los tribunales ordenaron a Nathaniel Taggart que desmontara su puente y transportara a los pasajeros de orilla a orilla mediante barcazas, pero finalmente consiguió ganar su batalla en la Corte Suprema por diferencia de un voto. Su puente era ahora el único lazo de unión importante entre las 2 mitades del continente. Su último descendiente había adoptado como regla inflexible que, aunque necesariamente hubiera que restarle importancia a otras cuestiones, el puente Taggart permanecería siempre en impecable estado de funcionamiento.
El acero enviado a través del Atlántico por la Oficina de Asistencia global no llegó al Estado Popular de Alemania porque Ragnar Danneskjöld se apodero de él, pero aparte de ese organismo, nadie lo supo, dado que los periódicos hacía mucho tiempo que no publicaban nada acerca de las actividades del pirata.
No fue hasta que el público empezó a darse cuenta del creciente desabastecimiento luego de la desaparición del mercado de las planchas

eléctricas, las tostadoras, las lavadoras y demás electrodomésticos, cuando todo el mundo empezó a formularse preguntas y a escuchar rumores. Se supo que ningún barco cargado con cobre D'Anconia podía alcanzar un puerto de los Estados Unidos, debido a la vigilancia ejercida por Ragnar DanneskjöId.

En las neblinosas noches de invierno, los marinos murmuraban en los muelles que si bien Ragnar DanneskjöId se apoderaba siempre de los cargamentos de socorro, nunca tocaba el cobre, prefiriendo hundir los barcos de D'Anconia con su cargamento. Permitía a los tripulantes escapar en botes salvavidas, pero el cobre iba a parar al fondo del océano. Lo contaban como una oscura e incomprensible leyenda, ya que nadie podía encontrar una razón por la que Danneskjöld decidiera no tomar el cobre.

En la 2° semana de febrero, y con el propósito de ahorrar alambre de cobre y electricidad, una ordenanza prohibió que los ascensores llegaran más allá del piso 25. Las plantas superiores tuvieron que ser desalojadas, y se cortó el acceso por la escalera mediante rústicas vallas de tablones. También se otorgaron excepciones con permisos especiales, basadas en necesidades urgentes, a unas cuantas grandes empresas y a los hoteles de moda. De este modo, la cúspide de las ciudades quedaba aislada.

Los habitantes de Nueva York nunca habían estado pendientes de las condiciones climáticas. Las tempestades sólo habían sido para ellos una molestia que aminoraba la velocidad del tránsito y formaba charcos en la puerta de los negocios. Abrigadas con gabardinas o pieles en la calle, y con cómodas zapatillas en sus casas, las personas siempre habían pensado que la tempestad era apenas un intruso en la ciudad. Ahora, en cambio, al observar las ráfagas de nieve que barrían las calles, los transeúntes experimentaban la terrible sensación de ser ellos los intrusos, mientras el viento se adueñaba del derecho de paso.

"Al fin y al cabo no hará ninguna diferencia para nosotros. Olvídate, Hank. Ya nada importa", había dicho Dagny cuando Rearden le contó que no podría entregarle los rieles por no haber podido hallar a un proveedor de cobre. "Olvídate de ello, Hank." Pero él no contestó: no podía olvidar el 1° incumplimiento de Rearden Steel.

Durante la noche del 15 de febrero, una plancha de metal se rompió en un enlace ferroviario, haciendo descarrilar una máquina a 1 km. de Winston, Colorado, en cierta división que debía haber sido ya renovada. El jefe de estación de Winston suspiró y envió en busca de una grúa y de personal. Era uno de los muchos accidentes de menor importancia que sucedían en su sección a cada instante, empezaba a acostumbrarse.

Aquella noche, con el cuello del abrigo levantado y el sombrero metido hasta los ojos, Rearden avanzaba dificultosamente entre torbellinos de nieve subiendo el barranco de una mina de carbón abandonada, en un rincón perdido de Pennsylvania, supervisando la remesa obtenida por medios furtivos y cargada en camiones proporcionados por él mismo. Aquella mina no tenía dueño y nadie podía permitirse el gasto que implicaba su explotación, pero un joven de voz brusca y ojos oscuros y fulgurantes, procedente de un asentamiento de indigentes, había reunido a un grupo de desempleados, y acordado con Rearden la entrega de aquel carbón. Lo extraían por la noche, lo almacenaban en lugares ocultos, y recibían el pago en efectivo, sin permitir ni formular preguntas. Culpables del feroz

deseo de seguir vivos, ellos y Rearden comerciaban como salvajes, sin derechos, sin títulos, sin contratos y sin protección, sin nada más que un mutuo entendimiento y un fiel y estricto cumplimiento de la palabra. Rearden ni siquiera conocía el nombre de aquel joven, pero mirándolo mientras dirigía el cargamento de los camiones, se dijo que si hubiera nacido una generación antes, se habría convertido en un gran industrial; ahora probablemente muy pronto terminaría su vida como un vulgar delincuente.

Aquella misma noche, Dagny asistió a una junta de directorio de Taggart. Sentados en torno a una lustrosa mesa en medio de una acogedora pero mal calefaccionada sala de reuniones, los hombres que, a través de sus propias actividades desarrolladas a lo largo de décadas, habían basado su seguridad en mantener sus rostros impasibles, pronunciar palabras vagas y vestir de manera impecable, tenían ahora un extraño aspecto con sus chalecos de lana muy tensos sobre el estómago, sus bufandas al cuello y el sonido de toses que con frecuencia interrumpía el diálogo, como ráfagas de una ametralladora.

Dagny notó que Jim había perdido la calma de sus anteriores actuaciones. Permanecía con la cabeza hundida entre los hombros, mientras su mirada pasaba veloz de un rostro a otro.

Un hombre de Washington estaba sentado a la mesa, entre ellos. Nadie conocía cuál era realmente su tarea o misión, pero no era necesario: bastaba con saber que era "el de Washington". Se trataba de Weatherby, un individuo de pelo gris, rostro largo y estrecho y una boca que hacía pensar que le era preciso tensar sus músculos faciales para mantenerla cerrada, cosa que le confería cierto aire de escrupulosidad a una cara que no revelaba ninguna otra cosa. Los directores no sabían si se encontraba allí como invitado, como consejero o como veedor, pero preferían no averiguarlo.

-A mi modo de ver -empezó el presidente del directorio-, el problema más importante al que nos enfrentamos es que nuestra línea principal parece encontrarse en condiciones, no ya deplorables, sino críticas. Hizo una pausa y añadió cuidadosamente: -La única línea en buenas condiciones es la "John Galt"... quiero decir, la Río Norte.

En el mismo tono cauteloso de quien espera que alguien capte el verdadero propósito de sus palabras y se haga eco de ellas, otro de los presentes manifestó: -Si tenemos en cuenta la merma de nuestro equipo, y consideramos que permitimos su desgaste en servicio de una línea secundaria que trabaja a pérdida... -Se detuvo sin explicar lo que ocurriría, dejando a los otros que reflexionaran sobre aquello.

-Yo creo -dijo un hombre flaco y pálido, con un delicado bigote- que la línea Río Norte parece haberse convertido en una carga financiera que la compañía no puede permitirse soportar... es decir, a menos que se lleven a cabo determinados reajustes...

Sin terminar la frase, miró a Weatherby, pero éste fingió no haberse dado cuenta.

-Jim -intervino el presidente-, creo que debería usted brindarle al Sr. Weatherby un cuadro de la situación.

La voz de Taggart seguía conservando la suavidad adecuada para tales asuntos, pero era una suavidad semejante a la de un trozo de tela extendido sobre un objeto de cristal roto, cuyos aguzados bordes aparecieran aquí y allá.

-En general se da por descontado –empezó- que el principal factor de todos los que afectan a los ferrocarriles del país reside en el inaudito alcance de los fracasos comerciales. Si bien nos damos cuenta de que se trata de un inconveniente temporal, debemos reconocer que, por su culpa, la situación ferroviaria se aproxima a un estado que bien podría describirse como desesperante. Especialmente, el número de fábricas que han cerrado en el territorio dentro del sistema de Taggart Transcontinental es tan grande, que arruinó nuestra estructura financiera. Distritos y divisiones que siempre nos proporcionaron los mejores ingresos, ahora están trabajando a pérdida. Una estructura calculada para transportar un gran volumen de cargas no puede prestar servicio para 3 transportes, cuando estaba calculada para 7. No podemos ofrecer idéntico servicio, al menos... con las tarifas actuales. -Miró a Weatherby, pero éste no acusó recibo- Me parece -continuó Taggart, con un tono un poco más agresivo- que la actitud adoptada por nuestros transportistas es injusta, pues la mayoría de ellos se quejan de sus rivales y han aprobado diversas medidas locales para eliminar la competencia en sus ámbitos particulares. Muchos de ellos se encuentran ahora en posesión casi exclusiva de sus mercados, pero aun así se niegan a comprender que un ferrocarril no puede brindar a una única fábrica las tarifas que antes estaba en condiciones de ofrecer gracias a la producción de toda una comarca. Estamos operando con pérdidas y, sin embargo, han adoptado una actitud de intransigencia contra... un aumento en las tarifas.
-¿Contra cualquier aumento? -preguntó suavemente Weatherby, con una excelente imitación de asombro- No es ésa precisamente la posición que han tomado.
-Si resultan ciertos algunos rumores que me niego a aceptar... -empezó el presidente, y se detuvo cuando el pánico se hizo evidente en su voz.
-Jim -dijo Weatherby con tranquilidad-, creo que sería mucho mejor no mencionar el tema de un aumento de tarifas.
-No sugería que ese aumento deba hacerse precisamente ahora -se apresuró a decir Taggart- Me referí simplemente a él para presentar un cuadro de la situación más completo.
-Pero, Jim -dijo un anciano de voz temblorosa-, creí que su influencia... quiero decir, su amistad... con Mouch lograría...
Se interrumpió porque los otros lo estaban mirando severamente, recriminándole que hubiera violado aquella ley no escrita según la cual no podía mencionarse un fracaso de tal género, ni citar los misteriosos caminos seguidos por las influyentes amistades de Jim, ni preguntarse por qué éstas fallaban.
-El caso es -dijo Weatherby con aire desenvuelto- que Mouch me envió aquí para discutir la demanda de los sindicatos ferroviarios relativa a un aumento de sueldos, y la de los empresarios acerca de una reducción de las tarifas.
Se había expresado en un tono de indiferente firmeza, pues sabía que todos estaban enterados de esas demandas, que habían sido analizadas durante meses en los periódicos. Sabía que esos hombres no temían a las demandas en sí, sino al hecho de que mencionarlas pudiera hacerlas realidad. Querían saber si Weatherby ejercería su poder, y él les estaba demostrando que lo haría.
La respuesta que cabía esperar era un fuerte reclamo, pero no se produjo. Nadie contestó. Luego, con el agresivo y nervioso tono con el que se pretende demostrar

irritación pero sólo se confiesa la propia incertidumbre, James Taggart dijo: -No quisiera exagerar la importancia de Buzzy Watts, miembro del Consejo Nacional de Transportes. Ha estado haciendo mucho ruido y celebrando una serie de costosos banquetes en Washington, pero aconsejaría no darle tanta importancia a este aspecto.
-¡Oh, no lo sé! -exclamó Weatherby.
-Escuche, Clem. Sé que Wesley no lo recibió la semana pasada.
-Eso es cierto. Wesley es un hombre sumamente ocupado.
-Y sé también que cuando Gene Lawson dio aquella gran fiesta hace 10 días, estuvo prácticamente todo el mundo, pero no invitaron a Buzzy Watts.
-En efecto -convino Weatherby apaciblemente.
-Así es que no me inclinaría demasiado hacia Buzzy Watts, Clem, ni dejaría que ese asunto me preocupara.
-Wesley es un hombre imparcial -dijo Weatherby- Un hombre dedicado totalmente al bien público. Es el interés general del país lo que debe considerar por encima de cualquier otra cosa. -Taggart se irguió en su asiento porque de todos los síntomas de peligro conocidos, aquel modo de hablar era el más preocupante- Nadie puede negar, Jim, que Wesley siente hacia usted una gran estima y que lo considera un excelente empresario, un valioso asesor y uno de sus mejores amigos personales. -La mirada de Taggart se posó rápidamente en él. Esto era aún peor- Pero nadie puede decir que Wesley vacilaría en sacrificar sus sentimientos sus amistades personales cuando se trata del bienestar público.
La cara de Taggart siguió inexpresiva: su terror procedía de cosas que nunca fueron expresadas en palabras ni en movimientos faciales, procedía de su lucha contra una idea no admitida. El mismo había sido el "público" durante tanto tiempo y en circunstancias tan diversas, que comprendió lo que significaría que aquel título mágico, aquel sagrado calificativo al que nadie osaba oponerse, quedara transferido, junto con su "bienestar", a Buzzy Watts.
Pero lo que preguntó rápidamente fue: -No insinuará que yo pondría mis intereses personales por encima del bienestar público, ¿verdad?
-No, por supuesto que no -respondió Weatherby con una mirada que equivalía casi a una sonrisa- Desde luego que no. Su actitud, Jim, inspirada en el beneficio común y en la comprensión, es bien conocida, por eso Wesley confía en que usted verá las 2 caras de la moneda.
-Sí, desde luego - admitió Taggart, atrapado.
-Bien. Considere entonces el punto de vista del sindicato. Quizá usted no pueda aumentar los salarios, pero ¿cómo va a continuar viviendo esa gente, si el costo de vida se ha ido a las nubes? Tienen que comer, ¿verdad? Ese es el problema principal, con ferrocarril o sin él -Weatherby hablaba en un tono de plácida rectitud, como recitando una fórmula necesaria para prestar cierto significado a sus palabras de modo de ser entendido por todos, pero miraba directamente a Taggart poniendo con ello un énfasis especial en lo que no decía- Los sindicatos ferroviarios agrupan a casi 1 millón de afiliados, con familiares, personas a su cargo y parientes pobres. ¿Quién no tiene parientes pobres hoy en día? Todo asciende a unos 5 millones de votos... quise decir de personas. Wesley ha de tenerlo muy en cuenta, tiene que pensar en su psicología. Además, considere al público. Las tarifas actuales fueron fijadas cuando todo el mundo ganaba buen

dinero, pero, tal como están ahora las cosas, el precio de los transportes se ha convertido en una carga que ya nadie puede soportar. La gente se queja en todo el país -Miró a Taggart, simplemente lo miró, pero aquella mirada tenía el mismo valor que un significativo guiño- Son muchos, Jim. Y, por el momento, hay muchas cosas que no les agradan en absoluto, y un gobierno que rebajara las tarifas ferroviarias se ganaría la gratitud de mucha gente.
El silencio que siguió a sus palabras fue como un pozo tan profundo que no se oiría si algo se estrellaba en el fondo. Igual que los demás, Taggart sabía cuál era el motivo desinteresado por el que Mouch estaría siempre dispuesto a sacrificar sus amistades personales.

Fue el silencio y el hecho de no querer decir nada, el haber entrado allí dispuesta a no pronunciar palabra, lo que precisamente le hizo imposible a Dagny resistir por más tiempo, y prestó a su voz un tono duro y vibrante cuando preguntó:
-¿Consiguieron lo que han estado buscando durante tantos años, caballeros?
La rapidez con que los ojos de todos se posaron en ella constituyó la involuntaria respuesta a un sonido inesperado, pero la vivacidad con la que luego fijaron la mirada en la mesa, en las paredes, en cualquier otro lugar excepto en ella, constituyó la respuesta consciente al significado de sus palabras.
En el silencio que reinó unos instantes, el resentimiento de Dagny espesó el aire de la sala. No era resentimiento, contra Weatherby, sino contra sí misma. Habría podido soportarlo, en caso de haber dejado su pregunta sin contestar, pero lo que le contraía dolorosamente el estómago era aquel doble fraude de pretender ignorarla y luego responder a su manera.
Sin mirarla, con voz acusadamente indiferente, el presidente respondió:
-Todo marcharía perfectamente si algunas personas, como Buzzy Watts v Chick Morrison, no ocuparan puestos decisivos.
-Yo no me preocuparía de Chick Morrison -declaró el hombre pálido y de bigote- No tiene una influencia importante. El peor es Tinky Holloway.
-La perspectiva no me parece desesperada -señaló un hombre apuesto, que llevaba una bufanda verde- Joe Dunphy y Bud Hazleton son íntimos de Wesley. Si su influencia prevalece, todo irá bien. Sin embargo, Kip Chalmers y Tinky Holloway son peligrosos.
-Yo puedo encargarme de Kip Chalmers -ofreció Taggart.
Weatherby era la única persona en aquella habitación que no evitaba mirar a Dagny, pero cuando sus ojos se posaban en ella no registraban nada. Sencillamente, no la veía.
-Estoy pensando -dijo Weatherby dirigiéndose con displicencia a Taggart- que quizás usted podría llegar a hacerle un favor a Wesley.
-Wesley sabe que siempre puede contar conmigo.
-Bueno, mi idea es que si usted les garantiza a los sindicatos un aumento de salarios, podríamos abandonar la cuestión de rebajar las tarifas, al menos por el momento.
-¡No puedo hacerlo! -reaccionó Jim casi gritando- La Alianza Nacional de Ferrocarriles ha adoptado una posición unánime contra los aumentos salariales y ha exigido a todos sus miembros que los rechacen.

-A eso precisamente iba -dijo con suavidad Weatherby- Wesley necesita meter una cuña en la Alianza y si una compañía como Taggart Transcontinental cediera, el resto sería fácil. Ayudaría mucho a Wesley, y realmente lo apreciaría.
-Pero, ¡por Dios, Clem! Según las reglas de la Alianza, podrían incluso procesarme.
Weatherby sonrió.
-¿Qué tribunal lo haría? Deje que Wesley se encargue de eso.
-Pero, escuche, Clem. Usted sabe tan bien como yo que no podemos hacerlo.
Weatherby se encogió de hombros.
-Es un problema que sólo usted puede solucionar.
-Por el amor de Dios, ¿cómo quiere que lo haga?
-No lo sé. Es tarea suya, no nuestra. No querrá que el gobierno le diga cómo administrar su ferrocarril, ¿verdad?
-¡No! ¡Desde luego que no! Pero...
-Nuestra tarea consiste solamente en procurar que la gente reciba sueldos adecuados y medios de transporte aceptables. Es usted quien debe proporcionarlos. Pero, desde luego, si le es imposible hacerlo, entonces...
-¡No he dicho eso! -se apresuró a protestar Taggart- No he dicho tal cosa.
-Bien -repuso Weatherby complacido- Sabemos que usted tiene la habilidad necesaria para encontrar un modo de lograrlo -Miraba a Taggart y éste miraba a Dagny.
-Fue sólo una idea -explicó Weatherby reclinándose en su sillón a modo de modesta retirada- Sólo una idea para que analicen. Yo sólo soy un invitado aquí y no quiero interferir en sus asuntos. El propósito de esta reunión fue el de discutir la situación de... las líneas secundarias, ¿verdad?
-Sí -dijo el presidente, suspirando- Sí. Y ahora, si alguien tiene alguna sugerencia constructiva que ofrecer... -Esperó. No contestó nadie- Creo que el cuadro de situación está bastante claro para todos. -Nueva pausa- Parece haber quedado establecido que no podemos continuar permitiéndonos el funcionamiento de algunas de nuestras líneas secundarias... de la Río Norte, en particular... y que, en consecuencia, es preciso adoptar ciertas medidas...
-Me parece -intervino el caballero pálido con voz inesperadamente segura- que deberíamos escuchar a la Srta. Taggart. -Se inclinó con expresión de socarrona expectativa y al ver que Dagny no contestaba, sino que solamente se limitó a volverse hacia él, preguntó: -¿Qué puede decirnos, Srta. Taggart?
-Nada.
-¿Cómo?
-Todo cuanto tenía que decir quedó expresado en el informe que les ha leído Jim -repuso ella con voz tranquila, clara y escueta.
-Pero en él usted no brindó ninguna recomendación.
-No tenía ninguna para hacer.
-Después de todo, como vicepresidenta de Operaciones, debe tener un interés vital por la política de este tren.
-No estoy facultada para opinar sobre la política de esta empresa.
-De todos modos, estamos muy interesados en escuchar su opinión.
-No tengo ninguna.

-Srta. Taggart -dijo en el tono suave y neutro de quien da una orden-, no podrá usted menos que observar que nuestras líneas secundarias están dejando un desastroso déficit que deseamos que las haga rendir más.
-¿Cómo?
-No lo sé, eso es tarea suya, no nuestra.
-En mi informe he detallado los motivos por los que ahora es imposible. Si omití algún dato, tengan la bondad de decírmelo.
-¡Oh, lo desconocemos! Esperamos simplemente que usted encuentre el modo de hacer posible esa tarea, pues la nuestra consiste en procurar que los accionistas obtengan sus ganancias. Es usted quien debe lograrlo. No querrá que pensemos que es incapaz de realizar ese trapajo y que...
-Soy incapaz de realizarlo.
El otro abrió la boca, pero no pudo encontrar palabras con las que contestarle y la miró con asombro, preguntándose por qué había fracasado la fórmula.
-Srta. Taggart -preguntó el de la bufanda verde-, ¿sugería usted en el informe que la situación de la línea Río Norte era critica?
-Aseguré que es desesperada.
-Entonces, ¿qué medidas propone?
-Ninguna.
-¿Está evadiendo su responsabilidad?
-¿Y qué creen estar haciendo ustedes? -Hablaba suavemente, dirigiéndose a todos- ¿Piensan que no voy a decir que la responsabilidad es de ustedes y que fueron sus malditas políticas las que nos condujeron a semejante estado? Pues bien, lo estoy diciendo.
-Srta. Taggart, Srta. Taggart -dijo el presidente en tono de suplicante reproche-, no deberían existir roces entre nosotros. ¿Qué importa quién haya tenido la culpa? No queremos discutir sobre errores pasados, sino colaborar como un equipo, a fin de sacar el ferrocarril de esta desesperada situación.
Un hombre canoso de aspecto patriarcal, que había permanecido en silencio durante toda la reunión, con un aire que expresaba la amarga y resignada idea de que todo aquello era inútil, miró a Dagny de un modo que hubiera podido tomarse por simpatía, de haber existido en él un resto de esperanza. Elevando la voz lo suficiente como para traicionar en ella una nota de contenida indignación, dijo:
-Sr. presidente, si lo que estamos discutiendo son soluciones prácticas, quisiera proponer que hablemos del asunto de la limitación establecida a la longitud y velocidad de nuestros trenes. De todo cuanto se ha llevado a cabo, eso es lo más desastroso. La derogación de esa directiva no solucionará todos nuestros problemas, pero sería un enorme alivio. Con la desesperada escasez de fuerza motriz y el desabastecimiento de combustible, es insensato y criminal mandar una locomotora a la vía con 60 vagones cuando puede llevar 100, y emplear 4 días en una distancia que puede cubrirse en 3. Sugiero que computemos el numero de empresarios a los que hemos arruinado y los distritos que quedaron prácticamente destruidos debido a los fracasos, carencias y retrasos en los transportes y entonces...
-Ni lo piense -interrumpió bruscamente Weatherby- Ni siquiera sueñe con introducir modificaciones, pues no las consideraremos ni nos permitiremos escuchar ninguna sugerencia al respecto.

-Sr. presidente - preguntó el hombre canoso sin alterarse-, ¿me permite continuar?
El presidente extendió las manos, sonriendo con calma, como dando a entender que estaba resignado.
-Sería muy poco práctico -contesto.
-Creo que deberíamos limitar la discusión al estado de la línea Río Norte -indicó James Taggart.
Se produjo un largo silencio.
El hombre de la bufanda verde se volvió hacia Dagny.
-Srta. Taggart -expresó triste y precavidamente-, usted dirá que.., propongo solo una cuestión hipotética... pero si el equipo actualmente utilizado en la Río Norte quedara disponible para otras, ¿bastaría para cubrir las necesidades de nuestra línea principal transcontinental?
-Ayudaría.
-Los rieles de la Río Norte -dijo el hombre pálido, de bigote- no tienen rival en ningún lugar de este país, y ahora no podrían adquirirse a ningún precio. Disponemos en esa línea de 450 km. de vía, lo que significa más de 600 km. de riel de metal Rearden puro. ¿No cree, Srta. Taggart, que no podemos malgastarlo en una línea que actualmente no tiene un tráfico importante?
-Son ustedes quienes deben juzgarlo.
-Permítame decirlo de otro modo: ¿resultaría beneficioso poner ese riel a disposición de nuestra línea principal, que sufre tan urgente necesidad de reparación?
-Ayudaría.
-Srta. Taggart -pregunto el hombre de la voz temblorosa-, ¿le parece que existen todavía clientes de importancia en la línea Río Norte?
-Ted Nielsen, de Nielsen Motors. Nadie más.
-¿No cree que el costo de operación de la Río Norte podría ser utilizado para aliviar la carga financiera que pesa sobre el resto del sistema?
-Ayudaría.
-Entonces, como nuestra vicepresidenta de Operaciones... -Se detuvo y luego dijo- Bien.
-¿Cuál es su pregunta?
- Quise decir... que... como vicepresidenta de Operaciones, ¿no extrae de todo esto algunas conclusiones?
Dagny se puso de pie y miró los rostros alrededor de la mesa.
-Caballeros -empezó-, no sé por qué clase de engaño esperan convencerse de que si soy yo quien da una forma verbal a la decisión que intentan adoptar, seré yo también quien asuma la responsabilidad. Quizás creen que si mi voz descarga el golpe final, me convertiré en la asesina, puesto que saben que tal es el último acto de este crimen largamente planeado. No puedo concebir lo que piensan conseguir con una pretensión de tal género y no los ayudaré a realizarla. El golpe final lo descargarán ustedes, tal como hicieron con los demás.
Se volvió para partir, pero el presidente se incorporó un poco, y le rogó: -Pero, Srta. Taggart...
-Por favor, continúe sentado. Sigan la discusión y tome usted los votos en los que yo no tendré voz, pues me abstengo. Puedo seguir aquí si lo desean, pero sólo como empleada; no simularé ser otra cosa.

Se volvió una vez más, pero la voz del hombre de cabello gris la detuvo.
-Srta. Taggart, ésta no es una pregunta oficial, sino que la formulo sólo por curiosidad personal. ¿Quiere explicarme su punto de vista acerca del futuro del sistema Taggart Transcontinental?
Con expresión comprensiva y voz más suave, Dagny contestó: -He dejado de pensar en el futuro y en el sistema ferroviario. Pretendo seguir administrando trenes mientras sea posible, pero no creo que dure mucho más.
Se alejó de la mesa en dirección a la ventana, para quedar al margen y dejarlos continuar su reunión.
Contempló la ciudad. Jim había conseguido autorización para utilizar electricidad hasta el último piso del edificio Taggart. Desde la altura de aquella habitación, la ciudad aparecía como un montón de restos desparramados, con unas cuantas raras y solitarias franjas de cristal iluminado elevándose aún bajo la oscuridad del cielo.
No escuchó lo que discutían a sus espaldas. No supo durante cuánto tiempo los quebrados arrebatos del tenaz forcejeo continuaron en la sala. Los sonidos parecían entrechocarse, intentando abrirse paso y empujarse en una lucha encaminada a no dar fe de la propia voluntad, sino a provocar el sentimiento de alguna víctima poco propicia; una batalla en la que la decisión sería pronunciada no por el vencedor, sino por el vencido.
"Me parece... Creo yo... En mi opinión deberíamos... Si fuéramos a suponer... Me limito a sugerir... No significa esto que... Si consideramos los 2 aspectos... A mi modo de ver, es indudable... Creo que se trata de un hecho indiscutible..."
No supo de quién era aquella voz, pero la oyó pronunciar: -... y en consecuencia me declaro a favor del cierre de la línea "John Galt".
Pensó que una influencia extraña había obligado a aquel hombre a usar el verdadero nombre de la línea.
"Tuviste que soportarlo también hace generaciones; fue tan duro para ti y tan penoso como ahora, pero no permitiste que te detuviera. Aun así, ¿resultó tan desagradable como esto? ¿Tuvo un aspecto tan feroz? No importa. Aunque en formas distintas, sólo es dolor, y a ti el dolor nunca te detuvo. Nada de cuanto debiste soportar te detuvo. No rogaste, te enfrentaste a ello, y ahora yo debo hacer lo mismo. Luchaste y ahora yo también tendré que luchar... Intentaré..." Oyó en el fondo de su mente la quieta intensidad de aquellas palabras de consagración, y transcurrió algún tiempo antes de darse cuenta de que se las estaba dirigiendo a Nat Taggart.
La siguiente voz que oyó fue la de Weatherby.
-Un momento, muchachos. No se habrán olvidado de que necesitan permiso para cerrar una línea secundaria, ¿verdad?
-¡Cielos, Clem! -El grito de Taggart revelaba pánico- No me va a decir ahora que hay alguna dificultad sobre...
-Yo no estaría tan seguro, no se olvide de que se trata de un servicio público y que están obligados a facilitar transporte, ganen dinero o no.
-¡Pero usted sabe que eso es imposible!
-El cierre de la línea constituiría una solución para usted, el fin del problema. Pero, ¿y nosotros? Dejar a un Estado como Colorado prácticamente sin transporte,

¿qué clase de reacción pública provocaría? Desde luego, si ofreciera a Wesley algo que lo equilibrase, y garantizara un aumento en los salarios...
-¡No puedo! ¡Le di mi palabra a la Alianza Nacional!
-¿Su palabra? Muy bien, arrégleselas. No vamos a ejercer presión sobre la Alianza. Preferimos que las cosas se hagan voluntariamente, pero vivimos tiempos duros y es difícil predecir lo que puede suceder. Con la gente yendo a la quiebra y la recaudación fiscal en descenso, podríamos... teniendo en cuenta que poseemos más del 50% de los bonos Taggart... podríamos vernos obligados a exigir la cancelación de los bonos en unos 6 meses...
-¡¿Cómo?! -interrumpió Taggart.
-... o incluso antes.
-¡No pueden hacer eso! ¡Dios mío! No pueden. Estaba pactado que la moratoria sería por 5 años. ¡Era un contrato! ¡Un compromiso! ¡Contábamos con eso!
-¿Una obligación? ¿No estará muy anticuado, Jim? No existen más obligaciones que las necesidades del momento. De todos modos, los propietarios originales de esos bonos también contaban con sus pagos.
Dagny echó a reír.
No pudo impedirlo, no pudo resistir, no pudo ignorar la momentánea posibilidad de vengar a Ellis Wyatt, a Andrew Stockton, a Lawrence Hammond y los demás, y con la voz sofocada por la risa exclamo: -¡Gracias, Sr. Weatherby!
El aludido la miró perplejo.
-¿Cómo dice? -pregunto fríamente.
-Yo sabía que tendríamos que pagar esos bonos de un modo o de otro. El momento ha llegado.
-Srta. Taggart -dijo severamente el presidente-, ¿no cree usted que comentarios de ese tipo son inútiles? Hablar de lo que habría podido suceder si hubiésemos actuado de un modo distinto es solo una especulación teórica. No podemos permitirnos teorías, debemos enfrentarnos a la realidad práctica del momento.
-En efecto -dijo Weatherhy- Eso es lo que debería ser usted: una persona práctica. Le ofrecemos un trato: haga algo por nosotros, y nosotros haremos algo por usted; suba los salarios según el deseo del sindicato, y le otorgaremos el permiso para cerrar la línea Río Norte.
-De acuerdo -aprobó James Taggart con voz sorda.
De pie ante la ventana, Dagny oyo votar sobre esta última propuesta y declarar que la línea "John Galt" dejaría de funcionar en 6 semanas, el 31 de marzo.
"Se trata sólo de soportar los minutos que faltan" -pensó Dagny- "Los próximos, y luego los que sigan, unos cuantos cada vez. Al cabo de un tiempo, todo será más fácil, y a habré pasado la prueba. "
La misión que Dagny se fijó para la 1° etapa fue la de ponerse el abrigo y abandonar la sala.
Luego tendría que tomar el elevador que la condujera hasta la planta baja del enorme y silencioso edificio Taggart y, a continuación, esforzare en cruzar el oscuro vestíbulo.
A mitad del lobby se detuvo. Un hombre estaba apoyado contra la pared, como esperando a alguien, y sin dudas era a ella, porque la miraba fijamente. Por un momento no lo reconoció debido a su certeza de que aquel rostro no podía estar en ese lugar.

-¡Hola, Slug! --le dijo suavemente.
Ella contesto, tratando de alcanzar algo situado a gran distancia, y que en otros tiempos le perteneciera: -Hola, Frisco.
-¿Le dieron el golpe de gracia a la "John Galt"?
Ella se esforzó por poner aquel instante dentro de una ordenada secuencia temporal, pues la pregunta pertenecía al presente, pero el rostro de Francisco d'Anconia procedía de aquellos días junto al Hudson, cuando el hubiera comprendido todo lo que la frase significaba para ella.
-¿Como supiste que iba a ocurrir esta noche? - pregunto.
-Era evidente, desde hace meses, que tomarían esa decisión en la próxima reunión.
-¿Para qué viniste?
-Para ver cómo te lo tomabas.
-¿Quieres reírte de mí?
-No, Dagny, no quiero reírme de nada.
No vio ninguna señal de alegría en el rostro de Francisco. Le contestó con sinceridad:
-Todavía no sé cómo lo estoy tomando.
-Yo sí.
-Lo esperaba, sabía que iban a hacerlo, así que ahora es cuestión de... -hubiera deseado añadir: "de dejar pasar esta noche", pero dijo simplemente:- ...de realizar todo el trabajo y terminar con los detalles.
Él la tomó del brazo.
-Vayamos a tomar algo a alguna parte.
-Francisco, ¿por qué no te ríes de mí? Siempre te burlaste de esa línea.
-Lo haré mañana, cuando te vea iniciar esos trabajos y terminar esos detalles de que hablas, pero no esta noche.
-¿Por qué?
-Vamos. No estás en condiciones de hablar sobre esto.
Hubiera deseado protestar, pero se limitó a admitir: -No... la verdad es que creo que no lo estoy.
La condujo hasta la calle y Dagny se encontró caminando en silencio, al vivo ritmo de sus pasos, notando en el brazo el firme y sobrio apretón de sus dedos. Él detuvo un taxi con una seña, y sostuvo la puerta para que ella entrara. Lo obedeció sin formular preguntas, se sentía aliviada como un nadador cuando cesa en sus esfuerzos. El espectáculo de un hombre actuando con aplomo era un salvavidas arrojado en el momento en que abandonaba toda esperanza. El alivio no se basaba en el abandono de la responsabilidad, sino en la visión de alguien capaz de asumirla.
-Dagny -dijo él mirando la ciudad desfilar al otro lado de la ventanilla - acuérdate del 1° hombre que tuvo la idea de fabricar un tirante de acero. Sabía lo que pensaba y lo que quería, y no se limitó a decir: "Me parece...", ni tampoco aceptó órdenes de quienes repiten "En mi opinión...".
Dagny se rió, maravillada ante la exactitud de sus palabras; él había adivinado la naturaleza del nauseabundo sentimiento que se había apoderado de ella, el mismo que produce un pantano del que no se puede escapar.

-Mira a tu alrededor -continuó- Una ciudad es una muestra estática del valor humano, del valor de quienes idearon el 1° tornillo, la 1° tuerca y el generador eléctrico, y desearon fabricarlos. El valor, no de decir: "me parece sino: "es así" y arriesgar la propia vida por eso. No estás sola, esas personas existen, y han existido siempre. Hubo un tiempo en que los seres humanos se acurrucaban en cavernas a merced de cualquier virus o tormenta. ¿Crees que hombres como los del directorio hubieran podido sacarlos de allí y conducirlos a esto?
Señaló la ciudad.
-¡Por Dios, no!
-Entonces allí tienes la prueba de que existe otra clase de hombres.
-Sí -dijo ella, ávida- Sí.
-Piensa en ellos y olvídate de ese directorio.
-Francisco, ¿dónde están ahora... esas personas?
-Ahora, nadie quiere su presencia.
-Pues yo sí. ¡Dios mío, cómo la deseo!
-Cuando sea necesario, los encontrarás.
No la interrogó acerca de la línea "John Galt", ni ella habló del tema, hasta que estuvieron sentados a una mesa en un salón tenuemente iluminado, y Dagny tomó una copa entre sus dedos. Apenas sabía cómo habían llegado allí. Era un lugar tranquilo y lujoso, un refugio secreto: bajo su mano, una pequeña y lustrosa mesa; detrás de sus hombros, el abrazo del respaldo, y el nicho azul oscuro de un espejo que los separaba de la dicha o del dolor que otros hubieran ido también a ocultar allí. Francisco se apoyaba en la mesa, observándola y ella sintió que podía descansar en la firme atención de sus ojos.
No hablaron de la línea, pero ella dijo de repente, mirando al líquido en su copa:
-Estoy pensando en la noche en que a Nat Taggart le dijeron que tenía que abandonar la construcción del puente sobre el Mississippi. Estaba desesperadamente falto de dinero, porque los posibles inversores lo consideraban un riesgo poco útil. Aquella mañana, cuando se habían terminado ya 3 tramos del puente, le dijeron que las empresas navieras habían presentado una demanda contra él, por la que exigían la destrucción de la obra, considerada una amenaza al bienestar público. Ese mismo día, una manifestación atacó la estructura y prendió fuego al andamiaje de madera. Los obreros huyeron, algunos por miedo, otros luego de ser sobornados por las empresas navieras, y la mayoría porque Taggart no tenía dinero para pagarles. Durante todo aquel día no paró de recibir noticias de los que se habían comprometido a adquirir las acciones de Taggart Transcontinental y que iban cancelando una tras otra sus solicitudes. Hacia el fin de la tarde, se reunió con un comité de representación de 2 bancos que eran su última esperanza de financiamiento. El encuentro fue allí mismo, en el lugar donde se estaba levantando el puente, en el viejo vagón donde él vivía. Por la puerta abierta podían verse los ennegrecidos restos del andamiaje que todavía humeaban sobre el acero retorcido. Ya había negociado un préstamo de esos bancos, pero el contrato todavía no estaba firmado. El comité le dijo que tendría que abandonar el proyecto, porque lo más seguro era que perdiese el juicio y tuviera que demoler la obra apenas la terminase. Si abandonaba el puente y transportaba sus pasajeros de una orilla a otra en barcazas, como los demás

ferrocarriles, el contrato seguiría en pie, y recibiría el dinero necesario para continuar la línea en dirección oeste por la otra orilla.
"De lo contrario, el préstamo quedaba cancelado. '¿Cuál es su respuesta?', le preguntaron. No pronunció palabra, tomó el contrato, lo rompió, les entregó los pedazos y se fue. Se acercó al puente, y caminó a lo largo de las estructuras hasta el límite de la construcción. Se arrodilló, tomó las herramientas que habían dejado allí sus hombres y empezó a limpiar la estructura de acero de los restos del incendio. El jefe de Ingeniería lo vio hacha en mano, solo sobre la amplitud del río, con el sol poniéndose tras él, en aquel oeste que la línea Taggart debía cruzar. Trabajó toda la noche, y a la mañana siguiente tenía resuelto un plan para encontrar los hombres indicados, con suficiente independencia de criterio como para ayudarlo; encontrarlos, convencerlos, obtener dinero y continuar la obra. "
Dagny hablaba en voz baja, monótona, y con la mirada fija en la mancha de luz que se estremecía dentro del líquido cada vez que sus dedos hacían girar la copa. No demostraba emoción alguna, pero su tono sonaba con la intensidad uniforme de una plegaria.
-Francisco... si él pudo soportar aquella noche, ¿qué derecha tengo a quejarme? ¿Qué importa cuáles sean mis sentimientos? Construyó aquel puente, y yo debo resistir por él. No puedo permitir que suceda lo mismo que con el puente de Atlantic Southern. Tengo la sensación de que si permitiera algo así, él lo sabría, de que quizá lo supiera desde aquella noche en que permaneció solo en el río... Sé que es una tontería, pero es lo que siento. Cualquiera que sepa lo que Nat Taggart sintió aquella noche, cualquier ser viviente actual capaz de imaginarlo... Sí, es a él a quien traicionaría si yo abandonara... y no puedo.
-Dagny, si Nat Taggart viviera hoy, ¿qué haría?
Respondió involuntariamente con una risa amarga: -¡No lo soportaría ni un minuto! -Luego se corrigió.- No, encontraría una manera de luchar contra ellos.
-¿Cómo?
-No lo sé.
Notó cierta cualidad atenta y precavida en la forma en que él la miraba al inclinarse y preguntar: -Dagny, los hombres de tu directorio no pueden compararse con Nat Taggart, ¿verdad? No existe ninguna competencia en que pudieran derrotarlo. No hay nada que temer de ellos. Esa pandilla no tiene mentalidad, ni voluntad, ni poder capaces de compararse a una milésima de los que poseía él.
-No, claro que no.
-Entonces, ¿por qué a través de la historia de la humanidad, los Nat Taggart que construyeron el mundo siempre ganaron al principio y terminaron perdiendo a manos de hombres como los del directorio?
-No lo sé.
-¿Cómo es posible que quienes temen pronunciar una simple opinión acerca del clima, luchen contra seres como Nat taggart? ¿Cómo pueden apoderarse de lo que él construyó, si optó por defenderlo? No, Dagny, Nat Taggart combatió con todas las armas que poseía, excepto la más importante. No podrían haber vencido nunca, si nosotros... él y todos los demás... no les hubiéramos regalado el mundo a ellos.
-Sí, tú se lo entregaste, Ellis Wyatt y Ken Danagger se lo entregaron, pero yo no lo haré.

-¿Y quién construyo la línea "John Galt " para ellos? -pregunto riéndose Francisco. Observó sólo una débil contracción de su boca, pero supo que la pregunta había sido como un golpe en una herida abierta. Sin embargo, Dagny contestó suavemente:
-Yo.
-¿Para esta clase de final?
-Para hombres que no supieron mantenerse firmes, que no pelearon, y abandonaron la lucha.
-¿No te das cuenta de que no era posible otra cosa?
-No.
-¿Cuánta injusticia estás dispuesta a soportar?
-Tanta como me sea posible combatir.
-¿Qué harás ahora? ¿Y mañana?
Tranquilamente, mirándolo de frente con una débil expresión de orgullo que subrayaba su calma, contestó: -Deshacerlo todo.
-¿Qué?
-La línea "John Galt". Empezaré a desmontarla tan bien como si lo hiciera con mis propias manos, lo haré con mi cerebro y mis instrucciones. La dispondré para el cierre y luego la destruiré y utilizaré sus piezas para reforzar el tramo transcontinental. Va a ser mucho trabajo, eso me mantendrá muy ocupada. -Su calma se quebró un poco cuando añadió con voz ligeramente alterada:- Sabes, tengo ganas de hacerlo me alegro de que lo vaya a hacer yo. Por eso Nat Taggart trabajó toda aquella noche, sólo para seguir adelante. Mientras haya algo que hacer, no es tan grave, y al menos sabré que estoy salvando la línea principal.
-Dagny -le preguntó lentamente, mientras ella reflexionaba sobre qué la hacía sentir como si el destino personal de Francisco dependiera de su respuesta-, ¿qué pasaría si tuvieras que deshacer la línea principal?
-Entonces dejaría que la última locomotora me atropellara -respondió sin poder contenerse, pero agregó:- No, eso sería autocompasión, y no incurriría en tal cosa.
-Sé que no, pero te gustaría poder hacerlo.
-Así es
Sonrió sin mirarla, con una mueca a la que subyacía un toque de dolor, como si se burlara de sí mismo. Dagny se preguntó por qué estaba tan segura de eso, pero conocía tan bien la cara de Francisco, que siempre sabía cuáles eran sus sentimientos, aun cuando no le fuese posible adivinar su motivo. Del mismo modo conocía las líneas de su cuerpo, que creía ver bajo su ropa, a pocos pasos de distancia, en la cerrada intimidad del compartimento. La miró de nuevo, y cierto repentino cambio en su expresión la hizo sentir segura de que sabía lo que ella estaba pensando. Francisco apartó la mirada levantó su copa.
-Bueno -dijo-, por Nat taggart.
-¿Y por Sebastián d'Anconia? -preguntó, arrepintiéndose enseguida porque había sonado a ironía, aunque ésa no fuera su verdadera intención. Pero en los ojos de Francisco distinguió una extraña y brillante claridad cuando contestó firmemente:
-Sí, por Sebastián d"Anconia.
La mano de Dagny tembló un poco, y unas gotas se derramaron sobre el mantel. El vació su copa de un trago: el brusco movimiento de su mano parecía el gesto de un juramento solemne.

Pensó de improviso que era la primera vez en 12 años que Francisco acudía a ella por iniciativa propia.
Él había dominado la situación la ayudó a recuperar su confianza, sin haberle dado tiempo a asombrarse ante el hecho de que estuviesen juntos. Ahora sentía, sin saber por qué, que las riendas que él había sujetado habían dejado de existir, y tan sólo quedaba el silencio de unos momentos vacíos y el inmóvil contorno de su frente, sus pómulos y su boca, mientras apartaba la cara de ella, como si ahora él estuviera luchando por recuperar algo. Se preguntó cuál habría sido su intención aquella noche y notó que quizá la había logrado, al ayudarla a superar el peor momento y concederle una defensa de valor incalculable contra la desesperación: demostrándole que una inteligencia viva la escuchaba y comprendía. Pero, ¿por qué había actuado así? ¿Por qué Francisco se había preocupado por esa hora de angustia que le tocaba vivir, luego de haberle provocado él mismo aquellos años de agonía? ¿Por qué le importaba averiguar cómo tomaría ella la muerte de la línea "John Galt"? Y se dio cuenta de que ésta era la pregunta que no le había hecho en la recepción del edificio Taggart.
"Este es el lazo que nos une", pensó Dagny. Era el lazo por el cual nunca se asombraría si él apareciese cuando más lo necesitaba y siempre sabría cuándo acudir. El peligro era creerle, incluso sabiendo que podía tratarse de una nueva clase de trampa, incluso recordando que siempre traicionaba a quienes confiaban en él.
Un poco inclinado, con los brazos cruzados sobre la mesa, él miraba fijamente adelante, y sin volverse hacia Dagny, dijo repentinamente:
-Pienso en los 15 años que Sebastián D'Anconia tuvo que esperar por la mujer que amaba. No sabía si volvería a encontrarla, ni si ella sobreviviría, ni si lo esperaría, pero sabía que ella no podría acompañarlo en su batalla y que sólo la llamaría cuando hubiera alcanzado la victoria. Así que esperó, manteniendo a su amor en un lugar de fe que no tenía derecho a sentir. Pero, cuando cruzó el umbral de su puerta con ella en brazos, como la 1° Sra. d'Anconia de un nuevo mundo, comprendió que había ganado la batalla, que eran libres, que nada amenazaba a su mujer y que nada la dañaría.
En los tiempos de su apasionada felicidad, él nunca había expresado el menor indicio de pensar en ella como una posible Sra. d'Anconia. Por un instante, Dagny se preguntó si alguna vez había sabido con exactitud lo que ella significaba para él, pero aquel momento finalizó con un invisible estremecimiento; no quiso creer que los pasados 12 años hicieran posible lo que ahora estaba escuchando y llegó a la conclusión de que se trataba de una nueva trampa.
-Francisco -preguntó con voz firme-, ¿qué le hiciste a Hank Rearden?
El pareció extrañarse de que se acordara de él en aquel momento.
-¿Por qué? -preguntó.
-Una vez me dijo que eras el único hombre con quien había simpatizado, pero hace poco declaró que te mataría si te viera.
-¿No te explicó el motivo?
-No.
-¿No te contó nada?
-No. -Él sonrió con tristeza y añoranza- Cuando me dijo que eras el único con quien había simpatizado, le advertí que lo lastimarías...

Las palabras de Francisco sonaron como una explosión.
-Fue el único hombre, con una sola excepción, por quien hubiera dado la vida.
-¿Quién es esa excepción?
-El hombre al que se la di.
-¿A qué te refieres?
Negó con la cabeza como si hubiera hablado más de la cuenta y no contestó.
-¿Qué le hiciste a Rearden?
-Te lo contaré algún día, pero no ahora.
-¿Es así como actúas con quienes... significan mucho para ti?
La contempló con una sonrisa de luminosa inocencia y dolor.
-Sabes -dijo suavemente-, podría afirmar que eso es lo que siempre me han hecho a mí. -Y añadió- Pero, no, los actos, y la conciencia, fueron míos.
Se puso de pie.
-¿Vamos? Te llevaré a casa.
Dagny se levantó y él le sostuvo el abrigo para que se lo pusiera. Era una prenda amplia y suelta, y sus manos la guiaron para que se le envolviera perfectamente el cuerpo. Notó cómo mantenía sobre un hombro un momento más de lo necesario.
Lo miró, pero él estaba extrañamente quieto, contemplando la mesa. Al levantarse, habían apartado los mantelillos individuales de papel, y Dagny pudo ver una inscripción grabada en la superficie de la mesa. Habían intentado borrarla, pero seguía fija allí, como una voz tenebrosa que expresara la desconocida desesperación de un borracho: "¿Quién es John Galt?".
Con un violento movimiento, Dagny volvió a cubrir las palabras con el papel y Francisco rió.
-Puedo contestar esa pregunta -dijo- Puedo decirte quién es John Galt.
-¿De veras? Todo el mundo parece saberlo, pero todas las versiones son distintas.
-Sin embargo, todas esas historias son verdaderas.
-Bien, ¿cuál es la tuya? ¿Quién es?
-John Galt es Prometeo que cambió de actitud. Luego de siglos de ser picoteado por los buitres, en castigo por haber dado al hombre el fuego de los dioses, rompió sus cadenas y retiró su fuego... hasta que los hombres sacaran a los buitres.

* * *

La franja de durmientes se desplegaba en amplias curvas con esquinas de granito, aferrándose a las faldas de una montaña de Colorado. Dagny descendió por dichos durmientes con las manos en los bolsillos del abrigo y la vista fija en la distancia. El movimiento familiar de acoplar sus pasos a los espacios marcados por los durmientes le daba la sensación de estar imitando a un tren.
Una especie de algodón gris, que no era niebla ni nubes, colgaba en lacios manojos sobre las montañas; el cielo era una especie de viejo colchón cuyo relleno se desparramara por las laderas. Una costra de nieve, ni invernal ni primaveral, cubría el suelo. Una malla de humedad suspendida en el aire helaba cada tanto su cara con un roce, que tanto podía ser una gota de lluvia como un copo de nieve. El clima parecía temeroso de adoptar una actitud definida y se aferraba a un estado intermedio, cosa que Dagny asoció con el directorio de su

empresa. La luz, también indecisa, no indicaba si era de mañana o de tarde, pero estaba segura de la fecha: tenía la ineludible certeza de que era 31 de marzo.
Había ido a Colorado con Hank Rearden para adquirir cuanta maquinaria pudiera encontrarse aún en las fábricas cerradas. Era igual que una apresurada búsqueda por el casco de un enorme navío antes de que se hundiera para siempre. Podrían haber delegado la tarea a sus empleados, pero los 2 acudieron personalmente impulsados por un mismo motivo que no querían confesar: no podían resistir el deseo de observar el paso del último tren, por igual razón por la que se acude a un funeral para saludar por última vez, a un muerto, aun cuando constituya un acto de autotortura.
Habían estado adquiriendo maquinaria a gente dudosa, en operaciones de también dudosa legalidad, puesto que nadie podía asegurar quién tenía derecho a disponer de las grandes propiedades abandonadas, ni nadie intentaba impedir aquellas transacciones. Compraron todo cuanto podía ser transportado desde la arruinada instalación de Motores Nielsen. Ted había desaparecido una semana después de anunciarse el cierre de la línea.
Aunque esa clase de cacería no le agradaba, gracias a ella Dagny pudo soportar esos últimos días. Cuando advirtió que aún le quedaban 3 hs. antes de la partida del último tren, fue a dar un paseo por el campo para escapar de la desoladora quietud de la ciudad. Caminó sin rumbo fijo por serpenteantes senderos montañosos entre rocas y nieve, pretendiendo con el movimiento dejar de pensar; era preciso no recordar el verano en que había viajado en la locomotora del 1° tren de la "John Galt". Sin embargo, cuando se encontró regresando por los durmientes de esa línea, supo que había salido con ese único objetivo.
Era una vía ya desmembrada. No había señales luminosas, ni agujas, ni cables telefónicos, sólo una larga cadena de maderos sobre el suelo, sin riel, como los restos de una espina dorsal. Solitario en un cruce abandonado, un poste del que surgían 2 brazos inclinados, advertía: "Alto. Cuidado con el tren".
Cuando llegó a la fábrica, una temprana oscuridad, mezclada con la niebla, se abatía sobre el valle, como si quisiera llenarlo. Arriba, sobre la lustrosa superficie del frente había un cartel: "Roger Marsh. Electrodomésticos". Debía de ser el hombre que había querido encadenarse a su escritorio para no abandonar aquella fábrica, pensó. El edificio seguía intacto, como un cadáver en el instante en que sus ojos acaban de cerrarse y uno espera que aún vuelvan a abrirse. Le pareció que las luces se encenderían en cualquier momento detrás de las grandes hojas de las ventanas, bajo los anchos y planos techos.
Luego vio un cristal roto -algún muchacho agresivo le habría arrojado una piedra- y percibió el alto y seco tallo de una mata de hierba que se levantaba solitaria en la escalera principal. Agobiada por un repentino y ciego odio, rebelándose contra la impertinencia de aquella planta y sabiendo de qué enemigo era señal, corrió hacia ella, se agachó, y la arrancó de raíz. Luego, arrodillada en la escalera de la vacía fábrica, mirando el vasto silencio de las montañas, los matorrales y la semioscuridad crepuscular, se dijo: "¿Qué crees que estás haciendo?".
Era casi de noche cuando, al final de la línea de durmientes, llegó de regreso a Marshville. Esta estación había sido terminal durante los últimos meses, ya que el servicio hacia el empalme Wyatt había quedado suspendido desde mucho tiempo

antes porque el proyecto de reclamo del Dr. Ferris había sido abandonado durante el invierno.
Las luces de la ciudad estaban encendidas y colgaban en el aire de las esquinas, formando hila larga y decreciente línea de globos amarillos sobre las calles desiertas. Las mejores viviendas estaban cerradas, las pulcras y sólidas casitas económicas, pero bien construidas y bien conservadas, tenían letreros de "Se vende" clavados en sus jardines, junto a las puertas. Dagny vio luces en las ventanas de las estructuras baratas y llamativas que en el transcurso de unos años habían adquirido el aire desaliñado y mísero de barracas de barrio; eran los hogares de quienes no se habían marchado, de quienes no miraban el futuro más allá del lapso de una semana. Vio un gran aparato de televisión en el iluminado cuarto de una casa, cuyo tejado amenazaba con hundirse cuyas paredes estaban agrietadas. Se preguntó por cuánto tiempo seguirían funcionando las compañías eléctricas de Colorado. Entonces llego con la cabeza; aquella gente no sabía que existían compañías eléctricas.
La calle principal de Marshville estaba flanqueada por hileras de ventanas oscuras y de tiendas cerradas. "Todos los comercios de lujo han cerrado"', pensó, mirando los letreros, y se estremeció al darse cuenta a qué cosas llamaba ahora lujos, hasta qué punto y en qué medida todo aquello a lo que los pobres solían acceder con facilidad se había convertido ahora en un exceso: "Lavandería". "EIectrodomésticos", "Estación de servicio", "Farmacia", "Todo por 5 y 10 centavos". Sólo quedaban abiertos los almacenes y los bares.
El andén de la estación estaba atestado. Las brillantes luces de neón parecían recoger la claridad de las montañas, aislarla y enfocarla allí, como si se tratara de un pequeño anfiteatro donde todo movimiento aparecía desnudado ante invisibles hileras de gradas que se elevaban en la vasta noche circundante. Las personas llevaban equipajes, cuidaban a los niños, se aglomeraban ante las taquillas, mientras el pánico contenido que expresaban sus moda-les sugería que lo que deseaban realmente era desplomarse en el suelo y empezar a gritar de terror. Un terror que tenía la evasiva cualidad de un sentimiento culpable, porque no era el miedo que procede de la comprensión de las cosas, sino el del rechazo a comprenderlas.
El último tren se hallaba en la estación y sus ventanillas formaban una larga y solitaria hilera de luces. El vapor de la locomotora jadeaba entre las ruedas, pero sin el habitual tono de energía liberada antes de emprender la carrera: por el contrario, sonaba como un penoso resollar que nadie quiere oír pero teme más dejar de oír.
A lo lejos, al final de las ventanillas iluminadas, pudo ver el punto rojo de un farol acoplado a su vagón particular, y más allá, sólo un negro e inmenso vacío.
EI tren iba lleno y la nota de histeria reinante que vibraba en aquella confusión de voces procedía de la continua súplica de quienes solicitaban espacio en plataformas y pasillos.
Algunos no partían, pero permanecían allí, contemplando el espectáculo con insulsa curiosidad. Habían acudido como si supieran que se trataba del último acontecimiento del que serían testigos en su comunidad, quizá por el resto de sus vidas.

Dagny caminó vivamente entre la muchedumbre, intentando no mirar a nadie. Algunos sabían quién era, pero la mayoría lo ignoraba. Vio a una anciana con un ajado mantón sobre los hombros y las marcas de toda una vida de lucha grabadas en la arrugada piel del rostro; su mirada entrañaba una desesperada súplica de ayuda.
Un joven sin afeitar, con gafas de montura de oro, se había subido a un cajón bajo una luz, y gritaba a los rostros que desfilaban ante él: "¿Quién dice que no es negocio? ¡Miren el tren! ¡Va lleno de pasajeros! ¿No es eso un negocio? Lo que ocurre es que los ambiciosos empresarios no consiguen tanta ganancia y por eso lo dejan morir... son unos parásitos". Una mujer desgreñada corrió hacia Dagny agitando en la mano unos billetes y gritando algo acerca de la fecha equivocada. Dagny se encontró empujando a la gente para abrirse camino y alcanzar el final del tren, pero un hombre pálido, en cuya siniestra mirada se pintaban años de frivolidad, corrió hacia ella gritando:
-Para usted está bien, porque lleva un buen abrigo y tiene un vagón particular, en cambio, a nosotros nos quitan los trenes, usted y todos esos egoístas...
El sujeto interrumpió su reproche bruscamente, al ver a alguien detrás de Dagny. Ella sintió una mano en el codo: era Hank Rearden, que con cara de pocos amigos apartó a la gente a su paso, y la condujo al vagón. Al final del andén, un hombre pálido y rollizo le decía a una mujer llorosa: -Siempre fue igual en este mundo. Nunca habrá oportunidades para los pobres hasta que los ricos sean destruidos.
Por encima de la ciudad, flotando en el espacio negro como un planeta ardiente, la llama de la antorcha Wyatt se estremecía en el viento.
Rearden subió al vagón de Dagny pero ella se quedó en la escalera, dilatando el momento de darse vuelta. Oyó cómo el jefe daba la orden de partida y miró a la gente que se quedaba en el andén, igual que se contempla a quienes ven alejarse el último bote salvavidas.
El guarda se hallaba abajo, con un farol en una mano y el reloj en la otra. Miró la hora y luego miró a Dagny. Ella contestó con una silenciosa seña afirmativa, cerrando los ojos e inclinando la cabeza, y vio cómo el farol describía unos círculos en el aire. La primera sacudida de las ruedas sobre los rieles de metal Rearden le resultó más llevadera, porque justo en ese momento vio a Hank, entrar en su vagón.

* * *

James Taggart telefoneó a Lillian Rearden desde Nueva York:
-¿Cómo? No, no llamo por ningún motivo en especial, tan sólo quise saber cómo estaba y si iba a venir a la ciudad. Hace mucho tiempo que no la veo, y me dije que quizás podríamos comer juntos la próxima vez que esté por aquí.
Ella sabía que él debía tener algún motivo especial y le respondió perezosamente:
-Oh, veamos... ¿Qué día es hoy? ¿2 de abril? Déjeme revisar mi agenda... Precisamente mañana tengo que hacer algunas compras en Nueva York, así es que me encantará poder ahorrarme el costo del almuerzo... -y James comprendió que no existían tales compras y que la comida sería el único motivo de su viaje.
Se encontraron en un distinguido y caro restaurante, demasiado caro y distinguido para ser mencionado en la columna de chismes de los periódicos. No era el tipo

de lugar que James Taggart, siempre ansioso de publicidad, solía frecuentar, por lo que Lillian dedujo que no deseaba que los vieran juntos.
Un ligero rastro de contenida diversión permaneció fijo en el rostro de Lillian mientras lo escuchaba hablar de sus amigos, del teatro y del clima, levantando una valla protectora hecha de temas sin importancia. Ella permanecía graciosamente sentada, no erguida del todo, un poco reclinada, disfrutando de la inutilidad de aquella actuación y del hecho de que James la representara exclusivamente para ella. Esperó con paciente curiosidad, segura de descubrir su intención.
-Creo que merece una palmadita en la espalda o una medalla, Jim -le dijo-, por mostrarse tan asombrosamente alegre a pesar de los terribles problemas que lo acosan. ¿No acaba de cerrar el mejor ramal de su tren?
-¡Oh! Se trata de una pequeña dificultad financiera, nada más. En una época como ésta, hay que atrincherarse en los sitios más seguros. Considerando el estado general del país, nos va bastante bien o, al menos, mejor que a los demás. -Se encogió de hombros- Por otra parte, eso de que Río Norte fuera nuestro mejor ramal es una opinión, y sólo mi hermana piensa así porque era su proyecto favorito.
Ella percibió el placer que suavizaba la brusquedad de sus sílabas, sonrió y dijo:
-Comprendo.
Inclinándose hacia ella y mirándola a los ojos para poner de relieve que confiaba en su comprensión, preguntó: -¿Cómo se lo ha tomado él?
-¿Quién? -preguntó Lillian, que había comprendido perfectamente.
-Su esposo.
-¿Tomado qué?
-El cierre de esa línea.
Ella sonrió jovial.
-Jim, su suspicacia es tan buena como la mía, y la mía es excelente.
-¿Qué quiere decir?
-Sabe muy bien cómo se lo habrá tomado, igual que sé cómo lo está tomando su hermana. Así es que su nube tiene un forro doble de plata, ¿verdad?
-¿Qué ha dicho su esposo durante estos días?
-Se marchó a Colorado hace más de una semana, así es que...
Se interrumpió. Había empezado a hablar con despreocupación, pero se dio cuenta de que la pregunta de Taggart, más allá de su tono casual, había sido totalmente específica. Su interlocutor había tocado la primera nota del verdadero propósito de aquel encuentro; hizo una brevísima pausa y luego terminó su frase con más ligereza aún:
-... así es que no sé nada, pero regresa uno de estos días.
-¿Diría usted que su actitud sigue siendo lo que podríamos llamar recalcitrante?
-¿Cómo, Jim? No, yo no diría eso.
-Era de esperar que los acontecimientos le enseñaran la sabiduría de una actitud más flexible con respecto a este asunto.
A Lillian la divertía mantenerlo en la duda de si ella entendía o no.
-¡Oh, sí! -dijo inocentemente- Sería maravilloso que algo lo hiciera cambiar.
-El mismo se está haciendo las cosas extraordinariamente difíciles.
-Siempre lo ha hecho.

-Pero los acontecimientos tienen un modo especial de derrotarnos y de hacernos adoptar una... actitud más tolerante, tarde o temprano.
-He oído que le atribuyeran muchas características, pero la tolerancia nunca figuró entre ellas.
-Bueno, las cosas cambian y la gente cambia con ellas. Después de todo, es una ley de la naturaleza que los animales se adapten a su medio, y podría agregar que la adaptabilidad es una de las cualidades más inexorablemente necesarias hoy en día, incluso a leyes que no se relacionan con la naturaleza. Estamos en una época difícil y no me gustaría verla sufrir las consecuencias de la actitud intransigente de su esposo. Como amigo suyo, no quisiera imaginarla ante la clase de peligro hacia el que él se encamina, a menos que se decida a cooperar.
-¡Qué amable es usted, Jim! -exclamó Lillian dulcemente.
James Taggart iba pronunciando sus frases con precavida lentitud, equilibrando palabras y entonaciones para conseguir cierto grado de incertidumbre. Quería que lo entendiera, pero no de un modo pleno ni explícito hasta la misma raíz de las cosas, puesto que la influencia de aquel lenguaje, en el que era experto, consistía en no permitir que nadie, ni siquiera él mismo, comprendiera algo en toda su profundidad.
No había necesitado muchas palabras para entender a Weatherby. En su último viaje a Washington le había insistido que una rebaja en las tarifas ferroviarias constituiría un golpe mortal. El aumento de salarios había quedado garantizado, pero las demandas de rebaja en las tarifas seguían siendo objeto de atención de la prensa, y Taggart supo lo que significaba que Mouch siguiera permitiéndolo; el cuchillo seguía apuntando a su garganta, y Weatherby no había contestado a sus súplicas, sino que dijo en un tono de ociosa e irrelevante especulación: "¡Wesley tiene tantos problemas graves que resolver! Si tuviera que dar un respiro a todo el mundo, hablando en términos financieros, debería poner en vigor cierto programa de emergencia del que usted ya tiene una leve idea. Pero sabe perfectamente el escándalo que armarían los elementos antiprogresistas del país. Veamos a un hombre, por ejemplo, como Rearden: no queremos más comedias como las que él sabe representar. Wesley daría cualquier cosa para que alguien mantuviera a raya a Rearden, pero creo que eso es algo casi imposible, aunque quizá me equivoque. Usted puede saberlo mejor, Jim, ya que Rearden es una especie de amigo suyo, que incluso va a sus fiestas".
Mirando a Lillian, al otro lado de la mesa, Taggart dijo: -A mi entender, la amistad es lo más valioso de esta Tierra, y me sentiría fuera de lugar si no le diera pruebas de la mía.
-Nunca dudé de ella.
Bajó la voz hasta darle un tono de lúgubre advertencia:
-Creo que es mi deber decirle, como favor de amigo, aunque se trata de algo confidencial, que la actitud de su marido está siendo discutida en altas esferas... muy altas, por cierto. Creo que usted entiende a lo que me refiero.
Segundos después de haber dado a entender que comprendía muy poco de esos asuntos, ella asintió con firmeza, aceptando que sabía mucho más de lo que él imaginaba. Taggart la odiaba justamente por cosas como ésa: conocía el juego, sin embargo lo desarrollaba con inesperadas variantes de su propia cosecha. Iba contra todas las reglas que de repente se le riera en la cara y que luego de todos

esos comentarios que mostraban que entendía poco, dijera lisa y llanamente, demostrando que entendía demasiado:
-Querido, por supuesto que lo entiendo perfectamente. Usted pretende decirme que el propósito de esta muy excelente comida no ha sido agasajarme, sino conseguir algo de mí. Es usted quien está en peligro y podría utilizar un favor mío para negociar con las altas esferas, y de paso, me está recordando mi promesa de ayudarlo.
-La clase de comedia que él realizó en el juicio no es precisamente lo que yo llamaría una ayuda -replicó él enojado- No respondió a lo que usted me había hecho esperar.
-¡Oh! Desde luego -respondió Lillian plácidamente- Desde luego, pero, querido, ¿cómo puede imaginarse que, tras aquella representación, yo no sabría que él perdería gran popularidad en las altas esferas? ¿Realmente creyó que tenía que decirme eso como favor confidencial?
-Pero es verdad, oí hablar de él, y creí que haría bien en contárselo.
-Estoy segura de que es cierto y comprendo que hablen sobre mi esposo, y también sé que si pudieran hacerle algo, se lo habrían hecho inmediatamente después del juicio. ¡Cuánto les hubiera gustado! Así es que sé que él es solamente uno entre ustedes que, por el momento, no corre peligro. Al contrario, sé que son ellos quienes le temen. ¿Se da cuenta de lo bien que comprendo lo que quiere decirme, querido?
-Bien. Si lo cree así, debo decir por mi parte que no la entiendo a usted en absoluto. No sé qué está haciendo.
-Sencillamente poniendo las cosas en su lugar, para hacerle comprender que sé cuánto me necesita usted. Y ahora que está claro, voy a revelarle la verdad: no lo he engañado, simplemente fracasé, pues el comportamiento de Henry durante el proceso me resultó tan inesperado como a usted. Es más: tenía buenos motivos para no imaginar una cosa así, pero algo siguió un camino distinto, y no sé qué fue. Estoy tratando de averiguarlo. Cuando lo con-siga, cumpliré mi promesa, y entonces quedará usted completamente libre para atribuírselo y contar a sus amigos de las altas esferas que fue usted quien consiguió desarmarlo.
-Lillian -respondió nervioso-, cuando dije que estaba ansioso de darle una prueba de mi amistad, hablé sinceramente, así es que si puedo hacer algo...
Ella volvió a reír.
-No, no hay nada que hacer. Sé que es sincero, pero no puede hacer nada por mí. Ningún favor, de ningún tipo, ni acuerdo. Soy una persona realmente anticomercial, y no exijo nada a cambio. Mala suerte, Jim. Tendrá usted que quedar a mi merced.
-Pero ¿por qué lo hará entonces? ¿Qué gana con ello?
Ella se reclinó en su asiento, sonriendo.
-Esta comida. Verlo aquí y saber que ha venido a pedirme un favor.
Una iracunda llamarada brilló en los ojos helados de Taggart. Sus párpados se entornaron lentamente y también él se reclinó en su asiento con una débil expresión de burla y complacencia en el rostro relajado. Incluso desde dentro del indefinido desorden que representaba su código de valores, podía comprender cuál de ellos dependía más del otro y era el más despreciable.

Luego de despedirse en la puerta del restaurante, ella se dirigió a la suite de Rearden en el hotel Wayne-Falkland, donde se alojaba de vez en cuando en su ausencia. Paseó media hora por la habitación, en actitud reflexiva y tranquila, y luego tomó el teléfono delicadamente, pero con la vivacidad de quien acaba de llegar a una decisión. Llamó al despacho de Rearden en las fundiciones y preguntó a la Srta. Ives cuándo iba a volver.
-El Sr. Rearden estará en Nueva York mañana, llega en el Comet, Sra. Rearden -respondió Gwen con su habitual cortesía.
-¿Mañana? ¡Maravilloso! Srta. Ives, ¿quiere hacerme un favor? ¿Podría llamar a Gertrude en casa y decirle que no me espere a cenar? Pienso pasar la noche en Nueva York.
Colgó, consultó su reloj y llamó a la florería del Wayne-Falkland.
-Habla la Sra. Rearden -dijo- Quisiera que entregara 2 docenas de rosas a Henry Rearden, a bordo del Comet... Sí, esta tarde... Cuando el tren llegue a Chicago... No, sin tarjeta, sólo las flores... Muchas gracias.
Luego telefoneó a James Taggart.
-Jim, ¿quiere enviarme un pase para sus andenes? Deseo recibir mañana a mi esposo en la estación.
Dudó entre Balph Eubank y Bertram Scudder, pero al final optó por el 1°, lo llamó y arregló con él una cita para cenar y asistir a un espectáculo musical. Luego tomó un baño, y sumergida en el agua caliente, leyó una revista dedicada a debatir problemas de economía política.
A última hora de la tarde llamaron de la florería:
-Nuestra sucursal de Chicago nos comunica que no han podido entregar las flores, porque el Sr. Rearden no viaja en el Comet.
-¿Está segura?
-Segurísima, Sra. Rearden. Nuestro empleado pudo comprobar en la estación de Chicago que no había ninguna reserva a nombre del Sr. Rearden. Para asegurarnos mejor, lo comprobamos en la oficina de Nueva York de Taggart Transcontinental y nos dijeron también que el nombre no figuraba en la lista de pasajeros.
-Ya veo... entonces cancele el pedido... Muchas gracias -Permaneció unos instantes sentada junto al teléfono con el ceño fruncido y luego llamó a Gwen Ives.
-Perdóneme que sea un poco atolondrada, Srta. Ives, pero estaba apurada y no lo escribí, y ahora no estoy segura de lo que me informó. ¿Dijo que el Sr. Rearden regresaba mañana en el Comet?
-Sí, Sra. Rearden.
-¿No le ha comunicado ninguna demora o cambio de planes?
-No, no, de hecho hablé con su esposo hace una hora. Llamó desde la estación de Chicago y dijo que tenía que darse mucha prisa porque el Comet estaba a punto de salir.
-Comprendo. Gracias.
Se puso en pie de un salto en cuanto el breve chasquido del teléfono le devolvió su intimidad, y empezó a pasear espasmódicamente por el cuarto. Luego se detuvo asaltada por una repentina idea: sólo había un motivo por el que un hombre podía hacer una reserva en un tren bajo un nombre falso: no viajaba solo.

Sus músculos faciales se fueron distendiendo lentamente en una sonrisa de satisfacción: acababa de presentársele una oportunidad inesperada.

De pie en el andén de la terminal, a la altura de la mitad del tren, Lillian Rearden observaba a los pasajeros que salían. En su boca se pintaba una leve sonrisa, había cierta chispa de vivacidad en sus insulsos ojos, y miraba un rostro tras otro, moviendo la cabeza con la energía de una colegiala. Disfrutaba pensando en la cara que pondría Rearden cuando, acompañado de su amante, se encontrara de pronto frente a ella.
Sus ojos se fijaron esperanzados en todas las mujeres llamativas que bajaban del tren. Era una imagen penosa: al cabo de unos minutos después que los primeros pasajeros habían bajado, el tren pareció reventar por sus costuras, e inundó el andén con una sólida corriente que fluía en una dirección determinada, como absorbida por una aspiradora, y apenas si podía distinguir a las personas. Las luces la deslumbraban, destacando aquella franja humana entre la polvorienta y aceitosa oscuridad. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse en su puesto, resistiendo la invisible presión del continuo movimiento.
Al percibir a Rearden entre la muchedumbre, se estremeció. No lo había visto bajar del tren, pero allí estaba, acercándose a ella desde muy lejos. Estaba solo. Caminaba con su paso decidido y con las manos en los bolsillos de su gabardina. No iba mujer alguna con él, ni compañero de ningún género, excepto un mozo que llevaba su maleta.
Presa de profunda e incrédula desilusión, miró frenéticamente en busca de alguna figura femenina que se le hubiera pasado. Estaba segura de que podría reconocer el gusto de Hank, pero no vio a nadie a quien atribuir dicho papel. Luego vio que el último vagón era privado y la figura que se hallaba en la puerta, hablando con algún empleado de la estación, una figura que no lucía ni visón ni velos, sino un tosco abrigo deportivo que ponía aún más en evidencia la incomparable gracia de su esbelto cuerpo dentro de su actitud confiada de dueña y Sra. de aquella estación, era la de Dagny Taggart. Entonces Lillian Rearden comprendió: -¡Lillian! ¿Qué te sucede?
Escuchó la alarmada voz de su esposo, sintió su mano aferrándole el brazo y notó en su mirada una expresión de repentina urgencia, pero él veía en ella una cara impasible y desenfocada por el terror. -¿Qué pasó? ¿Qué haces aquí?
-Hola, Henry... Vine a recibirte... sin ningún motivo en especial... Sólo quería recibirte. -El terror había desaparecido de su cara pero hablaba con voz extraña e insípida- Fue un impulso, un repentino impulso que no pude resistir, porque...
-Pero es que... tienes muy mal aspecto, te ves enferma.
-No... Quizá me he mareado un poco. ¡Hace tanto calor aquí!... Quise venir, para recordar aquellos tiempos en que te hubieras alegrado de verme. Fue un momento de ilusión que yo misma me he creado...
Aquellas palabras sonaban como el recitado de una lección aprendida de memoria. Comprendió que tenía que hablar mientras su mente luchaba para comprender el total significado de su descubrimiento. Sus palabras formaban parte del plan trazado, en caso de haberse encontrado con Henry luego que éste hubiese recibido el ramo de rosas.
Él no contestó, la miraba con el ceño fruncido.

-Te echaba de menos, Henry. Sé lo que esto significa, pero nunca esperé que representara algo para ti. -Aquellas palabras no se conjugaban con su rostro contraído, los labios que se movían con gran esfuerzo y los ojos moviéndose a lo largo del andén- Quise... quise simplemente darte una sorpresa.
Una expresión decidida y astuta se pintó de nuevo en su rostro. La tomó del brazo pero Lillian se apartó, quizá demasiado bruscamente.
-¿No vas a decirme ni una palabra, Henry?
-¿Qué quieres que te diga?
-¿Tanto te disgusta que tu mujer haya venido a recibirte?
Miró ante sí; Dagny Taggart se acercaba, pero él no la había visto.
-¡Vámonos! -dijo.
Pero Lillian permaneció inmóvil.
-¿Qué me contestas?
-¿A qué?
-¿Tanto te disgusta?
-No, no me disgusta, sencillamente no lo comprendo.
-Cuéntame algo del viaje, estoy segura de que lo has pasado bien.
-Vámonos, hablaremos en casa.
-¿Cuándo he tenido ocasión de hablar contigo en casa? -Murmuraba las palabras impasiblemente, como queriendo estirarlas para que duraran lo máximo, por razones que él no podía imaginar- He querido llamar tu atención unos instantes, igual que ahora, entre trenes y citas de negocios y todos esos importantes asuntos que te ocupan día y noche, todas esas grandes empresas tuyas como... ¡Hola, Srta. Taggart! -dijo bruscamente con voz alta y brillante.
Rearden se volvió. Dagny iba a pasar junto a ellos, pero se detuvo.
-¿Cómo está usted? -contestó, inclinándose un poco, con el rostro inexpresivo.
-Lo siento, Srta. Taggart -contestó Lillian sonriendo- Perdóneme si no sé cómo expresar mis condolencias en una ocasión como ésta. -Notó que Dagny y Rearden no se habían saludado- Vuelve usted de lo que en realidad ha sido el funeral del hijo que tuvo con mi esposo, ¿verdad?
La boca de Dagny, se distendió en una leve línea de sorpresa y desprecio, inclinó la cabeza a modo de despedida y continuó su camino.
Lillian miró a Rearden con deliberado énfasis, pero él permanecía indiferente. Ella no dijo nada. Lo siguió cuando él emprendió la marcha y guardó silencio en el taxi, con la cara vuelta hacia otro lado, camino al hotel. A juzgar por la dura contracción de su rostro, Henry tuvo la certeza de que una sorda furia crecía en el interior de Lillian. Nunca se había enterado de que experimentara una fuerte emoción de ningún tipo.
En cuanto estuvieron solos en la habitación, ella se volvió hacia su marido.
-¿De modo que es ella? -preguntó.
No esperaba semejante frase y la miró, dudando de haberla entendido del todo.
-Dagny Taggart es tu amante, ¿verdad?
No contestó.
-Por casualidad me enteré de que no habías reservado ningún compartimento en ese tren, así que ahora comprendo dónde dormiste las últimas 4 noches. ¿Quieres admitirlo o prefieres que contrate detectives para interrogar a los empleados del ferrocarril y a los sirvientes de su casa? ¿Es Dagny Taggart?

-Sí -contestó él sin inmutarse. La boca de Lillian se torció en una fea mueca; miraba al vacío.
-Debí saberlo, debí haberlo adivinado. ¡Por eso no funcionó bien!
-¿Qué no funcionó bien? -preguntó él, atónito.
Lillian dio un paso atrás como si de pronto recordara su presencia.
-Cuando estuvo en nuestra casa en la fiesta... ya era...
-No, fue después.
-¡La gran empresaria! -exclamó- La que está por encima de reproches y debilidades femeninas, el gran cerebro apartado de todo cuanto se refiere al cuerpo... -Se rió- La pulsera... -Sus palabras parecían emanar accidentalmente del torbellino de su cerebro- Eso es lo que significa para ti, ésa es el arma que te entregó.
-Si realmente comprendes lo que dices, sí.
-¿Crees que voy a dejar que te salgas con la tuya?
-¿Que me salga con la mía?...
La miró incrédulo, con fría y perpleja curiosidad.
-Por eso en el juicio...
Se detuvo.
-¿Qué pasa con mi juicio?
Ella estaba temblando.
-Comprenderás que no voy a permitir que esto continúe.
-¿Qué tiene esto que ver con el juicio?
-No te permitiré que sigas con ella. Con cualquiera, menos con ella.
Henry dejó transcurrir unos segundos y después preguntó con calma: -¿Por qué?
-¡No lo permitiré! ¡Tendrás que dejarla! -Él la miró sin expresión, pero la firmeza de sus ojos era su respuesta más peligrosa- Tendrás que abandonarla, dejarla, no verla más.
-Lillian, si quieres hablar de este asunto, hay algo que debes entender: nada en el mundo me obligará a dejarla.
-¡Te lo exijo!
-Ya te he dicho que puedes exigir lo que quieras, menos eso.
Notó que algo particular se asomaba en los ojos de Lillian: no era una mirada de entendimiento, sino al contrario, de un feroz rechazo a comprender, como si deseara convertir la violencia de sus emociones en una cortina de humo, como queriendo que el hecho de no ver la realidad la hiciera desaparecer.
-¡Pero tengo derecho a exigirlo! ¡Soy dueña de tu vida! Eres mi propiedad. Mi propiedad, por tu juramento, pues juraste servir mi felicidad. No la tuya, sino la mía. ¿Qué has hecho por mí? No me has dado nada, no has sacrificado nada, sólo te preocupaste por ti, por tu trabajo, por tus fundiciones, por tu talento, por tu amante. ¿Y yo? Tengo derecho a reclamar antes que nadie. ¡Me debes! ¡Y pienso cobrarlo!
La mirada de Henry fue aumentando poco a poco el nerviosismo de su voz, induciéndola a gritar presa de terror. No enfrentaba al odio, ni al dolor, ni a la culpabilidad, sino a un enemigo imbatible: la indiferencia.
-¿Has pensado en mí? -gritó lanzándole la voz a la cara- ¿Has pensado en lo que me haces? No tienes derecho a seguir con ella, si sabes que me haces sufrir un verdadero infierno cada vez que duermes con esa mujer. ¡No puedo soportarlo! ¡Ni

siquiera puedo soportar saberlo! ¿Vas a sacrificarme a tus deseos animales? ¿Eres tan vicioso y tan egoísta? ¿Puedes comprar tu placer al precio de mi sufrimiento? ¿Puedes seguir, sabiendo lo que significa para mí?
Sin más sentimiento que el vacío del asombro, Henry percibió algo que había vislumbrado brevemente en otros tiempos y que ahora se ofrecía ante él con toda su despreciable inutilidad: el espectáculo de la súplica que surgía del odio, no de la necesidad, expresado como amenaza y ruego.
-Lillian -dijo tranquilamente-, seguiría aun cuando te costara la vida.
Lo oyó perfectamente, oyó incluso más de lo que él hubiera podido explicar en palabras. Lo asombroso para Henry fue que no empezara a proferir gritos, sino que, por el contrario, se calmara hasta adoptar una pasividad absoluta.
-No tienes derecho... -empezó tristemente, pero sus palabras poseían la molesta incertidumbre de quien sabe que carecen de sentido.
-Cualquiera que sea tu derecho sobre mi persona -dijo él-, ningún ser humano puede exigir de otro que desaparezca de la existencia.
-¿Tanto significa para ti?
-Mucho más todavía.
El aire reflexivo volvió a su cara, pero combinado con algo de astucia. Guardó silencio.
-Lillian, me alegro de que sepas la verdad, porque ahora puedes decidir con completo conocimiento de causa, puedes divorciarte de mí o continuar como hasta ahora. Es tu única opción y es todo cuanto puedo ofrecerte. Creo que sabes que deseo divorciarme, pero no exijo sacrificios. No sé qué clase de bienestar puedes hallar en nuestro matrimonio, pero no quiero privarte de él; no comprendo por qué deseas retenerme, ni lo que esto significa para ti, ni sé qué buscas, ni qué forma de felicidad deseas, ni lo que conseguirás con una situación que resulta intolerable para ambos. Según mi escala de valores, deberías haberte divorciado de mí hace tiempo, porque mantener nuestro matrimonio es un fraude cruel. Mis valores no son los tuyos, que no comprendo ni nunca comprendí, pero los aceptaré. Si tal es tu concepto del amor hacia mí, si ostentar el nombre de esposa te proporciona alguna satisfacción, no te la voy a arrebatar. Soy yo quien ha quebrantado mi palabra, y deberé expiar mi parte de culpa. Sabes, desde luego, que podría comprar a unos de esos jueces modernos y obtener el divorcio cuando lo deseara, pero no lo haré. Mantendré mi palabra, si así lo deseas. Esta es la única forma en que puedo hacerlo. Ahora, elige, pero si optas por retenerme, no me hables jamás de ella, no le demuestres nunca que lo sabes si te encuentras con ella alguna vez, y nunca te inmiscuyas en esa parte de mi vida.
Lillian permaneció inmóvil con el cuerpo recto, como si aquella actitud constituyera un desafío, como si no quisiera adoptar para él la disciplina de una compostura graciosa.
-La Srta. Dagny Taggart... -dijo conteniendo una leve risa- La súper mujer de quien las esposas corrientes no sospecharían nada, la joven sólo preocupada de sus negocios y acostumbrada a tratar a los hombres de igual a igual. Un ser profundamente espiritual, que te admiraba platónicamente, sólo por tu genio, tus fundiciones y tu metal. -Rió- Debí haber comprendido que era sólo una puta que te deseaba del mismo modo que cualquier otra, porque eres tan experto en la cama como en tu escritorio, si es que estoy en condiciones de juzgar tales asuntos. Pero

ella lo apreciará mejor que yo, puesto que adora la perfección en todos los aspectos y probablemente ¡ya se acostó con cada uno de los empleados de su ferrocarril!
Se detuvo, porque por 1° vez en su vida percibió la mirada de un hombre capaz de matar. Aunque, en realidad, Henry no la miraba a ella. No estaba segura de si la veía, ni de si escuchaba su voz.
Henry estaba, en cambio, oyendo su propia voz que decía las palabras de Lillian a Dagny, en el dormitorio inundado de sol de la casa de Ellis Wyatt. Veía el rostro de Dagny en aquellos momentos en que, al separar sus cuerpos, permanecía recostada con una expresión juvenil de amanecer, de gratitud hacia la propia existencia. Y veía también la cara de Lillian como la había visto en la cama junto a él: una cara sin vida, de mirada evasiva, con un débil desdén en los labios, como si compartiera con alguien una culpa indecente. Observó quién era el acusador y quién el acusado; comprendió la obscenidad de permitir que la impotencia se erigiera en virtud y maldecir el poder de la vida como un pecado; observó, con perfecta e instantánea claridad, aquello en lo que había creído en otros tiempos.
Fue sólo un instante, una convicción sin palabras, un conocimiento antiguo que había escapado de la reclusión de su mente. La impresión lo devolvió a la realidad de Lillian y al sonido de sus palabras, y ella apareció de improviso ante él como una presencia absurda contra la que debía luchar.
-Lillian -dijo apacible, sin concederle siquiera el honor de la ira-, no me hables de ella. Si vuelves a hacerlo, te contestaré como contestaría a cualquier mujerzuela: te golpearé. Ni tú ni nadie puede opinar sobre ella.
Lo miró.
-¿De veras? -dijo.
Su pregunta había tenido un aire extraño, como si la palabra fuera arrojada a lo lejos, dejando una huella profunda en su sitio de origen. Parecía inmersa en una repentina visión particular.
Con entonación tranquila, y una especie de fatigada sorpresa, Henry explicó: -Creí que te alegraría descubrir la verdad. Imaginé que lo preferirías así, por el resto de amor o respeto que pudieras haber sentido por mí, que preferirías saber que si te traicionaba no era de un modo barato y vulgar, con una bailarina de cabaret, sino por el sentimiento más limpio e importante de la vida.
El modo feroz y repentino en que ella se volvió fue involuntario, como también la contracción de odio que le desfiguró la cara: -¡Maldito hijo de puta!
Él guardó silencio.
Lillian recuperó la compostura, con una débil sonrisa que parecía impregnada de secreta burla.
-Estás esperando mi respuesta, ¿verdad? -le preguntó- Pues bien, no voy a divorciarme de ti, ni lo sueñes. Continuaremos como hasta ahora, si eso es lo que me ofreces y crees factible. Ya veremos si eres capaz de desembarazarte de todos tus valores morales y salir airoso.
No la escuchó cuando, tomando el abrigo, le dijo que regresaría a su casa, y apenas se dio cuenta de que la puerta se había cerrado tras ella. Permaneció inmóvil, presa de un sentimiento que nunca había experimentado hasta entonces, y comprendió que tendría que pensar, pensar y comprender, pero, por el momento, sólo deseaba gozar de esa maravilla que sentía.

Era una sensación de libertad, como si se encontrara en medio de una corriente de aire limpio, con el solo recuerdo de un peso recién retirado de sus hombros. Una inmensa liberación. La convicción de que no le importaba lo que Lillian sintiera, lo que sufriera, lo que fuera de ella; y aún más: no sólo no le importaba, sino que experimentaba el brillante y puro alivio de no tener que preocuparse por eso.

CAPÍTULO VI - EL METAL MILAGROSO

-Pero, ¿podremos conseguirlo? -preguntó Wesley Mouch con voz penetrante a causa de la ira, y al mismo tiempo débil por el miedo.
Nadie le contestó. James Taggart estaba sentado en la orilla de un sillón, sin moverse, mirándolo de frente. Orren Boyle golpeó bruscamente el cenicero para depositar en él la ceniza de su puro. Floyd Ferris sonrió. Weatherby plegó los labios y juntó las manos. Fred Kinnan, jefe de la Confederación Estadounidense del Trabajo, dejó de pasearse, se sentó en el borde de la ventana y cruzó los brazos. Eugene Lawson, que estaba arreglando distraídamente las flores colocadas sobre una mesa baja de cristal, se irguió con desgano y miró hacia arriba. Mouch, sentado a su escritorio, tenía el puño sobre una hoja.
Fue Eugene Lawson quien contestó: -A mi modo de ver, no es ésa la manera de enfocar la cuestión. No debemos permitir que dificultades vulgares obstruyan nuestra idea de que se trata de un plan noble, motivado solamente por el beneficio público, por el bien del pueblo. La gente lo necesita y, como la necesidad es lo 1°, no debemos tener en cuenta ninguna otra cosa.
Nadie replicó ni tampoco aprobó, como si Lawson simplemente hubiera complicado todavía más la cuestión. Pero un hombrecito sentado, sin molestar a nadie, en el mejor sillón del recinto, algo alejado de los demás, satisfecho de ser ignorado y a la vez plenamente convencido de que nadie podía mantenerse al margen de su presencia, miró a Lawson y luego a Mouch, y dijo alegremente:
-Esa es la idea, Wesley. Bájele el tono, adórnela un poco, procure que sus muchachos de la prensa la canten adecuadamente, y no tendrá de qué preocuparse.
-Sí, Sr. Thompson -dijo Mouch, disgustado.
El jefe de Estado, el Sr. Thompson, poseía la cualidad de pasar siempre inadvertido. En cualquier grupo de 3 de personas, se desdibujaba; y a solas, no era posible distinguirlo entre los innumerables individuos a los que se parecía. El país no tenía una imagen clara de él. Sus fotografías habían aparecido en las 1° planas de los periódicos con tanta frecuencia como las de sus predecesores en el cargo, pero la gente no podía estar segura por completo de cuál era su retrato y cuál el de un empleado de correo o un oficinista que acompañaban los artículos acerca de la vida privada de ciertos seres vulgares, salvo por el hecho de que los cuellos de las camisas de Thompson estaban siempre arrugados.
Tenía hombros anchos y un cuerpo ligero, cabello crespo y boca grande. Su edad parecía dotada de una elasticidad extraordinaria, que lo hacía lucir como un

avejentado hombre de 40 años, o un vigoroso sexagenario. Tenía grandes atribuciones oficiales y, a pesar de ello, planeaba constantemente aumentarlas porque eso esperaban de él quienes lo habían puesto en el cargo. Poseía la astucia de los seres poco inteligentes y la frenética energía del perezoso. El único secreto de su éxito en la vida residía en ser un producto de la casualidad; lo sabía, y no aspiraba a otra cosa.
-Es evidente que hay que tomar medidas. Medidas drásticas -dijo James Taggart, pero no dirigiéndose a Thompson, sino a Wesley Mouch- No podemos permitir que las cosas sigan así mucho tiempo más.
Su voz sonaba beligerante y alterada.
-Calma, Jim -le aconsejó Orren Boyle.
-¡Hay que hacer algo y pronto!
-¡No me mire a mí! -exclamó Wesley Mouch- No puedo evitarlo, no puedo evitarlo si la gente se niega a colaborar. Estoy atado de manos, necesito facultades más amplias.
Mouch los había reunido a todos en Washington, como amigos y consejeros personales para analizar la crisis del país. Pero al mirarlo, no pudieron decidir si sus modales eran dominadores o suplicantes, si los amenazaba o si estaba pidiéndoles ayuda.
-El caso es -dijo Weatherby en un tono preciso- que en el período de 12 meses finalizado a principios de este año, el número de empresas que dejaron de funcionar duplicó la cantidad del año anterior, y desde entonces hasta ahora, se ha triplicado.
-Procure hacerles creer que ha sido culpa de ellos -dijo el Dr. Ferris.
-¿Cómo? -preguntó Wesley Mouch fijando la mirada en él.
-Haga lo que haga, no se disculpe. Hágalos responsables.
-¡Yo no me disculpo! -replicó Mouch-. No me hago cargo, pero necesito mayores facultades.
-Pero la culpa es de las empresas -intervino Eugene Lawson, volviéndose agresivamente hacia Ferris- Es por su falta de espíritu social. Se niegan a admitir que la producción no es una elección privada, sino un deber público. No tienen derecho a fallar. No importa el contexto; tienen que seguir produciendo, es un imperativo social. El trabajo de un hombre no es asunto personal, sino una cuestión social. De hecho, no existen los asuntos privados o la vi-da personal. Eso es lo que debemos obligarlos a comprender.
-Gene Lawson me ha comprendido bien -dijo Ferris sonriendo-, aun cuando ni él mismo lo sepa.
-¿Qué quiere decir? -preguntó Lawson alterado.
-Dejémoslo ahí -ordenó Wesley Mouch.
-No me importa lo que usted decida, Wesley -intervino Thompson- ni me preocupa tampoco si los empresarios se irritan. Limítese a asegurarse el apoyo de la prensa, eso no puede fallar.
-Lo tengo -dijo Mouch.
-Un columnista que hable en un momento inoportuno nos puede causar más perjuicios que 10 millonarios enfadados.
-Es cierto, Sr. Thompson -aprobó Ferris- Pero, ¿podría nombrarme a un columnista que lo comprenda así?

-Creo que no -dijo Thompson complacido.
-Cualesquiera que sean los tipos de hombres con que contamos o sobre los que basemos nuestros planes -dijo Ferris-, existe cierta antigua sentencia que con seguridad podemos olvidar: la de contar con los prudentes y los honrados. No tenemos que considerarlos, están pasados de moda.
James Taggart miró por la ventana. Sobre las espaciosas calles de Washington podían verse en el cielo retazos azules, de ese azul desvaído de mediados de abril, y unos cuantos rayos de sol entre las nubes. Un monumento brillaba en la distancia, golpeado por un haz de luz: era un alto obelisco blanco, construido en memoria del hombre a quien Ferris había citado, en cuyo honor se había edificado esa ciudad.
James Taggart desvió la vista.
-No me gustan las observaciones del profesor -dijo Lawson con expresión alicaída.
-Cállese -le indicó Wesley Mouch- El Dr. Ferris no expone teorías, sino ideas prácticas.
-Pues si quieren hablar de cosas prácticas -intervino Fred Kinnan-, permítanme decirles que no debemos preocuparnos por los empresarios en una época como la que nos toca vivir. Debemos pensar en puestos de trabajo, en más empleos para la gente. En mi sindicato cada trabajador tiene que dar de comer a 5 personas desempleadas, sin contar a su propio grupo de familiares hambrientos. Si quieren mi consejo... ¡oh!, ya sé que no lo aceptarán pero es sólo una idea: firmen una disposición por la cual sea obligatorio añadir, digamos, un tercio más de empleados a cada plantel del país.
-¡Cielos! -gritó Taggart- ¿Está usted loco? ¡Si apenas podemos pagarles a nuestros trabajadores! Y no hay trabajo suficiente para los que tenemos. ¿Un tercio más? No sabríamos qué hacer con ellos.
-¿Y a quién le preocupa eso? -preguntó Fred Kinnan- Necesitan trabajo, y eso es lo primero: la necesidad, ¿no es así?, y no sus ganancias.
-¡No es cuestión de ganancias! -se apresuró a gritar de nuevo Taggart- No he hablado de ganancias, ni le he dado motivo para insultarme. Se trata sólo de saber de dónde diablos vamos a sacar el dinero para pagarla a esa gente, cuando la mitad de nuestros trenes circulan vacíos y no hay cargas ni para llenar un vagón. -Después habló más lenta y cuidadosamente: -Sin embargo, nos hacemos cargo de la mala situación de los obreros y... lo mío es sólo una idea, quizá pudiéramos aceptar un pequeño número extra si se nos permitiera duplicar nuestras tarifas en concepto de flete, lo que...
-¿Te has vuelto loco? -gritó Orren Boyle- Voy a quebrar con las que me están cobrando actualmente y tiemblo cada vez que un maldito vagón entra o sale de las fundiciones; me están desangrando. No puedo soportarlo más, ¿y quieres duplicar esas tarifas?
-Lo fundamental no es saber si puedes o no soportar tales precios -le indicó Taggart fríamente- Tienes que estar dispuesto a hacer algunos sacrificios. El público necesita los trenes, y la necesidad está antes que tus ganancias.
-¿Qué ganancias? -exclamó Orren Boyle- ¿Cuándo las he obtenido? Nadie puede acusarme de dirigir un negocio redituable. Echen una ojeada a mis balances y luego examinen los libros de cierto competidor mío que se ha quedado con todos los clientes, con las materias primas y con las ventajas técnicas y ejerce un

monopolio sobre las fórmulas secretas... ¡Y díganme entonces quién es el aprovechador! Pero, desde luego, el público necesita ferrocarriles y quizá mi empresa pueda soportar un ligero aumento de las tarifas, si consiguiera... es sólo una idea... si consiguiera un subsidio que me permitiese vivir durante un par de años hasta volver a mi nivel habitual y...
-¿Cómo? ¿Qué dijo? -gritó Weatherby perdiendo la compostura- ¿Cuántos préstamos ha obtenido de nosotros y cuántos aplazamientos, suspensiones y moratorias? No nos ha devuelto ni un centavo y, mientras todos ustedes se van arruinando y sus contribuciones impositivas quedan pendientes, ¿de dónde quiere que saquemos dinero para darle un subsidio?
-Hay gente que no está quebrada -contestó lentamente Boyle- Y ustedes no tienen por qué permitir que la necesidad y la miseria se extiendan por el país, en tanto existan personas que no están quebradas.
-¡No lo puedo evitar! -gritó Wesley Mouch- ¡No puedo hacer nada para impedirlo! ¡Necesito facultades más amplias!
Ninguno hubiera podido decir qué llevó a Thompson a asistir esa reunión en particular, porque si bien había escuchado con interés, no había dicho nada. Como si hubiese deseado enterarse de algo y ya lo hubiera conseguido, se puso de pie sonriendo alegremente y dijo:
-Adelante, Wesley. Avance con el decreto 10-289. No tendrá ningún inconveniente.
Todos se habían levantado con desganada deferencia. Wesley Mouch arrojó una mirada a su hoja y dijo en tono petulante:
-Si quiere que lo haga, tendrá que declarar un estado de emergencia total.
-Lo haré en cuanto usted esté listo.
-Hay ciertas dificultades que...
-Lo dejo en sus manos. Hágalo lo mejor que pueda. Mañana o pasado déjeme ver el borrador del proyecto, pero no me abrume con detalles. Dentro de media hora tengo que dar un discurso radial.
-La principal dificultad es que no estoy seguro de si la ley nos garantiza realmente el poder para poner en vigor ciertas disposiciones del decreto 10-289. Mucho me temo que queden sujetas a posible debate.
-¡Al diablo! Hemos aprobado tantos decretos de urgencia que si busca, encontrará seguramente alguna cosa que le sirva.
Thompson se volvió hacia los demás con una sonrisa animosa.
-Sres., arréglense como puedan -dijo- Aprecio mucho que hayan venido a Washington para ayudamos, y fue un placer verlos.
Esperaron hasta que la puerta se cerrara detrás de él y luego volvieron a sentarse, aunque evitando mirarse unos a otros.
No conocían el texto del decreto 10-289, pero sabían de antemano lo que contendría. Lo sabían desde mucho tiempo atrás, aunque nunca lo habían puesto en palabras y tampoco deseaban hacerlo ahora. El complejo laberinto de sus mentes había sido trazado para evitar momentos como aquéllos.
Sólo deseaban que el decreto entrara en vigencia, que fuera llevado a la práctica, pero sin palabras, para que no tuvieran que saber que lo que estaban haciendo era precisamente eso. Nadie había anunciado que ese decreto era la meta de sus esfuerzos. Sin embargo, durante varias generaciones habían trabajado para

hacerlo posible y, durante los últimos meses, cada una de las cláusulas había sido preparada gracias a innumerables discursos, artículos, conferencias y escritos, valiéndose de voces decididas que gritaban coléricas si alguien daba forma verbal a su propósito.

-He aquí la situación -dijo Wesley Mouch- Las condiciones económicas del país eran mejores hace 2 años que el año pasado, y las de este último eran mejores que las actuales. Es evidente que a este paso no podremos sobrevivir otro año. Por lo tanto, nuestro único objetivo será resistir con el fin de volver a nuestro ritmo anterior y alcanzar la estabilidad total. Debemos mantener la línea de conducta. La libertad tuvo su oportunidad, pero fracasó, así que será preciso imponer controles más estrictos. Dado que la gente es incapaz, o no quiere solucionar sus problemas voluntariamente, tenemos que obligarla. -Hizo una pausa, tomó el papel y añadió en un tono menos formal- ¡Diablos! La verdad es que, tal como estamos ahora, deberemos limitamos a existir, pero no podemos movemos, en vista de lo cual más vale quedarse quietos. Debemos permanecer inmóviles y obligar a estos hijos de puta a que hagan lo mismo.

Con la cabeza hundida entre los hombros, Wesley los contemplaba, presa de la ira de quien considera que los conflictos del país constituyen una afrenta personal. Tantos hombres en busca de favores se habían estremecido de temor en su presencia, que ahora obraba como si su cólera fuera la única solución para todo; como si su furia fuese omnipotente; como si cuanto tuviera que hacer fuera enfadarse. Sin embargo, los hombres sentados en semicírculo ante él no sabían si el miedo que flotaba en la habitación procedía de sus propias emociones, o si era la figura tras el escritorio la que les generaba el pánico de ratones acorralados que sentían.

Wesley Mouch tenía una cara larga y cuadrada, y el aplanamiento superior del cráneo se realzaba por su corte de pelo en forma de cepillo. Su labio inferior era un bulbo petulante y las pálidas y castañas pupilas eran como yemas de huevo invadidas por una clara no del todo transparente. Sus músculos faciales se movían de manera violenta, pero esos movimientos se desvanecían antes de expresar nada. Nadie nunca lo había visto sonreír.

Wesley Mouch venía de una familia que no conoció la pobreza, ni la riqueza, ni la distinción, pero que siempre permaneció aferrada a una tradición particular: la de que por el hecho de todos haberse educado en la universidad, podían despreciar a los que realizaban actividades comerciales. Los diplomas colgaban de la pared, como una especie de reproche al mundo, por no haberles otorgado de manera automática beneficios materiales equivalentes a su valor espiritual. Entre los numerosos parientes había un tío acaudalado, enamorado de su dinero, viudo y anciano, que escogió a Wesley como su favorito entre sus muchos sobrinos y sobrinas, porque era el menos distinguido de todos y, en consecuencia, pensaba el tío Julius, sería el más seguro. Al tío Julius no le gustaba la gente brillante. Tampoco se tomaba la molestia de administrar su dinero así que le pasó esa tarea a Wesley, pero para cuando éste terminó la secundaria, no quedaba ya nada para administrar. El tío Julius bramó contra la astucia de Wesley y declaró que era un sujeto sin escrúpulos y un aprovechador. Lo cierto es que Wesley no había actuado de acuerdo con ningún plan preconcebido; simplemente, no sabía cómo había desaparecido aquel dinero.

En la universidad, Wesley Mouch fue uno de los peores estudiantes y envidió profundamente a los mejores, pero enseguida aprendió que no tenía por qué envidiar a nadie. Luego de graduarse, aceptó un puesto en, el departamento de publicidad de una fábrica de productos elaborados sobre la base de maíz adulterado. El producto se vendía bien, y, en consecuencia, Wesley acabó siendo jefe de su departamento, pero dejó el puesto para pasar a la sección de marketing de un acondicionador para el cabello, luego a la de un sostén patentado, más tarde a la de un nuevo jabón, a la de una bebida alcohólica, y por fin a la vicepresidencia de publicidad de una fábrica de automóviles. Entonces intentó vender coches como lo había hecho con el maíz, pero no lo logró y culpó a la falta de presupuesto. Fue el presidente de esa empresa el que se lo recomendó a Rearden y éste lo llevó a Washington, sin saber con qué parámetros tenía que medir las actividades de su hombre en la capital. Entonces, James Taggart le dio una oportunidad en la Oficina de Planificación Económica y de Recursos Nacionales a cambio de traicionar a Rearden y ayudar a Orren Boyle a destruir a Dan Conway.

De ahí en más, la gente había apoyado a Wesley Mouch, por la misma razón por la que se había regido el tío Julius: porque ciertas personas creen que la mediocridad es más segura. A los hombres sentados ahora ante su escritorio se les había dicho que la ley de causalidad era una superchería y que uno tenía que actuar según la ocasión sin considerar las causas. Juzgando la situación del momento, habían concluido que Wesley Mouch tenía una habilidad y una astucia superlativas, ya que millones aspiraban al poder que él había conseguido. No entraba en sus métodos de reflexión considerar que Wesley Mouch era el cero en el punto de unión de fuerzas desatadas y dispuestas a destruirse las unas a las otras.

-Esto es sólo un borrador del decreto 10-289 -anunció Wesley Mouch-, que Gene, Clem y yo hemos preparado para darles una idea aproximada. Queremos escuchar sus opiniones, sugerencias, y demás, puesto que son ustedes los representantes del trabajo, la industria, el transporte y las profesiones.

Fred Kinnan se separó de la ventana y tomó asiento en el brazo de un sillón. Orren Boyle escupió la colilla de su cigarro. James Taggart se miró las manos. El Dr. Ferris era el único que parecía tranquilo.

-"En nombre del bienestar general -leyó Wesley Mouch- y a fin de proteger la seguridad pública y conseguir una total igualdad y absoluta estabilidad, se decreta, para el período de duración del estado de emergencia nacional, que:

"Primero. Todos los obreros, asalariados y empleados de cualquier clase quedarán, a partir de ahora, fijos en sus puestos de trabajo y no podrán abandonarlo, ni ser despedidos, ni cambiar de empleo, bajo pena de prisión, la cual será establecida por la Oficina de Unificación designada por la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales. Toda persona que haya cumplido 21 años deberá presentarse ante la Oficina de Unificación, que le asignará el lugar donde a su entender servirá mejor a los intereses nacionales.

"Segundo. Todos los establecimientos industriales y comerciales, y los negocios de cualquier naturaleza, deberán, a partir de ahora, mantenerse en funcionamiento y sus propietarios no se retirarán, ni abandonarán, ni cerrarán, venderán o

transferirán sus negocios, bajo pena de la estatización de los mismos y de su patrimonio.
"Tercero. Todas las patentes de invención y los derechos de propiedad intelectual de aparatos, dispositivos, descubrimientos, fórmulas, procesos de trabajo y tareas de cualquier tipo serán transferidos a la nación como obsequio patriótico de emergencia, por medio de Certificados de Otorgamiento Voluntario que serán firmados por los propietarios de dichas patentes y derechos de autor. La Oficina de Unificación concederá licencias para el uso y explotación de las patentes y derechos de autor a quienes las soliciten, de manera equitativa y sin ninguna clase de discriminación, con el fin de eliminar prácticas monopólicas, desechar productos obsoletos y poner los mejores al alcance de la nación. Ninguna de las marcas, nombres comerciales o títulos protegidos por algún derecho de propiedad podrán ser utilizados. Todos los productos anteriormente patentados serán conocidos por un nuevo nombre y vendidos por todos los fabricantes bajo la misma denominación, que será asignada por la Oficina de Unificación. Todas las marcas de fábrica, nombres comerciales y emblemas privados quedan abolidos por el presente decreto.
"Cuarto. Ningún nuevo aparato, invento, producto o bienes de cualquier naturaleza que no esté actualmente en el mercado podrá ser producido, inventado, fabricado o vendido después de la fecha de promulgación de este decreto. Queda suspendida la Oficina de Patentes y Derechos de Autor.
"Quinto. Todo establecimiento, empresa, sociedad o persona física dedicado a la producción deberá, a partir de ahora, producir anualmente la misma cantidad que durante el Año Básico, ni más ni menos. El año conocido como Básico o Año Patrón será el que finalice a la fecha de promulgación de este decreto. El exceso o la falta de producción serán objeto de multas que quedarán determinadas por la Oficina de Unificación.
"Sexto. Toda persona, cualquiera sea su edad, sexo, clase o nivel de ingresos, deberá, a partir de ahora, gastar anualmente en la compra de bienes la misma cantidad que ha gastado en el Año Básico, ni más ni menos. Quien no se ajuste a esta medida será multado por la Oficina de Unificación.
"Séptimo. Se congelan todos los salarios, jornales, precios, dividendos, beneficios, intereses y formas de ingreso de cualquier naturaleza en sus cifras actuales, es decir, las vigentes a la fecha de promulgación de esta disposición.
"Octavo. Todos los casos y situaciones no específicamente mencionados en esta disposición serán solucionados y determinados por la Oficina de Unificación, cuyas decisiones serán inapelables."

Existía todavía entre los 4 hombres, que habían estado escuchado, un resto de dignidad humana que los hizo permanecer inmóviles y sentir náuseas durante un minuto.
James Taggart fue el 1° en hablar. Su tono era bajo, pero poseía la temblorosa intensidad de un grito involuntario.
-Bien, ¿y por qué no? -exclamó- ¿Por qué ello sí y nosotros no? ¿Por qué han de estar por encima de los demás? Si vamos a morir, asegurémonos de morir todos juntos, de no dejarles la menor posibilidad de supervivencia.

-Son palabras improcedentes cuando se trata de un plan táctico que beneficiará a todo el mundo -contestó Orren Boyle con voz aguda, mirando a Taggart con aire de temeroso asombro. Ferris rió por lo bajo.
Los ojos de Taggart parecían haber recuperado su capacidad de enfoque cuando dijo en voz más alta:
-Desde luego, es un plan muy práctico, necesario y justo. Resolverá los problemas de todos y proporcionará a todo el mundo una posibilidad de sentirse seguro, una posibilidad de descansar.
-Dará seguridad al pueblo -opinó Eugene Lawson, con la boca distendida en una sonrisa-. Seguridad, justo lo que la gente quiere. Y si la desean, ¿por qué no dársela? ¿Tan sólo porque una banda de ricachones se oponga?
-No son los ricos quienes se opondrán -respondió el Dr. Ferris perezosamente- Los ricos anhelan seguridad más que cualquier otra clase de animal. ¿Acaso no lo han descubierto todavía?
-Bueno, ¿quién va a oponerse? -quiso saber Lawson.
Pero Ferris sonrió, sin responder, y el otro dio vuelta la cara.
-¡Al diablo! ¿Por qué preocuparnos por ellos? Tenemos que gobernar al mundo por el bien de los menos beneficiados. La inteligencia es la culpable de todos los conflictos de la humanidad. La mente constituye la raíz de todo mal. Este es el día del corazón. Son los débiles, los frágiles, los enfermos, los humildes, quienes deben merecer íntegramente nuestra atención. -El labio inferior de Lawson se agitaba en suaves e impúdicos movimientos- Los grandes estamos aquí para servir a los que no lo son. Si se niegan a cumplir con su deber moral, debemos obligarlos. En otros tiempos, existió una Edad de la Razón, pero la hemos sobrepasado y ahora vivimos en la Edad del Amor.
-¡Cállese! -gritó James Taggart. Todos se volvieron hacia él.
-¡Por el amor de Dios, Jim! ¿Qué sucede? -preguntó Orren Boyle sobresaltado.
-No es nada -repuso Taggart- Nada... Wesley, hágalo callar, ¿quiere?
-No comprendo... -empezó Mouch, intranquilo.
-Sólo hágalo callar, no tenemos por qué escucharlo, ¿verdad?
-No, pero...
-Entonces, continuemos.
-¿Qué es esto? -preguntó Lawson- Me ofende. Enfáticamente, debo...
Pero al no observar apoyo alguno en los rostros que lo rodeaban, se detuvo con la boca temblorosa y una expresión de enfurruñado odio.
-Continuemos, por favor -dijo Taggart, agitado.
-¿Qué diablos te ocurre? -preguntó Orren Boyle intentando no averiguar qué le sucedía a él ni por qué estaba tan asustado.
-El genio es una superstición, Jim -opinó el Dr. Ferris lentamente, con extraño énfasis, como si supiera que estaba dando nombre a una idea oculta en las mentes de los otros- No existe eso que llaman intelecto. El cerebro humano es un producto social, una suma de influencias tomadas de quienes lo rodean. Nadie inventa nada, sino que se limita a recoger lo que flota en la atmósfera social. Un genio es un intelectual carroñero y un egoísta acaparador de ideas que legítimamente corresponden a la sociedad de donde las robó. Todo pensamiento es un robo. Si terminamos con las fortunas privadas, conseguiremos una mejor

distribución de la riqueza, y si acabamos con los genios, lograremos una más justa distribución de las ideas.
-¿Hemos venido para hablar de negocios o para bromear entre nosotros? -preguntó Fred Kinnan.
Se volvieron hacia él. Era un hombre musculoso, de contextura ancha, pero su cara tenía la asombrosa cualidad de poseer unas líneas finamente trazadas, que levantaban las comisuras de su boca, pintando en ella un permanente atisbo de sardónica sonrisa. Estaba sentado en el brazo de un sillón, con las manos en los bolsillos, mirando a Mouch con la expresión gozosa de un endurecido policía ante un ratero.
-Todo lo que quiero decir es que será mejor que usted organice esa Oficina de Unificación con mis hombres -manifestó- Asegúrese de ello, compañero... o haré estallar el punto Primero.
-Desde luego, pienso incluir a un representante sindical en la Oficina -respondió secamente Mouch-, así como uno de la industria, de las profesiones liberales, y de cada sección de...
-Nada de secciones -interrumpió Kinnan con suavidad- Sólo representantes sindicales y listo.
-¡Al diablo! -gritó Orren Boyle- ¡Eso es marcar las cartas! ¿No creen?
-Desde luego -concedió Fred Kinnan.
-Le dará una influencia decisiva en todos los negocios del país.
-¿Y qué creen que me he propuesto?
-¡Es injusto! -gritó Boyle-. ¡Y no lo consentiré! ¡No tiene de Derecho!
-¿Derecho? -preguntó Kinnan con inocencia- ¿Acaso estamos hablando de derechos?
-Pero es que después de todo, existen determinados derechos de propiedad fundamentales que...
-¡Oiga, amigo! Desea que se aplique el punto Tercero, ¿verdad?
-Bien, yo...
-Entonces cierre la boca y, a partir de ahora, no hable de derechos de propiedad. Ciérrela bien.
-Sr. Kinnan -intervino Ferris-, no debe usted cometer el viejo error de hacer generalizaciones tan amplias. Nuestra política debe ser flexible, puesto que no existen los absolutos que...
-Deje eso para Jim Taggart, doctor -interrumpió Fred Kinnan- Sé de lo que estoy hablando, porque nunca fui a la universidad.
-Protesto -dijo Boyle- contra sus métodos dictatoriales y...
Kinnan le volvió la espalda para dirigirse a Wesley:
-Escuche -explicó-, a mis muchachos no les gustará el punto Primero, pero si soy yo quien va a dirigir todo esto, se lo haré tragar. De lo contrario, no. Piensen en ello.
-Pues... -empezó Mouch, y se detuvo.
-Por lo que más quiera, Wesley, ¿qué sucederá con nosotros?-gritó Taggart.
-Acudirán a mí -respondió Kinnan- cuando necesiten algo que haya que arreglar en esa Oficina, porque seré yo quien la dirija, junto con Wesley.
-¿Cree que el país lo consentirá? -preguntó Taggart.

-Déjese de tonterías -repuso Kinnan- ¿El país? Si ya no existen principios ni reglas, y creo que el doctor tiene razón, porque verdaderamente no existen, y sólo es cuestión de saber quién le roba a quién, y yo dispongo de más votos de los que representa su grupito. Hay más obreros que patrones; no se olviden de eso, muchachos.
-Es una actitud muy peculiar -dijo Taggart, altivo- acerca de una medida que, después de todo, no está diseñada para satisfacer el beneficio egoísta de obreros y patrones, sino el bienestar general del público.
-De acuerdo -aprobó Kinnan, amistoso- Hablemos en su propio idioma. ¿Quién es el público? Si pensamos en calidad, no será usted, Jim, ni tampoco Orren Boyle. Si nos referimos a cantidad, entonces el público soy yo, porque tengo mucha cantidad detrás de mí. -Su sonrisa se fue desvaneciendo y, con repentina expresión de amargura y cansancio, añadió: -Pero no voy a decir que estoy trabajando en beneficio del público, porque no es así. Sé que impulsó a los pobres infelices a la esclavitud y que eso es todo. Ellos también lo saben, pero comprenden que, de vez en cuando, les tendré que arrojar algunas migajas si quiero seguir al frente, mientras que, con el resto de ustedes, no tendrían posibilidad alguna. Por eso, si han de trabajar bajo el látigo, prefieren que lo lleve yo y no ustedes, los quejumbrosos, llorones, hipócritas desvergonzados defensores del bienestar público. ¿Creen que, fuera de sus monigotes educados en universidades, existe un solo campesino tan idiota como para dejarse engañar? Soy un oportunista, pero lo sé y los muchachos también, y están seguros de que tendré que beneficiarlos. No por la bondad de mi corazón, ni tampoco con un centavo más del que puedan conseguir, pero, por lo menos, saben que pueden contar con algo. A veces me siento asqueado y lo mismo me ocurre ahora, pero no fui yo quien construyó este mundo, sino ustedes, y me limito a seguir el juego mientras dure, aunque no creo que vaya a ser durante mucho tiempo para ninguno de nosotros.
Se puso de pie sin que nadie le contestara, y los fue mirando lentamente a todos, hasta detenerse en Wesley Mouch.
-¿Me quedo con esa oficina, Wesley? -preguntó displicente.
-La selección de personal adecuado es tan sólo un detalle técnico -respondió Mouch amablemente- ¿Qué le parece si discutimos eso más tarde?
Los presentes comprendieron que eso equivalía a un "sí".
-De acuerdo, amigo -dijo Kinnan, regresando a la ventana para apoyarse contra ella y encender un cigarrillo.
Por alguna incierta razón, los demás miraban a Ferris como si buscasen su ayuda.
-No se deje perturbar por los discursos -dijo Ferris suavemente- El Sr. Kinnan es un buen orador, pero carece del sentido de la realidad práctica: no puede pensar dialécticamente.
Se produjo otro silencio que interrumpió James Taggart:
-No me importa. No importa nada. Tendrá que mantener las cosas como están. Todo quedará como está, sólo como está. No se permitirá que nadie cambie nada, salvo... -Giró rápidamente su mirada hacia Mouch-Wesley-, de acuerdo con el punto Cuarto, tendremos que cerrar todos los departamentos de investigación, laboratorios, fundaciones científicas y el resto de las instituciones de esa índole. Deberán prohibirse dichas actividades.

-En efecto -dijo Mouch- No había pensado en eso. Tendremos que incluir un par de líneas al respecto.
Buscó un lápiz y trazó sus anotaciones en el margen de la hoja.
-Así terminará una competencia inútil -dijo James Taggart- Dejaremos de forcejear para derrotarnos uno a otro, intentando cosas nuevas y tratando de hacer descubrimientos y no tendremos que preocuparnos acerca de inventos que desequilibren el mercado. No habrá que desperdiciar el dinero en experimentos inútiles para mantenernos al nivel de competidores demasiado ambiciosos.
-En efecto -convino Orren Boyle-. Nadie tendrá que gastar dinero en cosas nuevas, hasta que todo el mundo tenga suficiente de las antiguas. Hay que cerrar esos malditos laboratorios de investigación, y cuanto antes mejor.
-Sí -aprobó Wesley Mouch- Los cerraremos a todos.
-¿También el Instituto Científico del Estado? -preguntó Fred Kinnan.
-¡Oh, no! -exclamó Mouch-. Eso es distinto, es una institución del gobierno. Además, es una entidad sin fines de lucro, y podría hacerse cargo de todos los progresos científicos.
-Será suficiente -añadió el Dr. Ferris.
-¿Y qué ocurrirá con los ingenieros, profesores y demás, cuando se hayan cerrado esos laboratorios? -preguntó Fred Kinnan- ¿De qué vivirán, si los demás trabajos y actividades quedan también congelados?
-¡Oh! -exclamó Wesley Mouch rascándose la cabeza. Se volvió a Weatherby y le preguntó: -¿Los incluimos en el seguro de desempleo, Clem?
-No -respondió Weatherby- ¿Para qué? No son suficientes para provocar conflictos, no hay de qué preocuparse.
-Supongo -dijo Mouch, volviéndose al Dr. Ferris- que podrá usted absorber a unos cuantos, ¿no es cierto, Floyd?
-Algunos -asintió Ferris lentamente, como si lamentara cada sílaba de su respuesta- Los que tengan deseos de cooperar.
-¿Y el resto? -preguntó Fred Kinnan.
-Tendrán que esperar hasta que la Oficina de Unificación encuentre trabajo para ellos -dijo Wesley Mouch.
-¿Y con qué comerán mientras tanto?
Mouch se encogió de hombros.
-Tiene que haber alguna víctima; en tiempos de emergencia nacional, no podemos evitarlo.
-¡Tenemos derecho a hacerlo! -exclamó Taggart de improviso, desafiando la tranquilidad reinante- ¡Lo necesitamos! ¡Lo necesitamos! ¿Verdad? -No hubo respuesta- ¡Tenemos derecho a proteger nuestra vida! -Nadie se opuso, y continuó con aguda y suplicante insistencia: -Nos sentiremos seguros por 1° vez en muchos siglos. Cada cual sabrá dónde está su lugar y cuál es su trabajo, así como el de los demás, y no viviremos a merced de cualquier insensato y de sus nuevas ideas. Nadie quebrará nuestras empresas, nos privará de nuestros negocios, robará nuestros mercados, ni venderá más barato para perjudicarnos. Nadie acudirá a nosotros ofreciendo algún maldito aparato nuevo, poniéndonos en el compromiso de decidir entre perder la camisa para comprarlo, o perderla si lo compra otro. No tendremos que decidir nada. Nadie podrá tomar ninguna decisión. Todo quedará decidido de una vez y para siempre. -Su mirada de súplica se

deslizaba entre los presentes- Ya se han inventado suficientes cosas para la comodidad de todos. ¿Por qué hay que permitir que se siga inventando? ¿Por qué dejar que minen el terreno bajo nuestros pies? ¿Por qué vivir en una eterna incertidumbre? ¿Sólo por unos cuantos inquietos y ambiciosos aventureros? ¿Debemos sacrificar el bienestar de la humanidad al egoísmo de los no conformistas? No los necesitamos, no los necesitamos en absoluto. Quisiera ver cómo desaparece el culto al héroe. ¿Héroes? Lo único que han hecho es daño. A lo largo de la historia, han mantenido a la humanidad en una carrera insensata, sin darle respiro, descanso, tranquilidad, ni seguridad, siempre corriendo para estar a su nivel... sin ver nunca el final... y cuando los alcanzamos, ya vuelven a estar varios años por delante... No nos dan ninguna oportunidad... Jamás nos la permitieron... -Sus ojos se movían sin descanso. Los dirigió a la ventana, pero apartó enseguida la mirada de allí pues no quería ver al blanco obelisco que se destacaba a la distancia- Hemos terminado con ellos, hemos ganado. Esta es nuestra época. ¡Nuestro mundo! Vamos a disfrutar de un estado de seguridad por 1° vez en muchos siglos, por 1° vez desde el principio de la revolución industrial.

-Bueno, desde mi punto de vista -dijo Fred Kinnan- esto es una revolución antiindustrial.

-¡Me extraña que usted diga semejante cosa! -exclamó Wesley Mouch- No podemos permitimos hablar así al país.

-No se preocupe, amigo, no pienso decirlo en público.

-Eso es una falacia total -intervino el Dr. Ferris- de una declaración provocada por la ignorancia. Los expertos vienen diciendo desde hace tiempo que una economía planificada consigue el máximo de eficacia productiva y que la centralización es la clave del desarrollo industrial.

-La centralización destruye los perjuicios del monopolio -opinó Boyle.

-¿Qué están diciendo? -gruñó Kinnan.

Boyle no captó el tono burlón de la pregunta y respondió sinceramente:

-Destruye los perjuicios del monopolio y lleva a la democratización de la industria. Lo pone todo a disposición de todos. Por ejemplo, en un tiempo en que padecemos la desesperada falta de mineral de hierro, ¿tiene sentido que gaste mi dinero, trabajo y recursos nacionales en fabricar acero antiguo, cuando existe un metal mucho mejor, que yo puedo ofrecer? ¿Un metal que todos quieren, pero que nadie puede conseguir? Ahora bien, ¿es esto un típico ejemplo de buena economía, prudente organización social y justicia democrática? ¿Por qué no se me permite fabricar ese metal y por qué la gente no lo consigue cuando realmente lo necesita? Sólo por el monopolio privado que ejerce un individuo egoísta, ¿debemos sacrificar nuestros derechos a los intereses particulares?

-Ahórrese todo eso, compañero -le indicó Fred K Kinnan- He leído los mismos periódicos que usted.

-No me gusta su actitud -repuso Boyle, en ese repentino tono airado que en un bar hubiese significado el comienzo de una pelea a puñetazos. Se sentó muy erguido, como atrincherado detrás de las columnas de párrafos sobre papel amarillento, que leía mentalmente:

"En un momento de necesidades públicas cruciales, ¿podemos malgastar el esfuerzo social en la fabricación de productos obsoletos? ¿Permitiremos que la mayoría sufra necesidades, mientras una minoría recibe los mejores productos y

métodos de fabricación disponibles? ¿Vamos a detenernos por la superstición de derechos de patente?
"¿No es acaso evidente que la industria privada se muestra incapaz de manejar la presente crisis económica? ¿Hasta cuándo, por ejemplo, vamos a soportar la perjudicial falta de metal Rearden, cuando un público impaciente está exigiendo lo que Rearden no quiere suministrar?
"¿Cuándo pondremos fin a la injusticia económica y a los privilegios especiales? ¿Por qué Rearden es el único a quien se permite la fabricación de ese metal?"
-No me gusta su actitud -repitió Orren Boyle- Del mismo modo en que respetamos los derechos de los obreros, queremos que usted respete los de los empresarios.
-¿Qué derechos y qué empresarios? -gruñó Kinnan.
-Me inclino a pensar -se apresuró a intervenir el Dr. Ferris- que quizá el 2° punto sea, por el momento, el más importante de todos. Debemos poner fin al retiro y desaparición de nuestros industriales, debemos detenerlos porque están poniendo en peligro toda nuestra economía.
-¿Por qué lo hacen? -preguntó Taggart, nervioso- ¿Adónde van?
-Nadie lo sabe -respondió Ferris- No hemos podido hallar información ni explicación alguna, pero hay que impedirlo. En tiempos de crisis, el servicio económico a la nación es un deber similar al servicio en las Fuerzas Armadas. Quien lo abandona, debe ser considerado desertor. Recomendé que se aplicara la pena de muerte para tales hombres, pero Wesley no está de acuerdo.
-Calma, muchacho -dijo Fred Kinnan, con voz extraña. Se sentó, perfectamente tranquilo, con los brazos cruzados, mirando a Ferris de un modo que hizo sentir a todos que el Dr. había propuesto cometer un crimen- Que yo no oiga hablar acerca de pena de muerte en la industria.
El científico se encogió de hombros.
-No es preciso ir a los extremos -dijo Mouch rápidamente- No queremos asustar a la gente. Tan sólo deseamos tenerla de nuestro lado. Nuestro problema principal es si aceptarán todo esto.
-Lo harán -repuso Ferris.
-Me preocupan un poco -expresó Eugene Lawson- los puntos Tercero y Cuarto. Apoderarse de las patentes de invención está bien, nadie va a defender a los industriales, pero apoderarse de los derechos de autor es otra cosa. Los intelectuales protestarán y es peligroso. Se trata de una cuestión espiritual. Ese punto Cuarto, ¿significa que a partir de ahora no se escribirán ni se publicarán nuevos libros?
-En efecto -dijo Mouch- Así es, no podemos hacer una excepción con la industria editorial, porque es una industria como cualquier otra, y cuando decimos "nada de productos nuevos ", queremos decir precisamente eso.
-Se trata de una cuestión espiritual -repitió Lawson. Su inflexión revelaba un supersticioso temor más que respeto racional.
-No interferimos con el espíritu de nadie. Pero, en cuanto se imprime un libro, éste queda convertido en un objeto material y si otorgamos excepciones a una industria, no podremos mantener en su lugar a las demás, ni nada de cuanto hagamos tendrá un carácter permanente.
-Es cierto, pero...

-No sea testarudo, Gene -dijo el Dr. Ferris- No querrá usted que algunos recalcitrantes le vengan con tratados que hundan nuestro programa, ¿verdad? Si pronuncia la palabra "censura", todos se pondrán a gritar como si fuera un crimen. No están preparados para eso todavía. Pero si se deja al espíritu convertido en simple elemento material... no en cuestión de ideas, sino de papel, tinta e impresoras... lograremos nuestro propósito con mayor suavidad. Nos aseguraremos de que nada peligroso se imprima ni circule de boca en boca, y nadie va a pelear cuestión material.
-Sí, pero... pero no creo que a los escritores les guste.
-¿Está seguro? -preguntó Wesley Mouch con una mirada que era casi una sonrisa- No se olvide de que según el Quinto punto, los editores deberán publicar tantos libros como los que editaron en el Año Básico. Pero, como no aparecerán nuevos libros, tendrán que reimprimir, y la gente deberá comprar algunos de los viejos textos. Existen muchos libros dignos de atención, que nunca tuvieron oportunidad.
-¡Oh! -exclamó Lawson. Recordó que 2 semanas antes había visto a Mouch comiendo con Balph Eubank, entonces sacudió la cabeza y frunció el ceño- Sin embargo, sigo preocupado, los intelectuales son nuestros amigos y no debemos perderlos. Pueden originar muchos conflictos.
-No lo harán -aseguró Fred Kinnan- Los intelectuales a los que se refiere son los primeros en gritar cuando todo parece seguro, y los primeros en cerrar la boca ante el menor síntoma de peligro. Pasan años discutiendo acerca de quiénes les dan de comer, y lamen la mano de quien abofetea sus respetables rostros. ¿Acaso no han entregado cada uno de los países de Europa, uno tras otro, a comités de saqueadores? ¿No se han cansado de gritar que se supriman los timbres de alarma y que se abran los cerrojos para permitir la entrada de tales pistoleros a sueldo? ¿Han vuelto a oír hablar de ellos desde entonces? ¿No proclamaban acaso que eran amigos de los trabajadores? ¿Pero alguien los ha oído levantar la voz acerca de las cuadrillas de trabajadores forzados, los campos de esclavitud, la jornada de 14 horas y la mortalidad por escorbuto en las repúblicas populares europeas? Al contrario, proclaman ante los desdichados sometidos por el látigo que el hambre es prosperidad; la esclavitud, libertad; la tortura, amor fraterno y añaden que, si ciertos enemigos del pueblo no lo quieren comprender, sufren por culpa de ellos mismos ¡y que son los cuerpos mutilados en los sótanos de las cárceles los que tienen la culpa de todos sus problemas, no los líderes benevolentes! ¿Intelectuales? Ustedes deberían preocuparse acerca de otra clase de hombres, pero no de los intelectuales modernos, ésos se lo tragan todo. Me da más miedo una rata perteneciente sindicato dé estibadores de muelle, porque puede recordar d e improviso que es humano, y, a partir de entonces, quizá no sea fácil mantenerlo a raya. Pero... ¿los intelectuales?: hace tiempo olvidaron su humanidad definitivamente. Creo que su educación siempre ha tratado de conseguir tal cosa. Hagan lo que quieran con los intelectuales, lo aceptarán todo.
-Por una vez estoy de acuerdo con el Sr. Kinnan aunque no con el Dr. Ferris- Estoy de acuerdo con los hechos que cita, aunque no con sus sentimientos. No hay que preocuparse por los intelectuales, Wesley. Sólo designe a alguno de ellos para que integren la nómina del gobierno y envíelos a predicar lo que acaba de

mencionar el Sr. Kinnan: que la culpa es de las víctimas. Déles salarios suficientes para su comodidad, otórgueles títulos llamativos, y se olvidarán de los derechos de autor. Ya verá usted, terminarán haciendo una mejor tarea para ustedes que la que hacen los equipos de funcionarios gubernamentales.
-Estoy de acuerdo -aprobó Mouch tristemente.
-Lo que me preocupa viene por otro lado -explicó el Dr. Ferris, pensativo- Puede que se meta en un lío con eso del Certificado de Otorgamiento, Wesley.
-Lo se -dijo Mouch- Ése es el punto que quisiera que Thompson nos ayudara a resolver, pero veo que no puede. En realidad, carecemos de derecho legal de apoderarnos de las patentes. Hay numerosas cláusulas en docenas de leyes que podrían se invocadas para justificarlo, pero no totalmente. Cualquier magnate de la industria que quisiera iniciar una acción judicial tendría una buena posibilidad de derrotarnos, y debemos conservar cierta semblanza de legalidad, porque el populacho no soportará la evidente arbitrariedad.
-Precisamente -dijo Ferris- Por eso es de gran importancia que esas licencias nos sean entregadas de un modo voluntario. Aunque dispusiéramos de una ley que permitiese la nacionalización a ultranza, sería mejor conseguirlas como donación. Queremos que el pueblo conserve la ilusión de que sigue teniendo sus derechos de propiedad. Mucha gente firmará los Certificados de Otorgamiento. Sólo se trata de armar cierto revuelo, haciéndolo parecer un deber patriótico e insistiendo en que quien se niegue es un egoísta. Firmarán, pero…
Se detuvo.
-Lo sé -dijo Mouch, cada vez más nervioso- Supongo que surgirán unos cuantos anticuados perversos aquí y allá que no querrán firmar, pero no tendrán cantidad suficiente como para influir sobre el resto, nadie querrá escucharlos, sus propias comunidades y amigos los tacharán de codiciosos y se volverán contra ellos: no llegarán a causarnos molestias. De todas formas, si nos apoderamos de las patentes, esos individuos no tendrán energía ni dinero para iniciar un juicio, pero…
-Se detuvo.
James Taggart se reclinó en su sillón, observándolos. Empezaba a disfrutar aquella conversación.
-Yo también pienso en ello -intervino el Dr. Ferris- Me acuerdo de cierto magnate que está en posición de hacernos estallar y resulta difícil prever si podremos o no recuperar los pedazos. Sólo Dios sabe lo que puede ocurrir en una época tan agitada como la actual, y en una situación tan delicada como ésta. Cualquier cosa es capaz de desequilibrarlo todo, de mandar al diablo todo nuestro empeño. Y si existe alguien deseoso de hacerlo, es ese hombre que conoce el asunto a fondo, sabe qué cosas no pueden decirse y no teme declararlas. Conoce, además, cuál es el arma más peligrosa y fatal de todas. Lo considero nuestro más encarnizado adversario.
-¿Quién es? -preguntó Lawson.
El doctor Ferris vaciló, encogiéndose de hombros, y respondió:
-El hombre sin culpa.
Lawson lo miró estupefacto.
-¿Qué quiere decir y de quién está hablando? -preguntó.
James Taggart sonrió.

-Es imposible desarmar a un hombre, si no es a través de la culpa -contestó el Dr. Ferris- O hacerlo a través de aquello que él mismo acepta como culpa. A alguien que roba 10 centavos, se le puede imponer el mismo castigo que a un ladrón de bancos y lo aceptará sin chistar, soportará cualquier forma de sufrimiento si cree firmemente que lo merece. Si no existe en el mundo suficiente culpa, debemos crearla. Si le decimos a alguien que es malo contemplar las flores en primavera y lo hace, podremos hacer lo que queramos con él y no se defenderá porque no se sentirá digno de hacerlo. No luchará. Pero que Dios nos libre de quien vive según sus propias normas, que nos libre del hombre de conciencia limpia. Ese sí es capaz de derrotarnos.
-¿Está hablando de Henry Rearden? -preguntó Taggart con cuidadosa claridad.
El único nombre que no habían deseado pronunciar abrumó de pronto a todos, sumiéndolos en un instante de silencio.
-¿Y qué si fuera él? -preguntó el Dr. Ferris precavidamente.
-¡Oh! Nada -dijo Taggart- Sólo que si fuera él, estoy en condiciones de decirles que puedo derrotarlo. Firmará.
Según el código al que habían recurrido, todos comprendieron por el tono de su voz que no estaba alardeando.
-¡Oh! No, Jim -jadeó Wesley Mouch.
-Sí -insistió Taggart- Yo también me asombré al saber lo que sé, esperaba cualquier cosa menos eso.
-Me alegro -dijo Mouch con precaución- Se trata de una noticia realmente constructiva que quizá resulte sumamente valiosa.
-En efecto... valiosa -repuso Taggart afablemente- ¿Cuándo piensan firmar el decreto?
-Habrá que actuar de prisa porque no queremos que se filtre información al respecto. Espero que todos ustedes mantengan lo aquí tratado dentro de límites estrictamente confidenciales. Puedo afirmar que estaremos dispuestos para lanzarnos sobre ellos dentro de un par de semanas.
-¿No cree aconsejable ajustar el asunto de las tarifas ferroviarias antes que los precios queden congelados? Estoy pensando en un aumento pequeño, pero imprescindible.
-Discutiremos eso usted y yo -ofreció amablemente Mouch- Quizá consigamos arreglarlo. -Se volvió hacia los otros. El rostro de Boyle estaba tenso- Son muchos los detalles todavía por debatir, pero estoy seguro de que nuestro programa no tropezará con mayores dificultades. -Estaba asumiendo el tono y la actitud de quien habla en público, su discurso sonaba vivaz y casi alegre- Es lógico suponer que se producirán dificultades, pero si una cosa no funciona, intentaremos otra. La única regla pragmática de acción es la que se basa en la prueba y error. Nos limitaremos, pues, a probar y, si surgen dificultades, recuerden que sólo serán temporales, que sólo durarán mientras se prolongue la emergencia.
-Oiga -preguntó Kinnan- Si todo queda congelado, ¿cómo se pondrá fin a la emergencia?
-No sea tan teórico -le replicó Mouch impaciente- Debemos tratar con la situación del momento. No se preocupe por detalles de poca importancia. Mientras el más amplio contorno de nuestra política aparezca claramente delineado, tendremos el

poder, y estaremos en condiciones de solucionar cualquier problema y de contestar a cualquier pregunta.
Fred Kinnan se rió por lo bajo.
-¿Quién es John Galt?
-¡No diga eso! -exclamó Taggart.
-Tengo una pregunta acerca del punto Séptimo -dijo Kinnan- Allí se especifica que salarios, precios, dividendos, beneficios, etc., quedarán congelados en la fecha en que entre en vigencia el decreto. ¿También los impuestos?
-¡Oh, no! -contestó Mouch- ¿Cómo saber los fondos que necesitaremos en el futuro? -Kinnan parecía sonreír- Bien -espetó Mouch- ¿Qué opina?
-Nada -respondió Kinnan- Sólo preguntaba.
Mouch se reclinó en su asiento.
-Debo decirles a todos que aprecio mucho su presencia y el hecho de habernos brindado sus opiniones. Todo puede resultar extraordinariamente provechoso.
Consultó su calendario y permaneció mirándolo un momento, jugando con su lápiz. Luego, de improviso, lo tomó con firmeza, escribió una fecha y trazó un círculo alrededor de ella.
-El decreto número 10-289 entrará en vigencia la mañana del 1 de mayo -decidió.
Todos hicieron señales de aprobación pero nadie miró a su vecino.
James Taggart se levantó, caminó hacia la ventana y cerró la cortina para ocultar la visión del blanco obelisco.

* * *

Al despertar, Dagny se sorprendió de encontrarse mirando la silueta de unos edificios desconocidos contra un resplandeciente y pálido cielo. Luego miró sus piernas: las costuras de las finas medias estaban torcidas, le dolía la cintura, y se dio cuenta entonces de que estaba tendida sobre el sofá de su despacho; el reloj de su escritorio marcaba las 6:15 y los primeros rayos de sol pintaban de plateado los bordes de los rascacielos más allá de la ventana. Lo último que recordaba era que se había tendido en el sillón para descansar unos 10 minutos, cuando aún era de noche y el reloj señalaba las 3:30.
Se levantó dificultosamente, presa de enorme cansancio. La luz encendida sobre su escritorio parecía inútil ante el brillo de la mañana, sobre las pilas de papel que eran su triste e inconclusa tarea. Durante unos minutos intentó no pensar en el trabajo, y se arrastró hasta el cuarto de baño, donde se arrojó agua fría a la cara.
Para cuando regresó a su despacho, el cansancio había desaparecido. No importaba cómo hubiera pasado la noche, por la mañana siempre experimentaba el nacimiento de una emoción que se iba convirtiendo en energía física y en anhelo de acción mental, porque era el comienzo de un día, un día de su vida. Miró la ciudad. Las calles vacías se veían más anchas que de costumbre, y en la luminosa limpidez del aire primaveral parecía esperar la promesa de todo el esplendor que tomaría forma gracias a la actividad que pronto se desplegaría en ellas. A la distancia, el calendario señalaba: "1 de mayo".
Se sentó a su escritorio, sonriendo desafiante a lo desagradable de su trabajo. Odiaba los informes que tenía que terminar de leer, pero era su labor, su

ferrocarril, era la mañana. Encendió un cigarrillo, imaginando que terminaría antes del desayuno, apagó la lámpara y tomó los papeles.
Había informes de los gerentes de las 4 regiones en que estaba dividido el sistema Taggart: las páginas eran un grito de desesperación escrito a máquina, sobre los problemas del equipo. Estaba el informe de un accidente en la línea principal, cerca de Winston, Colorado. Estaba allí también el nuevo presupuesto del departamento de Operaciones, revisado y modificado en base al aumento de tarifas que Jim había obtenido la semana anterior. Intentó ahogar la exasperación, producto de la desesperanza, mientras repasaba lentamente las cifras del presupuesto; todos aquellos cálculos se apoyaban en el supuesto de que el volumen de cargas seguiría siendo el mismo y que el aumento proporcionaría a la empresa ingresos adicionales hacia fin de año, pero ella sabía que el tonelaje iba a disminuir, que el aumento significaría una diferencia muy escasa y que para fines del año sus pérdidas serían más elevadas que nunca.
Al levantar la mirada se sorprendió de que el reloj indicara las 9:25. Había notado el rumor usual de movimiento y de voces fuera de su despacho, a medida que los empleados llegaban para iniciar su jornada, pero le extrañó que nadie golpeara la puerta de su oficina y que el teléfono permaneciera en silencio, ya que por lo general a esa hora había mucho trabajo. En su calendario, una nota recordaba que la gente de Fundición para Vagones McNeil, de Chicago, la llamaría a las 9 para hablar de los nuevos coches que Taggart Transcontinental llevaba 6 meses esperando.
Pulsó el botón de su intercomunicador para llamar a su secretaria. La voz de la muchacha contestó tras una contenida exclamación de sorpresa:
-¡Srta. Taggart! ¿Está usted aquí, en su despacho?
-Pasé la noche aquí nuevamente, aunque no quería hacerlo. ¿Llamaron de Fundición McNeil?
-No, Srta. Taggart.
-Pásemelos inmediatamente cuando llamen.
-Sí, Srta. Taggart.
Cortó la comunicación, preguntándose si era imaginación suya o si, en efecto, la voz de la joven sonaba extraordinariamente tensa. Notó una débil languidez y se dijo que debería bajar a tomar una taza de café, pero como aún le faltaba leer el informe del jefe de Ingeniería, encendió otro cigarrillo.
El jefe de Ingeniería estaba supervisando la reconstrucción de la línea principal con rieles de metal Rearden, extraídos del cadáver de la línea "John Galt". Por el momento, Dagny había elegido las secciones que necesitaban ser reparadas con mayor urgencia. Leyó, con un estremecimiento de incrédula ira, que los trabajos en la zona montañosa de Winston, Colorado, se habían interrumpido porque el jefe de Ingeniería recomendaba un cambio de planes. Sugería que los rieles con destino a Winston fueran utilizados para restaurar la línea Washington-Miami. Aportaba razones: en aquella línea había ocurrido un descarrilamiento la semana anterior y Tinky Holloway, de Washington, que viajaba con un grupo de amigos, había sufrido un retraso de 3 hs.; se le había informado que Holloway estaba muy disgustado. Aunque desde un punto de vista puramente técnico -explicaba el jefe de Ingeniería- los rieles del ramal de Miami se hallaran en mejores condiciones que los del ramal Winston, desde un punto de vista sociológico, era preciso

recordar que aquel ramal era utilizado por una clase de pasajeros mucho más importante; en consecuencia, sugería que en Winston esperasen un poco más y recomendaba el sacrificio de una oscura sección de línea montañosa en beneficio de otra donde "Taggart Transcontinental no puede permitirse dar una impresión desfavorable".
Dagny leyó, trazando furiosas marcas de lápiz en los márgenes de las páginas y diciéndose que el deber primordial de aquel día era el de impedir semejantes locuras.
Sonó el teléfono.
-Diga -preguntó levantando el auricular- ¿Es de Fundición McNeil?
-No -respondió la voz de su secretaria- Es el Sr. Francisco d'Anconia.
Miró sobresaltada al aparato, y enseguida reaccionó: -Muy bien, comuníqueme.
-Veo que igual estás en tu oficina -dijo él burlón, duro y tenso.
-¿Dónde querías que estuviera?
-¿Qué te parece la nueva suspensión?
-¿Qué suspensión?
-La moratoria de cerebros.
-¿De qué estás hablando?
-¿No has leído los periódicos?
-No.
Se produjo una pausa y luego Francisco añadió en un tono solemne, lento y grave:
-Pues más vale que los leas, Dagny.
-De acuerdo.
-Te llamaré más tarde.
Colgó y pulsó el conmutador.
-Tráigame un periódico -dijo a su secretaria.
-Sí, Srta. Taggart -respondió ésta, con cierta tristeza.
Fue Eddie Willers quien le llevó el periódico y lo puso sobre su escritorio. La expresión de su cara era idéntica al tono de la voz de Francisco; una y otra presagiaban algún inconcebible desastre.
-Ninguno de nosotros quería ser el 1° en contártelo -dijo Eddie con mucha calma, y se fue.
Cuando un poco más tarde Dagny se levantó de su asiento, comprobó que tenía pleno dominio de su cuerpo, aunque no era consciente de su existencia. Se sintió como levantada por una fuerza extraña y le parecía estar de pie, pero sin tocar el suelo. Todos los objetos de la habitación estaban bañados en una claridad tan anormal, que pensó que podría distinguir el hilo de una telaraña si se lo propusiera, igual que sería capaz de caminar con la seguridad de un sonámbulo por una cornisa. Sin embargo, no veía nada. No se había dado cuenta de que miraba aquel despacho con los ojos de quien ha perdido toda noción de la duda y aptitud y para recobrarla; lo que quedaba en ella era la simplicidad de una sola percepción y de un solo objetivo. No sabía que aquello que parecía tan violento, y sin embargo se veía tan tranquilo y le confería semejante calma, era la fuerza de una certeza total, y que la cólera que estremecía su cuerpo, la cólera que la disponía con la misma indiferencia apasionada para matar o morir, provenía de su amor por la rectitud: el único amor al que había dedicado todos los años de su vida.

Con el periódico en la mano, salió del despacho y se dirigió al hall. Al atravesar la antesala, notó que todos los rostros se volvían hacia ella, pero aquellas personas le parecieron situadas a muchos años de distancia.
Bajó al vestíbulo caminando vivamente, pero sin esfuerzo, con la sensación de que sus pies debían estar tocando el suelo pero ella no lo notaba. No supo cuántas salas atravesó hasta llegar al despacho de Jim, ni si se había cruzado con alguien en el camino. Conocía tan sólo la dirección en la que se encaminaba y cuál puerta empujar para entrar sin anunciarse y avanzar hacia el escritorio de su hermano.
Para cuando se encontró ante él, el periódico estaba retorcido y convertido en un bollo. Se lo arrojó a la cara; el papel lo golpeó en la mejilla antes de caer sobre la alfombra.
-Esa es mi renuncia, Jim -dijo- No quiero trabajar como esclava, ni como capataz de esclavos.
No alcanzó a oír la ahogada exclamación de su hermano, que había sonado al mismo tiempo que se cerraba la puerta tras ella. Regresó a su despacho y al cruzar la antesala hizo señas a Eddie para que la siguiera.
-He renunciado -dijo con voz tranquila y clara.
El asintió en silencio.
-No sé todavía lo que voy a hacer en el futuro. Me alejaré de aquí para pensarlo y decidir. Si quieres seguirme, estaré en Woodstock.
Era una vieja cabaña de caza en el bosque de las montañas Berkshire, que había heredado de su padre y que hacía años no visitaba.
-Quisiera seguirte -murmuró Eddie- Quisiera marcharme también, pero... pero no puedo. No consigo obligarme a ello.
-Entonces, ¿me harías un favor?
-Desde luego.
-No me cuentes nada del ferrocarril, no quiero saber nada de él. No le digas a nadie dónde estoy, excepto a Hank Rearden. Si te pregunta, explícale dónde está la cabaña y cómo llegar. Pero a nadie más. No quiero ver a nadie.
-De acuerdo.
-¿Me lo prometes?
-Por supuesto.
-Cuando sepa qué voy a hacer, te lo comunicaré.
-Esperaré.
-Eso es todo, Eddie.
El comprendió que cada una de sus palabras había sido medida y que, por el momento, no había nada más que decir entre ellos. Inclinó la cabeza, dejando que aquel gesto dijera lo que faltaba, y salió del despacho.
Dagny vio el informe del jefe de Ingeniería abierto sobre el escritorio, y pensó que debía ordenarle que reanudara el trabajo en la sección de Winston, pero de pronto recordó que ése no era más su problema. No sentía dolor. Sabía que el dolor vendría más tarde y que iba a producirle una auténtica agonía, y que la calma de ese momento era una especie de descanso previo para que pudiera soportar el sufrimiento que sobrevendría. Pero no le importaba. "Si eso es lo que se exige de mí, lo resistiré", pensó.
Se sentó y telefoneó a Rearden a la planta de Pennsylvania.

-¡Hola, querida! -le dijo simple y claramente, como si deseara decirlo porque era cierto y estaba bien, sin aferrarse a los conceptos de realidad y de corrección.
-Hank, he renunciado.
-Entiendo -dijo él como si lo hubiese estado esperando.
-Nadie vino a exigírmelo, ningún elemento destructor. Tal vez, después de todo, no existan tales elementos. No sé qué voy a hacer, pero debo marcharme para no tener que ver durante algún tiempo a ninguno de ellos. Luego decidiré. Sé que por el momento no puedes acompañarme.
-No, me han dado 2 semanas para que firme el Certificado de Otorgamiento, y quiero estar aquí cuando venza el plazo.
-¿Me necesitas... durante esas 2 semanas?
-No; en realidad, es peor para ti que para mí. No tienes medios para luchar contra ellos, pero yo sí. Creo que me alegra que lo hayan hecho. Es claro y terminante. No te preocupes por mí. Descansa. En primer lugar, descansa.
-Sí.
-¿Adónde piensas ir?
-Al campo. A una cabaña en Berkshire. Si quieres verme, Eddie Willers te indicará el modo de llegar hasta allí; regresaré en 2 semanas.
-¿Quieres hacerme un favor?
-Sí.
-No vengas hasta que vaya a buscarte.
-Pero quiero estar aquí cuando suceda.
-Déjalo en mis manos.
-Hagan lo que te hagan, quiero que me lo hagan a mí también.
-Déjalo en mis manos, querida, ¿no comprendes? Lo que más deseo en estos momentos es lo mismo que tú: no verlos. Pero tengo que quedarme algún tiempo. Me ayudará mucho saber que tú, al menos, te encuentras fuera de su alcance. Quiero conservar en mi mente un punto despejado en que apoyarme. Será sólo un breve lapso, y luego iré por ti. ¿Comprendido?
-Sí, querido. Hasta pronto.
Le fue extraordinariamente fácil salir de la oficina y recorrer los interminables vestíbulos de Taggart Transcontinental, como si caminase por el aire. Avanzaba mirando al frente, sus pasos sonando con el inquebrantable y tranquilo ritmo de quien está completamente decidido. Llevaba la cabeza alta y en su cara se pintaba una expresión de sorpresa, aceptación y reposo.
Pasó entre la muchedumbre de la terminal. Miró la estatua de Nathaniel Taggart, pero no experimentó dolor ni se hizo ningún reproche. Tan sólo sentía la plenitud de su amor hacia él, la certeza de que iba a reunirse con Nat, no en la muerte, sino en lo que había sido su vida.

* * *

El 1° en renunciar en Rearden Steel fue Tom Colby, capataz de fundición y titular del Sindicato de Trabajadores de Rearden Steel. Durante 10 años había sido criticado en todo el país porque el suyo era un "sindicato empresario" y porque jamás había desatado un conflicto violento con la gerencia. Por cierto, nunca había sido necesario, pues Rearden pagaba sueldos más elevados que los

establecidos por cualquier gremio en el país y, a cambio, exigía y conseguía la mejor mano de obra existente.
Cuando Tom Colby le dijo que se iba, Rearden asintió, sin comentarios ni preguntas.
-No quiero trabajar en estas condiciones -añadió tranquilamente Colby- y no colaboraré para que mis hombres sigan estas normas. Confían en mí. No quiero ser el Judas que conduzca el rebaño al matadero.
-¿Qué va a hacer para ganarse la vida? -le preguntó Rearden.
-He ahorrado lo suficiente como para un año.
-¿Y después?
Colby se encogió de hombros.
Rearden pensó en el chiquillo de ojos airados que extraía carbón por la noche, como si fuera un criminal; se acordó de las oscuras rutas, los callejones y los patios traseros del país, donde los mejores hombres intercambiaban sus servicios en trabajos informales y transacciones no registradas y pensó en el final de esa ruta.
Tom Colby parecía leer su pensamiento.
-Usted está en camino de terminar igual que yo, Sr. Rearden -le dijo-. ¿Les entregará su cerebro?
-No.
-¿Y después?
Rearden se encogió de hombros.
Colby lo miró un instante, con sus ojos pálidos y astutos, en el rostro curtido por el calor de los hornos y surcado por arrugas tiznadas de hollín.
-Por años nos han venido diciendo que usted y yo somos enemigos, Sr. Rearden. Pero no es cierto: Orren Boyle y Fred Kinnan son los que están en contra de nosotros.
-Lo sé.
La Niñera nunca había entrado en la oficina de Rearden, a sabiendas de que no tenía derecho a ese lugar. Esperaba siempre a Rearden del lado de afuera. La nueva disposición lo aseguraba ahora en su puesto, como perro guardián con la misión de vigilar el aumento o descenso de la producción. Algunos días después de promulgado el decreto, detuvo a Rearden en un callejón entre hileras de hornos con una extraña expresión salvaje en la cara.
-Sr. Rearden -le dijo-, quiero avisarle que si desea producir 10 veces la cantidad fijada de metal Rearden, de acero o de hierro o de lo que quiera, y distribuirla por todo el país a quien quiera y a cualquier precio, hágalo: yo lo arreglaré. Tergiversaré los libros y adulteraré los informes, conseguiré testigos falsos, arreglaré certificados y mentiré, si es preciso. Así que no tiene por qué preocuparse, no habrá problemas.
-¿Por qué piensa obrar así? -preguntó Rearden, sonriendo. Pero su sonrisa se desvaneció al oírlo contestar vivamente:
-Porque, aunque sea por una sola vez, quiero hacer algo moralmente correcto.
-Ese no es el camino... -empezó Rearden, pero se contuvo de repente al comprender que, en efecto, lo era, era el único camino que quedaba. ¡Cuántos recovecos de corrupción intelectual había tenido que salvar aquel muchacho para llegar a tan estupendo des-cubrimiento!

-Creo que no es ésa la palabra -manifestó el joven con cierta timidez- Se trata de un vocablo ampuloso y anticuado. No es lo que quise decir. Me refería... -De pronto exclamó, con una especie de desesperado grito de incrédula ira- ¡No tienen derecho, Sr. Rearden!
-¿A qué se refiere?
-A arrebatarle su metal.
Hank sonrió e, impulsado por una intensa compasión, le dijo: -Olvídese de ello, "No-Absoluto". No existen los derechos.
-Ya lo sé. Pero... sé que no pueden hacerlo.
-¿Por qué no? -preguntó sin dejar de sonreír.
-Sr. Rearden, no firme el Certificado de Otorgamiento. No lo firme, en nombre de los principios.
-No lo firmaré, pero no existen los principios.
-Sé que no existen. -Hablaba con la vehemencia y la honradez de un estudiante responsable: -Sé que todo es relativo y que nadie sabe nada, que la razón es ilusoria y que no hay una realidad. Pero ahora hablo simplemente del metal Rearden. No firme, Sr. Rearden. ¡Con moral o sin ella, con principios o sin principios, no firme... porque no está bien!
Nadie más mencionó el decreto en presencia de Rearden. El silencio era una nueva característica de las fundiciones. Los trabajadores no le dirigían la palabra cuando aparecía en los talleres y notó que tampoco se hablaban entre sí. En la oficina de personal no se recibió ninguna renuncia formal, pero todas las mañanas, 1 o 2 obreros dejaban de ir a trabajar sin que volviera a saberse de ellos.
Sus hogares mostraban señales de haber sido abandonados. La oficina de personal no informaba tales deserciones, tal como exigía la Disposición, sino que Rearden empezó a ver rostros desconocidos entre los obreros; eran los rostros macilentos y tensos de quienes llevan largo tiempo sin empleo. Y oyó que se los llamaba con los nombres de los desaparecidos, pero no hizo preguntas.
Todo el país estaba en silencio. No sabía cuántos industriales se habían retirado o desaparecido entre el 1 y el 2 de mayo, dejando sus fábricas a merced de cualquiera. Contó 10 entre sus clientes, incluyendo a McNeil, de la Fundición McNeil de Chicago. Y no tenía forma de saber de los otros, porque la prensa no daba información sobre ello. Repentinamente, las primeras planas se llenaron de títulos acerca de inundaciones primaverales, accidentes de tránsito, excursiones escolares campestres y aniversarios de bodas.
Reinaba el silencio en su propia casa. A mediados de abril, Lillian se había ido de vacaciones a Florida, cosa que lo sorprendió como un capricho inexplicable pues era la 1° vez que ella emprendía un viaje sola desde que se habían casado. Philip lo evitaba con aire temeroso y su madre lo miraba como si le recriminara algo; no decía nada, pero solía llorar en su presencia, sugiriendo que aquellas lágrimas eran el más importante indicio de que se aproximaba algún desastre.
En la mañana del 15 de mayo estaba sentado en su despacho contemplando el humo de los hornos que se elevaba hacia un cielo azul y claro. Flotaba una neblina translúcida llevada por oleadas de calor invisible, que al afectar la limpidez del aire hacía que las estructuras del otro lado parecieran zigzaguear; había franjas de humo rojo y perezosas columnas amarillas, ligeras y flotantes espirales

azules y espesas y rápidas volutas que semejaban retorcidos lingotes sedosos, dotados de cierto reflejo rojizo como de madre-perla coloreada por el sol estival.
Sonó el intercomunicador y la voz de Gwen Ives dijo: -El Dr. Floyd Ferris desea verlo, sin cita previa, Sr. Rearden. -A pesar de la rígida formalidad de las frases, se adivinaba en ellas la pregunta: -"¿Quiere que lo eche de aquí?".
Una débil traza de asombro se dibujó sobre la indiferencia absoluta del rostro de Henry: no esperaba a ese particular emisario.
-Dígale que entre -respondió suavemente.
El Dr. Ferris no sonreía al avanzar hacia el escritorio de Rearden; su mirada sugería, más bien, que Rearden tenía que estar perfectamente enterado de sus razones para estar feliz y que, por lo tanto, era mejor abstenerse de un gesto obvio.
Se sentó sin que nadie lo invitara. Llevaba un portafolio que puso sobre su falda. Actuaba como si las palabras resultaran superfluas, como si su aparición en aquella oficina lo aclarara todo.
Rearden lo contempló en paciente silencio.
-Dado que el plazo para firmar el Certificado de Otorgamiento vence a medianoche -dijo el Dr. Ferris en el tono de un vendedor que demuestra cortesía especial hacia un cliente difícil- vine a obtener su firma, Sr. Rearden.
Hizo una pausa como sugiriendo que su fórmula indicaba que era el turno de Rearden.
-Prosiga -dijo éste- Lo escucho.
-Bien, quizás deba explicarle que deseamos conseguir su aprobación temprano para anunciarla en una emisión radial nacional. Aunque el programa de otorgamientos se ha desarrollado sin inconvenientes, quedan unos cuantos individualistas recalcitrantes que aún no han firmado; son sujetos sin importancia, cuyas patentes carecen de valor, pero por cuestión de principios, no podemos dejarlos que se salgan con la suya, ¿comprende? Creemos que esperan ver qué hace usted. Usted es muy popular, Sr. Rearden, mucho más de lo que se imagina o de lo que podría manejar. Entonces, la noticia de que usted ha firmado el certificado eliminará la última resistencia, y hacia la medianoche habremos conseguido las firmas que faltan, completando así el programa en la fecha prevista.
Rearden comprendió que de todos los discursos posibles, aquél era el único que el Dr. Ferris no hubiera pronunciado de existir en él alguna duda acerca de su rendición final.
-Prosiga -continuó Rearden sin inmutarse- Todavía no ha terminado.
-Sabe usted, como lo ha demostrado en su juicio, lo importante que resulta obtener esas propiedades con el consentimiento voluntario de los dueños. -Ferris abrió su portafolio- He aquí el Certificado de Otorgamiento, Sr. Rearden. Ya lo hemos llenado, y todo lo que tiene que hacer es estampar su firma al pie.
El papel que colocó frente a Rearden parecía un pequeño diploma escolar, con el texto impreso en anticuada tipografía y los detalles insertos a máquina. Establecía que Henry Rearden transfería a la nación todos los derechos para utilizar su aleación metálica, conocida como metal Rearden, que a partir de entonces sería fabricado por quien lo deseara, bajo el nombre de "Metal Milagroso", elegido por los representantes del pueblo. Rearden se preguntó si aquello era una burla

intencional a la honradez, o una extraordinaria subestimación de las víctimas elegidas: el texto estaba impreso sobre una imagen de la estatua de la Libertad.
Su mirada se posó lentamente en la cara de Ferris.
-No habría venido usted aquí -dijo- si no tuviera una excelente jugada para derrotarme. ¿De qué se trata?
-Desde luego -repuso Ferris-, espero que lo comprenda sin necesidad de largas explicaciones. -Abrió el portafolio- ¿Quiere ver mi jugada? He traído unos cuantos ejemplares.
Con el ademán de un experto en los naipes que de un solo movimiento despliega una baraja, extendió ante Rearden una hilera de nítidas fotocopias de registros de hotel y de establecimientos similares, en los que, con letra de Rearden, aparecían estampados los nombres "J. Smith y Sra.".
-Como usted sabe, desde luego -prosiguió Ferris con voz suave- pero quizás quiera comprobar que también nosotros lo sabemos, la tal "Sra. Smith" es en realidad la Srta. Dagny Taggart.
No percibió nada en el rostro de Rearden. Este no se había movido para inclinarse sobre los papeles, sino que los miraba desde lejos, con cierta grave atención, como si estuviera descubriendo en ellos algo hasta entonces desconocido.
-Tenemos muchas más pruebas al respecto -continuó el Dr. Ferris, arrojando sobre la mesa una fotocopia de la factura de una joyería por la compra del dije de rubí- Quizá no quiera examinar las declaraciones juradas de conserjes y empleados nocturnos, porque posiblemente no contienen nada que le resulte nuevo... excepto el número de testigos enterados de dónde pasó usted sus noches en Nueva York durante los últimos 2 años. No debe recriminar demasiado a esa gente. Es una interesante característica de épocas como la nuestra tener miedo de decir lo que se desea, o callar cuando se es interrogado acerca de cosas que se preferiría no divulgar. Lo que sí lo asombraría sería enterarse de quién nos dio la pista original.
-Lo sé muy bien -dijo Rearden, con voz en la que no se notaba reacción alguna. El viaje a Florida ya no le resultaba tan inexplicable.
-Estas armas no pueden perjudicarlo, personalmente hablando -continuó Ferris- Sabemos que ninguna forma de ataque personal puede hacer mella en usted. Por eso, confieso francamente que estoy convencido de que esto no lo afectará en lo más mínimo, sino que tan sólo le causará cierto daño a la Srta. Taggart.
Rearden lo miraba a los ojos, pero Ferris se preguntó por qué le parecía que aquel rostro grave y tranquilo se iba alejando de él.
-Si este asunto se divulgara de un extremo a otro del país -dijo-, gracias a expertos en el arte de la calumnia como Bertram Scudder, su reputación no sufriría perjuicios. Más allá de unas miradas curiosas y de algunos entrecejos levemente contraídos, su comportamiento es el que se espera de un hombre. En realidad, incluso aumentaría su prestigio, confiriéndole un halo de romanticismo entre las mujeres, y entre los varones algo muy cercano a la envidia ante lo extraordinario de su conquista. Pero sí perjudicaría a la Srta. Taggart, con su nombre impoluto, su fama de hallarse siempre por encima de todo escándalo, su peculiar posición como mujer en un negocio estrictamente masculino. Lo que significaría para ella, lo que oiría de todos los hombres a quienes tiene que tratar... lo dejo a su imaginación y consideración.

Rearden no sintió más que una gran calma y claridad, como si una voz interior le dictara: "Ha llegado el momento, el escenario está iluminado. Ahora, podrás ver". Desnudo frente a la luz, sin miedo, ni dolor, ni esperanza, sólo con un ferviente deseo de saber, podía llegar, tranquila y solemnemente, al fondo de la verdad.
El Dr. Ferris quedó estupefacto al oírlo decir lentamente, en el tono desapasionado de quien hace una declaración abstracta que no parece dirigida a su interlocutor:
-Todos sus cálculos descansan sobre el hecho de que la Srta. Taggart es una mujer virtuosa y no una puta, como lo publicarán.
-Claro, desde luego.
-Y de que esto significa para mí mucho más que una aventura casual.
-Por supuesto.
-Si ella y yo fuéramos la clase de basura en la que usted pretende incluirnos, su jugada no funcionaría.
-No, desde luego.
-Si nuestras relaciones constituyeran esa depravación que usted va a proclamar a los 4 vientos, no tendría modo de perjudicamos.
-No.
-Quedaríamos fuera de su alcance.
-Es cierto.
Pero no era a Ferris a quien Rearden estaba hablando. Le parecía ver una larga hilera de hombres extendiéndose a través de los siglos, de Platón hacia adelante en el tiempo, cuyo heredero y producto final era un incompetente maestrito con aspecto de vividor y alma de rufián.
-En cierta ocasión, le di la oportunidad de unirse a nosotros -dijo Ferris- Usted se negó y ahora puede ver las consecuencias. No puedo imaginar cómo un hombre de su inteligencia pensó que podía ganar jugando limpio.
-Pero si me hubiera unido a ustedes -dijo Rearden con la misma indiferencia que si no hablara de sí mismo-, ¿qué me habría parecido digno de arrebatar a Orren Boyle?
-¡Oh! ¡Diablos! Siempre hay algún idiota de quien aprovecharse.
-¿Como Dagny Taggart? ¿Como Ken Danagger? ¿Como Ellis Wyatt? ¿Como yo?
-Como cualquiera que se oponga a lo poco práctico.
-¿Quiere decir que no resulta práctico vivir en este mundo?
No supo si Ferris le había contestado, porque no lo estaba escuchando. Veía el rostro colgante de Orren Boyle, con las pequeñas aberturas de sus ojos porcinos, la cara floja de Mowen, con su mirada que nunca se fijaba en su interlocutor ni en ningún objeto concreto, y le pareció verlos realizar bruscos movimientos, como monos que copiaran sólo los movimientos musculares, pero realizándolos con el fin de fabricar metal Rearden sin el conocimiento suficiente, sin capacidad para saber lo que había sucedido en los laboratorios experimentales de Rearden Steel, durante 10 años de apasionada devoción y de agotadores esfuerzos.
Era adecuado que lo llamaran "Metal Milagroso", ya que "milagrosos" era el único adjetivo con el cual ellos podían calificar a aquellos 10 años, y a la serie de estudios que habían permitido el nacimiento del metal; "milagroso" era cuanto aquel metal podía representar a sus ojos: el producto de una causa desconocida e inédita, un objeto dentro de la naturaleza imposible de explicar, pero del que debían apoderarse como si fuera una piedra o una hierba. "¿Podemos permitir que

tantos permanezcan en la necesidad mientras unos pocos nos despojan de los mejores productos y de los mejores métodos? Si no hubiera sabido que mi vida depende de mi mente y de mi esfuerzo -estaba diciendo Rearden interiormente a la fila de hombres que cruzaba la historia-, si no hubiera convertido en mi mayor propósito moral el ejercicio de los mejores esfuerzos y de la plena capacidad de mi cerebro, con el fin de mantener y engrandecer mi vida, no habrían encontrado nada de qué despojarme, nada sobre lo que basar su existencia. No son mis pecados lo que usan para perjudicarme, sino mis virtudes; mis virtudes según su propia opinión, ya que sus vidas dependen de ellas y las necesitan. No buscan destruir mis logros, sino robarlos."

Recordaba la voz del gigoló de la ciencia que le decía: "Vamos en busca del poder y lo queremos. Ustedes, mis amigos, son unos mezquinos, pero somos nosotros los que conocemos cuál es el verdadero truco". "Nosotros no buscamos poder" -contestaba él a los ancestros del gigoló- "ni vivimos de acuerdo con los métodos de lo que condenamos. Consideramos a la habilidad productiva como una virtud y permitimos que la dimensión de esa virtud sea la medida de la recompensa humana. No nos aprovechamos de lo que consideramos malo. No necesitamos la existencia de ladrones para operar en nuestros bancos, ni de rateros para aprovisionar nuestras casas, ni de criminales para proteger nuestras vidas. Ustedes, en cambio, necesitan el producto de la capacidad humana, pero, aun así, proclaman que la capacidad es egoísmo y maldad, y transforman el grado de productividad de un hombre en la medida de su quebranto. Nosotros vivíamos para lo que considerábamos bueno y castigábamos lo que creíamos malo. Ustedes, en cambio, viven para lo que denuncian como malo y sancionan lo que saben que es bueno."

Recordó la fórmula de castigo que Lillian había tratado de imponerle, y que él había considerado demasiado monstruosa como para ser creíble pero que ahora contemplaba en toda su total eficacia, como sistema de pensamiento y como medio de vida a escala mundial. Allí estaba: el castigo que necesita la virtud de la víctima como combustible para funcionar; su invención del metal Rearden era utilizada como causa de expropiación; el honor de Dagny y la profundidad de sus sentimientos hacia él servían de instrumento de chantaje, mientras los depravados permanecían incólumes, y, en las repúblicas populares de Europa millones de personas eran mantenidas en cautiverio; se extorsionaba su deseo de vivir mediante su energía drenada en trabajos forzados; se aprovechaba su capacidad para alimentar a sus amos mediante un sistema de rehenes que incluía el amor por los hijos, esposas o amigos; el amor, la habilidad y el placer eran utilizados como amenazas y señuelos de usurpación.

El amor atado al miedo, la capacidad al castigo, la ambición a la confiscación, con el chantaje como ley, y recurriendo a evitar el dolor, en lugar de buscar el placer, como único incentivo para el esfuerzo y única recompensa por los logros. Los seres humanos esclavizados por cualquier capacidad para vivir que poseyeran y cualquier placer que encontraran en la vida. Tal era el código que el mundo había aceptado, y tal la clave de dicho código: que ataba el amor humano a la existencia con un sistema de torturas, para que sólo quien no tuviera nada que ofrecer no tendría nada que temer, para que las virtudes que hacían posible la vida y los valores que le prestaban significado se convirtieran en agentes de su destrucción,

para que lo mejor de cada uno se volviera instrumento de su propia agonía, y la vida sobre la Tierra acabara tornándose imposible.
"El suyo es el código de la vida" -repitió en su mente la voz de un hombre a quien no podía olvidar-. "¿De qué es el de ellos?"
¿Por qué el mundo lo había aceptado? -pensó- ¿Cómo habían podido las víctimas aceptar un código que las declaraba culpables por existir? Y entonces la violencia de un golpe interior se convirtió en la absoluta inmovilidad de su cuerpo, mientras seguía sentado contemplando una repentina visión: ¿no lo había aceptado también él? ¿No había dado su aprobación al código de la autocondenación?
Dagny -pensó-, y la profundidad de los sentimientos que ambos se profesaban... la intimidación ante la que los depravados quedarían inmunes... ¿acaso él no lo había llamado también "depravación" alguna vez? ¿Acaso no había sido él mismo quien primero pronunciara todos esos insultos con los que la escoria humana la amenazaba ahora? ¿No había él aceptado como culpa la mayor felicidad que había experimentado en su vida?
"Tú, que no admitirías un 1% de impureza en una aleación de metal" -decía ahora la inolvidable voz-, "¿qué has hecho con tu código moral?"
-¿Y bien, Sr. Rearden? -dijo Ferris- ¿Me comprende ahora? ¿Nos va a dar el metal, o convertimos la cama de la Srta. Taggart en un espectáculo escandaloso?
Pero Rearden no veía a Ferris. Veía una violenta luminosidad, semejante a un reflector que eliminaba todas su inquietudes: el día en que había conocido a Dagny.
Había sido unos meses después de su nombramiento como vicepresidenta de Taggart Transcontinental. Durante algún tiempo, había escuchado con escepticismo rumores acerca de que el ferrocarril era administrado por la hermana de Jim Taggart. Aquel verano, exasperado ante los retrasos y contradicciones de Taggart acerca de un pedido de rieles para una nueva línea, un pedido que James Taggart alteraba, retiraba y volvía a presentar, alguien le dijo que si deseaba sacar algo en limpio, lo mejor era contactarse con la hermana de Jim. Llamó por teléfono a su oficina para concertar una entrevista, e insistió en que fuera aquella misma tarde. La secretaria le dijo que la Srta. Taggart estaría en las obras que se realizaban en la estación de Milford, entre Nueva York y Filadelfia, y que lo recibiría gustosamente allí si así lo deseaba. Se dirigió al lugar con reticencia, porque no le agradaban las empresarias que había conocido, y, por otra parte, consideraba que los trenes no eran asuntos femeninos, por lo que esperaba encontrarse con una heredera malcriada que usaba su nombre y su sexo como sustitutos de su falta de habilidad, una mujer ceñuda y atildada, parecida a una directora ejecutiva de alguna sección de supermercado.
Bajó del último vagón de un extenso tren, más allá de los andenes de la estación de Milford, y observó a los lados de la nueva vía una aglomeración de apartaderos, vagones de carga, grúas y excavadoras de vapor. Empezó a caminar hacia el edificio de la estación. De pronto, se detuvo.
Vio a una muchacha de pie sobre un montón de chatarra apilada en un vagón plataforma. Miraba hacia el barranco con la frente en alto y mechones de pelo desordenados agitándose al viento. Su sencillo atuendo gris parecía una leve capa de metal sobre un cuerpo esbelto destacado sobre un cielo soleado. Su actitud tenía la ligera y despreocupada precisión de quien posee una arrogante y pura

confianza en sí mismo. Observaba los trabajos con el aire atento y decidido de una persona competente que disfruta de su trabajo. Parecía como si aquél fuera su lugar, su momento y su mundo, como si el goce fuera su estado natural. Su cara era la forma viviente de una inteligencia palpitante y activa, una cara de jovencita con boca de mujer; parecía no tener conciencia de su cuerpo más que como un instrumento dispuesto a servir sus propósitos, del modo que ella deseara. Si antes de ese momento le hubieran preguntado cómo era su ideal de mujer, hubiera dicho que no lo sabía, pero al verla, comprendió que era aquélla la imagen perfecta y que lo había sido durante muchos años.

Sin embargo, no la miraba como a una mujer. Se había olvidado de dónde estaba y a qué iba, atrapado por una sensación infantil de alegría, por la delicia que le ocasionaba lo inesperado y lo aún no descubierto, asombrado al comprender cuán raramente presenciaba algo que le agradase. La miraba con una débil sonrisa, como si contemplara una estatua o un paisaje, saboreando el simple placer de la visión, el placer más puramente estético que había experimentado.

Vio acercarse a un guardabarrera y le preguntó: "¿Quién es?".

"Dagny Taggart", respondió el hombre, y continuó su camino.

Rearden sintió que esas palabras lo habían golpeado en la garganta. Una corriente le cortó la respiración por un instante y luego descendió por su cuerpo, arrastrando todas sus facultades, excepto una. Con una anormal claridad tuvo noción del lugar, de la mujer y de todo lo que implicaba, pero aquello retrocedía hasta situarse en un anillo exterior y se convertía en una presión que lo dejaba a él solo en el centro, como significado y esencia del anillo. Y su única realidad era su deseo de poseer a esa mujer, allí y en ese momento, sobre el vagón plataforma, antes de que ambos cambiaran una sola palabra, como primer acto de su encuentro, porque así todo quedaría dicho y porque ambos llevaban años mereciéndolo.

Ella volvió la cabeza. En la lenta curva de su movimiento, sus ojos se posaron en él. Rearden tuvo la certeza de que Dagny había comprendido la naturaleza de su mirada, que se sentía atraída por él, pero que aun así no se atrevería a dar un nombre a todo aquello. Sus pupilas se apartaron y la vio hablar con un hombre que se hallaba de pie junto al vagón, tomando notas.

Dos cosas le sucedieron al mismo tiempo: volvió a la realidad y sufrió el estremecedor impacto de la culpa. Por un instante, sintió su aproximación hacia aquello a lo que ningún hombre que lo experimentara plenamente podría sobrevivir: odio hacia sí mismo, más terrible aún porque una parte de su ser se negaba a admitirlo haciéndolo sentir todavía más culpable. No era una serie de palabras, sino el instantáneo veredicto de una emoción, un veredicto que le advirtió que aquélla era su naturaleza, su depravación, el vergonzoso deseo que nunca había podido anular y que ahora venía a él en respuesta a la única sensación de belleza que alguna vez hubiera sentido, con una violencia que nunca consideró posible, y que su única opción era ocultarlo y despreciarse a sí mismo, pues jamás se libraría de ello mientras él y aquella mujer vivieran.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, ni cuánto lo había devastado aquel breve lapso. Todo lo que pudo retener fue su voluntad de decidir que ella nunca debía saberlo.

Esperó hasta que ella bajó y el hombre de las notas desapareció. Entonces se aproximó y le dijo fríamente: -¿Srta. Taggart? Soy Henry Rearden.
-¡Oh! -Fue solamente una breve expresión de asombro, luego la oyó preguntar con voz tranquila y natural: -¿Cómo está usted, Sr. Rearden?
Supo, aunque sin admitirlo ante sí mismo, que aquella expresión significaba un débil equivalente de sus propios sentimientos: ella se alegraba de que un rostro que le había gustado perteneciera a un hombre al que podía admirar.
Cuando empezaron a hablar de negocios, los modales de Rearden se hicieron más duros y bruscos que cuando trataba con algún cliente hombre.
Ahora, al volver del recuerdo de aquella muchacha de pie sobre el vagón hasta el Certificado de Otorgamiento sobre su escritorio, le pareció como si ambas cosas se mezclaran en un solo y repentino movimiento, fundiendo los días y las vidas transcurridos entre ambos momentos, y a la luz de esa explosión, pudiera ver la respuesta a todas sus preguntas.
"¿Culpable?" -pensó- "Más de lo que pude saber, más de lo que pude imaginar aquel día; culpable por el acto de maldecir lo mejor de mí. Condené el hecho de que mi mente y mi cuerpo formaran una unidad y de que mi cuerpo respondiera a los valores de mi mente. Maldije el hecho de que la felicidad fuera la médula de la existencia, el motivo que mueve a todo ser viviente, que sea la necesidad del cuerpo de uno como es el ideal al espíritu, que mi cuerpo no fuese una masa de músculos inanimados, sino un instrumento capaz de darme la experiencia de una felicidad superlativa al unir mi carne y mi espíritu.
"Esa capacidad, que condené como vergonzosa, me había dejado indiferente hacia las putas, pero me confería ahora un deseo que era la respuesta a la grandeza de una mujer. Ese deseo que yo condenaba como obsceno no procedía de la visión de su cuerpo, sino del conocimiento de que aquella adorable forma expresaba el espíritu que estaba mirando; no era su cuerpo lo que yo deseaba, sino su persona; no era la muchacha vestida de gris a la que anhelaba poseer, sino a la mujer que dirigía un ferrocarril.
"Pero maldije la capacidad de mi cuerpo por expresar lo que sentía. Lo condené como una afrenta hacia ella, cuando era el más alto tributo que podía rendirle, del mismo modo en que los demás condenan mi capacidad para convertir el esfuerzo de mi mente en metal Rearden, tal como me condenan por el poder de transformar la materia para servir a mis necesidades.
"Acepté su código y creí, como me enseñaron, que los valores del espíritu de uno deben quedarse como un deseo impotente, no expresado en acción ni traducido en la realidad, mientras que la vida del cuerpo ha de transcurrir miserablemente en actuaciones degradantes y sin sentido, y que quienes intentan disfrutarlas deben ser calificados como animales inferiores.
"Rompí su código, pero con ello caí en la trampa que me tendieron, la trampa de un código ideado para ser roto. No me enorgullecí de mi rebelión, sino que la consideré culpable; no los maldije a ellos sino a mí; no maldije su código, sino a la existencia, y oculté mi felicidad como un secreto vergonzoso. Debí haberlo vivido abiertamente, como un derecho propio, o convertir a esa mujer en mi esposa como lo era realmente. Pero califiqué mi dicha como maldad y se la hice soportar como una desgracia. Lo que ahora quieren hacer con ella ya lo he hecho yo antes. Soy yo quien ha hecho posible todo esto.

"Lo hice en nombre de mi piedad por la mujer más despreciable que conozco. También esto formaba parte del código que acepté. Creí que una persona debe a otra ciertas entregas, sin pedir nada a cambio. Creí que estaba obligado a amar a una mujer que no me daba nada, que traicionaba todo aquello por lo que yo vivía, y que quería obtener su dicha al precio de la mía. Creía que el amor era un don estático, que una vez ofrecido, ya no es necesario merecerlo, del mismo modo que ellos creen que la riqueza es una posesión estática que pueden tomar y retener sin mayor esfuerzo.

"Creí que el amor era una propina, y no una recompensa que deba ser ganada, del mismo modo que ellos creen que su derecho es demandar una riqueza que no han merecido. Y del mismo modo en que están convencidos de que sus necesidades deben ser satisfechas con mi energía, creí también que la desgracia de Dagny era un reclamo sobre mi vida. En nombre de la piedad, no de la justicia, soporté 10 años de tortura. Puse la compasión por encima de mi conciencia y éste es el núcleo de mi culpa. Mi delito fue cometido cuando le dije a Lillian: 'Según mis normas, prolongar este matrimonio constituiría un despreciable fraude. Ahora bien, mis normas no son las tuyas, las cuales no entiendo ni nunca entendí, pero aceptaré'.

"Aquí están ahora, puestas sobre mi mesa, las normas que acepté sin comprender. Esta es la forma de su amor hacia mí, ese amor en el que nunca creí, y que traté de escatimar. Aquí está el producto final de lo no ganado. Consideré adecuado cometer una injusticia, siempre que fuera yo el único en sufrir las consecuencias, pero nada puede justificar la injusticia, y éste es mi castigo por aceptar como bueno el despreciable mal de la auto-inmolación.

"Creí que yo sería la única víctima, pero he sacrificado a la más noble mujer por la más vil. Cuando se actúa sobre la base de la compasión y contra la justicia, es a los buenos a quienes se castiga en aras de los malos; cuando se salva del sufrimiento a un culpable, es a los inocentes a quienes se obliga a sufrir. Nadie puede escapar de la justicia, nada puede ser no ganado y no pagado en el universo, ni en materia ni en espíritu, y si el culpable no paga, lo hará el inocente.

"No fueron los minúsculos y ordinarios saqueadores de riqueza los que me han derrotado, sino yo mismo. No me quitaron las armas: yo me desprendí de ellas. Esta es una lucha que sólo puede librarse con las manos limpias, porque el único poder del enemigo se encuentra en las úlceras de la propia conciencia, y yo acepté un código que me hizo considerar la fortaleza de mis manos como un pecado y una mancha."

-¿Nos entrega ese metal, Sr. Rearden?

Miró el Certificado de Otorgamiento sobre el escritorio y evocó a la muchacha sobre el vagón. Se preguntó si podía entregar al radiante ser que había visto en aquel momento a los saqueadores de la mente y a los rufianes de la prensa. ¿Podía continuar permitiendo que los inocentes soportaran el castigo? ¿Podía dejar que ella se colocara en la situación que él debió haber adoptado? ¿Podía desafiar el código del enemigo cuando la desgracia se abatiría sobre ella, y no sobre él; cuando el barro le sería arrojado a ella, no a él; cuando ella tendría que luchar mientras él permanecería inmune? ¿Podía tolerar que la existencia de Dagny se convirtiera en un infierno, que él no compartiría?

Continuó sentado, mirándola en su mente. "Te amo", le dijo en silencio a la muchacha del vagón. Esas palabras, que al tomar forma por primera vez lo llenaban de felicidad, condensaban el significado de aquel momento, 4 años atrás.
Volvió a mirar el Certificado de Otorgamiento. "Dagny" -pensó-, "no me dejarías hacerlo, me odiarías si te enteraras, pero no quiero que pagues mis deudas. La culpa fue mía, y no debo transferirte el castigo. Aunque no me quede nada más, todavía poseo esto: veo la verdad y me siento libre de culpas. Sé que estoy absolutamente en lo cierto por primera vez, y que seguiré permaneciendo fiel a aquel mandamiento de mi código que nunca quebranté: ser un hombre que paga su propio tránsito por la vida. "Te amo" -repitió a la muchacha del vagón, sintiendo que la luz de aquel sol estival le tocaba la frente como si él también se encontrara parado bajo un firmamento despejado, sobre una tierra sin obstáculos, sin nada más que él mismo.
-Bien, Sr. Rearden, ¿va a firmar?
La mirada de Rearden se posó en el Dr. Floyd Ferris. Se había olvidado de él y no sabía si éste había estado hablando, discutiendo o esperando en silencio.
-¡Oh! -exclamó- ¿Eso?
Tomó una pluma y, sin pensarlo, con el ademán fácil de un millonario que firma un cheque, estampó su, nombre al pie de la estatua de la Libertad y empujó el certificado hacia su visitante al otro lado del escritorio.

CAPITULO VII

LA MORATORIA DE CEREBROS

"¿Dónde estuvo todo este tiempo?", preguntó Eddie Willers al obrero sentado ante él en la cafetería subterránea. Y añadió con una sonrisa que era, al mismo tiempo, un ruego, una disculpa y una confesión desesperada: "¡Oh! Ya sé que fui yo quien estuvo ausente varias semanas". Su sonrisa se asemejaba al esfuerzo de un niño lisiado que intenta en vano hacer un movimiento. "Aunque pasé por aquí hace 2 semanas, pero aquella noche usted no estaba y temí que se hubiera ido... ¡Es tanta la gente que desaparece sin avisar! Me dijeron que centenares de personas deambulan por el país. Los llaman desertores, y la policía los arresta por abandonar sus trabajos, pero son demasiados y no hay en las cárceles suficiente alimento para todos, así que vuelven a quedar en libertad. He oído decir que los fugitivos van de un lado a otro, haciendo trabajos extraños o cosas peores aún, porque, ¿quién puede ofrecerles empleo en estos días? Estamos perdiendo a los mejores hombres, los que trabajaron en la compañía durante 20 años e incluso más. ¿Por qué tienen que ser encadenados a sus empleos? Esos, que nunca pensaron en renunciar y ahora ante el menor desacuerdo dejan simplemente sus herramientas a cualquier hora del día o de la noche, provocando toda clase de interrupciones, son los mismos que saltaban de la cama e iban corriendo cuando el ferrocarril los necesitaba... Debería ver usted los desechos humanos con que debemos cubrir las vacantes. Algunos tienen buenas intenciones, pero temen hasta a su sombra. Otros pertenecen a esa clase de inmundicia que nunca creí que existiera, que como saben que no podemos despedirlos una vez que han

ingresado a la empresa, en cuanto se los contrata y se conviene su salario, nos demuestran claramente su escasa intención de trabajar. Son del tipo de los que aceptan las cosas como están y disfrutan con la situación actual ¿Puede imaginar que existan personas a quienes les guste esto? Pues, sí, existen... Por mi parte, no estoy muy seguro de lo que nos sucede. Desde luego, es una realidad, pero no puedo creerla; sigo pensando que la locura es un estado en que se pierde la noción de la realidad. Bien, lo que está pasando es tan absurdo, que si lo admitiera, me estaría volviendo loco, ¿no le parece?

"Sigo trabajando y me digo que ésta es Taggart Transcontinental. Me lo paso esperando que ella regrese, que se abra la puerta en cualquier momento, pero... ¡Cielos! No debería mencionar esto... ¿Cómo? ¿Que ya lo sabe? ¿Sabe que se ha marchado?... Es un secreto, pero creo que todo el mundo ya está enterado, aunque nadie lo diga. Dicen que se ha tomado una licencia y sigue en la nómina como vicepresidenta de Operaciones. Creo que Jim y yo somos los únicos que sabemos que ha renunciado para siempre. Jim tiene terror de que sus amigos de Washington le exijan explicaciones si se hace pública la renuncia. Es desastroso para la moral que una persona importante abandone su puesto, y Jim no quiere que se sepa que tiene un desertor en su propia familia... Pero eso no es todo: teme también que los accionistas, los empleados y quienquiera que tenga relaciones con la compañía pierdan el último resto de confianza en Taggart Transcontinental en cuanto sepan que ella no está. ¡Confianza! Usted dirá tal vez que eso ya no importa, puesto que ninguno de ellos puede hacer nada para cambiar la situación, sin embargo, Jim sabe que hemos de conservar cierta apariencia de esa grandeza que en otros tiempos fue norma de Taggart Transcontinental. Pero la última partícula de grandeza se ha marchado con ella... No, nadie sabe dónde está... Yo sí, pero no pienso decirlo, y soy el único que lo sabe... ¡Oh, sí! Han intentado averiguarlo, quisieron sacarme esa información por todos los medios, pero no sirvió de nada. No se lo diré a nadie...

"Debería ver la foca amaestrada que tenemos ahora en su lugar... me refiero a nuestro nuevo vicepresidente de Operaciones; porque, sí, tenemos uno, pero es como si no lo tuviéramos, como es todo hoy en día: está y no está. Su nombre es Clifton Locey y viene del plantel personal de Jim. Es un hombre de 47 años, brillante, progresista y amigo de Jim, que se supone que tan sólo la reemplazará provisionalmente, pero se sienta en su despacho y todos sabemos que es el auténtico nuevo vicepresidente, y da órdenes, aunque procurando que nadie lo sorprenda en esa actitud. Trabaja duro para no ser responsable de ninguna decisión y, así, queda a salvo de toda clase de reclamos. Su objetivo no es dirigir un ferrocarril, sino tan sólo mantener su empleo. No quiere dirigir trenes, sino tan sólo complacer a Jim. Le importa un comino que se muevan o no los vagones, mientras él pueda causar buena impresión en Jim y en los muchachos de Washington. Hasta ahora, Clifton Locey ha logrado dejar en la calle a 2 personas: un joven, 3° asistente, por no dar a conocer una orden que el Sr. Locey nunca había dado; y al gerente de cargas, por impartir una orden que el Sr. Locey efectivamente dio, pero que el gerente no pudo probar. Los 2 fueron despedidos oficialmente por decreto de la Oficina de Unificación...

"Cuando las cosas marchan bien, lo que nunca sucede durante más de media hora, pone un gran empeño en recordarnos que 'no estamos en los días de la

Srta. Taggart' y a la primera señal de conflicto me llama a su despacho y me pregunta, con aire casual en medio de una charlatanería insoportable, qué medida solía adoptar la Srta. Taggart en un caso así. Yo le respondo, siempre que puedo, convenciéndome de que la compañía sigue siendo Taggart Transcontinental y de que miles de vidas en docenas de trenes dependen de nuestras decisiones.
"Pero en medio de tales momentos de urgencia, el Sr. Locey suele abandonar su actitud amistosa y me trata con rudeza para que no me crea imprescindible. Se ha empeñado en cambiar todo lo que Dagny solía hacer en los aspectos menos importantes, pero se muestra sumamente precavido en no alterar nada fundamental. El único problema es que no siempre puede discernir cuál es cuál... El 1° día en la oficina de Dagny me dijo que no le parecía buena idea tener un retrato de Nat Taggart en la pared. 'Nat Taggart' -explicó- 'pertenece a un oscuro pasado, a la época de la avaricia egoísta, y no es precisamente un símbolo de nuestra política moderna y progresista. Podría causar mala impresión, la gente me podría identificar con él'. 'No lo creo posible', le contesté. Pero aun así, quité el retrato... ¿Cómo?... No, ella no sabe nada de esto. No he tenido contacto con ella. Me pidió que no lo hiciera...
"La semana pasada estuve a punto de renunciar. Discutimos sobre el 'especial' de Chick. Chick Morrison, de Washington, quienquiera que sea, tenía que salir de gira para dar charlas por todo el país, explicando la Disposición y levantando la moral de la gente porque las cosas se están poniendo difíciles. Exigió un tren especial para él y su equipo: coche cama, coche salón, comedor con bar y una antesala. La Oficina de Unificación le dio permiso para viajar a 150 km. por hora, teniendo en cuenta, según dijeron, que no se trataba de un viaje con fines de lucro, sino de una misión para convencer a la gente de que continuara rompiéndose las espaldas, para obtener beneficios con los que apoyar a hombres que se creen superiores por el hecho de no conseguir ninguno. El conflicto empezó cuando Chick Morrison pidió una locomotora Diesel para el tren. Todas las Diesel se encontraban en servicio, con el Comet y los trenes de carga, por lo que no teníamos ninguna de más en todo el sistema, salvo una excepción que yo no estaba dispuesto a mencionarle al Sr. Clifton Locey. Locey armó un escándalo, gritando que no podíamos negar una demanda de Chick Morrison, y no sé qué maldito idiota le dijo finalmente de la Diesel guardada en Winston, Colorado, en la boca de un túnel. Ya sabe el modo en que nuestras Diesel se estropean hoy día, porque están con el último aliento. Por tal motivo, aquella locomotora extra tenía que ser guardada en el túnel. Se lo expliqué a Locey, lo amenacé, le supliqué, le dije que Dagny había ordenado estrictamente que la estación de Winston nunca se quedara sin una Diesel de reserva. Me respondió que recordara que él no era la Srta. Taggart y que lo tuviera muy en cuenta... ¡Como si pudiera olvidarlo! Y añadió que aquella disposición era una tontería, porque durante los últimos años no había ocurrido nada y la estación de Winston podía privarse de una locomotora Diesel durante un par de meses, y que no pensaba preocuparse por atender un teórico desastre futuro cuando, ahora, nos enfrentábamos a otro más real, concreto e inmediato: el hecho de que el Sr. Chick Morrison se enojara con todos nosotros. Finalmente, el tren especial de Chick consiguió la Diesel y el supervisor de la división de Colorado renunció. Locey le dio el puesto a un amigo suyo y yo pensé en marcharme. Nunca lo había deseado como entonces. Pero no lo hice...

"No, no he vuelto a saber nada de ella, ni una palabra desde que se marchó. ¿Por qué insiste en ello? Olvídela, no volverá...
"No sé qué estoy esperando. A lo mejor, nada. Voy viviendo un día tras otro, intentando no mirar hacia delante. Al principio creí que alguien nos salvaría, pensé que acaso Hank Rearden. Pero él también cedió. No sé cómo lograron que firmara, pero tiene que haber sido algo terrible. Todo el mundo lo cree así, todos murmuran, preguntándose qué clase de presión se ejerció sobre él... No, nadie lo sabe. No ha hecho declaraciones públicas y rehúsa recibir visitas... Pero, escuche, le diré algo que todo el mundo comenta. Acérquese un poco más, ¿quiere?, no quiero levantar la voz. Parece ser que Orren Boyle sabía de la Disposición desde mucho antes, semanas o meses, porque había empezado, sin hacer ruido y en secreto, a reformar sus hornos para la producción de metal Rearden, en una de sus empresas de menos renombre, cierto oscuro lugar de la costa de Maine. Estaba, pues, dispuesto a producir metal para cuando Rearden firmase el papel de extorsión, me refiero al Certificado de Otorgamiento. Pero escuche, la noche antes de empezar el trabajo, y cuando los hombres de Boyle estaban calentando los hornos en esa zona de la costa, escucharon una voz que no supieron si procedía de un avión, de la radio o de algún poderoso parlante. Era una voz de hombre que les dijo que les daba 10 minutos para salir de allí. Obedecieron. Se marcharon apresuradamente, sin detenerse ni un momento, porque la voz les advirtió que era Ragnar Danneskjöld. En la siguiente media hora, la fundición de Boyle fue arrasada, completamente borrada del mapa, y no quedó un solo ladrillo en pie. Dijeron que la destrucción había sido efectuada por cañones navales de largo alcance, desde algún lugar del Atlántico, pero nadie vio el barco de Danneskjöld... Eso es lo que se comenta. Los periódicos no han publicado ni una palabra. En Washington afirman que tan sólo se trata de un rumor divulgado por gente que quiere sembrar pánico... No sé si la historia será cierta, pero creo que sí. Espero que sí...
"¿Sabe una cosa? Pensar que cuando yo tenía 15 años solía preguntarme cómo era posible que una persona se convirtiera en criminal, no podía entender qué provocaba dicho cambio, y ahora me alegro de que Ragnar Danneskjöld haya destruido estos hornos. ¡Que Dios lo bendiga y que nunca lo encuentren, quienquiera que sea y cualesquiera sean sus acciones! Sí, a eso he llegado. ¿Cuánto más cree que la gente puede soportar esta situación?... No me es tan duro durante el día, porque mis ocupaciones me impiden pensar, pero por la noche es distinto: no logro dormir, me quedo despierto horas y horas... ¡Sí! Si quiere saberlo... me preocupo por ella. Siento un terrible temor de que le pase algo porque Woodstock es sólo un miserable agujero muy distante de todo centro habitado, y la cabaña Taggart se encuentra a 30 km., 30 km. de sendero tortuoso por un bosque olvidado. ¿Cómo saber lo que puede ocurrirle allí, sola, con las bandas de forajidos que pululan por todo el país, sobre todo en regiones tan desoladas como Berkshire?... Sé que no debiera pensar así. Sé que puede cuidarse sola, pero me gustaría que me escribiera. Me gustaría ir, pero me dijo que no lo hiciera y prometí esperar...
"¿Sabe? Me alegro de haberlo encontrado esta noche. Me ayuda hablar con usted... incluso, sólo verlo. No irá a desaparecer como los demás, ¿verdad?... ¿Cómo? ¿La semana que viene?... ¡Ah! Se tomará vacaciones. ¿Durante mucho

tiempo?... ¿Qué le parece la perspectiva de todo 1 mes de vacaciones?... A mí también me gustaría vivir 1 mes sin obligaciones, pero no me dejan... ¿De veras? Lo envidio... No lo hubiera envidiado hace unos años, pero ahora me gustaría marcharme. Lo envidio por haber tenido 1 mes de vacaciones cada verano, durante 12 años."

Era una ruta oscura, que llevaba en una nueva dirección. Al salir de sus fundiciones, Rearden caminaba, no hacia su casa, sino hacia la ciudad de Filadelfia. Era una gran distancia para ir caminando, pero quería hacerlo aquella noche, igual que lo había hecho cada tarde durante esa semana. Se sentía tranquilo en la vacía oscuridad del campo, sin nada a su alrededor más que las negras sombras de los árboles, sin percibir más movimiento que el de su propio cuerpo y el de las ramas mecidas por el viento, sin más luz que los espaciados destellos de las luciérnagas que iban y venían entre los arbustos. Aquellas 2 hs. entre las fundiciones y la ciudad constituían para él un lapso de descanso.
Se había ido de su casa a un piso en Filadelfia sin dar explicaciones a su madre ni a Philip. No les dijo nada, salvo que podían quedarse en la mansión si así lo deseaban, y que la Srta. Ives se haría cargo de las cuentas. Les rogó que cuando Lillian regresara le dijeran que no intentase verlo. Ambos se habían quedado contemplándolo en temeroso silencio.
Le dio a su abogado un cheque en blanco y le dijo:
-Consígame el divorcio con el pretexto que desee y a cualquier precio. No me preocupan los medios que utilice ni los jueces que haya que comprar, ni si es preciso tenderle una trampa a mi mujer. Haga lo que quiera, pero no habrá resarcimiento económico para ella ni división de bienes.
El abogado lo miró con una sonrisa entre triste y sabia, como si se tratara de un hecho que venía esperando desde hacía mucho tiempo. Luego le contestó:
-De acuerdo, Hank, podremos conseguirlo, pero nos llevará algún tiempo.
-Hágalo lo más rápido que pueda.
Nadie lo había cuestionado por su firma del Certificado de Otorgamiento, pero notó que en las fundiciones la gente lo miraba con curiosidad, como si esperasen descubrir en su cuerpo señales de tortura física.
No sentía nada, sino la percepción de un crepúsculo tranquilo, descansado, semejante a la capa de escoria que hay sobre un metal fundido cuando se resquebraja y absorbe el último chispazo de la blanca incandescencia que tiene debajo. No sentía nada por los saqueadores que comenzarían a fabricar metal Rearden. Su deseo de conservar los derechos sobre el metal y de ser el único que pudiera venderlo habían sido su forma de demostrar respeto hacia el prójimo, por su creencia en que comerciar con él significaba un acto de honor. Pero dicha creencia, dicho respeto y dicho deseo ya no existían más. No le importaba lo que hicieran los otros, ni lo que vendieran, ni dónde compraran su metal, ni que alguno de ellos supiera o no que le había pertenecido. Las formas humanas que pasaban junto a él por las calles eran objetos físicos sin ningún sentido. Sólo el campo, con la oscuridad ocultando todo resto de actividad humana y dejando una tierra intacta que en otros tiempos él hubiera podido manejar, era algo totalmente real.
Llevaba una pistola en el bolsillo por consejo de los policías que patrullaban las rutas, porque le habían advertido que, en aquellos días, ningún camino era seguro

por la noche. Con amargo humor, se decía que el arma le sería más necesaria en las fundiciones que en la pacífica seguridad de la despoblada noche.
¿Qué podría arrebatarle un vagabundo malhechor, comparado con lo que le habían arrebatado hombres que se hacían llamar sus protectores?
Caminaba vivamente sin esfuerzo, relajado por una actividad que le resultaba natural. Estaba viviendo su período de entrenamiento para la soledad, pensó, pues tendría que aprender a vivir sin conciencia por las personas, sin esa conciencia que ahora lo paralizaba con aversión. Había amasado su fortuna partiendo de la nada y ahora tendría que reconstruir su vida partiendo de un espíritu vacío.
Se concedería un breve lapso de preparación y luego reclamaría el único valor incomparable del que podía disponer, el único deseo que aún seguía puro y total: Dagny. En su mente se habían ido formado 2 preceptos: uno era un deber y el otro, un deseo apasionado. El 1° era que Dagny nunca se enterase del motivo de su rendición ante los saqueadores; el 2°, decirle las palabras que debió haber pensado en su 1° encuentro y pronunciado en la casa de Ellis Wyatt.
Tan sólo la brillante claridad de las estrellas estivales lo guiaba, pero podía distinguir la ruta y los restos de una pared de piedra frente a él, en el ángulo de un cruce. Aquel muro no tenía ya nada que proteger, aparte de una extensión de arbustos y un sauce que se reclinaba sobre el camino, y, a mucha más distancia, las ruinas de una granja a través de cuyo tejado brillaban las estrellas.
Continuó la marcha, diciéndose que ese lugar tenía un gran valor: el de la seguridad de no ser molestado por la intrusión humana.
El hombre que salió repentinamente a la carretera debió de haber estado escondido tras el sauce, pero lo hizo tan decididamente que pareció surgir del centro mismo de la ruta. Rearden llevó la mano al arma en su bolsillo, pero se detuvo al darse cuenta, por la postura altiva de aquella figura, por la línea recta de sus hombros contra el cielo estrellado, de que no era un bandido, y al oír su voz comprendió además que no era un vagabundo.
-Quisiera hablar con usted, Sr. Rearden.
La voz poseía la firmeza, la claridad y la cortesía peculiar de quien está acostumbrado a dar órdenes.
-Usted dirá -repuso Rearden- Pero espero que no vaya a pedirme ayuda, ni dinero.
El individuo vestía ropas gastadas, pero bien confeccionadas: un pantalón oscuro y una cazadora azul profundo, abrochada hasta el cuello, prolongaban las líneas de su esbelta silueta. Se cubría la cabeza con una gorra también oscura y todo lo que Rearden pudo ver de él en la noche fueron sus manos, su cara y unos mechones de pelo rubio en las sienes. No tenía ningún arma en las manos, sino que sostenía un paquete envuelto en arpillera, del tamaño de una caja de cigarrillos.
-No, Sr. Rearden -dijo-. No pretendo pedirle dinero, sino devolvérselo.
-¿Devolver dinero?
-Sí.
-¿Qué dinero?
-Una pequeña parte de una deuda muy grande.
-¿Una deuda suya?

-No, no mía. Se trata sólo de un pago a cuenta, pero deseo que lo acepte como prueba de que si usted y yo vivimos lo suficiente, le será devuelto hasta el último dólar de esa deuda.
-¿Qué deuda?
-El dinero que le fue arrebatado por la fuerza.
El sujeto extendió el paquete a Rearden abriendo la arpillera, y éste pudo ver cómo la claridad estelar arrancaba destellos de fuego a una superficie lisa como un espejo. Por su peso y contextura, advirtió que era un lingote de oro.
Miró el lingote y luego al rostro de aquel hombre, más duro y menos revelador que el mismo metal.
-¿Quién es usted? -preguntó Rearden.
-El amigo de los sin amigos.
-¿Ha venido tan sólo para entregarme esto?
-Sí.
-¿Es decir que ha estado esperándome de noche en una ruta solitaria, no para robarme, sino para entregarme un lingote de oro?
-Así es.
-¿Por qué?
-Cuando el robo se comete a la luz del día, por dictamen de la ley, como ocurre en nuestros tiempos, todo acto de honor o de restitución debe quedar oculto.
-¿Qué le hace suponer que voy a aceptar un regalo de este género?
-No es un regalo, Sr. Rearden. Se trata de su propio dinero. Pero tengo que pedirle un favor: es un favor y no una condición, porque no existe tal cosa como una propiedad condicionada. El oro es suyo y puede usarlo como quiera, pero arriesgué mi vida para traérselo esta noche y la única recompensa que quiero es que lo reserve para el futuro o lo gaste en usted, en nada más que su propia comodidad y placer. No se lo entregue a nadie y, sobre todo, no lo invierta en su negocio.
-¿Por qué?
-Porque no quiero que beneficie a nadie más que a usted. De lo contrario estaría quebrantando un juramento que hice hace tiempo, del mismo modo que quebranto cuantas reglas me impuse al hablar con usted esta noche.
-¿Qué quiere decir?
-He venido juntando este dinero durante mucho tiempo para dárselo, pero no pensaba verlo, hablarle de él o entregárselo hasta mucho más adelante.
-Entonces, ¿por qué lo hace?
-Porque no puedo resistir más.
-¿Resistir qué?
-Creí que había visto todo cuanto puede verse y que no existía nada que no pudiera soportar, pero cuando le arrebataron el metal Rearden, fue demasiado, incluso para mí. Sé que no necesita este oro. Lo que usted necesita es la justicia que lo representa y saber que existen hombres preocupados por la justicia.
Luchando para no rendirse ante una emoción que se iba incrementando a través de su asombro y por encima de todas sus dudas, Rearden intentó estudiar la cara del hombre en busca de alguna pista que lo ayudara a comprender. Pero el rostro carecía de expresión y no había cambiado ni una sola vez mientras hablaba, como si hubiera perdido hacía mucho tiempo toda capacidad de sentir y cuanto quedara

de él fueran unas facciones implacables y muertas. Con una sorpresa estremecedora, Rearden empezó a pensar que no era en realidad la cara de un hombre, sino la de un ángel vengador.
-¿Por qué le preocupa? -preguntó Rearden- ¿Qué represento para usted?
-Mucho más de lo que puede sospechar. Tengo un amigo para quien usted representa también más de lo que lograría concebir. Hubiera dado cualquier cosa por estar aquí hoy, pero no ha podido acudir, por eso vine en su lugar.
-¿Qué amigo?
-Prefiero no mencionarlo.
-¿Dice que ha pasado mucho tiempo reuniendo este dinero para mí?
-Junté mucho más que esto -repuso señalando el oro- Pero lo guardaré y se lo entregaré cuando llegue el momento. Esta es sólo una muestra, como prueba de que existe. Si alguna vez le roban sus últimos bienes, quiero que recuerde que tiene una amplia cuenta bancaria esperándolo.
-¿Qué cuenta?
-Si piensa en el dinero que le ha sido arrebatado por la fuerza, llegará a la conclusión de que esa cuenta significa una suma considerable.
-¿Cómo la ha reunido? ¿De dónde sacó este oro?
-Fue extraído de quienes se lo robaron a usted.
-¿Extraído por quién?
-Por mí.
-¿Quién es usted?
-Ragnar Danneskjöld.
Rearden le contempló largamente, sin moverse, y luego el lingote cayó de sus manos.
Los ojos de Danneskjöld no siguieron el lingote hasta el suelo, sino que permanecieron fijos en Rearden, sin que su cara cambiase de expresión.
-¿Prefería tener ante usted a un ciudadano respetuoso de las leyes, Sr. Rearden? De ser así, ¿qué leyes debería acatar? ¿El decreto 10-289?
-Ragnar Danneskjöld... -murmuró Rearden como si estuviera contemplando la totalidad de una década, como si observara la enormidad de un crimen perpetrado a través de 10 años y contenido en 2 palabras.
-Piense con más detenimiento, Sr. Rearden. Actualmente sólo nos han quedado 2 formas de vida: robar a víctimas desarmadas o convertirnos en víctimas y trabajar en beneficio de nuestros explotadores. Yo no elegí una cosa ni otra.
-Usted prefirió vivir basándose en la fuerza, igual que ellos.
-Sí, pero abierta y honestamente, si lo prefiere así. No les robo a personas encadenadas e inmovilizadas, no exijo que mis víctimas me ayuden, y no les digo que actúo en su propio bien. En cada encuentro con otros hombres, pongo en juego mi propia vida y todos disfrutan de la posibilidad de manejar sus cañones y sus mentes contra los míos. ¿No es justo? Combato contra la fuerza organizada, las armas, los aviones y los barcos de guerra de 5 continentes. Si lo que desea expresar es un juicio moral, Sr. Rearden, piense en esto: ¿quién tiene más moral: Wesley Mouch, o yo?
-No puedo darle una respuesta -dijo Rearden en voz baja.
-¿Por qué está perturbado, Sr. Rearden? Me limito a actuar según el sistema establecido por mis semejantes. Si creen que la fuerza es el medio adecuado para

tratar unos con otros, no hago sino darles lo que piden. Si creen que el propósito de mi vida es servirles, dejemos que intenten imponerme dicho credo. Si piensan que mi mente les pertenece, que la vengan a buscar.
-Pero, ¿qué clase de vida ha elegido? ¿A qué propósito dedica su mente?
-A la causa de mi amor.
-¿Y cuál es esa causa?
-La justicia.
-¿Actuando como pirata?
-Trabajando para el día en que no tenga que serlo más.
-¿Qué día será ése?
-El día en que usted sea libre de lucrar con el metal Rearden.
-¡Oh, cielos! -exclamó Rearden con expresión desesperada- ¿Es ésa su ambición?
-Lo es -dijo Danneskjöld sin que su rostro se alterase.
-¿Y espera vivir para ver ese día?
-Sí. ¿Usted no?
-No.
-Entonces, ¿cuáles son sus expectativas respecto al futuro, Sr. Rearden?
-Ninguna.
-¿Para qué trabaja?
-¿Por qué me pregunta eso?
-Para hacerle comprender por qué yo no lo hago.
-No espere que apruebe a un criminal.
-No lo espero, pero hay unas cuantas cosas que quiero que comprenda.
-Incluso aunque sea cierto lo que está diciendo, ¿por qué escogió convertirse en un bandido? ¿Por qué no se apartó, sencillamente, como...?
Se detuvo.
-¿Como Ellis Wyatt, Sr. Rearden? ¿Como Andrew Stockton? ¿Como su amigo Ken Danagger?
-Sí.
-¿Usted aprueba eso?
-Yo...
Se detuvo, ahogado por sus propias palabras.
Lo que más lo sorprendió fue la sonrisa de Danneskjöld que era como el primer verde de la primavera sobre la superficie de un glaciar. Comprendió súbitamente, por primera vez, que ese rostro era más que apuesto, que poseía la asombrosa belleza de una perfección física absoluta, las duras y orgullosas facciones y la boca desdeñosa de la estatua de un vikingo. Pero no se había dado cuenta de ello hasta entonces, casi como si la muerta inmovilidad de su cara hubiera impedido la impertinencia de una apreciación. En cambio, su sonrisa era brillante y viva.
-Por mi parte lo apruebo, Sr. Rearden, pero elegí una misión especial de índole particular. Persigo a un hombre al que quiero destruir. Murió hace siglos, pero hasta que el último rastro de él ha-ya desaparecido de la Tierra no tendremos un mundo decente donde vivir.
-¿Qué hombre es ése?
-Robin Hood.
Rearden lo miró perplejo, sin comprender.

-El que se dedicó a robar a los ricos para dar a los pobres. Pues bien, yo soy el hombre que roba a los pobres y les da a los ricos... o para ser más exacto, el hombre que roba a ladrones pobres para darles a los ricos productivos.
-¿Qué significa todo eso?
-Si recuerda las historias de los periódicos sobre mí, antes de que cesaran de publicarlas, debe saber que nunca he robado un buque particular, ni me he apoderado de ninguna propiedad personal, tampoco robé jamás un transporte militar, porque el propósito de una flota de tal género es proteger de la violencia a los ciudadanos que han pagado por ello, lo que considero una función apropiada para el gobierno. Pero sí me apoderé de los buques transportadores de botín que se pusieron al alcance de mis cañones, de toda nave oficial de auxilio, de subsidios, de préstamos o de dádivas, de todos los que llevaran un cargamento de bienes tomados por la fuerza de algunos hombres, para el beneficio de quienes no los han pagado ni merecido. Me apoderé de los barcos que navegaban bajo la bandera de la idea contra la que lucho: la de pensar que la necesidad es un ídolo sagrado que requiere sacrificios humanos, que la necesidad de algunos es la cuchilla de la guillotina pendiente sobre otros; que todos debemos poner nuestro trabajo, nuestras esperanzas, nuestros planes y esfuerzos, a merced del momento en que la guillotina nos caiga encima; y aceptar que la magnitud de nuestra capacidad sea la magnitud del peligro que corremos, de modo que el éxito nos decapite, mientras el fracaso nos daría el derecho para tirar de la cuerda.
"Tal es el horror que Robin Hood inmortalizó como ideal de justicia. Se dice que combatió contra gobernantes avarientos, devolviendo el producto de su botín a los robados, pero ése no es el significado de la leyenda que sobrevivió. Se lo recuerda no como un campeón de la propiedad, sino como campeón de la necesidad, no como defensor de los robados, sino como el amparo de los pobres. Se cree que fue el 1° hombre que asumió un halo de virtud, practicando la caridad con la riqueza de la que no era dueño, regalando bienes que él no había producido y haciendo pagar a otros el lujo de su piedad.
"Es el símbolo de la idea de que la necesidad, y no el logro, es la fuente de todo derecho; de que no tenemos que producir, sino sólo necesitar; de que no es lo ganado lo que nos pertenece, sino aquello que no hemos ganado. Se convirtió en justificación de los seres mediocres que, incapaces de ganarse el sustento, exigen el poder para disponer de la propiedad de los mejores, proclamando su voluntad de dedicar la vida a los que están por debajo de ellos, al precio de robar a quienes están por encima. Es esta criatura, la más corrupta de todas, el doble parásito que vive de las llagas del pobre y de la sangre del rico a la que se ha llegado a considerar paradigma de moral. Y eso nos ha llevado a un mundo donde, cuanto más produce alguien, más se aproxima a la pérdida de todos sus derechos, hasta que, si su capacidad alcanza una altura apreciable, se convierte en un ser sin derechos, entregado como presa de cualquier denunciante; mientras que para quedar situado por encima de la justicia, de los principios y la moral, en un lugar donde todo le es permitido, incluso robar y asesinar, todo lo que hace falta es tener necesidad.
"¿Se pregunta por qué el mundo se hunde a nuestro alrededor? Por eso estoy luchando, Sr. Rearden. Hasta que la gente aprenda que, de todos los símbolos,

Robin Hood es el más inmoral y despreciable, no existirá justicia en la Tierra ni posibilidad de que la humanidad sobreviva."
Rearden escuchaba aturdido, pero bajo aquel aturdimiento, igual que una semilla a punto de brotar, experimentó el impulso de una emoción indefinible, aunque sentía que alguna vez la había experimentado y había renunciado a ella mucho tiempo antes.
-En realidad, Sr. Rearden, yo soy un policía, desde el momento en que el deber de un policía es proteger a las personas de los criminales, y considero criminales a quienes se apoderan de lo ajeno por la fuerza. El deber de un policía es recuperar la propiedad de lo robado y devolverlo a sus dueños, pero cuando el robo se convierte en el propósito de la ley y el deber del policía no consiste en proteger, sino en arrebatarle a uno la propiedad, entonces es un forajido el que se ha convertido en un policía.
"Estuve vendiendo los cargamentos de los que me apoderé a algunos clientes especiales del país, que me pagan en oro. También los he vendido a contrabandistas y en el mercado negro de las repúblicas populares de Europa. ¿Sabe cuáles son las condiciones reinantes en esos Estados? Desde que la producción y el comercio, y no la violencia, fueron declarados delitos, los mejores europeos no tienen más opción que convertirse en criminales. Los capataces de esclavos en dichos Estados se mantienen en el poder gracias a las entregas que les hacen sus colegas saqueadores en países que todavía no han sido totalmente drenados como el nuestro.
"Pero yo no permito que esas entregas lleguen a destino, y vendo las mercaderías a personas que quebrantan la ley en Europa, a los precios más altos que pueda, y en oro. El oro es el valor establecido por el mercado, la manera de preservar la riqueza y el futuro. En Europa no se permite poseer oro a nadie, excepto a los amigos de la humanidad, que esgrimen un látigo y proclaman haber gastado dicho oro en beneficio de sus víctimas. Ese es el oro que mis clientes obtienen para pagarme. ¿Cómo? Con el mismo sistema con que yo me apodero de los bienes transportados. Luego devuelvo el oro a quienes fueron robados en primera instancia: a usted, Sr. Rearden, y a otros como usted."
Rearden comprendió la naturaleza de la emoción que había olvidado. Era lo que había sentido cuando, a los 14 años, tuvo en sus manos el cheque de su 1° sueldo; cuando, a los 24, lo nombraron supervisor de las minas; cuando, ya propietario, había conseguido su 1° orden de compra para la mejor fábrica de aquellos tiempos: Twentieth Century Motors. Esa emoción era la solemne y entusiasta respuesta a la conciencia de haber ganado un lugar en un mundo al que respetaba, y obtenido el reconocimiento de personas a quienes admiraba.
Durante casi 2 décadas, esa emoción había quedado sepultada bajo una montaña de ruinas, conforme los años añadían capa tras capa de odio, de indignación, de lucha para no mirar a su alrededor, ni ver a aquéllos con quienes trataba, ni esperar nada de nadie, manteniendo como misión particular, dentro de las 4 paredes de su oficina, el sentido de aquel mundo en el que había esperado elevarse. Sin embargo, allí estaba otra vez, surgiendo de los despojos, al escuchar la luminosa voz de la razón, por medio de la cual es posible comunicarse con otros, tener tratos y vivir.

Sólo que era la voz de un pirata que le hablaba de actos de violencia y se los presentaba como sustitutos para su mundo de razón y justicia. No podía aceptarlo, ni podía perder los restos que aún le quedaban de aquella visión. Escuchó, deseando poder escapar, y al mismo tiempo sabiendo que no podía perderse una palabra.
-Deposito el oro en un banco que se rige por el patrón oro, Sr. Rearden, en las cuentas de quienes son sus legítimos dueños. Hombres de capacidad superlativa, que consiguieron sus fortunas gracias al esfuerzo personal en el libre comercio, sin presiones extrañas y sin ninguna ayuda del gobierno. Son las grandes víctimas las que más han cooperado y sufrido las mayores injusticias. Sus nombres están escritos en mi libro de restitución. Divido cada cargamento entre ellos y lo deposito en sus cuentas.
-¿Quiénes son?
-Usted es uno de ellos, Sr. Rearden. No puedo calcular todo el dinero que le ha sido arrebatado en impuestos, reglamentos, tiempo perdido, esfuerzos vanos y energía malgastada para superar obstáculos artificiosos. No conozco el total, pero para comprender su magnitud, me basta mirar a mi alrededor. La miseria que ahora se extiende por este país, en otros tiempos próspero, nos da una pauta de la injusticia que usted viene sufriendo. Pero una parte de dicha deuda ha quedado registrada y ésa es la parte que me he propuesto reunir y devolverle.
-¿A qué parte se refiere?
-A su impuesto a las ganancias, Sr. Rearden.
-¿Cómo?
-A su impuesto a las ganancias durante los últimos 12 años.
-¿Intenta devolverme eso?
-Totalmente, y en oro.
Rearden echó a reír como un chiquillo, presa de repentina alegría, disfrutando ante lo que consideraba increíble.
-¡Cielos! -exclamó- ¿Usted es policía y al mismo tiempo recaudador interno de impuestos?
-Sí -dijo Danneskjöld gravemente.
-No hablará en serio, ¿verdad?
-¿Le parece que bromeo?
-¡Pero esto es absurdo!
-¿Más absurdo que el decreto 10-289?
-¡No es real ni posible!
-¿Es el mal algo real y posible?
-Pero...
-¿Piensa que la muerte y los impuestos son su única certeza, Sr. Rearden? Bien, respecto de la 1°, no puedo hacer nada; pero si alivio la carga de los 2°, algunos aprenderán a percibir la conexión entre ambas cosas y a darse cuenta de que están en condiciones de forjarse una vida larga y feliz. Podrán aprender que la vida y la producción, y no la muerte y los impuestos, son los 2 absolutos que constituyen la base del código moral.
Rearden se puso serio de nuevo. La alta y delgada figura envuelta en la cazadora era la de un bandolero; el severo rostro de mármol, el de un juez; la voz, seca y clara, la de un eficiente contador.

-Los saqueadores no son los únicos que han conservado sus registros, Sr. Rearden, yo también los poseo. En mis archivos existen copias de todas sus declaraciones juradas en concepto de impuesto a las ganancias presentadas durante los últimos 12 años, y lo mismo ocurre con el resto de mi lista. Tengo amigos en lugares asombrosos, que me consiguen cuanto necesito. Divido el dinero entre quienes lo merecen, en proporción a las sumas que les fueron arrebatadas. Gran parte de estas cifras han sido ya restituidas a sus dueños y la suya es la mayor que aún queda por saldar. El día en que esté dispuesto a reclamarla, el día en que yo sepa que no utilizará ni un centavo en beneficio de los saqueadores, se la entregaré. Hasta entonces -miró el lingote que había quedado en el suelo- ...recójalo, Sr. Rearden -dijo- No es robado, es suyo.
Pero Rearden no se movió, ni contestó, ni miró el oro.
-Hay mucho más en el banco, a su nombre.
-¿Qué banco?
-¿Recuerda a Midas Mulligan, de Chicago?
-Sí, desde luego.
-Todas mis cuentas están en el Banco Mulligan.
-Ya no existe el Banco Mulligan en Chicago.
-No se encuentra en esa ciudad.
-¿Dónde está? -preguntó Rearden después de unos segundos.
-Creo que pronto lo sabrá, Sr. Rearden, pero no puedo revelárselo aún. Por ahora, sólo diré que soy el único responsable de todo esto, que se trata de una misión puramente personal y que nadie está involucrado excepto yo y la tripulación de mi barco. Ni siquiera mi banquero participa en ello, excepto por el hecho de guardar el dinero que deposito. Muchos de mis amigos no aprueban mi sistema, pero cada uno elige caminos distintos para librar la misma batalla... y éste es el mío.
Rearden sonrió desdeñosamente.
-¿No será usted uno de esos condenados altruistas que pasan su tiempo en aventuras no redituables económicamente y que arriesgan su vida simplemente para servir a los demás?
-No, Sr. Rearden, invierto mi tiempo en mi propio futuro. Cuando seamos libres y empecemos a reconstruir nuestras ruinas, presenciaré cómo el mundo renace con la máxima rapidez posible. Si entonces existe capital activo en las manos adecuadas, en las manos de nuestros mejores y más productivos hombres, ello representará un ahorro de tiempo para el resto, y paralelamente, siglos para la historia del país. ¿Se preguntó lo que usted significa para mí? Significa todo cuanto admiro, todo cuanto quisiera ser el día en que el mundo resulte un lugar adecuado para personas así; es todo lo que quiero, aun cuando éste sea el único modo de relacionarme con usted y de poderle ser útil en el presente.
-¿Por qué? -murmuró Rearden.
-Porque mi único amor, el único valor por el que me interesa vivir, es uno que nunca fue apreciado por la sociedad y nunca se ganó su reconocimiento, ni tuvo amigos ni defensores: la capacidad humana. Tal es el amor al que sirvo y, aunque perdiera la vida, ¿con qué mejor propósito podría ofrecerla?
¿Aquél era el hombre que había perdido la capacidad de sentir?, se preguntó Rearden, y comprendió que la austeridad de su rostro de mármol constituía la

forma visible de una disciplinada capacidad para dominar una pasión tal vez demasiado profunda. La voz continuaba hablando con frialdad.
-Quise que se enterara de esto. Quise que lo supiera ahora, cuando puede sentirse abandonado en el fondo de un abismo entre criaturas infrahumanas, que representan todo aquello que queda de la humanidad. Quise que supiera, en su hora más desesperada, que el día de la liberación está más cerca de lo que cree. Y hay un motivo especial por el que quería hablarle y revelarle mi secreto antes del momento debido. ¿Ha oído lo que ocurrió en las fundiciones de acero de Orren Boyle en la costa de Maine?
-Sí -contestó Rearden, asombrado al comprobar que la palabra había sonado como un contenido jadeo, producto de la vehemencia interior que estaba experimentando- Pero no creí que fuera cierto.
-Lo es. Lo hice yo. Boyle no va a fabricar metal Rearden en la costa de Maine, ni en ningún otro lugar. No lo hará tampoco ninguna otra empresa de saqueadores que crea que una simple directiva puede conferirle el derecho a servirse de su cerebro. Quien intente producir su metal verá bombardeadas sus instalaciones, destrozada su maquinaria, estropeados sus muelles e incendiadas sus fábricas. Pueden ser tantas las cosas que le ocurran, que la gente creerá que una maldición ha caído sobre el metal Rearden, y pronto no habrá un solo obrero en todo el país dispuesto a entrar en una fábrica de quien procure producirlo. Si personas como Boyle creen que la fuerza es cuanto necesitan para robar a los mejores, mostrémosles lo que sucede cuando optan por recurrir a ella. Quise que supiera que ninguno producirá su metal ni conseguirá un centavo con él.
Rearden experimentaba un incontenible deseo de reír, del mismo modo como había reído al conocer la noticia del incendio de Wyatt y cuando supo del colapso de D'Anconia Copper, pero comprendió que si lo hacía, lo que tanto temía acabaría capturándolo para no soltarlo y jamás volvería a ver sus fundiciones. Se contuvo, y al menos por el momento conservó los labios cerrados fuertemente para que de ellos no surgiera sonido alguno. Cuando el momento pasó, dijo tranquilamente, con voz firme y carente de brillo:
-Tome ese oro y márchese de aquí. Jamás aceptaré la ayuda de un delincuente.
Ni un músculo se movió en la cara de Danneskjöld.
-No puedo obligarlo a que acepte ese oro, Sr. Rearden, pero no me lo llevaré. Si lo desea, puede dejarlo donde está.
-No quiero su ayuda ni pienso defenderlo. Si hubiera por aquí cerca un teléfono, llamaría a la policía, y lo haré si intenta aproximarse a mí otra vez, simplemente para protegerme.
-Lo comprendo.
-Usted sabe -agregó Rearden-, porque lo he estado escuchando con atención, que no lo condeno. Sucede que no puedo condenarlo, a usted ni a nadie. No existen ya normas a las que atenerse, y no me preocupa juzgar nada de lo que hagan los demás ni el modo en que intentan soportar lo insoportable. Si tal es su proceder, dejaré que se vaya al infierno a su modo, pero no quiero ser parte de ello. No deseo ser su inspiración ni su cómplice. No espere que acepte jamás esa cuenta bancaria, si es que existe. Gástela en algún nuevo escondrijo, porque voy a informar de esto a la policía y a darle toda clase de detalles que le sirvan para seguir sus huellas.

Danneskjöld no se movió ni contestó. Pasó un tren de carga No podían verlo en la oscuridad, pero el golpeteo de las ruedas que llenaba el silencio formó un convoy incorpóreo, una larga hilera de sonidos, que cruzaba la noche cerca de ellos.
-¿De modo que quería ayudarme en mi hora más desesperanzada? -preguntó Rearden- Si debo llegar a la conclusión de que mi único defensor es un pirata, prefiero no ser defendido. En nombre del idioma con vestigios humanos que usted emplea, le digo que ya no me queda ninguna esperanza, pero que estoy seguro de que, cuando llegue mi día, habré vivido según mis principios, aun cuando sea el único para quien sigan teniendo valor. Habré vivido en el mundo en que empecé, y me hundiré con él. No creo que quiera usted comprenderme, pero...
Un rayo de luz dio de pronto sobre ellos, con la violencia de un golpe. El rumor del tren había absorbido el del motor del automóvil y no lo habían oído acercarse a la ruta desde detrás de la granja. No estaban en el camino del coche, pero oyeron el chirriar de los frenos, detrás de las luces que hacían detener a un objeto invisible. Rearden saltó involuntariamente hacia atrás, maravillándose ante el dominio de Danneskjöld, que ni siquiera se movió. Era un patrullero y se detuvo junto a ellos. El conductor asomó la cabeza.
-¡Ah! ¿Es usted, Sr. Rearden? -dijo llevándose la mano a la gorra- Buenas noches, Sr..
-Hola -dijo Rearden, esforzándose en controlar la poco natural brusquedad de su voz.
En el asiento delantero iban 2 oficiales, cuyos rostros expresaban cierta crispada determinación, carente de toda actitud amistosa. Era evidente que no era su intención detenerse para charlar un rato.
-Sr. Rearden, ¿viene de la fundición por la carretera de Edgewood, pasando por la ensenada de Blacksmith?
-Sí, ¿por qué?
-¿Ha visto por ahí a un hombre, un extraño, que parecía andar con mucha prisa?
-¿Cómo iba?
-Lo mismo puede ir a pie o en un destartalado coche cuyo motor vale por lo menos 1 millón de dólares.
-¿Cómo es?
-Alto y rubio.
-¿De quién se trata?
-No me creería si se lo dijera, Sr. Rearden. ¿Lo ha visto?
Rearden no tuvo noción de sus propias preguntas, sólo del asombro de ser capaz de obligar a los sonidos a atravesar la palpitante barrera de su garganta. Miraba de frente al policía, pero sentía como si su visión se hubiera vuelto bifocal, porque al mismo tiempo podía percibir a Danneskjöld, con su rostro inexpresivo, los brazos colgando a los costados, las manos relajadas, y ninguna señal de intentar alcanzar un arma, el cuerpo erguido e indefenso, expuesto como ante un pelotón de fusilamiento.
Pudo distinguir que era más joven de lo que había supuesto y que tenía los ojos celestes. Comprendió el peligro que implicaba mirarlo directamente, y mantuvo los ojos en el policía, en los botones de cobre de su uniforme azul, pero aquello que llenaba su conciencia de modo más completo que una simple percepción visual era el cuerpo de Danneskjöld, el desnudo cuerpo que estaba bajo sus ropas, el

cuerpo que sería privado de la existencia. No escuchó sus palabras porque oía en su interior una sencilla frase, lo único que ahora le importaba en el mundo: "Y, aunque perdiera la vida, ¿con qué mejor propósito podría ofrecerla?".
-¿Lo ha visto, Sr. Rearden?
-No -dijo Rearden- No lo he visto.
El policía se encogió de hombros con aire resignado y asió el volante.
-¿No ha visto a nadie que pudiera parecerle sospechoso?
-No.
-¿No ha pasado junto a usted ningún coche de aspecto extraño?
-No.
El policía alargó la mano hasta el arranque.
-Se lo ha localizado por estos parajes, esta misma noche, y se ha tendido un cerco que abarca 5 condados. No debemos mencionar su nombre para no asustar a la gente, pero se trata de alguien cuya cabeza vale 3 millones de dólares en recompensas ofrecidas en todo el mundo.
Había presionado el botón de arranque y el motor batía el aire con un fuerte sonido, cuando el 2° policía se inclinó hacia delante. Acababa de ver el pelo rubio bajo la gorra de Danneskjöld.
-¿Quién es ése, Sr. Rearden? -preguntó.
-Mi nuevo guardaespaldas -contestó Rearden.
-¡Oh! Una precaución muy prudente, Sr. Rearden, en estos tiempos. Buenas noches.
El coche se lanzó hacia delante y las rojas luces traseras fueron perdiendo tamaño conforme se alejaba. Danneskjöld vio partir el vehículo y luego clavó la mirada en la mano derecha de Rearden. Se dio cuenta de que había enfrentado a los policías apretando la culata del revólver que guardaba en el bolsillo, listo para usarlo.
Rearden abrió los dedos y sacó la mano rápidamente. Danneskjöld sonrió. Era una sonrisa de radiante animación: la silenciosa risa de un espíritu joven y claro, agradeciendo un momento que se alegraba de haber vivido. Aunque no guardaban entre sí ninguna semejanza, esa sonrisa le recordó a Rearden la imagen de Francisco d'Anconia.
-Usted no ha mentido, Sr. Rearden -dijo Ragnar Danneskjöld- En efecto, soy su guardaespaldas y merezco ese nombre en más sentidos de los que usted se imagina por ahora. Gracias, Sr. Rearden, y hasta pronto. Volveremos a encontrarnos, y mucho antes de lo que supone.
Enseguida, desapareció. Se desvaneció tras el muro de piedra, de manera tan brusca y silenciosa como había llegado. Cuando Rearden se volvió para mirar hacia los campos de la granja, no percibió rastros de él, ni señal alguna de movimiento en las tinieblas.
Estaba en el borde de una vacía ruta, en medio de una inmensidad desierta, mucho mayor de lo que pareció al principio, y vio a sus pies un objeto envuelto en arpillera cuyos ángulos sobresalían resplandeciendo bajo la claridad lunar, con el mismo color del pelo del pirata. Se agachó, lo recogió y continuó su camino.

* * *

Kip Chalmers lanzó un insulto cuando una sacudida del tren le hizo derramar su cóctel sobre la mesa. Con el codo en el charco de licor, dijo:
-¡Malditos trenes! ¿Qué ocurre con las vías? Con el dinero que tienen, podrían arreglarlas un poco para no zarandearnos como campesinos sobre una carreta de heno.
Sus 3 compañeros no se molestaron en contestarle. Era tarde y seguían en el salón comedor, simplemente porque era necesario un esfuerzo para retirarse a sus compartimentos. Las luces del vagón impregnado de olor a alcohol se opacaban con el humo de los cigarrillos. Era un vagón particular, que Chalmers había pedido y obtenido para su viaje. Iba enganchado al final del Comet y se bamboleaba como la cola de un animal furioso cada vez que el tren tomaba alguna curva en las montañas.
-Voy a lanzar una campaña para nacionalizar los ferrocarriles -dijo desafiante Kip Chalmers a un hombrecito gris que lo contemplaba sin interés alguno- Esa será mi plataforma de campaña. Tengo que tener una. No me gusta Jim Taggart, se parece a una almeja hervida. ¡Al diablo con los trenes! Ha llegado el momento de que nos hagamos cargo de ellos.
-Vaya a la cama -dijo el hombrecito-, si planea parecerse a un ser humano en el gran acto de mañana.
-¿Cree que lo conseguiremos?
-Tiene que lograrlo.
-Ya lo sé, pero no creo que lleguemos a tiempo: esta maldita tortuga "superespecial" tiene varias horas de retraso.
-Tiene que llegar allí, Kip -dijo el hombrecito con expresión lúgubre y con la obstinada monotonía de quien, sin pensar lo que hace, habla de un fin, sin preocuparse de los medios.
-¡Condenado idiota! ¿Cree que no lo sé?
Kip Chalmers tenía el pelo rubio y rizado y una boca informe. Venía de una familia semidistinguida y semi-rica, pero sentía asco por la riqueza y por la distinción, tratando de dar a entender que sólo un gran aristócrata podía permitirse semejante grado de cínica indiferencia. Se había graduado en una universidad especializada en la formación de esa clase de aristocracia. Allí le enseñaron que el propósito de las ideas era engañar a quienes son tan estúpidos como para pensar. Se había abierto camino en Washington con la agilidad de un ratero, pasando de oficina a oficina como de la cornisa de un edificio a otra. Estaba considerado como semipoderoso, pero sus modales hicieron que los profanos lo confundieran nada menos que con Wesley Mouch.
Por razones de estrategia personal, Kip Chalmers había decidido meterse en política y presentarse a las elecciones de legislador por California, aunque no supiera nada de ese Estado, excepto lo relativo a la industria cinematográfica y a los clubes nocturnos de la playa. Su director de campaña había realizado las tareas preliminares, y Chalmers se hallaba ahora camino a enfrentarse con sus futuros votantes en un encuentro al que se había dado gran publicidad y que se celebraría en San Francisco la noche siguiente. El jefe de campaña quiso que partieran un día antes, pero Chalmers, que había permanecido en Washington para asistir a un cóctel, había tomado el último tren posible. No había demostrado

ningún interés hacia la reunión hasta aquella tarde, al darse cuenta de que el Comet llevaba 6 hs. de retraso.
A sus 3 compañeros no les importaba su estado de ánimo, pero les gustaba mucho su licor. Lester Tuck, jefe de campaña, era un hombrecito de edad avanzada, con una cara tal que parecía que lo habían golpeado en alguna ocasión y que jamás se había recuperado de su aturdimiento. Era un abogado del tipo de esos que varias generaciones antes hubieran defendido a delincuentes y a los que simulan accidentes en las instalaciones de las grandes empresas. Ahora no podía hacer otra cosa mejor que representar a sujetos como Kip Chalmers.
Laura Bradford era la amante de Chalmers. Le gustaba esa mujer porque había sido amante de Wesley Mouch. Era actriz de cine y se había abierto camino desde un buen desempeño en papeles de reparto hasta incompetente estrella, pero no durmiendo con los di-rectores de cine, sino empleando ese atajo, con influencia a larga distancia, que consiste en acostarse con los burócratas. En las entrevistas con la prensa hablaba de economía en vez de glamour, con ese estilo beligerante digno de los periódicos sensacionalistas; pero sus nociones sobre el tema se reducían a la afirmación de que era "preciso ayudar a los pobres".
Gilbert Keith-Worthing era invitado de Chalmers, pero por razones que ninguno de los 2 podía descubrir. Era un novelista inglés, de fama universal, que 30 años antes había gozado de mucha popularidad, pero ahora nadie leía sus obras, aunque todos lo aceptaban como un clásico viviente. Se lo había considerado profundo por expresar ideas como: "¿Libertad? Dejemos de hablar de libertad. La libertad es imposible. El hombre nunca estará libre del hambre, el frío, las enfermedades o los accidentes... es decir, de la tiranía de la naturaleza. Entonces, ¿por qué objetar la tiranía de una dictadura política?". Cuando toda Europa puso en práctica las ideas que él predicaba, se trasladó a los Estados Unidos. Con los años, su estilo y su cuerpo se fueron poniendo fláccidos. A los 70 era un viejo obeso, con el pelo teñido y una expresión de desdeñoso cinismo, adornado con citas budistas acerca de la futilidad de toda acción humana. En realidad, Kip Chalmers lo había invitado porque le parecía una persona distinguida, y Gilbert Keith-Worthing había aceptado simplemente porque no tenía otro lugar en especial adonde ir.
-¡Malditos ferroviarios! -rezongó Kip Chalmers- Lo hacen a propósito, para arruinar mi campaña. ¡No puedo faltar a ese acto! Por lo que más quiera, Lester, haga algo.
-Lo he intentado -respondió Lester Tuck.
En efecto, en la última parada del tren había tratado de reservar por teléfono un billete de avión, pero no había vuelos comerciales programados para los siguientes 2 días.
-Si no me llevan allí a tiempo, les arrancaré el cuero cabelludo y me apoderaré del ferrocarril.
-¿No podemos decirle al maldito maquinista que se apure?
-Usted mismo se lo ha dicho 3 veces.
-Haré que lo despidan. No hace más que dar excusas y hablar de complicadas dificultades técnicas, pero yo quiero un transporte rápido y no coartadas. No me pueden tratar como un pasajero más. Deben llevarme adonde yo quiera y cuando yo quiera. ¿No saben que estoy en este tren?

-Ahora ya lo saben -dijo Laura Bradford- ¡Cállate, Kip! Me aburres.
Chalmers volvió a llenar su copa. El vagón se agitaba y la cristalería saltaba débilmente sobre los estantes del bar. Los parches de cielo estrellado en las ventanillas continuaron moviéndose a sacudidas, y daba la impresión de que el tintineo provenía de las estrellas al chocar una contra otra. Desde la ventanilla trasera del coche, sólo se veían las pequeñas aureolas de los faroles rojos y verdes que indicaban el final del tren y un breve trecho de riel escurriéndose hacia atrás para perderse en la oscuridad. Un muro de piedras bordeaba la vía y las estrellas se hundían de vez en cuando en repentinos obstáculos que subrayaban, muy por encima de ellos, los picos de los montes de Colorado.
-Montañas -dijo Gilbert Keith-Worthing con satisfacción- Esta clase de espectáculos nos hace sentir la insignificancia de la humanidad. ¿Qué es este presuntuoso fragmento de riel que crudos materialistas sienten tal orgullo por construir, comparado con esa majestuosidad eterna? No es más que el hilván de una costurera en el vestido de la naturaleza. Si uno de esos gigantes de granito decidiera venirse abajo, aniquilaría este tren.
-¿Y por qué debería suceder algo así? -preguntó Laura Bradford sin ningún interés especial.
-Creo que este maldito tren va cada vez más lento -dijo Kip Chalmers- ¡Esos hijos de puta disminuyen la marcha, a pesar de lo que les he dicho!
-Son las montañas... ¿sabe? -contestó Lester Tuck.
-¡Al diablo con las montañas! Lester, ¿qué día es hoy? Con todos estos condenados cambios de hora, no sé ya...
-Hoy es 27 de mayo -suspiró Lester Tuck.
-No -intervino Gilbert Keith-Worthing mirando su reloj- 28. Han pasado 12 minutos de la medianoche.
-¡Jesús! -gritó Chalmers-. Entonces el acto es hoy.
-Sí -asintió Lester Tuck.
-¡No llegaremos! Ya veo...
Una fuerte sacudida del tren le arrebató el vaso de la mano, y el débil sonido que produjo al estrellarse contra el suelo se mezcló con el chirriar de las ruedas que herían el riel en una curva pronunciada.
-A veces me pregunto -indicó Gilbert Keith-Worthing, nervioso- si estos ferrocarriles son seguros.
-¡Claro que sí! ¡Diablos! -contestó Kip Chalmers- Tenemos tantas leyes, disposiciones y controles, que estos miserables no se atreverían a carecer de la debida seguridad... Lester, ¿cuánto nos falta? ¿Cuál es la siguiente parada?
-No habrá ninguna hasta Salt Lake City.
-Quiero decir, ¿cuál es la próxima estación?
Lester Tuck exhibió un estropeado mapa que desde la caída de la noche venía consultando a cada instante.
-Winston -dijo- Winston, Colorado.
Kip Chalmers alargó la mano hacia otra copa.
-Tinky Holloway contó que había escuchado decir a Wesley que si no ganas estas elecciones, estás listo -expresó Laura Bradford.

Estaba sentada con abandono, mirando más allá de Chalmers, estudiando su propia cara en un espejo de la pared. Estaba aburrida y le divertía provocar la impotente cólera de Chalmers.
-¡Oh! ¿Así que eso ha dicho?
-Sí, Wesley no quiere que ese... ¿cómo se llama?... el que compite contigo, llegue al Congreso, por eso si no ganas, Wesley se enfadará muchísimo. Tinky dijo...
-¡Maldita basura! Más valdría que se ocupe de su propio pellejo.
-¡Oh! No sé. A Wesley le cae muy bien. Tinky Holloway no permitiría que un miserable tren le hiciese llegar tarde a un encuentro importante. Nadie se atrevería a obrar así con él.
Kip Chalmers seguía sentado, mirando su copa.
-Voy a hacer que el gobierno confisque todos los ferrocarriles -dijo en voz baja.
-Realmente -convino Gilbert Keith-Worthing-, no comprendo por qué no lo hicieron hace tiempo. Este el único país de la Tierra tan atrasado como para permitir la propiedad privada de los ferrocarriles.
-Bueno, nos estamos poniendo a la altura de ustedes -opinó Kip Chalmers.
-Su país es increíblemente ingenuo, un verdadero anacronismo. Desde los tiempos de mi bisabuelo que no oigo tanta charla acerca de la libertad y los derechos humanos, pero eso no es más que un lujo verbal de los ricos. Después de todo, para el pobre da lo mismo que su existencia esté a merced de un industrial o de un burócrata.
-Ya pasó el tiempo de los industriales, éstos son los días de...
La sacudida fue tan fuerte que pareció que el aire que llenaba el vagón los había empujado a todos hacia delante, mientras el suelo se paralizaba bajo sus pies. Chalmers cayó al piso y el inglés fue a dar arriba de la mesa; las luces se apagaron. La cristalería saltó de los estantes, el acero de las paredes chirrió como si fuera a abrirse, y una larga convulsión atravesó al tren.
Cuando levantó la cabeza, Chalmers vio que el vagón estaba intacto e inmóvil. Escuchó los gemidos de sus compañeros y el 1° grito histérico de Laura Bradford. Se acercó gateando hasta la puerta, la abrió y bajó los escalones. En la distancia, junto a una curva, vio luces que se movían y una incandescencia roja en el lugar donde debía estar la locomotora. Siguió caminando vacilante por la oscuridad, tropezando con personas a medio vestir que enarbolaban las inútiles y diminutas antorchas de sus encendedores. En algún lugar, a lo largo de la línea, pudo ver a un hombre con una linterna y lo tomó del brazo. Era el guarda del tren.
-¿Qué sucedió? -jadeó Chalmers.
-Un riel roto -repuso el otro, impasible- La locomotora descarriló.
-¿Cómo dice?
-Que ha descarrilado y volcó sobre un costado.
-¿Hay algún... muerto?
-No, el maquinista está bien pero el fogonero está herido.
-¿Un riel roto? ¿Qué significa eso?
El rostro del guarda adoptó una expresión extraña, triste, acusadora y abstraída.
-Los rieles se gastan, Sr. Chalmers -contestó con un extraño énfasis-, especialmente en las curvas.
-¿Y no sabían que estaba gastado?
-Sí, lo sabíamos.

-Entonces, ¿por qué no lo reemplazaron por otro?
-Iban a hacerlo, pero el Sr. Locey lo impidió.
-¿Quién es el Sr. Locey?
-El actual vicepresidente del área de Operaciones.
Chalmers se preguntó por qué el guarda lo miraba como si le estuviera atribuyendo algo de aquella catástrofe.
-Bien, bien -dijo- ¿No van a colocar otra vez la locomotora en su sitio?
-Por el aspecto que tiene, no creo que pueda volver a colocarse sobre ninguna vía.
-Pero... ¡Tiene que llevarnos!
-No puede.
Más allá de las movedizas lucecitas y del apagado rumor de gritos, Chalmers percibió súbitamente, aunque sin querer fijarse en ello, la inmensa negrura de las montañas, el silencio de centenares de desiertos kilómetros y la precaria franja excavada entre un muro de rocas y un abismo. Apretó aún más el brazo del empleado.
-Pero... ¿qué vamos a hacer?
-El maquinista fue a llamar a Winston.
-¿A llamar? ¿Cómo?
-Hay un teléfono a un par de kilómetros de aquí.
-¿Van a sacarnos pronto de este lugar?
-Lo harán.
-Pero -su mente realizó una unión entre el pasado y el futuro y su voz se elevó por primera vez hasta gritar: -...¿cuánto tiempo estaremos aquí?
-No lo sé -respondió el guarda, y tras apartar la mano de Chalmers de su brazo, se alejó.
El operador nocturno de la estación de Winston escuchó el mensaje telefónico, dejó el auricular y subió unas escaleras para despertar al jefe. Este era un tipo hosco y reservado, a quien se le había otorgado aquel puesto 10 días antes, por orden del nuevo supervisor de división. Se puso de pie soñoliento, pero despertó violentamente a la realidad cuando las palabras del operador hicieron mella en su cerebro.
-¿Cómo? -preguntó- ¡Jesús! ¿El Comet?... Bueno, no se quede ahí temblando. Llame a Silver Springs.
El empleado nocturno de la jefatura de división en Silver Springs escuchó, y luego telefoneó a Dave Mitchum, el nuevo supervisor de la División Colorado.
-¿El Comet? -jadeó Mitchum con la mano en el teléfono y sus pies tocando el suelo y sacándolo de la cama- ¿Que la locomotora está inservible? ¿La Diesel?
-¡Sí, señor!
-¡Oh, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? -Luego, recordando su cargo, añadió: -Envíen el tren de auxilio.
-Ya lo hice.
-Llame al operador de Sherwood y dígale que retenga todo el tráfico.
-Ya lo hice
-¿Qué trenes teníamos para hoy?
-El especial de carga para el ejército, con dirección oeste, pero tardará todavía 4 hs., porque lleva retraso.

-Bajaré enseguida... Espere, escuche: llame a Bill, Sandy y Clarence y reúnalos para cuando yo baje. Nos espera un buen lío.
Dave Mitchum se había quejado siempre de las injusticias y de que, a su modo de ver, la mala suerte lo había perseguido toda la vida. Lo explicaba hablando oscuramente de una conspiración de "los grandes", que jamás habían querido darle una oportunidad, aun cuando nunca se supo a quién se refería con "los grandes". Su tema preferido y su único sentido de los valores se basaban en la antigüedad de su servicio. Llevaba en la industria ferroviaria más que muchos de los que desempeñaban cargos superiores al suyo, cosa que, según Mitchum, era una prueba de la injusticia del "sistema social vigente", aun cuando nunca explicara a qué se refería con "sistema social vigente". Había trabajado para muchas compañías del sector, sin permanecer demasiado tiempo en ninguna de ellas. Sus jefes no tuvieron nunca quejas específicas contra él, pero prescindieron de sus servicios porque repetía con demasiada frecuencia: "Nadie me había dicho que lo hiciera". No sabía que tenía que agradecer su empleo actual a un trato entre James Taggart y Wesley Mouch porque cuando Taggart intercambió con Mouch el secreto de la vida privada de su hermana por un aumento en las tarifas, Mouch obtuvo de él un favor extra, según sus acostumbradas reglas de la negociación de exprimir el máximo provecho a cualquier transacción. El favor extra consistía en un puesto para Dave Mitchum, que era cuñado de Claude Slagenhop, presidente de Amigos del Progreso Mundial, considerada por Wesley Mouch como una valiosa influencia sobre la opinión pública. James Taggart derivó la responsabilidad de encontrar trabajo para Mitchum a Clifton Locey, y éste le dio el cargo de supervisor de la división de Colorado, cuando el que lo ejercía se retiró sin avisar a nadie, al enterarse de que la Diesel de reserva en la estación de Winston había sido asignada al tren especial de Chick Morrison.
-¿Qué vamos a hacer? -exclamó Dave Mitchum corriendo a medio vestir, aún soñoliento, a su despacho, donde el jefe de expediciones, el jefe de estación y el encargado de locomotoras lo esperaban.
Ninguno de los 3 contestó. Eran hombres de edad madura con muchos años de servicio a sus espaldas, pero un mes atrás habían comenzado a entender que las cosas habían cambiado y que hablar era peligroso.
-¿Qué diablos vamos a hacer?
-De una cosa estoy seguro -dijo Bill Brent, jefe de expediciones- No podemos enviar al túnel una locomotora de vapor.
La mirada de Dave Mitchum se consternó pues sabía que era la idea fija en todas sus mentes, y hubiera preferido que Brent no la pusiera en palabras.
-Bueno. ¿Y de dónde vamos a sacar una Diesel? -preguntó colérico.
-De ningún lado -repuso el encargado.
-¡No podemos dejar al Comet esperando en un desvío toda la noche!
-Me parece que tendrá que ser así -dijo el jefe de estación- ¿De qué sirve discutir esto, Dave? Sabe usted perfectamente que no hay ninguna Diesel en toda la división.
-Pero, ¡santo cielo! -exclamó- ¿Cómo esperan que movamos trenes sin locomotoras?
-La Srta. Taggart sabía que no es posible -respondió el en-cargado-, pero el Sr. Locey opina de manera distinta.

-Bill -preguntó Mitchum, en el tono de quien pide un favor-, ¿no hay esta noche ningún Transcontinental con cualquier tipo de Diesel?
-El 1° en llegar -respondió Bill Brent, implacable- será el 236, un rápido de carga procedente de San Francisco con entrada en Winston a las 7:18 de la mañana. Es la Diesel más próxima en estos momentos. Ya lo verifiqué.
-¿Y el especial del ejército?
-Más vale no pensar en él, Dave. Tiene preferencia sobre todo, incluido el Comet, por orden del ejército, y está retrasado porque las cajas de engrase se han incendiado 2 veces. Lleva municiones para los arsenales de la costa occidental y más vale rogar que nada los detenga mientras atraviesan esta división. Si cree que surgirán complicaciones por detener al Comet, piense que no serán nada comparadas con las que tendríamos si detuviéramos al especial.
Guardaron silencio. Las ventanas estaban abiertas a la noche estival, y podían oír el timbre del teléfono en la oficina del piso inferior. Las luces y señales parpadeaban en los patios desiertos, que en otros tiempos habían sido un bullicioso nudo de la división.
Mitchum miró hacia el depósito, donde las negras siluetas de unas cuantas locomotoras de vapor resaltaban contra la débil claridad.
-El túnel... -empezó, pero se interrumpió enseguida.
-... tiene 12 km. de largo -le advirtió el jefe de trenes con acidez.
-Estaba solamente pensando -replicó Mitchum.
-Más vale no pensar en eso -dijo Brent suavemente.
-¡No he dicho nada!
-¿De qué hablaron usted y Dick Horton antes de que éste desapareciera? -preguntó el encargado de locomotoras con aire inocente, como si aquel tema se le hubiera ocurrido casualmente- ¿No era algo acerca del sistema de ventilación del túnel, que parece no funcionar bien? ¿No les dijo que ese túnel era peligroso incluso para las Diesel?
-¿A qué viene eso? -estalló Mitchum- ¡Yo no he dicho nada! -repitió.
Dick Horton, el jefe de maquinistas, se había marchado 3 días después de la llegada de Mitchum.
-Me pareció que debía mencionarlo -dijo el encargado, con la inocencia de antes.
-Mire, Dave -intervino Bill Brent, sabiendo que Mitchum demoraría toda otra hora, antes de tomar una decisión concreta-, usted sabe que sólo queda una cosa para hacer: retener al Comet en Winston hasta mañana a la mañana, esperar el 236 y hacer que su Diesel lo lleve hasta la otra boca del túnel. Luego, dejarlo terminar su trayecto con la mejor locomotora de vapor que tengamos del otro lado.
-Pero ¿cuánto demoraría eso?
Brent se encogió de hombros.
-12 hs.... 18... ¿quién sabe?
-¿18 hs. de retraso... para el Comet? ¡Cielos! No había sucedido nunca.
-Nada de lo que nos viene pasando había sucedido antes -acotó Brent con un sorprendente tono de cansancio en su voz segura y enérgica.
-¡En Nueva York van a armar un escándalo! ¡Nos echarán la culpa de todo!
Brent se encogió de hombros. Un mes atrás, hubiera considerado inconcebible semejante injusticia, pero ahora opinaba lo contrario.
-Creo... -empezó Mitchum compungido- ...creo que no podemos hacer otra cosa.

-No hay alternativa, Dave.
-¡Dios mío! ¿Por qué nos tiene que suceder esto justo a nosotros?
-¿Quién es John Galt?
A las 2:30, el Comet, tirado por una vieja locomotora de maniobras, avanzó a los tumbos y se detuvo en un desvío de la estación de Winston. Kip Chalmers miró hacia el exterior, presa de incrédula cólera, y contempló las pocas barracas sobre una falda de la desolada montaña y la antigua casucha de la estación.
-¿Y ahora, qué? ¿Cuánto estaremos detenidos aquí? –exclamó pulsando el timbre para llamar al guarda.
Con la vuelta del movimiento y la sensación de seguridad, su terror se había convertido en furia. Le parecía incluso haber sido objeto de un engaño por parte de quienes lo habían obligado a experimentar un miedo innecesario. Sus compañeros seguían sentados a las mesas de la sala de estar, demasiado nerviosos para dormir.
-¿Cuánto tiempo? -preguntó el guarda, impasible- Hasta mañana a la mañana, Sr. Chalmers.
Chalmers lo miró, estupefacto -¿Vamos a estar aquí hasta mañana?
-Sí, Sr. Chalmers.
-¿Aquí?
-Sí.
-¡Pero tengo un acto de campaña en San Francisco hoy por la tarde!
El guarda no contestó.
-¿Por qué? ¿Por qué estamos detenidos? ¿Qué pasó?
Lenta y pacientemente, con irreverente cortesía, el guarda le explicó exactamente cuál era la situación. Pero años atrás, en la escuela primaria, en la secundaria y en la universidad, a Kip Chalmers le habían enseñado que las personas no viven gracias a la razón, ni la necesitan.
-¡Condenado túnel! -gritó- ¿Creen que voy a permitir que me detengan aquí por un miserable túnel? ¿Quieren arruinar los vitales proyectos para la nación, por culpa de un túnel? ¡Dígale a su gente que tengo que estar en San Francisco por la tarde y debe llevarme allí como sea!
-¿Cómo?
-¡Ese es su trabajo, no el mío!
-No existe ninguna manera.
-¡Pues encuéntrela, maldito idiota!
El guarda no contestó.
-¿Creen que voy a permitir que sus miserables problemas técnicos interfieran en cruciales asuntos sociales? ¿Sabe quién soy yo? ¡Será mejor que reanuden la marcha si quieren conservar sus empleos!
-Actuamos de acuerdo con las órdenes que nos han dado.
-¡Al diablo con las órdenes! ¡Dígale al jefe de estación que nos haga reanudar la marcha!
-Quizá sería mejor que hablara usted con el jefe de estación, Sr. Chalmers. No estoy autorizado para contestarle como quisiera -dijo el otro, y se retiró.
Chalmers se puso de pie violentamente.
-Escuche, Kip -le dijo Lester Tuck, algo nervioso-... quizá sea cierto... Tal vez no puedan hacerlo.

-¡Lo harán si no tienen más remedio! -exclamó Chalmers, acercándose resueltamente a la puerta.
Años atrás, en la universidad, le habían enseñado que el único medio para llevar a la gente a la acción es el miedo. En la miserable oficina de la estación de Winston se enfrentó a un hombre soñoliento, de facciones laxas y cansadas, y a un asustado jovenzuelo, sentado ante el tablero de mandos. Ambos escucharon, sumidos en silencioso estupor, una catarata de insultos, como jamás habían oído ni entre las cuadrillas de trabajadores.
-¡...no es problema mío hacer que el tren atraviese ese túnel! ¡Son ustedes quienes deben hacerlo! -concluyó Chalmers- Si no traen una locomotora y no retomamos la marcha, pueden despedirse ahora mismo de sus puestos, de sus permisos de trabajo y de este maldito ferrocarril.
El jefe de estación no había oído nunca hablar de Kip Chalmers ni conocía la naturaleza de su cargo, pero sabía que ésta era una época de personajes desconocidos que ostentaban posiciones indefinidas y esgrimían un poder ilimitado: el poder de la vida o la muerte.
-No depende,de nosotros, Sr. Chalmers -dijo implorante- Aquí no damos órdenes, sino que vienen de Silver Springs. ¿Por qué no telefonea al Sr. Mitchum y...?
-¿Quién es el Sr. Mitchum?...
-El supervisor de la división en Silver Springs. ¿Por qué no le manda un mensaje...?
-¡No me molestaré con un supervisor de división! ¡Enviaré un mensaje directamente a Jim Taggart! -Y antes de que el jefe de estación tuviera tiempo de recuperarse, Chalmers le ordenó al más joven: -¡Usted! Tome nota de esto y mándelo enseguida.
Era un mensaje que un mes atrás el jefe de estación no habría aceptado de ningún pasajero, porque el reglamento lo prohibía, pero había dejado de creer en él:
"Sr. James Taggart. Ciudad de Nueva York. Estoy detenido en el Comet, en Winston, Colorado, por la incompetencia de sus hombres, que rehúsan concederme una locomotora. Por la tarde me espera en San Francisco una reunión de máxima importancia nacional. Si no mueve el tren de inmediato, puede imaginar las consecuencias. Kip Chalmers".
Luego de que el joven hubo mandado el telegrama por medio de la línea que se extendía de un extremo a otro del continente, como guardián del sistema Taggart, y luego de que Kip Chalmers había ya regresado a su vagón para esperar la respuesta, el jefe de estación llamó por teléfono a Dave Mitchum, que era amigo suyo, y le leyó el texto del mensaje. Entonces, oyó un gruñido del otro lado de la línea.
-Pensé que lo mejor era avisarte, Dave. No he oído nunca hablar de ese sujeto, pero tal vez sea un personaje importante.
-¡No lo sé! -gimió Mitchum- ¿Kip Chalmers? Aunque he visto su nombre en los periódicos, relacionado con gente de categoría, no sé en realidad de quién se trata, pero si tiene un cargo en Washington, más vale reo correr riesgos. ¡Cielos! ¿Qué vamos a hacer?
"No podemos correr riesgos", pensó el telegrafista de Taggart Transcontinental en Nueva York, y transmitió el mensaje por teléfono al domicilio de James Taggart.

Eran cerca de las 6 de la mañana en esa ciudad, y el destinatario se despertó, luego de una noche intranquila, y escuchó con el rostro tembloroso, experimentando idéntico temor que el jefe de estación de Winston, y por las mismas razones.
Llamó a casa de Clifton Locey y toda la ira que no podía descargar sobre Kip Chalmers se abatió a través del cable telefónico sobre Clifton Locey.
-¡Haga algo! -gritó Taggart- ¡No me importa qué! Es tarea suya y no mía. Haga que ese tren continúe su camino. ¿Qué diablos le sucede? ¡Nunca había oído decir que se retuviera al Comet! ¿Es así como dirige su departamento? ¿Le parece bonito que pasajeros importantes tengan que mandarme mensajes a mí? Por lo menos, cuando mi hermana dirigía esto, nadie me despertaba a la madrugada para comunicarme que un perno se había roto en lowa... quiero decir, Colorado.
-Lo lamento, Jim -dijo Clifton Locey suavemente, en un tono equilibrado entre la excusa, la seguridad y un grado exacto de protectora confianza- Se trata sin duda de un malentendido, de la equivocación de algún estúpido. No se preocupe, me encargaré enseguida. Yo también estaba durmiendo, pero voy a atender ese asunto enseguida.
Clifton Locey no estaba en la cama, porque acababa de regresar de un recorrido por los clubes nocturnos, en compañía de una joven a quien le rogó que lo esperase y corrió hacia las oficinas de Taggart Transcontinental. Ninguno de los empleados del turno noche que lo vieron llegar habría podido adivinar el motivo de su aparición en persona, pero tampoco habría asegurado que fuese innecesaria. Entró y salió a toda prisa de diversos despachos, fue visto por muchas personas y dio una impresión de gran actividad. El único resultado tangible de todo aquello fue una orden, transmitida por telégrafo a Dave Mitchum, superintendente de la división de Colorado, que decía: "Entregue inmediatamente una locomotora al Sr. Chalmers y haga que el Comet llegue a destino con total seguridad y sin retraso innecesario. Si no puede cumplir con sus deberes, lo haré responsable ante la Oficina de Unificación. Clifton Locey".
Luego, pasó a buscar a su compañera y fue en automóvil hacia una casa de campo, para asegurarse de que nadie lo encontrara durante las siguientes horas.
El telegrafista de Silver Springs se quedó estupefacto ante la orden que tuvo que entregar a Dave Mitchum; éste se dio cuenta de que no eran los términos adecuados para dar instrucciones de esa clase, pues nadie podía entregar una locomotora a un pasajero, sino que se trataba de una simple exhibición pero, al mismo tiempo, comprendió qué espectáculo se estaba montando y sudó frío al intuir quién sería el chivo expiatorio.
-¿Qué sucede, Dave? -preguntó el encargado.
Mitchum no contestó. Tomó el teléfono con manos temblorosas, y pidió comunicarse con el telegrafista de Taggart en Nueva York. Parecía un animal enjaulado.
Le rogó que lo conectara con el domicilio de Clifton Locey, pero, si bien el telegrafista lo intentó, no pudo obtener respuesta. Le rogó entonces que continuara probando y marcando cuantos números se le ocurriesen, a fin de ubicar al Sr. Locey. El telegrafista se lo prometió y Mitchum colgó, aunque sabía que era inútil esperar.

-¿Qué ocurre, Dave?
Mitchum le mostró la orden y, por el aspecto de la cara del encargado, comprendió que la trampa era tan peligrosa como había supuesto.
Mitchum llamó al Departamento Regional de Taggart Transcontinental en Omaha, Nebraska, para hablar con el director general de la región. Se produjo un breve silencio y luego la voz del encargado de la central de Omaha le dijo que el director general había renunciado y desaparecido 3 días antes "después de una ligera discusión con el Sr. Locey".
Entonces solicitó hablar con el asistente del director general, encargado de este distrito, pero se encontraba fuera de la ciudad por el fin de semana y no podían localizarlo.
-¡Pues comuníqueme con cualquier otra persona! -gritó Mitchum- ¡De cualquier distrito! ¡Por lo que más quiera, póngame con alguien que sepa decirme lo que tengo que hacer!
La persona con quien habló era el asistente del director general del distrito de Iowa-Minnesota.
-¿Cómo? -interrumpió al escuchar las 1° palabras de Mitchum- ¿En Winston, Colorado? ¿Y por qué diablos me llama a mí?... No, no me cuente lo ocurrido. ¡No quiero saberlo...! ¡Le digo que no! ¡No! ¡No quiero que me obligue a tener que explicar después por qué me inmiscuí en un problema que no era mío...! Hable con algún director de la región. ¿Qué tengo que ver yo con Colorado?... ¡Diablos! No lo sé. ¡Pregúntele al jefe de maquinistas!
El jefe de maquinistas de la región central contestó impaciente: -¿Cómo? ¿Qué ocurre?
Mitchum se apresuró, desesperado, a explicárselo. Cuando el jefe de maquinistas se enteró de que no había ninguna locomotora Diesel, gritó: -¡Pues entonces retenga ese tren! -Pero al saber que se trataba del Sr. Chalmers, añadió con voz repentinamente pacífica: -¡Hum...! ¿Kip Chalmers? ¿De Washington...? Bueno, no sé, ése es un asunto para que lo decida el Sr. Locey. -Cuando Mitchum le dijo: "El Sr. Locey me ordenó arreglarlo, pero...", el jefe exclamó con gran alivio: -¡Entonces haga exactamente lo que le ha dicho el Sr. Locey!
Y colgó.
Dave Mitchum colocó otra vez cuidadosamente el auricular en su soporte. Ya no se enfadaba ni gritaba. Por el contrario, se acercó en puntas de pie a su sillón, casi como quien procura escabullirse, se sentó, y contempló durante largo rato la orden del Sr. Locey.
Luego echó una rápida ojeada por la habitación. El despachante estaba muy atareado con el teléfono, el jefe de estación y el encargado de locomotoras se hallaban también allí, pero simularon no estar esperando su respuesta. Le habría gustado que el jefe de despachadores, Bill Brent, se marchara a su casa, pero permanecía en un rincón, mirándolo.
Brent era un hombre de corta estatura, delgado, pero de hombros muy anchos. Tenía 40 años, aunque parecía más joven, tenía la cara pálida de un empleado de oficina y las facciones duras y agudas de un vaquero. Era el mejor jefe de despachadores de todo el sistema.
Mitchum se levantó de golpe y subió a su oficina estrujando el mensaje de Locey. No era demasiado bueno para entender problemas de ingeniería y de transporte,

pero en cambio entendía muy bien a hombres como Clifton Locey. Supo perfectamente la clase de juego que estaban llevando a cabo los ejecutivos de Nueva York y lo que ahora hacían con él. La orden no le indicaba de manera concreta entregar al Sr. Chalmers una locomotora de vapor, sino sólo "una locomotora". Si llegaba el momento de dar explicaciones, ¿no exclamaría el Sr. Locey, indignado y perplejo, que, a su modo de ver, un supervisor de división debía comprender que se refería exclusivamente a una Diesel? La instrucción especificaba que el Comet debía continuar la marcha "con toda seguridad" (¿podía un superintendente de división ignorar lo que era "seguridad..."?) y sin "ningún retraso innecesario". ¿Qué era un retraso innecesario? Si aquel retraso implicaba la posibilidad de un desastre mayúsculo, ¿sería considerado necesario prolongarlo una semana o un mes?

Mitchum se dijo que a los ejecutivos de Nueva York no les preocupaba en absoluto todo esto, no les importaba si el Sr. Chalmers llegaba a tiempo a su reunión o si una catástrofe sin precedentes se abatía sobre la línea, tan sólo querían estar seguros de no tener que cargar con responsabilidad alguna. Si detenía el tren, lo convertirían en cabeza de turco para apaciguar al Sr. Chalmers, si enviaba el tren y éste no llegaba a la salida occidental del túnel, lo achacarían a su incompetencia. En cualquier caso, dirían que había actuado contrariamente a las órdenes. ¿Qué podría demostrar? ¿A quién? No es posible aclarar nada ante un tribunal que carece de política concreta, de procedimientos definidos, de reglas de evidencia, de principios con los que obligarse a algo, a un tribunal como la Oficina de Unificación, que declaraba inocentes o culpables a las personas según su mero antojo, sin una regla fija sobre la cual basarse.

Dave Mitchum no sabía nada de la filosofía del derecho, pero sí sabía que cuando un tribunal no se siente obligado por ninguna regla, tampoco lo está con respecto a los hechos y entonces el juicio de una causa no es un acto de justicia, sino una acción meramente humana, y el destino del procesado depende no de lo que haya o no haya hecho, sino de a quién conoce y a quién no. Se preguntó con qué posibilidades contaría en un juicio semejante contra James Taggart, Clifton Locey, Kip Chalmers y sus poderosos amigos.

Dave Mitchum había pasado su vida tratando de eludir decisiones, acatando órdenes. Todo cuanto ahora se permitía tener en el cerebro era un largo e indignado aullido contra la injusticia. El destino, pensó, acababa de elegirlo para que se enfrentara a una terrible desdicha: estaba siendo expuesto por sus superiores, en el único empleo bueno que había conseguido en su vida. Nunca nadie le había comentado de qué manera obtuvo ese trabajo, ni del arreglo previo por el cual había llegado a él. Eran 2 cuestiones inextricables de un todo singular.

Mientras miraba la orden de Locey, pensó que podía retener al Comet, enganchar el vagón del Sr. Chalmers a una locomotora y enviarlo al túnel solo. Pero sacudió la cabeza, antes de que la idea hubiera cobrado forma total. Comprendió que, de esta forma, dejaba que Chalmers reconociera la naturaleza del peligro y éste se negaría y seguiría exigiendo una locomotora inexistente. Y aún más: eso implicaría que él, Mitchum, tendría que asumir responsabilidades, admitir pleno conocimiento de los riesgos, ponerse al descubierto e identificar la exacta naturaleza de la situación, único acto que la política de sus superiores pretendía evadir sobre todas las cosas, la única clave de su juego.

Dave Mitchum no era de los que se rebelan contra el contexto en que viven, o cuestionan el código moral de los que mandan. Su decisión fue no desafiar a nadie, sino seguir la política de sus superiores. Bill Brent lo hubiera derrotado en cualquier competencia técnica, pero en esta oportunidad se encontraba en una situación en la que, en cambio, lo podría vencer sin ningún esfuerzo. Había existido una vez Una sociedad cuyos miembros necesitaban talentos particulares como el de Bill Brent, si querían sobrevivir, pero lo que necesitaban ahora era un talento como el de Dave Mitchum.

Este se sentó ante la máquina de escribir de su secretaria, y con 2 dedos, escribió una orden al jefe de estación y otra al encargado de locomotoras. En la 1° indicaba al destinatario que reuniera inmediatamente un equipo de maquinistas para una finalidad descrita como "caso de urgencia". En la 2° daba instrucciones de "enviar a Winston la mejor locomotora disponible, a fin de atender un caso urgente".

Se metió en el bolsillo las copias hechas con papel carbónico, abrió la puerta, llamó a gritos al empleado nocturno y le entregó las 2 órdenes, para que las trasmitiera a los destinatarios. El empleado era un muchacho consciente, que confiaba en sus superiores y sabía que la disciplina era la primera regla en un ferrocarril. Le asombró extraordinariamente que Mitchum cursara órdenes escritas para quienes se hallaban un piso más abajo, pero no hizo preguntas.

Mitchum esperó nervioso. Al rato vio al encargado de locomotoras cruzar el espacio que lo separaba del depósito. Se sintió aliviado: aquellos 2 hombres no habían optado por enfrentarlo personalmente, habían comprendido y estaban dispuestos a jugar el juego, del mismo modo que él.

El encargado de locomotoras atravesó el campo, mirando al suelo. Pensaba en su esposa, en sus hijos y en la casa que le había costado toda una vida comprar. Sabía lo que estaban haciendo sus superiores y se preguntaba si debía negarse a obedecer. Nunca había temido perder su empleo. Con la confianza de quien se sabe competente, estaba seguro de que si perdía un empleo, siempre encontraría otro. Ahora, en cambio, estaba asustado. No tenía derecho a abandonar su trabajo ni a buscar otro, porque si desafiaba al jefe, quedaría a merced del incuestionable poderío de una simple oficina burocrática, y, si ésta se ponía en su contra, se vería sentenciado a una muerte lenta por desnutrición, ya que le impedirían obtener otro puesto. Y sabía que la Oficina actuaría contra él, que la clave del oscuro y caprichoso enigma que regía las contradictorias decisiones de esa oficina se basaba en el secreto poderío de la fuerza. ¿Qué posibilidades tendría contra Chalmers? Hubo un tiempo en que los intereses de sus empleadores habían exigido que apelara a su máxima capacidad de destreza. Ahora, ésta no era necesaria. En una época se le pidió lo mejor y se lo re-compensó consecuentemente. Ahora, si intentaba actuar según su conciencia, sólo podía esperar un castigo. En otros tiempos se esperaba que él pensara. Ahora, no querían que lo hiciera, sino que se limitara a obedecer. No deseaban que continuara teniendo conciencia, así que, ¿para qué levantar la voz? ¿En beneficio de quién? Pensó en los 300 pasajeros que viajaban a bordo del Comet. Pensó en sus propios hijos: el varón, que estaba en la secundaria, y la muchacha de 19 años, de la que se sentía feroz y profundamente orgulloso, porque era considerada la más bonita de la ciudad. Se preguntó si podía someterlos al mismo

destino que el de los hijos de los desempleados, tal como había venido viendo en zonas arruinadas, en los asentamientos alrededor de fábricas cerradas y a lo largo de vías desmanteladas. Vio, presa de un asombrado terror, que no le quedaba más remedio que elegir entre las vidas de sus hijos y las de los pasajeros del Comet. Un conflicto de tal género no hubiera podido ocurrir en otros tiempos. Protegiendo la seguridad de los pasajeros se había ganado la de sus hijos, había servido a unos, sirviendo a otros, nunca hubo intereses contrapuestos ni necesidad de víctimas. Ahora, si quería salvar a los pasajeros, tenía que sacrificar la seguridad de sus hijos. Recordó vagamente los sermones escuchados acerca de la belleza del propio sacrificio, la virtud de dar por otros lo que más queremos. No sabía nada de ética, pero comprendió repentinamente, no a través de palabras, sino por intermedio de un dolor oscuro, irracional y salvaje, que si eso era la virtud, no quería ser parte de ella.

Se acercó al depósito e indicó que se preparara una enorme y antigua locomotora de vapor para trasladarse a Winston.

El jefe de estación tomó el teléfono en la oficina del jefe de expediciones, para convocar un equipo según indicaba la orden, pero su mano quedó inmóvil en el aire. Acababa de darse cuenta repentinamente de que iba a reunir a hombres para condenarlos a muerte, y que de las 20 vidas que figuraban en la lista colocada ante él, 2 terminarían en cuanto él las señalara. Sintió frío, pero nada más. No experimentaba preocupación, sino tan sólo una asombrada e indiferente perplejidad. Nunca su tarea había consistido en obligar a nadie a marchar a la muerte, sino, por el contrario, en señalarlos para que se ganaran la vida. Pensó que todo aquello era raro y le extrañó también que su mano se hubiera detenido. Lo que la obligaba a ello era algo que quizá habría sentido 20 años atrás, pero no, se dijo perplejo, hacía sólo un mes.

Tenía 48 años. No tenía familia, amigos ni ningún tipo de lazo con cualquier ser viviente en el mundo. Toda la capacidad de devoción que hubiera podido poseer, la capacidad que otros desparramaban entre muchos objetivos, la había dedicado a una única persona: su hermano menor, 25 años más joven, al que había criado y educado. Lo hizo ingresar a una universidad técnica, y tanto él como sus profesores llegaron a la conclusión de que el muchacho sería un genio. Con la misma decidida devoción de su hermano mayor, el muchacho sólo se preocupó por sus estudios, sin interesarse por los deportes, las fiestas, ni las mujeres. Sólo vivía pendiente de la ilusión de lo que crearía como inventor. Luego de graduarse, había ingresado, con un salario extraordinario para su edad, en el laboratorio de investigación de una empresa eléctrica de Massachusetts.

El jefe recordó que era 28 de mayo y que el decreto 10-289 había sido publicado el 1 de ese mes. Por la tarde de ese mismo día, le habían informado que su hermano se había suicidado.

Había oído insistentemente que el decreto era necesario para salvar la nación, pero no sabía si era cierto o no, ni tenía modo de discernirlo. Impulsado por un sentimiento que no podía expresar, había entrado en el despacho del editor del periódico local, para solicitar que publicaran la noticia de la muerte de su hermano. "La gente debe saberlo", fue todo cuanto pudo dar como razón. Le fue imposible explicar que las maltrechas conexiones de su mente lo habían hecho llegar a la conclusión de que, si aquello se ejecutaba por voluntad del pueblo, el pueblo

debía saberlo, y suponía que, una vez enterado, el pueblo no seguiría transitando el mismo camino. El editor se negó, declarando que sería perjudicial para el clima anímico de la comunidad.
El jefe de estación no conocía nada de filosofía política, pero sabía que a partir de ese momento había perdido todo interés por la vida o la muerte de cualquier ser humano en el país.
Con el teléfono en la mano, pensó que quizá debiera advertir a los hombres a los que iba a convocar. Confiaban en él y jamás sospecharían que los mandaría a la muerte, pero negó con la cabeza; era un pensamiento antiguo, un pensamiento del año anterior, una reminiscencia de los tiempos en que también él confiaba en los demás. Ahora no importaba. Su cerebro trabajaba lentamente, arrastrando las ideas por un vacío en el que ya ninguna emoción lo estimulaba y pensó que, si advertía a alguien, por su culpa surgirían conflictos, forcejeos y lucha. Había olvidado por qué peleaba la gente. ¿Por la verdad? ¿Por la justicia? ¿Por la fraternidad? No quería esforzarse tanto, estaba muy cansado. Si advertía a los integrantes de su lista, nadie querría conducir aquella locomotora y, no sólo salvaría 2 vidas, sino las de los 300 pasajeros del Comet. Pero las cifras ya no significaban nada para él, y la palabra "vidas" era sólo eso: una palabra carente de todo significado.
Se llevó el auricular a la oreja y llamó a 2 números, para requerir la presencia de un maquinista y un fogonero para una tarea inmediata.
La locomotora 306 había partido ya hacia Winston cuando Dave Mitchum bajó de su oficina.
-Prepáreme un vehículo -ordenó- Voy a subir en Fairmount.
Fairmount era una pequeña estación 30 km. al oeste, sobre la misma línea, y los hombres asintieron, sin formular preguntas. Bill Brent no se encontraba entre ellos, así que Mitchum entró en su despacho y lo encontró sentado a su escritorio, en silencio, como si esperase.
-Voy a Fairmount -le dijo con voz agresiva y excesivamente casual, como si no fuera necesaria respuesta alguna- Tenían una Diesel hace cosa de un par de semanas... creo que estaba en reparación... y voy a ver si podemos utilizarla.
Hizo una pausa, pero Brent no pronunció palabra.
-Tal como vienen ocurriendo las cosas -añadió Mitchum sin mirarlo- no podemos retener ese tren hasta mañana. Hay que arriesgarse de una u otra forma. Quizá no consiga esa Diesel, pero es la última oportunidad que tenemos. Si no sabe nada de mí dentro de media hora, firme la orden y envíe al Comet con la 306.
Le fue difícil creer lo que Brent expresaba en palabras. No contestó enseguida, pero tras una pausa, dijo: -No.
-¿Qué es eso de "no"?
-No lo pienso hacer.
-¿Cómo que no lo piensa hacer? ¡Es una orden!
-No lo haré -insistió Brent con la firmeza de una decisión inalterable.
-¿Se niega a obedecer una orden?
-Así es.
-¡No tiene derecho a hacerlo! Y no pienso discutir sobre el tema. Ya lo he decidido, es mi responsabilidad y no pido su opinión. Usted sólo tiene que obedecer mis órdenes.

-¿Me daría esa orden por escrito?
-¿Cómo dice, maldito idiota? ¿Insinúa que no me tiene confianza? ¿Está diciendo...?
-¿Por qué tiene que ir a Fairmount, Dave? ¿Por qué no los llama por teléfono y les pregunta sobre esa Diesel, si cree que tienen una?
-No va decirme lo que tengo que hacer, ¿verdad? ¿No pensará permanecer sentado, interrogándome? ¡Cállese y haga lo que le digo, o de lo contrario voy a proporcionarle una oportunidad de hablar... pero ante la Oficina de Unificación!
Era difícil descifrar emociones en la cara de vaquero de Brent, pero Mitchum vio en ella algo que se parecía a una expresión de incrédulo horror. Sólo que era un horror derivado de su visión de él y no de sus palabras; no era la clase de temor que Mitchum había esperado provocar.
Brent comprendió que, a la mañana siguiente, sería su palabra contra la del otro, que negaría haberle dado la orden y presentaría pruebas escritas, según las cuales la locomotora 306 había sido enviada a Winston tan sólo para "aguardar allí", y aportaría testimonios capaces de afirmar que había estado en Fairmount buscando una Diesel. Declararía que la orden había sido cursada bajo la sola responsabilidad de Bill Brent, jefe de expediciones. No sería un gran argumento, digno de un análisis exhaustivo, pero bastaría para la Oficina de Unificación, cuya política consistía en no permitir que nada fuera estudiado con excesiva minuciosidad. Brent sabía que podía seguir el juego y pasarle el fardo a otra víctima, pero al mismo tiempo comprendió que no lo haría, que antes prefería morir.
No era Mitchum lo que le provocaba aquel horror, sino la comprensión de que no existía nadie a quien exponer el problema y darle fin. No había ningún superior a quien dirigirse desde Colorado hasta Omaha y Nueva York. Todos actuaban de la misma forma y Mitchum sólo se limitaba a actuar como ellos, y éste ahora pertenecía al ferrocarril mientras que Bill Brent había dejado prácticamente de figurar.
Del mismo modo en que había aprendido a leer varias páginas de una ojeada y captar la situación entera de una división, Brent ahora podía contemplar también la totalidad de su vida y el precio de la decisión que estaba adoptando.
Se había enamorado ya mayor, a los 36 años, cuando encontró a la mujer que deseaba. Estuvo comprometido con ella durante los últimos 4 años y había debido esperar, porque tenía una madre a la que alimentar y una hermana viuda con 3 hijos. Nunca lo habían asustado las responsabilidades, porque sabía cómo enfrentarlas con destreza, y nunca aceptó una obligación hasta estar convencido de poderla cumplir. Esperó, ahorró dinero, y ahora había llegado el momento en que se disponía a ser feliz. Pensaba casarse en pocas semanas, en junio. Reflexionó sobre ello mientras, sentado en su despacho, miraba a Dave Mitchum: la idea no provocó en él vacilación alguna, sino sólo pesar y una vaga tristeza... vaga porque comprendió que no podía permitir que esto se interpusiera en ese instante en particular.
Bill Brent no sabía nada de epistemología, pero sí que el hombre debe vivir según su percepción racional de la realidad, y que no puede actuar de manera contraria ni escapar, ni encontrar un sustituto. Y también que no existe otro sistema de vida para el ser humano.

Se puso de pie.
-Es cierto que mientras esté en este puesto, no puedo desobedecer una orden suya -dijo- Pero puedo hacerlo si renuncio. Así que renuncio.
-¿Que hace qué?
-Que renuncio desde este momento.
-¡No tiene derecho a renunciar, maldito hijo de puta! ¿No lo sabe? ¿No sabe que podría meterlo en la cárcel?
-Si quiere enviar a la policía en mi búsqueda por la mañana, me encontrará en mi casa. No intentaré escapar, no tengo adónde ir.
Dave Mitchum medía 1.80 m. y poseía la corpulencia de un púgil, pero ahora temblaba, escupiendo su furia y su temor sobre la delicada figura de Bill Brent.
-¡No puede renunciar! ¡Hay una ley contra eso! ¡Tengo una ley! ¡No puede abandonarme! ¡No lo dejaré! ¡No permitiré que abandone este edificio esta noche!
Brent se dirigió hacia la puerta.
-¿Repetirá ante los demás la orden que me ha dado? ¿No? Entonces me voy.
En el momento en que abría la puerta, Mitchum le descargó un puñetazo en pleno rostro, y lo dejó inconsciente.
El jefe de estación y el encargado de trenes se encontraban en el umbral.
-¡Renunció! -gritó Mitchum- ¡El muy infame pretende marcharse en momentos así! ¡Quebranta las leyes y es un cobarde!
Hizo un lento esfuerzo por levantarse y, mirando a través de la sangre que le nublaba la vista, Bill Brent pudo ver a los otros 2. Observó que comprendían, pero al mismo tiempo notó en sus rostros los ojos ciegos de quienes no desean entender, ni intervenir en nada. Empezaban a odiarlo por haberlas puesto en un compromiso en nombre de la justicia. Sin pronunciar palabra, acabó de incorporarse y salió del edificio.
Mitchum evitó las miradas de los otros.
-¡Eh! -gritó, estirando el cuello en dirección al jefe nocturno de expediciones que se hallaba al otro lado del recinto- ¡Venga aquí! ¡Tendrá que hacerse cargo de esto enseguida!
Una vez cerrada la puerta, repitió al joven la historia de la Diesel en Fairmount, tal como se lo había dicho a Brent, incluyendo la orden de hacer continuar su camino al Comet con la locomotora 306 si no recibía noticias suyas en media hora. Aquel joven no estaba en condiciones de pensar, de hablar, ni de comprender nada. Seguía viendo la sangre en la cara de Bill Brent, que hasta entonces había sido su ídolo.
-Sí, Sr. -contestó.
Dave Mitchum partió hacia Fairmount anunciando a cada empleado, a cada guardabarrera y a cada obrero que hallaba en su camino hasta el vehículo dispuesto sobre la vía, que iba en busca de una Diesel para el Comet.
El encargado de expediciones de la noche permanecía sentado a su escritorio, observando el reloj y el teléfono y rezando interiormente para que este último sonara y le proporcionara noticias de Mitchum. Pero la media hora transcurrió en silencio y cuando sólo faltaban 3 minutos, el joven sintió un pánico que no podía explicar, excepto por su resistencia a cursar la orden.
Se volvió hacia el jefe de estación y el encargado de locomotoras, y preguntó vacilante:

-El Sr. Mitchum me dio una orden antes de partir, pero no sé si cursarla, porque... porque no creo que esté bien. Dijo...
El jefe de estación dio media vuelta y se alejó. No sentía compasión alguna: aquel joven tenía aproximadamente la misma edad que la de su hermano muerto.
En cuanto al encargado de locomotoras, replicó: -Haga lo que el Sr. Mitchum le ordenó. Se supone que usted no piensa.
Y salió de la habitación.
La responsabilidad que James Taggart y Clifton Locey habían evadido descansaba ahora sobre los hombros de un tembloroso y perplejo muchacho. Este vaciló y luego recobró su valor pensando que no había que dudar de la buena fe y competencia de los superiores. No sabía que su visión de dichas compañías y de sus directivos correspondía a un siglo atrás.
Con la consciente precisión de un auténtico ferroviario, en el momento en que el minutero del reloj sobrepasaba la media hora exacta, puso su firma al pie de la orden que indicaba al Comet continuar su camino con la locomotora 306, y la transmitió a la estación de Winston.
En Winston, el jefe de estación se estremeció al leerla, pero no era un hombre capaz de desafiar la autoridad de nadie. Se dijo que quizá, después de todo, el túnel no fuera tan peligroso como parecía y que la mejor política en esos tiempos era, probablemente, la de no pensar.
Cuando entregó las copias de la orden al fogonero y al maquinista del Comet, el 1° miró a su alrededor lentamente, contemplando los rostros de los demás, plegó el papel, se lo metió en el bolsillo y salió sin decir nada.
El maquinista la leyó y luego la arrojó al suelo, diciendo: -No pienso hacerlo. Y, si es que en esta compañía van a cursarse órdenes semejantes, no voy a seguir aquí. Pueden considerar que he renunciado.
-¡No puede renunciar! -gritó el jefe de estación- ¡Lo arrestarán!
-¡Si me encuentran! -dijo el maquinista y salió de la estación para perderse en la profunda oscuridad de la noche en las montañas.
El maquinista de Silver Springs que había llevado la 306 estaba sentado en un rincón. Rió por lo bajo y dijo: -Está amarillo.
El jefe de estación se volvió a él.
-¿Y usted lo haría, Joe? ¿Llevaría usted el Comet?
Joe Scott estaba borracho. En una época, que un ferroviario que llegase a su trabajo con el más mínimo síntoma de ebriedad hubiera sido considerado como si un médico llegara a su clínica con manchas de viruela en la cara. Pero Joe Scott era un ser privilegiado. Hacía 3 meses había sido echado por infracción a ciertas reglas de seguridad por la que se ocasionó un accidente grave, pero 2 semanas atrás había sido reincorporado por orden de la Oficina de Unificación. Era amigo de Fred Kinnan, protegía los intereses de éste en su sindicato, pero no contra los empresarios, sino contra sus afiliados.
-Desde luego -dijo Joe Scott- Llevaré el Comet. Lograré cruzar el túnel si alcanzo la suficiente velocidad.
El fogonero de la 306 había permanecido en la cabina de la locomotora y miró con inquietud, cuando acudieron para transportarla a la cabeza del Comet, contemplando las luces rojas y verdes del túnel que colgaban a lo largo de 30 km. de curvas. Pero era un individuo plácido y amistoso, excelente fogonero, sin

ninguna esperanza de ser promovido al cargo de maquinista pues su única garantía se basaba en la fortaleza de sus músculos. Así que, se dijo, sus superiores sabrían lo que estaban haciendo; no aventuró pregunta alguna.
Desde el extremo trasero del Comet, el guarda miró las luces del túnel y luego la larga cadena de ventanillas del tren. Unas cuantas estaban iluminadas, pero de la mayoría de ellas surgía tan sólo un pálido resplandor azul, lo cual indicaba que adentro todavía estaban encendidas las lámparas nocturnas. Se dijo que debía despertar a los pasajeros y advertirles del peligro. En una época la seguridad del pasaje estaba por encima de su propia vida, pero no por motivos de amor hacia sus semejantes, sino porque dicha responsabilidad formaba parte de su trabajo y la aceptaba, orgulloso de cumplirla. Ahora, en cambio, experimentaba una irreverente indiferencia, no tenía ningún deseo especial de salvarlos. Habían solicitado y aceptado la promulgación del decreto 10-289, pensó, y continuaban viviendo de una manera tal, que diariamente lograban evadirse del tipo de veredictos pronunciados por la Oficina de Unificación sobre víctimas indefensas. ¿Por qué no debería él abandonarlos ahora a su destino? Si llegara a salvar sus vidas, ni uno solo de ellos acudiría en su defensa cuando la Oficina de Unificación lo declarase culpable y lo condenara por desobedecer sus órdenes, por crear pánico y por retrasar el viaje del Sr. Chalmers. No quería convertirse en mártir para que los demás pudieran aplicar con seguridad su maldad irresponsable. Cuando llegó el momento, levantó su farol e hizo señas al maquinista para que iniciara la marcha.
-¿Se da cuenta? -manifestó Kip Chalmers con tono triunfal a Lester Tuck, a medida que las ruedas empezaban a estremecerse bajo sus pies- El miedo es el único sistema práctico para tratar con la gente.
El guarda del tren saltó al interior del último vagón, pero nadie lo vio cuando descendió por la parte contraria, y se desvaneció en la oscuridad que amparaban las montañas.
Un guardabarrera se hallaba dispuesto a maniobrar el cambio que introdujera al Comet desde el desvío a la vía principal. Miró al tren cuando avanzaba lentamente. Era sólo un resplandeciente foco blanco con un rayo de luz por encima de su cabeza, mientras un trueno hacía temblar el suelo bajo sus pies. Comprendió que no debía manipular aquel cambio y evocó cierta noche, 10 años antes, cuando había arriesgado su vida en una inundación para salvar a un tren que iba a ser arrastrado por la corriente. Pero sabía que los tiempos habían cambiado y, en el momento de accionar la palanca de cambio y ver cómo la luz del faro cambiaba bruscamente de dirección, comprendió que, a partir de entonces, y para el resto de su vida, odiaría su empleo.
El Comet serpenteó desde el desvío para unirse luego a una línea delgada y recta, y lanzarse hacia las montañas con el rayo de luz de su foco semejante a un rastro extendido que indicaba el camino, y al final, la curva de cristal del vagón salón.
Algunos pasajeros que estaban despiertos, mientras el tren iniciaba su ascenso, pudieron observar las luces de Winston al fondo de la oscuridad bajo sus ventanillas; luego la misma oscuridad surgió, flanqueada por las luces rojas y verdes del túnel, en la parte superior de las ventanillas. Las luces de Winston se fueron haciendo gradualmente más pequeñas mientras el negro agujero del túnel

se iba ampliando lentamente. A veces, ante los cristales, pasaba un velo negro que disminuía el resplandor: era el espeso humo de la locomotora.
A medida que se acercaban al túnel, vieron en el borde del cielo, muy lejos hacia el sur, en un vacío entre peñascos, un punto de fuego que se agitaba al viento. Pero no sabían ni les importaba saber qué era realmente.
Se dice que las catástrofes tienen básicamente su origen en la casualidad y algunos habrían afirmado que los pasajeros del Comet no eran culpables, ni responsables de lo que les estaba sucediendo.
El hombre que ocupaba el dormitorio A, en el 1° vagón, era un profesor de sociología que enseñaba que la habilidad individual no tiene consecuencias, que el esfuerzo individual es inútil, que una conciencia individual representa un lujo innecesario, que no existe ninguna mente, carácter o logro de naturaleza individual, y que son las masas, y no la persona, lo que cuenta.
El ocupante del compartimento 7, en el 2° vagón, era un periodista que había escrito que es propicio y moral utilizar la fuerza "por una buena causa". Creía poseer el derecho a hacer uso de la fuerza física sobre otros, estropear vidas ajenas, ahogar ambiciones, estrangular deseos, violar convicciones, aprisionar, despojar y asesinar por todo aquello que, a su modo de ver, constituyera lo que representaba su idea de "una buena causa". No era precisamente una idea, ya que nunca pudo definir lo que consideraba bueno, sino que había declarado simplemente que se dejaba guiar "por cierto sentimiento", no limitado por ninguna clase de sabiduría, ya que consideraba que la emoción superaba al conocimiento y se basaba simplemente en sus "buenas intenciones" y en el poder de un arma.
La mujer que ocupaba la litera 10, en el 3° vagón, era una profesora de avanzada edad que había pasado su vida transformando una clase tras otra de indefensos niños en grupos de infelices cobardes, a quienes enseñaba que el deseo de la mayoría es el único patrón para medir el bien y el mal; que una mayoría puede hacer lo que quiera; que no es preciso resaltar la personalidad de cada uno, sino obrar como los otros obren.
El ocupante del camarote B, vagón N° 4, era un editor de periódicos que sostenía que los humanos son malvados por naturaleza y están incapacitados para la libertad; que sus instintos básicos, si no se los controla, son la mentira, el robo y el crimen, y que, en consecuencia, deben ser conducidos con mentiras, robos y crímenes, actos que constituyen un exclusivo privilegio de los gobernantes, a fin de forzarlos a trabajar, enseñarles a ser morales y mantenerse dentro de los límites del orden y la justicia.
El viajero del dormitorio H, vagón N° 5, era un empresario que había adquirido su negocio, una mina de metal, con la ayuda de un préstamo otorgado por el gobierno, en el marco de la Ley de Igualdad de Oportunidades.
El hombre que viajaba en el compartimento privado A, del 6° vagón, era un financista que había amasado una fortuna adquiriendo acciones ferroviarias "congeladas" y haciendo que sus amigos de Washington las "descongelasen".
El hombre en el asiento 5, coche N° 7, era un obrero convencido de tener "derecho" a un empleo, sin importarle si a su empleador le interesaba, o no, contar con sus servicios.

La ocupante de la cabina 6, vagón N° 8, era una disertante convencida de que, como consumidora, tenía el "derecho" a ser transportada, sin que importara si la empresa ferroviaria deseaba, o no, brindarle el servicio.
El hombre del camarote 2, vagón N° 9, era un profesor de Economía que abogaba por la abolición de la propiedad privada, explicando que la inteligencia no desempeña ningún papel en especial dentro de la producción industrial; que la mente humana está condicionada por las herramientas materiales; que cualquiera puede dirigir una fábrica o un ferrocarril, ya que sólo es cuestión de conseguir la maquinaria adecuada.
La mujer del dormitorio D, vagón 10, era una madre que acababa de colocar a sus hijos en la litera superior, arropándolos cuidadosamente y protegiéndolos de corrientes de aire y de vaivenes del tren; su esposo ejercía un cargo en el gobierno y hacía cumplir regulaciones que defendía con estas palabras: "No me importa pues sólo perjudican a los ricos. Después de todo, tengo que velar por mis hijos".
El pasajero del compartimento 3, vagón N° 11, era un pusilánime neurótico que escribía comedias, en las que, como mensaje social, insertaba cobardemente pequeñas obscenidades, encaminadas a demostrar que todos los empresarios son villanos.
En la litera 9, vagón 12, había un ama de casa que se creía con el derecho de elegir a políticos, de los cuales no sabía nada de nada, para que controlasen gigantescas industrias, de las cuales tampoco sabía nada de nada...
El camarote F del vagón 13 estaba ocupado por un abogado que en cierta ocasión manifestó: "¿Quién, yo? Siempre me las arreglaré bajo cualquier sistema político".
El ocupante del cuarto A, vagón N° 14, era un profesor de filosofía que enseñaba la inexistencia de la mente (¿Cómo sabemos que el túnel es peligroso?); de la realidad (¿Cómo demostramos que el túnel existe?); de la lógica (¿Por qué insistimos en que los trenes no pueden moverse sin fuerza motriz?); de los principios (¿Por qué nos dejamos dominar por la ley de la causa y el efecto?); de los derechos (¿Por qué no atamos a cada individuo a su tarea por la fuerza?); de la moralidad (¿Qué es moral en el manejo de un ferrocarril?); y de los valores absolutos (¿Qué importa si vivimos o morimos?); era un catedrático que enseñaba que no sabemos nada (¿Por qué hay que oponerse a las órdenes de un superior?); que no podemos estar seguros de nada (¿Cómo saben que tienen razón?); y que debemos actuar de acuerdo con el impulso del momento (No irá usted a arriesgar su empleo, ¿verdad?).
El ocupante del salón B, vagón 15, era un joven que había heredado una gran fortuna y que no dejaba de repetirse: "¿Por qué debe ser Rearden el único a quien se le permita fabricar su metal?".
El hombre del dormitorio A, vagón 16, era un filántropo que había dicho: "¿Los hombres de habilidad? No me importa que sufran, ni si pueden soportarlo; deben ser castigados para apoyar al incompetente. Francamente, no me importa que sea justo o no. Me enorgullezco de no garantizar ninguna justicia a los más hábiles cuando son los más necesitados quienes necesitan piedad".
Estos pasajeros estaban despiertos y no había nadie en todo el tren que no compartiese con ellos una o varias de sus ideas. Cuando el tren entró en el túnel, la llama de la antorcha Wyatt era lo último que se veía.

CAPÍTULO VIII - POR NUESTRO AMOR

El sol tocaba las copas de los árboles sobre la ladera de la montaña, dotándolas de un reflejo azul metalizado. Dagny estaba en la puerta de su cabaña, con rayos de luz en la cara, y kilómetros de bosque ante sus pies. Las hojas pasaban del plateado al verde, y al azul neblinoso de las sombras más abajo. La claridad se escurría entre las ramas y ascendía de improviso en repentinos destellos allí donde tocaba un grupo de helechos, convertidos en fuente de fulgores verdes. Le agradaba observar esa danza de la luz, único movimiento en la calma reinante.

Había marcado la fecha, como cada mañana, sobre la hoja clavada en la pared del dormitorio, como un náufrago en una isla desierta. Esa progresión de los días era lo único que cambiaba en la tranquilidad cotidiana. Era 28 de mayo.

Había pretendido avanzar hacia un objetivo, pero no estaba segura de haberlo logrado. Los mandatos que se había impuesto eran: descansar, aprender a vivir sin el ferrocarril y apartar el dolor. "Sácalo de tu camino" era la frase que utilizaba. Le parecía estar atada a un ser extraño, herido, capaz de agredirla repentinamente y ahogarla con sus gritos. No sentía lástima hacia él, sino sólo una desdeñosa impaciencia. Tenía que combatirlo y destruirlo, y entonces su camino quedaría despejado para decidir lo que haría, pero no era fácil luchar contra aquella criatura.

Su decisión de descansar le había sido más fácil de concretar; se encontró con que le gustaba la soledad. Cada mañana se levantaba de buen humor, segura de sí misma, con la impresión de poder enfrentar lo que se le presentara. En la ciudad vivía sumida en la crónica tensión de luchar contra el impacto de la ira, la indignación, el disgusto y el desprecio. En cambio allí, el único peligro que la amenazaba era un posible accidente físico, algo sencillo y limpio si se lo comparaba con lo anterior.

La cabaña se encontraba lejos de cualquier camino transitado y estaba tal como la había dejado su padre. Ella se hacía la comida en un horno, con leña que recogía en el bosque. Limpió las paredes, arregló el tejado, pintó la puerta y los marcos de las ventanas. Las lluvias, los arbustos y las malezas habían hecho desaparecer los peldaños de lo que en otro tiempo fue un sendero que subía desde el camino hasta la cabaña. Los reacondicionó, volviendo a colocar las piedras en su sitio, limpiando las orillas y rellenando con guijarros los terraplenes de tierra suelta.

Le agradaba idear complicados sistemas de palancas y poleas con pedazos de hierro y cuerdas, para poder arrastrar las rocas mucho más pesadas de lo que ella podía cargar. Plantó unas cuantas semillas de berros y de enredaderas de campanillas, para ver cómo los primeros se extendían lentamente por el suelo, y las otras ascendían por los troncos de los árboles, observar su crecimiento y su progreso.

Aquel trabajo le daba la calma que necesitaba. No se había dado cuenta de cómo lo había empezado ni con qué motivo. Lo había hecho sin ninguna intención consciente, pero cuando lo vio evolucionar bajo sus manos, se sintió estimulada e

invadida por una saludable paz. Comprendió entonces que lo que necesitaba era el movimiento con un propósito cierto, no importaba si era pequeño o en qué forma se ejerciera, sino comprobar que avanzaba paso a paso hacia una meta en un intervalo de tiempo. La tarea de preparar una comida era un círculo cerrado que se completaba y desaparecía sin llevarla a ninguna parte, pero construir un sendero era una suma viviente de actos, gracias a los cuales ningún día quedaba muerto por detrás de ella, sino que cada uno contenía a todos los anteriores y adquiría inmortalidad en cada mañana triunfal.

Un círculo, pensó, es la marcha ideal de la naturaleza física. Pensó que en el universo inanimado que nos rodea, el movimiento sólo es circular. En cambio, la línea recta es la impronta humana, una abstracción geométrica que tiende rutas, rieles y puentes; corta las indeterminaciones sinuosas de la naturaleza, gracias a un movimiento lleno de sentido desde un principio hacia un fin.

Pensó que cocinar era como echar carbón a una locomotora con el objeto de hacerla recorrer un gran espacio, pero ¿cuál sería el propósito imbécil de meter carbón en una locomotora que no tuviera que salvar espacio alguno? Pensó también que no era adecuado que la vida humana fuera circular o una serie de círculos cayendo como ceros a sus espaldas; la vida de las personas debía ser una línea recta de movimiento, entre un propósito y otro mayor, cada uno conduciendo al siguiente y hacia una suma, cada vez más elevada, del mismo modo que lo era un viaje en tren entre estación y estación hasta... pero... "¡Oh! ¡Basta!", exclamó interiormente.

"Basta" -se repitió con tranquila severidad, como ahogando el grito de una extraña herida- "No pienses en eso, no vayas demasiado lejos. ¿Te gusta construir este camino? Pues constrúyelo, pero no mires más allá del pie de la colina."

Había ido en coche varias veces hasta el almacén de Woodstock, a 30 km. de distancia, para comprar utensilios y comida. Woodstock era un minúsculo amontonamiento de estructuras, en trance de morir, levantadas por generaciones anteriores por alguna razón y con ciertas esperanzas entonces olvidadas. No había ferrocarril que lo comunicara, ni energía eléctrica; nada más que una ruta local, cada año más desierta.

El único almacén era una casucha de madera llena de arañas, con los rincones carcomidos y una mancha podrida en medio del suelo, causada por la lluvia que goteaba a través del tejado.

Su dueña, una mujer obesa y pálida, se movía con gran esfuerzo, pero parecía indiferente a su propia molestia. Los víveres consistían en unas cuantas latas polvorientas, con etiquetas descoloridas, algunos cereales y verduras pudriéndose en estropeados recipientes colocados afuera.

-¿Por qué no saca esas verduras del sol? -le preguntó Dagny cierta vez.

La mujer la miró extrañada, como si no entendiera el significado de semejante pregunta.

-Porque siempre han estado ahí -contestó indiferente.

De regreso a su cabaña, Dagny pasaba frente a un arroyo cuyas aguas bajaban con tremenda fuerza a lo largo de un muro de granito y las gotitas que saltaban formaban una niebla, cruzada por pequeños arco iris.

Alguna vez se dijo que hubiera sido posible construir allí una central hidroeléctrica de dimensiones suficientes como para suministrar energía, no sólo a su cabaña,

sino a la ciudad de Woodstock, convirtiéndola en una localidad próspera; aquellos manzanos silvestres que crecían en cantidades asombrosas entre la densa vegetación de las montañas eran restos de huertas. "Supongamos que alguien los reclamara y construyera un camino hasta la próxima estación... Pero, ¡bastal."
-Hoy no hay queroseno -le dijo la dueña de la tienda en su siguiente viaje a Woodstock- El jueves por la noche llovió, y cuando llueve, la ruta se inunda y los camiones no pueden atravesar la garganta de Fairfield; el proveedor no volverá hasta el mes que viene.
-Si saben que el camino se inunda cada vez que llueve, ¿por qué no lo reparan?
-Las rutas siempre han estado así -respondió la mujer.
De regreso, Dagny se detuvo en la cima de una montaña y contempló el paisaje que se extendía a sus pies. Vio la garganta de Fairfield, donde la ruta local, que serpenteaba entre un suelo pantanoso por debajo del nivel de un río, quedaba encajonada en un tajo entre 2 montes. Se dijo que habría sido fácil eludir aquellos montes, construyendo una ruta por el otro lado del río. La gente de Woodstock no tenía nada que hacer y ella podía enseñarles a construir un atajo hacia el sudoeste, que ahorraría varios kilómetros, para comunicar con la ruta estatal a la altura del depósito de cargas de... "Pero, ¡basta!"
Al oscurecer, hizo a un lado su lámpara de queroseno y, a la luz de una vela, se puso a escuchar música en una pequeña radio portátil. Buscaba algún concierto sinfónico cuando, de pronto, percibió la grave voz de un locutor que leía las noticias, pero no quería saber nada de la ciudad.
"No debo pensar en Taggart Transcontinental" -se había ordenado la 1° noche en la cabaña- "por lo menos hasta que esas palabras signifiquen para mí lo mismo que Atlantic Southern o Associated Steel." Pero las semanas pasaban y la herida seguía sin cicatrizar.
Le parecía estar combatiendo contra la imprevisible crueldad de su propia mente. Por ejemplo, ya acostada y a punto de dormirse, pensaba de pronto que la cinta transportadora de la estación de abastecimiento de carbón de Willow Bend, Indiana, estaba estropeada. La había visto desde la ventanilla de su vagón, en su último viaje y debía decirles que la reemplazaran o de lo contrario... Entonces se sentaba en la cama gritando: "¡Basta!". Pero solía permanecer despierta durante el resto de la noche.
O, al atardecer, sentada en la entrada de la cabaña, contemplando el sosegado temblor de las hojas en el crepúsculo, pensaba que los chispazos de las luciérnagas que surgían del pasto, encendiéndose y apagándose en cada rincón oscuro, como si quisieran advertirle algo, eran como de señales que parpadearan sobre una vía, y... "¡Basta!", repetía.
La asustaba no poder dejar de pensar. A veces el temor la hacía derrumbarse, en la cabaña o en el bosque, como si sufriera un dolor físico ilimitado, al margen del de su mente, y permanecer inmóvil con el rostro pegado a una silla o una piedra, esforzándose por no gritar, mientras el dolor se adhería a ella, y lo sentía tan cerca y real como el cuerpo de un amante; podía ver entonces los 2 rieles alejándose hasta unirse en un punto en la distancia; la parte frontal de una locomotora cortando el espacio con sus letras TT; el ruido de las ruedas que golpeteaban en acelerado ritmo bajo el piso del vagón; la estatua de Nat Taggart en el hall de la terminal.

Luchando para no tomar conciencia de esto, para no sentirlo, permanecía con el cuerpo rígido, inmóvil excepto por el temblor de su cara apoyada contra el brazo, y extraía de su conciencia cuantas fuerzas le quedaban para repetirse en silencio estas palabras: "Debo superarlo".

Había largos períodos de calma en los que podía enfrentarse a su situación con la desapasionada claridad de quien evalúa el alcance de un problema de ingeniería, pero no podía hallar la respuesta. Sabía que su desesperado anhelo de todo lo relacionado con el ferro-carril acabaría por extinguirse, si sólo lograra convencerse de que seguir así era imposible o inapropiado. Pero la añoranza provenía de la certeza de que ella tenía la razón y el derecho, de que el enemigo era lo irracional y lo irreal; de que no podía proponerse otra meta o convocar al amor para lograrlo, en tanto su objetivo legal se había perdido no ante un poder superior, sino ante una aborrecible maldad, cuyas conquistas se basaban en la impotencia.

Creyó que podría renunciar al ferrocarril y encontrar la felicidad en aquel bosque. Repararía el sendero y llegaría hasta la ruta de abajo, reconstruiría la carretera, y llegaría hasta la tienda de Woodstock y ése sería el final, ya que un blanco y vacío rostro que miraba el universo con aire de estancada apatía era el límite que habría para todos sus esfuerzos. "¿Por qué?", se oyó gritar. No hubo respuesta.

"Entonces, quédate aquí hasta que encuentres la solución" -se ordenó- "No tienes adónde ir, no puedes moverte, no puedes empezar a planear un derecho de tránsito hasta... hasta que sepas lo suficiente como para escoger una terminal".

Había largas y silenciosas noches en las que una emoción la obligaba a permanecer sentada, inmóvil, contemplando la inconmensurable distancia, más allá de la declinante claridad hacia el sur: era la añoranza de Hank Rearden. Deseaba ver su cara inflexible, sonriente y confiada, pero sabía que no podía hacerlo hasta que hubiera ganado la batalla. Tenía que merecer su sonrisa, destinada a un adversario capaz de oponer su fuerza a la de él, no a un ser infeliz y agobiado por el dolor, que buscase alivio en ella, destruyendo su significado. Él podía ayudarla a vivir, pero no a decidir con qué propósito ella deseaba continuar su existencia.

Había experimentado cierta leve ansiedad desde la mañana en que marcara la fecha "15 de mayo" en su calendario. Se había obligado a escuchar noticieros de vez en cuando, pero no oyó nunca mencionar su nombre. Su ansiedad por Rearden era el único eslabón que la unía a la ciudad, que la inducía a mirar el horizonte hacia el sur, y la ruta al pie de la montaña. Lo esperaba. Alguna vez se sorprendió creyendo oír el sonido de un coche que se acercaba, cuando en realidad se trataba del batir de las alas de algún enorme pájaro que emprendía el vuelo entre las ramas.

Había otro lazo de unión con el pasado que seguía fijo en ella como una pregunta sin resolver: Quentin Daniels y el motor que estaba intentando reconstruir. El 1 de junio debía enviarle su cheque mensual. ¿Debía comunicarle que había renunciado? ¿Que ni ella ni el resto del mundo necesitarían ya ese motor? ¿Le diría que cesara en su intento y que dejara desaparecer los restos oxidados en un montón de chatarra semejante a aquél donde lo había encontrado? No podía obligarse a tal cosa, le parecía más difícil que abandonar la empresa. Se dijo que aquel motor no era una unión con el pasado, sino su único punto de contacto con el futuro. Matarlo le parecía, no un asesinato, sino un suicidio. Ordenar que cesara

el trabajo sería lo mismo que estampar su firma bajo la declaración de que para ella no existía ya una estación terminal hacia la cual dirigirse.
"No es cierto" -pensó en la mañana del 28 de mayo en la entrada de su cabaña- "No es cierto, y nunca podrá serlo, que no exista algún sitio en el futuro para los logros superiores de la mente humana" Cualesquiera fueran sus problemas, siempre tendría la inflexible convicción de que la maldad era antinatural y pasajera. Lo percibió más claramente que nunca aquella mañana: la certeza de que la crueldad de los hombres de la ciudad y lo horrible de sus sufrimientos eran sólo accidentes transitorios, mientras que la alborozada esperanza, la seguridad de estar recibiendo promesas sin límites que experimentaba al contemplar el bosque inundado de sol eran lo permanente y lo real.
Se hallaba fumando en la puerta de la cabaña. En la habitación a su espalda, surgía de la radio el rumor de una sinfonía de los tiempos de su abuelo. Escuchaba, consciente tan sólo del fluir de los acordes que parecían subrayar el fluir del humo en lentas curvas en el aire, y el movimiento circular de su brazo cuando se llevaba el cigarrillo a los labios. Cerró los ojos y permaneció inmóvil, apreciando los rayos del sol sobre su cuerpo. Pensó que el logro era disfrutar de aquel momento sin permitir que ningún recuerdo doloroso perturbara su capacidad de sentir como entonces sentía y que, mientras pudiera conservarlo, dispondría del combustible necesario para continuar.
Apenas percibía un débil sonido mezclado con la música, como el leve pasar de una púa sobre un viejo disco. Lo primero en llegar a su conciencia fue el súbito ademán de su propia mano al arrojar el cigarrillo. Ocurrió en el mismo instante en que percibió que el ruido se iba haciendo más y más fuerte y que procedía de un motor. Supo entonces que no se había permitido admitir lo mucho que deseaba oír aquel sonido, todo lo ansiosamente que había estado esperando a Hank Rearden. Escuchó su propia risa ahogada, tímida, precavidamente baja, como si no quisiera perturbar el ronroneo metálico, que para ella representaba ahora el signo inequívoco de que un automóvil subía por la montaña.
No podía ver la ruta: un breve trecho, localizado bajo el arco del ramaje al pie de la pendiente, era todo cuanto podía distinguir, pero fue siguiendo el ascenso del vehículo, gracias al rumor imperioso y creciente del motor que luchaba con la pendiente y al chirrido de los neumáticos al tomar las curvas.
El coche se detuvo bajo el arco de ramas, pero no lo reconoció, no era el Hammond negro, sino un largo descapotable gris. Vio salir al conductor y reconoció a alguien cuya presencia en ese lugar no era posible: Francisco d'Anconia.
La impresión no fue desilusión, sino más bien algo que la hizo considerar a la desilusión como algo inoportuno. Era una viva impaciencia, mezclada con cierta extraña y solemne calma ante la súbita certeza de que se enfrentaría a algo desconocido y de gran importancia. Francisco se movía con gran energía al subir la colina, levantando la cabeza de vez en cuando para mirar hacia arriba. La vio en la puerta de la cabaña y se detuvo. Dagny no podía distinguir su expresión. Se detuvo un momento con la cara levantada hacia ella, y luego reanudó la marcha.
Dagny sintió como si lo hubiera estado esperando, y como si esa escena perteneciese a su infancia. Él se acercaba sin correr, pero con una especie de triunfante y confiada celeridad. No, pensó Dagny, aquello no pertenecía a su

infancia, sino al futuro, tal como lo había imaginado en los días en que esperaba a Francisco con la misma ansiedad con que se espera salir de una prisión. Era la visión de una mañana que debieron haber vivido, si su pronóstico de la vida se hubiera cumplido, si ambos hubieran recorrido el camino que ella estaba tan segura de que seguirían. Paralizada por el asombro, se quedó mirándolo, aceptando aquel momento, no en nombre del presente, sino como un saludo al pasado de ambos.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para apreciar su rostro, observó en él una expresión de luminosa alegría, imbuida de esa gravedad de quien proclama su inocencia y su derecho a ser feliz. Sonreía y silbaba una melodía que sostenía el ritmo de sus largas y fluidas zancadas. La melodía le pareció ligeramente familiar, como que pertenecía a aquel momento, pero también se dijo que había algo raro en ella, algo cuya importancia tenía que captar, pero no le era posible pensar sobre eso.

-Hola, Slug.

-Hola, Frisco.

Ella supo, por el modo en que la miraba, por un instantáneo parpadeo, por el breve impulso que dio a su cabeza esforzándose por echarse atrás, por la débil, sonriente y casi desmañada suavidad de sus labios, y luego por la repentina dureza de sus brazos al abrazarla, que todo aquello era involuntario, que no había pretendido hacerlo, pero que resultaba irresistiblemente adecuado para ambos.

La desesperada violencia con que la abrazó, la hiriente presión de su boca contra la de ella, la triunfante rendición de su cuerpo al contacto del de Dagny, no cobraron la forma del deseo sexual. Ella comprendió que ningún apetito físico podía llevar a un hombre a actuar así, y se dijo que en realidad era la declaración que nunca había oído de él, la mayor confesión de amor que un hombre puede realizar. No importaba lo que hubiera hecho para arruinarle la vida: aquél era aún el Francisco d'Anconia en cuya cama se había sentido tan orgullosa de pertenecerle. No importaba qué traiciones hubiese soportado del mundo: su visión de la vida había sido auténtica y alguna indestructible parte de ella aún permanecía dentro de Francisco; en respuesta, el cuerpo de Dagny reaccionó reteniendo con sus brazos y su boca a Francisco, confesando una aceptación que siempre había existido y siempre existiría.

Luego ella recordó el resto de la vida de Francisco con una punzada de dolor, porque cuanto mejor fuera él, más terrible sería su culpa por destruir su vida. Se apartó sacudiendo la cabeza, y dijo por ambos: -No.

Él la miró desarmado y sonriente.

-Aún no. Antes tienes que perdonarme muchas cosas, pero ahora puedo explicártelo todo.

Dagny nunca había escuchado en su voz un tono semejante de sorda y ahogada entrega. Francisco luchaba por recuperar el dominio de sí; había un dejo de ruego en su sonrisa, como la de un niño que suplica indulgencia, pero también una jovialidad de adulto, la alegre declaración de no tener que ocultar su lucha, ya que combatía con felicidad y no con dolor.

Se apartó de él, sintiendo que la emoción la había lanzado más allá de la conciencia, y buscó palabras para expresar las interrogantes que empezaban a agobiarla.

-Dagny -dijo él entonces-, la tortura que has estado soportando aquí, durante este mes... contéstame lo más sinceramente que puedas... ¿crees que la hubieras podido resistir hace 12 años?
-No. ¿Por qué me lo preguntas? -dijo sonriendo.
-Para redimir 12 años de mi vida, de los que no me arrepiento.
-¿Qué quieres decir? -sus preguntas habían alcanzado por fin una forma concreta- ¿Y qué sabes de mi tormento aquí?
-Dagny, ¿no empiezas a darte cuenta de que lo entiendo perfectamente?
-¿Cómo lo...? ¡Francisco! ¿Qué silbabas cuando subías la colina?
-¿Por qué? ¿Silbaba? Pues, no lo sé.
-Era el 5° Concierto de Richard Halley, ¿verdad?
-¡Oh! -Pareció sorprenderse, luego sonrió divertido y respondió gravemente: -Te lo diré más tarde.
-¿Cómo me encontraste?
-También te lo explicaré.
-¿Se lo sacaste a la fuerza a Eddie?
-Hace más de 1 año que no veo a Eddie.
-Era el único que lo sabía.
-No fue Eddie quien me lo dijo.
-No quería que nadie me encontrara.
Él miró lentamente a su alrededor y Dagny vio cómo se fijaba en el sendero que ella había construido, en las flores recién plantadas y en el techo reparado. Sonrió comprensivo y, al mismo tiempo, como si aquello le causara cierto dolor.
-No debí haberte dejado aquí un mes -manifestó- ¡Por Dios! No, no debería haber sucedido. Es mi 1° error, precisamente cuando no quería equivocarme, pero no pensé que estuvieras lista para renunciar, de lo contrario te habría vigilado día y noche.
-¿De veras? ¿Para qué?
-Para evitarte todo esto -dijo señalando lo que había estado haciendo.
-Francisco -respondió Dagny en voz baja-, si mi tortura te importa algo, sabes que no quiero hablar de ella, porque... -Se detuvo, pues nunca se había quejado ante él durante aquellos años, y con voz tensa añadió: -Sencillamente, no quiero oírte hablar de ello.
-¿Por qué soy el único que no tiene derecho a hablar de eso? Dagny, ¿crees que no comprendo lo mucho que te lastimé? Te hablaré de los años en que... Pero todo eso ya pasó. ¡Oh, querida! Ya pasó.
-¿De veras?
-Perdóname, no debí haberlo dicho, no hasta que tú lo mencionaras.
Intentaba dominar su voz, pero no le era posible hacer lo mismo con la expresión de felicidad que se pintaba en su rostro.
-¿Eres feliz al ver que he perdido todo aquello por lo que viví? De acuerdo, te lo diré, si es lo que has venido a escuchar: tú fuiste lo 1° que perdí. ¿Te divierte comprobar que ahora perdí también el resto?
La miró a la cara, con los párpados entornados y un aire de tal intensidad y anhelo que era casi una amenaza. Dagny comprendió que no importaba lo que aquellos años hubieran significado para él: la palabra "divierte" era la única que no tenía derecho a pronunciar.

-¿Lo crees así realmente? -preguntó.
-No... -murmuró ella.
-Dagny, nunca perdemos aquello por lo que vivimos. Quizás a veces cambiemos su forma, sobre todo si hemos cometido un error, pero el propósito sigue siendo el mismo, y somos nosotros quienes lo concebimos.
-Eso es lo que me he venido repitiendo durante un mes, pero para mí no existe camino abierto hacia ningún propósito.
Él no contestó. Se había sentado en una piedra junto a la puerta de la cabaña, mirándola como si no quisiera perderse ni la más ligera sombra de las reacciones que aparecían en su cara.
-¿Qué opinas ahora de las personas que abandonan todo y desaparecen? -le preguntó.
Ella se encogió de hombros con una débil sonrisa de resignada tristeza, y se sentó en el suelo, junto a él.
-Verás -contestó-, creí en la existencia de algún elemento destructor, que iba detrás de ellos hasta obligarlos a desaparecer, pero ahora pienso que ese elemento no existe. Durante todo este mes hubo veces en que casi deseé que viniera por mí también, pero nadie acudió.
-¿No?
-No. Solía pensar que quizá dicho elemento les daba alguna inconcebible razón para obligarlos a traicionar todo cuanto amaban, pero no es necesario. Comprendo bien lo que sentían, no puedo recriminarles nada. Lo que no entiendo es cómo aprendieron a vivir después... si alguno de ellos aún vive.
-¿Crees haber traicionado a Taggart Transcontinental?
-No. Creo... que la habría traicionado si hubiese continuado en mi puesto.
-Así es.
-Si hubiera aceptado servir a los saqueadores, habría... les habría entregado a Nat Taggart. No pude, no pude permitir que su obra y la mía terminaran en manos de esa gente como nuestra meta final.
-No, no pudiste. ¿Y llamas indiferencia a eso? ¿Crees amar al ferrocarril menos que hace un mes?
-Daría mi vida por 1 año más en él... Pero no puedo volver.
-Entonces, ya sabes lo que sintieron quienes renunciaron y sabes que lo amaban y, no obstante, lo abandonaron.
-Francisco -preguntó sin mirarlo, con la cabeza gacha-, ¿por qué me has preguntado si hubiera hecho lo mismo hace 12 años?
-¿No adviertes en qué noche estoy pensando, igual que tú?
-Sí... -susurró.
-Esa fue la noche en que abandoné D'Anconia Copper.
Lentamente, con un gran esfuerzo, volvió la cabeza hacia él. Su cara tenía la expresión que ella había visto entonces, a la mañana siguiente, 12 años atrás: una expresión sonriente, aunque no sonriera; el aire tranquilo de quien ha vencido al dolor; la apariencia de quien está orgulloso por el precio pagado y por lo que lo ha llevado a eso.
-Pero no abandonaste -le dijo- No te retiraste, sigues siendo el presidente de tu empresa, sólo que ahora no significa nada para ti.
-Significa para mí tanto ahora como esa noche.

-Entonces, ¿por qué permitiste que todo se hiciera pedazos?
-Dagny, eres más afortunada que yo, porque Taggart Transcontinental es una delicada pieza de maquinaria de precisión que no durará mucho sin ti. No puede ser puesta en funcionamiento mediante el trabajo de esclavos. La destruirán piadosamente para ti, y por eso no la verás al servicio de los saqueadores. Pero la extracción de cobre es un trabajo mucho más simple. D'Anconia Copper hubiera durado a través de generaciones de saqueadores y de esclavos. De un modo brutal, mísero, inepto, pero habría resistido y les habría ayudado a perpetuarse, por eso tengo que destruirla yo mismo.
-¿Qué dices?
-Que estoy destruyendo a D'Anconia Copper de un modo consciente y deliberado, bien planeado y con mis propias manos. Mediante un sistema proyectado y realizado con el mismo cuidado y trabajo que si estuviera produciendo, para que no se den cuenta y lo impidan; a fin de que no se apoderen de las minas hasta que sea demasiado tarde. Todos los esfuerzos y energías que esperé emplear en el desarrollo de D'Anconia Copper, los aplico ahora a destruirla, a impedir que crezca. Destruiré hasta el último fragmento de la empresa y hasta el último centavo de mi fortuna y cada gramo de cobre que pudiera beneficiar a los saqueadores. No la dejaré como la encontré, sino como la encontró Sebastián d'Anconia. ¡Quiero ver cómo existen sin él y sin mí!
-¡Francisco! -exclamó Dagny- ¿Cómo pudiste llegar a esto?
-Por la gracia del mismo amor que tú -respondió él suavemente- Mi amor por D'Anconia Copper y por el espíritu que encarnó... y que algún día volverá a encarnar.
Dagny permaneció sentada, inmóvil, intentando captar el significado total de algo que sólo intuía, en medio del aturdimiento por la impresión recibida. En el silencio, la música de la sinfonía que brotaba de la radio continuó y los acordes llegaban hasta ella como un lento y majestuoso rumor de pasos, mientras intentaba comprender de una sola ojeada la progresión completa de esos 12 años: el muchacho torturado que le pedía ayuda; el hombre sentado en el suelo de una sala de estar, jugando con piedritas y riéndose ante la destrucción de las grandes industrias; el hombre que había exclamado "¡No puedo, amor mío!", mientras rehusaba ayudarla; el que brindaba en el oscuro reservado de un bar por los años que Sebastián d'Anconia había tenido que esperar...
-Francisco, de todas las hipótesis que elaboré sobre ti... nunca pude imaginar que eras uno de los que había renunciado...
-Fui uno de los primeros.
-Pensé que siempre desaparecían totalmente...
-¿Acaso no lo hice también yo? Lo peor de cuanto te he hecho... ¿no fue permitirte contemplar a un Don Juan despreciable que no era el Francisco d'Anconia que conocías?
-Sí... -musitó ella- pero no pude creerlo... Cada vez que me hallaba frente a ti seguía viendo a Francisco d'Anconia...
-Lo sé, y sé también lo que significó para ti. Traté de ayudarte a comprender, pero era demasiado pronto para decírtelo. Dagny, si te hubiera revelado, aquella noche o el día en que viniste a maldecirme por lo de las minas de San Sebastián... si te hubiera revelado que no era un oportunista sin objetivo, sino que estaba allí para

acelerar la destrucción de todo cuanto considerábamos sagrado: D'Anconia Copper, Taggart Transcontinental, Wyatt Oil, Rearden Steel..., ¿te hubiera resultado más fácil aceptarlo?
-Más difícil -murmuró ella- Incluso ahora no estoy segura de poder aceptarlo, ni tu tipo de renuncia, ni la mía... Pero, Francisco -echó la cabeza hacia atrás para mirarlo- si éste era tu secreto, de todos los tormentos que has debido padecer, yo...
-¡Sí, querida! ¡Tú fuiste el peor de todos! -Fue una exclamación apasionada, una especie de risa y de grito desesperado de alivio en el que confesaba todas las agonías de las cuales quería librarse. La tomó de la mano y apretó los labios contra ella, luego se la llevó a la cara para que no viera en ella el reflejo de lo que aquellos años habían sido para él- Si te sirve de consuelo... aunque no lo sea... he pagado con creces todo cuanto te hice sufrir... sabiendo lo que significaba para ti y viéndome obligado a hacerlo... Y esperando, esperando... Pero ya pasó.
Levantó la cabeza sonriendo y la miró. Ella pudo ver una expresión de protectora ternura, que le habló de la angustia que él observaba en ella.
-Dagny, no pienses en eso. No voy a poner mi sufrimiento como excusa. Sean las que fueren mis razones, yo sabía lo que hacía aunque te hería terriblemente y necesitaré años para repararlo. Olvida lo que... -ella comprendió a qué se refería, lo que su abrazo había confesado- ...lo que aún no te he dicho. Todas las cosas que tengo para confesarte, las reservo para el final. -Pero sus ojos, su sonrisa, la presión de sus dedos sobre la muñeca le estaban diciendo que lo hacía contra su voluntad- Has soportado demasiadas cosas, y son muchas las que tendrás que comprender para librarte de las cicatrices de una tortura que nunca debiste haber sufrido. Lo que importa ahora es que eres libre de recobrarte. Los 2 somos libres, nos sentimos libres de los saqueadores, estamos fuera de su alcance.
Desolada, ella contestó:
-A eso he venido, a tratar de entender, pero no puedo. Parece monstruosamente equivocado ceder el mundo a los saqueadores, y monstruosamente erróneo vivir sometidos a sus reglas. No puedo huir ni regresar. No puedo vivir sin trabajar, ni trabajar como una esclava. Siempre pensé que cualquier clase de batalla era buena, cualquiera menos la renuncia. No estoy segura de que hagamos bien al abandonar, tú y yo, cuando debíamos combatirlos, pero no hay forma de luchar. Escapar es rendirse, y seguir adelante también. Ya no sé qué está bien.
-Revisa tus premisas, Dagny: las contradicciones no existen.
-Sin embargo, no puedo encontrar una respuesta. No puedo condenarte por lo que haces, pero me horroriza... me admira y espanta al mismo tiempo. Tú, el heredero de los d'Anconia, que podías haber superado a tus ancestros, cuyas manos milagrosas produjeron tantas maravillas, estás empleando tu incomparable capacidad en la destrucción. Y yo... yo estoy jugando con piedras y reparando un techo, mientras un sistema ferroviario transcontinental se deshace en las manos de deleznables lacayos. Sin embargo, tú y yo pertenecimos a la clase de los que forjan el destino del mundo. Si esto es lo que hemos conseguido, debemos considerarnos culpables de todo, pero no alcanzo a comprender la naturaleza de nuestro error.
-Sí, Dagny, fue nuestra culpa.
-¿Porque no trabajamos lo suficiente?

-Porque trabajamos demasiado duro... y pusimos muy poco en la cuenta.
-¿A qué te refieres?
-Nunca exigimos el pago que el mundo nos debía y permitimos que nuestras mejores recompensas fueran a manos de las peores personas. El error fue cometido hace siglos por Sebastián d'Anconia, por Nat Taggart y por todos aquellos que alimentaron al mundo sin recibir a cambio ni las gracias. ¿Ya no sabes qué es lo correcto? Dagny, ésta no es una batalla sobre bienes materiales. Es una crisis moral, la mayor que el mundo haya enfrentado, y también la última. Nuestra época marca el punto culminante de siglos de maldad. Debemos ponerle fin de una vez y para siempre, o perecer... Sí, perecer, nosotros, los intelectuales. Fue nuestra culpa. Produjimos la riqueza del mundo y permitimos que nuestros enemigos impusieran su código moral.
-Pero nunca hemos aceptado ese código. Vivimos según nuestras normas.
-Sí, pero pagando rescate por hacerlo. Un rescate material y espiritual, en dinero que nuestros enemigos recibieron sin merecer, y en honor que nos merecimos y no recibimos. Esa fue nuestra culpa: mostrarnos dispuestos a pagar. Mantuvimos viva a la humanidad y permitimos que los hombres nos despreciaran, y adoraran a nuestros destructores. Les permitimos reverenciar a la incompetencia y a la brutalidad, respetar a los receptores y a los dosificadores de lo no ganado. Aceptando el castigo, no por algunos pecados, sino por nuestras virtudes, traicionamos nuestro código e hicimos posible el suyo. Dagny, la moral de esa gente es la de los secuestradores. Utilizan nuestro amor a la virtud como rehén. Saben que lo soportaremos todo con el fin de trabajar y producir, porque, a nuestro modo de ver, el logro es el más alto propósito moral del ser humano; no puede existir sin él y nuestro amor a la virtud es el amor a la vida. Cuentan con que nosotros soportaremos cualquier carga, porque saben que ningún esfuerzo nos resulta excesivo si está al servicio de aquello que amamos. Dagny, tus enemigos te destruyen valiéndose de tu propio poder. Tu generosidad y resistencia son sus únicas herramientas. Tu rectitud les sirve para someterte. Ellos lo saben y tú no. Lo único que temen es que un día lo descubras. Debes aprender para comprenderlos, pues hasta entonces no te liberarás de ellos. Pero cuando lo consigas, habrás alcanzado semejante estado de justa ira que volarás el último riel de Taggart Transcontinental antes de permitir que lo utilicen.
-Pero... ¿dejársela a ellos? -gimió- ¿Abandonarla...? ¿Abandonar Taggart Transcontinental... cuando es... casi como una persona viviente...?
-Lo era, pero ya no. Déjasela a ellos, no les servirá de nada. Olvídala, no la necesitamos. Podemos reconstruirla y ellos no. Sobreviviremos, y ellos perecerán.
-Entonces, ¡caemos en la renuncia y en la resignación!
-Dagny, nosotros, que hemos sido llamados "materialistas" por los asesinos del espíritu humano, somos los únicos capaces de comprender el escaso valor de los objetos materiales en sí mismos, porque somos quienes hemos creado dicho valor y su significado. Podemos permitirnos abandonarlos durante un corto tiempo, a fin de redimir algo mucho más importante. Somos el alma de ese cuerpo que constituyen los ferrocarriles, las minas de cobre, las fundiciones de acero y los pozos petrolíferos. Todos esos son seres vivientes que laten día y noche, igual que nuestros corazones, en la sagrada función de sustentar la vida humana; pero es así en la medida en que son nuestro cuerpo, y seguirá siéndolo sólo mientras

continúen representando la expresión, recompensa y propiedad de la obra terminada. Sin nosotros, se convierten en cadáveres y sus productos en veneno; no en riqueza ni alimento, sino en el veneno de la desintegración, que convierte a las personas en hordas de ladrones. Dagny, debes comprender la naturaleza de tu propio poder y entonces entenderás la paradoja de lo que ahora contemplas a tu alrededor. No tienes que depender de los bienes materiales, son ellos los que dependen de ti. Tú los creaste, tú posees la única e incomparable herramienta de la producción, y dondequiera te encuentres, serás siempre capaz de producir. Pero los saqueadores, según su propia y declarada teoría, se encuentran en desesperada, permanente y congénita necesidad, a ciega merced de la materia. ¿Por qué no tomas sus propias palabras? Necesitan ferrocarriles, fábricas, minas, motores, que no pueden crear ni administrar. ¿De qué les servirá tu ferrocarril, si no te tienen a ti? ¿Quién lo hacía funcionar? ¿Quién lo mantenía vivo? ¿Quién lo salvó una y otra vez? ¿Fue tu hermano James? ¿Quién le dio de comer a él? ¿Quién alimentó a los saqueadores? ¿Quién produjo sus armas? ¿Quién les prestó los medios para esclavizarte? ¿Quién hizo posible el inconcebible espectáculo de unos seres mediocres e incompetentes ejerciendo dominio sobre los productos del genio? ¿Quién ayudó a tus enemigos? ¿Quién forjó tus cadenas? ¿Quién destruyó tu obra?

El impulso que la puso de pie fue como un grito silencioso. El hizo lo propio, con la contenida brusquedad de un resorte al distenderse, mientras en su voz resonaba una nota de implacable triunfo.

-Empiezas a entenderlo, ¿verdad? ¡Dagny! Déjales la carcasa de ese ferrocarril, déjales esos rieles enmohecidos, los durmientes podridos y las locomotoras destruidas, pero no les entregues nunca tu mente. ¡No les dejes tu mente! El destino del mundo depende de esta decisión.

"Damas y caballeros" -anunció en ese instante la voz impregnada de pánico de un locutor interrumpiendo la sinfonía en la radio- "Suspendemos la transmisión para dar paso a un boletín informativo especial. El mayor desastre en la historia de los ferrocarriles ocurrió a 1° horas de la madrugada de hoy en la línea principal de Taggart Transcontinental, en Winston, Colorado, al derrumbarse el famoso túnel Taggart."

El grito de Dagny resonó con la intensidad de los que debieron escucharse en los últimos instantes en el lugar de la tragedia. Su eco siguió flotando en el aire durante el resto de la transmisión, mientras ambos, luego de acercarse corriendo a la radio, permanecían invadidos por idéntico terror: los ojos de Dagny fijos en el aparato, y los de Francisco en su cara.

"Los detalles de la catástrofe" -relataba la voz- "fueron revelados por Luke Beal, fogonero del lujoso tren Comet de Taggart, a quien se encontró esta mañana, inconsciente, en la entrada occidental del túnel, y que parece ser el único sobreviviente. Debido a una sorprendente infracción de las normas de seguridad, y en circunstancias todavía no aclaradas, el Comet, en dirección a San Francisco, entró en el túnel arrastrado por una locomotora de vapor. El túnel Taggart, de 12 km. de longitud, que atraviesa una zona de las Montañas Rocallosas y es considerado una extraordinaria obra de ingeniería, sin igual en nuestros tiempos, fue construido por el nieto de Nathaniel Taggart, en la gran época de los motores Diesel. El sistema de ventilación del túnel no estaba diseñado para soportar el

espeso humo emanado por las locomotoras de vapor, y cualquier empleado ferroviario del distrito sabía que enviar un tren con una locomotora de tal naturaleza significaría la asfixia de los pasajeros. Sin embargo, se ordenó al Comet llevar adelante esta hazaña. Según el fogonero Beal, los efectos del humo empezaron a sentirse cuando el tren había recorrido 5 km. dentro del túnel. Entonces, el maquinista Joseph Scott dio toda la marcha a la locomotora en una desesperada tentativa para ganar velocidad, pero la vieja y gastada máquina resultó insuficiente para el peso del largo tren y el desnivel de la ruta. Luchando en medio de la humareda, cada vez más espesa, maquinista y fogonero habían conseguido dotar al convoy de una velocidad de 60 km. por hora, cuando algún pasajero, impulsado indudablemente por el pánico, y ahogándose por el humo, accionó el freno de emergencia. La repentina sacudida del tren rompió, al parecer, el conducto de aire y no fue posible reanudar la marcha. En los vagones se escuchaban gritos y los pasajeros rompían las ventanillas intentando escapar del humo. El maquinista Scott se esforzó frenéticamente para que la máquina reanudara su marcha, pero se desplomó sobre las palancas, sofocado por la humareda. Entonces el fogonero Beal saltó de la locomotora y echó a correr. Podía ver la salida occidental, cuando oyó la explosión y eso es lo último que recuerda; el resto de la historia ha sido recogido de los empleados de la estación de Winston. Al parecer, un tren especial para el ejército con dirección oeste, que transportaba una pesada carga de explosivos, no había sido advertido de la presencia del Comet en la misma vía unos kilómetros más adelante. Ambos trenes habían sufrido retrasos y circulaban fuera de sus horarios previstos. Aparentemente, este tren tenía orden de no hacer caso a las señales, porque las del túnel estaban averiadas y los técnicos aseguraron que, no obstante el reglamento interno concerniente a la velocidad máxima y en vista de las frecuentes averías en el sistema de ventilación existente, era costumbre de todos los maquinistas acelerar al máximo al cruzar el túnel. Por lo que pudo saberse hasta el momento, el Comet se hallaba detenido detrás de una curva cerrada y se cree que, al producirse el choque, todos los pasajeros del Comet ya estaban muertos. No se sabe si el maquinista del tren especial de carga, al tomar la curva a 120 km. por hora, pudo ver a tiempo la luz testigo del último vagón del Comet, que estaba encendida cuando partió de la estación de Winston. Lo único que ha trascendido es que el tren de carga se estrelló contra la parte trasera del Comet. La onda expansiva del estallido rompió las ventanas de una granja a 8 km. de distancia y provocó un desprendimiento de rocas de tal magnitud dentro del túnel, que las partidas de rescate sólo han podido llegar a 5 km. del lugar de la catástrofe. No hay sobrevivientes, ni se cree que el túnel Taggart pueda reconstruirse."

Dagny permanecía inmóvil como si lo que estaba viendo no fuera la habitación de la cabaña, sino la escena en Colorado. Su repentino movimiento tuvo la brusquedad de una convulsión, y con el simple raciocinio de un sonámbulo, giró para buscar su bolso, como si fuera el único objeto existente. Lo tomó, traspuso la puerta y echó a correr.

-¡Dagny! -gritó Francisco- ¡No vuelvas allí!

Pero aquella advertencia no tuvo más fuerza que si Francisco la hubiera llamado a través de los kilómetros que lo separaban de las montañas de Colorado.

Corrió tras ella, la alcanzó, la tomó de los brazos e insistió: -¡No regreses, Dagny! ¡En nombre de todo lo sagrado para ti, no lo hagas!
Lo miró como si no lo conociera. Desde un punto de vista puramente físico, él le hubiera podido romper los brazos sin esfuerzo alguno; pero, dotada como estaba de la energía de quien lucha por su vida, Dagny consiguió liberarse tan violentamente, que lo hizo perder el equilibrio. Cuando recuperó el aplomo, ella ya estaba corriendo por la colina hacia el automóvil y la ruta, allá abajo, del mismo modo en que él había corrido al oír sonar la sirena de alarma en la fundición de Rearden.

James Taggart, con el rostro contraído en una mueca de odio, miraba la carta de renuncia que tenía frente a sí, sobre el escritorio. Aquel pedazo de papel era su más acérrimo enemigo; no las palabras estampadas en él, sino el papel en sí y la tinta que habían dado forma material a las palabras. Siempre había creído que las palabras y los pensamientos eran cosas inciertas, empero había pasado toda su vida escapando de la materialización de las ideas que ellas involucraban: el compromiso.
No había decidido renunciar, no realmente, pensó; pero había dictado esa carta por un motivo que había identificado como "por las dudas". A su modo de ver, el documento constituía una protección, pero no lo había firmado aún y en ello residía su protección contra la protección. El odio estaba dirigido hacia algo indefinido que lo había llevado a considerar que él no sería capaz de prolongar dicho proceso por mucho tiempo.
Había recibido noticias de la catástrofe a las 8 de la mañana, y al mediodía llegó a su despacho. Cierto instinto cuyo origen conocía, pero que intentaba desesperadamente no aceptar, le había indicado que esta vez tenía que estar allí.
Los hombres a los que hasta entonces había manejado como naipes marcados, en un juego que él sabía perfectamente cómo jugar, habían desaparecido. Clifton Locey se atrincheraba tras el dictamen de un médico, que lo declaró afectado de una dolencia cardíaca que impedía molestarlo en ese momento.
Uno de los asistentes ejecutivos de la empresa había partido hacia Boston la noche anterior, y se decía que el otro había sido llamado inesperadamente de cierto ignoto hospital para que acudiera a ver a un padre que nadie jamás había sospechado que tuviera. En casa del jefe de maquinistas no había nadie, y no podían ubicar al vicepresidente de Relaciones Públicas.
En el trayecto hacia su oficina, Taggart había visto desde el coche las negras letras de los titulares periodísticos. Mientras recorría los pasillos del edificio Taggart, había escuchado una radio encendida en algún lado y el locutor, con una voz que uno esperaría oír en alguna esquina tenebrosa, exigía destempladamente la nacionalización de los ferrocarriles.
Había avanzado con cautela a fin de no ser notado, y al mismo tiempo con prisa para que nadie lo detuviera y le hiciera preguntas. Se había encerrado en su despacho, y había ordenado a su asistente que no permitiera la visita de nadie, ni le pasara llamadas telefónicas, y que informase que el Sr. Taggart estaba ocupado.
Luego se sentó ante su escritorio, presa de ciego terror. Estaba atrapado en una cámara subterránea, cuya cerradura no podía volver a abrir, y que lo dejaba

expuesto a la vista de toda la ciudad. Tenía que estar allí, pues era lo que se le requería. Era preciso permanecer sentado ociosamente y esperar; esperar que lo desconocido cayera sobre él y determinara qué decisiones debía tomar. Temía tanto a quien vendría por él, como al hecho de que, en realidad, nadie se presentara para decirle qué tenía que hacer.

Los teléfonos, fuera de su despacho, sonaban como alarmas de auxilio. Miró la puerta con una sensación de malévolo triunfo al pensar que aquellas voces quedaban anuladas por la inocua figura de su secretario, un joven sin experiencia en nada, excepto en el arte de la evasión, que practicaba con esa gris flexibilidad de los seres amorales. Taggart se dijo que las voces procedían de Colorado, de cada centro del sistema Taggart y de cada despacho del edificio que lo rodeaba, pero estaría a salvo mientras no tuviera que escucharlas.

Sus emociones se habían amalgamado hasta formar una bola opaca, inmóvil y sólida dentro de su cuerpo, como un escudo que quienes trabajaban en Taggart no podían atravesar, porque sobrepasaba en astucia a aquellos enemigos. Las más agudas punzadas de miedo procedían de pensar en los miembros del directorio, pero la carta de renuncia era su salida de emergencia, ya que serían ellos quienes quedarían atrapados en el fuego. Lo peor era tener que pensar en los hombres de Washington. Si lo llamaban, tendría que atender, pues su secretario sabía qué voces estaban por encima de sus instrucciones. Pero no hubo llamadas de Washington.

De vez en cuando, el temor se traducía en espasmos que le dejaban la boca seca. No sabía, en realidad, a qué le temía, pero sabía que no guardaba relación con la amenaza expresada por el locutor radial. Lo que sintió al escuchar aquella voz gruñona fue sólo un pánico normal y esperado, producto del deber, algo que encajaba perfectamente con su posición, igual que los buenos trajes y los discursos en banquetes.

Pero bajo ese miedo, notó cierta esperanza rápida y furtiva, como el deslizarse de una cucaracha: si aquella amenaza cobraba forma, le solucionaría todo, lo salvaría de todo, no tendría que tomar ninguna decisión, no tendría que firmar ninguna renuncia, pues dejaría de ser presidente de Taggart Transcontinental, y nadie lo sería... nadie.

Permaneció sentado, mirando su escritorio con los ojos y la mente fuera de foco. Le parecía hallarse inmerso en un estanque de niebla, luchando para que aquello no adquiriese una forma real. Todo lo existente posee identidad, pero podía mantenerlo fuera de la existencia al negarse a identificarlo.

No meditó sobre lo sucedido en Colorado, ni intentó adivinar su causa, ni consideró sus consecuencias. No pensaba. La dura bola de sus emociones era un peso en el pecho, un peso que llenaba su conciencia, liberándolo de la responsabilidad de pensar. Aquella bola era odio, odio como única respuesta, como única realidad, un odio sin propósito, sin causa, sin principio ni fin, como un reclamo contra el universo, como una justificación, como un derecho y como un absoluto.

El insistente sonar de los teléfonos continuaba irrumpiendo en el silencio. Sabía que aquellas súplicas de ayuda no iban dirigidas a él, sino a una entidad cuya forma él había robado, y era precisamente aquella forma la que esos gritos estaban arrancándole. Los timbres de los teléfonos dejaron de ser sonidos para

convertirse en una sucesión de latigazos que se descargaban sobre su cerebro. El objeto de su odio empezó a adquirir forma, al conjuro de los teléfonos, y la sólida bola finalmente estalló, para lanzarlo ciegamente a la acción.
Salió corriendo de su despacho, desafiando los rostros que lo rodeaban, y atravesó diversas dependencias, hasta encontrarse en el departamento de Operaciones, en la antesala de la oficina del vicepresidente del área.
La puerta estaba abierta y pudo ver el cielo detrás de la gran ventana, más allá de un escritorio vacío. Luego notó la presencia del personal a su alrededor, y la rubia cabeza de Eddie Willers en su cabina vidriada. Avanzó decidido hacia él, abrió la puerta y desde el umbral, a la vista de todos, gritó: -¿Dónde está?
Eddie Willers se puso lentamente de pie, y miró a Taggart con sorprendida curiosidad, como si se tratara de un fenómeno más entre todas las cosas sin precedentes que venían ocurriendo. No contestó.
-¿Dónde se encuentra?
-No te lo puedo decir.
-Escucha, maldito cabeza dura, no es momento de ceremonias. Si intentas convencerme de que no sabes dónde se encuentra, no te creeré. Lo sabes perfectamente y vas a decírmelo, o enviaré un informe sobre ti a la Oficina de Unificación. Juraré que lo sabes... Luego, trata de demostrar que no es así.
Había un débil tono de sorpresa en la voz de Eddie cuando contestó:
-Nunca intenté fingir que desconozco donde está, Jim. Lo sé, pero no te lo diré.
El grito de Taggart se elevó hasta adquirir el tono de impotencia de quien confiesa haber cometido un error de cálculo.
-¿Te das cuenta de lo que dices?
-Sí, por supuesto.
-¿Lo repetirías -hizo un amplio ademán que comprendía a todo el recinto- para estos testigos?
Eddie elevó su voz un poco, pero más en busca de claridad que de volumen:
-Sé dónde está, pero no te lo diré.
-¿Confiesas ser un cómplice que ayuda y protege a una desertora?
-Si quieres ponerlo de esa manera...
-¡Es un delito! Un delito contra la nación. ¿Te das cuenta?
-No.
-¡Va contra la ley!
-Sí.
-¡Estamos en una emergencia nacional! ¡No tienes derecho a tener algún secreto privado! ¡Estás reteniendo información vital! ¡Soy el presidente de esta compañía y te ordeno que me lo reveles! ¡No puedes dejar de obedecer una orden! ¡Se considera hecho delictivo! ¿Me comprendes?
-Sí.
-¿Y te niegas a cooperar?
-Así es.
Años de adiestramiento habían hecho posible para Taggart observar a un auditorio sin que éste lo advirtiera. Vio los rostros cerrados y rígidos del personal, caras de quienes no eran precisamente aliados suyos; todos tenían un aire de desesperación, excepto el de Eddie Willers. El "siervo feudal" de Taggart Transcontinental parecía el único no afectado por el desastre. Miraba a Taggart

con la expresión consciente y sin vida de un alumno enfrentado a conocimientos que nunca deseó adquirir.
-¿Te das cuenta de que eres un traidor? -le gritó Taggart.
-¿A quién traiciono? -preguntó Eddie tranquilamente.
-¡Al pueblo! ¡Es traición ocultar a un desertor! ¡Traición económica! ¡Antes que nada, y por sobre todas las cosas, debes servir al pueblo! ¡Las autoridades lo han proclamado así! ¿No lo sabías? ¿No imaginas lo que te puede suceder?
-¿Te das cuenta de que no me importa?
-¿Ah, sí? ¡Citaré eso frente a la Oficina de Unificación! Tengo testigos para demostrar que has dicho...
-No te preocupes por los testigos, Jim. No los pongas en un compromiso. Escribiré cuanto he dicho, lo firmaré y podrás llevarlo a la Oficina.
La súbita explosión de la voz de Taggart resonó como una bofetada.
-¿Quién eres tú para oponerte al gobierno? ¿Quién eres tú, miserable rata de oficina, para juzgar la política nacional y sostener opiniones propias? ¿Crees que el país tiene tiempo para preocuparse por tus creencias, tus deseos o tu preciosa y diminuta conciencia? Vas a aprender una lección... todos ustedes... engreídos, indisciplinados e insignificantes empleados que hablan como si eso de los derechos fuera serio. ¡Ya van a aprender que no estamos en los días de Nat Taggart!
Eddie guardó silencio y por un instante los 2 se miraron. El rostro de Taggart estaba alterado por el terror, el de Eddie permanecía firme y sereno. El primero sabía demasiado bien de la existencia de un tal Eddie Willers, pero éste no podía creer en la existencia de un James Taggart.
-¿Crees que a la nación le importan tus deseos o los de ella? -gritó Taggart- ¡Su deber es regresar! ¡Reincorporarse al trabajo! ¿Qué nos importa si lo desea o no? ¡La necesitamos!
-¿De veras, Jim?
Un impulso de autoprotección obligó a Taggart a retroceder un paso y alejarse del tono tranquilo de la voz de Eddie, pero éste no lo siguió, permaneció de pie detrás de su escritorio, de acuerdo con la civilizada tradición de una oficina.
-No la encontrarás -dijo- Tampoco regresará y me alegro de que no lo haga. Puedes condenarme al hambre, cerrar el ferrocarril, mandarme a la cárcel e incluso fusilarme. ¿Qué importa? No te diré dónde está. Aunque todo el país se hunda, no lo diré jamás. No la encontrarás.
Todos se dieron vuelta al oír que alguien abría la puerta violentamente: de pie en el umbral, estaba Dagny.
Llevaba un arrugado vestido de algodón y su pelo estaba desordenado por las muchas horas al volante. Se detuvo y miró a su alrededor como si quisiera familiarizarse con el lugar, pero no demostró reconocer a quienes lo ocupaban; su mirada se paseó simplemente por el recinto como si realizara un veloz inventario de los objetos. Su cara no era la que todos recordaban, había envejecido, pero no lo demostraba en arrugas, sino en una expresión tranquila y desnuda, carente de toda cualidad, excepto la dureza.
La primera reacción de todos no fue sorpresa o maravilla, sino una simple emoción que recorrió el recinto como un suspiro de alivio y se mostró en todas las caras menos en una: la de Eddie Willers. Este, que minutos antes conservaba la

calma, acababa de dejarse caer en un sillón, con la cabeza gacha, en completo silencio, pero los movimientos de sus hombros indicaban que estaba sollozando. Dagny no hizo ningún ademán de saludo o reconocimiento; era como si lo inevitable de su presencia allí hiciera innecesaria cualquier explicación. Se dirigió a la puerta de su despacho y, al pasar ante el escritorio de su secretaria, le indicó con una voz que sonaba como de intercomunicador, ruda y gentil: -Dígale a Eddie que entre.

James Taggart fue el primero en moverse, como si temiera verla desaparecer de su campo visual, y corrió tras ella, exclamando:

-¡No pude evitarlo! -Y de pronto, como si volviera la vida a su cuerpo, su vida normal, gritó: -¡Fue culpa tuya! ¡Tú lo hiciste! ¡Es a ti a quien hay que reprochárselo, porque te fuiste!

Se preguntó si no habría imaginado su grito, al tomar conciencia de que el rostro de Dagny había permanecido inalterado. Se había vuelto hacia él, como si hubiera percibido los sonidos, pero no las palabras, no el intento de comunicación de una mente con otra. Jim sintió por un instante algo muy próximo a la convicción de su propia inexistencia.

Luego, observó en la cara de su hermana un débil cambio, la simple indicación de que había percibido una presencia. Pero miraba más allá de él, en realidad, a Eddie Willers que acababa de entrar en el despacho.

Había huellas de lágrimas en los ojos de Eddie, que no hizo ningún intento por ocultar, como si las lágrimas, la vergüenza o el perdón fuera algo tan irrelevante para él como para ella.

-Llama a Ryan -dijo Dagny- y comunícale que estoy aquí. Luego hablaré con él.

Ryan había sido director de la Región Central. Eddie no contestó enseguida, como queriendo advertirle algo, y luego, con una voz tan tranquila como la de ella, explicó: -Ryan se ha ido, Dagny. Se marchó la semana pasada.

No prestaron atención a Taggart, como si hubiera sido uno más de los muebles de la oficina. Ni siquiera le pidieron que saliera de allí. Como un inválido inseguro de sus músculos, Jim hizo acopio de fuerzas y se escabulló hacia su despacho para destruir su carta de renuncia.

Dagny no se percató tampoco de su partida, pues continuaba mirando a Eddie.

-¿Está Knowland? -preguntó.

-No, se ha ido.

-¿Y Andrews?

-Se ha ido.

-¿Y McGuire?

-Se marchó también.

Continuó recitando suavemente la lista de quienes sabía que ella nombraría, de quienes más necesitaba en esos momentos: todos habían renunciado y desaparecido durante el último mes. Lo escuchó sin asombro ni emoción, como se escucha la lista de bajas en una batalla en la que todos están condenados, sin que significara alguna diferencia el haber caído en primero o en último lugar.

Cuando Eddie terminó, Dagny no hizo comentario alguno, simplemente preguntó:

-¿Qué se ha hecho desde esta mañana?

-Nada.

-¿Nada?

-Dagny, cualquier ordenanza hubiera podido dar órdenes, y todos habrían obedecido, pero incluso los mandaderos saben que quien tome la 1° decisión hoy, cuando haya que rendir cuentas será responsable del futuro, del presente y del pasado. No salvaría al sistema sino simplemente perdería su empleo, aun cuando hubiera salvado a una división. No se ha hecho nada, todo está paralizado. Si alguno se mueve, lo hace de acuerdo con las ciegas instrucciones de cualquiera y nadie sabe a ciencia cierta si es conveniente moverse o quedarse quieto. Algunos trenes permanecen en las estaciones, otros continúan circulando esperando ser detenidos antes de llegar a Colorado. Todo se basa en lo que decidan los jefes de expedición locales. El gerente de la terminal canceló todo el tráfico transcontinental para hoy, incluyendo el Comet de esta noche. No sé lo que estará haciendo el gerente de San Francisco. Tan sólo trabajan los equipos de socorro y todavía no han llegado a las inmediaciones del lugar de la catástrofe, ni creo que lleguen.
-Comunícate con el gerente de la terminal y dile que ponga en funcionamiento a horario a todos los trenes transcontinentales, incluyendo el Comet de esta noche. Luego, regresa aquí.
Cuando regresó, estaba inclinada sobre unos mapas sobre el escritorio y hablaba mientras hacía rápidas anotaciones: -Que todos los trenes que van al oeste por la ruta sur, desde Kirby, Nebraska, tomen la vía secundaria hasta Hastings y sigan por la Kansas Western hasta Laurel, Kansas, y luego hasta Atlantic Southern en Jasper, Oklahoma. Los del oeste, por Atlantic Southern en dirección a Flagstaff, Arizona, y los del norte por la Flagstaff-Homedale hacia Elgin, Utah. Al norte, hacia Midland; y al noroeste, por la Wasatch Railway hasta Salt Lake City. Wasatch Railway es una vía angosta abandonada: cómprala y haz que la ensanchen hasta la medida normal. Si los propietarios tienen miedo, puesto que las ventas son ilegales, págales el doble y continúa los trabajos. No hay vía entre Laurel, Kansas y Jasper, Oklahoma. Son 5 km. sin riel entre Elgin y Midland, Utah, 8,5 km. en total. Haz que tiendan esos rieles. Que las cuadrillas de construcción empiecen de inmediato. Recluta a todos los hombres disponibles y duplícales los jornales legales, triplícalos, dales todo lo que quieran. Organiza 3 relevos y que la tarea se termine en una noche. Levanten los desvíos de Winston y Silver Springs, en Colorado; Leeds, Utah, y Benson, en Nevada. Si algún payaso supervisor de la Oficina de Unificación quiere interrumpir la tarea, autoriza al director local en quien más confíes para que lo soborne. No lo pases por el departamento de Contabilidad, cárgamelo a mí, yo lo pagaré. Si esto no llegara a funcionar en algún caso, que le digan a ese payaso que el decreto 10-289 no habla de no hacer reparaciones locales, y que si desea detenernos, deberá entregarnos una orden judicial en nuestra sede central, y procesarme a mí.
-¿Es eso cierto?
-¿Qué sé yo? ¿Cómo puedo saberlo? Pero para cuando empiecen a deshacer el embrollo y decidir lo que fuera, nuestra vía habrá sido tendida.
-Comprendo.
-Repasaré las listas y te daré los nombres de nuestros jefes locales, para que los pongas a cargo... Si es que siguen allí. Para cuando esta noche el Comet llegue a Kirby, Nebraska, la vía ya estará lista. Ello significará 36 hs. de retraso en el horario transcontinental, pero al menos habrá horario transcontinental. Luego haz

que saquen de los ficheros los viejos mapas de nuestra ruta, como era antes de que el nieto de Nat Taggart construyera el túnel.
-¿Los… qué? -preguntó Eddie sin levantar la voz, pero su exclamación constituyó la prueba de una emoción que hubiera preferido ocultar.
El rostro de ella no cambió, pero en su voz apareció una débil nota de benevolencia y comprensión.
-Los viejos mapas de la época anterior al túnel. Estamos retrocediendo, Eddie. Esperemos poder hacerlo. No, no reconstruiremos el túnel, no hay forma de hacerlo, por ahora. Pero el antiguo tendido que cruzaba las Rocallosas sigue en el mismo lugar y puede ser restaurado. Lo más difícil será obtener rieles, y obreros que los instalen. Sobre todo la gente.
Eddie comprendió, como había comprendido desde el comienzo, que ella había visto sus lágrimas y que no le habían sido indiferentes, aun cuando su voz clara y monótona y su rostro inconmovible no dieran ninguna señal de emoción. En sus modales él intuía, aunque sin poderlo explicar, que ella le decía: "Lo sé y te entiendo. Sentiría compasión y gratitud si tuviéramos libertad para sentir, pero no es así, ¿verdad, Eddie? Nos encontramos en un planeta muerto como la Luna, donde es preciso moverse, pero no debemos detenernos para recuperar el aliento ni para sentir, pues descubriríamos que no hay aire que respirar".
-Disponemos de hoy y de mañana para poner todo en orden. Mañana por la noche voy a Colorado.
-Si quieres ir en avión, te alquilaré uno en algún lugar. El tuyo sigue en el taller y no pueden obtener los repuestos necesarios.
-No, iré en tren. Tengo que ver la línea. Tomaré el Comet de mañana.
Dos horas más tarde y en una breve pausa entre 2 llamadas de larga distancia, Dagny le formuló súbitamente la primera pregunta no relacionada con el ferrocarril:
-¿Qué le han hecho a Hank Rearden?
Atrapado en el intento de evadirse desviando la vista, forzó su mirada a encontrarse con la de ella y respondió: -Se ha rendido. Firmó el Certificado de Otorgamiento a último momento.
-Oh -Aquella exclamación no comportaba asombro ni censura, era simplemente una señal de que entendía la respuesta- ¿Sabes algo de Quentin Daniels?
-No.
-¿No ha enviado ninguna carta ni recado para mí?
-No.
El adivinó lo que Dagny temía y aquello le recordó algo que todavía no le había dicho.
-Dagny, existe otro problema relacionado con todo el sistema y que ha ido ganando importancia desde que te marchaste el 1 de mayo. Se trata de los trenes congelados.
-De los trenes... ¿qué?
-Algunos trenes han sido abandonados en vías accesorias, en medio de lugares despoblados; fueron dejados allí casi siempre de noche, sin rastros de tripulación. Se van y desaparecen sin advertencia o razón especial, es como una epidemia que ataca repentinamente a los hombres, y se van. Ha sucedido igual en otros ferrocarriles. Nadie puede explicarlo, pero creo que todo el mundo lo comprende. La culpa la tiene el decreto, es la forma de protesta de nuestra gente. Intentan

continuar, pero llega un momento en que no pueden soportarlo. ¿Qué podemos hacer al respecto? -Se encogió de hombros- Pero, ¿quién es John Galt?
Ella asintió, meditabunda, sin mostrarse sorprendida. El teléfono sonó y la voz de la secretaria dijo: -El Sr. Wesley Mouch desde Washington, Srta. Taggart. -Sus labios se tensaron ligeramente como si un insecto acabara de rozarlos.
-Debe ser para mi hermano -contestó.
-No, Srta. Taggart. Es para usted.
-Bien, pásemelo.
-Srta. Taggart -dijo Wesley Mouch en el mismo tono que hubiera empleado en un cóctel-, me alegró tanto saber que había recuperado la salud, que quise darle la bienvenida en persona. Sabía que necesitaba usted un largo descanso, y aprecio el patriotismo que la ha hecho interrumpir su licencia en un momento semejante. Deseaba asegurarle que puede contar con nuestra cooperación, apoyo y ayuda en todo lo que tenga que hacer. Si existen... excepciones especiales que pueda requerir, por favor, confíe en que pueden ser otorgadas.
Lo dejó hablar, aun cuando él hacía pequeñas pausas para que le respondiera; cuando una de esas pausas fue lo suficientemente larga, le contesto:
-Estaría sumamente agradecida si me permitiera hablar con el Sr. Weatherby.
-Por supuesto, Srta. Taggart. Siempre que lo desee... Pero... ¿quiere decir... ahora mismo?
-Sí, ahora mismo.
No comprendió, pero repuso: -Muy bien, Srta. Taggart.
La voz Weatherby sonaba cuidadosa.
-¿Cómo le va, Srta. Taggart? ¿En qué puedo servirla?
-Dígale a su jefe que si no quiere que renuncie otra vez, como sabe que hice, no vuelva a llamarme o hablarme jamás. Cualquier cosa que su pandilla quiera comunicarme, que lo haga a través de usted. Hablaré con usted pero no con él. Puede decirle que mis motivos se basan en lo qué le hizo a Hank Rearden cuando él figuraba en la nómina de Rearden. Si los demás lo han olvidado, yo no.
-Es mi deber ayudar a los ferrocarriles nacionales en cualquier momento, Srta. Taggart.
Weatherby parecía querer evitar el compromiso de haber escuchado aquellas palabras, pero una repentina nota de interés vibró en su voz al preguntar, lentamente y con cautelosa astucia: -¿Debo entender, Srta. Taggart, que es su deseo tratar exclusivamente conmigo todos los asuntos oficiales? ¿He de aceptarlo como su política?
Ella dejó escapar una ligera y sarcástica risita.
-De acuerdo -le dijo- Puede considerarme como de su exclusiva propiedad, utilizarme como un elemento especial y servirse de mí en todo Washington, pero no sé qué beneficios le traerá, porque no pienso seguir el juego ni comerciar con favores. Empezaré simplemente a quebrantar sus leyes desde ahora mismo y pueden detenerme cuando crean que ha llegado el momento oportuno.
-Me parece que tiene usted una idea muy anticuada acerca de la ley, Srta. Taggart. ¿Por qué hablar de disposiciones inflexibles y rígidas? Nuestras modernas normas son elásticas y quedan abiertas a interpretaciones varias, según... las circunstancias.

-Pues empiece a ser elástico desde ahora mismo, porque yo no lo soy,, ni tampoco lo son las catástrofes ferroviarias.
Colgó y dijo a Eddie, en el tono de quien opina acerca de algún objeto: -Nos dejarán tranquilos por algún tiempo.
No pareció darse cuenta de los cambios en su oficina: la ausencia del retrato de Nat Taggart, la nueva mesita de cristal donde el Sr. Locey había desplegado, en beneficio de sus visitantes, un montón de las más chillonas revistas humanitarias, con llamativos titulares en las portadas.
Escuchó, con el automatismo de una máquina equipada para registrar y no para reaccionar, un informe de Eddie acerca de lo que había ocurrido en el ferrocarril durante su ausencia, y su opinión acerca de lo que pudo constituir la causa de la catástrofe. Con el mismo aire ausente, se enfrentó a una sucesión de personas que entraban y salían de su despacho con paso apresurado, agitando las manos en movimientos inútiles. El pensó que ella se había hecho insensible a todo, pero, de repente, mientras se paseaba dictándole una lista de materiales necesarios e indicando dónde conseguirlos ilegalmente, se detuvo y contempló las revistas extendidas sobre la mesita. Los titulares proclamaban: "La nueva conciencia social", "Nuestro deber hacia los menos privilegiados", "Necesidad versus codicia". Con un simple movimiento de su brazo, el brusco y explosivo movimiento hijo de una brutalidad física que él no había observado hasta entonces en Dagny, ella arrojó las revistas de la mesa y continuó recitando una lista de cifras, sin interrupción alguna, como si no existiera conexión entre su mente y la violencia de su cuerpo.
A última hora de la tarde, y hallándose sola unos instantes, telefoneó a Hank Rearden.
Le dio su nombre a la secretaria y, a juzgar por el modo de atender, dedujo la rapidez con que él había tomado el auricular.
-¿Dagny?
-Hola, Hank. Volví.
-¿Adónde?
-A mi despacho.
Le pareció escuchar una serie de cosas que él no dijo en un breve silencio. Luego Hank manifestó: -Supongo que lo mejor será empezar a sobornar gente para conseguir mineral con el que fabricar tus rieles.
-Sí, haz cuanto puedas. No es preciso que sea metal Rearden. Podría... -La breve interrupción fue quizás demasiado corta para que él la notara, pero su significado era: "¿Para qué utilizar rieles de metal Rearden si tenemos que retroceder a los tiempos anteriores al acero? ¿Quizás hasta la época de las vías de madera, con refuerzos de hierro?"- Puede ser acero de cualquier peso -continuó-, cualquier material que puedas entregarme.
-De acuerdo, Dagny. ¿Sabes que les he entregado el metal Rearden? ¿Que firmé el Certificado de Otorgamiento?
-Sí, lo sé.
-He cedido.
-¿Y quién soy yo, para recriminarte nada? ¿Acaso no me he rendido yo también? -El no dijo nada y Dagny continuó: -Hank, no creo que les preocupe que quede un tren o una fundición sobre la Tierra, pero a nosotros sí. Se valen de nuestro amor

hacia todo eso, y seguiremos siendo sus víctimas mientras quede una posibilidad de mantener una rueda en movimiento como prueba de la inteligencia humana. Seguiremos sosteniendo el mundo a flote, como a un niño que naufraga, y cuando la marea se lo trague, nos hundiremos con la última rueda y el último resultado. Sé lo que estamos haciendo, pero... ya de nada sirve protestar por el precio que pagamos.
-Lo sé.
-No temas por mí, Hank. Mañana estaré bien.
-Nunca he temido por ti, querida. Te veré esta noche.

CAPÍTULO IX

EL ROSTRO SIN DOLOR, SIN TEMOR Y SIN CULPA

El silencio de su apartamento y el perfecto orden de los objetos, que seguían tal como los había dejado un mes atrás, le produjeron alivio y desolación al mismo tiempo. Ese silencio le daba una ilusión de intimidad y dominio, y ver los objetos le recordó todo aquello que no podría recuperar, en la medida en que no sería posible deshacer lo sucedido hasta entonces.
Quedaba un resto de claridad en las ventanas, pues había salido de la empresa antes de lo que se había propuesto, incapaz de reunir las fuerzas necesarias para las tareas que podían ser aplazadas hasta el día siguiente. Eso le resultaba nuevo, al igual que el hecho de estar más a gusto en su casa que en su oficina.
Tomó una ducha y permaneció durante varios vacíos minutos dejando que el agua le corriera por el cuerpo, pero se apartó bruscamente al comprender que lo que deseaba lavar no era el polvo del viaje, sino la sensación de su oficina.
Se vistió, encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana de la sala para contemplar la ciudad, del mismo modo como había contemplado el campo esa mañana.
Se había dicho que daría 1 año más de su vida al ferrocarril. Había regresado, pero no experimentaba la alegría del trabajo, sino sólo la clara y fría calma de una decisión tomada, y la quietud de un dolor no admitido.
Las nubes habían cubierto el cielo, y envolvían las calles en forma de niebla como queriendo engullirse a la ciudad. Podía ver el alargado triángulo de la isla de Manhattan, que parecía la proa de un buque que naufragaba rodeado por un invisible océano; algunos edificios altos aún se divisaban, pero el resto estaba desapareciendo bajo espirales azul grisáceas, hundiéndose lentamente en el vapor y el espacio. Así, hundida en el océano, había desaparecido Atlántida, pensó, y también los otros reinos que dejaron la misma leyenda en todas las lenguas del mundo y el mismo anhelo a todos los pueblos.
Intuyó, tal como aquella noche de primavera apoyada en su escritorio en la destartalada oficina de la línea "John Galt", junto a una ventana que daba a un callejón oscuro, el sentido y la visión de un mundo que nunca alcanzaría... "Tú, quienquiera que seas" -pensó- "a quien siempre he amado y nunca encontrado. Tú, a quien esperé ver al final de los rieles, más allá del horizonte; tú, cuya presencia siempre sentí en las calles de la ciudad y cuyo mundo quise construir,

ha sido mi amor por ti lo que me mantuvo en movimiento, mi amor y mi esperanza de alcanzarte y ser digna de ti el día en que nos enfrentáramos cara a cara. Ahora sé que nunca te hallaré, que no puedo tenerte ni vivir para ti, pero lo que aún me queda de vida sigue siendo tuyo, y continuaré en tu nombre, aunque nunca lo conoceré; seguiré sirviéndote aunque nunca triunfe; proseguiré hasta ser digna de ti el día en que te encuentre, aun cuando ello no suceda...". Nunca había aceptado la desesperanza, pero permaneció ante la ventana, dirigiéndose a la ciudad envuelta en la niebla, como si se consagrara a un amor no correspondido.

Al escuchar el timbre, se dirigió indiferente a abrir la puerta, seguramente intuyendo que se trataba de Francisco d'Anconia. No experimentó ninguna sorpresa ni sentimiento de rebelión, sino tan sólo la fría serenidad de su propio aplomo. Levantó la cabeza para enfrentarse a él, en un lento y deliberado movimiento, como diciéndole que había tomado una decisión y que la defendería.

El rostro de Francisco estaba grave y tranquilo, su expresión de felicidad se había borrado y también la actitud de conquistador. Se veía como si se le hubieran caído todas las máscaras, miraba en forma directa, firme, como quien persigue un propósito concreto, como un hombre capaz de comprender la seriedad de su acción, de la forma en que ella esperó verlo alguna vez. Nunca le pareció tan atractivo como en aquel momento, y se dijo, asombrada, que aquel hombre no la había abandonado, sino que era ella quien había huido de él.

-Dagny, ¿estás en condiciones de hablar?

-Sí... si lo deseas. Entra.

Dio una breve ojeada a la sala, el hogar de Dagny, en el que nunca había estado, y luego volvió a mirarla, atentamente. Parecía saber que la calma de Dagny era la peor actitud para su propósito, era un montón de cenizas cuyo fuego ningún dolor podría reavivar.

-Siéntate, Francisco.

Permaneció de pie ante él, como permitiéndole ver que no tenía nada que ocultar, ni siquiera su fatiga, el precio que había pagado por ese día y su indiferencia ante tal hecho.

-No creo que pueda detenerte ahora- dijo él- que tomaste una decisión. Pero si aún existe una posibilidad, tengo que aprovecharla.

Ella negó lentamente con la cabeza.

-No la hay. ¿Y para qué, Francisco? Tú has cedido. ¿Qué te importa si yo muero con el ferrocarril o lejos de él?

-No he renunciado al futuro.

-¿Qué futuro?

-El día en que los saqueadores perezcan, pero nosotros no.

-Si Taggart Transcontinental debe morir con los saqueadores, también lo haré yo.

Francisco no apartaba los ojos de su cara, pero no contestó y ella añadió sin pasión:

-Creí poder vivir sin él, pero es imposible, y no lo volveré a intentar. Francisco, ¿recuerdas?: cuando empezamos, los 2 creíamos que el único pecado de la Tierra era hacer las cosas mal. Aún sigo creyéndolo. -El 1° signo de vida tembló en su voz- No puedo quedarme al margen y ver lo que hicieron en el túnel. No puedo aceptar lo que todos aceptan, Francisco. Es lo que tú y yo considerábamos tan monstruoso: la creencia de que los desastres son un hecho natural, que han de

soportarse sencillamente y contra los cuales no cabe luchar. No puedo aceptar la sumisión ni la impotencia. No puedo aceptar la renuncia. Mientras exista un ferrocarril para dirigir, yo lo haré.
-¿Para mantener con vida al mundo de los saqueadores?
-A fin de mantener el último retazo del mío.
-Dagny -dijo él lentamente-, sé por qué uno ama su trabajo, sé lo que significa para ti la tarea de dirigir un ferrocarril. Pero no lo harías si los trenes estuvieran vacíos. ¿Qué ves cuando piensas en un tren en movimiento?
Ella miró la ciudad.
-La vida de un hombre capaz, que hubiera podido perecer en la catástrofe, pero que escapará de la siguiente, porque yo la impediré; un hombre de mente intransigente y de ambición ilimitada; un hombre enamorado de su vida... La clase de hombre que sigue siendo lo que éramos tú y yo cuando empezamos. Tú abandonaste, pero yo no puedo.
Francisco cerró los ojos un instante y el agarrotado movimiento de su boca quiso ser una sonrisa, aunque el esfuerzo fue incapaz de ocultar un gemido de ironía y de dolor. Con voz grave y trémula, preguntó:
-¿Crees que todavía puedes seguir sirviendo… a ese hombre... si diriges el ferrocarril?
-Sí.
-Muy bien, Dagny. No intentaré disuadirte. Mientras sigas pensando de ese modo, nada podrá impedirlo ni nadie debería siquiera intentarlo. Sólo te detendrás el día que descubras que tu trabajo no ha servido para la vida de ese hombre, sino para su destrucción.
-¡Francisco! -exclamó asombrada- Lo comprendes y sabes a lo que me refiero, tú también ves a ese hombre.
-¡Oh, sí! -respondió él sencilla y escuetamente contemplando un punto en el espacio dentro de la sala, como si estuviera viendo a una persona real. Y siguió: -¿Por qué debería estar sorprendido? Cierta vez dijiste que nosotros 2 pertenecíamos a su clase. Aún pertenecemos, pero uno de nosotros lo ha traicionado.
-Sí -admitió ella con dureza- Uno de nosotros. No podemos servirlo renunciando.
-No podemos servirlo haciendo tratos con sus destructores.
-No hago tratos con ellos. Me necesitan, y lo saben. Son mis condiciones las que tendrán que aceptar.
-¿En un juego en el que ellos consiguen beneficios a cambio de perjudicarte?
-El único beneficio que deseo es mantener a Taggart Transcontinental en funcionamiento. ¿Qué importa si me obligan a pagar un rescate? Que tengan lo que quieren, y yo tendré el ferrocarril.
-¿Lo crees así? -preguntó sonriente- ¿Crees que la necesidad que sienten por ti constituye tu protección? ¿Crees que puedes darles lo que desean? No te retirarás hasta que veas con tus propios ojos y con tu propio juicio lo que realmente quieren. Dagny, se nos enseñó que unas cosas pertenecen a Dios y otras al César. Quizá su Dios lo permitiría, pero el hombre a quien dices que servimos, no. Ese hombre no admite lealtades divididas, ni conflicto entre tu mente y tu cuerpo, ni abismo entre valores y acciones, ni tributos al César. En realidad, no permite que existan Cesares.

-Durante 12 años -dijo ella dulcemente-, hubiera considerado inconcebible que pudiera llegar un día en que tendría que pedirte perdón de rodillas. Ahora lo creo posible. Y lo haré, si me convenzo de que tienes razón, pero no hasta entonces.
-Lo harás. Aunque no de rodillas.
La estaba mirando como si viera su cuerpo ante él, aun cuando tenía la mirada clavada en su rostro. La expresión de sus ojos reveló a Dagny la forma de redención y rendición que imaginaba para el futuro. Observó el esfuerzo que realizaba Francisco para apartar la vista, esperando que ella no se hubiera percatado de lo que pensaba ni discernido su silenciosa lucha, traicionada por la tensión de los músculos bajo la piel de su cara, aquella cara que Dagny conocía tan bien.
-Hasta entonces, recuerda, Dagny: seremos enemigos. No quería decírtelo, pero eres la 1° persona que casi entró al cielo y volvió a la Tierra. Has visto demasiado, así que tendrás que comprender con toda claridad que es contra ti contra quien lucho y no contra tu hermano James ni contra Wesley Mouch. Es a ti a quien debo derrotar. He decidido terminar con aquellas cosas que más preciosas te parecen en estos momentos. Mientras luchas con todas tus fuerzas para salvar a Taggart Transcontinental, yo me empeñaré en destruirla. No me pidas ayuda ni dinero. Ya conoces mis motivos y ahora puedes odiarme... algo perfectamente lógico desde tu punto de vista.
Ella levantó un poco la cabeza; si bien no hubo ningún cambio evidente en su postura, la conciencia de su cuerpo y de su significado para él la dotó de un halo femenino, aunque con cierto indicio de desafio.
-¿Y tú qué ganas? -preguntó espaciando las palabras.
Sin admitir ni negar la confesión que Dagny deseaba arrancarle, contestó:
-Es asunto mío.
Fue ella entonces la que se sintió débil, pero, mientras le contestaba, comprendió que sus palabras eran aún más crueles.
-No te odio. Lo he intentado durante años, pero nunca lo conseguiré, más allá de lo que cualquiera de los 2 haga.
-Lo sé -repuso él en voz baja para que no percibiera su dolor, pero sintiéndolo en su propio cuerpo como un reflejo directo del de Francisco.
-¡Francisco! -exclamó intentando defenderlo de sí misma- ¿Cómo puedes obrar así?
-Por la gracia de mi amor... -"hacia ti", dijeron sus ojos- ...hacia el hombre que no murió en esa catástrofe y que nunca morirá -dijo su voz.
Ella permaneció en silencio e inmóvil un instante, en respetuoso reconocimiento.
-Desearía poder evitarte lo que vas a sufrir -la dulzura de su voz indicaba: "no soy yo por quien debes sentir compasión"- pero no puedo. Cada uno de nosotros debe recorrer este camino con sus propios pasos. El mismo camino.
-¿Adónde conduce?
Él sonrió, como quien cierra delicadamente una puerta a preguntas que no contestará:
-A la Atlántida -dijo.
-¿Cómo? -preguntó Dagny, asombrada.
-¿No te acuerdas?... El continente perdido en el que sólo pueden entrar espíritus de héroes.

El punto de contacto que la golpeó súbitamente había estado forcejeando en su mente desde la mañana como una leve ansiedad que no tuvo tiempo de identificar. La había percibido como tal, pero sólo había pensado en su destino y en su decisión personal, había pensado en Francisco obrando en forma personal. Ahora, en cambio, observaba un peligro más amplio, y sintió la vasta e indefinida forma del enemigo a quien se enfrentaba.
-Eres uno de ellos -dijo lentamente- ¿No es cierto?
-¿De quiénes?
-¿Fuiste tú el que estuvo en la oficina de Ken Danagger?
-No -repuso sonriente, pero Dagny notó que no le preguntaba a qué se estaba refiriendo.
-¿Existe...? Tú debes saberlo... ¿Existe realmente un elemento destructor suelto por el mundo?
-Desde luego.
-¿Quién es?
-Tú.
Ella se encogió de hombros. Su cara se estaba endureciendo.
-Los que renunciaron, ¿están vivos o muertos?
-Están muertos en lo que a ti respecta, pero habrá un Segundo Renacimiento en el mundo, y yo lo estoy esperando.
-¡No! -La repentina violencia de su voz constituía una respuesta personal a una de las 2 cosas que él quiso que ella escuchara en sus palabras- ¡No, no me esperes!
-Siempre te esperaré, no importa lo que haga cualquiera de los dos.
Escucharon el ruido de una llave en la cerradura; la puerta que se abrió y Hank Rearden entró en la sala
Se detuvo brevemente en el umbral, y luego avanzó con lentitud, mientras se metía la llave en el bolsillo.
Dagny comprendió que Hank había visto a Francisco antes que a ella. La miró, y sus pupilas se posaron nuevamente en d'Anconia, como si fuera la única persona a quien pudiese prestar atención.
Ella, en cambio, temía mirar a Francisco. El esfuerzo realizado para obligarse a hacerlo era, equivalente al de querer arrastrar un peso superior a sus fuerzas. Este se había puesto de pie a la manera tranquila y automática de un d'Anconia, adiestrado en un estricto código de cortesía. Rearden no pudo ver nada de particular en su rostro, pero lo que ella notó era peor que lo que había temido.
-¿Qué hace usted aquí? -preguntó Rearden en el tono que cualquiera hubiera usado para dirigirse a un sirviente sorprendido en una fiesta elegante.
-Comprendo que no tengo el derecho de hacerle la misma pregunta -dijo Francisco.
Dagny captó el esfuerzo que hacía Francisco para dar a su voz aquel tono firme e impasible. Su mirada se posaba en la mano derecha de Rearden, como si todavía viera la llave entre sus dedos.
-Entonces, respóndala -lo apremió Rearden.
-Hank -intervino Dagny-, cualquier pregunta que desees hacer, házmela a mí.
Pero Rearden no parecía verla ni escucharla.
-Responda -repitió.

-Sólo existe una respuesta que usted debería tener derecho a exigir -dijo Francisco- Y, de acuerdo con ella, le contestaré que no es ése el motivo de mi presencia aquí.
-Sólo existe un motivo para su presencia en la casa de cualquier mujer -dijo Rearden- ¿Piensa que voy a creer esa afirmación o cualquier otra cosa que me diga?
-Le he dado motivos para no confiar en mí, pero ninguno que incluya a la Srta. Taggart.
-No me diga que no tiene ninguna oportunidad aquí, que nunca la tuvo y que nunca la tendrá, porque sé que es así. Pero haberlo encontrado aquí el primer...
-Hank, si quieres acusarme... -empezó Dagny, pero Rearden se volvió hacia ella.
-¡Por Dios, no, Dagny! Nada de eso. Pero no deben verte hablando con él, no deberías tener ninguna clase relación con este sujeto. No lo conoces, yo sí. -Se volvió hacia Francisco- ¿Qué anda buscando? ¿Planea incluirla entre sus conquistas o...?
-¡No!
Fue una exclamación involuntaria que sonó inútil con su tono de apasionada sinceridad, ofrecido y rechazado como única prueba.
-¿No? ¿Entonces vino a hablar de negocios? ¿Le está tendiendo una trampa, como hizo conmigo? ¿Qué clase de engaño proyecta contra ella?
-Mi propósito... no tiene... nada que ver con los negocios.
-Entonces, ¿de qué se trata?
-Si es que va a creerme, puedo decirle que no hay ninguna traición de por medio.
-¿Se atreve todavía a hablar de traición en mi presencia?
-Algún día le contestaré, pero no hoy.
-No le gusta que se lo recuerde, ¿verdad? Desde entonces, se ha mantenido apartado de mí, ¿no es cierto? ¿No esperaba encontrarme aquí? ¿No deseaba verme? -Pero comprendió que Francisco se enfrentaba a él como nadie lo hacía en aquellos tiempos: sosteniendo su mirada, las facciones compuestas, sin emoción, sin defensa y sin súplica, listo a soportar valerosamente lo que viniera. Aquél era el rostro de un hombre al que le profesara cariño, que lo había liberado de toda culpa. Y se encontró luchando contra el convencimiento de que aquel rostro aún lo atraía por encima de todo, por encima del mes de impaciencia esperando ver de nuevo a Dagny- ¿Por qué no se defiende si no tiene nada que ocultar? ¿Por qué se encuentra aquí? ¿Por qué se ha perturbado tanto al verme llegar?
-¡Basta, Hank!
La voz de Dagny estalló como un grito y retrocedió, sabiendo que la violencia era el más peligroso elemento a introducir en aquellos instantes.
Los 2 se volvieron hacia ella.
-Por favor, déjame contestar -dijo Francisco con calma.
-Ya te dije que esperaba no ver a este sujeto nunca más -dijo Rearden- Lamento que hayamos tropezado aquí. Sé que no te concierne, pero hay algo por lo que debe pagar.
-Si ése es... su propósito -dijo Francisco haciendo un esfuerzo-¿no... lo ha conseguido ya?

-¿Qué dice? -preguntó Rearden, cuyo rostro estaba helado y cuyos labios apenas se movían, no obstante lo cual sonaba cierto tono irónico en su voz- ¿Es ésa su forma de pedir clemencia?
El instante de silencio que sobrevino después representó el esfuerzo de Francisco por dominarse.
-Sí... si así lo desea -respondió.
-¿Obró así cuando tenía mi futuro en sus manos?
-Todo cuanto piense de mí está justificado, pero como esto no tiene que ver con la Srta. Taggart... ¿me permite retirarme?
-No. ¿Quiere marcharse, como todos los demás cobardes? ¿Quiere escapar?
-Iré a cualquier lugar en el momento en que usted lo desee, pero preferiría que no sucediera en presencia de la Srta. Taggart.
-¿Por qué no? Quiero que sea en su presencia, ya que éste es el único lugar donde usted no tiene derecho a encontrarse. No tengo absolutamente nada que defender ante usted, porque se ha llevado más de lo que los saqueadores pudieran arrebatarme. Usted destruye todo lo que toca, pero aquí hay algo que no le permitiré tocar.
Rearden comprendió que la total ausencia de emoción que se pintaba en la cara de Francisco era precisamente la mayor prueba de su esfuerzo anormal por dominarse. Sabía que estaba sufriendo una auténtica tortura, y que él, Rearden, se sentía ciegamente empujado por un sentimiento parecido al placer del verdugo, excepto que no era posible discernir a quién torturaba: si a Francisco o a sí mismo.
-Usted es peor que los saqueadores, porque traiciona y lo hace con plena intención. No sé qué forma de corrupción lo motiva a hacer eso, pero quiero que sepa que existen cosas fuera de su alcance, más allá de sus aspiraciones o de su malicia.
-No tiene nada... que temer de mí... en estos momentos.
-Quiero advertirle que no debe pensar en ella, ni mirarla, ni siquiera acercársele. De todos los hombres, es usted precisamente el que menos derecho tiene a aparecer en su vida. -Hank Rearden sabía que obraba así impulsado por un odio desesperado, producto de su propio sentimiento hacia aquel hombre. Que tal sentimiento, que aún perduraba, debía ser derrotado y destruido por completo- Dagny debe protegerse ante su presencia, no importa el motivo que usted tenga.
-Si le doy mi palabra... -se detuvo.
Rearden rió brevemente.
-Sé lo que significan su palabra, sus convicciones, su amistad y sus juramentos ante la única mujer a la que nunca...
Se detuvo. Francisco y Dagny comprendieron a qué se refería, en el mismo instante en que el propio Rearden lo comprendió también.
Dio un paso hacia Francisco y señalando a Dagny preguntó, con voz baja y extrañamente alterada, como si no procediera de él, ni fuera dirigida a ser viviente alguno:
-¿Es ésta la mujer a la que ama?
Francisco cerró los ojos.
-¡No le preguntes eso! -gritó Dagny.
-¿Es ésta la mujer a la que ama? -repitió Rearden.

Mirando a Dagny, Francisco contestó: -Sí.
Rearden le lanzó una trompada a la cara.
Dagny lanzó un lamento. Cuando pudo recobrar la visión, tras un instante en el que pareció como si ese golpe hubiera sido descargado en su mejilla, lo primero que pudo ver fueron las manos de Francisco. El heredero de los d'Anconia se apoyaba contra una mesa, aferrándose a sus bordes, pero no para sostenerse, sino para impedir que sus manos se movieran. Vio la rigidez de su cuerpo, un cuerpo que parecía roto, con los ángulos de la cintura, de los hombros y los brazos tensos, un poco hacia atrás, parecía que el esfuerzo para no moverse volviera contra sí mismo la fuerza de su ira; el movimiento que se negaba a hacer le recorría los músculos como un dolor insoportable. Vio cómo sus convulsionados dedos se esforzaban en seguir sujetando el borde de la mesa, y se preguntó qué se rompería primero, si la madera o los huesos de aquel hombre. Tuvo la convicción de que la vida de Rearden pendía de un hilo.
Pero cuando sus ojos se posaron en la cara de Francisco, no vio en ella señal alguna de violencia. Sólo la piel de las sienes estaba tirante y los planos de sus mejillas aparecían convexos, más hundidos que de costumbre. Su cara cobraba así un aspecto desnudo, puro y juvenil. Sintió terror al ver en sus ojos unas lágrimas inexistentes. Las pupilas brillaban completamente secas. Miraba a Rearden, pero no era a éste a quien veía. Parecía encontrarse ante otra presencia, a la que expresaba: "Si esto es lo que estás exigiendo de mí, es tuyo, para que lo tengas y yo lo soporte porque no puedo ofrecerte otra cosa, pero déjame sentir el orgullo de que aún puedo ofrecer tanto".
Observó en la arteria que latía bajo la piel de su cuello y en el leve destello rojo de la comisura de sus labios, la expresión de quien se siente sumido en una especie de éxtasis que era casi una sonrisa, y comprendió que presenciaba el momento más importante de la vida de Francisco d'Anconia.
Cuando Dagny Taggart escuchó su propia voz, le pareció oír el eco de un grito todavía resonante en el aire de la habitación. Sólo en ese momento percibió lo breve que había sido el instante transcurrido. Su voz adquirió el tono salvaje de quien se incorpora para descargar un golpe, en el momento en que espetó a Rearden:
-¿Para protegerme de él? Mucho antes que tú...
-¡Cállate! -exclamó Francisco, haciendo un movimiento de cabeza con toda su contenida violencia vibrando en el breve estallido. Ella comprendió que era una orden y que tenía que obedecerla.
Inmóvil, excepto por la breve curva que describió su cabeza, Francisco se volvió hacia Rearden. Sus manos soltaron el borde de la mesa y colgaron relajadas a sus costados. Se enfrentaba a Rearden sin ninguna expresión, excepto el cansancio del esfuerzo recién realizado, y el otro supo súbitamente lo mucho que aquel hombre lo apreciaba.
-Dentro de lo que usted sabe -dijo Francisco con calma- tiene razón.
Y sin esperar ni permitir una respuesta, se volvió para marcharse. Saludó a Dagny inclinando un poco la cabeza, en simple gesto de despedida y aceptación de lo ocurrido, y desapareció.
Rearden se quedó mirándolo partir, sabiendo con absoluta certeza que daría su vida por no haber hecho lo que había hecho.

Al volverse hacia Dagny, su cara estaba vacía, aunque expresara franqueza y ligera atención, como si no quisiera provocar las palabras que ella no pronunció, sino que esperase que sonaran por sí solas.
Un estremecimiento de compasión conmovió a Dagny, haciéndole sacudir la cabeza. No habría podido decir hacia cuál de ellos sentía dicha compasión. No podía hablar y movió la cabeza una y otra vez, tratando desesperadamente de negar un vasto e impersonal padecimiento del que los 3 eran víctimas.
-Si hay algo que decir, dilo -le pidió él con voz monótona.
El rumor que produjo Dagny tuvo algo de risa contenida y de gemido, no era deseo de venganza, sino desesperado sentido de justicia el que otorgó a su voz aquella hiriente amargura, cuando exclamó:
-¿Querías saber el nombre del otro? ¿Con el que me acosté antes? ¿Del que me tuvo primero? Pues bien, ¡fue Francisco d'Anconia!
Advirtió la fuerza de su ataque al ver cómo el rostro de Rearden palidecía. Supo que si la justicia era su propósito, acababa de conseguirlo, porque aquel golpe era peor que el que Rearden había descargado antes.
Se tranquilizó repentinamente. Aquellas palabras habían tenido que ser pronunciadas en beneficio de los 3 y todo rastro de angustia propia de una víctima impotente desapareció de su espíritu. Ya no era víctima, sino un contendiente deseoso de asumir la responsabilidad de sus actos. Se mantuvo frente a Rearden, esperando su respuesta y casi creyendo que había llegado su turno de someterse a la violencia.
No supo qué forma de tortura soportaba Hank o qué se estaba derrumbando en su interior, sin que nadie más que él pudiera presenciarlo porque no exhibía ninguna señal de dolor que pudiera proporcionarle a Dagny algún indicio. Parecía simplemente un hombre inmóvil en una habitación, obligando a su conciencia a asimilar un hecho que ésta rechazaba. Ella notó que Hank permanecía un largo rato de aquel modo, sin cambiar de actitud, con las manos colgando a los lados, los dedos ligeramente curvos donde le pareció sentir el pesado entumecimiento de su sangre: fue la única clave de sus sufrimientos que logró encontrar, pero fue suficiente para colmar su capacidad de sentir. Esperó, mientras su compasión se desvanecía para convertirse en respeto.
Luego la mirada de Hank se apartó lentamente de su cara para recorrer su cuerpo y ella comprendió la clase de tortura que ahora estaba eligiendo: la estaba viendo como era a los 17 años, la estaba viendo junto al rival al que odiaba y aquella imagen le resultaba insoportable. La protección que representaba el dominio de sí mismo empezó a abandonarlo, pero no le importaba que ella contemplara su cara desnuda y viva, porque ya no había nada que leer en ella, salvo una violencia muy semejante al odio.
La tomó por los hombros, y ella estaba dispuesta a que la matara o la golpeara hasta dejarla inconsciente, y justo cuando pensó que así sería, sintió su cuerpo impulsado contra el de Hank y sus bocas encontrándose con más brutalidad aún que una golpiza.
Aterrorizada, forcejeó para liberarse de él y, al mismo tiempo, dominada por su frenesí desconocido, lo abrazó estrechamente, reteniéndolo y mordiéndole los labios hasta hacerlos sangrar, sabiendo que nunca lo había querido tan intensamente como ahora.

Cuando la arrojó sobre el sofá, comprendió, por el ritmo de los latidos de su cuerpo, que era un acto de victoria sobre su rival, y, simultáneamente, de su rendición a él; era el acto de propiedad llevado a límites de insoportable violencia por la idea del hombre al que desafiaba; era el acto de transformar su odio en intenso goce; era la conquista de aquel hombre por medio del cuerpo de ella. Dagny notó la presencia de Francisco en la mente de Rearden y creyó rendirse a ambos, a lo que había adorado en cada uno de ellos, a lo que tenían en común, a lo esencial del carácter que había convertido sus sentimientos en un acto de lealtad hacia ambos. Comprendió también que aquello constituía la rebelión de Rearden contra el mundo que los rodeaba, contra la aceptación de lo degradado y de lo bajo, contra el largo tormento de sus días inútiles y de su lucha sin luz. Esto era lo que quería demostrar, y a solas con ella, en la semipenumbra, muy alto sobre una ciudad en ruinas, retener como último resto de su propiedad.
Más tarde, los 2 permanecieron inmóviles. El apoyaba la cara contra el hombro de Dagny mientras el reflejo de un distante cartel luminoso latía en débiles resplandores sobre el techo.
Hank le tomó la mano y la puso bajo su cara para que su boca descansara un instante en la palma, tan suavemente, que ella notó su intención más que el contacto.
Al cabo de un rato, Dagny se incorporó, tomó un cigarrillo, lo encendió y se lo ofreció a Hank con gesto ligeramente interrogante; él hizo una señal de aceptación, aun cuando se encontraba a medio incorporar sobre el sofá; Dagny le colocó el cigarrillo entre los labios, y encendió otro para ella. Se había generado un clima de paz y la intimidad de aquellos gestos subrayaba la importancia de las cosas no dichas. Pensó que todo estaba declarado, pero, a la vez, sabía que todo aguardaba aún el reconocimiento.

Vio cómo él miraba de vez en cuando fijamente a la puerta por largos momentos, como si aún viera al hombre que la había transpuesto poco antes.
-Podía haberme derrotado diciéndome la verdad cuando lo deseara -dijo con tranquilidad- ¿Por qué no lo hizo?
Ella se encogió de hombros, extendiendo las manos en un gesto de impotente tristeza. Los 2 sabían la respuesta.
-Francisco significaba mucho para ti, ¿verdad? -preguntó Dagny.
-Y aún lo significa.
Los puntos de fuego en el extremo de sus cigarrillos se habían ido desplazando lentamente desde sus labios hacia la punta de sus dedos con algún destello ocasional, y la suave caída de la ceniza fue el único movimiento en medio de aquel silencio. Sonó el timbre. Ambos supieron que no era el hombre al que deseaban ver allí, pero cuyo regreso inmediato no aguardaban. Dagny frunció el ceño irritada, y fue a abrir. Tardó un momento en recordar que la inocua y amable figura que se inclinaba ante ella con mecánica sonrisa de bienvenida era la del asistente del gerente de administración del edificio.
-Buenas noches, Srta. Taggart. Nos alegramos mucho de verla aquí otra vez. Acabo de comenzar mi turno y al enterarme de que usted estaba de vuelta, quise saludarla en persona.
-Gracias -respondió Dagny sin invitarlo a entrar.

-Hace una semana le enviaron esta carta, Srta. Taggart -dijo el empleado metiéndose la mano en el bolsillo- Me pareció que podía ser importante, pero como lleva la inscripción de "personal", pensé que no debía enviarla a su oficina. Además, ellos tampoco sabían su dirección. Así es que la guardé en nuestra caja de seguridad para entregársela en mano.
El sobre que le estaba dando llevaba las indicaciones de: Certificada - Correo Aéreo - Urgente - Personal. El remitente indicaba: Quentin Daniels, Instituto Tecnológico de Utah, Afton, Utah.
-¡Ah!... Gracias.
El asistente observó que el volumen de su voz había descendido hasta convertirse en un murmullo, en la cortés retención de una exclamación ahogada. Notó que miraba el nombre del remitente más tiempo del necesario, así que, repitiendo sus buenos deseos para con Dagny, se retiró.
Dagny fue abriendo el sobre mientras se dirigía hacia Rearden, pero se detuvo en mitad de la habitación para leer la carta. Estaba mecanografiada en papel muy delgado y él distinguió, a trasluz, los oscuros rectángulos de cada párrafo. También podía observar la cara de Dagny.
Apenas Dagny terminó de leerla, no le extrañó verla lanzarse hacia el teléfono y marcar violentamente un número, a la vez que con voz temblorosa de emoción solicitaba:
-Una llamada de larga distancia, por favor... Operadora, comuníqueme con el Instituto Tecnológico de Utah, en Afton, Utah.
-¿Qué sucede? -preguntó él, acercándose.
Le entregó la carta, sin mirarlo, con la vista fija en el teléfono como queriendo precipitar la anhelada respuesta. La carta decía:
"Estimada Srta. Taggart:
"He estado luchando estas 3 semanas para no ceder. Sé lo mucho que esto la impresionará y preveo los argumentos que podría darme, porque los he utilizado todos contra mí mismo, pero le escribo la presente para comunicarle que renuncio a mis tareas.
"No puedo trabajar bajo las condiciones impuestas por el decreto 10-289, aunque no por el motivo que sus perpetradores imaginaron. Sé que la prohibición de toda investigación científica no significa nada para usted ni para mí, y que usted desea que continúe, pero quiero retirarme, porque ya no siento ningún interés en tener éxito alguno.
"No quiero trabajar en un mundo que me considera un esclavo, ni ser un valor para nadie. Si consiguiera rehacer ese motor, no dejaría que usted se lo entregase a ellos. No quería gravar mi conciencia con el hecho de que una cosa producida por mí pudiera ser utilizada para beneficio de esos sujetos.
"Estoy seguro de que si lográramos producir ese motor, estarían ansiosos de expropiárnoslo. Y ante semejante perspectiva, usted y yo tendríamos que aceptar la posición de delincuentes, y vivir bajo la amenaza de ser detenidos cuando a ellos se les antojara. Eso es lo que no podría tolerar, si consiguiera soportar el resto: que a fin de producir un beneficio inestimable, nos convirtiéramos en mártires de hombres que nunca hubieran podido concebir una cosa así. Habría podido perdonar todo lo demás, pero me digo: 'Que se pudran, prefiero que todos

nos muramos de hambre, incluido yo mismo, antes que permitir que se salgan con la suya'.
"Le confesaré que sigo queriendo triunfar, desentrañar el secreto del motor con tanto interés como siempre, y a tal fin continuaré trabajando en él por mi solo placer y mientras pueda soportarlo, pero si encuentro la solución, la guardaré como un secreto particular. No pienso darla a conocer con ningún propósito comercial y por lo tanto, no puedo seguir aceptando su dinero. Si comerciar es un hecho despreciable, toda esa gente aprobará mi decisión y, por mi parte, estoy cansado de ayudar a quienes me desprecian.
"No sé cuánto duraré ni lo que haré en el futuro. Por el momento pienso continuar en mi puesto en este Instituto, pero si cualquiera de sus directivos me recuerda la prohibición legal de dejar mis funciones de portero, me marcharé.
"Usted me ha ofrecido la mayor oportunidad de mi vida, y debo rogarle que me perdone el dolor que le ocasiono. Creo que usted ama su trabajo tanto como yo el mío y por eso comprenderá que mi decisión no fue fácil de tomar, pero que era preciso hacerlo.
"Es muy raro escribir esta carta, porque no pienso morir, pero sí renuncio al mundo, y eso hace que mis palabras parezcan las de un suicida. Quiero añadir que de todas las personas que he conocido, es usted la única a la que lamento tener que abandonar.
"Atentamente,
Quentin Daniels.
Cuando Rearden desvió la mirada de la carta, oyó que Dagny seguía diciendo con voz cada vez más penetrante, cercana a un auténtico grito de desesperación:
-¡Operadora! Siga llamando... ¡Por favor, siga llamando!
-¿Qué piensas decirle? -preguntó- No tienes argumentos que ofrecer.
-No podré decirle nada porque ya se ha ido. Esa carta fue escrita hace una semana y estoy segura de que se ha ido, han acabado con él.
-¿Quién ha acabado con él?
-Sí, operadora, aguardo en línea. ¡Siga intentando!
-¿Qué le dirás si contesta?
-Le rogaré que siga aceptando mi dinero sin compromiso alguno y sin condiciones, solamente con el fin de que pueda seguir. Le prometeré que si cuando triunfe aún seguimos en un mundo de saqueadores, no le pediré que me entregue el motor, ni que me revele su secreto, pero si por ese entonces ya somos libres...
Dagny se interrumpió.
-¿Si somos libres...?
-Todo lo que deseo de él ahora es que no abandone y desaparezca... igual que los demás. No quiero que acaben con él. Si no es demasiado tarde... ¡Oh! ¡Dios mío! No quiero que le hagan nada... Sí, operadora. Siga llamando.
-¿De qué nos serviría si continuara su trabajo?
-Eso es todo lo que le pediré, que siga. Quizás nunca tengamos la oportunidad de usar ese motor, pero deseo asegurarme de que en algún lugar del mundo, un cerebro privilegiado sigue trabajando en un gran intento y de que aún contamos con una oportunidad para el futuro... Si ese motor es abandonado otra vez, entonces Starnesville es nuestro único futuro.
-Sí, lo sé.

Mantuvo el auricular pegado a la oreja, con el brazo rígido por el esfuerzo de no temblar. Esperó y escuchó en el silencio el inútil tintineo de una llamada sin respuesta.
-Se ha ido -dijo- Han conseguido acabar con él. Una semana es más tiempo del que necesitan. No comprendo cómo se enteran cuando ha llegado el momento, pero esto -señaló la carta- esto marcó el instante preciso para ellos, y no lo desperdiciaron.
-¿Quiénes?
-Los agentes destructores.
-¿Empiezas a creer que existen?
-Sí.
-¿Hablas en serio?
-Sí, he conocido a uno de ellos.
-¿Quién es?
-Te lo diré más tarde. No sé quién es el jefe, pero voy a saberlo uno de estos días, voy a saberlo. Y espero...
Otra vez se interrumpió con una exclamación contenida. Hank pudo ver la expresión ansiosa de su cara, en el momento de escuchar el chasquido de un distante receptor al ser descolgado y el rumor de una voz masculina que preguntaba a través de la línea:
-¿Hola?
-¡Daniels! ¿Es usted? ¿Sigue vivo? ¿Continúa ahí?
-Sí, sí. ¿Es usted, Srta. Taggart? ¿Qué sucede?
-Creí... creí que se había ido.
-¡Oh, lo siento! Acabo de oír el timbre del teléfono. Estaba afuera recogiendo zanahorias.
-¿Zanahorias? -preguntó riendo con histérico alivio.
-Tengo aquí mi huerta particular, donde antes estaba el aparcamiento. ¿Llama desde Nueva York, Srta. Taggart?
-Sí. Acabo de recibir su carta. He estado... he estado de viaje.
-¡Oh! -Se produjo una pausa y luego añadió secamente: -No hay nada más que agregar, Srta. Taggart.
-Dígame. ¿Se va a marchar?
-No.
-¿No proyecta marcharse?
-No. ¿Adónde?
-¿Quiere quedarse en el instituto?
-Sí.
-¿Por cuánto tiempo? ¿Indefinidamente?
-Sí, al menos por ahora.
-¿Ha intentado alguien hablar con usted?
-¿Acerca de qué?
-De marcharse.
-No. ¿Quién tenía que hablarme?
-Escúcheme, Daniels, no quiero hablar de su carta por teléfono, pero tenemos que encontrarnos. Iré a verlo. Llegaré lo antes posible.

-No quiero que venga, Srta. Taggart. No quiero que haga semejante esfuerzo, porque es inútil.
-Déme la oportunidad, ¿quiere? No tiene que prometerme que va a cambiar de opinión, ni garantizarme nada; tan sólo quiero que me escuche. Si voy, es por iniciativa propia y sólo yo correré el riesgo. Existen cosas que debo tratar con usted y sólo le pido que me dé la oportunidad de contárselas.
-Sabe que siempre le ofreceré esa oportunidad, Srta. Taggart.
-Parto para Utah enseguida. Esta misma noche. Pero quiero que me prometa una cosa. ¿Me esperará? ¿Promete estar ahí cuando yo llegue?
-¡Claro, Srta. Taggart! A menos que me muera, o que ocurra algo ajeno a mí, pero no creo que pase.
-¿A menos que muera, me esperará no importa lo que pase?
-Desde luego.
-¿Me da su palabra?
-Sí, Srta. Taggart.
-Gracias, buenas noches.
-Buenas noches, Srta. Taggart.
Colgó el auricular, pero lo volvió a levantar inmediatamente, con un único movimiento de la mano y marcó un número.
-¿Eddie...? Haz que retengan el Comet para mí... Sí, el Comet de esta noche. Ordena que enganchen mi vagón y luego ven a mi casa enseguida. -Consultó su reloj.- Son las 8:12 minutos, tengo una hora para llegar. No creo que los retrase demasiado. Hablaré contigo mientras preparo las maletas.
Colgó y se volvió hacia Rearden.
-¿Esta noche? -preguntó él.
-¡Sí! Necesito hacerlo.
-Me lo imaginaba. De todas formas, tenías que ir a Colorado.
-Sí, pensaba marcharme mañana, pero creo que Eddie se las arreglará bien para encargarse de mis asuntos y más vale que parta enseguida. Se tardan 3... no, 5 días en llegar a Utah y tengo que ir en tren para hablar con varias personas a lo largo de la línea. Se trata de algo que tampoco puedo posponer.
-¿Cuánto tiempo estarás en Colorado?
-Es difícil saberlo.
-Mándame un mensaje en cuanto llegues, ¿quieres? Si vas a quedarte mucho tiempo, me reuniré allí contigo.
Era la única manera de expresar lo que tan desesperadamente deseaba decirle, y por lo que había ido. Deseaba pronunciar las palabras más que nunca, pero supo que hacerlo aquella noche no sería apropiado.
Al escuchar el tono solemne de su voz, Dagny comprendió que aceptaba su confesión, que le ofrecía su rendición y que la perdonaba.
-¿Podrás dejar las fundiciones? -preguntó.
-Tardaré un par de días en arreglar todo, pero podré.
Rearden sabía que Dagny, a través de sus palabras, reconocía, admitía y perdonaba cuando dijo:
-Hank, ¿por qué no vienes a reunirte conmigo en Colorado dentro de una semana? Si vas en avión, llegaremos allí al mismo tiempo. Luego volveríamos juntos.

-De acuerdo... querida.

..*

Dagny dictaba una lista de instrucciones mientras recorría el dormitorio, recogiendo ropas y arreglando rápidamente una maleta. Rearden ya se había marchado y Eddie Willers estaba sentado ante el tocador, tomando notas. Parecía trabajar a su modo usual, silencioso y eficaz, como si no se diera cuenta de los frascos de perfume y de las polveras, como si el tocador fuera un escritorio y aquella habitación, una oficina.
-Te llamaré desde Chicago, Omaha, Flagstaff y Afton -le indicó arrojando unas piezas de ropa interior en la maleta- Si, mientras tanto, llegaras a necesitarme, llama a cualquier operador a lo largo de la línea, con órdenes de detener el tren.
-¿El Comet? -preguntó él tímidamente.
-Sí, ¡diablos!, el Comet.
-De acuerdo.
-No dudes en llamarme, si tienes que hacerlo.
-Bueno, pero no creo que sea necesario.
-En caso de necesidad, trabajaremos mediante llamadas a larga distancia, al igual que cuando... Se detuvo.
-¿Que cuando construíamos la línea "John Galt"? -preguntó él con calma.
Se miraron, sin pronunciar palabra.
-¿Cuál es el último informe de las cuadrillas de construcción? -preguntó ella.
-Todo sigue su marcha. Luego de que te fuiste de la oficina, me comunicaron que los encargados habían empezado su tarea en Laurel, Kansas, y en Jasper, Oklahoma. Los rieles están ya en camino desde Silver Springs. Todo marchará perfectamente. Lo más difícil fue encontrar a...
-¿La gente?
-Así es, a los hombres para poner al frente. Surgieron dificultades en el oeste, en el trecho entre Elgin y Midland. Todos aquellos con quienes contábamos habían desaparecido. No pude encontrar a nadie dispuesto a asumir ninguna responsabilidad en nuestra línea ni en ningún otro sitio. Hasta traté de comunicarme con Dan Conway, pero...
-¿Dan Conway? -preguntó Dagny, interrumpiéndolo.
-Sí, lo intenté. ¿Recuerdas cómo solía tender rieles a un ritmo de 8 km. diarios en aquella zona del país? ¡Oh! Sé que tiene motivos para odiarnos, pero, ¿qué importa eso ahora? Lo encontré, vive en un rancho en Arizona. Lo llamé por teléfono, y le rogué que nos salvara, que se hiciera cargo sólo por una noche del tendido de 8.5 km.. 8.5 km. son los que nos están deteniendo, Dagny, y él es el mejor constructor de vías férreas que existe. Le pedí que aceptara como gesto de caridad hacia nosotros y creo que me comprendió. No estaba enfadado sino más bien triste, pero no quiso aceptar. Me dijo que no hay que sacar a las personas de su tumba... Me deseó suerte y creo que fue sincero... A mi modo de ver, él no fue víctima del famoso elemento destructor, se ha destruido a sí mismo.
-Sí, lo sé.
Eddie vio la expresión de su cara y actuó con rapidez.

-Pero finalmente encontramos a quién poner a cargo de Elgin -dijo forzando su voz para que sonara confiada- No te preocupes, la vía quedará tendida antes de que llegues allí.
Lo miró con una leve sonrisa pensando en la frecuencia con la cual ella misma le había dicho palabras similares y en la desesperada valentía con la que él intentaba ahora manifestarle: "No sufras por nada". Eddie captó su mirada y comprendió, y en su leve sonrisa se pintó una tenue expresión de vergüenza y disculpas.
Volvió a sus notas, irritado consigo mismo por haber quebrantado algún precepto no declarado: "No le hagas las cosas más difíciles". No debería haber mencionado a Dan Conway, pensó, no debería haber dicho alguna cosa que les recordase a ambos la angustia que sentirían, si aún sentían algo, en caso de que fracasaran... Se preguntó qué le estaba sucediendo. Le parecía inexplicable que su disciplina fallara simplemente porque aquélla era una habitación particular y no una oficina.
Dagny continuó hablando y él escuchó con la vista fija en su libreta, haciendo alguna anotación de vez en cuando, sin permitirse volver a mirarla.
Dagny abrió la puerta de un armario, descolgó un vestido y lo dobló rápidamente, mientras su voz seguía sonando con tranquila precisión. Él no levantó la mirada; percibía su presencia sólo por el sonido de sus vivaces movimientos y de su mesurada voz. Se dio cuenta de qué le sucedía: no quería que se fuera, no deseaba perderla otra vez, tras aquel breve instante de reencuentro. Pero pensar eso, cuando sabía cuán desesperadamente la necesitaba el tren en Colorado, era un acto de deslealtad que nunca había cometido hasta entonces y experimentó una vaga y desolada culpa.
-Manda instrucciones para que el Comet se detenga en todos los puntos de división -le dijo- y para que todos los supervisores se dispongan a informarme sobre...
Eddie levantó la vista, pero no pudo escuchar el resto de la frase. Había visto una bata de hombre colgada en la parte interior de la puerta del armario: una bata azul oscuro, con las iniciales "HR" en el bolsillo superior.
Recordó dónde había visto antes esa prenda, recordó al hombre frente a él, del otro lado de una mesa de desayuno, en el hotel Wayne-Falkland y también cómo ese hombre se había presentado en la oficina de Dagny, sin anunciarse previamente, tarde en la noche, el día de Acción de Gracias. La certeza de que debió haberlo supuesto lo golpeó como el choque subterráneo de 2 movimientos sísmicos opuestos, y un salvaje "¡No!" interior derrumbó todos sus soportes. Lo más terrible era haberlo descubierto por sí mismo.
Siguió aferrado a un solo pensamiento: no debía demostrar que se había dado cuenta, ni manifestar el efecto que eso le causaba. Su disimulo era muy semejante a una tortura física, pero temía violar por 2º vez la intimidad de Dagny: ya lo había hecho descubriendo el secreto de ella, ahora debía mantener oculto el suyo. Se inclinó un poco más sobre la libreta y se concentró en un propósito inmediato: impedir que su mano continuara temblando.
-... hay que construir 75 km. de ruta de montaña y no podemos contar con nada, salvo el material de que ya disponemos.
-Perdona -dijo Eddie con voz apenas perceptible- No te oí bien.

-Dije que quiero un informe de todos los supervisores acerca de cada metro de riel y de cada pieza que está disponible en sus divisiones.
-Bien.
-Hablaré con cada uno de ellos. Haz que acudan a mi vagón en el Comet
-Bien.
-Envía un mensaje extraoficial para que los maquinistas recuperen el tiempo perdido en tales paradas llegando a 100, 120 o hasta 150 km. por hora, y que hagan cualquier cosa que deseen y cuanto necesiten y que por mi parte... ¿Eddie?
-Sí, muy bien.
-¿Eddie, qué te sucede?
Tuvo que mirarla, enfrentarse a ella y mentir desesperadamente por 1º vez en su vida.
-Es que... temo que tengamos inconvenientes legales -dijo.
-Olvídate de eso. ¿No ves que ya no hay más leyes? Ahora todo sucede de acuerdo con el oportunismo de cada uno y, por el momento, somos nosotros quienes ponemos las condiciones.
Una vez que Dagny estuvo lista, él llevó su maleta a un taxi y poco después la transportó por el andén de la Terminal Taggart hasta el vagón-oficina enganchado al final del Comet. Permaneció en el andén viendo cómo el tren iniciaba su marcha con una sacudida y contempló las luces rojas del vagón que se alejaban lentamente, sumergiéndose en la prolongada oscuridad del túnel. Cuando el tren desapareció de su vista, Eddie Willers sintió lo mismo que cuando se pierde algo con que se había soñado y de lo que no nos damos cuenta hasta considerarlo definitivamente imposible.
Lo rodeaban pocas personas en la plataforma y todas parecían actuar con una reconcentrada falta de naturalidad, como si una amenaza de desastre estuviera adherida a los rieles y aferrada a las vigas de la bóveda, sobre sus cabezas. Pensó con indiferencia que tras un siglo de seguridad, los hombres consideraban una vez más la partida de un tren como algo que implicaba una seria apuesta con la muerte.
Recordó que no había cenado, pero no tenía hambre. Sin embargo, la cafetería subterránea de la Terminal Taggart le ofrecía más ambiente de hogar que ese vacío recinto que ahora era su vivienda, así es que se dirigió hacia allí, porque no tenía otro lugar adonde ir.
La cafetería estaba casi desierta; lo primero que vio al entrar fue la fina columna de humo del cigarrillo del obrero sentado en un rincón oscuro.
Sin saber lo que había puesto en su bandeja, Eddie la llevó hasta la mesa.
-¡Hola! -dijo simplemente al sentarse.
Contempló los cubiertos, preguntándose sobre su propósito. Recordó de pronto para qué servía el tenedor y trató de realizar los movimientos de todo comensal, pero se encontró con que representaban un esfuerzo superior al que podía llevar a cabo. Transcurrido un rato, levantó la mirada y pudo ver que el obrero lo estudiaba atentamente.
"No" -dijo Eddie-. "No me sucede nada... ¡Oh, sí! Han pasado muchas cosas, pero ¿qué importa ya...? Sí, ella ha vuelto. ¿Qué más quiere que le diga sobre eso? ¿Cómo sabe usted que regresó? Claro, supongo que toda la compañía se enteró a los 10 minutos de ocurrir... No, no sé si me alegro... Desde luego, salvará al

ferrocarril durante 1 año o acaso 1 mes... ¿Qué quiere que le diga?... No, ella no me ha dicho con qué cuenta, no me ha dicho qué pensó ni qué sintió. Bien... ¿Qué cree usted que habrá sentido en realidad? Esto es un infierno para ella... Y también para mí. Pero el que yo padezco es culpa mía... No, no puedo hablar de eso. ¿Qué digo hablar? Ni siquiera debo pensar, debo callarme, dejar de pensar... ¡En ella, y en su... en ella!" -Guardó silencio preguntándose por qué la mirada del obrero, que siempre pareció contemplar su interior, ahora lo inquietaba. Miró la mesa: el cenicero estaba colmado de colillas- "Usted también tiene problemas, ¿no es verdad?" -preguntó Eddie.

"Parece que hace mucho tiempo que está sentado aquí, ¿no es cierto? ¿Esperándome? ¿Por qué tenía que esperarme? Usted sabe que nunca imaginé que mi presencia o mi ausencia lo preocuparan; ni la mía ni la de nadie. Usted parecía ser una persona muy segura de sí misma y por eso me agradaba su compañía, porque tenía la sensación de que me comprendía desde siempre, de que nada podía irritarlo, como si nada lo hubiera molestado jamás. Y eso me hacía sentir libre como si... como si no existiera el dolor en el mundo... ¿Sabe lo que tiene de extraño su rostro? Usted parece ser una persona que nunca conoció el dolor, el temor o la culpa... Siento haberme retrasado esta noche, pero tuve que ir a despedirla. Acaba de partir en el Comet... Sí, esta noche, hace sólo un momento... Se ha ido... fue una decisión repentina, de última hora. Quería irse mañana, pero ocurrió algo inesperado y tuvo que marcharse enseguida... Se fue a Colorado... Pero, antes, pasará por Utah... porque ha recibido una carta de Quentin Daniels: el joven abandona su trabajo. La única cosa a la que ella nunca renunciará es a ese motor. ¿Recuerda el motor de que le hablé? ¿De los restos hallados...? ¿Daniels? Es un físico que durante el año pasado trabajó en el Instituto Tecnológico de Utah, intentando descubrir el secreto del motor y volverlo a armar... Pero... ¿por qué me mira de ese modo?... No le he hablado de él hasta ahora porque era un secreto. Un secreto particular de ella y, por otra parte, a usted ¿qué le podía interesar? Pero, ahora, sí puedo hacerlo, porque ese hombre ha renunciado... La puso al corriente de sus motivos. Le dijo que no quiere entregar ningún producto de su mente a un mundo que lo considera un esclavo. Dijo que no quiere ser mártir de nadie, a cambio de entregar un inestimable beneficio... ¿De qué... de qué se ríe?... ¡Cállese! ¿Quiere? ¿Por qué se ríe de esta forma?... ¿Por lo del secreto? ¿El secreto total? ¿Qué quiere decirme con eso? No ha logrado desentrañar el secreto total del motor, si es a eso a lo que se refiere, pero venía bien y tenía excelentes posibilidades. Ahora todo se ha perdido. Ella corre a su encuentro con ánimo de retenerlo, para hacerlo cambiar de parecer; pero creo que es inútil. En cuanto se detiene, esa gente ya no retorna su marcha. Ni uno solo de ellos... Ya no me importa nada. Hemos sufrido tantas pérdidas que estoy acostumbrado...

"¡Oh, no! No es lo de Daniels lo que no puedo tolerar. ¡Déjelo! ¡No me pregunte más! El mundo entero se hace pedazos y ella sigue luchando por salvarlo, mientras yo estoy aquí sentado, recriminándole algo que no tengo derecho a saber... No ha hecho nada que merezca reproche, nada, y además, no está relacionado con el ferrocarril... No me preste atención. No es a ella a quien condeno, sino a mí... Escúcheme. Sé que usted quiso a Taggart Transcontinental tanto como yo, que había significado algo especial para usted, que era algo

personal, y por eso le gustaba escucharme hablar de la empresa, pero esto... de lo que hoy me enteré, no tiene nada que ver con el ferrocarril y carece de importancia para usted. Olvídelo... Se trata de algo que ignoraba de ella, eso es todo... Nos criamos juntos y pensé que la conocía a fondo, pero me equivoqué... Creo que llegué a pensar que no tenía vida privada... Para mí, no era una persona ni... ni una mujer; era el ferrocarril. Y no pensé que nadie tendría nunca la audacia de mirarla de otro modo... Me sirve de lección.
"Olvídelo... ¡Olvídese de ello! ¿Quiere? ¿Por qué me pregunta de ese modo? Es su vida privada. ¿Qué puede importarle?... Deje ese tema, por favor. ¿No ve que no debo hablarle de eso?... No ha sucedido nada y no me ocurre nada. Solamente... pero, ¿por qué estoy mintiendo? No puedo mentirle. Usted parece comprenderlo todo, es peor que intentar mentirme a mí mismo... Y me he mentido. No sabía lo que sentía hacia esa mujer. ¿El ferrocarril? Soy un maldito hipócrita. Si el ferrocarril era todo lo que ella en verdad significaba para mí, esto no me habría afectado de semejante modo, no habría tenido deseos de matar a ese hombre... pero... ¿qué le ocurre esta noche? ¿Por qué me mira así?... ¿Qué nos sucede a todos? ¿Por qué sólo queda desdicha a nuestro alrededor? ¿Por qué sufrimos tanto? No era ése nuestro destino. Siempre creí que debíamos ser felices y que la dicha era nuestro destino natural. ¿Qué hacemos? ¿Qué hemos perdido? Un año atrás no le hubiera recriminado que encontrase lo que ella deseaba, pero sé que los 2 están condenados y yo también, igual que todo el mundo.
"Ella era todo lo que yo tenía... ¡Me parecía tan maravilloso vivir! ¡Constituía una posibilidad tan bellal... No supe hasta qué punto la amaba ni comprendí que eso representaba nuestro amor, el suyo, el mío y el de usted; pero el mundo está pereciendo y no podemos evitarlo. ¿Por qué nos destruimos? ¿Quién nos dirá la verdad? ¿Quién nos salvará? ¿Quién es John Galt?... Pero ya nada sirve, ya nada importa. ¿Por qué debería sentir algo? No duraremos mucho más. ¿Por qué debería importarme lo que ella haga? ¿Por qué debería procuparme que se acueste con Hank Rearden?... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué le pasa? ¡No se vaya! ¿Adónde va?"

CAPÍTULO X

EL SIGNO DEL DÓLAR

Estaba sentada junto a la ventanilla del vagón, con la cabeza echada hacia atrás, deseando no tener que volver a moverse jamás.
Los postes telegráficos desfilaban veloces ante la ventanilla, pero el tren parecía perdido en el vacío, entre una franja oscura de pradera y una extensión de sólidas y perezosas nubes grises. El atardecer se desangraba en el cielo, pero no por la herida del ocaso sino que más bien parecía el colapso de un cuerpo anémico que derramaba sus últimas gotas de vida y de luz. Avanzaban hacia el oeste, persiguiendo los últimos rayos de sol que desaparecían lentamente de la Tierra. Se quedó quieta, sin ganas de resistirse.

Hubiera deseado no escuchar los sonidos de las ruedas, que latían a un ritmo constante, acentuando el cuarto tiempo, como el redoble de una inútil estampida, o los pasos de un enemigo dispuesto a cumplir un inexorable propósito.
No había experimentado nunca ese sentimiento de desazón ante la visión de una pradera; los rieles eran tan sólo una frágil hebra, estirada en medio de un vacío inmenso, un nervio consumido y a punto de romperse.
Nunca creyó que ella, que siempre se había considerado la fuerza impulsora a bordo de un tren, pudiera ahora quedarse allí, deseando, como un niño o un salvaje, que el tren continuara moviéndose, que no se detuviera, que la llevara a destino en el tiempo indicado. Pero lo deseaba no como un acto de voluntad, sino como una súplica hacia algo desconocido y tenebroso.
Pensó en cuánto había cambiado todo en un mes. Lo había visto en los rostros de la gente en las estaciones y los obreros de las vías, los guardabarreras y los empleados ferroviarios en general, que siempre la habían saludado a lo largo de la línea, sonriendo jovialmente, jactándose de conocerla... todos tenían ahora un aire pétreo y volvían hacia otro lado los rostros cansados e inescrutables. Hubiera deseado gritarles como disculpa: "¡No soy yo la responsable de todo esto!". Pero luego recordó que lo había aceptado y que tenían derecho de odiarla, que ella era esclava y capataz de esclavos a la vez, al igual que cualquier otro ser humano en el país, y odio era lo único que las personas podían sentir.
Durante 2 días se había sentido relativamente segura al ver las ciudades que desfilaban ante la ventanilla: las fábricas, los puentes, los anuncios luminosos, los letreros publicitarios sobre los techos de las casas, la atestada, decidida, activa y viviente homogeneidad del oriente industrial.
Pero las ciudades iban quedando atrás. El tren se zambullía en las praderas de Nebraska, y el ruido de los acoples sonaba como si temblaran de frío. Vio formas solitarias que habían sido granjas en medio de terrenos estériles, en otro tiempo cultivados. El gran estallido de energía en el este, generaciones atrás, había ido esparciendo brillantes regueros en aquella inmensidad; algunos habían desaparecido, pero otros seguían visibles. La asombró el modo en que las luces de una pequeña ciudad pasaban ante ella, desapareciendo enseguida y dejando tras de sí una oscuridad mayor que la que había antes, pero no se movió para encender la luz. Seguía en la misma actitud, contemplando las extrañas ciudades y cada vez que un rayo de luz le daba en la cara sentía como si alguien la hiciera objeto de un momentáneo saludo.
Vio letreros escritos en las paredes de modestas estructuras y también en tejados llenos de hollín, en esbeltas chimeneas y en las bóvedas de grandes depósitos: "Maquinaria Agrícola Reynolds", "Cemento Macey", "Quinlan & Jones, Fardos de Alfalfa", "Casa de Colchones Crawford", "Benjamín Wylie - Cereales y Forraje". Palabras levantadas como banderas en la vacía oscuridad del firmamento, inmóviles formas de movimiento, de es-fuerzo, de valor, de esperanza, monumentos a los logros conseguidos en la orilla del vacío de la naturaleza, por hombres que una vez habían sido libres. Vio, cual latidos en la negra intimidad de los páramos, casas, pequeños comercios, amplias calles con luz eléctrica, y vio a los fantasmas flotando entre los vestigios de pueblos: restos de ciudades, esqueletos de fábricas con sus chimeneas derrumbadas, cadáveres de tiendas con sus vitrinas rotas y postes torcidos de los que pendían jirones de cables; vio

también el raro espectáculo de un taller mecánico: una resplandeciente y blanca isla de acero y cristal, debajo del enorme peso negro del cielo y del espacio; vio un gran helado armado con tubos luminosos que colgaba en una esquina, y un destartalado automóvil a cuyo volante había un muchacho, y del que salía una chica con su vestido blanco ondeando en el viento estival. Sintió un escalofrío por ambos, pensando: "No puedo mirarlos. Sé lo que costó que puedan disfrutar de esta tarde, de ese coche y del helado que van a comprar por 25 centavos". Vio, en el límite de una ciudad, un edificio resplandeciendo con franjas de pálida luz azul: la luz industrial que tanto amaba, y siluetas de máquinas en las ventanas, y un cartel en las tinieblas por encima del techo.

De repente, apoyó la cabeza en el brazo y empezó a llorar en silencio, por la noche, por sí misma y por lo que quedara de humano en cada persona: "No dejes que suceda... no dejes que se pierda...".

Se puso de pie, encendió la luz y se esforzó en recuperar el dominio sobre sí misma, sabiendo que tales momentos constituían su mayor peligro. Las luces de la ciudad habían quedado atrás y su ventana era otra vez un rectángulo vacío. Oyó, en el silencio, en la progresión del cuarto golpe de las ruedas, los pasos del enemigo, imposibles de ser detenidos o apresurados.

En su imperiosa necesidad por ver actividad, decidió no pedir la cena en su vagón, sino ir al coche comedor. Como para incrementar su soledad, una voz burlona repercutió en su mente: "No dirigirías trenes si estuvieran vacíos". Apretó el paso mientras se exigía, irritada: "¡Vamos! ¡Olvídalo!".

A medida que se acercaba al extremo del vagón, se sorprendió al oír voces. Cuando abrió la puerta, escuchó un grito entre los 2 coches:

-¡Fuera de aquí, condenado!

Un vagabundo de edad avanzada se había refugiado en un rincón. Estaba sentado en el suelo demostrando ya no tener fuerzas para ponerse de pie o para preocuparse de ser atrapado. Miraba a los ojos al guarda, absolutamente consciente pero desinteresado. El tren estaba aminorando la marcha para tomar un trecho de vía en malas condiciones; el guarda había abierto la puerta, por la que entraban ráfagas de viento, y gesticulaba en dirección al negro vacío, ordenando al intruso:

-¡Vamos! ¡Bájate de una vez o te patearé la cabeza!

El rostro del vagabundo no denotaba sorpresa, protesta, ira, ni esperanza, como si, desde mucho tiempo atrás, hubiera desechado todo juicio acerca de un acto humano. Se dispuso obedientemente a levantarse, tanteando con la mano los remaches de la pared del vagón. Miró a Dagny sin verla: estaba tranquilamente dispuesto a cumplir una orden que, teniendo en cuenta sus condiciones, significaría una muerte segura.

Dagny miró al guarda, pero no vio nada en su cara, salvo la ciega malevolencia de la ira largamente reprimida, que estallaba sobre el primer objeto disponible, casi sin conciencia de la identidad del objeto. Aquellos 2 hombres ya no se veían mutuamente como seres humanos.

La ropa del vagabundo era un conjunto de remiendos y zurcidos, sobre una tela tan rígida y brillante a causa del uso, que parecía a punto de quebrarse como el cristal con cada uno de sus movimientos, pero Dagny se fijó en que el cuello de su camisa estaba perfectamente blanco y conservaba aún su forma. Se había puesto

de pie y miraba indiferente el negro vacío, abierto sobre kilómetros de desierto, donde nadie daría con su cuerpo, ni oiría su voz si sobrevivía. El único gesto que hizo fue el de apretar aún más la pequeña y sucia bolsa que llevaba, como para asegurarse de que no iba a perderla al saltar del tren.
Fue aquel cuello blanco y su ademán de proteger sus últimas pertenencias -aquel gesto indicativo de un sentido de propiedad- lo que provocó a Dagny una emoción repentina, muy semejante a una puntada de dolor.
-¡Espere! -exclamó.
Los 2 se volvieron hacia ella.
-Deje que sea mi invitado -le dijo al guarda, al tiempo que abría la puerta del siguiente vagón, indicándole al vagabundo: -Entre.
El aludido la obedeció con la misma indiferencia con que se había aprestado a obedecer al guarda. Una vez dentro del vagón permaneció de pie, reteniendo su bolsa y mirando a su alrededor con expresión tan observadora e impasible como antes.
-Tome asiento -le dijo Dagny.
Obedeció una vez más, sin dejar de mirarla, como esperando nuevas órdenes. Había cierta dignidad en sus modales que expresaban la honradez de quien admite no poder exigir nada, ni ofrecer excusas, ni formular preguntas, sólo aceptar lo que se le ofrezca.
Parecía tener unos 50 y tantos años, y la estructura de sus huesos y la holgura de sus ropas sugerían que, en otros tiempos, había sido más corpulento. La muerta indiferencia de su mirada no borraba por completo la evidencia de que aquellos ojos habían sido inteligentes. Las arrugas que surcaban su cara como signos de una increíble amargura no habían eliminado la afabilidad peculiar de un hombre honrado.
-¿Cuándo comió por última vez? -preguntó Dagny.
-Ayer -repuso el hombre- Creo.
Dagny llamó al camarero y le ordenó que llevara a su vagón una cena para 2.
El vagabundo la había estado mirando en silencio, pero cuando el empleado se marchó, ofreció a Dagny el único pago que podía realizar en forma de una frase de excusa.
-No quisiera ocasionarle ninguna molestia, Sra. -dijo.
-¿Qué molestia? -preguntó ella, sonriendo.
-Usted está viajando con uno de esos magnates de los ferrocarriles, ¿verdad?
-No, estoy sola.
-Entonces, ¿es esposa de uno de ellos?
-No.
-¡Oh! -Dagny pudo descubrir el esfuerzo que hacía para adoptar una expresión semejante al respeto, como si quisiera disculparse por haberla obligado a una confesión inoportuna, cosa que la hizo reír.
-No es así, tampoco eso. Lo que ocurre es que yo misma soy una magnate. Me llamo Dagny Taggart y trabajo para esta compañía.
-¡Oh!... Creo haber oído hablar de usted... en los viejos tiempos.
Resultaba difícil adivinar lo que "viejos tiempos" significaba para él: tal vez un mes atrás, quizás un año. La miraba con cierto interés concentrado en el pasado, como

si pensara que había existido una época durante la cual la habría considerado como un personaje digno de ser visto.
-¿Es usted la Sra. que dirigía un ferrocarril? -le preguntó.
-Sí -contestó Dagny- Lo hacía.
No demostró asombro alguno ante su decisión de ayudarlo. Parecía haber presenciado tantas brutalidades, que prefería no comprender, ni confiar, ni esperar nada.
-¿Cuándo subió al tren? -preguntó Dagny.
-En la central de la división, Sra.. La puerta no estaba cerrada y pensé que nadie me encontraría hasta mañana, por tratarse de un vagón particular.
-¿Adónde se dirige?
-No lo sé. -Aquella respuesta parecía destinada a despertar compasión, así que corrigió enseguida: -Sólo pretendía mantenerme en movimiento hasta encontrar un sitio donde existiera la posibilidad de encontrar trabajo.
Aquellas palabras sintetizaban su intento de asumir la responsabilidad por un propósito personal, en vez de querer poner la carga de su propia inestabilidad a merced de la piedad de ella. Una tentativa de idéntico valor al del cuello de su camisa. -¿Qué tipo de trabajo busca?
-La gente ya no busca tipos de trabajo, Sra. -respondió impasible- Tan sólo trabajo.
-¿Qué clase de lugar anda buscando?
-Pues... alguno en el que haya fábricas, supongo.
-¿No está yendo en la dirección equivocada? Las fábricas están en el este.
-No -contestó con firmeza- Hay demasiada gente en el este y las fábricas están demasiado vigiladas. He pensado que existen mejores posibilidades en algún sitio donde haya menos gente y menos leyes.
-¿De modo que huye? ¿Es un fugitivo de la ley?
-No en el sentido de los viejos tiempos, Sra.. Pero tal como están las cosas, creo que sí. Quiero trabajar.
-¿A qué se refiere?
-Ya no hay trabajo en el este. Ningún empresario puede dar empleo, porque disponer de una vacante significa arriesgarse a ir a la cárcel. Tan sólo puede obtenerse trabajo a través de la Oficina de Unificación, pero esa oficina ya tiene una larga fila de amigos esperando por un empleo, tiene más amigos que parientes un millonario. Bueno, yo... no tengo amigos ni dinero.
-¿Dónde ha trabajado?
-Llevo 6 meses vagando por el país... o quizás algo más, tal vez cerca de un año, no estoy seguro. Realicé diversas tareas, casi siempre en granjas, pero cada vez hay menos posibilidades. Los granjeros lo miran a uno con desdén, no les gusta ver a un hombre que se muere de hambre, pero ellos están cerca de terminar igual. Ya no tienen trabajo, ni comida que ofrecer y lo que aún les queda, si no se lo llevan los recaudadores de impuestos, lo arrebatarán los bandidos que merodean por el país en pandillas. Los "deserto-res", como suelen llamarlos.
-¿Cree que hay mejores condiciones en el oeste?
-No, no lo creo.
-Entonces, ¿por qué va hacia allí?

-Porque no lo he probado aún, y es lo único que me queda: un nuevo lugar adonde dirigirme. Hay que mantenerse en movimiento... ¿Sabe? No creo que sirva de nada -agregó de repente-, pero en el este no me quedaba otra cosa sino sentarme junto a una cerca y dejarme morir. No me importa mucho tener que morir, sé que sería lo más fácil, pero considero un pecado dejar que la vida se marche sin hacer un esfuerzo por conservarla.
Dagny recordó, de pronto, a los parásitos modernos, infectados de intelectualismo, con su enfermizo aire de rectitud moral, cuando expresaban sus brillantes discursos acerca de la preocupación que sentían por el bienestar ajeno. La última frase del vagabundo constituía una de las declaraciones de más profundo sentido moral que hubiera escuchado, pero él no lo sabía. Lo había dicho con su voz impasible y débil, de un modo simple, seco, sin otorgarle ninguna importancia.
-¿De qué parte del país viene? -interrogó Dagny.
-De Wisconsin, Sra. -repuso.
El camarero entró con la cena, puso la mesa y cortésmente preparó 2 sillas, sin demostrar asombro alguno ante el aspecto del invitado.
Dagny miró la mesa, pensando en que la magnificencia de un mundo en el cual las personas pueden darse el lujo de tener servilletas almidonadas y recipientes con hielo representaba el remanente de una época en la que el propio sustento no constituía un delito, y una comida no tenía el carácter de carrera contra la muerte. Pero era un residuo que acabaría por desaparecer como aquel blanco taller mecánico, a orillas de los matorrales del desierto.
Se dio cuenta de que el vagabundo, si bien había perdido la fuerza para ponerse de pie, conservaba cierto respeto hacia el significado de las cosas dispuestas ante él. No se arrojó sobre la comida, sino que se esforzó en mantener la compostura al desplegar la servilleta y tomar el tenedor al mismo tiempo que ella, con mano temblorosa, como si todavía supiera que aquello seguía constituyendo algo natural en los seres humanos, sin que importaran las indignidades a que se hubieran visto obligados.
-¿A qué se dedicaba... en los viejos tiempos? -preguntó Dagny cuando el camarero ya se había retirado- Alguna fábrica, ¿verdad?
-Sí, Sra..
-¿Qué oficio?
-Especialista en torno.
-¿Dónde trabajó por última vez?
-En Colorado, Sra., para la compañía de automóviles Hammond.
-¡Ah!
-¿Le ocurre algo, Sra.?
-No, nada. ¿Estuvo mucho tiempo allí?
-Sólo 2 semanas.
-¿Por qué?
-Llevaba 1 año esperando en Colorado, tan sólo para obtener ese empleo. Allí también tenían una larga lista de aspirantes, pero no tomaban a la gente por amistad ni por antigüedad, sino basándose en los antecedentes de cada uno. Mi currículum era bueno, pero a las 2 semanas de obtener el puesto, Lawrence Hammond desapareció y cerraron la fábrica. Luego se formó un comité de ciudadanos que la abrió de nuevo y me llamaron, pero sólo duró 5 días porque

empezaron casi enseguida a despedir gente, y tuve que marcharme. Después me enteré de que el comité de ciudadanos funcionó unos 3 meses y que tuvieron que cerrar la fábrica definitivamente.
-¿Dónde trabajó antes?
-Estuve en casi todos los Estados del este, Sra., pero nunca más de 1 o 2 meses, porque las fábricas iban cerrando.
-¿Le pasó eso en todos sus empleos?
La miró como si comprendiera perfectamente la pregunta. -No, Sra. -contestó y por primera vez ella notó un débil eco de orgullo en su voz- El primer trabajo me duró 20 años. No siempre en la misma tarea, pero sí en la misma empresa. Llegué a capataz. De todo esto hace ya 12 años. Luego, el dueño de la fábrica murió y sus herederos la arruinaron. Eran malos tiempos entonces, pero desde esa época han empeorado, hasta que todo se fue derrumbando cada vez más rápido. Desde entonces, parece que todos los lugares a los que acudo se desmoronan. Al principio pensamos que era sólo un Estado u otro, y muchos creíamos que Colorado resistiría, pero también se hundió. Adondequiera que mirase, los trabajos cesaban, las fábricas cerraban y las máquinas se detenían. -Lentamente, en un murmullo, presa de un secreto terror, añadió: -Los motores... se... detenían... -Luego elevó la voz: -¡Oh, Dios mío! ¿Quién es...?
Se interrumpió.
-¿...John Galt? -completó Dagny.
-Sí -admitió el desconocido moviendo la cabeza cual si quisiera alejar de sí alguna inoportuna visión- Pero no me gusta usar esa expresión.
-A mí tampoco. Me gustaría saber por qué la gente empezó a repetirla y quién fue el autor de la frase.
-Eso es, eso es lo que temo, a lo mejor fui yo.
-¿Cómo?
-Yo, o cualquiera de los otros 6.000 trabajadores, pero debió partir de nosotros. Aunque espero estar equivocado.
-¿Qué quiere decir?
-En la fábrica donde trabajé 20 años ocurrió algo extraño. Fue cuando el viejo murió y se hicieron cargo sus herederos. Eran 3: 2 hijos y 1 hija, que pusieron en práctica un nuevo plan para dirigir la empresa. Nos dejaron votar la aceptación de ese plan, y todo el mundo, o casi todo el mundo, lo hizo favorablemente, porque no sabíamos en realidad de qué se trataba. Creíamos que era bueno, o mejor dicho, pensamos que se esperaba de nosotros que lo consideráramos bueno. Consistía en que cada empleado en esa fábrica trabajaría según su habilidad o destreza, y sería recompensado de acuerdo con sus necesidades. Nosotros... pero ¿qué le ocurre, Sra.? ¿Por qué me mira de ese modo?
-¿Cómo se llamaba esa fábrica? -preguntó Dagny con voz apenas perceptible.
-Twentieth Century Motor Company, Sra.. En Starnesville, Wisconsin.
-Continúe.
-Votamos por el plan en una gran reunión a la que asistimos unos 6.000, es decir, todos los que trabajábamos allí. Los herederos de Starnes pronunciaron largos discursos, no demasiado claros, pero nadie hizo preguntas. Ninguno estaba seguro de cómo funcionaría ese plan, pero todos pensábamos que nuestros compañeros lo habían comprendido. Si alguien tenía dudas al respecto, se sentía

culpable y debía mantener la boca cerrada, porque todo aquel que se opusiera al plan habría parecido un desalmado, al que no era justo considerar humano. Nos dijeron que aquel plan significaba la concreción de un ideal muy noble. ¿Cómo íbamos toda pensar lo contrario? ¿Acaso no habíamos oído decir durante nuestra vida, a nuestros padres y maestros, y a los pastores religiosos, leído en todos los periódicos y visto en todas las películas, y escuchado en todos los discursos públicos, que aquello era recto y justo? Quizá nuestra conducta en la reunión podía ser comprensible hasta cierto punto. Votamos por el plan, y conseguimos lo previsto. Usted sabe, Sra., que quienes trabajamos durante los 4 años del plan en la fábrica Twentieth Century somos hombres marcados. ¿Qué se supone que es el infierno? Maldad, pura y simple, ¿verdad? Pues bien, eso es lo que vimos allí y lo que ayudamos a construir. Creo que estamos condenados por eso y quizá no se nos perdone nunca...

"¿Sabe cómo funcionó aquel plan y cuáles fueron sus efectos en nosotros? -continuó explicando el vagabundo- Es como verter agua en un depósito en cuya parte inferior hay un caño por el que se vacía con más rapidez de la que usted lo llena y cada cubo que echa dentro ensancha ese desagüe cada vez más, entonces cuanto más uno duramente trabaja, más se le exige; primero trabaja 40 hs. semanales, luego 48, y, más tarde, 56. Para pagar la cena del vecino, la operación de su mujer, el sarampión del niño, la silla de ruedas de su madre, la camisa de su tío, la educación de su sobrino, o para el niño que ha nacido en la casa de al lado, o el que va a nacer; en fin, para cuantos lo rodean, y que han de recibirlo todo, desde pañales a dentaduras postizas, mientras uno trabaja del amanecer a la noche, un mes tras otro y un año tras otro, sin tener para mostrarles a esas personas más que el propio sudor, sin otra expectativa que la complacencia de los demás para el resto de su vida, sin descanso, sin esperanza, sin final... De cada uno según sus capacidades, para cada uno de acuerdo con sus necesidades...

"Nos dijeron que formábamos una gran familia, que todos participábamos en la empresa juntos, pero no todos trabajábamos ante la luz de acetileno 10 hs. diarias, ni padecíamos a la vez un dolor de vientre. ¿Cómo establecer, de un modo exacto, la capacidad de unos y las necesidades de otros? Cuando todo se mete en una olla no es posible permitir que cualquiera decida sobre sus propias necesidades, ¿verdad? Si lo hace, pronto cada uno acabará pidiendo un yate, y si sus sentimientos son los únicos valores en que podemos basarnos, nos demostrará que es válido. ¿Por qué no? Si no tengo derecho a tener un coche hasta que caiga en una sala de hospital por haber trabajado para proporcionarle uno a cada holgazán y a cada salvaje del mundo, ¿por qué no puede exigirme también un yate, si aún sigo de pie, si no he colapsado? ¿No? ¿Por qué no? Y entonces, ¿por qué no exigirme también que prescinda de la crema de mi café, hasta que él haya podido pintar su habitación...? ¡Oh, bien!... Acabamos decidiendo que nadie tenía derecho a juzgar sus propias necesidades o sus propias convicciones, y que era mejor votar sobre ello. Sí, Sra., votábamos en una reunión pública que se celebraba 2 veces al año. ¿De qué otro modo podíamos hacerlo? ¿Imagina lo que sucedía en semejantes reuniones? Bastó una sola para descubrir que nos habíamos convertido en mendigos, en unos mendigos de mala muerte, gimientes y llorones, ya que nadie podía reclamar su salario como una

ganancia lícita, nadie tenía derechos ni sueldos. Su trabajo no le pertenecía, sino que pertenecía a `la familia', mientras que ésta nada le debía a cambio y lo único que podía reclamarle eran sus propias `necesidades', es decir, suplicar en público un alivio, como cualquier pobre cuando detalla sus preocupaciones y miserias, desde los pantalones remendados al resfriado de su mujer, esperando que `la familia' le arrojara una limosna.

"Tenía que declarar sus miserias, porque la moneda de aquel reino eran las miserias y no el trabajo, así que se convirtió en una competencia de 6.000 pordioseros, en la que cada uno reclamaba que su necesidad era peor que la de sus hermanos. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¿Quiere saber lo que ocurrió? ¿Quiere saber quiénes mantuvieron la calma, sintiendo vergüenza, y quiénes se aprovecharon de la situación?

"Pero eso no fue todo. En la misma reunión se descubrió otra cosa. La producción de la fábrica había disminuido en 40% en el 1º semestre, y se llegó a la conclusión que alguien no había trabajado 'de acuerdo con su destreza o capacidad'. ¿Quién era? ¿Cómo averiguarlo? La 'familia' votó también sobre eso. Así se determinó quiénes eran los más capacitados, y a éstos se los sentenció a trabajar horas extra cada noche durante los siguientes 6 meses. Horas extra sin paga, porque no se pagaba por el tiempo trabajado, ni por la tarea realizada, sino tan sólo según las necesidades.

"¿Quiere que le cuente lo que sucedió después? ¿Y en qué clase de seres nos fuimos convirtiendo, los que alguna vez habíamos sido humanos? Empezamos a ocultar nuestras capacidades y conocimientos, a trabajar con lentitud y a procurar no hacer las cosas con más rapidez o mejor que un compañero. ¿Cómo actuar de otro modo, cuando sabíamos que rendir al máximo para la familia no significaba que fueran a darnos las gracias ni a recompensarnos, sino que nos castigarían? Sabíamos que si un sinvergüenza arruinaba un grupo de motores, originando gastos a la compañía, ya fuese por descuido o por incompetencia, seríamos nosotros los que pagaríamos esos gastos con horas extra y trabajando hasta los domingos. Por eso, nos esforzamos en no sobresalir en ningún aspecto.

"Recuerdo a un joven que empezó lleno de entusiasmo por ese noble ideal, un muchacho brillante, sin estudios, pero con una inteligencia asombrosa. El 1º año ideó un plan de trabajo que nos ahorró miles de horas-hombre y lo entregó a 'la familia', sin pedir nada a cambio, aunque tampoco hubiera podido hacerlo. Se portó como creía correcto, lo hacía por el ideal, según dijo. Pero cuando en una votación lo declararon el más inteligente de todos, y lo sentenciaron a trabajar de noche porque no habíamos conseguido extraerle aún lo suficiente, cerró la boca y el cerebro. Le aseguro que el 2º año no aportó ninguna idea nueva.

"¿Qué era eso que siempre nos habían dicho acerca de la competencia descarnada del sistema de ganancias, donde los hombres debían competir por ver quién realizaba mejor trabajo que sus colegas? ¿Cruel, no es así? Deberían haber visto lo que ocurría cuando todos competíamos por realizar el trabajo lo peor posible. No existe medio más seguro para destruir a un hombre que ponerlo en una situación en la que no sólo no desee mejorar, sino que, además, día tras día se esfuerce por cumplir peor con sus obligaciones. Dicho sistema acaba con él mucho antes que la bebida o el ocio, o los malabares para tener una existencia digna. Pero no podíamos hacer otra cosa, estábamos condenados a la impotencia.

La acusación que más temíamos era la de capacidad o diligencia. La habilidad era como una hipoteca insalvable sobre uno mismo.
"¿Para qué teníamos que trabajar? Sabíamos que el salario básico se nos entregaría de todos modos; trabajáramos o no, recibiríamos la 'asignación para casa y comida', como se la llamaba, y más allá de eso no había oportunidades de recibir nada, no importaba cuánto se hubiera uno esforzado. No podíamos planear la compra de un traje nuevo para el año siguiente porque quizá nos entregarían una 'asignación para vestimenta', o quizá no. Dependía de si alguien no se rompía una pierna, necesitaba una operación o traía al mundo más niños, y si no había dinero suficiente para adquirir ropas nuevas para todos, no lo habría para nadie.
"Recuerdo a cierto hombre que había trabajado duramente toda su vida porque siempre había querido que su hijo fuera a la universidad. Bueno, el muchacho terminó la secundaria durante el 2º año del plan, pero 'la familia' no quiso entregar al padre ninguna asignación para que el chico siguiera sus estudios. Dijeron que no podía ir a la universidad hasta que hubiera suficiente dinero para que los hijos de todos pudieran hacerlo. El padre murió al año siguiente en una riña de bar. Una pelea sobre nada en particular, en la que salieron a relucir navajas. Ese tipo de altercados se estaban haciendo muy frecuentes entre nosotros.
"También, había un viejo viudo y sin familia que tenía una afición: los discos fonográficos. Creo que era todo cuanto pudo desear conseguir de la vida. En otros tiempos solía ahorrar en comida para poder comprar algún disco nuevo de música clásica. Pues bien: no le dieron 'asignación' para discos por considerarlo 'un lujo personal', pero durante esa misma reunión, una niña fea y desagradable, de 8 años, llamada Millie Bush, que era la hija de alguno, consiguió que votaran para comprarle una ortodoncia de oro, porque se trataba de una 'necesidad médica' según el psicólogo, que consideró que si no se enderezaban sus dientes, la niña tendría un complejo de inferioridad. El viejo amante de la música se dio a la bebida, hasta tal punto que rara vez lo veíamos sobrio. Pero había algo que no podía olvidar. Cierta noche, mientras se tambaleaba por una calle, vio a Millie Bush y la golpeó hasta que la dejó sin un solo diente.
"La bebida era lo único que nos proporcionaba algún consuelo y todos nos volcamos a ella en mayor o menor grado. No pregunte de dónde sacábamos el dinero. Cuando todos los placeres decentes quedan prohibidos, existen siempre medios para llegar a los vicios. No se entra a robar a un bar durante la noche ni se registran los bolsillos de un compañero para comprar sinfonías o adquirir accesorios de pesca, pero sí para emborracharse y olvidar. ¿Accesorios de pesca? ¿Escopetas de caza? ¿Cámaras fotográficas? No existían asignaciones para ese tipo de pasatiempos. La 'diversión' fue lo 1º que quedó descartado.
"¿No se supuso siempre que uno debe avergonzarse por cuestionar cuando alguien nos pide que dejemos algo, especialmente si es algo que nos da placer? Hasta nuestra 'asignación para cigarrillos' quedó reducida a 2 paquetes mensuales, porque, según dijeron, el dinero debía usarse para comprar leche para los niños. La producción de niños fue lo único que no disminuyó, sino que, por el contrario, se hizo cada vez mayor. La gente no tenía otra cosa que hacer y, por otra parte, no había de qué preocuparse, ya que los niños no eran una carga para los padres, sino para 'la familia'. En realidad, la mejor posibilidad para obtener un

respiro durante algún tiempo era recibir una ‘asignación infantil’, o enfermarse gravemente.

"Pronto nos dimos cuenta de cómo funcionaba aquello. Quien quisiera jugar limpio debía privarse de todo, perder el gusto por los placeres, aborrecer el tabaco o los chicles, preocupado de que hubiese alguien que necesitara más esas monedas. Sentía vergüenza de la comida que tragaba, preguntándose quién la habría pagado con sus horas extra, pues sabía que esa comida no era suya por derecho propio y prefería ser engañado antes que engañar. Podía aprovecharse, pero no hasta el punto de chupar la sangre de otro. No se casaba ni ayudaba en su hogar para no ser una nueva carga para ‘la familia’. Además, si conservaba cierto sentido de la responsabilidad, no podía tener hijos, puesto que no le era posible planear, prometer ni contar con nada. Pero los desorientados y los irresponsables se aprovecharon. Trajeron niños al mundo, se casaron, y trajeron consigo a todos los indignos parientes que tenían en todo el país, y a cada hermana soltera que quedaba embarazada; y con el fin de obtener ‘asignaciones por incapacidad’, contrajeron más enfermedades de las que cualquier médico podía atender, arruinaron sus ropas, sus muebles y sus casas, ¡total qué importaba!: ‘la familia’ pagaba todo. Así, encontraron más modos de tener ‘necesidades’ que los que nadie hubiera podido imaginar, desarrollaron una habilidad especial para eso, la única habilidad que mostraban.

"¡Por Dios, Sra.! ¿Se da cuenta de lo que sucedió? Se nos había dado una ley con la cual vivir y que llamaban ley moral, que recompensaba con castigos a quienes la cumplían. Cuanto más tratábamos de vivir de acuerdo con esa ley, más sufríamos, y cuando más la burlábamos, mayores recompensas obteníamos. La honestidad era una herramienta entregada a la deshonestidad ajena. Los honestos pagaban, mientras los deshonestos cobraban. El honesto perdía y el deshonesto ganaba. ¿Cuánto tiempo puede un ser humano permanecer bueno con semejante ley? Eramos un grupo de personas decentes al principio. No había demasiados oportunistas entre nosotros. Conocíamos nuestra tarea, nos sentíamos orgullosos de ella, y trabajábamos para la mejor fábrica del país, propiedad del viejo Starnes, que sólo admitía en su plantel a los más selectos obreros. Al cabo de 1 año del nuevo plan, no quedaba entre nosotros ni una sola persona decente. Aquello era maldad, la clase de maldad horrible e infernal con la que los predicadores solían asustarnos, pero que nunca imaginamos que existiera. No es que el plan haya incentivado a unos cuantos bastardos, sino que transformó a la gente decente en cretinos, sin que se pudiera obrar de otra manera... ¡y a eso le llamaban ideal moral!

"¿Para qué habríamos de trabajar? ¿Por amor a nuestros hermanos? ¿Qué hermanos? ¿Para los aprovechadores, los sinvergüenzas, los holgazanes que veíamos a nuestro alrededor? Si eran simuladores o incompetentes, si no querían trabajar o estaban incapacitados para hacerlo, ¿qué nos importaba a nosotros? Si quedábamos sometidos de por vida al nivel de su capacidad, fingida o real, ¿para qué preocuparnos? No teníamos manera de saber cuáles eran sus verdaderas condiciones, carecíamos de medios para controlar sus necesidades. Lo único que se sabía era que estábamos convertidos en bestias de carga, luchando ciegamente, en un lugar que era mitad hospital, mitad almacén, sin marchar hacia ningún objetivo, excepto la incompetencia, el desastre y las enfermedades.

Eramos bestias colocadas allí como instrumentos de aquél que quisiera satisfacer las necesidades de otro.
"¿Amor fraternal? Fue entonces cuando aprendimos a aborrecer a nuestros hermanos por 1º vez en la vida. Los odiábamos por todas las comidas que ingerían, por los pequeños placeres que disfrutaban, por la nueva camisa de uno, el sombrero de la esposa de otro, una salida familiar, o la pintura de la casa, porque todo eso nos era quitado a nosotros, era pagado con nuestras privaciones, nuestras renuncias y nuestra hambre. Empezamos a espiarnos unos a otros, con la esperanza de sorprendernos en alguna mentira acerca de las necesidades y disminuir las asignaciones en la siguiente reunión. Y empezamos a servirnos de espías, que informaban acerca de los demás, revelando, por ejemplo, si alguien había comido pavo el domingo, posiblemente pagado con el producto de alguna apuesta. Empezamos a meternos en las vidas ajenas, provocamos peleas familiares para lograr la expulsión de algún intruso. Cada vez que veíamos a alguno saliendo en serio con una chica, le hacíamos la vida imposible, y así arruinamos numerosos compromisos matrimoniales, porque no queríamos que nadie se casara, no queríamos más gente a la que alimentar.
"En los viejos tiempos, el nacimiento de un niño era celebrado con entusiasmo y generalmente ayudábamos a las familias a pagar sus facturas de la clínica si estaban apretadas. Pero luego, cuando nacía un niño, estábamos varias semanas sin dirigir la palabra a sus padres. Para nosotros, los niños eran como las langostas para los agricultores. En otras épocas ayudábamos a quien tuviera enfermos en su casa, pero luego... Voy a contarle un solo caso. Se trataba de la madre de un hombre que llevaba con nosotros 15 años. Era una anciana afable, alegre e inteligente, que nos llamaba por nuestros nombres, y con la que todos simpatizábamos. Un día se cayó por la escalera del sótano, y se fracturó la cadera. Sabíamos lo que eso significaba, a su edad, y el médico dijo que tenía que ser internada en un hospital de la ciudad para someterla a un tratamiento costoso y prolongado. La anciana murió la noche antes de ser trasladada a la ciudad para su internación. Nunca se pudo establecer la causa de su fallecimiento. No sé si fue asesinada; nadie lo dijo, nadie hablaba del tema. Todo cuanto sé es que... y esto es lo que no puedo olvidar... es que yo también deseé que muriera. ¡Que Dios nos perdone! Tal era la hermandad, la seguridad, la abundancia que se suponía que el famoso plan nos iba a brindar.
"¿Qué motivo había para que se predicara esta clase de horror? ¿Sacó alguien algún provecho de todo esto? Sí: los herederos de Starnes. No vaya usted a contestarme que sacrificaron una fortuna y que nos entregaron la fábrica como regalo, porque también en esto nos engañaron. Es verdad que nos dejaron la fábrica, pero los beneficios, Sra., dependen de aquello que se quiere conseguir. Y no había dinero en el mundo que pudiese comprar lo que los herederos de Starnes buscaban, porque el dinero es demasiado limpio e inocente para tal cosa.
"El más joven, Eric Starnes, era un sometido, sin valor ni energía para hacer nada en especial. Resultó electo director del departamento de Relaciones Públicas, que no hacía nada, y tenía a sus órdenes un personal ocioso, por lo cual no tenía por qué quedarse en la oficina. Su paga, en realidad no debería llamarla así, porque no se ‘pagaba’ a nadie... la limosna que se votó para él era muy modesta, algo así como 10 veces mayor que la mía, pero a Eric importaba el dinero, porque no

habría sabido qué hacer con él. Pasaba el tiempo entre nosotros, dando pruebas de su compañerismo y su espíritu democrático. Le encantaba que la gente le demostrase afecto. Su mayor empeño consistía en recordarnos a cada instante que nos habían dado la fábrica. Ya no podíamos soportarlo.

"Gerald Starnes era nuestro director de Producción. Nunca pudimos averiguar el monto de sus ganancias, pero hubiéramos necesitado todo un equipo de contadores y otro de ingenieros para saber de qué modo todo aquel dinero pasaba por una tubería, directa o indirectamente, a su despacho. Sin embargo, nada figuraba como beneficio particular, sino como medios con los que pagar los gastos de la compañía. Gerald tenía 3 coches, 4 secretarias y 5 teléfonos, y solía organizar fiestas con champán y caviar, que ningún gran magnate que pagara impuestos n país podía permitirse. Gastó más dinero en un año que el que ganó su padre en los 2 últimos de su vida. En su despacho encontramos tramos unos cuarenta kilos de revistas, llenas de artículos sobre nuestra fábrica y nuestro noble plan, con grandes retratos de él mismo, en los que se lo mencionaba como un 'gran paladín social'. Por la noche le gustaba entrar en las tiendas vestido de etiqueta, con gemelos de brillantes, del tamaño de monedas, desparramando la ceniza de su puro por doquier. Un bruto con dinero que no tiene otra cosa que exhibir aparte de su riqueza es un tipo desagradable, pero al menos no necesita hacer ostentación y uno puede contemplarlo con la boca abierta si lo desea. Pero cuando un monstruo como Gerald Starnes se exhibe de ese modo y declara una y otra vez que no le preocupa la riqueza material y que sólo sirve a 'la familia', que todos aquellos lujos no son para él sino en beneficio del bien común porque es preciso mantener el prestigio de la firma y su noble plan... entonces es cuando uno aprende a aborrecer a esos seres como nunca se ha aborrecido a ningún ser humano.

"Pero su hermana Ivy era peor. A ella realmente no le importaba la riqueza material. El salario que recibía no era mayor que los nuestros, y siempre iba con zapatos chatos y faldas simples y camisas, con el fin de demostrar su indiferencia. Era directora de Distribución, a cargo de nuestras necesidades y, en realidad, nos tenía agarrados del cuello. Se suponía que la distribución se realizaba por votación de la gente, pero cuando la gente son 6.000 voces roncas que tratan de decidir sin ningún criterio, medida o razón, cuando no existen reglas y cada uno puede pedir lo que quiera sin tener derecho a nada, cuando cada cual ejerce el derecho sobre la vida ajena pero no sobre la suya, todo acaba como efectivamente terminó: Ivy Starnes acabó siendo la voz del pueblo. Al finalizar el 2º año, abandonamos aquella farsa de las 'reuniones de familia para proteger la eficacia productora y economizar tiempo', que solían durar 10 días, y todas las peticiones fueron enviadas directamente a la oficina de la Srta. Starnes. No, no eran enviadas, digamos mejor que cada peticionante en persona debía presentarse allí y ella elaboraba una lista de distribución que nos leía en una reunión de 3/4 de hora. Luego votábamos. Había 10 minutos para la discusión y las objeciones, pero no formulábamos ninguna: para ese tiempo ya nos habíamos dado cuenta de cómo funcionaban las cosas.

"Nadie puede dividir la renta de una fábrica entre miles de obreros, sin un parámetro con que medir el valor de la gente. La norma de la Srta. Ivy era la adulación a su persona. ¿Desinteresada? En los tiempos de su padre todo su

dinero no le hubiera permitido hablar al tipo más bajo de su empresa en el modo como ella solía hablarles a nuestros más hábiles obreros y a sus esposas. Tenía unos ojos pálidos, vidriosos, fríos y muertos. Si se quería conocer la maldad absoluta, bastaba con observar cómo resplandecían sus ojos cuando alguien le respondía a un cuestionamiento para entonces ya no recibir más que la "asignación básica". Al observar aquello, comprendíamos el motivo real de quienes fueran capaces de apreciar la consigna 'De cada cual según su capacidad; a cada cual según sus necesidades'.

"Allí residía el secreto de todo. Al principio no dejaba de preguntarme cómo era posible que hombres educados, justos y famosos, pudieran cometer un error semejante y presentar como buena tal abominación, cuando 5 minutos de reflexión les hubieran indicado lo que sucedería en caso de que alguien pusiera en práctica semejante idea. Ahora comprendo que no obraron así por error, porque errores de este tamaño no se cometen nunca inocentemente. Cuando alguien se hunde en alguna forma de locura, imposible de llevar a la práctica con buenos resultados, sin que exista, además, razón que explique sus acciones, es porque tiene motivos que no quiere revelar. Y nosotros no éramos tampoco tan inocentes cuando votamos a favor del plan, en la 1º reunión. No lo hicimos sólo porque creyéramos que la vieja y empalagosa farsa que nos presentaban fuera buena. Teníamos otro motivo, pero la farsa nos ayudó a ocultarlo de nuestros vecinos y de nosotros mismos. La jugarreta nos daba una posibilidad de hacer pasar como virtud algo de lo que nos hubiéramos avergonzado. Ninguno votó sin pensar que dentro de una organización de tal clase participaría obteniendo los beneficios de quienes eran más hábiles que él. Nadie se consideró lo bastante rico y listo para no creer que alguien lo sobrepasaría, y este plan le permitiría compartir la riqueza y la inteligencia ajenas. Pero pensando conseguir beneficios de quienes estaban por encima, olvidamos que había seres inferiores, que buscarían lo mismo de nosotros; no nos dimos cuenta de que los más deficientes tratarían de explotarnos del mismo modo que cada uno intentaría explotar a los mejores. El obrero, impulsado por la idea de que sus necesidades le daban derecho a un automóvil como el de su jefe, olvidó que todo pordiosero y vagabundo de la empezaría a exigir un refrigerador como el suyo. Ese fue nuestro motivo real cuando votamos. Tal es la verdad, pero no nos gustaba reconocerlo y cuanto más lo lamentábamos, más alto gritábamos nuestro amor hacia el bien común.

"Conseguimos lo que nos habíamos propuesto, pero cuando nos dimos cuenta de lo que aquello representaba, ya era demasiado tarde. Estábamos atrapados, sin lugar adonde huir. Los mejores de entre nosotros abandonaron la fábrica en la 1º semana del plan. Así perdimos a los ingenieros, supervisores, capataces y obreros especializados sobresalientes. Todo el que se respete no quiere verse convertido en vaca lechera de la comunidad. Algunos intentaron impedir el proyecto, pero no lo consiguieron. Los hombres huían de la fábrica como de una zona infectada, hasta que no quedaron más que los necesitados, sin habilidad ni condiciones.

"Si algunos de nosotros, dotados de ciertas cualidades, optamos por quedarnos, fue porque llevábamos allí muchos años. Én los viejos tiempos, nadie renunciaba a Twentieth Century y no podíamos hacernos a la idea de que aquellas condiciones ya no existieran más. Transcurrido algún tiempo, nos fue imposible marcharnos, porque ningún otro empresario nos habría admitido, y no se los

puede culpar. Nadie, ninguna persona respetable, quería tratar tratar con nosotros. Los dueños de las tiendas donde comprábamos empezaron a abandonar Starnesville a toda prisa, hasta que no quedaron más que los bares, las salas de juego y algunos comerciantes estafadores y aprovechadores, que nos vendían bazofia a precios exorbitantes. Nuestras asignaciones fueron perdiendo valor a medida que aumentaba el costo de vida. En la empresa, la lista de los necesitados se fue extendiendo, al tiempo que la de los clientes se acortaba. Cada vez era menor la riqueza a dividir entre más y más gente. En los viejos tiempos solía decirse que Twentieth Century Motors era una marca tan buena como el oro. No sé qué pensarían los herederos de Starnes si es que pensaban algo, pero tengo la impresión de que, igual que todos los planificadores sociales y los salvajes insensatos, estaban convencidos de que aquella marca era en sí misma una especie de emblema mágico dotado de un poder sobrenatural que los mantendría ricos, igual que a su padre. Pero cuando los clientes empezaron a notar que nunca lográbamos entregar un pedido a tiempo, y que siempre había algún defecto en los que entregábamos, el mágico emblema empezó a operar en sentido inverso: la gente no aceptaba un motor marca Twentieth Century ni regalado. Llegó un momento en que nuestros únicos clientes fueron los que nunca pagaban ni pensaban hacerlo, pero Gerald Starnes, embrutecido y engreído por su propia publicidad, empezó a ir de un lado a otro con aire de superioridad moral, exigiendo que los empresarios nos pasaran pedidos, no porque nuestros motores fueran buenos, sino porque necesitábamos esos pedidos urgentemente.

"Por aquel entonces, una ciudad fue testigo de lo que generaciones de profesores pretendieron no advertir. ¿Qué beneficios podría reportar nuestra necesidad a una central eléctrica, por ejemplo, si sus generadores se paraban a causa de un defecto en nuestros motores? ¿Qué beneficio reportaría a un hombre tendido en una camilla de operaciones, si, de pronto, se le cortara la luz? ¿Qué bien haría a los pasajeros de un avión si el motor fallaba en pleno vuelo? Y si adquirían nuestros productos no por su calidad sino por nuestra necesidad, la acción moral del propietario de la central eléctrica, del cirujano y del fabricante del avión, ¿sería buena, justa y noble?

"Sin embargo, tal era la ley moral que maestros, directivos y pensadores habían querido establecer. Si esto fue lo que ocurrió en una pequeña ciudad donde todos nos conocíamos, ¿imagina lo que hubiera sido a escala mundial? ¿Imagina lo que habría ocurrido si hubiéramos tenido que vivir y trabajar sujetos a todos los desastres y a todos los inconvenientes del planeta? Trabajar pensando en que si alguien fallaba en cualquier lugar, era uno quien debería pagarlo. Trabajar sin posibilidad alguna de progreso, con la comida, la ropa, el hogar y las distracciones pendientes de una estafa, una crisis de hambre o una peste en cualquier lugar del mundo. Trabajar sin posibilidades de una ración extra, hasta que los campesinos camboyanos tuvieran alimento suficiente o hasta que todos los indios patagónicos hubieran ido a la universidad.

"Trabajar para entregar un cheque en blanco a hombres a los que nunca vería, cuyas necesidades no conocería, cuya laboriosidad, pereza o mala fe nunca podría llegar a conocer o cuestionar. Tan sólo para trabajar, trabajar y trabajar, dejando que las Ivys o los Geralds del mundo decidieran qué estómagos habrían

de consumir el esfuerzo, los sueños y los días de su vida. ¿Es ésta la ley moral a aceptar? ¿Es éste un ideal moral?
"Lo intentamos y aprendimos la lección. Nuestra agonía duró 4 años, desde la primera reunión hasta la última, y todo terminó del único modo que podía hacerlo: en la quiebra. Durante la última reunión, Ivy Starnes fue la única que intentó luchar un poco. Pronunció un corto, desagradable y agresivo discurso en el que dijo que el plan había fracasado porque el resto del país no lo había aceptado, que una sola comunidad no podía llevarlo a la práctica y triunfar en medio de un mundo egoísta y avaro; que el plan era un ideal noble, pero que la naturaleza humana no estaba a su altura. Un joven, el mismo que había sido castigado por habernos dado una idea útil durante el 1º año, se puso de pie, mientras todos seguíamos sentados en silencio, y se dirigió a Ivy Starnes, que ocupaba el estrado. No dijo nada, sino que la escupió en la cara. Y ése fue el fin del noble plan de Twentieth Century.
El desconocido había estado hablando como si la carga de sus años de silencio se hubiese salido repentinamente de control, para permitirle entregar lo que Dagny entendió como un tributo hacia ella. No lo había hecho desplegando ninguna reacción ante su amabilidad, pareció insensible a los valores humanos o a la esperanza, pero algo en su interior había sido tocado y la respuesta había sido esa larga confesión, aquel desesperado grito de rebelión contra la injusticia, retenido durante años, y expresado ahora en reconocimiento a la primera persona frente a la cual su apelación a la justicia no caería en el vacío. Era como si la vida a la que había estado a punto de renunciar hubiera vuelto a su ser, gracias a 2 necesidades esenciales satisfechas: la comida y la presencia de un ser racional.
-Y ¿qué me dice de John Galt? -preguntó Dagny.
-¡Ah! -exclamó él, recordando- ¡Oh, sí!...
-Iba a explicarme por qué la gente había empezado a formularse esa pregunta.
-Sí...
Miraba hacia la distancia como si contemplara algo que, luego de estudiar durante años, siguiera invariable y sin solucionar. En su cara se pintaba una extraña expresión de terror.
-Pensaba contarme a qué John Galt se referían... si es que alguna vez existió.
-Espero que no, Sra.. Quiero decir, confío en que se trate sólo de una coincidencia, tan sólo de una frase sin significado.
-Recuerda usted algo, ¿verdad? ¿De qué se trata?
-Fue algo... algo sucedido en la 1º reunión en la planta de Twentieth Century. Tal vez se trata del comienzo, o tal vez no, no lo sé... Aquella reunión se celebró en una noche de primavera, hace 12 años. Seis mil de nosotros nos aglomerábamos en gradas que se elevaban hasta casi el techo del galpón más grande de la fábrica. Acabábamos de votar por el nuevo plan y estábamos muy exaltados, hacíamos mucho ruido, vitoreando el triunfo del pueblo, amenazando a los desconocidos enemigos y ansiosos lucha, igual que matones con la conciencia intranquila.
"Estábamos iluminados por potentes luces blancas, nos sentíamos llenos de energía y poder, aunque nos veíamos como una muchedumbre de feo aspecto, realmente peligrosa. Gerald Starnes, que presidía la reunión, no dejaba de golpear la mesa con su martillo, pidiendo silencio. Nos tranquilizamos un poco, pero no

mucho, y podían observarse los movimientos de, la gente como una marea, como agua agitada en un recipiente. ‘¡Este es un momento crucial en la historia de la Humanidad!’ -gritó Gerald Starnes dominando el barullo-‘Recuerden que a partir de ahora ninguno de nosotros puede abandonar esta fábrica, porque todos nos pertenecemos mutuamente, según la ley moral que acabamos de aceptar.’ ‘¡Yo no lo acepto!’ -exclamó un hombre poniéndose de pie. Era uno de nuestros más jóvenes ingenieros y nadie lo conocía demasiado, porque casi siempre se había mantenido encerrado en sí mismo. Cuando habló, nos quedamos petrificados. Nos asombró el modo en que mantenía erguida la cabeza. Era alto y delgado, y recuerdo haber pensado que cualquiera de nosotros le habría podido retorcer el pescuezo sin dificultad. Pero, no obstante, teníamos miedo.

"Estaba de pie, como quien está convencido de su derecho. ‘Voy a poner fin a todo esto, de una vez y para siempre’, dijo. Su voz sonaba clara, y sin ningún tipo de sentimiento. Fue todo lo que manifestó y se dirigió a la salida, bajo la blanca claridad, sin apresurarse y sin fijarse en nadie. Ninguno se atrevió a detenerlo. Gerald Starnes gritó de repente: ‘¿Cómo ha dicho?’. El joven se volvió y le contestó: ‘Detendré el motor del mundo’. Entonces se fue y nunca más lo volvimos a ver, ni hemos sabido de él. Pero años más tarde, cuando notamos cómo se iban apagando las luces, una tras otras, en las grandes fábricas que durante generaciones se habían mantenido sólidas como montañas, cuando vimos cerrarse las puertas y detenerse las cintas transportadoras, cuando las rutas fueron quedando vacías y cesó la corriente de vehículos, cuando empezó a parecer como si una silenciosa fuerza inmovilizara los generadores que mueven el mundo, y éste se fuera desplomando en silencio, como un cuerpo privado de espíritu... empezamos a reflexionar y a formulamos preguntas acerca de aquel joven. Nos preguntábamos unos a otros acerca de lo que le habíamos oído decir. Empezamos a pensar que había mantenido su palabra y que él, que había visto y conocido la verdad que nos negábamos a reconocer, era la retribución sobre nuestras cabezas, el vengador, el hombre que imponía la justicia que nosotros estábamos desafiando.

"Empezamos a pensar que aquel hombre nos había maldecido, que su veredicto se cumpliría y que jamás lograríamos escapar de él. Todo aquello resultaba todavía más horrible porque no nos perseguía, sino que éramos nosotros quienes de pronto lo estábamos buscando, luego que desapareció sin dejar rastro. No lo encontramos en ningún lugar. ¿Gracias a qué imposible fuerza había podido realizar su predicción? Tampoco había respuesta para esto. Nos acordábamos de él cada vez que presenciábamos un nuevo colapso que nadie podía explicar, cuando recibíamos un nuevo golpe, cuando perdíamos otra esperanza, cada vez que nos veíamos atrapados en esta niebla gris y mortecina que ha descendido sobre el mundo. Quizá algunos, al oímos gemir formulándonos semejante pregunta, no supieran a qué nos referíamos, pero lo que no ignoraban, eran los sentimientos que nos obligaban a ella. También ellos sabían que algo acababa de desaparecer del mundo. Tal vez por eso, empezaron a pronunciar la frase cuando veían venirse abajo sus esperanzas. Me gusta pensar que pude equivocarme, que aquellas palabras no significaban nada, que no existe intención consciente ni afán vengador tras el final de la raza humana que estamos presenciando, pero cuando

les oigo repetir la frase tengo miedo, y me acuerdo del hombre que anunció que detendría el motor del mundo. Porque ese hombre se llamaba John Galt.

* * *

Dagny se despertó, porque el ruido de las ruedas había cambiado: ahora era irregular, con repentinos y breves chirridos, que sonaban como quebradas risas histéricas, mientras el vagón se movía con fuertes bamboleos. Sin necesidad de mirar el reloj, se dijo que estaban circulando por el tramo de la Kansas Western, y que habían iniciado el largo rodeo hacia el sur, desde Kirby, Nebraska.

El tren estaba medio vacío, ya que poca gente se había animado a cruzar el continente en el 1º Comet puesto en circulación tras la catástrofe del túnel. Le había ofrecido un dormitorio al vagabundo, y luego se quedó a solas con la historia que le había contado. Quería reflexionar sobre ella y sobre las preguntas que pensaba formularle al día siguiente, pero su mente estaba congelada, igual que la de un espectador que contempla drama, incapaz de reaccionar. Le pareció haber comprendido, aunque sin querer admitirlo, el significado de la situación sin necesidad de otras preguntas. "Moverse" era la palabra que latía en su cerebro con peculiar insistencia, como si el movimiento se hubiera convertido en un fin en sí mismo, en algo crucial, absoluto e inevitable.

A través del débil velo del sueño, el sonido de las ruedas había sostenido una carrera con su creciente tensión. Se despertó varias veces, presa de un principio de inexplicable pánico que la hacía incorporarse en la oscuridad pensando perpleja: ‘¿Qué fue eso?’ Luego se tranquilizaba, y se respondía: "Nos movemos... Todavía seguimos en movimiento...".

Aquel tramo de la Kansas Western era peor de lo que había imaginado, a juzgar por los ruidos de las ruedas. Ahora el tren la estaba alejando cientos de kilómetros de Utah y había sentido un ferviente deseo de bajarse, escabullirse de todos los problemas de Taggart Transcontinental, buscar un avión e ir directamente a ver a Quentin Daniels. Quedarse en el vagón le había costado un gran esfuerzo de voluntad.

Seguía tendida en la oscuridad, escuchando el rumor de las ruedas y pensando que sólo Daniels y su motor seguían constituyendo una especie de punto brillante hacia el que se sentía atraída. Pero ¿de qué le serviría ahora el motor? No encontró respuesta. ¿Por qué estaba tan segura de la desesperada a necesidad de apresurarse? Tampoco consiguió aclararlo. Llegar él a tiempo era el ultimátum que le dictaba su mente y se aferró a él sin indagar más; aunque no la formulara en palabras, conocía la razón: necesitaba el motor, no para arrastrar trenes, sino para mantenerse ella misma en movimiento.

No oía ya el acento del cuarto tiempo entre los chirridos confusos de los rieles, ni tampoco los pasos del enemigo: tan sólo la desesperanzada estampida del pánico... "Llegaré a tiempo. Llegaré primero y salvaré el motor. No se detendrá... no se detendrá... no se detendrá", pensaba semidormida cuando algo la despabiló repentinamente: las ruedas se habían detenido.

Por unos instantes permaneció inmóvil: tratar de comprender el silencio total que la envolvía era como el inútil intento de visualizar lo inexistente.

No podían percibirse atributos de la realidad... nada excepto su ausencia; sin ruidos, como si se encontrase sola; sin movimientos, como si aquello no fuera un tren, sino una habitación; sin luz, como si estuviera en un espacio desprovisto de objetos; sin signos de violencia ni de desastre físico, como si viviera en un estado en que el desastre ya no fuera posible.
En el momento de comprender la naturaleza de ese silencio, su cuerpo se irguió describiendo una curva inmediata y violenta, cual un grito de rebelión. Cuando levantó la persiana de la ventanilla, su chirrido cortó el silencio como un cuchillo. No había nada afuera, excepto vacíos espacios de pradera; un fuerte viento deshacía las nubes y la luz de la luna caía sobre llanos tan muertos como aquellos de donde procedía.
Presionó automáticamente el interruptor de la luz y el timbre, para llamar al mozo. La luz brilló, llevándola de nuevo a un mundo racional. Consultó su reloj: era poco más de medianoche. Miró por la ventana trasera: las vías se extendían en línea recta y a la distancia vio unos faroles rojos en el suelo, colocados intencionalmente para proteger el extremo del tren, lo que le confirió cierta seguridad.
Volvió a oprimir el timbre y esperó. Se dirigió al final del vagón, abrió la puerta y sacó un poco el cuerpo para contemplar el tren. Unas cuantas ventanillas estaban iluminadas en la larga franja de acero, pero no vio figuras humanas ni signo de actividad alguna. Volvió a cerrar de golpe, retrocedió y empezó a vestirse con movimientos repentinamente tranquilos y rápidos.
Nadie acudió a su llamada. Cuando se apresuraba a ir al coche siguiente, no sintió miedo, incertidumbre ni desesperación, nada, aparte de la necesidad urgente de actuar.
No había ningún empleado en aquel vagón, ni tampoco en el siguiente. Recorrió a toda prisa los estrechos pasillos, sin encontrar a nadie. Las puertas de unos compartimentos estaban abiertas y se podía ver a los pasajeros sentados, vestidos o a medio vestir, en silencio, esperando. La miraron furtivamente, mientras ella pasaba a toda prisa, como si supieran lo que andaba buscando, como si supieran quién era y esperasen que alguien se acercara a resistir lo que ellos no estaban enfrentando. Continuó su camino por la médula espinal de un tren muerto, notando la peculiar combinación de compartimentos iluminados, puertas abiertas y pasillos vacíos. Nadie se había atrevido a salir, nadie había querido hacer la primera pregunta.
Atravesó corriendo el único vagón de asientos en el que algunos pasajeros dormían en extrañas posiciones, mientras otros, despiertos y tranquilos, permanecían sentados como animales que esperan un golpe, sin intentar siquiera evitarlo.
Al final del vagón se detuvo al ver a un hombre que había abierto la puerta y miraba hacia afuera, con aire interrogante, hacia la oscuridad, dispuesto a bajar del tren y que al oírla se había dado vuelta. Pudo reconocer su cara: era Owen Kellogg, el que había rechazado el futuro que una vez le había ofrecido.
-¡Kellogg! -exclamó, con un sonido risueño en su voz como el grito de alivio de quien encuentra otro ser humano en el desierto.

-Hola, Srta. Taggart -respondió el otro, con una sonrisa en la que se observaba cierto incrédulo placer y también cierta perplejidad- No sabía que estuviera usted en el tren.
-Vamos -le ordenó ella como si fuera todavía un empleado del ferrocarril- Creo que estamos en un tren congelado.
-En efecto -respondió él, y la siguió obediente.
No era necesaria ninguna explicación. En muda comprensión, ambos respondían a la llamada del deber. Parecía natural que entre los centenares de personas que viajaban en el convoy, hubieran de ser ellos 2 los que se enfrentasen al peligro.
-¿Tiene idea de cuánto llevamos aquí parados? -preguntó Dagny mientras atravesaba el vagón siguiente.
-No -repuso Owen- Cuando desperté, ya estábamos detenidos.
Atravesaron todo el tren, sin encontrar a ningún empleado, ni a los camareros del coche comedor, ni a los guardafrenos, ni al guarda. De vez en cuando se miraban en silencio. Conocían los relatos relacionados con abandonos de trenes y tripulaciones que desaparecían en súbitos arranques de rebelión contra la servidumbre.
Al final del tren, bajaron. Nada se movía a su alrededor, excepto el viento que les daba en la cara; subieron rápidamente a la locomotora. El faro delantero seguía encendido, y su haz de luz se extendía como un trazo acusador en las tinieblas, pero la cabina de los maquinistas estaba vacía.
El grito de desesperado triunfo de Dagny estalló en muestra de aprobación:
-¡Bien por ellos! ¡Son seres humanos!
Se interrumpió perpleja, como si acabara de escuchar la voz de un desconocido, y vio que Kellogg la miraba curioso con una sutil sonrisa.
Era una vieja locomotora de vapor, la mejor que la compañía había podido proporcionar al Comet. El fuego estaba casi apagado y la presión era muy baja. Por el gran parabrisas situado frente a ellos pudieron ver cómo la luz del faro caía sobre una serie de durmientes que debían correr a su encuentro, pero que ahora yacían inmóviles como los peldaños de una escalera.
Ella tomó el libro de registro para saber quiénes integraban la tripulación del tren y descubrió que el maquinista era Pat Logan. Entonces bajó lentamente la cabeza y cerró los ojos, recordando aquel 1° trayecto sobre una vía azul verdosa, que debió permanecer impreso en la memoria de Pat Logan del mismo modo que en la suya, durante las silenciosas horas de su último viaje.
-Srta. Taggart -dijo Owen Kellogg suavemente y ella levantó vivamente la cabeza.
-Sí -repuso-, sí. -Su voz carecía de color, pero en ella sonaba el tintineo metálico de quien adopta una repentina decisión- Tenemos que hallar un teléfono y pedir otra tripulación. -Miró el reloj- Teniendo en cuenta la velocidad que llevábamos, debemos estar a 120 km. de la línea estatal de Oklahoma. Creo que la estación de Bradshaw es la más próxima. Estamos a unos 45 km. de allí.
-¿Nos sigue algún otro tren Taggart?
-El próximo es el 253, el transcontinental de carga, pero no llegará hasta las 7 de la mañana, y eso si no está retrasado, cosa que dudo.
-¿Sólo un tren con mercaderías en 7 hs.?- dijo involuntariamente con cierta nota de ultrajada lealtad hacia el gran ferrocarril con el que siempre había estado tan orgulloso de colaborar.

La boca de ella se movió en una leve sonrisa.
-Nuestro tránsito transcontinental ya no es el mismo que en su época.
El asintió lentamente.
-Supongo que ningún tren de Kansas Western viene hacia acá, ¿verdad?
-No lo sé exactamente, pero creo que no.
Kellog miró los postes que flanqueaban la vía.
-Espero que los teléfonos de Kansas Western funcionen.
-A juzgar por el estado de esta vía, las posibilidades son escasas, pero debemos intentarlo.
-Sí.
Dagny se volvió para partir, pero se detuvo. Si bien comprendió que era inútil decirlo, sus palabras surgieron involuntariamente: -Los faroles de advertencia que pusieron al final del tren son extraños -dijo- Esa gente... ha demostrado preocuparse más por las vidas de otros, que su país por las de ellos.
Él la miró con un gesto delicado y con un tono enfático, dijo: -En efecto, Srta. Taggart.
Al bajar la escalerilla por el costado de la máquina, vieron a un grupo de pasajeros esperando junto a la vía, y a unas cuantas figuras, más que iban saliendo del tren para unirse a ellos. Gracias a cierto instinto peculiar, los que hasta entonces habían estado sentados, esperando, llegaron a la conclusión de que alguien había asumido la responsabilidad de la situación y en consecuencia ya podían dar señales de vida.
La contemplaban con aire de interrogante expectativa a medida que se acercaba. La palidez de la claridad lunar parecía disolver sus caras poniendo de relieve la cualidad que todos poseían en común: cierto aire de precavida apreciación, en parte miedo, en parte súplica, en parte impertinencia.
-¿Alguno de ustedes desea hablar por todos? -preguntó Dagny. Se miraron entre sí, pero no hubo respuesta.
-Muy bien, no es preciso que hablen. Soy Dagny Taggart, vicepresidenta de Operaciones de este ferrocarril, y -se produjo una leve conmoción en el grupo, entre movimiento y susurro, muy parecido al alivio- ...y seré yo quien les explique lo ocurrido. Este tren ha sido abandonado por su tripulación. No ha habido ningún accidente físico y la locomotora está intacta, pero no tenemos a nadie que la conduzca. Es lo que los periódicos llaman un "tren congelado". Saben lo que eso significa, y saben también las razones que lo provocan. Quizás incluso las conocieran antes de ser descubiertas por quienes esta noche nos han abandonado. La ley les prohibe hacerlo, pero de nada sirve ahora lamentarlo.
Una mujer gritó súbitamente, con la interrogadora petulancia de la histeria: -¿Qué vamos a hacer?
Dagny la miró. La mujer forcejeaba como si quisiera sumergirse todavía más en el grupo, colocar más seres humanos entre ella y el vacío de la inmensa llanura disuelta en claridad lunar, en la muerta fosforescencia de una energía impotente e inútil.
Sobre la camisa de dormir se había puesto un abrigo que llevaba medio abierto, y su protuberante estómago sobresalía bajo la fina tela, con esa vaga obscenidad que afea toda revelación de la contextura humana. Por un instante, Dagny lamentó tener que continuar.

-Voy a recorrer la vía en busca de un teléfono -respondió con voz tan fría y escueta como la luz de la luna- Hay teléfonos de emergencia cada 8 km.. Pediré una nueva tripulación, lo cual lleva tiempo, así que por favor, entren al tren, y mantengan todo el orden posible.
-¿Y las bandas de delincuentes? -preguntó otra mujer con tono nervioso.
-Es verdad -repuso Dagny- Será mejor que me acompañe alguien. ¿Quién quiere hacerlo?
Pero había entendido mal a la mujer. No hubo respuesta y nadie la miraba ni tampoco se miraban entre sí. No había ya ojos, sino sólo óvalos húmedos, brillando en la noche. Se dijo que aquellas eran las personas de la nueva era, las mismas que exigían y recibían el sacrificio personal. La sorprendió la ira que latía en el silencio de ese auditorio, una ira que implicaba la suposición de que ella tenía que evitarles esos momentos. Con una crueldad nueva, se mantuvo intencionadamente en silencio.
Vio que también Owen Kellogg esperaba, pero no mirando a los pasajeros, sino a ella, y cuando se convenció de que no habría respuesta por parte de la muchedumbre, dijo con voz tranquila: -Yo la acompañaré, Srta. Taggart.
-Gracias.
-¿Y nosotros? -exclamó la nerviosa mujer de antes.
Dagny se volvió hacia ella y le contestó con la expresión formal y monótona de un jefe de oficina: -No se han registrado casos de ataques a trenes congelados... por desgracia.
-¿Dónde nos encontramos? -preguntó un hombre robusto que lucía un abrigo demasiado caro, un rostro en exceso fláccido, y en su voz un rasgo autoritario- ¿En qué parte de qué Estado?
-No lo sé -repuso Dagny.
-¿Cuánto tiempo estaremos aquí? -preguntó otro, con el acento de un acreedor dominado por su deudor.
-No lo sé.
-¿Cuándo llegaremos a San Francisco? -preguntó un 3° como lo haría un comisario al dirigirse a un sospechoso.
-No lo sé.
El resentimiento y la ira estaban empezando a desbordarse, en breves y crujientes estallidos, como castañas que saltaran en el oscuro fogón de unos cerebros, ahora seguros de que alguien se ocupaba de ellos.
-¡Esto es intolerable! -gritó una mujer arrojando sus palabras a la cara de Dagny- ¡No tiene derecho a permitir tal cosa! ¡No quiero esperar en medio de la nada! Exijo transporte.
-¡Cállese! -le ordenó Dagny- O cierro las puertas del tren y la dejo aquí.
-¡No puede hacerlo! ¡Este es un transporte público! ¡No tiene derecho a discriminar a nadie! Informaré a la Oficina de Unificación.
-Siempre y cuando yo le dé un tren que la lleve hasta donde puedan escucharla -dijo Dagny volviéndose, y vio a Kellogg que la miraba como si sus ojos trazaran una línea que subrayara sus palabras para hacerlas más notables.
-Busque una linterna -dijo Dagny- mientras voy por mi bolso. Partiremos enseguida.

Cuando emprendieron el camino en busca del teléfono, pasando al lado de la línea de silenciosos vagones, vieron a otra figura que descendía del tren y corría a su encuentro. Dagny reconoció al vagabundo.
-¿Algún problema, Sra.?
-La tripulación ha desertado.
-¡Ah! ¿Qué podemos hacer?
-Voy a telefonear a la central de la división.
-No puede ir sola, Sra.. En estos días es peligroso, será mejor que la acompañe.
-Gracias -le contestó sonriendo- Pero no pasará nada, el Sr. Kellogg viene conmigo. ¿Cómo se llama usted?
-Jeff Allen, Sra..
-Escúcheme, Allen. ¿Ha trabajado alguna vez en un ferrocarril?
-No, Sra..
-Pues ahora trabaja en uno. Usted es guarda y asistente de la vicepresidencia de Operaciones. Tendrá que hacerse cargo del convoy en mi ausencia, a fin de conservar el orden e impedir que el ganado se desbande. Dígales que acabo de otorgarle el nombramiento. No necesita demostrárselo, obedecerán a todo aquel que espere obediencia de ellos.
-Sí, Sra. -respondió el vagabundo firmemente, con mirada comprensiva.
Recordó que el dinero en el bolsillo de un hombre posee la facultad de darle confianza, sacó de su bolso un billete de 100 dólares y lo puso en su mano.
-Como anticipo de su sueldo -dijo.
-Sí, Sra..
Cuando emprendía la marcha, Allen la llamó: -¡Sra. Taggart!
-¿Qué desea? -preguntó ella volviéndose.
-Gracias.
Dagny sonrió, levantando la mano en gesto de saludo, y continuó su marcha.
-¿Quién es ese hombre? -preguntó Kellogg.
-Un vagabundo que viajaba de polizón.
-Pues me parece que realizará bien su tarea.
-Lo hará.
Avanzaron silenciosamente y, luego de pasar ante la locomotora, continuaron en la dirección que marcaba el faro delantero. Al principio, caminando por los durmientes, con la violenta luz dando sobre ellos desde atrás, siguieron sintiéndose en casa, dentro del ambiente normal del tren. Luego, Dagny empezó a notar cómo la luz disminuía bajo sus pies e intentó retenerla, seguir viendo su cada vez más débil resplandor, pero comprendió que la claridad provenía sólo de la luna.
No pudo impedir el escalofrío que la obligó a volverse y mirar el faro de la locomotora que seguía brillando a sus espaldas como el globo de plata líquida de un planeta engañosamente cercano, pero que pertenece a otra órbita y a otro sistema.
Owen Kellogg caminaba silencioso a su lado y ella se dijo que cada uno conocía los pensamientos del otro.
-¡Él no hubiera podido! ¡Oh, Dios mío! ¡Él no podría! -exclamó Dagny de repente, sin darse cuenta de que pensaba en voz alta.
-¿Quién?

-Nathaniel Taggart. No hubiera podido trabajar con gente como esos pasajeros, no hubiera hecho circular trenes para ellos, ni los hubiera contratado. No hubiera podido tenerlos como clientes, ni como obreros.
Kellogg sonrió.
-¿Quiere decir que él no se habría hecho rico explotándolos, Srta. Taggart?
Asintió.
-Dijeron -empezó con un débil temblor en la voz ocasionado por la pasión, el miedo y la indignación- ...llevan años diciendo que se encumbró utilizando la capacidad ajena, sin darle una oportunidad a nadie, y que... que la incompetencia humana sirvió para satisfacer sus intereses egoístas... pero... nunca exigió obediencia de ellos.
-Srta. Taggart -repuso Kellogg con una extraña nota de dureza en la voz-, usted solo tiene que recordar que aquel hombre representó un código de existencia que durante un breve período de la historia eliminó la esclavitud del mundo civilizado. Recuérdelo cuando se sienta perpleja por la naturaleza de los enemigos de su antepasado.
-¿Ha oído hablar de una mujer llamada Ivy Starnes?
-¡Oh, sí!
-Creo que ella hubiera disfrutado mucho con todo esto... con el espectáculo de esos pasajeros: es lo que andaba buscando. Pero nosotros, usted y yo, no lo podemos resistir, ¿verdad? Nadie puede resistirlo, es imposible vivir con eso.
-¿Qué le hace suponer que el propósito de Ivy Starnes es vivir?
En algún lugar en el borde de su mente, igual que los matorrales que bailaban en los bordes de la llanura, Dagny advirtió cierta forma que no podía retener; no eran rayos, ni niebla, ni nubes, sólo una insinuación incompleta.
No habló y, como los eslabones de una cadena que se desenrosca en el silencio, el golpe de sus tacones sobre la madera de los durmientes conservaba un ritmo regular.
No había tenido tiempo de reparar en Kellog, excepto como un camarada providencial, pero ahora lo miraba con consciente atención. Su rostro tenía esa expresión clara y dura que tanto le había gustado en el pasado, pero se veía más tranquilo, con mayor serenidad y paz. Vestía ropa muy desgastada; incluso en la oscuridad se podía notar que su vieja chaqueta de cuero estaba muy usada y zurcida.
-¿Qué estuvo haciendo desde que se fue de Taggart Transcontinental, Kellogg?
-¡Oh! Muchas cosas.
-¿Dónde trabaja ahora?
-Podría decirse que en misiones especiales.
-¿De qué clase?
-De todas.
-¿No trabaja para un ferrocarril?
-No.
La brusca brevedad de aquella negativa pareció distenderse hasta formar una declaración más elocuente que la que pretendía y Dagny se dijo que comprendía sus motivos.

-Kellogg, si le dijera que no dispongo ni de un solo empleado de primera categoría en el sistema Taggart y le ofreciera trabajo bajo cualquier condición y con el sueldo que pida, ¿volvería con nosotros?
-No.
-Usted se sorprendió al ver cómo había bajado nuestro nivel de tránsito. Pues bien, no creo que tenga idea de lo que la falta de personal nos ha perjudicado. No se imagina la agonía que he sufrido hace 3 días, tratando de encontrar a alguien que pudiera construir 8 km. de vía temporaria. Tengo que tender 75 a través de las Rocallosas, y no sé cómo lo voy a hacer, aunque hay que hacerlo. He buscado en todo el país, pero no hay gente. De pronto me tropiezo con usted, lo encuentro ahí en un vagón, cuando daría la mitad del sistema por un empleado así. ¿Comprende por qué no lo puedo dejar escapar? Escoja lo que desee. ¿Quiere ser gerente general de una región, o asistente de la vicepresidencia de Operaciones?
-No.
-Sigue trabajando para vivir, ¿verdad?
-Así es.
-Pues no parece estar ganando mucho.
-Gano lo suficiente para mis necesidades y las de nadie más.
-¿Por qué está dispuesto a trabajar para cualquiera, menos para Taggart Transcontinental?
-Porque no me darían la clase de trabajo que quiero.
-¿De veras? -se detuvo- ¡Cielos, Kellog! ¿Es que no me ha entendido? ¡Le daría el trabajo que usted me pidiera!
-Muy bien. Operador de vías.
-¿Cómo?
-Operador, o mozo de limpieza de las locomotoras. -Sonrió al ver la expresión de su cara- ¿Lo ve? Ya le dije que no aceptaría.
-¿Sólo aspira a un trabajo de jornalero?
-Siempre que me lo ofrezca.
-¿No desea nada mejor?
-Exactamente: nada mejor,
-¿No se da cuenta de que tengo demasiados hombres para semejantes tareas y muy pocos para otras mejores?
-Lo comprendo, Srta. Taggart. ¿Y usted?
-Lo que yo necesito es su...
-¿Mi mente, Srta. Taggart? Pues bien, mi mente no está en venta.
Lo miró con la cara contraída.
-Es uno de ellos, ¿verdad? -averiguó.
-¿De quienes?
No contestó, se encogió de hombros y siguió caminando.
-Srta. Taggart -dijo Kellogg-, ¿cuánto tiempo más piensa seguir ofreciendo un transporte público?
-No me rendiré al ser a quien usted alude.
-La respuesta que dio a esa mujer fue más realista.
La cadena de sus pasos se extendió durante muchos minutos silenciosos, antes de que Dagny preguntara:
-¿Por qué se puso de mi lado esta noche? ¿Por qué quiso ayudarme?

Le contestó casi alegremente: -Porque no hay en ese tren un pasajero más necesitado de llegar a un determinado lugar que yo. Si podemos poner en movimiento el tren, nadie se beneficiará más que yo, y cuando necesito algo no me siento a esperar, como esos seres.
-¿De veras? ¿Y qué pasaría si todos los trenes dejaran repentinamente de circular?
-Entonces no contaría con ellos.
-¿Adónde está yendo?
-Al oeste.
-¿Alguna "misión especial"?
-No, a pasar un mes de vacaciones con algunos amigos.
-¿Vacaciones? ¿Tan importante es eso para usted?
-Más que ninguna otra cosa en el mundo.
Habían caminado 3 km. cuando encontraron una pequeña cabina gris junto a un poste de telégrafos: era un teléfono de emergencia. La cabina estaba casi destruida por las tormentas. Dagny la abrió y vio al teléfono que se encontraba allí, familiar y reconfortante, resplandeciendo bajo la claridad de la linterna de Kellogg, pero en cuanto se llevó el auricular a la oreja, comprendió; él también, al verla golpeando la horquilla varias veces con el dedo: el teléfono estaba muerto.
Dagny le entregó el auricular sin pronunciar palabra y sostuvo la linterna mientras él manipulaba vivamente el aparato y estudiaba sus conexiones.
-Los cables están bien -dijo- y hay corriente, pero esta pieza se ha averiado. Existe la posibilidad de que el siguiente funcione. A 8 km. de aquí.
-Vamos -dijo Dagny.
Muy lejos, a sus espaldas, la luz de la máquina todavía era visible, pero ya no como un planeta, sino como una pequeña estrella que parpadeaba a la distancia. Frente a ellos, el riel se perdía en un espacio azulado, sin nada que marcara su fin.
Dagny se dio cuenta de cuántas veces se había vuelto para mirar aquella luz, pensando que mientras siguiera a la vista, representaba una cuerda que la conservaba unida a un lugar seguro, pero ahora era preciso romper ese lazo... y alejarse del planeta, pensó. Notó que también Kellogg miraba la luz.
Cambiaron una mirada sin pronunciar palabra. El crujir de un canto rodado bajo los pies de Dagny produjo en el silencio el mismo estallido que un cohete. Con movimientos fríamente intencionados, Kellogg pateó al teléfono y la violencia del golpe estremeció el vacío.
-¡Maldito seas! -gruñó, aunque sin alterarse, sin alzar la voz, con un odio que estaba por encima de todo despliegue de emoción- Probablemente alguien pensó que ya no era necesario cumplir con su trabajo, y como necesitaba su sueldo, nadie tenía derecho a pedirle que mantuviera los teléfonos en funcionamiento.
-Vamos -dijo Dagny.
-Si está cansada, podemos esperar un poco, Srta. Taggart.
-Estoy bien, no tenemos tiempo para cansarnos.
-Ese es nuestro gran error, Srta. Taggart. Algún día deberemos tomarnos el tiempo necesario.
Dejó escapar una leve risita, deteniéndose sobre un durmiente, como si aquello constituyera una respuesta concluyente, y luego continuaron su camino.

Caminar sobre los durmientes resultaba difícil, pero cuando intentaron hacerlo por el costado de la vía, notaron que era aún peor. El blando suelo de arena y polvo se hundía bajo sus pies, como una sustancia que no fuera líquida ni sólida; volvieron a los durmientes, similares a un rústico puente de troncos sobre el agua.
Dagny se dijo que 8 km. se habían convertido de pronto en una distancia enorme, y que un lugar situado, como aquel centro de división, a 45, resultaba ahora inalcanzable, tras una era de ferrocarriles construidos por hombres que hablaban en términos de miles de kilómetros transcontinentales. La red de rieles y luces que se extendía de un océano a otro dependía de un cable, de una conexión rota en el interior de un oxidado teléfono; pero no, se dijo, era algo mucho más poderoso y delicado: las conexiones de la mente humana; sabedoras de que la existencia del cable, del tren y de su propio trabajo eran un absoluto del que no se podía escapar. Y cuando tales mentes desaparecían, un tren de 2.000 toneladas quedaba a merced de la resistencia de 2 pares de piernas.
"¿Cansada?" -se preguntó; incluso el esfuerzo de andar tenía su valor, constituía una minúscula pieza real en el vacío que los rodeaba. La sensación de esfuerzo era una experiencia específica, era dolor y no podía ser otra cosa, en medio de un espacio que no era luz ni oscuridad, sobre un suelo que no cedía ni resistía, en medio de tinieblas que no se movían ni estaban quietas. Su dolor era la única evidencia de aquel movimiento, porque nada cambiaba en el vacío que los rodeaba, ni nada tomaba forma para marcar su avance. Siempre se había preguntado con incrédulo desdén acerca de las sectas que predicaban la aniquilación del universo como único ideal. Pensó que allí mismo estaba el mundo de esas personas y que el contenido de sus mentes cobraba realidad en ese lugar.
Cuando la luz verde de una señal apareció junto a la vía, pensaron que era un punto que alcanzar y que pasar, pero tenía un aire tan incongruente en medio de aquella flotante disolución, que no les proporcionó ningún alivio. Parecía provenir de un mundo extinguido mucho tiempo antes, como esas estrellas cuya luz se sigue percibiendo luego de que han desaparecido del espacio. El círculo verde resplandecía, anunciando un trecho libre, invitando al movimiento, allí donde nada podía moverse. ¿Cuál era el filósofo que predicó que el movimiento existe sin elemento alguno que se mueva? También éste era su mundo.
Dagny se encontró avanzando con creciente esfuerzo, venciendo una resistencia que no era presión, sino succión, y al mirar a Kellogg comprobó que también él caminaba como quien se enfrenta a una tempestad. Los 2 eran los únicos sobrevivientes de... la realidad, pensó, 2 figuras solitarias contendiendo, no contra una tormenta, sino contra algo mucho peor: la inexistencia.
Fue Kellogg quien, al cabo de un rato, miró hacia atrás. Ella siguió la dirección de su mirada, pero ya no se divisaba la luz del tren.
No se detuvieron. Manteniendo la vista al frente, él se metió la mano en el bolsillo con expresión abstraída y Dagny tuvo por cierto que el movimiento había sido involuntario. Sacó un paquete de cigarrillos y la convidó.
Iba a aceptar uno cuando, de repente, tomó a Kellogg por la muñeca y le arrebató el paquete de la mano. Era sencillo y blanco, y llevaba como único emblema el signo del dólar.
-¡Déme la linterna! -le ordenó Dagny, deteniéndose.

Él se detuvo también y Dagny dirigió la luz a los cigarrillos, observando brevemente la cara de su compañero, que parecía asombrado y al mismo tiempo divertido.
El paquete no estaba impreso, no llevaba marca de fábrica, ni dirección, sino tan sólo el signo del dólar estampado en dorado.
-¿De dónde sacó esto? -preguntó Dagny.
Él sonreía.
-Si sabe lo suficiente como para preguntarlo, Srta. Taggart, debe saber también que no voy a contestarle.
-Sé que significa algo.
-¿El signo del dólar? Mucho. Se encuentra en el chaleco de todas las figuras obesas con cara de cerdo de todos los cómics, siempre que se trate de representar a un bandido, un oportunista o un ladrón, es decir, como una verdadera marca del mal. Pero al igual que el dinero de todo país libre, este signo equivale en realidad al triunfo, la habilidad y el poder creador del ser humano y, precisamente por estos motivos, se utiliza como marca de infamia. Aparece estampado en la frente de un hombre como Hank Rearden, como marca de condena. Y a propósito, ¿sabe usted la procedencia de este signo? Son las iniciales de los Estados Unidos.
Apartó la linterna pero no hizo un movimiento para continuar la marcha y ella pudo distinguir una sonrisa en su cara.
-¿Sabe usted que los Estados Unidos son el único país en la historia que ha usado su propio monograma como símbolo de depravación? Pregúntese por qué, pregúntese por cuánto tiempo una nación que ha obrado de manera semejante podría existir y qué normas morales la destruirían. Fue el único país de la historia donde la riqueza no se adquirió mediante robo, sino con la producción; no por la fuerza, sino por el comercio; el único país cuyo dinero era símbolo del derecho humano a su propia inteligencia, su trabajo, su vida, su felicidad, su ser. Si esto es maldad, según las actuales normas vigentes en el mundo, si éste es el motivo por el que se nos debe maldecir, nosotros, los buscadores y proveedores del dólar, aceptamos ser condenados por dicho mundo. Preferimos llevar el signo del dólar sobre nuestra frente, como un escudo de nobleza por el que deseamos vivir y, si es preciso, morir.
Estiró la mano hacia el paquete; ella lo retuvo un momento antes de colocarlo en la palma de su mano. Con deliberada lentitud, como subrayando el significado de su gesto, Kellogg le ofreció un cigarrillo. Ella lo tomó, y él hizo lo propio, encendió ambos con una cerilla, y continuaron su camino.
Avanzaban sobre troncos podridos, que se hundían bajo sus pies sin resistencia, a través de un vasto e insondable globo de claridad lunar y de oscilante niebla, con dos puntos de fuego ardiendo en sus manos y el halo de dos pequeños círculos de luz en sus rostros.
"El fuego, esa fuerza peligrosa dominada por las yemas de los dedos...", recordó Dagny que le había dicho el viejo. El mismo viejo que manifestara que aquellos cigarrillos no se fabricaban en ningún lugar de la Tierra. "Cuando un hombre piensa, un punto de fuego se enciende en su mente y es natural que acepte la brasa de un cigarrillo como expresión de dicho fuego."

-Me gustaría saber quién los fabrica -dijo Dagny en el tono de súplica sin esperanza. El se rió con alegría.
-Todo lo que puedo decirle es esto: los fabrica alguien que conozco, pero como no es público, sólo los vende a los amigos.
-Véndame ese paquete, ¿quiere?
-No creo que pueda usted comprarlo, Srta. Taggart, pero lo haré si así lo desea.
-¿Cuánto vale?
-5 centavos.
-¿5 centavos? -repitió ella, asombrada.
-5 centavos -asintió él- pero... en oro.
Dagny se detuvo, mirándolo fijamente.
-¿En oro?
-Sí, Srta. Taggart.
-Bueno, ¿cuál es su tipo de cambio? ¿A cuánto equivale en nuestra moneda normal?
-No hay tipo de cambio, Srta. Taggart. No existe cantidad en moneda física o espiritual cuyo tipo de valor haya sido decretado por Wesley Mouch con la que se puedan comprar estos cigarrillos.
-Comprendo.
Se metió la mano en el bolsillo, sacó el paquete y se lo entregó.
-Se lo voy a regalar, Srta. Taggart -dijo-, porque se lo ha ganado muchas veces y porque lo necesita por el mismo motivo que nosotros.
-¿Cuál?
-El de recordarnos, en momentos de desesperanza en la soledad del exilio, nuestro verdadero hogar, que también ha sido el suyo, Srta. Taggart.
-Gracias -dijo, guardándose el paquete en el bolsillo con mano temblorosa.
Cuando alcanzaron el cuarto mojón de los 8 km., hacía un buen rato que estaban en silencio, sin más fuerzas que las necesarias para mover los pies. Muy a lo lejos distinguieron un punto de luz, demasiado bajo en el horizonte y demasiado brillante para ser una estrella. Fijaron la vista en él, y no dijeron palabra hasta darse cuenta de que se trataba de un potente faro resplandeciente en mitad de una pradera vacía.
-¿Qué es eso? -preguntó Dagny.
-No lo sé -respondió él- Parece...
-No -lo interrumpió vivamente- No puede ser, aquí no.
No quiso oírle mencionar la esperanza que durante algunos minutos venía albergando. No quiso permitirse pensar en ello o admitir que dicha idea era una esperanza.
Encontraron la cabina telefónica en el lugar donde terminaba el recorrido de 8 km.. El faro colgaba del cielo, como un violento punto de frío fuego, menos de medio kilómetro hacia el sur.
El teléfono funcionaba y Dagny escuchó el zumbido del receptor, semejante a la respiración de un ser viviente, en el momento de levantar el auricular. Luego, una voz ronca contestó: -Soy Jessup, de Bradshaw.
La voz tenía un tono soñoliento.
-Aquí Dagny Taggart, hablando desde...
-¿Quién?

-Dagny Taggart, de Taggart Transcontinental.
-¡Ah!... ¡Oh, sí!... Comprendo... dígame.
-Estoy hablando desde el teléfono N° 83. El Comet está inmovilizado 11 km. al norte de este lugar y no podemos continuar porque la tripulación lo ha abandonado.
Se produjo una pausa.
-Bien, ¿qué quiere que haga?
Ella tuvo que interrumpirse a su vez, con el fin de asimilar lo que estaba escuchando.
-¿Es usted el jefe de expediciones nocturno?
-Sí.
-Pues entonces, mande inmediatamente una nueva tripulación.
-¿Toda una tripulación para un tren de pasajeros?
-Desde luego.
-¿Ahora?
-Sí.
Se produjo una pausa.
-Las reglas no dicen nada al respecto.
-Comuníqueme con su jefe -le ordenó ella con voz ahogada.
-Está de vacaciones.
-Pues con el supervisor de división.
-Se ha ido a pasar unos días a Laurel.
-Póngame con algún responsable.
-Yo soy el que está a cargo.
-Escúcheme -le dijo lentamente, esforzándose para no perder la calma: - ¿se da cuenta de que hay un tren de pasajeros abandonado en medio del campo?
-Sí, pero ¿cómo quiere que sepa lo que hay que hacer? Las reglas no lo indican. Si se tratara de un accidente, enviaría el tren auxilio, pero si no hubo accidente, no lo necesitan, ¿verdad?
-No, no necesitamos el tren de auxilio, lo que necesitamos son hombres, ¿me entiende? Hombres capaces de conducir la locomotora.
-El reglamento no habla de trenes sin tripulación, ni de tripulación sin tren. No hay una regla que pemita llamar a toda una tripulación en mitad de la noche y enviarla a un tren en alguna parte. Nunca escuché nada igual.
-Pues ahora se encuentra ante uno. ¿No sabe lo que tiene que hacer?
-¿Cómo voy a saberlo?
-¿Se da cuenta de que su tarea consiste en procurar que los trenes circulen?
-Mi trabajo consiste en seguir las reglas. Si envío a un equipo cuando no se supone que lo haga, sólo Dios sabe lo que podría pasar. Con la Oficina de Unificación y las reglamentaciones es actuales, ¿quién soy yo para asumir semejante responsabilidad?
-¿Imagina lo que pasará si permite usted que un tren quede in-movilizado en plena vía?
-Yo no tengo la culpa. No tengo nada que ver con eso, no pueden reprocharme nada. No puedo evitarlo.
-Pues ahora puede evitarlo.
-Nadie me lo ha ordenado.

-¡Se lo ordeno yo!
-¿Y cómo demuestro que ha sido así? No es nuestra responsabilidad entregar tripulaciones a Taggart. Ustedes deben manejarse con su propia gente. Al menos, eso se suponía.
-¡Se trata de una emergencia!
-Nadie me ha hablado de casos de urgencia.
Tuvo que tomarse unos segundos para controlarse. Vio cómo Kellogg la miraba con una sonrisa entre amarga y divertida.
-Escuche -recomenzó- ¿Sabe usted que el Comet tenía que haber llegado a Bradshaw hace 3 hs.?
-Desde luego, pero nadie va a preocuparse por eso. Últimamente, ningún tren llega a su debido tiempo.
-¿Entonces, prétende dejarnos aquí, bloqueando eternamente la vía?
-No hay ningún otro tren hasta el 4 de pasajeros, que saldrá de Laurel en dirección norte, a las 8.37. Pueden esperar hasta entonces. Para esa hora se habrá hecho cargo de esto el jefe diurno. Puede hablar con él.
-¡Maldito idiota! ¡Este es el Comet!
-¿Y a mí que me importa? No trabajo para Taggart Transcontinental. Ustedes creen que con su dinero pueden conseguirlo todo, y sólo nos dieron dolores de cabeza con este trabajo extra, por el que no nos han pagado nada. -Su voz adoptaba un tono de quejumbrosa insolencia- No puede hablarme de ese modo. Ya ha pasado el tiempo en que las personas como usted podían expresarse como quisieran.
Dagny nunca había creído que existieran personas con las que este método, no usado nunca por ella, pudiera ser efectivo. Semejantes hombres no eran contratados por Taggart Transcontinental, ni nunca se había visto obligada a tratar con ellos.
-¿Sabe quién soy yo? -preguntó con el frío tono de quien pronuncia una amenaza personal.
Aquello causó el efecto deseado.
-Me... me lo imagino -respondió el empleado.
-Pues entonces, permítame decirle que si no manda una tripulación enseguida, usted se quedará sin empleo una hora después que yo haya llegado a Bradshaw, lo que pienso hacer tarde o temprano. Así que ¡dése prisa!
-Como usted diga, Sra..
-Reúna a una tripulación completa para tren de pasajeros y ordene que nos conduzcan a Laurel, donde tenemos a nuestra gente.
-Sí, Sra. -respondió- ¿Comunicará usted a la oficina central que lo hago por orden suya?
-Sí.
-¿Y que es usted la única responsable?
-Sí.
Se produjo una pausa, y él añadió desesperado:
-Pero ¿cómo voy a reunir a esos hombres? La mayoría no tiene teléfono.
-¿No tiene un mandadero que pueda llevarles el recado?
-Sí, pero no llega hasta la mañana.
-¿Hay alguien en la estación en este momento?

-Está el hombre de la limpieza.
-Pues envíelo a buscar esa tripulación.
-Sí, Sra., no cuelgue.
Dagny se reclinó contra la pared de la cabina, esperando. Kellogg sonreía.
-¿Se propone usted conducir un ferrocarril... un ferrocarril transcontinental... con esa gente? -preguntó él.
Ella se encogió de hombros.
No podía apartar su mirada del faro. ¡Parecía tan cercano! ¡Tan al alcance de la mano! Un inconfesable pensamiento se debatía furioso en su interior, esparciendo fragmentos de aquella lucha por todo su cerebro. Un hombre capaz de gobernar una enorme fuente de energía, trabajando en un motor que haría inútiles a todos los demás... podría estar hablando con él dentro de algunas horas... tan sólo unas horas... ¿Y si no hubiera necesidad de correr a su encuentro? Pero era lo único que deseaba. Era todo lo que ella quería... ¿Su trabajo? ¿Cuál era su trabajo? ¿Lograr el más completo y exacto uso de su mente, o pasar el resto de su vida pensando por un hombre que no estaba en condición de ser siquiera jefe de horarios nocturno? ¿Por qué había elegido trabajar? ¿Con el fin de seguir donde ella había empezado, es decir, como telegrafista nocturno de la estación de Rockdale? No, menos que eso, ella había sido mejor que ese expedidor, incluso en Rockdale. ¿Esto sería la suma final? ¿Un final más bajo aún que el comienzo?... ¿No había motivo para apresurarse? Ella era el motivo... Ellos necesitaban los trenes, pero no necesitaban el motor. Ella necesitaba el motor... ¿Su deber? ¿Hacia quién?
El jefe de expediciones tardó bastante tiempo en regresar. Cuando lo hizo, su voz sonaba sumisa.
-El ordenanza dice que puede reunir a los hombres, pero no sirve de nada porque ¿cómo se los voy a enviar? No tenemos ninguna locomotora.
-¿Ninguna locomotora?
-No. El supervisor se llevó una para ir a Laurel, la otra lleva varias semanas en el taller y la de maniobras también se dañó y no estará reparada hasta mañana por la tarde.
-¿Y la del tren de auxilio que nos estaba ofreciendo?
-Se encuentra en el norte. Ayer hubo un accidente y todavía no ha regresado.
-¿No tienen una Diesel?
-Por aquí nunca hemos tenido algo semejante.
-¿Y un vagón de motor?
-¡Oh... sí, Sra.!
-Mándelos en eso, entonces.
-Sí, Sra..
-Diga a sus hombres que se detengan en el teléfono N° 83, para recogernos a mí y al Sr. Kellogg -le indicó mirando el faro.
-Sí, Sra..
-Llame al jefe de trenes de Taggart en Laurel, infórmele del retraso del Comet y explíquele lo sucedido. -Se metió la mano en el bolsillo y apretó el paquete de cigarrillos- Oiga -preguntó-, ¿qué es ese faro que se encuentra a más o menos medio kilómetro de aquí?

-¿A medio kilómetro de donde están ustedes? ¡Ah! Debe ser el del campo de aterrizaje de emergencias de aerolíneas Flagship.
-Comprendo... bueno, eso es todo. Que sus hombres se pongan en camino enseguida, y no se olvide de decirles que recojan al Sr. Kellogg junto al teléfono 83.
-Sí, Sra..
Colgó. Kellogg estaba sonriendo.
-Un aeropuerto, ¿verdad? -preguntó.
-Sí -repuso mirando el faro y sujetando todavía el paquete con la mano.
-¿De modo que van a recoger al Sr. Kellogg?
Se volvió hacia él, dándose cuenta de la decisión que acababa de tomar, sin haber tomado plena conciencia de ello.
-No -dijo- No intento abandonarlo aquí. Se trata sólo de que también yo tengo un asunto urgente en el oeste y estaba pensando tomar un avión, pero no puedo hacerlo y además no es necesario.
-Vamos -dijo él, empezando a caminar hacia el aeródromo.
-Pero es que...
-Si desea hacer algo, más que cuidar a esos imbéciles... adelante.
-Lo más urgente del mundo -murmuró.
-Entonces me quedaré aquí para entregar el Comet a su encargado de Laurel.
-Gracias... pero si cree que... no estoy desertando, ¿sabe?
-Lo sé.
-Entonces, ¿por qué está tan dispuesto a ayudarme?
-Quiero tan sólo hacerle comprender lo que significa hacer algo que uno desea, aunque sea por una vez.
-No hay muchas posibilidades de que tengan un avión en esa pista.
-Yo creo que sí.
Había 2: uno eran los restos inservibles de un accidente, el otro, un monoplano Dwight Sanders completamente nuevo, la clase de aparato que todo el mundo solicitaba en vano en el país.
El aeropuerto estaba a cargo de un soñoliento joven, de aspecto robusto, y excepto por cierto leve aroma a universidad en su vocabulario, su cerebro no parecía mejor que el del jefe de expediciones de Bradshaw. No sabía nada de los 2 aviones que estaban allí desde que se había hecho cargo de su empleo, 1 año atrás. Nunca se había preguntado acerca de ellos ni nadie lo había hecho. En el silencioso derrumbe, en la lenta disolución de una gran compañía aérea, el monoplano Sanders había sido olvidado, igual que otros muchos elementos de su misma naturaleza eran olvidados en diversos lugares... como el modelo del motor que había sido abandonado en medio de un montón de chatarra, a la vista de cualquiera, sin atraer la atención de los nuevos dueños de la fábrica...
No existían reglas según las cuales el joven no pudiera dar el avión, así que la decisión fue adoptada, a causa de los modales bruscos y enérgicos de los visitantes, por las credenciales de la Srta. Dagny Taggart, vicepresidenta de una compañía ferroviaria, por breves insinuaciones acerca de una misión urgente y secreta que le sonó a Washington, por la mención de un convenio con los dirigentes de la firma en Nueva York, cuyos nombres no había oído pronunciar hasta entonces, por un cheque de 15.000 dólares extendido por la Srta. Taggart

como depósito que garantizaba la devolución del aparato, y por otro cheque de 200 que le fue entregado en reconocimiento de su amabilidad.
Puso combustible a la nave, verificó su funcionamiento lo mejor que pudo, y encontró un mapa de los aeropuertos de la región donde pudo comprobar que existía uno en las afueras de Afton, Utah, que seguía abierto. Había permanecido sumida en una actividad demasiado intensa para sentir nada, pero en el último instante, cuando el empleado encendió las luces y ella se disponía a subir al avión, se detuvo un momento para contemplar el vacío del cielo y posar la mirada en Owen Kellogg. Este estaba solo, en medio de la brillante claridad, erguido sobre una isla de cemento, en medio de un círculo de luces cegadoras, sin nada más tras él que una noche interminable, y Dagny se preguntó cuál de los 2 estaba corriendo el mayor riesgo y enfrentándose a una soledad más absoluta.
-Si algo me pasa -le dijo-, ¿le dirá a Eddie Willers, en mi oficina, que busque un empleo para Jeff Allen, tal como le prometí?
-Lo haré... ¿Es todo lo que quiere en caso de que le suceda algo?
Ella reflexionó un instante y sonrió con tristeza, asombrada ante lo que aquellas palabras parecían insinuar.
-Sí, supongo que sí... y también cuéntele lo ocurrido a Hank Rearden, y dígale que fui yo quien le pidió que lo hiciera.
-Lo haré.
Levantó la cabeza y añadió firmemente:
-Igual, no creo que pase nada. Cuando llegue a Laurel, llame a Winston, Colorado, y avíseles que estaré allí mañana al mediodía.
-Como usted diga, Srta. Taggart.
Hubiera deseado tenderle la mano, pero le pareció poco adecuado para la ocasión; luego recordó lo que Kellogg le había dicho de las épocas de soledad. Sacó el paquete de cigarrillos de su bolsillo y le ofreció uno, en silencio. Su sonrisa constituyó una muestra de comprensión total, y la llama de la cerilla sustituyó ampliamente al más firme apretón de manos.
Luego Dagny subió a bordo. El siguiente trecho de su conciencia no quedó constituido por momentos y por movimientos separados, sino por un solo movimiento y un tiempo continuo, una progresión en forma de entidad inseparable como las notas de una pieza musical, desde el momento en que su mano puso en marcha el motor hasta el instante en que éste empezó a zumbar ensordecedoramente como una repentina avalancha, y el círculo de la hélice se convirtió en un débil resplandor de aire en movimiento en el comienzo de su recorrido hacia la pista, a través de la breve pausa antes del empujón hacia delante, el largo y peligroso trayecto de despegue, en una línea recta que nada podía obstruir y en donde la velocidad se aceleraba por medio de un esfuerzo persistente trazando una prolongada línea que subrayaba un propósito, hasta que la tierra se hundió y la línea, indemne, se lanzó hacia el espacio en la sencilla y natural acción de elevarse.
Vio cómo los postes telegráficos a los costados de la vía pasaban debajo de ella. El suelo se sumergió hacia atrás y tuvo la impresión de que todo su peso se desprendía de sus tobillos, como si el globo se fuera reduciendo de tamaño hasta convertirse en una bola de presidiario que hubiera arrastrado hasta soltarse. Su

cuerpo osciló, embriagado por la impresión de aquel descubrimiento y el avión se tambaleó al mismo tiempo; el mundo, abajo, se movió también a idéntico compás.
Había descubierto que disponía totalmente de su vida, que ya no existía la necesidad de discutir, ni de explicar, ni de enseñar, ni de rogar, ni de luchar... sino sólo la visión, el pensamiento y la acción. Luego el suelo se fue inmovilizando, hasta convertirse en una extensión negra que se hacía más y más amplia a medida que el aparato describía círculos en constante elevación. Cuando miró hacia abajo por última vez, las luces del campo se habían extinguido y únicamente percibió los destellos del faro similares a la colilla resplandeciente del cigarrillo de Kellogg como un último saludo en las tinieblas.
Luego sólo quedaron las luces de los instrumentos de a bordo y el despliegue de las estrellas más allá del cristal. Nada restaba ya para reconfortarla, excepto el latir del motor y la idea de las mentes que lo habían construido. "Pero ¿qué cosa puede tranquilizar más que eso?", pensó.
Seguía rumbo al noroeste, para atravesar en diagonal el Estado de Colorado. Había escogido el trayecto más peligroso, y tendría que volar por un tramo excesivamente largo de montañas, pero era el camino más corto y la seguridad estaba en mantener una altura constante. Por otra parte, ninguna montaña le parecía peligrosa en comparación con el jefe de expediciones de Bradshaw.
Las estrellas eran como un montón de burbujas y el cielo parecía dotado de un movimiento fluido, donde las pompas se formaban y deshacían, flotando aquí y allá en círculos caprichosos. De vez en cuando, percibía en la Tierra una chispa de luz, mucho más brillante que el estático azul del firmamento, entre el negro de las cenizas y el azul de la bóveda celeste. La saludaba y desaparecía.
La pálida franja de un río surgió lentamente, y permaneció ante su vista durante largo rato. La vena fosforescente visible a través de la piel de la tierra, delicada y carente de sangre, se deslizaba imperceptiblemente a su encuentro.
Cuando distinguió las luces de la ciudad, violentas y duras como un puñado de monedas de oro arrojadas en medio de la pradera, le parecieron tan distantes como las inalcanzables estrellas. La energía que les daba brillo había desaparecido, la fuerza que creaba centrales eléctricas en praderas desiertas ya no existía, y Dagny no sabía qué camino emprender para recuperarlas. Sin embargo, aquéllas habían sido sus estrellas, pensó mirando hacia abajo; su norte, su faro, la aspiración que la había impulsado por su camino ascendente. Lo que otros pretendían sentir a la vista de las estrellas distantes millones de años era que no implicaban obligación alguna de actuar, sino que servían tan sólo como oropel a la futilidad del mundo, era lo mismo que sintió ella al ver las luces de esas calles. Era precisamente aquella tierra la que marcaba la altura que había querido alcanzar. Se preguntó cómo había podido perderla, quién la había convertido en una bola de presidiario arrastrada por el fango, quién había transformado su propósito de grandeza en una ilusión que jamás conseguiría concretar. Pero la ciudad había quedado atrás y tenía que mantener la vista fija en su ruta, en las montañas de Colorado que se iban levantando ante ella.
El pequeño cuadrante en el tablero indicaba que estaba subiendo. El zumbido del motor dentro de la cubierta de metal que lo rodeaba, estremeciendo el timón que oprimía como el latir de un corazón al que se exigiera un esfuerzo sobrehumano, le indicaba la fuerza que estaba aplicando para llevarla por encima de las

cumbres. El suelo era ahora una arrugada escultura que oscilaba de un lado a otro con las formas de una explosión que aún disparara chispazos, pretendiendo alcanzar el aparato.
Creyó verlas en las negras cortaduras que desgarraban la láctea extensión de las estrellas, apareciendo ante su ruta para separarse luego a fin de permitirle el paso. Su mente formaba una unidad con su cuerpo, y éste era uno con el avión; luchaba contra la invisible succión que la atraía hacia abajo, contra las repentinas rachas que la impulsaban hacia la tierra dándole la sensación de rodar hacia cualquier parte en el cielo, arrastrando tras de sí fragmentos de las montañas. Era como debatirse contra un océano congelado en el que el toque de una sola de sus salpicaduras podía serle fatal.
Había momentos de alivio, cuando las montañas se hundían en valles llenos de niebla y luego se levantaban para engullir al mundo, y ella se veía suspendida en el espacio y, salvo por el zumbido del motor, podría haber creído que estaba completamente inmóvil.
Pero no le era preciso ver la Tierra. El cuadro de instrumentos constituía su único paisaje, la visión condensada por una serie de mentes dedicadas a guiarla en su camino, ofreciéndose a ella sin exigirle más que su capacidad para leer las indicaciones. ¿Cómo se les habría pagado a los donantes de ese paisaje? Desde la leche condensada hasta la música condensada, o los instrumentos de precisión, también condensados. ¿Qué habían recibido a cambio de la riqueza que le habían dado al mundo? ¿Dónde estaban ahora? ¿Dónde estaba Dwight Sanders? ¿Dónde estaba el que inventara el motor?
La niebla se estaba levantando y, en un repentino claro, distinguió una gota de fuego sobre una superficie rocosa. No se trataba de luz eléctrica, sino de una llama solitaria destacándose en la oscuridad. Sabía dónde se hallaba y qué representaba aquel fuego: era la antorcha Wyatt.
Se acercaba a destino. En algún lugar tras ella, hacia el noroeste, se encontraban las cimas perforadas por el túnel Taggart. Las pendientes descendían en prolongado declive hacia la superficie más segura de Utah, así que dejó que el avión se deslizara, acercándose al suelo.
Las estrellas se extinguían, el cielo se iba oscureciendo, pero en las aglomeraciones nubosas, hacia el este, empezaban a aparecer tenues claros, primero como franjas, luego como zonas iluminadas por reflejos, después como trechos más amplios, todavía no rojizos, pero tampoco azules, con el color de un fulgor futuro, los primeros indicios de un inminente amanecer. Las claridades aparecían y desaparecían, lentamente se volvían más pálidas y dejaban al cielo más oscuro y se ampliaban luego como una promesa que forcejeara para hacerse realidad. En su mente repercutió una melodía que a veces recordaba con agrado: no era el Quinto Concierto de Halley, sino el Cuarto, el grito de una lucha torturada que irrumpía cual una distante visión que debía alcanzar.
Distinguió el aeropuerto de Afton desde lejos, primero como destellos cuadrados y, luego, como un estallido de rayos de luz. Estaba iluminado para el despegue de un avión y tuvo que esperar hasta que le permitieran el aterrizaje. Describiendo círculos en la oscuridad que rodeaba la pista, pudo ver el cuerpo plateado de un aparato que surgía como el Ave Fénix de un fuego blanco, y se elevaba en línea

recta dejando tras de sí una estela de luz en el espacio, mientras tomaba rumbo al este.
Entonces, descendió sumergiéndose en el túnel lleno de rayos fulgurantes. Vio una pista de cemento y percibió la sacudida de las ruedas al posarse sobre ella. Luego el impulso fue cediendo hasta que el avión pudo ser dominado con la facilidad de un automóvil, mientras se dirigía a la pista secundaria.
Era un pequeño aeródromo privado, al servicio del escaso tránsito existente entre los cada vez más escasos centros industriales de Afton. Vio a un solitario empleado que corría hacia ella. Saltó a tierra, apenas el aparato se había inmovilizado, mientras las horas de vuelo se borraban de su mente con la impaciencia que en ella provocaban los siguientes minutos.
-¿Podría conseguir un coche que me llevara enseguida al Instituto Tecnológico? -preguntó.
El empleado la miró perplejo.
-Creo que sí, Sra.. Pero... ¿para qué? No hay nadie allí.
-El Sr. Quentin Daniels se encuentra allí.
El empleado negó con la cabeza lentamente y luego señaló con el pulgar hacia el este, hacia las luces cada vez más pequeñas del avión que acababa de despegar.
-Allá va el Sr. Daniels.
-¿Cómo?
-Acaba de marcharse.
-¿Marcharse? ¿Por qué?
-Se ha ido con un hombre que vino hace un rato a buscarlo, hace 2 o 3 hs..
-¿Qué hombre?
-No lo conozco, no lo había visto nunca. Pero ¡diablos!, su avión es una maravilla.
Pocos minutos después, Dagny estaba nuevamente al frente de la nave, recorriendo la pista, elevándose en el aire, con el avión dirigido como una bala hacia 2 puntos de luz, uno rojo y otro o verde, que parpadeaban en la distancia, hacia el este. "Oh, no" -se repetía- "No puede ser. No puede ser. No puede ser..."
Aferrada a los comandos, como si fuesen enemigos a los que no pudiera dar cuartel, expresando las palabras igual que explosiones que dejaban en su mente una huella de fuego, iba pensando: "Ha llegado el momento... ha llegado el momento de enfrentarse al destructor del mundo... cara a cara... de saber es quién es y averiguar por dónde desaparece... No se llevará el motor a la oscuridad de un lugar desconocido o monstruosamente reservado... Esta vez no escapará... Esta vez...
Una franja a de luz se levantaba en el este; parecía provenir de la Tierra como un aliento largamente retenido. En el profundo azul, arriba, el avión desconocido era un chispazo que cambiaba de color brillando intermitentemente, de un costado a otro, como la punta de un péndulo que oscilase en las tinieblas, marcando paso del tiempo.
La distancia hacía aparecer dicho chispazo cada vez más próximo al suelo, y Dagny aceleró a la velocidad máxima para no perderlo de vista en el horizonte. La luz fluía en el firmamento como si fuera atraída desde la Tierra por aquel avión. Este dirigió hacia el sudoeste y ella lo siguió.
Del translúcido verde hielo, el cielo pasó a un derretido oro pálido que se fue extendiendo como un lago bajo la frágil película de cristal rosado; por primera vez

Dagny veía en la Tierra el color del cielo de esa mañana olvidada. Las nubes se estaban deshaciendo en largas hilachas de brumoso azul y Dagny mantenía la de vista en el avión desconocido, como si sus ojos fuesen cables de remolque que que tirasen del aparato que ella piloteaba. El otro avión era, una pequeña cruz negra que se contraía en un firmamento cada vez más brillante.
Se dio cuenta entonces de que las nubes no descendían, sino que permanecían como congeladas en el borde de la Tierra, y comprendió que el avión se dirigía a las montañas de Colorado. De nuevo iba a enfrentarse a una invisible tormenta. Se dio cuenta de ello sin emoción, sin preguntarse si el avión o su cuerpo tendrían el poder necesario para volver a intentarlo. Mientras pudiera moverse, lo haría, siguiendo aquel minúsculo rasgo que se alejaba con los últimos retazos de su mundo. No sentía nada, aparte del vacío dejado por un fuego que fuera odio, cólera y desesperado impulso de pelear a muerte, todo ello fundido en la resolución salvaje de perseguir al desconocido, quienquiera fuese y a dondequiera la llevara, seguirlo, y... no añadió nada más interiormente, pero aunque sin declararlo, lo que quedó en el fondo de aquel vacío era el deseo de matar al otro aunque le costara su propia vida.
Su cuerpo conducía al avión como un instrumento de control automático, mientras las montañas se desplazaban en la neblina azul, y los picos se elevaban en su ruta como formaciones nubosas de un gris cada vez más amenazador. Notó que la distancia entre ella y su perseguido era menor, pues éste había bajado la velocidad como medida preventiva para atravesar los parajes más peligrosos y ella con los músculos de sus brazos y piernas se esforzaba por mantener el avión a una marcha constante. Un breve y tenso movimiento de sus labios pareció, por un instante, transformarse en una sonrisa. Se dijo que era aquel hombre quien conducía el avión para ella. Le había conferido el poder de seguirlo, con la habilidad y precisión de un sonámbulo.
Como si respondiera a los movimientos del otro aparato, la aguja de su altímetro ascendía lentamente, mientras Dagny se preguntaba cuándo dejarían de funcionar su respiración y su hélice. Iba hacia el sudoeste, hacia las altas montañas que obstruían el camino del sol.
Fue el otro avión el 1° en iluminarse por un rayo de sol. Resplandeció un instante como un estallido de fuego blanco enviando rayos desde sus alas, y las cumbres se empezaron a acercar. La claridad solar alcanzó la nieve en los barrancos y se desparramó por las montañas creando en ellas formas vivientes.
Estaban volando sobre la parte más desierta de Colorado, inhabitada e inhabitable. Era una región inaccesible para los hombres, ya fuese por tierra o en avión, pues no era posible aterrizar en un radio de 150 km.. Miró el indicador de combustible. Le quedaba sólo para media hora de vuelo, y el desconocido se dirigía en línea recta hacia otra cordillera todavía más alta. Entonces, Dagny se preguntó por qué utilizaba una ruta que ninguna línea aérea había escogido, ni jamás recorrería. Hubiera preferido que aquella cordillera se encontrara ya atrás porque era el último esfuerzo que su avión podría realizar.
De pronto, el perseguido perdió velocidad y empezó a descender precisamente cuando ella esperaba que ascendiera. La barrera de granito se elevaba en su camino, acercándose a él, a sus alas, pero la larga y suave línea de sus movimientos lo impulsaban hacia abajo. Dagny no notó oscilación ni bamboleo, ni

señal de problemas en los motores: todo tenía el aspecto de un movimiento suave y controlado.
Con un repentino resplandor de sol sobre las alas, el avión describió una larga curva, difundiendo luz su alrededor y, enseguida, inició los amplios círculos de espiral, como buscando aterrizar en un paraje inconcebible.
Lo miró, sin intentar explicarse lo que sucedía, sin creer lo que estaba viendo, esperando el empuje hacia arriba que lo volviera a situar en su ruta. Pero los suaves círculos continuaron en descenso, hacia un suelo que ella no podía ver y en el que no se atrevía a pensar. Como remanentes de quijadas quebradas, sartas de dentaduras de granito se levantaban entre su avión y el de aquel hombre, y ella no podía imaginar lo que se hallaba al final de la suave espiral aunque sabía que aquel movimiento no lo parecía, pero era, sin ningún tipo de duda, propio de un suicida.
Por un instante vio el sol brillar en las alas del aparato. Luego, como el cuerpo de un hombre que se sumerge de cabeza con los brazos extendidos ante sí, abandonándose serenamente al impulso de la caída, el avión siguió bajando y desapareció finalmente tras una cordillera.
Dagny continuó volando como si esperara verlo reaparecer, incapaz de creer que acababa de presenciar una horrible catástrofe, sucedida de un modo sencillo y tranquilo. Al llegar adonde el avión se había hundido le pareció ver un valle entre muros de granito.
Llegó al valle y miró hacia abajo. No había lugar donde aterrizar, ni vio señales del avión.
El fondo de la cuenca parecía una franja de la corteza que hubiese quedado allí, inalcanzable y remota desde los tiempos en que la Tierra había comenzado a enfriarse. Había una línea de rocas apoyadas entre sí, y otras colgaban en precarias formaciones, entre largos y oscuros barrancos. Unos cuantos retorcidos pinos crecían casi horizontalmente entre ellas y no existía un solo fragmento de suelo llano, ni siquiera del tamaño de un pañuelo. No había lugar alguno en el que pudiera aterrizar un avión, pero tampoco vio los restos del aparato al que estaba persiguiendo.
Descendió bruscamente, describiendo un círculo sobre el valle.
Por un efecto de luz que no pudo explicarse, el fondo se le hizo de pronto más visible que el resto. Lo distinguía lo suficiente como para observar que no había en él avión alguno. Pero no era posible. Continuó bajando en círculos. Miró a su alrededor y, durante un terrible momento, le pareció vivir una tranquila mañana estival, hallarse sola y perdida en la región de las Montañas Rocallosas donde ningún avión jamás se hubiera aventurado a llegar, mientras las últimas gotas de su combustible se iban terminando, en busca de un avión que nunca había existido. Llegó a pensar que acaso había sido su imaginación la que la había conducido hasta allí para ser destruida. Negó con la cabeza, apretó más firmemente los labios y continuó el descenso.
Era imposible abandonar una riqueza incalculable como la del cerebro de Quentin Daniels en aquellas rocas que se extendían abajo, si es que seguía vivo. Se encontraba ya entre las paredes que formaban el valle. Resultaba peligroso volar por aquel angosto espacio, pero continuó describiendo círculos cada vez más bajos mientras su vida pendía de la penetración de su mirada, entregada a la tarea

de observar la hondonada y los muros de granito que podían arrancarle las alas de un momento a otro.
Pero aquel peligro sólo constituía una parte de su trabajo y carecía de significado personal. Dagny experimentaba una emoción salvaje muy similar a la diversión. Estaba viviendo los últimos momentos de cólera de una batalla perdida. "¡No!", gritaba interiormente, dirigiendo aquel grito al elemento destructor, al mundo que quedaba tras ella, a los años vividos y a su larga progresión de derrotas. "¡No... no... no!".
Sus ojos se posaron un instante en el tablero y permaneció rígida, exhalando una exclamación ahogada. La última vez que lo había consultado, el altímetro indicaba 3.500 m. y ahora marcaba 3.000, pero el fondo del valle estaba tan distante como al principio.
Sabía que el registro de 2.400 m. era la altura en aquella región de Colorado y no se había dado cuenta de la longitud de su descenso, pero observó que el suelo, claro y cercano desde las alturas, se mostraba ahora lejano y apenas visible. Veía las mismas rocas desde la misma perspectiva, no se habían agrandado, ni sus sombras se habían movido, y la única luz fantasmal seguía colgando sobre la quebrada.
Pensó que su altímetro estaría averiado y continuó descendiendo. Vio cómo la aguja del cuadrante se movía, cómo las paredes de granito se elevaban a sus costados y cómo el círculo de montañas se iba haciendo más alto y sus cimas se acercaban más al cielo, pero el valle estaba siempre igual, como si el avión se hundiera en un pozo cuyo fondo jamás pudiera alcanzarse. La aguja marcó 2.900 m., luego 2.800... 2.700... 2.600...
El resplandor que daba sobre Dagny carecía de fuente. Era como si el aire, dentro y más allá del aparato, constituyera una explosión de fuego frío y cegador, repentina y silenciosa. La impresión la obligó a soltar por un momento los comandos, y llevarse las manos a los ojos. Cuando retomó los controles, la luz había desaparecido, pero el avión descendía en espiral, sus oídos estallaban por el extraño silencio y la hélice estaba rígida ante ella: el motor estaba muerto.
Intentó elevarse, pero el aparato siguió cayendo. De pronto, se acercaba hacia ella no el conjunto de peñascos que formaban aquel lugar, sino la verde hierba de un campo, allí donde no había nunca habido campo alguno.
No tuvo tiempo para ver el resto, ni para pensar en explicaciones, ni para evitar la caída. La tierra era como una alfombra verde que se acercaba velozmente a su encuentro. Sólo quedaban unos centenares de metros, que se iban acortando a toda velocidad.
Oscilando de un lado al otro como un péndulo maltratado, aferrada al timón, a medias sentada, a medias sobre sus rodillas, se esforzó por lograr un aterrizaje de panza, mientras el terreno verde giraba rápidamente, acercándose cada vez más y más.
Tirando con todas sus fuerzas del timón, aunque sin posibilidades de saber si lo conseguiría, mientras espacio y tiempo se iban extinguiendo, notó de repente con total y violenta pureza, aquella seguridad que siempre la había caracterizado. En un momento de rebelde negativa a un desastre, de amor a la vida y con su valor inalterable, experimentó la orgullosa certeza de que sobreviviría.

Y en respuesta a aquel suelo que volaba a su encuentro, oyó en su interior como una burla al destino, como un grito de desafio, aquella frase que tanto odiaba, de derrota, de desesperación y de súplica de auxilio: "¿Quién es John Galt?".

TERCERA PARTE - “A” ES “A”

CAPÍTULO I - ATLÁNTIDA

Al abrir los ojos, pudo ver los rayos de sol, unas hojas verdes y el rostro de un hombre. "Sé lo que es esto", pensó. Tal era el mundo que había esperado ver a los 16 años y ahora que lo había alcanzado parecía tan simple, tan falto de sorpresas, que pensó que era una bendición compuesta de sólo 2 palabras: "Por supuesto".
Mirando al hombre arrodillado junto a ella, comprendió que siempre hubiera dado su vida por ver eso: una cara sin rastros de dolor, temor, ni culpa. La forma de su boca expresaba orgullo y aún más: el orgullo de estar orgulloso. Los planos angulosos de sus mejillas denotaban arrogancia, tensión y desprecio; sin embargo, ese rostro no poseía ninguna de esas expresiones en forma separada, sino que era una suma de ellas. Revelaba una serena determinación y certidumbre y, a la vez, una implacable candidez que no buscaba el perdón ni lo otorgaba. Era una cara que nada tenía que ocultar o de lo cual escapar, sin miedo de ser vista ni de ver y lo primero que observó en ella fue la intensa atención de sus ojos, como si la visión constituyera su más apreciada facultad y su ejercicio representara una aventura ilimitada y dichosa, como si sus ojos impartieran un valor superlativo a sí mismo y al mundo: a sí mismo, por su capacidad de ver, y al mundo, por ser un lugar digno de ser contemplado. Por un instante, le pareció hallarse en presencia de un ser que era pura conciencia; sin embargo, ella nunca se había percatado tanto de un cuerpo masculino. La delgada tela de su camisa parecía exhibir, más que ocultar, la estructura de ese cuerpo, su piel bronceada y sus músculos duros, la firme y tensa fuerza, la limpia precisión de una estatua fundida en metal, de un metal suave y lustroso, como una aleación de aluminio y de cobre. Algunos mechones de su pelo castaño oscuro adoptaban un tono dorado bajo el sol; los ojos, la única parte de la estatua que no estaba del todo bruñida, eran de un verde profundo como el de la luz que brilla sobre metal. La miraba con un débil esbozo de sonrisa, pero no con la expresión de quien ha descubierto algo, sino con un aire familiar, como si él también se encontrara ante algo largamente esperado y de lo cual nunca había dudado.
Dagny Taggart pensó que aquél era su mundo, que ése era el modo en que los hombres debían ser y enfrentarse a la existencia y que todo lo demás, los años de fealdad y de lucha, eran una broma sin sentido.
Le sonrió como a un compañero de conspiraciones, ya aliviada y liberada, burlándose radiantemente de todas aquellas cosas que a partir de entonces nunca

volvería a considerar importantes. El sujeto le respondió del mismo modo, con idéntica sonrisa, como si comprendiera sus sentimientos y lo que representaban.
-Nunca debimos haber tomado tan en serio nada de ello, ¿verdad? -susurró Dagny.
-No, nunca.
De pronto, recobrando totalmente la conciencia, se dijo que aquel hombre era un completo desconocido para ella. Intentó apartarse de él, pero apenas pudo mover la cabeza sobre la hierba en la que descansaba. Quiso incorporarse, pero un dolor punzante en la espalda la obligó a recostarse de nuevo.
-No se mueva, Srta. Taggart. Está lastimada.
-¿Me conoce? -preguntó ella con voz impersonal y dura.
-La conozco desde hace muchos años.
-¿Y yo a usted?
-Creo que también.
-¿Cómo se llama?
-John Galt.
Lo miró sin moverse.
-¿Por qué se asusta? -preguntó él.
-Porque le creo.
El sonrió como si acabara de escuchar una confesión total acerca del significado que para ella tenía su nombre, y su sonrisa fue la aceptación de un desafio y, al mismo tiempo, la diversión de un adulto que juega con un niño.
Le pareció que estaba volviendo a la normalidad, luego de un choque que hubiese hecho, pedazos algo más que a su avión. No le era posible ordenar las piezas, ni podía recordar las cosas que conocía acerca de aquel hombre, pero sabía que representaba un oscuro vacío que ella tendría que llenar lentamente. No podía hacerlo ahora, porque la presencia de este hombre la deslumbraba como un foco que no le permitía ver las sombras situadas en la oscuridad del exterior.
-¿Era a usted a quien estaba persiguiendo? -preguntó.
-Sí.
Miró lentamente a su alrededor. Estaba tendida sobre la hierba, al pie de una pendiente de granito que se elevaba miles de metros hacia el cielo azul. Al otro lado del campo, algunos peñascos, pinos y el follaje brillante de unos cuantos abedules ocultaban el espacio que se extendía hasta un distante muro de montañas dispuestas en círculo. Su avión no estaba destrozado, sino que se encontraba a muy poca distancia, apoyado sobre el fuselaje. No había ninguna otra nave a la vista, ni otro signo de presencia humana.
-¿Qué es este valle?
-La Terminal Taggart -contestó él, sonriendo.
-¿Qué quiere decir?
-Ya lo verá.
Un impulso, como el rechazo a un antagonista, la hizo querer comprobar la fuerza que aún le quedaba. Podía mover brazos y piernas y levantar la cabeza, pero sintió un profundo dolor al respirar hondo y pudo ver un delgado hilo de sangre corriéndole por una media.
-¿Hay forma de salir de aquí? -preguntó.

La voz del hombre sonó enérgica, pero el brillo de sus ojos equivalía a una sonrisa.
-Por el momento, no. Más adelante, sí.
Dagny hizo un movimiento para levantarse y él se agachó para ayudarla; ella hizo acopio de fuerzas y escapando de sus manos se esforzó para ponerse de pie por sí misma.
-Creo que puedo... -dijo, pero cayó sobre él en cuanto sus pies tocaron el suelo: un agudo dolor le subía desde el tobillo que se negaba a sostenerla.
Él la levantó en brazos y sonriendo dijo:
-No, no puede, Srta. Taggart.
Y echó a andar a través del campo.
Ella se quedó inmóvil rodeada por sus brazos, descansando la cabeza sobre su hombro. "Durante unos momentos, mientras esto dure, está bien rendirse por completo, olvidarse de todo y permitirse sentir...", pensó, preguntándose cuándo había experimentado aquello antes. Porque hubo un momento en que las mismas palabras habían resonado en su mente, aunque no podía recordar cuándo, un momento en que experimentó una certeza semejante, en que creyó haber llegado a la meta, al final, a lo incuestionable y completo. Resultaba extraño sentirse protegida y aceptar aquella protección, aquella rendición, como algo bueno. Era rendirse ante un sentimiento de seguridad tan peculiar que no constituía protección contra el futuro, sino contra el pasado; no era la protección de haber eludido una batalla, sino la de haber vencido; no una protección otorgada a su debilidad, sino a su fuerza... Notando con extraordinaria intensidad la presión de las manos de él bajo su cuerpo, el dorado y cobrizo color de su pelo y las sombras de sus pestañas sobre la piel de la cara, que se hallaba a muy poca distancia de la suya, se preguntó débilmente: ¿Protegida de qué...? Él era el enemigo... ¿Él? ¿Por qué?" No lo sabía ni podía pensar en ello. Le costaba un gran esfuerzo recordar que había perseguido una finalidad y un objetivo tan sólo algunas horas antes.
-¿Sabía que lo iba siguiendo? - preguntó Dagny.
-No.
-¿Dónde está su avión?
-En el campo de aterrizaje.
-¿Dónde se encuentra el campo de aterrizaje?
-Al otro lado del valle.
-No había ningún campo de aterrizaje cuando miré hacia abajo. Ni tampoco pradera. ¿Cómo llegué a este lugar?
Él miró hacia arriba.
-Observe con cuidado. ¿Ve alguna cosa allá arriba?
Dagny echó la cabeza hacia atrás contemplando el cielo, sin ver nada en él, aparte del sereno azul de la mañana. Al cabo de un rato, pudo percibir ciertas débiles ondulaciones en el aire.
-Ondas de calor -dijo.
-Rayos refractarios -la corrigió él- Ese valle que usted vio es la cima de una montaña de 2.400 m. de alto, situada a 8 km. de aquí.
-¿Una... qué?

-La cima de una montaña que ningún aviador escogería para aterrizar. Lo que usted veía era su reflejo proyectado sobre este valle.
-¿Cómo?
-Igual que un espejismo en el desierto: una imagen reflejada por una capa de aire caliente.
-¿De qué manera?
-Gracias a una pantalla de rayos calculada para protegemos contra todo... excepto contra un valor tan particular como el suyo.
-¿Qué quiere decir?
-Jamás creí que un avión intentara bajar a menos de 200 m. del suelo. Usted tocó la pantalla de rayos, y algunos de ellos destruyen los motores magnéticos. Bueno, es la 2° vez que usted me derrota porque tampoco nadie me había seguido hasta aquí nunca.
-¿Para qué necesita esa pantalla?
-Porque este lugar es propiedad privada y quiero que siga siéndolo.
-¿Qué paraje es éste?
-Ahora que está aquí se lo voy a mostrar, Srta. Taggart. Y una vez que lo haya visto, contestaré a sus preguntas.
Dagny guardó silencio. Había hecho preguntas sobre diversos asuntos, pero no acerca de él. Era como si aquel hombre constituyera un todo único, que había captado en su primera mirada, como una concreción total, como un axioma que no podía ser explicado, como si ella ya supiera todo sobre él por percepción directa, y lo que anhelaba ahora era sólo identificar los conocimientos adquiridos.
La llevaba por un estrecho sendero, que bajaba serpenteando hasta el fondo del valle. En las laderas, a su alrededor, las altas y oscuras pirámides de los abetos estaban inmóviles y erguidas con masculina simplicidad, como si fuesen esculturas reducidas a una forma esencial, en agudo contraste con el femenino encaje de las hojas que se estremecían al sol. Los rayos de luz que se filtraban entre el follaje tocaban las caras de ambos y arrancaban reflejos dorados del pelo de Galt. Ella no podía divisar lo que había más abajo, a la vuelta del sendero.
Sus ojos se posaban una y otra vez en el rostro de él, que la miraba también de vez en cuando. Al principio Dagny desviaba la vista, como si hubiera sido descubierta. Luego sostuvo su mirada cada vez que la contemplaba, sin ocultar su sentido.
Ella sabía que el silencio de él equivalía a la misma confesión que el suyo. No la sostenía a la manera impersonal de quien transporta a una mujer herida, sino como si la abrazara, aunque ella no notase la sugerencia de semejante actitud y se daba cuenta sólo por la certeza de que era su cuerpo entero el que la sostenía.
Escuchó su sonido antes de ver la delicada cascada de agua que se rompía en varios bordes brillantes por entre los peñascos. El ruido llegaba hasta ella a través del débil latido de su mente, de cierto suave ritmo, no más sonoro que un recuerdo evasivo; cuando ya habían dejado atrás la cascada, el latido continuó y el ruido del agua fue siendo reemplazado por otro más claro, que surgía de entre las hojas.
El camino doblaba y, en un repentino claro más abajo, vio una pequeña casa con un rayo de sol sobre el cristal de una ventana. En ese momento recordó qué la había hecho rendirse antes de esa forma: había sido la noche en que en un polvoriento vagón del Comet escuchó por 1° vez la melodía del Quinto Concierto

de Halley; era eso lo que estaba surgiendo ahora de un piano, en acordes claros y precisos, arrancados por unas manos fuertes y seguras.
Formuló la pregunta repentinamente, como si intentara tomarlo desprevenido.
-Es el Quinto Concierto de Richard Halley, ¿verdad?
-En efecto.
-¿Cuándo lo escribió?
-¿Por qué no se lo pregunta a él en persona?
-¿Se encuentra aquí?
-Es él quien toca y ésa es su casa.
-¡Ah!...
-Ya lo conocerá después, le gustará hablar con usted porque sabe que, cuando está sola, cada noche, le gusta escuchar sus obras.
-¿Cómo lo sabe?
-Porque yo se lo dije.
La expresión de la cara de Dagny equivalía a: "¿Cómo diablos…?" pero lo miró y echó a reír, dando con aquella risa pleno significado a su mirada.
No podía dudar de nada, pensó. No mientras aquella música se elevara triunfante entre las hojas empapadas de sol: la música del olvido, de la liberación, ejecutada tal como debía serlo, tal como su mente se esforzó en oírla en aquel vagón tambaleante, entre el rumor de las ruedas heridas. Era aquello lo que había visto a través de los sonidos: aquel valle, ese sol matinal y...
Y entonces lanzó una exclamación porque tras una curva del sendero, desde la altura de un lugar despejado distinguió un pueblo en la hondonada.
No era precisamente un pueblo, sino una agrupación de casas al pie de las montañas que las encerraban dentro de un abrupto e inaccesible círculo. Eran casas pequeñas y nuevas, de formas planas y simples, con amplios y brillantes ventanales. Muy lejos, había algunas estructuras más grandes y las espirales de humo sobre ellas indicaban que se trataba de un sector industrial. En el centro, elevado sobre una esbelta columna de granito, encegueciéndola con su brillo y haciendo parecer opaco a todo lo demás, resplandecía un signo de dólar de oro macizo, de 1 m. de altura. Era, sin duda, el escudo de armas de la ciudad: su marca, su símbolo y su faro. Captaba los rayos solares y, al igual que un transmisor de energía, los reflejaba como una fulgurante bendición sobre los tejados de las casas.
-¿Qué es eso? -preguntó Dagny señalando el símbolo.
-¡Oh! Una broma de Francisco.
-¿Qué Francisco? -murmuró, conociendo la respuesta de antemano.
-Francisco d'Anconia.
-¿También se encuentra aquí?
-Llegará en cualquier momento.
-¿A qué se refiere con eso de la broma?
-Entregó el emblema como regalo de cumpleaños al propietario de este lugar, y luego lo adoptamos como símbolo. Nos gustó la idea.
-¿No es usted el dueño?
-¿Yo? No. -Miró hacia el pie de la quebrada y añadió, señalando: -Ahí viene el dueño.

Un automóvil se había detenido al final de una ruta ubicada más abajo y 2 hombres ascendían corriendo por el sendero. No podía distinguir sus rostros. Uno de ellos era alto y delgado, y el otro de menor estatura y más musculoso. Los perdió de vista en una curva del camino, hasta que reaparecieron desde un espacio rocoso. La visión de sus rostros la impresionó tan vivamente como si hubiera chocado con un obstáculo.
-¡Diablos! -exclamó el musculoso, al que ella no reconocía.
Dagny había fijado la mirada en la alta y distinguida figura de su compañero: Hugh Akston. Y fue él el primero en hablar, inclinándose ante ella con una amable sonrisa de bienvenida.
-Srta. Taggart, ésta es la 1° vez que alguien logra probar que me he equivocado. Cuando le dije que nunca encontraría a ese hombre, no pude imaginar que iba a verla en sus brazos.
-¿En brazos de quién?
-¿De quién va a ser? ¡Del inventor del motor!
Ella retuvo el aliento y cerró los ojos. Era una relación que debía haber hecho desde un principio. Al levantar de nuevo los párpados miró a Galt, quien sonreía débil y evasivamente, sabiendo perfectamente lo que eso significaba para ella.
-Le habría servido mucho romperse el cuello al aterrizar -declaró el hombre de menor altura y musculoso, irritado pero con algo de condescendencia- ¡Vaya riesgo que corrió, para tratarse de una persona a quien hubiésemos admitido con mucho gusto si hubiera entrado por la puerta principal!
-Srta. Taggart, ¿puedo presentarle a Midas Mulligan? -preguntó Galt.
-¡Oh! -exclamó ella débilmente y echó a reír; ya nada la asombraba- ¿Imaginaron que en el aterrizaje había pasado a mejor vida?
-En efecto, ha pasado a una mejor vida -dijo Galt-. Pero no por haberse matado, sino precisamente por lo contrario.
-¡Oh!, sí, sí -dijo y sonrió a Mulligan- A propósito, ¿dónde está la entrada principal?
-Aquí -respondió él, señalando su propia frente.
-He perdido la llave -dijo Dagny sencillamente, sin resentimiento alguno- He perdido todas las llaves.
-Ya las encontrará. Pero, ¿qué diablos hacía en ese avión?
-Siguiéndolo.
-¿A él? - preguntó Mulligan, señalando a Galt.
-Sí.
-Tiene suerte de seguir viva. ¿Está malherida?
-No lo creo.
-Tendrá que contestar unas cuantas preguntas antes que la aceptemos. -Se volvió bruscamente, precediéndolos hacia el automóvil, y luego miró a Galt- Bueno, ¿y ahora, qué hacemos? Esto es algo que no habíamos previsto: tenemos aquí el 1° disidente.
-¿El primer... qué? -preguntó Dagny.
-No haga caso -respondió Mulligan mirando a Galt- ¿Qué hacemos ahora?
-Yo mismo me ocuparé de ella -dijo Galt- Yo seré el responsable. Usted ocúpese de Quentin Daniels.
-¡Oh! No será ningún problema. Sólo necesita familiarizarse con este sitio. Parece conocer todo el resto.

-Sí. Ha recorrido casi todo el camino por sí mismo. -Al ver su gesto interrogante, Galt explicó: -Hay algo que debo agradecerle, Srta. Taggart: me siento muy halagado de que usted haya elegido a Quentin Daniels como mi suplente. Hubiera podido lograrlo.
-¿Dónde está? -preguntó Dagny- ¿Quieren decirme qué ha sucedido?
-Bueno, Midas fue a recibirnos a la pista de aterrizaje, me llevó a mi casa y luego se fue con Daniels. Yo me tenía que encontrar con ellos para el desayuno, pero entonces vi su avión describiendo círculos en dirección a esa pradera y como era yo quien estaba más cerca de ese lugar, me dirigí hacia allá.
-Llegamos lo antes que pudimos -dijo Mulligan- Pensé que quien viajara en ese avión merecía matarse. Jamás pude imaginar que se trataba de una de las 2 excepciones en el mundo.
-¿Cuál es la otra? -preguntó Dagny.
-Hank Rearden.
Se tambaleó; era como haber recibido otro golpe desde mucha distancia. Se preguntó por qué le parecía que Galt la estaba observando atentamente, y creyó ver un breve cambio en su rostro, demasiado breve para definirlo.
Se habían acercado al coche. Era un Hammond convertible con la capota baja, uno de los modelos más lujosos, viejo, pero en perfecto estado. Galt ubicó a Dagny con sumo cuidado en el asiento posterior, reteniéndola en el círculo de sus brazos. Experimentaba una punzada de dolor de vez en cuando, pero no tenía tiempo para prestarle atención. Miró las lejanas casas de la ciudad, mientras Mulligan encendía el motor del Hammond. El vehículo partió y al pasar ante el signo del dólar, un rayo de luz dorada acarició su frente.
-¿Quién es el dueño de todo esto? -preguntó.
-Yo -respondió Mulligan.
-¿Y qué es él? -quiso saber, señalando a Galt.
-Simplemente trabaja aquí -respondió Mulligan sonriendo.
-¿Y usted, Dr. Akston?
El aludido miró a Galt.
-Soy uno de sus 2 padres, Srta. Taggart. El que no lo traicionó.
-¡Oh! -exclamó Dagny mientras otra pieza encajaba en su lugar- ¿Su tercer alumno?
-En efecto.
-¡El 2° asistente contable! -gimió ella de repente ante un nuevo recuerdo.
-¿Cómo dijo?
-Así es como lo llamó el Dr. Stadler. Según él, en aquello se había convertido su 3° alumno.
-Exageró -dijo Galt- Estoy muy por debajo de eso, según su escala de valores y la de su mundo.
El automóvil había ingresado en una calle que subía en dirección a una casa solitaria, situada en una loma. Un hombre caminaba de prisa por un sendero frente a ellos, en dirección a la ciudad. Llevaba ropa de trabajo azul y una caja con su almuerzo. En la vivacidad de su paso Dagny creyó reconocer algo que le era familiar, y cuando el coche pasó junto a él, pudo distinguir su cara. La impresión, y el dolor que atravesó su cuerpo cuando dio un involuntario respingo de sorpresa, transformaron su voz en un grito:

-¡Deténgase! ¡Deténgase, por favor! No deje que se vaya.
Era Ellis Wyatt.
Los 3 hombres rieron, pero Mulligan detuvo el coche.
-¡Oh!... -dijo Dagny débilmente, disculpándose al darse cuenta de que precisamente aquel lugar era el único del que Wyatt no podía desaparecer de improviso.
Wyatt corría hacia ellos; él también la había reconocido.
Cuando llegó junto al coche y se aferró de él como si temiera perderlo, Dagny pudo ver su cara iluminada por aquella joven y triunfante sonrisa que sólo había observado en otra ocasión: en el andén del empalme Wyatt.
-¡Dagny! Al fin... ¿Usted también? ¿Es una de las nuestras?
-No -dijo Galt- La Srta. Taggart ha tenido un accidente.
-¿Qué?
-El avión de la Srta. Taggart se estrelló aquí. ¿No lo ha visto?
-¿Se estrelló aquí?
-Sí.
-Oí un avión, pero yo... -Su expresión de sorpresa se transformó en una sonrisa divertida y amistosa- Ya lo veo. ¡Diablos, Dagny! Es increíble.
Dagny trataba de relacionar el pasado con el presente. Evocó el teléfono que había sonado en el vacío casi 2 años antes y, con el aire de quien dice en sueños a un amigo muerto las palabras que lamenta no haber podido dirigirle en vida, manifestó: -Traté de... Intenté ponerme en contacto con usted.
Él sonrió con dulzura.
-Nosotros también intentamos contactarla desde entonces, Dagny... Hablaremos esta noche. No se preocupe, no desapareceré, y confío en que usted tampoco lo haga.
Saludó con un gesto a los demás y continuó su camino, balanceando el estuche del almuerzo. Dagny levantó la mirada cuando Mulligan ponía en marcha el motor, y vio que Galt la contemplaba atentamente. Su rostro se endureció en sincero reconocimiento de su dolor, al tiempo que desafiaba la satisfacción que aquello pudiera significar para él.
-De acuerdo -dijo- Veo el tipo de espectáculo que quieren ofrecerme: quieren apabullarme.
Pero no había crueldad ni compasión en el rostro de Galt, tan sólo la expresión imparcial de la justicia.
-Nuestra primera regla aquí, Srta. Taggart, es la de que cada uno es responsable de sí mismo.
El automóvil se detuvo frente a una casa solitaria, construida con toscos bloques de granito. La mayor parte de su fachada era un amplio panel de cristal.
-Enviaré al médico -dijo Mulligan mientras retomaba su camino, y Galt conducía a Dagny por el sendero hasta la puerta.
-¿Es su casa? -preguntó.
-Sí, es mía -respondió Galt abriendo la puerta con el pie.
Cruzó con ella el umbral, y entró en la luminosa sala con paredes de pino pulido. Había unos cuantos muebles trabajados a mano, un techo de vigas desnudas, una arcada que daba paso a una cocina con rústicas estanterías, una mesa de madera y el asombroso detalle de un resplandeciente fogón eléctrico. El lugar tenía la

primitiva simplicidad de una cabaña en un puesto de frontera, reducida a lo más imprescindible, pero dotada de una moderna funcionalidad.
La llevó por entre los rayos de sol, hasta un pequeño cuarto de huéspedes, donde la depositó sobre la cama. Del otro lado de la ventana, una escalera de rocas y pinos ascendía al cielo. Observó lo que parecían inscripciones talladas en la madera de las paredes; líneas desperdigadas, trazadas al parecer por manos distintas, pero no pudo distinguir las palabras. También notó una puerta a medio abrir que conducía a la habitación de él.
-¿Soy una invitada o una prisionera? -preguntó.
-Decídalo usted, Srta. Taggart.
-No puedo hacer elecciones cuando trato con un desconocido.
-No es así. ¿Acaso no puso mi nombre a su tren?
-¡Oh, sí! -Acababa de encajar otra pieza- Sí, yo... -Contemplaba la alta figura, con el cabello iluminado por el sol, reprimiendo una sonrisa en sus ojos implacablemente perceptivos. Rememoró la lucha que tuvo que entablar para construir la línea, y la jornada estival del 1° trayecto recorrido en ella. Se dijo que si una figura humana podía representar el emblema de su línea, era la que estaba allí, frente a ella- Sí... en efecto... -Luego, al recordar el resto, añadió: -Pero la nombré de ese modo pensando que tal persona era el enemigo.
-He allí la contradicción que usted tenía que resolver tarde o temprano -aseguró él, sonriendo.
-Fue usted... ¿no es cierto?... el que destruyó mi línea...
-¡Oh, no! Fue la contradicción.
Dagny cerró los ojos y al cabo de un momento preguntó: -De todas esas historias que escuché sobre usted... ¿cuál de ellas es cierta?
-Todas.
-¿Fue usted mismo quien las divulgó?
-No. ¿Para qué? Nunca deseé que se hablara de mí.
-Pero, ¿se da cuenta de que se ha convertido en leyenda?
-Sí.
-El joven inventor de Twentieth Century Motor Company es la única versión real, ¿verdad?
-Sí, la única completamente real.
Dagny no pudo mantenerse indiferente al pronunciar las siguientes palabras con voz temblorosa: -El motor... el motor que encontré... ¿lo construyó usted?
-En efecto.
La sacudida de emoción la obligó a levantar vivamente la cabeza. -El secreto de transformar la energía... -empezó, pero se detuvo.
-Puedo revelárselo en 15 minutos -dijo Galt en respuesta a la desesperada súplica que ella no había pronunciado-, pero no existe ningún poder sobre la Tierra capaz de obligarme a ello. Si lo comprende, comprenderá también todo cuanto ahora la perturba.
-Aquella noche... hace 12 años... aquella noche de primavera en que usted abandonó una reunión a la que asistían 6.000 asesinos... ¿existió de verdad?
-Sí.
-¿Les dijo usted que detendría el motor del mundo?
-Así es.

-¿Qué ha hecho desde entonces?
-No he hecho nada, Srta. Taggart. Y ése es todo mi secreto.
Lo contempló en silencio prolongadamente, mientras él seguía aguardando como si pudiera leer sus pensamientos.
-El elemento destructor... -empezó Dagny como maravillada y, a la vez, con impotencia.
-...la criatura más malvada que jamás haya existido -completó él, como quien repite una frase ajena. Y Dagny pudo reconocer sus propias palabras: "El hombre que está marchitando el cerebro del mundo".
-¿Hasta qué punto me ha estado vigilando y durante cuánto tiempo? -preguntó ella.
La pausa duró sólo un instante, los ojos de Galt no se movieron, pero su mirada se hizo más intensa y había una energía particular en su voz cuando respondió pausadamente: -Durante muchos años -contestó.
Dagny cerró los ojos, dispuesta a descansar y a ceder. Experimentaba cierta extraña y ligera indiferencia, como si, de repente, no deseara más consuelo que la posibilidad de rendirse.
El médico que llegó después era un hombre canoso, de rostro agradable y reflexivo, y modales seguros y amables.
-Srta. Taggart, le presento al Dr. Hendricks -introdujo Galt.
-¡No me diga que es el Dr. Thomas Hendricks! -exclamó ella, perpleja, con la espontaneidad de un niño.
Se trataba de un gran cirujano, desaparecido 6 años atrás.
-Sí, así es -repuso Galt, y Hendricks se limitó a sonreír.
-Midas me dijo que la Srta. Taggart debía ser tratada por un golpe -indicó- Pero no por el que recibió sino por los que vendrán.
-Lo dejo con ella -dijo Galt- mientras voy al mercado en busca de provisiones para el desayuno.
Hendricks la examinó con un aparato de rayos X portátil y encontró que Dagny se había fisurado 2 costillas, desarticulado un tobillo, lastimado una rodilla y un codo y sufrido en diversas partes del cuerpo contusiones que formaban manchas púrpuras. Cuando las rápidas y eficientes manos del médico ya habían colocado los vendajes y los esparadrapos en los sitios adecuados, sintió el cuerpo restablecido como una locomotora recién reparada por un experto mecánico. No hacía falta nada más.
-Le sugiero que repose, Srta. Taggart.
-¡Oh, no! Si tengo cuidado y camino despacio, estaré bien.
-Debería descansar.
-¿Cree que lo puedo hacer?
-Me parece que no -respondió él sonriendo.
Para cuando Galt regresó, Dagny ya estaba vestida. El Dr. Hendricks le describió su estado y se despidió: -Volveré mañana a revisarla.
-Gracias -dijo Galt- Mándeme la factura.
-¡Nada de eso! -replicó Dagny, indignada- Pagaré yo.
Los 2 hombres se miraron divertidos, como ante la jactancia de un pordiosero.
-Lo arreglaremos después -dijo Galt.

El Dr. Hendricks se marchó. Dagny se puso trabajosamente de pie y caminó, cojeando y sosteniéndose de los muebles. Galt la ayudó a llegar a la cocina y sentarse a la mesa preparada para 2. Dagny tomó conciencia de que tenía hambre cuando vio la cafetera humeando sobre la hornalla, los 2 vasos con jugo de naranja y la pesada vajilla blanca resplandeciendo al sol sobre la pulida superficie de la mesa.
-¿Cuándo ha dormido o comido por última vez? -preguntó él.
-No lo sé... cené en el tren con...
Sacudió la cabeza con amarga burla; "...con un mendigo", pensó. Una voz interior le indicaba que no era necesario escapar de un enemigo que no la perseguía, y al que no podría perjudicar, sentado frente a ella, bebiendo su jugo de naranja.
-No lo sé... parece como si hubieran pasado muchos siglos y continentes.
-¿Cómo me siguió? -preguntó Galt.
-Aterricé en el aeropuerto de Afton, cuando su avión estaba despegando, y un empleado me dijo que Quentin Daniels iba con usted.
-Recuerdo su avión, que describía círculos para aterrizar, pero fue la única vez en que no se me ocurrió pensar en usted. Pensé que vendría en tren.
Mirándolo fijamente, Dagny preguntó:
-¿Cómo quiere que interprete eso?
-¿A qué se refiere?
-A eso de que es la única vez en que no pensó en mí.
Sostuvo su mirada y Dagny percibió de nuevo aquel gesto que ya había notado: su orgullosa boca curvándose en una leve sonrisa.
-Entiéndalo como quiera -contestó.
Dejó pasar unos instantes hasta estar segura de que su rostro estaba lo suficientemente severo, y preguntó acusadora y fríamente: -¿Sabía que iba en busca de Quentin Daniels?
-Sí.
-¿Y se lo llevó de allí a toda prisa, a fin de que yo no lo encontrara? ¿Con la intención de derrotarme, sabiendo a conciencia la clase de pérdida que iba a significar para mí?
-Así es.
Ahora fue ella la que miró hacia otro lado, guardando silencio, cuando Galt se levantó para preparar el resto del desayuno. Lo observó mientras tostaba el pan y freía huevos y tocino. Se mostraba hábil y sereno en esa tarea, pero su destreza parecía pertenecer a otra actividad porque sus manos se movían con la rápida precisión de un ingeniero operando un tablero de control. Recordó súbitamente dónde había visto una actuación tan diestra y, al mismo tiempo, absurda.
-¿Es lo que ha aprendido del Dr. Akston? -preguntó señalando la cocina.
-Sí, entre otras cosas.
-¿Le ha enseñado a perder el tiempo... su tiempo -no pudo retener un estremecimiento de indignación que conmovió su voz- en esta clase de trabajo?
-Lo he perdido también trabajando en cosas mucho menos importantes.
Al colocar el plato ante ella, preguntó: ¿De dónde sacó esta comida? ¿Tienen una tienda de comestibles aquí?
-La mejor del mundo, la de Lawrence Hammond.
-¿Cómo?

-Lawrence Hammond, de la fábrica de automóviles, y el tocino es de la granja de Dwight Sanders... de Sanders Aircraft. Los huevos y la mantequilla los proporciona el juez Narragansett, del Tribunal Supremo del Estado de Illinois.
Dagny miró su plato como temerosa de tocar lo que había en él.
-Es el desayuno más caro de toda mi vida -dijo-, considerando el valor del tiempo de quienes intervinieron en él.
-En cierta forma, sí. Pero, por otro lado, es el desayuno más barato, porque ninguna parte del mismo ha servido para alimentar a saqueadores que le harían pagar por él año tras año, para dejarla, al final, morirse de hambre.
Tras un largo silencio, Dagny preguntó, simple y casi reflexivamente: -¿Qué hacen aquí, en realidad?
-Vivir.
Nunca había escuchado esa palabra pronunciada con tanta firmeza.
-¿Cuál es su trabajo? -preguntó- Midas Mulligan dijo que usted trabaja aquí.
-Soy una suerte de encargado de mantenimiento, supongo.
-¿Un qué?
-Estoy a disposición de quien me llame, siempre que alguna instalación funciona mal... como, por ejemplo... el sistema eléctrico.
Dagny se inclinó para mirar el horno eléctrico, pero volvió a caer en la silla, contraída de dolor. Él echó a reír.
-Tómeselo con calma, o el Dr. Hendricks le ordenará quedarse en cama.
-El sistema eléctrico... -dijo ella con voz ahogada-, el sistema eléctrico que utilizan aquí... ¿funciona con su motor?
-Sí.
-¿De modo que lo construyó? ¿Trabaja? ¿Funciona?
-Ha cocinado su desayuno.
-¡Quiero verlo!
-No se esfuerce en estudiar esa cocina. Es como cualquier otra, sólo que cuesta 100 veces menos, en lo que a consumo se refiere. Y eso es lo único que podrá ver, Srta. Taggart.
-Usted me prometió mostrarme el valle.
-Se lo mostraré, pero no verá el generador eléctrico.
-¿Me llevará en cuanto hayamos terminado?
-Si lo desea... y si está usted en condiciones de moverse.
-¡Lo estoy!
Él se puso de pie, se acercó al teléfono y marcó un número.
-Hola, Midas... Sí... ¿Lo hizo? Está bien, de acuerdo... ¿Me alquilaría su coche para hoy?... Gracias. A la tarifa habitual de 25 centavos... ¿Puede enviármelo?... ¿Tiene usted un bastón o algo por el estilo? Lo necesitará... ¿esta noche? Sí, creo que sí. Gracias.
Colgó. Ella lo miraba incrédula.
-¿Entendí bien o le dijo al Sr. Mulligan, cuya fortuna asciende a 200 millones de dólares... que le cobre 25 centavos por alquilarle su coche?
-Sí, así es.
-¡Cielos! ¿No podría dárselo gratis?
Él se sentó, mirándola unos instantes, cara a cara, como si deliberadamente quisiera dejarle contemplar la dicha que se pintaba en la suya.

-Srta. Taggart -dijo-, en este valle no hay leyes ni disposiciones, ni organización formal de ninguna clase. Hemos venido aquí porque queremos descansar, pero tenemos determinadas costumbres, que todos observamos porque atañen a esas cosas de las que deseamos descansar. Debo advertirle que existe en este valle una palabra prohibida: la palabra "dar".
-Lo siento -dijo Dagny- Tiene razón.
Él volvió a llenarle la taza de café y le ofreció un cigarrillo, y Dagny sonrió al tomar uno, pues llevaba el signo del dólar.
-Si por la noche no está demasiado cansada -siguió Galt-, Mulligan nos ha invitado a cenar. Habrá otros invitados que creo le gustará conocer.
-Desde luego. No estaré cansada, creo que jamás volveré a estarlo.
Cuando terminaban de desayunar, el automóvil de Mulligan se detuvo frente a la casa. El conductor salió, subió el camino corriendo y entró en la habitación sin detenerse a llamar. Dagny tardó un instante en advertir que el dinámico, agitado y desgarbado joven era Quentin Daniels.
-Srta. Taggart -jadeó-, lo siento -La culpa que sonaba en su voz contrastaba con la alegre expresión de su cara- Nunca rompí mi palabra hasta ahora. No tengo excusas, no puedo rogarle que me perdone, y sé que no me creerá, pero la verdad es que... me olvidé.
-Le creo -dijo Dagny mirando a Galt.
-Olvidé que había prometido esperarla. Me olvidé de todo hasta hace unos minutos, cuando el Sr. Mulligan me dijo que usted había aterrizado violentamente aquí. Entonces comprendí que si algo le había sucedido era culpa mía. ¡Oh, Dios mío! ¿Está bien?
-Sí, no se preocupe. Siéntese.
-No comprendo cómo uno puede olvidarse de cumplir su palabra de honor. No sé lo que me sucedió.
-Yo sí.
-Srta. Taggart, estuve trabajando durante meses en esa hipótesis particular, pero cuanto más trabajaba más difícil se volvía todo. Permanecí en el laboratorio durante los últimos 2 días, intentando solucionar una ecuación matemática que me parecía imposible. Creí morirme ante esa pizarra, pero no quise ceder y era una hora muy avanzada de la noche cuando llegó él. Ni me di cuenta de que había entrado. Dijo que quería hablar conmigo y le pedí que esperara mientras terminaba mi trabajo, y olvidé su presencia. No sé cuánto tiempo estuvo allí mirándome, pero sí recuerdo que, de pronto, alargó una mano, borró todas las cifras de la pizarra y escribió una breve ecuación. ¡Entonces lo vi! Lancé un grito, porque no representaba la solución total al motor, pero sí el modo de encontrarla, un modo que yo no había intuido ni sospechado, pero que entonces comprendí plenamente. Recuerdo que grité: "¿Cómo sabe usted eso?". Y me contestó, señalándome una fotografía del motor: "Porque fui yo quien lo construyó". Eso es lo único que recuerdo, Srta. Taggart, mejor dicho, lo último que recuerdo de mi propia existencia, porque después es-tuvimos hablando de electricidad estática y de la conversión de energía, y del motor.
-Estuvimos hablando de física hasta llegar aquí -añadió Galt.
-¡Oh! Recuerdo cuando me preguntó si quería irme con usted -dijo Daniels- Si quería irme y no volver jamás. Abandonar todo... ¿Todo? Lo único que

abandonaba era un instituto que se está desmoronando en medio de la selva, mi futuro como portero esclavizado por la ley, a Wesley Mouch y a su decreto 10-289, y a esas criaturas casi animales que se arrastran sobre el vientre proclamando que la mente no existe... Srta. Taggart -rió-, me preguntó si quería abandonar todo eso para irme con él. Tuvo que preguntármelo 2 veces porque la primera no podía creerlo, no pude creer que ningún ser humano tuviera que ser interrogado acerca de eso o reflexionar sobre la elección. ¿Irme? Hubiera saltado desde un rascacielos para seguirlo y para oír su fórmula antes de tocar el suelo.
-No lo culpo -dijo Dagny, mirándolo reflexivamente, con un toque de celos- Por otra parte, ha cumplido su compromiso, ya que me condujo hacia el secreto del motor.
-Aquí también seré sereno -dijo Daniels, sonriendo feliz- El Sr. Mulligan me ha dicho que me dará el puesto de sereno en la planta energética. Y cuando aprenda, me ascenderán a electricista. ¿No es genial Midas Mulligan? Quisiera ser como él cuando llegue a su edad. Deseo ganar dinero, millones, tantos como él.
-¡Daniels! -exclamó Dagny echándose a reír al recordar el tranquilo autodominio, la estricta precisión, la firme lógica del joven científico que ella había conocido algún tiempo atrás- ¿Qué le sucede? ¿Qué hace? ¿Sabe lo que está diciendo?
-Estoy aquí, Srta. Taggart. Y en este lugar no hay límite a las posibilidades. Voy a ser el mejor electricista del mundo y el más rico. Voy a...
-Vas a regresar a la casa de Mulligan -dijo Galt- y dormir durante 24 hs., o no permitiré que te acerques a la planta energética.
-Sí, Sr. -dijo Daniels, sumiso.
El sol había ido descendiendo sobre las cumbres y cuando salieron de la casa trazaba un círculo en el brillante granito y en la nieve que circundaba el valle. Dagny sintió que no existía nada más allá de aquel círculo, y se maravilló ante el agrado que le producía esa noción de lo finito, la idea de que las preocupaciones propias se hallaban recluidas en el límite de lo visible. Hubiera querido estirar los brazos por encima de los techos de la ciudad y tocar con las puntas de sus dedos las cimas que se erguían al otro lado. Pero, en realidad, casi no podía moverse; apoyándose en el bastón con una mano y en el brazo de Galt con la otra, arrastrando los pies con lento y consciente esfuerzo, bajó hasta el automóvil como un niño que aprende a caminar.
Se sentó junto a Galt y éste emprendió la marcha, bordeando la ciudad en dirección a la casa de Midas Mulligan. Estaba sobre una colina y era la más grande del valle, la única que tenía 2 plantas, una extraña combinación de fortaleza y de lugar de reposo, con muy sólidas paredes de granito y amplias y despejadas terrazas. Galt paró para que bajara Daniels y luego continuó su marcha por una serpenteante ruta ascendente.
La idea de la riqueza de Mulligan, el lujoso automóvil y las manos de Galt al volante la llevaron a preguntarse si Galt también sería rico. Miró su ropa: el pantalón gris y la camisa blanca eran sencillos, el cuero del angosto cinturón estaba agrietado y el reloj que llevaba era un instrumento de precisión, pero de acero inoxidable. La única idea de riqueza la aportaba su cabello, sus mechones de oro y cobre líquidos que ondeaban con el viento.
De pronto, luego de una curva, vio unos prados verdes que se ex-tendían hasta una lejana granja. Entre cobertizos y graneros, había ovejas, caballos y unos

corrales de cerdos y más allá, un galpón metálico cuyas características no tenían nada que ver con una granja.
Un hombre con una llamativa camisa de vaquero avanzaba rápidamente hacia ellos. Galt detuvo el automóvil y le hizo una seña, sin contestar a la expresión interrogante de Dagny. Prefirió que ella misma descubriera, cuando se acercara, que se trataba de Dwight Sanders.
-Hola, Srta. Taggart -la saludó él, sonriente.
Dagny contempló en silencio la camisa arremangada y las pesadas botas.
-¿De modo que esto es todo cuanto queda de Sanders Aircraft? -preguntó ella.
-Bueno, no, también está ese excelente monoplano, mi mejor modelo, que usted ha estropeado en la pradera.
-Entonces... ¿supo lo que ocurrió? En efecto, era uno de los suyos. Un avión maravilloso, pero temo haberlo dejado en un estado irreparable.
-Debería hacerlo arreglar.
-Creo que he roto el fuselaje. Nadie podrá repararlo.
-Yo sí podré.
Se expresaba con un tono de confianza que hacía muchos años ella no oía, tenía unos modales que ella nunca creyó volver a ver en nadie, pero el comienzo de sonrisa de Dagny terminó en una mueca amarga.
-¿Cómo? -preguntó- ¿En una granja de mala muerte?
-No, no. En Sanders Aircraft.
-¿Dónde está?
-¿Dónde cree que está? ¿En ese edificio de Nueva Jersey que el primo de Tinky Holloway adquirió a mis arruinados sucesores por medio de un préstamo del gobierno y de una exención impositiva? ¿En el edificio donde produjo 6 aviones que nunca lograron despegar y 8 que se estrellaron con 40 pasajeros cada uno?
-¿Dónde, pues?
-En donde esté yo.
Señaló al otro lado de la ruta, y por entre las copas de los pinos, al fondo del valle, Dagny pudo ver una pista de aterrizaje.
-Tenemos algunos aviones aquí y mi obligación es ocuparme de ellos -explicó- Soy granjero, y al mismo tiempo encargado del aeródromo. Me las arreglo bastante bien para producir jamón y tocino. En cambio, quienes antes me vendían tales productos no pueden hacer aviones sin mí... es más, tampoco podrán producir jamón y tocino sin mí.
-Pero usted tampoco ha estado diseñando aviones, ¿verdad?
-No. Ni he fabricado esos motores Diesel que le prometí. Desde la última vez que nos vimos, tan sólo he diseñado y fabricado un nuevo tractor. Uno solo, que construí con mis propias manos, porque ya no era necesaria la producción en serie. Pero ese tractor ha reducido la jornada de 8 hs. a la mitad. -La línea recta de su brazo, extendida para señalar el valle, se movió como un cetro real. Los ojos de Dagny la siguieron y pudo ver el verde de unos jardines en terraza en la distante ladera- La granja avícola del juez Narragansett -dijo moviendo lentamente el brazo para indicar una alargada planicie de un dorado verdoso, al pie de un cañón, y luego una franja verde brillante- Los campos de trigo y la plantación de tabaco de Midas Mulligan... -el brazo apuntó a una ladera nevada, moteada de manchones de follaje- ...y la huerta de Richard Halley.

Los ojos de Dagny recorrieron lentamente la curva trazada por su mano, una y otra vez, mucho después de que aquélla hubiera descendido, pero sólo dijo: -Comprendo.
-Y ahora, ¿me cree cuando le digo que puedo arreglar su avión? -preguntó.
-Sí. Pero, ¿lo ha visto?
-Desde luego. Midas llamó inmediatamente a 2 doctores: a Hendricks para usted, y a mí para el avión. Puede ser arreglado, pero será costoso.
-¿Cuánto?
-200 dólares.
-¿200 dólares? -repitió ella, incrédula, porque el precio le parecía excesivamente bajo.
-En oro, Srta. Taggart.
-¡Ah!... ¿Dónde puedo adquirir ese oro?
-No puede -repuso Galt.
Dagny movió la cabeza bruscamente para enfrentarse a él. -¿No?
-No. No, teniendo en cuenta el lugar de donde usted viene. Sus leyes lo prohiben.
-¿Y las de ustedes no?
-No.
-Entonces, véndanmelo. Escojan el tipo de cambio que prefieran. Citen una suma a su gusto... en mi dinero.
-¿Qué dinero? Usted no tiene ni un solo centavo, Srta. Taggart.
-¿Cómo?
Era una frase que ningún heredero Taggart hubiese imaginado escuchar alguna vez.
-En este valle no posee un solo centavo. Es dueña de millones de dólares en acciones de Taggart Transcontinental, pero con eso no podría comprar ni medio kilo de tocino de la granja de Sanders.
-Ya veo.
Galt sonrió y volviéndose hacia Sanders dijo:
-Arregle el avión. La Srta. Taggart pagará cuando pueda.
Volvió a poner en marcha el coche y continuó su camino. Ella permaneció muy rígida, sin hacer preguntas.
Una franja de violento azul turquesa hendía los acantilados frente a ellos, allí donde finalizaba la ruta. Tardó un segundo en comprender que se trataba de un lago. El agua inmóvil parecía condensar el azul del cielo y el verde de los pinos que cubrían las montañas en un color tan puro y brillante que el cielo parecía gris. Un chorro de espuma hirviente que surgía de entre los árboles se precipitaba sobre los peñascos, hasta desaparecer en el agua tranquila. Junto a la corriente había una pequeña estructura de granito.
Galt detuvo el automóvil en el momento en que un hombre robusto vestido como mecánico salía a recibirlos. Era Dick McNamara, en otros tiempos el mejor contratista de Dagny.
-¡Buenos días, Srta. Taggart! -exclamó feliz- Me alegra ver que no se lastimó gravemente.
Ella inclinó la cabeza en silencioso saludo, recordando todos los perjuicios y dolores del pasado, cierta tarde desolada y al rostro desesperado de Eddie Willers, cuando le comunicó la desaparición de este hombre. "¿Lastimarme

gravemente?" -se preguntó. Estaba lastimada, pero no por culpa del accidente del avión sino evocando lo ocurrido aquella noche en un despacho vacío... En voz alta, Dagny preguntó:
-¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué me traicionó en el peor momento?
Él sonrió, indicando la estructura de piedra y la hondonada rocosa, donde la tubería de una bajada de agua desaparecía entre la hierba.
-Soy el encargado de las reparaciones -dijo- Tengo a mi cuidado esas cañerías, las líneas eléctricas y el servicio telefónico.
-¿Usted solo?
-Así era antes, pero hemos crecido tanto durante este último año, que tuve que contratar a 3 ayudantes.
-¿Quiénes son? ¿De dónde los sacó?
-Uno de ellos es un profesor de economía, que fue despedido por enseñar que no es posible consumir más de lo que se produce; otro, un profesor de historia, también sin trabajo por insistir en que los habitantes de los barrios miserables no son quienes han formado este país, y el 3°, un profesor de psicología, que se quedó sin empleo por enseñar que el hombre es capaz de pensar.
-¿Trabajan para usted como plomeros e instaladores?
-Sí, y le sorprendería ver lo habilidosos que son.
-¿Y a quiénes les han dejado sus cátedras?
-A quienes son solicitados para cubrirlas. -Rió- ¿Cuánto tiempo hace que la traicioné, Srta. Taggart? Todavía no han pasado 3 años, ¿verdad? Rehusé construir la línea "John Galt". ¿Dónde está ahora esa línea? En cambio las mías han ido creciendo, desde el par de kilómetros tendidos por Mulligan cuando me encargué de ellas, a cientos de kilómetros de cañerías y de líneas en este valle.
Observó la rápida e involuntaria expresión de anhelo que se pintaba en la cara de Dagny, la expresión de una persona competente, que sabe apreciar la tarea de otros, y entonces sonrió mirando a su compañero y dijo suavemente:
-Srta. Taggart, con respecto a la línea "John Galt", quizá sea yo quien la haya seguido construyendo y usted quien la ha traicionado.
Dagny miró a Galt, pero no pudo leer nada en su cara.
Conforme continuaban su camino por la orilla del lago, ella preguntó:
-Ha recorrido este trayecto deliberadamente, ¿verdad? Para mostrarme a todos los hombres a los que... -se detuvo, con un inexplicable reparo a continuar la frase. Por fin, la terminó diciendo: -... a quienes he perdido.
-Le estoy mostrando a aquellos hombres que yo le arrebaté -contestó Galt con firmeza.
Dagny pensó que allí se concentraba la raíz de la inocencia reflejada en su cara. Había adivinado y pronunciado las palabras que ella quiso ahorrarle, había rechazado una actitud de buena voluntad no basada en sus valores ni en la orgullosa certeza de su razón. Se jactaba de cosas que ella consideraba acusatorias.
Más adelante, pudo ver un muelle de madera que se adentraba en el agua del lago. Una joven estaba tendida sobre los tablones inundados de sol, vigilando una batería de cañas de pescar. Al oír el motor, levantó la mirada y se puso de pie, mediante un solo y repentino movimiento, y corrió hacia la ruta. Llevaba

pantalones largos recogidos bajo las rodillas y el pelo oscuro despeinado, y tenía unos ojos muy grandes. Galt le hizo una seña.
-¡Hola, John! ¿Cuándo llegaste? -preguntó la joven.
-Esta mañana -contestó él sonriendo sin detener la marcha. Dagny volvió la cabeza y pudo ver la expresión en la cara de la chica que seguía con la mirada a Galt. Y, aunque en su aire de adoración apareciese cierta desesperanza, serenamente aceptada, experimentó un sentimiento no conocido por ella hasta entonces: celos.
-¿Quién es? -preguntó.
-Nuestra mejor pescadora. Provee de pescado a la tienda de Hammond.
-¿Y qué más?
-Ha observado usted que siempre existe un "¿y qué más?" para cada uno de nosotros, ¿verdad? Es escritora, la clase de escritora cuyas obras no se publicarían fuera de este lugar porque está convencida de que cuando se manejan palabras, también se pone en movimiento la mente.
El vehículo se metió por un estrecho camino que subía entre una espesura de matorrales y pinos. Dagny comprendió lo que vendría después al ver un letrero hecho a mano, clavado en un árbol, con una flecha que señalaba el camino: decía "Paso de Buena Esperanza".
No se trataba de un paso propiamente dicho, sino de un muro de rocas tapizado con una compleja cadena de cañerías, bombas y válvulas que subían como una enredadera por sus estrechas cornisas; en la cima, había un enorme cartel de madera. La orgullosa energía de sus letras era un mensaje dirigido a la maraña infranqueable de helechos y ramas de pino y el letrero le resultó más característico y familiar que las palabras en sí: "Petróleo Wyatt".
Era petróleo lo que fluía en una resplandeciente curva desde la boca de un conducto hasta un tanque situado al pie del muro, como única revelación de la tremenda pugna secreta desarrollada el interior de la piedra, como también el propósito ahora perfectamente claro de toda aquella intrincada maquinaria. Pero la maquinaria no guardaba semejanza alguna con las instalaciones de una refinería, y comprendió que se hallaba ante el secreto no revelado del Paso de Buena Esperanza. Se dio cuenta de que era petróleo extraído por un método que se había considerado hasta entónces imposible.
Ellis Wyatt se encontraba sobre un peñasco, contemplando el cuadrante cristalino de una válvula incrustada en la roca. Al ver que el coche se detenía abajo, gritó:
-¡Hola, Dagny! Estaré con usted en un minuto.
Había otros hombres trabajando con él: un enorme y musculoso obrero que manejaba una bomba a media altura sobre el muro, y un muchacho junto al tanque. Este último tenía el pelo rubio y una cara de formas muy puras y Dagny estaba segura de que conocía ese rostro, aunque no podía recordar, por el momento, dónde lo había visto. El joven observó su mirada perpleja, sonrió y, como si quisiera ayudarla, empezó a silbar suave, y casi imperceptiblemente, las primeras notas del Quinto Concierto de Halley. Era el joven guardafrenos del Comet.
Dagny echó a reír.
-¿De modo que, en efecto, era el Quinto Concierto de Richard Halley?
-Desde luego -repuso él- Pero no podía decírselo a una enemiga.

-¿A una qué?
-¿Para qué te pago? -preguntó Ellis Wyatt aproximándose. El muchacho rió, tomando de nuevo la palanca que por unos instantes había abandonado- La Srta. Taggart podría no despedirte si te encontrara perdiendo el tiempo, pero yo sí.
-Ese es uno de los motivos por los que abandoné el ferrocarril -dijo el muchacho.
-¿Sabía que yo le había robado a este chico? -preguntó Wyatt- Solía ser su mejor guardafrenos y ahora es mi mejor engrasador, pero ni usted ni yo podremos retenerlo indefinidamente.
-¿Quién lo hará?
-Richard Halley, el músico. Este joven es su mejor discípulo.
Dagny sonrió.
-Comprendo: estamos en un lugar donde se emplean aristócratas para los trabajos más modestos.
-Todos son aristócratas, es cierto -convino Wyatt-, porque saben que no existe ningún trabajo despreciable, sino tan sólo personas despreciables a quienes no les interesa hacerlo.
El más corpulento los miraba desde arriba, escuchando con curiosidad. Dagny lo observó, parecía un camionero.
-Y usted, ¿qué era antes? -le preguntó- Supongo que, por lo menos, profesor de filología comparada.
-No, señora -repuso él- Era camionero. -Y añadió: -Pero no quería seguir siendo siempre lo mismo.
Ellis Wyatt contemplaba el lugar con una especie de ansioso orgullo: el orgullo de un anfitrión que recibe a sus invitados en su casa y la ansiedad de un artista cuando inaugura una exposición. Dagny sonrió y, señalando la maquinaria, quiso saber:
-¿Petróleo de esquistos?
-Sí.
-¿Es ése el proceso que quería perfeccionar mientras vivía en la Tierra?
Pronunció estas últimas palabras involuntariamente y se quedó sorprendida al escucharlas.
Él se echó a reír.
-Mientras estuve en el infierno... en efecto. Ahora estoy en la Tierra.
-¿Cuánto producen?
-200 barriles diarios.
Una nota de tristeza sonó en la voz de Dagny:
-Este era el procedimiento por medio del cual usted en otros tiempos pretendía llenar 5 trenes tanque diarios.
-Dagny -respondió él, señalando el depósito-, cada litro de este líquido vale más que un tren lleno de los que circulan por el el infierno, porque es mío: todo, hasta la última gota, y no será gastado en nada que yo no quiera. -Levantó una mano manchada de grasa, enseñándosela como si aquellas manchas fueran un tesoro. Una gota negra en la punta de un dedo resplandecía como una gema bajo el sol- Mío -repitió- ¿Ha permitido que la golpeen hasta el punto de hacerle olvidar lo que esa palabra significa? ¿Lo que se siente al decirla? Debería usted procurar aprenderla de nuevo.

-Están ustedes ocultos en un agujero entre montañas -observó ella- y producen 200 barriles de petróleo cuando podían haber inundado al mundo con él.
-¿Para qué? ¿Para alimentar ladrones?
-¡No! Para ganar la fortuna que se merecen.
-Pero ahora soy más rico de lo que era fuera de aquí. ¿Qué es la riqueza, sino el medio para expandir la vida? Existen 2 maneras de conseguirlo: produciendo más o produciendo más de prisa. Y eso es lo que hago: estoy fabricando tiempo.
-¿A qué se refiere?
-Que produzco cuanto necesito. Trabajo para mejorar mis métodos y cada hora que ahorro es una hora que agrego a mi vida. Solía tardar 5 en llenar un tanque así. Ahora tardo 3. Las 2 que he ahorrado son mías, tan absolutamente mías como si hubiera trasladado mi muerte 2 hs. más lejos de lo que se hallaba. Son 2 hs. liberadas de una tarea para emplearlas en otra, 2 hs. más en las que trabajar, crecer y avanzar. Tales son los ahorros que estoy haciendo. ¿Existe en el mundo alguna clase de caja de seguridad que pueda proteger esta cuenta?
-¿De qué espacio disponen para progresar. ¿Dónde está su mercado?
El rió por lo bajo.
-¿Mercado? Ahora trabajo para el uso, no para el beneficio; para mi uso, no para el beneficio de los saqueadores. Sólo aquellos que agregan algo a mi vida y no quienes la devoran, constituyen mi mercado. Sólo quienes producen, no quienes consumen, pueden ser el mercado de alguien. Tengo tratos con quienes confieren vida, no con caníbales, y si mi petróleo requiere menos esfuerzo, les pido menos a los hombres a quienes lo entrego, a cambio de las cosas que necesito.
-Añado un margen de tiempo a sus vidas, con cada litro de mi petróleo que ellos queman. Y puesto que son humanos como yo, no dejan de inventar formas más rápidas para llevar a cabo sus tareas, y debido a ello, cada uno me garantiza un minuto adicional, una hora o un día con el pan, la ropa, la leña o el metal que les compro. -Miró a Galt y, continuó- Un año por cada mes de electricidad que consumo. Ese es nuestro mercado y así funciona para nosotros, pero no es así como funcionan las cosas en el mundo exterior. ¿Por qué desagüe se perdían nuestros días, nuestras vidas y nuestra energía? ¿En qué alcantarilla sin fondo ni futuro se perdían las cosas no pagadas en forma auténtica? Aquí comercializamos con resultados, no con fracasos; con valores, no con necesidades. Somos libres unos de otros, y sin embargo, todos crecemos juntos. ¿Riqueza, Dagny? ¿Qué mayor riqueza que ser dueños de nuestra vida y emplearla en el crecimiento propio? Todo ser vivo tiene que crecer, no puede permanecer estático. O crece, o muere. Fíjese -señaló una planta que se esforzaba hacia arriba bajo el peso de una roca; era un largo y nudoso tallo, contorsionado por aquella desesperada lucha entre restos amarillentos de hojas sin formar, y una sola rama verde que empujaba hacia lo alto, hacia el sol, con la desesperación de un último, agotador y estéril esfuerzo-, eso es lo que hacen con nosotros en el infierno. ¿Preferiría que me sometiera a eso?
-No -murmuró Dagny.
-¿O que lo hiciera él? -preguntó señalando a Galt.
-No, desde luego que no.
-Entonces, no se asombre de cuanto vea en este valle. Continuaron el camino en silencio.

En una distante pradera, en el denso verdor de un bosque, un pino cayó de pronto describiendo una curva, como la de la aguja de un reloj, y se estrelló violentamente contra el suelo, fuera del alcance de su vista. Intuyó que aquel movimiento había sido producido por una mano humana.
-¿Quién es el leñador? -preguntó.
-Ted Nielsen.
La ruta se tomó más amplia, con curvas más abiertas y pendientes más suaves. En una ladera rojiza resaltaban 2 cuadrados verdes: uno oscuro y grisáceo, de patatas, y el otro más claro con reflejos plateados, de repollos. Un hombre con camisa roja conducía un pequeño tractor con el que iba cortando las matas.
-¿Quién es el magnate de los repollos? -preguntó Dagny.
-Roger Marsh.
Cerró los ojos, pensando en los matorrales que crecían en la entrada de cierta fábrica cerrada, y en su lustrosa fachada de azulejos, unos cuantos cientos de kilómetros más allá, al otro lado de las montañas.
La ruta descendía hasta el fondo del valle y pudo ver los tejados de la ciudad, en línea recta, abajo, y el minúsculo y brillante punto del emblema del dólar al otro lado. Galt detuvo el automóvil en un espacio despejado frente a la 1° construcción, de cuya chimenea emanaba un humo rojizo por encima de los muros de ladrillos. Arriba de la puerta, un letrero proclamaba: "Fundiciones Stockton".
Cuando, apoyada en el bastón, pasó de la claridad solar a la penumbra fría y húmeda del edificio, experimentó una sensación de déjá vu y añoranza de su hogar. Se encontraba de nuevo en el este industrial, que un par de horas antes le había parecido a siglos de distancia. Volvía a lo antiguo y familiar, a la cautivante visión de los vapores que se elevaban hacia las vigas de acero, de ráfagas de chispazos que estallaban como rayos de sol desde fuentes invisibles, de repentinas llamaradas abriéndose camino velozmente a través de una negra humareda, de moldes de arena llenándose del cegador metal fundido, de la niebla que acariciaba las paredes disolviendo sus ángulos. Por un momento, se encontró de nuevo en la gran fundición muerta de Stockton, Colorado... en la fábrica de motores Nielsen... ante los hornos de metal Rearden.
-¡Hola, Dagny!
La cara sonriente que se acercaba a ella por entre la bruma era la de Andrew Stockton. Vio también una mano grasienta, tendida en gesto de confiado orgullo, como si todo cuanto acababa de ver quedara contenido en su palma, y estrechó esa mano.
-Hola -dijo suavemente, sin saber si estaba saludando al pasado o al futuro. Luego, sacudió la cabeza y añadió: -¿Cómo puede ser que no esté plantando patatas o fabricando zapatos? ¿Cómo es que sigue ejerciendo su profesión de siempre?
-¡Oh! Calvin Atwood, de la Compañía Atwood de Luz y Fuerza de Nueva York, es quien fabrica los zapatos. Además mi profesión es una de las más antiguas y necesarias que existen. Sin embargo, necesité luchar para ejercerla, porque antes tuve que arruinar 1° a un competidor.
-¿Cómo?
Sonrió, señalando la puerta de vidrio de una habitación inundada de luz natural.
-Allí está el competidor a quien dejé arruinado -dijo.

Ella vio a un joven inclinado sobre una larga mesa, trabajando en un complejo modelo de taladro. Poseía las manos esbeltas y fuertes de un concertista de piano y el rostro concentrado de un cirujano atento a su tarea.
-Es escultor -le explicó Stockton- Cuando llegué aquí, él y su compañero tenían una especie de forja manual y de taller de reparaciones. Yo abrí una verdadera fundición y le quité los clientes. Ese muchacho no podía realizar la misma clase de trabajo que yo, porque lo suyo es la escultura y por eso lo he puesto a trabajar para mí. Ahora, que trabaja menos horas, está ganando más dinero que el que ganaba en su fundición. Su socio era químico, así que pasó a dedicarse a la agricultura y desarrolló un fertilizante que duplicó las cosechas. ¿Me habló usted de patatas? Pues precisamente son las más beneficiadas.
-O sea que cualquiera puede dejarlo a usted fuera de su negocio, ¿verdad?
-Desde luego, en cualquier momento. Conozco a alguien que podría hacerlo y segurámente lo hará en cuanto llegue aquí. Pero, ¡diablos!, no me importaría trabajar para él aunque fuese de barrendero. Conmocionaría tanto a este valle como si pasara un cohete. Triplicaría la producción de todos en poco tiempo.
-¿A quién se está refiriendo?
-A Hank Rearden.
-Ah, sí -murmuró Dagny- Seguro que lo haría.
Se preguntó qué la había impulsado a decir semejante cosa, con tanta certeza. Sintió que la presencia de Hank Rearden en aquel valle era imposible y, al mismo tiempo, se dijo que era precisamente el lugar que le correspondía y al que pertenecía, el lugar de sus años juveniles, de sus comienzos, el que había estado buscando toda su vida, la tierra que tanto se esforzó por alcanzar, la meta de su torturada lucha...
A Dagny le pareció que las espirales de niebla teñida de fuego estaban dibujando el tiempo bajo la forma de un extraño círculo. En la mente de Dagny sostenían el fragmento de una frase: "Retener una inalterable juventud es, en última instancia, alcanzar la visión que uno mismo se ha forjado", y la voz de un vagabundo que decía: "John Galt encontró la fuente de la juventud que quiso obsequiar a los hombres, pero nunca regresó... al darse cuenta de que no podía llevársela consigo".
Un grupo de chispas iluminó las amplias espaldas de un capataz cuyo brazo trazaba una señal dirigiendo una tarea invisible. Agitó la cabeza al proferir una orden y Dagny pudo ver brevemente su perfil. Contuvo la respiración y Stockton se dio cuenta de su asombro, rió por lo bajo y llamó, dirigiéndose a la niebla.
-¡Eh, Ken! ¡Ven! ¡Ha llegado una vieja amiga tuya!
Ken Danagger se acercó. El gran industrial a quien tan desesperadamente había intentado retener en su escritorio, vestía ahora un manchado delantal de obrero.
-Hola, Srta. Taggart. Le dije que no tardaríamos en volver a vernos.
Ella bajó la cabeza como si asintiera. Pesadamente.apoyada en el bastón, evocó el último encuentro: la angustiosa espera y luego la dulce y abstraída cara de Ken, y el ruido de una puerta de vidrio que se cerraba tras un desconocido.
El momento fue tan breve que 2 de los hombres que se encontraban ante ella no parecieron advertir nada, pero cuando levantó la cabeza, Dagny dirigió su mirada a Galt y pudo ver que él la devolvía como si comprendiera sus sentimientos. Ahora estaba convencida de que era él quien había estado con Danagger: su rostro sólo

expresaba la respetuosa seriedad de quien se enfrenta al hecho de que la verdad es sólo la verdad.
-No lo esperaba -le explicó Dagny pausadamente a Danagger- Nunca pensé volver a verlo.
Él la contemplaba como si ella fuera una joven prometedora que alguna vez él había descubierto y ahora le agradaba encontrar.
-Lo sé -dijo- Pero, ¿por qué está tan asombrada?
-Yo... ¡Oh! ¡Es absurdo! -dijo señalando su ropa grasienta.
-¿Qué pasa con mi ropa?
-¿Es ése el final de su carrera?
-¡Por Dios, no! Es sólo el principio.
-¿A qué se dedica?
-A la minería, pero no de carbón, sino de hierro.
-¿Dónde?
Señaló hacia las montañas.
-Ahí. ¿Ha sabido de alguna vez que Midas Mulligan hiciera una mala inversión? Se sorprendería si averiguara lo que puede encontrarse en ese amontonamiento de rocas, siempre y cuando se sepa mirar. Y eso es lo que he estado haciendo hasta ahora: mirar.
-¿Y si no encontrara hierro?
Él se encogió de hombros.
-Hay muchas cosas que hacer. Siempre anduve escaso de tiempo en mi vida, pero nunca carecí de ocupación.
Dagny miró a Stockton con curiosidad.
-¿Se da cuenta de que está entrenando a un hombre que podría convertirse en su más peligroso competidor?
-Es la única clase de hombres que contrato. Dagny, ¿no habrá vivido usted demasiado entre los saqueadores? ¿No habrá llegado a la conclusión de que la capacidad de una persona constituye una amenaza para otra?
-¡Oh, no! Pero es que me consideraba casi la única que no creía eso.
-Quien tema contratar a los mejores cerebros es un fracasado que realiza una actividad para la que no tiene condiciones. En mi opinión, el ser más despreciable de la Tierra, incluso más que un criminal, es aquel que rechaza empleados por considerarlos demasiado buenos. Siempre pensé así... pero, ¿qué le parecé divertido?
Ella lo escuchaba con anhelante e incrédula sonrisa.
-Es tan sorprendente escuchar algo así... pero es tan cierto.
-¿Qué otra cosa se puede pensar?
Ella rió.
-Cuando era niña confiaba en que todo empresario tuviera esas ideas, ¿sabe?
-¿Y desde entonces?
-Desde entonces he aprendido a no confiar más.
-Pero lo cree cierto, ¿verdad?
-He aprendido a no esperar lo cierto en los demás.
-Esas ideas están de acuerdo con la razón, ¿no le parece?
-Ya no espero la razón en los demás.

-Precisamente, la razón es lo que nunca debe rechazarse -intervino Ken Danagger.
Habían regresado al coche y emprendido el descenso de las últimas curvas de la ruta cuando Dagny miró a Galt y él volvió enseguida la cara hacia ella, como si hubiera estado esperando que hablara.
-Fue usted quien salió de la oficina de Danagger aquel día, ¿verdad? -le preguntó.
-Sí.
-¿Sabía que yo estaba esperando afuera?
-Sí.
-¿Imagina lo que fue esperar tras aquella puerta cerrada?
No pudo desentrañar la naturaleza de la mirada de Galt: aunque era de la clase con que se contempla el sufrimiento, no era de piedad porque no era el sufrimiento de ella el que parecía estar mirando.
-¡Oh, sí! -respondió tranquilamente, casi con despreocupación.
El 1° negocio que vio a un lado de la única calle del valle era algo así como un teatro abierto: una estructura cuadrada, sin fachada, donde los productos quedaban expuestos con el despliegue de color de una comedia musical, en cubos rojos, círculos verdes y triángulos de oro que eran envases con tomates, barriles de lechuga y pirámides de naranjas, y el sol daba de lleno sobre una trastienda llena de estanterías ocupadas con recipientes de metal. El cartel decía: "Despensa Hammond". Un hombre distinguido, en mangas de camisa, de firme perfil y sienes plateadas, pesaba un pedazo de mantequilla para una atractiva joven, que esperaba de pie ante el mostrador y cuyo vestido de algodón se estremecía ligera-mente al viento, como un traje de bailarina. Dagny sonrió involuntariamente: aquel hombre era Lawrence Hammond.
Las tiendas estaban instaladas en pequeñas estructuras de una sola planta y, a medida que el coche pasaba ante ellas, pudo leer nombres familiares impresos en sus letreros, como si fuera hojeando los títulos de un libro: "Almacén Mulligan", "Cueros Atwood", "Combustible Nielsen", y luego, sobre la puerta de una pequeña fábrica de muros de ladrillo, el símbolo del dólar y la inscripción: "Compañía de Tabacos Mulligan".
-¿Quién está con Midas Mulligan en esta firma? -preguntó.
-El Dr. Akston -le contestó Galt.
Había pocos transeúntes, hombres y mujeres, aunque menos mujeres, que caminaban con vivacidad, como si llevaran un destino específico. Al ver el coche se detenían, saludaban a Galt, y miraban a Dagny sin sorprenderse de verla allí.
-¿Me han estado esperando mucho tiempo? -preguntó.
-Todavía la esperan -contestó él.
Al borde de la ruta apareció una estructura de placas de cristal unidas por una moldura de madera; por un momento le pareció a Dagny que era sólo el marco del retrato de una mujer alta y frágil, con el pelo rubio, y un rostro muy bello, velado por la distancia, como si el artista sólo hubiera sugerido las formas. Cuando la mujer se movió, Dagny miró más allá de ella, y se dio cuenta de que había otras personas, sentadas ante sus mesas: se trataba de una cafetería y la mujer se hallaba detrás del mostrador. Entonces, la reconoció. Era Kay Ludlow, la inolvidable estrella de cine que se había retirado 5 años antes, para ser reemplazada por muchachas de nombres indistinguibles y rostros intercambiables.

En el asombro de aquel descubrimiento, Dagny pensó en la clase de películas que se hacían ahora, y se dijo que la cafetería de cristal resultaba un lugar más adecuado para la belleza de Kay Ludlow que un papel en una película capaz de glorificar el lugar común de la vulgaridad.
El edificio siguiente era un bloque pequeño y bajo, de granito tosco, sólido, limpiamente construido, de líneas rectangulares tan severas y precisas como un traje de ceremonia. Inmediatamente recordó, de un modo fantasmal, la larga estructura de un rascacielos elevándose por entre la niebla de Chicago; el rascacielos que en otros tiempos ostentara el signo que ahora veía escrito en letras de oro sobre una modesta puerta de pino: "Banco Mulligan".
John Galt aminoró la marcha mientras pasaban frente al Banco, como si quisiera llamarle la atención sobre él.
Seguía un pequeño edificio de ladrillo con el letrero: "Casa de Moneda Mulligan".
-¿Una casa de moneda? -preguntó- ¿Mulligan fabrica dinero?
Galt se metió la mano en el bolsillo y depositó 2 pequeñas monedas en la palma de Dagny. Eran minúsculos discos de brillante oro, más pequeños que los centavos comunes, de la clase que ya no circulaba desde los días de Nat Taggart. Llevaban impresos la cabeza de la Estatua de la Libertad en un lado y las palabras "Estados Unidos de América - Un dólar" en el otro, pero la fecha estampada en ellas era de 2 años atrás.
-Es el dinero que usamos aquí -le explicó- Está acuñado por Midas Mulligan.
-Pero... ¿con permiso de quién?
-Lo dice en la moneda, de ambos lados.
-¿Y qué usan como cambio?
-Monedas, también acuñadas por Mulligan, pero de plata. En este valle no se acepta ninguna otra cosa. Tan sólo manejamos valores objetivos.
Ella estudiaba las piezas.
-Todo esto parece pertenecer a... a los 1° tiempos de nuestros antepasados.
-En efecto -dijo él señalando al valle.
Dagny siguió sentada, contemplando las finas, delicadas y casi ingrávidas manchas de oro en la palma de su mano, comprendiendo que todo el sistema de Taggart Transcontinental había descansado sobre ellas, que habían sido la piedra angular que soportaba a todas las demás piedras angulares, todas las bóvedas, las columnas del sistema Taggart, del Puente Taggart, del Edificio Taggart... Sacudió la cabeza, al tiempo que le devolvía el dinero.
-No lo está haciendo muy fácil para mí -dijo en voz baja.
-Se lo hago todo lo difícil que puedo.
-¿Por qué no lo dice de una vez? ¿Por qué no me dice todo lo que quiere que sepa?
Galt señaló la ciudad y la ruta detrás de ellos.
-¿Y qué cree que he estado haciendo? -preguntó.
Continuaron avanzando en silencio. Al cabo de un rato, Dagny preguntó con el tono de quien desea averiguar algún dato fríamente estadístico:
-¿Cuánta fortuna amasó Midas Mulligan en este valle?
-Júzguelo por sí misma -le contestó señalando hacia delante.
La carretera serpenteaba hacia las viviendas del pueblo que no estaban alineadas a lo largo de una calle, sino que se distribuían irregularmente, siguiendo los

desniveles del terreno. Eran pequeñas y sencillas, construidas con materiales que predominaban en la región, sobre todo granito y pino, con un gran ingenio y una ajustada economía de esfuerzo físico. Cada una de ellas parecía levantada por el trabajo de un solo hombre, no había 2 iguales, y la única cualidad que ofrecían en común era el sello de una mente capaz de comprender los problemas y de solucionarlos. A medida que Galt señalaba aquellas viviendas, iba pronunciando nombres famosos en el mundo de los negocios:

-Ken Danagger... Ted Nielsen... Lawrence Hammond... Roger Marsh... Ellis Wyatt... Owen Kellogg... el Dr. Akston...

La casa de Akston era la última: una vivienda con amplia terraza, situada en la cresta de una ola granítica que parecía romper contra las laderas montañosas. La ruta pasaba ante ella, para subir luego en una sucesión de curvas. El pavimento se estrechó hasta convertirse en un sendero, entre 2 muros de antiguos pinos, cuyos altos y rectos troncos se apretaban como poderosas columnas, y cuyas ramas se entrelazaban sumergiendo el camino en un repentino silencio y en una profunda penumbra. No había marcas de ruedas en la angosta franja de tierra que parecía muy poco concurrida, casi olvidada. El intervalo de unos cuantos minutos y algunas curvas dejadas atrás parecía haber transportado al automóvil a muchos kilómetros de toda presencia humana. Nada quebrantaba aquella calma, aparte de algún rayo de sol introduciéndose por entre los troncos para iluminar de vez en cuando las profundidades del bosque.

La repentina visión de una casa al borde del camino la estremeció como una explosión. Construida en la más absoluta soledad, separada de todo contacto humano, parecía el refugio secreto de alguien que desafiara al mundo o sintiera un gran pesar. Era la casa más humilde del valle: una cabaña de troncos manchada a largos trazos por las lágrimas de muchas lluvias. Sólo sus grandes ventanas rechazaban las tormentas con la suave, brillante e impoluta serenidad del cristal.

-¿De quién es ésta...? ¡Oh!

Contuvo el aliento y volvió la cabeza. Sobre la puerta, herido por los rayos del sol, con el dibujo casi borrado por siglos de vientos, colgaba el escudo de armas de plata perteneciente a Sebastián d'Anconia.

Como en deliberada respuesta a su involuntario movimiento de huida, Galt detuvo el vehículo frente a la casa. Por un instante se miraron a los ojos: en los de Dagny se pintaba una interrogante, en los de él, una orden. La cara de la joven tenía una desafiadora franqueza, la de él, una inocultable severidad; ella comprendía su propósito, pero no los motivos que lo impulsaban a obrar de aquel modo; igualmente, obedeció. Apoyada en su bastón salió del automóvil y quedó erguida, contemplando la casa.

Miró la alegoría de plata procedente un palacio de mármol en España y trasladada a una cabaña de los Andes, para pasar más tarde a aquel rincón de Colorado: el emblema de hombres que nunca quisieron someterse. La puerta estaba cerrada y el sol no perforaba la ausente oscuridad del interior. Unas ramas de pino se extendían sobre el tejado, como brazos protectores, compasivos, en actitud de solemne bendición. No se escuchaba ningún ruido, aparte del chasquido de una rama, o el rumor de alguna gota de agua al caer en algún lugar del bosque, entre largos espacios de silencio que parecían contener todo el dolor nunca expresado que allí se ocultaba. Permaneció de pie, escuchando respetuosamente el eco de

unas palabras que resonaban en su mente: "Veamos quién honra más, si tú a Nat Taggart, o yo a Sebastián d'Anconia... ¡Dagny! Ayúdame a seguir. A negarme. ¡Aun cuando él tenga razón...!".
Se volvió hacia Galt sabiendo que se trataba del hombre contra quien no lo había podido ayudar. Estaba sentado en el coche, ya que no la había seguido ni efectuado ningún movimiento al llegar al lugar. Permanecía con el antebrazo apoyado sobre el volante, en idéntico ángulo, con los dedos de la mano colgando en la misma actitud, como si quisiera dejarla reconocer a solas el pasado, y respetando la reserva de su íntimo saludo. Tenía los ojos fijos en ella, pero esto era todo cuanto Dagny podía leer en su rostro: su atenta e inmóvil atención.
Cuando volvió a sentarse junto a él, Galt le dijo:
-Ese es el 1° hombre que le arrebaté.
Ella preguntó con expresión severa y retadora: -¿Cuánto sabe usted de eso?
-Nada que él me haya dicho en palabras, pero todo por lo que expresaba el tono de su voz cada vez que hablaba de usted.
Ella inclinó la cabeza. Había captado un indicio de dolor aquella exageración de su tranquilidad e indiferencia.
Galt puso en marcha el vehículo. El ruido del motor pareció eliminar la historia contenida en el silencio y continuaron el camino.
La ruta se ensanchaba un poco, deslizándose hacia una región bañada de sol. Distinguió el leve brillo de unos alambres entre las ramas, cuando salieron a un espacio despejado. Una insignificante estructura se levantaba en la falda de una colina, en terreno oblicuo y rocoso. Era un simple cubo de granito, del tamaño de un cobertizo para herramientas, coronado por una compleja instalación de antenas; carecía de ventanas y la única abertura era una puerta de pulido acero. Galt lo dejó atrás sin dar explicaciones y Dagny preguntó: -¿Qué es eso?
El débil atisbo de una sonrisa se pintó en su cara cuando respondió:
-La central eléctrica.
-¡Oh! ¡Deténgase, por favor!
Obedeció, y retrocedió hasta el pie de la colina. Dagny bajó del coche, dio unos pasos en dirección al edificio y enseguida se quedó inmóvil como si no hubiera necesidad de seguir adelante, como si no existiera ningún otro lugar adonde ir, y se sintió como en el momento en que había abierto los ojos a la tierra de aquel valle, uniendo su propio comienzo con la meta a la que deseaba llegar.
Permaneció contemplando la estructura, rendida ante una simple y callada emoción. Desde siempre había sabido que los sentimientos eran el resultado de procesos mentales y ahora percibía una suma de pensamientos inexpresables, el final de una larga progresión. Aun sin esperanzas de una oportunidad para usar el motor, ella había buscado en Quentin Daniels la garantía de que el progreso no había muerto sobre la Tierra; la idea de un logro superlativo de la mente humana representaba la esperanza de un tubo de oxígeno para sus pulmones asfixiados en un océano de incredulidad, bajo la presión de hombres con ojos gelatinosos, voces untuosas, convicciones acomodaticias, almas evasivas y manos no comprometidas; así como el Dr. Stadler había gritado que no se debía mirar hacia abajo, sino hacia arriba, aquél había sido el grito, el anhelo y el combustible de su vida; ella se hubiera movido arrastrada por el hambre de su juventud, en busca de la visión de una competencia limpia, dura y fuerte, y la visión se hallaba ahora ante

ella, terminada y perfecta. El poder de una mente incomparable cobraba forma en medio de una red de cables, brillaba pacíficamente bajo un cielo estival, mostrando su incalculable potencia al espacio, en el secreto interior de un minúsculo cobertizo de piedra.

Pensó en aquella estructura, más pequeña que un vagón de carga, reemplazando las plantas de energía del país, esas enormes aglomeraciones de acero, combustible y esfuerzo; pensó en la corriente que fluía de allí quitando gramos, kilos, toneladas de los hombros de aquellos que la usarían y agregando a sus vidas horas, días y años de tiempo libre; un momento extra que permitiera levantar la cabeza de la tarea y contemplar la luz del sol, o fumar un cigarrillo comprado con el dinero ahorrado de la factura de electricidad, o tener una hora menos de jornada laboral en las fábricas que utilizaran dicha fuerza, o viajar durante un mes por el amplio mundo, o comprar con lo economizado en un día de trabajo un billete para un tren impulsado por la potencia de ese motor, con toda la energía que da ese peso, ese esfuerzo, ese tiempo reemplazado y pagado por la energía de una mente singular que había sabido cómo hacer conexiones de cables siguiendo las conexiones de su pensamiento. Pero supo también que no había ningún significado especial en los motores, fábricas o trenes, y que su único sentido era el goce de la vida humana, a la cual sirven, y que toda su admiración al mirar aquel triunfo se centraba en el hombre que lo había creado, en el poder y la brillante visión interior de quien concebía la Tierra como un lugar de dicha, y sabía que la tarea de lograrla constituía el propósito y el sentido de la vida.

La puerta del cobertizo era una placa lisa y plana de acero inoxidable, lustrosa y azulada bajo la claridad del sol. Sobre ella, tallada en el granito como único adorno de aquella rectangular austeridad, se destacaba una inscripción:

JURO POR MI VIDA Y MI AMOR POR ELLA,
QUE JAMÁS VIVIRÉ PARA NADIE, NI EXIGIRÉ
QUE NADIE VIVA PARA MI.

Se volvió hacia Galt, que estaba a su lado y la había seguido como para reforzar aquella declaración. Dagny miraba al inventor del motor, pero lo que veían sus ojos era la figura tranquila e impasible de un obrero, dentro de su ambiente y su función natural; notó la levedad poco corriente de su aspecto, una actitud que evidenciaba un experto dominio de su cuerpo, alto, vestido con sencillez: ligera camisa, pantalón liviano, cinturón en torno al delgado talle y el pelo que resplandecía como metal bajo la suave brisa. Lo miró como había mirado al cobertizo.

Entonces comprendió que las 2 primeras frases que habían pronunciado seguían suspendidas entre ellos, llenando el silencio, y que todo cuanto habían dicho desde entonces estaba apoyado en el sonido de dichas palabras, y que él lo sabía, lo recordaba y no le permitiría olvidarlo. De pronto tuvo conciencia de una tensión peculiar que surgía de lo no dicho entre ellos. Estaban solos en un bosque silencioso, al pie de una estructura que parecía un antiguo templo, y Dagny comprendió qué clase de rito constituía la forma de adoración que debía ofrecer en ese altar. Sintió una repentina presión en la garganta y echó brevemente la cabeza hacia atrás, para sentir la suave brisa en el cabello, como si estuviera tendida de espaldas, en el espacio, cara al viento, inconsciente de todo excepto de las piernas y de la forma de la boca de Galt. El seguía de pie, observándola, con el

rostro tranquilo, salvo por el leve movimiento de sus párpados estrechándose como heridos por una luz demasiado fuerte. Hubo 3 instantes: aquel fue el 1°; en el 2° sintió una explosión de feroz triunfo cuando supo que los esfuerzos y la lucha de Galt eran más difíciles de soportar que los suyos; luego, él movió los ojos y levantó la cabeza para contemplar la inscripción del templo.
Ella lo dejó mirarla por un momento, casi como en acto de con-descendiente misericordia hacia un adversario que trata de recuperar fuerzas, y luego preguntó con una nota de imperioso orgullo, señalando la inscripción: -¿Qué es eso?
-Es el juramento que hizo cada persona en este valle, excepto usted.
Mirando las palabras, Dagny declaró:
-Esa ha sido siempre mi norma en la vida.
-Lo sé.
-Pero no creo que la de ustedes sea la forma de practicarla.
-Entonces tendremos que averiguar quién está equivocado.
Se acercó a la puerta de acero, con repentina confianza y movimientos seguros, con su energía en aumento por la conciencia del poder que le confería el dolor de él. Sin pedir permiso, intentó girar el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave, y no sintió movimiento alguno bajo la presión de su mano, como si la cerradura estuviera sellada y soldada a la piedra.
-No intente abrir esa puerta, Srta. Taggart.
Se aproximó a ella, caminando lentamente, como si quisiera subrayar cada uno de sus pasos.
-Ninguna fuerza física podría lograrlo -añadió- Tan sólo una manifestación es capaz de abrirla. Si utilizara los mejores explosivos para tirarla abajo, la maquinaria que se encuentra en su interior quedaría convertida en chatarra antes que la puerta cediera. Pero, en cuanto alcance la idea que esa puerta requiere, el secreto del motor será suyo, igual que... -fue la 1° vez que Dagny notó un quiebre en su voz- igual que cualquier otro secreto que desee conocer.
Se enfrentó a ella y sonrió extraña y lentamente, como recordando un pensamiento muy íntimo, a la vez que añadía: -Le mostraré cómo se hace.
Dio unos pasos hacia atrás y luego, de pie, inmóvil, con el rostro levantado hacia las palabras grabadas en la piedra, las repitió lenta y suavemente, como si realizara el juramento una vez más. No había emoción en su voz, sino sólo la limpidez de los sonidos que hacían hincapié en cada palabra como destacando su significado, como si estuviera volviendo a hacer el juramento. Aunque no había emoción en su voz, ella supo que estaba presenciando el momento más solemne del que jamás hubiera sido testigo; estaba viendo el alma desnuda de un hombre y descubriendo el precio pagado por el derecho a decir esas palabras; escuchaba el eco que provenía del día en que él pronunciara ese juramento por primera vez, con plena conciencia de los años que vendrían después. Supo qué clase de hombre era el que se había alzado para enfrentarse a otros 6.000 en una oscura noche de primavera y por qué le temían. Comprendió que aquél era el nacimiento y el centro de todas las cosas ocurridas en el mundo durante los 12 años transcurridos desde entonces. Se dio cuenta de que aquello poseía una importancia muy superior al motor oculto en el cobertizo. Lo comprendió al escuchar la voz de un hombre articulando su recordatorio y renovando su promesa:

-Juro por mi vida... y mi amor por ella... que jamás viviré para nadie... ni exigiré que nadie... viva para mí.
Lejos de sorprenderse, Dagny tomó con naturalidad el hecho de que, con el último sonido de la voz, la puerta se abriera lentamente sin que nadie la tocara, hundiéndose en una franja de oscuridad cada vez mayor. En el momento en que una luz eléctrica se encendió en el interior de la estructura, él giró la perilla y volvió a cerrar la puerta, que quedó sellada una vez más.
-Es una cerradura de sonido -le explicó con el rostro sereno- Esa frase constituye la combinación necesaria para abrirla. No me importa revelarle el secreto, porque estoy convencido de que no pronunciará esas palabras hasta que las sienta de la misma forma que yo.
-No lo haré -dijo ella inclinando la cabeza.
Lo siguió hasta el automóvil, lentamente, tan exhausta que apenas podía moverse. Se hundió en el asiento, cerrando los ojos, casi sin oír el ruido del motor al iniciar su marcha.
La fatiga y el esfuerzo acumulados en sus muchas horas sin dormir cayeron de pronto sobre ella, quebrantando la barrera de tensión que sus nervios habían levantado para sostenerla. Permanecía inmóvil, incapaz de pensar, de reaccionar o de luchar, privada de todas sus emociones, salvo una.
No habló, ni abrió los ojos hasta que el coche se detuvo frente a la casa de Galt.
-Más vale que descanse -dijo él- y se vaya a dormir inmediatamente, si es que quiere asistir a la cena de Mulligan.
Asintió obediente. Avanzó tambaleándose hacia la casa, eludiendo su ayuda, e hizo un esfuerzo para decirle: -Estaré bien.
Luego escapó hacia la seguridad de su cuarto y logró mantenerse en pie lo suficiente para cerrar la puerta.
Se dejó caer boca abajo sobre la cama. No se trataba de un simple agotamiento físico: era una sensación demasiado compleja de soportar. En tanto la fuerza de su cuerpo había desaparecido, y su mente perdía la facultad del raciocinio, una simple emoción la privaba de sus últimos restos de energía, de comprensión, de juicio y de control, la dejaba sin nada con que resistir o dirigir sus emociones, sin voluntad, invadida por una sensación estática, sin principio ni fin: seguía viendo la figura de John Galt frente a la puerta de aquel edificio. No albergaba deseo ni esperanza, ni percibía sus propios sentidos, ni sabía qué nombre darle a todo eso, ni qué relación guardaba con ella; no existía una entidad que pudiera llamar suya, no era una persona, sino una función: la función de verlo, y esa imagen contenía su significado y su propósito, sin ningún otro fin que alcanzar.
Con la cara contra la almohada, recordó el instante de su despegue de aquel aeródromo de Kansas. Volvió a sentir vagamente el latido del motor y la aceleración para tomar impulso, a fin de emprender la carrera directamente hacia un objetivo único, y en el preciso momento en que las ruedas dejaban el suelo... se quedó dormida.

* * *

El terreno del valle era como un estanque que aún reflejaba la claridad del cielo, pero la luz se espesaba pasando del dorado al cobrizo, las orillas desaparecían y las cimas cobraban un tono azulado y neblinoso, camino a la casa de Mulligan.
Ya no existían cansancio ni violencia en el cuerpo de Dagny. Se había despertado a la puesta del sol y al salir del cuarto con el rostro tranquilo, el pelo alisado, la actitud calma y confiada, encontró a Galt esperándola, sentado inmóvil bajo la luz de una lámpara. Ella tenía el mismo aspecto que hubiera podido tener en el umbral de su oficina en el Edificio Taggart, excepto por la leve inclinación de su cuerpo sobre el bastón. Él la miró un instante, mientras Dagny se preguntaba por qué se sentía tan segura de que él estaba viendo una figura largamente imaginada y por mucho tiempo vedada.
Se sentó junto a él en el coche, sin ganas de hablar, sabiendo que ninguno de los 2 podía ocultar el significado de aquel silencio. Unas luces distantes se encendían en las casas del valle y luego, más adelante hacia el este, aparecieron las iluminadas ventanas de la vivienda de Mulligan.
-¿Quien estará en la cena? -preguntó Dagny.
-Algunos de sus viejos amigos -respondió él- Y los nuevos míos.
Midas Mulligan salió a recibirlos a la puerta y ella notó que su cara, ceñuda y cuadrada, no tenía una expresión tan dura como la había imaginado, sino una mirada de satisfacción; pero la satisfacción no era capaz por sí sola de suavizar sus facciones, simplemente las percutía como lo hace un pedernal, enviando chispas de humor que brillaban en las comisuras de sus ojos; un humor más astuto, más exigente y, al mismo tiempo, más cálido que una sonrisa.
Abrió la puerta de su casa con mayor lentitud que lo normal, dándole una casi imperceptible solemnidad al gesto. Al entrar en la sala, Dagny se enfrentó a 7 hombres que se levantaron al verla.
-Caballeros... con ustedes, Taggart Transcontinental -anunció Midas Mulligan.
Lo dijo sonriendo, pero bromeando sólo a medias, pues cierta cualidad de su voz hizo que el nombre de la empresa sonara, como en los tiempos de Nat Taggart, a la manera de un llamativo título honorífico.
Dagny inclinó lentamente la cabeza en señal de reconocimiento a los hombres que ella sabía compartían sus mismos valores y normas de vida, que aceptaban la gloria de aquel título del mismo modo que ella. Y se dio cuenta, con una repentina oleada de tristeza, de lo mucho que había deseado recibir tal reconocimiento en el transcurso de su vida.
Sus ojos se movieron lentamente como saludando a uno por uno: Ellis Wyatt, Ken Danagger, Hugh Akston, el Dr. Hendricks, Quentin Daniels. La voz de Mulligan pronunció el nombre de los demás: Richard Halley y el juez Narragansett.
La sonrisa apenas perceptible que se pintaba en la cara de Richard Halley parecía sugerir que se conocían desde hacía años, como las noches solitarias junto al fonógrafo lo demostraban. La austeridad del pelo blanco del juez Narragansett le recordaba que en otros tiempos había oído que lo describían como una estatua mármol, una ciega estatua de mármol: una imagen desaparecida de los tribunales del país a medida que las monedas de oro desaparecían de las manos de sus habitantes.

-Hace mucho tiempo que usted ya pertenece a este lugar, Srta. Taggart -dijo Midas Mulligan- No era éste el modo en que esperábamos recibirla, pero... bienvenida al hogar.
Hubiera deseado contestar "¡No!", pero se oyó pronunciar suavemente: -Gracias.
-Dagny, ¿cuántos años tardará en aprender a ser usted misma? -le preguntó Ellis Wyatt; la tomó por el codo y la condujo a una silla, sonriendo ante su mirada de desamparo, ante la lucha entre sonreír y resistirse- No simule que no nos comprende, porque sabe muy bien a qué me refiero.
-Nunca hacemos afirmaciones, Srta. Taggart -dijo Hugo Akston- Porque ése es el crimen moral más peculiar de nuestros enemigos. No relatamos, mostramos. No pretendemos, probamos lo que decimos. No es su obediencia lo que estamos buscando, si no su convicción racional. Ya ha visto todos los elementos de nuestro secreto y ahora es usted quien deberá sacar sus conclusiones. Podemos ayudarla a darle un nombre, pero el conocimiento y la aceptación quedan en sus manos.
-Siento como si lo supiera -respondió Dagny simplemente- y aún más: me parece haberlo sabido desde siempre, aunque sin haberme enfrentado nunca a ello. Y ahora tengo miedo, no de oírlo, sino de que se halle tan próximo a mí.
Akston sonrió.
-¿Qué le parece todo esto, Srta. Taggart? -preguntó señalando a su alrededor.
-¿Esto? -Echó a reír súbitamente mirando los rostros de aquellos hombres, iluminados por los rayos de sol que penetraban por las grandes ventanas- Pues... verá, nunca creí volver a encontrarme con ninguno de ustedes. A veces me decía cuánto daría por verlos un instante o por escucharlos pronunciar unas palabras y ahora... ahora esto es como esos sueños de la niñez, cuando imaginamos que algún día, en el cielo, encontraremos a aquellos grandes personajes que no pudimos conocer en la Tierra, esas grandes personas de siglos pasados a quienes admiramos.
-Bien. Esa es una clave de nuestro secreto -dijo Akston- Pregúntese si el sueño celestial de grandeza debe quedarse esperándonos en nuestras tumbas, o si puede ser nuestro aquí, en la Tierra.
-Comprendo -murmuró Dagny.
-Y si encontrara a esos grandes personajes en el cielo, ¿qué les diría? -preguntó Ken Danagger.
-Pues... creo que simplemente: "¡Hola!"
-No es todo -continuó Danagger-. Hay algo que usted desearía escuchar de ellos. Yo tampoco lo sabía hasta que lo vi a él por 1° vez. -Señaló a Galt- Él me lo dijo y entonces comprendí lo que había echado de menos toda mi vida. Srta. Taggart, lo que usted desearía es que tales hombres la mirasen y le dijeran: "¡Bien hecho!". -Dagny bajó la cabeza en silencioso asentimiento, y también para no dejar ver el repentino brillo que las lágrimas habían puesto en sus ojos- ¡Bien hecho, Dagny! Bien hecho. Perfectamente bien. Y ahora ha llegado el momento de descansar de esta carga que ninguno de nosotros debió haber tenido que llevar.
-Silencio -dijo Midas Mulligan, mirando con preocupación la cabeza gacha de la joven.
Empero ella la alzó sonriente.
-Gracias -dijo a Danagger.

-Ya que habla de descansar, déjela hacerlo -pidió Mulligan- Ha sido un día demasiado pesado para ella.
-No -señaló Dagny, sonriente- Continúe, diga... lo que quiera.
-Más tarde -prometió Mulligan.
Fueron Mulligan y Akston quienes sirvieron la cena, ayudados por Quentin Daniels. Pusieron la comida en pequeñas bandejas de plata, que apoyaban en los brazos de los sillones de la sala, con el fuego del firmamento palideciendo en las ventanas y los destellos de la luz eléctrica brillando intensamente en las copas. En la habitación reinaba un ambiente de lujo, pero derivado de la simplicidad. Dagny observó los costosos muebles, escogidos por su funcionalidad y adquiridos en algún lugar y tiempo en que la elegancia todavía era un arte. No había allí objetos superfluos, pero observó un pequeño cuadro de un maestro del Renacimiento que valía una fortuna, y una alfombra oriental de textura y color dignos de la vitrina de un museo. Se dijo que aquél era el concepto que Mulligan tenía de la riqueza: la selección, no la acumulación.
Quentin Daniels, sentado en el suelo con la bandeja sobre las rodillas, parecía hallarse muy cómodo, en su casa; miraba a Dagny de vez en cuando, sonriendo como el hermano menor descarado que le hubiera insinuado algún secreto imposible de descubrir. Había llegado al valle algo así como 10 minutos antes que ella, pero ya era uno de ellos, mientras Dagny continuaba siendo una desconocida.
Galt se sentó un poco más lejos, fuera del círculo de luz, sobre el brazo del sillón de Akston. No había pronunciado palabra, como si se hubiera marginado y la hubiera entregado a los demás y observaba todo aquello como un espectáculo en el que no representaba ningún papel. Pero los ojos de Dagny se posaban de vez en cuando, impulsados por la certeza de que era quien había preparado el espectáculo, que lo había programado mucho tiempo antes y que los demás también lo sabían.
Observó a otra persona que también se veía conmovida por la presencia de Galt: Hugh Akston, quien lo miraba de vez en cuando, involuntaria y casi subrepciamente, esforzándose en disimular la soledad de una larga separación. No le hablaba, como si diera por descontada su presencia allí, pero cierta vez en que Galt se inclinó hacia delante y un mechón de pelo le cayó sobre la cara, Akston alargó su mano y lo puso de nuevo en su lugar, demorándose por un instante imperceptible en la frente de su discípulo. Fue el único atisbo de emoción que se había permitido, el único saludo, el gesto propio de un padre.
Dagny se encontró hablando a los hombres a su alrededor, cómoda y despreocupada. No, pensó, lo que sentía no era cansancio, sino, al contrario, asombro de no estar tan cansada como debiera; la anormalidad de todo aquello residía precisamente en que todo pareciera tan, tan normal.
Apenas se daba cuenta de sus preguntas, mientras conversaba con uno y con otro, pero las respuestas iban escribiendo un registro en su mente e impulsando frase tras frase hacia un objetivo.
-¿El Quinto Concierto? -repitió Richard Halley en respuesta a una de sus preguntas- Lo escribí hace 10 años; lo llamamos el Concierto de la Liberación. Gracias por haberlo reconocido en unas notas silbadas en la noche... Sí, lo sé... Teniendo en cuenta que conoce mi obra, se habrá dado cuenta también, al

escucharlo, de que este concierto dice todo por lo cual luché e intenté manifestar. Se lo dediqué a él. -Señaló a Galt- No, Srta. Taggart, no he abandonado la música. ¿Qué le hace suponer tal cosa? Compuse más en los últimos 10 años que en cualquier otro período de mi vida. Tocaré para usted lo que quiera, cuando venga a mi casa... No, Srta. Taggart, esas obras no serán publicadas fuera de aquí. Ni una sola nota será escuchada más allá de estas montañas.
-No, Srta. Taggart. No he abandonado la medicina -dijo por su parte el Dr. Hendricks- Pasé los últimos 6 años en continuas investigaciones, y he descubierto un método para proteger los vasos sanguíneos de esa ruptura fatídica que se conoce como derrame cerebral. Eliminará de la existencia humana la terrible amenaza de la hemiplejia... No, ni una palabra de mi método será divulgada fuera de aquí.
-¿La ley, Srta. Taggart? -preguntó a su vez el juez Narragansett- ¿Qué ley? No la he abandonado, lo que ocurre es que ha desaparecido. Pero yo sigo trabajando en mi profesión, que es la de servir la causa de la justicia... No, la justicia no ha dejado de existir. ¿Cómo podría ocurrir una cosa así? Los hombres pueden volverle la espalda, y es entonces cuando ella los destruye. No es posible que la justicia desaparezca de la vida, porque una es atributo de la otra; la justicia es el acto de reconocer eso que existe... Sí, sigo en mi profesión. Estoy escribiendo un tratado sobre la filosofía de la ley, en el que demostraré que el mayor de los males humanos, que la más destructiva y horrible máquina entre todas las in-ventadas por el hombre, es la ley no objetiva... No, Srta. Taggart, mi tratado no se publicará fuera de aquí.
-¿Mi ocupación, Srta. Taggart? -inquirió Midas Mulligan- Mi ocupación es la transfusión de sangre, y aún sigo practicándola. Mi tarea consiste en inyectar un combustible vital a las plantas capaces de crecer. Pero pregunte al Dr. Hendricks si existe alguna cantidad de sangre capaz de salvar a un cuerpo que se niegue a funcionar, a un armatoste podrido que espera sobrevivir sin hacer esfuerzo alguno. Mi banco de sangre es el oro. El oro es un combustible que hará maravillas, pero que no sirve de nada sin motor... No, no me he rendido, lo que pasa es que me harté de dirigir un matadero, donde se extrae sangre de los cuerpos sanos para inyectarla en cadáveres sin energía.
-¿Abandonar? -resumió Hugh Akston- Revise sus premisas, Srta. Taggart, ninguno de nosotros ha abandonado. Es el mundo el que lo ha hecho... ¿Qué tiene de malo que un filósofo trabaje en un restaurante sobre una ruta? ¿O en una fábrica de cigarrillos, como lo hago yo ahora? Todo trabajo es un acto de filosofía, y cuando las personas aprendan que el trabajo productivo es lo que constituye la fuente y el parámetro de sus valores morales, habrán recuperado ese estado de perfección al que tienen derecho desde su nacimiento y que han perdido... ¿La fuente del trabajo?: la mente humana, Srta. Taggart, la mente racional. Estoy escribiendo un libro sobre el tema, definiendo una filosofía de la moral que aprendí de mi discípulo... Sí, podría salvar al mundo... No, no será publicada afuera.
-¿Por qué? -gritó Dagny- ¿Por qué? ¿Qué están haciendo ustedes?
-Estamos en huelga -respondió John Galt.
Se volvieron hacia él como si hubieran estado esperando oírle pronunciar tales palabras. Dagny percibió el paso vacío del tiempo en su interior, que era el silencio de la sala, al mirarlo a través de una franja de luz. Estaba sentado, en actitud

despreocupada, sobre el brazo del sillón, inclinado hacia adelante, con el antebrazo sobre las rodillas y la mano colgando perezosamente. Fue la sonrisa apenas perceptible que se pintaba en su rostro lo que le dio a sus palabras el tono definido de una declaración irrevocable:
-¿Por qué se sorprende tanto? Sólo existe una clase de personas que nunca estuvieron en huelga en toda la historia humana. Las otras se han detenido cuando lo desearon, presentando demandas, proclamándose indispensables... los que nunca estuvieron en huelga son los que llevaron al mundo sobre sus hombros, lo mantuvieron vivo y soportaron toda suerte de torturas como único pago, pero nunca le han dado la espalda a la raza humana. Pues bien, ahora tienen su oportunidad. Que el mundo descubra quiénes son, qué hacen y qué sucede cuando se niegan a funcionar. Esta es la huelga de los hombres de razón, Srta. Taggart, es la huelga de la mente.
Dagny no se movió, tan sólo los dedos de su mano derecha subieron lentamente por su mejilla hasta rozar la sien.
-A través de los siglos -continuó Galt-, la mente ha sido vista como malvada. Todo tipo de insultos, desde hereje, materialista, hasta explotador; toda clase de injusticias, desde el exilio a la privación de derechos y la expropiación; toda forma de torturas, desde la burla, al potro y el pelotón de ejecución, han sido utilizados contra aquellos que asumieron la responsabilidad de apreciar al mundo con los ojos de una conciencia viva y realizar el acto crucial de establecer las conexiones racionales. Sin embargo, la humanidad sobrevivió en la medida en que algunos continuaron pensando, encadenados, en calabozos y rincones escondidos, en las celdas de filósofos y en los despachos de empresarios. Durante todos los siglos de adoración a lo irracional, más allá del estanca-miento o de las brutalidades que se les hayan infligido, fue sólo gracias a los que supieron que el trigo necesitaba agua para crecer, que las piedras colocadas en curva forman un arco, que 2+2 suman 4, que el amor no prospera con la tortura y que la vida no se alimenta de destrucción, que el resto pudo por momentos captar el chispazo del verdadero ser humano, y sólo la suma de tales momentos permitió al género continuar existiendo. Fueron los hombres de razón quienes les enseñaron a cocinar su pan, a curar sus heridas, a forjar sus armas e incluso a construir las prisiones en las que más tarde habrían de ser encerrados. Un hombre de energía inagotable y de persistente generosidad comprendió que el destino humano no es el estancamiento, que la impotencia no conforma su naturaleza, que el pensamiento es su poder más noble y positivo, y en servicio a ese amor y a la existencia, continuó trabajando, trabajando a cualquier precio, trabajando para sus explotadores, sus carceleros, sus verdugos, pagando con su vida el privilegio de salvar la de ellos. Esa fue su gloria y su culpa: la de aprender a sentirse culpable de su gloria, la de aceptar el papel de un animal expiatorio y, en castigo por el pecado de su inteligencia, perecer en el templo de las bestias. La broma más trágica de la historia es que, ante cualquiera de los altares creados por los hombres, siempre fue al hombre a quien ellos inmolaban y a los animales a quienes enaltecían. Siempre fueron los atributos bestiales, no los humanos, los que la humanidad adoró; el ídolo del instinto y el de la fuerza, los místicos y los reyes. Los místicos que anhelaban una conciencia irresponsable y gobernaron proclamando que sus oscuras emociones eran superiores a la razón, que el

conocimiento brota en ciegos impulsos, sin causa, que deben ser seguidos también ciegamente, sin dudar de ellos; y los reyes, que gobernaron por medio de sus garras y sus músculos, adoptando la conquista como método y el saqueo como propósito, con una estaca, una flecha o un fusil como únicos argumentos de su poder.

"Los defensores del alma humana estaban preocupados por los sentimientos de sus semejantes; los defensores del cuerpo tuvieron como solo objetivo el estómago, pero ambos se unieron para luchar contra la mente. Sin embargo, nadie, ni el más ruin de los seres humanos, puede renunciar totalmente a su cerebro. Nadie ha creído por completo en lo irracional, pero muchos aceptan la injusticia. Cuando un hombre condena a la mente, es porque su finalidad es de tal naturaleza que la mente no le permitiría confesarlo. Cuando predica contradicciones, lo hace a sabiendas de que alguien aceptará llevar la carga de lo imposible, que alguien lo hará funcionar para él, al precio de su sufrimiento o de su vida. La destrucción es el costo de cualquier contradicción.

"Son las víctimas quienes hacen posible la injusticia. Son las personas racionales quienes hacen posible que los brutos gobiernen el mundo. El ataque a la razón ha sido el motivo en que se basó todo credo antirrazón surgido en la Tierra. La depredación de la capacidad ha sido el propósito de cada credo que predicó el autosacrificio. Los saqueadores siempre lo supieron, nosotros no. Pero ha llegado el momento de ver las cosas con más claridad.

"Lo que ahora pretenden obligarnos a adorar es lo mismo que en otros tiempos quedó revestido con el carácter de Dios o de rey: es la desnuda, torcida, insignificante figura del Incompetente Humano. Tal es el ideal de nuestros días, el objetivo a alcanzar, el propósito por el que vivir, y los hombres serán recompensados cuanto más cerca estén de ello. Estamos en la edad del hombre medio, nos dicen... un título que puede reclamar cualquiera, hasta el punto que el que no lo tiene debería explicar cómo ha hecho para no lograrlo, ostentará un rango de nobleza, por los esfuerzos que no ha realizado, será honrado por virtudes que no ha demostrado y se le pagará por bienes que no ha producido. Pero nosotros... nosotros deberemos expiar la culpa de la inteligencia... y trabajar para darles apoyo en todo lo que ordenen, teniendo su placer como nuestra única recompensa. Y aunque seamos la mayoría para contribuir, seremos los que menos podremos hablar. Pese a ser los más aptos para pensar, no se nos permitirá tener ideas propias. Dotados de juicio para actuar, no se nos admitirá un acto de propia elección. Trabajaremos bajo disposiciones y controles promulgados por quienes son incapaces de producir nada. Ellos dispondrán de nuestra energía porque nada tienen para ofrecer, y de nuestros productos porque no pueden fabricarlos.

"Dice que es imposible, que no puede funcionar. Ellos lo saben, pero es usted quien lo ignora... y cuentan con que usted mantenga ese desconocimiento, cuentan con que continuemos trabajando hasta el límite de lo inhumano, alimentándolos mientras nos dure la vida. Porque cuando nos derrumbemos, surgirán nuevas víctimas para sustituimos, víctimas que los alimenten mientras luchan por su supervivencia, y el margen entre las sucesivas víctimas se irá haciendo menor. Entonces, si usted muriera para dejarles un ferrocarril, su descendiente morirá para dejarles una rodaja de pan. Esto no les preocupa en lo

más mínimo a los saqueadores. Su plan, como todos los planes de los piratas del pasado, consiste sólo en que el botín les dure toda la vida. Siempre ha ocurrido así, porque en una generación no es posible agotar todas las víctimas. Pero esta vez será distinto. Las víctimas están en huelga. Estamos en huelga contra el martirio y contra el código moral que lo exige, contra quienes creen que uno debe existir sólo para beneficiar a otros y contra esa moral de caníbales, tanto si se practica de un modo material como espiritual.

"No trataremos con nadie, excepto en nuestros propios términos, y éstos constituyen un código moral según el cual cada persona es un fin en sí mismo y no un medio para lograr fines ajenos. No queremos forzarlos a aceptar nuestro código. Quedan en libertad para creer lo que les plazca.

"Pero, por una vez, tendrán que elegir y existir... sin nuestra ayuda. Y por fin aprenderán el significado de su credo. Un credo que ha perdurado durante siglos exclusivamente gracias a la sanción de las víctimas... gracias a que aceptaron ser castigadas por violar un código cuya práctica era imposible. Pero dicho código tenía que ser violado forzosamente. Beneficia no a quienes lo cumplen, sino a los que no lo hacen.

"Es una moral mantenida en vigencia, no por las virtudes de sus santos, sino gracias a sus pecadores.

"Hemos decidido dejar de ser pecadores. Dejamos de violar ese código moral para eliminarlo para siempre, gracias al único método posible: obedeciéndolo. Lo estamos obedeciendo, cumplimos con él. En los tratos con nuestros semejantes, lo cumplimos al pie de la letra, ahorrándoles todas las maldades que denuncian. ¿La mente es mala? Hemos sustraído a la sociedad las obras de nuestra mente y ni una sola de nuestras ideas será conocida o utilizada por ella. ¿La capacidad es una maldad egoísta que no deja ningúna oportunidad para los menos capacitados? Nos hemos retirado de toda competencia y dejado abiertas todas las posibilidades para los incompetentes. ¿La búsqueda de riqueza es codicia? ¿Raíz de toda maldad? Ya no buscamos hacer fortuna. ¿Es malo ganar más de lo que necesitamos para el propio sustento? No aceptamos otras tareas que las más humildes, y producimos por el esfuerzo de nuestros músculos tan sólo lo que habremos de consumir, sin que un centavo ni un rasgo de inventiva puedan sobrar para perjudicar al mundo. ¿Es malo tener éxito, ya que el éxito se consigue por los fuertes a expensas de los débiles? Hemos dejado de agobiar a los débiles con nuestra ambición y quedan en libertad de prosperar sin nosotros. ¿Es malo ser un empleador? No tenemos empleos que ofrecer. ¿Es malo tener propiedades? No poseemos nada. ¿Es malo disfrutar de la existencia? No existe en su mundo ninguna forma de disfrute que nos interese, y (esto fue lo más difícil de conseguir) lo que ahora sentimos hacia su mundo es esa emoción que predican como un ideal: la indiferencia, la nada, el cero, la muerte... Les damos aquello que han declarado virtud durante siglos. Veremos si es realmente lo que desean."

-¿Fue usted quien inició esta huelga? -preguntó Dagny.

-Así es.

John Galt se puso de pie con las manos en los bolsillos. Tenía el rostro bajo la luz, y Dagny lo vio sonreír con la jovialidad sencilla, espontánea, implacable, de quien está totalmente seguro de lo que cree.

-Hemos oído hablar mucho de huelgas -explicó- y acerca de la dependencia del hombre privilegiado respecto del hombre común. Hemos oído gritar que el industrial es un parásito, que los obreros lo mantienen, crean su riqueza y hacen posible su lujo. ¿Qué le sucedería si lo abandonaran? Muy bien. Propongo enseñar al mundo quién depende de quién, quién mantiene a quién, quién es la fuente de la riqueza, quién hace posible la vida de quién y qué les ocurre a unos cuando los otros deciden retirarse.

Las ventanas eran ahora paneles oscuros, que reflejaban los puntos luminosos de los cigarrillos. Galt tomó uno de una mesa y las chispas de la cerilla iluminaron el dorado signo del dólar entre sus dedos.

-Me retiré, me uní a él y me declaré en huelga -dijo Hugh Akston- por no poder compartir mi profesión con hombres convencidos de que la tarea de un filósofo consiste en negar la existencia del intelecto. La gente no requeriría la labor de un gasista que intentara demostrar su excelencia asegurando que no existen las cañerías, pero al parecer, la misma precaución no es considerada necesaria con respecto a los filósofos. Sin embargo, fue mi propio discípulo el que me enseñó que era yo quien hacía esto posible.

"Cuando los pensadores aceptan a quienes niegan la existencia del pensamiento como pertenecientes a una escuela filosófica diferente, son ellos quienes logran la destrucción de la mente. Consienten la premisa básica del enemigo, otorgando el reconocimiento de que la más absoluta demencia es racional. Una premisa básica es un absoluto que no permite ninguna comparación con su antítesis, y ninguna tolerancia. De la misma manera y por la misma razón que un banquero no aceptará ni permitirá la circulación de moneda falsa, garantizando el honor y prestigio de su banco, aunque el impostor argumente que se trata de una simple diferencia de opinión, yo tampoco le otorgo el título de filósofo a Simón Pritchett, ni competiré con él por la conquista de la mente humana. El Dr. Pritchett nada tiene para aportar a la filosofía, excepto su declarada intención de destruirla. Intenta sacar ventaja, a fuerza de negarlo, del poder del razonamiento humano. Intenta estampar el sello de calidad sobre los planes de sus amos, los saqueadores. Se propone utilizar el prestigio de la filosofía para comprar la esclavitud del pensamiento, pero ese prestigio constituye una cuenta que sólo existirá si yo estoy allí para firmar los cheques. Déjenlo que lo haga sin mí, dejen que actúe, y quienes le confían la mente de sus hijos tendrán exactamente lo que piden: un mundo de intelectuales sin intelecto y de pensadores que aseguran que no pueden pensar. Lo reconozco. Me atengo a ello. Y cuando vean la realidad absoluta de su mundo no absoluto, no estaré allí y no seré yo quien pague el precio de sus contradicciones.

-El Dr. Akston renunció basándose en la necesidad de tener un sistema bancario sano -dijo Midas Mulligan- Yo renuncié basándome en los principios del amor. El amor es la más elevada forma de reconocimiento que uno otorga a los valores superiores. Fue el caso Hunsacker el que hizo que me retirara, aquel juicio en que un tribunal me ordenó entregar dinero ganado por hombres a un indigno cuya demanda estaba basada en su incapacidad para ganarlo.

"Nací en una granja, sabía el significado del dinero. En el curso de mi vida he tratado con muchas personas y las he visto crecer, hice mi fortuna gracias a mi habilidad para reconocer a cierta clase de personas. La clase de los que nunca

piden fe, esperanza y caridad, sino que ofrecen hechos, pruebas, beneficios. ¿Saben que invertí dinero en el negocio de Hank Rearden cuando estaba en sus comienzos, cuando acababa de abrirse camino desde Minnesota para adquirir las fundiciones de Pennsylvania? Cuando vi la orden judicial sobre mi escritorio, tuve una visión. Creí presenciar un cuadro, tan claramente que todo cambió para mí. Contemplé la cara luminosa y los ojos del joven Rearden, como la 1° vez que me encontré con él. Lo vi tendido al pie de un altar, con su sangre corriendo por el suelo, y quien estaba sobre el altar era Lee Hunsacker con los ojos llenos de lágrimas, quejándose de que nunca había tenido una oportunidad...

"Resulta extraño comprobar cuán simples se vuelven las cosas una vez que uno las ve claramente. No me fue difícil cerrar el banco y dejar todo: por 1° vez en mi vida, mantuve la mirada sobre aquello por lo cual había vivido y amaba.

Dagny miró al juez Narragansett.

-Usted se retiró por el mismo caso, ¿verdad?

-Sí -respondió el juez-. Me fui cuando la Cámara de Apelaciones revocó la sentencia que había dictado. El propósito por el que había elegido mi tarea era el de convertirme en guardián de la justicia, pero las leyes que me obligaban a aplicar me convertían en ejecutor de la peor injusticia concebible. Se me pedía que usara la fuerza para violar los derechos de hombres inermes que acudían a mí en busca de protección a sus derechos. Los litigantes obedecen el veredicto de un tribunal sólo sobre la premisa de que existe una regla objetiva de conducta, aceptada por ambas partes en litigio, pero me di cuenta de que unos se sentían obligados a cumplirla y otros, no; que unos obedecían las reglas y otros se basaban en sus arbitrarios deseos, sus necesidades, y de que la ley se inclinaba hacia estos últimos. La justicia debía consistir, pues, en apoyar lo injustificable. Me retiré porque no me sentí capaz de escuchar las pa-labras "Su Señoría" con que un hombre honrado se dirigía a mí.

Dagny posó la mirada lentamente en Richard Halley, como si le rogara contar su historia y temiese a la vez escucharla. El sonrió.

-Hubiera perdonado a las personas por combatirme -dijo Richard Halley- Pero no pude hacer lo mismo con su opinión acerca de mi éxito. Durante los años en que me rechazaron no sentí ningún odio porque si mi trabajo era novedoso, había que darles tiempo para que aprendieran; si me sentí orgulloso por ser el 1° en trazar un camino hasta una altura sólo mía, no tenía derecho a quejarme si los demás se mostraban lentos en seguirla. Así me lo repetí una y otra vez durante todos esos años, excepto en algunas noches en que me era imposible esperar o creer por más tiempo, y gritaba "¿Por qué?" sin encontrar respuesta. Luego, la noche en que me ovacionaron, me encontré ante ellos en el escenario de un teatro, pensando que ése era el momento por el que tanto había luchado y deseaba gozarlo intensamente, pero no sentí nada. Ante mi vista desfilaron todas las otras noches y escuchaba el "¿Por qué?" que aún seguía sin respuesta. Sus ovaciones me parecieron tan vacías como sus abucheos. Si hubieran dicho: "Lamentamos el retraso de este reconocimiento, gracias por habernos esperado", no habría pedido nada más y ellos habrían podido tener todo cuanto quisieran de mí. Pero lo que vi en sus caras y en su modo de hablar cuando se levantaron para aplaudirme era lo que había advertido respecto de otros artistas, aun cuando nunca creí que un ser humano pudiera obrar así sinceramente. Parecían decir que no me debían nada.

Que su rechazo anterior me había conferido una obligación moral, como si hubiera sido mi deber luchar, sufrir y soportar sus desplantes, sus desprecios, sus injusticias y cualquier clase de tortura que quisieran infligirme, para enseñarles a disfrutar de mi trabajo. Era algo que yo les debía, era mi obligación. Comprendí entonces la índole de su espíritu saqueador, algo que hasta entonces no había podido imaginar. Los vi intentar meterse en mi alma, tal como entraban en el bolsillo de Mulligan; expropiar el valor de mi persona, de igual modo que expropiaban su riqueza; percibí la impertinente malicia de su mediocridad, de su jactancia, como un abismo para ser rellenado con los cuerpos de los mejores. Del mismo modo que intentaban alimentarse con el dinero de Mulligan, pretendían apropiarse de las horas que yo dedicaba a mi música y de aquello que me llevaba a componer, abriéndome camino a mordiscos hacia su autoestima, intentando arrancarme la admisión de que ellos eran el objetivo de mi música, de modo que, en razón de mi triunfo, no serían ellos quienes reconocieran mi valor, sino yo quien me inclinaría ante el de ellos... Fue la noche en que juré que aquellos saqueadores no volverían a escuchar ni una nota más de mis nuevas composiciones. Las calles estaban desiertas cuando salí del teatro, había sido el último en marcharme, y un desconocido me esperaba a la luz de un farol. No tuvo que insistir demasiado y la partitura que le dediqué sé llama Concierto de la Liberación.

Dagny miró a los demás.

-Por favor, cuéntenme sus motivos -dijo con timidez y firmeza al mismo tiempo, como si se expusiera a un castigo físico, pero deseara llevarlo hasta el final.

-Me retiré hace unos años cuando se estatizó la medicina -comenzó a explicar el Dr. Hendricks- ¿Sabe usted lo que se requiere para poder realizar una cirugía de cerebro? ¿Sabe la habilidad que exige y los años de apasionada, implacable, agotadora dedicación que son precisos para adquirirla? Pues bien: eso fue lo que no quise colocar a disposición de seres cuya única calificación para dirigirme consistía en su capacidad para lanzar las fraudulentas vulgaridades que los habían elevado al privilegio de hacer prevalecer sus deseos sobre los demás a punta de revólver. No quise permitir que dictaminaran el propósito de mi proyecto decidiendo cómo debía usar mis años de estudio, o las condiciones de mi trabajo, la elección de mis pacientes, o el monto de mis honorarios. Me di cuenta de que en las polémicas que precedieron a la esclavitud de la medicina, se hablaba de todo, salvo de los anhelos de los médicos. Se consideraba únicamente el bienestar de los pacientes y nunca el de quienes debían proporcionárselo. El hecho de que un médico pudiera poseer derechos, expresar deseos o manifestar preferencias era considerado como una actitud egoísta: no podíamos elegir, dictaminaron, sólo servir a otros. Nunca se les ocurrió que al proponerse ayudar al enfermo le estaban haciendo la vida imposible al sano, no se les ocurrió que un hombre que acepta trabajar por la fuerza se convierte en un bruto peligroso al que no se le puede confiar ni el cuidado de un corral de ganado. Me extrañaba, con frecuencia, ante la seguridad con que otros solían afirmar su derecho a esclavizarme, a controlar mi trabajo, a forzar mi voluntad, a violar mi conciencia y a sofocar mi mente. Sin embargo, ¿de quién dependen ellos cuando están tendidos sobre una mesa de operaciones, bajo mis manos? Su código moral les ha enseñado a creer que es seguro confiar en la virtud de sus víctimas; pues bien:

ésa es la virtud que les quité. Dejemos que descubran la clase de médicos que su sistema producirá, dejemos que observen en sus quirófanos y en sus dudosas salas de hospital el resultado de poner sus vidas en manos de alguien cuya existencia están asfixiando. Es inseguro si se trata de un individuo lastimado por lo que le han hecho, y aún peor si se trata de la clase de hombres a los que tal cosa no afecta.
-Me retiré -comentó Ellis Wyatt -porque no quería ser la comida de los caníbales, y, además, cocinarla.
-Descubrí -añadió Ken Danagger- que luchaba contra seres incapaces. Yo no necesitaba de su abulia, su inutilidad, su inconciencia, su irracionalidad. Ellos no eran quiénes para dictarme sus condiciones, ni yo tenía por qué obedecerlas. Me marché para que se dieran cuenta de su error.
-Yo me fui -explicó Quentin Daniels- porque si existen grados para una condena, los científicos que ponen su mente al servicio de una fuerza bruta merecen la peor de todas: ellos son los mayores criminales de la Tierra.
Guardaron silencio. Dagny se volvió hacia Galt.
-¿Y usted? -le preguntó- Porque usted fue el primero. ¿Qué lo llevó a tomar esa decisión?
El rió por lo bajo.
-Mi rechazo a haber nacido con un pecado original.
-¿A qué se refiere?
-Nunca me sentí culpable de mis cualidades, ni de mi mente, ni de ser humano. No acepté una culpa inmerecida y así fui libre para conseguir y comprender mi propio valor. Desde que tengo memoria, he estado convencido de que mataría a quien asegurase que existo para atender sus necesidades y, así, comprendí que esta reflexión configura la más alta finalidad moral. Aquella noche de la reunión en Twentieth Century, cuando escuché cómo se escondía una maldad inexpresable bajo el disfraz de la mayor rectitud moral, descubrí la raíz de la tragedia del mundo y, al mismo tiempo, la llave que le daba paso y la solución. Comprendí lo que tenía que hacerse y lo hice.
-¿Y el motor? -preguntó Dagny- ¿Por qué lo abandonó? ¿Por qué lo dejó a los herederos de Starnes?
-Era propiedad de su padre. Me pagó para hacerlo y fue fabricado en su época, pero comprendí que no les serviría de nada y que nadie volvería a hablar de él. Era mi 1° modelo experimental. Nadie más que yo, o alguien como yo, podía haberlo completado o comprendido. Y estaba seguro de que nadie que me igualara en capacidad se volvería a acercar a esa fábrica.
-¿Sabía la clase de avance que representaba ese motor?
-Sí.
-¿Y lo dejó allí para que se perdiera?
-Sí.
Galt miró a la oscuridad, más allá de las ventanas, riendo, aunque sin alegría.
-Antes de marcharme, miré el motor por última vez. Pensé en los hombres que aseguran que la riqueza se basa en el uso de los recursos naturales, en aquellos otros según los cuales la riqueza consiste en apoderarse de las fábricas, y en los que afirman que las máquinas condicionan los cerebros. Bien, allí estaba el motor para condicionarlos, y allí se quedó, como lo que era sin la ayuda un cerebro

humano: un montón de pedazos de hierro y de cables a punto de oxidarse. Usted piensa en el gran servicio que ese motor podría rendir a la humanidad si fuese producido. Yo creo que el día en que la gente comprenda el significado de haberlo abandonado en aquel montón de chatarra, habrá prestado un servicio todavía mayor.
-Cuando dejó el motor allí, ¿pensaba ver la llegada de ese día?
-No.
-¿Imaginó que tendría la posibilidad de rehacer el motor en otro sitio?
-No.
-¿Y aceptó abandonarlo para que se oxidara?
-Por el bien de lo que el motor significaba para mí -dijo lentamente- tenía que estar dispuesto a dejarlo estropearse y desaparecer para siempre. -La miró a la cara y añadió con voz segura, enérgica y precisa: -Del mismo modo que usted deseará que se estropeen y desaparezcan los rieles de Taggart Transcontinental.
Dagny sostuvo su mirada, con la cabeza erguida y luego dijo suavemente, en el tono de una súplica: -No me obligue a contestarle ahora.
-No lo haré. Le contaremos todo cuanto quiera saber, pero no la forzaremos a tomar una decisión. -Y añadió con una dulzura que no pudo menos que asombrarla: -Ya he dicho que sentir indiferencia hacia un mundo que hubiera debido ser nuestro ámbito natural es lo más difícil de conseguir, pero todos hemos pasado la prueba.
Dagny miró el sereno e invulnerable recinto y la luz, proveniente de aquel motor, que iluminaba las caras de quienes estaban en la reunión más serena y segura a la que ella jamás hubiera asistido.
-¿Qué hizo cuando salió de Twentieth Century? -preguntó.
-Me convertí en detector de llamas. Mi tarea consistía en observar las llamas que brillan entre las tinieblas del salvajismo, las llamas que indican la presencia de seres inteligentes y sensibles; en observar su ruta, sus luchas y su agonía y sacarlos de allí cuando comprendiera que ya habían visto lo suficiente.
-¿Y qué les decía para hacerlos abandonar todo?
-Simplemente que tenían razón.
En respuesta a la silenciosa pregunta que expresaba la mirada de Dagny, añadió:
-Les restituía un orgullo que no sabían que tenían. Les ofrecía las palabras con las cuales identificarlo. Les otorgaba la inapreciable posesión que habían perdido y anhelaban, pero que no sabían que necesitaban: una autorización moral. ¿Me llamó usted destructor y cazador de hombres? Fui el delegado gremial de esta huelga, el jefe de la rebelión de las víctimas, el defensor de los oprimidos, los desheredados y los explotados, y cuando digo estas palabras tienen, aunque sea por una sola vez, un significado literal.
-¿Quiénes fueron los primeros en seguirlo?
Galt dejó transcurrir un momento de deliberada pausa y luego respondió:
-Mis 2 mejores amigos. Ya conoce a uno de ellos y sabe, quizá mejor que nadie, el precio que pagó. Nuestro maestro, el Dr. Akston, vino después, se unió a nosotros luego de una noche de conversación. William Hastings, que había sido mi jefe en el laboratorio de Investigaciones de Twentieth Century Motors, pasó una temporada difícil, tratando de convencerse a sí mismo, pero se unió a nosotros. Luego lo hicieron Richard Halley y Midas Mulligan.

-...quien necesitó para decidirse sólo 15 minutos -explicó el propio Mulligan.
Dagny se volvió a él.
-¿Fue usted quien organizó este valle?
-Así es -dijo Mulligan- Al principio era solamente mi refugio privado. Lo había comprado muchos años antes, había adquirido kilómetros de estas montañas, parcela por parcela, a los agricultores y ganaderos que no apreciaban su valor. El valle no aparece indicado en ningún mapa. Cuando decidí retirarme, construí esta casa. Corté todos los posibles caminos de acceso, excepto uno, y está disfrazado de tal manera que nadie lo podrá descubrir jamás. Acondicioné el lugar de modo que me permitiera vivir tranquilo el resto de mis días, sin tener que ver nunca más la cara de un saqueador. Cuando supe que John había convencido también al juez Narragansett, lo invité a unirse a mí. Luego le hicimos idéntica propuesta a Richard Halley. Al principio, los otros siguieron permaneciendo fuera.
-No teníamos reglas ni disposiciones de ninguna clase -explicó Galt-, excepto una. Cuando alguien aceptaba nuestro juramento, se comprometía a una sola cosa: a no seguir con su trabajo, y a no dar al mundo el beneficio de su mente, y cada uno lo llevaba a cabo según su propio método. Quienes tenían dinero, se retiraban a vivir de sus ahorros, y quienes debían trabajar, escogían las tareas más humildes. Algunos habían sido famosos, otros, como ese joven guardafrenos suyo que descubrió Halley, fueron descubiertos por nosotros antes que sufrieran la tortura. Pero nunca abandonamos por completo el cuidado de nuestra mente ni el trabajo que amábamos. Cada uno continuó ejerciendo su verdadera profesión del modo que quería y en sus momentos libres, aunque en secreto y tan sólo en beneficio propio, sin dar nada a los demás, ni compartir sus resultados. Estábamos desparramados por todo el país, como los proscritos que siempre habíamos sido, pero aceptábamos nuestros papeles voluntariamente. El único alivio lo constituían las raras ocasiones en que podíamos vernos unos a otros, y nos dimos cuenta de que nos gustaba encontrarnos porque nos devolvía la sensación de que había otros seres humanos. Así que empezamos a pasar 1 mes de cada año en este valle con el fin de descansar, vivir en un mundo racional, trabajar sin ocultarnos e intercambiar nuestros productos. Aquí los logros se traducen en pagos, no en expropiaciones.
"Cada cual construyó su casa haciéndose cargo de sus propios gastos, para pasar aquí 1 mes por año. De este modo, los 11 meses restantes eran más fáciles de sobrellevar.
-Verá usted, Srta. Taggart -intervino Hugh Akston-, el hombre es un ser social, pero no de la forma que predican los saqueadores.
-Fue la destrucción de Colorado lo que inició la prosperidad de este valle -explicó Midas Mulligan- Ellis Wyatt, y luego los otros, vinieron a instalarse permanentemente aquí porque tenían que esconderse. Todo lo que pudieron salvar de sus riquezas lo convirtieron en oro o en máquinas, como yo, y lo trajeron aquí. Éramos suficientes para desarrollar este valle y crear trabajos para quienes tenían que ganarse la vida en el mundo exterior. Ya habíamos alcanzado una situación en que la mayoría de nosotros podíamos quedarnos aquí. Este valle puede casi autoabastecerse y, en cuanto a aquellos bienes que todavía no podemos producir, los compro en el exterior a través de un agente especial, alguien que no permite que mi dinero llegue a los saqueadores. No somos un

Estado de ninguna clase, sino tan sólo una asociación voluntaria de personas unidas nada más que por el interés personal. Como propietario del valle, vendo los terrenos a los otros cuando los desean. En caso de desavenencias, el juez Narragansett actuaría como árbitro. Sin embargo, aún no hemos tenido necesidad de sus servicios. Dicen que es difícil que los individuos se pongan de acuerdo, pero le sorprendería ver lo sencillo que es cuando todas las partes creen que nadie existe para el beneficio del otro y que la razón es el único método de negociación. Se está acercando el momento en que todos deberemos vivir aquí, porque el mundo se está haciendo pedazos con tanta rapidez, que pronto se declarará el hambre. Pero en este valle podremos alimentarnos.

-El mundo se hunde más de prisa de lo que parece -manifestó Hugh Akston- La gente deja de trabajar y lo abandona todo. Los que congelan trenes, las bandas de malhechores y los desertores no han oído hablar de nosotros y no forman parte de nuestra lucha; actúan por su propia cuenta, en respuesta natural a la razón que aún queda en ellos, pero su protesta es la misma que la nuestra.

-Empezamos sin poner límites de tiempo -dijo Galt- No sabíamos si viviríamos lo suficiente como para presenciar la liberación del mundo o si debíamos dejar nuestra batalla y nuestro secreto a la siguiente generación. Lo único que sabíamos es que éste era el modo en que nos gustaba vivir. Pero ahora nos damos cuenta de que vamos a presenciar, y muy pronto, el día de la victoria y del regreso.

-¿Cuándo? -murmuró Dagny.

-Cuando el código de los saqueadores haya colapsado. -Ante su expresión interrogante, añadió:- Cuando el credo de la autoinmolación haya recorrido su ya evidente curso; cuando los hombres no encuentren víctimas dispuestas a obturar el sendero de la justicia y a desviar hacia ellas el peso de los castigos; cuando los predicadores del sacrificio propio descubran que quienes están dispuestos a practicarlo ya nada tienen que sacrificar y aquellos que lo tienen ya no desean hacerlo; cuando cada uno advierta que ni su corazón ni sus músculos pueden salvarlo y que esa mente que tanto han maldecido no responde a sus gritos de auxilio; cuan-do se derrumben como deben hacerlo, como descerebrados; cuando no haya en ellos pretensión de conservar la autoridad, ni la ley, ni rastro alguno de moralidad, ni esperanza... ni comida, ni manera de obtenerla; cuando se derrumben y el camino quede libre... será cuando nosotros volvamos para reconstruir el mundo.

Dagny recordó la Terminal Taggart. El nombre latió en el estupor de su mente, como suma y compendio de una carga que no había tenido tiempo de pesar. Se dijo que eso era la Terminal Taggart, esa habitación y no el amplio recinto de Nueva York; era su objetivo, el final del camino, el punto situado más allá de la curva de la Tierra, donde las 2 líneas paralelas del riel se tocaban y desaparecían, impulsándola hacia delante, de la misma forma en que habían impulsado a Nathaniel Taggart. Este era el objetivo que su abuelo había visto a la distancia, y la meta que seguía contemplan-do, con la cabeza erguida sobre las multitudes que discurrían en todas direcciones por el espacioso recinto de granito. Por ese motivo, ella se había dedicado plenamente a Taggart Transcontinental como si se tratara de un cuerpo cuyo espíritu no hubiera sido encontrado todavía. En casa de Mulligan acababa de hallar todo lo que deseaba, y estaba al alcance de su mano, era suyo: pero el precio lo constituía la red de rieles que desaparecerían, de

puentes que se hundirían, de semáforos que se apagarían... "Esto es todo cuanto he deseado", pensó, apartando los ojos de la figura de aquel hombre con el pelo color de sol y la mirada implacable.
-No tiene que contestamos ahora mismo.
Dagny levantó la cabeza y vio que él la contemplaba como si hubiera ido siguiendo su proceso mental.
-Nunca exigimos un acuerdo -le advirtió- Nunca le decimos a nadie más de lo que está dispuesto a escuchar. Es usted la 1° persona en enterarse de nuestro secreto antes del tiempo indicado, pero se encuentra aquí y tiene que saberlo. Ahora ya comprende la exacta naturaleza de la elección que deberá hacer. Si le parece dura, es porque cree todavía que no es preciso inclinarse forzosamente hacia una cosa u otra. Pero ya verá que hay que hacerlo.
-¿Me darán algún tiempo?
-Su tiempo no se lo podemos dar nosotros. Tómese el que necesite. Sólo usted puede decidir qué hacer y cuándo. Sabemos el costo de esta decisión, porque nosotros ya lo hemos pagado. Su llegada anticipada hasta aquí hará que todo sea más fácil o, quizá... más difícil para usted.
-Más difícil -murmuró Dagny.
-Lo sé.
Lo había dicho en voz tan baja como la de ella, con el tono de quien se ve obligado a forzar su propio aliento, y Dagny vivió por un instante algo parecido a la tranquilidad que sigue a un golpe, porque notó que era aquello, no los minutos en que él la llevó en sus brazos montaña abajo, sino el encuentro de sus voces, lo que había constituido el contacto físico más íntimo entre ambos.
Una luna llena brillaba en el cielo sobre el valle, y cuando regresaron a casa de Galt, era un farol plano y redondo, sin rayos, sólo un haz de luz colgando del espacio, que no parecía tocar la tierra sino surgir del suelo. En aquella calma tan poco natural y sin color, el paisaje parecía velado por una interposición de lejanías, cuyas formas no dibujaban figuras determinadas, sino que fluían lentamente, hacia atrás, como en una fotografía brumosa. Se dio cuenta de que estaba sonriendo mientras miraba las casas del valle. Sus iluminadas ventanas se sumían en una claridad azul y los contornos de sus muros se disolvían entre largas franjas de niebla que flotaban en lentas y calmosas oleadas. La ciudad tenía el aspecto de estar hundida en el agua.
-¿Cómo se llama todo esto? -preguntó Dagny.
-Yo lo llamo el Valle de Mulligan -repuso Galt-, otros, la Quebrada de Galt.
-Pues yo lo llamaré... -pero no terminó la frase.
Su acompañante la miró. Ella comprendió lo que él había percibido en su cara y la volvió hacia otro lado.
Dagny observó un leve movimiento de sus labios, el indicio de un suspiro. Bajó la mirada y apoyó el brazo en el costado del coche, como si su mano tuviera de repente un peso excesivo para ser soportada por el codo.
La ruta se fue haciendo más oscura a medida que ascendían por ella y el enramado de los pinos se entrelazaba sobre sus cabezas. Más allá de unas rocas que avanzaban a su encuentro, distinguió la claridad lunar sobre las ventanas de la casa. Apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y permaneció inmóvil, perdiendo la noción del vehículo y sintiendo sólo el movimiento que la llevaba

hacia el valle, observando las estrellas brillar como gotas de agua entre las ramas de los pinos.
Al detenerse el automóvil, Dagny no quiso preguntarse por qué no miraba a Galt en el momento de bajar. Se había quedado inmóvil un instante, frente a las ventanas oscuras, y no lo oyó acercarse, pero sintió el contacto de sus manos con asombrosa intensidad, como si fuera lo único que pudiera sentir. Él la levantó en sus brazos y empezó a recorrer lentamente el camino hacia la casa.
Caminaba sin mirarla, sosteniéndola fuertemente, como si intentara detener el paso del tiempo, como si sus brazos aferraran el instante en que la había levantado hacia su pecho. Notaba sus pasos como espacios movidos hacia una meta, como si cada uno fuera un momento separado, durante el cual no se atreviera a pensar en el siguiente. Tenía la cabeza muy próxima a la de él y el pelo de Galt le rozaba la cara, pero ella supo que ninguno de los 2 se movería para acercarse al otro. Era un estado de repentina y torpe embriaguez. El pelo de ambos se mezclaba como los rayos de 2 planetas que hubiesen conseguido reunirse en el espacio. Dagny observó que Galt caminaba con los ojos cerrados, como si incluso la vista constituyera una intromisión.
Entró en la casa y, al avanzar por el salón, no miró a su izquierda, y ella tampoco lo hizo; pero Dagny comprendió que ambos eran conscientes de la puerta que conducía al dormitorio de Galt. Transitó toda la longitud en sombras hasta el claro de luna que caía sobre la cama del cuarto de huéspedes y la posó allí. Dagny notó un instante de pausa de sus manos, que la sostenían aún por los hombros y la cintura, y cuando se separaron de su cuerpo, comprendió que el momento crucial había pasado.
Él se echó atrás y apretó un interruptor, rindiendo la habitación a la dura claridad de la luz. Permaneció tranquilo, con la cara expectante y austera, como pidiendo que ella lo mirase.
-¿Se ha olvidado de que quería matarme? -le preguntó.
La vulnerable tranquilidad de su figura la hacía más real aún. El estremecimiento que obligó a Dagny a incorporarse fue como un grito de terror y negativa, y sosteniendo su mirada respondió: -Es cierto, así fue.
-Pues entonces, básese en ello.
Dagny contestó en voz baja, cuya intensidad evidenciaba rendición y desdeñoso reproche al mismo tiempo.
-Usted sabe que es así, ¿verdad?
Él sacudió la cabeza.
-Sí. Pero quiero recordarle que fue su deseo. En otros tiempos quizá tuviera razón. Mientras formó parte del mundo exterior, era lógico que intentara destruirme, y de las 2 rutas abiertas ahora ante usted, una conduce al día en que tal vez se vea forzada a hacerlo -Ella no respondió, permanecía sentada, mirando el suelo, y Galt pudo ver cómo los mechones de su pelo se estremecían violentamente al agitar la cabeza en desesperada protesta- Usted es mi único riesgo. La única persona que podría entregarme a mis enemigos, y si sigue con ellos, lo hará. Opte por ello si lo desea, pero hágalo tomando plena conciencia de lo que hace. No me conteste ahora. Hasta que lo haga -la severidad que ahora vibraba en su voz era producto del control ejercido sobre sí mismo- recuerde que conozco el significado de ambas respuestas.

-¿Tan claramente como yo? -susurró
-Tanto.
Se volvía para irse, cuando los ojos de Dagny se posaron de improviso en las inscripciones que había notado en la pared, y que había olvidado.
Estaban grabadas en la madera pulida, mostrando aún la presión sobre el lápiz de las manos que las habían trazado. En todas figuraba el mismo rasgo violento: "Lo lograré. Ellis Wyatt", "Mañana todo será mejor. Ken Dannager", "Vale la pena. Roger Marsh", y otros.
-¿Qué es eso? -preguntó.
-Esta es la habitación donde pasaron su 1° noche en el valle -contestó él sonriendo- La primera noche es la más dura de todas, porque constituye el último forcejeo con las memorias personales. Los dejo aquí para que puedan llamarme si lo desean, y hablo con ellos si no pueden dormir. Muchos pasan la noche en vela, pero a la mañana siguiente se encuentran libres... Todos han estado aquí. La llaman la "cámara de tortura" o "la antesala", porque para ingresar al valle hay que pasar por ella.
Se volvió para partir, pero deteniéndose en el umbral de la puerta, añadió:
-Esta es la habitación que nunca quise que usted ocupara. Buenas noches, Srta. Taggart.

CAPÍTULO II - LA UTOPÍA DE LA CODICIA

-Buenos días.
Dagny lo miró a través de la sala, desde el umbral de su cuarto. Por las ventanas, detrás de él, asomaban las montañas con ese tono entre rosa y plateado de la promesa de una luz por nacer, que parece más brillante que el pleno día. El sol se había levantado en algún lugar de la Tierra, pero no alcanzaba aún la barrera de la cumbre, y el cielo brillaba anunciando el movimiento. Ella había escuchado el alegre anuncio del amanecer, pero no en forma de canto de pájaros, sino en el timbre del teléfono, un momento antes. Presenció el inicio del nuevo día, no en el verdor del follaje, sino en el reflejo del cromo del horno, en la claridad de una bandeja de cristal sobre la mesa y en la absoluta blancura de las mangas de la camisa de Galt, y escuchó el sonido de una sonrisa en su propia voz, parecida a la de él, al contestar: -Buenos días.
Estaba recogiendo unas hojas con cálculos escritos con lápiz que tenía sobre la mesa y metiéndoselas en el bolsillo.
-Tengo que irme a la planta eléctrica -dijo- Acaban de llamarme para informar que hay dificultades con la pantalla de rayos. Al parecer su avión la desequilibró. Volveré en media hora y prepararé el desayuno.
Fue la simplicidad informal de su voz y la manera en que Galt consideraba su presencia en la rutina doméstica como algo acostumbrado, carente de mayor significado, lo que le confirió a Dagny la sensación de algo exacto y preciso, y la impresión de que él ya conocía ese sentimiento.

Le contestó con el mismo aire casual: -Si quiere traerme el bastón que dejé en el coche, yo misma prepararé el desayuno para cuando regrese.
La miró algo sorprendido y sus ojos pasaron del tobillo vendado a las mangas cortas de la blusa que dejaban al descubierto sus brazos, vendados hasta los codos. La blusa transparente con el cuello abierto, y el pelo que le caía sobre unos hombros que parecían inocentemente desnudos bajo una fina capa de tela la hacían lucir más como una colegiala que como una inválida, y su actitud restaba relevancia a los vendajes.
Galt sonrió, pero no a ella, sino como consecuencia de un repentino y divertido recuerdo propio.
-Hágalo, si así lo desea -dijo.
Le resultaba extraño quedarse sola en esa casa. Por un lado, sentía un vacilante respeto, como si manipular los objetos del lugar fuera un acto de excesiva intimidad. Por el otro, confiaba en tener derecho a hacerlo.
Era raro también experimentar una felicidad tan pura en la simple tarea de preparar un desayuno. Aquel trabajo parecía ser un fin en sí mismo; llenar una cafetera con agua, exprimir unas naranjas y cortar pan eran actos valiosos por el tipo de placer que se obtiene de ellos, semejante al que se anhela, pero raras veces se encuentra, en los movimientos del baile. Se asombró al percatarse de que no había experimentado aquella clase de goce en su trabajo, desde los días en que manejaba las transmisiones en la estación de Rockdale.
Estaba poniendo la mesa cuando descubrió la figura de un hombre que subía a toda prisa el sendero hacia la casa y saltaba rápido y ágil sobre peñascos como si estuviera volando, abrió la puerta y dijo: -¡Eh, John!
Pero se detuvo bruscamente al verla. Llevaba un jersey y un pantalón azul oscuro, su pelo era dorado y su cara tenía una tan asombrosa perfección y belleza que Dagny quedó inmovilizada por la incredulidad.
El sujeto la contempló como si nunca hubiese esperado hallar a una mujer en la casa. Luego adoptó una expresión de reconocimiento, en la que el asombro, la jovialidad y el triunfo se mezclaban en una sonrisa.
-¡Ah! ¿Se nos ha unido? -preguntó.
-No -respondió ella secamente- Todavía no. Soy una disidente.
El echó a reír como un adulto ante un niño que pronuncia vocablos técnicos cuyo significado ignora.
-Si sabe lo que está diciendo, comprenderá que no es posible -dijo- Al menos no aquí.
-Literalmente, he violado la entrada a este paraje.
Él miró sus vendajes, evaluando la próxima pregunta con tanta curiosidad que llegaba a ser insolente.
-¿Cuándo?
-Ayer.
-¿Cómo?
-En un avión.
-¿Qué hacía en un avión en esta parte del país?
Tenía los modales directos e imperiosos de un aristócrata, o de un grosero; se parecía a uno y vestía como el otro. Lo estudió unos momentos obligándolo deliberadamente a esperar.

-Intentaba aterrizar sobre un espejismo prehistórico -contestó- Y lo hice.
-Es una disidente -convino él riendo y pareció haberlo comprendido todo- Y, ¿dónde está John?
-El Sr. Galt se encuentra en la central. Regresará enseguida.
Se sentó en un sillón, sin pedir permiso, como si se hallara en su casa, y Dagny volvió silenciosamente a su tarea. El recién llegado observaba sus movimientos con abierta sonrisa, como si la visión de esa mujer colocando los cubiertos sobre la mesa de la cocina constituyera una paradoja excepcional.
-¿Qué ha dicho Francisco al verla aquí? -le preguntó.
Se volvió hacia él con un ligero sobresalto, pero le contestó con calma:
-No ha llegado todavía.
-¿Todavía no? -preguntó sorprendido- ¿Está segura?
-Así me han dicho.
Él encendió un cigarrillo y Dagny se preguntó qué profesión habría elegido, amado y abandonado, para unirse a aquel valle. No le era posible adivinarlo porque ninguna parecía encajar con ese ser. Se sorprendió al desear, de un modo absurdo, que el desconocido careciera de profesión, porque cualquiera resultaba demasiado peligrosa para tan increíble belleza. Era un sentimiento impersonal, no lo miraba como a un hombre, sino como a una obra de arte animada, y le parecía una indignidad del mundo externo que semejante perfección debiera sujetarse al ajetreo, al forcejeo y las cicatrices de quien ama su trabajo. Pero consideró que esa idea era más absurda aún, porque las líneas de aquel rostro poseían esa clase de dureza para la cual ningún desafio encarna un verdadero peligro.
-No, Srta. Taggart -dijo repentinamente, captando su mirada- Usted no me ha visto nunca.
Comprendió que lo había estado estudiando sin disimulo.
-¿Cómo sabe quién soy yo? -preguntó.
-En 1° lugar, he visto muchas veces su foto en los periódicos. 2°: es usted la única mujer que aún quedaba en el mundo exterior, al menos que nosotros sepamos, a la que se le habría permitido entrar en la Quebrada de Galt. 3°: es la única que habría tenido el valor de seguir siendo una disidente.
-¿Por qué está tan seguro de que yo sea una disidente?
-Si no lo fuera, sabría que no es el valle, sino la idea de la vida de las personas del mundo exterior, lo que constituye un espejismo prehistórico.
Oyeron el sonido del motor y vieron cómo el automóvil se detenía frente a la casa. Dagny observó la rapidez con que el sujeto se ponía de pie, a la espera de Galt, de una forma que de no haber sido por su vivacidad, hubiera parecido un gesto instintivo de respeto militar.
Notó también el modo en que Galt se detuvo al ver al visitante en la casa. Sonreía, pero su voz sonó extrañamente baja, casi solemne, como abrumada por un inconsciente alivio, al decir:
-Hola.
-Hola, John -respondió el otro, cordialmente.
El apretón de manos se produjo con un breve instante de retraso y también se prolongó un instante más de lo común. Era el tipo de saludo de un primer encuentro muy grato cuyos protagonistas temen que sea, también, el último. Galt se volvió hacia ella.

-¿Ya se conocían? -le preguntó.
-No exactamente -respondió el visitante.
-Srta. Taggart, ¿me permite presentarle a Ragnar Danneskjöld?
Ella fue consciente de la expresión de su propio rostro cuando la voz de Danneskjöld le llegó como desde una gran distancia:
-No se asuste, Srta. Taggart. En la Quebrada de Galt no soy un peligro para nadie.
Ella sólo pudo mover la cabeza antes de recuperar el habla y contestarle: -No es lo que usted hace con los demás... sino lo que los demás le hacen a usted...
La risa de Ragnar le borró los últimos rastros de estupor.
-Tenga cuidado, Srta. Taggart. Si eso es lo que siente, no seguirá siendo una disidente mucho tiempo más. Pero debería empezar por asimilar lo bueno de la gente de la Quebrada y no sus errores. Durante los últimos 12 años se han preocupado, aunque innecesariamente, por mí.
Luego, miró a Galt.
-¿Cuándo has llegado? -preguntó éste.
-Anoche tarde.
-Siéntate. Desayunarás con nosotros.
-Pero, ¿dónde está Francisco? ¿Por qué no ha llegado aún?
-No lo sé -dijo Galt, frunciendo ligeramente el ceño- Pregunté en el aeropuerto hace un momento, pero nadie sabe nada de él.
Cuando Dagny se volvió para pasar a la cocina, Galt quiso seguirla.
-No -le dijo ella-, hoy me corresponde a mí.
-Permítame que la ayude.
-Este es el lugar en el que nadie pide ayuda, ¿no es así?
-En efecto -respondió él sonriendo.
Dagny nunca había experimentado el placer del movimiento, de caminar como si sus pies no tuvieran peso, como si el apoyo del bastón fuera un simple toque de elegancia; el placer de sentir sus pasos trazando rápidas líneas rectas, presentir la espontánea y correcta precisión de sus gestos, como lo experimentó mientras colocaba la comida sobre la mesa, frente a los 2 hombres. Su aspecto les indicaba a ambos que sabía que la estaban mirando porque mantenía la cabeza como una actriz en escena, como una mujer en un baile, como la vencedora de algún silencioso concurso.
-Francisco se alegrará de saber que hoy fue usted quien lo reemplazó -dijo Danneskjöld cuando se sentó con ellos a la mesa.
-¿Cómo ha dicho?
-Verá: hoy es 1 de junio, y hace 12 años que en esta fecha nosotros 3, John, Francisco y yo, desayunamos juntos.
-¿Aquí?
-Cuando empezamos, no. Pero sí desde que se construyó esta casa hace 8 años. -Se encogió de hombros, sonriendo- Para ser un hombre que lleva detrás de sí más siglos de tradición que yo, resulta extraño que Francisco sea el 1° en quebrar la nuestra.
-¿Y el Sr. Galt? -preguntó Dagny- ¿Cuántos siglos carga en sus espaldas?
-¿John? Ninguno. Tiene todos por delante.
-No importan los siglos -dijo Galt-. Dime, ¿qué clase de año has pasado? ¿Perdiste algún hombre?

-No.
-¿Perdiste tiempo?
-¿Quieres decir si me han herido? No. No he recibido ningún rasguño desde aquella vez, hace 10 años, siendo un simple aficionado, pero ya debes haberte olvidado de eso. Este año no he corrido peligro. Bajo el decreto 10-289 me sentí más seguro que si estuviera frente al almacén de ramos generales de un pueblo.
-¿Perdiste alguna batalla?
-No, las pérdidas han sido todas para el otro bando. Los saqueadores se han visto privados de la mayoría de sus barcos por causa mía y de muchos de sus hombres por causa tuya. Tú también tuviste un buen año, ¿verdad? Lo sé, he venido siguiendo tu actuación. Desde nuestro último desayuno juntos conseguiste lo que quisiste en el Estado de Colorado y algunos, además de Ken Danagger, que constituyen una excelente presa. Pero permíteme recordarte la existencia de otra todavía mayor, y que ya casi es tuya. Lo tendrás pronto a tu lado, porque sólo cuelga de un hilo muy fino y está a punto de caer a nuestros pies. Ese hombre salvó mi vi-da, lo cual te dará una idea de lo lejos que ha llegado.
Galt se echó hacia atrás, entornando los ojos.
-¿No era que no habías corrido ningún peligro?
Danneskjöld echó a reír.
-¡Oh! Tomé un pequeño riesgo, pero valió la pena. Se trata del encuentro más divertido que haya tenido jamás. Quería contártelo en persona porque es algo que te gustará escuchar. ¿Sabes a quién me refiero? A Hank Rearden. Yo...
-¡No!
Era la voz de Galt, clara como un mandato. Aquel breve estallido tenía una violencia nunca vista en él.
-¿Cómo? -preguntó Danneskjöld suave e incrédulamente.
-No me hables de eso ahora.
-Tú siempre dijiste que Hank Rearden era el hombre al que más deseabas ver aquí.
-Y aún lo deseo, pero hablaremos de eso más tarde.
Dagny estudió intensamente la cara de Galt, aunque sin poder distinguir en ella ningún indicio, sino tan sólo una expresión impersonal de determinación y de dominio, que tensaba la piel de sus pómulos y la línea de su boca. Pensó que, no obstante todo lo que sabía sobre ella, lo único que podía explicar aquella actitud era precisamente algo que él no tenía posibilidad de averiguar nunca.
-¿Conoció usted a Hank Rearden? -preguntó volviéndose a Danneskjöld- ¿Y él le salvó la vida?
-Sí.
-Quiero que me hable de eso.
-Pero yo no -intervino Galt.
-¿Por qué?
-Usted no es uno de los nuestros, Srta. Taggart.
-Comprendo -dijo ella sonriendo con cierto leve toque de provocación- Pero, ¿creyó que yo podía impedirle conseguir a Hank Rearden?
-No, no estaba pensando en eso.
Vio que Danneskjöld estudiaba la cara de Galt -parecía que el incidente resultaba inexplicable también para él- y el otro sostuvo su mirada deliberada y

abiertamente, como retándolo a encontrar la explicación, con la seguridad de verlo fracasar. Dagny comprendió que Danneskjöld había perdido, en efecto, cuando observó un ligero pliegue de humor que suavizaba los párpados de Galt.
-¿Qué otra cosa has conseguido este año? -preguntó.
-Desafié la ley de la gravedad.
-Siempre lo has hecho. ¿En qué forma particular?
-En forma de un vuelo desde la mitad del Atlántico hasta Colorado en un avión cargado de oro con más de lo permitido por su capacidad. Espera a que Midas vea la cantidad que tengo para depositar. Este año mis clientes serán más ricos por... Dime, ¿le has dicho a la Srta. Taggart que es una de mis clientes?
-No, todavía no... pero puedes decírselo tú, si lo deseas.
-¿Qué dijo que soy? -preguntó Dagny.
-No se extrañe, Srta. Taggart -respondió Danneskjöld- Y no se oponga. Estoy acostumbrado a las objeciones, porque en este lugar soy una especie de ser extravagante. Ninguno de ellos aprueba mi método particular de librar nuestra batalla. A John no le gusta, y al Dr. Akston tampoco porque piensan que mi vida es demasiado valiosa para exponerla así, pero mi padre fue pastor y de todas sus enseñanzas tan sólo acepté una frase: "Todos los que amenazan con la espada, morirán con ella".
-¿A qué se refiere?
-A que la violencia no es un sistema práctico. Si mis semejantes creen que la fuerza de sus músculos constituye un medio práctico para gobernarme, hagámosles saber cuál será el final de un combate en el que no existe más que fuerza bruta por un lado y fuerza regida por la mente por el otro. Incluso John opina que dado lo ocurrido en nuestra época tengo el derecho moral de escoger este procedimiento que pongo en práctica. Hago lo mismo que él, pero a mi modo. El priva a los saqueadores de los hombres de espíritu, mientras yo los privo de los productos de esos espíritus. Él los despoja de la razón y yo, de la riqueza. Él está desecando el alma del mundo; yo, su cuerpo. Es la suya la lección que tienen que aprender, pero me impaciento y apresuro su avance didáctico. Sin embargo, igual que John, sólo me limito a cumplir su código moral y me niego a concederles un doble parámetro a costa mía, o de Rearden, o suya.
-¿De qué está hablando?
-Del método de gravar a los recaudadores de impuestos. Todos los sistemas impositivos son complejos, pero éste es muy sencillo, ya que es la esencia desnuda de todos los demás. Permítame que se lo explique.
Ella escuchó. En sus oídos sonaba una voz animosa, recitando, en el tono de un seco y meticuloso contador, un informe acerca de transferencias financieras, cuentas bancarias y declaraciones impositivas, como si leyera las polvorientas páginas de un registro contable; un registro en el que cada asiento fuera hecho por la oferta de la propia sangre como garantía. Mientras oía, no podía dejar de observar la perfección de la figura de Danneskjöld, pensando que aquella era la cabeza a la que el mundo había puesto un precio en millones para arrojarla a la podredumbre de la muerte... Aquella cara era demasiado bella para sufrir las cicatrices de una actividad productiva -seguía pensando embotada, perdiéndose la mitad de sus palabras-, demasiado bella para arriesgar... De pronto se le ocurrió que su perfección física era sólo una ilustración, una lección infantil que se le

ofrecía, en términos crudamente visibles, sobre la naturaleza del mundo exterior y el destino de un valor humano en una época subhumana. Cualquiera que fuese la justicia o la maldad de su rumbo, ellos... ¡No! se dijo, su rumbo era justo, y en esto residía el horror: no existía otro curso de justicia a elegir, no lo podía condenar, ni aprobar, ni articular una palabra de reproche.
-... y los nombres de mis clientes, Srta. Taggart, fueron elegidos con cuidado 1 a 1. Quería estar seguro de la naturaleza y los antecedentes de cada uno. En lo que a usted respecta, Srta. Taggart, su nombre fue uno de los primeros en ingresar en mi lista de restituciones.
Hizo un esfuerzo para mantener el rostro inexpresivo y severo en el momento de contestar sencillamente: -Entiendo.
-Su cuenta es una de las pocas que siguen sin pagarse. Está aquí, en el banco Mulligan, para que la reclame el día que se nos una.
-Ya veo.
-Sin embargo, su cuenta no es tan elevada como algunas de las otras, aun cuando sumas importantes le fueron arrancadas por la fuerza durante los últimos 12 años. Verá, tal como aparece en las copias de su declaración impositiva que Mulligan le entregará, que le he restituido sólo las sumas que se le retuvieron sobre el salario que ganaba en calidad de vicepresidenta de Operaciones, pero no los rubros correspondientes a su pago sobre las ganancias por las utilidades obtenidas de sus acciones de Taggart Transcontinental. Usted se merece hasta el último centavo de dichas acciones, y en la época de su padre se le hubiera devuelto, pero bajo la dirección de su hermano, Taggart Transcontinental se ha quedado con una parte del saqueo, obteniendo beneficios por la fuerza, por medio de favores del gobierno, de subsidios, moratorias y disposiciones varias. Usted no ha sido responsable de ello, sino, al contrario, la mayor víctima de dicha política, pero yo sólo restituyo el dinero que fue obtenido gracias a la habilidad productiva y no aquel que se consiguió por la fuerza, en todo o en parte.
-Comprendo.
Habían terminado de desayunar. Danneskjöld encendió un cigarrillo y se quedó mirándola un momento a través de la primera bocanada de humo, como si comprendiera la violencia del conflicto que se debatía en su mente. Luego, sonrió a Galt y se puso de pie.
-Tengo que irme -dijo- Mi esposa me espera.
-¿Cómo? -preguntó Dagny, boquiabierta.
-Mi esposa -repitió él alegremente, como si no comprendiera el motivo de aquella sorpresa.
-¿Quién es su mujer?
-Kay Ludlow.
El asombro que le ocasionó aquella revelación era superior a cuanto su cerebro pudiera admitir.
-¿Cuándo... cuándo se casaron?
-Hace 4 años.
-¿Cómo pudo estar en un lugar el suficiente tiempo como para tener una ceremonia de bodas?
-Nos casó aquí mismo el juez Narragansett.

-¿Cómo es posible...? -Intentó detenerse, pero las palabras siguieron brotando involuntariamente con acento de indignada protesta, aunque no supiera si iba dirigida contra él, contra el destino o contra el mundo exterior- ¿Cómo puede su esposa vivir 11 meses del año pensando que en cualquier momento usted podría...?
Él sonreía, pero Dagny pudo observar en su cara la enorme trascendencia de lo que tanto él como su mujer habían tenido que sufrir para tener derecho a semejante clase de sonrisa.
-Puede soportarlo, Srta. Taggart, porque no abrigamos la creencia de que esta Tierra es un reino de miseria, donde el hombre está predestinado a la destrucción. No creemos que la tragedia sea nuestro destino natural y no vivimos en el crónico temor de una desgracia. No esperamos que se produzca algún desastre hasta tener suficientes motivos para ello, y cuando sucede alguno, somos libres para combatirlo. No es la felicidad sino el sufrimiento lo que consideramos antinatural. No es el éxito, sino las calamidades lo que creemos que es una excepción anormal en nuestras vidas.
Galt lo acompañó a la puerta y luego regresó, se sentó a la mesa y con aire despreocupado se sirvió otra taza de café.
Dagny se puso de pie como impulsada por un resorte que hubiese roto su mecanismo de seguridad.
-¿Cree que voy a aceptar ese dinero?
Él esperó hasta haber llenado su taza, y luego, levantando la mirada hacia ella, le contestó: -Sí, lo creo.
-¡Pues no lo haré! ¡No permitiré que arriesgue su vida por eso!
-Usted no tiene opción al respecto.
-Tengo la opción de pedir que nunca se me entregue semejante cosa.
-En efecto.
-Entonces el dinero permanecerá en ese banco hasta el día del juicio final.
-No, no lo hará. Si usted no lo reclama, una parte de él, por cierto muy pequeña, me será entregada a mí en su nombre.
-¿En mi nombre? ¿Por qué?
-Para pagar su alojamiento aquí.
Dagny lo miró cambiando su expresión colérica por otra de profundo asombro y luego se dejó caer lentamente otra vez en su silla.
-¿Cuánto tiempo piensa estar aquí, Srta. Taggart? -le preguntó sonriendo, mientras ella se veía perpleja- ¿No lo ha pensado? Pues yo sí. Permanecerá en este valle 1 mes. Un mes de vacaciones, igual que nosotros. No pido su consentimiento como usted no pidió el nuestro cuando llegó aquí. Violó nuestras reglas y, ahora, deberá asumir las consecuencias: nadie sale del valle durante el 1° mes. Desde luego, podría dejarla ir, pero no lo haré. No hay ninguna regla que me impulse a retenerla, pero, al entrar aquí por la fuerza, usted me ha conferido el derecho a retenerla, sencillamente porque quiero que siga aquí. Si, al finalizar el plazo, decide regresar, podrá hacerlo libremente, pero no hasta entonces.
Siguió sentada, muy recta, con la cara ya más relajada y la boca suavizada por la débil sugerencia de una sonrisa. Era la sonrisa más peligrosa, la de un adversario. Sin embargo sus ojos, algo velados, eran los de un rival que ansía luchar, pero que piensa perder.

-Muy bien -dijo.
-Le cobraré su alojamiento y comida porque va contra nuestras reglas proporcionar sustento a otro ser humano sin que éste se lo haya ganado. Algunos de nosotros tenemos mujer e hijos, pero existe una especie de convenio mutuo en esos casos y una forma de pago determinada -la miró- que no estoy autorizado a percibir. Le cobraré 50 centavos diarios y me pagará cuando acepte la cuenta depositada a su nombre en el Banco Mulligan. De lo contrario, Mulligan procederá a debitar tal monto y me entregará el dinero cuando yo lo solicite.
-Aceptaré sus condiciones -repuso ella con una voz en la que sonaba la astuta, confiada y deliberada lentitud de un empresario- Pero no permitiré que se use ese dinero para pagar mis deudas.
-¿Y de qué otra forma piensa pagar?
-Ganaré mi estancia y mi sustento.
-¿De qué modo?
-Trabajando.
-¿En qué?
-Seré su cocinera y su sirvienta.
Por primera vez notó cómo John Galt se asombraba ante algo inesperado, con una vehemencia que nunca habría previsto. Fue sólo una explosión de risa, pero reía como si hubieran vulnerado sus defensas, más allá del significado inmediato de sus palabras. Dagny se dio cuenta de que acababa de percutir en su pasado, dejando en libertad recuerdos y significados que ella no podía conocer. Galt reía como si estuviera burlándose de una imagen distante, como si aquello constituyera su victoria... y la de ella.
-Si quiere aceptarme -continuó Dagny con la cara severa y amable, y un tono de negocios claro, impersonal y serio- cocinaré, limpiaré, lavaré y realizaré todas aquellas funciones propias de una sirvienta, a cambio de habitación, comida y el dinero necesario para cuestiones como la vestimenta. Durante algunos días me sentiré ligeramente molesta por mis lesiones, pero no durará, y dentro de poco podré realizar mi trabajo eficientemente.
-¿Eso es lo que quiere hacer? -preguntó John.
-Eso es lo que quiero hacer... -respondió Dagny, deteniéndose antes de completar el resto de la frase que latía en su mente: "...más que nada en el mundo".
Galt seguía sonriendo divertido, con un regocijo próximo a transmutarse en gloria.
-De acuerdo, Srta. Taggart, la contrataré.
Ella inclinó la cabeza en signo de asentimiento.
-Gracias.
-Le pagaré 10 dólares al mes, además de habitación y comida.
-De acuerdo.
-Seré el primero en este valle que tenga sirvienta. -Se puso de pie, metió la mano en el bolsillo y depositó sobre la mesa una moneda de oro de 5 dólares- Tome esto a modo de adelanto de haberes -dijo.
Dagny se asombró al descubrir que, cuando estiraba su mano hacia la moneda, experimentó el trémulo anhelo de una joven que, luego de aceptar su 1° trabajo, abriga la esperanza de merecerlo.
-Sí, Sr. -dijo bajando los ojos.

Owen Kellogg apareció por la tarde del 3° día en el valle. Ella no pudo adivinar qué le había sorprendido más al recién llegado: si verla de pie, al borde de la pista de aterrizaje cuando descendía del avión, o la ropa que vestía: una delicada y transparente blusa confeccionada por la tienda más cara de Nueva York y una amplia falda de algodón estampado, adquirida en el valle por 60 centavos, o bien su bastón y sus vendajes, o la canasta con alimentos que llevaba al brazo.
Bajó la escalerilla con un grupo de hombres, y al verla se detuvo para luego correr hacia ella impulsado por una emoción tan fuerte que cualquiera fuese su naturaleza se asemejaba mucho al terror.
-Srta. Taggart... -murmuró.
Pero no pronunció otra palabra, mientras ella echaba a reír, intentando explicarle cómo se había anticipado al lugar de su destino.
La escuchó como si fuera irrelevante y luego dijo aquello de lo que tenía que reponerse.
-Creímos que había muerto.
-¿Quién lo creyó?
-Todos nosotros... quiero decir, todos en el mundo exterior -Dagny dejó repentinamente de sonreír, y Owen reanudó la historia con un tono de recobrada alegría.
-Srta. Taggart, ¿no lo recuerda? Me ordenó que me comunicara por teléfono con Winston, Colorado, para anunciares que estaría allí al mediodía siguiente, o sea anteayer, 31 de mayo. Pero usted no llegó a Winston, y a última hora de la tarde, todas las emisoras de radio daban la noticia de que se había estrellado con su avión en las Montañas Rocallosas.
Dagny asintió lentamente, comprendiendo acontecimientos que no se había tomado la molestia de imaginar.
-Me enteré a bordo del Comet -continuó Kellogg- Al llegar a una pequeña estación en medio de Nuevo México, el guarda del tren nos retuvo 1 hora mientras yo lo ayudaba a comprobar la noticia telefónicamente. Estaba anonadado, igual que yo. Allí estaban todos: la tripulación del tren, el jefe de estación, los empleados... Se agruparon a mi alrededor, mientras llamaba a los periódicos de Denver y Nueva York pero no pudimos averiguar gran cosa. Tan sólo que había salido del aeropuerto de Afton poco antes del amanecer del 31 de mayo, al parecer en pos de un extraño avión que el encargado había visto partir en dirección sudeste, y desde entonces nadie había vuelto a saber de usted... Algunos grupos buscaban por las Montañas Rocallosas los restos de su avión.
-¿Llegó el Comet a San Francisco? -preguntó Dagny involuntariamente.
-No lo sé. Se arrastraba hacia el norte a través de Arizona cuando lo abandoné. Había demasiados retrasos, demasiadas cosas que no funcionaban y una total confusión de órdenes. Salté del tren y pasé la noche procurando avanzar como fuese hacia Colorado, subiéndome a camiones y a coches, e incluso utilizando carros con caballos con la única idea de llegar a tiempo a nuestro lugar de reunión, donde el avión de Midas debía recogernos para traernos aquí.
Dagny empezó a caminar lentamente, sendero arriba, hacia el automóvil que había dejado frente al almacén de Hammond. Kellogg la siguió y, al volver a hablar, bajó un poco el tono de la voz y el ritmo de sus pasos, como si existiera algo que ambos desearan retrasar.

-Conseguí un empleo para Jeff Allen -dijo Owen con una solemnidad que implicaba: "He acatado su última voluntad"- Su agente de Laurel lo puso a trabajar en cuanto llegamos allí. Necesitaba a cuantos hombres capacitados físicamente pudiera hallar.
Habían llegado al coche, pero ella no subió.
-Srta. Taggart, no sufrió heridas graves, ¿verdad? Dijo que se estrelló, pero que el accidente no fue importante.
-Así es, nada serio. Mañana ya podré manejarme sin el coche del Sr. Mulligan, y dentro de un par de días tampoco necesitaré esto -movió el bastón y luego lo arrojó desdeñosamente al interior del vehículo. Guardaron silencio.
-La última llamada de larga distancia que hice desde esa estación de New Hampshire -le explicó él lentamente poco después- fue a Pennsylvania. Hablé con Hank Rearden y le conté todo lo que sabía. Me escuchó, hizo una pausa y luego me dijo: "Gracias por haberme llamado". -Kellogg bajó los ojos y añadió:- No me gustaría volver a soportar una pausa de esa clase mientras viva.
Volvió a mirarla sin reproche alguno en su expresión, sino tan sólo con la seguridad de algo que no había sospechado cuando escuchó su ruego, pero que a partir de ese entonces tuvo por seguro.
-Gracias -dijo Dagny abriendo la puerta del coche- ¿Puedo llevarlo? Tengo que preparar la comida antes de que regrese mi patrón.
Al volver a la casa de Galt, y una vez sola en la habitación silenciosa y llena de sol, Dagny tuvo plena conciencia de lo que sentía. Miró por la ventana, hacia las montañas que obstruían el cielo por el este, y evocó a Hank Rearden sentado en su despacho, ahora a 3.000 km. de distancia, con el rostro tenso, convertido en un muro de defensa contra el tormento, agobiado por las frustraciones de todos aquellos años. Experimentó el desesperado deseo de pelear su batalla, de luchar por él, por su pasado, por aquella angustia y por el coraje que lo alimentaba. Y también por el Comet, que se arrastraba en un último esfuerzo a través del desierto, sobre rieles a punto de romperse. Se estremeció y cerró los ojos, culpable de una doble traición, suspendida en el espacio, entre aquel valle y el resto del mundo, sin derecho a uno ni a otro.
Su estado de ánimo desapareció cuando se sentó a la mesa frente a Galt. La miraba abiertamente, con expresión tranquila, como si su presencia allí resultara algo normal y fuera su imagen lo único que ocupaba su conciencia.
Dagny se echó un poco hacia atrás, como si comprendiera el significado de su mirar, y dijo secamente, con deliberada indiferencia:
-Estuve revisando sus camisas y en una de ellas faltan 2 botones y otra tiene el codo izquierdo algo gastado. ¿Quiere que se las arregle?
-Sí... si puede.
-Puedo hacerlo.
Aquellas palabras no parecieron alterar la naturaleza de lo que sentía Galt. Simplemente incrementaron su satisfacción, como si hubiera estado esperando oírlas, pero ella no estaba segura de si era sólo satisfacción lo que veía en sus ojos. En todo caso, sabía que él no quería revelar otra cosa.
Más allá de la ventana al lado de la mesa, nubes de tormenta habían borrado los últimos restos de luz en el cielo del este y Dagny se preguntó por qué sentía tan repentino rechazo a mirar hacia afuera, por qué deseaba aferrarse a su visión de

las doradas manchas luminosas que aún brillaban sobre la madera, sobre la corteza del pan, la cafetera de cobre y el cabello de Galt, aferrarse como a una pequeña balsa en medio del vacío.
Luego, escuchó su propia voz preguntando involuntariamente, y comprendió que ésta era la traición de la que había deseado escapar.
-¿Permiten alguna comunicación con el mundo exterior?
-No.
-¿Ninguna? ¿Ni siquiera una nota sin remitente?
-No.
-¿Ni un mensaje en el que no se revele secreto alguno?
-No. Desde aquí, no. No durante este mes. Ninguna comunicación con el mundo exterior.
Dagny se dio cuenta de que estaba evitando su mirada y tuvo que hacer un esfuerzo para levantar la cara y enfrentarlo. La expresión de él había cambiado: ahora parecía vigilante, inconmovible, implacablemente perceptivo; como si comprendiera la razón de su pregunta, indagó:
-¿Es que desea ser tratada con una consideración especial?
-No -contestó ella sosteniendo su mirada.
A la mañana siguiente, después del desayuno, mientras estaba sentada en su cuarto remendando cuidadosamente la manga de la camisa de Galt, con la puerta cerrada para que él no la viera esforzarse en aquella tarea tan poco habitual, oyó el ruido de un automóvil que se detenía frente a la casa.
Oyó los pasos de Galt al cruzar casi corriendo la sala y abrir la puerta de un tirón y gritar, con alivio: -¡Ya era hora!
Dagny se levantó, pero enseguida volvió a quedarse inmóvil; oía la voz de Galt, vibrando en un tono bruscamente grave, como en respuesta a algo de suma trascendencia que acabara de surgir frente a él.
-¿Qué pasa? -preguntó.
-Hola, John -respondió una voz que, aunque clara, tranquila y normal, sonaba llena de cansancio.
Dagny se sentó en la cama, repentinamente privada de fuerzas. Aquella voz era la de Francisco d'Anconia.
Escuchó a Galt preguntar preocupado: -¿Qué pasó?
-Te lo contaré después.
-¿Por qué te demoraste tanto?
-Tendré que volver a irme dentro de una hora.
-¿Irte?
-John, vine sólo para decirte que este año no podré quedarme -Se produjo una pausa, y luego Galt preguntó en voz baja:- ¿Tan malo es lo que sucede?
-Sí... quizá regrese antes de fin de mes. No lo sé. -Y añadió, con un desesperado esfuerzo:- No sé si confiar en conseguirlo rápidamente o... o no.
-Francisco, ¿quieres recibir una sorpresa ahora mismo?
-Ya nada puede impresionarme en estos momentos.
-Tengo a una persona en el cuarto de huéspedes a quien quiero que veas. Será una gran sorpresa para ti, por eso es mejor que te advierta que sigue siendo disidente.
-¿Cómo? ¿Una persona así en tu casa?

-Permíteme explicarte...
-¡Es algo que tengo ver con mis propios ojos!
Dagny oyó la desdeñosa risa de Francisco y el rumor de sus apresurados pasos, vio cómo abrían la puerta de su cuarto y observó vagamente que era Galt quien la cerraba de nuevo, dejándolos solos.
No supo cuánto tiempo Francisco permaneció mirándola, porque lo primero de lo que tuvo plena conciencia fue de verlo de rodillas, con la cara apretada contra sus piernas y paralizado, mientras ella temblaba como si él le hubiera traspasado su estremecimiento.
Estupefacta ante su propio acto, empezó a acariciar lentamente el cabello de Francisco, a la vez que pensaba que no tenía derecho a hacerlo, y sentía una corriente de serenidad que surgía de su mano, envolviéndolos a ambos e imprimiendo suavidad al pasado. Él no se movió y no dijo una palabra, como si el acto de abrazarla lo resumiera todo.
Al levantar la cabeza, miró a Dagny con la misma expresión que ella había mostrado al abrir los ojos y encontrarse en el valle, como si no existiera dolor en el mundo. Estaba riendo.
-¡Dagny, Dagny, Dagny! -Su voz no sonó como la revelación de una confesión retenida por años, sino como si estuviera repitiendo algo largamente conocido, burlándose de haber permanecido mudo tanto tiempo- Por supuesto que te amo. ¿Te asustaste cuando él me obligó a declararlo así? Pues lo diré tantas veces como desees. Te amo, querida, te amo y siempre te amaré. No temas por mí, no me importa no volver a poseerte jamás. ¿Qué significa eso? Estás viva y te encuentras aquí y ahora ya lo sabes todo. Es muy sencillo, ¿verdad? ¿Te das cuenta de lo que era y por qué tuve que renunciar a ti? -Su brazo describió un círculo, señalando el valle- Ahí lo tienes, es tu tierra, tu reino, tu mundo. Dagny, siempre te he amado y, precisamente, fue ese amor el que me obligó a dejarte.
Le tomó las manos y se las llevó a los labios, reteniéndolas allí, sin moverse, sin besarlas, como si disfrutara de un largo momento de descanso, como si el esfuerzo de hablar fuera una distracción ante su presencia, como si se viera perturbado por las muchas cosas no expresadas, por la presión de las palabras acumuladas en un silencio de años.
-No creíste nunca que me dedicaba a perseguir mujeres, ¿verdad?... No toqué a una sola de ellas... Pero pienso que ya lo sabías, que siempre lo supiste. Mi papel de playboy era una obligación que tenía que cumplir para que los saqueadores no sospecharan, mientras estaba destruyendo D'Anconia Copper a la vista del mundo entero. Ahí está el punto débil del sistema de los saqueadores: combaten a los hombres de honor y de ambición, pero en cuanto se encuentran ante un inútil lo creen un amigo, lo consideran un elemento seguro. Esa es su visión de la vida, pero tienen mucho que aprender. Están discriminando si la maldad es segura y si la incompetencia es práctica... Dagny, la noche en que supe por 1° vez que te amaba, fue cuando comprendí lo que tenía que hacer. Ocurrió cuando entraste en mi cuarto del hotel, cuando vi cómo eras en realidad, lo que significabas para mí y lo que te esperaba en el futuro. Si hubieras sido menos importante para mí de lo que eres, me habrías podido detener durante algún tiempo. Pero fuiste tú, tú, el argumento final que me obligó a abandonarte. Aquella noche pedí tu ayuda contra John Galt, pero sabía que eras su mejor arma contra mí, aunque ni tú ni él lo

intuyeran. Eras todo lo que él buscaba, aquello por lo que nos decía que debíamos vivir o morir... Por eso estaba dispuesto a acceder cuando aquella primavera me dijo que fuera a Nueva York. Llevaba algún tiempo sin tener noticias suyas porque estaba pasando por el mismo problema que yo, y logró solucionarlo... ¿Recuerdas? Era en la época en que llevabas 3 años sin saber de mí. Dagny, cuando me hice cargo del negocio de mi padre, cuando empecé a tener relaciones con el sistema industrial del mundo, comencé también a comprender la naturaleza del mal que había sospechado, pero que consideraba demasiado monstruoso para creer. Me di cuenta de la naturaleza parasitaria de los impuestos, que habían ido creciendo a través de siglos como la hiedra, sobre D'Anconia Copper, desangrándonos, sin apoyarse en ningún derecho al que pudiera conferirse un nombre. Cada una de las disposiciones gubernamentales acentuaba mi parálisis porque era exitoso, y se encaminaban a ayudar a mis competidores, porque eran fracasados. Observé cómo los sindicatos ganaban todas las acciones judiciales en mi contra, debido a mi propia habilidad para hacer que su subsistencia fuera posible; vi que el deseo por tener el dinero que no podían ganar era considerado lícito, mientras el que ganaba yo era calificado de fruto de la codicia, y me di cuenta de que los políticos me hacían guiños diciéndome que no me preocupara, que si yo trabajaba más duro los superaría.

"Mirando más allá de los beneficios del momento, pude observar que cuanto más duramente me esforzaba, más se apretaba la soga en mi cuello; que mi energía se iba por una cloaca y los parásitos que se alimentaban de mí eran a su vez alimento de otros, y acababan prisioneros en su propia trampa sin que se conociera la razón, sin respuesta alguna; que los desagües del mundo por los que se vaciaba la sangre productiva iban a parar a algún lugar sombrío y neblinoso, que nadie había osado penetrar, mientras la gente simplemente se encogía de hombros y afirmaba que la vida en la Tierra era sólo maldad. Me di cuenta entonces de que toda la organización industrial del mundo, con su magnífica maquinaria, sus hornos de mil toneladas, sus cables transatlánticos, sus oficinas de caoba, sus mercados de valores, sus cegadoras luces eléctricas, su fuerza y su riqueza, todo, era gobernado, no por banqueros y directorios, sino por un sujeto desaliñado, desde algún sórdido sótano, por alguna cara contraída por la maldad, capaz de predicar que la virtud debe ser castigada, precisamente por ser virtud, que el propósito de la habilidad es servir a los incompetentes y que nadie tiene derecho a existir como no sea para el bien de los demás... Lo sabía, pero no encontraba la forma de luchar contra eso y fue John quien la descubrió. La noche en que llegué a Nueva York en respuesta a su llamada, estábamos los 3: él, Ragnar y yo. Nos dijo lo que debíamos hacer y nos indicó la clase de personas con quienes ponernos en contacto. Él ya había renunciado a Twentieth Century y vivía en una buhardilla de un barrio pobre. Se acercó a la ventana y, señalándonos los rascacielos de la ciudad, nos dijo que debíamos extinguir las luces del mundo y que cuando viéramos apagarse las de Nueva York, comprenderíamos que habíamos cumplido con nuestra tarea. No nos exigió que nos uniéramos a él enseguida. Nos aconsejó pensarlo y reflexionar sobre lo que sería mejor para nuestras vidas. Le di mi respuesta a la mañana del 2° día, y Ragnar unas horas después, por la tarde. Dagny, ésa fue la mañana siguiente de la última noche que pasamos juntos. Tuve una visión de la que no podía escaparme, una visión de

aquello por lo que tenía que luchar. Era por el modo en que me miraste entonces, por el modo en que hablaste del ferro-carril, por la expresión que tenías cuando, años atrás, intentabas percibir la silueta de los rascacielos de Nueva York desde una roca sobre el Hudson; comprendí que debía salvarte, abrir el camino para ti y dejar que hallaras tu ciudad, para que no siguieras tropezando durante el resto de tu vida, ni te debatieras en medio de una niebla envenenada, con tu mirada fija como si estuvieras mirando al sol, combatiendo sin descanso para encontrar al final del camino, no las torres de una ciudad, sino a un gordo, fofo e inútil, cuyo amor a la vida se concentrara en la copa de ginebra que habías pagado con tu existencia. ¿No tener tú ningún tipo de alegría, para que él la disfrutara? ¿Tú como medio por el que tipos sórdidos alcanzarían su fin? Dagny, fue eso lo que vi y lo que no pude permitir que te ocurriera, ni a ti ni a ningún otro niño que tuviera tu mirada al enfrentarse al futuro, ni a ningún ser que tuviera tu espíritu y fuese capaz de experimentar un momento de orgullo, tranquilidad, confianza y alegría de vivir. Aquél era mi amor, ese estado particular del espíritu humano, y dejé que lucharas por él, sabiendo que aunque te perdiera, te seguiría ganando en cada año de batalla. Ahora lo ves claro, ¿verdad? Has contemplado este valle, es el lugar que intentamos alcanzar de niños tú y yo. Lo hemos conseguido. ¿Qué otra cosa puedo pedir ahora? Verte aquí... ¿John me dijo que eras una disidente? ¡Oh! Bien, sólo es cuestión de tiempo. Serás de los nuestros, porque siempre lo has sido. Si no lo ves con claridad, esperaremos. No me importa, con tal de que estés viva, con tal de no tener que volar sobre las Rocallosas buscando los restos de tu avión.

Dagny ahogó una exclamación de sorpresa comprendiendo ahora por qué Francisco no había llegado al valle a tiempo.

El se echó a reír.

-No me mires así. No me mires como si fuera una herida que temes tocar.

-Francisco, te he lastimado de tantos modos...

-¡No! No, no lo has hecho, ni tampoco él, no hables de eso. Es él el herido, pero lo salvaremos y también vendrá aquí, adonde pertenece, y comprenderá y podrá reírse de todo. Dagny, nunca creí que me esperarías, nunca confié en ello. Y si tenía que ser alguien, me alegro de que fuera él.

Dagny cerró los ojos y apretó los labios para no gemir. -Querida, ¿no ves que ya lo he aceptado?

"No es él" -pensó- "pero no puedo decirle la verdad, porque se trata de un hombre que quizá nunca oiga de mí tales palabras y que nunca será mío."

-Francisco, yo te amaba -le dijo reteniendo el aliento, asombrada, comprendiendo que no había querido manifestar aquello ni hablar en pasado.

-Y me amas -respondió él tranquilo, sonriente- Me amas todavía, aun cuando no quieras otorgarme la confirmación de dicho amor que siempre has experimentado y deseado. Sigo siendo el mismo de antes y así lo verás, y podrás ofrecerme idéntica respuesta, aun cuando exista un amor mayor que le ofreces a otro hombre. Pero no importa lo que sientas por él, no cambiará tu cariño hacia mí. Y tampoco será traición, porque procede de la misma raíz, es idéntico pago en respuesta a los mismos valores. No importa lo que ocurra en el futuro, siempre seremos lo que fuimos el uno para el otro, porque siempre me amarás.

-Francisco -susurró ella-, ¿estás seguro?

-Desde luego. ¿No lo comprendes? Dagny, toda forma de felicidad es única, todo deseo es impulsado por el mismo motor, por nuestro amor hacia un valor singular, por el más alto potencial de nuestra existencia... y cada logro es una expresión de ello. Mira a tu alrededor. ¿Te das cuenta de lo que ahora se abre ante nosotros, en un mundo sin obstáculos? ¿Ves lo que puedo hacer libremente, experimentar y conseguir? ¿Observas que todo esto es parte de lo que tú eres para mí... igual que yo soy parte de ello para ti? Y si te veo sonreír con admiración ante un horno de fundición de cobre construido por mí, será otra forma de lo que sentí cuando estuve en la cama contigo. ¿Desearé acostarme contigo? Desesperadamente. ¿Envidiaré al hombre que lo haga? Desde luego. Pero ¿qué importa? ¡Qué alegría tenerte aquí, amarte y estar vivos!

Ella bajó los ojos, con expresión grave, en un acto de reverencia y lentamente, como quien realiza una promesa formal, le preguntó:

-¿Me perdonarás?

Él la miró asombrado, se rió alegremente y contestó:

-Todavía no, no hay nada que perdonar, pero lo haré cuando te unas a nosotros.

Se levantó, la obligó a ponerse de pie, la estrechó en sus brazos y su beso fue una evocación y una despedida del pasado.

Cuando salieron de la habitación, Galt se volvió hacia ellos. Estaba ante la ventana contemplando el valle, y Dagny tuvo la seguridad de que así había permanecido durante todo ese tiempo. Los estudió, moviendo los ojos lentamente, de uno a otro, y al percibir el cambio operado en Francisco, se distendió.

Este sonrió al preguntarle: -¿Por qué me miras?

-¿Sabes cómo lucías cuando entraste?

-Ah ¿sí? Llevo 3 noches sin dormir, John. ¿Me invitarás a cenar? Quiero saber cómo esta disidente llegó hasta aquí, pero creo que caería dormido en mitad de una frase, aun cuando parezca que no necesito dormir en absoluto. Así es que lo mejor es que me vaya a casa y descanse hasta la noche.

Galt lo miraba con una débil sonrisa.

-¿No pensabas salir del valle en una hora?

-¿Cómo? No... -repuso asombrado- No. -Echó a reír, gozoso- ¡Ya no tengo que irme! No te he contado el motivo, ¿verdad? Estaba buscando a Dagny, buscando los restos de su avión, que según se aseguraba, se había estrellado en las Rocallosas.

-Comprendo -dijo Galt con tranquilidad.

-Hubiera pensado cualquier cosa menos que fuera a caer en la Quebrada de Galt -dijo Francisco, feliz. Hablaba con el alivio de quien puede burlarse de un horror del pasado desafiándolo con el presente- Estuve volando por todo el distrito, entre Afton, Utah y Winston, Colorado, escrutando cada pico y barranco, observando los restos de cada vehículo abandonado, y siempre que veía uno... -se interrumpió un momento- ...por la noche continuábamos la búsqueda a pie con la colaboración de grupos de ferroviarios de Winston. Trepábamos las montañas sin ningún plan preconcebido, hasta que aparecía otra vez la luz del día y... -Se encogió de hombros tratando de olvidar aquello y sonreír- No le desearía esa ta-rea ni a mi peor enemigo.

Se detuvo bruscamente, su sonrisa desapareció y un reflejo opaco de la expresión que había tenido durante los 3 últimos días regresó a su cara, como si se enfrentase súbitamente a una imagen olvidada.
Luego de una breve pausa, se volvió hacia Galt.
-John -dijo en un tono impregnado de cierta peculiar solemnidad- ¿No podríamos notificar a los de afuera que Dagny aún vive... por si alguien... alguien siente lo mismo que yo?
Galt lo miró fijamente.
-¿Quieres darle a esa persona algún alivio por las consecuencias de seguir allí?
Francisco bajó los ojos y respondió firmemente: -No.
-¿Sientes compasión, Francisco?
-Sí, pero olvídalo. Tienes razón.
Galt se volvió con un movimiento extraño en él, involuntariamente brusco, y se mantuvo de espaldas. Francisco preguntó asombrado:
-¿Qué te sucede?
Galt guardó silencio un instante. Le resultaba imposible a Dagny identificar la emoción que suavizaba las facciones de su rostro. Tenía la cualidad de una sonrisa, de cierta dulzura, de un dolor escondido y de algo también mucho mayor, que parecía convertir en superfluos tales conceptos.
-Sea lo que fuere que cada uno de nosotros haya sufrido por esta lucha -repuso- tú eres el que más ha padecido, ¿no crees?
-¿Quién? ¿Yo? -respondió Francisco sonriendo con perpleja e incrédula jovialidad- ¡Desde luego que no! ¿Qué te sucede? -Se rió- ¿Sientes lástima, John?
-No -respondió Galt sin vacilar.
Dagny vio que Francisco fruncía las cejas, porque Galt había pronunciado aquellas palabras, no mirándolo a él, sino a ella.

* * *

La emoción que sintió al entrar en la casa de Francisco por 1° vez no respondía a lo experimentado al contemplar su silencioso y cerrado exterior. No percibió un ambiente de dramática soledad, sino de vigorosa luminosidad. Las habitaciones estaban desnudas y eran de una sencillez extraordinaria: la casa parecía expresar la habilidad, la decisión y la impaciencia típicas de Francisco. Era como una cabaña de frontera, preparada para servir de trampolín en un largo salto hacia un futuro tan promisorio que no podía perderse el tiempo en hacer cómoda la partida. No tenía el aspecto de un hogar, sino el de un cobertizo de madera construido para albergar la base de un rascacielos.
Francisco estaba en mangas de camisa en medio de la sala de 10 m2, como si fuera el amo de un palacio. De todos los lugares en que ella lo había visto, aquél era el que mejor combinaba con su persona. De la misma forma que la sencillez de su ropa prestaba a su figura un aire de aristocracia superlativa, la rusticidad de la vivienda producía una impresión de nobleza. Tan sólo un toque principesco resaltaba en medio de la sencillez: 2 antiguas copas de plata colocadas en un diminuto nicho en la pared de troncos. Su complicado diseño había requerido el prolongado y delicado trabajo de un artesano, un trabajo mayor que el de construir la casa, y su opaco lustre de años, más de los que había llevado el crecimiento de

los pinos que formaban las paredes. En medio de aquella habitación, los modales espontáneos de Francisco adoptaban un toque de tranquilo orgullo, como si su sonrisa declarara en silencio: "Esto es lo que soy y lo que he sido durante los últimos años".
Ella contempló las copas de plata.
-Sí -dijo Francisco en respuesta a su silenciosa conjetura- Pertenecieron a Sebastián d'Anconia y a su esposa. Es lo único que he traído de mi palacio de Buenos Aires. Eso, y el escudo que adorna la puerta, es cuanto quise salvar. Todo lo demás desaparecerá dentro de unos meses. -Rió- Se apoderarán de ello, de todo, de los últimos restos de D'Anconia Copper, pero recibirán una sorpresa porque no encontrarán gran cosa, y en cuanto al palacio, no podrán pagar ni la factura del gas.
-¿Y luego? -preguntó Dagny- ¿Qué harás entonces?
-¿Yo? Trabajaré para D'Anconia Copper.
-¿Qué quieres decir?
-¿Recuerdas la vieja frase: "El rey ha muerto, larga vida al rey"? Cuando los restos de las propiedades de mis antepasados hayan sido sacados del camino, mi mina se convertirá en el joven y nuevo cuerpo de la empresa, la clase de propiedad que mis antepasados desearon y merecieron, pero nunca llegaron a tener.
-¿Tu mina? ¿Qué mina? ¿Dónde?
-Aquí -repuso él señalando los picos montañosos- ¿No lo sabías?
-No.
-Soy propietario de una mina de cobre que los saqueadores nunca podrán alcanzar. Se encuentra en estas montañas. Yo hice el proyecto, la descubrí y realicé la primera excavación. Todo esto sucedió hace más de 8 años. Fui el primero a quien Midas vendió tierras en este valle. Compré la mina, y empecé la explotación con mis propias manos, del mismo modo que inició sus tareas Sebastián d'Anconia. Ahora tengo a un supervisor a cargo que era mi mejor empleado metalúrgico en Chile. La explotación produce todo el cobre que necesitamos y deposito mis beneficios en el Banco Mulligan. Dentro de unos meses, eso será todo cuanto posea y también todo lo que necesite...
Parecía haber querido añadir: "...para conquistar el mundo", y Dagny se maravilló ante la diferencia entre aquel sonido y el vergonzoso y pusilánime tono, entre súplica de mendigo y amenaza de rufián, que los hombres de afuera imprimían a la palabra "necesidad".
-Dagny -continuó Francisco, mirando por la ventana como si contemplara las cimas, pero no de las montañas sino del tiempo del renacimiento de D'Anconia Copper y del mundo entero se iniciará aquí, en los Estados Unidos. Esta es la única nación de la historia, nacida no de la casualidad ni de guerras tribales, sino de la mente humana. Esta nación se desarrolló gracias a la supremacía de la razón; durante un espléndido siglo logró redimir al mundo y tendrá que hacerlo de nuevo. El 1° paso de D'Anconia Copper, como el de cualquier otro valor humano, saldrá de aquí, porque el resto de la Tierra sufre la consolidación de creencias que se desarrollaron a través de siglos: la fe mística y la supremacía de lo irracional; sólo 2 abismos hay al final de ese camino: el manicomio y el cementerio... Sebastián d'Anconia cometió un error, el de aceptar un sistema según el cual la propiedad adquirida legítimamente sería suya gracias, no al derecho, sino al

permiso ajeno. Sus descendientes pagaron por dicho error y yo hice la última entrega... Y creo que viviré el día en que, a partir de las raíces que actualmente se hunden en el suelo, las minas, las fundiciones y los yacimientos de D'Anconia Copper se extiendan una vez más por el mundo hasta mi país natal, y sea yo el que inicie la reconstrucción allí. Quizá lo vea, pero no puedo estar seguro. Nadie puede predecir el momento en que otros elegirán volver a la razón. Podría suceder que, al final de mi vida, no deje más que esta única mina, la D'Anconia Copper N° 1, en la Quebrada de Galt, Colorado, Estados Unidos. ¿Recuerdas que mi ambición consistía en duplicar la producción de cobre de mi padre? Pues bien: si al final de mi vida produjera tan sólo medio kilo de cobre al año sería más rico que mi padre y que todos mis antepasados con sus miles de toneladas, ¡Porque ese medio kilo será mío por derecho propio y se usará para mantener a un mundo que lo sabrá!

Este era el Francisco de su niñez, desde el porte y los gestos hasta el claro brillo de los ojos, y Dagny se encontró preguntando acerca de aquella mina de cobre, del mismo modo que le había preguntado sobre sus proyectos industriales durante sus paseos a orillas del Hudson, cuando el futuro se hallaba en sus manos.

-Te llevaré a ver la mina -dijo él- en cuanto tengas el tobillo curado. Para llegar debemos subir un sendero empinado, sólo transitable a pie, porque no hemos podido construir todavía una ruta. Permíteme mostrarte el nuevo horno fundidor que estoy proyectando. Llevo trabajando algún tiempo en él y es demasiado complejo para nuestro actual volumen de producción, pero cuando el producto de esa mina lo justifique... imagina el tiempo, el trabajo y el dinero que me ahorrará.

Se sentaron juntos en el suelo, para examinar las hojas que Francisco había desplegado ante ambos; estudiaron las intrincadas secciones del horno con el mismo radiante anhelo con que en otros tiempos estudiaban pedazos de chatarra encontrados en un patio.

Ella se agachó un poco más en el instante en que él alargaba la mano hacia una hoja y de pronto estaba reclinada contra su hombro. Involuntariamente se mantuvo así un momento, no más largo que una breve interrupción en el fluir de un simple movimiento, mientras levantaba la vista hacia él. Francisco también la miraba, sin ocultar lo que sentía, pero sin formular tampoco ninguna demanda. Ella se hizo atrás, sabiendo que había experimentado el mismo deseo que él.

Conservando todavía aquella sensación rescatada del pasado, percibió algo que siempre había formado parte de eso y que ahora se le aparecía con toda claridad por primera vez: si aquel deseo representaba la máxima celebración de la vida, lo que siempre había sentido hacia Francisco era la celebración de su propio futuro, un momento de esplendor ganado como pago parcial de un valor total desconocido que confirmaba una promesa por llegar. Al darse cuenta de esto, supo también cuál era el único deseo que había sentido, no como extracto de su futuro, sino como un pleno y decisivo presente. Lo supo gracias a una imagen, la de un hombre de pie junto a la puerta de una pequeña estructura de granito; la forma final de la promesa que la había mantenido en acción era el hombre que posiblemente permanecería como promesa nunca alcanzada.

Pero eso, se dijo consternada, era la visión del destino humano que más había odiado y rechazado: la de quien es arrastrado por la idea de un destello

inalcanzable, condenado a aspirar a algo que nunca logrará. Su vida y sus valores no podían conducirla a tal cosa. Jamás había hallado belleza en su anhelo por lo imposible y, por otra parte, nunca le pareció que lo posible pudiera estar fuera de su alcance, pero había llegado a esa situación y no podía encontrar la respuesta adecuada.

"No puedo abandonarlo ni tampoco alejarme del mundo", pensó mirando a Galt aquella noche; la respuesta parecía más difícil en su presencia.

Le pareció que nada existía ni importaba, que nada podría perdurar junto al hecho de verlo, y que nada podía tener la fuerza suficiente como para obligarla a marcharse de allí, y simultáneamente, se dijo que no tenía derecho a mirarlo, si es que planeaba no renunciar a su ferrocarril. Creyó ser la dueña de Francisco, sentía que él le pertenecía, que desde el principio, aun lo no dicho había quedado entendido entre ellos, y que al mismo tiempo, él podía desaparecer de su vida y en alguna calle futura del mundo exterior, pasar a su lado con total indiferencia.

Notó que no le preguntaba nada acerca de Francisco. Cuando habló de su visita, no percibió reacción alguna en su cara, ni de aprobación ni de rechazo. Sólo le pareció captar una imperceptible sombra en su expresión grave y cordial, como si se tratara de un tema sobre el cual había elegido no sentir.

Su leve aprensión fue creciendo hasta convertirse en una interrogante, que, a su vez, se transformó en un taladro que se adentraba más y más en su mente, durante las noches que siguieron, cuando Galt salía de casa y ella se quedaba sola. Se ausentaba todos los días después de la cena, sin decirle adónde iba, y regresaba a medianoche o más tarde. Intentó no admitir la tensión y la intranquilidad con que esperaba su regreso y nunca le preguntó dónde pasaba las veladas. Se lo impedía precisamente su urgente deseo por saberlo; se mantenía silenciosa dentro de una vaga actitud de desafío hacia él y también hacia su propia ansiedad.

No quiso reconocer aquello que temía, ni darle forma en palabras. Lo percibía tan sólo por el desagradable e imperioso temblor de una emoción involuntaria. Era un salvaje resentimiento jamás experimentado hasta entonces y que constituía la respuesta al temor de que hubiese una mujer en su vida. Sin embargo, dicho resentimiento estaba aliviado por cierta sana cualidad de aquello que ella temió, como si la amenaza pudiera ser combatida e, incluso, en caso de necesidad, ser aceptada. Pero existía otro temor aún más desagradable: se centraba en la sórdida forma del autosacrificio, en la sospecha de que si él mantenía su secreto, y se alejaba de su sendero, el vacío ulterior la obligaría a volver al hombre que era su amigo más amado.

Pasaron varios días antes de que mencionara el tema. Hasta que, durante la cena, una noche en que él iba a partir, Dagny se dio cuenta repentinamente del placer peculiar que experimentaba viéndolo comer lo que ella le había preparado. De pronto, involuntariamente, como si aquel placer le confiriese un derecho no identificado, como si el placer y no el dolor quebrantaran su resistencia, se oyó a sí misma preguntar:

-¿Qué hace usted por las noches?

El respondió simplemente, como si diera por descontado que lo sabía:

-Doy clases.

-¿Cómo?

-Dicto un curso sobre física, como cada año durante este mes. Es mi... ¿De qué se ríe? -preguntó percibiendo su expresión de alivio, su silenciosa risa que no parecía provocada por aquellas palabras. Luego, antes de que ella contestara, sonrió repentinamente, como si adivinara su respuesta, y Dagny observó cierta cualidad particular e intensamente personal en su sonrisa, casi una insolente intimidad que contrastaba con el modo tranquilo, impersonal, y casual con que continuó.
-Este es el mes en que todos intercambiamos los productos de nuestras verdaderas profesiones. Richard Halley da conciertos, Kay Ludlow aparecerá en 2 obras teatrales, escritas por autores que no las ofrecen al mundo exterior, y yo doy conferencias, donde informo sobre la tarea realizada durante el año.
-¿Clases gratis?
-Claro que no. Cada alumno paga 10 dólares por el curso.
-Yo quiero asistir.
El negó con la cabeza.
-No. Usted podrá concurrir a los conciertos, a las obras teatrales o a cualquier acto de esparcimiento, pero no participará de mis clases, ni de cualquier otra entrega de ideas que pueda llevarse de este valle. Además, mis estudiantes tienen una razón práctica para asistir al curso. Son Dwight Sander, Lawrence Hammond, Dick McNamara, Owen Kellogg y unos cuantos más. Este año contamos, además, con un principiante: Quentin Daniels.
-¿De veras? -preguntó Dagny, casi celosa- ¿Cómo puede permitirse una cosa tan cara?
-Tiene crédito. Le he proporcionado un plan de pagos en cuotas. Se lo merece.
-¿Dónde dicta esas conferencias?
-En el galpón de la granja de Dwight Sanders.
-¿Y dónde trabaja durante el año?
-En mi laboratorio.
-¿Dónde está su laboratorio? -preguntó ella con precaución- ¿Aquí, en el valle?
Galt sostuvo su mirada unos instantes, permitiéndole observar que en la suya se pintaba una profunda jovialidad y que conocía cuál era la intención de la pregunta, y luego contestó: -No.
-¿Ha vivido en el mundo exterior durante estos 12 años?
-Sí.
-Entonces -aquella idea le parecía insoportable-, ¿tenía usted algún empleo corriente, al igual que los demás?
-¡Oh, claro!
La chispa de sus ojos brilló más aún.
-No irá a decirme que trabajaba como auxiliar contable.
-No, nada de eso.
-Entonces, ¿en qué?
-En aquello que el mundo quiere que haga.
-¿Dónde?
El negó con la cabeza.
-No, Srta. Taggart, no puedo suministrarle esa información, por si usted elige dejar este valle.

Galt volvió a sonreír con su aire atrevidamente personal, que ahora parecía expresar un conocimiento exacto de la amenaza contenida en aquella respuesta y de lo que significaba para Dagny. Luego se levantó de la mesa.

Cuando se hubo marchado, en el silencio de la casa, Dagny sintió el paso del tiempo como una opresión, una masa estacionaria y sólida, que se prolongaba lentamente, a un ritmo que no dejaba punto de referencia para saber si lo que transcurrían eran minutos u horas. Estaba medio tendida en un sillón de la sala, aplastada por una pesada e indiferente languidez que no era holgazanería, sino la postración de la voluntad ante una vehemencia secreta que ninguna acción menor puede aliviar.

Recostada, con los ojos cerrados y la mente moviéndose a través de un reino de nebulosa lentitud, se dijo que el agrado que había experimentado viéndolo comer la cena que ella había preparado surgía de saber que le proporcionaba un placer físico, que una forma de su satisfacción física procedía de ella... "Existe una razón" -pensó- "por la que una mujer puede desear cocinar para un hombre... no como deber, no como ocupación rutinaria, sino como un raro y especial rito, en símbolo de... pero ¿en qué lo han convertido los predicadores del deber femenino?..." La realización de un trabajo castrador y penoso era celebrada como la virtud apropiada para una mujer, mientras que aquello que le da significado fue considerado un pecado vergonzoso. El trabajo de ocuparse de la grasa, el vapor y los residuos en una maloliente cocina era considerado una cuestión espiritual, un acto de obediencia para con sus obligaciones morales, mientras que el contacto de 2 cuerpos en un dormitorio se calificaba de indulgencia física, un acto de rendición a los instintos animales, sin gloria, significado, ni orgullo espiritual a ser invocado por los animales involucrados.

Se puso de pie de un salto: no quería pensar en el mundo exterior ni en su código moral. De todos modos, en realidad, no era eso lo que la preocupaba, aunque no quería admitir el tema que su mente insistía en tratar y sobre el cual volvía, aun en contra de su decisión, como movida por una voluntad propia...

Se paseó por la sala, aborreciendo la incontrolada y temblorosa laxitud de sus movimientos, sintiéndose entre la necesidad de permitir que aquéllos rompieran la monotonía reinante y la certeza de que no era ésa la forma de hacerlo. Encendía cigarrillos para proporcionarse durante unos instantes la ilusión de un acto preconcebido, y los apagaba a los pocos segundos, sintiendo la aversión desalentadora hacia la sustitución. Contemplaba la habitación como un mendigo inquieto, rogando que los objetos físicos le dieran cualquier motivo para moverse; deseando encontrar algo que limpiar, remendar o lustrar, y sabiendo, al mismo tiempo, que ninguna tarea valía aquel esfuerzo. "Cuando nada parece merecer un esfuerzo" -le decía una grave voz interior- "te pones detrás de una pantalla que oculta el deseo de lo que tanto te interesa. ¿Qué quieres?" Encendió una cerilla y acercó la llama a la punta de un cigarrillo que pendía de la comisura de sus labios... "¿Qué quieres?", repitió la voz, severa como la de un juez. "¡Quiero que regrese!", contestó Dagny en un grito silencioso arrojado a su censor interno, del mismo modo que se arroja un hueso a un animal que nos persigue, con la esperanza de distraerlo para obtener una tregua.

"Quiero que regrese", repitió suavemente en respuesta a la acusación de que no tenía ningún motivo para estar tan impaciente. "Quiero que vuelva", se dijo

suplicante, contestando a la fría observación de que sus palabras no equilibraban la balanza del juez. "¡Quiero que vuelva!", gritó con rebeldía, esforzándose en no perder la protección de aquella frase.
Sentía que se le caía la cabeza de cansancio y el cigarrillo que sostenía entre los dedos se había consumido casi por completo. Lo apagó y volvió a sentarse en el sillón.
"No trato de evitarlo" -pensó-, "no trato de evitarlo, lo que pasa es que no encuentro salida..." "Lo que deseas" -continuó la voz mientras ella avanzaba por una niebla espesa- "lo tienes al alcance de tu mano, pero todo lo que no sea aceptación total, convicción absoluta, constituye una traición a lo que él es..." "Entonces, dejaré que me maldiga" -pensó Dagny como si la voz estuviera ahora perdida entre la niebla y no la oyera-. "Dejaré que mañana me condene, pero ahora quiero que vuelva..." No percibió ninguna respuesta, porque su cabeza ya se había apoyado suavemente en el sillón. Estaba dormida.
Al abrir los ojos, lo vio a muy poca distancia, mirándola como si llevara allí bastante tiempo.
Con una gran claridad vio su cara y comprendió el significado de su expresión: era aquello contra lo que había luchado durante horas. Se dio cuenta de eso sin asombro, porque su conciencia no había recuperado aún la capacidad de la sorpresa.
-Así es como usted se ve -dijo él suavemente- cada vez que se queda dormida en su despacho. -Supo que él no controlaba sus palabras. El modo en que hablaba le reveló cuán frecuentemente había pensado lo que le decía, y por qué- Parece como si fuera a despertarse en un mundo donde no tiene nada que ocultar o temer. -Su involuntaria sonrisa se desvaneció cuando tomó conciencia de que ambos estaban despiertos y Galt añadió tranquilo, aunque con plena intención:
-Y eso aquí es verdad.
Su primera emoción en aquel reino de la realidad fue una sensación de poder. Se incorporó suave y espontáneamente, percibiendo el flujo de cada uno de los músculos en todo su cuerpo y preguntó con lentitud, con casual curiosidad, en el tono de quien da por descontadas las implicancias, infundiendo a su voz cierto débil sonido de isplicencia:
-¿Cómo sabe el aspecto que tengo... en mi despacho?
-Ya le dije que la vengo observando desde hace años.
-¿Y cómo ha podido observarme tan minuciosamente? ¿Desde qué lugar?
-No voy a contestarle eso ahora -respondió él simplemente, sin mostrar ningún indicio de jactancia.
El ligero movimiento de su hombro al reclinarse, la pausa y luego el susurro de su voz, dejaron una huella de sonriente triunfo detrás de sus palabras:
-¿Cuándo me vio por primera vez?
-Hace 10 años -repuso él mirándola de frente, permitiéndole observar que estaba contestando incluso al no mencionado sentido de su pregunta.
-¿Dónde?
La pregunta sonaba casi como una orden.
Vaciló y luego lo vio sonreír débilmente, pero sólo con los labios, no con los ojos, con la clase de sonrisa que provoca en quien contempla, con una mezcla de

anhelo, amargura y orgullo, cierta posesión adquirida a un precio exorbitante. La mirada de Galt no parecía dirigida a ella, sino a la muchacha de entonces.
-Bajo tierra, en la Terminal Taggart.
Ella se dio cuenta repentinamente de la postura que había adquirido al escuchar su respuesta. Medio tendida, indolentemente reclinada, la pierna hacia delante, con su sencilla blusa transparente, la amplia falda campesina estampada a mano en brillantes colores, las finas medias y los zapatos de tacón alto, no tenía aspecto de ejecutiva de empresa ferroviaria. Ese pensamiento la sorprendió como respuesta a la expresión interrogante de aquellos ojos que parecían contemplar lo inasequible. Se vio como lo que era: su sirvienta, y detectó el momento en que una leve acentuación del brillo de los ojos verde oscuro de él removió el velo de la distancia, sustituyendo la imagen que tenía de ella en el pasado por la percepción de su inmediatez; y se enfrentó a sus ojos con ese mirar insolente que era como una sonrisa sin movimiento de los músculos faciales.
Galt se volvió, pero cuando cruzaba la habitación sus pasos fueron tan elocuentes como las palabras: aunque era obvio que deseaba salir de allí como siempre, es decir lo más rápido posible, algo lo detenía esta vez. Empezó a caminar en una dirección, luego retrocedió. Dagny pensó que la vacilación reflejaba sus propios sentimientos, aunque no podía asegurarlo. Sabía sólo que John Galt, que nunca había perdido una batalla contra sí mismo, ahora no tenía ni siquiera fuerzas para salir de aquella habitación.
Sin embargo, no demostraba señales de lucha. Se quitó el abrigo y, en mangas de camisa, se sentó frente a ella, junto a la ventana, al otro lado de la sala, en el brazo de un sillón, como remarcando que se marcharía muy pronto.
Durante un momento, breve e intenso, Dagny experimentó una fácil, ligera y casi frívola sensación de triunfo al comprobar que lo estaba reteniendo tan firmemente como por un contacto físico. Pero enseguida, cuando se dio cuenta de que su cuerpo se inclinaba por sí mismo hacia él, sintió una repentina impresión, en parte como un golpe y en parte como un grito dentro de ella y quedó paralizada. Miró hacia otro lado para no dejarlo ver que estaba temblando y se libró de cualquier pensamiento de triunfo con respecto a quién dominaba la situación.
-Desde entonces, la he visto muchas veces -manifestó él tranquilo, pero algo más lento, como si pudiera controlarlo todo, excepto su necesidad de hablar.
-¿Dónde?
-En muchos lugares.
-Pero, ¿siempre tuvo la seguridad de permanecer invisible? -Le parecía imposible que una cara como la de Galt pudiera haberle pasado inadvertida- Sí.
-¿Por qué? ¿Tenía miedo?
-Sí.
Lo dijo sinceramente y ella tardó un instante en comprender que admitía saber lo que para ella hubiera significado verlo.
-¿Sabía usted quién era yo cuando me vio por primera vez?
-¡Oh, sí! Mi peor enemigo, excepto por otra persona.
-¿Cómo? -No había esperado aquello y añadió más sigilosa: -¿Quién es la otra persona?
-El Dr. Robert Stadler.
-¿Estoy en el mismo nivel que él?

-No. Él es mi enemigo consciente, el hombre que vendió su alma. No intentamos que se una a nosotros, pero usted... es una de las nuestras. Lo supe mucho antes de verla. Supe también que sería la última en unirse a nuestra causa y la más difícil de vencer.

-¿Quién se lo dijo?
-Francisco.
Ella dejó pasar un momento y luego preguntó: -¿Qué más le dijo?
-Me dijo que, de las personas en quienes habíamos pensado, usted sería la más difícil de captar. Fue entonces cuando oí hablar de usted por primera vez. Francisco incluyó su nombre en la lista y me dijo que constituía la única esperanza y el futuro de Taggart Transcontinental, que había actuado contra nosotros durante mucho tiempo, que luchaba desesperadamente por su ferrocarril porque estaba dotada de una gran resistencia, valor y amor al trabajo. Sólo eso. Hablaba de usted como si se refiriese simplemente a uno de nuestros futuros huelguistas. Yo sabía que los 2 eran amigos de la infancia, pero nada más.
-¿Cuándo me vio por primera vez?
-Dos años más tarde.
-¿Cómo?
-Por casualidad. A última hora de la noche, en un andén de pasajeros de la Terminal Taggart. -Dagny comprendió que aquélla era una forma de rendición. Él no quería demostrarlo, pero en la intensidad de su voz se podía oír el esfuerzo que estaba haciendo- Llevaba usted un vestido de noche con una capa que casi se deslizaba por su cuerpo. Al principio sólo vi sus hombros desnudos, su espalda y su perfil y por un instante creí que la capa iba a desprenderse por completo, mostrándola desnuda. Luego, observé que debajo llevaba un vestido color hielo, como la túnica de una diosa griega, pero con el cabello corto y el imperioso perfil de una mujer estadounidense. Me pareció absurdamente fuera de lugar en un andén ferroviario, en un entorno que nunca antes me había cautivado; pero entonces, de pronto, me di cuenta de que sí pertenecía a los rieles, al hollín y a las vigas de acero; que aquél era el emplazamiento adecuado para su vaporoso vestido, sus hombros desnudos y su cara vivaz: un andén de estación y no un salón lleno de cortinajes. Se veía como un símbolo de lujo en el lugar que era su fuente, parecía devolver riqueza, gracia, extravagancia y alegría de vivir a sus legítimos propietarios: a quienes crearon los ferrocarriles y las fábricas. Tenía un aire de profunda energía y de cuanto se deriva de ésta; un aire de talento y de esplendor combinados. Fui el primero en definir de qué modo ambas cosas son inseparables y me dije que si nuestra época diera forma a sus dioses y erigiera una estatua al significado de un ferrocarril norteamericano, dicha estatua sería la suya... Luego vi lo que estaba haciendo y comprendí quién era. Daba órdenes a 3 empleados de la estación. No podía oír sus palabras, pero la voz sonaba clara, rápida y firme. Llegué a la conclusión de que era Dagny Taggart. Me acerqué lo suficiente como para escuchar 2 frases: "¿Quién lo dice?", preguntó uno de los hombres. "Yo", respondió usted. Eso fue todo, pero resultó suficiente.
-¿Y entonces?

Galt levantó la mirada lentamente, para sostener la de ella; la subterránea intensidad que hizo bajar el tono de su voz, haciéndolo suave casi hasta la ternura, le confirió un aire de burla desesperada.
-Comprendí entonces que abandonar mi motor no era el precio más duro que debería pagar por esta huelga.
Dagny se preguntó qué sombra anónima entre los pasajeros que circulaban apresurados junto a ella, insustanciales e ignorados como el vapor de una locomotora, había sido la de ese hombre. Se preguntó también cuán cerca habría estado de él durante aquel instante.
-¡Oh! ¿Por qué no me habló entonces o después?
-¿Puede recordar qué estaba haciendo en la terminal aquella noche?
-Recuerdo vagamente una noche en que me llamaron mientras estaba en una fiesta. Mi padre había salido de la ciudad y el nuevo gerente de Operaciones había cometido un error que tenía inmovilizado el tránsito en los túneles. El antiguo gerente había renunciado inesperadamente la semana anterior.
-Fui yo quien lo alentó a que se marchara...
-Ya veo...
Su voz se desvaneció, al mismo tiempo que sus párpados se cerraban. Se dijo que si él no hubiera desaparecido, si se hubiera acercado a reclamarle, ¿qué clase de tragedia habrían vivido?... Recordó lo que había sentido al gritar que mataría al elemento destructor si le ponía la vista encima... "Lo habría hecho." Pero aquella idea no se transformó en palabras sino que la reconoció como una débil presión en el estómago. "Habría disparado contra él si hubiera descubierto su propósito... y lo hubiera descubierto... Sin embargo..." Se estremeció, consciente de que aun así deseaba que se le hubiese acercado, porque la idea que no admitía su mente, sino que flotaba como un oscuro calor por todo su cuerpo, era: "Lo habría matado, pero no antes de...".
Dagny levantó las cejas y supo que su pensamiento estaba tan desnudo para él, tan visible en sus ojos, como para ella los suyos. Observó su velada expresión y la tensión de su boca, reducida a un agónico padecimiento. Entonces sintió el deseo de mirarlo hasta más allá del límite de su resistencia y causarle dolor para luego llevarlo a un incontenible placer.
John se levantó, miró hacia otro lado y Dagny no pudo discernir si había sido su ligero movimiento de cabeza o la tensión de sus facciones lo que hizo que su cara se viera extrañamente tranquila y clara, como despojada de la emoción hasta la desnuda pureza de su estructura íntima.
-Todos los hombres que su ferrocarril necesitaba y que fue perdiendo en los últimos 10 años abandonaron sus empleos por culpa mía -le explicó, con la sencillez y claridad de un contador que recuerda a un intranquilo comprador que el costo es algo terminante que no puede eludirse- He quitado uno a uno los soportes de Taggart Transcontinental y, si elige regresar allí, la compañía se desplomará sobre su cabeza.
Se volvió para marcharse, pero ella lo detuvo. Fue el tono de su voz más que sus palabras lo que hizo que Galt se volviera. Sin emoción, pero con el terrible peso de un eco interior que parecía la súplica de una persona que aún guarda un concepto del honor, y por el que ya no se preocupa en absoluto, dijo:
-Quiere retenerme en este valle, ¿verdad?

-Más que ninguna otra cosa en el mundo.
-Podría hacerlo.
-Lo sé. -Pronunció esas palabras en el mismo tono que ella. Esperó hasta recuperar el aliento, y al hablar otra vez, lo hizo en un tono bajo y claro, con una cierta intención semejante a una sonrisa comprensiva- Es su aceptación total de este lugar lo que deseo. ¿Qué beneficios lograría yo si contase con su presencia física pero sin ningún significado? Esa es la clase de falsa realidad con la que mucha gente se engaña en la vida. No soy capaz de algo así. -Se volvió una vez más- Y tampoco usted. Buenas noches, Srta. Taggart.
Se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta.
Dagny estaba más allá del reino de la razón mientras, tendida en la cama, en la oscuridad de su cuarto, era incapaz de pensar o de dormir, embargada por una aguda impaciencia y con un gemido doloroso flotando en su mente: "Que venga, que entre aunque todo quede destruido: mi ferrocarril, su huelga y todo lo demás... Maldito sea todo aquello que hemos sido y somos. Aunque mañana tenga que morir. Pero... que venga, al precio que quiera. No me queda nada que no esté a la venta para él. ¿Es eso lo que significa ser un animal? Si es así, lo soy...". Permanecía de espaldas, con las manos apretando la sábana por ambos lados, para no levantarse y abalanzarse hacia su cuarto, a sabiendas de que era capaz incluso de eso... "No soy yo, sino un cuerpo, un cuerpo que no puedo sujetar ni dominar..." Pero en su interior había un juez que ya no la condenaba, sino que mostraba su aprobación, diciéndole: "¿Tu cuerpo? Si ese hombre no fuera lo que tú sabes que es... ¿llevaría tu cuerpo a semejante estado? ¿Por qué es su cuerpo el que deseas y no otro? ¿Crees maldecir aquello por lo que ambos han vivido? ¿Maldices aquello que honras, por tu mero deseo?". No hacían falta las palabras: captó el concepto, que conocía desde siempre. Pero esa luz también se apagó, y sólo tuvo conciencia del dolor, de las palmas de sus manos apretando las sábanas, y de la necesidad de saber si él también estaba despierto, luchando contra la misma tortura.
La casa estaba en silencio, y los árboles del otro lado de la ventana no reflejaban ninguna luz. Al cabo de un largo rato, oyó 2 ruidos provenientes de la habitación de Galt que le dieron la respuesta completa: el rumor de unos pasos y el chasquido de un encendedor le dijeron que estaba despierto, y también que no acudiría.

* * *

Richard Halley dejó de tocar, se apartó del piano y miró a Dagny. Ella bajó la cabeza con el involuntario movimiento de quien oculta una emoción demasiado profunda. Entonces, él se levantó, sonrió y le dijo suavemente:
-Gracias.
-¡Oh, no!... -murmuró Dagny sabiendo que la agradecida era ella pero que era inútil mencionarlo.
Pensaba en los años en que había escrito en esa cabaña del valle la música que hoy había interpretado para ella. La pródiga magnificencia de sonidos, había sido forjada como un fluido monumento que igualaba el sentido de la vida con el de la belleza, mientras ella caminaba por las calles de Nueva York en una búsqueda

desesperada de alguna forma de goce, perseguida por los chillidos de una moderna música, surgidos de la infecta garganta de un altavoz que tosía su malicioso odio a la existencia.
-Hablo en serio -dijo Richard Halley, sonriente- Soy un empresario y no hago nada sin su correspondiente pago. Usted me ha pagado. ¿Comprende por qué deseaba tocar para usted esta noche?
Ella levantó la cabeza. Halley se encontraba en mitad del living de su casa y ambos estaban solos, con la ventana abierta a la noche estival, a los oscuros árboles, a las laderas que descendían hasta las luces distantes.
-Srta. Taggart, ¿cuánta gente hay allá afuera para la cual mi trabajo signifique tanto como para usted?
-No mucha -respondió ella con sencillez, sin jactancia ni modestia, tan sólo como tributo objetivo.
-Ese es el pago que exijo. No muchos pueden proporcionarlo. No me refiero a su goce ni a su emoción... ¡condenadas emociones!... sino a su comprensión y al hecho de que su placer haya sido de la misma naturaleza que el mío y procediera de la misma fuente: su inteligencia, el juicio consciente de un cerebro capaz de apreciar mi trabajo con los mismos valores que se necesitan para realizarlo. No me refiero al hecho de que usted sintiera, sino a que sintiera lo que yo quise hacerle sentir; no al hecho de que admire mi trabajo, sino a que lo admire por las cosas por las que yo deseé que fuera admirado. -Rió- En muchos artistas existe una pasión más violenta que la necesidad de admiración: es el miedo a identificar la causa de esa admiración. Nunca he tenido ese temor. No me engaño sobre la calidad de mi trabajo ni sobre la respuesta que busco: evalúo ambas cosas muy profundamente. No me gusta ser admirado sin razón, de un modo emocional, intuitivo e instintivo, ni a través de cualquier tipo de ceguera. No me gusta la ceguera en ninguna de sus formas, tengo demasiado que mostrar; ni tampoco me gusta la sordera, porque tengo mucho que decir. No me importa ser admirado por el corazón de cualquiera, sino sólo por la cabeza de alguien especial, y cuando encuentro a un comprador con esa capacidad inestimable, mi desempeño es una transacción con beneficios recíprocos. Un artista es un comerciante, Srta. Taggart, el más duro y más exigente de todos los comerciantes. ¿Me comprende ahora?
-Sí -respondió ella, con cierto recelo, porque estaba escuchando la expresión de su propio símbolo del orgullo moral, expuesto por el hombre de quien menos se lo hubiera imaginado.
-En ese caso, ¿por qué tenía un aire tan trágico hace unos momentos? ¿De que se lamenta?
-Por todos estos años en que su obra no ha sido escuchada.
-No lo crea. Doy 2 o 3 conciertos por año, aquí, en la Quebrada de Galt. Ofreceré uno la semana que viene. Espero que asista. El precio de la entrada es 25 centavos.
Ella no pudo evitar echarse a reír. Le respondió con una sonrisa. Luego, su rostro fue cayendo en una cierta seriedad, como si lo hiciera bajo el empuje de una inexpresada introspección. Miró hacia la oscuridad, más allá de la ventana, hasta un lugar donde, en un claro del follaje, con la luz de la luna robándole el color y dejando tan sólo un lustre metálico en él, el signo del dólar pendía como una curva de brillante acero grabada en el cielo.

-Srta. Taggart, ¿comprende por qué prefiero un auténtico comerciante a 3 docenas de artistas modernos? ¿Por qué tengo más cosas en común con Ellis Wyatt o Ken Danagger, carentes de oído musical, que con hombres como Mort Lidy o Balph Eubank? Ya sea una sinfonía o una mina de carbón, todo trabajo es un acto creador y procede de la misma fuente: de la inviolable capacidad para ver a través de nuestros ojos, lo cual significa la capacidad para realizar una identificación racional, que, a su vez, significa la capacidad para ver, conectar y realizar todo lo que no se había visto, conectado ni hecho anteriormente. Hablan de la brillante visión de los autores de sinfonías y de novelas, pero, ¿qué suponen que es esa arrolladora facultad del hombre que descubre el uso del petróleo, sabe dirigir una mina o construye un motor eléctrico? Hablan del fuego sagrado que se dice arde en el interior de músicos y poetas... pero, ¿qué suponen que mueve a un industrial a desafiar al mundo entero con un nuevo metal, a los inventores de aviones, los constructores de ferro-carriles, los descubridores de nuevos gérmenes o de nuevos continentes en el transcurso de los siglos?... ¿Una intransigente devoción en busca de la verdad, Srta. Taggart? ¿Ha oído a los moralistas y a los amantes del arte hablar sobre la intransigente devoción que tiene el artista por buscar la verdad? Indíqueme un ejemplo mejor de dicha devoción que el de un hombre cuando afirma que la Tierra gira o cuando declara que una aleación de acero y cobre posee determinadas propiedades que permiten emplearla en ciertas cosas y aunque lo torturen o arrastren a la ruina, ¡ese hombre no jurará en falso por la evidencia de su mente! Esto, esta clase de espíritu, Srta. Taggart, ese valor y ese amor a la verdad, se oponen al negligente holgazán que se mueve asegurando orgulloso que ha alcanzado casi la perfección de un demente debido a que él es un artista que no tiene la más remota idea de lo que su obra de arte es o significa, porque no se siente restringido por conceptos tan burdos como los de "ser" o "significar" sino que él es un vehículo de misterios superiores y no sabe cómo creó su obra ni por qué, es una obra que salió de su mente de un modo espontáneo, como el vómito de un borracho; él no razona, no se rebajaría a pensar, tan sólo siente, todo lo que tiene que hacer es sentir... El insulso, charlatán, perezoso y mediocre, ¡sólo siente!

"Yo, que conozco cuánta disciplina, cuánto esfuerzo, cuánta tensión mental, cuánta firme persistencia se necesitan para realizar una obra de arte, que verdaderamente sé que para producir una obra de arte hace falta un empeño más intenso que el de los condenados a trabajos forzados y una severidad mayor que la de la instrucción militar, prefiero al obrero de una mina de carbón antes que a quien se crea vehículo de misterios superiores. El obrero que trabaja en las minas sabe que no son sus sentimientos los que mueven las carretillas bajo tierra y sabe también qué las mueve. ¿Sentimientos? Oh, sí, todos sentimos, él, usted y yo. Somos en realidad los únicos seres capaces de sentir y sabemos de dónde proceden dichos sentimientos. Pero lo que no sabíamos, y que nos de-moramos demasiado en aprender, es la verdadera naturaleza de quienes se declaran incapaces de justificar sus sentimientos. Desconocíamos cuáles eran sus sentimientos y recién ahora lo estamos aprendiendo. Fue un error costoso, y los principales culpables pagarán el precio más alto, como debe ser, en el marco de la justicia. Los mayores culpables fueron los verdaderos artistas que ahora se verán aniquilados y que han servido para el triunfo de sus propios exterminadores,

ayudando a la destrucción de los únicos que los protegían. Porque si hay algo más trágico y loco que un empresario que ignora que es un exponente del más alto espíritu creador del hombre, es el artista convencido de que el empresario es su enemigo.
Mientras andaba por las calles mirando con entusiasmo infantil los escaparates brillando al sol, Dagny pensó que era cierto que en ese valle las vitrinas estaban severamente ordenadas con la precisión de una obra de arte; sentada en la oscuridad de una sala de concierto escuchando la controlada energía y la matemática precisión de la música de Halley, se dijo también que el arte poseía la férrea disciplina de una empresa.
Ambos exhalaban la claridad de una obra de ingeniería, reflexionó sentada entre hileras de bancos, bajo el cielo, mirando a Kay Ludlow en el escenario. Era una experiencia desconocida para ella desde los años de su juventud, la de verse atrapada durante 3 hs. por una obra que contaba una historia nueva, en frases jamás escuchadas, desplegando un tema sin ningún contacto con los lugares comunes explotados durante siglos. Era la olvidada delicia de sentir su atención atrapada, sujeta por las riendas de lo ingenioso, lo inesperado, lo lógico, lo completo y lo nuevo, y de verlo plasmado en una actuación superlativamente perfecta por parte de una mujer que encarnaba a un personaje con una gran belleza espiritual y física.
-Por eso estoy aquí, Srta. Taggart -dijo Kay Ludlow, sonriendo en respuesta a su comentario, al finalizar la función- De las cualidades de la grandeza humana, yo tengo el talento de actuar, tal es la cualidad que el mundo exterior intenta suprimir. Sólo me dejaban representar símbolos de depravación y disipación, prostitutas, destructoras de hogares, que al final eran derrotadas por la muchacha de la casa vecina, símbolo de la virtud de la mediocridad. Usaban mi talento para difamarlo. Por eso me marché.
Dagny se dijo que, desde los años de su infancia, nunca más la representación de una obra le había proporcionado la estimulante certeza de que en la vida existen cosas dignas de ser alcanzadas, en lugar de estudiar determinado aspecto de una cloaca en la que no había por qué fijar la mirada. A medida que los espectadores se desperdigaban por la oscuridad, en las iluminadas hileras de bancos vio a Ellis Wyatt, al juez Narragansett y a Ken Danagger, hombres que en otros tiempos se jactaron de despreciar toda forma de arte.
La última imagen que percibió aquella noche fue la de 2 altas, rectas y esbeltas figuras que caminaban juntas por un sendero entre las rocas, mientras el rayo de luz de una lámpara caía de vez en cuando sobre el dorado de sus cabellos. Eran Kay Ludlow y Ragnar Danneskjöldy se preguntó si podría soportar el regreso a un mundo donde aquellos 2 seres estaban condenados a la destrucción.

El recuperado sentido de su propia niñez volvía a ella cada vez que encontraba a los hijos de la joven propietaria de la panadería, a quienes veía con frecuencia por los senderos del valle. Eran 2 niños sin temor, de 7 y 4 años, que parecían enfrentarse a la vida del mismo modo que en otros tiempos lo hiciera ella. No tenían la mirada de los niños del mundo exterior, ese aire de aprensión, entre secreto y desdeñoso, el aire de quien se mantiene en perpetua defensa contra el adulto, la mirada de un ser en curso de descubrir que está escuchando mentiras y

de aprender a sentir odio. Aquéllos poseían la abierta, alegre, amistosa confianza de gatitos que no temen sufrir ningún daño, tenían una inocencia natural, carecían del jactancioso sentido de sus propios valores, y exhibían una inocente fe en la capacidad de cualquier desconocido y una animosa curiosidad, capaz de aventurarse en cualquier sitio con la certeza de que la vida no alberga nada indigno o cerrado a su investigación. En caso de enfrentarse a la malevolencia, la rechazarían despectivamente, no como peligrosa, sino como estúpida, pues no aceptaban resignados las leyes de la existencia.

-Representan mi carrera particular, Srta. Taggart -le informó la joven madre en respuesta a su comentario, envolviendo pan fresco y sonriéndole desde el otro lado del mostrador- Son la profesión que he elegido y que, a pesar de todo cuanto se diga de la maternidad, no se puede ejercer con éxito en el mundo exterior. Creo que usted conoce a mi marido, es el profesor de economía que trabaja como instalador de líneas para Dick McNamara. Usted ya sabe, desde luego, que no pueden existir en este valle compromisos colectivos y que familias o parientes no pueden entrar en él, a menos que cada persona preste su juramento por propia convicción personal. Yo vine aquí no sólo por seguir a mi marido, sino por voluntad propia. Vine aquí para educar a mis hijos como seres humanos. No quería entregarlos a los sistemas inventados para entumecer el cerebro infantil, esos que procuran convencer de que la razón es impotente y la existencia es un caos irracional contra la que nada se puede, y que los sumerge en un estado de terror crónico. ¿Le extraña la diferencia entre mis hijos y los de otros lugares, Srta. Taggart? Sin embargo, la causa es muy sencilla, consiste en que aquí, en la Quebrada de Galt, no existe persona que no considere monstruoso enfrentar a un niño con la más leve sugestión de irracionalidad.

Dagny pensó en los maestros que las escuelas del mundo habían perdido, mientras contemplaba a los 3 discípulos del Dr. Akston la noche de su reunión anual.

La otra invitada era Kay Ludlow. Los 6 estaban sentados en el patio trasero de la casa, mientras la claridad del atardecer daba sobre sus caras y, más abajo, el fondo del valle se iba condensando en un suave vapor azul. Contempló a los 3 discípulos, medio tendidos sobre sillas de lona, tranquilos y alegres, con sus cazadoras y camisas de cuello abierto: John Galt, Francisco d'Anconia y Ragnar Danneskjöld.

-No se sorprenda, Srta. Taggart -dijo el Dr. Akston sonriendo-, y no cometa el error de pensar que estos 3 discípulos míos son una especie de criaturas sobrehumanas. En realidad son algo mucho mayor y más asombroso todavía: son hombres normales, algo que el mundo nunca ha visto, y su mayor mérito consiste en haber logrado sobrevivir como tales. Hace falta una mente excepcional y una integridad más excepcional aún para permanecer con el cerebro indemne a las influencias de las doctrinas del mundo acumuladas durante siglos, para seguir siendo humano teniendo en cuenta que lo humano es lo racional.

Percibió una calidad nueva en la actitud del Dr. Akston, cierta apertura en su reserva habitual que parecía incluirla en su círculo como algo más que una invitada. Por su parte, Francisco actuaba como si su presencia en la reunión fuera perfectamente natural y debiera darse por descontada. La cara de Galt no

expresaba reacción alguna: sus modales eran los de un amable acompañante que la hubiera llevado allí a pedido del profesor.
Dagny observó que los ojos de Akston se posaban en ella de-mostrando el tranquilo orgullo de exhibir a sus discípulos ante un observador inteligente. Su conversación volvía y volvía sobre un tema, a la manera de un padre que encuentra un oyente interesado en oír anécdotas sobre sus hijos.
-Debió haberlos visto en la universidad, Srta. Taggart. No hubiera encontrado a 3 muchachos "condicionados" por ambientes más distintos, pero ¡al diablo los encargados de condicionar! Debieron escogerse uno al otro a 1° vista entre los miles de estudiantes. Francisco, el más rico heredero del mundo; Ragnar, el aristócrata europeo; y John, el hombre forjador de sí mismo, en todos los sentidos, salido de la nada, sin un centavo, sin padres y sin compromisos con nadie. En realidad era hijo de un mecánico, que trabajaba en un taller de algún cruce de caminos olvidado de Ohio, pero John se fue de su casa a los 12 años para abrirse camino; siempre lo he comparado con Minerva, la diosa de la sabiduría, que brotó de la cabeza de Júpiter totalmente cultivada y totalmente preparada... Recuerdo el día que los vi a los 3 juntos por primera vez. Estaban sentados al fondo del aula donde yo daba un curso especial de posgrado, tan dificil, que muy pocos se aventuraban a asistir. Aquellos 3 alumnos me parecieron demasiado jóvenes, incluso para ser principiantes. Tenían, en esa época, 16 años, como supe más tarde. Al final de la clase, John se puso de pie para hacerme una pregunta que yo, como maestro, me hubiera sentido orgulloso de escuchar de un alumno luego de 6 años de estudiar filosofía. Era una pregunta perteneciente a la metafísica de Platón, que Platón no se había formulado a sí mismo. La contesté y le dije a John que luego de la clase fuera a verme a mi oficina. Así lo hizo; en realidad, así lo hicieron los 3, porque vi a los otros 2 en la antesala y los hice entrar. Les estuve hablando durante una hora, y luego, tras haber cancelado todos mis compromisos, seguí hablando con ellos por el resto del día. Lo arreglé todo de modo que pudieran seguir aquel curso y recibieran sus créditos; obtuvieron las más altas calificaciones de la clase. Se especializaron en 2 disciplinas: física y filosofía. Su elección asombró a todo el mundo menos a mí. Los pensadores modernos consideran innecesaria la percepción de la realidad, y los físicos creen superfluo pensar, pero yo opinaba distinto: lo que de verdad me sorprendía era que aquellos muchachos lo hicieran también... Robert Stadler era director del departamento de Física, y yo del de Filosofía. Él y yo suspendimos todas las reglas y restricciones respecto de aquellos 3 estudiantes, les ahorramos toda rutina, toda asignatura innecesaria y sólo les confiamos las ta-reas más difíciles, al tiempo que despejábamos su camino para que se perfeccionaran en nuestros 2 temas preferidos, en un plazo de 4 años. Durante todo ese tiempo lucharon duramente para conseguirlo y, además, para ganarse la vida. Francisco y Ragnar recibían mensualidades de sus padres, y John no tenía nada, pero los 3 realizaban trabajos diversos en sus horas libres para ganar experiencia y dinero. Francisco, en una fundición de cobre; John, en el depósito de máquinas de una estación de ferrocarril, y Ragnar... no, Srta. Taggart, Ragnar no era el peor, sino el más estudioso y tranquilo de los 3... se empleó en la biblioteca de la universidad. Tenían tiempo para cuanto deseaban, pero carecían de él para las demás

personas o para las actividades comunes que se desarrollaban en el campus. Los 3... ¡Ragnar! -interrumpió su relato repentinamente- ... ¡no te sientes en el suelo!
Danneskjöld se había ido escurriendo de su asiento y ahora se hallaba sobre el césped, con la cabeza reclinada sobre las rodillas de Kay Ludlow, pero se levantó obediente, sonriendo, y el Dr. Akston sonrió a su vez, como disculpándose.
-Es una vieja costumbre -explicó a Dagny- Un reflejo condicionado, según creo. Solía decirle lo mismo en aquellos años de universidad, cuando lo veía sentado en el suelo de mi patio, en las frías y neblinosas noches. Era muy inquieto y me preocupaba, debió saber que resultaba peligroso y...
Se detuvo bruscamente, leyendo en la mirada perpleja de Dagny el mismo pensamiento que lo embargaba a él: la clase de peligros que el Ragnar adulto había decidido desafiar. Akston se encogió de hombros, extendiendo las manos en un gesto burlón, y Kay Ludlow sonrió comprensiva.
-Mi casa estaba junto a la universidad -continuó, suspirando- sobre un acantilado que daba al lago Erie. Los 4 compartimos muchas veladas, nos sentábamos igual que ahora, en el patio, las noches de principio de otoño o de primavera, sólo que en vez de esta cuesta de granito teníamos ante nosotros toda la amplitud del lago, extendiéndose pacífico e ilimitado. Aquellas noches debía esforzarme mucho más que en la clase, respondiendo a cuantas preguntas me formularan y abordando todos aquellos temas que ellos proponían. Hacia la medianoche, preparaba chocolate caliente y los obligaba a tomarlo porque sospechaba que ellos no tenían tiempo para alimentarse como correspondía y luego seguíamos hablando, mientras el lago se desvanecía en la compacta oscuridad de la noche y el cielo parecía más claro que la tierra. En varias ocasiones, estando allí, el cielo se tornaba de pronto más oscuro, en tanto el lago se ponía pálido y sólo nos faltaban unas cuantas frases para que rompiera el alba. Debí haber comprendido que no dormían lo suficiente, pero a veces me olvidaba, perdía el sentido del tiempo, ¿comprende? Mientras estaban en aquel lugar siempre me parecía que nos hallábamos en las primeras horas de un largo e inextinguible día. Nunca hablaban de lo que podrían hacer en el futuro, ni se preguntaban si alguna misteriosa omnipotencia los favorecería con un talento desconocido, que los ayudara a lograr su propósito. Hablaban simplemente de lo que harían. ¿Es cierto que el afecto lo vuelve a uno cobarde? Los únicos momentos en que tenía miedo era cuando los escuchaba y pensaba en los cambios que estaba soportando el mundo y en lo que les aguardaba en los años futuros. ¿Temor? Sí, pero era algo más que eso. Era la clase de emoción que hace al hombre capaz de matar. Cada vez que pensaba que el propósito del mundo, y sus tendencias, eran destruir a aquellos muchachos, cada vez que pensaba en que aquellos hijos míos estaban destinados a la inmolación, ¡oh, sí!, estaba decidido a tomar un arma y salir a matar. Pero ¿a quién? A todo el mundo y a nadie, no existía un enemigo que sobresaliera sobre los demás, ni tampoco un villano particular. Nuestro adversario no era el sonriente y tonto trabajador social, incapaz de ganarse un centavo, ni el burócrata ladrón, asustado de su propia sombra, sino todo el mundo, rodando hacia una horrorosa obscenidad, empujado por personas, decentes en potencia, pero convencidas de que la necesidad es más venerable que la capacidad y de que la compasión es mejor que la justicia. Sin embargo, estos momentos eran ocasionales, no respondían a mis sentimientos habituales. Oía a mis muchachos, seguro de que

nada podría derrotarlos. Los miraba sentados en el patio detrás del que se levantaban los altos y oscuros edificios de lo que todavía era un monumento al pensamiento no esclavizado: la Universidad Patrick Henry, y más lejos, brillaban las luces de Cleveland; el fulgor anaranjado de las fundiciones de acero, detrás del conjunto de chimeneas; los puntos rojos de las antenas de radio; los largos reflectores blancos de los aeropuertos, en el negro límite del cielo, y pensaba que, en nombre de cuanta grandeza había existido y movido al mundo, esa grandeza de la que ellos eran últimos descendientes, vencería...

"Recuerdo una noche en que observé que John permanecía en silencio un rato largo, y luego me di cuenta de que se había dormido en el suelo. Los otros 2 me confesaron que llevaba 3 días sin descansar, así que los mandé inmediatamente a su casa, pero no tuve el valor de despertar a John. Era una cálida noche de primavera, traje una manta para taparlo y lo dejé donde estaba. Me quedé a su lado hasta la mañana siguiente, y al contemplar su cara bajo la claridad de las estrellas y ver cómo el primer rayo de sol daba en su tranquila frente y en sus párpados cerrados, lo que expresé no fue una plegaria, ya que no suelo rezar, sino que sentí ese estado de espíritu en el que la plegaria resultaría una tentativa mal enfocada: experimenté una plena, confiada, positiva devoción a mi amor al bien, a la certeza de que lo correcto triunfaría y de que aquel muchacho conseguiría la clase de futuro que merecía. -Movió el brazo señalando el valle- Nunca creí que fuera tan grande como esto... ni tan dificil."

Había anochecido y las montañas se mezclaban con el cielo. Colgando en el espacio, brillaban las luces del valle debajo de ellos, y el rojo aliento de la fundición de Stockton y la hilera de ventanas de la casa de Mulligan se parecían a un vagón de ferrocarril incrustado en el cielo.

-Pero yo tenía un rival -continuó lentamente el Dr. Akston- Era Robert Stadler... No frunzas el ceño, John, todo aquello ya pasó... En otros tiempos, John tuvo un gran aprecio por él. Bueno, yo también, aunque no del todo, pero lo que se siente por un cerebro como el de Stadler se parece mucho al amor y constituye el más raro de los placeres: la admiración. No, yo no lo quería, pero él y yo nos habíamos considerado siempre sobrevivientes de alguna era en proceso de extinción en el pantano de mediocridad que nos rodeaba. El pecado mortal de Robert Stadler consistía en no haber identificado nunca su origen... El odiaba la estupidez. Era la única emoción que lo vi demostrar hacia la gente, un amargo y débil odio hacia cualquier ineptitud que osara oponerse a él. Sólo quería que las cosas se hicieran a su modo, quería quedarse a solas para conseguirlas, quería apartar a los demás de su camino, pero nunca empleó el medio adecuado, ni identificó la naturaleza de su ruta, ni la de sus enemigos. Optó por tomar un atajo. ¿Se está riendo, Srta. Taggart? También lo odia, ¿verdad? Sí, usted sabe la clase de atajo que eligió... Le dijo que rivalizábamos por estos 3 estudiantes. Es cierto, o casi, porque yo no lo consideraba así, pero sabía que él sí. Bien, éramos rivales, pero yo tenía una ventaja: sabía por qué necesitaban de nuestras 2 profesiones mientras que él nunca comprendió el interés que mostraban estos jóvenes por la mía, nunca comprendió su importancia, cosa que, entre paréntesis, terminó destruyéndolo. Pero, en el curso de aquellos años, él fue lo suficientemente listo como para apoderarse de mis 3 alumnos.

"Apoderarse" es la palabra exacta, porque dado que la inteligencia era el único valor que él adoraba, aprisionó a los 3 como si se trataran de su tesoro personal. Siempre había sido un hombre solitario. Creo que, durante su vida, Francisco y Ragnar fueron las 2 únicas personas a las que quiso, y John fue su única pasión. Lo consideraba su heredero, su futuro y el representante de su propia inmortalidad. John quería ser inventor, lo que significaba que se inclinaría hacia la física y seguiría su curso de posgrado bajo la supervisión de Robert Stadler. Francisco pensaba partir, luego de la graduación, y ponerse a trabajar: sería industrial, la mezcla perfecta de sus 2 padres intelectuales. Y Ragnar... ¿no sabe qué profesión había elegido Ragnar, Srta. Taggart? No, no quería ser piloto de pruebas, ni explorador de la selva, ni buzo; buscaba algo para lo que se necesitase mucho más valor. Ragnar quería ser filósofo. Un filósofo abstracto, teórico, académico, encerrado en su torre de marfil... Sí. Robert Stadler los quería mucho, pero ya le dije que yo estaba dispuesto a matar para protegerlos, sólo que no había a quien matar. Si tal era la solución, cosa que no lo es, el hombre a quien debía matar no podía ser otro que Robert Stadler. Entre las culpas por las maldades que ahora abruman al mundo, la suya era la peor porque él poseía una mente lúcida, era el único acreditado con honores y logros, y fue usado para promulgar las disposiciones de los saqueadores, entregó la ciencia al poder de las armas. John no lo esperaba, ni yo tampoco... John regresó para su curso de posgrado en Física pero no lo terminó. Abandonó las clases el mismo día en que Robert Stadler aprobó la creación de un Instituto Científico del Estado. Me encontré por casualidad con él en un pasillo de la universidad, cuando salía de su despacho después de una última conversación con John; parecía otro. Espero no volver a presenciar jamás un cambio de tal clase en el rostro de una persona. Me vio acercarme, y nunca supo, pero yo sí, qué lo hizo volverse y gritarme: "¡Estoy harto de todos ustedes, idealistas enemigos de lo práctico!". Comprendí que acababa de escuchar cómo un hombre pronunciaba su propia sentencia de muerte... Srta. Taggart, ¿recuerda la pregunta que me formuló acerca de mis 3 discípulos?

-Sí -murmuró ella.
-A partir de esa pregunta, deduzco la naturaleza de lo que Robert Stadler le dijo acerca de ellos. Pero, ¿por qué se los mencionó?
En su rostro apareció la sombra de una amarga sonrisa.
-Me contó su historia como justificación de su creencia en la inutilidad del intelecto humano. La puso como ejemplo de sus frustradas esperanzas. "La de ellos era la clase de inteligencia que uno espera observar en quienes deben cambiar el curso del mundo", me dijo.
-Bien, ¿no lo han hecho así?
Ella asintió lentamente, y después mantuvo la cabeza inclinada durante largo rato, en signo de conformidad y de homenaje.
-Lo que quiero que comprenda, Srta. Taggart, es la absoluta maldad de quienes aseguran haberse convencido de que este mundo, por su naturaleza, es un reinado de malevolencia, donde el bueno no tiene posibilidades de vencer. Dejemos que comprueben sus premisas, dejemos que verifiquen su tabla de valores, que la revisen antes de conferirles la licencia inconfesable del mal como

imperativo; veamos si saben qué es el mal y cuáles las condiciones que requiere. Robert Stadler cree que la inteligencia es algo inútil y que la vida humana sólo puede ser irracional. ¿Esperaba que John Galt se convirtiera en un gran hombre de ciencia, deseoso de trabajar a las órdenes de Floyd Ferris? ¿Que Francisco d'Anconia acabase siendo un gran industrial, anhelante de producir bajo las disposiciones y en beneficio de Wesley Mouch? ¿Que Ragnar Danneskjöld se volviera un gran filósofo, ansioso de predicar, bajo las órdenes de Simon Pritchett, para quien no existe la mente y el poder es lo único que vale? ¿Hubiera sido éste un futuro que Robert Stadler habría considerado racional? Quiero que observe, Srta. Taggart, que quienes pregonan con más fuerza su desilusión acerca del fracaso de la virtud, la inutilidad de la razón y la impotencia de la lógica, son los que han obtenido el pleno, exacto y lógico resultado de las ideas que predicaron, tan implacablemente lógico, que no se atreven a identificarlo. En un mundo que proclama la inexistencia de la mente, que alienta el derecho moral de gobernar por la fuerza bruta, el castigo de los competentes en favor de los inútiles, el sacrificio de los mejores en beneficio de los peores, los mejores deben volverse contra la sociedad y convertirse en sus más mortales enemigos. En semejante mundo, John Galt, el hombre de fuerza intelectual incalculable, seguirá siendo un desmañado obrero; Francisco d'Anconia, el milagroso productor de riqueza, un vagabundo, y Ragnar Danneskjöld, con su gran talento, un partidario de la violencia. La sociedad y el Dr. Robert Stadler han conseguido todo aquello por lo que abogaban. Y ahora: ¿de qué se quejan? ¿De que el universo es irracional? ¿Acaso lo es? -Sonrió con la implacable suavidad de quien está seguro de lo que dice- Cada persona construye su mundo particular, conforme su propia imagen. Tiene el poder para elegir, pero ningún poder para escapar de la necesidad de la elección. Si renuncia a su poder, renuncia también a su condición de ser humano, y todo cuanto consigue por propia elección en su esfera de existencia es el caos de lo irracional. Todo aquel que preserve un único pensamiento no corrompido por cualquier concesión a la voluntad ajena, quien transforme en realidad una cerilla o un pedazo de jardín, según la imagen que hay en su mente, es un hombre, y la condición de serlo representa la única medida de su virtud. Ellos -señaló a sus discípulos- no hicieron concesiones. Esto -señaló el valle- es la medida de lo que conservaron y de lo que son... Ahora puedo repetir mi respuesta a la pregunta que usted formuló, sabiendo que la entenderá perfectamente. Quiso saber si me sentía orgulloso del camino seguido por mis 3 hijos. Me siento más orgulloso de lo que nunca hubiera esperado, estoy orgulloso de todas sus acciones y de sus objetivos y de cuantos valores escogieron. Esa es mi respuesta, Dagny."

El nombre había sido pronunciado en un tono paternal. Sus dos últimas frases fueron dichas no mirándola a ella, sino a Galt. Vio cómo éste le contestaba con una mirada, que sostuvo fija en él por un instante, en señal de aprobación. Luego, las pupilas de Galt se posaron en los ojos de Dagny. Lo vio mirándola, como si ella portara el título tácito que colgaba en el silencio entre ellos, el título que el Dr. Akston le había otorgado, aunque sin pronunciarlo, y que ninguno de los otros había percibido. Vio en los ojos de Galt una expresión burlona ante su asombro, una expresión de apoyo e, increíblemente, también de ternura.

* * *

La mina D'Anconia Copper Nº 1 no era más que un minúsculo corte en la ladera de la montaña, como si un cuchillo hubiera practicado un tajo, dejando salientes de roca, rojos como heridas, sobre el flanco castaño. El sol daba de lleno sobre él y Dagny se hallaba al borde del camino, sosteniéndose en el brazo de Galt por un lado y en el de Francisco por el otro, mientras el viento les daba en la cara y corría sobre el valle, 700 m. más abajo.
Mirando la mina, se dijo que ésta era la historia de la riqueza humana escrita en las montañas. Flanqueaban la entrada unos pocos pinos deformados por las tormentas que durante siglos habían rugido en aquel paraje, había 6 obreros en las salientes rocosas, y numerosas y complicadas máquinas trazaban delicadas líneas contra el cielo haciendo casi todo el trabajo.
Observó que Francisco mostraba sus dominios a Galt tanto como a ella, o acaso con mayor interés aún.
-No la habías visto desde el año pasado, John... Espera a verla dentro de otro año. ¡En unos meses habré terminado con el mundo exterior y entonces dedicaré todo mi tiempo a la mina!
-¡Demonios, no, John! -exclamó Francisco nuevamente riendo en respuesta a una pregunta, pero Dagny percibió la expresión peculiar de su mirada cuando se posaba en Galt; era la misma que había visto en sus ojos mientras se hallaba en su cuarto, aferrándose al borde de la mesa para sobreponerse a un difícil momento; parecía estar viendo a alguien en frente a él. Lo que veía era la imagen de Galt, pensó; la llevaba en su interior.
En algún punto sintió un débil temor por el esfuerzo que Francisco había realizado para aceptar que la había perdido; el triunfo de su rival, como pago exigido por su batalla personal, le había costado tanto que ahora era incapaz de sospechar la verdad, ya adivinada por el Dr. Akston. "¿Qué ocurrirá con él cuando lo sepa?", se preguntó, al tiempo que una amarga voz le recordaba que quizá nunca existiera verdad alguna de la cual enterarse.
Se tensionó ligeramente al detectar el modo en que Galt miraba a Francisco, con una mirada abierta, sencilla, sin reservas, como si se rindiera a un sentimiento incondicional. Allí estaba otra vez la inquietante emoción que no había podido identificar ni descartar por completo: el interés por saber si aquel sentimiento acabaría por reducir a Galt al espanto de una renuncia. Pero la mayor parte de su mente parecía arrastrada por un enorme alivio, como si se riera de todas sus dudas. Volvía una y otra vez los ojos al camino recorrido para llegar hasta allí, 4 agotadores kilómetros ascendentes que se retorcían en espiral desde la punta de sus pies hasta el fondo del valle. Sus ojos lo estudiaban, mientras su mente volaba con algún propósito muy personal.
Matorrales, pinos y una alfombra de musgo subían desde las faldas verdes inferiores hasta los rebordes de granito. La hierba y la maleza iban desapareciendo gradualmente, pero los pinos seguían hacia arriba, esforzándose por vivir en franjas cada vez más estrechas, hasta que sólo unos cuantos se levantaban de las rocas desnudas hasta la blancura de la nieve herida por el sol en las cumbres. Contempló el espectáculo de la maquinaria extractora más ingeniosa que jamás hubiera visto, y luego el camino donde las huellas de las

herraduras y las figuras vacilantes de las mulas representaban el método de transporte más antiguo del mundo.
-Francisco -preguntó señalando hacia allá-, ¿quién diseñó esas máquinas?
-Son sólo adaptaciones de equipos ya existentes.
-¿Quién las diseño? -repitió ella
-Yo. No disponemos de demasiado personal, así que tuvimos que arreglarnos con lo que teníamos.
-Desperdicias una enorme cantidad de trabajo humano y tiempo transportando el mineral a lomo de mula. Deberías construir un ferrocarril hasta el valle.
Como miraba hacia abajo, no pudo percibir el repentino y anhelante fulgor de los ojos de Francisco que se posaban sobre ella, pero sí el tono precavido de su voz cuando dijo:
-Lo sé, pero la producción de la mina no justifica un trabajo tan difícil, al menos por ahora.
-¡Tonterías! Es mucho más simple de lo que parece. Hacia el este existe un paso donde la pendiente es más suave y la piedra más blanda, lo vi mientras subíamos. Así que no tendríamos demasiadas curvas y nos alcanzarían 5 km. de riel, o quizá menos.
Señalaba el punto y, por eso, no notó la intensidad con que los 2 hombres clavaban la mirada en su rostro.
-Todo lo que se necesita aquí es una vía angosta... como las de los trenes antiguos... Así eran los primeros ferrocarriles: prestaban servicios a minas, desde luego de carbón... ¿Ven aquella saliente? Pues alcanza para una vía de 90 cm. y no sería preciso realizar ensanchamientos ni voladuras. ¿Ven la leve pendiente que se prolonga por casi 800 m.? No creo que tenga un desnivel mayor del 4%: cualquier locomotora la puede subir sin dificultad. -Hablaba con rápida y vivaz certidumbre, sólo consciente de la alegría de realizar su función natural en el mundo al que pertenecía, donde nada podía tener preferencia sobre el acto de ofrecer solución a un problema- La vía amortizará su costo en 3 años. A simple vista, me parece que la parte más costosa será un par de arcos de acero, y existe un lugar donde quizá sea necesario abrir un túnel, aunque solamente de 30 m.. Necesitaré un puente de acero para cruzar esa garganta, pero no es tan difícil como parece. Se los demostraré. ¿Alguno trajo un pedazo de papel?
Rápidamente, Galt le entregó un cuaderno y un lápiz, y ella los tomó como si hubieran tenido que estar allí, como si estuviera dando instrucciones en una obra y no quisiera que detalles como ése le hicieran perder tiempo.
-Les daré una leve idea de lo que he pensado. Si incrustamos pilares diagonales en la roca -empezó a trazar un rápido bosquejo- la longitud real del puente de acero será de únicamente unos 200 m. y reducirá esta última sección en cerca de 800 m. de la vuelta en espiral. Podríamos tender los rieles en 3 meses y... -Se detuvo. Cuando volvió a mirar sus caras, toda la pasión ya había desaparecido de su interior. Hizo un bollo con el papel y lo arrojó al polvo rojo del camino.
-Pero, ¿para qué molestarse? -exclamó, mientras la desesperación vibraba por primera vez en su voz- ¡Tender 5 km. de ferrocarril y abandonar un sistema transcontinental!
Los 2 la miraban sin reproche en sus caras, sino tan sólo con una comprensión casi compasiva.

-Lo siento -dijo suavemente, bajando la vista.
-Si cambias de idea -le indicó Francisco- contrataré inmediatamente tus servicios... o Midas te garantizará en 5 minutos un préstamo para financiar ese ferrocarril... si es que quieres ser tú la propietaria.
Negó con la cabeza al murmurar: -No puedo... todavía no...
Levantó la mirada, sabiendo que ambos conocían la naturaleza de su desesperación y también que era inútil ocultar su lucha interior.
-Lo intenté una vez -dijo- Intenté abandonarlo... Sé lo que esto significaría, lo imaginaría con cada tirante y soporte, con cada uno de los clavos... pero me acordaría de aquel otro túnel y... del puente de Nat Taggart... ¡Oh! ¡Si al menos no tuviera que oír hablar de ello! ¡Si pudiera quedarme aquí y no saber qué están haciendo con el ferrocarril, ni enterarme nunca de lo que ocurre!
-Pues tendrá que enterarse -le dijo Galt con inesperada rudeza, que parecía implacable a causa de su simplicidad, carente de toda emoción, excepto el respeto hacia los hechos- Se enterará de toda la agonía de Taggart Transcontinental, de cualquier catástrofe que ocurra, de todo tren que deje de prestar servicios, de cada línea que haya tenido que ser abandonada y del colapso del puente Taggart. Nadie se queda en este valle, excepto por propia elección plena y consciente, basada en el conocimiento total de las consecuencias que implica. Nadie se queda aquí disimulando la realidad en modo alguno.
Lo miró con la cabeza erguida, sabiendo cuál era la oportunidad que aquel hombre estaba rechazando. Pensó que nadie en el mundo exterior le hubiera dicho semejante cosa en ese momento; se acordó del código usual que aprobaba las mentiras blancas como un acto de piedad y odió ese código, observando por primera vez su horrible fealdad. Sintió un enorme orgullo al contemplar el rostro tenso y limpio del hombre que tenía delante. Por su parte, él vio cómo la boca de Dagny se apretaba firmemente como quien desea dominarse, y luego se suavizaba por cierta trémula emoción cuando contestó pausadamente:
-Gracias. Tiene razón.
-No es preciso que me conteste ahora mismo -dijo él- Ya me lo dirá cuando lo haya decidido, todavía nos queda una semana.
-En efecto -asintió ella con calma-, sólo una semana.
John Galt se volvió, recogió el arrugado bosquejo del piso, lo alisó y, doblándolo pulcramente, se lo guardó en el bolsillo.
-Dagny -dijo Francisco-, cuando hayas sopesado tu decisión, acuérdate de la primera vez que desististe, si quieres, pero observa todos los aspectos. En este valle no tendrás que torturarte poniendo techos cubiertos con tablillas o construyendo caminos que no conducen a ninguna parte.
-Dime -preguntó ella de improviso-, ¿cómo supiste dónde me encontraba aquella vez?
Francisco sonrió.
-John me lo dijo. El elemento destructor, ¿recuerdas? Te preguntaste por qué no había enviado a nadie tras de ti, pero lo hizo: me envió a mí.
-¿De veras?
-Sí.
-¿Qué te dijo?
-No gran cosa. ¿Por qué?

-¿Qué te dijo? ¿Recuerdas las palabras exactas?
-Sí, las recuerdo. Dijo: "Si quieres aprovechar tu oportunidad, hazlo. Te lo has ganado". Me acuerdo porque... -Se volvió hacia Galt frunciendo el entrecejo con cierta perplejidad- John, nunca he podido comprender por qué dijiste aquello. ¿Por qué... mi oportunidad?
-¿Te importa si no te contesto ahora?
-No, pero...
Alguien lo llamó en aquel momento desde la mina y fue hacia allá, como si el tema tratado no requiriese mayor atención.
Dagny tomó conciencia del largo espacio de tiempo transcurrido hasta que volvió la cara hacia Galt. Tuvo la certeza de que la estaría mirando, pero no pudo leer nada en sus ojos, excepto una insinuación de burla, como si supiera la respuesta que ella esperaba y no quisiera dársela.
-¿Le ofreció la oportunidad que usted deseaba? -preguntó Dagny.
-No tendría oportunidad alguna hasta que Francisco hubiese tenido la suya.
-¿Cómo sabía que la merecía?
-Llevaba 10 años preguntándole cosas sobre usted, siempre que podía, de todas las maneras posibles y desde todos los ángulos imaginables. No, no me lo dijo, lo deduje por la forma en que hablaba de usted. Lo hacía con vivacidad, con mucha vivacidad y fastidio a la vez y fue entonces cuando me di cuenta de que no se trataba de una simple amistad de la juventud, comprendí lo mucho que había tenido que dejar de lado por esta huelga y también que nunca renunció a usted completamente. ¿Yo? Yo simplemente le preguntaba acerca de uno de nuestros más importantes futuros huelguistas, del mismo modo que le preguntaba por los demás.
La huella de burla aún seguía en sus ojos. Comprendió que ella había deseado escucharlo, pero que no era la respuesta que esperaba.
Dagny apartó la mirada de su cara para posarla en Francisco, que regresaba, y ya sin ocultar que su repentina y desolada ansiedad residía en el temor de que Galt los arrojara a los 3 al desesperanzado vacío del autosacrificio.
Francisco se acercó pensativo, como si evaluara alguna pregunta sobre una cuestión que daba brillo y alegría a sus ojos.
-Dagny, sólo queda una semana -indicó- Si decides regresar, será la última por mucho tiempo. -No había reproche ni tristeza en su voz, sino sólo cierta dulzura, como único indicio de emoción- Si partes ahora..., ¡oh, sí! Seguramente volverás... pero no será pronto. Y yo... dentro de unos meses me trasladaré a vivir aquí en forma permanente. Si te vas, no volveré a verte quizás en años y quisiera que pasaras esta última semana conmigo, que te mudes a mi casa, como invitada simplemente y sin ningún otro motivo, excepto que me gustaría verte allí.
Lo dijo con sencillez, como si no hubiese nada que ocultar entre los 3. Dagny no observó señal alguna de sorpresa en la cara de Galt, pero en su propio pecho percibió la implacable y casi cruel dureza de un oscuro impulso que ciegamente la arrastró a decir sonriendo extrañamente a Galt:
-Pero, soy una empleada. Tengo una tarea por realizar, tengo que terminar un trabajo.

-No pienso retenerla -dijo Galt. El tono de su voz, que no otorgaba a las palabras significado oculto alguno, la molestó- Puede dejar su empleo cuando quiera. Eso corre por su cuenta.
-No, no es así. Soy una prisionera. ¿No se acuerda? Obedezco órdenes. No puedo obrar según mis preferencias, ni expresar deseos, ni tomar decisiones, que están en sus manos.
-¿En verdad lo prefiere así?
-Sí.
-Acaba usted de expresar un deseo.
Había un dejo de burla en la seriedad con que hablaba. Dagny, sin sonreír, con aire retador, como incitándolo a continuar pretendiendo que no la comprendía, repitió:
-Sí. ¡Eso es lo que quiero!
Galt sonrió, como ante las complejas maniobras de un niño que trata de ocultar algo obvio a un adulto.
-Muy bien -dijo, volviéndose a Francisco, ahora serio- Entonces, no.
El desafio hacia un adversario que era, a la vez, el más severo de los maestros, fue cuanto Francisco pudo leer en la cara de ella. Se encogió de hombros, apenado y alegre a la vez.
-Quizás tengas razón. Si tú no puedes impedir que vuelva... nadie lo hará.
Dagny no escuchaba a Francisco, aturdida por el alivio de oír la respuesta de Galt, un alivio que le habló de la magnitud del miedo del que acababa de librarse. Cuando todo había pasado, supo lo que había significado semejante decisión, comprendió que, en caso de haber sido distinta la respuesta, el valle hubiera quedado destruido para ella.
Quiso reír, abrazarlos a los 2 y celebrarlo juntos como si ya no importara si se quedaba allí o si regresaba al mundo, porque una semana era un período de tiempo interminable y cada camino estaba bañado por una luz clara y ninguna lucha era dificil, pensó, si ésa era la naturaleza de su existencia. El alivio no procedió de saber que él no renunciaría a sus servicios, ni tampoco de la seguridad de haber vencido, sino de la certeza de que él permanecería siempre como era.
-No sé si volveré al mundo o no -explicó Dagny escuetamente, pero su voz temblaba con una contenida pasión, derivada del puro goce que sentía- Lamento no estar aún en condiciones de llegar a una decisión. Tan sólo estoy convencida de una cosa: que no tendré miedo al decidirme.
A juzgar por el repentino resplandor de su cara, Francisco dedujo que el incidente había carecido de significado. Pero Galt comprendió, la miró y en sus ojos se pintaron, a la vez, aprobación y desdeñoso reproche.
Galt no dijo nada hasta que se hallaron solos, descendiendo hacia el valle. Entonces la miró otra vez, con el optimismo latente en sus ojos, y preguntó:
-¿Tuvo que ponerme a prueba para saber si descendería al más bajo estadio del altruismo?
Su silencio fue una abierta e indefensa admisión de lo que acababa de oír.
Él rió por lo bajo y desvió la mirada; unos pasos después dijo lentamente, en el tono de quien repite una cita:
-Nadie se queda aquí falseando la realidad, de ninguna manera.

Mientras caminaba en silencio a su lado, Dagny pensó que parte de la intensidad de su alivio residía en la impresión de un contraste: con la inmediata claridad de una percepción sensorial, había captado la exacta imagen de lo que el código del autosacrificio significaría si era decretado por los 3. Galt, abandonando a la mujer que deseaba por el bien de su amigo, desvirtuando sus más firmes sentimientos y apartándose de su vida, sin importarle lo que esto significaría para él o ella, y luego, arrastrando el resto de sus años por la planicie de lo no conseguido y de lo no acabado. Por su parte, Dagny tendría que consolarse con una 2º elección, fingiendo un amor que no sentía, pero dispuesta a hacerlo, ya que el autoengaño era esencial luego del autosacrificio de John. Viviría en desesperanzada añoranza, aceptando como alivio para su herida abierta unos instantes de débil afecto, más la convicción de que el amor es esquivo y que la felicidad no se encuentra en la Tierra. Francisco, luchando en la inestable niebla de una realidad imperfecta, con su vida convertida en un fraude, del que serían protagonistas las 2 personas a quienes más amaba y en quienes depositaba mayor confianza, pugnando por comprender qué se escapaba de su felicidad, fundiendo el quebradizo andamiaje de una mentira en el abismo de descubrir que no era él el hombre a quien ella amaba, sino sólo un sustituto, aceptado a desgano, un resignado sometido a la caridad, una muleta para sostener sus achaques, con su percepción convertida en su peligro y sólo su rendición a una estupidez letárgica, protegiendo la endeble estructura de su alegría; esforzándose, cediendo y aceptando la terrible rutina de convencerse de que la vida en plenitud es imposible. Los 3, a pesar de contar con todos los dones de la existencia ante ellos, terminando como seres amargados, gritando desconsoladamente que la vida es un fracaso, el fracaso de no poder convertir lo irreal en real.

Pensó que todo eso era lo que constituía el código moral en el mundo exterior, que incitaba a actuar sobre la premisa de la debilidad ajena, del engaño y de la estupidez, y así era su vida: una lucha en la bruma de lo aceptado y no reconocido, la creencia de que los hechos no constituyen elementos sólidos y terminantes. Un estado en el que luego de negar cualquier forma de realidad, el hombre avanza a tropezones por una vida virtual y sin posibilidades de evolución, para morir sin haber nacido. "Aquí" -pensó, mirando a través del verde ramaje los alegres tejados del valle- "hay personas de identidad tan clara y firme como el Sol y las rocas." El inmenso alborozo de su alivio provenía de la convicción de que no había batalla difícil ni decisión peligrosa, porque no había incertidumbre ni evasión que enfrentar.

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, Galt preguntó, con toda naturalidad:

-¿No se le ha ocurrido, Dagny, que no existe conflicto de intereses entre las personas, ya sea en los negocios, en el comercio o en sus deseos más personales, si omiten lo irracional de su perspectiva de lo posible y la destrucción de su perspectiva de lo que consideran práctico? No hay conflicto ni invitación al sacrificio, y nadie representa una amenaza para las aspiraciones ajenas, siempre y cuando cada uno comprenda que la realidad es un absoluto que no puede falsearse, que las mentiras no sirven de nada, que lo que no se gana no puede ser disfrutado, que lo que no se merece no puede ser dado, que la destrucción de un valor existente no conferirá valor a aquello que no lo posee. El empresario que desea ganar un determinado mercado ahogando a un competidor superior, el

obrero que quiere quedarse con parte de la riqueza de su patrón, el artista que codicia el mayor talento de un rival, son todos hechos que meramente se desean y están fuera de su posibilidad, y la destrucción constituye a su modo de ver el único medio de conseguirlos. Si pretenden comportarse de ese modo, no ganarán el mercado, la fortuna, ni la fama inmortal que pretenden, sino que destruirán la producción, los empleos y el arte. Un deseo no puede ser satisfecho por lo irracional, tanto si las víctimas están dispuestas, como si no lo están. Pero el ser humano nunca dejará de anhelar lo imposible, ni perderá su tendencia a la destrucción mientras, se le predique el autosacrificio como medida práctica para conseguir la felicidad de quienes sean forzados a realizar tal desprendimiento. -La miró y añadió lentamente, con un ligero énfasis como único cambio en el tono impersonal de su voz:- La única felicidad que uno puede conseguir, o destruir, es la propia. Debía haber sentido más respeto hacia él y hacia mí y no temer a lo que ha temido.

Dagny no contestó; cualquier palabra podría arruinar la plenitud de aquel momento. Así que simplemente se volvió hacia él con una expresión aprobatoria y al mismo tiempo desarmada y puerilmente humilde, que podía parecer un pedido de disculpas de no haber habido en ella una alegría radiante.

Él sonrió, con aire divertido y comprensivo, con un aire de camaradería por lo que compartían y confirmando sus sentimientos.

Siguieron en silencio. Dagny experimentaba la despreocupación de la juventud, de la que no había disfrutado nunca. Era simplemente un paseo por el campo de 2 personas libres que se adueñaban del placer del movimiento y de la luz, sin ningún problema sobre sus espaldas. Su sensación de levedad se reforzaba con la facilidad de estar avanzando cuesta abajo y el único esfuerzo necesario era el de reprimir el deseo de echar a volar; caminaba luchando contra la fuerza que la empujaba hacia abajo, con el cuerpo hacia atrás y la falda resistiendo el viento como la vela de una nave.

Se separaron al final del sendero porque él fue al encuentro de Midas Mulligan, mientras ella se dirigía al almacén Hammond con una lista de provisiones para la cena como la única preocupación de su mundo.

Su esposa -pensó, mientras le parecía escuchar conscientemente la palabra que Akston no había pronunciado, la palabra que desde entonces había sentido, pero nunca mencionado-, aquello que durante 3 semanas había sido: su esposa, en todos los sentidos excepto uno, que todavía tenía que ganarse. Pero lo sucedido hasta entonces era real y aquel día podría permitirse saberlo, sentirlo, vivirlo, centrándose en ello como único pensamiento de la jornada.

Los productos que Lawrence Hammond iba colocando, según se los pedía, sobre el lustroso mostrador del almacén, nunca le habían parecido dotados de tanto brillo. Apenas era consciente de la presencia de un elemento inquietante, de algo que estaba mal, pero que su mente, demasiado ocupada, no estaba en condiciones de advertir, pero lo percibió al ver cómo Hammond hacía una pausa, fruncía el ceño y miraba hacia el cielo, más allá de la puerta de su negocio.

Mientras él decía: "Creo que alguien está intentando repetir su hazaña, Srta. Taggart", tomó conciencia de que, desde hacía un rato, había en el aire un ruido de motor, un sonido que no tenía por qué percibirse en el valle después del primer día de ese mes.

Salieron corriendo a la calle. La diminuta luz plateada de un avión describía círculos sobre el anillo de montañas, como una resplandeciente libélula que fuese a rozar las cumbres con sus alas.
-¿Qué cree que está haciendo ese individuo? -preguntó Lawrence Hammond.
Había otras personas ante las puertas de los diferentes negocios. Todos miraban hacia arriba.
-¿Esperan a alguien? -preguntó Dagny, asombrada ante la ansiedad que reflejaba su voz.
-No -respondió Hammond- Todo el que tiene algo que hacer aquí, ya ha llegado.
No parecía preocupado, sino curioso. El avión había descendido un poco más y era ahora un minúsculo trazo, como un cigarro plateado.
-Parece un monoplano particular -comentó Hammond, entornando los ojos heridos por el sol- No es una nave militar.
-¿Resistirá la pantalla de rayos? -preguntó ella, ansiosa, a la defensiva ante la proximidad de un posible enemigo.
-¿Si resistirá? -preguntó él, riendo.
-¿Nos verá el piloto?
-Esa pantalla es más segura que una bóveda subterránea, Srta. Taggart, como ya lo sabrá.
El avión se elevó otra vez y por un instante volvió a ser sólo un punto brillante, un fragmento de papel impulsado por el viento; se estremeció incierto y volvió a bajar en espiral.
-¿Qué diablos quiere hacer? -preguntó Hammond.
Dagny clavó repentinamente la mirada en su rostro.
-Ese hombre busca algo -dijo Hammond- Pero ¿qué?
-¿Tienen algún telescopio?
-Sí, en el aeropuerto, aunque...
Estuvo a punto de preguntarle qué le ocurría, pero ella había echado a correr, atravesando la calle sendero abajo, hacia el aeropuerto, sin saber por qué corría, arrastrada por algo que no tenía tiempo ni valor para identificar.
Encontró a Dwight Sanders junto al pequeño telescopio de la torre de control, observando atentamente al aeroplano, el ceño fruncido con aire perplejo.
-¡Déjeme ver! -pidió Dagny.
Tomó el tubo de metal y acercó un ojo a la lente, mientras la guiaba con gran lentitud, siguiendo al avión. Luego su mano se detuvo, pero sus dedos no se abrieron y su cara permaneció pegada al aparato. Pero la lente no se hallaba ante su ojo, sino apoyada en la frente.
-¿Qué pasa, Srta. Taggart?
Ella levantó poco a poco la cabeza.
-¿Se trata de algún conocido, Srta. Taggart?
No le contestó. Se alejó de allí a toda prisa. El ruido de sus pisadas era vacilante, como si careciera de una meta, pero tuviera que escapar de allí, ocultarse. No sabía si temía que la vieran los que la rodeaban o el tripulante del avión, cuyas alas de plata ostentaban el número perteneciente a Hank Rearden.
Tropezó con una piedra y cayó. Sólo entonces se dio cuenta de que había estado corriendo. Se encontraba en una pequeña saliente de los acantilados, por encima del campo de aterrizaje, oculta a la visión de la ciudad y abierta al panorama del

firmamento. Se levantó, alargando las manos hacia el apoyo del muro de granito y notó su calor bajo las palmas. Se puso de pie, de espaldas a la pared, incapaz de moverse o de apartar su mirada del avión.
El punto plateado describía lentos círculos, se hundía, volvía a levantarse, luchando, se dijo Dagny, tal como ella había luchado, en busca de los restos de algún accidente en aquello extensión de barrancos y de cimas engañosas, sin claridad suficiente para des-cubrir nada en ellos. Estaba buscando los restos de su avión. No había abandonado la empresa y, no obstante lo que aquellas 3 semanas le hubieran costado o lo que sintiera, la única evidencia que daría de ello al mundo era aquel persistente y monótono zumbido del motor que impulsaba un frágil aparato sobre cada metro letal de aquella inaccesible cadena de montañas.
A causa de la brillante pureza del aire estival, el avión parecía sumamente cercano, lo veía dejarse llevar por ligeras corrientes y oscilar ante los embates del viento y le parecía imposible que Hank no pudiera verla a ella. Todo el valle se extendía bajo él iluminado por la claridad del sol, resplandeciente con sus paneles de vidrio y sus praderas verdes, anhelando ser visto. Ese valle constituía el fin de aquella tortuosa búsqueda, la plenitud de algo más que sus momentáneos deseos, no sólo el hallazgo de un avión destrozado y del cuerpo de Dagny, sino la viva presencia de ella y la libertad de él. Todo cuanto buscaba o alguna vez había buscado, se hallaba ahora desplegado ante él, abierto, a la espera y a su alcance. Bastaba con que se lanzase en picada por el aire puro y transparente. Todo sería suyo, si él tenía la capacidad de verlo.
-¡Hank! -gritó Dagny, agitando los brazos en desesperada señal- ¡Hank!
Volvió a apoyarse contra la roca, sabiendo que no podía hacerse oír, que no podía transferir esa visión, ya que ningún poder en la Tierra era capaz de penetrar la pantalla, excepto la mente y la inteligencia del piloto. De pronto, y por vez primera, Dagny concibió aquella pantalla, no como algo intangible, sino como la más terrible y absoluta barrera que la separaba del mundo exterior.
Apoyada en la roca, contempló con silenciosa resignación los desesperanzados círculos del aeroplano y la lucha de su motor, que parecía emitir un grito de socorro, un grito al que ella no podía contestar. Se hundió de repente, pero como preludio a su elevación definitiva; trazó una rápida diagonal frente a las montañas y se lanzó hacia el cielo abierto. Luego, como atrapado en la extensión de un lago sin orillas ni salida, se fue perdiendo lentamente de vista hasta que sólo quedó de él el zumbido cada vez más lejano del motor.
Dagny pensó amargamente en todo cuanto Hank había dejado de ver. "¿Y yo?", se dijo. Si salía ahora del valle, la pantalla se cerraría tras ella tan apretadamente que ese lugar, la Atlántida, desaparecería bajo una bóveda de rayos más impenetrables que el fondo del océano, y se quedaría desvelándose por aquellas cosas que no había sabido ver, se debatiría contra un espejismo de civilización primaria, en tanto que la realidad de todo cuanto deseaba jamás volvería a ponerse a su alcance.
Pero la atracción del mundo exterior, aquella atracción que la había impulsado a seguir los movimientos del avión, no residía en la imagen de Hank Rearden, ya que estaba segura de que no volvería a él, aunque saliera del valle. La atracción residía en el valor de Hank y en el de todos aquellos que seguían luchando por mantenerse vivos.

Él no podía abandonar la búsqueda del avión perdido aunque todos los demás hubieran desertado, del mismo modo en que no abandonaría sus fundiciones, ni ningún objetivo elegido, siempre que existiera una sola posibilidad. ¿Estaba segura de que no quedaba ninguna para Taggart Transcontinental? ¿Estaba convencida de que las condiciones de la lucha eran tales que no podía pensar en vencer? Los hombres de la Atlántida tenían razón al desaparecer, si sabían que no dejaban nada de valor tras ellos, pero a menos que viera la ausencia de toda posibilidad, y no tuviera la plena seguridad de que había peleado todas las batallas, no tenía derecho a seguir allí. Este era el problema que la había perturbado por semanas, pero al que no le había encontrado ni un atisbo de respuesta.

Aquella noche permaneció despierta, completamente inmóvil, realizando un proceso de desapasionada, precisa y casi matemática consideración, como un ingeniero, como Hank Rearden, sin importarle lo que aquello le costara o la hiciera sufrir. En aquel silencioso cubo de tinieblas, buscando una respuesta que la eludía, vivió la misma agonía que Hank en el avión. Leyó las palabras grabadas en las paredes, débilmente visibles bajo la claridad de las estrellas, pero ella no tenía derecho a convocar la ayuda que aquellos hombres habían convocado en sus horas más oscuras.

* * *

-¿Sí o no, Srta. Taggart?

Contempló los rostros de los 4 hombres, iluminados por la suave penumbra en el salón de la casa de Mulligan: el de Galt, dotado de la serena e impersonal atención de un científico; el de Francisco, inexpresivo, con una débil sonrisa que serviría por igual a cualquier respuesta; el de Hugh Akston, tranquilo y compasivo, y el de Midas Mulligan, que había formulado la pregunta sin ningún atisbo de antipatía. En algún lugar, a 3.200 km. de allí, en aquella hora crepuscular, la página de un calendario se iluminaba sobre los techos de Nueva York para anunciar: "28 de junio". Le pareció de pronto que la estaba viendo, colgada sobre las cabezas de aquellos hombres.

-Aún tengo un día -respondió vivamente- ¿Me permiten hacer uso de él? Creo haber llegado a una decisión, pero no estoy totalmente segura y necesitaré cuanta certeza me sea posible.

-Desde luego -dijo Mulligan- En realidad, tiene hasta pasado mañana por la mañana. Esperaremos.

-Esperaremos incluso más -dijo Hugh Akston- Incluso durante su ausencia, si es necesario.

Permanecía junto a la ventana frente a ellos, sintiendo una momentánea satisfacción al saberse erguida, con las manos tranquilas, sin temblar, y la voz totalmente normal, sin quejarse ni pedir nada, igual que ellos. Por un instante creyó estar unida a aquellos 4 seres.

-Si alguna parte de su incertidumbre -dijo Galt- se origina en un conflicto entre corazón y mente... siga lo que le dicta esta última.

-Considere las razones que nos dan la seguridad de estar en lo cierto -dijo a su vez Hugh Akston- pero no los hechos en que fundamos dicha certeza. Si no está convencida, ignórela. No se sienta obligada a sustituir su juicio por el nuestro.
-No confíe en nuestras ideas acerca de lo que es mejor para su futuro -añadió Mulligan- Nosotros lo sabemos muy bien, pero de nada le servirá hasta que usted también lo sepa.
-No consideres nuestros intereses o deseos -intervino Francisco- No tienes deberes hacia nadie, excepto hacia ti.
Dagny sonrió, ni triste ni alegre, pensando que ninguna de esas frases era la clase de consejo que hubiese recibido en el mundo exterior, y al darse cuenta del anhelo con que deseaban ayudarla, allí donde no era posible recibir ayuda alguna, le pareció que debía darles cierta seguridad.
-Yo llegué aquí de manera forzada -dijo con calma- y debí declarar que aceptaba la responsabilidad de lo que ocurriese y lo estoy haciendo.
Su recompensa le llegó en la sonrisa de Galt, una sonrisa semejante a la entrega de una medalla de premio.
Apartando la mirada, recordó súbitamente a Jeff Allen, el vagabundo a quien habían sorprendido a bordo del Comet, evocó cuánto lo había admirado cuando le aseguró que sabía adónde iba, para ahorrarle la carga de su indeterminación. Sonrió débilmente, pensando que estaba ahora experimentando eso, representando ambos papeles. Se dijo que ninguna acción puede ser más baja o más inútil que echar sobre otra persona la responsabilidad de su renunciamiento a elegir.
Sentía una tranquila calma, casi un confiado reposo que sabía que era tensión, pero positiva. Se sorprendió al pensar: "Responde adecuadamente en una situación de emergencia: me gusta", y darse cuenta de que aquella persona era ella misma.
-Esperemos hasta pasado mañana, Srta. Taggart -sentenció Midas Mulligan- Esta noche aún seguirá aquí.
-Gracias -respondió ella.
Permaneció junto a la ventana, mientras los 4 discutían los asuntos del valle en la conferencia con que cerraba el mes. Acababan de comer y Dagny recordó su primera cena en aquella casa, 4 semanas atrás. Llevaba, igual que entonces, el vestido gris que usaba en su despacho, y no la falda campesina, que tanto usaba durante el día. "Esta noche aún estoy aquí", pensó, aferrándose al alféizar de la ventana con gesto posesivo.
El sol no había desaparecido aún tras las montañas, pero el cielo adoptaba un suave tono azul, profundo y engañoso, mezclado con el de nubes invisibles que en una franja única ocultaban al astro; sólo los bordes de dichas nubes aparecían subrayados por una débil claridad que parecía provocada por retorcidos tubos de neón... como un mapa de serpenteantes ríos... como... como el trazado de un ferrocarril, impreso en fuego blanco sobre el cielo.
Escuchó cómo Mulligan le daba a Galt los nombres de quienes no regresarían al mundo exterior.
-Tenemos trabajo para todos -dijo- En realidad sólo 10 o 12 volverían allí este año, la mayoría para terminar sus trabajos, desprenderse de cuanto posean y regresar

de un modo permanente. Creo que éste habrá sido nuestro último mes de vacaciones, porque antes de que pase otro año todos viviremos en el valle.
-Bien -dijo Galt.
-Tendrá que ser así, a juzgar por lo que ocurre afuera.
-Sí.
-Francisco -dijo Mulligan- ¿Regresarás en unos meses?
-En noviembre a más tardar -respondió Francisco- Les mandaré aviso por onda corta en cuanto esté listo... ¿Encenderían la calefacción de mi casa?
-Lo haré -prometió Hugh Akston- Y además tendré la cena preparada para cuando llegues.
-John, me imagino que esta vez no irás a Nueva York -dijo Mulligan.
Tardó un momento y luego respondió con voz apacible:
-Todavía no lo he decidido.
Dagny notó la asombrosa rapidez con que Francisco y Mulligan se inclinaron, y la lentitud con que Hugh Akston posó una mirada sin sorpresa en su rostro.
-No estarás pensando en volver a ese infierno otro año, ¿verdad? -inquirió Mulligan.
-Sí, eso es lo que pensaba.
-Pero, ¡cielos, John!, ¿para qué?
-Te lo diré cuando lo haya decidido.
-Pero ya no tienes nada que hacer allí, ya hemos traído a todos cuantos conocíamos o esperábamos conocer. Nuestra lista está completa, excepto Hank Rearden... y lo tendremos aquí antes de fin de año... y también a la Srta. Taggart si opta por ello. Tu trabajo ha terminado. No hay ya nada que hacer allí, excepto esperar el estallido final, cuando el techo se desplome sobre sus cabezas.
-Lo sé.
-John, la tuya es la única cabeza que no quiero ver en el mundo exterior cuando eso ocurra.
-Nunca les ocasioné problemas, ¿verdad?
-Pero, ¿no te das cuenta de la situación hacia la que están caminando? Sólo se encuentran a un paso de la violencia desembozada. ¡Diablos! Ese paso lo han contenido, pero se han propuesto darlo hace mucho tiempo. Llegará un determinado momento en que comprenderán con toda claridad lo que han hecho y todo les estallará en su condenada cara en forma de violencia ciega, arbitraria y sangrienta; de una violencia sin freno, que se desencadenará contra todo y contra todos, sin discriminación. Y no quiero verte en medio de eso.
-Sé cuidarme solo.
-John, no hay motivo para que corras ese riesgo -sugirió Francisco.
-¿Qué riesgo?
-Los saqueadores se interesan mucho por los que desaparecieron. Sospechan algo, y tú eres el menos indicado para permanecer allí por más tiempo, porque existe la posibilidad de que descubran quién eres y lo que has hecho.
-Sí, existe una posibilidad, pero lejana.
-Pero no hay motivo para que te expongas, no hay ya nada que Ragnar y yo no podamos terminar.

Hugh Akston los miraba en silencio, reclinado en su silla, con una intensa expresión en su cara que no reflejaba amargura, pero tampoco alegría; era el gesto de un hombre que atiende la progresión de los hechos.
-Si regreso -dijo Galt- no será para nada relacionado con nuestro trabajo, sino para conseguir lo único que quiero de afuera, ahora que hemos terminado el trabajo. Nunca tomé nada del mundo ni he deseado nada, pero hay algo pendiente que es mío y que no permitiré que lo posea nadie. No, no pretendo quebrantar mi juramento, no haré ningún trato con los saqueadores, no ayudaré a ninguno de ellos, ni siquiera a los neutrales, ni a los disidentes. Si me voy no será en provecho de nadie más, sino tan sólo mío. Además, no creo arriesgar mi vida, pero si así fuera... soy libre de intentarlo.
No miraba a Dagny, pero ella tuvo que volverse y apoyarse en el marco de la ventana, porque estaba temblando.
-¡Pero, John! -gritó Mulligan, señalando el valle con un movimiento miento de su brazo- Si algo te ocurriera, ¿qué haríamos nosotros...? Se detuvo bruscamente con aire de culpa.
-¿Qué ibas a decir? -preguntó Galt, riendo. Mulligan hizo un gesto tímido, como si no quisiera continuar con aquel tema- ¿Ibas a decir que si me pasara algo moriría como uno de los mayores fracasos ocurridos en el mundo?
-¡Está bien! -concedió Mulligan con culpa- No diré que no podemos arreglarnos sin ti, podemos hacerlo. No te rogaré que permanezcas aquí por nosotros, ni repetiré el famoso juramento, pero ¡qué tentación he tenido de hacerlo! Casi puedo darme cuenta de por qué la gente obra así en ocasiones. Comprendo lo que deseas... si prefieres arriesgar tu vida, puedes hacerlo. Sin embargo... ¡oh, Dios mío...! ¡Es una vida tan valiosa!
-Lo sé -dijo Galt, sonriente- Por eso, no creo arriesgarla; estoy convencido de que venceré.
Francisco guardaba silencio, observando intensamente a Galt con las cejas fruncidas en expresión de asombro, no como si hubiera encontrado una respuesta, sino como si de improviso se enfrentara a una interrogante.
-Mira, John -dijo Mulligan-, ya que todavía no decidiste si irás o no... porque aún no has decidido nada, ¿verdad?
-No, todavía no.
-En ese caso, ¿podría recordarte algunas cosas para que tengas en cuenta?
-Adelante.
-Lo que más temo son los peligros inesperados, esos insensatos e imprevistos peligros de un mundo que se está cayendo a pedazos. Considera los riesgos físicos que implica el manejo de una complicada maquinaria por parte de gente ciega y cobarde, enloquecida por el miedo. Piensa en sus ferrocarriles: estarías arriesgándote a horrores como el del túnel Winston, cada vez que subas a un tren. Y sucederán más accidentes de ese tipo, cada vez con mayor frecuencia. Se llegará a un punto en que todos los días habrá una catástrofe.
-Lo sé.
-Y lo mismo ocurrirá en todas las demás industrias donde se utilicen máquinas, esas máquinas con las que creen poder sustituir nuestros cerebros. Aviones desplomados, explosiones en depósitos de petróleo, averías de altos hornos, electrocuciones por cables de alta tensión, hundimientos en el metro y derrumbes

de columnas. Las mismas máquinas que hicieron la vida más segura, ahora la harán sumamente peligrosa.
-Lo sé.
-Sé que lo sabes, pero, ¿has reflexionado sobre ello en todos sus detalles específicos? ¿Te has permitido apreciar una visión integral del problema? Quiero hacerte notar el cuadro exacto de aquello en lo que te propones reingresar, antes de que decidas si algo puede justificar tu regreso al mundo exterior. Sabes muy bien que las ciudades serán las más perjudicadas, porque las ciudades son consecuencia de los ferrocarriles y se hundirán con éstos.
-En efecto.
-Si cesan de circular los trenes, Nueva York morirá de hambre en 2 días, ya que todos sus víveres llegan por tren. Se alimenta de los productos de un continente de casi 5.000 km. de largo. ¿Cómo enviarán productos a la ciudad? ¿En carretas de bueyes? Antes de que suceda todo eso, pasarán una larga agonía, con restricciones, carencias, tumultos, violencia desatada en medio de una rápida paralización general.
-Así es.
-Lo primero que se perderán serán los aviones, luego los coches, los camiones e incluso las carretas.
-Así será.
-Sus fábricas dejarán de funcionar y luego los hornos y las radios. A continuación desaparecerá la luz eléctrica.
-Lo sé.
-Sólo un delgado hilo mantendrá unido al continente. Un hilo muy gastado, constituido por un tren diario, luego por un tren semanal y más tarde el puente Taggart se desplomará y...
-¡No! ¡Eso no!
Era la voz de Dagny, y todos se volvieron hacia ella. Estaba pálida, pero más tranquila que cuando había hablado por última vez.
Lentamente, Galt se puso de pie e inclinó la cabeza, como aceptando un veredicto.
-Ya has tomado tu decisión -dijo.
-Sí.
-Dagny -intervino Hugh Akston-, lo siento. -Hablaba con calma, aunque haciendo un esfuerzo, como si sus palabras lucharan por llenar el silencie de la habitación, aunque sin conseguirlo- Desearía que esto no estuviera sucediendo, hubiera preferido cualquier cosa, excepto verla salir de aquí por falta de valor para defender sus convicciones.
Dagny extendió las manos, en un ademán de sencilla franqueza, y dijo dirigiéndose a todos con modales tan tranquilos que se pudo permitir demostrar una leve emoción:
-Quiero que sepan algo: hubiera querido morir en este plazo de un mes, para poder quedarme para siempre en este valle. Tan desesperadamente he querido quedarme, pero si quiero seguir viviendo, no puedo eludir una batalla que creo debo librar.
-Desde luego -aprobó Mulligan-, si es así como sigue pensando.

-Si quieren saber el motivo que me hace volver, lo diré: no puedo resignarme a abandonar a la destrucción toda la grandeza del mundo, todo aquello que fue mío y de ustedes, que fue hecho por nosotros y que aún nos pertenece, porque no puedo creer que las personas se nieguen a ver, que permanezcan ciegas y sordas para siempre, cuando nosotros tenemos la verdad y sus vidas dependen de aceptarla. Aún aman sus vidas y eso constituye la parte no corrompida de sus cerebros. Mientras la gente desee vivir, no puedo perder mi batalla.
-¿Lo desean? -preguntó suavemente Hugh Akston- ¿Lo desean? No, no me conteste ahora. Sé que esa pregunta ha sido la más difícil de comprender y de aceptar para todos nosotros. Llévesela como última premisa a comprobar.
-Se va de aquí como nuestra amiga -dijo Mulligan- Pero combatiremos contra cuanto haga, porque sabemos que está equivocada. Sin embargo, no será a usted a quien estaremos condenando.
-Regresará -afirmó Hugh Akston-, porque el suyo es un error de conocimiento, no un fracaso moral ni un acto de rendición al mal, sino tan sólo una última acción en la que es víctima de su propia virtud. La esperaremos y, cuando regrese, habrá descubierto que no hay más conflictos entre sus diferentes deseos ni choques de valores tan trágicos como el que ha soportado de un modo admirable.
-Gracias -dijo Dagny cerrando los ojos.
-Discutiremos las condiciones de su partida -indicó Galt, hablando con el estilo desapasionado de un director ejecutivo- En 1º lugar, debe darnos su palabra de que no revelará nuestro secreto, ni parte de él, ni tampoco nada relacionado con nuestra causa ni nuestra vida en este valle, ni lo que estuvo haciendo durante el mes transcurrido aquí, a nadie del mundo exterior, en ningún momento, ni por ningún propósito.
-Les doy mi palabra.
-2º: jamás intentará encontrar este valle otra vez. No regresará sin haber sido invitada. Si quebranta la 1º condición, el peligro en que nos pondrá será grave, pero si rompe la 2º el peligro será suyo. No es nuestra política situarnos al arbitrio de la buena fe de nadie, o a merced de una promesa que no pueda ser cumplida. Tampoco esperamos que coloque nuestros intereses por encima de los suyos. Si considera que su camino es el correcto, puede llegar el día en que crea necesario conducir a este valle a nuestros enemigos. En consecuencia, no le dejaremos medios para lograrlo. Será sacada de aquí en avión, con los ojos vendados, y la llevaremos a distancia suficiente para que le sea imposible averiguar el camino.
-Tienen razón -aprobó Dagny, inclinando la cabeza.
-Su avión está arreglado. ¿Quiere disponer de él firmando un giro contra su cuenta en el Banco Mulligan?
-No.
-Entonces lo retendremos aquí hasta que desee pagar la reparación. Pasado mañana la llevaré en mi avión hasta un punto fuera del valle, y la dejaré lo más cerca posible de otros medios de transporte.
-Muy bien -dijo. Dagny aprobando otra vez con la cabeza.
Era ya de noche cuando salieron de la casa de Mulligan. El sendero que conducía a la vivienda de Galt atravesaba el valle, pasando ante la cabaña de Francisco, y emprendieron el regreso juntos. Varios rectángulos de ventanas iluminadas se diseminaban en la oscuridad, y las primeras franjas de niebla se enredaban

lentamente ante los cristales, como sombras lanzadas desde un mar lejano. Caminaban en silencio, pero el sonido de sus pasos unidos en vivo ritmo parecía un discurso que no pudiera ser asido o expresado de otra forma.
Al cabo de un rato, Francisco dijo:
-Esto no cambia nada, tan sólo hace el plazo algo más largo. El último trecho es siempre el más dificil... pero es el último.
-Así lo espero -respondió Dagny. Y al cabo de un momento, repitió: -El último es el más dificil. -Se dirigió a Galt- ¿Puedo pedirle algo?
-Sí.
-¿Me dejaría partir mañana mismo?
-Si lo desea...
Cuando Francisco volvió a hablar momentos después, lo hizo como si se dirigiera a una maravilla innombrable, que residiera en el fondo de su mente. Su voz tenía el tono de quien contesta a una pregunta.
-Dagny, los 3 estamos enamorados -ella lo miró repentinamente- de lo mismo, no importa la forma que adopte. No te extrañes de que no se genere ninguna grieta entre nosotros. Serás de los nuestros mientras sigas enamorada de tus rieles y de tus locomotoras, y ellos te conducirán de nuevo hacia aquí, no importa las veces que pierdas el camino. El único hombre que nunca será redimido es el que carece de pasión.
-Gracias -dijo Dagny lentamente.
-¿Por qué?
-Por... por tu modo de hablar.
-¿Qué modo es ése? Dale un nombre, Dagny.
-Pareces... feliz.
-Lo soy, exactamente igual que tú. No me digas lo que sientes. Lo sé. Pero la medida del infierno que estás dispuesta a soportar es la misma medida de tu amor. El infierno al que yo no podría enfrentarme es la posibilidad de verte indiferente.
Ella aprobó en silencio, incapaz de dar el nombre de alegría a nada de lo que sentía, pero aun así sintiendo que Francisco tenía razón.
La niebla se desplazaba como humo delante de la luna y a su difusa claridad no podía distinguir la expresión de sus acompañantes. Lo único que percibía era las erguidas siluetas de sus cuerpos, el ininterrumpido sonido de sus pasos y su propio deseo de seguir caminando sin detenerse, un deseo que no podía calificar, aunque sabía que no nacía de la duda ni del dolor.
Cuando se acercaban a su casa, Francisco se detuvo y al señalar la puerta pareció abrazarlos en el gesto.
-¿Quieren entrar, ya que será nuestra última noche juntos durante algún tiempo? Brindemos por ese futuro del que tan seguros estamos los 3.
-¿Lo estamos? -preguntó Dagny.
-¡Claro que sí! -repuso Galt- Lo estamos.
Los miró a ambos cuando Francisco encendió la luz de su casa. No pudo definir sus expresiones: no eran de felicidad ni estaban relacionadas con la alegría. Estaban tensos y solemnes, pero de esa solemnidad emanaba una suave claridad y supuso que su propia cara ofrecía un aspecto similar.

Francisco sacó 3 copas de un armario, pero se detuvo como asaltado por una idea. Puso una copa en la mesa y luego tomó las 2 de plata de Sebastián d'Anconia, para colocarlas junto a la primera.
-¿Vas directamente a Nueva York, Dagny? -preguntó en el tono tranquilo de un anfitrión que ofrece un poco de vino añejo.
-Sí -respondió ella del mismo modo.
-Yo iré pasado mañana a Buenos Aires -dijo él, al tiempo que descorchaba la botella- No estoy seguro de si, más tarde, regresaré a Nueva York, pero si lo hago, será peligroso para ti que nos encontremos.
-No importa el riesgo -respondió ella- A menos que opines que no tengo derecho a verte más.
-Así es, Dagny, no lo tienes. Al menos no en Nueva York -Mientras servía el vino, miró a Galt.
-John, ¿cuándo decidirás si piensas volver o permanecer aquí?
Él lo miró de frente y luego, con lentitud, en el tono de quien conoce bien las consecuencias de sus palabras, respondió: -Ya lo he decidido, Francisco. Regresaré.
La mano de Francisco quedó inmóvil. Durante un largo instante miró a Galt y luego a Dagny. Dejó la botella y, aunque no retrocedió, fue como si los contemplase desde un ángulo más amplio, incluyéndolos a ambos.
-Desde luego -dijo.
Pareció alejarse todavía más, como si ahora contemplara la extensión de aquellos años. Su voz tenía un tono uniforme, acorde con su mirada.
-Lo supe hace 12 años -dijo- Lo supe antes de que tú pudieras saberlo y me di cuenta de que alguna vez lo harías. Aquella noche en que nos juntaste en Nueva York, pensé en eso... como en todo lo demás que andabas buscando... -le hablaba a Galt pero miraba a Dagny-, en todo aquello por lo que querías que viviéramos o muriésemos, de ser necesario. Debí haber previsto que lo pensarías. No podía haber sido de otro modo. Todo es como debía ser, todo quedó dispuesto hace 12 años. -Miró a Galt y rió suavemente- ¿Y dices que soy yo quien ha recibido el castigo más duro?
Con un movimiento que comenzó con cierta brusquedad pero se hizo luego más lento, en deliberado énfasis, completó la tarea de verter el vino en las 3 copas sobre la mesa. Tomó las 2 de plata, y ofreció una a Dagny y otra a Galt.
-Tomen -dijo- Las han ganado, y no por casualidad.
Galt tomó la copa, pero la aceptación fue dada con sus ojos cuando ambos se miraron.
-Hubiera dado cualquier cosa para que todo sucediera de un modo diferente -dijo Galt-, pero se encuentra más allá de mis posibilidades.
Dagny sostuvo su copa, miró a Francisco y dejó que él viera cómo miraba a Galt.
-Sí -dijo en son de respuesta- Pero yo no me lo he ganado y lo estoy pagando ahora. No sé si alguna vez lo mereceré, pero si el infierno es el precio y la medida, soy la más codiciosa de los 3.
Mientras bebían, y ella permanecía erguida con los ojos cerrados, notando el paso del líquido por su garganta, comprendió que, para los 3, aquél era el momento más tortuoso y al mismo tiempo más triunfal que jamás hubieran vivido.

No le dirigió la palabra a Galt cuando recorrían el último trecho hacia la casa. No volvió la cabeza hacia él, por parecerle que incluso una mirada podía resultar peligrosa. Sentía en el silencio de los 2 tanto la calma propia de una comprensión total, como la tensión derivada de saber que no iban a dar nombre a cosas que ambos sabían.
Pero cuando estuvieron en el interior de la vivienda, Dagny se enfrentó a él con plena confianza, como presa de una repentina certeza de su derecho a hablar. Con voz tranquila, sin expresión de ruego ni de triunfo, simplemente como quien expone un hecho, le dijo:
-Volverá al mundo exterior porque yo estaré allí, ¿no es verdad?
-Sí.
-No quiero que vaya.
-No puede impedirlo.
-¿Va preocupado por mi bien?
-No, por el mío.
-¿Me permitirá verlo?
-No.
-No voy a verlo.
-Así es.
-¿No sabré dónde está ni lo que hará?
-No.
-¿Me vigilará como en otros tiempos?
-Aún más.
-¿Su propósito es protegerme?
-No.
-Entonces, ¿cuál es?
-Estar presente el día en que decida unirse a nosotros.
Lo miró atentamente sin permitirse ninguna otra reacción, como si se afanara en encontrar una respuesta a aquel primer punto que no había comprendido del todo.
-El resto de nosotros ya se habrá ido -explicó- Será demasiado peligroso seguir allí. Yo me quedaré como su última llave, antes de que la puerta de este valle se cierre definitivamente.
-¡Ah! -exclamó Dagny ahogando su voz antes de que se convirtiera en un gemido. Luego, recuperando su aire de impersonal aislamiento, preguntó: -Supongamos que le dijera que mi decisión es tajante y que nunca me uniré a ustedes. ¿Qué diría?
-Que es mentira.
-¿Y si decidiera ahora hacerlo de un modo definitivo, sea lo que fuere que me depare el futuro?
-¿Sin que importen la evidencia futura que observará, ni las convicciones que se vaya formando?
-No.
-Eso sería peor que mentir.
-¿Está seguro de que habría adoptado una decisión equivocada?
-Lo estoy.
-¿No cree que uno debe asumir la responsabilidad de los propios errores?
-Sí.

-Entonces, ¿por qué no me permite soportar las consecuencias del mío?
-Se lo permito y las soportará.
-Si, cuando sea demasiado tarde, descubro que deseo volver a este valle, ¿por qué tiene que correr el riesgo de mantener la puerta abierta para mí?
-No tengo que hacerlo. No correría ese riesgo si no tuviera como meta final un propósito egoísta.
-¿Qué propósito es ése?
-La quiero aquí.
Dagny cerró los ojos e inclinó la cabeza admitiendo plenamente su derrota... derrota en la disputa y en la tentativa de enfrentarse con calma al pleno significado de lo que estaba abandonando. Luego levantó la cabeza y, como si hubiera absorbido la sinceridad de Galt, lo miró sin ocultar su sentimiento, ni su anhelo, ni su calma, comprendiendo que las 3 cosas aparecían claramente en la expresión de sus ojos.
El rostro de él era el mismo que cuando había aparecido a la luz del sol la primera vez que lo había visto: expresaba una implacable serenidad y una inflexible percepción, sin dolor, temor, ni culpa. Se dijo que, si le fuera posible permanecer así mirándolo, contemplan-do las líneas rectas de sus cejas sobre los ojos verde oscuro y la curva de sombra que subrayaba su boca, los planos metálicos de su cara sobre el cuello abierto de la camisa y la fortaleza inconmovible de sus piernas, pasaría el resto de su vida en aquel lugar y de aquel modo. Y en el siguiente instante comprendió que si sus deseos eran aceptados, la contemplación de aquel hombre perdería todo su significado por haber traicionado todo aquello que le daba valor.
Luego, no como recuerdo, sino como experiencia del presente, volvió a vivir el momento en que había estado ante la ventana de su cuarto en Nueva York, contemplando una ciudad envuelta en la neblina: la forma de la Atlántida, hundiéndose fuera de su alcance. Se dijo que ahora tenía ante su vista la respuesta a ese instante. Sintió, no las palabras que entonces dirigiera a la ciudad, sino las que la habían precedido: "Tú a quien siempre amé y nunca hallé, tú a quien esperaba ver al final de los rieles, más allá del horizonte...".
Y en voz alta dijo:
-Quiero que sepa esto. Inicié mi vida con un único y absoluto propósito: el mundo era mío y era yo quien debía darle forma, de acuerdo con la imagen de mis más altos valores, sin ceder nunca ante una estándar inferior, no importa lo larga o dura que fuera la lucha. -"Tú, cuya presencia siempre sentí en las calles de la ciudad", decía una voz en su interior, "y cuyo mundo siempre deseé construir" -Ahora me doy cuenta de que estaba luchando por es-te valle. -"Es mi amor hacia ti el que me ha mantenido en movimiento" -Fue este valle el que no imaginé posible, y que ahora no cambiaría por nada ni cedería a una maldad irreflexiva. -"Mi amor y mi esperanza pasaban por alcanzarte y mi deseo era ser digna de ti el día en que te encontrara" -Regresaré para luchar por este valle, para liberarlo de su clandestinidad, a fin de recuperar para él el reino a que tiene pleno derecho: permitir que la Tierra le pertenezca materialmente, como ya le pertenece en espíritu, y volver a unirme a usted el día en que esté en condiciones de entregarle el mundo entero. O, si fracaso, de permanecer exiliada de este valle hasta el fin de mis días. -"Pero lo que queda de mi vida seguirá siendo tuyo y continuaré en tu

nombre, aun cuando se trate de un nombre que no pronuncie jamás; continuaré sirviéndote, aun cuando nunca haya de vencer; continuaré con el fin de ser digna de ti para el día en que te encuentre, aunque yo no..." -Lucharé para ello, aunque tenga que luchar contra usted, aunque me trate de traidora... aunque no vuelva a verlo nunca más.
John había permanecido inmóvil, escuchando, sin ningún cambio en su cara. Sólo sus ojos continuaban mirándola como si estuviera oyendo incluso las palabras que no habían sido pronunciadas. Él respondió con la misma mirada, como si ésta contuviera un circuito aún no fracturado, captando con su voz algo del tono de la de ella, en señal de compartir el mismo código; una voz sin ningún signo de emoción, excepto por las pausas entre cada palabra:
-Si fracasa, como otros han fracasado, en la búsqueda de una visión que hubiera podido ser y que, no obstante, se quedó para siempre fuera de su alcance; si, como ellos, llega a la conclusión de que los más altos valores no pueden ser logrados y la visión nunca se hará realidad, no maldiga a esta tierra, como ellos, ni maldiga la existencia. Ha visto la Atlántida que andaba buscando: está aquí, existe, pero se debe ingresar a ella desnudo y solo, sin los harapos de una falsedad de siglos, con la más pura claridad mental; no con el corazón inocente, sino con algo mucho más especial: una mente intransigente, como única posesión y llave. No entrará aquí hasta que haya aprendido que no necesita convencer ni conquistar al mundo. Cuando lo sepa, se dará cuenta de que, en todos los años de su lucha, nada ha representado una barrera ante la Atlántida, ni existieron cadenas que la retuviesen, excepto aquellas que usted misma se forjó. Durante estos años, lo que deseaba conseguir la ha estado esperando de un modo tan inconmovible como su propia lucha, apasionada y desesperadamente, pero con una certeza mayor que la suya. Salga de aquí para continuar el combate, soporte cargas que no ha elegido y acepte castigos inmerecidos, creyendo que puede servirse a la justicia ofreciendo su espíritu a la más injusta de las torturas. Pero, en sus más difíciles y oscuros momentos, recuerde que ha visto otra clase de mundo, recuerde que puede volver a él siempre que lo desee, que la estará esperando y que es algo real, posible... y suyo.
Luego, volviendo un poco la cabeza, con la voz tan clara como antes, preguntó:
-¿A qué hora quiere partir mañana?
-¡Oh!... Lo más temprano posible, dentro de lo que crea conveniente.
-Tenga listo el desayuno a las 7 y nos iremos a las 8.
-Bien.
Se metió la mano en el bolsillo y le entregó un pequeño y resplandeciente disco, que al principio no pudo distinguir con claridad. Era una moneda de oro de 5 dólares.
-La segunda mitad de su salario -dijo.
Dagny cerró los dedos sobre la moneda, apretándola fuertemente, y contestó con toda calma: -Gracias.
-Buenas noches, Srta. Taggart.
-Buenas noches.
No durmió durante las horas que aún le quedaban allí. Sentada en el suelo, con la cara apoyada en la cama, no sentía nada, aparte de la presencia de Galt al otro

lado de la pared. A veces le parecía tenerlo ante sí, como si se hallara sentada a sus pies. Así pasó su última noche con él.

* * *

Se marchó del valle tal como había llegado, sin llevarse nada. Dejó en él las pocas posesiones adquiridas: su falda campestre, una blusa, un delantal, algo de ropa interior, todo perfectamente doblado en un cajón del armario de su cuarto. Contempló las prendas un momento, antes de cerrar, pensando que, si volvía, las encontraría allí. No se llevó nada, excepto la moneda de 5 dólares y la venda que le rodeaba las costillas.

El sol tocaba los picos montañosos, trazando un resplandor circular como una frontera del valle, cuando subió al avión. Se reclinó en el asiento, situado tras el de Galt; él se inclinó sobre ella, del mismo modo que cuando lo había visto por primera vez aquella mañana en el valle. Luego cerró los párpados, notando cómo sus manos le colocaban la venda sobre los ojos.

Escuchó el ruido del motor, pero no era un sonido, sino un estremecimiento o una explosión dentro de su propio cuerpo, aunque se sentía lejos de sí misma.

No supo cuándo las ruedas se despegaron del suelo, ni cuándo el avión atravesó el círculo de montañas. Permanecía inmóvil, con el zumbar del motor como única percepción del espacio, como si fuese transportada dentro de una corriente de sonido que de vez en cuando oscilaba un poco. El zumbido procedía del motor de Galt, del dominio de sus manos aferradas al timón, y sólo pensó en eso; lo demás había que soportarlo, sin oponer resistencia.

Se quedó inmóvil, con las piernas estiradas, las manos sobre los apoyabrazos del asiento, sin efectuar movimiento alguno que le confiriese un sentido del tiempo; sin espacio, ni visión, ni futuro; con la noche de sus ojos cerrados bajo la presión de la tela y consciente de la presencia de Galt a su lado, como única e inmutable realidad.

No hablaban. Sólo una vez ella dijo de improviso:

-Sr. Galt.

-¿Sí?

-Nada, sólo quería saber si aún estaba ahí.

-Siempre estaré ahí.

No supo durante cuántos kilómetros el recuerdo del sonido de aquellas palabras siguió fijo en su mente como un punto de referencia que se hundía paulatinamente en la distancia, hasta desaparecer. Luego, no existió más que la calma de un invisible presente.

No supo si había transcurrido un día o una hora cuando notó el descenso de la nave, que estaba por aterrizar, o acaso estrellarse, cualquiera de las 2 opciones le daba exactamente lo mismo.

Sintió el contacto de las ruedas contra el suelo, pero le costó interpretarlo, como si hubiera necesitado más tiempo para creerlo.

Tuvo noción del trayecto por tierra y de las oscilaciones del aparato. Luego una repentina detención y el silencio total. Enseguida, las manos de Galt tocaron su pelo, y le quitaron la venda.

Percibió una cegadora claridad solar. Un grupo de retorcidos helechos parecía ascender hasta el cielo, sin montañas que los de-tuvieran. Una ruta desierta y la silueta neblinosa de una ciudad se destacaban a un kilómetro de distancia. Miró su reloj: habían pasado cuarenta y siete minutos desde su partida del valle.
–Encontrará ahí una estación Taggart –le explicó él, señalando la ciudad–. Y podrá tomar un tren.
Ella asintió.
No la siguió cuando bajó, sino que se inclinó sobre el timón mirando hacia la portezuela abierta y ambos se contemplaron. Ella se hallaba de pie, con el rostro levantado hacia él, mientras una débil brisa movía su cabello y la línea recta de sus hombros aparecía esculpida por su vestido ajustado de directora de empresa, en medio de lá inmensa planicie de aquella pradera desierta.
El movió la mano señalando hacia el este, hacia invisibles ciudades.
–No me busque allá –dijo–. No me encontrará, a menos que me quiera por lo que soy. Y cuando eso suceda seré el hombre más fácil de hallar.
El ruido de la puerta al cerrarse le pareció más intenso que la explosión del motor que le siguió. Observó el recorrido de las ruedas y el rastro de helechos aplastados que quedaba detrás. Luego notó una franja de cielo entre ruedas y helechos.
Miró a su alrededor. Un halo rojizo de calor colgaba sobre las formas de la ciudad en la distancia, y dichas formas temblaban bajo un matiz oxidado; sobre los techos distinguió los restos de una chimenea derrumbada. Pudo ver también un pedazo de papel seco y amarillento que crujía débilmente entre las plantas a su lado. Era una hoja de periódico. Contempló todo aquello indiferente, sin poder admitir que fuese real.
Levantó la mirada hacia el avión. Su tamaño disminuía al tiempo que el motor se volvía inaudible y se fue elevando más y más, como una cruz de plata; luego, la curva de su movimiento siguió la comba del cielo, hasta dar la impresión de que ya no se movía, sino que se iba encogiendo poco a poco. Lo miró como a una estrella en vías de extinción, mientras se reducía, pasando de una cruz a un punto y luego a una chispa que no tuvo la total seguridad de percibir. Cuando el cielo se llenó de tales chispazos, comprendió que el avión había desaparecido.

CAPÍTULO III - ANTIAVARICIA

-¿Qué hago yo aquí? -preguntó el Dr. Robert Stadler- ¿Por qué me hicieron venir? Exijo una explicación, no estoy acostumbrado a ser arrastrado por medio continente sin razón ni aviso previo.
El Dr. Floyd Ferris sonrió.
-Lo cual me hace valorar todavía más que haya venido, Dr. Stadler.
Resultaba imposible averiguar si hablaba con gratitud o con ironía.
El sol daba de lleno sobre ellos y el sudor corría por las sienes de Stadler. No podía sos-tener esa irritada y embarazosa conversación particular, que intentaba hacía 3 días, en me-dio de la multitud que desfilaba a su alrededor y llenaba las tribunas, y se le ocurrió que ésa era precisamente la razón por la que su encuentro

con Ferris se había postergado hasta ese momento, pero desechó tal pensamiento como si apartara un insecto de su frente húmeda.
-¿Por qué no he podido comunicarme con usted? -preguntó. La fraudulenta arma del sar-casmo parecía ahora menos eficaz que nunca, pero era la única que poseía Stadler- ¿Por qué consideró necesario enviarme mensajes con membrete oficial redactados en un estilo propio más bien de... -iba a decir órdenes, pero se abstuvo- ...comunicados militares y no de una correspondencia científica?
-Se trata de un asunto del gobierno -respondió suavemente Ferris.
-¿Se da cuenta de que estaba muy ocupado y que tuve que interrumpir mi trabajo?
-¡Claro que sí! -dijo el otro con cierta indiferencia.
-¿Se da cuenta también de que hubiera podido negarme a venir?
-Pero no lo hizo -fue la tranquila respuesta.
-¿Por qué no me dio una explicación? ¿Por qué no acudió a mí en persona, en vez de mandar a esos jóvenes matones, con sus misteriosos cuchicheos, más propios de una revis-ta escandalosa que de una labor científica?
-Estaba demasiado ocupado.
-Entonces, ¿quiere contarme qué está haciendo en medio de una llanura de Iowa y qué hago yo aquí? -Hizo un ademán desdeñoso, señalando el polvoriento horizonte de una pra-dera vacía y las 3 graderías de madera recientemente construidas que parecían sudar, por las gotas de resina que relucían al sol.
-Estamos a punto de ser testigos de un acontecimiento histórico, Dr. Stadler. Una oportu-nidad que marcará un hito en el camino de la ciencia, la civilización, el bienestar social y la adaptabilidad política. -La voz de Ferris tenía el mismo tono que la de un gerente de relacio-nes públicas cuando pronuncia un discurso aprendido de memoria- El punto crucial de una nueva era.
-¿Qué acontecimiento es ése? ¿De qué nueva era me habla?
-Como podrá observar, sólo los ciudadanos más distinguidos, la crema de nuestra elite intelectual, han sido elegidos para que tengan el privilegio especial de presenciar este acto solemne, y no podíamos omitir su nombre, ¿verdad?, y desde luego, tuvimos la seguridad de contar con su lealtad y cooperación.
No pudo captar la mirada de Ferris. Las gradas se estaban llenando rápidamente de pú-blico y su colega se interrumpía continuamente para saludar con la mano a los inclasifica-bles asistentes que iban acercándose y a quienes él no había visto nunca, pero que, a juz-gar por la alegre deferencia de los ademanes de su colega, debían ser personajes de impor-tancia. Todos parecían conocerlo y trataban de llamar su atención, como si fuera el maestro de ceremonias, o acaso la estrella del espectáculo.
-Si al menos se expresara con claridad, aunque fuese un instante -rogó Stadler-, y quisie-ra contarme...
-Hola, Spud -saludó Ferris a un correcto caballero canoso, que vestía uniforme de gene-ral.
Stadler levantó la voz.
-Si quisiera usted concentrarse lo suficiente y explicarme qué diablos sucede...
-Es muy sencillo. Se trata del triunfo final de... Tendrá que perdonarme un minuto, Dr. Stadler -se interrumpió Ferris y, como un lacayo muy bien adiestrado lo hace al escuchar el sonido campana de su amo, avanzó en dirección a lo que parecía un

grupo de truhanes de edad madura; antes de alejarse se volvió un instante, lo suficiente para añadir 2 palabras que reverentemente parecía considerar como una explicación total: -La prensa.
El Dr. Stadler se sentó en el banco de madera, reacio a tomar contacto con cualquiera de las personas que los rodeaban. Las 3 gradas, que albergaban a unas 300 personas, forma-ban un semicírculo, como las tribunas de un pequeño circo. Todos los presentes parecían estar listos para presenciar un espectáculo, pero frente a ellos se extendía únicamente la pradera desierta y sin límites, sin nada a la vista, aparte de la oscura mancha de una granja a varios kilómetros de distancia.
Había micrófonos frente a una de las gradas, evidentemente reservada para la prensa, y, en el espacio destinado a las autoridades, una especie de tablero de mando, en el que unas palancas de metal pulido resplandecían al sol. En un improvisado aparcamiento, detrás de los asientos, el impresionante aspecto de unos cuantos coches de lujo confería al conjunto cierto aire de nobleza. La edificación sobre una pequeña altura a unos centenares de metros inquietaba a Stadler. Era una estructura baja y ancha, de finalidad desconocida, con maci-zas paredes de piedra sin ventanas, excepto unas aberturas en forma de grietas protegidas por barras de hierro, y una gran cúpula grotescamente desproporcionada con el resto, que parecía aplastar la construcción contra el suelo. De la base de la cúpula emergían unos tu-bos irregulares, semejantes a toscas chimeneas de arcilla. Nada de aquello guardaba rela-ción con la era industrial, ni con ningún uso conocido. El edificio tenía un aire de silenciosa malevolencia, como un hinchado y venenoso hongo; evidentemente era moderno, pero sus líneas chapuceras, redondeadas y sin intención visible lo hacían parecer una primitiva es-tructura descubierta en el corazón de una selva virgen, dedicada a ocultos ritos propios de salvajes.
Stadler suspiró irritado, pues estaba harto de secretos. "Confidencial" y "Altamente confi-dencial" eran las palabras estampadas en la tarjeta por la que, con sólo 2 días de anticipa-ción, se lo había invitado a Iowa sin explicar el propósito de la cita. Dos jóvenes que se hacían llamar físicos habían aparecido por el Instituto para acompañarlo en el viaje. Sus lla-madas al despacho de Ferris en Washington no tuvieron respuesta. En el curso de aquel fa-tigoso viaje en un avión del gobierno y luego en un automóvil también oficial, los jóvenes no dejaron de hablar de ciencia, de casos urgentes, de equilibrio social y de la necesidad de guardar el secreto. Cuando llegó a destino, Stadler sabía menos que cuando había partido de su oficina. Pero notó que en aquella cháchara sonaban continuamente 2 palabras, que también aparecían en el texto de la invitación y que exhalaban cierto significado tenebroso por estar relacionadas con una finalidad desconocida; eran: "lealtad" y "cooperación".
Después de acompañarlo hasta la 1º fila de la tribuna, donde estaba Ferris, los 2 jóvenes habían desaparecido como absorbidos por un mecanismo automático. Todo lo que veía aho-ra, incluyendo los gestos inseguros y agitados de Ferris en medio del grupo de periodistas, le dio la impresión de que allí reinaba una sorprendente confusión e insensatez y cierta caó-tica ineficacia, y le pareció también que una maquinaria estaba funcionando suavemente pa-ra producir el exacto efecto que se necesitaba en aquel momento preciso.

Un ataque de pánico tan repentino como una descarga eléctrica le generó un desespera-do deseo de huir, pero cerró su mente a semejante idea. Sabía que el secreto tenebroso de aquella ocasión -más crucial, intocable y mortal que lo que sugería el edificio con forma de hongo- era precisamente lo que lo había hecho asistir.

Nunca tendría que averiguar cuáles habían sido los verdaderos motivos de aquella deci-sión, pensó, no con palabras, sino con un breve y doloroso espasmo, semejante a la cólera, que le dejó un sabor ácido. Las mismas palabras que había oído cuando aceptara acudir a ese lugar se repetían en su mente como una fórmula mágica de protección: "¿Qué puede hacer uno cuando hay que tratar con personas?".

Se dio cuenta de que el sector reservado para la que Ferris había llamado "elite intelec-tual" era más grande que el de los funcionarios gubernamentales, y la idea de haber sido acomodado en la 1º fila le produjo algo similar al placer. Se volvió para mirar los bancos si-tuados tras él y con un apagado disgusto, concluyó que aquella reunión disparatada, diversa y descolorida no respondía precisamente a su concepto de una elite intelectual. Había hom-bres en actitud beligerante y a la defensiva, mujeres vestidas con mal gusto, rostros ruines, rencorosos, suspicaces, marcados con una señal incompatible con quien llevara el estandar-te de la inteligencia: la de la incertidumbre. Ningún conocido, ningún famoso, ninguna cara digna de atención. Se preguntó qué pautas se habían seguido para elegir a aquellas perso-nas.

Luego, en la 2º fila, observó a un individuo con aspecto de pandillero: un hombre maduro, delgado, con cara alargada y flácida, que le pareció débilmente familiar; tal vez había visto su fotografía en alguna publicación intrascendente. Se inclinó hacia una mujer y preguntó, señalándolo: -¿Podría decirme el nombre de aquel caballero?

La mujer contestó, en un susurro de temeroso respeto: -¡Es el Dr. Simon Pritchett!

Stadler volvió la cara, deseoso de que nadie supiera que formaba parte de ese grupo.

Se levantó y vio que Ferris estaba conduciendo a todo el grupo de reporteros hacia él. Cuando Ferris estuvo lo suficientemente cerca como para ser oído, con el tipo de ademán y actitud de un guía turístico, dijo: "Pero, ¿por qué tienen que perder el tiempo conmigo, cuan-do ahí tenemos la fuente de nuestro acontecimiento del día, el hombre que ha hecho posible todo esto? ¡El Dr. Robert Stadler!".

La expresión que se pintó en las caras cansadas y cínicas de los periodistas no fue preci-samente de respeto, interés o esperanza, sino más bien una débil reminiscencia de esas cosas, la misma expresión que debieron adoptar en su juventud al escuchar el nombre del Dr. Stadler. Sintió un impulso que no quiso reconocer: el de decirles que no sabía nada de aquel acontecimiento, que su conocimiento del hecho tenía menos valor que el de ellos, que lo habían llevado allí manejándolo como un peón en algún juego ignorado, casi como un pri-sionero.

Pero en vez de eso se oyó decir, en el tono cordial y condescendiente de quien comparte todos los secretos de las más altas jerarquías:

-Sí, el Instituto Científico del Estado está orgulloso de cuanto ha conseguido en beneficio público... El Instituto Científico del Estado no es una herramienta en

manos de intereses par-ticulares o de egoísmos personales, sino que se dedica al bienestar de la humanidad en ge-neral.
Lanzaba, como un dictáfono, todas aquellas despreciables vulgaridades, escuchadas de Ferris con anterioridad.
No se permitió reconocer que lo que sentía era aborrecimiento hacia sí mismo, e identifi-có la emoción, pero no su significado. Pensó que era desprecio hacia los hombres que lo rodeaban, que eran éstos quienes lo obligaban a realizar aquella vergonzosa comedia. "Pe-ro, ¿qué puede hacer uno" -pensó- "cuando se trata con gente?"
Los periodistas tomaban breves notas de sus respuestas. Parecían autómatas, actuando según la rutina de fingir que escuchaban novedades en las vacías declaraciones de otro au-tómata.
-Dr. Stadler -preguntó uno, señalando al edificio-, ¿es cierto que considera que el Proyec-to X es el mayor logro del Instituto Científico del Estado?
Se produjo un silencio mortal.
-¿El... Proyecto... X? -vaciló Stadler.
Comprendió que algo sonaba mal en su voz, cuando los periodistas levantaron la cabeza estupefactos, cual si oyeran una sirena de alarma. Luego esperaron con los lápices listos.
Por un instante, mientras sentía torcerse los músculos de su cara en el fraude de una sonrisa, experimentó un desmedido y casi sobrenatural terror, como si volviera a percibir el silencioso efecto de una suave máquina en la que hubiera sido atrapado, y se viera obligado a cumplir su irrevocable voluntad.
-¿El Proyecto X? -repitió en el tono misterioso de un conspirador- Bien, caballeros, el va-lor y el motivo de cualquier logro del Instituto Científico del Estado no han de ser puestos en duda, ya que se trata de un emprendimiento sin fines de lucro. ¿Necesito decir algo más?
Ferris se había mantenido a un costado del grupo durante toda la entrevista y Stadler se preguntó si sería cierto que la cara de su colega estaba ahora menos tensa y más imperti-nente.
Dos resplandecientes automóviles llegaron a toda velocidad y se detuvieron con un des-pliegue de chirriantes frenadas. Los periodistas abandonaron a Stadler en mitad de una fra-se y echaron a correr para observar al grupo que bajaba de los vehículos.
Entonces Stadler se volvió hacia Ferris.
-¿Qué es el Proyecto X? -preguntó con dureza.
Este sonrió de un modo inocente y cínico a la vez.
-Un emprendimiento sin fines de lucro -contestó, y también echó a correr para reunirse con los recién llegados.
A juzgar por los respetuosos susurros de la muchedumbre, Stadler dedujo que el hom-brecito de aire de matón con un arrugado traje de hilo que caminaba vivamente en el centro del grupo, sonreía, fruncía el ceño y ladraba respuestas a los periodistas, era Thompson, el jefe de Estado. Ferris se movía entre el corrillo con la gracia de un gato que se restriega co-ntra piernas humanas.
El grupo se acercó, conducido por Ferris.
-Sr. Thompson -dijo Ferris sonoramente-, ¿me permite presentarle al Dr. Robert Stadler?

Los ojos del diminuto matón lo estudiaron durante una fracción de segundo con un su-persticioso temor, como a la vista de un fenómeno procedente de cierto reino mítico, incom-prensible para él. Tenía la penetrante y calculadora astucia de un gallo de riña con-vencido de su superioridad, una mirada que venía a ser el equivalente visual de las palabras: "¿Quién será este sujeto?".
-Es un honor, Dr., un verdadero honor -dijo Thompson vivamente, estrechándole la mano.
Stadler se enteró de que el hombre alto y algo encorvado, con el pelo cortado casi al ras, era Wesley Mouch, pero no pudo captar los nombres de los otros individuos cuyas manos estrechó. A medida que el grupo se dirigía a la tribuna destinada a las autoridades, Stadler permaneció en el mismo lugar; bullía en él un descubrimiento que no se atrevía a admitir: el de sentirse ansiosamente complacido por el gesto aprobatorio del pequeño matón.
Unos jóvenes que parecían acomodadores de cine surgieron de algún lugar con canastas cargadas de objetos brillantes, que empezaron a distribuir entre los presentes. Los objetos en cuestión eran prismáticos. Ferris se ubicó frente a un micrófono junto a los asientos de las autoridades oficiales y, a una señal de Wesley Mouch, su voz repercutió súbitamente por la pradera, una voz untuosa y falsamente solemne, amplificada por los parlantes, hasta con-vertirse en poderoso sonido gigante.
-¡Damas y caballeros...!
La multitud calló y todas las cabezas se volvieron hacia la elegante figura del Dr. Floyd Ferris.
-Damas y caballeros, han sido ustedes elegidos, en reconocimiento a sus distinguidos servicios al país y su lealtad social, para ser testigos de la demostración de un aconteci-miento científico de enorme importancia. Su alcance es tan extraordinario, sus posibilidades son tan fantásticas, que, hasta el día de hoy, ha sido conocido sólo por unos pocos con el nombre de "Proyecto X".
El Dr. Stadler enfocó sus prismáticos hacia lo único que tenía frente a sí: la distante gran-ja.
Eran unas ruinas desiertas, evidentemente abandonadas desde hacía muchos años. La claridad del cielo se filtraba por las desnudas vigas del techo y fragmentos de cristal bordea-ban el marco oscuro de las vacías ventanas. Vio un deteriorado granero, la enmohecida to-rre de un molino y los restos de un tractor boca abajo con las ruedas al aire.
Ferris hablaba de los defensores de la ciencia y de los años de abnegada devoción, del trabajo constante y de la búsqueda perseverante que habían hecho posible el Proyecto X.
Estudiando las ruinas de la granja, Stadler pensó que era curioso que hubiera un rebaño de cabras en aquel paraje desolado. Había 6 o 7 de ellas, unas medio dormidas, las otras rumiando letárgicamente la hierba que podían encontrar entre aquellos arbustos quemados por el sol.
-El Proyecto X -continuaba Ferris- ha tenido por objeto realizar investigaciones especiales en el campo de la acústica. La ciencia del sonido ofrece aspectos sorprendentes, que el pro-fano apenas puede sospechar...

A unos 15 m. de la granja, Stadler descubrió una estructura evidentemente nueva y cuya finalidad ignoraba. Parecía ser un conjunto de tirantes de acero que se elevaban en el espa-cio, pero sin sostener nada ni conducir a ningún sitio.
Ferris hablaba ahora sobre la naturaleza de las vibraciones acústicas.
Stadler dirigió sus prismáticos hacia el horizonte, más allá de la granja, pero no había na-da en muchos kilómetros a la redonda. El repentino y vigoroso movimiento de una de las cabras llamó otra vez su atención sobre el rebaño y entonces se dio cuenta de que los ani-males estaban encadenados a estacas clavadas a intervalos regulares en el suelo.
-... y se descubrió -señalaba Ferris- que existen ciertas frecuencias de vibración sonora que ninguna estructura, orgánica o inorgánica, puede resistir...
Una mancha plateada se movió entre la maleza en medio del rebaño. Era una cría que no había sido encadenada y que correteaba alrededor de su madre.
-... El rayo de sonido es controlado por un tablero dentro de un gigantesco laboratorio subterráneo -explicaba Ferris, señalando el edificio en la loma- A ese tablero lo hemos lla-mado afectuosamente "xilofón"; hay que tener sumo cuidado en golpear las teclas adecua-das y accionar las palancas precisas. Para este acontecimiento tan especial, una ampliación del "xilofón", conectada con el del interior, se encuentra aquí -señaló el tablero frente a la tri-buna de las autoridades- a fin de que puedan ustedes presenciar toda la operación y com-probar la sencillez del procedimiento...
A Stadler los movimientos del cabrito le resultaban agradables y tranquilizadores. El pe-queño tendría apenas una semana de vida y parecía una pelota de pelo blanco, con gracio-sas y largas patas rectas, que se movía de un lado a otro, con alegre torpeza. Disfrutaba del sol y el aire veraniego, regocijado con el descubrimiento de su propia existencia.
-... El rayo sonoro es invisible e inaudible, pero absolutamente controlable respecto del objetivo, dirección y alcance. La 1º prueba pública que ustedes están a punto de presenciar ha sido dispuesta para cubrir un pequeño sector de sólo 3 km. de extensión, pero el espacio situado a 30 km. a la redonda ha sido declarado zona de seguridad. El actual dispositivo ge-nerador que posee nuestro laboratorio es capaz de producir rayos que cubren, a través de las aberturas que pueden observar bajo la cúpula, toda esta región en un radio de más de 100 km., en un círculo cuya periferia abarca desde las orillas del Mississippi y desde, más o menos, el puente ferroviario de Taggart Transcontinental, hasta Des Moines y Fort Dodge, lowa; Austin, Minnesota; Woodman, Wisconsin, y Rock Island, Illinois. Y esto es sólo un humilde comienzo, porque poseemos los conocimientos técnicos necesarios para construir generadores que abarquen un radio de 300 y hasta de 450 km.. Sin embargo, debido a que no se ha podido conseguir a su debido tiempo suficiente cantidad de metal altamente resis-tente al calor, como lo es el metal Rearden, tuvimos que limitarnos a nuestro actual equipo y nuestro radio de control. En honor a nuestro gran jefe de Estado, Sr. Thompson, bajo cuya presente administración se garantizaron al Instituto Científico del Estado los fondos gracias a los cuales ha sido posible el Proyecto X, este gran invento será conocido a partir de ahora como el "Armonizador Thompson".
La muchedumbre aplaudió, pero Thompson siguió sentado inmóvil, manteniendo la cara dentro de una consciente seriedad. Stadler se dijo que aquel matón tenía

tan poco que ver con el proyecto como cualquiera de los acomodadores; que ese hombrecito no poseía el ta-lento, ni la iniciativa, ni el suficiente grado de malicia como para inventar ni siquiera una nueva trampa para topos; que también él era sólo un peón en aquella silenciosa máquina: una máquina sin centro, sin jefe y sin dirección, una máquina que no había sido puesta en marcha por el Dr. Ferris o por Wesley Mouch, ni por ninguno de los pusilánimes seres que se agrupaban en las gradas, ni por cualquiera de los que permanecían en un segundo pla-no; una máquina impersonal, sin cerebro ni cuerpo, que nadie conducía y de la que todos los involucrados eran simples peones, cada cual según el grado de su propia maldad. Stad-ler se aferró al borde de su asiento y para reprimir su deseo de ponerse de pie y correr.

-... Y en cuanto a la función y al propósito del rayo acústico, no diré nada. Dejaremos que hable por sí mismo. Verán cómo actúa, cuando el Dr. Blodgett accione las palancas del "xilo-fón". Les sugiero que fijen los ojos en el objetivo, que es esa granja a 3 km. de aquí. No hay nada más que ver, porque el rayo es invisible. Los pensadores progresistas opinan, desde hace tiempo, que no existen entidades, sino acciones; que no hay valores, sólo consecuen-cias. Ahora, damas y caballeros, verán cuáles son los actos y las consecuencias del Armo-nizador Thompson.

Ferris se alejó lentamente del micrófono y fue a sentarse junto a Stadler.

Un hombre jovial y regordete ocupó su lugar ante el tablero y levantó su mirada expectan-te hacia Thompson. Este pareció perplejo por un momento, como si algo se le hubiese es-capado de la mente, hasta que Wesley Mouch se inclinó para murmurarle unas palabras al oído.

-¡Contacto! -exclamó entonces el jefe de Estado.

Stadler no podía soportar la visión de la mano graciosa, ondulante y afeminada del Dr. Blodgett accionando la primera palanca del tablero y luego otra. Levantó sus prismáticos y los enfocó en la granja.

En el instante en que una cabra tiraba de su cadena para alcanzar un alto cardo seco, se levantó en el aire, giró sobre sí misma, con las patas estiradas hacia arriba, estremeciéndo-se, y fue a caer sobre el gris montón formado por otras 7 cabras que se agitaban en pareci-das convulsiones. Antes de lo que el Dr. Stadler hubiera creído, los animales quedaron in-móviles, excepto por la pata de uno de ellos, que sobresalía de aquella masa rígida como un palo y oscilaba como a impulsos de un fuerte viento. La granja se partió como si estuviera hecha de cartón y se derrumbó bajo el torrente de ladrillos de su chimenea. El tractor des-apareció, convertido en una especie de pastel metálico. El molino se rompió y sus fragmen-tos cayeron al suelo, mientras la rueda describía una larga curva en el aire, como impulsada por movimientos propios. Los tirantes y soportes de acero del artefacto recién levantado se vinieron abajo como un castillo de naipes bajo un fuerte soplido. Todo fue tan rápido, tan sencillo e inobjetable, que Stadler no tuvo tiempo para horrorizarse. Lo que acababa de pre-senciar no constituía una realidad, sino que pertenecía al reino de las pesadillas infantiles en que los objetos materiales pueden disolverse gracias a un malévolo deseo.

Apartó los prismáticos de sus ojos y ante él apareció una pradera vacía. No había granja, no había nada en la distancia, excepto una zona un poco más oscura, semejante a la som-bra de una nube.

Un único y penetrante grito se levantó de los asientos situados tras él y una mujer se desmayó. Se preguntó por qué había de gritar de aquel modo, tanto tiempo después de pro-ducido el hecho, pero enseguida comprendió que había transcurrido menos de un minuto desde el accionar de la primera palanca.
Volvió a elevar los prismáticos, esperando que la sombra de la nube fuera todo cuanto había que ver, pero los objetos materiales seguían allí, convertidos en un montón de es-combros. Los examinó y al instante se dio cuenta de que buscaba al cabrito, pero no pu-do encontrarlo: sólo había una pila de cuero gris.
Al bajar los prismáticos y volverse, vio que el Dr. Ferris lo miraba. Tuvo la seguridad de que éste no había estado vigilando el objetivo, sino observándolo a él para ver si podía so-portar el rayo.
-Eso es todo -anunció por el micrófono el rechoncho Dr. Blodgett en el tono obsequioso de un vendedor- En las estructuras no queda un clavo ni un tornillo intactos, ni en los cuer-pos de los animales un vaso sanguíneo sin romper.
La multitud se estremecía en bruscos movimientos, emitiendo murmullos. Desasosega-dos, los presentes se miraban unos a otros, se levantaban con aire incierto y volvían a sen-tarse, intentando poner fin a esa pausa. En los murmullos sonaba un fondo de contenida his-teria y todos parecían esperar que alguien les indicara qué debían pensar.
Stadler vio cómo ayudaban a bajar a una mujer de las filas traseras; llevaba la cabeza gacha y se apretaba la boca con un pañuelo: se había descompuesto.
Apartó su mirada de ella y vio que Ferris seguía mirándolo. Se irguió con expresión aus-tera y desdeñosa, la expresión propia del mayor científico de la nación, y preguntó:
-¿Quién ha inventado esta cosa tan espantosa?
-Usted.
Stadler quedó inmóvil, boquiabierto.
-Se trata sólo de una aplicación práctica de sus descubrimientos teóricos -explicó Ferris, complacido- Surge de sus valiosas investigaciones acerca de la naturaleza de los rayos cósmicos y de las transmisiones espaciales de energía.
-¿Quién ha trabajado en este proyecto?
-Unas cuantas personas de 3º categoría, como las llamaría usted. En realidad, no hubo muchas dificultades. Ninguno de ellos podría haber concebido el primer paso hacia el con-cepto de su fórmula de transmisión de la energía, pero con su fórmula, lo demás fue senci-llo.
-¿Cuál es el propósito de este invento? ¿Cuáles son esas "posibilidades que marcan una época"?
-¡Ah! ¿No lo ha descubierto? Se trata de un valioso instrumento de seguridad pública. Ningún enemigo atacará al poseedor de semejante arma. Librará al país del temor a una agresión y le permitirá trazar su futuro dentro de un marco de absoluta invulnerabilidad. -Hablaba con indiferencia y despreocupación, como si no esperara ni intentara ser creído.- Suavizará las fricciones sociales. Promoverá la paz, la estabilidad y, como hemos señalado, la armonía. Eliminará el peligro de una guerra.
-¿Qué guerra? ¿Qué agresión? Si el mundo entero se muere de hambre y las repúblicas populares apenas pueden subsistir no obstante las entregas que ha

hecho nuestra nación, ¿dónde ve peligro de guerra? ¿Teme que esos harapientos salvajes ataquen a los Estados Unidos?
Ferris lo miró frente a frente.
-Los enemigos internos pueden ser tan peligrosos para el pueblo como los externos -contestó- Y acaso más. -Esta vez su voz sonó como si estuviera seguro de ser comprendi-do- ¡Los sistemas sociales son tan frágiles! Pero piense en la estabilidad que conseguire-mos gracias a unas cuantas instalaciones de este tipo en lugares estratégicos. Significará un estado de paz permanente. ¿No lo cree así?
Stadler no se movió ni respondió. Durante unos segundos su expresión y todo cuanto lo rodeaba se paralizaron. De repente, lo que sabía y había sabido desde siempre, y que había tratado de no admitir, apareció ante él. Luchó entre la evidencia y su poder para negarla.
-¡No sé de qué me habla! -exclamó finalmente.
Ferris sonrió.
-Ningún empresario particular ni ningún codicioso industrial hubiera financiado el Proyec-to X -declaró suavemente, con el aire de quien mantiene una ociosa e informal conversa-ción- No hubiera podido hacer frente a tales gastos, porque se trata de una inversión enor-me, sin perspectivas de utilidades materiales. -Señaló la oscura mancha en la distancia- ¿Qué beneficios podía esperar en el futuro de esa granja? A partir de ahora, no se puede esperar nada de la granja. Como habrá observado, el Proyecto X tenía que ser un empren-dimiento sin fines de lucro. Contrariamente a lo que ocurre en una firma comercial, el Institu-to Científico del Estado no tuvo inconvenientes para obtener la financiación. Durante los úl-timos 2 años, usted no tuvo noticias de que el Instituto hubiera tenido problemas de dinero, ¿verdad? En cambio antes solían existir con frecuencia, al tener que exponer al voto la deci-sión de otorgar los fondos necesarios para el avance de la ciencia. Los encargados de con-cederlos siempre solicitaban algo a cambio, y usted mismo lo decía. Pues bien, se ha pro-ducido un cambio que algunos de ellos tomarán en consideración: la financiación fue apro-bada por otras personas. No resultó muy difícil lograrlo. De hecho, buen número de esas personas se sintieron seguras al consentir la entrega de dinero para un proyecto secretó, porque se sintieron seguras de que el proyecto debía ser importante si a ellas no se les permitía participar de él. Desde luego, existieron unos cuantos sujetos escépticos y vacilan-tes. Pero cedieron cuando se les recordó que el jefe del Instituto Científico del Estado era el Dr. Robert Stadler, cuyo buen juicio e integridad estaban más allá de toda posibilidad de du-da.
Stadler se miraba las uñas.
El repentino acople del micrófono obligó a la gente a prestar atención. Todo el mundo es-taba a punto de entrar en pánico. El locutor, con una voz semejante a una ametralladora que lanzara sonrisas, proclamó alegremente que iban ahora a presenciar la emisión radiofónica que comunicaría la noticia del gran descubrimiento a la nación entera. Tras un vistazo a su reloj, a su cuaderno de apuntes y al brazo de Wesley Mouch, que debía dar la señal, gritó a la reluciente cabeza de reptil del micrófono, de tal manera que su voz llegara a todos los sa-lones, oficinas, estudios, jardines de infantes a lo largo y a lo ancho del país:
-¡Damas y caballeros! ¡Con ustedes, el Proyecto X!

En medio del silabeo del locutor, que galopaba por todo el continente describiendo el in-vento, Ferris se inclinó hacia Stadler y le dijo, en el tono de una observación casual:
-Es vital que no se generen críticas al proyecto en estos tiempos tan dificiles. -Y luego añadió, como al azar, como si se tratara de una broma: -Ni que se formule ningún tipo de crítica en ningún momento.
-¡... los líderes políticos, culturales, intelectuales y morales de la nación -estaba gritando el locutor ante el micrófono- que han presenciado este gran acontecimiento como sus repre-sentantes y en su nombre, ahora procederán a brindarnos sus puntos de vista!
Thompson fue el primero en subir los peldaños de madera que conducían a los micrófo-nos. Salió del paso con un breve discurso, con que saludó a una nueva época y declaró en el tono beligerante de un desafío a enemigos sin identificar que la ciencia pertenecía al pue-blo y que cada hombre, en la faz de la Tierra, tenía derecho a compartir las ventajas creadas por el progreso tecnológico.
A continuación, habló Wesley Mouch. Se refirió a la planificación social y a la necesidad de un apoyo unánime a quienes la llevaban a cabo. Aludió a la disciplina, la unidad, la auste-ridad y el deber patriótico de soportar dificultades temporales.
-Hemos movilizado los mejores cerebros del país para que trabajasen en pro del bienes-tar de todos nosotros. Este gran invento ha sido producto del genio de un hombre cuya de-voción hacia la causa de la humanidad nadie podrá poner en duda, un hombre re-conocido por todos como la mente más ilustre del siglo: ¡el Dr. Robert Stadler!
-¿Cómo? -jadeó Stadler volviéndose hacia Ferris.
Este lo miró con paciente condescendencia.
-¡No me han pedido ninguna autorización para que se diga tal cosa! -manifestó Stadler, susurrando con tanto énfasis que pareció haber gritado.
Ferris extendió las manos en ademán de impotencia.
-Dr. Stadler, me parece inoportuno que se deje usted perturbar por cuestiones políticas que siempre consideró indignas de su atención y su sabiduría. Comprenda que Wesley Mouch no tiene que pedir autorización a nadie.
La figura desgarbada contra el cielo, sobre la plataforma donde se ubicaban los oradores, que, enrollada en torno al micrófono contaba desabridamente una historia desteñida, era la de Simon Pritchett. Expresaba que el nuevo invento era un instrumento beneficioso para la sociedad, que garantizaba la prosperidad general y que quien dudara de un hecho tan evi-dente era un enemigo de dicha sociedad y debía ser tratado como tal.
-Este invento, producto del Dr. Robert Stadler, prominente defensor de la libertad...
Ferris abrió un maletín, sacó de él unas cuantas hojas pulcramente mecanografiadas, y se volvió a Stadler.
-Usted será la estrella máxima de esta transmisión -le dijo- Será el último en hablar. -Le entregó las hojas- Y éste es el discurso que debe leer.
Sus ojos agregaron que la elección de esas palabras no había sido accidental. Stadler tomó las hojas, con las puntas de sus rígidos dedos, igual que si fueran basura.

-No le he pedido que se erigiera en mi "escritor fantasma" -le dijo, pero Ferris dejó pasar el sarcasmo.
-No podía permitir que ocupara su valioso tiempo en redactar discursos para la radio -declaró con cortesía, como si no le importara que se reconociese dicha cualidad, en el tono de quien arroja a un mendigo la limosna con la que salvar su situación- Estoy convencido de que sabrá apreciarlo.
Pero quedó molesto, porque Stadler no pronunció palabra ni miró el manuscrito.
-La falta de fe -estaba declarando un obeso locutor con el aire de quien discute en una pelea callejera- es lo único a lo cual debemos temer. Si tenemos fe en los planes de nues-tros jefes, éstos lograrán los efectos deseados y todos disfrutaremos de prosperidad, tran-quilidad y plenitud. Los individuos que vacilan, dudando y destruyendo nuestra moral, son los que nos mantienen en la escasez y el sufrimiento. Pero no vamos a permitir que sigan actuando así por mucho tiempo: estamos aquí para proteger al pueblo y si alguno de estos confundidos mequetrefes intenta algo, créanme cuando les digo que nos ocuparemos per-fectamente de ellos.
-Sería una desgracia -indicó Ferris con expresión suave- provocar resentimientos popula-res contra el Instituto Científico del Estado en tiempos tan convulsionados como los actua-les. Hay en el país mucho descontento e intranquilidad, y si la gente comprendiera mal la naturaleza del nuevo invento, podría concentrar su antagonismo sobre todos los científicos y éstos nunca han disfrutado de popularidad entre la masa.
-Deseamos la paz -decía ahora suspirando una mujer alta y delgada ante el micrófono- Pues bien, este invento es un nuevo y grandioso instrumento a favor de la paz. Nos protege-rá de los propósitos agresivos de voraces enemigos y nos permitirá respirar libremente y aprender a amar a nuestros semejantes. -La oradora tenía un rostro huesudo y una boca avinagrada, usaba un vestido floreado, azul pálido, que sugería la prenda de una artista- Podemos considerarlo como ese milagro que siempre se creyó imposible en el curso de la historia, como el sueño de muchos siglos, como una síntesis final de ciencia y de amor.
Stadler observó las caras de quienes ocupaban las tribunas. Todo el mundo permanecía ahora sentado, con expresión tranquila, escuchando, pero en sus ojos se apreciaba una tris-teza crepuscular, una apariencia de miedo en proceso de ser aceptado como permanente, de heridas recientes a las que empezara a invadir la infección. Sabían, igual que él, que ellos eran ahora el blanco de las deformes chimeneas que brotaban de la cúpula en forma de hongo, y se preguntó de qué modo lograrían sofocar esas imágenes en sus mentes y es-capar de ellas. Supo que las palabras que absorbieron y creyeron ansiosos eran las cade-nas que intentaban sujetarlos, igual que a las cabras, para que no escaparan del radio de acción del aparato. Observó las líneas apretadas de sus labios y las ocasionales miradas de recelo que dirigían a sus vecinos, como si el horror que los amenazaba no procediera del rayo acústico, sino de esos hombres empeñados en comprender. Sus pupilas estaban vela-das, pero lo que aún quedaba de vida en ellas parecía un grito de socorro.
-¿En qué cree que están pensando? -le preguntó Ferris- La razón es la única arma que tienen los científicos... y la razón carece de poder sobre los hombres. En tiempos como és-tos, cuando el país se destroza y la muchedumbre, guiada por

una ciega desesperación, re-curre a los tumultos y la violencia, el orden debe mantenerse y, para ello, debemos recurrir a cualquier medio a nuestro alcance. ¿Qué podemos hacer cuando hay que tratar con gente?
Stadler no contestó.
Una mujer gruesa y de aspecto gelatinoso, con un sostén inadecuado bajo su oscuro ves-tido empapado de sudor, decía ante el micrófono algo que al Dr. Stadler le costó trabajo creer que estaba oyendo: que el nuevo invento sería recibido con especial gratitud por las madres del país.
Stadler miró hacia otro lado. Ferris no pudo ver nada en él, excepto la noble línea de su despejada frente y el rictus de amargura en las comisuras de sus labios.
Pero de pronto, sin anuncio alguno, Robert Stadler se volvió hacia él. Fue como ver bro-tar un chorro de sangre de una herida ya casi cerrada. El rostro del doctor era una máscara de dolor y espanto. Como si, sólo por ese instante, tanto él como Ferris, fuesen se-res humanos, gimió con incrédula desesperanza:
-¡En un siglo civilizado, Ferris! ¡En un siglo civilizado!
Tras una brevísima pausa, Ferris lanzó una carcajada.
-No sé de qué me habla -contestó como quien repite una frase ajena.
Stadler bajó la mirada.
Cuando Ferris volvió a hablar, su voz poseía señales de algo que Stadler no pudo definir, excepto en el sentido de que ese tono no podía figurar en una discusión civilizada.
-Sería una desgracia que algo obstaculizara la labor del Instituto Científico del Estado. Sería una gran desgracia que el Instituto tuviera que cerrar, o que alguno de nosotros se vie-ra obligado a abandonarlo. ¿Adónde iríamos a parar? Los científicos constituyen un lujo en estos días, y no queda demasiada gente ni organizaciones capaces de aportar elementos, no ya suntuosos, sino simplemente necesarios. No nos queda otra opción. No seríamos bienvenidos en el departamento de Investigación de una empresa industrial, como por ejemplo, digamos, Rearden Steel. Además, si nos hiciéramos de enemigos, serían temidos por cualquier persona tentada de emplear nuestros talentos. Un hombre como Rearden hubiera luchado para nosotros. Pero, ¿lo haría alguien como Orren Boyle? Sin embargo, se trata de especulaciones meramente teóricas, porque, desde el punto de vista práctico, todos los establecimientos particulares de investigación científica han sido cerrados por ley, por el decreto 10-289, emitido, como quizás usted no sepa, por Wesley Mouch. ¿Está pensando en las universidades? Están en la misma situación y no pueden permitirse enemigos. ¿Quién hablará en nuestro favor? Tal vez alguien como Hugh Akston habría salido en nues-tra defensa, pero pensar en eso ahora es ser anacrónico, porque él perteneció a una época distinta. Las condiciones instaladas en nuestra realidad social y económica han hecho, des-de hace tiempo, imposible su existencia y no creo que el Dr. Simon Pritchett, o la generación educada bajo su guía, esté dispuesta a defendemos o que acceda a ello. Nunca he creído en la eficacia de los idealistas. ¿Y usted? Además, ésta no es una época adecuada para los idealistas poco prácticos. Si alguien deseara oponerse a una política gubernamental, ¿cómo lograría hacerse oír? ¿Gracias a los caballeros de la prensa, Dr. Stadler? ¿A través de ese micrófono? ¿Existe acaso en el país algún periódico independiente? ¿Una emisora de radio sin controlar? ¿Un pedazo de propiedad particular o una

opinión personal? -Hablaba como un vulgar rufián- La opinión personal es el único lujo que nadie puede permitirse hoy en día.
Los labios de Stadler estaban tan rígidos como los músculos de las cabras muertas.
-Recuerde que está hablando con Robert Stadler.
-No lo he olvidado. Y precisamente por no haberlo olvidado, le hablo ahora. Robert Stad-ler es un nombre ilustre, al que no me gustaría ver destruido, pero, ¿qué representa actual-mente un nombre ilustre? ¿A los ojos de quién lo es? -Hizo un gesto amplio con el brazo, señalando las tribunas- ¿A los ojos de la gente como la que vemos a nuestro alrededor? Si creen que un instrumento de muerte es herramienta de prosperidad, ¿no creerían también que el Dr. Robert Stadler es un traidor y un enemigo del Estado? ¿Se defendería usted di-ciendo que eso no es verdad? ¿Le preocupa la verdad, Dr Stadler? Las dudas acerca de la verdad no entran en las cuestiones sociales. Los principios carecen de vigencia en los asun-tos públicos. La razón ya no tiene ningún poder sobre los seres humanos. La lógica es impo-tente. La moral, superflua. No me conteste ahora, ya lo hará por el micrófono. Es usted el si-guiente orador.
Mirando la larga mancha oscura de la granja a la distancia, Stadler comprendió que lo que sentía era terror, pero no se pudo permitir aceptarlo. Él, que había podido estudiar las partículas y subpartículas del espacio cósmico, no quiso examinar sus propios sentimientos y comprobar que estaban conformados por 3 partes: una basada en el terror hacia una vi-sión que aparecía fija ante sus ojos, la de la inscripción grabada en su honor sobre la puerta del Instituto: "A una mente sin temor, a la verdad inalterable". Otra era el miedo simple y sencillo, rústico, animal, por la posibilidad de su destrucción física, un miedo humillante, que en el mundo civilizado de su juventud nunca creyó posible experimentar. Y la 3º consistía en el pánico de saber que al traicionar lo 1º, uno se entrega de lleno a lo 2º.
Avanzó hacia el estrado con paso firme y lento, la cabeza levantada y el manuscrito del discurso arrugado entre los dedos, como si estuviera subiendo a un pedestal o a un patíbu-lo. Del mismo modo en que la vida de un hombre aparece retratada ante él en el momento de morir, así avanzó hacia la voz del locutor, que leía al país la lista de los diferentes logros en la carrera de Robert Stadler. Una leve conmoción lo estremeció cuando oyó: "... ex direc-tor del departamento de Física de la Universidad Patrick Henry". Comprendió de un modo distante, no como si procediese de su interior, sino de alguna persona a la que dejara atrás y que no era él, que la muchedumbre estaba a punto de presenciar un acto de destrucción más terrible que el de la devastación de la granja.
Había subido los primeros escalones cuando un joven periodista se abrió paso, corrió hacia él y se asió de la baranda para detenerlo.
-¡Dr. Stadler! -lo interpeló en desesperado susurro- ¡Dígales la verdad! ¡Dígales que us-ted no tiene nada que ver con todo esto! ¡Dígales la clase de máquina infernal que han ideado y el propósito que abrigan con ella! ¡Descubra ante el país qué clase de personas in-tentan usarla! ¡Nadie dudará de su palabra! ¡Cuénteles la verdad! ¡Sálvenos! ¡Usted es el único que puede hacerlo!
Stadler lo miró. Era joven, sus movimientos y su voz poseían la vivaz y aguda claridad derivada de una inteligencia despierta. Entre sus colegas maduros,

corrompidos, ansiosos de favores y creados de manera artificial, ese muchacho había conseguido un destacado re-conocimiento en el mundo de la prensa política gracias a un postrero e irresistible chispazo de inteligencia. En sus ojos se pintaba una agudeza anhelante y sin temor. Era la clase de ojos que Stadler había visto clavados en él desde los bancos de las aulas. Notó que tenía ojos color castaño claro, con un leve tinte verde.
Ferris había acudido a su lado, como un sirviente, o un carcelero.
-No quiero verme insultado por jovenzuelos inmaduros y desleales, impulsados sólo por la traición -dijo Stadler en voz alta.
Ferris se volvió hacia el joven y le ordenó con el rostro descompuesto por la rabia y la perplejidad:
-¡Entrégueme su tarjeta de periodista y su permiso para trabajar!
-Me siento orgulloso -leía ante el micrófono el Dr. Stadler al atento silencio de una nación- de que mis años de trabajo al servicio de la ciencia me hayan conferido el honor de colocar en manos de nuestro gran jefe de Estado, el Sr. Thompson, un nuevo instrumento de poten-cia incalculable y de influencia civilizadora y liberadora...

* * *

El cielo parecía tener el aliento nocivo de un horno, y las calles de Nueva York eran como tuberías por las cuales no circulaba aire ni luz, sino simplemente polvo hirviente. El autobús del aeropuerto la había dejado en una esquina desde donde miraba a esa ciudad descono-cida con pasivo asombro. Los edificios parecían abrasados por semanas de calor veraniego, y la gente tenía un aire de abatimiento de siglos. Ella se quedó observándolos, desarmada por una enorme sensación de irrealidad. Era lo único que percibía desde las primeras horas de la mañana, cuando por una vacía ruta, había caminado hasta una ciudad desconocida, y detenido al primer transeúnte para preguntarle dónde se encontraba.
-En Watsonville.
-¿Qué Estado?
El hombre la miró antes de responder:
-Nebraska -y se alejó rápidamente.
Dagny sonrió sin alegría, sabiendo que el desconocido se había preguntado de dónde vendría aquella mujer, pero ninguna explicación de cuantas imaginara podía ser tan fantásti-ca como la verdad. Sin embargo, lo que a ella le pareció fantástico fue precisamente Wat-sonville, mientras caminaba por sus calles hacia la estación ferroviaria. Había perdido la costumbre de considerar a la desesperación como el aspecto normal y dominante de la exis-tencia humana, tan normal que hasta pasaba inadvertida. Al hallarse de nuevo ante ella la golpeó su total insensatez. Notaba la señal del dolor y del miedo en las caras de la gente y al mismo tiempo el aire de evasión de quien se niega a aceptarlos. Parecían protagonistas de una enorme ficción, de un ritual que los apartara de la realidad, del mundo que no veían, de sus vidas que no vivían, ante el temor de realizar algo anónimamente prohibido. Lo prohibido era contemplar la raíz de su pena y preguntarse acerca del deber de soportarla. Lo veía de un modo tan claro, que

deseó aproximarse a los desconocidos, sacudirlos, reírse en sus caras y gritarles: "¡Reaccionen!".
No existía motivo para que la gente fuese tan desdichada, pensó, ninguna razón que... y entonces recordó que la razón era el único poder que habían proscrito de su existencia.
Subió a un tren Taggart en dirección al aeropuerto más cercano. No dio a conocer su identidad a nadie, porque lo consideró absurdo, y se sentó junto a una ventanilla, como una extranjera que tuviese que aprender el lenguaje incomprensible de quienes hablaban a su alrededor. Tomó un periódico abandonado y se las arregló, aunque con gran esfuerzo, para leerlo, pero no se preguntó por qué decía lo que decía: todo le parecía infantil y absurdo. Clavó la mirada, con asombro, en un párrafo de cierta columna sobre Nueva York, en el que se declaraba enfáticamente que el Sr. James Taggart deseaba informar que su hermana había fallecido en un accidente aéreo, en respuesta a ciertos rumores poco patrióticos que afirmaban otra cosa. Poco a poco, Dagny empezó a recordar el decreto 10-289 y se dijo que Jim se sentía incómodo por las sospechas públicas de que ella fuese una desertora.
La nota indicaba que su desaparición había sido un tema de interés general y que aún lo seguía siendo, y los indicios que daba el artículo eran: la mención de la trágica muerte de la Srta. Taggart en un artículo donde se hablaba del creciente número de accidentes aéreos, y en la última página un anuncio donde se ofrecían 100.000 dólares de recompensa a quien diera con los restos de la nave, firmado por Henry Rearden.
Esto último la intranquilizó; el resto carecía de sentido. Luego, lentamente cayó en la cuenta de que su regreso sería un gran acontecimiento público, comentado por la prensa sensacionalista del país. Experimentó cierta letárgica debilidad ante la perspectiva de una dramática vuelta al hogar, de enfrentarse a Jim y a los periodistas, y de ser parte de todo aquel tumulto, y deseó no tener que hacerlo.
En el aeropuerto, un periodista local entrevistaba a algunos funcionarios que estaban a punto de partir. Dagny esperó hasta que terminó la conversación y, luego, se acercó a él, le mostró sus documentos de identidad y le dijo con voz tranquila, mientras la miraba boquia-bierto:
-Soy Dagny Taggart. ¿Quiere publicar, por favor, que estoy viva y que estaré en Nueva York esta misma tarde?
El avión estaba a punto de partir y eso la salvó de tener que contestar a otras preguntas.
Observó las praderas, los ríos y las ciudades deslizándose a enorme distancia abajo y notó que la impresión de aislamiento que experimentaba al contemplar la Tierra desde un avión era igual a la que sentía al mirar a la gente, sólo que su distancia de la gente le pare-cía mayor.
Los pasajeros oían una emisión radial, al parecer importante, a juzgar por su atención. Captó breves arrebatos de voces engañosas que hablaban de un nuevo invento que signifi-caría indefinibles beneficios de un ambiguo bienestar público. Evidentemente, se habían es-cogido las palabras para que expresaran ideas confusas, y Dagny se preguntó cómo alguien podía simular que las estaba escuchando, pero eso era precisamente lo que hacían los pa-sajeros. Estaban pasando por lo mismo que pasa un niño que aún no sabe leer y que, con un libro

abierto ante los ojos, dice palabras al azar pretendiendo que se encuentran conteni-das en las incomprensibles líneas negras. Pero el niño, al fin y al cabo, sabe que está ju-gando, pensó; en cambio, aquellas personas querían convencerse a sí mis-mas de que no fingían; no conocían otra clase de existencia.
La sensación de irrealidad seguía siendo su única impresión cuando bajó del avión, pasó, sin ser advertida, ante una muchedumbre de periodistas, evitó la parada de taxis y se lanzó en busca del autobús del aeropuerto. Más tarde, de pie en una esquina, le pareció encon-trarse en una ciudad abandonada.
Al entrar en su apartamento, no experimentó la alegría de volver a casa sino que el lugar le parecía una máquina preparada para ser usada con algún ignoto propósito.
El primer claro en medio de aquella niebla fue el impulso de energía que la decidió a to-mar el teléfono y llamar a la oficina de Rearden, en Pennsylvania.
-¡Oh, Srta. Taggart... Srta. Taggart! -exclamó Gwen Ives con voz severa y carente de emoción.
-¡Hola, Srta. Ives! La he sorprendido, ¿verdad? ¿Sabía usted que estaba viva?
-¡Oh, sí! Lo oí por la radio esta mañana.
-¿Se encuentra el Sr. Rearden en su oficina?
-No, Srta. Taggart. Está en las Montañas Rocallosas buscando... es decir...
-Sí, lo sé. ¿Tiene idea de dónde podría localizarlo?
-Espero saber de él de un momento a otro. Ahora se encuentra en Los Gatos, Colorado. Lo llamé en cuanto supe la noticia, pero había salido y dejé el recado de que me llamara. Está en su avión la mayor parte del día... pero en cuanto regrese al hotel se pondrá al habla conmigo.
-¿En qué hotel se aloja?
-En Eldorado, en Los Gatos.
-Gracias, Srta. Ives -dijo a punto de cortar.
-¡Ah, Srta. Taggart!
-¿Sí?
-¿Qué le ha sucedido? ¿Dónde ha estado?
-Ya se lo contaré... cuando nos veamos. Ahora me encuentro en Nueva York. Cuando se comunique con el Sr. Rearden, hágame el favor de decirle que estaré en mi oficina.
-Sí, Srta. Taggart.
Colgó pero mantuvo la mano sobre el teléfono, como queriendo perpetuar su primer con-tacto con un asunto de verdadera importancia. Contempló su apartamento y la ciudad por la ventana, sin deseo alguno de volver a hundirse en la niebla de lo insensato y sin objeto.
Levantó de nuevo el auricular y llamó a Los Gatos.
-Hotel Eldorado -le contestó una voz soñolienta y airada de mujer.
-¿Podría dejar un mensaje para el Sr. Henry Rearden? Cuando regrese, dígale...
-Un minuto, por favor -gruñó la voz, en el tono impaciente de quien no está dispuesto a aceptar ninguna imposición ajena. Escuchó el chasquido de unos interruptores, un zumbido lejano, algunos espacios de silencio, y luego, una voz de hombre clara y firme:
-¿Hola?

Era Hank Rearden. Dagny se quedó mirando el auricular, como si fuera el cañón de un arma, incapaz de respirar.
-¿Hola? -repitió él.
-Hank, ¿eres tú?
Escuchó un sonido ahogado, más semejante a un suspiro que a una exclamación de asombro, y luego, el largo y vacío chisporroteo de la comunicación.
-¡Hank! -No hubo respuesta- ¡Hank! -gritó presa de terror.
Le pareció escuchar una respiración entrecortada, y luego, sonó un murmullo, pero no con acento interrogante, sino como el de quien lo dice todo.
-Dagny.
-Hank, lo siento... ¡Oh, querido, lo siento! ¿No lo sabías?
-¿Dónde estás, Dagny? ¿Te encuentras bien?
-Desde luego. ¿No sabías que he regresado... y que estoy viva?
-No... no lo sabía.
-¡Oh, Dios mío! Lo siento. Llamé y...
-¿De qué estás hablando, Dagny? ¿Dónde te encuentras?
-En Nueva York. ¿No te enteraste por la radio?
-No. Acabo de regresar.
-¿No te dieron el mensaje de que llamaras a la Srta. Ives?
-No.
-¿Estás bien?
-¿Y cómo quieres que esté en estos momentos? -respondió, acompañando sus palabras con una tenue risa, que se fue transformando en una carcajada juvenil- ¿Cuándo volviste?
-Esta mañana.
-Dagny, ¿dónde has estado?
Ella no contestó inmediatamente.
-Mi avión se vino abajo en las Montañas Rocallosas -explicó- Fui recogida por unas per-sonas que me ayudaron, pero no pude mandarte un mensaje de lo que me sucedía.
-¿Tan grave ha sido? -preguntó él, dejando automáticamente de reír.
-¿Te refieres al accidente? No, no fue grave. No me lastimé, nada grave.
-Entonces, ¿por qué no te comunicaste?
-No existían... medios de comunicación.
-¿Por qué demoraste tanto en regresar?
-No puedo contestarte... ahora.
-Dagny, ¿has estado en peligro?
El tono entre sonriente y amargo de su voz expresaba casi pena al contestar: -No.
-¿Fuiste retenida contra tu voluntad?
-No, no precisamente.
-Entonces podrías haber vuelto antes. ¿Por qué no lo hiciste?
-Tienes razón, pero eso es todo cuanto puedo contarte.
-¿Dónde has estado, Dagny?
-¿Te importaría no hablar de eso ahora? Esperemos a vernos.
-Como quieras. No haré preguntas. Dime solamente: ¿estás totalmente a salvo ahora?
-¿A salvo? Sí.

-Quiero decir, ¿has sufrido alguna herida aún no curada, o que pueda tener consecuen-cias permanentes?
En el mismo tono de quien sonríe sin alegría, le respondió: -Heridas, no, Hank. En cuanto a lo de las consecuencias permanentes, no lo sé.
-¿Estarás en Nueva York esta noche?
-Sí, sí. Vine para quedarme.
-¿De veras?
-¿Por qué lo preguntas?
-No lo sé, creo que estoy demasiado acostumbrado a cuando... todo el tiempo que no pude encontrarte.
-Ya volví.
-Te veré dentro de unas horas. -Su voz se quebró, como si la frase resultara demasiado importante para ser creída- Dentro de unas horas -repitió con más firmeza.
-Aquí estaré.
-Dagny...
-Dime.
El rió suavemente.
-Tan sólo quería escuchar tu voz un poco más. Perdóname. No es el momento oportuno. No quiero decirte nada.
-Hank, yo...
-Ya hablaremos personalmente, querida. Hasta pronto.
Se quedó contemplando el silencioso aparato y, por primera vez desde su regreso, sintió dolor, un dolor violento que la hacía vivir, porque era algo digno de ser sentido.
Llamó a su secretaria en Taggart Transcontinental, para decirle brevemente que se halla-ría en su despacho en media hora.
La estatua de Nathaniel Taggart se veía muy real cuando se detuvo frente a ella en la terminal; le pareció que los 2 se encontraban solos en un enorme templo lleno de resonan-cias, mientras neblinosos fantasmas se entrelazaban y desaparecían a su alrededor. Per-maneció inmóvil, mirando la estatua, venerándola. "He regresado" eran las únicas palabras que podía dirigirle con el pensamiento.
En la puerta de cristal esmerilado de su despacho aún figuraba la inscripción "Dagny Taggart". Las caras de sus empleados cuando entró en la recepción fueron idénticas a las de un náufrago que ve de pronto una cuerda a la cual aferrarse. Eddie Willers estaba de pie en su habitáculo de cristal, con un visitante. Inició un movimiento para salir a su encuentro, pero se contuvo, parecía aprisionado allí. Dagny saludó con la mirada a cada una de aque-llas personas, sonriéndoles con afabilidad, como a chiquillos condenados a la desgracia, y luego se dirigió hacia el escritorio de Eddie. La miró como si todo lo demás no existiera, pero su rígida postura daba la impresión de que seguía escuchando al hombre que tenía frente a él.
-¿Fuerza motriz? -decía el visitante, con una voz brusca y trepidante muy similar a un gruñido nasal- No hay problema con la fuerza motriz. Tan sólo hay que tomar...
-Hola -dijo Eddie mansamente, con una velada sonrisa, como quien contempla una lejana visión.

El desconocido se volvió hacia ella. Tenía la piel amarillenta, el pelo rizado, un antipático rostro de músculos blandos, y opacos ojos castaños tan inexpresivos como el cristal: en su-ma, un aspecto desagradable, muy adecuado a los cánones estéticos de un bar de mala muerte.
-Srta. Taggart -dijo Eddie con resonante severidad, el tono de quien quiere obligar a otro a adoptar los modales de un salón en el que nunca ha entrado-, ¿me permite presentarle al Sr. Meigs?
-¿Cómo está usted? -dijo el aludido, sin interés, y luego se volvió hacia Eddie, continuan-do como si ella no estuviera presente: -suprima al Comet en el servicio de mañana y del martes y envíe las locomotoras a Arizona para el especial cargado de uvas, junto con el ma-terial rodante del carbonero Scranton que ya le he mencionado. Comunique las órdenes en-seguida.
-¡No hará nada de eso! -jadeó Dagny, demasiado incrédula para enfadarse.
Eddie no respondió.
Meigs la miró con lo que hubiera podido pasar por asombro, si sus ojos hubiesen sido capaces de manifestar alguna emoción.
-Comunique esas órdenes -le repitió a Eddie sin énfasis alguno, y se marchó. Eddie to-maba nota en un pedazo de papel.
-¿Estás loco? -preguntó Dagny.
Levantó los ojos hacia ella, exhausto por horas de vapuleo.
-Tendremos que hacerlo, Dagny -respondió con voz apagada.
-¿Quién es? -preguntó ella señalando la puerta que acababa de cerrarse detrás de la fi-gura de Meigs.
-El director de Unificación.
-¿Cómo?
-El representante gubernamental a cargo del Plan de Unificación Ferroviaria.
-¿Qué es eso?
-Es... ¡oh, espera un poco, Dagny! ¿Estás bien? ¿Te ha ocurrido algo? ¿Se estrelló tu avión?
Jamás había imaginado cómo sería el rostro de Eddie Willers cuando envejeciera, pero ahora lo veía claramente. Era un anciano a los 35 años, y el cambio había ocurrido en un mes. No se trataba de la contextura, ni de arrugas en la piel. Su rostro era el mismo de siempre, con los mismos músculos, pero ahora parecía saturado por la destructora y resig-nada expresión de quien acepta un dolor sin esperanza.
Dagny sonrió, suave y confidencialmente, como si lo comprendiera e intentara anular to-dos los problemas, y dijo tendiéndole la mano:
-¡Hola, Eddie! Me encuentro bien.
El tomó su mano y se la llevó a los labios, algo que nunca antes había hecho, pero sus modales no eran atrevidos ni despreocupados, sino simple y abiertamente personales.
-Mi avión se estrelló, en efecto -replicó Dagny- Y, para que no te preocupes más, voy a contarte la verdad. No sufrí ningún daño, pero ésa no es la historia que pienso contar a la prensa. Así es que no lo comentes con nadie.
-Por supuesto.

-No tenía ninguna manera de comunicarme con nadie, pero no porque estuviese lastima-da, sino por otra causa. Es todo lo que puedo decirte, Eddie. No me preguntes dónde estu-ve, o por qué tardé tanto en regresar.
-No lo haré.
-Y ahora dime: ¿en qué consiste ese Plan de Unificación Ferroviaria?
-Pues... si no te importa, preferiría que te lo contara Jim. Lo hará dentro de poco. Yo no tengo estómago para eso, a menos que me obligues -añadió con un visible esfuerzo para controlarse.
-No es preciso que lo hagas. Sólo dime si entendí bien lo que quiere ese "unificador": que inmovilices al Comet durante 2 días, para que sus locomotoras arrastren un tren especial cargado de uvas en Arizona.
-En efecto.
-¿Y ha inmovilizado también un tren carbonero de modo de disponer de vagones para ese cargamento de uvas?
-Sí.
-¿Ha dicho uvas?
-En efecto.
-¿Por qué?
-Dagny, hace tiempo que la gente dejó de preguntar "por qué".
Transcurrido un momento, Dagny preguntó: -¿Imaginas los motivos?
-¿Imaginar? No es preciso: lo sé.
-¿De qué se trata?
-El tren especial cargado de uvas está destinado a los hermanos Smather, que hace un año adquirieron un establecimiento frutícola en Arizona al que fuera su dueño durante 30 años y que se arruinó por causa de la Ley de Igualación de Oportunidades. Últimamente, los hermanos Smather compraron el rancho gracias a un préstamo de Washington, con los be-neficios de un proyecto de ayuda a zonas de emergencia como la de Arizona, porque tienen amigos en Washington.
-¿Qué más?
-Dagny, todo el mundo lo sabe, todos saben cuál ha sido el horario de los trenes durante las últimas 3 semanas y por qué algunos distritos y ciertos empresarios consiguen transpor-te y otros no. Pero se supone que no debemos demostrar que estamos enterados, tenemos que simular la creencia de que el "bienestar público" es el único motivo de cualquier deci-sión, y en estos momentos ese bienestar público requiere la inmediata entrega de una enorme cantidad de uvas a la ciudad de Nueva York. El director de Unificación es el único juez del bienestar público y posee autoridad irrevocable sobre el destino que se dé a cual-quier clase de fuerza motriz y material rodante en los trenes del país.
Se produjo un momento de silencio.
-Comprendo -dijo Dagny- ¿Qué se ha hecho con el túnel Winston?
-¡Ah! Quedó abandonado hace 3 semanas. Ni siquiera han rescatado los trenes. El equi-po enviado para eso tuvo que desistir.
-¿Qué se ha hecho acerca de la reconstrucción de la antigua línea alrededor del túnel?
-El proyecto está archivado.
-¿Se está realizando algún tipo de tráfico transcontinental?
-¡Oh, sí! -repuso con amargura.

-¿Por el desvío de la Kansas Western?
-No.
-Eddie: ¿qué diablos ocurrió aquí durante el último mes?
Eddie Willers sonrió con culpa: sus palabras fueron una desagradable confesión:
-Durante el mes pasado hemos estado ganando dinero -repuso. En ese momento se abrió la puerta de la oficina y entró James Taggart, acompañado por Meigs.
-Eddie, ¿quieres estar presente en esta conversación? -preguntó Dagny-. ¿O prefieres perdértela?
-Deseo estar presente.
La cara de Jim parecía un pedazo de papel manoseado, aun cuando su carne suave y algo hinchada no se viese más arrugada que de costumbre.
-Dagny, son muchas las cosas a discutir; innumerables los cambios que... -empezó con una voz penetrante, que parecía querer arrastrar a toda su persona- ¡Oh! Me alegro de que hayas vuelto. Me hace muy feliz saber que vives -añadió impaciente- Ahora, son varias las cosas urgentes...
-Pasemos a mi oficina -propuso Dagny.
Su despacho era una reconstrucción histórica restaurada y mantenida en funcionamiento por Eddie: el mapa, el calendario, el retrato de Nat Taggart seguían colgados de las pare-des, y ya no quedaba allí ningún elemento que recordara la época de Clifton Locey.
-Sigo siendo vicepresidenta de Operaciones, ¿verdad? -preguntó Dagny, irónica, sentán-dose a su escritorio.
-Lo eres -se apresuró a contestarle Taggart con aire acusador, casi desafiante- Lo eres, desde luego. No olvides que no has renunciado. Porque sigues aquí, ¿no es cierto?
-No me he retirado.
-Lo más urgente es comunicarlo a la prensa, decirles que has vuelto a tu puesto y dónde has estado y también... pero, a propósito, ¿dónde estuviste, Dagny?
-Eddie -dijo ella, ¿quieres redactar una nota de acuerdo con lo que voy a decirte y enviar-la a la prensa? Mi avión sufrió una avería mientras volaba sobre las Montañas Rocallosas en dirección al túnel Taggart. Perdí el control de la nave, me puse a buscar un lugar donde ate-rrizar y el aparato se estrelló en Wyoming. Un matrimonio de viejos pastores me encontró allí y me llevaron a su cabaña en las profundidades de los montes, a 75 km. de la población más cercana. Yo tenía graves lesiones y permanecí inconsciente durante casi 2 semanas. En la casa del matrimonio no había teléfono, ni radio, ni medios de comunicación o de transporte, excepto un viejo camión que no quiso funcionar cuando intentaron ponerlo en marcha. Tuve que permanecer con ellos hasta recuperarme lo suficiente para poder mover-me por mí misma. Recorrí a pie los 75 km. hasta el valle y, luego, viajé haciendo autostop hasta la estación Taggart, en Watsonville, Nebraska.
-Comprendo -dijo Taggart- Bien, magnífico. Y ahora, cuando concedas tu entrevista a la prensa...
-No pienso hacerlo.
-¿Cómo? ¡Pero si han estado llamándome todo el día! ¡Te esperan! ¡Es esencial! -exclamó con aire de verdadero pánico- ¡Esencial e imprescindible!
-¿Quién te ha estado llamando todo el día?
-Pues... personas de Washington y... y otras... Esperan tu declaración.

Dagny señaló la nota tomada por Eddie.
-Esa es mi declaración -dijo.
-¡No basta! Debes aseverar que no te has retirado.
-Es evidente. ¿No lo crees? Ya que estoy aquí.
-Debes decir todo lo que ha ocurrido contigo.
-¿Como qué?
-Algo más personal.
-¿A quién?
-A la nación. Todos se han preocupado mucho por ti, y debes devolverles la confianza.
-Esa nota lo hará, si es que realmente alguien se ha preocupado por mí.
-¡No es eso a lo que me refiero!
-Entonces, ¿a qué?
-Quiero decir... -se interrumpió, evitando mirarla- Quiero decir...
Se sentó, buscando las palabras y haciendo crujir sus nudillos.
Dagny tuvo la impresión de que estaba totalmente deshecho. Su temblorosa impaciencia, lo penetrante de su voz, aquella sensación de pánico, eran algo nuevo en su modo de com-portarse. Las bruscas subidas de tono, sus constantes amenazas habían reemplazado a su antigua actitud de precavida benevolencia.
-Quiero decir... -Buscaba palabras con las que expresar su idea, sin necesidad de nom-brarla, y Dagny pensó que intentaba hacerle comprender algo que no quería que fuera cap-tado por otros- Me refiero a que el público...
-Sé a lo que te refieres -le respondió- No, Jim, no pienso asegurar ante el público nada inherente al estado de nuestra industria.
-Pero eres...
-Más vale que el público tenga la desconfianza que considere necesaria. Y ahora, vaya-mos al grano.
-Yo...
-Vayamos al grano, Jim.
Él miró a Meigs, que permanecía sentado en silencio, con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo. Llevaba una chaqueta que parecía de uniforme militar, aunque no lo fuese, y que le apretaba tanto en el cuello que éste le sobresalía por los costados. Un cinturón muy ajustado pretendía disimular un abdomen excesivo y lucía un anillo con un enorme diamante amarillento que lanzaba destellos cuando movía sus rollizos dedos.
-Ya conoces al Sr. Meigs -dijo Taggart- No sabes cuánto me alegro de que los 2 vayan a llevarse bien. -Realizó una pausa expectante, pero no recibió contestación de ninguno- El Sr. Meigs es el representante del Plan de Unificación Ferroviaria y tendrás muchas oportuni-dades para cooperar con él.
-¿Qué es el Plan de Unificación Ferroviaria?
-Se trata de... una nueva organización nacional que entró en vigencia hace 3 semanas y que apreciarás y aprobarás, porque es extremadamente práctica. -Dagny se asombró de ese método en el que Jim actuaba como si al dar por descontada su opinión por anticipado, le impidiera alterarla- Es una disposición de urgencia que ha salvado al sistema de transpor-tes del país.
-¿En qué consiste?

-Te habrás dado cuenta, desde luego, de las insuperables dificultades que presenta la construcción. Resulta imposible, al menos temporalmente, tender una nueva vía. Como con-secuencia, el principal problema del país reside en conservar la industria del transporte en su totalidad. Debemos mantener el plan vigente y las actuales instalaciones. La superviven-cia nacional requiere...
-¿En qué consiste ese plan?
-Dentro de la política de supervivencia, los ferrocarriles han sido unificados en un solo sistema, al que cada cual aporta sus recursos. Los ingresos se entregan a la Oficina Ferro-viaria de Washington, que actúa como entidad fiduciaria para la industria en general y divide los beneficios entre las compañías del sector, de acuerdo con... un muy moderno principio de distribución.
-¿Qué principio?
-No te preocupes, los derechos de propiedad han sido debidamente protegidos, tan sólo han sido modificados. Cada ferrocarril conserva la responsabilidad independiente de su fun-cionamiento, su horario y el mantenimiento de sus vías y equipos, y como contribución a la fusión nacional, toda compañía le permite a otra, cuando las necesidades así lo exigen, utili-zar sus vías y sus servicios, sin percibir remuneración alguna. A fin de año, la Oficina distri-buye los beneficios totales y paga a cada compañía, pero no al azar, según la ya anticuada base del número de trenes en funcionamiento o del tonelaje de la carga transportada, sino de acuerdo con sus necesidades. La conservación de los rieles constituye la necesidad más importante, y por eso se paga a cada compañía según los kilómetros de riel que tiene en funcionamiento.
Dagny comprendió el significado de aquellas palabras, pero era tan incapaz de creerlas como de otorgarles el privilegio del enojo, el despecho o la oposición. Era una pesadilla de dementes, que sólo se apoyaba en la disposición de personas que fingían estar mentalmen-te sanas. Un vacío y una insensibilidad inmensa la arrojaron mucho más allá del reino en el que la indignación moral resulta factible y pertinente.
-¿Qué vía utilizamos ahora para nuestro tránsito transcontinental? -preguntó con voz se-ca y monótona.
-La nuestra, desde luego -se apresuró a responder Taggart- Es decir, desde Nueva York a Bedford, Illinois. A partir de Bedford, los trenes circulan por la vía de Atlantic Southern.
-¿Hasta San Francisco?
-Sí, es mucho más rápido que el largo desvío que tú querías instalar.
-¿Nuestros trenes circulan por allí sin pagar nada por el uso de la vía?
-Además, el rodeo que tú proyectabas no podía haber durado, ya que el riel de la Kansas Western se averió y, por otra parte...
-¿Sin que nos cobren nada por el uso de la vía de Atlantic Southern?
-Verás. Nosotros tampoco les cobramos por el uso de nuestro puente sobre el Mississip-pi.
Luego de una pausa, Dagny preguntó: -¿Has mirado algún mapa?
-Desde luego -respondió ahora Meigs inesperadamente- Ustedes poseen la red ferrovia-ria más extensa del país. Por eso, no tienen nada de qué preocuparse.
Eddie Willers echó a reír y Meigs lo miró inexpresivo y preguntó: -¿Qué le sucede?
-Nada -respondió Eddie, cansado- Nada.

-Sr. Meigs -dijo Dagny-, si usted mira un mapa, se dará cuenta de que 2/3 del costo de mantenimiento de las vías para nuestro tránsito transcontinental nos son actualmente rega-lados por un competidor.
-Desde luego -respondió Meigs, sus ojos entornados con suspicacia, preguntándose qué motivo la habría impulsado a una declaración tan explícita.
-Mientras que se nos paga por la posesión de kilómetros de vía inútil, por las que ya no circula ningún tren -añadió Dagny.
Meigs comprendió y se reclinó en su asiento, como si hubiera perdido todo interés en el debate.
-¡No es cierto! -exclamó Taggart- Funciona un gran número de trenes locales en la región de nuestra antigua línea transcontinental en Iowa, Nebraska y Colorado, y también al otro lado del túnel, en California, Nevada y Utah.
-Circulan 2 locales por día -explicó Eddie Willers en el tono seco, inocente y tranquilo de quien cita los datos de un informe- Y en algunos lugares todavía menos...
-¿Qué elemento determina cuál es el número de trenes que una compañía tiene la obli-gación de mantener funcionando? -preguntó Dagny.
-El beneficio público -respondió Taggart.
-La Oficina de Unificación -dijo Eddie a la vez.
-¿Cuántos trenes han quedado suspendidos en el país durante las últimas 3 semanas?
-En realidad -se apresuró a contestar Taggart-, el plan ha contribuido a armonizar la in-dustria y eliminar las competencias criminales.
-Ha eliminado el 30% de los trenes -respondió Eddie- La única competencia aún vigente está en las solicitudes a la Oficina del permiso para cancelar trenes. La compañía que so-breviva será la que logre no hacer funcionar ningún tren en absoluto.
-¿Ha calculado alguien cuánto tiempo más podrá mantenerse en actividad Atlantic Sout-hern?
-Eso no es asunto de su... -empezó Meigs.
-¡Por favor, Cuffy! -gritó Taggart.
-El presidente de Atlantic Southern -explicó Eddie, impasible- se ha suicidado.
-¡Eso no tuvo nada que ver con nosotros! -gritó Taggart- ¡Fue un asunto totalmente per-sonal!
Ella guardó silencio, mirándolos a todos. Dentro de la torpe indiferencia de su mente exis-tía aún cierto fragmento capaz de asombrarse. Jim siempre se las había arreglado para hacer recaer el peso de sus fracasos en las organizaciones que lo rodeaban y sobrevivir destruyéndolas luego de que hubieran pagado sus errores. Así había sucedido con Dan Conway y con las industrias de Colorado, pero en aquello no demostraba ni siquiera el ra-ciocinio de un saqueador. Era ensañarse sobre la carroña de un competidor más débil y medio arruinado para conseguir un poco de margen de supervivencia entre la desesperación y el abismo, sin más que un hueso casi roto.
La costumbre de razonar casi empujó a Dagny a discutir y a demostrar lo que ya era evi-dente, pero comprendió que lo sabían. En términos diferentes de los suyos, de un modo in-concebible, sabían todo cuanto ella pudiera decirles. Resultaba inútil demostrarles el horror irracional de lo que estaban haciendo y de

sus consecuencias. Tanto Meigs como Taggart lo sabían perfectamente, y el secreto de sus conciencias representaba el medio por el cual es-capar del carácter definitivo de tal conocimiento.
-Comprendo -dijo serenamente.
-Bien, ¿qué otra cosa querías que hiciera? -preguntó Taggart- ¿Abandonar nuestro trán-sito transcontinental? ¿Declararme en quiebra? ¿Convertir la compañía en un miserable fe-rrocarril local de la costa este? -Ese "Comprendo" pronunciado por Dagny parecía haberlo afectado más que una colérica objeción. Taggart se estremecía de terror al captar lo que aquel simple vocablo significaba- ¡No pude evitarlo! ¡Debemos tener una línea transconti-nental! ¡No había manera de rodear el túnel! ¡No tenemos dinero para gastos extraordina-rios! ¡Había que hacer algo! ¡Debemos tener por lo menos una línea!
Meigs lo miraba entre sorprendido y disgustado.
-No lo estoy discutiendo, Jim -manifestó Dagny secamente.
-No podemos permitir que una empresa como Taggart Transcontinental quiebre. ¡Sería una catástrofe nacional! ¡Tenemos que pensar en las ciudades, las industrias, las mercade-rías, los pasajeros, los empleados y los accionistas cuyas vidas dependen de nosotros! No trabajamos tan sólo en nuestro beneficio, sino también en el del público. ¡Todo el mundo acepta que el Plan de Unificación Ferroviaria es práctico! Los mejor informados...
-Jim -lo interrumpió Dagny-, si tienes algo más que decirme, hazlo ahora.
-Jamás te ha preocupado el aspecto social de nada -le respondió él con tristeza, ya sin indicios de su anterior energía.
Dagny observó que esa actitud resultaba tan irreal para Meigs como para ella, aunque por razones completamente opuestas. Él miraba a Jim con ceñudo desdén; ante sus ojos, Jim aparecía repentinamente como quien, luego de intentar un camino situado entre 2 polos, Meigs y ella, empezaba a darse cuenta de que la ruta en cuestión se estrechaba y que pron-to quedaría aprisionado entre 2 altas paredes.
-Señor Meigs -preguntó impulsada por cierto toque de amarga y divertida curiosidad-, ¿en qué consiste su plan para pasado mañana?
Los opacos ojos castaños se clavaron en ella sin expresión.
-Usted no es nada práctica- contestó.
-Resulta completamente inútil teorizar sobre el futuro -intervino bruscamente Taggart- cuando lo más inmediato son las urgencias del momento. A la larga...
-A la larga, todos habremos muerto -declaró Meigs, y se puso de pie- Tengo que irme, Jim -dijo- No puedo perder el tiempo en conversaciones como ésta. -Y añadió: -Háblele de la necesidad de hacer algo para poner fin a los accidentes, ya que ella es la muchacha lista que hace magia con los trenes.
Aquellas palabras habían sido pronunciadas de un modo indiferente. Era un hombre que nunca se preocupaba si ofendía a alguien o si era ofendido por alguien.
-Lo veré más tarde, Cuffy -dijo Taggart, mientras Meigs salía, sin dirigir ni una mirada de despedida a ninguno de ellos.
Taggart la miró, temeroso y expectante: temía sus comentarios y al mismo tiempo an-helaba desesperadamente oírlos.
-Bien, ¿qué más? -preguntó Dagny.

-¿A qué te refieres?
-¿Tienes alguna otra cosa que contarme?
-Pues yo... -Parecía decepcionado- ¡Sí! -exclamó en el tono de quien adopta una decisión desesperada- Tengo otro asunto por discutir, el más importante de todos...
-¿Tu número creciente de accidentes ferroviarios?
-No, no es eso.
-¿De qué se trata entonces?
-Pues, de que... esta noche participarás en el programa de radio de Bertram Scudder.
-¿De veras? -preguntó Dagny echándose hacia atrás.
-Dagny, es imprescindible. Se trata de un asunto crucial. No puedes evitarlo. Renunciar a ello queda fuera de toda posibilidad.
En tiempos como los actuales, uno carece de opción y... Dagny consultó su reloj.
-Te daré 3 minutos para explicarte... si quieres que te oiga. Y más vale que te expreses claramente.
-¡De acuerdo! -exclamó él, desesperado- Se considera de máxima importancia... total-mente imprescindible... o al menos Chick Morrison, Wesley Mouch y el Sr. Thompson lo creen así, que pronuncies un discurso a la nación, un discurso que refuerce la moral, ¿com-prendes? Debes afirmar que no te has marchado.
-¿Por qué?
-Porque todo el mundo estaba seguro de que lo habías hecho... Tú no sabes lo que ha ocurrido por aquí últimamente, pero es pavoroso. Circulan rumores peligrosos acerca de to-dos los temas imaginables. La gente no hace más que murmurar, no cree lo que dicen los diarios o lo que afirman los mejores discursos. Prefieren atenerse a cualquier maligno y per-turbador rumor que circule por ahí. Ya no queda confianza, ni fe, ni orden, ni respeto a la au-toridad. La gente parece estar al borde del pánico.
-Bien. ¿Y qué?
-En 1º lugar, esto es consecuencia de la actitud de los grandes industriales desapareci-dos. Nadie está en condiciones de explicar lo sucedido y la gente está desconcertada. Se hacen toda clase de histéricos comentarios, pero la frase más en boga es la de que "ningu-na persona honrada trabajaría para esa gente", refiriéndose a los de Washington. ¿Lo com-prendes ahora? Quizá no sospechabas que eres tan famosa, pero en verdad lo eres. O me-jor dicho, te has vuelto famosa desde que tu avión se estrelló. Nadie creyó lo del accidente y todos estaban convencidos de que habías desertado quebrantando la ley, es decir, el decre-to 10-289. Existe un gran desconocimiento popular respecto a ese decreto, hay mucha... di-gamos... inquietud. Comprenderás la importancia de que declares por radio que esa medida no está destruyendo la industria, sino que se trata de una admirable pieza legislativa, pro-mulgada en beneficio de todos. Que digas al público que si tiene un poco más de paciencia, las cosas mejorarán y la prosperidad volverá al país. Ya no creen en ningún funcionario pú-blico y tú... tú eres industrial, una de los pocas que quedan de la vieja escuela, y eres la úni-ca persona que ha vuelto luego de que te creyeron desaparecida. Por otra parte, se te tiene por... por una empresaria rebelde que se opone a la política de

Washington. La gente te creerá. Reforzarás su confianza y ejercerás influencia en su moral. ¿Me comprendes ahora?
Había hablado a toda prisa, animado por la extraña expresión de Dagny, algo semejante a un leve asomo de sonrisa.
Ella lo escuchó, percibiendo a través de sus palabras el sonido de la voz de Rearden cuando le dijo, cierta tarde de primavera, hacía más de un año: "Necesitan de nosotros una especie de aval. No sé cuál ha de ser su naturaleza, pero estoy seguro de que si valoramos nuestras vidas, no debemos entregárselo. Aunque te pongan en un potro de tormento, no cedas. Déjalos que destruyan tu ferrocarril y mis fundiciones, pero no cedas".
-¿Ves cómo es la cuestión?
-¡Oh, sí, Jim! La veo clara.
No pudo interpretar el tono de voz de su hermana. Podía ser un gemido o una risa aho-gada y en parte también expresaba triunfo, pero era la primera emoción que demostraba, de modo que se aferró a ella, sin otra opción que la esperanza.
-¡Les prometí a los de Washington que hablarías! No podemos defraudarlos y menos en un asunto como éste. No podemos hacernos sospechosos de deslealtad. Todo está conve-nido. Serás la disertante principal en el programa de Bertram Scudder, esta noche a las 10:30. En el curso del mismo se entrevistará a figuras prominentes, que serán oídas en todo el país. Ese programa tiene numerosos adeptos y tus palabras serán seguidas por más de 20 millones de personas. La Oficina Acondicionadora de la Moral ha...
-¿La qué?
-El acondicionador de la moral es Chick Morrison. Me ha llamado 3 veces para asegurar-se de que nada fallará, pues han dado órdenes para que boletines informativos lo anuncien durante todo el día al país entero, invitando a la gente a escucharte.
La miró como si le pidiera una respuesta y a la vez como si la misma constituyera el ele-mento de menor importancia en esos momentos.
-Ya sabes lo que pienso de la política de Washington y del decreto 10-289 -respondió Dagny.
-¡En tiempos como los que corren, no podemos permitimos el lujo de pensar!
Ella echó a reír.
-¿Te das cuenta de que no puedes negarte? -gritó Jim-. Si luego de tanto anunciarte no apareces, será lo mismo que fortalecer los rumores; tu actitud equivaldría a declararte en franca rebeldía.
-Esta vez la trampa no funcionará, Jim.
-¿Qué trampa?
-Lo que tú preparas siempre.
-No sé a qué te refieres.
-Sí lo sabes. Tú y los otros sabían que me negaría, entonces me tendieron una trampa pública en la cual mi rechazo se convertiría en un vergonzoso escándalo para ti, más ver-gonzoso que lo que estoy dispuesta a afrontar. Contaban conmigo para salvar sus rostros y sus cuellos. Pero no los salvaré.
-¡Lo prometí!
-Pero yo no.

-¡No puedo rechazar su petición! ¿No te das cuenta de que nos han inmovilizado? ¿De que nos tienen agarrados del cuello? ¿No imaginas lo que pueden hacemos a través de la Oficina de Unificación Ferroviaria, de la Oficina de Unificación General o de la moratoria de nuestras acciones?
-Lo supe hace 2 años.
Jim temblaba con un pánico irracional, desesperado y casi supersticioso, en total despro-porción con los peligros que mencionaba. Dagny comprendió súbitamente que aquel terror procedía de algo más profundo que la amenaza de represalias burocráticas, ya que esas re-presalias eran lo único que lo identificaba al todo, una identificación tranquilizadora, con cier-ta semblanza de racionalidad y distorsionando sus verdaderos motivos.
Estaba segura de que no era el pánico del país lo que deseaba evitar, sino el suyo pro-pio; de que su hermano James, Chick Morrison, Wesley Mouch y el resto de los saqueado-res necesitaban su respaldo, pero no para tranquilizar a sus víctimas, sino a ellos mismos. Sin embargo lo supuestamente astuto, la idea presumiblemente práctica de engañar a sus víctimas, fue la única identificación que dieron a sus motivos particulares y a su neurótica in-sistencia. Con atemorizado desprecio -impresionada por la enormidad de lo que estaba viendo-, Dagny se preguntó qué degradación interior habrían alcanzado aquellos hombres para llegar a un nivel de autoengaño donde les era preciso buscar la forzada aprobación de las víctimas, precisamente ellos que pensaban que estaban engañando al mundo.
-¡No tenemos opción! -gritó Jim- ¡Nadie tiene opción!
-¡Vete de aquí! -respondió ella, tranquila.
Cierta particularidad en el sonido de su voz hizo vibrar la nota de la no confesada verdad en el interior de Jim, como si, aunque decidido a no ponerla nunca en palabras, supiera cuál era la causa de aquel sonido, y se fue de la oficina.
Eddie se veía agotado por la lucha contra algo que estaba aprendiendo a soportar como un mal crónico, y al cabo de un rato, preguntó:
-Dagny, ¿qué fue de Quentin Daniels? Volabas en su búsqueda, ¿verdad?
-Sí -respondió Dagny- Se ha ido.
-¿Con el elemento destructor?
La palabra fue un golpe. Era el primer contacto entre el mundo exterior y la radiante pre-sencia que había llevado consigo todo el día como una silenciosa e inmutable imagen, que no podía quedar afectada por nada de cuanto la rodease, en la que no debía pensar y que sólo debía ser considerada como la fuente de su fortaleza. La palabra "destructor", advirtió, era el nombre que en este lado del mundo se daba al otro.
-Sí -dijo tristemente haciendo un esfuerzo-. Con el elemento destructor.
Presionó el borde del escritorio con las manos para afirmar su propósito y su actitud y añadió, con una amarga sombra de sonrisa: -Bien, Eddie, veamos lo que 2 seres tan poco prácticos como tú y yo pueden hacer para impedir los accidentes ferroviarios.
Dos horas después, estaba sola, inclinada sobre hojas de papel llenas de cifras, seme-jantes a una película en movimiento que le narraba la historia del ferrocarril durante las últi-mas 4 semanas, cuando sonó el intercomunicador y su secretaria le informó: -La Sra. Rear-den viene a verla, Srta. Taggart.

-¿El Sr. Rearden? -preguntó ella, incrédula, incapaz de asimilar lo que había oído.
-No. La Sra. Rearden.
Dejó pasar unos segundos y luego contestó: -Dígale que entre.
Había cierto énfasis peculiar en el porte de Lillian Rearden cuando entró y avanzó hacia el escritorio. Llevaba un traje hecho a medida, en la cintura un lazo brillante anudado al cos-tado, y un pequeño sombrero ladeado de un modo que se consideraba elegante por parecer divertido. Su cara aparecía quizá demasiado suave y su andar, oscilando levemente las ca-deras, era en exceso lento.
-¿Cómo está usted, Srta. Taggart? -preguntó con voz perezosa y grácil, en tono de reu-nión informal, que parecía aportar a aquel despacho la misma incongruencia de su ropa in-adecuada para la ocasión.
Dagny inclinó la cabeza solemnemente. Lillian miró a su alrededor, con un aire tan diver-tido como el que aportaba su sombrero: una jovialidad que quería expresar madurez, ciñén-dose a la convicción de que la vida no podía ser sino algo totalmente ridículo.
-Siéntese, por favor -la invitó Dagny.
Lillian adoptó una postura confiada, elegante y tranquila. Cuando levantó la cara hacia Dagny, la expresión jovial seguía allí, pero ahora mostraba la sugerencia de que ambas compartían un secreto según el cual, aunque su presencia en ese lugar pudiera ser absurda para el mundo, resultaba evidente y lógica para ellas 2 y esa impresión se incrementó aún más al mantenerse callada.
-¿En qué puedo ayudarla?
-He venido a decirle -la informó Lillian con dulzura- que esta noche usted participará del programa de radio de Bertram Scudder.
No distinguió asombro alguno en la cara de Dagny; sólo el gesto de un ingeniero estu-diando un motor que produjese un ruido extraño.
-Supongo que usted es plenamente consciente de la formalidad de su frase -dijo Dagny.
-¡Oh, sí! -exclamó Lillian.
-Pues entonces, continúe.
-¿Cómo dice?
-Que continúe explicándose.
Lillian dejó escapar una leve risa, cuya forzada brusquedad reveló que no era ésa la cla-se de actitud que había esperado en Dagny.
-Estoy segura de que no se necesita mucha explicación -respondió- Sabe muy bien por qué su participación en ese programa es importante para los que están en el poder y yo sé por qué se ha negado. Comprendo cuáles son sus convicciones sobre ese asunto. Quizá no le preste atención, pero usted sabe muy bien que mis simpatías se han inclinado siempre hacia el sistema que ejerce el poder. Por lo tanto, comprenderá mi interés en todo esto y el lugar que en ello ocupo. Cuando su hermano me dijo que usted se había negado, decidí in-tervenir, porque, para que sepa, soy una de las pocas personas que sabe muy bien que us-ted no está en posición de negarse.
-Yo no soy una de esas pocas personas, hasta el momento -dijo Dagny.
Lillian sonrió.
-Bueno, me explicaré mejor. Se dará cuenta de que su intervención en el programa ten-drá el mismo valor para los que ejercen el poder que cuando mi

esposo firmó el Certificado de Otorgamiento, gracias al cual se apoderaron del metal Rearden. Usted sabe con cuánta frecuencia y con qué buen resultado lo han venido mencionando en su propaganda.
-No lo sabía -respondió Dagny bruscamente.
-¡Ah! Desde luego, ha estado usted ausente durante gran parte de los 2 últimos meses y quizá por eso no se ha enterado de la constante insistencia con que la prensa, la radio y los discursos públicos han venido informando que incluso Hank Rearden apoya y aprueba el decreto 10-289, puesto que voluntariamente entregó su metal al país. Eso ha desanimado a muchos recalcitrantes y ayuda a mantenerlos a raya. -Se echó hacia atrás y preguntó con naturalidad: -¿Le ha preguntado por qué firmó?
Dagny no contestó, porque no le pareció que se tratara de una pregunta. Se quedó inmó-vil, con la cara inexpresiva, pero sus ojos, dilatados, estaban fijos en Lillian, como si sólo la preocupara escucharla hasta el final.
-No, creo que no lo sabe -dijo Lillian con voz más suave, reconociendo las señales y des-lizándose cómodamente por un camino previsto- Sin embargo, debe conocer el motivo que lo obligó a firmar, porque es el mismo por el que usted aparecerá esta noche en la emisión de Bertram Scudder. -Hizo una pausa, deseosa de sentirse estimulada por su interlocutora, pero Dagny también esperó- Se trata de algo -continuó Lillian- que quizá le agrade... en lo que respecta a la acción de mi esposo. Considere lo que esa firma ha significado para él, dado que el metal Rearden era su mayor triunfo, la suma de lo mejor de toda su existencia, el símbolo final de su orgullo... Como usted tiene motivos para saber, mi marido es un hom-bre extremadamente apasionado y su orgullo es un rasgo sobresaliente. El metal Rearden fue algo más que un triunfo para él, fue el símbolo de su capacidad para conseguir lo que se había propuesto, para adquirir independencia, para luchar, elevarse. Era su propiedad, suyo por derecho y sabe usted lo que el derecho significa para un hombre tan estricto y lo que la propiedad representa para un carácter tan posesivo. Hubiera muerto de buen grado para de-fenderlo, antes que cederlo a quienes desprecia. Eso es lo que re-presentaba para él, y sin embargo, lo cedió. Pues bien, quizá le alegre saber que lo hizo por usted, Srta. Taggart, pa-ra salvaguardar su reputación y su honor. Firmó el Certificado de Otorgamiento, bajo la amenaza de que su adulterio con usted quedaría expuesto a los ojos del mundo. ¡Oh, sí! Conseguimos pruebas contundentes, hasta en los detalles más íntimos. Tengo entendido que sostiene usted una filosofía contraria al sacrificio, pero es, desde luego, una mujer, y abrigo la convicción de que se debe sentir complacida ante la magnitud del sacrificio que ese hombre ha realizado por el privilegio de utilizar su cuerpo, e indudablemente usted habrá disfrutado mucho las noches que él pasó en su cama. Pues bien, ahora quizá le agra-de saber también lo que esas noches le han costado. Y puesto que... le gusta la franqueza, ¿verdad, Srta. Taggart?... puesto que su estado actual, por propia elección, es el de una pu-ta, me descubro ante usted respecto al precio que exige y que ninguna de sus colegas hubiera podido jamás igualar.
La voz de Lillian se había ido agudizando como un taladro que no pudiera dar con el pun-to débil de una piedra. Toda intensidad había desaparecido de los ojos de Dagny, y Lillian se preguntó por qué tenía la sensación de que estaba iluminada por un reflector, ya que no po-día distinguir ninguna expresión en particular en su

cara completamente relajada. La clari-dad parecía proceder de su estructura, de la precisión de sus planos, de la firmeza de la bo-ca, de la constancia de su mirada. No podía descifrar lo que decían sus ojos, algo incon-gruentemente parecido a la calma, pero no de una mujer, sino de un erudito, con esa cuali-dad peculiar que otorga la intrepidez de quien está totalmente satisfecho con lo que sabe.
-Fui yo -dijo Lillian blandamente- quien informó a los burócratas acerca del adulterio de mi esposo. -Dagny observó un chispazo, el primero, en los ojos sin vida de Lillian: como de pla-cer, pero tan distante como la claridad solar reflejada desde la muerta superficie de la luna sobre el agua putrefacta de un pantano. Resplandeció un momento y se eclipsó- Fui yo -continuó Lillian- quien le quitó a mi marido el metal Rearden.
Pero sus palabras parecían una súplica.
No entraba en las facultades de la conciencia de Dagny comprender siquiera el ruego en cuestión, o la clase de respuesta que Lillian había imaginado encontrar. Supo solamente que su rival no había hallado lo que buscaba cuando escuchó de pronto su voz airada:
-¿Me ha comprendido usted?
-Sí.
-Entonces ya sabe lo que pido y por qué tiene que obedecerme. Se creían invencibles us-ted y él, ¿verdad? -Intentaba mostrarse apacible, pero hablaba con tropiezos- Siempre ha actuado usted según su propia voluntad, un lujo que yo no me he podido permitir. Por una vez y como compensación, voy a obligarla a actuar de acuerdo con mis deseos. No puede competir conmigo, no podrá salir airosa de esto, gracias a su dinero, gracias a esos dólares que puede conseguir y yo no. No existe nada que pueda ofrecerme, porque carezco de co-dicia. Los burócratas no me pagan ni un centavo por hacer esto, actúo sin provecho alguno, sin ganancia. ¿Me comprende?
-Sí.
-En ese caso, no son necesarias más aclaraciones. Tan sólo quiero recordarle que toda la evidencia conseguida, registros de hotel, facturas de joyas y otras cosas, se encuentra en posesión de la persona adecuada y será dada a conocer en todas las radios, a menos que se presente en una. ¿Está claro?
-Sí.
-¿Cuál es su respuesta?
Aquellos luminosos ojos de escolar la contemplaban fijamente. De pronto, le pareció co-mo si penetraran demasiado en su ser, como si nadie la mirase en realidad.
-Me alegro de que me haya revelado todo eso -respondió Dagny- Apareceré en la emi-sión de Bertram Scudder, esta noche.

* * *

Un rayo de luz blanca daba sobre el resplandeciente micrófono, en el centro de un cubí-culo de cristal que aprisionaba a Dagny junto con Bertram Scudder. Los reflejos adoptaban un tono azul verdoso, porque el micrófono estaba hecho con metal Rearden.

Por encima de ellos, más allá de una lámina también de cristal, ella podía distinguir una cabina en la que dos hileras de rostros la observaban con atención. Allí estaba la cara floja y ansiosa de James Taggart; Lillian Rearden, a su lado, apoyaba una mano sobre el brazo de él, como si quisiera tranquilizarlo; también había un hombre llegado en avión desde Was-hington al que le habían presentado como Chick Morrison, y un grupo de jóvenes ayudantes que hablaban de porcentajes de influencia intelectual y se comportaban como policías moto-rizados. Bertram Scudder parecía tenerle miedo a Dagny y se sujetaba al micrófono lanzando pa-labras sobre su pulida superficie, presentando al país el tema de su programa. Se esforzaba en aparecer cínico, escéptico, superior y neurótico a la vez, en dar la impresión de que se burlaba de la vanidad de las creencias humanas y, en consecuencia, exigía la confianza ins-tantánea de su audiencia. Una pequeña mancha húmeda resplandecía en su nuca. Con to-do detalle describía coloridamente el mes de convalecencia que había pasado Dagny en la solitaria cabaña de un pastor, y luego, su heroica ruta a lo largo de 75 km. de senderos mon-tañosos, para reanudar el cumplimiento de sus deberes hacia el pueblo, en aquella grave hora de emergencia nacional.

-... Y si alguno de ustedes se ha dejado engañar por rumores tendenciosos encaminados a minar su fe en el gran programa de nuestros líderes... pueden creer la palabra de la Srta. Taggart y...

Ella permanecía de pie, contemplando el blanco rayo de luz en el interior del cual revolo-teaba un leve polvillo, y pudo notar que una de esas partículas estaba viva: era un mosquito cuyas alas brillaban cuando las movía, presa de algún frenético propósito. Dagny se consi-deraba tan distante del objetivo de aquel insecto como del objetivo del mundo exterior.

-... La Srta. Taggart es una observadora imparcial, una gran empresaria, que con fre-cuencia criticó en el pasado la actuación del gobierno. Podemos afirmar que representa la opinión extrema y conservadora que sostuvieron gigantes de la industria como Hank Rear-den. Sin embargo, incluso ella...

Se maravilló ante lo fácil que se torna todo cuando no es preciso sentir nada. Le parecía encontrarse desnuda frente al público y que un rayo de luz bastaba para sostenerla, porque no pesaban en su ánimo el dolor, la esperanza, los reproches, las preocupaciones ni el futu-ro.

-... Y ahora, Sras. y Sres., voy a presentarles a la heroína de esta noche, a una invitada de carácter extraordinario que...

El dolor volvió a ella en forma de una repentina y penetrante punzada, una astilla del cris-tal de un muro protector que acababa de quebrarse ante la idea de que las próximas pala-bras serían las suyas y le volvió en el breve instante en que un nombre acudió a su cerebro: el de aquél a quien había llamado destructor. No quería que escuchara lo que ahora tenía que decir. "Si lo oyes -el dolor era una voz que lloraba ante él- no creerás las cosas que te he dicho... ni, aún peor, las que no dije, pero que tú sabías, creías y aceptabas. Pensarás que no fui libre para hablar y que los días pasados contigo fueron una mentira. Lo que voy a decir destruirá el mes que pasé allí y 10 años de tu vida. No es éste el modo en que quise que lo supieras. No así, no esta noche, pero así será. Tú, que has observado y sabido todos mis movimientos; tú, que me estás observando también

ahora, dondequiera que estés, lo escucharás... pero no hay más remedio que decirlo."
-...última descendiente de un nombre insigne en nuestra historia industrial: la mujer ejecu-tiva, algo posible únicamente en los Estados Unidos de Norteamérica, vicepresidenta de Operaciones de un gran ferrocarril... ¡La Srta. Dagny Taggart!
Entonces, notó el contacto del metal Rearden, mientras su mano apretaba el soporte del micrófono y, a partir de ese momento, todo le resultó repentinamente fácil, pero no con la simpleza de la indiferencia, sino con la brillante, clara y viviente fluidez de la acción.
-He venido a hablarles del programa social, del sistema político y la filosofía moral en los cuales están viviendo.
Había tal calma, tanta naturalidad y una certidumbre tan absoluta en el tono de su voz, que aquel simple sonido parecía entrañar un inmenso poder persuasivo.
-Han oído decir que, a mi modo de ver, este sistema está impulsado por la depravación, que tiene como meta el robo, como método el fraude y la fuerza, y como único resultado la destrucción. Han oído decir, también, que al igual que Hank Rearden, soy una leal partidaria de este sistema y que he dado mi cooperación voluntaria a las leyes actuales, como el de-creto 10-289. Bueno, he venido a contarles toda la verdad.
"Es cierto que comparto la actitud de Hank Rearden. Sus convicciones políticas y las mí-as son idénticas. Han oído hablar de él como de un rebelde que se ha venido oponiendo a todo paso, medida, consigna y premisa del actual sistema y ahora, en cambio, oyen que lo alaban como nuestro industrial de mayor envergadura, cuyo juicio sobre el valor de la políti-ca económica merece la confianza de todos. Es verdad. Pueden confiar en su juicio. Si em-piezan a temer que están en poder de un mal irresponsable, si creen que el país se hunde y que pronto los dejarán morir de hambre, consideren las opiniones de nuestro industrial más eminente, conocedor de los sistemas necesarios para hacer posible la producción y permitir la supervivencia. Piensen sobre todo cuanto sepan acerca de sus puntos de vista. En la época en que lo dejaban hablar, oyeron decir a Hank Rearden que la política del actual go-bierno los estaba conduciendo a la esclavitud y la destrucción. Sin embargo, no denunció el punto culminante de esta política: el decreto 10-289. Escucharon cómo defendía sus dere-chos, los suyos y los de todos ustedes, su independencia y su propiedad. Sin embargo, no luchó contra esta disposición. Por el contrario, firmó voluntariamente, o al menos así se le in-formó a la opinión pública, el Certificado de Otorgamiento por el cual aceptaba entregar el metal Rearden a sus enemigos. Suscribió el único documento que, según sus acciones an-teriores, ustedes suponían que iba a rechazar hasta la muerte. Ustedes se habrán pregun-tado qué pudo ocasionar tal cambio de actitud, si no el reconocimiento de la necesidad de dicha disposición y el sacrificio de sus intereses personales en beneficio de la patria. En re-iteradas ocasiones, se les dijo que lo juzgaran por esa acción. Estoy completamente de acuerdo: júzguenlo por el motivo de esa acción. Y cualquiera que sea la regla que aplicaren a las mías o a cualquier advertencia que pueda hacerles, juzguen también mis opiniones basándolas en el motivo de esa acción, porque el de Hank Rearden y el mío transitan los mismos caminos.

"Durante 2 años he sido la amante de Hank Rearden, y que no haya ningún malentendido sobre esto, no lo declaro como vergonzosa confesión, sino con el más alto orgullo. He sido su amante, he dormido con él en su cama, en sus brazos. A partir de ahora no existe ya na-da que puedan decir acerca de mí que no haya dicho yo primero y de nada serviría difa-marme. Conozco la naturaleza de las acusaciones que se me hacen y seré yo misma quien las plantee en esta oportunidad. ¿Experimenté un deseo físico hacia él? Sí. ¿Me movió a ello la pasión de mi cuerpo? Sí. ¿He sentido la más violenta forma de placer sensual? En efecto. Si esto me convierte a sus ojos en una perdida, su parecer constituirá un problema personal y nada más. Yo seguiré firme en el mío.

Bertram Scudder estaba estupefacto. No era la clase de discurso que esperaba y com-prendió, presa de un oscuro pánico, que no resultaba adecuado dejarla continuar por tal camino. Pero se trataba de la invitada de honor, a quien, según indicación de Washington, debía tratar con la mayor consideración, y no sabía si interrumpirla o no. Por otra parte, dis-frutaba escuchando su discurso. En la cabina del auditorio, James Taggart y Lillian Rearden permanecían como animales paralizados por el faro de un tren que se dirige hacia ellos. Eran los únicos enterados de la relación entre las palabras que estaban escuchando y el tema del programa radial, pero era demasiado tarde para hacer algo, no se atrevían a asu-mir la responsabilidad de un movimiento, ni sus consecuencias. En la cabina del operador, un joven intelectual del equipo de Chick Morrison permanecía atento para interrumpir la emi-sión en caso necesario, pero no concedió significado político a lo que estaba escuchando, ni observó en aquella disertación ningún elemento que pudiera considerar peligroso para sus amos. Estaba acostumbrado a oír discursos impuestos por desconocidas presiones a vícti-mas inapropiadas, y concluyó que era aquél el caso de una rebelde obligada a confesar un escándalo y que, en realidad, quizás después de todo, sus palabras tuvieran algún valor. Además, tenía curiosidad por escucharlas.

-Me siento orgullosa de que él me eligiera para darle placer y que fuese él, a su vez, a quien yo elegí. No se trató, como sucede con la mayoría de ustedes, de un acto de condes-cendencia casual o de desprecio mutuo, sino de la más elevada forma de admiración, con total conocimiento de los valores que nos impulsaron el uno hacia el otro. Pertenecemos a la clase de seres que no establecen diferencias entre los valores de su mente y las acciones de su cuerpo; de los que no sustituyen sus principios por sueños vacíos, sino que les dan vigor y existencia; de los que otorgan forma material a ideas y convierten en realidad las creencias; de los que fabrican acero, ferrocarriles y felicidad. Y a aquellos de ustedes que aborrezcan la felicidad humana, que deseen convertir la vida en sufrimiento y fracaso, que quieran ver a las personas pedir perdón por su dicha, por su éxito, su habilidad, sus triunfos o sus riquezas... a esos seres les digo: lo deseaba y lo tuve. Fui feliz, conocí la felicidad pu-ra, plena y sin culpa. La misma que ustedes odian ver confesada por un ser viviente; la feli-cidad que sólo conocen por la envidia hacia quienes son capaces de conseguirla. En tal ca-so, ódienme... porque ¡yo la encontré!

-Srta. Taggart -preguntó Bertram Scudder, nervioso-, ¿no se está apartando del tema de...? Después de todo, sus relaciones personales con el Sr. Rearden no tienen ningún sig-nificado político que...

-Nunca he creído que lo tuvieran. Desde luego, he venido a hablarles del sistema político y moral bajo el que ahora vivimos. Creí saberlo todo acerca de Hank Rearden, pero existe algo de lo que no me había enterado hasta hoy. Y es que fue la amenaza de ver divulgadas nuestras relaciones la que lo obligó a firmar el Certificado de Otorgamiento con el que entre-gó el metal Rearden. Fue un chantaje llevado a cabo por sus funcionarios, por sus gober-nantes, por sus...

En el instante en que la mano de Scudder se alargaba para derribar el micrófono, se oyó en el interior del mismo un minúsculo click, que coincidió casi con su caída al suelo: signifi-caba que el policía intelectual acababa de cortar la transmisión.

Dagny echó a reír, pero nadie podía verla, ni escuchar su risa. Las figuras del otro lado del cristal se gritaban entre sí. Chick Morrison insultaba a Bertram Scudder, y éste gritaba, a su vez, que siempre se había opuesto a la idea, pero que le habían ordenado ejecutarla. James Taggart parecía un animal, mostrando los dientes a los 2 ayudantes más jóvenes de Morrison, mientras eludía los gruñidos de otro de ellos, de más edad. Los músculos del ros-tro de Lillian Rearden tenían una extraña flojedad, como los miembros de un animal tendido en el camino, intacto pero muerto. Los acondicionadores de moral gritaban todo lo que, a su modo de ver, estaría pensando el Sr. Mouch.

-¿Qué voy a decirles? -preguntaba lloroso el locutor señalando al micrófono-. Sr. Morri-son, hay todo un público esperando. ¿Qué voy a decirles?

Pero nadie le contestó. No pensaban en lo que era preciso hacer, sino sobre quién cargar las culpas.

Nadie le dijo una palabra a Dagny, ni miró en su dirección, ni la detuvo cuando salió de allí.

Se metió en el primer taxi, le indicó que se dirigiera a su casa y cuando el vehículo inicia-ba la marcha, observó que el cuadrante de la radio estaba iluminado y silencioso, salvo por los breves chasquidos de una emisión interrumpida: la del programa de Bertram Scudder.

Se reclinó contra el respaldo, sin sentir nada, aparte de la desolación de comprender que su acción quizás alejaría para siempre a un hombre que a partir de entonces no querría vol-ver a verla, y por 1º vez tuvo conciencia de cuán improbable era volver a encontrarlo en las calles de la ciudad, en algún pueblo del continente, en los cañones de las Montañas Roca-llosas, donde el objetivo quedaba cubierto por una pantalla de rayos, si él no quería ser en-contrado. Pero algo seguía en su mente, como un tronco flotando en el vacío, el mismo al que estuvo aferrada durante la transmisión. Algo que no podía abandonar, aun cuando per-diera todo el resto: el sonido de su voz diciendo "Nadie permanece aquí falseando la reali-dad de cualquier manera".

"Damas y caballeros -proclamó de manera repentina la voz del locutor de Bertram Scud-der-, debido a dificultades técnicas ajenas a nuestra voluntad, esta emisora permanecerá in-activa mientras se realicen los reajustes necesarios." El conductor del taxi dejó escapar una breve y desdeñosa risa y apagó el receptor.

Al bajar del coche le entregó un billete y cuando el chofer le devolvía el cambio se ade-lantó un poco para mirarla más de cerca. Tuvo la certeza de que la había reconocido y sos-tuvo su mirada fijamente por unos segundos. La cara amarga de aquel hombre y su camisa remendada parecían corroídas por una lucha sin esperanza. Mientras Dagny le acercaba la propina, el chofer dijo con suma

tranquilidad, con una expresión demasiado vehemente y so-lemne como para adjudicar sus palabras a un simple par de monedas:
-Gracias, Sra..
Dagny se volvió rápidamente y entró en el edificio para no dejarle percibir que su emoción era superior a lo que podía soportar.
Tenía la cabeza baja en el momento de abrir la puerta y la luz le dio desde abajo, desde la alfombra. Levantó la vista asombrada, dio un paso hacia adelante... y vio a Hank Rearden de pie ante ella.
Dos emociones distintas la inmovilizaron: su presencia, puesto que no esperaba que re-gresara tan pronto, y la expresión de su cara. Se pintaba una calma tan firme, confiada y madura en su sonrisa y en la claridad de sus ojos, que le pareció que había crecido décadas en el transcurso de un solo mes, pero crecido en el auténtico sentido de la evolución huma-na: en visión, en estatura, en fuerza.
Le pareció también que quien había vivido un mes agónico, aquél a quien había herido de un modo tan profundo y a quien iba a herir aún más, era el único que podía prestarle apoyo y consuelo. Su fuerza los protegería a los 2. Permaneció inmóvil un instante, pero vio que su sonrisa se ampliaba como si leyera sus pensamientos y le dijera que nada había de temer. Percibió un leve chasquido y pudo ver en una mesa, junto a él, el cuadrante iluminado de una silenciosa radio. Su mirada se posó en la de él, interrogante, y Hank respondió con un gesto, limitado apenas a un fruncimiento de cejas, que había escuchado la transmisión y la confesión de Dagny.
Se acercaron uno al otro en el mismo instante. Hank la tomó de los hombros para soste-nerla. Había levantado la cara hacia él, pero él no tocó sus labios, sino que tomó su mano y le besó la muñeca, los dedos, la palma, como la única forma de saludo demostrativa del su-frimiento que le había costado la espera. De pronto, quebrantada por el cúmulo de lo suce-dido aquel día y aquel mes, Dagny empezó a temblar en sus brazos, apretándose contra él, llorando como nunca en su vida, como una mujer rendida ante el dolor, en última e impoten-te protesta.
Sosteniéndola contra su cuerpo, la condujo hacia el sofá y trató de hacerla sentar a su la-do, pero ella resbaló hasta el suelo, y quedó a sus pies con la cara apoyada en sus rodillas, sollozando, sin disimulo y sin defensa.
No la levantó, sino que la dejó llorar estrechándola en sus brazos. Ella notó la mano de Hank en su cabeza y en sus hombros; notó la protección de su firmeza, una firmeza que pa-recía decirle que sus lágrimas eran derramadas por ambos, que sentía y comprendía su do-lor, pero que aun así era capaz de presenciarlo con calma. Aquella calma la despojó de un gran peso al ofrecerle el derecho a desplomarse allí; al declararle de aquel modo que era capaz de aceptar lo que ella no podía soportar por más tiempo. Comprendió débilmente que ése era el auténtico Hank Rearden, y no obstante la forma de ofensiva crueldad que él había conferido a sus primeras noches juntos, no obstante haber, en ocasiones, parecido ella la más fuerte, lo que ahora vivían había estado siempre en él y en la raíz del vínculo que los unía: su fortaleza la protegería aun cuando la de ella desapareciera.
Cuando levantó la cabeza, él le sonreía.
-Hank... -murmuró avergonzada por su propio derrumbamiento.
-Tranquilízate, querida.

Volvió a posar la cara sobre sus rodillas, inmóvil, esforzándose en descansar, en resistir la presión del pensamiento sin palabras de que él había podido soportar y aceptar lo que di-jo por radio como confesión de su amor. Por ese motivo, la verdad que ahora tenía que con-tarle resultaba un golpe más inhumano del que cualquiera tuviese el derecho a asestarle y la aterrorizó la idea de no poseer la fuerza suficiente, y de saber que lo haría.
Cuando volvió a mirarlo, él le pasó la mano por la frente, apartándole el pelo de la cara.
-Ya pasó, querida -dijo- Ya pasó lo peor para los 2.
-No, Hank. No es así.
Él esbozó una sonrisa. La hizo a sentarse a su lado, y apoyar la cabeza en su hombro.
-No digas nada -le susurró- Ambos sabemos lo que todavía tiene que decirse. Ya habla-remos de eso, pero no hasta que haya pasado tu dolor actual.
Su mano se movió por la línea de su manga, hasta un pliegue de la falda, con presión tan ligera que parecía no querer sentir la presencia del cuerpo al otro lado de la tela, como si re-cuperara la posesión, no de su cuerpo, sino de su mera imagen.
-Has sufrido mucho -le dijo- Y también yo. Dejemos que nos golpeen. No existe motivo por el que hayamos de empeorar aún más las cosas. No importa lo que tengamos que en-frentar, no puede existir sufrimiento entre nosotros 2, ni dolor adicional. Dejemos que la des-gracia proceda de su mundo, no del nuestro. No tengas miedo, no nos lastimemos mutua-mente, no ahora.
Dagny levantó la cabeza, estremecido el rostro en una amarga sonrisa. Había cierta des-esperada violencia en sus movimientos, pero aquella sonrisa era una señal de recuperación, del propósito de enfrentarse con calma a lo que viniera.
-Hank, el infierno que te he hecho padecer durante el mes pasado... -empezó con voz temblorosa.
-No es nada comparado con el que yo te he hecho sufrir durante esta última hora -añadió él con voz tranquila.
Dagny se puso de pie, y caminó por la habitación como para probar su fortaleza. Sus pi-sadas eran como palabras que le dijesen que ya no tenía más tiempo para dudar. Cuando se detuvo y se volvió hacia Hank, él se levantó como si comprendiera sus motivos.
-Sé que arruiné todo para ti -dijo Dagny señalando la radio.
-No -repuso él moviendo la cabeza.
-Hank, tengo que decirte algo.
-También yo. ¿Me dejas que hable primero? Se trata de algo que debí haberte dicho hace mucho tiempo. ¿Me dejarás hablar y no contestarás hasta que haya terminado?
Dagny asintió.
La miró unos instantes como queriendo abarcar la totalidad de su figura, aquel momento y todo cuanto los había conducido a eso.
-Te amo, Dagny -dijo intentando mantener la calma, con la sencillez de una felicidad sin velos, pero, al mismo tiempo, sin sonrisa.

Dagny estaba por contestarle, pero comprendió que no podría, aun cuando él se lo hubie-ra permitido. Reprimió las palabras y el movimiento de sus labios constituyó la única res-puesta. Luego inclinó la cabeza en señal de aceptación.
-Te amo con el mismo valor, la misma expresión, idéntico orgullo e igual significado con el que amo a mi trabajo, mis fundiciones, mi metal, mis horas ante el escritorio o en un alto horno, en un laboratorio o en una mina; como amo mi habilidad para el trabajo, el acto de ver y de saber; como amo la actividad de mi mente cuando soluciona una ecuación o capta un amanecer; como amo las cosas que he hecho y que he sentido como producto mío por elección propia y como forma de mi mundo particular; como mi mejor espejo; como la espo-sa que nunca tuve y como a todo aquello que hace posible que el resto exista: como a mi facultad para vivir.
Ella no bajó la mirada, se mantuvo serena, escuchando y aceptando como él deseaba y merecía.
-Te amo desde el 1º día en que te vi sobre un vagón de carga en un apartadero de la es-tación de Milford. Te amé cuando viajábamos en la cabina de la 1º locomotora de la línea "John Galt". Te amé en la galería de la casa de Ellis Wyatt. Te amé a la mañana siguiente y tú lo sabías. Soy yo quien debe decirlo, como lo digo ahora, si he de redimir los días pasa-dos haciendo que sean otra vez y de un modo total lo que fueron en otros tiempos para am-bos. Te amé. Tú lo sabías, pero yo no. Y por esa causa tuve que aprenderlo cuando, senta-do ante mi escritorio, leía el Certificado de Otorgamiento del metal Rearden.
Dagny cerró los ojos, pero no había señales de sufrimiento en la cara de él, nada aparte de una inmensa y tranquila dicha, proporcionada por una claridad total.
-"Nosotros somos de los que no establecen diferencias entre los valores de su mente y las acciones de su cuerpo." Así lo has dicho en la radio, pero ya lo sabías aquella mañana en casa de Ellis Wyatt. Sabías que los insultos que arrojaba sobre ti constituían la más com-pleta confesión de amor que un hombre puede hacer. Sabías que el deseo físico que yo condenaba como vergüenza mutua, no es físico ni expresión del cuerpo, sino de los más profundos valores de la mente, tanto si se tiene el coraje de reconocerlo como si no. Por eso te reíste de mí, ¿verdad?
-Sí -murmuró Dagny.
-Dijiste: "No quiero tu mente, ni tu voluntad, ni tu ser, ni tu alma, mientras sea hacia mí a quien vengas libremente para satisfacer el más bajo de tus deseos". Al hablar así sabías que era mi mente, mi voluntad, mi ser y mi alma lo que te entregaba con ese deseo. Quiero decirlo también ahora, quiero que aquella mañana recupere su significado total: el de que mi mente, mi voluntad, mi ser y mi alma son tuyos por lo que me quede de existencia.
La miraba fijamente y ella observó un breve destello en sus pupilas, pero no era una son-risa, sino una leve señal de asentimiento, como si hubiera oído el grito que ella no exhaló.
-Déjame terminar, querida. Quiero que comprendas cuán plenamente me doy cuenta de lo que digo. Yo, que creí estar luchando contra ellos, acepté la peor de todas las creencias de nuestros enemigos y eso es lo que estuve pagando desde entonces, como lo pago ahora y como lo seguiré pagando. Había aceptado el único dogma por el que destruyen al hombre antes de que éste empiece su existencia: la ruptura entre su mente y su cuerpo. Lo acepté como muchas de sus

víctimas, sin conocerlo, sin siquiera saber que existía un hecho de tal naturaleza. Me rebelé contra su creencia en la impotencia humana y me enorgullecí de mi habilidad para pensar, para actuar y trabajar por la satisfacción de mis deseos, pero no sa-bía que eso constituía una virtud, jamás lo identifiqué como valor moral, como el más alto de los valores morales que debe defenderse por encima de la propia vida, porque es lo que hace posible vivir. Y acepté el castigo, castigo a la virtud por obra de una maldad arrogante debido sólo a mi ignorancia y sumisión.

"Acepté sus insultos, sus fraudes y sus extorsiones. Creí permitirme ignorar a todos esos impotentes místicos que musitan acerca de sus almas y son incapaces de construir un techo sobre sus cabezas. Creí que el mundo era mío y que todos esos charlatanes incompetentes no lo ponían en peligro por mi fortaleza. No podía comprender por qué estaba perdiendo todas las batallas.

"No sabía que la fuerza desencadenada contra mí era la mía. Mientras estaba ocupado conquistando la materia, les entregaba el reino de la mente, del pensamiento, de los principios, de la ley, de los valores y de la moral. Había aceptado, sin saberlo y por omisión, el principio de que las ideas no tienen consecuencias para la propia vida, el trabajo, la realidad o el mundo, como si las ideas no fuesen consecuencia de la razón, sino de aquella fe mística que despreciaba. Esto era todo cuanto deseaban de mí. Fue suficiente. Les había proporcionado aquello que pretenden subvertir o destruir con su charlatanería: la razón humana. No podían apoderarse de la materia ni producir abundancia, ni dominar la Tierra, pero no tenían esa necesidad porque me dominaban a mí.

"Yo que sé que la riqueza es tan sólo el medio para obtener un fin, creé los medios y los dejé estipular mis fines. Yo, que me enorgullecía de mi destreza para satisfacer mis deseos, dejé que establecieran el código de valores por el que juzgaba tales deseos. Yo, que moldeaba la materia para servir a mi propósito, me quedé sólo con un montón de acero y de oro, pero todos mis propósitos se hundieron, mis deseos se vieron traicionados y mis tentativas de felicidad, frustradas.

"Me había cortado en 2, como predican los místicos, y manejé mi negocio mediante un código de reglas y mi vida con otro. Me rebelé contra la tentativa de los saqueadores de poner precio y valor a mi acero, pero los dejé trazar los valores morales de mi existencia. Me rebelé contra la demanda por una riqueza no ganada, pero creí que era mi deber garantizar un amor no merecido a una esposa que despreciaba; un respeto infundado a una madre que me aborrecía; un apoyo sin motivo a un hermano que intentaba destruirme. Me rebelé contra las calamidades financieras no merecidas, pero acepté el dolor sin fundamento. Me opuse a la doctrina de que mi habilidad productiva era culpable, pero consideré verdaderamente culpable a mi capacidad de ser feliz. No acepté la creencia de que la virtud es algo incorpóreo que el espíritu desconoce y te condené a ti, a ti, la mujer que más quiero, por el deseo de tu cuerpo y el mío. Pero si el cuerpo es malvado, también deben serlo aquéllos que proporcionan los medios para su supervivencia, la riqueza material y quien la produce; y si los valores morales se asientan en contradicción con nuestra existencia física, entonces, es lícito que la recompensa se obtenga sin ganarse, que la virtud consista en lo que no se hace, que no exista relación entre los logros y el provecho, que los animales inferiores,

capaces de producir, sirvan a los seres superiores, cuya supremacía espiritual se basa en la incompetencia de la carne.
"Si un hombre como Hugh Akston me hubiera dicho cuando empecé, que al aceptar la teoría de los místicos sobre el sexo aceptaba la teoría económica de los saqueadores, me habría reído en su cara, pero ahora no. Veo a Rearden Steel gobernada por la escoria humana; veo cómo los logros que alcancé en mi vida sirven para enriquecer a mis peores enemigos. Y en cuanto a las 2 únicas personas a quienes he amado, una de ellas sufrió terribles insultos y la otra se ha visto difamada en público. Abofeteé al hombre que era mi amigo, mi defensor, mi maestro, quien me confirió la libertad al ayudarme a aprender lo que he aprendido. Lo quería, Dagny; era el hermano, el hijo, el compañero que nunca tuve; pero lo he apartado de mi vida, porque no me ayudó a producir para los saqueadores. Daría cualquier cosa para que regresara, pero no tengo nada que ofrecerle a cambio, y jamás volveré a verlo, porque sé que no existe modo de ganarme siquiera el derecho a su perdón.
"Pero lo que te hice a ti, querida, es todavía peor. Tu discurso y que tú hayas tenido que decirlo es una carga colocada sobre la única mujer a la que he amado en pago a la única felicidad que he conocido. No me digas que lo hiciste por iniciativa propia y que aceptaste desde el principio todas sus consecuencias, incluyendo la de esta noche, porque eso no elimina el hecho de que he sido yo quien no tuvo mejor opción que ofrecerte. Y que los saqueadores te hayan forzado a hablar, que hablaras para vengarme y liberarme, no me redime de haber sido yo quien posibilitó la táctica de nuestros enemigos. No fueron sus propias convicciones acerca del pecado y el deshonor las que utilizaron para perjudicarte, sino las mías. Se limitaron a realizar las cosas que yo creía y dije en casa de Ellis Wyatt. Fui yo quien mantuvo oculto nuestro amor como un secreto culpable. Ellos lo trataron simplemente como lo que significaba para mí. Fui yo quien intentó falsear la realidad para aparecer de un modo distinto a sus ojos; ellos se limitaron a aceptar el derecho que les daba.
"La gente cree que el mentiroso obtiene una victoria sobre su víctima. Yo he aprendido que una mentira constituye un acto de abdicación, porque, al mentir, uno capitula entregando su realidad a la persona a quien miente, y la convierte en su dueña. A partir de entonces, nos condenamos a fingir la clase de realidad que aquella persona requiere para ser engañada. Si se consigue el inmediato propósito de la estafa, el precio que se paga es la destrucción de lo que se deseaba ganar. Quien le miente al mundo es esclavo del mundo a partir de ese momento. Cuando opté por ocultar mi amor hacia ti, negarlo y vivirlo como una mentira, lo convertí en propiedad pública y el público lo ha reclamado como corresponde. No tuve forma de evitarlo, ni de salvarte. Cuando te vi ante los saqueadores, cuando firmé su Certificado de Otorgamiento para protegerte, seguía falseando la realidad. No tenía salida. Habría preferido vernos muertos que permitir que ejecutaran sus amenazas. No existen las mentiras piadosas, tan sólo la negra destrucción, y una mentira piadosa es la más negra de todas. Seguí falseando la realidad y el resultado fue inexorable: en vez de protección, te ha significado una prueba aún más terrible; en vez de limpiar tu nombre, te he expuesto a la lapidación pública y has tenido que arrojar las piedras con tu propia

mano. Sé que estás orgullosa de lo que has dicho y yo también lo estuve al escucharte, pero se trata de un orgullo que debimos haber sentido hace 2 años.
"No, no has empeorado nada para mí; me liberaste, nos salvaste a los 2, redimiste nuestro pasado. No puedo rogarte que me perdones, pues estamos más allá de esas cosas; la única compensación que puedo ofrecerte es la de hacerte saber que soy feliz. Que soy feliz, querida, que no sufro. Me siento dichoso por haber percibido la verdad, aun cuando el poder de la visión sea todo cuanto me quede ahora. Si me rindiera ante el dolor y cediera ante el trivial lamento de que mis propios errores destruyeron mi pasado, eso sería un acto de traición final, el fracaso encaminado hacia esa verdad que lamento no haber observado. Pero si mi amor por la verdad es la única posesión que me queda, cuanto mayor sea la pérdida, mayor será también el orgullo que sienta por el precio pagado a cambio de ese amor. En tal caso, la ruina no se convertirá en un monumento funerario sobre mí, sino que servirá de plataforma a la que habré subido para obtener un panorama más amplio. Mi orgullo y mi poder visual eran todo lo que tenía cuando empecé, y lo que he conseguido lo logré gracias a ellos. Ambos se han incrementado y ahora poseo el conocimiento del valor superlativo que perdí: mi derecho a sentirme orgulloso de esa visión. Aún debo alcanzar todo lo demás.
"Dagny, lo único que deseaba, como primer paso hacia el futuro, era decirte que te amo, como lo estoy diciendo ahora. Te amo, querida, con la más ciega pasión de mi cuerpo, producto de la más clara percepción de mi espíritu. Mi amor hacia ti es el único resto del pasado que aún me queda, y que permanecerá en los años venideros. Quería decírtelo mientras aún tuviera el derecho de hacerlo. Por no haberlo declarado al principio, debo decírtelo así, de esta manera, hoy. Y ahora te diré lo que tú deseabas decirme, porque estoy enterado y lo acepto: durante el mes pasado hallaste al hombre al que amas, y si el amor representa una elección decisiva e irremplazable, él es el único al que has amado en tu vida.
-¡Sí! -La voz de Dagny sonó como un suspiro y un grito, como provocada por algún golpe físico. Estaba asombrada- ¡Hank! ¿Cómo lo supiste?
Él sonrió, señalando la radio:
-Querida, hablaste de lo nuestro en tiempo pasado.
-¡Oh...!
Su voz era ahora un gemido. Dagny cerró los ojos.
-Ante ese micrófono, no pronunciaste ni una sola vez la única palabra que podías haberles arrojado a la cara con completo derecho. Dijiste "lo quería" y no "lo amo". Hoy me has dicho por teléfono que podrías haber regresado antes. Ninguna otra razón podría obligarte a abandonarme como lo hiciste. Sólo esa causa es válida y correcta.
Ella se había echado un poco hacia atrás, como esforzándose por mantener el equilibrio. Lo miraba fijamente, con una sonrisa que mezclaba la admiración y la pena, y sin separar los labios, suavizaba su expresión.
-Es cierto. Me encontré con el hombre al que amo y al que siempre amaré. Lo he visto, he hablado con él, pero nunca lo podré tener, nunca podré estar a su lado y, tal vez, no vuelva a verlo jamás.
-Creo que siempre estuve seguro de que lo encontrarías. Siempre supe lo que sentías por mí y cuán profundo era ese sentimiento, pero también sabía que yo no era tu elección final. Lo que le des a él no me lo estás quitando a mí, porque

nunca lo he tenido. No puedo rebelarme contra eso. Lo que me diste significa demasiado para mí y nunca podrá cambiarse.
-¿Quieres que te lo diga, Hank? ¿Me comprenderás si te aseguro que siempre te amaré?
-Creo haberlo entendido antes que tú.
-Siempre te he visto tal como eres ahora. Siempre intuí esa grandeza tuya que ahora empiezas a reconocer, y he seguido tu lucha para descubrirla. No me hables de compensaciones, porque no me has causado herida alguna; los errores proceden de tu maravillosa entereza bajo la tortura de un código imposible, pero tu lucha contra ella no me ha ocasionado sufrimiento, sino algo que sólo en muy pocas ocasiones sentí: admiración. Si quieres aceptarla, siempre será tuya. Jamás podrá variar todo lo que has significado para mí. Pero ese hombre, al que he conocido... representa el amor al que siempre aspiré, mucho antes de saber que existía. Creo que siempre estará lejos de mi alcance, pero saber que lo amo bastará para mantenerme viva.
Él le tomó la mano y se la llevó a los labios.
-Entonces comprenderás lo que siento y por qué sigo siendo feliz -dijo.
Contemplando su cara, ella percibió que, por primera vez, se mostraba ante ella como siempre lo había imaginado: como un hombre dotado de una inmensa capacidad para disfrutar de la existencia. La tensa expresión de estoicismo, de dolor no admitido, ya había desaparecido de su cara. Ahora, en medio de la destrucción y en su hora más dificil, su rostro tenía esa serenidad que sólo da la fuerza pura; tenía la misma expresión que había visto en la gente del valle.
-Hank -murmuró-, no creo poder explicártelo, pero no me parece haberte traicionado, ni a ti ni a él.
-No lo hiciste.
Los ojos de Dagny parecían anormalmente vivaces en un rostro privado de color: su conciencia permanecía incólume en un cuerpo destruido por el cansancio. La hizo sentar a su lado y puso un brazo en el respaldo del sofá, sin tocarla, pero aun así envolviéndola en un círculo protector.
-Y ahora, dime -le preguntó-, ¿dónde has estado?
-No puedo contestarte. Di mi palabra de no revelar nada acerca de ello, pero te diré tan sólo que es un lugar al que llegué por accidente, al estrellarse mi avión, y que lo abandoné con los ojos vendados, de modo que me sería imposible volver a encontrarlo.
-¿No puedes rastrearlo?
-Ni siquiera lo intentaría.
-¿Y ese hombre?
-No lo buscaré.
-¿Se ha quedado allí?
-No lo sé.
-¿Por qué lo dejaste?
-No te lo puedo decir.
-¿Quién es?
Se rió por lo bajo, con involuntaria amargura.
-¿Quién es John Galt?
La miró asombrado pero, enseguida, se dio cuenta de que no bromeaba.

-¿De modo que existe un John Galt? -preguntó lentamente.
-Sí.
-¿Y esa frase popular se refiere a él?
-Sí.
-¿Tiene algún significado especial?
-¡Oh, sí...! Existe algo que puedo revelarte porque lo descubrí antes, cuando aún no había prometido guardar secreto alguno: es el que inventó aquel motor que encontramos.
-¡Oh! -exclamó él sonriendo, como si hubiera debido preverlo. Luego, lentamente, con una mirada que parecía casi compasiva, añadió: -Es el elemento destructor, ¿verdad? -Al ver su mirada de asombro, continuó: -No, no me contestes si no puedes. Creo saber dónde has estado. Querías salvar del destructor a Quentin Daniels y lo seguías a éste cuando tu avión aterrizó forzosamente, ¿verdad?
-Sí.
-¡Cielos, Dagny!... ¿Existe, pues, ese lugar? ¿Están todos vivos? ¿Hay un...? Lo siento. No me contestes.
-Existe -dijo ella, sonriendo.
Hank Rearden permaneció silencioso un rato largo.
-Hank, ¿tú podrías regalar Rearden Steel?
-¡No! -La respuesta fue brusca e inmediata, pero con un dejo de desesperación, añadió: -No aún.
Luego la miró, como si en la transición de aquellas 3 palabras hubiera vivido todo el curso de su agonía durante el pasado mes.
-Comprendo -dijo, pasándole la mano por la frente, con un ademán de piedad, de pena, de casi incrédulo asombro- ¡Qué infierno has tenido que soportar! -dijo en voz baja.
Ella asintió.
Luego se deslizó hasta tenderse en el sofá, con la cara sobre las rodillas de Hank. Este le acarició el cabello y dijo:
-Lucharemos contra los saqueadores mientras podamos. No sé qué futuro nos aguarda, pero venceremos o aprenderemos que es inútil intentarlo. Hasta entonces lucharemos por nuestro mundo. Somos todo lo que queda de él.
Se quedó dormida apretando la mano de Hank. Sus últimos instantes de percepción, antes de perder el control de su conciencia, la condujeron a una sensación de inmenso vacío; el vacío de una ciudad y un continente donde jamás podría encontrar al hombre a quien ya no tenía derecho a seguir buscando.

CAPÍTULO IV - ANTIVIDA

James Taggart metió la mano en el bolsillo de su smoking, sacó el primer billete arrugado que encontró y se lo dio al mendigo. Era un billete de 100 dólares, pero notó que el mendigo guardó el dinero con la misma apatía con la que le había sido entregado.

-Gracias, amigo -dijo desdeñoso, alejándose.
James Taggart se quedó en la acera, preguntándose qué le producía esa sensación de desconcierto y temor. No había sido la insolencia del pordiosero, puesto que no buscó gratitud en él ni se había dejado conmover por la piedad, ya que su gesto, al darle la limosna, había sido automático y carente de sentido. Lo que ocurría era que el vagabundo se había comportado como si para él fuese exactamente lo mismo recibir 100 dólares que 10 centavos, o como si de no haber recibido ninguna ayuda, le resultara indiferente morir de hambre aquella misma noche. Taggart se estremeció y siguió caminando, pero aquel estremecimiento sirvió para eliminar la idea de que la actitud del mendigo era idéntica a la suya.
Los muros de la calle a su alrededor tenían esa acentuada y poco natural claridad de un atardecer de verano, mientras cierta niebla anaranjada llenaba los cauces de las bocacalles y ponía sobre las hileras de techos un velo que caía sobre el suelo, cada vez más estrecho. En lo alto, destacándose insistentemente en medio de la neblina, el calendario proclamaba: "5 de agosto".
-No -pensó en respuesta a muchas cosas que no osaba mencionar-; no era cierto lo que había ocurrido, se sentía perfectamente y aquella noche deseaba hacer algo. No podía admitir que su inquietud proviniera del deseo de experimentar placer, ni que el placer que deseaba sentir era el de celebración, porque no podía admitir qué deseaba celebrar.
Había tenido una jornada de intensa actividad, de palabras fluctuantes, que flotaban vagamente como copos de algodón y que, sin embargo, habían sido capaces de conseguir su satisfacción total con la precisión de una calculadora. Pero el propósito y la naturaleza de su satisfacción deberían quedar cuidadosamente ocultos para sí mismo, como lo habían quedado para los demás, y su repentino deseo de placer constituía una fisura peligrosa.
La jornada se había iniciado con un pequeño almuerzo en las habitaciones del hotel de cierto legislador argentino, de visita en el país donde unas cuantas personas de diferentes nacionalidades habían estado hablando acerca del clima de la Argentina, de su suelo, de sus recursos naturales, de las necesidades de su población y de las ventajas de adoptar una actitud progresista y dinámica de cara al futuro. Uno de los temas tratados brevemente en la conversación tenía que ver con el hecho de que, 2 semanas más tarde, la Argentina sería declarada República Popular.
Siguieron un par de copas en casa de Orren Boyle, mientras un discreto caballero, también argentino, permanecía sentado silenciosamente en un rincón, y 2 funcionarios de Washington y unos cuantos invitados, de posición poco clara, hablaban acerca de los recursos naturales, la metalurgia, la mineralogía, los deberes hacia los países vecinos y la riqueza del globo, mencionando que, en el transcurso de 3 semanas, serían otorgados préstamos de 4.000 millones de dólares a los Estados populares de Argentina y Chile.
El día continuó con un pequeño cóctel en el reservado de un bar, decorado igual que una bodega, en la azotea de un rascacielos. Se celebraba un encuentro informal, a través del cual el mismo James Taggart agasajó a los directores de una organización recién constituida: la Corporación de la Amistad y el Progreso entre Países Vecinos, presidida por Orren Boyle, y cuyo tesorero era un esbelto, gracioso y dinámico chileno: Mario Martínez, a quien Taggart, debido a las

similitudes de carácter, estaba tentado de llamar Cuffy Meigs. Hablaron de golf, de hípica, de remo, de automóviles y de mujeres. No fue necesario mencionar, ya que todos lo sabían, que la Corporación para la Amistad y el Progreso entre Países Vecinos tenía un contrato exclusivo para explotar, sobre la base de una "locación gerencial" y durante el término de 20 años, todas las propiedades industriales de las repúblicas populares del Hemisferio Sur.

El último acontecimiento del día fue una gran cena y recepción en casa de Rodrigo González, diplomático de Chile a quien hacía un año nadie conocía, pero que durante los 6 meses transcurridos desde su llegada a Nueva York se había hecho famoso por sus fiestas. Sus invitados lo describían como un empresario progresista. Se comentaba que había perdido sus propiedades cuando Chile, luego de convertirse en Estado Popular, las había nacionalizado, excepto las pertenecientes a ciudadanos de países retrógrados, no constituidos todavía en repúblicas populares, como la Argentina. Pero él había adoptado una actitud aleccionadora, uniéndose al nuevo régimen y poniéndose al servicio de su nación.

Su residencia en Nueva York ocupaba una planta entera de un hotel de lujo. Tenía un rostro rollizo e inexpresivo, pero la mirada penetrante de un asesino, y al observarlo durante la recepción de aquella noche, Taggart concluyó que aquel hombre era impermeable a cualquier clase de sentimiento. Parecía ser posible cortarle con un cuchillo las gruesas capas de su carne sin provocarle dolor alguno. Mostraba cierto lascivo y casi sexual placer en el modo de restregar los pies contra las ricas alfombras persas, o acariciar el pulido brazo de un sillón, o fruncir los labios sobre su cigarro. Su esposa, la Sra. González, era una mujer pequeña y atractiva, no tan bella como pretendía, aunque gozaba de la reputación de hermosa gracias a su frenética energía y a un extraño, despreocupado, cálido y cínico aplomo que parecía prometerlo todo y absolver de antemano a cualquiera. Todos sabían que su sistema particular de actividad comercial era el capital principal con que contaba su esposo, en una época en que se comerciaba no con productos, sino con favores. Al observarla entre los invitados, Taggart se divirtió preguntándose qué tratos habría hecho, qué disposiciones habría ordenado y qué industrias habría destruido a cambio de algunas noches compartidas, que la mayoría de esos hombres no habrían buscado, y que quizás tampoco recordarían.

La fiesta ya lo estaba aburriendo. Sólo había media docena de personas por las que había asistido, pero no fue necesario hablar con todas ellas, sino tan sólo ser visto y cambiar unas cuantas miradas. Estaban a punto de servir la cena cuando oyó aquello que más anhelaba escuchar: mientras el humo de su cigarro oscilaba ante la media docena de caballeros que se desplazaron hacia su sillón, González mencionó que, por convenio con la futura República Popular de la Argentina, las propiedades de D'Anconia Copper serían nacionalizadas por la República Popular de Chile en menos de un mes: el 2 de septiembre.

Todo había ocurrido como Taggart suponía, y lo asombroso fue que después de escuchar aquellas palabras, lo asaltó un deseo irreprimible de huir de allí. Se sentía incapaz de soportar por más tiempo el aburrimiento de la cena, como si cualquier otra forma de actividad le fuese imperiosamente necesaria para festejar el logro de la noche. Salió a la semioscuridad veraniega de las calles, a la vez perseguidor y perseguido: perseguidor de un placer que nada le podía dar, en celebración de un sentimiento que no se atrevía a identificar, y perseguido por el

temor a descubrir el motivo que lo había impulsado a planear lo recién obtenido y que ahora le proporcionaba aquella vehemente gratificación.
Recordó que tendría que vender sus acciones de D'Anconia Copper, que nunca se recuperaron luego del derrumbe financiero del año anterior, y comprar bonos emitidos por la Corporación para la Amistad y el Progreso entre Países Vecinos, tal como había convenido con sus amigos, lo cual le proporcionaría una fortuna, pero pensar en eso lo aburrió. No era aquello lo que deseaba celebrar.
Intentó obligarse a disfrutar del dinero, que había sido siempre su estímulo. ¿No se trataba, acaso, de un motivo normal? ¿De un motivo válido? ¿No era del dinero detrás de lo que iban todos: los Wyatt, los Rearden y los d'Anconia...? Movió la cabeza para librarse de aquellos pensamientos. Sus ideas escapaban hacia un callejón peligroso y sin salida, al final del cual no debía llegar.
Luego pensó, fríamente y con desgano, que el dinero ya no significaba nada para él. Había derrochado cientos de dólares en esa fiesta, en bebidas sin terminar, en manjares no consumidos, en propinas que nadie mereció y en caprichos inesperados, como una comunicación telefónica a la Argentina, porque uno de sus invitados deseó comprobar la veracidad de cierta sucia historia que había empezado a contar, y lo hizo arrastrado por el impulso del momento, por el pegajoso estupor de saber que resultaba más fácil pagar que pensar.
"No tienes que preocuparte por nada mientras funcione el Plan de Unificación Ferroviaria", le había dicho Orren Boyle riendo estrepitosamente a causa de la bebida.
Bajo ese plan, una compañía local acababa de declararse en quiebra en Dakota del Norte, y abandonado la región al destino de las zonas estériles; el banquero local se había suicidado, matando antes a su mujer y a sus hijos; un tren de cargas había sido suprimido en Tennessee, con lo que una fábrica se enteró con sólo 1 día de anticipación de que se quedaría sin transporte; el hijo del dueño de la fábrica había abandonado la universidad y se encontraba ahora en la cárcel, esperando que lo ejecutasen por un asesinato cometido junto con una banda de merodeadores; una estación había sido cerrada en Kansas, y su jefe, que había querido ser científico, tuvo que abandonar sus estudios y trabajar como lavaplatos.
Entretanto, él, James Taggart, podía permanecer sentado en un bar privado, pagando el alcohol que ingería Orren Boyle, los servicios del camarero que limpiaba su traje luego de habérselo manchado con bebida, y contemplando la alfombra quemada por los cigarrillos de un rufián chileno que ni siquiera quería molestarse en alcanzar un cenicero situado a un metro de él.
No era su indiferencia hacia el dinero lo que le ocasionaba aquella sensación de temor, sino saber que, en caso de quedar reducido al mismo estado que el mendigo, actuaría con idéntica indiferencia por la realidad. Existió un tiempo en el que sintió algo de culpa, aunque de forma poco clara, sólo como un leve toque de cólera, al pensar que estaba pecando de avaro, la misma avaricia que se pasaba el tiempo denunciando. Ahora fue impactado por la idea de que él nunca había sido un hipócrita, sino que en realidad nunca le había interesado el dinero. Aquello abrió ante él otro profundo agujero que lo conducía a otro callejón sin salida, cuyo fondo no podía arriesgarse a mirar.
"¡Quiero hacer algo esta noche!", clamó interiormente, a todos en general, en airada protesta. Era una actitud de reproche contra lo que fuere que lo forzaba a

tener tales pensamientos en su mente; de cólera contra un universo en el que algún poder maligno no le permitía encontrar placer sin la necesidad de saber previamente qué deseaba y por qué.
"¿Qué quieres?", le preguntaba una voz enemiga, y aceleró su paso tratando de huir. Su cerebro era un laberinto donde en cada esquina se abrían callejones ciegos envueltos en una niebla espesa que ocultaba un abismo. Le pareció que seguía corriendo mientras la diminuta isla de seguridad se encogía cada vez más, y pronto quedarían solamente aquellos pasadizos cerrados. Era algo parecido al remanente de claridad en la calle por la que circulaba, mientras la neblina iba taponando todas las salidas. "¿Por qué tenía que encogerse?", se preguntó presa de pánico.
Así había vivido toda su vida, manteniendo la mirada tercamente fija en la seguridad del pavimento, evitando el horizonte, las esquinas, las distancias, las alturas. Nunca intentó dirigirse a ningún sitio en especial. Quiso mantenerse libre de todo progreso, libre del yugo de la línea recta. Nunca pretendió que sus años se fueran acumulando hasta formar una suma... ¿Quién los había sumado? ¿Por qué había alcanzado un destino no elegido, donde no podía quedarse y del que tampoco podía escapar?
-¡Eh! ¡Cuidado, hermano! -gruñó una voz, mientras un codo lo empujaba. Había estado corriendo sin darse cuenta y había chocado con una figura enorme y maloliente.
Aminoró su marcha, reconociendo de mala gana las calles por las que estaba huyendo: descubrió que iba hacia su casa, donde estaba su mujer. También eso era un callejón lleno de niebla, pero no le quedaba alternativa.
Comprendió, al observar la figura silenciosa y equilibrada de Cherryl que se levantaba al verlo entrar a su cuarto, que implicaba un peligro mayor que el que se hubiera permitido imaginar y que no encontraría allí lo que quería. Para Taggart, el peligro era una señal de cerrar los ojos, suspender sus juicios y seguir una ruta rígida partiendo de la premisa no expresada de que ese peligro seguiría siendo irreal, gracias a los deseos de su poder soberano de no verlo; era como una alarma interior de niebla que sonaba, no como advertencia, sino para atraer a la niebla.
-Tenía que asistir a un importante banquete, pero cambié de idea y me dije que sería mejor cenar contigo esta noche -dijo en el tono de quien expresa un cumplido.
Pero sólo obtuvo un sosegado "comprendo" como respuesta de parte de su esposa.
Lo irritaban los modales tranquilos de Cherryl y su cara pálida e inexpresiva. Se impacientó ante la serena eficacia con que daba instrucciones a los sirvientes y su nerviosismo recrudeció al encontrarse bajo la luz de los candelabros del comedor, enfrentándose a ella a través de una mesa perfectamente puesta, con 2 copas de cristal llenas de fruta dentro de cubos de plata con hielo.
Su porte equilibrado era lo que más le molestaba. Había dejado de ser una incongruente nimiedad, empequeñecida por el lujo de aquella residencia diseñada por un artista famoso, para acabar colocándose a su altura. Se sentaba a la mesa haciendo valer su papel de anfitriona que aquella habitación tenía derecho a exigir. Llevaba un traje confeccionado a medida, de brocado color granate, que hacía

juego con el tono bronce de su pelo; la severa sencillez de sus líneas constituía su único ornamento; pero Jim hubiera preferido los tintineantes brazaletes y las hebillas de otros tiempos. Su mirada lo perturbaba desde hacía muchos meses porque sus ojos no expresaban cariño ni enemistad, sino que se mostraban vigilantes e inquisidores.
-Hoy hice un negocio muy importante -le explicó entre jactancioso y sumiso- Un convenio que incluye a todo este continente y a media docena de gobiernos.
Constató de pronto que el asombro, la admiración y la ansiosa curiosidad que había esperado de ella, como correspondía a una humilde vendedora, habían desaparecido hacía ya mucho tiempo. Incluso el odio o el enojo hubieran sido preferibles a aquella mirada indagadora.
-¿Qué negocio, Jim?
-¿A qué viene esa pregunta? ¿Por qué sospechas? ¿Por qué empiezas enseguida con tus insinuaciones?
-Lo siento. No sabía que fuera confidencial. No es preciso que me contestes.
-No es confidencial. -Esperó, pero ella seguía en silencio- Bien, ¿no piensas decir nada más?
-Bueno, no -respondió ella como esmerándose en complacerlo.
-¿Entonces, no te interesa?
-Creí que no deseabas hablar de eso.
-¡Oh, no seas tan molesta! -exclamó Jim- Se trata de un inmenso negocio. ¿No es eso lo que admiras? ¿Los grandes negocios? Pues es algo más grande que lo que esos sujetos hubieran soñado. Han pasado sus vidas amasando su fortuna, centavo tras centavo, mientras yo la consigo así. -Chasqueó los dedos- Así. Es el mejor golpe que jamás se haya dado.
-¿Un golpe, Jim?
-¡Negocio!
-¿Y lo has hecho tú? ¿Tú solo?
-¡Desde luego! Ese estúpido de Orren Boyle no hubiera podido ni en un millón de años. Fue fundamental un gran conocimiento del terreno, mucha habilidad y mucho cálculo. -Distinguió un chispazo de interés en su mirada- Y psicología. -El chispazo se apagó, pero él continuó hablando muy animado- Hay que saber tratar a Wesley y apartar de él las malas influencias, y atraer el interés de Thompson, sin dejar que averigüe demasiadas cosas, y hacer intervenir a Chick Morrison, manteniendo alejado a Tinky Holloway, y lograr que las personas adecuadas organicen fiestas para Wesley en el momento preciso, y... pero, dime, Cherryl, ¿no hay champán en esta casa?
-¿Champán?
-¿No podríamos hacer algo especial esta noche? ¿Celebrar juntos?
-Podemos tomar champán, Jim. Desde luego.
Tocó el timbre y dio las exactas órdenes con sus extrañas maneras, sin vida, en una actitud de meticuloso sometimiento a los deseos de Jim, pero sin expresar ninguno propio.
-No pareces muy impresionada -se quejó él- Pero, ¿qué sabes tú de negocios? No comprenderías nada de verdadera importancia. Espera hasta el 2 de septiembre. Espera a que ellos lo sepan.
-¿Ellos? ¿Quiénes?

La miró como si hubiera dejado escapar involuntariamente un vocablo peligroso.
-Hemos organizado un sistema mediante el cual yo, Orren y unos cuantos amigos controlaremos todas las propiedades industriales al sur de la frontera.
-¿Las propiedades de quién?
-Pues... del pueblo. No se trata de una acción a la antigua, con miras a obtener réditos personales, sino de un negocio que, al mismo tiempo, es una misión, una misión digna, en beneficio público, de dirigir las propiedades nacionalizadas de las diversas repúblicas populares de América del Sur para enseñarles a sus obreros nuestras modernas técnicas de producción y ayudar a los elementos menos privilegiados, que jamás disfrutaron de una oportunidad de... -Se interrumpió bruscamente, aunque Cherryl se había limitado a permanecer sentada sin desviar la vista- ¿Sabes? -preguntó después, súbitamente, con una fría y breve risa- Si quieres ocultar que vienes de un barrio miserable, deberías mostrarte menos indiferente a la filosofía del bienestar social. Siempre son los pobres los que carecen de instintos humanitarios. Hay que nacer rico para comprender los más exquisitos secretos del altruismo.
-Nunca he intentado ocultar que procedo de un barrio miserable -dijo ella, en el tono sencillo e impersonal de quien expresa una corrección objetiva- y no tengo la menor simpatía por esa filosofia del bienestar público. He visto demasiado de todo eso para comprender qué le pasa a esa clase de pobres que desea algo a cambio de nada. -El no contestó y Cherryl añadió de repente, con la firmeza de quien encuentra la solución a un problema: -Jim, a ti tampoco te preocupa en absoluto. A ti no te quita el sueño toda esa tontería del bienestar social.
-Bueno, si lo único que te interesa es el dinero -replicó él-, permíteme decirte que este asunto me dará una gran fortuna. Es lo que tú has admirado siempre, ¿verdad?: la riqueza.
-Depende...
-Creo que terminaré siendo uno de los hombres más ricos del mundo -dijo Jim sin querer indagar de qué dependía su admiración- No habrá nada que no pueda permitirme. Nada. Sólo pídelo, puedo darte lo que quieras. ¡Vamos! Pídemelo.
-No quiero nada, Jim.
-¡Pero es que deseo hacerte un regalo! Para celebrar esta ocasión, ¿comprendes? Darte lo que te pase por la mente, cualquier cosa. Me lo puedo permitir. Quiero demostrarte que estoy en condiciones de hacerlo. Cualquier capricho que se te ocurra.
-No tengo caprichos.
-¡Oh, vamos! ¿Te parece bien un yate?
-No.
-¿Quieres que compre todo el barrio donde vivías, en Buffalo?
-No.
-¿Y qué me dices de las joyas de la corona de la República Popular de Inglaterra? Podría obtenerlas, ¿sabes? Ese Estado lleva mucho tiempo haciendo insinuaciones sobre ellas en el mercado negro. Pero hasta ahora no ha surgido ningún anticuado ricachón capaz de comprarlas. En cambio, yo sí puedo hacerlo... o mejor dicho, podré después del 2 de septiembre. ¿Las quieres?
-No.
-Entonces, ¿qué quieres?

-No quiero nada, Jim.
-¡Pero tienes que quererlo! ¡Tienes que desear algo, maldición! -Ella lo miraba algo asombrada, pero indiferente- -Bueno, está bien, lo siento -dijo Jim, sorprendido por su propio estallido- Sólo deseaba complacerte -añadió con tristeza- Pero creo que no lo entiendes, no te das cuenta de lo importante que soy, no te das cuenta de la clase de hombre con quien te has casado.
-Intento descubrirlo -dijo ella, lentamente.
-¿Sigues creyendo, como en otros tiempos, que Hank Rearden es un gran hombre?
-Sí, Jim. Así lo creo.
-Pues lo he derrotado. Ahora soy superior a cualquiera de ellos; superior a Rearden y a ese otro amante de mi hermana que... -Se detuvo como si hubiera ido demasiado lejos.
-Jim -preguntó ella con serenidad-, ¿qué ocurrirá el 2 de septiembre?
La miró fríamente, con los músculos tensos en un asomo de sonrisa, en cínico quebrantamiento de una voluntaria restricción, y respondió:
-Van a nacionalizar la D'Anconia Copper.
Escuchó el prolongado y duro ronroneo del motor de un avión que pasaba en las tinieblas sobre el edificio, y luego el leve sonido de un trozo de hielo cayendo medio derretido en el fondo del cubo de plata que contenía su copa de frutas, antes que Cherryl contestara:
-Era tu amigo, ¿verdad?
-¡Oh, cállate!
Jim guardó silencio sin mirarla. Cuando volvió a dirigirle la mirada, ella seguía contemplándolo y fue la primera en hablar, con voz extremadamente dura.
-Lo que tu hermana dijo durante aquella emisión de radio fue admirable.
-Sí, lo sé, lo sé. Llevas un mes diciéndolo.
-Pero nunca me has contestado.
-¿Qué quieres que te...?
-Igual que tus amigos de Washington, que tampoco le contestaron a ella. -Él callaba- Jim, no pienso abandonar el tema -No respondió- Tus amigos de Washington nunca han dicho ninguna palabra acerca de eso. No negaron lo que Dagny declaró, ni explicaron nada, ni trataron de justificarse. Siguieron como si tal cosa. Creo que confían en que la gente olvide, y algunos lo harán, pero muchos recordamos bien lo que dijo y sabemos que tus amigos tuvieron miedo de enfrentarla.
-¡No es verdad! Se adoptaron las medidas oportunas, el incidente terminó, y no sé por qué has de sacarlo a relucir ahora.
-¿Qué medidas?
-Ya se suprimió el programa de Bertram Scudder por no considerárselo de interés público en los tiempos actuales.
-¿Eso es una respuesta a ella?
-Se da por terminado el asunto, y no hay nada más que decir.
-¿Sobre un gobierno que chantajea y extorsiona a la gente?
-No puedes decir que no se hizo nada. Ha sido anunciado públicamente que el programa de Scudder era nefasto, destructor e indigno.

-Jim, quiero que entiendas esto. Scudder no estaba asociado con ella, sino contigo. Ni siquiera organizó esa transmisión. Actuaba por orden de Washington. ¿No es cierto?
-Creí que no te gustaba Bertram Scudder.
-No me gustaba ni me gusta, pero...
-Entonces, ¿por qué te preocupa tanto?
-Era inocente de todo lo que preocupaba a tus amigos, ¿no es verdad?
-Preferiría que no te mezclaras en política. Hablas como una estúpida.
-Era inocente, ¿verdad?
-¿Y eso qué importa?
Lo miró con los ojos muy abiertos, incrédula.
-Entonces, ¿significa que sólo lo utilizaron como chivo expiatorio?
-¡Oh! ¡No adoptes la postura de Eddie Willers!
-¿De veras? ¡Pues me agrada Eddie Willers! Es honesto.
-Es un maldito imbécil que no tiene la menor idea de cómo manejarse con la realidad práctica.
-En cambio, tú sí la tienes, ¿verdad?
-¡Puedes apostar que sí!
-Entonces, ¿por qué no ayudaste a Scudder?
-¿Yo? -Jim estalló en una incontenible y colérica carcajada- ¡Oh! ¿Por qué no maduras? ¡Hice lo que pude para arrojar a Scudder a los leones! Alguien tenía que ser la víctima. ¿No comprendes que, de no haber encontrado a otro, sería mi cabeza la que hubiese rodado?
-¿Tu cabeza? ¿Por qué no la de Dagny, si ella es la equivocada? ¿O acaso no lo es?
-¡Dagny pertenece a una categoría totalmente distinta! Tenía que ser Scudder o yo.
-¿Porqué?
-Resulta más favorable a la política nacional que haya sido Scudder. De este modo, no es necesario discutir acerca de lo que dijo mi hermana. Si alguien saca a relucir el tema, empezamos a gruñir que eso fue dicho en el programa de Scudder; que los programas de Scudder están desacreditados y que Scudder es un fracasado, un mentiroso, etc., etc.. ¿Crees que el público logrará desenredar este lío? Por otra parte, nadie confió nunca en Bertram Scudder. ¡Oh! No me mires de ese modo. ¿Hubieras preferido que fuese yo la víctima?
-¿Y por qué no Dagny? ¿Por qué su discurso no podía ser desacreditado?
-Si tanto lo sientes por Bertram Scudder, tendrías que haberlo visto esforzarse por que fuese yo el perjudicado. Lo ha estado intentando durante años y años. ¿Cómo crees que ha llegado legado adonde está, sino escalando sobre montones de cadáveres? Se creyó muy poderoso. Debías haber visto cómo los grandes de la industria se asustaban ante él, pero esta vez nos anticipamos. Esta vez, él estuvo en el bando equivocado.
Vagamente, a través del agradable estupor de descansar casi tendido en su sillón, sonriendo, James Taggart comprendió que ésa era la clase de placer que buscaba: la de ser él mismo, sumido en un precario y brumoso estado, flotando más allá del más temible de los callejones: el que llevaba a la pregunta de quién era él enrealidad.

-Verás. Él pertenecía al bando de Tinky Holloway y durante algún tiempo hubo un movimiento oscilante entre ese bando y el de Chick Morrison, pero ganamos. Tinky convino en voltear a su camarada Bertram, a cambio de unas cosas que necesitaba de nosotros. ¡Debías haber visto aullar a Bertram! Pero estaba acabado y lo sabía perfectamente.
Comenzó a reírse, pero ahogó su risa conforme la neblina se fue aclarando y vio la cara de su mujer.
-Jim -murmuró Cherryl- ¿Es ésa la clase de... victorias... que estás ganando?
-¡Oh! ¡Por Dios Santo! -gritó él, descargando un puñetazo sobre la mesa- ¿Dónde estuviste todos estos años? ¿En qué clase de mundo crees vivir?
El golpe había derribado una copa de agua y ésta se desparramaba sobre el encaje del mantel.
-Estoy intentando averiguarlo -murmuró Cherryl.
Sus hombros temblaron y su cara cobró repentinamente un aspecto desgastado, avejentado, como si se sintiera fatigada y perdida.
-¡No pude evitarlo! -estalló él en el silencio reinante- ¡No se me puede reprochar nada! ¡Tuve que tomar las cosas como venían! ¡Yo no inventé al mundo!
Ahora Cherryl sonreía, con un feroz y amargo desprecio, extraño para la paciente ex vendedora de tienda.
-Eso es lo que mi padre solía decir cuando se emborrachaba en el bar de la esquina, en vez de ir a buscar trabajo.
-¿Cómo te atreves a compararme con...? -empezó Taggart, pero no terminó la frase, porque ella ya no lo escuchaba.
Cuando volvió a la realidad, sus palabras sonaron absurdas para él:
-¿Fuiste tú quien eligió la fecha para la nacionalización?
-No, no tuve nada que ver con eso. Es la fecha de una sesión especial en la Legislatura. ¿Por qué?
-Porque coincide con nuestro aniversario de bodas.
-¿Cómo? ¡Ah! Es cierto. -Sonrió aliviado por el cambio de tema- Cumpliremos un año de casados. ¡Qué rápido pasa el tiempo!
Ella dijo, con voz monótona: -Al contrario, parece mucho más.
Cherryl había desviado la mirada y, en medio de una repentina intranquilidad, Jim se dijo que aquel tema tampoco era seguro. Le hubiera gustado que ella no evaluara el desarrollo de aquel año. "... No para asustarse, sino para aprender -pensaba Cherryl- Es esencial no dejarse dominar por el miedo, y aprender..." Se había repetido con tanta frecuencia aquellas frases, que se parecían a una columna pulida y alisada por el peso desprotegido de su cuerpo; la columna que la había sostenido durante ese año de matrimonio. Intentó repetirlas, pero sus manos resbalaban sobre su superficie: esas frases ya no podían mantenerla alejada del terror por más tiempo, porque estaba empezando a comprender.
"Si no lo sabes, lo que hay que hacer no es asustarse, sino aprender..." En la desconcertante soledad de las primeras semanas de su matrimonio, se había dicho aquellas palabras por primera vez. No podía comprender la conducta de Jim, sus repentinos arranques de cólera que tanto se parecían a la debilidad, o sus respuestas evasivas e incomprensibles semejantes a la cobardía, cada vez que le preguntaba algo. Tal comportamiento no era posible en el James Taggart con quien se había casado, pero se dijo que no podía condenar sin entender, que

nada sabía de su mundo, y que el grado de su ignorancia coincidía con la escasa comprensión de las acciones de otros. Aceptó la carga y sufrió el vapuleo de un continuo autorreproche contra la terca certeza de saber que algo andaba mal y que lo que en realidad tenía era miedo.
"Tengo que aprender todo lo que la esposa de James Taggart debe saber y ser." Tal había sido su modo de exponer el problema ante un profesor de ceremonial y buenas costumbres.
Inició su aprendizaje con la devoción, la disciplina, el empuje de un cadete militar o de una novicia religiosa. Se dijo que era el único modo de alcanzar las alturas que su esposo le había otorgado, de situarse donde él esperaba. Era su deber conseguirlo. Y aunque no quisiera confesárselo, se decía a sí misma que, al final de la larga tarea, recuperaría su perspectiva sobre él, las aptitudes que le devolvieran al hombre que había conocido la noche de su triunfo en la compañía ferroviaria.
No pudo comprender la actitud de Jim cuando le habló de las lecciones que estaba tomando. Él se había reído y a ella le era dificil creer en el desdén que advertía en su carcajada.
-¿Por qué, Jim? ¿De qué te ríes, Jim?
Pero él no quiso explicarlo, como si su desprecio no requiriera ningún motivo.
Ella no podía sospechar la existencia de la malicia: era demasiado paciente y generoso con sus errores y parecía dispuesto siempre a exhibirla en los mejores salones de la ciudad, y nunca le dirigió una palabra de reproche por su ignorancia, su torpeza o por aquellos terribles momentos en que un silencioso intercambio de miradas entre los invitados y un súbito sonrojo por su parte le decían que había vuelto a cometer algún error. Él no evidenció ningún indicio de molestia: se limitaba a observarla con una débil sonrisa y al regresar a casa, luego de aquellas veladas, se comportaba afectuosa; alegremente. Intentaba facilitarle la tarea, se decía a menudo, y gratitud hacia él la llevó a estudiar con mayor ahínco.
Creyó haber conseguido su recompensa la noche en que, tras una imperceptible transición, se encontró disfrutando por 1º vez en una fiesta. Se sintió verdaderamente libre para actuar, sin reglas a seguir, de acuerdo con sus inclinaciones; presa de una repentina confianza en que las reglas en cuestión se habían convertido en un hábito natural. Sabía que estaba atrayendo la atención, y por 1º vez notó que no era como consecuencia del ridículo, sino de la admiración. Aquella gente buscaba su compañía por sus méritos, porque era la Sra. Taggart y había ya dejado de vivir como un objeto de caridad, degradando el valor de Jim, siendo penosamente tolerada por consideración a él. Se reía alegremente, percibiendo amables sonrisas de apreciación en los otros invitados. Miraba a Jim a través del salón, como si le hubieran entregado un certificado escolar lleno de estupendas calificaciones, rogándole que se sintiese orgulloso de ella, pero él permanecía sentado en un rincón, observándola con mirada indescifrable, y de regreso a la casa, no dijo palabra.
-No comprendo por qué me arrastro a semejantes fiestas -estalló de improviso, quitándose la corbata de un tirón en medio del salón- ¡Jamás he sufrido semejante pérdida de tiempo! ¡Qué aburrimiento y qué vulgaridad!
-¿Cómo, Jim? -preguntó ella, consternada- Creí que la fiesta había sido magnífica.

-Para ti, sí. Parecías totalmente en tu casa, como si te hallaras en Coney Island. Me gustaría que aprendieras a comportarte como es debido y a no ridiculizarme en público.
-¿Te he ridiculizado esta noche?
-¡Claro que sí!
-¿Cómo?
-Si no lo comprendes, de nada serviría explicártelo -respondió en el tóno de un místico, convencido de que toda falta de comprensión equivale al reconocimiento de una vergonzosa inferioridad.
-Pues no lo comprendo -insistió ella con firmeza, y Jim salió de la habitación dando un portazo.
Cherryl se dijo que en aquella ocasión lo inexplicable no era, como otras veces, un simple espacio en blanco, sino que tenía cierto tinte de maldad. A partir de esa noche, una diminuta pero consistente de temor quedó impresa en su ánimo, como un distante foco que avanzaba hacia ella por un camino invisible.
El conocimiento no pareció darle una visión más clara del mundo de Jim, sino que agrandó más el misterio. No podía comprender que se exigiera de ella respeto hacia la melancólica insensatez de las exposiciones de arte a que asistían sus amigos, o a las novelas que leían, o a las revistas políticas cuyos artículos discutían. Las exposiciones donde contemplaba la misma clase de dibujos que podía hacer cualquier niño; las novelas encaminadas a demostrar la futilidad de la ciencia, la industria, la civilización y el amor, que utilizaban un lenguaje que ni su padre se hubiera atrevido a emplear en sus peores borracheras; las revistas que propulsaban generalidades cobardes, menos claras y más nauseabundas que las charlas que merecieron su repulsa hacia el predicador de aquella misión de su barrio, al que consideró un viejo fraudulento e hipócrita. No podía creer que aquello representara la cultura hacia la que él profesaba tanta admiración y que tan ansiosa estaba por descubrir. Le pareció haber subido a una montaña en cuya cima se levantaba una construcción parecida a un castillo, sólo para comprobar que en realidad no era tal cosa, sino la ruina de un espantoso depósito.
-Jim -le dijo cierta vez, luego de una reunión a la que asistieron algunos hombres considerados como los directores intelectuales del país- Ese Dr. Simon Pritchett es un falso, un viejo y asustadizo falso de pocas agallas.
-Escucha -le respondió él- ¿Te consideras capacitada para juzgar a los filósofos?
-Estoy calificada para juzgar a un charlatán. He visto suficientes de ellos para conocerlos en cuanto los tengo adelante.
-Por eso siempre te he dicho que nunca lograrás superar tu condición. De haberlo conseguido, apreciarías la filosofía del Dr. Pritchett.
-¿Qué filosofía?
-Si no la comprendes, no tiene sentido que te la explique -Pero no quiso dejarlo terminar la conversación con su fórmula favorita.
-Jim -insistió-, es un inútil. Él y Balph Eubank y toda su pandilla. Y creo que te consideran uno más.
En vez del enfado que había esperado, distinguió un breve destello de burla en los ojos de su esposo.
-Eso es lo que tú crees -respondió.

Experimentó un instante de terror al primer contacto con un concepto que nunca consideró posible: ¿y si Jim no hubiera sido, en realidad, aceptado por ellos? Podía comprender la falsedad del Dr. Pritchett, porque se trataba de una artimaña que le representaba beneficios inmerecidos; podía incluso admitir la posibilidad de que Jim fuera un impostor en su propio negocio; lo que no podía concebir era el concepto de que Jim fuera engañoso en un ámbito en el que no ganaba nada, con una hipocresía gratuita en comparación con la cual la inutilidad de un tahúr o de un rufián parecía inocentemente sana. No podía concebir los motivos de Jim. Sólo sentía que ese foco, ya no tan distante, se aproximaba a ella cada vez más.
No le era posible recordar por qué proceso, mediante qué acumulación de dolor, primero como débiles punzadas de intranquilidad, luego como heridas de perplejidad y, más tarde, como una tensión crónica y creciente causada por el miedo, había empezado a dudar de la posición de Jim en el ferrocarril. Su repentino y colérico "¿Es que no confías en mí?" que él gritaba en respuesta a sus primeras e inocentes preguntas, la llevó a comprender que, en efecto, no confiaba. Y eso cuando la duda no había adquirido aún forma en su mente, y esperaba que sus respuestas pudieran devolverle la tranquilidad. De niña, en los barrios pobres, había aprendido que la gente honesta no se mostraba susceptible acerca del tema de la confianza.
"No me gusta hablar tonterías", era su respuesta cada vez que ella mencionaba el ferrocarril. Una vez intentó insistir.
-Jim, ya sabes lo que pienso de tu trabajo y cómo te admiro por él.
-¡Ah! ¿De veras? ¿Te has casado con un hombre o con el presidente de un ferrocarril?
-Yo... nunca pensé en separar ambas cosas.
-Pues no resulta muy halagador para mí. -Lo miró, estupefacta- Preferiría creer que me amas por mí mismo y no por mi ferrocarril -le dijo.
-¡Por Dios, Jim! -exclamó Cherryl con voz ahogada- ¿No irás a pensar que yo...?
-No -respondió él con triste y generosa sonrisa- No creo que te casaras conmigo por mi dinero o por mi posición. Jamás he dudado de ti.
Comprendiendo, en medio de su atolondrada confusión y en su torturado deseo de claridad, que quizás le había dado pie para interpretar mal sus sentimientos, que debía tener en cuenta las amargas decepciones que él habría sufrido a manos de cazadoras de fortunas, no pudo hacer otra cosa sino mover la cabeza, a la vez que gemía:
-¡Oh, Jim! No es eso lo que quise decir.
El rió por lo bajo, como un niño, y le pasó un brazo por la cintura.
-¿Me amas? -preguntó.
-Sí -susurró ella.
-Pues entonces, debes tener fe en mí. El amor es fe, ya lo sabes. ¿No te das cuenta de que la necesito? Nadie me inspira confianza, sólo tengo enemigos a mi alrededor. Estoy muy solo. ¿No ves que te necesito?
Horas más tarde, sumida en una torturada inquietud, Cherryl paseó por su habitación deseando desesperadamente creer en él, pero sin aceptar ni una palabra de todo eso, aun cuando supiera que era cierto.
En efecto, era cierto, pero no como él pretendía, ni con un significado que ella pudiera entender. Era verdad, Jim la necesitaba, pero la naturaleza de tal

necesidad se le escapaba, no obstante sus esfuerzos para definirla. No sabía lo que él deseaba. No eran halagos, puesto que lo había visto escuchando los obsequiosos cumplidos de personas carentes de sinceridad, metido en su expresión de resentida inercia, casi la misma de un adicto a las drogas ante una dosis escasa para provocarle alguna reacción. Pero, en ocasiones, también lo había visto mirarla como si esperase una inyección que lograra reanimarlo y, a veces, como si se la estuviera mendigando. Percibía un pequeño chispazo de vida en sus ojos cada vez que le obsequiaba una señal de admiración. Sin embargo, respondía con un estallido de cólera, cada vez que ella mencionaba una razón para admirarlo. Parecía desear que lo considerase grande, pero nunca se aventuró a asignarle algún contenido específico a su grandeza.

No comprendió lo sucedido aquella noche de mediados de abril, cuando él regresó egresó de un viaje a Washington.

-¡Hola, nena! -exclamó en voz alta, depositando en sus brazos un ramo de lilas- ¡Volvieron los días felices! ¡Al ver estas lilas me acordé de ti! ¡La primavera se acerca, pequeña!

Se sirvió una copa y paseó por el recinto, hablando con una alegría quizá demasiado despreocupada y atrevida. Había en sus ojos un resplandor febril y en su voz un entusiasmo muy poco natural; ella empezó a preguntarse si Jim estaba nervioso o si sufría una gran depresión.

-¡Sé muy bien lo que planean! -exclamó de improviso, sin transición, y ella supo que acababa de sufrir una de aquellas explosiones internas- ¡No existe en todo el país más que una docena de personas que lo sepan, pero yo me he enterado! Los grandes lo guardan en secreto, hasta que crean llegado el momento de soltarlo a la nación. ¡Sorprenderán a mucha gente! ¡Muchos se quedarán anonadados! ¿He dicho muchos? ¡Diablos! Casi todos los habitantes del país. Afectará a todos y a cada uno de ellos. Fíjate si es importante.

-Afectarlos... ¿de qué modo, Jim?

-¡Afectándolos! No saben lo que se les viene encima, pero yo sí. Ahí los tienes tan tranquilos -Hizo un ademán, señalando las ventanas iluminadas de la ciudad- Haciendo planes, contando su dinero, acariciando a sus hijos o soñando, y no saben, pero yo sí, que todo va a quedar alterado, detenido, cambiado.

-¿Cambiado para peor o para mejor?

-Para mejor, desde luego -repuso él, impaciente, como si se tratara de una pregunta absurda. Su voz pareció perder todo fuego e irse deslizando hacia el tono automático de quien cumple un deber- Se trata de un plan para salvar al país, para detener nuestro hundimiento económico, para prolongar la calma, para alcanzar estabilidad y seguridad.

-¿Qué plan?

-No puedo revelártelo. Es secreto. Totalmente secreto. No sabes cuánta gente querría saberlo. No existe un solo industrial que no cedería una docena de sus mejores instalaciones para enterarse de sólo una pequeña parte, pero no lo conseguirán. Ni siquiera ese Hank Rearden, al que tú tanto admiras.

Se rió por lo bajo, contemplando el futuro.

-Jim -le preguntó ella con cierto tono miedoso, revelador de lo que su reciente risa le había hecho sentir-, ¿por qué odias tanto a Hank Rearden?

-¡Yo no lo odio! -Se volvió de inmediato hacia ella, con el rostro increíblemente preocupado casi presa de terror- Nunca he dicho que lo odiara. No te preocupes; aprobará ese plan. Todos los harán. Es en beneficio común.
Parecía rogarle. Cherryl tuvo la desesperante certeza de que le mentía, pero que su súplica era sincera como si quisiera tranquilizarla, pero por algo distinto de lo que estaba diciendo.
Ella forzó una sonrisa.
-Sí, Jim, desde luego -respondió, preguntándose qué instinto en aquel caos imposible la había obligado a pronunciar tales palabras, como si fuera ella quien tuviera que tranquilizarlo y no a la inversa.
La expresión que vio en su cara era casi una sonrisa de gratitud.
-Tenía que decírtelo esta noche. Tenía que decírtelo. Quiero que sepas los tremendos problemas a que me enfrento. Siempre hablas de mi trabajo, pero no lo comprendes: es mucho más complejo de lo que imaginas. Crees que dirigir un ferrocarril consiste sólo en tender rieles de metales extraños, e intentar que los trenes lleguen a tal o cual lugar a su debido tiempo. Pero no es sólo eso. Cualquier persona haría ese trabajo. El verdadero corazón de un ferrocarril se encuentra en Washington. Mis tareas están relacionadas con la política. ¡Política! Decisiones de alcance nacional, que afectan y atañen a todo el mundo. Unas palabras en un papel, una disposición, cambian la vida de cada persona, en cada escondite, en cada grieta, en cada mansión de este país.
-Sí, Jim -dijo, deseando creer que era en efecto un hombre de importancia en aquel misterioso Washington.
-Ya verás -continuó, paseando por el cuarto- Tú piensas que esos gigantes de la industria, con sus motores y sus hornos, son poderosos. Serán detenidos, despedazados, arruinados. Serán... -Observó el modo en que ella lo miraba- No es para nosotros -se apresuró a explicar-, sino para el pueblo. He aquí la diferencia entre negocios y política. No tenemos objetivos egoístas, ni nos impulsan motivos particulares; no perseguimos las ganancias, ni empleamos nuestras vidas esforzándonos en conseguir dinero. ¡No lo necesitamos! Por eso somos calumniados e incomprendidos por todos los cazadores de oro que no pueden concebir un motivo espiritual, un ideal o... ¡No podemos impedirlo! -exclamó súbitamente, volviéndose hacia ella- ¡Era preciso ejecutar ese plan! ¡De lo contrario, todo se caería a pedazos! ¡Hay que hacer algo! ¡Debemos impedir que todo siga derrumbándose! ¡No hay más remedio!
Sus ojos tenían ahora una expresión desesperada y ella no supo si se jactaba de algo o si pedía perdón, si aquello constituía un triunfo o si expresaba terror.
-Jim, ¿te sientes bien? Quizás trabajaste demasiado, estás agotado y...
-¡Nunca me sentí mejor en mi vida! -replicó, deteniendo su paseo por la habitación- Desde luego que tuve mucho trabajo. Mi tarea es más pesada de lo que te imaginas y está muy por encima de procedimientos mecánicos como los de Rearden y mi hermana. Pero hagan lo que hagan, yo puedo deshacerlo. Dejémoslos tender una vía, llego yo y la rompo. ¡Así! -Chasqueó los dedos- Igual que se rompe una columna vertebral.
-¿Quieres romper columnas vertebrales? -murmuró ella, temblando.
-¡No he dicho tal cosa! -gritó- ¿Qué diablos sucede contigo? ¡No dije eso!

-Lo siento, Jim -jadeó Cherryl, afectada por sus propias palabras y por el terror que se pintaba en los ojos de su marido- Es sólo que no comprendo, pero... pero sé que no debería irritarte con mis preguntas cuando estás tan cansado -se esforzaba en convencerse de lo que decía-, cuando tienes tantas cosas en la cabeza... tantas... cosas importantes... que yo ni siquiera puedo comprender...
Él abatió los hombros aliviado, se acercó a ella, se dejó caer pesadamente de rodillas, y la rodeó en sus brazos.
-¡Pobre y pequeña tonta! -le dijo, afectuoso.
Ella se quedó junto a él, sintiendo algo parecido a la ternura y casi como la piedad, pero enseguida, lo que vio en su rostro era en parte agradecimiento y en parte desdén. A causa de un desconocido fallo, él se había absuelto y la condenaba.
En los días que siguieron, se dijo que era inútil insistir en todo aquello que estaba fuera de su alcance, que su deber era creerle y que el amor era fe; pero sus dudas seguían aumentando, dudaba de aquel incomprensible trabajo y de la relación de Jim con el ferrocarril. Sin embargo, cuanto más se imponía confiar en él, más dudaba. Hasta que una noche de insomnio comprendió que sus esfuerzos para cumplir con el deber de la fe consistían en apartarse de cuantos cuestionaran la tarea de Jim, no leer los artículos periodísticos que mencionaran a Taggart Transcontinental, cerrar la mente a toda evidencia y toda contradicción. Se quedó perpleja, considerando esta pregunta: "¿De qué se trata, entonces? ¿De la fe en contra de la verdad?". Y, comprendiendo que parte de su celo en creer tenía como origen su temor a saber, se impuso la tarea de enterarse de todo, con un sentido de la rectitud más limpio y más tranquilo que el representado por el autoengaño que se había impuesto antes.
No tardó mucho tiempo en averiguarlo. El aire evasivo de los directores ejecutivos de la empresa cuando les formuló unas cuantas preguntas, los lugares comunes que incluían en sus respuestas, la tensión en sus modales al mencionarles al jefe y su evidente rechazo a objetar lo que éste hiciera, no le revelaron nada concreto, pero le dieron la sensación de haberse enterado de lo peor. Los obreros fueron más explícitos: los guardabarreras, porteros y taquilleros, a los que atrajo hacia conversaciones, al parecer sin importancia, en la Terminal Taggart y que no la conocían.
-¿Jim Taggart? ¿Ese mentecato quejumbroso y llorón que sólo sabe hablar?
-¿Jimmy, el presidente? Se lo voy a decir: es como un vagabundo que viaja gratis en el tren.
-¿Jefe, el Sr. Taggart? Usted habrá querido decir la Srta. Taggart, ¿verdad?
Fue Eddie Willers quien le contó toda la verdad. Supo que conocía a Jim desde que eran niños y le pidió que comiera con ella. Cuando ambos se enfrentaron sentados a la mesa, cuando ella observó la anhelante, interrogadora y directa expresión de sus ojos y oyó la sencillez severa y literal de sus palabras, abandonó toda tentativa de instigación indirecta y le preguntó lo que deseaba saber, de un modo breve, impersonal, sin apelar a su ayuda ni a su compasión, sino tan sólo a su total sinceridad. Eddie le respondió de la misma manera, poniéndola al tanto de la historia, de un modo tranquilo, sin pronunciar dictamen alguno ni expresar opinión; sin abusar de sus emociones, ni dar señal de preocupación por ellas; hablando con la brillante austeridad y el terrible poder de los hechos. Le contó quién dirigía Taggart Transcontinental y también la historia de la línea "John Galt".

Cherryl lo escuchó, y lo que sintió no fue sorpresa, sino algo peor: la falta de asombro, como si hubiera sabido todo aquello de antemano.

-Gracias, Sr. Willers -fue todo cuanto pudo decirle al despedirse.
Aquella noche esperó el regreso de Jim. Lo que más le dolía e indignaba era su propio desapego: todo aquello había dejado de importarle, incluso las consecuencias de sus actos.
No fue cólera lo que sintió al ver entrar a su marido en la habitación, sino una turbia sorpresa, casi como si la maravillara quién era aquel hombre y por qué resultaba necesario hablar con él. Lo puso al corriente de lo que sabía, de un modo breve, con voz cansada y floja. Creyó que él, tarde o temprano, la comprendería.
-¿Por qué no me contaste la verdad, Jim? -le preguntó luego.
-¿Esa es tu idea de la gratitud? -gritó Jim- ¿Es eso lo que sientes luego de cuanto hice por ti? Todo el mundo me advirtió que sólo grosería y codicia era lo que podía esperar por haber recogido a un gato vagabundo en el sucio arroyo.
Lo miró como si estuviera escuchando sonidos inarticulados, carentes de conexión.
-¿Por qué no me contaste la verdad? -repitió.
-¿Es ése el amor que sientes hacia mí, maldita hipócrita? ¿Es eso lo que recibo como recompensa por mi fe en ti?
-¿Por qué mentiste? ¿Por qué permitiste que pensara lo que pensé?
-¡Deberías avergonzarte! ¡Deberías avergonzarte de mirarme a la cara o de hablarme!
-¿Yo?
Los sonidos inarticulados ahora encajaban entre sí, pero no podía creer lo que significaban.
-¿Qué intentas hacer, Jim? -preguntó, recelosa y distante.
-¿No has pensado en mis sentimientos? ¿Imaginaste alguna vez lo que esto podía significar para mí? ¡Es lo primero que debiste tener en cuenta! Es la primera obligación de una esposa y de una mujer, sobre todo en tu posición. ¡No existe nada más bajo y repugnante que la ingratitud!
Durante un instante, Cherryl vislumbró el hecho inaudito de que un culpable intentara justificarse instigando sentimientos de culpa en su víctima, pero eso no podía entrar en su cabeza. Una punzada de horror la empujó a desechar una cosa que podía destruirla, algo así como haber dado un paso atrás desde el borde mismo de la demencia. Pero cuando dejó caer la cabeza cerrando los ojos, sólo supo que sentía disgusto, un disgusto terrible por un motivo que no podía identificar.
Cuando miró de nuevo a Jim, le pareció percibir en él un destello vigilante; la contemplaba con el aire inseguro, retraído y calculador de quien observa que su ardid no ha conseguido los resultados que esperaba. Pero antes de tener tiempo para creerlo, la cara de su esposo quedó velada otra vez por un aire de ofensa y de cólera.
Como expresando sus pensamientos en beneficio de un ser racional que no estaba presente, pero que debía imaginar allí, porque no había otro a quien decírselo, Cherryl manifestó:

-Aquella noche... aquellos titulares... aquella gloria... no eran tuyos... sino de Dagny.
-¡Cállate de una vez, maldita puta enferma!
Toda expresión se borró de su rostro. Ya nada podía alcanzarla, porque lo peor había sido dicho.
Jim dejó escapar un sonido, semejante a un sollozo:
-Cherryl, lo siento. No quise decir eso. Retiro lo dicho, no quise...
Ella siguió de pie, apoyada en la pared, igual que en los primeros momentos de la conversación.
Jim se dejó caer en el borde de un sofá, en actitud de total y dolido abandono.
-¿Cómo querías que te explicara? -preguntó perdida toda esperanza- ¡Es tan grande y tan complejo! ¿Cómo iba a contarte cosas relacionadas con un ferrocarril transcontinental, salvo que conocieras todos sus detalles y ramificaciones? ¿Cómo podía explicarte mis años de trabajo, mis...? ¡Oh! ¿De qué hubiera servido? Nadie me comprendió jamás y ya debería haberme acostumbrado. Pero te creí distinta, y esperé una oportunidad.
Jim, ¿por qué te casaste conmigo?
Él se rió tristemente.
-Eso es lo que me preguntan todos, pero nunca creí que tú también lo hicieras. ¿Por qué? Pues, porque te amo.
Cherryl se quedó perpleja al darse cuenta de que aquella palabra, que se suponía la más fácil del lenguaje, entendida por todos, el lazo universal entre los seres humanos, no tuviera significado alguno para ella ni supiera a qué correspondía en la mente de Jim.
-Nunca nadie me amó -continuó él- No hay amor en el mundo. La gente no siente, pero yo sí. ¿A quién le preocupa? Sólo les interesan sus horarios, sus trenes y su dinero. No puedo vivir entre toda esa gente. Me siento solo. Siempre anhelé comprensión. Quizá no sea más que un idealista desesperanzado, que busca lo imposible. Nadie me entenderá jamás.
-Jim -dijo ella con sorprendente severidad-, durante todo este tiempo me he esforzado en comprenderte.
Él dejó caer las manos, como si quisiera borrar aquellas palabras, pero no de un modo ofensivo, sino tan sólo triste.
-Creí que lo conseguirías. Eres todo lo que tengo, pero quizás la comprensión no sea posible entre humanos.
-¿Por qué ha de ser imposible? ¿Por qué no me comunicas tus deseos? ¿Por qué no me ayudas a comprenderte?
-Ahí está el problema -explicó él suspirando- En todos esos "por qué". Tu constante indagación del porqué de las cosas. Aquello de que hablo no puede ser transformado en palabras, no tiene nombre. Debe sentirse. Lo sientes, o no. No es cosa de la mente, sino del corazón. ¿No has sentido alguna vez? Sentir sencillamente, sin hacer tantas preguntas. ¿Me comprendes?, como a un ser humano y no como si fuese un objeto científico en un laboratorio. Con esa gran comprensión que va más allá de nuestras pobres palabras y de nuestros deficientes espíritus... No, creo que no debo perseguir tal cosa, pero siempre buscaré y esperaré. Eres mi última esperanza, eres todo lo que tengo.
Ella permanecía apoyada en el muro, sin moverse.

-Te necesito -gimió Jim suavemente- Estoy solo, no eres como los demás. Creo en ti. Confío en ti. ¿Qué me han dado el dinero, la fama, los negocios y la lucha? Eres todo lo que tengo... -repitió.
Un cambio en la dirección de su mirada fue la única forma de reconocimiento que ella le otorgó. Todo cuanto él decía sobre su sufrimiento era mentira, pensó, pero, en cambio, era cierto que sufría. Tenía ante sí a un hombre destrozado por una continua angustia, que era incapaz de revelar, pero que quizás ella aprendiera a conocer. Le debía al menos aquello, se dijo en el tono gris de quien cumple un deber, en pago por la posición que le había dado y que tal vez, después de todo, fuera lo único que podía darle. Le debía su esfuerzo para comprenderlo.
En los días que siguieron se convirtió en una desconocida para sí misma, una desconocida que nada tenía que desear o que buscar. En lugar de un amor alimentado por el fuego brillante de la adoración al héroe, no le quedaba más que la mordiente mediocridad de la compasión. En vez de los hombres que tanto se esforzaba en encontrar, que combatían por sus objetivos y se negaban a sufrir, sólo le quedaba uno cuyos sufrimientos constituían la única aspiración a un valor y su única oferta a cambio de la vida. Pero ya no le importaba. Había contemplado con anhelo cada vuelta del camino frente a ella; la desconocida que ocupaba ahora su sitio se asemejaba a aquellos sujetos refinados que veía a su alrededor; individuos que afirmaban ser adultos porque no intentaban ni siquiera pensar o desear.
Pero la desconocida seguía embrujada por el fantasma que era ella misma y que tenía una misión. Tenía que descubrir las cosas que la habían destruido. Tenía que saber, y vivía inmersa en incesante espera. Tenía que saber, aun cuando notara que el foco se iba acercando cada vez más, y que al llegar a una comprensión total, las ruedas la arrollarían.
"¿Qué quieres de mí?", era la pregunta que latía en su cerebro como una clave sin descifrar. "¿Qué quieres de mí?", gritaba en silencio a las mesas en las que comía, a las salas donde se celebraba una reunión y a sus noches sin sueño. Se lo gritaba a Jim y a quienes parecían compartir el secreto de él: a Balph Eubank, al Dr. Pritchett... "¿Qué quieres de mí?" No lo preguntaba en voz alta porque sabía que nunca conseguiría una respuesta. "¿Qué quieres de mí? ", se decía con la sensación de estar corriendo, aunque sin disponer de espacio por donde escapar. "¿Qué quieres de mí?", se preguntaba mirando aquel largo camino de tortura que era su matrimonio y que aún no había alcanzado a cumplir un año.
-¿Qué quieres de mí? -preguntó en voz alta y se vio sentada a la mesa del comedor, mirando a Jim, a su rostro febril y a la mancha de agua que se empezaba a secar sobre el mantel.
No supo cuánto tiempo el silencio había reinado entre ambos y la sobresaltó el sonido de su propia voz al formular esa pregunta que no había tenido intención de hacer. No esperaba que él la comprendiera porque nunca pareció comprender las preguntas más sencillas. Sacudió la cabeza, esforzándose por volver a la realidad.
Con cierto aire de burla, como si se mofara de sus opiniones acerca de él, Jim respondió:
-Amor.
Ella se hundió otra vez en la desesperanza, frente a una respuesta a la vez tan simple y tan sin sentido.

-Tú no me amas -añadió acusador. Ella siguió en silencio- Si me amaras no me harías semejante pregunta.
-Te amé en otros tiempos -respondió Cherryl con tristeza-, pero no por lo que deseabas ser amado. Te amé por tu valor, por tu ambición, por tu inteligencia, pero nada de eso era verdad.
El labio inferior de Jim se adelantó un poco, despectivo.
-¡Qué estúpida idea del amor! -exclamó.
-Jim, ¿por qué razón quieres que te ame?
-¡Qué despreciable actitud de vendedora ordinaria!
Ella no contestó. Lo miraba con los ojos muy abiertos, en silenciosa pregunta.
-¡Ser amado por algo! -exclamó Jim, seguro de estar en lo correcto- ¿De modo que, a tu juicio, el amor es una cuestión matemática, algo que puede cambiarse, pesarse o medirse como un kilo de mantequilla sobre el mostrador de cualquier negocio? No quiero que se me ame por nada. Quiero que se me ame por mí mismo, no por lo que haga, o tenga, o diga, o piense. Por mí mismo, no por mi cuerpo, mi mente, mis palabras, mis obras, ni mis actos.
-Entonces... ¿qué eres tú?
-Si me amaras no lo preguntarías. -En su voz sonaba una aguda nota de nerviosismo, como si oscilara peligrosamente entre la cautela y un ciego impulso sin objetivo- No lo preguntarías. Lo sabrías. Lo sentirías. ¿Por qué estás siempre intentando rotularlo y definirlo todo? ¿No puedes elevarte sobre esas simples definiciones materialistas? ¿Es que no sientes... simplemente sientes?
-Sí, Jim, siento -respondió ella eh voz baja-, pero procuro evitarlo porque... porque lo que siento es miedo.
-¿De mí? -preguntó él, esperanzado.
-No, no exactamente. No es miedo de lo que puedas hacerme, sino de lo que eres.
Jim bajó los párpados con la rapidez de quien cierra de golpe una puerta, pero Cherryl alcanzó a apreciar un increíble destello de terror en sus ojos.
-¡Tú no eres capaz de amar a nadie, eres una barata buscadora de oro! -gritó de pronto en un tono carente de color, pero ansioso de herir- Sí, he dicho buscadora de oro. Existen muchas formas de hacerlo, además de la codicia del dinero y de otras formas peores. Eres una buscadora de oro del espíritu. No te casaste por mi dinero, pero sí por mi inteligencia, mi valentía o cualquier otro valor al que pusiste como precio tu amor.
-¿Quieres... que el amor... no tenga motivos?
-¡El amor es un motivo en sí mismo! Está por encima de causas y razones. El amor es ciego, pero tú no serías capaz de sentirlo. Posees el alma mezquina y calculadora de una vendedora que comercia, pero que nunca da. El amor es un don, libre, incondicional y lleno de grandeza, que trasciende y que lo olvida todo. ¿Crees que resulta generoso amar a un hombre por sus virtudes? ¿Qué entregas tú a cambio? Nada. No es más que un acto de fría justicia pensar que no se recibe más que aquello que se ha ganado.
Los ojos de Cherryl estaban ahora sombríos, con la peligrosa intensidad de quien está vislumbrando su objetivo.
-Quieres que sea inmerecido -dijo. No interrogaba, pronunciaba un veredicto.
-¡Oh! ¡No comprendes!

-Sí, Jim, comprendo. Eso es lo que deseas, lo que todos desean. No quieres dinero ni beneficios materiales, ni seguridad económica ni ninguna de esas cosas que siempre pides. -Hablaba con tristeza y monotonía, atenta sólo a poner en palabras claras aquel tortuoso caos que vibraba en su interior- Todos ustedes, los predicadores del bienestar, no van en busca del dinero no ganado. Por el contrario, quieren compensaciones, pero de diferente clase. Dices que soy una buscadora del oro del espíritu porque anhelo valores. Entonces, ustedes, los predicadores del bienestar... son meros saqueadores del espíritu. Nunca he pensado, ni nadie me indicó jamás, qué significaba ganar algo en el terreno espiritual, pero eso es precisamente lo que deseas. Quieres un amor no ganado, una admiración sin base, una grandeza por la que no hayas trabajado. Quieres ser como Hank Rearden, sin necesidad de ser lo que es él. Sin la necesidad de ser nada. Sin... la necesidad… de ser...
-¡Cállate! -gritó.
Ambos eran presas del terror y se sentían al borde del abismo, sabiendo que un paso adelante sería fatal.
-¿Qué crees que estás diciendo? -preguntó Jim con despectiva ira, pero con la intensidad de un simple altercado familiar- ¿Qué clase de tema metafísico intentas desarrollar?
-No lo sé... -respondió Cherryl, cansada, bajando la cabeza como si la forma que había intentado capturar hubiera quedado fuera de su alcance- No lo sé... No me parece posible...
-Más vale que dejes esos temas que te superan o...
Pero tuvo que detenerse porque en ese momento entró el mayordomo con la botella de champán que habían ordenado.
Guardaron silencio, dejando que el recinto se llenara con los sonidos que siglos de hombres y de luchas dejaron establecidos como el símbolo de un acontecimiento alegre: el estampido del corcho, el gorgoteo del dorado vino al caer en 2 grandes copas que reflejaban la oscilante luz de las velas y el susurro de las burbujas que invitaban a todo cuanto las rodeaba a elevarse con ellas.
Cuando el mayordomo se retiró, Taggart tomó la copa fláccidamente, cerró después su mano sobre ella en un gesto convulso y torpe y la levantó, pero no con la delicadeza de quien manipula cristal, sino como si esgrimiera una cuchilla de carnicero.
-¡Por Francisco d'Anconia! -dijo.
Ella bajó su copa.
-No -repuso ella.
-¡Bebe! -gritó Jim.
-¡No! -insistió Cherryl. Su voz era plomo ardiente.
Se miraron fijamente un instante, mientras la luz jugaba sobre el líquido dorado, sin llegar a sus caras ni a sus ojos.
-¡Vete al diablo! -gritó Jim. Se puso de pie, arrojo la copa al suelo y salió precipitadamente del comedor.
Cherryl se quedó sentada sin moverse largo rato y luego se levantó lentamente y oprimió el timbre para llamar al mayordomo.
Fue a su habitación, caminando de un modo tan sereno que no parecía natural, abrió un armario, sacó un vestido y un par de zapatos, se quitó la bata con

movimientos precisos, como si su vida dependiera de no alterar cuanto la rodeaba ni lo que había en su interior. La conducía un solo pensamiento: tenía que salir de la casa, salir de allí aunque fuera sólo por un rato, sólo por la hora siguiente. Luego estaría en condiciones de enfrentarse a lo que viniera.

* * *

Los renglones se habían vuelto borrosos sobre el papel y, al alzar la cabeza, Dagny se dio cuenta de que había oscurecido.
Apartó las hojas, pero no quería encender la lámpara para permitirse el alivio de la inactividad y la penumbra que la aislaban de la ciudad, más allá de las ventanas de la oficina. El calendario, en la distancia, anunciaba: "5 de agosto".
El mes anterior se había esfumado sin dejar más rastro que el vacío de un tiempo muerto. Transcurrió para Dagny en tareas sin plan ni gratificaciones, pasando de una emergencia a otra, en intentos de demorar el colapso de alguna línea. Aquel mes había si-do un montón de días, desconectados entre sí, cada uno de los cuales parecía destinado a evitar un desastre inminente. No fue una suma de resultados, sino una suma de ceros, de cosas que no habían sucedido, de catástrofes impedidas. No fue la protagonista de una tarea al servicio de la vida, sino de una carrera contra la muerte.
Hubo momentos en que una visión no convocada, la imagen del valle, surgía ante ella, pero no como una repentina aparición, sino como una constante presencia, que de improviso se volvía una insistente realidad. Se enfrentó a ella en momentos de ciega quietud, forcejeando entre una inconmovible decisión y un inquebrantable dolor al que había que combatir con el conocimiento, diciéndose: "Estoy de acuerdo, incluso con esto".
Algunas mañanas despertaba al sentir los rayos del sol sobre su cara, pensando que tenía que apresurarse a ir a la tienda de Hammond y comprar huevos para el desayuno, pero al recuperar la conciencia y ver la neblina de Nueva York al otro lado de la ventana de su dormitorio, sentía un sobresalto similar a un toque mortal, procedente del rechazo a la realidad. "Lo sabías" -se decía severamente- "Sabías lo que iba a suceder cuando elegiste." Y arrastrando el cuerpo, como un peso fastidioso, fuera de la cama para enfrentarse a una nueva jornada sin atractivos, murmuraba: "Estoy de acuerdo también con esto".
Lo peor de aquella tortura fueron los momentos en que, caminando por la calle, percibía de pronto un destello de color castaño claro, una dorada mata de cabello entre las cabezas de la gente y sentía entonces como si la ciudad desapareciera, como si nada, aparte de la violenta calma de su existir, pudiera retrasar el momento en que correría hacia él para abrazarlo. Pero al instante siguiente se desvanecía ante la visión de una cara sin significado y permanecía inmóvil sin ganas de dar otro paso, sin incentivo para seguir generando la energía de vivir. Había intentado evitar esos momentos, caminando con la vista fija en el suelo, pero no lo consiguió. Por una voluntad absolutamente ajena a la suya sus ojos se levantaban hacia todo cuanto tuviese tono dorado.

Mantuvo levantadas las cortinas de su oficina, recordando la promesa de John y pensando: "Si me estás observando... donde sea que estés...". No había en las

proximidades ningún edificio con altura suficiente, pero contemplaba las distantes torres preguntándose en qué ventana podía tener su puesto de observación. Imaginaba que, por algún invento suyo, de rayos y de lentes, podría observar todos sus movimientos desde algún rascacielos situado a un kilómetro de allí. Se sentaba frente a las ventanas abiertas, pensando: "Sólo para saber que me estás viendo, aun cuando yo no vuelva a verte".
Recordando aquello se puso de pie y encendió la luz.
Luego inclinó la cabeza un instante, con aire de triste ironía, riéndose de sí misma, y se preguntó si las iluminadas ventanas en medio de la negra inmensidad de la urbe significarían un resplandor que pidiera la ayuda de él... o un faro que siguiera protegiendo al resto del mundo.
Entonces sonó el timbre.
Al abrir pudo ver ante ella la silueta de una joven cuyo rostro le resultó levemente familiar, y le llevó un momento comprender que tenía ante sí a Cherryl Taggart, a quien, excepto por un intercambio de saludos en algunos encuentros casuales en el Edificio Taggart, no había vuelto a ver desde la boda.
Cherryl estaba muy seria.
-¿Me permite que le hable... -vaciló, añadiendo por fin: -...Srta. Taggart?
-Desde luego -repuso Dagny gravemente- Pase.
La calma poco natural de Cherryl le dio la sensación de una desesperada urgencia, cosa que confirmó cuando vio el rostro de la joven a la luz de la sala.
-Siéntese -le dijo, pero Cherryl permaneció de pie.
-He venido a pagar una deuda -dijo Cherryl con expresión solemne por el esfuerzo de no permitirse emoción alguna- Quiero pedirle perdón por lo que le dije durante mi boda. No hay razón por la que deba perdonarme, pero sí debo confesar que ahora comprendo que insulté a todo lo que admiro y defendí aquello que desprecio. Sé muy bien que admitirlo no arregla nada y que venir aquí incluso constituye una posición presuntuosa, puesto que no hay motivos por los que tenga que escucharme; debido a ello quizás no pueda ni siquiera cancelar la deuda pero sólo quiero pedir un favor... que me permita aclararle unas cosas.
La emoción de Dagny, su incredulidad, cálida y dolorosa, era algo así como decir: "¡Qué distancia para recorrer en menos de un año...!". Sin sonreír, con una vivacidad que parecía una mano tendida hacia la otra, sabiendo que una sonrisa podía dar por tierra con aquel precario equilibrio, respondió:
-Pero lo compensa y quiero oírlo.
-Sé que es usted quien dirige Taggart Transcontinental, que fue usted quien construyó la línea "John Galt", que tuvo la inteligencia y el valor de mantener todo eso en funcionamiento. Supongo que le habrán dicho que me casé con Jim por su dinero... ¿Qué vendedora no lo hubiera hecho? Pero verá, si me casé con Jim fue porque... creí que él era usted. Creí que él era Taggart Transcontinental. Ahora sé que... -vaciló, pero luego continuó firmemente, como si no quisiera ahorrarse nada- es una especie de oportunista jactancioso, aunque no puedo comprender de qué clase ni por qué motivo. Cuando hablé con usted el día de mi boda, creí que defendía la grandeza y atacaba a su enemigo... pero era al revés... ¡Una horrible e increíble inversión de los hechos...! Así que he querido decirle que sé la verdad... y no lo hago por usted, puesto que no tengo derecho a presumir que le importe, sino... por las cosas que amo.

-Desde luego, se lo perdono -dijo Dagny lentamente.
-Gracias -murmuró Cherryl, volviéndose para partir.
-Siéntate.
Negó con la cabeza.
-Eso... eso era todo, Srta. Taggart.
Dagny se permitió el primer asomo de sonrisa en el momento de decir:
-Cherryl: mi nombre es Dagny.
La respuesta de Cherryl no constituyó más que un débil y tembloroso movimiento de la boca, como si entre las 2 hubiesen completado una sonrisa.
-Yo... no sabía si debía...
-Somos hermanas, ¿verdad?
-¡No! ¡No a través de Jim! -respondió con un grito involuntario.
-No. Por propia elección. Siéntate, Cherryl. -La joven obedeció, esforzándose en no revelar el anhelo con que aceptaba, ni demostrar necesidad de ayuda, ni desfallecimiento alguno- Has pasado unos tiempos muy malos, ¿verdad?
-Sí..., pero no importa... es mi problema... y mi culpa.
-No creo que haya sido culpa tuya.
Cherryl no contestó y luego repentina y desesperadamente dijo:
-Mira... lo que menos deseo es que me tengan compasión.
-Jim debe haberte dicho... y es cierto... que nunca compadezco a nadie.
-Sí, lo hizo... pero lo que yo quiero decir...
-Sé lo que quieres decir.
-No hay motivo por el que tengas que preocuparte por mí... No he venido a quejarme ni... ni a colocar una nueva carga sobre tus hombros... Lo que he sufrido no es motivo para exigir nada de ti.
-Es cierto, pero el hecho de que valores las mismas cosas que yo, sí.
-¿Quieres decir... que si hablas conmigo no es por compasión? ¿No es solamente porque lamentas lo que me ocurre?
-Lamento profundamente lo que te ha pasado, Cherryl, y me gustaría ayudarte, pero no porque sufras, sino porque no mereces sufrir.
-¿Significa eso que no te mostrarías amable si vieras en mi algún rasgo de debilidad, bajeza o sumisión? ¿Sólo por aquello que consideras bueno en mi persona?
-Por supuesto.
Cherryl no movió la cabeza, pero pareció como si su ánimo se levantara, como si una corriente de energía relajara sus facciones prestándoles ese raro aspecto en el que se combinan el dolor y la dignidad.
-No es ninguna limosna, Cherryl. No tengas miedo de hablar.
-Resulta extraño... Eres la primera persona a quien puedo dirigirme... y parece tan fácil... Sin embargo, tenía miedo de hablarte. Desde hace mucho tiempo quise pedir que me perdonaras, desde que supe la verdad. Llegué hasta la puerta de tu oficina, pero me quedé en la recepción sin valor para entrar... Esta noche no quería venir. Salí únicamente... para pensar, y de pronto, comprendí que quería verte, que en toda la ciudad era éste el único lugar al que tenía que venir y la única cosa que aún me quedaba por hacer.
-Me alegro de que lo hicieras.

-Verá, señori... Verás, Dagny -corrigió suavemente, como extrañada- No eres como yo esperaba... Ellos, Jim y sus amigos, aseguran que eres dura, fría y sin sentimientos.
-Así es, Cherryl. Así soy en el sentido que ellos me atribuyen, pero ¿te han contado alguna vez el significado que ellos dan a tales cualidades?
-No, nunca lo han hecho. Sólo se burlan de mí cuando les pido explicaciones de algo. ¿Cuáles son sus ideas sobre ti?
-Cada vez que alguien acusa a otro de ser "insensible", está diciendo que tal persona es justa, que se trata de un ser cuyas emociones nunca son infundadas, de alguien que nunca otorgará sentimientos que el otro no merezca. Ellos creen que "sentir" es ir contra la razón, contra los valores morales y contra la realidad, pero ¿qué ocurre? -preguntó observando la anormal intensidad que se pintaba en la mirada de Cherryl.
-Es... algo que he intentado comprender con todas mis fuerzas... durante un tiempo muy largo...
-Bien, observa que nunca has escuchado esa acusación en defensa del inocente, sino siempre en defensa del culpable. Nunca la has oído pronunciar por una buena persona, refiriéndose a quienes no le hacen justicia. Pero sí por sinvergüenzas en relación a quienes los tratan como tales, a las personas que no sienten lástima por la maldad que ese culpable ha cometido ni por los dolores que sufre como consecuencia. Eso es lo que yo no siento. Pero aquellos que así sienten no aprecian ninguna cualidad dotada de grandeza humana, ni ninguna persona o acto que merezca admiración, aprobación o estima. Esos son mis sentimientos. Hay que elegir entre una cosa u otra. Los que otorgan su lástima al culpable no se la ofrecen al inocente. Pregúntate cuál de esas 2 personas es la que carece de sentimientos y comprenderás qué reacción es la opuesta a la caridad.
-¿Cuál es? -murmuró.
-La justicia, Cherryl.
Cherryl se estremeció, bajando la cabeza.
-¡Oh, Dios mío! -gimió- ¡Si supieras los malos ratos que me ha hecho pasar Jim, tan sólo porque creo lo mismo que tú! -Levantó la cabeza, estremeciéndose de nuevo. Todo aquello que había intentado dominar la invadía de improviso y en su mirada se pintaba el terror- Dagny -murmuró- Dagny, les tengo miedo... a Jim y a los otros... pero no tengo miedo de lo que puedan hacer, porque si fuese así podría eludirlo... sino miedo de que no exista lugar adonde huir... miedo de lo que son y... y de que existan.
Dagny se adelantó rápidamente, se sentó en el brazo del sillón que ella ocupaba y la estrechó por los hombros para infundirle tranquilidad.
-Calma, calma -le dijo- Estás equivocada, nunca debes temer a la gente, nunca debes pensar que su existencia es un reflejo de la tuya, y eso es precisamente lo que piensas.
-Sí... considero que no hay ninguna posibilidad para mi existencia si ellos... No hay posibilidad, ni sitio, ni mundo con el cual puedo luchar... No quiero pensar así y no dejo de rechazar tales ideas, pero vuelven una y otra vez y no tengo adónde escapar... No puedo explicar de qué se trata, no puedo hacerme cargo de eso. Da miedo descubrir que uno no puede apoyarse en nadie, como si todo el mundo

quedara repentinamente destruido, pero no por una explosión, ya que ésta es algo duro y consistente, sino por... por una especie de horrible reblandecimiento... como si todo perdiera solidez, nada mantuviera su forma y fuese posible introducir el dedo en paredes de piedra, viéndola ceder como mermelada, y las montañas se escaparan, y los edificios cambiaran de forma como nubes, y eso significara el fin del mundo, pero no bajo el fuego y el azufre, sino convertido en una sustancia viscosa.
-Cherryl... Cherryl, pobrecita niña. Durante siglos, los filósofos han planeado convertir el mundo precisamente en eso. Han pretendido destruir la mente de sus habitantes, haciéndoles creer que eso es lo que ven, pero no debes aceptarlo. No tienes que ver a través de los ojos de otros. Mira a través de los tuyos, sigue firme en tu juicio de valor. Sabes que lo que es, es. Dilo en voz alta, como la más santa de las plegarias, y no permitas que nadie argumente lo contrario.
-¡Pero... nada existe ya! Jim y sus amigos han desaparecido para mí. No sé lo que miro cuando me encuentro entre ellos, no sé lo que oigo cuando hablan. Nada es auténtico. Se trata de una representación fantasmal... y no sé qué persiguen... ¡Dagny! Siempre se nos ha dicho que los seres humanos poseemos un conocimiento mucho mayor que el de los animales, pero en estos momentos me siento más ciega que cualquier animal, más ciega y desamparada, porque un animal sabe quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos, y cuándo debe defenderse y nunca sospecha que un amigo puede querer cortarle el cuello, ni espera que le digan que el amor es ciego, que la rapiña es un triunfo, que los gángsters ostentan la categoría de estadistas y que es bueno romperle la columna vertebral a Hank Rearden. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué estoy diciendo?
-Sé lo que dices.
-¿Cómo voy a convivir con esa gente? Si nada se mantiene firme, no podremos continuar, ¿verdad? Yo sé que las cosas son sólidas, pero, ¿y la gente? ¡Dagny! No son nada y lo son todo, no son seres, sino tan sólo objetos cambiables en constante mutación, sin forma. Pero tengo que convivir con ellos. ¿Cómo lo voy a hacer?
-Cherryl, aquello contra lo que has estado luchando constituye el mayor de los problemas de la historia, el que ha ocasionado todos los sufrimientos humanos. Has comprendido más cosas que la mayoría de las personas que sufren y mueren sin saber qué las mató y voy a ayudarte a aclararlo. Se trata de algo enorme, de una dura batalla, pero, ante todo, no tengas miedo.
La expresión que se pintaba en la cara de Cherryl era la de una extraña y reflexiva añoranza, como si viera a Dagny desde una gran distancia e intentara acercarse a ella sin conseguirlo.
-Me gustaría sentir deseos de luchar -respondió suavemente- pero no lo consigo, ya no anhelo vencer. No poseo la fuerza necesaria para efectuar ningún cambio. Verás: nunca había soñado con una boda como la que tuve con Jim, y cuando sucedió, me dije que la vida era mucho mejor de lo que había esperado. Acostumbrarme ahora a la idea de que la vida y la gente son más horribles de lo que pude imaginar, y de que mi matrimonio no fue un espléndido milagro, sino una especie de inexpresable maldad hacia la que aún siento temor, resulta algo que no puedo obligarme a asimilar. No logro comprenderlo. -Levantó la mirada hacia ella-

Dagny, ¿cómo lo conseguiste? ¿Cómo te las arreglaste para permanecer incólume?
-Siguiendo una sola regla.
-¿Cuál?
-La de no colocar nada, nada, por encima del juicio de mi mente.
-Has sufrido terribles castigos... quizá peores que yo... peores que ninguno de nosotros... ¿Qué te ha mantenido firme mientras los soportabas?
-Saber que mi vida es el valor supremo y que no puedo cederlo sin luchar.
Observó una mirada de asombro y de incredulidad en la cara de Cherryl, como si se esforzara en recuperar una sensación perdida a lo largo de los años.
-Dagny -su voz era un susurro-, eso es... eso es lo que sentía… de niña... Eso es lo que con más claridad recuerdo acerca de mí... ese sentimiento... Nunca lo he perdido, sigue ahí, siempre ha estado ahí, pero a medida que crecía, creí que se trataba de algo que debía ocultar... Nunca supe atribuirle un nombre, pero ahora, al decirlo tú, comprendo que es eso lo que era... Dagny, sentir de ese modo acerca de la propia existencia... ¿es bueno?
-Cherryl, escúchame con atención: ese sentimiento, con todo cuanto requiere e implica, es el más alto y noble de la Tierra.
-Te lo pregunto porque... nunca me hubiera atrevido a pensarlo. La gente siempre me ha hecho creer que se trataba de un pecado... de algo que tomarían a mal en mí y... y querrían destruir.
-Es cierto, algunas personas quieren destruirlo. Y cuando sepas cuáles son sus motivos, te habrás enterado del más tenebroso, despreciable y único mal del mundo, pero estarás fuera de su alcance.
La sonrisa de Cherryl fue como una leve vibración que se esforzara en mantenerse activa gracias a un resto de combustible todavía aprovechable.
-Es la primera vez en meses -murmuró- que he sentido... que tal vez aún tengo una oportunidad. -Dagny la observaba atentamente- Todo irá bien... Déjame acostumbrarme a ti y a las cosas que has dicho. Creo que llegaré a creer... a creer que es verdad y que ya nada importa lo que diga Jim.
Se puso de pie como intentando retener el momento de seguridad, impulsada por una repentina e imprevista ansiedad. Dagny dijo bruscamente:
-Cherryl, no quiero que esta noche vuelvas a tu casa.
-Ah, no. Estoy bien. No tengo miedo alguno en ese sentido, no me atemoriza volver.
-¿No ha sucedido algo allí, precisamente esta noche?
-No... nada... nada peor que de costumbre. Lo que ocurre es que empecé a ver las cosas con un poco más de claridad, eso es todo. Estoy bien. Tengo que pensar, pensar mucho más que antes... Y luego decidir lo que debo hacer. ¿Puedo...? -vaciló- ¿... puedo volver a hablar contigo?
-Desde luego que sí.
-Gracias. Estoy... muy agradecida.
-¿Me prometes que volverás?
-Lo prometo.
Dagny la vio alejarse por la recepción hacia el elevador y vio la flojedad de sus hombros y el esfuerzo que hizo para erguirlos de nuevo. Su esbelta figura parecía a punto de derrumbarse, pero consiguió mantenerse firme. Se veía como una

planta con el tallo roto, sostenida por una sola fibra todavía entera, pero que con el siguiente viento acabaría por desprenderse.

* * *

Por la puerta abierta de su estudio, James Taggart había visto a Cherryl cruzar la antesala y salir del apartamento, entonces cerró la puerta bruscamente y se dejó caer sobre el sofá delicadamente tapizado. En la tela de sus pantalones se apreciaban manchas de champán y parecía como si su estado de ánimo constituyera una venganza sobre su mujer y sobre un universo que le negaba el festejo que tanto había deseado.
Al cabo de un rato, se puso de pie, se quitó la chaqueta y la arrojó al suelo. Tomó un cigarrillo, lo partió en 2 y lo arrojó asimismo contra una pintura colgada sobre la chimenea.
Vio un jarro de cristal veneciano, pieza de museo de varios siglos de antigüedad, con un intrincado sistema de arterias azules y doradas retorciéndose en su transparente cuerpo. Lo tomó y lo estrelló contra la pared. Sus restos, convertidos en una lluvia de cristal tan fino como el de una lámpara, cayeron al suelo.
Había comprado aquel jarro por la satisfacción que le producía pensar en los muchos aficionados que no podían permitirse semejante lujo y ahora experimentó la satisfacción de una venganza sobre aquellos siglos que le habían dado valor y también el goce de pensar que existían millones de desesperadas familias, cualquiera de las cuales hubiera podido vivir durante un año con el precio de ese objeto.
Se quitó los zapatos con un brusco movimiento y se tendió sobre el sofá, con los pies colgando.
La estridencia del timbre lo sobresaltó. Su sonido parecía asemejarse a su estado de ánimo. Era el mismo brusco y exigente estallido que habría producido él si en aquellos momentos hubiera apretado el timbre de cualquier casa.
Escuchó los pasos del mayordomo, prometiéndose el placer de rehusar la visita de quien la solicitara. Luego se oyeron unos golpecitos en la puerta y el mayordomo entró para anunciar: -La Sra. Rearden quiere verlo, Sr..
-¿Cómo? ¡Ah!... Bien, que pase.
Puso los pies en el suelo, y sin ninguna otra concesión a la etiqueta, esperó con leve sonrisa de atenta curiosidad, sin levantarse hasta un momento después que Lillian hubo entrado a la habitación.
La recién llegada vestía un traje de noche color vino, imitación de un atavío estilo imperio, con una pequeña chaqueta sujeta a su alta cintura, sobre la larga falda, y un pequeño sombrero caído sobre una oreja, con una pluma que se encorvaba en forma de rizo debajo de su mentón. Ingresó con un andar por demás brusco, carente de ritmo. Su falda y la pluma del sombrero oscilaron con la misma violencia.
-Lillian, querida. ¿Debo sentirme halagado, encantado, o simplemente estupefacto?
-¡Oh! No exageres. Tenía que verte inmediatamente, eso es todo.
El tono impaciente, los perentorios movimientos con los que se sentó, equivalían a una confesión de su debilidad y según las reglas del lenguaje no escrito que

utilizaban, no era posible presumir exigencia, a menos que se buscara un favor sin ofrecer a cambio ni siquiera una amenaza.
-¿Por qué te retiraste de la recepción de los González? -preguntó Lillian sin que su forzada sonrisa borrase el tono irritado de su voz- Fui allí después de la cena para verte, pero me dijeron que no te sentías bien y que te habías ido a casa.
Jim cruzó la habitación y tomó un cigarrillo. Sentía placer al caminar con los pies descalzos ante la formal elegancia de la vestimenta de Lillian.
-Estaba aburrido -contestó.
-Yo tampoco puedo soportar a esa gente -asintió ella.
Jim la miró asombrado, porque aquellas palabras habían sonado sinceras.
-No puedo soportar a González ni a esa puta que tiene por esposa. Me disgusta que se hayan puesto tan de moda con sus fiestas. No tengo ganas de ir a ningún sitio. Ya no se conserva el estilo ni el espíritu de antaño. Llevo meses sin ir a casa de Balph Eubank, del Dr. Pritchett o los demás. Todos estos rostros nuevos parecen de ayudantes de carniceros... comparados con los de nuestros antiguos y elegantes amigos.
-En efecto -admitió él, reflexivo-, hay cierta diferencia, igual que en el ferrocarril: me entendía perfectamente con Clem Weatherby porque era un hombre civilizado, pero Cuffy Meigs es otra cosa. Es... -se interrumpió.
-Es algo sumamente absurdo -dijo ella en el tono de un desafio al espacio- No pueden salirse con la suya.
Lillian no explicó "quién" ni "con qué", pero Taggart sabía a qué se refería. Siguió un momento de silencio en el que pareció como si se aferrasen uno a otro para prestarse confianza.
Luego, Jim se dijo de pronto, divertido, que Lillian empezaba a dar señales de su verdadera edad. El subido color borgoña de su vestido no le sentaba muy bien, porque confería a su cutis una tonalidad purpúrea que se concentraba, igual que un crepúsculo, en los menores huecos de su cara, aflojando la carne hasta darle una textura de cansancio y dejadez, y transformando su expresión burlona en una llena de maldad.
Ella también lo estudiaba y con voz crispada, acompañada de una sonrisa capaz de velar cualquier insulto, le dijo:
-No te sientes bien, ¿verdad, Jim? Tienes cara de lacayo aburrido.
-Puedo permitirme ese lujo -respondió él, riendo por lo bajo.
-Lo sé, mi querido. Eres uno de los hombres más poderosos de Nueva York y eso es una verdadera ventaja, en nuestros tiempos.
-Ya lo creo.
-Reconozco que estás en posición de obrar como gustes. Por eso quería verte.
Añadió un pequeño gruñido de alborozo, que diluyera la franqueza de su declaración.
-Bien -respondió Jim con voz tranquila e indiferente.
-Tenía que venir, porque pensé que era lo mejor que no nos vieran juntos en público para tratar este asunto.
-Una medida muy sensata.
-Creo que te ayudé mucho en el pasado.
-En el pasado... sí.
-Y estoy segura de contar contigo.

-Desde luego... Sólo que ¿no se trata de una observación anticuada y nada filosófica? ¿Cómo podemos estar seguros de algo?
-Jim -replicó ella enseguida-, ¡tienes que ayudarme!
-Querida, estoy a tu disposición. Haré cualquier cosa para serte útil -respondió.
Las reglas del lenguaje que empleaban exigían que cualquier declaración concreta fuera contestada con una mentira. James advirtió que Lillian estaba vacilando, y experimentó el placer de contender con un adversario poco firme.
Advirtió que ella optaba por abandonar incluso la perfección de la cualidad que más la distinguía: la elegancia. Unos cuantos mechones de pelo le caían desordenados sobre la cara; sus uñas, siempre de un color que combinaba con el vestido, mostraban ahora un tono excesivamente oscuro, como de sangre coagulada, que hacía más fácil distinguir el descascado de los bordes; y en el profundo escote cuadrado, allí donde se mostraba la amplia, suave y cremosa piel, observó el breve brillo de un broche imperdible que sostenía el tirante de la enagua.
-¡Tienes que impedirlo! -exclamó en el tono beligerante de quien expresa un ruego, disfrazándolo de orden- ¡Tienes que impedirlo!
-¿En serio? ¿De qué se trata?
-De mi divorcio.
-¡Ah...!
Taggart se interesó un poco.
-Sabes que quiere divorciarse de mí, ¿verdad?
-He oído rumores acerca de ello.
-Todo está listo para el mes que viene. Y cuando digo listo sé a lo que me refiero. ¡Oh! Le va a costar mucho dinero, pero ha comprado al juez, a los secretarios del juzgado, a los oficiales de justicia, a los que apoyan a éstos y a quienes ayudan a sus ayudantes; a unos cuantos legisladores y a media docena de funcionarios. Lleva el proceso legal como un negocio más y no me queda el menor atajo por el que meterme e impedirlo.
-Comprendo.
-¿Sabes qué lo alentó a iniciar el divorcio?
-Me lo imagino.
-¡Y yo lo hice como un favor hacia ti! -Su voz estaba adoptando un tono nervioso y penetrante- Te hablé de tu hermana con fin de hacerte conseguir ese Certificado de Otorgamiento para tus amigos, que...
-¡Te juro que no sé quién ha descubierto que fuiste tú! -se apresuró él- Tan sólo muy pocas personas importantes sabían que tú fuiste nuestro informante, y por otra parte estoy seguro de que nadie se hubiera atrevido a mencionar...
-¡Oh! ¡Estoy segura de que nadie lo hizo! Pero él ha tenido la suficiente inteligencia como para adivinarlo.
-Sí, supongo que sí. Bueno, de todas formas, tú sabías a lo que te exponías.
-Nunca creí que llegaría tan lejos. No me imaginé que alguna vez querría divorciarse. No creí…
Jim echó a reír de repente, mirándola con repentina agudeza.
-No pensaste que la culpa es como una cuerda que nos va desgastando más y más, ¿verdad, Lillian?
Lo miró perpleja y luego respondió fríamente: -No lo creo.

-Pues así es, querida, especialmente para hombres como tu esposo.
-¡No quiero que se divorcie de mí! -gritó- ¡No quiero dejarlo libre! ¡No lo permitiré! ¡No estoy dispuesta a convertir mi vida en un fracaso!
Se interrumpió, como si acabara de admitir demasiadas cosas.
Él reía suavemente, asintiendo con lentos movimientos de cabeza, con un aire inteligente, casi digno, como si lo comprendiera todo perfectamente.
-Al fin y al cabo... es mi marido -manifestó ella a la defensiva.
-Sí, Lillian, sí. Lo sé.
-¿Sabes lo que planea? Quiere obtener el divorcio y dejarme sin un centavo. Nada de arreglos, alimentos, ni nada. Será él quien tenga la última palabra, ¿comprendes? Si lo consigue... ese Certificado de Otorgamiento no constituirá precisamente una victoria para mí.
-Sí, querida. Ya lo sé -repitió él.
-Y además... es absurdo tener que pensar en eso, pero... ¿de qué voy a vivir? El poco dinero personal de que dispongo no vale nada en estos días, porque está principalmente en acciones de fábricas de los tiempos de mi padre, que cerraron hace mucho. ¿Qué voy a hacer?
-Pero, Lillian -le respondió él, inconmovible-, creí que no te importaban el dinero ni las cosas materiales.
-¡No entiendes! No hablo de dinero, sino de pobreza. ¡De absoluta, real y querosa pobreza! De algo que debería estar prohibido a toda persona civilizada. ¿Me imaginas, preocupada por la comida y el pago del alquiler?
La miraba con una débil sonrisa y por una vez, su suave y envejecida cara parecía adquirir cierta tensión con un toque de sabiduría. Estaba descubriendo el placer de la percepción total dentro de la única realidad que podía permitirse.
-¡Jim! ¡Tienes que ayudarme! Mi abogado no puede hacer nada. Gasté lo poco que tenía en él y sus investigadores, amigos y empleados, pero todo lo que hizo fue llegar a la conclusión de que no puede ayudarme. Esta tarde me entregó su informe final, en el que declara tajantemente que mis posibilidades son nulas. No conozco a nadie que pueda auxiliarme en este trance. Contaba con Bertram Scudder, pero... ya sabes lo que ha ocurrido como consecuencia de haber querido colaborar contigo. Pero tú lograste salir indemne, Jim. Eres la única persona que me puede sacar de este aprieto. Tienes línea directa con los más grandes. Di una palabra a tus amigos para que a su vez se comuniquen con sus amigos. Una palabra de Wesley podría hacerlo: que ordenen que se decrete el rechazo del divorcio, sólo que lo rechacen.
Él negó lentamente con la cabeza, casi compasivo, como un fatigado profesional ante un aficionado en exceso celoso.
-No puedo ayudarte, Lillian -respondió firmemente- Me gustaría hacerlo, pero todo mi poder no sirve para nada en estas circunstancias.
Lillian lo miraba con las pupilas oscurecidas por una extraña y fría tranquilidad. Al hablar otra vez, sus labios se contorsionaron con tan malvado desprecio, que él no se atrevió a identificarlo, sino tan sólo a reconocer que los abarcaba a los 2.
-Si quisieras, sé que podrías hacerlo.
Jim no trató de disimular. Extrañamente por primera vez en aquella ocasión, por esta única vez, la verdad le parecía más atractiva, porque servía a su modo peculiar de divertirse.

-Sabes que no puede ser -repuso-. Nadie concede favores si no se le ofrece algo a cambio. Y los precios van subiendo cada vez más. Los atajos, como tú los llamas, son tan complejos, retorcidos y enmarañados, que todo el mundo tiene algo que ver con su vecino y nadie se atreve a moverse por no saber quién se derrumbará ni hacia qué lado. Por lo tanto, la gente actúa sólo cuando no le queda opción, cuando se trata de un caso de vida o muerte... prácticamente son los únicos casos con que nos manejamos ahora. ¿Qué significa tu situación particular para esos hombres? ¿Qué representa para ellos el hecho de que te gustaría conservar a tu marido? En cuanto a mi situación personal... no puedo ofrecerles nada a cambio de que aparten su atención para atender alguna camarilla de tribunales si no hay un trato realmente provechoso. Además, en estos momentos, las personas influyentes no actuarían a ningún precio porque deben tener mucho cuidado con tu marido, pues... precisamente desde la aparición de mi hermana en la radio, se encuentra libre de ellos.
-¡Fuiste tú quien me rogó que obligara a tu hermana a ir a ese programa de radio!
-Lo sé, Lillian. Hemos perdido los 2. Y ahora volvemos a perder.
-Sí -respondió ella con el mismo oscuro desdén de antes-, los 2.
Era precisamente su desprecio lo que más lo complacía. Resultaba un goce nuevo, sin fundamento, desconocido, el de saber que aquella mujer lo estaba contemplando tal como era y que aun así se mantenía en su presencia, reclinada en la silla como si le declarase su sumisión.
-Eres una persona maravillosa, Jim -le dijo. Sus palabras tenían el tono de una condena, pero la intención de un tributo. El placer de Jim se basaba en saber que vivían en un ambiente en que tal clase de condena representaba un gran valor.
-¿Sabes? Te equivocas acerca de esos ayudantes de carnicería como González -le dijo bruscamente- Son muy útiles. ¿Te gustó alguna vez Francisco d'Anconia?
-No puedo soportarlo.
-Bien. ¿Sabes cuál fue el verdadero propósito del cóctel organizado esta noche por González? Fijar la nacionalización de D'Anconia Copper para dentro de un mes.
Los labios de Lillian se curvaron en una sonrisa.
-Francisco era amigo tuyo, ¿verdad?
Su voz tenía un tono que Taggart nunca antes había podido obtener de esa mujer, el tono de voz que había logrado de la gente sólo mediante el fraude, pero que ahora, por primera vez, le era otorgado con una comprensión total de la naturaleza de su acto: la admiración.
De pronto comprendió que era aquél el objetivo de sus horas inquietas, el placer que intentaba encontrar desesperadamente, la celebración que tanto ansiaba.
-Bebamos una copa, Lillian -dijo.
Mientras servía el licor la miró, del otro lado de la sala, tendida fláccidamente en su sillón.
-Déjalo que obtenga su divorcio. No será él quien tenga la última palabra, sino ellos, los ayudantes de carnicería: González y Cuffy Meigs.
Lillian no contestó. Tomó la copa con un perezoso e indiferente movimiento y bebió, pero no a la manera de quien realiza un acto social, sino como un bebedor solitario en un bar: por el goce físico del licor.

Jim se sentó en el brazo del diván, demasiado cerca de su visitante, y bebió un sorbo. La miró a la cara y, al cabo de un rato, preguntó:
-¿Qué piensa tu esposo de mí?
-Te considera un imbécil -repuso- Cree que la vida es demasiado corta para prestar atención a tu existencia.
-¿Reaccionaría si...?
-¿...si lo golpearas con un palo en la cabeza? No estoy segura. Se limitaría a reprocharse no haberse alejado del palo, pero, aun así, sería tu única oportunidad.
Ella se movió un poco, hundiéndose aún más en el sillón, con el estómago hacia adelante, como si el descanso fuera un acto desagradable, como si le ofreciera una clase de intimidad que no requiriese actitudes fingidas ni respeto.
-Fue lo primero que noté en él -continuó -cuando nos conocimos. Descubrí que no tenía miedo. Parecía seguro de que nadie podía hacerle nada, tan seguro que ni siquiera se molestaba en identificar sus sentimientos.
-¿Cuánto hace que no lo ves?
-Tres meses. Desde... desde que firmó el Certificado de Otorgamiento.
-Yo lo vi hace 2 semanas en una reunión de industriales. Aún tiene el mismo aspecto... pero se le nota más. Ahora parece como si lo supiera. -Y añadió: -Has fracasado, Lillian.
Ella guardó silencio, se quitó el sombrero echándolo hacia atrás con el dorso de la mano y dejándolo que rodara por la alfombra, mientras la pluma se curvaba como un signo de interrogación.
-Recuerdo la 1º vez que visité las fundiciones. ¡Sus fundiciones! -remarcó- ¡No puedes imaginar lo que Hank sentía por ellas! ¡No puedes suponer la clase de arrogancia intelectual que hace falta para sentir que todo cuanto le pertenece o todo cuanto toca queda consagrado! Sus fundiciones, su metal, su dinero, su cama, su mujer! -Un leve brillo perforaba el letárgico vacío de sus pupilas- Nunca se dio cuenta de tu existencia ni de la mía, pero aún sigo siendo la Sra. Rearden... al menos durante otro mes.
-Sí -admitió él, mirándola con repentino y nuevo interés.
-¡La Sra. Rearden! -exclamó ella con desdén- No sabes lo que esto significó para él. Ningún Sr. feudal exigió tal reverencia por el título de esposa suya, ni lo esgrimió como un símbolo de honor tan alto. ¡De su inflexible, intocable, inviolado e impoluto honor! -Movió la mano vagamente indicando la longitud de su cuerpo- ¡La esposa del César! -Rió- ¿Recuerdas lo que la historia suponía de esa mujer? No, no lo recuerdas. Se la consideraba situada por encima de todo reproche.
Taggart la miró con un odio del que ella se había vuelto repentinamente símbolo, no objeto.
-No le gustó que su metal fuera convertido en un bien público, permitiendo que cualquiera pudiese fabricarlo también, ¿verdad?
-No. No le gustó en absoluto.
Las palabras de Taggart sonaban algo borrosas, como si acusaran el peso de las gotas del licor ingerido.
-No vayas a decirme que nos ayudaste a conseguir ese Certificado de Otorgamiento como un favor hacia mí sin que tú ganaras nada... Sé muy bien por qué lo hiciste.
-Lo sabías también entonces.

-Desde luego, y por eso me gustas, Lillian.
Continuaba posando su mirada en el amplio escote. No era la suave piel lo que atraía su atención, ni tampoco la parte visible de sus senos, sino el engaño de aquel alfiler situado más allá del borde de la tela.
-Me gustaría verlo derrotado -confesó- Quisiera oírlo gritar de dolor sólo una vez.
-No lo conseguirás, Jimmy.
-¿Por qué se cree mejor que el resto de nosotros? Igual que mi hermana.
Lillian echó a reír y él se levantó como si lo hubiera abofeteado. Se dirigió al bar y volvió a llenar su copa, sin ofrecer nada a Lillian. Ella hablaba al aire:
-Hank sabía de mi existencia, aun cuando no pudiera tender rieles, ni erigir puentes a la gloria de su metal. No puedo levantar fundiciones, pero sí destruirlas. No puedo producir su metal, pero sí arrebatárselo. No puedo hacer que se arrodille como signo de admiración, pero sí obligarlo a humillarse.
-¡Cállate! -gritó él, aterrorizado, como si Lillian se acercara en exceso al callejón lleno de niebla que debía permanecer invisible. Y ella lo miró:
-Eres un cobarde, Jim.
-¿Por qué no te emborrachas? -le plantó la copa ante la boca, cual si quisiera golpearla.
Lillian tomó el vaso con dedos desmayados y bebió, volcándose el licor por la barbilla, el pecho y el vestido.
-¡Oh! ¡Diablos, Lillian! Eres una inútil -dijo James, y sin molestarse por sacar el pañuelo, extendió la mano para limpiar el licor con la palma. Sus dedos comenzaron a deslizarse bajo el escote del vestido, y se cerraron sobre un seno. Su respiración se entrecortó como atacado de hipo. Entornaba los párpados más y más, pero pudo percibir cómo la cara de Lillian se reclinaba, sin resistir, con la boca hinchada por la repulsión. Cuando quiso besarla, sus brazos lo estrecharon obedientes y sus labios respondieron, pero era sólo una presión, no un beso.
Jim levantó la cabeza para mirarla. Ella mostraba los dientes en una sonrisa, pero miraba más allá de él, como burlándose de una invisible presencia. Aquella sonrisa sin vida estaba, no obstante, cargada de maldad, como la mueca de una calavera descarnada.
La apretó contra sí para disimular su propio estremecimiento. Sus manos realizaban los movimientos automáticos de la intimidad y ella los aceptaba, pero de un modo que le hizo sentir como si los latidos de sus arterias le provocaran con su contacto risas tontas y despectivas. Los 2 estaban realizando una rutina previsible, una rutina inventada por alguien que, a su vez, la imponía sobre ambos, pero no en tono de burla o de odio, sino como una corrompida parodia.
Él sintió un arrebato insensato, en parte horror y en parte placer: el horror de cometer un acto que nunca se atrevería a confesar ante nadie y el placer de hacerlo en irreverente desafío hacia quienes no se hubieran atrevido a confesarlo. La parte consciente de su pasión parecía gritarle que, por fin, se comportaba como él mismo y nadie más.
No hablaron, comprendiendo sus mutuos motivos. Sólo se pronunciaron 2 palabras:
-Sra. Rearden -dijo él.
No se miraron cuando la empujó hacia el dormitorio, la echó sobre la cama, y cayó sobre su cuerpo como si se tratara de un objeto hinchado y blando. En sus rostros

se pintaba la expresión de unos niños que ensucian una pared limpia, llenándola de pretendidos símbolos de obscenidad garabateados con tiza.
Más tarde no lo decepcionó saber que lo que había poseído era un cuerpo inanimado, sin resistencia ni reacción. No era una mujer lo que había deseado poseer. No era un acto con el que celebrar la vida lo que había querido llevar a cabo, sino tan sólo el triunfo de la impotencia.

* * *

Cherryl abrió la puerta y entró tranquila y casi furtivamente, como si esperara no ser vista, o no ver la vivienda que consideraba su hogar. La sensación de la presencia de Dagny y su mundo la había sostenido durante su camino de regreso, pero cuando entró en el apartamento, las paredes parecieron tragársela de nuevo en el aire sofocante de una trampa.
Todo estaba en silencio y un haz de luz atravesaba la antesala desde una puerta a medio abrir. Se arrastró mecánicamente hacia su cuarto. De pronto se detuvo.
El rayo de luz procedía del estudio de Jim y sobre la franja iluminada de su alfombra pudo ver un sombrero de mujer con una pluma que débilmente oscilaba al viento.
Dio un paso hacia adelante. El estudio estaba vacío pero había una copa sobre la mesa y otra en el suelo, y un bolso de mujer en un sillón. Permaneció estupefacta, sin reaccionar, hasta oír el rumor ahogado de voces del otro lado de la puerta del dormitorio de Jim; no distinguía las palabras, pero sí la calidad de sus tonos: la voz de Jim sonaba irritada y la de la mujer, quejumbrosa.
Luego, se encontró en su dormitorio, esforzándose frenéticamente por cerrar la puerta. La había precipitado allí un ciego pánico, como si fuera ella la que tuviera que esconderse; ella quien se viera obligada a escapar a la fealdad de ser sorprendida. Un horror al que se mezclaba la repulsión, la piedad, la conmoción y esa castidad mental que retrocede ante la visión de un hombre que ostenta la prueba incuestionable de su maldad.
Permaneció en medio de su cuarto, incapaz de actuar. Luego, sus rodillas cedieron, plegándose blandamente, y se encontró sentada en el suelo, mirando la alfombra y temblando.
No era cólera, ni celos, ni indignación, sino tan sólo el triste horror de enfrentarse a una cosa grotescamente insensata. Era saber que ni su matrimonio ni el amor de Jim hacia ella, ni su insistencia en retenerla, ni su cariño hacia otra mujer, ni su injustificado adulterio, representaban nada; que no existía el menor atisbo de cordura en todo aquello y que no valía la pena buscar explicaciones. Siempre había imaginado el mal con un propósito bien definido, como un medio para alcanzar un fin, y lo que ahora presenciaba era la maldad por la maldad misma.
No supo cuánto tiempo había permanecido sentada allí, cuando oyó pasos y voces, y luego el ruido de la puerta de entrada al cerrarse. Se puso de pie sin propósito definido, alentada por cierto instinto, como si se moviera en un vacío en el que la honradez ya no importaba en absoluto.
Se encontró con Jim en la antesala. Por un instante sus miradas se cruzaron; ninguno de los 2 acababa de comprender lo que sucedía.
-¿Cuándo regresaste? -preguntó él- ¿Cuánto hace que estás aquí?

-No lo sé.
La miró de frente.
-¿Qué te ocurre?
-Jim, yo... -Forcejeó consigo misma y agitó una mano hacia el dormitorio- Lo sé todo.
-¿Qué sabes?
-Estabas ahí... con una mujer.
Su primer acto fue empujarla al estudio y cerrar la puerta violentamente, como si quisiera ocultarse y ocultarla a ella, aunque sin saber de quién. Una rabia ciega bullía en su mente, luchando por escapar, y estalló en la sensación de que aquella despreciable mujer lo privaba de su triunfo. Pero no estaba dispuesto a concederle semejante satisfacción.
-¡Así es! -exclamó- ¿Y qué? ¿Qué vas a hacer al respecto? -Ella lo miraba, paralizada- ¡Sí! ¡Estaba ahí con una mujer! ¡Lo hice porque tenía ganas! ¿Crees que vas a atemorizarme con tus quejidos, tus miradas y tu gimiente virtud? -Hizo chasquear los dedos- ¡Me importa un rábano tu opinión! ¡Qué mierda me importa lo que piensas! ¡Tómalo o déjalo! -El rostro pálido e indefenso de Cherryl lo excitaba, le daba el placer de sentir que sus palabras eran golpes con los que la desfiguraba- ¿Crees que me vas a obligar a excusarme? ¡Estoy harto de fingir, en beneficio de tu rectitud! ¿Qué carajo te crees que eres? ¡Careces totalmente de importancia! ¡Haré lo que se me antoje y mantendrás la boca cerrada y fingirás en público como todo el mundo, y dejarás de decirme cómo tengo que actuar en mi propia casa! ¡Nadie es virtuoso en su casa! Sólo se simula ante los demás. Y a partir de ahora, pequeña idiota, más vale que crezcas de una vez por todas.
No era el rostro de ella el que estaba viendo sino el del hombre que él quería ser, que nunca podría escupirle en la cara lo sucedido esa noche. Ella siempre había sido la adoradora, defensora y agente de ese hombre que él veía. Él se había casado con ella por eso, y ahora ella podía servir a su propósito. Gritó:
-¿Sabes quién era la mujer con quién estaba acostado? -gritó- ¡Era...!
-¡No! -exclamó ella- ¡Jim! ¡No quiero saberlo!
-¡Era la Sra. Rearden! ¡La esposa de Hank Rearden!
Cherryl dio un paso atrás. Jim sintió un breve latigazo de terror, porque ella lo miraba como si estuviera viendo algo que él nunca debía admitir. Con voz muerta, dotada de una sorprendente serenidad, preguntó:
-Supongo que ahora querrás que nos divorciemos, ¿verdad?
Él soltó una carcajada.
-¡Qué imbécil eres! ¡Lo dices en serio! ¡Sigues queriendo que todo sea grande y puro! No he pensado en divorciarme, y no imagines que permitiré una separación. ¿Lo crees tan importante? Escucha, insensata: no existe un solo hombre que no duerma con otras mujeres, ni una esposa que no lo sepa, pero nunca se habla de eso. Estaré con quien quiera y tú puedes hacer lo mismo, como cualquier otra puta, pero mantén la boca cerrada.
Percibió la repentina y perturbada expresión de unos ojos duros, claros, sin sentimientos, dotados de una inteligencia casi sobrehumana.
-Jim, si fuera de la clase de las que actúan así, no te hubieras casado conmigo.
-No, no lo habría hecho.
-¿Por qué te casaste conmigo?

Se sintió arrastrado por un torbellino, en parte aliviado, porque el momento de peligro había pasado, y en parte con un deseo irresistible de desafiar ese mismo peligro.
-Porque eras una barata, indefensa y ridícula pobretona que jamás hubiera podido pensar en igualarse a mí. ¡Porque creí que me amabas! ¡Porque creí que sabrías que tu deber era amarme!
-¿Tal como eres?
-¡Sin atreverte a preguntar cómo soy! ¡Sin ningún motivo! ¡Sin ponerme en evidencia, impulsada por tus razonamientos, como si me hallara en un maldito baile de disfraces, hasta el final de mis días!
-¿Me amabas... porque no valía nada?
-¿Y qué creíste que eras?
-¿Me amabas por no ser nadie?
-¿Qué otra cosa podías ofrecerme? Sin embargo no tuviste la humildad para valorarlo. Quise ser generoso, darte seguridad. Pero, ¿qué seguridad hay en ser amado por las virtudes? La competencia es totalmente abierta, como en un mercado en medio de la jungla. ¡Siempre habrá alguien mejor que te derrote! Pero yo... yo deseaba amarte por tus defectos, por tus debilidades, por tu ignorancia, tu torpeza y tu vulgaridad... Podías seguir siendo igual, sin ocultar nada de tu apestoso y verdadero ser... Todo ser humano es una cloaca... ¡Pero hubieras tenido mi amor sin que te exigiera nada a cambio!
-¿Querías... que aceptara tu amor... como una limosna?
-¿Imaginaste ser capaz de merecerlo? ¿Alguna vez imaginaste que podías ser merecedora de casarte conmigo, maldita desdichada? ¡Yo solía comprar a otras muchas como tú por el precio de una comida! Quise hacerte saber, con cada uno de tus pasos y con cada bocado de caviar que tragabas, que todo me lo debías a mí. Que no tenías nada, que no eras nada, y que nunca podías esperar asemejarte a mí, ni ganar ninguno de mis favores ni pagar nada por ellos.
-Yo... intenté... merecerlo.
-¿Y de qué me habrías servido, si lo hubieras logrado?
-¿No querías que lo hiciera?
-¡Qué imbécil eres!
-¿No deseabas que mejorase? ¿Que me elevara? ¿Me creíste llena de defectos y querías que continuara así?
-¿De qué me hubiera servido que lo merecieras? ¿Para verme obligado a esforzarme en retenerte, mientras tú te vendías en cualquier otro lugar?
-¿Querías que fuera por caridad... de ambos y para los 2? ¿Pretendiste que fuésemos 2 mendigos encadenados uno a otro?
-¡Sí, maldita evangelista! ¡Sí, maldita adoradora de héroes! ¡Sí!
-¿Me elegiste porque no valía nada?
-¡Sí!
-¡Mientes, Jim! -La única respuesta de él fue una mirada atónita- Esas muchachas a las que solías comprar por el precio de una comida se hubiesen alegrado de convertir su personalidad en algo sórdido; habrían aceptado tus limosnas, sin intentar nunca superarse, pero no te habrías casado con ninguna de ellas. Si lo hiciste conmigo, fue porque sabías que no aceptaba ese estado, ni interior ni exteriormente, que me esforzaba por mejorar y que seguiría haciéndolo.

-¡Sí! -gritó.
El foco que desde tanto tiempo avanzaba hacia ella la alcanzó de lleno, haciéndola gritar como si hubiera recibido la explosión luminosa del impacto y se alejó de él presa de un terror físico.
-¿Qué te sucede? -preguntó Jim, perturbado, sin atreverse a reconocer lo que veían sus ojos.
Cherryl movió las manos como si quisiera aferrarse a algo. Sus palabras no fueron las más precisas, pero eran las únicas que pudo articular:
-Eres... un asesino… por el simple deseo de asesinar.
Temblando de terror, él saltó ciegamente y le dio una bofetada.
Cherryl cayó contra el costado de un sillón, y se golpeó la cabeza contra el suelo pero se levantó al instante y lo miró sin verlo, sin asombro, como si la realidad física se limitara a adoptar la forma que había esperado. Una sola gota de sangre, ovalada, resbalaba lentamente desde la comisura de su boca.
Por un momento, ninguno de los 2 se movió.
Fue ella la primera en hacerlo. Dio un salto, se puso de pie y echó a correr. Salió del cuarto y del apartamento. La oyó atravesar el vestíbulo y abrir la puerta de hierro de la escalera de emergencia, sin siquiera detenerse a llamar al elevador.
Bajó corriendo las escaleras, abriendo puertas en diversos descansos y corriendo por los pasillos hasta encontrar de nuevo la escalera, verse en el vestíbulo y salir a la calle.
Al cabo de un rato se dio cuenta de que caminaba por la sucia acera de un barrio oscuro. Una lamparilla resplandecía en una entrada del metro y un anuncio luminoso de bizcochos brillaba sobre el negro techo de una lavandería. No recordaba cómo había llegado hasta allí; su mente parecía actuar de un modo inconexo, como en ráfagas, y sólo supo que era preciso escapar, pero le parecía imposible.
Tenía que huir de Jim. "Pero, ¿hacia dónde?", se preguntó mirando a su alrededor, como quien lanza una plegaria. Hubiera aceptado cualquier trabajo en una tienda de ofertas o en la lavandería, o en alguno de los míseros locales ante los que pasaba, pero trabajaría, pensó, y cuanto más duramente lo hiciera, mayor malevolencia arrancaría de las personas que estuviesen a su alrededor y no sabría cuándo se esperaría la verdad de ella y cuándo una mentira. Pero cuanto mayor fuera su honradez, mayor también sería el fraude que se le exigiera sufrir en manos de otros. Esto ya lo había vivido con anterioridad y lo había soportado en el hogar de su familia y en las tiendas de los barrios bajos, pero había creído que se trataba de excepciones, de maldades casuales para escapar y olvidar. Ahora se daba cuenta de que no era así, de que ése era el código aceptado por el mundo, una creencia, conocida por todos, pero sin nombre, que se reía de ella en las miradas maliciosas y culpables que hasta entonces nunca había podido comprender. Y en el fondo de aquel credo, oculto en los sótanos de las almas, existía algo con lo que le era imposible convivir.
"¿Por qué me hacen esto?", gritaba interiormente a la oscuridad. "Porque eres buena", parecía responderle una sonora risotada procedente de los techos y las alcantarillas.
"Entonces, ya no quiero ser buena." "Lo serás." "No tengo por qué serlo." "Lo serás." "No puedo soportarlo." "Lo soportarás."

Se estremeció y apresuró el paso. Frente a ella, en la neblinosa distancia, vio de pronto el calendario sobre los techos de la ciudad. Era más de medianoche y el calendario decía: "6 de agosto" pero creyó leer: "2 de septiembre" escrito con sangre. Pensó que si trabajaba, si se esforzaba y se elevaba, recibiría un castigo cada vez más intenso, y en tanto mejorara podría llegar a tener una compañía de cobre o una casa sin hipotecar, que serían arrebatadas por Jim en algún "2 de septiembre" y desaparecerían en pago de las fiestas en las que Jim realizara tratos con sus amigos.

"¡No lo haré!", gritó. Dio media vuelta y echó a correr en sentido contrario. En el negro firmamento, sonriéndole en medio del vapor de la lavandería, se agitaba una enorme figura ondulante, cuya mueca era la misma con diferentes rostros. Era la cara de Jim y las de los predicadores de los días de su niñez, y la de la trabajadora social de la oficina de personal de la tienda donde trabajaba como vendedora. La mueca parecía decirle: "Las personas como tú seguirán siendo honestas; las personas como tú lucharán para elevarse; las personas como tú trabajarán siempre. Así que podemos sentirnos seguros, y tú no tienes alternativa".

Corrió. Al mirar a su alrededor una vez más, vio que caminaba por una calle tranquila, pasando puertas de cristal donde las luces ardían en los vestíbulos alfombrados de lujosos edificios. Advirtió que cojeaba: le faltaba el tacón de un zapato, que seguramente se había roto en su ciega carrera.

En el espacio de un amplio cruce de calles, miró los rascacielos a la distancia. Se diluían serenamente en un velo de niebla, con un halo tras ellos y unas cuantas luces encendidas aún, como una sonrisa de despedida. En otros tiempos constituyeron una promesa y, desde la mediocridad que la rodeaba, había mirado hacia allá, deseosa de creer que existía otra clase de personas. Ahora estaba segura de que eran tumbas, esbeltos obeliscos levantados en memoria de quienes habían sido destruidos precisamente por haberlos creado. Eran la forma helada de un grito silencioso, proclamando que la recompensa por los logros alcanzados no era más que un martirio.

En algún lugar de aquellas difusas torres se encontraría Dagny, pensó, pero Dagny era una víctima solitaria, que libraba una batalla perdida. También ella sería destruida y hundida en la niebla como los demás.

No había sitio adónde ir. Tropezó. "No puedo quedarme quieta, ni caminar mucho más. No puedo trabajar, ni descansar. No puedo rendirme, ni pelear. Esto es lo que quieren de mí, aquí es donde quieren que esté. Ni viva ni muerta, ni sensata ni demente, tan sólo un pedazo de carne que grita de miedo para ser moldeado por seres que carecen de forma propia."

Se hundió en la oscuridad tras una esquina, encogiéndose de miedo ante cualquier figura humana. "No" -pensó- "No todo el mundo es malo. No todas las personas... Sólo lo son sus primeras víctimas, pero todos aceptan el credo de Jim y no puedo tratar con ellos, ahora que lo sé... si les hablara, intentarían concederme su buena voluntad, pero sabría qué consideran bueno y vería la muerte reflejada en sus ojos."

La acera se había encogido hasta convertirse en una franja quebrada. Vio montones de basura en los escalones de casas ruinosas. Más allá del polvoriento

resplandor de un bar, se destacaba un letrero iluminado sobre una puerta cerrada: "Círculo de Descanso para Señoritas".
Sabía cómo eran las instituciones de esa clase y las mujeres que las dirigían, mujeres que decían que su tarea consistía en ayudar al necesitado. Si entraba, pensó, si se enfrentaba a ellas y les pedía ayuda, le preguntarían: "¿Cuál es tu problema? ¿La bebida? ¿Las drogas? ¿Estás embarazada? ¿Has robado?". Contestaría: "No soy culpable de nada. Soy inocente...". "Lo lamento, pero no nos ocupamos de los conflictos de una inocente."
Volvió a correr y luego se detuvo, al recuperar la visión en la esquina de una amplia y larga calle. Los edificios y el pavimento se fundían con el cielo y 2 hileras de luces verdes colgaban del espacio, alejándose hasta una interminable distancia, como si quisieran alcanzar ciudades y océanos, países desconocidos y dar vuelta a la Tierra. La claridad verdosa tenía el sereno aspecto de un camino ilimitado que invitaba a recorrerlo, abierto al confiado transeúnte. Luego, las luces se volvieron rojas, descendieron pesadamente hasta el suelo y de círculos bien definidos pasaron a ser manchas neblinosas, cual si le advirtieran un peligro inminente. Un camión gigantesco pasó ante ella aplastando con sus enormes ruedas la reluciente capa brillante de los adoquines de la calle.
Las luces volvieron al verde, indicador de paso seguro, pero ella permaneció temblando, incapaz de moverse. "Así es como funcionan para el movimiento de los cuerpos" -pensó- "pero, ¿qué han hecho para el tránsito del alma? Han colocado esos semáforos al revés: el camino está seguro cuando las luces muestran el rojo del mal, y cuando lo cambian por el verde de la virtud, indicando el derecho de paso, uno se aventura hacia adelante y es aplastado por las ruedas. Esas luces invertidas alcanzan a todo territorio y circundan una tierra cubierta de gente mutilada y lisiada, que no sabe qué la hirió ni por qué; gente que se arrastra como puede sobre miembros deformes, a través de días sin contenido, sin respuesta alguna; gente que sólo sabe que el dolor es la médula de su existencia. Y los guardias del control de la moralidad ríen entre dientes y les dicen que el hombre, por su naturaleza, es incapaz de caminar."
No fueron palabras nacidas de su mente, sino las que hubiera querido pronunciar, de haber tenido la capacidad de encontrarlas. Las que entendía, presa de una especie de súbita furia. Eran las palabras que la hacían descargar golpes en inútil horror contra el poste de hierro del semáforo, a su lado; contra aquel tubo hueco, en cuyo interior el ronco y chirriante mecanismo continuaba funcionando sin parar.
No podía aplastarlo con los puños, no podía abatir uno tras otro todos los postes de la calle que se extendían en la distancia, ni eliminar de las almas de cuantos seres encontrara aquella creencia. Ya no podía convivir con la gente, ni seguir el mismo camino que los demás pero, ¿qué podía decirles si ni siquiera ella tenía las palabras para nombrar esas cosas conocidas, ni la voz, que pudieran escuchar oídos ajenos? ¿Qué les diría? ¿Cómo podía llegar a ellos? ¿Dónde estaban las personas a las que hubiera podido hablar?
No eran palabras nacidas en su mente; eran sólo puñetazos contra el metal. Se descubrió golpeando el inconmovible poste hasta lastimarse las manos. Se alejó tambaleándose y continuó su camino sin ver nada, en un neblinoso laberinto sin salida.

"Sin salida" -articulaba vacilante; las palabras golpeaban el pavimento, con el mismo sonido de sus pasos- "Sin... ningún refugio... ni señales... ninguna forma de diferenciar la destrucción de la seguridad, ni al enemigo del amigo..." Pensó que era lo mismo que aquel perro del que había oído hablar... el perro de alguien en un laboratorio... que luego de haber visto modificados sus estímulos, no podía distinguir entre el goce y la tortura. Le cambiaron la comida por golpes y los golpes por comida, sus ojos y oídos lo engañaban, su juicio era inútil y su conciencia impotente en aquel mundo variable y deforme, hasta que abandonó la partida, rehusando comer a semejante precio o vivir en un mundo así... "¡No!" -era la única palabra consciente que formaba su cerebro- "¡No! ¡No! No quiero nada de esta forma, no en este mundo, aun cuando ese 'No' sea lo último que pronuncie."

A la hora más oscura de la noche, en un callejón entre muelles y almacenes, una trabajadora social la vio. Era una mujer cuyo rostro gris y abrigo del mismo color se fundían con la tonalidad de las paredes del distrito. Había observado la presencia de una joven con un vestido demasiado elegante y caro para aquel barrio, sin sombrero, ni bolso, con el tacón roto, despeinada y con una contusión en la comisura de la boca; una muchacha que avanzaba tambaleándose ciegamente, sin distinguir entre la acera y la calzada. La acera era sólo una estrecha grieta entre las paredes vacías de aquellas estructuras, pero un rayo de luz caía a través de la niebla impregnada del olor pestilente del agua podrida; un parapeto de piedra daba fin a la calle en el borde de un inmenso agujero negro, en el que convergían el cielo y el río.

La trabajadora social se acercó a ella y le preguntó severamente: -¿Le ocurre algo?

Pudo ver un solo ojo cauteloso, semioculto por un mechón de pelo, y luego la cara de un ser salvaje que había olvidado el sonido de las voces humanas, pero que las escuchaba como un eco distante, llena de recelo y aun así casi con esperanza.

La asistente social la tomó del brazo.

-¿No le da vergüenza andar en semejante estado?... Si ustedes, las jóvenes de la buena sociedad, tuvieran algo que hacer, aparte de dar satisfacción a sus deseos y buscar el placer, no estaría ahora deambulando por aquí, borracha como una cualquiera a semejantes horas... Si dejara de vivir sólo para darse satisfacción personal y pensar sólo en sí misma, y encontrara algo más sublime...

La muchacha lanzó un grito de terror animal que repercutió una y otra vez contra las vacías paredes de la palle, como en una cámara de torturas. Se sacó el brazo de encima, dio un salto hacia atrás y empezó a gritar entre sonidos inarticulados: -¡No! ¡No! ¡No quiero saber nada con su mundo!

Echó a correr como impulsada por una repentina fuerza: la de una criatura que procura salvar su vida. Corrió en línea recta por aquella calle que terminaba en el río. Y llevada por su propia velocidad, sin detenerse, sin un momento de duda, con plena conciencia de actuar en beneficio propio, continuó corriendo hasta que el parapeto le cerró el paso; lo traspuso, y se hundió en el vacío.

CAPÍTULO V - LOS GUARDIANES DE SUS HERMANOS

La mañana del 2 de septiembre un cable de cobre se rompió en California entre 2 postes de teléfono, junto a la vía de la línea del Pacífico de Taggart Transcontinental.

Una lenta y fina lluvia había estado cayendo desde la medianoche y no hubo amanecer, sino tan sólo una luz gris que se fue esparciendo por el cielo nuboso. Las brillantes gotas que pendían de los alambres eran como chispazos contra el gris de las nubes, el plomo del océano y el acero de los restos de las torres de petróleo que descendían por la desolada falda del monte.

Hacía varias lluvias y varios años que aquellos cables estaban gastados; uno de ellos resistió durante las horas de la mañana bajo el frágil peso del agua, luego una gota pronunció la curva del cable y quedó pendiendo como una lágrima de cristal, pero otras muchas se le unieron hasta que agua y cable cedieron al mismo tiempo, sin ruido.

Los empleados de la División Central de Taggart Transcontinental evitaron mirarse unos a otros cuando se descubrió la rotura de la línea. Se dijeron frases adecuadamente calculadas que, si bien aludían al tema, no expresaban nada en concreto ni engañaban a nadie. Sabían que el cable de cobre era un bien de lujo en vías de extinción, más precioso que el oro o el honor; que el encargado del depósito de la división había vendido las existencias de cable un par de semanas atrás a desconocidos que llegaron de noche, y que, durante el día, no eran empresarios sino sólo hombres que contaban con amigos en Sacramento y en Washington, al igual que el recientemente nombrado encargado del depósito tenía un amigo en Nueva York llamado Cuffy Meigs, sobre quien nadie hacía preguntas. Sabían que el hombre que a estas horas debería asumir la responsabilidad de ordenar las reparaciones e iniciar acciones que lo llevarían a descubrir que tales reparaciones no podían ser realizadas, sería víctima de la venganza de enemigos desconocidos; que sus compañeros de trabajo mantendrían misteriosamente la boca cerrada y no declararían en su favor; que no podría probar nada y que si intentaba hacer su trabajo, no continuaría allí por mucho tiempo. No podían saber qué resultaba seguro y qué era peligroso en esos días en que los culpables no serían castigados, pero los acusadores sí; como animales, llegaron a la conclusión de que la inmovilidad sería su única protección cada vez que tuviesen alguna duda o se enfrentasen con algún riesgo. Permanecieron, entonces, inactivos, hablando sobre lo adecuado que sería enviar informes en fechas oportunas a las autoridades competentes.

Un joven jefe de línea salió de la oficina y del edificio de la sede central, y se refugió en la seguridad de la cabina telefónica en un negocio cercano. Se hizo cargo del precio de la llamada, sin saber la extensión del continente y las diversas categorías de directores que se interponían entre él y su objetivo, y marcó el número telefónico de Dagny Taggart en Nueva York.

Ella recibió la llamada en la oficina de su hermano, interrumpiendo una reunión de emergencia. El joven le contó solamente que la línea telefónica estaba interrumpida y que no tenían cable para repararla. No dijo nada más ni explicó por

qué había creído necesario llamarla personalmente. Ella no formuló preguntas. Había comprendido muy bien y se limitó a agradecer.
En su oficina, Dagny había abierto un archivo de emergencia donde tomaba nota de los materiales importantes aún existentes en cada división de Taggart Transcontinental. Pero, al igual que en los expedientes de una empresa en quiebra, sólo registraba pérdidas, mientras los escasos arribos de nuevos materiales se asemejaban a la risa burlona de un perverso que arrojara migajas a todo un continente ya muerto de hambre. Pasó la mirada por la carpeta, la cerró, suspiró y dijo:
-Montana, Eddie. Llama a la línea de Montana, para que transfieran la mitad de sus existencias de cable a California. Montana podrá arreglárselas sin ellos durante otra semana... -Cuando Eddie Willers estaba a punto de protestar añadió: -Petróleo, Eddie. California es uno de los últimos Estados productores de petróleo del país. No podemos perder la línea del Pacífico.
Dicho esto continuó con su conversación en el despacho de su hermano.
-¿Cable de cobre? -preguntó James Taggart, con una indescifrable mirada que pasó de la cara de Dagny a la ventana- Dentro de muy poco no tendremos ningún inconveniente con el cobre.
-¿Por qué? -preguntó ella.
No le contestó. No había nada especial que ver más allá de los cristales, tan sólo el claro cielo de un día de verano, la tranquila luz de la tarde sobre los techos de la ciudad y, más allá, la página del calendario con la fecha: 2 de septiembre.
Dagny no sabía por qué James había insistido en celebrar aquella conversación en su propio despacho, por qué quiso hablar a solas con ella, cosa que antes siempre había procurado evitar, ni por qué consultaba una y otra vez su reloj.
-Las cosas empeoran -dijo él- Hay que hacer algo. Existe un estado de desunión y confusión que nos conduce a una política mal coordinada y sin equilibrio. Hay una tremenda demanda nacional de transporte, y aun así perdemos dinero. Creo...
Dagny estaba sentada contemplando el mapa ancestral de Taggart Transcontinental en la pared del despacho y las arterias rojas desparramadas por el amarillo continente. En otros tiempos el ferrocarril había sido llamado "sistema circulatorio de la nación" y el movimiento de los trenes actuaba, efectivamente, como un circuito sanguíneo vivo que transportaba prosperidad y riqueza a todos los rincones adonde llegaba. Si bien el sistema seguía siendo el mismo, ahora funcionaba en una sola dirección, como cuando existe una herida que agota los restos de un cuerpo. "Es un tránsito en una sola dirección -pensó Dagny, indiferente- Tránsito de consumidores."
Se acordó del tren 193. Seis semanas atrás, había sido enviado con un cargamento de acero, pero no se dirigía a Faulkton, Nebraska, donde la compañía Spencer Machine Tool, la mejor que aún existía, se encontraba inactiva desde hacía 2 semanas esperando aquel material, sino a Sand Creek, Illinois, donde Confederated Machine debía el equivalente a más de un año de pagos, y estaba produciendo mercadería poco confiable que entregaba en plazos imprevisibles. El acero había sido otorgado gracias a una ordenanza en la que se explicaba que Spencer Machine Tool era una empresa rica que podía esperar, mientras que Confederated Machine estaba en bancarrota y no se podía permitir que se hundiera, por ser la única fuente de sustento de la comunidad de Sand Creek,

Illinois. Finalmente, Spencer Machine Tool había cerrado 1 mes atrás, y Confederated, 2 semanas más tarde.
Si bien los habitantes de Sand Creek, Illinois, lograron ampararse con un subsidio nacional, en aquellos frenéticos momentos ya no había alimentos para ellos en los vacíos graneros de la nación, entonces los cereales de los productores de Nebraska fueron incautados por orden de la Oficina de Unificación y el tren 194 se encargó de llevar aquella cosecha, aún no madura, junto con el futuro del pueblo de Nebraska, a la gente de Illinois. "En esta época ilustre" -había dicho Eugene Lawson en una emisión radial- "hemos llegado finalmente a comprender que cada uno de nosotros debe ser el guardián de sus hermanos."
-En un período de emergencia tan grave como el actual -estaba diciendo James Taggart, mientras Dagny contemplaba el mapa- es peligroso vernos obligados a aplazar pagos y a acumular salarios atrasados en una división cualquiera. Se trata de una dificultad temporal, pero...
-El Plan de Unificación de los Ferrocarriles no funciona, ¿verdad, Jim? -preguntó ella riendo por lo bajo.
-¿Cómo dices?
-Deberías recibir una buena porción de las rentas de Southern Atlantic sacada de los recursos comunes cuando a fin de año se haga el reparto... sólo que no quedará nada para repartir, ¿no es así?
-¡No es cierto! Lo que ocurre es que los banqueros están saboteando el plan. Esos hijos de puta, que en otros tiempos solían otorgarnos préstamos sin exigir ninguna garantía que no fuese nuestro propio ferrocarril, ahora se niegan a entregarme unos cuantos cientos de miles a corto plazo con el único objeto de hacer frente al pago de liquidaciones de sueldos y salarios, cuando tengo para ofrecerles el aval de todos los ferrocarriles del país.
Ella siguió riendo calladamente.
-¡No podemos evitarlo! -gritó Jim- ¡No es culpa del plan que algunas personas se nieguen a aceptar su participación equitativa de nuestras cargas!
-¿Era eso lo que querías decirme? En ese caso me voy. Tengo mucho que hacer.
Jim miró su reloj rápidamente.
-¡No, no, eso no es todo! Creo que es muy urgente analizar la situación y tomar decisiones que...
Ella escuchó indiferente aquella avalancha de tonterías, preguntándose cuáles serían sus motivos. Él estaba ganando tiempo, y ella se dio cuenta de que él la quería retener allí con algún propósito indefinido o que, acaso, sólo quería contar con su presencia.
Existía en James Taggart una nueva faceta que Dagny había empezado a notar desde la muerte de Cherryl. Había corrido a buscarla la noche en que fue hallado el cuerpo de Cherryl y la historia de su suicidio apareció en todos los periódicos relatada por una trabajadora social que fue testigo de tal hecho. "Un suicidio inexplicable", proclamaban los periódicos, incapaces de encontrar motivos. "¡No fue mi culpa!" -le había gritado Jim, como si ella fuera el único juez al que tuviese necesidad de convencer- "¡No tengo nada que ver en este asunto! Yo no tengo la culpa." Temblaba de terror, pero ella pudo distinguir en su mirada algo que al parecer y de un modo inconcebible indicaba cierto sentimiento de triunfo. "Sal de aquí, Jim", fue todo cuanto le respondió entonces.

No le había vuelto a hablar sobre Cherryl, pero acudía a su despacho con más frecuencia que antes, o la detenía en los pasillos para intercambiar retazos de inútil conversación. La suma de tales momentos había producido en Dagny una doble impresión: que se aferraba a ella en busca de apoyo y protección contra un terror inexplicable, y a la vez que intentaba envolverla en sus brazos para clavarle un cuchillo por la espalda.

-Tengo un gran interés en oír tu opinión -insistió, pero ella apartó la mirada- Es urgente hablar de los acontecimientos y... y tú no has dicho nada. -Dagny no se movió- No se trata de que podamos extraer más dinero a los ferrocarriles, sino...

Volvió bruscamente la cara hacia él, y Jim eludió su mirada.

-Quiero decir que es necesario idear una política constructiva -continuó martillando- Hacer algo... Alguien deberá realizarlo... En tiempos de necesidad...

Dagny comprendió el pensamiento que intentaba eludir, la impresión que quería ocasionarle, aunque sin desear que la reconociera ni mencionara. Ya no era posible mantener horarios fijos, ni cumplir promesas, ni observar contratos. Los trenes regulares serían cancelados sin previo aviso y transformados en trenes especiales de emergencia que se enviarían mediante órdenes no explicadas a nadie, con impredecibles destinos; y aquellas órdenes procedían de Cuffy Meigs, único juez que dictaminaba cuál era el bienestar público. Sabía que muchas fábricas estaban cerrando, algunas con sus máquinas paradas por falta de materias primas, y otras con los depósitos llenos de productos que no podían ser entregados. Sabía que las antiguas industrias, los gigantes que construyeran su poder gracias a un propósito indeclinable proyectado durante un largo período, dejarían de existir por el antojo de un instante, un instante imposible de anticipar o controlar. Sabía que los mejores de todo el espectro industrial, los dotados con una gran variedad de productos y que cumplían funciones más complejas, se habían marchado hacía tiempo, y que quienes aún luchaban por producir, batallando salvajemente con el fin de preservar el código de una era en que la producción había sido posible, introducían ahora en sus contratos una cláusula vergonzosa para los descendientes de Nat Taggart: "...en caso de que el sistema de transporte así lo permitiere".

Sin embargo, había algunos -y ella lo sabía- que podían obtener transporte cada vez que lo deseaban, como por la gracia de algún poder que nadie cuestionaba ni explicaba. Las relaciones de estos individuos con Cuffy Meigs eran consideradas por las personas como un credo místico, secreto e inescrutable, capaz de destruir al observador por el solo pecado de mirar. Por eso, la gente optaba por mantener los ojos cerrados, temiendo, no a la ignorancia, sino al conocimiento. Sabía que se realizaban negociados dondequiera que aquellos hombres pudiesen vender un lujo llamado "transporte", término que todos comprendían pero que nadie osaba definir. Sabía que eran aquéllos los hombres de los trenes especiales de emergencia, facultados para cancelar horarios y enviar los expresos a cualquier lugar del continente estampando aquel sello gracias al cual se subordinaban contratos, propiedades, justicia, razón y vidas humanas: la declaración de que el "bienestar público" requería la inmediata salvación de un lugar determinado. Eran quienes enviaban trenes en auxilio de los hermanos Smather y de sus uvas de Arizona; de una fábrica de Florida, dedicada a la producción de máquinas para

hacer alfileres; de una caballeriza de Kentucky o de Associated Steel de Orren Boyle.

Aquellos individuos negociaban con industriales desesperados, ofreciendo transportar los productos que se encontraban inmovilizados en sus depósitos y, en caso de no obtener el porcentaje de comisión exigido, optaban por comprar tales productos cuando la fábrica los entregaba en el remate judicial, a 10 centavos por dólar, y los enviaban en vagones de carga que aparecían disponibles como por arte de magia, hacia lugares donde traficantes de la misma calaña estaban listos para actuar. Eran los sujetos que merodeaban por las fábricas, esperando el último latido del horno de una fundición para lanzarse sobre su equipo, sobre andenes desolados y sobre vagones cargados de mercancías que ya no serían entregadas. Era una nueva especie biológica de empresario, el empresario transitorio, que no se ajustaba a un sector, sino que sólo se limitaba a hacer un trato; que no tenía que hacer frente al pago de liquidaciones de sueldos, ni debía preocuparse por los gastos generales, ni poseía inmuebles, ni debía organizar equipos; cuyo único patrimonio e inversión consistía en ese algo conocido con el nombre de "amistad". Los discursos oficiales los describían como "industriales progresistas de nuestra dinámica era", pero para la gente eran "oportunistas"; la especie incluía ejemplares de muy diversa índole: unos se dedicaban al transporte, otros al acero, o al petróleo, algunos eran especialistas en aumentar salarios o en aplazar sentencias. Eran seres diligentes, que iban de un lado a otro del país, mientras los demás apenas podían moverse: seres sin entrañas, muy activos, pero no como lo son los animales, sino como.aquello que se cría, desplaza y alimenta sobre la inmovilidad definitiva de un cadáver.

Dagny sabía que era posible sacar dinero del negocio de los ferrocarriles, y sabía también quién lo estaba haciendo. Cuffy Meigs vendía trenes del mismo modo que si estuviese vendiendo el último de los suministros del ferrocarril cada vez que podía armar un plan que le impedía quedar al descubierto. Vendía rieles a Guatemala o a compañías tranviarias de Canadá, cables a fabricantes de fonógrafos, y durmientes como combustible para hoteles de centros turísticos.

Contemplando el mapa, Dagny se preguntó si tenía importancia saber qué parte del cadáver había sido devorada por un tipo u otro de gusanos: los que se atracaban por puro placer, o los que habían servido de comida a otros. Mientras que la carne con vida fuese la presa devorada, ¿qué importaba el estómago al que iría a parar? No existía modo de saber qué devastaciones habían sido llevadas a cabo por los humanitarios y cuáles por mafiosos declarados. No era posible dilucidar qué robos eran instigados por el afán caritativo de los Lawsons y cuáles por la glotonería de Cuffy Meigs. Nadie podía decir qué comunidades eran inmoladas para postergar una semana el hambre de otra comunidad, y cuáles para aprovisionar los yates de los oportunistas. Pero, ¿qué importaba? Ambos eran iguales en los hechos, del mismo modo que en espíritu. Ambos sufrían necesidad y la necesidad era el único título de propiedad; ambos actuaban estrictamente dentro del mismo código ético. Ambos consideraban muy adecuado el sacrificio de seres humanos, y lo llevaban a cabo de la misma manera. Nadie podía a ciencia cierta saber quiénes eran los caníbales y quienes, las víctimas. La comunidad que aceptaba las ropas o el combustible de una ciudad situada al este,

unos días más tarde debía permitir que se confiscasen sus graneros con destino a una ciudad del oeste.
La humanidad había conseguido hacer realidad un ideal de siglos y lo practicaba con absoluta perfección. Se servía a la necesidad como al más alto gobernante; la circunstancia más urgente era la necesidad, su parámetro de valores, la moneda de su reino, algo más sagrado que el derecho y la vida.
Las personas eran empujadas hacia un abismo, donde en tanto gritaban que el hombre es quien cuida a su hermano, cada uno devoraba a su prójimo y era a su vez devorado. Cada uno proclamaba la probidad de lo no ganado en tanto se preguntaba quién le estaba despellejando la espalda. Cada uno se devoraba a sí mismo, mientras gritaba, presa de terror, que un mal indefinible estaba destruyendo el mundo.
"¿Y ahora de qué se quejan?" -oyó mentalmente decir a Hugh Akston. "¿De que el universo es irracional? ¿Lo es, en verdad?"
Estaba sentada mirando el mapa con desapasionada solemnidad, como si ninguna emoción, salvo el respeto, fuera permitida al observar el maravilloso poder de la lógica. Veía -en el caos de un continente en trance de morir- la precisa y matemática ejecución de todas las ideas sostenidas por los humanos. No habían querido saber que aquello constituía su anhelo; no quisieron admitir que tenían la virtud de desear, pero no el poder para falsear, y habían conseguido su deseo al pie de la letra, hasta la última coma, manchada de sangre.
¿Qué pensaban ahora los campeones de la necesidad y los lujuriosos de la compasión?, se preguntó Dagny. ¿Con qué contaban? Quienes otras veces gimieran: "No quiero destruir a los ricos, tan sólo deseo apoderarme de un trozo de su sobrante para ayudar al pobre. Sólo un poco, no se darán cuenta", más tarde argumentaban: "Los ricos pueden soportar que se los exprima. Ya amasaron suficiente fortuna para alimentar a 3 generaciones". Luego, gritaron: "¿Por qué el pueblo es siempre el que tiene que sufrir mientras los empresarios poseen reservas para un año?". Y ahora aullaban: "¿Por qué hemos de morir de hambre mientras otros disponen de reservas para una semana?". ¿Con qué contaban ahora?, se preguntó Dagny finalmente.
-¡Tienes que hacer algo! -exclamó James Taggart.
Dagny se volvió hacia él.
-¿Yo?
-¡Es tu trabajo! Te compete a ti. Es tu deber.
-¿A qué te refieres?
-Hay que actuar, hay que hacer.
-Pero, ¿qué puedo hacer yo?
-¿Cómo quieres que lo sepa? Averígualo con tu talento especial. Tú eres la hacedora.
La declaración era tan clara e incongruentemente irrelevante, que Dagny se puso de pie.
-¿Es eso todo, Jim?
-¡No! ¡Quiero hablar contigo!
-Pues, adelante.
-Todavía no has dicho nada.
-Ni tú tampoco.

-Me refiero a que existen problemas concretos que resolver... Por ejemplo, ¿qué ha ocurrido con nuestra última asignación de rieles nuevos, desaparecidos del almacén de Pittsburgh?
-Cuffy Meigs los robó y los vendió.
-¿Podrías demostrarlo? -contestó él a la defensiva.
-¿Han conservado tus amigos alguna manera, método, regla o procedimiento de prueba?
-Entonces no hables de eso. No seas tan teórica. Tenemos que tratar con hechos, con hechos como los que se están produciendo actualmente... Debemos ser realistas e idear un medio práctico para proteger nuestros suministros en las condiciones actuales; no bajo suposiciones infundadas, que...
Dagny rió por lo bajo. "He aquí la forma de lo informe", pensó. El método que la conciencia dictaba a Jim: quería que lo protegiese de Cuffy Meigs sin reconocer la existencia de éste, luchar contra él sin admitir su realidad, derrotarlo sin perturbar su juego.
-¿De qué mierda te ríes? -preguntó Jim, enojado.
-Ya lo sabes.
-¡No sé qué demonios te pasa! No sé lo que te sucede... en los últimos 2 meses... desde que regresaste... ¡Nunca te vi con menos deseos de cooperar!
-Sin embargo, Jim, no he discutido contigo en estos últimos 2 meses.
-¡A eso me refiero! -Se contuvo enseguida, pero no lo suficiente como para impedir que ella volviera a sonreír- Quería tener una reunión para escuchar tu punto de vista sobre la situación.
-Ya lo conoces.
-¡Pero no has dicho una sola palabra!
-Hace 3 años te dije todo cuanto tenía que decir. Te avisé adónde te conduciría el camino que llevabas. Y así ha sucedido.
-¡Otra vez! ¿De qué sirve teorizar? Estamos en el momento actual, no hace 3 años. Tenemos que enfrentar el presente y no mirar atrás. Quizás todo hubiera sido distinto de haber seguido tu consejo, pero no lo hicimos y tenemos que enfrentar los hechos, tenemos que aceptar la realidad tal como es ahora, hoy.
-Pues, acéptala.
-¿Cómo has dicho?
-Que aceptes tu realidad. Yo me limitaré a acatar órdenes.
-¡Es injusto! Quiero saber tu opinión...
-Lo que pides es confianza, Jim. Y no vas a conseguirla.
-¿Cómo dices?
-No pienso hablar contigo para ayudarte a fingir que esa realidad de la que hablas no es como es, que existe todavía una forma de cambiar las cosas y salvar tu pellejo. Porque no es así.
-Bueno... -No hubo cólera en su voz sino tan sólo el tono débil e incierto de un hombre al borde de la resignación- Bien... ¿qué quieres que haga?
-Abandona -La miró sin comprender- Abandona junto con tus amigos de Washington, y tus planificadores del robo y toda esa filosofía caníbal. Abandona y sal del camino, deja que aquellos que aún podemos, iniciemos la reconstrucción a partir de las ruinas.

-¡No! -La palabra sonó ahora explosiva, como el grito de alguien dispuesto a morir antes que traicionar sus ideas, y provenía precisamente de quien había pasado su vida evadiendo la existencia de ideas y actuando con la modalidad de un criminal. Ella se preguntó si habría comprendido alguna vez la esencia del delito y reflexionó un momento sobre la clase de lealtad que existía hacia una actitud consistente en negar las ideas.
-¡No! -repitió Jim en voz más baja, ronca de lo normal, que ha bía descendido desde el tono de un fanático al de un exhausto- ¡Es imposible! ¡Está fuera de discusión!
-¿Quién lo dice?
-¡No importa! ¡Es así! ¿Por qué siempre piensas en cosas tan poco prácticas? ¿Por qué no aceptas la realidad tal como es y haces algo al respecto? Eres la realista, la hacedora, la que mueve y produce, la Nat Taggart, la persona capaz de conseguir cualquier objetivo que se proponga. Ahora podrías salvarnos, podrías hallar un camino para que todo esto funcione... con sólo desearlo.
Dagny echó a reír.
"He aquí" -pensó ella- "la meta final de todo el inútil palabrerío académico que los empresarios han venido ignorando durante tantos años, el objetivo de todas esas definiciones airadas, de tantas generalidades resbaladizas, de tantas abstracciones infundadas que proclaman que la obediencia a la realidad objetiva es lo mismo que la obediencia al Estado, que no existe diferencia entre una ley de la naturaleza y la disposición de un burócrata, que un ser hambriento no es libre, que el hombre debe ser relevado de la tiranía del alimento, el techo y la vestimenta; que llegaría un día en que Nat Taggart, el realista, tendría que verse obligado a considerar la voluntad de Cuffy Meigs como un hecho de la naturaleza, irrevocable y absoluto como el acero, los rieles y la gravedad; aceptar los Meigs del mundo como una realidad objetiva e inmutable, y luego continuar produciendo abundancia en dicho mundo. Tal es el objetivo de aquellos estafadores, producto de la biblioteca y del aula, que venden sus revelaciones como razón, sus instintos como ciencia, sus antojos como sabiduría; la aspiración de los salvajes no objetivos, carentes de absolutos categóricos; representantes de lo relativo, de lo tentativo, de lo probable; los salvajes que al ver a un agricultor recolectar su cosecha, lo consideraban un fenómeno místico, fuera de la ley de causalidad, y creado por el capricho omnipotente del agricultor; los que luego procedían a apresar y encadenar a ese mismo agricultor, a privarlo de sus herramientas de trabajo, de sus semillas, de su agua, de su tierra, para arrojarlo sobre una árida roca y ordenarle: "¡Ahora cultiva y aliméntanos!". "No" -siguió diciéndose, mientras esperaba que Jim preguntara algo-. "Sería inútil intentar explicarle de qué me reía, no podría comprenderlo."
Pero no lo preguntó. Se hundió en su asiento y dijo, aterradoramente, porque sus palabras eran irrelevantes si no las comprendía y monstruosas si lo hacía:
-Dagny, soy tu hermano... -Dagny se irguió con los músculos rígidos, como si se fuera a enfrentar al revólver de un asesino- Dagny -fue un gemido suave, nasal, monótono, propio de un pordiosero- Quiero ser presidente de un ferrocarril. Lo quiero de veras. ¿Por qué no puedo tener un deseo igual que tú? ¿Por qué no se me otorga el cumplimiento de mis deseos, como a ti? ¿Por qué tienes que ser feliz, mientras yo sufro? ¡Ah, sí! El mundo es tuyo, tú posees el cerebro para

gobernarlo. Entonces, ¿por qué permites el sufrimiento en tu mundo? Proclamas perseguir la dicha y me condenas al fracaso. ¿No tengo el derecho a exigir la forma de felicidad que elija? ¿No es una deuda que has contraído conmigo? ¿Acaso no soy tu hermano? -Su mirada era como la luz de la linterna de un ratero, buscando en la cara de Dagny un retazo de piedad. Pero sólo encontró repulsión- ¡Tú tienes la culpa de que yo sufra! ¡Es tu fracaso moral! Soy tu hermano y, en consecuencia, eres responsable de mí, pero no has podido cumplir mis deseos y entonces eres culpable. Todos los líderes morales de la humanidad lo han afirmado así durante siglos. ¿Quién eres tú para contradecirlos? Te sientes orgullosa de ti misma, te crees buena y pura, pero no puedes ser buena en tanto yo sea desdichado. Mi miseria es la medida de tu pecado. Mi alegría es la medida de tu virtud. Quiero esta clase de mundo, el mundo de hoy, que me da mi parte de autoridad y me permite sentirme importante. ¡Haz que funcione para mí! ¡Haz algo! ¿Cómo puedo saber qué? ¡Es tu problema y tu deber! Tienes el privilegio de la fuerza, pero yo poseo el derecho de la debilidad. ¡Se trata de una verdad moral absoluta! ¿No lo comprendes? ¿No lo comprendes?

Intentaba frenéticamente aferrarse de su rostro con la mirada como lo habría hecho con las manos en el borde de un abismo. Pero sus ojos no encontraron en aquella cara lisa y dura el menor resquicio de duda donde afianzarse.

-¡Eres un hijo de puta! -dijo tranquila, sin emoción, puesto que las palabras no iban dirigidas a ningún ser humano.

Le pareció que lo veía caer en el abismo, aun cuando su única expresión era la de un pícaro cuya artimaña no tuvo éxito.

No había razón para sentir más repulsión que la usual, pensó. Él se había limitado a decir las cosas predicadas, oídas y aceptadas en todos lados, pero ese credo era usualmente expuesto en 3º persona, y Jim había tenido el descaro de expresarlo en 1º. Se preguntó si la gente aceptaba la doctrina del sacrificio, cuando los receptores no identificaban la naturaleza de sus declaraciones y de sus actos. Se volvió para marcharse.

-¡No! ¡Espera! -gritó Jim poniéndose de pie mientras miraba su reloj- ¡Ya es la hora! ¡Emitirán un programa especial de noticias que quiero que escuches!

Ella se detuvo, sintiendo curiosidad.

Jim encendió la radio, a la vez que contemplaba a su hermana cara a cara, de un modo intenso, casi insolente. En sus ojos se pintaba el miedo y, a la vez, una extraña e impúdica expectativa.

"¡Damas y caballeros!" -dijo el locutor con un toque de pánico- "¡Hemos recibido importantes noticias de Santiago de Chile!"

Jim movió bruscamente la cabeza y frunció el entrecejo como si algo en la voz del locutor no fuera lo que él esperaba.

"Una sesión especial de la Legislatura de la República Popular de Chile había sido convocada para las 10 de la mañana, con el fin de aprobar una ley de gran importancia para los pueblos de Chile, Argentina y otros Estados populares sudamericanos. Siguiendo la iluminada línea política del presidente Ramírez, el nuevo jefe del Estado chileno que asumió el poder basándose en el lema moral de que ‘Todo hombre es guardián de su hermano’, la Legislatura iba a nacionalizar las propiedades chilenas pertenecientes a D'Anconia Copper, abriendo así el camino para que la República Popular de la Argentina también se dispusiera a

nacionalizar el resto de las propiedades de d'Anconia en todo el mundo. No obstante, únicamente los más altos funcionarios gubernamentales de ambos países tenían conocimiento de este hecho. La medida había sido mantenida en secreto con el fin de evitar debates y oposiciones reaccionarias. La incautación de la empresa, valuada en miles de millones de dólares, iba a constituir una magnífica sorpresa para el país.

"A las 10 en punto, en el momento exacto en que el golpe del martillo del presidente de la Legislatura daba por iniciada la sesión, y casi como si ese golpe lo hubiera puesto todo en movimiento, el estallido de una tremenda explosión sacudió la sala, rompiendo los cristales de las ventanas. Procedía del puerto, a unas pocas cuadras del palacio legislativo, y cuando los legisladores corrieron a las ventanas, pudieron ver una larga llamarada de fuego y humo, allí donde antes se levantaban las siluetas familiares de los muelles que concentraban los almacenes de mineral de D'Anconia Copper. Los muelles quedaron destrozados.

"El presidente evitó el pánico y pidió orden en la sala. La Ley de Nacionalización fue leída a la asamblea, mientras afuera sonaban las sirenas de alarma y se escuchaban gritos. La mañana era gris y lluviosa, con el cielo cubierto de oscuras nubes. La explosión había roto un generador eléctrico, de modo que la asamblea tuvo que votar la ley en cuestión a la luz de las velas, mientras el rojo resplandor del incendio teñía las bóvedas del techo sobre las cabezas de los legisladores.

"Pero el suceso más terrible tuvo lugar más tarde, cuando los legisladores se disponían a tomar un breve receso, antes de anunciar a la nación la buena noticia de que el pueblo acababa, de convertirse en dueño de D'Anconia Copper: mientras estaban votando, de todos lados llegaron informes de que ya no quedaba nada de D'Anconia Copper en ningún punto del planeta. ¡Damas y caballeros: en ningún lugar del mundo! En aquel mismo instante, al dar las 10, y por una infernal y asombrosa sincronización, todas las propiedades de d'Anconia sobre la faz de la Tierra, desde Chile a Siam, y desde España a Pottsville, Montana, habían estallado, y desaparecido por completo.

"Los obreros de D'Anconia habían recibido su último sueldo en efectivo a las 9 de la mañana; a las 9:30, habían sido alejados de las instalaciones donde, posteriormente, se produjo la explosión. Los depósitos, las maquinarias, los laboratorios, las oficinas administrativas, todo ha quedado demolido. Nada resta de los buques de d'Anconia que se encontraban en los puertos, solamente los botes salvavidas pertenecientes a dichos barcos pueden verse en alta mar. Con respecto a las minas, algunas han quedado enterradas bajo una avalancha de rocas, mientras otras, que no estallaron, desde hace varios años ya no producían minerales.

"Entre los miles de empleados de d'Anconia, la policía no ha podido encontrar a uno solo que estuviese enterado de cómo pudo concebirse, organizarse y llevarse a cabo tan monstruoso atentado. Los ejecutivos de mayor importancia, mineralogistas, ingenieros y supervisores, todos esos hombres con los cuales contaba la República Popular de Chile para realizar la tarea y amoldarse al proceso de reajuste, han desaparecido. Los más capacitados, mejor dicho, los más egoístas, han desaparecido. Informes de diversos bancos indican que no ha quedado ninguna cuenta abierta a nombre de d'Anconia. El dinero fue retirado de todas, hasta el último centavo.

"Damas y caballeros, la fortuna de d'Anconia, el mayor patrimonio de la Tierra, la legendaria heredad de siglos, ha dejado de existir. En lugar del amanecer dorado de una nueva era, los Estados populares de Chile y Argentina se enfrentan a un montón de ruinas y a un gran número de desempleados.
"Se desconoce el paradero del Sr. Francisco d'Anconia, quien ha desaparecido sin dejar rastro, ni siquiera un mensaje de despedida."
Mientras oía aquello, Dagny pensaba: "Gracias, querido... gracias en nombre del último de nosotros, aun cuando no escuches mi voz ni te importe oírla...". No era una simple frase, sino una silenciosa y emocionada plegaria dirigida al rostro sonriente de un muchacho de 16 años.
Luego se dio cuenta de que estaba aferrada a la radio, como si el débil latido eléctrico en su interior la mantuviera en contacto con la única fuerza viviente en el mundo, de la que durante unos breves instantes había actuado como transmisora y que ahora llenaba una habitación donde todo lo demás había muerto.
Como restos distantes de la explosión y de la ruina, notó un rumor producido por Jim, entre gemido, grito y gruñido, y luego vio sus hombros inclinarse convulsos sobre un teléfono, y oyó gritar a su voz desfigurada:
-¡Rodrigo! ¡Usted dijo que era totalmente seguro! ¡Rodrigo! ¡Oh, Dios mío! ¿Sabe hasta dónde estoy metido en esto? -Luego sonó otro teléfono en el escritorio y su voz gruñó en otro receptor, mientras su mano seguía aferrada al primero: -¡Cierra la boca, Orren! ¿Qué piensas hacer? ¡Me importa una mierda, maldita sea!
Varias personas entraron corriendo en el despacho, los teléfonos sonaban al mismo tiempo y alternando entre ruegos e interjecciones, Jim no dejaba de gritar:
-¡Comuníqueme con Santiago...! ¡Consiga que Washington me comunique con Santiago!
En un lugar muy distante, como en el borde mismo de su mente, ella pudo ver la clase de juego que los hombres situados tras aquellos escandalosos teléfonos habían jugado y perdido. Parecían muy lejanos, como minúsculos bacilos agitándose en el blanco campo bajo la lente de un microscopio. Se preguntó cómo habrían podido creer que alguien los tomaría en serio, mientras un Francisco d'Anconia existiera en el mundo.
Percibió el resplandor de la explosión en todas las caras que enfrentó durante el resto del día, y en todas aquéllas ante las que pasó por la noche en la oscuridad de las calles. Se dijo que si Francisco había deseado un funeral digno para D'Anconia Copper, acababa de conseguirlo. Allí estaba, en las calles de Nueva York, la única ciudad sobre la Tierra todavía capaz de entenderlo; en las caras de la gente, en sus murmullos que estallaban tensos como lenguas de fuego, mientras los rostros se iluminaban con una expresión a la vez solemne y frenética. Con sus diversos matices parecían contonearse y serpentear bajo la luz de una distante llama; unos se mostraban agitados, otros coléricos, tranquilos, inseguros, expectantes; pero todos reconocían un hecho más importante que una simple catástrofe industrial, todos se daban cuenta de su alcance, aunque nadie quisiera expresarlo en palabras; en todos se pintaba un toque sonriente, una risa de placer y desafío; la amarga risa de las víctimas que, a punto de perecer, se dan cuenta de que alguien las ha vengado.
Vio ese mismo resplandor en la cara de Hank Rearden al encontrarse con él para cenar esa noche. Cuando se acercó su alta y confiada figura, la única que parecía

tranquila en el lujoso ambiente del restaurante, pudo observar la expresión de alegría que se esforzaba por ocultar, la expresión de un muchacho todavía abierto al encanto de lo inesperado. No habló del acontecimiento, pero ella supo que era la única imagen que llenaba su mente.
Habían seguido viéndose siempre que él estaba en la ciudad recordando el pasado, sin futuro en su trabajo y en su lucha común, pero sabedores de que eran aliados y que extraían ayuda de la existencia del otro.
No quiso mencionar el incidente de ese día, ni a Francisco, pero Dagny notó, mientras estaban sentados a la mesa, que la tensión de una contenida sonrisa alteraba los músculos de sus mejillas y comprendió a quién se refería cuando dijo de pronto con voz blanda y baja, a causa del peso que en ella ejercía la admiración:
-Mantuvo su promesa, ¿verdad?
-¿Su promesa? -preguntó ella a su vez asombrada, pensando en la inscripción sobre el templo de la Atlántida.
-Una vez me dijo: "Te juro por la mujer que amo, que soy tu amigo". Lo era.
-Lo es.
Él negó con la cabeza.
-No tengo derecho a pensar en él. No tengo derecho a aceptar cuanto ha hecho en mi defensa. Y sin embargo...
-Así ha ocurrido, Hank. En defensa de todos nosotros... sobre todo de ti.
Él miró hacia otro lado, en dirección a la ciudad. Se hallaban en uno de los extremos del salón, con una lámina de cristal como invisible protección contra el espacio y las calles, 60 pisos más abajo. La ciudad parecía anormalmente lejana, como aplanada en el remanso de sus estratos más humildes. Unas cuantas manzanas más allá, sobre la torre casi invisible en las tinieblas, el calendario estaba al nivel de sus rostros y a esa altura no era un pequeño rectángulo, sino una enorme pantalla fantasmalmente próxima, iluminada por el resplandor blanco y mortecino de la luz proyectada a través de una vacía película, vacía excepto por la inscripción: "2 de septiembre".
-Rearden Steel trabaja ahora a máxima capacidad -decía él con aire indiferente- Han elevado las cuotas de producción de mis altos hornos, por unos 5 minutos. No sé cuántas ordenanzas habrán suspendido y no creo que ellos mismos lo sepan. Ya no les preocupa mantener la apariencia de legalidad. Estoy convencido de estar quebrantando la ley en 5 o 6 aspectos que nadie puede aprobar ni desaprobar; todo cuanto sé es que el mafioso de turno me dijo que continuara a toda marcha. -Se encogió de hombros- Cuando mañana otro gángster venga en su reemplazo, probablemente me cerrarán las instalaciones por haber efectuado un trabajo ilegal. Pero según el plan vigente en esta milésima de segundo, me han rogado que continúe vertiendo mi metal en la cantidad y con los medios que yo mismo decrete.
Dagny observó las miradas ocasionales y furtivas que la gente les dirigía. Lo había notado antes, luego de su confesión por radio, cuando habían empezado a mostrarse juntos en público. Pero en vez de las agresiones que él había temido, los demás tenían un aire de temerosa incertidumbre; incertidumbre acerca de sus preceptos morales; temor ante la presencia de 2 personas que se atrevían a sentirse seguras de su conducta. Los miraban con ansiosa curiosidad, con envidia,

con respeto, con el temor de ofender un desconocido, orgulloso y justo estado; algunos parecían excusarse, como si dijeran: "Perdónanos por estar casados". Otros expresaban colérica maldad y, unos pocos, admiración total.
-Dagny -preguntó él de repente-, ¿crees que está en Nueva York?
-No. Llamé al Wayne-Falkland y me han dicho que el alquiler de sus habitaciones venció hace un mes, sin haber sido renovado.
-Lo están buscando por todo el mundo -explicó él sonriendo- Pero nunca lo encontrarán. -La sonrisa desapareció de sus labios- Tampoco yo. -Su voz volvió a asumir el tono plano y gris de quien cumple un deber- Bueno, las fundiciones están trabajando, pero yo no. No hago más que ir de un lado a otro del país, como un animal nocturno, buscando métodos ilegales con los que adquirir materia prima. Ocultándome, deslizándome, mintiendo, tan sólo para conseguir unas cuantas toneladas de carbón o de cobre. No han levantado sus restricciones sobre los materiales que necesito. Saben que estoy obteniendo más metal del que me permiten sus índices de producción, pero no se preocupan. Les basta con que me preocupe yo.
-¿Estás cansado, Hank?
-Muerto de aburrimiento.
Dagny se dijo que había existido un tiempo en que la mente de Hank, su energía, sus inagotables recursos habían sido empleados en la misión de conseguir siempre mejores métodos para manejarse con la naturaleza. Ahora, en cambio, se concentraba en una tarea igual a la del criminal que pretende ser más astuto que sus congéneres; se preguntó cuánto más podía soportarlo.
-Se está haciendo imposible conseguir hierro -explicó indiferente y añadió con voz repentinamente vivaz: -Pronto será totalmente imposible obtener cobre. -Hizo una mueca.
Dagny se preguntó durante cuánto tiempo un hombre podría continuar trabajando contra sí mismo; trabajar cuando su deseo más profundo no era el triunfo, sino el fracaso.
Comprendió la conexión de sus pensamientos, cuando él dijo:
-Nunca te lo he contado, pero conocí a Ragnar Danneskjöld.
-Me lo contó él.
-¿Cómo? ¿Dónde...? -Se detuvo- Ya comprendo -añadió con voz tensa y baja- Es uno de ellos. Te encontraste con él. Dagny, ¿cómo son esos hombres que...? No. No me contestes. -Y al cabo de unos momentos, reflexionó: -Conozco, pues, a uno de sus agentes.
-Ya conoces a dos.
Su respuesta originó un instante de calma total.
-Desde luego -dijo con tristeza- Lo sabía..., pero no quise admitirlo... Era su agente reclutador, ¿verdad?
-Uno de los primeros y de los más eficientes.
Él rió por lo bajo, con amargura y añoranza.
-Aquella noche... cuando se llevaron a Ken Danagger... creí que no habían mandado a nadie tras de mí.
El esfuerzo con el que consiguió conferir rigidez a su cara era como el lento y resistente girar de una llave que cierra un recinto inundado de sol, en el que no le sería posible penetrar. Transcurrido un rato, dijo impasible:

-Dagny, ese nuevo riel de que hablarnos el mes pasado... no creo estar en condiciones de entregarlo. No han levantado sus restricciones sobre mis entregas, siguen controlando mis ventas y disponiendo de mi metal a su antojo. Pero la contabilidad está tan embrollada, que consigo pasar de contrabando unos cuantos miles de toneladas por semana. Creo que lo saben, aunque finjan que no es así porque no quieren enfrentarse conmigo, por ahora. Pero fui embarcando tantas toneladas como pude arrebatarles, y las destiné al mercado negro, para algunos clientes que las necesitaban con urgencia. El mes pasado estuve en Minnesota y pude ver lo que sucede allí. La gente se morirá de hambre, pero no el año que viene, sino este invierno, a menos que unos cuantos de nosotros actuemos sin pérdida de tiempo. No quedan reservas de grano en ningún sitio. Después del hundimiento de Nebraska, la ruina de Oklahoma, el abandono de Dakota del Norte y con Kansas apenas subsistiendo, pronto no quedará trigo para Nueva York, ni para ninguna ciudad del este. Minnesota es nuestro último granero. Han sufrido 2 años consecutivos de mala cosecha, pero tuvieron este otoño una muy buena y habrá que recolectada. ¿Has podido prestar atención a las condiciones de la industria de la maquinaria agrícola? Ninguna de las empresas que hay es lo suficientemente grande como para mantener en Washington a un grupo de mafiosos capaz de ayudarlas a pagar porcentajes a los oportunistas, así que no han podido obtener adjudicaciones de material. Dos tercios de esas industrias han cerrado y el resto lo hará pronto. Las granjas van pereciendo en todo el país, por falta de herramientas. Tendrías que haber visto a los agricultores de Minnesota. Pasan más tiempo arreglando sus viejos tractores que arando los campos. No sé cómo han podido sobrevivir hasta la pasada primavera. No sé cómo pudieron sembrar el trigo, pero lo han hecho. -En su cara se pintó una expresión intensa, como si contemplara un espectáculo raro y olvidado: la visión de verdaderos hombres; ella comprendió cuáles eran los motivos que lo mantenían aferrado a su tarea- Dagny, ellos tenían que disponer de herramientas para cosechar. Les he vendido todo el metal que pude a los fabricantes de maquinaria agrícola, a crédito. Y mandaron dicha maquinaria a Minnesota en cuanto la tuvieron lista. La han vendida del mismo modo, es decir, ilegalmente y a crédito, pero recibirán su paga este otoño y lo mismo yo. ¡Al diablo la caridad! Ayudamos a los productores... ¡y qué productores tenaces! No ayudamos a los sinvergüenzas y aprovechados "consumidores". Damos préstamos; no limosnas. Damos ayuda a la habilidad, no a la necesidad. Que me maten si me desentiendo y permito que esos hombres queden destruidos, mientras los oportunistas continúan enriqueciéndose.

Evocaba una escena vista en Minnesota: la silueta de una fábrica abandonada, con la luz del sol poniente atravesando sin oposición alguna los agujeros de sus ventanas y las grietas del techo, en el que aún se veían los restos de un letrero: "Ward Harvester Company".

-Ya lo sé -continuó-, los salvaremos este invierno, pero los saqueadores los devorarán el año que viene. Sin embargo, tenemos que salvarlos ahora... por eso no podré darte el riel, al menos en un futuro inmediato... y ya no nos queda más que ese futuro inmediato. No sé de qué sirve alimentar a un país si éste pierde sus ferrocarriles pero, ¿de qué sirven los ferrocarriles cuando no hay alimentos? ¿De qué sirve?

-De acuerdo, Hank. Subsistiremos con los rieles actuales durante... -Se detuvo.

-¿Durante un mes?
-Durante el invierno... o, al menos, eso espero.
Una voz penetrante llegó hasta ellos desde otra mesa. Se volvieron, hacia un hombre con los modales nerviosos de un mafioso acorralado, a punto de sacar su pistola.
-Es un acto de destrucción antisocial -gruñía a un hosco compañero- ¡Y en una época en que se padece tan desesperada escasez de cobre!... ¡No podemos permitirlo! ¡No podemos permitir que eso suceda!
Rearden se volvió bruscamente para mirar por la ventana. -Daría cualquier cosa por saber dónde se encuentra -dijo en voz baja- Sólo saber dónde está, precisamente en este instante.
-¿Qué harías si lo supieras?
Bajó las manos en un gesto de impotencia.
-No me acercaría a él. El único homenaje que aún puedo brindarle es el de no suplicar perdón cuando no es posible.
Guardaron silencio, escuchando las voces a su alrededor, que como esquirlas de pánico sonaban por doquier en el lujoso ambiente.
Sólo entonces ella advirtió que esa misma presencia invisible estaba sentada a cada mesa y que un único tema rompía toda tentativa de desviar la conversación. La gente estaba sentada, no de un modo servil, sino como si aquel lugar de cristal, terciopelo azul y aluminio, suavemente iluminado, les pareciese demasiado grande y expuesto; como si hubieran llegado hasta allí al precio de innumerables evasiones, para ayudarse a fingir que su existencia era todavía civilizada, pero un acto de violencia primaria había hecho estallar la naturaleza de su mundo y éste quedaba develado, sin permitirles continuar en su ceguera.
-¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo hacerlo? -preguntaba una mujer, con petulante horror- ¡No tenía derecho a obrar así!
-Fue un accidente -dijo un joven con aspecto de empleado público- Ha sido el producto de una cadena de coincidencias, como claramente lo prueba cualquier cálculo de probabilidades que se consulte. Es poco patriótico difundir rumores exagerando el poder de los enemigos del pueblo.
-El bien y el mal es un buen tema para conversaciones académicas -manifestó otra, con voz de maestra- Pero, ¿cómo puede alguien tomar en serio sus conceptos si es capaz de destruir una fortuna cuando el pueblo la necesita?
-No lo comprendo -decía un anciano con estremecida amargura- Luego de siglos de esfuerzos por restringir la innata brutalidad del hombre; luego de siglos de enseñar, de adiestrar, de adoctrinar, basándose en la comprensión y el humanismo...
-Creí que vivíamos en una era de hermandad... -sobresalió la voz desconcertada de una mujer desde otro lado.
-Tengo miedo -repetía una joven- Tengo miedo... ¡Oh, no sé a qué...! ¡Pero tengo miedo!...
"No pudo haberlo hecho..." "Lo hizo..." "Pero, ¿por qué?"... "Me niego a creerlo..." "¡No es humano...!" "Pero, ¿por qué?... ¡Se trata sólo de un indigno mujeriego...!" "Pero, ¿por qué?..."
El ahogado grito de una mujer y una señal apenas atisbada, alcanzaron el límite perceptivo de Dagny de un modo simultáneo, haciéndola volverse hacia la ciudad.

El calendario se manejaba gracias a un mecanismo encerrado en una habitación ubicada detrás de la pantalla donde se proyectaban las mismas imágenes un año tras otro, en segura rotación, con ritmo invariable, que cambiaba la fecha en el momento justo de la medianoche. La rapidez con que Dagny había girado le permitió observar un fenómeno tan inesperado como si un planeta hubiese revertido su órbita en el cielo: pudo ver la fecha "2 de septiembre" ascendiendo y desapareciendo más allá del borde de la pantalla.
Y luego, escrito a través de la enorme página, paralizando el tiempo como un último mensaje para el mundo y para aquel motor del mundo que era Nueva York, aparecieron estas líneas trazadas a mano, de modo enérgico e irrebatible:
¡Hermanos, ustedes lo pidieron!
Francisco Domingo Carlos Andrés Sebastián d'Anconia
No supo qué sorpresa fue mayor, si la visión del mensaje o la reacción de Rearden, que se había puesto de pie, ofreciéndose a la vista de todos, y estaba riendo sobre los gemidos de pánico de los presentes, riendo como quien saluda y acepta el regalo que hasta entonces había intentado rechazar; aliviado, triunfante, en entrega total.

* * *

La tarde del 7 de septiembre un cable se rompió en Montana, por lo que se detuvo el motor de una grúa junto a un riel de Taggart Transcontinental en las inmediaciones de la mina de cobre Stanford.
La mina trabajaba en 3 turnos, uniendo los días y las noches en un solo lapso de lucha continua para no perder ni un minuto, ni una gota de metal que pudiera extraerse de los terraplenes de aquella montaña y arrojarlo en el desierto industrial de la nación. Por eso, se rompió mientras cargaba un tren. Se detuvo bruscamente y permaneció inmóvil apuntando al cielo vespertino, entre una hilera de vagones vacíos y montones de mineral repentinamente inmóviles.
Los trabajadores del ferrocarril y de la mina, atónitos, se detuvieron también: se habían dado cuenta de que más allá de la complejidad de su equipo, las perforadoras, los motores, las grúas, los delicados instrumentos y los poderosos focos que iluminaban las hondonadas y las cumbres, no tenían un simple cable con el que reparar la grúa. Se detuvieron como la tripulación de un trasatlántico impulsado por generadores de 10.000 caballos de fuerza que se hallara a punto de naufragar por la falta de un alfiler.
El jefe de estación, un joven de movimientos rápidos y expresión hosca, retiró un cable del edificio de la estación, con lo que puso de nuevo la grúa en movimiento y mientras el mineral continuó cayendo en los vagones, el edificio quedó iluminado por velas.
-Minnesota, Eddie -dijo Dagny sombríamente, cerrando el cajón de su fichero especial- Comunícate con la división de Minnesota y diles que envíen la mitad de sus existencias de cable a Montana.
-Pero ¡cielos, Dagny!... Ten en cuenta que se aproxima la cosecha...
-Creo que se las arreglarán. No podemos perder ni un solo proveedor de cobre.
Cuando Dagny recordó aquello a su hermano una vez más, James Taggart empezó a gritar:

-¡Ya lo he hecho! He obtenido para ti prioridad absoluta de cable de cobre. Eres la primera en ser atendida y se te otorga un cupo más alto que a nadie. Te he dado todas las cartas, certificados, documentos y he cumplido con todos los requisitos... ¿qué más quieres?
-¡El cable!
-¡Hice todo lo que pude! ¡Nadie puede culparme de nada!
Dagny no quiso discutir. Sobre el escritorio de Taggart había un periódico de la tarde, y su mirada se había fijado en una noticia de la última página. Un impuesto oficial de urgencia había sido aprobado en California, como ayuda para los desempleados de ese Estado; representaba el 50% de los ingresos brutos de cualquiera de las corporaciones locales, aparte del pago de las demás cargas fiscales, las compañías petroleras de California habían dejado de operar.
-No se preocupe, Sr. Rearden -expresó una voz untuosa a través de una llamada de larga distancia desde Washington- Quería solamente darle la seguridad de que no tiene por qué inquietarse.
-¿De qué no debo preocuparme? -preguntó Rearden asombrado.
-De esa confusión transitoria en California. A su debido tiempo lo arreglaremos todo, ha sido un acto de insurrección ilegal porque el gobierno de ese Estado no tiene derecho a imponer tasas locales en detrimento de las nacionales; negociaremos inmediatamente un arreglo equitativo... Pero, mientras tanto, si usted se ha inquietado por rumores poco patrióticos acerca de las compañías petroleras de California, quiero explicarle que Rearden Steel ha sido colocada en la categoría superior, dentro de las necesidades esenciales, con derecho privilegiado al petróleo disponible en cualquier lugar del país. Se trata de una categoría muy alta, Sr. Rearden. Quiero hacerle saber que este invierno no tendrá que inquietarse por el problema del combustible.
Rearden colgó frunciendo el ceño, intranquilo, pero no por el problema del combustible y el final de los campos petroleros de California, ya que se había acostumbrado a que se produjeran desastres de ese tipo, sino por el hecho de que los planificadores de Washington creyeran necesario que debían calmarlo. Era una actitud nueva y se preguntó qué significaría. En sus años de lucha, había aprendido que un antagonismo sin causa aparente no era dificil de manejar, pero que un desasosiego intuitivo encarnaba un peligro inminente. El mismo sentimiento volvió a agobiarlo cuando, caminando por un callejón entre los hornos, percibió la presencia de una figura cabizbaja, en cuya actitud se combinaban la insolencia y el aire de quien espera de un momento a otro quedar aniquilado: era su hermano Philip.
Desde que se había mudado a Filadelfia, Rearden no había vuelto a visitar su antigua casa, ni sabido una palabra de su familia, aunque continuara pagando sus facturas. Pero de pronto y de un modo inexplicable, en las últimas semanas había visto 2 veces a Philip, vagabundeando por la planta, sin motivo visible. No hubiera podido decir si Philip se escabullía para evitarlo, o si intentaba llamar su atención; en realidad las 2 cosas eran posibles. No descubrió ninguna clave sobre sus propósitos, sino sólo cierta incomprensible atención hacia él que no había manifestado nunca.
La 1º vez y en respuesta a su aturdido "¿Qué haces tú aquí?", Philip había dicho vagamente: "Sé que no te gusta verme en tu despacho". "¿Qué deseas?" "¡Oh,

nada!... pero... mamá está preocupada por ti." "Mamá puede llamarme cuando quiera." Philip no había contestado sino que continuó interrogándolo de manera muy poco convincente acerca de su trabajo, su salud y sus negocios y las preguntas tenían un aire dudoso. Philip Rearden intentaba investigar cuál era el real estado de ánimo de su hermano respecto de sus negocios. Hank lo cortó bruscamente, despidiéndose de él, pero le quedó una leve inquietud pues todo el incidente había sido enigmático.
La 2º vez, Philip dio como única explicación: "Sólo queremos saber cómo estás". "¿A quiénes te refieres?" "Pues... a mamá y a mí. Son tiempos difíciles y... mamá quiere saber qué piensas de todo esto." "Dile que no lo sé." Aquellas palabras parecieron herir a Philip de un modo peculiar, como si fuese la única respuesta que temía. "Vete de aquí", le ordenó Rearden cansado "y la próxima vez que quieras verme pide una cita y ven a mi oficina. Pero no lo hagas a menos que tengas algo que decirme. No es éste un lugar adecuado para ventilar sentimientos, ni los míos ni los de nadie."
Philip no pidió la entrevista, pero allí estaba de nuevo, cabizbajo, entre las gigantescas formas de los hornos, con aire de culpa y de jactancia al mismo tiempo, altivo y sumiso a la vez.
-¡Tengo algo que decirte! -se apresuró a exclamar en respuesta al irritado fruncimiento de cejas de Rearden.
-¿Por qué no fuiste a mi despacho?
-Porque en realidad no quieres verme allá.
-Ni aquí tampoco.
-Yo sólo... sólo trato de portarme adecuadamente y de no robar tu tiempo cuando estás tan ocupado... porque estás ocupado, ¿verdad?
-¿Y?
-Quería verte en un momento libre para hablar contigo.
-¿Acerca de qué?
-Pues... verás. Necesito trabajo.
Lo dijo con aire provocador, levantando el mentón. Rearden lo miró inexpresivo.
-Henry, quiero trabajo, aquí, en la fundición. Quiero que me ofrezcas algo que hacer. Necesito un empleo, necesito ganarme la vida. Estoy cansado de las limosnas. -Se afanaba en expresar algo concreto con voz entre ofendida y suplicante, como si la necesidad de justificar esto último le resultara una imposición insoportable- Quiero ganarme la vida. No te estoy pidiendo caridad, sino sólo que me des una oportunidad.
-Esto es una fábrica, Philip, no la lotería.
-¿Cómo?
-Que no aceptamos ni brindamos oportunidades.
-¡Te estoy pidiendo trabajo!
-¿Y por qué tengo que dártelo?
-¡Porque lo necesito!
Rearden señaló los rojos chispazos de las llamas que surgían de la negra forma de un horno, elevándose seguros en el espacio entre una armazón de acero, arcilla y vapor.
-Yo necesitaba también esos hornos, Philip. Y no me los dio la necesidad.
Philip hizo como si no lo hubiera oído.

-Ya sé que oficialmente no se te permite contratar a nadie, pero se trata sólo de un tecnicismo. Si me admites, mis amigos darán su aprobación sin ocasionarte molestia alguna y... -La expresión que se pintaba en la cara de Rearden lo obligó a detenerse bruscamente, para añadir luego, irritado e impaciente: -¿Qué ocurre? ¿Dije algo malo?
-No. Se trata de lo que no has dicho.
-¿Cómo?
-Lo que luchas por no decir.
-¿Que?
-Que no me serías de ninguna utilidad.
-¿Es eso lo que...? -empezó Philip con expresión de ofensa, pero dejó la frase sin terminar.
-Sí -dijo Rearden sonriendo- Eso es lo que pienso -Philip desvió la mirada y cuando volvió a hablar, pareció recitar frases oídas en otro lado.
-Todo el mundo tiene derecho a ganarse la vida. ¿Cómo voy a conseguirlo si nadie me da la oportunidad?
-¿Y cómo conseguí yo la mía?
-No nací dueño de una fundición de acero.
-¿Y yo sí?
-Puedo hacer las mismas cosas que tú... si me enseñas.
-¿Quién me enseñó a mí?
-¿Por qué repites siempre lo mismo? ¡No hablo de ti!
-Yo sí.
Al cabo de un momento Philip murmuró:
-¿Por qué te preocupa tanto esto? No es tu existencia lo que aquí está en juego.
Rearden señaló a los hombres iluminados por los neblinosos rayos del alto horno.
-¿Puedes hacer lo que hacen ellos?
-No comprendo qué pretendes...
-¿Imaginas lo que sucedería si te pusiera allí y me estropearas un horno?
-¿Qué es más importante? ¿Que tu maldito acero brote, o que yo coma?
-¿Cómo vas a comer si el acero no brota?
Philip adoptó un aire de reproche.
-No estoy en situación de discutir contigo, ya que, en estos momentos, ocupas una posición superior a la mía.
-Pues entonces, no discutas.
-¿Cómo?
-Cállate de una vez y vete de aquí.
-Pero es que...
Rearden rió por lo bajo.
-¿Crees que soy yo quien debe mantener la boca cerrada porque ocupo una posición superior, y ceder porque tú no ocupas ni siquiera una posición?
-Es un modo muy tosco de expresar un principio moral.
-Pero ése es precisamente tu principio moral, ¿verdad?
-No puede hablarse sobre moral en términos materialistas.
-Estamos discutiendo un empleo en una fundición de acero, y desde luego, se trata de un tema completamente materialista.

El cuerpo de Philip se tensó un poco más y sus ojos se vidriaron ligeramente como si le diera temor el lugar, como si lamentara verlo y se esforzara por no admitir su realidad. Con el suave y terco gemido de quien pronuncia un exorcismo, elevó el tono de voz y declamó:
-Es un imperativo moral, universalmente aceptado en nuestros tiempos, que todo hombre tiene derecho a trabajar. -Elevó el volumen- ¡Tengo derecho a un trabajo!
-¿De veras? Pues, adelante. Ejércelo.
-¿Cómo?
-Ejerce tu derecho. Toma tu trabajo de entre la maleza en que crees que crece.
-Quise decir...
-Que no es así, ¿verdad? Que lo necesitas, pero no puedes crearlo. Que tienes derecho a un empleo, pero que soy yo quien debe generarlo pan ti.
-Así es.
-¿Y si no lo hago?
Su silencio se prolongó segundo tras segundo.
-No te comprendo -dijo al fin Philip con voz irritada y la perplejidad de quien recita las fórmulas de un papel bien ensayado, pero obtiene como respuesta frases que no esperaba- No comprendo por qué no se puede hablar contigo. No entiendo qué clase de teoría estás planteando ni...
-¡Oh! Sí, lo entiendes.
No queriendo aceptar que sus fórmulas eran inservibles, Philip exclamó:
-¿Desde cuándo te inclinas por la filosofía abstracta? Eres sólo un empresario y no estás calificado para entender cuestiones de principios. Deberías dejarlo a los expertos, que durante siglos han afirmado...
-¡Basta, Philip! ¿Qué te traes entre manos?
-¿Qué dijiste?
-¿A qué viene esta repentina ambición?
-Verás, en tiempos como...
-¿Como qué?
-Bueno, cada hombre tiene derecho a un medio de subsistencia, y... a no verse arrojado a la calle... Cuando existe tanta incertidumbre, uno debe poseer cierta seguridad... un punto de apoyo... Quiero decir que en una época así, si algo te sucediera, yo no...
-¿Qué crees que va a sucederme?
-¡Oh! ¡No creo nada! -su exclamación resultó extraña e incomprensiblemente auténtica- No espero que ocurra nada... ¿Tú sí?
-¿Como qué?
-¿Cómo puedo saberlo?... Pero sólo tengo esa suma miserable que me das... y en cualquier momento podrías cambiar de opinión.
-En efecto.
-No puedo obligarte de ninguna manera.
-¿Cómo has tardado tantos años en darte cuenta y en empezar a preocuparte? ¿A qué viene eso ahora?
-Pues a que... has cambiado. Tú... solías tener cierto sentido del deber y de la responsabilidad moral, pero... lo estás perdiendo, ¿no es así?

Rearden se irguió, estudiándolo en silencio. Había algo peculiar en el modo en que Philip interrogaba, como si sus preguntas, demasiado naturales y débilmente obstinadas, constituyeran la clave del propósito de su actitud.
-Bueno, me gustaría quitarte esa carga de los hombros, si es que verdaderamente me consideras una carga -siguió- Dame un trabajo y tu conciencia no tendrá que atormentarte más por culpa mía.
-No me atormenta.
-¡A eso me refiero! ¡No te preocupas! No te preocupas por ninguno de nosotros, ¿verdad?
-¿Quiénes?
-Pues... por mamá y por mí... y por la humanidad en general. Pero no voy a apelar al lado bondadoso de tu alma. Sé que estás dispuesto a deshacerte de mí cuando te lo propongas, de modo que...
-Mientes, Philip. No es eso lo que te preocupa. Si lo fuera, lo que anhelarías sería dinero y no trabajo...
-¡No! ¡Quiero un empleo! -Su exclamación fue inmediata, casi frenética- ¡No quieras comprarme con dinero! ¡Deseo trabajar!
-Contrólate, estúpido. ¿Sabes lo que dices?
Philip escupió su respuesta con odio impotente: -¡No puedes hablarme de ese modo!
-¿Y tú sí?
-Yo sólo...
-¿Has dicho que quiero comprarte? ¿Por qué habría de intentarlo en vez de darte un puntapié como debí hacer hace años?
-¡Después de todo, soy tu hermano!
-¿Y eso qué significa?
-Se supone que un hermano tiene que experimentar determinados sentimientos.
-¿Los experimentas tú?
La boca de Philip se hinchó petulante y no contestó. Esperaba. Rearden calló, hasta que por fin, Philip murmuró:
-Se supone... que al menos... deberías tener consideración hacia mis sentimientos... pero no es así.
-¿La tienes tú hacia los míos?
-¿Hacia los tuyos? ¿Hacia tus sentimientos? -No había malicia en la voz de Philip, sino algo peor: un auténtico e indignado asombro- Tú no tienes sentimientos. Jamás los has tenido. Jamás has sufrido.
Un cúmulo de años, en la forma de una sensación y una imagen, golpeó a Rearden en pleno rostro. La sensación era la que había experimentado en la cabina de la locomotora del 1º tren de la línea "John Galt", y la imagen, la de los ojos de Philip, pálidos, casi líquidos, que representaban lo supremo de la degradación humana: un dolor sin reservas dotado de la obscena insolencia que puede mostrar un esqueleto hacia un ser viviente, demandando que su dolor fuese considerado como el mayor de los valores. "Tu nunca has sufrido", repetían aquellos ojos acusadoramente, mientras él evocaba aquella noche en su despacho, cuando sus minas le fueron arrebatadas; el momento en que firmó el Certificado de Otorga-miento, y entregó el metal Rearden; o ese mes, dentro de un avión buscando los restos de Dagny. "Tú nunca has sufrido", decían sus ojos con

arrogante desdén, mientras él recordaba la sensación de orgullosa rectitud con que había luchado en aquellos instantes, negándose a rendirse al dolor; una sensación producto de su amor, su lealtad y su comprensión de que la alegría es el objetivo de la existencia, ya que uno no se encuentra por casualidad con ella, sino que debe conseguirla, y el acto de traición es dejar que la alegría muera ahogada en el pantano de la tortura. "Tú nunca has sufrido", expresaba la luz muerta de aquellos ojos. "Jamás sentiste nada, porque sólo sufriendo se siente; no existe la alegría, sólo existe el dolor y la ausencia de dolor; sólo el dolor y la nada. Yo sí sufro, estoy atormentado por el sufrimiento. Estoy hecho de un dolor no diluido. En eso residen mi pureza y mi virtud, mientras tú, el ser íntegro, el que nunca se queja, tienes que aliviarme del dolor, cortar tu cuerpo incólume para reparar el mío; cortar tu alma inflexible para impedir que la mía siga sintiendo. Así conseguiremos el ideal más elevado, el triunfo de la vida: el cero". En ese "tú nunca has sufrido" estaba la esencia aniquiladora de los enemigos contra los que había luchado durante toda su vida.

-Philip -dijo -, vete de aquí -Su voz era como un rayo de sol en una morgue; llana, seca, natural; un sonido sano dirigido a un enemigo al que no puede honrarse con la cólera, ni siquiera con el horror- Y no intentes volver a ingresar a estas fundiciones, porque daré orden a todos los guardianes para que te echen de aquí si te ven.

-Bien, después de todo -dijo Philip en el tono colérico y precavido de quien expresa una amenaza oculta-, puedo conseguir que mis amigos me otorguen un empleo aquí y obligarte a aceptarme.

Rearden, que había dado ya unos pasos para alejarse de él, se detuvo y se volvió para mirarlo.

Philip captó entonces una repentina revelación que no fue consecuencia de su pensamiento consciente, sino de cierto oscuro sentimiento: un terror que le apretaba la garganta, conmocionándolo hasta el fondo del estómago. Veía la extensión de los altos hornos, con las oscilantes llamaradas y los cargamentos de metal fundido que cruzaban el espacio pendiendo de delicados cables, con pozos de color carbón ardiendo y grúas que parecían acercarse a su cabeza, sosteniendo toneladas de acero por el poder invisible de sus imanes, y comprendió que tenía miedo de aquel lugar, miedo a la muerte; que no se hubiera atrevido a moverse sin la protección y la guía del hombre que se hallaba ante él. Luego miró la alta y esbelta figura que permanecía inmóvil, aquella figura de mirada inflexible, cuya visión había sabido atravesar rocas y llamas para construir ese lugar. Y se dio cuenta de cuán fácilmente aquel hombre al que intentaba forzar a una acción podía hacer que un solo cubo con metal se vaciara un segundo antes de lo previsto, o que una grúa dejara su carga a un metro de distancia del lugar adecuado. En caso de que ocurriese tal cosa, nada quedaría de él, de Philip, el demandante. Su única protección se basaba en el hecho de que su mente pensaba en todo eso, pero la de Hank Rearden no.

-Es mejor que nos llevemos bien -propuso Philip.

-Te conviene -contestó Rearden, alejándose.

Los enemigos a los que nunca había entendido eran personas que rendían culto al dolor, pensó Rearden. Era monstruoso y, al mismo tiempo, particularmente carente de importancia. No sentía nada hacia ellos. Era como intentar convocar la

emoción hacia objetos inanimados, hacia restos de mineral que se deslizaran por la falda de la montaña para aplastarlo.
Era posible escapar de la avalancha o levantar muros que la dominaran, o ser aplastado. Pero lo que no resultaba imaginable era sentir cólera, indignación o preocupación hacia los movimientos insensatos de lo no viviente; o peor aún, pensó, de lo antivivo.
Ese mismo sentimiento de despreocupación y lejanía permaneció fijo en él mientras, sentado en la sala de un tribunal de Filadelfia, veía a los hombres realizar las gestiones que le garantizarían el divorcio. Eran seres mecánicos y vulgares, que recitaban ambiguas frases de evidencias fraudulentas y llevaban a cabo el intrincado juego de emplear vocablos que no abarcaran hechos, ni tuvieran un significado pleno. Él les había pagado para que lo hicieran; él, a quien las leyes no dejaban otro camino para ganar su libertad, ni ningún derecho para mostrar los acontecimientos concretos y solicitar lo auténtico. Se trataba de aquella ley que lo entregaba a su destino, no mediante reglas objetivas definidas de un modo imparcial, sino gracias a la arbitraria decisión de un juez con cara marchita y mirada astuta.
Lillian no se presentó en la audiencia ante el tribunal y su abogado hacía algún gesto de vez en cuando, como quien deja el agua correr por entre sus dedos. Todos conocían de antemano cuál iba a ser el veredicto y su motivo; ninguna otra razón había existido en años sino sólo el capricho. Parecían considerar todo aquello como su justa prerrogativa, conscientes de que el propósito de ese juicio no era la solución de un caso, sino justificar sus empleos; como si sus puestos consistieran en presentar las fórmulas adecuadas, sin responsabilidad por saber qué conseguían con ellas; como si un tribunal fuese el único sitio donde las acciones del bien y del mal resultaran absurdas, y ellos, los encargados de administrar justicia, fueran lo suficientemente listos como para saber que la justicia no existía. Actuaban como salvajes, llevando a cabo un rito ideado para liberarlos de toda realidad objetiva.
Los 10 años de su matrimonio habían sido auténticos, pensó, y éstos eran los hombres que asumían ahora el poder de disponer de él, de decidir si podía disfrutar de una oportunidad de goce en la Tierra, o verse condenado a la tortura para el resto de sus días. Recordó el austero, implacable respeto que había sentido hacia su contrato matrimonial, hacia todos sus contratos y todas sus obligaciones legales, y vio la clase de legalidad para la cual su escrupulosa observación iba a servir ahora.
Notó que aquellas marionetas habían empezado por mirarlo con la actitud prudente y malvada de conspiradores que compartían una culpa con él, sintiéndose libres de toda condena moral. Luego, cuando observaron que Rearden era el único en toda la sala que miraba de frente a los demás, pudo advertir que el resentimiento se mostraba cada vez con mayor claridad en sus ojos. Incrédulo, comprendió lo que habían esperado de él; la víctima encadenada, inmovilizada, amordazada y sin recursos, excepto el soborno, debía creer que aquella farsa pagada con su dinero era un proceso legal; que los edictos que lo esclavizaban tenían validez moral; que había corrompido la integridad de los guardianes de la justicia y que la culpa era suya, y no de ellos. Venía a ser lo mismo que condenar a la víctima de un atraco por corromper la integridad del malhechor. Luego de

generaciones de extorsión política, no eran los burócratas saqueadores los que debían ser culpados, sino los industriales los que debían ser atados con cadenas; no aquellos que vendían favores legales, sino los que se veían forzados a comprarlos. Y, a través de todas aquellas generaciones de campañas contra la corrupción, el remedio siempre había sido no la liberación de las víctimas, sino la concesión de poderes más amplios a los extorsionadores. Pensó que la única culpa de las víctimas consistía en haber aceptado la culpa.

Cuando salió de la sala del tribunal para recibir la helada llovizna de aquella tarde gris, sintió que se había divorciado, no sólo de Lillian, sino de toda la sociedad que apoyaba procedimientos como los que acababa de presenciar.

La cara de su abogado, un hombre ya mayor y participante de la vieja escuela legal, tenía la expresión de quien anhela tomar un baño.

-Escúcheme, Hank -le preguntó como único comentario- ¿Hay algo que los saqueadores desean conseguir de usted?

-No, que yo sepa. ¿Por qué?

-La cosa resultó demasiado sencilla. Existían unos cuantos puntos en los que esperaba presión, pero los han pasado por alto, sin aprovechar la oportunidad, como si se hubieran cursado órdenes de arriba para tratarlo a usted benévolamente y dejarlo salirse con la suya. ¿Planean algo nuevo contra sus fundiciones?

-No, que yo sepa... -repitió Rearden, asombrándose al oír una voz interior que completaba: "... o que me preocupe".

Aquella misma tarde, en las fundiciones, la Niñera corrió hacia él: una figura desmañada y ágil, con cierta mezcla peculiar de brusquedad, torpeza y decisión.

-Sr. Rearden, quisiera hablar con usted -dijo apocado, pero extrañamente firme.

-Adelante.

-Deseo preguntarle una cosa. -La cara del muchacho estaba solemne y tensa- Sé que puede usted rechazarlo, pero de todas formas, se lo voy a preguntar... y... y si le parece una insolencia de mi parte, mándeme sencillamente al demonio.

-De acuerdo. Inténtelo.

-Sr. Rearden, ¿me daría trabajo? -Fue su esfuerzo en aparecer normal, lo que dejó ver las jornadas de lucha tras semejante pregunta- Quiero dejar lo que ahora hago y trabajar. Trabajar de verdad en la fabricación del metal, como me lo propuse alguna vez. Deseo ganar mi sustento diario. Estoy cansado de ser un parásito.

Rearden no pudo contener una sonrisa, y recordarle, en el tono de una cita literaria:

-¿Por qué usar ese tipo de palabras, mi querido "carente de absolutos categóricos"? Si no usamos palabras feas, no tendremos ninguna fealdad y... Pero observó el desesperado anhelo del muchacho y se detuvo, a la vez que su sonrisa se desvanecía.

-Le hablo en serio, Sr. Rearden. Sé lo que significa esa palabra y sé también que es la más adecuada. Estoy cansado de recibir dinero por no hacer nada, excepto dificultarle la tarea de ganarlo. Sé que todos cuantos trabajan hoy son solamente muñecos manejados por hijos de puta como yo, pero... preferiría no ser un muñeco si es que hay alternativa. -Su voz se había ido elevando- Le ruego me perdone, Sr. Rearden -añadió secamente mirando a lo lejos. Y al momento incurrió

de nuevo en su tono seco y carente de emoción- Quiero abandonar a esa pandilla de la Dirección de Distribución. No sé si voy a serle de mucha utilidad: tengo un título universitario en metalurgia, pero no vale ni el papel en que está impreso. Sin embargo, creo haber aprendido un poco acerca de todo esto en los 2 años que llevo aquí, y si usted puede contratarme como barrendero, o cualquier otra cosa, voy a decirles a esos dónde pueden poner la asistencia de dirección, y empezaré a trabajar mañana mismo, o la semana que viene, o ahora, o cuando usted diga. - Evitó mirar a Rearden, pero no como evasión, sino como si no tuviese derecho a hacerlo.
-¿Por qué tenía tanto miedo a pedírmelo? -quiso saber Rearden. El muchacho lo miró con irritado asombro, como si la respuesta fuese evidente.
-Porque, considerando el modo en que empecé aquí y la forma en que actué y de quiénes soy el delegado, si le pido un favor, usted tiene todo el derecho a darme una patada en los dientes.
-Ha aprendido mucho en los 2 años que lleva con nosotros.
-No. Yo... -Miró a Rearden, comprendió, desvió los ojos y dijo secamente: -Sí... si es eso a lo que se refiere.
-Escuche, muchacho. Le daría un empleo ahora mismo, y desde luego, mejor que el de barrendero, si dependiera de mí. Pero ¿se ha olvidado de que existe la Oficina de Unificación? No tengo derecho a contratarlo, ni usted a abandonar su trabajo actual. Es cierto que son muchos los que renuncian, y otros tantos los que ingresan bajo nombres ficticios y papeles falsificados como si hiciera años que trabajan acá. Usted lo sabe, y gracias por haber mantenido la boca cerrada. Pero ¿cree que si lo contratara de ese modo, sus amigos de Washington no se enterarían?
El muchacho negó lentamente con la cabeza.
-¿Cree que si abandona su puesto para convertirse en barrendero, no comprenderían sus intenciones?
El muchacho hizo un gesto de asentimiento.
-¿Lo dejarían salirse con la suya?
Volvió a sacudir la cabeza y al cabo de un momento dijo desolado:
-No había pensado en eso para nada, Sr. Rearden. Me olvidé de ellos. Pensaba sólo en si usted me aceptaría o no, y lo único que contaba para mí era su decisión.
-Lo sé.
-Y... es lo único que cuenta, en realidad.
-Sí, no hay absolutos, en realidad.
Los labios del muchacho se torcieron en una breve mueca sin alegría, que pretendió ser una sonrisa.
-Por lo que veo, estoy más atado que cualquiera de esas marionetas...
-Sí. No puede hacerse nada por el momento, salvo solicitar a la Oficina de Unificación un permiso para cambiar su trabajo. Si quiere intentarlo, apoyaré la petición, pero no creo que lo autoricen. No dejarán que trabaje para mí.
-No, no lo harán.
-Si usted manejara la situación lo suficientemente bien y dijera las mentiras apropiadas, quizá le permitan pasar a un empleo privado en cualquier otra compañía metalúrgica.

-¡No! ¡No quiero ir a ningún otro sitio! ¡No quiero salir de aquí! -Permaneció mirando el invisible vapor de la lluvia sobre la llama de los hornos. Al cabo de un rato, añadió con calma: -Creo que lo mejor es no hacer nada. Continuaré siendo representante de los saqueadores. Además, si me marchara, sólo Dios sabe qué delincuente le destinarían a usted en mi lugar. Están dispuestos a cualquier cosa, Sr. Rearden. No sé lo que es, pero van a atacarlo.
-¿Cómo?
-No lo sé. Han estado vigilando todo lo sucedido aquí durante las últimas semanas. Y en cada deserción han ido introduciendo a gente de ellos. Han llegado sujetos muy extraños. Son inútiles que juraría nunca estuvieron en una fundición hasta ahora. He recibido órdenes de dar empleo a todos ellos y no han querido decirme por qué. No sé lo que están planeando. Intenté sacarles información, pero se muestran reacios. Creo que ya no confían en mí. A lo mejor estoy perdiendo influencia. Todo cuanto sé es que intentan un golpe.
-Gracias por advertírmelo.
-Intentaré averiguar algo más. Haré cuanto pueda para enterarme a tiempo. -Empezó a caminar, pero se detuvo y dijo: -Sr. Rearden, si dependiera sólo de usted, ¿me habría admitido?
-Lo habría hecho enseguida y con agrado.
-Gracias, Sr. Rearden -dijo con voz solemne y baja, alejándose definitivamente.
Rearden se quedó mirándolo, apreciando, con una sonrisa comprensiva, lo que el ex relativista, ex pragmático, ex amoralista se llevaba como consuelo.

* * *

La tarde del 11 de septiembre, un cable de cobre se rompió en Minnesota, y se detuvieron las cintas elevadoras de un granero en una pequeña estación de Taggart Transcontinental.
Un torrente de trigo se movía por los caminos, las rutas, los abandonados rieles de la comarca, vertiendo miles de hectáreas cultivadas sobre los frágiles depósitos de las estaciones. Se movía de día y de noche; los primeros chorros se convertían en corriente, luego en río y después en catarata, sobre camiones asmáticos cuyos motores tuberculosos no dejaban de toser; sobre carromatos arrastrados por los mohosos esqueletos de caballos muertos de hambre; sobre carretas tiradas por bueyes; gracias a los nervios y las últimas energías de hombres que llevaban 2 años viviendo en medio del desastre, para obtener la recompensa triunfante de aquella gigantesca cosecha otoñal; hombres que habían reparado sus camiones y carros con alambres, con trapos, con cuerdas y con noches sin sueño para hacerlos resistir el viaje; para llevar el grano y caer deshechos en el lugar de su destino, tras haber ofrecido a sus propietarios una posibilidad de supervivencia.
Cada año, para esa época, otra clase de movimiento atravesaba el país arrastrando vagones de mercaderías desde todos los rincones del continente hasta la división de Minnesota de Taggart Transcontinental, el batir de las ruedas de los trenes precediendo el crujido de los vagones como un eco anticipado, rigurosamente planeado, ordenado y previsto, a fin de unirse a la marea general. La división de Minnesota dormía todo el año para recobrar violentamente la vida en las semanas de la cosecha; 14 mil vagones se amontonaban allí y esta vez se

esperaban 15 mil. El primero de los trenes había iniciado la canalización del torrente del cereal hacia los hambrientos molinos harineros, luego hacia las panaderías y a los estómagos de la nación. Cada tren, cada coche y cada elevador tenía su valor, y no podía perderse ni un minuto de tiempo ni un centímetro de espacio.
Eddie Willers miró el rostro de Dagny mientras ella examinaba las tarjetas del fichero de emergencia. A juzgar por su expresión, Dagny podía adivinar el contenido de cada ficha.
-La terminal -dijo con pasmosa tranquilidad, cerrando el fichero- Comunícate con la terminal y diles que manden la mitad de sus existencias de cable a Minnesota.
Eddie obedeció sin pronunciar palabra.
No dijo nada tampoco, la mañana en que puso sobre su escritorio un telegrama de la oficina Taggart en Washington, que informaba de la disposición según la cual, debido a la escasez de cobre, los agentes del gobierno confiscarían todas las minas, que pasarían a funcionar como servicio público.
-Muy bien -dijo Dagny arrojando el telegrama a la papelera- Esto significa el fin de Montana.
Permaneció muda cuando James Taggart le anunció que iba a ordenar que se retirasen los coches-comedor de los trenes Taggart.
-Ya no podemos solventar los gastos de esos vagones por más tiempo -explicó- Siempre hemos perdido con los malditos comedores, y cuando no hay nada que servir, cuando los restaurantes cierran porque no pueden conseguir 1 kg. de carne de caballo, ¿cómo esperar que los trenes continúen brindando ese servicio? Por otra parte, ¿por qué diablos tenemos que alimentar a los pasajeros? Ya son lo suficientemente afortunados con que les ofrezcamos transporte. Viajarían en trenes de ganado si fuera necesario. Que cada uno se lleve su vianda. ¿Qué nos importa? ¡No tienen otros trenes que tomar!
El teléfono de su escritorio se había convertido no en voz de una empresa, sino en sirena de alarma que sólo lanzaba al aire desesperados anuncios de desastres. "Srta. Taggart, no tenemos cable de cobre." "Srta. Taggart, faltan clavos, simples clavos. ¿No podría conseguir que alguien nos mandara una caja?" "¿No podría encontrar pintura, Srta. Taggart? Cualquier color, pero que tenga antióxido."
Treinta millones de dólares procedentes de los subsidios garantizados por Washington habían sido empleados en el Proyecto Soja, en una buena cantidad de hectáreas en Louisiana en las que maduraba una rica cosecha de ese cereal, planeada y organizada por Emma Chalmers, con el propósito de adaptar los hábitos alimentarios de la nación. "Ma Chalmers", como se la llamaba, más conocida por ser la madre de Kip, era una vieja socióloga, que estuvo deambulando por Washington durante años, del mismo modo en que otras mujeres de su edad y de su tipo haraganean por los bares. Por alguna razón que nadie podía definir, la muerte de su hijo en la catástrofe del túnel le había otorgado cierto halo de mártir en la capital, aumentado por su reciente conversión al budismo. "La soja es una planta mucho más energética, nutritiva y económica que todos los extravagantes alimentos condicionados por una dieta despreocupada y ruinosa", había dicho Ma Chalmers en la radio. Su voz sonaba siempre como si cayera en gotas, pero no de agua, sino de mayonesa. "La soja es un excelente sustituto del pan, de la carne, de los cereales y del café, y si todos nos viéramos

obligados a adoptarla como base de la dieta, se solucionaría la crisis nacional de víveres y sería posible alimentar a más gente. 'Más alimento para más gente': ése es mi lema. En tiempos de desesperante necesidad pública, es nuestro deber sacrificar nuestros platos lujosos y volver a la prosperidad, adaptándonos a un alimento sencillo y sano, gracias al cual los pueblos de Oriente han venido subsistiendo durante siglos. Es mucho lo que debemos aprender de los orientales."

"Cañería de cobre, Srta. Taggart. ¿Sería posible conseguir cañería de cobre en algún sitio?", imploraban las voces por el teléfono. "Pernos para los rieles, Srta. Taggart:" "Tornillos, Srta. Taggart." "Destornilladores, Srta. Taggart." "Lámparas, Srta. Taggart; no hay una sola en 300 km. a la redonda."

Se enviaban 5 millones de dólares a la Oficina de Acondicionamiento de la Moral en la Compañía de Opera del Pueblo, que recorría el país ofreciendo presentaciones gratuitas a gente que, con una comida diaria, no tenía la energía suficiente como para arrastrarse hasta el teatro. Se habían otorgado 7 millones de dólares a un psicólogo encargado de cierto proyecto de investigación sobre la naturaleza de la fraternidad con que pretendía solucionar la crisis mundial. Se concedieron 10 millones de dólares al fabricante de un nuevo encendedor electrónico, aunque no hubiera cigarrillos en los negocios del país. Había linternas, pero no pilas; se exhibían radios, pero no se conseguían repuestos; había cámaras fotográficas, pero no películas. La producción de aviones fue declarada "temporalmente suspendida". Los viajes aéreos con propósitos particulares quedaron prohibidos y sólo se admitían reservas para misiones "de necesidad pública". Un industrial que viajaba para salvar su fábrica no era considerado un caso de "necesidad pública" como para emplear un avión; en cambio, un funcionario encargado de recaudar impuestos podía hacerlo sin ninguna dificultad.

"La gente se roba los pernos y las tuercas de nuestras vías, Srta. Taggart; lo hacen de noche y nuestras existencias van disminuyendo. El almacén está vacío. ¿Qué hacemos, Srta. Taggart?"

Un televisor de 1.5 m., a color, se instalaba en el Parque Popular de Washington para que lo admirasen los turistas, y un superciclotrón para el estudio de los rayos cósmicos se estaba construyendo en el Instituto Científico del Estado, una tarea que se prolongaría 10 años.

"Lo peor de nuestro mundo moderno" -había dicho por la radio el Dr. Robert Stadler durante las ceremonias inaugurales del ciclotrón- "es que demasiada gente piensa demasiado. Tal es la causa de todas nuestras dudas y temores. Unos ciudadanos realmente ilustrados abandonarían la supersticiosa adoración de la lógica y la anticuada confianza en la razón. Del mismo modo que el lego deja la medicina a los doctores y la electrónica a los ingenieros, la gente no calificada para pensar debería dejar las ideas en manos de los expertos y tener fe en su idoneidad. Sólo los expertos pueden comprender los descubrimientos de la ciencia moderna, que prueban que el pensamiento es una ilusión y la mente, un mito."

"Esta era de miseria es el castigo de Dios por el pecado humano de confiar sólo en su mente" -decían las despectivas y triunfantes voces de los místicos de todas las religiones y sectas, en las esquinas, bajo los techos de los negocios empapados de lluvia, o en templos ruinosos- "La prueba por la cual pasamos es resultado de la tentativa de vivir mediante la razón. Este es el estado al que

conducen la reflexión, la lógica y la ciencia. Y no habrá salvación hasta que el hombre comprenda que su mente mortal es impotente para solucionar sus problemas, y vuelva a la fe, en Dios y en una más alta autoridad."
Diariamente se encontraba Dagny con el producto final, el heredero y receptor de todo aquello: Cuffy Meigs, un hombre impermeable a toda posibilidad de pensamiento. Este caminaba a zancadas por los despachos de Taggart Transcontinental, luciendo un chaleco casi militar y golpeando una brillante cartera de piel contra sus polainas de cuero lustroso. Llevaba una pistola en un bolsillo y una pata de conejo en el otro.
Cuffy Meigs intentaba evitarla. Adoptaba hacia ella una actitud en parte desdeñosa, como si considerase a Dagny una idealista poco práctica, y en parte supersticiosamente temerosa, como si la joven fuese poseedora de algún poder incomprensible que prefería no enfrentar. Actuaba como si su presencia no formase parte de su criterio de lo que es un ferrocarril, pero aun así, como si fuera la única a la que no se atrevería a desafiar. Había cierto toque de impaciente resentimiento en sus modales hacia Jim, como si fuera deber de éste tratar con su hermana y protegerlo a él. Del mismo modo en que esperaba verlo mantener al ferrocarril funcionando, para así quedar libre y dedicarse a actividades más prácticas, esperaba también que Jim mantuviera a su hermana a raya como si sólo fuese una parte más de la infraestructura de la empresa.
Más allá de la ventana de su despacho, como un parche de gasa pegado sobre una herida en el cielo, la página del calendario colgaba vacía en la distancia. No lo habían reparado desde el mensaje de despedida de Francisco. Los funcionarios que corrieron hasta la torre detuvieron el mecanismo al tiempo que arrancaban la cinta del aparato. Habían encontrado el minúsculo cuadrilátero con el mensaje de Francisco pegado a la tira que señalaba los días, pero nunca se pudo descubrir quién lo había hecho, ni quién había entrado en aquel recinto y cómo lo logró, a pesar de que había 3 comisiones especiales investigando el caso. Esperando el resultado de sus esfuerzos, la página seguía en blanco, suspendida sobre la ciudad, y así se hallaba la tarde del 14 de septiembre cuando el teléfono sonó en el despacho de Dagny.
-Un hombre de Minnesota -anunció la voz de su secretaria. Dagny le había dicho que aceptaría todas las llamadas de esa clase, porque las demandas de auxilio constituían su única fuente de información. En una época en que los directivos del ferrocarril sólo expresaban sonidos destinados a evitar toda comunicación, las voces provenientes de los innumerables seres sin nombre constituían su último punto de contacto con el sistema, el último chispazo de razón y de torturada honradez brillando brevemente a través de los kilómetros de rieles Taggart.
-Srta. Taggart, no soy yo quien debía llamarla, pero nadie más quiere hacerlo -dijo el interlocutor. Era una voz joven y hablaba con tranquilidad- Dentro de un par de días ocurrirá un desastre como nunca se ha visto, y nadie podrá ocultarlo, pero entonces será demasiado tarde. Quizás ahora mismo sea tarde.
-¿Qué sucede? ¿Quién es usted?
-Uno de sus empleados de la división de Minnesota. Dentro de 1 día o 2, los trenes dejarán de circular por aquí y ya sabe usted lo que eso representa en plena cosecha, y por cierto la más espléndida que jamás hayamos obtenido. No tenemos vagones. Este año no nos enviaron los vagones de carga.

-¿Qué dice? -preguntó Dagny, sintiendo como si transcurrieran minutos entre las palabras, pronunciadas por una voz que no le parecía la propia.
-Los vagones no fueron enviados. Para esta fecha, ya deberíamos disponer de unos 15.000. Pero, por lo que pude averiguar, tan sólo hay 8.000. Hace una semana que estoy llamando a la central y me dicen que no me preocupe. La última vez añadieron que no me metiera en lo que no me importa. Todos los cobertizos, silos, elevadores, almacenes, garajes y salas de baile a lo largo de la vía están atestados de trigo. En los elevadores Sherman hay una hilera de 3 km. de largo de camiones y de carros que esperan en la ruta. En la estación de Lakewood la plaza está llena desde hace 3 noches. Nos repiten que es sólo un atascamiento temporal, que los vagones van a llegar y que todo saldrá bien, pero no es así. Ningún tren viene hacia aquí. He llamado a todo el mundo y sé lo que sucede por el modo en que me contestaron: lo saben, pero no se atreven a admitirlo. Tienen miedo; miedo de moverse, de hablar, de contestar y de preguntar. Todos están pensando a quién echarle la culpa cuando la cosecha se pudra en las estaciones y no en quién va a sacarla de aquí. Quizás nadie pueda. Tal vez usted tampoco. Pero creo que es la única persona que debe saberlo y que alguien debía informarle.
-Yo... -hizo un esfuerzo para respirar- Comprendo... ¿quién es usted?
-El nombre no importa y, para cuando cuelgue, me habré convertido en un desertor. No quiero seguir aquí para presenciar lo que vendrá. No quiero seguir tomando parte en esto. Buena suerte, Srta. Taggart.
Escuchó el chasquido del auricular.
-Gracias -dijo cuando ya no se oía nada en la línea.
Cuando tuvo conciencia otra vez del lugar en que se hallaba y se permitió pensar, era el mediodía de la jornada siguiente. De pie en su despacho, cada vez más triste, apartándose un mechón de pelo de su cara, se preguntó por un instante dónde estaba y qué cosa increíble le había sucedido en las últimas 20 hs.. Estaba asustada desde que escuchara las primeras palabras de aquel hombre por teléfono, sólo que no había tenido tiempo para asimilarlo.
No recordaba gran cosa de lo sucedido en las últimas 20 hs., tan sólo fragmentos desconectados, unidos por la única constante que los hacía posibles: las blandas y vagas caras de quienes luchaban por ocultar ante sí mismos su conocimiento de la respuesta a las preguntas que ella formulaba.
Desde el instante en que le dijeron que el gerente del departamento de Vagones había desaparecido de la ciudad la semana anterior y que nadie sabía dónde ubicarlo, comprendió que el informe de Minnesota era verdad. Más tarde debió enfrentarse a las caras de los asistentes del departamento, que no quisieron confirmar ni tampoco negar el dato, pero que le mostraban papeles, órdenes, formularios y fichas llenos de palabras sin conexión con ningún hecho en concreto. "¿Se mandaron los vagones de carga a Minnesota?" "El Formulario 357 W ya fue completado en todas sus secciones de acuerdo con lo requerido por la Oficina del Coordinador y según las instrucciones del interventor y de la Disposición 11-493." "¿Se mandaron los vagones a Minnesota?" "Los datos de ingreso correspondientes a agosto y septiembre han sido procesados por..." "¿Se mandaron los vagones a Minnesota?" "Mis archivos indican la localización de vagones de mercaderías por Estado, fe-cha, clasificación y..." "¿Saben ustedes si

se han enviado los vagones a Minnesota?" "Por lo que se refiere al movimiento interestatal de vagones de carga, tendrá usted que recurrir al archivo del Sr. Benson y a..."
No había ninguna información que extraer de los archivos. Contenían toda clase de datos cuidadosamente anotados, pero cada uno implicaba 4 significados distintos, con referencias a otras referencias, y éstas conducían a una referencia final que, precisamente, faltaba.
No tardó mucho en descubrir que los vagones no habían sido enviados a Minnesota, y que la orden procedía de Cuffy Meigs, pero al principio resultó imposible averiguar quién la había cumplido, quién había interrumpido el tránsito, qué gestiones se habían hecho y quién se había encargado de conservar la apariencia de un funcionamiento normal sin que un solo grito de protesta se elevara de hombres más valerosos que aquéllos; quién había falsificado los registros y dónde estaban en realidad los vagones. En principio, era imposible saberlo.
Durante esa noche, mientras un pequeño y desesperado equipo al mando de Eddie Willers llamaba a todos los puntos de la División, a cada depósito, playa de maniobras, desvío o apartadero de Taggart Transcontinental para que todo vagón de carga que se encontrase disponible fuese descargado a toda prisa para dirigirse, inmediatamente, a Minnesota, y mientras seguían llamando a los depósitos, estaciones y jefes de ferrocarril que aún continuaban trabajando en todos los confines del mapa, para que hicieran lo mismo, Dagny realizaba la tarea de investigar en aquellos rostros, algunos nublados por la cobardía, el paradero de los vagones desaparecidos.
Fue desde los directivos del ferrocarril hasta los cargadores y los funcionarios de Washington; dio vuelta a la empresa, fue de un lado a otro en automóvil o se comunicó por teléfono o telégrafo, siguiendo las huellas de pistas insinuadas a medias. El recorrido se acercaba a su fin cuando escuchó la suave voz de la encargada de Relaciones Públicas en cierto despacho de Washington que sonaba con aire resentido por el teléfono: "Bien. Después de todo, que el trigo sea o no esencial para el bienestar del país es cuestión de opiniones. Están aquéllos, con un punto de vista más progresista, a cuyo entender la soja resulta de mucho más valor". Hacia el mediodía, Dagny se encontraba en su oficina, segura de que los vagones de carga que debían transferirse a Minnesota habían sido enviados a transportar la soja de los pantanos de Louisiana, cultivada según el proyecto de Ma Chalmers.
La 1º noticia acerca del desastre de Minnesota apareció en los periódicos 3 días después. Se decía que los agricultores, luego de esperar en las calles de Lakewood durante 6 días, sin lugar donde almacenar su trigo y sin trenes para transportarlo, habían demolido el Palacio de Justicia, la residencia del intendente y la estación de tren. Luego, la información se suspendió bruscamente y los periódicos guardaron silencio. A continuación, empezaron a publicarse consejos que instaban a la gente a no dejarse llevar por rumores antipatrióticos.
Mientras los molinos harineros y los mercados nacionales de cereales lanzaban sus quejas por teléfono y telégrafo, enviando ruegos a Nueva York y delegaciones a Washington; mientras hileras de vagones de carga reunidos en todos los rincones del continente se arrastraban como orugas a través del mapa en

dirección a Minnesota, el trigo y las esperanzas del pueblo aguardaban hasta perecer a lo largo de rieles vacíos, bajo las invariables luces verdes de señales que daban paso a trenes inexistentes.
En los tableros de comunicación de Taggart Transcontinental, un pequeño plantel de operarios continuaba solicitando vagones de carga, repitiendo, al igual que la tripulación de un barco a punto de hundirse, un S.O.S. que nadie escuchaba. Había vagones cargados desde hacía meses en los galpones de amigos de los saqueadores, quienes ignoraban las frenéticas demandas de vaciarlos y dejarlos disponibles para transportar otras cosas. "Puede decirles a esos del ferrocarril...", frase seguida por palabras irrepetibles, fue el mensaje de los hermanos Smather, de Arizona, en respuesta al S.O.S. de Nueva York.
En Minnesota, se reunían vagones procedentes de todos los apartaderos, incluidos los del Mesabi Range y las minas de Paul Larkin, donde estaban a la espera de cargar un hilito de mineral de hierro.
Se cargaba trigo en vagones de mineral, en vagones de carbón, en vagones acondicionados de cualquier manera, que iban desparramando un leve rastro dorado a lo largo de la vía. Se cargaba trigo en vagones de pasajeros, sobre los asientos y los portaequipajes, con el fin de enviarlo donde fuera, de ponerlo en movimiento, aun cuando quedara en la cuneta luego del colapso repentino de algún resorte, o en las grietas de los enganches.
Todo el mundo se esforzaba por lograr un movimiento, el movimiento en sí mismo, sin destino concreto, de la misma forma que lo hace el rígido, frenético e incrédulo parapléjico, olvidando que el movimiento le resulta imposible. No había más ferrocarriles: James Taggart los había matado. No había buques en los lagos: Paul Larkin los había destruido. Tan sólo quedaban las vías y una red de rutas abandonadas.
Los camiones y los carros de los agricultores iniciaron un ciego desplazamiento para transitar sin mapas, sin gasolina, sin forraje para los caballos, en dirección sur, hacia la visión de inalcanzables molinos harineros que los esperaban en algún lugar, sin idea de las distancias, pero con la convicción de dejar la muerte detrás de ellos. Avanzando para desplomarse en los caminos, en las zanjas, o caer por las roturas de puentes podridos. Un agricultor fue hallado muerto en una cuneta, a medio kilómetro de los restos de su camión, boca abajo y aún llevando una bolsa de trigo sobre los hombros. Luego, la lluvia se descargó sobre las praderas de Minnesota y el agua cubrió el trigo que esperaba en las estaciones, repiqueteó sobre los sacos apilados y desparramados a lo largo de las rutas, como si lavara pepitas de oro que se hundían en el fango.
Los hombres de Washington fueron los últimos en sentirse afectados por el pánico. Esperaban, no las noticias de Minnesota, sino las relativas al precario equilibrio de sus respectivas amistades y compromisos. Evaluaron, no el destino de aquella cosecha, sino el resultado aún desconocido de imprevisibles emociones en hombres irreflexivos de poder ilimitado. Esperaban, evadiendo todas las súplicas, y declaraban: "¡Oh! ¡Es ridículo! No hay nada por qué preocuparse. Esos Taggart siempre han transportado el trigo según lo previsto. Ahora también encontrarán algún modo de hacerlo".
Cuando el funcionario estatal de Minnesota solicitó ayuda a Washington para que el ejército se hiciera cargo de los disturbios que no podía dominar, se cursaron 3

disposiciones en el término de 2 hs.. Por las mismas, se ordenaba detener todos los trenes de la nación para que se dirigieran hacia Minnesota. Una orden firmada por Wesley Mouch exigía la inmediata disposición de los vagones retenidos por el proyecto de Ma Chalmers. Pero ya era demasiado tarde. Los vagones de Ma Chalmers ya estaban en California, donde la soja había sido enviada a una organización progresista, compuesta por sociólogos que predicaban el culto a la austeridad oriental, y por un grupo de empresarios que vivían de parranda en parranda.

En Minnesota, los agricultores prendían fuego a sus granjas, demolían los elevadores de grano y las residencias de los funcionarios del Estado, peleaban a lo largo de las vías, algunos pretendiendo despedazarlas y otros defendiéndolas a costa de su vida y, en medio de aquella violencia sin objetivos, morían en las calles de sórdidas ciudades y en los silenciosos barrancos de una noche sin retorno.

A partir de entonces sólo quedaba el acre olor del grano pudriéndose en bolsas apiladas a medio arder. Columnas de humo se levantaban en las praderas, y permanecían en el aire, sobre ennegrecidas ruinas; en un despacho de Pennsylvania, Hank Rearden, sentado a su escritorio, repasaba una lista de hombres hundidos en la bancarrota: eran los fabricantes de maquinaria agrícola a quienes nadie pagaba y que, en consecuencia, tampoco podían pagarle a él.

La cosecha de soja no llegó a los mercados del país: había sido recolectada prematuramente, se había agusanado y ya no se hallaba en condiciones aptas para el consumo.

* * *

La noche del 15 de octubre un cable de cobre se rompió en una torre de control subterráneo de la Terminal Taggart en Nueva York.

Fue sólo la rotura de un cable, pero produjo un cortocircuito en el sistema de tráfico y las señales de tránsito y de peligro desaparecieron de los tableros de control y de las vías. Las lentes rojas y verdes conservaron su color, pero privadas de luz, ofrecían tan sólo el helado mirar de ojos de vidrio. En los límites de la ciudad, montones de trenes se acumularon a la entrada de los túneles de la terminal; su cantidad aumentaba a medida que transcurrían los minutos, como sangre imposibilitada de llegar al corazón por la interposición de un coágulo en una vena.

Aquella noche, Dagny estaba sentada a la mesa, en un salón privado del hotel Wayne-Falkland. La cera de las velas goteaba sobre las blancas camelias y las hojas de laurel de la base del candelabro de plata. Unos cálculos aritméticos habían sido trazados a lápiz sobre el mantel adamascado y una colilla de cigarrillo nadaba en un recipiente lavamanos. Los 6 caballeros de etiqueta en tomo a la mesa eran Wesley Mouch, Eugene Lawson, Floyd Ferris, Clem Weatherby, James Taggart y Cuffy Meigs.

-¿Por qué? -había preguntado Dagny cuando Jim le dijo que debía asistir a esa cena.

-Pues... porque nuestro directorio tiene que reunirse la semana próxima.

-¿Y?

-A ti te interesa lo que va a decidirse acerca de nuestra línea de Minnesota, ¿verdad?
-¿Se hará en esa reunión?
-No exactamente.
-¿Se decidirá durante la cena?
-No puedo decirlo con exactitud, pero... ¿por qué tienes que ser siempre tan exigente? En la actualidad nada resulta concreto. Además, insistieron mucho en que vayas.
-¿Por qué?
-¿No te parece suficiente?
No preguntó por qué esos hombres elegían encuentros de esa naturaleza para adoptar resoluciones de trascendencia, pero era así. Sabía muy bien que, no obstante el pretencioso andamiaje y el parloteo de sus reuniones de consejo y de sus debates en masa, las de-cisiones se tomaban por anticipado de un modo furtivo y sin ceremonias, durante almuerzos y cenas o en bares, y que cuanto más grave fuese el tema a tratar, más negligente era el método usado para solucionarlo. Decidieron llamarla por 1º vez para que participara de una de esas sesiones secretas, a ella, la intrusa, la enemiga; se dijo que aquello equivalía al reconocimiento de su necesidad, que tal vez fuera el primer paso hacia la rendición de esos hombres, y que no podía desaprovechar una oportunidad semejante.
Sin embargo, cuando se sentó a la luz de las velas de aquel lugar, llegó a la conclusión de que esa oportunidad no se produciría nunca. No se resignó a dicha certidumbre, puesto que no comprendía su razón, pero aun así, se sintió letárgica y reacia a hacer preguntas.
"Creo que estará de acuerdo con nosotros, Srta. Taggart, en que parece que ya no existe ninguna razón económica que justifique la existencia regular de un ramal ferroviario en Minnesota, donde..." "Y estoy seguro, Srta. Taggart, de que usted opina lo mismo que nosotros acerca de que deben establecerse ciertas restricciones que parecen las más indicadas hasta..." "Nadie, ni siquiera usted, Srta. Taggart, podrá negar que existen épocas en que resulta necesario sacrificar las partes en beneficio del todo..."
A medida que escuchaba pronunciar sin énfasis su nombre a intervalos regulares, mientras los ojos del orador nunca se fijaban en ella, se preguntó qué motivo los había impulsado a invitarla. No se trataba de una tentativa para hacerle creer que la estaban consultando, sino de algo mucho peor: trataban de engañarse a sí mismos y creer que prestaba su conformidad. Formulaban sus preguntas por separado y la interrumpían antes de que lograra terminar su respuesta; parecían querer su aprobación, pero sin esperar a que la diera o la negara.
Cierta cruel e infantil forma de autoengaño los había impulsado a conferir a la ocasión el decoroso marco de una cena de gala. Tal vez esperaban obtener de aquellos objetos lujosos y bellos el poder y el honor de los que tales objetos fueron, en otros tiempos, producto y símbolo. Dagny se dijo que estaban comportándose como los seres salvajes que devoran el cadáver de un adversario con la esperanza de conseguir así su fuerza y su virtud.
Lamentó haberse vestido así.

"Es una cena formal" -le había dicho Jim- "Pero no te excedas... quiero decir, no ostentes un aire demasiado opulento... en estos tiempos los empresarios deben evitar una apariencia arrogante... No es que tengas que presentarte desarreglada, pero si te limitaras a sugerir... humildad, les agradaría mucho, ¿sabes? Los haría sentirse grandes."
"¿De veras?" -había preguntado Dagny, alejándose.
Había elegido un vestido negro, una simple pieza de seda cruzada sobre los senos, que caía hasta los tobillos, con los suaves pliegues de una túnica griega. El brillo de la tela, que se desplazaba con cada movimiento, daba la ilusión de que la luz del lugar era propiedad particular de Dagny, y la envolvía en un halo radiante y lujoso, poniendo de relieve la fragilidad de su figura y confiriéndole un aire de elegancia tan natural que podía permitirse el lujo de una desdeñosa sencillez. Llevaba tan sólo una joya: un broche de diamantes en el borde del escote, que destellaba con cada imperceptible movimiento de su respiración, como un transformador que convirtiera un chispazo en fuego, destacando no a la gema, sino al latido viviente que se ocultaba en ella; era como una condecoración al valor, un tributo a la riqueza, un emblema de honor. No llevaba ningún otro ornamento, sólo la capa de terciopelo negro, más arrogante y ostentosamente patricia que un arco de sables.
Al mirar a aquellos hombres lamentó tener esa ropa, con la perturbadora sensación de culpa que provoca aquello que carece de sentido, en su intento por desafiar a las figuras de cera de un museo. Observó cierto negligente resentimiento en sus miradas y un furtivo indicio de ese obsceno desdén, sin vida ni sexualidad, con el que se suele contemplar el anuncio de un espectáculo frívolo.
-Es una gran responsabilidad -decía Eugene Lawson- la de decidir sobre la vida o la muerte de miles de personas y sacrificarlas en caso necesario, pero debemos tener el valor para hacerlo -Sus fofos labios se torcieron en un remedo de sonrisa.
-Los únicos factores a considerar son los relativos a las hectáreas de tierras y a las cifras demográficas -dijo el Dr. Ferris con voz precisa, lanzando un anillo de humo hacia el techo- Como ya resulta imposible mantener, al mismo tiempo, la línea de Minnesota y el tráfico transcontinental del ferrocarril, la elección está entre Minnesota y los Estados al oeste de las Rocallosas, que quedaron aislados por el desmoronamiento del túnel Taggart, así como los vecinos Estados de Montana, Idaho y Oregón; lo que significa prácticamente todo el Noroeste. Cuando se compute la extensión de las tierras y el número de cabezas en las 2 zonas, es evidente que deberíamos abandonar Minnesota antes que desistir del transporte en la 3º parte de un continente.
-Yo no abandonaré el continente -dijo Wesley Mouch, dolorido y terco, mirando su copa de helado.
Dagny pensaba en Mesabi Range, la última gran fuente de mineral de hierro; pensaba en los granjeros de Minnesota, o en lo que quedaba de ellos, los mejores productores de trigo del país; y que el final de Minnesota representaría el de Wisconsin, luego el de Michigan y más tarde el de Illinois... Veía el rojo respirar de las fábricas desvaneciéndose en todo el este industrial, en los vacíos kilómetros de planicie, en las resecas malezas y en los campos abandonados.
-Las cifras indican -intervino Weatherby con mucha educación- que el funcionamiento continuo en ambas zonas se ha tornado imposible. Los rieles y el

equipo de una deben ser desmantelados para que proporcionen materiales con los que hacer funcionar la otra.
Observó que Clem Weatherby, el técnico experto en ferrocarriles del grupo, era quien menos influencia ejercía en la reunión, mientras Cuffy Meigs aparecía como el personaje principal. Estaba sentado de cualquier modo en su sillón, con un aire de condescendiente tolerancia ante aquel juego de perder tiempo en discusiones. Hablaba poco, pero al hacerlo su voz sonaba brusca y decisiva, acompañada de una mueca desdeñosa. "Cállese de una vez, Jim!", exclamaba. O bien: "¡Tonterías, Wess! Usted no sabe lo que dice". Observó también que ni Jim ni Mouch parecían ofenderse por semejante tono; por el contrario, recibían con agrado la autoridad de su postura y lo aceptaban como jefe indiscutible.
-Tenemos que ser prácticos -repetía Ferris- Tenemos que ser científicos.
-Necesito la economía del país en su conjunto -repetía Wesley Mouch- Necesito la producción de la nación.
-¿Habla usted de economía? ¿Habla de producción? -preguntó Dagny cuando con su fría y medida voz pudo intervenir en el debate- En ese caso, permítannos libertad de acción para salvar los Estados del este. Es lo único que les queda al país y al mundo. Si nos dejan salvar esa parte, podremos intentar reconstruir el resto. De lo contrario, será el fin. Permitan que Atlantic Southern se haga cargo de todo lo referente al tránsito transcontinental, mientras exista, y que los trenes locales se encarguen del noroeste.
"Taggart Transcontinental debería abandonar todo lo demás, sí, todo, y dedicar sus recursos, equipos y rieles al tráfico de los Estados del este. Retrocedamos hasta los orígenes del país, pero al menos permítasenos dirigir dicho comienzo. No llevaremos ningún tren más allá del oeste de Missouri y nos convertiremos en un transporte local: el de las industrias del este. Déjennos salvar nuestras industrias. En el oeste ya nada queda por rescatar. La agricultura puede subsistir durante siglos gracias a la existencia de mano de obra y a las carretas de bueyes. Pero milenios de esfuerzos no servirían para reconstruir la industria del país, ni para empezar nuevo. ¿Cómo quieren que nuestras fábricas o nuestros ferrocarriles sobrevivan sin acero? ¿Cómo quieren que se produzca acero si están cortando el suministro de un mineral como el hierro? Salvemos lo que queda aún de Minnesota. ¿El país? No hay país que salvar si las industrias se mueren. Se puede sacrificar un brazo o una pierna, pero nunca se salvará el cuerpo sacrificando el corazón o el cerebro. Salvemos nuestras industrias. Salvemos a Minnesota. Salvemos la costa este.
Era inútil, no importaba cuántas veces repitiera lo mismo con cuantos detalles, estadísticas, cifras y pruebas que pudiera acumular en su cansada cabeza para someterlas a la evasiva atención de los otros. Era inútil. No refutaban ni aceptaban sus argumentos, parecía simplemente como si sus argumentos estuvieran fuera de lugar. Había cierto tono de oculto énfasis en las respuestas de esos hombres, como si le dieran una explicación, pero en un código cuya clave ella desconocía.
-California entró en conflicto -manifestó Wesley Mouch alicaído- Sus legisladores han venido operando con mucha arrogancia. Están hablando de independizarse del país.
-Oregón está asolado por pandillas de desertores -explicó Clem Weatherby- En los últimos 3 meses han asesinado a 2 recaudadores de impuestos.

-Se ha sobrestimado la importancia de la industria dentro de la civilización -manifestó Ferris soñoliento- Lo que ahora se conoce como República Popular de la India ha venido existiendo durante siglos sin desarrollo industrial de ningún tipo.
-La gente puede subsistir con menos suministros materiales y una mayor y más férrea disciplina que impone privaciones -se apresuró a añadir Eugen Lawson- Sería bueno para todos.
-¡Por Dios! ¿Es que van a permitir que esta joven los induzca a dejar que los productos del país más rico del globo se escurran por entre sus dedos? -preguntó Cuffy Meigs poniéndose bruscamente de pie- ¡Vaya momento oportuno para abandonar a todo un continente! ¿Y a cambio de qué? ¡Por un minúsculo Estado, agotado por completo! He dicho que hay que abandonar Minnesota, pero hay que conservar el sistema transcontinental. Mientras se provocan tumultos y disturbios por todos lados, no es posible mantener a la gente bajo control, a menos que se disponga de transporte para las tropas, o que los soldados se encuentren a pocos días de viaje de cualquier lugar del continente. No es éste un momento oportuno para reflexiones. No pierdan el tiempo con toda esta charla. Tienen al país en el bolsillo y hay que dejarlo ahí.
-A la larga... -empezó Mouch, inquieto.
-A la larga, todos habremos muerto -lo interrumpió Cuffy Meigs, que había empezado a pasearse de un lado a otro- ¡No hay que atrincherarse! Todavía queda mucho en California, Oregón y otros lugares. Lo que estuve pensando es que deberíamos planear una expansión. Tal como están las cosas, nadie puede detenernos. Todo está a nuestro alcance: México, y, quizá, Canadá. Es algo seguro.
Dagny comprendió entonces cuál era la respuesta a todo eso, desentrañó la secreta premisa que se ocultaba detrás de sus palabras: no obstante su ruidosa devoción a la ciencia, su jerga histéricamente técnica, sus ciclotrones y sus rayos de sonido, aquellos hombres estaban inspirados, no por la línea distante de un horizonte fabril, sino por la visión de la forma de existencia que los industriales habían barrido. La visión que tiene un gordo y sucio rajá de la India, cuyos ojos vacíos lanzan una mirada en indolente estupor por entre gruesos párpados, sin nada que hacer, excepto acariciar preciosas gemas y, de vez en cuando, hundir un cuchillo en el cuerpo de un ser hambriento, embrutecido, devorado por los parásitos, para reclamarle unos granos de arroz y exigírselos también a cientos de millones de criaturas como aquélla, de modo que los granos se convirtieran a su vez en gemas.
Había pensado que la producción industrial era un valor indiscutible y había creído que el interés de aquellos hombres por expropiar las fábricas ajenas era consecuencia del reconocimiento de dicho valor. Ella, nacida de la revolución industrial, había olvidado junto con los cuentos de la astrología y la alquimia lo que aquellos hombres albergaban en sus almas clandestinas y furtivas: supo que mientras los seres lucharan por mantenerse con vida no por el pensamiento, sino por medio de ese estiércol al que llamaban instintos y emociones, nunca producirían las cosas que un salvaje armado con un garrote no pudiera expropiarles. Mientras millones de seres estuviesen dispuestos a someterse, a soportar un trabajo más duro por una menor ganancia, más sumisa sería la fibra de su espíritu. Quienes viven accionando palancas en un tablero eléctrico no son

fáciles de manipular, pero quienes viven de cavar la tierra con los dedos, sí lo son. El Sr. feudal no había necesitado fábricas electrónicas para beber hasta perder el sentido en cubos cuajados de piedras preciosas, ni tampoco los diferentes soberanos de la República Popular de la India.
Comprendió lo que querían y hacia qué objetivo los iban conduciendo aquellos "instintos" que ellos calificaban de "irresponsables". Comprendió que Eugene Lawson, el humanista, se regodeaba ante la perspectiva de la hambruna general, y que el Dr. Floyd Ferris, el científico, soñaba con el día en que la humanidad volviera al arado manual.
La incredulidad y la indiferencia fueron su única reacción: incredulidad, porque no podía concebir que seres humanos llegaran a semejante estado; indiferencia, porque quienes alentaban tal reacción no podían seguir siendo considerados humanos.
Siguieron hablando, pero ella ya no podía intervenir en aquella discusión, ni escuchar. Se sorprendió al notar que su único deseo era el de volver a casa y dormir.
-Srta. Taggart -dijo un camarero con voz cortés, racional, ligeramente ansiosa-, el subgerente de la Terminal Taggart está al teléfono y solicita hablar con usted enseguida. Dice que es algo muy urgente.
La alivió mucho poder ponerse de pie y salir de aquel lugar, aun cuando fuera para enterarse de algún nuevo desastre. La alivió escuchar la voz del subgerente en cuestión, aun cuando éste le manifestó:
-El sistema de intercomunicación se averió, Srta. Taggart. Las señales no funcionan. Hay 8 trenes entrantes y 6 salientes detenidos. No podemos moverlos de los túneles porque no encontramos al jefe de ingenieros y no podemos localizar el problema en el circuito, ni tenemos cable para las reparaciones, no sabemos qué hacer, no...
-Llegaré enseguida -dijo y cortó la comunicación.
Salió apresuradamente hacia el elevador y luego atravesó casi corriendo el suntuoso vestíbulo del Wayne-Falkland, volviendo a la vida ante una posibilidad de acción.
Por aquellos días circulaban pocos taxis en la ciudad, y ninguno acudió en respuesta al silbato del portero, así que echó a andar rápidamente calle abajo, olvidando cómo iba vestida y preguntándose por qué el contacto del viento parecía tan frío y tan íntimo.
Con la mente fija en la terminal se quedó maravillada ante la belleza de una repentina visión: una esbelta mujer corría hacia ella, la claridad de un farol hacía brillar su cabello lustroso, sus brazos desnudos, el ondear de una capa negra y el resplandor de un diamante sobre el pecho, y el largo y vacío corredor de una calle se extendía tras ella, con algunos rascacielos puntuados por espaciadas luces. Acababa de ver su propio reflejo en la vitrina de una florería, pero se dio cuenta de eso demasiado tarde: había percibido el encantamiento del contexto al que pertenecían esa imagen y esa ciudad. Luego sintió una punzada de soledad, de una soledad desconsolada, mucho más amplia que la soledad de una calle vacía, y también de cólera ante el absurdo contraste entre su aspecto y el marco de aquella noche y de aquella época.

Un taxi doblaba la esquina; le hizo señas, se subió a él, y cerró la puerta al sentimiento que esperó dejar atrás en el pavimento vacío, junto al escaparate de la florería. Pero sabía, como burlándose de sí misma, con amargura y algo de nostalgia, que ese sentimiento era similar a la expectativa que había sentido el día de su 1º baile y en aquellas raras ocasiones en que había deseado que la belleza exterior de la existencia se correspondiera con su esplendor interior. "¡Vaya momento para pensar en eso!" -se dijo burlona- "¡Ahora no!"- gritó interiormente, irritada. Pero una desolada voz continuaba preguntándole al compás de las ruedas del taxi: "Tú que creías que hay que vivir para la propia felicidad, ¿qué conservas de ella? ¿Qué ganas con esta lucha? Dilo con sinceridad: ¿qué ganas con todo esto? ¿Te estás convirtiendo acaso en una de esas abyectas altruistas que ya no poseen respuesta para esa pregunta...?".

"¡Ahora no!", decretó a medida que la iluminada entrada de la Terminal Taggart aparecía en el rectángulo del parabrisas del taxi.

Los hombres que estaban en la gerencia de la estación le parecieron señales anuladas, como si allí también un circuito se hubiera roto y ya no circulara corriente alguna capaz de ponerlos en movimiento. La miraron con una especie de inanimada pasividad, como si no hubiera diferencia entre dejarlos allí o pulsar el conmutador que los pusiera nuevamente en movimiento.

El director de la terminal estaba ausente. No podían encontrar al jefe de ingenieros que había sido visto 2 hs. antes, pero había desaparecido desde entonces, y el subgerente había agotado su poder de iniciativa al ofrecerse a llamarla. Los demás no aportaron nada. El ingeniero de señales tenía aspecto de estudiante universitario, de unos 30 años, y manifestaba agresivamente:

-¡Esto no había ocurrido nunca, Srta. Taggart! El intercomunicador no se averió jamás. No se puede descomponer. Conocemos muy bien nuestro trabajo y sabemos qué hacer, pero no si se rompe cuando no debiera. -No pudo descifrar si el jefe de expediciones, hombre mayor, con muchos años de ferroviario a sus espaldas, seguía conservando su inteligencia y había decidido ocultarla, o si meses de represión habían terminado por ahogarla, confinándolo a la zona de seguridad de un absoluto estancamiento.

"No sabemos qué hacer, Srta. Taggart." "No sabemos a quién llamar, ni qué permiso solicitar." "No existen reglas para un caso como éste." "No existen disposiciones ni se sabe quién debe impartir las órdenes."

Luego de escuchar las opiniones de los presentes, tomó el teléfono y ordenó a la central de Operaciones que la comunicaran con el vicepresidente de Operaciones de Atlantic Southern, en Chicago, que si era necesario lo llamaran a su casa y lo sacaran de la cama.

-¿George? Habla Dagny Taggart -dijo cuando la voz de su competidor sonó en el auricular-. ¿Me prestaría al ingeniero de señales de su terminal de Chicago, Charles Murray, por sólo 24 horas? Sí... De acuerdo... Métalo en un avión y mándelo aquí lo antes posible. Dígale que le pagaremos 3.000 dólares... Sí, por un solo día de trabajo... Sí, así de grave... Le pagaré en efectivo, de mi propio bolsillo, si es necesario. Pagaré cuanto sea preciso para que suba a ese avión, pero mándemelo en el 1º que salga de Chicago... No, George, no tengo ni uno, ni un solo ser inteligente ha quedado trabajando en Taggart Transcontinental... Sí,

juntaré todos los papeles, exenciones, excepciones y permisos de emergencia... Gracias, George. Hasta pronto.
Colgó y se puso a hablar rápidamente a los hombres de pie ante ella, para no percibir el silencio de esa oficina y de la estación, en la que no se movía ninguna rueda, ni escuchar las amargas palabras que aquel silencio parecía repetir: "Ni un solo ser inteligente en Taggart Transcontinental...".
-Preparen inmediatamente un tren de auxilio y un equipo -ordenó- Envíenlos a la línea del Hudson, con orden de retirar todo el cable de cobre, ya sea de las luces, de señales, de teléfonos, todo cuanto pertenezca a la compañía. Y que esté aquí por la mañana.
-Srta. Taggart, el servicio de la línea Hudson ha quedado suspendido temporariamente pero la Oficina de Unificación ha rechazado el permiso para desmantelar la línea.
-Yo soy la responsable.
-¿Cómo vamos a mandar el tren de auxilio si no hay señales?
-Las habrá dentro de media hora.
-¿Cómo?
-¡Vamos, de prisa! -respondió emprendiendo la marcha.
La siguieron mientras caminaba velozmente por los andenes, pasando ante los grupos de pasajeros situados junto a trenes inmóviles. Descendió un estrecho pasadizo, cruzó unos rieles ante señales ciegas y conmutadores inmóviles; el sonido de sus sandalias de raso repercutía en las grandes bóvedas de los túneles, mientras los tablones crujían bajo los pasos más pesados de los hombres que iban tras ella, levantando ahogados ecos. Se dirigió al cubo de cristal iluminado de la torre A, que colgaba en las tinieblas como una corona sin cuerpo de un soberano desposeído, sobre un reino de rieles vacíos.
El director de la torre era un hombre demasiado experto y amante de su trabajo para poder ocultar por completo el peligroso peso de su inteligencia. Entendió lo que ella pretendía hacer desde sus primeras palabras y se limitó a responder brevemente: "Sí, Sra.", y ya estaba de nuevo inclinado sobre sus mapas para cuando los otros subieron por la escalera de hierro; se hallaba sumergido en su trabajo, en la tarea de cálculos más humillante que hubiera debido realizar en su larga carrera. Dagny comprendió cuán plenamente la entendía, a juzgar por la mirada que le dirigió; una mirada de indignación y de paciencia, acorde con la emoción que percibiera en su cara.
-Hágalo primero y sienta después -dijo Dagny, aun cuando él no hizo ningún comentario.
-Sí, Sra. -contestó fríamente.
Su cuarto, escondido en la parte superior de la torre subterránea, era como una terraza de cristal, desde la que se dominaba lo que antes fuera la corriente de tráfico más rápida, rica y ordenada del mundo. Había sido adiestrado para controlar el curso de más de 90 trenes por hora y vigilarlos cuando rodaban seguros por entre una maraña de rieles y de agujas indicadoras, hacia dentro o hacia afuera de la terminal, bajo sus paredes de cristal, dirigidos por el toque de sus dedos. Ahora, por 1º vez, contemplaba la vacía oscuridad de un canal sin movimiento.

A través de la puerta abierta de la oficina de relevos, pudo ver a los hombres de la torre tristemente inactivos, los hombres cuya tarea nunca les había permitido, hasta entonces, un momento de descanso. Estaban de pie junto a las largas hileras de palancas que parecían pliegues verticales de cobre, acaso un monumento a la inteligencia humana: al mover una de aquellas minúsculas varillas, que sobresalían como señaladores en un estante de biblioteca, miles de circuitos eléctricos entraban en acción, para establecer miles de contactos y suspender otros tantos, y que docenas de interruptores prepararan una ruta elegida y que docenas de señales la iluminaran, sin posibilidad de error, ni contradicción. Una enorme complejidad de ideas se condensaba en el simple movimiento de una mano humana, para iniciar y seguir el curso de un tren; para que centenares de ellos pudieran circular con total seguridad; para que miles de toneladas de metal y de vidas humanas circularan en rayos veloces, separados unos de otros por milímetros, sin más protección que un pensamiento: el del hombre que había diseñado los comandos. Sin embargo, esos empleados, pensaba Dagny mientras observaba el rostro del jefe de señales, creían que la contracción muscular de una mano era lo único requerido para mover el tránsito y ahora permanecían ociosos frente a las luces rojas y verdes que habían resplandecido anunciando el paso de los trenes a una distancia de muchos kilómetros y que se habían transformado en bolitas de cristal semejantes a aquéllas por las cuales otro hato de salvajes había vendido una vez la isla de Manhattan.

-Llame a sus obreros -dijo al subgerente- A los obreros de sección, a los guardavías, a los limpiadores de locomotoras, a todos cuantos se hallen actualmente en la terminal, y hágalos venir en seguida.

-¿Aquí?

-Sí, aquí -contestó Dagny señalando los rieles- También llame a los guardaseñales. Telefonee a su depósito, dígales que traigan todos los faroles que tengan disponibles, de cualquier clase: faroles de maquinista, linternas, lo que sea.

-¿Linternas, Srta. Taggart?

-¡Vamos! ¡Apresúrese!

-Sí, Srta..

-¿Qué vamos a hacer, Srta. Taggart? -preguntó el jefe de expediciones.

-Moveremos esos trenes manualmente.

-¿Manualmente? -se alarmó el ingeniero de señalización.

-¡Sí, hombre! ¿Por qué se sorprende tanto? -No podía resistirlo- Los hombres son puro músculo, ¿no es así? Vamos a volver al pasado, a retroceder a los tiempos en que no había sistemas de intercomunicación, ni semáforos, ni electricidad; a los tiempos en que las señales no se hacían por obra del acero y de cables, sino con hombres que sostenían faroles. Hombres que trabajaban como soportes de una lámpara. Han defendido tal idea durante mucho tiempo. Pues bien, ahora van a verla convertida en realidad. ¡Oh! ¿Creían que sus herramientas determinarían sus ideas? Sucede todo lo contrario, y ahora van a ver qué clase de herramientas han sido producidas por tales ideas.

Pero incluso volver al pasado significaba un acto de inteligencia, pensó observando la paradoja de su propia posición al ver el letargo pintado en las caras de quienes la rodeaban.

-¿Cómo manejaremos los cambios, Srta. Taggart?
-A mano.
-¿Y las señales?
-A mano.
-¿Cómo?
-Colocando un hombre con un reflector en cada poste de señal.
-Su luz no tendrá alcance suficiente.
-Usaremos vías secundarias.
-¿Cómo sabrán hacia qué lado cambiar?
-Por órdenes escritas.
-¿Cómo?
-Por órdenes escritas, como en los viejos tiempos. -Dagny señaló al director de la torre- Él está trabajando en un plan para mover los trenes, determinando las vías a utilizar. Redactará una instrucción para cada señal y para cada cambio. Elegirá a unos cuantos hombres para que sirvan de mensajeros y éstos se encargarán de llevar las órdenes a cada puesto. Se necesitarán horas para hacer lo que antes llevaba tan sólo minutos, pero lograremos que los trenes que esperan entren en la estación y salgan de nuevo al exterior.
-¿Tendremos que trabajar así toda la noche?
-Y todo el día de mañana hasta que el ingeniero les indique cómo hay que reparar el conmutador.
-En los contratos gremiales no se menciona una contingencia así. Los encargados de las luces se quejarán y el sindicato protestará.
-En tal caso, que vengan a verme.
-La Oficina de Unificación también protestará.
-Yo seré la responsable.
-Bueno, no quiero que se me castigue por haber dado órdenes...
-Seré yo quien las dé.
Saltó al andén desde la escalera de hierro que colgaba a un costado de la torre, esforzándose por mantener el dominio sobre sí misma. Por un momento le pareció como si también ella fuera un instrumento de precisión de complicada tecnología, que se hubiera quedado sin corriente e intentara dirigir un ferrocarril transcontinental sólo con sus manos. Miró hacia la enorme y silenciosa oscuridad del subterráneo y sintió una punzada de ardiente humillación al comprobar que había descendido a tan bajo nivel que sería necesario colocar fanales humanos en los túneles, a modo de estatuas conmemorativas de su triste final.
Apenas podía distinguir los rostros de los hombres cuando se reunieron al pie de la torre. Acudieron fluyendo silenciosamente a través de la oscuridad, y permanecieron sin moverse en aquel lóbrego recinto azulado, con la luz de los bulbos azules y los parches de las ventanas de la torre cayendo sobre sus hombros y sus espaldas. Observó las ropas con manchas de grasa, los cuerpos musculosos pero flojos, los brazos caídos de aquellos seres vaciados por el esfuerzo constante y sin recompensa, por un trabajo para el que no se requerían ideas. Eran la escoria del ferrocarril: los jóvenes sin posibilidades de crecer y los viejos que ni siquiera desearon buscarlas. Estaban en silencio, pero no con la aprensiva curiosidad propia de obreros, sino con la pesada indiferencia de convictos.

-Las órdenes que recibirán serán mías -dijo Dagny, desde un peldaño de hierro y hablando con impresionante claridad- Quienes las cursarán estarán actuando bajo mis instrucciones. El sistema de intercomunicación está averiado. Lo reemplazaremos con trabajo humano y el servicio ferroviario se reanudará inmediatamente.
Algunos la miraban de un modo peculiar, con cierto velado resentimiento y una insolente curiosidad que la hizo repentinamente tomar conciencia de que era mujer. Entonces, tomó conciencia del vestido que tenía puesto y se dijo que debía parecer absurdo. Luego, bajo el repentino aguijonazo de un violento impulso que tanto era desafio como lealtad al significado total de aquel momento, se echó la capa hacia atrás y permaneció bajo la cruda luz y las en-mohecidas columnas, como una figura en una recepción de gala, orgullosamente erguida, mostrando el lujo de sus brazos desnudos, de la reluciente seda negra y de aquel diamante que lanzaba destellos como una condecoración militar.
-El director de la torre ubicará a los guardaagujas en sus puestos. Seleccionará a los encargados de hacer señales a los trenes por medio de faroles y a los que deberán transmitir sus órdenes. Los trenes...
Se esforzaba en ahogar un tono más amargo, que parecía repetirle: "Para eso es para lo que sirven estos individuos, y aun resulta dudoso. Ya no queda ni un solo ser inteligente en Taggart Transcontinental...".
-Los trenes continuarán entrando y saliendo. Permanecerán ustedes en sus puestos hasta...
Entonces se detuvo. Fueron sus ojos y su cabello lo que vio en primer lugar, aquellos ojos implacablemente perceptivos y los mechones de pelo de un tinte entre dorado y cobrizo, que parecían reflejar la claridad del sol en la penumbra del subterráneo. Vio a John Galt entre aquella cuadrilla de descerebrados, con un traje de mecánico engrasado y una camisa arremangada; observó su modo etéreo de mantenerse de pie, con la cara elevada y los ojos fijos en ella como si en muchas ocasiones pasadas hubiera sido testigo de un momento así.
-¿Qué ocurre, Srta. Taggart?
Era la voz suave del director de la torre, que se hallaba a su lado con un papel en la mano. Le resultó extraño emerger de un período de inconsciencia, que a la vez constituyó el de percepción más aguda que hubiese experimentado jamás. Sólo que no sabía cuánto duró, ni dónde se encontraba ni por qué. Había podido ver el rostro de John Galt, había observado en la forma de su boca, en los planos de su cara, el impacto de aquella implacable serenidad que siempre había sido tan propia de él y que todavía retenía en su mirada el reconocimiento de lo sucedido y la aceptación de que ese momento era demasiado, incluso para él.
Continuó hablando, porque quienes la rodeaban parecían escuchar, aunque ella no percibiera ningún sonido; continuó hablando bajo un estado hipnótico que estaba durando una eternidad, sabiendo que el cumplimiento de dicha orden implicaba una forma de desafio contra él, pero no oía sus propias palabras.
Se sentía dentro de un silencio resplandeciente en el cual la vista era su única capacidad y la cara de Galt, su único objetivo; la visión de su cara era como un discurso que presionaba la base de su garganta. Le parecía tan natural que él se encontrara allí, era tan insoportablemente sencillo, que creyó que los que estaban fuera de lugar eran los demás.

Rememoraba aquellos momentos a bordo del tren, en los cuales, al sumergirse éste en los túneles sentía una repentina y solemne tensión, como si ese lugar le mostrara, en su desnuda simplicidad, la esencia de su ferrocarril y de su vida: la unión de conciencia y materia; la forma inmovilizada del ingenio de una mente humana dando una existencia física a su propósito; allí había experimentado una súbita esperanza, como si ese lugar contuviera el significado de todos sus valores, y una secreta ansiedad, como si una promesa anónima la aguardara debajo del suelo. Era natural que se encontrara con él allí porque él había sido el significado y la promesa. Ya no veía la tosquedad de sus ropas ni a qué nivel su ferrocarril lo había rebajado, tan sólo veía cómo se esfumaba la tortura de los meses en que habían estado lejos uno del otro; observaba en su rostro la confesión de lo que ese tiempo le había costado y las únicas palabras que oía eran las que su mente le dirigía: -"Esta es la recompensa por todos mis días", y la respuesta que imaginaba era: "Y por todos los míos".

Comprendió que había terminado de hablarles a aquellos desconocidos, cuando el jefe de torre se adelantó para añadir algo, mirando la lista que llevaba en la mano. Guiada por una certeza absoluta, bajó la escalera y soslayando a la muchedumbre empezó a caminar, pero no hacia los andenes ni a la salida, sino hacia la oscuridad de los túneles abandonados. "Me seguirás", pensó, pero sin palabras, expresando el deseo con la tensión de sus músculos y de su voluntad. Aunque no parecía posible, estaba segura de que lo lograría, sólo porque era lo justo. "Me seguirás." No era un ruego, ni una súplica, ni una orden, sino la tranquila exposición de un hecho, que contenía todo su poder de comprensión y todos los conocimientos adquiridos a través de los años. "Me seguirás, si es que somos lo que somos tú y yo, si vivimos, si el mundo existe, si conoces el significado de este instante y consigues no dejarlo escapar como otros hicieron lanzándose a la insensatez de lo no deseado y de lo no alcanzado. Me seguirás." La inundaba una jubilosa seguridad que no era esperanza ni fe, sino un acto de adoración hacia la lógica de la existencia.

Apresuraba su andar entre los restos de rieles abandonados, en largos y oscuros corredores que zigzagueaban por el granito. La voz del director se fue esfumando detrás de ella. Entonces, prestó atención al latir de sus arterias y la respuesta de otro latido: el de la ciudad sobre su cabeza. La urbe palpitaba al unísono con su cuerpo y muy lejos, tras ella, oyó un rumor de pasos, pero no se volvió, sino que apresuró su marcha.

Pasó ante la puerta de hierro que guardaba todavía los restos del motor que él había creado, pero no se detuvo. Un débil estremecimiento repentino fue toda su respuesta al advertir la lógica de los acontecimientos sucedidos en los últimos 2 años. Un collar de luces azules apenas diluía las tinieblas, destacándose sobre parches de brillante granito, sobre sacos de arpillera rotos que dejaban caer su contenido sobre los rieles, sobre oxidadas pilas de chatarra. Al oír los pasos cada vez más cercanos se detuvo para mirar hacia atrás.

Un resplandor azul brillaba débilmente en el pelo de Galt y pudo ver el pálido contorno de su cara y las oscuras cuencas de sus ojos. La cara desapareció, pero el rumor de sus pasos le sirvió de nexo hasta la siguiente luz azul que cruzó la línea de sus ojos, fijos en la distancia. Sintió la seguridad de su presencia cercana desde el momento en que él la había visto en la torre. Sintió el latido de la ciudad

sobre ellos; esos túneles eran las raíces de la urbe y de todo movimiento que llegara hasta el cielo, pero ambos, John Galt y ella, eran el poder animado de esas raíces, eran el comienzo, la meta y el significado. Pensó que también él escuchaba el latir de la ciudad como si fuera el de su cuerpo.

Se echó la capa hacia atrás y permaneció erguida, desafiante, como en los escalones de la torre, como cuando la había visto por 1º vez, 10 años atrás, allí mismo, bajo la superficie. Escuchaba las palabras de su confesión, pero no como tales, sino a través de ese palpitar que hacía tan dificil la respiración: "Te veías como un símbolo de lujo, perteneciente al lugar que era tu fuente: parecías devolver el gusto a la vida y a sus legítimos dueños... tenías un aspecto de energía y de entereza a la vez... y yo era el primer hombre que había declarado que ambas cosas eran inseparables...".

La siguiente sucesión de momentos fue como una serie de luces en trechos de ciega inconsciencia. Él se detuvo junto a ella, sereno, sin asombro, y ella vio la intensidad y la alegría de sus ojos verdes y comprendió lo que había en ellos, observó la firmeza de sus labios, luego sintió su boca en la suya y un fuego líquido le llenó el cuerpo. El descenso de sus labios al bajar por la línea de la garganta iba dejando una estela y el resplandor del broche de diamantes se destacaba contra el cobre tembloroso de su cabello.

No tuvo conciencia de nada sino de las sensaciones de su cuerpo, porque éste había adquirido el repentino poder de ponerla en contacto directo con sus más complejos valores. Del mismo modo en que sus ojos tenían el poder de convertir longitud de onda en visión, del mismo modo en que sus oídos poseían el poder de transformar vibraciones en sonido, así su cuerpo ahora poseía la facultad de transformar la energía que había provocado todos los actos de su vida en una percepción inmediata y sensorial. No era la presión de una mano la que la hacía temblar, sino la suma de su significado, saber que era su mano la que se movía como si su carne le perteneciera; que dicho movimiento era la firma de aceptación, estampada bajo la totalidad del conjunto que formaba su ser. Se trataba tan sólo de una sensación de placer físico, pero contenía toda la adoración que sentía por él, y por todo lo que constituía su persona y su vida, desde la noche de la reunión de obreros en una fábrica de Wisconsin hasta la Atlántida de aquel valle oculto en las Montañas Rocallosas y la triunfante burla de los ojos verdes dotados de superlativa inteligencia sobre la figura de un obrero al pie de la torre. Contenía su orgullo hacia sí misma y el hecho de saberse elegida como su espejo, de saber que era su cuerpo el que le daba la suma de su existencia y el de él la suma de la suya. Todo esto quedaba contenido en aquel ademán, pero sólo tuvo la sensación del movimiento de la mano de él sobre su seno.

Le desgarró la capa y ella se percibió en el círculo de sus brazos, como si su persona fuera sólo una herramienta capaz de hacerle notar la triunfante sensación de sí misma y a la vez su personalidad constituyera una herramienta para la percepción de él. Creyó alcanzar el límite de su capacidad de sentir pero aquello era un grito de impaciente demanda al que no podía dar nombre, y sin embargo tenía la misma calidad de ambición que todo el curso de su vida, la misma calidad inagotable, propia de un radiante egoísmo.

Le echó la cabeza hacia atrás unos instantes para mirarla a los ojos y para dejarle ver los suyos. Deseaba hacerle comprender el pleno significado de sus acciones,

como si dirigiera el foco de su conciencia sobre ambos en un momento de intimidad mayor que el que vendría después.
Dagny notó el contacto de la arpillera sobre la piel de los hombros y se encontró tendida sobre los sacos rotos. Percibió el resplandor de sus medias y la boca de Galt apretada contra su tobillo, subiendo en tortuoso avance por la línea de la pierna, como si quisiera reconocerla con los labios; luego, sus dientes rozaron la carne de su brazo, y llegaron hasta sus labios para morderlos con pasión. Luego le posó la boca en el cuello, liberando su cuerpo a un único estallido de placer. No tuvo noción de nada más, excepto el movimiento del cuerpo de John y el afán que la impulsaba más y más, como si ella ya no fuese una persona, sino sólo una sensación de interminable anhelo de lo imposible. Más tarde comprendió que sí era posible y jadeó y quedó inmóvil, sabiendo que ya no podría desear nada más.
John estaba tendido de espaldas junto a ella, contemplando la oscuridad de la bóveda de granito, sobre el montón de sacos, con el cuerpo flojo y relajado; había un trozo de su capa sobre los rieles, y en la bóveda brillaban gotas de humedad que descendían lentamente hasta meterse en invisibles grietas como las luces de un tránsito distante. Cuando habló, la voz de John sonó como si continuara tranquilamente una frase que respondiese a las preguntas de su mente, como si ya no tuviera nada que esconder y como si sólo le debiera el acto de desnudar su alma tan simplemente como había desnudado su cuerpo.
-... así es como te he estado observando durante 10 años... desde aquí, bajo tierra, bajo tus pies... conociendo cada uno de tus movimientos en la oficina, en la parte superior del edificio, pero sin verte nunca, nunca lo suficiente... Diez años de tinieblas, pasados esperando verte fugazmente en los andenes, cuando subías a un tren... Cada vez que llegaba la orden de enganchar tu vagón, yo lo sabía y esperaba verte descender la rampa, anhelando que no te marcharas con tanta rapidez. Tu forma de andar era tan personal que la hubiera distinguido en cualquier parte. Tu andar y tus piernas... siempre eran tus piernas lo que veía primero, apresurándose rampa abajo, pasando ante mí cuando levantaba la mirada desde un oscuro desvío allí abajo... Creo que hubiera podido moldear una escultura de tus piernas. Las conocía, no a través de mis ojos, sino como si las palpara cuando te veía pasar... cuando volvía a mi trabajo... cuando regresaba a casa justo antes del amanecer para las 3 hs. de sueño que nunca podía disfrutar...
-Te amo -dijo ella con voz pausada y casi átona, excepto cierto frágil tono juvenil.
Él cerró los ojos para dejar al sonido viajar a través del tiempo que ambos habían dejado atrás.
-Diez años, Dagny... excepto las pocas semanas que te tuve ante mi vista, a mi alcance, sin apresuramientos, tranquila como en un escenario iluminado, un escenario particular que podía contemplar a mis anchas... y así lo hice horas enteras durante muchas noches... gracias a la iluminada ventana de la oficina de una línea que se llamaba John Galt... Y una noche...
Ella exhaló un sonido entrecortado.
-¿Fuiste tú?
-¿Me viste?
-Vi tu sombra... en la calle... paseando de un lado a otro... como si lucharas... como si...
Se interrumpió. No quiso agregar: "Como si fuera una tortura".

-Era yo -dijo él tranquilamente- Aquella noche quería entrar y enfrentarte, hablarte... Fue la noche en que estuve a punto romper mi promesa, al verte derrumbada sobre tu escritorio, al verte hundida bajo el peso que soportabas.
-John, aquella noche era en ti en quien estaba pensando... sólo que no sabía...
-En cambio, yo sí sabía.
-...He pensado en ti toda mi vida, en todo cuanto hice y en todo cuanto anhelé.
-Lo sé.
-John, lo más dificil no fue dejarte en el valle.., sino...
-¿Tu discurso radial al día siguiente?
-¡Sí! ¿Estabas escuchando?
-Desde luego. Y me alegro de que lo hicieras. Fue magnífico. Además... yo lo sabía.
-¿Sabías... lo de Hank Rearden?
-Antes de verte en el valle.
-Cuando lo supiste... cuando te enteraste... ¿era lo que esperabas?
-No.
-¿Fue...?
Se interrumpió.
-¿Dificil? Sí, pero sólo los primeros días. La noche siguiente... ¿Quieres que te cuente lo que hice la noche después de enterarme?
-Sí.
-Yo no había visto nunca a Hank Rearden en persona, sólo en fotos en los periódicos. Sabía que se encontraba en Nueva York, en una conferencia de importantes industriales, y quise conocerlo. Fui al hotel en que iba a celebrarse la conferencia; bajo la marquesina brillaban deslumbradoras luces, pero más allá todo estaba a oscuras, de modo que pude ubicarme cerca de la entrada para ver sin ser visto; por los alrededores deambulaban unos cuantos vagabundos y lloviznaba. Podía distinguirse perfectamente a los participantes de la conferencia a medida que iban llegando con sólo mirar la ropa que lucían y sus modales: trajes ostentosos y una actitud de arrogante timidez, como si culpablemente intentaran simular que eran lo que parecían en aquellos momentos. Los choferes detenían los automóviles y unos cuantos periodistas los demoraban con alguna pregunta y actitudes serviles, intentando escuchar una palabra de ellos. Aquellos industriales me parecieron hombres cansados, avejentados, fofos, imbuidos por el frenético esfuerzo de ocultar su incertidumbre. Y de pronto, lo vi. Llevaba una gabardina muy cara y un sombrero con el ala bajada sobre los ojos. Caminaba veloz con ese aplomo que sólo puede ser ganado de la forma como lo había ganado él. Algunos de sus colegas lo abrumaron a preguntas; aquellos magnates de la industria se comportaban como simples curiosos a su alrededor. Pude verlo brevemente, mientras mantenía la mano en la puerta del coche; cuando levantó la cabeza, percibí el leve resplandor de su sonrisa, una sonrisa confiada, impaciente y un poco divertida. Entonces por un instante hice lo que nunca había hecho hasta entonces, pensé cuál era la forma en que arruinan sus vidas muchos hombres y vi ese momento fuera de contexto, vi el mundo tal como él lo hacía ver, igualando a su personalidad, como si él fuera su símbolo; vi un mundo de logros, de energía no avasallada, de progreso sin obstáculos, a través de años en los que se obtendría la recompensa merecida... vi, de pie bajo la lluvia y en medio de una

multitud de vagabundos, lo que habría podido lograr... si ese mundo hubiera existido, y sentí una aspiración desesperada... Hank Rearden era la imagen de todo cuanto yo debí haber sido... y tenía todo lo que debería haber sido mío... Pero fue sólo un instante. Luego, volví a considerar la escena en el contexto correcto y en todo su significado real y comprendí cuál era el precio que él estaba pagando por su brillante talento, la tortura que estaba soportando en medio de una perplejidad silenciosa, luchando por entender lo que yo ya había entendido, y me dije que ese mundo que su presencia sugería no existía y estaba aún por hacerse. Volví a verlo simplemente como lo que era: el símbolo de mi propia batalla, el héroe sin recompensa a quien yo tenía que vengar y liberar. Y entonces... entonces acepté lo que había sabido acerca de tu relación con él. Vi que nada cambiaba, que era lógico... y que todo estaba como debía estar.
El oyó su débil gemido, y rió dulcemente.
-Dagny, no es que yo no sufra, es que conozco la irrelevancia del sufrimiento y sé que hay que luchar contra el dolor, eliminarlo y no aceptarlo nunca como parte integrante del alma y como una cicatriz permanente en la perspectiva de la existencia. No lo lamentes por mí. Fue entonces cuando emprendí el verdadero camino.
Dagny volvió la cabeza y lo miró en silencio, y él sonrió, incorporándose sobre un codo para contemplar su rostro.
-Estuviste trabajando como un vulgar empleado de ferrocarril -suspiró ella-, aquí... ¡aquí!... durante 12 años... -murmuró.
-Sí.
-Desde que...
-Desde que me marché de Twentieth Century.
-La noche en que me viste por 1º vez... trabajabas aquí, ¿verdad?
-Sí, y la mañana en que ofreciste trabajar para mí como cocinera, yo no era más que un obrero tuyo, disfrutando de mi licencia. ¿Te das cuenta ahora de por qué me eché a reír de aquel modo?
Ella lo miraba a la cara; su sonrisa expresaba dolor; la de él, simple alegría.
-John...
-Dilo, pero dilo todo.
-Estuviste aquí... todos esos años...
-Así es.
-... durante tantos años... mientras el ferrocarril se moría... mientras yo buscaba hombres inteligentes... mientras me esforzaba por retener a cualquier desecho humano que pudiera encontrar...
-...mientras recorrías el país buscando al inventor de mi motor, mientras les dabas de comer a James Taggart y a Wesley Mouch, mientras le dabas a tu mejor logro el nombre de un enemigo al que querías destruir.
Dagny cerró los ojos.
-Estuve aquí durante todos esos años -continuó John-, al alcance de tu mano, dentro de tu propio reino, observando tu lucha, tu soledad, tu anhelo; viéndote librar esa batalla en la que apoyabas a mis enemigos y aceptabas una derrota perpetua. Me encontraba aquí, oculto sólo por un error de tu visión, del mismo modo que la Atlántida queda oculta a los hombres por una simple ilusión óptica. Me hallaba aquí esperando el día en que vieras, en que supieras que según el

código del mundo al que apoyabas, todas las cosas a las que dabas valor debían ser relegadas al más oscuro fondo de un subterráneo y que era ahí donde debías buscarlas. Yo seguía esperándote. Te amo, Dagny. Te amo más que a mi vida; yo, que he enseñado a los hombres cómo hay que amarla. También les he enseñado a no esperar nunca cosas por las que no se paga. Lo que he hecho esta noche lo hice con pleno conocimiento de que pagaré por ello y que mi vida pudiera ser el precio.

-¡No!

El sonrió, haciendo una señal de asentimiento.

-¡Oh, sí! Me has destruido para siempre; he quebrantado la decisión que adoptamos, pero lo hice a conciencia, sabiendo lo que significa. Obré así, no en ciega sumisión a este momento, sino con plena conciencia de sus consecuencias y la absoluta voluntad para soportarlas. No podía permitir que este momento se desperdiciara; era nuestro, amor mío, nos lo hemos ganado. Pero tú no estás dispuesta a abandonar tu mundo y unirte a mí. No es preciso que me lo digas, lo sé, y como he optado por tomar lo que deseaba antes de que fuese mío totalmente, tendré que pagar por ello. No sé cómo ni cuándo, sólo sé que si cedo ante un enemigo, tendré que soportar las consecuencias. -Sonrió en respuesta a la expresión de su rostro- No, Dagny, no eres tú el enemigo de quien hablo, y quien me ha entregado estos instantes, pero en realidad eres un oponente por el camino que sigues, aunque tú no lo veas, pero yo sí. Mis enemigos reales no constituyen peligro, en cambio tú sí, porque eres la única que puede conducirlos hasta mí. Jamás hubieran tenido inteligencia suficiente para averiguar mi identidad, pero con tu ayuda lo conseguirán.

-¡No!

-No es que vayas a hacerlo intencionalmente. Eres libre para cambiar tu curso, pero mientras lo sigas, no serás libre de escapar de tu lógica. No te preocupes, la elección ha sido mía y he aceptado sus riesgos. Siempre actúo como un empresario, Dagny. Te deseaba y carecía de poder para cambiar tu decisión. Sólo disponía del poder para evaluar su precio y decidir si me era posible pagarlo. Pude hacerlo. Mi vida es mía y puedo gastarla o invertirla como quiera. Y tú eres... -Como si su ademán continuara aquella frase, la levantó y la besó en la boca, mientras ella dejaba el cuerpo suelto y sumiso; con el pelo enredado echó la cabeza hacia atrás, sostenida sólo por la presión de sus labios- Tú eres la única recompensa de que pude disfrutar y que he elegido adquirir. Te deseaba y si mi vida es el precio, estoy dispuesto a pagarlo. Mi vida... pero no mi mente.

Se pintó de improviso un destello de dureza en sus ojos, se sentó, sonrió y preguntó:

-¿Quieres que me una a ti y me ponga a trabajar? ¿Te gustaría que reparase el sistema intercomunicador en una hora?

-¡No! -Aquel grito sonó en respuesta a la repentina aparición en su mente de una imagen: la de aquellos hombres en el comedor privado del hotel Wayne-Falkland.

Él echó a reír.

-¿Por qué no?

-No quiero verte trabajar como siervo de los saqueadores.

-¿Y tú?

-Estoy convencida de que se van hundiendo y de que venceré. Puedo soportarlo un poco más.
-Desde luego, aún falta algo de tiempo, pero no para que venzas, sino para que aprendas.
-¡No puedo abandonar esto! -exclamó desesperada.
-No, todavía no -reconoció él con calma.
Se puso de pie y ella hizo lo propio, obediente, incapaz de hablar.
-Me quedaré aquí en mi trabajo -dijo- Pero no intentes verme. Tendrás que soportar lo mismo que yo he soportado y he querido evitarte; tendrás que proseguir sabiendo dónde estoy, deseándome como yo te desearé a ti, pero sin acercarte jamás. No me busques en este lugar ni vengas a mi casa porque nadie debe vernos juntos. Y cuando llegues al final, cuando estés dispuesta a marcharte, no se lo digas a nadie, limítate a pintar con tinta el signo del dólar en el pedestal de la estatua de Nat Taggart... el lugar al que pertenece... y luego vete a casa y espera. Acudiré a buscarte en 24 hs..
Ella inclinó la cabeza en silenciosa aceptación.
Pero, cuando John se volvía para partir, se agitó como quien despierta de improviso, o como quien sufre una última convulsión vital, y lanzó un grito involuntario:
-¿Adónde vas?
-Voy a convertirme en poste y sujetar un farol hasta que amanezca... la única tarea a la que tu mundo me confina y la única que conseguirá de mí.
Lo tomó del brazo para retenerlo, para seguirlo ciegamente, abandonando todo cuanto no fuera la visión de su rostro.
-¡John!
Él la tomó de la muñeca, movió su mano y la apartó de sí. -No -dijo.
Luego le volvió a tomar la mano, se la llevó a los labios y la besó con una presión que constituyó una declaración más apasionada que cualquier otra que hubiese podido confesar. Enseguida se alejó por entre los rieles, y a Dagny le pareció que tanto éstos como la figura que desaparecía la estaban abandonando al mismo tiempo.
Cuando salió, tambaleándose, al vestíbulo de la terminal, el primer retumbo provocado por unas ruedas hizo estremecer las paredes del edificio, como el súbito latido de un corazón que hubiese dejado de funcionar. El templo de Nathaniel Taggart estaba silencioso, vacío, y su inmutable luz daba de lleno sobre un desierto espacio de mármol. Algunas andrajosas figuras caminaban por allí, como perdidas en su resplandeciente inmensidad. En los peldaños del pedestal, bajo la estatua de la austera y enérgica figura, un harapiento mendigo estaba sentado con aire de pasiva resignación, como un pájaro sin lugar adonde ir, posado sobre una saliente cualquiera.
Dagny se derrumbó allí mismo, como otro paria, envuelta por su capa embarrada, y permaneció inmóvil, con la cabeza sobre un brazo, sin poder llorar, ni sentir, ni moverse.
Le pareció tan sólo ver una figura con un brazo levantado, sosteniendo una luz, que algunas veces se parecía a la Estatua de la Libertad y, otras, era simplemente un hombre con el pelo brillante como un rayo de sol, sosteniendo una linterna

contra el cielo de la medianoche; una linterna roja que detenía el movimiento del mundo.
-No se lo tome tan a pecho, Sra. -dijo el vagabundo, en tono de fatigada compasión- Ya nada puede hacerse... ¿De qué sirve? ¿Quién es John Galt?

CAPÍTULO VI - EL CONCIERTO DE LA LIBERACIÓN

El 20 de octubre, el sindicato de trabajadores de Rearden Steel exigió un aumento de salarios.
Hank se enteró por los periódicos, puesto que no le habían presentado ninguna solicitud oficial, ni se consideró necesario hacerlo. La demanda fue realizada directamente ante la Oficina de Unificación y no entendía por qué no se le habían formulado reclamos semejantes a otras empresas del sector. Tampoco podía saber si los solicitantes representaban o no a todos los trabajadores, ya que la reglamentación de la Oficina acerca de las elecciones sindicales había convertido a este procedimiento en algo imposible de definir. Supo tan sólo que el grupo estaba formado por individuos recientemente incorporados, a quienes la Oficina había introducido en sus fundiciones durante los últimos meses.
El 23 de octubre, la Oficina de Unificación rechazó la solicitud del sindicato y Rearden nunca supo si efectivamente se habían celebrado reuniones para analizar el tema. Nadie lo había consultado, informado o notificado. Esperó sin formular ninguna pregunta.
El 25 de octubre, los periódicos del país manejados por los mismos hombres que controlaban la Oficina empezaron una campaña a favor de los trabajadores de Rearden Steel. Publicaron artículos acerca de la negativa a aumentar los salarios, sin mencionar de dónde procedía, o quién tenía el derecho legal para rechazar tal incremento, como si contaran con que el público olvidara los tecnicismos legales bajo la avalancha de artículos en los que se afirmaba que el empresario era la causa natural de todas las miserias sufridas por el trabajador. Una información describía las calamidades sufridas por los obreros de Rearden, a causa del aumento en el costo de vida, junto a otra noticia que describía los beneficios obtenidos por Hank Rearden en los últimos 5 años. Se publicó el relato del sufrimiento de la esposa de un obrero de Rearden, que había ido de negocio en negocio buscando comida desesperadamente; junto a ese relato, aparecía la historia de una botella de champán rota en la cabeza de alguien en cierta fiesta de borrachos ofrecida por un anónimo magnate del acero en un hotel de moda; el magnate en cuestión había sido Orren Boyle, pero en el artículo no aparecía ningún nombre. "Aún siguen existiendo desigualdades entre nosotros" -decían los periódicos- "y nos engañan con los beneficios obtenidos en nuestra iluminada era. Las privaciones han alterado los nervios y el carácter de la gente. La situación llega en un momento peligroso. Se teme que estalle la violencia."
El 28 de octubre, un grupo de los nuevos obreros de Rearden Steel atacó a un capataz y destruyó los conductos de un alto horno. Dos días más tarde, una pandilla similar destrozó las ventanas de la planta baja, en el edificio de la

administración. Otro de los nuevos estropeó los mandos de una grúa descargando metal fundido a un metro de donde se hallaban 5 hombres, y al ser detenido, manifestó: "Debí perder la cabeza, preocupado por el hambre de mis hijos".
"No es tiempo de teorizar acerca de quién tiene razón y de quién se equivoca" -comentaban los periódicos- "Sólo nos atañe el hecho de que una situación explosiva está poniendo en peligro la producción de acero del país."
Rearden observaba sin formular preguntas. Esperaba como si un proceso final estuviera desarrollándose ante él; un proceso que no podía ser apresurado ni detenido. En el temprano atardecer de los días de otoño, mirando por la ventana de su oficina, pensaba que no sentía indiferencia hacia sus hornos, pero que lo que antes era pasión hacia una entidad viviente se había transformado en una especie de reflexiva ternura, como la que se siente al evocar el recuerdo de un ser amado muerto. Lo que uno siente hacia los muertos, pensó, se basa siempre en la imposibilidad de toda acción.
La mañana del 31 de octubre recibió la notificación de que todas sus propiedades, incluyendo sus cuentas bancarias y sus bienes personales colocados en las cajas de seguridad, habían sido embargados de acuerdo con el resultado del juicio seguido contra él por ciertas deficiencias en el pago de su impuesto a las ganancias de 3 años atrás. Se trataba de una notificación formal, según todos los requisitos de la ley, salvo que tal deficiencia nunca había existido y que dicho proceso judicial nunca había sido iniciado en su contra.
-No -le ordenó a su abogado, oprimido por la indignación- No les haga preguntas. No apele tal medida.
-¡Pero esto es monstruoso!
-¿Más monstruoso que lo demás?
-Hank, ¿no quiere que haga nada? ¿Pretende quedarse sentado?
-No, de pie; pero sin moverme, sin actuar.
-¡Lo han dejado sin recursos!
-¿De veras? -preguntó sonriendo suavemente.
Tenía unos cientos de dólares en efectivo en su cartera y nada más, pero el extraño y cálido resplandor que brillaba en su mente, como un distante apretón de manos, procedía de saber que en un lugar secreto de su dormitorio había una barra de oro macizo, entregada por cierto pirata de pelo del mismo color.
Al día siguiente, el 1 de noviembre, recibió una llamada de Washington, de un burócrata cuya voz parecía deslizarse por la línea telefónica de rodillas y pidiendo perdón.
-¡Un error, Sr. Rearden! ¡No ha sido más que un lamentable error! Ese embargo no iba destinado a usted, pero ya sabe lo que ocurre ahora con la ineficacia de los empleados y la cantidad de complicaciones que tenemos que afrontar. Algún imbécil mezcló las fichas y procesó esa orden de embargo contra usted, cuando en realidad no era así, sino que iba dirigida a un fabricante de jabón. Tenga la bondad de aceptar nuestras disculpas, Sr. Rearden, nuestras más profundas y sinceras disculpas. -La voz se deslizó un poco más y por fin se detuvo en una pausa expectante- ¿Sr. Rearden? ¿Me escucha?
-Lo estoy escuchando.
-No puedo expresar cuánto lamentamos haberle causado alguna molestia o inconveniente. Con todos esos condenados formalismos... ya sabe lo que ocurre...

tardaremos unos días, quizás una semana, en conseguir la contraorden y levantarle ese embargo... ¿Sr. Rearden?
-Sí, lo oigo.
-Estamos desolados y dispuestos a otorgarle cuanta compensación esté a nuestro alcance. Desde luego, podrá reclamar daños y perjuicios, y por nuestra parte, estamos dispuestos a satisfacerlos. No presentaremos ningún tipo de objeción en absoluto. Usted sólo tendrá que presentar su reclamo y...
-Yo no he dicho que haré tal cosa.
-¿Cómo? En efecto... Veamos... ¿qué ha dicho usted, Sr. Rearden?
-No he dicho nada.
A última hora de la tarde, otra voz llegó de Washington, implorando también. Esta no parecía deslizarse, sino rebotar, con el alegre virtuosismo de un equilibrista en la cuerda floja. El personaje se presentó como Tinky Holloway y rogó a Rearden asistir a una reunión. "Un encuentro sin ceremonias, en el que sólo estaremos unos cuantos altos funcionarios." Se realizaría en 2 días, en el hotel Wayne-Falkland, de Nueva York.
-¡Se han producido tantos errores durante las últimas semanas! -exclamó Tinky Holloway- ¡Tantos malentendidos innecesarios! Lo arreglaremos todo en un instante, Sr. Rearden, siempre y cuando tengamos la oportunidad de mantener una pequeña conversación con usted. Estamos ansiosos de verlo.
-Pueden enviarme una citación judicial, siempre que lo deseen.
-¡Oh, no, no, no! -exclamó asustada la voz- No, Sr. Rearden, ¿por qué recurrir a tal cosa? Usted no nos ha entendido. Queremos reunirnos con usted, pero sobre una base amistosa. No buscamos nada, salvo su voluntaria cooperación.
Holloway incurrió en una tensa pausa, preguntándose si lo que había escuchado era el rumor de una risa distante. Esperó, pero no oyó nada más. -¿Señor Rearden?
-Sí. Dígame.
-Desde luego, Sr. Rearden, en momentos como éstos, una reunión con nosotros podría serle muy beneficiosa.
-¿Una reunión...? ¿Sobre qué tema?
-Usted ha tenido que sobrellevar muchas dificultades y quisiéramos ayudarlo de la mejor manera posible.
-No he pedido ayuda.
-Son tiempos difíciles, Sr. Rearden. El estado del país es tan incierto y explosivo, tan... tan peligroso.., que queremos protegerlo.
-No he pedido protección.
-Pero se dará cuenta de que podemos serle de mucho valor, y que si desea algo de nosotros...
-No deseo nada.
-Tendrá usted problemas sobre los que conversar.
-No.
-Entonces... bien. -Desechó toda pretensión de que estaba otorgando un favor y formuló una pregunta concreta- Entonces, ¿nos dará o no la posibilidad de tener esa reunión?
-Si tienen algo que decirme...

-¡Claro que sí, Sr. Rearden! ¡Claro que sí! Todo lo que pedimos es que nos escuche. Dénos esa oportunidad, venga a la reunión. No tiene que comprometerse a nada... -Dijo esto último involuntariamente, y se detuvo, al escuchar cómo la voz de Rearden adquiría cierto brillo vivaz en el momento de contestar:
-Lo sé.
-Quise decir... Verá... Entonces, ¿vendrá?
-De acuerdo -dijo Rearden- Iré.
No escuchó las muestras de gratitud de Holloway; notó solamente que éste repetía: "Nos vemos a las 7 de la tarde del 4 de noviembre, Sr. Rearden... el 4 de noviembre...", como si esa fecha tuviera algún significado especial.
Hank dejó el auricular y se reclinó en su sillón, contemplando el resplandor de los altos hornos reflejado en el techo de su despacho. Sabía que aquella reunión era una trampa y sabía también que iba hacia ella de manera que quienes estaban acechándolo no tendrían nada para ganar en absoluto.
Tinky Holloway colgó el receptor en su despacho de Washington y permaneció sentado, muy recto, con el ceño fruncido. Claude Slagenhop, presidente de Amigos del Progreso Mundial, que se hallaba en un sillón mordiendo nervioso el extremo de una cerilla, levantó la mirada hacia él y preguntó:
-¿Dio resultado?
Holloway negó con la cabeza.
-Vendrá, pero... la cosa no ha ido bien. No creo que lo consigamos.
-Eso es lo que mi informante me dijo.
-Lo sé.
-También me advirtió que era mejor no intentarlo.
-¡Al diablo su informante! ¡Teníamos que hacerlo! ¡Tendremos que arriesgarnos!
El informante era Philip Rearden, que algunas semanas atrás había manifestado a Claude Slagenhop:
-No quiere admitirme, no quiere darme un empleo. Lo he intentado como ustedes querían, hice lo posible, pero no sirve de nada; no me deja poner los pies en las fundiciones. Y en cuanto a su estado de ánimo, es pésimo, peor de lo que pensaba. Lo conozco, y puedo asegurar que es mejor no intentarlo. Se encuentra entre la espada y la pared. Un poco más de presión y todo saltará. Me dijeron que los grandes querían saber algo. Pues bien, no lo hagan. Dígales que... Claude, ¡que Dios nos proteja! Si lo hacen, lo perderán todo.
-No nos ha sido usted de mucha ayuda -había contestado Slagenhop secamente, volviéndose.
Philip lo tomó de la manga y preguntó en un tono que había descendido bruscamente al de una ansiedad total:
-Dígame, Claude... según... según el decreto 10-289... si se va... ¿no habrá herederos?
-En efecto.
-¿Se confiscarán las fundiciones y... y todo lo demás?
-Esa es la ley.
-Pero... Claude, no harían eso conmigo, ¿verdad?
-No quieren que se vaya, y usted lo sabe. Reténgalo si puede.

-¡Pero es que no puedo! Por mis ideas políticas y... y por todo lo que hice por ustedes, piensa muy mal de mí. No ejerzo influencia alguna sobre él.
-Mala suerte...
-¡Claude! -había exclamado Philip horrorizado- ¡Claude! No me dejarán afuera, ¿verdad? Yo estoy con ustedes, ¿no es cierto? Siempre lo han dicho, siempre dijeron que me necesitaban... que necesitaban hombres como yo, no como él, hombres de mi... de mi temple, ¿se acuerda? Después de todo lo que hice por ellos, después de mi fe, de mi servicio y de mi lealtad a la causa...
-¡Condenado imbécil! -había estallado Slagenhop- ¿De qué nos sirve usted sin él?
La mañana del 4 de noviembre la campanilla del teléfono despertó a Hank Rearden. Abrió los ojos y pudo ver, por la ventana de su dormitorio, el cielo claro y pálido del amanecer que adoptaba el tono delicado de una aguamarina con los primeros rayos de un sol invisible, y confería cierta suavidad de porcelana a los antiguos techos de Filadelfia. Por un instante, mientras su conciencia adquiría una pureza similar a la del cielo, mientras no se daba cuenta de nada, aparte de sí mismo, y su alma quedaba liberada de toda carga de recuerdos extraños, permaneció inmóvil, sujeto por la visión y el encanto de un mundo similar, en el que el estilo de existencia sería una eterna alborada.
El teléfono lo devolvió a su confinamiento con su sonido estridente, a intervalos regulares, como un crónico grito de ayuda, una clase de grito que no pertenecía a su mundo. Levantó el auricular y frunciendo el ceño, respondió: -¿Sí?
-Buenos días, Henry -la voz temblorosa era de su madre.
-Mamá... ¿a esta hora? -preguntó fríamente.
-Siempre te levantas al amanecer y quise encontrarte antes de que fueras a tu oficina.
-Bien, ¿qué deseas?
-Tengo que verte, Henry. Tengo que hablarte hoy. Es muy importante.
-¿Ocurre algo?
-No... Sí... Es decir... Tengo que hablar contigo en persona. ¿Vendrás?
-Lo siento, pero no puedo. Esta noche tengo una reunión en Nueva York. ¿Quieres que vaya mañana?
-¡No! Mañana no. Tiene que ser hoy. Es preciso.
Sonaba en su voz cierto tono de pánico, pero de un pánico estancado, propio del desamparo crónico, más que de la urgencia, excepto por cierto extraño eco de temor en su mecánica reiteración.
-¿Qué sucede, madre?
-No puedo decirlo por teléfono. Tengo que verte.
-Si quieres venir a mi oficina...
-¡No! No en tu oficina, tengo que verte a solas donde podamos hablar. ¿No puedes venir como favor? Es tu madre quien te lo pide. Nunca vienes a vernos, aunque quizás no sea a ti a quien deba reprochárselo, pero, ¿no puedes hacerlo por mí, aunque sea una vez? Te lo ruego.
-Bien, estaré ahí a las 4 de la tarde.
-Perfecto, Henry. Gracias, eso estará bien.
Aquel día percibió que flotaba en las fundiciones cierto aire de tensión. Se trataba de algo demasiado leve para ser definido, pero las fundiciones eran para él como el rostro de una esposa amada, en el que percibía destellos de expresión casi

antes que se produjeran. Aquí y allá había pequeños grupos de 3 o 4 nuevos obreros conversando en una actitud más acorde con el rincón de una sala de billares que de una fábrica y, cuando pasaba junto a ellos, le dirigían miradas fijas y persistentes; pero no le dio importancia. Por otra parte, no tenía tiempo para reflexionar sobre eso.

Cuando aquella tarde llegó a su antigua vivienda, detuvo el coche bruscamente al pie de la colina. No había visto la casa desde el 15 de mayo, 6 meses atrás, cuando se marchara, y su vista le recordó lo que había sentido durante 10 años al volver diariamente al hogar: la tensión, el desconcierto, el peso gris de una infelicidad jamás confesada, la firme resistencia que le prohibía expresarla, la desesperada inocencia de su esfuerzo por comprender a su familia... y de su esfuerzo por ser justo.

Caminó lentamente por la senda hasta la puerta. No sentía ninguna emoción, sino tan sólo una gran claridad. Aquella casa era un monumento a la culpa hacia sí mismo.

Había esperado ver a su madre y a Philip, pero no encontrarse con una 3º persona, que se levantó igual que ellos al verlo entrar en el salón: era Lillian.

Henry se detuvo en el umbral. Lo miraban y también a la puerta abierta detrás de él. En sus rostros se pintaban el temor y la astucia, esa expresión de virtud basada en el chantaje, que él había aprendido a interpretar tan bien. Esperaban salirse con la suya gracias únicamente a su piedad; mantenerlo atrapado, cuando con un simple paso hacia atrás podría huir.

Habían contado con su conmiseración y temido su cólera. No se habían atrevido a considerar una tercera posibilidad: su indiferencia.

-¿Qué hace ella aquí? -preguntó volviéndose a su madre con voz desapasionada y uniforme.

-Lillian vive con nosotros desde que te divorciaste -le contestó a la defensiva- No podía dejarla morir en la calle, ¿verdad?

La expresión de su madre tenía mucho de suplicante, como si rogara que no le pegara una bofetada, y también de triunfadora, como si ella se la hubiese pegado antes. Comprendió su motivo: no era compasión, porque nunca había existido mutuo afecto entre ella y Lillian, sino que era solamente una venganza familiar contra él, era la secreta satisfacción de gastar su dinero ayudando a una ex esposa a la que se había negado conceder alguna clase de ayuda.

Lillian tenía la cabeza inclinada, a modo de saludo, con una leve sonrisa en los labios, entre tímida y descarada. Él no pretendió ignorarla; la miró de frente, pero sin verla. Sin pronunciar palabra cerró la puerta y entró en la sala.

Su madre dejó escapar un suspiro de nervioso alivio y se dejó caer en la primera silla, vigilándolo de cerca y preguntándose, inquieta, si su hijo optaría por seguir su ejemplo.

-¿Qué querías de mí? -preguntó Henry, sentándose.

Su madre había adoptado una actitud extraña, con los hombros rígidos y la cabeza baja.

-Misericordia, Henry -murmuró.

-¿A qué te refieres?

-¿Es que no me comprendes?

-No.

-Bueno... -Extendió las manos en un gesto sutil de abandono- Bueno... -Sus ojos iban de un lado a otro, tratando de escapar a la atenta mirada de su hijo- Son tantas las cosas por decir... que no sé por dónde empezar. Hay algo de orden práctico, pero no tiene gran importancia en sí mismo... y no es por lo que te llamé...
-¿A qué te refieres? -repitió.
-¿El tema práctico? Nuestros cheques... el de Philip y el mío. Estamos a principios de mes, pero a causa de esa orden de embargo, los cheques no se acreditaron. Tú lo sabes, ¿verdad?
-Lo sé.
-¿Qué haremos?
-No sé.
-Quise decir, ¿qué vas a hacer para resolverlo?
-Nada.
Su madre lo miró fijamente, como si contara los segundos de silencio.
-¿Nada, Henry?
-No estoy facultado para hacer nada.
Lo miraban con una especie de intrigante intensidad. Estaba seguro de que su madre había dicho la verdad, de que aquella preocupación financiera no era el propósito de su llamada, sino tan sólo el preámbulo de una cuestión mucho más amplia.
-Pero, Henry... nos hemos quedado sin dinero.
-También yo.
-¿No podrías enviamos algo de efectivo?
-No me avisaron con tiempo para tomar alguna previsión, y yo tampoco tengo efectivo.
-Escucha, Henry, todo esto ha sido tan inesperado que asustó a mucha gente. El almacén se niega a fiamos, a menos que tú se lo pidas. Creo que quieren que firmes una tarjeta de crédito o algo por el estilo. ¿Podrías hablar con ellos y arreglarlo?
-No.
-¿Cómo que no? -Sufrió un ligero ahogo y siguió jadeante- ¿Por qué?
-No quiero asumir obligaciones que no pueda cumplir.
-¿Qué significa eso?
-Que no quiero contraer deudas que luego no pueda pagar.
-¿Cómo que no podrás pagarlas? ¡Ese embargo sólo es un tecnicismo temporal! Todo el mundo lo sabe.
-¿De veras? Pues yo no.
-Pero, Henry... ¡una factura de alimentos! ¿Estás seguro de no poder pagar una compra de almacén, con todos los millones que tienes?
-No quiero engañar al dueño de esa tienda fingiendo que poseo millones.
-¿De qué estás hablando? ¿De quién es, pues, ese dinero?
-De nadie.
-¿Cómo?
-Mamá, creo que lo comprendes perfectamente. Que lo comprendiste incluso mucho antes que yo. No quedó ninguna pertenencia en mi poder ni ninguna propiedad. Es algo que desde hace mucho has aprobado junto con Philip. Querían

verme atado de pies y manos. Pues bien, ya lo estoy. Y es demasiado tarde para arrepentirse.
-¿Vas a permitir que algunas ideas políticas...? -Se detuvo bruscamente al ver la expresión de su cara.
Lillian miraba el suelo, como si tuviese temor de levantar la vista. Philip hacía crujir sus nudillos.
Su madre se esforzó en ver de nuevo con claridad y murmuró:
-No nos abandones, Henry -Cierto aguijonazo de vida en su voz le dijo que la envoltura de su propósito real empezaba a abrirse- Vivimos tiempos terribles y estamos asustados. Esa es la verdad, Henry. Estamos asustados porque nos das la espalda. ¡Oh! No me refiero a la factura del almacén, porque lo considero sólo un síntoma. Un año atrás no hubieras permitido que sucediese... ahora, en cambio, no te preocupa en absoluto. -Hizo una pausa expectante- ¿No es así?
-No.
-Bien... creo que la culpa es nuestra. Eso es lo que quería decirte, que nos reconocemos culpables. Durante estos últimos tiempos no te hemos tratado bien. Nos hemos portado de un modo injusto y te hemos hecho sufrir. Estábamos acostumbrados a tus favores y no te agradecíamos nada. Somos culpables, Henry. Hemos pecado contra ti y lo confesamos. ¿Qué otra cosa podemos decirte? ¿Podrías perdonamos?
-¿Qué quieres que haga? -preguntó en el tono claro y monótono de quien habla en una conferencia de negocios.
-¡No lo sé! ¿Quién soy yo para saberlo? Pero no me refiero a eso ahora. No hablo de obrar sino de sentir. Son tus sentimientos los que suplico, Henry, sólo tus sentimientos, aunque no los merezcamos. Eres generoso y fuerte. ¿Podrías olvidar el pasado, Henry? ¿Podrías perdonarnos?
La mirada de terror en sus ojos era sincera. Un año antes hubiera creído que era aquél su modo genuino de hacer las paces, hubiera ahogado su repugnancia ante palabras que no tenían significado alguno para él y quedaban envueltas en la niebla de lo carente de sentido, y hubiera violado su mente para darles un significado. Hubiera accedido a concederles la virtud de la sinceridad según sus propios términos aun cuando nada tuvieran que ver con los suyos. Pero ya estaba harto de respetar términos que no fueran los suyos.
-¿Nos perdonas? -repitió ella
-Mamá, sería mejor no hablar de eso. No me obligues a explicarte el motivo, pues lo sabes tan bien como yo. Si hay algo que quieres que haga, dímelo por favor. No hay ninguna otra cosa que discutir.
-¡No te comprendo! Te llamé para... para pedirte perdón y ¿me lo vas a negar?
-Muy bien, ¿a qué te refieres con mi perdón?
-¿Cómo?
-Pregunto qué significa.
Ella extendió las manos con aire asombrado, cual si quisiera subrayar lo que era evidente a todos.
-Pues... nos haría sentir mejor.
-¿Cambiaría el pasado?
-Nos sentiríamos mejor, si supiéramos que nos perdonas.
-¿Pretendes hacerme creer que el pasado no ha existido?

-¡Oh! Henry, ¿es que no te das cuenta?: todo cuanto deseamos es saber que tú... que te preocupas un poco por nosotros.
-Pero no es así. ¿Quieres que lo finja?
-Te estoy rogando... ¡que lo sientas!
-¿Sobre qué base?
-¿Base?
-¿A cambio de qué?
-¡Henry, Henry! No estamos hablando de negocios, ni de toneladas de acero, ni de balances bancarios, sino de sentimiento. ¡Y tú te expresas como un comerciante!
-Es lo que soy.
Vio reflejarse el terror en los ojos de su madre, pero no el impotente terror de quien se esfuerza por comprender sin conseguirlo, sino el de quien se siente empujado hacia el abismo donde ya no será posible evitar la comprensión.
-Mira, Henry -se apresuró a añadir Philip- Mamá no entiende de esas cosas. No sabemos cómo acercarnos a ti. No hablamos tu mismo idioma.
-Yo tampoco el suyo.
-Lo que intenta decirte es que lamentamos terriblemente haberte lastimado. Tú crees que no estamos pagando por eso, pero sí. Sufrimos remordimiento.
El dolor que se pintaba en la cara de Philip era auténtico. Un año atrás, Rearden habría sentido lástima, pero ahora comprendía que siempre lo habían usado aprovechándose de su renuencia a lastimarlos, su temor a las calamidades. Pero ya no temía.
-Lamentamos lo ocurrido, Henry. Sabemos que te hemos hecho daño. Quisiéramos reparar nuestra culpa. Pero, ¿de qué manera? El pasado es pasado, y no podemos cambiarlo.
-Tampoco yo.
-Puedes aceptar nuestro arrepentimiento -dijo Lillian con voz vidriosa por la cautela- Nada tengo ya que ganar, ni conseguir de ti. Sólo quiero que sepas que todo cuanto hice, lo hice porque te amaba.
Se volvió dispuesto a marcharse sin contestar.
-¡Henry! -gritó su madre- ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué te ha hecho cambiar de semejante modo? ¡Ya no pareces un ser humano! Intentas provocar nuestras respuestas cuando nada tenemos que contestar. Nos apaleas con tu lógica. ¿Qué es la lógica en estos tiempos? ¿Qué es la lógica cuando la gente sufre?
-¡No podemos evitarlo! -exclamó Philip.
-Estamos a tu merced -añadió Lillian.
Pero arrojaban sus súplicas a un rostro que no podían alcanzar. No sabían, y su pánico constituía el final de su lucha para escapar a tal conocimiento, que su inflexible sentido de la justicia, gracias al cual pudieron hasta entonces dominarlo y por el que aceptó cualquier castigo concediéndoles el beneficio de toda duda, se volvía ahora contra ellos 3; que la misma fuerza que lo hizo tolerante, ahora lo transformaba en un ser implacable; que la justicia capaz de perdonar miles de inocentes errores cometidos por ignorancia, no perdonaría un simple paso adoptado con consciente maldad.
-Henry, ¿no nos comprendes? -imploraba su madre.
-Sí, madre -respondió con calma.
Ella apartó la mirada evitando el resplandor de sus ojos.

-¿No te importa lo que sea de nosotros?
-No.
-¿No eres humano? -Su voz adoptó un tono penetrante de ira- ¿No eres capaz de amar a nadie? ¡Es a tu corazón a donde quiero llegar, no a tu cerebro! ¡No se puede discutir sobre el amor ni razonar o regatear sobre él! ¡Es algo que se da! ¡Que se siente! ¡Oh, Dios mío! Henry, ¿es que no puedes sentir sin pensar?
-Nunca lo hice.
Al momento la voz de su madre volvió a sonar profunda y grave.
-No somos tan listos, ni tan fuertes, como tú. Si pecamos y cometimos errores, es porque somos impotentes. Te necesitamos. Eres todo lo que tenemos, pero te estamos perdiendo y eso nos da miedo. Estos tiempos son terribles y cada vez serán peores. La gente está aterrada, ciega, y no sabe qué hacer. ¿Cómo saldremos del paso si tú nos abandonas? Somos pequeños y débiles, y se nos barrerá como basura dentro del terror que se ha abatido sobre el mundo. Quizá tengamos nuestra parte de culpa y quizás hemos contribuido inconscientemente al estado actual de las cosas, pero lo hecho, hecho está, y ya no podemos evitarlo. Si nos abandonas estaremos perdidos. Si te retiras y desapareces como aquellos que...
No fue ningún sonido lo que la detuvo sino sólo el movimiento de las cejas de Rearden: el breve y fugaz movimiento que equivalía a una señal. Luego, Hank sonrió, con una sonrisa que era la más terrible de las respuestas.
-¿De modo que es eso lo que temen? -preguntó lentamente.
-¡No puedes retirarte! -gritó su madre, presa de un ciego pánico- ¡No puedes abandonar! ¡Pudiste hacerlo el año pasado, pero ahora no! No puedes desertar, porque esta vez será tu familia quien lo pague. Nos dejarán sin un centavo, se apoderarán de todo, nos matarán de hambre, nos...
-¡Silencio! -gritó Lillian, más acostumbrada que los otros a percibir señales de peligro en la cara de Rearden.
Hank tenía en los labios un resto de sonrisa, pero comprendieron que ya no los miraba, aun cuando no pudieran saber por qué dicha sonrisa parecía expresar dolor, y casi añoranza, ni por qué miraba a través del recinto hacia el hueco de la ventana más alejada.
Rearden estaba viendo un rostro finamente esculpido y sereno bajo la avalancha de sus insultos, y escuchaba la voz que dijera tranquila en aquella misma habitación: "Era contra el pecado del perdón que quería advertirte". "Tú, que entonces lo supiste...", pensó pero no terminó la frase formada en su mente, sino que dejó que se desvaneciera allí, en el amargo rictus de sus labios al sonreír, porque sabía que había estado a punto de pensar: "Tú, que entonces lo supiste... perdóname".
Contemplando a su familia se dijo: "He aquí la naturaleza de sus súplicas de perdón, la lógica de esos sentimientos que proclamaron como ilógicos". Tenía ante sí la simple y brutal esencia de quienes hablan de sentir sin pensar y ponen la piedad por encima de la justicia.
Ellos habían sabido qué temer; habían previsto y nombrado, antes que él, el único camino de liberación que aún le quedaba; habían comprendido lo inestable de su posición industrial, la futilidad de su lucha y las enormes cargas que amenazaban aplastarlo; sabían que en razón, en justicia, en autoprotección, su única salida

consistía en abandonarlo todo y huir, pero aun así, deseaban retenerlo, conservarlo en el horno de los sacrificios; permitir que les dejase devorar sus últimos restos en nombre de la piedad, el perdón y un amor fraternal de caníbales.
-Si aún deseas verdaderamente que te lo explique, madre -dijo con tranquilidad-, si aún sigues esperando que no sea tan cruel como para darle un nombre a lo que pretendes no saber, te diré lo que está mal en tu idea del perdón: es lamentar haberme herido y pedirme como compensación que me ofrezca para la inmolación total.
-¡La lógica! -gritó ella- ¡Ya sales otra vez con tu condenada lógica! ¡Es compasión lo que necesitamos, no lógica!
Se puso de pie.
-¡Espera! ¡No te vayas! ¡Henry, no nos abandones! ¡No nos sentencies a muerte! ¡Seamos lo que seamos, somos seres humanos! ¡Queremos vivir!
-Pues... -empezó con calma, pero su voz cobró un tono de paulatino horror conforme la idea se apoderaba totalmente de él- No creo que lo quieran. En ese caso, habrían sabido valorarme.
Como en silenciosa respuesta, la cara de Philip adoptó una expresión que pretendía ser una sonrisa divertida, pero que sólo denotaba temor y maldad.
-No podrás retirarte y desaparecer -dijo- No puedes irte sin dinero.
Creyó haber dado en el blanco, pero Rearden rió por lo bajo. -Gracias, Philip -dijo.
-¿Qué? -preguntó su hermano estremeciéndose nerviosamente.
-¿Así que ése es el propósito de la orden de embargo? Eso es lo que tus amigos temen. Sabía que hoy me atacarían de alguna forma, pero no supe que con ese embargo trataran de impedir mi fuga. -Se volvió incrédulo, a su madre- Y ésa es la causa por la que querías verme hoy, antes de la reunión en Nueva York.
-¡Mamá no lo sabía! -intervino Philip. Se contuvo unos instantes y luego exclamó en voz más alta:- ¡No sé de qué estás hablando! ¡Yo no he dicho nada! ¡Yo no se lo he dicho!
El miedo de Philip tenía ahora una cualidad mucho menos mística y mucho más racional que antes.
-No te preocupes, minúsculo insensato, no les diré que me has avisado nada. Y si intentabas...
No terminó. Miró los 3 rostros situados ante él y una brusca sonrisa terminó su frase; una sonrisa de cansancio, de piedad, de incrédula repulsión. Estaba presenciando la contradicción final, el absurdo grotesco, el extremo de aquel juego de irracionales. Los hombres de Washington habían planeado retenerlo indicando a aquellas 3 personas que ejercieran el papel de rehenes.
-Te crees muy listo, ¿verdad? -La súbita exclamación, procedió de Lillian, que se había puesto de pie para impedir su salida, con el rostro convulso como la mañana en que averiguó el nombre de su amante- ¡Te crees muy listo! ¡Te sientes muy orgulloso de ti mismo! Pues bien, ¡yo también tengo algo que decirte!
Se veía como si no se hubiese dado cuenta hasta ese momento de que había perdido. Su expresión dio a Hank el último elemento necesario para completar el circuito, y con repentina claridad comprendió cuál había sido su juego y por qué se había casado con él.
Si elegir una persona como centro constante de la preocupación y foco de la visión de la vida era amar, pensó, entonces era cierto, ella lo amaba. Pero si el amor era

la exaltación del propio ser y la de la propia existencia, entonces los que se odian a sí mismos y los que odian a la vida, sólo conciben una única forma de amar: la destrucción. Lillian lo había elegido por lo mejor de sus virtudes, por su fuerza, su confianza y su orgullo; lo había elegido como se elige un objeto de amor, como símbolo del poder humano; pero su meta era la destrucción de ese poder.

Desde su primer encuentro había sido así: él, el hombre de energía tempestuosa y apasionada ambición; el hombre de los resultados, iluminado por la llama de sus éxitos y arrojado en mitad de un montón de cenizas pretenciosas que se llamaban a sí mismas elite intelectual. Los restos quemados de una cultura indigesta, alimentándose del resplandor que exhalaban las mentes de otros, y ofreciendo su negación de la inteligencia como único signo de diferenciación, y el deseo de dominar al mundo como único afán; ella, la mujer parásita de dicha elite, respondiendo al universo con una mueca de desprecio, sosteniendo la impotencia como superioridad y el vacío como virtud; él, inconsciente de su rencor, odiando inocentemente aquel fraude teatralizado; ella, viéndolo como el peligro para su mundo, como una amenaza, un desafio y un oprobio.

El egoísmo que lleva a otros a esclavizar imperios se había convertido en pasión por el poder sobre él. Ella había emprendido la tarea de quebrantarlo, como si, incapaz de igualar sus valores, pudiera sobrepasarlos destruyéndolo; como si la medida de su grandeza quedara así convertida en la medida de la de ella; como si, pensó estremeciéndose, el vándalo que hacía pedazos una estatua fuese más grande que el artista que la había esculpido, como si el asesino que mataba a un niño fuese más grande que la madre que lo había traído al mundo.

Recordó el modo obstinado en que Lillian se burlaba de su trabajo, de sus fundiciones, de su metal, de sus triunfos; su deseo por verlo borracho, aunque fuera sólo una vez; sus tentativas para empujarlo a la infidelidad; su placer ante la idea de saberlo caído en un sórdido idilio; su terror al descubrir que el idilio en cuestión había significado un logro y no una degradación. Su línea de ataque, que él había encontrado tan desconcertante, había sido, por el contrario, constante y clara: lo que intentaba destruir era su autoestima, sabiendo que quien rinde sus valores se encuentra a merced de cualquiera. Fue su rectitud moral la que quiso quebrantar; su confiada honradez la que pretendió hacer añicos, valiéndose del veneno de la culpa, como si, en caso de que él llegara a hundirse, su depravación otorgara derecho a la de ella.

Con el mismo propósito, motivo y satisfacción con que otros tejen complejos sistemas filosóficos para destruir generaciones, o establecen dictaduras para destruir a un país, ella, sin más armas que su femineidad, se había propuesto destruir a un hombre.

"El tuyo es el código de la vida -recordó la voz de su perdido y joven maestro-. ¿Cuál es entonces el de ellos?"

-¡Tengo algo que decirte! -gritó Lillian con la rabia impotente de quien desea convertir las palabras en puñetazos- Estás muy orgulloso de ti mismo, ¿verdad? ¡Estás orgulloso de tu nombre! ¡Rearden Steel! ¡Metal Rearden! ¡Sra. de Rearden! Eso es lo que yo fui para ti, ¿no es cierto? La Sra. de Rearden, la mujer de Henry Rearden. -Una serie de chasqueantes jadeos fue su irreconocible forma de reír- Bien, creo que te gustará saber que tu mujer ha sido amante de otro hombre. Que te he sido infiel. ¿Me oyes? Te he sido infiel, pero no con algún amante noble y

grande, sino con el más bajo y despreciable de los hombres: con Jim Taggart. ¡Hace 3 meses! ¡Antes de tu divorcio! ¡Mientras aún era tu esposa! ¡Mientras aún era tu esposa!

Él la escuchaba como un científico estudia un tema carente de importancia. Pensó que tenía ante él el aborto final del credo de la interdependencia colectiva; el credo de la no identidad, de la no propiedad y de la no realidad: la creencia en que la altura moral de uno depende de la acción de otro.

-¡Te he sido infiel! ¿No me oyes, puritano inalterable? Me acosté con Jim Taggart, héroe incorruptible. ¿No me oyes...? ¿No me oyes...? ¿No me...?

La miraba como hubiera podido mirar a una desconocida que se hubiera acercado a él en la calle para confesarle una intimidad; su expresión era el equivalente a: "¿Y por qué me lo dices?".

La voz de Lillian siguió resonando. Hank no sabía cómo era la destrucción de una persona, pero supo que estaba presenciando la de ella. Lo vio en el colapso de su cara, en la repentina flojedad de sus rasgos, como si ya nada pudiera mantenerlos unidos; en sus ojos ciegos, que miraban fijamente, pero hacia adentro, llenos de ese terror que ninguna amenaza externa puede igualar. No era la mirada de quien pierde la razón, sino la de una mente que contempla su derrota total y, al mismo tiempo, descubre su naturaleza; la expresión de quien, al cabo de muchos años de predicar la no existencia, la siente en carne propia.

Se volvió para marcharse, pero su madre lo detuvo en la puerta, tomándolo del brazo. Con una mirada de terca perplejidad, con el último esfuerzo para engañarse a sí misma, gimió, con voz petulante y tono de lacrimoso reproche:

-¿Eres realmente incapaz de perdonar?

-No, madre -contestó- no es eso. Habría perdonado el pasado si hoy me hubieses pedido que renunciara y desapareciera.

Afuera, el viento frío adhería el abrigo a su cuerpo, como un abrazo. Contempló la enorme y verde extensión de terreno al pie de la colina y el claro firmamento del atardecer. Como 2 puestas de sol que terminaran simultáneamente, el rojo resplandor del astro formaba una franja recta e inmóvil en el oeste, mientras hacia el este resplandecía otra franja roja procedente del fulgor de sus hornos.

El contacto del volante bajo sus manos y la impresión de que la ruta fluía debajo de él, mientras se dirigía rápidamente a Nueva York, le daban una extraña energía, una sensación de extrema precisión y de relajación a la vez, una idea de actividad sin tensión que le pareció inexplicablemente vivaz. Hasta que se dio cuenta de que aquél era el modo en que había actuado y siempre esperó actuar durante su juventud. Lo que ahora sentía era un equivalente a esta sencilla y asombrosa pregunta: "¿Por qué uno debería alguna vez tener que comportarse de otra manera?".

La silueta de Nueva York que se alzó ante él poseía una extraña y luminosa claridad, aunque sus formas quedaran veladas por la distancia, una claridad que parecía provenir de él. No era, como para otros, una ciudad de mafiosos, de mendigos, de desechos humanos y de prostitutas, sino el mayor logro industrial en la historia humana; su único significado era el que él le otorgaba. Existía cierta cualidad personal en su visión de la urbe, una cualidad posesiva y de firme percepción, como si la viese por primera... o por última vez.

Se detuvo en el silencioso corredor del hotel Wayne-Falkland, ante la puerta de la habitación en la que estaba a punto de ingresar; le costó mucho trabajo levantar la mano y llamar: era el cuarto que había pertenecido a Francisco d'Anconia.
En la sala, entre el cortinaje de terciopelo y las pulidas mesas desnudas, flotaba el humo de innumerables cigarrillos. Con su costoso mobiliario y la ausencia de toda pertenencia personal, la habitación poseía ese aire de lujo peculiar de los hoteles por hora, tan deprimente como el de un cuartucho. Cinco figuras se levantaron en la niebla al verlo entrar: Wesley Mouch, Eugene Lawson, James Taggart, Floyd Ferris y un joven delgado y furtivo con cara de ratón, que parecía un jugador de tenis y que le fue presentado como Tinky Holloway.
-Bien -dijo Rearden, interrumpiendo los saludos, las sonrisas, los ofrecimientos de bebida y los comentarios sobre el estado de urgencia nacional- ¿Qué desean ustedes?
-Vinimos aquí como amigos suyos, Sr. Rearden -dijo Tinky Holloway- Tan sólo como amigos para tener una conversación informal, con el objeto de organizar un equipo de trabajo más unido.
-Estamos ansiosos de contar con su sobresaliente capacidad -añadió Lawson- y su experto consejo acerca de los problemas industriales del país.
-Necesitamos hombres como usted en Washington -indicó Ferris- No hay razón por la que deba permanecer al margen durante tanto tiempo, cuando su voz es tan necesaria en las altas esferas del liderazgo nacional.
Lo más nauseabundo de todo eso, pensó Rearden, era que tales palabras eran una mentira a medias; la otra mitad, con su tono de agitado apremio, indicaba un deseo no declarado de convertirlas en verdades absolutas.
-¿Qué desean de mí? -preguntó.
-Pues... escucharlo, Sr. Rearden -respondió Wesley Mouch, contrayendo las facciones en una imitación de sonrisa fingida, pero su miedo resultaba tangible- Deseamos... el beneficio de su opinión en la presente crisis de la industria nacional.
-No tengo nada que decir.
-Pero, Sr. Rearden -insistió Ferris- Tan sólo le pedimos una posibilidad de que coopere con nosotros.
-Ya les dije en otra ocasión, públicamente, que no coopero bajo la amenaza de un arma.
-¿No podríamos enterrar el hacha en tiempos como éstos? -preguntó Lawson, suplicante.
-¿Se refiere a la pistola? Háganlo.
-¿Cómo?
-Son ustedes quienes la empuñan. Entiérrenla, si lo pueden hacer.
-Ha sido... ha sido únicamente una figura retórica -explicó Lawson parpadeando- Hablaba en sentido figurado.
-Pues, yo no.
-¿No podemos unirnos en beneficio del país en esta hora de crisis? -preguntó Ferris- ¿No podemos dejar de lado nuestras diferencias de opinión? Estamos dispuestos a encontrarnos con usted a mitad de camino. Si existe algún aspecto de nuestra política al que se oponga, dígalo y promulgaremos una disposición para...

-Basta, muchachos. No he venido a ayudarlos a fingir que no me encuentro en la situación en que estoy y que sé que cualquier acuerdo a medias es posible entre nosotros. Y ahora, vayamos al grano. ¿Han preparado alguna artimaña con la que saltar sobre la industria del acero? ¿De qué se trata?
-En realidad -respondió Mouch-, tenemos una cuestión vital que discutir respecto a la industria del acero, pero... pero, ¡su lenguaje, Sr. Rearden...!
-No nos hemos complotado contra usted -añadió Holloway- Le hemos rogado que viniera para discutir un asunto.
-He venido a recibir órdenes. Dénmelas.
-Pero Sr. Rearden, no queremos encauzar el asunto de ese modo. No queremos darle órdenes, queremos su consentimiento voluntario.
-Lo sé -dijo Rearden sonriendo.
-¿De veras? -preguntó Holloway anhelante, pero algo en la sonrisa de Rearden lo volvió de nuevo a la incertidumbre- Bien, entonces...
-Y usted, amigo -dijo Rearden-, sabe muy bien qué defecto hay en su juego; el defecto fatal que los hará volar por los aires. ¿Quieren decirme qué clavo intentan meter en mi cabeza que parece tan dificil? ¿O prefieren que me vaya?
-¡Oh, no, Sr. Rearden! -exclamó Lawson dirigiendo una rápida mirada a su reloj- ¡No puede irse ahora! Es decir, me refería a que no querrá irse sin haber escuchado lo que queremos decirle.
-Bien. Díganlo.
Los vio intercambiar miradas entre sí. Wesley Mouch parecía temeroso de dirigirle la palabra y su cara asumió una expresión de petulante obstinación, como una señal de mando que empujara a los otros al ataque. Cualesquiera que fuesen sus calificaciones para disponer del destino de la industria del acero, ellos habían sido llevados allí para actuar como guardaespaldas de Mouch. Rearden se preguntó el motivo de la presencia de James Taggart, que permanecía sumido en un triste silencio, bebiendo, sin mirarlo a los ojos.
-Hemos elaborado un plan -dijo Ferris con exagerada animación- que solucionará los problemas de la industria del acero y que contará sin duda alguna con su aprobación, como medida encaminada al beneficio común, al tiempo que protege sus intereses y garantiza su seguridad en...
-No intente decirme lo que tengo que pensar. Muéstreme datos.
-Se trata de un plan justo, sensato, equitativo...
-No me exprese su evaluación. Exponga los datos.
-Es un plan que... -Ferris se detuvo porque había perdido la costumbre de hablar con datos concretos.
-Con este plan -intervino Wesley Mouch- garantizamos a la industria un 5% de aumento en el precio del acero.
Hizo una pausa triunfante, pero Rearden no reaccionó.
-Desde luego, serán necesarios algunos ajustes menores -explicó Holloway desenvuelto, saltando a aquel lapso de silencio, como quien entra a una cancha de tenis vacía- También habrá de garantizarse a los productores de hierro cierto aumento en sus tarifas... ¡Oh! Un 3%, como máximo. Y eso en vista de las continuas dificultades con que algunos de ellos, por ejemplo el Sr. Larkin de Minnesota, tropezarán a partir de ahora, mientras tengan que enviar el mineral por medio de costosos camiones, ya que el Sr. James Taggart ha tenido que sacrificar

su línea secundaria de Minnesota en beneficio público. Desde luego, los ferrocarriles sufrirán también un aumento en sus tarifas... digamos de un 7% aproximadamente, en vista de la absoluta necesidad de...
Holloway se detuvo, igual que un jugador que, al salir de una complicada situación, se diera cuenta de que no tenía adversario a quien enfrentar.
-Pero no habrá aumento de salarios -se apresuró a añadir el Dr. Ferris- Un punto esencial de este plan es que no garantizaremos aumento a los obreros de la industria del acero, no obstante sus insistentes demandas. Queremos ser justos con usted, Sr. Rearden, y proteger sus intereses, incluso arriesgándonos al resentimiento y a la indignación popular.
-Desde luego, si esperamos que los trabajadores hagan sacrificios -dijo Lawson- hemos de demostrarles que también el sector empresarial lo hace en beneficio de la nación. El ambiente que reina ahora en la mano de obra del acero es extremadamente tenso, Sr. Rearden. Es peligrosamente explosivo y... y a fin de protegerlo a usted... de... de... -Se detuvo.
-Continúe -le animó Rearden- ¿De qué?
-De una posible... violencia, serán necesarias ciertas medidas que... Mire, Jim -se volvió súbitamente a James Taggart- ¿Por qué no se lo explica usted al Sr. Rearden, como colega industrial suyo que es?
-Alguien debe apoyar a los ferrocarriles -dijo Taggart con desgano y sin mirarlo- El país necesita trenes y alguien tiene que ayudarnos a llevar esta carga. Y si no conseguimos un aumento en las tarifas de carga...
-¡No! ¡No! ¡No! -estalló Wesley Mouch- Cuéntele al Sr. Rearden cómo funciona el Plan de Unificación Ferroviaria.
-Es un éxito total -dijo Taggart letárgico-, salvo por ese elemento imposible de controlar que es el tiempo. Porque sólo es cuestión de tiempo que nuestros equipos unificados vuelvan a encaminar a todos los ferrocarriles del país. Me encuentro en situación de asegurarle que el plan lograría resultados tan beneficiosos como éstos en cualquier otra industria.
-No tengo ninguna duda sobre eso -respondió Rearden y, volviéndose hacia Mouch, preguntó: -¿Por qué me hace perder el tiempo con este payaso? ¿Qué tiene que ver conmigo el Plan de Unificación Ferroviaria?
-Pero ¡Sr. Rearden! -exclamó Mouch con forzada alegría- ¡Es la norma que tenemos que seguir! ¡Eso es precisamente lo que queremos discutir con usted!
-¿A qué se refiere?
-Al Plan de Unificación Siderúrgica.
Se produjo un instante de silencio, como cuando alguien retiene el aliento tras sumergirse en el agua. Rearden tenía una expresión que aparentaba interés.
-En vista de la crítica situación de la industria del acero -dijo Mouch con súbito impulso, cual si no quisiera concederse tiempo para averiguar qué lo había intranquilizado en la mirada de Rearden-, y como el acero es la materia prima más vital y básica, el fundamento de nuestra estructura industrial, hay que adoptar medidas drásticas para mantener la producción, los equipos y las fábricas. -El tono y el ímpetu de su voz lo llevaron hasta allí, pero no más- Con este objetivo en vista, nuestro plan es... nuestro plan es...
-Nuestro plan es verdaderamente muy sencillo -continuó Tinky Holloway, y trató de demostrarlo hablando con ufana y desenfadada simplicidad- Levantaremos todas

las restricciones en la producción de acero y cada compañía fabricará lo que pueda, según sus propios recursos. Pero, a fin de evitar la pérdida de tiempo y el peligro de una competencia desmesurada, todas las empresas depositarán sus ganancias brutas en un fondo común, que será conocido como "Fondo de Unificación Siderúrgica", a cargo de una oficina especial. A fin de año, esa oficina repartirá los beneficios, calculando la producción total de acero y dividiendo dicha cifra por el número de altos hornos en funcionamiento. Se realizará así una distribución equitativa para todos, pagándose a cada compañía según sus necesidades. Y como la conservación de los hornos es una necesidad básica en esta industria, se tendrá en cuenta para ello el número de hornos que cada firma posea.

Hizo una pausa, y añadió:

-Eso es todo, Sr. Rearden. -Y al no obtener respuesta, siguió: -¡Oh! Desde luego, habrá que eliminar muchos obstáculos, pero... ése es el proyecto.

Fuese cual fuere la reacción que esperaran, la de Rearden no pudo menos que confundirlos. Se reclinó en su sillón con mirada atenta, fija en el espacio, como si contemplara algo bastante próximo. Luego, con cierta extraña nota burlona, tranquila y personal, preguntó:

-¿Quieren decirme tan sólo una cosa, muchachos? ¿Con qué cuentan para ello?

Sabía que lo habían entendido porque observó en sus caras esa expresión terca y evasiva que en otros tiempos consideró propia de los mentirosos que engañan a sus víctimas, pero que ahora sabía que era algo peor: la de quien se engaña a sí mismo y a su propia conciencia. No contestaron, guardaron silencio, esforzándose no en hacerle olvidar su pregunta, sino en olvidar ellos que la habían escuchado.

-¡Es un plan muy sensato! -exclamó de improviso James Taggart, con un dejo de animación- ¡Funcionará! ¡Tiene que funcionar! ¡Queremos que funcione!

Nadie le contestó.

-¿Sr. Rearden...? -preguntó Holloway tímidamente.

-Veamos -dijo éste- Associated Steel, de Orren Boyle, posee 70 altos hornos, un tercio de los cuales están ahora sin funcionar, mientras el resto produce un promedio de 300 toneladas diarias por horno. Yo tengo 20 que trabajan a toda su capacidad, produciendo 750 toneladas de metal Rearden por horno por día. Entre los 2 poseemos, pues, 80 altos hornos, con una totalidad de producción "unificada" de 27 mil toneladas, lo que representa 337,5 toneladas por horno. Las 15.000 toneladas diarias que produzco se me pagarán como si fueran 6.750, mientras que por sus 12.000, Boyle recibirá el equivalente a 20.250. No tengo en cuenta a los otros miembros del fondo común, porque no influirán más que en rebajar aún más el porcentaje, ya que la mayoría de ellos trabaja peor que Boyle, y ninguno produce tanto como yo. ¿Cuánto tiempo creen que voy a durar bajo ese plan?

No hubo respuesta y luego Lawson exclamó súbitamente con expresión de rectitud:

-¡En tiempos de peligro nacional, es su deber servir, sufrir, y trabajar para la salvación del país!

-No comprendo de qué manera las transferencias de mis ganancias al bolsillo de Orren Boyle contribuirán a salvar el país.

-¡Usted debe hacer determinados sacrificios en beneficio público!

-No comprendo por qué Orren Boyle es más "público" que yo.
-¡Oh! No tiene nada que ver con el Sr. Boyle. Se trata de algo muy amplio, que abarca a más de una persona. Hay que proteger los recursos naturales y las fábricas y proteger todas las instalaciones industriales del país. No podemos permitir que quiebre una organización tan importante como la del Sr. Boyle. La nación la necesita.
-Yo creo -dijo Rearden lentamente- que el país me necesita a mí mucho más que a Orren Boyle.
-¡Desde luego! -exclamó Lawson con entusiasmo- El país lo necesita a usted, Sr. Rearden. Se da cuenta, ¿verdad?
Pero el ávido placer de Lawson ante aquella fórmula familiar de autoinmolación desapareció bruscamente al escuchar la voz de Rearden, una voz fría, de comerciante:
-Sí, me doy cuenta.
-No se trata sólo de Boyle -insistió Holloway, suplicante- La economía nacional no está en condiciones de soportar una dislocación de gran alcance. Hay miles de obreros trabajando en las fábricas de Boyle y también proveedores y clientes. ¿Qué les ocurriría si Associated Steel quebrara?
-¿Y qué sucederá a los miles de mis obreros, proveedores y clientes si soy yo el que quiebra?
-¿Usted, Sr. Rearden? -preguntó Holloway, incrédulo- ¡Pero si usted es el industrial más rico, seguro y fuerte del país en estos momentos!
-¿Y qué puede ocurrir más adelante?
-¿Cómo?
-¿Cuánto tiempo creen que podré trabajar a pérdida?
-¡Oh, Sr. Rearden! ¡Tengo plena confianza en usted!
-¡Al diablo con su confianza! ¿Cómo quieren que lo haga?
-¡Ya encontrará algún modo!
-¿Cómo?
No hubo respuesta.
-No podemos teorizar sobre el futuro -exclamó Wesley Mouch- cuando hay un colapso nacional inmediato que evitar. ¡Hay que salvar la economía nacional! ¡Tenemos que hacer algo! -La imperturbable mirada de curiosidad de Rearden le hizo perder los estribos- ¿Es que tiene alguna solución mejor para ofrecernos?
-Desde luego -contestó enseguida- Si es producción lo que desean, déjennos el camino libre, destruyan todas sus condenadas disposiciones, permitan que Orren Boyle se arruine y déjenme comprar Associated Steel. A partir de ese momento, cada uno de sus 60 hornos producirá 1.000 toneladas diarias.
-¡Oh! Pero es que... no podemos -jadeó Mouch- Se trataría de un monopolio.
Rearden rió.
-De acuerdo -dijo con indiferencia- En ese caso, permitan que el supervisor de mis hornos sea quien haga la compra. Hará un mejor trabajo que Boyle.
-¡Oh! Pero eso sería permitir a los fuertes aprovecharse de los débiles. ¡No podemos consentirlo!
-Entonces no hablen de salvar la economía nacional.
-Todo lo que deseamos es... -se interrumpió.

-Todo lo que desean es una producción sin hombres capaces de producir, ¿verdad?
-Eso es... eso es teoría pura. Una exageración teórica. Lo que pretendemos es un ajuste temporario.
-Llevan ustedes años haciendo estos ajustes temporarios. ¿No se dan cuenta de que no les queda ya más tiempo?
-Eso es sólo... -su voz se fue apagando, hasta dejar de oírse.
-Bien, fíjese en esto -dijo precavidamente Holloway- No se trata de que el Sr. Boyle sea realmente... débil. El Sr. Boyle es un hombre de gran inteligencia, lo que ocurre es que ha sufrido algunos reveses desafortunados, totalmente imposibles de controlar. Había invertido enormes sumas en un gran proyecto, para asistir a los países económicamente en vías de desarrollo de Sudamérica, y la crisis del cobre ha representado un grave golpe financiero para él. Se trata sólo de darle la oportunidad de reponerse, de darle una mano que lo ayude a salvar ese hueco, un poco de ayuda temporaria, nada más. Lo que tenemos que hacer es nivelar los sacrificios y, a partir de entonces, todo el mundo se recuperará y prosperará.
-Ustedes han venido nivelando los sacrificios desde hace más de 100... -se detuvo-... desde hace más de mil años -articuló Rearden lentamente- ¿No se dan cuenta de que han llegado al final del camino?
-¡Eso es sólo teoría!-exclamó Wesley Mouch.
Rearden sonrió.
-Conozco sus procedimientos -dijo suavemente- Ahora son sus teorías las que trato de comprender.
No dejaba de intuir que el motivo específico, oculto tras el insensato plan, era Orren Boyle, y que un intrincado mecanismo de extorsión, amenaza, presión y chantaje, similar a una calculadora irracional que se hubiera vuelto loca y realizara operaciones descabelladas, había contribuido a incrementar la presión ejercida por Boyle sobre aquellos hombres a fin de forzarlos a la entrega de la última pieza de su saqueo. Sabía también que Boyle no era la causa ni el elemento esencial a considerar, sino tan sólo un usuario oportunista. No era Boyle quien había creado ni hecho posible la máquina infernal que ponía en peligro al mundo, ni tampoco ninguno de los hombres reunidos en aquella habitación. Todos viajaban en un vehículo sin conductor y sabían que acabaría desbarrancándose en su abismo final. Y no era amor ni miedo hacia Boyle lo que los hacía aferrarse a su ruta y seguir avanzando, sino algo distinto: un elemento, todavía sin nombre, que conocían, pero que trataban de evitar; algo que nada tenía que ver con la reflexión o la esperanza; algo que Rearden identificaba como cierta expresión en sus rostros; una expresión furtiva que parecía decir: "Yo puedo salir del paso". Hank pensó: "¿Y por qué creen que pueden?".
-¡No podemos permitirnos teorías! -repitió Wesley Mouch- Tenemos que actuar.
-Bueno, entonces voy a ofrecerles otra solución. ¿Por qué no confiscan mis fundiciones y listo?
La sacudida que los estremeció fue producto de un auténtico terror.
-¡Oh! ¡No! -jadeó Mouch.
-¡Ni pensarlo! -exclamó Holloway.
-¡Somos partidarios de la libre empresa! -gritó el Dr. Ferris.

-¡No queremos perjudicarlo! -añadió Lawson, alterado- Somos sus amigos, Sr. Rearden. ¿No podríamos actuar juntos? Somos amigos suyos.
Al otro lado de la habitación había una mesita con un teléfono, la misma mesa y probablemente el mismo teléfono sobre los cuales otro hombre se había inclinado hacía tiempo, alguien que ya entonces comprendía lo que Rearden empezaba a comprender y que había rehusado satisfacer la petición que ahora él negaba a los actuales ocupantes del aposento. Ambos vivían el final de aquella lucha y Hank podía ver el rostro torturado de Francisco y oír sus desesperadas palabras: "Sr. Rearden, le juro... por la mujer que amo... que soy su amigo".
Tal fue el hecho que entonces calificó de traición, y ése el hombre al que había rechazado, para seguir sirviendo a los que ahora se enfrentaban a él. ¿Entonces, quién había sido el traidor? Lo pensó casi sin sentir nada, sin derecho a sentir, inconsciente de todo lo que no fuera una solemne y reverente claridad. ¿Quién había otorgado a sus actuales ocupantes los medios para obtener aquella habitación? ¿Quién había sido sacrificado y en provecho de quién?
-¡Sr. Rearden! -gimió Lawson- ¿Qué le ocurre?
Volvió la cabeza y al percibir las temerosas pupilas de Lawson, adivinó lo que éste había visto en su cara.
-¡No queremos ocupar sus fundiciones! -gritó Mouch.
-¡No queremos privarlo de su propiedad! -exclamó Ferris- No nos comprende.
-Empiezo a entenderlos.
Se dijo que 1 año atrás lo hubieran asesinado; 2 años atrás habrían confiscado sus propiedades; generaciones antes, pensó, hombres de esta calaña se habían podido permitir el lujo de cometer expropiaciones y asesinatos, con la seguridad de fingir ante sí mismos y ante sus víctimas que el botín material era su único objetivo. Pero el tiempo se les estaba acabando y las víctimas habían desaparecido antes de lo que pudiera prometer cualquier cálculo histórico, y ellos, los saqueadores, se encontraban ahora en la necesidad de enfrentarse a la realidad indiscutible de su objetivo.
-Escuchen -dijo Rearden, cansado- Sé lo que desean. Quieren comerse mis fundiciones y, al mismo tiempo, tenerlas. Y todo lo que quiero saber es qué les hace suponer que es posible.
-No sé a qué se refiere -contestó Mouch, ofendido- Ya hemos dicho que no queremos sus plantas.
-Bien. Lo diré de un modo más preciso: quieren devorarme y al mismo tiempo contar conmigo. ¿Cómo piensan lograrlo?
-No sé cómo puede decir tal cosa, luego que le aseguramos que lo consideramos un elemento de importancia incalculable para el país, para la industria del acero, para...
-Les creo. Por eso este enigma resulta aún más dificil. ¿Me consideran de importancia incalculable para el país? ¡Por Dios! Me consideran de importancia incalculable hasta para sus propias vidas. Permanecen ahí sentados, temblorosos, porque saben que soy el último capaz de salvarles la vida, y porque saben también que queda poco tiempo. Sin embargo, proponen un plan para destruirme; un plan que me exige, sin lugar a dudas, sin rodeos o escapatorias, que trabaje a pérdida, que trabaje aunque cada tonelada que consiga me cueste más de lo que sacaré de ella; que mande al diablo mi riqueza, hasta que todos juntos nos

muramos de hambre. Semejante irresponsabilidad no es posible en ningún hombre, ni siquiera en un saqueador. Pero para haberlo ideado, ustedes deben contar con algo. ¿Con qué cuentan?
Observó la mirada de fastidio que se pintaba en sus caras, una expresión peculiar, dotada de cierto aire secreto y al mismo tiempo resentido, como si increíblemente, fuese él quien les ocultara algo.
-No comprendo por qué adopta una actitud tan derrotista -dijo sobriamente Mouch.
-¿Derrotista? ¿Creen verdaderamente que puedo seguir trabajando dentro de ese plan?
-¡Pero se trata de una medida temporaria!
-No existen suicidios temporarios.
-¡Sólo se ejercerá mientras dure la situación de emergencia! ¡Sólo hasta que el país se recupere!
-¿Y cómo quieren que ocurra tal recuperación?
No hubo respuesta.
-¿Cómo esperan que yo produzca, después de que haya quebrado?
-Usted no quebrará. Usted producirá siempre -dijo el Dr. Ferris indiferente, ni alabándolo ni increpándolo, simplemente en el tono de quien declara un hecho natural, como si hubiera dicho a otro: "Siempre será un holgazán. No puede evitarlo, lo lleva en la sangre". O, para ser más científico, "Usted está condicionado a ser de ese modo".
Rearden se irguió. Era como si hubiese estado luchando por encontrar la combinación secreta de una cerradura y, de pronto, en aquellas palabras, hubiera distinguido el leve chasquido indicador de que acababa de dar con ella.
-Simplemente es cuestión de sobrellevar la crisis -indicó Mouch-, de dar un respiro al pueblo, una posibilidad de recuperarse.
-¿Y luego?
-Las cosas mejorarán.
-¿Cómo?
No hubo respuesta.
-¿Qué las mejorará?
Silencio.
-¿Quién las mejorará?
-¡Por Dios, Sr. Rearden! La gente no se queda quieta -exclamó Holloway- Hacen cosas, crecen, avanzan.
-¿Qué gente?
Holloway agitó levemente la mano.
-El pueblo -dijo.
-Pero, ¿qué pueblo? ¿El pueblo al que ustedes van a proporcionar lo que queda de Rearden Steel sin conseguir nada a cambio? ¿La gente que seguirá consumiendo más de lo que produce?
-Las condiciones cambiarán.
-¿Quién las cambiará?
No hubo respuesta.
-¿Les queda algo por saquear? Si antes no se dieron cuenta de la naturaleza de su política, puede que no lo hagan ahora. Miren a su alrededor. Todos esos malditos Estados populares desparramados por la Tierra, han venido existiendo

tan sólo gracias a lo que ustedes exprimieron a este país. Pero no les queda ya nada que extraer o de qué valerse, ningún país sobre la faz de la Tierra. Este era el más grande y el último. Lo han dejado sin sangre, lo ordeñaron por completo, y yo soy el único y último resto del esplendor que alguna vez tuvo y que ya no puede recuperar. ¿Qué harán ustedes y su mundo de Estados populares cuando hayan acabado conmigo? ¿En qué confían? ¿Qué ven en el futuro, excepto pura y simple hambruna animal?

No contestaron, ni siquiera lo miraban. En sus caras se pintaba un obstinado resentimiento, como si sus palabras contuvieran la promesa de un mentiroso.

Luego Lawson dijo suavemente, reprochándole aquello y despreciándolo a la vez:

-Después de todo, ustedes, los empresarios, llevan años y años prediciendo desastres. Han advertido catástrofes luego de cada medida progresista, y siempre aseguraron que pereceríamos. Pero no fue así.

Inició una sonrisa, pero se interrumpió al observar la repentina intensidad que se pintaba en los ojos de Rearden. Este había escuchado otro leve chasquido en su mente, más fuerte que el anterior: el 2° cilindro había conectado la combinación de la cerradura. Se inclinó hacia delante.

-¿Con qué cuentan? -preguntó. Su tono había cambiado, ahora era bajo y sonaba de un modo regular con el sonido persistente de una perforadora.

-¡Sólo es cuestión de ganar tiempo! -exclamó Mouch.

-Ya no tenemos más tiempo.

-Necesitamos una oportunidad -dijo Lawson.

-Ya no hay oportunidades.

-¡Sólo hasta que nos recuperemos! -gritó Holloway.

-No hay modo de recuperarse.

-Hasta que nuestra política empiece a dar resultado -agregó Ferris.

-No hay modo de que lo irracional funcione. -No hubo respuesta- ¿Qué puede ya salvarlos?

-¡Usted hará algo! -exclamó James Taggart.

Entonces, aunque se trataba de una frase que había escuchado muchas veces en el transcurso de su vida, esta vez provocó un estallido ensordecedor en su interior, como si la puerta de acero se hubiese abierto luego de colocarse en su sitio el cilindro final, completando con su minúscula numeración la suma de un todo que servía para abrir el cerrojo complejo. La respuesta unía todas las piezas; tanto las preguntas formuladas como las heridas sin resolver en su existencia.

En el momento de silencio que siguió, tuvo la impresión de escuchar la voz de Francisco preguntándole tranquilamente, en la sala de baile de este mismo edificio, y preguntándolo también ahora, en el recinto en que se hallaban: "¿Quién es el más culpable de los aquí reunidos?". En el pasado había respondido: "Supongo que... James Taggart", y Francisco, sin reproche, había disentido: "No, Sr. Rearden, no es James Taggart". Ahora, en esta habitación y en el presente instante, su mente respondió: "Soy yo".

Había maldecido a estos saqueadores por su obstinada ceguera, y era él quien la había hecho posible. Desde la 1° extorsión que aceptara, desde la 1° disposición que obedeciera, les había dado motivos para creer que la realidad era algo a lo que podían engañar; que podía exigirse lo irracional y que alguien lo aportaría de un modo u otro. Si había aceptado la ley de Igualación de Oportunidades; si había

aceptado el decreto 10-289; si había acatado la regla según la cual aquéllos que no igualaban sus cualidades tenían el derecho a disponer de ellas. Si aquéllos que no habían sabido ganarse la vida obtenían beneficios y, en cambio, los otros sólo experimentaban pérdidas; si los incapaces de pensar eran quienes mandaban y los otros quienes obedecían... ¿eran ilógicos al creer que vivían en un universo irracional? Él había obrado en beneficio de ellos y había aportado todo lo que le pidieron. ¿Eran ilógicos al creer que sólo tenían que desear sin preocuparse por lo posible, mientras él estaba destinado a atender sus deseos, por medios que no se tomaban la molestia de conocer ni de nombrar? Aquellos impotentes místicos, luchando por escapar de la responsabilidad de la razón ¿sabían que él, el racionalista, se doblegaba a sus caprichos; que les había entregado un cheque en blanco sobre la realidad?... ¿Que no debía preguntar por qué, ni ellos, cómo? Le exigirían que entregase una parte de su riqueza, luego todo cuanto, tuviese y, más tarde, incluso más que eso... ¿Imposible?... No. Él haría algo.

No se dio cuenta de que se había puesto de pie y que contemplaba desde su altura a James Taggart, viendo en la acusada descomposición de sus facciones la respuesta a todas las destrucciones presenciadas en el curso de su vida.

-¿Qué le ocurre, Sr. Rearden? ¿Qué he dicho? -preguntaba Taggart con creciente ansiedad, pero la mente de Hank se hallaba fuera del alcance de su voz.

Estaba contemplando el paso de los años, las monstruosas extorsiones, las imposibles demandas, las inexplicables victorias del mal, los absurdos planes y los ininteligibles objetivos proclamados en volúmenes de fangosa filosofía. La desesperada perplejidad de las víctimas, según las cuales alguna malévola y compleja sabiduría movía las fuerzas destructoras del mundo. Y todo eso había descansado sobre una condición evidenciada ahora en los vacilantes ojos de los vencedores: "¡Él hará algo! ¡Saldremos del apuro! ¡Él hará algo!".

"Ustedes, los empresarios, se lo pasan predicando que pereceremos." Era cierto, pensó. No habían sido ciegos a la realidad, pero él sí, ciego a la realidad que él mismo se había creado. No, no habían perecido. ¿Pero quién sí? ¿Quién pereció para pagar aquella supervivencia? Ellys Wyatt... Ken Danagger... Francisco d'Anconia.

Alargaba la mano hacia su sombrero y su abrigo, cuando observó que los reunidos intentaban detenerlo, que en sus caras se pintaba el pánico y sus voces exclamaban con asombro: "¿Qué le ocurre, Sr. Rearden?... ¿Por qué?... ¿Por qué obra así?... ¿Qué hemos dicho?... ¡No se irá!... ¡No puede irse!... ¡Es demasiado pronto!... ¡Todavía no! ¡Oh, todavía no!".

Era como si los estuviera viendo desde la ventanilla trasera de un tren en marcha, de pie en medio de las vías, agitando los brazos en inútiles gestos y profiriendo palabras incoherentes, mientras sus figuras se iban empequeñeciendo más y más y sus voces se desvanecían en la distancia.

Uno de ellos trató de detenerlo cuando se volvía hacia la puerta. Lo apartó de su camino, pero no bruscamente, sino con un sencillo y suave empujón, del mismo modo que se aparta una cortina que molesta, y salió.

Sólo reinaba el silencio en su conciencia cuando, otra vez al volante, se dirigía a toda velocidad hacia Filadelfia. Era el silencio de su inmovilidad interior, como si, por tener el conocimiento de los hechos, pudiera ahora permitirse descansar sin ninguna actividad del alma. No sentía nada, ni angustia, ni exaltación. Era como si,

mediante un esfuerzo de años, hubiera trepado a una montaña para conseguir una visión distante y luego de alcanzada la cima, se hubiera desplomado y permitido, por primera vez, recuperar el aliento antes de contemplar el panorama en total libertad.

Tenía conciencia de la larga y vacía ruta, sus vueltas y sus rectas, la suave presión de sus manos sobre el volante y el chirrido de los neumáticos en las curvas cerradas. Pero le parecía deslizarse por un camino suspendido en el espacio. Los transeúntes con que se cruzó al pasar ante las fábricas, las centrales eléctricas, o al atravesar los puentes a lo largo de la ruta, pudieron ver algo que en cierta ocasión había sido natural para ellos: un automóvil veloz y potente, conducido por un hombre confiado, con el concepto del éxito evidenciándose en él mucho más ostensiblemente que a través de cualquier cartel publicitario; evidenciándose en su ropa, en sus expertas maniobras y en su velocidad. Lo vieron pasar y desaparecer en la neblina que equiparaba la tierra con la noche.

En la oscuridad, sus fundiciones eran una negra silueta contra un resplandor dotado de respiración. El resplandor adoptaba el tono del oro fundido y las palabras "Rearden Steel" aparecían escritas sobre el cielo, en el frío y blanco fuego de cristal.

Contempló las líneas de los altos hornos levantándose como arcos triunfales, las chimeneas que hacían las veces de solemnes columnas en una avenida de honor de una ciudad imperial, las guirnaldas de los puentes suspendidos, las grúas que parecían espadas en posición de saludo, el humo ondeando lentamente como banderas.

La vista convirtió su placidez en una sonrisa de felicidad, de amor y abnegación. Nunca había amado sus fundiciones como en aquel momento, porque al contemplarlas libre de todo, excepto de su propio código de valores, en una luminosa realidad sin contradicciones, percibía la razón de su amor: las fundiciones eran un logro de su espíritu y daban felicidad a su existencia, irguiéndose en un mundo racional poblado por hombres racionales. Si aquellos hombres habían desaparecido, si ese mundo ya no existía, si las fundiciones habían dejado de servir a sus principios, entonces todo eso no era más que un montón de chatarra que debería dejarse desplomar cuanto antes; que debería abandonar, pero no como un acto de traición, sino como un acto de lealtad hacia su significado real.

Las fundiciones estaban aún a 1 km. de distancia, cuando una leve llamarada atrajo su atención. Entre todas las tonalidades de fuego en la vaga extensión de estructuras, distinguió enseguida lo anormal y lo fuera de lugar. En aquella ocasión se trataba de un brusco resplandor amarillento que había surgido de un lugar donde el fuego no tenía razón de existir: en una estructura junto a la entrada principal.

Al instante siguiente escuchó la seca detonación de una escopeta y luego 3 explosiones en rápida sucesión, como si una encolerizada mano abofetease a un repentino atacante.

Luego, la negra masa que cortaba la ruta en la distancia cobró forma. Ya no era simple oscuridad, ni retrocedía a medida que él se acercaba. Pudo ver a una muchedumbre combatiendo delante de la puerta, intentando asaltar el lugar.

Tuvo tiempo para distinguir brazos agitados, manos con palos y barrotes, y algunas incluso con rifles; las amarillentas llamas surgían de la ventana de la portería; los azulados destellos de los disparos brotaban de la muchedumbre, y las respuestas llegaban desde los techos de la planta. Tuvo tiempo para distinguir una figura humana, en el momento de retorcerse y caer hacia atrás, desde el techo de un automóvil. Luego las ruedas del suyo chirriaron al tomar una violenta curva para sumergirse en las tinieblas de una ruta lateral.

Avanzaba a 90 km. por hora por un camino sin pavimentar, hacia la puerta oriental de las fundiciones que se hallaba ya a su vista, cuando el impacto de un neumático que entraba en un hoyo arrojó al coche fuera del camino, hasta el borde de un barranco en cuyo fondo yacía un montón de escoria. Con el peso de su pecho y del codo sobre el volante, presionando las 2 toneladas de metal en aceleramiento, la curva de su cuerpo obligó al vehículo a completar la maniobra, terminando el chirriante semicírculo y situándose de nuevo en el camino, bajo el control de sus manos. Todo había ocurrido en un instante, pero al siguiente, su pie apretó con toda fuerza el freno, obligando al vehículo a detenerse; porque, en el momento en que la luz de los faros pasaba sobre el barranco, pudo distinguir una forma alargada, más oscura que el gris de los helechos, sobre la pendiente, y le había parecido que se trataba de un ser humano en busca de ayuda.

Quitándose el abrigo, se apresuró a descender hasta allí; la tierra cedía bajo sus pies, y tenía que aferrarse al seco ramaje de los arbustos, medio corriendo, medio deslizándose hacia aquella forma alargada que ahora distinguía perfectamente y que, en efecto, era una persona. Unas cuantas serpentinas de algodón pasaron ante la cara de la luna y pudo ver la blancura de una mano y la forma de un brazo extendido sobre los arbustos, pero el cuerpo estaba inmóvil, sin señales de vida.

-Sr. Rearden...

Era un susurro que luchaba por ser un grito, el terrible sonido del ansia combatiendo contra una voz que sólo podía surgir en forma de gemido.

No supo qué sucedió primero y le pareció sentir una única impresión: la idea de que aquella voz le resultaba familiar. Un rayo de luz rompió el algodón de las nubes, mientras él caía de rodillas junto al óvalo blanco de una cara que reconoció enseguida. Era la Niñera.

Notó cómo la mano del muchacho se aferraba a la suya con la anormal fortaleza de la agonía, mientras él observaba las torturadas líneas de su rostro, los pálidos labios, los ojos vidriosos y el delgado hilo de sangre que surgía de un oscuro orificio en el costado izquierdo de su pecho.

-Sr. Rearden... intenté detenerlos... quería salvarlo.

-¿Qué le ha sucedido, muchacho?

-Me dispararon para que no hablara... Quería impedir... -su mano se agitó en dirección al rojo resplandor que iluminaba el cielo- lo que están haciendo... Llegué demasiado tarde, pero lo intenté... lo intenté... y... y todavía puedo... hablar... Escúcheme, pretenden...

-Necesita ayuda. Lo llevaré a un hospital y...

-¡No! ¡Espere! No creo... que me quede mucho tiempo y... tengo que decirle... Escúcheme, ese motín... ha estallado... por orden de Washington... No son obreros, no son obreros suyos... sino muchachos nuevos y... un grupo de sinvergüenzas contratados especialmente con este propósito... No crea una

palabra de cuanto le digan acerca de esto... Fue preparado de antemano... Es una trampa... Es otra de las trampas de esos malvados...
Había en la cara del chico la misma desesperada intensidad de quien combate en una cruzada. Su voz parecía extraer vida de un combustible que ardía en forzados chispazos, y Rearden comprendió que la mayor ayuda que podía prestarle era escucharlo.
-Han... han armado un Plan de Unificación Siderúrgica... y necesitan una excusa para implantarlo... porque saben que el país no lo aceptará... y usted tampoco... Temen que ya nadie más pueda tolerar esta situación... Se trata de un plan para despellejarlo vivo y... quieren hacer creer que usted mata de hambre a sus obreros... que éstos se han vuelto locos, que no puede controlarlos... y que el gobierno debe intervenir para protegerlo y para proteger la seguridad pública... Eso es lo que van a hacer con usted, Sr. Rearden...
El muchacho tenía las manos heridas, el fango y la sangre se secaban en sus palmas y en sus ropas, grises manchas de polvo aparecían en sus rodillas y estómago, mezclándose con las hojas punzantes de los matorrales espinosos. En los discontinuos espacios iluminados, vio el rastro de helechos aplastados y algunas manchas brillantes en las sombras del barranco. Le horrorizó pensar que se hubiese arrastrado tan largo trecho.
-No querían que usted estuviera aquí esta noche, Sr. Rearden... No querían que presenciase su "rebelión popular"... Después... ya sabe cómo se las arreglan para obtener evidencias... no habrá una historia clara... sino que esperan engañar al país... y a usted... asegurando que actúan para protegerlo de la violencia... ¡No permita que se salgan con la suya, Sr. Rearden!... Dígale al país... cuéntele al pueblo... dígales a los periódicos… que yo se lo he contado... Estoy dispuesto a jurarlo... Esto lo convierte en legal, ¿verdad?... ¿verdad?... Esto le da una oportunidad.
Rearden estrechó las manos del muchacho.
-Gracias -le dijo.
-Siento... siento haber llegado tarde, Sr. Rearden, pero... pero, apenas a último momento, pude enterarme de la verdad... Hasta que se inició... me llamaron a... una "reunión estratégica"... Había en ella un tal Peters... de la Oficina de Unificación... Es un monigote de Tinky Holloway, quien a su vez lo es de Orren Boyle... Lo que querían de mí... era que firmara cierto número de pases... para dejar entrar a algunos de esos rufianes... para que los disturbios empezaran desde dentro y desde fuera de las fundiciones, al mismo tiempo... Para que pareciese como si realmente sus obreros... Pero me negué.
-¿Se negó? ¿Después de haberle confiado cuál era su juego?
-Naturalmente... Sr. Rearden... ¿Cree que podía prestarme a esa clase de juego?
-No, desde luego. Comprendo que no, sólo que...
-¿Qué?
-Se ha jugado el pellejo.
-¡Tenía que hacerlo!... No iba a consentir que destruyeran la fundición, ¿verdad?... ¿Cuánto tiempo iba a impedir que el peligro se cerniera sobre mí? ¿Hasta que le rompieran a usted la cabeza?... ¿Qué haría con la mía?... Usted... usted me comprende, ¿verdad, Sr. Rearden?...
-Sí, lo comprendo.

-Me negué a firmar los pases y salí del despacho... Corrí en busca del supervisor para contárselo todo... pero no lo pude encontrar... Luego oí disparos en la puerta principal y comprendí que todo había empezado... Intenté llamarlo... pero los cables telefónicos estaban cortados... Corrí hacia mi coche, porque quería encontrarme con usted o avisar a un policía o a un periodista o a alguien... pero debieron seguirme... y me dispararon... desde atrás... Sólo recuerdo que caí y... y luego, al abrir los ojos, vi que me habían arrojado aquí... sobre el montón de chatarra...
-¿Sobre ese montón? -preguntó Rearden asombrado, porque se hallaba 30 m. más abajo.
El muchacho hizo un gesto de asentimiento, mientras señalaba vagamente las tinieblas.
-Sí... ahí abajo... Pero yo... empecé a arrastrarme... porque quería... quería sobrevivir hasta haber contado a alguien todo esto, para que se lo pudieran decir a usted. -Sus facciones, contraídas por el dolor, se suavizaron de improviso al sonreír y en su voz sonó un inmenso triunfo cuando añadió: -Lo logré. -Luego irguió la cabeza y preguntó, como un chiquillo maravillado ante un descubrimiento que no esperaba: -Sr. Rearden, ¿es esto lo que se siente... cuando se desea algo... desesperadamente... y por fin se consigue?...
-Sí, muchacho, esto es lo que se siente. -La cabeza del joven cayó sobre el brazo de Hank, sus ojos se cerraron y su boca se aflojó como quien intenta prolongar un instante de profundo alivio- Esto no puede acabar así. Tiene que vivir y resistir hasta que lleguemos a un médico...
Estaba incorporando a la Niñera con gran precaución, cuando una convulsión de dolor crispó el rostro del muchacho y su boca se curvó, cual si retuviera un alarido. Rearden tuvo que depositarlo de nuevo en el suelo.
El joven negó con la cabeza, a la vez que lo miraba como si le pidiese perdón.
-No es posible, Sr. Rearden... No me puedo engañar... Sé que estoy acabado.
Y, como si no quisiera admitir la compasión por sí mismo, añadió, recitando una lección aprendida de memoria, mientras intentaba prestar a su voz el viejo y cínico tono intelectual de otros tiempos:
-¿Qué importa, Sr. Rearden?... El hombre es sólo una colección de... ingredientes químicos condicionados... y su muerte no es distinta... de la de un animal.
-Usted sabe muy bien que no es así.
-Sí -murmuró- Supongo que sí.
Su mirada se desvió hacia la oscuridad y luego se posó en la cara de Rearden. Sus ojos expresaban desamparo, anhelo y un infantil asombro.
-Sé... que todo cuanto nos enseñaron es mentira... Todo cuanto nos decían... acerca de la vida o... de la muerte... La muerte... no es nada para los elementos químicos, pero... -Se detuvo, y una desesperada protesta se pintó en la intensidad de su voz al añadir: -Pero, para mí, sí... Y... creo que también es diferente de la de un animal... Pero ellos dicen que no existen valores... sino sólo costumbres sociales... ¡No hay valores! -Su mano se aferró ciegamente al agujero de su pecho, como si intentara retener lo que estaba perdiendo- No... hay... valores...
Sus ojos se abrieron aún más con la súbita calma de una sinceridad total.
-Me gustaría vivir, Sr. Rearden. ¡Dios sabe cuánto! -Su voz era apasionadamente tranquila- No porque me esté muriendo... sino porque precisamente esta noche

descubrí lo que realmente significa estar vivo... Y... es divertido... ¿Sabe usted cuándo lo descubrí?... En la oficina... cuando mandé a la mierda a esos hijos de puta... Son tantas las cosas que me hubiera gustado saber antes... Pero... de nada sirve ponerse a llorar sobre la leche derramada. -Observó la involuntaria mirada de Rearden hacia el rastro que se perdía en el barranco y añadió: -Sobre ninguna cosa derramada, Sr. Rearden.
-Escúcheme -le dijo con energía- Quiero que me haga un favor.
-¿Ahora, Sr. Rearden?
-Sí, ahora mismo.
-Desde luego... si es que puedo.
-Me ha hecho usted un gran favor esta noche, pero tiene que hacerme todavía otro mayor. El haber trepado hasta aquí desde el montón de mugre es una hazaña. ¿Quiere intentar otra? Usted estaba dispuesto a morir para salvar mi fundición. ¿Quiere hacer un esfuerzo y vivir para mí?
-¿Para usted, Sr. Rearden?
-Sí, para mí, porque yo se lo pido, porque así lo deseo. Porque usted y yo tenemos todavía una gran distancia que recorrer.
-¿Significa esto... significa algo importante para usted, Sr. Rearden?
-Sí. ¿Quiere hacerse a la idea de que tiene que vivir... del mismo modo que cuando se hallaba allá abajo sobre la chatarra? ¿Que tiene que resistir y seguir? ¿Quiere esforzarse en ello? Pretendió librar mi batalla. ¿Quiere librar esta otra conmigo?
El muchacho apretó su mano con el violento anhelo de una respuesta muda y su voz fue sólo un murmullo cuando dijo: -Lo intentaré, Sr. Rearden.
-Voy a llevarlo hasta un médico. Tranquilícese. Tómeselo con calma y deje que lo levante.
-Sí, Sr. Rearden.
Con un repentino esfuerzo el muchacho se incorporó, hasta apoyarse sobre un codo.
-Tranquilo, Tony.
Vio un leve resplandor en la cara del joven, una tentativa para sonreír a su antigua manera imprudente y sincera.
-¿Ya no me dice No-Absoluto? -preguntó.
-Ya no más. Eres ahora un absoluto total y lo sabes muy bien.
-Sí. Conozco a varios de ellos. He aquí uno. -Señaló la herida de su pecho- Un absoluto, ¿verdad? Y... -mientras Rearden lo levantaba del suelo centímetro a centímetro, continuó hablando como si la temblorosa intensidad de sus palabras constituyera un anestésico- ...y los hombres no pueden vivir... si unos malditos hijos de puta... como los de Washington... se salen con la suya en cosas... como la que están haciendo esta noche... Si todo se convierte en una nauseabunda farsa... y nada es verdadero, y nadie es nadie... los hombres no pueden vivir... Eso es un absoluto, ¿verdad?
-Sí, Tony, un absoluto.
Rearden se fue poniendo de pie, luego de un largo y cauteloso esfuerzo, y pudo observar el espasmo que deformaba las facciones del joven, conforme lo apoyaba lentamente contra su pecho como a un niño sostenido en sus brazos.
-Dígame, Sr. Rearden: ¿quién es ahora la Niñera?

-Creo que yo.
Rearden dio los primeros pasos pendiente arriba por el desmoronado suelo, su cuerpo tenso para amortiguar los golpes en beneficio de su frágil carga y mantener la estabilidad allí donde en ocasiones no contaba con una base estable sobre la que asentar los pies.
La cabeza del muchacho cayó sobre el hombro de Rearden tímidamente, como si fuera un atrevimiento. Hank se inclinó y puso sus labios sobre la frente cubierta de polvo.
El muchacho se sobresaltó y levantó la cabeza indignadamente asombrado.
-¿Sabe lo que ha hecho? -murmuró como si no pudiese comprender lo que significaba para él.
-Recline la cabeza -sugirió Rearden- y lo haré de nuevo.
El muchacho obedeció y Rearden lo besó en la frente, como un padre al reconocer el valor de su hijo en la batalla.
El muchacho se quedó inmóvil, con la cara oculta y aferrado a su protector. Luego, sin sonido alguno, tan sólo con unos débiles, espaciados y rítmicos latidos, se puso a llorar en señal de rendición, admitiendo todas aquellas cosas que no podía expresar en palabras.
Rearden continuó ascendiendo lentamente, paso a paso, luchando para afirmar los pies sobre los inestables helechos, los montones de polvo, los pedazos de chatarra y los restos de una época que parecía ya muy distante. Continuó hacia la línea donde el rojo resplandor de sus fundiciones marcaba el borde del barranco. Sus movimientos eran el compendio de una lucha feroz que, no obstante, había de tener la forma de un fluir suave y regular.
No oyó sollozos, pero sí seguía percibiendo el rítmico agitarse de aquel cuerpo, y a través de la tela de su camisa, en lugar de lágrimas, notó el leve y cálido gotear de la herida a la altura de sus hombros. Supo que la presión de sus brazos era la única respuesta que el muchacho podía ahora comprender y sostuvo su cuerpo tembloroso como si la fuerza de sus brazos pudiera transmitir parte de su aliento vital a unas arterias que cada vez palpitaban menos.
Luego el llanto cesó y el muchacho levantó la cabeza. Su cara parecía más pálida y flaca, pero sus pupilas brillaban intensamente y consiguió aliento para hablar.
-Sr. Rearden... yo... siempre lo he apreciado mucho.
-Lo sé.
Ya no tenía energías suficientes para sonreír con los labios, pero lo hacía con los ojos; había encontrado aquello que buscara y persiguiera toda su corta vida: el exacto valor de sus principios.
Luego volvió a reclinar la cabeza. Su boca se aflojó, adoptando una forma de total serenidad, pero al mismo tiempo su cuerpo tembló, en un último grito de protesta.
Rearden continuó lentamente, sin alterar su paso, aun cuando sabía que ya no era precisa ninguná precaución, porque lo que ahora llevaba en sus brazos era sólo lo que, según los profesores del muchacho, formaba al humano: una colección de elementos químicos.
Caminó como si su acción constituyera un último tributo y funeral por la joven vida que terminaba en sus brazos. Su odio era tan intenso que sólo lo podía expresar internamente en el deseo de matar. Dicho deseo no iba dirigido al desconocido rufián que disparara una bala al cuerpo del chico, ni a los burócratas saqueadores

que lo alquilaran para hacerlo, sino a los profesores del muchacho, que lo habían entregado inerme a la acción del malhechor, a los cautos y seguros asesinos de las aulas, que incapaces de contestar una pregunta originada por un anhelo de razón, se habían complacido en mutilar las mentes encomendadas a su cuidado.
Pensó que en algún lugar del país se hallaría la madre de aquel muchacho, que se habría conmovido al verle dar sus primeros pasos, que habría medido las dosis de su alimento con meticulosidad de joyero, que habría obedecido con fanático fervor la última palabra de la ciencia sobre su dieta y su higiene, protegiendo el débil cuerpo de todo germen, para enviarlo después a que se convirtiera en un torturado neurótico gracias a quienes le enseñaron que no poseía mente y que nunca debía pensar por sí mismo. Se dijo que si aquella mujer lo hubiera alimentado con desechos y hubiera mezclado veneno en su comida, dicho procedimiento hubiera sido más llevadero y menos fatal para él.
Pensó en todas las especies vivientes que adiestran a sus crías en el arte de sobrevivir, en los gatos que enseñan a sus cachorros a cazar, en los pájaros, que desarrollan tan bullicioso esfuerzo para mostrar a sus pichones cómo se vuela. Sin embargo, el humano, cuya herramienta de supervivencia es el cerebro, no sólo fracasa en enseñar al niño a pensar, sino que dedica su educación al propósito de destruir su mente, de convencerlo de que el pensamiento es inútil y malo, antes, incluso, que haya empezado a pensar.
Desde las 1° frases que se lanzan al niño hasta las últimas que escucha, vienen a ser una especie de sacudidas encaminadas a congelar su motor, a disminuir el poder de su conciencia. "No hagas tantas preguntas. A los niños hay que verlos, pero no oírlos." "¿Quién eres tú para opinar? Esto es así porque lo digo yo." "¡No discutas! ¡Obedece!" "No trates de entender. ¡Basta con que creas!" "No te rebeles. Adáptate." "No te aísles. ¡Forma parte de nosotros!" "¡No luches! ¡Acepta el compromiso!" "¡Tu corazón es más importante que tu mente!" "¿Quién eres tú para saber eso? Sólo tus padres lo saben." "¿Quién eres tú para tener esas ideas? La sociedad es más lista que tú." "¿Quién eres tú para saber? ¡Los burócratas lo saben todo!" "¿Quién eres tú para objetar? ¡Todos los valores son relativos!" "¿Quién eres tú para querer escapar a la bala de un canalla? ¡Eso es sólo un prejuicio personal!"
Se dijo que las personas se horrorizarían si vieran a un ave arrancar las plumas de las alas de sus crías y luego sacarlas del nido para que lucharan solas por su supervivencia. Sin embargo, eso es lo que hacen con sus hijos.
Aquel muchacho había sido arrojado a la lucha por la existencia armado solamente con frases vacías. Se había afanado y tambaleado en su breve y fatal esfuerzo, había gritado su indignada protesta y había perecido en su primera tentativa de volar con sus destrozadas alas.
Pero, en otros tiempos, había existido una clase distinta de maestros que educaron a los fundadores de los Estados Unidos. Se dijo que las madres debían caer de rodillas buscando hombres como Hugh Akston, encontrarlos e implorarles su regreso.
Atravesó la puerta de las fundiciones casi sin advertir a los guardias de seguridad, que lo dejaron pasar con su carga en los brazos. No se detuvo para escuchar sus palabras, mientras señalaban el combate que tenía lugar a la distancia. Continuó

avanzando lentamente hacia la brecha de luz que marcaba la entrada a la enfermería.
Penetró en un cuarto iluminado, lleno de hombres con sangrientos vendajes y en el que flotaba un fuerte olor a antiséptico. Depositó su carga en un banco, sin explicar nada, y salió sin mirar atrás.
Se encaminó a la puerta principal, hacia el resplandor del incendio y el estallido de las detonaciones. De vez en cuando, veía algunas figuras corriendo por entre las grietas de las estructuras, retirándose velozmente hacia oscuros rincones, perseguidas por grupos de guardianes y de obreros. Le asombró ver que estos últimos iban muy bien armados. Parecían haber reducido a la impotencia a los revoltosos y sólo quedaba derrotar a los que cercaban la puerta principal. Vio a un amotinado correr por un sendero de luz esgrimiendo un pedazo de cañería con el que golpeó una ventana, demostrando cierto goce animal, bailando como un gorila al escuchar el ruido de los cristales rotos, hasta que 3 vigorosas figuras cayeron sobre él y lo derribaron.
La presión sobre la entrada parecía disminuir, como si la espina dorsal de los amotinados se hubiera roto. Oyó sus distantes gritos, pero los disparos provenientes de la ruta sonaban más y más espaciados. El incendio de la casa del portero había sido reducido y había hombres armados en el perímetro y en las ventanas, apostados en una defensa muy bien planeada.
Al acercarse, sobre el techo de una estructura que dominaba la puerta vio la esbelta figura de un hombre con una pistola en cada mano, que, protegiéndose desde una chimenea, disparaba a intervalos sobre la multitud, al parecer en 2 direcciones al mismo tiempo, como un centinela que estuviese protegiendo los accesos a la puerta. La confianza y la habilidad de sus movimientos, su modo de tirar sin perder tiempo, con esa especie de indiferente brusquedad que nunca yerra un blanco, lo hacían aparecer como el héroe de una leyenda del oeste. Rearden lo contempló con cierto lejano e impersonal placer, como si la batalla de los altos hornos no fuera ya suya, pero aún pudiera disfrutar de la competencia y la certeza con que los hombres de aquella distante época habían combatido el mal.
El rayo de luz de un reflector móvil dio en la cara de Rearden, y cuando hubo pasado el hombre del techo se agachó un poco mirando en su dirección. Enseguida llamó a alguien para que lo sustituyera y desapareció de su puesto.
Rearden atravesó rápidamente el breve trecho de oscuridad que tenía frente a sí. En aquel momento, desde la grieta que formaba un callejón lateral, oyó una voz de borracho que gritaba: -¡Ahí está!
Dos figuras rechonchas avanzaron hacia él. Vio también una cara necia y furtiva, cuya boca se curvaba en una risa sin alegría y un bastón esgrimido por un puño en alto. Escuchó el rumor de pasos rápidos que se acercaban desde otra dirección e intentó volver la cabeza, pero el palo cayó sobre su cráneo desde atrás, y en el momento de oscuridad en que se tambaleó, rehusando creerlo pero desplomándose poco a poco, notó cómo un brazo fuerte y protector lo rodeaba, impidiéndole caer totalmente. Oyó una detonación a muy poca distancia, y luego otra de la misma arma, pero esta última le pareció distante y débil, como si acabara de sumergirse en un profundo refugio.

Su primera impresión, cuando abrió los ojos, fue de profunda serenidad. Luego vio que estaba tendido sobre un diván, en una habitación moderna y agradable que entonces reconoció como su propia oficina y que los 2 hombres de pie junto a él eran el médico de las fundiciones y el supervisor. Notó un sordo dolor en el cráneo, que hubiera sido violento si se hubiese preocupado por él, y notó también la presión de una venda en un costado de la cabeza. Su serenidad procedía de la sensación de hallarse libre.
El significado del vendaje y el de hallarse en su despacho no podían ser aceptados conjuntamente: no era una combinación fácil de identificar. Ya no se trataba de su batalla, ni de su tarea, ni de su negocio.
-Creo que estaré bien, doctor -dijo incorporándose.
-En efecto, Sr. Rearden, afortunadamente -respondió el médico, incapaz de creer que aquello hubiese podido ocurrirle al mismísimo Hank Rearden dentro de sus propias fundiciones. La voz del doctor sonaba tensa a causa de su colérica lealtad y de su indignación- No es nada grave. Tan sólo una herida en el cuero cabelludo y una pequeña contusión, pero debe permanecer tranquilo y descansar.
-Lo haré -replicó Rearden firmemente.
-Ya todo terminó -explicó el supervisor, señalando los hornos- Esos hijos de puta han sido derrotados y obligados a huir. No tiene por qué preocuparse, Sr. Rearden. Todo ha terminado -repitió.
-En efecto -dijo Rearden- Usted, doctor, debe tener mucho que hacer.
-¡Oh!, sí. Nunca creí vivir para ver este día cuando...
-Lo sé, vaya a cumplir su tarea. Yo estoy bien.
-Sí, Sr. Rearden.
-Me encargaré de todo -dijo el supervisor cuando el médico ya se había retirado- Dominamos totalmente la situación, Sr. Rearden. Pero ha sido la más sucia...
-Lo sé -lo interrumpió Rearden- ¿Quién me ha salvado la vida? Alguien me sostuvo cuando caía y disparó contra esos rufianes.
-¡Ya lo creo! ¡Directamente a la cara! ¡Les voló la cabeza! ¡Fue nuestro nuevo capataz de hornos! Lleva aquí 2 meses y es el mejor hombre que hemos tenido. Se dio cuenta de lo que esos canallas planeaban y me lo advirtió esta tarde, aconsejándome que armara a cuantos hombres pudiera. No hemos recibido ayuda de la policía ni de los militares, que estuvieron evadiendo su responsabilidad con las excusas más inesperadas, más extraordinarias que jamás haya oído. Todo había sido planeado de antemano, y esos bandidos no esperaban resistencia. Fue el capataz de los hornos, creo que se llama Frank Adams, quien organizó nuestra defensa, dirigió la batalla y desde un techo fue abatiendo a toda esa inmundicia cuando se acercaba demasiado a la puerta. ¡Qué manera de tirar! Me estremezco al pensar a cuántos nos ha salvado esta noche. Esos infames querían sangre, Sr. Rearden.
-Me gustaría verlo.
-Está esperando afuera. Fue él quien lo trajo y ha pedido permiso para hablarle en cuanto sea posible.
-Hágalo entrar. Luego regrese a su puesto, hágase cargo de todo y acabe la tarea.
-¿Desea algo más, Sr. Rearden?
-No, nada más. Muchas gracias.

Permaneció inmóvil en el silencio de su despacho. Comprendió que el significado que hasta entonces tuvieran para él sus fundiciones había dejado de existir, y que la plenitud de dicha comprensión no dejaba espacio al dolor de lamentar una ilusión pérdida. Había visto una imagen final, el alma y la esencia de sus enemigos: el rostro innoble del rufián armado con un palo. Pero no era ese rostro en sí el que lo hacía retroceder horrorizado, sino el de los profesores, los filósofos, los moralistas y los místicos que había hecho posible su existencia en el mundo.
Experimentó una sensación de limpieza extraordinaria, de orgullo y de amor hacia la tierra, aquella tierra suya, no de ellos. Era el mismo sentimiento que lo había alentado durante toda su vida, el que muchos hombres conocen en su juventud y luego traicionan, pero que él nunca traicionó, sino que continuó conduciéndolo como un maltratado, no identificado pero viviente motor; el sentimiento que ahora podía experimentar en su plena e incontestable pureza: la certeza de su propio y superlativo valor y del superlativo valor de su existencia. Era la convicción total de que su vida le pertenecía, de que podía vivirla sin convertirse en esclavo del mal y de que esa esclavitud nunca había sido necesaria. La radiante serenidad de saberse libre de temor, de dolor y de culpa.
"Si es cierto" -pensó- "que existen vengadores que actúan en pro de la liberación de seres como yo, entonces que me vean ahora, que me cuenten su secreto, que reclamen mi persona, que..."
-¡Adelante! -dijo en voz alta, respondiendo a la llamada que había sonado en la puerta.
Esta se abrió y Rearden quedó paralizado. El hombre que se hallaba en el umbral, con el cabello en desorden, la cara cubierta de hollín y los brazos sucios, vestido con un pantalón chamuscado y una camisa manchada de sangre, pero con la actitud de quien ostenta una capa que ondea tras él en el viento, era Francisco d'Anconia.
A Rearden le pareció como si su espíritu se adelantara a su cuerpo. Este rehusaba moverse, aturdido por la impresión, mientras su mente reía, diciéndole que era lo más natural, el hecho más evidente del mundo.
Francisco sonrió como quien saluda a un amigo de la infancia en una mañana de verano, como si ninguna otra cosa hubiera sido posible entre ambos. Rearden sonrió en respuesta, mientras una parte de sí mismo experimentaba cierta incrédula admiración, aun conociendo que todo aquello era irresistiblemente natural.
-Usted se ha estado torturando durante meses -dijo acercándose-, preguntándose qué palabras emplearía para pedirme perdón, y también si tenía el derecho a pronunciarlas, suponiendo que volviera a verme. Pero ahora que me ve aquí, se da cuenta de que no es necesario, no hay nada que preguntar ni perdonar.
-En efecto -concedió Rearden, en un tímido murmullo. Pero, enseguida, le ofreció el tributo de su convicción: -Sí, lo sé -dijo con firmeza.
Francisco se sentó en el sillón junto a él y lentamente le pasó la mano por la frente, como si curase una herida.
-Sólo quiero decirle una cosa -manifestó Rearden- Y quiero que la oiga de mí: Sé que usted mantuvo su juramento, que era mi amigo.

-Supe que lo comprendería, que lo comprendió desde el principio. Que lo comprendió no importa cuáles fueran sus pensamientos o mis actos. Me dio esa trompada porque no podía obligarse a creerlo.
-Eso... -murmuró Rearden- eso es lo que no tenía derecho a decirle... lo que no tenía derecho a ofrecer como excusa...
-¿Creyó que no lo iba a comprender?
-Quería encontrarlo... No tenía derecho a buscarlo... Pero durante todo el tiempo, usted... -señaló las ropas de Francisco y luego, ya sin fuerza, dejó caer la mano y cerró los ojos.
-Fui su capataz de hornos -dijo Francisco sonriendo- No pensé que le importara, porque usted mismo me ofreció el puesto.
-¿Ha permanecido aquí como mi guardaespaldas durante 2 meses?
-Sí.
-¿Se encontraba aquí desde...?
Se interrumpió.
-En efecto. La mañana del día en que usted leyó mi mensaje de despedida sobre los techos de Nueva York, yo me presentaba aquí para mi 1° turno como capataz de hornos.
-Dime -preguntó lentamente Rearden- Aquella noche, en la boda de James Taggart, cuando dijiste que perseguías una gran conquista... te referías a mí, ¿verdad?
-Desde luego.
Francisco se irguió un poco como si se dispusiera a hacer un movimiento solemne y grave. Una sonrisa iluminaba sus ojos.
-Tengo muchas cosas que contarte -siguió Hank- Pero antes, ¿quieres repetir una palabra que cierta vez me ofreciste y que yo rechacé... porque sabía que no me sentía totalmente libre para aceptarla? -Rearden sonrió- ¿Sabes qué palabra, Francisco?
Francisco inclinó la cabeza asintiendo y contestó:
-Gracias, Hank. -Luego levantó la cabeza- Ahora te diré las cosas que vine a decirte la noche en que estuve aquí por 1° vez. Creo que estarás dispuesto a escucharme.
-Así es.
El resplandor del acero al brotar de un alto horno iluminó el cielo a través de la ventana. El reflejo avanzó lentamente por las paredes de la oficina, pasó sobre el escritorio vacío, y por fin por el rostro de Rearden, a modo de saludo y despedida.

CAPÍTULO VII - "YO SOY JOHN GALT"

El timbre de la puerta sonaba largo y estridente como una alarma, bajo la impaciente presión de un frenético dedo.
Al levantarse de la cama, Dagny notó el frío, pálido rayo de sol de la avanzada mañana y vio que un lejano reloj daba las 10. Había estado trabajando hasta las 4

de la madrugada, y había dicho que no iba a aparecer por la oficina hasta el mediodía.
El rostro blanco, descompuesto por el pánico, frente a ella cuando abrió la puerta, era el de James Taggart.
-¡Se ha ido! -exclamó.
-¿Quién?
-¡Hank Rearden! ¡Se ha ido! ¡Se ha marchado! ¡Ha renunciado! ¡Desapareció!
Dagny permaneció inmóvil un momento, sosteniendo el cinturón de la bata que se había estado anudando y luego, a medida que el significado exacto de esas palabras se iba concretando, sus manos dieron un fuerte tirón al lazo, como intentando cortar su cuerpo en 2 por la cintura, mientras estallaba en una fuerte carcajada en la que sonaban los acentos de un triunfo total.
Él la contempló perplejo.
-¿Qué diablos te ocurre? -jadeó- ¿Es que no me has entendido?
-Pasa, Jim -le dijo, volviéndose, desdeñosa, y entrando en la sala- ¡Oh, sí, te entendí!
-¡Renunció! ¡Se ha marchado! ¡Igual que los demás! Dejó sus fundiciones, su cuenta bancaria, sus propiedades... ¡todo! Simplemente desapareció. Tomó unas ropas y lo que tenía en la caja fuerte de su apartamento... la encontraron en el dormitorio... vacía y abierta y eso es todo. ¡Ni una palabra! ¡Ni una nota! ¡Ni una explicación! Me han llamado desde Washington, ya se enteró todo el mundo. ¡La noticia ha circulado velozmente! ¡No fue posible impedir que se divulgue! ¡Lo han intentado, pero...! Nadie sabe de dónde surgió el rumor pero ha estado circulando por los hornos igual que cuando uno de ellos se rompe y el metal se derrama. Todo el mundo sabe que se ha ido y, antes de que nadie pudiera impedirlo, muchos otros también han desaparecido. El supervisor, el jefe de la sección metalúrgica, el jefe de ingenieros, la secretaria de Rearden e incluso el médico de planta. ¡Y Dios sabe cuántos más! ¡Los muy canallas han desertado! ¡Nos han abandonado, a pesar de las sanciones que rigen! Se ha ido y los hornos quedan ahí, vacíos e improductivos. ¿Te imaginas lo que eso significa?
-¿Y tú? -preguntó ella.
Le había estado narrando todo aquello, frase por frase, como buscando borrarle la sonrisa de la cara, una extraña e inmóvil sonrisa amarga y triunfal, pero no tuvo éxito.
-¡Es una catástrofe nacional! ¿Qué te pasa? ¿No te das cuenta de que se trata de un golpe fatal? ¿De que quebrantará lo que aún queda de ánimo positivo y de organización económica en el país? ¡No podemos permitir que ese hombre se vaya! ¡Oblígalo a regresar!
La sonrisa de Dagny se esfumó.
-¡Tú puedes! -gritó James- ¡Tú eres la única que puede! Es tu amante, ¿verdad?... ¡No, no me mires así! ¡No es éste el momento para que te hagas la timorata! ¡No es tiempo para nada, excepto para recuperarlo! ¡Tú debes de saber dónde está! ¡Puedes encontrarlo! ¡Tienes que llamarlo y hacer que regrese!
El modo en que ahora ella lo miraba era peor que su sonrisa. Miraba a su hermano como silo hubiese visto desnudo y no pudiera soportar dicha imagen por mucho tiempo.

-No sé cómo puedo hacerlo regresar -contestó con tranquilidad- Y, aunque pudiese, no lo haría. Ahora, vete de aquí.
-Pero la catástrofe nacional...
-¡Vete!
No puso atención cuando Taggart salió de su casa. Se encontraba sola, en medio de su sala, con la cabeza baja y los hombros temblorosos, y en la cara un gesto de dolor, de ternura y de saludo a Hank Rearden. Instintivamente, se preguntó por qué se alegraba tanto de que él hubiese encontrado la liberación, por qué estaba tan segura de que él había obrado bien y, sin embargo, se negaba a sí misma la posibilidad de hacer lo mismo. Dos frases retumbaban en su mente, una de ellas era un himno: "Está libre, ellos ya no podrán alcanzarlo". La otra, una plegaria: "Aún existen posibilidades de vencer, pero déjenme ser la única víctima...".
Resultaba extraño, pensó en los días siguientes, mientras todos aquellos hombres se agitaban a su alrededor, el modo en que la catástrofe los había hecho advertir a Hank Rearden, con una intensidad que sus éxitos nunca habían logrado, como si los senderos de sus conciencias estuvieran abiertos al desastre, pero no a la victoria. Algunos se acordaban de él profiriendo insultos. Otros susurraban con culpa y terror, como si un castigo sin nombre estuviera a punto de caer sobre ellos, y otros apelaban a neuróticas evasivas para actuar como si nada hubiera sucedido.
Los periódicos, como marionetas cuyos hilos se hubiesen enredado, aullaban con la misma agresividad y al mismo tiempo: "¡Es una traición social dar demasiada importancia a la deserción de Hank Rearden y minar la moral pública con la anticuada creencia de que un individuo puede significar algo para la sociedad!". "¡Es una traición social difundir rumores acerca de la desaparición de Hank Rearden! El Sr. Rearden no ha desaparecido. Se encuentra en su despacho dirigiendo sus fundiciones como de costumbre y nada ha sucedido en Rearden Steel, excepto pequeños altercados de índole particular entre algunos obreros". "¡Es traición contemplar bajo una luz antipatriótica la trágica pérdida de Hank Rearden! Hank Rearden no ha desertado, falleció en un accidente automovilístico camino al trabajo, y su familia, abrumada de dolor, ha insistido en celebrar un funeral íntimo."
Se dijo que resultaba extraño no tener noticias manifiestas, sólo enterarse de ellas a través de negativas, como si la existencia se hubiera terminado, como si los hechos hubiesen desaparecido y sólo los frenéticos desmentidos de funcionarios y periodistas daban alguna clave sobre la realidad, precisamente por comunicar lo contrario de lo que había sucedido: "No es cierto que las fundiciones de acero de Miller Steel Foundry, de Nueva Jersey, hayan dejado de funcionar". "No es verdad que Jansen Motor Company, de Michigan, haya cerrado sus puertas." "Es una maliciosa y antisocial mentira afirmar que los fabricantes de productos de acero se están hundiendo bajo la amenaza de la escasez de materia prima. No existen motivos para temer semejante escasez." "El rumor acerca de que un Plan de Unificación Siderúrgica habría sido elaborado y aprobado por el Sr. Orren Boyle es un chisme calumnioso y malintencionado. El abogado del Sr. Boyle ha hecho pública una enérgica negativa y asegurado a la prensa que el Sr. Boyle se opone terminantemente a semejante plan. Actualmente, el Sr. Boyle sufre de un colapso nervioso."

Pero algunas noticias se hacían evidentes en las calles de Nueva York en los fríos y húmedos atardeceres del otoño. Una muchedumbre se reunía ante un negocio de electrodomésticos, cuyo propietario había abierto las puertas e invitado a la gente a tomar lo que quisiera de lo que quedaba, mientras él reía, profiriendo lastimosos quejidos, y empezaba a romper los cristales de sus vitrinas, o un grupo de personas se amontonaba ante la puerta de una casa de aspecto miserable, donde una ambulancia de la policía aguardaba a que los cuerpos de un hombre, que había sido un modesto fabricante de moldes de acero, su mujer y sus 3 hijos fueran sacados de una habitación llena de gas.

Si se daban cuenta del verdadero valor de Hank Rearden, pensó Dagny, ¿por qué no lo habían hecho antes? ¿Por qué no habían evitado su miseria y por qué no le ahorraron aquellos años de inútil tormento? Pero no pudo encontrar respuesta.

En el silencio de sus noches de insomnio, pensaba que Hank Rearden y ella habían intercambiado sus puestos: él se hallaba en la Atlántida, mientras ella permanecía excluida de ese lugar por una pantalla de rayos y pensaba que tal vez la estaba llamando del mismo modo en que ella le había gritado a su avión, sin que le llegara ninguna señal debido a la presencia de la pantalla protectora.

Sin embargo, esa pantalla se abrió durante un breve instante gracias a una carta que Dagny recibió una semana después de la desaparición de Rearden. El sobre no llevaba remitente, sino sólo el matasellos de una aldea de Colorado. La carta contenía sólo 2 frases:

"Lo he conocido. No te culpo.

H.R."

Permaneció inmóvil largo rato, contemplando el papel, incapaz de reaccionar o de sentir. Luego, se dio cuenta de que sus hombros temblaban de un modo débil y continuo y entonces comprendió que la salvaje violencia que la invadía surgía de un exaltado tributo de gratitud mezclado con desesperación; su tributo a la victoria que el encuentro de aquellos 2 hombres implicaba, la victoria final de ambos. La gratitud procedía de pensar que los habitantes de la Atlántida aún la consideraban como uno de ellos y le habían otorgado la excepción de recibir un mensaje. La desesperación tenía por causa saber que se esforzaba en no escuchar las preguntas que estaban sonando en sus oídos: ¿La había abandonado Galt? ¿Se había ido al valle para reunirse con la mayor de todas sus conquistas? ¿Regresaría? ¿Habría desistido de ella? Lo peor no era que aquellas preguntas carecieran de respuesta, sino que ésta era muy simple, y se hallaba a su alcance y, sin embargo, no tenía derecho a dar un paso hacia ella.

No había hecho ningún intento por verlo. Cada mañana, durante un mes, al entrar en su oficina, tuvo la percepción, no de la habitación en que se hallaba, sino de los túneles subterráneos debajo del edificio, y mientras trabajaba notó como si una parte marginal de su cerebro estuviera calculando cifras, leyendo informes y adoptando decisiones en un impulso de actividad carente de vida, mientras el resto permanecía inactivo y tranquilo, privado de pensar algo más que: "Él está allá abajo". La única averiguación que se permitió hacer fue una ojeada a la nómina de obreros de la terminal. En ella había podido ver su nombre: "Galt, John". La lista lo había incluido durante más de 12 años. Vio también la dirección junto al nombre, y durante un mes se esforzó por olvidarla.

Le había parecido muy duro seguir viviendo durante aquel mes. Pero ahora, al leer la carta, la idea de que Galt se había ido era más dificil de sobrellevar. Al menos, la lucha para resistir su proximidad había constituido un lazo de unión con él, un precio que pagar, una victoria conseguida en su nombre. Ahora no había nada, excepto una pregunta que no debía formularse. Su presencia en los túneles fue el motor que la ayudó a vivir durante aquellos días, del mismo modo que su presencia en la ciudad lo había sido durante los meses de verano, y tal como su presencia en algún lugar del mundo lo había sido durante los años anteriores al momento en que escuchó su nombre por vez primera. Ahora sentía que ella, que tenía su propio motor, también se había detenido.

Su última gota de combustible era el brillante y puro resplandor de una moneda de oro de 5 dólares, guardada en su bolsillo. Y continuaba protegida del mundo por una armadura final: la indiferencia.

Los periódicos no mencionaban los estallidos de violencia que empezaban a aflorar en diferentes lugares del país, pero ella estaba enterada por los informes de los maquinistas, en los que se hablaba de vagones baleados, de vías levantadas, de trenes atacados y de estaciones sitiadas en Nebraska, Oregón, Texas, Montana. Eran inútiles tentativas, condenadas de antemano al fracaso, y promovidas tan sólo por la desesperación, que finalizaban con destrucciones. Algunas eran desmanes de pandillas locales, otras tenían mayor repercusión. Algunos distritos se levantaron en ciega rebelión, metiendo en prisión a los funcionarios locales, expulsando a los agentes de Washington y matando a los recaudadores de impuestos. Luego, tras anunciar su secesión del resto del país, llegaron a practicar el mismo mal que los había destruido, como si optaran por combatir el asesinato con el suicidio: se apoderaron de todas las propiedades a su alcance, declarando que quedaban afectadas a la participación comunitaria de todos sobre todo, y sucumbiendo en el transcurso de una semana, una vez consumido su magro botín, en medio de un odio sanguinario, en un caos donde sólo reinaban las armas, para perecer al fin bajo la carga letárgica de unos cuantos soldados macilentos enviados desde Washington a poner orden en aquellas ruinas.

Los periódicos no lo mencionaban y los editoriales seguían hablando de la abnegación como camino para el progreso futuro, del sacrificio como moral imperativa, de la avaricia como el enemigo de todos, del amor como solución. Sus frases, gastadas, tenían el enfermizo y dulzón aroma al éter de los hospitales.

Por todo el país se expandían rumores entre murmullos de cínico terror. No obstante, la gente leía los periódicos y actuaba como si creyera en lo que estaba leyendo. Las personas competían entre sí por mantener el silencio total, fingiendo cada cual no saber lo que sabía y, además, se esforzaban por creer que lo no informado era lo irreal. Todo transcurría como si un volcán hubiese entrado en erupción y quienes vivían en las faldas del mismo ignoraran las súbitas fisuras, las negras fumarolas, los arroyos hirvientes, y siguieran creyendo que su único peligro residía en aceptar la naturaleza de dichos síntomas.

"¡Escuchen: el informe del Sr. Thompson acerca de la crisis mundial será leído el 22 de noviembre!".

Aquello fue el primer reconocimiento de lo no reconocido. Los anuncios del informe empezaron a aparecer una semana antes y continuaron retumbando a lo

largo del país: "¡El Sr. Thompson brindará al pueblo un informe sobre la crisis mundial! ¡Escuchen al Sr. Thompson por todas las emisoras de radio y los canales de televisión a las 8 de la noche del 22 de noviembre!"
Las primeras planas de los periódicos y los anuncios de la radio fueron ampliando: "A fin de contrarrestar los temores y rumores divulgados por los enemigos del pueblo, el Sr. Thompson se dirigirá a toda la nación el 22 de noviembre, para dar un informe total acerca del estado del mundo en este momento de crisis global. El Sr. Thompson pondrá fin a las actividades de las siniestras fuerzas cuyo propósito es el de mantenernos en permanente terror y desesperación. Pondrá luz en las tinieblas del mundo y nos mostrará el camino para solucionar los trágicos problemas actuales: un camino muy duro, como corresponde a la gravedad de esta hora, pero un camino de gloria, que garantiza el regreso a la luz. El discurso del Sr. Thompson será transmitido por todas las emisoras nacionales y por las de aquellos países hasta donde llegue el alcance de la onda radiofónica".
Luego, el coro de comentarios y de avisos estalló literalmente, a la vez que su volumen iba creciendo día tras día. "¡Escuchen al Sr. Thompson el 22 de noviembre!", proclamaban los titulares de los diarios. "¡Y no se olviden del discurso del Sr. Thompson el 22 de noviembre!", recordaban las emisoras al final de cada programa. "¡El Sr. Thompson les dirá la verdad!", arengaban los carteles colocados en las estaciones de metro, los autobuses, las paredes de los edificios y en carteles publicitarios en los costados de las desiertas rutas.
"¡No desesperen! ¡Escuchen al Sr. Thompson!", decían los banderines con que se adornaban los coches oficiales. "¡No cedan! ¡Escuchen al Sr. Thompson!", proclamaban los afiches publicitarios colocados en tiendas y oficinas. "¡Tengan fe! ¡Escuchen al Sr. Thompson!", aconsejaban las voces en las iglesias. "¡El Sr. Thompson les dará la respuesta!", escribían en el cielo los aviones militares en letras que se disolvían en el espacio, de modo que, para el momento en que la frase había sido terminada, sólo quedaban las 2 palabras finales.
Los altavoces públicos que se instalaron en las plazas de Nueva York para retransmitir el discurso hacían oír sus voces gangosas a cada hora, al mismo tiempo que sonaban los distantes relojes para enviar sobre el cansado rumor del tránsito, sobre las cabezas de una harapienta muchedumbre, el grito sonoro y mecánico de aquella voz impregnada de entusiasmo: "¡Escuchen el informe del Sr. Thompson sobre la crisis mundial el día 22 de noviembre!". El grito retumbaba en el aire helado y se desvanecía entre los techos envueltos en niebla y bajo la página en blanco de un calendario sin fecha.
La tarde del 22 de noviembre, James Taggart dijo a Dagny que Thompson deseaba invitarla a participar de una reunión, antes de la transmisión.
-¿En Washington? -preguntó incrédula, dirigiendo una mirada a su reloj.
-Al parecer no has leído los periódicos, ni has seguido los acontecimientos de estos últimos días. ¿No sabes que Thompson va a hablar desde Nueva York? Ha venido a encontrarse con los representantes de los sectores de la industria, así como los del trabajo, la ciencia, las profesiones y, en general, con todos los líderes más importantes del país. Me ha rogado que te lleve a este encuentro.
-¿Dónde se va a celebrar?
-En el estudio de la emisora.
-No esperarán que hable en apoyo de su política, ¿verdad?

-No te preocupes, no piensan dejar que te acerques siquiera a un micrófono. Tan sólo quieren saber tu opinión y no puedes negarte, teniendo en cuenta la situación de urgencia nacional que vivimos y menos aún tratándose de una invitación de Thompson en persona.
Hablaba con impaciencia, evitando su mirada.
-¿A qué hora se hará la reunión?
-A las 7:30.
-Media hora, de 7:30 a 8:00 no es mucho tiempo para una cuestión de la que depende toda la situación nacional, ¿no crees?
-El Sr. Thompson es un hombre sumamente ocupado. Y ahora, por favor, no discutamos. No empieces a ponerte dificil. No comprendo por qué...
-Está bien -respondió ella, indiferente- Iré. -Y añadió, impulsada por el mismo sentimiento que la hubiera hecho aventurarse con desgano y sin testigos a una reunión de miembros de la mafia- Pero me acompañará Eddie Willers.
James frunció el ceño, reflexionando un momento, con expresión más de asombro que de ansiedad.
-Bien. De acuerdo, si así lo deseas -contestó, encogiéndose de hombros indiferente.
Dagny ingresó al estudio de radio con James Taggart a un lado, en calidad de policía, y Eddie Willers al otro, como guardaespaldas. El 1° mostraba un rostro resentido y tenso; Eddie parecía resignado y al mismo tiempo asombrado y curioso. Un escenario de cartón había sido levantado en un extremo de aquel amplio recinto sumido en la penumbra, con una mezcla de estilo tradicional, de ordenado salón y de modesto estudio. Un semicírculo de sillones vacíos llenaba el lugar, sugiriendo un agrupamiento propio de fotografía familiar, con micrófonos colgando flojamente como cebos al extremo de largos palos extendidos entre los asientos. Los líderes nacionales formaban pequeños grupos nerviosos y en sus rostros se pintaba la expresión de asistentes a una venta de saldos de un local comercial que había quebrado; ella vio a Wesley Mouch, Eugene Lawson, Chick Morrison, Tinky Holloway, Floyd Ferris, Simon Pritchett, Ma Chalmers, Fred Kinnan y un puñado de empresarios, entre los que figuraba la medio temerosa y medio aduladora cara de Mowen, de Amalgamated Switch and Signal Company, que pretendía de manera incongruente representar a los magnates de la industria.
Pero la figura que le causó más impresión fue la del Dr. Robert Stadler. Nunca hubiera imaginado que un rostro pudiera envejecer hasta tal punto en el breve espacio de un año; la expresión de energía sin límites y de vivacidad juvenil había desaparecido de él sin dejar más rastro que unas líneas de desdeñosa amargura. Estaba solo, lejos de los demás, y Dagny percibió el momento en que el doctor advirtió su presencia. Tenía el aspecto de un hombre sorprendido por su esposa en un prostíbulo: una expresión de culpa a punto de convertirse en odio. Luego ella vio a Robert Stadler, el científico, dándose media vuelta, como si no se hubiera percatado de su presencia... o como si su renuncia a admitirla pudiera eliminar el hecho real de su existencia.
Thompson caminaba entre los grupos, saludando a uno y otro a la manera inquieta de un hombre de acción que siente desprecio hacia la obligación de tener que pronunciar discursos. Llevaba en la mano un montón de hojas escritas a

máquina, como si fuera una pila de ropa vieja que fuese a arrojar en cualquier sitio.
James Taggart se acercó a él y le dijo con aire incierto, en voz muy alta:
-Sr. Thompson, ¿me permite presentarle a mi hermana, la Srta. Dagny Taggart?
-Ha sido usted muy amable en venir, Srta. Taggart -respondió Thompson estrechándole la mano como si fuese un elector cuyo nombre nunca hubiese escuchado hasta entonces y se marchó a paso vivo.
-¿Dónde es la reunión, Jim? -preguntó Dagny mirando el reloj, un inmenso cuadrante blanco con manecillas negras, una de las cuales avanzaba como un cuchillo hacia las 8.
-¡No sé qué decirte! ¡Yo no organicé esto! -replicó él.
Eddie Willers la miró con aire de asombrada y amarga paciencia y se acercó un poco más a ella.
Un equipo de radio transmitía un programa de marchas militares procedente de otros estudios, ahogando los fragmentos de voces nerviosas, de pasos apresurados y sin objeto y de la chirriante maquinaria arrastrada para enfocar el escenario.
"¡Sigan sintonizados para escuchar el informe del Sr. Thompson acerca de la crisis mundial, que dará comienzo en minutos más, a las 8!", gritó la voz marcial del locutor cuando las agujas del reloj marcaban las 7:45.
-¡De prisa, muchachos! ¡De prisa! -ordenó Thompson mientras la radio estallaba en otra marcha militar.
Eran las 7:50 cuando Chick Morrison, el Acondicionador de la Moral, que parecía estar a cargo de todo, ordenó:
-¡Bueno, chicos y chicas! Todo está listo. Ocupemos nuestros lugares.
Y, al mismo tiempo, agitó un fajo de papeles igual que una batuta en dirección al bien iluminado círculo de sillones.
Thompson se dejó caer en el asiento central, como quien ocupa un lugar vacante en un vagón del metro, y los ayudantes de Chick Morrison dirigieron a la muchedumbre hacia el círculo de luz.
-Una familia feliz -explicó Chick Morrison- El país debe vernos como una enorme, unida y feliz... ¿Qué ocurre? -La música de la radio se había interrumpido bruscamente, ahogándose en un extraño y breve suspiro, cortada en medio de una brillante frase musical. Eran las 7:51. Se encogió de hombros y continuó: -...feliz familia. ¡De prisa, muchachos! Saquen primeros planos del Sr. Thompson.
Las agujas del reloj seguían avanzando, mientras los fotógrafos de la prensa hacían funcionar sus cámaras ante el rostro impaciente del jefe de Estado.
-¡El Sr. Thompson estará sentado entre la ciencia y la industria! -advirtió Chick Morrison- Dr. Stadler, por favor... a la izquierda del Sr. Thompson... Srta. Taggart, si es tan amable, por aquí... a la derecha del Sr. Thompson.
El Dr. Stadler obedeció, pero Dagny siguió inmóvil.
-No sólo es para la prensa, sino también para la televisión -le explicó Chick Morrison en tono persuasivo.
Ella dio un paso adelante.
-No tomaré parte en el programa -dijo con calma, dirigiéndose a Thompson.
-¿Por qué? -preguntó él suavemente, con la misma mirada que hubiese dirigido a un jarro de flores que de repente rehusara cumplir con su misión de adornar.

-¡Dagny! Por lo qúe más quieras -exclamó James Taggart presa de pánico.
-¿Qué le sucede a esta joven? -preguntó Thompson.
-Pero... ¡Srta. Taggart! ¿Por qué hace eso? -exclamó Chick Morrison.
-Todos lo saben -respondió, mirando los rostros que la rodeaban- Hubieran podido actuar con más inteligencia y no intentarlo otra vez.
-¡Srta. Taggart! -gritó Chick Morrison cuando ella se volvió para marcharse- Se trata de un estado de emergencia na... na...
Entonces, un hombre se acercó corriendo a Thompson, y Dagny se detuvo igual que los demás para ver la cara del recién llegado que obligó a la muchedumbre a guardar repentino silencio. Era el jefe de ingeniería de la emisora, y en sus facciones se pintaba un extraño y primitivo terror, que parecía forcejear contra los restos de dominio personal que aún quedaban en él.
-Sr. Thompson -dijo-, tendremos... que retrasar un poco la emisión.
-¿Cómo? -gritó Thompson.
Las agujas del reloj señalaban las 7:58.
-Estamos intentando repararlo, Sr. Thompson; estamos buscando la causa... pero no lo haremos a tiempo.
-¿De qué diablos me habla? ¿Qué ha ocurrido?
-Estamos intentando localizar la...
-¿Qué ha ocurrido?
-No lo sé, pero... no podemos... salir al aire, Sr. Thompson. Se produjo un momento de silencio y luego Thompson preguntó con voz anormalmente baja:
-¿Se ha vuelto loco?
-Debo de estarlo. Me gustaría estarlo. No sé cuál es la causa, pero la emisora no funciona.
-¿Alguna deficiencia mecánica? -gritó Thompson poniéndose de pie como impulsado por un resorte- ¿Deficiencias mecánicas, condenados idiotas, en un momento así? Si ése es su modo de dirigir la emisora...
El jefe de ingeniería sacudió lentamente la cabeza a la manera de un adulto reacio a causar temor a un niño.
-No se trata sólo de esta emisora, Sr. Thompson -explicó suavemente-, sino de todas las del país hasta donde hemos podido comprobar. No existen deficiencias mecánicas, aquí ni en ningún otro lugar. El equipo está perfectamente, pero... todas las emisoras de radio dejaron de funcionar a las 7:51, sin que... sin que nadie haya podido descubrir la causa.
-Pero... -empezó Thompson. Luego se detuvo, miró a su alrededor y gritó: -¡Precisamente esta noche! ¡No pueden permitir que ocurra esto ahora! ¡Tienen que ponerme en el aire!
-Sr. Thompson -respondió el hombre lentamente-, hemos llamado al laboratorio de electrónica del Instituto Científico del Estado. Nunca... nunca han visto nada parecido. Dicen que quizás se deba a un fenómeno natural, a una especie de perturbación cósmica sin precedentes...
-¿Y qué más?
-Que no creen que ése sea el motivo, ni tampoco nosotros. A su modo de ver, la interrupción se debe a ondas de una frecuencia nunca lograda hasta ahora, ni observada en ningún otro lugar, ni descubierta por nadie.

Reinaba un silencio total. Un momento después, el ingeniero continuó, con voz extraña y solemne: -Parece como si un muro de ondas se interpusiera en el aire sin que podamos atravesarlas, ni tocarlas ni romperlas... Y es más, no es posible localizar su origen con ninguno de los métodos normales... Esas ondas parecen proceder de un transmisor... de un transmisor que hace ver a todos los que existen actualmente como juguetes infantiles.
-¡No es posible! -la exclamación surgió desde detrás de Thompson y todos se volvieron asombrados por su nota de terror; quien había hablado era Robert Stadler- ¡No existe tal cosa! ¡No hay nadie en el mundo capaz de ello! -El jefe de ingeniería extendió las manos.
-Así es, Dr. Stadler -respondió fatigado- No lo creemos posible. No puede ser, pero es.
-¡Hagan algo! -gritó Thompson a la muchedumbre en general. Pero nadie contestó ni se movió.
-¡No lo permitiré! -continuó- ¡No lo permitiré! ¡Justo esta noche! ¡Tengo que pronunciar ese discurso! ¡Hagan algo! ¡Soluciónenlo como sea! ¡Les ordeno arreglarlo!
El jefe de ingeniería lo miraba paralizado.
-¡Los despediré a todos! ¡Dejaré sin empleo a todos los ingenieros electrónicos del país! ¡Los procesaré a todos por sabotaje, deserción y traición! ¿Me han oído? ¡Y ahora haga algo, maldita sea! ¡Haga algo!
El jefe de ingeniería lo miraba impasible, como si sus palabras careciesen de toda fuerza.
-¿Es que nadie va a obedecer mi orden? -gritó Thompson- ¿Es que no queda ni un cerebro en el país?
Las agujas del reloj habían alcanzado las 8 en punto.
"Damas y caballeros" -dijo una voz proveniente de la radio, una voz clara, tranquila, implacable; el tipo de voz que hacía muchos años no se oía en el aire- "El Sr. Thompson no les, va a hablar esta noche. Su tiempo se acabó. Ahora es mi turno. Él les había prometido un informe sobre la crisis mundial. Pues bien: eso es justamente lo que cada uno de ustedes va a escuchar."
La voz fue recibida por 3 expresiones de reconocimiento, pero nadie las pudo distinguir en el bullicio de la muchedumbre, que se había convertido en un griterío. Una era una expresión triunfal, otra de terror, la 3° de aturdimiento. Tres personas habían re-conocido al orador: Dagny, el Dr. Stadler y Eddie Willers. Nadie notó a Eddie Willers; pero Dagny y el Dr. Stadler se miraron.
Dagny vio que la cara del doctor estaba distorsionada por el terror más malévolo que jamás hubiera visto; él notó que ella sabía y que lo miraba como si el orador le hubiera pegado una bofetada.
"Durante 12 años te has estado preguntando: ¿Quién es John Galt? Yo soy John Galt. Soy el hombre que ama a su vida. Soy el hombre que no sacrifica su vida ni sus valores. Soy el hombre que te ha arrebatado tus víctimas y de esa manera ha destruido tu mundo. Y si quieres saber por qué estás agonizando -tú que tanto le temes al conocimiento-, soy el hombre que ahora te lo va a decir."
El jefe de ingenieros era el único capaz de moverse; se acercó hasta un televisor y recorrió frenéticamente todos los canales. Pero la pantalla seguía sin imagen; el orador no quería ser visto. Sólo su voz llenaba las ondas radiales del país -del

mundo, pensó el jefe de ingenieros- como si estuviera allí, en esa misma habitación, como si le hablara no a un grupo sino a un solo hombre; no en el tono para dirigirse a una asamblea, sino para dirigirse a una mente.

"Has oído decir que ésta es una época de crisis moral. Tú mismo lo has dicho, con temor y a la vez con la esperanza de que esas palabras no tuvieran un significado real. Te has quejado de que los pecados del hombre están destruyendo al mundo y has llegado a maldecir a la naturaleza humana por negarse a practicar las virtudes que le exigías. Como para ti la virtud consiste en el sacrificio, has exigido más sacrificios ante cada sucesivo desastre. En el nombre de la vuelta a la moralidad, has sacrificado todo aquello que creías era la causa de tus sufrimientos. Has sacrificado a la justicia por la misericordia. Has sacrificado a la independencia por la unidad. Has sacrificado a la razón por la fe. Has sacrificado a la riqueza por la necesidad. Has sacrificado a la autoestima por la negación de ti mismo. Has sacrificado a la felicidad por el deber.

"Has destruido todo lo que considerabas malo y obtenido todo lo que considerabas bueno. ¿Por qué, entonces, retrocedes horrorizado al ver el mundo que te rodea? Ese mundo no es el producto de tus pecados, sino el producto y la imagen de tus virtudes. Es tu ideal moral hecho realidad en su absoluta y total perfección. Has luchado por él, lo has soñado, lo has deseado, y yo... yo soy quien te he concedido ese deseo.

"Tu ideal tenía un enemigo implacable y tu código moral fue diseñado para destruirlo. Yo he eliminado a ese enemigo. Te lo he quitado de en medio y lo he puesto fuera de tu alcance. He eliminado la fuente de todos esos 'males' que estabas sacrificando uno a uno. He puesto fin a tu batalla. He detenido tu motor. He quitado de tu mundo la razón humana.

"¿Dices que el hombre no vive gracias a su mente? Me he llevado a los que sí lo hacen. ¿Dices que la mente es impotente? Me he llevado a las personas cuya mente no lo es. ¿Dices que hay valores más elevados que la razón? Me he llevado a aquellos para quienes no los hay.

"Mientras arrastrabas hasta tus altares de sacrificio a los hombres capaces de vivir con justicia, independencia, razón, riqueza y autoestima, yo te gané de mano: los alcancé primero. Les expliqué la naturaleza de tu juego y la de tu código moral, que ellos en su generosa inocencia no habían sido capaces de captar. Les enseñé cómo vivir según otra moral: la mía. Y fue la mía la que decidieron seguir.

"Soy yo quien te ha arrebatado a todos aquellos que se han evaporado, los hombres y mujeres a los que odiabas, pero temías perder. No intentes encontrarnos. No queremos ser encontrados. No protestes diciendo que es nuestro deber servirte. No reconocemos ese deber. No clames diciendo que nos necesitas. No consideramos que la necesidad sea un derecho. No digas que te pertenecemos. No es así. No nos supliques que regresemos. Nosotros, los hombres de razón, nos declaramos en huelga.

"Nos declaramos en huelga contra la autoinmolación, contra la doctrina de las recompensas no merecidas y de los deberes no recompensados, contra el dogma de que la búsqueda de la felicidad es pecado, contra la doctrina de que la vida es culpa.

"Hay una diferencia entre nuestra huelga y todas las que has llevado a cabo durante siglos: nuestra huelga no consiste en plantear exigencias, sino en

concederlas. Somos malvados según tu moralidad: hemos decidido no lastimarte más. Somos inútiles según tu economía: hemos elegido no explotarte más. Según tu política somos peligrosos y deberíamos estar encadenados: hemos decidido no ponerte en peligro, ni continuar usando las cadenas. Según tu filosofía, sólo somos una ilusión: hemos decidido no engañar más tus sentidos y te hemos dejado libre para que enfrentes la realidad, la realidad que anhelabas, el mundo que ves ahora: un mundo sin razón.

"Te hemos concedido todo lo que nos exigías, nosotros que siempre hemos dado, sólo que recién lo hemos comprendido. No tenemos ninguna exigencia para hacerte, ninguna condición sobre la cual negociar, ningún compromiso que alcanzar. No tienes nada para ofrecernos. No te necesitamos.

"¿Ahora te lamentas de que no es esto lo que querías? ¿Que un mundo insensato, en ruinas no era tu objetivo? ¿No querías que te abandonáramos? ¡Eres un caníbal que siempre has sabido lo que buscabas! Pero se te terminó el juego, porque ahora también nosotros lo conocemos.

"A lo largo de siglos de calamidades y desastres, causados por tu código moral, te has quejado de que ese código había sido violado, de que las calamidades eran castigos por haberlo transgredido, de que los hombres eran demasiado débiles y egoístas para derramar toda la sangre necesaria. Maldijiste al hombre, maldijiste la existencia, maldijiste a esta Tierra, pero nunca te atreviste a cuestionar tu código. Tus víctimas aceptaron la culpa y siguieron luchando, recibiendo tus insultos como premio por su martirio, mientras seguías sosteniendo que tu código es noble, pero la naturaleza humana no es lo suficientemente buena como para practicarlo. Y nadie se puso de pie para hacer la pregunta: '¿Buena? ¿Según qué estándar?'.

"Querías conocer la identidad de John Galt: soy el hombre que ha formulado esa pregunta.

"Sí, ésta es una época de crisis moral. Sí, estás siendo castigado por tus maldades. Pero esta vez no es el hombre el que está siendo juzgado y no es la naturaleza humana la que cargará con la culpa. Es tu código moral el que ahora se acabó. Tu código moral ha alcanzado su clímax, el callejón sin salida al final de su camino. Y si deseas seguir viviendo, lo que ahora necesitas no es volver a la moral -tú que nunca la has conocido- sino descubrirla.

"Nunca has escuchado otros conceptos morales que no sean los místicos o los sociales. Te han enseñado que la moral es un código de comportamiento impuesto sobre ti por capricho, el capricho de un poder sobrenatural o el capricho de la sociedad, para servir el propósito de Dios o el bienestar del prójimo, para complacer a una autoridad de ultratumba o de la casa de al lado; pero no para servir a tu propia vida o tu placer. Te han enseñado que tu placer personal sólo se encontrará en la inmoralidad, tu interés personal sólo se podrá obtener mediante el mal, y que todo código moral debe estar diseñado no para ti, sino contra ti, no para enriquecer la vida, sino para empobrecerla.

"Durante siglos, la batalla moral fue librada entre quienes sostenían que sus vidas le pertenecen a Dios y quienes sostenían que les pertenecen a sus vecinos; entre aquellos que predicaban que el bien es el autosacrificio en beneficio de fantasmas en el paraíso, y aquellos que predicaban que el bien es el autosacrificio en

provecho de los incompetentes de la Tierra. Y nadie te ha dicho que tu vida te pertenece y que el bien reside en vivirla plenamente.
"Ambos bandos acordaron que la moral exige la renuncia al propio interés y a la razón, que lo moral y lo práctico son opuestos, que la moral no pertenece al dominio de la razón, sino al dominio de la fe y de la fuerza. Ambos bandos convinieron en que una moral racional no es posible, que en la razón no existe verdad o error; que en la razón no existe razón para ser moral.
"Cualesquiera fuesen sus desavenencias, tus moralistas han permanecido unidos contra la mente humana. Todos sus sistemas y tramoyas están diseñados para expoliar y destruir la razón. Ahora, debes elegir entre perecer o aprender que ser antimente es ser antivida.
"La mente humana es la herramienta básica para la supervivencia. Al hombre le es dada la vida, no la supervivencia. Le es dado su cuerpo, no así su sustento. Le es dada su mente, no su contenido. Para mantenerse con vida, el ser humano debe actuar, y para hacerlo debe conocer la naturaleza y el propósito de sus acciones. El hombre no puede alimentarse sin conocer el alimento y la forma de obtenerlo. No puede cavar una zanja ni construir un ciclotrón sin conocer su utilidad ni los medios para lograrlo. Para mantenerse vivo, el hombre debe pensar.
"Pero pensar es un acto selectivo. La clave de lo que irresponsablemente llamas 'naturaleza humana', el secreto a voces con el que convives, y sin embargo temes mencionar, es el hecho de que el hombre es un ser de conciencia volitiva. La razón no funciona en forma automática; pensar no es un proceso mecánico; las conexiones lógicas no se hacen por instinto.
"El funcionamiento de tu estómago, tus pulmones o tu corazón es automático; el funcionamiento de tu mente, no. A toda hora de tu vida, puedes elegir pensar o evitarte ese esfuerzo, pero no eres libre de escapar a tu naturaleza, del hecho de que la razón es tu medio de supervivencia de manera que para ti, que eres un ser humano, la pregunta '¿ser o no ser?' es lo mismo que '¿pensar o no pensar?'.
"Un ser de conciencia volitiva no tiene un comportamiento automático. Necesita un código de valores que guíe sus actos. 'Valor' es algo que uno debe obtener y conservar; 'virtud' es la acción mediante la cual uno lo obtiene y conserva. El concepto de 'valor' implica una respuesta a la pregunta: ¿de valor para quién o para qué? Todo 'valor' presupone un criterio, un propósito y la necesidad de actuar frente a alternativas. Donde no hay alternativas, no son posibles los valores.
"Hay sólo una alternativa fundamental en el universo: existencia o no existencia; y le pertenece a una sola clase de entidades: los organismos vivientes. La existencia de la materia inanimada es incondicional; la existencia de la vida, no; depende de un curso de acción específico. La materia es indestructible, cambia sus formas, pero no puede dejar de existir. Sólo un organismo vivo enfrenta la constante alternativa: la cuestión de la vida o la muerte. La vida es un proceso de acción autosostenida y autogenerada. Si un organismo fracasa en esa acción, muere; sus elementos químicos perduran, pero su vida termina. Sólo el concepto de 'vida' hace posible el concepto de 'valor'. Sólo para un ser viviente las cosas pueden ser buenas o malas.
"Una planta debe alimentarse para vivir; la luz solar, el agua, los elementos químicos que necesita son los valores que su naturaleza determinó que persiguiera; su vida es el parámetro de valor que dirige sus acciones. Pero una

planta no tiene alternativas de acción; hay alternativas en las condiciones con las que se enfrenta, pero no en su función: ella actúa automáticamente para extender su vida, no puede actuar en pos de su propia destrucción.

"Un animal está programado para mantener su vida; sus sentidos le proveen un código de acción automático, un conocimiento automático de lo que es bueno y malo para él. No tiene poder para ampliar su conocimiento ni para evadirlo. En situaciones en las que su programación resulta inadecuada, muere. Pero mientras vive, actúa en base a su programa, con seguridad automática y sin poder de elección. El animal es incapaz de ignorar su propio bien y de decidir escoger el mal y actuar como su propio destructor.

"El ser humano no tiene un código automático de supervivencia. Su diferencia con las demás especies vivientes es la necesidad de actuar frente a alternativas mediante la elección volitiva. El hombre no tiene conocimiento automático de lo que es bueno o malo para él, de qué valores sustentan su vida, ni de los cursos de acción que su existencia requiere. ¿Osas balbucear respecto al instinto de autoconservación? El instinto de autoconservación es precisamente lo que el hombre no posee. Un 'instinto' es una forma de conocimiento inequívoca y automática. Un deseo no es un instinto. El deseo de vivir no le da a uno el conocimiento necesario para la vida, e incluso el deseo de vivir del humano no es automático: tu horrible secreto es que ése es el deseo que tú no posees. Tu miedo a la muerte no es amor a la vida, y no te dará el conocimiento necesario para conservarla. El hombre debe obtener su conocimiento y elegir sus acciones mediante un proceso de razonamiento, proceso que la naturaleza no lo obliga a realizar. El hombre tiene el poder para actuar como su propio destructor, y ésa es la forma en la que ha venido actuando durante casi toda su historia.

"Un ser vivo que considere depravados a sus medios de supervivencia, no puede sobrevivir. Una planta que luchara por mutilar sus raíces, o un pájaro que quisiera quebrar sus alas no existiría por mucho tiempo. Sin embargo, la historia humana ha sido una lucha por negar y destruir la mente.

"El hombre ha sido denominado como un ser racional, pero la racionalidad es una cuestión de elección, y la alternativa que su naturaleza le ofrece es: actuar como un ser racional o como un animal suicida. El hombre debe ser hombre por elección; debe considerar su vida como un valor, por elección; debe aprender a mantenerla, por elección; debe descubrir los valores que esto requiere y practicar sus virtudes, por elección.

"Un código de valores aceptado por elección es un código moral.

"Dondequiera que estés, a ti que me estás escuchando, le hablo a lo que pudiera quedar como remanente vivo e incorrupto en tu interior, al remanente humano, a tu mente, y le digo: existe una moral de la razón, una moral propia del humano, y la vida humana es su fundamento y su medida de valor.

"Todo lo que es conveniente para la vida de un ser racional es bueno; todo lo que la destruye es malo.

"La vida del hombre, tal como lo requiere su naturaleza, no es la vida de una bestia sin mente, de un bandido saqueador o de un místico vagabundo, sino la vida de un ser pensante; no es la vida por medio de la fuerza o el fraude, sino la vida por medio del logro; no es la supervivencia a cualquier precio, ya que sólo hay un precio que pagar por la supervivencia humana: la razón.

"La vida del hombre es el parámetro de la moral, pero la propia vida es su propósito. Si tu objetivo es la existencia en la Tierra, debes elegir tus acciones y valores según los parámetros humanos, a fin de preservar, realizar y disfrutar el valor irreemplazable que es tu vida.
"Dado que la vida requiere de un curso de acción específico, cualquier otro la destruirá. Un ser que no tenga a su propia vida como el motivo y meta de sus acciones, está actuando según los motivos y criterios de la muerte. Un ser así es una monstruosidad metafísica, que luchando por oponerse, negar y contradecir el hecho de su propia existencia, corriendo ciega y desenfrenadamente hacia su destrucción, sólo es capaz de generar dolor.
"La felicidad es el estado exitoso de la vida, el sufrimiento es el agente de la muerte. La felicidad es el estado de conciencia que proviene del logro de los propios valores. Una moral que se atreva a decirte que encuentres la felicidad en la renuncia a tu propia felicidad, que valores la pérdida de tus propios valores, es una insolente negación de la moral. Una doctrina que te proponga como ideal el papel de un animal expiatorio que sólo quiere ser inmolado en los altares de otros, te está dando a la muerte como parámetro. Por gracia de la realidad y de la naturaleza de la vida, el ser humano es un fin en sí mismo, existe para sí mismo, y el logro de su propia felicidad es su más alto propósito moral.
"Pero ni la vida ni la felicidad pueden lograrse mediante la persecución de caprichos irracionales. El hombre es libre de intentar sobrevivir de cualquier manera, pero perecerá a menos que viva de acuerdo con su naturaleza. Igualmente, el hombre es libre de buscar su felicidad en cualquier fraude insensato, pero todo lo que encontrará será tortura y frustración a menos que busque la felicidad apropiada para él. El propósito de la moral es enseñarnos, no a sufrir y morir, sino a disfrutar y vivir.
"Barre a un lado a esos parásitos de academia subsidiados, que viven de las ganancias de la mente de otros y proclaman que el hombre no necesita moral, ni valores, ni código de conducta. Esos, que se consideran científicos y aseguran que el hombre es sólo un animal, al que no conceden en el mapa de la existencia el lugar que le han concedido al más insignificante de los insectos.
"Esos imbéciles reconocen que cada especie viviente tiene una forma de supervivencia determinada por su naturaleza, no opinan que un pez pueda vivir fuera del agua o que un perro pueda vivir sin su sentido del olfato; pero el hombre, aseguran, el más complejo de los seres, puede sobrevivir de cualquier manera, no tiene identidad ni naturaleza, y no hay una razón práctica para que no pueda vivir con su fuente de supervivencia destruida, con su mente estrangulada y puesta a disposición de cualquier orden que ellos decidan instituir.
"Barre a un lado a esos místicos corrompidos por el odio, que se presentan como amigos de la humanidad y predican que la más alta virtud que un hombre puede practicar es considerar que su propia vida carece de valor.
"¿Te dicen que el propósito de la moral es reprimir el instinto de autopreservación del hombre? Es justamente por el propósito de la autopreservación que el hombre necesita un código moral. El único hombre que desea ser moral es aquel que desea vivir.
"No, no estás obligado a vivir; hacerlo o no es la elección básica. Pero si eliges vivir, debes hacerlo como ser humano: a través del trabajo y del juicio de tu mente.

"No, no estás obligado a vivir como un hombre; hacerlo o no es una elección moral. Pero no puedes vivir como otra cosa: la alternativa es ese estado de muerte en vida, cada vez más habitual para ti y los que te rodean, el estado de ineptitud para la existencia, que ya no es humano y es menos que animal, una cosa que no conoce más que el dolor y se arrastra durante años en la agonía de la autodestrucción involuntaria.
"No, no estás obligado a pensar; pensar es también un acto de elección moral. Pero alguien debió pensar para mantenerte con vida; si eliges no hacerlo, estafas a la existencia y le pasas el déficit a algún hombre moral, esperando que él sacrifique su propio bien para permitirte sobrevivir con tu maldad.
"No, no tienes por qué ser hombre; pero aquellos que lo son, ya no están aquí. Te he quitado tu fuente de supervivencia: tus víctimas.
"Si deseas saber cómo lo hice y qué les dije para hacerlos renunciar, lo estás oyendo ahora. Les di, en esencia, el mismo discurso que hoy te estoy dando a ti. Eran hombres y mujeres que habían vivido según mi código, pero sin conciencia de cuán grande era la virtud que eso representaba. Se lo hice ver. Les ofrecí no una reevaluación, sino una identificación de sus valores.
"Nosotros, los hombres de razón, estamos ahora en huelga contra ti en nombre de un único axioma que es la raíz de nuestro código moral, de la misma forma que la raíz del tuyo es el deseo de huirle: el axioma de que la existencia existe.
"La existencia existe, y el acto de captar esa afirmación implica otros 2 corolarios: que algo existe, que uno lo percibe y que uno existe poseyendo conciencia, siendo la conciencia la facultad de percibir lo que existe.
"Si nada existe, no puede haber conciencia: una conciencia sin nada de qué ser consciente es una contradicción. Una conciencia consciente de nada más que de sí misma es una contradicción: antes de poder identificarse a sí misma como conciencia, debió ser consciente de algo. Si eso que dices percibir no existe, lo que posees no es conciencia.
"Cualquiera sea el grado de tu conocimiento, estos 2 principios, existencia y conciencia, son axiomas de los cuales no puedes escapar. Son principios irreductibles implicados en cualquier acción que emprendas, en cada parte de tu conocimiento y en su suma, desde el primer rayo de luz que puedas percibir al comienzo de tu vida hasta la más amplia erudición que puedas alcanzar al final. Sea que conozcas la forma de una piedra o la estructura del sistema solar, los axiomas son los mismos: que eso existe y que tú lo sabes.
"Existir es ser algo, por oposición a la nada de la no existencia, es ser una entidad con una naturaleza específica compuesta por atributos específicos. Siglos atrás, quien fue -independientemente de sus errores- el más grande de los filósofos, planteó la fórmula que define el concepto de existencia y la regla de todo conocimiento: 'A es A': una cosa es sí misma. Nunca has comprendido el significado de esta aseveración. Estoy aquí para completarla: la Existencia es Identidad, la Conciencia es Identificación.
"Sin que importe lo que se esté considerando, sea un objeto, un atributo o una acción, la ley de la identidad se mantiene. Una hoja de un árbol no puede ser una piedra al mismo tiempo, no puede ser toda roja y toda verde al mismo tiempo, no puede congelarse y quemarse al mismo tiempo. A es A. O, si lo quieres en un lenguaje más sencillo: no puedes conservar la torta y al mismo tiempo comerla.

"¿Quieres saber qué está mal en el mundo? Todos los desastres que han asolado al mundo provinieron del intento de los líderes de ignorar el hecho de que A es A. Toda la maldad secreta que te espanta encarar en tu interior y todo el dolor que has debido soportar, provienen de tu propio intento de ignorar el hecho de que A es A. El propósito de quienes te enseñaron a ignorarlo fue lograr que olvidaras que el Hombre es el Hombre.

"El hombre no puede sobrevivir excepto mediante la adquisición de conocimiento, y la razón es su única manera de obtenerlo. La razón es la facultad que percibe, identifica e integra el material provisto por los sentidos. La tarea de los sentidos es darle la evidencia de la existencia, pero la tarea de identificarla pertenece a la razón; sus sentidos le dicen sólo que algo es, pero qué es, debe ser aprendido por su mente. "Todo pensamiento es un proceso de identificación e integración. El hombre percibe una mancha de color; integrando la evidencia de su vista y su tacto, aprende a identificarla como un objeto sólido; aprende a identificar al objeto como una mesa; aprende que la mesa está hecha de madera; aprende que la madera está compuesta por células, y que las células están compuestas por moléculas, y que las moléculas están compuestas por átomos. En todo este proceso, el trabajo de su mente consiste en responder a una sola pregunta: '¿Qué es?'. Su forma de establecer la veracidad de sus respuestas es la lógica, y la lógica se basa en el axioma de que la existencia existe. La lógica es el arte de la identificación no contradictoria. Una contradicción no puede existir. Un átomo es sí mismo, y también lo es el universo; ninguno puede contradecir su propia existencia, ni puede una parte contradecir al todo. Ningún concepto creado por el hombre es válido, a menos que se integre sin contradicción a la suma total de su conocimiento. Llegar a una contradicción es confesar un error en el pensamiento; mantener una contradicción es abdicar a la propia mente y sustraerse del reino de la realidad.

"La realidad es aquello que existe; lo irreal no existe; lo irreal es meramente esa negación de la existencia que ocupa una conciencia humana cuando intenta abandonar la razón.

"La verdad es el reconocimiento de la realidad; la razón, el único instrumento de conocimiento del hombre, es su único parámetro de verdad.

"La frase más depravada que podrías pronunciar es preguntar: '¿La razón de quién?'. La respuesta es: 'La tuya'. No importa cuán vasto sea tu conocimiento, o cuán modesto, es tu propia mente la que debe adquirirlo. Sólo se puede actuar en base al conocimiento propio. Es sólo tu propio conocimiento el que puedes afirmar poseer, o pedir a otros que consideren. Tu mente es tu único juez de la verdad... y si otros disienten de tu veredicto, la realidad es la última corte de apelación. Nada salvo la mente humana puede realizar ese complejo, delicado y crucial proceso de identificación que es pensar. Nada puede guiar al proceso salvo tu propio juicio. Nada puede guiar tu juicio salvo tu integridad moral.

"A ti, que hablas de 'instinto moral' como si fuera un atributo separado opuesto a la razón, te digo: la razón del hombre es su facultad moral. Un proceso de razonamiento es un proceso constante de elección en respuesta a la pregunta: '¿Verdadero o falso?'. Se debe plantar una semilla en la tierra para que crezca: ¿verdadero o falso? Se deben desinfectar las heridas para salvar la vida: ¿verdadero o falso? La electricidad atmosférica puede convertirse en fuerza

cinética: ¿verdadero o falso? Las respuestas a estas preguntas te han dado todo cuanto posees, y esas respuestas surgieron de la mente de algún hombre, intransigentemente devoto de lo correcto.

"Un proceso racional es un proceso moral. Puedes cometer un error en cualquier paso, sin nada que te proteja excepto tu propio rigor, o puedes tratar de hacer trampa, de falsear la evidencia y evadir el esfuerzo de la búsqueda; pero si la devoción hacia la verdad es la marca de la moral, entonces no existe una forma de devoción más grande, noble y heroica que el acto de un hombre que asume la responsabilidad de pensar.

"Eso que llamas 'alma' o 'espíritu' es tu conciencia, y eso que llamas 'libre albedrío' es la libertad de tu mente para pensar o no pensar, el único albedrío que tienes, tu única libertad, la elección que controla todas las demás elecciones que haces y determina tu vida y tu carácter.

"La única virtud básica del hombre es el pensamiento: de ella proceden todas las demás. Y tu vicio básico, la fuente de todos tus males, es ese acto innombrable que algunos practican pero que no desean admitir: el acto de dejar la mente en blanco, la voluntaria suspensión de la propia conciencia, la negación a pensar; no la ceguera, sino el rechazo a ver; no la ignorancia, sino el rechazo a saber. Es el acto de desenfocar la mente y provocar una niebla interna para evadir la responsabilidad de juzgar, en base a la premisa nunca formulada de que una cosa no existirá si nos negamos a identificarla, que A no será A mientras no pronunciemos el veredicto: 'Lo es'. No pensar es un acto de aniquilación, un deseo de negar la existencia, un intento de borrar la realidad. Pero la existencia existe; la realidad no se puede borrar, simplemente borrará al borrador. Al negarte a decir 'Esto es', te estás negando a decir 'Yo soy'. Al suspender tu juicio, niegas tu persona. Cuando un hombre declara: '¿Quién soy yo para saber?' está diciendo: '¿Quién soy yo para vivir?'.

"Eso, a cada hora y en cada asunto, es tu elección moral básica: pensar o no pensar, existir o no existir, A o no A, entidad o cero.

"En la medida en que un hombre es racional, la vida es la premisa que dirige sus acciones. En la medida en que un hombre es irracional, la premisa que guía sus acciones es la muerte.

"A ti, que farfullas que la moral es social y que el hombre no necesitaría ninguna moral en una isla desierta, te digo que es en una isla desierta donde más la necesitaría. Sólo déjalo pretender, cuando no haya víctimas para pagar el precio, que una roca es una casa, que la arena es ropa, que la comida caerá en su boca sin causa ni esfuerzo, que podrá recoger la cosecha mañana si devora las semillas hoy, y la realidad lo barrerá, tal como se lo merece; la realidad le demostrará que la vida es un valor que debe comprarse y que el pensamiento es la única moneda lo suficientemente noble para pagarla.

"Si yo hablara tu tipo de lenguaje, diría que el único mandamiento moral para el hombre es: 'Debes pensar'. Pero la frase 'mandamiento moral' es una contradicción. Lo moral es lo elegido, no lo obligado; lo comprendido, no lo obedecido. Lo moral es lo racional, y la razón no acepta mandamientos.

"Mi moral, la moral de la razón, está contenida en un solo axioma: la existencia existe; y en una única elección: vivir. El resto deriva de ella. Para vivir, el hombre debe considerar 3 cosas como los valores supremos que rigen su vida: razón,

propósito y autoestima. La Razón, como su única herramienta para el conocimiento. El Propósito, como su elección de la felicidad que esa herramienta procederá a lograr. Autoestima, como la inviolable certeza de que su mente es competente para pensar y de que su persona es digna de ser feliz, lo cual significa que es digna de vivir. Estos 3 valores implican y requieren de todas las virtudes humanas, y todas ellas pertenecen a la relación entre la existencia y la conciencia: racionalidad, independencia, integridad, honestidad, justicia, productividad, orgullo.
"Racionalidad es el reconocimiento del hecho de que la existencia existe, de que nada puede alterar la verdad y que nada puede ser más importante que el acto de percibirla, o sea pensar; de que la mente es el único juez de valores y la única guía de acción; de que la razón es un absoluto que no admite compromiso; de que una concesión a la irracionalidad invalida la propia conciencia y cambia su tarea de percibir por la tarea de falsificar la realidad; de que el pretendido atajo hacia el conocimiento, la fe, es sólo una simplificación que destruye la mente; de que la aceptación de una invención mística equivale al deseo de aniquilar la existencia y, como consecuencia, aniquila la conciencia.
"La independencia es el reconocimiento del hecho de que la responsabilidad de juzgar es de uno y nada puede ayudar a eludirla; de que ningún sustituto puede pensar por uno, como ningún suplente puede vivir nuestra vida; que la forma más vil de autodegradación y autodestrucción es la subordinación de nuestra mente a la mente de otro, la aceptación de sus aseveraciones como hechos, sus dichos como verdad, sus edictos como intermediarios entre nuestra conciencia y nuestra existencia.
"Integridad es el reconocimiento de que no se puede falsificar la propia conciencia, así como la honestidad es el reconocimiento de que no se puede falsificar la existencia; de que el hombre es una entidad indivisible, una unidad integrada de 2 atributos: materia y conciencia, y que no puede permitir brecha alguna entre cuerpo y mente, entre acción y pensamiento, entre vida y convicciones; de que, como un juez impermeable a la opinión pública, uno no puede sacrificar sus certidumbres a los deseos de otros, aunque toda la humanidad se lo suplique o lo amenace; de que el coraje y la confianza son necesidades prácticas, y el coraje, la forma práctica de ser fiel a la existencia, de ser fiel a la propia conciencia.
"Honestidad es el reconocimiento de que lo irreal es irreal y no puede tener ningún valor, de que ni el amor ni la fama ni el dinero pueden tener valor si se obtienen mediante fraude; de que un intento por obtener un valor engañando la mente de otros es equivalente a elevar a las víctimas por encima de la realidad, de que uno se convierte en un peón de su ceguera, un esclavo de su no-pensamiento y sus evasiones, mientras que su inteligencia, su racionalidad y sus percepciones se convierten en los enemigos a los que hay que temer y de los cuales hay que huir; es el reconocimiento de que uno no quiere vivir como dependiente, y mucho menos como dependiente de la estupidez de otros, o como un necio cuya fuente de valor son los necios a los que puede embaucar; de que la honestidad no es un deber social, no es un sacrificio por los demás, sino la virtud más profundamente egoísta que un hombre pueda practicar: su negación a sacrificar la realidad de su propia existencia a la confundida conciencia de los demás.
"Justicia es el reconocimiento de que no se puede falsificar el carácter del hombre así como no se puede falsificar el carácter de la naturaleza; de que se debe juzgar

a los hombres con tanto cuidado como a los objetos inanimados, con el mismo respeto por la verdad, con la misma visión incorruptible, mediante un proceso de identificación igualmente puro y racional; de que cada hombre debe ser juzgado por lo que es, y tratado en consecuencia; de que, así como uno no paga un precio más alto por un pedazo herrumbrado de chatarra que por una pieza de metal precioso, no puede valorizarse a un corrupto más que a un héroe; de que la valuación moral es la moneda con que se paga a los hombres por sus virtudes o por sus vicios, y ese pago nos exige un honor tan escrupuloso como el que se utiliza en las transacciones financieras; de que negar el des-precio hacia los vicios es un acto de falsificación moral, así como negar la admiración por las virtudes es un acto de defraudación moral; de que colocar cualquier otra consideración por encima de la justicia es devaluar el circulante moral y defraudar al bien en favor del mal, dado que con la falta de justicia sólo los buenos pueden perder y sólo los malos pueden beneficiarse; y de que el fondo del pozo al final de ese camino, el último acto de bancarrota moral, es castigar a los hombres por sus virtudes y premiarlos por sus vicios; de que ése es el colapso y la rendición a la completa depravación, la Misa Negra de adoración a la muerte, la dedicación de nuestra conciencia a la destrucción de la existencia.

"Productividad es nuestra aceptación de la moral, nuestro reconocimiento de que elegimos vivir; de que el trabajo productivo es el proceso mediante el cual nuestra conciencia controla nuestra existencia, un proceso constante de adquisición de conocimiento y modelación de la materia para servir a nuestros propósitos, de traducir una idea en una forma fisica, de rehacer la Tierra a imagen de nuestros valores; de que todo trabajo es creativo si es realizado por una mente pensante, y de que ningún trabajo es creativo si lo realiza un vacío que repite en acrítico estupor una rutina que ha aprendido de otros; de que tú debes elegir tu trabajo, y de que tus opciones están en relación con tu capacidad, ya que nada mayor a ella es posible para ti, y de que nada menor es humano; de que hacer trampa para obtener un trabajo que supere la capacidad de tu mente es convertirte en un primate aterrorizado que funciona con movimientos prestados en tiempo prestado; y de que conformarse con un trabajo que requiere menos que la plena capacidad de tu mente es apagar tu motor y sentenciarte a la decadencia; de que nuestro trabajo es el proceso de alcanzar nuestros valores, y de que perder nuestra ambición por los valores es perder nuestra ambición de vivir; de que nuestro cuerpo es una máquina, pero nuestra mente es su conductor, y se debe conducir tan lejos como nos lleve nuestra mente, con la autorrealización como objetivo de nuestro camino; de que el hombre que no tiene propósito es una máquina que rueda cuesta abajo a merced de cualquier piedra que lo desbarranque; de que el hombre que suprime a su mente es una máquina detenida que se oxida lentamente; de que el hombre que permite que un líder le indique el rumbo no es más que chatarra remolcada hacia una pila de chatarra, y de que el hombre que convierte a otro hombre en su meta es una persona que pide que la trasladen y a quien ningún conductor debería llevar; de que nuestro trabajo es el propósito de nuestra vida, y de que debemos arrollar a cualquier asesino que se crea con el derecho de detenernos; de que cualquier valor que encontremos fuera de nuestro trabajo, cualquier otra lealtad o amor, son sólo viajeros con quienes elegimos

compartir el trayecto, pero deben ser viajeros capaces de viajar por sí mismos en nuestra misma dirección.
"Orgullo es el reconocimiento de que uno es su mayor valor y que, como todos los valores del hombre, debe ser ganado; que de todos los logros alcanzables, el que hace posibles a todos los demás es la creación de nuestro propio carácter; de que nuestro carácter, nuestras acciones, nuestros deseos, nuestras emociones son producto de las premisas sostenidas por nuestra mente; de que así como un hombre debe producir los valores físicos que necesita para mantener su vida, también debe adquirir los valores de carácter que hacen que su vida valga la pena; de que así como el hombre es un ser que genera su riqueza, también es un ser que genera su alma; de que vivir requiere un sentido de autoestima, pero el hombre, así como no tiene valores automáticos, tampoco tiene una sensación automática de autoestima y debe ganársela moldeando su alma a imagen de su ideal moral, a imagen del Hombre, el ser racional que nació capacitado para crear, pero que debe crear por propia elección; de que la 1° condición para la autoestima es ese radiante egoísmo del alma que desea lo mejor de todas las cosas, en valores materiales y espirituales, un alma que busca por encima de todas las cosas alcanzar su propia perfección moral, no atribuyendo a nada un valor por encima de ella misma; y que la prueba de una verdadera autoestima es el estremecimiento de desprecio y rebelión de tu alma en contra de asumir el papel de animal expiatorio, en contra de la vil impertinencia de cualquier credo que proponga inmolar el valor irreemplazable que es nuestra conciencia y la gloria incomparable que es nuestra existencia, a favor de las evasiones ciegas y el estancamiento decadente de los otros.
"¿Comienzas a entender quién es John Galt? Soy el hombre que ha ganado aquello por lo que tú no has luchado, a lo que has renunciado, traicionado, corrompido y sin embargo no has podido destruir completamente y que hoy escondes como un secreto culposo, malgastando tu vida en disculpas ante cada caníbal profesional, no vaya a ser descubierto que muy dentro de ti aún quisieras decir lo que ahora le estoy diciendo a toda la humanidad: 'Estoy orgulloso de mi propio valor y de mi deseo de vivir'.
"Este deseo -que compartes, y sin embargo ahogas como si fuera maligno- es el único remanente bueno que te queda, pero es un deseo que debes aprender a merecer. El único propósito moral del hombre es su felicidad, pero sólo se puede alcanzar mediante la propia virtud. La virtud no es un fin en sí misma. La virtud no es su recompensa personal ni forraje de sacrificio para premiar al mal. La Vida es la recompensa de la virtud, y la felicidad es el objetivo y la recompensa de la vida.
"Así como el cuerpo experimenta 2 sensaciones fundamentales, placer y dolor, como señales de su bienestar o su malestar, como un barómetro de su alternativa básica, vida o muerte, así también la conciencia tiene 2 emociones fundamentales, alegría y sufrimiento, en respuesta a la misma alternativa. Las emociones son estimaciones de aquello que extiende la vida o la amenaza, rapidísimas calculadoras que nos dan la suma de las ganancias o las pérdidas.
"No tienes elección sobre tu capacidad de sentir que algo es bueno o malo para ti, pero qué considerarás bueno o malo, qué te dará alegría o dolor, qué amarás u odiarás, desearás o temerás, depende de tu código de valores. Las emociones son inherentes a la naturaleza humana, pero su contenido le es dado por la mente.

La capacidad emocional es un motor vacío, y los valores son el combustible con el que la mente lo llena. Si eliges una mezcla de contradicciones, se obstruirá el motor, se corroerá la transmisión, y te hará naufragar en tu primer intento por movilizarte en una máquina que tú, el conductor, has corrompido.

"Si colocas a lo irracional como medida de valor y a lo imposible como concepto del bien, si aspiras a recompensas que no has ganado, a una fortuna, o un amor que no mereces, a encontrar un atajo a la ley de causalidad, a que una A se convierta en no-A por tu mero capricho, si deseas el opuesto a la existencia, precisamente eso es lo que tendrás. Y cuando lo alcances, no digas que la vida es frustración y que la felicidad es imposible para el hombre; verifica tu combustible: es el que te ha llevado adonde quisiste ir.

"La felicidad no se alcanza por orden de caprichos emocionales. La felicidad no es la satisfacción de cualquier deseo irracional con que ciegamente intentes consentirte. La felicidad es un estado de alegría no contradictoria, una alegría sin pena ni culpa, una alegría que no choca con ninguno de tus valores y que no te lleva a tu propia destrucción; no es la alegría de escapar de tu mente, sino la de usar su poder total; no es la alegría de disimular la realidad, sino la de alcanzar valores reales; no es la alegría de un borracho, sino la de un productor. La felicidad es sólo posible para el hombre racional, el que no desea más que objetivos racionales, que no busca más que valores racionales y no encuentra su alegría sino en acciones racionales.

"Así como no mantengo mi vida mediante el robo o la limosna, sino mediante mi propio esfuerzo, tampoco busco obtener mi felicidad por el daño o el favor de otros, sino por mis propios logros. Así como no considero el placer de los demás como el objetivo de mi vida, tampoco considero que mis placeres deban ser el fin de la vida de otros. Así como no hay contradicciones en mis valores ni conflictos entre mis deseos, tampoco hay víctimas ni conflictos de interés entre hombres racionales, hombres que no desean lo no ganado, y no ven al otro con apetitos caníbales, hombres que no hacen sacrificios ni los aceptan.

"El símbolo de todas las relaciones entre esos hombres, el símbolo moral del respeto por los seres humanos, es el comerciante. Nosotros, los que vivimos según valores, no saqueos, somos comerciantes, tanto en lo material como en lo espiritual. Un comerciante es alguien que gana lo que obtiene y no da ni toma lo inmerecido. Un comerciante no pretende que se le pague por sus fracasos, ni que se lo ame por sus defectos. Un comerciante no despilfarra su cuerpo como si fuera forraje, ni su alma como si fuera limosna. Así como no entrega su trabajo excepto a cambio de valores materiales, tampoco entrega los valores de su espíritu -su amor, su amistad, su estima- como no sea en pago por virtudes humanas, en pago por su propio placer egoísta, que él recibe de hombres a los que puede respetar. Los parásitos místicos que a través de las épocas han denigrado a los comerciantes y los han mantenido en el oprobio, al tiempo que brindaban honores a los pordioseros y saqueadores, siempre tuvieron claro el secreto motivo de sus burlas: un comerciante es la entidad a la que temen: un hombre justo.

"¿Te preguntas qué obligación moral tengo hacia mis semejantes? Ninguna. Sólo tengo obligación hacia mí mismo, hacia los objetos materiales y hacia todo lo que existe: la racionalidad. Trato con los hombres como lo requiere mi naturaleza y la de ellos: por medio de la razón. No busco ni deseo nada de ellos, excepto aquellas

relaciones que ellos quieren iniciar por su propia y voluntaria elección. Sólo puedo tratar con su mente y sólo por mi propio interés, cuando compruebo que mi interés coincide con el suyo. Si ellos no lo ven así, no entro en la relación; dejo que quienes no estén de acuerdo conmigo sigan su camino y yo no me aparto del mío. Para ganar no uso más que la lógica, y no me rindo ante nada más que ella. No entrego mi razón ni trato con gente que entrega la suya. No tengo nada que ganar de tontos ni de cobardes; no busco obtener beneficio de los vicios humanos: de la estupidez, la deshonestidad o el temor. El único valor que se me puede ofrecer es el trabajo de la mente. Cuando estoy en desacuerdo con un hombre racional, dejo que la realidad sea nuestro árbitro final; si yo estoy en lo cierto, él aprenderá; si estoy equivocado, seré yo quien aprenda; uno de los 2 ganará, pero los 2 nos beneficiaremos.

"Hay un acto maligno que no está abierto a ninguna controversia: el acto que nadie puede cometer contra otros y ningún hombre puede admitir o perdonar. Mientras los hombres deseen vivir en conjunto, ningún hombre puede iniciar -¿me escuchas?- ...ningún hombre puede iniciar el uso de la fuerza física contra otros.

"Interponer la amenaza de destrucción física entre un hombre y su percepción de la realidad es negar y paralizar sus medios de supervivencia; forzarlo a actuar contra su propio juicio, es como forzarlo a actuar contra su propio sentido de la visión. Quienquiera que, por cualquier causa o finalidad, inicie el uso de la fuerza, es un asesino que actúa bajo una premisa de muerte más amplia que el asesinato: la premisa de destruir la capacidad humana para la vida.

"No abras tu boca para decirme que tu mente te ha convencido de tu derecho a forzar mi mente. Fuerza y mente son opuestos: la moral termina donde comienza un revólver. Cuando declaras que los hombres son animales irracionales y propones tratarlos como tales, defines tu propio carácter y quedas inhabilitado para reclamar la confirmación de la razón, tal como no la puede reclamar ningún defensor de contradicciones. No puede haber 'derecho' para destruir la fuente de los derechos, la única vía para juzgar lo correcto y lo equivocado: la mente.

"Forzar a un hombre a renunciar a su mente y aceptar tu voluntad como sustituto, con un revólver en lugar de un razonamiento, con el terror en lugar de la demostración, y la muerte como el argumento final, es intentar existir desafiando a la realidad. La realidad exige que el hombre actúe por su propio interés racional; tu pistola le exige actuar contra él. La realidad amenaza al hombre con la muerte si no actúa de acuerdo con su juicio racional: tú lo amenazas con la muerte si lo hace. Tú lo pones en un mundo en el que el precio por su vida es la renuncia a todas las virtudes requeridas para la vida, y la muerte mediante un proceso de destrucción gradual es todo lo que tú y tu sistema obtendrán, cuando la muerte se convierta en el poder reinante, el argumento ganador en una sociedad humana.

"Ya sea un asaltante de caminos que enfrenta a un viajero con el ultimátum: 'La bolsa o la vida', o un político que enfrenta a un país con el ultimátum: 'La educación de tus hijos o tu vida', el verdadero significado de la intimación es: 'tu mente o tu vida', pero para el hombre no es posible una sin la otra.

"Si el mal tiene grados, es difícil decir quién es peor: el bruto que asume el derecho de forzar la mente de otros, o el degenerado moral que les permite a otros el derecho de forzar su mente. Ese es el absoluto moral que no está abierto a debate. No considero razonables a hombres que se proponen privarme de mi

razón. No entro en discusiones con vecinos que piensan que pueden prohibirme pensar. No apruebo al asesino que desea matarme. Cuando alguien pretende tratar conmigo por la fuerza, le contesto con la fuerza.
"La fuerza puede usarse sólo como represalia y sólo contra quien comienza a usarla. No, no comparto su maldad ni me hundo en su concepto de moralidad: simplemente le concedo su voluntad de destrucción, la única destrucción que tiene derecho a elegir: la suya. El utiliza la fuerza para obtener un valor; yo sólo la uso para destruir la destrucción. Un ladrón busca obtener riqueza matándome; yo no me vuelvo más rico matando a un ladrón. Yo no busco ningún valor a través del mal, ni rindo a él los míos.
"En nombre de todos los productores que te han mantenido con vida y sólo han recibido como pago tu ultimátum de muerte, ahora respondo con un ultimátum de mi parte: 'Nuestro trabajo o tus armas'. Puedes elegir uno de ellos; no puedes tener ambos. Nosotros no iniciamos el uso de la fuerza contra otros ni nos sometemos a su fuerza. Si deseas volver a vivir en una sociedad industrial, será en nuestros términos morales. Nuestras condiciones y nuestros motivos son la antítesis de los tuyos. Has estado usando el temor como arma y le has estado trayendo la muerte al hombre como castigo por rechazar tu moral. Nosotros te ofrecemos la vida como recompensa por aceptar la nuestra.
"Tú, adorador del cero, nunca has llegado a descubrir que vivir no equivale a evitar la muerte; que alegría no es ausencia de dolor, inteligencia no es ausencia de estupidez, luz no es ausencia de oscuridad, y una entidad no es ausencia de no-entidad.
"No se logra construir absteniéndose de demoler; siglos de espera en tal abstinencia no levantarán ni una sola columna que evitas demoler. No puedes decirme a mí, el constructor: 'Produce, y aliméntame a cambio de que no destruyamos tu producción'. Yo te contesto en nombre de todas tus víctimas: perece en tu propio vacío. La existencia no es una negación de negativas. El mal, no el valor, es una ausencia y una negación; el mal es impotente y no tiene más poder que el que permitimos que nos extraiga. Perece, por-que hemos aprendido que el cero no puede hipotecar la vida.
"Tú buscas escapar del dolor. Nosotros buscamos lograr la felicidad. Tu finalidad es evitar el castigo. La nuestra, ganar recompensas. Las amenazas no nos hacen funcionar; el miedo no nos incentiva. No deseamos evitar la muerte: deseamos vivir la vida.
"Tú, que has perdido el concepto de la diferencia, que sostienes que miedo y alegría son incentivos de igual poder -y en secreto agregas que el miedo es más 'práctico'-, no deseas vivir, y sólo el temor a la muerte te une a la existencia que has maldecido. Te lanzas lleno de pánico a través de la trampa de tus días, buscando la salida que tú mismo has cerrado, huyendo de un perseguidor al que no te animas a nombrar, hacia un terror que temes reconocer, y cuanto mayor es el terror mayor es tu miedo al único acto que podría salvarte: pensar. El propósito de tu lucha es no saber, no captar, ni nombrar, ni oír lo que ahora te diré: la tuya es la Moral de la Muerte.
"La muerte es la escala de tus valores, la muerte es la meta que has elegido; debes seguir corriendo, ya que no tienes posibilidad de huir del perseguidor que quiere destruirte, ni del reconocimiento de que ese perseguidor eres tú mismo.

Detente, por una vez; no hay escapatoria; quédate desnudo, como te aterroriza hacerlo, pero como yo te veo, y mira lo que te has atrevido a llamar 'código moral'.
"El punto de partida de tu moral es la maldición, y la destrucción es su propósito, medio y fin. Tu código comienza maldiciendo al hombre, y luego le exige que practique un bien que define como imposible de practicar. Exige, como primera prueba de su virtud, que acepte su propia depravación sin pruebas. Exige que comience, no con un parámetro de valor, sino con un parámetro del mal, que es él mismo, y por medio del cual a continuación debe definir el bien: el bien es aquello que él no es.
"No importa entonces quién se aproveche de la gloria a la que ha renunciado y de su alma atormentada: un Dios místico con un designio incomprensible, o cualquier transeúnte cuyas llagas infectas se constituyen en un inexplicable derecho sobre él; no importa, no se supone que el hombre comprenda el bien; su deber es arrastrarse a través de años de castigo, expiando la culpa de su existencia con cualquier cobrador de deudas incomprensibles. Su único concepto de valor es el cero: lo bueno es aquello que es no-humano.
"El nombre de este monstruoso absurdo es Pecado Original.
"Un pecado sin elección es una bofetada a la moral y una insolente contradicción: algo que está fuera de la posibilidad de elección, está fuera del territorio de la moral. Si el hombre es malvado de nacimiento, no tiene voluntad ni poder para cambiar; y, si no tiene voluntad, no puede ser bueno ni malo: los robots son amorales.
"Considerar como pecado del hombre un hecho que no está bajo su control es una burla a la moral. Considerar la naturaleza del hombre como su pecado es una burla a la naturaleza. Castigarlo por un crimen que cometió antes de nacer es una burla a la justicia. Considerarlo culpable en una cuestión en la que no existe la inocencia es una burla a la razón. Destruir la moral, la naturaleza, la justicia y la razón por medio de un único concepto es una hazaña del mal dificil de igualar. Sin embargo, ésa es la raíz de tu código.
"No te escondas detrás de la cobarde evasiva acerca de que el hombre nace con libre albedrío, pero con 'tendencia' al mal. El libre albedrío teñido con una tendencia es como un juego con dados cargados: obliga al hombre a esforzarse para jugar; asumir responsabilidades y pagar por el juego; pero la decisión está desbalanceada en favor de una opción que no puede evitar. Si esta 'tendencia' es por su elección, no puede poseerla al nacer; si no la ha elegido, su albedrío no es libre.
"¿Cuál es la naturaleza de esa culpa que tus maestros llaman el Pecado Original? ¿Cuáles son los males que el hombre adquirió cuando cayó del estado que ellos consideran de perfección? Su mito declara que él comió el fruto del árbol del conocimiento, adquirió una mente y se convirtió en un ser racional. El conocimiento del bien y del mal lo convirtió en un ser moral. Fue sentenciado a ganarse el pan con el sudor de su frente: se convirtió en un ser productivo. Fue sentenciado a experimentar el deseo: adquirió la capacidad del goce sexual. Los males por los cuales se lo condena son la razón, la moral, la creatividad, la alegría; es decir, todos los valores cardinales de su existencia. No son sus vicios los que el mito de la caída del hombre explica y condena; no son sus errores los que se exhiben como su culpa, sino la esencia de su naturaleza humana. Fuera lo

que fuese, ese robot que existía sin mente, sin valores, sin trabajo y sin amor en el Jardín del Edén, no era un hombre.
"La caída del hombre, según tus maestros, consistió en adquirir las virtudes necesarias para vivir. Esas virtudes, según tu criterio, son su pecado. Su mal, afirmas, es ser hombre. Su culpa, acusas, es vivir. A esto lo llamas 'doctrina de piedad y de amor por el hombre'.
"Dices: 'No predico que el hombre es malvado, el mal es sólo ese objeto extraño: su cuerpo'. Dices: 'No pretendo matarlo, sólo privarlo de su cuerpo'. Dices: 'Quiero ayudarlo, contra su dolor y señalas hacia el potro de tormento al que lo has atado, el potro de tormento con 2 grandes ruedas que tiran de él en direcciones opuestas, el potro de tormento de la doctrina que separa su alma de su cuerpo.
"Has cortado al hombre en 2, y enfrentado una mitad a la otra. Le has enseñado que su cuerpo y su conciencia son enemigos enzarzados en una lucha mortal, 2 antagonistas de naturalezas opuestas, reclamos contradictorios, necesidades incompatibles; que beneficiar a uno es perjudicar al otro; que su alma pertenece a un reino sobrenatural, pero su cuerpo es una prisión del mal que lo mantiene en cautiverio en esta Tierra; y que lo bueno es vencer al cuerpo, minarlo durante años de paciente lucha, cavando un camino hacia esa gloriosa salida que conduce a la libertad de la tumba.
"Le han enseñado al hombre que es un inadaptado sin esperanzas compuesto por 2 elementos, ambos símbolos de la muerte. Un cuerpo sin un alma es un cadáver, un alma sin un cuerpo es un fantasma; sin embargo ésa es tu imagen de la naturaleza humana: el campo de batalla de un conflicto entre un cadáver y un fantasma, un cadáver agraciado con una especie de maligna libertad de elección y un fantasma agraciado con el conocimiento de que todo lo conocido por el hombre es inexistente, que sólo existe lo no cognoscible.
"¿Te das cuenta de cuál es la facultad humana que dicha doctrina fue diseñada para negar? Fue la mente la que tuvo que ser negada para hacer pedazos al hombre. Una vez que rindió su razón, fue dejado a merced de 2 monstruos que no podía calibrar ni controlar: un cuerpo movido por instintos irresponsables y un alma movida por revelaciones místicas; fue dejado como la pasiva víctima de una batalla entre un robot y un dictáfono.
"Y ahora se arrastra entre las ruinas, tanteando ciegamente en busca de sustento; tus maestros le ofrecen la ayuda de una moral que proclama que no encontrará solución y que no debe buscar logros en la Tierra. La existencia real, le dicen, es la que no puede percibir, la verdadera conciencia es la facultad de percibir lo no existente; y si no es capaz de entenderlo, ésa justamente es la prueba de que su existencia es malvada y su conciencia, impotente.
"Como producto de la división del hombre entre alma y cuerpo, hay 2 clases de maestros de la Moral de la Muerte: los místicos del espíritu y los místicos del músculo, a los que llamas espiritualistas y materialistas; los que creen en la conciencia sin existencia y los que creen en la existencia sin conciencia. Ambos exigen la rendición de la mente, uno frente a su revelación, el otro frente a sus reflejos. Por más que vociferen ser irreconciliables antagonistas, sus códigos morales son iguales, así como sus objetivos: en la materia, la esclavización del cuerpo; en el espíritu, la destrucción de su mente.

"El bien, dicen los místicos del espíritu, es Dios, un ser cuya única definición es que está más allá de los poderes de comprensión del hombre; tal definición invalida la conciencia humana y anula sus conceptos de existencia. El bien, dicen los místicos del músculo, es la Sociedad, una cosa a la que definen como un organismo que no posee forma física, un súper ser no corporizado en nadie en particular y en todos en general, excepto tú. La mente del hombre, dicen los místicos del espíritu, debe estar subordinada a la voluntad de Dios. La mente del hombre, dicen los místicos del músculo, debe ser subordinada a la voluntad de la Sociedad. La medida del valor del hombre, dicen los místicos del espíritu, es la gloria de Dios, cuyos parámetros están por encima del poder de comprensión humano y deben ser aceptados por la fe. La medida del valor del hombre, dicen los místicos del músculo, es el placer de la Sociedad, cuyos parámetros están por encima del derecho de juicio humano y deben ser obedecidos como principios absolutos. El propósito de la vida del hombre, dicen ambos, es convertirse en un zombi abyecto al servicio de una intención que no conoce, por razones que no debe cuestionar. Su recompensa, dicen los místicos del espíritu, le será dada más allá de la tumba. Su recompensa, dicen los místicos del músculo, se le dará en la Tierra... a sus tataranietos.

"El egoísmo -dicen ambos- es el mal del hombre. El bien del hombre -dicen ambos- es renunciar a sus deseos personales, negarse a sí mismo, rendirse; el bien del hombre es negar la vida que vive. El sacrificio -sostienen los 2- es la esencia de la moral, la mayor virtud que el hombre puede alcanzar.

"Si eres víctima, no victimario: te estoy hablando frente al lecho de muerte de tu mente, al borde de esas tinieblas en las que te estás ahogando. Si aún queda dentro de ti el poder para intentar aferrarte a esos débiles chispazos que restan de lo que alguna vez has sido, úsalo ahora. La palabra que te ha destruido es 'sacrificio'. Usa tus últimas fuerzas para comprender su significado. Aún estás vivo. Aún te queda una oportunidad.

"'Sacrificio' no significa el rechazo de lo vil, sino de lo precioso. 'Sacrificio' no significa el rechazo del mal por el bien, sino el rechazo del bien por el mal. 'Sacrificio' es la renuncia a lo que uno valora en favor de lo que desprecia.

"Si cambiamos un centavo por un dólar, no es un sacrificio; si cambiamos un dólar por un centavo, sí. Si aprendemos una profesión, luego de años de lucha, no es un sacrificio; si luego renunciamos a ella en favor de otra que nos resulta menos satisfactoria, sí lo es. Si poseemos una botella de leche y se la damos a nuestro hijo hambriento, no es un sacrificio; si se la damos al hijo del vecino y dejamos que el nuestro muera, sí lo es. Si damos dinero para ayudar a un amigo, no es un sacrificio; si se lo damos a un desconocido que no nos importa, sí lo es. Si le damos a un amigo una suma de dinero que podemos afrontar, no es un sacrificio; si le damos más dinero del que podemos, afectando nuestra posición, es, de acuerdo con esta especie perversa de código moral, sólo una virtud parcial; si le damos dinero causando un desastre para nosotros mismos, es la virtud del sacrificio pleno.

"Si renunciamos a todo deseo personal y dedicamos nuestras vidas a aquellos que amamos, no alcanzamos la virtud plena: aún retenemos el valor de nuestro amor. Si dedicamos nuestra vida a desconocidos al azar, ése es un acto de mayor virtud.

Si dedicamos la vida a servir a personas que odiamos, ésa es la mayor de las virtudes que podamos practicar.
"Un sacrificio es la renuncia a un valor. El sacrificio total es la renuncia total a todos los valores. Si queremos alcanzar la virtud plena, no debemos esperar gratitud a cambio de nuestro sacrificio, ni elogios, ni amor, ni admiración, ni autoestima, ni siquiera el orgullo de ser virtuoso; la más mínima huella de beneficio diluye nuestra virtud. Si seguimos un curso de acción que no contamina nuestra vida con ninguna alegría, que no nos aporta ningún valor en especie, ni en espíritu, ninguna ganancia, ninguna recompensa... si alcanzamos ese estado de cero absoluto, habremos alcanzado el ideal de perfección moral según el código del sacrificio.
"Te han dicho que la perfección moral es imposible para el hombre y, según tus parámetros, así es. No se puede alcanzar mientras estés vivo, pero el valor de tu vida y tu persona se mide según cuanto logres aproximarte al cero ideal que es la muerte.
"Sin embargo, si comienzas como un vacío sin pasiones, como un vegetal que busca ser comido, sin valores que rechazar y ningún deseo al cual renunciar, no ganarás la corona del sacrificio. No es un sacrificio renunciar a lo que no se quiere. No es un sacrificio dar la vida por los demás, si la muerte es lo que se desea.
"Para alcanzar la virtud del sacrificio, debes querer vivir; debes amar la vida; debes arder con pasión por esta Tierra y por todo el esplendor que pueda darte; debes sentir el impacto de cada cuchillo que lastima tus deseos y drena el amor de tu cuerpo. El ideal que la moral del sacrificio te presenta no es la mera muerte, sino la muerte lenta por tortura.
"No me digas que todo esto se refiere únicamente a esta vida en la Tierra. No me interesa ninguna otra. Y a ti tampoco.
"Si quieres salvar lo último de tu dignidad, no llames 'sacrificio' a tus mejores acciones: esa designación te convierte en un inmoral. Si una madre compra comida para su hijo hambriento antes que un sombrero para ella, eso no es un sacrificio: ella valora al hijo más que al sombrero; pero sí es un sacrificio para el tipo de madre para quien el sombrero vale tanto, que preferiría que su hijo padeciese hambre y lo alimenta sólo por sentido del deber. Si un hombre muere peleando por su propia libertad, eso no es un sacrificio: no está dispuesto a vivir como esclavo; pero sí es un sacrificio para el tipo de hombre que está dispuesto a ser esclavo. Si un hombre se niega a vender sus convicciones, eso no es un sacrificio, a menos que sea el tipo de hombre que no tiene convicciones.
"El sacrificio es apropiado para quienes no tienen nada que sacrificar, ni valores, ni reglas, ni juicios, aquéllos cuyos deseos son caprichos irracionales, ciegamente concebidos y fácilmente abandonados. Para una persona de estatura moral, cuyos deseos nacen de valores racionales, el sacrificio es la rendición de lo correcto a lo equivocado, de lo bueno a lo malo.
"El credo del sacrificio es una moral para el inmoral, una moral que declara su propia bancarrota al confesar que no puede infundir ningún interés personal al desarrollo de virtudes y valores; dado que su alma es una cloaca de depravación, debe ser entrenado para sacrificarse. Por su propia confesión, esta moral es

impotente para enseñarle a ser bueno y sólo puede someterlo a un constante castigo.
"¿Piensas, sumido en un nebuloso estupor, que son sólo valores materiales los que tu moral te exige sacrificar? ¿Y qué crees que son los valores materiales? La materia carece de valor excepto como medio para la satisfacción de los deseos humanos. La materia es sólo una herramienta de los valores humanos. ¿Al servicio de qué se te pide que apliques las herramientas materiales que ha producido tu virtud? Al servicio de aquello que tú mismo consideras malo: a un principio que no compartes, a una persona que no respetas, al logro de un propósito opuesto al tuyo... de otra forma, tu ofrenda no es un sacrificio.
"Tu moral te dice que renuncies al mundo material y que divorcies tus valores de la materia. Un hombre cuyos valores no se expresan en forma material, cuya existencia no tiene relación con sus ideales, cuyas acciones contradicen sus convicciones es un hipócrita despreciable... sin embargo, ése es el modelo que obedece a tu moral y separa sus valores de la materia. El hombre que ama a una mujer, pero duerme con otra; el que admira el talento de un trabajador, pero contrata a otro; el que considera que una causa es justa, pero dona su dinero para financiar otra; el que tiene altos parámetros de calidad, pero dedica su esfuerzo a la producción de basura; ésos son los que han renunciado a la materia, los que creen que los valores de su espíritu no pueden ser plasmados en la realidad material.
"¿Dices que esos hombres han renunciado al espíritu? Sí, por supuesto. No se puede tener uno sin el otro. Somos entidades indivisibles de materia y conciencia. Renuncia a tu conciencia y te transformarás en un bruto. Renuncia a tu cuerpo y te transformarás en una farsa. Renuncia al mundo material y se lo estarás entregando al mal.
"Y ése es precisamente el objetivo de tu moral, el deber que tu código exige. Bríndate a lo que no disfrutas; sirve a lo que no admiras; sométete a lo que consideras malo; rinde el mundo a los valores de otros; niega, rechaza, renuncia a tu yo. Tu yo es tu mente: renuncia a ella, y te convertirás en un pedazo de carne, listo para ser devorado por cualquier caníbal.
"Es tu mente lo que quieren que entregues todos los que predican el credo del sacrificio, cualquiera sea su denominación o motivos, tanto si lo exigen por el bien de tu espíritu o de tu cuerpo, tanto si te prometen otra vida en el paraíso o la panza llena en es-ta Tierra. Los que empiezan diciendo: 'Es egoísta perseguir tus propios deseos, debes sacrificarlos por los deseos de otros', terminan: 'Es egoísta sostener tus propias convicciones, debes sacrificarlas por las convicciones de otros'.
"Lo cierto es que lo más egoísta que existe es la mente independiente que no reconoce autoridad alguna por encima de sí misma, ni valor mayor que su propio juicio de verdad. Se te pide que sacrifiques tu integridad intelectual, tu lógica, tu razón, tu concepción de verdad... para convertirte en una prostituta cuyo ideal es el mayor bien para el mayor número.
"Si apelas a su código para que te guíe en la pregunta: '¿Qué es el bien?', la única respuesta que encontrarás será: 'El bien de los demás'. El bien es cualquier deseo de los otros, cualquier cosa que creas que ellos desean, o cualquier cosa que creas que deberían desear.

"'El bien de los demás' es una fórmula mágica que transforma cualquier cosa en oro, una fórmula que debe ser recitada como garantía de gloria moral y como justificativo de cualquier acción, incluso la masacre de un continente. Tu paradigma de virtud no es un objeto, ni una acción, ni un principio, sino una intención. Tú no necesitas pruebas, ni razones, ni éxito; no necesitas alcanzar en los hechos el bien de los demás: todo lo que necesitas es saber que el motivo fue el bien de los demás, no el propio. Tu única definición del bien es una negación: el bien es el 'no bien para mí'.

"Tu código -que se jacta de sostener valores morales eternos, absolutos, objetivos, y que desprecia lo condicional, lo relativo, lo subjetivo- formula, como su versión de lo absoluto, la siguiente regla de conducta moral: si deseas algo, eso es malo; si otros lo de-sean, es bueno; si el motivo de tu acción es tu propio bienestar, no lo hagas; si el motivo es el bienestar de otros, entonces todo vale.

"De la misma manera que esta moral de doble sentido y dobles valores te separa en 2, también separa a la humanidad en 2 campos enemigos: uno eres tú, el otro es el resto de la humanidad. Tú eres el único paria que no tiene derecho a querer vivir. Tú eres el único sirviente; los demás son los amos; tú eres el único que da, los demás son los que reciben; tú eres el eterno deudor; los demás son los acreedores a quienes nunca será posible satisfacer. No debes cuestionar su derecho a tu sacrificio, ni la naturaleza de sus deseos y sus necesidades: su derecho les ha sido conferido por una negación, por el hecho de que ellos son 'no-tú'.

"Si te haces preguntas, tu código te brinda un premio consuelo, y a la vez una trampa: es por tu propia felicidad, dice, que debes servir a la felicidad de otros; la única forma de alcanzar tu dicha es cedérsela a otros; la única forma de alcanzar tu prosperidad es entregar tu fortuna a otros; la única forma de proteger tu vida es proteger a todos excepto a ti mismo... y si no encuentras felicidad en este proceder, es tu culpa y prueba de tu maldad; si fueras bueno, encontrarías felicidad brindado un banquete a los otros, y tu dignidad subsistiendo gracias a las migajas que ellos te arrojen.

"Pero tú, que no tienes escala de autoestima, aceptas la culpa y no te atreves a hacer preguntas. Conoces la respuesta implícita, aunque rehúsas admitir lo que ves: la premisa oculta que mueve tu mundo. Lo sabes, no como una declaración honesta, sino como una oscura incomodidad interior, mientras vacilas torpemente entre el engaño culposo y la práctica a regañadientes de un principio demasiado vil para ser nombrado.

"Yo, que no acepto lo no ganado, ni en valores ni en culpa, estoy aquí para hacer las preguntas que evades: ¿Por qué es moral servir a la felicidad ajena, pero no a la propia? Si el goce es un valor, ¿por qué es moral cuando lo experimentan otros e inmoral cuando lo experimentas tú mismo? Si la sensación de comer un pastel es un valor, ¿por qué es inmoral en tu estómago, pero moral en el estómago de otros? ¿Por qué es inmoral para ti desear, pero moral si lo hacen otros? ¿Por qué es inmoral producir un valor y conservarlo, pero es moral regalarlo? Y si no es moral que conserves ese valor, ¿por qué es moral que otros lo acepten? Si uno es generoso y virtuoso al darlo, ¿no son ellos egoístas y viciosos al aceptarlo? ¿Acaso la virtud consiste en servir al vicio? ¿La autoinmolación en beneficio de los malvados es el propósito moral de los buenos?

"La respuesta que eludes, la respuesta monstruosa es: no, los que reciben no son malvados, siempre y cuando no hayan ganado el valor que les das. No es inmoral para ellos aceptarlo, siempre y cuando sean incapaces de producirlo, incapaces de merecerlo, incapaces de darte ningún valor a cambio. No es inmoral para ellos disfrutarlo, siempre y cuando no lo obtengan por derecho.
"Ese es el núcleo secreto de tu credo, la otra mitad de tu doble escala: es inmoral vivir por tu propio esfuerzo, pero es moral vivir por el esfuerzo de otros; es inmoral consumir tu propio producto, pero es moral consumir el producto de otros; es inmoral ganar, pero es moral vivir a costa de los demás; los parásitos son la justificación moral para la existencia de los productores, pero la existencia de los parásitos es un fin en sí misma; es malo obtener ganancias mediante logros, pero es bueno beneficiarse del sacrificio ajeno; es malo construir la propia felicidad, pero es bueno disfrutarla al precio de la sangre ajena.
"Tu código divide a la humanidad en 2 castas y te ordena vivir según reglas opuestas: aquellos que pueden desearlo todo y aquellos que no pueden desear nada, los elegidos y los condenados, los pasajeros y los conductores, los que comen y los que son comidos. ¿Qué parámetro determina tu casta? ¿Qué clave te permite el ingreso a la elite moral? La clave es la ausencia de valor.
"Sea cual fuere el valor de que se trate, es su falta lo que te otorga un derecho sobre los que lo tienen. Es tu necesidad lo que te da derecho a reclamar recompensas. Si eres capaz de satisfacer tu necesidad, tu habilidad anula tu derecho a satisfacerla. Pero una necesidad que eres incapaz de satisfacer te da un derecho fundamental sobre las vidas de otros.
"Si tienes éxito, algún fracasado será tu dueño; si fracasas, algún triunfador será tu siervo. Tanto si tu fracaso es justo como si no lo es, tanto si tus deseos son racionales como si no lo son, tanto si tu infortunio es inmerecido como si es el resultado de tus vicios, es justamente este infortunio lo que te da derecho a recompensas. Es el sufrimiento, independientemente de su naturaleza o causa, el sufrimiento como axioma absoluto, lo que te da una hipoteca sobre todo lo que existe.
"Si curas tu sufrimiento mediante tu propio esfuerzo, no recibirás ningún crédito moral: tu código lo desprecia como un acto de egoísmo. Cualquiera sea el valor que pretendes adquirir -sea riqueza, comida, amor, o derechos-, si lo adquieres por medio de tu virtud, tu código no lo considera un acto moral: no le habrás ocasionado una pérdida a nadie, es comercio, no una limosna; un pago, no un sacrificio. Lo merecido pertenece al mundo egoísta y comercial del beneficio mutuo; sólo lo inmerecido implica esa transacción moral que consiste en la ganancia para uno a costa del desastre para otro. Exigir recompensas por tu virtud es egoísta e inmoral; es la falta de virtud lo que transforma esa exigencia en un derecho moral.
"Una moral que considera la necesidad como fuente de derecho, coloca al vacío, a la no-existencia, como su parámetro de valor; recompensa una ausencia, una derrota: debilidad, ineptitud, incompetencia, sufrimiento, enfermedad, desastre, falta, error, defecto... cero.
"¿Quién debe satisfacer esas exigencias? Aquellos que son condenados por no ser un cero, cada uno según la distancia a ese ideal. Como todos los valores son producto de virtudes, el grado de tu virtud es la medida de tu castigo; el grado de

tus defectos es la medida de tu recompensa. Tu código declara que el hombre racional debe sacrificarse al irracional, el independiente al parásito, el honesto al deshonesto, el justo al injusto, el productivo al ladrón y el holgazán, el íntegro al oportunista descarado, y el que se autoestima, al neurótico llorón. ¿Te extraña la maldad en el alma de los que te rodean? El hombre que alcance esas virtudes no aceptará tu código moral; el que acepte tu código moral no alcanzará esas virtudes.

"Bajo una moral de sacrificio, el primer valor que sacrificas es la moralidad; el siguiente es la autoestima. Cuando la medida es la necesidad, toda persona es a la vez víctima y parásito. Como víctima, debe trabajar para satisfacer las necesidades de otros, que-dando luego como parásito, cuyas necesidades deben ser satisfechas por los demás. No puede relacionarse con su prójimo excepto representando uno de estos 2 papeles desgraciados: el de mendigo o el de imbécil sanguijuela.

"Temes al hombre que tiene un dólar menos que tú, porque ese dólar es suyo por derecho y él te hace sentir como un estafador moral. Odias al hombre que tiene un dólar más que tú, porque ese dólar es tuyo por derecho y te hace sentir moralmente estafado. El hombre que está por debajo es la fuente de tu culpa; el hombre que está por arriba es la fuente de tu frustración.

"No sabes qué ceder y qué exigir, cuándo dar y cuándo tomar, qué placeres de la vida te corresponden por derecho y qué deuda tienes con los otros; luchas por escapar, calificando como 'teoría' al conocimiento de que, por el parámetro moral que has aceptado, serás culpable en cada instante de tu vida, no habrá pan que te lleves a la boca que no sea necesitado por otra persona en alguna parte de la Tierra; entonces desestimas el problema en un resentimiento ciego y concluyes que la perfección moral no puede ser alcanzada ni deseada, que te arrastrarás por la vida como puedas, evitando los ojos de los jóvenes, que te miran como si la autoestima fuera posible y esperan que tú la poseas. Culpa es todo lo que retienes en tu alma, al igual que todo hombre que al pasar cerca de ti evita tu mirada. ¿Te preguntas por qué tu moral no ha traído la hermandad a la Tierra o la buena voluntad del hombre hacia el hombre?

"La justificación del sacrificio que tu moral propone es más corrupta que la corrupción que intenta justificar. El motivo de tu sacrificio, te dice, debe ser el amor, el amor indiscriminado que debes sentir por todas y cada una de las personas. La misma moral que profesa que los valores del espíritu son más preciosos que la materia, que te enseña a despreciar a una prostituta que entrega su cuerpo indiscriminadamente a todos los hombres, te exige que entregues tu alma a un amor promiscuo con cualquiera.

"Así como no puede haber riqueza sin causa, tampoco puede haber amor sin causa o cualquier clase de emoción sin causa. Una emoción es una respuesta a un hecho de la realidad, una estimación dictada por tus parámetros. Amar es valorar. Quien diga que es posible valorar sin valores, amar a quienes consideramos despreciables, también sostendrá que es posible hacerse rico consumiendo sin producir y que el papel moneda es tan valioso como el oro.

"Observa que ese hombre no espera que sientas un miedo sin causa. Cuando los de su calaña obtienen el poder, se vuelven expertos en la elaboración de métodos de terror, en darte buenos motivos para someterte al temor mediante el cual te

gobiernan. Pero cuando se trata de amor, la más elevada de las emociones, les permites que te acusen a los gritos de delincuente moral por ser incapaz de sentir amor sin causa. Cuando un hombre injustificadamente tiene miedo lo llevas a un psiquiatra; pero no tienes tanto cuidado cuando se trata de proteger el significado, la naturaleza y la dignidad del amor.

"El amor es la expresión de los propios valores, la mayor recompensa que podemos ganar por las cualidades morales que hemos cultivado en nuestra persona y en nuestro carácter, el precio emocional que pagamos por el placer que recibimos de las virtudes de otros seres humanos. Tu moral te exige que divorcies el amor de los valores y que se lo des a cualquier vagabundo, no como contrapartida de su valor, sino como contrapartida de su necesidad; no como recompensa, sino como limosna; no como pago por sus virtudes, sino como un cheque en blanco para sus vicios. Tu moral afirma que el propósito del amor es liberarte de las obligaciones de la moral, que el amor es superior al juicio moral; que el verdadero amor trasciende, perdona y sobrevive cualquier tipo de maldad, y cuanto mayor es el amor, mayor es la depravación que permite al amado.

"Amar a alguien por sus virtudes es mezquino y humano, te dicen; amarlo por sus errores es divino. Amar a quienes lo merecen es egoísta; amar a quienes no lo merecen es sacrificio. Les debes tu amor a aquellos que no lo merecen, y cuanto menos lo merecen, más amor les debes; cuanto más despreciable es el objeto, más noble es tu amor; cuanto menos exigente sea tu amor, mayor será tu virtud; y si puedes hacer de tu alma un depósito de basura que acoja cualquier cosa por igual, si puedes dejar de estimar los valores morales, entonces habrás alcanzado el estado de perfección moral.

"Tal es tu moral del sacrificio y tales son los ideales que ofrece: hacer del cuerpo un chiquero y del espíritu un albañal.

"Ese era tu objetivo... y lo has alcanzado. ¿Por qué lloriqueas ahora, quejándote de la impotencia del hombre y de la futilidad de las aspiraciones humanas? ¿Quizás porque fuiste incapaz de tener éxito buscando la destrucción? ¿Quizás porque no pudiste encontrar felicidad adorando al dolor? ¿O quizás porque no pudiste vivir con la muerte como paradigma de valor?

"Tu habilidad para vivir fue el grado de tu habilidad para violar tu código moral; sin embargo crees que aquellos que lo predican son los amigos de la humanidad, te maldices y no te atreves a cuestionar sus motivos o metas. Míralos ahora, al enfrentar tu última elección; y si eliges perecer, hazlo con el total conocimiento de la facilidad con que un enemigo tan pequeño se ha apropiado de tu vida.

"Los místicos de ambas escuelas, que predican el credo del sacrificio, son gérmenes que atacan a través de una única herida: tu temor a confiar en la mente. Te dicen que poseen un medio de conocimiento superior a la mente, un modo de conciencia superior a la razón, como si tuvieran un contacto especial con algún burócrata del universo que les diera información secreta. Los místicos del espíritu declaran poseer un sentido extra, del que careces: este 6° sentido especial consiste en contradecir la totalidad del conocimiento brindado por los otros 5. Los místicos del músculo no gastan esfuerzo en proponer ninguna percepción extrasensorial: simplemente declaran que tus sentidos no son válidos, y que su sabiduría consiste en percibir tu ceguera de alguna manera no especificada. Ambos exigen que invalides tu conciencia y te entregues a su poder. Te ofrecen,

como prueba de su conocimiento superior, el hecho de que sostienen lo contrario a todo lo que conoces, y como prueba de su habilidad superior para manejar la existencia, el hecho de que te conducen a la miseria, al autosacrificio, la inanición, y la destrucción.

"Ellos aseguran que perciben un modo de ser superior a tu existencia en este mundo. Los místicos del espíritu lo llaman 'otra dimensión', que consiste en la negación de las dimensiones. Los místicos del músculo lo llaman 'el futuro', que consiste en la negación del presente. Existir es poseer identidad. ¿Qué identidad le pueden dar a su reino superior? Siempre hablan de lo que no es, pero nunca de lo que es. Todas sus identificaciones consisten en negar: Dios es aquello que ninguna mente humana puede conocer, dicen, y pretenden que tú llames 'conocimiento' a eso. Dios es no-hombre, el paraíso es no-mundo, el alma es no-cuerpo, la virtud es no-lucro. A es no-A, la percepción es no-sensorial, el conocimiento es no-razón. Sus definiciones no son actos de definir, sino de eliminar.

"Sólo la metafísica de una sanguijuela se aferraría a la idea de un universo donde un cero es el modelo de identificación. Una sanguijuela que quisiera escapar de la necesidad de dar nombre a su naturaleza, escapar de la necesidad de saber que la sustancia con la que construye su universo privado es sangre.

"¿Cuál es la índole de ese mundo superior al cual sacrificas el mundo existente? Los místicos del espíritu maldicen a la materia, los místicos del músculo maldicen al lucro. Los primeros desean que los hombres obtengan beneficios renunciando a la Tierra, los otros desean que los hombres hereden la Tierra renunciando a todo beneficio. Sus mundos inmateriales y sin lucro son reinos con ríos plenos de leche y café, donde el vino brota de las rocas a su antojo, donde los pasteles caen sobre ellos desde las nubes al único precio de abrir la boca. En este mundo material de persecución de lucro, se requiere una enorme inversión de virtud: de inteligencia, integridad, energía y habilidad para construir un ferrocarril que nos transporte tan sólo 1 km.; en su mundo inmaterial y sin lucro, viajan de planeta en planeta con sólo desearlo. Si una persona honesta les pregunta: '¿Cómo?', ellos contestarán con desdén que el 'cómo' es un concepto de un vulgar materialista; el concepto para espíritus superiores es: 'De alguna manera'. En este mundo, restringido por la materia y el lucro, las recompensas se logran mediante el pensamiento; en un mundo libre de este tipo de restricciones, las recompensas se alcanzan con sólo desearlas.

"Ese es su vil secreto. El secreto de todas sus filosofías esotéricas, de todas sus dialécticas y suprasentidos, de sus miradas evasivas y sus palabras enredadas; el secreto por el cual destruyeron civilización, lenguaje, industrias y vidas; el secreto por el cual perforan sus ojos y tímpanos, pulverizan sus sentidos, ponen sus mentes en blanco. El propósito por el cual disuelven los absolutos de la razón, la lógica, la materia, la existencia, la realidad... es erigir sobre ese velo de plástico un único absoluto sagrado: su Deseo.

"La restricción de la que buscan escapar es la ley de identidad. La libertad que buscan es liberarse del hecho de que A continuará siendo A, sin que importen sus lágrimas o sus berrinches; que un río no les traerá leche, no importa cuánta sea su hambre; que el agua no correrá cuesta arriba a pesar de lo bueno que resultaría si lo hiciera, y si la quieren subir a la azotea de un rascacielos, deben hacerlo

mediante un proceso de pensamiento y trabajo en el cual importa la naturaleza de un centímetro de cañería, pero no importan sus sentimientos: sus sentimientos son impotentes para alterar el curso de una simple partícula de polvo en el aire, o la naturaleza de cualquier acción que hayan cometido.

"Aquellos que te dicen que el hombre es incapaz de percibir una realidad no distorsionada por sus sentidos, quieren decirte que no desean percibir una realidad no distorsionada por sus sentimientos. 'Las cosas como son' son las cosas percibidas por tu mente; divórcialas de la razón, y se convertirán en cosas percibidas por tus deseos.

"No es posible una rebelión honesta contra la razón, y cuando aceptas cualquier parte de su credo, tu motivo es lograr algo que la razón no te permitiría alcanzar. La libertad que buscas es libertad del hecho de que si tu riqueza la hiciste robando, eres un ladrón, no importa cuánto dones a la caridad o cuántas plegarias recites; que si te acuestas con prostitutas, no eres un marido digno, no importa cuán ansiosamente sientas amar a tu mujer a la mañana siguiente; que eres una entidad, no una serie de pedazos al azar dispersos en un universo en el que nada te une y nada te compromete, el universo de una pesadilla infantil donde las identidades cambian sin cesar, donde el malvado y el héroe son reversibles en forma arbitraria; de que eres un hombre, de que eres un individuo, de que eres.

"No importa con cuánto ímpetu declares que la meta de tus deseos místicos es una forma superior de vida, la rebelión contra la identidad es el deseo de la no existencia. El deseo de ser nada es el deseo de no ser.

"Tus maestros, los místicos de las 2 escuelas, han revertido la causalidad en sus conciencias, y ahora luchan por revertirla en la existencia. Interpretan sus emociones como una causa, y su mente como un efecto pasivo. Convierten sus emociones en herramientas para percibir la realidad. Fijan sus deseos como principios irreductibles, como un hecho que invalida a todos los hechos. Un hombre honesto no desea hasta que ha identificado al objeto de sus deseos. Dice: 'Es, entonces lo deseo'. Ellos dicen: 'Lo deseo, por lo tanto es'.

"Tratan de falsear el axioma de la existencia y la conciencia, quieren que su conciencia no sea un instrumento de percepción sino de creación de la existencia, y que la existencia no sea el objeto sino el sujeto de su conciencia; quieren ser ese Dios que crearon a su imagen y semejanza, que funda un universo de la nada mediante un capricho. Pero la realidad no se puede falsificar: lo que obtienen es lo opuesto a lo que desean. Quieren poder absoluto sobre su existencia; en lugar de ello, pierden el poder de su conciencia. Al rechazar el conocimiento, se condenan al horror de la ignorancia perpetua.

"Esos deseos irracionales que te llevaron a su credo, esas emociones que adoras como a un ídolo, en cuyo altar sacrificas a la Tierra, esa oscura pasión incoherente dentro de ti, que interpretas como la voz de Dios o de tus glándulas, no es más que el cadáver de tu mente. Una emoción que choca con tu razón; una emoción que no puedes explicar ni controlar es sólo la carroña de esa manera de pensar trasnochada que prohibiste a tu mente revisar.

"Cuando cometiste la maldad de negarte a pensar y ver; de eximir del absoluto de la realidad algún minúsculo deseo tuyo; cuando elegiste decir: 'Permítanme quitar del juicio de la razón a esas galletitas que he robado o la existencia de Dios; déjenme tener mi pequeño capricho irracional y seré razonable respecto a todo lo

demás', subvertiste tu conciencia, y corrompiste tu mente. Tu mente entonces se transformó en un jurado sobornado que recibe órdenes de un submundo secreto, cuyo veredicto distorsiona la evidencia, para que se ajuste a un absoluto que no se atreve a tocar. El resultado es una realidad censurada, una realidad fracturada, donde los fragmentos que escogiste ver flotan en el vacío de todo aquello que preferiste ignorar, sostenidos por ese fluido embalsamador de la mente: la emoción exenta de pensamiento.

"Los lazos que intentas destruir son conexiones causales. El enemigo al que tratas de derrotar es la ley de la causalidad: la que no permite milagros. La ley de la causalidad es la ley de identidad aplicada a la acción. Todas las acciones son causadas por entidades. La naturaleza de una acción es causada y determinada por la naturaleza de las entidades que actúan; una cosa no puede actuar en contradicción con su naturaleza. Una acción no causada por una entidad sería causada por la nada, lo que significaría que la nada podría controlar a algo: una no-entidad controlando a una entidad, la no-existencia controlando lo existente; o sea el universo deseado por tus maestros; la causa de tus doctrinas de acción sin causa, la razón de tu revolución contra la razón, la meta de la moral que predicas, tu política, tu economía, el ideal por el que has luchado: el reinado del cero.

"La ley de identidad no te permite tener el pastel y comértelo. La ley de causalidad no te permite comer el pastel antes de tenerlo. Pero si ahogas ambas leyes en el vacío de tu mente, si finges ante ti mismo y ante los demás que no ves, entonces puedes intentar proclamar tu derecho a comer tu pastel hoy, y el mío mañana; puedes predicar que la forma de tener un pastel es comérselo primero, antes de hornearlo; que la forma de producir es comenzar por consumir; que todos los que desean tienen el mismo derecho a todas las cosas, ya que nada es causado por nada. El corolario de lo no causado en lo material, es lo no ganado en lo espiritual.

"Siempre que te rebelas contra la causalidad, tu motivo es el deseo fraudulento, no de huir de ella, sino peor: de revertirla. Quieres amor no ganado, como si el amor -el efecto- te pudiera dar valor personal -la causa-; quieres admiración no ganada, como si la admiración -el efecto- te pudiera dar virtud -la causa-; quieres riqueza no ganada, como si la riqueza -el efecto- te pudiera dar habilidad -la causa-; imploras por misericordia, misericordia, no justicia, como si un perdón no ganado pudiera borrar la causa de tu súplica. Y para que funcionen tus farsas mezquinas y lamentables, apoyas las doctrinas de tus maestros, que andan por todos lados proclamando que gastar -el efecto- crea riqueza -la causa-; que la maquinaria -el efecto- crea inteligencia -la causa-; que tus deseos sexuales -el efecto- crean tus valores filosóficos -la causa-.

"¿Quién paga por la orgía? ¿Quién causa lo que no tiene causa? ¿Quiénes son las víctimas condenadas a quedarse sin reconocimiento y a perecer en silencio, no sea que su agonía perturbe tu pretensión de que no existen? Somos nosotros, nosotros, los hombres de mente.

"Nosotros somos la causa de todos los valores que codicias, nosotros, que realizamos el proceso de pensar, que es el proceso de definir la identidad y descubrir las conexiones causales. Nosotros te enseñamos a conocer, a hablar, a producir, a desear, a amar. Tú, que abandonas la razón, si no fuera por nosotros que la preservamos, no serías capaz de satisfacer, ni siquiera de concebir, tus deseos. No serías capaz de desear la ropa que no hubiera sido confeccionada, el

automóvil que no hubiera sido inventado, el dinero que no hubiera sido ideado como intercambio por bienes que no hubieran existido, la admiración que no hubiera sido experimentada por hombres sin logros, el amor que pertenece y corresponde sólo a aquellos que preservan su capacidad de pensar, de elegir, de valorar.

"Tú -que saltas como un salvaje desde la jungla de los sentimientos a la Quinta Avenida de nuestra Nueva York, y proclamas que quieres mantener la luz eléctrica, pero quieres destruir los generadores, utilizas nuestra riqueza mientras nos destruyes; son nuestros valores los que utilizas mientras nos maldices; es nuestro lenguaje el que usas, mientras niegas la mente.

"Del mismo modo que tus místicos del espíritu inventaron su paraíso a imagen de nuestra Tierra, omitiendo nuestra existencia, y te prometieron recompensas creadas por milagro a partir de la no-materia, tus modernos místicos del músculo omiten nuestra existencia y te prometen un paraíso en el que la materia se forma a sí misma por su propia voluntad sin causa, para conformar todas las recompensas deseadas por tu no-mente.

"Durante siglos los místicos del espíritu existieron gracias a un negocio de protección mafiosa: haciendo insoportable la vida en la Tierra, y luego cobrando por consolarte y aliviarte; prohibiendo todas las virtudes que hacen posible la existencia, para cabalgar sobre los hombros de tu culpa; declarando que la producción y la alegría son pecados, y luego recolectando las extorsiones a los pecadores. Nosotros, los hombres de la mente, fuimos las víctimas anónimas de su credo; nosotros, que quisimos romper su código moral y estuvimos dispuestos a llevar a cuestas la maldición por el pecado de la razón; nosotros, que pensamos y actuamos, mientras ellos deseaban y rezaban; nosotros, que fuimos parias morales; nosotros, los propulsores de la vida cuando la vida se consideraba un crimen, mientras se regodeaban en la gloria moral por la virtud de superar la codicia material y distribuir en desprendida caridad los bienes materiales producidos por... la nada.

"Ahora estamos encadenados y obligados a producir por salvajes que ni siquiera nos conceden la identificación de pecadores; por salvajes que proclaman que no existimos, y luego amenazan con quitarnos la vida que no poseemos, si no les proveemos de los bienes que no producimos. Ahora se espera que continuemos operando los ferrocarriles y que sepamos con exactitud el minuto en que un tren va a llegar luego de cruzar todo un continente; se espera que continuemos operando las fundiciones de acero y que conozcamos la estructura molecular de cada partícula de metal en los cables de tus puentes y en el fuselaje de los aviones que te llevan por el aire, mientras las tribus de tus pequeños y grotescos místicos del músculo pelean por la carroña del cadáver de nuestro mundo, mascullando en sonidos de no-lenguaje que no hay principios, ni absolutos, ni conocimiento, ni mente.

"Cayendo por debajo del nivel de un salvaje que cree que las palabras mágicas que pronuncia tienen el poder de alterar la realidad, ellos creen que la realidad puede ser alterada por el poder de las palabras que no pronuncian; su herramienta mágica es el vacío, la pretensión de que nada puede tener existencia en contra del hechizo de su rechazo a identificarlo.

"Tal como alimentan sus cuerpos con riqueza robada, así alimentan su mente con conceptos robados, y proclaman que la honestidad consiste en negarse a saber que están robando. Así como utilizan los efectos mientras niegan las causas, utilizan también nuestros conceptos, negando su raíz y su existencia. Así como buscan no construir, sino apropiarse de las instalaciones industriales construidas por otros, también buscan no pensar, sino apropiarse del pensamiento de otros.

"Así como proclaman que el único requerimiento para operar una fábrica es la habilidad para mover las palancas de las máquinas, e ignoran la cuestión de quién creó la fábrica, también proclaman que no hay entidades, que nada existe salvo el movimiento, e ignoran el hecho de que el movimiento presupone la cosa que se mueve, que sin el concepto de entidad, no puede haber un concepto tal como 'movimiento'. Así como proclaman su derecho a consumir lo no ganado, e ignoran la cuestión de quién lo produjo, así proclaman que no hay ninguna ley de identidad, que nada existe salvo el cambio, e ignoran el hecho de que cambio presupone un concepto estable acerca de qué cosa es la que cambia, qué cosa es la que cambia de lo que es en principio a lo que termina siendo al fin, de que sin la ley de identidad no es posible el concepto de 'cambio'.

"Así como roban a un industrial al negarle su valor, así buscan apropiarse de toda la existencia mientras niegan que la existencia existe.

"Pregonan: 'Sabemos que no sabemos nada', oscureciendo el hecho de que están postulando conocimiento; 'No hay absolutos', pregonan, ignorando el hecho de que están expresando un absoluto; 'Uno no puede probar que existe o que es consciente', pregonan, ignorando el hecho de que prueba presupone existencia, conciencia y una complicada cadena de conocimiento: la existencia de algo que conocer, de una conciencia capaz de conocerlo, y de un conocimiento que ha aprendido a distinguir entre conceptos tales como lo probado y lo no probado.

"Cuando un salvaje que no ha aprendido a hablar declara que la existencia debe ser probada, está pidiendo que se le demuestre mediante la no-existencia; cuando declara que su conciencia debe ser probada, está pidiendo que ésta se le demuestre mediante la inconciencia. El salvaje pide que entremos en un vacío fuera de la existencia y la conciencia para darle prueba de ambos; pide que nos convirtamos en un cero para adquirir conocimiento sobre el cero.

"Cuando declara que un axioma es una cuestión de elección arbitraria y elige no aceptar el axioma de que él existe, ignora el hecho de que ha aceptado su existencia al formular esa misma frase, que la única forma de rechazar su existencia es cerrando la boca, no proponiendo ninguna teoría y muriendo.

"Un axioma es una afirmación que identifica la base del conocimiento y de cualquier otra sucesiva afirmación relacionada con ese conocimiento, una afirmación necesariamente contenida en todas las demás, tanto si un interlocutor particular decide identificarlo como si no lo hace. Un axioma es una proposición que derrota a sus oponentes mediante el hecho de que ellos deben aceptarlo y utilizarlo en el proceso de intentar negarlo. Sólo deja que el cavernícola que no quiere aceptar el axioma de identidad intente presentar su teoría sin utilizar el concepto de identidad o cualquier otro concepto derivado de él; deja que el antropoide que no quiere aceptar la existencia de sustantivos, intente inventar un lenguaje sin sustantivos, adjetivos o verbos; deja que el médico brujo que no quiere aceptar la validez de la percepción sensorial, intente demostrar su invalidez

sin utilizar los datos que obtiene mediante sus sentidos; deja que el cazador de cabezas que no quiere aceptar la validez de la lógica, intente demostrarlo sin utilizar lógica; deja que el pigmeo que proclama que un rascacielos no necesita cimientos después que alcanzó la altura de 50 pisos, arranque los cimientos de su edificio, no del nuestro; deja que al caníbal gruña que la libertad de la mente humana fue necesaria para crear una civilización industrial, pero no es necesaria para mantenerla, déjalo con arco y flechas y una piel de oso, pero no con una cátedra de economía en la universidad.

"¿Crees que ellos te llevan a épocas oscuras del pasado? Te están llevando a tiempos más oscuros que ninguno en tu historia. Su meta no es la era previa a la ciencia, sino la previa al lenguaje. Su propósito es privarte del concepto del que dependen la mente, la vida y la cultura del hombre: el concepto de una realidad objetiva. Identifica el desarrollo de una conciencia humana, y conocerás el propósito de su credo.

"Un salvaje es un ser que no ha comprendido que A es A y que la realidad es real. Ha detenido su mente en el nivel de un bebé, en el estado en el que una conciencia adquiere la percepción sensorial inicial y aún no ha aprendido a distinguir objetos sólidos. Para un bebé el mundo es una mancha en movimiento, sin cosas que se muevan, y el nacimiento de su mente ocurre el día en que se da cuenta de que esa mancha que se mueve ante él es su madre, y que aquella otra detrás de la madre es una cortina, que las 2 son entidades sólidas y que ninguna de ellas puede convertirse en la otra, que son lo que son, que existen. El día en que comprende que la materia no tiene voluntad propia es el día en que entiende que él sí la tiene, y ése es su nacimiento como ser humano. El día en que comprende que el reflejo que ve en un espejo no es un engaño, que es real, pero no es él; que el espejismo que ve en un desierto no es un engaño, que el aire y los rayos de luz que lo causan son reales, pero no es una ciudad, sino un reflejo que parece una ciudad; el día en que comprende que él no es un receptor pasivo de las sensaciones de cualquier momento dado, que sus sentidos no lo proveen de conocimiento automático en fragmentos separados e independientes del contexto, sino que solamente le brindan el material de conocimiento que su mente debe aprender a integrar; el día en que entiende que sus sentidos no pueden engañarlo, que los objetos fisicos no pueden actuar sin causas, que sus órganos de percepción son físicos y no tienen volición, ni poder para inventar o distorsionar, que la evidencia que le brindan es un absoluto, pero su mente debe aprender a entenderla, descubrir la naturaleza, las causas, el contexto completo de su material sensorial, identificar las cosas que percibe, ése es el día de su nacimiento como pensador y científico.

"Nosotros hemos alcanzado ese día; tú has elegido alcanzarlo parcialmente; un salvaje nunca lo alcanza.

"Para un salvaje, el mundo es un lugar de milagros ininteligibles donde para la materia inanimada todo es posible y nada es posible para él. Su mundo no es lo desconocido, sino ese horror irracional: lo incognoscible. Cree que los objetos físicos poseen una voluntad misteriosa, y son movidos por caprichos impredecibles y sin causa, mientras que él es un peón indefenso a merced de fuerzas fuera de su control.

"El salvaje cree que la naturaleza está regida por demonios omnipotentes para quienes la realidad es un juguete, que pueden transformar su cazuela de comida en una víbora, y a su esposa en un escarabajo en cualquier momento; que el mundo es un lugar donde la A que nunca ha descubierto puede ser cualquier no-A que ellos quieran, donde el único conocimiento que posee es que no debe intentar conocer. No puede contar con nada, sólo puede desear, y se pasa la vida deseando, suplicando a sus demonios que le otorguen sus deseos por el poder arbitrario de su voluntad, dándoles el crédito cuando logra lo que quiere y considerándose culpable cuando no, ofreciéndoles sacrificios de gratitud y sacrificios de culpa, arrastrándose con temor y adoración hacia el Sol, la Luna, el viento, la lluvia y hacia cualquier sinvergüenza que se declare a sí mismo su vocero, siempre que sus palabras sean incomprensibles y su máscara suficientemente aterradora; él desea, suplica, se arrastra, y muere, dejándonos como prueba de su visión de la vida la monstruosidad distorsionada de sus ídolos, parte hombre, parte animal, parte insecto: la materialización del mundo de no-A.

"El estado intelectual de este salvaje es el de tus maestros modernos, y su mundo es el mundo al cual ellos quieren llevarte.

"Si te preguntas de qué manera piensan hacerlo, entra en cualquier aula y escucharás a los profesores enseñándole a tus hijos que el hombre no puede estar seguro de nada, que su conciencia no tiene validez alguna, que no puede aprender los hechos ni las leyes de la existencia, que es incapaz de conocer una realidad objetiva. ¿Cuál es, entonces, su modelo de conocimiento y verdad? Cualquier cosa que crean los demás, será su respuesta. No hay conocimiento, enseñan, sólo hay fe: el conocimiento de que existimos es solamente un acto de fe, tan válido como la fe de cualquiera en su derecho a matarte; los axiomas de la ciencia son un acto de fe, no más legítimos que la fe de un místico en la revelación; la creencia de que la luz eléctrica puede ser producida por un generador es un acto de fe, igual de válido que la creencia de que puede ser producida por una pata de conejo besada debajo de una escalera en una noche de cuarto menguante; la verdad es lo que la gente quiere que sea, y la gente son todos menos tú; la realidad es lo que la gente decide que es, no hay hechos objetivos, sólo hay deseos arbitrarios de la gente: un hombre que busca el conocimiento en un laboratorio mediante tubos de ensayo y lógica es un tonto supersticioso y obsoleto; un verdadero científico es un hombre que anda por ahí realizando encuestas públicas y, si no fuera por la codicia egoísta de los fabricantes de vigas de acero que tienen un claro interés en obstruir el progreso de la ciencia, se sabría que la ciudad de Nueva York no existe, porque una encuesta a toda la población mundial revelaría, por abrumadora mayoría, que sus creencias prohiben su existencia.

"Durante siglos, los místicos del espíritu han proclamado que la fe es superior a la razón, pero no se han atrevido a negar la existencia de la razón. Sus herederos y su producto, los místicos del músculo, han completado su trabajo y alcanzado su sueño: proclaman que todo es fe, y lo llaman una revolución contra la credulidad. Como revolución contra afirmaciones sin demostración, proclaman que nada puede ser demostrado; como revolución contra el conocimiento sobrenatural, proclaman que ningún conocimiento es posible; como revolución contra los

enemigos de la ciencia, proclaman que la ciencia es superstición; como revolución contra la esclavitud de la mente, proclaman que la mente no existe.
"Si renuncias a tu capacidad de percibir, si aceptas el cambio de tu paradigma de lo objetivo hacia lo colectivo y esperas que la humanidad te indique qué pensar, verás que hay otro cambio que también ocurre delante de los ojos al que has renunciado: verás que tus maestros se convierten en los gobernantes de lo colectivo, y si te niegas a obedecerlos, argumentando que ellos no son la totalidad de la humanidad, te responderán: '¿Por qué medio sabes que no lo somos? ¿Qué es eso de ser, hermano? ¿De dónde has sacado ese término arcaico?'.
"Si dudas de que ése es su propósito, observa con cuánta pasión los místicos del músculo luchan para que olvides que el concepto de 'mente' ha existido. Observa las contorsiones de verborragia indefinida; las palabras con significado ambiguo; los términos que quedan flotando y mediante los cuales intentan evadir el reconocimiento del concepto 'pensar'. Tu conciencia, te dicen, consiste en 'reflejos', 'reacciones', 'experiencias', 'estímulos' y 'tendencias'; y se niegan a identificar el modo en que ellos han adquirido ese conocimiento, rehúsan identificar el acto que están realizando cuando te lo comunican, o el acto que realizas cuando los escuchas. Las palabras tienen el poder de 'condicionarte', dicen, y se niegan a identificar la razón por la cual las palabras tienen el poder de alterar tu... nada. Un estudiante que lee un libro lo entiende por el proceso de... nada. Un científico que trabaja sobre un invento está comprometido en la actividad de... nada. Un psicólogo que ayuda a un neurótico a resolver un problema y a desenmarañar un conflicto, lo hace por medio de... nada. Un industrial... es nada, no existe tal persona. Una fábrica es un 'recurso natural', como un árbol, una piedra o un lodazal.
"El problema de la producción, te dicen, ha sido resuelto y no merece estudio ni preocupación; el único problema que queda para que resuelvan tus 'reflejos' es el de la distribución. ¿Quién resolvió el problema de la producción? La humanidad, responden. ¿Cuál fue la solución? Los bienes están aquí. ¿Cómo llegaron hasta aquí? De alguna manera. ¿Qué lo causó? Nada tiene causas.
"Ellos proclaman que cada ser nace con el derecho a existir sin trabajar y, sin que importen las leyes de la realidad que indican lo contrario, tiene derecho a recibir su 'sustento mínimo' -su comida, su vestimenta, su techo- sin ningún esfuerzo de su parte, como su derecho de nacimiento. ¿Recibirlo de quién? No hay respuesta. Todo hombre, anuncian, es dueño de una misma porción de los beneficios tecnológicos creados en el mundo. ¿Creados por quién? No hay respuesta. Frenéticos cobardes que se postulan como defensores de los industriales, definen ahora el propósito de la economía como 'un ajuste entre los deseos ilimitados de la gente y la limitada provisión de productos'. ¿Provistos por quién? No hay respuesta. Rufianes intelectuales que se presentan como profesores, desprecian a los pensadores del pasado, declarando que sus teorías sociales estaban basadas en la suposición poco práctica de que el hombre es un ser racional, pero como los hombres no son racionales, declaran, debería establecerse un sistema que hiciera posible existir siendo irracional, o sea: desafiando a la realidad. ¿Quién lo hará posible? No hay respuesta. Cualquier mediocridad extraviada acapara los titulares de los periódicos con planes para controlar la producción de la humanidad, y sin que importe quién está de acuerdo o en desacuerdo con sus estadísticas, nadie

cuestiona su derecho a imponer sus planes por medio de un arma. ¿Imponer a quién? No hay respuesta.
"Mujeres con ingresos sin causa revolotean en viajes alrededor del mundo y regresan con el mensaje de que los pueblos atrasados de la Tierra demandan un mayor nivel de vida. ¿Le demandan a quién? No hay respuesta.
"Y para evitar cualquier pregunta sobre la causa de la diferencia entre una aldea en la selva y la ciudad de Nueva York, recurren a la obscenidad absoluta de explicar el progreso industrial -rascacielos, puentes colgantes, motores, trenes- sosteniendo que el hombre es un animal que posee el 'instinto de fabricar herramientas'.
"¿Te has preguntado qué está mal en el mundo? Lo que hoy estás viendo es el clímax del credo de lo no-causado y lo no-ganado. Todas tus bandas de místicos del espíritu y del músculo se están peleando entre ellas por el poder de gobernarte a ti, que has aceptado no tener mente, y gruñen que el amor es la solución para todos los problemas de tu espíritu y que un látigo es la solución para todos los problemas de tu cuerpo. Otorgando al hombre menos dignidad de la que otorgan al ganado, ignorando lo que les podría decir cualquier adiestrador de animales -que ningún animal puede ser entrenado mediante el temor, que un elefante torturado aplastará a su torturador, pero no aceptará trabajar para él ni transportar sus cargas- esperan que el hombre continúe produciendo tubos electrónicos, aviones supersónicos, usinas atómicas y telescopios interestelares, con una ración de comida como recompensa y un latigazo en la espalda como incentivo.
"No te equivoques sobre la naturaleza de los místicos. Su único propósito a lo largo de los siglos ha sido eliminar tu conciencia. Y el poder, el poder de regirte por la fuerza, siempre ha sido su único deseo.
"Desde los ritos de los brujos de la selva, que distorsionaron la realidad en absurdos grotescos y paralizaron la mente de sus víctimas en perpetuo terror hacia lo sobrenatural durante siglos de atraso, hasta las doctrinas sobrenaturales de la Edad Media, que mantuvieron a los hombres encogidos en el suelo de barro de sus chozas, aterrorizados de que el diablo se robara la sopa que habían conseguido con 18 hs. de trabajo, hasta el zaparrastroso y sonriente profesor que te asegura que tu cerebro carece de capacidad para pensar, que no tienes medios de percepción y que debes obedecer ciegamente la voluntad omnipotente de esa fuerza sobrenatural que es la Sociedad, todos representaron la misma comedia con un mismo y único fin: reducirte a una masa que ha renunciado a la validez de su conciencia.
"Pero nada de eso se te puede hacer sin tu consentimiento. Si lo has permitido, lo mereces.
"Cuando escuchas la arenga de un místico sobre la impotencia de la mente humana, comienzas a dudar de tu conciencia, no de la de él; cuando permites que tu precario estado de semirracionalidad sea sacudido por cualquier afirmación y decides que es más seguro confiar en su certeza y conocimiento superiores, engañáis los dos: tu aceptación es la única fuente de certeza que él tiene. El poder sobrenatural al que un místico teme, el espíritu incognoscible que adora, la conciencia que considera omnipotente es... la tuya.
"Un místico es un hombre que ha rendido su mente en el primer encuentro con la mente de otros. En algún lejano momento de su infancia, cuando su comprensión

de la realidad chocó con las afirmaciones de otros, con sus órdenes arbitrarias y exigencias contradictorias, se entregó al temor a la independencia y renunció a sus facultades racionales.

"Ante la elección entre 'Yo sé' y 'Ellos dicen', optó por la autoridad de los otros, escogió someterse antes que comprender, creer en lugar de pensar. La fe en lo sobrenatural comienza con la fe en la superioridad de otros. Su rendición tomó la forma del sentimiento de que él debía esconder su falta de comprensión, de que los demás poseían una especie de conocimiento misterioso del que solamente él estaba privado, de que la realidad era lo que ellos pretendían que fuera, a través de métodos que le estarían negados por siempre.

"Desde entonces, temeroso de pensar, quedó a merced de sentimientos inidentificables. Sus sentimientos se convirtieron en su única guía, su único resabio de identidad personal; se aferró a ellos con un feroz apego, y dedicó sus fuerzas a ocultarse a sí mismo que la naturaleza de sus sentimientos era el terror.

"Cuando un místico declara que siente la existencia de un poder superior a la razón, es cierto que lo siente, pero ese poder no es un espíritu omnisciente del universo, sino la mente de cualquier otra persona ante quien se ha rendido. Un místico está impulsado por la necesidad de impresionar, hacer trampa, engañar, adular, forzar esa conciencia omnipotente de los demás. 'Ellos' son su única llave hacia la realidad, y él siente que no puede existir salvo domando el misterioso poder de los otros y obteniendo su obediencia incondicional. 'Ellos' son su único medio de percepción y, como un ciego que depende de la vista de un perro, siente que debe ponerles la correa para poder vivir. Controlar la conciencia de los demás se convierte en su única pasión; la ambición de poder es una maleza que crece sólo en los terrenos baldíos de una mente abandonada.

"Todo dictador es un místico, y todo místico es un dictador en potencia. El místico anhela la obediencia de los hombres, no su acuerdo. Quiere que entreguen sus conciencias a sus afirmaciones, sus edictos, sus deseos, sus caprichos, al igual que él entrega su conciencia a la de ellos. Quiere relacionarse con los hombres mediante la fe y la fuerza; no encuentra satisfacción en su acuerdo si debe ganárselo mediante hechos y razón. La razón es el enemigo al que teme y, al mismo tiempo, considera precario: la razón, para él, es un medio de engaño; siente que los hombres poseen algún poder más potente que la razón, y sólo su creencia sin causa o su obediencia forzada le puede dar una sensación de seguridad, como prueba de que ha obtenido el control sobre ese don místico del que carecía. Su anhelo es mandar, no convencer: la convicción requiere un acto de independencia y de confianza en lo absoluto de la realidad objetiva. Lo que el místico busca es poder sobre la realidad y sobre los medios de los hombres para percibirla: su mente; busca el poder de interponer su voluntad entre la existencia y la conciencia, como si, al aceptar falsear la realidad tal como él les ordena que la falseen, los hombres pudieran, de hecho, crearla.

"Así como el místico es un parásito en esencia, que expropia la riqueza creada por otros, así también es un parásito en espíritu quien se apodera de las ideas creadas por otros y cae aun por debajo del nivel de un lunático que crea su propia distorsión de la realidad; así termina convirtiéndose en un lunático parásito que aspira a apoderarse de una distorsión creada por otros.

"Hay un solo estado que satisface el anhelo del místico por la infinitud, la no-causalidad, la no-identidad: la muerte. No importa qué causas ininteligibles él les asigne a sus oscuros sentimientos, quien rechaza la realidad rechaza la existencia, y los sentimientos que lo mueven en adelante son el odio hacia todos los valores de la vida humana, y la lujuria por todos los males que la destruyen. Un místico goza ante el espectáculo del sufrimiento, la pobreza, la sumisión y el terror, porque le da un sentimiento de triunfo, una prueba de la derrota de la realidad racional. Pero no existe otra realidad.

"No importa de quién sea el bienestar que profese servir, ya sea el de Dios o el de la gárgola sin cuerpo a la que llama 'el Pueblo'; no importa qué ideal proclame en términos de alguna dimensión sobrenatural -en los hechos, en la realidad, en la Tierra-, su ideal es la muerte, su anhelo es matar, su única satisfacción es la tortura.

"La destrucción es la única meta que el credo de los místicos ha logrado alcanzar, como lo es el único final que están alcanzando ahora, y si las calamidades provocadas por sus actos no los han hecho cuestionar sus doctrinas, si juran estar motivados por amor, y sin embargo no se disuaden ante las pilas de cadáveres humanos, es porque la verdad acerca de sus almas es peor que la obscena excusa que tú les has aceptado: la excusa de que el fin justifica los medios y que los horrores que practican son medios para fines más nobles. La verdad es que esos horrores son sus fines.

"Tú, que eres lo suficientemente depravado como para creer que puedes adaptarte a la dictadura de un místico y complacerlo obedeciendo sus órdenes, debes saber que no hay forma de complacerlo; cuando obedezcas, cambiará sus instrucciones; él busca la obediencia en aras de la obediencia y la destrucción en aras de la destrucción. Tú, que eres lo suficientemente pusilánime como para creer que puedes llegar a un acuerdo con un místico cediendo a sus extorsiones, debes saber que no hay manera de satisfacerlo: el pago que pretende es tu vida, tan lenta o rápidamente como estés dispuesto a entregarla, y el monstruo al que busca sobornar es el vacío oculto en su propia mente, que lo lleva a matar para no darse cuenta de que la muerte que quiere es la suya.

"Tú, que eres lo suficientemente inocente como para creer que las fuerzas desatadas hoy en tu mundo están movidas por la codicia, por el saqueo material, debes saber que el revuelo podrido de los místicos es sólo una pantalla para esconder de su mente la naturaleza de los motivos que lo impulsan. La riqueza es un medio de vida humano, y los místicos claman por ella a imitación de los seres vivos, pretendiendo ante sí mismos que desean vivir. Pero su puerco consentimiento hacia el lujo arrebatado a otros no es placer, es fuga. No quieren adueñarse de tu fortuna; quieren que tú la pierdas; no quieren triunfar, quieren que tú fracases; no quieren vivir, quieren que tú mueras; no quieren nada; odian la existencia y continúan escapando, cada uno tratando de ignorar que el objeto de su odio es él mismo.

"Tú, que nunca comprendiste la naturaleza del mal; tú, que los describes como 'idealistas desencaminados' -¡Que el Dios que inventaste te perdone!-, debes saber que ellos son la esencia del mal, ellos, esos antivida que procuran, devorando al mundo, llenar el cero deshumanizado de su alma. No es tu riqueza lo

que buscan. La suya es una conspiración contra la mente, lo que significa contra la vida y el ser humano.
"Es una conspiración sin líder ni dirección, y los rufianes del momento que se aprovechan de la agonía de una nación o de otra son basura oportunista que nada en el torrente del dique roto de las cloacas de los siglos, de las reservas de odio hacia la razón, la lógica, la habilidad, los logros, la felicidad, almacenadas por cada infeliz antihumano que alguna vez haya predicado la superioridad del corazón sobre la mente.
"Es una conspiración de todos los que buscan, no vivir, sino subsistir, los que tratan de engañar a la realidad y se sienten atraídos sentimentalmente hacia todos los que están ocupados haciendo lo mismo; una conspiración que une en la evasión a todos los que persiguen al cero como valor: el profesor que, incapaz de pensar, encuentra placer arruinando las mentes de sus alumnos; el hombre de negocios que, para proteger su estancamiento, encuentra placer encadenando la habilidad de sus competidores; el neurótico que, para defender su autoodio, encuentra placer en quebrantar a los capaces de autoestima; el incompetente que encuentra placer derrotando al logro, el mediocre que encuentra placer demoliendo la grandeza; el eunuco que encuentra placer castrando todos los placeres, y todos sus proveedores de municiones intelectuales, todos aquellos que predican que la inmolación de la virtud transformará los vicios en virtudes. La muerte es la premisa que yace en la raíz de sus teorías, la muerte es el objetivo de sus acciones en la práctica y tú eres la víctima final.
"Nosotros, que somos los amortiguadores vivientes entre tú y la naturaleza de tu credo, ya no estamos allí para salvarte de los efectos de las creencias que has elegido. Ya no estamos dispuestos a pagar con nuestras vidas las deudas en las que incurriste en la tuya o el déficit moral acumulado por todas las generaciones anteriores a ti. Has estado viviendo a crédito, y te reclamo el pago del préstamo.
"Yo soy el hombre cuya existencia tu amnesia apuntaba a ignorar. Yo soy el hombre que tú no querías que viviera ni que muriera. No querías que viviera, porque temías saber que yo cargaba con la responsabilidad que evadiste y que tu vida dependía de mí; no querías que muriera, porque lo sabías.
"Hace 12 años, cuando trabajé en tu mundo, yo era inventor. Ejercía una profesión que apareció en la última fase de la historia de la humanidad y que será la 1° en desaparecer en el camino de regreso hacia lo subhumano. Un inventor es un hombre que pregunta '¿Por qué?' al universo, y no permite que nada se interponga entre la respuesta y su mente.
"Como el que descubrió el uso del vapor o el que descubrió el uso del petróleo, yo descubrí una fuente de energía que estaba disponible desde el nacimiento del planeta, pero que los hombres no habían sabido utilizar salvo como objeto de culto, de terror y de leyendas sobre un Dios estruendoso. Completé el modelo experimental de un motor que hubiera valido una fortuna para mí y para quienes me habían contratado, un motor que habría elevado la eficiencia de toda actividad humana que requiriera fuerza motriz y habría aumentado la productividad a cada hora que los hombres destinaran a ganarse la vida.
"Entonces, una noche en una reunión de trabajo, escuché cómo era sentenciado a muerte debido a mi logro. Escuché a 3 parásitos decir que mi cerebro y mi vida les pertenecían, que mi derecho a la vida era condicional y dependía de la

satisfacción de sus deseos. El propósito de mi habilidad, decían, era servir las necesidades de los menos capaces. Yo no tenía derecho a vivir, decían, debido a mi competencia para la vida: su derecho a la vida era incondicional, debido a su incompetencia.

"Comprendí entonces qué estaba mal en el mundo, comprendí qué destruía a personas y naciones, y dónde había que dar la batalla por la vida. Comprendí que el enemigo era una moral invertida, y que mi consentimiento era su único poder. Comprendí que el mal es impotente; que residía en lo irracional, en la ceguera, en lo antirreal... y que la única arma de su triunfo era la voluntad de los buenos para servirlo. Así como los parásitos a mi alrededor proclamaban su inevitable dependencia de mi mente y esperaban que yo voluntariamente aceptara la esclavitud que no tenían ningún poder para imponerme, así como contaban con mi autoinmolación para proveerse de los medios para su plan, así, a través del mundo y de la historia humana, en cada versión y forma, desde las extorsiones de parientes holgazanes hasta las atrocidades de los países colectivistas, son los buenos, los capaces, los hombres de razón quienes actúan como sus propios destructores, que dan al mal transfusiones de la sangre de su virtud y dejan que les transmita el veneno de la destrucción; de esa manera le brindan al mal el poder de la supervivencia, y a sus propios valores... la impotencia de la muerte. Comprendí que llega un punto, en la derrota de todo ser virtuoso, en que su consentimiento es necesario para que el mal triunfe... y que ningún tipo de daño que le hagan los demás puede tener éxito si él decide negar su consentimiento. Comprendí que podía poner fin a sus atropellos pronunciando una simple palabra en mi mente. La pronuncié. La palabra es: 'No'.

"Renuncié a esa fábrica. Renuncié a tu mundo. Me asigné el trabajo de prevenir a tus víctimas y darles el método y el arma para luchar contra ti. El método fue protegerlas de las consecuencias de sus propias acciones. El arma fue la justicia.

"Si quieres saber qué perdiste cuando renuncié y cuando mis huelguistas abandonaron tu mundo, ubícate en el espacio desierto de cualquier paraje inexplorado, pregúntate qué forma de supervivencia podrías lograr y cuánto tiempo durarías si te negaras a pensar, sin nadie cerca que te enseñe qué hacer, o, si decidieras pensar, cuánto sería capaz de descubrir tu mente; pregúntate a cuántas conclusiones independientes has arribado en el curso de tu vida y cuánto tiempo has dedicado a repetir las acciones que aprendiste de otros... pregúntate si serías capaz de descubrir cómo arar la tierra y cultivar tu alimento, si serías capaz de inventar una rueda, una palanca, una bobina de inducción, un generador o un tubo electrónico... y entonces decide si los hombres capaces son explotadores que viven del fruto de tu trabajo y te roban la riqueza que tú produces, y si te atreves a creer que tienes el poder para esclavizarlos. Deja que tu mujer eche un vistazo a una hembra de la jungla de rostro marchito y senos caídos, mientras sentada machaca cereal, hora tras hora, siglo tras siglo... y que se pregunte si su 'instinto para fabricar herramientas' le proporcionará refrigeradores, lavadoras y aspiradoras, y, si no es así, si está dispuesta a destruir a todos aquellos que fabricaron estos artefactos, mas no 'por instinto'.

"Mira a tu alrededor, tú, salvaje que tartamudeas que las ideas son creadas por los medios de producción, que una máquina no es producto del pensamiento humano, sino de un poder místico que genera el pensamiento humano. No has descubierto

la era industrial y te aferras a la moral de las eras bárbaras en las que una forrma miserable de subsistencia era producida por el trabajo físico de los esclavos. Todo místico siempre ha añorado que los esclavos lo protejan de la realidad material a la que temen. Pero tú, tú, grotesco y místico amigo de lo atávico, fijas ciegamente tu vista en los rascacielos y las chimeneas que hay a tu alrededor y sueñas con esclavizar a tus proveedores materiales: los científicos, los inventores y los industriales. Cuando clamas por la propiedad pública de los medios de producción, estás clamando por la propiedad pública de la mente. Les he enseñado a mis huelguistas que la respuesta que te mereces es simplemente: 'Trata de tomarla'.

"Te declaras incapaz de dominar las fuerzas de la materia inanimada, sin embargo propones dominar las mentes de los hombres que son capaces de hazañas que tú no puedes igualar. Proclamas que no puedes sobrevivir sin nosotros, sin embargo propones dictar los términos de nuestra supervivencia. Proclamas que nos necesitas, sin embargo caes en la impertinencia de afirmar tu derecho a gobernarnos por la fuerza... y esperas que nosotros, que no tenemos miedo a esa naturaleza física que te llena de terror, nos acobardemos a la vista del primer patán que te convenció de que lo votes dándole la oportunidad de comandamos.

"Propones establecer un orden social basado en los siguientes principios: que eres incompetente para manejar tu propia vida, pero competente para manejar las vidas de los demás; que eres inadecuado para vivir en libertad, pero adecuado para convertirte en gobernante omnipotente; que eres incapaz de ganarte la vida mediante el uso de tu inteligencia, pero eres capaz de juzgar a los políticos y elegirlos para puestos de poder absoluto sobre artes que nunca han visto, sobre ciencias que nunca han estudiado, sobre logros que no conocen, sobre las industrias gigantescas donde tú, por confesa definición de tus capacidades, no serías capaz de cubrir exitosamente el cargo de asistente de engrasador.

"Este ídolo de tu culto de adoración del cero, ese símbolo de la impotencia, el dependiente congénito, es tu imagen del hombre y tu paradigma de valor, a cuyo modelo te ajustas para darle una nueva forma a tu alma. 'Es algo humano', lloriqueas en defensa de cualquier depravación, alcanzando el nivel de autodegradación; intentas hacer que el concepto de 'humano' represente lo débil, lo insensato, lo corrompido, lo falso, lo fracasado, lo cobarde, lo fraudulento, y exiliar de la raza humana al héroe, al pensador, al productor, al inventor, al fuerte, al persistente, al puro, como si sentir fuese humano, pero pensar no; como si fracasar fuese humano, pero tener éxito no; como si la corrupción fuese humana, pero la virtud no; como si la premisa de la muerte fuese propicia al hombre, pero la premisa de la vida no.

"Con el fin de quitarnos el honor, y luego también nuestra riqueza, siempre nos has visto como esclavos que no merecen ningún reconocimiento moral. Alabas cualquier emprendimiento que asegure no tener 'fines de lucro' y maldices a quienes lograron el lucro para hacer posible ese emprendimiento. Consideras 'de interés público' a cualquier proyecto que sirva a quienes no pagan; no es de interés público brindar servicio a quienes pagan.

"Crees que 'beneficio público' es cualquier cosa que se dé como limosna; dedicarse al comercio es perjudicar al público. 'Bienestar público' es el bienestar de quienes no se lo han ganado; los que sí se lo han ganado, no tienen derecho a ningún bienestar. 'El público', para ti, es cualquiera que no haya podido alcanzar

virtud o valor alguno; quienquiera que lo logre, quienquiera que pueda proveer los bienes que necesitas para sobrevivir, deja de ser visto como parte del público o parte de la raza humana.

"¿Qué clase de locura te permitió soñar que podías salir victorioso con esta maraña de contradicciones y planearla como una sociedad ideal, cuando el simple 'No' de tus víctimas es suficiente para demoler toda tu estructura? ¿Qué permite a un mendigo insolente exhibir sus lacras ante el rostro de los mejores y solicitar ayuda en tono de amenaza? Gritas, al igual que él, que cuentas con nuestra lástima, pero tu secreta esperanza es el código moral que te ha enseñado a contar con nuestra culpa. Esperas que nos sintamos culpables de nuestras virtudes en presencia de tus vicios, heridas y fracasos... culpables de tener éxito, culpables de disfrutar la vida que maldices... y sin embargo nos suplicas ayuda para vivir.

"¿Querías saber quién es John Galt? El 1° hombre capaz que se ha negado a verlo como culpa. El 1° que no hará penitencia por sus virtudes ni dejará que sean utilizadas como herramientas en su propia destrucción. El 1° que no sufrirá el martirio a manos de quien quiere que muera por el privilegio de mantenerlo con vida. El 1° que te ha dicho que no te necesita. Hasta que no aprendas a tratar conmigo como comerciante, entregando valor por valor, deberás existir sin mí, como yo existiré sin ti; de esa manera permitiré que aprendas de quién es la necesidad y de quién es la habilidad... y, si el parámetro es la supervivencia humana, quién definirá los términos de cómo sobrevivir.

"He hecho planeada e intencionalmente lo que se ha venido haciendo por omisión silenciosa a lo largo de la historia. Siempre hubo hombres inteligentes que se declararon en huelga, en protesta y desesperación, pero sin comprender el significado de su acto. El que se retira de la vida pública para pensar, pero no comparte sus pensamientos; el que elige pasar sus años en la oscuridad de empleos menores, guardando sólo para sí mismo el fuego de su mente, sin darle nunca forma, expresión o realidad, negándose a entregarlo a un mundo que desprecia; el que es derrotado por el aborrecimiento, el que renuncia antes de haber empezado, el que abandona en vez de entregarse, el que funciona a una fracción de su capacidad, desarmado por su deseo de un ideal que no ha encontrado... todos ellos están en huelga, en huelga contra la sinrazón, en huelga contra tu mundo y tus valores. Los que carecen de valores propios, los que abandonan la búsqueda del saber en la oscuridad de su desesperanzada indignación, que es virtuosa sin conocimiento de la virtud, y apasionada sin conocimiento del deseo, te conceden el poder de la realidad, y te entregan los incentivos de sus mentes y perecen en amarga futilidad, como rebeldes que nunca han comprendido el objeto de su rebelión, como amantes que nunca descubrieron su amor.

"La época infame a la que llamas Oscurantismo fue una era de inteligencia en huelga, cuando los hombres capaces pasaron a la clandestinidad y vivieron ocultos, estudiando en secreto, y al morir se llevaron con ellos los trabajos de sus mentes; cuando sólo unos pocos de los mártires más valientes quedaron para mantener a la raza humana con vida.

"Todo período regido por místicos fue una época de estancamiento y carencias, en que la mayoría de los hombres estuvieron en huelga contra la existencia, trabajando lo indispensable para sobrevivir, sin dejar más que migajas como botín

para que sus gobernantes les robaran, rehusando pensar, aventurarse, producir, cuando el recaudador de sus ganancias y la autoridad sobre la verdad o el error era el capricho de algún degenerado ungido como superior a la razón por derecho divino y la gracia de un garrote. El camino de la historia humana ha sido una cadena de tramos estériles erosionados por la fe y la fuerza, con unas pocas y breves apariciones de un rayo de sol, cuando la energía liberada de los hombres de mente realizó las maravillas que admiraste e inmediatamente extinguiste.

"Pero esta vez no habrá extinción. El juego de los místicos se terminó. Perecerás en y por tu propia irrealidad. Nosotros, los hombres de la razón, sobreviviremos.

"He convocado a la huelga a los mártires que nunca antes te habían abandonado. Les he dado el arma que les faltaba: la conciencia de su propio valor moral. Les he enseñado que el mundo es nuestro, cuando queramos reclamarlo, por virtud y gracia de que es nuestra la Moral de la Vida. Ellos, las magníficas víctimas que produjeron todas las maravillas del breve verano de la humanidad; ellos, los industriales, los conquistadores de la materia, no habían descubierto la naturaleza de su virtud. Sabían que el poder era suyo. Yo les enseñé que también lo era la gloria.

"Tú, que te atreves a considerarnos moralmente inferiores a cualquier místico que dice tener visiones sobrenaturales; tú, que te abalanzas como buitre sobre centavos robados, y aun así valoras a un adivino de fortuna por encima de un hacedor de fortuna; tú, que desprecias a un hombre de negocios como innoble, pero exaltas a cualquier supuesto artista, debes saber que la raíz de tus parámetros es ese miasma místico proveniente de ciénagas primigenias, ese culto a la muerte que declara inmoral al hombre de negocios por el hecho de que te mantiene con vida. Tú, que proclamas que deseas elevarte por encima de las crudas preocupaciones del cuerpo, por encima de la rutina de cumplir meras necesidades físicas, piensa: ¿quién está esclavizado por las necesidades físicas, el hindú que trabaja desde el amanecer hasta la puesta del sol empujando un arado primitivo para ganarse un cuenco de arroz, o el estadounidense que conduce un tractor? ¿Quién es el conquistador de la realidad física, el que duerme sobre una cama de clavos o el que duerme sobre un colchón de resortes? ¿Cuál es el monumento del triunfo del espíritu humano sobre la materia, los pobres diablos diezmados por los gérmenes en las orillas del Ganges, o la silueta de los rascacielos de Nueva York?

"A menos que aprendas las respuestas a estas preguntas y aprendas a honrar los logros de la mente humana no durarás mucho tiempo en esta Tierra a la que amamos, y no permitiremos que tú maldigas. No continuarás arrastrándote durante el resto de tu vida. He acortado el curso normal de la historia y te he permitido descubrir la naturaleza del pago que deseabas cargar sobre los hombros de otros. Ahora tu último hálito de vida será drenado para dar lo no ganado a los adoradores y acólitos de la muerte. No alegues que has sido derrotado por una realidad malévola: has sido derrotado por tus propias evasiones. No digas que vas a perecer por un noble ideal: perecerás como forraje de quienes odian al hombre.

"Si posees un remanente de dignidad y voluntad de amar la vida, te ofrezco la oportunidad de elegir. Decide si deseas perecer por una moral en la que nunca creíste ni practicaste. Haz una pausa en el borde de la autodestrucción y examina

tus valores y tu vida. Has sabido hacer un inventario de tus riquezas: ahora haz un inventario de tu mente.

"Desde la niñez, has venido escondiendo el secreto culposo de que no sentías ningún deseo de ser moral, ningún deseo de autoinmolarte, de que temes y odias a tu código, pero no te animas ni siquiera a decírtelo a ti mismo; de que careces de esos 'instintos' morales que otros profesan sentir. Cuanto menos sentías, con más fuerza proclamabas tu amor desinteresado y el servicio a los demás, con pánico de que alguna vez se descubriera tu verdadero ser, el ser que traicionaste, el que mantuviste escondido como un esqueleto en el armario de tu cuerpo. Y ellos, que eran al mismo tiempo engañados y engañadores, ellos escuchaban y exclamaban su estentórea aprobación, con miedo de que tú descubrieras que albergaban el mismo secreto. La existencia para ti es una gigantesca farsa, un acto que representas para los demás; cada uno siente que él es el único fracasado culpable, cada uno ubica su autoridad moral en el incognoscible que sólo los demás conocen, cada uno finge la realidad que siente que los demás esperan que finja, y sólo algunos tienen el coraje de romper el círculo vicioso.

"No importa qué deshonroso compromiso hayas hecho con tu credo impracticable, sin que importe qué balance miserable -mitad cinismo, mitad superstición- intentas mantener, aún preservas la raíz, el dogma letal: la creencia en que lo moral y lo práctico son opuestos. Desde niño, has estado escapando del terror de una elección que nunca te has atrevido a identificar: Si lo que es práctico, lo que se debe practicar para existir, lo que funciona, triunfa, logra su objetivo, lo que te da comida y alegría, todo lo que te beneficia es el mal; y si el bien, lo moral, es lo impráctico, todo aquello que fracasa, destruye, frustra, lo que te lastima y te trae pérdidas y dolor, entonces la alternativa es ser moral o vivir.

"El único resultado de esa doctrina asesina fue remover la moral de la vida. Llegaste a creer que las leyes morales no tenían ninguna relación con la tarea de vivir, salvo como impedimento y amenaza; que la existencia del hombre es una jungla amoral donde cualquier cosa sirve por igual y todo está permitido. Y en esa niebla de definiciones cambiantes que caen sobre una mente congelada, has olvidado que los males atacados por tu credo son las virtudes requeridas para vivir, y has llegado a creer que las habilidades prácticas para la existencia son los verdaderos males. Al olvidar que el 'bien' impráctico es el autosacrificio, crees que la autoestima es impráctica; al olvidar que el 'mal' práctico es la producción, crees que el robo es práctico.

"Agitándote como una rama inerme en el viento de un ignoto desierto moral, no te atreves a ser plenamente malvado o a vivir plenamente. Cuando eres honesto, experimentas el resentimiento de los ingenuos; cuando haces trampas, sientes terror y vergüenza, y tu dolor aumenta por el sentimiento de que el dolor es tu estado natural.

"Tienes lástima por los hombres a los que admiras: crees que están condenados a fracasar; envidias a los hombres que odias: crees que son los dueños y señores de la existencia. Te sientes inerme frente a un canalla: crees que el mal finalmente triunfará, ya que la moral representa lo impotente, lo impráctico.

"Para ti, la moral es un espantapájaros fantasma hecho de deber, aburrimiento, castigo, dolor, una cruza entre la primera maestra del colegio y el cobrador de impuestos; un espantapájaros de pie en un campo yermo, que agita un palo para

ahuyentar los placeres... y placer, para ti, es un cerebro ahogado en licor, el sexo sin sentido, el estupor de un imbécil que apuesta su dinero en una carrera de animales, ya que el placer no puede ser moral.
"Si identificas tus verdaderas creencias, encontrarás una triple condena: de ti mismo, de la vida y de la virtud. La grotesca conclusión a la que has arribado es que la moral es un mal necesario.
"¿Te preguntas por qué vives sin dignidad, amas sin pasión y mueres sin resistencia? ¿Te preguntas por qué, dondequiera que miras, no encuentras más que preguntas imposibles de responder? ¿Por qué tu vida está desgarrada por conflictos imposibles, por qué la agotas haciendo equilibrio sobre vallas irracionales para evitar opciones artificiales, tales como cuerpo o alma, mente o corazón, seguridad o libertad, beneficio privado o bien público?
"¿Lloras que no encuentras respuestas? ¿Cómo esperabas encontrarlas? Rechazas tu herramienta de percepción -tu mente-, y luego te quejas de que el universo es un misterio. Descartas tu llave, y luego aúllas que se te han cerrado todas las puertas. Te lanzas en pos de lo irracional, y luego maldices a la existencia porque no tiene sentido.
"La valla sobre la que has estado sentado 2 hs., mientras escuchabas mis palabras e intentabas huir de ellas, es la fórmula del cobarde contenida en la frase: '¡Pero no tenemos que llegar a los extremos!'. El extremo que siempre has luchado por evitar es el reconocimiento de que la realidad es definitiva, de que A es A y de que la verdad es la verdad. Un código moral imposible de practicar, un código que exige imperfección o muerte, te ha enseñado a disolver todas las ideas en una niebla, a no permitir ninguna definición clara, a considerar todo concepto como aproximado y toda regla como elástica, a diluir cualquier principio, a bastardear cualquier valor, a tomar siempre el camino intermedio.
"Al arrancarte la aceptación de absolutos sobrenaturales, te han forzado a rechazar el absoluto de la naturaleza. Al hacer imposibles los juicios morales, te han hecho incapaz de tener juicios racionales. Un código que te prohíbe arrojar la primera piedra, te ha prohibido admitir la identidad de las piedras y reconocer cuándo estabas siendo apedreado.
"El hombre que se niega a juzgar, que no acepta ni rechaza, que declara que no hay absolutos y cree que escapa de la responsabilidad es el responsable de toda la sangre que hoy se está derramando en el mundo. La realidad es un absoluto, la existencia es un absoluto, una partícula de polvo es un absoluto y también lo es la vida humana. La diferencia entre vivir o morir es un absoluto. Tener o no un pedazo de pan es un absoluto. La diferencia entre comer tu pan o verlo desaparecer en el estómago de un saqueador es un absoluto.
"En todas las cuestiones hay 2 lados: uno es cierto y el otro es falso, pero el medio es siempre malvado.
"El hombre que está equivocado aún conserva cierto respeto por la verdad; aunque más no sea por aceptar la responsabilidad de su elección. Pero el que se sitúa en el medio es un bribón que se ciega a la verdad para pretender que no existe opción ni valores; quien evita participar en cualquier batalla, buscando aprovecharse de la sangre del inocente, o arrastrarse ante el culpable; quien administra justicia condenando a prisión al criminal y a su víctima; quien soluciona conflictos disponiendo que el pensador y el imbécil se encuentren a mitad de

camino. En cualquier solución de compromiso entre el bien y el mal sólo el mal se beneficiará. En esa transfusión de sangre, que drena al bueno para alimentar al malo, el que adopta esas soluciones de compromiso es el tubo conector.

"Tú, que eres medio racional, medio cobarde, has estado estafando a la realidad; pero la víctima a la que has estafado has sido tú mismo. Cuando los hombres reducen sus virtudes a lo aproximado, el mal adquiere la fuerza de un absoluto; cuando la inflexible lealtad a un propósito es abandonada por los virtuosos, la recogen los malvados, y lo que resulta es el espectáculo indecente de un bien rastrero, regateador, traicionero, y un mal altanero, seguro y sin compromiso alguno.

"Así como te has rendido a los místicos del músculo cuando te dijeron que la ignorancia consiste en reclamar el conocimiento, ahora vuelves a rendirte a ellos cuando chillan que la inmoralidad consiste en pronunciar juicios morales. Cuando gritan que es egoísta estar seguro de que tienes razón, te apresuras a responderles que no estás seguro de nada. Cuando gritan que es inmoral defender tus convicciones, les aseguras que no tienes ninguna. Cuando los matones de los Estados Populares de Europa gruñen que eres culpable de intolerancia porque no tratas tu deseo de vivir y su deseo de matarte como una simple diferencia de opinión, te encoges de hombros y les aseguras que puedes tolerar cualquier horror. Cuando un vagabundo descalzo en algún agujero apestoso de Asia te grita: '¿Cómo te atreves a ser rico?', le pides disculpas, le ruegas que sea paciente y le prometes que lo donarás todo.

"Has llegado al callejón sin salida de la traición que cometiste al aceptar que no tienes derecho a existir. Alguna vez creíste que era 'sólo un compromiso': admitiste que era malo vivir para tu propio bien, pero que era moral vivir para el bien de tus hijos. Luego, concediste que era egoísta vivir para el bien de tus hijos, pero que era moral vivir para el bien de tu comunidad. A continuación, reconociste que era egoísta vivir para el bien de tu comunidad pero que era moral vivir para el bien de tu país. Ahora estás permitiendo que éste, el más grandioso de los países, sea devorado por la escoria de cualquier rincón del mundo, mientras concedes que es egoísta vivir por tu país y que tu deber moral consiste en vivir para el bien de todo el planeta. Un hombre sin derecho a la vida no tiene derecho a los valores y no los sostendrá.

"Al final de tu camino de sucesivas traiciones, despojado de armas, de certezas, de honor, cometes tu último acto de traición y firmas tu petición de bancarrota intelectual: mientras los místicos del músculo de los Estados Populares se proclaman campeones de la razón y de la ciencia, concuerdas y te apresuras a proclamar que la fe es tu principio cardinal y que la razón está del lado de tus destructores, que el tuyo es el lado de la fe.

"A los restos machacados de honestidad racional en las mentes torcidas y confundidas de tus niños les declaras que no puedes ofrecer ningún argumento racional para sostener las ideas que crearon este país; que no hay ninguna justificación racional para la libertad, la propiedad, la justicia, los derechos; que esos derechos se apoyan en una visión mística y sólo pueden ser aceptados en base a la fe; que, en materia de razón y lógica, el enemigo está en lo cierto, pero que la fe es superior a la razón. Les dices a tus hijos que es racional robar, torturar, esclavizar, expropiar, asesinar, pero que deben resistir las tentaciones de

la lógica y mantenerse disciplinadamente irracionales; les dices que los rascacielos, fábricas, radios, aviones son producto de la fe y de la intuición mística, mientras que las hambrunas, los campos de concentración y los pelotones de ejecución son productos de una forma de vivir razonable; les dices que la revolución industrial fue la rebelión de los hombres de fe contra esa era de razón y de lógica conocida como la Edad Media. Simultáneamente, sin tomar aliento, a los mismos niños, les dices que los saqueadores que gobiernan las repúblicas populares sobrepasarán a los Estados Unidos en producción material, y que son los representantes de la ciencia, pero que es malo preocuparse por la riqueza física y que se debe renunciar a la prosperidad material. Declaras que los ideales de esos saqueadores son nobles, pero que ellos no lo toman en serio, mientras que tú, sí; que tu propósito al luchar contra los saqueadores es sólo lograr los fines que ellos no pueden alcanzar, pero que tú sí; y que la forma de luchar contra ellos es ganándoles de mano y donando toda la riqueza que se posea. Luego te preguntas por qué tus hijos se unen a los matones populares o se convierten en delincuentes medio locos; te preguntas por qué las conquistas de los saqueadores se acercan cada vez más a tus puertas y culpas de ello a la estupidez humana, declarando que las masas son impermeables a la razón.

"Niegas el espectáculo abierto y público de la lucha de los saqueadores contra la mente y el hecho de que se perpetran los más sanguinarios horrores para castigar el crimen de pensar. Niegas el hecho de que la mayoría de los místicos del músculo comenzaron como místicos del espíritu, que se lo pasan cambiando de uno al otro campo; que los hombres a los que llamas 'materialistas' y 'espiritualistas' son sólo 2 mitades del mismo ser disociado que siempre buscan su parte faltante, pero lo hacen oscilando entre 2 extremos, yendo de la destrucción de la carne a la destrucción del alma, y viceversa; que corren desde sus colegios hasta los campos de esclavos de Europa, o hasta un colapso total en el pantano místico de la India, buscando cualquier refugio contra la realidad, cualquier forma de escapar de la mente.

"Niegas todo esto y te aferras a tu hipocresía de la 'fe' para no darte cuenta de que los saqueadores te tienen por el cuello, que te estrangulan gracias a tu código moral; que los saqueadores son los practicantes perfectos y consistentes de la moral que tú obedeces a medias, y a medias evades; y que la practican de la única manera que puede ser practicada: convirtiendo al mundo en un horno de sacrificio; que tu moral te prohibe oponerte a ellos de la única manera posible: rehusando convertirte en un animal de sacrificio y afirmando orgullosamente tu derecho a existir; que para combatirlos hasta el final y con plena rectitud, es tu moral lo que tienes que rechazar.

"Lo niegas porque tu autoestima está ligada a ese místico 'desinterés' que nunca has poseído ni ejercido; pero has pasado tantos años pretendiendo que así era, que la idea de denunciarlo te llena de terror.

"No hay valor más alto que la autoestima, pero lo has invertido en bonos y acciones falsificados... y ahora tu moral te ha puesto una trampa que te obliga a proteger tu autoestima, luchando por el credo de la autodestrucción. Qué ironía: esa necesidad de autoestima que no puedes explicar ni definir pertenece a mi moral, no a la tuya; es el ejemplo efectivo de mi código; es mi prueba, dentro de tu propia alma.

"A través de un sentimiento que aún no ha aprendido a identificar, pero que deriva de su primera conciencia de la existencia, del descubrimiento de que debe elegir, el ser humano sabe que su desesperada necesidad de autoestima es un asunto de vida o muerte. Como ser de conciencia volitiva, sabe que debe reconocer su valor para mantenerse con vida. Él sabe que debe ser 'correcto'; ser incorrecto en la acción significa poner su vida en peligro; ser incorrecto como persona, ser malvado, significa ser inadecuado para la existencia.

"Cada acto de la vida de un hombre debe ser voluntario; el simple hecho de obtener o consumir sus alimentos implica que la vida que preserva merece ser preservada; cada placer que procura disfrutar, implica que quien lo busca merece encontrarlo. No tiene elección acerca de su necesidad de autoestima: su única elección es el criterio según el cual medirla. Y comete un error fatal cuando cambia ese criterio que protege su vida por algo al servicio de su propia destrucción, cuando escoge un parámetro que contradice la existencia, y pone su autoestima en contra de la realidad.

"Toda forma de duda injustificada de sí mismo, todo sentimiento de inferioridad y toda devaluación secreta representan, en realidad, el temor oculto del hombre a lidiar con la existencia. Pero cuanto mayor es su terror, más ferozmente se aferra a las doctrinas criminales que lo asfixian. Nadie puede sobrevivir al momento en que se declara irremediablemente malvado; cuando así ocurre, su siguiente paso puede ser la demencia o el suicidio. Para escapar de ello -si ha elegido un parámetro irracional- desfigurará, evadirá, o ignorará la realidad; se engañará acerca de la existencia, la felicidad, la mente; y por fin llegará a mentirse también respecto de su autoestima, esforzándose por conservar su ilusión antes que arriesgarse a descubrir que carece de ella. Temer enfrentarse a un problema equivale a creer que lo peor es cierto.

"No es ningún crimen que hayas cometido lo que infecta tu alma con una culpa permanente; no son tus fracasos, errores o insuficiencias, sino el vacío mediante el que intentas evadirlos; no es ninguna clase de Pecado Original ni alguna ignota deficiencia prenatal, sino el conocimiento y el hecho de tu deserción básica, el hecho de suspender tu mente, de negarte a pensar. El miedo y la culpa constituyen tus emociones crónicas; son reales y las mereces, pero no proceden de las razones superficiales que inventas para disfrazar su causa, ni derivan de tu 'egoísmo', debilidad o ignorancia, sino de una amenaza real y fundamental a tu existencia: tienes miedo, porque has abandonado tu arma de supervivencia; sientes culpa, porque sabes que lo has hecho en forma voluntaria.

"El yo que has traicionado es tu mente; la autoestima es la confianza en la propia capacidad de pensar. El ego que buscas, ese yo esencial que no puedes expresar ni definir, no son tus emociones ni tus sueños inarticulados, sino tu intelecto, ese juez de tu tribunal supremo a quien has impugnado para quedar a la deriva, a merced de cualquier ilusión perdida a la que llamas tu 'sentimiento'.

"Entonces te arrastras a través de una noche que tú mismo has creado, buscando desesperadamente un fuego sin nombre, movido por una visión borrosa del amanecer que habías vislumbrado y has perdido.

"Observa la persistencia, en las mitologías de la humanidad de la leyenda acerca de un paraíso que alguna vez le perteneció al hombre: la Atlántida, el Jardín del Edén, o cualquier otro reino de perfección, siempre en el pasado. La raíz de esas

leyendas reside no en el pasado de una raza, sino en el de todo ser humano. Aún conservas el sentido -no tan firme como un recuerdo, sino difuso como la añoranza desesperanzada- de algo que existió en los primeros años de tu infancia, antes que aprendieras a someterte, a absorber el terror de la sinrazón y a dudar del valor de tu mente; conociste entonces un estado radiante de existencia; conociste la independenciá de una conciencia racional enfrentando un universo abierto. Ese es el paraíso que has perdido, que buscas y que sólo tú mismo puedes recuperar.

"Tal vez nunca sabrás quién es John Galt. Pero si has experimentado aunque sea un solo momento de amor por la existencia, o el orgullo de ser su merecido amante; si por un momento has contemplado la Tierra acariciándola con la mirada, has conocido lo que significa ser humano, comprenderás que... yo sólo soy el hombre que comprendió que ese reconocimiento no debe ser traicionado. Yo soy quien supo qué lo hace posible, y que escogió de un modo consistente practicar y ser lo que tú has practicado y sido en ese único instante.

"Esa elección está en tus manos. Esa elección, la dedicación al más alto potencial de lo que uno es capaz, se realiza aceptando el hecho de que el acto más noble que jamás hayas realizado es el acto de tu mente en el proceso de comprender que 2 + 2 son 4.

"Quienquiera que seas... tú que estás en este momento a solas con mis palabras, sin más que tu propia honestidad para ayudarte a asimilar lo que estoy diciendo, debes comprender que la opción de existir como un ser humano aún está abierta para ti, pero que el precio consiste en empezar desde cero; presentarte desnudo frente a la realidad y, revirtiendo un costoso error histórico, declarar: 'Existo, por lo tanto, pensaré'.

"Acepta el hecho irrevocable de que tu vida depende de tu mente. Admite que todas tus luchas, tus dudas, tus falsificaciones y tus evasiones fueron un desesperado intento por escapar de la responsabilidad de una conciencia volitiva; una búsqueda del conocimiento automático, de la acción instintiva, de la certeza intuitiva; y que mientras considerabas un deseo de alcanzar un estado angelical, lo que en realidad estabas buscando era un estado animal. Acepta, como tu ideal moral, la tarea de convertirte en ser humano.

"No digas que temes confiar en tu mente porque sabes poco. ¿Acaso es más seguro entregarte a los místicos y descartar lo poco que sabes? Vive y actúa dentro de los límites de tu conocimiento y continúa expandiéndolo hasta el límite de tu vida. Libera tu mente del yugo de la autoridad. Acepta que no eres omnisapiente, pero que comportarte como zombi no te dará omnisapiencia alguna; que tu mente es falible, pero que convertirte en un descerebrado no te hará infalible; que un error cometido por ti mismo es más sano que 10 verdades aceptadas por la fe, porque el 1° te da las herramientas para corregirlo, mientras que lo 2° destruye tu capacidad para distinguir la verdad del error. En lugar de soñar con un automatismo omnisciente, acepta el hecho de que todo conocimiento es adquirido gracias a la voluntad y el esfuerzo y que ése es el rasgo distintivo de los humanos en el universo; ésa es su naturaleza, su moral, su gloria.

"Descarta la infinita licencia para el mal que consiste en proclamar que el hombre es imperfecto. ¿Qué modelo usas para afirmarlo? Acepta el hecho de que, en el

campo de la moral, no sirve nada inferior a la perfección. Pero la perfección no debe ser evaluada por mandamientos místicos que inciten a practicar lo imposible; y tu estatura moral no debe ser evaluada por asuntos que estén fuera de tu elección. El hombre tiene una única opción básica: pensar o no pensar; y ésa es la medida de su virtud. La perfección moral es tener una racionalidad inquebrantable; no importa el grado de inteligencia, sino el uso pleno implacable de la mente; no la extensión del conocimiento, sino la aceptación de la razón como un absoluto.

"Aprende a distinguir la diferencia entre errores del conocimiento y quiebres de la moral. Un error del conocimiento no es una falta moral, siempre que tengas la voluntad de corregirlo; sólo un místico juzgaría a los seres humanos con el estándar de una imposible omnisapiencia automática. Pero un quiebre de la moral es la elección consciente de una acción que tú sabes de antemano que es depravada, o la evasión voluntaria del conocimiento, una suspensión de la vista y del pensamiento. Aquello que no sabes no es un cargo moral contra ti; pero lo que rehúsas saber es una cuenta de infamia que va creciendo en tu alma. Admite cualquier error de conocimiento; no perdones ni aceptes ninguna violación a la moral. Otorga el beneficio de la duda a quienes ansían saber; pero trata como potenciales asesinos a los especímenes de depravación insolente, que te demandan exigencias, proclamando que no poseen ni buscan razones, declarando como una licencia, que 'simplemente lo sienten', o a aquellos que rechazan un argumento irrefutable diciendo: 'Es sólo lógica', lo que significa: 'Es sólo realidad'. El único campo que se opone a la realidad es el campo y la premisa de la muerte.

"Acepta el hecho de que el único propósito moral de tu vida es alcanzar tu felicidad, y que esa felicidad, no el sufrimiento ni la búsqueda inconsciente de placer, es la prueba de tu integridad moral, por ser prueba y resultado de tu lealtad al logro de tus valores. La felicidad fue la responsabilidad que rechazaste, ella te requería la clase de disciplina racional que no valoraste lo suficiente para asumir; y el estancamiento ansioso de tu vida es el monumento a tu evasión del conocimiento de que no existe ningún sustituto moral para la felicidad, de que no hay cobarde más despreciable que aquel que deserta de la batalla por su alegría, temiendo afirmar su derecho a existir, careciendo del valor y la lealtad a la vida que demuestra un pájaro o una flor al orientarse hacia el sol.

"Desecha los harapos protectores de ese vicio al que has llamado virtud: la humildad; aprende a valorarte, lo que significa: lucha por tu felicidad, y cuando asimiles que el orgullo es la suma de todas las virtudes, sabrás vivir como un hombre.

"Como medida básica de autoestima, asume que cualquier exigencia de ayuda es la señal de un caníbal. Con su demanda afirma que tu vida es su propiedad; y más despreciable aún es tu consentimiento. ¿Preguntas si es correcto ayudar siempre a otro hombre? No, si él reclama tu ayuda como su derecho y tu deber moral.

"Es correcto, en cambio, si ése es tu deseo personal, basado en tu propio placer egoísta, teniendo en cuenta el valor de su persona y de su lucha. El sufrimiento como tal no es un valor; sólo lo es la lucha contra el sufrimiento. Si eliges ayudar a alguien que sufre, hazlo; pero sólo motivado por sus virtudes, por su lucha por recuperarse, por su racionalidad, o porque sufre injustamente; entonces tu acción será una transacción en la que su virtud es el pago por tu ayuda. Pero ayudar a

alguien sin virtudes, sobre la base de su sufrimiento como tal, aceptar sus defectos, su necesidad como un reclamo, es aceptar una hipoteca nula sobre tus valores. Un hombre sin virtudes odia la existencia y actúa sobre la premisa de la muerte. Ayudarlo es consentir su mal y respaldar su carrera de destrucción. Aunque sólo se trate de un centavo, que no echarás de menos, o de una sonrisa amable que él no merece, un tributo al cero es una traición a la vida y a todos aquellos que luchan por mantenerla. La desolación de tu mundo se hizo de esa clase de centavos y sonrisas.

"No digas que mi moral es demasiado dura para que tú la practiques y que le temes tal como temes a lo ignoto. Los pocos momentos verdaderamente vitales que has conocido, los has vivido según los valores de mi código. Pero los has asfixiado, negado y traicionado; has sacrificado tus virtudes en provecho de tus vicios, y a los mejores hombres en provecho de los peores. Mira a tu alrededor: lo que le has hecho a la sociedad, lo has hecho primero dentro de tu alma; la una es la imagen de la otra. Esta lamentable ruina que es ahora tu mundo, es la forma física de la traición que cometiste con tus valores, tus amigos, tus defensores, tu futuro, tu país y contigo mismo.

"Nosotros, a quienes ahora llamas, pero que ya no contestaremos, hemos vivido a tu alrededor, pero no llegaste a conocernos, te negaste a pensar y ver lo que éramos. No llegaste a reconocer el motor que inventé y en tu mundo se convirtió en un montón de chatarra. No fuiste capaz de reconocer al héroe que se alberga en tu alma y no llegaste a reconocerme cuando pasaba a tu lado por la calle. Cuando buscabas desesperado ese espíritu inalcanzable, que sentías había desertado de tu mundo, le diste mi nombre, pero lo usaste para definir tu propia autoestima traicionada. No recuperarás el uno sin la otra.

"Al negarte a dar reconocimiento a la mente del hombre e intentar gobernar a los hombres por la fuerza, quienes se sometieron no tenían ninguna mente a la que renunciar; los que sí la poseían, por el contrario, son hombres que no se rinden. Fue así como el hombre de genio creativo asumió en tu mundo el disfraz de un Don Juan, se convirtió en destructor de riqueza y prefirió aniquilar su fortuna antes que entregarla por las armas. Asimismo, el pensador, el hombre de razón, asumió en tu mundo el papel de pirata para defender sus valores por la fuerza contra tu fuerza, antes que someterse al gobierno de la brutalidad. ¿Me están escuchando, Francisco d'Anconia y Ragnar Danneskjöld, mis primeros amigos, compañeros de lucha, parias como yo, en cuyo nombre y honor hablo?

"Fuimos nosotros 3 quienes iniciamos lo que ahora estoy completando. Fuimos nosotros 3 quienes resolvimos vengar a este país y liberar su alma prisionera. Esta, la mayor de las naciones, fue construida sobre la base de mi moral; sobre la inviolable supremacía del derecho del hombre a la existencia; pero tú aborrecías admitirlo e intentar vivir de esa manera.

"Has sido testigo de un logro sin precedentes en la historia, saqueaste sus efectos y borraste sus causas. En presencia de esos monumentos a la moral humana que son una fábrica, una autopista o un puente, continuaste condenando al país como inmoral, y a sus progresos como 'codicia materialista'; continuaste ofreciendo disculpas por la grandeza de este país al ídolo de una desnutrición esencial, al místico leproso y holgazán, ídolo de la Europa decadente.

"Este país, el producto de la razón, no podía sobrevivir en base a la moral del sacrificio. No ha sido construido por quienes pretendían autoinmolarse ni recibir limosnas. No podía vivir basándose en la separación mística que ha divorciado el alma del cuerpo; no podía vivir según la doctrina mística que maldice a esta tierra como demoníaca y a los que triunfan en ella como depravados. Desde sus comienzos, este país constituyó una amenaza para el antiguo gobierno de los místicos. En la brillante explosión de su juventud, los Estados Unidos mostraron a un mundo incrédulo qué grandeza es capaz de alcanzar la humanidad, qué felicidad es posible en la Tierra. Era lo uno o lo otro: los Estados Unidos o los místicos. Los místicos lo sabían, tú no. Les permitiste que te contaminaran con la adoración a la necesidad y la nación se convirtió en un cuerpo gigante con un enano llorón en lugar de alma, mientras ésta, representada por el industrial, era forzada a enterrarse para trabajar y alimentarte en silencio, sin nombre, sin honor, totalmente negado. ¿Me estás escuchando, Hank Rearden, la mayor de las víctimas a las que he vengado?

"Ni él ni el resto de nosotros regresará hasta que el camino quede totalmente libre para reconstruir esta nación; hasta que los escombros de la moral del sacrificio hayan sido quitados de nuestro paso. El sistema político de un país se basa en su código moral. Reconstruiremos el sistema estadounidense sobre la premisa moral sobre la que se fundó, a la que tú trataste como una clandestinidad culposa en tu frenética evasión del conflicto entre dicha premisa y tu moral mística: la premisa de que el hombre es un fin en sí mismo, no un medio para alcanzar los fines de otros; de que la vida del hombre, su libertad y su felicidad son suyas por derecho inalienable.

"Tú, que has olvidado el concepto del derecho; tú, que vacilas en impotente evasión entre la noción de que los derechos son una gracia de Dios, un don sobrenatural que ha de ser aceptado por la fe, o la pretensión de que los derechos son un don de la sociedad, susceptibles de ser quebrantados a tu antojo, debes saber que el origen de los derechos del hombre no es la ley divina ni la ley parlamentaria, sino la ley de identidad. A es A y el Hombre es el Hombre.

"Los derechos son las condiciones de existencia requeridas por la propia naturaleza humana para su supervivencia como tal. Si el hombre ha de vivir en la Tierra como hombre, está en su derecho al usar su mente; está en su derecho al actuar según su propio y libre albedrío; está en su derecho al trabajar por sus valores y retener el producto de su trabajo. Si la vida en la Tierra es su propósito, tiene el derecho a vivir como un ser racional: la naturaleza le prohibe la irracionalidad. Cualquier grupo, cualquier pandilla, cualquier nación que intente negar los derechos del hombre está equivocado, lo que significa que es malvado, lo que significa que es antivida.

"Los derechos son un concepto moral, y la moral es una cuestión de elección. Los hombres son libres de no elegir la supervivencia como el estándar de su moral y de sus leyes, pero no son libres de escapar del hecho de que la alternativa es una sociedad caníbal, que sobrevive durante un tiempo devorando a los mejores, y luego colapsa como un cuerpo canceroso, cuando los sanos son devorados por los enfermos, cuando lo racional es consumido por lo irracional.

"Esa ha sido la suerte de tus sociedades en la historia; pero has evadido el conocimiento de la causa. Y estoy aquí para denunciarlo: el agente de castigo fue

la ley de identidad de la que no puedes escapar. Así como un hombre no puede vivir basándose en lo irracional, tampoco lo pueden hacer 2 hombres, ni 2.000, ni 2 billones. Así como un hombre no puede desafiar la realidad con éxito, tampoco puede hacerlo una nación, ni un país, ni el mundo. A es A. El resto es sólo cuestión del tiempo provisto por la generosidad de las víctimas.

"Así como el hombre no puede existir sin su cuerpo, ningún derecho puede existir sin el de transformar en realidades los propios derechos: pensar, trabajar y conservar los resultados, es decir, el derecho a la propiedad. Los modernos místicos del músculo, que ofrecen la alternativa fraudulenta de 'derechos humanos' versus 'derechos de propiedad', como si unos pudieran existir sin los otros, están haciendo un último y grotesco intento de revivir la doctrina del alma versus el cuerpo. Tan sólo un fantasma puede existir sin propiedades físicas; sólo un esclavo puede trabajar sin derecho al producto de su esfuerzo. El dogma de que los 'derechos humanos' son superiores a los 'derechos de propiedad' sólo significa que algunos seres humanos tienen derecho de hacer de otros su propiedad, y como el competente no tiene nada que ganar del incompetente, ello representa el derecho de este último a adueñarse de los mejores y a utilizarlos como ganado productivo. Quien considera esto como humano y justo no tiene derecho al título de 'humano'.

"El origen de los derechos de propiedad es la ley de la causalidad. Toda propiedad y toda forma de riqueza son producidas por la mente y el trabajo del hombre. Así como no pueden existir efectos sin causas, tampoco puede existir la riqueza sin su fuente: la inteligencia. Pero no se puede obligar a la inteligencia a trabajar; quienes son capaces de pensar no trabajarán por compulsión, y, quienes lo hagan, no producirán mucho más que el valor del látigo necesario para mantenerlos en la esclavitud. No puedes conseguir los productos de una mente, excepto en los términos del dueño de esa mente, negociados con consentimiento voluntario. Cualquier otra política de los hombres con respecto a la propiedad de otros hombres es una política de criminales, no importa la cantidad de disposiciones o delincuentes involucrados. Los criminales son salvajes que se mueven con visión de corto plazo y que se mueren de hambre cuando su presa consigue escapar, del mismo modo en que tú estás muriéndote de hambre hoy. Tú, que creíste que el crimen podría ser 'práctico' si el gobierno decreta que robar es legal y resistirse ilegal.

"El único propósito que corresponde a un gobierno es el de proteger los derechos del hombre, es decir, protegerlo de la violencia física. Un gobierno apropiado es solamente un policía que actúa como agente de la autodefensa del hombre, y como tal, puede recurrir a la fuerza únicamente contra aquellos que inician el uso de la fuerza. Las únicas funciones apropiadas de un gobierno son: la policía, para protegerte de los criminales; el ejército, para protegerte de invasores extranjeros, y los tribunales, para proteger tu propiedad y tus contratos de las violaciones, incumplimientos o fraudes de los otros, y para dirimir las disputas apelando a reglas racionales y según la ley objetiva. Pero un gobierno que inicia el empleo de la fuerza contra quienes no han forzado a nadie, el uso de la coacción armada contra víctimas desarmadas, es una máquina infernal de pesadilla diseñada para aniquilar la moral; tal gobierno revierte su único propósito moral, y muta del papel de protector al del más mortal enemigo del hombre; del papel de policía al de un

criminal investido del derecho a ejercer la violencia contra víctimas privadas del derecho a la autodefensa. Semejante gobierno sustituye la moral por la siguiente regla de conducta social: puedes hacerle a tu prójimo lo que quieras, siempre que tu pandilla sea más grande que la suya.

"Sólo un bruto, un tonto o un evasor puede aceptar vivir en esos términos o estar de acuerdo con dar a sus semejantes un cheque en blanco sobre su vida y su mente; aceptar la creencia de que los otros tienen derecho a disponer a su antojo de su persona; de que la voluntad de la mayoría es omnipotente; de que la fuerza física del músculo y del número puede sustituir a la justicia, la realidad y la verdad. Nosotros, los hombres de la mente, nosotros que somos comerciantes, ni amos ni esclavos, no operamos con cheques en blanco ni los otorgamos a nadie. No vivimos ni trabajamos bajo ninguna forma de lo no-objetivo.

"Mientras los salvajes no tenían el concepto de la realidad objetiva y creían que la naturaleza física estaba gobernada por el capricho de ignotos demonios, no fue posible ningún pensamiento, ni ciencia, ni producción. Sólo cuando el hombre descubrió que la naturaleza era algo firme, previsible y absoluto, pudo basarse en su conocimiento, escoger un curso, planear un futuro y, lentamente, salir de la caverna. Ahora tú has colocado a la industria moderna, con su inmensa complejidad de precisión científica, otra vez en las manos de demonios incognoscibles, bajo el poder imprevisible de los caprichos arbitrarios de pequeños y grotescos burócratas escondidos. Un campesino no realizará el esfuerzo de todo un verano si no puede calcular las posibilidades de su cosecha. Pero tú esperas que los gigantes industriales que planifican por plazos de décadas, invierten en términos de generaciones y se comprometen a contratos de 99 años, continúen funcionando y produciendo, sin saber qué azaroso capricho en el cráneo de qué funcionario aleatorio se abatirá sobre ellos para demoler en un momento la totalidad de sus esfuerzos. Los vagabundos y los obreros viven y planifican con el plazo de un día. Cuanto mejor es una mente, más largo es el plazo de su pensamiento. Aquél cuya visión alcance tan sólo hasta una choza en un barrio pobre continuará construyendo sobre arenas movedizas para conseguir una rápida ganancia y marcharse. Quien proyecta rascacielos no obrará de ese modo. Ni destinará 10 años de absoluta devoción a la tarea de inventar un nuevo producto, cuando sabe que pandillas de mediocres entronizados están manipulando las leyes en su contra para dejarlo atado de pies y manos, limitar sus acciones y obligarlo a fracasar. Cuando sabe que si lucha contra ellos y alcanza el éxito, ellos terminarán apoderándose de sus ganancias y de su invención.

"Mira más allá del momento actual, tú que gimes que temes competir con hombres de inteligencia superior; que argumentas que la mente de esos hombres constituye una amenaza a tu supervivencia y que los fuertes no dejan posibilidades a los débiles en el mercado de intercambio voluntario. ¿Qué determina el valor material de tu trabajo? Nada más que el esfuerzo productivo de tu mente. Si vivieras en una isla desierta, cuanto menos eficiente fuera tu pensamiento, menos obtendrás por tu labor física, y podrías pasarte la vida en una única rutina, recogiendo una cosecha precaria, o cazando con arco y flecha, incapaz de pensar más allá. Pero cuando vives en una sociedad racional, donde los hombres son libres para comerciar, recibes un beneficio incalculable: el valor

material de tu trabajo es determinado no sólo por tu esfuerzo, sino por el esfuerzo de las mejores mentes productivas que existen en el mundo que te rodea.
"Cuando trabajas en una fábrica moderna, se te paga, no sólo por tu labor, sino por todo el genio productivo que ha hecho posible dicha fábrica: por el trabajo del industrial que la construyó, por el trabajo del inversor que ahorró el dinero y lo arriesgó después en lo nuevo y no probado; por el trabajo del ingeniero que diseñó las máquinas cuyas palancas tú mueves; el trabajo del inventor que creó el producto que fabricas; el trabajo del científico que descubrió las leyes que permiten elaborar dicho producto; el trabajo del filósofo que enseñó a los hombres a pensar y al que te pasas denunciando.
"La máquina, forma congelada de inteligencia viva, es el poder que expande el potencial de tu existencia, elevando la productividad de tu tiempo. Si hubieras trabajado como herrero en la mística Edad Media, el resultado de toda tu capacidad productiva habría sido una barra de hierro hecha a mano, tras días y días de esfuerzo. ¿Cuántas toneladas de rieles produces diariamente si trabajas para Hank Rearden? ¿Te atreves a afirmar que el monto de tu salario se debe sólo a tu esfuerzo fisico y que esos rieles son producto de tus músculos? Todo lo que tus músculos valen es el nivel de vida de aquel herrero; el resto es un regalo de Hank Rearden.
"Cada hombre es libre de crecer tanto como pueda o quiera, pero sólo hasta el nivel determinado por su pensamiento. El trabajo fisico como tal no puede ir más allá de lo que requiere el momento. El hombre que sólo realiza una labor física, consume el valor material equivalente a su propia contribución al proceso productivo, y no deja más valor remanente, para él ni para los demás. Pero el hombre que produce una idea en cualquier campo de la actividad racional, el que descubre nuevos conocimientos, es un benefactor constante de la humanidad. Los productos materiales no pueden ser compartidos; pertenecen al consumidor final; sólo el valor de una idea puede ser compartido con un número ilimitado de hombres, haciéndolos a todos más ricos, sin ningún sacrificio ni pérdida, y elevando la capacidad productiva de cualquier tarea que realicen. Es el valor de su propio tiempo lo que los fuertes de inteligencia transfieren a los débiles, permitiendo que ellos trabajen en los oficios que él descubrió, mientras dedica su tiempo a nuevos descubrimientos. Es un intercambio mutuo en beneficio mutuo; independientemente del grado de inteligencia que cada uno posea, los hombres que quieren trabajar y no buscan ni esperan recibir lo que no se han ganado, comparten un mismo interés.
"En proporción con la energía mental empleada, el que inventa algo sólo recibe un pequeño porcentaje de su valor en términos de pago material, más allá de la fortuna que obtenga, o los millones que gane. Pero el hombre que trabaja como limpiador en la fábrica que produce ese invento, recibe un pago enorme en proporción al esfuerzo mental que su tarea requiere de él. Y sucede lo mismo para todos los estados intermedios en los diversos niveles de ambición y habilidad. El hombre que está situado en la cúspide de la pirámide intelectual aporta el máximo a todos los que están debajo de él, pero no recibe más que el pago material, no obtiene ningún beneficio intelectual de los demás que añada algo al valor de su tiempo. El hombre en la base, quien abandonado a su suerte moriría de hambre

por su total ineptitud, no contribuye con aquellos que están sobre él, pero recibe el beneficio derivado de todas sus mentes.
"Tal es la naturaleza de la 'competencia' entre los fuertes y los débiles de intelecto. Tal es la forma de 'explotación' por la que has condenado a los fuertes.
"Ese fue el servicio que te habíamos dado, con ganas y alegría. ¿Qué pedimos a cambio? Nada más que libertad. Quisimos que nos dieras libertad para funcionar, libertad para pensar y trabajar a nuestra propia elección; libertad para asumir nuestros propios riesgos y soportar nuestras propias pérdidas; libertad para obtener nuestros propios beneficios y hacer nuestras propias fortunas; libertad para apostar a tu racionalidad; para someter nuestros productos a tu juicio, para un intercambio voluntario; para confiar en el valor objetivo de nuestro trabajo y en la habilidad de tu mente para evaluarlo; libertad para contar con tu inteligencia y honestidad y para tratar únicamente con tu mente. Ese fue el precio que pedimos y que tú rechazaste por considerarlo demasiado alto. Para ti era injusto que nosotros, quienes te sacamos de tu choza y te dimos apartamentos modernos, radios, películas y automóviles, pudiéramos tener palacios y yates. Tú decidiste que tenías derecho a tu salario, pero nosotros no teníamos derecho a nuestras ganancias. Tú fuiste el que no quiso que tratáramos con tu mente, sino con tus armas de fuego. Nuestra respuesta a eso fue: 'Maldito seas'. Nuestra respuesta se hizo realidad: maldito eres.
"No intentaste competir en base a tu inteligencia, y ahora lo haces en base a tu brutalidad. No quisiste permitir que las recompensas fueran ganadas por la producción y ahora estás corriendo una carrera en la que las recompensas se ganan a través del robo. Calificaste de egoísta y cruel el intercambio de valor por valor, y ahora has creado una sociedad en la que se intercambia extorsión por extorsión. Tu sistema es una guerra civil legalizada, donde los hombres se juntan en bandas que luchan unas contra otras por la posesión de la ley que utilizan luego como un garrote contra los rivales, hasta que otra banda se la arrebata por la fuerza, y la utiliza a su vez en su contra, mientras todos claman hallarse al servicio de un ignoto y nunca especificado bien común. Has dicho que no ves ninguna diferencia entre el poder económico y el político, entre el poder del dinero y el de las armas; que no ves diferencia entre la recompensa y el castigo, entre una compra y un saqueo, entre el placer y el dolor, entre la vida y la muerte. Ahora estás aprendiendo en qué consiste esa diferencia.
"Habrá quien pueda alegar ignorancia como excusa, una mente limitada de alcance limitado. Pero los más malditos y culpables son quienes tenían la capacidad de saber y, sin embargo, prefirieron ignorar la realidad; los hombres que eligieron subordinar su inteligencia en cínica servidumbre de la fuerza: la despreciable raza de místicos de la ciencia que profesan su devoción al 'conocimiento puro', cuya pureza consiste en la pretensión de que tal conocimiento no tiene aplicación práctica en este mundo; aquellos que reservan su lógica para la materia inanimada, pero creen que las relaciones humanas no requieren ni merecen ninguna racionalidad; aquellos que desprecian el dinero y venden sus almas a cambio de un laboratorio conseguido mediante el saqueo. Y,dado que no existe tal cosa como el 'conocimiento no práctico', ni la acción 'desinteresada'; dado que desprecian el uso de su ciencia para el propósito y aprovechamiento de

la vida, entregan su ciencia al servicio de la muerte; para el único fin práctico que puede tener para los saqueadores: inventar armas de coerción y destrucción.
"Ellos, los intelectuales que tratan de escapar de los valores morales, ellos son los malditos en esta tierra, y suya es la culpa más allá del perdón. ¿Me oye, Dr. Robert Stadler?
"Pero no es a él a quien quiero dirigirme. Te hablo a ti, que aún conservas un rincón soberano de tu alma, no enajenado ni estampado pado con un sello que dice: 'A la orden de los demás'. Si, en el caos de los motivos que te impulsaron a escuchar la radio esta noche, hubo un deseo honesto y racional de averiguar qué está mal en el mundo, tú eres el hombre a quien quiero dirigirme. Según las reglas y términos de mi código, uno les debe un discurso racional a todos aquellos a quienes les preocupa y a quienes están haciendo algún esfuerzo por saber. Los que están haciendo un esfuerzo por no entenderme, no me interesan.
"Te hablo a ti, que deseas vivir y recapturar el honor de tu alma. Ahora que sabes la verdad acerca de tu mundo, deja de apoyar a tus destructores. La maldad del mundo sólo ha sido posible gracias a tu aprobación. Retira tu aprobación. Retira tu apoyo. No intentes vivir según los términos de tus enemigos, ni ganar en un juego en donde ellos hacen las reglas. No busques la condescendencia de quienes te han esclavizado; no pidas limosna a quienes te robaron, ya sea en forma de subsidios, de préstamos o de empleos; no te unas a su bando para recuperar lo que te han robado, ayudándolos a robar a tu prójimo. No es posible conservar la vida aceptando sobornos para condonar la propia destrucción. No te esfuerces en obtener beneficios, triunfos, ni seguridad, al precio de una hipoteca sobre tu derecho a la existencia. Esa hipoteca no debe ser pagada; cuanto más les pagues, más te exigirán; cuanto más grandes sean los valores que intentes alcanzar, más inerme y vulnerable serás. El suyo es un sistema de chantaje abierto, ideado para desangrarte, no por tus pecados, sino por tu amor a la existencia.
"No intentes ascender con las condiciones de los saqueadores ni subir por una escalera que ellos sostienen. No permitas que sus manos toquen el único poder que los mantiene en el poder: tu ambición de vivir. Declárate en huelga como yo lo hice. Utiliza tu mente y tu habilidad en privado; aumenta tu conocimiento, desarrolla tus habilidades, pero no compartas tus logros con otros. No intentes amasar una fortuna con un saqueador montado en tu espalda.
"Quédate en el peldaño más bajo de tu escalera; no ganes más que lo estrictamente necesario para tu supervivencia; no ganes un centavo extra que vaya a financiar el Estado de los saqueadores. Ya que eres un cautivo, actúa como cautivo; no los ayudes a simular que eres libre. Conviértete en ese silencioso e incorruptible enemigo al que ellos tanto temen. Cuando te fuercen, obedece, pero no seas voluntario de su causa. Nunca ofrezcas dar un paso en su dirección, ni expreses un deseo, un ruego, o un propósito. No ayudes a un saqueador a afirmar que actúa como tu amigo y benefactor. No ayudes a tus carceleros a pretender que su cárcel es el estado natural de tu existencia. No los ayudes a falsear la realidad. Esa falsificación es el único dique que contiene su secreto terror, el de saber que no son aptos para la existencia; quítalo y deja que se ahoguen; tu aprobación es su único salvavidas.

"Si encuentras alguna oportunidad para desaparecer en algún paraje ignoto fuera de su alcance, hazlo; pero no para vivir como un bandido, o formar parte de una pandilla que compita con la de ellos; construye una vida productiva por tus propios medios, con aquellos que acepten tu código moral y estén dispuestos a luchar por una existencia humana. No tienes posibilidad alguna de triunfar mediante la Moral de la Muerte, ni valiéndote del Código de la Fe y la Fuerza; establece un paradigma al que los honestos se acogerán: el paradigma de la Vida y la Razón.

"Actúa como un ser racional, intenta convertirte en punto de convocatoria para todos aquellos que están sedientos de una voz de integridad. Actúa basado en tus valores racionales, tanto si te encuentras solo, en medio de tus enemigos, como en compañía de unos cuantos amigos escogidos, o como fundadores de una modesta comunidad en la frontera del renacimiento de la humanidad.

"Cuando el Estado de los saqueadores colapse, privado de los mejores de sus esclavos; cuando caiga a un nivel de caos impotente, como las naciones asoladas por el misticismo del Oriente, y se disuelva en hordas de ladrones que luchan por robarse entre sí; cuando los defensores de la moral del sacrificio perezcan junto con su ideal, entonces, ese día, volveremos.

"Abriremos las puertas de nuestra ciudad a quienes merezcan entrar; una ciudad de chimeneas, tuberías, huertas, mercados y hogares inviolables. Seremos el centro de convocatoria para los refugios secretos como el que tú hayas construido. Con el signo del dólar como emblema, el signo del mercado libre y de las mentes libres, actuaremos para reclamar este país una vez más de las manos de los salvajes impotentes, que nunca descubrieron su naturaleza, su significado y su esplendor. Quienes opten por unirse a nosotros, se nos unirán; los que no, carecerán del poder para detenernos; las hordas de salvajes nunca fueron obstáculo para los hombres que enarbolaron la bandera de la mente.

"Entonces este país se convertirá una vez más en santuario para una especie humana bajo riesgo de extinción: el ser racional. El sistema político que construiremos está contenido en una única premisa moral: nadie podrá obtener ningún valor de los demás recurriendo a la fuerza física. Todo hombre se mantendrá o caerá, vivirá o morirá, según su juicio racional. Si no lo usa y cae, él será su única víctima. Si teme que su juicio resulte inadecuado, no se le dará un arma para mejorarlo. Si decide corregir sus errores a tiempo, tendrá el claro ejemplo de los mejores como guía para aprender a pensar, pero se pondrá fin a la infamia de pagar con una vida los errores de otra.

"En ese mundo podrás levantarte cada mañana con ese espíritu que conociste en tu niñez: ese espíritu de anhelo, aventura y certeza que deriva de tratar con un universo racional. Ningún niño le teme a la naturaleza. Es tu temor al hombre lo que desaparecerá; ese temor que ha paralizado tu alma; el temor que has adquirido en tus primeros encuentros con lo incomprensible, lo impredecible, lo contradictorio, lo arbitrario, lo oculto, lo falso y lo irracional del hombre.

"Vivirás en un mundo de seres responsables, que serán tan consistentes y confiables como los propios hechos; la garantía de su carácter será un sistema de existencia en el que la realidad objetiva es el parámetro y el juez. Tus virtudes gozarán de protección; tus vicios y debilidades, no. Se darán todas las oportunidades a tu bondad y ninguna a tu maldad. Lo que recibirás de los hombres no serán limosnas, ni lástima, ni piedad, ni perdón por los pecados, sino un único

valor: justicia. Y cuando mires a los demás o a ti mismo, no sentirás desagrado, ni sospecha, ni culpa, sino una única constante: respeto.
"Tal es el futuro que eres capaz de construir. Requiere una lucha, como cualquier valor humano. Toda vida es una lucha con propósito, y tu única elección es la elección de la meta. ¿Quieres continuar la batalla por tu presente, o quieres luchar por mi mundo? ¿Quieres continuar una lucha que consiste en aferrarse a precarias salientes en un resbaloso descenso al abismo, una lucha en la que las privaciones que soportas son irreversibles y las victorias que obtienes te aproximan aún más a la destrucción? ¿O prefieres iniciar una lucha que consiste en escalar de saliente en saliente en un ascenso continuo hasta la cumbre, una lucha en la que las privaciones son inversiones en tu futuro y las victorias te acercan irreversiblemente al mundo de tu ideal moral, y en la que aún si murieras sin haber alcanzado la plena luz del sol, morirías en un nivel ya tocado por sus rayos? Tal es la opción que te ofrezco. Deja que tu mente y tu amor por la vida decidan.
"Mis palabras finales son para ti, el héroe que aún permanece escondido en el mundo; prisionero, no por culpa de tus evasiones, sino por tus virtudes y tu desesperada valentía. Mi hermano de espíritu: mira tus virtudes y la naturaleza del enemigo al que estás sirviendo. Tus destructores te dominan, basándose en tu fortaleza, tu generosidad, tu inocencia, tu amor; la fortaleza con que soportas sus cargas; la generosidad con que respondes a sus gritos de desesperación; la inocencia que te hace incapaz de concebir su maldad y les otorga el beneficio de cada duda, rehusando condenarlos sin comprender, pero incapaz de comprender los motivos que los impulsan; el amor, tu amor por la vida, que hace que pienses que ellos son humanos y que también aman a esta vida. Pero el mundo de hoy es el mundo que ellos quisieron; la vida es el objeto de su odio. Déjalos con esa muerte a la que tanto adoran. En nombre de tu magnífica devoción por esta Tierra, déjalos; no agotes la grandeza de tu alma en conseguir el triunfo del mal que ellos buscan. ¿Me oyes... mi amor?
"En nombre de lo mejor que hay en ti, no sacrifiques este mundo a los peores. En nombre de los valores que te mantienen con vida, no permitas que tu visión del hombre sea distorsionada por lo feo, lo cobarde, lo inconsciente en aquellos que nunca han conseguido el título de humanos. No olvides que el estado natural del hombre es una postura erguida, una mente intransigente y un paso vivaz capaz de recorrer caminos ilimitados. No permitas que se extinga tu fuego, chispa a chispa, cada una de ellas irremplazable, en los pantanos sin esperanza de lo aproximado, lo casi, lo no aún, lo nunca jamás. No permitas que perezca el héroe que llevas en tu alma, en solitaria frustración por la vida que merecías pero que nunca pudiste alcanzar. Revisa tu ruta y la naturaleza de tu batalla. El mundo que deseas puede ser ganado, existe, es real y posible; es tuyo.
"Pero ganarlo requiere de una dedicación total y una ruptura total con el mundo de tu pasado, con la doctrina de que el hombre es un animal de sacrificio, que sólo existe para el placer de otros. Lucha por el valor de tu persona. Lucha por la virtud de tu orgullo. Lucha por la esencia del ser humano: su mente racional y soberana. Lucha con la radiante certeza y la absoluta rectitud de saber que tuya es la Moral de la Vida y que tuya es la batalla por cualquier logro, cualquier valor, cualquier

grandeza, cualquier bondad, cualquier alegría que alguna vez haya existido en esta Tierra.
"Vencerás cuando estés listo para pronunciar el juramento que yo hice al comienzo de mi batalla. Y para aquellos que quieran conocer la fecha de mi retorno, voy a repetirlo ahora, para que lo escuche el mundo entero: 'Juro por mi vida, y mi amor por ella, que jamás viviré para nadie, ni exigiré que nadie viva para mí'."

CAPÍTULO VIII - EL EGOÍSTA

-No ha sido real, ¿verdad? -preguntó Thompson.
Se hallaban frente a la radio, en la misma postura en que los sorprendió el último eco de la voz de John Galt. Nadie se movió durante aquel período de silencio; permanecían mirando el aparato, expectantes. Pero era sólo una caja de madera, con algunos botones y un círculo de tela que se extendía sobre el vacío del parlante.
-Pues yo creo que todos lo hemos escuchado -respondió Tinky Holloway.
-No pudimos evitarlo -añadió Chick Morrison.
Thompson se había sentado sobre un cajón. La pálida mancha alargada al nivel de su codo era el rostro de Wesley Mouch, sentado en el suelo. Más allá, como una isla en la vacía semioscuridad del estudio, la sala preparada para la transmisión se encontraba desierta y plenamente iluminada, con su semicírculo de sillones desocupados bajo una telaraña de micrófonos muertos, sometida a la claridad de unas lámparas que nadie se había tomado la molestia de apagar.
Los ojos de Thompson se posaban en los rostros a su alrededor, como en busca de alguna vibración especial, sólo conocida por él. Los demás lo intentaban también sigilosamente, tratando de captar destellos ajenos sin que nadie captara los suyos.
-¡Quiero salir de aquí! -gritó imprevistamente un joven ayudante de 3º línea sin dirigirse a nadie en particular.
-¡Quieto! -le respondió Thompson.
El sonido de su orden y el gemido de la figura inmovilizada en algún lugar de la zona de tinieblas, parecieron ayudarlo a recuperar una visión familiar de lo auténtico. Su cabeza se elevó unos centímetros sobre sus hombros.
-¿Quién permitió que esto ocu...? -empezó con voz cada vez más alta, pero se detuvo porque las vibraciones que recibió pertenecían al peligroso pánico de unos seres acorralados- ¿Qué les pareció esto? -optó por preguntar, pero no hubo respuesta- Veamos -esperó- ¡Bueno! ¡Que alguien diga algo!
-No tenemos que creerle, ¿verdad? -exclamó James Taggart acercando su rostro a Thompson en una actitud muy parecida a la amenaza- ¿Verdad? -repitió con el rostro contraído. Sus facciones no evidenciaban ninguna forma en particular y se le había formado un bigote de pequeñas gotas que resplandecían con la luz.
-Baje la voz -le advirtió Thompson inseguro, alejándose un poco de él.

-No hay que creerle -insistió Taggart, hablando a la manera monótona y persistente de quien se esfuerza en mantener un momento crítico- ¡Nadie ha dicho antes semejante cosa! ¡Sólo se trata de un hombre! ¡No hay por qué creerle!
-¡Tranquilícese! -le aconsejó Thompson.
-¿Por qué está él tan seguro de tener razón? ¿Quién es él para ir en contra de todo el mundo, de todo cuanto se ha dicho durante siglos y siglos? ¿Quién es él para saber? ¡Nadie puede estar seguro! ¡Nadie sabe quién tiene razón! ¡No existe tal verdad!
-¡Cállese! -gritó Thompson- ¿Qué está intentando...?
El fragor que interrumpió su frase procedía de una marcha militar, surgida inesperadamente del receptor. Era la marcha interrumpida 3 hs. antes y acompañada ahora por los chirridos familiares de un disco del estudio. Tardaron unos cuantos segundos en darse cuenta, mientras los alegres y acompasados acordes continuaban resonando en el silencio, grotescamente absurdos, como la risa de un idiota. El productor de programación de la emisora estaba obedeciendo ciegamente la norma de que no pueden producirse pausas tan extensas en una emisión.
-¡Díganles que corten eso! -gritó Wesley Mouch poniéndose de pie- ¡El público creerá que hemos autorizado ese discurso!
-¡Pedazo de estúpido! -exclamó Thompson- ¿Prefiere dar a entender que no fue así?
Mouch se detuvo en seco, y fijó las pupilas en Thompson con la expresión contemplativa de un aficionado ante un maestro.
-¡Sigan como de costumbre! -ordenó Thompson- ¡Díganles que continúen con el programa que tenían planeado para esta hora! ¡Nada de anuncios especiales ni de explicaciones! ¡Que continúen como si nada hubiera ocurrido!
Media docena de asistentes de Chick Morrison salieron corriendo hacia los teléfonos.
-¡Callen a los locutores! ¡Que no se permita ningún comentario! ¡Avisen a todas las emisoras del país! ¡Que el público piense lo que quiera! ¡No les demos la impresión de que estamos preocupados! ¡No les hagamos creer que se trata de algo importante!
-¡No! -chilló Eugene Lawson- ¡Tampoco podemos sugerir que estamos de acuerdo con el discurso! ¡Es horrible, horrible, horrible!
Lawson no estaba llorando, pero su voz sonaba con la indignidad de un adulto que solloza presa de una impotente rabia.
-¿Quién ha hablado de apoyarlo? -estalló Thompson.
-¡Es horrible! ¡Es inmoral! ¡Es egoísta, desalmado y rudo! ¡Es el discurso más agresivo que se haya pronunciado! ¡Hará que la gente quiera ser feliz!
-¡Es sólo un discurso! -protestó Thompson, aunque no con demasiada firmeza.
-A mí me parece -opinó Chick Morrison ligeramente esperanzado- que la gente de naturaleza espiritual más noble... ya saben a qué me refiero, la gente de... de... bueno, de profundidad mística... -Hizo una pausa, como si temiera que lo abofeteasen, pero nadie se movió, así que repitió firmemente- Sí, los místicos, no se dejarán convencer por ese discurso. En realidad, la lógica no lo es todo.
-Los trabajadores tampoco lo aceptarán -opinó Tinky Holloway un poco más tranquilo- Sus palabras no me han parecido las de un amigo del trabajo.

-Las mujeres del país no lo aceptarán -declaró Ma Chalmers- A mi modo de ver, constituye un hecho inobjetable que las mujeres no tenemos interés en esas estupideces que tengan que ver con la mente. Las mujeres tenemos sentimientos más delicados. Podemos contar con ellas.
-Pueden contar también con los científicos -declaró el Dr. Simón Pritchett. Todos se inclinaban hacia delante, repentinamente deseosos de hablar, como si hubieran encontrado un tema que desarrollar con total seguridad- Los científicos saben que no hay que creer en la razón. Ese hombre no es amigo de los científicos.
-No es amigo de nadie -dijo Wesley Mouch, recuperando un leve aire de confianza, al darse cuenta repentinamente de lo que acababa de decir-, salvo, quizá, de los grandes empresarios.
-¡No! -exclamó Mowen aterrorizado- ¡No nos acuse a nosotros! ¡No diga semejante cosa! ¡No se lo permitiré!
-¿Qué?
-Que... que... ese cualquiera, es amigo de los empresarios.
-No le demos demasiada importancia al discurso -recomendó Floyd Ferris- El tono fue demasiado intelectual para el hombre corriente. No surtirá ningún efecto. La gente es demasiado tonta para comprenderlo.
-En efecto -aprobó Mouch esperanzado- Así lo creo.
-En 1º lugar -prosiguió Feris, animado-, la gente no piensa. En 2º lugar, no quiere hacerlo.
-Y en 3º lugar -añadió Fred Kinnan -no quieren morir de hambre, y ¿cuál es su propuesta entonces?
Acababa de pronunciar la pregunta que todas las frases anteriores intentaban disimular. Nadie le contestó, pero las cabezas se hundieron más entre los hombros y los cuerpos se aproximaron más unos a otros, hasta formar un apretado grupo bajo el peso del espacio vacío del estudio. La marcha militar resonaba con la tétrica jovialidad de una sonriente calavera.
-¡Apaguen esa radio! -gritó el Sr. Thompson señalándola- ¡Apaguen ese maldito aparato!
Alguien le obedeció, pero el silencio resultó aún peor.
-Bien -dijo Thompson finalmente, levantando a desgano la mirada hacia Fred Kinnan- ¿Qué cree que tenemos que hacer?
-¿Y a mí me lo pregunta? -sonrió Kinnan- Yo no soy quien dirige esta comedia.
Thompson se dio un puñetazo en la rodilla.
-¡Diga algo! -ordenó; pero al ver que Kinnan volvía la cabeza, añadió- ¡Que alguien diga algo! -No hubo voluntarios- ¿Qué vamos a hacer? -gritó sabiendo que quien contestara sería, a partir de entonces, el hombre con mayor poder entre los presentes- ¿Qué vamos a hacer? ¿Es que nadie propone algo?
-¡Yo!
Era una voz de mujer, dotada del mismo tono que acababan de escuchar por la radio. Se volvieron hacia Dagny, antes de que ella tuviese tiempo de dar un paso hacia delante desde la oscuridad que reinaba detrás del grupo. Al hacerlo, su rostro asustó a todos porque no denotaba indicios de miedo.
-Yo puedo -dijo dirigiéndose a Thompson- Usted tendrá que renunciar.
-¿Renunciar? -preguntó él perplejo.

-Su administración ha terminado. ¿No se da cuenta? ¿Qué otra cosa necesita, después de lo que ha oído? Retírese y deje libre el camino, permita a las personas existir libremente. -Thompson la miraba sin oponerse, ni hacer ningún movimiento- Usted todavía vive, utiliza un lenguaje humano, busca respuestas, cuenta con la razón. ¡Maldita sea! Usted entiende todo. ¡Es imposible que no lo comprenda! Ya nada puede esperarse, desearse, conseguirse, retenerse o alcanzarse. Tan sólo la destrucción, la del mundo y la suya. Retírese y desaparezca.

La escuchaban atentamente, pero como si no percibiesen sus palabras sino que se aferraran ciegamente a algo que sólo ella poseía: la cualidad de la vida. Bajo la colérica violencia de su voz sonaba una risa entusiasta, tenía la cara levantada y sus ojos parecían contemplar un espectáculo a incalculable distancia. El resplandeciente ancho de su frente no parecía reflejar la luz de uno de aquellos reflectóres, sino la claridad solar.

-Desea vivir, ¿no es cierto?: entonces, desaparezca si aún puede. Deje que quienes pueden gobernar lo hagan. Él sabe lo que hay que hacer. Usted no. Él está en condiciones para crear los medios de la supervivencia humana. Usted no.

-¡No le hagan caso!

Fue una exclamación impregnada de tan salvaje odio que todos se apartaron de Robert Stadler como si éste, con esa respuesta, acabara de dar forma a algo que no quisieran confesar. Su cara tenía el mismo aspecto que el que temían tuvieran las de ellos.

-¡No le hagan caso! -repitió evitando sus ojos, mientras los de Dagny se posaban en él, en una breve y serena mirada que empezó como un estremecimiento de asombro y terminó con la tristeza de un obituario- Es nuestra vida o la de él.

-Tranquilícese, profesor -dijo Thompson apartándolo con un brusco movimiento de la mano. Thompson contemplaba a Dagny como si algún pensamiento oculto se esforzara en cobrar forma en su cerebro.

-Todos ustedes conocen la verdad -prosiguió ella-; lo mismo yo, y todos los que escuchamos a John Galt. ¿Qué esperan? ¿Pruebas? Ya se las ha dado. ¿Hechos? Están rodeados de hechos. ¿Cuántos cadáveres piensan amontonar antes de renunciar a las armas, al poder, a los controles y al resto de su mísero credo altruista? Cedan de una vez, si quieren vivir. Retírense si es que aún queda algo en sus mentes que sea capaz de desear que la vida humana se perpetúe sobre la Tierra.

-¡Eso es traición! -gritó Eugene Lawson- ¡Habla como una traidora!

-¡Vamos, vamos! -aconsejó Thompson- No es preciso llegar a tal extremo.

-¿Cómo? -preguntó Tinky Holloway.

-Desde luego, todo esto es atroz -comentó Chick Morrison. Wesley Mouch preguntó:

-No están de acuerdo con ella, ¿verdad?

-¿Quién ha hablado de acuerdos? -interrogó a su vez Thompson en tono sorprendentemente sereno- No se anticipen. Nadie debe precipitarse. No hay perjuicio en escuchar un argumento, ¿verdad?

-¿Ese tipo de argumento? -preguntó Wesley Mouch, cuyo dedo índice oscilaba violentamente en dirección a la figura de Dagny.

-De cualquier tipo -respondió Thompson, tan plácido como antes- No debemos ser intolerantes.

-¡Todo esto es traición, ruina, deslealtad, egoísmo y propaganda de grandes empresarios!
-¡Oh! No lo sé -respondió Thompson- Tenemos que mantener la mente fría. Debemos valorar los, puntos de vista ajenos. Quizás esta joven tenga algo de razón. Él sabe qué hacer. Debemos ser flexibles.
-Entonces, ¿esto significa que va a renunciar? -jadeó Mouch.
-No saque conclusiones apresuradas -replicó Thompson, irritado- Si hay algo que no puedo soportar es la gente que extrae conclusiones sin pensarlo. Ni tampoco a esos intelectuales encerrados en su torre de marfil, aferrados a alguna teoría particular, desconectados de toda realidad práctica. En tiempos como los que vivimos, debemos ser, sobre todo, flexibles -repitió.
Distinguió una mirada de asombro en los rostros que lo rodeaban: en el de Dagny y en el de los demás, aunque no por las mismas razones. Sonrió, se puso de pie y se volvió hacia Dagny.
-Gracias, Srta. Taggart. Gracias por expresarse con tanta claridad. Quiero hacerle saber que puede confiar en mí y hablarme con absoluta franqueza. No somos sus enemigos, Srta. Taggart. No les haga caso a los muchachos. Están irritados, pero ya recuperarán la sensatez. No somos enemigos suyos ni tampoco del país. Desde luego, hemos cometido errores, somos seres humanos, pero estamos intentando lo mejor en beneficio del pueblo... es decir de todos, en estos tiempos difíciles. No podemos hacer juicios precipitados, ni asumir decisiones temerarias, ¿verdad? Debemos reflexionar con cuidado y evaluar los hechos como se merecen. Quiero tan sólo recordarle que no somos los enemigos de nadie. ¿Se da cuenta?
-Dije todo lo que tenía que decir -contestó ella volviéndose, sin dar pista alguna acerca del significado de aquellas palabras, ni confiriéndoles ánimos para que intentaran buscarlo. Se volvió hacia Eddie Willers, que había estado mirando a quienes lo rodeaban con expresión tan indignada que parecía paralizado, como si su cerebro dijera: "¡Esto es el mal!" y no pudiera admitir ninguna otra idea. Dagny movió la cabeza indicando la puerta y él la siguió obediente.
Robert Stadler esperó hasta que la puerta quedó cerrada detrás de ellos y luego, inmediatamente, volvió su mirada a Thompson.
-¡Maldito idiota! ¿Se da cuenta de lo que está en juego? ¿No comprende que es un caso de vida o muerte? ¿Que se trata de usted o de él?
El débil temblor que agitó los labios de Thompson terminó en una sonrisa de desprecio.
-Un profesor como usted no debería comportarse de una manera tan extraña. Creía que los profesores no perdían nunca la compostura.
-¿No lo comprende? ¿No ve que se trata de uno o del otro?
-¿Y qué quiere que haga?
-Matarlo.
Stadler no pronunció la frase con voz alterada, sino en un tono monótono, frío y consciente, lo cual provocó un helado momento de silencio como respuesta global de todos los presentes.
-Debe encontrarlo -dijo Stadler, cuya voz se quebró y enseguida volvió a elevarse- ¡Hay que dar vuelta el mundo hasta encontrarlo y acabar con él! ¡Si vive, nos exterminará! ¡Si él vive, moriremos!

-¿Y cómo quiere que lo encuentre? -preguntó Thompson lenta y cuidadosamente.
-Yo... yo puedo decírselo. Le daré una pista. Vigilen a esa Taggart. Que sus hombres observen todos sus movimientos. Tarde o temprano será ella quien los conduzca hasta él.
-¿Cómo lo sabe?
-¿Acaso no está claro? ¿No le parece extraño que no haya desertado hace tiempo? ¿No tiene usted la inteligencia necesaria como para comprender que también pertenece a su clase? -manifestó sin aclarar a qué clase se refería.
-Sí -aceptó Thompson pensativo- Sí, en efecto. -Levantó la cabeza con una sonrisa de satisfacción- El profesor tiene razón, hay que seguir a la Srta. Taggart -ordenó chasqueando los dedos hacia Mouch- Que la sigan día y noche. Tenemos que encontrar a ese hombre.
-Sí, Sr. -dijo Mouch, sumiso.
-¿Y cuando lo encuentren -preguntó Stadler estremecido-, lo matarán?
Thompson exclamó:
-¿Matarlo? ¿Está loco? ¡Lo necesitamos!
Mouch esperó, pero nadie osó hacer la pregunta que se hallaba en la mente de todos, así que hizo un esfuerzo para declarar secamente:
-No lo entiendo, Sr. Thompson.
-¡Oh! Ustedes, los intelectuales teóricos son todos iguales -exclamó Thompson ya exasperado- ¿Por qué me mira boquiabierto? Es muy sencillo. Quienquiera que sea, se trata de un hombre de acción, que además cuenta con colaboradores decididos. Tiene acorralados a todos los elementos inteligentes y sabe lo que tiene que hacer. Lo encontraremos y nos lo dirá. Nos dirá cómo tenemos que actuar. Hará que esto funcione. Nos sacará de este pozo.
-¿De veras, Sr. Thompson?
-Sí, de veras. No se preocupen por sus teorías, llegaremos a un acuerdo con él.
-¿Con él?
-Desde luego. ¡Oh! Tendremos que ceder, tendremos que hacer algunas concesiones a los grandes sectores empresariales y no les gustará a los defensores del bienestar, pero, ¡a la mierda con ellos!, ¿creen que hay algún otro sistema?
-Pero sus ideas...
-¿A quién le preocupan las ideas?
-Sr. Thompson -dijo Mouch atragantándose- Yo... temo que sea un hombre que no acepte tratos.
-No existe tal cosa -aseguró Thompson.

* * *

Un viento frío hacía oscilar los letreros rotos suspendidos sobre las vitrinas y los locales de negocios abandonados. La ciudad parecía anormalmente tranquila. El distante rumor del tránsito sonaba más tenue que de costumbre, y hacía que el viento se escuchara más fuerte. Vacías aceras se hundían en las tinieblas y unas cuantas figuras solitarias formaban susurrantes grupos bajo las vagas luces.
Eddie Willers no pronunció palabra hasta que se encontraron a muchas calles de distancia de la emisora. Se detuvo, de pronto, al llegar a una plaza desierta, donde

los parlantes públicos que nadie se había molestado en apagar retransmitían para una vacía zona de pavimento, encuadrada por las fachadas oscuras de algunas casas, una comedia doméstica, en la que con voces penetrantes un hombre y su esposa peleaban acerca de las novias de su hijo. Más allá de la plaza, unas manchas de luz repartidas verticalmente por encima de las azoteas que formaban el límite superior de la ciudad sugerían una forma distante que se elevaba hacia el cielo: era el edificio Taggart.
Eddie se detuvo y señaló el edificio con el dedo tembloroso -¡Dagny! -exclamó, y luego bajó de tono involuntariamente- Dagny -murmuró- Yo lo conozco. Trabaja... trabaja... ahí... ahí... -Seguía señalando el edificio con incrédula desesperación.- Trabaja para Taggart Transcontinental.
-Lo sé -repuso ella con voz monótona y sin vida.
-Como obrero ferroviario... como el más humilde... obrero ferroviario...
-Lo sé.
-He estado hablando con él... Hace ya muchos años que hablo con él... en la cafetería de la terminal... Solía hacerme preguntas... toda clase de preguntas sobre el ferrocarril... y yo, ¡cielos, Dagny!... ¿protegía al ferrocarril o colaboraba con su destrucción?
-Las 2 cosas y ninguna. Pero ahora ya no importa.
-¡Hubiera apostado mi vida a que John Galt amaba el ferrocarril!
-Y lo ama.
-Pero lo ha destruido.
-Sí.
Dagny se ajustó el cuello del abrigo y continuó caminando, haciendo frente a una ráfaga de viento.
-Solía hablar con él -continuó Eddie al cabo de un rato- Su cara... Dagny, no se parecía a la de los otros, demostraba... comprender tantas cosas... Me alegraba verlo allí, en la cafetería... Yo hablaba... sin creer que me estuviera sometiendo a un interrogatorio... pero era así... Hacía tantas preguntas acerca del ferrocarril... y... y de ti...
-¿Te preguntó alguna vez qué aspecto tengo cuando duermo?
-Sí... sí. Lo preguntó... Yo te había encontrado una vez dormida en la oficina, y cuando lo mencioné...
Se detuvo al tiempo que una súbita conexión encajaba en su cerebro.
Dagny se volvió hacia Eddie bajo el rayo de luz de un farol, levantando la cara y manteniéndola completamente iluminada durante un silencioso y prolongado instante, como respuesta y confirmación a lo que él estaba pensando.
Eddie cerró los ojos.
-¡Oh, Dios mío, Dagny! -murmuró.
Continuaron en silencio.
-Se ha marchado, ¿verdad? -preguntó Eddie- ¿Se ha ido de la terminal?
-Eddie -contestó ella repentinamente tensa- Si en algo te importa su vida, no vuelvas a preguntar eso. No querrás que lo encuentren, ¿verdad? No les des ninguna pista. No reveles a nadie que lo has conocido. No trates de investigar si aún trabaja en la terminal.
-¿Supones que todavía sigue allí?
-No lo sé, pero puede ser.

-¿Ahora?
-Sí.
-¿Todavía?
-Sí. No digas nada si no quieres destruirlo.
-Creo que se ha ido y que ya no volverá. No lo he visto desde... desde...
-¿Desde cuándo? -preguntó ella bruscamente.
-Desde fines de mayo. Desde la noche en que te marchaste a Utah, ¿recuerdas? -Hizo una pausa, conforme la evocación de aquel encuentro y la plena comprensión de que su significado los afectaba a ambos a la vez. Luego continuó, haciendo un esfuerzo: -Lo vi esa misma noche, pero nunca más desde entonces... Lo estuve esperando en la cafetería... pero no regresó.
-No creo que ahora te permita verlo, se mantendrá oculto, pero no lo busques ni hagas averiguaciones.
-¡Es extraño! Ni siquiera sé qué nombre tenía. Johnny, o algo por el estilo...
-John Galt -dijo Dagny con una débil y triste risa- No es preciso que consultes la lista del personal de la terminal. Su nombre sigue allí.
-¿Estuvo durante todos estos años?
-Sí, 12.
-¿Y continúa allí?
-Sí.
Al cabo de un instante, Eddie dijo:
-Sé que no demuestra nada, pero el personal de la oficina no ha eliminado un solo nombre de la nómina desde el decreto 10-289. Y si alguien se marcha, otorgan su nombre y su tarea a otro cualquiera que realmente lo necesita en vez de informar a la Oficina de Unificación.
-No preguntes en la oficina de personal ni a nadie. No llames la atención sobre su nombre. Si tú o yo nos pusiéramos a investigar, alguien podría sospechar. No lo busques. No intentes investigar dónde se encuentra. Y si alguna vez lo vieras por casualidad, haz como si no lo conocieses.
Él asintió. Al cabo de un rato dijo tenso y en voz baja:
-No lo entregaría a esos hombres ni siquiera para salvar el ferrocarril.
-Eddie...
-Dime.
-Si lo ves, avísame.
Hizo una señal afirmativa. Dos manzanas más allá, preguntó con expresión tranquila:
-Te retirarás uno de estos días y desaparecerás, ¿verdad?
-¿Por qué dices eso? -preguntó ella casi en un sollozo.
-¿No es así?
Dagny no contestó enseguida y, cuando lo hizo, había en su voz una monotonía demasiado acentuada que le confería un aire de desesperación.
-Eddie, si me fuera y desapareciera, ¿qué pasaría con los trenes Taggart?
-Ya no habría más trenes de Taggart en una semana, o, quizá menos.
-En 10 días no existirían tampoco los saqueadores y entonces hombres como Cuffy Meigs devorarían los restos de nuestros rieles y máquinas. ¿Debo perder la batalla por no esperar un poco? ¿Cómo puedo abandonar a Taggart Transcontinental y marcharme para siempre cuando con un último esfuerzo tal vez

pueda mantenerla? Si hemos soportado estas cosas hasta ahora, también podré aguantarlas un poco más. Sólo un poco. Al actuar así no ayudo a los saqueadores. Ya nada puede ayudarlos.
-¿Qué crees que harán?
-No lo sé. ¿Cómo puedo saberlo? Están acabados.
-Eso creo.
-¿Los has visto? Son ratas miserables, presas de pánico, que se escabullen para salvar sus vidas.
-¿Significa algo para ellos?
-¿Qué cosa?
-Sus vidas.
-Siguen luchando. Pero aun así están acabados y lo saben.
-¿Han obrado alguna vez basándose en sus conocimientos?
-Tendrán que hacerlo. Tendrán que abandonar. No tardarán mucho. Y nosotros permaneceremos aquí para salvar lo que quede.

* * *

"El Sr. Thompson desea poner en conocimiento del público -dijo una emisión oficial la mañana del 23 de noviembre- que no existe ningún motivo de alarma. Y ruega a la población no extraer conclusiones apresuradas. Debemos conservar la disciplina, la moral, la unidad y nuestro sentido de la tolerancia. El poco convencional discurso que muchos oyeron anoche por radio, constituyó una interesante contribución a nuestras ideas sobre los problemas mundiales. Debemos analizarlo sobriamente, evitando los extremos, tanto de una condena total como de una aceptación a ultranza. Debemos considerarlo como una opinión entre muchas, dentro de nuestro foro democrático de opinión pública que, como anoche se demostró, permanece abierto a todos. La verdad, dice el Sr. Thompson, ofrece numerosas facetas. Debemos permanecer imparciales."
"Guardan silencio", escribió Chick Morrison como resumen del contenido de cierto informe mandado por uno de los agentes, a los que encargó la misión de "medir el pulso del público". "Guardan silencio", escribió también en el siguiente informe, y lo mismo en otro y en un cuarto. "Silencio", escribió frunciendo las cejas inquieto, al resumir sus informes dirigidos a Thompson. "El pueblo parece haber enmudecido."
Las llamas que una noche de invierno se elevaron al cielo y devoraron un hogar de Wyoming no fueron vistas por la gente de Kansas, que observaba el tembloroso resplandor rojizo sobre el horizonte de la pradera, originado por el incendio que consumía una granja. Aquel resplandor no fue reflejado tampoco por las ventanas de una calle de Pennsylvania, donde las retorcidas lenguas rojas consumían una fábrica. A la mañana siguiente, nadie mencionó que los fuegos no habían brotado por casualidad ni que los propietarios de las casas destruidas se hubiesen esfumado por completo. Los vecinos se enteraron sin hacer comentarios ni asombrarse. En rincones desperdigados por la nación, muchas otras casas quedaban abandonadas, algunas cerradas con llave y vacías, otras abiertas y sin los objetos que podían transportarse. La gente contemplaba aquello en silencio, y a través de los copos de nieve que caían sobre las sucias calles, en la

semioscuridad que precede a la mañana, continuó acudiendo a sus trabajos, aunque con mayor lentitud que de costumbre.
El 27 de noviembre, el orador de una reunión política en Cleveland fue apaleado y tuvo que escapar, escabulléndose por oscuros callejones. Su silencioso auditorio había cobrado repentina vida cuando gritó que la causa de todos los males era una preocupación egoísta hacia los propios problemas.
La mañana del 29 de noviembre, los obreros de una fábrica de calzado de Massachusetts se asombraron al entrar en sus talleres y encontrarse con que el capataz todavía no había llegado. Pero ocuparon sus puestos de costumbre e iniciaron su rutina habitual, manejando palancas, apretando conmutadores, alimentando con cuero las cortadoras automáticas, apilando cajas sobre la cinta de transmisión y preguntándose, a medida que pasaban las horas, por qué no llegaba el capataz o el superintendente, o el gerente general o el presidente de la compañía. Al mediodía descubrieron que las oficinas de la fábrica estaban vacías.
"¡Condenados caníbales!" -gritó una mujer del auditorio que atestaba un cine, para estallar enseguida en repentinos e histéricos sollozos; el resto del público no dio señal alguna de sorpresa, como si aquella mujer gritase por todos.
"No hay motivos para alarmarse -se dijo en una emisión oficial del 5 de diciembre- El Sr. Thompson quiere hacer conocer su deseo de negociar con John Galt a fin de encontrar un modo para conseguir la rápida solución a nuestros problemas. El Sr. Thompson pide paciencia al pueblo. No debemos preocuparnos, ni dudar; no debemos perder la calma."
Los enfermeros de un hospital de Illinois no se asombraron cuando trajeron a un hombre apaleado por su hermano mayor, quien lo había ayudado durante toda su vida pero al que el más joven acusó de egoísmo y avaricia. Tampoco se sorprendieron los empleados de un hospital de Nueva York ante el caso de cierta mujer que ingresó con la mandíbula fracturada: había sido golpeada en pleno rostro por un desconocido, que la había oído ordenar a su hijo de 5 años que entregara su mejor juguete al hijo de los vecinos.
Chick Morrison realizó una rápida gira con el fin de reforzar la moral del país por medio de discursos sobre el sacrificio personal en pro del bienestar común. Pero en la primera de sus paradas fue apedreado y tuvo que regresar a Washington.
Nadie les había otorgado jamás el título de "mejores" o, en caso de hacerlo, se había detenido a comprender su significado, pero cada uno en su propia comunidad, en su barrio, oficina o negocio y en condiciones particulares aún no identificadas, comprendía quiénes serían los que dejarían de presentase en sus puestos una de esas mañanas y desaparecerían silenciosamente en busca de fronteras desconocidas: las personas cuyas caras eran más tensas que los rostros que solían rodearlas, cuyos ojos miraban de forma más directa, cuya energía era más consciente y perdurable; las personas que ahora huían una tras otra desde todos los rincones del país, de un país que parecía el descendiente de aquel que en otros tiempos constituyera una verdadera apoteosis de grandeza y, postrado ahora por el azote de la hemofilia, perdía su mejor sangre por una herida que nunca cicatrizaba.
"¡Estamos dispuestos a negociar!" -gritó Thompson a sus asistentes, ordenando que el comunicado fuera repetido 3 veces por día por todas las emisoras- "¡Estamos dispuestos a negociar! ¡Él lo escuchará y contestará!"

Se dio orden de que oyentes especiales vigilaran día y noche junto a los aparatos de radio, en todas las frecuencias de sonido disponibles, a fin de esperar la respuesta desde un transmisor desconocido. Pero no hubo respuesta.
Rostros vacíos, desesperados, desenfocados, pululaban cada vez con más frecuencia por las calles de las ciudades, sin que nadie pudiera comprender su significado. Así como algunos protegían sus cuerpos escapando hacia regiones sin habitar, otros salvaban sus almas hundiéndose en el subterráneo de sus mentes. Ningún poder sobre la Tierra hubiera podido decir si sus ojos vacíos e indiferentes eran cerraduras que protegían ocultos tesoros en el fondo de galerías que ya no se iban a excavar, o simples aberturas vacías que jamás serían llenadas.
"No sé qué hacer" -dijo el supervisor auxiliar de una refinería de petróleo, rehusando aceptar el puesto del supervisor que había desaparecido, y los agentes de la Oficina de Unificación fueron incapaces de decidir si mentía o no. Había algo de certeza en el tono de su voz, una ausencia de excusa o de vergüenza, que les hizo preguntarse si se trataba de un rebelde o, tal vez, de un estúpido, y resultaba peligroso obligarlo a hacer ese trabajo en cualquiera de los 2 casos.
"¡Queremos gente!"
Este ruego empezó a martillar cada vez con mayor insistencia sobre los escritorios de la Oficina de Unificación desde todos los rincones de un país asolado por la desocupación, sin que quienes rogaban, ni la Oficina, se atreviesen a añadir la peligrosa palabra que implicaba aquel grito: "¡Queremos gente capaz!"
Se formaban inmensas colas de aspirantes a empleos de portero, engrasador, mozo o cadete para empresas de transporte, pero nadie solicitaba tareas de director ejecutivo, gerente, supervisor o ingeniero.
Las explosiones en las refinerías de petróleo, las catástrofes aéreas, los estallidos de altos hornos, los choques de trenes y los rumores de orgías de borrachos en oficinas de directores recién nombrados, hicieron que los miembros de la Oficina de Unificación sintieran verdadero temor de contratar a quienes solicitaban cargos que implicaban asumir responsabilidades.
"¡No se desesperen! ¡No cedan!" -manifestaron las emisiones oficiales del 15 de diciembre y los días siguientes- "Llegaremos a un acuerdo con John Galt. Conseguiremos que pacte con nosotros. Él solucionará nuestros problemas. Él hará que todo vuelva a funcionar. ¡No cedan! ¡Nos comunicaremos con John Galt!"
Se ofrecieron recompensas y honores a quienes solicitaran puestos directivos, luego a los capataces, más adelante a los mecánicos especialistas y, finalmente, a todo aquél que accediera a realizar un esfuerzo para ser ascendido: mayores sueldos, bonos, exenciones de impuestos e, incluso, una medalla ideada por Wesley Mouch y que sería conocida con el nombre de Orden de los Benefactores Públicos. No sirvió de nada. Individuos harapientos escuchaban las ofertas de bienestar material y luego volvían la espalda con letárgica indiferencia, como si hubieran perdido el concepto de "valor". Los encargados de medir el pulso público pensaron con terror que a aquellos hombres no les importaba vivir, o mejor dicho, no les importaba vivir en las condiciones actuales.
"¡No desesperen! ¡No cedan! John Galt solucionará nuestros problemas!", decía la voz de los programas oficiales en la radio, difundiéndose entre el silencio de la nieve al caer, hasta alcanzar aquel otro silencio de las casas sin calefacción.

"¡No den a conocer que aún no lo encontramos!" -ordenaba Thompson a sus ayudantes- "¡Pero, por lo que más quieran, encuéntrenlo cuanto antes!"
Escuadrones de hombres bajo el mando de Chick Morrison habían recibido la orden de difundir rumores. La mitad de ellos propagaba la versión de que John Galt se hallaba en Washington dialogando con funcionarios gubernamentales, mientras la otra mitad se dedicaba a divulgar que el gobierno entregaría 500 mil dólares a quien facilitara información con el objeto de dar con su paradero.
"No. Ni una sola pista" -comunicó Wesley Mouch a Thompson, como resumen de los informes de los agentes especiales enviados para hacer comprobaciones sobre toda aquella persona que se llamase John Galt en el país- "Son muchísimos. Un John Galt es profesor de ornitología, de 80 años, otro es almacenero retirado con mujer y 9 hijos, y un obrero ferroviario que lleva 12 años en el mismo puesto, y otros por el estilo."
"¡No desesperen! ¡Encontraremos a John Galt!" -declaraban los comunicados oficiales durante el día, pero por la noche, hora tras hora, y gracias a una orden oficial secreta, se lanzaba una llamada por transmisores de onda corta a las vacías inmensidades del espacio: "¡Llamando a John Galt!... ¡Llamando a John Galt!... ¿Nos escucha, John Galt?... ¡Queremos negociar!... ¡Queremos pactar!... Díganos dónde podemos encontrarlo... ¿Nos escucha, John Galt?". Pero no había respuesta.
Los fajos de inservible papel moneda se iban haciendo mayores en los bolsillos de cada habitante de la nación, al tiempo que cada vez se podían comprar menos cosas con ellos. En setiembre una tonelada de trigo costaba 11 dólares; en noviembre, 30; en diciembre, 100, y ahora se aproximaba ya a los 200, mientras los talleres de impresión de la Tesorería libraban una carrera contra el hambre y las pérdidas.
Cuando los trabajadores de una fábrica apalearon a su capataz y estropearon la maquinaria en un ataque colectivo de desesperación, no se tomó ninguna medida contra ellos. Los arrestos eran inútiles; las cárceles estaban atestadas; los agentes guiñaban un ojo a sus prisioneros y los dejaban escapar en el camino hacia su encierro; todo el mundo realizaba lo requerido para un determinado momento, sin pensar en el siguiente. Nada se podía hacer cuando muchedumbres hambrientas asaltaban almacenes en las afueras de la ciudad, ni cuando los escuadrones de vigilancia se unían al público al que debían controlar.
"¿Nos escucha, John Galt?... Deseamos negociar. Aceptaremos sus condiciones... ¿Nos escucha?"
Se rumoreaba que carretas protegidas con lonas circulaban de noche a lo largo de senderos abandonados y que se estaban formando colonias secretas, armadas para resistir los ataques de los que llamaban "indios", tanto si se trataba de una pandilla de seres sin hogar, como de agentes del gobierno. De vez en cuando, se observaban luces en el lejano horizonte de la pradera, en las colinas, en las faldas de los montes, donde nunca habían existido edificios. Pero no era posible persuadir a los soldados para que investigaran de dónde provenían esas luces.
En las puertas de hogares abandonados, en las rejas de fábricas ruinosas, en las paredes de los edificios gubernamentales, aparecía de vez en cuando, dibujada con tiza, con pintura o con sangre, la marca curvilínea del signo del dólar.

"¿Nos puede escuchar, John Galt?... Envíenos su respuesta. Queremos conocer sus condiciones. Estamos dispuestos a aceptarlas. ¿Nos oye?"
Pero no había respuesta.
La columna de humo rojo que ascendió hacia el firmamento la noche del 22 de enero permaneció anormalmente quieta durante un rato como un solemne obelisco conmemorativo, y luego osciló a un lado y otro como un reflector que enviase cierto mensaje indescifrable, para desaparecer después tan bruscamente como se había formado, marcando el final de Rearden Steel. Pero los habitantes de la zona no se enteraron. Lo supieron la noche siguiente, cuando ellos, los que habían maldecido las fundiciones por el humo que exhalaban, por los vapores, el hollín y los ruidos, miraron al horizonte y en vez de un fulgor latiendo de vida observaron tan sólo un negro vacío.
Las fundiciones habían sido nacionalizadas, y su dueño acusado de desertor. El 1º portador del último título de gerente de Asuntos Públicos nombrado para administrarlas pertenecía a la facción de Orren Boyle y era un gordinflón que siempre había figurado en la industria metalúrgica y que no deseaba otra cosa sino perseguir a sus obreros, con aires de liderazgo. Pero, al finalizar el 1º mes, y luego de numerosos accidentes, de haberse escuchado en numerosas ocasiones, como única respuesta, que "no había podido evitarlo"; luego de no haber atendido numerosos pedidos y de soportar las presiones telefónicas de sus protectores, el funcionario pidió que lo trasladaran a otro lugar. La facción de Orren Boyle se había deshecho desde que Boyle fuera confinado a una clínica de recuperación, donde su médico le prohibió todo contacto con los negocios y le indicó la tarea de confeccionar cestos como método de terapia ocupacional. El 2º gerente de Asuntos Públicos enviado a Rearden Steel pertenecía a la facción de Cuffy Meigs. Llevaba polainas de cuero y usaba lociones perfumadas para el cabello. Fue a trabajar con una pistola al cinto y no dejó de repetir con expresión autoritaria que la disciplina era su meta más importante y que estaba dispuesto a implantarla a cualquier precio, pero su única disposición concreta había sido prohibir toda pregunta. Luego de semanas de frenética actividad por parte de las compañías aseguradoras, los bomberos, las ambulancias y las organizaciones de primeros auxilios, a raíz de una serie de inexplicables accidentes, el gerente de Asuntos Públicos desapareció una mañana, no sin antes haber vendido a algunos oportunistas europeos la mayoría de las grúas, los transportes automáticos, las existencias de ladrillos refractarios, el generador eléctrico de emergencia y la alfombra de lo que en otros tiempos había sido la oficina de Hank Rearden.
Nadie había podido desentrañar los elementos del caos que estalló en los días siguientes; nunca recibieron un nombre, y sus orígenes eran desconocidos; pero todo el mundo sabía que la feroz intensidad de aquellos sangrientos choques entre los viejos y los nuevos obreros no se relacionaba con las causas triviales que los provocaron; ni los guardianes, ni la policía, ni las tropas del Estado pudieron mantener el orden durante más de una jornada; ninguna facción podía nombrar un candidato deseoso de aceptar el puesto de gerente de Asuntos Públicos. El 22 de enero se dispuso que las actividades de Rearden Steel quedaran suspendidas temporalmente.
La columna de humo rojo que pudo verse aquella noche había sido provocada por un obrero de 60 años al prender fuego una de las estructuras. Fue sorprendido en

el momento de hacerlo, mientras reía, encantado, contemplando las llamas. "¡Lo hice para vengar a Hank Rearden!", gritó retador, mientras las lágrimas le corrían por el rostro, curtido por el fuego de los hornos.
"No debo permitir que semejantes cosas me afecten de un modo tan profundo", pensó Dagny, apoyada sobre su escritorio; ante sí tenía la página de un periódico en la que un simple y breve párrafo anunciaba el cierre "temporal" de las actividades de Rearden Steel... "No debo permitir que me afecten de tal modo..."
Seguía viendo la cara de Hank como cuando estaba ante la ventana de su despacho, contemplando una grúa con su cargamento de rieles azul verdoso que se recortaba contra el cielo... "No permitas que esto te lastime" -era la súplica mental que formulaba sin dirigirla a nadie- "Que no lo sepa. No permitas que él lo sepa..." Luego vio otra cara, una cara de ojos verdes y resueltos, cuando decía, con una voz que su respeto hacia los hechos convertía en implacable: "Tendrás que enterarte de todas las catástrofes. Tendrás que saber cuando un tren deja de funcionar... Nadie que haya estado en este valle puede desfigurar la realidad...".
Permaneció inmóvil, sin que en su mente se concretara alguna visión ni se escuchara algún sonido; nada aparte de aquella enorme presencia del dolor. Luego escuchó el familiar grito, convertido en droga capaz de matar todas sus sensaciones, excepto su capacidad para actuar: "¡Srta. Taggart! ¡No sabemos qué hacer!", y se puso de pie vivamente para contestar algo.
"La República Popular de Guatemala" -escribían los periódicos del 26 de enero- "rechaza el pedido de los Estados Unidos de un préstamo de mil toneladas de acero".
La noche del 3 de febrero, un joven piloto seguía su ruta en el vuelo semanal comercial entre Dallas y Nueva York. Al penetrar en las vacías tinieblas, más allá de Filadelfia, en el lugar donde el resplandor de las instalaciones Rearden había sido durante años su punto de referencia favorito, el saludo en su soledad nocturna, su faro en una Tierra viviente, pudo ver una extensión cubierta de nieve, muerta, blanca y fosforescente bajo las estrellas. Las cimas y cráteres desparramados semejaban un paisaje lunar. A la mañana siguiente, abandonó su empleo.
En las noches heladas sobre ciudades moribundas, llamando en vano a ventanas que permanecían mudas, golpeando paredes de las que no surgía ningún eco, elevándose sobre los techos de edificios sombríos y las estructuras esqueléticas de las ruinas, la súplica se fue extendiendo por el espacio, como dirigida al estacionario movimiento de los astros, al fuego sin calor de su lejano parpadeo: "¿Nos oye, John Galt? ¿Puede oírnos?".
-Srta. Taggart, no sabemos qué hacer -le dijo Thompson, luego de convencerla de tener una reunión personal durante uno de sus precipitados viajes a Nueva York- Estamos dispuestos a ceder, a aceptar sus condiciones, a permitirle que se haga cargo de esto, pero ¿dónde se encuentra?
-Por 3º vez -respondió ella con la cara y la voz cerradas firmemente contra cualquier atisbo de emoción-, le aseguro que no sé nada. ¿Qué le hace pensar lo contrario?
-No sé, tenía que intentarlo... y creí que en caso de... Creí que, tal vez, usted tenía alguna manera de comunicarse con él...
-No la tengo.

-No podemos anunciar, ni siquiera por onda corta, que estamos dispuestos a rendirnos. Alguien podría oírlo. Pero si pudiera usted de algún modo ponernos en contacto con él, de hacerle saber que estamos dispuestos a ceder, a abandonar nuestra política, a obrar como le plazca...
-Ya le he dicho que no.
-Si al menos nos diera una reunión, sólo un encuentro... Sin comprometerse a nada. Estamos dispuestos a entregarle toda nuestra economía. Solamente tiene que decirnos cuándo, dónde y cómo. Si nos diera alguna palabra o señal... si nos contestara... ¿Por qué no contesta?
-Ya oyeron ustedes su discurso.
-Pero, ¿qué vamos a hacer? No podemos marcharnos y abandonar el país, dejándolo sin gobierno. Me estremezco al pensar en lo que sucedería. Con la clase de elementos sociales que hoy andan sueltos... Srta. Taggart, hago lo que puedo para mantenerlos a raya. De lo contrario, los robos y asesinatos serían cosas de todos los días. No sé lo que ocurre. Las personas ya no parecen seres civilizados. No podemos marcharnos en momentos así, pero tampoco podemos gobernar. ¿Qué hacemos, Srta. Taggart?
-Inicien una restricción de los controles.
-¿Cómo dice?
-Eliminen impuestos y disminuyan controles.
-¡Oh! ¡No, no, no! ¡Eso es imposible!
-¿Imposible?
-Al menos por ahora, Srta. Taggart. Al menos por ahora. La nación no está en condiciones. Personalmente, estoy de acuerdo con usted: soy un amante de la libertad, Srta. Taggart. No busco el poder; pero estamos en emergencia y la gente no se halla en condiciones para asimilar esa libertad. Debemos seguir gobernando con mano dura. No es posible adoptar una teoría idealista que...
-Entonces no me pregunte más lo que tienen que hacer -dijo Dagny levantándose.
-Pero, Srta. Taggart...
-No he venido aquí a discutir.
Se hallaban junto a la puerta cuando él suspiró y dijo:
-Espero que siga vivo. -Dagny se detuvo al escuchar las palabras de Thompson- Espero que no hayan aplicado violencia contra él.
Transcurrieron unos segundos antes de que Dagny pudiera preguntar, con tranquilidad y no como un grito:
-¿Quién?
Thompson se encogió de hombros, abrió los brazos y luego lós dejó caer con aire resignado.
-Ya no podré dominar a mis propios hombres por mucho más tiempo. No sé de lo que son capaces. La facción Ferris-Lawson-Meigs no deja de importunarme desde hace un año para que adopte medidas más severas. Una política más dura. Francamente, lo que.quieren es una vuelta al terror, la sanción de la pena de muerte por delitos civiles contra los críticos, opositores y otras cosas así. Se basan en que la gente no accede a cooperar ni actúa voluntariamente en beneficio público y que es preciso obligarla. Según ellos, sólo el terror hará eficaz nuestro sistema. Y es posible que tengan razón, tal como están las cosas. Wesley no recurrirá a métodos violentos, porque es un hombre pacífico y liberal como yo.

Intentamos mantener a los otros dentro de ciertos límites, pero... no son partidarios de rendirse ante John Galt. No quieren que pactemos con él, no desean que lo encontremos. No me gustaría perder el control sobre ellos, y si dan con él, no sé lo que le pueden hacer... Eso es lo que me preocupa. ¿Por qué no contesta Galt? ¿Por qué no responde a nuestras llamadas? ¿Y si lo encuentran y lo matan? Yo ni siquiera me enteraría... Esperaba que tal vez usted imaginara algún medio... algún medio para saber si aún vive... -Su voz se arrastró como formando un signo de interrogación.
Toda su resistencia contra el inmenso terror que la agobiaba se concentró en el esfuerzo por mantener la voz serena, al decir:
-No lo sé. -Y logró la suficiente firmeza en sus rodillas como para salir de aquella habitación.

* * *

Desde detrás de los carcomidos maderos de lo que en otro tiempo había sido un puesto de verduras callejero, Dagny Taggart miró furtivamente hacia atrás; los faroles convertían la calle en una serie de islotes de luz y distinguió el establecimiento de un prestamista en el primero, un bar en el siguiente, una iglesia en el último y entre todo ello, negros espacios vacíos. Las aceras estaban desiertas y aunque resultara difícil creerlo, la calle aparecía completamente despoblada.
Giró en una esquina, pisando fuertemente para que sus pasos resonaran, y luego se detuvo a escuchar. Le era difícil saber si la anormal tensión de su pecho procedía de sus propios latidos, y también muy difícil disociarla del rumor de ruedas distantes y del susurro cristalino del East River en algún lugar cercano, pero no oyó pasos tras de sí. Agitó los hombros como si los encogiera o se estremecieran y continuó caminando más de prisa. Un oxidado reloj en alguna taberna sin luz tosió la hora: las 4 de la madrugada.
El temor a ser seguida no le parecía real, ya que ningún miedo podía hacerse patente. Se preguntó si la anormal ligereza de su cuerpo era un estado de tensión o de relajación, pero sus miembros se habían reducido a un solo atributo: la capacidad de moverse. Su mente permanecía relajada, como un motor puesto bajo el control automático de un absoluto al que nunca se podría cuestionar. Si una bala desnuda pudiera sentir algo en plena trayectoria, aquello era sin duda lo que sentiría, pensó: el movimiento, el objetivo y nada más. Actuaba vaga y mecánicamente, como un ser irreal. Tan sólo la palabra "desnuda" pareció cobrar algún significado: "desnuda"... despojada de toda preocupación, excepto aquella meta... el número 367 de una calle sobre el East River, que su mente seguía repitiendo; aquel número que durante tanto tiempo le estuvo prohibido evocar.
"3-6-7e" pensó, buscando una forma invisible entre los ángulos de los edificios. "3-6-7... Ahí es donde vive él... si es que vive...". Su calma, su indiferencia y la confianza en sus propios pasos procedían de la certeza de que, de no existir aquella duda, su propia vida ya no tendría sentido.
Llevaba así 10 días. Las noches que quedaban atrás formaban la simple progresión que la había conducido a este momento, como si el impulso que ahora dirigía sus pasos procediera de su sonido insistente y sin respuesta en los túneles

de la terminal. Lo había buscado caminando horas y horas a través de los túneles, noche tras noche, en las horas del turno en que él trabajaba; a través de pasillos subterráneos, de andenes, y de cada recodo de vías abandonadas, sin formular preguntas, sin ofrecer a nadie una explicación de su presencia allí. Había caminado sin ninguna sensación de miedo ni esperanza, movida por una temeraria lealtad, casi orgullo. La raíz de ese orgullo debía buscarse en los momentos en que se detenía, presa de repentino asombro, en algún oscuro rincón subterráneo, y escuchaba las palabras en su mente: "Este es mi ferrocarril" -mientras contemplaba una bóveda que vibraba bajo el sonido de ruedas distantes-; "ésta es mi vida" -al experimentar el ahogo y la tensión originados por cuanto se detuviera o quedara suspendido en su interior-; "éste es mi amor" -al pensar en el hombre que tal vez se hallara en algún lugar de aquellos túneles-. "No puede existir conflicto entre todo eso... ¿De qué dudo?... ¿Qué puede mantenernos separados aquí, en un lugar al que los 2 pertenecemos?" Luego, recuperando la noción del presente continuaba su camino, con el mismo sentimiento de inquebrantable lealtad, pero las palabras cambiaban: "Me has prohibido que te busque y quizá te enojes conmigo; tal vez optes por rechazarme... pero, por el mismo derecho que me confiere vivir, tengo que saber si todavía vives. Tengo que verte, aunque sea sólo una vez... No detenerme, ni hablar, ni tocarte, sólo verte...". Pero no lo había encontrado y abandonó la búsqueda al darse cuenta de las miradas curiosas de los trabajadores cuando pasaba ante ellos.

Había convocado a una reunión a los obreros de la terminal con el supuesto propósito de fortalecer su moral; la dividió en 2 partes, a fin de poder enfrentarse a todos, y repitió el mismo discurso ininteligible, experimentando la misma sensación de vergüenza ante las vacías vulgaridades que pronunciaba y, al mismo tiempo, el orgullo de considerar que aquello había dejado de importarle. Contempló las caras exhaustas, embrutecidas, de hombres a quienes no les preocupaba si se les había ordenado trabajar o escuchar frases que no comprendían. Entre las caras de aquellos hombres no se encontraba la de John Galt.

-¿Están todos presentes? -preguntó al capataz.

-Sí, creo que sí -fue la indiferente respuesta.

Estuvo vagando por las entradas de la terminal, observando a los empleados que llegaban a su trabajo. Pero eran muchos los accesos y no había lugar desde donde establecer una vigilancia efectiva. Permaneció bajo la húmeda semioscuridad en una acera brillante por la lluvia, apoyada contra la pared de un almacén, con el cuello del abrigo levantado, tapándole la cara, mientras las gotas caían del ala de su sombrero. Había permanecido expuesta a la vista de quien pasara por la calle, observando que muchos transeúntes la reconocían asombrados, y sabiendo que su presencia allí resultaba peligrosa porque alguien podía adivinar la naturaleza de su indagación acerca de si John Galt estaba allí... Pero si John Galt no estaba allí.., si no existía un John Galt en el mundo, no había peligro, pensó. Ni mundo.

"Ni peligro, ni mundo", se repitió mientras caminaba por las calles del barrio humilde hacia una casa marcada con el número 367 que quizás fuera, o no, su hogar. Se sentía como si esperara un veredicto de muerte; no tenía miedo, ni cólera, ni preocupación; nada, excepto una helada indiferencia, similar a una luz sin calor o a un conocimiento sin valores.

Tropezó con una lata y el sonido se prolongó como si chocara contra los muros de una ciudad abandonada. Las calles parecían llenas de cansancio, no de descanso, como si quienes habitaran dentro de las casas no durmiesen, sino que se hubieran simplemente desplomado. Se dijo que él habría regresado ya del trabajo... si es que trabajaba... si es que tenía un hogar... Contempló las formas de las casuchas, el gastado encalado de los muros, la pintura reseca, los letreros de comercios ruinosos llenos de productos que nadie quería, exhibidos en sucios escaparates; los endebles y peligrosos escalones; las cuerdas con ropa puesta a secar, que no parecía pertenecer a nadie; toda aquella serie de cosas sin hacer, sin atender, abandonadas e incompletas, retorcidos símbolos de una batalla perdida contra dos enemigos: "No hay tiempo" y "Carecemos de fuerzas". Dagny se dijo que aquél era el lugar donde él había vivido durante 12 años; él, que poseía el extraordinario poder de aligerar la carga de la existencia humana.

Un recuerdo se esforzaba en abrirse camino para alcanzar su conciencia, hasta que lo consiguió: su nombre era Starnesville. Tembló. "¡Estamos en Nueva York!", gritó interiormente, pensando en aquella grandeza que tanto había amado, pero luego, con inconmovible austeridad pronunció un veredicto irrevocable: una ciudad que había relegado a John Galt durante 12 años a aquellos barrios míseros estaba condenada, y su futuro no podía ser otro que el de Starnesville.

De pronto todo eso dejó de importarle: experimentó una impresión peculiar, como un súbito silencio, porque acababa de ver el número 367 sobre la puerta de una vieja casa.

Estaba tranquila, pensó, era sólo el tiempo el que había perdido repentinamente su continuidad, dividiendo su percepción en retazos separados. Tuvo plena noción del momento en que vio el número y de aquél en que consultó la lista clavada sobre una madera en la semioscuridad del portal y vio las palabras: "John Galt, 5° Piso, atrás", escritas en lápiz por una mano torpe. Se detuvo al pie de la escalera, miró hacia arriba contemplando los huidizos ángulos de la baranda y se apoyó en la pared, temblando de miedo, prefiriendo no saber. Más tarde notó que sus pies se movían, hasta apoyarse en el primer peldaño y una inquebrantable ligereza la hizo trepar sin esfuerzo, sin duda y sin temor. Los retorcidos tramos quedaban atrás bajo sus pies firmes, como si la sensación de ir subiendo irresistiblemente procediera de la rigidez de su cuerpo, de la firmeza de sus hombros, del modo en que mantenía erguida la cabeza y de la solemne y conmovida certeza de que en el instante de su decisión final no era un desastre lo que la esperaba al extremo de aquella escalera que había tardado 37 años en subir.

Al llegar arriba, vio un estrecho vestíbulo cuyas paredes convergían hacia una puerta sin iluminar. Percibió el crujido de los tablones bajo sus pasos y la presión de su dedo en el timbre, que sonó en un espacio desconocido, situado más allá. Esperó. Oyó el breve crujir de un tablón en el piso de abajo y el gemido de la sirena de un remolcador en el río. Luego, tuvo la impresión de haber franqueado un espacio de tiempo, porque su siguiente sensación no fue la de despertar, sino la de nacer: 2 sonidos la sacaron del vacío: el de unos pasos detrás de la puerta y el de una llave al ser accionada. Pero no recuperó el sentido hasta el instante en que, de pronto, no hubo puerta entre ella y la figura que se hallaba en el umbral. Era John Galt. Estaba de pie, informalmente vestido con pantalón y camisa, el ángulo de la cintura desplazándose ligeramente contra la luz que brillaba tras él.

Los ojos de John acariciaron aquel momento y luego parecieron contemplar el pasado y el futuro. Pero un veloz proceso de cálculo puso el presente otra vez bajo su dominio, y para cuando un pliegue de su camisa se movió al respirar, había captado la suma de todo eso con una radiante sonrisa de bienvenida.
Ahora era incapaz de moverse. La tomó del brazo y la condujo adentro. Dagny sintió la húmeda presión de su boca y la ligereza de su cuerpo a través de la repentinamente extraña rigidez del abrigo. Vio la risa en los ojos de Galt y volvió a sentir el contacto de su boca contra la de ella cuando ya estaba hundiéndose en sus brazos. Su respiración era entrecortada. Los 5 pisos por escalera la habían dejado agotada. Su rostro quedó oprimido en el ángulo formado entre el cuello y el hombro de John. Ahora era ella quien finalmente lo sostenía entre sus brazos, sus manos y la piel de su mejilla.
-John... estás vivo... -fue todo cuanto pudo articular.
Él asintió, como si supiera lo que aquellas palabras intentaban comunicarle.
Luego tomó el sombrero de Dagny, que había caído al suelo, le quitó el abrigo, lo dejó a un lado y contempló su esbelta y temblorosa figura, con un destello de aprobación en la mirada, mientras su mano subía por el ajustado jersey azul oscuro, que prestaba a su cuerpo la fragilidad de una colegiala y la tensión de una luchadora.
-La próxima vez que nos veamos -dijo- ponte uno blanco. También con él te verás maravillosa.
Dagny se dio cuenta de que iba vestida de un modo como nunca aparecía en público: de la manera en que se había arreglado para soportar el insomnio de aquella noche. Se echó a reír, descubriendo de nuevo su capacidad para hacerlo, pues había esperado que sus primeras palabras fuesen cualquier cosa menos aquella sugerencia.
-Si es que existe una próxima vez -añadió él, tranquilo.
-¿Qué... qué quieres decir?
Galt se dirigió a la puerta y la cerró con llave.
-Siéntate -le dijo.
Ella se quedó de pie pero se tomó el tiempo de mirar la habitación con detenimiento. Era una larga y desnuda buhardilla, con una cama en un rincón y un horno de gas en otro, unos cuantos muebles de madera, tablones desnudos que ponían aún más de manifiesto la longitud del cuarto, una sencilla lámpara encendida sobre un escritorio y una puerta cerrada en la sombra, más allá del círculo de luz. Nueva York se extendía al otro lado de una enorme ventana, con su conjunto de estructuras angulares y de desperdigadas luces, mientras la mole del edificio Taggart se divisaba muy lejos en la distancia.
-Y ahora escucha atentamente -dijo él- Creo que disponemos de media hora. Sé por qué has venido, te dije que resultaría duro resistir y que preferirías ceder. No lo lamentes. ¿Ves? Tampoco yo lo lamento. Pero, a partir de este momento, tenemos que saber cómo actuar. Dentro de 30 minutos, los agentes de los saqueadores, que te han seguido, vendrán a detenerme.
-¡Oh, no! -jadeó ella.
-Dagny, todos aquellos que posean todavía un resto de percepción humana sabrán que no eres uno de los suyos. Eres su último eslabón entre ellos y yo. No te perderán de vista, no permitirán que sus espías se distraigan.

-¡No me siguió nadie! Me fijé con cuidado y...
-No te darías cuenta, son expertos en espiar. Quien te haya seguido, en este momento está informando a sus jefes. Tu presencia en este distrito, mi nombre en el tablero de la entrada, el hecho de que trabaje para tu ferrocarril... son datos más que suficientes para establecer la debida correlación.
-¡Pues entonces... salgamos de aquí!
Él negó con la cabeza.
-Ya tienen rodeada la manzana. El que te ha seguido dispone de todos los policías del distrito como apoyo. Quiero que sepas lo que tienes que hacer en cuanto lleguen. Dagny, tú eres mi única posibilidad de salvación. Si no comprendiste lo que dije por la radio acerca de quien está en un punto intermedio, lo comprenderás ahora. No existe punto intermedio para ti. No puedes ponerte de mi lado, al menos mientras estemos en su poder: tendrás que pasarte al de los saqueadores.
-¿Cómo?
-Tienes que pasarte a su bando del modo más completo, coherente y ruidoso que tu capacidad de engaño permita. Tienes que actuar como si fueras uno de ellos, como mi peor enemigo. Si lo haces, tendré una posibilidad de salvación. Me necesitan demasiado y llegarán a cualquier extremo antes de atreverse a matarme. Consiguen cuanto quieren extorsionando los valores de sus víctimas, pero no hay ningún valor mío con el que puedan extorsionarme. En caso de que sospechen, aunque sea ligeramente, lo que somos el uno para el otro, te pondrán en el potro de torturas. Sí, me refiero a la tortura física, ante mis ojos, en menos de una semana. Y no voy a esperar tanto. A la primera mención de una amenaza hacia ti me mataré y los obligaré a detenerse.
Había dicho todo sin jactancia, con el mismo tono impersonal, calculado y práctico con que pronunció sus restantes palabras. Dagny se dio cuenta de que estaba decidido y de que tenía derecho a eso. Comprendió que disponía del poder para destruirlo. Galt, por su parte, observó la expresión de sus ojos, que demostraban comprensión y horror, e hizo una señal de asentimiento, con una ligera sonrisa.
-No tengo que decirte -continuó -que si hago esto, no es un acto de autosacrificio. No quiero vivir según sus condiciones, no quiero obedecerlos y no quiero verte soportar un crimen premeditado. Después no existirían valores a los que pudiera aspirar. Y no me gusta vivir sin valores. No tengo que decirte que no debemos ninguna consideración moral hacia quienes nos mantienen bajo la amenaza de una pistola. Así que utiliza todo el poder de engaño del que seas capaz para convencerlos de que me odias. Sólo así dispondremos de una posibilidad de escapar. No sé cuándo ni cómo, pero estoy seguro de conseguirlo. ¿Me has comprendido?
Ella hizo un esfuerzo para levantar la cabeza, mirarlo de frente y asentir.
-Cuando vengan -la instruyó Galt- diles que has intentado encontrarme para revelarles mi paradero, que sospechaste al ver mi nombre en la planilla de personal de Taggart y que viniste a investigar.
Ella asintió.
-Vacilaré en admitir mi identidad. Pueden reconocer mi voz, pero aun así, la negaré. Serás tú quien les diga que yo soy el John Galt que buscan.
Dagny tardó unos segundos más, pero al final aceptó.

-Más tarde reclamarás y aceptarás la recompensa de 500 mil dólares que han ofrecido por mi captura.
Ella cerró los ojos y volvió a asentir.
-Dagny -continuó él lentamente-, bajo su sistema no existe modo de servir los propios valores. Tarde o temprano, tanto si lo pretendes como si no, te pondrán en un punto en el que lo único que puedes hacer en mi favor es volverte contra mí. Concentra tus fuerzas... Así nos ganaremos esa media hora... y quizás el futuro.
-Lo haré -prometió ella firmemente- Si ocurre así, si ellos...
-Sucederá. No lo lamentes. Yo no lo lamentaré tampoco. No te has dado cuenta aún de la naturaleza de nuestros enemigos. La conocerás ahora. Aunque tenga que ser un peón, lo haré con placer, con el fin de ganarte de una vez para siempre. No deseabas esperar más tiempo, ¿verdad? ¡Oh, Dagny, Dagny, tampoco yo!
Fue el modo en que la apretó, el modo en que la besó en la boca, lo que la hizo sentir que todos los pasos que había dado hasta entonces, todos los peligros, todas las dudas, incluso la traición contra él, si es que existía dicha traición, le conferían el derecho a experimentar la emoción que la embargaba en aquellos momentos. El percibió en su rostro la lucha desarrollada en su interior, la tensión de una incrédula protesta contra sí misma, y Dagny oyó su voz a través de los mechones de pelo sobre los que él tenía puestos los labios:
-No pienses en ellos ahora. No pienses en el dolor, ni en el peligro, ni en nuestros enemigos, un instante más de lo que es necesario para combatirlos. Estás aquí. Es nuestro tiempo y nuestra vida. No te esfuerces en no ser feliz, porque lo eres.
-¿Aun a riesgo de destruirte? -susurró.
-No será así. Pero... incluso de ese modo. No creas que es indiferencia. ¿Fue acaso indiferencia lo que te obligó a venir aquí?
-Yo... -la violencia de la verdad la obligó a acercar su boca a la de él y murmurar unas palabras contra sus labios- No me importaba que tú o yo siguiéramos viviendo, con tal de verte otra vez.
-Me habrías decepcionado si no hubieses venido.
-¿Sabes lo que era esperar, esforzándome y retrasándolo un día y otro hasta...?
-¿Crees que no me doy cuenta? -preguntó suavemente, reprimiendo una sonrisa.
La mano de Dagny cayó en actitud de abandono, pensando en los 10 años vividos por aquel hombre.
-Cuando oí tu voz por la radio -dijo-, cuando escuché la declaración más importante que jamás... No, no tengo derecho a revelarte lo que pensé de ella.
-¿Por qué?
-Porque aún crees que no la he aceptado.
-La aceptarás.
-¿Hablabas desde aquí?
-No, desde el valle.
-¿Y luego regresaste a Nueva York?
-A la mañana siguiente.
-¿Has estado aquí desde entonces?
-Sí.
-¿Has oído las llamadas que se te han hecho noche tras noche?
-Desde luego.

Ella miró lentamente a su alrededor, dirigiendo sus ojos a las torres de la ciudad, más allá de la ventana, y luego a las vigas del techo, el encalado de las paredes y los barrotes metálicos de su cama.
-¿Has estado aquí todo el tiempo? -dijo- ¿Has vivido 12 años... en este lugar... en un sitio así...?
-En un sitio así -repitió él abriendo la puerta que se hallaba al fondo de la habitación.
Dagny quedó sin aliento. Un largo e iluminado espacio sin ventanas se extendía más allá, como un caracol de suave y lustroso metal, semejante a un pequeño salón de baile dentro de un submarino. Era el laboratorio más eficaz y moderno que hubiese visto en su vida.
-Pasa -le dijo él, sonriendo- Ya no necesito tener ningún secreto contigo.
Fue como atravesar la frontera hacia un universo distinto. Contempló el complejo equipo que resplandecía bajo una claridad difusa, la instalación de brillantes cables, la pizarra llena de fórmulas matemáticas, las largas hileras de objetos, cuya forma se adaptaba a la implacable disciplina de un propósito determinado, y luego miró los endebles tablones y el yeso corroído de la buhardilla. "O lo uno o lo otro", pensó; tal era la opción a que se enfrentaba el mundo: el alma humana sometida a esa trascendental alternativa.
-Querías saber dónde he estado trabajando durante 11 meses de cada año -dijo.
-¿Todo esto -indicó ella señalando el laboratorio-, con el salario de... -se volvió hacia la buhardilla- de un obrero?
-¡Oh, no! Gracias a los derechos que Midas Mulligan me ha estado pagando por la central eléctrica, por la pantalla de rayos, por el transmisor y por unos cuantos trabajos más de ese tipo.
-Entonces... ¿por qué tenías que trabajar como obrero de vías?
-Porque ningún dinero ganado en el valle puede gastarse afuera.
-¿De dónde sacaste todo este equipo?
-Lo diseñé yo mismo. Fue fabricado en las fundiciones de Andrew Stockton. -Señaló un objeto del tamaño de una radio, situado en un rincón del cuarto- Ése es el motor que deseabas. -Rió al verla boquiabierta y adelantarse unos pasos obedeciendo a un involuntario impulso- No te molestes en estudiarlo. Ahora no se lo entregarás a ellos.
Dagny contemplaba los brillantes cilindros de metal y las espirales de alambre que sugerían la misma forma oxidada que, como una sagrada reliquia, se hallaba en su vitrina de cristal en uno de los túneles de la Terminal Taggart.
-Proporciona mi propia energía eléctrica para el laboratorio -dijo- De este modo nadie ha podido extrañarse de que un obrero consuma tan exorbitante cantidad de electricidad.
-Pero si alguna vez encuentran esto...
-No lo harán -dijo él con extraña y breve risa.
-¿Cuánto tiempo llevas...?
Se interrumpió. Ya no estaba alarmada, porque lo que estaba viendo le producía una total tranquilidad interior. En la pared, tras una hilera de aparatos, pudo ver una foto recortada de un periódico: era ella, con pantalón y camisa, al lado de la locomotora, en la inauguración de la línea "John Galt". Tenía la cabeza levantada

y su sonrisa parecía contener el significado y la claridad solar de aquella trascendental ocasión.
Un gemido fue su única respuesta al volverse hacia él, pero la expresión de su mirada se asemejaba a la de ella en la fotografía.
-Yo fui el símbolo de lo que deseabas destruir en el mundo -dijo él- Pero tú eras el símbolo de lo que yo deseaba conseguir. -Señaló la fotografía- Eso es lo que las personas esperan sentir en su vida 1 o 2 veces, como una excepción. Pero yo... esto es lo que elegí como lo constante y lo normal.
Su mirada, la serena intensidad de sus ojos y de su mente confirieron realidad a sus palabras, en aquel momento de plenitud, dentro de la ciudad que se extendía más allá.
Cuando la besó, ella supo que sus brazos al estrecharse mutuamente, estrechaban también el mayor de sus triunfos. Ambos vivían una realidad no contaminada por el dolor ni el miedo, la realidad del Quinto Concierto de Halley. Aquélla era la recompensa que estuvieron deseando, y por la que compartieron lo que habían ganado.
Sonó el timbre.
La 1º reacción de Dagny fue la de echarse atrás. La de él, retenerla más firmemente contra sí.
Cuando Galt levantó la cabeza, sonreía y sólo se limitó a decir: -Ha llegado el momento de no tener miedo.
Salieron, y Dagny oyó cómo la puerta del laboratorio se cerraba firmemente.
Galt le dio el abrigo en silencio, y esperó hasta que se había ajustado el cinturón y puesto el sombrero. Luego se dirigió a la puerta de entrada y abrió.
Entraron 4 hombres. Tres eran sujetos musculosos con uniforme militar y cada uno llevaba 2 pistolas al cinto. Sus rostros eran anchos, sin forma, y en sus ojos no se pintaba síntoma de inteligencia alguna. El 4º, su jefe, de aspecto frágil, vestido de civil con una costosa gabardina, tenía un bigote muy bien recortado, los ojos azul pálido, y actuaba como un intelectual dedicado a las relaciones públicas.
Miró a Galt parpadeando y luego examinó la habitación. Dio un paso hacia delante, se detuvo; dio otro paso y volvió a detenerse. -¿Qué desean? -empezó Galt.
-¿Es... es usted John Galt? -preguntó el jefe elevando el tono de voz.
-Así me llamo.
-¿Es usted el John Galt que buscamos?
-¿A cuál se refiere?
-¿Habló usted por radio?
-¿Cuándo?
-No dejen que los engañe -intervino Dagny con voz metálica y dura, dirigiéndose al jefe- Es... John... Galt. Puedo demostrarlo en el cuartel general. Procedan.
Galt se volvió hacia ella, como si le fuese desconocida. -¿Quiere decirme ahora mismo quién es usted y qué desea?
El rostro de Dagny estaba tan impasible como el de los soldados. -Me llamo Dagny Taggart y quería convencerme de que es usted el hombre al que el país busca.
Galt se volvió hacia el jefe.

-De acuerdo -dijo- Yo soy John Galt, pero si quieren que les conteste, saquen a su espía -señaló a Dagny- de aquí.
-¡Sr. Galt! -exclamó el jefe con voz impregnada de profunda jovialidad- Es un honor encontrarlo; un honor y un privilegio. Por favor, Sr. Galt, no nos malinterprete, estamos dispuestos a concederle cuanto desee. Desde luego, no tiene por qué hablar con la Srta. Taggart, si no quiere. Ella sólo pretendía cumplir un deber patriótico, pero...
-He dicho que la saquen de mi vista.
-No somos sus enemigos, Sr. Galt. Se lo aseguro. -Se volvió hacia Dagny- Srta. Taggart, ha prestado usted un servicio incalculable al pueblo. Se ha hecho acreedora a la más alta forma de gratitud colectiva. Permítanos hacernos cargo de esto a partir de ahora.
Los suaves movimientos de sus manos la instaban a retirarse, a desaparecer de la vista de Galt.
-Y ahora, ¿qué quieren ustedes? -preguntó aquél.
-La nación lo está esperando, Sr. Galt. Todo lo que deseamos es una posibilidad para eliminar los malentendidos. Tan sólo una posibilidad de cooperar con usted. -Su mano enguantada hizo una seña a sus 3 acompañantes y los tablones crujieron conforme aquellos iniciaban en silencio la tarea de abrir cajones y armarios: estaban registrando la vivienda.- El espíritu de la nación renacerá mañana por la mañana, Sr. Galt, cuando sepan que lo hemos encontrado.
-¿Qué quieren?
-Tan sólo saludarlo en nombre del pueblo.
-¿Estoy arrestado?
-¿Por qué usar términos tan anticuados? Nuestra tarea consiste tan sólo en acompañarlo hasta el consejo superior de la nación, donde se necesita su presencia urgentemente. -Hizo una pausa, pero no hubo respuesta- Los líderes de nuestro país quieren conversar con usted, sólo conversar y llegar a una amistosa comprensión mutua.
Los soldados no encontraron nada, aparte de ropas y utensilios de cocina. No había cartas, ni libros, ni siquiera un periódico, como si fuera la habitación de un analfabeto.
-Nuestro objetivo consiste sólo en ayudarlo a asumir el lugar que se merece dentro de la sociedad, Sr. Galt. Parece no darse cuenta de su valor público.
-Me doy cuenta.
-Estamos aquí sólo para protegerlo.
-¡Cerrada! -exclamó un soldado, golpeando con el puño la puerta del laboratorio.
El jefe asumió una expresión insinuante.
-¿Qué hay detrás de esa puerta, Sr. Galt?
-Propiedad privada.
-¿Podría abrirla, por favor?
-No.
El jefe extendió las manos en actitud de dolorosa decepción. -Por desgracia, no tengo más remedio. Hemos recibido órdenes, ¿comprende? Tenemos que entrar en esa habitación.
-Pues entren.

-Es una formalidad, una simple formalidad. No hay motivo para no hacer las cosas amistosamente. ¿Por qué no hace el favor de cooperar?
-Ya le he dicho que no.
-Estoy seguro de que no querrá obligamos a emplear... medios poco convenientes. -No obtuvo respuesta- Tenemos permiso para derribar esa puerta, ¿sabe? Pero, desde luego, no queremos hacerlo. -Esperó sin obtener respuesta- ¡Fuercen la cerradura! -ordenó.
Dagny miró a Galt. Este permanecía impasible con la cabeza en posición normal, mostrando las imperturbables líneas de su perfil y la mirada dirigida a la puerta. La cerradura era una pequeña placa cuadrada de cobre pulido, sin agujero ni adminículo alguno.
El silencio y la quietud de los 3 brutos eran inluntarios, mientras las herramientas de ladrón del cuarto herían cuidadosamente la madera de la puerta.
Luego de algunos esfuerzos, la madera cedió y algunos fragmentos cayeron al suelo; los golpes, aumentados por el silencio reinante, parecían el repiqueteo de una ametralladora lejana. Cuando la herramienta del ladrón atacó la placa de cobre escucharon un ligero rumor detrás de la puerta, no más alto que el suspiro de un ser fatigado. Al cabo de un minuto la cerradura cayó, la puerta se aflojó, y se abrió unos centímetros.
El soldado dio un salto atrás. El jefe se aproximó con paso irregular, semejante a una especie de hipo, y abrió. Ante ellos sólo se veía un recinto negro como una cueva, cuyo contenido resultaba imposible de adivinar y cuya oscuridad no revelaba nada.
Se miraron unos a otros y luego a Galt, que no se movió y permanecía contemplando las tinieblas.
Dagny los siguió cuando atravesaron el umbral, precedidos por los rayos de luz de sus linternas; el espacio que se encontraba más allá era un largo recinto de metal, vacío excepto por el polvo que cubría el suelo; un extraño polvo gris blancuzco, que parecía pertenecer a ruinas que llevaran allí siglos enteros. Todo ese espacio parecía un cráneo hueco.
Dagny se volvió para que no se descubriera en su rostro el grito interior que le provocaba saber lo que aquel polvo había sido minutos antes. "No intentes abrir esa puerta" -le había dicho John a la entrada de la central eléctrica de la Atlántida- "... Si quisieras echarla abajo, la maquinaria que contiene quedaría convertida en escombros..." "No trates de abrir esa puerta", se repitió, pero al mismo tiempo llegó a la conclusión de que lo que ahora veía no era sino la forma material de una declaración más importante aún: "No trates de forzar una mente".
Los hombres retrocedieron en silencio hasta la salida. Luego se detuvieron inseguros en distintos lugares de la buhardilla, como objetos abandonados por la marea.
-Bien -dijo Galt, tomando su abrigo y dirigiéndose al jefe- Vámonos.

* * *

Tres pisos del hotel Wayne-Falkland habían sido evacuados y transformados en un destacamento militar; había guardias con ametralladoras a cada vuelta de los largos y alfombrados pasillos y centinelas con bayonetas apostados en los

extremos de las escaleras de emergencia. En los pisos 59, 60 y 61 las puertas de los ascensores estaban cerradas con candados, excepto una, protegida por soldados con equipos de combate. Hombres de aspecto extraño vagaban por los vestíbulos, los restaurantes y los negocios de la planta baja con ropa demasiado nueva y cara, en un frustrado intento de aparentar ser concurrentes habituales del hotel. La farsa resultaba obvia por el hecho de que la ropa no acababa de adaptarse por completo a las toscas figuras de sus portadores y éstos mostraban bultos en lugares donde ningún empresario los hubiera tenido, pero sí quien estuviera armado. Grupos de guardias con metralletas se apostaban en todos los accesos al hotel, así como en ventanas estratégicas de los edificios vecinos.

En el centro de aquel destacamento, en el piso 60, en lo que era conocido como "suite real" del Wayne-Falkland, entre cortinas de seda, candelabros de cristal y guirnaldas de flores esculpidas, John Galt, vestido con pantalón y camisa, estaba sentado en un sillón de brocado, con una pierna extendida sobre un almohadón de terciopelo y las manos cruzadas tras la nuca, mirando el cielo.

En esa postura lo encontró Thompson cuando los 4 guardias, apostados en la puerta de la "suite real" desde las 5 de la madrugada, la abrieron a las 11 para dejarle paso, y cerrarla.

Thompson experimentó un momento de intranquilidad cuando la cerradura, con su seco chasquido, le cortó la retirada, dejándolo a solas con el prisionero, pero recordó los titulares de la prensa y las voces de la radio que desde el amanecer anunciaban al país: "¡Han encontrado a John Galt! ¡John Galt está en Nueva York! ¡John Galt se une a la causa del pueblo! ¡John Galt se encuentra con las autoridades del país, para buscar una rápida solución a todos nuestros problemas!", y se esforzó en convencerse de que era así.

-¡Bien, bien, bien! -dijo animado, acercándose al sillón- ¿Así que usted es el joven que inició todo el conflicto...? ¡Oh! -exclamó súbitamente, al mirar más de cerca aquellos ojos verdes fijos en él- Bien... Estoy realmente emocionado de conocerlo, Sr. Galt. Emocionado de verdad. Soy Thompson, ¿sabe?

-¿Cómo está usted? -preguntó Galt.

Thompson se dejó caer en una silla. La brusquedad de su movimiento sugirió una actitud dinámica, como la de quien se dispone a hablar de negocios.

-No se imagine que está detenido ni nada por el estilo. -Señaló el recinto- Como puede ver, esto no es ninguna cárcel. Habrá observado que lo tratamos bien. Es usted un personaje importante y lo sabemos. Siéntase como si estuviera en su casa, pida lo que desee y deshágase del primer idiota que no lo obedezca. Y si alguno de los soldados que están afuera no le gusta, háganoslo saber y enviaremos a otro en su lugar.

Hizo una pausa expectante, pero no hubo respuesta.

-El único motivo por el que lo trajimos aquí es tener una charla con usted. Hubiésemos preferido que no fuera de esta manera, pero no nos dejó otra opción. No hacía más que ocultarse, y todo cuanto deseábamos era la posibilidad de explicarle que está confundido.

Extendió las manos con las palmas hacia arriba, al tiempo que sonreía como si pidiera perdón. Galt lo miraba sin pronunciar palabra.

-¡Vaya discurso el suyo! ¡Es usted un auténtico orador! Le ha hecho algo al país... no sé qué ni por qué, pero así es. La gente parece desear algo que usted tiene.

¿Cree que nos oponemos a ello? Pues en eso se equivoca, no nos oponemos. Personalmente pienso que en su discurso había muchas cosas que tenían sentido. Sí, Sr.. Desde luego, no estoy de acuerdo con todo, pero, ¡al diablo!, usted no esperará que estemos de acuerdo con todo, ¿verdad? Las diferencias de opinión permiten las carreras de caballos. Por lo que a mí respecta, no tengo inconveniente en cambiar de parecer y siempre me mostraré dispuesto al debate.
Se inclinó hacia delante, invitando a una respuesta, pero no la obtuvo.
-El mundo es un desastre, tal como usted lo dijo: en eso estoy totalmente de acuerdo. Tenemos un punto en común, podríamos empezar desde ahí. Hay que hacer algo. Todo lo que deseo es... Oiga -exclamó súbitamente- ¿por qué no permite que le hable?
-Ya lo está haciendo.
-Yo... bueno, es decir... ya sabe a lo que me refiero...
-Entiendo.
-Bueno, ¿qué tiene que decirme?
-Nada.
-¿Cómo?
-Nada.
-¡Vamos!
-Yo no busqué hablar con usted.
-Pero... pero escuche... ¡Tenemos muchas cosas que discutir!
-Yo no.
-Mire -insistió Thompson tras una pausa-, usted es un hombre de acción, un hombre práctico. Aunque no entienda otras particularidades de su carácter, ésta sí la veo clara. ¿No es cierto, acaso?
-¿Práctico? Lo soy.
-Yo también. Podemos hablar sin vueltas, poner nuestras cartas sobre la mesa. No sé lo que se propone, pero le ofrezco un trato.
-Siempre estoy dispuesto a aceptar tratos.
-¡Lo sabía! -casi gritó Thompson triunfante, golpeándose la rodilla- ¡Se lo dije a todos esos insensatos teóricos intelectuales como Wesley!
-Siempre estoy dispuesto a un trato... con quien tenga algo que ofrecer.
Thompson no pudo precisar qué le había producido aquel golpe en el corazón antes de contestar: -Bien, explíquese, amigo. Hable con claridad.
-¿Qué pueden ofrecerme?
-Bueno... cualquier cosa.
-¿Por ejemplo?
-Lo que usted diga. ¿Ha oído las llamadas que le hicimos por onda corta?
-Sí.
-Pues en ellas revelamos que estamos dispuestos a aceptar sus condiciones, cualesquiera que sean. Hablamos en serio.
-¿Me oyeron decir por la radio que no tengo condiciones con las que regatear? Yo también hablaba en serio.
-¡Ah! Pero nos ha malentendido, creyó que lucharíamos contra usted, pero no es así. No somos tan estrictos, estamos dispuestos a considerar cualquier idea. ¿Por qué no contestó a nuestras llamadas y asistió a un encuentro?
-¿Por qué iba a hacerlo?

-Porque... porque queríamos hablar con usted en nombre del país.
-No tienen derecho de hablarme en nombre del país.
-Escuche, no estoy acostumbrado a... Bien. ¿No quiere escucharme?
-Lo estoy escuchando.
-El país se encuentra en un estado terrible. La gente se muere de hambre y abandona sus trabajos, la economía se derrumba, ya nadie produce. No sabemos qué hacer, pero usted sí. Usted sabe cómo hacer que las cosas funcionen y estamos dispuestos a ceder. Queremos que nos diga qué tenemos que hacer.
-Ya lo he dicho.
-¿Qué?
-Deben irse.
-¡Eso es imposible! ¡Es absurdo! ¡Está totalmente fuera de cuestión!
-¿Lo ve? Le advertí que no teníamos nada que discutir.
-¡Espere! ¡Espere! ¡No hay que llegar a tales extremos! Siempre existe un término medio. No es posible tenerlo todo. No estamos... el pueblo no está preparado para eso. No querrá que destruyamos la maquinaria del Estado. Tenemos que conservar el sistema, pero estamos dispuestos a corregirlo. Lo modificaremos del modo que usted quiera. No somos obstinados; no somos teóricos dogmáticos, sino gente de espíritu flexible. Haremos lo que usted diga. Tendrá las manos libres para actuar. Cooperaremos, aceptaremos condiciones, iremos 50 y 50. Nosotros retendremos la parte puramente política, pero le otorgaremos el poder absoluto en la esfera económica. Le entregaremos la producción del país, le regalaremos toda su economía. Usted la administrará como quiera, usted dará las órdenes y promulgará las disposiciones. Tendrá bajo su mando todo el poder del Estado para obligar al cumplimiento de sus decisiones. Estaremos dispuestos a obedecerlo. Yo seré el primero. En el campo de la producción haremos lo que usted diga. Se convertirá… en el dictador económico de la nación.
Galt lanzó una carcajada. La sencilla alegría de su risa causó profundo asombro a Thompson.
-¿Qué le sucede?
-¿De modo que ésa es su idea de un acuerdo?
-¿Cómo diablos...? ¡No se quede ahí sentado riéndose de ese modo!... Me parece que no me ha comprendido. Le estoy ofreciendo el puesto de Wesley Mouch. Nadie podría proponerle nada mejor... Quedará en libertad para hacer lo que quiera. Si no le gustan los controles, rechácelos. Si quiere mayores beneficios y salarios más bajos, decrételo. Si prefiere privilegios especiales para los magnates de la industria, otórguelos. Si le desagradan los sindicatos, disuélvalos. Si quiere una economía libre, ¡ordene que sea libre!... Juegue sus cartas como quiera, pero haga funcionar todo esto. Organice el país. Obligue a la gente a trabajar de nuevo. Reanude la producción. Traiga gente... esa gente de inteligencia privilegiada, y condúzcala hacia una era pacífica, científica, industrial, en la que reine la prosperidad.
-¿Con una pistola?
-Escuche. Yo... pero, ¿qué hay de divertido en todo esto?
-¿Quiere contestarme tan sólo a una cosa? Si es capaz de fingir que no ha oído ni una sola palabra de lo que dije por radio, ¿qué le hace suponer que estaré dispuesto a fingir no haberlas dicho?

-No sé a qué se refiere. Yo...
-¡No responda! Fue sólo una pregunta retórica. La 1º parte contesta la 2º.
-¿Cómo?
-Si quiere que se lo diga de otro modo...yo no juego su juego.
-¿Quiere decir que rechaza mi oferta?
-En efecto.
-Pero, ¿por qué?
-Decírselo me llevó 3 hs. de radio.
-¡Pero eso es pura teoría! Estoy hablando de negocios. Le ofrezco el trabajo más importante del mundo. ¿Quiere decirme qué tiene eso de malo?
-Lo que quise explicarle en 3 hs. es que no funcionará.
-Usted podría lograrlo.
-¿Cómo?
Thompson extendió las manos.
-No lo sé. Si lo supiera, no habría venido a verlo. Es usted quien debe averiguarlo. Usted, el genio industrial capaz de solucionar cualquier cosa.
-Ya le dije que no es posible.
-Usted podría hacerlo.
-¿Cómo?
-De algún modo. -Oyó la risa ahogada de Galt y añadió- ¿Por qué se ríe? ¿Quiere decírmelo?
-Bien. Se lo diré. Quiere convertirme en "dictador económico", ¿verdad?
-Sí.
-¿Obedecerá cualquier orden que yo dé?
-¡Desde luego!
-Pues entonces, empiece por abolir todos los impuestos a las ganancias.
-¡Oh, no! -gritó Thompson poniéndose de pie de un salto- ¡No podemos! Eso... eso no figura en el campo de la producción, sino en el de la distribución. ¿Cómo pagaremos a los funcionarios del gobierno?
-Despídalos a todos.
-¡Oh, no! Eso es política, no economía. ¡No puede intervenir en cuestiones políticas! ¡No puede tenerlo todo!
Galt cruzó las piernas sobre el taburete, poniéndose todavía más cómodo.
-¿Quiere continuar la discusión? ¿O le basta con lo hablado para entender a qué me refiero?
-Yo sólo...
Se interrumpió.
-¿Le satisface que lo haya comprendido?
-Mire -dijo Thompson tratando de aplacarlo y volviendo a sentarse en el borde de su sillón- No quiero discutir. No me gustan las discusiones. Soy hombre de acción y se nos acaba el tiempo. Todo cuanto sé es que es usted muy listo, que posee la clase de cerebro que necesitamos. Que puede conseguirlo todo. Que puede hacer que las cosas funcionen con sólo proponérselo.
-De acuerdo, digámoslo a su manera: no quiero. No quiero ser un dictador económico, ni siquiera el tiempo necesario para cursar esa orden de libertad que cualquier ser racional me arrojaría a la cara, sabedor de que sus derechos no pueden ser suspendidos, otorgados o recibidos con su permiso o con el mío.

-Dígame -preguntó Thompson, reflexivo- ¿Qué busca usted?
-Ya lo expliqué por radio.
-No lo entiendo. Afirmó que está fuera de este sistema por su interés egoísta y eso lo comprendo perfectamente. Pero, ¿qué puede usted desear en el futuro que no podamos darle ahora y, además, ofrecido en bandeja? Lo creí egoísta... y práctico. Le ofrezco un cheque en blanco sobre lo que desee, y no lo acepta. ¿Por qué?
-Porque se trata de un cheque en blanco sin fondos.
-¿Qué?
-No tiene ningún valor que ofrecerme.
-Puedo ofrecerle lo que me pida. Sólo tiene que decírmelo.
-Dígalo usted.
-Bueno, ha estado hablando mucho de riqueza. Si lo que quiere es dinero, le diré que ni en 3 vidas podría conseguir lo que puedo entregarle en un minuto, en este mismo instante y en efectivo. ¿Quiere mil millones de dólares?... ¿Mil millones, contantes y sonantes?
-¿Y que tendré que producir para que usted los tenga y me los pueda dar?
-No, quiero decir que los sacaremos directamente del tesoro público, en billetes completamente nuevos... o... o incluso en oro, si lo prefiere.
-¿Y qué compraría con eso?
-Y bueno, cuando el país vuelva a levantar cabeza...
-Querrá decir cuando yo vuelva a ponerlo de pie.
-Bien. Si lo que quiere es llevar las cosas a su modo, si lo que anhela es poder, le garantizo que todo hombre, mujer o niño de esta nación obedecerá sus órdenes y hará lo que usted desee.
-¿Luego de que les haya enseñado cómo hacerlo?
-Si quiere algo para los suyos... para todos esos hombres que han desaparecido... tareas, destinos, autoridad, exención de impuestos, cualquier favor especial... dígalo y lo tendrán.
-¿Después de que los haya traído?
-Bueno, ¿qué diablos pretende?
-¿Para qué diablos lo necesito a usted?
-¿Cómo?
-¿Qué puede ofrecerme que yo no pueda conseguir sin su ayuda?
Había en los ojos de Thompson una expresión distinta cuando retrocedió como acorralado. Pero aun así, miró a Galt a la cara por primera vez, y dijo lentamente:
-Sin mí, usted no podría salir de este cuarto.
-Desde luego -admitió Galt sonriente.
-No podría producir nada. Podría dejarlo morir de hambre encerrado aquí.
-Es cierto.
-Entonces, ¿se da cuenta? -La ruidosa jovialidad de antes volvió a la voz de Thompson, como si aquella insinuación expresada y percibida, pudiera quedar eliminada tan sólo con un poco de humor- Lo que puedo ofrecerle es su vida.
-No es suya como para que me la ofrezca, Sr. Thompson -dijo Galt con suavidad.
Algo en el tono de su voz obligó a Thompson a mirarlo nuevamente y a desviar otra vez los ojos: la sonrisa de Galt era casi gentil.
-Y ahora -dijo Galt-, ¿comprende a qué me refería cuando afirmé que un cero no puede tener una hipoteca sobre la vida? Soy yo quien ha de garantizarle esa clase

de hipoteca, y no lo hago. La suspensión de una amenaza no es un pago; la negación de un castigo no es un premio; la retirada de sus rufianes armados no es un incentivo; la oferta de no matarme no es un valor.
-¿Quién... quién ha hablado de matarlo?
-¿Y quién ha hablado de algo distinto? Si no me retuviera usted aquí, controlado por un arma, bajo amenaza de muerte, no habría tenido la posibilidad de hablarme. Pero eso es todo lo que sus armas pueden conseguir. No pienso dar nada a cambio de una eliminación de amenazas. No le compro mi vida a nadie.
-Eso no es cierto -dijo Thompson con expresión brillante- Si se hubiera roto una pierna, pagaría al médico que se la curase.
-Pero no si fuese él quien me la hubiera roto. -Le sonrió a Thompson, que guardó silencio- Soy un hombre práctico, Sr. Thompson, y no creo que sea práctico beneficiar a personas cuya única norma de conducta se basa en romperme los huesos. No creo que sea práctico mantener a un grupo de rufianes como protección.
Thompson se quedó pensativo y luego negó con la cabeza.
-No creo que usted sea práctico -afirmó- Porque un hombre práctico nunca ignora la realidad; no pierde el tiempo deseando que las cosas sean distintas o intentando cambiarlas, las acepta tal como son. Lo retenemos aquí y es un hecho. Le guste o no, es un hecho, y debería actuar de acuerdo con él.
-Lo estoy haciendo.
-Quiero decir que debería cooperar. Reconocer la situación actual, aceptarla y ajustarse a ella.
-Si usted tuviera veneno en la sangre, ¿se atendría a él pasivamente, o procuraría eliminarlo?
-¡Oh! Eso es distinto, eso es físico.
-¿Quiere decir que, para usted, los hechos físicos admiten corrección y en cambio sus caprichos no?
-¿Cómo dice?
-¿Quiere decir que la naturaleza física puede ajustarse al hombre, que sus caprichos se hallan por encima de las leyes de la naturaleza y son las personas quienes han de ajustarse a ellos?
-Lo único que quiero decir es que soy yo quien manda.
-¿Con una pistola en la mano?
-¡Oh! Olvídese de esas pistolas. Yo...
-No puedo olvidar un hecho real, Sr. Thompson. No resultaría práctico.
-De acuerdo. Esgrimo una pistola. ¿Qué piensa hacer?
-Actuar de acuerdo con ello y obedecerlo.
-¿Qué?
-Haré lo que usted me indique.
-¿Habla en serio?
-Completamente. En un sentido literal. -Observó cómo la ansiedad pintada en la cara de Thompson se desvanecía levemente, para ser sustituida por el asombro- Haré todo lo que me diga. Si me dice que ocupe el despacho de un dictador económico, lo haré. Si me ordena sentarme a un escritorio, me sentaré. Si me ordena comunicar una disposición, la cursaré.
-¡Oh! El caso es que no sé qué disposiciones deben comunicarse.

-Yo tampoco.
Se produjo una larga pausa.
-Bien -dijo Galt- ¿Cuáles son sus órdenes?
-Quiero que salve la economía del país.
-No sé cómo salvarla.
-Quiero que encuentre la forma.
-No sé cómo.
-¡Quiero que piense!
-¿Cómo hará que su pistola me obligue a ello, Sr. Thompson?
Lo miró en silencio y Galt vio en sus apretados labios, en su prominente mentón, en sus ojos entornados, el mismo aire de un jactancioso adolescente a punto de expresar un argumento filosófico que podría resumirse en esta frase: "Te voy a bajar los dientes de un puñetazo". Galt sonrió, mirando directamente a su interlocutor, como si escuchara la frase no expresada y la subrayase con su actitud. Thompson desvió la vista.
-No -dijo Galt- Usted no quiere que piense. Cuando fuerza a un hombre a actuar contra su parecer y su juicio, desea suprimir su pensamiento, anhela convertirlo en un robot. Pues bien, lo complaceré.
Thompson suspiró.
-No lo comprendo -dijo en tono de auténtica resignación- Algo se me escapa y no sé qué. ¿Por qué se busca estos líos? Con una inteligencia como la suya, podría derrotar a cualquiera. No soy rival para usted, y lo sabe perfectamente. ¿Por qué no simula unirse a nosotros? Luego podría conseguir un dominio absoluto de la situación y dejarme de lado.
-Por la misma razón que lo impulsa a usted a ofrecerme ese trato: porque sería usted el vencedor.
-¿Cómo?
-El empeño de los mejores para derrotarlo según sus propias condiciones ha permitido a los de su clase salirse con la suya durante siglos. ¿Quién de los 2 triunfaría si yo tuviera que competir con usted por el control sobre sus guardaespaldas? Desde luego, podría simular; pero no sólo no salvaría su economía ni su sistema, no hay nada que ya pueda salvarlos, sino que perecería, y lo que usted ganaría sería lo mismo que siempre han ganado en otros tiempos: una demora, un aplazamiento de la ejecución por un año, o un mes, adquirido al precio de cuanta esperanza y esfuerzo pudieran ser extraídos de los restos humanos abandonados a su alrededor, incluyéndome. Eso es lo que usted persigue y tal es el alcance de su radio de acción. ¿Un mes? Usted lo tranquilizaría todo por una semana, basándose en el indiscutible absoluto de que siempre habrá otra víctima. Usted ha encontrado a la última, a la única que rehúsa desempeñar su papel histórico. El juego ha terminado.
-¡Oh! ¡Eso es pura teoría! -replicó Thompson, cuya mirada se posaba en distintos lugares de la habitación, como si anhelase pasearse por ella y sustituyera las piernas por los ojos. Luego miró la puerta deseoso de escapar.
-¿Dice usted que si no abandonamos el sistema actual, pereceremos? -preguntó.
-Así es.
-Entonces, si lo mantenemos cautivo, usted morirá con nosotros, ¿verdad?
-Posiblemente.

-¿No desea vivir?
-Apasionadamente. -Sonrió al ver el chispazo que fulguraba en los ojos de Thompson- Y le diré más: deseo vivir con mucha más intensidad que usted. Sé que cuenta con eso. En realidad, usted no desea vivir. En cambio, yo sí. Y a causa de desearlo tanto, no aceptaré un sustituto de la vida.
Thompson se puso de pie bruscamente.
-¡No es verdad! -gritó-. ¡No es verdad que yo no desee vivir! ¿Por qué habla de ese modo? -Tenía los miembros contraídos, como si sintiera frío- ¿Por qué dice esas cosas? No sé lo que significan. -Retrocedió unos pasos- Tampoco soy un pistolero. No es cierto. No tengo la menor intención de causarle daño. Jamás quise perjudicar a nadie. Deseo que la gente me aprecie. Quiero ser su amigo... ¡Quiero ser su amigo! -gritó.
Galt lo observaba sin expresión, sin otorgarle el menor indicio de lo que pensaba. Sólo se limitó a mirarlo. El otro empezó a ejecutar movimientos bruscos e innecesarios, dominado por la impaciencia.
-Tengo que apresurarme -dijo- ¡Tengo tantos compromisos! Ya hablaremos de esto con más tiempo. Piénselo, tómese su tiempo. No intento coartarlo. Tómeselo con calma y siéntase como en casa. Pida lo que desee: comida, bebida, cigarrillos, lo mejor de todo. -Señaló las ropas de Galt- Voy a ordenar que el sastre más caro de la ciudad le confeccione unos trajes decentes. Quiero que se acostumbre a lo mejor. Quiero que se sienta cómodo y... oiga -preguntó, quizá con un exceso de indiferencia-, ¿tiene usted familia? ¿Algún pariente al que quiera ver?
-No.
-¿Amigos?
-No.
-¿Novia?
-No.
-Es que no me gustaría que se sienta solo. Podemos dejar que lo visiten, permitir la entrada a quien usted indique, si es que le interesa recibir a alguien.
-No.
Thompson se detuvo al llegar a la puerta. Volvió su mirada hacia Galt por un instante y sacudió la cabeza.
-No consigo entenderlo -dijo- No lo entiendo.
Galt sonrió, encogiéndose de hombros, y repuso:
-¿Quién es John Galt?

* * *

Una malla remolineante de nevisca colgaba sobre la entrada del hotel Wayne-Falkland, y bajo el círculo de luz unos cuantos guardias armados parecían estar allí abandonados. Se arreglaban sus abrigos con la cabeza baja, apretando sus armas como en busca de calor, como si la idea de utilizar la violencia de sus proyectiles contra la tempestad les confiriese algún consuelo a sus cuerpos.
Desde el otro lado de la calle, Chick Morrison, el acondicionador moral, en camino hacia una entrevista en el piso 59, notó que los pocos y letárgicos transeúntes no se tomaban la molestia de mirar a los guardias, del mismo modo en que tampoco

miraban los empapados titulares de un montón de periódicos en un desaliñado puesto: "John Galt promete prosperidad".
Chick Morrison, intranquilo, movió la cabeza. Seis días de artículos en primera plana acerca de los esfuerzos unidos de los altos líderes del país que trabajaban con John Galt para dar forma a una nueva política no habían logrado resultado alguno. La gente se movía como si no le importase lo que sucediera a su alrededor. Nadie se dio cuenta de su presencia, excepto una vieja pordiosera que estiró la mano en silencio cuando se aproximaba a las luces de la entrada. Pasó ante ella rápidamente y unas gotas de agua procedentes del hielo cayeron sobre la palma nudosa y desnuda de la mendiga.
Era su recuerdo de las calles lo que daba cierto tono sombrío a la voz de Chick Morrison cuando empezó a hablar al círculo de rostros en la habitación de Thompson, en el piso 59. La expresión de aquellas caras coincidía con el sonido de su voz.
-Me parece que esto no funciona -dijo señalando un montón de informes de sus agentes medidores del pulso público- Todo cuanto divulga la prensa acerca de nuestra colaboración con John Galt no ejerce influencia alguna en la gente. Nadie cree una palabra. Algunos dicen que Galt nunca colaborará con nosotros. Otros ni siquiera creen que se encuentre aquí. No sé qué le pasa a la gente. Ya no creen nada. -Suspiró- Tres fábricas cerraron hace 2 días en Cleveland. Cinco cerraron en Chicago ayer. En San Francisco...
-Lo sé, lo sé -estalló Thompson, apretándose la bufanda un poco más, porque la caldera de calefacción se había estropeado- No hay alternativa. No tenemos más remedio que obligarlo a ceder y hacerse cargo de esto. ¡Debe aceptar!
Wesley Mouch miró al techo.
-No me digan que hable con él otra vez -indicó estremecido- Lo intenté, pero es imposible conseguir nada.
-¡Yo tampoco puedo, Sr. Thompson! -exclamó Chick Morrison en respuesta a la mirada de aquél- Si desea que lo haga, presentaré la renuncia. ¡No puedo hablar con él de nuevo! ¡No me obligue!
-Nadie puede hablar con él -dijo el Dr. Floyd Ferris-; es perder el tiempo. No escucha una palabra.
Fred Kinnan se rió por lo bajo.
-Lo que usted quiere decir es que ese hombre escucha demasiado. Y, lo que es peor, contesta adecuadamente.
-Bien, ¿por qué usted no lo intenta otra vez? Parece haber disfrutado con la prueba. ¿Por qué no trata de persuadirlo? -atacó Mouch.
-Conozco bien a estos sujetos -respondió Kinnan- No trate de engañarse, nadie conseguirá que cambie de opinión. Por mi parte, no lo intentaré 2 veces... ¿Dice que he disfrutado? -añadió con expresión de asombro- Sí... Sí, tal vez.
-¿Qué le sucede? ¿Es que se está dejando dominar por él? ¿Va a permitir que se salga con la suya?
-¿Quién, yo? -preguntó Kinnan riendo sin alegría- ¿De qué me serviría? Seré el primero en desaparecer por la alcantarilla en cuanto él venza... -Contempló el techo, pensativo- Es un hombre que habla sin pelos en la lengua.
-¡No vencerá! -exclamó Thompson- ¡Eso queda fuera de toda duda!
Se produjo una larga pausa.

-En el oeste de Virginia se han producido disturbios motivados por el hambre -expuso Wesley Mouch- Y los agricultores de Texas...
-¡Sr. Thompson! -intervino Chick Morrison desesperado- Quizás... quizás obtendríamos algo dejando que el público lo viera... por ejemplo, en una gira por diversos lugares... o acaso en la televisión... Tan sólo verlo, para que se convenzan de que está con nosotros... Le daría mayor esperanza a la gente durante un tiempo... y a nosotros nos proporcionaría también un respiro.
-Es demasiado peligroso -replicó Ferris- No hay que permitirle que se aproxime al público. No sabemos lo que puede hacer.
-Tendrá que ceder -dijo Thompson con terquedad- Tiene que unirse a nosotros. Uno de ustedes debe...
-¡No! -gritó Eugene Lawson- ¡Yo no! ¡No quiero verlo! ¡Ni siquiera una vez! ¡No quiero tener que creerlo!
-¿Cómo? -preguntó James Taggart, en cuya voz sonaba una nota de peligrosa e inquieta burla; Lawson no contestó- ¿De qué está asustado? -El desdén de su tono parecía anormal, como si ser testigo de un miedo todavía mayor lo tentara a desafiar el suyo propio- ¿A qué le tiene miedo, Gene?
-¡No lo creeré! ¡No quiero! -La voz de Lawson tenía algo de rugido y de gemido al mismo tiempo- ¡No pueden hacerme perder mi fe en la humanidad! ¡No deberían permitir que existiera un hombre semejante! ¡Un implacable egoísta que...!
-¡Qué valiente pandilla de intelectuales son ustedes! -exclamó Thompson en tono burlón- Creí que podrían hablar con él en su propio lenguaje, pero les ha metido el miedo en el cuerpo. ¿Ideas? ¿Dónde están ahora sus ideas? ¡Hagan algo! ¡Oblíguenlo a ceder! ¡Hagan que se una a nosotros!
-El problema es que no quiere nada -explicó Mouch- ¿Y qué puede ofrecerse a un hombre que no desea nada?
-Lo que usted quiere decir -intervino Kinnan- es: ¿qué podemos ofrecer a un hombre que desea vivir?
-¡Cállese! -gritó James Taggart- ¿Por qué dice eso? ¿Qué le impulsó a decirlo?
-¿Qué lo incitó a usted a gritar? -preguntó a su vez Kinnan.
-¡Calma! ¡Calma, todos! -ordenó Thompson- Son muy diestros en discutir entre ustedes, pero cuando se trata de entendérselas con un verdadero hombre...
-¿De modo que también lo convenció a usted? -preguntó Eugene Lawson.
-¡Baje la voz! -le aconsejó Thompson, fatigado- ¡Es el hijo de puta más terco al que jamás me haya enfrentado! No lo entenderían ustedes. Es el hombre más obstinado de la Tierra... -Un dejo de admiración había sonado en su voz- Tan duro como...
-Hay modos para persuadir a esos bastardos inflexibles -gruñó el Dr. Ferris con indiferencia- Ya le he explicado cómo.
-¡No! -gritó Thompson- ¡No! ¡Cállese! ¡No pienso escucharlo! ¡No quiero oírlo! -Sus manos se movían frenéticas, como si intentara rechazar algo que no nombraría- Le dije... que eso no es cierto... que nosotros no... que yo no soy... -Sacudió la cabeza con violencia, como si sus propias palabras constituyeran una desconocida forma de peligro- No. Miren, muchachos. Lo que quiero decir es que tenemos que ser prácticos y precavidos. Muy, pero muy precavidos. Tenemos que manejar esto con calma. No podemos permitirnos provocarlo ni... causarle daño. No podemos correr riesgos sobre... cualquier cosa que le pueda ocurrir. Porque...

si él desaparece, desapareceremos nosotros también. Es nuestra última esperanza. No lo olviden. Si se va, pereceremos. Lo saben tan bien como yo.
Miró a los hombres que lo rodeaban y pudo apreciar que todos se daban cuenta de lo mismo.
El hielo de la siguiente mañana cayó sobre la primera página de los periódicos, que relataban la celebración de un constructivo y armonioso encuentro entre John Galt y los líderes nacionales la tarde anterior, y que había dado como resultado el "Plan John Galt", que pronto sería anunciado al público. Los copos de nieve de la tarde cayeron sobre el mobiliario de un edificio cuya pared delantera se había derrumbado y sobre una muchedumbre de personas que esperaban en silencio junto a la ventanilla de una caja de pagos en cierta fábrica cuyo propietario acababa de desaparecer.
"Los granjeros de Dakota del Sur" -informó Wesley Mouch a Thompson a la mañana siguiente- "marchan sobre la capital del Estado, incendiando a su paso todos los edificios oficiales y toda casa cuyo valor supere los 10.000 dólares."
"California se está cayendo a pedazos" -le anunció por la noche- "Se libra allí una auténtica guerra civil, pero nadie está seguro en realidad de lo que ocurre. Han declarado que van a independizarse de los Estados Unidos, pero nadie sabe quién ejerce el poder. Los miembros del Partido del Pueblo, dirigidos por Ma Chalmers y sus fanáticos de los ritos orientales y de la dieta a base de soja, combaten contra un grupo denominado Vuelta al Se-ñor, cuyos jefes son algunos antiguos propietarios de explotaciones petrolíferas."
-¡Srta. Taggart! -gimió Thompson cuando ella entró a la mañana siguiente en su cuarto del hotel, respondiendo a su llamada- ¿Qué vamos a hacer?
Mientras la miraba se preguntó por qué había sentido la convicción de que ella tenía algún poder de dar confianza. Miraba su rostro sereno, pero esa misma serenidad inmutable resultaba inquietante conforme pasaban los minutos. Su cara era exactamente igual que las demás, pensó, excepto por cierto fruncimiento de sus labios, que sugería resistencia.
-Confío en usted, Srta. Taggart. Es más inteligente que mis muchachos -añadió-. Ha hecho más por el país que cualquiera de ellos. Además, dio con el paradero de ese hombre. ¿Qué podemos hacer? Todo se está haciendo pedazos. Él es el único que puede sacarnos del problema... pero no accede. Simplemente rehúsa el mando. Jamás he visto nada igual: un hombre que no desea el poder. Le rogamos que dé órdenes y contesta que quiere obedecerlas. ¡Es absurdo!
-Lo es.
-¿Cuál es su opinión de todo esto? ¿Puede entender su actitud?
-Es un egoísta arrogante -respondió Dagny- Un aventurero ambicioso. Un hombre de ilimitada audacia, que trata de conseguir la mayor ganancia.
Se dijo que era fácil fingir. Le hubiera resultado más dificil en aquellos tiempos en que consideraba el lenguaje como un instrumento de honor, para ser usado como juramento; un juramento de adhesión a la realidad y de respeto a los seres humanos. Ahora se trataba sólo de producir sonidos, sonidos inarticulados, dirigidos a objetos sin alma, sin relación con conceptos tales como verdad, humanidad y honor.
Aquella primera mañana le había resultado fácil relatar a Thompson cómo había seguido a Galt hasta su casa. Soportó también la sonrisa de Thompson y sus

repetidas exclamaciones de: "¡Esta es la mujer que necesitamos!", acompañadas con miradas de triunfo a sus ayudantes; el triunfo de un hombre cuyo juicio al confiar en ella acababa de quedar reivindicado. Fue fácil expresar odio y cólera hacia Galt: "Solía estar de acuerdo con sus ideas, pero no quiero que destruya mi ferrocarril", y resistir la respuesta de Thompson: "No se preocupe, Srta. Taggart. ¡La protegeremos de él!".

Había sido fácil asumir una expresión de fría astucia y recordar a Thompson los 500 mil dólares de recompensa con voz clara y cortante, como el chasquido de una máquina registradora. Había observado una breve contracción en los músculos faciales de Thompson, que luego se distendieron en una sonrisa más amplia y brillante, como si en un silencioso discurso declarara que no lo había esperado, pero que se sentía encantado de comprender los motivos que la hacían obrar así, y que era la clase de reacción que mejor interpretaba. "¡Desde luego, Srta. Taggart! ¡Desde luego! ¡La recompensa es suya... sólo suya! ¡Le enviaremos un cheque por esa suma!"

Había resultado fácil, porque le parecía vivir en un terrible submundo, donde sus palabras y acciones ya no guardaban relación alguna con la realidad, sino sólo con actitudes deformadas, como en esos espejos de los parques de diversiones que proyectan monstruosidades, con destino a seres cuya conciencia no puede seguir siendo tratada como tal. Simple y cálido, como una ardiente presión en su interior, como una brújula que seleccionara su ruta, sentía un único anhelo: la seguridad de John. El resto era una mancha borrosa de ácido y niebla.

Pensó estremecida que ése era el estado en que vivían todas las personas a quienes nunca había llegado a comprender; tal la situación que deseaban, la realidad imprecisa que preferían forjar; tal la tarea de simular, desfigurar, engañar, con sólo la crédula mirada de los ojos empañados por el pánico de un Thompson cualquiera, como único propósito y recompensa. Se preguntó si quienes deseaban semejante estado de cosas desearían también vivir.

-¿El riesgo más grande del mundo, Srta. Taggart? -preguntó Thompson ansioso- ¿Qué es eso? ¿Qué quiere él?

-La realidad. La Tierra.

-No sé muy bien lo que quiere decirme pero... mire, Srta. Taggart, si usted cree entenderlo, ¿quisiera... quisiera hablar con él una vez más?

Le pareció escuchar su propia voz, a años luz de distancia, que prometía dar su vida por verlo otra vez, pero en aquella habitación sólo oyó la voz incolora de una desconocida que contestaba fríamente:

-No, Sr. Thompson. No lo haría. Espero no tener que verlo jamás.

-Sé que no puede soportarlo y no la culpo por ello. Pero, ¿no podría intentar...?

-Traté de razonar con él la noche en que lo hallé, pero sólo recibí insultos. Creo que le causo más disgusto que ninguna otra persona. No me perdonará haber ubicado su escondite. Sería la última persona a quien se rindiera.

-En efecto... en efecto. Es verdad... Pero, ¿cree que se rendirá alguna vez?

Su aguja interna osciló unos instantes, vacilando entre 2 rutas: ¿decir que no y arriesgarse a que lo mataran? ¿Decir que sí para verlos mantenerse en el poder hasta la destrucción del mundo?

-Sí, se rendirá -contestó firmemente- Cederá si lo tratan con cautela. Es demasiado ambicioso para rechazar el poder. No lo dejen escapar, pero no lo

amenacen ni le hagan daño. El miedo no hará efecto alguno en él, porque es totalmente impermeable al miedo.
-Pero, ¿y si... visto el modo en que las cosas se están hundiendo... nos obliga a esperar demasiado?
-No lo hará, es demasiado práctico para eso. A propósito, ¿han hecho llegar hasta él algunas noticias acerca del estado del país?
-Pues... no.
-Sugiero que le entreguen copias de los informes confidenciales. Así se dará cuenta de que esto no puede prolongarse mucho.
-¡Esa es una buena idea! ¡Una idea excelente!... Verá usted, Srta. Taggart -añadió de improviso, mientras en su voz sonaba cierto desesperado afán-, me siento mejor cuando hablo con usted. Es porque le tengo confianza. Los demás no me la inspiran, pero usted... es diferente. Es un temperamento sólido.
Ella lo miraba sin pestañear.
-Gracias, Sr. Thompson -dijo.
Había sido muy fácil... sin embargo, cuando estaba en la calle, notó que bajo el abrigo su blusa estaba húmeda y se le pegaba a los omóplatos.
De haberse hallado en condiciones de sentir algo, pensaba mientras se desplazaba en medio de la muchedumbre de la terminal, hubiera reconocido que la pesada indiferencia que ahora le provocaba el ferrocarril era aborrecimiento. No podía librarse de la idea de que sólo administraba trenes de carga. Para ella, los pasajeros ya no eran seres vivientes ni humanos, sino sólo mercaderías. Le parecía insensato malgastar tan enorme esfuerzo para proteger la seguridad de trenes que sólo llevaban objetos inanimados. Contempló los rostros de los transeúntes en la terminal y se dijo que si él tenía que morir, si iba a ser asesinado por los dirigentes de aquel sistema, para que éstos pudieran continuar comiendo, durmiendo y viajando, ¿de qué le serviría proporcionarles trenes? Si tenía que gritar en demanda de ayuda, ¿acudiría uno solo de ellos en su defensa? Quienes habían oído su disertación por radio, ¿querían acaso que viviera?
El cheque de 500 mil dólares le fue entregado aquella tarde en su despacho, acompañado por un ramo de flores del Sr. Thompson. Miró el cheque y lo dejó caer sobre la mesa. No significaba nada ni le hacía sentir nada, ni siquiera un leve asomo de culpa. Era sólo un pedazo de papel no más importante que cualquiera de los que llenaban el cesto de su despacho. No le importaba poder comprar con él un collar de diamantes o la basura de la ciudad, o la última comida que ingiriese. Jamás sería gastado en nada. No constituía un valor y nada de lo que adquiriese con él podría tenerlo. Se dijo que aquella inanimada indiferencia era el estado permanente de las personas que la rodeaban, de aquella gente sin propósito y sin pasión. Este era el estado de hombres sin propósito y sin ninguna pasión. Quienes así escogían vivir, se preguntó, ¿querían vivir realmente?
Las luces del hall de su edificio no funcionaban cuando regresó a su casa aturdida por el cansancio y no vio el sobre en el suelo hasta haber encendido la lámpara de su vestíbulo. Era un sobre cerrado que alguien había deslizado por debajo de la puerta. Lo tomó y al cabo de un instante empezó a reír sin producir sonidos, medio arrodillándose, medio sentándose en el suelo, con el fin de no moverse de allí, de limitarse a mantener la mirada fija en aquella nota escrita por una mano que

conocía; la misma que trazara su último mensaje en el calendario sobre la ciudad. La nota decía:
"Dagny:
Aguanta firme. Vigílalos. Cuando él necesite nuestra ayuda, llámame al OR 6-5693. F."
Los periódicos de la mañana siguiente advertían al público que no creyera los rumores acerca de tumultos en los Estados del sur. Pero los informes confidenciales enviados a Thompson declaraban que la lucha a mano armada había estallado entre Georgia y Alabama por la posesión de una fábrica de aparatos eléctricos, que había quedado aislada de cualquier fuente de materias primas, tanto por la lucha como por la destrucción de las vías ferroviarias a su alrededor.
-¿Ha leído los informes confidenciales que le mandé? -gimió Thompson aquella noche, una vez más ante John Galt.
Estaba acompañado por James Taggart, que se había ofrecido para visitar al prisionero por 1º vez.
Galt estaba sentado en una silla de respaldo recto, con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo. Parecía sereno y a sus anchas. No pudieron descifrar la expresión de su rostro, aparte de advertir que no demostraba síntoma alguno de temor.
-Lo he hecho -respondió.
-No queda mucho tiempo -anunció Thompson.
-En efecto.
-¿Permitirá que tales cosas continúen sucediendo?
-¿Y usted?
-¿Cómo puede estar tan seguro de su posición? -exclamó James Taggart, con voz no demasiado alta, pero sí dotada de la intensidad de un grito- ¿Cómo puede empeñarse, en estos tiempos, en seguir atado a sus ideas, a riesgo de destruir el mundo entero?
-¿Qué ideas creen que puedo considerar más seguras?
-¿Cómo puede demostrar ese aplomo? ¿Cómo puede saber? ¡Nadie puede estar seguro de los propios conocimientos! ¡Nadie! ¡Y usted no es mejor que cualquier otra persona!
-Entonces, ¿para qué me quieren?
-¿Cómo es capaz de jugar con las vidas de otros seres? ¿Cómo se permite un lujo tan egoísta como el de mantenerse hostil cuando el pueblo lo necesita?
-Querrá usted decir cuando necesitan mis ideas.
-¡Nadie está en lo cierto, ni se equivoca en forma absoluta! ¡El blanco y el negro no existen! ¡Usted no posee el monopolio de la verdad!
Había algo de disonante en la conducta de Taggart, pensó Thompson frunciendo el entrecejo, un resentimiento singular, demasiado extraño y personal, como si lo que intentaban resolver allí no fuera un asunto meramente político.
-Si conserva algún sentido de la responsabilidad -estaba diciendo Taggart-, no se atreverá a correr el riesgo de basarse sólo en su propio juicio. ¡Debería unirse a nosotros, considerar otras ideas, aparte de las suyas, y admitir que también nosotros podemos tener razón! ¡Usted nos ayudaría con nuestros planes! ¡Usted lo haría...!

Taggart siguió hablando con febril insistencia, pero Thompson no estaba seguro de que Galt lo escuchara. Este se había levantado y paseaba por la habitación, pero no con impaciencia, sino como quien disfruta con el movimiento de su cuerpo. Thompson notó la ligereza de sus pasos, la rectitud de su espalda, su abdomen plano y la relajación de sus hombros. Galt caminaba inconsciente de su cuerpo y, a la vez, tremendamente consciente del orgullo que le hacía experimentar. James Taggart, en una postura desgarbada, seguía con la mirada los movimientos de Galt con tanto odio que Thompson se alarmó, temiendo que aquel aborrecimiento llegara a hacerse audible. Pero Galt no miraba a Taggart.

-¡... su conciencia! -decía Taggart- ¡He venido aquí para apelar a su conciencia! ¿Cómo es posible que evalúe su mente por encima de miles de vidas humanas? La gente se muere y... por lo que más quiera -añadió-, ¡quédese quieto!

-¿Es una orden? -preguntó Galt, deteniéndose.

-¡No, no! -se apresuró a intervenir Thompson- No es ninguna orden. No queremos darle órdenes... -Se dirigió a Taggart: -Calma, Jim.

Galt reanudó su paseo.

-El mundo se hunde -continuó Taggart siguiendo a Galt con la mirada, sin poder evitarlo- La gente se muere y sólo usted puede salvarla. ¿Importa ahora quién tiene razón o quién está equivocado? Debe usted unirse a nosotros, aun cuando crea que estamos en un error, y sacrificar su mente para salvar a otras personas.

-¿Y qué medios tengo para salvarlas?

-¿Quién se cree que es? -gritó Taggart- ¡Es un egoísta!

-Lo soy.

-¿Se da cuenta qué clase de egoísta es?

-¿Y usted? -preguntó Galt mirándolo directamente a la cara.

Fue el lento hundimiento del cuerpo de Taggart en su sillón, mientras sus ojos seguían fijos en Galt, lo que hizo experimentar a Thompson un profundo temor acerca de lo que podía ocurrir.

-Dígame -terció, con voz brillante y natural-, ¿qué clase de cigarrillos fuma?

Galt se volvió hacia él y repuso sonriendo: -No lo sé.

-¿De dónde los ha sacado?

-Uno de sus guardias me trajo un paquete. Según dijo, alguien se lo entregó para que me lo obsequiara... No se preocupe -añadió-, sus muchachos lo han sometido a toda clase de inspección. No había en él ningún mensaje oculto. Se trata únicamente del regalo de un admirador anónimo.

El cigarrillo que Galt sostenía entre sus dedos llevaba el signo del dólar.

James Taggart no era muy experto en la tarea de persuadir, concluyó Thompson; pero Chick Morrison, a quien llevó allí al día siguiente, no lo hizo mejor.

-Estoy dispuesto a ponerme a su merced, Sr. Galt -dijo Chick Morrison con una nerviosa sonrisa- Tiene razón. Concederé que la tiene y todo cuanto deseo es simplemente su compasión. En lo más profundo de mi alma no puedo creer que sea un egoísta total, incapaz de apiadarse de nadie. -Señaló el montón de papeles que había extendido sobre una mesa- Es un petitorio firmado por 10.000 escolares para que se una a nosotros y los salve. Aquí tiene otra petición de un hogar para lisiados. Y otra, firmada por los ministros de 200 religiones distintas, y un ruego de las madres del país. Léalo.

-¿Es una orden?

-¡No! -gritó Thompson- ¡No es ninguna orden!
Galt siguió inmóvil, sin alargar la mano hacia esos papeles.
-Son gente sencilla y vulgar, Sr. Galt -dijo Chick Morrison en un tono con el que pretendía englobar la servil humildad de todos- No pueden decirle lo que usted tiene que hacer, porque no lo saben. Se limitan a implorar. Son débiles e impotentes, ciegos e ignorantes. Y usted, tan inteligente y fuerte, ¿no puede sentir compasión hacia ellos? ¿No puede ayudarlos?
-¿Dejando de lado mi inteligencia y guiándome por su ceguera?
-¡Quizá se equivoquen, pero no saben hacerlo mejor!
-Y yo que sí sé, ¿debería obedecerlos?
-No quiero discutir, Sr. Galt. Tan sólo apelo a su piedad. Están sufriendo. Le ruego se compadezca de los que sufren. Yo... -añadió, notando que John miraba a la distancia, más allá de la ventana, con pupilas repentinamente implacables- ¿Qué le sucede? ¿En qué piensa?
-En Hank Rearden.
-¿Eh?... ¿Cómo?
-¿Esa gente sintió compasión por Hank Rearden?
-¡Oh! ¡Eso es distinto! El...
-¡Cállese! -repuso Galt con voz tranquila.
-Yo sólo... -dijo Morrison.
-¡Cállese! -gritó a su vez Thompson- No le haga caso, Sr. Galt. Hace 2 noches que no duerme. Está muerto de miedo.
Al día siguiente el Dr. Floyd Ferris no pareció sentir temor alguno, pero a juicio de Thompson, aquello fue peor. Galt guardó silencio, sin contestar una sola palabra.
-Es la cuestión de la responsabilidad moral la que usted quizás no haya estudiado suficientemente, Sr. Galt -dijo el doctor tal vez con excesiva desenvoltura, en un tono de informalidad demasiado obvio- Sólo habló por la radio acerca de pecados por comisión. Pero también existen pecados por omisión que deben tenerse en cuenta. Dejar de salvar una vida es tan inmoral como cometer un crimen. Las consecuencias son las mismas y, ya que debemos juzgar las acciones por sus consecuencias, la responsabilidad moral resulta idéntica... Por ejemplo, en vista de la desesperante falta de alimentos, se ha sugerido que quizás sea necesario tomar la decisión de que un tercio de los niños menores de 10 años y de adultos mayores de 60 sean sacrificados para asegurar la supervivencia de los restantes. Estoy seguro de que usted no querrá que algo así suceda, ¿verdad? Una palabra suya lo evitaría. Si se niega y todas esas personas son ejecutadas, usted será quien deba cargar con la responsabilidad moral del hecho.
-¡Está usted loco! -gritó Thompson reponiéndose de la impresión recibida y levantándose de un salto- ¡Nadie ha propuesto semejante cosa! ¡Nadie ha pensado ni siquiera en eso! ¡Por favor, Sr. Galt! ¡No lo crea! ¡No sabe lo que dice!
-¡Oh, sí! Lo sabe muy bien -dijo Galt- Dígale a ese hijo de puta que me mire y que, luego, se mire al espejo y se pregunte si voy a creer que mi estatura moral se halla a merced de sus acciones.
-¡Fuera de aquí! -gritó Thompson, obligando a Ferris a levantarse- ¡Fuera! ¡No quiero seguir oyendo estupideces!

Abrió la puerta y empujó a Ferris al corredor, donde el guardia contemplaba la escena asombrado. Volviéndose a Galt, extendió los brazos y los dejó caer en actitud de impotencia total. Este lo miraba inexpresivo.
-Escuche -suplicó Thompson-, ¿no hay una sola persona con quien acceda usted a hablar?
-No hay nada de qué hablar.
-Tenemos que hacerlo. Tenemos que convencerlo. ¿Quiere hablar con alguien determinado?
-No.
-He creído que acaso... como la Srta. Taggart habla... o solía hablar en sus términos… en algunas ocasiones... quizá querría que la mande a buscar...
-¿Esa? Desde luego, solía hablar como yo, pero es mi único fracaso. La creí inclinada a nuestro bando, pero me engañó para conservar su tren. Vendería su alma por su empresa. Si la trae aquí, la golpearé.
-¡No, no, no! ¡No es preciso que la vea si no quiere! No quiero perder más tiempo con gente que le inspire una actitud equivocada. Sólo... sólo que si no es la Srta. Taggart, no sé a quién recurrir. Si... si encontrásemos a alguien a quien usted admitiera o...
-Cambié de idea -dijo Galt- Hay alguien con quien me gustaría hablar.
-¿Quién? -preguntó Thompson anhelante.
-El Dr. Robert Stadler.
Thompson emitió un largo silbido y movió la cabeza con aprensión.
-Ese no es amigo suyo -le dijo en tono de sincera advertencia.
-Pues es la única persona a quien deseo ver.
-De acuerdo, como quiera. Lo tendrá aquí mañana por la mañana.
Aquella noche, mientras cenaba con Wesley Mouch en su habitación, Thompson contempló irritado el vaso de jugo de tomate colocado ante él.
-¿Cómo? -preguntó- ¿No hay de uva?
Su médico le había recetado jugo de uva para prevenir resfríos ante una posible epidemia.
-No hay jugo de uva -respondió el camarero con extraño énfasis.
-Ocurre -explicó Mouch alicaído- que una banda de merodeadores atacó un tren en el puente Taggart sobre el Mississippi, voló las vías y dañó la estructura. No es nada grave y se está reparando, pero todo el tránsito quedó interrumpido y los trenes de Arizona no pueden pasar.
-¡Es ridículo! ¿No existe ningún otro...? -Thompson se interrumpió porque sabía que no existía ningún otro puente ferroviario sobre el Mississippi. Al cabo de un momento volvió a hablar con voz entrecortada- Ordene que destacamentos del ejército hagan guardia en ese puente de día y de noche. Que se escojan los mejores hombres para la tarea. Si algo le sucediera al puente...
No terminó la frase, permanecía sentado, abatido, contemplando los lujosos platos de porcelana y los delicados canapés colocados ante él. La ausencia de una comodidad tan prosaica como el jugo de uva le hacía entrever de manera repentinamente real lo que sucedería a la ciudad de Nueva York si el puente Taggart era destruido.
-Dagny -dijo aquella misma noche Eddie Willers-, el puente no es el único problema. -Pulsó con gesto brusco el interruptor de la lámpara de mesa, que en la

forzada concentración de su trabajo ella se había olvidado de encender- Ningún tren transcontinental puede partir de San Francisco. Una de las facciones en lucha allí, no sé cuál, se apoderó de nuestra estación terminal e implantó un "impuesto de partida" sobre todos los trenes. Es como si exigieran una especie de rescate por ellos. El jefe de la estación se ha marchado. Nadie sabe qué hacer allí.
-No puedo dejar Nueva York -respondió Dagny con pétrea firmeza.
-Lo sé -convino suavemente- Y por eso seré yo quien vaya hasta allá para arreglar este asunto. O, al menos, para encontrar a alguien para poner a cargo.
-¡No! ¡No quiero que lo hagas! ¡Es demasiado peligroso! Además, ¿de qué serviría? Ahora ya no importa. No hay nada que salvar.
-Sigue siendo Taggart Transcontinental y yo seguiré fiel. Dagny, dondequiera que vayas, podrás construir un ferrocarril, pero yo ni siquiera deseo iniciar una nueva existencia. Sobre todo, después de lo ocurrido. Déjame hacer lo que aún puedo.
-¡Eddie! ¿No quieres...? -Se detuvo, convencida de que era inútil- De acuerdo, Eddie, si así lo quieres.
-Partiré en avión esta noche hacia California. Conseguí una plaza en un avión militar... Sé que abandonarás en cuanto... en cuanto puedas dejar Nueva York. Cuando regrese, quizás no estés aquí. Cuando estés lista, vete. No te preocupes por mí, no esperes a decírmelo. Vete lo más rápido que te sea posible. Yo... yo me despido ahora.
Dagny se puso de pie. Estaban uno frente al otro en la semioscuridad del despacho; el retrato de Nathaniel Taggart pendía de la pared junto a ellos. Ambos veían los años desde aquel distante día en que los 2 habían aprendido a caminar a lo largo de los durmientes de un ferrocarril. Eddie inclinó la cabeza y la mantuvo así un momento.
Dagny le tendió la mano.
-Adiós, Eddie.
Él la estrechó firmemente sin prestar atención a las manos, con los ojos fijos en su cara.
Empezó a retirarse, luego se detuvo, se volvió hacia ella y le preguntó en voz baja, pero serena, no con expresión de ruego ni de desesperación, sino como el último gesto impregnado de consciente claridad de quien cierra una prolongada etapa de su vida.
-¿Sabías... lo que sentía por ti?
-Sí -respondió ella dulcemente, comprendiendo, en aquel momento, que lo había sabido durante muchos años, aunque sin decirle palabra- Lo sabía.
-Adiós, Dagny.
El débil temblor de un subterráneo estremeció los muros del edificio, tragándose el ruido de la puerta que se cerraba detrás de Eddie.
A la mañana siguiente nevaba, y los copos conferían un toque helado y cortante a las sienes de Robert Stadler, al avanzar por el largo pasillo del hotel Wayne-Falkland hacia la puerta de la "suite real". Dos corpulentos individuos lo acompañaban; eran del Departamento de Acondicionamiento de la Moral, pero no ocultaban la clase de medios que emplearían gustosamente en caso de ser necesario.
-Sólo recuerde las órdenes del Sr. Thompson -le advirtió uno de ellos con desprecio- Una palabra equivocada y lo lamentará, viejo.

Stadler se dijo que no era la nieve derritiéndose en su cabeza, sino una hiriente presión interior la que le confería aquel estado de ánimo, pues no había logrado alivio alguno desde la noche anterior, cuando le había gritado a Thompson que no quería ver a John Galt. Había gritado presa de terror, suplicando al círculo de rostros inmutables que no lo obligaran a eso, sollozando que aceptaría cualquier cosa, menos eso. Pero no accedieron siquiera a discutir, ni a amenazarlo, sino que se limitaron a darle órdenes. Había pasado una noche insomne, diciéndose que no obedecería, pero ahora avanzaba hacia esa puerta. La ardiente presión de sus sienes y la débil sensación de náusea que le producía la realidad procedían del hecho de no poder convencerse de ser el Dr. Robert Stadler.

Notó el brillo metálico de las bayonetas de los guardias ante la puerta y oyó el chasquido de una llave al ser accionada en una cerradura. Avanzó de nuevo y oyó cómo la puerta se cerraba tras él.

Al otro lado de la amplia habitación vio a John Galt, sentado en el borde de una ventana: una figura alta y esbelta, con pantalón y camisa, una pierna colgando hacia el suelo y la otra doblada, tomándose la rodilla con ambas manos y su cabello dorado resaltando contra un fondo de cielo gris. De pronto, Stadler vio la figura de un niño sentado sobre el borde de un cerco, en su propio hogar, cerca de la Universidad Patrick Henry, con el sol iluminándole el cabello y la cabeza erguida contra una extensión de cielo azul estival, a la vez que oía la apasionada intensidad de su propia voz, manifestando: "El único valor sagrado en el mundo, John, es la mente humana, la incorrupta mente humana...".

Y gritó a aquel muchacho a través de la habitación y a través de los años:

-¡No pude evitarlo, John! ¡No pude evitarlo!

Se aferró al borde de una mesa, buscando apoyo, como si la considerase una barrera protectora, aun cuando la figura sentada en la ventana no se había movido.

-¡No soy yo quien te puso en esta situación! -gritó- ¡No quise hacerlo! ¡No pude evitarlo! ¡No era mi deseo...! John, ¡no me lo recrimines! ¡No fui yo! ¡Nunca he podido hacer nada contra ellos! ¡Son dueños del mundo! ¡No me dejaron lugar! ¿Qué es para ellos la razón? ¿Qué es la ciencia? ¡No tienes idea de lo implacables que son! ¡No los comprendes! ¡No piensan! ¡Son animales sin cerebro, movidos por sentimientos irracionales... por sus egoístas, avarientos, ciegos e imprevisibles sentimientos! ¡Se apoderan de cuanto desean sin importarles la causa, los efectos o la lógica! Lo quieren y eso basta para estos sanguinarios e implacables cerdos... ¿La mente? ¿No te das cuenta de lo inútil que es la mente contra estas hordas salvajes? Nuestras armas aparecen infantiles, risibles e ineficaces: la verdad, el conocimiento, la razón, los valores, los derechos.

"La fuerza, el fraude y el saqueo es todo lo que conocen... ¡John! ¡No me mires así! ¿Qué podía hacer yo contra sus puños? Tenía que vivir, ¿verdad? Y no por mí mismo, sino por el futuro de la ciencia. Tenía que ser protegido, tenía que llegar a un acuerdo con ellos. No se puede vivir, excepto bajo sus condiciones. ¡No se puede! ¿Me oyes? ¡No se puede!... ¿Qué querías que hiciera? ¿Pasarme la vida implorando un empleo? ¿Rogando a mis inferiores que me entregaran fondos y asignaciones? ¿Hubieras preferido que mi trabajo dependiera del capricho de rufianes que sólo buscan ganar dinero? No tenía tiempo para competir con ellos

por dinero, mercados, o alguno de sus miserables objetivos materiales. ¿Era ésa tu idea de la justicia? ¿Que se gastaran el dinero en licores, yates y mujeres, mientras las inapreciables horas de mi vida se desvanecían por falta de equipamiento? ¿Persuasión? ¿Cómo podía persuadirlos? ¿Qué lenguaje emplear con quienes no piensan?... ¡No sabes lo solitario que viví y hasta qué punto anhelé un chispazo de inteligencia! ¡Lo solitario, cansado e inútil que me sentí! ¿Por qué una mente como la mía tenía que discutir con imbéciles e ignorantes? Si jamás contribuyeron con un centavo al incremento de la ciencia, ¿por qué no se los podía forzar? No era a ti a quien quería obligar a nada. Aquella arma no iba dirigida al intelecto, no iba dirigida a seres como tú o como yo, sino tan sólo a estúpidos materialistas... ¿Por qué me miras así? ¡No tenía opción! No hay opción, salvo derrotarlos en su propio juego. ¡Oh, sí! Es su juego y ellos son los que establecen las reglas. ¿Con qué contamos los pocos que aún podemos pensar? Sólo cabe la esperanza de pasar inadvertidos y de engañarlos para que sirvan a nuestro propósito... ¡No sabes cuán noble era el mío! Mi visión del futuro de la ciencia. ¡El conocimiento humano libre de ataduras materiales! ¡Un fin ilimitado sin restricción de medios! ¡No soy un traidor, John! ¡No lo soy! Servía a la causa de la mente. ¡Lo que preveía, lo que deseaba, lo que sentía no podía ser medido por sus miserables dólares! ¡Quería un laboratorio! ¡Lo necesitaba! ¿Qué me importaba de dónde viniera? ¡Era tanto lo que podía hacer en él! ¡Iba a alcanzar tales alturas! ¿Acaso no tienes piedad? ¡Yo lo quería!... ¿Qué importaba que fueran forzados? ¿Quiénes son ellos para pensar? ¿Por qué les enseñaste a rebelarse? ¡Todo habría funcionado perfectamente si no los hubieras obligado a irse! ¡Te aseguro que habría funcionado! ¡No sería como ahoral... No me acuses. No podemos ser culpables... todos nosotros... durante siglos... ¡No podemos estar tan equivocados!... ¡No se nos puede condenar! ¡No teníamos opción! ¡No hay otro modo de vivir en la Tierral... ¿Por qué no me contestas? ¿Qué miras? ¿Piensas en el discurso que pronunciaste? ¡Yo no quiero pensar en él! ¡Fue simple lógica! ¡Pero no se puede vivir de la lógica! ¿Me oyes?... ¡No me mires! ¡Estás pidiendo lo imposible! ¡Los hombres no pueden vivir a tu manera! No permites ni un solo momento de debilidad; no concibes la flaqueza humana ni los sentimientos. ¿Qué quieres de nosotros? ¿Racionalismo 24 hs. al día, sin un descanso, sin un respiro, sin una escapatoria?... ¡No me mires, maldita sea! ¡Ya no te tengo miedo! ¿Me oyes? ¡No te tengo miedo! ¿Quién eres tú para culparme, fracasado de mierda? ¡He aquí adonde nos condujo tu camino! ¡Ahí estás, atrapado, impotente, bajo guardia, para ser asesinado por estos brutos en cualquier instante, y aún te atreves a acusarme de no ser práctico! ¡Oh, sí! ¡Te matarán! ¡No vencerás! ¡No te permitirán vencer! ¡Tú eres el hombre a quien deben destruir!

El jadeo de Stadler se convirtió en un grito ahogado, como si la inmovilidad de la figura en la ventana hubiera servido como silencioso reflejo para hacerle comprender, de pronto, el pleno significado de sus propias palabras.

-¡No! -gimió Stadler moviendo la cabeza de un lado a otro para escapar de aquellos inconmovibles ojos verdes- ¡No!... ¡No!... ¡No!...

La voz de Galt tenía la misma inflexible austeridad de su mirada cuando respondió:

-Acaba usted de decir todo cuanto yo deseaba expresarle.

Stadler golpeó la puerta con los puños. Cuando le fue abierta, salió corriendo de la habitación.

* * *

Durante los siguientes 3 días, nadie entró en los aposentos de Galt, excepto los guardias que le llevaban la comida. A primera hora del atardecer del 4º día, la puerta se abrió para dar paso a Chick Morrison, acompañado de otros 2 hombres. Chick estaba de etiqueta y sonreía nervioso, aunque tal vez un poco más seguro que de costumbre. Uno de sus compañeros era un edecán. El otro, un hombre musculoso, cuya cara contrastaba con su smoking: una cara de piedra, de párpados soñolientos, ojos pálidos e inquietos y nariz rota de luchador. Su cabeza estaba rapada, excepto por un poco de pelo rubio rizado en la parte superior, y mantenía la diestra en el bolsillo del pantalón.
-Haga el favor de vestirse, Sr. Galt -dijo Chick Morrison persuasivo, señalando la puerta del dormitorio, donde un armario permanecía lleno de costosos trajes que Galt no se había molestado en ponerse- Haga el favor de vestirse de etiqueta -añadió- Es una orden, Sr. Galt.
Este se metió silenciosamente en el dormitorio, seguido por los 3 hombres. Chick Morrison se sentó en el borde de una silla, y se puso a encender y apagar cigarrillos, uno tras otro. El edecán inició una serie de amables movimientos, ayudando a Galt a vestirse y ofreciéndole los gemelos de la camisa y la chaqueta. El hombre musculoso permanecía en un rincón, con la mano en el bolsillo. Nadie decía una palabra.
-Tendrá usted que cooperar -explicó Chick Morrison cuando Galt estuvo listo, indicándole la puerta con un amable gesto de invitación.
Con tanta rapidez que nadie pudo percibir el movimiento de su mano, el tipo musculoso agarró el brazo de Galt, al tiempo que le apretaba las costillas con una invisible pistola.
-No haga el más mínimo movimiento en falso -le advirtió con voz inexpresiva.
-Nunca lo hago -repuso.
Chick Morrison abrió la puerta. El edecán se quedó atrás. Las 3 figuras vestidas de smoking recorrieron silenciosas el vestíbulo hacia el ascensor. Luego permanecieron inmóviles en su interior, mientras las luces de los números colocados sobre la puerta iban marcando su progresivo descenso.
El elevador se detuvo en el entrepiso donde 2 soldados armados precedieron a los 3 hombres y otros 2 los siguieron, conforme recorrían los largos y oscurecidos pasillos, desiertos excepto por la presencia de centinelas armados, apostados en los cruces. El brazo derecho del guardián quedaba unido al izquierdo de Galt; la pistola permanecía invisible en su costado con una presión ejercida con gran experiencia, que si bien no causaba molestia alguna, tampoco daba ocasión de olvidarla.
El corredor conducía a una amplia puerta cerrada. Los soldados desaparecieron entre las sombras, cuando la mano de Chick Morrison tomó la perilla y abrió la puerta, pero el súbito contraste de luz y sonido pareció una explosión: la luz procedía de 300 bombillas instaladas en los enceguecedores candelabros del gran salón del hotel Wayne-Falkland. El sonido, de los aplausos de 500 personas.

Chick Morrison precedió a los demás hacia la mesa de conferencias, situada en un estrado que dominaba el recinto. La gente pareció comprender, sin necesidad de que nadie lo anunciara, que de las 2 figuras que le seguían, era a aquel hombre alto y esbelto, de cabello cobrizo dorado, a quien iban dirigidos los aplausos. Su cara poseía la misma cualidad que la voz que habían escuchado por radio: tranquila, confiada y fuera del alcance.
El asiento reservado a Galt era el lugar de honor en el centro de la larga mesa. A la derecha lo esperaba Thompson, y el musculoso guardia se ubicó habilidosamente a la izquierda, sin apartar el brazo, ni disminuir la presión de la pistola. Las joyas que resaltaban sobre los hombros desnudos de las mujeres lanzaban el brillo de los candelabros a las sombras de las atestadas mesas junto a distantes paredes, y el severo blanco y negro de las figuras masculinas ponía de relieve el solemne y ostentoso lujo del lugar frente a los discordantes rasgos de las cámaras fotográficas, los micrófonos y el dormido equipo de televisión. La multitud aplaudía de pie. Thompson sonreía mirando a Galt con la expresión anhelante y ansiosa del adulto que espera la reacción de un chiquillo ante un regalo generoso y espectacular. Galt se sentó de frente a la ovación, sin ignorarla ni responder.
-Los aplausos que están escuchando -gritó un locutor de radio ante el micrófono situado en un ángulo del salón- constituyen el saludo dirigido a John Galt, que acaba de ocupar su lugar en la mesa de los oradores. Sí, mis amigos; John Galt en persona, como podrán verlo dentro de unos instantes quienes dispongan de un televisor.
"Debo recordar dónde me encuentro", pensó Dagny apretando los puños bajo el mantel, en la oscuridad de una mesa lateral. Resultaba difícil conservar su doble personalidad en presencia de Galt, a metros de ella. Se dijo que no podía existir peligro ni dolor en el mundo mientras le fuera posible contemplar su rostro, pero al mismo tiempo, experimentó un helado terror al mirar a quienes lo mantenían en su poder, recordando la ciega irracionalidad del espectádulo montado por ellos. Se esforzó en mantener rígidos sus músculos faciales y en no traicionarse con una sonrisa de felicidad ni un grito de pánico.
Se preguntó cómo sus ojos la habían encontrado entre la muchedumbre. Percibió la breve pausa de su mirada sobre ella: había sido más que un beso, un apretón de manos de aprobación y de ayuda.
No volvió a mirar en su dirección. Pero Dagny no podía forzarse a desviar los ojos de donde él se encontraba. Le pareció asombroso verlo vestido de etiqueta, llevando el smoking con tanta naturalidad que parecía un uniforme de honor. Su figura obligaba a evocar algún banquete en el distante pasado, en ocasión de serle entregada alguna recompensa por méritos industriales. Recordó sus propias palabras con una punzada de añoranza, cuando dijo que las celebraciones sólo debían organizarse para quienes tenían algo que celebrar.
Dagny se dio vuelta, esforzándose por no mirarlo con demasiada frecuencia, ni atraer la atención de sus acompañantes. Había sido ubicada en una mesa lo suficientemente visible frente a la concurrencia, pero al mismo tiempo, oscurecida para no quedar en la línea visual de Galt, junto con quienes lo habían disgustado: Ferris y Eugene Lawson.
Notó que su hermano Jim estaba más cerca del escenario. Podía ver su cara hosca entre las nerviosas figuras de Tinky Holloway y Simon Pritchett. Los

torturados rostros sobresalían en la mesa de los oradores, sin conseguir, pese a sus esfuerzos, ocultar su aspecto de seres que soportaban una dura prueba, mientras que en el rostro de Galt se reflejaba una calma radiante, en contraste con los presentes. Dagny se preguntó quién era en realidad el prisionero y quién el amo. Su mirada se desplazó lentamente por las personas alineadas ante la mesa: Thompson, Wesley Mouch, Chick Morrison, algunos generales, algunos miembros del Poder Legislativo y, de un modo absurdo, también Mowen, elegido como señuelo para Galt, como símbolo del sector empresarial del país. Miró a su alrededor, buscando al Dr. Stadler, pero no estaba.

Las voces que llenaban el salón eran como un gráfico de fiebre de un paciente: se elevaban de pronto, para hundirse de nuevo en espacios de silencio. De vez en cuando, el estallido de una risa interrumpida, incompleta, provocaba el sobresaltado giro de varias cabezas en las mesas vecinas. Todas las caras se veían rígidas y contraídas por la más evidente e indigna de las tensiones: la de la sonrisa forzada. Dagny se dijo que aquella gente sabía, aunque no mediante su razón, sino gracias sólo a su pánico, que el banquete constituía el punto culminante y la esencia desnuda de su mundo. Estaban seguros de que ni su Dios ni sus armas podrían conseguir que aquella fiesta significase lo que tanto se esforzaban en pretender que expresara.

No pudo tragar la comida puesta ante ella, pues tenía la garganta cerrada por una rígida convulsión. Notó que los demás comensales también simulaban comer y que Ferris era el único cuyo apetito no parecía afectado.

Cuando Dagny vio una porción de helado en un plato de cristal ante ella, notó el repentino silencio del salón y pudo escuchar el leve chirrido de los aparatos de televisión al ser arrastrados para empezar a funcionar. "¿Qué sucederá ahora?", pensó con cierta expectativa, sabiendo que idéntico interrogante acababa de surgir en cada una de las mentes de los presentes que miraban a Galt, aunque éste no se movió, ni cambió de actitud.

Nadie tuvo necesidad de pedir silencio cuando Thompson hizo señas a un locutor; en la sala parecía que nadie respiraba.

-Conciudadanos -anunció el presentador ante el micrófono- de este país y todo el que pueda escucharnos. Desde el gran salón del hotel Wayne-Falkland de Nueva York, les estamos ofreciendo la inauguración del Plan John Galt.

Un rectángulo de luz azulada apareció en la pared tras la mesa del animador: era una pantalla, en la que se proyectaban para los invitados las imágenes de las que el país iba a ser testigo.

-¡El Plan John Galt para la paz, la prosperidad y el beneficio! -exclamó el locutor, al tiempo que la escena aparecía de improviso en la pantalla-. ¡El albor de una nueva era! ¡El producto de una armoniosa colaboración entre el espíritu humanitario de nuestros líderes y el genio científico de John Galt! Si su fe en el futuro se ha visto minada por rumores tendenciosos, ahora podrán observar a nuestra gran familia de líderes felizmente unida... Damas y caballeros -a medida que la cámara se dirigía hacia la mesa del orador y el estupefacto rostro de Mowen llenaba la pantalla, siguió: -¡el Sr. Horace Bussby Mowen, el industrial estadounidense! -La cámara enfocó luego una ajada colección de músculos faciales que parecían formar una sonrisa- ¡El general del Ejército, Whittington S. Thorpe! -Como la mirada de un detective en un interrogatorio policial, la cámara

fue pasando de un rostro a otro; todos aparecían como profundamente heridos a causa del miedo, la evasión, la desesperación, la incertidumbre, el autodesprecio y la culpa- ¡El presidente de la Legislatura nacional, Sr. Lucian Phelps!... ¡El Sr. Wesley Mouch!... ¡El Sr. Thompson! -La cámara se detuvo en este último, quien dedicó una amplia sonrisa a la nación, y luego se volvió, mirando fuera de la pantalla hacia su izquierda, con aire de triunfante expectativa- Damas y caballeros -anunció el presentador solemnemente-, ¡con ustedes, John Galt!

"¡Cielos!" -pensó Dagny- "¿Qué están haciendo?". Desde la pantalla, la cara de John Galt miraba a la nación, sin dolor, sin miedo, sin culpa, implacable merced a su serenidad, invulnerable gracias a su autoestima. "¿Este rostro entre los demás?" -se dijo Dagny- "Lo que estén planeando no se ha logrado. Nada más puede debe decirse. Ahí está el resultado de un código y del otro. Ahí es la elección y todo aquel que sea humano lo reconocerá así."

-El secretario personal del Sr. Galt -dijo el locutor, mientras la amara mostraba brevemente una cara borrosa, para continuar enseguida su desplazamiento-, Sr. Clarence "Chick" Morrison... almirante Homer Dawley... señor...

Dagny miró los rostros a su alrededor, preguntándose: "¿Notarán el contraste? ¿Lo habrán observado? ¿Se darán cuenta de él? ¿Querrán considerarlo un ser real?".

-Este banquete -empezó Chick Morrison en calidad de maestro de ceremonias- se da en honor de la mayor figura de nuestro tiempo, del más hábil productor, del hombre que sabe cómo hacer las cosas, del nuevo líder de nuestra economía: ¡John Galt! Quienes hayan escuchado su extraordinario discurso radial, no tendrán la menor duda de que este hombre es capaz de hacer funcionar el país. Ahora está aquí para decirles que lo hará funcionar para ustedes. Si estaban desconcertados por los anticuados extremistas que afirmaban que jamás se uniría a nuestra causa, ya no existen diferencias entre su modo de proceder y el nuestro. Ya no es preciso elegir entre él o nosotros. El acontecimiento de esta noche les demostrará que ¡todo puede quedar reconciliado y unido!

"Una vez que lo vieron" -pensó Dagny- "¿podrán querer mirar a alguien más? Una vez que saben que él es posible, que esto es lo que una persona ha de ser, ¿qué otra cosa pueden buscar? ¿Sentirán algún otro deseo, salvo el de conseguir para su alma lo que él ha conseguido para la de él? ¿O van a verse detenidos por el hecho de que los Mouch, los Morrison, los Thompson no hayan optado por lo mismo? ¿Considerarán a los Mouch como a seres humanos y a él como a un imposible?"

La cámara enfocaba ahora distintos lugares del salón, presentando a la pantalla y al país los rostros de los invitados más notables, los de los líderes nacionales y, de vez en cuando, el de John Galt. Él parecía estar estudiando con sus perspicaces ojos a quienes, fuera de ese salón, lo estaban contemplando en todos lados, y era imposible saber si escuchaba, porque ninguna reacción alteraba la compostura de su rostro.

-Estoy orgulloso de dar tributo esta noche -dijo el presidente de la Legislatura, el siguiente orador, ante el micrófono- al mayor organizador económico que el mundo haya conocido, al administrador mejor dotado y al más brillante planificador: John Galt, el hombre que nos salvará. ¡Me encuentro aquí para agradecerle en nombre del pueblo!

Esto, se dijo Dagny presa de asqueada ironía, era el espectáculo de la sinceridad del deshonesto y la parte más tramposa del fraude era que estaban convencidos. Estaban ofreciéndole a Galt lo mejor que su punto de vista sobre la existencia podía ofrecerle, intentaban tentarlo con lo que para ellos era el sueño de los más altos logros de la vida: la adulación insensata, la realidad de sus enormes pretensiones, la aprobación sin normas, el tributo sin contenido, el honor sin causa, la admiración sin razones y el amor sin código de valores.

-Hemos descartado todas nuestras insignificantes diferencias -estaba diciendo ahora Wesley Mouch ante el micrófono- ¡Todos nuestros partidismos, todos nuestros intereses personales y nuestras opiniones egoístas, con el fin de servir bajo el sacrificado liderazgo de John Galt!

"¿Por qué escucharán?" -se preguntó Dagny- "¿Es que no ven la muerte en sus caras y la vida en la de él? ¿Hacia qué estado de cosas se inclinarán? ¿Qué desean para la raza humana?" Contempló los rostros a su alrededor. Todos estaban nerviosos e inexpresivos, y sólo se veía en ellos el peso muerto, el sopor y el estancamiento de un miedo crónico. Miraban a Galt y a Mouch, incapaces de percibir que existiera alguna diferencia entre ellos o de experimentar curiosidad por saber si dicha diferencia existía. Sus miradas vacías, sin crítica ni valoración, declaraban: "¿Quién soy yo para saberlo?". Se estremeció, recordando la frase de Galt: "El hombre que declara: '¿Quién soy yo para saber?' no hace más que decir: '¿Quién soy yo para seguir viviendo?'". "¿Les importa vivir?" -se preguntó- No parecía siquiera importarles hacer el esfuerzo que implicaba formular esa pregunta. Sin embargo, vio unos cuantos rostros que sí parecían preocupados. Miraban a Galt con desesperada súplica, con reflexiva y trágica admiración. Aquellos seres mantenían las manos laxas sobre las mesas ante ellos. Eran hombres que sabían quién era él, que vivían en frustrado anhelo de su mundo, pero que mañana, si era asesinado ante sus ojos, mantendrían las manos tan marchitas como entonces, mientras sus ojos mirarían hacia otra parte, y ellos se preguntarían: "¿Quién soy yo para actuar?".

-La unidad de acción y de propósito -decía Mouch- nos proporcionará un mundo mejor...

Thompson se inclinó hacia Galt, y le dijo con amistosa sonrisa:

-Más adelante, después que yo hable, tendrá que pronunciar usted unas palabras al país. No, no un discurso largo, tan sólo una frase o dos. Sólo "Hola, ¿cómo están?", o algo por el estilo, para que reconozcan su voz. -Cierto leve incremento en la presión del arma del "secretario" contra el costado de Galt añadió un silencioso párrafo a la frase. No hubo respuesta.

-El Plan John Galt -estaba diciendo Wesley Mouch- será la solución a todos los conflictos. Protegerá la propiedad de los ricos y otorgará una parte mayor a los pobres. Disminuirá la carga de sus impuestos y les proporcionará mayores beneficios por parte del gobierno. Contribuirá a bajar los precios y aumentar los salarios. Conferirá mayor libertad al individuo y fortalecerá los lazos de las obligaciones colectivas. Combinará la eficacia de la libre empresa con la generosidad de una economía planificada.

Dagny observó algunas caras que miraban a Galt con odio y le coso trabajo creerlo. La de Jim era una de ellas. Cuando la imagen e Mouch aparecía en la pantalla, dichas caras se relajaban en una expresión de aburrimiento, como si, no

ya el placer, sino la comodidad de saber que nada se les exigía y que nada era firme o cierto, les proporcionase satisfacción. Cuando la cámara enfocó la imagen de Galt, los labios de aquellos espectadores se tensaron y sus facciones se agudizaron con una expresión precavida. Dagny comprendió con súbita certeza que temían la precisión de sus rasgos, la inflexible claridad de sus facciones, su aspecto de ser un ente y su expresión de firme voluntad de existir. Lo odiaban por ser él mismo, pensó con un conato de frío horror cuando la naturaleza de sus almas apareció real ante ella. Lo aborrecían por su capacidad para vivir. "¿Desean ellos vivir?" pensó burlona. No obstante el estupor de su mente, recordó aquella frase de John: "El deseo de no ser nada, es deseo de no ser".
Ahora era Thompson quien gritaba ante el micrófono, a su manera brillante y campechana:
-Y les digo: péguenle un puntapié en el trasero a todos los que dudan y difunden la desunión y el miedo. Les dijeron que John Galt nunca se uniría a nosotros, ¿verdad? Pues bien: aquí está en persona, por propia decisión, sentado a esta mesa y a la cabeza de nuestro Estado. ¡Dispuesto a servir a la causa del pueblo! Que ninguno de ustedes vuelva a provocar dudas, a huir o a desertar. El futuro ha llegado... ¡Y qué futuro! Con 3 comidas diarias para todo el mundo, con un automóvil en cada garaje y energía eléctrica gratuita producida por un motor como nunca se viera. ¡Todo lo que deben tener es un poco de paciencia, nada más! ¡Paciencia, fe y unidad! ¡Esa es la receta para el progreso! ¡Debemos permanecer unidos entre nosotros y con el resto del mundo, como una enorme y gran familia, trabajando por el bienestar común! ¡Hemos hallado a un líder que batirá el récord de nuestro más rico y activo pasado! ¡Su amor hacia la humanidad lo impulsa a venir aquí para servirlos, protegerlos y preocuparse por ustedes! ¡Ha escuchado sus súplicas y responde a la llamada de nuestro deber humano común! ¡Cada uno debe ser el guardián de su hermano! ¡Nadie es una isla en sí mismo! ¡Y ahora oirán su voz y su mensaje!... Damas y caballeros -añadió solemne: -John Galt habla a la familia colectiva de la humanidad.
La cámara se movió hacia Galt, que permaneció silencioso un momento. Luego, con un movimiento tan rápido y experto que la mano de su "secretario" no pudo impedirlo, se levantó, se inclinó hacia un costado dejando momentáneamente el cañón de la pistola expuesto a la vista del mundo, y erguido, enfrentándose a las cámaras y mirando a todos sus invisibles espectadores, exclamó:
-¡Apártense de mi camino, malditos!

CAPÍTULO IX - EL GENERADOR

"¡Apártense de mi camino, malditos!"
El Dr. Robert Stadler lo oyó en la radio de su coche. No supo si el siguiente sonido entre jadeo, grito y risa, surgía de él o del receptor, pero sí escuchó el chasquido que interrumpió la transmisión. La emisora había enmudecido, ya no se emitían sonidos desde el hotel Wayne-Falkland.

Accionaba la perilla de un lado a otro bajo el iluminado dial, pero del aparato no surgían explicaciones ni excusas basadas en dificultades técnicas, ni música que sustituyera a aquel silencio. Todas las emisoras estaban fuera del aire.
Se estremeció, oprimió con fuerza el volante, se inclinó sobre él como un jockey al final de una carrera, y su pie apretó el acelerador. El breve trecho de ruta ante él parecía moverse al ser herido por los rayos de sus faros. No había nada más allá que aquella franja, en el vacío de las praderas de Iowa.
No sabía por qué había estado escuchando la emisión, ni por qué temblaba ahora. Dejó escapar una risa ahogada, un malévolo gruñido, que igual podía dirigirse a la radio, a los habitantes de la ciudad, o al firmamento.
Miraba los escasos postes indicadores al borde de la ruta. No tenía necesidad de consultar el mapa, porque durante 4 días, ese mapa se había quedado impreso en su cerebro como una red de líneas trazadas con ácido. No podrían sacárselo, pensó, no podrían detenerlo. Sentía como si lo estuviesen persiguiendo, pero no había nada detrás de él en muchos kilómetros, excepto las 2 luces rojas de su propio coche, como 2 minúsculas señales de peligro flotando en las tinieblas.
El objetivo que ahora lo impulsaba a mover las manos y los pies había comenzado 4 días antes. Era el rostro de un hombre en el borde de una ventana, y las caras que enfrentó tras escapar de aquella habitación. Les había gritado que no haría tratos con Galt y que ellos tampoco podrían hacerlos y que Galt los destruiría a todos, a menos que lo destruyeran primero.
-No se haga el listo, profesor -le había contestado fríamente Thompson- Gritó hasta el cansancio que lo odia, pero llegado el momento, no nos ayudó en nada. No sé de qué lado está usted, pero si ese hombre no cede amistosamente, tendremos que recurrir a la presión, como con rehenes que él no querrá que sufran ningún daño, y usted, profesor, es el primero de la lista.
-¿Yo? -había exclamado, temblando de miedo, al tiempo que exhalaba una risa desesperada y amarga- ¿Yo? ¡Si me ha maldecido más que a nadie en el mundo!
-¿Y cómo saberlo? -le había contestado Thompson- Tengo entendido que usted fue su maestro Y no se olvide de que ha sido usted el único al que ha solicitado ver.
Con el cerebro diluido por el terror, había experimentado la sensación de que iba a ser aplastado entre 2 muros que avanzaban sóbre él. No tenía la más mínima oportunidad si Galt se negaba a ceder, y menos aún, si se unía a esos hombres. Fue entonces cuando una idea empezó a formarse en su mente, una idea basada en la imagen de cierta estructura en forma de hongo, en medio de una llanura de Iowa.
A partir de entonces todas las demás imágenes parecieron fundirse en aquella: el Proyecto X, sin saber si era la visión de dicha estructura o la de un castillo feudal que dominaba la comarca lo que le prestaba el sentimiento de una época y de un mundo al que creía pertenecer... "Soy Robert Stadler. Ese invento me pertenece. Surge de mis descubrimientos. Dijeron que yo era el autor... ¡Les daré una lección!" -había pensado, aunque sin saber si sus palabras se dirigían al hombre que permanecía sentado en la ventana o a toda la humanidad... Sus pensamientos se habían convertido en fragmentos flotantes, sin conexión alguna entre sí. "Hay que tomar el mando... Les enseñaré quién soy... Hay que tomar el mando... gobernar... No existe otra forma de vivir en la Tierra...".

Con esas palabras dio forma verbal al plan que llevaba en mente. Le había parecido que el resto era claro; claro a la manera de una salvaje emoción, que gritaba desafiante que no había que aclarar nada. Se apoderaría del Proyecto X y gobernaría una parte del país como su dominio feudal. ¿Medios? Su emoción había contestado que los habría. ¿Motivos? Su mente repetía insistentemente que residían en su terror hacia toda la banda de Thompson; que ya no estaba seguro con ellos y que su plan era una necesidad práctica. En las profundidades de su cerebro, las emociones contenían otra clase de terror, ahogado igual que las conexiones entre los fragmentos de palabras rotas.

Aquellos fragmentos fueron la única brújula que lo había dirigido durante 4 días y 4 noches, mientras conducía por rutas desiertas a través de un país sumido en el caos; mientras imaginaba con demoníaca agudeza cómo conseguir gasolina ilegalmente; mientras arrebataba horas a su inquieto sueño en oscuros moteles bajo nombres falsos. "Soy Robert Stadler", se repetía como una fórmula de omnipotencia. "Hay que tomar el mando...", pensaba acelerando la marcha del vehículo, sin obedecer los inútiles semáforos en las calles de ciudades a medio abandonar; acelerando sobre el vibrante acero del puente Taggart al cruzar el Mississippi; acelerando ante las ocasionales ruinas de algunas granjas en las desiertas planicies de Iowa... "Les enseñaré quién soy" -pensaba- "Aunque me persigan, no lograrán detenerme", se dijo aun cuando nadie lo estuviese persiguiendo, excepto las luces traseras de su coche y el motivo impulsor, ahora ahogado en su mente.

Miró la silenciosa radio y rió: su risa tuvo la cualidad emocional de un puño agitado al espacio. "Yo soy el práctico" -pensó- "No tengo opción... No puedo seguir otro camino... Les demostraré quién soy a esos insolentes gángsters que se han olvidado de que tratan con Robert Stadler... Todos se hundirán menos yo... ¡Sobreviviré!... ¡Venceré!... ¡Les demostraré quién soy!"

Aquellas palabras eran como pedazos de suelo firme en medio de un pantano torvamente silencioso, en cuyo fondo los significados yacían sumergidos. Si sus palabras se hubieran conectado coherentemente habrían formado la frase: "¡Le demostraré que no hay otra forma de vivir en la Tierra...!".

Las desperdigadas luces que brillaban a la distancia pertenecían a los cuarteles levantados en el emplazamiento del Proyecto X, conocido ahora con el nombre de Ciudad de la Armonía. A medida que iba acercándose al lugar, observó que sucedía algo anormal. La valla de alambre de púas estaba rota, y no había ningún centinela haciendo guardia en el portón de entrada. Sin embargo, cierta clase de extraña actividad se observaba en los lugares oscuros y a la claridad de algunos oscilantes reflectores. Vio carros blindados, figuras que corrían gritando órdenes y el resplandor de bayonetas. Nadie detuvo su coche. En el ángulo de un cobertizo distinguió el cuerpo inmóvil de un soldado en el suelo. "Estará borracho", pensó prefiriendo esta idea, aunque preguntándose por qué no estaba tan seguro.

La estructura en forma de hongo se elevaba sobre una altura frente a él. Brillaban luces en las estrechas rendijas de las ventanas y las deformes chimeneas sobresalían de la cúpula en la oscuridad. Un soldado le cerró el paso en el momento en que descendía del automóvil. Iba armado, pero con la cabeza descubierta, y el uniforme parecía ser demasiado grande para su cuerpo.

-¿A dónde va, amigo? -le preguntó.

-¡Déjeme pasar! -ordenó desdeñoso Stadler.
-¿Qué quiere?
-Soy el Dr. Robert Stadler.
-Yo soy Joe Blow y le pregunté qué quiere. ¿Es uno de los nuevos o de los viejos?
-Déjame pasar, idiota. ¡Soy el Dr. Robert Stadler!
No fue su nombre sino el tono de su voz y la forma de dirigirse a él lo que pareció convencer al soldado.
-De los nuevos -dijo. Y abriendo la puerta gritó a alguien que se hallaba adentro: -¡Eh, Mac! Ocúpate del abuelo y ve qué quiere.
En el desnudo y penumbroso vestíbulo de cemento, le salió al encuentro un hombre que hubiera podido pasar por oficial, de no ser porque llevaba la camisa desabrochada y un cigarrillo que colgaba insolentemente de la comisura de sus labios.
-¿Quién es usted? -le preguntó llevando la mano a la pistolera.
-Soy el Dr. Robert Stadler.
Pero el nombre no surtió efecto.
-¿Quién le dio permiso para venir aquí?
-No necesito ningún permiso.
Aquello pareció tener resultado y el hombre se quitó el cigarrillo de la boca.
-¿Quién lo envió aquí? -preguntó algo inseguro.
-¿Quiere dejarme hablar con el comandante? -exigió impaciente el Dr. Stadler.
-¿El comandante? Llega usted demasiado tarde, hermano.
-¡Pues entonces el jefe de ingenieros!
-¿El ingeniero... qué? ¿Se refiere a Willie? Ah, es uno de los nuestros, pero ahora está ocupado.
Había otras personas en el lugar, escuchando con aprensiva curiosidad. El oficial hizo señas a una de ellas para que se acercara. Era un hombre de civil, sin afeitar, con un mugriento gabán echado sobre los hombros.
-¿Qué desea? -preguntó a Stadler.
-¿Quiere alguno de ustedes tener la amabilidad de decirme dónde se encuentran los caballeros del equipo científico? -preguntó Stadler en el tono cortés y perentorio de quien expresa una orden.
Los 2 hombres se miraron entre sí como si tal pregunta resultara absurda en ese lugar.
-¿Viene usted de Washington? -preguntó el sujeto de civil en forma suspicaz.
-No. Quiero que comprendan que he terminado con toda esa banda de Washington.
-¡Ah! -exclamó el otro, al parecer complacido- ¿Entonces es usted uno de los Amigos del Pueblo?
-Quisiera manifestarles que soy el mejor amigo que el pueblo haya tenido alguna vez. Soy el que le entregó a la población todo esto que ven aquí -señaló a su alrededor.
-¿De veras? -preguntó el otro impresionado- ¿Es uno de los que llegaron a un acuerdo con el jefe?
-Yo soy el jefe aquí, a partir de ahora.
Los hombres se miraron, retrocediendo unos pasos. El oficial preguntó:
-¿Dijo que su nombre era...? ¿Stadler?

-Robert Stadler. Y si no saben lo que eso significa, lo averiguarán muy pronto.
-¿Sería tan amable de seguirme, Sr.? -invitó el oficial con inquieta cortesía.
Lo que sucedió a continuación no resultaba claro para Stadler, porque su mente rehusaba admitir lo que estaba viendo. Pudo observar figuras agitándose en despachos mal iluminados y llenos de desorden, demasiadas armas en las cinturas de las personas y voces bruscas que denotaban impertinencia mezclada con miedo le formulaban preguntas insensatas. No supo si alguno de esos hombres intentaba darle alguna explicación, porque no escuchaba, no podía permitir que aquello fuera cierto. En el tono de un soberano feudal, siguió repitiendo:
-A partir de ahora, yo soy el jefe aquí... Yo doy las órdenes... He venido a hacerme cargo de esto... Soy el jefe... Soy el Dr. Robert Stadler y si no han escuchado ese nombre en este lugar, ¿pueden decirme entonces qué mierda están haciendo aquí? ¡Estúpidos! Pueden volar en mil pedazos, si ése es el nivel de conocimiento que tienen. ¿Estudiaron física en la secundaria? A juzgar por su aspecto, ni siquiera han puesto los pies en una escuela. ¿Qué hacen aquí? ¿Quiénes son ustedes?
Tardó largo rato, hasta que su mente dejó de bloquear lo que sucedía, en comprender que alguien le había ganado de mano, alguien había tenido la misma visión de la existencia que él y se había preparado para conseguir el mismo futuro. Entendió que aquellos hombres, que se llamaban a sí mismos "Amigos del Pueblo", se habían apoderado del Proyecto X unas horas antes, con el propósito de establecer un reino propio. Se rió en sus caras con desprecio amargamente incrédulo.
-¡No saben lo que están haciendo, miserables delincuentes juveniles! ¿Se creen que... que son capaces... que ustedes pueden manejar un instrumento científico de tanta precisión? ¿Quién es su jefe? ¡Quiero verlo ya!
Fue su tono de avasallante autoridad, su desprecio y el pánico que el grupo sentía, ese pánico ciego de quienes practican la violencia sin límites, de quienes no poseen normas indicadoras de su seguridad o su peligro, lo que los hizo vacilar y preguntarse si tal vez se trataría de algún funcionario superior y secreto. Se mostraban igualmente dispuestos a desafiar que a obedecer a cualquier autoridad.
Tras haber sido presentado a diferentes oficiales, uno tras otro, Stadler se encontró finalmente bajando unas escaleras de hierro y caminando a lo largo de prolongados y resonantes corredores subterráneos de cemento, para ser recibido en audiencia por "el Jefe" en persona.
Este estaba refugiado en una sala de control subterránea. Entre las complejas espirales de la delicada maquinaria científica que producía el rayo de sonido, contra el panel de resplandecientes mandos, cuadrantes e interruptores conocido como Xilofón, Robert Stadler se encontró frente al nuevo director del Proyecto X: Cuffy Meigs.
Llevaba una chaqueta militar y polainas de cuero, la carne de su nuca sobresalía sobre el cuello de la prenda, y su negro y rizado cabello estaba húmedo de sudor. Paseaba tranquilo frente al Xilofón gritando órdenes a hombres que entraban y salían corriendo:
-¡Manden correo a cada municipio que esté a nuestro alcance! ¡Comuníquenles que los Amigos del Pueblo han tomado el poder! ¡Díganles que ya no deben

respetar las órdenes de Washington! La nueva capital de la Comunidad del Pueblo es Ciudad de la Armonía, que a partir de ahora se llamará Meigsville. Díganles que mañana por la mañana deben hacer entrega de 500 mil dólares por cada 5.000 habitantes, o...
Transcurrió algún tiempo antes de que la atención y las pálidas pupilas de Cuffy Meigs consiguieran fijarse en Stadler.
-Bien. ¿Qué sucede? ¿Qué sucede? -exigió.
-Soy el Dr. Robert Stadler.
-¿Cómo...? ¡Ah, sí! El de los espacios siderales, ¿verdad? El que atrapa átomos o algo así. Bien. ¿Qué diablos hace usted aquí?
-Soy yo quien debería hacerle esa pregunta.
-¿Cómo? Mire, profesor, no estoy de humor para bromas.
-He venido a hacerme cargo.
-¿A hacerse cargo de qué?
-Del equipo. Del edificio. De todo su radio de acción.
Meigs le miró inexpresivo un momento y luego preguntó blandamente:
-¿Cómo llegó hasta aquí?
-En mi automóvil.
-Quiero decir, ¿quién viene con usted?
-Nadie.
-¿Qué armas trae?
-Ninguna. Mi nombre basta.
-¿Ha venido sólo con su nombre y su coche?
-Sí.
Cuffy Meigs soltó una carcajada.
-¿Cree usted -preguntó Stadler -que puede hacer funcionar una instalación como ésta?
-¡Márchese, profesor! ¡Márchese! ¡Desaparezca antes de que lo haga fusilar! ¡En este sitio no tenemos necesidad de intelectuales!
-¿Qué sabe usted de esto? -preguntó señalando el Xilofón.
-¿Qué me importa? ¡Los técnicos se cotizan a 5 centavos la docena en estos días! ¡Márchese! ¡Esto no es Washington! ¡Estoy harto de soñadores imprácticos! ¡No llegarán a ningún sitio mientras sigan negociando con ese fantasma de la radio y pronunciando discursos! ¡Lo que aquí necesitamos es acción! ¡Acción directa! ¡Váyase, doctor! ¡Sus días han terminado!
Se movía de un lado a otro, inquieto, tocando de vez en cuando una palanca del Xilofón. Stadler comprendió que estaba borracho. -¡No toque esas palancas, insensato!
Miegs echó hacia atrás la mano, involuntariamente, y luego la agitó, retador, ante el cuadro de instrumentos.
-¡Tocaré lo que quiera! ¿Acaso va a decirme lo que tengo que hacer?
-¡Apártese de ahí! ¡Apártese! ¡Todo esto es mío! ¿Me ha comprendido? ¡Es mi propiedad!
-¿Propiedad, eh? -preguntó Meigs y soltó una exclamación semejante a un ladrido y que pretendía ser una especie de risa.
-¡Yo lo inventé! ¡Yo lo creé! ¡Yo lo hice posible!

-¿De veras? Bien, muchas gracias, doc. Muchas gracias, pero ya no lo necesitamos. Ya tenemos nuestros propios mecánicos.
-¿Tiene usted idea de lo que tuve que saber para hacerlo posible? ¡Usted no es capaz de inventar ni un solo tubo de los que lo componen! ¡Ni un simple contacto!
-Tal vez, no -convino Meigs encogiéndose de hombros.
-Entonces, ¿cómo se atreve a pensar siquiera que usted es el dueño? ¿Cómo se ha atrevido a instalarse aquí? ¿Qué derecho tiene a reclamar nada?
Meigs se palpó la pistolera.
-Este.
-¡Escúcheme, borracho de porquería! -lo increpó Stadler- ¿Sabe con lo que está jugando?
-¡No me hable de ese modo, viejo estúpido! ¿Quién es usted para hablarme así? Podría partirle la cabeza con mis propias manos. ¿Sabe quién soy yo?
-¡Un asustado rufián salido de su madriguera!
-¡Oh! ¿De veras? ¡Soy el jefe y no voy a permitir que un viejo espantapájaros se interponga en mi camino! ¡Salga de aquí!
Se miraron un instante junto al tablero de mandos del Xilofón, sintiéndose ambos acorralados por el miedo. Para Stadler, la raíz de ese miedo, aunque no quisiera admitirlo, residía en su frenético forcejeo por no reconocer que estaba contemplando su producto final; que aquello era su hijo espiritual. El terror de Cuffy Meigs tenía raíces más extensas, abarcaba toda la existencia. Había vivido en crónico miedo toda su vida, pero ahora se esforzaba en no reconocer lo que tanto había temido. En el momento de su triunfo, cuando pretendía sentirse seguro, aparecía esa raza oculta y misteriosa -los intelectuales- pero ahora no le temía y desafiaba su poder.
-¡Salga de aquí! -gritó Cuffy Meigs- ¡Llamaré a mi gente! ¡Haré que lo maten!
-¡Salga usted, infeliz, necio, insensato, canalla! -gritó a su vez Stadler- ¿Cree que voy a dejar que interfiera en mi vida? ¿Cree que es por usted por lo que he vendido...? -No terminó la frase- ¡Deje de tocar esas palancas, maldita sea!
-¡No me dé órdenes! ¡No necesito que me diga lo que tengo que hacer! ¡No crea que me va a asustar con sus pedantes tonterías! ¡Haré lo que se me dé la gana! ¿Para qué luché tanto, si ahora no puedo tocar a mi antojo? -Soltó una risa burlona y alargó la mano hacia una palanca.
-¡Eh, Cuffy, cálmese! -gritó alguien en el fondo del recinto lanzándose como una flecha hacia delante.
-¡Atrás! -aulló Cuffy Meigs- ¡Atrás todos! ¿Miedo yo? ¡Voy a enseñarles quién es el amo!
Stadler saltó hacia él para detenerlo, pero Meigs lo apartó, empujándolo con un solo brazo, y ahogó una carcajada al ver a Stadler caído en el suelo; con la otra mano, movió una palanca del Xilofón.
El estampido, el ruido del metal hecho pedazos y el fragor de las presiones entrechocando sobre circuitos en forcejeo, el rumor de un monstruo que daba vueltas sobre sí mismo se escuchó sólo dentro de la estructura. Afuera no se oyó nada. El edificio se levantó en el aire brusca y silenciosamente, se abrió en varios enormes pedazos, lanzó rayos sibilantes de luz azul hacia el cielo y volvió a caer en escombros. En un radio de acción de 150 km. que incluía parte de 4 Estados distintos, los postes del telégrafo se desmoronaron como palillos; las granjas

quedaron convertidas en partículas; los edificios de las ciudades dentro de ese radio se hundieron como aplastados y triturados por un solo y fulminante golpe, antes que las víctimas pudieran escuchar nada; y en la periferia del círculo, del otro lado del Mississippi, la locomotora y los primeros 6 vagones de un tren de pasajeros volaron como una lluvia de metal sobre el río, junto con la parte occidental del puente Taggart, partido al medio.
En el emplazamiento de lo que en otros tiempos fuera el Proyecto X, no quedó nada vivo entre las ruinas, excepto, durante unos eternos minutos, el montón de carne destrozada y el quejumbroso dolor de lo que en otros tiempos fuera una mente ilustre.

* * *

Dagny se dijo que existía cierta fluida libertad en la idea de que una cabina telefónica era, a partir de ese instante, su objetivo inmediato sin que los propósitos de los otros transeúntes le preocuparan en absoluto. No se consideraba expulsada de la ciudad, sino que, por primera vez, ésta parecía pertenecerle, y por su parte la amaba como la había amado antes, con un sentimiento de posesión personal, solemne y confiado. La noche era tranquila y clara. Miró al cielo. De igual modo que su estado de ánimo, fundado en la promesa de un goce futuro, era más calmo que alegre; la atmósfera de la primavera distante era más apacible que cálida.
"¡Apártense de mi camino!", pensó sin resentimiento, casi divertida, con una sensación de aislamiento y de tranquilidad, dirigiendo la frase a los transeúntes, al tráfico que le impedía el apresurado paso y a cualquier temor que hubiera podido afectarla en otros tiempos. Menos de media hora antes había escuchado a Galt pronunciar esa frase, y su voz parecía resonar aún en el aire de las calles, mezclándose a cierto asomo de risa.
Ella también había reído, exaltada, en el gran salón del Wayne-Falkland al oírlo. Se había reído apretándose la boca.con la mano, a fin de que la risa afluyera sólo a sus ojos y a los de él cuando la miró directamente y tuvo noción de que la había oído. Se habían mirado durante un segundo, sobre las cabezas de aquella muchedumbre boquiabierta y tumultuosa; sobre el estampido de los micrófonos rotos, aunque todas las emisoras se hubiesen quedado instantáneamente mudas; sobre el ruido del cristal hecho pedazos al caer las mesas al suelo, mientras algunas personas corrían como locas hacia las puertas.
Luego había oído cómo Thompson gritaba agitando un brazo y señalando a Galt: "¡Enciérrenlo de nuevo y vigílenlo! ¡Vigílenlo con sus vidas!". La muchedumbre se abrió cuando 3 hombres lo empujaron ante ellos. Thompson pareció a punto de desplomarse y apoyó la frente sobre un brazo, pero logró recuperarse, se puso de pie de un salto y vagamente indicó a sus guardaespaldas que salieran también de allí por una puerta particular. Nadie dirigió la palabra a los invitados, ni les dio instrucciones: algunos corrían ciegamente, ansiosos de escapar; otros permanecían inmóviles, sin atreverse a nada. El salón era como un buque sin capitán. Dagny se abrió paso entre la muchedumbre y siguió al grupo, sin que nadie intentara detenerla.
Los encontró apretujados en un pequeño estudio privado: Thompson se había dejado caer en un sillón, sujetándose la cabeza con las manos; Wesley Mouch

gemía; Eugene Lawson sollozaba como un niño presa de una rabieta; Jim observaba a los demás con cierta extraña y expectante intensidad.
-¡Yo lo dije! -gritaba Ferris- Lo dije, ¿verdad? ¡He aquí a lo que llegamos con su idea de la "persuasión pacífica"!
Dagny permaneció de pie junto a la puerta, y si bien la percibieron, su presencia no pareció importarles.
-¡Renuncio! -gritó Chick Morrison- ¡Renuncio! ¡Ya he soportado bastante! ¡No sé qué mierda decir al país! ¡No puedo pensar nada, ni lo quiero intentar! ¡No sirve! ¡No pude evitarlo! ¡No me van a culpar! ¡He renunciado!
Agitó los brazos en un deforme gesto de futilidad o de adiós y salió corriendo de la habitación.
-Tiene un escondite bien equipado en Tennessee -explicó Tinky Holloway, reflexivo, como si también él hubiera adoptado una precaución similar y se estuviese preguntando si había llegado el momento de utilizarla.
-No lo disfrutará por mucho tiempo... si es que logra llegar allí -opinó Mouch- Con las pandillas de ladrones y el estado en que se encuentran los transportes... -Extendió las manos sin terminar la frase.
Dagny comprendió los pensamientos que llenaban aquella pausa. Se dijo que, no obstante las escapatorias particulares que aquellos hombres hubieran preparado de antemano, todos empezaban a darse cuenta de que estaban atrapados.
No había terror en sus caras, sino apenas indicios, pero como si se tratase de un miedo forzado. Sus expresiones iban desde la apatía total, al alivio de quienes estuvieran seguros de que el juego no podía terminar de otra manera y no realizaban esfuerzo alguno para oponerse al resultado o lamentarlo, hasta la petulante ceguera de Lawson, que se negaba a mostrarse consciente de nada, y la peculiar intensidad de Jim, en cuya cara se sugería una sonrisa oculta.
-¿Y bien? -preguntaba impaciente Ferris con la disonante energía de quien se mantiene tranquilo dentro de un mundo de histeria- ¿Qué van a hacer ahora con él? ¿Discutir? ¿Debatir? ¿Pronunciar discursos?
Nadie contestó.
-Él... tiene... que... salvarnos -dijo Mouch lentamente, como obligando a los últimos restos de su mente a sumergirse en la nada antes de expresar un ultimátum acorde con la realidad- Tiene que... hacerse cargo de esto... y salvar el sistema.
-¿Por qué no le escribe una carta de amor al respecto? -preguntó Ferris.
-Tenemos necesidad... de obligarlo... a que se haga cargo de esto... Tenemos que forzarlo a que gobierne -dijo Mouch como un sonámbulo.
-¿Se dan cuenta ahora del valor real del Instituto Científico del Estado? -sostuvo Ferris cambiando el tono de voz.
Mouch no le contestó, pero Dagny pudo observar que todos parecían comprender lo que quiso decir.
-Usted se opuso a mi proyecto de investigaciones particulares por considerarlo "impráctico" -dijo Ferris suavemente- ¿Qué le dije yo?
Mouch no contestó; estaba haciendo crujir sus nudillos.
-No es momento de hacer remilgos -expresó James Taggart con inesperado vigor, pero también su voz sonaba extrañamente baja- No hay por qué mostrarse blandos.
-A mí me parece... -dijo Mouch alicaído- que... que el fin justifica los medios...

-Es demasiado tarde para escrúpulos o para principios -comentó Ferris- Tan sólo la acción directa puede servir de algo.
Nadie contestó; se comportaban como si quisieran que sus pausas, y no sus palabras, resolvieran la discusión.
-No funcionará -opinó Tinky Holloway- No cederá.
-¡Eso es lo que usted cree! -exclamó Ferris dejando escapar una risa- No ha visto nuestro modelo experimental en acción. El mes pasado conseguimos 3 confesiones en 3 casos de asesinato sin resolver.
-Sí, pero... -empezó Thompson, y su voz se quebró súbitamente en un gemido- ¡Si él muere, todos pereceremos!
-No se preocupe -respondió Ferris- No morirá. El Dispositivo Persuasivo Ferris está absolutamente protegido contra dicha posibilidad.
Thompson no respondió.
-A mí me parece... que no tenemos opción... -dijo Mouch casi en un susurro.
Guardaron silencio. Thompson se esforzaba en no demostrar que se daba cuenta de que todos lo estaban mirando. De pronto gritó:
-¡Muy bien! ¡Hagan lo que quieran! ¡No puedo impedirlo! ¡Hagan lo que quieran! -repitió
El Dr. Ferris se volvió hacia Eugene Lawson.
-Gene -le dijo con expresión tensa y susurrando-, corra hacia la oficina de control radial y ordene a todas las emisoras que se mantengan alertas. Dígales que dentro de 3 hs., el Sr. John Galt volverá a hablar.
Lawson se levantó de un salto, sonriendo sin alegría, y salió a toda prisa de la habitación.
Dagny comprendió lo que pretendían y lo que hacía posible semejante cosa. En realidad, esos hombres no pensaban que su proyecto pudiera salir bien, no imaginaban que Galt fuese a ceder, ni deseaban que lo hiciera. No creían que nada pudiera salvarlos, pero no querían tampoco ser salvados. Movidos por el pánico de sus incalificables emociones, habían luchado contra la realidad durante toda la vida, y ahora estaban en una situación en la que, por fin, se sentían como en casa. No era preciso saber por qué. Ellos, que nunca habían aceptado reconocer sus sentimientos, ahora descubrían la autenticidad, ya que aquello era lo que habían estado buscando; aquélla era la clase de realidad que siempre había estado implícita en sus emociones, sus actos, sus deseos, sus inclinaciones y sus sueños. Tal era la naturaleza y el método de la rebelión contra la existencia y de la indefinida búsqueda de un Nirvana al que no identificaban. No querían vivir; querían que él muriese.
El horror de Dagny fue sólo un breve espasmo, como el brusco cambio en una perspectiva; comprendió que los cuerpos que había considerado humanos, no lo eran. Con toda claridad y decisión, supo que era preciso actuar. Él estaba en peligro y no había en su conciencia tiempo ni espacio para las emociones basadas en las acciones de lo infrahumano.
-Debemos asegurarnos -susurraba Wesley Mouch- de que nadie llegue a saber nada de esto...
-Nadie lo sabrá -dijo Ferris. Sus voces tenían ese tono rumoroso y precavido de los conspiradores- Se trata de una unidad secreta, separada de las instalaciones

del Instituto... A prueba de sonidos y a segura distancia del resto... Tan sólo muy pocos miembros de nuestro equipo han entrado allí...
-Si tuviéramos que volar... -empezó Mouch, y se detuvo bruscamente como si hubiera observado una señal de precaución en la cara de Ferris.
Dagny advirtió que Ferris la miraba, como si de repente hubiera reparado en ella. Lo miró a su vez, con inalterable indiferencia, como si aquello no la preocupara ni lo comprendiera. Luego, como si ésa hubiera sido la señal para el inicio de una conversación confidencial, se volvió lentamente encogiéndose de hombros y salió del lugar. Sabía que se hallaban más allá del estado en que su presencia pudiera inquietarlos.
Con la misma calma, avanzó por los corredores, el vestíbulo y atravesó la puerta del hotel. Pero cuando se hallaba a una manzana de distancia y luego de haber doblado en una esquina, irguió la cabeza y los pliegues de su traje de noche se movieron cual una vela, pegándose contra sus piernas, a causa de la súbita velocidad de sus pasos.
Ahora, mientras corría en la oscuridad, pensando sólo en encontrar una cabina telefónica, experimentó una sensación nueva, que se alzaba irresistiblemente en su interior, más allá de la tensión provocada por el peligro y la incertidumbre: era el sentimiento de libertad que nunca debió verse coartado.
Percibió la cuña de luz sobre la acera, procedente de la ventana de un bar. Nadie la miró 2 veces cuando atravesaba el local semivacío; los escasos clientes seguían esperando y murmurando frente al cristal azulado de una pantalla de televisión sin imágenes.
De pie en el estrecho espacio de la cabina, como si se hallara en una nave interplanetaria dispuesta a partir hacia el espacio, marcó el número OR 6-5693.
La voz que le contestó inmediatamente fue la de Francisco.
-Hola.
-¿Francisco?
-Hola, Dagny. Esperaba que me llamaras.
-¿Escuchaste la transmisión?
-Sí.
-Ahora planean obligarlo a ceder -explicó procurando conservar el tono de quien expresa un informe sin mayor importancia- Quieren torturarlo. Poseen una máquina llamada Dispositivo Persuasivo Ferris, en un recinto aislado en los sótanos del Instituto Científico del Estado en New Hampshire. Han hablado de volar. Y aseguran que dentro de 3 hs. lo obligarán a hablar por radio.
-Comprendo, ¿llamas desde un teléfono público?
-Sí.
-Llevas todavía tu vestido de noche, ¿verdad?
-Sí.
-Escúchame con atención. Vete a casa, cámbiate de ropa y prepara unas cuantas cosas que te puedan ser necesarias. Llévate también las joyas y cualquier objeto de valor que puedas transportar y no te olvides la ropa de abrigo. No tendremos tiempo más tarde. Reúnete conmigo dentro de 40 minutos en la esquina noroeste, 2 manzanas al este de la entrada principal de la Terminal Taggart.
-De acuerdo.
-Hasta luego, Slug.

-Hasta luego, Frisco.
En menos de 5 minutos se encontraba en su dormitorio, quitándose el vestido de noche, que quedó en el suelo como el desechado uniforme de un ejército en el que ya no quisiera servir más. Se puso una falda azul oscuro y, recordando las palabras de Galt, un jersey blanco de cuello alto. Preparó una maleta y un bolso con correa que se pudiera echar al hombro. Ocultó las joyas en un rincón del bolso, incluyendo el brazalete de metal Rearden que se había ganado en el mundo exterior, y la pieza de oro de 5 dólares que se había ganado en el valle.
Le fue fácil abandonar el departamento y cerrar la puerta, aun cuando supiera que probablemente no volvería a abrirla. Por un instante, le pareció duro tener que entrar en su oficina. Nadie la había visto. La recepción estaba desierta; en el gran edificio Taggart reinaba una tranquilidad inusitada. Permaneció unos instantes contemplando el lugar, rememorando los años transcurridos en él. Luego sonrió, pensando que en realidad todo aquello no resultaba demasiado dificil; abrió la caja fuerte y tomó los documentos necesarios. No había en el despacho ninguna otra cosa que le interesara, salvo el retrato de Nathaniel Taggart y el mapa de Taggart Transcontinental. Rompió los marcos, dobló la pintura y el mapa, y los guardó en el bolso.
Estaba cerrándola cuando oyó un sonido de pasos apresurados. La puerta se abrió bruscamente y el jefe de ingenieros entró tembloroso y con el rostro descompuesto.
-¡Srta. Taggart! -gritó- ¡Oh! Gracias a Dios que la encuentro aquí, Srta. Taggart. La hemos estado buscando por todas partes.
Ella no contestó; lo miraba inquisitivamente.
-Srta. Taggart. ¿Lo escuchó?
-¿A qué se refiere?
-Eso quiere decir que no lo sabe. ¡Oh, Dios mío! Srta. Taggart... no puedo creerlo, sigo sin poderlo creer, pero... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? ¡El... el puente Taggart ha desaparecido!
Lo miró incapaz de reaccionar.
-¡Ha desaparecido! ¡Ha volado! ¡Según dicen, se esfumó en un segundo! Nadie sabe con certeza lo ocurrido, pero se supone que... que algo no funcionó bien en el Proyecto X y que... y que algo ha pasado con los rayos de sonido, Srta. Taggart. ¡No podemos comunicarnos con ningún lugar en un radio de 150 km.! No es posible, no puede serlo, pero tengo entendido que en dicha zona no ha quedado absolutamente nada... ¡No conseguimos que nos contesten! Nadie obtiene respuesta, de los periódicos, las emisoras de radio ni la policía. Estamos controlando todo, pero las historias que vienen de los límites del círculo son... -Se estremeció- Sólo una cosa parece cierta: el puente ha desaparecido, Srta. Taggart. No sabemos qué hacer.
Dagny corrió hacia el escritorio y tomó el teléfono. Pero su mano quedó inmóvil de improviso. Luego lenta, dolorosamente, con el mayor de los esfuerzos, volvió a bajar la mano hasta poner el auricular de nuevo en su sitio. Le pareció tardar en ello mucho tiempo, como si el brazo tuviera que vencer una presión atmosférica incapaz de ser sobrepasada por la fuerza humana. Y en el transcurso de aquellos escasos segundos, en la tranquilidad de un ciego dolor, comprendió lo que

Francisco había sentido aquella noche, 12 años antes, y lo que un muchacho de 26 años sintiera al mirar su motor por última vez.
-¡Srta. Taggart! -gritó el jefe de ingenieros- No sabemos qué hacer.
El auricular produjo un leve chasquido al posarse en su soporte.
-Yo tampoco -contestó.
Momentos después, comprendió que todo había terminado. Escuchó su propia voz diciendo a aquel hombre que realizara unas comprobaciones y la informase más tarde. Luego esperó que el rumor de sus pasos se desvaneciera en el silencio del vestíbulo.
Al cruzar la terminal por última vez, dirigió una mirada a la estatua de Nathaniel Taggart, recordando cierta promesa hecha en otros tiempos. Se dijo que, aunque sólo constituía un acto simbólico, se trataba de la clase de adiós que él merecía. Como no llevaba ningún instrumento con el que escribir, sacó el lápiz de labios de su bolso y sonriendo al rostro marmóreo de quien la habría comprendido, trazó un enorme signo de dólar en el pedestal.
Fue la primera en llegar a la esquina, 2 manzanas al este de la entrada principal de la estación. Mientras esperaba, observó los primeros indicios del pánico que pronto se apoderaría de la ciudad; algunos coches circulaban a gran velocidad y algunos iban cargados con enseres del hogar; vio patrulleros correr de un lado a otro y escuchó sirenas, aullando en la distancia. La noticia de la destrucción del puente aparentemente se difundía y la gente sabía que estaba condenada e iniciaría una desbandada general para escapar, aunque no tuviera adónde ir. Pero ya no le importaba nada de lo que estuviese ocurriendo a su alrededor.
Vio a Francisco desde alguna distancia; reconoció la agilidad de su paso antes de distinguir su cara, bajo la gorra que llevaba hundida hasta los ojos, y percibió el momento en que él pudo verla también. Agitó un brazo con una sonrisa de saludo. Cierto consciente apresuramiento en aquel gesto lo convirtió en algo muy propio de un d'Anconia, que diera la bienvenida a un viajero largamente esperado a la puerta de su propio dominio.
Cuando se acercó, ella permaneció solemne y rígida, mirando su cara y luego los edificios de la ciudad más grande del mundo: eran la clase de testigos que anhelaba. Lentamente con expresión serena y confiada, dijo:
-Juro por mi vida, y mi amor por ella, que jamás viviré para nadie, ni exigiré que nadie viva para mí.
El inclinó la cabeza en señal de admisión. Su sonrisa era ahora un saludo.
Tomó la maleta con una mano, le tomó el brazo con la otra y dijo: -Vamos.

* * *

La unidad conocida como Proyecto F en honor de su fundador, el Dr. Ferris, era una pequeña estructura de cemento armado, situada en la parte inferior de la coliña en la que de un modo más altivo y visible se elevaba el Instituto Científico del Estado. Tan sólo la pequeña mancha gris del techo era perceptible desde las ventanas del Instituto, entre una selva de viejos árboles, y no parecía mayor que el techo de una choza.
La unidad constaba de 2 plantas en forma de cubos, el de arriba más pequeño y colocado asimétricamente sobre el inferior. El 1º no tenía ventanas, tan sólo una

puerta protegida por barrotes de hierro. El 2º, con una sola ventana, como si rechazara la claridad solar, parecía una cara con un solo ojo. Los miembros del Instituto no sentían curiosidad por ese edificio y evitaban los senderos que conducían a su puerta. Aunque nadie lo hubiera sugerido, todos albergaban la impresión de que en su interior se desarrollaba un proyecto dedicado a experimentar con gérmenes de enfermedades mortales.

Las 2 plantas estaban ocupadas por laboratorios que contenían un gran número de jaulas, con cobayos, perros y ratas, pero su núcleo y corazón era un recinto ubicado en el sótano, hundido profundamente bajo tierra y revestido con láminas porosas de un material a prueba de sonidos, que habían empezado a agrietarse y comenzaban a mostrar, aquí y allá, la roca desnuda que formaba las paredes de la cueva.

La instalación estaba protegida por un grupo de 4 guardias especiales, que aquella noche eran 16, convocados para un servicio de urgencia por una llamada telefónica desde Nueva York. Los guardias, así como los otros empleados del Proyecto F, habían sido escogidos cuidadosamente, teniendo en cuenta una única cualidad: su ilimitada capacidad para la obediencia.

Los 16 habían sido asignados para pasar la noche, unos fuera de la estructura, otros en los desiertos laboratorios de la parte superior, donde permanecían de servicio sin preocuparse de nada, ni sentir curiosidad acerca de lo que pudiese ocurrir abajo.

En el sótano, el Dr. Ferris, Wesley Mouch y James Taggart estaban sentados en sillones colocados junto a una pared. En un rincón, frente a ellos, había una máquina parecida a una cabina de forma irregular. En su cara frontal se veían hileras de instrumentos y diales, cada uno de los cuales aparecía marcado por un segmento rojo; una pantalla cuadrada, semejante a un amplificador; hileras de números; palancas de madera y pulsadores de plástico; un conmutador a un lado y un botón rojo de cristal al otro. Esta parte del aparato era más expresiva que el rostro del operador encargado de manejarla: un joven tosco que vestía una camisa manchada de sudor, arremangada por encima de los codos. Sus ojos azul pálido parecían vidriosos por su enorme y consciente concentración en la tarea. De vez en cuando, movía los labios como si rememorara por lo bajo una lección.

Un corto cable conectaba la máquina con una batería eléctrica situada detrás. Largas espirales metálicas semejantes a los retorcidos brazos de un pulpo se extendían por el suelo de piedra, desde la máquina hasta una colchoneta de piel, situada bajo un cono de luz violenta. John Galt estaba tendido sobre la colchoneta, desnudo, con los pequeños discos de metal de los electrodos, al final de cada alambre, sujetos a las muñecas, los hombros, las caderas y los tobillos; un instrumento semejante a un estetoscopio se encontraba asegurado a su pecho y conectado al amplificador.

-Preste atención a lo que le digo -empezó Ferris, dirigiéndose a él por primera vez- Es nuestro deseo que se haga cargo totalmente de la economía nacional. Queremos que se convierta en dictador. Queremos que gobierne, ¿me comprende? Queremos que dé órdenes y que planee las que sean más adecuadas. Y lo que queremos, lo conseguimos. Ni los discursos, ni la lógica, ni los argumentos, ni la obediencia pasiva pueden salvarlo ya. Lo que queremos son ideas. No permitiremos que salga de aquí hasta que nos indique las medidas

exactas que adoptará para salvar nuestro sistema. Luego deberá comunicarlas al país por radio. -Elevó la muñeca y consultó un cronómetro de pulsera- Le concederé 30 segundos para decidir si desea empezar a hablar enseguida. De lo contrario, nosotros empezaremos con usted. ¿Me ha comprendido?
Galt miraba a los 3 hombres con rostro inexpresivo, como si comprendiera demasiado, pero no contestó.
Oyeron el tic-tac del cronómetro en el silencio, contando los segundos, y el respirar irregular y ahogado de Mouch que se aferraba a los brazos del sillón.
Ferris hizo una seña al operador del aparato, que apretó un interruptor; el botón rojo se iluminó a la vez que se iniciaban 2 sonidos distintos: el zumbido de un generador eléctrico y un golpeteo peculiar, similar al de la máquina de un reloj, pero con cierta resonancia sofocada. Tardaron un momento en comprender que procedía del amplificador y que lo que escuchaban eran los latidos del corazón de John Galt.
-Nº 3 -dijo Ferris levantando un dedo a modo de señal.
El operador apretó un botón situado debajo de un dial. Un largo estremecimiento recorrió el cuerpo de Galt y su brazo izquierdo, convulsionado por la corriente eléctrica que circulaba entre la muñeca y el hombro, se movió en violentos espasmos. Su cabeza cayó hacia atrás, cerró los ojos y apretó fuertemente los labios, pero sin emitir ningún sonido.
Cuando el operador levantó el dedo del interruptor, el brazo de Galt dejó de temblar, pero él no se movió.
Los 3 hombres miraron a su alrededor, vacilantes. La mirada de Ferris no expresaba nada; Mouch parecía aterrorizado y Taggart, decepcionado. Los latidos continuaron escuchándose en el silencio.
-Nº 2 -ordenó Ferris.
Ahora fue la pierna derecha de Galt la que empezó a agitarse, mientras la corriente circulaba entre la cadera y el tobillo. Sus manos se aferraron a los bordes de la colchoneta. Movió la cabeza de lado a lado y luego volvió a quedarse inmóvil. Los latidos se aceleraron ligeramente.
Mouch pretendía alejarse, apretándose contra el respaldo de su sillón. Taggart, sentado en el borde del suyo, se inclinaba hacia delante.
-Nº 1, gradual -ordenó Ferris.
El torso de Galt saltó hacia arriba y volvió a caer, estremecido por largos espasmos, haciendo fuerza sobre las inmovilizadas muñecas, conforme la corriente pasaba desde una de ellas a la otra a través de los pulmones. El mecánico giraba lentamente uno de los mandos, aumentando el voltaje, y la aguja del marcador se movía hacia el segmento rojo, indicador de peligro. Galt jadeaba y sus convulsos pulmones exhalaban sordos sonidos.
-¿Tuvo suficiente? -preguntó Ferris irónico, cuando cortó la corriente.
Galt no contestó. Sus labios se movían, ansiosos de aire. El latido de su corazón se había acelerado, pero su respiración descendía a un ritmo regular, por el esfuerzo controlado de la relajación.
-¡Está siendo demasiado blando con él! -gritó Taggart, contemplando el cuerpo desnudo.

Galt abrió los ojos y los miró un momento. Ellos vieron sólo que estaba tranquilo y consciente. Luego volvió a echar la cabeza hacia atrás y permaneció inmóvil como si los hubiera olvidado.
Su cuerpo parecía extrañamente fuera de lugar en aquel sótano. Todos lo sabían, aunque ninguno quisiera reconocerlo. Las largas líneas, desde los tobillos a las planas caderas, al ángulo de la cintura y a los hombros rectos, se parecían a las de una estatua de la antigua Grecia, pero estilizadas en una forma más larga, ligera y activa, en una más ágil fortaleza, que indicaba dinamismo y una intensa energía, que no podía surgir del cuerpo de un conductor de camión militar, sino del de un constructor de aviones. Y así como el significado de una estatua de la antigua Grecia -la estatua del hombre como dios- discrepaba con el espíritu del siglo actual, así su cuerpo discrepaba con un sótano dedicado a actividades prehistóricas. El contraste era aún mayor porque Galt parecía pertenecer a los alambres conductores, al acero inoxidable, a los instrumentos de precisión y a los interruptores del cuadro de mandos. Quizá, éste era el pensamiento al que con mayor fuerza se resistían y el que más profundamente llevaban esos hombres en el fondo de sus sentimientos, la idea que sólo conocían en forma de odio difuso y de desenfocado terror; quizás fuera la ausencia de tales estatuas en el mundo entero la que había transformado a un generador en un pulpo y colocado a un cuerpo como el de Galt entre sus tentáculos.
-Tengo entendido que usted es una especie de experto en electricidad -dijo Ferris riendo socarrón- Nosotros también, ¿no cree?
Dos sonidos le contestaron en el silencio: el zumbido del generador y los latidos del corazón de Galt.
-¡La serie mixta! -ordenó Ferris señalando con un dedo al operador.
Los estremecimientos se produjeron ahora a intervalos irregulares, uno tras otro, separados por minutos. Sólo las escalofriantes convulsiones de las piernas, los brazos, el torso o el cuerpo entero de Galt demostraban que la corriente circulaba entre 2 electrodos o entre todos ellos a la vez. Las agujas de los diales se aproximaban peligrosamente a las marcas rojas, para retroceder después. La máquina estaba calculada para infligir un dolor lo más intenso posible, pero sin perjudicar el cuerpo de la víctima.
Eran los testigos los que no podían soportar las pausas de algunos minutos en las que se escuchaba el latido del corazón, que ahora sonaba apresurado e irregular. Dichas pausas estaban calculadas para que el latido aminorase, pero sin permitir alivio a la víctima, que debía esperar una sacudida a cada instante.
Galt yacía con el cuerpo relajado, como si no pretendiera combatir el dolor, sino rendirse a él; sin pretender negarlo, sino soportarlo. Cuando sus labios se entreabrían ávidos de aire y un repentino espasmo los volvía a cerrar, no forcejeaba contra la estremecida rigidez de su cuerpo, sino que dejaba que se desvaneciera en cuanto cesaba la corriente. Tan sólo la piel de su rostro se veía tensa y la línea de sus labios se torcía hacia un lado cada tanto. Cuando la corriente circulaba por su pecho, los mechones del pelo dorado se agitaban igual que su cabeza, como empujados por un soplo de viento, y le caían sobre la frente y los ojos. Los testigos se preguntaron por qué aquel cabello se había oscurecido. Luego se dieron cuenta de que estaba empapado de sudor.

La idea de que la víctima oyera su propio corazón combatiendo como si fuera a estallar en cualquier momento, tenía el propósito de aterrorizarla aún más. Pero ahora eran los torturadores quienes temblaban de miedo al escuchar aquel ritmo quebrado, los que jadeaban cada vez que fallaba un latido. Estos sonaban ahora como si el corazón saltara, golpeando frenéticamente su jaula de costillas, presa no sólo de agonía, sino de desesperada furia. El corazón protestaba; el hombre no. Seguía tendido con los ojos cerrados y las manos relajadas, escuchando cómo su corazón luchaba por conservar la vida.

Wesley Mouch fue el primero en quebrar el silencio:

-¡Oh, Dios mío, Floyd! -gritó- ¡No lo mate! ¡No se atreva a matarlo! ¡Si muere, moriremos todos!

-No morirá -gruñó Ferris- ¡Deseará morir, pero no lo hará! ¡La máquina no lo permitirá! ¡Está matemáticamente calculada! ¡Es segura!

-¿No es suficiente? ¡Está dispuesto a obedecer! ¡Estoy convencido!

-¡No! ¡No basta! ¡No quiero que obedezca! ¡Quiero que crea! ¡Que acepte! ¡Que desee aceptar! ¡Tiene que trabajar para nosotros voluntariamente!

-¡Adelante! -gritó Taggart- ¿Qué espera? ¿Es que la corriente no puede ser más fuerte? ¡Todavía no ha gritado siquiera!

-¿Qué mierda le sucede? -jadeó Mouch, mirando la cara de Taggart mientras la corriente retorcía el cuerpo de Galt.

Taggart lo contemplaba atentamente, pero sus ojos estaban vidriosos e inanimados. Alrededor, los músculos de la cara recreaban una obscena caricatura de alegría.

-¿Suficiente? -le gritó Ferris a Galt- ¿Está dispuesto a desear lo mismo que nosotros?

No tuvieron respuesta. Galt levantaba la cabeza de vez en cuando y los miraba. Bajo sus ojos se pintaban unos semicírculos oscuros, pero las pupilas seguían claras y conscientes.

En un creciente pánico, los testigos perdieron su sentido del contexto y del lenguaje y sus 3 voces se mezclaron en una progresión de indiscriminados gritos: "¡Queremos que se haga cargo de esto...! ¡Queremos que gobierne...! ¡Le ordenamos dar órdenes...! ¡Queremos que dicte las normas...! ¡Le ordenamos que nos salve...! ¡Le ordenamos que piense!".

Pero no hubo respuesta, salvo los latidos de aquel corazón del que dependían sus vidas.

La corriente circulaba por el pecho de Galt y los latidos se percibían a intervalos irregulares, como si tropezaran entre sí. De pronto, el cuerpo quedó inmóvil, completamente relajado; ya no se escuchaba su corazón.

El silencio fue como un golpe que los dejó inconscientes, y antes de haber tenido tiempo de gritar, su horror fue superado por otro: Galt había abierto los ojos y levantaba la cabeza.

El zumbido del motor no se escuchaba y la luz roja estaba agada en el tablero de comandos; la corriente había cesado; el generador estaba muerto.

El operador oprimía vigorosamente el interruptor, pero sin resultado. Accionó la palanca una y otra vez y dio una tremenda patada al costado de la máquina, pero la luz roja no volvió a encenderse ni se oyó ningún otro sonido.

-¿Qué pasa? -gritó Ferris-. ¿Qué ha sucedido?

-El generador está titilando -respondió el operador sin saber qué hacer.
-¿Qué le ocurre?
-No lo sé.
-Pues averígüelo y arréglelo.
El operador no era un electricista capacitado; lo habían elegido, no por sus conocimientos, sino por su absoluta indiferencia hacia la operación de apretar cualquier botón que le mandaran. El esfuerzo que había necesitado para aprender aquel trabajo era tal que resultaba imposible fiarse de su conciencia; ésta ya no tenía capacidad para nada más. Abrió el panel posterior de la máquina y empezó a manipular, perplejo, el intrincado mecanismo, pero no encontró nada que llamara su atención. Se puso unos guantes de goma, tomó unas tenazas, apretó unos cuantos tornillos al azar y se rascó la cabeza.
-No lo sé -manifestó con expresión de desesperanzada docilidad- ¿Cómo puedo saberlo?
Los 3 espectadores se habían puesto de pie, hacinándose detrás de la máquina para observar sus desafiantes órganos. Actuaban por simple reflejo, sabiendo perfectamente que, en realidad, no sabían nada.
-¡Usted tiene que arreglarlo! -gritó Ferris- ¡Tiene que funcionar! ¡Necesitamos la electricidad!
-¡Debemos continuar! -gritó a su vez Taggart, tembloroso- ¡Es ridículo! ¡Inadmisible! ¡No admito interrupciones! ¡No permitiré que se salve! -Señaló hacia la colchoneta.
-Haga algo -instó Ferris al operador- ¡No se quede ahí! ¡Haga algo! ¡Arréglelo! ¡Le ordeno que lo arregle!
-Es que no sé qué le pasa -respondió el otro, parpadeando.
-¡Encuentre el problema!
-¿Cómo quiere que lo encuentre?
-¡Le ordeno que lo arregle! ¿Me ha oído? ¡Haga funcionar eso o lo despediré y lo meteré en la cárcel!
-Es que no sé lo que le ocurre -suspiró el hombre asombrado- No sé qué hacer.
-El alternador se ha estropeado -dijo una voz tras ellos.
Se volvieron bruscamente. Galt se esforzaba en respirar, pero aun así, había hablado en el tono seco y competente de un auténtico ingeniero.
-Sáquenlo y retiren la cubierta de aluminio -indicó- Encontrarán un par de contactos soldados. Sepárenlos, tomen una pequeña lima y limpien las superficies averiadas. Luego vuelvan a colocar la tapa, enchúfenlo de nuevo en la máquina, y su generador funcionará.
Se produjo un largo silencio.
El operador miraba a Galt, sosteniendo su mirada. Incluso le fue posible reconocer la naturaleza del brillo de sus oscuros ojos verdes: era un chispazo de despectiva burla.
Dio un paso atrás. En la incoherente oscuridad de su conciencia, de un modo informe, incapaz de expresarlo en palabras, llegó a captar el significado de lo que estaba sucediendo en ese sótano.
Miró a Galt, luego a los 3 hombres, y a continuación a la máquina. Se estremeció, dejó caer las tenazas y salió corriendo de la habitación.
Galt lanzó una carcajada.

Sus torturadores se apartaban lentamente de la máquina, caminando hacia atrás, esforzándose en no comprender lo que el mecánico había comprendido.
-¡No! -gritó Taggart de pronto, y avanzó rápidamente hacia Galt- ¡No! ¡No dejaré que se salga con la suya! -Cayó de rodillas y empezó a accionar frenéticamente, con el fin de encontrar el cilindro de aluminio del alternador- ¡Yo lo arreglaré! ¡Yo haré que funcione! ¡Debemos continuar! ¡Debemos quebrar su voluntad!
-Cálmese, Jim -le aconsejó Ferris intranquilo, obligándolo a ponerse de pie.
-¿No sería mejor... no sería mejor que lo dejásemos por esta noche? -dijo Mouch con aire suplicante. Miraba a la puerta por la que había salido el operador, con aire entre envidioso y atemorizado.
-¡No! -gritó Taggart.
-Jim, ¿no ha sido suficiente por hoy? No se olvide de que tenemos que ser cuidadosos.
-¡No! ¡No tuvo suficiente! ¡Ni siquiera ha gritado!
-¡Jim! -exclamó Mouch de pronto, aterrorizado ante lo que leía en la cara de Taggart- ¡No podemos matarlo! ¡Usted lo sabe!
-¡No me importa! ¡Quiero quebrarlo! ¡Quiero oírlo gritar! ¡Quiero...!
Pero de pronto fue Taggart el que gritó, el que exhaló un largo, repentino y penetrante aullido, como si acabase de percibir una visión inesperada, aun cuando sus ojos mirasen cegados al vacío. Lo que veía se hallaba en su interior. El muro protector de la emoción, de la evasión, del disimulo, de los velados pensamientos y de las palabras a medio pronunciar, levantado en su espíritu durante tantos años, acababa de derrumbarse en el momento de comprender que lo que deseaba era la muerte de Galt, sabiendo, al mismo tiempo, que a la muerte de aquél, seguiría la suya.
Pudo ver de pronto el motivo que había dirigido todas las acciones de su vida. No había sido su amor hacia los demás, ni sus deberes sociales, ni ninguna de las fraudulentas expresiones gracias a las cuales había podido mantener su autoestima, sino su afán por destruir todo lo viviente en beneficio de lo inanimado. Era su ferviente deseo de desafiar la realidad, destruyendo todos los valores, con el fin de demostrarse a sí mismo que era capaz de existir oponiéndose a la realidad, y que nunca se encontraría limitado por ningún hecho concreto e inmutable. Unos momentos antes había podido sentir que odiaba a Galt más que a ningún otro ser en el mundo; que dicho odio era prueba de la maldad de Galt, de una maldad que no necesitaba definir, y que deseaba destruirlo para su propia supervivencia. Ahora, en cambio, comprendía que había querido la destrucción de Galt al precio de la suya; comprendía que nunca había querido sobrevivir; se daba cuenta de que era la grandeza de éste la que él había intentado torturar y destruir; y la veía como grandeza lograda por la propia gestión: la grandeza de un hombre dueño de la realidad, de un modo no igualado por nadie. En el momento en que él, James Taggart, se había enfrentado al ultimátum de aceptar la realidad o morir, fue la muerte la que sus emociones eligieron. Prefería la muerte antes que rendirse al reino del que Galt era un hijo refulgente. Comprendió que en la persona de Galt había buscado la destrucción de todo lo existente.
No fue mediante palabras como su conocimiento enfrentó a su conciencia: del mismo modo que todo aquel conocimiento había consistido en emociones, ahora era sostenido por una emoción y una visión que no tenía el poder de anular. Ya no

le era posible valerse de la niebla para ocultar la visión de los callejones sin salida que siempre se había esforzado en evitar; ahora, al final de cada uno de ellos, veía su odio a la existencia. Veía la cara de Cherryl Taggart con su alegre deseo de vivir; ese deseo era lo que siempre había intentado derrotar. Veía su propia cara como la de un asesino a quien todo el mundo legítimamente debería odiar; un asesino destructor de valores, que mataba para no descubrir su maldad irredimible.
-No... -gimió mirando esa visión y sacudiendo la cabeza para escapar de ella- No... no...
-Sí -dijo Galt.
Vio los ojos de Galt fijos en los suyos, como si contemplara lo mismo que él.
-Se lo dije por la radio, ¿recuerda? -preguntó Galt.
Era el sello que James Taggart más había temido y del que no había escapatoria: el sello y prueba de la objetividad.
-No -dijo débilmente, pero la suya no era ya la voz de una conciencia viva.
Permaneció un momento contemplando ciegamente el espacio; luego sus piernas cedieron, se dejó caer y quedó sentado en el suelo, mirando fijamente, sin darse cuenta de lo que hacía, ni de dónde estaba.
-¡Jim...! -lo llamó Mouch, pero no hubo respuesta.
Mouch y Ferris no se preguntaron qué le había sucedido a Taggart. Comprendieron que jamás deberían intentar descubrirlo, bajo el riesgo de compartir su destino. Sabían perfectamente quién había cedido aquella noche. Sabían que aquel momento marcaba el final de James Taggart, tanto si su cuerpo físico sobrevivía como si no.
-Saquemos... saquemos a Jim de aquí -propuso Ferris, vacilante- Llevémoslo a un médico... a algún sitio...
Obligaron a Taggart a incorporarse. No resistió, sino que obedeció letárgicamente, moviendo los pies cuando lo empujaron. Era él quien quedaba reducido al estado en el que había querido hundir a Galt. Sosteniéndolo por ambos brazos, sus 2 amigos lo sacaron de la habitación.
Taggart les ahorró la necesidad de admitir hasta qué punto deseaban huir de la mirada de Galt. Este los observaba muy perceptivamente.
-Volveremos -dijo Ferris al jefe de los guardias- Quédense aquí y no dejen entrar a nadie. ¿Comprendido? A nadie.
Empujaron a Taggart hasta el automóvil, entre los árboles de la entrada.
-Volveremos -dijo Ferris sin dirigirse a nadie en particular; hablando a los árboles y a la oscuridad del cielo.
Por el momento, sólo estaban seguros de una cosa: era preciso escapar de aquel sótano donde el generador vivo quedaba atado al generador muerto.

CAPÍTULO X - EN NOMBRE DE LO MEJOR DE NOSOTROS

Dagny avanzó en línea recta hacia el guardia apostado a la entrada del Proyecto F. Sus pasos sonaban firmes, regulares y tranquilos en el silencio del camino entre

los árboles. Levantó la cara hacia un rayo de luna, para que el guardia la reconociera.
-Déjeme entrar -dijo.
-Está prohibido -respondió el otro con voz de robot- Por orden del Dr. Ferris.
-Vengo por orden del Sr. Thompson.
-¿Cómo...? No... no sé nada de eso.
-Yo sí.
-El Dr. Ferris no me ha dicho nada... Sra..
-Se lo digo yo.
-Pero, no puedo aceptar órdenes de nadie, excepto del Dr. Ferris.
-¿Piensa desobedecer al Sr. Thompson?
-¡Oh, no, Sra.! Pero... pero si el Dr. Ferris dice que no deje entrar a nadie, no debo dejar entrar a nadie. -Y añadió inseguro y casi suplicante- ¿Verdad?
-¿Sabe usted que soy Dagny Taggart? Ha visto usted mi fotografía en los periódicos junto al Sr. Thompson y la cúpula máxima del país.
-Sí, Sra..
-Entonces decida si quiere desobedecer sus órdenes.
-¡Oh, no, Sra.! Nada de eso.
-Pues déjeme entrar.
-Pero tampoco puedo desobedecer al Dr. Ferris.
-Elija entre una cosa y otra.
-¡No puedo elegir, Sra.! ¿Quién soy yo para decidir?
-Tendrá que hacerlo.
-Mire -dijo el centinela, sacándose una llave del bolsillo y volviéndose a la puerta- voy a preguntar al jefe y él...
-No -dijo Dagny.
Algo en el tono de su voz lo obligó a volverse. Dagny esgrimía una pistola con la que le apuntaba directamente al corazón.
-Escuche con cuidado -le advirtió- O me deja entrar, o disparo. Puede intentar disparar primero. Le ofrezco esa opción... pero ninguna otra. Y ahora, decida.
El centinela se quedó boquiabierto dejando caer la llave.
-¡Salga de mi camino! -le ordenó Dagny.
Él negó con la cabeza, y apoyó la espalda en la puerta.
-¡Oh, no, Sra.! -jadeó, presa de desesperación- ¡No puedo disparar contra usted, puesto que viene de parte del Sr. Thompson! ¡Pero tampoco puedo dejarla entrar, en contra de las órdenes del Dr. Ferris! ¿Qué voy a hacer? ¡No soy más que un servidor! ¡Tengo que obedecer órdenes! ¡No puedo decidir!
-Se trata de su vida -dijo Dagny.
-Si me permite preguntar al jefe; él me indicará...
-No le permitiré consultar con nadie.
-Pero, ¿cómo puedo saber si verdaderamente viene por orden del Sr. Thompson?
-No es preciso. A lo mejor lo estoy engañando. A lo mejor estoy actuando por iniciativa propia, y usted será castigado por obedecerme. Pero, en caso contrario, lo encerrarán por desobedecer. Quizá el Dr. Ferris y el Sr. Thompson estén de acuerdo en esto. O quizá no, y tenga usted que arriesgarse y desafiar a uno o a otro. Eso es lo que tiene que decidir. No hay nadie a quien llamar, nadie a quien preguntar, ni nadie que pueda aconsejarle. Tendrá que decidir usted mismo.

-Pero no puedo decidir. ¿Por qué me pasa esto a mí?
-Porque es su cuerpo el que me impide pasar.
-¡No puedo decidir! ¡Se supone que no debo tomar decisiones!
-Contaré hasta 3 -dijo Dagny- Y luego apretaré el gatillo.
-¡Espere! ¡Espere! ¡Todavía no dije sí, ni no! -gritó el hombre, apretándose todavía más contra la puerta, como si la inmovilidad de su cuerpo y de su alma constituyeran su mejor protección.
-1... -contó Dagny, los aterrorizados ojos del centinela fijos en ella- 2... -la pistola le daba menos miedo que la alternativa a la que se estaba enfrentando- ...3.
De un modo tranquilo e indiferente, ella, que hubiera vacilado en disparar contra un animal, apretó el gatillo, disparando al corazón de un hombre que había querido existir sin la responsabilidad de la conciencia.
El arma tenía un silenciador, así que no hubo detonación que provocase alarma; tan sólo el golpe sordo de un cuerpo que caía a sus pies.
Recogió la llave del suelo y esperó unos segundos, tal como fuera convenido.
Francisco fue el 1º en unirse a ella, saliendo de atrás de una esquina del edificio. Luego Hank Rearden y por fin Ragnar Danneskjiöld. Había habido 4 guardias apostados entre los árboles alrededor del edificio, pero ya no importaban en absoluto. Uno estaba muerto y los 3 restantes yacían entre la maleza, atados y amordazados.
Dagny entregó la llave a Francisco, sin pronunciar palabra. Este abrió y entró en el edificio, dejando la puerta entreabierta unos centímetros. Los otros 3 esperaron afuera.
El hall estaba iluminado por una sola lámpara empotrada en el techo y un guardia se hallaba al pie de la escalera que conducía al 2º piso.
-¿Quién es usted? -preguntó al ver entrar a Francisco con aire completamente sereno, como si fuera dueño del lugar- Hoy no tenía que venir nadie.
-Yo sí -dijo Francisco.
-¿Por qué lo dejó entrar Rusty?
-Habrá tenido sus razones.
-¡No debía dejar ingresar a nadie!
-Alguien lo ha hecho cambiar de opinión -dijo Francisco mientras sus ojos realizaban un veloz inventario del lugar.
Un 2º guardia se hallaba en el 1º descanso, mirando hacia abajo y escuchando.
-¿A qué se dedica?
-Minas de cobre
-¿Cómo? Quise decir, ¿quién es usted?
-Mi nombre es demasiado largo para decírselo. Se lo diré a su jefe. ¿Dónde está?
-Soy yo el que pregunta. -Dio un paso atrás- No... no adopte un aire tan jactancioso o...
-¡Eh, Pete! Es él -le advirtió el 2º guardia paralizado por los modales de Francisco.
El 1º se esforzaba en ignorarlo y su voz fue creciendo a medida que aumentaba su miedo en el momento de preguntar a Francisco: -¿Qué desea?
-Ya le contesté que se lo diré a su jefe. ¿Dónde está?
-¡Yo hago las preguntas!
-No pienso contestarlas.

-¡Ah! ¿De veras? -gruñó Pete, quien, en caso de duda, siempre tenía un recurso: su mano se aproximó veloz a la pistola que llevaba al cinto.
Pero la mano de Francisco fue demasiado rápida para que aquellos 2 hombres observaran su movimiento, y su pistola demasiado silenciosa. Al instante el arma de Pete saltaba por el aire y brotaba sangre de sus destrozados dedos. Luego el hombre profirió un gemido ahogado de dolor y cayó al suelo quejándose; para cuando el 2º guardia se daba cuenta de lo sucedido, la pistola de Francisco ya le estaba apuntando.
-¡Por favor, no me dispare, Sr.! -gritó aterrado.
-¡Baje con las manos en alto! -ordenó Francisco sosteniendo la pistola con una mano y haciendo con la otra señales hacia la puerta.
Cuando el guardia había bajado, Rearden ya se encontraba allí, para desarmarlo, mientras Danneskjöld se encargaba de amarrarle manos y pies. Verla a Dagny pareció asustarlo más que el resto porque no podía comprenderlo: los 3 hombres llevaban gorras y chaquetas de cuero, y de no ser por sus modales, se les hubiera podido confundir con atracadores, pero la presencia de una mujer entre ellos le resultaba inexplicable.
-Ahora -dijo Francisco-, ¿donde está su jefe?
El guardia señaló con la cabeza en dirección a la escalera.
-¡Allá arriba!
-¿Cuántos guardias hay en el edificio?
-9.
-¿Dónde están?
-Uno en la escalera del sótano. Los otros arriba.
-¿Dónde?
-En el laboratorio grande. El que tiene ventana.
-¿Todos?
-Sí.
-¿Qué hay en esas habitaciones? -preguntó señalando las puertas que daban al hall.
-También son laboratorios. Por las noches se cierran.
-¿Quién tiene la llave?
-Él -y señaló a Pete con la cabeza.
Rearden y Danneskjöld sacaron la llave del bolsillo de Pete y empezaron a probar las cerraduras, mientras Francisco continuaba:
-¿Hay alguien más en el edificio?
-No.
-¿No tienen a un prisionero?
-¡Ah... sí! ¡Creo que sí! Tiene que haberlo, porque de lo contrario no nos hubieran mantenido de servicio a todos.
-¿Está todavía aquí?
-No lo sé. Nunca nos dicen nada.
-¿El Dr. Ferris está aquí?
-No. Salió hace 10 o 15 minutos.
-Hablemos de ese laboratorio del piso de arriba. ¿La puerta da directamente al descanso de la escalera?
-Sí.

-¿Cuántas puertas hay allí?
-3. Es la del medio.
-¿Qué hay en las otras habitaciones?
-A un lado, el laboratorio pequeño y al otro la oficina del Dr. Ferris.
-¿Hay puertas de comunicación entre ellas?
-Sí.
Francisco se volvía hacia sus compañeros cuando el guardia lo abordó con aire suplicante.
-Sr., ¿puedo hacerle una pregunta?
-Dígame.
-¿Quién es usted?
En el tono solemne de quien efectúa una presentación ceremoniosa, respondió:
-Francisco Domingo Carlos Andrés Sebastián d'Anconia.
Dejando al guardia boquiabierto, se volvió para efectuar una breve consulta con sus compañeros.
Al cabo de un momento, fue Rearden quien subió la escalera velozmente, sin hacer el menor ruido.
Jaulas con ratones y cobayos se hallaban apiladas contra las paredes del laboratorio. Habían sido colocadas allí por los guardias, que jugaban al póker en la larga mesa central. Los jugadores eran 6, otros 2 estaban en rincones opuestos, vigilando la puerta de entrada con las pistolas en la mano. Fue la cara de Rearden la que lo salvó de que le dispararan al momento de entrar; era una cara demasiado conocida para ellos, aunque no esperaban verla en ese lugar. Ocho cabezas se volvieron hacia él con signos de reconocimiento y de evidente incapacidad para creer lo que sus ojos contemplaban.
Permaneció en la puerta con las manos en los bolsillos del pantalón y el aire indiferente y confiado de un director de empresa.
-¿Quién es el jefe aquí? -preguntó en el tono bruscamente cortés de quien no pierde el tiempo.
-¿Usted... no es...? -tartamudeó un individuo desgarbado y hosco.
-Soy Hank Rearden. ¿Y usted? ¿Es el jefe?
-¡Sí! Pero, ¿de dónde diablos viene?
-De Nueva York.
-¿Qué hace aquí?
-Por lo que veo, no les han notificado nada.
-¿Debería...? Mejor dicho, ¿sobre qué?
La rápida y susceptible sospecha de que sus superiores habían subestimado su autoridad era evidente en la voz del jefe. Era alto, flaco, de movimientos convulsos, rostro pálido y los ojos inquietos y desenfocadas propios de un drogadicto.
-Sobre lo que vengo a hacer aquí.
-Usted... no tiene nada que hacer en este lugar -replicó el guardia, indeciso entre el temor de ser objeto de un engaño y el de haber quedado al margen de alguna importante decisión- Usted es un traidor, un desertor y un...
-Veo que está desinformado, buen hombre.

Los otros 7 contemplaban a Rearden con temeroso asombro. Los que esgrimían pistolas continuaban apuntándole a la manera impasible de autómatas, pero él no pareció notarlo.
-¿Qué viene a hacer aquí? -preguntó el jefe.
-Vengo a hacerme cargo del prisionero.
-Si viene del cuartel general, sabrá perfectamente que no estoy enterado de nada relacionado con un prisionero... ¡Y que nadie debe tocarlo!
-Excepto yo.
El jefe se puso de pie de un salto, se abalanzó hacia un teléfono y tomó el auricular. Pero no lo había aplicado a su oído cuando dejó caer la mano bruscamente con un ademán que provocó una vibración de pánico a través de la habitación: el teléfono no funcionaba, los cables habían sido cortados.
Su mirada acusadora al volverse hacia Rearden pareció chocar contra la débil y desdeñosa recriminación que sonaba en la voz de éste cuando le dijo:
-Esta no es manera de proteger un edificio... Más vale que me entreguen el prisionero antes que ocurra algo, si no quieren que prepare un informe contra ustedes por negligencia e insubordinación.
El jefe se dejó caer en una silla, se apoyó en la mesa como si le faltaran las fuerzas y miró a Rearden con una cara semejante a la de los animales que empezaban a agitarse en sus jaulas.
-¿Quién es el prisionero? -preguntó.
-Buen hombre -replicó Rearden-, si sus inmediatos superiores no creyeron conveniente revelárselo, tampoco yo voy a hacerlo.
-¡No me informaron que usted iba a venir tampoco! -gritó el jefe, confesando su impotencia y su temor, publicándolos a los 4 vientos con vibraciones que llegaban hasta sus subordinados- ¿Cómo voy a saber si usted está autorizado? ¿Quién va a confirmarlo, si el teléfono no funciona? ¿Quién soy yo para saber qué hacer?
-Es problema suyo, no mío.
-¡No le creo! -gritó el otro de un modo tan penetrante que no pudo convencer a nadie- No creo que el gobierno le haya encomendado esta misión, ya que se trata de uno de esos traidores y amigos de John Galt que...
-¿Es que no lo ha oído?
-¿Qué?
-John Galt ha hecho un trato con el gobierno y nos ordenó que regresáramos.
-¡Oh, gracias a Dios! -exclamó uno de los guardias, el más joven.
-¡Cierra la boca! ¡Tú no puedes tener opiniones políticas! -lo increpó el jefe. Y volviéndose a Rearden preguntó: -¿Por qué no lo anunciaron por radio?
-¿Está cuestionando las políticas del gobierno sobre cuándo y cómo anunciarlo?
En el largo momento de silencio que se produjo, pudieron escuchar el rumor que producían los animales al arañar los barrotes de sus jaulas.
-Creo oportuno recordarle -dijo Rearden- que su tarea no consiste en dudar de las órdenes, sino en obedecerlas. No tiene por qué saber ni comprender, juzgar, o elegir acerca de la política de sus superiores.
-¡Pero no sé si tengo que obedecerlo a usted o no!
-Si se niega, sufrirá las consecuencias.
Apoyado en la mesa, el jefe posó su mirada lentamente en la cara de Rearden y en las de los 2 guardias apostados en los rincones. Estos corrigieron su puntería

por medio de un movimiento casi imperceptible. Un nervioso rumor sonaba en la habitación. Un animal gruñó en una de las jaulas.
-Creo que también debo decirle -prosiguió Rearden con voz algo más dura- que no estoy solo. Mis amigos esperan afuera.
-¿Dónde?
-Alrededor de este lugar.
-¿Cuántos?
-Ya lo sabrá... cuando llegue el momento.
-Oiga, jefe -gimió una voz temblorosa entre los guardias- No queremos líos con esa gente, son...
-¡Cállate! -gritó el jefe irguiéndose de pronto y apuntando con su arma hacia el que acababa de hablar- Ninguno de ustedes va a desobedecerme, ¡carajo! -Gritaba para alejar de sí la conciencia de lo que todos sabían. Se tambaleaba al borde del pánico, combatiendo la impresión de que algo acababa de desarmar a sus hombres- ¡No hay por qué asustarse! -Pero se dirigía a sí mismo más que a los otros, tratando de recobrar la seguridad en la única esfera en la que sabía desenvolverse: la violencia- ¡Lo voy a demostrar!
Dio media vuelta con su mano temblando y el brazo vacilante y disparó contra Rearden.
Rearden se sacudió y se oprimió el hombro izquierdo con la mano derecha. En el mismo instante, la pistola que sostenía el jefe cayó al suelo, al tiempo que aquél profería un grito y la sangre brotaba de su muñeca: sobre la puerta de la izquierda, Francisco lo seguía apuntando con su pistola silenciada.
Los guardias se levantaron esgrimiendo las armas, pero hasta ahí llegó su iniciativa: no se atrevían a disparar.
-Yo no lo haría si estuviera en su lugar -dijo Francisco.
-¡Cielos! -jadeó uno de los guardianes esforzándose en recordar un nombre que escapaba a su memoria- ¡Este es el tipo que voló todas las minas de cobre del mundo!
-En efecto -dijo Rearden.
Habían retrocedido involuntariamente, alejándose de Francisco. Rearden seguía en la puerta con la pistola en la mano derecha y una mancha oscura cada vez mayor en su hombro izquierdo.
-¡Disparen, hijos de puta! -gritó el jefe a sus vacilantes hombres- ¿Qué carajo esperan? ¡Maten a todos! -Estaba doblado con el brazo contra la mesa, mientras la sangre le corría por el otro -¡Daré parte de todo el que no obedezca! ¡Haré que lo fusilen!
-¡Suelten las armas! -ordenó Rearden.
Los 7 guardias permanecieron helados un instante, sin obedecer a ninguno de los 2.
-¡Déjenme salir! -gritó el más joven, lanzándose hacia la puerta de la derecha. Apenas la abrió saltó hacia atrás: Dagny Taggart se hallaba en el umbral con una pistola en la mano.
Los guardias se iban agrupando lentamente en el centro de la habitación, librando una batalla invisible en la neblina de sus cerebros, desarmados por cierto sentimiento de irrealidad en presencia de figuras legendarias a las que nunca

habían esperado ver y sintiendo casi como si les ordenaran disparar contra fantasmas.
-¡Suelten las armas! -repitió Rearden- No saben por qué están aquí. En cambio, nosotros, sí. No saben quién es su prisionero. Nosotros, sí. No saben por qué sus jefes quieren que lo vigilen. En cambio, nosotros sabemos muy bien por qué queremos sacarlo de aquí. No se dan cuenta del objetivo de su lucha; pero nosotros sí sabemos por qué luchamos. Si mueren, no sabrán por qué. Pero nosotros, sí.
-¡No... no lo escuchen! -gritó el jefe- ¡Disparen! ¡Les ordeno que disparen!
Uno de los guardias miró a su jefe, dejó caer el arma y levantando los brazos retrocedió, apartándose del grupo en dirección a Rearden.
-¡La puta que los parió! -gritó el jefe tomando una pistola con la mano izquierda y disparando contra el desertor.
En el preciso instante en que aquél se desplomaba, la ventana se abrió entre un estallido de vidrios y desde la rama de un árbol, igual que desde una catapulta, la alta y esbelta figura de un hombre se proyectó en el interior del laboratorio, cayó de pie y disparó contra el primer guardia que se le puso delante.
-¿Quién es usted? -gritó una voz aterrorizada.
-Ragnar Danneskjöld.
Tres sonidos le contestaron: un largo y creciente gemido de pánico; los golpes de 4 pistolas al caer al suelo y el estallido de la 5º, accionada por un guardia contra la cabeza de su jefe.
Para cuando estos 4 sobrevivientes de la guarnición empezaban a reordenar los fragmentos de su conciencia, se hallaban tendidos en el suelo, atados y amordazados; el 5º fue dejado de pie con las manos amarradas a la espalda.
-¿Dónde está el prisionero? -preguntó Francisco.
-En el sótano... según creo.
-¿Quién tiene la llave?
-El Dr. Ferris.
-¿Dónde está la escalera que conduce al sótano?
-Detrás de una puerta en el despacho de Ferris.
-Lléveme hasta allí.
Cuando partían, Francisco se volvió hacia Rearden.
-¿Estás bien, Hank?
-Por supuesto.
-¿Necesitas descansar?
-¡No, maldición!
Desde el umbral de la puerta de la oficina de Ferris vieron una escalera de piedra y un guardia en el 1º peldaño.
-¡Acérquese con las manos en alto! -le ordenó Francisco.
La silueta de aquel enérgico desconocido y el brillo del arma que esgrimía fueron suficientes. El guardia obedeció enseguida, aliviado por poder escapar de la humedad de aquella pétrea cripta.
Lo dejaron atado en el suelo de la oficina, junto con el que los había conducido hasta allí.
Luego los 4 quedaron libres para bajar rápidamente la escalera hacia la cerrada puerta de acero del fondo. Habían actuado y se habían movido con la precisión de

una bien controlada disciplina, pero ahora era como si sus riendas interiores se hubieran roto.
Danneskjöld tenía las herramientas para forzar la cerradura. Francisco fue el primero en entrar en el sótano, impidiendo el paso a Dagny con el brazo durante una fracción de segundo, el tiempo necesario para asegurarse de que la escena sería soportable. Luego, la dejó seguir. Más allá de la madeja de cables eléctricos había visto la cabeza erguida de Galt y su mirada de bienvenida.
Ella cayó de rodillas junto a la colchoneta. Galt la miró del mismo modo que la primera vez que se encontraran en el valle. Su sonrisa era una expresión de alegría nunca velada por el dolor y su voz sonaba suave y profunda.
-No teníamos que tomarnos nada de esto en serio, ¿verdad?
Con las lágrimas corriéndole por la cara mientras su sonrisa de claraba una plena, confiada y radiante certeza, le contestó:
-No. Nunca.
Rearden y Danneskjöld estaban cortando sus ligaduras y Francisco acercó una botella de coñac a los labios de Galt. Este bebió y luego se incorporó sobre un codo en cuanto sus brazos quedaron libres.
-Dame un cigarrillo -dijo.
Francisco sacó un paquete de los que llevaban el signo del dólar. La mano de Galt temblaba un poco al acercar el cigarrillo a la llama, pero la de Francisco temblaba mucho más.
Mirándolo a los ojos por encima de la llama, Galt sonrió y dijo, como si contestara a preguntas que Francisco no había formulado:
-Sí, fue bastante duro... pero lo soporté. El voltaje que usan aquí no causa mucho daño.
-Algún día encontraré a quienes lo hicieron... -dijo Francisco en un tono monótono, seco y con un indicio apenas perceptible que dejaba adivinar el resto.
-Si lo haces, encontrarás que no ha quedado nada de ellos.
Galt contempló las caras que lo rodeaban, pudo ver en ellas la intensidad del alivio y la violencia de la cólera. Y comprendió hasta qué punto sus 3 amigos ahora vivían su propia tortura.
-Ya pasó -dijo- Que esto no sea peor para ustedes de lo que fue para mí.
Francisco volvió la cara.
-Pero has sido tú... -murmuró- tú... si hubiera sido otro...
-Tenía que ser yo para que pudieran probar sus últimos recursos y así lo han hecho, pero... -Movió la mano mostrando la habitación y abarcando a quienes la construyeron, sumidos ahora en el vacío del pasado- Y no se hable más.
Francisco asintió con la cara aún vuelta hacia atrás y la breve presión de sus dedos sobre la muñeca de Galt constituyó su única respuesta.
Galt se incorporó hasta quedar sentado y fue recuperando lentamente el dominio de sus músculos. Dagny se adelantó para ayudarlo; luchaba para sonreír y retener las lágrimas. Intentaba asegurarse de que ya nada más le importaba, aparte de la visión de su cuerpo desnudo y de saber que estaba vivo, aunque podía imaginar lo que había soportado. Sosteniendo su mirada, él levantó una mano y tocó el cuello de su jersey blanco con las yemas de los dedos, como si pensara en las únicas cosas que a partir de ahora podrían tener sentido. El débil temblor de sus labios dulcificándose en una sonrisa le dijo que ella había comprendido.

Danneskjöld encontró la camisa de Galt, sus pantalones y el resto de sus ropas arrojadas al suelo en un rincón.
-¿Crees que podrás caminar, John? -le preguntó.
-Desde luego.
Mientras Francisco y Rearden ayudaban a Galt a vestirse, Danneskjöld procedió calmada y sistemáticamente, sin mostrar ninguna emoción evidente, a demoler la máquina de tortura hasta hacerla añicos.
Galt no estaba muy firme sobre sus pies, aunque podía andar apoyándose en el hombro de Francisco. Sus primeros pasos fueron difíciles, pero cuando llegaron a la puerta había recuperado por completo la movilidad. Con un brazo rodeaba los hombros de Francisco y, con el otro, los de Dagny, tanto para apoyarse en ellos como para prestarles también su fuerza.
No pronunciaron palabra mientras descendían la colina. La oscuridad de los árboles parecía envolverlos como si los protegiera, aislando el brillo mortecino de la Luna y aquel otro resplandor, aún más terrible en la distancia, detrás de ellos: el de las ventanas del Instituto Científico del Estado.
El avión de Francisco estaba oculto entre la maleza, al borde de una pradera, detrás de la 2º colina. En muchos kilómetros a la redonda no había ninguna vivienda. No existían ojos dispuestos a observar o preguntar acerca de aquellas líneas luminosas producidas por los faros de posición de la nave que repentinamente brillaron en la desolación de los helechos muertos, ni oídos que percibieran el violento zumbido de un motor puesto en marcha por Danneskjöld, que estaba al comando.
Al cerrarse bruscamente la portezuela y notar el impulso de las ruedás bajo sus pies, Francisco sonrió por primera vez.
-Esta es mi única oportunidad de darles órdenes -dijo ayudando a Galt a acostarse en una butaca reclinable- Ahora tranquilízate, descansa y no te preocupes... Y tú también -añadió, volviéndose a Dagny e indicando el asiento junto al de Galt.
Las ruedas ganaban impulso, como empujadas por un propósito predeterminado, haciéndose más ligeras, ignorando las pequeñas sacudidas provocadas por las irregularidades del suelo. Cuando el movimiento se convirtió en un deslizamiento largo y suave; cuando vieron las negras sombras de los árboles pasar fugaces bajo ellos y alejarse tras las ventanillas, Galt se inclinó hacia delante y apretó los labios sobre la mano de Dagny. Estaba abandonando el mundo exterior con el único elemento valioso que había deseado llevarse de él.
Francisco había sacado un botiquín y estaba quitando la camisa a Rearden para vendarle la herida. Galt vio el delgado hilo rojo que surgía del hombro y corría por su pecho.
-Gracias, Hank -dijo.
Rearden sonrió.
-Repetiré lo que me dijiste cuando te di las gracias en el curso de nuestra primera entrevista: "Si comprendes que actué pensando sólo en mí, debes saber que no es necesario agradecer".
-Repetiré -dijo Galt- la respuesta que tú me diste entonces: "Y por eso te doy las gracias".
Dagny se dio cuenta de que se miraban el uno al otro como si dicha mirada equivaliera a un apretón de manos o a un lazo tan firme que no requiriese ser

declarado. Rearden, a su vez, la vio observándolos y una débil contracción de sus ojos equivalió a una sonrisa de asentimiento, como si con ella le repitiese el mensaje que le había enviado desde el valle.
Escucharon, de pronto, la voz de Danneskjöld hablando con gran entusiasmo y comprendieron que hablaba por la radio del avión:
-Sí, sanos y salvos todos... No sufrió ningún daño, un poco conmocionado, pero en cuanto descanse... No, no tiene heridas graves... Estamos todos aquí. Hank Rearden tiene una pequeña herida, pero -miró por encima del hombro- pero en este momento me sonríe... ¿Pérdidas? Creo que sólo hemos perdido la serenidad por un momento, pero ya nos estamos reponiendo... No intenten alcanzarme en la Quebrada de Galt: primero aterrizaré y ayudaré a Kay en el restaurante para que prepare el desayuno.
-¿No puede oírlo algún intruso? -preguntó Dagny.
-No -respondió Francisco- Emite en una frecuencia para la que ellos no tienen equipos adecuados.
-¿Con quién habla? -indagó Galt.
-Con casi la mitad de la población masculina del valle -respondió Francisco- o con unas cuantas personas que pudimos acomodar en los aviones disponibles y que ahora vuelan detrás de nosotros. ¿Pensabas que algunas de ellas preferirían permanecer en casa y te dejarían a merced de los saqueadores? Estábamos dispuestos a sacarte de allí a plena luz del día, lanzando un asalto armado contra ese Instituto o el hotel Wayne-Falkland, si hubiera sido necesario. Pero sabíamos que, en ese caso, correríamos el riesgo de que te mataran. Por eso decidimos que primero lo intentaríamos sólo nosotros 4. Si hubiésemos fracasado, entonces los demás habrían intervenido. Estaban esperando a medio kilómetro de distancia. Teníamos hombres de guardia entre los árboles de la colina, y cuando nos vieron salir, les informaron a los demás. Ellis Wyatt estaba a cargo de todo. A propósito, es él quien conduce tu avión. El motivo por el que no pudimos llegar a New Hampshire tan rápido como Ferris fue que debimos traer los aviones desde aeródromos distantes y ocultos, mientras él tenía la ventaja de aeropuertos libres... cosa que ya no le durará mucho.
-No -admitió Galt- No mucho.
-Ese fue nuestro único obstáculo. Lo demás fue fácil. Más tarde te contaré la historia completa. Los 4 nos bastamos para derrotar a todo ese ejército de guardias.
-Uno de estos siglos -dijo Danneskjöld volviéndose hacia ellos- los salvajes, privados o públicos, convencidos de que pueden gobernar a quienes son mejores que ellos, aprenderán la lección de lo que ocurre cuando la fuerza bruta tropieza con la fuerza inteligente.
-Ya lo han aprendido -dijo Galt- ¿Acaso no les estás enseñando esa lección tan particular desde hace 12 años?
-¿Yo? Sí, pero el curso ha terminado. Esta noche tuvo lugar el último acto de violencia que habré de realizar en mi vida. Fue mi recompensa por esos 12 años. Mi gente ha empezado ya a construir sus casas en el valle. Mi barco quedará oculto donde nadie pueda encontrarlo hasta que lo venda para un uso mucho más civilizado. Será convertido en transatlántico, y por cierto excelente, aunque de tamaño moderado. En cuanto a mí, empezaré a prepararme para dar un rumbo

diferente a mi existencia. Creo que tendré que repasar las obras del maestro de nuestro primer maestro.
Rearden rió.
-Me gustaría estar presente en tu primera conferencia sobre filosofía en un aula -dijo- Me gustará ver cómo tus estudiantes pueden concentrarse en el tema y de qué modo contestas toda clase de extrañas preguntas, por las que no merecerán recriminación alguna.
-Les diré que hallarán la respuesta en el propio tema de la clase.
No se vislumbraban demasiadas luces abajo. La región era una hoja negra y despoblada con algún resplandor ocasional que emanaba de las ventanas de los edificios públicos y la temblorosa luz de las velas en las de los hogares. La mayor parte de la población rural se había reducido, desde hacía mucho tiempo, a la existencia de aquellas épocas en que la luz artificial era un lujo exorbitante y el crepúsculo ponía fin a toda actividad humana. Las ciudades eran charcos desperdigados, que la marea descendente se había encargado de dejar allí; aún quedaban algunas preciosas gotas de electricidad, que se consumían en un desierto de raciones, cuotas, controles y ordenanzas para la conservación de la energía.
Pero cuando el lugar que en otros tiempos constituyera la fuente de aquella marea, Nueva York, se elevó a la distancia frente a ellos, aún proyectaba su luz contra el cielo, desafiando aquella oscuridad primitiva, como si en un esfuerzo final, en una última demanda de ayuda, estirara los brazos hacia el avión que cruzaba su cielo. Involuntariamente, todos se sentaron en respetuoso gesto de atención ante el lecho de muerte de lo que había sido grandeza.
Mirando hacia abajo pudieron percibir las últimas convulsiones; las luces de los coches que zigzagueaban por las calles como animales atrapados en un alboroto que intentaran frenéticamente salir de allí; los puentes estaban atestados de vehículos y las vías que conducían a ellos parecían venas con sus miles de faros amontonados en un brillante embotellamiento que impedía el tránsito. El desesperado gemir de las sirenas llegaba débilmente hasta las alturas del avión. La noticia de la vía mutilada en medio del continente se había extendido por la ciudad, y todo el mundo abandonaba sus puestos, tratando, presa de pánico, de escapar de Nueva York, aunque, al estar las rutas cortadas, ya era imposible hacerlo.
El avión se hallaba sobre los rascacielos cuando, de pronto, con la brusquedad de un escalofrío, como si la Tierra se hubiese abierto para devorarla, la ciudad desapareció. Tardaron un momento en darse cuenta de que el pánico había alcanzado a las centrales eléctricas y que las luces de Nueva York acababan de apagarse.
Dagny ahogó una exclamación.
-¡No mires hacia abajo! -le ordenó Galt escuetamente. En su rostro se pintaba la misma expresión austera que siempre había adquirido al enfrentarse a un hecho consumado.
Dagny recordó la historia que Francisco le había contado cierta vez: "Había abandonado Twentieth Century. Vivía en una buhardilla de un barrio humilde. Avanzó hacia la ventana y señaló los rascacielos de la ciudad. Dijo que

deberíamos apagar las luces del mundo y que cuando viéramos desvanecerse las de Nueva York, nos daríamos cuenta de que nuestra tarea estaba cumplida".
Se acordó de todo eso al ver que John Galt, Francisco d'Anconia y Ragnar Danneskjöld se miraban mutuamente unos instantes.
Después miró a Rearden, que no miraba hacia abajo, sino adelante, como si estuviese contemplando un paisaje aún virgen, apreciando sus posibilidades de actuar en él.
Otro recuerdo acudió a su memoria: el momento en que, describiendo una curva sobre el aeropuerto de Afton, había podido ver el cuerpo plateado de un avión elevándose como un Fénix desde las tinieblas de la Tierra. Sabía que, ahora, en ese instante, el avión estaba transportando todo cuanto quedaba de la ciudad de Nueva York.
Miró al frente. La Tierra quedaría tan desierta como el espacio en el que la hélice cortaba un camino sin obstáculos; tan desierta y tan libre. Comprendió lo que Nat Taggart había sentido en sus comienzos y por qué ahora, por primera vez, ella lo seguía, sintiéndose totalmente leal, enfrentando confiadamente al vacío con la convicción de que tenía todo un continente por organizar.
Toda su lucha pasada surgía ante ella para alejarse de nuevo y dejarla allí, en las alturas de aquel momento. Sonrió. Las palabras que acudían a su mente apreciando y sellando el pasado eran las palabras de aliento, de orgullo, de admiración que muchos hombres nunca habían comprendido; las palabras propias del idioma de los empresarios: "No hay que pensar en el precio".
No se sobresaltó ni conmovió cuando, en la oscuridad exterior, pudo distinguir un pequeño collar de puntos luminosos que avanzaba lentamente hacia el oeste, a través del vacío, con el largo y brillante rayo de luz de un reflector tratando de proteger la seguridad de su camino. No tuvo ninguna emoción, aun cuando sabía que se trataba de un tren y supierá que su único destino era la nada.
Se volvió hacia Galt. Este, con el reflejo de una sonrisa en el rostro, la miraba como si estuviera siguiendo sus pensamientos.
-Es el final -dijo.
-Es el principio -corrigió él.
Luego permanecieron tranquilos, reclinados en sus asientos, contemplándose en silencio. Sus respectivas identidades se compenetraban como suma y significado del futuro. Pero la suma incluía el conocimiento de todo cuanto debía ganarse aún, antes de que otro ser viviente pudiera representar los valores de la propia existencia.
Nueva York quedaba atrás cuando oyeron a Danneskjöld contestar una llamada de radio.
-Sí, está despierto. No creo que duerma esta noche... Sí. Me parece que puede. -Se volvió para mirar por encima del hombro- John, el Dr. Akston quisiera hablar contigo.
-¿Cómo? ¿Va en uno de esos aviones que nos siguen?
-Desde luego.
Galt se inclinó para tomar el micrófono.
-¡Hola, Dr. Akston! -dijo. El tono tranquilo y bajo de su voz constituyó la forma audible de una sonrisa transmitida a través del espacio.

-¡Hola, John! -La consciente firmeza de la voz de Hugh Akston confesaba cuánto había sufrido en la espera por saber si podría pronunciar de nuevo aquellas 2 palabras- Sólo quería oír tu voz... saber si sigues bien.
Galt rió, y en el tono de un estudiante que presenta orgulloso su tarea terminada como prueba de una lección bien aprendida, empezó: -Desde luego, estoy bien, profesor. Tenía que estarlo. A es A.

* * *

La locomotora del Comet en dirección al este se estropeó en medio del desierto de Arizona. Se detuvo bruscamente, sin ningún motivo evidente que lo justificara, como un hombre que no se permitiera reconocer que su trabajo era excesivo: algún contacto sometido a demasiada tensión se había roto, eso era todo.
Cuando Eddie Willers llamó al guarda del tren tuvo que esperarlo un rato largo y vio la respuesta a su pregunta en la mirada de resignación que se pintaba en sus ojos.
-El maquinista trata de encontrar la avería, Sr. Willers -explicó suavemente, en el tono de quien cree que su deber es confiar, pero que ya ha perdido toda esperanza hace años.
-¿No sabe cuál es el inconveniente?
-Está trabajando en ello. -El guarda esperó cortésmente medio minuto y se volvió para partir, pero se detuvo para ofrecer una explicación, como si cierto vago y racional hábito le informara que cualquier intento de esa clase hacía más fácil de soportar ese terror no admitido- Estos motores Diesel ya no están en condiciones de seguir funcionando. Hace mucho tiempo que no vale la pena seguir arreglándolos.
-Ya lo sé -dijo Eddie con calma.
El guarda tuvo la sensación de que había recurrido a la peor explicación de todas, porque era de la clase que conducía a preguntas que no se formulaban en aquellos días. Hubiese sido mejor callarse, pensó. Sacudió la cabeza y se marchó.
Eddie se quedó contemplando la desierta oscuridad exterior. Era el 1º Comet que salía de San Francisco en dirección este desde hacía muchos días, como producto de sus denodados esfuerzos para restablecer el servicio transcontinental. No hubiera podido decir lo que los pasados días habían significado para él ni lo que hizo para salvar la terminal de San Francisco del ciego torbellino de una guerra civil, librada sin que nadie tuviera noción de su objetivo; no existía medio para recordar los tratos a que había llegado a cada cambiante momento. Sabía tan sólo que había conseguido inmunidad en la terminal por parte de los jefes de 3 facciones en pugna; que había encontrado un hombre para el puesto de gerente, que no parecía haber abandonado toda esperanza; que había puesto en movimiento un Comet más en la línea del este con la mejor locomotora Diesel y el mejor equipo disponibles, y que se había subido al tren rumbo a Nueva York sin la certeza, no obstante, de cuánto podía durar aquel respiro.
Nunca había trabajado tanto. Había realizado su tarea tan conscientemente como de costumbre, pero era lo mismo que moverse en el vacío, como si su energía, al no hallar transmisores, fuese a parar a las arenas de... de algún desierto como el

que se extendía más allá de la ventanilla del vagón. Por un momento se sintió tan inútil como la locomotora inmovilizada.
Al cabo de un rato volvió a llamar al guarda.
-¿Cómo marcha eso? -preguntó.
El interpelado se encogió de hombros y movió la cabeza.
-Telefoneen a la central de la División para que nos envíen el mejor mecánico disponible.
-Sí, Sr..
No había nada que ver al otro lado de las ventanillas. Al apagar la luz, Eddie pudo distinguir una extensión gris, sin principio ni fin, moteada por los puntos negros de unos cactus. Se preguntó cuántos hombres se habrían aventurado por allí, y a qué precio, cuando no existían trenes. Movió bruscamente la cabeza y volvió a encender la luz.
La sensación de que el Comet estaba exiliado le producía una agobiante ansiedad. Se hallaba sobre una vía de la línea Atlantic Southern, que atravesaba Arizona y que habían tomado prestada sin pagarle a nadie. Era imprescindible sacar al tren de allí. En cuanto volvieran a sus propios rieles, dejaría de experimentar aquella desazón, pero el empalme le parecía situado a una distancia infranqueable, a orillas del Mississippi, en el puente Taggart.
No, pensó, eso no era todo. Tenía que admitir que parte de su intranquilidad se debía a las imágenes que lo acosaban, que no podía captar ni desterrar del todo; eran demasiado vagas para definirlas y demasiado inasibles para rechazarlas. Una representaba cierta estación por la que habían pasado, sin detenerse, más de 2 hs. atrás. Había notado las ventanas brillantemente iluminadas del pequeño edificio, pero las luces procedían de habitaciones vacías. No logró percibir ni una sola figura humana, en el edificio ni en los andenes. La otra imagen se refería a otra estación cuyo andén estaba lleno de una muchedumbre entusiasta... pero ahora se encontraban fuera del alcance de la luz o del sonido de cualquier estación.
Se repitió que era preciso sacar el tren de allí. Se preguntó por qué lo pensaba de un modo tan insistente y por qué le había parecido tan crucial restablecer la ruta del Comet. Apenas un puñado de pasajeros ocupaba los vagones porque la gente no tenía adónde ir ni objetivos que alcanzar. No era por ellos por lo que había luchado; en realidad, no habría podido decir por quién. Dos frases se erigían en su mente como respuesta, con la ambigüedad de una plegaria y la fuerza hiriente de un hecho decisivo. Una era: "De océano a océano, para siempre". La otra: "No cedas".
El guarda volvió una hora después acompañado por el mecánico; sus facciones estaban contraídas.
-Sr. Willers -le informó el mecánico lentamente-, la central de la División no contesta.
Eddie se volvió a sentar, rehusando interiormente creerlo, pero aun así, reconociendo de improviso que por algún motivo inexplicable aquello era lo que había esperado.
-¡Imposible! -exclamó en voz baja mientras el mecánico lo contemplaba sin moverse- El teléfono debe de andar mal.

-No, Sr. Willers. No está estropeado. La línea sigue funcionando. Lo que no funciona es la central de la División. Quiero decir que no había nadie allí para contestar, o bien que a nadie le preocupa hacerlo.
-¡Pero usted sabe que eso es imposible!
El mecánico se encogió de hombros. En aquellos tiempos nadie consideraba imposible un desastre.
Eddie se levantó de un salto.
-Recorra todo el tren -ordenó al guarda- y llame a todas las puertas, es decir, a las de los camarotes ocupados, y averigüe si viaja con nosotros algún ingeniero electrónico.
-Sí, Sr..
Eddie comprendió lo que sentían, porque también lo sentía él: no encontrarían a semejante hombre entre los letárgicos e indiferentes pasajeros.
-¡Vamos! -ordenó, volviéndose al mecánico.
Subieron juntos a la locomotora. El maquinista de pelo gris se hallaba sentado contemplando los cactus. El faro de la locomotora permanecía encendido y de él surgía hacia la noche un rayo recto e inmóvil, que no iluminaba nada, aparte de los borrosos durmientes que se disolvían en el vacío.
-Intentemos averiguar dónde está el desperfecto -dijo Eddie quitándose el abrigo, con voz entre perentoria y suplicante- Intentémoslo de nuevo.
-Sí, Sr. -dijo el maquinista, sin resentimiento ni esperanza.
El maquinista había gastado sus escasas reservas de discernimiento buscando la causa de la avería. Empezó a examinar la maquinaria, agachándose y metiéndose debajo, destornillando partes y volviéndolas a atornillar, sacando piezas y colocándolas de nuevo, desmontando el motor como un niño que investiga un reloj, pero sin la convicción infantil de que el conocimiento es posible.
El mecánico miraba por la ventanilla hacia la oscuridad que se estremecía como si el aire de la noche se hiciera cada vez más frío.
-No se preocupe -dijo Eddie Willers asumiendo un aire confiado- Haremos lo que podamos, pero si fracasamos nos mandarán ayuda tarde o temprano. No se dejan trenes abandonados en medio de la nada.
-Al menos, no solía hacerse -respondió el mecánico.
De vez en cuando el maquinista levantaba la cara manchada de grasa para mirar aquel otro rostro asimismo manchado de Eddie Willers.
-¿De qué sirve todo esto, Sr. Willers? -preguntó.
-No podemos ceder -respondió enérgicamente Eddie, sabiendo que se refería a algo más que al Comet... a algo más que a aquel ferrocarril.
Salió de la cabina, recorrió las 3 unidades y regresó con las manos lastimadas y la camisa pegada a la espalda por el sudor. Trataba de recordar cuanto había aprendido acerca de locomotoras, lo asimilado en la universidad y aún antes, cualquier cosa que hubiera podido captar en aquellos tiempos en que los empleados de la estación de Rockdale solían echarlo de las escalerillas de las máquinas de maniobra. Pero las piezas no parecían formar un todo. Su cerebro estaba atascado. Sabía que no era experto en motores y que nada podía hacer, pero aun así, para él, conseguir el conocimiento que entonces le hacía falta era un asunto de vida o muerte. Miraba los cilindros, las planchas, los alambres, los cuadros de control, llenos de luces que aún titilaban. Luchaba para no dar entrada

a la idea que estaba presionando contra la periferia de su mente. ¿Cuáles eran sus posibilidades? Y según la teoría matemática de la probabilidad, ¿cuánto tardarían unos hombres primitivos, trabajando a ciegas, en encontrar la adecuada coordinación de piezas y volver a la vida el motor de aquella locomotora?
-¿De qué sirve, Sr. Willers? -repitió el maquinista.
-No podemos ceder.
No sabía las horas que habían transcurrido, cuando oyó de improviso gritar al fogonero:
-¡Mire, Sr. Willers!
El fogonero se asomaba por la ventanilla señalando a la oscuridad, tras ellos.
Eddie miró hacia allá. Una minúscula luz se estremecía violentamente en la distancia, como si avanzara a un ritmo imperceptible; una luz que no podía identificar.
Al cabo de un rato le pareció ver unas enormes sombras negras moviéndose en línea paralela a la vía; el punto de luz colgaba muy bajo sobre el suelo, oscilando. Aguzó el oído, pero no pudo oír nada.
Luego escuchó un débil y ahogado rumor, semejante al de cascos de caballos. Los 2 hombres, a su lado, contemplaban las sombras con expresión de creciente terror, como si una aparición sobrenatural avanzara hacia ellos en la noche desierta. En el momento en que se echaban a reír gozosamente, reconociendo las sombras, el rostró de Eddie se heló en una expresión de terror a la vista de un fantasma más horrible aún que cualquiera de los que hubiese podido imaginar. Era una caravana de carretas.
La oscilante linterna se detuvo junto a la máquina.
-¡Hola, amigos! ¿Podemos llevar a alguien? -preguntó un hombre que parecía ser el jefe. Y echó a reír al tiempo que añadía: -Están atascados, ¿verdad?
Los pasajeros del Comet miraban por las ventanillas. Algunos descendieron y se acercaron a las carretas. Rostros de mujeres surgían entre montones de utensilios y en la parte trasera de la caravana un niño empezó a llorar.
-¿Está loco? -preguntó Eddie Willers.
-No, lo digo en serio, hermano. Tenemos mucho espacio libre. Los llevaremos... por un determinado precio, si es que quieren salir de aquí.
Era un hombre desgarbado y nervioso, de ademanes desenvueltos y tono insolente de charlatán de feria.
-Este es el Comet Taggart -explicó Eddie Willers, ahogándose.
-¿De modo que el Comet? Pero a mí me parece más bien una oruga muerta. ¿Qué sucede, hermano? No van a ir a ningún sitio y aunque pudieran moverlo, no llegarían adonde habían pensado.
-¿A qué se refiere?
-No pensarán ir a Nueva York, ¿verdad?
-Sí. Vamos a Nueva York.
-Entonces... ¿no saben lo que ocurrió?
-¿Qué?
-¿Cuándo fue la última vez que hablaron con cualquiera de sus estaciones?
-No lo sé... ¿Qué insinúa?
-Que su puente Taggart ha desaparecido. ¡Desaparecido! Se hizo pedazos. Una explosión de rayos acústicos o algo por el estilo. Nadie lo sabe con exactitud. Ya

no hay puente para cruzar el Mississippi. Ya no hay Nueva York a la cual personas, como usted o como yo, podamos llegar.
Eddie no entendió lo que pasó a continuación. Había caído, dándose un golpe con el asiento del maquinista, y contemplaba la puerta abierta de la locomotora. No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero cuando al final volvió la cabeza, comprobó que se encontraba solo. El maquinista y el mecánico habían abandonado la cabina. Afuera se oía un rumor confuso de voces, gritos, sollozos, preguntas y las carcajadas del charlatán.
Eddie se incorporó y se asomó por la ventanilla, los pasajeros del Comet y la tripulación se agrupaban alrededor del jefe de la caravana y de sus harapientos compañeros; el primero agitaba los desgarbados brazos en gestos de mando. Algunas de las damas mejor vestidas del Comet, cuyos esposos habían sido, al parecer, los primeros en llegar a un acuerdo, se trepaban a las carretas, sollozando y apretando contra el cuerpo sus delicados estuches de maquillaje.
-¡Suban, señores, suban! -gritaba alegremente el charlatán- ¡Hay sitio para todos! ¡Iremos un poco apretados, pero moverse es mejor que quedar aquí para ser pasto de los coyotes! ¡Los días del caballo de hierro han terminado! ¡Todo cuanto tenemos son simples y anticuados caballos vivientes! ¡Lentos, pero seguros!
Eddie bajó hasta la mitad de la escalerilla lateral para ver a aquella muchedumbre y hacerse oír. Agitó un brazo, aferrándose a la baranda con la otra mano.
-No se marcharán, ¿verdad? -gritó a sus pasajeros- ¿No estarán abandonando el Comet?
Se alejaron un poco, como si no quisieran verlo ni escucharlo. No les agradaban las preguntas que sus mentes eran incapaces de asimilar. Observó sus caras ciegas por el pánico.
-¿Qué le ocurre a ese grasiento orangután? -preguntó el jefe de la caravana señalando a Eddie.
-Sr. Willers -dijo el guarda suavemente-, de nada serviría...
-¡No abandonen el Comet! -gritó Eddie- ¡No lo dejen! ¡Oh, Dios mío! ¡No lo dejen!
-¿Se ha vuelto loco? -preguntó el charlatán-. ¡No tiene idea de lo que está sucediendo en sus estaciones y en sus centrales! ¡Todo el mundo va de un lado para otro como pollos sin cabeza! ¡No creo que mañana por la mañana exista en este lado del Mississippi ningún ferrocarril en funcionamiento!
-¡Más vale que venga con nosotros, Sr. Willers! -le sugirió el guarda.
-¡No! -repuso, aferrándose a la barandilla de metal como si quisiera que su mano quedase fundida con ella.
El jefe de la caravana se encogió de hombros.
-¡Bien! Es su funeral, viejo.
-¿Adónde van? -preguntó el maquinista sin mirar a Eddie.
-Sólo nos limitamos a movemos, hermano. A buscar un lugar en el que detenernos... dondequiera que sea. Venimos del Valle Imperial de California. El Partido del Pueblo se apoderó de las cosechas y de los víveres que almacenábamos en nuestros sótanos. Lo llaman "requisa". Así es que recogimos nuestras pertenencias y nos pusimos en camino. Tenemos que viajar de noche a causa de la gente de Washington... Tan sólo buscamos un lugar para vivir... Será bienvenido, amigo, si no tiene adónde ir. Podemos dejarlo cerca de la ciudad que prefiera.

Eddie pensó, indiferente, que los miembros de aquella caravana parecían demasiado mezquinos como para convertirse en los fundadores de una colonia oculta y libre, pero no tanto como para acabar siendo una pandilla de bandoleros. No tenían ningún destino fijo, igual que el inmóvil foco de la locomotora, y lo mismo que éste, se disolverían en algún lugar dentro de los vacíos espacios del país.
Siguió en la escalera contemplando el rayo de luz, sin mirar cómo los últimos pasajeros del Comet Taggart pasaban a las carretas. El guarda hizo un último intento:
-¡Sr. Willers! -llamó desesperadamente- ¡Venga con nosotros!
-¡No! -respondió.
El charlatán jefe de la caravana agitó un brazo en señal de despedida. Eddie seguía junto a la locomotora.
-¡Espero que sepa lo que hace! -le gritó con expresión entre amenazadora y suplicante- ¡Quizá venga alguien por aquí y lo recoja... la semana que viene o el mes próximo! ¡Quizás! ¿Quién sabe adónde va la gente estos días?
-¡Lárguense de aquí! -gritó Eddie Willers.
Volvió a la cabina cuando las carretas iniciaron la marcha con una sacudida, y prosiguieron tambaleándose y chirriando mientras se adentraban en la noche. Se acomodó en el asiento del maquinista dentro de aquella locomotora inmóvil, con la frente apretada contra una inútil palanca. Se sentía como el capitán de un vapor en peligro de naufragio que prefería hundirse con él antes de ser salvado por las canoas de unos salvajes que lo tentaban con la superioridad de sus recursos.
Luego, de pronto, experimentó el cegador asalto de una desesperada y lícita cólera. Era preciso mover de nuevo aquel tren: en nombre de una victoria que no podía calificar, era imprescindible que la locomotora se pusiese en marcha.
Más allá de sus reflexiones, sus cálculos o su miedo, impulsado por una rectitud que tenía mucho de desafio, empezó a mover palancas y mandos, sin saber lo que hacía. Pisaba pedales muertos y trataba de distinguir la forma de una visión, a la vez próxima y lejana, sabiendo sólo que su desesperada batalla se alimentaba de esa imagen y era librada en su honor.
"¡No cedas!", se gritaba interiormente, creyendo ver las calles de Nueva York. "¡No cedas!", afirmaba contemplando las luces de las señales. "¡No cedas!", aullaba viendo el humo elevarse orgulloso de las chimeneas de las fábricas. Se esforzaba, inútilmente, en descubrir más allá de esas formas la que constituía la raíz de todas.
Al tiempo que tiraba de cables y los unía para volverlos a separar, una sensación de rayos solares y de pinos trataba de adherirse a los bordes de su percepción. "¡Dagny!" -se oyó gritar silenciosamente- "Dagny. En nombre de lo mejor de nosotros..." -Movía palancas inútiles y accionaba una válvula de admisión que ya no tenía nada para mover- "Dagny" -le gritaba a aquella muchacha de 12 años en un claro del bosque- "En nombre de lo mejor de nosotros, debo lograr que este tren se mueva de una vez por todas. ¡Dagny! Esto es lo que tú sabías perfectamente, pero yo no... Tú ya lo sabías cuando giraste tu cuerpo y volviste a mirar los rieles... Yo dije: 'Nada de negocios o de ganarse la vida...'. Pero, Dagny, los negocios y ganarse la vida y todo aquello que el ser humano es capaz de

producir constituye lo mejor de nosotros. Eso era lo que debíamos defender... a fin de salvarlo. En su nombre, Dagny, debo mover ahora este tren..."
Cuando se dio cuenta de que había caído al suelo de la cabina y supo que ya no podía hacer nada más allí, se levantó y descendió la escalerilla, pensando vagamente en las ruedas de la máquina, aun cuando sabía que el maquinista las había revisado. Notó el crujido del polvo del desierto bajo sus pies cuando se dejó caer. Permaneció inmóvil y en el amplio silencio escuchó el rumor de los arbustos que se movían en la oscuridad como la risa de un ejército invisible capaz de desplazarse mientras el Comet se hallaba inmovilizado. Escuchó un ruido más agudo en las proximidades, y pudo ver la breve forma gris de una liebre erguida sobre sus patas traseras para olfatear los peldaños de un vagón del Comet Taggart. Con un estremecimiento de furia se lanzó hacia el animal, como si pudiera detener el avance enemigo al destruir aquella pequeña forma gris. La liebre huyó en la oscuridad y Eddie comprendió que ese avance no podría ser contenido.
Se dirigió a la parte delantera de la locomotora y miró las letras "T.T." Luego se dejó caer sobre los rieles, bajo el rayo del inmóvil faro que se perdía en la inmensidad de las tinieblas.

* * *

La música del Quinto Concierto de Richard Halley que surgía del teclado se extendía más allá del cristal de la ventana para difundirse sobre las luces del valle. Era una sinfonía de triunfo. Las notas fluían hacia arriba, hablando de elevación, siendo en sí mismas una elevación, la esencia y la forma de un impulso ascendente. Parecían elevar todo acto humano e indicar que su única misión era subir. El estallido de acordes rompía su encierro y se derramaba por el aire con la ligereza de la libertad y la tensión de un firme propósito. Atravesaba la atmósfera sin dejar traslucir más que el goce de un esfuerzo incontenible. Sólo un débil eco entre los sonidos hablaba de aquello de lo que había escapado la música, pero lo hacía en un tono de feliz asombro ante el descubrimiento de que no existía fealdad ni dolor, ni tenían por qué existir. Era un canto de gigante de emancipación.
Las luces del valle brillaban en resplandecientes manchas sobre la nieve que aún cubría el suelo. Había también nieve en las salientes de granito y en las gruesas ramas de los pinos. Pero las ramas desnudas de los abedules mostraban un débil avance ascendente, como en confiada promesa de las próximas hojas primaverales. El rectángulo de luz en la falda de un monte era la ventana del estudio de Mulligan. Él estaba sentado a su escritorio, con un mapa y una columna de cifras ante él. Comprobaba los datos de su banco y trabajaba en un plan de inversiones. Iba anotando las localidades elegidas. "Nueva York, Cleveland, Chicago... Nueva York, Filadelfia... Nueva York... Nueva York... Nueva York..."
El rectángulo de luz en el fondo del valle era la ventana del hogar de Danneskjöld. Kay Ludlow estaba sentada ante un espejo, estudiando cuidadosamente las tonalidades de su maquillaje, contenido en un maltratado estuche. Ragnar Danneskjöld estaba tendido en un sofá, leyendo un volumen de las obras de Aristóteles: "...porque estas verdades se refieren a todo cuanto existe y no a

ningún género especial, separado de lo demás. Todos los hombres las usan, porque son verdades del ser como tal... Porque un principio que debe poseer todo aquél que entiende cualquier cosa que es, no es una hipótesis... Evidentemente entonces, tal principio es lo más seguro que existe. Procedamos a enunciar este principio: 'El mismo atributo, no puede, simultáneamente, pertenecer y no pertenecer al mismo sujeto en el mismo sentido...'".

El rectángulo de luz en los terrenos de una granja era la ventana de la biblioteca del juez Narragansett. Estaba sentado a una mesa y la claridad de su lámpara caía sobre un viejo documento. Había marcado con cruces las contradicciones que en otros tiempos fueron causa de su ruina. Y ahora añadía una nueva cláusula a sus páginas: "El Congreso no promulgará ninguna ley que coarte la libertad de producción y de comercio...".

El rectángulo de luz en medio de un bosque era la ventana de la cabaña de Francisco d'Anconia, que estaba tendido en el suelo, junto a las movedizas lenguas de una fogata, inclinado sobre papeles, completando el dibujo de su empresa de fundiciones. Hank Rearden y Ellis Wyatt estaban sentados junto a la chimenea.

-John diseñará las nuevas locomotoras -decía Rearden- y Dagny dirigirá el primer ferrocarril entre Nueva York y Filadelfia. Ella...

Francisco levantó vivamente la cabeza y echó a reír, con una risa que era a la vez un saludo y una expresión de triunfo y de alivio. Ya no podían escuchar la música del Quinto Concierto de Halley que ahora fluía de un lugar situado por encima de la casa, pero la risa de Francisco se hallaba en consonancia con la armonía. Contenida en las palabras que acababa de oír, Francisco veía la claridad de la primavera sobre los amplios prados, en hogares esparcidos a través del país. Veía el brillo metálico de los motores, el resplandor del acero en las llamas que se elevaban hacia el cielo, los ojos de la juventud mirando hacia el futuro sin ninguna incertidumbre ni temor.

Rearden completaba su frase:

-...me va a despellejar con las tarifas de carga que va a cobrar, pero... podré pagárselas.

El débil resplandor de la luz en el reborde más alto de la montaña era como el brillo de una estrella sobre los mechones de pelo de Galt. Este estaba de pie, mirando no al cercano valle, sino a la oscuridad y al mundo situado más allá de sus límites. La mano de Dagny descansaba en su hombro y el viento movía su cabello que se mezclaba con el de él. Sabía por qué él había deseado caminar por las montañas aquella noche y lo que estaba pensando entonces. Sabía las palabras que iba a pronunciar, y sabía también que ella sería la primera en oírlas.

No podían ver el mundo que se hallaba del otro lado de las montañas. Tan sólo existía un vacío de oscuridad y de cumbres. La oscuridad ocultaba las ruinas de un continente: casas sin techo, tractores oxidados, calles sin luz, rieles abandonados. Pero muy lejos, en la distancia, en el mismo borde de la Tierra, una pequeña llama oscilaba al viento: la terca y desafiante llama de la antorcha de Wyatt retorciéndose, quebrándose y recuperando su forma, sin que nada pudiera extinguirla, como si esperase las palabras que John Galt pronunciaría en aquel momento:

-El camino está libre -dijo- Volveremos al mundo.

Y levantando la mano sobre la desolada Tierra, trazó en el espacio el signo del dólar.[1]

Un trabajo de digitalización en conjunto de “P” y “Z”